CARLOS RUIZ ZAFÓN

LA SOMBRA DEL VIENTO

EL JUEGO DEL ÁNGEL

EL PRISIONERO DEL CIELO

EL LABERINTO DE LOS ESPÍRITUS

Lectulandia

«La sombra del viento», «El Juego del Ángel», «El prisionero del cielo» y «El laberinto de los Espíritus» forman parte de un ciclo de novelas que se entrecruzan en el universo literario de «El Cementerio de los Libros Olvidados». Las novelas que forman este ciclo están unidas entre sí a través de personajes e hilos argumentales que tienden puentes narrativos y temáticos, aunque cada uno de ellos ofrece una historia cerrada, independiente y contenida en sí misma. Las diversas entregas de la serie pueden leerse en cualquier orden o por separado, permitiendo al lector explorar y acceder al laberinto de historias a través de diferentes puertas y caminos que, anudados, le conducirán al corazón de la narración.

Lectulandia

Carlos Ruiz Zafón

Tetralogía
El Cementerio de los Libros Olvidados

ePub r1.0
NoTanMalo 3.7.17

Título original: *Tetralogía El Cementerio de los Libros Olvidados*
Carlos Ruiz Zafón, 2016

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Joan Ramon Planas,
que merecía algo mejor

Para MariCarmen,
«a nation of two»

CARLOS
RUIZ
ZAFÓN
LA SOMBRA
del VIENTO

EL CEMENTERIO DE LOS LIBROS OLVIDADOS

—

Todavía recuerdo aquel amanecer en que mi padre me llevó por primera vez a visitar el Cementerio de los Libros Olvidados. Desgranaban los primeros días del verano de 1945 y caminábamos por las calles de una Barcelona atrapada bajo cielos de ceniza y un sol de vapor que se derramaba sobre la Rambla de Santa Mónica en una guirnalda de cobre líquido.

—Daniel, lo que vas a ver hoy no se lo puedes contar a nadie —advirtió mi padre —. Ni a tu amigo Tomás. A nadie.

—¿Ni siquiera a mamá? —inquirí yo, a media voz.

Mi padre suspiró, amparado en aquella sonrisa triste que le perseguía como una sombra por la vida.

—Claro que sí —respondió cabizbajo—. Con ella no tenemos secretos. A ella puedes contárselo todo.

Poco después de la guerra civil, un brote de cólera se había llevado a mi madre. La enterramos en Montjuïc el día de mi cuarto cumpleaños. Sólo recuerdo que llovió todo el día y toda la noche, y que cuando le pregunté a mi padre si el cielo lloraba le faltó la voz para responderme. Seis años después, la ausencia de mi madre era para mí todavía un espejismo, un silencio a gritos que aún no había aprendido a acallar con palabras. Mi padre y yo vivíamos en un pequeño piso de la calle Santa Ana, junto a la plaza de la iglesia. El piso estaba situado justo encima de la librería especializada en ediciones de coleccionista y libros usados heredada de mi abuelo, un bazar encantado que mi padre confiaba en que algún día pasaría a mis manos. Me crié entre libros, haciendo amigos invisibles en páginas que se deshacían en polvo y cuyo olor aún conservo en las manos. De niño aprendí a conciliar el sueño mientras le explicaba a mi madre en la penumbra de mi habitación las incidencias de la jornada, mis andanzas en el colegio, lo que había aprendido aquel día… No podía oír su voz o sentir su tacto, pero su luz y su calor ardían en cada rincón de aquella casa y yo, con la fe de los que todavía pueden contar sus años con los dedos de las manos, creía que si cerraba los ojos y le hablaba, ella podría oírme desde donde estuviese. A veces, mi padre me escuchaba desde el comedor y lloraba a escondidas.

Recuerdo que aquel alba de junio me desperté gritando. El corazón me batía en el pecho como si el alma quisiera abrirse camino y echar a correr escaleras abajo. Mi padre acudió azorado a mi habitación y me sostuvo en sus brazos, intentando calmarme.

—No puedo acordarme de su cara. No puedo acordarme de la cara de mamá —murmuré sin aliento.

Mi padre me abrazó con fuerza.

—No te preocupes, Daniel. Yo me acordaré por los dos.

Nos miramos en la penumbra, buscando palabras que no existían. Aquélla fue la primera vez en que me di cuenta de que mi padre envejecía y de que sus ojos, ojos de niebla y de pérdida, siempre miraban atrás. Se incorporó y descorrió las cortinas para dejar entrar la tibia luz del alba.

—Anda, Daniel, vístete. Quiero enseñarte algo —dijo.

—¿Ahora? ¿A las cinco de la mañana?

—Hay cosas que sólo pueden verse entre tinieblas —insinuó mi padre blandiendo una sonrisa enigmática que probablemente había tomado prestada de algún tomo de Alejandro Dumas.

Las calles aún languidecían entre neblinas y serenos cuando salimos al portal. Las farolas de las Ramblas dibujaban una avenida de vapor, parpadeando al tiempo que la ciudad se desperezaba y se desprendía de su disfraz de acuarela. Al llegar a la calle Arco del Teatro nos aventuramos camino del Raval bajo la arcada que prometía una bóveda de bruma azul. Seguí a mi padre a través de aquel camino angosto, más cicatriz que calle, hasta que el reluz de la Rambla se perdió a nuestras espaldas. La claridad del amanecer se filtraba desde balcones y cornisas en soplos de luz sesgada que no llegaban a rozar el suelo. Finalmente, mi padre se detuvo frente a un portón de madera labrada ennegrecido por el tiempo y la humedad. Frente a nosotros se alzaba lo que me pareció el cadáver abandonado de un palacio, o un museo de ecos y sombras.

—Daniel, lo que vas a ver hoy no se lo puedes contar a nadie. Ni a tu amigo Tomás. A nadie.

Un hombrecillo con rasgos de ave rapaz y cabellera plateada nos abrió la puerta. Su mirada aguileña se posó en mí, impenetrable.

—Buenos días, Isaac. Éste es mi hijo Daniel —anunció mi padre—. Pronto cumplirá once años, y algún día él se hará cargo de la tienda. Ya tiene edad de conocer este lugar.

El tal Isaac nos invitó a pasar con un leve asentimiento. Una penumbra azulada lo cubría todo, insinuando apenas trazos de una escalinata de mármol y una galería de frescos poblados con figuras de ángeles y criaturas fabulosas. Seguimos al guardián a través de aquel corredor palaciego y llegamos a una gran sala circular donde una auténtica basílica de tinieblas yacía bajo una cúpula acuchillada por haces de luz que pendían desde lo alto. Un laberinto de corredores y estanterías repletas de libros ascendía desde la base hasta la cúspide, dibujando una colmena tramada de túneles, escalinatas, plataformas y puentes que dejaban adivinar una gigantesca biblioteca de geometría imposible. Miré a mi padre, boquiabierto. Él me sonrió, guiñándome el ojo.

—Daniel, bienvenido al Cementerio de los Libros Olvidados.

Salpicando los pasillos y plataformas de la biblioteca se perfilaban una docena de figuras. Algunas de ellas se volvieron a saludar desde lejos, y reconocí los rostros de diversos colegas de mi padre en el gremio de libreros de viejo. A mis ojos de diez años, aquellos individuos aparecían como una cofradía secreta de alquimistas conspirando a espaldas del mundo. Mi padre se arrodilló junto a mí y, sosteniéndome la mirada, me habló con esa voz leve de las promesas y las confidencias.

—Este lugar es un misterio, Daniel, un santuario. Cada libro, cada tomo que ves, tiene alma. El alma de quien lo escribió, y el alma de quienes lo leyeron y vivieron y soñaron con él. Cada vez que un libro cambia de manos, cada vez que alguien desliza la mirada por sus páginas, su espíritu crece y se hace fuerte. Hace ya muchos años, cuando mi padre me trajo por primera vez aquí, este lugar ya era viejo. Quizá tan viejo como la misma ciudad. Nadie sabe a ciencia cierta desde cuándo existe, o quiénes lo crearon. Te diré lo que mi padre me dijo a mí. Cuando una biblioteca desaparece, cuando una librería cierra sus puertas, cuando un libro se pierde en el olvido, los que conocemos este lugar, los guardianes, nos aseguramos de que llegue aquí. En este lugar, los libros que ya nadie recuerda, los libros que se han perdido en el tiempo, viven para siempre, esperando llegar algún día a las manos de un nuevo lector, de un nuevo espíritu. En la tienda nosotros los vendemos y los compramos, pero en realidad los libros no tienen dueño. Cada libro que ves aquí ha sido el mejor amigo de alguien. Ahora sólo nos tienen a nosotros, Daniel. ¿Crees que vas a poder guardar este secreto?

Mi mirada se perdió en la inmensidad de aquel lugar, en su luz encantada. Asentí y mi padre sonrió.

—¿Y sabes lo mejor? —preguntó.

Negué en silencio.

—La costumbre es que la primera vez que alguien visita este lugar tiene que escoger un libro, el que prefiera, y adoptarlo, asegurándose de que nunca desaparezca, de que siempre permanezca vivo. Es una promesa muy importante. De por vida —explicó mi padre—. Hoy es tu turno.

Por espacio de casi media hora deambulé entre los entresijos de aquel laberinto que olía a papel viejo, a polvo y a magia. Dejé que mi mano rozase las avenidas de lomos expuestos, tentando mi elección. Atisbé, entre los títulos desdibujados por el tiempo, palabras en lenguas que reconocía y decenas de otras que era incapaz de catalogar. Recorrí pasillos y galerías en espiral pobladas por cientos, miles de tomos que parecían saber más acerca de mí que yo de ellos. Al poco, me asaltó la idea de que tras la cubierta de cada uno de aquellos libros se abría un universo infinito por explorar y de que, más allá de aquellos muros, el mundo dejaba pasar la vida en tardes de fútbol y seriales de radio, satisfecho con ver hasta allí donde alcanza su ombligo y poco más. Quizá fue aquel pensamiento, quizá el azar o su pariente de gala, el destino, pero en aquel mismo instante supe que ya había elegido el libro que

iba a adoptar. O quizá debiera decir el libro que me iba a adoptar a mí. Se asomaba tímidamente en el extremo de una estantería, encuadernado en piel de color vino y susurrando su título en letras doradas que ardían a la luz que destilaba la cúpula desde lo alto. Me acerqué hasta él y acaricié las palabras con la yema de los dedos, leyendo en silencio.

La Sombra del Viento
JULIÁN CARAX

Jamás había oído mencionar aquel título o a su autor, pero no me importó. La decisión estaba tomada. Por ambas partes. Tomé el libro con sumo cuidado y lo hojeé, dejando aletear sus páginas. Liberado de su celda en el estante, el libro exhaló una nube de polvo dorado. Satisfecho con mi elección, rehíce mis pasos en el laberinto portando mi libro bajo el brazo con una sonrisa impresa en los labios. Tal vez la atmósfera hechicera de aquel lugar había podido conmigo, pero tuve la seguridad de que aquel libro había estado allí esperándome durante años, probablemente desde antes de que yo naciese.

Aquella tarde, de vuelta en el piso de la calle Santa Ana, me refugié en mi habitación y decidí leer las primeras líneas de mi nuevo amigo. Antes de darme cuenta, me había caído dentro sin remedio. La novela relataba la historia de un hombre en busca de su verdadero padre, al que nunca había llegado a conocer y cuya existencia sólo descubría merced a las últimas palabras que pronunciaba su madre en su lecho de muerte. La historia de aquella búsqueda se transformaba en una odisea fantasmagórica en la que el protagonista luchaba por recuperar una infancia y una juventud perdidas, y en la que, lentamente, descubríamos la sombra de un amor maldito cuya memoria le habría de perseguir hasta el fin de sus días. A medida que avanzaba, la estructura del relato empezó a recordarme a una de esas muñecas rusas que contienen innumerables miniaturas de sí mismas en su interior. Paso a paso, la narración se descomponía en mil historias, como si el relato hubiese penetrado en una galería de espejos y su identidad se escindiera en docenas de reflejos diferentes y al tiempo uno solo. Los minutos y las horas se deslizaron como un espejismo. Horas más tarde, atrapado en el relato, apenas advertí las campanadas de medianoche en la catedral repiqueteando a lo lejos. Enterrado en la luz de cobre que proyectaba el flexo, me sumergí en un mundo de imágenes y sensaciones como jamás las había conocido. Personajes que se me antojaron tan reales como el aire que respiraba me arrastraron en un túnel de aventura y misterio del que no quería escapar. Página a página, me dejé envolver por el sortilegio de la historia y su mundo hasta que el aliento del amanecer acarició mi ventana y mis ojos cansados se deslizaron por la última página. Me tendí en la penumbra azulada del alba con el libro sobre el pecho y

escuché el rumor de la ciudad dormida goteando sobre los tejados salpicados de púrpura. El sueño y la fatiga llamaban a mi puerta, pero me resistí a rendirme. No quería perder el hechizo de la historia ni todavía decir adiós a sus personajes.

En una ocasión oí comentar a un cliente habitual en la librería de mi padre que pocas cosas marcan tanto a un lector como el primer libro que realmente se abre camino hasta su corazón. Aquellas primeras imágenes, el eco de esas palabras que creemos haber dejado atrás, nos acompañan toda la vida y esculpen un palacio en nuestra memoria al que, tarde o temprano —no importa cuántos libros leamos, cuántos mundos descubramos, cuánto aprendamos u olvidemos—, vamos a regresar. Para mí, esas páginas embrujadas siempre serán las que encontré entre los pasillos del Cementerio de los Libros Olvidados.

DÍAS DE CENIZA

—

1945-1949

1

Un secreto vale lo que aquellos de quienes tenemos que guardarlo. Al despertar, mi primer impulso fue hacer partícipe de la existencia del Cementerio de los Libros Olvidados a mi mejor amigo. Tomás Aguilar era un compañero de estudios que dedicaba su tiempo libre y su talento a la invención de artilugios ingeniosísimos pero de escasa aplicación práctica, como el dardo aerostático o la peonza dinamo. Nadie mejor que Tomás para compartir aquel secreto. Soñando despierto me imaginaba a mi amigo Tomás y a mí pertrechados ambos de linternas y brújula prestos a desvelar los secretos de aquella catacumba bibliográfica. Luego, recordando mi promesa, decidí que las circunstancias aconsejaban lo que en las novelas de intriga policial se denominaba otro modus operandi. Al mediodía abordé a mi padre para cuestionarle acerca de aquel libro y de Julián Carax, que en mi entusiasmo había imaginado célebres en todo el mundo. Mi plan era hacerme con todas sus obras y leérmelas de cabo a rabo en menos de una semana. Cuál fue mi sorpresa al descubrir que mi padre, librero de casta y buen conocedor de los catálogos editoriales, jamás había oído hablar de *La Sombra del Viento* de Julián Carax. Intrigado, mi padre inspeccionó la página con los datos de la edición.

—Según esto, este ejemplar forma parte de una edición de dos mil quinientos ejemplares impresa en Barcelona, por Cabestany Editores, en diciembre de 1935.

—¿Conoces esa editorial?

—Cerró hace años. Pero la edición original no es ésta, sino otra de noviembre del mismo año, pero impresa en París… La editorial es Galliano & Neuval. No me suena.

—Entonces, ¿el libro es una traducción? —pregunté, desconcertado.

—No menciona que lo sea. Por lo que aquí se ve, el texto es original.

—¿Un libro en castellano, editado primero en Francia?

—No será la primera vez, con los tiempos que corren —adujo mi padre—. A lo mejor Barceló nos puede ayudar…

Gustavo Barceló era un viejo colega de mi padre, dueño de una librería cavernosa en la calle Fernando que capitaneaba la flor y nata del gremio de libreros de viejo. Vivía perpetuamente adherido a una pipa apagada que desprendía efluvios de mercado persa y se describía a sí mismo como el último romántico. Barceló sostenía que en su linaje había un lejano parentesco con lord Byron, pese a que él era natural

de la localidad de Caldas de Montbuy. Quizá con ánimo de evidenciar esta conexión, Barceló vestía invariablemente al uso de un dandi decimonónico, luciendo fular, zapatos de charol blanco y un monóculo sin graduación que según las malas lenguas no se quitaba ni en la intimidad del retrete. En realidad, el parentesco más significativo en su haber era el de su progenitor, un industrial que se había enriquecido por medios más o menos turbios a finales del siglo XIX. Según me explicó mi padre, Gustavo Barceló estaba, técnicamente, forrado, y lo de la librería era más pasión que negocio. Amaba los libros sin reserva y, aunque él lo negaba rotundamente, si alguien entraba en su librería y se enamoraba de un ejemplar cuyo precio no podía costearse, lo rebajaba hasta donde fuese necesario, o incluso lo regalaba si estimaba que el comprador era un lector de casta y no un diletante mariposón. Al margen de estas peculiaridades, Barceló poseía una memoria de elefante y una pedantería que no desmerecía en porte o sonoridad, pero si alguien sabía de libros extraños, era él. Aquella tarde, después de cerrar la tienda, mi padre sugirió que nos acercásemos hasta el café de Els Quatre Gats en la calle Montsió, donde Barceló y sus compinches mantenían una tertulia bibliófila sobre poetas malditos, lenguas muertas y obras maestras abandonadas a merced de la polilla.

Els Quatre Gats quedaba a tiro de piedra de casa y era uno de mis rincones predilectos de toda Barcelona. Allí se habían conocido mis padres en el año 32, y yo atribuía en parte mi billete de ida por la vida al encanto de aquel viejo café. Dragones de piedra custodiaban la fachada enclavada en un cruce de sombras y sus farolas de gas congelaban el tiempo y los recuerdos. En el interior, las gentes se fundían con los ecos de otras épocas. Contables, soñadores y aprendices de genio compartían mesa con el espejismo de Pablo Picasso, Isaac Albéniz, Federico García Lorca o Salvador Dalí. Allí, cualquier pelagatos podía sentirse por unos instantes figura histórica por el precio de un cortado.

—Hombre, Sempere —proclamó Barceló al ver entrar a mi padre—, el hijo pródigo. ¿A qué se debe el honor?

—El honor se lo debe usted a mi hijo Daniel, don Gustavo, que acaba de hacer un descubrimiento.

—Pues vengan a sentarse con nosotros, que esta efeméride hay que celebrarla —proclamó Barceló.

—¿Efemérides? —le susurré a mi padre.

—Barceló se expresa sólo en esdrújulas —respondió mi padre a media voz—. Tú no digas nada, que se envalentona.

Los contertulios nos hicieron sitio en su círculo y Barceló, que gustaba de mostrarse espléndido en público, insistió en invitarnos.

—¿Qué edad tiene el mozalbete? —inquirió Barceló, mirándome de reojo.

—Casi once años —declaré. Barceló me sonrió, socarrón.

—O sea, diez. No te pongas años de más, sabandijilla, que ya te los pondrá la vida.

Varios de los contertulios murmuraron su asentimiento. Barceló hizo señas a un camarero con aspecto inminente de ser declarado monumento histórico para que se acercase a tomar nota.

—Un coñac para mi amigo Sempere, del bueno, y para el retoño una leche merengada, que tiene que crecer. Ah, y traiga unos taquitos de jamón, pero que no sean como los de antes, ¿eh?, que para caucho ya está la casa Pirelli —rugió el librero.

El camarero asintió y partió, arrastrando los pies y el alma.

—Lo que yo digo —comentó el librero—. ¿Cómo va a haber trabajo? Si en este país no se jubila la gente ni después de muerta. Mire usted al Cid. Si es que no hay remedio.

Barceló saboreó su pipa apagada, su mirada aguileña escrutando con interés el libro que yo sostenía en las manos. Pese a su fachada farandulera y a tanta palabrería, Barceló podía oler una buena presa como un lobo huele la sangre.

—A ver —dijo Barceló, fingiendo desinterés—. ¿Qué me traen ustedes?

Le dirigí una mirada a mi padre. Él asintió. Sin más preámbulo, le tendí el libro a Barceló. El librero lo tomó con mano experta. Sus dedos de pianista rápidamente exploraron textura, consistencia y estado. Exhibiendo su sonrisa florentina, Barceló localizó la página de edición y la inspeccionó con intensidad policial por espacio de un minuto. Los demás le observaban en silencio, como si esperasen un milagro o permiso para respirar de nuevo.

—Carax. Interesante —murmuró con tono impenetrable.

Tendí de nuevo mi mano para recuperar el libro. Barceló arqueó las cejas, pero me lo devolvió con una sonrisa glacial.

—¿Dónde lo has encontrado, chavalín?

—Es un secreto —repliqué, sabiendo que mi padre debía de estar sonriendo por dentro.

Barceló frunció el ceño y desvió la mirada hacia mi padre.

—Amigo Sempere, porque es usted y por todo el aprecio que le tengo y en honor a la larga y profunda amistad que nos une como a hermanos, dejémoslo en cuarenta duros y no se hable más.

—Eso lo va a tener que discutir con mi hijo —adujo mi padre—. El libro es suyo.

Barceló me ofreció una sonrisa lobuna.

—¿Qué me dices, muchachete? Cuarenta duros no está mal para una primera venta… Sempere, este chico suyo hará carrera en este negocio.

Los contertulios le rieron la gracia. Barceló me miró complacido, sacando su billetero de piel. Contó los cuarenta duros, que para aquel entonces eran toda una fortuna, y me los tendió. Yo me limité a negar en silencio. Barceló frunció el ceño.

—Mira que la codicia es pecado mortal de necesidad, ¿eh? —adujo—. Venga,

sesenta duros y te abres una cartilla de ahorro, que a tu edad ya hay que pensar en el futuro.

Negué de nuevo. Barceló le lanzó una mirada airada a mi padre a través de su monóculo.

—A mí no me mire —dijo mi padre—. Yo aquí sólo vengo de acompañante.

Barceló suspiró y me observó detenidamente.

—A ver, niño, pero ¿tú qué es lo que quieres?

—Lo que quiero es saber quién es Julián Carax, y dónde puedo encontrar otros libros que haya escrito.

Barceló rió por lo bajo y enfundó de nuevo su billetera, reconsiderando a su adversario.

—Vaya, un académico. Sempere, pero ¿qué le da usted de comer a este crío? —bromeó.

El librero se inclinó hacia mí con tono confidencial y, por un instante, me pareció entrever en su mirada un cierto respeto que no había estado allí momentos atrás.

—Haremos un trato —me dijo—. Mañana domingo, por la tarde, te pasas por la biblioteca del Ateneo y preguntas por mí. Tú te traes tu libro para que lo pueda examinar bien, y yo te cuento lo que sé de Julián Carax. Quid pro quo.

—¿Quid pro qué?

—Latín, chaval. No hay lenguas muertas, sino cerebros aletargados. Parafraseando, significa que no hay duros a cuatro pesetas, pero que me has caído bien y te voy a hacer un favor.

Aquel hombre destilaba una oratoria capaz de aniquilar las moscas al vuelo, pero sospeché que si quería averiguar algo sobre Julián Carax, más me valdría quedar en buenos términos con él. Le sonreí beatíficamente, mostrando mi deleite con los latinajos y su verbo fácil.

—Recuerda, mañana, en el Ateneo —sentenció el librero—. Pero trae el libro, o no hay trato.

—De acuerdo.

La conversación se desvaneció lentamente en el murmullo de los demás contertulios, derivando hacia la discusión de unos documentos encontrados en los sótanos de El Escorial que sugerían la posibilidad de que don Miguel de Cervantes no había sido sino el seudónimo literario de una velluda mujerona toledana. Barceló, ausente, no participó en el debate bizantino y se limitó a observarme desde su monóculo con una sonrisa velada. O quizá tan sólo miraba el libro que yo sostenía en las manos.

2

Aquel domingo, las nubes habían resbalado del cielo y las calles yacían sumergidas bajo una laguna de neblina ardiente que hacía sudar los termómetros en las paredes. A media tarde, rondando ya los treinta grados, partí rumbo a la calle Canuda para mi cita con Barceló en el Ateneo con mi libro bajo el brazo y un lienzo de sudor en la frente. El Ateneo era —y aún es— uno de los muchos rincones de Barcelona donde el siglo XIX todavía no ha recibido noticias de su jubilación. La escalinata de piedra ascendía desde un patio palaciego hasta una retícula fantasmal de galerías y salones de lectura donde invenciones como el teléfono, la prisa o el reloj de muñeca resultaban anacronismos futuristas. El portero, o quizá tan sólo fuera una estatua de uniforme, apenas pestañeó a mi llegada. Me deslicé hasta el primer piso, bendiciendo las aspas de un ventilador que susurraba entre lectores adormecidos derritiéndose como cubitos de hielo sobre sus libros y diarios.

La silueta de don Gustavo Barceló se recortaba junto a las cristaleras de una galería que daba al jardín interior del edificio. Pese a la atmósfera casi tropical, el librero vestía sus habituales galas de figurín y su monóculo brillaba en la penumbra como una moneda en el fondo de un pozo. Junto a él distinguí una figura enfundada en un vestido de alpaca blanca que se me antojó un ángel esculpido en brumas. Al eco de mis pasos, Barceló entornó la mirada y me hizo un ademán para que me aproximase.

—Daniel, ¿verdad? —preguntó el librero—. ¿Has traído el libro?

Asentí por duplicado y acepté la silla que Barceló me brindaba junto a él y a su misteriosa acompañante. Durante varios minutos, el librero se limitó a sonreír plácidamente, ajeno a mi presencia. Al poco abandoné toda esperanza de que me presentase a quien fuera que fuese la dama de blanco. Barceló se comportaba como si ella no estuviese allí y ninguno de los dos pudiese verla. La observé de reojo, temeroso de encontrar su mirada, que seguía perdida en ninguna parte. Su rostro y sus brazos vestían una piel pálida, casi traslúcida. Tenía los rasgos afilados, dibujados a trazo firme bajo una cabellera negra que brillaba como piedra humedecida. Le calculé unos veinte años a lo sumo, pero algo en su porte y en el modo en que el alma parecía caerle a los pies, como las ramas de un sauce, me hizo pensar que no tenía edad. Parecía atrapada en ese estado de perpetua juventud reservado a los maniquís en los

escaparates de postín. Estaba intentando leerle el pulso bajo aquella garganta de cisne cuando advertí que Barceló me observaba fijamente.

—Entonces, ¿vas a decirme dónde encontraste ese libro? —preguntó.

—Lo haría, pero prometí a mi padre guardar el secreto —aduje.

—Ya veo. Sempere y sus misterios —dijo Barceló—. Ya me figuro yo dónde. Menuda potra has tenido, chaval. A eso le llamo yo encontrar una aguja en un campo de azucenas. A ver, ¿me lo dejas ver?

Le tendí el libro, y Barceló lo tomó en sus manos con infinita delicadeza.

—Lo has leído, supongo.

—Sí, señor.

—Te envidio. Siempre me ha parecido que el momento para leer a Carax es cuando todavía se tiene el corazón joven y la mente limpia. ¿Sabías que ésta fue la última novela que escribió?

Negué en silencio.

—¿Sabes cuántos ejemplares como éste hay en el mercado, Daniel?

—Miles, supongo.

—Ninguno —precisó Barceló—. Excepto el tuyo. El resto fueron quemados.

—¿Quemados?

Barceló se limitó a ofrecer su sonrisa hermética, pasando hojas del libro y acariciando el papel como si fuese una seda única en el universo. La dama de blanco se volvió lentamente. Sus labios esbozaron una sonrisa tímida y temblorosa. Sus ojos palpaban el vacío, pupilas blancas como el mármol. Tragué saliva. Estaba ciega.

—Tú no conoces a mi sobrina Clara, ¿verdad? —preguntó Barceló.

Me limité a negar, incapaz de quitar la mirada de aquella criatura con tez de muñeca de porcelana y ojos blancos, los ojos más tristes que he visto jamás.

—En realidad, la experta en Julián Carax es Clara, por eso la he traído —dijo Barceló—. Es más, pensándolo bien, creo que con vuestro permiso yo me voy a retirar a otra sala a inspeccionar este volumen mientras vosotros habláis de vuestras cosas. ¿Os parece?

Le miré, atónito. El librero, pirata hasta la sepultura y ajeno a mis reservas, se limitó a darme una palmadita en la espalda y partió con mi libro bajo el brazo.

—Le has impresionado, ¿sabes? —dijo la voz a mi espalda.

Me volví para descubrir la sonrisa leve de la sobrina del librero, tanteando en el vacío. Tenía la voz de cristal, transparente y tan frágil que me pareció que sus palabras se quebrarían si la interrumpía a media frase.

—Mi tío me ha dicho que te ofreció una buena suma por el libro de Carax, pero que tú la rechazaste —añadió Clara—. Te has ganado su respeto.

—Cualquiera lo diría —suspiré.

Observé que Clara ladeaba la cabeza al sonreír y que sus dedos jugueteaban con un anillo que parecía una guirnalda de zafiros.

—¿Qué edad tienes? —preguntó.

—Casi once años —respondí—. ¿Y usted?

Clara rió ante mi insolente inocencia.

—Casi el doble, pero tampoco es como para que me trates de usted.

—Parece usted más joven —apunté, intuyendo que aquello podía ser una buena salida a mi indiscreción.

—Me fiaré de ti entonces, porque yo no sé qué aspecto tengo —repuso, sin abandonar su sonrisa a media vela—. Pero si te parezco más joven, razón de más para que me trates de tú.

—Lo que usted diga, señorita Clara.

Observé detenidamente sus manos abiertas como alas sobre su regazo, su talle frágil insinuándose bajo los pliegues de alpaca, el dibujo de sus hombros, la extrema palidez de su garganta y el cierre de sus labios, que hubiera querido acariciar con la yema de los dedos. Nunca antes había tenido la oportunidad de examinar a una mujer tan de cerca y con tanta precisión sin temor a encontrarme con su mirada.

—¿Qué miras? —preguntó Clara, no sin cierta malicia.

—Su tío dice que es usted una experta en Julián Carax —improvisé, con la boca seca.

—Mi tío sería capaz de decir cualquier cosa con tal de pasar un rato a solas con un libro que le fascine —adujo Clara—. Pero tú debes preguntarte cómo alguien que está ciego puede ser experto en libros si no los puede leer.

—No se me había ocurrido, la verdad.

—Para tener casi once años no mientes mal. Vigila, o acabarás como mi tío.

Temiendo meter la pata por enésima vez, me limité a permanecer sentado en silencio, contemplándola embobado.

—Anda, acércate —dijo ella.

—¿Perdón?

—Acércate sin miedo. No te voy a comer.

Me incorporé de la silla y me aproximé hasta donde Clara estaba sentada. La sobrina del librero alzó la mano derecha, buscándome a tientas. Sin saber bien cómo debía proceder, hice otro tanto y le ofrecí mi mano. La tomó en su mano izquierda, y Clara me ofreció en silencio su derecha. Comprendí instintivamente lo que me pedía, y la guié hasta mi rostro. Su tacto era firme y delicado a un tiempo. Sus dedos me recorrieron las mejillas y los pómulos. Permanecí inmóvil, casi sin atreverme a respirar, mientras Clara leía mis facciones con sus manos. Mientras lo hacía, sonreía para sí y pude advertir que sus labios se entrecerraban, como murmurando en silencio. Sentí el roce de sus manos en la frente, en el pelo y en los párpados. Se detuvo sobre mis labios, dibujándolos en silencio con el índice y el anular. Los dedos le olían a canela. Tragué saliva, notando que el pulso se me lanzaba a la brava y agradeciendo a la divina providencia que no hubiera testigos oculares para presenciar mi sonrojo, que hubiera bastado para prender un habano a un palmo de distancia.

3

Aquella tarde de brumas y llovizna, Clara Barceló me robó el corazón, la respiración y el sueño. Al amparo de la luz embrujada del Ateneo, sus manos escribieron en mi piel una maldición que habría de perseguirme durante años. Mientras yo la contemplaba embelesado, la sobrina del librero me explicó su historia y cómo ella había tropezado, también por casualidad, con las páginas de Julián Carax. El accidente había tenido lugar en un pueblo de la Provenza. Su padre, abogado de prestigio vinculado al gabinete del presidente Companys, había tenido la clarividencia de enviar a su hija y a su esposa a vivir con su hermana al otro lado de la frontera al inicio de la guerra civil. No faltó quien opinase que aquello era una exageración, que en Barcelona no iba a pasar nada y que en España, cuna y pináculo de la civilización cristiana, la barbarie era cosa de los anarquistas, y éstos, en bicicleta y con parches en los calcetines, no podían llegar muy lejos. Los pueblos no se miran nunca en el espejo, decía siempre el padre de Clara, y menos con una guerra entre las cejas. El abogado era un buen lector de la historia y sabía que el futuro se leía en las calles, las factorías y los cuarteles con más claridad que en la prensa de la mañana. Durante meses les escribió todas las semanas. Al principio lo hacía desde el bufete de la calle Diputación, luego sin remite y, finalmente, a escondidas, desde una celda en el castillo de Montjuïc donde, como a tantos, nadie le vio entrar y de donde nunca volvió a salir.

La madre de Clara leía las cartas en voz alta, disimulando mal el llanto y saltándose los párrafos que su hija intuía sin necesidad de leerlos. Más tarde, a medianoche, Clara convencía a su prima Claudette para que le leyese de nuevo las cartas de su padre en su integridad. Así era cómo Clara leía, con ojos de prestado. Nadie la vio nunca derramar una lágrima, ni cuando dejaron de recibir correspondencia del abogado ni cuando las noticias de la guerra hicieron suponer lo peor.

—Mi padre sabía desde el principio lo que iba a pasar —explicó Clara—. Permaneció al lado de sus amigos porque pensaba que ésa era su obligación. Le mató la lealtad a gentes que, cuando les llegó la hora, le traicionaron. Nunca te fíes de

nadie, Daniel, especialmente de la gente a la que admiras. Ésos son los que te pegarán las peores puñaladas.

Clara pronunciaba estas palabras con una dureza que parecía forjada en años de secreto y sombra. Me perdí en su mirada de porcelana, ojos sin lágrimas ni engaños, escuchándola hablar de cosas que por entonces yo no entendía. Clara describía personas, escenarios y objetos que nunca había visto con sus propios ojos con un detalle y una precisión de maestro de la escuela flamenca. Su idioma eran las texturas y los ecos, el color de las voces, el ritmo de los pasos. Me explicó cómo, durante los años del exilio en Francia, ella y su prima Claudette habían compartido un tutor y maestro particular, un cincuentón borrachín con ínfulas de literato que alardeaba de poder recitar la *Eneida* de Virgilio en latín sin acento y al que habían apodado como Monsieur Roquefort en virtud del peculiar aroma que su persona destilaba pese a los baños romanos de colonia y perfume con que adobaba su pantagruélica persona. Monsieur Roquefort, pese a sus notables peculiaridades (entre las que destacaba una firme y militante convicción de que el embutido y en particular las morcillas que Clara y su madre recibían de los parientes de España eran mano de santo para la circulación y el mal de gota), era hombre de gustos refinados. Desde joven viajaba a París una vez al mes para enriquecer su acervo cultural con las últimas novedades literarias, visitar museos y, se rumoreaba, pasar una noche de asueto en brazos de una nínfula a la que había bautizado como madame Bovary pese a que se llamaba Hortense y tenía cierta propensión al vello facial. En sus excursiones culturales, Monsieur Roquefort solía frecuentar un puesto de libros usados apostado frente a Notre-Dame y fue allí donde, por casualidad, se tropezó una tarde de 1929 con una novela de un autor desconocido, un tal Julián Carax. Siempre abierto a las novedades, Monsieur Roquefort adquirió el libro más que nada porque el título le resultaba sugerente y él siempre acostumbraba a leer algo ligero en el tren de vuelta. La novela llevaba por título *La casa roja*, y en la contraportada aparecía una imagen borrosa del autor, quizá una fotografía o un apunte al carbón. Según el texto biográfico, Julián Carax era un joven de veintisiete años que había nacido con el siglo en la ciudad de Barcelona y ahora vivía en París, escribía en francés y ejercía profesionalmente como pianista nocturno en un local de alterne. El texto de la sobrecubierta, pomposo y apolillado al gusto de la época, proclamaba en prosa prusiana que aquélla era la primera obra de un valor deslumbrante, un talento proteico e insigne, promesa de futuro para las letras europeas sin parangón en el mundo de los vivos. Con todo, la sinopsis referida a continuación daba a entender que la historia contenía elementos vagamente siniestros y de tono folletinesco, lo cual a ojos de Monsieur Roquefort siempre era un punto a favor, porque a él, después de los clásicos, lo que más le gustaba eran las intrigas de crimen y alcoba.

La casa roja relataba la atormentada vida de un misterioso individuo que asaltaba

jugueterías y museos para robar muñecos y títeres, a los que posteriormente arrancaba los ojos y llevaba a su vivienda, un fantasmal invernadero abandonado a orillas del Sena. Al irrumpir una noche en una mansión suntuosa de la avenue Foix para diezmar la colección privada de muñecos de un magnate enriquecido a través de turbias artimañas durante la revolución industrial, su hija, una señorita de la buena sociedad parisina, muy leída y fina ella, se enamoraba del ladrón. A medida que avanzaba el tortuoso romance, plagado de incidencias escabrosas y episodios a media luz, la heroína desentrañaba el misterio que llevaba al enigmático protagonista, que nunca revelaba su nombre, a cegar a los muñecos, descubría un horrible secreto sobre su propio padre y su colección de figuras de porcelana y se hundía inevitablemente en un final de tragedia gótica sin cuento.

Monsieur Roquefort, que era un corredor de fondo en las lides literarias y que se enorgullecía de poseer una amplia colección de cartas firmadas por todos los editores de París rechazando los tomos de verso y prosa que él les enviaba sin tregua, identificó la editorial que había publicado la novela como una casa del tres al cuarto, conocida, si acaso, por sus tomos de cocina, costura y otras artes del hogar. El dueño del puesto de libros usados le contó que la novela había salido apenas y que había conseguido arrancar un par de reseñas en dos diarios de provincias, junto a las notas necrológicas. En pocas líneas, los críticos se habían despachado a gusto y habían recomendado al novel Carax que no dejase su empleo de pianista, porque en la literatura estaba claro que no iba a dar la nota. Monsieur Roquefort, a quien se le ablandaba el corazón y el bolsillo ante las causas perdidas, decidió invertir medio franco y se llevó la novela del tal Carax junto con una edición exquisita del gran maestro, de quien se sentía heredero por reconocer, Gustave Flaubert.

El tren a Lyon iba repleto hasta los topes y Monsieur Roquefort no tuvo más remedio que compartir su cabina de segunda clase con un par de religiosas que, tan pronto dejaron atrás la estación de Austerlitz, no cesaron de lanzarle miradas de reprobación, murmurando por lo bajo. Ante semejante escrutinio, el maestro optó por rescatar aquella novela de su cartera y parapetarse tras sus páginas. Cuál fue su sorpresa cuando, cientos de kilómetros más tarde, descubrió que había olvidado a las hermanas, el vaivén del tren y el paisaje que se deslizaba como un mal sueño de los hermanos Lumière tras las ventanas del tren. Leyó toda la noche, ajeno a los ronquidos de las religiosas y a las estaciones fugaces en la niebla. Girando la última página al despuntar el alba, Monsieur Roquefort descubrió que tenía lágrimas en los ojos y el corazón envenenado de envidia y asombro.

Aquel mismo lunes, Monsieur Roquefort llamó a la editorial de París para solicitar información sobre el tal Julián Carax. Tras mucha insistencia, una telefonista

de tono asmático y disposición virulenta le respondió que el señor Carax no tenía dirección conocida, que de todos modos ya no estaba en tratos con la editorial en cuestión y que la novela *La casa roja* había vendido exactamente setenta y siete ejemplares desde el día de su publicación, presumiblemente adquiridos en su mayoría por las señoritas de virtud fácil y otros habituales del local donde el autor desgranaba nocturnos y polonesas por unas monedas. El resto de ejemplares habían sido devueltos y transformados en pasta de papel para imprimir misales, multas y billetes de lotería. La mísera fortuna del misterioso autor acabó por conquistar las simpatías de Monsieur Roquefort. Durante los siguientes diez años, en cada una de sus visitas a París, recorrería librerías de viejo en busca de más obras de Julián Carax. Nunca encontró ninguna. Casi nadie había oído hablar del autor, y a los que les sonaba, poco sabían. Había quien afirmaba que había publicado algunos libros más, siempre en editoriales de poca monta y con tirajes irrisorios. Esos libros, si realmente existían, eran imposibles de encontrar. Un librero afirmó una vez haber tenido en sus manos un ejemplar de una novela de Julián Carax llamada *El ladrón de catedrales* pero de eso hacía ya tiempo y no estaba del todo seguro. A finales de 1935 le llegaron noticias de que una nueva novela de Julián Carax, *La Sombra del Viento*, había sido publicada por una pequeña editorial de París. Escribió a la editorial para adquirir varios ejemplares. Nunca recibió contestación. Al año siguiente, en la primavera del 36, su antiguo amigo en el puesto de libros en la orilla sur del Sena le preguntó si seguía interesado en Carax. Monsieur Roquefort afirmó que él nunca se rendía. Era ya cuestión de tozudez: si el mundo se empeñaba en enterrar a Carax en el olvido, a él no le daba la gana de pasar por el aro. Su amigo le explicó que semanas atrás había circulado un rumor acerca de Carax. Parecía que por fin su suerte había cambiado. Iba a contraer matrimonio con una dama de buena posición y había publicado una nueva novela después de varios años de silencio que, por primera vez, había recibido una reseña favorable en *Le Monde*. Pero justo cuando parecía que los vientos iban a cambiar de rumbo, explicó el librero, Carax se había visto complicado en un duelo en el cementerio de Père Lachaise. Las circunstancias que rodearon este suceso no estaban claras. Cuanto se sabía era que el duelo había tenido lugar al alba del día en que Carax tenía que contraer matrimonio, y que el novio nunca se presentó en la iglesia.

Había opiniones para todos los gustos: unos le hacían muerto en aquel duelo y su cadáver abandonado en una tumba anónima; otros, más optimistas, preferían creer que Carax, complicado en algún asunto turbio, había tenido que abandonar a su prometida en el altar y huir de París para regresar a Barcelona. La tumba sin nombre nunca fue encontrada y poco después había circulado otra versión: Julián Carax, perseguido por la desgracia, había muerto en su ciudad natal en la más absoluta de las miserias. Las chicas del burdel donde tocaba el piano habían hecho una colecta para

pagarle un entierro decente. Cuando llegó el giro, el cadáver ya había sido enterrado en una fosa común, junto con los cuerpos de mendigos y gente sin nombre que aparecían flotando en el puerto o que morían de frío en la escalera del metro.

Aunque sólo fuese por llevar la contraria, Monsieur Roquefort no olvidó a Carax. Once años después de haber descubierto *La casa roja*, decidió prestar la novela a sus dos alumnas con la esperanza de que tal vez aquel extraño libro las animase a adquirir el hábito de la lectura. Clara y Claudette eran por entonces dos quinceañeras con las venas ardiendo de hormonas y con el mundo guiñándoles el ojo desde las ventanas de la sala de estudio. Pese a los esfuerzos de su tutor, hasta el momento habían demostrado ser inmunes al encanto de los clásicos, las fábulas de Esopo o el verso inmortal de Dante Alighieri. Monsieur Roquefort, temiendo que su contrato fuese rescindido al descubrir la madre de Clara que sus labores docentes estaban formando dos analfabetas con la cabeza llena de pájaros, optó por pasarles la novela de Carax con el pretexto de que era una historia de amor de las que hacían llorar a moco tendido, lo cual era una verdad a medias.

4

—Jamás me había sentido atrapada, seducida y envuelta por una historia como la que narraba aquel libro —explicó Clara—. Hasta entonces para mí las lecturas eran una obligación, una especie de multa a pagar a maestros y tutores sin saber muy bien para qué. No conocía el placer de leer, de explorar puertas que se te abren en el alma, de abandonarse a la imaginación, a la belleza y al misterio de la ficción y del lenguaje. Todo eso para mí nació con aquella novela. ¿Has besado alguna vez a una chica, Daniel?

Se me atragantó el cerebelo y la saliva se me transformó en serrín.

—Bueno, eres muy joven todavía. Pero es esa misma sensación, esa chispa de la primera vez que no se olvida. Éste es un mundo de sombras, Daniel, y la magia es un bien escaso. Aquel libro me enseñó que leer podía hacerme vivir más y más intensamente, que podía devolverme la vista que había perdido. Sólo por eso, aquel libro que a nadie importaba cambió mi vida.

Llegado a este punto, yo había quedado reducido a pasmarote, a merced de aquella criatura cuyas palabras y cuyos encantos no tenía yo modo, ni ganas, de resistir. Deseé que nunca dejase de hablar, que su voz me envolviese para siempre y que su tío no regresara jamás a quebrar aquel instante que me pertenecía sólo a mí.

—Durante años busqué otros libros de Julián Carax —continuó Clara—. Preguntaba en bibliotecas, en librerías, en escuelas… siempre en vano. Nadie había oído hablar de él o de sus libros. No podía entenderlo. Más adelante llegó a oídos de Monsieur Roquefort una extraña historia acerca de un individuo que se dedicaba a recorrer librerías y bibliotecas en busca de obras de Julián Carax y que, si las encontraba, las compraba, robaba o conseguía por cualquier medio; acto seguido les prendía fuego. Nadie sabía quién era, ni por qué lo hacía. Un misterio más que sumar al propio enigma de Carax. Con el tiempo, mi madre decidió que quería regresar a España. Estaba enferma y su hogar y su mundo siempre habían sido Barcelona. Secretamente, yo albergaba la esperanza de poder averiguar algo sobre Carax aquí, puesto que al fin y al cabo Barcelona había sido la ciudad donde había nacido y donde había desaparecido para siempre al principio de la guerra. Lo único que encontré fueron vías muertas, y eso contando con la ayuda de mi tío. A mi madre, en su propia búsqueda, le ocurrió otro tanto. La Barcelona que encontró a su regreso ya

no era la que había dejado atrás. Se encontró con una ciudad de tinieblas, en la que mi padre ya no vivía, pero que seguía embrujada por su recuerdo y su memoria en cada rincón. Como si no le bastase con aquella desolación, se empeñó en contratar a un individuo para que averiguase qué había sido exactamente de mi padre. Tras meses de investigaciones, todo lo que el investigador consiguió recuperar fue un reloj de pulsera roto y el nombre del hombre que había matado a mi padre en los fosos del castillo de Montjuïc. Se llamaba Fumero, Javier Fumero. Nos dijeron que este individuo, y no era el único, había empezado como pistolero a sueldo de la FAI y había flirteado con anarquistas, comunistas y fascistas, engañándolos a todos, vendiendo sus servicios al mejor postor y que, tras la caída de Barcelona, se había pasado al bando vencedor e ingresado en el cuerpo de policía. Hoy es un inspector famoso y condecorado. A mi padre no le recuerda nadie. Como puedes imaginarte, mi madre se apagó en apenas unos meses. Los médicos dijeron que era el corazón, y yo creo que por una vez acertaron. A la muerte de mi madre me fui a vivir con mi tío Gustavo, que era el único pariente que le quedaba a mi madre en Barcelona. Yo le adoraba, porque siempre me traía libros de regalo cuando venía a visitarnos. Él ha sido mi única familia, y mi mejor amigo, todos estos años. Aunque le veas así, un poco arrogante, en realidad tiene el alma de pan bendito. Todas las noches sin falta, aunque se caiga de sueño, me lee un rato.

—Si quiere usted, yo podría leer para usted —apunté solícito, arrepintiéndome al instante de mi osadía, convencido de que para Clara mi compañía sólo podía suponer un engorro, cuando no un chiste.

—Gracias, Daniel —repuso ella—. Me encantaría.

—Cuando usted quiera.

Asintió lentamente, buscándome con su sonrisa.

—Lamentablemente, no conservo aquel ejemplar de *La casa roja* —dijo—. Monsieur Roquefort se negó a desprenderse de él. Podría intentar contarte el argumento, pero sería como describir una catedral diciendo que es un montón de piedras que acaban en punta.

—Estoy seguro de que usted lo contaría mucho mejor que eso —murmuré.

Las mujeres tienen un instinto infalible para saber cuándo un hombre se ha enamorado de ellas perdidamente, especialmente si el varón en cuestión es tonto de capirote y menor de edad. Yo cumplía todos los requisitos para que Clara Barceló me enviase a paseo, pero preferí creer que su condición de invidente me garantizaba cierto margen de seguridad y que mi crimen, mi total y patética devoción por una mujer que me doblaba en edad, inteligencia y estatura, permanecería en la sombra. Me preguntaba qué podía ella ver en mí como para ofrecerme su amistad, sino acaso un pálido reflejo de ella misma, un eco de soledad y pérdida. En mis sueños de colegial siempre seríamos dos fugitivos cabalgando a lomos de un libro, dispuestos a escaparse a través de mundos de ficción y sueños de segunda mano.

Cuando Barceló regresó arrastrando una sonrisa felina habían pasado dos horas que a mí me habían sabido a dos minutos. El librero me tendió el libro y me guiñó el ojo.

—Míralo bien, albondiguilla, que luego no quiero que me vengas con que te he pegado el cambiazo, ¿eh?

—Me fío de usted —apunté.

—Valiente bobada. Al último interfecto que me vino con eso (turista yanqui él, convencido de que la fabada la había inventado Hemingway en los San Fermines) le vendí un *Fuenteovejuna* firmado por Lope de Vega a bolígrafo, fíjate tú, así que ándate con ojo, que en este negocio de los libros no te puedes fiar ni del índice.

Anochecía cuando salimos de nuevo a la calle Canuda. Una brisa fresca peinaba la ciudad, y Barceló se quitó el gabán para ponérselo sobre los hombros a Clara. No viendo oportunidad más idónea en ciernes, dejé caer como quien no quiere la cosa que si les parecía bien, podía pasarme al día siguiente por su domicilio a leer en voz alta algunos capítulos de *La Sombra del Viento* para Clara. Barceló me miró de reojo y soltó una carcajada seca a mi costa.

—Chaval, que te embalas —masculló, aunque su tono delataba su beneplácito.

—Bueno, si no les va bien, quizá otro día o…

—Clara tiene la palabra —dijo el librero—. En el piso ya tenemos siete gatos y dos cacatúas. No vendrá de una alimaña más o menos.

—Te espero entonces mañana a eso de las siete —concluyó Clara—. ¿Sabes la dirección?

5

Hubo un tiempo, de niño, en que quizá por haber crecido rodeado de libros y libreros, decidí que quería ser novelista y llevar una vida de melodrama. La raíz de mi ensoñación literaria, además de esa maravillosa simplicidad con que todo se ve a los cinco años, era una prodigiosa pieza de artesanía y precisión que estaba expuesta en una tienda de plumas estilográficas en la calle de Anselmo Clavé, justo detrás del Gobierno Militar. El objeto de mi devoción, una suntuosa pluma negra ribeteada con sabía Dios cuántas exquisiteces y rúbricas, presidía el escaparate como si se tratase de una de las joyas de la corona. El plumín, un prodigio en sí mismo, era un delirio barroco de plata, oro y mil pliegues que relucía como el faro de Alejandría. Cuando mi padre me sacaba de paseo, yo no callaba hasta que me llevaba a ver la pluma. Mi padre decía que aquélla debía de ser, por lo menos, la pluma de un emperador. Yo, secretamente, estaba convencido de que con semejante maravilla se podía escribir cualquier cosa, desde novelas hasta enciclopedias, e incluso cartas cuyo poder tenía que estar por encima de cualquier limitación postal. En mi ingenuidad, creía que lo que yo pudiese escribir con aquella pluma llegaría a todas partes, incluido aquel sitio incomprensible al que mi padre decía que mi madre había ido y del que no volvía nunca.

Un día se nos ocurrió entrar en la tienda a preguntar por el dichoso artilugio. Resultó ser que aquélla era la reina de las estilográficas, una Montblanc Meinsterstück de serie numerada, que había pertenecido, o eso aseguraba el encargado con solemnidad, nada menos que a Víctor Hugo. De aquel plumín de oro, fuimos informados, había brotado el manuscrito de *Los miserables*.

—Tal y como el Vichy Catalán brota del manantial de Caldas —atestiguó el encargado.

Según nos dijo, la había adquirido personalmente a un coleccionista venido de París y se había asegurado de la autenticidad de la pieza.

—¿Y qué precio tiene este caudal de prodigios, si no es mucho preguntar? —inquirió mi padre.

La sola mención de la cifra le quitó el color de la cara, pero yo estaba ya encandilado de remate. El encargado, tomándonos quizá por catedráticos de física, procedió a endosarnos un galimatías incomprensible sobre las aleaciones de metales

preciosos, esmaltes del Lejano Oriente y una revolucionaria teoría sobre émbolos y vasos comunicantes, todo ello parte de la ignota ciencia teutona que sostenía el trazo glorioso de aquel adalid de la tecnología gráfica. En su favor tengo que decir que, pese a que debíamos tener pinta de pelagatos, el encargado nos dejó manosear la pluma cuanto quisimos, la llenó de tinta para nosotros y me ofreció un pergamino para que pudiese anotar mi nombre y así iniciar mi carrera literaria a la zaga de Víctor Hugo. Luego, tras darle con un paño para sacarle de nuevo el lustre, la devolvió a su trono de honor.

—Quizá otro día —musitó mi padre.

Una vez en la calle, me dijo con voz mansa que no nos podíamos permitir su precio. La librería daba lo justo para mantenernos y enviarme a un buen colegio. La pluma Montblanc del augusto Víctor Hugo tendría que esperar. Yo no dije nada, pero mi padre debió de leer la decepción en mi rostro.

—Haremos una cosa —propuso—. Cuando ya tengas edad de empezar a escribir, volvemos y la compramos.

—¿Y si se la llevan antes?

—Ésta no se la lleva nadie, créeme. Y si no, le pedimos a don Federico que nos haga una, que ese hombre tiene las manos de oro.

Don Federico era el relojero del barrio, cliente ocasional de la librería y probablemente el hombre más educado y cortés de todo el hemisferio occidental. Su reputación de manitas llegaba desde el barrio de la Ribera hasta el mercader del Ninot. Otra reputación le acechaba, ésta de índole menos decorosa y relativa a su predilección erótica por efebos musculados del lumpen más viril y a cierta afición por vestirse de Estrellita Castro.

—¿Y si a don Federico no se le da lo de la pluma? —inquirí con divina inocencia.

Mi padre enarcó una ceja, quizá temiendo que aquellos rumores maledicentes me hubiesen maleado la inocencia.

—Don Federico de todo lo que sea alemán entiende un rato y es capaz de hacer un Volkswagen, si hace falta. Además, habría que ver si ya existían las estilográficas en tiempos de Víctor Hugo. Hay mucho vivo suelto.

A mí, el escepticismo historicista de mi padre me resbalaba. Yo creía la leyenda a pies juntillas, aunque no veía con malos ojos que don Federico me fabricase un sucedáneo. Tiempo habría para ponerse a la altura de Víctor Hugo. Para mi consuelo, y tal como había predicho mi padre, la pluma Montblanc permaneció durante años en aquel escaparate, que visitábamos religiosamente cada sábado por la mañana.

—Aún está ahí —decía yo, maravillado.

—Te espera —decía mi padre—. Sabe que algún día será tuya y que escribirás una obra maestra con ella.

—Yo quiero escribir una carta. A mamá. Para que no se sienta sola.

Mi padre me observó sin pestañear.

—Tu madre no está sola, Daniel. Está con Dios. Y con nosotros, aunque no

podamos verla.

Esa misma teoría me había expuesto en el colegio el padre Vicente, un jesuita veterano que tenía la mano rota para explicar todos los misterios del universo —desde el gramófono hasta el dolor de muelas— citando el Evangelio según san Mateo, pero en boca de mi padre sonaba a que aquello no se lo creían ni las piedras.

—¿Y Dios para qué la quiere?

—No lo sé. Si algún día le vemos, se lo preguntaremos.

Con el tiempo deseché la idea de la carta y supuse que, ya puestos, sería más práctico empezar con la obra maestra. A falta de la pluma, mi padre me prestó un lápiz Staedtler del número dos con el que garabateaba en un cuaderno. Mi historia, casualmente, giraba en torno a una prodigiosa pluma estilográfica de pasmoso parecido con la de la tienda y que, además, estaba embrujada. Más concretamente, la pluma estaba poseída por el alma torturada de un novelista que había muerto de hambre y frío, y que había sido su dueño. Al caer en manos de un aprendiz, la pluma se empeñaba en plasmar en el papel la última obra que el autor no había podido terminar en vida. No recuerdo de dónde la copié o de dónde vino, pero lo cierto es que nunca volví a tener una idea semejante. Mis intentos de plasmarla en la página, sin embargo, resultaron desastrosos. Una anemia de invención plagaba mi sintaxis y mis vuelos metafóricos me recordaban a los de los anuncios de baños efervescentes para pies que acostumbraba a leer en las paradas de los tranvías. Yo culpaba al lápiz y ansiaba la pluma que habría de convertirme en un maestro. Mi padre seguía mis accidentados progresos con una mezcla de orgullo y preocupación.

—¿Qué tal tu historia, Daniel?

—No sé. Supongo que si tuviese la pluma todo sería distinto.

Según mi padre, aquél era un razonamiento que sólo se le podría haber ocurrido a un literato en ciernes.

—Tú sigue dándole, que antes de que termines tu opera prima, yo te la compro.

—¿Lo prometes?

Siempre respondía con una sonrisa. Para fortuna de mi padre, mis aspiraciones literarias pronto se desvanecieron y quedaron relegadas al terreno de la oratoria. A ello contribuyó el descubrimiento de los juguetes mecánicos y de todo tipo de artilugios de latón que se podían encontrar en el mercado de Los Encantes a precios más acordes con nuestra economía familiar. La devoción infantil es amante infiel y caprichosa, y pronto sólo tuve ojos para los mecanos y los barcos de cuerda. No volví a pedirle a mi padre que me llevase a visitar la pluma de Víctor Hugo, y él no volvió a mencionarla. Aquel mundo parecía haberse esfumado para mí, pero durante mucho tiempo la imagen que tuve de mi padre, y que aún hoy conservo, fue la de aquel hombre flaco enfundado en un traje viejo que le venía grande y con un sombrero de segunda mano que había comprado en la calle Condal por siete pesetas, un hombre que no podía permitirse regalarle a su hijo una dichosa pluma que no servía para nada pero que parecía significarlo todo. Aquella noche, a mi regreso del Ateneo, le

encontré esperándome en el comedor, luciendo aquella misma cara de derrota y anhelo.

—Ya pensaba que te habías perdido por ahí —dijo—. Llamó Tomás Aguilar. Dice que habíais quedado. ¿Te olvidaste?

—Barceló, que se enrolla como una persiana —dije yo, asintiendo—. Ya no sabía cómo quitármelo de encima.

—Es buen hombre, pero un poco plomo. Tendrás hambre. La Merceditas nos ha bajado algo de sopa que había hecho para su madre. Esa muchacha vale un montón.

Nos sentamos a la mesa a degustar la limosna de la Merceditas, la hija de la vecina del tercero, que según todos iba para monja y santa, pero a la que yo había visto más de un par de veces asfixiando a besos a un marinero de manos hábiles que a veces la acompañaba hasta el portal.

—Esta noche tienes aire meditabundo —dijo mi padre, buscando la conversación.

—Será la humedad, que dilata el cerebro. Eso dice Barceló.

—Será algo más. ¿Te preocupa algo, Daniel?

—No. Sólo pensaba.

—¿En qué?

—En la guerra.

Mi padre asintió con gesto sombrío y sorbió su sopa en silencio. Era un hombre reservado y, aunque vivía en el pasado, casi nunca lo mencionaba. Yo había crecido en el convencimiento de que aquella lenta procesión de la posguerra, un mundo de quietud, miseria y rencores velados, era tan natural como el agua del grifo, y que aquella tristeza muda que sangraba por las paredes de la ciudad herida era el verdadero rostro de su alma. Una de las trampas de la infancia es que no hace falta comprender algo para sentirlo. Para cuando la razón es capaz de entender lo sucedido, las heridas en el corazón ya son demasiado profundas. Aquella noche primeriza de verano, caminando por ese anochecer oscuro y traicionero de Barcelona, no conseguía borrar de mi pensamiento el relato de Clara en torno a la desaparición de su padre. En mi mundo, la muerte era una mano anónima e incomprensible, un vendedor a domicilio que se llevaba madres, mendigos o vecinos nonagenarios como si se tratase de una lotería del infierno. La idea de que la muerte pudiera caminar a mi lado, con rostro humano y corazón envenenado de odio, luciendo uniforme o gabardina, que hiciese cola en el cine, riese en los bares o llevase a los niños de paseo al parque de la Ciudadela por la mañana y por la tarde hiciese desaparecer a alguien en las mazmorras del castillo de Montjuïc, o en una fosa común sin nombre ni ceremonial, no me cabía en la cabeza. Dándole vueltas, se me ocurrió que tal vez aquel universo de cartón piedra que yo daba por bueno no fuese más que un decorado. En aquellos años robados, el fin de la infancia, como la Renfe, llegaba cuando llegaba.

Compartimos aquella sopa de caldo de sobras con pan, rodeados por el murmullo pegajoso de los seriales de radio que se colaban a través de las ventanas abiertas a la plaza de la iglesia.

—Entonces, ¿qué tal todo hoy con don Gustavo?

—Conocí a su sobrina, Clara.

—¿La ciega? Dicen que es una belleza.

—No sé. Yo no me fijo.

—Más te vale.

—Les dije que a lo mejor me pasaba mañana por su casa, al salir del colegio, para leerle algo a la pobre, que está muy sola. Si tú me das permiso.

Mi padre me examinó de reojo, como si se preguntase si estaba él envejeciendo prematuramente o yo creciendo demasiado rápido. Decidí cambiar de tema, y el único que pude encontrar era el que me consumía las entrañas.

—En la guerra, ¿es verdad que se llevaban a la gente al castillo de Montjuïc y no se les volvía a ver?

Mi padre apuró la cucharada de sopa sin inmutarse y me miró detenidamente, la sonrisa breve resbalándole de los labios.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Barceló?

—No. Tomás Aguilar, que a veces cuenta historias en el colegio.

Mi padre asintió lentamente.

—En tiempos de guerra ocurren cosas que son muy difíciles de explicar, Daniel. Muchas veces, ni yo sé lo que significan de verdad. A veces es mejor dejar las cosas como están.

Suspiró y sorbió la sopa sin ganas. Yo le observaba, callado.

—Antes de morir, tu madre me hizo prometer que nunca te hablaría de la guerra, que no dejaría que recordases nada de lo que sucedió.

No supe qué contestar. Mi padre entornó la mirada, como si buscase algo en el aire. Miradas o silencios, o quizá a mi madre para que corroborase sus palabras.

—A veces pienso que me he equivocado al hacerle caso. No lo sé.

—Es igual, papá…

—No, no es igual, Daniel. Nada es igual después de una guerra. Y sí, es cierto que hubo mucha gente que entró en ese castillo y nunca salió.

Nuestras miradas se encontraron brevemente. Al poco, mi padre se levantó y se refugió en su habitación, herido de silencio. Retiré los platos y los deposité en la pequeña pila de mármol de la cocina para fregarlos. Al volver al salón, apagué la luz y me senté en el viejo butacón de mi padre. El aliento de la calle aleteaba en las cortinas. No tenía sueño, ni ganas de tentarlo. Me acerqué al balcón y me asomé hasta ver el reluz vaporoso que vertían las farolas en la Puerta del Ángel. La figura se recortaba en un retazo de sombra tendido sobre el empedrado de la calle, inerte. El

tenue parpadeo ámbar de la brasa de un cigarrillo se reflejaba en sus ojos. Vestía de oscuro, una mano enfundada en el bolsillo de la chaqueta, la otra acompañando al cigarro que tejía una telaraña de humo azul en torno a su perfil. Me observaba en silencio, el rostro velado al contraluz del alumbrado de la calle. Permaneció allí por espacio de casi un minuto fumando con abandono, la mirada fija en la mía. Luego, al escucharse las campanadas de medianoche en la catedral, la figura hizo un leve asentimiento con la cabeza, un saludo tras el cual intuí una sonrisa que no podía ver. Quise corresponder, pero me había quedado paralizado. La figura se volvió y le vi alejarse cojeando ligeramente. Cualquier otra noche apenas hubiese reparado en la presencia de aquel extraño, pero tan pronto le perdí de vista en la neblina sentí un sudor frío en la frente y me faltó el aliento. Había leído una descripción idéntica de aquella escena en *La Sombra del Viento*. En el relato, el protagonista se asomaba todas las noches al balcón a medianoche y descubría que un extraño le observaba desde las sombras, fumando con abandono. Su rostro siempre quedaba velado en la oscuridad y sólo sus ojos se insinuaban en la noche, ardiendo como brasas. El extraño permanecía allí, con la mano derecha enfundada en el bolsillo de una chaqueta negra, para luego alejarse, cojeando. En la escena que yo acababa de presenciar, aquel extraño hubiera podido ser cualquier trasnochador, una figura sin rostro ni identidad. En la novela de Carax, aquel extraño era el diablo.

6

Un sueño espeso de olvido y la perspectiva de que aquella tarde volvería a ver a Clara me persuadieron de que la visión no había sido más que una casualidad. Quizá aquel inesperado brote de imaginación febril fuera sólo presagio del prometido y ansiado estirón que, según todas las vecinas de la escalera, iba a hacer de mí un hombre, si no de provecho, al menos de buena planta. A las siete en punto, vistiendo mis mejores galas y destilando vapores de colonia Varón Dandy que había tomado prestada de mi padre, me planté en la vivienda de don Gustavo Barceló dispuesto a estrenarme como lector a domicilio y moscón de salón. El librero y su sobrina compartían un piso palaciego en la plaza Real. Una criada de uniforme, cofia y una vaga expresión de legionario me abrió la puerta con reverencia teatral.

—Usted debe de ser el señorito Daniel —dijo—. Yo soy la Bernarda, para servirle a usted.

La Bernarda afectaba un tono ceremonioso que navegaba con acento cacereño cerrado a cal y canto. Con pompa y circunstancia, la Bernarda me guió a través de la residencia de los Barceló. El piso, un principal, rodeaba la finca y describía un círculo de galerías, salones y pasillos que a mí, acostumbrado a la modesta vivienda familiar en la calle Santa Ana, me semejaba una miniatura de El Escorial. A la vista estaba que don Gustavo, amén de libros, incunables y todo tipo de arcana bibliografía, coleccionaba estatuas, cuadros y retablos, por no decir abundante fauna y flora. Seguí a la Bernarda a través de una galería rebosante de follaje y especímenes del trópico que constituían un verdadero invernadero. El acristalado de la galería tamizaba una luz dorada de polvo y vapor. El aliento de un piano flotaba en el aire, lánguido y arrastrando las notas con desabrigo. La Bernarda se abría paso entre la espesura blandiendo sus brazos de descargador portuario a modo de machetes. Yo la seguía de cerca, estudiando el entorno y reparando en la presencia de media docena de felinos y un par de cacatúas de color rabioso y tamaño enciclopédico a las que, según me explicó la criada, Barceló había bautizado como Ortega y Gasset, respectivamente. Clara me esperaba en un salón al otro lado de este bosque que miraba sobre la plaza. Enfundada en un vaporoso vestido de algodón azul turquesa, el objeto de mis turbios anhelos tocaba el piano al amparo de un soplo de luz que se prismaba desde el rosetón. Clara tocaba mal, a destiempo y equivocando la mitad de las notas, pero a mí

su serenata me sonaba a gloria y el verla erguida frente al teclado, con una media sonrisa y la cabeza ladeada, me inspiraba una visión celestial. Iba a carraspear para denotar mi presencia, pero los efluvios de Varón Dandy me delataron. Clara cesó su concierto de súbito y una sonrisa avergonzada le salpicó el rostro.

—Por un momento había pensado que eras mi tío —dijo—. Me tiene prohibido que toque a Mompou, porque dice que lo que hago con él es un sacrilegio.

El único Mompou que yo conocía era un cura macilento y de propensión flatulenta que nos daba clases de física y química, y la asociación de ideas se me apareció grotesca, cuando no improbable.

—Pues a mí me parece que tocas de maravilla —apunté.

—Qué va. Mi tío, que es un melómano de pro, hasta me ha puesto un maestro de música para enmendarme. Es un compositor joven que promete mucho. Se llama Adrián Neri y ha estudiado en París y en Viena. Tengo que presentártelo. Está componiendo una sinfonía que le va a estrenar la orquesta Ciudad de Barcelona, porque su tío está en la junta directiva. Es un genio.

—¿El tío o el sobrino?

—No seas malicioso, Daniel. Seguro que Adrián te cae divinamente.

Como un piano de cola desde un séptimo piso, pensé.

—¿Te apetece merendar algo? —ofreció Clara—. Bernarda hace unos bizcochos de canela que quitan el hipo.

Merendamos como la realeza, devorando cuanto la criada nos ponía a tiro. Yo ignoraba el protocolo de estas ocasiones y no sabía muy bien cómo proceder. Clara, que siempre parecía leer mis pensamientos, me sugirió que cuando quisiera podía leer *La Sombra del Viento* y que, ya puestos, podía empezar por el principio. De esta guisa, emulando aquellas voces de Radio Nacional que recitaban viñetas de corte patriótico poco después de la hora del ángelus con prosopopeya ejemplar, me lancé a revisitar el texto de la novela una vez más. Mi voz, un tanto envarada al principio, se fue relajando paulatinamente y pronto me olvidé de que estaba recitando para volver a sumergirme en la narración, descubriendo cadencias y giros en la prosa que fluían como motivos musicales, acertijos de timbre y pausa en los que no había reparado en mi primera lectura. Nuevos detalles, briznas de imágenes y espejismos despuntaron entre líneas, como el tramado de un edificio que se contempla desde diferentes ángulos. Leí por espacio de una hora, atravesando cinco capítulos hasta que sentí la voz seca y media docena de relojes de pared resonaron en todo el piso recordándome que ya se me estaba haciendo tarde. Cerré el libro y observé a Clara, que me sonreía serenamente.

—Me recuerda un poco a *La casa roja* —dijo—. Pero ésta parece una historia menos sombría.

—No te confíes —dije—. Es sólo el principio. Luego las cosas se complican.

—Tienes que irte ya, ¿verdad? —preguntó Clara.

—Me temo que sí. No es que quiera, pero…

—Si no tienes otra cosa que hacer, puedes volver mañana —sugirió Clara—. Pero no quiero abusar de…

—¿A las seis? —ofrecí—. Lo digo porque así tendremos más tiempo.

Aquel encuentro en la sala de música del piso de la plaza Real fue el primero entre muchos más a lo largo de aquel verano de 1945 y de los años que siguieron. Pronto mis visitas al piso de los Barceló se hicieron casi diarias, menos los martes y jueves, días en que Clara tenía clase de música con el tal Adrián Neri. Pasaba horas allí y con el tiempo me aprendí de memoria cada sala, cada corredor y cada planta del bosque de don Gustavo. *La Sombra del Viento* nos duró un par de semanas, pero no nos costó trabajo encontrar sucesores con que llenar nuestras horas de lectura. Barceló disponía de una fabulosa biblioteca y, a falta de más títulos de Julián Carax, nos paseamos por docenas de clásicos menores y de frivolidades mayores. Algunas tardes apenas leíamos, y nos dedicábamos sólo a conversar o incluso a salir a dar un paseo por la plaza o a caminar hasta la catedral. A Clara le encantaba sentarse a escuchar los murmullos de la gente en el claustro y adivinar el eco de los pasos en los callejones de piedra. Me pedía que le describiese las fachadas, las gentes, los coches, las tiendas, las farolas y los escaparates a nuestro paso. A menudo, me tomaba del brazo y yo la guiaba por nuestra Barcelona particular, una que sólo ella y yo podíamos ver. Siempre acabábamos en una granja de la calle Petritxol, compartiendo un plato de nata o un suizo con melindros. A veces la gente nos miraba de refilón, y más de un camarero listillo se refería a ella como «tu hermana mayor», pero yo hacía caso omiso de burlas e insinuaciones. Otras veces, no sé si por malicia o por morbosidad, Clara me hacía confidencias extravagantes que yo no sabía bien cómo encajar. Uno de sus temas favoritos era el de un extraño, un individuo que se le acercaba a veces cuando ella estaba a solas en la calle, y le hablaba con voz quebrada. El misterioso individuo, que nunca mencionaba su nombre, le hacía preguntas sobre don Gustavo, e incluso sobre mí. En una ocasión le había acariciado la garganta. A mí, estas historias me martirizaban sin piedad. En otra ocasión, Clara aseguró que le había rogado al supuesto extraño que la dejase leer su rostro con las manos. Él guardó silencio, lo que ella interpretó como un sí. Cuando alzó las manos hasta la cara del extraño, él la detuvo en seco, no sin antes darle oportunidad a Clara de palpar lo que le pareció cuero.

—Como si llevase una máscara de piel —decía.

—Eso te lo estás inventando, Clara.

Clara juraba y perjuraba que era cierto, y yo me rendía, atormentado por la imagen de aquel desconocido de dudosa existencia que se complacía en acariciar ese cuello de cisne, y a saber qué más, mientras a mí sólo me estaba permitido anhelarlo. Si me hubiese parado a pensarlo, hubiera comprendido que mi devoción por Clara no era más que una fuente de sufrimiento. Quizá por eso la adoraba más, por esa estupidez eterna de perseguir a los que nos hacen daño. A lo largo de aquel verano, yo sólo temía el día en que volviesen a empezar las clases y no dispusiera de todo el

día para pasarlo con Clara.

La Bernarda, que ocultaba una naturaleza de madraza bajo su severo semblante, acabó por tomarme cariño a fuerza de tanto verme y, a su modo y manera, decidió adoptarme.

—Se conoce que este muchacho no tiene madre, fíjese usted —solía decirle a Barceló—. A mí es que me da una pena, pobrecillo.

La Bernarda había llegado a Barcelona poco después de la guerra, huyendo de la pobreza y de un padre que a las buenas le pegaba palizas y la trataba de tonta, fea y guarra, y a las malas la acorralaba en las porquerizas, borracho, para manosearla hasta que ella lloraba de terror y él la dejaba ir, por mojigata y estúpida, como su madre. Barceló se la había tropezado por casualidad cuando la Bernarda trabajaba en un puesto de verduras del mercado del Borne y, siguiendo una intuición, le había ofrecido empleo a su servicio.

—Lo nuestro será como en *Pigmalión* —anunció—. Usted será mi Eliza y yo su profesor Higgins.

La Bernarda, cuyo apetito literario se saciaba con la *Hoja Dominical*, le miró de reojo.

—Oiga, que una será pobre e ignorante, pero muy decente.

Barceló no era exactamente George Bernard Shaw, pero aunque no había conseguido dotar a su pupila de la dicción y el duende de don Manuel Azaña, sus esfuerzos habían acabado por refinar a la Bernarda y enseñarle maneras y hablares de doncella de provincias. Tenía veintiocho años, pero a mí siempre me pareció que arrastraba diez más, aunque sólo fuera en la mirada. Era muy de misa y devota de la virgen de Lourdes hasta el punto del delirio. Acudía a diario a la basílica de Santa María del Mar a oír el servicio de las ocho y se confesaba tres veces por semana como mínimo. Don Gustavo, que se declaraba agnóstico (lo cual la Bernarda sospechaba era una afección respiratoria, como el asma, pero de señoritos), opinaba que era matemáticamente imposible que la criada pecase lo suficiente como para mantener semejante ritmo de confesión.

—Si tú eres más buena que el pan, Bernarda —decía, indignado—. Esta gente que ve pecado en todas partes está enferma del alma y, si me apuras, de los intestinos. La condición básica del beato ibérico es el estreñimiento crónico.

Al oír tamañas blasfemias, la Bernarda se santiguaba por quintuplicado. Más tarde, por la noche, decía una oración extra por el alma poluta del señor Barceló, que tenía buen corazón, pero a quien de tanto leer se le habían podrido los sesos, como a Sancho Panza. De Pascuas a Ramos, a la Bernarda le salían novios que le pegaban, le sacaban los pocos cuartos que tenía en una cartilla de ahorros, y tarde o temprano la dejaban tirada. Cada vez que se producía una de estas crisis, la Bernarda se encerraba en el cuarto que tenía en la parte de atrás del piso a llorar durante días y juraba que se

iba a matar con el veneno para las ratas o a beberse una botella de lejía. Barceló, tras agotar todas sus artimañas de persuasión, se asustaba de veras y tenía que llamar al cerrajero de guardia para que abriese la puerta de la habitación y a su médico de cabecera para que le administrase a la Bernarda un sedante de caballo. Cuando la pobre despertaba dos días después, el librero le compraba rosas, bombones, un vestido nuevo y la llevaba al cine a ver una de Cary Grant, que según ella, después de José Antonio, era el hombre más guapo de la historia.

—Oiga, y dicen que Cary Grant es de la acera de enfrente —murmuraba ella, atiborrándose de chocolatinas—. ¿Será posible?

—Sandeces —sentenciaba Barceló—. El cazurro y el zoquete viven en un estado de perenne envidia.

—Qué bien habla el señor. Se conoce que ha ido a la universidad esa del sorbete.

—Sorbona —corregía Barceló, sin acritud.

Era muy difícil no querer a la Bernarda. Sin habérselo pedido nadie, cocinaba y cosía para mí. Me arreglaba la ropa, los zapatos, me peinaba, me cortaba el pelo, me compraba vitaminas y dentífrico, e incluso llegó a regalarme una medallita con un frasco de cristal que contenía agua bendita traída desde Lourdes en autobús por una hermana suya que vivía en San Adrián de Besós. A veces, mientras se empeñaba en examinarme el pelo en busca de liendres y otros parásitos, me hablaba en voz baja.

—La señorita Clara es lo más grande del mundo, y quiera Dios que me caiga muerta si algún día se me ocurre criticarla, pero no está bien que el señorito se obsesione mucho con ella, si me entiende usted lo que quiero decir.

—No te preocupes, Bernarda, si sólo somos amigos.

—Pues eso mismo digo yo.

Para ilustrar sus argumentos, la Bernarda procedía entonces a relatarme alguna historia que había oído por la radio en torno a un muchacho que se había enamorado indebidamente de su maestra y al que, por obra de algún sortilegio justiciero, se le había caído el pelo y los dientes al tiempo que la cara y las manos se le recubrían de hongos recriminatorios, una suerte de lepra del libidinoso.

—La lujuria es muy mala cosa —concluía la Bernarda—. Se lo digo yo.

Don Gustavo, pese a los chistes que se marcaba a mi costa, veía con buenos ojos mi devoción por Clara y mi entusiasta entrega de acompañante. Yo atribuía su tolerancia al hecho de que probablemente me consideraba inofensivo. De tarde en tarde, seguía dejándome caer ofertas suculentas para adquirir la novela de Carax. Me decía que había comentado el tema con algunos colegas del gremio de libros de anticuario y todos coincidían que un Carax ahora podía valer una fortuna, especialmente en Francia. Yo siempre le decía que no y él se limitaba a sonreír, ladino. Me había entregado una copia de las llaves del piso para que entrase y saliese sin estar pendiente de si él o la Bernarda estaban en casa para abrirme. Mi padre era harina de otro costal. Con el paso de los años había superado su reparo innato a abordar cualquier tema que le preocupase de veras. Una de las primeras

consecuencias de este progreso fue que empezó a mostrar su clara desaprobación de mi relación con Clara.

—Tendrías que ir con amigos de tu edad, como Tomás Aguilar, que lo tienes olvidado y es un muchacho estupendo, y no con una mujer que ya tiene años de casarse.

—¿Qué más dará la edad que tenga cada uno si somos buenos amigos?

Lo que más me dolió fue la alusión a Tomás, porque era cierta. Hacía meses que no salía por ahí con él, cuando antes habíamos sido inseparables. Mi padre me observó con reprobación.

—Daniel, tú no sabes nada de las mujeres, y ésa juega contigo como un gato con un canario.

—Eres tú el que no sabe nada de mujeres —replicaba yo, ofendido—. Y de Clara, menos.

Nuestras conversaciones sobre el tema rara vez iban más allá de un intercambio de reproches y miradas. Cuando no estaba en el colegio o con Clara, todo mi tiempo lo dedicaba a ayudar a mi padre en la librería. Ordenando el almacén de la trastienda, llevando pedidos, haciendo recados o atendiendo a los clientes habituales. Mi padre se quejaba de que no ponía la cabeza ni el corazón en el trabajo. Yo, a mi vez, replicaba que me pasaba la vida entera allí y que no entendía de qué tenía que quejarse. Muchas noches, sin poder conciliar el sueño, recordaba aquella intimidad, aquel pequeño mundo que ambos habíamos compartido en los años que siguieron a la muerte de mi madre, los años de la pluma de Víctor Hugo y las locomotoras de latón. Los recordaba como años de paz y tristeza, un mundo que se desvanecía, que se había venido evaporando desde aquel amanecer en que mi padre me había llevado a visitar el Cementerio de los Libros Olvidados. Un día mi padre descubrió que yo había regalado el libro de Carax a Clara y montó en cólera.

—Me has decepcionado, Daniel —me dijo—. Cuando te llevé a aquel lugar secreto, te dije que el libro que escogieras era algo especial, que tú lo ibas a adoptar y que debías responsabilizarte de él.

—Entonces tenía diez años, papá, y aquello era un juego de niños.

Mi padre me miró como si le hubiese apuñalado.

—Y ahora tienes catorce, y no sólo sigues siendo un niño, eres un niño que se cree un hombre. Vas a llevarte muchos disgustos en la vida, Daniel. Y muy pronto.

En aquellos días yo quería creer que a mi padre le dolía que pasase tanto tiempo con los Barceló. El librero y su sobrina vivían en un mundo de lujos que mi padre apenas podía olfatear. Pensaba que le molestaba que la criada de don Gustavo se comportase conmigo como si fuese mi madre y que le ofendía que yo aceptase que alguien pudiera desempeñar aquel papel. A veces, mientras yo andaba por la trastienda haciendo paquetes o preparando un envío, oía a algún cliente bromear con mi padre.

—Sempere, usted lo que tiene que hacer es buscarse una buena chavala, que

ahora sobran viudas de buen ver y en la flor de la vida, ya me entiende usted. Una buena moza le arregla a uno la vida, amigo mío, y le quita veinte años de encima. Lo que no puedan un par de tetas…

Mi padre nunca respondía a estas insinuaciones, pero a mí cada vez me parecían más sensatas. En una ocasión, en una de nuestras cenas que se habían transformado en combates de silencios y miradas robadas, saqué el tema a relucir. Creía que si era yo quien lo sugería, facilitaría las cosas. Mi padre era un hombre bien parecido, de aspecto pulcro y cuidado, y me constaba que más de una mujer en el barrio lo veía con buenos ojos.

—A ti te ha resultado muy fácil encontrar una sustituta para tu madre —replicó con amargura—. Pero para mí no la hay y no tengo interés alguno en buscarla.

A medida que pasaba el tiempo, las insinuaciones de mi padre y de la Bernarda, e incluso de Barceló, empezaron a hacer mella en mí. Algo en mi interior me decía que estaba metiéndome en un camino sin salida, que no podía esperar que Clara viese en mí más que a un muchacho al que llevaba diez años. Sentía que cada día se me hacía más difícil estar junto a ella, sufrir el roce de sus manos o llevarla del brazo cuando paseábamos. Llegó un punto en que la mera proximidad con ella se traducía en casi un dolor físico. A nadie se le escapaba este hecho, y menos que a nadie a Clara.

—Daniel, creo que tenemos que hablar —me decía—. Yo creo que no me he portado bien contigo…

Nunca le dejaba acabar sus frases. Salía de la habitación con cualquier excusa y huía. Eran días en que creí estar enfrentándome al calendario en una carrera imposible. Temía que el mundo de espejismos que había construido en torno a Clara se acercase a su fin. Poco imaginaba yo que mis problemas apenas habían empezado.

MISERIA Y COMPAÑÍA

—

1950-1952

7

El día de mi dieciséis cumpleaños conjuré la peor de cuantas ocurrencias funestas había alumbrado a lo largo de mi corta existencia. Por mi cuenta y riesgo, había decidido organizar una cena de cumpleaños e invitar a Barceló, a la Bernarda y a Clara. Mi padre opinaba que aquello era un error.

—Es mi cumpleaños —repliqué cruelmente—. Trabajo para ti todos los demás días del año. Al menos por una vez, dame el gusto.

—Haz lo que quieras.

Los meses precedentes habían sido los más confusos de mi extraña amistad con Clara. Ya casi nunca leía para ella. Clara rehuía sistemáticamente cualquier ocasión que implicase quedarse a solas conmigo. Siempre que la visitaba, su tío estaba presente fingiendo leer el diario, o la Bernarda se materializaba trajinando por el foro y lanzándome miradas de soslayo. Otras veces, la compañía venía en forma de una o varias de las amigas de Clara. Yo las llamaba las Hermanas Anisete, siempre tocadas de un recato y un semblante virginal, patrullando las proximidades de Clara con un misal en la mano y una mirada policial que mostraba sin tapujos que yo estaba de sobra, que mi presencia avergonzaba a Clara y al mundo. El peor de todos, sin embargo, era el maestro Neri, cuya infausta sinfonía seguía inconclusa. Era un tipo atildado, un niñato de San Gervasio que pese a dárselas de Mozart, a mí, rezumando brillantina, me recordaba más a Carlos Gardel. De genio yo sólo le encontraba la mala baba. Le hacía la rosca a don Gustavo sin dignidad ni decoro, y flirteaba con la Bernarda en la cocina, haciéndola reír con sus ridículos regalos de bolsas de peladillas y pellizcos en el culo. Yo, en pocas palabras, le detestaba a muerte. La antipatía era mutua. Neri siempre aparecía por allí con sus partituras y su arrogante ademán, mirándome como si fuese un grumetillo indeseable y poniendo toda clase de reparos a mi presencia.

—*Niño*, ¿tú no tienes que irte a hacer los deberes?

—¿Y usted, *maestro*, no tenía una sinfonía que acabar?

Al final, entre todos podían conmigo y yo me largaba cabizbajo y derrotado, deseando haber tenido la labia de don Gustavo para poner a aquel engreído en su sitio.

El día de mi cumpleaños, mi padre bajó al horno de la esquina y compró el mejor pastel que encontró. Dispuso la mesa en silencio, colocando la plata y la vajilla buena. Encendió velas y preparó una cena con los platos que suponía mis favoritos. No cruzamos palabra en toda la tarde. Al anochecer, mi padre se retiró a su habitación, se enfundó su mejor traje y regresó con un paquete envuelto en papel de celofán que colocó en la mesita del comedor. Mi regalo. Se sentó a la mesa, se sirvió una copa de vino blanco, y esperó. La invitación decía que la cena era a las ocho y media. A las nueve y media todavía estábamos esperando. Mi padre me observaba con tristeza sin decir nada. A mí me ardía el alma de rabia.

—Estarás contento —dije—. ¿Es esto lo que querías?

—No.

La Bernarda se presentó media hora más tarde. Traía una cara de funeral y un recado de la señorita Clara. Me deseaba muchas felicidades, pero sentía no poder asistir a mi cena de cumpleaños. El señor Barceló se había tenido que ausentar de la ciudad durante unos días por asuntos de negocios y Clara se había visto obligada a cambiar la hora de su clase de música con el maestro Neri. Ella había venido porque era su tarde libre.

—¿Clara no puede venir porque tiene una clase de música? —pregunté, atónito.

La Bernarda bajó la vista. Estaba casi llorando cuando me tendió un pequeño paquete que contenía su regalo y me besó ambas mejillas.

—Si no le gusta, se puede cambiar —dijo.

Me quedé a solas con mi padre, contemplando la vajilla buena, la plata y las velas consumiéndose en silencio.

—Lo siento, Daniel —dijo mi padre.

Asentí en silencio, encogiéndome de hombros.

—¿No vas a abrir tu regalo? —preguntó.

Mi única respuesta fue el portazo que di al salir. Bajé las escaleras con furia, sintiendo los ojos rebosando lágrimas de ira al salir a la calle desolada, bañada de luz azul y de frío. Llevaba el corazón envenenado y la mirada me temblaba. Eché a andar sin rumbo, ignorando al extraño que me observaba inmóvil desde la Puerta del Ángel. Vestía el mismo traje oscuro, su mano derecha enfundada en el bolsillo de la chaqueta. Sus ojos dibujaban briznas de luz a la lumbre de un cigarro. Cojeando levemente, empezó a seguirme.

Anduve callejeando sin rumbo durante más de una hora hasta llegar a los pies del monumento a Colón. Crucé hasta los muelles y me senté en los peldaños que se hundían en las aguas tenebrosas junto al muelle de las golondrinas. Alguien había fletado una excursión nocturna y se podían oír las risas y la música flotando desde la procesión de luces y reflejos en la dársena del puerto. Recordé los días en que mi padre y yo hacíamos la travesía en las golondrinas hasta la punta del espigón. Desde allí podía verse la ladera del cementerio en la montaña de Montjuïc y la ciudad de los

muertos, infinita. A veces yo saludaba con la mano, creyendo que mi madre seguía allí y nos veía pasar. Mi padre repetía mi saludo. Hacía ya años que no embarcábamos en una golondrina, aunque yo sabía que él a veces iba solo.

—Una buena noche para el remordimiento, Daniel —dijo la voz desde las sombras—. ¿Un cigarrillo?

Me incorporé de un brinco, con un frío súbito en el cuerpo. Una mano me ofrecía un pitillo desde la oscuridad.

—¿Quién es usted?

El extraño se adelantó hasta el umbral de la oscuridad, dejando su rostro velado. Un hálito de humo azul brotaba de su cigarrillo. Reconocí al instante el traje negro y aquella mano oculta en el bolsillo de la chaqueta. Los ojos le brillaban como cuentas de cristal.

—Un amigo —dijo—. O eso aspiro a ser. ¿Cigarrillo?

—No fumo.

—Bien hecho. Lamentablemente, no tengo nada más que ofrecerte, Daniel.

Su voz era arenosa, herida. Arrastraba las palabras y sonaba apagada y remota, como los discos de setenta y ocho revoluciones por minuto que coleccionaba Barceló.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Sé muchas cosas de ti. El nombre es lo de menos.

—¿Qué más sabe?

—Podría avergonzarte, pero no tengo ni el tiempo ni las ganas. Baste decir que sé que tienes algo que me interesa. Y estoy dispuesto a pagarte bien por ello.

—Me parece que se equivoca usted de persona.

—No, yo nunca me equivoco de persona. Para otras cosas sí, pero nunca de persona. ¿Cuánto quieres por él?

—¿Por el qué?

—*La Sombra del Viento*.

—¿Qué le hace pensar que lo tengo?

—Eso está fuera de la discusión, Daniel. Es sólo una cuestión de precio. Hace mucho que sé que lo tienes. La gente habla. Yo escucho.

—Pues debe de haber oído mal. Yo no tengo ese libro. Y si lo tuviera, no lo vendería.

—Tu integridad es admirable, sobre todo en esta época de monaguillos y lameculos, pero conmigo no hace falta que hagas comedia. Dime cuánto. ¿Mil duros? A mí el dinero me trae sin cuidado. El precio lo pones tú.

—Ya se lo he dicho: ni está en venta, ni lo tengo —repliqué—. Se ha equivocado usted, ya lo ve.

El extraño permaneció en silencio, inmóvil, envuelto en el humo azul de aquel cigarrillo que nunca parecía acabarse. Noté que no olía a tabaco, sino a papel quemado. Papel bueno, de libro.

—Quizá seas tú el que se esté equivocando ahora —sugirió.

—¿Me está amenazando?

—Probablemente.

Tragué saliva. Pese a mi bravata, aquel individuo me tenía totalmente aterrorizado.

—¿Y puedo saber por qué está usted tan interesado?

—Eso es asunto mío.

—Mío también, si me amenaza usted para que le venda un libro que no tengo.

—Me caes bien, Daniel. Tienes agallas y pareces listo. ¿Mil duros? Con eso puedes comprar muchísimos libros. Libros buenos, no esa basura que guardas con tanto celo. Venga, mil duros y quedamos tan amigos.

—Usted y yo no somos amigos.

—Sí lo somos, pero tú no te has dado cuenta todavía. No te culpo, con tantas cosas en la cabeza. Como tu amiga, Clara. Por una mujer así, cualquiera pierde el sentido común.

La mención a Clara me heló la sangre.

—¿Qué sabe usted de Clara?

—Me atrevería a decir que sé más que tú, y que te convendría olvidarla, aunque ya sé que no lo harás. Yo también he tenido dieciséis años…

Una terrible certeza me golpeó de súbito. Aquel hombre era el extraño que abordaba a Clara por la calle, de incógnito. Era real. Clara no había mentido. El individuo dio un paso al frente. Me retiré. No había sentido tanto miedo en la vida.

—Clara no tiene el libro, más vale que lo sepa. No se atreva a tocarla otra vez.

—Tu amiga me trae sin cuidado, Daniel, y algún día compartirás mi sentir. Lo que quiero es el libro. Prefiero obtenerlo por las buenas y que nadie salga perjudicado. ¿Me explico?

A falta de mejores ideas me lancé a mentir como un bellaco.

—Lo tiene un tal Adrián Neri. Músico. A lo mejor le suena.

—No me suena de nada, y eso es lo peor que se puede decir de un músico. ¿Seguro que no te has inventado a este tal Adrián Neri?

—Qué más quisiera yo.

—Entonces, ya que parece que sois tan buenos amigos, a lo mejor tú puedes persuadirle para que te lo devuelva. Estas cosas, entre amigos, se solucionan sin problemas. ¿O prefieres que se lo pida a tu amiga Clara?

Negué.

—Hablaré con Neri, pero no creo que me lo devuelva, o que lo tenga todavía —improvisé—. ¿Y usted para qué quiere el libro? No me diga que para leerlo.

—No. Me lo sé de memoria.

—¿Es usted un coleccionista?

—Algo parecido.

—¿Tiene usted más libros de Carax?

—Los he tenido en algún momento. Julián Carax es mi especialidad, Daniel.

Recorro el mundo buscando sus libros.

—¿Y qué hace con ellos si no los lee?

El extraño emitió un sonido sordo, agónico. Tardé unos segundos en comprender que se estaba riendo.

—Lo único que debe hacerse con ellos, Daniel —replicó.

Extrajo entonces una cajetilla de fósforos del bolsillo. Tomó uno y lo prendió. La llama iluminó por primera vez su semblante. Se me heló el alma. Aquel personaje no tenía nariz, ni labios, ni párpados. Su rostro era apenas una máscara de piel negra y cicatrizada, devorada por el fuego. Aquélla era la tez muerta que había rozado Clara.

—Quemarlos —susurró, la voz y la mirada envenenadas de odio.

Un soplo de brisa apagó la cerilla que sostenía en los dedos, y su rostro quedó de nuevo oculto en la oscuridad.

—Volveremos a vernos, Daniel. A mí nunca se me olvida una cara y creo que a ti, desde hoy, tampoco —dijo pausadamente—. Por tu bien, y por el de tu amiga Clara, confío en que tomes la decisión correcta y aclares este tema con el tal señor Neri, que por cierto tiene nombre de niñato. Yo no me fiaría ni un pelo de él.

Sin más, el extraño se dio la vuelta y partió hacia los muelles, una silueta evaporándose en la oscuridad envuelta en su risa de trapo.

8

Un manto de nubes chispeando electricidad cabalgaba desde el mar. Hubiera echado a correr para guarecerme del aguacero que se avecinaba, pero las palabras de aquel individuo empezaban a hacer su efecto. Me temblaban las manos y las ideas. Alcé la vista y vi el temporal derramarse como manchas de sangre negra entre las nubes, cegando la luna y tendiendo un manto de tinieblas sobre los tejados y fachadas de la ciudad. Intenté apretar el paso, pero la inquietud me carcomía por dentro y caminaba perseguido por el aguacero con pies y piernas de plomo. Me cobijé bajo la marquesina de un quiosco de prensa, intentando ordenar mis pensamientos y decidir cómo proceder. Un trueno descargó cerca, rugiendo como un dragón enfilando la bocana del puerto, y sentí el suelo temblar bajo mis pies. El pulso frágil del alumbrado eléctrico que dibujaba fachadas y ventanas se desvaneció unos segundos más tarde. En las aceras encharcadas, las farolas parpadeaban, extinguiéndose como velas al viento. No se veía un alma en las calles y la negrura del apagón se esparció con un aliento fétido que ascendía de los desagües que vertían al alcantarillado. La noche se hizo opaca e impenetrable, la lluvia una mortaja de vapor. «Por una mujer así, cualquiera pierde el sentido común…». Eché a correr Ramblas arriba con un solo pensamiento en la cabeza: Clara.

La Bernarda había dicho que Barceló estaba fuera de la ciudad por asuntos de negocios. Aquél era su día libre, y tenía por costumbre ir a pasar esa noche en casa de su tía Reme y sus primas en San Adrián del Besós. Eso dejaba a Clara sola en el piso cavernoso de la plaza Real y a aquel individuo sin rostro y sus amenazas sueltos en la tormenta con sabe Dios qué ideas. Mientras me apresuraba bajo el aguacero hacia la plaza Real, no podía quitarme del pensamiento la idea de que había puesto en peligro a Clara al regalarle el libro de Carax. Llegué a la entrada de la plaza empapado hasta los huesos. Corrí a cobijarme bajo los arcos de la calle Fernando. Me pareció ver contornos de sombra reptando a mis espaldas. Mendigos. El portal estaba cerrado. Busqué en mi manojo de llaves el juego que Barceló me había dado. Llevaba conmigo las llaves de la tienda, del piso de Santa Ana y de la vivienda de los Barceló. Uno de los vagabundos se me acercó, murmurando si podía dejarle pasar la noche en el vestíbulo. Cerré la puerta antes de que pudiese acabar su frase.

La escalera era un pozo de sombra. El aliento de los relámpagos se filtraba entre las comisuras del portón y salpicaba los contornos de los peldaños. Avancé a tientas y encontré el primer peldaño de un tropezón. Sujeté la barandilla y ascendí lentamente la escalera. Al poco, los peldaños se deshicieron en una planicie y comprendí que había llegado al rellano del principal. Palpé los muros de mármol frío, hostil, y encontré los relieves de la puerta de roble y los picaportes de aluminio. Busqué el orificio de la cerradura e introduje la llave a tientas. Al abrirse la puerta del piso, una franja de claridad azul me cegó momentáneamente y un soplo de aire cálido me acarició la piel. El cuarto de la Bernarda estaba situado en la parte posterior del piso, junto a la cocina. Me dirigí allí primero, aunque tenía la seguridad de que la criada estaba ausente. Golpeé con los nudillos en su puerta y, al no obtener respuesta, me permití abrir la alcoba. Era una habitación sencilla, con una cama grande, un armario oscuro con espejos ahumados y una cómoda sobre la que la Bernarda había colocado suficientes santos, vírgenes y estampas para abrir un santuario. Cerré la puerta y, al volverme, casi se me para el corazón al vislumbrar una docena de ojos azules y escarlata avanzando desde el fondo del pasillo. Los gatos de Barceló ya me conocían de sobra y toleraban mi presencia. Me rodearon, maullando suavemente, y al comprobar que mis ropas empapadas de lluvia no desprendían el calor deseado, me abandonaron con indiferencia.

La habitación de Clara estaba situada en el otro extremo del piso, junto a la biblioteca y la sala de música. Los pasos invisibles de los gatos me seguían a través del corredor, expectantes. En la penumbra intermitente de la tormenta, el piso de Barceló se me antojaba cavernoso y siniestro, distinto del que había aprendido a considerar mi segunda casa. Alcancé la parte delantera del piso que daba a la plaza. El invernadero de Barceló se abrió ante mí, denso e impenetrable. Me adentré en la espesura de hojas y ramas. Por un instante me asaltó la idea de que, si el extraño sin rostro se había infiltrado en el piso, probablemente ése era el lugar que habría escogido para ocultarse. Para esperarme. Casi me pareció percibir aquel olor a papel quemado que desprendía en el aire, pero comprendí que lo que mi olfato había detectado era sencillamente tabaco. Me asaltó un amago de pánico. En aquella casa nadie fumaba, y la pipa de Barceló, siempre extinta, era puro *atrezzo*.

Llegué a la sala de música y el reluz de un relámpago encendió las volutas de humo que flotaban en el aire como guirnaldas de vapor. El teclado del piano formaba una sonrisa interminable junto a la galería. Crucé la sala de música y llegué hasta la puerta de la biblioteca. Estaba cerrada. La abrí y la claridad de la glorieta que rodeaba la biblioteca personal del librero me ofreció una cálida bienvenida. Las paredes recubiertas de estanterías repletas formaban un óvalo en cuyo centro descansaba una mesa de lectura y dos butacas de mariscal de campo. Sabía que Clara guardaba el libro de Carax en una vitrina junto al arco de la glorieta. Me dirigí hasta allí con sigilo. Mi plan, o la ausencia de uno, había sido hacerme con el libro, sacarlo de allí,

entregárselo a aquel lunático y perderlo de vista para siempre. Nadie repararía en la ausencia del libro, excepto yo.

El libro de Julián Carax me esperaba como siempre, asomando el lomo al fondo de un estante. Lo tomé en mis manos y lo apreté contra el pecho, como si abrazase a un viejo amigo al que estuviese a punto de traicionar. Judas, pensé. Me dispuse a salir de allí sin dejar saber a Clara de mi presencia. Me llevaría el libro y desaparecería de la vida de Clara Barceló para siempre. Salí de la biblioteca con paso leve. La puerta de la habitación de Clara se adivinaba al fondo del corredor. La imaginé tendida en su lecho, dormida. Imaginé mis dedos acariciando su garganta, explorando un cuerpo que había memorizado de pura ignorancia. Me volví, dispuesto a abandonar seis años de quimeras, pero algo detuvo mis pasos antes de alcanzar la sala de música. Una voz silbando a mi espalda, tras la puerta. Una voz profunda, que susurraba y reía. En la habitación de Clara. Avancé hacia la puerta lentamente. Posé los dedos sobre el pomo de la puerta. Los dedos me temblaban. Había llegado tarde. Tragué saliva y abrí la puerta.

9

El cuerpo desnudo de Clara yacía sobre sábanas blancas que brillaban como seda lavada. Las manos del maestro Neri se deslizaban sobre sus labios, su cuello y su pecho. Sus ojos blancos se alzaban hacia el techo, estremeciéndose bajo las embestidas con que el profesor de música la penetraba entre sus muslos pálidos y temblorosos. Las mismas manos que habían leído mi rostro seis años atrás en las tinieblas del Ateneo aferraban ahora las nalgas del maestro, relucientes de sudor, clavándole las uñas y guiándole hacia sus entrañas con un ansia animal, desesperada. Sentí que me faltaba el aire. Debí de permanecer allí, paralizado, observándolos por espacio de casi medio minuto, hasta que la mirada de Neri, incrédula al principio, encendida de ira después, reparó en mi presencia. Jadeando todavía, atónito, se detuvo. Clara le aferró sin comprender, restregando su cuerpo contra el suyo, lamiéndole el cuello.

—¿Qué pasa? —gimió—. ¿Por qué te paras?

Los ojos de Adrián Neri ardían de furia.

—Nada —murmuró—. Ahora vuelvo.

Neri se incorporó y se lanzó hacia mí como un obús, apretando los puños. Ni le vi venir. No podía apartar los ojos de Clara, envuelta en sudor, sin aliento, las costillas dibujándose bajo su piel y los pechos temblando de anhelo. El profesor de música me agarró del cuello y me arrastró afuera de la habitación. Sentí que mis pies apenas rozaban el suelo, y por mucho que lo intenté no pude zafarme de la presa de Neri, que me llevaba como un fardo a través del invernadero.

—El alma te voy a romper yo a ti, desgraciado —mascullaba entre dientes.

Me llevó a rastras hasta la puerta del piso y una vez allí la abrió y me lanzó con fuerza al rellano. El libro de Carax se me había caído de las manos. Lo recogió y me lo tiró a la cara con rabia.

—Si te vuelvo a ver por aquí, o me entero de que te has acercado a Clara en la calle, te juro que te envío al hospital de la paliza que te doy, sin importarme una mierda la edad que tengas —dijo fríamente—. ¿Estamos?

Me incorporé trabajosamente, y descubrí que en el forcejeo Neri me había desgarrado la chaqueta y el orgullo.

—¿Cómo has entrado?

No contesté. Neri suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Venga, dame las llaves —espetó Neri, conteniendo su furia.

—¿Qué llaves?

De la bofetada que me propinó, me caí al suelo. Me levanté con sangre en la boca y un silbido en el oído izquierdo que me taladraba la cabeza como el silbato de un urbano. Me palpé la cara y sentí el corte que me había partido los labios ardiendo bajo los dedos. Un anillo de sello brillaba en el dedo anular del profesor de música, ensangrentado.

—Las llaves, te he dicho.

—Váyase usted a la mierda —escupí.

No vi venir el puñetazo. Tan sólo sentí como si un martillo pilón me hubiese arrancado el estómago de cuajo. Me doblé en dos como un títere roto, sin respiración, tambaleándome contra la pared. Neri me agarró de un tirón por el pelo y hurgó en mis bolsillos hasta dar con las llaves. Me deslicé hasta el suelo, sujetándome el estómago, lloriqueando de agonía, o de rabia.

—Dígale a Clara que…

Me cerró la puerta en las narices, y quedé en la oscuridad absoluta. Busqué el libro a tientas en la negrura. Lo encontré y me deslicé con él escaleras abajo, apoyándome contra los muros, jadeando. Salí al exterior escupiendo sangre y respirando por la boca a borbotones. El frío y el viento me ciñeron las ropas empapadas, mordientes. El corte en la cara me quemaba.

—¿Está usted bien? —preguntó una voz en la sombra.

Era el mendigo al que había negado mi ayuda un rato antes. Asentí, evitando su mirada, avergonzado. Eché a andar.

—Espere un poco, al menos hasta que amaine la lluvia —sugirió el mendigo.

Me tomó del brazo y me guió hasta un rincón bajo los arcos donde guardaba un fardo y una bolsa con ropa vieja y sucia.

—Tengo un poco de vino. No es malo. Beba un poco. Le irá bien para entrar en calor. Y para desinfectar eso…

Bebí un trago de la botella que me ofrecía. Sabía a gasoil esclarecido con vinagre, pero su calor me calmó el estómago y los nervios. Unas gotas me salpicaron la herida y vi estrellas en la noche más negra de mi vida.

—Bueno, ¿eh? —Sonrió el mendigo—. Hala, échele un traguillo más, que esto levanta a los muertos.

—No, gracias. Para usted —musité.

El mendigo bebió un largo trago. Le observé detenidamente. Parecía un contable gris de ministerio que no se hubiese cambiado de traje en quince años. Me ofreció su mano y la estreché.

—Fermín Romero de Torres, cesante. Mucho gusto en conocerle.

—Daniel Sempere, tonto de remate. El gusto es mío.

—No se venda barato, que en noches así todo se ve peor de lo que es. Ahí donde

me ve, yo soy un optimista nato. No me cabe la menor duda de que el régimen tiene los días contados. Según todos los indicios, los americanos nos van a invadir el día menos pensado y a Franco le pondrán un puesto de chufas en Melilla. Y yo recuperaré el puesto, la reputación y la honra perdida.

—¿A qué se dedicaba usted?

—Servicio de inteligencia. Alto espionaje —dijo Fermín Romero de Torres—. Sólo le diré que yo era el hombre de Macià en La Habana.

Asentí. Otro loco. La noche de Barcelona los coleccionaba a puñados. Y a los idiotas como yo, también.

—Oiga, ese corte tiene mala pinta. Le han zurrado a base de bien, ¿eh?

Me llevé los dedos a la boca. Sangraba todavía.

—¿Asunto de faldas? —inquirió—. Se lo podía haber usted ahorrado. Las mujeres de este país, se lo digo yo que he visto mundo, son unas mojigatas y unas frígidas. Así como suena. Me acuerdo yo de una mulatita que dejé en Cuba. Óigame, otro mundo, ¿eh?, otro mundo. Y es que la hembra caribeña se te arrima al cuerpo con ese ritmo isleño y te susurra «ay, papito, dame plaser, dame plaser», y un hombre de verdad, con sangre en las venas, qué le voy yo a contar…

Me pareció que Fermín Romero de Torres, o cualquiera que fuese su verdadero nombre, anhelaba la anodina conversación casi tanto como un baño caliente, un plato de lentejas con chorizo y una muda limpia. Le di cuerda durante un rato, esperando a que se me calmase el dolor. No me costó gran esfuerzo, porque aquel hombrecillo sólo necesitaba algún asentimiento puntual y alguien que hiciese como que le escuchaba. Estaba el mendigo por relatarme los pormenores y tecnicismos de un plan secreto para secuestrar a doña Carmen Polo de Franco cuando advertí que ya llovía con menos fuerza y que la tormenta parecía alejarse lentamente hacia el norte.

—Se me hace tarde —murmuré, incorporándome.

Fermín Romero de Torres asintió con cierta tristeza y me ayudó a levantarme, haciendo como que me quitaba el polvo de la ropa empapada.

—Otro día será, entonces —dijo, resignado—. A mí es que me pierde la boca. Empiezo a hablar y… oiga, de lo del secuestro, que quede entre usted y yo, ¿eh?

—No se preocupe. Soy una tumba. Y gracias por el vino.

Me alejé hacia las Ramblas. Me detuve en el umbral de la plaza y volví la vista hacia el piso de los Barceló. Las ventanas permanecían oscuras, llorando de lluvia. Quise odiar a Clara, pero fui incapaz. Odiar de veras es un talento que se aprende con los años.

Me juré que no volvería a verla, que no volvería a mencionar su nombre, o a recordar el tiempo que había perdido a su lado. Por alguna extraña razón, me sentí en paz. La ira que me había sacado de casa se había evaporado. Temí que volviese, y con saña renovada, al día siguiente. Temí que los celos y la vergüenza me consumiesen lentamente una vez las piezas de cuanto había vivido aquella noche cayesen por su propio peso. Faltaban varias horas para el alba y todavía me quedaba una cosa que

hacer antes de poder volver a casa con la conciencia limpia.

La calle Arco del Teatro seguía allí, apenas una brecha de penumbra. Un riachuelo de agua negra se había formado en el centro del callejón y se adentraba en procesión funeraria hacia el corazón del Raval. Reconocí el viejo portón de madera y la fachada barroca a la que me había conducido mi padre un amanecer seis años atrás. Ascendí los peldaños y me resguardé de la lluvia bajo la arcada del portal que olía a orines y a madera podrida. El Cementerio de los Libros Olvidados olía más a muerto que nunca. No recordaba que el picaporte era un rostro de diablillo. Lo así por los cuernos y golpeé tres veces la puerta. El eco cavernoso se esparció en el interior. Al rato volví a llamar, seis golpes esta vez, más fuertes, hasta que me dolió el puño. Pasaron otros tantos minutos y empecé a pensar que no debía de haber ya nadie en aquel lugar. Me acurruqué contra la puerta y saqué el libro de Carax del interior de la chaqueta. Lo abrí y leí de nuevo aquella primera frase que me había capturado años atrás.

Aquel verano llovió todos los días, y aunque muchos decían que era castigo de Dios porque habían abierto en el pueblo un casino junto a la iglesia, yo sabía que la culpa era mía y sólo mía porque había aprendido a mentir y guardaba todavía en los labios las últimas palabras de mi madre en su lecho de muerte: nunca quise al hombre con quien me casé, sino a otro que me dijeron que había muerto en la guerra; búscale y dile que morí pensando en él, porque él es tu verdadero padre.

Sonreí, recordando aquella primera noche de lectura febril seis años atrás. Cerré el libro y me dispuse a llamar por tercera y última vez. Antes de que pudiera rozar con los dedos el picaporte, el portón se abrió lo suficiente para insinuar el perfil del guardián portando un candil de aceite.

—Buenas noches —musité—. Isaac, ¿verdad?

El guardián me observó sin pestañear. El reluz del candil esculpía sus rasgos angulosos en ámbar y escarlata, y le confería una inequívoca semejanza con el diablillo del picaporte.

—Usted es Sempere hijo —murmuró con voz cansina.

—Tiene usted una excelente memoria.

—Y usted un sentido de la oportunidad que da asco. ¿Sabe qué hora es?

Su mirada acerada ya había detectado el libro bajo mi chaqueta. Isaac hizo un gesto inquisitivo con la cabeza. Extraje el libro y se lo mostré.

—Carax —dijo—. Debe de haber diez personas como mucho en esta ciudad que sepan quién es o que hayan leído ese libro.

—Pues una de ellas anda empeñada en prenderle fuego. No se me ocurre mejor escondite que éste.

—Esto es un cementerio, no una caja fuerte.

—Precisamente. Lo que este libro necesita es que lo entierren donde nadie pueda encontrarlo.

Isaac lanzó una mirada recelosa hacia el callejón. Abrió un poco la puerta y me hizo señas para que me colase dentro. El vestíbulo oscuro e insondable olía a cera quemada y a humedad. Se podía oír un goteo intermitente en la oscuridad. Isaac me tendió el candil para que lo sostuviese mientras él extraía de su abrigo un manojo de llaves que hubiera sido la envidia de un carcelero. Conjurando alguna ciencia ignota, acertó cuál era la que buscaba y la introdujo en un cerrojo protegido por una carcasa de cristal repleta de relés y ruedas dentadas que sugería una caja de música a escala industrial. A una vuelta de muñeca, el mecanismo chasqueó como las entrañas de un autómata y vi las palancas y los fulcros deslizarse en un ballet mecánico asombroso hasta trabar el portón con una araña de barras de acero que se hundió en una estrella de orificios en los muros de piedra.

—Ni el Banco de España —comenté impresionado—. Parece algo sacado de Julio Verne.

—Kafka —matizó Isaac, recuperando el candil y encaminándose hacia las profundidades del edificio—. El día que comprenda usted que el negocio de los libros es miseria y compañía y decida aprender a robar un banco, o a crear uno, que viene a ser lo mismo, venga a verme y le explicaré cuatro cosas sobre cerrojos.

Lo seguí a través de los corredores que recordaba con frescos de ángeles y quimeras. Isaac sostenía el candil en alto, proyectando una burbuja intermitente de luz rojiza y evanescente. Cojeaba vagamente, y el abrigo de franela deshilachado que vestía semejaba un manto fúnebre. Se me ocurrió que aquel individuo, a medio camino entre Caronte y el bibliotecario de Alejandría, se sentiría a gusto en las páginas de Julián Carax.

—¿Sabe usted algo de Carax? —pregunté.

Isaac se detuvo al final de una galería y me miró, indiferente.

—No mucho. Lo que me contaron.

—¿Quién?

—Alguien que le conoció bien, o eso creía.

Me dio el corazón un vuelco.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuando aún me peinaba. Usted debía de andar en pañales, y no parece que haya evolucionado mucho, la verdad. Mírese: está usted temblando —dijo.

—Es por la ropa mojada, y el frío que hace aquí dentro.

—Otro día me avisa y enciendo la calefacción central para recibirle en volandas, capullito de alelí. Venga, sígame. Aquí está mi oficina, que tiene estufa y algo que echarle a usted encima mientras le secamos la ropa. Y algo de mercurocromo y agua oxigenada tampoco le irían mal, que me trae un careto que parece salido de la comisaría de Vía Layetana.

—No se moleste, de verdad.

—No me molesto. Lo hago por mí, no por usted. Pasada esa puerta, yo pongo las reglas y aquí los únicos muertos son los libros. A ver si me va usted a pillar una neumonía y tengo que llamar a los del depósito. Ya nos encargaremos del libro ese más tarde. En treinta y ocho años todavía no he visto ninguno que echase a correr.

—No sabe cómo se lo agradezco…

—Sin pamplinas. Si le he dejado pasar, es por respeto al padre de usted, de lo contrario le hubiese dejado en la calle. Haga el favor de seguirme. Y si se comporta, a lo mejor le cuento lo que sé de su amigo Julián Carax.

De refilón, cuando creyó que no podía verle, advertí que se le escapaba una sonrisa de pillo redomado. Isaac estaba claramente disfrutando de su papel de siniestro cancerbero. Yo también sonreí para mis adentros. Ya no me cabía la menor duda de a quién pertenecía el rostro del diablillo del picaporte.

10

Isaac me echó un par de mantas finas por los hombros y me ofreció una taza con un mejunje humeante que olía a chocolate caliente con ratafía.

—Me contaba usted de Carax…

—No hay mucho que contar. Al primero que oí mencionar a Carax fue a Toni Cabestany, el editor. Le hablo de veinte años atrás, cuando aún existía la editorial. Siempre que volvía de sus viajes a Londres, París o Viena, Cabestany se dejaba caer por aquí y charlábamos un rato. Los dos nos habíamos quedado viudos y él se lamentaba de que ahora estábamos casados con los libros, yo con los viejos y él con los de la contabilidad. Éramos buenos amigos. En una de sus visitas me contó que acababa de adquirir por cuatro chavos los derechos en castellano de las novelas de un tal Julián Carax, un barcelonés que vivía en París. Eso debió de ser en el año 28 o 29. Al parecer, Carax trabajaba de pianista en un burdel de poca monta en Pigalle por las noches y escribía de día en un ático miserable en la barriada de Saint Germain. París es la única ciudad del mundo donde morirse de hambre todavía es considerado un arte. Carax había publicado un par de novelas en Francia que habían resultado ser un absoluto fracaso de ventas. Nadie daba un duro por él en París, y a Cabestany siempre le gustó comprar barato.

—¿Entonces, Carax escribía en castellano o en francés?

—A saber. Probablemente las dos cosas. Su madre era francesa, maestra de música, creo, y él había vivido en París desde que tenía diecinueve o veinte años. Cabestany decía que recibían de Carax los manuscritos en castellano. Si eran una traducción o el original, tanto le daba. El idioma favorito de Cabestany era el de la peseta, lo demás le traía al pairo. Cabestany había pensado que tal vez, con un golpe de suerte, conseguir colocar unos miles de ejemplares de Carax en el mercado español.

—¿Y lo consiguió?

Isaac frunció el ceño, escanciándome un poco más de su brebaje reparador.

—Me parece que de la que más, *La casa roja*, vendió unos noventa.

—Pero siguió publicando a Carax, aunque perdiese dinero —apunté.

—Así es. No sé por qué, la verdad. Cabestany no era un romántico, precisamente. Pero quizá todo hombre tiene sus secretos… Entre el 28 y el 36 le publicó ocho

novelas. Donde Cabestany hacía de verdad el dinero era en los catecismos y en una serie de folletines rosa protagonizados por una heroína de provincias, Violeta LaFleur, que se vendían muy bien en quioscos. Las novelas de Carax, supongo, las editaba por gusto y por llevarle la contraria a Darwin.

—¿Qué fue del señor Cabestany?

Isaac suspiró, alzando la mirada.

—La edad, que a todos nos pasa factura. Cayó enfermo y tuvo algunos problemas de dinero. En 1936, el hijo mayor se hizo cargo de la editorial, pero era de los que no saben ni leerse la talla de los calzoncillos. La empresa se vino abajo en menos de un año. Afortunadamente, Cabestany no llegó a ver lo que sus herederos hacían con el fruto de toda una vida de trabajo ni lo que la guerra hacía con el país. Se lo llevó una embolia la noche de Todos los Santos, con un Cohiba en la boca y una niña de veinticinco años en las rodillas. El hijo estaba hecho de otra pasta. Arrogante como sólo los imbéciles pueden serlo. Su primera gran idea fue intentar vender el stock de libros del catálogo de la editorial, el legado de su padre, para transformarlos en pasta de papel o algo así. Un amigo, otro niñato con casa en Caldetas y un Bugatti, le había convencido de que las fotonovelas de amor y el *Mein Kampf* se iban a vender de miedo y que haría falta celulosa a mansalva para satisfacer la demanda.

—¿Llegó a hacerlo?

—No le dio tiempo. Al poco de tomar las riendas de la editorial, un individuo se presentó en su casa y le hizo una oferta muy generosa. Quería adquirir todo el stock de novelas de Julián Carax que todavía quedasen en existencias, y se ofrecía a pagarlas tres veces su precio de mercado.

—No me diga más. Para quemarlas —murmuré.

Isaac sonrió, sorprendido.

—Pues sí. Y parecía usted tonto, tanto preguntar y no saber nada.

—¿Quién era ese individuo? —pregunté.

—Un tal Aubert o Coubert, no recuerdo bien.

—¿Laín Coubert?

—¿Le suena?

—Es el nombre de un personaje de *La Sombra del Viento*, la última novela de Carax.

Isaac frunció el ceño.

—¿Un personaje de ficción?

—En la novela, Laín Coubert es el nombre que emplea el diablo.

—Un tanto teatral, le diré. Pero sea quien sea, al menos tenía sentido del humor —estimó Isaac.

Yo, que todavía tenía fresca la memoria de mi encuentro con aquel personaje, no le encontraba la gracia ni de refilón, pero reservé mi opinión para mejor lance.

—Este individuo, Coubert, o como se llame, ¿tenía la cara quemada, desfigurada?

Isaac me observó con una sonrisa a medio camino entre la chanza y la

preocupación.

—No tengo la menor idea. La persona que me contó todo esto no le llegó a ver, y lo supo porque Cabestany hijo se lo contó a su secretaria al día siguiente. De caras quemadas no mencionó nada. ¿Quiere decir que eso no lo ha sacado de un folletín?

Agité la cabeza, quitándole importancia al tema.

—¿Cómo acabó el asunto? ¿Le vendió los libros el hijo del editor a Coubert? —pregunté.

—El botarate del niñato se quiso pasar de listo. Pidió más dinero del que Coubert le ofrecía, y éste retiró su propuesta. Días más tarde, el almacén de la editorial Cabestany en Pueblo Nuevo ardió hasta los cimientos poco después de la medianoche. Y gratis.

Suspiré.

—¿Qué ocurrió con los libros de Carax? ¿Se perdieron?

—Casi todos. Por fortuna, la secretaria de Cabestany, al oír lo de la oferta, tuvo una corazonada y, por su cuenta y riesgo, fue al almacén y se llevó un ejemplar de cada título de Carax a su casa. Ella era la que mantenía toda la correspondencia con Carax y, a lo largo de los años, habían entablado cierta amistad. Se llamaba Nuria, y me parece que ella era la única persona en la editorial, y probablemente en toda Barcelona, que se leía las novelas de Carax. Nuria siente debilidad por las causas perdidas. De pequeña recogía animalillos de la calle y los llevaba a casa. Con el tiempo pasó a adoptar novelistas malditos, a lo mejor porque su padre quiso ser uno y nunca lo consiguió.

—Parece que la conozca usted muy bien.

Isaac blandió su sonrisa de diablillo cojuelo.

—Más de lo que ella se cree. Es mi hija.

Se me comió el silencio y la duda. Cuanto más oía de aquella historia, más perdido me sentía.

—Tengo entendido que Carax volvió a Barcelona en 1936. Hay quien dice que murió aquí. ¿Le quedaba familia en la ciudad? ¿Alguien que pudiera saber de él?

Isaac suspiró.

—Vaya usted a saber. Los padres de Carax se habían separado hacía tiempo, creo. La madre se había marchado a América del Sur, donde se volvió a casar. Con su padre, que yo sepa, no se hablaba desde que se marchó a París.

—¿Por qué no?

—Qué sé yo. La gente se complica la vida, como si no fuese suficientemente complicada.

—¿Sabe si vive aún?

—Eso espero. Era más joven que yo, pero uno ya sale poco y hace años que no leo las necrológicas porque los conocidos caen como moscas y uno se queda acojonado, la verdad. Por cierto, Carax era el apellido de la madre. El padre se apellidaba Fortuny. Tenía una sombrerería en la ronda de San Antonio, y por lo que

sé no se llevaba mucho con su hijo.

—¿Pudiera ser entonces que al volver a Barcelona Carax se hubiese sentido tentado de acudir a ver a su hija Nuria, si tenían cierta amistad, aunque él no estuviese en buenos términos con su padre?

Isaac rió amargamente.

—Probablemente soy el menos indicado para saberlo. Después de todo, soy su padre. Sé que una vez, en el 32 o el 33, Nuria viajó a París por asuntos de Cabestany, y que se alojó en casa de Julián Carax un par de semanas. Eso me lo contó Cabestany, porque según ella estuvo en un hotel. Mi hija estaba por entonces soltera y a mí me daba en la nariz que Carax andaba un poco atontado con ella. Mi Nuria es de las que rompen corazones con sólo entrar en una tienda.

—¿Quiere decir que eran amantes?

—A usted le va el folletín, ¿eh? Mire, yo en la vida privada de Nuria nunca me he metido, porque la mía tampoco es como para enmarcarla. Si algún día tiene usted una hija, bendición que no se la deseo yo a nadie, porque es ley de vida que tarde o temprano le romperá a uno el corazón, en fin, a lo que iba, que si algún día tiene usted una hija empezará sin darse cuenta a dividir a los hombres en dos clases: los que usted sospecha que se acuestan con ella y los que no. El que diga que no, miente por los codos. A mí me daba en la nariz que Carax era de los primeros, con lo cual me daba lo mismo si era un genio o un pobre desgraciado, yo siempre le tuve por un sinvergüenza.

—A lo mejor estaba usted equivocado.

—No se ofenda, pero usted es todavía muy joven y sabe de mujeres lo que yo de hacer *panellets*.

—También es verdad —convine—. ¿Qué pasó con los libros que se llevó su hija del almacén?

—Están aquí.

—¿Aquí?

—¿De dónde piensa que salió ese libro que encontró usted el día que le trajo su padre?

—No lo entiendo.

—Pues es bien sencillo. Una noche, días después del incendio del almacén de Cabestany, mi hija Nuria se presentó aquí. Estaba nerviosa. Decía que alguien la había estado siguiendo y que temía que el tal Coubert quisiera hacerse con los libros para destruirlos. Nuria me dijo que venía a esconder los libros de Carax. Se adentró en la sala grande y los ocultó en el laberinto de estanterías, como quien entierra tesoros. No le pregunté dónde los había puesto, ni ella me lo dijo. Antes de marcharse me dijo que, en cuanto lograse encontrar a Carax, volvería a por ellos. Me pareció que todavía seguía enamorada de Carax, pero no dije nada. Le pregunté si le había visto recientemente, si sabía algo de él. Me dijo que hacía meses que no tenía noticias suyas, prácticamente desde que él había enviado sus últimas correcciones del

manuscrito de su último libro desde París. Si me mintió, no le sabría decir. Lo que sí sé es que después de aquel día, Nuria nunca más volvió a saber de Carax y aquellos libros se quedaron aquí, criando polvo.

—¿Cree usted que su hija accedería a hablar conmigo de todo esto?

—Bueno, mi hija a todo lo que sea hablar se apunta, pero no sé si podrá decirle algo que no le haya contado ya un servidor. Piense que de todo esto hace ya mucho tiempo. Y la verdad es que no nos llevamos tan bien como quisiera. Nos vemos una vez al mes. Vamos a comer por aquí cerca y luego se va como ha venido. Sé que hace años se casó con un buen chico; periodista y un poco atolondrado, la verdad, de esos que siempre andan metidos en líos de política, pero de buen corazón. Se casó por lo civil, sin invitados. Yo me enteré un mes más tarde. Nunca me ha presentado a su marido. Miquel se llama. O algo así. Supongo que no está muy orgullosa de su padre, y no la culpo. Ahora es otra mujer. Mire que hasta aprendió a hacer punto y me dicen que ya no se viste de Simone de Beauvoir. Uno de estos días me enteraré de que he sido abuelo. Hace años que trabaja en casa como traductora de francés e italiano. No sé de dónde sacó el talento, la verdad. De su padre está claro que no. Deje que le apunte su dirección, aunque no sé si es muy buena idea que le diga que le envío yo.

Isaac anotó unos garabatos en una esquina de un diario viejo y me tendió el recorte.

—Se lo agradezco. Nunca se sabe, a lo mejor ella recuerda algo…

Isaac sonrió con cierta tristeza.

—De cría lo recordaba todo. Todo. Luego los hijos se hacen mayores y ya no sabes lo que piensan ni lo que sienten. Y así ha de ser, supongo. No le cuente a Nuria lo que le he explicado, ¿eh? Lo dicho aquí que quede entre nosotros.

—Descuide. ¿Cree que ella aún piensa en Carax?

Isaac suspiró largamente, bajando la mirada.

—Yo qué sé. No sé si le quiso de verdad. Estas cosas se quedan en el corazón de cada uno, y ella ahora es una mujer casada. Yo a la edad de usted tuve una novieta, Teresita Boadas se llamaba, que cosía delantales en la textil Santamaría de la calle Comercio. Ella tenía dieciséis años, dos menos que yo, y era la primera mujer de la que me enamoré. No ponga esa cara, que ya sé que ustedes los jóvenes se creen que los viejos no nos hemos enamorado nunca. El padre de Teresita tenía un carromato de hielo en el mercado del Borne y era mudo de nacimiento. No sabe usted el miedo que pasé el día que le pedí permiso para casarme con su hija y se tiró cinco minutos mirándome fijamente, sin soltar prenda y con el pico del hielo en la mano. Llevaba yo ahorrando dos años para comprar una alianza cuando Teresita cayó enferma. Algo que había pillado en el taller, me dijo. En seis meses se me había muerto de tuberculosis. Aún me acuerdo de cómo gemía el mudo el día que la enterramos en el cementerio de Pueblo Nuevo.

Isaac se sumió en un profundo silencio. No me atreví ni a respirar. Al poco alzó la vista y me sonrió.

—Le hablo de cincuenta y cinco años atrás, ahí es nada. Pero, si he de serle sincero, no pasa un día que no me acuerde de ella, de los paseos que nos dábamos hasta las ruinas de la Exposición Universal de 1888 y de cómo se reía de mí cuando le leía los poemas que escribía en la trastienda del colmado de embutidos y ultramarinos de mi tío Leopoldo. Me acuerdo hasta de la cara de una gitana que nos leyó la mano en la playa del Bogatel y nos dijo que estaríamos juntos toda la vida. A su manera, no mentía. ¿Qué le puedo decir? Pues sí, yo creo que Nuria todavía se acuerda de ese hombre, aunque no lo diga. Y, la verdad, yo eso no se lo perdonaré a Carax jamás. Usted es muy joven todavía, pero yo sé lo que duelen esas cosas. Si quiere saber mi opinión, Carax era un ladrón de corazones, y el de mi hija se lo llevó a la tumba o al infierno. Sólo le pido una cosa, si es que la ve y habla con ella: que me diga cómo está. Que averigüe si es feliz. Y si ha perdonado a su padre.

Poco antes del alba, portando tan sólo un candil de aceite, me adentré una vez más en el Cementerio de los Libros Olvidados. Al hacerlo, imaginaba a la hija de Isaac recorriendo aquellos mismos corredores oscuros e interminables con idéntica determinación a la que me guiaba a mí: salvar el libro. En un principio creí que recordaba la ruta que había seguido en mi primera visita a aquel lugar de la mano de mi padre, pero pronto comprendí que los dobleces del laberinto combaban los pasillos en volutas que era imposible recordar. Tres veces intenté seguir una ruta que había creído memorizar, y tres veces me devolvió el laberinto al mismo punto del que había partido. Isaac me esperaba allí, sonriente.

—¿Piensa volver algún día a por él? —preguntó.

—Por supuesto.

—En ese caso, quizá quiera usted hacer una pequeña trampa.

—¿Trampa?

—Joven, usted es un poco duro de entendederas, ¿verdad? Acuérdese del Minotauro.

Tardé unos segundos en comprender su sugerencia. Isaac extrajo un viejo cortaplumas del bolsillo y me lo tendió.

—Haga usted una pequeña marca en cada esquina que tuerza, una muesca que sólo usted conozca. Es madera vieja y tiene tantos arañazos y estrías que nadie lo advertirá, a menos que sepa lo que está buscando…

Seguí su consejo y me adentré de nuevo en el corazón de la estructura. Cada vez que torcía el rumbo me detenía a marcar los estantes con una C y una X en el lado del corredor por el que me decantaba. Veinte minutos más tarde me había perdido completamente en las entrañas de la torre y el lugar en que iba a enterrar la novela se me reveló por casualidad. A mi derecha vislumbré una hilera de tomos sobre la desamortización debidos a la pluma del insigne Jovellanos. A mis ojos de adolescente, semejante camuflaje hubiera disuadido hasta las mentes más retorcidas.

Extraje unos cuantos e inspeccioné la segunda hilera oculta detrás de aquellos muros de prosa granítica. Entre nubecillas de polvo, varias comedias de Moratín y un flamante *Curial e Güelfa* alternaban con el *Tractatus Logico Politicus* de Spinoza. Como toque de gracia, opté por confinar el Carax entre un anuario de sentencias judiciales de los tribunales civiles de Gerona de 1901 y una colección de novelas de Juan Valera. Para ganar espacio, decidí llevarme el libro de poesía del Siglo de Oro que los separaba y en su sitio deslicé *La Sombra del Viento*. Me despedí de la novela con un guiño, y volví a colocar en su lugar la antología de Jovellanos, amurallando la primera fila.

Sin más ceremonial me alejé de allí, guiándome por las muescas que había ido dejando en el camino. Mientras recorría túneles y túneles de libros en la penumbra, no pude evitar que me embargase una sensación de tristeza y desaliento. No podía evitar pensar que si yo, por pura casualidad, había descubierto todo un universo en un solo libro desconocido entre la infinidad de aquella necrópolis, decenas de miles más quedarían inexplorados, olvidados para siempre. Me sentí rodeado de millones de páginas abandonadas, de universos y almas sin dueño, que se hundían en un océano de oscuridad mientras el mundo que palpitaba fuera de aquellos muros perdía la memoria sin darse cuenta día tras día, sintiéndose más sabio cuanto más olvidaba.

Despuntaban las primeras luces del alba cuando regresé al piso de la calle Santa Ana. Abrí la puerta con sigilo y me deslicé por el umbral sin encender la luz. Desde el recibidor se podía ver el comedor al fondo del pasillo, la mesa todavía ataviada de fiesta. El pastel seguía allí, intacto, y la vajilla seguía esperando la cena. La silueta de mi padre se recortaba inmóvil en el butacón, oteando desde la ventana. Estaba despierto y aún vestía su traje de salir. Volutas de humo se alzaban perezosamente de un cigarrillo que sostenía entre el índice y el anular, como si fuese una pluma. Hacía años que no veía fumar a mi padre.

—Buenos días —murmuró, apagando el cigarrillo en un cenicero casi repleto de colillas a medio fumar.

Le miré sin saber qué decir. Su mirada quedaba velada al contraluz.

—Clara llamó varias veces anoche, un par de horas después de que te fueras —dijo—. Sonaba muy preocupada. Dejó recado que la llamases, fuera la hora que fuese.

—No pienso volver a ver a Clara, o a hablar con ella —dije.

Mi padre se limitó a asentir en silencio. Me dejé caer en una de las sillas del comedor. La mirada se me cayó al suelo.

—¿Vas a decirme dónde has estado?

—Por ahí.

—Me has dado un susto de muerte.

No había ira en su voz, ni apenas reproche, sólo cansancio.

—Lo sé. Y lo siento —respondí.

—¿Qué te has hecho en la cara?

—Resbalé en la lluvia y me caí.

—Esa lluvia debía de tener un buen derechazo. Ponte algo.

—No es nada. Ni lo noto —mentí—. Lo que necesito es irme a dormir. No me tengo en pie.

—Al menos abre tu regalo antes de irte a la cama —dijo mi padre.

Señaló el paquete envuelto en papel de celofán que había depositado la noche anterior sobre la mesa del comedor. Dudé un instante. Mi padre asintió. Tomé el paquete y lo sopesé. Se lo tendí a mi padre sin abrir.

—Lo mejor es que lo devuelvas. No merezco ningún regalo.

—Los regalos se hacen por gusto del que regala, no por mérito del que recibe —dijo mi padre—. Además, ya no se puede devolver. Ábrelo.

Deshice el cuidadoso envoltorio en la penumbra del alba. El paquete contenía una caja de madera labrada, reluciente, ribeteada con remaches dorados. Se me iluminó la sonrisa antes de abrirla. El sonido del cierre al abrirse era exquisito, de mecanismo de relojería. El interior del estuche venía recubierto de terciopelo azul oscuro. La fabulosa Montblanc Meinsterstück de Víctor Hugo descansaba en el centro, deslumbrante. La tomé en mis manos y la contemplé al reluz del balcón. Sobre la pinza de oro del capuchón había grabada una inscripción:

Daniel Sempere, 1953

Miré a mi padre, boquiabierto. No creo haberle visto nunca tan feliz como me lo pareció en aquel instante. Sin mediar palabra, se levantó de la butaca y me abrazó con fuerza. Sentí que se me encogía la garganta y, a falta de palabras, me mordí la voz.

GENIO Y FIGURA

—

1953

11

Aquel año, el otoño cubrió Barcelona con un manto de hojarasca que revoloteaba en las calles como piel de serpiente. La memoria de aquella lejana noche de cumpleaños me había enfriado los ánimos, o quizá fue la vida que había decidido concederme un año sabático de mis penas de sainete para que empezase a madurar. Me sorprendí a mí mismo apenas pensando en Clara Barceló, o en Julián Carax, o en aquel fantoche sin rostro que olía a papel quemado y se declaraba personaje escapado de las páginas de un libro. Para noviembre había cumplido un mes de sobriedad, sin acercarme una sola vez a la plaza Real a mendigar un atisbo de Clara en la ventana. El mérito, debo confesar, no fue del todo mío. Las cosas en la librería se estaban animando y mi padre y yo teníamos más trabajo del que podíamos quitarnos de encima.

—A este paso vamos a tener que coger a otra persona para que nos ayude en la búsqueda de los pedidos —comentaba mi padre—. Lo que nos haría falta sería alguien muy especial, medio detective, medio poeta, que cobre barato y al que no le asusten las misiones imposibles.

—Creo que tengo al candidato adecuado —dije.

Encontré a Fermín Romero de Torres en su lugar habitual bajo los arcos de la calle Fernando. El mendigo estaba recomponiendo la primera página de la *Hoja del Lunes* a partir de trozos rescatados de una papelera. La estampa del día iba de obras públicas y desarrollo.

—¡Rediós! ¿Otro pantano? —le oí exclamar—. Esta gente del fascio acabará por convertirnos a todos en una raza de beatas y batracios.

—Buenas —dije suavemente—. ¿Se acuerda de mí?

El mendigo alzó la vista, y su rostro se iluminó de pronto con una sonrisa de bandera.

—¡Alabados sean los ojos! ¿Qué se cuenta usted, amigo mío? Me aceptará un traguito de tinto, ¿verdad?

—Hoy invito yo —dije—. ¿Tiene apetito?

—Hombre, no le diría que no a una buena mariscada, pero yo me apunto a un bombardeo.

De camino a la librería, Fermín Romero de Torres me relató toda suerte de correrías que había vivido aquellas semanas a fin y efecto de eludir a las fuerzas de seguridad del Estado, y más particularmente a su némesis, un tal inspector Fumero con el que al parecer llevaba un largo historial de conflictos.

—¿Fumero? —pregunté, recordando que aquél era el nombre del soldado que había asesinado al padre de Clara Barceló en el castillo de Montjuïc a los inicios de la guerra.

El hombrecillo asintió, pálido y aterrado. Se le veía famélico, sucio y hedía a meses de vida en la calle. El pobre no tenía ni idea de adónde le conducía, y advertí en su mirada cierto susto y una creciente angustia que se esforzaba en vestir de verborrea incesante. Cuando llegamos a la tienda, el mendigo me lanzó una mirada de preocupación.

—Ande, pase usted. Ésta es la librería de mi padre, al que quiero presentarle.

El mendigo se encogió en un manojo de roña y nervios.

—No, no, de ninguna manera, que yo no estoy presentable y éste es un establecimiento de categoría; le voy a avergonzar a usted…

Mi padre se asomó a la puerta, le hizo un repaso rápido al mendigo y luego me miró de reojo.

—Papá, éste es Fermín Romero de Torres.

—Para servirle a usted —dijo el mendigo casi temblando.

Mi padre le sonrió serenamente y le tendió la mano. El mendigo no se atrevía a estrecharla, avergonzado por su aspecto y la mugre que le cubría la piel.

—Oiga, mejor que me vaya y les deje a ustedes —tartamudeó.

Mi padre le asió suavemente por el brazo.

—Nada de eso, que mi hijo me ha dicho que se viene usted a comer con nosotros.

El mendigo nos miró, atónito, aterrado.

—¿Por qué no sube a casa y se da un buen baño caliente? —dijo mi padre—. Luego, si le parece, nos bajamos andando hasta Can Solé.

Fermín Romero de Torres balbuceó algo ininteligible. Mi padre, sin bajar la sonrisa, le guió rumbo al portal y prácticamente tuvo que arrastrarlo escalera arriba hasta el piso mientras yo cerraba la tienda. Con mucha oratoria y tácticas subrepticias conseguimos meterlo en la bañera y despojarlo de sus andrajos. Desnudo parecía una foto de guerra y temblaba como un pollo desplumado. Tenía marcas profundas en las muñecas y los tobillos, y su torso y espalda estaban cubiertos de terribles cicatrices que dolían a la vista. Mi padre y yo intercambiamos una mirada de horror, pero no dijimos nada.

El mendigo se dejó lavar como un niño, asustado y temblando. Mientras yo buscaba ropa limpia en el arcón para vestirlo, escuchaba la voz de mi padre hablándole sin pausa. Encontré un traje que mi padre ya no se ponía nunca, una camisa vieja y algo de ropa interior. De la muda que traía el mendigo no podían aprovecharse ni los zapatos. Le escogí unos que mi padre casi no se calzaba porque le

quedaban pequeños. Envolví los andrajos en papel de periódico, incluidos unos calzones que exhibían el color y la consistencia del jamón serrano, y los metí en el cubo de la basura. Cuando volví al baño, mi padre estaba afeitando a Fermín Romero de Torres en la bañera. Pálido y oliendo a jabón, parecía un hombre veinte años más joven. Por lo que vi, ya se habían hecho amigos. Fermín Romero de Torres, quizá bajo los efectos de las sales de baño, se había embalado.

—Mire lo que le digo, señor Sempere, de no haber querido la vida que la mía fuese una carrera en el mundo de la intriga internacional, lo mío, de corazón, eran las humanidades. De niño sentí la llamada del verso y quise ser Sófocles o Virgilio, porque a mí la tragedia y las lenguas muertas me ponen la piel de gallina, pero mi padre, que en gloria esté, era un cazurro de poca visión y siempre quiso que uno de sus hijos ingresara en la Guardia Civil, y a ninguna de mis siete hermanas las hubiesen admitido en la Benemérita, pese al problema de vello facial que siempre caracterizó a las mujeres de mi familia por parte de madre. En su lecho de muerte, mi progenitor me hizo jurar que si no llegaba a calzar el tricornio, al menos me haría funcionario y abandonaría toda pretensión de seguir mi vocación por la lírica. Yo soy de los de antes, y a un padre, aunque sea un burro, hay que obedecerle, ya me entiende usted. Aun así, no se crea usted que he desdeñado el cultivo del intelecto en mis años de aventura. He leído lo mío y le podría recitar de memoria fragmentos selectos de *La vida es sueño*.

—Ande, jefe, póngase esta ropa, si me hace el favor, que aquí su erudición está fuera de toda duda —dije yo, acudiendo al rescate de mi padre.

A Fermín Romero de Torres se le deshacía la mirada de gratitud. Salió de la bañera, reluciente. Mi padre lo envolvió en una toalla. El mendigo se reía de puro placer al sentir el tejido limpio sobre la piel. Le ayudé a enfundarse la muda, que le venía unas diez tallas grande. Mi padre se desprendió del cinturón y me lo tendió para que se lo ciñese al mendigo.

—Está usted hecho un pincel —decía mi padre—. ¿Verdad, Daniel?

—Cualquiera lo tomaría por un artista de cine.

—Quite, que uno ya no es el que era. Perdí mi musculatura hercúlea en la cárcel y desde entonces…

—Pues a mí, me parece usted Charles Boyer, por la percha —objetó mi padre—. Lo cual me recuerda que quería proponerle a usted algo.

—Yo por usted, señor Sempere, si hace falta, mato. Sólo tiene que decirme el nombre y yo liquido al tipo sin dolor.

—No hará falta tanto. Yo lo que quería ofrecerle es un trabajo en la librería. Se trata de buscar libros raros para nuestros clientes. Es casi un puesto de arqueología literaria, para el que hace tanta falta conocer los clásicos como las técnicas básicas del estraperlo. No puedo pagarle mucho, de momento, pero comerá usted en nuestra mesa y, hasta que le encontremos una buena pensión, se hospedará usted aquí en casa, si le parece bien.

El mendigo nos miró a ambos, mudo.

—¿Qué me dice? —preguntó mi padre—. ¿Se une al equipo?

Me pareció que iba a decir algo, pero justo entonces Fermín Romero de Torres se nos echó a llorar.

Con su primer sueldo, Fermín Romero de Torres se compró un sombrero peliculero, unos zapatos de lluvia y se empeñó en invitarnos a mi padre y a mí a un plato de rabo de toro, que preparaban los lunes en un restaurante a un par de calles de la Plaza Monumental. Mi padre le había encontrado una habitación en una pensión de la calle Joaquín Costa donde, merced a la amistad de nuestra vecina la Merceditas con la patrona, se pudo obviar el trámite de rellenar la hoja de información sobre el huésped para la policía y así mantener a Fermín Romero de Torres lejos del olfato del inspector Fumero y sus secuaces. A veces me venía a la memoria la imagen de las tremendas cicatrices que le cubrían el cuerpo. Me sentía tentado de preguntarle por ellas, temiendo quizá que el inspector Fumero tuviese algo que ver con el asunto, pero había algo en la mirada del pobre hombre que sugería que era mejor no mentar el tema. Ya nos lo contaría él mismo algún día, cuando le pareciese oportuno. Cada mañana, a las siete en punto, Fermín nos esperaba en la puerta de la librería, con presencia impecable y siempre con una sonrisa en los labios, dispuesto a trabajar una jornada de doce o más horas sin pausa. Había descubierto una pasión por el chocolate y los brazos de gitano que no desmerecía de su entusiasmo por los grandes de la tragedia griega, con lo cual había ganado algo de peso. Gastaba un afeitado de señorito, se peinaba hacia atrás con brillantina y se estaba dejando un bigotillo de lápiz para estar a la moda. Treinta días después de emerger de aquella bañera, el ex mendigo estaba irreconocible. Pero, pese a lo espectacular de su transformación, donde realmente Fermín Romero de Torres nos había dejado boquiabiertos era en el campo de batalla. Sus instintos detectivescos, que yo había atribuido a fabulaciones febriles, eran de precisión quirúrgica. En sus manos, los pedidos más extraños se solucionaban en días, cuando no en horas. No había título que no conociese, ni argucia para conseguirlo que no se le ocurriese para adquirirlo a buen precio. Se colaba en las bibliotecas particulares de duquesas de la avenida Pearson y diletantes del círculo ecuestre a golpe de labia, siempre asumiendo identidades ficticias, y conseguía que le regalasen los libros o se los vendiesen por dos perras.

La transformación del mendigo en ciudadano ejemplar parecía milagrosa, una de esas historias que se complacían en contar los curas de parroquia pobre para ilustrar la infinita misericordia del Señor, pero que siempre sonaban demasiado perfectas para ser ciertas, como los anuncios de crecepelo en las paredes de los tranvías. Tres meses y medio después de que Fermín hubiera empezado a trabajar en la librería, el teléfono del piso de la calle Santa Ana nos despertó a las dos de la mañana de un domingo. Era la dueña de la pensión donde se hospedaba Fermín Romero de Torres. Con la voz

entrecortada nos explicó que el señor Romero de Torres se había encerrado en su cuarto por dentro, estaba gritando como un loco, golpeando las paredes y jurando que si alguien entraba, se mataría allí mismo cortándose el cuello con una botella rota.

—No llame a la policía, por favor. Ahora mismo vamos.

Salimos a escape rumbo a la calle Joaquín Costa. Era una noche fría, de viento que cortaba y cielos de alquitrán. Pasamos corriendo frente a la Casa de la Misericordia y la Casa de la Piedad, desoyendo miradas y susurros que silbaban desde portales oscuros que olían a estiércol y carbón. Llegamos a la esquina de la calle Ferlandina. Joaquín Costa caía como una brecha de colmenas ennegrecidas fundiéndose en las tinieblas del Raval. El hijo mayor de la dueña de la pensión nos esperaba en la calle.

—¿Han llamado a la policía? —preguntó mi padre.

—Todavía no —contestó el hijo.

Corrimos escaleras arriba. La pensión estaba en el segundo piso, y la escalera era una espiral de mugre que apenas se adivinaba al reluz ocre de bombillas desnudas y cansadas que pendían de un cable pelado. Doña Encarna, viuda de un cabo de la Guardia Civil y dueña de la pensión, nos recibió a la puerta del piso enfundada en una bata azul celeste y luciendo una cabeza de rulos a juego.

—Mire, señor Sempere, ésta es una casa decente y de categoría. Me sobran las ofertas y estos retablos yo no tengo por qué tolerarlos —dijo mientras nos guiaba a través de un pasillo oscuro que olía a humedad y a amoníaco.

—Lo comprendo —murmuraba mi padre.

Los gritos de Fermín Romero de Torres se oían desgarrando las paredes al fondo del corredor. De las puertas entreabiertas se asomaban varias caras chupadas y asustadas, caras de pensión y sopa aguada.

—Venga, y los demás a dormir, coño, que esto no es una revista del Molino —exclamó doña Encarna con furia.

Nos detuvimos frente a la puerta de la habitación de Fermín. Mi padre golpeó suavemente con los nudillos.

—¿Fermín? ¿Está usted ahí? Soy Sempere.

El aullido que atravesó la pared me heló el corazón. Incluso doña Encarna perdió la compostura de gobernanta y se llevó las manos al corazón, oculto bajo los pliegues abundantes de su frondosa pechuga.

Mi padre llamó de nuevo.

—¿Fermín? Ande, ábrame.

Fermín aulló de nuevo, lanzándose contra las paredes, gritando obscenidades hasta desgañitarse. Mi padre suspiró.

—¿Tiene usted llave de esta habitación?

—Pues claro.

—Démela.

Doña Encarna dudó. Los demás inquilinos se habían vuelto a asomar al pasillo,

blancos de terror. Aquellos gritos se tenían que oír desde Capitanía.

—Y tú, Daniel, corre a buscar al doctor Baró, que está aquí al lado, en el 12 de Riera Alta.

—Oiga, ¿no sería mejor llamar a un cura?, porque a mí éste me suena a endemoniado —ofreció doña Encarna.

—No. Con un médico va que se mata. Venga, Daniel. Corre. Y usted deme esa llave, haga el favor.

El doctor Baró era un solterón insomne que pasaba las noches leyendo a Zola y mirando estereogramas de señoritas en paños menores para combatir el tedio. Era cliente habitual en la tienda de mi padre y él mismo se autocalificaba de matasanos de segunda fila, pero tenía más ojo para acertar diagnósticos que la mitad de los doctores de postín con consulta en la calle Muntaner. Gran parte de su clientela la componían furcias viejas del barrio y desgraciados que apenas podían pagarle, pero a los que atendía igualmente. Yo le había escuchado decir más de una vez que el mundo era un orinal y que estaba esperando a que el Barcelona ganase la liga de una puñetera vez para morirse en paz. Me abrió la puerta en bata, oliendo a vino y con un pitillo apagado en los labios.

—¿Daniel?

—Me manda mi padre. Es una emergencia.

Cuando regresamos a la pensión nos encontramos a doña Encarna sollozando de puro susto, al resto de los inquilinos con color de cirio gastado y a mi padre sosteniendo en sus brazos a Fermín Romero de Torres en un rincón de la habitación. Fermín estaba desnudo, llorando y temblando de terror. La habitación estaba destrozada, las paredes manchadas con lo que no sabría decir si era sangre o excremento. El doctor Baró echó un rápido vistazo a la situación y, con un gesto, le indicó a mi padre que tenían que tender a Fermín en la cama. Les ayudó el hijo de doña Encarna, que aspiraba a boxeador. Fermín gemía y se convulsionaba como si una alimaña le estuviese devorando las entrañas.

—Pero ¿qué tiene este pobre hombre, por Dios? ¿Qué tiene? —gemía doña Encarna desde la puerta, agitando la cabeza.

El doctor le tomó el pulso, le inspeccionó las pupilas con una linterna y sin mediar palabra procedió a preparar una inyección de un frasco que llevaba en el maletín.

—Sujétenlo. Esto lo pondrá a dormir. Daniel, ayúdanos.

Entre los cuatro inmovilizamos a Fermín, que se sacudió violentamente cuando sintió la punzada de la aguja en el muslo. Se le tensaron los músculos como cables de acero, pero en unos segundos los ojos se le nublaron y su cuerpo cayó inerte.

—Oiga, vigile, que este hombre es muy poca cosa y según lo que le dé lo mata —dijo doña Encarna.

—No se preocupe. Sólo está dormido —dijo el doctor, examinando las cicatrices que cubrían el cuerpo famélico de Fermín.

Le vi negar en silencio.

—*Fills de puta* —murmuró.

—¿De qué son esas cicatrices? —pregunté—. ¿Cortes?

El doctor Baró negó, sin alzar la vista. Buscó una manta entre los despojos y cubrió a su paciente.

—Quemaduras. A este hombre lo han torturado —explicó—. Esas marcas las hace una lámpara de soldar.

Fermín durmió durante dos días. Al despertar no recordaba nada, excepto que creía haberse despertado en una celda oscura y luego nada más. Se sintió tan avergonzado por su conducta que se puso de rodillas a pedirle perdón a doña Encarna. Le juró que le iba a pintar la pensión y, como sabía que ella era muy devota, hacer decir diez misas por ella en la iglesia de Belén.

—Usted lo que tiene que hacer es ponerse bien, y no darme más sustos así, que yo estoy vieja para esto.

Mi padre pagó los desperfectos y rogó a doña Encarna que le diese otra oportunidad a Fermín. Ella asintió de buen grado. La mayoría de sus inquilinos eran desheredados y gente sola en el mundo, como ella. Pasado el susto, le cogió aún más cariño a Fermín y le hizo prometer que tomaría unas pastillas que el doctor Baró le había recetado.

—Yo por usted, doña Encarna, me trago un ladrillo si es necesario.

Con el tiempo todos hicimos como que habíamos olvidado lo sucedido, pero nunca más volví a tomarme a broma las historias del inspector Fumero. Después de aquel episodio, para no dejarlo solo, nos llevábamos a Fermín Romero de Torres casi todos los domingos a merendar al café Novedades. Luego subíamos andando hasta el cine Fémina en la esquina de Diputación y paseo de Gracia. Uno de los acomodadores era amigo de mi padre y nos dejaba colarnos por la salida de incendios de platea a medio No-Do, siempre en el momento en que el Generalísimo cortaba la cinta inaugural de algún nuevo pantano, lo cual a Fermín Romero de Torres le atacaba los nervios.

—Qué vergüenza —decía, indignado.

—¿No le gusta a usted el cine, Fermín?

—En confianza, a mí esto del séptimo arte me la repampinfla. A mi entender no es más que pábulo para atontar a la plebe embrutecida, peor que el fútbol o los toros. El cinematógrafo nació como invento para entretener a las masas analfabetas, y cincuenta años más tarde no ha cambiado mucho.

Toda aquella reticencia cambió radicalmente el día que Fermín Romero de Torres descubrió a Carole Lombard.

—¡Qué busto, Jesús, María y José, qué busto! —exclamó en plena proyección, poseído—. ¡Eso no son tetas, son dos carabelas!

—Cállese, so guarro, o ahora mismo llamo al encargado —masculló una voz de confesonario ubicada un par de filas a nuestras espaldas—. Habrase visto el poca vergüenza. Qué país de cerdos.

—Más vale que baje la voz, Fermín —aconsejé.

Fermín Romero de Torres no me escuchaba. Andaba perdido en el suave vaivén de aquel escote milagroso, con la sonrisa robada y los ojos envenenados de tecnicolor. Más tarde, caminando de vuelta por el paseo de Gracia, observé que nuestro detective bibliográfico seguía en trance.

—Creo que vamos a tener que buscarle a usted una mujer —dije—. Una mujer le alegrará la vida, ya lo verá.

Fermín Romero de Torres suspiró, su mente rebobinando aún las delicias de la ley de la gravedad.

—¿Habla usted por experiencia, Daniel? —preguntó inocentemente.

Me limité a sonreír, sabiendo que mi padre me observaba de refilón.

Después de aquel día, Fermín Romero de Torres se aficionó a ir todos los domingos al cine. Mi padre prefería quedarse en casa leyendo, pero Fermín Romero de Torres no se perdía una sesión. Compraba un montón de chocolatinas y se sentaba en la fila diecisiete a devorarlas, esperando la aparición estelar de la diva de turno. El argumento le traía al pairo, y no paraba de hablar hasta que una dama de considerables atributos llenaba la pantalla.

—He estado pensando en lo que dijo usted el otro día sobre lo de buscarme una mujer —dijo Fermín Romero de Torres—. A lo mejor tiene usted razón. En la pensión hay un nuevo inquilino, un ex seminarista sevillano muy salado que de vez en cuando se trae unas chavalas imponentes. Oiga, cómo ha mejorado la raza. No sé cómo se lo hace, porque el muchacho es bien poca cosa, pero a lo mejor las atonta a padrenuestros. Como tiene la habitación de al lado, yo lo oigo todo, y a juzgar por lo que se escucha, el fraile debe de ser un artista. Lo que hace un uniforme. ¿A usted cómo le gustan las mujeres, Daniel?

—No sé yo mucho de mujeres, la verdad.

—Saber no sabe nadie, ni Freud, ni ellas mismas, pero esto es como la electricidad, no hace falta saber cómo funciona para picarse los dedos. Hala, cuente. ¿Cómo le gustan? A mí que me perdonen, pero una mujer tiene que tener forma de hembra y dónde agarrarse, pero usted tiene pinta de que le gusten las flacas, que es un punto de vista que yo respeto muchísimo, ¿eh?, no me malinterprete.

—Si he de serle sincero, no tengo mucha experiencia con las mujeres. Más bien ninguna.

Fermín Romero de Torres me miró con detenimiento, intrigado ante esta manifestación de ascetismo.

—Yo creía que lo de aquella noche, ya sabe, el porrazo…

—Si todo doliese como una bofetada…

Fermín pareció leerme el pensamiento, y sonrió solidariamente.

—Pues mire, que no le sepa mal, porque lo mejor de las mujeres es descubrirlas. Como la primera vez, nada de nada. Uno no sabe lo que es la vida hasta que desnuda por primera vez a una mujer. Botón a botón, como si pelase usted un boniato bien calentito en una noche de invierno. Ahhhhh…

En pocos segundos, Verónica Lake hacía su entrada en escena, y Fermín había saltado de dimensión. Aprovechando una secuencia en que Verónica Lake descansaba, Fermín anunció que se iba a hacer una visita al puesto de chucherías del vestíbulo para reponer existencias. Después de pasar meses de hambre, mi amigo había perdido el sentido de la medida, pero merced a su metabolismo de bombilla nunca llegaba a perder aquel aire hambriento y escuálido de posguerra. Me quedé solo, apenas siguiendo la acción en pantalla. Mentiría si dijese que pensaba en Clara. Pensaba sólo en su cuerpo, temblando bajo las embestidas del profesor de música, reluciente de sudor y de placer. Se me cayó la mirada de la pantalla y sólo entonces reparé en el espectador que acababa de entrar. Vi su silueta avanzar hasta el centro del patio de butacas, seis filas más adelante, y tomar asiento. Los cines estaban llenos de gente sola, pensé. Como yo.

Intenté concentrarme en retomar el hilo de la acción. El galán, un detective cínico pero con buen corazón, le explicaba a un personaje secundario por qué las mujeres como Verónica Lake eran la perdición de todo macho cabal y, aun así, no cabía sino amarlas con desesperación y perecer traicionado por su perfidia. Fermín Romero de Torres, que se estaba convirtiendo en crítico experto, denominaba a este género de historias «*el cuento de la mantis religiosa*». Según él no eran sino fantasías misóginas para oficinistas con problemas de estreñimiento y beatas ajadas de aburrimiento que soñaban con echarse al vicio y llevar una vida de putón desorejado. Sonreí al imaginar los comentarios a pie de página que hubiese hecho mi amigo el crítico de no haber acudido a su cita con el puesto de golosinas. La sonrisa se me heló en menos de un segundo. El espectador sentado seis filas al frente se había vuelto y me estaba mirando fijamente. El haz nebuloso del proyector taladraba las tinieblas de la sala, un soplo de luz parpadeante que apenas dibujaba líneas y manchas de color. Reconocí al instante al hombre sin rostro, Coubert. Su mirada sin párpados brillaba, acerada. Su sonrisa sin labios se relamía en la oscuridad. Sentí dedos fríos cerrándose sobre mi corazón. Doscientos violines estallaron en la pantalla, hubo tiros, gritos y la escena fundió a negro. Por un instante, la platea se sumió en la oscuridad absoluta y sólo pude oír los latidos que me martilleaban en las sienes. Lentamente, una nueva escena se iluminó en la pantalla, deshaciendo la oscuridad de la sala en vahos de penumbra azul y púrpura. El hombre sin rostro había desaparecido. Me volví y pude ver una silueta alejándose por el pasillo de la platea y cruzarse con Fermín Romero de Torres, que volvía de su safari gastronómico. Se adentró en la fila y retomó su butaca. Me tendió una chocolatina de praliné y me observó con cierta reserva.

—Daniel, está usted blanco como nalga de monja. ¿Se encuentra bien?

Un aliento invisible barría el patio de butacas.

—Huele raro —comentó Fermín Romero de Torres—. Como a pedo rancio, de notario o procurador.

—No. Huele a papel quemado.

—Ande, tenga un Sugus de limón, que lo cura todo.

—No me apetece.

—Pues se lo guarda, que nunca se sabe cuándo un Sugus le va a sacar a uno de un apuro.

Guardé el caramelo en el bolsillo de la chaqueta y navegué por el resto de la película sin prestar atención ni a Verónica Lake ni a las víctimas de sus fatales encantos. Fermín Romero de Torres se había perdido en el espectáculo y en sus chocolatinas. Cuando se encendieron las luces al término de la sesión, me pareció haber despertado de un mal sueño y me sentí tentado de tomar la presencia de aquel individuo en el patio de butacas como una ilusión, un truco de la memoria, pero su breve mirada en la oscuridad había bastado para hacerme llegar el mensaje. No se había olvidado de mí, ni de nuestro pacto.

12

El primer efecto de la llegada de Fermín se hizo notar pronto: descubrí que tenía mucho más tiempo libre. Cuando Fermín no andaba a la caza y captura de algún volumen exótico para satisfacer los pedidos de los clientes, se ocupaba de organizar las existencias de la tienda, idear estratagemas de promoción comercial en el barrio, sacarle brillo al cartel y a las cristaleras o dejar los lomos de los libros relucientes con un paño y alcohol. Dada la coyuntura, opté por invertir mi tiempo de ocio en dos aspectos que había dejado descuidados en los últimos tiempos: seguir dándole vueltas al enigma de Carax y, sobre todo, tratar de pasar más tiempo con mi amigo Tomás Aguilar, a quien echaba de menos.

Tomás era un muchacho meditabundo y reservado al que la gente temía por su aspecto de matón, serio y amenazador. Tenía una constitución de luchador, hombros de gladiador y una mirada dura y penetrante. Nos habíamos conocido muchos años atrás en una pelea durante mi primera semana en los jesuitas de Caspe. Su padre había venido a buscarle después de clase, acompañado de una niña presumida que resultó ser la hermana de Tomás. Se me ocurrió hacer una gracia imbécil sobre ella y, antes de que pudiese parpadear, Tomás Aguilar cayó sobre mí como un diluvio de puñetazos que me dejó varias semanas condolido. Tomás me doblaba en tamaño, fuerza y ferocidad. En aquel duelo de patio, rodeado de un coro de críos sedientos de combate sangriento, perdí un diente y gané un nuevo sentido de las proporciones. No le quise decir a mi padre ni a los curas quién me había zurrado de aquel modo, ni explicarles que el padre de mi adversario contemplaba la paliza complacido por el espectáculo y coreando con los demás colegiales.

—Ha sido por culpa mía —dije, dando el tema por zanjado.

Tres semanas más tarde, Tomás se me acercó durante el recreo. Yo, muerto de miedo, me quedé paralizado. Éste viene a rematarme, pensé. Empezó a balbucear, y al poco comprendí que lo único que quería era disculparse por la golpiza, porque sabía que había sido un combate desigual e injusto.

—Soy yo el que tiene que pedirte perdón por haberme metido con tu hermana —dije—. Lo hubiera hecho el otro día, pero me partiste la boca antes de que pudiese hablar.

Tomás bajó la mirada, avergonzado. Observé a aquel gigante tímido y silencioso

que vagaba por las aulas y pasillos del colegio como alma sin dueño. Todos los demás chavales —yo el primero— le tenían miedo, y nadie le hablaba u osaba cruzar la mirada con él. Con los ojos caídos, casi temblando, me preguntó si yo querría ser su amigo. Le dije que sí. Me ofreció su mano y la estreché. Su apretón dolía, pero me aguanté. Aquella misma tarde, Tomás me invitó a merendar a su casa y me enseñó la colección de extraños artilugios hechos a partir de piezas y chatarra que guardaba en su habitación.

—Los he hecho yo —me explicó, orgulloso.

Yo era incapaz de entender qué eran o pretendían ser, pero me callé y asentí con admiración. Me parecía que aquel grandullón solitario se había construido sus propios amigos de latón y que yo era el primero a quien se los había presentado. Era su secreto. Yo le hablé de mi madre y de lo mucho que la echaba a faltar. Cuando se me apagó la voz, Tomás me abrazó en silencio. Teníamos diez años. Desde aquel día, Tomás Aguilar se convirtió en mi mejor —y yo en su único— amigo.

Pese a su apariencia beligerante, Tomás era un alma pacífica y bondadosa a quien su aspecto evitaba toda confrontación. Tartamudeaba bastante, especialmente cuando hablaba con cualquiera que no fuese su madre, su hermana o yo, lo cual era casi nunca. Le fascinaban los inventos extravagantes y los ingenios mecánicos, y pronto descubrí que llevaba a cabo autopsias en todo tipo de artilugios, desde gramófonos hasta máquinas de sumar, a fin de averiguar sus secretos. Cuando no estaba conmigo o trabajando para su padre, Tomás pasaba la mayor parte de su tiempo encerrado en su habitación, construyendo artefactos incomprensibles. Todo lo que le sobraba de inteligencia le faltaba de sentido práctico. Su interés en el mundo real se concentraba en aspectos como la sincronía de los semáforos de la Gran Vía, los misterios de las fuentes luminosas de Montjuïc o los autómatas del parque de atracciones del Tibidabo.

Tomás trabajaba todas las tardes en el despacho de su padre y a veces, al salir, se pasaba por la librería. Mi padre siempre se interesaba por sus inventos y le obsequiaba con manuales de mecánica o biografías de ingenieros como Eiffel y Edison, a quienes Tomás idolatraba. Con los años, Tomás le había tomado un gran afecto a mi padre y llevaba una eternidad intentando inventar para él un sistema automático para archivar fichas bibliográficas a partir de las piezas de un viejo ventilador. Hacía cuatro años que estaba trabajando en el proyecto, pero mi padre seguía mostrando entusiasmo por el progreso del mismo para que Tomás no perdiese los ánimos. En un principio me preocupaba cómo iba a reaccionar Fermín ante mi amigo.

—Usted debe de ser el amigo inventor de Daniel. Tengo muchísimo gusto en saludarle. Fermín Romero de Torres, asesor bibliográfico de la librería Sempere para servirle a usted.

—Tomás Aguilar —tartamudeó mi amigo, sonriendo y estrechando la mano de Fermín.

—Vigile, que eso que tiene usted no es una mano, sino una prensa hidráulica, y yo preciso mantener dedos de violinista para mis labores en la empresa.

Tomás le soltó, disculpándose.

—Y, a todo esto, ¿usted cómo se manifiesta frente al teorema de Fermat? —preguntó Fermín, frotándose los dedos.

Acto seguido pasaron a enzarzarse en una incomprensible discusión sobre matemática arcana que a mí me sonó a mandarín. Fermín le trataba siempre de usted, o de doctor, y hacía como que no advertía el tartamudeo del muchacho. Tomás, para corresponder a la infinita paciencia que Fermín mostraba con él, le traía cajas de chocolatinas suizas envueltas con fotografías de lagos de azul imposible, vacas en pastos verde tecnicolor y relojes de cucú.

—Su amigo Tomás tiene talento, pero le falta dirección en la vida, y un poco de morro, que es lo que hace carrera —opinaba Fermín Romero de Torres—. La mente científica tiene estas cosas. Vea usted, si no, a don Alberto Einstein. Tanto inventar prodigios y el primero al que encuentran aplicación práctica es la bomba atómica, y encima sin su permiso. Además, con ese aspecto de boxeador que tiene Tomás, se lo van a poner muy difícil en los círculos académicos, porque en esta vida lo único que sienta cátedra es el prejuicio.

Motivado a salvar a Tomás de una vida de penurias e incomprensión, Fermín había decidido que lo necesario era hacerle ejercitar su oratoria latente y su sociabilidad.

—El hombre, como buen simio, es animal social y en él priva el amiguismo, el nepotismo, el chanchullo y el comadreo como pauta intrínseca de conducta ética —argumentaba—. Es pura biología.

—Ya será menos.

—Qué pardillo que es usted a veces, Daniel.

Tomás había heredado la pinta de duro de su padre, un próspero administrador de fincas que tenía despacho en la calle Pelayo junto a los almacenes El Siglo. El señor Aguilar pertenecía a esa raza de mentes privilegiadas que siempre tienen razón. Hombre de convicciones profundas, estaba seguro, entre otras cosas, de que su hijo era un espíritu pusilánime y un deficiente mental. Para compensar estas vergonzosas taras, contrataba a toda suerte de profesores particulares con el objetivo de normalizar a su primogénito. «A mi hijo quiero que lo trate usted como si fuese imbécil, ¿estamos?», le había oído yo decir en numerosas ocasiones. Los maestros lo intentaban todo, incluso la súplica, pero Tomás tenía por costumbre dirigirse a ellos sólo en latín, lengua que dominaba con fluidez papal y en la que no tartamudeaba. Tarde o temprano, los tutores a domicilio dimitían por desesperación y temor a que el muchacho estuviese poseído y les estuviera endilgando consignas demoníacas en arameo. La única esperanza del señor Aguilar era que el servicio militar hiciese de su hijo un hombre de provecho.

Tomás tenía una hermana un año mayor que nosotros, Beatriz. A ella le debía

nuestra amistad, porque si no la hubiese visto aquella lejana tarde de la mano de su padre, esperando el término de las clases, y no me hubiese decidido a hacer un chiste de pésimo gusto sobre ella, mi amigo nunca se habría lanzado a darme una somanta de palos y yo nunca hubiera tenido el valor de hablar con él. Bea Aguilar era el vivo retrato de su madre, y la niña de los ojos de su padre. Pelirroja y pálida a morir, se la veía siempre enfundada en carísimos vestidos de seda o lana fresca. Tenía el talle de maniquí y caminaba erguida como un palo, pagada de sí misma y creyéndose la princesa de su propio cuento. Tenía los ojos azul verdoso, pero ella insistía en decir que eran de color «esmeralda y zafiro». Pese a haber pasado un montón de años en las teresianas, o quizá por eso mismo, cuando su padre no miraba, Bea bebía anís en copa alta, gastaba medias de seda de La Perla Gris y se maquillaba como las vampiresas cinematográficas que perturbaban el sueño de mi amigo Fermín. Yo no podía verla ni en pintura, y ella correspondía a mi franca hostilidad con lánguidas miradas de desdén e indiferencia. Bea tenía un novio haciendo el servicio militar como alférez en Murcia, un falangista engominado llamado Pablo Cascos Buendía, que pertenecía a una familia rancia y propietaria de numerosos astilleros en las rías. El alférez Cascos Buendía, que se pasaba media vida de permiso merced a un tío suyo en el Gobierno Militar, siempre andaba largando peroratas sobre la superioridad genética y espiritual de la raza española y el inminente declive del Imperio bolchevique.

—Marx ha muerto —decía solemnemente.

—En 1883, concretamente —decía yo.

—Tú calla, desgraciado, a ver si te pego una leche que te mando a La Rioja.

Más de una vez había sorprendido a Bea sonriendo para sí ante las sandeces que profería su novio el alférez. Entonces ella alzaba la mirada y me observaba, impenetrable. Yo le sonreía con esa cordialidad débil de los enemigos en tregua indefinida, pero apartaba los ojos rápidamente. Antes me habría muerto que admitirlo, pero en el fondo de mi ser le tenía miedo.

13

A principios de aquel año, Tomás y Fermín Romero de Torres decidieron unir sus respectivos ingenios en un nuevo proyecto que, según ellos, habría de librarnos de hacer el servicio militar a mi amigo y a mí. Fermín, particularmente, no compartía el entusiasmo del señor Aguilar por la experiencia castrense.

—El servicio militar sólo sirve para descubrir el porcentaje de cafres que cotiza en el censo —opinaba él—. Y eso se descubre en las dos primeras semanas, no hacen falta dos años. Ejército, matrimonio, Iglesia y banca: los cuatro jinetes del Apocalipsis. Sí, sí, ríase usted.

El pensamiento anarco-libertario de Fermín Romero de Torres habría de peligrar una tarde de octubre en que, por casualidades del destino, recibimos en la tienda la visita de una vieja amiga. Mi padre había ido a hacer una valoración de una colección de libros a Argentona y no volvería hasta el anochecer. Yo me quedé atendiendo el mostrador de la tienda mientras Fermín, con sus habituales maniobras de equilibrista, se empeñó en empinarse por la escalera y ordenar el último estante de libros que quedaba a apenas un palmo del techo. Poco antes de cerrar, cuando ya había caído el sol, la silueta de la Bernarda se recortó tras el mostrador. Iba vestida de jueves, su día libre, y me saludó con la mano. Se me iluminó el alma de sólo verla y le indiqué que pasara.

—¡Ay, qué grande está usted! —dijo desde el umbral—. ¡Si no se le conoce casi… ya es usted un hombre!

Me abrazó, soltando unas lagrimillas y palpándome la cabeza, los hombros y la cara, para ver si me había roto en su ausencia.

—Se le echa a faltar a usted en la casa, señorito —dijo bajando la mirada.

—Y yo te he echado a faltar a ti, Bernarda. Venga, dame un beso.

Me besó tímidamente, y yo le planté un par de sonoros besos en cada mejilla. Se rió. Vi en sus ojos que estaba esperando que le preguntase por Clara, pero no pensaba hacerlo.

—Te veo muy guapa hoy, y muy elegante. ¿Cómo es que te has decidido a venir a visitarnos?

—Bueno, la verdad es que hacía tiempo que quería venir a verle, pero ya sabe cómo son las cosas, y una está muy ocupada, que el señor Barceló aunque es muy

sabio es como un niño, y una ha de hacer de tripas corazón. Pero lo que me trae es que, verá, mañana es el cumpleaños de mi sobrina, la de San Adrián, y a mí me gustaría hacerle un regalo. Yo había pensado regalarle un libro bueno, con mucha letra y poco cromo, pero como soy lerda y no entiendo…

Antes de que yo pudiese responder, la tienda se sacudió con estruendo balístico al precipitarse desde las alturas unas obras completas de Blasco Ibáñez en tapa dura. La Bernarda y yo alzamos la vista, sobresaltados. Fermín se deslizaba escaleras abajo como un trapecista, la sonrisa florentina estampada en el rostro y los ojos impregnados de lujuria y embeleso.

—Bernarda, éste es…

—Fermín Romero de Torres, asesor bibliográfico de Sempere e hijo, a sus pies, señora —proclamó Fermín, tomando la mano de la Bernarda y besándola ceremoniosamente.

En cuestión de segundos, la Bernarda se puso como un pimiento morrón.

—Ay, que se confunde usted, yo de señora…

—Lo menos marquesa —atajó Fermín—. Lo sabré yo, que me pateo lo más fino de la avenida Pearson. Permítame el honor de escoltarla hasta esta nuestra sección de clásicos juveniles e infantiles donde providencialmente observo que tenemos un compendio con lo mejor de Emilio Salgari y la épica narración de Sandokan.

—Ay, no sé, vidas de santos me da reparo, porque el padre de la niña era muy de la CNT, ¿sabe usted?

—Pierda cuidado, porque aquí tengo nada menos que *La isla misteriosa* de Julio Verne, relato de alta aventura y gran contenido educativo, por lo de los avances tecnológicos.

—Si a usted le parece bien…

Yo los iba siguiendo en silencio, observando cómo a Fermín se le caía la baba y cómo la Bernarda se abrumaba con las atenciones de aquel hombrecillo con planta de caliqueño y labia de feriante que la miraba con el ímpetu que reservaba para las chocolatinas Nestlé.

—¿Y usted, señorito Daniel, qué dice?

—Aquí el señor Romero de Torres es el experto; puedes confiar en él.

—Pues entonces me llevo ese de la isla, si me lo envuelven ustedes. ¿Qué se debe?

—Invita la casa —dije yo.

—Ah, no, de ninguna manera…

—Señora, si usted me lo permite y así me hace el hombre más dichoso de Barcelona, invita Fermín Romero de Torres.

La Bernarda nos miró a ambos, sin palabras.

—Oiga, que yo pago lo que compro y esto es un regalo que quiero hacer a mi sobrina…

—Entonces me permitirá usted, a modo de trueque, que la invite a merendar —

lanzó Fermín, alisándose el pelo.

—Anda, mujer —le animé yo—. Ya verás cómo lo pasáis bien. Mira, te envuelvo esto mientras Fermín coge su chaqueta.

Fermín se apresuró a la trastienda a peinarse, perfumarse y colocarse la americana. Le soplé unos cuantos duros de la caja para que invitase a la Bernarda.

—¿Dónde la llevo? —me susurró, nervioso como un crío.

—Yo la llevaría a Els Quatre Gats —le dije—. Que me consta trae suerte para asuntos del corazón.

Le tendí el paquete con el libro a la Bernarda y le guiñé el ojo.

—¿Qué le debo entonces, señorito Daniel?

—No sé. Ya te lo diré. El libro no llevaba precio y se lo tengo que preguntar a mi padre —mentí.

Les vi marchar del brazo, perdiéndose por la calle Santa Ana, pensando que a lo mejor alguien en el cielo estaba de guardia y por una vez les concedía a aquel par unas gotas de felicidad. Colgué el cartel de CERRADO en el escaparate. Pasé un momento a la trastienda a repasar el libro donde mi padre apuntaba los pedidos y escuché la campanilla de la puerta al abrirse. Pensé que sería Fermín, que se había dejado algo, o quizá mi padre que ya había vuelto de Argentona.

—¿Hola?

Pasaron varios segundos sin que me llegase una respuesta. Yo seguí ojeando el libro de pedidos.

Escuché pasos en la tienda, lentos.

—¿Fermín? ¿Papá?

No obtuve respuesta. Me pareció advertir una risa ahogada y cerré el libro de pedidos. Quizá un cliente había ignorado el cartel de CERRADO. Me disponía a atenderle cuando escuché el sonido de varios libros caer desde los estantes en la tienda. Tragué saliva. Agarré un abrecartas y me acerqué lentamente a la puerta de la trastienda. No me atreví a llamar de nuevo. Al poco escuché de nuevo los pasos, alejándose. Sonó de nuevo la campanilla de la puerta, y sentí un vahído de aire de la calle. Me asomé a la tienda. No había nadie. Corrí hasta la puerta de la calle y la cerré a cal y canto. Respiré hondo, sintiéndome ridículo y cobarde. Me dirigía de nuevo a la trastienda cuando vi aquel pedazo de papel encima del mostrador. Al acercarme comprobé que se trataba de una fotografía, una vieja estampa de estudio de las que acostumbraban a imprimirse en una lámina de cartón grueso. Los bordes estaban quemados y la imagen, ahumada, parecía surcada por el rastro de dedos sucios de carbonilla. La examiné bajo una lámpara. En la fotografía podía verse a una pareja de jóvenes, sonriendo para la cámara. Él no parecía tener más de diecisiete o dieciocho años, con el cabello claro y los rasgos aristocráticos, frágiles. Ella parecía quizá un poco menor que él, uno o dos años a lo sumo. Tenía la tez pálida y un rostro cincelado, ceñido por un pelo negro, corto, que acentuaba una mirada encantada, envenenada de alegría. Él le pasaba un brazo por el talle y ella parecía susurrar algo,

burlona. La imagen transmitía una calidez que me robó una sonrisa, como si en aquellos dos desconocidos hubiese reconocido a viejos amigos. Detrás de ellos se podía ver el escaparate de una tienda, repleto de sombreros pasados de moda. Me concentré en la pareja. Las ropas parecían indicar que la imagen tenía por lo menos veinticinco o treinta años. Era una imagen de luz y de esperanza que prometía cosas que sólo existen en las miradas de pocos años. Las llamas habían devorado casi todo el contorno de la fotografía, pero aún podía adivinarse un rostro severo tras aquel mostrador vetusto, una silueta espectral insinuándose tras las letras grabadas en el cristal.

Hijos de Antonio Fortuny
Casa fundada en 1888

La noche que había regresado al Cementerio de los Libros Olvidados, Isaac me había contado que Carax usaba el apellido de su madre, no el de su padre: Fortuny. El padre de Carax tenía una sombrerería en la ronda de San Antonio. Observé de nuevo el retrato de aquella pareja y tuve la certeza de que aquel muchacho era Julián Carax, sonriéndome desde el pasado, incapaz de ver las llamas que se cerraban sobre él.

CIUDAD DE SOMBRAS

—

1954

14

A la mañana siguiente, Fermín acudió a trabajar en alas de Cupido, sonriente y silbando boleros. En otras circunstancias le habría preguntado acerca de su merienda con la Bernarda, pero aquel día no tenía yo los ánimos para la lírica. Mi padre había quedado en entregar un pedido a las once de la mañana al profesor Javier Velázquez en su despacho de la facultad en plaza Universidad. A Fermín, la sola mención del académico le inspiraba urticaria, y con esa excusa me ofrecí yo a llevarle los libros.

—Ese individuo es un pedante, un crápula y un lameculos fascista —proclamó Fermín, alzando el puño en alto al modo inequívoco de cuando le entraba el prurito justiciero—. Con el cuento de la cátedra y el examen final, ése se beneficiaba hasta la Pasionaria si se terciase.

—No se pase, Fermín. Velázquez paga muy bien, siempre por adelantado y nos recomienda a los cuatro vientos —le recordó mi padre.

—Ése es dinero manchado con la sangre de vírgenes inocentes —protestó Fermín —. Vive Dios que yo nunca me acosté con una mujer menor de edad, y no por falta de ganas ni oportunidades; que hoy me ven ustedes en horas bajas, pero hubo el día en que tuve presencia y gallardía como el que más, y aun así, por si acaso y me daba en la nariz que eran un poco golfas, exigía la cédula de identidad o en su defecto autorización paterna por escrito para no faltarle a la ética.

Mi padre puso los ojos en blanco.

—Con usted es imposible discutir, Fermín.

—Es que si tengo razón, tengo razón.

Tomé el paquete que yo mismo había preparado la noche anterior, un par de Rilkes y un ensayo apócrifo atribuido a Ortega en torno a las tapas y la profundidad del sentir nacional, y dejé a Fermín y a mi padre entregados a su debate de usos y costumbres.

Hacía un día espléndido, con un cielo azul de bandera y una brisa limpia y fresca que olía a otoño y a mar. Mi Barcelona favorita siempre fue la de octubre, cuando le sale el alma a pasear y uno se hace más sabio con sólo beber de la fuente de Canaletas, que durante esos días, de puro milagro, no sabe ni a cloro. Avanzaba a paso ligero, sorteando limpiabotas, chupatintas que volvían del cafetito de media mañana, vendedores de lotería y un ballet de barrenderos que parecían estar puliendo

la ciudad a pincel, sin prisa y con trazo puntillista. Ya por entonces, Barcelona empezaba a llenarse de coches, y a la altura del semáforo de la calle Balmes observé apostadas en ambas aceras cuadrigas de oficinistas con gabardina gris y mirada hambrienta, comiéndose un Studebaker con los ojos como si se tratase de una cupletera en salto de cama. Subí por Balmes hasta Gran Vía, viéndomelas con semáforos, tranvías, automóviles y hasta motocicletas con sidecar. En un escaparate vi un cartel de la casa Phillips que anunciaba la llegada de un nuevo mesías, la televisión, que se decía iba a cambiarnos la vida y nos iba a transformar a todos en seres del futuro, como los americanos. Fermín Romero de Torres, que siempre estaba al tanto de todos los inventos, había profetizado ya lo que iba a suceder.

—La televisión, amigo Daniel, es el Anticristo y le digo yo que bastarán tres o cuatro generaciones para que la gente ya no sepa ni tirarse pedos por su cuenta y el ser humano vuelva a la caverna, a la barbarie medieval, y a estados de imbecilidad que ya superó la babosa allá por el pleistoceno. Este mundo no se morirá de una bomba atómica como dicen los diarios, se morirá de risa, de banalidad, haciendo un chiste de todo, y además un chiste malo.

El profesor Velázquez tenía el despacho en el segundo piso de la Facultad de Letras, al fondo de una galería con embaldosado ajedrecístico y luz en polvo que daba al claustro sur. Encontré al profesor a la puerta de un aula, haciendo como que escuchaba a una alumna de figura espectacular que iba enfundada en un traje granate que le ceñía el talle a cuchillo y dejaba asomar unas pantorrillas helénicas relucientes en medias de seda fina. El profesor Velázquez tenía fama de donjuán y no faltaba quien dijese que la educación sentimental de toda señorita de buen nombre no estaba completa sin un proverbial fin de semana en un hotelito en el paseo de Sitges recitando alejandrinos *tête-à-tête* con el distinguido catedrático. Yo, con instinto comercial, me guardé mucho de interrumpir su conversación, y decidí matar el tiempo haciéndole una radiografía a la pupila aventajada. Quizá fuera la caminata a paso ligero que me había levantado el ánimo, quizá fueran mis dieciocho años y el hecho de que pasaba más tiempo entre las musas atrapadas en tomos viejos que en compañía de muchachas de carne y hueso, que siempre me parecían a años luz del fantasma de Clara Barceló, pero en aquel momento, leyendo cada pliegue en la anatomía de aquella estudiante a la que únicamente podía ver de espaldas pero que me imaginaba en tres dimensiones y perspectiva alejandrina, se me pusieron unos dientes largos como palmatorias.

—Vaya, pero si es Daniel —exclamó el profesor Velázquez—. Pues mira, menos mal que vienes tú y no el mamarracho aquel de la última vez, ese con nombre de torero, que me pareció que o iba bebido o estaba para encerrarlo y tirar la llave. Imagínate que se le ocurrió preguntarme la etimología de la palabra capullo, con un tonillo de sorna muy fuera de lugar.

—Es que el médico le tiene bajo una medicación fortísima. Algo del hígado.

—De puro torrado que va todo el día —masculló Velázquez—. Yo que vosotros

llamaba a la policía. Ése seguro que tiene ficha. Y cómo le huelen los pies, rediós, que hay mucho rojo de mierda suelto por ahí que no se lava desde que cayó la República.

Me disponía a inventar alguna excusa decorosa para disculpar a Fermín cuando la estudiante que había estado conversando con el profesor Velázquez se volvió y a mí me cayó la lengua a los pies.

La vi sonreírme y se me encendieron las orejas.

—Hola, Daniel —dijo Beatriz Aguilar.

La saludé con la cabeza, mudo al haberme descubierto a mí mismo babeando sin saberlo por la hermana de mi mejor amigo, la Bea de mis temores.

—Ah, pero ¿es que vosotros ya os conocéis? —preguntó Velázquez, intrigado.

—Daniel es un viejo amigo de la familia —explicó Bea—. Y el único que ha tenido el valor de decirme alguna vez que soy una cursi y una creída.

Velázquez me miró, atónito.

—De eso hace diez años —maticé yo—. Y no lo dije en serio.

—Pues yo aún estoy esperando a que me pida disculpas.

Velázquez rió de buena gana y me tomó el paquete de las manos.

—Me parece que yo aquí estoy de sobra —dijo, abriendo el paquete—. Ah, estupendo. Oye, Daniel, dile a tu padre que ando buscando un libro titulado *Matamoros: cartas de juventud desde Ceuta*, de Francisco Franco Bahamonde, con prólogo y anotaciones de Pemán.

—Delo por hecho. Le decimos algo en un par de semanas.

—Te tomo la palabra, y me voy ya pitando que me esperan treinta y dos mentes en blanco.

El profesor Velázquez me guiñó un ojo y desapareció en el interior del aula, dejándome a solas con Bea. Yo no sabía adónde mirar.

—Oye, Bea, sobre lo del insulto, de verdad que…

—Te estaba tomando el pelo, Daniel. Ya sé que aquello era cosa de críos, y Tomás ya te dio suficientes palos.

—Aún me duelen.

Bea me sonreía en lo que parecía son de paz, o al menos de tregua.

—Además, tenías razón, soy algo cursi y a veces un poco creída —dijo Bea—. Yo no te caigo muy bien, ¿verdad, Daniel?

La pregunta me pilló totalmente de sorpresa, desarmado, y asustado por lo fácil que era perderle la antipatía a quien se tiene por enemigo en cuanto deja de comportarse como tal.

—No, eso no es verdad.

—Tomás dice que, en realidad, no es que yo te caiga mal, es que no puedes tragar a mi padre y me lo haces pagar a mí, porque con él no te atreves. Y no te culpo. Con mi padre no se atreve nadie.

Me quedé blanco, pero en unos segundos me encontré a mí mismo sonriendo y

asintiendo.

—Va a resultar que Tomás me conoce mejor que yo mismo.

—No te extrañe. Mi hermano nos tiene a todos cogido el número, lo que pasa es que nunca dice nada. Pero si algún día se le ocurre abrir la boca, se van a caer las paredes. Él te aprecia mucho, ¿sabes?

Me encogí de hombros, bajando la mirada.

—Siempre habla de ti, y de tu padre y la librería y ese amigo que tenéis trabajando con vosotros, que Tomás dice que es un genio por descubrir. A veces parece que piense que vosotros sois más su verdadera familia que la que tiene en casa.

Le encontré la mirada, dura, abierta, sin miedo. No supe qué decirle y me limité a sonreír. Sentí que me acorralaba con su sinceridad y eché los ojos al patio.

—No sabía que estudiabas aquí.

—Éste es mi primer año.

—¿Letras?

—Mi padre opina que las ciencias no son para el sexo débil.

—Ya. Mucho número.

—No me importa, porque a mí lo que me gusta es leer, y además aquí se conoce a gente interesante.

—¿Como el profesor Velázquez?

Bea sonrió de lado.

—Estaré en el primer año, pero sé lo suficiente como para verlos venir de lejos, Daniel. Especialmente a los de su clase.

Me pregunté en qué clase debía clasificarme a mí.

—Además, el profesor Velázquez es amigo de mi padre. Están los dos en el Consejo de la Asociación para la Protección y Fomento de la Zarzuela y la Lírica Española.

Adopté expresión de estar muy impresionado.

—¿Y qué tal tu novio, el alférez Cascos Buendía?

Se le fue la sonrisa.

—Pablo viene de permiso en tres semanas.

—Estarás contenta.

—Mucho. Es un chico estupendo, aunque ya me imagino lo que debes de pensar de él.

Lo dudo, pensé. Bea me observaba, vagamente tensa. Iba a cambiar de tema, pero la lengua se me adelantó.

—Tomás dice que vais a casaros y que os vais a vivir a El Ferrol.

Asintió sin pestañear.

—En cuanto Pablo termine el servicio militar.

—Debes de estar impaciente —dije, sintiendo el sabor a mala leche en mi propia voz, una voz insolente que no sabía de dónde venía.

—No me importa, de verdad. La familia de él tiene propiedades allí, un par de astilleros, y Pablo va a estar al frente de uno. Tiene mucho talento para el liderazgo.

—Ya se le ve.

Bea apretó la sonrisa.

—Además, Barcelona ya la tengo vista, después de tantos años…

Le vi la mirada cansada, triste.

—Tengo entendido que El Ferrol es una ciudad fascinante. Llena de vida. Y el marisco, dicen que es de fábula, especialmente el centollo.

Bea suspiró, agitando la cabeza. Me pareció que quería llorar de rabia, pero era demasiado orgullosa. Se rió tranquilamente.

—Diez años y todavía no le has perdido el gusto a insultarme, ¿verdad, Daniel? Pues anda, despáchate a gusto. La culpa es mía, por creer que a lo mejor podíamos ser amigos, o hacer ver que lo éramos, pero supongo que yo no valgo lo que mi hermano. Perdona que te haya hecho perder el tiempo.

Se dio la vuelta y echó a andar por el corredor que conducía a la biblioteca. La vi alejarse a través de las baldosas blancas y negras, su sombra cortando las cortinas de luz que caían desde las cristaleras.

—Bea, espera.

Maldije mi estampa y eché a correr tras ella. La detuve a medio corredor, asiéndola del brazo. Me lanzó una mirada que quemaba.

—Perdóname. Pero te equivocas: la culpa no es tuya, es mía. Soy yo el que no vale lo que tu hermano o lo que tú. Y si te he insultado es por envidia a ese imbécil que tienes por novio y por rabia de pensar que alguien como tú se iría a El Ferrol o al Congo por seguirle.

—Daniel…

—Te equivocas conmigo, porque sí podemos ser amigos si tú me dejas intentarlo ahora que sabes lo poco que valgo. Y te equivocas también con Barcelona, porque aunque tú te creas que la tienes vista, yo te garantizo que no es así, y que si me dejas te lo demostraré.

Vi que se le iluminaba la sonrisa y una lágrima lenta, de silencio, le caía por la mejilla.

—Más te vale que digas la verdad —dijo—. Porque si no, se lo diré a mi hermano y te sacará la cabeza como si fuese un tapón.

Le tendí la mano.

—Me parece justo. ¿Amigos?

Me ofreció la suya.

—¿A qué hora sales de clase el viernes? —pregunté.

Dudó un instante.

—A las cinco.

—Te esperaré en el claustro a las cinco en punto, y antes de que anochezca te demostraré que hay algo en Barcelona que aún no has visto y que no puedes irte a El

Ferrol con ese idiota al que no me puedo creer que quieras, porque si lo haces la ciudad te perseguirá y te morirás de pena.

—Pareces muy seguro de ti mismo, Daniel.

Yo, que nunca estaba seguro ni de la hora que era, asentí con la convicción del ignorante. Me quedé viéndola alejarse por aquella galería infinita hasta que su silueta se fundió en la penumbra y me pregunté qué es lo que había hecho.

15

La sombrerería Fortuny, o lo que quedaba de ella, languidecía al pie de un angosto edificio ennegrecido de hollín y de aspecto miserable en la ronda de San Antonio, junto a la plaza de Goya. Todavía podían leerse las letras grabadas sobre los cristales empañados de mugre, y un cartel en forma de bombín seguía ondeando en la fachada, prometiendo diseños a medida y las últimas novedades de París. La puerta estaba asegurada con un candado que parecía llevar allí por lo menos diez años. Pegué la frente al cristal, intentando penetrar con la mirada el interior en tinieblas.

—Si viene por lo del alquiler, llega tarde —dijo una voz a mi espalda—. El administrador de la finca ya se ha ido.

La mujer que me hablaba debía de rondar los sesenta años y vestía el uniforme nacional de viuda devota. Un par de rulos asomaban bajo un pañuelo rosa que le cubría el pelo, y las pantuflas de boatiné iban a juego con unas medias color carne de media caña. Di por sentado que era la portera del inmueble.

—¿Es que la tienda está en alquiler? —pregunté.

—¿No venía usted por eso?

—En principio no, pero nunca se sabe, a lo mejor me interesa.

La portera frunció el ceño, decidiendo si me catalogaba de cantamañanas o me concedía el beneficio de la duda. Adopté la más angelical de mis sonrisas.

—¿Hace mucho que cerró la tienda?

—Lo menos doce años, cuando se murió el viejo.

—¿El señor Fortuny? ¿Lo conocía usted?

—Llevo cuarenta y ocho años en esta escalera, mozo.

—Entonces a lo mejor conoció usted también al hijo del señor Fortuny.

—¿Julián? Pues claro.

Saqué del bolsillo la fotografía quemada y se la mostré.

—¿Cree que podría decirme si el joven que aparece en la fotografía es Julián Carax?

La portera me miró con cierta desconfianza. Tomó la fotografía en sus manos y clavó la mirada en ella.

—¿Le reconoce?

—Carax era el apellido de soltera de la madre —matizó la portera, con cierta

reprobación—. Éste es Julián, sí. Le recuerdo muy rubito, aunque aquí en la foto parece que tenga el pelo más oscuro.

—¿Podría decirme quién es la muchacha que está con él?

—¿Y quién lo pregunta?

—Discúlpeme, mi nombre es Daniel Sempere. Estoy tratando de averiguar algo sobre el señor Carax, sobre Julián.

—Julián se fue a París, allá en el año 18 o 19. Su padre quería meterlo en el ejército, ¿sabe? Yo creo que la madre se lo llevó para librarlo al pobrecillo. Aquí se quedó solo el señor Fortuny, en el ático.

—¿Sabe si Julián regresó a Barcelona alguna vez?

La portera me miró en silencio.

—¿No lo sabe usted? Julián murió aquel mismo año, en París.

—¿Perdón?

—Digo que Julián falleció. En París. Al poco de llegar. Más le hubiera valido meterse en el ejército.

—¿Puedo preguntarle cómo sabe usted eso?

—¿Cómo va a ser? Porque me lo dijo su padre.

Asentí lentamente.

—Entiendo. ¿Le dijo de qué murió?

—El viejo no daba muchos detalles, la verdad. Un día, al poco de marchar Julián, llegó una carta para él y cuando le pregunté a su padre me dijo que su hijo había muerto y que si llegaba algo más para él que lo tirase. ¿Por qué pone esa cara?

—El señor Fortuny le mintió. Julián no murió en 1919.

—¿Qué me dice?

—Julián vivió en París, por lo menos hasta el año 35 y luego regresó a Barcelona.

El rostro de la portera se iluminó.

—Entonces, ¿Julián está aquí, en Barcelona? ¿Dónde?

Asentí, confiando en que de este modo la portera se animaría a contarme más.

—Madre de Dios… Pues me da usted una alegría, bueno, si es que vive, porque era un crío muy cariñoso, un poco raro y muy fantasioso, eso sí, pero tenía un no sé qué que te robaba el corazón. No hubiera servido para soldado, eso se veía de lejos. A mi Isabelita le gustaba horrores. Fíjese que durante una temporada pensé que se acabarían casando y todo, cosas de críos… ¿Me deja ver esa foto otra vez?

Le tendí la foto de nuevo. La portera la contemplaba como si fuese un talismán, un billete de vuelta a su juventud.

—Parece mentira, mire, como si le estuviese viendo ahora mismo… y el malasombra ese decir que se había muerto. Desde luego, es que hay gente en el mundo que está para que haya de todo. ¿Y qué se hizo de Julián en París? Seguro que se hizo rico. A mí siempre me pareció que Julián iba para rico.

—No exactamente. Se hizo escritor.

—¿De cuentos?

—Algo parecido. Escribía novelas.

—¿Para la radio? Ay, qué bonito. Pues no me extraña nada, ¿sabe usted? De chiquillo se pasaba la vida contándole historias a los críos de aquí por el barrio. En verano, a veces mi Isabelita y sus primas subían al terrado por la noche a escucharle. Decían que nunca contaba la misma historia dos veces. Eso sí, todas iban de muertos y ánimas. Ya le digo que era un crío un poco raro. Aunque con ese padre lo raro es que no saliera majareta. No me extraña que al final lo dejara la mujer, porque era un malasombra. Mire usted que yo no me meto en nada, ¿eh? A mí todo me parece muy bien, pero ese hombre no era bueno. En una escalera, al final todo se sabe. Él la pegaba, ¿sabe usted? Siempre se oían gritos en la escalera, y más de una vez tuvo que venir la policía. Yo ya entiendo que a veces el marido tiene que pegar a la mujer para que le respete, no digo que no, que hay mucha golfa y las mozas ya no suben como antes, pero es que a éste le gustaba zurrarla porque sí, ¿me entiende? La única amiga que tenía esa pobre mujer era una chica joven, la Vicenteta, que vivía en el cuarto segunda. A veces la pobre se refugiaba en casa de la Vicenteta para que el marido no la zurrase más. Y le contaba cosas…

—¿Como qué?

La portera adoptó un aire confidencial, enarcando una ceja y mirando a los lados de soslayo.

—Como que el crío no era del sombrerero.

—¿Julián? ¿Quiere decir que Julián no era hijo del señor Fortuny?

—Eso le dijo la francesa a la Vicenteta, no sé si por despecho o vaya usted a saber por qué. A mí me lo contó la chica años después, cuando ya no vivían aquí.

—¿Y quién era el verdadero padre de Julián entonces?

—La francesa nunca lo quiso decir. A lo mejor ni lo sabía. Ya sabe cómo son los extranjeros.

—¿Y cree que por eso le pegaba su marido?

—Vaya usted a saber. Tres veces la tuvieron que llevar al hospital, óigame, tres. Y el muy cerdo tenía los arrestos de contarle a todo el mundo que la culpa era de ella, que era una borracha y se daba porrazos por la casa de puro darle a la botella. A mí que no me digan. Siempre tenía pleitos con todos los vecinos. A mi difunto marido, que en gloria esté, lo denunció una vez de haberle robado en la tienda, porque según él todos los murcianos eran unos vagos y unos ladrones, y fíjese usted que nosotros somos de Úbeda…

—¿Me decía usted que reconocía a la muchacha que aparece con Julián en la foto?

La portera se concentró de nuevo en la imagen.

—No la había visto nunca. Muy mona.

—Por la foto parece que fuesen novios —sugerí, a ver si le pinchaba la memoria.

Me la tendió, sacudiendo la cabeza.

—Yo de fotos no entiendo. Y que yo sepa, Julián no tenía novia, pero me figuro

yo que si la tuviese no me lo hubiera dicho. A duras penas me enteré de que mi Isabelita se había liado con ése… ustedes los jóvenes nunca cuentan nada. Somos los viejos los que no sabemos parar de hablar.

—¿Recuerda a sus amigos, alguien en especial que viniese por aquí?

La portera se encogió de hombros.

—Ay, hace ya tanto tiempo. Además, en los últimos años Julián ya paraba poco por aquí, ¿sabe usted? Había hecho un amigo en el colegio, un niño de muy buena familia, los Aldaya, no le digo nada. Ahora ya no se habla de ellos, pero por entonces era como decir la familia real. Mucho dinero. Lo sé porque a veces enviaban un coche a buscar a Julián. Tenía usted que haber visto qué coche. Ni Franco, oiga. Con chófer, todo reluciente. Mi Paco, que de esto entendía, me dijo que era un *rolsroi* o algo así. Ahí es nada.

—¿Recuerda usted el nombre de este amigo de Julián?

—Mire, con un apellido como Aldaya, no hacen falta nombres, a ver si me entiende usted. También me acuerdo de otro chico, un poco atolondrado, un tal Miquel. Creo que también era compañero suyo de clase. No me pregunte ni qué apellido ni qué cara tenía.

Parecía que habíamos llegado a un punto muerto y temí empezar a perder el interés de la portera. Decidí seguir una corazonada.

—¿Vive alguien ahora en el piso de los Fortuny?

—No. El viejo murió sin hacer testamento, y la mujer, que yo sepa, aún está en Buenos Aires y no vino ni al entierro.

—¿Por qué Buenos Aires?

—Porque no pudo encontrar un sitio más lejos de él, digo yo. No la culpo, la verdad. Lo dejó todo en manos de un abogado, un tipo muy raro. Yo no le he visto nunca, pero mi hija Isabelita, que vive en el quinto primera, justo debajo, dice que a veces, como tiene llave, viene por la noche y se pasa horas andando por el piso y luego se va. Una vez hasta me dijo que se oían como tacones de mujer. Ya me contará usted.

—A lo mejor eran zancos —sugerí.

Me miró sin comprender. Obviamente, para la portera el tema era muy serio.

—¿Y nadie más ha visitado el piso en todos estos años?

—Una vez se presentó aquí un tipo muy siniestro, de esos que sonríen todo el rato, un risitas, pero que se le ve venir de lejos. Dijo que era de la Brigada Criminal. Quería ver el piso.

—¿Dijo por qué?

La portera negó.

—¿Recuerda su nombre?

—Inspector nosequé. Ni me creí que fuese policía. El asunto olía mal, ya me entiende. A algo personal. Le facturé con viento fresco y le dije que no tenía las llaves del piso y que si quería algo, que llamase al abogado. Me dijo que volvería,

pero no le he vuelto a ver por aquí. Ni ganas.

—¿No tendrá usted por casualidad el nombre y la dirección de ese abogado, verdad?

—Eso se lo tendría que preguntar usted al administrador de la finca, el señor Molins. Tiene la oficina aquí cerca, en el 28 de Floridablanca, entresuelo. Dígale que va usted de parte de la señora Aurora, servidora de usted.

—Se lo agradezco mucho. Y dígame, señora Aurora, ¿entonces el piso de los Fortuny está vacío?

—Vacío no, porque nadie se ha llevado nada de ahí en todos los años desde que murió el viejo. Si a veces hasta huele. Yo diría que hay ratas y todo, fíjese usted.

—¿Cree usted que sería posible echarle un vistazo? A lo mejor encontramos algo que nos indique qué se hizo realmente de Julián…

—Ay, yo no puedo hacer eso. Tiene usted que hablarlo con el señor Molins, que es el que lo lleva.

Le sonreí con malicia.

—Pero usted tendrá una llave maestra, supongo. Aunque le dijese a ese individuo que no… No me diga que no se muere usted de curiosidad por saber lo que hay ahí dentro.

Doña Aurora me miró de reojo.

—Es usted un demonio.

La puerta cedió como la losa de un sepulcro, con un quejido brusco, exhalando el aliento fétido y viciado del interior. Empujé el portón hacia el interior, desvelando un pasillo que se hundía en la negrura. El aire hedía a cerrado y a humedad. Volutas de mugre y polvo coronaban los ángulos de la techumbre, pendiendo como cabellos blancos. Las losas quebradas del suelo estaban recubiertas por lo que parecía un manto de cenizas. Advertí lo que parecían marcas de pisadas adentrándose en el piso.

—Santa Madre de Dios —murmuró la portera—. Aquí hay más mierda que en el palo de un gallinero.

—Si lo prefiere, ya entro yo solo —sugerí.

—Eso quisiera usted. Venga, tire *palante*, que yo le sigo.

Cerramos la puerta a nuestra espalda. Por un instante, hasta que la mirada se nos acostumbró a la penumbra, permanecimos inmóviles en el umbral del piso. Escuché la respiración nerviosa de la portera y percibí el vahído agrio a sudor que desprendía. Me sentí como un ladrón de tumbas, con el alma envenenada de codicia y anhelo.

—Oiga, ¿qué será ese ruido? —preguntó la portera, inquieta.

Algo aleteaba en las tinieblas, alertado por nuestra presencia. Me pareció entrever una forma pálida revoloteando en el extremo del corredor.

—Palomas —dije—. Deben de haberse colado por una ventana rota y anidado aquí.

—Pues mire que me dan un asco a mí los pajarracos esos —dijo la portera—. Con lo que llegan a cagar.

—Usted tranquila, doña Aurora, que sólo atacan cuando tienen hambre.

Nos adelantamos unos pasos hasta el fin del pasillo. Llegamos a un comedor que daba al balcón. Se apreciaba el contorno de una mesa destartalada recubierta por un mantel deshilachado que parecía una mortaja. La velaban cuatro sillas y un par de vitrinas veladas de suciedad que custodiaban la vajilla, una colección de vasos y un juego de té. En una esquina permanecía el viejo piano vertical de la madre de Carax. Las teclas habían ennegrecido y apenas se veían las junturas bajo el velo de polvo. Frente al balcón palidecía una butaca de faldones raídos. Junto a ella había una mesa de café sobre la que reposaban unas lentes de lectura y una Biblia encuadernada en piel pálida y ribeteada con filetes dorados, de las que se regalaban entonces por la primera comunión. Todavía conservaba el punto, una hebra de cordel escarlata.

—Mire, en esa butaca es donde encontraron muerto al viejo. Dijo el médico que llevaba ahí dos días. Qué triste morir así, solo como un perro. Y mire que se lo buscó, pero aun así, mire que me da lástima.

Me acerqué a la butaca mortuoria del señor Fortuny. Junto a la Biblia había una pequeña caja con fotografías en blanco y negro, retratos viejos de estudio. Me arrodillé a examinarlas, dudando casi de rozarlas con los dedos. Pensé que estaba profanando los recuerdos de un pobre hombre, pero la curiosidad pudo más. La primera estampa mostraba a una pareja joven con un niño de no más de cuatro años. Le reconocí por los ojos.

—Ahí los tiene usted. El señor Fortuny de joven, y ella…

—¿No tenía Julián hermanos o hermanas?

La portera se encogió de hombros, suspirando.

—Decían por ahí que ella había perdido un embarazo por una de las palizas del marido, pero yo no sé. A la gente le gusta mucho la chafardería, la verdad. Una vez, Julián le contó a los críos de la escalera que tenía una hermana que sólo él podía ver, que salía de los espejos como si fuese de vapor y que vivía con el mismísimo Satanás en un palacio debajo de un lago. Mi Isabelita tuvo pesadillas para un mes entero. Mire que era morboso ese crío a veces.

Eché un vistazo a la cocina. El cristal de una pequeña ventana que daba a un patio interior estaba roto, y podía oírse el aleteo nervioso y hostil de palomas al otro lado.

—¿Todos los pisos tienen la misma distribución? —pregunté.

—Los que dan a la calle, oséase los de la segunda puerta, sí, pero éste, al ser ático, es algo diferente —explicó la portera—. Ahí tiene la cocina y un lavadero que da al tragaluz. Por ese pasillo hay tres habitaciones y al fondo un baño. Bien puestos dan mucho arreglo, no se piense. Éste es parecido al de mi Isabelita, claro que ahora parece una tumba.

—¿Sabe cuál era la habitación de Julián?

—La primera puerta es el dormitorio principal. La segunda da a una habitación

más pequeña. A lo mejor ésa, digo yo.

Me adentré en el pasillo. La pintura de las paredes se deshacía en jirones. Al fondo del corredor, la puerta del baño estaba entreabierta. Un rostro me observaba desde el espejo. Hubiera podido ser el mío o el de la hermana que vivía en los espejos de aquel piso. Intenté abrir la segunda puerta.

—Está cerrada con llave —dije.

La portera me miró, atónita.

—Esas puertas no tienen cerradura —murmuró.

—Ésta sí.

—Pues la haría poner el viejo, porque en los demás pisos…

Bajé la mirada y observé que el rastro de pisadas en el polvo llegaba hasta la puerta cerrada.

—Alguien ha entrado en la habitación —dije—. Recientemente.

—No me asuste —dijo la portera.

Me acerqué a la otra puerta. No tenía cerradura. Cedió al tacto, deslizándose hacia el interior con un gemido herrumbroso. En el centro descansaba una vieja cama de palanquín, deshecha. Las sábanas amarilleaban como sudarios. Un crucifijo presidía sobre el lecho. Había un pequeño espejo sobre una cómoda, una vasija, una jarra y una silla. Un armario entreabierto reposaba contra la pared. Rodeé la cama hasta una mesita de noche cubierta con un cristal que aprisionaba estampas de antepasados, recordatorios de funerales y billetes de lotería. Encima de la mesita había una caja de música de madera labrada y un reloj de bolsillo congelado para siempre a las cinco y veinte. Intenté dar cuerda a la caja de música, pero la melodía se trabó después de seis notas. Abrí el cajón de la mesita de noche. Encontré un estuche de gafas vacío, un cortaúñas, un frasco de petaca y una medalla de la virgen de Lourdes. Nada más.

—Tiene que haber una llave de esa habitación en alguna parte —dije.

—La tendrá el administrador. Mire, digo yo que mejor nos vamos y…

Me cayeron los ojos a la caja de música. Levanté la tapa y allí, bloqueando el mecanismo, encontré una llave dorada. La tomé, y la caja de música reemprendió su tintineo. Reconocí una melodía de Ravel.

—Ésta tiene que ser la llave —sonreí a la portera.

—Oiga, si el cuarto estaba cerrado, sería por algo. Aunque sólo sea por respeto a la memoria de…

—Si lo prefiere, puede usted esperarme en la portería, doña Aurora.

—Es usted un demonio. Ande, ábrala de una vez.

16

Un vahído de aire frío silbó por el orificio de la cerradura, lamiéndome los dedos mientras insertaba la llave. El señor Fortuny había hecho instalar un cerrojo en la puerta de la habitación desocupada de su hijo que hacía tres del que tenía en la puerta del piso. Doña Aurora me miraba con aprensión, como si estuviésemos a punto de abrir la caja de Pandora.

—¿Da esta habitación a la fachada de la calle? —pregunté.

La portera negó.

—Tiene una ventana pequeña, un respiradero que da al tragaluz.

Empujé la puerta hacia el interior. Un pozo de oscuridad se abrió ante nosotros, impenetrable. La tenue claridad a nuestras espaldas nos precedió como un aliento que apenas conseguía arañar las sombras. La ventana que se asomaba al patio estaba cubierta con las páginas amarillentas de un periódico. Arranqué las hojas de diario y una aguja de luz vaporosa taladró la tiniebla.

—Jesús, María y José —murmuró la portera junto a mí.

La habitación estaba infestada de crucifijos. Pendían de la techumbre, ondeando del extremo de cordeles, y cubrían las paredes fijados con clavos. Se contaban por decenas. Podían intuirse en los rincones, grabados a cuchillo en los muebles de madera, arañados en las baldosas, pintados en rojo sobre los espejos. Las pisadas que llegaban hasta el umbral de la puerta trazaban un rastro en el polvo en torno a una cama desnuda hasta el somier, apenas ya un esqueleto de alambre y madera carcomida. En un extremo de la alcoba, bajo la ventana del tragaluz, había un escritorio de consola cerrado y coronado por un trío de crucifijos de metal. Lo abrí cuidadosamente. No había polvo en las junturas del fuelle de madera, con lo que supuse que el escritorio había sido abierto no hacía mucho. El escritorio tenía seis cajones. Los cierres habían sido forzados. Los inspeccioné uno a uno. Vacíos.

Me arrodillé frente al escritorio. Palpé con los dedos los arañazos en la madera. Imaginé las manos de Julián Carax trazando aquellos garabatos, jeroglíficos cuyo sentido se había llevado el tiempo. En el fondo del escritorio se adivinaba una pila de cuadernos y una vasija con lápices y plumas. Tomé uno de los cuadernos y lo ojeé. Dibujos y palabras sueltas. Ejercicios de cálculo. Frases sueltas, citas de libros. Versos inacabados. Todos los cuadernos parecían iguales. Algunos dibujos se repetían

página tras página, con diferentes matices. Me llamó la atención la figura de un hombre que parecía hecho de llamas. Otra describía lo que hubiera podido ser un ángel o un reptil enroscado en una cruz. Se adivinaban esbozos de un caserón de aspecto extravagante, tramado de torreones y arcos catedralicios. El trazo mostraba seguridad y cierto instinto. El joven Carax mostraba las trazas de un dibujante de cierto talento, pero todas las imágenes se quedaban en esbozos.

Estaba por devolver el último cuaderno a su lugar sin inspeccionarlo cuando algo se deslizó de entre sus páginas y cayó a mis pies. Era una fotografía en la que reconocí a la misma muchacha que aparecía en la imagen quemada tomada al pie de aquel edificio. La chica posaba en un suntuoso jardín y, entre las copas de los árboles, se adivinaba la forma de la casa que acababa de ver esbozada en los dibujos de adolescente de Carax. La reconocí al instante. La torre de «El Frare Blanc», en la avenida del Tibidabo. Al dorso de la fotografía venía una inscripción que decía simplemente:

Te quiere, Penélope

Me la guardé en el bolsillo, cerré el escritorio y sonreí a la portera.

—¿Visto? —preguntó, ansiosa por salir de aquel lugar.

—Casi —dije—. Antes me dijo usted que al poco de marchar Julián a París llegó una carta para él, pero su padre le dijo que la tirase…

La portera dudó un instante, luego asintió.

—La carta la puse yo en el cajón de la cómoda del recibidor, por si la francesa volvía algún día. Ahí estará todavía…

Nos acercamos hasta la cómoda y abrimos el cajón superior. Un sobre ocre languidecía entre una colección de relojes parados, botones y monedas que habían dejado de estar en curso veinte años atrás. Cogí el sobre y lo examiné.

—¿La leyó usted?

—Oiga, ¿por quién me toma?

—No se ofenda. Sería lo más normal dadas las circunstancias, al pensar usted que el pobre Julián estaba difunto…

La portera se encogió de hombros, bajando la mirada y retirándose hacia la puerta. Aproveché el momento para guardarme la carta en el bolsillo interior de la chaqueta y cerrar el cajón.

—Mire, no se vaya usted a hacer una idea equivocada —dijo la portera.

—Pues claro que no. ¿Qué decía la carta?

—Era de amor. Como las de la radio, pero más triste, eso sí, porque aquélla sonaba a que era de verdad. Mire que al leerla me entraron ganas de llorar.

—Es usted toda corazón, doña Aurora.

—Y usted es un demonio.

Aquella misma tarde, después de despedirme de doña Aurora y prometerle que la mantendría informada acerca de mis pesquisas sobre Julián Carax, me acerqué al despacho del administrador de la finca. El señor Molins había visto mejores tiempos y ahora languidecía en un despacho cochambroso sepultado en un entresuelo de la calle Floridablanca. Molins era un individuo risueño y orondo aferrado a un puro a medio fumar que parecía crecerle del bigote. Era difícil determinar si estaba dormido o despierto, porque respiraba como quien ronca. Tenía el pelo grasiento y aplastado sobre la frente, la mirada porcina y pícara. Vestía un traje por el que no le hubieran dado ni diez pesetas en el mercado de Los Encantes, pero lo compensaba con una estrepitosa corbata de colorido tropical. A juzgar por el aspecto de la oficina, allí ya apenas se administraban musarañas y catacumbas de una Barcelona de antes de la Restauración.

—Estamos de reformas —dijo Molins a modo de disculpa.

Para romper el hielo, dejé caer el nombre de doña Aurora como si se tratase de una vieja amiga de la familia.

—Mire que estaba mollar de joven, la verdad —comentó Molins—. Los años la han puesto fondona, claro que yo tampoco soy el que era. Aquí donde me ve, yo a la edad de usted era un adonis. De rodillas se me ponían las chavalas para que les hiciera un favor, cuando no un hijo. El siglo veinte es una mierda. En fin, ¿qué se le ofrece a usted, joven?

Le endosé una historia más o menos plausible sobre un supuesto parentesco lejano con los Fortuny. Tras cinco minutos de cháchara, Molins se arrastró hasta su archivo y me dio la dirección del abogado que llevaba los asuntos de Sophie Carax, la madre de Julián.

—A ver… José María Requejo. Calle León XIII, 59. Aunque la correspondencia la enviamos cada semestre a un apartado de correos en la central de Vía Layetana.

—¿Conoce usted al señor Requejo?

—Alguna vez habré hablado con su secretaria por teléfono. La verdad, todos los trámites con él se hacen por correo y los lleva mi secretaria, que hoy está en la peluquería. Los abogados de hoy no tienen tiempo para el trato formal de antes. Ya no quedan caballeros en la profesión.

Al parecer tampoco quedaban direcciones fiables. Un simple vistazo a la guía de calles que había sobre el escritorio del administrador me confirmó lo que sospechaba: la dirección del supuesto abogado Requejo no existía. Así se lo hice saber al señor Molins, que absorbió la noticia como un chiste.

—No me joda —dijo riendo—. ¿Qué le decía yo? Chorizos.

El administrador se reclinó en su butacón y emitió otro de sus ronquidos.

—¿Tendría usted el número de ese apartado de correos?

—Según la ficha es el 2837, aunque yo los números que hace mi secretaria no los entiendo, porque ya sabe usted que las mujeres para las matemáticas no sirven; para

lo que sí sirven es para…

—¿Me permite ver la ficha?

—Faltaría más. Usted mismo.

Me tendió la ficha y la examiné. Los números se entendían perfectamente. El apartado de correos era el 2321. Me aterró pensar en la contabilidad que se debía llevar en aquella oficina.

—¿Tuvo usted mucho trato con el señor Fortuny en vida? —pregunté.

—De aquella manera. Un hombre muy austero. Me acuerdo de que, cuando me enteré de que la francesa le había dejado, le invité a venirse de putas con unos amiguetes aquí a un local fabuloso que conozco al lado de La Paloma. Para que se animase, ¿eh?, nada más. Y mire usted que dejó de dirigirme la palabra y de saludarme por la calle, como si fuese invisible. ¿Qué le parece?

—Me deja usted de piedra. ¿Qué más puede contarme de la familia Fortuny? ¿Les recuerda usted bien?

—Eran otros tiempos —musitó con nostalgia—. Lo cierto es que yo conocía ya al abuelo Fortuny, que fundó la sombrerería. Del hijo, qué le voy a contar. Ella, eso sí, estaba de miedo. Qué mujer. Y honrada, ¿eh?, pese a todos los rumores y habladurías que corrían por ahí…

—¿Como el de que Julián no era hijo legítimo del señor Fortuny?

—¿Y usted dónde ha oído eso?

—Como le dije, soy de la familia. Todo se sabe.

—De todo eso nunca se probó nada.

—Pero se habló —invité.

—La gente le da al pico que es un contento. El hombre no viene del mono, viene de la gallina.

—¿Y qué decía la gente?

—¿Le apetece a usted una copita de ron? Es de Igualada, pero tiene una chispilla caribeña… Está buenísimo.

—No, gracias, pero yo le acompaño. Vaya contándome mientras tanto…

Antoni Fortuny, a quien todos llamaban el sombrerero, había conocido a Sophie Carax en 1899 frente a los peldaños de la catedral de Barcelona. Venía de hacerle una promesa a san Eustaquio, que de entre todos los santos con capilla particular, tenía fama de ser el más diligente y menos remilgado a la hora de conceder milagros de amor. Antoni Fortuny, que ya había cumplido los treinta años y rebosaba soltería, quería una esposa y la quería ya. Sophie era una joven francesa que vivía en una residencia para señoritas en la calle Riera Alta e impartía clases particulares de solfeo y piano a los vástagos de las familias más privilegiadas de Barcelona. No tenía familia ni patrimonio, apenas su juventud y la formación musical que su padre, pianista de un teatro de Nimes, le había podido dejar antes de morir de tuberculosis en 1886. Antoni Fortuny, por contra, era un hombre en vías de prosperidad. Había

heredado recientemente el negocio de su padre, una reputada sombrerería en la ronda de San Antonio en la que había aprendido el oficio que algún día soñaba en enseñar a su propio hijo. Sophie Carax se le antojó frágil, bella, joven, dócil y fértil. San Eustaquio había cumplido conforme a su reputación. Tras cuatro meses de cortejo insistente, Sophie aceptó su oferta de matrimonio. El señor Molins, que había sido amigo del abuelo Fortuny, le advirtió a Antoni que se casaba con una desconocida, que Sophie parecía buena muchacha, pero que quizá aquel enlace era demasiado conveniente para ella, que esperase al menos un año… Antoni Fortuny replicó que sabía ya lo suficiente de su futura esposa. Lo demás no le interesaba. Se casaron en la basílica del Pino y pasaron su luna de miel de tres días en un balneario de Mongat. La mañana antes de partir, el sombrerero preguntó confidencialmente al señor Molins cómo debía proceder en los misterios de alcoba. Molins, sarcástico, le dijo que le preguntase a su esposa. El matrimonio Fortuny regresó a Barcelona apenas dos días después. Los vecinos dijeron que Sophie lloraba al entrar en la escalera. La Vicenteta juraría años más tarde que Sophie le había dicho que el sombrerero no le había puesto un dedo encima y que cuando ella había querido seducirle, la había tratado de ramera y se había sentido repugnado por la obscenidad de lo que ella proponía. Seis meses más tarde, Sophie anunció a su esposo que llevaba un hijo en las entrañas. El hijo de otro hombre.

Antoni Fortuny había visto a su propio padre golpear a su madre infinidad de veces e hizo lo que entendía procedente. Sólo se detuvo cuando creyó que un solo roce más la mataría. Aun así, Sophie se negó a desvelar la identidad del padre de la criatura que llevaba en el vientre. Antoni Fortuny, aplicando su lógica particular, decidió que se trataba del demonio, pues aquél no era sino hijo del pecado, y el pecado sólo tenía un padre: el maligno. Convencido así de que el pecado se había colado en su hogar y entre los muslos de su esposa, el sombrerero se aficionó a colgar crucifijos por doquier, en las paredes, en las puertas de todas las habitaciones y en el techo. Cuando Sophie le encontró sembrando de cruces la alcoba a la que la había confinado, se asustó y con lágrimas en los ojos le preguntó si se había vuelto loco. Él, ciego de rabia, se volvió y la abofeteó. «Una puta, como las demás», escupió al echarla a patadas al rellano de la escalera tras desollarla a correazos. Al día siguiente, cuando Antoni Fortuny abrió la puerta de su casa para bajar a abrir la sombrerería, Sophie seguía allí, cubierta de sangre seca y tiritando de frío. Los médicos nunca pudieron arreglar completamente las fracturas de la mano derecha. Sophie Carax nunca volvería a tocar el piano, pero dio a luz un varón al que habría de llamar Julián en recuerdo al padre que había perdido demasiado pronto, como todo en la vida. Fortuny pensó en echarla de su casa, pero creyó que el escándalo no sería bueno para el negocio. Nadie compraría sombreros a un hombre con fama de cornudo. Era un contrasentido. Sophie pasó a ocupar una alcoba oscura y fría en la parte de atrás del piso. Allí daría a luz a su hijo con la ayuda de dos vecinas de la escalera. Antoni no volvió a casa hasta tres días después. «Éste es el hijo que Dios te

ha dado —le anunció Sophie—. Si quieres castigar a alguien, castígame a mí, pero no a una criatura inocente. El niño necesita un hogar y un padre. Mis pecados no son los suyos. Te ruego que te apiades de nosotros».

Los primeros meses fueron difíciles para ambos. Antoni Fortuny había decidido rebajar a su esposa al rango de criada. Ya no compartían ni el lecho ni la mesa, y rara vez cruzaban una palabra como no fuera para dirimir alguna cuestión de orden doméstico. Una vez al mes, normalmente coincidiendo con la luna llena, Antoni Fortuny hacía acto de presencia en la alcoba de Sophie de madrugada y, sin mediar palabra, embestía a su antigua esposa con ímpetu pero escaso oficio. Aprovechando estos raros y beligerantes momentos de intimidad, Sophie intentaba congraciarse con él susurrando palabras de amor, dedicando caricias expertas. El sombrerero no era hombre para fruslerías y la zozobra del deseo se le evaporaba en cuestión de minutos, cuando no segundos. De dichos asaltos a camisón arremangado no resultó hijo alguno. Después de unos años, Antoni Fortuny dejó de visitar la alcoba de Sophie definitivamente, y adquirió el hábito de leer las Sagradas Escrituras hasta bien entrada la madrugada, buscando en ellas solaz a su tormento.

Con la ayuda de los Evangelios, el sombrerero hacía un esfuerzo por suscitar en su corazón un amor por aquel niño de mirada profunda que gustaba de hacer bromas sobre todo e inventar sombras donde no las había. Pese a su empeño, no sentía al pequeño Julián como hijo de su sangre, ni se reconocía en él. Al niño, por su parte, no parecían interesarle en demasía los sombreros ni las enseñanzas del catecismo. Llegada la Navidad, Julián se entretenía en recomponer las figuras del pesebre y urdir intrigas en las que el niño Jesús había sido raptado por los tres magos de Oriente con fines escabrosos. Pronto adquirió la manía de dibujar ángeles con dientes de lobo e inventar historias de espíritus encapuchados que salían de las paredes y se comían las ideas de la gente mientras dormía. Con el tiempo, el sombrerero perdió toda esperanza de enderezar a aquel muchacho hacia una vida de provecho. Aquel niño no era un Fortuny y nunca lo sería. Alegaba que se aburría en el colegio y regresaba con todos sus cuadernos repletos de garabatos de seres monstruosos, serpientes aladas y edificios vivos que caminaban y devoraban a los incautos. Ya por entonces estaba claro que la fantasía y la invención le interesaban infinitamente más que la realidad cotidiana que le rodeaba. De todas las decepciones que atesoró en vida, ninguna le dolió tanto a Antoni Fortuny como aquel hijo que el demonio le había enviado para burlarse de él.

A los diez años, Julián anunció que quería ser pintor, como Velázquez, pues soñaba con acometer los lienzos que el gran maestro no había podido llegar a pintar en vida, argumentaba, por culpa de tanto retratar por obligación a los débiles mentales de la familia real. Para acabar de arreglar las cosas, a Sophie, quizá para matar la soledad y recordar a su padre, se le ocurrió darle clases de piano. Julián, que adoraba la música, la pintura y todas las materias desprovistas de provecho y beneficio en la sociedad de los hombres, pronto aprendió los rudimentos de la

armonía y decidió que prefería inventarse sus propias composiciones a seguir las partituras del libro de solfeo, lo cual era contra natura. Por aquel entonces, Antoni Fortuny todavía creía que parte de las deficiencias mentales del muchacho se debían a su dieta, demasiado influenciada por los hábitos de cocina francesa de su madre. Era bien sabido que la exuberancia de mantequillas producía la ruina moral y aturdía el entendimiento. Prohibió a Sophie cocinar con mantequilla por siempre jamás. Los resultados no fueron exactamente los esperados.

A los doce años, Julián empezó a perder su interés febril por la pintura y por Velázquez, pero las esperanzas iniciales del sombrerero duraron poco. Julián abandonaba los sueños del Prado por otro vicio mucho más pernicioso. Había descubierto la biblioteca de la calle del Carmen y dedicaba cada tregua que su padre le concedía en la sombrerería a acudir al santuario de los libros y devorar tomos de novela, de poesía y de historia. Un día antes de cumplir los trece años anunció que quería ser alguien llamado Robert Louis Stevenson, a todas luces un extranjero. El sombrerero le anunció que a duras penas llegaría a picapedrero. Tuvo entonces la certeza de que su hijo no era sino un necio.

A menudo, sin poder conciliar el sueño, Antoni Fortuny se retorcía en el lecho de rabia y frustración. En el fondo de su corazón quería a aquel muchacho, se decía. Y, aunque ella no lo mereciese, también quería a la mujerzuela que le había traicionado desde el primer día. Los quería con toda su alma, pero a su manera, que era la correcta. Sólo le pedía a Dios que le mostrase el modo en que los tres podían ser felices, preferiblemente también a su manera. Imploraba al Señor que le enviase una señal, un susurro, una migaja de su presencia. Dios, en su infinita sabiduría, y quizá abrumado por la avalancha de peticiones de tantas almas atormentadas, no respondía. Mientras Antoni Fortuny se deshacía en remordimientos y resquemores, Sophie, al otro lado del muro, se apagaba lentamente, viendo su vida naufragar en un soplo de engaños, de abandono, de culpa. No amaba al hombre al que servía, pero se sentía suya, y la posibilidad de abandonarle y llevarse a su hijo a otro lugar se le antojaba inconcebible. Recordaba con amargura al verdadero padre de Julián, y con el tiempo aprendió a odiarle y a detestar cuanto representaba, que no era sino cuanto ella anhelaba. A falta de conversaciones, el matrimonio empezó a intercambiar gritos. Insultos y recriminaciones afiladas volaban por el piso como cuchillos, acribillando a quien osara interponerse en su trayectoria, habitualmente Julián. Luego, el sombrerero nunca recordaba exactamente por qué había pegado a su mujer. Recordaba sólo el fuego y la vergüenza. Se juraba entonces que aquello no volvería a suceder jamás, que si era necesario se entregaría a las autoridades para que lo confinasen a un penal.

Con la ayuda de Dios, Antoni Fortuny tenía la certeza de que podía llegar a ser un hombre mejor de lo que lo había sido su propio padre. Pero tarde o temprano, los puños encontraban de nuevo la carne tierna de Sophie y, con el tiempo, Fortuny sintió que si no podía poseerla como esposo, lo haría como verdugo. De este modo, a

escondidas, la familia Fortuny dejó pasar los años, silenciando sus corazones y sus almas, hasta el punto que, de tanto callar, olvidaron las palabras para expresar sus verdaderos sentimientos y se transformaron en extraños que convivían bajo un mismo tejado, uno de tantos en la ciudad infinita.

Pasaban ya de las dos y media cuando regresé a la librería. Al entrar, Fermín me lanzó una mirada sarcástica desde lo alto de una escalera, donde le sacaba lustre a una colección de los *Episodios nacionales* del insigne don Benito.

—Alabados sean los ojos. Ya le creíamos haciendo las Américas, Daniel.

—Me entretuve por el camino. ¿Y mi padre?

—Como usted no venía, marchó él a hacer el resto de las entregas. Me encargó que le dijese a usted que esta tarde se iba a Tiana a valorar la biblioteca privada de una viuda. Su padre es de los que las mata callando. Dijo que no le esperase usted para cerrar.

—¿Estaba enfadado?

Fermín negó, descendiendo de la escalera con agilidad felina.

—Qué va. Si su padre es un santo. Además estaba muy contento al ver que se ha echado usted novia.

—¿Qué?

Fermín me guiñó un ojo, relamiéndose.

—Ay, granujilla, qué callado se lo tenía usted. Y qué niña, oiga, para cortar el tráfico. De un fino que de qué. Se conoce que ha ido a buenos colegios, aunque tenía un vicio en la mirada… Mire, si no tuviese yo el corazón robado con la Bernarda, porque no le he contado a usted todavía lo de nuestra merienda… chispas salían, oiga, chispas, que parecía la noche de San Juan…

—Fermín —le corté—. ¿De qué demonios está usted hablando?

—De su novia.

—Yo no tengo novia, Fermín.

—Bueno, ahora ustedes los jóvenes a eso lo llaman cualquier cosa, «güirlifrend» o…

—Fermín, rebobine. ¿De qué está hablando?

Fermín Romero de Torres me miró desconcertado, juntando los dedos de una mano y gesticulando al uso siciliano.

—A ver. Esta tarde, hará cosa de una hora u hora y media, una señorita de bandera pasó por aquí y preguntó por usted. Su padre de usted y servidor estábamos de cuerpo presente y le puedo asegurar sin lugar a dudas que la muchacha no tenía las pintas de ser un aparecido. Le podría describir a usted hasta el olor. A lavanda, pero más dulce. Como un bollito recién hecho.

—¿Dijo acaso el bollito que era mi novia?

—Así, con todas las palabras no, pero sonrió como de refilón, ya sabe usted, y dijo que le esperaba el viernes por la tarde. Nosotros nos limitamos a sumar dos y

dos.

—Bea… —murmuré yo.

—Ergo, existe —apuntó Fermín, aliviado.

—Sí, pero no es mi novia —dije.

—Pues no sé a qué está usted esperando.

—Es la hermana de Tomás Aguilar.

—¿Su amigo el inventor?

Asentí.

—Razón de más. Ni que fuese la hermana de Gil Robles, óigame; porque está buenísima. Yo, en su lugar, estaría a la que salta.

—Bea ya tiene novio. Un alférez que está haciendo el servicio.

Fermín suspiró, irritado.

—Ah, el ejército, lacra y reducto tribal del gremialismo simiesco. Mejor, porque así puede usted ponerle la cornamenta sin remordimientos.

—Delira usted, Fermín. Bea se va a casar cuando el alférez termine el servicio.

Fermín me sonrió, ladino.

—Pues mire usted por dónde, a mí me da como que no, que ésa no se casa.

—Usted qué sabrá.

—De mujeres, y de otros menesteres mundanos, bastante más que usted. Como nos enseña Freud, la mujer desea lo contrario de lo que piensa o declara, lo cual, bien mirado, no es tan terrible porque el hombre, como nos enseña Perogrullo, obedece por contra al dictado de su aparato genital o digestivo.

—No me largue discursos, Fermín, que le veo el plumero. Si tiene algo que decir, sintetice.

—Pues mire, en sucinta esencia se lo digo: ésa no tenía cara de casarse con el Cascorro.

—¿Ah, no? ¿Y de qué tenía cara, a ver?

Fermín se me acercó con aire confidencial.

—De morbo —apuntó, alzando las cejas con aire de misterio—. Y que conste que eso lo digo como un cumplido.

Como siempre, Fermín estaba en lo cierto. Vencido, opté por jugar la pelota en su terreno.

—Hablando de morbo, cuénteme lo de la Bernarda. ¿Hubo beso o no hubo beso?

—No me ofenda, Daniel. Le recuerdo que está usted hablando con un profesional de la seducción, y eso del beso es para amateurs y diletantes de pantufla. A la mujer de verdad se la gana uno poco a poco. Es todo cuestión de psicología, como una buena faena en la plaza.

—O sea, que le dio calabazas.

—A Fermín Romero de Torres no le da calabazas ni san Roque. Lo que ocurre es que el hombre, volviendo a Freud y valga la metáfora, se calienta como una bombilla: al rojo en un tris, y frío otra vez en un soplo. La hembra, sin embargo, y esto es

ciencia pura, se calienta como una plancha, ¿entiende usted? Poco a poco, a fuego lento, como la buena *escudella*. Pero eso sí, cuando ha cogido calor, aquello no hay quien lo pare. Como los altos hornos de Vizcaya.

Sopesé las teorías termodinámicas de Fermín.

—¿Es eso lo que está usted haciendo con la Bernarda? —pregunté—. ¿Poner la plancha al fuego?

Fermín me guiñó un ojo.

—Esa mujer es un volcán al borde de la erupción, con una libido de magma ígneo y un corazón de santa —dijo, relamiéndose—. Por establecer un paralelismo veraz, me recuerda a mi mulatita en La Habana, que era una santera muy devota. Pero, como en el fondo soy un caballero de los de antes, no me aprovecho, y con un casto beso en la mejilla me conformé. Porque yo no tengo prisa, ¿sabe? Lo bueno se hace esperar. Hay pardillos por ahí que se creen que si le ponen la mano en el culo a una mujer y ella no se queja, ya la tienen en el bote. Aprendices. El corazón de la hembra es un laberinto de sutilezas que desafía la mente cerril del varón trapacero. Si quiere usted de verdad poseer a una mujer, tiene que pensar como ella, y lo primero es ganarse su alma. El resto, el dulce envoltorio mullido que le pierde a uno el sentido y la virtud, viene por añadidura.

Aplaudí su discurso con solemnidad.

—Fermín, es usted un poeta.

—No, yo estoy con Ortega y soy un pragmático, porque la poesía miente, aunque en bonito, y lo que yo digo es más verdad que el pan con tomate. Ya lo decía el maestro, enséñeme usted un donjuán y le enseño yo a un mariposón enmascarado. Lo mío es la permanencia, lo perenne. A usted le pongo por testigo que yo de la Bernarda haré una mujer, si no honrada, porque eso ya lo es, al menos feliz.

Le sonreí, asintiendo. Su entusiasmo era contagioso, y su métrica invencible.

—Me la cuide bien, Fermín. Que la Bernarda tiene demasiado corazón y ya se ha llevado demasiados chascos.

—¿Se cree que no me doy cuenta? Vamos, si lo lleva en la frente como una póliza del patronato de viudas de guerra. Se lo digo yo, que en esto de encajar putadas tengo muchísima experiencia: yo a esa mujer la colmo de dicha aunque sea lo último que haga en este mundo.

—¿Palabra?

Me tendió la mano con aplomo templario. Se la estreché.

—Palabra de Fermín Romero de Torres.

Tuvimos una tarde lenta en la tienda, con apenas un par de curiosos. En vista del panorama, le sugerí a Fermín que se tomase libre el resto de la tarde.

—Ande, se va usted a buscar a la Bernarda y se la lleva al cine o a mirar escaparates por la calle Puertaferrisa cogida del brazo, que a ella eso le encanta.

Fermín se aprestó a tomarme la palabra y corrió a acicalarse en la trastienda, donde guardaba siempre una muda impecable y toda suerte de colonias y ungüentos en un neceser que hubiera sido la envidia de doña Concha Piquer. Cuando salió parecía un galán de peliculón, pero con treinta kilos menos en los huesos. Vestía un traje que había sido de mi padre y un sombrero de fieltro que le venía un par de tallas grande, problema que solventaba colocando bolas de papel de periódico bajo la copa.

—Por cierto, Fermín. Antes de que se vaya… Quería pedirle un favor.

—Eso está hecho. Usted ordene que yo estoy aquí para obedecer.

—Le voy a pedir que esto quede entre nosotros, ¿eh?, a mi padre ni una palabra.

Sonrió de oreja a oreja.

—Ah, granujilla. Algo que ver con esa chavala imponente, ¿eh?

—No. Éste es un asunto de investigación e intriga. De lo suyo, vamos.

—Bueno, yo de chavalas también sé un rato. Se lo digo por si un día tiene usted una consulta técnica, ya sabe. Con toda confianza, que para eso soy como un médico. Sin ñoñerías.

—Lo tendré en cuenta. Ahora, lo que necesitaría saber es a quién pertenece un apartado de correos en la oficina central de Vía Layetana. Número 2321. Y, a ser posible, quién recoge el correo que llega ahí. ¿Cree usted que podría echarme un cable?

Fermín se anotó el número en el empeine, bajo el calcetín, a bolígrafo.

—Eso es pan comido. A mí no hay organismo oficial que se me resista. Deme unos días y le tendré un informe completo.

—Hemos quedado que a mi padre ni una palabra, ¿eh?

—Descuide. Hágase cuenta de que soy la esfinge de Keops.

—Se lo agradezco. Y ahora, venga, váyase ya y que se lo pase bien.

Le despedí con un saludo militar y le vi partir gallardo como un gallo rumbo al gallinero. No debía de hacer ni cinco minutos que Fermín se había ido cuando escuché las campanillas de la puerta y alcé la vista de las columnas de cifras y tachones. Un individuo amparado en una gabardina gris y un sombrero de fieltro acababa de entrar. Lucía un bigote pincelado y los ojos azules y vidriosos. Exhibía una sonrisa de vendedor, falsa y forzada. Lamenté que Fermín no estuviese allí, porque él tenía la mano rota para librarse de los viajantes de alcanfores y morralla que ocasionalmente se colaban en la librería. El visitante me brindó su sonrisa grasienta y falsa, cogiendo al azar un tomo de una pila por ordenar y valorar que había junto a la entrada. Todo en él comunicaba desprecio por cuanto veía. No me vas a vender ni las buenas tardes, pensé.

—Cuánta letra, ¿eh? —dijo.

—Es un libro; suelen tener bastantes letras. ¿En qué puedo ayudarle, caballero?

El individuo devolvió el libro a la pila, asintiendo con displicencia e ignorando mi pregunta.

—Es lo que yo digo. Leer es para la gente que tiene mucho tiempo y nada que

hacer. Como las mujeres. El que tiene que trabajar no tiene tiempo para cuentos. En la vida hay que pencar. ¿No le parece a usted?

—Es una opinión. ¿Buscaba usted algo en especial?

—No es una opinión; es un hecho. Eso es lo que pasa en este país, que la gente no quiere trabajar. Mucho vago es lo que hay, ¿no le parece a usted?

—No lo sé, caballero. Quizá. Aquí, como ve, sólo vendemos libros.

El individuo se acercó al mostrador, su mirada siempre revoloteando por la tienda y posándose ocasionalmente en la mía. Su aspecto y su ademán me resultaban vagamente familiares, aunque no hubiera sabido decir de dónde. Había algo en él que hacía pensar en una de esas figuras que aparecen en naipes de anticuario o adivino, un personaje escapado de los grabados de un incunable. Tenía la presencia fúnebre e incandescente, como una maldición con el traje de los domingos.

—Si me dice en qué puedo servirle…

—Soy yo más bien quien venía a hacerle a usted un servicio. ¿Es usted el dueño de este establecimiento?

—No. El dueño es mi padre.

—¿Y su nombre es?

—¿El mío o el de mi padre?

El individuo me dedicó una sonrisa socarrona. Un risitas, pensé.

—Me haré cuenta de que el cartel de Sempere e hijos va por ambos, entonces.

—Es usted muy perspicaz. ¿Puedo preguntarle cuál es el motivo de su visita, si no está interesado en un libro?

—El motivo de mi visita, que es de cortesía, es advertirle que ha llegado a mi atención que tienen ustedes tratos con gentes de mal vivir, en particular invertidos y maleantes.

Le observé atónito.

—¿Perdón?

El individuo me clavó la mirada.

—Hablo de maricones y ladrones. No me diga que no sabe de lo que hablo.

—Me temo que no tengo la más remota idea, ni interés alguno en seguir escuchándole.

El individuo asintió, adoptando un gesto hostil y airado.

—Pues va a tener que joderse. Supongo que está usted al corriente de las actividades del ciudadano Federico Flaviá.

—Don Federico es el relojero del barrio, una excelente persona y dudo mucho de que sea un maleante.

—Hablaba de maricones. Me consta que la moñarra esa frecuenta su establecimiento, supongo que para comprarles novelillas románticas y pornografía.

—¿Y puedo preguntarle a usted qué le importa?

Por toda respuesta extrajo su billetero y lo tendió abierto sobre el mostrador. Reconocí una tarjeta de identificación policial mugrienta con el semblante del

individuo, algo más joven. Leí hasta donde decía «Inspector jefe Francisco Javier Fumero Almuñiz».

—Joven, a mí hábleme con respeto o les meto a usted y a su padre un paquete que se les va a caer el pelo por vender basura bolchevique. ¿Estamos?

Quise replicar, pero las palabras se me habían quedado congeladas en los labios.

—Pero bueno, el maricón ese no es lo que me trae hasta aquí hoy. Tarde o temprano acabará en jefatura, como todos los de su catadura, y ya lo espabilaré yo. Lo que me preocupa es que tengo informes de que están ustedes empleando a un chorizo vulgar, un indeseable de la peor calaña.

—No sé de quién me habla usted, inspector.

Fumero rió su risita servil y pegajosa, de camarilla y comadreo.

—Dios sabe qué nombre utilizará ahora. Hace años se hacía llamar Wilfredo Camagüey, as del mambo, y decía ser experto en vudú, profesor de danza de don Juan de Borbón y amante de Mata Hari. Otras veces adopta nombres de embajadores, artistas de variedades o toreros. Ya hemos perdido la cuenta.

—Siento no poder ayudarle, pero no conozco a nadie llamado Wilfredo Camagüey.

—Seguro que no, pero sabe a quién me refiero, ¿verdad?

—No.

Fumero rió de nuevo. Aquella risa forzada y amanerada le definía y resumía como un índice.

—A usted le gusta poner las cosas difíciles, ¿verdad? Mire, yo he venido aquí en plan de amigo para advertirles y prevenirles de que quien mete a un indeseable en casa acaba con los dedos escaldados y usted me trata de embustero.

—En absoluto. Yo le agradezco su visita y su advertencia, pero le aseguro que no ha…

—A mí no me venga con estas mierdas, porque si me sale de los cojones le pego un par de hostias y le cierro el chiringuito, ¿estamos? Pero hoy estoy de buenas, así que le voy a dejar sólo con la advertencia. Usted sabrá qué compañías elige. Si le gustan los maricones y los ladrones, es que tendrá usted algo de ambos. Conmigo, las cosas claras. O está usted de mi lado o contra mí. Así es la vida. ¿En qué quedamos?

No dije nada. Fumero asintió, soltando otra risita.

—Muy bien, Sempere. Usted mismo. Mal empezamos usted y yo. Si quiere problemas, los tendrá. La vida no es como las novelas, ¿sabe usted? En la vida hay que tomar un bando. Y está claro cuál ha elegido usted. El de los que pierden por burros.

—Le voy a pedir que se vaya usted, por favor.

Se alejó hacia la puerta arrastrando su risita sibilina.

—Volveremos a vernos. Y dígale a su amigo que el inspector Fumero le tiene echado el ojo y que le envía muchos recuerdos.

La visita del infausto inspector y el eco de sus palabras me incendiaron la tarde.

Después de quince minutos de corretear tras el mostrador con las tripas estrechándoseme en un nudo, decidí cerrar la librería antes de la hora y salir a la calle a caminar sin rumbo. No podía quitarme del pensamiento las insinuaciones y las amenazas que había hecho aquel aprendiz de matarife. Me preguntaba si debía alertar a mi padre y a Fermín sobre aquella visita, pero supuse que aquélla había sido precisamente la intención de Fumero, sembrar la duda, la angustia, el miedo y la incertidumbre entre nosotros. Decidí que no iba a seguirle el juego. Por otro lado, las insinuaciones acerca del pasado de Fermín me alarmaban. Me avergoncé de mí mismo al descubrir que por un instante había dado crédito a las palabras del policía. Tras darle muchas vueltas, concluí sellar aquel episodio en algún rincón de mi memoria e ignorar sus implicaciones. De regreso a casa, crucé frente a la relojería del barrio. Don Federico me saludó desde el mostrador, haciéndome señas para que entrase en su establecimiento. El relojero era un personaje afable y sonriente que nunca se olvidaba de felicitar una fiesta y al que siempre se podía acudir para solventar cualquier apuro, con la tranquilidad de que él encontraría la solución. No pude evitar sentir un escalofrío al saberle en la lista negra del inspector Fumero, y me pregunté si debía avisarle, aunque no imaginaba cómo sin inmiscuirme en materias que no eran de mi incumbencia. Más confundido que nunca, entré en la relojería y le sonreí.

—¿Qué tal, Daniel? Menuda cara traes.

—Un mal día —dije—. ¿Qué tal todo, don Federico?

—Sobre ruedas. Los relojes cada vez están peor hechos y me harto a trabajar. Si esto sigue así, voy a tener que coger un ayudante. Tu amigo, el inventor, ¿no estaría interesado? Seguro que tiene buena mano para esto.

No me costó imaginar lo que opinaría el padre de Tomás Aguilar sobre la perspectiva de que su hijo aceptase un empleo en el establecimiento de don Federico, mariquilla oficial del barrio.

—Ya se lo comentaré.

—Por cierto, Daniel. Tengo por aquí el despertador que me trajo tu padre hace dos semanas. No sé lo que le hizo, pero le valdría más comprar uno nuevo que arreglarlo.

Recordé que a veces, en las noches de verano asfixiantes, a mi padre le daba por salir a dormir al balcón.

—Se le cayó a la calle —dije.

—Ya me parecía a mí. Dile que me diga el qué. Yo le puedo conseguir un Radiant a muy buen precio. Si quieres, mira, te lo llevas y que lo pruebe. Si le gusta, ya me lo pagará. Y si no, me lo devuelves.

—Muchas gracias, don Federico.

El relojero procedió a envolverme el armatoste en cuestión.

—Alta tecnología —decía, complacido—. Por cierto, me encantó el libro que me vendió el otro día Fermín. Uno de Graham Greene. Ese Fermín es un fichaje de

primera.

Asentí.

—Sí, vale un montón.

—Me he dado cuenta de que nunca lleva reloj. Dile que se pase por aquí y lo arreglamos.

—Así lo haré. Gracias, don Federico.

Al darme el despertador, el relojero me observó con detenimiento y arqueó las cejas.

—¿Seguro que no pasa nada, Daniel? ¿Sólo un mal día?

Asentí de nuevo, sonriendo.

—No pasa nada, don Federico. Cuídese.

—Tú también, Daniel.

Al llegar a casa encontré a mi padre dormido en el sofá con el periódico sobre el pecho. Dejé el despertador sobre la mesa con una nota que decía «de parte de don Federico: que tires el viejo», y me deslicé sigilosamente hasta mi habitación. Me tendí en la cama en la penumbra y me quedé dormido pensando en el inspector, en Fermín y en el relojero. Cuando me desperté eran ya las dos de la mañana. Me asomé al pasillo y vi que mi padre se había retirado a su habitación con el nuevo despertador. El piso estaba en tinieblas y el mundo me parecía un lugar más oscuro y siniestro de lo que se me había antojado la noche anterior. Comprendí que, en el fondo, nunca había llegado a creer que el inspector Fumero fuese real. Ahora me parecía uno entre mil. Fui a la cocina y me serví un vaso de leche fría. Me pregunté si Fermín estaría bien, sano y salvo en su pensión.

De vuelta a mi habitación intenté apartar del pensamiento la imagen del policía. Intenté conciliar de nuevo el sueño, pero comprendí que se me había escapado el tren. Encendí la luz y decidí examinar el sobre dirigido a Julián Carax que le había sustraído a doña Aurora aquella mañana y que todavía llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Lo dispuse sobre mi escritorio bajo el haz del flexo. Era un sobre apergaminado, de bordes serrados que amarilleaban y tacto arcilloso. El matasellos, apenas una sombra, decía «18 de octubre de 1919». El sello de lacre se había desprendido, probablemente merced a los buenos oficios de doña Aurora. En su lugar quedaba una mancha rojiza como un roce de carmín que besaba el cierre sobre el que podía leerse el remite:

Penélope Aldaya
Avenida del Tibidabo, 32, Barcelona

Abrí el sobre y extraje la carta, una lámina de color ocre nítidamente doblada por la mitad. Un trazo de tinta azul se deslizaba con aliento nervioso, desvaneciéndose paulatinamente y volviendo a cobrar intensidad cada pocas palabras. Todo en aquella hoja hablaba de otro tiempo; el trazo esclavo del tintero, las palabras arañadas sobre

el papel grueso por el filo de la plumilla, el tacto rugoso del papel. Alisé la carta sobre el mostrador y la leí, casi sin aliento.

Querido Julián:

Esta mañana me he enterado por Jorge de que realmente dejaste Barcelona y te fuiste en busca de tus sueños. Siempre temí que esos sueños no te iban a dejar nunca ser mío, ni de nadie. Me hubiera gustado verte una última vez, poder mirarte a los ojos y decirte cosas que no sé contarle a una carta. Nada salió como lo habíamos planeado. Te conozco demasiado y sé que no me escribirás, que ni siquiera me enviarás tu dirección, que querrás ser otro. Sé que me odiarás por no haber estado allí como te prometí. Que creerás que te fallé. Que no tuve valor.

Tantas veces te he imaginado, solo en aquel tren, convencido de que te había traicionado. Muchas veces intenté encontrarte a través de Miquel, pero él me dijo que ya no querías saber nada de mí. ¿Qué mentiras te contaron, Julián? ¿Qué te dijeron de mí? ¿Por qué les creíste?

Ahora ya sé que te he perdido, que lo he perdido todo. Y aun así no puedo dejar que te vayas para siempre y me olvides sin que sepas que no te guardo rencor, que yo lo sabía desde el principio, que sabía que te iba a perder y que tú nunca ibas a ver en mí lo que yo en ti. Quiero que sepas que te quise desde el primer día y que te sigo queriendo, ahora más que nunca, aunque te pese.

Te escribo a escondidas, sin que nadie lo sepa. Jorge ha jurado que si vuelve a verte te matará. No me dejan ya salir de casa, ni asomarme a la ventana. No creo que me perdonen nunca. Alguien de confianza me ha prometido que te enviará esta carta. No menciono su nombre para no comprometerle. No sé si te llegarán mis palabras. Pero si así fuera y decidieses volver por mí, aquí encontrarás el modo de hacerlo. Mientras escribo, te imagino en aquel tren, cargado de sueños y con el alma rota de traición, huyendo de todos nosotros y de ti mismo. Hay tantas cosas que no puedo contarte, Julián. Cosas que nunca supimos y que es mejor que no sepas nunca.

No deseo nada más en el mundo que seas feliz, Julián, que todo a lo que aspiras se haga realidad y que, aunque me olvides con el tiempo, algún día llegues a comprender lo mucho que te quise.

Siempre,
Penélope.

17

Las palabras de Penélope Aldaya, que leí y releí aquella noche hasta aprendérmelas de memoria, borraron de un plumazo el mal sabor que me había dejado la visita del inspector Fumero. Tras pasar la noche en vela, absorto en aquella carta y en la voz que intuía en ella, salí de casa con la madrugada. Me vestí en silencio y le dejé a mi padre una nota sobre la cómoda del recibidor, diciéndole que tenía que hacer algunos recados y que estaría de vuelta en la librería a las nueve y media. Al asomarme al portal, las calles languidecían ocultas todavía bajo un manto azulado que lamía las sombras y los charcos que la llovizna había sembrado durante la noche. Me abroché el chaquetón hasta el cuello y me encaminé a paso ligero rumbo a la plaza de Cataluña. Las escaleras del metro exhalaban un lienzo de vapor tibio que ardía en luz de cobre. En las taquillas de los ferrocarriles catalanes compré un billete de tercera clase hasta la estación de Tibidabo. Hice el trayecto en un vagón, poblado de ordenanzas, criadas y jornaleros portando bocadillos del tamaño de un ladrillo envueltos en hojas de periódico. Me refugié en la negrura de los túneles y apoyé la cabeza en la ventana, entrecerrando los ojos mientras el tren recorría las entrañas de la ciudad hasta los pies del Tibidabo. Al emerger de nuevo a la calle me pareció redescubrir otra Barcelona. Estaba amaneciendo y un filo de púrpura rasgaba las nubes y salpicaba las fachadas de los palacetes y caserones señoriales que flanqueaban la avenida del Tibidabo. El tranvía azul reptaba perezosamente entre neblinas. Corrí tras él y conseguí auparme en la plataforma trasera bajo la mirada severa del revisor. La cabina de madera estaba casi vacía. Un par de frailes y una dama enlutada de piel cenicienta se mecían adormecidos al vaivén del carruaje de caballos invisibles.

—Sólo voy hasta el número treinta y dos —le dije al revisor, ofreciendo mi mejor sonrisa.

—Pues como si va hasta Finisterre —replicó, indiferente—. Aquí han pagado billete hasta los soldados de Cristo. O apoquina, o camina. Y el pareado no se lo cobro.

El dúo de frailes, que calzaba sandalias y un manto de saco marrón de austeridad franciscana, asintió, mostrando sendos billetes rosa a título de prueba.

—Pues entonces me bajo —dije—. Porque no llevo suelto.

—Como guste. Pero espere a la próxima parada, que yo no quiero accidentes.

El tranvía ascendía casi a ritmo de paseo, acariciando la sombra de la arboleda y oteando sobre los muros y jardines de mansiones con alma de castillo que yo imaginaba pobladas de estatuas, fuentes, caballerizas y capillas secretas. Me asomé a un lado de la plataforma y distinguí la silueta de la torre de «El Frare Blanc» recortándose entre los árboles. Al acercarse a la esquina de Román Macaya, el tranvía disminuyó la marcha hasta detenerse casi por completo. El conductor hizo sonar su campanilla y el revisor me lanzó una mirada de censura.

—Venga, listillo. Aligere, que el número treinta y dos lo tiene ahí.

Me apeé y escuché el traqueteo del tranvía azul perderse en la bruma. La residencia de la familia Aldaya quedaba al cruzar la calle. Un portón de hierro forjado tramado de yedra y hojarasca la custodiaba. Recortada entre los barrotes se adivinaba una portezuela cerrada a cal y canto. Sobre las verjas, anudado en serpientes de hierro negro, se leía el número 32. Traté de atisbar el interior de la propiedad desde allí, pero apenas se adivinaban las aristas y los arcos de un torreón oscuro. Un rastro de herrumbre sangraba desde el orificio de la cerradura en la portezuela. Me arrodillé y traté de ganar una visión del patio desde allí. Apenas se vislumbraba una madeja de hierbas salvajes y el contorno de lo que me pareció una fuente o un estanque de la que emergía una mano extendida, señalando al cielo. Tardé unos instantes en comprender que se trataba de una mano de piedra, y que había otros miembros y siluetas que no acertaba a distinguir sumergidos en la fuente. Más allá, entre los velos de maleza, se adivinaba una escalinata de mármol quebrada y cubierta de escombros y hojarasca. La fortuna y gloria de los Aldaya habían cambiado de dirección hacía mucho tiempo. Aquel lugar era una tumba.

Me retiré unos pasos, rodeando la esquina para echar un vistazo al ala sur de la casa. Desde allí podía obtenerse una visión más clara de una de las torres del palacete. En aquel instante advertí por el rabillo del ojo la silueta de un individuo con aire famélico ataviado con una bata azul que blandía un escobón con el que martirizaba la hojarasca sobre la litera. Me observaba con cierto recelo y supuse que era el portero de una de las propiedades colindantes. Le sonreí como sólo quien ha pasado muchas horas tras un mostrador sabe hacerlo.

—Muy buenos días —entoné cordialmente—. ¿Sabe usted si la casa de los Aldaya lleva mucho tiempo cerrada?

Me observó como si le hubiese interrogado acerca de la cuadratura del círculo. El hombrecillo se llevó a la barbilla unos dedos que amarilleaban y permitían suponer una debilidad por los Celtas sin filtro. Lamenté no llevar encima una cajetilla de tabaco para congraciarme con él. Hurgué en los bolsillos de la chaqueta, a ver qué ofrenda se propiciaba.

—Lo menos veinte o veinticinco años, y que siga así —dijo el portero en aquel tono aplastado y dócil de la gente condenada a servir a fuerza de palos.

—¿Hace mucho que está usted aquí?

El hombrecillo asintió.

—Servidor lleva empleado aquí con los señores Miravell endende el 20.

—No tendrá usted idea de qué se hizo de la familia Aldaya, ¿verdad?

—Bueno, ya sabrá usted que perdieron mucho cuando la República —dijo—. El que siembra cizaña… Yo lo poco que sé es lo que he oído en la casa de los señores Miravell, que antes eran amigos de la familia. Creo que el hijo mayor, Jorge, marchó al extranjero, a la Argentina. Se ve que tenían fábricas allí. Gente de mucho dinero. Ésos siempre caen de pie. ¿No tendrá usted un pitillo, por casualidad?

—Lo siento, pero puedo ofrecerle un caramelo Sugus, que está demostrado que lleva la misma nicotina que un Montecristo y además una barbaridad de vitaminas.

El portero frunció el ceño con cierta incredulidad, pero asintió. Le brindé el Sugus de limón que me había dado Fermín una eternidad atrás y que había descubierto dentro del doblez del forro de mi bolsillo. Confié en que no estuviese rancio.

—Está bueno —dictaminó el portero, rechupeteando el caramelo gomoso.

—Masca usted el orgullo de la industria confitera nacional. El Generalísimo se los traga como peladillas. Y dígame, ¿oyó usted mencionar alguna vez a la hija de los Aldaya, Penélope?

El portero se apoyó en el escobón a modo de pensador erecto de Rodin.

—Me parece que se equivoca usted. Los Aldaya no tenían hijas. Eran todos muchachos.

—¿Está usted seguro? Me consta que allá por el año 19 vivía en esta casa una joven llamada Penélope Aldaya, que probablemente era hermana del tal Jorge.

—Podría ser, pero ya le digo que yo sólo estoy aquí desde el 20.

—Y la finca, ¿a quién pertenece ahora?

—Que yo sepa está todavía en venta, aunque hablaban de tirarla y construir un colegio. Es lo mejor que pueden hacer, la verdad. Derribarla hasta los cimientos.

—¿Por qué lo dice?

El portero me miró con aire confidencial. Al sonreír observé que le faltaban al menos cuatro dientes de la encía superior.

—Esa gente, los Aldaya. No eran trigo limpio, ya sabe usted lo que se dice.

—Me temo que no. ¿Qué se dice?

—Ya sabe. Los ruidos y demás. Yo, creer en esos cuentos, no creo, ¿eh?, pero dicen que más de uno ha manchado los calzones ahí dentro.

—No me diga que la casa está encantada —dije, reprimiendo una sonrisa.

—Usted ríase. Pero cuando el río suena…

—¿Usted ha visto algo?

—Lo que se dice ver, no. Pero he oído.

—¿Ha oído? ¿El qué?

—Mire, una vez hará años, una noche que acompañé al Joanet, porque él insistió, ¿eh?, que a mí no se me había perdido nada allí… lo que decía, que oí algo raro allí. Como un llanto.

El portero me ofreció una imitación de viva voz del sonido al que se refería. A mí me pareció la letanía de un tísico tarareando coplillas.

—Sería el viento —sugerí.

—Sería, pero a mí se me pusieron por corbata, la verdad. Oiga, no tendrá otro caramelillo de ésos, ¿verdad?

—Acépteme una pastilla Juanola. Tonifican muchísimo después del dulce.

—Venga —convino el portero, plantando la mano para recolectar.

Le entregué el estuche entero. El tirón del regaliz pareció lubricarle un poco más la lengua sobre aquella rocambolesca historia del palacete Aldaya.

—Entre usted y yo, aquí hay tela. Una vez el Joanet, el hijo del señor Miravell, que es un tiarrón que hace dos de usted (con decirle que está en la selección nacional de balonmano)… pues unos amigotes del señorito Joanet habían oído hablar de la casa de los Aldaya, y lo liaron. Y él me lió a mí para que lo acompañase, porque mucho hablar pero no se atrevía a entrar solo. Ya sabe usted, niñatos. Se empeñó en meterse de noche allí dentro para hacerse el gallito con la novia y por poco se mea encima. Porque ahora la ve usted de día, pero de noche esta casa es otra, ¿eh? El caso es que el Joanet dice que subió al segundo piso (porque yo me negué a entrar, oiga, que eso no debe de ser legal, aunque por entonces la casa ya llevaba lo menos diez años abandonada) y dijo que allí había algo. Le pareció oír como una voz en una habitación pero, cuando quiso entrar, la puerta se le cerró en las narices. ¿Qué le parece?

—Me parece una corriente de aire —dije.

—O de otra cosa —apuntó el portero, bajando la voz—. El otro día venía en la radio: el universo está lleno de misterios. Fíjese usted que parece que han encontrado la verdadera sábana santa en pleno centro de Sardanyola. La habían cosido en la pantalla de un cine, para ocultarla de los musulmanes, que la quieren usar para decir que Jesucristo era negro. ¿Qué le parece?

—No tengo palabras.

—Lo que yo le diga. Mucho misterio. Esa finca la tendrían que tirar abajo y echar cal en el terreno.

Agradecí al señor Remigio la información y me dispuse a descender la avenida de vuelta hasta San Gervasio. Alcé la vista y vi que la montaña del Tibidabo amanecía entre nubes de gasa. Me apeteció de repente acercarme hasta el funicular y escalar la ladera hasta el antiguo parque de atracciones en su cima para perderme entre sus carruseles y sus salones de autómatas, pero había prometido estar a tiempo en la librería. De vuelta hacia la estación del metro imaginé a Julián Carax bajando por aquella misma acera y contemplando aquellas mismas fachadas solemnes que apenas habían cambiado desde entonces, con sus escalinatas y jardines de estatuas, quizá esperando aquel tranvía azul que trepaba de puntillas al cielo. Al llegar al pie de la avenida saqué la fotografía de Penélope Aldaya sonriendo en el patio del palacete familiar. Sus ojos prometían el alma limpia y un futuro por escribir. «Te quiere,

Penélope».

Imaginé a un Julián Carax con mis años sosteniendo aquella imagen en sus manos, tal vez a la sombra del mismo árbol que me amparaba a mí. Casi me parecía verle, sonriente, seguro de sí, contemplando un futuro tan amplio y luminoso como aquella avenida, y por un instante pensé que no había más fantasmas allí que los de la ausencia y la pérdida, y que aquella luz que me sonreía era de prestado y sólo valía mientras la pudiera sostener con la mirada, segundo a segundo.

18

Al regresar a casa comprobé que Fermín o mi padre ya habían abierto la librería. Subí un momento al piso a tomar un bocado rápido. Mi padre me había dejado tostadas, mermelada y un termo de café en la mesa del comedor. Di buena cuenta de todo ello y volví a bajar en menos de diez minutos. Entré a la librería por la puerta de la trastienda que daba al vestíbulo del edificio y acudí a mi armario. Me coloqué el delantal que solía utilizar en la tienda para proteger la ropa del polvo de cajas y estanterías. En el fondo del armario conservaba una caja de latón que todavía olía a galletas de Camprodón. Allí guardaba todo tipo de cachivaches inútiles pero de los que era incapaz de desprenderme: relojes y estilográficas dañadas sin remedio, monedas viejas, piezas de miniaturas, canicas, casquillos de bala que había encontrado en el parque del Laberinto y postales viejas de la Barcelona de principio de siglo. Entre toda aquella morralla flotaba todavía el viejo pedazo de diario donde Isaac Monfort me había anotado la dirección de su hija Nuria la noche que acudí al Cementerio de los Libros Olvidados para ocultar *La Sombra del Viento*. Lo estudié en la luz polvorienta que caía entre estantes y cajas apiladas. Cerré el estuche y me guardé la dirección en el monedero. Me asomé a la tienda, decidido a ocupar la mente y las manos en la tarea más banal que se pusiera a tiro.

—Buenos días —anuncié.

Fermín clasificaba el contenido de varias cajas que habían llegado de un coleccionista de Salamanca, y mi padre se las veía y deseaba para descifrar un catálogo alemán de apócrifa luterana que tenía nombre de embutido fino.

—Y mejores tardes nos dé Dios —canturreó Fermín, en velada alusión a mi cita con Bea.

No le di el gusto de responder y decidí encarar el inevitable trago mensual de poner al día el libro de la contabilidad, cotejando recibos y hojas de envío, cobros y pagos. Meciendo nuestra serena monotonía estaba la radio, que nos obsequiaba con una selección de momentos escogidos en la carrera de Antonio Machín, muy en boga por entonces. A mi padre los ritmos caribeños le soliviantaban un tanto los nervios, pero los toleraba porque a Fermín le recordaban su añorada Cuba. La escena se repetía cada semana: mi padre hacía oídos sordos y Fermín se abandonaba en un vago meneo al compás del danzón, puntuando los interludios comerciales con anécdotas de

sus aventuras en La Habana. La puerta de la tienda estaba abierta y entraba un aroma dulce a pan fresco y a café que invitaba al optimismo. Al cabo de un rato nuestra vecina la Merceditas, que venía de hacer la compra en el mercado de la Boquería, se detuvo frente al escaparate y se asomó por la puerta.

—Buenas, señor Sempere —canturreó.

Mi padre le sonrió, sonrojado. A mí me daba la impresión de que la Merceditas le gustaba, pero su ética de cartujo le confería un silencio inquebrantable. Fermín la miraba de refilón, relamiéndose y siguiendo el suave balanceo de caderas como si acabase de entrar un brazo de gitano por la puerta. La Merceditas abrió una bolsa de papel y nos obsequió con tres manzanas relucientes. Me imaginé que aún le rondaba por la cabeza la idea de trabajar en la librería y hacía pocos esfuerzos por ocultar la antipatía que parecía inspirarle Fermín, el usurpador.

—Mire qué majas. Las he visto y me he dicho: éstas para los señores Sempere —dijo con tono melindroso—. Que yo sé que a ustedes los intelectuales las manzanas les gustan, como a Isaac Peral.

—Isaac Newton, capullito de alelí —precisó Fermín, solícito.

La Merceditas le lanzó una mirada asesina.

—Ya salió el listo. Pues agradezca usted que le haya traído también una, y no un pomelo que es lo que merece.

—Pero mujer, si para mí la ofrenda que sus manos núbiles me hacen de ésta, la fruta del pecado original, me inflama el cañamazo de…

—Fermín, haga el favor —atajó mi padre.

—Sí, señor Sempere —acató Fermín, batiéndose en retirada.

Estaba la Merceditas por replicarle a Fermín cuando se oyó un revuelo. Nos quedamos todos en silencio, expectantes. En la calle se alzaban voces de indignación y se desataba una algarabía de murmuraciones. La Merceditas se asomó a la puerta, prudente. Vimos pasar a varios comerciantes azorados, negando por lo bajo. No tardó en presentarse don Anacleto Olmo, vecino del inmueble y portavoz oficioso de la Real Academia de la Lengua en la escalera. Don Anacleto era catedrático de instituto, licenciado en Literatura Española y Humanidades varias, y compartía el segundo primera con siete gatos. En los ratos que le dejaba libre la docencia hacía doblete como redactor de textos de contraportada para una editorial de prestigio y, se rumoreaba, componía versos de erótica crepuscular que publicaba con el seudónimo de Rodolfo Pitón. En el trato personal, don Anacleto era un hombre afable y encantador, pero en público se sentía obligado a representar el papel de rapsoda y afectaba unos hablares que le habían granjeado el mote del *Gongorino*.

Aquella mañana, el catedrático traía el rostro púrpura de congoja, y casi le temblaban las manos con que sostenía su bastón de marfil. Le miramos los cuatro, intrigados.

—Don Anacleto, ¿qué pasa? —preguntó mi padre.

—Franco ha muerto, diga que sí —apuntó Fermín, esperanzado.

—Usted calle, animal —cortó la Merceditas—. Y deje hablar al señor doctor.

Don Anacleto respiró hondo y, recuperando la compostura, pasó a referirnos el parte de acontecimientos con su acostumbrada majestuosidad.

—Amigos, la vida es drama y hasta las más nobles criaturas del señor saborean las hieles de un destino caprichoso y contumaz. Ayer noche, de madrugada, mientras la ciudad dormía ese sueño tan merecido de los pueblos laboriosos, don Federico Flaviá i Pujades, estimado vecino que tanto ha contribuido al enriquecimiento y solaz de esta barriada en su rol de relojero desde su establecimiento sito a apenas tres puertas de ésta, su librería, fue arrestado por las fuerzas de seguridad del Estado.

Sentí que se me caía el alma a los pies.

—Jesús, María y José —apostilló la Merceditas.

Fermín resopló, decepcionado, pues a la vista estaba que el jefe del Estado seguía gozando de excelente salud. Don Anacleto, ya embalado, tomó aire y se dispuso a continuar.

—Al parecer, y a fe del relato fidedigno que me ha sido revelado por fuentes próximas a la Dirección General de Policía, dos condecorados miembros de la Brigada Criminal de incógnito sorprendieron a don Federico poco después de la medianoche de ayer ataviado de mujerona y entonando cuplés de letra picante en el escenario de un tugurio de la calle Escudillers, para mayor beneficio de una audiencia presuntamente compuesta por débiles mentales. Estas criaturas olvidadas de Dios, fugadas la misma tarde del Cotolengo de una orden religiosa, se habían bajado los pantalones en el frenesí del espectáculo y bailoteaban sin decoro dando palmas con la umbría enhiesta y los morros babeantes.

La Merceditas se santiguó, sobrecogida por el giro escabroso que adquirían los hechos.

—Las madres de algunos de los pobres inocentes, al ser informadas del latrocinio, presentaron denuncia por escándalo público y atentado a la moral más elemental. La prensa, ave rapaz que medra en la desgracia y el oprobio, no tardó en olfatear la carnaza y, merced a las argucias de un soplón profesional, no habían transcurrido ni cuarenta minutos de la llegada a la escena de los dos miembros de la autoridad cuando se personó en dicho local Kiko Calabuig, reportero as del diario *El Caso*, más conocido como *remenamerda*, dispuesto a cubrir los hechos que fueren menester para que su crónica negra llegase antes del cierre de la edición de hoy donde, huelga decirlo, se califica con chabacanería amarillista el espectáculo habido en el local de dantesco y escalofriante en titulares del cuerpo veinticuatro.

—No puede ser —dijo mi padre—. Pero si parecía que don Federico hubiera escarmentado.

Don Anacleto asintió con vehemencia pastoral.

—Sí, pero no olvide el refranero, acervo y voz de nuestro sentir más hondo, que ya lo dice: la cabra tira al monte, y no sólo de bromuro vive el hombre. Y aún no han oído ustedes lo peor.

—Pues vaya al grano vuesa merced, que con tanto vuelo metafórico me están entrando ganas de hacer de vientre —protestó Fermín.

—Ni caso le haga a este animal, que a mí me gusta mucho como habla usted. Es como el No-Do, señor doctor —intercedió la Merceditas.

—Gracias, hija, pero sólo soy un humilde maestro. Pero a lo que iba, sin más dilación, preámbulo ni floritura. Al parecer el relojero, que en el momento de su detención respondía al nombre artístico de *La Niña er Peine*, ha sido ya detenido en similares circunstancias en un par de ocasiones que constan en los anales del acontecer criminal de los guardianes de la paz.

—Diga mejor maleantes con placa —espetó Fermín.

—Yo en política no me meto. Pero puedo decirles que, tras derribar al pobre don Federico del escenario de un botellazo certero, los dos agentes lo condujeron a la comisaría de Vía Layetana. En otra coyuntura, con suerte, la cosa no hubiera pasado de chanza y a lo mejor un par de bofetadas y/o vejaciones menores, pero se dio la funesta circunstancia de que ayer noche andaba por allí el célebre inspector Fumero.

—Fumero —murmuró Fermín, a quien la sola mención de su némesis le había causado un estremecimiento.

—El mismo. Como iba diciendo, el adalid de la seguridad ciudadana, recién llegado de una redada triunfal en un local ilegal de apuestas y carreras de cucarachas ubicado en la calle Vigatans, fue informado de lo sucedido por la angustiada madre de uno de los muchachos extraviados del Cotolengo y presunto cerebro de la fuga, Pepet Guardiola. En éstas, el notable inspector, que al parecer llevaba entre pecho y espalda doce carajillos de Soberano desde la cena, decidió tomar cartas en el asunto. Tras estudiar los agravantes en danza, Fumero se aprestó a indicar al sargento de guardia que tanta (y cito el *vocábolo* en su más descarnada literalidad pese a la presencia de una señorita por su valor documental en relación al suceso) *mariconada* merecía escarmiento y que lo que el relojero, oséase don Federico Flaviá i Pujades, soltero y natural de la localidad de Ripollet, necesitaba, por su bien y por el del alma inmortal de los mozalbetes mongoloides cuya presencia era accesoria pero determinante en el caso, era pasar la noche en el calabozo común del subsótano de la institución en compañía de una selecta pléyade de hampones. Como probablemente sabrán ustedes, dicha celda es célebre entre el elemento criminal por lo inhóspito y precario de sus condiciones sanitarias, y la inclusión de un ciudadano de a pie en la lista de huéspedes es siempre motivo de jolgorio por lo que comporta de lúdico y de novedoso a la monotonía de la vida carcelaria.

Llegado este punto, don Anacleto procedió a esbozar una breve pero entrañable semblanza del carácter de la víctima, por otro lado de todos bien conocido.

—No es necesario que les recuerde que el señor Flaviá i Pujades ha sido bendecido con una personalidad frágil y delicada, todo bondad y piedad cristiana. Si una mosca se cuela en la relojería, en vez de matarla a alpargatazos, abre la puerta y las ventanas de par en par para que al insecto, criatura del Señor, se lo lleve la

corriente de vuelta al ecosistema. Don Federico, me consta, es hombre de fe, muy devoto e involucrado en las actividades de la parroquia que, sin embargo, ha tenido que convivir toda su vida con un tenebroso tirón al vicio que, en contadísimas ocasiones, le ha vencido y le ha echado a la calle disfrazado de mujeruca. Su habilidad para reparar desde relojes de pulsera hasta máquinas de coser siempre fue proverbial y su persona apreciada por todos quienes le conocimos y frecuentamos su establecimiento, incluso por aquellos que no veían con buenos ojos sus ocasionales escapadas nocturnas luciendo pelucón, peineta y vestido de lunares.

—Habla usted como si estuviese muerto —aventuró Fermín, consternado.

—Muerto no, gracias a Dios.

Suspiré, aliviado. Don Federico vivía con una madre octogenaria y totalmente sorda, conocida en el barrio como *La Pepita* y famosa por soltar unas ventosidades huracanadas que hacían caer aturdidos a los gorriones de su balcón.

—Poco imaginaba La Pepita que su Federico —continuó el catedrático— había pasado la noche en una celda cochambrosa, donde un orfeón de macarras y navajeros se lo habían rifado cual putón verbenero para luego, una vez ahítos de sus carnes magras, propinarle una paliza de órdago mientras el resto de presos coreaban con alegría la «maricón, maricón, come mierda mariposón».

Se apoderó de nosotros un silencio sepulcral. La Merceditas sollozaba. Fermín quiso consolarla con un tierno abrazo, pero ella se zafó de un brinco.

19

—Imagínense ustedes el cuadro —concluyó don Anacleto para consternación de todos.

El epílogo de la historia no mejoraba las expectativas. A media mañana, un furgón gris de jefatura había dejado tirado a don Federico a la puerta de su casa. Estaba ensangrentado, con el vestido hecho jirones, sin su peluca ni su colección de bisutería fina. Se le habían orinado encima y tenía la cara llena de magulladuras y cortes. El hijo de la panadera lo había encontrado acurrucado en el portal, llorando como un niño y temblando.

—No hay derecho, no señor —comentó la Merceditas, apostada a la puerta de la librería, lejos de las manos de Fermín—. Pobrecillo, si es más bueno que el pan y no se mete con nadie. ¿Que le gusta vestirse de faraona y salir a cantar? ¿Y qué más dará? Es que la gente es mala.

Don Anacleto callaba, con la mirada baja.

—Mala no —objetó Fermín—. Imbécil, que no es lo mismo. El mal presupone una determinación moral, intención y cierto pensamiento. El imbécil o cafre no se para a pensar ni a razonar. Actúa por instinto, como bestia de establo, convencido de que hace el bien, de que siempre tiene la razón y orgulloso de ir jodiendo, con perdón, a todo aquel que se le antoja diferente a él mismo bien sea por color, por creencia, por idioma, por nacionalidad o, como en el caso de don Federico, por sus hábitos de ocio. Lo que hace falta en el mundo es más gente mala de verdad y menos cazurros limítrofes.

—No diga usted majaderías. Lo que hace falta es un poco más de caridad cristiana y menos mala leche, que parece esto un país de alimañas —atajó la Merceditas—: Mucho ir a misa, pero a nuestro señor Jesucristo aquí no le hace caso ni Dios.

—Merceditas, no mentemos a la industria del misal, que es parte del problema y no de la solución.

—Ya salió el ateo. ¿Y a usted el clero qué le ha hecho, si se puede saber?

—Venga, no se me peleen —interrumpió mi padre—. Y usted, Fermín, acérquese a lo de don Federico y vea si necesita algo, que se le vaya a la farmacia o que se le compre algo en el mercado.

—Sí, señor Sempere. Ahora mismo. A mí es que me pierde la oratoria, ya lo sabe usted.

—A usted lo que le pierde es la poca vergüenza y la irreverencia que lleva encima —apostilló la Merceditas—. Blasfemo. Que le tendrían que limpiar el alma con salfumán.

—Mire, Merceditas, porque me consta que es usted una buena persona (si bien algo estrecha de entendimiento y más ignorante que un zote), y en estos momentos se presenta una emergencia social en el barrio frente a la que hay que priorizar esfuerzos, porque si no, le iba yo a aclarar a usted un par de puntos cardinales.

—¡Fermín! —clamó mi padre.

Fermín cerró el pico y salió a escape por la puerta. La Merceditas le observaba con reprobación.

—Ese hombre les va a meter a ustedes en un lío el día menos pensado, fíjese lo que le digo. Lo menos es anarquista, masón, y hasta judío. Con ese narizón…

—No le haga usted ni caso. Todo lo hace por llevar la contraria.

La Merceditas negó en silencio, airada.

—Bueno, les dejo ya que una está pluriempleada y le falta el tiempo. Buenos días.

Asentimos con reverencia y la vimos partir, erguida y castigando la calle a taconazos. Mi padre respiró hondo, como si quisiera inspirar la paz recuperada. Don Anacleto languidecía a su lado, el rostro blanqueado por momentos y la mirada triste y otoñal.

—Este país se ha ido a la mierda —dijo, ya descabalgando de su oratoria colosal.

—Venga, anímese, don Anacleto. Que las cosas siempre han sido así, aquí y en todas partes, lo que pasa es que hay momentos bajos y cuando tocan de cerca todo se ve más negro. Ya verá cómo don Federico remonta, que es más fuerte de lo que todos nos pensamos.

El catedrático negaba por lo bajo.

—Es como la marea, ¿sabe usted? —decía, ido—. La barbarie, digo. Se va y uno se cree a salvo, pero siempre vuelve, siempre vuelve… y nos ahoga. Yo lo veo todos los días en el instituto. Válgame Dios. Simios es lo que llegan a las aulas. Darwin era un soñador, se lo aseguro. Ni evolución ni niño muerto. Por cada uno que razona, tengo que lidiar con nueve orangutanes.

Nos limitamos a asentir dócilmente. El catedrático se despidió con un saludo y partió, cabizbajo y cinco años más viejo de lo que había entrado. Mi padre suspiró. Nos miramos brevemente, sin saber qué decir. Me pregunté si debía referirle la visita del inspector Fumero a la librería. Esto ha sido un aviso, pensaba yo. Una advertencia. Fumero había utilizado al pobre don Federico de telegrama.

—¿Te ocurre algo, Daniel? Estás blanco.

Suspiré y bajé la mirada. Procedí a relatarle el incidente con el inspector Fumero la otra noche, sus insinuaciones. Mi padre me escuchaba, tragándose la furia que le ardía en los ojos.

—Es culpa mía —dije—. Tenía que haber dicho algo…

Mi padre negó.

—No. No podías saberlo, Daniel.

—Pero…

—Ni se te ocurra pensarlo. Y a Fermín, ni una palabra. Sabe Dios cómo iba a reaccionar si supiera que ese individuo anda de nuevo tras él.

—Pero algo tendremos que hacer.

—Procurar que no se meta en líos.

Asentí, no muy convencido, y me dispuse a continuar la labor que había empezado Fermín mientras mi padre volvía a su correspondencia. Entre párrafo y párrafo, mi padre me lanzaba alguna mirada de soslayo. Fingí no darme cuenta.

—¿Qué tal con el profesor Velázquez ayer, todo bien? —preguntó, deseoso de cambiar de tema.

—Sí. Quedó contento con los libros. Me comentó que anda buscando un libro de cartas de Franco.

—El *Matamoros*. Pero si es apócrifo… un chiste de Madariaga. ¿Qué le dijiste?

—Que ya estábamos en ello y le decíamos algo en dos semanas máximo.

—Bien hecho. Pondremos a Fermín en el asunto y se lo cobraremos a precio de oro.

Asentí. Seguimos con la aparente rutina. Mi padre seguía mirándome. Ahí viene, pensé.

—Ayer se pasó por aquí una chica muy simpática. ¿Dice Fermín que es la hermana de Tomás Aguilar?

—Sí.

Mi padre asintió, ponderando la casualidad con gesto de mira-tú-por-dónde. Me concedió un minuto de tregua antes de volver al ataque, esta vez con aire de acordarse de repente de algo.

—Oye, por cierto, Daniel: hoy vamos a tener un día muy ligero y digo yo que a lo mejor te apetece tomártelo para ti y tus cosas. Además, últimamente me parece que trabajas demasiado.

—Estoy bien, gracias.

—Mira que hasta estaba pensando en dejar aquí a Fermín e irme al Liceo con Barceló. Esta tarde ponen *Tannhäuser* y me ha invitado, porque él tiene varias butacas de platea.

Mi padre hacía como que leía la correspondencia. Era un pésimo actor.

—¿Y a ti desde cuándo te gusta Wagner?

Se encogió de hombros.

—A caballo regalado… Además con Barceló da lo mismo la ópera que pongan, porque él se pasa toda la representación comentando la jugada y criticando el vestuario y el tempo. Me pregunta mucho por ti. A ver si vas a verle un día a la tienda.

—Un día de éstos.

—Entonces, si te parece hoy dejamos a Fermín al mando y nosotros nos vamos a divertir un rato, que ya toca. Y si necesitas algo de dinero…

—Papá, Bea no es mi novia.

—¿Y quién habla de novias? Lo dicho. Tú mismo. Si necesitas, coge de la caja, pero deja una nota para que luego Fermín no se asuste al cerrar el día.

Dicho esto, se hizo el despistado y se perdió por la trastienda con una sonrisa de oreja a oreja. Consulté el reloj. Eran las diez y media de la mañana. Había quedado con Bea en el claustro de la universidad a las cinco y, muy a mi pesar, el día amenazaba con hacérseme más largo que *Los hermanos Karamazov*.

Al poco regresó Fermín del domicilio del relojero y nos informó de que un comando de vecinas había montado una guardia permanente para atender al pobre don Federico, al que el doctor le había encontrado tres costillas rotas, contusiones múltiples y un desgarro rectal de libro de texto.

—¿Ha hecho falta comprar algo? —preguntó mi padre.

—Medicinas y ungüentos ya tenían para abrir una botica, por lo cual me he permitido llevarle unas flores, una botella de colonia Nenuco y tres frascos de Fruco de melocotón, que es el favorito de don Federico.

—Ha hecho usted bien. Ya me dirá lo que le debo —dijo mi padre—. Y a él, ¿cómo lo ha visto?

—Hecho una caquilla, para qué mentir. Sólo de verlo encogido en la cama como un ovillo, gimiendo que se quería morir, me entró un ansia asesina, fíjese usted. Me plantaba ahora mismo armado hasta el gaznate en la Brigada Criminal y me cepillaba a trabucazos a media docena de capullos, empezando por esa pústula supurante de Fumero.

—Fermín, tengamos la fiesta en paz. Le prohíbo terminantemente que haga nada.

—Lo que usted mande, señor Sempere.

—¿Y La Pepita cómo lo lleva?

—Con una presencia de ánimo ejemplar. Las vecinas la tienen dopada a base de lingotazos de brandy y cuando yo la vi había caído inerme de un sopor en el sofá, donde roncaba como un marraco y expelía unas llufas que perforaban la tapicería.

—Genio y figura. Fermín, le voy a pedir que se quede hoy usted en la tienda, que yo me voy a pasar un rato a ver a don Federico. Luego he quedado con Barceló. Y Daniel tiene cosas que hacer.

Alcé la vista justo a tiempo para sorprender a Fermín y a mi padre intercambiando una mirada de complicidad.

—Menudo par de casamenteras —dije.

Aún se reían de mí cuando salí por la puerta echando chispas.

Barría las calles una brisa fría y cortante que sembraba a su paso pinceladas de

vapor. Un sol acerado arrancaba ecos de cobre al horizonte de tejados y campanarios del barrio gótico. Faltaban todavía varias horas para mi cita con Bea en el claustro de la universidad y decidí tentar a la suerte y acercarme a visitar a Nuria Monfort, con la confianza de que todavía viviese en la dirección que su padre me había proporcionado tiempo atrás.

La plaza de San Felipe Neri es apenas un respiradero en el laberinto de calles que traman el barrio gótico, oculta tras las antiguas murallas romanas. Los impactos del fuego de ametralladora en los días de la guerra salpican los muros de la iglesia. Aquella mañana, un grupo de chiquillos jugaba a soldados, ajenos a la memoria de las piedras. Una mujer joven, con el pelo marcado con mechas de plata, los contemplaba sentada en un banco, con un libro entreabierto en las manos y una sonrisa extraviada. Según las señas, Nuria Monfort vivía en un edificio en el umbral de la plaza. La fecha de construcción aún podía leerse en el arco de piedra ennegrecida que coronaba el portal, 1801. El zaguán apenas dejaba adivinar una estancia de sombras por la que ascendía una escalera torcida en una suerte de espiral. Consulté la colmena de buzones de latón. Los nombres de los inquilinos podían leerse en unos pedazos de cartulina amarillenta insertados en una ranura al uso.

Miquel Moliner / Nuria Monfort
3.º-2.ª

Ascendí lentamente, casi temiendo que la finca se derribaría si me atrevía a pisar firme sobre aquellos peldaños diminutos, de casa de muñecas. Había dos puertas por rellano, sin número ni distinción. Al llegar al tercero escogí una al azar y llamé con los nudillos. La escalera olía a humedad, a piedra envejecida y a arcilla. Llamé varias veces sin obtener respuesta. Decidí probar suerte con la otra puerta. Golpeé la puerta con el puño tres veces. Dentro del piso podía oírse una radio a todo volumen transmitiendo el programa «Momentos para la Reflexión con el padre Martín Calzado».

Me abrió la puerta una señora en bata acolchada a cuadros color turquesa, pantuflas y un casco de rulos. En la penuria de luz me pareció un buzo. A su espalda, la voz aterciopelada del padre Martín Calzado dedicaba unas palabras al patrocinador del programa, los productos de belleza Aurorín, predilectos de los peregrinos al santuario de Lourdes y verdadera mano de santo con pústulas y verrugones irreverentes.

—Buenas tardes. Estaba buscando a la señora Monfort.

—¿La Nurieta? Se equivoca usted de puerta, joven. Es ahí enfrente.

—Usted perdone. Es que he llamado y no había nadie.

—¿No será un acreedor, verdad? —preguntó de pronto la vecina con el recelo de la experiencia.

—No. Vengo de parte del padre de la señora Monfort.

—Ah, bueno. La Nurieta estará abajo, leyendo. ¿No la ha visto usted al subir?

Al bajar a la calle comprobé que la mujer de los cabellos plateados y el libro en las manos seguía varada en su banco de la plaza. La observé con detenimiento. Nuria Monfort era una mujer más que atractiva, de rasgos tallados para figurines de moda y retratos de estudio, a la que la juventud parecía estar escapándosele por la mirada. Había algo de su padre en aquel talle frágil y pincelado. Supuse que debía de rondar los cuarenta y pocos, dejándome llevar, si acaso, por los trazos de cabello plateado y las líneas que ajaban un rostro que, a media luz, hubiera podido pasar por diez años más joven.

—¿Señora Monfort?

Me miró como quien despierta de un trance, sin verme.

—Mi nombre es Daniel Sempere. Su padre me dio sus señas hace algún tiempo y me dijo que tal vez usted podría hablarme sobre Julián Carax.

Al oír estas palabras, toda expresión de ensueño se desvaneció de su rostro. Intuí que mencionar a su padre no había sido un acierto.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó con recelo.

Sentí que si no ganaba su confianza en aquel mismo instante, habría perdido mi oportunidad. La única carta que podía jugar era decir la verdad.

—Permítame que me explique. Hace ocho años, casi por casualidad, encontré en el Cementerio de los Libros Olvidados una novela de Julián Carax que usted había ocultado allí para evitar que un hombre que se hace llamar Laín Coubert la destruyese —dije.

Me miró fijamente, inmóvil, como si temiese que el mundo fuera a desmoronarse a su alrededor.

—Sólo le voy a robar unos minutos —añadí—. Se lo prometo.

Asintió, abatida.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó, rehuyéndome la mirada.

—Bien. Algo mayor ya. La extraña a usted mucho.

Nuria Monfort dejó escapar un suspiro que no supe descifrar.

—Mejor que suba usted a casa. No quiero hablar de esto en la calle.

20

Nuria Monfort vivía en sombras. Un angosto pasillo conducía a un comedor que hacía las veces de cocina, biblioteca y oficina. De camino pude entrever un dormitorio modesto, sin ventanas. Aquello era todo. El resto de la vivienda se reducía a un baño minúsculo, sin ducha ni pica, por el que penetraban toda suerte de aromas, desde los olores de las cocinas del bar de abajo al aliento de cañerías y tuberías que rondaban el siglo. Aquella casa yacía en perpetua penumbra, un balcón de oscuridades sostenido entre muros despintados. Olía a tabaco negro, a frío y a ausencias. Nuria Monfort me observaba mientras yo fingía no reparar en lo precario de su vivienda.

—Bajo a la calle a leer porque en el piso apenas hay luz —dijo—. Mi marido ha prometido regalarme un flexo cuando vuelva a casa.

—¿Está su esposo de viaje?

—Miquel está en la cárcel.

—Disculpe, no sabía…

—No tenía usted por qué saberlo. No me avergüenza decírselo, porque mi marido no es un criminal. Esta última vez se lo llevaron por imprimir octavillas para el sindicato de metalurgia. De eso hace ya dos años. Los vecinos creen que está en América, de viaje. Mi padre tampoco lo sabe, y no me gustaría que se enterase.

—Quede tranquila. Por mí no habrá de saberlo —dije.

Se tramó un silencio tenso y supuse que ella veía en mí a un espía de Isaac.

—Debe de ser duro sacar adelante la casa, sola —dije tontamente, por llenar aquel vacío.

—No es fácil. Saco lo que puedo con las traducciones, pero con un marido en prisión no da para mucho. Los abogados me han desangrado y estoy de deudas hasta el cuello. Traducir da casi tan poco como escribir.

Me observó como si esperase alguna respuesta. Me limité a sonreír dócilmente.

—¿Traduce usted libros?

—Ya no. Ahora he empezado a traducir impresos, contratos y documentos de aduanas, porque se paga mucho mejor. Traducir literatura da una miseria, aunque algo más que escribirla, la verdad. La comunidad de vecinos ya ha intentado echarme un par de veces. Lo de menos es que me retrase en los pagos de los gastos de la

comunidad. Imagínese usted, hablando idiomas y llevando pantalones. Más de uno me acusa de tener en este piso una casa de citas. Otro gallo me cantaría…

Confié en que la penumbra ocultase mi sonrojo.

—Perdone. No sé por qué le cuento todo esto. Le estoy avergonzando.

—Es culpa mía. Yo he preguntado.

Se rió, nerviosa. La soledad que desprendía aquella mujer quemaba.

—Se parece usted un poco a Julián —dijo de repente—. En la manera de mirar y en los gestos. Él hacía como usted. Se quedaba callado, mirándote sin que pudieses saber lo que pensaba, y una iba y como una tonta le contaba cosas que más valdría callarse… ¿puedo ofrecerle algo?, ¿café con leche?

—Nada, gracias. No se moleste.

—No es molestia. Iba a hacerme uno para mí.

Algo me hizo sospechar que aquel café con leche era toda su comida del mediodía. Decliné de nuevo la invitación y la vi retirarse hasta un rincón del comedor donde había un hornillo eléctrico.

—Póngase cómodo —dijo, dándome la espalda.

Miré a mi alrededor y me pregunté cómo Nuria Monfort tenía su despacho en un escritorio que ocupaba la esquina junto al balcón. Una máquina de escribir Underwood reposaba junto a un quinqué y una estantería repleta de diccionarios y manuales. No había fotos de familia, pero la pared frente al escritorio estaba recubierta de tarjetas postales, todas ellas estampas de un puente que recordaba haber visto en algún sitio pero que no pude identificar, quizá París o Roma. Al pie de este mural, el escritorio respiraba una pulcritud y una meticulosidad casi obsesiva. Los lápices estaban afilados y alineados a la perfección. Los papeles y carpetas estaban ordenados y dispuestos en tres hileras simétricas. Cuando me volví me di cuenta de que Nuria Monfort me observaba desde el umbral del pasillo. Me contemplaba en silencio, como se mira a los extraños en la calle o en el metro. Encendió un cigarrillo y permaneció donde estaba, su rostro velado en las volutas de humo azul. Pensé que Nuria Monfort destilaba, a su pesar, trazas de mujer fatal, de las que encandilaban a Fermín cuando aparecían entre las nieblas de una estación en Berlín envueltas en halos de luz imposible, y que tal vez su propio aspecto la aburría.

—No hay mucho que contar —empezó—. Conocí a Julián hace más de veinte años, en París. Por aquel entonces, yo trabajaba para la editorial Cabestany. El señor Cabestany había adquirido los derechos de las novelas de Julián por dos duros. Yo había empezado a trabajar en el departamento de administración, pero cuando el señor Cabestany se enteró de que hablaba francés, italiano y algo de alemán me puso al cargo de adquisiciones y me hizo su secretaria personal. Entre mis funciones estaba el mantener la correspondencia con autores y editores extranjeros con quienes la editorial tenía tratos, y así es cómo entré en contacto con Julián Carax.

—Su padre me contó que eran ustedes buenos amigos.

—Mi padre le diría que tuvimos una aventura o algo así. ¿No es verdad? Según

él, yo echo a correr detrás de cualquier par de pantalones como si fuese una perra en celo.

La sinceridad y el desparpajo de aquella mujer me robaban las palabras. Tardé demasiado en urdir una respuesta aceptable. Para entonces, Nuria Monfort sonreía para sí y negaba con la cabeza.

—No le haga ni caso. Mi padre sacó esa idea de un viaje que tuve que hacer a París en el año 33 para resolver unos asuntos del señor Cabestany con Gallimard. Estuve una semana en la ciudad y me hospedé en el apartamento de Julián por la sencilla razón de que el señor Cabestany prefería ahorrarse el hotel. Ya ve usted qué romántico. Hasta entonces había mantenido mi relación con Julián Carax estrictamente por carta, normalmente para tratar asuntos de derechos de autor, galeradas y temas de edición. Lo que sabía de él, o me imaginaba, lo había sacado de la lectura de los manuscritos que nos enviaba.

—¿Le contaba él algo acerca de su vida en París?

—No. A Julián no le gustaba hablar de sus libros o de sí mismo. No me pareció que fuese feliz en París, aunque me dio la impresión de que era de esas personas que no pueden ser felices en ninguna parte. La verdad es que nunca llegué a conocerle a fondo. No se dejaba. Era un hombre muy reservado y a veces me parecía que había dejado de interesarle el mundo y la gente. El señor Cabestany le tenía por muy tímido y un tanto lunático, pero a mí me pareció que Julián vivía en el pasado, encerrado con sus recuerdos. Julián vivía de puertas adentro, para sus libros y dentro de ellos, como un prisionero de lujo.

—Lo dice usted como si le envidiase.

—Hay peores cárceles que las palabras, Daniel.

Me limité a asentir, sin saber muy bien a qué se refería.

—¿Hablaba Julián alguna vez de esos recuerdos, de sus años en Barcelona?

—Muy poco. En la semana que estuve en su casa, en París, me contó algo de su familia. Su madre era francesa, profesora de música. Su padre tenía una sombrerería o algo así. Sé que era un hombre muy religioso, muy estricto.

—¿Le explicó Julián la clase de relación que tenía con él?

—Sé que se llevaban a morir. La cosa venía de largo. De hecho, la razón de que Julián marchase a París fue para evitar que su padre le metiese en el ejército. Su madre le había prometido que antes de que eso sucediese, se lo llevaría lejos de aquel hombre.

—Aquel hombre era su padre, después de todo.

Nuria Monfort sonrió. Lo hacía apenas con una insinuación en la comisura de los labios y un brillo triste y cansino en la mirada.

—Aunque lo fuera, nunca se comportó como tal y Julián nunca lo consideró así. En una ocasión me confesó que, antes de casarse, su madre había tenido una aventura con un desconocido cuyo nombre nunca quiso revelar. Ese hombre era el verdadero padre de Julián.

—Eso parece el arranque de *La Sombra del Viento*. ¿Cree que le dijo la verdad?

Nuria Monfort asintió.

—Julián me explicó que había crecido viendo cómo el sombrerero, porque así era como él le llamaba, insultaba y pegaba a su madre. Después entraba en el dormitorio de Julián para decirle que él era hijo del pecado, que había heredado el carácter débil y miserable de su madre y que iba a ser un desgraciado toda su vida, un fracasado en cualquier cosa que se propusiera…

—¿Sentía Julián rencor hacia su padre?

—El tiempo enfría estas cosas. Nunca me pareció que Julián le odiase. Quizá hubiera sido mejor así. Mi impresión es que le había perdido completamente el respeto al sombrerero a fuerza de tanto numerito. Julián hablaba de aquello como si no le importara, como si fuese parte de un pasado que había dejado atrás, pero esas cosas nunca se olvidan. Las palabras con que se envenena el corazón de un hijo, por mezquindad o por ignorancia, se quedan enquistadas en la memoria y tarde o temprano le queman el alma.

Me pregunté si hablaba por experiencia propia y me vino de nuevo a la mente la imagen de mi amigo Tomás Aguilar escuchando estoicamente las arengas de su augusto progenitor.

—¿Qué edad tenía entonces Julián?

—Ocho o diez años, imagino.

Suspiré.

—En cuanto tuvo edad de ingresar en el ejército, su madre se lo llevó a París. No creo que ni se despidieran. El sombrerero nunca entendió que su familia le abandonase.

—¿Oyó mencionar alguna vez a Julián a una muchacha llamada Penélope?

—¿Penélope? Creo que no. Lo recordaría.

—Era una novia suya, de cuando todavía vivía en Barcelona.

Extraje la fotografía de Carax y Penélope Aldaya y se la tendí. Vi que se le iluminaba la sonrisa al ver a un Julián Carax adolescente. Se la comía la nostalgia, la pérdida.

—Qué jovencito estaba aquí… ¿es ésta la tal Penélope?

Asentí.

—Muy guapa. Julián siempre se las arreglaba para acabar rodeado de mujeres bonitas.

Como usted, pensé.

—¿Sabe usted si tenía muchas…?

Aquella sonrisa de nuevo, a mi costa.

—¿Novias? ¿Amigas? No lo sé. A decir verdad, nunca le oí hablar de ninguna mujer en su vida. Una vez, por pincharle, le pregunté. Sabrá usted que se ganaba la vida tocando el piano en una casa de alterne. Le pregunté si no se sentía tentado, todo el día rodeado de bellezas de virtud fácil. No le hizo gracia la broma. Me respondió

que él no tenía derecho a amar a nadie, que merecía estar solo.

—¿Dijo por qué?

—Julián nunca decía el porqué.

—Aun así, al final, poco antes de regresar a Barcelona en 1936, Julián Carax iba a casarse.

—Eso dijeron.

—¿Lo duda usted?

Se encogió de hombros, escéptica.

—Como le digo, en todos los años que nos conocimos, Julián nunca me había mencionado a ninguna mujer en especial, mucho menos a una con la que fuera a casarse. Lo de la supuesta boda me llegó de oídas más tarde. Neuval, el último editor de Carax, le contó a Cabestany que la novia era una mujer veinte años mayor que Julián, una viuda adinerada y enferma. Según Neuval, esta mujer lo había estado más o menos manteniendo durante años. Los médicos le daban seis meses de vida, como mucho un año. Según Neuval, ella quería casarse con Julián para que él fuese su heredero.

—Pero la ceremonia nunca llegó a celebrarse.

—Si es que alguna vez existió tal plan o tal viuda.

—Según tengo entendido, Carax se vio envuelto en un duelo, al amanecer del mismo día en que iba a contraer matrimonio. ¿Sabe con quién o por qué?

—Neuval supuso que se trataba de alguien relacionado con la viuda. Un pariente lejano y codicioso que temía ver la herencia ir a parar a manos de un advenedizo. Neuval publicaba sobre todo folletines, y me parece que el género se le había subido a la cabeza.

—Veo que no da usted mucho crédito a la historia de la boda y el duelo.

—No. Nunca la creí.

—¿Qué piensa usted que sucedió entonces? ¿Por qué regresó Carax a Barcelona?

Sonrió con tristeza.

—Hace diecisiete años que me hago esa pregunta.

Nuria Monfort encendió otro cigarrillo. Me ofreció uno. Me sentí tentado de aceptar, pero negué.

—Pero tendrá usted alguna sospecha —sugerí.

—Todo lo que sé es que en el verano de 1936, al poco de estallar la guerra, un empleado de la morgue municipal llamó a la editorial para decir que habían recibido el cadáver de Julián Carax tres días antes. Le habían encontrado muerto en un callejón del Raval, vestido con andrajos y una bala en el corazón. Llevaba encima un libro, un ejemplar de *La Sombra del Viento*, y su pasaporte. El sello indicaba que había cruzado la frontera con Francia un mes antes. Dónde había estado durante ese tiempo, nadie lo sabe. La policía contactó a su padre, pero éste se negó a hacerse cargo del cuerpo alegando que él no tenía hijo. Después de dos días sin que nadie reclamase el cadáver, fue enterrado en una fosa común en el cementerio de Montjuïc.

No pude ni llevarle unas flores, porque nadie supo decirme dónde había sido enterrado. Al empleado de la morgue, que se había quedado el libro que encontró en la chaqueta de Julián, se le ocurrió llamar a la editorial Cabestany días después. Así es como supe lo sucedido. No lo pude entender. Si a Julián le quedaba alguien a quien recurrir en Barcelona, era yo, o como mucho el señor Cabestany. Éramos sus únicos amigos, pero nunca nos dijo que había vuelto. Sólo supimos que había regresado a Barcelona después de muerto…

—¿Pudo averiguar algo más después de recibir la noticia de su muerte?

—No. Eran los primeros meses de la guerra y Julián no era el único que había desaparecido sin dejar ni rastro. Nadie habla de eso ya, pero hay muchas tumbas sin nombre como la de Julián. Preguntar era como darse con la cabeza contra la pared. Con la ayuda del señor Cabestany, que por entonces ya estaba muy enfermo, presenté quejas a la policía y tiré de todos los hilos que pude. Lo único que conseguí fue recibir la visita de un inspector joven, un tipo siniestro y arrogante, que me dijo que me convenía dejar de hacer preguntas y concentrar mis esfuerzos en una actitud más positiva, porque el país estaba en plena cruzada. Ésas fueron sus palabras. Se llamaba Fumero, es todo lo que recuerdo. Ahora parece que es todo un personaje. Le mencionan mucho en los diarios. A lo mejor ha oído hablar usted de él.

Tragué saliva.

—Vagamente.

—No volví a oír hablar de Julián hasta que un individuo se puso en contacto con la editorial y se interesó por adquirir los ejemplares que quedasen en el almacén de las novelas de Carax.

—Laín Coubert.

Nuria Monfort asintió.

—¿Tiene idea de quién era ese hombre?

—Tengo una sospecha, pero no estoy segura. En marzo de 1936, me acuerdo porque por entonces estábamos preparando la edición de *La Sombra del Viento*, una persona llamó a la editorial pidiendo su dirección. Dijo que era un viejo amigo y que quería visitar a Julián en París. Darle una sorpresa. Me lo pasaron a mí y yo le dije que no estaba autorizada a darle esa información.

—¿Le dijo quién era?

—Un tal Jorge.

—¿Jorge Aldaya?

—Es posible. Julián le había mencionado en más de una ocasión. Me parece que habían estudiado juntos en el colegio de San Gabriel y que a veces se refería a él como si hubiera sido su mejor amigo.

—¿Sabía usted que Jorge Aldaya era el hermano de Penélope?

Nuria Monfort frunció el ceño, desconcertada.

—¿Le dio usted a Aldaya la dirección de Julián en París? —pregunté.

—No. Me dio mala espina.

—¿Qué dijo él?

—Se rió de mí, me dijo que ya la encontraría por otro conducto y me colgó el teléfono.

Algo parecía estar carcomiéndola. Empecé a sospechar adónde nos conducía la conversación.

—Pero usted volvió a oír hablar de él, ¿no es así?

Asintió nerviosamente.

—Como le decía, al poco de la desaparición de Julián, aquel hombre se presentó en la editorial Cabestany. Por entonces, el señor Cabestany ya no podía trabajar y su hijo mayor se había hecho cargo de la empresa. El visitante, Laín Coubert, se ofreció a comprar todos los restos de existencias que quedasen de las novelas de Julián. Yo pensé que debía de tratarse de un chiste de mal gusto. Laín Coubert era un personaje de *La Sombra del Viento*.

—El diablo.

Nuria Monfort asintió.

—¿Llegó usted a ver a Laín Coubert?

Negó y encendió su tercer cigarrillo.

—No. Pero oí parte de la conversación con el hijo en el despacho del señor Cabestany.

Dejó la frase colgada, como si temiese completarla o no supiera cómo hacerlo. El cigarrillo le temblaba en los dedos.

—Su voz —dijo—. Era la misma voz del hombre que llamó por teléfono diciendo ser Jorge Aldaya. El hijo de Cabestany, un imbécil arrogante, quiso pedirle más dinero. El tal Coubert dijo que tenía que pensar en la oferta. Aquella misma noche, el almacén de la editorial en Pueblo Nuevo ardió, y los libros de Julián con él.

—Menos los que usted rescató y escondió en el Cementerio de los Libros Olvidados.

—Así es.

—¿Tiene alguna idea de por qué motivo querría alguien quemar todos los libros de Julián Carax?

—¿Por qué se queman los libros? Por estupidez, por ignorancia, por odio… vaya usted a saber.

—¿Por qué cree usted? —insistí.

—Julián vivía en sus libros. Aquel cuerpo que acabó en la morgue era sólo una parte de él. Su alma está en sus historias. En una ocasión le pregunté en quién se inspiraba para crear sus personajes y me respondió que en nadie. Que todos sus personajes eran él mismo.

—Entonces, si alguien quisiera destruirle, tendría que destruir esas historias y esos personajes, ¿no es así?

Afloró de nuevo aquella sonrisa abatida, de derrota y cansancio.

—Me recuerda usted a Julián —dijo—. Antes de que perdiera la fe.

—¿La fe en qué?

—En todo.

Se acercó en la penumbra y me tomó la mano. Me acarició la palma en silencio, como si quisiera leerme las líneas en la piel. La mano me temblaba bajo su tacto. Me sorprendí a mí mismo dibujando mentalmente el contorno de su cuerpo bajo aquellas ropas envejecidas, de prestado. Deseaba tocarla y sentir el pulso ardiéndole bajo la piel. Nuestras miradas se habían encontrado y tuve la certeza de que ella sabía lo que estaba pensando. La sentí más sola que nunca. Alcé los ojos y me encontré con su mirada serena, de abandono.

—Julián murió solo, convencido de que nadie iba a acordarse de él ni de sus libros y de que su vida no había significado nada —dijo—. A él le hubiera gustado saber que alguien le quería mantener vivo, que le recordaba. Él solía decir que existimos mientras alguien nos recuerda.

Me invadió el deseo casi doloroso de besar a aquella mujer, un ansia como no la había experimentado jamás, ni siquiera conciliando el fantasma de Clara Barceló. Me leyó la mirada.

—Se le hace a usted tarde, Daniel —murmuró.

Una parte de mí deseaba quedarse, perderse en aquella rara intimidad de penumbras con aquella desconocida y escucharle decir cómo mis gestos y mis silencios le recordaban a Julián Carax.

—Sí —balbuceé.

Asintió sin decir nada y me acompañó hasta la puerta. El pasillo se me hizo eterno. Me abrió la puerta y salí al rellano.

—Si ve usted a mi padre, dígale que estoy bien. Miéntale.

Me despedí de ella a media voz, agradeciéndole su tiempo y ofreciéndole la mano cordialmente. Nuria Monfort ignoró mi gesto formal. Me puso las manos sobre los brazos, se inclinó y me besó en la mejilla. Nos miramos en silencio y esta vez me aventuré a buscar sus labios, casi temblando. Me pareció que se entreabrían y que sus dedos buscaban mi rostro. En el último instante, Nuria Monfort se retiró y bajó la mirada.

—Creo que es mejor que se vaya usted, Daniel —susurró.

Me pareció que iba a llorar, y antes de que yo pudiese decir nada me cerró la puerta. Me quedé en el rellano y sentí su presencia al otro lado de la puerta, inmóvil, preguntándome qué había sucedido allí dentro. Al otro lado del rellano, la mirilla de la vecina parpadeaba. Le dediqué un saludo y me lancé escaleras abajo. Cuando llegué a la calle todavía llevaba su rostro, su voz y su olor clavados en el alma. Arrastré el roce de sus labios y de su aliento sobre la piel por calles repletas de gente sin rostro que escapaba de oficinas y comercios. Al enfilar la calle Canuda me embistió una brisa helada que cortaba el bullicio. Agradecí el aire frío en el rostro y me encaminé hacia la universidad. Al cruzar las Ramblas me abrí paso hasta la calle Tallers y me perdí en su angosto cañón de penumbras, pensando que había quedado

atrapado en aquel comedor oscuro en el que ahora imaginaba a Nuria Monfort sentada a solas en la sombra, arreglando sus lápices, sus carpetas y sus recuerdos en silencio, con los ojos envenenados de lágrimas.

21

Se desplomó la tarde casi a traición, con un aliento frío y un manto púrpura que resbalaba entre los resquicios de las calles. Apreté el paso y veinte minutos más tarde la fachada de la universidad emergió como un buque ocre varado en la noche. El portero de la Facultad de Letras leía en su garita a las plumas más influyentes de la España del momento en la edición de tarde de *El Mundo Deportivo*. Apenas parecían quedar ya estudiantes en el recinto. El eco de mis pasos me acompañó a través de los corredores y galerías que conducían al claustro, donde el rubor de dos luces amarillentas apenas inquietaban la penumbra. Me asaltó la idea de que Bea me había tomado el pelo y me había citado allí a aquella hora de nadie para vengarse de mi presunción. Las hojas de los naranjos del claustro parpadeaban como lágrimas de plata y el rumor de la fuente serpenteaba entre los arcos. Ausculté el patio con la mirada barajando decepción y, quizá, cierto alivio cobarde. Allí estaba. Su silueta se recortaba frente a la fuente, sentada en uno de los bancos con la mirada escalando las bóvedas del claustro. Me detuve en el umbral para contemplarla y, por un instante, me pareció ver en ella el reflejo de Nuria Monfort soñando despierta en su banco de la plaza. Advertí que no llevaba su carpeta ni sus libros y sospeché que quizá no hubiese tenido clase aquella tarde. Tal vez había acudido allí tan sólo para encontrarse conmigo. Tragué saliva y me adentré en el claustro. Mis pasos en el empedrado me delataron y Bea alzó la vista, sonriendo sorprendida, como si mi presencia allí fuera una casualidad.

—Creí que no ibas a venir —dijo Bea.

—Eso mismo pensaba yo —repuse.

Permaneció sentada, muy erguida, con las rodillas apretadas y las manos recogidas sobre el regazo. Me pregunté cómo era posible sentir a alguien tan lejos y, sin embargo, poder leer cada pliegue de sus labios.

—He venido porque quiero demostrarte que estabas equivocado en lo que me dijiste el otro día, Daniel. Que me voy a casar con Pablo y que no importa lo que me enseñes esta noche, me voy a El Ferrol con él tan pronto acabe el servicio.

La miré como se mira a un tren que se escapa. Me di cuenta de que había pasado dos días caminando sobre nubes y se me cayó el mundo de las manos.

—Y yo que pensaba que habías venido porque te apetecía verme. —Sonreí sin

fuerzas.

Observé que se le inflamaba el rostro de reparo.

—Lo decía en broma —mentí—. Lo que sí iba en serio era mi promesa de enseñarte una cara de la ciudad que no has visto todavía. Al menos, así tendrás un motivo para acordarte de mí, o de Barcelona, dondequiera que vayas.

Bea sonrió con cierta tristeza y evitó mi mirada.

—He estado a punto de meterme en un cine, ¿sabes? Para no verte hoy —dijo.

—¿Por qué?

Bea me observaba en silencio. Se encogió de hombros y alzó los ojos como si quisiera cazar palabras al vuelo que se le escapaban.

—Porque tenía miedo de que a lo mejor tuvieses razón —dijo finalmente.

Suspiré. Nos amparaba el anochecer y aquel silencio de abandono que une a los extraños, y me sentí con valor de decir cualquier cosa, aunque fuese por última vez.

—¿Le quieres o no?

Me ofreció una sonrisa que se deshacía por las costuras.

—No es asunto tuyo.

—Eso es verdad —dije—. Es asunto sólo tuyo.

Se le enfrió la mirada.

—¿Y a ti qué más te da?

—No es asunto tuyo —dije.

No sonrió. Le temblaban los labios.

—La gente que me conoce sabe que aprecio a Pablo. Mi familia y…

—Pero yo casi soy un extraño —interrumpí—. Y me gustaría oírlo de ti.

—¿Oír el qué?

—Que le quieres de verdad. Que no te casas con él para salir de tu casa, o para dejar Barcelona y a tu familia lejos, donde no puedan hacerte daño. Que te vas y no que huyes.

Los ojos le brillaban con lágrimas de rabia.

—No tienes derecho a decirme eso, Daniel. Tú no me conoces.

—Dime que estoy equivocado y me iré. ¿Le quieres?

Nos miramos un largo rato en silencio.

—No lo sé —murmuró por fin—. No lo sé.

—Alguien dijo una vez que en el momento en que te paras a pensar si quieres a alguien, ya has dejado de quererle para siempre —dije.

Bea buscó la ironía en mi rostro.

—¿Quién dijo eso?

—Un tal Julián Carax.

—¿Amigo tuyo?

Me sorprendí a mí mismo asintiendo.

—Algo así.

—Vas a tener que presentármelo.

—Esta noche, si quieres.

Dejamos la universidad bajo un cielo encendido de moretones. Caminábamos sin rumbo fijo, más por acostumbrarnos al paso del otro que por llegar a algún sitio. Nos refugiamos en el único tema que teníamos en común, su hermano Tomás. Bea hablaba de él como de un extraño a quien se quiere, pero apenas se conoce. Rehuía mi mirada y sonreía nerviosamente. Sentí que se arrepentía de lo que me había dicho en el claustro de la universidad, que le dolían todavía las palabras que se la comían por dentro.

—Oye, de lo que te he dicho antes —dijo de repente, sin venir a cuento— no le dirás nada a Tomás, ¿verdad?

—Claro que no. A nadie.

Rió nerviosa.

—No sé qué me ha pasado. No te ofendas, pero a veces una se siente más libre de hablarle a un extraño que a la gente que conoce. ¿Por qué será?

Me encogí de hombros.

—Probablemente porque un extraño nos ve como somos, no como quiere creer que somos.

—¿Es eso también de tu amigo Carax?

—No, eso me lo acabo de inventar para impresionarte.

—¿Y cómo me ves tú a mí?

—Como un misterio.

—Ése es el cumplido más raro que me han hecho nunca.

—No es un cumplido. Es una amenaza.

—¿Y eso?

—Los misterios hay que resolverlos, averiguar qué esconden.

—A lo mejor te decepcionas al ver lo que hay dentro.

—A lo mejor me sorprendo. Y tú también.

—Tomás no me había dicho que tuvieses tanta cara dura.

—Es que la poca que tengo, la reservo toda para ti.

—¿Por qué?

Porque me das miedo, pensé.

Nos refugiamos en un viejo café junto al teatro Poliorama. Nos retiramos a una mesa junto a la ventana, y pedimos unos bocadillos de jamón serrano y un par de cafés con leche para entrar en calor. Al poco, el encargado, un tipo escuálido con mueca de diablillo cojuelo, se acercó a la mesa con aire oficioso.

—¿Vosotro utede soy lo que habéi pedío lo entrepane de jamong?

Asentimos.

—Siento comunicarsus, en nombre de la diresión, que no queda ni veta de jamong. Pueo ofresele butifarra negra, blanca, mixta, arbóndiga o chitorra. Género de primera, frequísimo. Tamién tengo sardina en ecabexe, si no podéi utede ingerí produto cárnico por motivo de consiensia religiosa. Como e vierne…

—Yo con el café con leche ya estoy bien, de verdad —respondió Bea.

Yo me moría de hambre.

—¿Y si nos pone dos de bravas? —dije—. Y algo de pan también, por favor.

—Ora mimo, caballero. Y utede perdonen la caretía de género. Normalmente tengo de to, hasta caviar borxevique. Pero esta tarde ha sío la semifinar de la Copa Europa y hemo tenío muchísimo personal. Qué partidaso.

El encargado partió con gesto ceremonioso. Bea lo observaba, divertida.

—¿De dónde es ese acento? ¿Jaén?

—Santa Coloma de Gramanet —precisé—. Tú coges poco el metro, ¿verdad?

—Mi padre dice que el metro va lleno de gentuza y que, si vas sola, te meten mano los gitanos.

Iba a decir algo, pero me callé. Bea rió. Tan pronto llegaron los cafés y la comida me lancé a dar cuenta de todo ello sin pretensiones de delicadeza. Bea no probó bocado. Con ambas manos en torno al tazón humeante me observaba con una media sonrisa, entre la curiosidad y el asombro.

—Y entonces, ¿qué es lo que me vas a enseñar hoy que no he visto todavía?

—Varias cosas. De hecho, lo que te voy a enseñar forma parte de una historia. ¿No me dijiste el otro día que a ti lo que te gustaba era leer?

Bea asintió, arqueando las cejas.

—Pues bien, ésta es una historia de libros.

—¿De libros?

—De libros malditos, del hombre que los escribió, de un personaje que se escapó de las páginas de una novela para quemarla, de una traición y de una amistad perdida. Es una historia de amor, de odio y de los sueños que viven en la sombra del viento.

—Hablas como la solapa de una novela de a duro, Daniel.

—Será porque trabajo en una librería y he visto demasiadas. Pero ésta es una historia real. Tan cierta como que este pan que nos han servido tiene por lo menos tres días. Y como todas las historias reales empieza y acaba en un cementerio, aunque no la clase de cementerio que te imaginas.

Sonrió como lo hacen los niños a los que se les promete un acertijo o un truco de magia.

—Soy toda oídos.

Apuré el último sorbo de café y la contemplé en silencio unos instantes. Pensé en lo mucho que deseaba refugiarme en aquella mirada huidiza que se temía transparente, vacía. Pensé en la soledad que iba a asaltarme aquella noche cuando me despidiese de ella, sin más trucos ni historias con que engañar su compañía. Pensé en lo poco que tenía que ofrecerle y en lo mucho que quería recibir de ella.

—Te crujen los sesos, Daniel —dijo—. ¿Qué tramas?

Inicié mi relato con aquella alba lejana en que desperté sin poder recordar el rostro de mi madre y no me detuve hasta recordar el mundo de penumbras que había intuido aquella misma mañana en casa de Nuria Monfort. Bea me escuchaba en

silencio con una atención que no revelaba juicio o presunción. Le hablé de mi primera visita al Cementerio de los Libros Olvidados y de la noche que pasé leyendo *La Sombra del Viento*. Le hablé de mi encuentro con el hombre sin rostro y de aquella carta firmada por Penélope Aldaya que llevaba siempre conmigo sin saber por qué. Le hablé de cómo nunca había llegado a besar a Clara Barceló, ni a nadie, y de cómo me habían temblado las manos al sentir el roce de los labios de Nuria Monfort en la piel apenas unas horas atrás. Le hablé de cómo hasta aquel momento no había comprendido que aquélla era una historia de gente sola, de ausencias y de pérdida, y que por esa razón me había refugiado en ella hasta confundirla con mi propia vida, como quien escapa a través de las páginas de una novela porque aquellos a quien necesita amar son sólo sombras que viven en el alma de un extraño.

—No digas nada —murmuró Bea—. Sólo llévame a ese lugar.

Era ya noche cerrada cuando nos detuvimos frente al portón del Cementerio de los Libros Olvidados en las sombras de la calle Arco del Teatro. Así el picaporte del diablillo y golpeé tres veces. Soplaba un viento frío impregnado de olor a carbón. Nos resguardamos bajo el arco de la entrada mientras esperábamos. Encontré la mirada de Bea a apenas unos centímetros de la mía. Sonreía. Al poco se escucharon unos pasos leves acercándose al portón y nos llegó la voz cansina del guardián.

—¿Quién va? —preguntó Isaac.

—Soy Daniel Sempere, Isaac.

Me pareció oírle maldecir por lo bajo. Siguieron los mil crujidos y quejidos del cerrojo kafkiano. Finalmente, la puerta cedió unos centímetros, desvelando el rostro aguileño de Isaac Monfort a la lumbre de un candil. Al verme, el guardián suspiró y puso los ojos en blanco.

—Yo, también, no sé por qué pregunto —dijo—. ¿Quién más podría ser a estas horas?

Isaac iba enfundado en lo que me pareció un extraño mestizaje de bata, albornoz y abrigo del ejército ruso. Las pantuflas acolchadas combinaban a la perfección con una gorra de lana a cuadros, con borla y birrete.

—Espero no haberle sacado de la cama —dije.

—Qué va. Apenas había empezado a decir el Jesusito de mi vida.

Le lanzó una mirada a Bea como si acabase de ver un fajo de cartuchos de dinamita encendido a sus pies.

—Espero por su bien que esto no sea lo que parece —amenazó.

—Isaac, ésta es mi amiga Beatriz y, con su permiso, me gustaría mostrarle este lugar. No se preocupe, es de toda confianza.

—Sempere, he conocido lactantes con más sentido común que usted.

—Será sólo un momento.

Isaac dejó escapar un resoplido de derrota y examinó a Bea con detenimiento y recelo policial.

—¿Ya sabe usted que anda en compañía de un débil mental? —preguntó.

Bea sonrió cortésmente.

—Empiezo a hacerme a la idea.

—Divina inocencia. ¿Sabe las reglas?

Bea asintió. Isaac negó por lo bajo y nos hizo pasar, auscultando como siempre las sombras de la calle.

—Visité a su hija Nuria —dejé caer casualmente—. Está bien. Trabajando mucho, pero bien. Le envía saludos.

—Sí, y dardos envenenados. Qué poca gracia tiene usted para el embuste, Sempere. Pero se agradece el esfuerzo. Venga, pasen.

Una vez dentro me tendió el candil y procedió a echar de nuevo el cerrojo sin prestarnos más atención.

—Cuando hayan acabado ya sabe dónde encontrarme.

El laberinto de los libros se adivinaba en ángulos espectrales que despuntaban bajo el manto de tiniebla. El candil proyectaba una burbuja de claridad vaporosa a nuestros pies. Bea se detuvo en el umbral del laberinto, atónita. Sonreí, reconociendo en su rostro la misma expresión que mi padre debía de haber visto en el mío años atrás. Nos adentramos en los túneles y galerías del laberinto, que crujía a nuestro paso. Las marcas que había dejado en mi última incursión seguían allí.

—Ven, quiero enseñarte algo —dije.

Más de una vez perdí mi propio rastro y tuvimos que desandar un trecho en busca de la última señal. Bea me observaba con una mezcla de alarma y fascinación. Mi brújula mental sugería que nuestra ruta se había perdido en un lazo de espirales que ascendía lentamente hacia las entrañas del laberinto. Finalmente conseguí rehacer mis pasos en la maraña de pasillos y túneles hasta enfilar un angosto corredor que parecía una pasarela tendida hacia la negrura. Me arrodillé junto a la última estantería y busqué a mi viejo amigo oculto tras la fila de tomos sepultados por una capa de polvo que brillaba como escarcha a la luz del candil. Tomé el libro en mis manos y se lo tendí a Bea.

—Te presento a Julián Carax.

—*La Sombra del Viento* —leyó Bea acariciando las letras desvaídas de la cubierta —. ¿Puedo llevármelo? —preguntó.

—Cualquiera menos ése.

—Pero eso no es justo. Después de lo que me has contado éste es precisamente el que quiero.

—Algún día, quizá. Pero no hoy.

Se lo tomé de las manos y volví a ocultarlo en su lugar.

—Volveré sin ti y me lo llevaré sin que tú te enteres —dijo, burlona.

—No lo encontrarías en mil años.

—Eso es lo que tú te crees. Ya he visto tus marcas y yo también me sé el cuento del Minotauro.

—Isaac no te dejaría entrar.

—Te equivocas. Le caigo mejor que tú.

—¿Y tú qué sabes?

—Sé leer miradas.

A mi pesar, la creí y escondí la mía.

—Escoge cualquier otro. Mira, éste de aquí promete. *El cerdo mesetario, ese desconocido: En busca de las raíces del tocino ibérico*, por Anselmo Torquemada. Seguro que vendió más ejemplares que cualquiera de Julián Carax. Del cerdo se aprovecha todo.

—Este otro me tira más.

—*Tess d'Ubervilles*. Es la versión original. ¿Te atreves con Thomas Hardy en inglés?

Me miró de reojo.

—Adjudicado entonces.

—¿No lo ves? Si parece que me estuviese esperando a mí. Como si hubiera estado aquí escondido para mí desde antes de que yo naciese.

La miré, atónito. Bea arrugó la sonrisa.

—¿Qué he dicho?

Entonces, sin pensarlo, con apenas un roce en los labios, la besé.

Era ya casi medianoche cuando llegamos al portal de casa de Bea. Habíamos hecho casi todo el camino en silencio, sin atrevernos a decir lo que pensábamos. Caminábamos separados, escondiéndonos el uno del otro. Bea caminaba erguida con su *Tess* bajo el brazo y yo la seguía a un palmo, con su sabor en los labios. Arrastraba todavía la mirada de soslayo que me había propinado Isaac al dejar el Cementerio de los Libros Olvidados. Era una mirada que conocía bien y que había visto mil veces en mi padre, una mirada que me preguntaba si tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. Las últimas horas habían transcurrido en otro mundo, un universo de roces, de miradas que no entendía y que se comían la razón y la vergüenza. Ahora, de regreso a aquella realidad que siempre acechaba en las sombras del ensanche, el embrujo se desprendía y apenas me quedaba el deseo doloroso y una inquietud que no tenía nombre. Una simple mirada a Bea me bastó para comprender que mis reservas apenas eran un soplo en la ventisca que se la comía por dentro. Nos detuvimos frente al portal y nos miramos sin hacer ni amago por fingir. Un sereno tonadillero se aproximaba sin prisa, canturreando boleros acompañándose del tintineo sabrosón de sus arbustos de llaves.

—A lo mejor prefieres que no volvamos a vernos —ofrecí sin convicción.

—No sé, Daniel. No sé nada. ¿Es eso lo que tú quieres?

—No. Claro que no. ¿Y tú?

Se encogió de hombros, esbozando una sonrisa sin fuerza.

—¿Tú qué crees? —preguntó—. Antes te he mentido, ¿sabes? En el claustro.

—¿En qué?

—En que no quería verte hoy.

El sereno nos rondaba blandiendo una sonrisilla de refilón, obviamente indiferente a aquella mi primera escena de portal y susurros que a él, en su veteranía, se le debía de antojar banal y trillada.

—Por mí no hay prisa —dijo—. Voy a hacer un cigarrito a la esquina y ya me dirán.

Esperé a que el sereno se hubiese alejado.

—¿Cuándo voy a verte otra vez?

—No lo sé, Daniel.

—¿Mañana?

—Por favor, Daniel. No lo sé.

Asentí. Me acarició la cara.

—Ahora es mejor que te vayas.

—¿Sabes al menos dónde encontrarme, no?

Asintió.

—Estaré esperando.

—Yo también.

Me alejé con la mirada prendida de la suya. El sereno, experto en estos lances, ya acudía a abrirle el portal.

—Sinvergüenza —me susurró de pasada, no sin cierta admiración—. Menudo bombonazo.

Esperé hasta que Bea hubo entrado en el edificio y partí a paso ligero, volviendo la vista atrás a cada paso. Lentamente, me invadió la certeza absurda de que todo era posible y me pareció que hasta aquellas calles desiertas y aquel viento hostil olían a esperanza. Al llegar a la plaza de Cataluña advertí que una bandada de palomas se había congregado en el centro de la plaza. Lo cubrían todo, como un manto de alas blancas que se mecía en silencio. Pensé en rodear el recinto, pero justo entonces advertí que la bandada me abría paso sin alzar el vuelo. Avancé a tientas, observando cómo las palomas se apartaban a mi paso y volvían a cerrar filas tras de mí. Al llegar al centro de la plaza escuché el rumor de las campanas de la catedral repicando la medianoche. Me detuve un instante, varado en un océano de aves plateadas, y pensé que aquél había sido el día más extraño y maravilloso de mi vida.

22

Todavía había luz en la librería cuando crucé frente al escaparate. Pensé que tal vez mi padre se había quedado hasta tarde poniéndose al día con la correspondencia o buscando cualquier excusa para esperarme despierto y sonsacarme acerca de mi encuentro con Bea. Observé una silueta componiendo una pila de libros y reconocí el perfil enjuto y nervioso de Fermín en plena concentración. Golpeé en el cristal con los nudillos. Fermín se asomó, gratamente sorprendido, y me hizo señas para que me asomase por la entrada a la trastienda.

—¿Todavía trabajando, Fermín? Pero si es tardísimo.

—En realidad estaba haciendo tiempo para acercarme luego a casa del pobre don Federico y velarlo. Nos hemos montado unos turnos con Eloy, el de la óptica. Total, yo tampoco duermo mucho. Dos, tres horas a lo más. Claro que usted tampoco se queda manco, Daniel. Pasa la medianoche, de lo cual infiero que su encuentro con la chiquita ha sido un éxito clamoroso.

Me encogí de hombros.

—La verdad es que no lo sé —admití.

—¿Le ha metido mano?

—No.

—Buena señal. No se fíe nunca de las que se dejan meter mano de buenas a primeras. Pero menos aún de las que necesitan que un cura les dé la aprobación. El solomillo, valga el símil cárnico, está en medio. Si se tercia, claro está, no sea mojigato y aprovéchese. Pero si lo que busca es algo serio, como lo mío con la Bernarda, recuerde esta regla de oro.

—¿Es serio lo suyo?

—Más que serio. Espiritual. ¿Y lo de esta muchacha, Beatriz, qué? Que cotiza de un mollar enciclopédico salta a la vista, pero el quid de la cuestión es: ¿será de las que enamoran o de las que emboban las vísceras menores?

—No tengo la menor idea —apunté—. Las dos cosas, diría yo.

—Mire, Daniel, eso es como el empacho. ¿Nota usted algo aquí, en la boca del estómago? Como si se hubiese tragado un ladrillo. ¿O es sólo una calentura general?

—Más bien lo del ladrillo —dije, aunque no descarté completamente la calentura.

—Entonces es que el asunto va en serio. Dios le coja confesado. Ande, siéntese y

le haré una tila.

Nos acomodamos en torno a la mesa que había en la trastienda, rodeados de libros y de silencio. La ciudad dormía y la librería parecía un bote a la deriva en un océano de paz y sombra. Fermín me tendió una taza humeante y me sonrió con cierto embarazo. Algo le rondaba la cabeza.

—¿Puedo hacerle una pregunta de índole personal, Daniel?

—Por supuesto.

—Le ruego me responda con toda sinceridad —dijo y carraspeó—. ¿Usted cree que yo podría llegar a ser padre?

Debió de leer la perplejidad en mi rostro y se apresuró a añadir:

—No quiero decir padre biológico, porque se me verá algo enclenque pero gracias a Dios la providencia ha querido dotarme la potencia y la furia viril de un miura. Me refiero a otro tipo de padre. Un buen padre, ya sabe usted.

—¿Un buen padre?

—Sí. Como el suyo. Un hombre con cabeza, corazón y alma. Un hombre que sea capaz de escuchar, guiar y respetar a una criatura, y de no ahogar en ella sus propios defectos. Alguien a quien un hijo no sólo quiera por ser su padre, sino que lo admire por la persona que es. Alguien a quien quiera parecerse.

—¿Por qué me pregunta usted eso, Fermín? Yo pensaba que no creía usted en el matrimonio y la familia. El yugo y todo eso, ¿recuerda?

Fermín asintió.

—Mire, todo eso es diletancia. El matrimonio y la familia no son más que lo que nosotros hacemos de ellos. Sin eso, no son más que un pesebre de hipocresías. Morralla y palabrería. Pero si hay amor de verdad, del que no se habla ni se declara a los cuatro vientos, del que se nota y se demuestra…

—Me parece usted un hombre nuevo, Fermín.

—Es que lo soy. La Bernarda me ha hecho desear ser un hombre mejor de lo que soy.

—¿Y eso?

—Para merecerla. Usted eso ahora no lo entiende, porque es joven. Pero con el tiempo verá que lo que cuenta a veces no es lo que se da, sino lo que se cede. La Bernarda y yo hemos estado hablando. Ella es una madraza, ya lo sabe usted. No lo dice, pero me parece que la felicidad más grande que podría tener en esta vida es ser madre. Y a mí esa mujer me gusta más que el melocotón en almíbar. Con decirle que soy capaz de pasar por una iglesia después de treinta y dos años de abstinencia clerical y recitar los salmos de san Serafín o lo que haga falta por ella.

—Le veo muy lanzado, Fermín. Si apenas acaba de conocerla…

—Mire, Daniel, a mi edad o uno empieza a ver la jugada con claridad o está bien jodido. Esta vida vale la pena vivirla por tres o cuatro cosas, y lo demás es abono para el campo. Yo he hecho mucha tontería ya, y ahora sé que lo único que quiero es hacer feliz a la Bernarda y morirme algún día en sus brazos. Quiero volver a ser un hombre

respetable, ¿sabe usted? No por mí, que a mí el respeto de este orfeón de monas que llamamos humanidad me la trae flojísima, sino por ella. Porque la Bernarda cree en estas cosas, en las radionovelas, en los curas, en la respetabilidad y en la virgen de Lourdes. Ella es así y yo la quiero como es, sin que me cambien ni un pelo de esos que le salen en la barbilla. Y por eso quiero ser alguien de quien ella pueda estar orgullosa. Quiero que piense: mi Fermín es un cacho de hombre, como Cary Grant, Hemingway o Manolete.

Me crucé de brazos, calibrando el asunto.

—¿Ha hablado usted de todo esto con ella? ¿De tener un hijo juntos?

—No, por Dios. ¿Por quién me toma? ¿Se cree que voy por el mundo diciéndole a las mujeres que tengo ganas de dejarlas preñadas? Y no por falta de ganas, ¿eh?, porque a la tonta esa de la Merceditas le hacía yo ahora mismo unos trillizos y me quedaba como Dios, pero…

—¿Le ha dicho la Bernarda que quiere formar una familia?

—Esas cosas no hace falta decirlas, Daniel. Se ven en la cara.

Asentí.

—Pues entonces, en lo que valga mi opinión, estoy seguro de que será usted un padre y un esposo formidable. Aunque no crea usted en todas esas cosas, porque así no las dará nunca por supuestas.

Se le deshizo la cara de alegría.

—¿Lo dice de verdad?

—Claro que sí.

—Pues me quita usted un peso enorme de encima. Porque sólo de rememorar a mi progenitor y pensar que yo pudiera llegar a ser para alguien lo que él fue para mí me entran ganas de esterilizarme.

—Pierda cuidado, Fermín. Además, su vigor inseminador probablemente no hay tratamiento que lo doblegue.

—También es verdad —reflexionó—. Venga, váyase usted a descansar que no lo quiero entretener más.

—No me entretiene, Fermín. Tengo la impresión de que no voy a pegar ojo.

—Sarna con gusto… Por cierto, lo que me comentó de ese apartado de correos, ¿se acuerda?

—¿Ha averiguado ya algo?

—Ya le dije que lo dejase de mi cuenta. Este mediodía, a la hora de comer, me he acercado hasta Correos y he tenido unas palabras con un viejo conocido que trabaja allí. El apartado de correos 2321 consta a nombre de un tal José María Requejo, abogado con oficinas en la calle León XIII. Me permití comprobar la dirección del interfecto y no me sorprendió averiguar que no existe, aunque me imagino que eso usted ya lo sabe. La correspondencia dirigida a ese apartado la viene recogiendo una persona desde hace años. Lo sé porque algunos de los envíos que se reciben de una correduría de fincas vienen certificados y al recogerlos hay que firmar un pequeño

recibo y presentar la documentación.

—¿Quién es? ¿Un empleado del abogado Requejo? —pregunté.

—Hasta ahí no pude llegar, pero lo dudo. O mucho me equivoco o el tal Requejo existe en el mismo plano que la virgen de Fátima. Sólo le puedo decir el nombre de la persona que recoge la correspondencia: Nuria Monfort.

Me quedé blanco.

—¿Nuria Monfort? ¿Está usted seguro de eso, Fermín?

—Yo mismo vi algunos de esos recibos. En todos constaba el nombre y el número de la cédula de identidad. Deduzco por la cara de vómito que se le ha puesto que esta revelación le sorprende.

—Bastante.

—¿Puedo preguntar quién es la tal Nuria Monfort? El empleado con el que hablé me dijo que la recordaba perfectamente porque acudió hace un par de semanas a retirar la correspondencia y, en su opinión imparcial, estaba más buena que la Venus de Milo y más firme de pecho. Y yo me fío de su evaluación porque antes de la guerra era catedrático de estética, pero como era primo lejano de Largo Caballero, claro, ahora lame pólizas de peseta…

—Hoy mismo estuve con esa mujer, en su casa —murmuré.

Fermín me observó, atónito.

—¿Con Nuria Monfort? Empiezo a pensar que me he equivocado con usted, Daniel. Está usted hecho un auténtico calavera.

—No es lo que usted piensa, Fermín.

—Pues usted se lo pierde. Yo a su edad hacía como El Molino, pase de mañana, tarde y noche.

Observé a aquel hombrecillo enjuto y huesudo, todo nariz y tez amarillenta, y me di cuenta de que se estaba convirtiendo en mi mejor amigo.

—¿Puedo contarle algo, Fermín? Algo que me viene rondando la cabeza desde hace ya tiempo.

—Claro que sí. Lo que sea. Especialmente si es escabroso y concierne a la fámula esa.

Por segunda vez aquella noche procedí a relatar para Fermín la historia de Julián Carax y el enigma de su muerte. Fermín escuchaba con suma atención, tomando notas en un cuaderno e interrumpiéndome ocasionalmente para preguntarme algún detalle cuya relevancia se me escapaba. Escuchándome a mí mismo, se me hacían cada vez más evidentes las lagunas que había en aquella historia. En más de una ocasión me quedé en blanco, mis pensamientos extraviados en tratar de discernir por qué motivo me habría mentido Nuria Monfort. ¿Qué significado tenía el hecho de que ella hubiese estado recogiendo durante años la correspondencia dirigida a un despacho de abogados inexistente que supuestamente se hacía cargo del piso de la familia Fortuny-Carax en la ronda de San Antonio? No me di cuenta de que estaba formulando mis dudas en voz alta.

—No podemos saber todavía por qué le mintió esa mujer —dijo Fermín—. Pero podemos aventurarnos a suponer que si lo hizo a ese respecto, pudo haberlo hecho, y probablemente lo hizo, respecto a otros tantos.

Suspiré, perdido.

—¿Qué sugiere usted, Fermín?

Fermín Romero de Torres suspiró con ademán de alta filosofía.

—Le diré lo que podemos hacer. Este domingo, si a usted le parece, nos dejamos caer como aquel que no quiere la cosa por el colegio de San Gabriel y hacemos alguna averiguación sobre los orígenes de la amistad entre ese Carax y el otro chavalín, el ricachón…

—Aldaya.

—Yo con los curas tengo muchísima mano, ya verá, aunque sea por esta pinta de cartujo golfo que tengo. Cuatro lisonjas y me los meto en el bolsillo.

—¿Quiere decir?

—¡Hombre! Le garantizo a usted que estos van a cantar como la Escolanía de Montserrat.

23

Pasé el sábado en trance, anclado tras el mostrador de la librería con la esperanza de ver a Bea aparecer por la puerta como por ensalmo. Cada vez que sonaba el teléfono me lanzaba a la carrera para contestar, arrebatando el auricular a mi padre o a Fermín. A media tarde, después de una veintena de llamadas de clientes y sin noticias de Bea, empecé a aceptar que el mundo y mi miserable existencia llegaban a su fin. Mi padre había salido a valorar una colección en San Gervasio y Fermín aprovechó la coyuntura para colocarme otra de sus lecciones magistrales en los entresijos de las intrigas amatorias.

—Serénese o va a criar una piedra en el hígado —aconsejó Fermín—. Esto del cortejo es como el tango: absurdo y pura floritura. Pero usted es el hombre y le toca llevar la iniciativa.

Aquello empezaba a adquirir un cariz funesto.

—¿La iniciativa? ¿Yo?

—¿Qué quiere? Algún precio tenía que tener el poder mear de pie.

—Pero si Bea me dio a entender que ya me diría ella algo.

—Qué poco entiende usted de mujeres, Daniel. Me juego el aguinaldo a que esa pollita está ahora en su casa mirando lánguidamente por la ventana en plan Dama de las Camelias, esperando que llegue usted a rescatarla del cafre de su señor padre para arrastrarla en una espiral incontenible de lujuria y pecado.

—¿Está seguro?

—Ciencia pura.

—¿Y si ha decidido que ya no quiere verme más?

—Mire, Daniel. Las mujeres, con notables excepciones como su vecina la Merceditas, son más inteligentes que nosotros, o cuando menos más sinceras consigo mismas sobre lo que quieren o no. Otra cosa es que se lo digan a uno o al mundo. Se enfrenta usted al enigma de la naturaleza, Daniel. La fémina, babel y laberinto. Si la deja usted pensar, está perdido. Recuerde: corazón caliente, mente fría. El código del seductor.

Estaba Fermín por detallarme las particularidades y tecnicismos del arte de la seducción cuando sonó la campanilla de la puerta y vimos entrar a mi amigo Tomás Aguilar. El corazón me dio un vuelco. La providencia me negaba a Bea pero me

enviaba a su hermano. Funesto heraldo, pensé. Tomás traía el rostro sombrío y un aire de cierto desaliento.

—Menudo aire funerario nos trae usted, don Tomás —comentó Fermín—. Nos aceptará un cafetito al menos, ¿verdad?

—No le diré que no —dijo Tomás, con la reserva habitual.

Fermín procedió a servirle una taza del mejunje que guardaba en su termo y que desprendía un sospechoso aroma jerezano.

—¿Algún problema? —pregunté.

Tomás se encogió de hombros.

—Nada nuevo. Mi padre hoy tiene el día y he preferido salir a airearme un rato.

Tragué saliva.

—¿Y eso?

—Ve a saber. Anoche mi hermana Bea llegó a las tantas. Mi padre la estaba esperando despierto y algo tocado, como siempre. Ella se negó a decir de dónde venía ni con quién había estado y mi padre se puso hecho una furia. Estuvo hasta las cuatro de la mañana chillando, tratándola de zorra para arriba y jurándole que la iba a meter a monja y que si volvía preñada la iba a echar a patadas a la puta calle.

Fermín me lanzó una mirada de alarma. Sentí que las gotas de sudor que me corrían por la espalda descendían varios grados de temperatura.

—Esta mañana —continuó Tomás—, Bea se ha encerrado en su cuarto y no ha salido en todo el día. Mi padre se ha plantado en el comedor a leer el *ABC* y a escuchar zarzuelas en la radio a todo volumen. En el entreacto de *Luisa Fernanda* he tenido que salir porque me volvía loco.

—Bueno, seguramente su hermana estaría con el novio, ¿no? —pinchó Fermín—. Es lo natural.

Le lancé un puntapié tras el mostrador, que Fermín dribló con agilidad felina.

—Su novio está haciendo la mili —precisó Tomás—. No viene de permiso hasta dentro de un par de semanas. Y además, cuando sale con él está en casa a las ocho, como muy tarde.

—¿Y no tiene usted idea de dónde estuvo ni con quién?

—Ya le ha dicho que no, Fermín —intervine yo, ansioso por cambiar de tema.

—¿Y su padre tampoco? —insistió Fermín, que se lo estaba pasando en grande.

—No. Pero ha jurado averiguarlo y partirle las piernas y la cara en cuanto sepa quién es.

Me quedé lívido. Fermín me sirvió una taza de su brebaje sin preguntar. La apuré de un trago. Sabía a gasoil tibio. Tomás me observaba en silencio, la mirada impenetrable y oscura.

—¿Lo han oído ustedes? —dijo de pronto Fermín—. Así como un redoble de salto mortal.

—No.

—Las tripas de un servidor. Miren, de pronto me ha entrado un hambre… ¿les

importa si les dejo solos un rato y me acerco al horno a ver si pillo algún bollo? Eso sin mencionar a esa dependienta nueva recién llegada de Reus que está para mojar pan y lo que se tercie. Se llama María Virtudes, pero tiene un vicio la niña… Así les dejo que hablen de sus cosas, ¿eh?

En diez segundos Fermín había desaparecido por ensalmo, rumbo a su merienda y a su encuentro con la nínfula. Tomás y yo nos quedamos a solas rodeados de un silencio que prometía más solidez que el franco suizo.

—Tomás —empecé, con la boca seca—. Ayer por la noche tu hermana estuvo conmigo.

Me contempló sin apenas pestañear. Tragué saliva.

—Di algo —dije.

—Tú estás mal de la cabeza.

Pasó un minuto de murmullos en la calle. Tomás sostenía su café, intacto.

—¿Vas en serio? —preguntó.

—Sólo la he visto una vez.

—Eso no es respuesta.

—¿Te importaría?

Se encogió de hombros.

—Tú sabrás lo que haces. ¿Dejarías de verla sólo porque yo te lo pidiese?

—Sí —mentí—. Pero no me lo pidas.

Tomás bajó la cabeza.

—Tú no conoces a Bea —murmuró.

Me callé. Dejamos pasar varios minutos sin mediar palabra, mirando las figuras grises oteando desde el escaparate, rogando que alguna se animase a entrar y a rescatarnos de aquel silencio envenenado. Al cabo de un rato, Tomás abandonó la taza sobre el mostrador y se dirigió hacia la puerta.

—¿Te vas ya?

Asintió.

—¿Nos vemos mañana un rato? —dije—. Podríamos ir al cine, con Fermín, como antes.

Se detuvo junto a la salida.

—Sólo te lo diré una vez, Daniel. No le hagas daño a mi hermana.

Al salir se cruzó con Fermín, que venía cargado con una bolsa de pastas humeantes. Fermín lo contempló perderse en la noche, sacudiendo la cabeza. Dejó las pastas sobre el mostrador y me ofreció una ensaimada recién hecha. Decliné el ofrecimiento. No hubiera sido capaz de tragar ni una aspirina.

—Ya se le pasará, Daniel. Ya lo verá. Estas cosas, entre amigos, son normales.

—No lo sé —murmuré.

24

Nos encontramos a las siete y media de la mañana del domingo en el café Canaletas, donde Fermín me invitó a café con leche y unos brioches cuya textura, incluso untados de mantequilla, albergaba cierta similitud con la de la piedra pómez. Nos atendió un camarero que lucía un emblema de la Falange en la solapa y un bigote cortado a lápiz. No paraba de canturrear y, al preguntarle por la causa de su excelente humor, nos explicó que había sido padre el día anterior. Cuando le felicitamos insistió en regalarnos una Faria a cada uno para que nos la fumásemos durante el día a la salud de su primogénito. Dijimos que así lo haríamos. Fermín lo miraba de reojo, con el ceño fruncido, y sospeché que tramaba algo.

Durante el desayuno, Fermín dio por inaugurada la jornada detectivesca con un esbozo general del enigma.

—Todo empieza con la amistad sincera entre dos muchachos, Julián Carax y Jorge Aldaya, compañeros de clase desde la infancia, como don Tomás y usted. Durante años todo va bien. Amigos inseparables con toda una vida por delante. Sin embargo, en algún momento se produce un conflicto que rompe esa amistad. Por parafrasear a los dramaturgos de salón, el conflicto tiene nombre de mujer y se llama Penélope. Muy homérico. ¿Me sigue?

Lo único que me vino a la mente fueron las últimas palabras de Tomás Aguilar la noche anterior, en la librería: «No le hagas daño a mi hermana». Sentí náuseas.

—En 1919, Julián Carax parte rumbo a París cual vulgar Odiseo —continuó Fermín—. La carta firmada por Penélope, que él nunca llega a recibir, establece que para entonces la joven está recluida en su propia casa, prisionera de su familia por motivos poco claros, y que la amistad entre Aldaya y Carax ha fenecido. Es más, por lo que nos cuenta Penélope, su hermano Jorge ha jurado que si vuelve a ver a su viejo amigo Julián, lo matará. Palabras mayores para el fin de una amistad. No hace falta ser Pasteur para inferir que el conflicto es consecuencia directa de la relación entre Penélope y Carax.

Un sudor frío me cubría la frente. Sentí que el café con leche y los cuatro bocados que había engullido me ascendían por la garganta.

—Con todo, hemos de suponer que Carax nunca llega a saber lo acontecido a Penélope, porque la carta no llega a sus manos. Su vida se pierde en las nieblas de

París, donde desarrollará una existencia fantasmal entre su empleo de pianista en un establecimiento de variedades y una desastrosa carrera como novelista de ningún éxito. Estos años en París son un misterio. Todo lo que queda de ellos es una obra literaria olvidada y virtualmente desaparecida. Sabemos que en algún momento decide contraer matrimonio con una enigmática y acaudalada dama que le dobla en edad. La naturaleza de tal matrimonio, si hemos de atenernos a los testimonios, parece más bien un acto de caridad o amistad por parte de una dama enferma que un lance romántico. A todas luces, la mecenas, temiendo por el futuro económico de su protegido, opta por dejarle su fortuna y despedirse de este mundo con un revolcón a mayor gloria del protectorado de las artes. Los parisinos son así.

—Quizá fuera un amor genuino —apunté, con un hilo de voz.

—¿Oiga, Daniel, está usted bien? Se ha puesto blanquísimo y está sudando a mares.

—Estoy perfectamente —mentí.

—A lo que iba. El amor es como el embutido: hay lomo embuchado y hay mortadela. Todo tiene su lugar y función. Carax había declarado que no se sentía digno de amor alguno y, de hecho, no sabemos de ningún romance registrado durante sus años en París. Claro que trabajando en una casa de citas, quizá los ardores primarios del instinto quedaban cubiertos vía la confraternización entre empleados de la empresa, como si se tratase de un bono o, nunca mejor dicho, el lote de Navidad. Pero esto es pura especulación: Volvamos al momento en que se anuncia el matrimonio entre Carax y su protectora. Es entonces cuando vuelve a aparecer Jorge Aldaya en el mapa de este turbio asunto. Sabemos que contacta con el editor de Carax en Barcelona a fin de averiguar el paradero del novelista. Poco tiempo después, la mañana del día de su boda, Julián Carax se bate en un duelo con un desconocido en el cementerio de Père Lachaise y desaparece. La boda jamás tiene lugar. A partir de ahí, todo se confunde.

Fermín dejó caer una pausa dramática, dirigiéndome su mirada de alta intriga.

—Supuestamente, Carax cruza la frontera y, demostrando una vez más su proverbial sentido de la oportunidad, regresa a Barcelona en 1936, justo en pleno estallido de la guerra civil. Sus actividades y paradero en Barcelona durante esas semanas son confusos. Suponemos que permanece durante un mes en la ciudad y que durante ese tiempo no contacta con ninguno de sus conocidos. Ni con su padre ni con su amiga Nuria Monfort. Es encontrado muerto poco más tarde en las calles, asesinado de un tiro. No tarda en hacer su aparición un funesto personaje que se hace llamar Laín Coubert, nombre que toma prestado de un personaje de la última novela del propio Carax, que para más inri no es sino el príncipe de los infiernos. El supuesto diablillo se declara dispuesto a borrar del mapa lo poco que queda de Carax y destruir sus libros para siempre. Para acabar de redondear el melodrama, aparece como un hombre sin rostro, desfigurado por el fuego. Un villano escapado de una opereta gótica en quien, para confundir más las cosas, Nuria Monfort cree reconocer

la voz de Jorge Aldaya.

—Le recuerdo que Nuria Monfort me mintió —dije.

—Cierto, pero si bien Nuria Monfort le mintió es posible que lo hiciera más por omisión y quizá por desvincularse de los hechos. Hay pocas razones para decir la verdad, pero para mentir el número es infinito. ¿Oiga, seguro que se encuentra bien? Tiene un color de cara como de tetilla gallega.

Negué y salí a escape rumbo al servicio.

Devolví el desayuno, la cena y buena parte de la ira que llevaba encima. Me lavé la cara con el agua helada de la pica y contemplé mi reflejo en el espejo nublado sobre el que alguien había garabateado con un lápiz de cera la leyenda «Girón cabrito». Al volver a la mesa comprobé que Fermín estaba en la barra, pagando la cuenta y discutiendo de fútbol con el camarero que nos había atendido.

—¿Mejor? —preguntó.

Asentí.

—Eso es una bajada de presión —dijo Fermín—. Tenga un Sugus, que lo cura todo.

Al salir del café, Fermín insistió en que tomásemos un taxi hasta el colegio de San Gabriel y dejásemos el metro para otro día, argumentando que hacía una mañana de mural conmemorativo y que los túneles eran para las ratas.

—Un taxi hasta Sarriá costará una fortuna —objeté.

—Invita el montepío de cretinos —atajó Fermín—, que aquí el patriota me ha dado mal el cambio y hemos hecho negocio. Y usted no está como para viajar bajo tierra.

Pertrechados así de fondos ilícitos, nos apostamos en una esquina al pie de la Rambla de Cataluña y esperamos la llegada de un taxi. Tuvimos que dejar pasar unos cuantos, porque Fermín declaró que para una vez que subía en automóvil quería por lo menos un Studebaker. Nos llevó un cuarto de hora dar con un vehículo de su agrado, que Fermín procedió a parar con grandes aspavientos. Fermín insistió en viajar en el asiento de delante, lo que le dio ocasión de enzarzarse en una discusión con el conductor en torno al oro de Moscú y a Josef Stalin, que era su ídolo y guía espiritual en la distancia.

—Ha habido tres grandes figuras en este siglo: Dolores Ibárruri, Manolete y José Stalin —proclamó el taxista, dispuesto a obsequiarnos con una detallada hagiografía del ilustre camarada.

Yo viajaba cómodamente en el asiento de atrás, ajeno a la perorata, con la ventana abierta y disfrutando del aire fresco. Fermín, encantado de pasearse en Studebaker, le daba cuerda al conductor, puntuando de vez en cuando la entrañable semblanza del líder soviético que glosaba el taxista con cuestiones de dudoso interés historiográfico.

—Pues tengo entendido que padece muchísimo de la próstata desde que se tragó un hueso de níspero y que ahora sólo consigue orinar si le tararean *La Internacional* —dejó caer Fermín.

—Propaganda fascista —aclaró el taxista, más devoto que nunca—. El camarada mea como un toro. Ya quisiera para sí el Volga tamaño caudal.

El debate de alta política nos acompañó a través de toda la travesía por la Vía Augusta rumbo a la parte alta de la ciudad. Clareaba el día y una brisa fresca vestía el cielo de azul ardiente. Al llegar a la calle Ganduxer, el conductor torció a la derecha e iniciamos el lento ascenso hacia el paseo de la Bonanova.

El colegio de San Gabriel se alzaba en el centro de una arboleda a lo alto de una calle angosta y serpenteante que ascendía desde la Bonanova. La fachada, salpicada de ventanales en forma de puñal, recortaba los perfiles de un palacio gótico de ladrillo rojo, suspendido en arcos y torreones que asomaban sobre las copas de un platanar en aristas catedralicias. Despedimos al taxi y nos adentramos en un frondoso jardín sembrado de fuentes de las que emergían querubines enmohecidos y trenzado con senderos de piedra que reptaban entre los árboles. De camino a la entrada principal, Fermín me puso en antecedentes sobre la institución con una de sus habituales lecciones magistrales de historia social.

—Aunque ahora le parezca a usted el mausoleo de Rasputín, el colegio de San Gabriel fue en su día una de las más prestigiosas y exclusivas instituciones de Barcelona. En tiempos de la República vino a menos porque los nuevos ricos de entonces, los nuevos industriales y banqueros a cuyos vástagos les habían negado plaza durante años porque sus apellidos olían a nuevo, decidieron crear sus propias escuelas donde se les tratase con reverencia y donde ellos pudiesen negar plaza a los hijos de otros. El dinero es como cualquier otro virus: una vez pudre el alma del que lo alberga, parte en busca de sangre fresca. En este mundo, un apellido dura menos que una peladilla. En sus buenos tiempos, digamos que entre 1880 y 1930 más o menos, el colegio de San Gabriel acogía a la crema de los niñatos de rancia alcurnia y bolsa sonante. Los Aldaya y compañía acudían a este siniestro lugar en régimen de internado a confraternizar con sus semejantes, a oír misa y a aprender historia para así poder repetirla ad náuseam.

—Pero Julián Carax no era precisamente uno de ellos —observé.

—Bueno, a veces estas egregias instituciones ofrecen una o dos becas para los hijos del jardinero o de un limpiabotas y así mostrar su grandeza de espíritu y generosidad cristiana —ofreció Fermín—. El modo más eficaz de hacer inofensivos a los pobres es enseñarles a querer imitar a los ricos. Ése es el veneno con que el capitalismo ciega a…

—Ahora no se enrolle con la doctrina social, Fermín que si le oye uno de estos curas, nos van a echar a patadas —corté, advirtiendo que un par de sacerdotes nos observaban con una mezcla de curiosidad y reserva desde lo alto de la escalinata que ascendía al portón del colegio y preguntándome si habrían oído algo de nuestra conversación.

Uno de ellos se adelantó exhibiendo una sonrisa cortés y las manos cruzadas sobre el pecho con gesto obispal. Debía de rondar la cincuentena y su delgadez y una

cabellera rala le conferían un aire de ave rapaz. Calzaba una mirada penetrante y desprendía un aroma a colonia fresca y a naftalina.

—Buenos días. Soy el padre Fernando Ramos —anunció—. ¿En qué puedo servirles?

Fermín ofreció su mano, que el sacerdote estudió brevemente antes de estrechar, siempre escudado tras su sonrisa glacial.

—Fermín Romero de Torres, asesor bibliográfico de Sempere e hijos, gustosísimo de saludar a su devotísima excelencia. Aquí a mi vera obra mi colaborador a la par que amigo, Daniel, joven de porvenir y reconocida calidad cristiana.

El padre Fernando nos observó sin pestañear. Quise que me tragase la tierra.

—El gusto es mío, señor Romero de Torres —replicó cordialmente—. ¿Puedo preguntarles qué trae a tan formidable dúo a esta nuestra humilde institución?

Decidí intervenir antes de que Fermín le soltase al sacerdote otra barbaridad y tuviéramos que salir por piernas.

—Padre Fernando, estamos tratando de localizar a dos antiguos alumnos del colegio de San Gabriel: Jorge Aldaya y Julián Carax.

El padre Fernando apretó los labios y enarcó una ceja.

—Julián murió hace más de quince años y Aldaya marchó a la Argentina —dijo secamente.

—¿Les conocía usted? —preguntó Fermín.

La mirada afilada del sacerdote se detuvo en cada uno de nosotros antes de responder.

—Fuimos compañeros de clase. ¿Puedo preguntar cuál es su interés en el asunto?

Andaba yo pensando cómo contestar aquella pregunta cuando se me adelantó Fermín.

—Acontece que ha llegado a nuestro poder una serie de artículos que pertenecen o pertenecieron, pues la jurisprudencia a este particular es confusa, a los dos mentados.

—¿Y cuál es la naturaleza de dichos artículos, si no es mucho preguntar?

—Ruego a vuesa merced acepte nuestro silencio, pues vive Dios que abundan en la materia motivos de conciencia y secretismo que nada tienen que ver con la supina confianza que su excelentísima y la orden a la que con tanta gallardía y piedad representa nos merecen —largó Fermín a toda velocidad.

El padre Fernando le observaba al borde del pasmo. Opté por retomar de nuevo la conversación antes de que Fermín recobrase el aliento.

—Los artículos a los que hace referencia el señor Romero de Torres son de índole familiar, recuerdos y objetos de valor puramente sentimental. Lo que quisiéramos pedirle, padre, si ello no es gran molestia, es que nos hable de lo que recuerda de Julián y de Aldaya en sus tiempos de estudiantes.

El padre Fernando nos observaba todavía con recelo. Se me hizo obvio que no le bastaban las explicaciones que le habíamos dado para justificar nuestro interés y

granjearnos su colaboración. Lancé una mirada de socorro a Fermín, rogando que diese con alguna argucia con que ganarnos al cura.

—¿Sabe que se parece usted un poco a Julián, de joven? —preguntó de repente el padre Fernando.

A Fermín se le encendió la mirada. Ahí viene, pensé. Nos lo jugamos todo a esta carta.

—Es usted un lince, reverencia —proclamó Fermín fingiendo asombro—. Su perspicacia nos ha desenmascarado sin misericordia. Llegará usted lo menos a cardenal o a papa.

—¿De qué está usted hablando?

—¿No es obvio y patente, ilustrísima?

—La verdad, no.

—¿Contamos con su secreto de confesión?

—Esto es un jardín, no un confesonario.

—Nos basta con su discreción eclesiástica.

—La tienen.

Fermín suspiró profundamente y me miró con aire melancólico.

—Daniel, no podemos seguir mintiendo a este santo soldado de Cristo.

—Claro que no… —corroboré, totalmente perdido.

Fermín se aproximó al sacerdote y le murmuró en tono confidencial:

—Pater, tenemos motivos de solidez pétrea para sospechar que aquí nuestro amigo Daniel no es sino un hijo secreto del difunto Julián Carax. De ahí nuestro interés en reconstruir su pasado y recobrar la memoria de un prócer ausente que la parca quiso arrancar del lado de un pobre chiquillo.

El padre Fernando me clavó la mirada, atónito.

—¿Es eso cierto?

Asentí. Fermín me palmeó la espalda, compungido.

—Mírelo, pobrecillo, buscando a un progenitor perdido en las nieblas de la memoria. ¿Qué hay más triste que eso? Cuénteme vuesa santísima merced.

—¿Tienen ustedes pruebas que sostengan sus afirmaciones?

Fermín me aferró de la barbilla y ofreció mi rostro como moneda de pago.

—¿Qué más prueba ansía el mosén que este careto, testigo mudo y fehaciente del hecho paternal en cuestión?

El sacerdote pareció dudar.

—¿Me ayudará usted, padre? —imploré, ladino—. Por favor…

El padre Fernando suspiró, incómodo.

—No veo el mal en ello, supongo —dijo finalmente—. ¿Qué quieren saber?

—Todo —dijo Fermín.

25

El padre Fernando recapitulaba sus recuerdos con cierto tono de homilía. Construía sus frases con pulcritud y sobriedad magistral, dotándolas de una cadencia que parecía encerrar una moraleja de propina que nunca llegaba a materializarse. Años de profesorado le habían dejado aquel tono firme y didáctico de quien está acostumbrado a ser oído, pero se pregunta si es escuchado.

—Si la memoria no me falla, Julián Carax ingresó como alumno del colegio de San Gabriel en el año 1914. En seguida simpaticé con él, porque ambos formábamos parte del reducido grupo de alumnos que no proveníamos de familias acaudaladas. Nos llamaban el comando *Mortsdegana*. Cada uno de nosotros tenía su historia especial. Yo había conseguido una plaza becada gracias a mi padre, que durante veinticinco años trabajó en las cocinas de esta casa. Julián había sido aceptado gracias a la intercesión del señor Aldaya, que era cliente de la sombrerería Fortuny, propiedad del padre de Julián. Eran otros tiempos, claro está, y por entonces el poder aún se concentraba en familias y en dinastías. Aquél es un mundo desaparecido, los últimos restos se los llevó la República, supongo que para bien, y cuanto queda de él son esos nombres en el membrete de empresas, bancos y consorcios sin faz. Como todas las ciudades viejas, Barcelona es una suma de ruinas. Las grandes glorias de las que se vanaglorian muchos, palacios, factorías y monumentos, insignias con las que nos identificamos, no son más que cadáveres, reliquias de una civilización extinguida.

Llegado este punto, el padre Fernando dejó una solemne pausa en la que pareció que esperase la respuesta de la congregación con algún latinajo o una réplica del misal.

—Diga usted amén, reverendo padre. Qué gran verdad es ésa —ofreció Fermín para salvar el incómodo silencio.

—Nos hablaba usted del primer año de mi padre en el colegio —apunté con suavidad.

El padre Fernando asintió.

—Ya por entonces se hacía llamar Carax, aunque su primer apellido era Fortuny. Al principio, algunos de los muchachos se burlaban de él por ello, y por ser uno de los *Mortsdegana*, por supuesto. También se burlaban de mí porque era el hijo del

cocinero. Ya saben cómo son los críos. En el fondo de su corazón Dios les ha llenado de bondad, pero repiten lo que oyen en casa.

—Angelitos —puntuó Fermín.

—¿Qué recuerda usted de mi padre?

—Bueno, hace ya tanto… El mejor amigo de su padre por entonces no era Jorge Aldaya, sino un muchacho llamado Miquel Moliner. Miquel provenía de una familia casi tan adinerada como los Aldaya y me atrevería a decir que era el alumno más extravagante que ha visto esta escuela. El rector le tenía por endemoniado porque recitaba a Marx en alemán durante las misas.

—Signo inequívoco de posesión —corroboró Fermín.

—Miquel y Julián hacían muy buenas migas. A veces nos reuníamos los tres durante la hora del recreo del mediodía y Julián nos explicaba historias. Otras veces nos hablaba de su familia y de los Aldaya…

El sacerdote pareció dudar.

—Incluso después de abandonar la escuela, Miquel y yo mantuvimos el contacto durante un tiempo. Julián ya se había marchado a París por entonces. Sé que Miquel le añoraba y a menudo hablaba de él y recordaba confidencias que le había hecho tiempo atrás. Luego, cuando yo entré en el seminario, Miquel dijo que me había pasado al enemigo, bromeando, pero lo cierto es que nos distanciamos.

—¿Le suena a usted que Miquel se casara con una tal Nuria Monfort?

—¿Miquel, casado?

—¿Le extraña a usted?

—Supongo que no debería, pero… No sé. Lo cierto es que hace muchos años que no sé de Miquel. Desde antes de la guerra.

—¿Le mencionó a usted alguna vez el nombre de Nuria Monfort?

—No, nunca. Ni que pensara casarse o que tuviese una novia… Oigan, no estoy del todo seguro de que deba hablarles a ustedes de todo esto. Son cosas que me contaron Julián y Miquel a título personal, en el entendimiento de que quedaban entre nosotros…

—¿Y va a negar a un hijo la única posibilidad de recuperar la memoria de su padre? —preguntó Fermín.

El padre Fernando se debatía entre la duda y, me pareció, el deseo de recordar, de recuperar aquellos días perdidos.

—Supongo que han pasado tantos años que ya no importa. Me acuerdo todavía del día en que Julián nos explicó cómo había conocido a los Aldaya y cómo, sin darse cuenta, le había cambiado la vida…

… En octubre de 1914, un artefacto que muchos tomaron por un panteón rodante se detuvo una tarde frente a la sombrerería Fortuny en la ronda de San Antonio. De él emergió la figura altiva, majestuosa y arrogante de don Ricardo Aldaya, ya por entonces uno de los hombres más ricos no ya de Barcelona, sino de España, cuyo

imperio de industrias textiles se extendía en ciudadelas y colonias a lo largo de los ríos de toda Cataluña. Su mano diestra sujetaba las riendas de la banca y de las propiedades territoriales de media provincia. La siniestra, siempre en activo, tiraba de los hilos de la diputación, el ayuntamiento, varios ministerios, el obispado y el servicio portuario de aduanas.

Aquella tarde, el rostro de bigotes exuberantes, patillas regias y testa descubierta que a todos intimidaba necesitaba un sombrero. Entró en la tienda de don Antoni Fortuny y tras echar un vistazo somero a las instalaciones miró de reojo al sombrerero y a su ayudante, el joven Julián, y dijo lo siguiente: «Me han dicho que de aquí, pese a las apariencias, salen los mejores sombreros de Barcelona. El otoño pinta malcarado y voy a necesitar seis chisteras, una docena de bombines, gorras de caza y algo que llevar para las Cortes en Madrid. ¿Está usted apuntando o espera que se lo repita?». Aquél fue el inicio de un laborioso, y lucrativo, proceso en el que padre e hijo aunaron sus esfuerzos para completar el encargo de don Ricardo Aldaya. A Julián, que leía los diarios, no se le escapaba la posición de Aldaya, y se dijo que no podía fallarle ahora a su padre, en el momento más crucial y decisivo de su negocio. Desde que el potentado había entrado en su tienda, el sombrerero levitaba de gozo. Aldaya le había prometido que, si quedaba complacido, iba a recomendar su establecimiento a todas sus amistades. Ello significaba que la sombrerería Fortuny, de ser un comercio digno pero modesto, saltaría a las más altas esferas, vistiendo cabezones y cabezolines de diputados, alcaldes, cardenales y ministros. Los días de aquella semana pasaron por ensalmo. Julián no acudió a clase y pasó jornadas de dieciocho y veinte horas trabajando en el taller de la trastienda. Su padre, rendido de entusiasmo, le abrazaba de tanto en cuanto e incluso le besaba sin darse cuenta. Llegó al extremo de regalar a su esposa Sophie un vestido y un par de zapatos nuevos por primera vez en catorce años. El sombrerero estaba desconocido. Un domingo se le olvidó ir a misa y aquella misma tarde, rebosante de orgullo, rodeó a Julián con sus brazos y le dijo, con lágrimas en los ojos: «El abuelo estaría orgulloso de nosotros».

Uno de los procesos más complejos en la ya desaparecida ciencia de la sombrerería, técnica y políticamente, era el de tomar medidas. Don Ricardo Aldaya tenía un cráneo que, según Julián, bordeaba el terreno de lo amelonado y agreste. El sombrerero fue consciente de las dificultades tan pronto avistó la testa del prohombre, y aquella misma noche, cuando Julián dijo que le recordaba ciertos fragmentos del macizo de Montserrat, Fortuny no pudo sino que estar de acuerdo. «Padre, con todo el respeto, usted sabe que a la hora de tomar medidas yo tengo mejor mano que usted, que se pone nervioso. Déjeme hacer a mí». El sombrerero accedió de buen grado y, al día siguiente, cuando Aldaya acudió en su Mercedes Benz, Julián le recibió y le condujo al taller. Aldaya, al comprobar que las medidas se las iba a tomar un muchacho de catorce años, se enfureció: «Pero ¿qué es esto? ¿Un criajo? ¿Me están tomando ustedes el pelo?». Julián, que era consciente de la

significancia pública del personaje pero que no se sentía intimidado por él en absoluto, replicó: «Señor Aldaya, pelo para tomarle a usted no hay mucho, que esa coronilla parece la Plaza de las Arenas, y si no le hacemos rápido un juego de sombreros le van a confundir a usted la closca con el plan Cerdá». Al escuchar estas palabras, Fortuny se creyó morir. Aldaya, impávido, clavó los ojos en Julián. Entonces, para sorpresa de todos, se echó a reír como no lo había hecho en años.

«Este chaval suyo llegará lejos, Fortunato», sentenció Aldaya, que no acababa de aprenderse el apellido del sombrerero.

Fue de este modo como averiguaron que don Ricardo Aldaya estaba hasta la mismísima y creciente coronilla de que todos le temiesen, le adulasen y se tendiesen en el suelo a su paso con vocación de esterilla. Despreciaba a los lameculos, los miedicas y a cualquiera que mostrase cualquier tipo de debilidad, física, mental o moral. Al encontrarse con un humilde muchacho, apenas un aprendiz, que tenía el rostro y el gracejo de burlarse de él, Aldaya decidió que realmente había dado con la sombrerería ideal y duplicó su encargo. Durante aquella semana acudió cada día de buena gana a su cita para que Julián le tomase las medidas y le probase modelos. Antoni Fortuny se quedaba maravillado de ver cómo el adalid de la sociedad catalana se deshacía de risa con las bromas e historias que le contaba aquel hijo que le era desconocido, con el que nunca hablaba y que hacía años que no mostraba señal alguna de tener sentido del humor. Al término de aquella semana, Aldaya cogió al sombrerero por banda y se lo llevó a un rincón para hablarle confidencialmente.

—A ver, Fortunato, este hijo suyo es un talento y me lo tiene usted aquí muerto de asco sacándole el polvo a las musarañas de una tienda de tres al cuarto.

—Éste es un buen negocio, don Ricardo, y el muchacho muestra cierta habilidad, aunque le falte actitud.

—Pamplinas. ¿A qué colegio lo lleva usted?

—Bueno, va a la escuela de…

—Eso son fábricas de peones. En la juventud, el talento, el genio, si se deja sin atender, se tuerce y se come al que lo posee. Hay que ponerle cauce. Apoyo. ¿Me entiende usted, Fortunato?

—Se equivoca usted con mi hijo. Él de genio, nada de nada. Si a duras penas se saca la geografía… los maestros ya me dicen que tiene la cabeza llena de pájaros, y muy mala actitud, igual que su madre, pero aquí al menos siempre tendrá un oficio honrado y…

—Fortunato, me aburre usted. Hoy mismo voy a ver a la Junta Directiva del colegio de San Gabriel y les voy a indicar que acepten a su hijo en la misma clase que mi primogénito, Jorge. Menos, es ser miserable.

Al sombrerero se le abrieron ojos de platillo. El colegio de San Gabriel era el criadero de la crema y nata de la alta sociedad.

—Pero don Ricardo, si yo no podría ni costear…

—Nadie le ha dicho que tenga que pagar un real. De la educación del muchacho me hago cargo yo. Usted, como padre, sólo tiene que decir sí.

—Pues claro que sí, faltaría, pero…

—No se hable más entonces. Siempre y cuando Julián acepte, claro está.

—Él hará lo que se le mande, faltaría más.

En este punto de la conversación, Julián se asomó desde la puerta de la trastienda, con un molde en las manos.

—Don Ricardo, cuando usted quiera…

—Dime, Julián, ¿qué tienes que hacer esta tarde? —preguntó Aldaya.

Julián miró alternativamente a su padre y al industrial.

—Bueno, ayudar aquí en la tienda a mi padre.

—Aparte de eso.

—Pensaba ir a la biblioteca de…

—Te gustan los libros, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Has leído a Conrad? ¿El corazón de las tinieblas?

—Tres veces.

El sombrerero frunció el ceño, totalmente perdido.

—¿Y ese Conrad quién es, si puede saberse?

Aldaya lo silenció con un gesto que parecía forjado para acallar a juntas de accionistas.

—En mi casa tengo una biblioteca con catorce mil volúmenes, Julián. Yo de joven leí mucho, pero ahora ya no tengo tiempo. Ahora que lo pienso, tengo tres ejemplares autografiados por Conrad en persona. Mi hijo Jorge no entra en la biblioteca ni a rastras. En casa la única que piensa y lee es mi hija Penélope, así que todos esos libros se están echando a perder. ¿Te gustaría verlos?

Julián asintió, sin habla. El sombrerero presenciaba la escena con una inquietud que no acertaba a definir. Todos aquellos nombres le resultaban desconocidos. Las novelas, como todo el mundo sabía, eran para las mujeres y la gente que no tenía nada que hacer. El corazón de las tinieblas *le sonaba, por lo menos, a pecado mortal.*

—Fortunato, su hijo se viene conmigo, que le quiero presentar a mi Jorge. Tranquilo, que luego se lo devolvemos. Dime, muchacho, ¿has subido alguna vez en un Mercedes Benz?

Julián dedujo que aquél era el nombre del armatoste imperial que el industrial empleaba para desplazarse. Negó con la cabeza.

—Pues ya va siendo hora. Es como ir al cielo, pero no hace falta morirse.

Antoni Fortuny los vio partir en aquel carruaje de lujo desaforado y, cuando buscó en su corazón, sólo sintió tristeza. Aquella noche, mientras cenaba con Sophie (que llevaba su vestido y sus zapatos nuevos y casi no mostraba marcas ni cicatrices), se preguntó en qué se había equivocado esta vez. Justo cuando Dios le

devolvía un hijo, Aldaya se lo quitaba.

—Quítate ese vestido, mujer, que pareces una furcia. Y que no vuelva a ver este vino en la mesa. Con el rebajado con agua tenemos más que suficiente. La avaricia nos acabará pudriendo.

Julián nunca había cruzado al otro lado de la avenida Diagonal. Aquella línea de arboledas, solares y palacios varados a la espera de una ciudad era una frontera prohibida. Por encima de la Diagonal se extendían aldeas, colinas y parajes de misterio, de riqueza y leyenda. A su paso, Aldaya le hablaba del colegio de San Gabriel, de nuevos amigos que no había visto jamás, de un futuro que no había creído posible.

—¿Y tú a qué aspiras, Julián? En la vida, quiero decir.

—No sé. A veces pienso que me gustaría ser escritor. Novelista.

—Como Conrad, ¿eh? Eres muy joven, claro. Y dime, ¿la banca no te tienta?

—No lo sé, señor. La verdad es que no se me había pasado por la cabeza. Nunca he visto más de tres pesetas juntas. Las altas finanzas son un misterio para mí.

Aldaya rió.

—No hay misterio alguno, Julián. El truco está en no juntar las pesetas de tres en tres, sino de tres millones en tres millones. Entonces no hay enigma que valga. Ni la Santísima Trinidad.

Aquella tarde, ascendiendo por la avenida del Tibidabo, Julián creyó cruzar las puertas del paraíso. Mansiones que se le antojaron catedrales flanqueaban el camino. A medio trayecto, el chófer torció y cruzaron la verja de una de ellas. Al instante, un ejército de sirvientes se puso en marcha para recibir al señor. Todo lo que Julián podía ver era un caserón majestuoso de tres pisos. No se le había ocurrido jamás que personas reales viviesen en un lugar así. Se dejó arrastrar por el vestíbulo, cruzó una sala abovedada donde una escalinata de mármol ascendía perfilada por cortinajes de terciopelo, y penetró en una gran sala cuyas paredes estaban tejidas de libros desde el suelo al infinito.

—¿Qué te parece? —preguntó Aldaya.

Julián apenas le escuchaba.

—Damián, dígale a Jorge que baje a la biblioteca ahora mismo.

Los sirvientes, sin rostro ni presencia audible, se deslizaban a la mínima orden del señor con la eficacia y la docilidad de un cuerpo de insectos bien entrenados.

—Vas a necesitar otro guardarropía, Julián. Hay mucho cafre que sólo repara en las apariencias… Le diré a Jacinta que se encargue de eso, tú ni te preocupes. Y casi mejor que no se lo menciones a tu padre, no se vaya a molestar. Mira, aquí viene Jorge. Jorge, quiero que conozcas a un muchacho estupendo que va a ser tu nuevo compañero de clase. Julián Fortu…

—Julián Carax —precisó él.

—Julián Carax —repitió Aldaya, satisfecho—. Me gusta cómo suena. Éste es mi hijo Jorge.

Julián ofreció su mano y Jorge Aldaya se la estrechó. Tenía el tacto tibio, sin ganas. Su rostro lucía el cincelado puro y pálido que confería el haber crecido en aquel mundo de muñecas. Vestía ropas y calzaba zapatos que a Julián se le antojaban novelescos. Su mirada delataba un aire de suficiencia y arrogancia, de desprecio y cortesía almibarada. Julián le sonrió abiertamente, leyendo inseguridad, temor y vacío bajo aquel caparazón de pompa y circunstancia.

—¿Es verdad que no has leído ninguno de estos libros?

—Los libros son aburridos.

—Los libros son espejos: sólo se ve en ellos lo que uno ya lleva dentro —replicó Julián.

Don Ricardo Aldaya rió de nuevo.

—Bueno, os dejo solos para que os conozcáis. Julián, ya verás que Jorge, debajo de esa careta de niño mimado y engreído, no es tan tonto como parece. Algo tiene de su padre.

Las palabras de Aldaya parecieron caer como puñales en el muchacho, aunque no cedió su sonrisa ni un milímetro. Julián se arrepintió de su réplica y sintió lástima por el muchacho.

—Tú debes de ser el hijo del sombrerero —dijo Jorge, sin malicia—. Mi padre habla mucho de ti últimamente.

—Es la novedad. Espero que no me lo tengas en cuenta. Debajo de esta careta de entrometido sabelotodo, no soy tan idiota como parezco.

Jorge le sonrió. Julián pensó que sonreía como la gente que no tiene amigos, con gratitud.

—Ven, te voy a enseñar el resto de la casa.

Dejaron atrás la biblioteca y se alejaron hacia la puerta principal, rumbo a los jardines. Al cruzar la sala al pie de la escalinata, Julián alzó la vista y vislumbró el roce de una silueta ascendiendo con la mano sobre la barandilla. Sintió que se perdía en una visión. La muchacha debía de tener doce o trece años e iba escoltada por una mujer madura, menuda y rosada, con todas las trazas de una aya. Lucía un vestido azul satinado. Su cabello era de color almendra y la piel de sus hombros y la garganta esbelta parecía transparentar a la luz. Se detuvo en lo alto de la escalera y se volvió un instante. Por un segundo, sus miradas se encontraron y ella le concedió apenas un esbozo de sonrisa. Luego, el aya rodeó con sus brazos los hombros de la muchacha y la guió hacia el umbral de un corredor por el que ambas desaparecieron. Julián bajó la vista y se encontró con Jorge de nuevo.

—Ésa es Penélope, mi hermana. Ya la conocerás. Está un poco tocada del ala. Se pasa el día leyendo. Anda, ven, te quiero enseñar la capilla del sótano. Según las cocineras está embrujada.

Julián siguió al muchacho dócilmente, pero el mundo le resbalaba. Por primera vez desde que había subido al Mercedes Benz de don Ricardo Aldaya comprendió el propósito. Había soñado con ella en incontables ocasiones, con aquella misma

escalera, aquel vestido azul y aquel giro en la mirada de ceniza, sin saber quién era ni por qué le sonreía. Cuando salió al jardín se dejó guiar por Jorge hasta las cocheras y las pistas de tenis que se extendían más allá. Sólo entonces volvió la vista atrás y la vio, en su ventana del segundo piso. Apenas distinguía su silueta, pero supo que le estaba sonriendo y que, de alguna manera, también, ella le había reconocido.

Aquel atisbo efímero de Penélope Aldaya en lo alto de la escalera le acompañó durante sus primeras semanas en el colegio de San Gabriel. Su nuevo mundo tenía muchos dobleces, y no todos eran de su agrado. Los alumnos del San Gabriel se comportaban como príncipes altivos y arrogantes y sus maestros semejaban sirvientes dóciles e ilustrados. El primer amigo que Julián hizo allí, amén de Jorge Aldaya, fue un muchacho llamado Fernando Ramos, hijo de uno de los cocineros del colegio, que nunca se hubiera imaginado que acabaría vistiendo una sotana y dando clases en las mismas aulas en las que había crecido. Fernando, a quien los demás apodaban el Cocinillas *y al que trataban de criado, poseía una inteligencia despierta pero apenas tenía amigos entre los alumnos. Su único compañero era un muchacho extravagante llamado Miquel Moliner, que habría de convertirse con el tiempo en el mejor amigo que Julián hizo jamás en aquella escuela. Miquel Moliner, a quien le sobraba cerebro y le faltaba paciencia, se complacía en hacer rabiar a sus maestros poniendo en duda todas sus afirmaciones mediante la aplicación de juegos dialécticos que delataban tanto ingenio como saña viperina. Los demás temían su lengua afilada y le tenían por miembro de otra especie, lo cual, de algún modo, no andaba muy desencaminado. Pese a sus trazas bohemias y al poco tono aristocrático que afectaba, Miquel era hijo de un industrial enriquecido hasta el absurdo gracias a la fabricación de armas.*

—Carax, ¿verdad? Me dicen que tu padre hace sombreros —le dijo cuando Fernando Ramos les presentó.

—Julián para los amigos. Me dicen que el tuyo hace cañones.

—Sólo los vende. Él, saber hacer, no sabe hacer más que dinero. Mis amigos, entre los que sólo cuento a Nietzsche y aquí al compañero Fernando, me llaman Miquel.

Miquel Moliner era un muchacho triste. Padecía de una malsana obsesión con la muerte y todos los temas de ámbito fúnebre, materia a cuya consideración dedicaba buena parte de su tiempo y talento. Su madre había muerto tres años antes en un extraño accidente doméstico que algún médico insensato se atrevió a calificar de suicidio. Miquel había sido quien había encontrado el cadáver reluciente bajo las aguas del pozo del palacete de verano que la familia tenía en Argentona. Cuando la izaron con cuerdas, los bolsillos del abrigo que llevaba la muerta resultaron estar llenos de piedras. Había también una carta escrita en alemán, la lengua materna de su madre, pero el señor Moliner, que nunca se había molestado en aprender el idioma, la quemó aquella misma tarde sin permitir que nadie la leyese. Miquel Moliner veía la muerte en todas partes, en la hojarasca, en los pájaros caídos de los

nidos, en los viejos y en la lluvia, que se lo llevaba todo. Tenía un talento excepcional para el dibujo, y a menudo se perdía durante horas en láminas al carbón donde siempre aparecía una dama entre brumas y playas desiertas que Julián imaginó era su madre.

—¿Qué quieres ser de mayor, Miquel?

—Yo nunca seré mayor —decía enigmáticamente.

Su principal afición, amén del dibujo y de contradecir a todo bicho viviente, eran las obras de un enigmático médico austríaco que con los años habría de ser célebre: Sigmund Freud. Miquel Moliner, que gracias a su difunta madre leía y escribía alemán a la perfección, poseía varios volúmenes con escritos del doctor vienés. Su terreno favorito era el de la interpretación de los sueños. Acostumbraba a preguntar a la gente qué había soñado, para proceder luego a un diagnóstico del paciente. Siempre decía que iba a morir joven, y que no le importaba. De tanto pensar en la muerte, creía Julián, había terminado por encontrarle más sentido que a la vida.

—El día que me muera, todo lo mío será tuyo, Julián —solía decir—. Menos los sueños.

Además de Fernando Ramos, Moliner y Jorge Aldaya, Julián pronto trabó conocimiento con un muchacho tímido y un tanto arisco llamado Javier, hijo único de los conserjes de San Gabriel que vivían en una modesta caseta apostada a la entrada de los jardines del colegio. Javier, a quien, al igual que Fernando, el resto de los muchachos consideraban poco menos que un lacayo indeseable, merodeaba solo por los jardines y patios del recinto, sin entablar contacto con nadie. De tanto vagar por el colegio, había llegado a aprenderse todos los recovecos del edificio, los túneles de los sótanos, los pasajes que ascendían a las torres y toda suerte de escondrijos laberínticos que nadie recordaba ya. Era su mundo secreto, y su refugio. Siempre llevaba un cortaplumas que había sustraído de los cajones de su padre y gustaba de tallar con él figuras de madera que guardaba en el palomar del colegio. Su padre, Ramón, el conserje, era veterano de la guerra de Cuba, donde había perdido una mano y (se rumoreaba con cierta malicia) el testículo derecho de un perdigonazo disparado por el mismísimo Theodore Roosevelt en la carga de Cochinos. Convencido de que la ociosidad era la madre de todo mal, Ramón el Unicojonio (como le apodaban los alumnos) tenía encargado a su hijo de recoger las hojas secas del pinar y del patio de las fuentes en un saco. Ramón era un buen hombre, algo tosco y fatalmente condenado a escoger malas compañías. La peor de ellas era su esposa. El Unicojonio se había casado con una mujerona de escasas luces y delirios de princesa con trazas de fregona que gustaba de insinuarse ligera de ropas a la vista de su hijo y de los alumnos del colegio, lo cual era motivo de jolgorio y esperpento semanal. Su nombre de bautismo era María Craponcia, pero ella se hacía llamar Yvonne, porque le parecía de más tono. Yvonne tenía por costumbre interrogar a su hijo respecto a las posibilidades de avance social que le iban a granjear las amistades que, ella creía, su hijo estaba entablando con la crema de la sociedad

barcelonesa. Le cuestionaba sobre la fortuna de éste y aquél, imaginándose engalanada en sedas de mona y siendo recibida para tomar el té con pastas de hojaldre en los grandes salones de la buena sociedad.

Javier procuraba pasar el mínimo tiempo posible en la casa y agradecía las tareas que le imponía su padre, por duras que fuesen. Cualquier excusa era buena para estar solo, para escapar a su mundo secreto a tallar sus figuras de madera. Cuando los alumnos del colegio le veían de lejos, algunos se reían o le tiraban piedras. Un día Julián sintió tanta lástima al ver cómo una pedrada le abría la frente y lo derribaba sobre los escombros, que decidió acudir en su auxilio y ofrecerle su amistad. Al principio, Javier pensó que Julián venía a rematarle mientras los demás se partían a carcajadas.

—Mi nombre es Julián —dijo, ofreciendo su mano—. Mis amigos y yo íbamos a jugar unas partidas de ajedrez en el pinar y me preguntaba si te apetecería unirte a nosotros.

—No sé jugar al ajedrez.

—Yo, hasta hace dos semanas, tampoco. Pero Miquel es un buen profesor…

El muchacho miraba con recelo, esperando la burla, el ataque escondido en cualquier momento.

—No sé si tus amigos querrán que esté con vosotros…

—Ha sido idea suya. ¿Qué me dices?

A partir de aquel día, Javier se les unía a veces al término de las tareas que le habían sido asignadas. Solía permanecer callado, escuchando y observando a los demás. Aldaya le tenía cierto temor. Fernando, que había vivido en carne propia el desprecio de los demás a consecuencia de su origen humilde, se desvivía en amabilidades con el enigmático muchacho. Miquel Moliner, que le enseñaba los rudimentos del ajedrez y lo observaba con ojo clínico, era el que estaba menos convencido de todos.

—Ése está chiflado. Caza gatos y palomas y los martiriza durante horas con su cuchillo. Luego los entierra en el pinar. ¡Qué delicia!

—¿Quién dice eso?

—Él mismo me lo contaba el otro día mientras yo le explicaba el salto del caballo. También me contaba que a veces su madre se le mete en la cama por la noche y lo manosea.

—Te estaría tomando el pelo.

—Lo dudo. Ese chaval no está bien de la cabeza, Julián, y probablemente no es culpa suya.

Julián hacía un esfuerzo por ignorar las advertencias y profecías de Miquel, pero lo cierto era que le estaba resultando difícil entablar una relación amistosa con el hijo del conserje. Yvonne, en especial, no veía a Julián, ni a Fernando Ramos, con buenos ojos. De toda la tropa de señoritos, ellos eran los únicos que no tenían un duro. Se decía que el padre de Julián era un humilde tendero y que su madre no

había llegado más que a maestra de música. «Esa gente no tiene dinero ni clase ni elegancia, mi cielo —aleccionaba su madre—, el que te conviene es Aldaya, que es de familia muy bien». «Sí, madre —respondía él—, lo que usted diga». Con el tiempo, Javier pareció empezar a confiar en sus nuevos amigos. Despegaba ocasionalmente los labios, y estaba tallando un juego de piezas de ajedrez para Miquel Moliner, en agradecimiento a sus lecciones. Un buen día, cuando nadie lo esperaba o lo creía posible, descubrieron que Javier sabía sonreír y que tenía una risa bonita y blanca, risa de niño.

—¿Ves? Es un muchacho normal y corriente —argumentaba Julián.

Miquel Moliner, sin embargo, no las tenía todas consigo y observaba al extraño muchacho con celo, y recelo, casi científico.

—Javier está obsesionado contigo, Julián —le dijo un día—. Todo lo hace por ganar tu aprobación.

—¡Qué tontería! Ya tiene un padre y una madre para eso; yo sólo soy un amigo.

—Un inconsciente es lo que eres tú. Su padre es un pobre hombre que trabajo tiene con encontrarse las nalgas a la hora de hacer aguas mayores, y doña Yvonne es una arpía con cerebro de pulga que se pasa el día haciéndose la encontradiza en paños menores convencida de que es doña María Guerrero, o algo peor que prefiero no mentar. El chaval, como es natural, busca un sustituto y tú, ángel salvador, caes del cielo y le das la mano. San Julián de la Fuente, patrón de los desheredados.

—Ese doctor Freud te está pudriendo la mollera, Miquel. Todos necesitamos tener amigos. Incluso tú.

—Ese muchacho no tiene ni tendrá nunca amigos. Tiene alma de araña. Y si no, tiempo al tiempo. Me pregunto qué es lo que sueña…

Poco sospechaba Miquel Moliner que los sueños de Francisco Javier eran más parecidos a los de su amigo Julián de lo que él hubiera creído posible. En una ocasión, meses antes de que Julián ingresara en el colegio, el hijo del conserje estaba recogiendo la hojarasca en el patio de las fuentes cuando llegó el fastuoso automóvil de don Ricardo Aldaya. Aquella tarde, el industrial traía compañía. Le escoltaba una aparición, un ángel de luz enfundado de seda que parecía levitar sobre el suelo. El ángel, que no era sino su hija Penélope, descendió del Mercedes y anduvo hasta la fuente, aleteando su sombrilla y deteniéndose a batir las aguas del estanque con la mano. Como siempre, su aya Jacinta la seguía solícita, atenta al mínimo gesto de la muchacha. Poco hubiera importado que la escoltase un ejército de sirvientes: Javier sólo tenía ojos para la muchacha. Temió que si parpadeaba, la visión se esfumaría. Permaneció allí paralizado, espiando el espejismo sin aliento. Poco después, como si ella hubiese intuido su presencia y su mirada furtiva, Penélope alzó la vista hacia él. La belleza de aquel rostro se le antojó dolorosa, insostenible. Le pareció entrever un amago de sonrisa en sus labios. Aterrado, Javier corrió a ocultarse en lo alto de la torre de las cisternas junto al palomar del ático del colegio, su escondite predilecto. Las manos le temblaban todavía cuando cogió sus

útiles de tallar y empezó a trabajar en una nueva pieza que quería asemejarse al rostro que acababa de vislumbrar. Cuando regresó a la vivienda del conserje aquella noche, horas más tarde de lo habitual, su madre le esperaba, medio desnuda y furiosa. El muchacho bajó los ojos temiendo que, si su madre leía su mirada, vería en ella a la muchacha del estanque y sabría lo que había estado pensando.

—¿Y tú dónde te metes, mocoso de mierda?

—Perdóneme usted, madre. Me perdí.

—Tú estás perdido desde el día que naciste.

Años más tarde, cada vez que introducía su revólver en la boca de un prisionero y apretaba el gatillo, el inspector jefe Francisco Javier Fumero habría de evocar el día en que vio el cráneo de su madre estallar como una sandía madura en las inmediaciones de un merendero de Las Planas y no sintió nada, apenas el tedio de las cosas muertas. La Guardia Civil, alertada por el encargado del establecimiento, que había oído el disparo, encontró al muchacho sentado en una roca sosteniendo la escopeta en su regazo, todavía tibia. Contemplaba impávido el cuerpo decapitado de María Craponcia, alias Yvonne, *cubierto de insectos. Al ver aproximarse a los guardias se limitó a encogerse de hombros, el rostro salpicado de gotas de sangre como si se lo estuviese comiendo la viruela. Siguiendo los sollozos, los guardias encontraron a Ramón* el Unicojonio *acurrucado junto a un árbol a treinta metros de allí, entre la maleza. Temblaba como un niño y fue incapaz de hacerse entender. El teniente de la Guardia Civil, tras mucho cavilar, dictaminó que el suceso había sido un trágico accidente y así lo hizo constar en el atestado, que no en su conciencia. Al preguntarle al muchacho si podían hacer algo por él, Francisco Javier Fumero preguntó si podía conservar aquella vieja escopeta, porque de mayor quería ser soldado…*

—¿Se encuentra usted bien, señor Romero de Torres?

La súbita aparición de Fumero en el relato del padre Fernando Ramos me había dejado helado, pero el efecto sobre Fermín había sido fulminante. Amarilleaba y le temblaban las manos.

—Es una bajada de tensión —improvisó Fermín con un hilo de voz—. Este clima catalán a las gentes del sur a veces nos mortifica.

—¿Puedo ofrecerle un vaso de agua? —preguntó el sacerdote, consternado.

—Si su ilustrísima no tiene inconveniente. Y quizá una chocolatina, por aquello de la glucosa…

El sacerdote le escanció un vaso de agua, que Fermín apuró ávidamente.

—Todo lo que tengo son caramelos de eucalipto. ¿Le sirven?

—Dios se lo pague.

Fermín engulló un puñado de caramelos y, al rato, pareció recuperar cierta palidez.

—¿Este muchacho, el hijo del conserje que perdió heroicamente el escroto

defendiendo las colonias, está usted seguro de que se llamaba Fumero, Francisco Javier Fumero?

—Sí. Completamente. ¿Acaso le conocen ustedes?

—No —entonamos los dos en polifonía.

El padre Fernando frunció el ceño.

—No sería de extrañar. Francisco Javier ha acabado siendo un personaje tristemente célebre.

—No estamos seguros de comprenderle…

—Me entienden ustedes de maravilla. Francisco Javier Fumero es inspector jefe de la Brigada Criminal de Barcelona y su reputación es sobradamente conocida incluso por los que no salimos de este recinto. Y usted al oír su nombre ha encogido varios centímetros, diría yo.

—Ahora que lo menciona vuecencia, el nombre tiene una cierta musiquilla familiar…

El padre Fernando nos miró de reojo.

—Este muchacho no es hijo de Julián Carax. ¿Me equivoco?

—Hijo espiritual, eminencia, que moralmente tiene más peso.

—¿En qué clase de embrollo están ustedes metidos? ¿Quién les envía?

Tuve entonces la certeza de que estábamos a punto de salir despedidos a puntapiés del despacho del sacerdote y opté por silenciar a Fermín y, por una vez, jugar la carta de la honestidad.

—Tiene usted razón, padre. Julián Carax no es mi padre. Pero no nos envía nadie. Hace años tropecé por casualidad con un libro de Carax, un libro que se creía desaparecido, y desde entonces he intentado averiguar más sobre él y esclarecer las circunstancias de su muerte. El señor Romero de Torres me ha prestado su ayuda…

—¿Qué libro?

—*La Sombra del Viento*. ¿Lo ha leído usted?

—He leído todas las novelas de Julián.

—¿Las conserva usted?

El sacerdote negó.

—¿Puedo preguntarle qué hizo con ellas?

—Años atrás alguien entró en mi habitación y les prendió fuego.

—¿Sospecha usted de alguien?

—Por supuesto. De Fumero. ¿No es por eso por lo que están ustedes aquí?

Fermín y yo intercambiamos una mirada de perplejidad.

—¿El inspector Fumero? ¿Por qué habría él de querer quemar esos libros?

—¿Quién si no? Durante el último año que pasamos juntos en el colegio, Francisco Javier intentó matar a Julián con la escopeta de su padre. Si Miquel no le hubiese detenido…

—¿Por qué intentó matarle? Julián había sido su único amigo.

—Francisco Javier estaba obsesionado con Penélope Aldaya. Nadie lo sabía. No

creo que ni la misma Penélope hubiera reparado en la existencia del muchacho. Mantuvo el secreto durante años. Al parecer seguía a Julián sin que él lo supiera. Creo que un día le vio besarla. No lo sé. Lo que sé es que intentó matarle a plena luz del día. Miquel Moliner, que nunca se había fiado de Fumero, se abalanzó sobre él y le detuvo en el último momento. El agujero del balazo aún se puede ver junto a la entrada. Cada vez que paso me acuerdo de aquel día.

—¿Qué pasó con Fumero?

—Él y su familia fueron expulsados del recinto. Creo que a Francisco Javier le metieron durante una temporada en un internado. No supimos de él hasta un par de años más tarde, cuando su madre murió en un accidente de caza. No hubo tal accidente. Miquel había tenido razón desde el principio. Francisco Javier Fumero es un asesino.

—Si yo le contara… —musitó Fermín.

—Pues no estaría de más que me contasen ustedes algo, algo verídico, para variar.

—Le podemos decir que Fumero no fue quien quemó sus libros.

—¿Quién fue entonces?

—Con toda seguridad fue un hombre con el rostro desfigurado por el fuego que se hace llamar Laín Coubert.

—¿No es ése…?

Asentí.

—El nombre de un personaje de Carax. El diablo.

El padre Fernando se reclinó en su butaca, casi tan perdido como nosotros.

—Lo que parece cada vez más claro es que Penélope Aldaya es el centro de todo este asunto, y es de ella de quien menos sabemos —apuntó Fermín.

—No creo que yo pueda ayudarles ahí. Apenas la vi, de lejos, un par o tres de veces. Cuanto sé de ella es lo que me contó Julián, que no era mucho. La única persona a quien oí mencionar el nombre de Penélope alguna vez fue a Jacinta Coronado.

—¿Jacinta Coronado?

—El aya de Penélope. Había criado a Jorge y a Penélope. Los quería con locura, especialmente a Penélope. A veces venía al colegio a recoger a Jorge, porque a don Ricardo Aldaya no le gustaba que sus hijos pasaran un segundo sin la vigilancia de alguien de la casa. Jacinta era un ángel. Había oído decir que yo, como Julián, éramos muchachos de recursos modestos y siempre nos traía algo de merendar porque creía que pasábamos hambre. Yo le decía que mi padre era el cocinero, que no se preocupase que de comer no me faltaba. Pero ella insistía. Yo la esperaba a veces y hablaba con ella. Era la mujer más buena que jamás he conocido. No tenía hijos, ni novio conocido. Estaba sola en el mundo y había dado la vida por criar a los hijos de los Aldaya. Adoraba a Penélope con toda su alma. Aún habla de ella…

—¿Está usted todavía en contacto con Jacinta?

—La visito a veces en el asilo de Santa Lucía. Ella no tiene a nadie. El Señor, por

razones que nos están veladas al entendimiento, no siempre nos premia en vida. Jacinta es una mujer muy mayor ya y sigue tan sola como siempre lo estuvo.

Fermín y yo intercambiamos una mirada.

—¿Y Penélope? ¿No la ha visitado nunca?

La mirada del padre Fernando era un pozo de negrura.

—Nadie sabe qué se hizo de Penélope. Esa muchacha era la vida de Jacinta. Cuando los Aldaya se marcharon a América y ella la perdió, lo perdió todo.

—¿Por qué no se la llevaron con ella? ¿Marchó Penélope también a la Argentina, con el resto de los Aldaya? —pregunté.

El sacerdote se encogió de hombros.

—No lo sé. Nadie volvió a ver a Penélope o a oír hablar de ella después de 1919.

—El año que Carax marchó a París —observó Fermín.

—Tienen que prometerme ustedes que no van a molestar a esa pobre anciana para desenterrar recuerdos dolorosos.

—¿Por quién nos toma el mosén? —preguntó Fermín, airado.

Sospechando que no nos iba a sacar nada más, el padre Fernando nos hizo jurarle que le mantendríamos informado de lo que averiguásemos. Fermín, para tranquilizarlo, se empeñó en jurar sobre un Nuevo Testamento que yacía en el escritorio del sacerdote.

—Deje los Evangelios tranquilos. Me basta con su palabra.

—No deja pasar usted una, ¿eh, padre? ¡Qué fiera!

—Venga, les acompaño hasta la salida.

Nos guió a través del jardín hasta la verja de lanzas y se detuvo a una distancia prudencial de la salida, contemplando la calle que serpenteaba de bajada hacia el mundo real, como si temiera evaporarse si se aventuraba unos pasos más allá. Me pregunté cuándo habría sido la última vez que el padre Fernando había abandonado el recinto del colegio de San Gabriel.

—Lo sentí mucho cuando supe que Julián había fallecido —dijo con voz queda—. Pese a todo lo que pasó luego y a que nos distanciamos con el tiempo, fuimos buenos amigos: Miquel, Aldaya, Julián y yo. Incluso Fumero. Siempre creí que íbamos a ser inseparables, pero la vida debe de saber algo que nosotros no sabemos. No he vuelto a tener amigos como aquéllos, y no creo que los vuelva a tener. Espero que encuentre usted lo que busca, Daniel.

26

Era casi media mañana cuando llegamos al paseo de la Bonanova, cada uno retirado a sus propios pensamientos. No me cabía duda de que los de Fermín se concentraban en la siniestra aparición del inspector Fumero en el asunto. Le miré de reojo y advertí su semblante apesadumbrado, carcomido de inquietud. Un velo de nubes oscuras se extendía como sangre derramada y destilaba astillas de luz del color de la hojarasca.

—Si no nos damos prisa, nos va a pillar una buena —dije.

—Todavía no. Esas nubes tienen cara de noche, de magulladura. Son de las que esperan.

—No me diga que también entiende usted de nubes.

—Vivir en la calle le enseña a uno más de lo que desearía saber. Sólo de pensar en lo de Fumero me ha dado un hambre horrorosa. ¿Qué me dice si nos acercamos al bar de la plaza de Sarriá y nos marcamos dos bocadillos de tortilla con muchísima cebolla?

Pusimos rumbo hacia la plaza, donde una horda de abuelillos coqueteaba el palomar local, reduciendo la vida a un juego de migajas y de espera. Nos procuramos una mesa junto a la puerta del bar, donde Fermín procedió a dar buena cuenta de los dos bocadillos, el suyo y el mío, una caña de cerveza, dos chocolatinas y un trifásico de ron. De postre se tomó un Sugus. En la mesa contigua, un hombre observaba a Fermín de refilón por encima del periódico, probablemente pensando lo mismo que yo.

—No sé dónde mete usted todo eso, Fermín.

—En mi familia siempre hemos sido de metabolismo acelerado. Mi hermana Jesusa, que en gloria esté, era capaz de merendarse una tortilla de morcilla y ajos tiernos de seis huevos a media tarde y luego lucirse como un cosaco en la cena. Le llamaban *la Higadillos*, porque sufría de halitosis. Pobrecilla. Era igualita que yo, ¿sabe? Con este mismo careto y este cuerpo serrano, más bien magro de carnes. Un doctor de Cáceres le dijo una vez a mi madre que los Romero de Torres éramos el eslabón perdido entre el hombre y el pez martillo, porque el noventa por ciento de nuestro organismo es cartílago, mayormente concentrado en la nariz y en el pabellón auditivo. A la Jesusa la confundían mucho conmigo en el pueblo, porque a la pobre nunca llegó a salirle pecho y empezó a afeitarse antes que yo. Murió de tisis a los

veintidós años, virgen terminal y enamorada en secreto de un cura santurrón que cuando se la cruzaba por la calle siempre le decía: «Hola, Fermín, estás ya hecho todo un hombrecito». Ironías de la vida.

—¿Les echa de menos?

—¿A la familia?

Fermín se encogió de hombros, varado en una sonrisa nostálgica.

—¿Qué sé yo? Pocas cosas engañan más que los recuerdos. Vea usted al cura… ¿Y usted? ¿Echa de menos a su madre?

Bajé la mirada.

—Mucho.

—¿Sabe de lo que más me acuerdo de la mía? —preguntó Fermín—. De su olor. Siempre olía a limpio, a pan dulce. Tanto daba si había pasado el día trabajando en los campos o llevaba encima los mismos harapos de toda la semana. Ella siempre olía a todo lo bueno que hay en este mundo. Y mire que era bruta. Maldecía como un carretero, pero olía como las princesas de los cuentos. O al menos eso me parecía a mí. ¿Y usted? ¿Qué es lo que más recuerda de su madre, Daniel?

Dudé un instante, arañando las palabras que me rehuían la voz.

—Nada. No puedo recordar a mi madre hace ya años. Ni cómo era su cara, o su voz, o su olor. Se me perdieron el día que descubrí a Julián Carax y no han vuelto.

Fermín me observaba con cautela, midiendo su respuesta.

—¿No tiene usted un retrato de ella?

—Nunca he querido mirarlos —dije.

—¿Por qué no?

Nunca le había contado esto a nadie, ni siquiera a mi padre o a Tomás.

—Porque me da miedo. Me da miedo buscar un retrato de mi madre y descubrir en ella a una extraña. Le parecerá a usted una tontería.

Fermín negó.

—¿Y por eso piensa usted que si consigue desentrañar el misterio de Julián Carax y rescatarle del olvido, el rostro de su madre volverá a usted?

Le miré en silencio. No había ironía ni juicio en su mirada. Por un instante, Fermín Romero de Torres me pareció el hombre más lúcido y sabio del universo.

—Quizá —dije, sin pensar.

Al filo del mediodía abordamos un autobús de vuelta al centro. Nos sentamos al frente, justo detrás del conductor, circunstancia que Fermín aprovechó para entablar un debate con él acerca de los muchos avances, técnicos y cosméticos, que advertía en el transporte público de superficie en relación a la última vez que lo había utilizado, allá por 1940, particularmente en lo referente a señalización, como demostraba un cartel que rezaba: «Se prohíbe escupir y la palabra soez». Fermín examinó el cartel de reojo y optó por rendirle pleitesía conjurando con enjundia un sonoro gargajo, lo que bastó para granjearnos las miradas sulfúricas de un trío de beatorras que viajaban en comando en la parte de atrás pertrechadas de sendas copias

del misal.

—Salvaje —musitó la beata del flanco este, que guardaba un asombroso parecido con el retrato oficial del general Yagüe.

—Ahí van —dijo Fermín—. Tres santas tiene mi España. Santa Sofoco, santa Puretas y santa Remilgos. Entre todos hemos convertido este país en un chiste.

—Diga que sí —convino el conductor—. Con Azaña estábamos mejor. Y el tráfico no digamos. Asco da.

Un hombre sentado en la parte de atrás se rió, disfrutando del intercambio de pareceres. Le reconocí como el mismo que había estado sentado junto a nosotros en el bar. Su expresión parecía insinuar que estaba de parte de Fermín y que deseaba verle ensañarse con las beatas. Crucé con él la mirada brevemente. Me sonrió cordialmente y regresó a su periódico con desinterés. Al llegar a la calle Ganduxer advertí que Fermín se había recogido en un ovillo bajo su gabardina y estaba pegando una cabezadita con la boca abierta y el rostro bendito. El autobús se deslizaba por el señorío almidonado del paseo de San Gervasio cuando Fermín despertó de repente.

—He estado soñando con el padre Fernando —me dijo—. Sólo que en mi sueño iba vestido de delantero centro del Real Madrid y tenía la copa de la liga a su vera, reluciente como los chorros del oro.

—¿Y eso? —pregunté.

—Si Freud está en lo cierto, eso significa que tal vez el cura nos haya colado un gol.

—A mí me pareció un hombre honesto.

—La verdad es que sí. Quizá demasiado para su propio bien. A los curas con madera de santo los acaban enviando a todos a misiones, a ver si se los comen los mosquitos o las pirañas.

—Ya será menos.

—Bendita inocencia la suya, Daniel. Se cree usted hasta lo del ratoncito dientes. Y si no, de muestra un botón: el embrollo ese de Miquel Moliner que le endilgó Nuria Monfort. Me parece que esa fámula le colocó a usted más trolas que la página editorial de *L’Observatore Romano*. Ahora resulta que está casada con un amigo de la infancia de Aldaya y Carax, mire usted por dónde. Y encima tenemos la historia de Jacinta, el aya buena, que tal vez sea verídica pero suena demasiado a último acto de don Alejandro Casona. Por no mencionar la aparición estelar de Fumero en el papel de matarife.

—¿Cree usted entonces que el padre Fernando nos mintió?

—No. Convengo con usted en que parece honrado, pero el uniforme pesa mucho y lo mismo se guardó alguna novena en la media, por así decirlo. Yo creo que si nos mintió fue por omisión y decoro, no por mala leche o malicia. Además no le veo capaz de inventarse un embrollo así. Si supiera mentir mejor, no estaría dando clases de álgebra y latín; andaría ya en el obispado, con un despacho de cardenal y melindros tiernos para el café.

—¿Qué sugiere usted que hagamos entonces?

—Tarde o temprano vamos a tener que desenterrar a la momia de la abuelilla angelical y sacudirla de los tobillos, a ver qué cae. De momento voy a tirar de algunos hilos, a ver qué averiguo de este tal Miquel Moliner. Y no estaría de más echarle un ojo encima a esa Nuria Monfort, que me parece que está resultando ser lo que mi difunta madre denominaba una lagarta.

—Se equivoca usted con ella —aduje.

—A usted le enseñan un par de tetas bien puestas y cree que ha visto a santa Teresa de Jesús, lo cual a su edad tiene disculpa que no remedio. Déjemela a mí, Daniel, que la fragancia del eterno femenino ya no me emboba como a usted. A mis años, el riego sanguíneo a la cabeza adquiere preferencia al destinado a las partes blandas.

—Menudo fue a hablar.

Fermín extrajo su monedero y procedió a contar el montante.

—Lleva usted ahí una fortuna —dije—. ¿Todo eso ha sobrado del cambio de esta mañana?

—Parte. El resto es legítimo. Es que hoy llevo a mi Bernarda por ahí. Yo a esa mujer no le puedo negar nada. Si hace falta, asalto el Banco de España para darle todos los caprichos. ¿Y usted qué planes tiene para el resto del día?

—Nada en especial.

—¿Y la nena esa, qué?

—¿Qué nena?

—La moños. ¿Qué nena va a ser? La hermana de Aguilar.

—No sé.

—Saber sabe; lo que no tiene, hablando en plata, es cojones para coger el toro por los cuernos.

A éstas se nos acercó el revisor con gesto cansino, haciendo malabarismos con un palillo que paseaba y volteaba entre los dientes con destreza circense.

—Ustedes perdonen, que dicen esas señoras de ahí que si pueden utilizar un lenguaje más decoroso.

—Y una mierda —replicó Fermín, en voz alta.

El revisor se volvió a las tres damas y se encogió de hombros, dándoles a entender que había hecho cuanto podía y que no estaba dispuesto a liarse a bofetadas por una cuestión de pudor semántico.

—La gente que no tiene vida siempre se tiene que meter en la de los demás —masculló Fermín—. ¿De qué estábamos hablando?

—De mi falta de redaños.

—Efectivamente. Un caso crónico. Hágame caso. Vaya a buscar a su chica, que la vida pasa volando, especialmente la parte que vale la pena vivir. Ya ha visto lo que decía el cura. Visto y no visto.

—Pero si no es *mi* chica.

—Pues gánesela antes de que se la lleve otro, especialmente un soldadito de plomo.

—Habla usted como si Bea fuese un trofeo.

—No, como si fuese una bendición —corrigió Fermín—. Mire, Daniel. El destino suele estar a la vuelta de la esquina. Como si fuese un chorizo, una furcia o un vendedor de lotería: sus tres encarnaciones más socorridas. Pero lo que no hace es visitas a domicilio. Hay que ir a por él.

Dediqué el resto del trayecto a considerar esta perla filosófica mientras Fermín emprendía otra cabezadita, menester para el que tenía un talento napoleónico. Nos bajamos del autobús en la esquina de Gran Vía y paseo de Gracia bajo un cielo de ceniza que se comía la luz. Abotonándose la gabardina hasta el gaznate, Fermín anunció que partía a toda prisa rumbo a su pensión con la intención de acicalarse para su cita con la Bernarda.

—Hágase cargo de que con una presencia mayormente modesta como la mía, la toilette no baja de noventa minutos. No hay genio sin figura; ésa es la triste realidad de estos tiempos faranduleros. Vanitas pecata mundi.

Le vi alejarse por la Gran Vía, apenas un bosquejo de hombrecillo amparado en su gabardina gris que aleteaba como una bandera raída al viento. Puse rumbo a casa, donde planeaba reclutar un buen libro y esconderme del mundo. Al doblar la esquina de Puerta del Ángel y la calle Santa Ana, el corazón me dio un vuelco. Fermín, como siempre, había estado en lo cierto. El destino me aguardaba frente a la librería luciendo traje de lana gris, zapatos nuevos y medias de seda, y estudiando su reflejo en el escaparate.

—Mi padre cree que estoy en misa de doce —dijo Bea sin alzar la vista de su propia imagen.

—Como si lo estuvieses. Aquí, a menos de veinte metros, en la iglesia de Santa Ana llevan en sesión continua desde las nueve de la mañana.

Hablábamos como dos desconocidos detenidos casualmente frente a un escaparate, buscándonos la mirada en el cristal.

—No es como para hacer broma. He tenido que recoger una hoja dominical para ver de qué iba el sermón. Luego me pedirá que le haga una sinopsis detallada.

—Tu padre está en todo.

—Ha jurado partirte las piernas.

—Antes tendrá que averiguar quién soy. Y mientras yo las tenga enteras, corro más que él.

Bea me observaba tensa, mirando por encima del hombro a los transeúntes que se deslizaban a nuestra espalda en soplos de gris y de viento.

—No sé de qué te ríes —dijo—. Lo dice en serio.

—No me río. Estoy muerto de miedo. Pero es que me alegra verte.

Una sonrisa a media asta, nerviosa, fugaz.

—A mí también —concedió Bea.

—Lo dices como si fuese una enfermedad.

—Es peor que eso. Pensaba que si volvía a verte a la luz del día, a lo mejor entraba en razón.

Me pregunté si aquello era un cumplido o una condena.

—No pueden vernos juntos, Daniel. No así, en plena calle.

—Si quieres podemos entrar en la librería. En la trastienda hay una cafetera y…

—No. No quiero que nadie me vea entrar o salir de aquí. Si alguien me ve hablar ahora contigo, siempre puedo decir que me he tropezado con el mejor amigo de mi hermano por casualidad. Si nos ven dos veces juntos, levantaremos sospechas.

Suspiré.

—¿Y quién va a vernos? ¿A quién le importa lo que hagamos?

—La gente siempre tiene ojos para lo que no le importa, y mi padre conoce a media Barcelona.

—¿Entonces por qué has venido hasta aquí a esperarme?

—No he venido a esperarte. He venido a misa, ¿te acuerdas? Tú mismo lo has dicho. A veinte metros de aquí…

—Me das miedo, Bea. Mientes todavía mejor que yo.

—Tú no me conoces, Daniel.

—Eso dice tu hermano.

Nuestras miradas se encontraron en el reflejo.

—Tú me enseñaste algo la otra noche que no había visto jamás —murmuró Bea—. Ahora me toca a mí.

Fruncí el ceño, intrigado. Bea abrió su bolso, extrajo una tarjeta de cartulina doblada y me la tendió.

—No eres el único que sabe misterios en Barcelona, Daniel. Tengo una sorpresa para ti. Te espero en esta dirección hoy a las cuatro. Nadie debe saber que hemos quedado allí.

—¿Cómo sabré que he dado con el sitio correcto?

—Lo sabrás.

La miré de reojo, rogando que me estuviese tomando el pelo.

—Si no vienes, lo entenderé —dijo Bea—. Entenderé que ya no quieres verme más.

Sin concederme un instante para responder, Bea se dio la vuelta y se alejó a paso ligero hacia las Ramblas. Me quedé sosteniendo la tarjeta en la mano y la palabra en los labios, persiguiéndola con la mirada hasta que su silueta se fundió en la penumbra gris que precedía a la tormenta. Abrí la tarjeta. En el interior, en trazo azul, se leía una dirección que conocía bien.

Avenida del Tibidabo, 32

27

La tormenta no esperó al anochecer para asomar los dientes. Los primeros relámpagos me sorprendieron al poco de tomar un autobús de la línea 22. Al rodear la plaza Molina y ascender Balmes arriba, la ciudad ya se desdibujaba bajo telones de terciopelo líquido, recordándome que apenas había tomado la precaución de coger un mísero paraguas.

—Hay que tener valor —murmuró el conductor cuando solicité parada.

Pasaban ya diez minutos de las cuatro cuando el autobús me dejó en un eslabón perdido al final de la calle Balmes a merced de la tormenta. Al frente, la avenida del Tibidabo se desvanecía en un espejismo acuoso bajo cielo de plomo. Conté hasta tres y eché a correr bajo la lluvia. Minutos más tarde, empapado hasta la médula y tiritando de frío, me detuve al amparo de un portal para recuperar el aliento. Ausculté el resto del trayecto. El aliento helado de la tormenta arrastraba un velo gris que enmascaraba el contorno espectral de palacetes y caserones enterrados en la niebla. Entre ellos se alzaba el torreón oscuro y solitario del palacete Aldaya, varado entre la arboleda ondulante. Me retiré el pelo empapado que me caía sobre los ojos y eché a correr hacia allí, cruzando la avenida desierta.

La portezuela de la verja se balanceaba al viento. Más allá se abría un sendero ondulante que ascendía hasta el caserón. Me colé por la portezuela y me adentré en la finca. Entre la maleza se adivinaban pedestales de estatuas derrocadas sin piedad. Al aproximarme hacia el caserón advertí que una de las estatuas, la efigie de un ángel purificador, había sido abandonada en el interior de una fuente que coronaba el jardín. La silueta de mármol ennegrecido brillaba como un espectro bajo la lámina de agua que se desbordaba en el estanque. La mano del ángel ígneo emergía de las aguas; un dedo acusador, afilado como una bayoneta, señalaba la puerta principal de la casa. El portón de roble labrado se adivinaba entreabierto. Empujé la puerta y me aventuré unos pasos en un recibidor cavernoso, los muros fluctuando bajo la caricia de una vela.

—Creí que no vendrías —dijo Bea.

Su silueta se perfilaba en un corredor clavado en la penumbra, recortada en la claridad mortecina de una galería que se abría al fondo. Estaba sentada en una silla, contra la pared, con una vela a sus pies.

—Cierra la puerta —indicó sin levantarse—. La llave está puesta en la cerradura.

Obedecí. La cerradura crujió con un eco sepulcral. Escuché los pasos de Bea acercándose a mi espalda y sentí su roce en la ropa empapada.

—Estás temblando. ¿Es de miedo o de frío?

—Aún no lo he decidido. ¿Por qué estamos aquí?

Sonrió en la penumbra y me tomó de la mano.

—¿No lo sabes? Creí que lo habrías adivinado…

—Ésta era la casa de los Aldaya, eso es todo lo que sé. ¿Cómo has conseguido entrar y cómo sabías…?

—Ven, encenderemos un fuego para que entres en calor.

Me guió a través del corredor hasta la galería que presidía el patio interior de la casa. El salón se erguía en columnas de mármol y muros desnudos que reptaban hacia el artesonado de una techumbre caída a trozos. Se adivinaban las marcas de cuadros y espejos que tiempo atrás habían cubierto las paredes, al igual que los rastros de muebles sobre el piso de mármol. En un extremo del salón había un hogar con unos troncos dispuestos. Una pila de diarios viejos descansaba junto al atizador. El aliento de la chimenea olía a fuego reciente y a carbonilla. Bea se arrodilló frente al hogar y empezó a disponer varias hojas de periódico entre los troncos. Extrajo un fósforo y las prendió, conjurando rápidamente una corona de llamas. Las manos de Bea agitaban los maderos con habilidad y experiencia. Imaginé que me suponía muerto de curiosidad e impaciencia, pero decidí adoptar un aire flemático que dejase claro que si Bea quería jugar conmigo a los misterios llevaba las de perder. Ella se relamía en una sonrisa triunfante. Mi tembleque de manos, quizá, no ayudaba a mi representación.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunté.

—Hoy es la primera vez. ¿Intrigado?

—Vagamente.

Se arrodilló frente al fuego y dispuso una manta limpia que sacó de una bolsa de lona. Olía a lavanda.

—Anda, siéntate aquí, junto al fuego, no vayas a pillar una pulmonía por mi culpa.

El calor de la hoguera me devolvió a la vida. Bea contemplaba las llamas en silencio, hechizada.

—¿Vas a contarme el secreto? —pregunté finalmente.

Bea suspiró y se sentó en una de las sillas. Yo permanecí pegado al fuego, observando el vapor ascender de mi ropa como ánima en fuga.

—Lo que tú llamas el palacete Aldaya, en realidad tiene nombre propio. La casa se llama «El ángel de bruma», pero casi nadie lo sabe. El despacho de mi padre lleva quince años intentando vender esta propiedad sin conseguirlo. El otro día, mientras me explicabas la historia de Julián Carax y de Penélope Aldaya, no reparé en ello. Luego, por la noche en casa, até cabos y recordé que había oído hablar a mi padre de

la familia Aldaya alguna vez, y de esta casa en particular. Ayer acudí al despacho de mi padre y su secretario, Casasús, me contó la historia de la casa. ¿Sabías que en realidad ésta no era su residencia oficial, sino una de sus casas de veraneo?

Negué.

—La casa principal de los Aldaya era un palacio que fue derribado en 1925 para levantar un bloque de pisos, en lo que hoy es el cruce de las calles Bruch y Mallorca, diseñado por Puig i Cadafalch por encargo del abuelo de Penélope y Jorge, Simón Aldaya, en 1896, cuando aquello no eran más que campos y acequias. El hijo mayor del patriarca Simón, don Ricardo Aldaya, la había comprado allá en los últimos años del siglo XIX a un personaje muy pintoresco por un precio irrisorio, porque la casa tenía mala fama. Casasús me dijo que estaba maldita y que ni los vendedores se atrevían a venir a enseñarla y escurrían el bulto con cualquier pretexto…

28

Aquella tarde, mientras entraba de nuevo en calor, Bea me refirió la historia de cómo «El ángel de bruma» había llegado a las manos de la familia Aldaya. El relato era un melodrama escabroso que bien podría haberse escapado de la pluma de Julián Carax. La casa había sido construida en 1899 por la firma de arquitectos de Naulí, Martorell i Bergadá bajo los auspicios de un próspero y extravagante financiero catalán llamado Salvador Jausà, que sólo habría de vivir en ella un año. El potentado, huérfano desde los seis años y de orígenes humildes, había amasado la mayor parte de su fortuna en Cuba y Puerto Rico. Se decía que la suya era una de las muchas manos negras tras la trama de la caída de Cuba y la guerra con Estados Unidos en que se habían perdido las últimas colonias. Del Nuevo Mundo se trajo algo más que una fortuna: le acompañaban una esposa norteamericana, damisela pálida y frágil de la buena sociedad de Filadelfia que no hablaba palabra de castellano, y una criada mulata que había estado a su servicio desde los primeros años en Cuba y que viajaba con un macaco enjaulado vestido de arlequín y siete baúles de equipaje. Por el momento se instalaron en varias habitaciones del hotel Colón en la plaza de Cataluña, a la espera de adquirir la vivienda adecuada a los gustos y apetencias de Jausà.

A nadie le cabía la menor duda de que la criada —belleza de ébano dotada de mirada y talle que según las crónicas de sociedad inducía taquicardias— era en realidad su amante y guía en placeres ilícitos e innombrables. Su calidad de bruja y hechicera se asumía por añadidura. Su nombre era Marisela, o así la llamaba Jausà, y su presencia y aires enigmáticos no tardaron en convertirse en el escándalo predilecto de las reuniones que las damas de buena cuna propiciaban para degustar melindros y matar el tiempo y los sofocos otoñales. En estas tertulias circulaban rumores sin confirmar que sugerían que la hembra africana, por inspiración directa de los infiernos, fornicaba aupada al varón, es decir, cabalgándolo cual yegua en celo, lo cual violaba por lo menos cinco o seis pecados mortales de necesidad. No faltó pues quien escribiera al obispado, solicitando una bendición especial y protección para el alma impoluta y nívea de las familias de buen nombre de Barcelona ante semejante influencia. Para más inri, Jausà tenía la desfachatez de salir a pasear con su esposa y con Marisela en su carruaje los domingos a media mañana, ofreciendo así el espectáculo babilónico de la depravación a ojos de cualquier mozalbete incorrupto

que pudiere deambular por el paseo de Gracia en su camino a misa de once. Hasta los diarios se hacían eco de la mirada altiva y orgullosa de la negraza, que contemplaba al público barcelonés «como una reina de las selvas miraría a una cofradía de pigmeos».

Por aquella época, la fiebre modernista ya consumía Barcelona, pero Jausà indicó claramente a los arquitectos que había contratado para que le construyesen su nueva morada que quería algo diferente. En su diccionario, «diferente» era el mejor de los epítetos. Jausà había pasado años paseándose frente a la hilera de mansiones neogóticas que los grandes magnates de la era industrial americana se habían hecho construir en el tramo de la Quinta Avenida varado entre las calles 58 y 72, frente a la cara este del Central Park. Prendido con sus ensueños americanos, el financiero se negó a escuchar cualquier argumento en favor de construir según la moda y uso del momento, del mismo modo en que se había negado a adquirir un palco en el Liceo, como era de rigor, calificándolo de babel de sordos y colmena de indeseables. Deseaba su casa alejada de la ciudad, en el por entonces todavía relativamente desolado paraje de la avenida del Tibidabo. Quería contemplar Barcelona desde la distancia, decía. Por única compañía sólo deseaba un jardín de estatuas de ángeles que según sus instrucciones (destiladas por Marisela) debían estar ubicadas en los vértices del trazado de una estrella de siete puntas, ni una más ni una menos. Resuelto a llevar sus planes a cabo, y con las arcas rebosantes para hacerlo a su capricho, Salvador Jausà envió a sus arquitectos tres meses a Nueva York para que estudiasen las delirantes estructuras erigidas para albergar al comodoro Vandervilt, a la familia de John Jacob Astor, Andrew Carnagie y al resto de las cincuenta familias de oro. Dio instrucciones para que asimilasen el estilo y las técnicas del taller de arquitectura de Stanford, White & McKim y les advirtió que no se molestasen en llamar a su puerta con un proyecto al gusto de los que él denominaba «charcuteros y fabricantes de botones».

Un año más tarde, los tres arquitectos se personaron en sus suntuosas habitaciones del hotel Colón para presentarle el proyecto. Jausà, en compañía de la mulata Marisela, les escuchó en silencio y al término de la presentación preguntó cuál sería el costo de llevar a cabo la obra en seis meses. Frederic Martorel, socio líder del taller de arquitectos, carraspeó y, por decoro, anotó la cifra en un papel y se la tendió al potentado. Éste, sin pestañear, extendió en el acto un cheque por el montante total y despidió a la comitiva con un saludo ausente. Siete meses más tarde, en julio de 1900, Jausà, su esposa, y la criada Marisela se instalaban en la casa. En agosto de aquel año, las dos mujeres estarían muertas y la policía encontraría a Salvador Jausà agonizante, desnudo y esposado a la butaca de su estudio. El informe del sargento que instruyó el caso mencionaba que las paredes de toda la casa estaban ensangrentadas, que las estatuas de los ángeles que rodeaban el jardín habían sido mutiladas —sus rostros pintados al uso de máscaras tribales—, y que se habían encontrado rastros de cirios negros en los pedestales. La investigación duró ocho

meses. Para entonces, Jausà había enmudecido.

Las pesquisas de la policía concluyeron lo siguiente: todo parecía indicar que Jausà y su esposa habían sido envenenados con un extracto vegetal que les había sido administrado por Marisela, en cuyos aposentos se encontraron varios frascos de la sustancia. Por alguna razón, Jausà había sobrevivido al veneno, aunque las secuelas que éste dejó fueron terribles, haciéndole perder el habla y el oído, paralizando parte de su cuerpo con tremendos dolores y condenándole a vivir el resto de sus días en una perpetua agonía. La señora de Jausà fue hallada en su habitación, tendida sobre el lecho sin más prenda que sus joyas y un brazalete de brillantes. Las suposiciones de la policía apuntaban que, cometido el crimen, Marisela se había abierto las venas con un cuchillo y había recorrido la casa esparciendo su sangre por los muros de corredores y habitaciones hasta caer muerta en su habitación del ático. El móvil, según la policía, habían sido los celos. Al parecer la esposa del potentado estaba embarazada en el momento de morir. Marisela, se decía, había dibujado una calavera sobre el vientre desnudo de la señora con cera roja caliente. El caso, como los labios de Salvador Jausà, quedó sellado para siempre unos meses más tarde. La buena sociedad de Barcelona comentaba que jamás había sucedido algo así en la historia de la ciudad, y que la purria de indianos y gentuza que venía de América estaba arruinando la sólida fibra moral del país. A puerta cerrada, muchos se alegraron de que las excentricidades de Salvador Jausà hubiesen llegado a su fin. Como siempre, se equivocaban: apenas habían empezado.

La policía y los abogados de Jausà se encargaron de cerrar el caso, pero el indiano Jausà estaba dispuesto a continuar. Fue por entonces cuando conoció a don Ricardo Aldaya, por aquella época ya un próspero industrial con fama de donjuán y temperamento leonino, que se ofreció a comprarle la propiedad con la intención de demolerla y venderla de nuevo a precio de oro, porque el valor del terreno en la zona estaba subiendo como la espuma. Jausà no accedió a vender, pero invitó a Ricardo Aldaya a visitar la casa con la intención de mostrarle lo que denominó un experimento científico y espiritual. Nadie había vuelto a entrar en la propiedad desde el término de la investigación. Lo que Aldaya presenció allí dentro le dejó helado. Jausà había perdido totalmente la razón. La sombra oscura de la sangre de Marisela seguía cubriendo las paredes. Jausà había convocado a un inventor y pionero en la curiosidad tecnológica del momento, el cinematógrafo. Su nombre era Fructuós Gelabert y había accedido a las demandas de Jausà a cambio de fondos para construir unos estudios cinematográficos en el Vallés, seguro de que durante el siglo XX las imágenes animadas iban a sustituir a la religión organizada. Al parecer, Jausà estaba convencido de que el espíritu de la negra Marisela permanecía en la casa. Él afirmaba sentir su presencia, sus voces y su olor, e incluso su tacto en la oscuridad. El servicio, al oír estas historias, había huido al galope rumbo a empleos de menos tensión nerviosa en la localidad vecina de Sarriá, donde no faltaban palacios y familias incapaces de llenar un balde de agua o remendarse los calcetines.

Jausà se quedó así solo, con su obsesión y sus espectros invisibles. Pronto decidió que la clave estaba en superar esta condición de invisibilidad. El indiano ya había tenido ocasión de ver algunos resultados de la invención del cinematógrafo en Nueva York, y compartía la opinión de la difunta Marisela de que la cámara succionaba almas, la del sujeto filmado y la del espectador. Siguiendo esta línea de razonamiento, había encargado a Fructuós Gelabert que rodase metros y metros de película en los corredores de «El ángel de bruma» en busca de signos y visiones del otro mundo. Los intentos, hasta la fecha pese al nombre de pila del técnico al mando de la operación, habían resultado infructuosos.

Todo cambió cuando Gelabert anunció que había recibido un nuevo tipo de material sensible de la factoría de Thomas Edison en Menlo Park, Nueva Jersey, que permitía filmar escenas en condiciones precarias de luz inauditas hasta el momento. Mediante un tecnicismo que nunca quedó claro, uno de los ayudantes de laboratorio de Gelabert había derramado un vino espumoso del género xarelo, proveniente del Penedés, en la cubeta de revelado y, fruto de la reacción química, extrañas formas empezaron a aparecer en la película expuesta. Ésa era la película que Jausà quería mostrar a don Ricardo Aldaya la noche en que le invitó a su caserón espectral en el número 32 de la avenida del Tibidabo.

Aldaya, al oír esto, supuso que Gelabert temía ver desaparecer los fondos económicos que le proporcionaba Jausà y había recurrido a tan bizantino ardid para mantener el interés de su patrón. Jausà, sin embargo, no tenía duda alguna acerca de la fiabilidad de los resultados. Es más, donde otros veían formas y sombras, él veía ánimas. Juraba distinguir la silueta de Marisela materializarse en un sudario, sombra que se mutaba en un lobo y caminaba erecto. Ricardo Aldaya no vio en la proyección más que manchurrones, sosteniendo además que tanto la película proyectada como el técnico que operaba el proyector apestaban a vino y otras bebidas espirituosas. Aun así, como buen hombre de negocios, el industrial intuyó que todo aquello podía acabar resultándole ventajoso. Un millonario loco, solo y obsesionado con la captura de ectoplasmas constituía una víctima idónea. Así pues, le dio la razón y le animó a continuar su empresa. Durante semanas, Gelabert y sus hombres rodaron kilómetros de película que habría de ser revelada en diferentes tanques con soluciones químicas de líquidos de revelado diluidos con Aromas de Montserrat, vino tinto bendecido en la parroquia del Ninot y toda suerte de cavas de la huerta tarraconense. Entre proyección y proyección, Jausà transfería poderes, firmaba autorizaciones y confería el control de sus reservas financieras a Ricardo Aldaya.

Jausà desapareció una noche de noviembre de aquel año durante una tormenta. Nadie supo qué se había hecho de él. Al parecer estaba exponiendo uno de los rollos de película especial de Gelabert cuando le sobrevino un accidente. Don Ricardo Aldaya encargó a Gelabert recuperar dicho rollo y, tras visionarlo en privado, le prendió fuego personalmente y sugirió al técnico que se olvidase del asunto con la ayuda de un cheque de generosidad indiscutible. Para entonces, Aldaya ya era titular

de la mayoría de propiedades del desaparecido Jausà. Hubo quien dijo que la difunta Marisela había regresado para llevárselo a los infiernos. Otros apuntaron que un mendigo muy parecido al difunto millonario fue visto durante unos meses en los alrededores de la ciudadela hasta que un carruaje negro, de cortinajes velados, lo arrolló sin detenerse en plena luz del día. Para entonces ya era tarde: la leyenda negra del caserón, y la invasión del son montuno en los salones de baile de la ciudad, eran inamovibles.

Unos meses más tarde, don Ricardo Aldaya mudó a su familia a la casa de la avenida del Tibidabo, donde a las dos semanas nacería la hija pequeña del matrimonio, Penélope. Para celebrarlo, Aldaya rebautizó la casa como «Villa Penélope». El nuevo nombre, sin embargo, nunca enganchó. La casa tenía su propio carácter y se mostraba inmune a la influencia de sus nuevos dueños. Los recientes inquilinos se quejaban de ruidos y golpes en las paredes por la noche, súbitos olores a putrefacción y corrientes de aire helado que parecían vagar por la casa como centinelas errantes. El caserón era un compendio de misterios. Tenía un doble sótano, con una suerte de cripta por estrenar en el nivel inferior y una capilla en el superior dominada por un gran Cristo en una cruz policromada al que los criados encontraban un inquietante parecido con Rasputín, personaje muy popular en la época. Los libros de la biblioteca aparecían constantemente reordenados, o vueltos del revés. Había una habitación en el tercer piso, un dormitorio que no se usaba debido a inexplicables manchas de humedad que brotaban de las paredes y parecían formar rostros borrosos, donde las flores frescas se marchitaban en apenas minutos y siempre se escuchaban moscas revolotear, aunque era imposible verlas.

Las cocineras aseguraban que ciertos artículos, como el azúcar, desaparecían como por ensalmo de la despensa y que la leche se teñía de rojo con la primera luna de cada mes. Ocasionalmente se encontraban pájaros muertos a la puerta de algunas habitaciones, o pequeños roedores. Otras veces se echaban en falta objetos, especialmente joyas y botones de la ropa guardada en los armarios y cajones. De Pascuas a Ramos, los objetos sustraídos aparecían como por ensalmo meses después en algún rincón remoto de la casa, o enterrados en el jardín. Normalmente no se encontraban jamás. A don Ricardo todos estos aconteceres se le antojaban supercherías y bobadas propias de la gente pudiente. A su parecer, una semana en ayunas hubiera curado a la familia de espantos. Lo que ya no veía con tanta filosofía eran los robos de las alhajas de su señora esposa. Más de cinco criadas fueron despedidas al desaparecer diferentes piezas del joyero de la señora, aunque todas juraron en lágrima viva que eran inocentes. Los más perspicaces se inclinaban a pensar que, sin tanto misterio, ello era debido a la infausta costumbre de don Ricardo de colarse en las alcobas de las criadas jóvenes a medianoche con fines lúdicos y extramaritales. Su reputación al respecto era casi tan celebrada como su fortuna, y no faltaba quien dijese que al paso que iban sus proezas, los bastardos que iba dejando por el camino organizarían su propio sindicato. Lo cierto es que no sólo las joyas

desaparecían. Con el tiempo, a la familia se le extravió el gusto de vivir.

La familia Aldaya nunca fue feliz en aquella casa obtenida mediante las turbias artes de negociante de don Ricardo. La señora Aldaya rogaba sin cesar a su marido que vendiese la propiedad y que se mudasen a una residencia en la ciudad, o incluso que regresaran al palacio que Puig i Cadafalch había construido para el abuelo Simón, patriarca del clan. Ricardo Aldaya se negaba en redondo. Al pasar la mayor parte del tiempo de viaje o en las factorías de la familia, no encontraba ningún problema con la casa. En una ocasión, el pequeño Jorge desapareció durante ocho horas en el interior de la casa. Su madre y el servicio lo estuvieron buscando desesperadamente, sin éxito. Cuando el muchacho reapareció, pálido y aturdido, dijo que había estado todo el rato en la biblioteca en compañía de la misteriosa mujer de color, que le había estado mostrando fotografías antiguas y que le había dicho que todas las hembras de la familia habrían de morir en aquella casa para expiar los pecados de sus varones. La misteriosa dama llegó incluso a desvelarle al pequeño Jorge la fecha en que su madre iba a morir: el 12 de abril de 1921. Huelga decir que la supuesta dama negra nunca fue encontrada, aunque años más tarde la señora Aldaya fue hallada sin vida en el lecho de su dormitorio al alba del 12 de abril de 1921. Todas sus joyas habían desaparecido. Al drenar el pozo del patio, uno de los mozos las encontró entre el lodo del fondo, junto a una muñeca que había pertenecido a su hija Penélope.

Una semana más tarde, don Ricardo Aldaya decidió desprenderse de la casa. Para entonces su imperio financiero ya estaba herido de muerte, y no faltaba quien insinuase que todo era debido a aquella casa maldita que traía la desgracia a quien la ocupase. Otros, más cautos, se limitaban a aducir que Aldaya nunca había entendido las transformaciones del mercado y que todo lo que había hecho a lo largo de su vida era arruinar el negocio que había erigido el patriarca Simón. Ricardo Aldaya anunció que dejaba Barcelona y se trasladaba con su familia a la Argentina, donde sus industrias textiles flotaban en la gloria. Muchos dijeron que huía del fracaso y la vergüenza.

En 1922, «El ángel de bruma» fue puesta a la venta a precio de risa. Hubo mucho interés inicial por adquirirla, tanto por el morbo como por el prestigio creciente de la barriada, pero ninguno de los potenciales compradores hizo una oferta tras visitar la casa. En 1923, el palacete fue cerrado. El título de propiedad fue transferido a una sociedad de bienes raíces a la que Aldaya debía dinero para que tramitase su venta, derribo o lo que se terciase. La casa estuvo en venta durante años, sin que la empresa consiguiese encontrar un comprador. Dicha sociedad, Botell i Llofré, S. L., quebró en 1939 al ingresar sus dos socios titulares en prisión bajo cargos que nunca quedaron claros, y, al trágico fallecimiento de ambos en un accidente en el penal de San Vicens en 1940, fue absorbida por un consorcio financiero de Madrid, entre cuyos socios titulares se contaban tres generales, un banquero suizo y el miembro ejecutor y directivo de la firma, el señor Aguilar, padre de mi amigo Tomás y de Bea. Pese a

todos los esfuerzos promocionales, ninguno de los vendedores al mando del señor Aguilar consiguió colocar la casa, ni ofreciéndola a un precio muy por debajo de su valor de mercado. Nadie volvió a entrar en la propiedad en más de diez años.

—Hasta hoy —dijo Bea, para sumirse de nuevo en uno de sus silencios.

Con el tiempo me acostumbraría a ellos, a verla encerrarse lejos, con la mirada extraviada y la voz en retirada.

—Quería enseñarte este lugar, ¿sabes? Quería darte una sorpresa. Al escuchar a Casasús, me dije que tenía que traerte aquí, porque esto era parte de tu historia, de Carax y de Penélope. Tomé prestada la llave del despacho de mi padre. Nadie sabe que estamos aquí. Es nuestro secreto. Quería compartirlo contigo. Y me preguntaba si vendrías.

—Ya sabías que lo haría.

Sonrió, asintiendo.

—Yo creo que nada sucede por casualidad, ¿sabes? Que, en el fondo, las cosas tienen su plan secreto, aunque nosotros no lo entendamos. Como el que encontrases esa novela de Julián Carax en el Cementerio de los Libros Olvidados, o el que estemos tú y yo ahora aquí, en esta casa que perteneció a los Aldaya. Todo forma parte de algo que no podemos entender, pero que nos posee.

Mientras ella hablaba, mi mano torpemente se había desplazado hasta el tobillo de Bea y ascendido hasta su rodilla. Ella la observó como si se tratase de un insecto que hubiese trepado hasta allí. Me pregunté qué es lo que hubiera hecho Fermín en aquel momento. ¿Dónde estaba su ciencia cuando más la necesitaba?

—Tomás dice que nunca has tenido novia —dijo Bea, como si aquello lo explicase todo.

Retiré la mano y bajé la mirada, derrotado. Me pareció que Bea estaba sonriendo, pero preferí no asegurarme.

—Para ser tan callado, tu hermano está resultando ser un bocazas. ¿Qué más dice de mí el No-Do?

—Dice que estuviste enamorado de una mujer mayor que tú durante años y que la experiencia te dejó el corazón roto.

—Lo único roto que saqué de todo aquello fue un labio y la vergüenza.

—Tomás dice que no has vuelto a salir con ninguna chica porque las comparas a todas con esa mujer.

El bueno de Tomás y sus golpes escondidos.

—El nombre es Clara —ofrecí.

—Ya lo sé. Clara Barceló.

—¿La conoces?

—Todo el mundo conoce a alguna Clara Barceló. El nombre es lo de menos.

Nos quedamos callados un rato, mirando el fuego chispear.

—Ayer noche, al dejarte, escribí una carta a Pablo —dijo Bea.

Tragué saliva.

—¿A tu novio el alférez? ¿Para qué?

Bea extrajo un sobre del bolsillo de su blusa y me lo mostró. Estaba cerrado y sellado.

—En la carta le digo que quiero que nos casemos cuanto antes, en un mes a ser posible, y que quiero irme de Barcelona para siempre.

Enfrenté su mirada impenetrable, casi temblando.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Porque quiero que me digas si tengo que enviarla o no. Por eso te he hecho venir hoy aquí, Daniel.

Estudié el sobre que giraba en sus manos como una apuesta de dados.

—Mírame —dijo.

Alcé la vista y le sostuve la mirada. No supe responder. Bea bajó los ojos y se alejó hacia el extremo de la galería. Una puerta conducía a la balaustrada de mármol abierta al patio interior de la casa. Observé su silueta fundirse en la lluvia. Fui tras ella y la detuve, arrebatándole el sobre de las manos. La lluvia le azotaba el rostro, barriendo las lágrimas y la rabia. La conduje de nuevo hacia el interior del caserón y la arrastré hasta la calidez de la hoguera. Rehuía mi mirada. Tomé el sobre y lo entregué a las llamas. Contemplamos la carta quebrándose entre las brasas y las páginas evaporándose en volutas de humo azul, una a una. Bea se arrodilló junto a mí, con lágrimas en los ojos. La abracé y sentí su aliento en la garganta.

—No me dejes caer, Daniel —murmuró.

El hombre más sabio que jamás conocí, Fermín Romero de Torres, me había explicado en una ocasión que no existía en la vida experiencia comparable a la de la primera vez en que uno desnuda a una mujer. Sabio como era, no me había mentido, pero tampoco me había contado toda la verdad. Nada me había dicho de aquel extraño tembleque de manos que convertía cada botón, cada cremallera, en tarea de titanes. Nada me había dicho de aquel embrujo de piel pálida y temblorosa, de aquel primer roce de labios ni de aquel espejismo que parecía arder en cada poro de la piel. Nada me contó de todo aquello porque sabía que el milagro sólo sucedía una vez y que, al hacerlo, hablaba un lenguaje de secretos que, apenas se desvelaban, huían para siempre. Mil veces he querido recuperar aquella primera tarde en el caserón de la avenida del Tibidabo con Bea en que el rumor de la lluvia se llevó el mundo. Mil veces he querido regresar y perderme en un recuerdo del que apenas puedo rescatar una imagen robada al calor de las llamas. Bea, desnuda y reluciente de lluvia, tendida junto al fuego, abierta en una mirada que me ha perseguido desde entonces. Me incliné sobre ella y recorrí la piel de su vientre con la yema de los dedos. Bea dejó caer los párpados, los ojos y me sonrió, segura y fuerte.

—Hazme lo que quieras —susurró.

Tenía diecisiete años y la vida en los labios.

29

Había anochecido cuando dejamos el caserón envueltos en sombras azules. La tormenta se había quedado en un soplo de llovizna fría. Quise devolverle la llave, pero Bea me indicó con la mirada que la guardase yo. Descendimos hasta el paseo de San Gervasio con la esperanza de encontrar un taxi o un autobús. Caminábamos en silencio, asidos de la mano y sin mirarnos.

—No podré volver a verte hasta el martes —dijo Bea con voz trémula, como si de repente dudara de mi deseo de volver a verla.

—Aquí te esperaré —dije.

Di por supuesto que todos mis encuentros con Bea tendrían lugar entre los muros de aquel viejo caserón, que el resto de la ciudad no nos pertenecía. Incluso me pareció que la firmeza de su tacto palidecía a medida que nos alejábamos de allí, que su fuerza y su calor menguaban a cada paso. Al alcanzar el paseo comprobamos que las calles estaban prácticamente desiertas.

—Aquí no encontraremos nada —dijo Bea—. Mejor que bajemos por Balmes.

Enfilamos la calle Balmes a paso firme, caminando bajo las copas de los árboles para resguardarnos de la llovizna y quizá de encontrarnos la mirada. Me pareció que Bea aceleraba por momentos, que casi tiraba de mí. Por un momento pensé que si soltaba su mano, Bea echaría a correr. Mi imaginación, envenenada todavía con el tacto y el sabor de su cuerpo, ardía en deseos de arrinconarla en un banco, de besarla, de recitarle la sarta de tonterías que a cualquier otro le hubiesen matado de risa a mi costa. Pero Bea ya no estaba allí. Algo la recomía por dentro, en silencio y a gritos.

—¿Qué pasa? —murmuré.

Me devolvió una sonrisa rota, de miedo y de soledad. Me vi entonces a mí mismo a través de sus ojos; apenas un muchacho transparente que creía haber ganado el mundo en una hora y que todavía no sabía que podía perderlo en un minuto. Seguí caminando, sin esperar respuesta. Despertando al fin. Al poco se escuchó el rumor del tráfico y el aire pareció prender como una burbuja de gas al calor de farolas y semáforos que me hicieron pensar en una muralla invisible.

—Mejor nos separamos aquí —dijo Bea, soltándome la mano.

Las luces de una parada de taxis se vislumbraban en la esquina, un desfile de luciérnagas.

—Como quieras.

Bea se inclinó y me rozó la mejilla con los labios. El pelo le olía a cera.

—Bea —empecé, casi sin voz—, yo te quiero…

Negó en silencio, sellándome los labios con la mano como si mis palabras la hiriesen.

—El martes a las seis, ¿de acuerdo? —preguntó.

Asentí de nuevo. La vi partir y perderse en un taxi, casi una desconocida. Uno de los conductores, que había seguido el intercambio con ojo de juez de línea, me observaba con curiosidad.

—¿Qué? ¿Nos vamos a casa, jefe?

Me metí en el taxi sin pensar. Los ojos del taxista me examinaban desde el espejo. Los míos perdían de vista el coche que se llevaba a Bea, dos puntos de luz hundiéndose en un pozo de negrura.

No conseguí conciliar el sueño hasta que el alba derramó cien tonos de gris sobre la ventana de mi habitación, a cuál más pesimista. Me despertó Fermín, que tiraba piedrecillas a mi ventana desde la plaza de la iglesia. Me puse lo primero que encontré y bajé a abrirle. Fermín traía su entusiasmo insufrible de lunes tempranero. Levantamos las rejas y colgamos el cartel de ABIERTO.

—Menudas ojeras me lleva usted, Daniel. Parecen terreno edificable. Se conoce que se llevó usted el gato al agua.

De vuelta a la trastienda me enfundé mi delantal azul y le tendí el suyo, o más bien se lo lancé con saña. Fermín lo atrapó al vuelo, todo sonrisa socarrona.

—Más bien el agua se nos llevó al gato y a mí —atajé.

—Las greguerías las deja usted para don Ramón Gómez de la Serna, que las suyas padecen de anemia. A ver, cuente.

—¿Qué quiere que cuente?

—Lo dejo a su elección. El número de estocadas o las vueltas al ruedo.

—No estoy de humor, Fermín.

—Juventud, flor de la papanatería. En fin, conmigo no se pique que tengo noticias frescas de nuestra investigación sobre su amigo Julián Carax.

—Soy todo oídos.

Me lanzó su mirada de intriga internacional; una ceja enarcada, la otra alerta.

—Pues resulta que ayer, tras dejar a la Bernarda de vuelta en su casa con la virtud intacta pero un par de buenos moretones en las nalgas, me acometió un arrebato de insomnio por aquello de la trempera vespertina, circunstancia que aproveché para acercarme a uno de los centros informativos del inframundo barcelonés, verbigracia la taberna de Eliodoro Salfumán, alias *Pichafreda*, sita en un local insalubre pero de mucho colorido en la calle de Sant Jeroni, orgullo y alma del Raval.

—Abrevie, Fermín, por el amor de Dios.

—A ello iba. El caso es que una vez allí, congraciándome con algunos de los habituales, viejos compañeros de fatigas, procedí a indagar en torno al tal Miquel Moliner, marido de su Mata Hari Nuria Monfort y supuesto interno en los hoteles penitenciarios del municipio.

—¿Supuesto?

—Y nunca mejor dicho, porque valga decir que en este caso del participio al hecho no hay trecho alguno. Me consta por experiencia que por lo que hace al censo y recuento de la población presidiaria, mis informantes en el tabernáculo del Pichafreda cotizan más fiabilidad que los chupasangres del Palacio de justicia, y puedo certificarle, amigo Daniel, que nadie ha oído hablar de un tal Miquel Moliner en calidad de preso, visitante o ser viviente en las cárceles de Barcelona por lo menos en diez años.

—Quizá esté preso en otro penal.

—Alcatraz, Sing-Sing o la Bastilla. Daniel, esa mujer le mintió.

—Supongo que sí.

—No suponga, acepte.

—¿Y ahora qué? Miquel Moliner es una pista muerta.

—O esa Nuria es muy viva.

—¿Qué sugiere usted?

—De momento explorar otras vías. No estaría de más visitar a la viejecilla esa, el aya buena del cuento que nos endilgó el mosén ayer por la mañana.

—No me diga que sospecha usted que el aya también ha desaparecido.

—No, pero me parece que va siendo hora de que nos dejemos de remilgos y de picar al portal como si pidiésemos limosna. En este asunto hay que entrar por la puerta de atrás. ¿Está usted conmigo?

—Fermín, lo que usted diga va a misa.

—Pues vaya desempolvando el disfraz de monaguillo, que esta tarde tan pronto cerremos le vamos a hacer una visita de misericordia a la vieja al asilo de Santa Lucía. Y ahora, cuente, ¿cómo fue ayer todo con esa potrilla? No me sea hermético, que lo que no me cuente le saldrá en forma de granos de pus.

Suspiré, vencido, y me vacié de confesiones sin dejar pelos ni señales. Al término de mi relato y del recuento de mis angustias existenciales de colegial retardado, Fermín me sorprendió con un abrazo repentino y sentido.

—Está usted enamorado —murmuró emocionado, palmeándome la espalda—. Pobrecillo.

Aquella tarde salimos de la librería a la hora en punto, lo que bastó para granjearnos una mirada acerada por parte de mi padre, que empezaba a sospechar que nos llevábamos algo turbio entre manos con tanto ir y venir. Fermín farfulló algunas incoherencias sobre unos recados pendientes y nos escurrimos por el foro con celeridad. Supuse que tarde o temprano tendría que desvelar parte de todo aquel embrollo a mi padre; qué parte exactamente, era harina de otro costal.

De camino, con su habitual duende para el folclore folletinesco, Fermín me puso en antecedentes sobre el escenario al que nos dirigíamos. El asilo de Santa Lucía era una institución de reputación fantasmal que languidecía en las entrañas de un antiguo palacio en ruinas ubicado en la calle Moncada. La leyenda que lo envolvía dibujaba un perfil a medio camino entre un purgatorio y una morgue en abismales condiciones sanitarias. Su historia era, cuando menos, peculiar. Desde el siglo XI había albergado entre otras cosas varias residencias de familias de buen asiento, una cárcel, un salón de cortesanas, una biblioteca de códices prohibidos, un cuartel, un taller de escultura, un sanatorio de apestados y un convento. A mediados del siglo XIX, prácticamente cayéndose a trozos, el palacio había sido convertido en un museo de deformidades y atrocidades circenses por un extravagante empresario que se hacía llamar Laszlo de Vicherny, duque de Parma y alquimista privado de la casa de Borbón, pero cuyo verdadero nombre resultó ser Baltasar Deulofeu i Carallot, natural de Esparraguera, gigoló y embaucador profesional.

El susodicho se enorgullecía de contar con la más extensa colección de fetos humanoides en diferentes fases de deformación preservados en frascos de formol, por no hablar de la todavía más amplia colección de órdenes de captura expedidas por las policías de media Europa y América. Entre otras atracciones, el *Tenebrarium* (pues así había rebautizado Deulofeu a su creación) ofrecía sesiones de espiritismo, necromancia, peleas de gallos, ratas, perros, mujeronas, impedidos, o mixtas, sin descartar las apuestas, un prostíbulo especializado en tullidos y fenómenos, un casino, una asesoría legal y financiera, un taller de filtros de amor, un escenario para espectáculos de folclore regional, funciones de títeres y desfiles de bailarinas exóticas. Por Navidad escenificaban una función de Los *Pastorets* con el elenco del museo y el putiferio, cuya fama había llegado hasta los confines de la provincia.

El *Tenebrarium* fue un rotundo éxito durante quince años hasta que, al descubrirse que Deulofeu había seducido a la esposa, a la hija y a la madre política del gobernador militar de la provincia en el espacio de una sola semana, la más negra ignominia cayó sobre el centro recreativo y su creador. Antes de que Deulofeu pudiese huir de la ciudad y asumir otra de sus múltiples identidades, una banda de matarifes enmascarados le dio caza en los callejones del barrio de Santa María y procedió a colgarlo y prenderle fuego en la Ciudadela, abandonando luego su cuerpo para que fuese devorado por los perros salvajes que merodeaban por la zona. Tras dos décadas de abandono, y sin que nadie se molestase en retirar el catálogo de atrocidades del malogrado Laszlo, el *Tenebrarium* fue transformado en una institución de caridad pública al cuidado de una orden de religiosas.

—Las Damas del Último Suplicio, o alguna morbosidad por el estilo —dijo Fermín—. Lo malo es que son muy celosas del secretismo del lugar (mala conciencia, diría yo), con lo cual habrá que encontrar algún subterfugio para colarse.

En tiempos más recientes, los inquilinos del asilo de Santa Lucía venían reclutándose entre las filas de moribundos, ancianos abandonados, dementes,

indigentes y algún que otro iluminado ocasional que formaban el nutrido inframundo barcelonés. Para su fortuna, la mayoría de ellos tendían a durar poco una vez ingresaban; las condiciones del local y la compañía no invitaban a la longevidad. Según Fermín, los difuntos eran retirados poco antes del alba y hacían su último viaje a la fosa común en un carromato donado por una empresa de Hospitalet de Llobregat especializada en productos cárnicos y de charcutería de dudosa reputación que años más tarde se vería envuelta en un sombrío escándalo.

—Todo esto se lo está inventando usted —protesté, abrumado por aquel retrato dantesco.

—Mis dotes de invención no llegan a tanto, Daniel. Espere y verá. Yo visité el edificio en infausta ocasión hará diez años y puedo decirle que parecía que hubiesen contratado a su amigo Julián Carax de decorador. Lástima que no hayamos traído unas hojas de laurel para acallar los aromas que lo caracterizan. Suficiente trabajo tendremos para que nos dejen entrar.

Con semejantes expectativas en ciernes nos adentramos en la calle Montada, que a aquellas horas ya se recogía en pasaje de tinieblas flanqueado por los viejos palacios convertidos en almacenes y talleres. La letanía de campanadas de la basílica de Santa María del Mar puntuaba el eco de nuestros pasos. Al poco, un aliento amargo y penetrante permeó la brisa fría de invierno.

—¿Qué es ese olor?

—Ya hemos llegado —anunció Fermín.

30

Un portón de madera podrida nos condujo al interior de un patio custodiado por lámparas de gas que salpicaban gárgolas y ángeles cuyas facciones se deshacían en la piedra envejecida. Una escalinata ascendía al primer piso, donde un rectángulo de claridad vaporosa dibujaba la entrada principal del asilo. La luz de gas que emanaba de esta abertura teñía de ocre la neblina de miasmas que exhalaba del interior. Una silueta angulosa y rapaz nos observaba desde el arco de la puerta. En la penumbra se podía distinguir su mirada acerada, del mismo color que el hábito. Sostenía un cubo de madera que humeaba y desprendía un hedor indescriptible.

—AveMaríaPurísimaSinPecadoConcebida —ofreció Fermín de corrido y con entusiasmo.

—¿Y la caja? —replicó la voz en lo alto, grave y reticente.

—¿Caja? —preguntamos Fermín y yo al unísono.

—¿No vienen ustedes de la funeraria? —preguntó la monja con voz cansina.

Me pregunté si aquello era un comentario sobre nuestro aspecto o una pregunta genuina. A Fermín se le iluminó el rostro ante tan providencial oportunidad.

—La caja está en la furgoneta. Primero quisiéramos reconocer al cliente. Puro tecnicismo.

Sentí que se me comía la náusea.

—Creí que iba a venir el señor Collbató en persona —dijo la monja.

—El señor Collbató le ruega le disculpe, pero le ha salido un embalsamamiento de última hora muy complicado. Un forzudo de circo.

—¿Trabajan ustedes con el señor Collbató en la funeraria?

—Somos sus manos derecha e izquierda, respectivamente. Wilfredo Velludo para servirla, y aquí a mi vera mi aprendiz, el bachiller Sansón Carrasco.

—Tanto gusto —completé.

La monja nos dio un repaso sumario y asintió, indiferente al par de espantapájaros que se reflejaban en su mirada.

—Bienvenidos a Santa Lucía. Yo soy sor Hortensia, la que les llamó. Síganme.

Seguimos a sor Hortensia sin despegar los labios a través de un corredor cavernoso cuyo olor me recordó al de los túneles del metro. El corredor estaba flanqueado por marcos sin puertas tras los cuales se adivinaban salas iluminadas con

velas, ocupadas por hileras de lechos apilados contra la pared y cubiertos por mosquiteras que ondeaban como sudarios. Se escuchaban lamentos y se adivinaban siluetas entre la rejilla de los cortinajes.

—Por aquí —indicó sor Hortensia, que llevaba la avanzadilla unos metros al frente.

Nos adentramos en una bóveda amplia en la que no me costó gran esfuerzo situar el escenario del *Tenebrarium* que me había descrito Fermín. La penumbra velaba lo que a primera vista me pareció una colección de figuras de cera, sentadas o abandonadas en los rincones, con ojos muertos y vidriosos que brillaban como monedas de latón a la lumbre de las velas. Pensé que tal vez eran muñecos o restos del viejo museo. Luego comprobé que se movían, aunque muy lentamente y con sigilo. No tenían edad o sexo discernible. Los harapos que los cubrían tenían el color de la ceniza.

—El señor Collbató dijo que no tocásemos ni limpiásemos nada —dijo sor Hortensia con cierto tono de disculpa—. Nos limitamos a poner al pobre en una de las cajas que había por aquí, porque empezaba a gotear, pero ya está.

—Han hecho ustedes bien. Toda precaución es poca —convino Fermín.

Le lancé una mirada desesperada. Él negó serenamente, dándome a entender que le dejase a cargo de la situación. Sor Hortensia nos condujo hasta lo que parecía una celda sin ventilación ni luz al fin de un pasillo angosto. Tomó una de las lámparas de gas que pendían de la pared y nos la tendió.

—¿Tardarán ustedes mucho? Tengo que hacer.

—Por nosotros no se entretenga. A lo suyo, que nosotros ya nos lo llevamos. Pierda cuidado.

—Bueno, si necesitan algo estaré en el sótano, en la galería de encamados. Si no es mucho pedir, sáquenlo por la parte de atrás. Que no le vean los demás. Es malo para la moral de los internos.

—Nos hacemos cargo —dije, con la voz quebrada.

Sor Hortensia me contempló con vaga curiosidad por un instante. Al observarla de cerca me di cuenta de que era una mujer mayor, casi anciana. Pocos años la separaban del resto de inquilinos de la casa.

—Oiga, ¿el aprendiz no es un poco joven para este oficio?

—Las verdades de la vida no conocen edad, hermana —ofreció Fermín.

La monja me sonrió dulcemente, asintiendo. No había desconfianza en aquella mirada, sólo tristeza.

—Aun así —murmuró.

Se alejó en la tiniebla, portando su cubo y arrastrando su sombra como un velo nupcial. Fermín me empujó hacia el interior de la celda. Era un cubículo miserable cortado entre muros de gruta supurantes de humedad, de cuyo techo pendían cadenas terminadas en garfios y cuyo suelo quebrado quedaba cuarteado por una rejilla de desagüe. En el centro, sobre una mesa de mármol grisáceo, reposaba una caja de

madera de embalaje industrial. Fermín alzó la lámpara y adivinamos la silueta del difunto asomando entre el relleno de paja. Rasgos de pergamino, imposibles, recortados y sin vida. La piel abotargada era de color púrpura. Los ojos, blancos como cáscaras de huevo rotas, estaban abiertos.

Se me revolvió el estómago y aparté la vista.

—Venga, manos a la obra —indicó Fermín.

—¿Está usted loco?

—Me refiero a que tenemos que encontrar a la tal Jacinta antes de que se descubra nuestro ardid.

—¿Cómo?

—¿Cómo va a ser? Preguntando.

Nos asomamos al corredor para asegurarnos de que sor Hortensia había desaparecido. Luego, con sigilo, nos deslizamos hasta el salón por el que habíamos cruzado. Las figuras miserables seguían observándonos, con miradas que iban desde la curiosidad al temor, y en algún caso, la codicia.

—Vigile, que algunos de éstos, si pudiesen chuparle la sangre para volver a ser jóvenes, se le tiraban al cuello —dijo Fermín—. La edad hace que parezcan todos buenos como corderillos, pero aquí hay tanto hijo de puta como ahí fuera, o más. Porque éstos son de los que han durado y enterrado al resto. Que no le dé pena. Ande, usted empiece por esos del rincón, que parece que no tienen dientes.

Si estas palabras tenían por objeto envalentonarme para la misión, fracasaron miserablemente. Observé aquel grupo de despojos humanos que languidecía en el rincón y les sonreí. Su mera presencia se me antojó una estratagema propagandística en favor del vacío moral del universo y la brutalidad mecánica con que éste destruía a las piezas que ya no le resultaban útiles. Fermín pareció leerme tan profundos pensamientos y asintió con gravedad.

—La madre naturaleza es una grandísima furcia, ésa es la triste realidad —dijo—. Valor y al toro.

Mi primera ronda de interrogatorios no me granjeó más que miradas vacías, gemidos, eructos y desvaríos por parte de todos los sujetos a quienes cuestioné sobre el paradero de Jacinta Coronado. Quince minutos más tarde replegué velas y me reuní con Fermín para ver si él había tenido más suerte. El desaliento le desbordaba.

—¿Cómo vamos a encontrar a Jacinta Coronado en este agujero?

—No sé. Esto es una olla de tarados. He intentado lo de los Sugus, pero los toman por supositorios.

—¿Y si preguntamos a sor Hortensia? Le decimos la verdad y ya está.

—La verdad sólo se dice como último recurso, Daniel, y más a una monja. Antes agotemos los cartuchos. Mire ese corrillo de ahí, que parece muy animado. Seguro que saben latín. Vaya e interróguelos.

—¿Y usted qué piensa hacer?

—Yo vigilaré la retaguardia por si vuelve el pingüino. Usted a lo suyo.

Con poca o ninguna esperanza de éxito me aproximé a un grupo de internos que ocupaba una esquina del salón.

—Buenas noches —dije, comprendiendo en el acto lo absurdo de mi saludo, pues allí siempre era de noche—. Busco a la señora Jacinta Coronado. Co-ro-nado. ¿Alguno de ustedes la conoce o puede decirme dónde encontrarla?

Enfrente, cuatro miradas envilecidas de avidez. Aquí hay un pulso, me dije. Quizá no todo está perdido.

—¿Jacinta Coronado? —insistí.

Los cuatro internos intercambiaron miradas y asintieron entre sí. Uno de ellos, orondo y sin un solo pelo visible en todo el cuerpo, parecía el cabecilla. Su semblante y su donaire a la luz de aquel terrario de escatologías me hizo pensar en un Nerón feliz, pulsando su arpa mientras Roma se pudría a sus pies. Con ademán majestuoso, el César Nerón me sonrió, juguetón. Le devolví el gesto, esperanzado.

El interfecto me indicó que me acercase, como si quisiera susurrarme al oído. Dudé, pero me avine a sus condiciones.

—¿Puede usted decirme dónde encontrar a la señora Jacinta Coronado? —pregunté por última vez.

Acerqué el oído a los labios del interno, tanto que pude sentir su aliento fétido y tibio en la piel. Temí que me mordiese, pero inesperadamente procedió a dispensar una ventosidad de formidable contundencia. Sus compañeros echaron a reír y a dar palmas. Me retiré unos pasos, pero el efluvio flatulento ya me había prendido sin remedio. Fue entonces cuando advertí junto a mí a un anciano encogido sobre sí mismo, armado con barbas de profeta, pelo ralo y ojos de fuego, que se sostenía con un bastón y les contemplaba con desprecio.

—Pierde usted el tiempo, joven. Juanito sólo sabe tirarse pedos y ésos lo único que saben es reírselos y aspirarlos. Como ve, aquí la estructura social no es muy diferente a la del mundo exterior.

El anciano filósofo hablaba con voz grave y dicción perfecta. Me miró de arriba abajo, calibrándome.

—¿Busca usted a la Jacinta, me pareció oír?

Asentí, atónito ante la aparición de vida inteligente en aquel antro de horrores.

—¿Y por qué?

—Soy su nieto.

—Y yo el marqués de Matoimel. Una birria de mentiroso es lo que es usted. Dígame para qué la busca o me hago el loco. Aquí es fácil. Y si piensa ir preguntando a estos desgraciados de uno en uno, no tardará usted en comprender el porqué.

Juanito y su camarilla de inhaladores seguían riéndose de lo lindo. El solista emitió entonces un bis, más amortiguado y prolongado que el primero, en forma de siseo, que emulaba un pinchazo en un neumático y dejaba claro que Juanito poseía un control del esfínter rayano en el virtuosismo. Me rendí a la evidencia.

—Tiene usted razón. No soy familiar de la señora Coronado, pero necesito hablar

con ella. Es un asunto de suma importancia.

El anciano se me acercó. Tenía la sonrisa pícara y felina, de niño gastado, y le ardía la mirada de astucia.

—¿Puede usted ayudarme? —supliqué.

—Eso depende de en lo que pueda usted ayudarme a mí.

—Si está en mi mano, estaré encantado de ayudarle. ¿Quiere que le haga llegar un mensaje a su familia?

El anciano se echó a reír amargamente.

—Mi familia es la que me ha confinado a este pozo. Menuda jauría de sanguijuelas, capaces de robarle a uno hasta los calzoncillos mientras aún están tibios. A ésos se los puede quedar el infierno o el ayuntamiento. Ya los he aguantado y mantenido suficientes años. Lo que quiero es una mujer.

—¿Perdón?

El anciano me miró con impaciencia.

—Los pocos años no le disculpan la opacidad de luces, chaval. Le digo que quiero una mujer. Una hembra, fámula o potranca de buena raza. Joven, esto es, menor de cincuenta y cinco años, y sana, sin llagas ni fracturas.

—No estoy seguro de entender…

—Me entiende usted divinamente. Quiero beneficiarme a una mujer que tenga dientes y no se mee encima antes de irme al otro mundo. No me importa si es muy guapa o no; yo estoy medio ciego, y a mi edad cualquier chavala que tenga donde agarrarse es una Venus. ¿Me explico?

—Como un libro abierto. Pero no veo cómo le voy a encontrar yo una mujer…

—Cuando yo tenía la edad de usted, había algo en el sector servicios llamado damas de virtud fácil. Ya sé que el mundo cambia, pero nunca en lo esencial. Consígame una, llenita y cachonda, y haremos negocios. Y si se está usted preguntando acerca de mi capacidad para gozar de una dama, piense que me contento con pellizcarle el trasero y sospesarle las beldades. Ventajas de la experiencia.

—Los tecnicismos son cosa suya, pero ahora no puedo traerle a una mujer aquí.

—Seré un viejo calentorro, pero no imbécil. Eso ya lo sé. Me basta con que me lo prometa.

—¿Y cómo sabe que no le diré que sí sólo para que me diga dónde está Jacinta Coronado?

El viejecillo me sonrió, ladino.

—Usted deme su palabra, y deje los problemas de conciencia para mí.

Miré a mi alrededor. Juanito enfilaba la segunda parte de su recital. La vida se apagaba por momentos.

La petición de aquel abuelete picantón era lo único que me pareció tener sentido en aquel purgatorio.

—Le doy mi palabra. Haré lo que pueda.

El anciano sonrió de oreja a oreja. Conté tres dientes.

—Rubia, aunque sea oxigenada. Con un par de buenas peras y con voz de guarra, a ser posible, que de todos los sentidos, el que mejor conservo es el del oído.

—Veré lo que puedo hacer. Ahora dígame dónde encontrar a Jacinta Coronado.

31

—¿Que le ha prometido al matusalén ese el qué?

—Ya lo ha oído.

—Lo habrá dicho en broma, espero.

—Yo no le miento a un abuelete en las últimas, por fresco que sea.

—Y ello le ennoblece, Daniel, pero ¿cómo piensa usted colar a una fulana en esta santa casa?

—Pagando triple, supongo. Los detalles específicos se los dejo a usted.

Fermín se encogió de hombros, resignado.

—En fin, un trato es un trato. Ya pensaremos en algo. Ahora bien, la próxima vez que se plantee una negociación de esta naturaleza, déjeme hablar a mí.

—Concedido.

Tal y como me había indicado el anciano vivales, encontramos a Jacinta Coronado en un altillo al que sólo se podía acceder desde una escalinata en el tercer piso. Según el abuelete lujurioso, el ático era el refugio de los escasos internos a quienes la parca no había tenido la decencia de privar de entendimiento, estado por otra parte de escasa longevidad. Al parecer, aquella ala oculta había albergado en su día las habitaciones de Baltasar Deulofeu, alias *Laszlo de Vicherny*, desde las cuales presidía las actividades del *Tenebrarium* y cultivaba las artes amatorias recién llegadas de Oriente entre vapores y aceites perfumados. Cuanto quedaba de aquel dudoso esplendor eran los vapores y perfumes, si bien de otra naturaleza. Jacinta Coronado languidecía rendida en una silla de mimbre, envuelta en una manta.

—¿Señora Coronado? —pregunté alzando la voz, temiendo que la pobre estuviese sorda, tarada o ambas cosas.

La anciana nos examinó con detenimiento y cierta reserva. Tenía la mirada arenosa, y apenas unas mechas de cabello blanquecino le cubrían la cabeza. Advertí que me observaba con extrañeza, como si me hubiera visto antes y no recordase dónde. Temí que Fermín se apresurase a presentarme como el hijo de Carax o algún ardid semejante, pero se limitó a arrodillarse a la vera de la anciana y a tomar su mano temblorosa y ajada.

—Jacinta, yo soy Fermín, y este pimpollo es mi amigo Daniel. Nos envía su amigo el padre Fernando Ramos, que hoy no ha podido venir porque tenía doce misas

que decir, ya sabe cómo es esto del santoral, pero le envía a usted muchísimos recuerdos. ¿Cómo se encuentra usted?

La anciana sonrió dulcemente a Fermín. Mi amigo le acarició el rostro y la frente. La anciana agradecía el tacto de otra piel como un gato faldero. Sentí que se me estrechaba la garganta.

—Qué pregunta más tonta, ¿verdad? —continuó Fermín—. A usted lo que le gustaría es estar por ahí, marcándose un chotis. Porque tiene usted planta de bailarina, se lo debe de decir todo el mundo.

No le había visto tratar con tanta delicadeza a nadie, ni siquiera a la Bernarda. Las palabras eran pura zalamería, pero el tono y la expresión de su rostro eran sinceros.

—Qué cosas más bonitas dice usted —murmuró con una voz rota, de no tener con quien hablar o nada que decir.

—Ni la mitad de bonitas que usted, Jacinta. ¿Cree que le podríamos hacer unas preguntas? Como en los concursos de la radio, ¿sabe?

La anciana pestañeó por toda respuesta.

—Yo diría que eso es un sí. ¿Se acuerda usted de Penélope, Jacinta? ¿Penélope Aldaya? Es de ella de quien queríamos preguntarle.

Jacinta asintió, la mirada encendida de súbito.

—Mi niña —murmuró y pareció que se nos iba a echar a llorar allí mismo.

—La misma. Se acuerda, ¿eh? Nosotros somos amigos de Julián. Julián Carax. El de los cuentos de miedo, se acuerda también, ¿verdad?

Los ojos de la anciana brillaban, como si las palabras y el tacto en la piel le devolviesen a la vida por momentos.

—El padre Fernando, del colegio de San Gabriel, nos dijo que quería usted mucho a Penélope. Él también la quiere a usted mucho y se acuerda todos los días de usted, ¿sabe? Si no viene más a menudo es porque el nuevo obispo, que es un trepa, lo fríe con un cupo de misas que lo tienen afónico.

—¿Ya come usted bien? —preguntó de súbito la anciana, inquieta.

—Trago como una lima, Jacinta, lo que ocurre es que tengo un metabolismo muy masculino y lo quemo todo. Pero aquí donde me ve, debajo de esta ropa es todo puro músculo. Toque, toque. Como Charles Atlas, pero más velludo.

Jacinta asintió, más tranquila. Sólo tenía ojos para Fermín. A mí me había olvidado completamente.

—¿Qué puede decirnos de Penélope y de Julián?

—Me la quitaron entre todos —dijo—. A mi niña.

Me adelanté para decir algo, pero Fermín me lanzó una mirada que decía: cállate.

—¿Quién le quitó a Penélope, Jacinta? ¿Se acuerda usted?

—El señor —dijo alzando los ojos con temor, como si temiera que alguien pudiera oírnos.

Fermín pareció calibrar el énfasis del gesto de la anciana y siguió su mirada hacia las alturas, cotejando posibilidades.

—¿Se refiere usted a Dios todopoderoso, emperador de los cielos, o más bien al señor padre de la señorita Penélope, don Ricardo?

—¿Cómo está Fernando? —preguntó la anciana.

—¿El cura? Como una rosa. El día menos pensado le hacen papa y la instala a usted en la Capilla Sixtina. Le manda muchos recuerdos.

—Él es el único que viene a verme, ¿sabe? Viene porque sabe que no tengo a nadie más.

Fermín me lanzó una mirada de soslayo, como si estuviese pensando lo mismo que yo. Jacinta Coronado estaba bastante más cuerda de lo que su apariencia sugería. El cuerpo se apagaba, pero la mente y el alma seguían consumiéndose en aquel pozo de miseria. Me pregunté cuántos más como ella, y como el viejecillo licencioso que nos había indicado dónde encontrarla, habría atrapados allí.

—Viene porque la quiere a usted mucho, Jacinta. Porque se acuerda de lo bien cuidado y alimentado que lo tenía de chaval, que nos lo ha contado todo. ¿Se acuerda usted, Jacinta? ¿Se acuerda de entonces, de cuando iba a recoger a Jorge al colegio, de Fernando y de Julián?

—Julián…

Su voz era un susurro arrastrado, pero la sonrisa la traicionaba.

—¿Se acuerda usted de Julián Carax, Jacinta?

—Me acuerdo del día que Penélope me dijo que se iba a casar con él…

Fermín y yo nos miramos, atónitos.

—¿A casar? ¿Cuándo fue eso, Jacinta?

—El día que le vio por primera vez. Tenía trece años y no sabía ni quién era ni cómo se llamaba.

—¿Cómo sabía entonces que se iba a casar con él?

—Porque lo había visto. En sueños.

De niña, María Jacinta Coronado estaba convencida de que el mundo se acababa a las afueras de Toledo y de que más allá de los confines de la ciudad no había sino tinieblas y océanos de fuego. Jacinta había sacado aquella idea de un sueño que tuvo durante una fiebre que casi había acabado con ella a los cuatro años. Los sueños empezaron con aquella fiebre misteriosa, de la que algunos culpaban a la picadura de un enorme alacrán rojo que un día apareció en la casa y al que nunca se volvió a ver, y otros a los malos oficios de una monja loca que se infiltraba por las noches en las casas para envenenar a los niños y que años más tarde moriría en el garrote vil, declamando el padrenuestro al revés y con los ojos salidos de las órbitas al tiempo que una nube roja se extendía sobre la ciudad y descargaba una tormenta de escarabajos muertos. En sus sueños, Jacinta veía el pasado, el futuro y, a veces, vislumbraba secretos y misterios de las viejas calles de Toledo. Uno de los personajes habituales que veía en sus sueños era Zacarías, un ángel que vestía siempre de negro y que iba acompañado de un gato oscuro de ojos amarillos cuyo

aliento olía a azufre. Zacarías lo sabía todo: le había vaticinado el día y la hora en que iba a morir su tío Benancio, el mercachifle de ungüentos y aguas benditas. Le había desvelado el lugar en que su madre, beata de pro, escondía un pliego de cartas de un ardoroso estudiante de medicina de pocos recursos económicos pero sólidos conocimientos de anatomía en cuya alcoba en el callejón de Santa María había descubierto las puertas del paraíso por adelantado. Le había anunciado que había algo malo clavado en su vientre, un espíritu muerto que la quería mal, y que sólo conocería el amor de un hombre, un amor vacío y egoísta que le rompería el alma en dos. Le había augurado que vería perecer en vida todo aquello que amaba y que antes de llegar al cielo visitaría el infierno. El día de su primera menstruación, Zacarías y su gato sulfúrico desaparecieron de sus sueños, pero años más tarde Jacinta habría de recordar las visitas del ángel de negro con lágrimas en los ojos, pues todas sus profecías se habían cumplido.

Así, cuando los médicos diagnosticaron que nunca podría tener hijos, Jacinta no se sorprendió. Tampoco se sorprendió, aunque casi se murió de pena, cuando su esposo de tres años le anunció que la abandonaba por otra porque ella era como un campo yermo y baldío que no daba fruto, porque no era mujer. En ausencia de Zacarías (a quien tomaba por emisario de los cielos, pues de negro o no, era un ángel luminoso —y el hombre más guapo que había visto o soñado jamás—), la Jacinta hablaba con Dios a solas, en los rincones, sin verle y sin esperar que él se molestase en contestar porque había mucha pena en el mundo y lo suyo al fin y al cabo eran pequeñeces. Todos sus monólogos con Dios versaban sobre el mismo tema: sólo deseaba una cosa en la vida, ser madre, ser mujer.

Un día de tantos, rezando en la catedral, se le acercó un hombre a quien reconoció como Zacarías. Vestía como siempre y sostenía su gato malicioso en el regazo. No había envejecido un solo día y seguía luciendo aquellas uñas magníficas, de duquesa, largas y afiladas. El ángel le confesó que acudía él porque Dios no pensaba contestar a sus plegarias. Zacarías le dijo que no se preocupase porque, de un modo u otro, él le enviaría una criatura. Se inclinó sobre ella, susurró la palabra Tibidabo, y la besó en los labios muy tiernamente. Al contacto de aquellos labios finos, de caramelo, la Jacinta tuvo una visión: tendría una niña sin necesidad de conocer varón (lo cual, a juzgar por la experiencia de tres años de alcoba con el esposo que insistía en hacer sus cosas sobre ella mientras le tapaba la cabeza con una almohada y le murmuraba «no mires, guarra», le supuso un alivio). Esa niña vendría a ella en una ciudad muy lejana, atrapada entre una luna de montañas y un mar de luz, una ciudad forjada de edificios que sólo podían existir en sueños. Luego Jacinta no supo decir si la visita de Zacarías había sido otro de sus sueños o si realmente el ángel había acudido a ella en la catedral de Toledo, con su gato y sus uñas escarlata recién manicuradas. De lo que no dudó un instante fue de la veracidad de aquellas predicciones. Aquella misma tarde consultó con el diácono de la parroquia, que era un hombre leído y que había visto mundo (se decía que había

llegado hasta Andorra y que chapurreaba el vascuence). El diácono, que alegó desconocer al ángel Zacarías de entre las legiones aladas del cielo, escuchó con atención la visión de la Jacinta y, tras mucho sopesar el tema, y ateniéndose a la descripción de una suerte de catedral que, en palabras de la vidente, parecía una gran peineta hecha de chocolate fundido, el sabio le dijo: «Jacinta, eso que has visto tú es Barcelona, la gran hechicera, y el templo expiatorio de la Sagrada Familia…». Dos semanas más tarde, armada de un fardo, un misal y su primera sonrisa en cinco años, Jacinta partía rumbo a Barcelona, convencida de que todo lo que le había descrito el ángel se haría realidad.

Pasarían meses de arduas vicisitudes antes de que Jacinta encontrase empleo fijo en uno de los almacenes de Aldaya e hijos, junto a los pabellones de la vieja Exposición Universal de la Ciudadela. La Barcelona de sus sueños se había transformado en una ciudad hostil y tenebrosa, de palacios cerrados y fábricas que soplaban aliento de niebla que envenenaba la piel de carbón y azufre. Jacinta supo desde el primer día que aquella ciudad era mujer, vanidosa y cruel, y aprendió a temerla y a no mirarla nunca a los ojos. Vivía sola en una pensión del barrio de la Ribera, donde su sueldo apenas le permitía pagarse un cuarto miserable, sin ventanas ni más luz que las velas que robaba en la catedral y que dejaba encendidas toda la noche para asustar a las ratas que se habían comido las orejas y los dedos del bebé de seis meses de la Ramoneta, una prostituta que alquilaba la pieza contigua y la única amiga que había conseguido hacer en once meses en Barcelona. Aquel invierno llovió casi todos los días, lluvia negra, de hollín y arsénico. Pronto Jacinta empezó a temer que Zacarías la había engañado, que había venido a aquella ciudad terrible a morir de frío, de miseria y de olvido.

Dispuesta a sobrevivir, Jacinta acudía todos los días antes del amanecer al almacén y no salía hasta bien entrada la noche. Allí la encontraría por casualidad don Ricardo Aldaya atendiendo a la hija de uno de los capataces, que había caído enferma de consumición, y al ver el celo y la ternura que emanaba la muchacha decidió que se la llevaba a su casa para que atendiese a su esposa, que estaba encinta del que habría de ser su primogénito. Sus plegarias habían sido escuchadas. Aquella noche Jacinta vio a Zacarías de nuevo en sueños. El ángel ya no vestía de negro. Iba desnudo, y su piel estaba recubierta de escamas. Ya no le acompañaba su gato, sino una serpiente blanca enroscada en el torso. Su cabello había crecido hasta la cintura y su sonrisa, la sonrisa de caramelo que había besado en la catedral de Toledo, aparecía surcada de dientes triangulares y serrados como los que había visto en algunos peces de alta mar agitando la cola en la lonja de pescadores. Años más tarde, la muchacha describiría esta visión a un Julián Carax de dieciocho años, recordando que el día en que Jacinta iba a dejar la pensión de la Ribera para mudarse al palacete Aldaya, supo que su amiga la Ramoneta había sido asesinada a cuchilladas en el portal aquella misma noche y que su bebé había muerto de frío en brazos del cadáver. Al saberse la noticia, los inquilinos de la pensión se enzarzaron

en una pelea a gritos, puñadas y arañazos para disputarse las escasas pertenencias de la muerta. Lo único que dejaron fue el que había sido su tesoro más preciado: un libro. Jacinta lo reconoció, porque muchas noches la Ramoneta le había pedido si podía leerle una o dos páginas. Ella nunca había aprendido a leer.

Cuatro meses más tarde nacía Jorge Aldaya, y aunque Jacinta le brindaría todo el cariño que la madre, una dama etérea que siempre le pareció atrapada en su propia imagen en el espejo, nunca supo o quiso darle, el aya comprendió que no era aquélla la criatura que Zacarías le había prometido. En aquellos años, Jacinta se desprendió de su juventud y se convirtió en otra mujer que tan sólo conservaba el mismo nombre y el mismo rostro. La otra Jacinta se había quedado en aquella pensión del barrio de La Ribera, tan muerta como la Ramoneta. Ahora vivía a la sombra de los lujos de los Aldaya, lejos de aquella ciudad tenebrosa que tanto había llegado a odiar y en la que no se aventuraba ni en el día que tenía libre para ella una vez al mes. Aprendió a vivir a través de otros, de aquella familia que cabalgaba en una fortuna que apenas podía llegar a comprender. Vivía esperando a aquella criatura, que sería una niña, como la ciudad, y a la que entregaría todo el amor con que Dios le había envenenado el alma. A veces Jacinta se preguntaba si aquella paz somnolienta que devoraba sus días, aquella noche de la conciencia, era lo que algunos llamaban felicidad, y quería creer que Dios, en su infinito silencio, había, a su manera, respondido a sus plegarias.

Penélope Aldaya nació en la primavera de 1903. Para entonces don Ricardo Aldaya ya había adquirido la casa de la avenida del Tibidabo, aquel caserón que sus compañeros en el servicio estaban convencidos de que yacía bajo el influjo de algún poderoso embrujo, pero a la que Jacinta no temía, pues sabía que lo que otros tomaban por encantamiento no era más que una presencia que sólo ella podía ver en sueños: la sombra de Zacarías, que apenas se parecía ya al hombre que ella recordaba y que ahora sólo se manifestaba como un lobo que caminaba sobre las dos patas posteriores.

Penélope fue una niña frágil, pálida y liviana. Jacinta la veía crecer como a una flor rodeada de invierno.

Durante años la veló cada noche, preparó personalmente todas y cada una de sus comidas, cosió sus ropas, estuvo a su lado cuando pasó mil y una enfermedades, cuando dijo sus primeras palabras, cuando se hizo mujer. La señora Aldaya era una figura más en el decorado, una pieza que entraba y salía de la escena siguiendo los dictados del decoro. Antes de acostarse, acudía a despedirse de su hija y le decía que la quería más que a nada en el mundo, que ella era lo más importante del universo para ella. Jacinta nunca le dijo a Penélope que la quería. El aya sabía que quien quiere de verdad quiere en silencio, con hechos y nunca con palabras. En secreto, Jacinta despreciaba a la señora Aldaya, aquella criatura vanidosa y vacía que envejecía por los pasillos del caserón bajo el peso de las joyas con que su esposo, que atracaba en puertos ajenos desde hacía años, la acallaba. La odiaba porque, de

entre todas las mujeres, Dios la había escogido a ella para dar a luz a Penélope mientras que su vientre, el vientre de la verdadera madre, permanecía yermo y baldío. Con el tiempo, como si las palabras de su esposo hubieran sido proféticas, Jacinta perdió hasta las formas de mujer. Había perdido peso y su figura recordaba el semblante adusto que dan la piel cansada y el hueso. Sus pechos habían menguado hasta convertirse en soplos de piel, sus caderas parecían las de un muchacho y sus carnes, duras y angulosas, resbalaban hasta en la vista de don Ricardo Aldaya, a quien le bastaba intuir un brote de exuberancia para embestir con furia, como bien sabían todas las doncellas de la casa y las de las casas de sus allegados. Es mejor así, se decía Jacinta. No tenía tiempo para tonterías.

Todo su tiempo era para Penélope. Leía para ella, la acompañaba a todas partes, la bañaba, la vestía, la desnudaba, la peinaba, la sacaba a pasear, la acostaba y la despertaba. Pero sobre todo hablaba con ella. Todos la tomaban por una aya lunática, una solterona sin más vida que su empleo en la casa, pero nadie sabía la verdad: Jacinta no sólo era la madre de Penélope, era su mejor amiga. Desde que la niña empezó a hablar y articular pensamientos, que fue mucho más pronto de lo que Jacinta recordaba en ninguna otra criatura, ambas compartían sus secretos, sus sueños y sus vidas.

El paso del tiempo sólo acrecentó esta unión. Cuando Penélope alcanzó la adolescencia, ambas eran ya compañeras inseparables. Jacinta vio florecer a Penélope en una mujer cuya belleza y luminosidad no sólo eran evidentes a sus ojos enamorados. Penélope era luz. Cuando aquel enigmático muchacho llamado Julián llegó a la casa, Jacinta advirtió desde el primer momento que una corriente circulaba entre él y Penélope. Un vínculo les unía, similar al que unía a ella con Penélope, y al tiempo diferente. Más intenso. Peligroso. Al principio creyó que llegaría a odiar al muchacho, pero pronto comprobó que no odiaba a Julián Carax, ni podría odiarle nunca. A medida que Penélope iba cayendo en el embrujo de Julián, ella también se dejó arrastrar y con el tiempo sólo deseó lo que Penélope deseara. Nadie se había dado cuenta, nadie había prestado atención, pero como siempre, lo esencial de la cuestión había sido decidido antes de que empezase la historia y, para entonces, ya era tarde.

Habrían de pasar muchos meses de miradas y anhelos vanos antes de que Julián Carax y Penélope pudieran estar a solas. Vivían de la casualidad. Se encontraban en los pasillos, se observaban desde extremos opuestos de la mesa, se rozaban en silencio, se sentían en la ausencia. Cruzaron sus primeras palabras en la biblioteca de la casa de la avenida del Tibidabo una tarde de tormenta en que «Villa Penélope» se inundó del reluz de cirios, apenas unos segundos robados a la penumbra en que Julián creyó ver en los ojos de la muchacha la certeza de que ambos sentían lo mismo, que les devoraba el mismo secreto. Nadie parecía advertirlo. Nadie excepto Jacinta, que veía con creciente inquietud el juego de miradas que Penélope y Julián tejían a la sombra de los Aldaya. Temía por ellos.

Ya por entonces había empezado Julián a pasar las noches en blanco, escribiendo relatos desde la medianoche al amanecer, donde vaciaba su alma para Penélope. Luego, visitando la casa de la avenida del Tibidabo con cualquier excusa, buscaba el momento de colarse a escondidas en la habitación de Jacinta y le entregaba las cuartillas para que ella se las diese a la muchacha. A veces Jacinta le entregaba una nota que Penélope había escrito para él y pasaba días releyéndola. Aquel juego habría de durar meses. Mientras el tiempo les robaba la suerte, Julián hacía cuanto era necesario para estar cerca de Penélope. Jacinta le ayudaba, por ver feliz a Penélope, por mantener viva aquella luz. Julián, por su parte, sentía que la inocencia casual del inicio se desvanecía y era necesario empezar a sacrificar terreno. Así empezó a mentir a don Ricardo sobre sus planes de futuro, a exhibir un entusiasmo de cartón por un porvenir en la banca y en las finanzas, a fingir un afecto y un apego por Jorge Aldaya que no sentía para justificar su presencia casi constante en la casa de la avenida del Tibidabo, a decir sólo aquello que sabía que los demás deseaban oírle decir, a leer sus miradas y sus anhelos, a encerrar la honestidad y la sinceridad en el calabozo de las imprudencias, a sentir que vendía su alma a trozos, y a temer que si algún día llegaba a merecer a Penélope, no quedaría ya nada del Julián que la había visto por primera vez. A veces Julián se despertaba al alba, ardiendo de rabia, deseoso de declararle al mundo sus verdaderos sentimientos, de encarar a don Ricardo Aldaya y decirle que no sentía interés alguno por su fortuna, sus barajas de futuro y su compañía, que tan sólo deseaba a su hija Penélope y que pensaba llevarla tan lejos como pudiera de aquel mundo vacío y amortajado en el que la había apresado. La luz del día disipaba su coraje.

En ocasiones Julián se sinceraba con Jacinta, que empezaba a querer al muchacho más de lo que hubiera deseado. A menudo, Jacinta se separaba momentáneamente de Penélope y, con la excusa de ir a recoger a Jorge al colegio de San Gabriel, visitaba a Julián y le entregaba mensajes de Penélope. Fue así como conoció a Fernando, que muchos años más tarde habría de ser el único amigo que le quedaría mientras esperaba la muerte en el infierno de Santa Lucía que le había profetizado el ángel Zacarías. A veces, con malicia, el aya llevaba a Penélope con ella y facilitaba un encuentro breve entre los dos jóvenes, viendo crecer entre ellos un amor que ella nunca había conocido, que se le había negado. Fue también por entonces cuando Jacinta advirtió la presencia sombría y turbadora de aquel muchacho silencioso al que todos llamaban Francisco Javier, el hijo del conserje de San Gabriel. Le sorprendía espiándolos, leyendo sus gestos desde lejos y devorando a Penélope con los ojos. Jacinta conservaba una fotografía que el retratista oficial de los Aldaya, Recasens, había tomado de Julián y de Penélope a la puerta de la sombrerería de la ronda de San Antonio. Era una imagen inocente, tomada al mediodía en presencia de don Ricardo y de Sophie Carax. Jacinta la llevaba siempre consigo.

Un día, mientras esperaba a Jorge a la salida del colegio de San Gabriel, el aya

olvidó su bolsa junto a la fuente y al volver a por ella advirtió que el joven Fumero merodeaba por allí, mirándola nerviosamente. Aquella noche, cuando buscó el retrato no lo encontró y tuvo la certeza de que el muchacho lo había robado. En otra ocasión, semanas más tarde, Francisco Javier Fumero se aproximó al aya y le preguntó si podía hacerle llegar algo a Penélope de su parte. Cuando Jacinta preguntó de qué se trataba, el muchacho extrajo un paño con el que había envuelto lo que parecía una figura tallada en madera de pino. Jacinta reconoció en ella a Penélope y sintió un escalofrío. Antes de que pudiese decir nada, el muchacho se alejó. De camino a la casa de la avenida del Tibidabo, Jacinta tiró la figura por la ventana del coche, como si se tratase de carroña maloliente. Más de una vez, Jacinta habría de despertarse de madrugada, cubierta de sudor, perseguida por pesadillas en las que aquel muchacho de turbia mirada se abalanzaba sobre Penélope con la fría e indiferente brutalidad de un insecto.

Algunas tardes, cuando Jacinta acudía a buscar a Jorge, si éste se retrasaba, el aya conversaba con Julián. También él empezaba a querer a aquella mujer de semblante duro y a confiar en ella más de lo que confiaba en sí mismo. Pronto, cuando algún problema o alguna sombra se cernía sobre su vida, ella y Miquel Moliner eran los primeros, y a veces los últimos, en saberlo. En una ocasión, Julián le contó a Jacinta que había encontrado a su madre y a don Ricardo Aldaya en el patio de las fuentes conversando mientras esperaban la salida de los alumnos. Don Ricardo parecía estar deleitándose con la compañía de Sophie y Julián sintió cierto resquemor, pues estaba al corriente de la reputación donjuanesca del industrial y de su voraz apetito por las delicias del género femenino sin distinción de casta o condición, al que sólo su santa esposa parecía inmune.

—Le comentaba a tu madre lo mucho que te gusta tu nuevo colegio.

Al despedirse de ellos, don Ricardo les guiñó un ojo y se alejó con una risotada. Su madre hizo todo el trayecto de regreso en silencio, claramente ofendida por los comentarios que le había estado haciendo don Ricardo Aldaya.

No sólo Sophie veía con recelo su creciente vinculación con los Aldaya y el abandono al que Julián había relegado a sus antiguos amigos del barrio y a su familia. Donde su madre mostraba tristeza y silencio, el sombrerero mostraba rencor y despecho. El entusiasmo inicial de ampliar su clientela a la flor y nata de la sociedad barcelonesa se había evaporado rápidamente. Casi no veía ya a su hijo y pronto tuvo que contratar a Quimet, un muchacho del barrio, antiguo amigo de Julián, como ayudante y aprendiz en la tienda. Antoni Fortuny era un hombre que sólo se sentía capaz de hablar abiertamente sobre sombreros. Encerraba sus sentimientos en el calabozo de su alma durante meses hasta que se emponzoñaban sin remedio. Cada día se le veía más malhumorado e irritable. Todo le parecía mal, desde los esfuerzos del pobre Quimet, que se dejaba el alma en aprender el oficio, a los amagos de su esposa Sophie por suavizar el aparente olvido al que les había condenado Julián.

—Tu hijo se cree que es alguien porque esos ricachones le tienen de mona de circo —decía con aire sombrío, envenenado de rencor.

Un buen día, cuando se iban a cumplir tres años desde la primera visita de don Ricardo Aldaya a la sombrerería de Fortuny e hijos, el sombrerero dejó a Quimet al frente de la tienda y le dijo que volvería al mediodía. Ni corto ni perezoso se presentó en las oficinas que el consorcio Aldaya tenía en el paseo de Gracia y solicitó ver a don Ricardo.

—¿Y a quién tengo el honor de anunciar? —preguntó un lacayo de talante altivo.

—A su sombrerero personal.

Don Ricardo le recibió, vagamente sorprendido, pero con buena disposición, creyendo que tal vez Fortuny le traía una factura. Los pequeños comerciantes nunca acaban de comprender el protocolo del dinero.

—Y dígame, ¿qué puedo hacer por usted, amigo Fortunato?

Sin más dilación, Antoni Fortuny procedió a explicarle a don Ricardo que andaba muy engañado con respecto a su hijo Julián.

—Mi hijo, don Ricardo, no es el que usted piensa. Muy al contrario, es un muchacho ignorante, holgazán y sin más talento que las ínfulas que su madre le ha metido en la cabeza. Nunca llegará a nada, créame. Le falta ambición, carácter. Usted no le conoce y él puede ser muy hábil para engatusar a los extraños, para hacerles creer que sabe de todo, pero no sabe nada de nada. Es un mediocre. Pero yo le conozco mejor que nadie y me parecía necesario advertirle.

Don Ricardo Aldaya había escuchado este discurso en silencio, sin apenas pestañear.

—¿Es eso todo, Fortunato?

El industrial procedió a presionar un botón en su escritorio y a los pocos instantes apareció en la puerta del despacho el secretario que le había recibido.

—El amigo Fortunato se iba ya, Balcells —anunció—. Tenga la bondad de acompañarle a la salida.

El tono gélido del industrial no fue del agrado del sombrerero.

—Con su permiso, don Ricardo: es Fortuny, no Fortunato.

—Lo que sea. Es usted un hombre muy triste, Fortuny. Le agradeceré que no vuelva por aquí.

Cuando Fortuny se encontró de nuevo en la calle, se sintió más solo que nunca, convencido de que todos estaban contra él. Apenas días más tarde, los clientes de postín que le había granjeado su relación con Aldaya empezaron a enviar mensajes cancelando sus encargos y saldando sus cuentas. En apenas semanas, tuvo que despedir a Quimet, porque no había trabajo para ambos en la tienda. Al fin y al cabo, el muchacho tampoco valía para nada. Era mediocre y holgazán, como todos.

Fue por entonces que la gente del barrio empezó a comentar que al señor

Fortuny se le veía más viejo, más solo, más agrio. Ya apenas hablaba con nadie y pasaba largas horas encerrado en la tienda, sin nada que hacer, viendo pasar a la gente al otro lado del mostrador con un sentimiento de desprecio y, a un tiempo, de anhelo. Luego se dijo que las modas cambiaban, que la gente joven ya no llevaba sombrero y que los que lo hacían preferían acudir a otros establecimientos en que los vendían ya hechos por tallas, con diseños más actuales y más baratos. La sombrerería de Fortuny e hijos se hundió lentamente en un letargo de sombras y silencios.

—Estáis esperando que me muera —decía para sí—. Pues a lo mejor os doy el gusto.

Él no lo sabía, pero había empezado ya a morir hacía mucho tiempo.

Después de aquel incidente, Julián se volcó completamente en el mundo de los Aldaya, en Penélope y en el único futuro que podía concebir. Así pasaron casi dos años en la cuerda floja, viviendo en secreto. Zacarías, a su modo, le había advertido mucho tiempo atrás. Sombras se esparcían a su alrededor y pronto estrecharían el cerco. El primer signo llegó un día de abril de 1918. Jorge Aldaya cumplía dieciocho años y don Ricardo, oficiando de gran patriarca, había decidido organizar (o más bien dar órdenes de que se organizase) una monumental fiesta de cumpleaños que su hijo no deseaba y de la que él, argumentando razones de alta empresa, estaría ausente para encontrarse en la suite azul del hotel Colón con una deliciosa dama de asueto recién llegada de San Petersburgo. La casa de la avenida del Tibidabo quedó convertida en un pabellón circense para el evento: cientos de faroles, banderines y tenderetes dispuestos en los jardines para atender a los invitados.

Casi todos los compañeros de Jorge Aldaya del colegio de San Gabriel habían sido invitados. Por sugerencia de Julián, Jorge había incluido a Francisco Javier Fumero. Miquel Moliner les advirtió de que el hijo del conserje de San Gabriel se iba a sentir desplazado en aquel ambiente fatuo y pomposo de señoritos de postín. Francisco Javier recibió su invitación pero, intuyendo lo mismo que Miquel Moliner vaticinaba, decidió declinar el ofrecimiento. Cuando doña Yvonne, su madre, supo que su hijo pretendía rechazar una invitación a la fastuosa mansión de los Aldaya, estuvo a punto de arrancarle la piel. ¿Qué era aquello sino el signo de que pronto ella entraría en sociedad? El próximo paso sólo podía ser una invitación para tomar el té y las pastas con la señora Aldaya y otras damas de infatigable distinción. Así pues, doña Yvonne cogió los ahorros que venía escatimando del sueldo de su esposo y procedió a comprar un traje con trazas de marinerillo para su hijo.

Francisco Javier tenía ya por entonces diecisiete años y aquel traje, azul, con pantalón corto y decididamente ajustado a la refinada sensibilidad de doña Yvonne, le sentaba grotesco y humillante. Presionado por su madre, Francisco Javier aceptó y pasó una semana tallando un abrecartas con el que pensaba obsequiar a Jorge. El día de la fiesta, doña Yvonne se empeñó en escoltar a su hijo hasta las puertas de la casa de los Aldaya. Quería sentir el olor a realeza y aspirar la gloria de ver a su hijo

franquear puertas que pronto se abrirían para ella. A la hora de enfundarse el esperpéntico atuendo de marinero, Francisco Javier descubrió que le venía pequeño. Yvonne decidió hacer un apaño sobre la marcha. Llegaron tarde. Entretanto, y aprovechando el barullo de la fiesta y la ausencia de don Ricardo, que a buen seguro estaba en aquel instante saboreando lo mejor de la raza eslava y celebrando a su manera, Julián se había escabullido de la fiesta. Penélope y él se habían citado en la biblioteca, donde no había riesgo de tropezarse con ningún miembro de la ilustrada y exquisita alta sociedad. Demasiado ocupados devorándose los labios, ni Julián ni Penélope vieron a la delirante pareja que se acercaba a las puertas de la casa. Francisco Javier, ataviado de marinero en su primera comunión y púrpura de humillación, caminaba casi a rastras de doña Yvonne, que para la ocasión había decidido desempolvar una pamela a conjunto con un vestido de pliegues y guirnaldas que la hacía semejar un puesto de dulces o, en palabras de Miquel Moliner, que la avistó de lejos, un bisonte disfrazado de Madame Recamier. Dos miembros del servicio guardaban la puerta. No parecieron muy impresionados por los visitantes. Doña Yvonne anunció que su hijo, don Francisco Javier Fumero de Sotoceballos, hacía su entrada. Los dos criados replicaron, con sorna, que el nombre no les sonaba. Airada, pero manteniendo la compostura de gran señora, Yvonne conminó a su hijo a que mostrase la tarjeta de la invitación. Desafortunadamente, al hacer el arreglo de confección, la tarjeta se había quedado en la mesa de costura de doña Yvonne.

Francisco Javier intentó explicar la circunstancia, pero tartamudeaba y las risas de los dos criados no ayudaban a esclarecer el malentendido. Fueron invitados a largarse con viento fresco. Doña Yvonne, encendida de rabia, les anunció que no sabían con quién se las estaban jugando. Los criados les replicaron que el puesto de fregona ya estaba cubierto. Desde la ventana de su habitación, Jacinta vio que Francisco Javier ya se alejaba cuando, de repente, se detuvo. El muchacho se volvió y, más allá del espectáculo de su madre desgañitándose a alaridos con los arrogantes criados, les vio. Julián besaba a Penélope en el ventanal de la biblioteca. Se besaban con la intensidad de quien se pertenece, ajenos al mundo.

Al día siguiente, durante el recreo del mediodía, Francisco Javier apareció de pronto. La noticia del escándalo del día anterior ya había corrido entre los alumnos y las risas no se hicieron esperar, ni las preguntas acerca de qué había hecho con su traje de marinerito. Las risas se cortaron de golpe cuando los alumnos advirtieron que el muchacho llevaba la escopeta de su padre en la mano. Se hizo el silencio, y muchos se alejaron. Sólo el círculo de Aldaya, Moliner, Fernando y Julián, se volvió y se quedó mirando al muchacho, sin comprender. Sin mediar, Francisco Javier alzó el rifle y apuntó. Los testigos dijeron luego que no había rabia ni ira en su rostro. Francisco Javier mostraba la misma frialdad automática con que desempeñaba las tareas de limpieza en el jardín. La primera bala pasó rozando la cabeza de Julián. La segunda hubiera atravesado su garganta si Miquel Moliner no se hubiese

abalanzado sobre el hijo del conserje y le hubiese arrancado la escopeta a puñetazos. Julián Carax había contemplado la escena atónito, paralizado. Todos creyeron que los disparos iban dirigidos a Jorge Aldaya como venganza a la humillación sufrida la tarde anterior. Sólo más tarde, cuando la Guardia Civil ya se llevaba al muchacho y la pareja de conserjes era desalojada de su vivienda casi a patadas, Miquel Moliner se acercó a Julián y le dijo, sin orgullo, que le había salvado la vida. Poco imaginaba Julián que esa vida, o la parte que él quería vivir de ella, se estaba acercando a su fin.

Aquél era el último año para Julián y sus compañeros en el colegio de San Gabriel. Quien más y quien menos comentaba ya sus planes, o los planes que sus respectivas familias habían hecho por ellos para el siguiente año. Jorge Aldaya sabía ya que su padre le enviaba a estudiar a Inglaterra y Miquel Moliner daba por hecho su ingreso en la Universidad de Barcelona. Fernando Ramos había mencionado más de una vez que quizá ingresara en el seminario de la Compañía, perspectiva que sus maestros consideraban la más sabia en su particular situación. En cuanto a Francisco Javier Fumero, todo lo que se sabía es que, por intercesión de don Ricardo Aldaya, el muchacho había ingresado en un reformatorio perdido en el Valle de Arán donde le esperaba un largo invierno. Viendo a sus compañeros encaminados en alguna dirección, Julián se preguntaba qué iba a ser de él. Sus sueños y ambiciones literarias le parecían más lejanas e inviables que nunca. Tan sólo ansiaba estar junto a Penélope.

Mientras él se preguntaba acerca de su porvenir, otros lo planeaban por él. Don Ricardo Aldaya estaba ya preparándole un puesto en su empresa para iniciarle en el negocio. El sombrerero, por su parte, había decidido que si su hijo no quería seguir el negocio familiar, podía olvidarse de medrar a su costa. A tal fin, había iniciado en secreto los trámites para enviar a Julián al ejército, donde unos cuantos años de vida castrense le curarían los delirios de grandeza. Julián ignoraba estos planes y, para cuando averiguase lo que unos y otros habían preparado para él, ya sería tarde. Sólo Penélope ocupaba su pensamiento y la distancia fingida y los encuentros furtivos de antaño ya no le satisfacían. Insistía en verla más a menudo, arriesgándose cada vez más a que su relación con la muchacha fuera descubierta. Jacinta hacía cuanto podía para cubrirlos: mentía por los codos, tramaba reuniones secretas y urdía mil y un ardides para concederles unos instantes a solas. Incluso ella comprendía que no bastaba con aquello, que cada minuto que Penélope y Julián pasaban juntos les unía más. Hacía tiempo que el aya había aprendido a reconocer en sus miradas el desafío y la arrogancia del deseo: una voluntad ciega de ser descubiertos, de que su secreto fuera un escándalo a voces y ya no tuvieran que ocultarse en rincones y desvanes para amarse a tientas. A veces, cuando Jacinta acudía a arropar a Penélope, la muchacha se deshacía en lágrimas y le confesaba sus deseos de huir con Julián, de tomar el primer tren y escapar a donde nadie les conociese. Jacinta, que recordaba la suerte de mundo que se extendía más allá de las verjas del palacete Aldaya, se

estremecía y la disuadía. Penélope era un espíritu dócil, y el temor que veía en el rostro de Jacinta bastaba para sosegarla. Julián era otra cuestión. Durante aquella última primavera en San Gabriel, Julián descubrió con inquietud que don Ricardo Aldaya y su madre Sophie se encontraban a veces en secreto. Al principio temió que el industrial hubiera decidido que Sophie era una conquista apetecible que añadir a su colección, pero pronto comprendió que los encuentros, que siempre tenían lugar en cafés del centro y se desarrollaban dentro del más estricto decoro, se limitaban a la conversación. Sophie mantenía estos encuentros en secreto. Cuando finalmente Julián decidió abordar a don Ricardo y preguntarle qué estaba sucediendo entre él y su madre, el industrial rió.

—¿No se te escapa nada, eh, Julián? Lo cierto es que pensaba hablarte del tema. Tu madre y yo estamos discutiendo acerca de tu futuro. Ella vino a verme hace unas semanas, preocupada porque tu padre está planeando enviarte al ejército el próximo año. Tu madre, como es natural, quiere lo mejor para ti y acudió a mí para ver si entre los dos podíamos hacer algo. No te preocupes, palabra de Ricardo Aldaya que tú no serás carne de cañón. Tu madre y yo tenemos grandes planes para ti. Confía en nosotros.

Julián quería confiar, pero don Ricardo inspiraba todo menos confianza. Consultando con Miquel Moliner, el muchacho estuvo de acuerdo con Julián.

—Si lo que quieres es fugarte con Penélope, Dios te coja confesado, lo que necesitas es dinero.

Dinero es lo que Julián no tenía.

—Eso tiene arreglo —le informó Miquel—, para eso están los amigos ricos.

Así fue como Miquel y Julián empezaron a planear la fuga de los amantes. El destino, por sugerencia de Moliner, sería París. Moliner opinaba que, puesto a ser un artista bohemio y muerto de hambre, al menos el decorado de París era inmejorable. Penélope hablaba algo de francés y para Julián, gracias a las enseñanzas de su madre, era una segunda lengua.

—Además, París es suficientemente grande para perderse, pero suficientemente pequeño para encontrar oportunidades —estimaba Miquel.

Su amigo reunió una pequeña fortuna, uniendo sus ahorros de años a lo que pudo sacar a su padre con las excusas más peregrinas. Sólo Miquel sabría a donde iban.

—Y yo pienso enmudecer tan pronto subáis a ese tren.

Aquella misma tarde, después de ultimar los detalles con Moliner, Julián acudió a la casa de la avenida del Tibidabo para explicarle el plan a Penélope.

—Lo que voy a decirte no puedes contárselo a nadie. A nadie. Ni siquiera a Jacinta —empezó Julián.

La muchacha le escuchó atónita y hechizada. El plan de Moliner era impecable. Miquel compraría los billetes utilizando un nombre falso y contratando a un desconocido para que los recogiese en la ventanilla de la estación. Si la policía, por ventura, daba con él, todo lo que les podría ofrecer era la descripción de un

personaje que no se parecía a Julián. Julián y Penélope se encontrarían en el tren. No habría espera en el andén para no dar oportunidad a ser vistos. La fuga sería un domingo, al mediodía. Julián acudiría por su cuenta a la estación de Francia. Allí le esperaría Miquel con los billetes y el dinero.

La parte más delicada era la que concernía a Penélope. Debía engañar a Jacinta y pedir al aya que inventase una excusa para sacarla de misa de once y llevarla a casa. De camino, Penélope le pediría que la dejase ir al encuentro de Julián, prometiendo estar de vuelta antes de que la familia regresara al caserón. Penélope aprovecharía entonces para acudir a la estación. Ambos sabían que, si le decía la verdad, Jacinta no les dejaría marchar. Les quería demasiado.

—Es un plan perfecto, Miquel —había dicho Julián al escuchar la estrategia ideada por su amigo.

Miquel asintió tristemente.

—Excepto por un detalle. El daño que vais a hacer a mucha gente al iros para siempre.

Julián había asentido, pensando en su madre y en Jacinta. No se le ocurrió pensar que Miquel Moliner estaba hablando de sí mismo.

Lo más difícil fue convencer a Penélope de la necesidad de mantener a Jacinta a oscuras respecto al plan. Sólo Miquel sabría la verdad. El tren partía a la una de la tarde. Para cuando la ausencia de Penélope fuese advertida, ya habrían cruzado la frontera. Una vez en París, se instalarían en un albergue como marido y mujer, usando nombre falso. Enviarían entonces una carta a Miquel Moliner dirigida a sus familias confesando su amor, diciendo que estaban bien, que les querían, anunciando su matrimonio por la iglesia y pidiendo su perdón y comprensión. Miquel Moliner metería la carta en un segundo sobre para eliminar el matasellos de París y él se encargaría de enviarla desde una localidad de cercanías.

—¿Cuándo? —preguntó Penélope.

—En seis días —le dijo Julián—. Este domingo.

Miquel estimaba que, para no levantar sospechas, lo mejor era que durante los días que faltaban para la fuga Julián no visitara a Penélope. Debían quedar de acuerdo y no volver a verse hasta que se encontrasen en aquel tren rumbo a París. Seis días sin verla, sin tocarla, se le hacían infinitos. Sellaron el pacto, un matrimonio secreto, en los labios.

Fue entonces cuando Julián condujo a Penélope hasta la alcoba de Jacinta en el tercer piso de la casa. En aquella planta sólo se encontraban las habitaciones de la servidumbre y Julián quiso creer que nadie les encontraría. Se desnudaron a fuego, con rabia y anhelo, arañando la piel y deshaciéndose en silencios. Se aprendieron los cuerpos de memoria y enterraron aquellos seis días de separación en sudor y saliva. Julián la penetró con furia, clavándola contra los maderos del suelo. Penélope le recibía con los ojos abiertos, las piernas abrazadas a su torso y los labios entreabiertos de ansia. No había atisbo de fragilidad ni niñez en su mirada, en su

cuerpo tibio que pedía más. Luego, con el rostro todavía prendido de su vientre y las manos en el pecho blanco que todavía temblaba, Julián supo que debían despedirse. Apenas tuvo tiempo de incorporarse cuando la puerta de la habitación se abrió lentamente y la silueta de una mujer se perfiló en el umbral. Por un segundo, Julián creyó que se trataba de Jacinta, pero en seguida comprendió que se trataba de la señora Aldaya, que les observaba hechizada en un rapto de fascinación y repugnancia. Cuanto acertó a balbucear fue: «¿Dónde está Jacinta?». Sin más, se volvió y se alejó en silencio mientras Penélope se encogía en el suelo en una agonía muda y Julián sentía que el mundo se desmoronaba a su alrededor.

—Vete ahora, Julián. Vete antes de que venga mi padre.

—Pero…

—Vete.

Julián asintió.

—Pase lo que pase, el domingo te espero en ese tren.

Penélope consiguió arrancar media sonrisa.

—Allí estaré. Ahora vete. Por favor…

Aún estaba desnuda cuando la dejó y se deslizó por la escalera de servicio hasta las cocheras y, de allí, a la noche más fría que recordaba.

Los días que siguieron fueron los peores. Julián había pasado la noche en vela, esperando que en cualquier momento viniesen a buscarle los sicarios de don Ricardo. No le visitó ni el sueño. Al día siguiente, en el colegio de San Gabriel, no advirtió cambio alguno en la actitud de Jorge Aldaya. Julián, devorado por la angustia, confesó a Miquel Moliner lo que había sucedido. Miquel, con su habitual flema, negó en silencio.

—Estás loco, Julián, pero eso no es novedad. Lo extraño es que no haya habido revuelo en casa de los Aldaya. Lo cual, si uno lo piensa, no es tan sorprendente. Si, como dices, os descubrió la señora Aldaya, cabe la posibilidad de que ni ella misma sepa todavía qué hacer. He tenido tres conversaciones con ella en mi vida, y de ellas extraje dos conclusiones: uno, la señora Aldaya tiene una edad mental de doce años; dos, padece de un narcisismo crónico que le imposibilita ver o comprender cualquier cosa que no sea lo que quiere ver o creer, especialmente en referencia a ella misma.

—Ahórrame el diagnóstico, Miquel.

—Lo que quiero decir es que probablemente todavía esté pensando en qué decir, cómo, cuándo y a quién decírselo. Primero tiene que pensar en las consecuencias para ella misma: el potencial escándalo, la furia de su esposo… Lo demás, me atrevo a suponer, la trae al pairo.

—¿Crees entonces que no dirá nada?

—Quizá tarde uno o dos días. Pero no creo que sea capaz de guardar un secreto así a espaldas de su marido. ¿Qué hay del plan de fuga? ¿Sigue en pie?

—Más que nunca.

—Me alegro de oírlo. Porque ahora sí que me parece que esto no tiene vuelta

atrás.

Los días de aquella semana pasaron en lenta agonía. Julián acudía cada día al colegio de San Gabriel con la incertidumbre pisándole los talones. Pasaba las horas fingiendo estar allí, apenas capaz de intercambiar miradas con Miquel Moliner, que empezaba a estar tanto o más preocupado que él. Jorge Aldaya no decía nada. Se mostraba tan cortés como siempre. Jacinta no había vuelto a aparecer para recoger a Jorge. El chófer de don Ricardo acudía todas las tardes. Julián se sentía morir, casi deseando que pasara lo que tuviera que pasar, que aquella espera llegara a su fin. El jueves por la tarde, al finalizar las clases, Julián empezó a pensar que la suerte estaba de su parte. La señora Aldaya no había dicho nada, quizá por vergüenza, por estupidez o por cualquiera de las razones que vislumbraba Miquel. Poco importaba. Lo único que contaba es que guardase el secreto hasta el domingo. Aquella noche, por primera vez en varios días, consiguió conciliar el sueño.

El viernes por la mañana, al acudir a clase, el padre Romanones le esperaba en la verja.

—Julián, tengo que hablar contigo.

—Usted dirá, padre.

—Siempre he sabido que llegaría este día y tengo que confesarte que me alegra ser yo quien te dé la noticia.

—¿Qué noticia, padre?

Julián Carax ya no era alumno del colegio de San Gabriel. Su presencia en el recinto, las aulas o incluso los jardines estaba terminantemente prohibida. Sus útiles, libros de texto y todas las pertenencias pasaban a ser propiedad del colegio.

—El término técnico es expulsión fulminante —resumió el padre Romanones.

—¿Puedo preguntar la causa?

—Se me ocurren una docena, pero estoy seguro de que tú sabrás escoger la más idónea. Buenos días, Carax. Suerte en la vida. La vas a necesitar.

A una treintena de metros, en el patio de las fuentes, un grupo de alumnos le observaba. Algunos reían, haciendo un gesto de despedida con la mano. Otros le observaban con extrañeza y compasión. Sólo uno le sonreía con tristeza: su amigo Miquel Moliner, que se limitó a asentir y a murmurar en silencio palabras que Julián creyó leer en el aire. «Hasta el domingo».

Al regresar al piso de la Ronda de San Antonio, Julián advirtió que el Mercedes Benz de don Ricardo Aldaya estaba parado frente a la sombrerería. Se detuvo en la esquina y esperó. Al poco, don Ricardo salió de la tienda de su padre y se introdujo en el coche. Julián se ocultó en un portal hasta que hubo desaparecido rumbo a la plaza Universidad. Sólo entonces se apresuró a subir la escalera hasta su casa. Su madre Sophie le esperaba allí, prendida de lágrimas.

—¿Qué has hecho, Julián? —murmuró, sin ira.

—Perdóneme, madre…

Sophie abrazó a su hijo con fuerza. Había perdido peso y estaba envejecida,

como si entre todos le hubiesen robado la vida y la juventud. «Yo más que ninguno», pensó Julián.

—Escúchame bien, Julián. Tu padre y don Ricardo Aldaya lo han arreglado todo para enviarte al ejército en unos días. Aldaya tiene influencias… Tienes que irte, Julián. Tienes que irte donde ninguno de los dos pueda encontrarte…

Julián creyó ver una sombra en la mirada de su madre que la consumía por dentro.

—¿Hay algo más, madre? ¿Algo que no me ha contado usted?

Sophie le contempló con labios temblorosos.

—Debes irte. Los dos debemos irnos de aquí para siempre.

Julián la abrazó con fuerza y le susurró al oído:

—No se preocupe usted por mí, madre. No se preocupe usted.

Julián pasó el sábado encerrado en su habitación, entre sus libros y sus cuadernos de dibujo. El sombrerero había bajado a la tienda casi al alba y no regresó hasta bien entrada la madrugada. «No tiene ni el valor de decírmelo a la cara», pensó Julián. Aquella noche, con los ojos velados de lágrimas, se despidió de los años que había pasado en aquel cuarto oscuro y frío, perdido en sueños que ahora sabía que nunca llegarían a cumplirse. Al alba del domingo, pertrechado tan sólo de una bolsa con algo de ropa y unos libros, besó la frente de Sophie, que dormía acurrucada entre mantas en el comedor, y se marchó. Las calles vestían una neblina azulada y destellos de cobre despuntaban sobre los terrados de la ciudad vieja. Caminó lentamente, despidiéndose de cada portal, de cada esquina, preguntándose si la trampa del tiempo sería cierta y algún día sólo sería capaz de recordar lo bueno, de olvidar la soledad que tantas veces le había perseguido en aquellas calles.

La estación de Francia estaba desierta, los andenes combados en sables espejados que ardían al amanecer y se hundían en la niebla. Julián se sentó en un banco bajo la bóveda y sacó su libro. Dejó pasar las horas perdido en la magia de las palabras, cambiando la piel y el nombre, sintiéndose otro. Se dejó arrastrar por los sueños de personajes en sombra, creyendo que no le quedaba más santuario ni refugio que aquél. Sabía ya que Penélope no acudiría a su cita. Sabía que subiría a aquel tren sin más compañía que su recuerdo. Cuando, al filo del mediodía, Miquel Moliner apareció en la estación y le entregó su pasaje y todo el dinero que había podido reunir, los dos amigos se abrazaron en silencio. Julián nunca había visto llorar a Miquel Moliner. El reloj cercaba, contando los minutos en fuga.

—Aún hay tiempo —murmuraba Miquel con la mirada puesta en la entrada de la estación.

A la una y cinco, el jefe de estación dio la llamada final para los pasajeros con destino a París. El tren había empezado ya a deslizarse por el andén cuando Julián se volvió para despedirse de su amigo. Miquel Moliner le contemplaba desde el andén, con las manos hundidas en los bolsillos.

—Escribe —dijo.

—Tan pronto llegue te escribiré —replicó Julián.

—No. A mí no. Escribe libros. No cartas. Escríbelos por mí. Por Penélope.

Julián asintió, dándose cuenta sólo entonces de lo mucho que iba a echar de menos a su amigo.

—Y conserva tus sueños —dijo Miquel—. Nunca sabes cuándo te van a hacer falta.

—Siempre —murmuró Julián, pero el rugido del tren ya les había robado las palabras.

—Penélope me contó lo que había pasado la misma noche en que la señora les sorprendió en mi alcoba. Al día siguiente, la señora me hizo llamar y me preguntó qué sabía yo de Julián. Le dije que nada, que era un buen chico, amigo de Jorge… Me dio órdenes de mantener a Penélope en su habitación hasta que ella diera su permiso para que saliera. Don Ricardo estaba de viaje en Madrid y no regresó hasta el viernes. Tan pronto llegó, la señora le contó lo sucedido. Yo estaba allí. Don Ricardo saltó de la butaca y le propinó una bofetada a la señora que la derribó al suelo. Luego, gritando como un loco, le dijo que repitiese lo que había dicho. La señora estaba aterrorizada. Nunca habíamos visto al señor así. Nunca. Era como si le hubieran poseído todos los demonios. Rojo de rabia, subió al dormitorio de Penélope y la sacó de la cama arrastrándola por el pelo. Yo le quise detener y me apartó a patadas. Aquella misma noche hizo llamar al médico de la familia para que reconociese a Penélope. Cuando el médico hubo terminado, habló con el señor. Encerraron a Penélope bajo llave en su habitación y la señora me dijo que recogiese mis cosas.

»No me dejaron ver a Penélope, ni despedirme de ella. Don Ricardo me amenazó con denunciarme a la policía si revelaba a alguien lo sucedido. Me echaron a patadas aquella misma noche, sin tener un sitio adónde ir, después de dieciocho años de servicio ininterrumpido en la casa. Dos días más tarde, en una pensión de la calle Muntaner, recibí la visita de Miquel Moliner, que me explicó que Julián se había marchado a París. Quería que le contase qué había sucedido con Penélope y averiguar por qué no había acudido a su cita en la estación. Durante semanas regresé a la casa, rogando poder visitar a Penélope, pero no me dejaron ni cruzar las verjas. A veces me apostaba en la otra esquina durante días enteros, esperando verles salir. Nunca la vi. No salía de la casa. Más adelante, el señor Aldaya llamó a la policía y con sus amigos de altos vuelos consiguió que me ingresaran en el manicomio de Horta, alegando que nadie me conocía y que yo era una demente que acechaba a su familia y a sus hijos. Pasé dos años allí, encerrada como un animal. Lo primero que hice cuando salí fue acudir a la casa de la avenida del Tibidabo a ver a Penélope.

—¿Consiguió verla? —preguntó Fermín.

—La casa estaba cerrada, en venta. No vivía nadie allí. Me dijeron que los Aldaya se habían marchado a la Argentina. Escribí a la dirección que me habían dado. Las

cartas volvieron sin abrir…

—¿Qué se hizo de Penélope? ¿Lo sabe usted?

Jacinta negó, desplomándose.

—Nunca la volví a ver.

La anciana gemía, llorando a moco tendido. Fermín la sostuvo en brazos y la meció. El cuerpo de Jacinta Coronado había menguado al tamaño de una niña, y a su lado, Fermín parecía un gigante. Me hervían mil preguntas en la cabeza, pero mi amigo hizo un gesto que indicaba claramente que la entrevista había terminado. Le vi contemplar aquel agujero sucio y frío donde Jacinta Coronado gastaba sus últimas horas.

—Ande, Daniel. Nos vamos. Vaya usted tirando.

Hice lo que me decía. Al alejarme me volví un momento y vi que Fermín se arrodillaba frente a la anciana y la besaba en la frente. Ella exhibió su sonrisa desdentada.

—Dígame, Jacinta —oí decir a Fermín—. A usted le gustan los Sugus, ¿verdad?

En nuestro periplo hacia la salida nos cruzamos con el legítimo funerario y dos ayudantes de aspecto simiesco que venían pertrechados de un ataúd de pino, cuerda y varios pliegos de sábanas viejas de aplicación incierta. La comitiva desprendía un siniestro aroma a formol y a colonia de baratillo y lucían una tez traslúcida que enmarcaba sonrisas macilentas y caninas. Fermín se limitó a señalar hacia la celda donde esperaba el difunto y procedió a bendecir al trío, que correspondió al gesto asintiendo y santiguándose respetuosamente.

—Id en paz —murmuró Fermín, arrastrándome hacia la salida, donde una monja portando un candil de aceite nos despidió con mirada fúnebre y condenatoria.

Una vez fuera del recinto, el lúgubre cañón de piedra y sombra de la calle Moncada se me antojó un valle de gloria y esperanza. A mi lado, Fermín respiraba hondo, aliviado, y supe que no era el único en alegrarse de haber dejado atrás aquel bazar de tinieblas. La historia que nos había relatado Jacinta nos pesaba en la conciencia más de lo que nos hubiera gustado admitir.

—Oiga, Daniel. ¿Y si nos marcamos unas croquetillas de jamón y unos espumosos aquí en el Xampañet para quitarnos el mal sabor de boca?

—No le diría que no, la verdad.

—¿No ha quedado hoy con la chavalilla?

—Mañana.

—Ah, granujilla. Se hace usted de rogar, ¿eh? Cómo vamos aprendiendo…

No habíamos dado ni diez pasos rumbo a la ruidosa bodega, apenas unos números calle abajo, cuando tres siluetas espectrales se desprendieron de las sombras y nos salieron al paso. Los dos matarifes se apostaron a nuestras espaldas, tan cerca que pude sentir su aliento en la nuca. El tercero, más menudo pero infinitamente más

siniestro, nos cerró el paso. Vestía la misma gabardina y su sonrisa aceitosa parecía desbordar de gozo por las comisuras.

—Vaya, hombre, pero ¿a quién tenemos aquí? Si es mi viejo amigo, el hombre de las mil caras —dijo el inspector Fumero.

Me pareció oír todos los huesos de Fermín estremecerse de terror ante la aparición. Su locuacidad quedó reducida a un gemido ahogado. Para entonces, los dos matones, que supuse no eran sino dos agentes de la Brigada Criminal, ya nos tenían sujetos por la nuca y la muñeca derecha, listos para retorcernos el brazo al mínimo asomo de movimiento.

—Veo por la cara de sorpresa que pones que pensabas que te había perdido el rastro hace tiempo, ¿eh? Supongo que no te habrías creído que una mierda seca como tú iba a poder salir del arroyo y hacerse pasar por un ciudadano decente, ¿verdad? Tú estás tarado, pero no tanto. Además me cuentan que estás metiendo las narices, que en tu caso son muchas, en un montón de asuntos que no te interesan. Mala señal… ¿Qué marrullo te traes con las monjitas? ¿Te estás beneficiando a alguna? ¿A cómo lo cobran ahora?

—Yo respeto los culos ajenos, señor inspector, especialmente si están bajo clausura. A lo mejor si usted se aficionase a hacer lo propio, se ahorraría un pico en penicilina e iría mejor de vientre.

Fumero soltó una risita envilecida de ira.

—Así me gusta. Cojones de toro. Lo que yo digo. Si todos los chorizos fuesen como tú, mi trabajo sería una verbena. Dime, ¿cómo te haces llamar ahora, cabroncete? ¿Gary Cooper? Venga, cuéntame qué haces metiendo ese narizón tuyo aquí en el asilo de Santa Lucía y a lo mejor te dejo ir con sólo un par de pellizcos. Hala, largando. ¿Qué os trae por aquí?

—Un asunto particular. Hemos venido a visitar a un familiar.

—Sí, a tu puta madre. Mira, porque hoy me coges de buen humor, porque si no te llevaba ahora a jefatura y te daba otra pasada con el soplete. Anda, sé un buen chaval y cuéntale de verdad a tu amigo el inspector Fumero qué coño hacéis tú y tu amigo aquí. Colabora un poco, joder, y así me ahorras hacerle una cara nueva al niñato este que te has echado de mecenas.

—Tóquele usted un pelo y le juro que…

—Pavor me das, fíjate lo que te digo. Me he cagado en los pantalones.

Fermín tragó saliva y pareció conjurar el coraje que se le escapaba por los poros.

—¿No serán ésos los pantalones de marinerito que le puso su augusta madre, la ilustre fregona? Lástima sería, porque me cuentan que el modelito le sentaba a usted de fábula.

El rostro del inspector Fumero palideció y toda expresión resbaló de su mirada.

—¿Qué has dicho, desgraciado?

—Decía que me parece que ha heredado usted el gasto y la gracia de doña Yvonne Sotoceballos, dama de alta sociedad…

Fermín no era un hombre corpulento y el primer puñetazo bastó para derribarle de un plumazo. Estaba él todavía hecho un ovillo sobre el charco en el que había aterrizado cuando Fumero le propinó una sarta de puntapiés en el estómago, los riñones y la cara. Yo perdí la cuenta al quinto. Fermín perdió el aliento y la capacidad de mover un dedo o protegerse de los golpes un instante después. Los dos policías que me sujetaban se reían por cortesía u obligación, sujetándome con mano férrea.

—Tú no te metas —me susurró uno de ellos—. No me apetece romperte el brazo.

Intenté zafarme de su presa en vano y al forcejear atisbé por un instante el rostro del agente que me había hablado. Le reconocí al instante. Era el hombre de la gabardina y el diario en el bar de la plaza de Sarriá días antes, el mismo hombre que nos había seguido en el autobús riendo los chistes de Fermín.

—Mira, a mí lo que más me jode en el mundo es la gente que hurga en la mierda y en el pasado —clamaba Fumero, rodeando a Fermín—. Las cosas pasadas hay que dejarlas estar, ¿me entiendes? Y eso va por ti y por el lelo de tu amigo. Tú mira bien y aprende, chaval, que luego vas tú.

Contemplé cómo el inspector Fumero destrozaba a Fermín a puntapiés bajo la luz sesgada de una farola. Durante todo el episodio fui incapaz de abrir la boca. Recuerdo el impacto sordo, terrible, de los golpes cayendo sin piedad sobre mi amigo. Todavía me duelen. Me limité a refugiarme en aquella conveniente presa de los policías, temblando y derramando lágrimas de cobardía en silencio.

Cuando Fumero se aburrió de sacudir un peso muerto, se abrió la gabardina, se bajó la cremallera y procedió a orinarse encima de Fermín. Mi amigo no se movía, dibujando apenas un fardo de ropa vieja en un charco. Mientras Fumero descargaba su chorro generoso y vaporoso sobre Fermín, seguí siendo incapaz de abrir la boca. Cuando hubo terminado, el inspector se abrochó la bragueta y se me acercó con el rostro sudoroso, jadeando. Uno de los agentes le tendió un pañuelo con el que se secó la cara y el cuello. Fumero se me aproximó hasta detener su rostro a apenas unos centímetros del mío y me clavó la mirada.

—Tú no valías esa paliza, chaval. Ése es el problema de tu amigo: siempre apuesta por el bando equivocado. La próxima vez le voy a joder a fondo, como nunca, y estoy seguro de que la culpa va a ser tuya.

Creí que me iba a abofetear entonces, que había llegado mi turno. Por algún motivo celebré que así fuese. Quise creer que los golpes me curarían la vergüenza de haber sido incapaz de mover un dedo por ayudar a Fermín cuando lo único que él estaba haciendo, como siempre, era tratar de protegerme.

Pero no cayó golpe alguno. Tan sólo el latigazo de aquellos ojos llenos de desprecio. Fumero se limitó a palmearme la mejilla.

—Tranquilo, niño. Yo no me ensucio la mano con cobardes.

Los dos policías le rieron la gracia, más relajados al comprobar que el espectáculo se había terminado. Sus deseos de abandonar la escena eran palpables. Se alejaron riendo en la sombra. Para cuando acudí en su ayuda, Fermín luchaba en vano por

incorporarse y encontrar los dientes que había perdido en el agua sucia del charco. Le sangraban la boca, la nariz, los oídos y los párpados. Al verme sano y salvo, hizo un amago de sonrisa y creí que se me iba a morir allí mismo. Me arrodillé junto a él y le sostuve en mis brazos. El primer pensamiento que me cruzó la cabeza fue que pesaba menos que Bea.

—Fermín, por Dios, hay que llevarle al hospital ahora mismo.

Fermín negó enérgicamente.

—Llévеme con ella.

—¿Con quién, Fermín?

—Con la Bernarda. Si tengo que palmarla, que sea en sus brazos.

32

Aquella noche regresé al piso de la plaza Real que había jurado no volver a pisar años atrás. Un par de parroquianos que habían presenciado la paliza desde la puerta del Xampañet se ofrecieron a ayudarme a llevar a Fermín hasta una parada de taxis en la calle Princesa mientras un camarero del local llamaba al número que le había dado advirtiendo de nuestra llegada. La carrera en el taxi se me hizo infinita. Fermín había perdido el conocimiento antes de arrancar. Yo le sostenía en mis brazos, aferrándole contra el pecho e intentando darle calor. Podía sentir su sangre tibia empapándome la ropa. Yo le murmuraba al oído, diciéndole que ya llegábamos, que no iba a ser nada. La voz me temblaba. El conductor me lanzaba miradas furtivas desde el espejo.

—Oiga, yo no quiero líos, ¿eh? Si ése se muere, se bajan.

—Usted acelere y calle.

Cuando llegamos a la calle Fernando, Gustavo Barceló y la Bernarda ya esperaban a la puerta del edificio en compañía del doctor Soldevila. Al vernos cubiertos de sangre y mugre, la Bernarda se echó a gritar en un lance de pánico. El doctor tomó rápidamente el pulso a Fermín y aseguró que el paciente estaba vivo. Entre los cuatro conseguimos subir a Fermín escaleras arriba y llevarlo hasta la habitación de la Bernarda, donde una enfermera que había traído el doctor ya estaba preparándolo todo. Una vez el paciente estuvo dispuesto sobre la cama, la enfermera empezó a desnudarlo. El doctor Soldevila insistió en que saliésemos todos de la habitación y les dejásemos hacer. Nos cerró la puerta en las narices con un sucinto «vivirá».

En el pasillo, la Bernarda lloraba desconsoladamente, gimiendo que por una vez que encontraba a un hombre bueno, venía Dios y se lo arrancaba a puñetazos. Don Gustavo Barceló la tomó en sus brazos y se la llevó a la cocina, donde procedió a empapuzarla de brandy hasta que la pobre apenas se tuvo en pie. Una vez las palabras de la criada empezaron a ser ininteligibles, el librero se sirvió una copa para él y la apuró de un trago.

—Lo siento. No sabía adónde ir… —empecé.

—Tranquilo. Has hecho bien. Soldevila es el mejor traumatólogo de Barcelona —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

—Gracias —murmuré.

Barceló suspiró y me sirvió un buen trago de brandy en un vaso. Decliné su ofrecimiento, que pasó a las manos de la Bernarda en cuyos labios desapareció por ensalmo.

—Haz el favor de darte una ducha y ponerte algo de ropa limpia —indicó Barceló —. Si vuelves a tu casa con esas pintas, matarás a tu padre del susto.

—No hace falta… estoy bien —dije.

—Pues entonces deja de temblar. Anda, ve, puedes usar mi baño, que tiene termo. Ya sabes el camino. Yo entretanto voy a llamar a tu padre y le diré que, bueno, no sé qué le diré. Algo se me ocurrirá.

Asentí.

—Ésta sigue siendo tu casa, Daniel —dijo Barceló mientras me alejaba por el pasillo—. Se te ha echado de menos.

Fui capaz de encontrar el baño de Gustavo Barceló, pero no el interruptor de la luz. Pensándolo bien, me dije, prefiero ducharme en la penumbra. Me despojé de mi ropa manchada de sangre y mugre y me aupé a la bañera imperial de Gustavo Barceló. Una tiniebla perlada se filtraba por el ventanal que daba al patio interno de la finca, sugiriendo los perfiles de la estancia y el juego de baldosas esmaltadas del suelo y las paredes. El agua salía ardiendo y con una presión que, comparada con la modestia de nuestro baño en la calle Santa Ana, me pareció digna de hoteles de lujo en los que nunca había puesto los pies. Permanecí varios minutos bajo los haces de vapor de la ducha, inmóvil.

El eco de los golpes cayendo sobre Fermín seguía martilleándome en los oídos. No podía quitarme de la cabeza las palabras de Fumero, ni el rostro de aquel policía que me había sujetado, probablemente para protegerme. Al rato advertí que el agua empezaba a enfriarse y supuse que estaba agotando la reserva del termo de mi anfitrión. Apuré hasta la última gota de agua tibia y cerré el paso. El vapor ascendía de mi piel como hilos de seda. A través de la cortina de la ducha adiviné una silueta inmóvil frente a la puerta. Su mirada vacía brillaba como la de un gato.

—Puedes salir sin miedo, Daniel. Pese a todas mis maldades, sigo sin poder verte.

—Hola, Clara.

Tendió una toalla limpia hacia mí. Alargué el brazo y la cogí. Me envolví en ella con pudor de colegiala e incluso en la penumbra vaporosa pude ver que Clara sonreía, adivinando mis movimientos.

—No te he oído entrar.

—No he llamado. ¿Por qué te duchas a oscuras?

—¿Cómo sabes que la luz no está encendida?

—El zumbido de la bombilla —dijo—. Nunca volviste a despedirte.

Sí que volví, pensé, pero estabas muy ocupada. Las palabras se me murieron en los labios, su rencor y amargura lejanos, ridículos de repente.

—Lo sé. Perdona.

Salí de la ducha y me planté sobre la alfombrilla de felpa. El halo de vapor ardía

en motas de plata, la claridad del tragaluz un velo blanco sobre el rostro de Clara. No había cambiado un ápice de como yo la recordaba. Cuatro años de ausencia no me habían servido de casi nada.

—Te ha cambiado la voz —dijo—. ¿Has cambiado tú también, Daniel?

—Sigo siendo tan bobo como antes, si es lo que te intriga.

Y más cobarde, añadí para mis adentros. Ella conservaba aquella misma sonrisa rota que dolía incluso en la penumbra. Extendió la mano y, como aquella tarde ocho años atrás en la biblioteca del Ateneo, entendí al instante. Guié su mano hasta mi rostro húmedo y sentí sus dedos descubrirme de nuevo, sus labios dibujando palabras en silencio.

—Nunca quise hacerte daño, Daniel. Perdóname.

Le tomé la mano y la besé en la oscuridad.

—Perdóname tú a mí.

Todo asomo de melodrama se astilló en pedazos al asomarse la Bernarda a la puerta y, pese a estar prácticamente ebria, descubrirme desnudo, chorreando, sosteniendo la mano de Clara en los labios y con la luz apagada.

—Por el amor de Dios, señorito Daniel, qué poca vergüenza. Jesús, María y José. Es que hay quien no escarmienta…

La Bernarda se batió en retirada, azorada, y confié que cuando los efectos del brandy menguasen, el recuerdo de lo que había visto se desvaneciese de su mente como un retazo de sueño. Clara se retiró unos pasos y me tendió la ropa que sostenía bajo el brazo izquierdo.

—Mi tío me ha dado este traje suyo para que te lo pongas. Es de cuando él era joven. Dice que has crecido un montón y que ya te vendrá bien. Te dejo para que te vistas. No tenía que haber entrado sin llamar.

Tomé la muda que me ofrecía y procedí a enfundarme la ropa interior, tibia y perfumada, la camisa de algodón rosada, los calcetines, el chaleco, los pantalones y la americana. El espejo mostraba un vendedor a domicilio, desarmado de sonrisa. Cuando regresé a la cocina, el doctor Soldevila había salido un instante de la habitación donde estaba atendiendo a Fermín para informar a la concurrencia de su estado.

—De momento, lo peor ha pasado —anunció—. No hay que preocuparse. Estas cosas siempre parecen más graves de lo que son. Su amigo ha sufrido una fractura en el brazo izquierdo y dos costillas rotas, ha perdido tres dientes y presenta magulladuras múltiples, cortes y contusiones, pero afortunadamente no hay hemorragia interna ni síntomas de lesión cerebral. Los periódicos doblados que el paciente llevaba bajo la ropa a modo de abrigo y acento de corpulencia, como él dice, le han servido de armadura para amortiguar los golpes. Hace unos instantes, al recobrar la conciencia durante unos minutos, el paciente me ha pedido que les diga a ustedes que se encuentra como un chaval de veinte años, que quiere un bocadillo de morcilla y ajos tiernos, una chocolatina y caramelos Sugus de limón. En principio no

veo inconveniente, aunque creo que de momento es mejor empezar con unos zumos, yogur y quizá algo de arroz hervido. Además, y como fe de su lozanía y presencia de ánimo, el paciente me ha indicado que les transmita a ustedes que, al ponerle la enfermera Amparito unos puntos en la pierna, ha experimentado una erección como un témpano.

—Es que él es muy hombre —murmuró la Bernarda, con tono de disculpa.

—¿Cuándo podremos verle? —pregunté.

—Ahora mejor no. Quizá al alba. Le vendrá bien algo de reposo y mañana mismo me gustaría llevarle al hospital del Mar para hacerle un encefalograma, para quedarnos tranquilos, pero creo que vamos sobre seguro y que el señor Romero de Torres estará como nuevo en unos días. A juzgar por las marcas y cicatrices que lleva en el cuerpo, este hombre ha salido de peores lances y es todo un superviviente. Si necesitan ustedes una copia del dictamen para presentar una denuncia en jefatura…

—No será necesario —interrumpí.

—Joven, le advierto que esto hubiera podido ser muy serio. Hay que dar parte a la policía inmediatamente.

Barceló me observaba atentamente. Le devolví la mirada y él asintió.

—Tiempo habrá para esos trámites, doctor, no se preocupe usted —dijo Barceló —. Ahora lo importante es asegurarse de que el paciente está en buen estado. Yo mismo presentaré la denuncia pertinente mañana a primera hora. Incluso las autoridades tienen derecho a un poco de paz y sosiego nocturno.

Obviamente, el doctor no veía con buenos ojos mi sugerencia de ocultar el incidente a la policía, pero al comprobar que Barceló se responsabilizaba del tema se encogió de hombros y regresó a la habitación para proseguir con las curas. Tan pronto hubo desaparecido, Barceló me indicó que le siguiera a su estudio. La Bernarda suspiraba en su taburete, a merced del brandy y el susto.

—Bernarda, entreténgase. Haga algo de café. Bien cargado.

—Sí, señor. Ahora mismo.

Seguí a Barceló hasta su despacho, una cueva sumergida en nieblas de tabaco de pipa que se perfilaba entre columnas de libros y papeles. Los ecos del piano de Clara nos llegaban en efluvios a destiempo. Las lecciones del maestro Neri obviamente no habían servido de mucho, al menos en el terreno musical. El librero me indicó que me sentara y procedió a prepararse una pipa.

—He llamado a tu padre y le he dicho que Fermín ha tenido un pequeño accidente y que tú lo habías traído aquí.

—¿Se lo ha tragado?

—No creo.

—Ya.

El librero prendió su pipa y se recostó en el butacón del escritorio, deleitándose en su aspecto mefistofélico. En el otro extremo del piso, Clara humillaba a Debussy. Barceló puso los ojos en blanco.

—¿Qué se hizo del maestro de música? —pregunté.

—Lo despedí. Abuso de cátedra.

—Ya.

—¿Seguro que a ti no te han zurrado también? Le estás dando mucho a los monosílabos. De chavalín eras más parlanchín.

La puerta del estudio se abrió y la Bernarda entró portando una bandeja con dos tazas humeantes y un azucarero. A la vista de sus andares temí interponerme en la trayectoria de una lluvia de café hirviente.

—Permiso. ¿El señor lo tomará con un chorrito de brandy?

—Me parece que la botella de Lepanto se ha ganado un descanso esta noche, Bernarda. Y usted también. Venga, váyase a dormir. Daniel y yo nos quedamos despiertos por si hace falta algo. Ya que Fermín está en su dormitorio, puede usted usar mi habitación.

—Ay, señor, de ninguna manera.

—Es una orden. Y no me discuta. La quiero dormida en cinco minutos.

—Pero, señor…

—Bernarda, que se juega el aguinaldo.

—Lo que usted mande, señor Barceló. Aunque yo duermo encima de la colcha. Faltaría más.

Barceló esperó ceremoniosamente a que la Bernarda se hubiese retirado. Se sirvió siete terrones de azúcar y procedió a remover la taza con la cucharilla, perfilando una sonrisa felina entre nubarrones de tabaco holandés.

—Ya lo ves. Tengo que llevar la casa con mano dura.

—Sí, está usted hecho un ogro, don Gustavo.

—Y tú un liante. Dime, Daniel, ahora que no nos oye nadie. ¿Por qué no es una buena idea que demos parte a la policía de lo que ha pasado?

—Porque ya lo saben.

—¿Quieres decir…?

Asentí.

—¿En qué clase de lío estáis metidos, si no es mucho preguntar?

Suspiré.

—¿Algo en lo que yo pueda ayudar?

Alcé la mirada. Barceló me sonreía sin malicia, la fachada de ironía en rara tregua.

—¿No tendrá todo esto, por una de aquellas cosas, que ver con aquel libro de Carax que no quisiste venderme cuando debías?

Me cazó la sorpresa al vuelo.

—Yo podría ayudaros —ofreció—. Me sobra lo que a vosotros os falta: dinero y sentido común.

—Créame, don Gustavo, ya he complicado a demasiada gente en este asunto.

—No vendrá de uno, entonces. Venga, en confianza. Hazte a la idea de que soy tu

confesor.

—Hace años que no me confieso.

—Se te ve en la cara.

33

Gustavo Barceló tenía un escuchar contemplativo y salomónico, de médico o nuncio apostólico. Me observaba con las manos unidas a modo de plegaria bajo la barbilla y los codos sobre el escritorio, sin apenas parpadear, asintiendo aquí y allá, como si detectase síntomas o pecadillos en el flujo de mi relato y fuera componiendo su propio dictamen sobre los hechos a medida que yo se los servía en bandeja. Cada vez que me detenía, el librero alzaba las cejas inquisitivamente y hacía un gesto con la mano derecha para indicar que siguiera desenhebrando el galimatías de mi historia, que parecía divertirle enormemente. Ocasionalmente tomaba notas a mano alzada o levantaba la mirada al infinito como si quisiera considerar las implicaciones de cuanto le relataba. Las más de las veces se relamía en una sonrisa sardónica que yo no podía evitar atribuir a mi ingenuidad o a la torpeza de mis conjeturas.

—Oiga, si le parece una tontería me callo.

—Al contrario. Hablar es de necios; callar es de cobardes; escuchar es de sabios.

—¿Quién dijo eso? ¿Séneca?

—No. El señor Braulio Recolons, que regenta una tocinería en la calle Aviñón y posee un don proverbial tanto para el embutido como para el aforismo ocurrente. Prosigue, por favor. Me hablabas de esta muchacha pizpireta…

—Bea. Y eso es asunto mío y no tiene nada que ver con todo lo demás.

Barceló se reía por lo bajo. Estaba por continuar el recuento de mis peripecias cuando el doctor Soldevila se asomó a la puerta del despacho con aspecto cansado y resoplando.

—Disculpen ustedes. Yo ya me iba. El paciente está bien y, valga la metáfora, lleno de energía. Este caballero nos enterrará a todos. De hecho afirma que los sedantes se le han subido a la cabeza y está aceleradísimo. Se niega a reposar e insiste en que tiene que tratar con el señor Daniel de asuntos cuya naturaleza no ha querido aclararme alegando que no cree en el juramento hipocrático, o hipócrita, como dice él.

—Ahora mismo vamos a verle. Y disculpe al pobre Fermín. Sin duda sus palabras son consecuencia del trauma.

—Quizá, pero yo no descartaría la poca vergüenza, porque no hay modo de que deje de pellizcarle el trasero a la enfermera y de recitar pareados glosando lo firme y

torneado de sus muslos.

Escoltamos al doctor y a su enfermera hasta la puerta y les agradecimos efusivamente sus buenos oficios. Al entrar en la habitación descubrimos que, después de todo, la Bernarda había desafiado las órdenes de Barceló y se había tendido en el lecho junto a Fermín, donde el susto, el brandy y el cansancio habían conseguido finalmente hacerle conciliar el sueño. Fermín la sostenía dulcemente, acariciándole el pelo, cubierto de vendas, apósitos y cabestrillos. Su rostro dibujaba una magulladura que dolía al mirar y de la que emergían el narizón incólume, dos orejas como antenas repetidoras y unos ojos de ratoncillo abatido. La sonrisa desdentada y ajada de cortes era de triunfo y nos recibió alzando la mano derecha con el signo de la victoria.

—¿Cómo se encuentra, Fermín? —pregunté.

—Veinte años más joven —dijo en voz baja para no despertar a la Bernarda.

—No haga cuento, que se le ve hecho una mierda, Fermín. Menudo susto. ¿Está seguro de que se encuentra bien? ¿No le da vueltas la cabeza? ¿Oye voces?

—Ahora que lo menciona, a ratos me parecía percibir un murmullo disonante y arrítmico, como si un macaco intentase tocar el piano.

Barceló frunció el ceño. Clara seguía tecleando en la distancia.

—No se preocupe, Daniel. He encajado palizas peores. Ese Fumero no sabe pegar ni un sello.

—Luego, el que le ha hecho una cara nueva es el mismísimo inspector Fumero —dijo Barceló—. Ya veo que se mueven ustedes en las altas esferas.

—A esa parte de la historia no había llegado todavía —dije yo.

Fermín me lanzó una mirada de alarma.

—Tranquilo, Fermín. Daniel me está poniendo al corriente del sainete este que se llevan ustedes entre manos. Debo reconocer que el asunto está interesantísimo. Y usted, Fermín, ¿cómo anda de confesiones? Le advierto que tengo dos años de seminarista.

—Yo le ponía lo menos tres, don Gustavo.

—Todo se pierde, empezando por la vergüenza. La primera vez que viene usted a mi casa y acaba en la cama con la doncella.

—Mírela, pobrecilla, mi ángel. Sepa que mis intenciones son honestas, don Gustavo.

—Sus intenciones son asunto suyo y de la Bernarda, que ya es mayorcita. Y ahora, a ver. ¿En qué pesebre se han metido ustedes?

—¿Qué le ha contado usted, Daniel?

—Hemos llegado hasta el segundo acto: entrada de la *femme fatale* —precisó Barceló.

—¿Nuria Monfort? —preguntó Fermín.

Barceló se relamió con deleite.

—¿Pero es que hay más de una? Esto parece el rapto del serrallo.

—Le ruego que baje la voz, que aquí mi prometida está presente.

—Tranquilo, que su prometida lleva en las venas media botella de brandy Lepanto. No la despertaríamos ni a cañonazos. Ande, dígale a Daniel que me cuente el resto. Tres cabezas piensan mejor que dos, especialmente si la tercera es la mía.

Fermín hizo amago de encogerse de hombros entre los vendajes y cabestrillos.

—Yo no me opongo, Daniel. Usted decide.

Resignado a tener a don Gustavo Barceló a bordo, continué mi relato hasta llegar al punto en que Fumero y sus hombres nos habían sorprendido en la calle Moncada horas antes. Concluida la narración, Barceló se levantó y anduvo arriba y abajo por la habitación, cavilando. Fermín y yo le observábamos con cautela. La Bernarda roncaba como un becerrillo.

—Criaturita —susurraba Fermín, embelesado.

—Varias cosas me llaman la atención —dijo finalmente el librero—. Evidentemente, el inspector Fumero está en esto hasta el frenillo, aunque cómo y por qué es algo que se me escapa. Por un lado está esa mujer…

—Nuria Monfort.

—Luego tenemos el tema del regreso de Julián Carax a Barcelona y su asesinato en las calles de la ciudad tras un mes en que nadie sabe de él. Obviamente, la fámula miente por los codos y hasta sobre el tiempo.

—Eso vengo yo diciéndolo desde el principio —dijo Fermín—. Pasa que aquí hay mucha calentura juvenil y poca visión de conjunto.

—Quién fue a hablar: san Juan de la Cruz.

—Alto. Tengamos la fiesta en paz y ciñámonos a los hechos. Hay algo en lo que Daniel ha contado que me ha parecido muy extraño, todavía más que el resto, y no por lo folletinesco del embrollo, sino por un detalle esencial y aparentemente banal —añadió Barceló.

—Deslúmbrenos, don Gustavo.

—Pues helo aquí: eso de que el padre de Carax se negase a reconocer el cadáver de Carax alegando que él no tenía hijo. Muy raro lo veo yo. Casi contra natura. No hay padre en el mundo que haga eso. No importa la mala sangre que pudiera haber entre ellos. La muerte tiene estas cosas: a todo el mundo le despierta la sensiblería. Frente a un ataúd, todos vemos sólo lo bueno o lo que queremos ver.

—Qué gran cita es ésa, don Gustavo —adujo Fermín—. ¿Le importa si la añado a mi repertorio?

—Para todo hay excepciones —objeté—. Por lo que sabemos, el señor Fortuny era un tanto particular.

—Todo lo que sabemos de él son chismes de tercera mano —dijo Barceló—. Cuando todo el mundo se empeña en pintar a alguien como un monstruo, una de dos: o era un santo o se están callando de la misa la media.

—A usted es que le ha caído en gracia el sombrerero por cabestro —dijo Fermín.

—Con todo respeto a la profesión, cuando la semblanza del villano tiene por toda base el testimonio de la portera del inmueble, mi primer instinto es el de la

desconfianza.

—Por esa regla de tres no podemos estar seguros de nada. Todo lo que sabemos es, como usted dice, de tercera mano, o de cuarta. Con porteras o no.

—No te fíes del que se fía de todos —apostilló Barceló.

—Qué velada tiene usted, don Gustavo —alabó Fermín—. Perlas cultivadas al por mayor. Quién tuviera su visión preclara.

—Aquí lo único realmente claro en todo esto es que necesitan ustedes de mi ayuda, logística y probablemente pecuniaria, si pretenden resolver este pesebre antes de que el inspector Fumero les reserve una suite en el presidio de San Sebas. Fermín, ¿asumo que está usted conmigo?

—Yo estoy a las órdenes de Daniel. Si él lo ordena; yo hago hasta de niño Jesús.

—Daniel, ¿qué dices tú?

—Ustedes se lo dicen todo. ¿Qué propone usted?

—Éste es mi plan: en cuanto Fermín esté repuesto, tú, Daniel, casualmente, le haces una visita a la señora Nuria Monfort y le pones las cartas sobre la mesa. Le das a entender que sabes que te ha mentido y que esconde algo, mucho o poco, ya veremos.

—¿Para qué? —pregunté.

—Para ver cómo reacciona. No te dirá nada, por supuesto. O te mentirá otra vez. Lo importante es clavar la banderilla, valga el símil taurino, y ver adónde nos conduce el toro, en este caso la ternerilla. Y ahí es donde entra usted, Fermín. Mientras Daniel le pone el cascabel al gato, usted se aposta discretamente vigilando a la sospechosa y espera a que ella muerda el anzuelo. Una vez lo haga, la sigue.

—Asume usted que ella irá a algún sitio —protesté.

—Hombre de poca fe. Lo hará. Tarde o temprano. Y algo me dice que en este caso será más temprano que tarde. Es la base de la psicología femenina.

—¿Y mientras tanto usted qué piensa hacer, doctor Freud? —pregunté.

—Eso es asunto mío y a su tiempo lo sabrás. Y me lo agradecerás.

Busqué apoyo en la mirada de Fermín, pero el pobre se había ido quedando dormido abrazado a la Bernarda a medida que Barceló formulaba su discurso triunfal. Fermín había ladeado la cabeza y le caía la baba sobre el pecho desde una sonrisa bendita. La Bernarda emitía ronquidos profundos y cavernosos.

—Ojalá éste le salga bueno —murmuró Barceló.

—Fermín es un gran tipo —aseguré.

—Debe de serlo, porque por la pinta no creo que la haya conquistado. Anda, vamos.

Apagamos la luz y nos retiramos de la estancia con sigilo, cerrando la puerta y dejando a los dos tórtolos a merced de su sopor. Me pareció que el primer aliento del alba despuntaba en las ventanas de la galería al fondo del corredor.

—Supongamos que le digo que no —dije en voz baja—. Que se olvide.

Barceló sonrió.

—Llegas tarde, Daniel. Tendrías que haberme vendido ese libro hace años, cuando tuviste la oportunidad.

Llegué a casa al amanecer, arrastrando aquel absurdo traje de prestado y el naufragio de una noche interminable por calles húmedas y relucientes de escarlata. Encontré a mi padre dormido en su butaca del comedor con una manta sobre las piernas y su libro favorito abierto en las manos, un ejemplar del *Cándido* de Voltaire que releía un par de veces cada año, el par de veces que le oía reírse de corazón. Le observé en silencio. Tenía el pelo cano, escaso, y la piel de su rostro había empezado a perder la firmeza alrededor de los pómulos. Contemplé a aquel hombre al que una vez había imaginado fuerte, casi invencible, y le vi frágil, vencido sin saberlo él. Vencidos acaso los dos. Me incliné para arroparle con aquella manta que hacía años que prometía donar a la beneficencia y le besé la frente como si quisiera protegerle así de los hilos invisibles que lo alejaban de mí, de aquel piso angosto y de mis recuerdos, como si creyera que con aquel beso podría engañar al tiempo y convencerle de que pasara de largo, de que volviese otro día, otra vida.

34

Pasé casi toda la mañana soñando despierto en la trastienda, conjurando imágenes de Bea. Dibujaba su piel desnuda bajo mis manos y creía saborear de nuevo su aliento a pan dulce. Me sorprendía recordando con precisión cartográfica los pliegues de su cuerpo, el brillo de mi saliva en sus labios y en aquella línea de vello rubio, casi transparente, que le descendía por el vientre y a la que mi amigo Fermín, en sus improvisadas conferencias sobre logística carnal, se refería como «el caminito de Jerez».

Consulté el reloj por enésima vez y comprobé con horror que todavía faltaban varias horas hasta que pudiese ver —y tocar— de nuevo a Bea. Probé a ordenar los recibos del mes, pero el sonido de los fajos de papel me recordaba el roce de la ropa interior deslizándose por las caderas y los muslos pálidos de doña Beatriz Aguilar, hermana de mi íntimo amigo de la infancia.

—Daniel, estás en las nubes. ¿Te preocupa algo? ¿Es Fermín? —preguntó mi padre.

Asentí, avergonzado. Mi mejor amigo se había dejado varias costillas por salvarme la piel unas horas antes y mi primer pensamiento era para el cierre de un sujetador.

—Hablando del César…

Alcé la vista y allí estaba. Fermín Romero de Torres, genio y figura, vistiendo su mejor traje y con aquella planta de caliqueño retorcido entraba por la puerta con sonrisa triunfal y un clavel fresco en la solapa.

—Pero ¿qué hace usted aquí, infeliz?, ¿no tenía usted que guardar reposo?

—El reposo se guarda solo. Yo soy hombre de acción. Y si yo no estoy aquí, ustedes no venden ni un catecismo.

Desoyendo los consejos del doctor, Fermín venía decidido a reintegrarse a su puesto. Lucía una tez amarillenta y picada de moretones, cojeaba de mala manera y se movía como un muñeco roto.

—Usted se va ahora mismo a la cama, Fermín, por el amor de Dios —dijo mi padre, horrorizado.

—Ni hablar. Las estadísticas lo demuestran: más gente muere en la cama que en la trinchera.

Todas nuestras protestas cayeron en saco roto. Al poco, mi padre cedió, porque algo en la mirada del pobre Fermín sugería que aunque le doliesen los huesos hasta el alma, más le dolía la perspectiva de estar solo en su habitación de la pensión.

—Bueno, pero si le veo levantar cualquier cosa que no sea un lápiz, me va a oír.

—A sus órdenes. Tiene usted mi palabra de que yo hoy no levanto ni sospecha.

Ni corto ni perezoso, Fermín procedió a calzarse su bata azul y se armó de un trapo y una botella de alcohol con los que se instaló tras el mostrador con la intención de dejar como nuevas las tapas y el lomo de los quince ejemplares usados que nos habían llegado aquella mañana de un título muy buscado, *El Sombrero de Tres Picos: Historia de la Benemérita en versos alejandrinos*, por el bachiller Fulgencio Capón, autor jovencísimo consagrado por la crítica de todo el país. Mientras se entregaba a su tarea, Fermín iba lanzando miradas furtivas guiñando el ojo como el proverbial diablillo cojuelo.

—Tiene usted las orejas rojas como pimientos, Daniel.

—Será de oírle decir majaderías.

—O de la calentura que lleva encima. ¿Cuándo se ve con la fámula?

—No es asunto suyo.

—Qué mal le veo. ¿Ya evita el picante? Mire que es un vasodilatador mortífero.

—Váyase a la mierda.

Como venía siendo costumbre, tuvimos una tarde entre lenta y miserable. Un comprador calado de gris, desde la gabardina a la voz, entró a preguntar si teníamos algún libro de Zorrilla, convencido de que se trataba de una crónica en torno a las aventuras de una furcia de corta edad en el Madrid de los Austrias. Mi padre no supo qué decirle pero Fermín salió al rescate, comedido por una vez.

—Se confunde usted, caballero. Zorrilla es un dramaturgo. A lo mejor le interesa a usted el don Juan. Trae mucho lío de faldas y además el protagonista se lía con una monja.

—Me lo llevo.

Atardecía ya cuando el metro me dejó al pie de la avenida del Tibidabo. La silueta del tranvía azul se adivinaba entre los pliegues de una neblina violácea, alejándose. Decidí no esperar a su regreso e hice el camino a pie mientras anochecía. Al rato vislumbré la silueta de «El ángel de bruma». Extraje la llave que me había dado Bea y procedí a abrir la portezuela recortada sobre la verja. Me adentré en la finca y dejé la puerta casi ajustada, aparentemente cerrada pero preparada para franquear el paso a Bea. Había llegado con antelación deliberadamente. Sabía que Bea tardaría por lo menos media hora o cuarenta y cinco minutos en llegar. Quería sentir a solas la presencia de la casa, explorarla antes de que Bea llegase y la hiciese suya. Me detuve un instante a contemplar la fuente y la mano del ángel ascendiendo desde las aguas teñidas de escarlata. El dedo índice, acusador, parecía afilado como un puñal. Me

aproximé al borde del estanque. El rostro tallado, sin mirada ni alma, temblaba bajo la superficie.

Ascendí la escalinata que conducía a la entrada. La puerta principal estaba entornada unos centímetros. Sentí una punzada de inquietud, pues creía haberla cerrado al salir de allí la otra noche. Examiné el cerrojo, que no parecía forzado, y supuse que había olvidado cerrarla. La empujé con suavidad hacia el interior y sentí el aliento de la casa acariciándome la cara, un vahído a madera quemada, a humedad y a flores muertas. Extraje la cajetilla de fósforos que me había procurado antes de salir de la librería y me arrodillé a encender la primera de las velas que Bea había dejado. Una burbuja de color cobre prendió en mis manos y desveló los contornos danzantes de muros tramados de lágrimas de humedad, techos caídos y puertas desvencijadas.

Me adelanté hasta la siguiente vela y la prendí. Lentamente, casi siguiendo un ritual, recorrí el rastro de velas que había dejado Bea y las encendí una a una, conjurando un halo de luz ámbar que flotaba en el aire como una telaraña atrapada entre mantos de negrura impenetrable. Mi recorrido terminó junto a la chimenea de la biblioteca, junto a las mantas que seguían en el suelo, manchadas de ceniza. Me senté allí, enfrentado al resto de la sala. Había esperado silencio, pero la casa respiraba mil ruidos. Crujidos en la madera, el roce del viento en las tejas del techo, mil y un repiqueteos entre los muros, bajo el suelo, desplazándose tras las paredes.

Debían de haber transcurrido casi treinta minutos cuando advertí que el frío y la penumbra empezaban a adormecerme. Me incorporé y empecé a recorrer la sala para entrar en calor. Apenas quedaban los restos de un tronco en la chimenea y supuse que, para cuando llegase Bea, la temperatura en el interior del caserón habría descendido lo suficiente como para inspirarme momentos de pureza y castidad y borrar todos los espejismos febriles que había albergado durante días. Habiendo encontrado un propósito práctico y de menos vuelo poético que la contemplación de las ruinas del tiempo, tomé una de las velas y me dispuse a explorar el caserón en busca de material combustible con el que hacer habitable la sala y aquel par de mantas que ahora tiritaban frente a la chimenea, ajenas a las cálidas memorias que yo conservaba de ellas.

Mis nociones de literatura victoriana me sugerían que lo más razonable era iniciar la búsqueda por el sótano, donde a buen seguro debían de haber estado ubicadas las cocinas y una formidable carbonera. Con esta idea en mente, tardé casi cinco minutos en localizar una puerta o escalinata que me condujese al sótano. Elegí un portón de madera labrada en el extremo de un corredor. Parecía una pieza de ebanistería exquisita, con relieves en forma de ángeles y lienzos y una gran cruz en el centro. El cierre descansaba en el centro del portón, bajo la cruz. Traté de forzarlo sin éxito. El mecanismo estaba probablemente trabado o sencillamente perdido de óxido. El único

modo de vencer aquella puerta sería forzarla con una palanca o derribarla a hachazos, alternativas que descarté rápidamente. Examiné aquel portón a la luz de las velas, pensando que inspiraba más la imagen de un sarcófago que de una puerta. Me pregunté qué se escondería al otro lado.

Un vistazo más detenido a los ángeles labrados sobre la puerta me robó las ganas de averiguarlo y me alejé de aquel lugar. Estaba por desistir de mi búsqueda de un camino de acceso al sótano cuando, casi por casualidad, di con una pequeña portezuela en el otro extremo del corredor que tomé en principio por un armario de escobones y cubos. Probé el pomo, que cedió al instante. Al otro lado se adivinaba una escalera que descendía en picado hacia una balsa de oscuridad. Un intenso hedor a tierra mojada me abofeteó. En la presencia de aquel hedor, tan extrañamente familiar, y con la mirada caída en el pozo de oscuridad al frente, me asaltó una imagen que conservaba desde la infancia, enterrada entre cortinas de temor.

Una tarde de lluvia en la ladera este del cementerio de Montjuïc, mirando al mar entre un bosque de mausoleos imposibles, un bosque de cruces y lápidas talladas con rostros de calaveras y niños sin labios ni mirada, que hedía a muerte, las siluetas de una veintena de adultos que sólo conseguía recordar como trajes negros empapados de lluvia y la mano de mi padre sosteniendo la mía con demasiada fuerza, como si así quisiera acallar sus lágrimas, mientras las palabras huecas de un sacerdote caían en aquella fosa de mármol en la que tres enterradores sin rostro empujaban un sarcófago gris por el que resbalaba el aguacero como cera fundida y en el que yo creía oír la voz de mi madre, llamándome, suplicándome que la liberase de aquella prisión de piedra y negrura mientras yo sólo acertaba a temblar y a murmurar sin voz a mi padre que no me apretase tanto la mano, que me estaba haciendo daño, y aquel olor a tierra fresca, tierra de ceniza y de lluvia, lo devoraba todo, olor a muerte y a vacío.

Abrí los ojos y descendí los peldaños casi a ciegas, pues la claridad de la vela apenas conseguía robarle unos centímetros a la oscuridad. Al llegar abajo sostuve la vela en alto y miré a mi alrededor. No descubrí cocina o alacena repleta de maderos secos. Ante mí se abría un pasillo angosto que iba a morir a una sala en forma de semicírculo en la que se alzaba una silueta con el rostro surcado de lágrimas de sangre y dos ojos negros y sin fondo, con los brazos desplegados como alas y una serpiente de púas brotándole de las sienes. Sentí una ola de frío que me apuñalaba la nuca. En algún momento recobré la serenidad y comprendí que estaba contemplando la efigie de un Cristo tallada en madera sobre el muro de una capilla. Me adelanté unos metros y vislumbré una estampa espectral. Una docena de torsos femeninos desnudos se apilaban en un rincón de la antigua capilla. Advertí que les faltaban los brazos y la cabeza y que se sostenían sobre un trípode. Cada uno de ellos tenía una forma claramente diferenciada, y no me costó adivinar el contorno de mujeres de

diversas edades y constituciones. Sobre el vientre se leían unas palabras trazadas al carbón. «Isabel. Eugenia. Penélope». Por una vez, mis lecturas victorianas salieron al rescate y comprendí que aquella visión era la ruina de una práctica ya en desuso, un eco de tiempos en que las familias acaudaladas disponían de maniquís creados a la medida de los miembros de la familia para la confección de vestidos y ajuares. Pese a la mirada severa y amenazadora del Cristo, no pude resistir la tentación de alargar la mano y rozar el talle del torso que llevaba el nombre de Penélope Aldaya.

Me pareció entonces escuchar pasos en el piso superior. Pensé que Bea ya habría llegado y que estaría recorriendo el caserón, buscándome. Dejé la capilla con alivio y me dirigí de nuevo hacia la escalera. Estaba por ascender cuando advertí que en el extremo opuesto del corredor se distinguía una caldera y una instalación de calefacción en aparente buen estado que resultaba incongruente con el resto del sótano. Recordé que Bea había comentado que la compañía inmobiliaria que había tratado de vender el palacete Aldaya durante años había realizado algunas obras de mejora con la intención de atraer compradores potenciales sin éxito. Me aproximé a examinar el ingenio con más detenimiento y comprobé que se trataba de un sistema de radiadores alimentado por una pequeña caldera. A mis pies encontré varios cubos con carbón, piezas de madera prensada y unas latas que supuse debían de ser de queroseno. Abrí la compuerta de la caldera y escruté el interior. Todo parecía en orden. La perspectiva de conseguir que aquel armatoste funcionase tantos años se me antojó desesperada, pero ello no me impidió proceder a llenar la caldera de pedazos de carbón y madera y rociarlos con un buen baño de queroseno. Mientras lo hacía me pareció percibir un crujido de madera vieja y por un instante volví la vista atrás. Me invadió la visión de púas ensangrentadas desclavándose de los maderos y, enfrentando la penumbra, temí ver emerger a tan sólo unos pasos de mí la figura de aquel Santo Cristo que acudía a mi encuentro blandiendo una sonrisa lobuna.

Al contacto de la vela, la caldera prendió con una llamarada que arrancó un estruendo metálico. Cerré la compuerta y me retiré unos pasos, cada vez menos seguro de la solidez de mis propósitos. La caldera parecía tirar con cierta dificultad y decidí regresar a la planta baja para comprobar si la acción tenía alguna consecuencia práctica. Ascendí la escalera y regresé al gran salón esperando encontrar a Bea, pero no había rastro de ella. Supuse que había pasado ya casi una hora desde que había llegado, y mis temores de que el objeto de mis turbios deseos nunca se presentase cobraron visos de dolorosa verosimilitud. Para matar la inquietud, decidí proseguir con mis proezas de lampista y partí a la búsqueda de radiadores que confirmasen que mi resurrección de la caldera había sido un éxito. Todos los que encontré demostraron resistirse a mis anhelos, helados como témpanos. Todos excepto uno. En una pequeña habitación de no más de cuatro o cinco metros cuadrados, un cuarto de baño, que supuse ubicado justo encima de la caldera, se percibía una cierta calidez. Me arrodillé y comprobé con alegría que las baldosas del suelo estaban tibias. Fue así cómo Bea me encontró, en cuclillas sobre el suelo, palpando las baldosas de un baño como un

imbécil con la sonrisa bobalicona del asno flautista estampada en la cara.

Al volver la vista atrás y tratar de reconstruir los sucesos de aquella noche en el palacete Aldaya, la única excusa que se me ocurre para justificar mi comportamiento es alegar que a los dieciocho años, a falta de sutileza y mayor experiencia, un viejo lavabo puede hacer las veces de paraíso. Me bastaron un par de minutos para persuadir a Bea de que tomásemos las mantas del salón y nos encerrásemos en aquella diminuta habitación con la sola compañía de dos velas y unos apliques de baño de museo. Mi argumento principal, climatológico, hizo mella rápidamente en Bea, a quien el calorcillo que emanaba de aquellas baldosas disuadió de los primeros temores de que mi disparatada invención fuera a prenderle fuego al caserón. Luego, en la penumbra rojiza de las velas, mientras la desnudaba con dedos temblorosos, ella se sonreía, buscándome la mirada y demostrándome que entonces y siempre cualquier cosa que se me pudiera ocurrir, a ella se le había ocurrido ya antes.

La recuerdo sentada, la espalda contra la puerta cerrada de aquel cuarto, los brazos caídos a los lados, las palmas de las manos abiertas hacia mí. Recuerdo cómo mantenía el rostro erguido, desafiante, mientras le acariciaba la garganta con la yema de los dedos. Recuerdo cómo tomó mis manos y las posó sobre sus pechos, y cómo le temblaban la mirada y los labios cuando tomé sus pezones entre los dedos y los pellizqué embobado, cómo se deslizó hacia el suelo mientras buscaba su vientre con los labios y sus muslos blancos me recibían.

—¿Habías hecho esto antes, Daniel?

—En sueños.

—En serio.

—No. ¿Y tú?

—No. ¿Ni siquiera con Clara Barceló?

Reí, probablemente de mí mismo.

—¿Qué sabes tú de Clara Barceló?

—Nada.

—Pues yo menos —dije.

—No me lo creo.

Me incliné sobre ella y la miré a los ojos.

—Nunca había hecho esto con nadie.

Bea sonrió. Se me escapó la mano entre sus muslos y me abalancé en busca de sus labios, convencido ya de que el canibalismo era la encarnación suprema de la sabiduría.

—¿Daniel? —dijo Bea con un hilo de voz.

—¿Qué? —pregunté.

La respuesta nunca llegó a sus labios. Súbitamente, una lengua de aire frío silbó bajo la puerta y en aquel segundo interminable antes de que el viento apagase las

velas, nuestras miradas se encontraron y sentimos que la ilusión de aquel momento se hacía añicos. Nos bastó un instante para saber que había alguien al otro lado de la puerta. Vi el miedo dibujándose en el rostro de Bea y un segundo después nos cubrió la oscuridad. El golpe sobre la puerta vino después. Brutal, como si un puño de acero hubiese martilleado contra la puerta, casi arrancándola de los goznes.

Sentí el cuerpo de Bea saltando en la oscuridad y la rodeé con mis brazos. Nos retiramos hacia el interior del cuarto, justo antes de que el segundo golpe cayese sobre la puerta, lanzándola con tremenda fuerza contra la pared. Bea gritó y se encogió contra mí. Por un instante sólo atiné a ver la tiniebla azul que reptaba desde el corredor y las serpientes de humo de las velas extinguidas, ascendiendo en espiral. El marco de la puerta dibujaba fauces de sombra y creí ver una silueta angulosa que se perfilaba en el umbral de la oscuridad.

Me asomé al corredor temiendo, o quizá deseando, encontrar sólo a un extraño, un vagabundo que se hubiese aventurado en un caserón en ruinas en busca de refugio en una noche desapacible. Pero no había nadie allí, apenas las lenguas de azul que exhalaban las ventanas. Acurrucada en un rincón del cuarto, temblando, Bea susurró mi nombre.

—No hay nadie —dije—. Quizá ha sido un golpe de viento.

—El viento no da puñetazos en las puertas, Daniel. Vayámonos.

Regresé al cuarto y recogí nuestra ropa.

—Ten, vístete. Vamos a echar un vistazo.

—Mejor nos vamos ya.

—En seguida. Sólo quiero asegurarme de una cosa.

Nos vestimos aprisa y a ciegas. En cuestión de segundos pudimos ver nuestro aliento dibujándose en el aire. Recogí una de las velas del suelo y la encendí de nuevo. Una corriente de aire frío se deslizaba por la casa, como si alguien hubiese abierto puertas y ventanas.

—¿Ves? Es el viento.

Bea se limitó a negar en silencio. Nos dirigimos de vuelta a la sala protegiendo la llama con las manos. Bea me seguía de cerca, casi sin respirar.

—¿Qué estamos buscando, Daniel?

—Sólo es un minuto.

—No, vayámonos ya.

—De acuerdo.

Nos volvimos para encaminarnos hacia la salida y fue entonces cuando lo advertí. El portón de madera labrada en el extremo de un corredor que había intentado abrir una o dos horas antes sin conseguirlo estaba entornado.

—¿Qué pasa? —preguntó Bea.

—Espérame aquí.

—Daniel, por favor…

Me adentré en el corredor, sosteniendo la vela que temblaba en el aliento frío del

viento. Bea suspiró y me siguió a regañadientes. Me detuve frente al portón. Se adivinaban peldaños de mármol descendiendo hacia la negrura. Me adentré en la escalinata. Bea, petrificada, sostenía la vela en el umbral.

—Por favor, Daniel, vayámonos ya…

Descendí peldaño a peldaño hasta el fondo de la escalinata. El halo espectral de la vela en lo alto arañaba el contorno de una sala rectangular, de paredes de piedra desnudas, cubiertas de crucifijos. El frío que reinaba en aquella estancia cortaba la respiración. Al frente se adivinaba una losa de mármol y sobre ella, alineados uno junto al otro, me pareció reconocer dos objetos similares de diferente tamaño, blancos. Reflejaban el temblor de la vela con más intensidad que el resto de la sala e imaginé que se trataba de madera esmaltada. Di un paso más al frente y sólo entonces lo comprendí. Los dos objetos eran dos ataúdes blancos. Uno de ellos apenas medía tres palmos. Sentí un vahído de frío en la nuca. Era el sarcófago de un niño. Estaba en una cripta.

Sin darme cuenta de lo que estaba haciendo, me aproximé a la losa de mármol hasta que me encontré a suficiente distancia como para poder alargar la mano y tocarla. Advertí entonces que sobre los dos ataúdes había labrados un nombre y una cruz. El polvo, un manto de cenizas, los enmascaraba. Posé la mano sobre uno de ellos, el de mayor tamaño. Lentamente, casi en trance, sin pararme a pensar lo que hacía, barrí las cenizas que cubrían la tapa del ataúd. Apenas podía leerse en la tiniebla rojiza de las velas.

†

PENÉLOPE ALDAYA

1902-1919

Me quedé paralizado. Algo o alguien se estaba desplazando desde la oscuridad. Sentí que el aire frío se deslizaba sobre mi piel y sólo entonces retrocedí unos pasos.

—Fuera de aquí —murmuró la voz desde las sombras.

La reconocí al instante. Laín Coubert. La voz del diablo.

Me lancé escaleras arriba y una vez gané la planta baja así a Bea del brazo y la arrastré a toda prisa hacia la salida. Habíamos perdido la vela y corríamos a ciegas. Bea, asustada, no comprendía mi súbita alarma. No había visto nada. No había oído nada. No me detuve a darle explicaciones. Esperaba en cualquier momento que algo saltase de las sombras y nos cerrase el paso, pero la puerta principal nos esperaba al final del corredor, los resquicios proyectando un rectángulo de luz.

—Está cerrada —musitó Bea.

Palpé mis bolsillos buscando la llave. Volví la vista atrás una fracción de segundo y tuve la certeza de que dos puntos brillantes avanzaban lentamente hacia nosotros desde el fondo del corredor. Ojos. Mis dedos dieron con la llave. La introduje desesperadamente en la cerradura, abrí y empujé a Bea al exterior con brusquedad.

Bea debió de leer el temor en mi voz porque se apresuró hacia la verja a través del jardín y no se detuvo hasta que nos encontramos los dos sin aliento y cubiertos de sudor frío en la acera de la avenida del Tibidabo.

—¿Qué ha pasado ahí abajo, Daniel? ¿Había alguien?

—No.

—Estás pálido.

—Soy pálido. Anda, vamos.

—¿Y la llave?

La había dejado dentro, encajada en la cerradura. No sentí deseos de regresar a por ella.

—Creo que la he perdido al salir. Ya la buscaremos otro día.

Nos alejamos avenida abajo a paso ligero. Cruzamos hasta la otra acera y no aflojamos el paso hasta que nos encontramos a un centenar de metros del caserón y su silueta apenas se adivinaba en la noche. Descubrí entonces que todavía tenía la mano manchada de cenizas y di gracias por el manto de sombra de la noche, que ocultaba a Bea las lágrimas de terror que me resbalaban por las mejillas.

Anduvimos calle Balmes abajo hasta la plaza Núñez de Arce, donde encontramos un taxi solitario. Descendimos por Balmes hasta Consejo de Ciento casi sin mediar palabra. Bea me tomó la mano y un par de veces la descubrí observándome con mirada vidriosa, impenetrable. Me incliné a besarla, pero no separó los labios.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Te llamaré mañana o pasado —dijo.

—¿Lo prometes?

Asintió.

—Puedes llamar a casa o a la librería. Es el mismo número. Lo tienes, ¿verdad?

Asintió de nuevo. Le pedí al conductor que se detuviese un momento en la esquina de Muntaner y Diputación. Me ofrecí a acompañar a Bea hasta su portal, pero ella se negó y se alejó sin dejarme besarla de nuevo, ni siquiera rozarle la mano. Echó a correr y la vi partir desde el taxi. Las luces del piso de los Aguilar estaban encendidas y pude ver claramente a mi amigo Tomás observándome desde la ventana de su habitación, en la que habíamos pasado tantas tardes juntos charlando o jugando al ajedrez. Le saludé con la mano, forzando una sonrisa que probablemente no podía ver. No me devolvió el saludo. Su silueta permaneció inmóvil, pegada al cristal, contemplándome fríamente. Unos segundos más tarde se retiró y las ventanas se oscurecieron. Estaba esperándonos, pensé.

35

Al llegar a casa encontré los restos de una cena para dos en la mesa. Mi padre ya se había retirado y me pregunté si, por ventura, se habría animado a invitar a la Merceditas a cenar en casa. Me deslicé hasta mi habitación y entré sin encender la luz. Tan pronto me senté en el borde del colchón advertí que había alguien más en la estancia, tendido en la penumbra sobre el lecho como un difunto con las manos cruzadas sobre el pecho. Sentí un latigazo de frío en el estómago pero rápidamente reconocí los ronquidos y el perfil de aquella nariz sin parangón. Encendí la lamparilla de noche y encontré a Fermín Romero de Torres perdido en una sonrisa embelesada y emitiendo pequeños gemidos placenteros sobre la colcha. Suspiré y el durmiente abrió los ojos. Al verme pareció extrañado. Obviamente esperaba otra compañía. Se frotó los ojos y miró alrededor, haciéndose una más ajustada composición del lugar.

—Espero no haberle asustado. La Bernarda dice que dormido parezco el Boris Karloff español.

—¿Qué hace en mi cama, Fermín?

Entornó los ojos con cierta nostalgia.

—Soñando con Carole Lombard. Estábamos en Tánger, en unos baños turcos, y yo la untaba toda de aceite de ese que venden para el culillo de los bebés. ¿Ha untado usted alguna vez a una mujer de aceite, de arriba abajo, a conciencia?

—Fermín, son las doce y media de la noche y no me tengo de sueño.

—Usted disculpe, Daniel. Es que su señor padre insistió en que subiera a cenar y luego me entró una ñoña, porque a mí la carne de res me produce un efecto narcótico. Su padre me sugirió que me tendiese aquí un rato, alegando que a usted no le importaría…

—Y no me importa, Fermín. Es que me ha pillado por sorpresa. Quédese con la cama y vuelva con Carole Lombard, que le debe de estar esperando. Y métase dentro, que hace una noche de perros y encima va a pillar algo. Yo me iré al comedor.

Fermín asintió mansamente. Las magulladuras de la cara se le estaban inflamando y su cabeza, tramada con una barba de dos días y aquella escasa cabellera rala, parecía una fruta madura caída de un árbol. Cogí una manta de la cómoda y le tendí otra a Fermín. Apagué la luz y salí al comedor, donde me esperaba el butacón predilecto de mi padre. Me envolví en la manta y me acurruqué como pude,

convencido de que no iba a pegar ojo. La imagen de dos ataúdes blancos en la tiniebla me sangraba en la mente. Cerré los ojos y puse todo mi empeño en borrar aquella visión. En su lugar, conjuré la visión de Bea desnuda sobre las mantas en aquel cuarto de baño a la luz de las velas. Abandonado a estos felices pensamientos, me pareció oír el murmullo lejano del mar y me pregunté si el sueño me habría vencido sin yo saberlo. Quizá navegaba rumbo a Tánger. Al poco comprendí que eran sólo los ronquidos de Fermín y un instante después se apagó el mundo. En toda mi vida no he dormido mejor ni más profundamente que aquella noche.

Amaneció lloviendo a cántaros, con las calles anegadas y la lluvia acribillando las ventanas con rabia. El teléfono sonó a las siete y media. Salté de la butaca a contestar con el corazón en el gaznate. Fermín, en albornoz y pantuflas, y mi padre, sosteniendo la cafetera, intercambiaron aquella mirada que empezaba a hacerse habitual.

—¿Bea? —susurré al auricular, dándoles la espalda.

Creí oír un suspiro en la línea.

—¿Bea, eres tú?

No obtuve respuesta y, segundos más tarde, la línea se cortó. Me quedé observando el teléfono durante un minuto, esperando que volviese a sonar.

—Ya volverán a llamar, Daniel. Ahora ven a desayunar —dijo mi padre.

Llamará más tarde, me dije. Alguien debe de haberla sorprendido. No debía de ser fácil burlar el toque de queda del señor Aguilar. No había motivo de alarma. Con estas y otras excusas me arrastré hasta la mesa para fingir que acompañaba a mi padre y a Fermín en su desayuno. Quizá fuera la lluvia, pero la comida había perdido todo el sabor.

Llovió toda la mañana y al rato de abrir la librería tuvimos un apagón general en todo el barrio que duró hasta el mediodía.

—Lo que faltaba —suspiró mi padre.

A las tres empezaron las primeras goteras. Fermín se ofreció a subir a casa de la Merceditas a pedir prestados unos cubos, platos o cualquier receptáculo cóncavo al uso. Mi padre se lo prohibió terminantemente. El diluvio persistía. Para matar la angustia le relaté a Fermín lo sucedido la noche anterior, guardándome, sin embargo, lo que había visto en aquella cripta. Fermín me escuchó fascinado, pero pese a su titánica insistencia me negué a describirle la consistencia, textura y disposición del busto de Bea. El día se fue en el aguacero.

Después de cenar, so pretexto de darme un paseo para estirar las piernas, dejé a mi padre leyendo y me dirigí hasta casa de Bea. Al llegar me detuve en la esquina a contemplar los ventanales del piso y me pregunté qué era lo que estaba haciendo allí. Espiar, fisgar y hacer el ridículo fueron algunos de los términos que me cruzaron la mente. Aun así, tan desprovisto de dignidad como de abrigo apropiado para la gélida

temperatura, me resguardé del viento en un portal al otro lado de la calle y permanecí allí cerca de media hora, vigilando las ventanas y viendo pasar las siluetas del señor Aguilar y de su esposa. No había rastro de Bea.

Era casi medianoche cuando regresé a casa, tiritando de frío y con el mundo a cuestas. Llamará mañana, me repetí mil veces mientras intentaba capturar el sueño. Bea no llamó al día siguiente. Ni al otro. Ni en toda aquella semana, la más larga y la última de mi vida.

En siete días, estaría muerto.

36

Sólo alguien al que apenas le queda una semana de vida es capaz de malgastar su tiempo como yo lo hice durante aquellos días. Me dedicaba a velar el teléfono y roerme el alma, tan prisionero de mi propia ceguera que apenas era capaz de adivinar lo que el destino ya daba por descontado. El lunes al mediodía me acerqué hasta la Facultad de Letras en la plaza Universidad con la intención de ver a Bea. Sabía que no le iba a hacer ninguna gracia que me presentase allí y que nos viesen juntos en público, pero prefería enfrentar su ira que seguir con aquella incertidumbre.

Pregunté en la secretaría por el aula del profesor Velázquez y me dispuse a esperar la salida de los estudiantes. Esperé unos veinte minutos hasta que se abrieron las puertas y vi pasar el semblante arrogante y apincelado del profesor Velázquez, siempre rodeado de su corrillo de admiradoras. Cinco minutos después no había rastro de Bea. Decidí aproximarme hasta las puertas del aula a echar un vistazo. Un trío de muchachas con aire de escuela parroquial conversaban e intercambiaban apuntes o confidencias. La que parecía la líder de la congregación advirtió mi presencia e interrumpió su monólogo para acribillarme con una mirada inquisitiva.

—Perdón, buscaba a Beatriz Aguilar. ¿Sabéis si asiste a esta clase?

Las muchachas intercambiaron una mirada ponzoñosa y procedieron a hacerme una radiografía.

—¿Eres su novio? —preguntó una de ellas—. ¿El alférez?

Me limité a ofrecer una sonrisa vacía, que tomaron por asentimiento. Sólo me la devolvió la tercera muchacha, con timidez y desviando la mirada. Las otras dos se adelantaron, desafiantes.

—Te imaginaba diferente —dijo la que parecía la jefa del comando.

—¿Y el uniforme? —preguntó la segunda oficiala, observándome con desconfianza.

—Estoy de permiso. ¿Sabéis si se ha marchado ya?

—Beatriz no ha venido hoy a clase —informó la jefa, con aire desafiante.

—Ah, ¿no?

—No —confirmó la teniente de dudas y recelos—. Si eres su novio, deberías saberlo.

—Soy su novio, no un guardia civil.

—Anda, vayámonos, éste es un mamarracho —concluyó la jefa.

Ambas pasaron a mi lado dedicándome una mirada de soslayo y una media sonrisa de asco. La tercera, rezagada, se detuvo un instante antes de salir y, asegurándose de que las otras no la veían, me susurró al oído:

—Beatriz tampoco vino el viernes.

—¿Sabes por qué?

—Tú no eres su novio, ¿verdad?

—No. Sólo un amigo.

—Me parece que está enferma.

—¿Enferma?

—Eso dijo una de las chicas que la llamó a casa. Ahora tengo que irme.

Antes de que pudiese agradecerle su ayuda, la muchacha partió al encuentro de las otras dos, que la esperaban con ojos fulminantes en el otro extremo del claustro.

—Daniel, algo habrá pasado. Una tía abuela que se ha muerto, un loro con paperas, un catarro de tanto andar con el trasero al aire… sabe Dios el qué. En contra de lo que usted cree a pies juntillas, el universo no gira en torno a las apetencias de su entrepierna. Otros factores influyen en el devenir de la humanidad.

—¿Se cree que no lo sé? Parece que no me conozca, Fermín.

—Querido, si Dios hubiera querido darme caderas más amplias, hasta le podría haber parido: así de bien le conozco. Hágame caso. Salga de su cabeza y tome la fresca. La espera es el óxido del alma.

—Así que le parezco a usted ridículo.

—No. Me parece preocupante. Ya sé que a su edad estas cosas parecen el fin del mundo, pero todo tiene un límite. Esta noche usted y yo nos vamos de picos pardos a un local de la calle Platería que al parecer está causando furor. Me han dicho que hay unas fámulas nórdicas recién llegadas de Ciudad Real que le quitan a uno hasta la caspa. Yo invito.

—¿Y la Bernarda qué dirá?

—Las niñas son para usted. Yo pienso esperar en la salita, leyendo una revista y contemplando el percal de lejos, porque me he convertido a la monogamia, si no in mentis al menos de facto.

—Se lo agradezco, Fermín, pero…

—Un chaval de dieciocho años que rechaza una oferta así no está en posesión de sus facultades. Hay que hacer algo ahora mismo. Tenga.

Se hurgó los bolsillos y me tendió unas monedas. Me pregunté si aquéllos eran los doblones con los que pensaba financiar la visita al suntuoso harén de las ninfas mesetarias.

—Con esto no nos dan ni las buenas noches, Fermín.

—Usted es de los que se caen del árbol y nunca llegan a tocar el suelo. ¿Se cree

de verdad que le voy a llevar de putas y devolvérselo forrado de gonorrea a su señor padre, que es el hombre más santo que he conocido? Lo de las nenas se lo decía para ver si reaccionaba, apelando a la única parte de su persona que parece funcionar. Esto es para que vaya al teléfono de la esquina y llame a su enamorada con algo de intimidad.

—Bea me dijo expresamente que no la llamase.

—También le dijo que llamaría el viernes. Estamos a lunes. Usted mismo. Una cosa es creer en las mujeres y otra creerse lo que dicen.

Convencido por sus argumentos, me escabullí de la librería hasta el teléfono público de la esquina y marqué el número de los Aguilar. Al quinto tono, alguien alzó el teléfono al otro lado y escuchó en silencio, sin contestar. Pasaron cinco segundos eternos.

—¿Bea? —murmuré—. ¿Eres tú?

La voz que contestó me cayó como un martillazo en el estómago.

—Hijo de puta, te juro que te voy a arrancar el alma a hostias.

El tono era acerado, de pura rabia contenida. Fría y serena. Eso es lo que me dio más miedo. Podía imaginar al señor Aguilar sosteniendo el teléfono en el recibidor de su casa, el mismo que yo había utilizado muchas veces para llamar a mi padre y decirle que me retrasaba después de pasar la tarde con Tomás. Me quedé escuchando la respiración del padre de Bea, mudo, preguntándome si me habría reconocido por la voz.

—Veo que no tienes cojones ni para hablar, desgraciado. Cualquier mierda seca es capaz de hacer lo que tú, pero al menos un hombre tendría el valor de dar la cara. A mí se me caería la cara de vergüenza de saber que una chica de diecisiete años tiene más huevos que yo, porque ella no ha querido decir quién eres y no lo dirá. La conozco. Y ya que tú no tienes las agallas de dar la cara por Beatriz, ella va a pagar por lo que tú has hecho.

Cuando colgué el teléfono me temblaban las manos. No fui consciente de lo que acababa de hacer hasta que dejé la cabina y arrastré los pies de vuelta a la librería. No me había parado a considerar que mi llamada sólo iba a empeorar la situación en la que ya se encontrase Bea. Mi única preocupación había sido mantener el anonimato y esconder la cara, renegando de aquellos a quienes decía querer y quienes me limitaba a utilizar. Lo había hecho ya cuando el inspector Fumero había golpeado a Fermín. Lo había hecho de nuevo al abandonar a Bea a su suerte. Volvería a hacerlo en cuanto las circunstancias me brindasen la oportunidad. Permanecí en la calle diez minutos, intentando calmarme, antes de volver a entrar en la librería. Quizá debía llamar otra vez y decirle al señor Aguilar que sí, que era yo, que estaba atontado por su hija y que ahí se acababa el cuento. Si luego le apetecía venir con su uniforme de comandante a romperme la cara, estaba en su derecho.

Regresaba ya a la librería cuando advertí que alguien me observaba desde un portal al otro lado de la calle. Al principio pensé que se trataba de don Federico, el

relojero, pero me bastó un simple vistazo para comprobar que se trataba de un individuo más alto y de constitución más sólida. Me detuve a devolverle la mirada y, para mi sorpresa, asintió, como si quisiera saludarme e indicarme que no le importaba en absoluto que hubiera reparado en su presencia. La luz de una farola le caía sobre el rostro de perfil. Las facciones me resultaron familiares. Se adelantó un paso y, abrochándose la gabardina hasta arriba, me sonrió y se alejó entre los transeúntes en dirección a las Ramblas. Le reconocí entonces como el agente de policía que me había sujetado mientras el inspector Fumero atacaba a Fermín. Al entrar en la librería, Fermín alzó la vista y me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Y esa cara que trae?

—Fermín, creo que tenemos un problema.

Aquella misma noche pusimos en marcha el plan de alta intriga y baja consistencia que habíamos concebido días atrás con don Gustavo Barceló.

—Lo primero es asegurarnos de que está usted en lo cierto y somos objeto de vigilancia policial. Ahora, como quien no quiere la cosa, nos vamos a acercar dando un paseo hasta Els Quatre Gats para ver si ese individuo todavía está ahí fuera, al acecho. Pero a su padre ni una palabra de todo esto, o va a acabar por criar una piedra en el riñón.

—¿Y qué quiere que le diga? Ya hace tiempo que anda con la mosca detrás de la oreja.

—Dígale que va a por pipas o a por polvos para hacer un flan.

—¿Y por qué tenemos que ir a Els Quatre Gats precisamente?

—Porque ahí sirven los mejores bocadillos de longaniza en un radio de cinco kilómetros y en algún sitio tenemos que hablar. No me sea cenizo y haga lo que le digo, Daniel.

Dando por bienvenida cualquier actividad que me mantuviese alejado de mis pensamientos, obedecí dócilmente y un par de minutos más tarde salía a la calle tras haberle asegurado a mi padre que estaría de vuelta a la hora de la cena. Fermín me esperaba en la esquina de la Puerta del Ángel. Tan pronto me reuní con él, hizo un gesto con las cejas y me indicó que echara a andar.

—Llevamos el cascabel a unos veinte metros. No se vuelva.

—¿Es el mismo de antes?

—No creo, a menos que haya encogido con la humedad. Éste parece un pardillo. Me lleva un diario deportivo de hace seis días. Fumero debe de estar reclutando aprendices en el Cotolengo.

Al llegar a Els Quatre Gats, nuestro hombre de incógnito tomó una mesa a pocos metros de la nuestra y fingió releer por enésima vez las incidencias de la jornada de liga de la semana anterior. Cada veinte segundos nos lanzaba una mirada de soslayo.

—Pobrecillo, mire cómo suda —dijo Fermín, sacudiendo la cabeza—. Le veo un tanto disperso, Daniel. ¿Ha hablado con la nena o no?

—Se ha puesto su padre.

—¿Y han tenido una conversación amigable y cordial?

—Más bien un monólogo.

—Ya veo. ¿Debo entonces inferir que todavía no le trata de papá?

—Me ha dicho textualmente que me iba a arrancar el alma a hostias.

—Será un recurso estilístico.

Al punto, la silueta del camarero se cernió sobre nosotros. Fermín pidió comida para un regimiento, frotándose las manos de anhelo.

—¿Y usted no quiere nada, Daniel?

Negué. Al regresar el camarero con dos bandejas repletas de tapas, bocadillos y cervezas varias, Fermín le soltó un buen doblón y le dijo que podía quedarse la propina.

—Jefe, ¿ve usted a ese individuo de la mesa junto a la ventana, el que va vestido de Pepito Grillo y tiene la cabeza metida dentro del periódico, a modo de cucurucho?

El camarero asintió con aire de complicidad.

—¿Me haría el favor de ir y decirle que el inspector Fumero le envía recado urgente de que acuda ipso facto al mercado de la Boquería a comprar veinte duros de garbanzos hervidos y llevarlos a jefatura sin dilación (en taxi si hace falta) o que se prepare para presentar el escroto en bandeja? ¿Se lo repito?

—No hace falta, caballero. Veinte duros de garbanzos hervidos o el escroto.

Fermín le soltó otra moneda.

—Dios le bendiga.

El camarero asintió respetuosamente y partió rumbo a la mesa de nuestro perseguidor a entregar el mensaje. Al escuchar las órdenes, al centinela se le descompuso el rostro. Permaneció quince segundos en su mesa, debatiéndose entre fuerzas insondables, y luego se lanzó al galope hacia la calle. Fermín no se molestó ni en pestañear. En otras circunstancias habría disfrutado con el episodio, pero aquella noche era incapaz de quitarme del pensamiento a Bea.

—Daniel, tome tierra, que tenemos faena que discutir. Mañana mismo se va usted a visitar a Nuria Monfort, tal como habíamos dicho.

—¿Y una vez allí qué le digo?

—Tema no le faltará. El plan es hacer lo que dijo el señor Barceló con muy buen tino. Le suelta que sabe que le mintió con perfidia respecto a Carax, que su supuesto marido Miquel Moliner no está en la cárcel como ella pretende, que ha averiguado usted que ella es la mano negra que ha estado recogiendo la correspondencia del antiguo piso de la familia Fortuny-Carax usando un apartado de correos a nombre de un bufete de abogados inexistente… le dice usted lo que sea necesario y conductivo para encenderle el fuego debajo de los pies. Todo ello con melodrama y semblante bíblico. Luego, con golpe de efecto, se va y la deja macerar un rato en los jugos del resquemor.

—Y mientras tanto…

—Mientras tanto yo estaré presto a seguirla, propósito que pienso llevar a cabo

haciendo uso de avanzadas técnicas de camuflaje.

—No va a funcionar, Fermín.

—Hombre de poca fe. A ver, pero ¿qué le ha dicho el padre de esa muchacha para ponerle así? ¿Es por lo de la amenaza? Ni le haga caso. A ver, ¿qué le ha dicho ese energúmeno?

Respondí sin pensar.

—La verdad.

—¿La verdad según san Daniel Mártir?

—Ríase lo que quiera. Me está bien empleado.

—No me río, Daniel. Es que me sabe mal verle con ese ánimo autoflagelatorio. Cualquiera diría que está usted al borde del cilicio. No ha hecho usted nada malo. Ya tiene la vida suficientes verdugos para que uno vaya haciendo doblete y ejerciendo de Torquemada con uno mismo.

—¿Habla por experiencia?

Fermín se encogió de hombros.

—Nunca me ha contado usted cómo se cruzó con Fumero —apunté.

—¿Quiere oír una historia con moraleja?

—Sólo si usted quiere contármela.

Fermín se sirvió un vaso de vino y lo apuró de un trago.

—Amén —dijo para sí mismo—. Lo que puedo contarle de Fumero es vox pópuli. La primera vez que oí hablar de él, el futuro inspector era un pistolero al servicio de la FAI. Se había labrado toda una reputación porque no tenía miedo ni escrúpulos. Le bastaba un nombre y lo despachaba de un tiro en la cara en plena calle al mediodía. Talentos así se valoran mucho en tiempos agitados. Lo que tampoco tenía era fidelidad ni credo. Le traía al pairo la causa a la que servía, mientras la causa le sirviese para trepar en el escalafón. Hay toneladas de gentuza así en el mundo, pero pocos tienen el talento de Fumero. De los anarquistas pasó a servir a los comunistas, y de ahí a los fascistas sólo había un paso. Espiaba y vendía información de un bando a otro, tomaba el dinero de todos. Yo hacía tiempo que le tenía echado el ojo. Por entonces, yo trabajaba para el gobierno de la Generalitat. A veces me confundían con el hermano feo de Companys, lo que a mí me llenaba de orgullo.

—¿Qué hacía usted?

—Un poco de todo. En los seriales de ahora a lo que yo hacía se le llama espionaje, pero en tiempos de guerra todos somos espías. Parte de mi trabajo era estar al tanto de los individuos como Fumero. Ésos son los más peligrosos. Son como víboras, sin color ni conciencia. En las guerras brotan de todas partes. En tiempos de paz se ponen la careta. Pero siguen ahí. A miles. El caso es que tarde o temprano averigüé cuál era su juego. Más tarde que temprano, diría yo. Barcelona cayó en cuestión de días y la tortilla giró completamente. Pasé a ser un criminal perseguido y mis superiores se vieron forzados a esconderse como ratas. Por supuesto, Fumero ya estaba al mando de la operación de «limpieza». La purga a tiros se llevaba a cabo en

plena calle, o en el castillo de Montjuïc. A mí me detuvieron en el puerto cuando intentaba conseguir pasaje en un carguero griego para enviar a Francia a algunos de mis jefes. Me llevaron a Montjuïc y me tuvieron dos días encerrado en una celda completamente oscura, sin agua y sin ventilación. Cuando volví a ver la luz era la de la llama de un soplete. Fumero y un tipo que sólo hablaba alemán me colgaron boca abajo por los pies. El alemán primero me desprendió la ropa con el soplete, quemándola. Me pareció que tenía práctica. Cuando me quedé en pelota picada y con todos los pelos del cuerpo chamuscados, Fumero me dijo que si no le decía dónde estaban ocultos mis superiores, la diversión empezaría de verdad. Yo no soy un hombre valiente, Daniel. Nunca lo he sido, pero el poco valor que tengo lo usé para cagarme en su madre y enviarle a la mierda. A un signo de Fumero, el alemán me inyectó no sé qué en el muslo y esperó unos minutos. Luego, mientras Fumero fumaba y me observaba sonriente, empezó a asarme concienzudamente con el soplete. Usted ha visto las marcas…

Asentí. Fermín hablaba con tono sereno, sin emoción.

—Esas marcas son las de menos. Las peores se quedan dentro. Aguanté una hora bajo el soplete, o quizá sólo fuera un minuto. No lo sé. Pero acabé por dar nombres, apellidos y hasta la talla de camisa de todos mis superiores y hasta de quien no lo era. Me abandonaron en un callejón del Pueblo Seco, desnudo y con la piel quemada. Una buena mujer me metió en su casa y me cuidó durante dos meses. Los comunistas le habían matado al marido y a sus dos hijos a tiros a la puerta de su casa. No sabía por qué. Cuando pude levantarme y salir a la calle, supe que todos mis superiores habían sido detenidos y ajusticiados horas después de que les hubiese delatado.

—Fermín, si no quiere contarme esto…

—No, no. Más vale que lo oiga y sepa con quién se juega usted los cuartos. Cuando regresé a mi casa, me informaron de que había sido expropiada por el gobierno, al igual que mis posesiones. Me había convertido en un mendigo sin saberlo. Traté de conseguir empleo. Se me negó. Lo único que podía conseguir era una botella de vino a granel por unos céntimos. Es veneno lento, que se come las tripas como el ácido, pero confié en que tarde o temprano haría su efecto. Me decía que volvería a Cuba, con mi mulata, algún día. Me detuvieron cuando intentaba abordar un carguero rumbo a La Habana. He olvidado ya cuánto tiempo pasé en la cárcel. Después del primer año, uno empieza a perderlo todo, hasta la razón. Al salir pasé a vivir en las calles, donde usted me encontró una eternidad después. Había muchos como yo, compañeros de galería o amnistía. Los que tenían suerte contaban con alguien fuera, alguien o algo a lo que regresar. Los demás nos uníamos al ejército de desheredados. Una vez te dan el carnet de ese club, nunca dejas de ser socio. La mayoría sólo salíamos de noche, cuando el mundo no mira. Conocí a muchos como yo. Raramente los volvía a ver. La vida en la calle es corta. La gente te mira con asco, incluso los que te dan limosna, pero eso no es nada comparado con la repugnancia que uno se inspira a sí mismo. Es como vivir atrapado en un cadáver que camina, que

siente hambre, que apesta y que se resiste a morir. De tarde en tarde, Fumero y sus hombres me detenían y me acusaban de algún hurto absurdo, o de tentar a niñas a la salida de un colegio de monjas. Otro mes en la Modelo, palizas y a la calle otra vez. Nunca comprendí qué sentido tenían aquellas farsas. Al parecer, la policía estimaba conveniente disponer de un censo de sospechosos al que echar mano cuando fuera necesario. En uno de mis encuentros con Fumero, que ahora era todo un prohombre respetable, le pregunté por qué no me había matado, como a los demás. Se rió y me dijo que había cosas peores que la muerte. Él nunca mataba a un chivato, dijo. Lo dejaba pudrirse vivo.

—Fermín, usted no es un chivato. Cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo. Usted es mi mejor amigo.

—Yo no merezco su amistad, Daniel. Usted y su padre me han salvado la vida, y mi vida les pertenece. Lo que yo pueda hacer por ustedes, lo haré. El día que me sacó usted de la calle, Fermín Romero de Torres volvió a nacer.

—Ése no es su verdadero nombre, ¿verdad?

Fermín negó.

—Ése lo vi en un cartel de la Plaza de las Arenas. El otro está enterrado. El hombre que antes vivía en estos huesos murió, Daniel. A veces vuelve, en pesadillas. Pero usted me ha enseñado a ser otro hombre y me ha dado una razón para vivir otra vez, mi Bernarda.

—Fermín…

—No diga usted nada, Daniel. Sólo perdóneme, si puede.

Le abracé en silencio y le dejé llorar. La gente nos miraba de reojo, y yo les devolvía una mirada de fuego. Al rato decidieron ignorarnos. Luego, mientras acompañaba a Fermín hasta su pensión, mi amigo recuperó la voz.

—Lo que le he contado hoy… le ruego que a la Bernarda…

—Ni a la Bernarda ni a nadie. Ni una palabra, Fermín.

Nos despedimos con un apretón de manos.

37

Pasé la noche en vela, tendido sobre el lecho con la luz encendida contemplando mi flamante pluma Montblanc, con la que no había vuelto a escribir en años y que empezaba a convertirse en el mejor par de guantes que jamás se le haya regalado a un manco. Más de una vez me sentí tentado de acercarme a casa de los Aguilar y, a falta de mejor término, entregarme, pero tras mucha meditación supuse que irrumpir de madrugada en el domicilio paterno de Bea no iba a mejorar mucho la situación en la que se encontrase. Al alba, el cansancio y la dispersión me ayudaron a localizar de nuevo mi proverbial egoísmo y no tardé en convencerme de que lo óptimo era dejar correr las aguas y, con el tiempo, el río se llevaría la sangre.

La mañana discurrió con poca acción en la librería, circunstancia que aproveché para dormitar de pie con la gracia y el equilibrio de un flamenco, en opinión de mi padre. Al mediodía, tal y como había acordado con Fermín la noche anterior, yo fingí que iba a darme una vuelta y Fermín alegó que tenía hora en el ambulatorio para que le quitasen unos puntos. Hasta donde me alcanzó la perspicacia, mi padre se tragó ambos bulos hasta el tobillo. La idea de mentir sistemáticamente a mi padre empezaba a ensuciarme el ánimo, y así se lo había hecho saber a Fermín a media mañana en un rato que mi padre salió para hacer un recado.

—Daniel, la relación paterno-filial está basada en miles de pequeñas mentiras bondadosas. Los Reyes Magos, el ratoncito dientes, el que vale, vale, etc. Ésta es una más. No se sienta culpable.

Llegado el momento, mentí de nuevo y me dirigí hacia el domicilio de Nuria Monfort, cuyo roce y olor conservaba grabados en el ático de la memoria. La plaza de San Felipe Neri había sido tomada por una bandada de palomas que reposaban sobre el empedrado. Había esperado encontrar a Nuria Monfort en compañía de su libro, pero la plaza estaba desierta. Crucé el empedrado bajo la atenta vigilancia de docenas de palomas, y eché un vistazo alrededor buscando en vano la presencia de Fermín camuflado de sabía Dios el qué, pues se había negado a revelarme el ardid que tenía en mente. Me adentré en la escalera y comprobé que el nombre Miquel Moliner seguía en el buzón. Me pregunté si aquél sería el primer agujero que iba a señalarle a

Nuria Monfort en su historia. Mientras ascendía la escalera en penumbra, casi deseé no encontrarla en casa. Nadie tiene tanta compasión con un embustero como alguien de su condición. Al llegar al rellano del cuarto me detuve a reunir valor y urdir alguna excusa con la que justificar mi visita. La radio de la vecina seguía atronando al otro lado del rellano, esta vez transmitiendo un concurso de conocimientos religiosos que llevaba por título «El santo al Cielo» y mantenía electrizadas a las audiencias de España entera cada martes al mediodía.

Y ahora, por cinco duros, díganos, Bartolomé, ¿de qué guisa se aparece el maligno a los sabios del tabernáculo en la parábola del arcángel y el calabacín del libro de Josué?: a) un cabritillo, b) un mercader de botijos, o c) un saltimbanqui con una mona.

Al estallido de aplausos de la audiencia en el estudio de Radio Nacional, me planté decidido frente a la puerta de Nuria Monfort y presioné el timbre durante varios segundos. Oí el eco perderse en el interior del piso y suspiré de alivio. Estaba por irme cuando escuché los pasos acercarse a la puerta y el orificio de la mirilla se iluminó en una lágrima de luz. Sonreí. Escuché la llave girar en el cerrojo y respiré hondo.

38

—Daniel —murmuró, la sonrisa al contraluz.

El humo azul del cigarrillo le velaba el rostro. Los labios le brillaban de carmín oscuro, húmedos y sangrando huellas sobre el filtro que sostenía entre el índice y el anular. Hay personas que se recuerdan y otras que se sueñan. Para mí, Nuria Monfort tenía la consistencia y la credibilidad de un espejismo: no se cuestiona su veracidad, sencillamente se le sigue hasta que se desvanece o te destruye. La seguí hasta el angosto salón de penumbras donde tenía su escritorio, sus libros y aquella colección de lápices alineados como un accidente de simetría.

—Pensaba que no volvería a verte.

—Siento decepcionarla.

Se sentó en la silla de su escritorio, cruzando las piernas e inclinándose hacia atrás. Arranqué los ojos de su garganta y me concentré en una mancha de humedad en la pared. Me aproximé hasta la ventana y eché un vistazo rápido a la plaza. Ni rastro de Fermín. Podía oír a Nuria Monfort respirar a mi espalda, sentir su mirada. Hablé sin apartar los ojos de la ventana.

—Hace unos días, un buen amigo mío averiguó que el administrador de fincas responsable del antiguo piso de la familia Fortuny-Carax había estado enviando la correspondencia a un apartado de correos a nombre de un bufete de abogados que, al parecer, no existe. Ese mismo amigo averiguó que la persona que había estado recogiendo los envíos a ese apartado de correos durante años había utilizado su nombre, señora Monfort…

—Cállate.

Me volví y la encontré retirándose en las sombras.

—Me juzgas sin conocerme —dijo.

—Ayúdeme a conocerla, entonces.

—¿A quién has contado esto? ¿Quién más sabe lo que me has dicho?

—Más gente de lo que parece. La policía lleva siguiéndome hace tiempo.

—¿Fumero?

Asentí. Me pareció que le temblaban las manos.

—No sabes lo que has hecho, Daniel.

—Dígamelo usted —repliqué con una dureza que no sentía.

—Piensas que porque te tropezaste con un libro tienes derecho a entrar en la vida de personas a quienes no conoces, en cosas que no puedes comprender y que no te pertenecen.

—Me pertenecen ahora, lo quiera o no.

—No sabes lo que dices.

—Estuve en la casa de los Aldaya. Sé que Jorge Aldaya se oculta ahí. Sé que fue él quien asesinó a Carax.

Me miró largamente, midiendo las palabras.

—¿Sabe eso Fumero?

—No sé.

—Más vale que sepas. ¿Te siguió Fumero hasta esa casa?

La rabia que ardía en sus ojos me quemaba. Había entrado con el papel de acusador y juez, pero a cada minuto que pasaba me sentía el culpable.

—No lo creo. ¿Usted lo sabía? Usted sabía que fue Aldaya quien mató a Julián y que se oculta en esa casa… ¿por qué no me lo dijo?

Sonrió amargamente.

—No entiendes nada, ¿verdad?

—Entiendo que mintió usted para defender al hombre que asesinó a quien usted llama su amigo, que ha estado encubriendo ese crimen durante años, un hombre cuyo único propósito es borrar cualquier huella de la existencia de Julián Carax, que quema sus libros. Entiendo que me mintió sobre su marido, que no está en la cárcel y evidentemente aquí tampoco. Eso es lo que entiendo.

Nuria Monfort negó lentamente.

—Vete, Daniel. Vete de esta casa y no vuelvas. Ya has hecho suficiente.

Me alejé hacia la puerta, dejándola en el comedor. Me detuve a medio camino y regresé. Nuria Monfort estaba sentada en el suelo, contra la pared. Todo el artificio de su presencia se había deshecho.

Crucé la plaza de San Felipe Neri barriendo el suelo con la mirada. Arrastraba el dolor que había recogido de labios de aquella mujer, un dolor del que me sentía ahora cómplice e instrumento pero sin acertar a comprender ni el cómo ni el porqué. «No sabes lo que has hecho, Daniel». Sólo deseaba alejarme de allí. Al cruzar frente a la iglesia apenas reparé en la presencia de aquel sacerdote enjuto y narigudo que me bendecía con parsimonia al pie del portal, sosteniendo un misal y un rosario.

39

Regresé a la librería con casi cuarenta y cinco minutos de retraso. Al verme, mi padre frunció el ceño con reprobación y miró el reloj.

—Menudas horas. Sabéis que tengo que salir a visitar un cliente en San Cugat y me dejáis aquí solo.

—¿Y Fermín? ¿No ha vuelto todavía?

Mi padre negó con aquella prisa que le consumía cuando estaba de mal humor.

—Por cierto, tienes una carta. Te la he dejado junto a la caja.

—Papá, perdona pero…

Me hizo un gesto para que me ahorrase las excusas, se armó de gabardina y sombrero y salió por la puerta sin despedirse. Conociéndole, supuse que el enfado se le habría evaporado antes de llegar a la estación. Lo que me extrañaba era la ausencia de Fermín. Le había visto ataviado de sacerdote de sainete en la plaza de San Felipe Neri, a la espera de que Nuria Monfort saliera a escape y le guiase hasta el gran secreto de la trama. Mi fe en aquella estrategia se había reducido a cenizas e imaginé que si realmente Nuria Monfort salía a la calle, Fermín iba a acabar siguiéndola hasta la farmacia o la panadería. Valiente plan. Me acerqué hasta la caja para echarle un vistazo a la carta que había mencionado mi padre. El sobre era blanco y rectangular, como una lápida, y en lugar de crucifijo traía un membrete que consiguió pulverizarme los pocos ánimos que conservaba para pasar el día.

GOBIERNO MILITAR DE BARCELONA
OFICINA DE RECLUTAMIENTO

—Aleluya —murmuré.

Sabía lo que contenía sin necesidad de abrir el sobre, pero aun así lo hice por revolcarme en el lodo. La carta era sucinta, dos párrafos de esa prosa varada entre la proclama inflamada y el aria de opereta que caracteriza al género epistolar castrense. Se me anunciaba que en el plazo de dos meses, yo, Daniel Sempere Martín, tendría el honor y el orgullo de unirme al deber más sagrado y edificante que la vida podía ofrecer al varón celtibérico: servir a la patria y vestir el uniforme de la cruzada nacional en la defensa de la reserva espiritual de Occidente. Confié en que al menos

Fermín fuera capaz de encontrarle la punta al asunto y hacernos reír un rato con su versión en verso de *La caída del contubernio judeo-masónico*. Dos meses. Ocho semanas. Sesenta días. Siempre podía dividir el tiempo hasta segundos y obtener así una cifra kilométrica. Me quedaban cinco millones ciento ochenta y cuatro mil segundos de libertad. A lo mejor don Federico, que según mi padre era capaz de fabricar un Volkswagen, podía hacerme un reloj con frenos de disco. A lo mejor alguien me explicaba cómo me las iba a arreglar para no perder a Bea para siempre. Al oír la campanilla de la puerta creí que se trataba de Fermín que regresaba finalmente persuadido de que nuestros empeños detectivescos no daban ni para un chiste.

—Vaya, el heredero vigilando el castillo, como debe ser, aunque sea con cara de berenjena. Alegra ese rostro, chaval, que pareces el muñeco de Netol —dijo Gustavo Barceló, engalanado con un abrigo de camello y un bastón de marfil que no necesitaba y que blandía como una mitra cardenalicia—. ¿No está tu padre, Daniel?

—Lo siento, don Gustavo. Salió a visitar a un cliente, y supongo que no volverá hasta…

—Perfecto. Porque no es a él a quien vengo a ver, y lo que tengo que decirte es mejor que no lo oiga.

Me guiñó el ojo, desenfundándose los guantes y observando la tienda con displicencia.

—¿Y nuestro colega Fermín? ¿Anda por aquí?

—Desaparecido en combate.

—Supongo que aplicando sus talentos a la resolución del caso Carax.

—En cuerpo y alma. La última vez que le vi vestía sotana y dispensaba la bendición urbi et orbe.

—Ya… La culpa es mía por azuzaros. En buena hora se me ocurrió abrir el pico.

—Le veo un tanto inquieto. ¿Ha sucedido algo?

—No exactamente. O sí, de alguna manera.

—¿Qué quería contarme, don Gustavo?

El librero me sonrió mansamente. Su habitual gesto altanero y su arrogancia de salón se habían batido en retirada. En su lugar me pareció intuir cierta gravedad, un atisbo de cautela y no poca preocupación.

—Esta mañana he conocido a don Manuel Gutiérrez Fonseca, de cincuenta y nueve años de edad, soltero y funcionario de la morgue municipal de Barcelona desde 1924. Treinta años de servicio en el umbral de las tinieblas. La frase es suya, no mía. Don Manuel es un caballero de la vieja escuela, cortés, agradable y servicial. Vive en una habitación alquilada en la calle de la Ceniza desde hace quince años, que comparte con doce periquitos que han aprendido a tararear la marcha fúnebre. Tiene un abono de gallinero en el Liceo. Le gustan Verdi y Donizetti. Me dijo que en su trabajo lo importante es seguir el reglamento. El reglamento lo tiene todo previsto, especialmente en las ocasiones en que uno no sabe qué hacer. Hace quince años, don

Manuel abrió un saco de lona que traía la policía y se encontró con el mejor amigo de su infancia. El resto del cuerpo venía en bolsa aparte. Don Manuel, tragándose el alma, siguió el reglamento.

—¿Quiere un café, don Gustavo? Se está usted poniendo amarillo.

—Por favor.

Fui a por el termo y le preparé una taza con ocho terrones de azúcar. Se lo bebió de un trago.

—¿Mejor?

—Remontando. Como iba diciendo, el caso es que don Manuel estaba de guardia el día en que llevaron el cuerpo de Julián Carax al servicio de necropsias, en septiembre de 1936. Por supuesto, don Manuel no se acordaba del nombre, pero una consulta a los archivos, y una donación de veinte duros a su fondo de retiro, le refrescaron la memoria notablemente. ¿Me sigues?

Asentí, casi en trance.

—Don Manuel recuerda los pormenores de aquel día porque según me contó aquélla fue una de las pocas ocasiones en que se saltó el reglamento. La policía alegó que el cadáver había sido encontrado en un callejón del Raval poco antes del amanecer. El cuerpo llegó al depósito a media mañana. Llevaba encima sólo un libro y un pasaporte que le identificaba como Julián Fortuny Carax, natural de Barcelona, nacido en 1900. El pasaporte llevaba un sello de la frontera de La Junquera, indicando que Carax había entrado en el país un mes antes. La causa de la muerte, aparentemente, era una herida de bala. Don Manuel no es médico, pero con el tiempo se ha aprendido el repertorio. A su juicio, el disparo, justo sobre el corazón, había sido realizado a quemarropa. Gracias al pasaporte se pudo localizar al señor Fortuny, padre de Carax, que acudió aquella misma noche al depósito a realizar la identificación del cuerpo.

—Hasta ahí todo encaja con lo que contó Nuria Monfort.

Barceló asintió.

—Así es. Lo que no te dijo Nuria Monfort es que él, mi amigo don Manuel, al sospechar que la policía no parecía tener mucho interés en el caso, y al haber comprobado que el libro que se había encontrado en los bolsillos del cadáver llevaba el nombre del fallecido, decidió tomar la iniciativa y llamó a la editorial aquella misma tarde, mientras esperaban la llegada del señor Fortuny, para informar de lo sucedido.

—Nuria Monfort me dijo que el empleado de la morgue llamó a la editorial tres días después, cuando el cuerpo ya había sido enterrado en una fosa común.

—Según don Manuel, él llamó el mismo día en que el cuerpo llegó al depósito. Me dice que habló con una señorita que le agradeció el que hubiese llamado. Don Manuel recuerda que le chocó un tanto la actitud de dicha señorita. Según sus propias palabras «era como si ya lo supiese».

—¿Qué hay del señor Fortuny? ¿Es cierto que se negó a reconocer a su hijo?

—Eso es lo que más me intrigaba a mí. Don Manuel explica que al caer la tarde llegó un hombrecillo tembloroso en compañía de unos agentes de la policía. Era el señor Fortuny. Según él, eso es lo único a lo que uno no llega nunca a acostumbrarse, el momento en que los allegados vienen a identificar el cuerpo de un ser querido. Don Manuel dice que es un lance que no le desea a nadie. Según él, lo peor es cuando el muerto es una persona joven y son los padres, o un cónyuge reciente, quienes tienen que reconocerle. Don Manuel recuerda bien al señor Fortuny. Dice que cuando llegó al depósito apenas podía sostenerse en pie, que lloraba como un niño y que los dos policías le tenían que llevar de los brazos. No paraba de gemir: «¿Qué le han hecho a mi hijo?, ¿qué le han hecho a mi hijo?».

—¿Llegó a ver el cuerpo?

—Don Manuel me contó que estuvo a punto de sugerirles a los agentes que se saltasen el trámite. Es la única vez que se le pasó por la cabeza cuestionar el reglamento. El cadáver estaba en malas condiciones. Probablemente llevaba más de veinticuatro horas muerto cuando llegó al depósito, no desde el amanecer como alegaba la policía. Manuel temía que cuando aquel viejecillo lo viese, se rompería en pedazos. El señor Fortuny no paraba de decir que no podía ser, que su Julián no podía estar muerto… Entonces don Manuel retiró el sudario que cubría el cuerpo y los dos agentes le preguntaron formalmente si aquél era su hijo Julián.

—¿Y?

—El señor Fortuny se quedó mudo, contemplando el cadáver durante casi un minuto. Entonces se dio la vuelta y se marchó.

—¿Se marchó?

—A toda prisa.

—¿Y la policía? ¿No se lo impidió? ¿No estaban allí para identificar el cadáver?

Barceló sonrió con malicia.

—En teoría. Pero don Manuel recuerda que había alguien más en la sala, un tercer policía que había entrado sigilosamente mientras los agentes preparaban al señor Fortuny y que había presenciado la escena en silencio, apoyado en la pared con un cigarrillo en los labios. Don Manuel le recuerda porque cuando le dijo que el reglamento prohibía expresamente fumar en el depósito, uno de los agentes le indicó que se callara. Según don Manuel, tan pronto el señor Fortuny se hubo marchado, el tercer policía se acercó, echó un vistazo al cuerpo y le escupió en la cara. Luego se quedó con el pasaporte y dio órdenes de que el cuerpo fuese enviado a Can Tunis para ser enterrado en una fosa común aquel mismo amanecer.

—No tiene sentido.

—Eso pensó don Manuel. Sobre todo porque aquello no casaba con el reglamento. «Pero si no sabemos quién es este hombre», decía él. Los policías no dijeron nada. Don Manuel, airado, les increpó: «¿O lo saben ustedes demasiado bien? Porque a nadie se le escapa que lleva por lo menos un día muerto». Obviamente, don Manuel se remitía al reglamento y no tenía un pelo de tonto. Según él, al escuchar sus

protestas, el tercer policía se le acercó, le miró a los ojos fijamente y le preguntó si le apetecía unirse al finado en su último viaje. Don Manuel me contó que se quedó aterrado. Que aquel hombre tenía ojos de loco y que no dudó un instante de que hablaba en serio. Murmuró que él sólo trataba de cumplir con el reglamento, que nadie sabía quién era aquel hombre y que por tanto todavía no se le podía enterrar. «Este hombre es quien yo diga que es», replicó el policía. Entonces cogió la hoja de registro y la firmó, dando por cerrado el caso. Don Manuel dice que esa firma no la olvidará jamás, porque en los años de la guerra, y luego durante mucho tiempo después, volvería a encontrarla en decenas de hojas de registro y defunción de cuerpos que llegaban no se sabía de dónde y que nadie conseguía identificar…

—El inspector Francisco Javier Fumero…

—Orgullo y bastión de la Jefatura Superior de Policía. ¿Sabes lo que significa eso, Daniel?

—Que hemos estado dando palos de ciego desde el principio.

Barceló tomó su sombrero y su bastón y se dirigió hacia la puerta, negando por lo bajo.

—No, que los palos van a empezar ahora.

40

Pasé la tarde velando aquella funesta carta que me anunciaba mi incorporación a filas y esperando señales de vida de Fermín. Pasaba ya media hora del horario de cierre y Fermín seguía en paradero desconocido. Cogí el teléfono y llamé a la pensión en la calle Joaquín Costa. Contestó doña Encarna, que dijo con voz de cazalla que no había visto a Fermín desde aquella mañana.

—Si no está aquí en media hora, cenará frío, que esto no es el Ritz. No le ha pasado nada, ¿verdad?

—Descuide, doña Encarna. Tenía un recado pendiente y se habrá retrasado. En todo caso, si le viera usted antes de acostarse, le agradecería muchísimo que le dijera que me llamase. Daniel Sempere, el vecino de su amiga la Merceditas.

—Pierda cuidado, aunque le prevengo, yo a las ocho y media me meto en el sobre.

Acto seguido llamé a casa de Barceló, confiando en que tal vez Fermín se hubiese dejado caer por allí para vaciarle la despensa a la Bernarda o arramblarla en el cuarto de planchar. No se me había ocurrido que sería Clara quien contestase al teléfono.

—Daniel, esto sí que es una sorpresa.

Eso mismo digo yo, pensé. Dando un circunloquio digno del catedrático don Anacleto, dejé caer el objeto de mi llamada otorgándole apenas una importancia pasajera.

—No, Fermín no ha pasado por aquí en todo el día. Y la Bernarda ha estado conmigo toda la tarde, o sea que lo sabría. Hemos estado hablando de ti, ¿sabes?

—Pues qué conversación tan aburrida.

—La Bernarda dice que se te ve muy guapo, hecho todo un hombre.

—Tomo muchas vitaminas.

Un largo silencio.

—Daniel, ¿crees que podremos volver a ser amigos algún día? ¿Cuántos años harán falta para que me perdones?

—Amigos ya somos, Clara, y yo no tengo nada que perdonarte. Ya lo sabes.

—Mi tío dice que andas todavía indagando sobre Julián Carax. A ver si te pasas un día por casa a merendar y me cuentas novedades. Yo también tengo cosas que contarte.

—Uno de estos días, sin falta.

—Me voy a casar, Daniel.

Me quedé mirando el auricular. Tuve la impresión de que los pies se me hundían en el suelo o de que mi esqueleto encogía unos centímetros.

—Daniel, ¿estás ahí?

—Sí.

—Te ha sorprendido.

Tragué saliva con la consistencia de cemento armado.

—No. Lo que me sorprende es que no te hayas casado ya. Pretendientes no te habrán faltado. ¿Quién es el afortunado?

—No le conoces. Se llama Jacobo. Es un amigo de mi tío Gustavo. Directivo del Banco de España. Nos conocimos en un recital de ópera que organizó mi tío. Jacobo es un apasionado de la ópera. Es mayor que yo, pero somos muy buenos amigos y eso es lo que importa, ¿no te parece?

Se me encendió la boca de malicia, pero me mordí la lengua. Sabía a veneno.

—Claro… Oye, pues nada, felicidades.

—Nunca me perdonarás, ¿verdad, Daniel? Para ti siempre seré Clara Barceló, la pérfida.

—Para mí siempre serás Clara Barceló, punto. Y eso también lo sabes.

Medió otro silencio, de aquellos en los que crecen las canas a traición.

—¿Y tú, Daniel? Fermín me dice que tienes una novia guapísima.

—Tengo que dejarte ahora, Clara, me entra un cliente. Te llamo un día de esta semana y quedamos para merendar. Felicidades otra vez.

Colgué el teléfono y suspiré.

Mi padre regresó de su visita al cliente con el semblante abatido y pocas ganas de conversación. Preparó la cena mientras yo ponía la mesa, sin preguntarme apenas por Fermín o por la jornada en la librería. Cenamos con la mirada hundida en el plato y atrincherados en la cháchara de las noticias de la radio. Mi padre apenas había tocado su plato. Se limitaba a remover aquella sopa aguada y sin sabor con la cuchara, como si buscase oro en el fondo.

—No has probado bocado —dije.

Mi padre se encogió de hombros. La radio seguía ametrallándonos con sandeces. Mi padre se levantó y la apagó.

—¿Qué decía la carta del ejército? —preguntó finalmente.

—Me incorporo en dos meses.

Creí que la mirada le envejecía diez años.

—Barceló me dice que me va a buscar un enchufe para que me trasladen al Gobierno Militar en Barcelona después del campamento. Hasta podré venir a dormir a casa —ofrecí.

Mi padre replicó con un asentimiento anémico. Se me hizo doloroso sostenerle la mirada y me levanté a recoger la mesa. Mi padre permaneció sentado, con la vista

extraviada y las manos cruzadas bajo la barbilla. Me disponía a fregar los platos cuando escuché los pasos repiqueteando en la escalera. Pasos firmes, apresurados, que castigaban el piso y conjuraban un código funesto. Alcé la vista y crucé una mirada con mi padre. Las pisadas se detuvieron en nuestro rellano. Mi padre se incorporó, inquieto. Un segundo más tarde se escucharon varios golpes en la puerta y una voz atronadora, rabiosa y vagamente familiar.

—¡Policía! ¡Abran!

Mil dagas me apuñalaron el pensamiento. Una nueva andanada de golpes hicieron tambalearse la puerta. Mi padre se dirigió hasta el umbral y alzó la rejilla de la mirilla.

—¿Qué quieren ustedes a estas horas?

—O abre esta puerta o la tiramos a patadas, señor Sempere. No me haga repetírselo.

Reconocí la voz de Fumero y me invadió un aliento helado. Mi padre me lanzó una mirada inquisitiva. Asentí. Ahogando un suspiro, abrió la puerta. Las siluetas de Fumero y sus dos secuaces de rigor se recortaban en el reluz amarillento del umbral. Gabardinas grises arrastrando títeres de ceniza.

—¿Dónde está? —gritó Fumero, apartando a mi padre de un manotazo y abriéndose paso hacia el comedor.

Mi padre hizo un amago de detenerle, pero uno de los agentes que cubría las espaldas del inspector le aferró del brazo y le empujó contra la pared, sujetándole con la frialdad y la eficacia de una máquina acostumbrada a la tarea. Era el mismo individuo que nos había seguido a Fermín y a mí, el mismo que me había sujetado mientras Fumero apaleaba a mi amigo frente al asilo de Santa Lucía, el mismo que me había vigilado un par de noches atrás. Me lanzó una mirada vacía, inescrutable. Salí al encuentro de Fumero, blandiendo toda la calma que era capaz de fingir. El inspector tenía los ojos inyectados en sangre. Un arañazo reciente le recorría la mejilla izquierda, ribeteado de sangre seca.

—¿Dónde está?

—¿El qué?

Fumero dejó caer los ojos y sacudió la cabeza, murmurando para sí. Cuando alzó el rostro exhibía una mueca canina en los labios y un revólver en la mano. Sin apartar sus ojos de los míos, Fumero le clavó un culatazo al jarrón con flores marchitas sobre la mesa. El jarrón estalló en pedazos, derramando el agua y los tallos ajados sobre el mantel. A mi pesar, me estremecí. Mi padre vociferaba en el recibidor bajo la presa de los dos agentes. Apenas pude descifrar sus palabras. Todo cuanto era capaz de absorber era la presión helada del cañón del revólver hundido en mi mejilla y el olor a pólvora.

—A mí no me jodas, niñato de mierda, o tu padre va a tener que recoger tus sesos del suelo. ¿Me oyes?

Asentí, temblando. Fumero presionaba el cañón del arma con fuerza contra mi

pómulo. Sentí que me cortaba la piel, pero no me atreví ni a parpadear.

—Es la última vez que te lo pregunto. ¿Dónde está?

Me vi a mí mismo reflejado en las pupilas negras del inspector, que se contraían lentamente al tiempo que tensaba el percutor con el pulgar.

—Aquí no. No le he visto desde el mediodía. Es la verdad.

Fumero permaneció inmóvil durante casi medio minuto, hurgándome la cara con el revólver y relamiéndose los labios.

—Lerma —ordenó—. Eche un vistazo.

Uno de los agentes se apresuró a inspeccionar el piso. Mi padre forcejeaba en vano con el tercer policía.

—Como me hayas mentido y lo encontremos en esta casa, te juro que le rompo las dos piernas a tu padre —susurró Fumero.

—Mi padre no sabe nada. Déjele en paz.

—Tú sí que no sabes ni a lo que juegas. Pero en cuanto trinque a tu amigo, se acabó el juego. Ni jueces, ni hospitales, ni hostias. Esta vez me voy a encargar personalmente de sacarle de la circulación. Y voy a disfrutar haciéndolo, créeme. Me voy a tomar mi tiempo. Se lo puedes decir si lo ves. Porque voy a encontrarle aunque se esconda debajo de las piedras. Y tú tienes el siguiente número.

El agente Lerma reapareció en el comedor e intercambió una mirada con Fumero, una leve negativa. Fumero aflojó el percutor y retiró el revólver.

—Lástima —dijo Fumero.

—¿De qué le acusa? ¿Por qué le busca?

Fumero me dio la espalda y se aproximó a los dos agentes que, a su señal, soltaron a mi padre.

—Se va usted a acordar de esto —escupió mi padre.

Los ojos de Fumero se posaron sobre él. Instintivamente, mi padre dio un paso atrás. Temí que la visita del inspector no hubiera hecho más que empezar, pero súbitamente Fumero sacudió la cabeza, riéndose por lo bajo, y abandonó el piso sin más ceremonia. Lerma le siguió. El tercer policía, mi perpetuo centinela, se detuvo un instante en el umbral. Me miró en silencio, como si quisiera decirme algo.

—¡Palacios! —bramó Fumero, su voz desdibujada en el eco de la escalera.

Palacios bajó la mirada y desapareció por la puerta. Salí al rellano. Cuchillas de luz se perfilaban desde las puertas entreabiertas de varios vecinos, sus rostros atemorizados asomados en la penumbra. Las tres siluetas oscuras de los policías se perdían escaleras abajo y el repiqueteo furioso de sus pasos se batía en retirada como marea envenenada, dejando un rastro de miedo y negrura.

Rondaba la medianoche cuando escuchamos de nuevo golpes en la puerta, esta vez más débiles, casi temerosos. Mi padre, que me estaba limpiando la magulladura que me había dejado el revólver de Fumero con agua oxigenada, se detuvo en seco. Nuestras miradas se encontraron. Llegaron tres nuevos golpes.

Por un instante creí que se trataba de Fermín, que tal vez había presenciado todo

el incidente escondido en un rincón oscuro de la escalera.

—¿Quién va? —preguntó mi padre.

—Don Anacleto, señor Sempere.

Mi padre suspiró. Abrimos la puerta para encontrar al catedrático, más pálido que nunca.

—Don Anacleto, ¿qué pasa? ¿Está usted bien? —preguntó mi padre, haciéndole pasar.

El catedrático portaba un periódico plegado en las manos. Se limitó a tendérnoslo, con una mirada de horror. El papel aún estaba tibio y la tinta fresca.

—Es la edición de mañana —musitó don Anacleto—. Página seis.

Lo primero que advertí fueron las dos fotografías que sostenían el titular. La primera mostraba a un Fermín más relleno de carnes y pelo, quizá quince o veinte años más joven. La segunda revelaba el rostro de una mujer con los ojos sellados y la piel de mármol. Tardé unos segundos en reconocerla, porque me había acostumbrado a verla entre penumbras.

UN INDIGENTE ASESINA A UNA MUJER
A PLENA LUZ DEL DÍA

Barcelona/agencias (Redacción)

La policía busca al indigente que asesinó esta tarde a puñaladas a Nuria Monfort Masdedeu, de treinta y siete años de edad y vecina de Barcelona.

El crimen tuvo lugar a media tarde en la barriada de San Gervasio, donde la víctima fue asaltada sin razón aparente por el indigente, que al parecer, y según informes de la Jefatura Superior de Policía, la había estado siguiendo por motivos que aún no han sido esclarecidos.

Al parecer, el asesino, Antonio José Gutiérrez Alcayete, de cincuenta y un años de edad y natural de Villa Inmunda, provincia de Cáceres, es un conocido maleante con un largo historial de trastornos mentales fugado de la cárcel Modelo hace seis años y que ha conseguido eludir a las autoridades desde entonces asumiendo diferentes identidades. En el momento del crimen vestía una sotana. Está armado y la policía lo califica como altamente peligroso. Se desconoce todavía si la víctima y su asesino se conocían o cuál puede haber sido el móvil del crimen, aunque fuentes de la Jefatura Superior de Policía indican que todo parece apuntar hacia tal hipótesis. La víctima recibió seis heridas de arma blanca en el vientre, cuello y pecho. El asalto, que tuvo lugar en las inmediaciones de un colegio, fue presenciado por varios alumnos que alertaron al profesorado de la institución, quien a su vez llamó a la policía y a una ambulancia. Según el informe policial, las heridas recibidas por la víctima resultaron mortales. La víctima ingresó cadáver en el Hospital Clínico de Barcelona a las

18.15.

41

No tuvimos noticias de Fermín en todo el día. Mi padre insistió en abrir la librería como cualquier otro día y ofrecer una fachada de normalidad e inocencia. La policía había apostado un agente frente a la escalera y un segundo vigilaba la plaza de Santa Ana, cobijado en el portal de la iglesia como santo de última hora. Los veíamos tiritar de frío bajo la intensa lluvia que había llegado con el alba, el aliento de vapor cada vez más diáfano, las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina. Más de un vecino pasaba de largo, mirando de soslayo a través del escaparate, pero ni un solo comprador se aventuró a entrar.

—Ya debe de haber corrido la voz —dije.

Mi padre se limitó a asentir. Había pasado la mañana sin dirigirme la palabra y expresándose con gestos. La página con la noticia del asesinato de Nuria Monfort yacía sobre el mostrador. Cada veinte minutos se acercaba y la releía con expresión impenetrable. Llevaba acumulando ira en su interior todo el día, hermético.

—Por mucho que leas la noticia una y otra vez no va a ser verdad —dije.

Mi padre alzó la vista y me miró con severidad.

—¿Conocías tú a esta persona? ¿Nuria Monfort?

—Había hablado con ella un par de veces —dije.

El rostro de Nuria Monfort me robó el pensamiento. Mi falta de sinceridad tenía sabor a náusea. Me perseguía todavía su olor y el roce de sus labios, la imagen de aquel escritorio pulcramente ordenado y su mirada triste y sabia. «Un par de veces».

—¿Por qué tuviste que hablar con ella? ¿Qué tenía que ver contigo?

—Era una vieja amiga de Julián Carax. La fui a visitar para preguntarle qué recordaba de Carax. Eso es todo. Era la hija de Isaac, el guardián. Él me dio sus señas.

—¿La conocía Fermín?

—No.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—¿Cómo puedes tú dudar de él y dar crédito a esas patrañas? Lo único que Fermín sabía de esa mujer es lo que yo le conté.

—¿Y por eso la estaba siguiendo?

—Sí.

—Porque tú se lo habías pedido.

Guardé silencio. Mi padre suspiró.

—No lo entiendes, papá.

—Desde luego que no. No te entiendo a ti, ni a Fermín, ni…

—Papá, por lo que sabemos de Fermín, lo que pone ahí es imposible.

—¿Y qué sabemos de Fermín, eh? Para empezar resulta que no sabíamos ni su verdadero nombre.

—Te equivocas con él.

—No, Daniel. Eres tú el que se equivoca, y en muchas cosas. ¿Quién te manda a ti hurgar en la vida de la gente?

—Soy libre de hablar con quien quiera.

—Supongo que también te sientes libre de las consecuencias.

—¿Insinúas que soy responsable de la muerte de esa mujer?

—Esa mujer, como tú la llamas, tenía nombre y apellidos, y la conocías.

—No hace falta que me lo recuerdes —repliqué con lágrimas en los ojos.

Mi padre me contempló con tristeza, negando.

—Dios santo, no quiero ni pensar cómo estará el pobre Isaac —murmuró mi padre para sí mismo.

—Yo no tengo la culpa de que esté muerta —dije con un hilo de voz, pensando que tal vez si lo repetía suficientes veces empezaría a creérmelo.

Mi padre se retiró a la trastienda, negando por lo bajo.

—Tú sabrás de lo que eres responsable o no, Daniel. A veces, ya no sé quién eres.

Cogí mi gabardina y escapé hacia la calle y la lluvia, donde nadie me conocía ni me podía leer el alma.

Me entregué a la lluvia helada sin rumbo fijo. Caminaba con la mirada caída, arrastrando la imagen de Nuria Monfort, sin vida, tendida en una fría losa de mármol, el cuerpo sembrado de puñaladas. A cada paso, la ciudad se desvanecía a mi alrededor. Al enfilar un cruce en la calle Fontanella no me detuve ni a mirar el semáforo. Cuando sentí el golpe de viento en la cara me volví hacia una pared de metal y luz que se abalanzaba sobre mí a toda velocidad. En el último instante, un transeúnte a mi espalda tiró de mí hacia atrás y me apartó de la trayectoria del autobús. Contemplé el fuselaje centelleando a apenas unos centímetros de mi rostro, una muerte segura desfilando a una décima de segundo. Cuando tuve conciencia de lo que había sucedido, el transeúnte que me había salvado la vida se alejaba por el paso de peatones, apenas una silueta en una gabardina gris. Me quedé allí clavado, sin aliento. En el espejismo de la lluvia pude advertir que mi salvador se había detenido al otro lado de la calle y me observaba bajo la lluvia. Era el tercer policía, Palacios. Una muralla de tráfico se deslizó entre nosotros, y cuando volví a mirar, el agente Palacios ya no estaba allí.

Me encaminé hacia casa de Bea, incapaz de esperar más. Necesitaba recordar lo poco de bueno que había en mí, lo que ella me había dado. Me lancé escaleras arriba a toda prisa y me detuve frente a la puerta de los Aguilar, casi sin aliento. Tomé el llamador y golpeé tres veces con fuerza. Mientras esperaba, me armé de valor y adquirí conciencia de mi aspecto: empapado hasta los huesos. Me retiré el pelo de la frente y me dije que ya estaba hecho. Si aparecía el señor Aguilar dispuesto a partirme las piernas y la cara, cuanto antes mejor. Llamé de nuevo y al poco escuché unos pasos acercándose a la puerta. La mirilla se entreabrió. Una mirada oscura y recelosa me observaba.

—¿Quién va?

Reconocí la voz de Cecilia, una de las doncellas al servicio de la familia Aguilar.

—Soy Daniel Sempere, Cecilia.

La mirilla se cerró y en unos segundos se inició el concierto de cerrojos y pasadores que blindaban la entrada al piso. El portón se abrió lentamente y me recibió Cecilia, encofrada y con uniforme, portando un cirio en un portavelas. Por su expresión de alarma intuí que debía de ofrecerle un aspecto cadavérico.

—Buenas tardes, Cecilia. ¿Está Bea?

Me miró sin comprender. En el protocolo conocido de la casa, mi presencia, que en los últimos tiempos era un accidente inusual, se asociaba únicamente a Tomás, mi antiguo compañero de escuela.

—La señorita Beatriz no está…

—¿Ha salido?

Cecilia, que apenas era un susto perpetuamente cosido a un delantal, asintió.

—¿Sabes cuándo volverá?

La doncella se encogió de hombros.

—Marchó con los señores al médico hará unas dos horas.

—¿Al médico? ¿Está enferma?

—No lo sé, señorito.

—¿A qué doctor han ido?

—Yo eso no lo sé, señorito.

Decidí no martirizar más a la pobre doncella. La ausencia de los padres de Bea me abría otros caminos a explorar.

—¿Y Tomás, está en casa?

—Sí, señorito. Pase, que le aviso.

Me adentré en el recibidor y esperé. En otros tiempos hubiera ido directamente a la habitación de mi amigo, pero hacía ya tanto que no acudía a aquella casa que me sentía de nuevo un extraño. Cecilia desapareció corredor abajo envuelta en el aura de luz, abandonándome a la oscuridad. Me pareció oír la voz de Tomás a lo lejos y luego unos pasos que se acercaban. Improvisé una excusa con la que justificar ante mi amigo mi repentina visita. La figura que apareció en el umbral del recibidor era de nuevo la de la doncella. Cecilia me dirigió una mirada compungida y se me deshizo

la sonrisa de trapo.

—El señorito Tomás me dice que está muy ocupado y no puede verle ahora.

—¿Le has dicho quién soy? Daniel Sempere.

—Sí, señorito. Me ha dicho que le diga a usted que se marche.

Me nació un frío en el estómago que me segó el aliento.

—Lo siento, señorito —dijo Cecilia.

Asentí, sin saber qué decir. La doncella abrió la puerta de la que, no hacía tanto, había considerado mi segunda casa.

—¿Quiere el señorito un paraguas?

—No, gracias, Cecilia.

—Lo siento, señorito Daniel —reiteró la doncella.

Le sonreí sin fuerza.

—No te preocupes, Cecilia.

La puerta se cerró, sellándome en la sombra. Permanecí allí unos instantes y luego me arrastré escaleras abajo. La lluvia seguía arreciando, implacable. Me alejé calle abajo. Al doblar la esquina me detuve y me volví un instante. Alcé la mirada hacia el piso de los Aguilar. La silueta de mi viejo amigo Tomás se recortaba en la ventana de su habitación. Me contemplaba inmóvil. Le saludé con la mano. No me devolvió el gesto. A los pocos segundos se retiró hacia el interior. Esperé casi cinco minutos con la esperanza de verle reaparecer, pero fue en vano. La lluvia me arrancó las lágrimas y partí en su compañía.

42

De regreso a la librería crucé frente al cine Capitol, donde dos pintores encaramados en un andamio contemplaban desolados cómo el cartel que no había terminado de secar se les deshacía bajo el aguacero. La efigie estoica del centinela de turno apostado frente a la librería se discernía a lo lejos. Al aproximarme a la relojería de don Federico Flaviá advertí que el relojero había salido al umbral a contemplar el chaparrón. Todavía se leían en su rostro las cicatrices de su estancia en jefatura. Vestía un impecable traje de lana gris y sostenía un cigarrillo que no se había molestado en encender. Le saludé con la mano y me sonrió.

—¿Qué tienes tú en contra del paraguas, Daniel?

—¿Qué hay más bonito que la lluvia, don Federico?

—La neumonía. Anda, pasa, que ya tengo arreglado lo tuyo.

Le miré sin comprender. Don Federico me observaba fijamente, la sonrisa intacta. Me limité a asentir y le seguí hasta el interior de su bazar de maravillas. Tan pronto estuvimos dentro me tendió una pequeña bolsa de papel de estraza.

—Sal ya, que ese fantoche que vigila la librería no nos quitaba el ojo de encima.

Atisbé en el interior de la bolsa. Contenía un librillo encuadernado en piel. Un misal. El misal que Fermín llevaba en las manos la última vez que le había visto. Don Federico, empujándome de vuelta a la calle, me selló los labios con un grave asentimiento. Una vez en la calle recobró el semblante risueño y alzó la voz.

—Y acuérdate de no forzar la manija al darle cuerda o volverá a saltar, ¿de acuerdo?

—Descuide, don Federico, y gracias.

Me alejé con un nudo en el estómago que se estrechaba a cada paso que me aproximaba al agente de paisano que vigilaba la librería. Al cruzar frente a él le saludé con la misma mano que sostenía la bolsa que me había dado don Federico. El agente la miraba con vago interés. Me colé en la librería. Mi padre seguía en pie tras el mostrador, como si no se hubiese movido desde mi partida. Me miró apesadumbrado.

—Oye, Daniel, sobre lo de antes…

—No te preocupes. Tenías razón.

—Estás tiritando…

Asentí vagamente y le vi partir en busca del termo. Aproveché la circunstancia para meterme en el pequeño lavabo de la trastienda para examinar el misal. La nota de Fermín se deslizó en el aire, revoloteando como una mariposa. La cacé al vuelo. El mensaje estaba escrito en una hoja casi transparente de papel de fumar en caligrafía diminuta que tuve que sostener al trasluz para poder descifrar.

Amigo Daniel:

No crea usted una palabra de lo que dicen los diarios sobre el asesinato de Nuria Monfort. Como siempre, es puro embuste. Yo estoy sano, salvo y oculto en lugar seguro. No intente encontrarme o enviarme mensajes. Destruya esta nota en cuanto la haya leído. No hace falta que se la trague, basta con que la queme o la haga añicos. Yo me pondré en contacto con usted merced a mi ingenio y a los buenos oficios de terceros en concordia. Le ruego que transmita la esencia de este mensaje, en clave y con toda discreción, a mi amada. Usted no haga nada. Su amigo, el tercer hombre,

FRdT

Empezaba a releer la nota cuando alguien golpeó la puerta del retrete con los nudillos.

—¿Se puede? —preguntó una voz desconocida.

El corazón me dio un vuelco. Sin saber qué otra cosa hacer, hice un ovillo con la hoja de papel de fumar y me la tragué. Tiré de la cadena y aproveché el estruendo de tuberías y cisternas para engullir la pelotilla de papel. Sabía a cera y a caramelo Sugus. Al abrir la puerta me encontré con la sonrisa reptil del agente de policía que segundos antes había estado apostado frente a la librería.

—Usted disculpe. No sé si será el oír llover todo el día, pero es que me orinaba, por no decir otra cosa…

—Faltaría más —dije, cediéndole el paso—. Todo suyo.

—Agradecido.

El agente, que a la luz de la bombilla me pareció una pequeña comadreja, me miró de arriba abajo. Su mirada de alcantarilla se posó en el misal en mis manos.

—Yo es que sin leer algo, no hay manera —argumenté.

—A mí me pasa lo mismo. Y luego dicen que el español no lee. ¿Me lo presta?

—Ahí encima de la cisterna tiene el último Premio de la Crítica —atajé—. Infalible.

Me alejé sin perder la compostura y me uní a mi padre que me estaba preparando una taza de café con leche.

—¿Y ése? —pregunté.

—Me ha jurado que se cagaba. ¿Qué iba a hacer?

—Dejarlo en la calle y así entraba en calor.

Mi padre frunció el ceño.

—Si no te importa, subo ya a casa.

—Claro que no. Y ponte ropa seca, que vas a pillar una pulmonía.

El piso estaba frío y silencioso. Me dirigí a mi cuarto y atisbé por la ventana. El segundo centinela seguía allí abajo, a la puerta de la iglesia de Santa Ana. Me quité la ropa empapada y me enfundé un pijama grueso y una bata que había sido de mi abuelo. Me tendí en la cama sin molestarme en encender la luz y me abandoné a la penumbra y al sonido de la lluvia en los cristales. Cerré los ojos e intenté conciliar la imagen, el tacto y el olor de Bea. La noche anterior no había pegado ojo y pronto me venció la fatiga. En mis sueños, la silueta encapuchada de una parca de vapor cabalgaba sobre Barcelona, un atisbo espectral que se cernía sobre torres y tejados, sosteniendo en sus hilos negros cientos de pequeños ataúdes blancos que dejaban a su paso un rastro de flores negras en cuyos pétalos, escrito en sangre, se leía el nombre de Nuria Monfort.

Desperté al filo de un alba gris, de cristales empañados. Me vestí para el frío y me calcé unas botas de media caña. Salí al pasillo con sigilo y crucé el piso casi a tientas. Me deslicé por la puerta y salí a la calle. Los quioscos de las Ramblas ya mostraban sus luces a lo lejos. Me acerqué hasta el que navegaba frente a la bocana de la calle Tallers y compré la primera edición del día, que aún olía a tinta tibia. Corrí las páginas a toda prisa hasta encontrar la sección de necrológicas. El nombre de Nuria Monfort yacía caído bajo una cruz de imprenta y sentí que me temblaba la mirada. Me alejé con el periódico doblado bajo el brazo, en busca de la oscuridad. El entierro era aquella tarde, a las cuatro, en el cementerio de Montjuïc. Volví a casa dando un rodeo. Mi padre seguía durmiendo y regresé a mi cuarto. Me senté al escritorio y saqué mi pluma Meinsterstück de su estuche. Tomé un folio en blanco y deseé que la plumilla me guiase. En mis manos la pluma no tenía nada que decir. Conjuré en vano las palabras que quería ofrecer a Nuria Monfort pero fui incapaz de escribir o de sentir nada excepto aquel terror inexplicable de su ausencia, de saberla perdida, arrancada de cuajo. Supe que algún día volvería a mí, meses o años más tarde, que siempre llevaría su recuerdo en el roce de un extraño, de imágenes que no me pertenecían, sin saber si era digno de todo ello. Te vas en sombras, pensé. Como viviste.

43

Poco antes de las tres de la tarde abordé el autobús, en el paseo de Colón, que habría de llevarme hasta el cementerio de Montjuïc. A través del cristal se contemplaba el bosque de mástiles y banderines aleteando en la dársena del puerto. El autobús, que iba casi vacío, rodeó la montaña de Montjuïc y enfiló la ruta que ascendía hasta la entrada este del gran cementerio de la ciudad. Yo era el último pasajero.

—¿A qué hora pasa el último autobús? —pregunté al conductor antes de apearme.

—A las cuatro y media.

El conductor me dejó a las puertas del recinto. Una avenida de cipreses se alzaba en la bruma. Incluso desde allí, a los pies de la montaña, se entreveía la infinita ciudad de muertos que había escalado la ladera hasta rebasar la cima. Avenidas de tumbas, paseos de lápidas y callejones de mausoleos, torres coronadas por ángeles ígneos y bosques de sepulcros se multiplicaban uno contra otro. La ciudad de los muertos era una fosa de palacios, un osario de mausoleos monumentales custodiados por ejércitos de estatuas de piedra putrefacta que se hundían en el fango. Respiré hondo y me adentré en el laberinto. Mi madre yacía enterrada a un centenar de metros de aquella senda flanqueada por galerías interminables de muerte y desolación. A cada paso podía sentir el frío, el vacío y la furia de aquel lugar, el horror de su silencio, de los rostros atrapados en viejos retratos abandonados a la compañía de velas y flores muertas. Al rato alcancé a ver a lo lejos los faroles de gas encendidos en torno a la fosa. Las siluetas de media docena de personas se alineaban contra un cielo de ceniza. Apreté el paso y me detuve allí donde llegaban las palabras del sacerdote.

El ataúd, un cofre de madera de pino sin pulir, descansaba en el barro. Dos enterradores lo custodiaban, apoyados sobre las palas. Escruté a los presentes. El viejo Isaac, el guardián del Cementerio de los Libros Olvidados, no había acudido al entierro de su hija. Reconocí a la vecina del rellano de enfrente, que sollozaba sacudiendo la cabeza mientras un hombre de aspecto derrotado la consolaba acariciándole la espalda. Su esposo, supuse. Junto a ellos había una mujer de unos cuarenta años, vestida de gris y portando un ramo de flores. Lloraba en silencio, desviando la vista de la fosa y apretando los labios. No la había visto jamás. Separado del grupo, enfundado en una gabardina oscura y sosteniendo el sombrero a su

espalda, estaba el policía que me había salvado la vida el día anterior. Palacios. Alzó la mirada y me observó sin pestañear unos segundos. Las palabras ciegas del sacerdote, desprovistas de sentido, eran cuanto nos separaba del terrible silencio. Contemplé el ataúd, salpicado de arcilla. La imaginé tendida en el interior y no me di cuenta de que estaba llorando hasta que aquella desconocida de gris se me acercó y me ofreció una de las flores de su ramo. Permanecí allí hasta que el grupo se dispersó y, a una señal del sacerdote, los enterradores se dispusieron a hacer su trabajo a la luz de los faroles. Me guardé la flor en el bolsillo del abrigo y me alejé, incapaz de decir el adiós que había llevado hasta allí.

Empezaba a anochecer cuando llegué a la puerta del cementerio y supuse que ya había perdido el último autobús. Me dispuse a emprender una larga caminata a la sombra de la necrópolis y eché a caminar por la carretera que bordeaba el puerto de regreso a Barcelona. Un automóvil negro estaba aparcado a una veintena de metros al frente, con las luces encendidas. Una silueta fumaba un cigarrillo en el interior. Al aproximarme, Palacios me abrió la puerta del pasajero y me indicó que subiera.

—Sube, que te acercaré a tu casa. A estas horas no encontrarás ni autobuses ni taxis por aquí.

Dudé un instante.

—Prefiero ir andando.

—No digas tonterías. Sube.

Hablaba con el tono acerado de quien está acostumbrado a mandar y ser obedecido en el acto.

—Por favor —añadió.

Me subí al coche y el policía puso en marcha el motor.

—Enrique Palacios —dijo, ofreciéndome la mano.

No se la estreché.

—Si me deja en Colón, ya me sirve.

El coche arrancó de un tirón. Nos perdimos en la carretera y recorrimos un buen tramo sin despegar los labios.

—Quiero que sepas que siento mucho lo de la señora Monfort.

En sus labios, aquellas palabras me parecieron una obscenidad, un insulto.

—Le agradezco que me salvase usted la vida el otro día, pero tengo que decirle que me importa una mierda lo que usted sienta, señor Enrique Palacios.

—Yo no soy lo que tú piensas, Daniel. Me gustaría ayudarte.

—Si espera que le diga dónde está Fermín, ya me puede dejar aquí mismo…

—Me importa un comino dónde esté tu amigo. Ahora no estoy de servicio.

No dije nada.

—No confías en mí, y no te culpo. Pero al menos escúchame. Esto ya ha ido demasiado lejos. Esa mujer no tenía por qué morir. Te pido que dejes correr este asunto y que te olvides para siempre de ese hombre, de Carax.

—Habla usted como si lo que está pasando fuese voluntad mía. Yo sólo soy un

espectador. La función se la montan entre su jefe y ustedes.

—Estoy harto de entierros, Daniel. No quiero tener que asistir al tuyo.

—Mejor, porque no está usted invitado.

—Hablo en serio.

—Y yo también. Hágame el favor de parar y dejarme aquí.

—En dos minutos estamos en Colón.

—Me da lo mismo. Este coche huele a muerto, como usted. Déjeme bajar.

Palacios aminoró la marcha y se detuvo en el arcén. Me bajé del coche y cerré con un portazo, evitando la mirada de Palacios. Esperé a que se alejase, pero el policía no se decidía a arrancar de nuevo. Me volví y vi que bajaba la ventanilla. Me pareció leer sinceridad, incluso dolor, en su rostro, pero me negué a darles crédito.

—Nuria Monfort murió en mis brazos, Daniel —dijo—. Creo que sus últimas palabras fueron un mensaje para ti.

—¿Qué dijo? —pregunté, la voz atenazada de frío—. ¿Mencionó mi nombre?

—Deliraba, pero creo que se refería a ti. En algún momento dijo que hay peores cárceles que las palabras. Luego, antes de morir, me pidió que te dijese que la dejases marchar.

Le miré sin comprender.

—¿Que dejase marchar a quién?

—A una tal Penélope. Me imaginé que debía de ser tu novia.

Palacios bajó la mirada y partió con el crepúsculo. Me quedé mirando las luces del coche perderse en la tenebrosidad azul y escarlata, desconcertado. Al poco me encaminé de regreso al paseo de Colón, repitiéndome aquellas últimas palabras de Nuria Monfort sin encontrarles significado. Al llegar a la plaza del Portal de la Paz me detuve a contemplar los muelles junto al embarcadero de las golondrinas. Me senté en los peldaños que se perdían en las aguas turbias, en el mismo lugar donde, una noche ya perdida muchos años atrás, había visto por primera vez a Laín Coubert, el hombre sin rostro.

—Hay peores cárceles que las palabras —murmuré.

Sólo entonces comprendí que el mensaje de Nuria Monfort no iba destinado a mí. No era yo quien debía dejar escapar a Penélope. Sus últimas palabras no habían sido para un extraño, sino para el hombre que había amado en silencio durante quince años: Julián Carax.

44

Llegué a la plaza de San Felipe Neri al caer la noche. El banco en el que había avistado a Nuria Monfort por primera vez yacía a los pies de una farola, vacío y tatuado a cortaplumas con nombres de enamorados, insultos y promesas. Alcé la vista hasta las ventanas del hogar de Nuria Monfort en el tercer piso y advertí un reluz cobrizo, oscilante. Una vela.

Me adentré en la gruta de la portería oscura y ascendí la escalera a tientas. Me temblaban las manos cuando alcancé el rellano del tercero. Una cuchilla de luz rojiza despuntaba bajo el marco de la puerta entreabierta. Posé la mano sobre el pomo y permanecí allí inmóvil, escuchando. Creí oír un susurro, un aliento entrecortado que provenía del interior. Por un instante pensé que si abría aquella puerta, la encontraría esperándome al otro lado, fumando junto al balcón con las piernas encogidas y apoyada contra la pared, anclada en el mismo lugar en que la había dejado. Suavemente, temiendo molestarla, abrí la puerta y entré en el piso. Las cortinas del balcón ondeaban en la sala. La silueta estaba sentada junto a la ventana, el rostro robado al trasluz, inmóvil, sosteniendo un cirio encendido entre las manos. Una perla de claridad se deslizó por su piel, brillante como resina fresca, para caer después en su regazo. Isaac Monfort se volvió con el rostro surcado de lágrimas.

—No le vi esta tarde en el entierro —dije.

Negó en silencio, secándose los ojos con el envés de la solapa.

—Nuria no estaba allí —murmuró al rato—. Los muertos nunca acuden a su propio entierro.

Echó una mirada alrededor, como si con ello quisiera indicarme que su hija estaba en aquella sala, sentada junto a nosotros en la penumbra, escuchándonos.

—¿Sabe usted que nunca había estado en esta casa? —preguntó—. Siempre que nos veíamos era Nuria quien acudía a mí. «Para usted es más fácil, padre —decía ella —. ¿Para qué va a subir escaleras?». Yo siempre le decía: «Bueno, si no me invitas no voy a ir», y ella respondía: «No hace falta que le invite a mi casa, padre, se invita a los extraños. Usted puede venir cuando quiera». En más de quince años no vine a verla una sola vez. Siempre le dije que había escogido un mal barrio. Poca luz. Una finca vieja. Ella sólo asentía. Como cuando le decía que había escogido una mala vida. Poco futuro. Un marido sin oficio ni beneficio. Es curioso cómo juzgamos a los

demás y no nos damos cuenta de lo miserable de nuestro desdén hasta que nos faltan, hasta que nos los quitan. Nos los quitan porque nunca han sido nuestros…

La voz del anciano, desnuda de su velo de ironía, hacía aguas y sonaba casi tan vieja como su mirada.

—Nuria le quería a usted mucho, Isaac. No lo dude ni por un instante. Y me consta que ella también se sentía querida por usted —improvisé.

El viejo Isaac negó de nuevo. Sonreía, pero las lágrimas caían sin cesar, calladas.

—Quizá me quería, a su manera, como yo la quise a ella, a la mía. Pero no nos conocíamos. Quizá porque yo nunca la dejé conocerme, o nunca di un paso por conocerla a ella. Pasamos la vida como dos extraños que se han visto todos los días y se saludan por cortesía. Y pienso que quizá murió sin perdonarme.

—Isaac, le aseguro a usted…

—Daniel, es usted joven y pone voluntad, pero aunque he bebido y no sé ni lo que digo, aún no ha aprendido a mentir lo suficientemente bien como para engañar a un viejo con el corazón podrido de miserias.

Bajé la mirada.

—La policía dice que el hombre que la mató es amigo suyo —aventuró Isaac.

—La policía miente.

Isaac asintió.

—Ya lo sé.

—Le aseguro…

—No hace falta, Daniel. Sé que dice usted la verdad —dijo Isaac, extrayendo un sobre del bolsillo de su abrigo.

—La tarde antes de morir, Nuria vino a verme, como solía hacer años atrás. Me acuerdo de que solíamos ir a comer a un café de la calle Guardia, al que yo la llevaba de niña. Siempre hablábamos de libros, de libros viejos. Ella me contaba a veces cosas de su trabajo, pequeñeces, cosas que se cuentan a un extraño en un autobús… Una vez me dijo que sentía haber sido una decepción para mí. Le pregunté que de dónde había sacado aquella idea absurda. «De sus ojos, padre, de sus ojos», dijo. Ni una sola vez se me ocurrió que tal vez yo había sido una decepción todavía mayor para ella. A veces nos creemos que las personas son décimos de lotería: que están ahí para hacer realidad nuestras ilusiones absurdas.

—Isaac, con el debido respeto, ha bebido usted como un cosaco y no sabe lo que dice.

—El vino convierte al sabio en necio, y al necio en sabio. Sé lo suficiente para comprender que mi propia hija nunca confió en mí. Confiaba más en usted, Daniel, y sólo le había visto un par de veces.

—Le aseguro que se equivoca.

—La última tarde que nos vimos me trajo este sobre. Estaba muy inquieta, preocupada por algo que no me quiso contar. Me pidió que guardase este sobre y que, si pasaba algo, se lo entregase a usted.

—¿Si pasaba algo?

—Ésas fueron sus palabras. La vi tan alterada que le propuse que acudiésemos juntos a la policía, que fuera cual fuese el problema encontraríamos una solución. Entonces me dijo que la policía era el último sitio al que podía acudir. Le pedí que me revelase de qué se trataba, pero dijo que tenía que marcharse y me hizo prometer que le entregaría a usted este sobre si ella no volvía a buscarlo en un par de días. Me pidió que no lo abriera.

Isaac tendió el sobre. Estaba abierto.

—Le mentí, como siempre —dijo.

Inspeccioné el sobre. Contenía un pliego de cuartillas escritas a mano.

—¿Las ha leído usted? —pregunté.

El anciano asintió lentamente.

—¿Qué dicen?

El anciano alzó el rostro. Le temblaban los labios. Me pareció que había envejecido cien años desde la última vez que le había visto.

—Es la historia que usted buscaba, Daniel. La historia de una mujer que nunca conocí, aunque llevara mi nombre y mi sangre. Ahora le pertenece a usted.

Me guardé el sobre en el bolsillo del abrigo.

—Le voy a pedir que me deje solo, aquí con ella, si no le importa. Hace un rato, mientras leía esas páginas, me ha parecido que la reencontraba. Yo, por más que me esfuerce, sólo consigo recordarla como cuando era niña. De pequeña era muy callada, ¿sabe usted? Lo miraba todo, pensativa, y nunca se reía. Lo que más le gustaba eran los cuentos. Siempre me pedía que le leyese cuentos y no creo que haya habido una cría que aprendiese antes a leer. Decía que quería ser escritora y redactar enciclopedias y tratados de historia y filosofía. Su madre decía que todo aquello era culpa mía, que Nuria me adoraba y como pensaba que su padre sólo quería a los libros, ella quería escribir libros para que su padre la quisiera a ella.

—Isaac, no me parece una buena idea que esté usted solo esta noche. ¿Por qué no se viene conmigo? Se queda esta noche en casa, y así le hace compañía a mi padre.

Isaac negó de nuevo.

—Tengo que hacer, Daniel. Váyase usted a casa, y lea esas páginas. Le pertenecen a usted.

El anciano desvió la mirada y me dirigí hacia la puerta. Estaba en el umbral cuando la voz de Isaac me llamó, apenas un susurro.

—¿Daniel?

—Sí.

—Tenga usted mucho cuidado.

Cuando salí a la calle me pareció que la negrura se arrastraba por el empedrado, pisándome los talones. Apreté el paso y no aflojé el ritmo hasta que llegué al piso de Santa Ana. Al entrar en casa encontré a mi padre refugiado en su butaca con un libro abierto en el regazo. Era un álbum de fotografías. Al verme, se incorporó con una

expresión de alivio que le arrancó el cielo de encima.

—Ya estaba preocupado —dijo—. ¿Cómo fue el entierro?

Me encogí de hombros y mi padre asintió gravemente, dando el tema por cerrado.

—Te he preparado algo de cena. Si te apetece, lo recaliento y…

—No tengo hambre, gracias. He picado algo por ahí.

Me miró a los ojos y asintió de nuevo. Se volvió y empezó a recoger los platos que había dispuesto en la mesa. Fue entonces, sin saber bien por qué, cuando me acerqué a él y le abracé. Sentí que mi padre, sorprendido, me abrazaba a su vez.

—Daniel, ¿estás bien?

Estreché a mi padre entre mis brazos con fuerza.

—Te quiero —murmuré.

Repicaban las campanas de la catedral cuando empecé a leer el manuscrito de Nuria Monfort. Su caligrafía menuda y ordenada me recordó la pulcritud de su escritorio, como si hubiese querido buscar en las palabras la paz y la seguridad que la vida no había querido concederle.

NURIA MONFORT:
MEMORIA DE APARECIDOS
—
1933-1955

1

No hay segundas oportunidades, excepto para el remordimiento. Julián Carax y yo nos conocimos en el otoño de 1933. Por entonces, yo trabajaba para el editor Josep Cabestany. El señor Cabestany le había descubierto en 1927 durante uno de sus viajes «de prospección editorial» a París. Julián se ganaba la vida tocando el piano por las tardes en una casa de alterne y escribía por las noches. La dueña del local, una tal Irene Marceau, tenía tratos con la mayoría de editores de París y, gracias a sus ruegos, favores o amenazas de indiscreción, Julián Carax había conseguido publicar varias novelas en diferentes editoriales con resultados comerciales desastrosos. Cabestany había adquirido los derechos exclusivos para editar la obra de Carax en España y América del Sur por una suma irrisoria que incluía la traducción de los originales en francés al castellano por parte del autor. Confiaba en poder vender unos tres mil ejemplares de cada una, pero los dos primeros títulos que publicó en España fueron un rotundo fracaso: apenas se vendieron un centenar de ejemplares de cada uno. Pese a los malos resultados, cada dos años recibíamos un nuevo manuscrito de Julián, que Cabestany aceptaba sin poner reparos, alegando que había suscrito un compromiso con el autor, que no todo eran los beneficios y que había que promocionar la buena literatura.

Un día, intrigada, le pregunté por qué continuaba publicando novelas de Julián Carax y perdiendo dinero en el empeño. Por toda contestación, Cabestany fue hasta su estantería, tomó una copia de un libro de Julián y me invitó a que lo leyese. Así lo hice. Dos semanas más tarde los había leído todos. Esta vez mi pregunta fue cómo era posible que vendiésemos tan pocos ejemplares de aquellas novelas.

—No lo sé —dijo Cabestany—. Pero lo seguiremos intentando.

Me pareció un gesto noble y admirable que no casaba con la imagen fenicia que me había hecho del señor Cabestany. Quizá le había juzgado mal. La figura de Julián Carax cada vez me intrigaba más. Todo lo referente a él estaba envuelto de misterio. Por lo menos una o dos veces al mes alguien llamaba preguntando por la dirección de Julián Carax. Pronto advertí que siempre era la misma persona, que se identificaba con nombres diferentes. Yo me limitaba a decirle lo que ya decían las contraportadas de los libros, que Julián Carax vivía en París. Con el tiempo, aquel hombre dejó de llamar. Yo, por si las moscas, había borrado la dirección de Carax de los archivos de

la editorial. Yo era la única que le escribía y me la sabía de memoria.

Meses más tarde, por casualidad, me encontré con las hojas de contabilidad que el taller de impresión enviaba al señor Cabestany. Al echarles un vistazo advertí que las ediciones de los libros de Julián Carax estaban sufragadas en su integridad por un individuo ajeno a la empresa del cual yo no había oído hablar jamás: Miquel Moliner. Es más, los costes de impresión y distribución de las obras eran sustancialmente inferiores a la cifra facturada al señor Moliner. Las cifras no mentían: la editorial estaba haciendo dinero imprimiendo libros que iban a parar directamente a un almacén. No tuve valor para cuestionar las indiscreciones financieras de Cabestany. Temía perder mi puesto. Lo que hice fue anotar la dirección a la que enviábamos las facturas a nombre de Miquel Moliner, un palacete en la calle Puertaferrisa. Guardé aquella dirección durante meses antes de atreverme a visitarle. Finalmente, mi conciencia pudo más y me presenté en su casa dispuesta a decirle que Cabestany le estaba estafando. Sonrió y me dijo que ya lo sabía.

—Cada cual hace aquello para lo que sirve.

Le pregunté si había sido él quien había estado llamando tantas veces para averiguar la dirección de Carax. Dijo que no y, con gesto sombrío, me advirtió que no debía darle esa dirección a nadie. Nunca.

Miquel Moliner era un hombre enigmático. Vivía solo en un palacio cavernoso y casi en ruinas que formaba parte de la herencia de su padre, un industrial que se había enriquecido con la fabricación de armas y, se decía, la promoción de guerras. Lejos de vivir entre lujos, Miquel llevaba una existencia casi monacal, dedicado a dilapidar aquel dinero que consideraba ensangrentado en restaurar museos, catedrales, escuelas, bibliotecas, hospitales y en asegurarse de que las obras de su amigo de juventud, Julián Carax, fuesen publicadas en su ciudad natal.

—Dinero me sobra, y amigos como Julián me faltan —decía por toda explicación.

Apenas mantenía contacto con sus hermanos o con el resto de su familia, a quienes se refería como extraños. No se había casado y raramente salía del recinto del palacio, en el que sólo ocupaba la planta superior. Allí tenía montada su oficina, donde trabajaba febrilmente escribiendo artículos y columnas para varios periódicos y revistas de Madrid y Barcelona, traduciendo textos técnicos del alemán y el francés, haciendo corrección de estilo de enciclopedias y manuales escolares… Miquel Moliner estaba poseído por esa enfermedad de la laboriosidad culpable y, aunque respetaba y hasta envidiaba la ociosidad en los demás, huía de ella como de la peste. Lejos de presumir de su ética de trabajo, bromeaba sobre su compulsión productiva y la describía como una forma menor de cobardía.

—Mientras se trabaja, uno no le mira a la vida a los ojos.

Nos hicimos buenos amigos casi sin darnos cuenta. Ambos teníamos mucho en común, quizá demasiado. Miquel me hablaba de libros, de su adorado doctor Freud, de música, pero sobre todo de su viejo amigo Julián. Nos veíamos casi todas las

semanas. Miquel me contaba historias de los días de Julián en el colegio de San Gabriel. Conservaba una colección de antiguas fotografías, de relatos escritos por un Julián adolescente. Miquel adoraba a Julián y a través de sus palabras y sus recuerdos aprendí a descubrirle, a inventar una imagen en la ausencia. Un año después de conocernos, Miquel Moliner me confesó que se había enamorado de mí. No quise herirle, pero tampoco engañarle. Era imposible engañar a Miquel. Le dije que le apreciaba muchísimo, que se había convertido en mi mejor amigo, pero no estaba enamorada de él. Miquel dijo que ya lo sabía.

—Estás enamorada de Julián, pero no lo sabes todavía.

En agosto de 1933, Julián me escribió anunciándome que casi había terminado el manuscrito de una nueva novela titulada *El ladrón de catedrales*. Cabestany tenía unos contratos pendientes de renovación en septiembre con Gallimard. Llevaba ya semanas paralizado con un ataque de gota y, como premio a mi dedicación, decidió que yo viajase a Francia en su lugar para tramitar los nuevos contratos y, de paso, visitar a Julián Carax y recoger la nueva obra. Escribí a Julián anunciando mi visita para mediados de septiembre y pidiéndole si me podía recomendar un hotel modesto y de precio asequible. Julián contestó diciendo que me podía instalar en su casa, un modesto piso en la barriada de St. Germain, y ahorrarme el dinero del hotel para otros gastos. El día antes de partir visité a Miquel para preguntarle si tenía algún mensaje para Julián. Dudó un largo rato, y luego me dijo que no.

La primera vez que vi a Julián en persona fue en la estación de Austerlitz. El otoño había llegado a París a traición y la estación estaba inundada de niebla. Me quedé esperando en el andén, mientras los pasajeros partían hacia la salida. Pronto me quedé sola y vi a un hombre enfundado en un abrigo negro apostado a la entrada del andén que me observaba entre el humo de un cigarrillo. Durante el viaje me había preguntado a menudo cómo iba a reconocer a Julián. Las fotografías que había visto de él en la colección de Miquel Moliner tenían por lo menos trece o catorce años. Miré a un lado y a otro del andén. No había nadie más excepto aquella figura y yo. Advertí que el hombre me contemplaba con cierta curiosidad, quizá esperando a otra persona, al igual que yo. No podía ser él. Según mis datos, Julián tenía entonces treinta y dos años, y aquel hombre me pareció mayor. Tenía el pelo cano y una expresión de tristeza o cansancio. Demasiado pálido y demasiado delgado, o quizá fuera sólo la niebla y el cansancio del viaje. Había aprendido a imaginar un Julián adolescente. Me aproximé a aquel desconocido con cautela y le miré a los ojos.

—¿Julián?

El extraño me sonrió y asintió. Julián Carax tenía la sonrisa más bonita del mundo. Es lo único que quedaba de él.

Julián ocupaba una buhardilla en la barriada de St. Germain. El piso se reducía a dos piezas: una sala con una cocina diminuta que daba a una balaustrada desde la que se veían las torres de Notre-Dame emergiendo tras una jungla de tejados y neblina, y un dormitorio sin ventanas con un lecho individual. El baño estaba al fondo del

pasillo del piso inferior y lo compartía con el resto de vecinos. El conjunto de la vivienda era más pequeño que el despacho del señor Cabestany. Julián había limpiado a conciencia y había dispuesto todo para acogerme con sencillez y decoro. Fingí estar encantada con la casa, que todavía olía al desinfectante y a la cera que Julián había aplicado con más empeño que maña. Las sábanas de la cama se veían por estrenar. Me pareció que eran de un estampado con dibujos de dragones y castillos. Sábanas de niño. Julián se disculpó diciendo que las había conseguido a un precio excepcional, pero que eran de primera calidad. Las que no llevaban estampado costaban el doble, argumentó, y eran más aburridas.

En la sala había un escritorio de madera vieja enfrentado a la visión de las torres de la catedral. Sobre él yacía la máquina Underwood que había adquirido con el anticipo de Cabestany y dos pilas de cuartillas, una en blanco y la otra escrita por ambas caras. Julián compartía el piso con un inmenso gato blanco al que llamaba *Kurtz*. El felino me observaba con recelo a los pies de su dueño, relamiéndose las garras. Conté dos sillas, una percha y poco más. Lo demás eran libros. Murallas de libros cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo, en dos capas. Mientras yo inspeccionaba el lugar, Julián suspiró.

—Hay un hotel a dos calles de aquí, limpio, asequible y respetable. Me permití hacer una reserva…

Tuve mis dudas, pero temía ofenderle.

—Aquí estaré perfectamente, siempre y cuando no suponga una molestia para ti, ni para *Kurtz*.

Kurtz y Julián intercambiaron una mirada. Julián negó, y el gato imitó su gesto. No me había dado cuenta de lo mucho que se parecían el uno al otro. Julián insistió en cederme el dormitorio. Él, alegaba, apenas dormía y se instalaría en la sala en un plegatín que le había prestado su vecino monsieur Darcieu, un anciano ilusionista que leía las líneas de la mano a las señoritas a cambio de un beso. Aquella primera noche dormí de un tirón, agotada por el viaje. Me desperté al alba y descubrí que Julián había salido. *Kurtz* dormía sobre la máquina de escribir de su dueño. Roncaba como un mastín. Me aproximé al escritorio y vi el manuscrito de la nueva novela que había venido a recoger.

El ladrón de catedrales

En la primera página, al igual que en todas las novelas de Julián, rezaba la leyenda, escrita a mano:

Para P

Me sentí tentada de empezar a leer. Estaba a punto de tomar la segunda página

cuando advertí que *Kurtz* me miraba de reojo. Al igual que había visto hacer a Julián, negué con la cabeza. El gato negó a su vez, y devolví las páginas a su lugar. Al rato, Julián apareció trayendo pan recién hecho, un termo de café y queso fresco. Desayunamos en la balaustrada. Julián hablaba sin cesar pero rehuía mi mirada. A la luz del alba me pareció un niño envejecido. Se había afeitado y enfundado el que supuse era su único atuendo decente, un traje de algodón color crema que se veía gastado pero elegante. Le escuché hablarme de los misterios de Notre-Dame, de una supuesta barcaza fantasma que surcaba el Sena por las noches recogiendo las almas de los amantes desesperados que se habían suicidado tirándose a las aguas heladas, de mil y un embrujos que inventaba sobre la marcha con tal de no permitirme preguntarle nada. Yo le contemplaba en silencio, asintiendo, buscando en él al hombre que había escrito los libros que conocía casi de memoria de tanto releerlos, al muchacho que Miquel Moliner me había descrito tantas veces.

—¿Cuántos días vas a estar en París? —preguntó.

Mis asuntos con Gallimard iban a llevarme unos dos o tres días, supuse. Mi primera cita era aquella misma tarde. Le dije que había pensado tomarme un par de días para conocer la ciudad antes de regresar a Barcelona.

—París exige más de dos días —dijo Julián—. No se aviene a razones.

—No dispongo de más tiempo, Julián. El señor Cabestany es un patrón generoso, pero todo tiene un límite.

—Cabestany es un pirata, pero incluso él sabe que París no se ve en dos días, ni en dos meses, ni en dos años.

—No puedo estar dos años en París, Julián.

Julián miró un largo rato en silencio y me sonrió.

—¿Por qué no? ¿Alguien te espera?

Los trámites con Gallimard y mis visitas de cortesía a varios editores con quienes Cabestany tenía contratos ocuparon tres días completos, tal y como había previsto. Julián me había asignado un guía y protector, un muchacho llamado Hervé que tenía apenas trece años y se conocía la ciudad al dedillo. Hervé me acompañaba de puerta a puerta, se aseguraba de indicarme en qué cafés tomar un bocado, qué calles evitar, qué vistas apresar. Me esperaba durante horas a la puerta de las oficinas de los editores sin perder la sonrisa y sin aceptar propina alguna. Hervé chapurreaba un español divertido, que mezclaba con tintes de italiano y portugués.

—Signore Carax, ya me ha pagato con tuoda generosidade pos meus servicios…

Según pude deducir, Hervé era el huérfano de una de las damas del establecimiento de Irene Marceau, en cuyo ático vivía. Julián le había enseñado a leer, escribir y a tocar el piano. Los domingos lo llevaba al teatro o a un concierto. Hervé idolatraba a Julián y parecía dispuesto a hacer cualquier cosa por él, incluido guiarme hasta el fin del mundo si era necesario. En nuestro tercer día juntos me preguntó si yo era la novia del *signore* Carax. Le dije que no, sólo una amiga de visita. Pareció decepcionado.

Julián pasaba casi todas las noches en vela, sentado en su escritorio con *Kurtz* en el regazo, repasando páginas o simplemente mirando las siluetas de las torres de la catedral a lo lejos. Una noche en que yo tampoco podía dormir por el ruido de la lluvia arañando el tejado salí a la sala. Nos miramos sin decir nada y Julián me ofreció un cigarrillo. Contemplamos la lluvia en silencio durante un largo rato. Luego, cuando la lluvia cesó, le pregunté quién era P.

—Penélope —respondió.

Le pedí que me hablase de ella, de aquellos trece años de exilio en París. A media voz, en la penumbra, Julián me contó que Penélope era la única mujer a la que había amado.

Una noche de invierno de 1921, Irene Marceau encontró a Julián Carax vagando en las calles, incapaz de recordar su nombre y vomitando sangre. Apenas llevaba encima unas monedas y unas páginas dobladas, escritas a mano. Irene las leyó, y creyó que había dado con un autor famoso, borracho perdido, y que quizá un editor generoso la recompensaría cuando él recobrase el conocimiento. Ésa era al menos su versión, pero Julián sabía que le salvó la vida por compasión. Pasó seis meses en una habitación en el ático del burdel de Irene, recuperándose. Los médicos advirtieron a Irene que si aquel individuo volvía a envenenarse, no respondían de él. Se había destrozado el estómago y el hígado, e iba a pasar el resto de sus días sin poder alimentarse más que de leche, queso fresco y pan tierno. Cuando Julián recobró el habla, Irene le preguntó quién era.

—Nadie —respondió Julián.

—Pues nadie vive a mi costa. ¿Qué sabes hacer?

Julián dijo que sabía tocar el piano.

—Demuéstralo.

Julián se sentó al piano del salón y, frente a una intrigada audiencia de quince putillas adolescentes en paños menores, interpretó un nocturno de Chopin. Todas aplaudieron menos Irene, que dijo que aquello era música de muertos y que ellas estaban en el negocio de los vivos. Julián tocó para ella un *ragtime* y un par de piezas de Offenbach.

—Eso está mejor.

Su nuevo empleo le granjeaba un sueldo, un techo y dos comidas calientes al día.

En París sobrevivió gracias a la caridad de Irene Marceau, que era la única persona que le animaba a seguir escribiendo. A ella le gustaban las novelas románticas y las biografías de santos y mártires, que la intrigaban enormemente. En su opinión, el problema de Julián es que tenía el corazón envenenado y que por eso sólo podía escribir aquellas historias de espantos y tinieblas. Pese a sus reparos, Irene era quien había conseguido que Julián encontrase editor para sus primeras novelas, quien le había procurado aquella buhardilla en la que se escondía del mundo, la que

le vestía y lo sacaba de casa para que le diese el sol y el aire, quien le compraba libros y le hacía acompañarla a misa los domingos y luego a pasear por las Tullerías. Irene Marceau le mantenía vivo sin pedirle otra cosa a cambio que su amistad y la promesa de que seguiría escribiendo. Con el tiempo, Irene le permitió llevarse a alguna de sus chicas a la buhardilla, aunque sólo fuera para dormir abrazados. Irene bromeaba que ellas estaban casi tan solas como él y lo único que querían era algo de cariño.

—Mi vecino, monsieur Darcieu, me tiene por el hombre más afortunado del universo.

Le pregunté por qué no había regresado nunca a Barcelona en busca de Penélope. Se sumió en un largo silencio y cuando busqué su rostro en la oscuridad lo encontré cortado de lágrimas. Sin saber bien lo que hacía me arrodillé junto a él y le abracé. Permanecimos así, abrazados en aquella silla, hasta que nos sorprendió el alba. Ya no sé quién besó primero a quién, ni si tiene importancia. Sé que encontré sus labios y que me dejé acariciar sin darme cuenta de que también yo estaba llorando y no sabía por qué. Aquel amanecer, y todos los que siguieron durante las dos semanas que pasé con Julián, nos amamos en el suelo, siempre en silencio. Luego, sentados en un café o paseando por las calles, le miraba a los ojos y sabía sin necesidad de preguntarle que él seguía queriendo a Penélope. Recuerdo que en aquellos días aprendí a odiar a aquella muchacha de diecisiete años (porque para mí Penélope siempre tuvo diecisiete años), a la que nunca había conocido y con la que empezaba a soñar. Inventé mil y una excusas para telegrafiar a Cabestany y prolongar mi estancia. Ya no me preocupaba perder aquel empleo ni la existencia gris que había dejado en Barcelona. Muchas veces me he preguntado si llegué a París con una vida tan vacía que caí en los brazos de Julián como las chicas de Irene Marceau, que mendigaban cariño a regañadientes. Sólo sé que aquellas dos semanas que pasé con Julián fueron el único momento de mi vida en que sentí por una vez que era yo misma, en que comprendí con esa absurda claridad de las cosas inexplicables que nunca podría querer a otro hombre como quería a Julián, aunque pasara el resto de mis días intentándolo.

Un día Julián se quedó dormido en mis brazos, exhausto. La tarde anterior, al cruzar frente al escaparate de una tienda de empeños se había detenido para enseñarme una pluma estilográfica que llevaba años expuesta en el mostrador y que según el tendero había pertenecido a Víctor Hugo. Julián nunca había tenido un céntimo para comprarla, pero cada día la visitaba. Me vestí con sigilo y bajé a la tienda. La pluma costaba una fortuna que yo no tenía, pero el tendero me dijo que aceptaría un cheque en pesetas contra cualquier banco español con oficina en París. Antes de morir, mi madre me había prometido que ahorraría durante años para comprarme un vestido de novia. La pluma de Víctor Hugo se llevó mi velo por delante, y aunque sabía que era una locura, nunca gasté un dinero más a gusto. Al salir de la tienda con el estuche fabuloso, advertí que una mujer me seguía. Era una dama muy elegante, con el cabello plateado y los ojos más azules que he visto jamás.

Se me aproximó y se presentó. Era Irene Marceau, la protectora de Julián. Mi lazarillo Hervé le había hablado de mí. Sólo quería conocerme y preguntarme si yo era la mujer a la que Julián había estado esperando todos aquellos años. No hizo falta que respondiese. Irene se limitó a asentir y me besó en la mejilla. La vi alejarse calle abajo y supe entonces que Julián nunca sería mío, que le había perdido antes de empezar. Regresé a la buhardilla con el estuche de la pluma oculto en mi bolso. Julián me esperaba despierto. Me desnudó sin decir nada e hicimos el amor por última vez. Cuando me preguntó por qué lloraba le dije que eran lágrimas de felicidad. Más tarde, cuando Julián bajó a buscar algo de comida, hice el equipaje y dejé el estuche con la pluma sobre su máquina de escribir. Metí el manuscrito de la novela en mi maleta y me marché antes de que Julián regresara. En el rellano me encontré con monsieur Darcieu, el anciano ilusionista que leía la mano de las muchachas a cambio de un beso. Me tomó la mano izquierda y me observó con tristeza.

—*Vous avez poison au coeur, mademoiselle*.

Cuando quise satisfacer su tarifa negó suavemente, y fue él quien me besó la mano.

Llegué a la estación de Austerlitz justo a tiempo para tomar el tren de las doce para Barcelona. El revisor que me vendió el billete me preguntó si me encontraba bien. Asentí y me encerré en el compartimento. El tren partía ya cuando miré por la ventana y avisté la silueta de Julián en el andén, en el mismo sitio que le había visto la primera vez. Cerré los ojos y no los abrí hasta que el tren hubo dejado atrás la estación y aquella ciudad embrujada a la que nunca podría regresar. Llegué a Barcelona al amanecer del día siguiente. Aquel día cumplí los veinticuatro años, sabiendo que lo mejor de mi vida había quedado atrás.

2

A mi regreso a Barcelona dejé pasar un tiempo antes de volver a visitar a Miquel Moliner. Necesitaba quitarme a Julián de la cabeza y me daba cuenta de que si Miquel me preguntaba por él no iba a saber qué decir. Cuando nos encontramos de nuevo no hizo falta que le dijese nada. Miquel me miró a los ojos y se limitó a asentir. Me pareció más flaco que antes de mi viaje a París, el rostro de una palidez casi enfermiza, que yo atribuí al exceso de trabajo con que se castigaba. Me confesó que estaba pasando apuros económicos. Había gastado casi todo el dinero que había heredado en sus donaciones filantrópicas y ahora los abogados de sus hermanos estaban tratando de desalojarle del palacete alegando que una cláusula del testamento del viejo Moliner especificaba que Miquel sólo podría hacer uso de aquel lugar siempre y cuando lo mantuviese en buenas condiciones y pudiera demostrar solvencia para mantener la propiedad. En caso contrario, el palacio de Puertaferrisa pasaría a la custodia de sus otros hermanos.

—Incluso antes de morir, mi padre intuyó que iba a gastarme su dinero en todo aquello que él detestaba en vida, hasta el último céntimo.

Sus ingresos como columnista y traductor estaban lejos de permitirle mantener semejante domicilio.

—Lo difícil no es ganar dinero sin más —se lamentaba—. Lo difícil es ganarlo haciendo algo a lo que valga la pena dedicarle la vida.

Sospeché que estaba empezando a beber a escondidas. A veces le temblaban las manos. Yo le visitaba todos los domingos y le obligaba a salir a la calle y a alejarse de su mesa de trabajo y sus enciclopedias. Sabía que le dolía verme. Actuaba como si no recordase que me había propuesto matrimonio y que le había rechazado, pero a veces le sorprendía observándome con anhelo y deseo, con mirada de derrota. Mi única excusa para someterle a aquella crueldad era puramente egoísta: sólo Miquel sabía la verdad sobre Julián y Penélope Aldaya.

Durante aquellos meses que pasé alejada de Julián, Penélope Aldaya se había convertido en un espectro que me devoraba el sueño y el pensamiento. Todavía recordaba la expresión de decepción en el rostro de Irene Marceau al comprobar que yo no era la mujer que Julián estaba esperando. Penélope Aldaya, ausente y a traición, era una enemiga demasiado poderosa para mí. Invisible, la imaginaba

perfecta, una luz en cuya sombra me perdía, indigna, vulgar, tangible. Nunca había creído posible que pudiera odiar tanto, y tan a mi pesar, a alguien a quien ni siquiera conocía, a quien no había visto una sola vez. Supongo que creía que si la encontraba cara a cara, si comprobaba que era de carne y hueso, su hechizo se rompería y Julián sería libre de nuevo. Y yo con él. Quise creer que era una cuestión de tiempo, de paciencia. Tarde o temprano, Miquel me contaría la verdad. Y la verdad me haría libre.

Un día, mientras paseábamos por el claustro de la catedral, Miquel volvió a insinuar su interés por mí. Le miré y vi a un hombre solo, sin esperanzas. Sabía lo que hacía cuando le llevé a casa y me dejé seducir por él. Sabía que le estaba engañando, y que él lo sabía también, pero no tenía nada más en el mundo. Fue así como nos convertimos en amantes, por desesperación. Yo veía en sus ojos lo que hubiera querido ver en los de Julián. Sentía que al entregarme a él, me vengaba de Julián y de Penélope y de todo aquello que se me negaba. Miquel, que estaba enfermo de deseo y de soledad, sabía que nuestro amor era una farsa, y aun así no podía dejarme ir. Cada día bebía más y muchas veces apenas podía poseerme. Entonces bromeaba amargamente que después de todo nos habíamos convertido en un matrimonio ejemplar en un tiempo récord. Nos estábamos haciendo daño el uno al otro por despecho y cobardía. Una noche, cuando casi se cumplía un año de mi regreso de París, le pedí que me contase la verdad sobre Penélope. Miquel había bebido y se puso violento, como nunca le había visto antes. Lleno de rabia, me insultó y me acusó de no haberle querido nunca, de ser una furcia cualquiera. Me arrancó la ropa a jirones y cuando quiso forzarme yo me tendí, ofreciéndome sin resistencia y llorando en silencio. Miquel se vino abajo y me suplicó que le perdonase. Cuánto me hubiera gustado poder amarle a él y no a Julián, poder elegir quedarme a su lado. Pero no podía. Nos abrazamos en la oscuridad y le pedí perdón por todo el daño que le había hecho. Me dijo entonces que si eso era realmente lo que quería, me contaría la verdad sobre Penélope Aldaya. Hasta en eso me equivoqué.

Aquel domingo de 1919 en que Miquel Moliner había acudido a la estación de Francia a entregar el billete a París y despedir a su amigo Julián, ya sabía que Penélope no acudiría a la cita. Sabía que dos días antes, al regresar don Ricardo Aldaya de Madrid, su esposa le había confesado que había sorprendido a Julián y a su hija Penélope en la habitación del aya Jacinta. Jorge Aldaya le había revelado a Miquel lo sucedido el día anterior, haciéndole jurar que nunca se lo contaría a nadie. Jorge le explicó cómo, al recibir la noticia, don Ricardo estalló de ira, y gritando como un loco, corrió a la habitación de Penélope, que al oír los alaridos de su padre se había encerrado con llave y lloraba de terror. Don Ricardo derribó la puerta a patadas y encontró a Penélope de rodillas, temblando y suplicándole su perdón. Don Ricardo le propinó entonces una bofetada que la derribó contra el suelo. Ni el propio Jorge fue capaz de repetirle las palabras que profirió don Ricardo, ardiendo de rabia. Todos los miembros de la familia y el servicio esperaban abajo, atemorizados, sin

saber qué hacer. Jorge se ocultó en su habitación, a oscuras, pero incluso allí llegaban los gritos de don Ricardo. Jacinta fue despedida aquel mismo día. Don Ricardo ni se dignó verla. Ordenó a los criados que la echasen de la casa y les amenazó con un destino similar si cualquiera de ellos volvía a tener contacto alguno con ella.

Cuando don Ricardo bajó a la biblioteca era ya medianoche. Había dejado encerrada bajo llave a Penélope en la que había sido la habitación de Jacinta y prohibió terminantemente que nadie subiera a verla, ni miembros del servicio ni de la familia. Desde su habitación, Jorge escuchó a sus padres hablar en el piso de abajo. El doctor llegó de madrugada. La señora Aldaya le condujo hasta la alcoba donde mantenían encerrada a Penélope y esperó en la puerta mientras el médico la reconocía. Al salir, el doctor se limitó a asentir y a recoger su pago. Jorge escuchó cómo don Ricardo le decía que si comentaba con alguien lo que había visto allí, él personalmente se aseguraría de arruinar su reputación y de impedir que volviese a ejercer la medicina. Incluso Jorge sabía lo que eso significaba.

Jorge confesó estar muy preocupado por Penélope y por Julián. Nunca había visto a su padre poseído por semejante cólera. Incluso teniendo en cuenta la ofensa cometida por los amantes, no comprendía el alcance de aquella ira. Tiene que haber algo más, dijo, algo más. Don Ricardo había dado órdenes ya para que Julián fuese expulsado del colegio de San Gabriel y se había puesto en contacto con el padre del muchacho, el sombrerero, para enviarle al ejército inmediatamente. Miquel, al oír aquello, decidió que no podía decirle a Julián la verdad. Si le desvelaba que don Ricardo Aldaya mantenía encerrada a Penélope y que ella llevaba en las entrañas al hijo de ambos, Julián nunca tomaría aquel tren para París. Sabía que quedarse en Barcelona sería el fin de su amigo. Así pues, decidió engañarle y dejar que partiera para París sin saber lo que había sucedido, dejándole creer que Penélope se reuniría con él tarde o temprano. Al despedirse de Julián aquel día en la estación de Francia, quiso creer que no todo estaba perdido.

Días más tarde, cuando se supo que Julián había desaparecido, se abrieron los infiernos. Don Ricardo Aldaya echaba espuma por la boca. Puso a medio departamento de policía a la busca y captura del fugitivo, sin éxito. Acusó entonces al sombrerero de haber saboteado el plan que habían pactado y le amenazó con la ruina absoluta. El sombrerero, que no entendía nada, acusó a su vez a su esposa Sophie de haber urdido la fuga de aquel hijo infame y la amenazó con echarla a la calle para siempre. A nadie se le ocurrió que era Miquel Moliner quien había ideado todo el asunto. A nadie excepto a Jorge Aldaya, que dos semanas más tarde acudió a verle. Ya no rezumaba el temor y la preocupación que le habían atenazado días atrás. Aquél era otro Jorge Aldaya, adulto y robado de inocencia. Fuera lo que fuese lo que se ocultaba tras la rabia de don Ricardo, Jorge lo había averiguado. El motivo de la visita era sucinto: le dijo que sabía que era él quien había ayudado a Julián a escapar. Le anunció que ya no eran amigos, que no quería volver a verle nunca más y le amenazó con matarle si le contaba a alguien lo que él le había revelado dos semanas

antes.

Unas semanas más tarde, Miquel recibió la carta bajo nombre falso que Julián enviaba desde París dándole su dirección y comunicándole que estaba bien y le echaba de menos e interesándose por su madre y por Penélope. Incluía una carta dirigida a Penélope para que Miquel la reenviase desde Barcelona, la primera de tantas que Penélope nunca llegaría a leer. Miquel dejó pasar unos meses con prudencia. Escribía semanalmente a Julián, refiriéndole sólo aquello que creía oportuno, que era casi nada. Julián a su vez le hablaba de París, de lo difícil que estaba resultando todo, de lo solo y desesperado que se sentía. Miquel le enviaba dinero, libros y su amistad. Junto con cada carta, Julián acompañaba sus envíos con otra misiva para Penélope. Miquel las enviaba desde diferentes estafetas, aun sabiendo que era inútil. En sus cartas, Julián no cesaba de preguntar por Penélope. Miquel no podía contarle nada. Sabía por Jacinta que Penélope no había salido de la casa de la avenida del Tibidabo desde que su padre la había encerrado en la habitación del tercer piso.

Una noche, Jorge Aldaya le salió al paso entre las sombras a dos manzanas de su casa. «¿Vienes ya a matarme?», preguntó Miquel. Jorge anunció que venía a hacerle un favor a él y a su amigo Julián. Le entregó una carta y le sugirió que se la hiciera llegar a Julián, dondequiera que se hubiera ocultado. «Por el bien de todos», sentenció. El sobre contenía una cuartilla escrita de puño y letra por Penélope Aldaya.

Querido Julián:

Te escribo para anunciarte mi próximo matrimonio y para rogarte que no me escribas más, que me olvides y que rehagas tu vida. No te guardo rencor, pero no sería sincera si no te confesara que nunca te he querido y nunca podré quererte. Te deseo lo mejor, dondequiera que estés.

Penélope

Miquel leyó y releyó la carta mil veces. El trazo era inequívoco, pero no creyó por un momento que Penélope hubiera escrito aquella carta por propia voluntad. «Dondequiera que estés…». Penélope sabía perfectamente donde estaba Julián: en París, esperándola. Si fingía desconocer su paradero, reflexionó Miquel, era para protegerle. Por ese mismo motivo, Miquel no acertaba a comprender lo que podía haberla llevado a redactar aquellas líneas. ¿Qué más amenazas podía cernir sobre ella don Ricardo Aldaya que el mantenerla encerrada durante meses en aquella alcoba como a una prisionera? Más que nadie, Penélope sabía que aquella carta constituía una puñalada envenenada en el corazón de Julián: un joven de diecinueve años, perdido en una ciudad lejana y hostil, abandonado de todos, apenas sobreviviendo de vanas esperanzas de volverla a ver. ¿De qué quería protegerle al apartarle de su lado de aquel modo? Tras mucho meditarlo, Miquel decidió no enviar la carta. No sin

antes saber su causa. Sin una buena razón, no sería su mano la que hundiese aquel puñal en el alma de su amigo.

Días más tarde supo que don Ricardo Aldaya, harto de ver a Jacinta Coronado acechando como un centinela a las puertas de su casa mendigando noticias de Penélope, había recurrido a sus muchas influencias y hecho encerrar al aya de su hija en el manicomio de Horta. Cuando Miquel Moliner quiso visitarla, se le negó el permiso. Jacinta Coronado iba a pasar sus tres primeros meses en una celda incomunicada. Después de tres meses en el silencio y en la oscuridad, le explicó uno de los doctores, un individuo muy joven y sonriente, la docilidad de la paciente estaba garantizada. Siguiendo una corazonada, Miquel decidió visitar la pensión en la que Jacinta había estado viviendo durante los meses siguientes a su despido. Al identificarse, la patrona recordó que Jacinta había dejado un mensaje a su nombre y tres semanas a deber. Saldó la deuda, de cuya veracidad dudaba, y se hizo con el mensaje en que el aya decía que tenía constancia de que una de las doncellas de la casa, Laura, había sido despedida al saberse que había enviado en secreto una carta escrita por Penélope a Julián. Miquel dedujo que la única dirección a la que Penélope, desde su cautiverio, habría podido dirigir la misiva era al piso de los padres de Julián en la ronda de San Antonio, confiando en que ellos a su vez la hiciesen llegar a su hijo en París.

Decidió pues visitar a Sophie Carax a fin de recuperar aquella carta para enviársela a Julián. Al visitar el domicilio de la familia Fortuny, Miquel se llevó una sorpresa de mal augurio: Sophie Carax ya no residía allí. Había abandonado a su marido unos días atrás, o ése era el rumor que circulaba en la escalera. Miquel trató entonces de hablar con el sombrerero, que pasaba los días encerrado en su tienda carcomido por la rabia y la humillación. Miquel le insinuó que había venido a buscar una carta que debía haber llegado a nombre de su hijo Julián hacía unos días.

—Yo no tengo ningún hijo —fue toda la respuesta que obtuvo.

Miquel Moliner marchó de allí sin saber que aquella carta había ido a parar a manos de la portera del edificio y que muchos años después, tú, Daniel, la encontrarías y leerías las palabras que Penélope había enviado, esta vez de corazón, a Julián, y que él nunca llegó a recibir.

Al salir de la sombrerería Fortuny, una vecina de la escalera que se identificó como la Vicenteta se le acercó y le preguntó si estaba buscando a Sophie. Miquel asintió.

—Soy amigo de Julián.

La Vicenteta le informó de que Sophie estaba malviviendo en una pensión situada en una callejuela tras el edificio de Correos a la espera de que partiese el barco que la llevaría a América. Miquel acudió a aquella dirección, una escalera angosta y miserable que rehuía la luz y el aire. En la cima de aquella espiral polvorienta de peldaños inclinados, Miquel encontró a Sophie Carax en una habitación del cuarto piso, encharcada de sombras y humedad. La madre de Julián enfrentaba la ventana

sentada al borde de un camastro en el que todavía yacían dos maletas cerradas como ataúdes sellando sus veintidós años en Barcelona.

Al leer la carta firmada por Penélope que Jorge Aldaya había entregado a Miquel, Sophie derramó lágrimas de rabia.

—Ella lo sabe —murmuró—. Pobrecilla, lo sabe…

—¿Sabe el qué? —preguntó Miquel.

—La culpa es mía —dijo Sophie—. La culpa es mía.

Miquel le sostenía las manos, sin comprender. Sophie no se atrevió a enfrentar su mirada.

—Penélope y Julián son hermanos —murmuró.

3

Muchos años antes de convertirse en la esclava de Antoni Fortuny, Sophie Carax había sido una mujer que vivía de su talento. Apenas contaba diecinueve años cuando llegó a Barcelona en busca de una promesa de empleo que nunca habría de materializarse. Antes de morir, su padre le había procurado referencias para que entrase al servicio de los Benarens, una próspera familia de comerciantes alsacianos establecida en Barcelona.

—A mi muerte —le instó—, acude a ellos, y te acogerán como a una hija.

La calurosa acogida que recibió fue parte del problema. Monsieur Benarens había decidido acogerla con los brazos, y las gónadas, abiertos y a toda vela. Madame Benarens, no sin apiadarse de ella y de su mala fortuna, le entregó cien pesetas y la puso en la calle.

—Tú tienes la vida por delante, pero yo sólo tengo este marido miserable y lúbrico.

Una escuela de música de la calle Diputación se avino a darle empleo como maestra particular de piano y solfeo. Era por entonces de buen tono que las hijas de familias asentadas fueran instruidas en las artes sociales y salpicadas con el don de la música de salón, donde la polonesa era menos peligrosa que la conversación o las lecturas cuestionables. Así pues, Sophie Carax empezó su rutina de visitar caserones palaciegos donde criadas almidonadas y mudas la conducían a salones de música donde la infancia hostil de la aristocracia industrial la esperaba para burlarse de su acento, su timidez o su condición de sirvienta, pentagrama más o menos. Con el tiempo aprendió a concentrarse en aquella exigua décima parte de sus alumnos que se elevaban por encima de la condición de alimañas perfumadas, y a olvidar al resto.

Por aquel entonces, Sophie conoció a un joven sombrerero (pues así se hacía llamar él con orgullo gremial) llamado Antoni Fortuny que parecía decidido a hacerle la corte a cualquier precio. Antoni Fortuny, por quien Sophie sentía una cordial amistad y nada más, no tardó en proponerle matrimonio, oferta que Sophie rechazaba una docena de veces al mes. Cada vez que se despedían, Sophie confiaba en no volver a verle más, porque no deseaba herirle. El sombrerero, impermeable a toda negativa, volvía al ataque, invitándola a un baile, a dar un paseo o a una merienda de bizcochos y chocolate en la calle Canuda. Sola en Barcelona, Sophie encontraba

difícil resistirse a su entusiasmo, a su compañía y a su devoción. Le bastaba mirar a Antoni Fortuny para saber que nunca podría amarle. No como ella soñaba llegar a amar a alguien algún día. Pero le costaba rechazar la imagen de sí misma que veía en los ojos embrujados del sombrerero. Sólo en ellos veía a la Sophie que hubiera deseado ser.

Así pues, por anhelo o debilidad, Sophie seguía jugueteando con el cortejo del sombrerero, creyendo que algún día él conocería a otra muchacha más dispuesta y partiría en rumbos más provechosos. Entretanto, sentirse deseada y apreciada bastaba para quemar la soledad y la nostalgia de cuanto había dejado atrás. Veía a Antoni los domingos, después de misa. El resto de la semana lo dedicaba a sus clases de música. Su alumna predilecta era una muchacha de notable talento llamada Ana Valls, hija de un próspero fabricante de maquinaria textil que había hecho su fortuna desde la nada, a fuerza de enormes esfuerzos y sacrificios, mayormente ajenos. Ana declaraba su deseo de llegar a ser una gran compositora e interpretaba para Sophie pequeñas piezas que componía imitando motivos de Grieg y Schumann, no sin cierto ingenio. El señor Valls, convencido de que las mujeres eran incapaces de componer otra cosa que calceta y colchas de punto, veía sin embargo con buen ojo que su hija se convirtiese en una competente intérprete al teclado, pues tenía planes de casarla con algún heredero de buen apellido, y sabía que la gente refinada gustaba de cualidades extravagantes en las muchachas casaderas, amén de la docilidad y la exuberante fertilidad de una juventud en flor.

Fue en la casa de los Valls donde Sophie conoció a uno de los máximos benefactores y padrinos financieros del señor Valls: don Ricardo Aldaya, heredero del imperio Aldaya, ya por entonces la gran esperanza blanca de la plutocracia catalana de finales de siglo. Ricardo Aldaya se había casado meses atrás con una rica heredera de belleza cegadora y nombre impronunciable, atributos que las malas lenguas daban por verídicos, pues se decía que ni su reciente marido veía belleza alguna en ella ni se molestaba en mentar su nombre. Había sido un matrimonio entre familias y bancos, no una niñería romántica, decía el señor Valls, que tenía muy claro que una cosa era el lecho y otra el hecho.

A Sophie le bastó cruzar una mirada con don Ricardo para saber que estaba perdida para siempre. Aldaya tenía ojos de lobo, hambrientos y afilados, que se abrían camino y sabían dónde asestar la dentellada mortal de necesidad. Aldaya le besó la mano lentamente, acariciándole los nudillos con los labios. Todo cuanto el sombrerero destilaba de afabilidad y entusiasmo, don Ricardo exhalaba en crueldad y fortaleza. Su sonrisa canina dejaba claro que era capaz de leer sus pensamientos y sus deseos y que se reía de ellos. Sophie sintió por él ese anémico desprecio que despiertan las cosas que más deseamos sin saberlo. Se dijo que no le volvería a ver, que si era necesario dejaría de dar clases a su alumna preferida si con ello evitaba volver a tropezarse con Ricardo Aldaya. Nada la había aterrado tanto en su vida como el presentir a aquel animal bajo la piel, y el reconocer a su depredador, vestido en

galas de lino. Todos estos pensamientos cruzaron por su mente en apenas segundos, mientras urdía una burda excusa para ausentarse ante la perplejidad del señor Valls, la carcajada de Aldaya y la mirada derrotada de la pequeña Ana, que entendía a las personas mejor que a la música y sabía que había perdido a su maestra sin remedio.

Una semana más tarde, a las puertas de la escuela de música de la calle Diputación, Sophie se encontró con don Ricardo Aldaya, que la esperaba fumando y ojeando un periódico. Cruzaron una mirada y sin mediar palabra él la condujo a un edificio a dos manzanas de allí. Era un inmueble nuevo, todavía sin inquilinos. Ascendieron hasta el piso principal. Don Ricardo abrió la puerta y le cedió el paso. Sophie se adentró en el piso, un laberinto de corredores y galerías, de paredes desnudas y techos invisibles. No había muebles ni cuadros ni lámparas ni objeto alguno que identificase aquel espacio como una vivienda. Don Ricardo Aldaya cerró la puerta y ambos se miraron.

—No he dejado de pensar en ti durante toda esta semana. Dime que tú no has hecho lo mismo y te dejaré marchar y no volverás a verme —dijo Ricardo.

Sophie negó.

La historia de sus encuentros furtivos duró noventa y seis días. Se veían al atardecer, siempre en aquel piso vacío en la esquina de Diputación y Rambla de Cataluña. Martes y jueves, a las tres de la tarde. Sus citas nunca duraban más de una hora. A veces Sophie se quedaba a solas, una vez Aldaya había partido, llorando o temblando en un rincón de aquella alcoba. Luego, al llegar el domingo, Sophie buscaba desesperadamente en los ojos del sombrerero vestigios de la mujer que estaba desapareciendo, ansiando la devoción y el engaño. El sombrerero no veía las marcas sobre la piel, los cortes ni las quemaduras que salpicaban su cuerpo. El sombrerero no veía la desesperación en su sonrisa, en su docilidad. El sombrerero no veía nada. Quizá por eso aceptó su promesa de matrimonio. Ya presentía por entonces que llevaba el hijo de Aldaya en las entrañas, pero temía decírselo, casi tanto como temía perderle. Una vez más, fue Aldaya quien vio en ella lo que Sophie era incapaz de confesar. Le dio quinientas pesetas, una dirección en la calle Platería y la orden de que se deshiciese de la criatura. Cuando Sophie se negó, don Ricardo Aldaya la abofeteó hasta que le sangraron los oídos y la amenazó con hacerla matar si se atrevía a mencionar sus encuentros o a afirmar que el hijo era suyo. Cuando le dijo al sombrerero que unos truhanes la habían asaltado en la plaza del Pino, él la creyó. Cuando le dijo que quería ser su esposa, él la creyó. El día de su boda, alguien envió por error una gran corona funeraria a la iglesia. Todos rieron nerviosamente ante la confusión del florista. Todos menos Sophie, que sabía perfectamente que don Ricardo Aldaya seguía acordándose de ella en el día de su matrimonio.

4

Sophie Carax nunca pensó que años más tarde volvería a ver a Ricardo (ya un hombre maduro al frente del imperio familiar, padre de dos hijos), ni que Aldaya regresaría para conocer al hijo que había querido borrar por quinientas pesetas.

—Quizá es que me estoy haciendo viejo —dio por toda explicación—, pero quiero conocer a ese muchacho y darle las oportunidades en la vida que merece un hijo de mi sangre. No se me había ocurrido pensar en él durante todos estos años y ahora, extrañamente, no consigo pensar en otra cosa.

Ricardo Aldaya había decidido que no se veía a sí mismo en su primogénito Jorge. El muchacho era débil, reservado y carecía de la presencia de espíritu de su padre. Le faltaba todo, menos el apellido. Un día don Ricardo había despertado en el lecho de una criada sintiendo que su cuerpo envejecía, que Dios le había retirado la gracia. Presa del pánico, corrió a mirarse en el espejo, desnudo, y sintió que le mentía. Aquél no era él.

Quiso entonces encontrar de nuevo al hombre que le habían robado. Hacía años que sabía del hijo del sombrerero. Tampoco había olvidado a Sophie, a su manera. Don Ricardo Aldaya nunca olvidaba nada. Llegado el momento, decidió conocer al muchacho. Era la primera vez en quince años que se tropezaba con alguien que no le tenía miedo, que osaba desafiarle e incluso burlarse de él. Reconoció en él la gallardía, la ambición silenciosa que los necios no ven pero que consume por dentro. Dios le había devuelto su juventud de nuevo. Sophie, apenas un eco de la mujer que recordaba, no tenía fuerzas ni para interponerse entre ellos. El sombrerero no era más que un bufón, un patán malicioso y rencoroso cuya complicidad daba por comprada. Decidió arrancar a Julián de aquel mundo irrespirable de mediocridad y pobreza para abrirle las puertas de su paraíso financiero. Se educaría en el colegio de San Gabriel, gozaría de todos los privilegios de su clase y se iniciaría en los caminos que su padre había escogido para él. Don Ricardo quería un sucesor digno de sí mismo. Jorge siempre viviría a la sombra de su privilegio, entre algodones y fracasos. Penélope, la preciosa Penélope, era mujer y por tanto tesoro, no tesorero. Julián, que tenía alma de poeta, y por tanto de asesino, reunía las cualidades. Sólo era una cuestión de tiempo. Don Ricardo calculaba que en diez años se habría esculpido a sí mismo en aquel muchacho. Nunca, durante todo el tiempo que Julián pasó con los Aldaya, como uno

más (incluso como el elegido), se le ocurrió pensar que Julián no deseaba nada de él, excepto a Penélope. No se le ocurrió ni por un instante que secretamente Julián le despreciaba y que toda aquella farsa no era para él más que un pretexto para estar cerca de Penélope. Para poseerla total y plenamente. En eso sí se parecían.

Cuando su esposa le anunció que había descubierto a Julián y a Penélope desnudos en circunstancias inequívocas, el universo entero prendió en llamas. El horror y la traición, la rabia indecible de saberse ultrajado en lo que tenía por más sagrado, burlado en su propio juego, humillado y apuñalado por aquel a quien había aprendido a adorar como a sí mismo, le asaltaron con tal furia que nadie pudo comprender el alcance de su desgarro. Cuando el médico que vino a reconocer a Penélope confirmó que la muchacha había sido desflorada y que probablemente estaba embarazada, el alma de don Ricardo Aldaya se fundió en el líquido espeso y viscoso del odio ciego. Veía su propia mano en la mano de Julián, la mano que había hundido la daga en lo más profundo de su corazón. No lo sabía todavía, pero el día que ordenó encerrar a Penélope bajo llave en la alcoba del tercer piso, fue el día en que empezó a morir. Cuanto hizo a partir de entonces no fueron sino los estertores de su autodestrucción.

En colaboración con el sombrerero, a quien tanto había despreciado, tramó para que Julián desapareciese de la escena y fuese enviado al ejército, donde daría órdenes para que su muerte fuese declarada un accidente. Prohibió que nadie, ni médicos ni criados ni miembros de la familia excepto él y su esposa, viera a Penélope en los meses en que la muchacha permaneció encarcelada en aquella habitación que olía a muerte y enfermedad. Ya por entonces, sus socios le habían retirado secretamente su apoyo y maniobraban a sus espaldas para arrebatarle el poder empleando la fortuna que él les había proporcionado. Ya por entonces, el imperio Aldaya se desmoronaba en silencio, en juntas secretas y reuniones de pasillo en Madrid y en los bancos de Ginebra. Julián, como debía haber sospechado, había escapado. En el fondo se sentía secretamente orgulloso del muchacho, incluso deseándole muerto. Había hecho lo que él en su lugar. Alguien pagaría por él.

Penélope Aldaya dio a luz un niño que nació cadáver el 26 de septiembre de 1919. Si un médico hubiera podido reconocerla, hubiese dictaminado que la criatura llevaba ya días en peligro y que era necesario intervenir y realizar una cesárea. Si un médico hubiese estado presente, quizá hubiera podido contener la hemorragia que se llevó la vida de Penélope entre alaridos, arañando la puerta cerrada, al otro lado de la cual su padre lloraba en silencio y su madre le miraba temblando. Si un médico hubiese estado presente, habría acusado a don Ricardo Aldaya de asesinato, pues no había una palabra que pudiera describir la visión que encerraba aquella celda ensangrentada y oscura. Pero no había nadie allí, y cuando finalmente abrieron la puerta y encontraron a Penélope, muerta y tendida sobre un charco de su propia sangre, abrazando a una criatura púrpura y brillante, nadie fue capaz de despegar los labios. Los dos cuerpos fueron enterrados en la cripta del sótano, sin ceremonia ni

testigos. Las sábanas y los despojos fueron arrojados a las calderas y la habitación sellada con un muro de adoquines.

Cuando Jorge Aldaya, beodo de culpa y vergüenza, reveló lo sucedido a Miquel Moliner, éste decidió enviar a Julián aquella carta firmada por Penélope en la que declaraba que no le amaba y le pedía que la olvidase, anunciándole un matrimonio ficticio. Prefirió que Julián creyese aquella mentira, y rehiciese su vida a la sombra de una traición, que entregarle la verdad. Dos años más tarde, cuando la señora Aldaya falleció, hubo quien quiso culpar a los embrujos del caserón, pero su hijo Jorge supo que lo que la había matado era el fuego que se la comía por dentro, los gritos de Penélope y sus golpes desesperados en aquella puerta, que seguían repiqueteando en su interior sin cesar. Ya por entonces, la familia había caído en desgracia y la fortuna de los Aldaya se deshacía en castillos de arena frente a la marea de la codicia más rabiosa, de la revancha y de la historia inevitable. Secretarios y tesoreros urdieron la fuga a la Argentina, el inicio de un nuevo negocio, más modesto. Cuanto importaba era poner distancia. Distancia de los espectros que recorrían los pasillos del caserón Aldaya, que los habían recorrido siempre.

Partieron un alba de 1926 en el más negro de los anonimatos, viajando bajo nombre falso a bordo de aquel buque que les llevaría a través del Atlántico hasta el puerto de La Plata. Jorge y su padre compartían el camarote. El viejo Aldaya, pestilente de muerte y enfermedad, apenas se sostenía en pie. Los médicos a los que no había permitido visitar a Penélope le temían demasiado para decirle la verdad, pero él sabía que la muerte había embarcado con ellos y que aquel cuerpo que Dios le había empezado a robar aquella mañana en que decidió buscar a su hijo Julián, se consumía. A lo largo de aquella larga travesía, sentado en la cubierta, temblando bajo las mantas y enfrentando el infinito vacío del océano, supo que no llegaría a ver tierra. A veces, sentado en la popa, observaba la bandada de tiburones que había estado siguiendo el barco poco después de hacer escala en Tenerife. Oyó decir a uno de los oficiales que aquel siniestro séquito era habitual en los cruceros transoceánicos. Las bestias se alimentaban de la carroña que el barco iba dejando atrás. Pero don Ricardo Aldaya no lo creía. Tenía el convencimiento de que aquellos demonios le seguían a él. «Me estáis esperando», pensaba, viendo en ellos el verdadero rostro de Dios. Fue entonces cuando le hizo jurar a su hijo Jorge, al que tantas veces había despreciado y a quien ahora se veía obligado a recurrir sin remedio, que cumpliría su última voluntad.

—Encontrarás a Julián Carax y le matarás. Júramelo.

Un amanecer, dos días antes de llegar a Buenos Aires, Jorge despertó y comprobó que la litera de su padre estaba vacía. Salió a buscarle a cubierta, salpicada de niebla y salitre, desierta. Encontró la bata de su padre abandonada sobre la popa del buque, aún tibia. La estela del buque se perdía en un bosque de brumas escarlata y el océano sangraba reluciente de calma. Pudo ver entonces que la bandada de tiburones ya no les seguía, y que una danza de aletas dorsales se agitaba en círculo a lo lejos. Durante

el resto de la travesía, ningún pasajero volvió a avistar a la bandada de escualos, y cuando Jorge Aldaya desembarcó en Buenos Aires y el oficial de aduanas le preguntó si viajaba solo, se limitó a asentir. Hacía mucho que viajaba solo.

5

Diez años después de desembarcar en Buenos Aires, Jorge Aldaya, o el despojo humano en que se había convertido, regresó a Barcelona. Los infortunios que habían empezado a corroer a la familia Aldaya en el viejo mundo no habían hecho sino multiplicarse en la Argentina. Allí Jorge había tenido que enfrentarse solo al mundo y al moribundo legado de Ricardo Aldaya, una lucha para la que él nunca tuvo las armas ni el aplomo de su padre. Había llegado a Buenos Aires con el corazón vacío y el alma picada de remordimientos. América, diría después a modo de disculpa o epitafio, es un espejismo, una tierra de depredadores y carroñeros, y él había sido educado para los privilegios y los remilgos insensatos de la vieja Europa, un cadáver que se sostenía por inercia. En el curso de pocos años lo perdió todo, empezando por la reputación y acabando en el reloj de oro que su padre le había regalado con ocasión de su primera comunión. Gracias a él pudo comprar el pasaje de vuelta. El hombre que regresó a España era apenas un mendigo, un saco de amargura y fracaso que sólo conservaba la memoria de que cuanto sentía le había sido arrebatado y el odio por quien consideraba el culpable de su ruina: Julián Carax.

Todavía le quemaba en el recuerdo la promesa que le había hecho a su padre. Tan pronto llegó a Barcelona, olfateó el rastro de Julián para descubrir que Carax, al igual que él, también parecía haberse desvanecido de una Barcelona que ya no era la que había dejado al partir diez años atrás. Fue por entonces cuando se reencontró con un viejo personaje de su juventud, con esa casualidad desprendida y calculada del destino. Tras una marcada carrera en reformatorios y prisiones del Estado, Francisco Javier Fumero había ingresado en el ejército, alcanzando el rango de teniente. Muchos le auguraban un futuro de general, pero un turbio escándalo que nunca llegaría a esclarecerse motivó su expulsión del ejército. Aún entonces, su reputación excedía su rango y sus atribuciones. Se decían muchas cosas de él, pero se le temía aún más. Francisco Javier Fumero, aquel muchacho tímido y perturbado que acostumbraba a recoger la hojarasca en el patio del colegio de San Gabriel, era ahora un asesino. Se rumoreaba que Fumero liquidaba a notorios personajes por dinero, que despachaba figuras políticas por encargo de diversas manos negras y que era la muerte personificada.

Aldaya y él se reconocieron al instante en las brumas del café Novedades. Aldaya

estaba enfermo, consumido por una extraña fiebre de la que culpaba a los insectos de las selvas americanas. «Allí hasta los mosquitos son unos hijos de puta», se lamentaba. Fumero le escuchaba con una mezcla de fascinación y repugnancia. Él sentía veneración por los mosquitos y los insectos en general. Admiraba su disciplina, su fortaleza y su organización. No existía en ellos la holgazanería, la irreverencia, la sodomía ni la degeneración de la raza. Sus especímenes predilectos eran los arácnidos, con su rara ciencia para tejer una trampa en que, con infinita paciencia, esperaban a sus presas, que tarde o temprano sucumbían, por estupidez o desidia. A su juicio, la sociedad civil tenía mucho que aprender de los insectos. Aldaya era un caso claro de ruina moral y física. Había envejecido notablemente y se le veía descuidado, sin tono muscular. Fumero detestaba a las gentes sin tono muscular. Le inducían arcadas.

—Javier, me encuentro fatal —imploró Aldaya—. ¿Me puedes echar una mano por unos días?

Intrigado, Fumero decidió llevarse a Jorge Aldaya a su casa. Fumero vivía en un tenebroso piso en el Raval, en la calle Cadena, en compañía de numerosos insectos que almacenaba en frascos de botica y media docena de libros. Fumero aborrecía los libros tanto como adoraba a los insectos, pero aquéllos no eran volúmenes corrientes: eran las novelas de Julián Carax que había publicado la editorial Cabestany. Fumero pagó a las fulanas que ocupaban el piso de enfrente —un dúo de madre e hija que se dejaban pinchar y quemar con un cigarro cuando la clientela flojeaba, sobre todo a fin de mes— para que cuidasen a Aldaya mientras él iba a trabajar. No tenía interés alguno en verle morir. No todavía.

Francisco Javier Fumero había ingresado en la Brigada Criminal, donde siempre había trabajo para personal cualificado y capaz de afrontar las papeletas más ingratas que se precisaba solventar con discreción para que la gente respetable pudiera seguir viviendo de ilusiones. Algo así le había dicho el teniente Durán, un hombre dado a la prosopopeya contemplativa bajo cuyo mando se inició en el cuerpo.

—Ser policía no es un trabajo, es una misión —proclamaba Durán—. España necesita más cojones y menos tertulias.

Desafortunadamente, el teniente Durán no tardaría en perder la vida en un aparatoso accidente ocurrido durante una redada en la Barceloneta.

En la confusión de la refriega con unos anarquistas, Durán se había precipitado cinco pisos por un tragaluz, estrellándose en un clavel de vísceras. Todos coincidieron en que España había perdido a un gran hombre, un prócer con visión de futuro, un pensador que no temía la acción. Fumero asumió su puesto con orgullo, sabedor de que había hecho bien al empujarle, pues Durán ya estaba viejo para el trabajo. A Fumero, los viejos —al igual que los tullidos, los gitanos y los maricones — le daban asco, con tono muscular o no. Dios, a veces, se equivocaba. Era deber de todo hombre íntegro corregir esas pequeñas fallas y mantener el mundo presentable.

Unas semanas después de su encuentro en el café Novedades en marzo de 1932, Jorge Aldaya empezó a sentirse mejor y se sinceró con Fumero. Le pidió disculpas por lo mal que lo había tratado en sus días de adolescencia y, con lágrimas en los ojos, le contó su historia entera sin dejar nada. Fumero le escuchó en silencio, asintiendo, absorbiendo. Mientras lo hacía, se preguntó si debía matar a Aldaya en aquel instante o esperar. Se preguntaba si estaría tan débil que la hoja del cuchillo apenas arrancaría una tibia agonía en su carne maloliente y reblandecida por la indolencia. Decidió aplazar la vivisección. Le intrigaba la historia, especialmente por lo que hacía a Julián Carax.

Sabía por la información que había podido obtener en la editorial Cabestany que Carax vivía en París, pero París era una ciudad muy grande y nadie en la editorial parecía conocer la dirección exacta. Nadie excepto una mujer apellidada Monfort que se negaba a divulgarla. Fumero la había seguido dos o tres veces al salir de la oficina de la editorial sin que ella lo advirtiese. Había llegado a viajar en el tranvía a medio metro de ella. Las mujeres nunca reparaban en él, y si lo hacían, volvían la mirada hacia otro lado, fingiendo no haberle visto. Una noche, después de haberla seguido hasta el portal de su casa en la plaza del Pino, Fumero volvió a su casa y se masturbó furiosamente mientras se imaginaba hundiendo la hoja de su cuchillo en el cuerpo de aquella mujer, dos o tres centímetros por cuchillada, lenta y metódicamente, mirándole a los ojos. Quizá entonces se dignase a darle la dirección de Carax y a tratarle con el respeto debido a un oficial de policía.

Julián Carax era la única persona a la que Fumero se había propuesto matar y no lo había conseguido. Quizá porque había sido la primera, y con el tiempo todo se aprende. Al oír aquel nombre otra vez, sonrió del modo en que tanto espantaba a sus vecinas las fulanas, sin parpadear, relamiéndose el labio superior lentamente. Todavía recordaba a Carax besando a Penélope Aldaya en el caserón de la avenida del Tibidabo. Su Penélope. El suyo había sido un amor puro, de verdad, pensaba Fumero, como los que se veían en el cine. Fumero era muy aficionado al cine y acudía al menos dos veces por semana. Había sido en una sala de cine donde Fumero había comprendido que Penélope había sido el amor de su vida. El resto, especialmente su madre, habían sido sólo putas. Escuchando los últimos retazos del relato de Aldaya, decidió que al fin y al cabo no iba a matarle. De hecho, se alegró de que el destino les hubiese reunido. Tuvo una visión, como en las películas que tanto disfrutaba: Aldaya le iba a servir a los demás en bandeja. Tarde o temprano, todos ellos acabarían atrapados en su red.

6

En invierno de 1934, los hermanos Moliner consiguieron desahuciar finalmente a Miquel y expulsarle del palacete de Puertaferrisa, que aún hoy sigue vacío y en estado de ruina. Sólo deseaban verle en la calle, despojado de lo poco que le quedaba, de sus libros y de aquella libertad y aislamiento que les ofendía y les prendía las vísceras de odio. No quiso decirme nada ni recurrir a mí en busca de ayuda. Sólo supe que se había transformado casi en un mendigo cuando acudí a buscarle al que había sido su hogar y me encontré con los sicarios de sus hermanos, que estaban haciendo inventario de la propiedad y liquidando los pocos objetos que le habían pertenecido. Miquel llevaba ya varias noches durmiendo en una pensión de la calle Canuda, un tugurio lúgubre y húmedo que desprendía el color y el olor de un osario. Al ver la habitación en la que estaba confinado, una suerte de ataúd sin ventanas y con un catre carcelario, cogí a Miquel y me lo llevé a casa. No paraba de toser y se le veía consumido. Él dijo que era un catarro mal curado, un mal menor de solterona que ya se marcharía por aburrimiento. Dos semanas más tarde estaba peor.

Como vestía siempre de negro, tardé en comprender que aquellas manchas en las mangas eran de sangre. Llamé a un médico que tan pronto le reconoció me preguntó por qué había esperado hasta entonces para llamarle. Miquel tenía tuberculosis. Arruinado y enfermo, vivía apenas de recuerdos y remordimientos. Era el hombre más bondadoso y frágil que había conocido, mi único amigo. Nos casamos una mañana de febrero en un juzgado municipal. Nuestro viaje nupcial se limitó a tomar el funicular del Tibidabo y subir a contemplar Barcelona desde las terrazas del parque, una miniatura de nieblas. No le dijimos a nadie que nos habíamos casado, ni a Cabestany, ni a mi padre, ni a su familia que le daba por muerto. Llegué a escribir una carta a Julián contándoselo, pero nunca se la envié. El nuestro fue un matrimonio secreto. Varios meses después de la boda llamó a la puerta un individuo que dijo llamarse Jorge Aldaya. Era un hombre demolido, con el rostro velado de sudor pese al frío que mordía hasta las piedras. Al reencontrarse después de más de diez años, Aldaya sonrió amargamente y dijo: «Estamos todos malditos, Miquel. Tú, Julián, Fumero y yo». Alegó que el motivo de su visita era un amago de reconciliación con su viejo amigo Miquel con la confianza de que éste le brindaría ahora el modo de contactar con Julián Carax, pues tenía un mensaje muy importante para él de parte de

su difunto padre, don Ricardo Aldaya. Miquel dijo desconocer dónde se encontraba Carax.

—Hace ya años que perdimos el contacto —mintió—. Lo último que supe de él es que estaba viviendo en Italia.

Aldaya esperaba esta respuesta.

—Me decepcionas, Miquel. Confiaba en que el tiempo y la desgracia te habrían hecho más sabio.

—Hay decepciones que honran a quien las inspira.

Aldaya, mínimo, raquítico y a punto de desplomarse en pedazos de hiel, se rió.

—Fumero os envía sus más sinceras felicitaciones por vuestro matrimonio —dijo, camino de la puerta.

Aquellas palabras me helaron el corazón. Miquel no quiso decir nada, pero aquella noche, mientras le abrazaba y ambos fingíamos conciliar un sueño imposible, supe que Aldaya había estado en lo cierto. Estábamos malditos.

Pasaron varios meses sin que tuviésemos noticias de Julián o de Aldaya. Miquel seguía manteniendo algunas colaboraciones fijas en los rotativos de Barcelona y Madrid. Trabajaba sin cesar sentado a la máquina de escribir, destilando lo que él llamaba papanaterías y pábulo para lectores de tranvía. Yo mantenía mi puesto en la editorial Cabestany, quizá porque aquél era el único modo en que me sentía más próxima a Julián. Me había enviado una nota breve anunciándome que estaba trabajando en una nueva novela titulada *La Sombra del Viento*, que confiaba en acabar en unos meses. La carta no hacía mención alguna a lo sucedido en París. El tono era más frío y distante que nunca. Mis intentos de odiarle fueron vanos. Empezaba a creer que Julián no era un hombre, era una enfermedad.

Miquel no se engañaba respecto a mis sentimientos. Me entregaba su afecto y su devoción sin pedir a cambio más que mi compañía y quizá mi discreción. No oía de sus labios un reproche o un pesar. Con el tiempo empecé a sentir por él una ternura infinita, más allá de la amistad que nos había unido y de la compasión que luego nos había condenado. Miquel había abierto una cuenta de ahorro a mi nombre en la que depositaba casi todos los ingresos que obtenía escribiendo para los periódicos. Jamás decía que no a una colaboración, una crítica o una gacetilla. Escribía con tres seudónimos, catorce o dieciséis horas al día. Cuando le preguntaba por qué trabajaba tanto se limitaba a sonreír, o me decía que sin hacer nada se aburriría. Nunca hubo engaños entre nosotros, ni siquiera sin palabras. Miquel sabía que iba a morir pronto, que la enfermedad le arañaba los meses con avaricia.

—Tienes que prometerme que, si me pasa algo, tomarás ese dinero y te volverás a casar, que tendrás hijos y que nos olvidarás a todos, a mí el primero.

—¿Y con quién iba a casarme yo, Miquel? No digas tonterías.

A veces le sorprendía mirándome desde un rincón con una sonrisa mansa, como si la mera contemplación de mi presencia fuera su mayor tesoro. Todas las tardes acudía a recogerme a la salida de la editorial, su único momento de descanso en todo el día.

Yo le veía caminar encorvado, tosiendo y fingiendo una fortaleza que se le perdía en la sombra. Me llevaba a merendar o a contemplar los escaparates de la calle Fernando y luego volvíamos a casa, donde él seguía trabajando hasta pasada la medianoche. Bendecía en silencio cada minuto que pasábamos juntos y cada noche se dormía abrazado a mí, y yo tenía que ocultar las lágrimas que me arrancaba el coraje de haber sido incapaz de amar a aquel hombre como él a mí, incapaz de darle lo que había abandonado a los pies de Julián para nada. Muchas noches me juré que olvidaría a Julián, que dedicaría el resto de mi vida a hacer feliz a aquel pobre hombre y a devolverle apenas unas migajas de lo que él me había dado. Fui la amante de Julián durante dos semanas, pero sería la mujer de Miquel el resto de mi vida. Si algún día estas páginas llegan a tus manos y me juzgas, como yo lo he hecho al escribirlas y mirarme en este espejo de maldiciones y remordimientos, recuérdame así, Daniel.

El manuscrito de la última novela de Julián llegó a finales de 1935. No sé si por despecho o por miedo, lo entregué al impresor sin siquiera leerlo. Los últimos ahorros de Miquel habían financiado ya la edición por adelantado meses atrás. A Cabestany, ya por entonces con problemas de salud, lo demás le traía al pairo. Aquella misma semana, el doctor que visitaba a Miquel acudió a verme a la editorial, muy preocupado. Me explicó que si Miquel no rebajaba su ritmo de trabajo y observaba reposo, lo poco que él podía hacer por batallar la tisis se quedaba en nada.

—Tendría que estar en la montaña, no en Barcelona respirando nubes de lejía y carbón. Ni él es un gato con nueve vidas ni yo una niñera. Hágale usted entrar en razón. A mí no me escucha.

Aquel mediodía decidí acercarme a casa para hablar con él. Antes de abrir la puerta del piso oí voces dentro. Miquel discutía con alguien. Al principio creí que se trataba de alguien del periódico, pero me pareció oír el nombre de Julián en la conversación. Oí pasos que se acercaban a la puerta y corrí a ocultarme en el rellano del ático. Desde allí pude atisbar al visitante.

Un hombre de negro, de rasgos cincelados con indiferencia y labios finos como una cicatriz abierta. Tenía los ojos negros y sin expresión, ojos de pez. Antes de perderse escaleras abajo, se detuvo y alzó la mirada hacia la penumbra. Me apoyé contra la pared, conteniendo la respiración. El visitante permaneció allí durante unos instantes, como si pudiera olerme, relamiéndose con una sonrisa canina. Esperé a que sus pasos se apagasen completamente antes de abandonar mi escondite y entrar en el piso. Flotaba un olor a alcanfor en el aire. Miquel estaba sentado junto a la ventana, las manos caídas a ambos lados de la silla. Le temblaban los labios. Le pregunté quién era aquel hombre y qué quería.

—Era Fumero. Ha venido a traer noticias de Julián.

—¿Qué sabe él de Julián?

Miquel me miró, más abatido que nunca.

—Julián se casa.

La noticia me dejó sin habla. Me dejé caer en una silla y Miquel me tomó las manos. Hablaba con dificultad y cansancio. Antes de que pudiera despegar los labios, Miquel procedió a resumirme los hechos que le había referido Fumero y lo que cabía imaginar al respecto. Fumero había empleado sus contactos en la policía de París para dar con el paradero de Julián Carax y observarle. Miquel suponía que aquello podía haber sucedido meses o incluso años antes. Lo que le preocupaba no era que Fumero hubiese encontrado a Carax, eso era una cuestión de tiempo, sino el que hubiera decidido revelarlo ahora, junto con la peregrina noticia de unas nupcias improbables. La boda, por lo que se sabía, había de tener lugar a principios de verano de 1936. De la novia sólo se sabía el nombre, que en este caso era más que suficiente: Irene Marceau, la patrona del establecimiento donde Julián había trabajado como pianista durante años.

—No comprendo —musité—. ¿Julián se casa con su mecenas?

—Precisamente. No es una boda. Es un contrato.

Irene Marceau le llevaba unos veinticinco o treinta años a Julián. Miquel sospechaba que Irene había decidido convenir aquel enlace con Julián para traspasarle su patrimonio y asegurar su futuro.

—Pero ya le ayuda. Le ha ayudado desde siempre.

—Quizá sepa que no va a estar ahí para siempre —sugirió Miquel.

El eco de aquellas palabras nos cortaba demasiado de cerca. Me arrodillé junto a él y le abracé. Me mordí los labios para que no me viese llorar.

—Julián no quiere a esa mujer, Nuria —me dijo, creyendo que aquélla era la causa de mi aflicción.

—Julián no quiere a nadie excepto a sí mismo y a sus malditos libros —murmuré.

Alcé la mirada y me encontré con la sonrisa de Miquel, de niño viejo y sabio.

—¿Y qué pretende Fumero con sacar todo este asunto a la luz ahora?

No tardamos en averiguarlo. Días más tarde, un Jorge Aldaya fantasmal y famélico se presentó en casa, inflamado de ira y coraje. Fumero le había contado que Julián Carax iba a casarse con una mujer rica en una ceremonia de fasto folletinesco. Aldaya llevaba días carcomiéndose con las visiones del causante de su desgracia, arropado de oropeles y cabalgando en una fortuna que él había visto perder. Fumero no le había contado que Irene Marceau, si bien mujer de cierta posición económica, era la dueña de un burdel y no una princesa de fábula vienesa. No le había contado que la novia le llevaba a Carax treinta años y que más que una boda, aquello era un acto de caridad para con un hombre acabado y sin medios de subsistencia. No le había contado ni el cuándo ni el dónde de la boda. Se había limitado a sembrar las semillas de una fantasía que devoraba por dentro lo poco que las fiebres habían dejado en su cuerpo amojamado y hediondo.

—Fumero te ha mentido, Jorge —dijo Miquel.

—¡Y tú, el rey de los mentirosos, osas acusar al prójimo! —deliraba Aldaya.

No fue necesario que Aldaya revelase sus pensamientos, que en tan exiguas

carnes se le leían en el semblante cadavérico como palabras bajo el pellejo macilento. Miquel vio claro el juego de Fumero. Él le había enseñado a jugar al ajedrez más de veinte años atrás en el colegio de San Gabriel. Fumero tenía la estrategia de una mantis religiosa y la paciencia de los inmortales. Miquel envió una nota a Julián advirtiéndole.

Cuando Fumero lo estimó oportuno, tomó a Aldaya por banda, le envenenó el corazón de rencor y le dijo que Julián se casaba en tres días. Siendo él un oficial de policía, argumentó, no podía comprometerse en un asunto así. Aldaya, sin embargo, como civil, podía desplazarse a París y asegurarse de que aquella boda no se celebrase jamás. ¿Cómo?, preguntaría un Aldaya febril, carbonizado de inquina. Retándole a un duelo el mismo día de su boda. Fumero llegó incluso a proporcionarle el arma con que Jorge estaba convencido de que perforaría aquel corazón de hiel que había arruinado a la dinastía de los Aldaya. El informe de la policía de París diría más tarde que el arma hallada a sus pies era defectuosa y que nunca hubiera podido hacer más que lo que hizo: estallarle en la cara. Eso ya lo sabía Fumero cuando se la entregó en un estuche en el andén de la estación de Francia. Sabía perfectamente que la fiebre, la estupidez y la rabia ciega le impedirían matar a Julián Carax en un duelo trasnochado de honor y amaneceres en el cementerio del Père LaChaise. Y si por azar reunía las fuerzas y facultades de hacerlo, el arma que llevaba sería la encargada de abatirle. No era Carax quien debía morir en aquel duelo, sino Aldaya. Su existencia absurda, su cuerpo y alma en suspenso que Fumero había permitido vegetar pacientemente, cumpliría así su función.

Fumero sabía también que Julián nunca aceptaría enfrentarse a su antiguo compañero, moribundo y reducido a un lamento. Por ese motivo instruyó a Aldaya claramente en los pasos a seguir. Habría de confesarle que la carta que Penélope le había escrito años atrás anunciándole su boda y pidiéndole que la olvidase era un engaño. Habría de revelarle que él mismo, Jorge Aldaya, había obligado a su hermana a redactar aquella sarta de mentiras mientras ella lloraba desesperadamente, proclamando a los vientos su amor inmortal por Julián. Habría de decirle que ella le había estado esperando, con el alma rota y el corazón sangrante, desde entonces, muerta de abandono. Eso bastaría. Bastaría para que Carax apretase el gatillo y le volase la cara a tiros. Bastaría para que olvidase todo plan de boda y no pudiera albergar más pensamiento que regresar a Barcelona en busca de Penélope y de una vida derramada. Y en Barcelona, aquella gran tela de araña que él había hecho suya, Fumero le estaría esperando.

7

Julián Carax cruzó la frontera francesa pocos días antes de que estallase la guerra civil. La primera y única edición de *La Sombra del Viento* había salido un par de semanas antes de la imprenta rumbo al gris anonimato y la invisibilidad de sus predecesoras. Por entonces Miquel apenas podía ya trabajar y aunque se sentaba frente a la máquina de escribir dos o tres horas cada día, la debilidad y la fiebre le impedían arrancarle palabras al papel. Había perdido varias de las colaboraciones a causa de los retrasos en las entregas. Otros periódicos temían publicar sus artículos tras haber recibido varias amenazas anónimas. Sólo le quedaba una columna diaria en el *Diario de Barcelona* que firmaba como *Adrián Maltés*. El fantasma de la guerra se sentía ya en el aire. El país hedía a miedo. Sin ocupación y demasiado débil hasta para lamentarse, Miquel solía bajar a la plaza o acercarse hasta la avenida de la Catedral, llevando siempre consigo uno de los libros de Julián como si fuese un amuleto. La última vez que el médico le había pesado no llegaba a los sesenta kilos. Escuchamos la noticia del alzamiento en Marruecos por la radio y pocas horas después un compañero del periódico de Miquel vino a vernos para decirnos que Cansinos, el jefe de redacción, había sido asesinado de un tiro en la nuca frente al café Canaletas dos horas antes. Nadie se atrevía a llevarse el cuerpo, que seguía allí, tiñendo una telaraña de sangre sobre la acera.

Los breves pero intensos días del terror inicial no se hicieron esperar. Las tropas del general Goded enfilaron la Diagonal y el paseo de Gracia en dirección al centro, donde empezó el fuego. Era un domingo y muchos barceloneses aún habían salido a la calle creyendo que iban a pasar el día en un merendero en la carretera de Las Planas. Los días más negros de la guerra en Barcelona, sin embargo, estaban todavía a dos años vista. Al poco de iniciarse la refriega, las tropas del general Goded se rindieron, por un milagro o por mala información entre los mandos. El gobierno de Lluís Companys parecía haber recobrado el control, pero lo que había sucedido realmente tenía mucho más alcance y empezaría a ser evidente en las semanas siguientes.

Barcelona había pasado a estar en poder de los sindicatos anarquistas. Tras días de disturbios y luchas callejeras, corrió finalmente el rumor de que los cuatro generales rebeldes habían sido ajusticiados en el castillo de Montjuïc poco después de

la rendición. Un amigo de Miquel, un periodista británico que estuvo presente, dijo que el pelotón de fusilamiento era de siete hombres, pero que en el último momento docenas de milicianos se unieron al festín. Cuando se abrió fuego, los cuerpos recibieron tantos balazos que se desplomaron en pedazos irreconocibles, y hubo que meterlos en los ataúdes en estado casi líquido. Algunos quisieron creer que aquél era el fin del conflicto, que las tropas fascistas nunca llegarían a Barcelona y que la rebelión se extinguiría por el camino. Era sólo el aperitivo.

Supimos que Julián estaba en Barcelona el día de la rendición de Goded, al recibir una carta de Irene Marceau, en la que nos contaba que Julián había matado a Jorge Aldaya en el curso de un duelo en el cementerio del Père LaChaise. Incluso antes de que Aldaya expirase, una llamada anónima había alertado a la policía de lo sucedido. Julián tuvo que huir de París de inmediato, perseguido por la policía que le buscaba por asesinato. No tuvimos ninguna duda de quién había efectuado aquella llamada. Esperamos ansiosamente saber de Julián para advertirle del peligro que le acechaba y para protegerle de una trampa peor que la que le había tendido Fumero: descubrir la verdad. Tres días más tarde, Julián seguía sin dar señales de vida. Miquel no quería compartir conmigo su preocupación, pero yo sabía perfectamente lo que estaba pensando. Julián había regresado por Penélope, no por nosotros.

—¿Qué sucederá cuando averigüe la verdad? —preguntaba yo.

—Nosotros nos encargaremos de que no sea así —respondía Miquel.

Por lo pronto, lo primero que iba a comprobar es que la familia Aldaya había desaparecido sin dejar rastro. No iba a encontrar muchos lugares donde empezar a buscar a Penélope. Hicimos una lista de esos lugares y empezamos nuestro periplo. El caserón de la avenida del Tibidabo no era más que una propiedad desierta, vedada tras cadenas y velos de yedra. Un florista ambulante que vendía manojos de rosas y claveles en la esquina opuesta nos dijo que sólo recordaba a una persona que se hubiese acercado a la casa recientemente, pero era un hombre mayor, casi anciano y algo cojo.

—Muy mala leche tenía, la verdad. Le quise vender un clavel para el ojal y me envió a la mierda, diciendo que había una guerra y que no estaba el horno para flores.

No había visto a nadie más. Miquel le compró unas rosas mustias y, por si acaso, le dejó el teléfono de la redacción del *Diario de Barcelona* para que le dejase recado allí si por ventura alguien que encajase con la figura de Carax se dejaba ver. De allí, nuestra siguiente parada fue el colegio de San Gabriel, donde Miquel se reencontró con Fernando Ramos, su antiguo compañero de estudios.

Fernando era ahora profesor de latín y griego y vestía el hábito. Al ver a Miquel en tan precario estado de salud se le cayó el alma a los pies. Nos dijo que no había recibido la visita de Julián, pero prometió ponerse en contacto con nosotros si lo hacía, e intentar retenerle. Fumero había estado allí antes que nosotros, nos confesó con temor. Ahora se hacía llamar inspector Fumero y le había dicho que, en tiempos de guerra, más le valía andarse con ojo.

—Mucha gente iba a morir muy pronto, y los uniformes, de cura o de soldado, no paraban las balas…

Fernando Ramos nos confesó que no estaba claro a qué cuerpo o grupo pertenecía Fumero, y que no fue él quien se atrevió a preguntárselo. Me es imposible describirte aquellos primeros días de la guerra en Barcelona, Daniel. El aire parecía envenenado de miedo y de odio. Las miradas eran de recelo y las calles olían a un silencio que se sentía en el estómago. Cada día, cada hora, corrían nuevos rumores y murmuraciones. Recuerdo una noche, volviendo a casa, en que Miquel y yo descendíamos por las Ramblas. Estaban desiertas, sin un alma a la vista. Miquel miraba las fachadas, los rostros ocultos entre los postigos escudriñando las sombras de la calle, y decía que podían sentirse los cuchillos afilándose tras los muros.

Al día siguiente acudimos a la sombrerería Fortuny, sin grandes esperanzas de encontrar a Julián allí. Un vecino de la escalera nos dijo que el sombrerero estaba aterrado con los altercados de los últimos días y que se había encerrado dentro de la tienda. Por mucho que llamamos no quiso abrirnos. Aquella tarde había habido un tiroteo a apenas una manzana de allí y los charcos de sangre todavía estaban frescos en la ronda de San Antonio, donde el cadáver de un caballo seguía abatido en el empedrado a merced de los perros callejeros que empezaban a abrirle el buche acribillado a dentelladas mientras algunos niños miraban de cerca y les tiraban piedras. Todo cuanto conseguimos fue verle el rostro espantado a través de la rejilla de la puerta. Le dijimos que buscábamos a su hijo Julián. El sombrerero respondió que su hijo estaba muerto y que nos largásemos o llamaría a la policía. Nos fuimos de allí descorazonados.

Durante días recorrimos cafés y comercios, preguntando por Julián. Indagamos en hoteles y pensiones, en estaciones de tren, en bancos en los que hubiera podido acudir a cambiar moneda… nadie recordaba a un hombre que encajase con la descripción de Julián. Temimos que quizá hubiese caído en manos de Fumero, y Miquel se las arregló para que uno de sus colegas del periódico, que tenía contactos en jefatura, indagase si Julián había ingresado en prisión. No había indicio alguno de que así fuese. Habían pasado dos semanas y parecía que a Julián se lo hubiese tragado la tierra.

Miquel apenas dormía, esperando tener noticias de su amigo. Un atardecer, Miquel regresó de su paseo de cada tarde con una botella de vino de Oporto, ni más ni menos. Se la habían regalado en el diario, dijo, porque el subdirector le había comunicado que ya no podrían publicar más su columna.

—No quieren líos, y les entiendo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Emborracharme, por de pronto.

Miquel apenas se bebió medio vaso, pero yo me ventilé casi la botella entera sin darme cuenta y con el estómago vacío. Era casi medianoche cuando me asaltó un sopor imposible y me desplomé sobre el sofá. Soñé que Miquel me besaba en la

frente y me tapaba con una estola. Al despertar sentí terribles punzadas de dolor en la cabeza que reconocí como el preludio de una resaca feroz. Fui en busca de Miquel para maldecir la hora en la que se le había ocurrido emborracharme pero me di cuenta de que estaba sola en el piso. Me acerqué al escritorio y vi que había una nota sobre la máquina de escribir en la que me pedía que no me alarmase y que le esperase allí. Había ido en busca de Julián y pronto lo traería a casa. Acababa diciéndome que me quería. La nota se me cayó de las manos. Advertí entonces que, antes de salir, Miquel había retirado sus cosas del escritorio, como si no pensara volver a utilizarlo, y supe que no volvería a verle jamás.

8

Aquella tarde, el vendedor ambulante de flores había llamado a la redacción del *Diario de Barcelona* y dejado un recado para Miquel informándole de que había visto al hombre que le habíamos descrito merodeando cerca del caserón como un espectro. Pasaba la medianoche cuando Miquel llegó al número 32 de la avenida del Tibidabo, un valle lúgubre y desierto azotado por dardos de luna que se filtraban entre la arboleda. Aunque hacía diecisiete años que no le veía, Miquel reconoció en Julián aquel andar leve, casi felino. Su silueta se deslizaba entre la penumbra del jardín, junto a la fuente. Julián había saltado la tapia y acechaba la casa como un animal inquieto. Miquel hubiera podido llamarle desde allí, pero prefirió no alertar a posibles testigos. Tenía la impresión de que miradas furtivas espiaban la avenida desde las ventanas oscuras de las mansiones colindantes. Rodeó el muro de la propiedad hasta la parte que daba a las antiguas pistas de tenis y las cocheras. Pudo reconocer las muescas en la piedra que Julián había usado como peldaños y las losas sueltas sobre el muro. Se aupó casi sin resuello, sintiendo profundas punzadas en el pecho y latigazos de ceguera en la mirada. Se tendió sobre el muro, las manos temblando, y llamó a Julián en un susurro. La silueta que cercaba la fuente permaneció inmóvil, uniéndose a las demás estatuas. Miquel pudo ver el brillo de unos ojos, clavados en él. Se preguntó si Julián iba a reconocerle a él, tras diecisiete años y una enfermedad que se le había llevado hasta el aliento. La silueta se acercó lentamente, blandiendo un objeto en la mano derecha, brillante y alargado. Un cristal.

—Julián… —murmuró Miquel.

La figura se detuvo en seco. Miquel escuchó el cristal caer sobre la gravilla. El rostro de Julián emergió de la negrura. Una barba de dos semanas le cubría las facciones, más afiladas.

—¿Miquel?

Incapaz de saltar al otro lado, o apenas de rehacer su camino hasta la calle, Miquel tendió su mano. Julián se aupó en el muro y, asiendo el puño de su amigo con fuerza, le posó la palma de la mano sobre el rostro. Se miraron en silencio un largo rato, intuyendo las heridas que la vida le había tallado al otro.

—Tenemos que irnos de aquí, Julián. Fumero te busca. Lo de Aldaya fue una trampa.

—Lo sé —murmuró Carax, sin tono ni inflexión.

—La casa está cerrada. Hace años que nadie vive ya aquí —añadió Miquel—. Ven, ayúdame a bajar y vayámonos de aquí.

Carax trepó de nuevo el muro. Al aferrar a Miquel con ambas manos, sintió cómo el cuerpo de su amigo se había consumido bajo las ropas demasiado holgadas. Apenas se presentía carne o músculo. Una vez al otro lado, Carax asió a Miquel por debajo de los hombros y, casi cargando con todo su peso, se alejaron en la oscuridad por la calle Román Macaya.

—¿Qué tienes? —murmuró Carax.

—No es nada. Unas fiebres. Ya me estoy recuperando.

Miquel desprendía ya el olor de la enfermedad y Julián no preguntó más. Descendieron por León XIII hasta el paseo de San Gervasio, donde se vislumbraban las luces de un café. Se refugiaron en una mesa al fondo, lejos de la entrada y los ventanales. Un par de parroquianos velaban la barra a dúo con un cigarrillo y el rumor de la radio. El camarero, un hombre con la piel de color de cera y los ojos crucificados en el suelo, les tomó el pedido. Brandy tibio, café y lo que quedase de comer.

Miquel no probó bocado. Carax, aparentemente voraz, comió por ambos. Los dos amigos se miraban en la luz pegajosa del café, arrebatados en el hechizo del tiempo. La última vez que se habían visto cara a cara tenían la mitad de años. Se habían separado como muchachos y ahora la vida les devolvía al uno un fugitivo, al otro un moribundo. Ambos se preguntaban si habían sido las cartas que les había servido la vida, o si había sido el modo en que las habían jugado.

—Nunca te he dado las gracias por todo lo que has hecho por mí estos años, Miquel.

—No empieces ahora. Hice lo que debía y quería. No hay nada que agradecer.

—¿Cómo está Nuria?

—Como la dejaste.

Carax bajó la mirada.

—Nos casamos hace meses. No sé si ella te escribió para contártelo.

Los labios de Carax se congelaron y negó lentamente.

—No tienes derecho a reprocharle nada, Julián.

—Lo sé. No tengo derecho a nada.

—¿Por qué no acudiste a nosotros, Julián?

—No quería comprometeros.

—Eso ya no está en tus manos. ¿Dónde has estado estos días? Creímos que se te había tragado la tierra.

—Casi. He estado en casa. En casa de mi padre.

Miquel le miró con asombro. Julián procedió a relatarle cómo, al llegar a Barcelona, sin saber adónde acudir, se había dirigido a la casa donde se había criado, temiendo que ya no hubiese nadie allí. La sombrerería seguía en pie, abierta, y un

hombre envejecido, sin pelo ni fuego en la mirada, languidecía tras el mostrador. No había querido entrar, ni hacerle saber que había regresado, pero Antoni Fortuny había alzado la mirada hacia el extraño que se alzaba al otro lado del escaparate. Sus ojos se habían encontrado y Julián, aunque había querido echar a correr, se quedó paralizado. Vio formarse lágrimas en el rostro del sombrerero, que se arrastró hacia la puerta y salió a la calle mudo. Sin mediar palabra, guió a su hijo al interior de la tienda, bajó las rejas y una vez el mundo exterior estuvo sellado, lo abrazó, temblando y aullando lágrimas.

Más tarde, el sombrerero le explicó que la policía había ido preguntando por él hacía dos días. Un tal Fumero, un hombre de mala fama que se decía que un mes antes había estado a sueldo de los matarifes del general Goded y que ahora se las daba de amigo de los anarquistas, le había dicho que Carax estaba de camino a Barcelona, que había asesinado a Jorge Aldaya a sangre fría en París y que se le buscaba por otros tantos delitos, cuya enumeración el sombrerero no se molestó en escuchar. Fumero confiaba en que, si se daba la remota e improbable casualidad de que el hijo pródigo apareciese por allí, el sombrerero tendría a bien cumplir con su deber de ciudadano y dar parte. Fortuny le dijo que por supuesto podían contar con él. Le molestó que una víbora como Fumero diese por descontada su vileza, pero tan pronto el siniestro cortejo de la policía abandonó la tienda, el sombrerero partió rumbo a la capilla de la catedral donde había conocido a Sophie para rogarle al santo que condujese los pasos de su hijo de vuelta a casa antes de que fuese demasiado tarde. Cuando Julián acudió a su padre, el sombrerero le advirtió del peligro que se cernía sobre él.

—Lo que sea que te haya traído a Barcelona, hijo mío, déjame que yo lo haga por ti mientras tú te escondes en casa. Tu habitación sigue como la dejaste y es tuya por todo el tiempo que la necesites.

Julián le confesó que había regresado a buscar a Penélope Aldaya. El sombrerero le juró que él la encontraría y que, una vez reunidos, les ayudaría a huir juntos a un lugar seguro, lejos de Fumero, del pasado, lejos de todo.

Durante días Julián se mantuvo oculto en el piso de la ronda de San Antonio mientras el sombrerero recorría la ciudad en busca del rastro de Penélope. Pasaba los días en su antigua habitación, que fiel a la promesa de su padre, seguía igual, aunque ahora todo parecía más pequeño, como si las casas y los objetos, o quizá sólo fuera la vida, encogiesen con el tiempo. Muchos de sus viejos cuadernos seguían allí, lápices que recordaba haber afilado la semana que marchó a París, libros esperando ser leídos, ropa limpia de muchacho en los armarios. El sombrerero le contó que Sophie le había dejado al poco de huir él, y aunque durante años no supo de ella, finalmente le escribió desde Bogotá, donde llevaba un tiempo viviendo con otro hombre. Se escribían con regularidad, «siempre hablando de ti», según confesó el sombrerero, «porque es lo único que nos une». Al pronunciar estas palabras, a Julián le parecía que el sombrerero había esperado a enamorarse de su mujer hasta después de haberla

perdido.

—Sólo se quiere de verdad una vez en la vida, Julián, aunque uno no se dé cuenta.

El sombrerero, que parecía atrapado en una carrera con el tiempo para deshacer toda una vida de infortunios, no tenía duda de que Penélope era aquel amor de una sola estación en la vida de su hijo y creía, sin darse cuenta, que si le ayudaba a recuperarla, quizá él también recuperase algo de lo que había perdido, aquel vacío que le pesaba en la piel y los huesos con la rabia de una maldición.

Pese a todo su empeño, y para su desesperación, el sombrerero pronto fue averiguando que no había rastro de Penélope Aldaya, ni de la familia, en toda Barcelona. Hombre de origen humilde, que había tenido que trabajar toda la vida para mantenerse a flote, el sombrerero siempre había concedido al dinero y a la casta la duda de la inmortalidad. Quince años de ruina y miseria habían bastado para borrar de la faz de la tierra los palacios, las industrias y las huellas de una estirpe. A la mención del apellido Aldaya, muchos reconocían la música de la palabra, pero casi ninguno recordaba su significado. El día que Miquel Moliner y Nuria Monfort acudieron a la sombrerería preguntando por Julián, el sombrerero tuvo la certeza de que no eran sino esbirros de Fumero. Nadie le iba a arrebatar a su hijo de nuevo. Esta vez podría bajar Dios todopoderoso desde los cielos, el mismo Dios que llevaba toda una vida ignorando sus plegarias, y él mismo, gustoso, le arrancaría los ojos si osaba alejar a Julián una vez más del naufragio de su vida.

El sombrerero era el hombre que el florista ambulante recordaba haber visto días atrás, merodeando por el caserón de la avenida del Tibidabo. Lo que el florista interpretó como mala leche no era sino la firmeza de espíritu que sólo asiste a quienes, mejor tarde que nunca, han encontrado un propósito a sus vidas y lo persiguen con la ferocidad que da el tiempo derramado en vano. Lamentablemente, no quiso el señor escuchar esta última vez los ruegos del sombrerero, y pasado ya el umbral de la desesperación, fue incapaz de encontrar aquello que buscaba, la salvación de su hijo, de sí mismo, en el rastro de una muchacha a la que nadie recordaba y de la que nadie sabía nada. ¿Cuántas almas perdidas necesitas, Señor, para saciar tu apetito?, preguntaba el sombrerero. Dios, en su infinito silencio, le miraba sin pestañear.

—No la encuentro, Julián… Te juro que…

—No se preocupe, padre. Esto es algo que debo hacer yo. Usted ya me ha ayudado todo lo que podía.

Aquella noche, Julián había salido por fin a la calle dispuesto a recobrar el rastro de Penélope.

Miquel escuchaba el relato de su amigo, dudando si se trataba de un milagro o una maldición. No se le ocurrió pensar en el camarero, que se dirigía al teléfono y

murmuraba de espaldas a ellos, ni que luego vigilaba la puerta de reojo, limpiando con demasiado celo los vasos en un establecimiento donde la mugre se enseñoreaba con saña, mientras Julián le refería lo sucedido a su llegada a Barcelona. No se le ocurrió que Fumero habría estado ya en aquel café, en decenas de cafés como aquél, a tiro de piedra del palacete Aldaya, y que tan pronto Carax pusiera el pie en uno de ellos, la llamada era cuestión de segundos. Cuando el coche de la policía se detuvo frente al café y el camarero se retiró a la cocina, Miquel sintió la calma fría y serena de la fatalidad. Carax le leyó la mirada y ambos se volvieron a un tiempo. Las trazas espectrales de tres gabardinas grises aleteando tras las ventanas. Tres rostros escupiendo vapor en el cristal. Ninguno de ellos era Fumero. Los carroñeros le precedían.

—Vayámonos de aquí, Julián…

—No hay adónde ir —dijo Carax, con una serenidad que llevó a su amigo a observarle con detenimiento.

Advirtió entonces el revólver en la mano de Julián, y la fría disposición en su mirada. La campanilla de la puerta arañó el murmullo de la radio. Miquel arrebató la pistola de las manos de Carax y le miró fijamente.

—Dame tu documentación, Julián.

Los tres policías fingieron sentarse a la barra. Uno de ellos les miraba de reojo. Los otros dos se palpaban el interior de la gabardina.

—La documentación, Julián. Ahora.

Carax negó en silencio.

—Me quedan uno, dos meses, con suerte. Uno de los dos tiene que salir de aquí, Julián. Tú tienes más puntos que yo. No sé si encontrarás a Penélope. Pero Nuria te espera.

—Nuria es tu mujer.

—Acuérdate del trato que hicimos. Cuando yo muera, todo lo que es mío será tuyo…

—… menos los sueños.

Se sonrieron por última vez. Julián le tendió su pasaporte. Miquel lo colocó junto con el ejemplar de *La Sombra del Viento* que llevaba en el abrigo desde el día que lo había recibido.

—Hasta pronto —murmuró Julián.

—No hay prisa. Yo esperaré.

Justo cuando los tres policías se volvían hacia ellos, Miquel se levantó de la mesa y se dirigió hacia ellos. Al principio sólo vieron a un moribundo pálido y tembloroso que les sonreía mientras la sangre asomaba por las comisuras de labios magros, sin vida. Cuando advirtieron el revólver en su mano derecha, Miquel ya estaba apenas a tres metros de ellos. Uno de ellos quiso gritar, pero el primer disparo le voló la mandíbula inferior. El cuerpo cayó inerte, de rodillas, a los pies de Miquel. Los otros dos agentes ya habían desenfundado sus armas. El segundo disparo atravesó el

estómago del que parecía más viejo. La bala le partió la columna vertebral en dos y escupió un puño de vísceras contra la barra. Miquel nunca tuvo tiempo de hacer un tercer disparo. El policía restante ya le había encañonado. Sintió el arma en las costillas, sobre el corazón, y su mirada acerada, encendida de pánico.

—Quieto, hijo de puta, o te juro que te abro en dos.

Miquel sonrió y alzó lentamente el revólver hacia el rostro del policía. No debía de tener más de veinticinco años y le temblaban los labios.

—Le dices a Fumero, de parte de Carax, que me acuerdo de su disfraz de marinerito.

No sintió dolor, ni fuego. El impacto, como un martillazo sordo que se llevó el sonido y el color de las cosas, le lanzó contra la cristalera. Al atravesarla y advertir que un frío intenso le trepaba por la garganta y la luz se alejaba como polvo en el viento, Miquel Moliner volvió la mirada por última vez y vio a su amigo Julián correr calle abajo. Tenía treinta y seis años, más de los que había esperado vivir. Antes de desplomarse sobre la acera sembrada de cristal ensangrentado, ya estaba muerto.

9

Aquella noche, mientras Julián se perdía en la noche, un furgón sin identificación acudió a la llamada del hombre que había matado a Miquel. Nunca supe su nombre, ni creo que él supiese a quién había asesinado. Como todas las guerras, personales o a gran escala, aquél era un juego de marionetas. Dos hombres cargaron los cuerpos de los agentes muertos y se encargaron de sugerirle al encargado del bar que se olvidase de lo que había sucedido o tendría serios problemas. Nunca subestimes el talento para olvidar que despiertan las guerras, Daniel. El cadáver de Miquel fue abandonado en un callejón del Raval doce horas más tarde para que su muerte no pudiese ser relacionada con la de los dos agentes. Cuando el cuerpo llegó finalmente a la morgue, llevaba dos días muerto. Miquel había dejado toda su documentación en casa antes de salir. Cuanto los funcionarios del depósito encontraron fue un pasaporte a nombre de Julián Carax, desfigurado, y un ejemplar de *La Sombra del Viento*. La policía concluyó que el difunto era Carax. El pasaporte todavía mencionaba como domicilio el piso de los Fortuny en la ronda de San Antonio.

Para entonces, la noticia ya había llegado a oídos de Fumero, que se acercó al depósito para despedirse de Julián. Se encontró allí con el sombrerero, a quien la policía había ido a buscar para proceder a la identificación del cuerpo. El señor Fortuny, que llevaba dos días sin ver a Julián, temía lo peor. Al reconocer el cuerpo que apenas una semana antes había llamado a su puerta preguntando por Julián (y a quien había tomado por un esbirro de Fumero), prorrumpió en alaridos y se marchó. La policía asumió que aquella reacción era una admisión de reconocimiento. Fumero, que había presenciado la escena, se acercó al cuerpo y lo examinó en silencio. Hacía diecisiete años que no veía a Julián Carax. Cuando reconoció a Miquel Moliner, se limitó a sonreír y firmó el informe forense confirmando que aquel cuerpo pertenecía a Julián Carax, y ordenando su traslado inmediato a una fosa común en Montjuïc.

Durante mucho tiempo me pregunté por qué Fumero habría de hacer algo así. Pero aquello no era más que la lógica de Fumero. Al morir con la identidad de Julián, Miquel le había proporcionado involuntariamente la coartada perfecta. Desde aquel instante, Julián Carax no existía. No habría vínculo legal alguno que permitiese relacionar a Fumero con el hombre al que, tarde o temprano, esperaba encontrar y asesinar. Eran días de guerra y muy pocos pedirían explicaciones por la muerte de

alguien que ni siquiera tenía nombre. Julián había perdido la identidad. Era una sombra. Pasé dos días esperando a Miquel o a Julián en casa, creyendo que me volvía loca. Al tercer día, lunes, volví a trabajar a la editorial. El señor Cabestany había ingresado en el hospital hacía unas semanas, y ya no volvería a su despacho. Su hijo mayor, Álvaro, se había hecho cargo del negocio. No le dije nada a nadie. No tenía a quién.

Aquella misma mañana recibí en la editorial la llamada de un funcionario de la morgue, Manuel Gutiérrez Fonseca. El señor Gutiérrez Fonseca me explicó que el cuerpo de un tal Julián Carax había llegado al depósito y que, al cotejar el pasaporte del difunto y el nombre del autor del libro que llevaba cuando ingresó en la morgue, y sospechando si no una clara irregularidad sí un cierto relajamiento en el reglamento por parte de la policía, había sentido el deber moral de llamar a la editorial para dar parte de lo sucedido. Al escucharle, creí morir. Lo primero que pensé fue que se trataba de una trampa de Fumero. El señor Gutiérrez Fonseca se expresaba con la pulcritud del funcionario concienzudo, aunque algo más goteaba en su voz, algo que ni él mismo hubiera podido explicar. Yo había cogido la llamada en el despacho del señor Cabestany. Gracias a Dios, Álvaro había salido a almorzar y estaba sola, de lo contrario me hubiera sido difícil explicar las lágrimas y el temblor en las manos mientras sostenía el teléfono. Gutiérrez Fonseca me dijo que había creído oportuno informar de lo sucedido.

Le agradecí la llamada con esa formalidad falsa de las conversaciones en clave. Tan pronto colgué, cerré la puerta del despacho y me mordí los puños por no gritar. Me lavé la cara y me marché a casa inmediatamente, dejando recado para Álvaro de que estaba enferma y que regresaría al día siguiente antes de la hora para ponerme al día con la correspondencia. Tuve que hacer un esfuerzo por no correr en la calle, por caminar con esa parsimonia anónima y gris de quien no tiene secretos. Al introducir la llave en la puerta del piso comprendí que el cerrojo había sido forzado. Me quedé paralizada. El pomo empezaba a girar desde el interior. Me pregunté si iba a morir así, en una escalera oscura y sin saber qué había sido de Miquel. La puerta se abrió y enfrenté la mirada oscura de Julián Carax. Que Dios me perdone, pero en aquel instante sentí que me volvía la vida y di gracias al cielo por devolverme a Julián en vez de a Miquel.

Nos fundimos en un abrazo interminable, pero cuando busqué sus labios, Julián se retiró y bajó la mirada. Cerré la puerta y, tomando a Julián de la mano, le guié hasta el dormitorio. Nos tendimos en el lecho, abrazados en silencio. Atardecía y las sombras del piso ardían de púrpura. Se escucharon disparos aislados a lo lejos, como todas las noches desde que había empezado la guerra. Julián lloraba sobre mi pecho y sentí que me invadía un cansancio que escapaba a las palabras. Más tarde, caída la noche, nuestros labios se encontraron y al amparo de aquella oscuridad urgente nos desprendimos de aquellas ropas que olían a miedo y a muerte. Quise recordar a Miquel, pero el fuego de aquellas manos en mi vientre me robó la vergüenza y el

dolor. Quise perderme en ellas y no regresar, aun sabiendo que al amanecer, exhaustos y quizá enfermos de desprecio, no podríamos mirarnos a los ojos sin preguntarnos en quién nos habíamos convertido.

10

Me despertó el repiqueteo de la lluvia al alba. La cama vacía, la habitación prendida de tiniebla gris.

Encontré a Julián sentado frente al que había sido el escritorio de Miquel, acariciando las teclas de su máquina de escribir. Alzó la mirada y me brindó aquella sonrisa tibia, lejana, que decía que nunca sería mío. Sentí deseos de escupirle la verdad, de herirle. Hubiera sido tan fácil. Revelarle que Penélope estaba muerta. Que vivía de engaños. Que yo era cuanto tenía ahora en el mundo.

—Nunca debí regresar a Barcelona —murmuró, sacudiendo la cabeza.

Me arrodillé junto a él.

—Lo que tú buscas no está aquí, Julián. Marchémonos. Los dos. Lejos de aquí. Mientras haya tiempo.

Julián me miró largamente, sin pestañear.

—Tú sabes algo que no me has dicho, ¿verdad? —preguntó.

Negué, tragando saliva. Julián se limitó a asentir.

—Esta noche voy a volver allí.

—Julián, por favor…

—Tengo que asegurarme.

—Entonces iré contigo.

—No.

—La última vez que me quedé esperando aquí, perdí a Miquel. Si tú vas, yo voy.

—Esto no va contigo, Nuria. Es algo que me concierne a mí solo.

Me pregunté si realmente no se daba cuenta del daño que me hacían sus palabras, o si apenas le importaba.

—Eso es lo que tú crees.

Quiso acariciarme la mejilla pero le aparté la mano.

—Deberías odiarme, Nuria. Te traería suerte.

—Ya lo sé.

Pasamos el día fuera, lejos de la tiniebla opresiva del piso que aún olía a sábanas tibias y piel. Julián quería ver el mar. Le acompañé hasta la Barceloneta y nos adentramos en la playa casi desierta, un espejismo de color de arena que se fundía en la calima. Nos sentamos en la arena, cerca de la orilla, como lo hacen los niños y los

viejos. Julián sonreía en silencio, recordando a solas.

Al atardecer tomamos un tranvía junto al acuario y ascendimos por la Vía Layetana hasta el paseo de Gracia, luego la plaza de Lesseps y después la avenida de la República Argentina hasta el término del trayecto. Julián observaba las calles en silencio, como si temiese perder la ciudad a medida que la recorría. A medio camino me tomó la mano y la besó sin decir nada. La sostuvo hasta que nos bajamos. Un anciano que acompañaba a una niña de blanco nos miraba, sonriente, y nos preguntó si éramos novios. Era ya noche cerrada cuando enfilamos Román Macaya en dirección al caserón de los Aldaya en la avenida del Tibidabo. Caía una lluvia fina que teñía de plata los paredones de piedra. Trepamos el muro de la finca por la parte de atrás, junto a las pistas de tenis. El caserón se alzaba en la lluvia. La reconocí al instante. Había leído la fisonomía de aquella casa en mil encarnaciones y ángulos en las páginas de Julián. En *La casa roja*, el palacete se aparecía como un tenebroso caserón más grande por dentro que por fuera, que cambiaba lentamente de forma, crecía en pasillos, galerías y áticos imposibles, escaleras infinitas que no conducían a ninguna parte y alumbraba habitaciones oscuras que aparecían y desaparecían de la noche a la mañana, llevándose consigo a los incautos que se adentraban en ellas sin que nadie les volviese a ver. Nos detuvimos frente al portón, asegurado con cadenas y un candado del tamaño de un puño. Los ventanales de la primera planta estaban tapiados con tablones recubiertos de yedra. El aire olía a maleza muerta y a tierra mojada. La piedra, oscura y viscosa bajo la lluvia, relucía como el esqueleto de un gran reptil.

Quise preguntarle cómo pensaba franquear aquel portón de roble, de basílica o prisión. Julián extrajo un frasco del abrigo y desenroscó la tapa. Un vapor fétido exhaló del interior en una espiral lenta y azulada. Sostuvo el candado por el extremo y vertió el ácido en el interior del cerrojo. El metal siseó como hierro candente, envuelto en un paño de humo amarillento. Esperamos unos segundos y entonces tomó un adoquín de entre la maleza y partió el candado con media docena de golpes. Julián empujó la puerta de un puntapié. Se abrió lentamente, como un sepulcro, escupiendo un aliento espeso y húmedo. Más allá del umbral se adivinaba una oscuridad aterciopelada. Julián portaba un encendedor de bencina que prendió al adentrarse unos pasos en el recibidor. Le seguí y entorné la puerta a nuestras espaldas. Julián anduvo unos metros, sosteniendo la llama por encima de la cabeza. Una alfombra de polvo se tendía a nuestros pies, sin más huellas que las nuestras. Las paredes, desnudas, prendían al ámbar de la llama. No había muebles, ni espejos o lámparas. Las puertas permanecían en los goznes, pero los pomos de bronce habían sido arrancados. El caserón apenas mostraba el esqueleto desnudo. Nos detuvimos al pie de la escalinata. La mirada de Julián se perdió hacia lo alto. Se volvió un instante para mirarme y quise sonreírle, pero en la penumbra apenas nos adivinábamos la mirada. Le seguí escaleras arriba, recorriendo los peldaños en los que Julián había visto a Penélope por primera vez. Sabía adónde nos dirigíamos y me invadió un frío

que nada tenía de la atmósfera húmeda y mordiente de aquel lugar.

Ascendimos hasta el tercer piso, donde un angosto corredor se abría paso hacia el ala sur de la casa. La techumbre allí era mucho más baja y las puertas más pequeñas. Era el piso que albergaba las estancias del servicio. La última, supe sin necesidad de que Julián dijese nada, había sido la alcoba de Jacinta Coronado. Julián se aproximó lentamente, temeroso. Aquél había sido el último lugar donde había visto a Penélope, donde había hecho el amor con una muchacha de apenas diecisiete años, que meses más tarde moriría desangrada en aquella misma celda. Quise detenerle, pero Julián ya había ganado el umbral y miraba hacia el interior, ausente. Me asomé junto a él. La habitación no era más que un cubículo despojado de toda ornamentación. Las marcas de un antiguo lecho se leían todavía bajo la marea de polvo en los maderos del suelo. Una maraña de manchas negras reptaba por el centro de la habitación. Julián observó aquel vacío por espacio de casi un minuto, desconcertado. Vi en su mirada que apenas acertaba a reconocer el lugar, que todo se le aparecía como un truco macabro y cruel. Le tomé del brazo y le guié de regreso a la escalera.

—Aquí no hay nada, Julián —murmuré—. La familia lo vendió todo antes de partir a la Argentina.

Julián asintió débilmente. Descendimos de nuevo hasta la planta baja. Una vez allí, Julián se dirigió hacia la biblioteca. Los estantes estaban vacíos, la chimenea anegada de escombros. Las paredes, pálidas de muerte, aleteaban al aliento de la llama. Los acreedores y usureros habían conseguido llevarse hasta la memoria, que debía de estar ahora perdida en el laberinto de alguna chatarrería.

—He vuelto para nada —murmuraba Julián.

Mejor así, pensé. Contaba los segundos que nos separaban de la puerta. Si conseguía alejarle de allí y dejarle con aquella puñalada de vacío, quizá aún tuviésemos una oportunidad. Dejé que Julián absorbiera la ruina de aquel lugar, que purgase su recuerdo.

—Tenías que volver y verla otra vez —dije—. Ahora ya ves que no hay nada. Es sólo un caserón viejo y deshabitado, Julián. Vayámonos a casa.

Me miró, pálido, y asintió. Le tomé de la mano y enfilamos el pasillo que conducía a la salida. La brecha de claridad del exterior apenas quedaba a media docena de metros. Pude oler la maleza y la llovizna en el aire. Entonces sentí que perdía la mano de Julián. Me detuve y me volví para encontrarle inmóvil, con la mirada clavada en la oscuridad.

—¿Qué pasa, Julián?

No contestó. Contemplaba hechizado la boca de un angosto corredor que conducía a las cocinas. Me aproximé hasta allí y escruté la tiniebla que arañaba la llama azul del mechero de gasolina. La puerta al extremo del pasillo estaba tapiada. Un muro de ladrillos rojos, toscamente dispuestos entre argamasa que sangraba por las comisuras. No comprendí bien qué significaba, pero sentí que el frío me robaba el aliento. Julián se acercaba lentamente hacia allí. Todas las demás puertas, en el

corredor —en toda la casa—, estaban abiertas, desprovistas de cerraduras y pomos. Excepto aquélla. Una compuerta de ladrillos rojos oculta en el fondo de un corredor lúgubre y escondido. Julián posó las manos sobre los adoquines de arcilla escarlata.

—Julián, por favor, vayámonos ya…

El impacto de su puño sobre la pared de ladrillos arrancó un eco hueco y cavernoso al otro lado. Me pareció que le temblaban las manos cuando posaba el mechero en el suelo y me indicaba que me retirase unos pasos.

—Julián…

La primera patada arrancó una lluvia de polvo rojizo. Julián embistió de nuevo. Creí que había oído sus huesos crujir. Julián no se inmutó. Golpeaba el muro una y otra vez, con la rabia de un preso abriéndose camino hacia la libertad. Le sangraban los puños y los brazos cuando el primer ladrillo se quebró y cayó al otro lado. Con dedos ensangrentados, Julián empezó entonces a forcejear por agrandar aquel marco en la oscuridad. Jadeaba, exhausto y poseído de una furia de la que nunca le habría creído posible. Uno a uno, los ladrillos fueron cediendo y el muro se abatió. Julián se detuvo, cubierto de sudor frío, las manos despellejadas. Tomó el mechero y lo posó sobre el borde de uno de los ladrillos. Una puerta de madera labrada con motivos de ángeles se alzaba al otro lado. Julián acarició los relieves de la madera, como si leyese un jeroglífico. La puerta se abrió bajo la presión de sus manos.

Una tiniebla azul, espesa y gelatinosa, emanaba del otro lado. Más allá se intuía una escalinata. Peldaños de piedra negra descendían hasta donde se perdía la sombra. Julián se volvió un instante y le encontré la mirada. Vi en ella miedo y desesperanza, como si intuyese la negrura. Negué en silencio, implorándole que no descendiese. Se volvió, abatido, y se zambulló en la oscuridad. Me asomé al marco de adoquines y le vi descender por la escalera, casi tambaleándose. La llama temblaba, apenas ya un soplo de azul transparente.

—¿Julián?

Sólo me llegó silencio. Podía ver la sombra de Julián, inmóvil al fondo de la escalera. Crucé el umbral de ladrillos y descendí los peldaños. La sala era una estancia rectangular, de muros de mármol. Desprendía un frío intenso y penetrante. Las dos lápidas estaban recubiertas por un velo de telaraña que se deshizo como seda podrida a la llama del mechero. El mármol blanco estaba surcado por lágrimas negras de humedad que parecían sangrar de las hendiduras que había dejado el cincel del grabador. Yacían la una junto a la otra, como maldiciones encadenadas.

PENÉLOPE ALDAYA	DAVID ALDAYA
1902-1919	1919

11

Muchas veces me he detenido a pensar en aquel momento de silencio, tratando de imaginar lo que Julián debió de sentir al comprobar que la mujer a la que había estado esperando durante diecisiete años estaba muerta, que el hijo de ambos se había marchado con ellos, que la vida con que había soñado, su único aliento, nunca había existido. La mayoría de nosotros tenemos la dicha o la desgracia de ver cómo la vida se desmorona poco a poco, sin que nos demos casi cuenta. Para Julián, aquella certeza prendió en cuestión de segundos. Por un instante pensé que echaría a correr escaleras arriba, que huiría de aquel lugar maldito y que no volvería a verle jamás. Quizá hubiera sido mejor así.

Recuerdo que la llama del mechero se extinguió lentamente y que perdí su silueta en la oscuridad. Le busqué en la sombra. Le encontré temblando, mudo. Apenas podía sostenerse en pie y se arrastró hasta un rincón. Le abracé y le besé la frente. No se movía. Palpé su rostro con los dedos, pero no había lágrimas. Creí que tal vez, inconscientemente, lo había sabido durante todos aquellos años, que quizá aquel encuentro era necesario para enfrentarse a la certeza y liberarse. Habíamos llegado al final del camino. Julián comprendería ahora que ya nada le retenía en Barcelona y que partiríamos lejos. Quise creer que nuestra suerte iba a cambiar y que Penélope nos había perdonado.

Busqué el mechero en el suelo y lo encendí de nuevo. Julián observaba el vacío, ajeno a la llama azul. Le tomé el rostro con las manos y le obligué a mirarme. Me encontré ojos sin vida, vacíos, consumidos de rabia y de pérdida. Sentí el veneno del odio esparciéndose lentamente por sus venas y pude leer sus pensamientos. Me odiaba por haberle engañado. Odiaba a Miquel por haberle querido obsequiar con una vida que le pesaba como una herida abierta. Pero sobre todo odiaba al hombre que había causado toda aquella desgracia, aquel rastro de muerte y miseria: él mismo. Odiaba aquellos cochinos libros a los que había dedicado su vida y que a nadie importaban. Odiaba una existencia entregada al engaño y a la mentira. Odiaba cada segundo robado y cada aliento.

Me miraba sin pestañear, como se mira a un extraño o a un objeto desconocido. Yo negaba lentamente, buscándole las manos. Se apartó bruscamente y se incorporó. Traté de asirle el brazo pero me empujó contra el muro. Le vi ascender la escalera en

silencio, un hombre a quien ya no conocía. Julián Carax estaba muerto. Cuando salí al jardín del caserón, ya no había rastro de él. Escalé el muro y salté al otro lado. Las calles desoladas sangraban bajo la lluvia. Grité su nombre, caminando por el centro de la avenida desierta. Nadie respondió a mi llamada. Cuando regresé a casa eran casi las cuatro de la mañana. El piso estaba anegado de humo y olía a quemado. Julián había estado allí. Corrí a abrir las ventanas. Encontré un estuche sobre mi escritorio que contenía la pluma que le había comprado años antes en París, la estilográfica por la que había pagado una fortuna en virtud de su supuesta pertenencia a Alejandro Dumas o Víctor Hugo. El humo provenía de la caldera de la calefacción. Abrí la compuerta y comprobé que Julián había arrojado al interior todos los ejemplares de sus novelas que faltaban de la estantería. Apenas se leía el título sobre los lomos de piel. El resto eran cenizas.

Horas después, cuando acudí a la editorial a media mañana, Álvaro Cabestany me hizo llamar a su despacho. Su padre apenas pasaba ya por el despacho y los médicos le habían dicho que tenía los días contados, lo mismo que mi puesto en la empresa. El hijo de Cabestany me anunció que aquella misma mañana a primera hora se había presentado un caballero llamado Laín Coubert interesado en adquirir todos los ejemplares de las novelas de Julián Carax que tuviésemos en existencias. El hijo del editor dijo que tenía un almacén lleno de ellas en Pueblo Nuevo, pero que había gran demanda de ellas y por tanto había exigido un precio superior al que Coubert ofrecía. Coubert no había picado y se había marchado con viento fresco. Ahora Cabestany hijo quería que yo localizase al tal Laín Coubert y aceptase su oferta. Le dije a aquel necio que Laín Coubert no existía, que era un personaje de una novela de Carax. Que no tenía interés alguno en comprarle los libros; sólo quería saber dónde estaban. El señor Cabestany tenía por costumbre guardar un ejemplar de cada uno de los títulos publicados por la casa en la biblioteca de su despacho, incluso de las obras de Julián Carax. Me colé en su oficina y me los llevé.

Aquella misma tarde visité a mi padre en el Cementerio de los libros Olvidados y los oculté donde nadie, especialmente Julián, pudiese encontrarlos. Había anochecido ya cuando salí de allí. Vagando Ramblas abajo llegué hasta la Barceloneta y me adentré en la playa, buscando el lugar al que había ido a contemplar el mar con Julián. La pira de llamas del almacén en Pueblo Nuevo se adivinaba a lo lejos, el rastro ámbar derramándose sobre el mar y las espirales de fuego y humo ascendiendo al cielo como serpientes de luz. Cuando los bomberos consiguieron extinguir las llamas poco antes del amanecer, no quedaba nada, apenas el esqueleto de ladrillos y metal que sostenía la bóveda. Allí encontré a Lluís Carbó, que había sido el vigilante nocturno durante diez años. Contemplaba los escombros humeantes, incrédulo. Tenía las cejas y el vello de los brazos quemados y la piel le brillaba como bronce húmedo. Fue él quien me contó que las llamas habían empezado poco después de la medianoche y habían devorado decenas de miles de libros hasta que el alba se había rendido en un río de ceniza. Lluís sostenía todavía en las manos un puñado de libros

que había conseguido salvar, colecciones de versos de Verdaguer y dos tomos de *Historia de la Revolución francesa*. Era cuanto había sobrevivido. Varios miembros del sindicato habían acudido para ayudar a los bomberos. Uno de ellos me contó que los bomberos habían encontrado un cuerpo quemado entre los escombros. Lo habían tomado por muerto, pero uno de ellos advirtió que todavía respiraba y lo llevaron al hospital del Mar.

Lo reconocí por los ojos. El fuego le había devorado la piel, las manos y el pelo. Las llamas le habían arrancado la ropa a latigazos y todo su cuerpo era una herida en carne viva que supuraba entre las vendas. Lo habían confinado a una habitación solitaria al fondo de un corredor con vistas a la playa, cercenado de morfina a la espera de que muriese. Quise sostenerle la mano, pero una de las enfermeras me advirtió que apenas había carne bajo las vendas. El fuego le había segado los párpados y su mirada enfrentaba el vacío perpetuo. La enfermera que me encontró caída en el suelo, llorando, me preguntó si sabía quién era. Le dije que sí, que era mi marido. Cuando un cura rapaz apareció para prodigar sus últimas bendiciones, lo ahuyenté a alaridos. Tres días más tarde, Julián seguía vivo. Los médicos dijeron que era un milagro, que las ganas de vivir le mantenían vivo con fuerzas que la medicina era incapaz de emular. Se equivocaban. No eran las ganas de vivir. Era el odio. Una semana más tarde, en vista de que aquel cuerpo escarchado de muerte se resistía a apagarse, fue oficialmente admitido con el nombre de Miquel Moliner. Habría de permanecer allí por espacio de once meses. Siempre en silencio, con la mirada ardiente, sin descanso.

Yo acudía todos los días al hospital. Pronto las enfermeras empezaron a tutearme y a invitarme a comer con ellas en su sala. Eran todas mujeres solas, fuertes, que esperaban que sus hombres volviesen del frente. Algunos lo hacían. Me enseñaron a limpiar las heridas de Julián, a cambiarle los vendajes, a poner sábanas limpias y a hacer una cama con un cuerpo inerte tendido. También me enseñaron a perder la esperanza de volver a ver al hombre que algún día se había sostenido sobre aquellos huesos. Le quitamos las vendas de la cara al tercer mes. Julián era una calavera. No tenía labios, ni mejillas. Era un rostro sin rasgos, apenas un muñeco carbonizado. Las cuencas de los ojos se habían agrandado y ahora dominaban su expresión. Las enfermeras no me lo confesaban, pero sentían repugnancia, casi miedo. Los médicos me habían dicho que una suerte de piel violácea, reptil, se iría formando lentamente a medida que sanasen las heridas. Nadie se atrevía a comentar su estado mental. Todos daban por descontado que Julián —Miquel— había perdido la razón en el incendio, que vegetaba y sobrevivía gracias a los cuidados obsesivos de aquella esposa que permanecía firme donde tantas otras hubiesen huido despavoridas. Yo le miraba a los ojos y sabía que Julián seguía allí dentro, vivo, consumiéndose lentamente. Esperando.

Había perdido los labios, pero los médicos creían que las cuerdas vocales no habían sufrido daño irreparable y que las quemaduras en la lengua y la laringe habían

sanado meses atrás. Asumían que Julián no decía nada porque su mente se había extinguido. Una tarde, seis meses después del incendio, estando él y yo a solas en la habitación, me incliné y le besé en la frente.

—Te quiero —le dije.

Un sonido amargo, ronco, emergió de aquella mueca canina a la que se había reducido la boca. Tenía los ojos enrojecidos de lágrimas. Quise secárselas con un pañuelo, pero repitió aquel sonido.

—Déjame —había dicho.

«Déjame».

La editorial Cabestany había quebrado a los dos meses del incendio del almacén de Pueblo Nuevo. El viejo Cabestany, que murió aquel año, había pronosticado que su hijo conseguiría arruinar la empresa en seis meses. Optimista irredento hasta la sepultura. Intenté encontrar trabajo en otra editorial, pero la guerra se lo comía todo. Todos me decían que la guerra acabaría pronto, y que luego las cosas mejorarían. La guerra tenía todavía dos años por delante, y lo que vino después fue casi peor. Al cumplirse un año del incendio, los médicos me dijeron que cuanto podía hacerse en un hospital estaba hecho. La situación era difícil y necesitaban la habitación. Me recomendaron ingresar a Julián en un sanatorio como el asilo de Santa Lucía, pero me negué. En octubre de 1937 me lo llevé a casa. No había pronunciado una sola palabra desde aquel «Déjame».

Yo le repetía todos los días que le quería. Estaba instalado en una butaca frente a la ventana, cubierto de mantas. Le alimentaba con zumos, pan tostado y, cuando encontraba, leche. Todos los días le leía un par de horas. Balzac, Zola, Dickens… Su cuerpo empezaba a recuperar volumen. Al poco de regresar a casa empezó a mover las manos y los brazos. Ladeaba el cuello. A veces, al volver a casa, me encontraba las mantas en el suelo y objetos derribados. Un día le encontré en el suelo, arrastrándose. Un año y medio después del incendio, una noche de tormenta, me desperté a media noche. Alguien se había sentado en mi lecho y me acariciaba el pelo. Le sonreí, ocultando las lágrimas. Había conseguido encontrar uno de mis espejos, aunque los había ocultado todos. Con voz quebrada me dijo que se había transformado en uno de sus monstruos de ficción, en Laín Coubert. Quise besarle, demostrarle que su aspecto no me repugnaba, pero no me dejó. Pronto no me dejaría apenas tocarle. Iba recobrando fuerzas día a día. Merodeaba por la casa mientras yo salía a buscar algo para comer. Los ahorros que Miquel había dejado nos mantenían a flote, pero pronto tuve que empezar a vender joyas y trastos viejos. Cuando no hubo más remedio, cogí la pluma de Víctor Hugo que había comprado en París y salí a venderla al mejor postor. Encontré una tienda detrás del Gobierno Militar que admitía género de ese tipo. El encargado no pareció impresionado por mi solemne juramento atestiguando que aquella pluma había pertenecido a Víctor Hugo, pero reconoció que

era una pieza magistral y se avino a pagarme tanto como pudo, teniendo en cuenta que corrían tiempos de escasez y miseria.

Cuando le dije a Julián que la había vendido, temí que montase en cólera. Se limitó a decir que había hecho bien, que nunca la había merecido. Un día, uno de tantos en que yo había salido a buscar trabajo, regresé y me encontré que Julián no estaba. No regresó hasta el alba. Cuando le pregunté que adónde había ido, se limitó a vaciar los bolsillos del abrigo (que había sido de Miquel) y dejar un puñado de dinero sobre la mesa. A partir de entonces empezó a salir casi todas las noches. En la oscuridad, cubierto con un sombrero y bufanda, con los guantes y la gabardina, era una sombra más. Nunca me decía adónde iba. Casi siempre traía dinero o joyas. Dormía por las mañanas, sentado erguido en su butaca, con los ojos abiertos. En una ocasión encontré una navaja en sus bolsillos. Era un arma de doble filo, de resorte automático. La hoja estaba prendida de manchas oscuras.

Fue por entonces cuando empecé a oír por las calles las historias acerca de un individuo que rompía los escaparates de las librerías por la noche y quemaba libros. En otras ocasiones, el extraño vándalo se colaba en una biblioteca o en la cámara de un coleccionista. Siempre se llevaba dos o tres tomos, que quemaba. En febrero de 1938 acudí a una librería de viejo para preguntar si era posible encontrar algún libro de Julián Carax en el mercado. El encargado me dijo que era imposible: alguien los había estado haciendo desaparecer. Él mismo había tenido un par y los había vendido a un individuo muy extraño, que ocultaba su rostro y al que apenas se le podía descifrar la voz.

—Hasta hace poco quedaban algunas copias en colecciones privadas, aquí y en Francia, pero muchos coleccionistas empiezan a desprenderse de ellas. Tienen miedo —decía—, y no les culpo.

A veces Julián desaparecía durante días enteros. Pronto sus ausencias fueron de semanas. Se iba y volvía siempre de noche. Siempre traía dinero. Nunca daba explicaciones, o si lo hacía, se limitaba a dar detalles sin sentido. Me dijo que había estado en Francia. París, Lyon, Niza. Ocasionalmente llegaban cartas desde Francia a nombre de Laín Coubert. Siempre eran de libreros de viejo, coleccionistas. Alguien había localizado una copia perdida de las obras de Julián Carax. Entonces desaparecía varios días y regresaba como un lobo, apestando a quemado y a rencor.

Fue durante una de aquellas ausencias cuando me encontré al sombrerero Fortuny en el claustro de la catedral, vagando como un iluminado. Todavía me recordaba de la vez que había acudido con Miquel a preguntar por su hijo Julián, dos años atrás. Me condujo a un rincón y me dijo confidencialmente que sabía que Julián estaba vivo, en alguna parte, pero que sospechaba que su hijo no podía ponerse en contacto con nosotros por algún motivo que no acertaba a discernir. «Algo que ver con ese desalmado de Fumero». Le dije que yo creía lo mismo. Los años de la guerra estaban resultando muy prósperos para Fumero. Sus alianzas cambiaban de mes a mes, de los anarquistas a los comunistas, y de allí a lo que viniese. Unos y otros lo acusaban de

espía, de esbirro, de héroe, de asesino, de conspirador, de intrigante, de salvador o de demiurgo. Poco importaba. Todos le temían. Todos le querían de su lado. Quizá demasiado ocupado con las intrigas de la Barcelona de la guerra, Fumero parecía haber olvidado a Julián. Probablemente, como el sombrerero, le imaginaba ya fugado y lejos de su alcance.

El señor Fortuny me preguntó si era una vieja amiga de su hijo y le dije que sí. Me pidió que le hablase de Julián, del hombre en que se había convertido, porque él, me confesó entristecido, no le conocía. «La vida nos separó, ¿sabe usted?». Me contó que había recorrido todas las librerías de Barcelona en busca de las novelas de Julián, pero no había modo de encontrarlas. Alguien le había contado que un loco recorría el mapa en su busca para quemarlas. Fortuny estaba convencido de que el culpable no era sino Fumero. No le contradije. Mentí como pude, por piedad o por despecho, no lo sé. Le dije que creía que Julián había regresado a París, que estaba bien y que me constaba que apreciaba mucho al sombrerero Fortuny y que tan pronto las circunstancias lo hiciesen posible, se reuniría de nuevo con él. «Es esta guerra —se lamentaba él—, que lo pudre todo». Antes de despedirnos insistió en darme su dirección y la de su ex esposa, Sophie, con quien había vuelto a reanudar el contacto tras largos años de «malentendidos». Sophie vivía ahora en Bogotá con un prestigioso doctor, me dijo. Regentaba su propia escuela de música y siempre escribía preguntando por Julián.

—Ya es lo único que nos une, ¿sabe usted? El recuerdo. Uno comete muchos errores en la vida, señorita, y sólo se da cuenta cuando es viejo. Dígame, ¿usted tiene fe?

Me despedí prometiéndole informarle a él y a Sophie si tenía noticias de Julián.

—A su madre nada la haría más feliz que volver a saber de él. Ustedes, las mujeres, escuchan más al corazón y menos a la tontería —concluyó el sombrerero con tristeza—. Por eso viven más.

Pese a haber oído tantas historias virulentas acerca de él, no pude evitar sentir lástima por aquel pobre anciano que apenas tenía más que hacer en el mundo que esperar el regreso de su hijo y parecía vivir de las esperanzas de recuperar el tiempo perdido gracias a un milagro de los santos a los que visitaba con tanta devoción en las capillas de la catedral. Le había imaginado como un ogro, un ser vil y rencoroso, pero me pareció un hombre bondadoso, cegado quizá, perdido como todos. Quizá porque me recordaba a mi propio padre, que se escondía de todos y de sí mismo en aquel refugio de libros y sombras, quizá porque, sin él sospecharlo, también nos unía el anhelo por recuperar a Julián, le tomé cariño y me convertí en su única amiga. Sin que Julián lo supiese, le visitaba a menudo en el piso de la ronda de San Antonio. El sombrerero ya no trabajaba.

—No tengo ni las manos ni la vista ni los clientes… —decía.

Me esperaba casi todos los jueves y me ofrecía café, galletas y dulces que él apenas probaba. Pasaba las horas hablándome de la infancia de Julián, de cómo trabajaban juntos en la sombrerería, mostrándome fotografías. Me conducía a la habitación de Julián, que mantenía inmaculada como un museo, y me mostraba viejos cuadernos, objetos insignificantes que él adoraba como reliquias de una vida que nunca había existido, sin darse cuenta de que ya me los había enseñado antes, que todas aquellas historias ya me las había relatado otro día. Uno de aquellos jueves me crucé en la escalera con un médico que acababa de visitar al señor Fortuny. Le pregunté cómo estaba el sombrerero y él me miró de reojo.

—¿Es usted familiar suyo?

Le dije que era lo más cercano a eso que el pobre hombre tenía. El médico me dijo entonces que Fortuny estaba muy enfermo, que era cuestión de meses.

—¿Qué tiene?

—Le podría decir a usted que es el corazón, pero lo que lo mata es la soledad. Los recuerdos son peores que las balas.

Al verme, el sombrerero se alegró y me confesó que aquel médico no le merecía confianza. Los médicos son como brujos de pacotilla, decía. El sombrerero había sido toda su vida hombre de profundas convicciones religiosas y la vejez sólo las había acentuado. Me explicó que veía la mano del demonio por todas partes. El demonio, me confesó, ofusca la razón y pierde a los hombres.

—Mire usted la guerra, y míreme usted a mí. Porque ahora me ve viejo y blando, pero yo de joven he sido muy canalla y muy cobarde.

Era el demonio quien se había llevado a Julián de su lado, añadió.

—Dios nos da la vida, pero el casero del mundo es el demonio…

Pasábamos la tarde entre teología y melindros rancios.

Alguna vez le dije a Julián que si quería volver a ver a su padre vivo, más le valía darse prisa. Resultó que Julián había estado también visitando a su padre sin que él lo supiera. De lejos, al crepúsculo, sentado al otro extremo de una plaza, viéndole envejecer. Julián replicó que prefería que el anciano se llevase la memoria del hijo que había fabricado en su mente durante aquellos años y no la realidad en la que se había convertido.

—Ésa la guardas para mí —le dije, arrepintiéndome al instante.

No dijo nada, pero por un instante pareció que le volvía la lucidez y se daba cuenta del infierno en el que nos habíamos enjaulado. Los pronósticos del médico no tardaron en hacerse realidad. El señor Fortuny no llegó a ver el fin de la guerra. Le encontraron sentado en su butaca, mirando las fotografías viejas de Sophie y de Julián. Acribillado a recuerdos.

Los últimos días de la guerra fueron el preludio del infierno. La ciudad había vivido el combate a distancia, como una herida que late adormecida. Habían transcurrido meses de escarceos y luchas, bombardeos y hambre. El espectro de asesinatos, luchas y conspiraciones llevaba años corroyendo el alma de la ciudad,

pero aun así, muchos querían creer que la guerra seguía lejos, que era un temporal que pasaría de largo. Si cabe, la espera hizo lo inevitable peor. Cuando el dolor despertó, no hubo misericordia. Nada alimenta el olvido como una guerra, Daniel. Todos callamos y se esfuerzan en convencernos de lo que hemos visto, lo que hemos hecho, lo que hemos aprendido de nosotros mismos y de los demás, es una ilusión, una pesadilla pasajera. Las guerras no tienen memoria y nadie se atreve a comprenderlas hasta que ya no quedan voces para contar lo que pasó, hasta que llega el momento en que no se las reconoce y regresan, con otra cara y otro nombre, a devorar lo que dejaron atrás.

Por entonces Julián ya casi no tenía libros que quemar. Ése era un pasatiempo que ya había pasado a manos mayores. La muerte de su padre, de la que nunca hablaría, le había convertido en un inválido en el que ya no ardía ni la rabia ni el odio que le habían consumido al principio. Vivíamos de rumores, recluidos. Supimos que Fumero había traicionado a todos aquellos que le habían encumbrado durante la guerra y que ahora estaba al servicio de los vencedores. Se decía que él estaba ajusticiando personalmente —volándoles la cabeza de un tiro en la boca— a sus principales aliados y protectores en los calabozos del castillo de Montjuïc. La maquinaria del olvido empezó a martillear el mismo día en que se acallaron las armas. En aquellos días aprendí que nada da más miedo que un héroe que vive para contarlo, para contar lo que todos los que cayeron a su lado no podrán contar jamás. Las semanas que siguieron a la caída de Barcelona fueron indescriptibles. Se derramó tanta o más sangre durante aquellos días que durante los combates, sólo que en secreto y a hurtadillas. Cuando finalmente llegó la paz, olía a esa paz que embruja las prisiones y los cementerios, una mortaja de silencio y vergüenza que se pudre sobre el alma y nunca se va. No había manos inocentes ni miradas blancas. Los que estuvimos allí, todos sin excepción, nos llevaremos el secreto hasta la muerte.

La calma se restablecía entre recelos y odios, pero Julián y yo vivíamos en la miseria. Habíamos gastado todos los ahorros y los botines de las andanzas nocturnas de Laín Coubert, y no quedaba en la casa nada para vender. Yo buscaba desesperadamente trabajo como traductora, mecanógrafa o como fregona, pero al parecer mi pasada afiliación con Cabestany me había marcado como indeseable y foco de sospechas indecibles. Un funcionario de traje reluciente, brillantina y bigote a lápiz, uno de los centenares que parecían estar saliendo de debajo de las piedras durante aquellos meses, me insinuó que una muchacha atractiva como yo no tenía por qué recurrir a empleos tan mundanos. Los vecinos, que aceptaban de buena fe mi historia de que vivía cuidando a mi pobre esposo Miquel que había quedado inválido y desfigurado en la guerra, nos ofrecían limosnas de leche, queso o pan, incluso a veces pesca salada o embutidos que enviaban los familiares del pueblo. Tras meses de penuria, convencida de que pasaría mucho tiempo antes de que pudiese encontrar un empleo, decidí urdir una estratagema que tomé prestada de una de las novelas de Julián.

Escribí a la madre de Julián a Bogotá en nombre de un supuesto abogado de nuevo cuño con el que el difunto señor Fortuny había consultado en sus últimos días para poner sus asuntos en orden. Le informaba de que, habiendo fallecido el sombrerero sin testar, su patrimonio, en el que se incluía el piso de la ronda de San Antonio y la tienda sita en el mismo inmueble, era ahora propiedad teórica de su hijo Julián, que se suponía viviendo en el exilio en Francia. Puesto que los derechos de sucesión no habían sido satisfechos, y encontrándose ella en el extranjero, el abogado, a quien bauticé como José María Requejo en recuerdo al primer muchacho que me había besado en la boca, le pedía autorización para iniciar los trámites pertinentes y solucionar el traspaso de propiedades a nombre de su hijo Julián, con quien pensaba contactar vía la embajada española en París asumiendo la titularidad de las mismas con carácter temporal y transitorio, así como cierta compensación económica. Igualmente le solicitaba que se pusiera en contacto con el administrador de la finca para que remitiese la documentación y los pagos sufragando los gastos de la propiedad al despacho del abogado Requejo, a cuyo nombre abrí un apartado de correos y asigné una dirección ficticia, un viejo garaje desocupado a dos calles del caserón en ruinas de los Aldaya. Mi esperanza era que, cegada por la posibilidad de ayudar a Julián y de volver a establecer el contacto con él, Sophie no se detendría a cuestionar todo aquel galimatías legal y consentiría en ayudarnos dada su próspera situación en la lejana Venezuela.

Un par de meses más tarde, el administrador de la finca empezó a recibir un giro mensual cubriendo los gastos del piso de la Ronda de San Antonio y los emolumentos destinados al bufete de abogados de José María Requejo, que procedía a enviar en forma de cheque al portador al apartado 2321 de Barcelona, tal y como le indicaba Sophie Carax en su correspondencia. El administrador, advertí, se quedaba un porcentaje no autorizado todos los meses, pero preferí no decir nada. Así quedaba él contento y no hacía preguntas ante tan fácil negocio. Con el resto, Julián y yo teníamos para sobrevivir. Así pasaron años terribles, sin esperanza. Lentamente había conseguido algunos trabajos como traductora. Ya nadie recordaba a Cabestany y se practicaba una política de perdón, de olvidar aprisa y corriendo viejas rivalidades y rencores. Yo vivía con la perpetua amenaza de que Fumero decidiese volver a hurgar en el pasado y reiniciar la persecución de Julián. A veces me convencía de que no, de que le habría dado por muerto ya, o le habría olvidado. Fumero ya no era el matón de años atrás. Ahora era un personaje público, un hombre de carrera en el Régimen, que no podía permitirse el lujo del fantasma de Julián Carax. Otras veces me despertaba a media noche, con el corazón palpitando y empapada de sudor, creyendo que la policía estaba golpeando en la puerta. Temía que alguno de los vecinos sospechase de aquel marido enfermo, que nunca salía de casa, que a veces lloraba o golpeaba las paredes como un loco, y que nos denunciase a la policía. Temía que Julián se escapase de nuevo, que decidiera salir a la caza de sus libros para quemarlos, para quemar lo poco que quedaba de sí mismo y borrar definitivamente cualquier señal de que jamás

hubiera existido. De tanto temer, me olvidé de que me hacía mayor, de que la vida me pasaba de largo, que había sacrificado mi juventud amando a un hombre destruido, sin alma, apenas un espectro.

Pero los años pasaron en paz. El tiempo pasa más aprisa cuanto más vacío está. Las vidas sin significado pasan de largo como trenes que no paran en tu estación. Mientras tanto, las cicatrices de la guerra se cerraban a la fuerza. Encontré trabajo en un par de editoriales. Pasaba la mayor parte del día fuera de casa. Tuve amantes sin nombre, rostros desesperados que me encontraba en un cine o en el metro, con los que intercambiaba mi soledad. Luego, absurdamente, la culpa se me comía y al ver a Julián me entraban ganas de llorar y me juraba que nunca más volvería a traicionarle, como si le debiera algo. En los autobuses o en la calle me sorprendía mirando a otras mujeres más jóvenes que yo con niños de la mano. Parecían felices, o en paz, como si aquellos pequeños seres, en su insuficiencia, llenasen todos los vacíos sin respuesta. Entonces me acordaba de días en los que, fantaseando, había llegado a imaginarme como una de aquellas mujeres, con un hijo en los brazos, un hijo de Julián. Luego me acordaba de la guerra y de que quienes la hacían también habían sido niños.

Cuando empezaba a creer que el mundo nos había olvidado, un individuo se presentó un día en casa. Era un tipo joven, casi imberbe, un aprendiz que se sonrojaba cuando me miraba a los ojos. Venía a preguntar por el señor Miquel Moliner, supuestamente siguiendo una rutinaria actualización de un archivo del colegio de periodistas. Me dijo que quizá el señor Moliner podía ser beneficiario de una pensión mensual, pero que para tramitarla era necesario actualizar una serie de datos. Le dije que el señor Moliner no vivía allí desde principios de la guerra, que había partido hacia el extranjero. Me dijo que lo sentía mucho y partió con su sonrisa aceitosa y su acné de aprendiz de chivato. Supe que tenía que hacer desaparecer a Julián de casa aquella misma noche, sin falta. Por entonces Julián se había reducido a casi nada. Era dócil como un niño y toda su vida parecía depender de los ratos que pasábamos juntos algunas noches escuchando música en la radio, mientras yo le dejaba cogerme la mano y él me la acariciaba en silencio.

Aquella misma noche, empleando las llaves del piso de la Ronda de San Antonio que el administrador de la finca había remitido al inexistente abogado Requejo, acompañé a Julián de regreso a la casa en la que había crecido. Le instalé en su habitación y le prometí que volvería al día siguiente y que debíamos tener mucho cuidado.

—Fumero te busca otra vez —le dije.

Asintió vagamente, como si no recordase, o no le importase ya quién era Fumero. Así pasamos varias semanas. Yo acudía por las noches al piso, pasada la medianoche. Le preguntaba a Julián qué había hecho durante el día y él me miraba sin comprender. Pasábamos la noche juntos, abrazados, y yo partía al amanecer, prometiéndole volver tan pronto pudiese. Al irme, dejaba el piso cerrado con llave. Julián no tenía copia. Prefería tenerle preso que muerto.

Nadie volvió a pasar por casa para preguntarme acerca de mi marido, pero yo me encargué de dar voces por el barrio de que mi esposo estaba en Francia. Escribí un par de cartas al consulado español en París diciendo que me constaba que el ciudadano español Julián Carax estaba en la ciudad y solicitando su ayuda para localizarle. Supuse que, tarde o temprano, las cartas llegarían a las manos adecuadas. Tomé todas las precauciones, pero sabía que todo era cuestión de tiempo. La gente como Fumero nunca deja de odiar. No hay sentido ni razón en su odio. Odian como respiran.

El piso de la ronda de San Antonio era un ático. Descubrí que había una puerta de acceso al terrado que daba a la escalera. Los terrados de toda la manzana formaban una red de patios adosados separados por muros de apenas un metro donde los vecinos acudían a tender la colada. No tardé en encontrar un edificio al otro lado de la manzana, con fachada en la calle Joaquín Costa, desde el que podía acceder al terrado y, una vez allí, saltar el muro y llegar al edificio de la Ronda de San Antonio sin que nadie pudiera verme entrar o salir de la finca. En una ocasión recibí una carta del administrador diciéndome que algunos vecinos habían notado ruidos en el piso de los Fortuny. Contesté en nombre del abogado Requejo alegando que en ocasiones algún miembro del despacho había tenido que acudir a buscar papeles o documentos al piso y que no había motivo de alarma, aunque los ruidos fuesen nocturnos. Añadí un cierto giro para dar a entender que, entre caballeros, contables y abogados, un picadero secreto era más sagrado que el Domingo de Ramos. El administrador, mostrando solidaridad gremial, contestó que no me preocupase lo más mínimo, que se hacía cargo de la situación.

En aquellos años, desempeñar el papel del abogado Requejo fue mi única diversión. Una vez al mes acudía a visitar a mi padre en el Cementerio de los Libros Olvidados. Nunca mostró interés en conocer a aquel marido invisible y yo nunca me ofrecí a presentárselo. Rodeábamos el tema en nuestra conversación como navegantes expertos que sortean un escollo a ras de superficie, esquivando la mirada. A veces se me quedaba mirando en silencio y me preguntaba si necesitaba ayuda, si había algo que él pudiera hacer. Algunos sábados, al amanecer, acompañaba a Julián a ver el mar. Subíamos al terrado y cruzábamos hasta el edificio contiguo para salir a la calle Joaquín Costa. De allí descendíamos hasta el puerto a través de callejuelas del Raval. Nadie nos salía al paso. Temían a Julián, incluso de lejos. A veces llegábamos hasta el rompeolas. A Julián le gustaba sentarse en las rocas, mirando hacia la ciudad. Pasábamos horas así, casi sin intercambiar una palabra. Alguna tarde nos colábamos en un cine, cuando ya había empezado la sesión. En la oscuridad nadie reparaba en Julián. Vivíamos de noche y en silencio. A medida que pasaban los meses aprendí a confundir la rutina con la normalidad, y con el tiempo llegué a creer que mi plan había sido perfecto. Pobre imbécil.

12

1945, un año de cenizas. Sólo habían pasado seis años desde el fin de la guerra y aunque sus cicatrices se sentían a cada paso, casi nadie hablaba de ella abiertamente. Ahora se hablaba de la otra guerra, la mundial, que había apestado el mundo con un hedor a carroña y bajeza del que jamás volvería a desprenderse. Eran años de escasez y miseria, extrañamente bendecidos por esa paz que inspiran los mudos y los tullidos, a medio camino entre la lástima y el repelús. Tras años de buscar en vano trabajo como traductora, encontré finalmente un empleo como correctora de pruebas en una editorial fundada por un empresario de nuevo cuño llamado Pedro Sanmartí. El empresario había edificado el negocio invirtiendo la fortuna de su suegro, a quien luego había instalado en un asilo frente al lago de Bañolas a la espera de recibir por correo su certificado de defunción. Sanmartí, que gustaba de cortejar mozuelas a las que doblaba la edad, se había beatificado por el lema tan en boga por entonces del hombre hecho a sí mismo. Chapurreaba un inglés con acento de Vilanova i la Geltrú, convencido de que era el idioma del futuro y remataba sus frases con la coletilla del «Okey».

La editorial (a la que Sanmartí había bautizado con el peregrino nombre de «Endymión» porque le sonaba a catedralicio y propicio para hacer caja) publicaba catecismos, manuales de buenas maneras y una colección de seriales novelados de lectura edificante protagonizados por monjitas de comedia ligera, personal heroico de la Cruz Roja y funcionarios felices y de alta fibra apostólica. Editábamos también una serie de historietas de soldados americanos titulada «Comando Valor», que arrasaba entre la juventud deseosa de héroes con aspecto de comer carne siete días a la semana. Yo había hecho en la empresa una buena amiga en la secretaria de Sanmartí, una viuda de guerra llamada Mercedes Pietro con la que pronto sentí una afinidad completa y con la que podía entenderme con apenas una mirada o una sonrisa. Mercedes y yo teníamos mucho en común: éramos dos mujeres a la deriva, rodeadas de hombres que estaban muertos o se habían escondido del mundo. Mercedes tenía un hijo de siete años enfermo de distrofia muscular al que sacaba adelante como podía. Tenía apenas treinta y dos años, pero se le leía la vida en los surcos de la piel. Durante todos aquellos años, Mercedes fue la única persona a la que me sentí tentada de contárselo todo, de abrirle mi vida.

Fue ella quien me contó que Sanmartí era un gran amigo del cada día más condecorado inspector jefe Francisco Javier Fumero. Ambos formaban parte de una camarilla de individuos surgidos de entre las cenizas de la guerra que se extendía como tela de araña por la ciudad, inexorable. La nueva sociedad. Un buen día Fumero se presentó en la editorial. Acudía a visitar a su amigo Sanmartí, con quien había quedado para ir a comer. Yo, con alguna excusa, me escondí en el cuarto del archivo hasta que ambos partieron. Cuando volví a mi mesa, Mercedes me lanzó una mirada que lo decía todo. Desde entonces, cada vez que Fumero se presentaba por las oficinas de la editorial, ella me avisaba para que me ocultase.

No pasaba un día en que Sanmartí no intentase sacarme a cenar, invitarme al teatro o al cine con cualquier excusa. Yo siempre respondía que me esperaba mi marido en casa y que su señora debía de estar preocupada, que se hacía tarde. La señora Sanmartí, que ejercía de mueble o fardo mudable, cotizando muy por debajo del obligatorio Bugatti en la escala de afectos de su esposo, parecía haber perdido ya su papel en el sainete de aquel matrimonio una vez la fortuna del suegro había pasado a manos de Sanmartí. Mercedes ya me había advertido de qué iba el percal. Sanmartí, dotado de una capacidad de concentración limitada en el espacio y en el tiempo, apetecía carne fresca y poco vista, concentrando sus bagatelas donjuanescas en la recién llegada, que en este caso era yo. Sanmartí recurría a todos los resortes para iniciar una conversación conmigo.

—Me cuentan que tu marido, ese tal Moliner, es escritor… A lo mejor le interesaría escribir un libro sobre mi amigo Fumero, para el que ya tengo título: Fumero, azote del crimen o la ley de la calle. *¿Qué me dices, Nurieta?*

—Se lo agradezco muchísimo, señor Sanmartí, pero es que Miquel está enfrascado en una novela y no creo que pueda en este momento…

Sanmartí reía a carcajadas.

—¿Una novela? Por Dios, Nurieta… Si la novela está muerta y enterrada. Me lo contaba el otro día un amigo que acaba de llegar de Nueva York. Los americanos están inventando una cosa que se llama televisión y que será como el cine, pero en casa. Ya no harán falta ni libros, ni misa, ni nada de nada. Dile a tu marido que se deje de novelas. Si al menos tuviese nombre, fuera futbolista o torero… Mira, ¿qué me dices si cogemos el Bugatti y nos vamos a comer una paella a Castelldefels para discutir todo esto? Mujer, es que tienes que poner algo de tu voluntad… Ya sabes que a mí me gustaría ayudarte. Y a tu maridito también. Ya sabes que en este país, sin padrinos, no hay nada que hacer.

Empecé a vestirme como una viuda de Corpus o una de esas mujeres que parecen confundir la luz del sol con el pecado mortal. Acudía a trabajar con el pelo recogido en un moño y sin maquillar. Pese a mis ardides, Sanmartí seguía espolvoreándome con sus insinuaciones, siempre prendidas de esa sonrisa aceitosa y gangrenada de desprecio que caracteriza a los eunucos prepotentes que penden como morcillas tumefactas de los altos escalafones de toda empresa. Tuve dos o tres entrevistas con

perspectivas a otros empleos, pero tarde o temprano acababa por encontrarme otra versión de Sanmartí. Crecían como plaga de hongos que anidan en el estiércol con que se siembran las empresas. Uno de ellos se tomó la molestia de llamar a Sanmartí y decirle que Nuria Monfort andaba buscando empleo a sus espaldas. Sanmartí me convocó a su despacho, herido de ingratitud. Me puso la mano en la mejilla e hizo un amago de caricia. Le olían los dedos a tabaco y a sudor. Me quedé lívida.

—Mujer, si no estás contenta, sólo tienes que decírmelo. ¿Qué puedo hacer para mejorar tus condiciones de trabajo? Ya sabes lo que te aprecio y me duele saber por terceros que nos quieres dejar. ¿Qué tal si nos vamos a cenar tú y yo por ahí y hacemos las paces?

Retiré su mano de mi rostro, sin poder ocultar más la repugnancia que me producía.

—Me decepcionas, Nuria. Tengo que confesarte que no veo en ti espíritu de equipo ni fe en el proyecto de esta empresa.

Mercedes ya me había advertido que, tarde o temprano, algo así iba a suceder. Días después, Sanmartí, que competía en gramática con un orangután, empezó a devolver todos los manuscritos que yo corregía alegando que estaban plagados de errores. Casi todos los días me quedaba en el despacho hasta las diez o las once de la noche, rehaciendo una y otra vez páginas y páginas con las tachaduras y comentarios de Sanmartí.

—Demasiados verbos en pasado. Suena muerto, sin nervio… El infinitivo no se usa después de punto y coma. Eso lo sabe todo el mundo…

Algunas noches, Sanmartí se quedaba también hasta tarde, encerrado en su despacho. Mercedes intentaba estar allí, pero en más de una ocasión Sanmartí la enviaba a casa. Entonces, cuando nos quedábamos solos en la editorial, Sanmartí salía de su despacho y se acercaba a mi mesa.

—Trabajas mucho, Nurieta. No todo es el trabajo. También hay que divertirse. Y tú aún eres joven. Aunque la juventud pasa y no siempre sabemos sacarle partido.

Se sentaba en el borde de mi mesa y me miraba fijamente. A veces se colocaba a mi espalda y se quedaba allí durante un par de minutos y podía sentir su aliento fétido en el pelo. Otras veces me posaba las manos sobre los hombros.

—Estás tensa, mujer. Relájate.

Yo temblaba, quería gritar o echar a correr y no volver a aquella oficina, pero necesitaba el empleo y el mísero sueldo que me proporcionaba. Una noche, Sanmartí empezó con su rutina del masaje y empezó a manosearme con avidez.

—Un día me vas a hacer perder la cabeza —gemía.

Me escapé de sus zarpas de un brinco y corrí hasta la salida, arrastrando el abrigo y el bolso. Sanmartí se reía a mi espalda. En la escalera me tropecé con una figura oscura que parecía deslizarse por el vestíbulo sin rozar el suelo.

—Dichosos los ojos, señora Moliner…

El inspector Fumero me ofreció su sonrisa de reptil.

—*No me diga que trabaja usted para mi buen amigo Sanmartí. Él, como yo, es el mejor en lo suyo. ¿Y dígame, qué tal está su marido?*

Supe que tenía los días contados. Al día siguiente corrió el rumor en la oficina de que Nuria Monfort era una «tortillera», puesto que se mantenía inmune a los encantos y al aliento de ajos tiernos de don Pedro Sanmartí, y que se entendía con Mercedes Pietro. Más de un joven de porvenir en la empresa aseguraba haber visto a ese «par de guarras» besuqueándose en el archivo en contadas ocasiones. Aquella tarde, al salir, Mercedes me pidió si podíamos hablar un momento. Apenas conseguía mirarme a los ojos. Acudimos al café de la esquina sin cruzar palabra. Allí Mercedes me dijo que Sanmartí le había dicho que no veía con buenos ojos nuestra amistad, que la policía le había dado informes sobre mí, sobre mi supuesto pasado de activista comunista.

—*Nuria, yo no puedo perder este empleo. Lo necesito para sacar adelante a mi hijo…*

Se derrumbó entre lágrimas, ajada por la vergüenza y la humillación, envejeciendo a cada segundo.

—*No te preocupes, Mercedes. Lo entiendo* —dije.

—*Ese hombre, Fumero, va a por ti, Nuria. No sé qué tiene contra ti, pero se le ve en la cara…*

—*Ya lo sé.*

Al lunes siguiente, cuando llegué al despacho, me encontré a un individuo enjuto y engominado ocupando mi escritorio. Se presentó como Salvador Benades, el nuevo corrector.

—*¿Y usted quién es?*

Ni una sola persona en toda la oficina se atrevió a cruzar la mirada o la palabra conmigo mientras recogía mis cosas. Al bajar por la escalera, Mercedes corrió tras de mí y me entregó un sobre que contenía un fajo de billetes y monedas.

—*Casi todos han contribuido con lo que han podido. Cógelo, por favor. No por ti, por nosotros.*

Aquella noche acudí al piso de la Ronda de San Antonio. Julián me esperaba como siempre, sentado en la oscuridad. Había escrito un poema para mí, dijo. Era lo primero que escribía en nueve años. Quise leerlo, pero me rompí en sus brazos. Se lo conté todo, porque ya no podía más. Porque temía que Fumero, tarde o temprano, le encontraría. Julián me escuchó en silencio, sosteniéndome en sus brazos y acariciándome el pelo. Era la primera vez en años que sentía que, por una vez, me podía apoyar en él. Quise besarle, enferma de soledad, pero Julián no tenía labios ni piel que entregarme. Me dormí en sus brazos, acurrucada en el lecho de su habitación, un camastro de muchacho. Cuando desperté, Julián no estaba allí. Escuché sus pasos en el terrado al alba y fingí estar todavía dormida. Más tarde,

aquella mañana, oí la noticia por la radio sin caer en la cuenta. Un cuerpo había sido hallado en un banco en el paseo del Borne, contemplando la basílica de Santa María del Mar sentado con las manos cruzadas sobre el regazo. Una bandada de palomas que le picoteaban los ojos llamó la atención de un vecino, que alertó a la policía. El cadáver tenía el cuello roto. La señora Sanmartí lo identificó como el de su esposo, Pedro Sanmartí Monegal. Cuando el suegro del difunto recibió la noticia en su asilo de Bañolas, dio gracias al cielo y se dijo que ahora ya podía morir en paz.

13

Julián escribió una vez que las casualidades son las cicatrices del destino. No hay casualidades, Daniel. Somos títeres de nuestra inconsciencia. Durante años había querido creer que Julián seguía siendo el hombre de quien me había enamorado, o sus cenizas. Había querido creer que saldríamos adelante con soplos de miseria y de esperanza. Había querido creer que Laín Coubert había muerto y había regresado a las páginas de un libro. Las personas estamos dispuestas a creer cualquier cosa antes que la verdad.

El asesinato de Sanmartí me abrió los ojos. Comprendí que Laín Coubert seguía vivo y coleando. Más que nunca. Se hospedaba en el cuerpo ajado por las llamas de aquel hombre del que no quedaba ni la voz y se alimentaba de su memoria. Descubrí que había encontrado el modo de entrar y salir del piso de la Ronda de San Antonio a través de una ventana que daba al tragaluz central sin necesidad de forzar la puerta que yo cerraba cada vez que me iba de allí. Descubrí que Laín Coubert, disfrazado de Julián, había estado recorriendo la ciudad, visitando el caserón de los Aldaya. Descubrí que en su locura había regresado a aquella cripta y había quebrado las lápidas, que había extraído los sarcófagos de Penélope y de su hijo. «¿Qué has hecho, Julián?».

La policía me esperaba en casa para interrogarme sobre la muerte del editor Sanmartí. Me condujeron a jefatura, donde después de cinco horas de espera en un despacho a oscuras, se presentó Fumero vestido de negro y me ofreció un cigarrillo.

—*Usted y yo podríamos ser buenos amigos, señora Moliner. Me dicen mis hombres que su esposo no está en casa*.

—*Mi marido me ha dejado. No sé donde está*.

Me derribó de la silla de una bofetada brutal. Me arrastré hasta un rincón, presa de pánico. No me atreví a alzar la vista. Fumero se arrodilló a mi lado y me aferró del pelo.

—*Entérate bien, furcia de mierda: le voy a encontrar, y cuando lo haga, os mataré a los dos. A ti primero, para que él te vea con las tripas colgando. Y luego a él, una vez le haya contado que la otra ramera a la que envió a la tumba era su hermana*.

—*Antes te matará él a ti, hijo de puta*.

Fumero me escupió en la cara y me soltó. Creí entonces que me iba a destrozar de una paliza, pero escuché sus pasos alejándose por el pasillo. Temblando, me incorporé y me limpié la sangre de la cara. Podía oler la mano de aquel hombre en la piel, pero esta vez reconocí el hedor del miedo.

Me retuvieron en aquel cuarto, a oscuras y sin agua, durante seis horas. Cuando me soltaron ya era de noche. Llovía a cántaros y las calles ardían de vapor. Al llegar a casa me encontré un mar de escombros. Los hombres de Fumero habían estado allí. Entre muebles caídos, cajones y estanterías derribadas, encontré mi ropa hecha jirones y los libros de Miquel destrozados. Sobre mi cama encontré una pila de heces y sobre la pared, escrito con excrementos, se leía «Puta».

Corrí al piso de la Ronda de San Antonio, dando mil rodeos y asegurándome de que ninguno de los esbirros de Fumero me hubiera seguido hasta el portal de la calle Joaquín Costa. Crucé los tejados anegados de lluvia y comprobé que la puerta del piso seguía cerrada. Entré con sigilo, pero el eco de mis pasos delataba la ausencia. Julián no estaba allí. Le esperé sentada en el comedor oscuro, escuchando la tormenta, hasta el alba. Cuando la bruma del amanecer lamió los postigos del balcón, subí al terrado y contemplé la ciudad aplastada bajo cielos de plomo. Supe que Julián no volvería allí. Ya le había perdido para siempre.

Volví a verle dos meses después. Me había metido en un cine por la noche, sola, incapaz de volver al piso vacío y frío. A media película, una bobada de amoríos entre una princesa rumana deseosa de aventura y un apuesto reportero norteamericano inmune al despeine, un individuo se sentó a mi lado. No era la primera vez. Los cines de aquella época andaban plagados de fantoches que apestaban a soledad, orines y colonia, blandiendo sus manos sudorosas y temblorosas como lenguas de carne muerta. Me disponía a levantarme y avisar al acomodador cuando reconocí el perfil ajado de Julián. Me aferró la mano con fuerza y permanecimos así, mirando a la pantalla sin verla.

—¿Mataste tú a Sanmartí? —murmuré.

—¿Alguien le encuentra a faltar?

Hablábamos con susurros, bajo la atenta mirada de los hombres solitarios sembrados por el patio de butacas que se recomían de envidia ante el aparente éxito de aquel sombrío competidor. Le pregunté dónde se había estado ocultando pero no me respondió.

—Existe otra copia de *La Sombra del Viento* —murmuró—. Aquí, en Barcelona.

—Te equivocas, Julián. Las destruiste todas.

—Todas menos una. Al parecer, alguien más astuto que yo la escondió en un lugar donde nunca podría encontrarla. Tú.

Fue así cómo oí hablar de ti por primera vez. Un librero fanfarrón y bocazas llamado Gustavo Barceló había estado presumiendo frente a algunos coleccionistas de haber localizado una copia de *La Sombra del Viento*. El mundo de los libros de anticuario es una cámara de ecos. En apenas un par de meses, Barceló estaba

recibiendo ofertas de coleccionistas de Berlín, París y Roma para adquirir el libro. La enigmática fuga de Julián de París tras un sangriento duelo y su rumoreada muerte en la guerra civil española habían conferido a sus obras un valor de mercado que nunca hubieran podido soñar. La leyenda negra de un individuo sin rostro que recorría librerías, bibliotecas y colecciones privadas para quemarlas sólo contribuía a multiplicar el interés y la cotización. «Llevamos el circo en la sangre», decía Barceló.

Julián, que seguía persiguiendo la sombra de sus propias palabras, no tardó en oír el rumor. Supo así que Gustavo Barceló no tenía el libro, pero que al parecer el ejemplar era propiedad de un muchacho que lo había descubierto por accidente y que, fascinado por la novela y por su enigmático autor, se negaba a venderlo y lo conservaba como su más preciada posesión. Aquel muchacho eras tú, Daniel.

—Por el amor de Dios, Julián, no irás a hacerle daño a un crío… —murmuré, no muy segura.

Julián me dijo entonces que todos los libros que había robado y destruido habían sido arrebatados de las manos de quienes no sentían nada por ellos, de gentes que se limitaban a comerciar con ellos o que los mantenían como curiosidades de coleccionistas y diletantes apolillados. Tú, que te negabas a vender el libro a ningún precio y tratabas de rescatar a Carax de los rincones del pasado, le inspirabas una extraña simpatía, y hasta respeto. Sin tú saberlo, Julián te observaba y te estudiaba.

—Quizá, si llega a averiguar quién soy y lo que soy, también él decida quemar el libro.

Julián hablaba con esa lucidez firme y tajante de los locos que se han librado de la hipocresía de atenerse a una realidad que no cuadra.

—¿Quién es ese muchacho?

—Se llama Daniel. Es el hijo de un librero al que Miquel solía frecuentar en la calle Santa Ana. Vive con su padre en un piso encima de la tienda. Perdió a su madre de muy pequeño.

—Parece que estés hablando de ti.

—A lo mejor. Ese muchacho me recuerda a mí mismo.

—Déjale en paz, Julián. Es sólo un niño. Su único crimen ha sido admirarte.

—Eso no es un crimen, es una ingenuidad. Pero se le pasará. Quizá entonces me devuelva el libro. Cuando deje de admirarme y empiece a comprenderme.

Un minuto antes del desenlace, Julián se levantó y se alejó al amparo de las sombras. Durante meses nos vimos siempre así, a oscuras, en cines y callejones a media noche. Julián siempre me encontraba. Yo sentía su presencia silenciosa sin verle, siempre vigilante. A veces te mencionaba y, al oírle hablar de ti, me parecía detectar en su voz una rara ternura que le confundía y que hacía muchos años creía perdida en él. Supe que había regresado al caserón de los Aldaya y que ahora vivía allí, a medio camino entre espectro y mendigo, recorriendo la ruina de su vida y velando los restos de Penélope y del hijo de ambos. Aquél era el único lugar en el mundo que todavía sentía suyo. Hay peores cárceles que las palabras.

Yo acudía allí una vez al mes, para asegurarme de que estaba bien, o simplemente vivo. Saltaba la tapia medio derribada en la parte de atrás, invisible desde la calle. A veces le encontraba allí, otras veces Julián había desaparecido. Le dejaba comida, dinero, libros… Le esperaba durante horas, hasta el anochecer. En ocasiones me atrevía a explorar el caserón. Así averigüé que había destrozado las lápidas de la cripta y había extraído los sarcófagos. Ya no creía que Julián estuviese loco, ni veía monstruosidad en aquella profanación, tan sólo una trágica coherencia. Las veces que le encontraba allí hablábamos durante horas, sentados junto al fuego. Julián me confesó que había intentado volver a escribir, pero que no podía. Recordaba vagamente sus libros como si los hubiese leído, como si fuesen obra de otra persona. Las cicatrices de su intento estaban a la vista. Descubrí que Julián abandonaba al fuego páginas que había escrito febrilmente durante el tiempo en que no nos habíamos visto. Una vez, aprovechando su ausencia, rescaté un pliego de cuartillas de entre las cenizas. Hablaba de ti. Julián me había dicho alguna vez que un relato era una carta que el autor se escribe a sí mismo para contarse cosas que de otro modo no podría averiguar. Hacía tiempo que Julián se preguntaba si había perdido la razón. ¿Sabe el loco que está loco? ¿O los locos son los demás, que se empeñan en convencerle de su sinrazón para salvaguardar su existencia de quimeras? Julián te observaba, te veía crecer y se preguntaba quién eras. Se preguntaba si quizá tu presencia no era sino un milagro, un perdón que debía ganarse enseñándote a no cometer sus mismos errores. En más de una ocasión me pregunté si Julián no se había llegado a convencer de que tú, en aquella lógica retorcida de su universo, te habías convertido en el hijo que había perdido, en una nueva página en blanco para volver a empezar aquella historia que no podía inventar, pero que podía recordar.

Pasaron aquellos años en el caserón y cada vez más Julián vivía pendiente de ti, de tus progresos. Me hablaba de tus amigos, de una mujer llamada Clara de la que te habías enamorado, de tu padre, un hombre a quien admiraba y apreciaba, de tu amigo Fermín y de una muchacha en la que él quiso ver a otra Penélope, tu Bea. Hablaba de ti como de un hijo. Os buscabais el uno al otro, Daniel. Él quería creer que tu inocencia le salvaría de sí mismo. Había dejado de perseguir sus libros, de desear quemar y destruir su rastro en la vida. Estaba aprendiendo a volver a memorizar el mundo a través de tus ojos, de recuperar al muchacho que había sido en ti. El día que viniste a casa por primera vez sentí que ya te conocía. Fingí recelo para ocultar el temor que me inspirabas. Tenía miedo de ti, de lo que podrías averiguar. Tenía miedo de escuchar a Julián y empezar a creer como él que realmente todos estábamos unidos en una extraña cadena de destinos y azares. Tenía miedo de reconocer al Julián que había perdido en ti. Sabía que tú y tus amigos estabais investigando en nuestro pasado. Sabía que tarde o temprano descubrirías la verdad, pero a su debido tiempo, cuando pudieras llegar a comprender su significado. Sabía que tarde o temprano tú y Julián os encontraríais. Ése fue mi error. Porque alguien más lo sabía, alguien que presentía que, con el tiempo, tú le conducirías a Julián: Fumero.

Comprendí lo que estaba sucediendo cuando ya no había vuelta atrás, pero nunca perdí la esperanza de que perdieras el rastro, de que te olvidases de nosotros o de que la vida, la tuya y no la nuestra, te llevase lejos, a salvo. El tiempo me ha enseñado a no perder las esperanzas, pero a no confiar demasiado en ellas. Son crueles y vanidosas, sin conciencia. Hace ya mucho tiempo que Fumero me pisa los talones. Él sabe que caeré, tarde o temprano. No tiene prisa, por eso parece incomprensible. Vive para vengarse. De todos y de sí mismo. Sin la venganza, sin la rabia, se evaporaría. Fumero sabe que tú y tus amigos le llevaréis hasta Julián. Sabe que después de casi quince años, ya no me quedan fuerzas ni recursos. Me ha visto morir durante años y sólo espera el momento de asestarme el último golpe. Nunca he dudado que moriré en sus manos. Ahora sé que el momento se acerca. Entregaré estas páginas a mi padre con el encargo de que te las haga llegar si me sucede algo. Ruego a ese Dios con quien nunca me crucé que no llegues a leerlas, pero presiento que mi destino, pese a mi voluntad y pese a mis vanas esperanzas, es entregarte esta historia. El tuyo, pese a tu juventud y tu inocencia, es liberarla.

Cuando leas estas palabras, esta cárcel de recuerdos, significará que ya no podré despedirme de ti como hubiera querido, que no podré pedirte que nos perdones, sobre todo a Julián, y que cuides de él cuando yo no esté ahí para hacerlo. Sé que no puedo pedirte nada, salvo que te salves. Quizá tantas páginas me han llegado a convencer de que pase lo que pase, siempre tendré en ti a un amigo, que tú eres mi única y verdadera esperanza. De todas las cosas que escribió Julián, la que siempre he sentido más cercana es que mientras se nos recuerda, seguimos vivos. Como tantas veces me ocurrió con Julián, años antes de encontrarme con él, siento que te conozco y que si puedo confiar en alguien, es en ti. Recuérdame, Daniel, aunque sea en un rincón y a escondidas. No me dejes ir.

Nuria Monfort

LA SOMBRA DEL VIENTO

—

1955

1

Amanecía ya cuando acabé de leer el manuscrito de Nuria Monfort. Aquélla era mi historia. Nuestra historia. En los pasos perdidos de Carax reconocía ahora los míos, irrecuperables ya. Me levanté, devorado por la ansiedad, y empecé a recorrer la habitación como un animal enjaulado. Todos mis reparos, mis recelos y temores se deshacían ahora en cenizas, insignificantes. Me vencía la fatiga, el remordimiento y el miedo, pero me sentí incapaz de quedarme allí, escondiéndome del rastro de mis acciones. Me enfundé el abrigo, metí el manuscrito doblado en el bolsillo interior y corrí escaleras abajo. Había empezado a nevar cuando salí del portal y el cielo se deshacía en lágrimas perezosas de luz que se posaban en el aliento y desaparecían. Corrí hacia la plaza de Cataluña, desierta. En el centro de la plaza, solo, se alzaba la silueta de un anciano, o quizá fuera un ángel desertor, tocado de cabellera blanca y enfundado en un formidable abrigo gris. Rey del alba, alzaba la mirada al cielo e intentaba en vano atrapar copos de nieve con los guantes, riéndose. Al cruzar a su lado me miró y sonrió con gravedad, como si pudiera leerme el alma de un vistazo. Tenía los ojos dorados, como monedas embrujadas en el fondo de un estanque.

—Buena suerte —me pareció oírle decir.

Traté de aferrarme a aquella bendición y apreté el paso, rogando que no fuese demasiado tarde y que Bea, la Bea de mi historia, todavía me estuviese esperando.

Me ardía la garganta de frío cuando llegué al edificio donde vivían los Aguilar, jadeando tras la carrera. La nieve estaba empezando a cuajar. Tuve la fortuna de encontrar a don Saturno Molleda, portero del edificio y (según me había contado Bea) poeta surrealista a escondidas, apostado en el portal. Don Saturno había salido a contemplar el espectáculo de la nieve escoba en mano, embutido en no menos de tres bufandas y botas de asalto.

—Es la caspa de Dios —dijo, maravillado, estrenando de versos inéditos la nevada.

—Voy a casa de los señores Aguilar —anuncié.

—Sabido es que a quien madruga Dios le ayuda, pero lo suyo es como pedirle una beca, joven.

—Se trata de una emergencia. Me esperan.

—Ego te absolvo —recitó, concediéndome una bendición.

Corrí escaleras arriba. Mientras ascendía, contemplaba mis posibilidades con cierta reserva. Con buena fortuna, me abriría una de las criadas, cuyo bloqueo me disponía a franquear sin contemplaciones. Con peor fortuna, quizá fuera el padre de Bea quien me abriese la puerta dadas las horas. Quise creer que en la intimidad de su hogar no iría armado, al menos no antes del desayuno. Antes de llamar, me detuve unos instantes a recuperar el aliento y a intentar conjurar unas palabras que no llegaron. Poco importaba ya. Golpeé el picaporte con fuerza tres veces. Quince segundos después repetí la operación, y así sucesivamente, ignorando el sudor frío que me cubría la frente y los latidos de mi corazón. Cuando la puerta se abrió, todavía sostenía el picaporte en las manos.

—¿Qué quieres?

Los ojos de mi viejo amigo Tomás me taladraron, sin sobresalto. Fríos y supurantes de ira.

—Vengo a ver a Bea. Puedes partirme la cara si te apetece, pero no me voy sin hablar con ella.

Tomás me observaba sin pestañear. Me pregunté si me iba a quebrar en dos allí mismo, sin contemplaciones. Tragué saliva.

—Mi hermana no está.

—Tomás…

—Bea se ha marchado.

Había abandono y dolor en su voz que apenas conseguía disfrazar de rabia.

—¿Se ha marchado? ¿Adónde?

—Esperaba que tú lo supieses.

—¿Yo?

Ignorando los puños cerrados y el semblante amenazador de Tomás, me colé en el interior del piso.

—¿Bea? —grité—. Bea, soy Daniel…

Me detuve a medio corredor. El piso escupía el eco de mi voz con ese desprecio de los espacios vacíos. Ni el señor Aguilar ni su esposa ni el servicio aparecieron en respuesta a mis alaridos.

—No hay nadie. Ya te lo he dicho —dijo Tomás a mi espalda—. Ahora lárgate y no vuelvas. Mi padre ha jurado matarte y yo no voy a ser el que se lo impida.

—Por el amor de Dios, Tomás. Dime dónde está tu hermana.

Me contemplaba como quien no sabe bien si escupir o pasar de largo.

—Bea se ha marchado de casa, Daniel. Mis padres llevan dos días buscándola como locos por todas partes y la policía también.

—Pero…

—La otra noche, cuando volvió de verte, mi padre la estaba esperando. Le partió los labios a bofetadas, pero no te preocupes, que se negó a dar tu nombre. No te la mereces.

—Tomás…

—Cállate. Al día siguiente, mis padres la llevaron al médico.

—¿Por qué? ¿Está Bea enferma?

—Enferma de ti, imbécil. Mi hermana está embarazada. No me digas que no lo sabías.

Sentí que me temblaban los labios. Un frío intenso se extendía por mi cuerpo, la voz robada, la mirada atrapada. Me arrastré hacia la salida, pero Tomás me agarró del brazo y me lanzó contra la pared.

—¿Qué le has hecho?

—Tomás, yo…

Se le derribaron los párpados de impaciencia. El primer golpe me arrancó la respiración. Resbalé hacia el suelo con la espalda apoyada contra la pared, las rodillas flaqueando. Una presa terrible me aferró la garganta y me sostuvo en pie, clavado contra la pared.

—¿Qué le has hecho, hijo de puta?

Traté de zafarme de la presa, pero Tomás me derribó de un puñetazo en la cara. Caí en una oscuridad interminable, la cabeza envuelta en llamaradas de dolor. Me desplomé sobre las baldosas del corredor. Traté de arrastrarme, pero Tomás me aferró del cuello del abrigo y me arrastró sin contemplaciones hasta el rellano. Me arrojó a la escalera como un despojo.

—Si le ha pasado algo a Bea, te juro que te mataré —dijo desde el umbral de la puerta.

Me alcé de rodillas, implorando un segundo, una oportunidad de recuperar la voz. La puerta se cerró abandonándome en la oscuridad. Me asaltó una punzada en el oído izquierdo y me llevé la mano a la cabeza, retorciéndome de dolor. Palpé sangre tibia. Me incorporé como pude. Los músculos del vientre que habían encajado el primer golpe de Tomás ardían en una agonía que sólo ahora empezaba. Me deslicé escaleras abajo, donde don Saturno, al verme, sacudió la cabeza.

—Hala, pase dentro un momento y compóngase…

Negué, sosteniéndome el estómago con las manos. El lado izquierdo de la cabeza me palpitaba, como si los huesos quisieran desprenderse de la carne.

—Está usted sangrando —dijo don Saturno, inquieto.

—No es la primera vez.

—Pues vaya jugando y no tendrá oportunidad de sangrar mucho más. Anda, entre y llamo a un médico, hágame el favor.

Conseguí ganar el portal y librarme de la buena voluntad del portero. Nevaba ahora con fuerza, velando las aceras con velos de bruma blanca. El viento helado se abría camino entre mi ropa, lamiendo la herida que me sangraba en la cara. No sé si lloré de dolor, de rabia o de miedo. La nieve, indiferente, se llevó mi llanto cobarde y me alejé lentamente en el alba de polvo, una sombra más abriendo surcos en la caspa de Dios.

2

Cuando me acercaba al cruce de la calle Balmes advertí que un coche me estaba siguiendo, bordeando la acera. El dolor de la cabeza había dejado paso a una sensación de vértigo que me hacía tambalearme y caminar apoyándome en las paredes. El coche se detuvo y dos hombres descendieron de él. Un silbido estridente me había inundado los oídos y no pude escuchar el motor, o las llamadas de aquellas dos siluetas de negro que me asían cada una de un lado y me arrastraban con urgencia hacia el coche. Caí en el asiento de atrás, embriagado de náusea. La luz iba y venía, como una marea de claridad cegadora. Sentí que el coche se movía. Unas manos me palpaban el rostro, la cabeza y las costillas. Al dar con el manuscrito de Nuria Monfort oculto en el interior de mi abrigo, una de las figuras me lo arrebató. Quise detenerle con brazos de gelatina. La otra silueta se inclinó sobre mí. Supe que me estaba hablando al sentir su aliento en la cara. Esperé ver el rostro de Fumero iluminarse y sentir el filo de su cuchillo en la garganta. Una mirada se posó sobre la mía y, mientras el velo de la conciencia se desprendía, reconocí la sonrisa desdentada y rendida de Fermín Romero de Torres.

Desperté empapado en un sudor que me escocía en la piel. Dos manos me sostenían con firmeza por los hombros, acomodándome sobre un catre que creí rodeado de cirios, como en un velatorio. El rostro de Fermín asomó a mi derecha. Sonreía, pero incluso en pleno delirio pude advertir su inquietud. A su lado, de pie, distinguí a don Federico Flaviá, el relojero.

—Parece que ya vuelve en sí, Fermín —dijo don Federico—. ¿Le parece si le preparo algo de caldo para que reviva?

—Daño no hará. Ya en el empeño podría usted prepararme un bocadillito de lo que encuentre, que con estos nervios me ha entrado una gazuza de padre y muy señor mío.

Federico se retiró con prestancia y nos dejó a solas.

—¿Dónde estamos, Fermín?

—En lugar seguro. Técnicamente nos hallamos en un pisito en la izquierda del ensanche, propiedad de unas amistades de don Federico, a quien le debemos la vida y

más. Los maledicentes lo calificarían de picadero, pero para nosotros es un santuario.

Traté de incorporarme. El dolor del oído se dejaba sentir ahora en un latido ardiente.

—¿Voy a quedarme sordo?

—Sordo no sé, pero por poco se queda usted medio mongólico. Ese energúmeno del señor Aguilar por poco le licua las meninges a leches.

—No ha sido el señor Aguilar el que me ha pegado. Ha sido Tomás.

—¿Tomás? ¿Su amigo el inventor?

Asentí.

—Algo habrá usted hecho.

—Bea se ha marchado de casa… —empecé.

Fermín frunció el ceño.

—Siga.

—Está embarazada.

Fermín me observaba pasmado. Por una vez, su expresión era impenetrable y severa.

—No me mire así, Fermín, por Dios.

—¿Qué quiere que haga? ¿Repartir puros?

Intenté levantarme, pero el dolor y las manos de Fermín me detuvieron.

—Tengo que encontrarla, Fermín.

—Quieto *parao*. Usted no está en condiciones de ir a ningún sitio. Dígame dónde está la muchacha y yo iré a por ella.

—No sé dónde está.

—Le voy a pedir que sea algo más específico.

Don Federico apareció por la puerta portando una taza humeante de caldo. Me sonrió cálidamente.

—¿Cómo te encuentras, Daniel?

—Mucho mejor, gracias, don Federico.

—Tómate un par de estas pastillas con el caldo.

Cruzó una mirada leve con Fermín, que asintió.

—Son para el dolor.

Me tragué las pastillas y sorbí la taza de caldo, que sabía a jerez. Don Federico, prodigio de discreción, abandonó la habitación y cerró la puerta. Fue entonces cuando advertí que Fermín sostenía en el regazo el manuscrito de Nuria Monfort. El reloj que tintineaba en la mesita de noche marcaba la una, supuse que de la tarde.

—¿Nieva todavía?

—Nevar es poco. Esto es el diluvio en polvo.

—¿Lo ha leído ya? —pregunté.

Fermín se limitó a asentir.

—Tengo que encontrar a Bea antes de que sea tarde. Creo que sé dónde está.

Me senté en la cama, apartando los brazos de Fermín. Miré a mi alrededor. Las

paredes ondeaban como algas bajo un estanque. El techo se alejaba en un soplo. Apenas pude sostenerme erguido. Fermín, sin esfuerzo, me rindió de nuevo al catre.

—Usted no va a ningún sitio, Daniel.

—¿Qué eran esas pastillas?

—El linimento de Morfeo. Va usted a dormir como el granito.

—No, ahora no puedo…

Seguí balbuceando hasta que los párpados, y el mundo, se me desplomaron sin tregua. Aquél fue un sueño negro y vacío, de túnel. El sueño de los culpables.

Acechaba el crepúsculo cuando la losa de aquel letargo se evaporó y abrí los ojos a una habitación oscura y velada por dos cirios cansados que parpadeaban en la mesita. Fermín, derrotado sobre la butaca del rincón, roncaba con la furia de un hombre tres veces más grande. A sus pies, desparramado en un llanto de páginas, yacía el manuscrito de Nuria Monfort. El dolor de la cabeza se había reducido a un palpitar lento y tibio. Me deslicé con sigilo hasta la puerta de la habitación y salí a una pequeña sala con un balcón y una puerta que parecía dar a la escalera. Mi abrigo y mis zapatos reposaban sobre una silla. Una luz púrpura penetraba por la ventana, moteada de reflejos irisados. Me acerqué hasta el balcón y vi que seguía nevando. Los techos de media Barcelona se vislumbraban moteados de blanco y escarlata. A lo lejos se distinguían las torres de la escuela industrial, agujas entre la bruma prendida en los últimos alientos del sol. El cristal estaba empañado de escarcha. Posé el índice sobre el vidrio y escribí:

Voy a por Bea. No me siga. Volveré pronto.

La certeza me había asaltado al despertar, como si un desconocido me hubiese susurrado la verdad en sueños. Salí al rellano y me lancé escaleras abajo hasta salir al portal. La calle Urgel era un río de arena reluciente del que emergían farolas y árboles, mástiles en una niebla sólida. El viento escupía la nieve a ráfagas. Anduve hasta el metro de Hospital Clínico y me sumergí en los túneles de vaho y calor de segunda mano. Hordas de barceloneses, que solían confundir la nieve con los milagros, seguían comentando lo insólito del temporal. Los diarios de la tarde traían la noticia en primera página, con foto de las Ramblas nevadas y la fuente de Canaletas sangrando estalactitas. «LA NEVADA DEL SIGLO», prometían los titulares. Me dejé caer en un banco del andén y aspiré ese perfume a túneles y hollín que trae el rumor de los trenes invisibles. Al otro lado de las vías, en un cartel publicitario, proclamando las delicias del parque de atracciones del Tibidabo, aparecía el tranvía azul iluminado como una verbena, y tras él se adivinaba la silueta del caserón de los Aldaya. Me pregunté si Bea, perdida en aquella Barcelona de los que se han caído del mundo, habría visto la misma imagen y comprendido que no tenía otro lugar adónde

ir.

3

Empezaba a anochecer cuando emergí de las escalinatas del metro. Desierta, la avenida del Tibidabo dibujaba una fuga infinita de cipreses y palacios sepultados en una claridad sepulcral. Vislumbré la silueta del tranvía azul en la parada, la campana del revisor segando el viento. Me apresuré y lo abordé casi al tiempo que iniciaba su trayecto. El revisor, viejo conocido, aceptó las monedas murmurando para sí. Me procuré asiento en el interior de la cabina, algo más resguardado de la nieve y el frío. Los caserones sombríos desfilaban lentamente tras los cristales velados de hielo. El revisor me observaba con aquella mezcla de recelo y osadía que el frío parecía haberle congelado en el rostro.

—El número treinta y dos, joven.

Me volví y vi la silueta espectral del caserón de los Aldaya avanzando hacia nosotros como la proa de un buque oscuro en la niebla. El tranvía se detuvo de una sacudida. Descendí, huyendo de la mirada del revisor.

—Buena suerte —murmuró.

Contemplé el tranvía perderse avenida arriba hasta que sólo se percibió el eco de la campana. Una penumbra sólida se desplomó a mi alrededor. Me apresuré a rodear la tapia en busca de la brecha derribada en la parte posterior. Al escalar el muro me pareció escuchar pasos sobre la nieve en la acera opuesta, aproximándose. Me detuve un instante, inmóvil sobre lo alto del muro. La noche caía ya inexorable. El rumor de pasos se extinguió en el rastro del viento. Salté al otro lado y me adentré en el jardín. La maleza se había congelado en tallos de cristal. Las estatuas de los ángeles derribados yacían cubiertas por sudarios de hielo. La superficie de la fuente se había congelado en un espejo negro y reluciente del que sólo emergía la garra de piedra del ángel sumergido como un sable de obsidiana. Lágrimas de hielo pendían del dedo índice. La mano acusadora del ángel señalaba directamente hacia el portón principal, entreabierto.

Ascendí los peldaños con la esperanza de que no fuese demasiado tarde. No me molesté en amortiguar el eco de mis pisadas. Empujé el portón y me adentré en el vestíbulo. Una procesión de cirios se adentraba hacia el interior. Eran las velas de Bea, casi apuradas hasta el suelo. Seguí su rastro y me detuve al pie de la escalinata. La senda de velas ascendía por los peldaños hasta el primer piso. Me aventuré

escalera arriba, siguiendo a mi sombra deformada sobre los muros. Al llegar al rellano del primer piso comprobé que había dos velas más adentrándose en el corredor. La tercera parpadeaba frente a la que había sido la habitación de Penélope. Me aproximé y golpeé la puerta suavemente con los nudillos.

—¿Julián? —llegó la voz trémula.

Así el pomo de la puerta y me dispuse a entrar, sin saber ya quién me esperaba al otro lado. Abrí lentamente. Bea me contemplaba desde el rincón, envuelta en una manta. Corrí a su lado y la abracé en silencio. Sentí que se deshacía en lágrimas.

—No sabía adónde ir —murmuró—. Te llamé varias veces a casa, pero no había nadie. Me asusté…

Bea se secó las lágrimas con los puños y me clavó la mirada. Asentí, y no fue necesario que dijese más.

—¿Por qué me has llamado Julián?

Bea lanzó una mirada hacia la puerta entreabierta.

—Él está aquí. En esta casa. Entra y sale. Me sorprendió el otro día, cuando intentaba entrar en la casa. Sin que le dijese nada, supo quién era. Supo lo que estaba pasando. Me instaló en esta habitación y me trajo una manta, agua y comida. Me dijo que esperase. Que todo iba a salir bien. Me dijo que tú vendrías por mí. Por la noche hablamos durante horas. Me habló de Penélope, de Nuria… sobre todo me habló de ti, de nosotros dos. Me dijo que tenía que enseñarte a olvidarle…

—¿Dónde está ahora?

—Abajo. En la biblioteca. Me dijo que estaba esperando a alguien, que no me moviese de aquí.

—¿Esperando a quién?

—No lo sé. Dijo que era alguien que vendría contigo, que tú le traerías…

Cuando me asomé al corredor, las pisadas ya se escuchaban al pie de la escalinata. Reconocí la sombra desangrada sobre los muros como una telaraña, la gabardina negra, el sombrero calado como una capucha y el revólver en la mano reluciente como una guadaña. Fumero. Siempre me había recordado a alguien, o a algo, pero hasta aquel instante no había comprendido a qué.

4

Extinguí las velas con los dedos y le hice una seña a Bea para que guardase silencio. Me asió la mano y me miró inquisitivamente. Los pasos lentos de Fumero se escuchaban a nuestros pies. Conduje a Bea de nuevo al interior de la habitación y le indiqué que permaneciese allí, oculta tras la puerta.

—No salgas de aquí, pase lo que pase —susurré.

—No me dejes ahora, Daniel. Por favor.

—Tengo que advertir a Carax.

Bea me imploró con la mirada, pero me retiré al corredor antes de rendirme. Me deslicé hasta el umbral de la escalinata principal. No había rastro de la sombra de Fumero, ni de sus pasos. Se había detenido en algún punto de la oscuridad, inmóvil. Paciente. Me retiré de nuevo al corredor y rodeé la galería de habitaciones hasta la fachada principal del caserón. Un ventanal empañado de hielo destilaba cuatro haces azules, turbios como agua estanca. Me acerqué a la ventana y pude ver un coche negro apostado frente a la verja principal. Reconocí el automóvil del teniente Palacios. Una brasa de cigarrillo en la oscuridad delataba su presencia tras el volante. Regresé lentamente hasta la escalinata y descendí peldaño a peldaño, posando los pies con infinita cautela. Me detuve a medio trayecto y escruté la tiniebla que inundaba la planta baja.

Fumero había dejado el portón principal abierto a su paso. El viento había apagado las velas y escupía remolinos de nieve. La hojarasca helada danzaba en la bóveda, flotando en un túnel de claridad polvorienta que insinuaba las ruinas del caserón. Descendí cuatro peldaños más, apoyándome contra la pared. Vislumbré un atisbo de la cristalera de la biblioteca. Seguía sin detectar a Fumero. Me pregunté si habría descendido al sótano o a la cripta. El polvo de nieve que penetraba desde el exterior estaba borrando sus huellas. Me deslicé hasta el pie de la escalinata y eché un vistazo hacia el corredor que conducía a la entrada. El viento helado me escupió en la cara. La garra del ángel sumergido en la fuente se entreveía en la tiniebla. Miré en la otra dirección. La entrada a la biblioteca quedaba a una decena de metros del pie de la escalinata. La antecámara que conducía hasta allí quedaba velada de oscuridad. Comprendí que Fumero podía estar observándome a apenas unos metros del punto en el que me encontraba, sin que yo pudiera verle. Escruté la sombra, impenetrable

como las aguas de un pozo. Respiré hondo y, casi arrastrando los pies, crucé la distancia que me separaba de la entrada de la biblioteca a ciegas.

El gran salón oval quedaba sumergido en una penuria de luz vaporosa, acribillada de puntos de sombra proyectados por la nieve desplomándose gelatinosamente tras los ventanales. Deslicé la mirada por los muros desnudos en busca de Fumero, quizá apostado junto a la entrada. Un objeto emergía del muro a apenas dos metros a mi derecha. Por un instante me pareció que se desplazaba, pero era sólo el reflejo de la luna sobre el filo. Un cuchillo, quizá una navaja de doble filo, estaba clavado en la pared. Ensartaba un rectángulo de cartón o papel. Me aproximé hasta allí y reconocí la imagen apuñalada sobre el muro. Era una copia idéntica de la fotografía medio quemada que un extraño había abandonado en el mostrador de la librería. En el retrato, Julián y Penélope, apenas unos adolescentes, sonreían a una vida que se les había escapado sin saberlo. El filo de la navaja atravesaba el pecho de Julián. Comprendí entonces que no había sido Laín Coubert, o Julián Carax, quien había dejado aquella fotografía como una invitación. Había sido Fumero. La fotografía había sido un cebo envenenado. Alcé la mano para arrebatársela al cuchillo, pero el contacto helado del revólver de Fumero en la nuca me detuvo.

—Una imagen vale más que mil palabras, Daniel. Si tu padre no hubiera sido un librero de mierda, ya te lo habría enseñado.

Me volví lentamente y enfrenté el cañón del arma. Apestaba a pólvora reciente. El rostro cadavérico de Fumero sonreía en una mueca crispada de terror.

—¿Dónde está Carax?

—Lejos de aquí. Sabía que usted vendría a por él. Se ha marchado.

Fumero me observaba sin pestañear.

—Te voy a volar la cara en pedazos, chaval.

—De poco le servirá. Carax no está aquí.

—Abre la boca —ordenó Fumero.

—¿Para qué?

—Abre la boca o te la abro yo de un tiro.

Desplegué los labios. Fumero me introdujo el revólver en la boca. Sentí una arcada trepándome por la garganta. El pulgar de Fumero tensó el percutor.

—Ahora, desgraciado, piensa si tienes alguna razón para seguir viviendo. ¿Qué dices?

Asentí lentamente.

—Entonces dime dónde está Carax.

Intenté balbucear. Fumero retiró el revólver lentamente.

—¿Dónde está?

—Abajo. En la cripta.

—Tú me guías. Quiero que estés presente cuando le cuente a ese hijo de puta cómo gemía Nuria Monfort cuando le hundí el cuchillo en…

La silueta se abrió camino de la nada. Atisbando por encima del hombro de

Fumero creí ver cómo la oscuridad se removía en cortinajes de bruma y una figura sin rostro, de mirada incandescente, se deslizaba hacia nosotros en silencio absoluto, como si apenas rozase el suelo. Fumero leyó el reflejo en mis pupilas empañadas de lágrimas y su rostro se descompuso lentamente.

Cuando se volvió y disparó al manto de negrura que le envolvía, dos garras de cuero, sin líneas ni relieve, le habían atenazado la garganta. Eran las manos de Julián Carax, crecidas de las llamas. Carax me apartó de un empujón y aplastó a Fumero contra la pared. El inspector aferró el revólver e intentó situarlo bajo la barbilla de Carax. Antes de que pudiese accionar el gatillo, Carax le asió de la muñeca y la martilleó con fuerza contra la pared una y otra vez, sin conseguir que Fumero soltase el revólver. Un segundo disparo estalló en la oscuridad y se estrelló contra el muro, abriendo un boquete en el panel de madera. Lágrimas de pólvora encendida y astillas en brasa salpicaron el rostro del inspector. El hedor a carne chamuscada inundó la sala.

De una sacudida, Fumero trató de zafarse de aquellas manos que le mantenían el cuello inmovilizado y la mano que sostenía el revólver contra la pared. Carax no aflojaba la presa. Fumero rugió de rabia y ladeó la cabeza hasta morder el puño de Carax. Le poseía una furia animal. Escuché el chasquido de sus dientes desgarrando la piel muerta y vi los labios de Fumero rezumando sangre. Carax, ignorando el dolor, o quizá incapaz de sentirlo, asió entonces el puñal. Lo desclavó de la pared de un tirón y, ante la mirada aterrada de Fumero, ensartó la muñeca derecha del inspector contra la pared con un golpe brutal que hundió el filo en el panel de madera casi hasta la empuñadura. Fumero dejó escapar un terrible alarido de agonía. Su mano se desplegó en un espasmo y el revólver cayó a sus pies. Carax lo escupió hacia las sombras de un puntapié.

El horror de aquella escena había desfilado ante mis ojos en apenas unos segundos. Me sentía paralizado, incapaz de actuar o de articular un solo pensamiento. Carax se volvió hacia mí y me clavó la mirada. Contemplándole, acerté a reconstruir sus facciones perdidas que había imaginado tantas veces, contemplando retratos y escuchando viejas historias.

—Llévate a Beatriz de aquí, Daniel. Ella sabe lo que debéis hacer. No te separes de ella. No dejes que te la arrebaten. Nada ni nadie. Cuídala. Más que a tu vida.

Quise asentir, pero los ojos se me fueron a Fumero, que estaba forcejeando con el cuchillo que le atravesaba la muñeca. Lo arrancó de una sacudida y se desplomó de rodillas, sosteniéndose el brazo herido que le sangraba sobre el costado.

—Márchate —musitó Carax.

Fumero nos contemplaba cegado de odio desde el suelo, sosteniendo el cuchillo ensangrentado en su mano izquierda. Carax se dirigió hacia él. Escuché unos pasos apresurados acercándose y comprendí que Palacios había acudido en auxilio de su jefe alertado por los disparos. Antes de que Carax pudiese arrebatarle el cuchillo a Fumero, Palacios penetró en la biblioteca con el arma en alto.

—Atrás —advirtió.

Lanzó una rápida mirada a Fumero, que se incorporaba con dificultad, y luego nos observó, primero a mí y luego a Carax. Percibí el horror y la duda en aquella mirada.

—He dicho atrás.

Carax se detuvo y retrocedió. Palacios nos observaba fríamente, tratando de dilucidar cómo resolver la situación. Sus ojos se posaron sobre mí.

—Tú, lárgate. Esto no va contigo. Venga.

Dudé un instante. Carax asintió.

—De aquí no se va nadie —cortó Fumero—. Palacios, entrégueme su revólver.

Palacios permaneció en silencio.

—Palacios —repitió Fumero, alargando la mano totalmente velada de sangre en demanda del arma.

—No —murmuró Palacios, apretando los dientes.

Los ojos enloquecidos de Fumero se llenaron de desprecio y de furia. Aferró el arma de Palacios y lo empujó de un manotazo. Crucé una mirada con Palacios y supe lo que iba a suceder. Fumero alzó el arma lentamente. Le temblaba la mano y el revólver brillaba, reluciente de sangre. Carax retrocedió paso a paso, buscando la sombra, pero no había escapatoria. El cañón del revólver le seguía. Sentí que los músculos del cuerpo se me incendiaban de rabia. La mueca de muerte de Fumero, que se relamía de locura y rencor, me despertó de una bofetada. Palacios me miraba, negando en silencio. Le ignoré. Carax se había abandonado ya, inmóvil en el centro de la sala, esperando la bala.

Fumero nunca llegó a verme. Para él sólo existía Carax y aquella mano ensangrentada unida a un revólver. Me abalancé sobre él de un salto. Sentí que mis pies se levantaban del suelo, pero nunca llegué a recobrar el contacto. El mundo se había congelado en el aire. El estruendo del disparo me llegó lejano, como eco de tormenta que se aleja. No hubo dolor. El impacto del disparo me atravesó las costillas. La primera llamarada fue ciega, como si una barra de metal me hubiese golpeado con furia indecible y me hubiese propulsado en el vacío un par de metros, hasta derribarme al suelo. No sentí la caída, aunque me pareció que las paredes convergían y el techo descendía a toda velocidad como si ansiara aplastarme.

Una mano me sostuvo la nuca y vi el rostro de Julián Carax inclinándose sobre mí. En mi visión, Carax aparecía exactamente como yo le había imaginado, como si las llamas nunca le hubiesen arrancado el semblante. Advertí el horror en su mirada, sin comprender. Vi cómo posaba su mano sobre mi pecho y me pregunté qué era aquel líquido humeante que brotaba entre sus dedos. Fue entonces cuando sentí aquel fuego terrible, como aliento de brasas devorándome las entrañas. Un grito quiso escapar de mis labios, pero afloró ahogado en sangre tibia. Reconocí el rostro de Palacios a mi lado, derrotado de remordimiento. Alcé la mirada y entonces la vi. Bea avanzaba lentamente desde la puerta de la biblioteca, el rostro ungido de horror y las

manos temblorosas sobre los labios. Negaba en silencio. Quise advertirla, pero un frío mordiente me recorría los brazos y las piernas, abriéndose camino en mi cuerpo a cuchilladas.

Fumero acechaba oculto tras la puerta. Bea no reparó en su presencia. Cuando Carax se incorporó de un salto y Bea se volvió, alertada, el revólver del inspector ya le rozaba la frente. Palacios se lanzó a detenerle. Llegó tarde. Carax se cernía ya sobre él. Escuché su grito, lejano, llevando el nombre de Bea. La sala se prendió en el resplandor del disparo. La bala atravesó la mano derecha de Carax. Un instante más tarde, el hombre sin rostro caía sobre Fumero. Me incliné para ver cómo Bea corría a mi lado, intacta. Busqué a Carax con una mirada que se me apagaba, pero no le encontré. Otra figura había ocupado su lugar. Era Laín Coubert, tal y como había aprendido a temerle leyendo las páginas de un libro tantos años atrás. Esta vez, las garras de Coubert se hundieron en los ojos de Fumero y lo arrastraron como garfios. Acerté a ver cómo las piernas del inspector se arrastraban por la puerta de la biblioteca, cómo su cuerpo se debatía en sacudidas mientras Coubert lo arrastraba sin piedad hacia el portón, cómo sus rodillas golpeaban los escalones de mármol y la nieve le escupía en el rostro, cómo el hombre sin rostro le aferraba del cuello y, alzándolo como un títere, lo lanzaba contra la fuente helada, cómo la mano del ángel atravesaba su pecho y lo ensartaba y cómo el alma maldita se le derramaba en vapor y aliento negro que caía en lágrimas heladas sobre el espejo mientras sus párpados se agitaban hasta morir y sus ojos parecían astillarse con arañazos de escarcha.

Me desplomé entonces, incapaz de sostener la mirada un segundo más. La oscuridad se teñía de luz blanca y el rostro de Bea se alejaba en un túnel de niebla. Cerré los ojos y sentí las manos de Bea sobre mi rostro y el soplo de su voz suplicándole a Dios que no me llevase, susurrándome que me quería y que no me dejaría ir, que no me dejaría ir. Sólo recuerdo que me desprendí en aquel espejismo de luz y frío, que una rara paz me envolvió y se llevó el dolor y el fuego lento de mis entrañas. Me vi a mí mismo caminando por las calles de aquella Barcelona embrujada de la mano de Bea, casi ancianos. Vi a mi padre y a Nuria Monfort posando rosas blancas sobre mi tumba. Vi a Fermín llorando en brazos de la Bernarda, y a mi viejo amigo Tomás, que había enmudecido para siempre. Les vi como se ve a los extraños desde un tren que se aleja demasiado deprisa. Fue entonces, casi sin darme cuenta, cuando recordé el rostro de mi madre que había perdido tantos años atrás como si un recorte extraviado se hubiese deslizado de entre las páginas de un libro. Su luz fue cuanto me acompañó en mi descenso.

27 DE NOVIEMBRE DE 1955
—
POST MORTEM

La habitación era blanca, forjada de lienzos y cortinajes tejidos de vapor y de sol reluciente. Desde mi ventana se veía un mar azul infinito. Algún día, alguien querría convencerme de que no, que desde la clínica Corachán no se ve el mar, que sus habitaciones no son blancas ni etéreas y que el mar de aquel noviembre era una balsa de plomo fría y hostil, que siguió nevando todos los días de aquella semana hasta sepultar el sol y toda Barcelona bajo un metro de nieve y de que incluso Fermín, el eterno optimista, creía que yo iba a morir otra vez.

Ya había muerto antes, en la ambulancia, en brazos de Bea y del teniente Palacios, que arruinó su traje oficial con mi sangre. La bala, decían los médicos, que hablaban de mí creyendo que no les oía, había destrozado dos costillas, rozado el corazón, segado una arteria y salido al galope por el costado, arrastrando cuanto encontró en su camino. Mi corazón dejó de latir durante sesenta y cuatro segundos. Me dijeron que, al regresar de mi excursión al infinito, abrí los ojos y sonreí antes de perder el conocimiento.

No recuperé el sentido hasta ocho días más tarde. Para entonces, los periódicos ya habían publicado la noticia del fallecimiento del insigne inspector jefe de policía Francisco Javier Fumero en una trifulca con una banda armada de maleantes, y las autoridades andaban demasiado ocupadas en encontrarle una calle o pasaje al que rebautizar en su memoria. El suyo fue el único cuerpo hallado en el viejo caserón de los Aldaya. Los cuerpos de Penélope y su hijo nunca aparecieron.

Desperté al alba. Recuerdo la luz, de oro líquido, derramándose por las sábanas. Había dejado de nevar y alguien había cambiado el mar tras mi ventana por una plaza blanca de la que emergían unos columpios y poco más. Mi padre, hundido en una silla junto a mi cama, alzó la vista y me observó en silencio. Le sonreí y se echó a llorar. Fermín, que dormía a pierna suelta en el pasillo, y Bea, que le sostenía la cabeza en el regazo, oyeron sus lágrimas, un lamento que se perdía a gritos, y entraron en la habitación. Recuerdo que Fermín estaba blanco y flaco como una raspa de pescado. Me contaron que la sangre que corría por mis venas era suya, que yo había perdido toda la mía, y que mi amigo llevaba días atiborrándose de pepitos de lomo en la cafetería de la clínica para criar glóbulos rojos en caso de que yo necesitase más. Quizá eso explicase por qué me sentía más sabio y menos Daniel. Recuerdo que había un bosque de flores y que aquella tarde, o quizá dos minutos después, no sabría decir, desfilaron por la habitación desde Gustavo Barceló y su

sobrina Clara, a la Bernarda y mi amigo Tomás, que no se atrevía a mirarme a los ojos y que cuando le abracé echó a correr y se fue a llorar a la calle. Recuerdo vagamente a don Federico, que venía acompañado de la Merceditas y del catedrático don Anacleto. Sobre todo recuerdo a Bea, que me miraba en silencio mientras todos se deshacían en alegrías y salvas al cielo, y a mi padre, que había dormido en aquella silla durante siete noches, rezándole a un Dios en el que no creía.

Cuando los médicos obligaron a toda la comitiva a desalojar la habitación y abandonarme a un reposo que no quería, mi padre se acercó un momento y me dijo que me había traído mi pluma, la estilográfica de Víctor Hugo, y un cuaderno, por si quería escribir. Fermín, desde la puerta, anunciaba que había consultado con el plantel de doctores de la clínica y le habían asegurado que yo no iba a hacer el servicio militar. Bea me besó en la frente y se llevó a mi padre a que le diese el aire, porque no había salido de aquella habitación en más de una semana. Me quedé a solas, aplastado de cansancio y me rendí al sueño, contemplando el estuche de mi pluma sobre la mesita de noche.

Me despertaron unos pasos en la puerta y me pareció ver la silueta de mi padre al pie del lecho, o quizá fuera el doctor Mendoza que no me quitaba un ojo de encima, convencido de que yo era hijo de un milagro. El visitante rodeó el lecho y se sentó en la silla de mi padre. Sentía la boca seca y apenas podía hablar. Julián Carax me acercó un vaso de agua a los labios y me sostuvo la cabeza mientras los humedecía. Tenía ojos de despedida, y me bastó mirar en ellos para comprender que nunca había llegado a averiguar la verdadera identidad de Penélope. No recuerdo bien sus palabras, ni el sonido de su voz. Sí sé que me tomó la mano y que sentí que me pedía que viviese por él, y que no volvería a verle jamás. De lo que no me he olvidado es de lo que yo le dije. Le pedí que tomase aquella pluma, que había sido suya desde siempre, y que volviese a escribir.

Cuando desperté, Bea me estaba refrescando la frente con un paño húmedo de colonia. Sobresaltado, le pregunté dónde estaba Carax. Me miró, confundida, y me dijo que Carax había desaparecido en la tormenta ocho días atrás dejando un rastro de sangre en la nieve y que todos le daban por muerto. Dije que no, que había estado allí mismo, conmigo, hacía apenas segundos. Bea me sonrió, sin decir nada. La enfermera que me tomaba el pulso negó lentamente y me explicó que llevaba seis horas dormido, que ella había estado sentada a su escritorio frente a la puerta de mi habitación durante todo ese tiempo y que, mientras tanto, nadie había entrado en mi habitación.

Aquella noche, al intentar conciliar el sueño, volví la cabeza sobre la almohada y comprobé que el estuche estaba abierto y que la pluma había desaparecido.

1956

—

LAS AGUAS DE MARZO

Bea y yo nos casamos en la iglesia de Santa Ana dos meses más tarde. El señor Aguilar, que todavía me hablaba en monosílabos y seguiría haciéndolo hasta el fin de los tiempos, me había concedido la mano de su hija ante la imposibilidad de obtener mi cabeza en bandeja. La desaparición de Bea le había afeitado la furia, y ahora parecía vivir en estado de perpetuo susto, resignado a que pronto su nieto me llamase papá y a que la vida, valiéndose de un sinvergüenza remendado de un balazo, le robase a la niña que él, pese a las bifocales, seguía viendo como el día de su primera comunión, ni un día mayor. Una semana antes de la ceremonia, el padre de Bea se presentó en la librería para regalarme una aguja de corbata de oro que había pertenecido a su padre y para estrecharme la mano.

—Bea es lo único bueno que he hecho en la vida —me dijo—. Cuídamela.

Mi padre le acompañó hasta la puerta y le contempló alejarse por la calle Santa Ana con esa melancolía que reblandece a los hombres que envejecen al mismo tiempo sin que nadie les haya pedido permiso.

—No es una mala persona, Daniel —dijo—. Cada cual quiere a su manera.

El doctor Mendoza, que dudaba de mi capacidad para sostenerme en pie durante más de media hora, me había advertido que el ajetreo de una boda y sus preparativos no eran la mejor medicina para sanar a un hombre que había estado a punto de dejarse el corazón en el quirófano.

—No se preocupe —le tranquilicé—. No me dejan hacer nada.

No mentía. Fermín Romero de Torres se había erigido en dictador absoluto y factótum de la ceremonia, banquete y miscelánea varia. El párroco de la iglesia, al enterarse de que la novia llegaba preñada al altar, se había negado en redondo a celebrar el matrimonio y amenazó con conjurar a los hados de la Santa Inquisición para que impidiesen el evento. Fermín montó en cólera y lo sacó a rastras de la iglesia, gritando a los cuatro vientos que era indigno del hábito, de la parroquia, y jurándole que como se le ocurriese levantar una pestaña le iba a montar un escándalo en el obispado del que lo menos resultaría desterrado al peñón de Gibraltar a evangelizar a las monas por mezquino y miserable. Varios transeúntes aplaudieron, y el florista de la plaza le regaló a Fermín un clavel blanco que procedió a lucir en la solapa hasta que los pétalos le quedaron del color del cuello de la camisa. Compuestos y sin cura, Fermín acudió al colegio de San Gabriel y procedió a reclutar los servicios del padre Fernando Ramos, que no había celebrado una boda en la vida

y cuya especialidad era el latín, la trigonometría y la gimnasia sueca, por este orden.

—Eminencia, que el novio está muy débil y ahora yo no puedo darle otro disgusto. Él ve en usted una reencarnación de los grandes padres de la madre Iglesia, ahí en lo alto con santo Tomás, san Agustín y la virgen de Fátima. Ahí donde usted le ve, el muchacho es como yo, devotísimo. Un místico. Si ahora le digo que me falla usted, lo mismo tenemos que celebrar un funeral en vez de una boda.

—Si me lo pone usted así.

Según me contaron después —porque yo no lo recuerdo y las bodas siempre se empeñan en recordarlas mejor los demás—, antes de la ceremonia, la Bernarda y don Gustavo Barceló (siguiendo instrucciones detalladas de Fermín) embozaron de moscatel al pobre sacerdote para soltarle las tablas. A la hora de oficiar el padre Fernando, tocado de una sonrisa bendita y un tono sonrosado muy favorecedor, optó, en un vuelo de licencia protocolaria, por sustituir la lectura de no sé qué Carta a los Corintios por un soneto de amor, obra de un tal Pablo Neruda, al que algunos de los invitados del señor Aguilar identificaron como comunista y bolchevique irredento mientras otros buscaban en el misal aquellos versos de rara belleza pagana, preguntándose si ya se empezaban a ver los primeros efectos del concilio en ciernes.

La noche antes de la boda, Fermín, arquitecto del evento y maestro de ceremonias, me anunció que me había organizado una despedida de soltero a la que sólo estábamos invitados él y yo.

—No sé, Fermín. A mí estas cosas…

—Confíe en mí.

Llegada la noche de autos seguí dócilmente a Fermín hasta un tugurio infecto sito en la calle Escudillers donde los hedores a humanidad convivían con la fritanga más abyecta del litoral mediterráneo. Un plantel de damas con la virtud en alquiler y mucho kilometraje encima nos recibió con sonrisas que hubieran hecho las delicias de una facultad de ortodoncia.

—Venimos a por la Rociíto —anunció Fermín a un macarrón cuyas patillas guardaban una sorprendente resemblanza con el cabo de Finisterre.

—Fermín —musité, aterrado—. Por el amor de Dios…

—Tenga fe.

La Rociíto acudió presta en toda su gloria, que calculé colindante en los noventa kilogramos sin contar el chal de lagarterana y el vestido de viscosa colorado, y me hizo un inventario a conciencia.

—Hola, corasón. Yo te hasía más viejo, fíhate tú.

—Éste no es el interfecto —aclaró Fermín.

Comprendí entonces la naturaleza del embrollo y mis temores se desvanecieron. Fermín nunca olvidaba una promesa, especialmente si era yo el que la había hecho. Partimos los tres en busca de un taxi que nos condujese al asilo de Santa Lucía. Durante el trayecto Fermín, que en deferencia a mi estado de salud y a mi condición de prometido me había cedido el asiento delantero, compartía el trasero con la

Rociíto, sopesando sus evidencias con notable deleite.

—Qué buenorra que estás, Rociíto. Este culo serrano tuyo es el Apocalipsis según Botticelli.

—Ay, señor Fermín, que desde que se ha echao novia me tie orvidá y desatendía, tunante.

—Rociíto, que tú eres mucha mujer y yo estoy con la monogamia.

—Quia, eso se lo cura la Rociíto con unas buenas friegas de penisilina.

Llegamos a la calle Moncada pasada la medianoche, escoltando el cuerpo celestial de la Rociíto. La colamos en el asilo de Santa Lucía por la puerta trasera que se empleaba para sacar a los finados por un callejón que lucía y olía como el esófago de los infiernos. Una vez en la tiniebla del *Tenebrarium* Fermín procedió a dar las últimas instrucciones a la Rociíto mientras yo localizaba al abuelillo a quien había prometido un último baile con Eros antes de que Tánatos le pasara el finiquito.

—Recuerda, Rociíto, que el abuelo está un poco trompetilla así que háblale alto, claro y guarro, con picardía, como tú sabes, pero sin pasarte, que tampoco es cuestión de facturarle al reino de los cielos antes de hora de un paro cardíaco.

—Tranquilo, mi sielo, que una e una profesioná.

Encontré al beneficiario de aquellos amores de prestado en un rincón del primer piso, un sabio ermitaño parapetado tras muros de soledad. Alzó la vista y me contempló, desconcertado.

—¿Estoy muerto?

—No. Está usted vivo. ¿No me recuerda?

—A usted le recuerdo como a mis primeros zapatos, joven, pero al verle así, cadavérico, he creído que era una visión del más allá. No me lo tenga en cuenta. Aquí uno pierde eso que ustedes, los exteriores, llaman el discernimiento. Así, ¿no es usted una visión?

—No. La visión se la tengo yo esperando abajo, si tiene la bondad.

Conduje al abuelo hasta una celda lúgubre que Fermín y la Rociíto habían ataviado de fiesta con unas velas y algunos soplos de perfume. Al posar la mirada en la abundante beldad de nuestra Venus jerezana, el rostro del abuelo se iluminó de paraísos soñados.

—Dios les bendiga a ustedes.

—Y usted que lo vea —dijo Fermín, indicándole a la sirena de la calle Escudillers que procediese a desplegar sus artes.

La vi tomar al abuelillo con infinita delicadeza y besarle las lágrimas que le caían por las mejillas. Fermín y yo nos retiramos de la escena para concederles la merecida intimidad. En nuestro periplo por aquella galería de desesperaciones nos topamos con la hermana Emilia, una de las monjas que administraban el asilo. Nos dedicó una mirada sulfúrica.

—Me dicen unos internos que han colado ustedes una fulana, y que ahora ellos también quieren otra.

—Hermana ilustrísima, ¿por quién nos toma? Nuestra presencia aquí es estrictamente ecuménica. Aquí el infante, que mañana se hace hombre a ojos de la Santa Madre Iglesia, y yo acudíamos para interesarnos por la interna Jacinta Coronado.

La hermana Emilia enarcó una ceja.

—¿Son ustedes familia?

—Espiritualmente.

—Jacinta falleció hace quince días. Un caballero vino a visitarla la noche antes. ¿Es pariente suyo?

—¿Se refiere al padre Fernando?

—No era un sacerdote. Me dijo que su nombre era Julián. No recuerdo el apellido.

Fermín me miró, mudo.

—Julián es un amigo mío —dije yo.

La hermana Emilia asintió.

—Estuvo con ella varias horas. Hacía años que no la oía reír. Cuando él se marchó, ella me dijo que habían estado hablando de otros tiempos, de cuando eran jóvenes. Me dijo que ese señor le traía noticias de su hija Penélope. No sabía que Jacinta hubiera tenido una hija. Me acuerdo, porque aquella mañana Jacinta me sonrió y cuando le pregunté por qué estaba tan contenta me dijo que se iba a casa, con Penélope. Murió al alba, mientras dormía.

La Rociíto concluyó su ritual de amor un rato después, dejando al abuelillo rendido y en brazos de Morfeo. Cuando salíamos, Fermín le pagó doble, pero ella, que lloraba de pena ante el espectáculo de todos aquellos desahuciados olvidados de Dios y del demonio, se empeñó en donar sus emolumentos a la hermana Emilia para que les diesen una merienda de chocolate con churros a todos, porque a ella eso siempre le quitaba las penas de la vida, esa reina de las putas.

—E que una e una sentimentá. Mire uté, señor Fermín, ese pobresillo… si no má quería que lo abrasase y le acarisiase. Se la parte a una tó…

Colocamos a la Rociíto en un taxi con una buena propina y enfilamos la calle Princesa, que estaba desierta y sembrada de velos de vapor.

—Habría que irse a dormir, por lo de mañana —dijo Fermín.

—No creo que pueda.

Nos echamos a andar rumbo a la Barceloneta y, casi sin darnos cuenta, nos adentramos por el rompeolas hasta que toda la ciudad, reluciente de silencio, quedó a nuestros pies como el mayor espejismo del universo emergiendo del estanque de las aguas del puerto. Nos sentamos al borde del muelle a contemplar la visión. A una veintena de metros se iniciaba una procesión inmóvil de automóviles con las ventanas veladas de vaho y hojas de diario.

—Esta ciudad es bruja, ¿sabe usted, Daniel? Se le mete a uno en la piel y le roba el alma sin que uno se dé ni cuenta.

—Habla usted como la Rociíto, Fermín.

—No se ría usted, que son las personas como ella las que hacen de este perro mundo un sitio que vale la pena visitar.

—¿Las putas?

—No. Putas lo somos todos, tarde o temprano. Yo digo la gente de buen corazón. Y no me mire usted así. A mí las bodas me ponen hecho un flan.

Nos quedamos allí sentados en brazos de aquella rara quietud, catalogando reflejos sobre el agua. Al rato, el alba esparció de ámbar el cielo y Barcelona se encendió de luz. Se escucharon las campanas lejanas en la basílica de Santa María del Mar, que emergía de las brumas al otro lado del puerto.

—¿Cree usted que Carax sigue ahí, en algún lugar de la ciudad?

—Pregúnteme otra cosa.

—¿Tiene los anillos?

Fermín sonrió.

—Ande, vamos. Que a usted y a mí nos esperan, Daniel. Nos espera la vida.

Vestía de marfil y traía el mundo en la mirada. Apenas recuerdo las palabras del cura, ni los rostros prendidos de esperanza de los invitados que llenaban la iglesia aquella mañana de marzo. Sólo me queda el roce de sus labios y, al entreabrir los ojos, el juramento secreto que me llevé en la piel y que recordaría todos los días de mi vida.

1966
—
DRAMATIS PERSONAE

Julián Carax concluye *La Sombra del Viento* con una breve memoria para hilvanar los destinos de sus personajes años más tarde. He leído muchos libros desde aquella lejana noche de 1945, pero la última novela de Carax sigue siendo mi favorita. Hoy, con tres décadas a mis espaldas, ya no tengo esperanzas de cambiar de opinión.

Mientras escribo estas líneas sobre el mostrador de la librería, mi hijo Julián, que mañana cumple diez años, me observa sonriente e intrigado por esa pila de cuartillas que crece y crece, quizá convencido de que su padre también ha contraído esa enfermedad de los libros y las palabras. Julián tiene los ojos y la inteligencia de su madre, y me gusta creer que quizá posee mi ingenuidad. Mi padre, que tiene dificultad para leer los lomos de los libros aunque no lo admita, está arriba en casa. Muchas veces me pregunto si es un hombre feliz, en paz, si nuestra compañía le ayuda o si vive dentro de sus recuerdos y de esa tristeza que siempre le ha perseguido. Bea y yo llevamos la librería ahora. Yo llevo las cuentas y los números. Bea hace las compras y atiende a los clientes, que la prefieren a ella más que a mí. No les culpo.

El tiempo la ha hecho fuerte y sabia. Casi nunca habla del pasado, aunque a menudo la sorprendo varada en uno de sus silencios, a solas consigo misma. Julián adora a su madre. Les observo juntos y sé que les une un lazo invisible que yo apenas puedo empezar a comprender. Me basta sentirme parte de su isla y saberme afortunado. La librería da para vivir sin lujos, pero soy incapaz de imaginarme haciendo otra cosa. Las ventas se reducen año a año. Yo soy optimista y me digo que lo que sube baja, y lo que baja, algún día ha de subir. Bea dice que el arte de leer se está muriendo muy lentamente, que es un ritual íntimo, que un libro es un espejo y que sólo podemos encontrar en él lo que ya llevamos dentro, que al leer ponemos la mente y el alma, y que ésos son bienes cada día más escasos. Cada mes recibimos ofertas para comprarnos la librería y transformarla en una tienda de televisores, de fajas o de alpargatas. No nos sacarán de aquí como no sea con los pies por delante.

Fermín y la Bernarda pasaron por la vicaría en 1958 y ya van por los cuatro críos, todos ellos varones y con la nariz y las orejas de su padre. Fermín y yo nos vemos menos que antes, aunque a veces aún repitamos aquel paseo por el rompeolas al alba y arreglemos el mundo a martillazos. Fermín dejó el empleo en la librería hace años y tomó el relevo a la muerte de Isaac Monfort al frente del Cementerio de los Libros Olvidados. Isaac está enterrado junto a Nuria en Montjuïc. Les visito a menudo.

Hablamos. Siempre hay flores frescas sobre la tumba de Nuria.

Mi viejo amigo Tomás Aguilar se marchó a Alemania, donde trabaja como ingeniero para una empresa de maquinaria industrial inventando prodigios que nunca he llegado a comprender. A veces escribe cartas, siempre a nombre de su hermana Bea. Se casó hace un par de años y tiene una hija a la que no hemos visto nunca. Siempre envía recuerdos para mí, pero sé que le perdí hace años sin remedio. Me gusta pensar que la vida nos arrebata a los amigos de la infancia porque sí, pero no siempre me lo creo.

El barrio sigue como siempre, pero hay días en que me parece que la luz se atreve cada vez más, que vuelve a Barcelona, como si entre todos la hubiésemos expulsado pero nos hubiese perdonado al fin. Don Anacleto dejó la cátedra del instituto y ahora se dedica en exclusividad a la poesía erótica y a sus glosas de contraportadas, más monumentales que nunca. Don Federico Flaviá y la Merceditas se fueron a vivir juntos cuando falleció la madre del relojero. Hacen una pareja flamante, aunque no faltan los envidiosos que aseguran que la cabra tira al monte y que, de tarde en tarde, don Federico hace alguna escapadilla de picos pardos ataviado de faraona.

Don Gustavo Barceló cerró la librería y nos traspasó sus fondos. Dijo estar hasta el gorro del gremio y deseoso de emprender nuevos desafíos. El primero y último de ellos fue la creación de una editorial dedicada a la reedición de las obras de Julián Carax. El primer tomo, conteniendo sus tres primeras novelas (recuperadas de un juego de galeradas perdido en un guardamuebles de la familia Cabestany), vendió trescientos cuarenta y dos ejemplares, muchas decenas de miles detrás del éxito del año, una hagiografía ilustrada de El Cordobés. Don Gustavo se dedica ahora a viajar por Europa en compañía de damas distinguidas y a enviar postales de catedrales.

Su sobrina Clara se casó con el banquero millonario, pero su unión apenas duró un año. La lista de sus amantes sigue siendo prolija, aunque encoge año a año, como su belleza. Ahora vive sola en el piso de la plaza Real del que cada día sale menos. Hubo un tiempo en que la visitaba, más porque Bea me recordaba su soledad y su mala suerte que por mi propio deseo. Con los años he visto brotar en ella una amargura que quiere vestir de ironía y despego. A veces creo que sigue esperando que aquel Daniel hechizado de quince años acuda a adorarla en la sombra. La presencia de Bea, o de cualquier otra mujer, la envenena. La última vez que la vi se buscaba las arrugas del rostro con las manos. Me cuentan que a veces aún ve a su antiguo profesor de música, Adrián Neri, cuya sinfonía sigue inacabada y que al parecer ha hecho carrera como gigoló entre las damas del círculo del Liceo, donde sus acrobacias de alcoba le han merecido el apodo de *La Flauta Mágica*.

Los años no fueron generosos con la memoria del inspector Fumero. Ni siquiera quienes le odiaban y le temían parecen recordarle ya. Hace años me tropecé en el paseo de Gracia con el teniente Palacios, que dejó el cuerpo y se dedica ahora a dar

clases de educación física en un colegio de la Bonanova. Me contó que todavía hay una placa conmemorativa en honor a Fumero en los sótanos de la comisaría central de Vía Layetana, pero la nueva máquina expendedora de refrescos a monedas la tapa completamente.

En cuanto al caserón de los Aldaya, sigue allí, contra todo pronóstico. Finalmente, la inmobiliaria del señor Aguilar consiguió venderlo. Fue restaurado completamente y las estatuas de los ángeles reducidas a gravilla para cubrir la pista del aparcamiento que ocupa lo que fuera el jardín de los Aldaya. Hoy en día es una agencia de publicidad, dedicada a la creación y promoción de esa rara poesía de los calcetines de punto, los flanes en polvo y los deportivos para ejecutivos de altos vuelos. Tengo que confesar que un día, alegando razones inverosímiles, me presenté allí y solicité visitar la casa. La vieja biblioteca en la que estuve a punto de perder la vida es ahora una sala de juntas decorada con carteles de anuncios de desodorantes y detergentes con poderes milagrosos. La habitación donde Bea y yo concebimos a Julián es ahora el baño del director general.

Aquel día, al regresar a la librería después de visitar el antiguo palacete de los Aldaya, me encontré con un paquete en el correo que traía matasellos de París. Contenía un libro titulado *El ángel de brumas*, novela de un tal Boris Laurent. Dejé pasar las hojas al vuelo, sintiendo ese perfume mágico a promesa de los libros nuevos, y detuve la vista en el arranque de una frase al azar. Supe al instante quién la había escrito, y no me sorprendió regresar a la primera página y encontrar, en el trazo azul de aquella pluma que tanto había adorado de niño, la siguiente dedicatoria:

Para mi amigo Daniel, que me devolvió la voz y la pluma.
Y para Beatriz, que nos devolvió a ambos la vida.

Un hombre joven, tocado ya de algunas canas, camina por las calles de una Barcelona atrapada bajo cielos de ceniza y un sol de vapor que se derrama sobre la Rambla de Santa Mónica como una guirnalda de cobre líquido.

Lleva de la mano a un muchacho de unos diez años, la mirada embriagada de misterio ante la promesa que su padre le ha hecho al alba, la promesa del Cementerio de los Libros Olvidados.

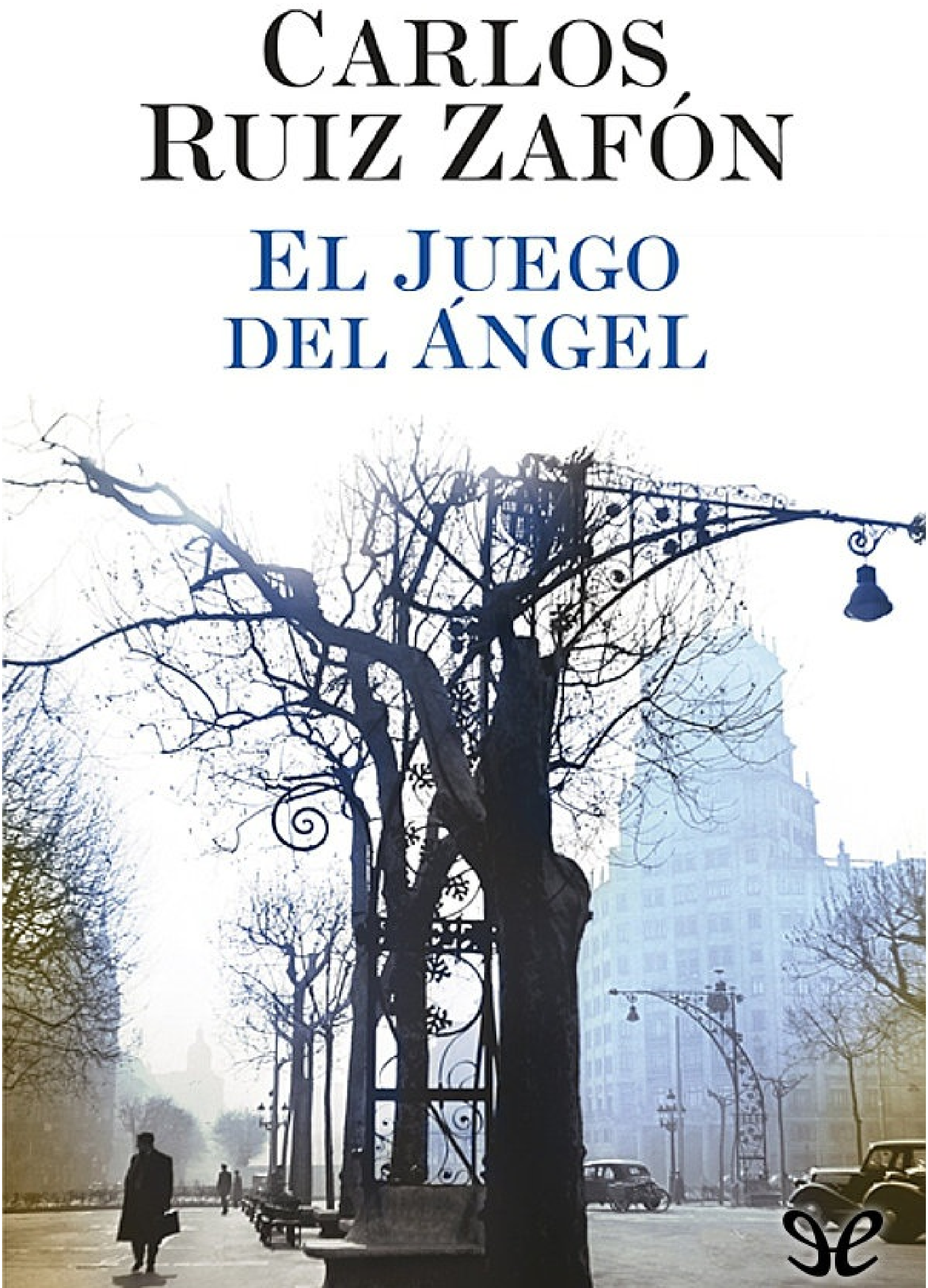
—Julián, lo que vas a ver hoy no se lo puedes contar a nadie. A nadie.

—¿Ni siquiera a mamá? —inquiere el muchacho a media voz.

Su padre suspira, amparado en esa sonrisa triste que le persigue por la vida.

—Claro que sí —responde—. Con ella no tenemos secretos. A ella puedes contárselo todo.

Al poco, figuras de vapor, padre e hijo se confunden entre el gentío de las Ramblas, sus pasos para siempre perdidos en la sombra del viento.


CARLOS
RUIZ ZAFÓN
EL JUEGO
DEL ÁNGEL

Primer acto

LA CIUDAD *de los* MALDITOS

1

Un escritor nunca olvida la primera vez que acepta unas monedas o un elogio a cambio de una historia. Nunca olvida la primera vez que siente el dulce veneno de la vanidad en la sangre y cree que, si consigue que nadie descubra su falta de talento, el sueño de la literatura será capaz de poner techo sobre su cabeza, un plato caliente al final del día y lo que más anhela: su nombre impreso en un miserable pedazo de papel que seguramente vivirá más que él. Un escritor está condenado a recordar ese momento, porque para entonces ya está perdido y su alma tiene precio.

Mi primera vez llegó un lejano día de diciembre de 1917. Tenía por entonces diecisiete años y trabajaba en *La Voz de la Industria*, un periódico venido a menos que languidecía en un cavernoso edificio que antaño había albergado una fábrica de ácido sulfúrico y cuyos muros aún rezumaban aquel vapor corrosivo que carcomía el mobiliario, la ropa, el ánimo y hasta la suela de los zapatos. La sede del diario se alzaba tras el bosque de ángeles y cruces del cementerio del Pueblo Nuevo, y de lejos su silueta se confundía con la de los panteones recortados sobre un horizonte apuñalado por centenares de chimeneas y fábricas que tejían un perpetuo crepúsculo de escarlata y negro sobre Barcelona. La noche en que iba a cambiar el rumbo de mi vida, el subdirector del periódico, don Basilio Moragas, tuvo a bien convocarme poco antes del cierre en el oscuro cubículo enclavado al fondo de la redacción que hacía las veces de despacho y de fumadero de habanos. Don Basilio era un hombre de aspecto feroz y bigotes frondosos que no se andaba con ñoñerías y suscribía la teoría de que un uso liberal de adverbios y la adjetivación excesiva eran cosa de pervertidos y gentes con deficiencias vitamínicas. Si descubría a un redactor proclive a la prosa florida lo enviaba tres semanas a componer esquelas funerarias. Si, tras la purga, el individuo reincidía, don Basilio lo apuntaba a la sección de labores del hogar a perpetuidad. Todos le teníamos pavor, y él lo sabía.

—Don Basilio, ¿me ha hecho usted llamar? —ofrecí tímidamente. El subdirector me miró de reojo. Me adentré en el despacho que olía a sudor y a tabaco, por este orden. Don Basilio ignoró mi presencia y siguió repasando uno de los artículos que tenía sobre el escritorio, lápiz rojo en mano. Durante un par de minutos, el subdirector ametralló a correcciones, cuando no amputaciones, el texto, mascullando exabruptos como si yo no estuviese allí. Sin saber qué hacer, advertí que había una silla apostada contra la pared e hice ademán de tomar asiento.

—¿Quién le ha dicho que se siente? —murmuró don Basilio sin levantar la vista del texto.

Me incorporé a toda prisa y contuve la respiración. El subdirector suspiró, dejó caer su lápiz rojo y se reclinó en su butaca para examinarme como si fuese un trasto inservible.

—Me han dicho que usted escribe, Martín.

Tragué saliva, y cuando abrí la boca emergió un ridículo hilo de voz.

—Un poco, bueno, no sé, quiero decir que, bueno, sí, escribo…

—Confío en que lo haga mejor de lo que habla. ¿Y qué escribe usted?, si no es mucho preguntar.

—Historias policíacas. Me refiero a…

—Ya pillo la idea.

La mirada que me dedicó don Basilio fue impagable. Si le hubiese dicho que me dedicaba a hacer figurillas de pesebre con estiércol fresco le hubiera arrancado el triple de entusiasmo. Suspiró de nuevo y se encogió de hombros.

—Vidal dice que no es usted del todo malo. Que destaca. Claro que, con la competencia que hay por estos lares, tampoco hace falta correr mucho. Pero si Vidal lo dice.

Pedro Vidal era la pluma estrella en *La Voz de la Industria*. Escribía una columna semanal de sucesos que constituía la única pieza que merecía leerse en todo el periódico, y era el autor de una docena de novelas de intriga sobre gánsters del Raval en contubernio de alcoba con damas de la alta sociedad que habían alcanzado una modesta popularidad. Enfundado siempre en impecables trajes de seda y relucientes mocasines italianos, Vidal tenía las trazas y el gesto de un galán de sesión de tarde, con su cabello rubio siempre bien peinado, su bigote a lápiz y la sonrisa fácil y generosa de quien se siente a gusto en su piel y en el mundo. Procedía de una dinastía de indianos que habían hecho fortuna en las Américas con el negocio del azúcar y que, a su regreso, habían hincado el diente en la suculenta tajada de la electrificación de la ciudad.

Su padre, el patriarca del clan, era uno de los accionistas mayoritarios del periódico, y don Pedro utilizaba la redacción como patio de juego para matar el tedio de no haber trabajado por necesidad un solo día en toda su vida. Poco importaba que el diario perdiese dinero de la misma manera que los nuevos automóviles que empezaban a corretear por las calles de Barcelona perdían aceite: con abundancia de títulos nobiliarios, la dinastía de los Vidal se dedicaba ahora a coleccionar en el Ensanche bancos y solares del tamaño de pequeños principados.

Pedro Vidal fue el primero a quien mostré los esbozos que escribía cuando apenas era un crío y trabajaba llevando cafés y cigarrillos por la redacción. Siempre tuvo tiempo para mí, para leer mis escritos y darme buenos consejos. Con el tiempo me convirtió en su ayudante y me permitió mecanografiar sus textos. Fue él quien me dijo que si deseaba apostarme el destino en la ruleta rusa de la literatura, estaba dispuesto a ayudarme y a guiar mis primeros pasos. Fiel a su palabra, me lanzaba ahora a las garras de don Basilio, el cancerbero del periódico.

—Vidal es un sentimental que todavía cree en esas leyendas profundamente antiespañolas como la meritocracia o el dar oportunidades al que las merece y no al enchufado de turno. Forrado como está, ya puede permitirse ir de lírico por el mundo. Si yo tuviese una centésima parte de los duros que le sobran a él, me hubiese dedicado a escribir sonetos, y los pajaritos vendrían a comer de mi mano embelesados por mi bondad y buen duende.

—El señor Vidal es un gran hombre —protesté yo.

—Es más que eso. Es un santo porque, pese a la pinta de muerto de hambre que tiene usted, lleva semanas mareándome con lo talentoso y trabajador que es el benjamín de la redacción. Él sabe que en el fondo soy un blando, y además me ha asegurado que si le doy a usted esa oportunidad, me regalará una caja de habanos. Y si Vidal lo dice, para mí es como si Moisés bajase del monte con el pedrusco en la mano y la verdad revelada por montera. Así que, concluyendo, porque es Navidad, y para que su amigo se calle de una puñetera vez, le ofrezco debutar como los héroes: contra viento y marea.

—Muchísimas gracias, don Basilio. Le aseguro que no se arrepentirá de…

—No se embale, pollo. A ver, ¿qué piensa usted del uso generoso e indiscriminado de adverbios y adjetivos?

—Que es una vergüenza y debería estar tipificado en el código penal —respondí con la convicción del converso militante.

Don Basilio asintió con aprobación.

—Va usted bien, Martín. Tiene las prioridades claras. Los que sobreviven en este oficio son los que tienen prioridades y no principios. Éste es el plan. Siéntese y empápese porque no se lo voy a repetir dos veces.

El plan era el siguiente. Por motivos en los que don Basilio estimó oportuno no profundizar, la contraportada de la edición dominical, que tradicionalmente se reservaba a un relato literario o de viajes, se había caído a última hora. El contenido previsto era una narración de vena patriótica y encendido lirismo en torno a las gestas de los almogávares en las que éstos, canción va, canción viene, salvaban la cristiandad y todo lo que era decente bajo el cielo, empezando por Tierra Santa y acabando por el delta del Llobregat. Lamentablemente, el texto no había llegado a tiempo o, sospechaba yo, a don Basilio no le daba la real gana de publicarlo. Ello nos dejaba a seis horas del cierre, y sin ningún otro candidato para sustituir el relato que un anuncio a página publicitando unas fajas hechas de huesos de ballena que prometían caderas de ensueño e inmunidad a los canelones. Ante el dilema, el consejo de dirección había dictaminado que había que sacar pecho y recabar los talentos literarios que latían por doquier en la redacción, a fin de subsanar el tapado y salir a cuatro columnas con una pieza de interés humanístico para solaz de nuestra leal audiencia familiar. La lista de probados talentos a los que recurrir se componía de diez nombres, ninguno de los cuales, por supuesto, era el mío.

—Amigo Martín, las circunstancias han conspirado para que ni uno solo de los

paladines que tenemos en nómina figure de cuerpo presente o resulte localizable en un margen de tiempo prudencial. Frente al desastre inminente, he decidido darle a usted la alternativa.

—Cuente conmigo.

—Cuento con cinco folios a doble espacio antes de seis horas, don Edgar Allan Poe. Tráigame una historia, no un discurso. Si quiero sermones, iré a la misa del gallo. Tráigame una historia que no haya leído antes y, si ya la he leído, tráigamela tan bien escrita y contada que no me dé ni cuenta.

Me disponía a salir al vuelo cuando don Basilio se levantó, rodeó el escritorio y me colocó una manaza del tamaño y peso de un yunque sobre el hombro. Sólo entonces, al verle de cerca, me di cuenta de que le sonreían los ojos.

—Si la historia es decente le pagaré diez pesetas. Y si es más que decente y gusta a nuestros lectores, le publicaré más.

—¿Alguna indicación especial, don Basilio? —pregunté:

—Sí: no me defraude.

Las siguientes seis horas las pasé en trance. Me instalé en la mesa que había en el centro de la redacción, reservada a Vidal para los días en que se le antojaba venir a pasar un rato. La sala estaba desierta y sumergida en una tiniebla tejida con el humo de diez mil cigarros. Cerré los ojos un instante y conjuré una imagen, un manto de nubes negras derramándose sobre la ciudad en la lluvia, un hombre que caminaba buscando las sombras con sangre en las manos y un secreto en la mirada. No sabía quién era ni de qué huía, pero durante las seis siguientes horas iba a convertirse en mi mejor amigo. Deslicé una cuartilla en el tambor y, sin tregua, procedí a exprimir cuanto llevaba dentro. Peleé cada palabra, cada frase, cada giro, cada imagen y cada letra como si fuesen las últimas que fuera a escribir. Escribí y reescribí cada línea como si mi vida dependiese de ello, y entonces la reescribí de nuevo. Por toda compañía tuve el eco del tecleo incesante perdiéndose en la sala en sombras y el gran reloj de pared agotando los minutos que restaban hasta el amanecer.

Poco antes de las seis de la mañana arranqué la última cuartilla de la máquina y suspiré derrotado y con la sensación de tener un avispero por cerebro. Escuché los pasos lentos y pesados de don Basilio, que había emergido de una de sus siestas controladas y se aproximaba con parsimonia. Cogí las páginas y se las entregué, sin atreverme a sostener su mirada. Don Basilio tomó asiento en la mesa contigua y prendió la lamparilla. Sus ojos patinaron arriba y abajo sobre el texto, sin traicionar expresión alguna. Entonces dejó por un instante el cigarro sobre el extremo de la mesa y, mirándome, leyó en voz alta la primera línea.

—«*Cae la noche sobre la ciudad y las calles llevan el olor a pólvora como el*

aliento de una maldición».

Don Basilio me miró de reojo y me escudé en una sonrisa que no dejó un solo diente a cubierto. Sin decir más, se levantó y partió con mi relato en las manos. Le vi alejarse hacia su despacho y cerrar la puerta a su espalda. Me quedé allí petrificado, sin saber si echar a correr o esperar el veredicto de muerte. Diez minutos más tarde, que me supieron a diez años, la puerta del despacho del subdirector se abrió y la voz atronadora de don Basilio se dejó oír en toda la redacción.

—Martín. Haga el favor de venir.

Me arrastré tan lentamente como pude, encogiendo varios centímetros a cada paso que daba hasta que no tuve más remedio que asomar la cara y levantar la mirada. Don Basilio, el temible lápiz rojo en mano, me miraba fríamente. Quise tragar saliva, pero tenía la boca seca. Don Basilio tomó las cuartillas y me las devolvió. Las tomé y me di la vuelta rumbo a la puerta tan rápido como pude, diciéndome que siempre habría sitio para un limpiabotas más en el *lobby* del hotel Colón.

—Baje eso al taller y que lo entren en plancha —dijo la voz a mis espaldas. Me volví, creyendo que era objeto de una broma cruel. Don Basilio abrió el cajón de su escritorio, contó diez pesetas y las colocó sobre la mesa—. Eso es suyo. Le sugiero que con ello se compre otro modelito, que hace cuatro años que le veo con el mismo y aún le viene unas seis tallas grande. Si quiere, vaya a ver al señor Pantaleoni a su sastrería de la calle Escudellers y dígale que va de mi parte. Le tratará bien.

—Muchas gracias, don Basilio. Así lo haré.

—Y vaya preparándome otro cuento de éstos. Para éste le doy una semana. Pero no se me duerma. Y a ver si en éste hay menos muertos, que al lector de hoy le va el final meloso en el que triunfa la grandeza del espíritu humano y todas esas bobadas.

—Sí, don Basilio.

El subdirector asintió y me tendió la mano. La estreché.

—Buen trabajo, Martín. El lunes le quiero ver en la mesa que era de Junceda, que ahora es suya. Le pongo en sucesos.

—No le fallaré, don Basilio.

—No, no me fallará. Me dejará tirado, tarde o temprano. Y hará bien, porque usted no es periodista ni lo será nunca. Pero tampoco es todavía un escritor de novelas policíacas, aunque lo crea. Quédese por aquí una temporada y le enseñaremos un par de cosas que nunca están de más.

En aquel momento, con la guardia baja, me invadió tal sentimiento de gratitud que tuve el deseo de abrazar a aquel hombretón. Don Basilio, la máscara feroz de nuevo en su sitio, me clavó una mirada acerada y señaló la puerta.

—Sin escenitas, por favor. Cierre al salir. Por fuera. Y feliz Navidad.

—Feliz Navidad.

El lunes siguiente, cuando llegué a la redacción dispuesto a ocupar por primera vez mi propio escritorio, encontré un sobre de papel de estraza con un lazo y mi

nombre en la tipografía que había pasado años mecanografiando. Lo abrí. En el interior encontré la contraportada del domingo con mi historia enmarcada y con una nota que decía:

«*Esto sólo es el principio. En diez años yo seré el aprendiz y tú el maestro. Tu amigo y colega, Pedro Vidal*».

2

Mi debut literario sobrevivió al bautismo de fuego, y don Basilio, fiel a su palabra, me ofreció la oportunidad de publicar un par más de relatos de corte similar. Pronto la dirección decidió que mi fulgurante carrera tendría periodicidad semanal, siempre y cuando siguiera desempeñando puntualmente mis labores en la redacción por el mismo precio. Intoxicado de vanidad y agotamiento, pasaba mis días recomponiendo textos de mis compañeros y redactando al vuelo crónicas de sucesos y espantos sin cuento, para poder consagrar luego mis noches a escribir a solas en la sala de la redacción un serial por entregas bizantino y operístico que llevaba tiempo acariciando en mi imaginación y que bajo el título de *Los misterios de Barcelona* mestizaba sin rubor desde Dumas hasta Stoker pasando por Sue y Féval. Dormía unas tres horas al día y lucía el aspecto de haberlas pasado en un ataúd. Vidal, que nunca había conocido esa hambre que nada tiene que ver con el estómago y que se le come a uno por dentro, era de la opinión de que me estaba quemando el cerebro y de que, al paso que iba, celebraría mi propio funeral antes de los veinte años. Don Basilio, a quien mi laboriosidad no escandalizaba, tenía otras reservas. Me publicaba cada capítulo a regañadientes, molesto por lo que consideraba un excedente de morbosidad y un desafortunado desaprovechamiento de mi talento al servicio de argumentos y tramas de dudoso gusto.

Los misterios de Barcelona pronto alumbraron a una pequeña estrella de la ficción por entregas, una heroína que había imaginado como sólo se puede imaginar a una *femme fatale* a los diecisiete años. Chloé Permanyer era la princesa oscura de todas las vampiresas. Demasiado inteligente y todavía más retorcida, Chloé Permanyer vestía siempre las más incendiarias novedades de corsetería fina y oficiaba como amante y mano izquierda del enigmático Baltasar Morel, cerebro del inframundo que vivía en una mansión subterránea poblada de autómatas y macabras reliquias cuya entrada secreta estaba en los túneles sepultados bajo las catacumbas del Barrio Gótico. El método predilecto de Chloé para acabar con sus víctimas era seducirlas con una danza hipnótica en la que se desprendía de su atavío, para luego besarlas con un pintalabios envenenado que les paralizaba todos los músculos del cuerpo y las hacía morir de asfixia en silencio mientras ella las miraba a los ojos, para lo cual previamente se bebía un antídoto disuelto en Dom Pérignon de fina reserva. Chloé y Baltasar tenían su propio código de honor: sólo liquidaban escoria y limpiaban el mundo de matones, sabandijas, santurrones, fanáticos, cazurros

dogmáticos y todo tipo de cretinos que hacían de este mundo un lugar más miserable de la cuenta para los demás en nombre de banderas, dioses, lenguas, razas o cualquier basura tras la que enmascarar su codicia y su mezquindad. Para mí eran unos héroes heterodoxos, como todos los héroes de verdad. Para don Basilio, cuyos gustos literarios se habían aposentado en la edad de oro del verso español, aquello era un disparate de dimensiones colosales, pero a la vista de la buena acogida que tenían las historias y del afecto que a su pesar me tenía, toleraba mis extravagancias y las atribuía a un exceso de calentura juvenil.

—Tiene usted más oficio que buen gusto, Martín. La patología que le aflige tiene un nombre y ese nombre es *grand guignol*, que viene ser al drama lo que la sífilis es a las vergüenzas. Su obtención tal vez es placentera, pero de ahí en adelante todo es cuesta abajo. Tendría que leer a los clásicos, o al menos a don Benito Pérez Galdós, para elevar sus aspiraciones literarias.

—Pero a los lectores les gustan los relatos —argumentaba yo.

—El mérito no es de usted. Es de la competencia, que de tan mala y pedante es capaz de sumir a un burro en estado catatónico en menos de un párrafo. A ver si madura de una puñetera vez y se cae ya del árbol de la fruta prohibida.

Yo asentía fingiendo contrición, pero secretamente acariciaba aquellas palabras prohibidas, *grand guignol*, y me decía que cada causa, por frívola que fuera, necesitaba de un campeón que defendiese su honra.

Empezaba a sentirme el más afortunado de los mortales cuando descubrí que a unos cuantos compañeros del diario los incomodaba que el benjamín y mascota oficial de la redacción hubiera empezado a dar sus primeros pasos en el mundo de las letras cuando sus propias aspiraciones y ambiciones literarias languidecían desde hacía años en un gris limbo de miserias. El hecho de que los lectores del diario leyesen con avidez y apreciasen aquellos modestos relatos más que cualquier otro contenido publicado en el rotativo en los últimos veinte años sólo empeoraba las cosas. En apenas unas semanas, vi cómo el orgullo herido de quienes hasta hacía poco había considerado mi única familia los transformaba en un tribunal hostil que empezaba a retirarme el saludo, la palabra y se complacía en afinar su talento despechado en dedicarme expresiones de sorna y desprecio a mis espaldas. Mi buena e incomprensible fortuna se atribuía a la ayuda de Pedro Vidal, a la ignorancia y estupidez de nuestros suscriptores y al extendido y socorrido paradigma nacional que estipulaba sin reservas que alcanzar cierta medida de éxito en cualquier ámbito profesional era prueba irrefutable de incapacidad y falta de merecimiento.

A la vista de aquel inesperado y ominoso giro de los acontecimientos, Vidal trataba de animarme, pero yo empezaba a sospechar que mis días en la redacción

estaban contados.

—La envidia es la religión de los mediocres. Los reconforta, responde a las inquietudes que los roen por dentro y, en último término, les pudre el alma y les permite justificar su mezquindad y su codicia hasta creer que son virtudes y que las puertas del cielo sólo se abrirán para los infelices como ellos, que pasan por la vida sin dejar más huella que sus traperos intentos de hacer de menos a los demás y de excluir, y a ser posible destruir, a quienes, por el mero hecho de existir y de ser quienes son, ponen en evidencia su pobreza de espíritu, mente y redaños. Bienaventurado aquel al que ladran los cretinos, porque su alma nunca les pertenecerá.

—Amén —convenía don Basilio—. Si no hubiese usted nacido rico debería haber sido cura. O revolucionario. Con sermones así se desploma contrito hasta un obispo.

—Sí, ríanse ustedes —protestaba yo—. Pero al que no pueden ver ni en pintura es a mí.

Pese al abanico de enemistades y recelos que mis esfuerzos me estaban labrando, la triste realidad era que, a pesar de mis ínfulas de autor popular, mi sueldo no me alcanzaba más que para subsistir por los pelos, comprar más libros de los que tenía tiempo de leer y alquilar un cuartucho en una pensión sepultada en un callejón junto a la calle Princesa regentada por una gallega devota que respondía al nombre de doña Carmen. Doña Carmen exigía discreción y cambiaba las sábanas una vez al mes, por lo cual se aconsejaba a los residentes que se abstuviesen de sucumbir a las tentaciones del onanismo o de meterse en la cama con la ropa sucia. No era necesario restringir la presencia de féminas en las habitaciones porque no había una sola mujer en toda Barcelona que hubiese accedido a entrar en aquel agujero ni bajo amenaza de muerte. Allí aprendí que casi todo se olvida en la vida, empezando por los olores, y que si a algo aspiraba en el mundo era a no morir en un lugar como aquél. En horas bajas, que eran la mayoría, me decía que si algo iba a sacarme de allí antes de que lo hiciese un brote de tuberculosis, era la literatura, y si a alguien le picaba en el alma o en las vergüenzas, por mí podía rascárselas con un ladrillo.

Los domingos a la hora de la misa, en que doña Carmen partía para su cita semanal con el Altísimo, los huéspedes aprovechaban para reunirse en el cuarto del más veterano de todos nosotros, un infeliz llamado Heliodoro que de joven tenía aspiraciones de llegar a matador pero que se había quedado en comentarista taurino y encargado de los urinarios de la zona sol de la plaza Monumental.

—El arte del toreo ha muerto —proclamaba—. Ahora todo es un negocio de ganaderos codiciosos y toreros sin alma. El público no sabe distinguir entre el toreo para la masa ignorante y una faena con arte que sólo los entendidos saben apreciar.

—Ay, si a usted le hubiesen dado la alternativa, don Heliodoro, otro gallo nos cantaría.

—Es que en este país sólo triunfan los incapaces.

—Diga que sí.

Tras el sermón semanal de don Heliodoro llegaba el festejo. Apilados como longanizas junto al ventanuco de la habitación, los residentes podían ver y oír a través del tragaluz los estertores de una vecina del inmueble contiguo, Marujita, apodada la Piquillo por lo picante de su verbo y por su generosa anatomía en forma de pimiento morrón. Marujita se ganaba las perras fregando establecimientos de medio pelo, pero los domingos y las fiestas de guardar los dedicaba a un novio seminarista que bajaba de incógnito a la ciudad en tren desde Manresa y se empeñaba con brío y ganas al conocimiento del pecado. Estaban mis compañeros de alojamiento embutidos contra la ventana a fin de capturar una visión fugaz de las titánicas nalgas de Marujita en uno de aquellos vaivenes que las esparcían como masa de rosco de Pascua contra el cristal de su respiradero, cuando sonó el timbre de la pensión. Ante la falta de voluntarios para acudir a abrir y arriesgarse así a la pérdida de una localidad con buena vista al espectáculo, desistí de mi afán de unirme al coro y me encaminé hacia la puerta. Al abrir me encontré con una visión insólita e improbable en tan miserable marco. Don Pedro Vidal en todo su genio, figura y traje de seda italiana sonreía en el rellano.

—Se hizo la luz —dijo entrando sin esperar invitación. Vidal se detuvo a contemplar la sala que hacía las veces de comedor y ágora de aquel tugurio, y suspiró con disgusto.

—Casi mejor que vayamos a mi habitación —sugerí.

Le guié hasta mi cuarto. Los gritos y vítores de mis cohuéspedes en honor de Marujita y sus venéreas acrobacias perforaban las paredes de júbilo.

—Qué lugar tan alegre —comentó Vidal.

—Haga el favor de pasar a la suite presidencial, don Pedro —le invité.

Entramos y cerré la puerta. Tras echar un vistazo sumarísimo a mi habitación, se sentó en la única silla que había y me miró con displicencia. No me costaba imaginar la impresión que mi modesto hogar debía de haberle causado.

—¿Qué le parece?

—Encantador. Estoy por mudarme aquí yo también.

Pedro Vidal vivía en Villa Helius, un monumental caserón modernista de tres pisos y torreón, recostado sobre las laderas que ascendían por Pedralbes en el cruce de las calles Abadesa Olzet y Panamá. La casa había sido un obsequio que su padre le había hecho diez años antes con la esperanza de que sentase la cabeza y formase una familia, empresa en la que Vidal llevaba ya varios lustros de retraso. La vida había bendecido a don Pedro Vidal con muchos talentos, entre ellos el de decepcionar y ofender a su padre con cada gesto y cada paso que daba. Verle confraternizar con indeseables como yo no ayudaba. Recuerdo que en una ocasión en que había visitado

a mi mentor para llevarle unos papeles del diario me tropecé con el patriarca del clan Vidal en una de las salas de Villa Helius. Al verme, el padre de don Pedro me ordenó que fuese a buscar un vaso de gaseosa y un paño limpio para limpiarle una mancha en la solapa.

—Creo que se confunde usted, señor. No soy un criado…

Me dedicó una sonrisa que aclaraba el orden de las cosas en el mundo sin necesidad de palabras.

—El que te confundes eres tú, chaval. Eres un criado, lo sepas o no. ¿Cómo te llamas?

—David Martín, señor.

El patriarca paladeó mi nombre.

—Sigue mi consejo, David Martín. Márchate de esta casa y vuelve al lugar al que perteneces. Te ahorrarás muchos problemas y me los ahorrarás a mí.

Nunca se lo confesé a don Pedro, pero acto seguido acudí a la cocina corriendo a por la gaseosa y el paño y pasé un cuarto de hora limpiando la chaqueta del gran hombre. La sombra del clan era alargada, y por mucho que don Pedro gustase de afectar un donaire de bohemia, su vida entera era una extensión de la red familiar. Villa Helius quedaba convenientemente situada a cinco minutos de la gran mansión paterna que dominaba el tramo superior de la avenida Pearson, un amasijo catedralicio de balaustradas, escalinatas y mansardas que contemplaba toda Barcelona a lo lejos como un niño contempla sus juguetes tirados. Cada día una expedición de dos criados y una cocinera de la casa grande, como el domicilio paterno era denominado en el entorno de los Vidal, acudía a Villa Helius para limpiar, abrillantar, planchar, cocinar y acolchar la existencia de mi acaudalado protector en un lecho de comodidad y perpetuo olvido de los engorrosos incordios de la vida cotidiana. Don Pedro Vidal se desplazaba por la ciudad en un flamante Hispano-Suiza pilotado por el chófer de la familia, Manuel Sagnier, y probablemente no había subido a un tranvía en toda su vida. Como buena criatura de palacio y alcurnia, a Vidal se le escapaba ese lúgubre y macilento encanto que tenían las pensiones de baratillo en la Barcelona de la época.

—No se contenga, don Pedro.

—Este sitio parece una mazmorra —proclamó finalmente—. No sé cómo puedes vivir aquí.

—Con mi sueldo, a duras penas.

—Si es necesario, yo te pago lo que te falte para que vivas en un sitio que no huela ni a azufre ni a meados.

—Ni soñarlo.

Vidal suspiró.

—Murió de orgullo y en la asfixia más absoluta. Ahí lo tienes, un epitafio gratis.

Durante unos instantes, Vidal se dedicó a deambular por la estancia sin abrir la boca, deteniéndose a inspeccionar mi minúsculo armario, mirar por la ventana con

cara de asco, palpar la pintura verdosa que cubría las paredes y golpear suavemente con el dedo índice la bombilla desnuda que pendía del techo, como si quiera comprobar que la calidad de todo ello era ínfima.

—¿Qué le trae por aquí, don Pedro? ¿Demasiado aire puro en Pedralbes?

—No vengo de casa. Vengo del diario.

—¿Y eso?

—Tenía curiosidad por ver dónde vives y, además, traigo algo para ti.

Extrajo un sobre de pergamino blanco de la chaqueta y me lo tendió.

—Ha llegado hoy a la redacción, a tu nombre.

Tomé el sobre y lo examiné. Estaba cerrado con un sello de lacre en el que se apreciaba el dibujo de una silueta alada. Un ángel. Aparte de eso, lo único que se podía ver era mi nombre pulcramente escrito en una caligrafía escarlata de trazo exquisito.

—¿Quién lo envía? —pregunté, intrigado.

Vidal se encogió de hombros.

—Algún admirador. O admiradora. No lo sé. Ábrelo.

Abrí el sobre cuidadosamente y extraje una cuartilla doblada en la que, en la misma caligrafía, podía leerse lo siguiente:

Querido amigo:

Me permito escribirle para transmitirle mi admiración y felicitarle por el éxito cosechado por Los misterios de Barcelona *durante esta temporada en las páginas de* La Voz de la Industria. *Como lector y amante de la buena literatura, me produce gran placer encontrar una nueva voz rebosante de talento, juventud y promesa. Permítame, pues, como muestra de mi gratitud por las buenas horas que me ha proporcionado la lectura de sus relatos, invitarle a una pequeña sorpresa que confío resulte de su agrado esta noche a las 12 h en El Ensueño del Raval. Le estarán esperando.*

Afectuosamente,

A. C.

Vidal, que había estado leyendo por encima de mi hombro, enarcó las cejas, intrigado.

—Interesante —murmuró.

—¿Interesante cómo? —pregunté—. ¿Qué clase de lugar es El Ensueño?

Vidal extrajo un cigarrillo de su pitillera de platino.

—Doña Carmen no deja fumar en la pensión —advertí.

—¿Por qué? ¿El humo enturbia el olor a cloaca?

Vidal encendió el cigarrillo y lo saboreó con doble placer, como se disfruta de todo lo prohibido.

—¿Has conocido a alguna mujer, David?

—Pues claro. Montones.

—Quiero decir en el sentido bíblico.

—¿En misa?

—No, en la cama.

—Ah.

—¿Y?

Lo cierto es que no tenía gran cosa que contar que pudiera impresionar a alguien como Vidal. Mis andanzas y amoríos de adolescencia se habían caracterizado hasta la fecha por su modestia y una notable falta de originalidad. Nada en mi breve catálogo de pellizcos, arrumacos y besos robados en portales y salas de cinematógrafo en penumbra podía aspirar a merecer la consideración del maestro consagrado en las artes y las ciencias de los juegos de alcoba de la Ciudad Condal.

—¿Qué tiene eso que ver con nada? —protesté.

Vidal adoptó un aire de magisterio y procedió a soltar uno de sus discursos.

—En mis tiempos mozos, lo normal era que, al menos los señoritos como yo, nos iniciásemos en estas lides de la mano de una profesional. Cuando yo tenía tu edad, mi padre, que era y aún es habitual de los establecimientos más finos de la ciudad, me llevó a un lugar llamado El Ensueño, que quedaba a pocos metros de ese palacio macabro que nuestro querido conde Güell se empeñó en que Gaudí le construyese junto a la Rambla. No me digas que no has oído nunca hablar de él.

—¿Del conde o del lupanar?

—Muy gracioso. El Ensueño solía ser un establecimiento elegante para una clientela selecta y con criterio. La verdad es que pensaba que había cerrado hacía años, pero supongo que no debe de ser el caso. A diferencia de la literatura, algunos negocios siempre están en alza.

—Entiendo. ¿Es esto idea suya? ¿Una especie de broma?

Vidal negó.

—¿De alguno de los cretinos de la redacción, entonces?

—Detecto cierta hostilidad en tus palabras, pero dudo que nadie que se dedique al noble oficio de la prensa en grado de soldado raso se pueda permitir los honorarios de un lugar como El Ensueño, si es el que yo recuerdo.

Resoplé.

—Tanto da, porque no pienso ir.

Vidal alzó las cejas.

—No me salgas ahora con que no eres un descreído como yo y quieres llegar impoluto de corazón y de bajos al lecho nupcial, que eres una alma pura que ansía esperar ese momento mágico en que el amor verdadero te lleve a descubrir el éxtasis de la carne y el alma en unísono bendecido por el Espíritu Santo y así poblar el mundo de criaturas que lleven tu apellido y los ojos de su madre, esa santa mujer dechado de virtud y recato de cuya mano entrarás en las puertas del cielo bajo la benevolente y aprobadora mirada del Niño Jesús.

—No iba a decir eso.

—Me alegro, porque es posible, y subrayo posible, que ese momento no llegue nunca, que no te enamores, que no quieras ni puedas entregarle la vida a nadie y que, como yo, cumplas un día los cuarenta y cinco años y te des cuenta de que ya no eres joven y que no había para ti un coro de cupidos con liras ni un lecho de rosas blancas tendido hacia el altar, y la única venganza que te quede sea robarle a la vida el placer de esa carne firme y ardiente que se evapora más rápido que las buenas intenciones, y que es lo más parecido al cielo que encontrarás en este cochino mundo donde se pudre todo, empezando por la belleza y acabando por la memoria.

Dejé deslizarse una pausa grave a modo de ovación silenciosa. Vidal era un gran aficionado a la ópera y habían acabado por pegársele el tempo y la declamación de las grandes arias. Nunca faltaba a su cita con Puccini en el Liceo desde el palco familiar. Era uno de los pocos, sin contar a los infelices apelotonados en el gallinero, que acudían allí a escuchar la música que tanto amaba y que tanto tendía a influenciar los discursos sobre lo divino y lo humano con que a veces, como aquel día, me regalaba los oídos.

—¿Qué? —preguntó Vidal, desafiante.

—Ese último párrafo me suena.

Sorprendido con las manos en la masa, suspiró y asintió.

—Es de *Asesinato en el Círculo del Liceo* —admitió Vidal—. La escena final en la que Miranda LaFleur dispara al inicuo marqués que ha destrozado su corazón, traicionándola en una noche de pasión en la suite nupcial del hotel Colón en brazos de la espía del zar Svetlana Ivanova.

—Ya me lo parecía. No podía haber elegido mejor. Es su obra cumbre, don Pedro.

Vidal me sonrió el elogio y calibró si encender otro cigarrillo.

—Lo cual no quita que haya algo de verdad en todo eso —rematé.

Vidal se sentó en el alféizar de la ventana, no sin antes poner un pañuelo encima para no manchar sus pantalones de alto caché. Vi que el Hispano-Suiza estaba aparcado abajo, en la esquina de la calle Princesa. El chófer, Manuel, estaba sacando brillo a los cromados con un paño como si se tratase de una escultura de Rodin. Manuel siempre me había recordado a mi padre, hombres de la misma generación que habían pasado demasiados días de infortunio y que llevaban la memoria escrita en la cara. Había oído decir a algunos de los sirvientes de Villa Helius que Manuel Sagnier había pasado una larga temporada en la cárcel y que al salir había sufrido años de penuria porque nadie le ofrecía empleo más que como estibador descargando sacos y cajas en los muelles, un oficio para el que ya no tenía ni edad ni salud. La casuística aseguraba que, en una ocasión, Manuel, poniendo en peligro su propia vida, había salvado a Vidal de perecer atropellado por un tranvía. En agradecimiento, Pedro Vidal, al conocer lo penoso de la situación del pobre hombre, decidió ofrecerle trabajo y la posibilidad de mudarse con su esposa y su hija al pequeño apartamento que había encima de las cocheras de Villa Helius. Le aseguró que la pequeña Cristina

estudiaría con los mismos tutores que cada día acudían a la casa paterna, en la avenida Pearson, para impartir lecciones a los cachorros de la dinastía Vidal, y que su esposa podía desempeñar su oficio de costurera para la familia. Él andaba pensando en adquirir uno de los primeros automóviles que iban a comercializarse en Barcelona y, si Manuel se avenía a instruirse en el arte de la conducción motorizada y dejar atrás el carromato y la tartana, Vidal iba a necesitar un chófer, porque por entonces los señoritos no posaban sus manos sobre máquinas de combustión ni ingenios con escapes gaseosos. Manuel, por supuesto, aceptó. Tras semejante rescate de la miseria, la versión oficial aseguraba que Manuel Sagnier y su familia sentían una devoción ciega por Vidal, eterno paladín de los desheredados. Yo no sabía si creerme aquella historia al pie de la letra o atribuirla a la larga retahíla de leyendas tejidas en torno al carácter de bondadoso aristócrata que cultivaba Vidal, a quien a veces parecía que sólo le faltase aparecerse a alguna pastorcilla huerfanita envuelto en un halo luminoso.

—Se te ha puesto esa cara de granuja de cuando te entregas a pensamientos maliciosos —apuntó Vidal—. ¿Qué tramas?

—Nada. Pensaba en lo bondadoso que es usted, don Pedro.

—Con tu edad y posición, el cinismo no abre puertas.

—Eso lo explica todo.

—Anda, saluda al bueno de Manuel, que siempre pregunta por ti.

Me asomé a la ventana y, al verme, el chófer, que siempre me trataba como a un señorito y no como al pardillo que era, me saludó de lejos. Devolví el saludo. Sentada en el asiento del pasajero estaba su hija Cristina, una criatura de piel pálida y labios a pincel que me llevaba un par de años y que me tenía robado el aliento desde que la vi la primera vez que Vidal me invitó a visitar Villa Helius.

—No la mires tanto que la vas a romper —murmuró Vidal a mi espalda. Me volví y me encontré con aquel semblante maquiavélico que Vidal reservaba para los asuntos del corazón y otras vísceras nobles.

—No sé de qué está hablando.

—Qué gran verdad —replicó Vidal—. Entonces, ¿qué vas a hacer con lo de esta noche?

Releí la nota y dudé.

—¿Frecuenta usted ese tipo de locales, don Pedro?

—Yo no he pagado por una mujer desde que tenía quince años y, técnicamente, pagó mi padre —replicó Vidal sin jactancia alguna—. Pero a caballo regalado…

—No sé, don Pedro…

—Claro que sabes.

Vidal me dio una palmadita en la espalda de camino a la puerta.

—Te quedan siete horas hasta la medianoche —dijo—. Lo digo por si te quieres echar una cabezadita y coger fuerzas.

Me asomé a la ventana y le vi alejarse rumbo al coche. Manuel le abrió la puerta

y Vidal se dejó caer en el asiento trasero con desidia. Escuché el motor del Hispano-Suiza desplegar su sinfonía de pistones y émbolos. En aquel instante la hija del chófer, Cristina, alzó la vista y miró hacia mi ventana. Le sonreí, pero me di cuenta de que ella no recordaba quién era yo. Un instante después apartó la mirada y la gran carroza de Vidal se alejó de regreso a su mundo.

3

En aquellos días, la calle Nueva de la Rambla tendía un corredor de faroles y carteles luminosos a través de las tinieblas del Raval. Cabarés, salones de baile y locales de difícil nomenclatura se daban de codazos en ambas aceras con casas especializadas en males de Venus, gomas y lavajes, que permanecían abiertas hasta el alba mientras gentes de todo pelaje, desde señoritos de cierto postín hasta miembros de las tripulaciones de barcos atracados en el puerto, se mezclaban con toda suerte de extravagantes personajes que vivían para el anochecer. A ambos lados de la calle se abrían callejones angostos y sepultados de bruma que albergaban una retahíla de prostíbulos de decreciente caché.

El Ensueño ocupaba la planta superior de un edificio que albergaba en los bajos una sala de *music-hall* donde se anunciaba en grandes carteles la actuación de una bailarina enfundada en una diáfana y escueta toga que no hacía secretos de sus encantos mientras sostenía en brazos una serpiente negra, cuya lengua bífida parecía besar sus labios.

«*Eva Montenegro y el tango de la muerte* —rezaba el cartel con letras de molde—. *La reina de la noche en seis veladas exclusivas e improrrogables. Con la intervención estelar de Mesero el lector de mentes que desvelará sus más íntimos secretos*».

Junto a la entrada del local había una estrecha puerta tras la cual ascendía una larga escalinata con las paredes pintadas de rojo. Subí las escaleras y me planté frente a una gran puerta de roble labrado cuyo llamador tenía la forma de una ninfa forjada en bronce con un modesto trébol sobre el pubis. Llamé un par de veces y esperé, rehuyendo mi reflejo en el gran espejo ahumado que cubría buena parte de la pared. Estaba considerando la posibilidad de salir de allí a escape cuando se abrió la puerta y una mujer de mediana edad y pelo completamente blanco pulcramente anudado en un moño me sonrió serenamente.

—Usted debe de ser el señor David Martín.

Nadie me había llamado señor en toda mi vida, y la formalidad me pilló por sorpresa.

—El mismo.

—Si tiene la amabilidad de pasar y acompañarme.

La seguí a través de un pasillo breve que conducía a una amplia sala circular de paredes vestidas de terciopelo rojo y lámparas a media luz. El techo formaba una

cúpula de cristal esmaltado de la que pendía una araña también de cristal bajo la cual una mesa de caoba sostenía un enorme gramófono que supuraba una aria de ópera.

—¿Se le ofrece algo de beber, caballero?

—Si tuviese un vaso de agua, se lo agradecería.

La dama del pelo blanco sonrió sin pestañear, su porte amable y relajado imperturbable.

—Tal vez al señor se le antoje mejor una copa de champán o un licor. O tal vez un fino de Jerez.

Mi paladar no rebasaba las sutilezas de diferentes cosechas de agua del grifo, así que me encogí de hombros.

—Elija usted.

La dama asintió sin perder la sonrisa y señaló hacia una de las suntuosas butacas que punteaban la sala.

—Si el caballero gusta de tomar asiento, Chloé en seguida estará con usted.

Creí que me atragantaba.

—¿Chloé?

Ajena a mi perplejidad, la dama del cabello blanco desapareció por una puerta que se entreveía tras una cortina de cuentas negras, y me dejó a solas con mis nervios y mis inconfesables anhelos. Deambulé por la sala para disipar el tembleque que se estaba apoderando de mí. A excepción de la música tenue y del latido de mi corazón en las sienes, aquel lugar era una tumba. Seis corredores partían desde la sala flanqueados por aberturas cubiertas por cortinajes azules que conducían a seis puertas blancas de doble hoja cerradas. Me dejé caer en una de las butacas, una de esas piezas concebidas para mecerles las posaderas a príncipes regentes y generalísimos con cierta debilidad por los golpes de Estado. Al poco, la dama de blanco regresó con una copa de champán en una bandeja de plata. La acepté y la vi desaparecer de nuevo por la misma puerta. Me bebí la copa de un trago y me aflojé el cuello de la camisa. Empezaba a sospechar que tal vez todo aquello no fuese más que una broma urdida por Vidal a mis expensas. En aquel momento advertí una figura que avanzaba en mi dirección desde uno de los corredores. Parecía una niña, y lo era. Caminaba con la cabeza baja, sin que pudiera verle los ojos. Me incorporé.

La niña se inclinó en una genuflexión reverente e hizo ademán para que la siguiera. Sólo entonces me di cuenta de que una de sus manos era postiza, como la de un maniquí. La niña me condujo hasta el final del pasillo y con una llave que llevaba colgada del cuello abrió la puerta y me cedió el paso. La habitación estaba prácticamente a oscuras. Me adentré unos pasos, intentando forzar la vista. Oí entonces la puerta cerrarse a mis espaldas y, cuando me volví, la niña había desaparecido. Escuché el mecanismo de la cerradura girar y supe que estaba encerrado. Por espacio de casi un minuto permanecí allí, inmóvil. Lentamente mis

ojos se acostumbraron a la penumbra y el contorno de la estancia se materializó a mi alrededor. La habitación estaba cubierta de tela negra desde el suelo hasta el techo. A un lado se adivinaba una serie de extraños artilugios que no había visto jamás y que no fui capaz de decidir si me parecían siniestros o tentadores. Un amplio lecho circular reposaba bajo una cabecera que me pareció una gran tela de araña de la que colgaban dos portavelas, en los que dos cirios negros ardían y desprendían ese perfume a cera que anida en capillas y velatorios. A un lado del lecho había una celosía de dibujo sinuoso. Sentí un escalofrío. Aquel lugar era idéntico al dormitorio que yo había creado en la ficción para mi inefable vampiresa Chloé en sus aventuras *Los misterios de Barcelona*. Había algo en todo aquello que olía a chamusquina. Me disponía a intentar forzar la Puerta cuando advertí que no estaba solo. Me detuve, helado. Una silueta se perfilaba tras la celosía. Dos ojos brillantes me observaban y pude ver cómo dedos blancos y afilados tocados de largas uñas pintadas de negro asomaban de entre los orificios de la celosía. Tragué saliva.

—¿Chloé? —murmuré.

Era ella. *Mi Chloé*. La operística e insuperable *femme fatale* de mis relatos hecha carne y lencería. Tenía la piel más pálida que había visto jamás y el pelo negro y brillante cortado en un ángulo recto que enmarcaba su rostro. Sus labios estaban pintados de lo que parecía sangre fresca, y auras negras de sombra rodeaban sus ojos verdes. Se movía como un felino, como si aquel cuerpo ceñido en un corsé reluciente como escamas fuese de agua y hubiera aprendido a burlar la gravedad. Su garganta esbelta e interminable estaba rodeada de una cinta de terciopelo escarlata de la que pendía un crucifijo invertido. La contemplé acercarse lentamente; incapaz ni de respirar, mis ojos prendidos en aquellas piernas dibujadas con trazo imposible bajo medias de seda que probablemente costaban más de lo que yo ganaba en un año, y sostenidas en zapatos de punta de puñal que se anudaban a sus tobillos con cintas de seda. En toda mi vida nunca había visto nada tan hermoso, ni que me diese tanto miedo.

Me dejé llevar por aquella criatura hasta el lecho, donde caí, literalmente, de culo. La luz de las velas acariciaba el perfil de su cuerpo. Mi rostro y mis labios quedaron a la altura de su vientre desnudo y sin darme ni cuenta de lo que estaba haciendo la besé bajo el ombligo y acaricié su piel contra mi mejilla. Para entonces ya me había olvidado de quién era y de dónde estaba. Se arrodilló frente a mí y tomó mi mano derecha. Lánguidamente como un gato, me lamió los dedos de la mano de uno en uno y entonces me miró fijamente y empezó a quitarme la ropa. Cuando quise ayudarla sonrió y me apartó las manos.

—Shhhh.

Cuando hubo terminado, se inclinó hacia mí y me lamió los labios.

—Ahora tú. Desnúdame. Despacio. Muy despacio.

Supe entonces que había sobrevivido a mi infancia enfermiza y lamentable sólo para vivir aquellos segundos. La desnudé lentamente, deshojando su piel hasta que sólo quedó sobre su cuerpo la cinta de terciopelo en torno a su garganta y aquellas medias negras de cuyos recuerdos más de un infeliz como yo podría vivir cien años.

—Acaríciame —me susurró al oído—. Juega conmigo.

Acaricié y besé cada centímetro de su piel como si quisiera memorizarlo de por vida. Chloé no tenía prisa y respondía al tacto de mis manos y mis labios con suaves gemidos que me guiaban. Luego me hizo tenderme sobre el lecho y cubrió mi cuerpo con el suyo hasta que sentí que cada poro me quemaba. Posé mis manos en su espalda y recorrí aquella línea milagrosa que marcaba su columna. Su mirada impenetrable me observaba a apenas unos centímetros de mi rostro. Sentí que tenía que decirle algo.

—Me llamo…

—Shhhh.

Antes de que pudiera decir alguna bobada más, me poso sus labios sobre los míos y, por espacio de una hora, me hizo desaparecer del mundo. Consciente de mi torpeza pero haciéndome creer que no la advertía, Chloé anticipaba cada uno de mis movimientos y guiaba mis manos por su cuerpo sin prisa ni pudor. No había hastío ni ausencia en sus ojos. Se dejaba hacer y saborear con infinita paciencia y una ternura que me hizo olvidar cómo había llegado hasta allí. Aquella noche, por el breve espacio de una hora, me aprendí cada línea de su piel como otros aprenden oraciones o condenas. Más tarde, cuando apenas me quedaba aliento, Chloé me dejó apoyar la cabeza sobre su pecho y me acarició el pelo durante un largo silencio, hasta que me dormí en sus brazos con la mano entre sus muslos.

Cuando desperté, la habitación permanecía en penumbras y Chloé se había marchado. Su piel ya no estaba en mis manos. En su lugar había una tarjeta de visita impresa en el mismo pergamino blanco del sobre en el que me había llegado la invitación y en la que, bajo el emblema del ángel, se leía lo siguiente:

ANDREAS CORELLI
Éditeur
Éditions de la Lumière
Boulevard St.-Germain, 69. Paris

Había una anotación al dorso escrita a mano.

Querido David, la vida está hecha de grandes esperanzas. Cuando esté listo para hacer las suyas realidad, póngase en contacto conmigo. Estaré esperando. Su amigo

y lector,

A. C.

Recogí mi ropa del suelo y me vestí. La puerta de la habitación ya no estaba cerrada. Recorrí el corredor hasta el salón, donde el gramófono se había silenciado. No había rastro de la niña ni de la mujer del pelo blanco que me había recibido. El silencio era absoluto. A medida que me dirigía hacia la salida tuve la impresión de que las luces a mi espalda se desvanecían, y corredores y habitaciones se oscurecían lentamente. Salí al rellano y descendí por las escaleras de regreso al mundo, sin ganas. Al salir a la calle me encaminé hacia la Rambla, dejando el bullicio y el gentío de los locales nocturnos a mi espalda. Una niebla tenue y cálida ascendía desde el puerto, y el destello de los ventanales del hotel Oriente la teñían de un amarillo sucio y polvoriento en el que los transeúntes se desvanecían como trazos de vapor. Eché a andar mientras el perfume de Chloé empezaba a desvanecerse de mi pensamiento, y me pregunté si los labios de Cristina Sagnier, la hija del chófer de Vidal, tendrían el mismo sabor.

4

Uno no sabe lo que es la sed hasta que bebe por primera vez. A los tres días de mi visita a El Ensueño, la memoria de la piel de Chloé me quemaba hasta el pensamiento. Sin decir nada a nadie —y menos a Vidal—, decidí reunir los pocos ahorros que me quedaban y acudir allí aquella noche con la esperanza de que bastasen para comprar aunque sólo fuese un instante en sus brazos. Pasaba de la medianoche cuando llegué a la escalera de paredes rojas que ascendía a El Ensueño. La luz de la escalera estaba apagada y subí lentamente, dejando atrás la bulliciosa ciudadela de cabarés, bares, *music-halls* y locales de difícil definición con que los años de la gran guerra en Europa habían dejado sembrada la calle Nou de la Rambla. La luz trémula que se filtraba desde el portal iba dibujando los peldaños a mi paso. Al llegar al rellano me detuve buscando el llamador de la puerta con las manos. Mis dedos rozaron el pesado aldabón de metal y, al levantarlo, la puerta cedió unos centímetros y comprendí que estaba abierta. La empujé suavemente. Un silencio absoluto me acarició el rostro. Al frente se abría una penumbra azulada. Me adentré unos pasos, desconcertado. El eco de las luces de la calle parpadeaba en el aire, desvelando visiones fugaces de las paredes desnudas y el suelo de madera quebrada. Llegué a la sala que recordaba decorada con terciopelos y mobiliario opulento. Estaba vacía. El manto de polvo que cubría el suelo brillaba como arena al destello de los carteles luminosos de la calle. Avancé dejando un rastro de pisadas en el polvo. No había señal del gramófono, de las butacas ni de los cuadros. El techo estaba reventado y se entreveían vigas de madera ennegrecida. La pintura de las paredes pendía en jirones como piel de serpiente. Me dirigí hacia el corredor que conducía a la habitación donde había encontrado a Chloé. Crucé aquel túnel de oscuridad hasta llegar a la puerta de doble hoja, que ya no era blanca. No había pomo en la puerta, apenas un orificio en la madera, como si la manija hubiese sido arrancada de golpe. Abrí la puerta y entré.

El dormitorio de Chloé era una celda de negrura. Las paredes estaban carbonizadas y la mayor parte del techo se había desplomado. Podía ver el lienzo de nubes negras que cruzaban sobre el cielo y la luna que proyectaba un halo plateado sobre el esqueleto metálico de lo que había sido el lecho. Fue entonces cuando escuché el suelo crujir a mi espalda y me volví rápidamente, comprendiendo que no estaba solo en aquel lugar. Una silueta oscura y afilada, masculina, se recortaba en la entrada al corredor. No podía leer su rostro, pero tenía la certeza de que me estaba observando. Permaneció allí, inmóvil como una araña, durante unos segundos, el tiempo que me llevó reaccionar y dar un paso hacia él. En un instante, la silueta se

retiró hacia las sombras y cuando llegué al salón ya no había nadie. Un soplo de luz procedente de un cartel luminoso suspendido al otro lado de la calle inundó la sala durante un segundo, desvelando un pequeño montón de escombros apilados contra la pared. Me aproximé y me arrodillé frente a los restos carcomidos por el fuego. Algo asomaba entre la pila. Dedos. Aparté las cenizas que los cubrían y lentamente afloró el contorno de una mano. La cogí y al tirar de ella vi que estaba segada a la altura de la muñeca. La reconocí al instante y comprendí que la mano de aquella niña, que había creído que era de madera, era de porcelana. La dejé caer de nuevo sobre los escombros y me alejé de allí. Me pregunté si habría imaginado a aquel extraño, porque no había rastro de sus pisadas en el polvo. Bajé de nuevo a la calle y me quedé al pie del edificio, escrutando las ventanas del primer piso desde la acera, completamente confundido. Las gentes pasaban a mi lado riendo, ajenas a mi presencia. Intenté encontrar la silueta de aquel extraño entre el gentío. Sabía que estaba allí, tal vez a unos pocos metros, observándome. Al rato crucé la calle y entré en un café angosto que estaba abarrotado de gente. Conseguí hacerme un hueco en la barra e hice una seña al camarero.

—¿Qué va a ser?

Tenía la boca seca y arenosa.

—Una cerveza —improvisé.

Mientras el camarero me escanciaba la bebida, me incliné hacia adelante.

—Oiga, ¿sabe usted si el local de enfrente, El Ensueño, ha cerrado?

El camarero dejó el vaso sobre la barra y me miró como si fuese tonto.

—Cerró hace quince años —dijo.

—¿Está seguro?

—Pues claro. Después del incendio no volvió a abrir. ¿Algo más?

Negué.

—Serán cuatro céntimos.

Pagué la consumición y me fui de allí sin tocar el vaso. Al día siguiente llegué a la redacción del diario antes de mi hora y fui directo a los archivos del sótano. Con la ayuda de Matías, el encargado, y guiándome por lo que me había dicho el camarero, empecé a consultar las portadas de *La Voz de la Industria* de quince años atrás. Me llevó unos cuarenta minutos encontrar la historia, apenas un apunte. El incendio había tenido lugar durante la madrugada del día del Corpus de 1903. Seis personas habían perecido atrapadas por las llamas: un cliente, cuatro de las chicas en plantilla y una niña que trabajaba allí. La policía y los bomberos habían apuntado como causa de la tragedia el fallo de un quinqué, aunque el patronato de una parroquia próxima citaba la retribución divina y la intervención del Espíritu Santo como factores determinantes.

Al volver a la pensión me tendí en el lecho de mi habitación e intenté en vano conciliar el sueño. Saqué del bolsillo la tarjeta de aquel extraño benefactor que había encontrado en mis manos al despertar en la cama de Chloé y releí las palabras escritas

al dorso en la penumbra: «*Grandes esperanzas*».

5

En mi mundo, las esperanzas, grandes y pequeñas, raramente se hacían realidad. Hasta hacía pocos meses, mi único anhelo cada noche al irme a dormir era poder reunir algún día el valor suficiente para dirigirle la palabra a la hija del chófer de mi mentor, Cristina, y que transcurriesen las horas que me separaban del alba para poder volver a la redacción de *La Voz de la Industria*. Ahora, incluso aquel refugio empezaba a escapárseme de las manos. Tal vez, si alguno de mis empeños fracasaba estrepitosamente, conseguiría recobrar el afecto de mis compañeros, me decía. Tal vez si escribía algo tan mediocre y abyecto que ningún lector fuese capaz de pasar del primer párrafo, mis pecados de juventud serían perdonados. Tal vez aquél no fuese un precio muy grande para poder volver a sentirme en casa. Tal vez.

Había llegado a *La Voz de la Industria* muchos años atrás de la mano de mi padre, un hombre atormentado y sin fortuna que a su vuelta de la guerra de Filipinas se había encontrado con una ciudad que prefería no reconocerle y una esposa que ya le había olvidado y que a los dos años de su regreso decidió abandonarle. Al hacerlo le dejó el alma rota y un hijo que nunca había deseado y con el que no sabía qué hacer. Mi padre, que a duras penas sabía leer y escribir su propio nombre, no tenía oficio ni beneficio. Cuanto había aprendido en la guerra era a matar a otros hombres como él antes de que ellos le matasen, siempre en nombre de causas grandiosas y huecas que se revelaban más absurdas y viles cuanto más cerca del combate se estaba.

A su retorno de la guerra, mi padre, que parecía un hombre veinte años más viejo que cuando se había marchado, buscó colocación en varias industrias del Pueblo Nuevo y de la barriada de Sant Martí. Los empleos le duraban apenas unos días, y tarde o temprano le veía volver a casa con la mirada envilecida de resentimiento. Con el tiempo, y a falta de otra alternativa, aceptó un puesto como vigilante nocturno en *La Voz de la Industria*. La paga era modesta pero pasaban los meses, y por primera vez desde su retorno de la guerra parecía que no se metía en líos. La paz fue breve. Pronto algunos de sus antiguos compañeros de armas, cadáveres en vida que habían regresado mutilados en cuerpo y alma para comprobar que quienes los habían enviado a morir en nombre de Dios y de la patria les escupían ahora en la cara, lo implicaron en turbios asuntos que le venían grandes y que nunca acabó de entender. A menudo, mi padre desaparecía durante un par de días, y cuando volvía las manos y la ropa le olían a pólvora y los bolsillos a dinero. Entonces se refugiaba en su habitación

y, aunque creía que yo no me daba cuenta, se inyectaba lo poco o mucho que había podido conseguir. Al principio nunca cerraba la puerta, pero un día me sorprendió espiándole y me pegó una bofetada que me partió los labios. Luego me abrazó hasta que la fuerza se le fue de los brazos y quedó tendido en el suelo, la aguja todavía prendida de la piel. Le saqué la aguja y le tapé con una manta. Después de aquel incidente, empezó a encerrarse con llave. Vivíamos en un pequeño ático suspendido sobre las obras del nuevo auditorio del Palau de la Música del Orfeó Catalá. Aquél era un lugar frío y angosto en el que el viento y la humedad parecían burlar los muros. Yo solía sentarme en el pequeño balcón, con las piernas colgando, a ver la gente pasar y a contemplar aquel arrecife de esculturas y columnas imposibles que crecía al otro lado de la calle y que a veces me parecía que casi podía tocar con los dedos, y otras, la mayoría, me parecía tan lejos como la luna. Fui un niño débil y enfermizo, propenso a fiebres e infecciones que me arrastraban al borde de la tumba pero que, a última hora, siempre se arrepentían y partían en busca de una presa de mayor altura. Cuando caía enfermo, mi padre acababa por perder la paciencia y después de la segunda noche en vela solía dejarme al cuidado de alguna vecina y desaparecía de casa durante unos días. Con el tiempo empecé a sospechar que confiaba en encontrarme muerto a su regreso y así verse libre de la carga de aquel crío con salud de papel que no le servía para nada.

En más de una ocasión deseé que así fuese, pero mi padre siempre regresaba y me encontraba vivo, coleando y un poco más alto. La madre naturaleza no tenía pudor en deleitarme con su extenso código penal de gérmenes y miserias, pero nunca encontró el modo de aplicarme del todo la ley de la gravedad. Contra todo pronóstico, sobreviví aquellos primeros años en la cuerda floja de una infancia de antes de la penicilina. Por entonces, la muerte no vivía aún en el anonimato y se la podía ver y oler por todas partes devorando almas que todavía no habían tenido tiempo ni de pecar.

Ya en aquellos tiempos mis únicos amigos estaban hechos de papel y tinta. En la escuela había aprendido a leer y a escribir mucho antes que los demás críos del barrio. Donde mis compañeros veían muescas de tinta en páginas incomprensibles yo veía luz, calles y gentes. Las palabras y el misterio de su ciencia oculta me fascinaban y me parecían una llave con la que abrir un mundo infinito y a salvo de aquella casa, aquellas calles y aquellos días turbios en los que incluso yo podía intuir que me aguardaba escasa fortuna. A mi padre no le gustaba ver libros por casa. Había algo en ellos, además de letras que no podía descifrar, que le ofendía. Me decía que en cuanto tuviese diez años me iba a poner a trabajar y que más me valía quitarme todos aquellos pájaros de la cabeza porque de lo contrario iba a acabar siendo un desgraciado y un muerto de hambre. Yo escondía los libros debajo de mi colchón y esperaba a que él hubiera salido o estuviese dormido para poder leer. En una ocasión

me sorprendió leyendo de noche y montó en cólera. Me arrancó el libro de las manos y lo tiró por la ventana.

—Si vuelvo a encontrarte gastando luz leyendo esas bobadas te arrepentirás.

Mi padre no era un hombre tacaño y, pese a las penurias que pasábamos, cuando podía me soltaba unas monedas para que me comprase dulces como los demás críos del barrio. Él estaba convencido de que las gastaba en palos de regaliz, pipas o caramelos, pero yo las guardaba en una lata de café debajo de la cama y, cuando había reunido cuatro o cinco reales, corría a comprarme un libro sin que él lo supiese.

Mi lugar favorito en toda la ciudad era la librería de Sempere e Hijos en la calle Santa Ana. Aquel lugar que olía a papel viejo y a polvo era mi santuario y refugio. El librero me permitía sentarme en una silla en un rincón y leer a mis anchas cualquier libro que deseara. Sempere casi nunca me dejaba pagar los libros que ponía en mis manos, pero cuando él no se daba cuenta yo le dejaba las monedas que había podido reunir en el mostrador antes de irme. No era más que calderilla, y si hubiese tenido que comprar algún libro con aquella miseria, seguramente el único que habría podido permitirme era uno de hojas para liar cigarrillos. Cuando era hora de irme, lo hacía arrastrando los pies y el alma, porque si de mí hubiese dependido, me habría quedado a vivir allí.

Unas Navidades, Sempere me hizo el mejor regalo que he recibido en toda mi vida. Era un tomo viejo, leído y vivido a fondo.

—«*Grandes esperanzas,* de Carlos Dickens…» —leí en la portada. Me constaba que Sempere conocía a algunos escritores que frecuentaban su establecimiento y, por el cariño con el que manejaba aquel tomo, pensé que a lo mejor el tal don Carlos era uno de ellos.

—¿Amigo suyo?

—De toda la vida. Y a partir de hoy tuyo también.

Aquella tarde, escondido bajo la ropa para que no lo viese mi padre, me llevé a mi nuevo amigo a casa. Aquél fue un otoño de lluvias y días de plomo durante el que leí *Grandes esperanzas* unas nueve veces seguidas, en parte porque no tenía otro a mano que leer y en parte porque no pensaba que pudiese existir otro mejor, y empezaba a sospechar que don Carlos lo había escrito sólo para mí. Pronto tuve el firme convencimiento de que no quería otra cosa en la vida que aprender a hacer lo que hacía aquel tal señor Dickens. Una madrugada desperté de golpe sacudido por mi padre, que volvía de trabajar antes de tiempo. Tenía los ojos inyectados en sangre y el aliento le olía a aguardiente. Le miré aterrorizado, y él palpó con los dedos la bombilla desnuda que colgaba de un cable.

—Está caliente.

Me clavó los ojos y lanzó la bombilla con rabia contra la pared. Estalló en mil pedazos de cristal que me cayeron en la cara, pero no me atreví a apartarlos.

—¿Dónde está? —preguntó mi padre, la voz fría y serena.

Negué, temblando.

—¿Dónde está ese libro de mierda?

Negué otra vez. En la penumbra apenas vi venir el golpe. Sentí que perdía la visión y que me caía de la cama, con sangre en la boca y un intenso dolor como fuego blanco ardiendo tras los labios. Al ladear la cabeza vi lo que supuse eran los trozos de un par de dientes rotos en el suelo. La mano de mi padre me agarró por el cuello y me levantó.

—¿Dónde está?

—Padre, por favor…

Me lanzó de cara contra la pared con todas sus fuerzas y el golpe en la cabeza me hizo perder el equilibrio y desplomarme como un saco de huesos. Me arrastré hasta un rincón y me quedé allí, encogido como un ovillo, mirando cómo mi padre abría el armario y sacaba las cuatro prendas que tenía y las tiraba al suelo. Registró cajones y baúles sin encontrar el libro hasta que, agotado, regresó a por mí. Cerré los ojos y me encogí contra la pared, esperando otro golpe que nunca llegó. Abrí los ojos y vi que mi padre estaba sentado en la cama, llorando de asfixia y de vergüenza. Cuando vio que le miraba, salió corriendo escaleras abajo. Escuché el eco de sus pasos alejarse en el silencio del alba, y sólo cuando supe que estaba lejos me arrastré hasta la cama y saqué el libro de su escondite bajo el colchón. Me vestí y, con la novela bajo el brazo, salí a la calle.

Un lienzo de bruma descendía sobre la calle Santa Ana cuando llegué al portal de la librería. El librero y su hijo vivían en el primer piso del mismo edificio. Sabía que las seis de la mañana no eran horas de llamar a casa de nadie, pero mi único pensamiento en aquel momento era salvar aquel libro, y tenía la certeza de que si mi padre lo encontraba al volver a casa lo destrozaría con toda la rabia que llevaba en la sangre. Llamé al timbre y esperé. Tuve que insistir dos o tres veces hasta que oí la puerta del balcón abrirse y vi cómo el viejo Sempere, en bata y pantuflas, se asomaba y me miraba atónito. Medio minuto más tarde bajó a abrirme y en cuanto me vio la cara todo asomo de enfado se evaporó. Se arrodilló frente a mí y me sostuvo por los brazos.

—¡Dios santo! ¿Estás bien? ¿Quién te ha hecho esto?

—Nadie. Me he caído.

Le tendí el libro.

—He venido a devolvérselo, porque no quiero que le pase nada…

Sempere me miró sin decir nada. Me tomó en brazos y me subió al piso. Su hijo, un muchacho de doce años tan tímido que yo no recordaba haber oído nunca su voz, se había despertado al oír salir a su padre y esperaba en lo alto del rellano. Al ver la sangre en mi rostro miró a su padre, asustado.

—Llama al doctor Campos.

El muchacho asintió y corrió al teléfono. Le oí hablar y comprobé que no estaba mudo. Entre los dos me acomodaron en una butaca del comedor y me limpiaron la sangre de las heridas a la espera de que llegase el doctor.

—¿No me vas a decir quién te ha hecho esto?

No despegué los labios. Sempere no sabía dónde vivía y no iba a darle ideas.

—¿Ha sido tu padre?

Desvié la mirada.

—No. Me he caído.

El doctor Campos, que vivía a cuatro o cinco portales de allí, llegó en cinco minutos. Me examinó de pies a cabeza, palpando los moretones y curando los cortes con tanta delicadeza como pudo. Estaba claro que le quemaban los ojos de indignación, pero no dijo nada.

—No hay fracturas, aunque sí unas cuantas magulladuras que durarán y dolerán unos días. Esos dos dientes habrá que sacarlos. Son piezas perdidas y hay riesgo de infección.

Cuando el doctor se marchó, Sempere me preparó un vaso de leche tibia con cacao y observó cómo me lo bebía, sonriendo.

—Todo esto por salvar *Grandes esperanzas*, ¿eh?

Me encogí de hombros. Padre e hijo se miraron con una sonrisa cómplice.

—La próxima vez que quieras salvar un libro, salvarlo de verdad, no te juegues la vida. Me lo dices y te llevaré a un lugar secreto donde los libros nunca mueren y donde nadie puede destruirlos.

Los miré a ambos, intrigado.

—¿Qué lugar es ése?

Sempere me guiñó el ojo y me dedicó aquella sonrisa misteriosa que parecía robada de un serial de don Alejandro Dumas y que decían, era marca de familia.

—Todo a su tiempo amigo mío. Todo a su tiempo.

Mi padre pasó toda aquella semana con los ojos pegados al suelo, carcomido por el remordimiento. Compró una bombilla nueva y llegó a decirme que, si quería encenderla, lo hiciese pero no mucho rato, porque la electricidad era muy cara. Yo preferí no jugar con fuego. El sábado de aquella semana mi padre quiso comprarme un libro y acudió a una librería que había en la calle de la Palla frente a la vieja muralla romana, la primera y última que pisaba, pero como no podía leer los títulos en el lomo de los cientos de libros allí expuestos, salió con las manos vacías. Luego me dio dinero, más que de costumbre, y me dijo que me comprase lo que quisiera. Me pareció aquél un momento idóneo para sacar a colación un tema para el que hacía tiempo que no había encontrado oportunidad propia.

—Doña Mariana, la maestra, me ha pedido que le diga a usted si puede un día pasar a hablar con ella por la escuela —dejé caer.

—¿Hablar de qué? ¿Qué es lo que has hecho?

—Nada, padre. Mariana quería hablar con usted de mi futura educación. Dice que tengo posibilidades y que ella cree que podría ayudarme a conseguir una beca para

entrar en los escolapios…

—¿Quién se cree esa mujer que es para llenarte la cabeza de pájaros y decirte que te va a meter en un colegio para niñatos? ¿Tú sabes quién es esa gentuza? ¿Sabes cómo te van a mirar y cómo te van a tratar cuando sepan de dónde vienes?

Bajé la mirada.

—Doña Mariana sólo quiere ayudar, padre. Nada más. No se enfade usted. Le diré que no puede ser y ya está.

Mi padre me miró con rabia, pero se contuvo y respiró profundo varias veces con los ojos cerrados antes de decir nada más.

—Saldremos adelante, ¿me entiendes? Tú y yo. Sin las limosnas de todos esos hijos de puta. Y con la cabeza bien alta.

—Sí, padre.

Mi padre me puso una mano sobre el hombro y me miró como si, por un breve instante que nunca habría de volver, estuviese orgulloso de mí, aunque fuésemos tan diferentes, aunque me gustasen los libros que él no podía leer, incluso aunque ella nos hubiera dejado a los dos, el uno contra el otro. En aquel instante creí que mi padre era el hombre más bondadoso del mundo, y que todos se darían cuenta si la vida, por una vez, se dignaba darle una buena mano de cartas.

—Todo lo malo que uno hace en la vida vuelve, David. Y yo he hecho mucho mal. Mucho. Pero he pagado el precio. Y nuestra suerte va a cambiar. Ya lo verás. Ya lo verás…

Pese a la insistencia de doña Mariana, que era más lista que el hambre y que ya se imaginaba por dónde iban los tiros, no volví a mencionar el tema de mi educación a mi padre. Cuando mi maestra comprendió que no había esperanza me dijo que cada día, al término de las clases, dedicaría una hora más sólo para mí, para hablarme de libros, de historia y de todas aquellas cosas que tanto asustaban a mi padre.

—Será nuestro secreto —dijo la maestra.

Ya por entonces había empezado a comprender que a mi padre le avergonzaba que la gente pensara que era un ignorante, un despojo de una guerra que, como casi todas las guerras, se peleaba en nombre de Dios y de la patria para hacer más poderosos a hombres que ya lo eran demasiado antes de provocarla. Por aquel entonces empecé a acompañar algunas noches a mi padre a su turno de noche. Tomábamos un tranvía en la calle Trafalgar que nos dejaba a las puertas del cementerio. Yo me quedaba en su garita, leyendo ejemplares viejos del diario y, a ratos, intentaba conversar con él, tarea ardua. Mi padre apenas hablaba ya, ni de la guerra en las colonias ni de la mujer que le había abandonado. En una ocasión le pregunté por qué nos había dejado mi madre. Yo tenía la sospecha de que había sido por mi culpa, por algo malo que había hecho, aunque sólo fuese nacer.

—Tu madre me había abandonado ya antes de que me enviaran al frente. El tonto fui yo, que no me di cuenta hasta que volví. La vida es así, David. Tarde o temprano, todo y todos te abandonan.

—Yo no le voy a abandonar a usted nunca, padre.

Me pareció que se iba a echar a llorar y le abracé para no verle la cara. Al día siguiente, sin aviso previo, mi padre me llevó hasta los almacenes de telas El Indio en la calle del Carmen.

No llegamos a entrar pero desde las cristaleras del vestíbulo me señaló a una mujer joven y risueña que atendía a los clientes y les mostraba paños y tejidos de lujo.

—Ésa es tu madre —dijo—. Un día de éstos volveré aquí y la mataré.

—No diga usted eso, padre.

Me miró con los ojos enrojecidos y supe que aún la quería y que yo nunca la perdonaría por ello. Recuerdo que la observé en secreto, sin que ella supiera que estábamos allí, y que sólo la reconocí por el retrato que mi padre guardaba en un cajón de casa, junto a su pistola del ejército que cada noche, cuando creía que yo dormía, sacaba y contemplaba como si tuviese todas las respuestas, o al menos las suficientes.

Durante años habría de regresar hasta las puertas de aquel bazar para espiarla en secreto. Nunca tuve el valor de entrar ni de dirigirme a ella cuando la veía salir y alejarse Rambla abajo rumbo a una vida que había imaginado para ella, con una familia que la hacía feliz y un hijo que merecía su afecto y el contacto de su piel más que yo. Mi padre nunca supo que a veces me escapaba para verla, o que había días en que la seguía de cerca, siempre a punto de tomar su mano y caminar a su lado, siempre huyendo en el último momento. En mi mundo, las grandes esperanzas sólo vivían entre las páginas de un libro. La buena suerte que tanto ansiaba mi padre nunca llegó. La única cortesía que la vida tuvo con él fue no hacerle esperar demasiado. Una noche, cuando llegábamos a las puertas del diario para iniciar el turno, tres pistoleros salieron de las sombras y lo acribillaron a tiros ante mis ojos. Recuerdo el olor a azufre y el halo humeante que ascendía de los orificios que las balas habían abrasado en su abrigo. Uno de los pistoleros se disponía a rematarle de un tiro en la cabeza cuando me abalancé sobre mi padre y otro de los asesinos le detuvo. Recuerdo los ojos del pistolero sobre los míos, dudando si debía matarme a mí también. Sin más, se alejaron a paso ligero y desaparecieron por los callejones atrapados entre las fábricas del Pueblo Nuevo.

Aquella noche sus asesinos dejaron a mi padre desangrándose en mis brazos y a mí solo en el mundo. Pasé casi dos semanas durmiendo en los talleres de la imprenta del diario, oculto entre máquinas de linotipia que parecían gigantescas arañas de acero intentando acallar aquel silbido enloquecedor que me perforaba los tímpanos al anochecer. Cuando me descubrieron, todavía tenía las manos y la ropa tintadas en sangre seca. Al principio nadie supo quién era, porque no hablé durante casi una semana y cuando lo hice fue para gritar el nombre de mi padre hasta perder la voz.

Cuando me preguntaron por mi madre les dije que había muerto y que no tenía a nadie en el mundo. Mi historia llegó a oídos de Pedro Vidal, el hombre estrella del diario y amigo íntimo del editor, que a sus instancias ordenó que se me diese un empleo de correveidile en la casa y que se me permitiese vivir en las modestas dependencias del portero en el sótano hasta nuevo aviso. Aquéllos eran años en que la sangre y la violencia en las calles de Barcelona empezaban a ser el pan de cada día. Días de octavillas y bombas que dejaban pedazos de cuerpos temblando y humeando en las calles del Raval, de bandas de figuras negras que recorrían la noche derramando sangre, de procesiones y desfiles de santos y generales que olían a muerte y a engaño, de discursos incendiarios donde todos mentían y donde todos tenían la razón. La rabia y el odio que años más tarde llevaría a unos y a otros a asesinarse en nombre de consignas grandiosas y trapos de colores se empezaba ya a saborear en el aire envenenado. La bruma perpetua de las fábricas reptaba sobre la ciudad y enmascaraba sus avenidas empedradas y surcadas por tranvías y carruajes. La noche pertenecía a la luz de gas, a las sombras de callejones quebradas por el destello de disparos y el trazo azul de la pólvora quemada. Eran años en que se crecía aprisa, y para cuando la infancia se les caía de las manos, muchos niños ya tenían mirada de viejo.

Sin más familia ahora que aquella tenebrosa Barcelona, el periódico se convirtió en mi refugio y mi mundo hasta que, a los catorce años, mi sueldo me permitió alquilar aquel cuarto en la pensión de doña Carmen. Llevaba apenas una semana viviendo allí cuando la casera acudió un día a mi habitación y me informó de que un caballero preguntaba por mí en la puerta. En el rellano de la escalera encontré a un hombre vestido de gris, de mirada gris y voz gris que me preguntó si yo era Daniel Martín y, ante mi asentimiento, me tendió un paquete envuelto en papel de estraza y se perdió escaleras abajo dejando su ausencia gris apestando aquel mundo de miserias al que me había incorporado. Me llevé el paquete al cuarto y cerré la puerta. Nadie, a excepción de dos o tres personas en el periódico, sabía que vivía allí. Deshice el envoltorio, intrigado. Era el primer paquete que recibía en mi vida. El interior resultó ser un estuche de madera vieja cuyo aspecto me resultó vagamente familiar. Lo apoyé sobre el catre y lo abrí. Contenía la vieja pistola de mi padre, el arma que el ejército le había dado y con la que había regresado de las Filipinas para labrarse una muerte temprana y miserable. Junto al arma había una cajetilla de cartón con unas balas. Tomé la pistola en las manos y la sopesé. Olía a pólvora y a aceite. Me pregunté cuántos hombres habría matado mi padre con aquella arma con la que seguramente él esperaba acabar con su propia vida hasta que se le adelantaron. Devolví el arma al estuche y lo cerré. Mi primer impulso fue tirarla a la basura, pero me di cuenta de que aquella pistola era cuanto me quedaba de mi padre. Supuse que el usurero de turno, que había confiscado lo poco que teníamos en aquel antiguo piso suspendido frente al

tejado del Palau de la Música a la muerte de mi padre, en compensación por sus deudas, había decidido enviarme ahora aquel macabro recordatorio para saludar mi entrada en la edad adulta. Escondí el estuche encima del armario, contra la pared donde se acumulaba la mugre y a donde doña Carmen no llegaba ni con zancos, y no lo volví a tocar en años. Aquella misma tarde volví a la librería de Sempere e Hijos y, sintiéndome ya hombre de mundo y de recursos, manifesté al librero mi intención de adquirir aquel viejo ejemplar de *Grandes esperanzas* que me había visto forzado a devolverle años atrás.

—Póngale el precio que quiera —le dije—. Póngale el precio de todos los libros que no le he pagado en los últimos diez años.

Recuerdo que Sempere me sonrió con tristeza y me posó la mano en un hombro.

—Lo he vendido esta mañana —me confesó abatido.

6

Trescientos sesenta y cinco días después de haber escrito mi primer relato para *La Voz de la Industria* llegué, como era de costumbre, a la redacción del periódico y la encontré casi desierta. Apenas quedaban un grupo de redactores que meses atrás me habían dedicado desde afectuosos apodos hasta palabras de apoyo y que aquel día, al verme entrar, ignoraron mi saludo y se cerraron en un corro de murmullos. En menos de un minuto habían recogido sus abrigos y desaparecido como si temiesen algún contagio. Me quedé sentado solo en aquella sala insondable, contemplando el extraño espectáculo de decenas de mesas vacías. Pasos lentos y contundentes a mi espalda anunciaron que se aproximaba don Basilio.

—Buenas noches, don Basilio. ¿Qué pasa hoy aquí que se han ido todos?

Don Basilio me miró con tristeza y se sentó a la mesa contigua.

—Hay una cena de Navidad de toda la redacción. En el Set Portes —dijo con voz queda—. Supongo que no le han dicho nada.

Fingí una sonrisa despreocupada y negué.

—¿No va usted? —pregunté.

Don Basilio negó.

—Se me han quitado las ganas.

Nos miramos en silencio.

—¿Y si le invito yo a usted? —ofrecí—. Donde quiera. Can Solé, si le parece. Usted y yo, para celebrar el éxito de *Los misterios de Barcelona*.

Don Basilio sonrió, asintiendo lentamente.

—Martín —dijo al fin—. No sé cómo decirle esto.

—¿Decirme el qué?

Don Basilio carraspeó.

—No le voy a poder publicar más entregas de *Los misterios de Barcelona*.

Le miré sin comprender. Don Basilio rehuyó mi mirada.

—¿Quiere que escriba otra cosa? ¿Algo más galdosiano?

—Martín, ya sabe usted cómo es la gente. Ha habido quejas. Yo he intentado parar el asunto, pero el director es un hombre débil y no le gustan los conflictos innecesarios.

—No le entiendo, don Basilio.

—Martín, me han pedido que sea yo el que se lo diga.

Por fin me miró y se encogió de hombros.

—Estoy despedido —murmuré.

Don Basilio asintió.

Sentí que, a mi pesar, se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Ahora le parece el fin del mundo, pero créame cuando le digo que en el fondo es lo mejor que le podría suceder. Éste no es sitio para usted.

—¿Y cuál es el sitio para mí? —pregunté.

—Lo siento, Martín. Créame que lo siento.

Don Basilio se incorporó y me posó la mano en el hombro con afecto.

—Feliz Navidad, Martín.

Aquella misma noche vacié mi escritorio y dejé para siempre el que había sido mi hogar para perderme en las calles oscuras y solitarias de la ciudad. De camino a la pensión me acerqué hasta el restaurante Set Portes bajo los arcos de la casa. Me quedé fuera, contemplando a mis compañeros reír y brindar tras los cristales. Confié en que mi ausencia les hiciese felices o que cuando menos les hiciera olvidar que no lo eran ni lo serían jamás. Pasé el resto de aquella semana a la deriva, refugiándome todos los días en la biblioteca del Ateneo y creyendo que al regresar a la pensión iba a encontrarme con una nota del director del periódico solicitándome que me reincorporase a la redacción. Escondido en una de las salas de lectura sacaba aquella tarjeta que había encontrado en mis manos al despertar en El Ensueño, y empezaba a escribir una carta a aquel anónimo benefactor, Andreas Corelli, que siempre acababa por romper y volver a reescribir al día siguiente. Al séptimo día, harto de compadecerme, decidí hacer el inevitable peregrinaje hasta el hogar de mi creador. Tomé el tren de Sarriá en la calle Pelayo. Por entonces aún circulaba por la superficie, y me senté al frente del vagón a contemplar la ciudad y las calles tornarse más amplias y señoriales cuanto más se alejaba uno del centro. Me bajé en el apeadero de Sarrià y allí tomé un tranvía que dejaba a las puertas del monasterio de Pedralbes. Era un día de calor insólito para la época del año y podía oler en la brisa el perfume de los pinos y la ginesta que salpicaban las laderas de la montaña. Enfilé la boca de la avenida Pearson, que ya empezaba a urbanizarse, y pronto vislumbré la inconfundible silueta de Villa Helius. A medida que ascendía la pendiente y me acercaba pude ver que Vidal estaba sentado en la ventana de su torreón en mangas de camisa y saboreando un cigarrillo. Se escuchaba música flotando en el aire y recordé que Vidal era uno de los pocos privilegiados que poseían un receptor de radio. Qué bien se debía de ver la vida desde allí arriba y qué poca cosa me debía de ver yo.

Le saludé con la mano y me devolvió el saludo. Al llegar a la villa me encontré con el chófer, Manuel, que se dirigía a las cocheras portando un puñado de paños y un cubo con agua humeante.

—Una alegría verle por aquí, David —dijo—. ¿Qué tal la vida? ¿Siguen los éxitos?

—Hacemos lo que podemos —contesté.

—No sea modesto, que hasta mi hija se lee esas aventuras que publica usted en el

diario.

Tragué saliva, sorprendido de que la hija del chófer supiese no sólo de mi existencia sino que incluso hubiera llegado a leer alguna de las tonterías que escribía.

—¿Cristina?

—No tengo otra —replicó don Manuel—. El señor está arriba en su estudio, por si quiere subir.

Asentí como agradecimiento y me colé en el caserón. Subí hasta el torreón del tercer piso, que se alzaba entre el terrado ondulado de tejas policromadas. Allí encontré a Vidal, instalado en aquel estudio desde donde se veían la ciudad y el mar en la distancia. Vidal apagó la radio, un trasto del tamaño de un pequeño meteorito que había comprado meses atrás cuando se habían anunciado las primeras emisiones de Radio Barcelona desde los estudios camuflados bajo la cúpula del hotel Colón.

—Me ha costado casi doscientas pesetas y ahora resulta que sólo dice tonterías.

Nos sentamos en dos sillas enfrentadas, con todas las ventanas abiertas a aquella brisa que a mí, habitante de la ciudad vieja y tenebrosa, me olía a otro mundo. El silencio era exquisito, como un milagro. Se podían oír los insectos revoloteando en el jardín y las hojas de los árboles meciéndose al viento.

—Parece que estemos en pleno verano —aventuré.

—No disimules hablando del tiempo. Ya me han dicho lo que ha pasado —dijo Vidal.

Me encogí de hombros y eché un vistazo a su escritorio. Me constaba que mi mentor llevaba meses, cuando no años, intentando escribir lo que él llamaba una novela «seria» alejada de las tramas ligeras de sus historias policíacas para inscribir su nombre en las secciones más rancias de las bibliotecas. No se veían muchas cuartillas.

—¿Cómo lleva la obra maestra?

Vidal tiró la colilla por la ventana y miró a lo lejos.

—Ya no tengo nada que decir, David.

—Tonterías.

—Tonterías lo son todo en esta vida. Es simplemente una cuestión de perspectiva.

—Debería de poner eso en su libro. *El nihilista en la colina*. Un éxito cantado.

—El que pronto va a necesitar un éxito eres tú, porque o me equivoco o debes de empezar a estar magro de fondos.

—Siempre puedo aceptar su caridad. Hay una primera vez para todo.

—Ahora te parece el fin del mundo, pero…

—… pronto me daré cuenta de que es lo mejor que podía haberme pasado —completé—. No me diga que ahora es don Basilio el que le escribe los discursos.

Vidal rió.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—¿No necesita usted un secretario?

—Ya tengo la mejor secretaria que podía tener. Es más inteligente que yo,

infinitamente más trabajadora y cuando sonríe incluso me parece que este cochino mundo tiene algo de futuro.

—¿Y quién es esta maravilla?

—La hija de Manuel.

—Cristina.

—Por fin te oigo pronunciar su nombre.

—Ha elegido usted una mala semana para reírse de mí, don Pedro.

—No me mires con esa cara de cordero degollado. ¿Te crees que Pedro Vidal iba a permitir que ese atajo de mediocres estreñidos y envidiosos te pusieran de patitas en la calle sin hacer nada?

—Una palabra suya al director seguramente hubiese cambiado las cosas.

—Lo sé. Por eso fui yo quien le sugirió que te despidiese —dijo Vidal. Sentí como si acabase de darme una bofetada.

—Muchas gracias por el empujón —improvisé.

—Le dije que te despidiese porque tengo algo mucho mejor para ti.

—¿La mendicidad?

—Hombre de poca fe. Ayer mismo estuve hablando de ti con un par de socios que acaban de abrir una nueva editorial y buscan sangre fresca que exprimir y explotar.

—Suena de maravilla.

—Ellos ya están al corriente de *Los misterios de Barcelona* y están dispuestos a hacerte una oferta que va a hacer de ti un hombre hecho y derecho.

—¿Habla en serio?

—Claro que hablo en serio. Quieren que les escribas una serie por entregas en la más barroca, sangrienta y delirante tradición del *grand guignol* que haga añicos *Los misterios de Barcelona*. Creo que es la oportunidad que estabas esperando. Les he dicho que irías a verlos y que estabas listo para empezar a trabajar inmediatamente.

Suspiré profundamente. Vidal me guiñó un ojo y me abrazó.

7

Fue así cómo, a pocos meses de cumplir los veinte años, recibí y acepté una oferta para escribir novelas de a peseta bajo el seudónimo de Ignatius B. Samson. Mi contrato me comprometía a entregar doscientas páginas de manuscrito mecanografiado al mes tramadas de intrigas, asesinatos de alta sociedad, horrores sin cuento en los bajos fondos, amores ilícitos entre crueles hacendados de mandíbula firme y damiselas de inconfesables anhelos, y toda suerte de retorcidas sagas familiares con trasfondos más espesos y turbios que las aguas del puerto. La serie, que decidí bautizar como *La Ciudad de los Malditos*, aparecería en un tomo mensual en edición cartoné con cubierta ilustrada a todo color. A cambio recibiría más dinero del que nunca había pensado podía ganarse haciendo algo que me inspirase respeto, y no tendría más censura que la que impusiera el interés de los lectores que supiera ganarme. Los términos de la oferta me obligaban a escribir desde el anonimato de un extravagante seudónimo, pero en aquel momento me pareció un precio muy pequeño que pagar a cambio de poder ganarme la vida con el oficio que siempre había soñado desempeñar. Renunciaría a la vanidad de ver mi nombre impreso en mi obra, pero no a mí mismo ni a lo que era.

Mis editores eran un par de pintorescos ciudadanos llamados Barrido y Escobillas. Barrido, menudo, rechoncho y siempre prendido de una sonrisa aceitosa y sibilina, era el cerebro de la operación. Provenía de la industria salchichera y, aunque no había leído más de tres libros en su vida, incluidos el catecismo y la guía de teléfonos, estaba poseído de una audacia proverbial para cocinar los libros de contabilidad, que adulteraba para sus inversores con alardes de ficción que ya hubieran querido emular los autores a los que la casa, tal como había predicho Vidal, estafaba, explotaba y, en último término, dejaba caer al arroyo cuando los vientos soplaban en contra, cosa que tarde o temprano siempre sucedía. Escobillas desempeñaba un rol complementario. Alto, enjuto y de aire vagamente amenazador, se había formado en el negocio de las pompas fúnebres, y bajo la atorrante colonia con que bañaba sus vergüenzas siempre parecía filtrarse un vago tufillo a formol que ponía los pelos de punta. Su labor era esencialmente la del capataz siniestro, látigo en mano y dispuesto a hacer el trabajo sucio para el que Barrido, por su temple más risueño y su disposición no tan atlética, presentaba menos aptitudes. El *ménage-à-trois* se completaba con su secretaria de dirección, Herminia, que los seguía a todas partes como un perro fiel y a la que todos apodaban la Veneno porque, pese a su aspecto de mosquita muerta, era tan de fiar como una serpiente de cascabel en celo.

Cortesías aparte, trataba de verlos lo mínimo posible. La nuestra era una relación

estrictamente mercantil y ninguna de las partes sentía grandes deseos de alterar el protocolo establecido. Me había propuesto aprovechar aquella oportunidad y trabajar a fondo para demostrarle a Vidal, y a mí mismo, que peleaba por merecer su ayuda y su confianza. Con algo de dinero fresco en las manos decidí abandonar la pensión de doña Carmen en busca de horizontes más confortables. Hacía ya tiempo que le tenía echado el ojo a un caserón de aire monumental en el 30 de la calle Flassaders, a tiro de piedra del paseo del Born, por delante del cual había pasado durante años cuando iba y volvía del diario a la pensión. La finca, rematada por un torreón que brotaba de una fachada labrada de relieves y gárgolas, llevaba años cerrada, el portal sellado con cadenas y candados picados de herrumbre. Pese a su aspecto fúnebre y desmesurado, o tal vez por ese motivo, la idea de llegar a habitarla despertaba en mí esa lujuria de las ideas desaconsejables. En otras circunstancias hubiese asumido que un lugar semejante excedía de largo mi magro presupuesto, pero los largos años de abandono y olvido a los que parecía condenado me hicieron albergar la esperanza de que, si nadie más quería aquel lugar, tal vez sus propietarios aceptarían mi oferta. Preguntando en el barrio pude averiguar que la casa llevaba muchos años deshabitada y que la propiedad estaba en manos de un administrador de fincas llamado Vicenc Clavé, que tenía oficinas en la calle Comercio, frente al mercado. Clavé era un caballero de la vieja escuela que gustaba de vestir como las esculturas de alcaldes y padres de la patria que encontraba uno a las entradas del Parque de la Ciudadela y que, al menor descuido, se lanzaba a vuelos de retórica que no perdonaban ni lo divino ni lo humano.

—Así que es usted escritor. Pues mire, yo le podría contar historias que le darían para buenos libros.

—No lo dudo. ¿Por qué no empieza por contarme la de la casa de Flassaders, treinta?

Clavé adoptó un semblante de máscara griega.

—¿La casa de la torre?

—La misma.

—Créame, joven, no quiera usted vivir allí.

—¿Por qué no?

Clavé bajó la voz y, murmurando como si temiese que las paredes nos oyesen, dejó caer una sentencia en tono fúnebre:

—Esa casa tiene mala sombra. Yo la visité cuando fuimos con el notario a precintarla y le puedo asegurar que la parte vieja del cementerio de Montjuïc es más alegre. Ha estado vacía desde entonces. El lugar tiene malos recuerdos. Nadie la quiere.

—Sus recuerdos no pueden ser peores que los míos y, en cualquier caso, seguro que ayudarán a rebajar el precio que piden por ella.

—A veces hay precios que no se pueden pagar con dinero.

—¿Puedo verla?

Visité por primera vez la casa de la torre una mañana de marzo en compañía del administrador, su secretario y un interventor del banco que ostentaba el título de propiedad. Al parecer, la finca había pasado años atrapada en un espeso laberinto de disputas legales hasta revertir finalmente en la entidad de crédito que había avalado a su último propietario. Si Clavé no mentía, nadie había vuelto a entrar allí por lo menos en veinte años.

8

Años después, al leer la crónica de unos exploradores británicos adentrándose en las tinieblas de un milenario sepulcro egipcio con laberintos y maldiciones incluidos, habría de rememorar aquella primera visita a la casa de la torre de la calle Flassaders. El secretario venía pertrechado de un farol de aceite porque en la casa nunca se había llegado a instalar la luz. El interventor traía un juego de quince llaves con el que liberar los incontables candados que aseguraban las cadenas. Al abrir el portal, la casa exhaló un aliento pútrido, a tumba y humedad. El interventor se echó a toser y el administrador, que había traído su mejor semblante de escepticismo y censura, se colocó un pañuelo en la boca.

—Usted primero —invitó.

El vestíbulo era una suerte de patio interior al uso de los antiguos palacios de la zona, con un empedrado de grandes losas y una escalinata de piedra que ascendía hasta la puerta principal de la vivienda. Una claraboya de vidrio completamente anegada de excrementos de palomas y gaviotas parpadeaba en lo alto.

—No hay ratas —anuncié al penetrar en el edificio.

—Alguien debía de tener buen gusto y sentido común —dijo el administrador a mi espalda.

Procedimos escaleras arriba hasta el rellano de entrada al piso principal, donde el interventor del banco necesitó diez minutos para encontrar la llave que encajase en la cerradura. El mecanismo cedió con un quejido que no sonaba a bienvenida. El portón se abrió para desvelar un infinito corredor sembrado de telarañas que ondulaban en la tiniebla.

—Madre de Dios —murmuró el administrador.

Nadie se atrevió a dar el primer paso, así que una vez más fui yo quien lideró la expedición. El secretario sostenía el farol en alto, observándolo todo con aire compungido. El administrador y el interventor se miraron de un modo indescifrable. Cuando vieron que los estaba observando, el banquero sonrió plácidamente.

—Se le quita el polvo y con cuatro apaños esto es un palacio —dijo.

—Palacio de Barba Azul —comentó el administrador.

—Seamos positivos —enmendó el interventor—. La casa lleva desocupada cierto tiempo y eso siempre supone pequeños desperfectos.

Yo apenas les prestaba atención. Había soñado tantas veces con aquel lugar al pasar frente a sus puertas que apenas veía el aura fúnebre y oscura que lo poseía. Avancé por el corredor principal, explorando habitaciones y cámaras en las que muebles viejos yacían abandonados bajo una espesa capa de polvo. Sobre una mesa

había todavía un mantel deshilachado, un servicio de mesa y una bandeja con frutas y flores petrificadas. Las copas y los cubiertos seguían allí, como si los habitantes de la casa se hubiesen levantado a media cena.

Los armarios estaban repletos de ropas raídas, prendas descoloridas y zapatos. Había cajones enteros repletos de fotografías, lentes, plumas y relojes. Retratos velados de polvo nos observaban desde las cómodas. Las camas estaban hechas y cubiertas de un velo blanco que relucía en la penumbra. Un gramófono monumental descansaba sobre una mesa de caoba. Había un disco colocado sobre el que la aguja se había deslizado hasta el final. Soplé la lámina de polvo que lo cubría y el título de la grabación emergió a la vista, el *Lacrimosa* de W. A. Mozart.

—La sinfónica en casa —dijo el interventor—. ¿Qué más se puede pedir? Va a estar usted aquí como un pachá.

El administrador le lanzó una mirada asesina, negando por lo bajo. Recorrimos el piso hasta la galería del fondo, donde un juego de café reposaba en la mesa y un libro abierto seguía esperando que alguien pasara página en una butaca.

—Parece que se hubieran ido de golpe, sin tiempo de llevarse nada —dije. El interventor carraspeó.

—¿Quizá el señor desee ver el estudio?

El estudio estaba situado en lo alto de una afilada torre, una peculiar estructura que tenía por alma una escalera de caracol a la que se accedía desde el corredor principal y en cuya fachada exterior podían leerse las huellas de tantas generaciones como recordaba la ciudad. La torre dibujaba una atalaya suspendida sobre los tejados del barrio de la Ribera y rematada por un estrecho cimborio de metal y cristal tintado que hacía las veces de linterna y del que asomaba una rosa de los vientos en forma de dragón. Ascendimos por la escalinata y accedimos a la sala, donde el interventor se apresuró a abrir los ventanales y dejar entrar el aire y la luz. La cámara describía un salón rectangular de techos altos y suelos de madera oscura. Desde sus cuatro grandes ventanales en arco abiertos por los cuatro costados podía contemplar la basílica de Santa María del Mar al sur, el gran mercado del Born al norte, la vieja estación de Francia al este y hacia el oeste el laberinto infinito de calles y avenidas atropellándose unas sobre otras en dirección al monte del Tibidabo.

—¿Qué me dice? Una maravilla —argumentó el banquero con entusiasmo. El administrador lo examinaba todo con reserva y disgusto. Su secretario mantenía el farol en alto, aunque ya no hacía falta alguna. Me aproximé a uno de los ventanales y me asomé al cielo, embelesado.

Barcelona entera aparecía a mis pies y quise creer que cuando abriese aquellas mis nuevas ventanas sus calles me susurrarían historias al anochecer y secretos al oído para que yo los atrapase sobre el papel y se los contase a quien quisiera escucharlos. Vidal tenía su exuberante y señorial torre de marfil en lo más serrano y elegante de Pedralbes, rodeada de montes, árboles y cielos de ensueño. Yo tendría mi siniestro torreón levantado sobre las calles más antiguas y tenebrosas de la ciudad,

rodeado de los miasmas y tinieblas de aquella necrópolis que los poetas y los asesinos habían llamado la «Rosa de Fuego». Lo que acabó de decidirme fue el escritorio que dominaba el centro del estudio. Sobre él, como una gran escultura de metal y luz, descansaba una impresionante máquina de escribir Underwood por la que ya hubiese pagado el precio del alquiler. Me senté en la butaca de mariscal que había frente a la mesa y acaricié las teclas de la máquina, sonriendo.

—Me la quedo —dije.

El interventor suspiró de alivio y el administrador, poniendo los ojos en blanco, se santiguó. Aquella misma tarde firmé un contrato de alquiler por diez años. Mientras los operarios de la compañía eléctrica instalaban el tendido de luz por la casa me dediqué a limpiar, ordenar y adecentar la vivienda con la ayuda de tres sirvientes que Vidal me envió en tropa sin preguntarme antes si quería asistencia o no. Pronto descubrí que el *modus operandi* de aquel comando de expertos consistía en taladrar paredes a diestro y siniestro, y luego preguntar. A los tres días de su desembarco, la casa no tenía ni una sola bombilla en activo, pero cualquiera hubiera dicho que había una infestación de carcomas devoradoras de yeso y minerales nobles.

—¿Quiere decir que no habría otra manera de solucionar esto? —preguntaba yo al jefe del batallón que todo lo arreglaba a martillazos.

Otilio, que así se llamaba aquel talento, me mostraba el juego de planos de la casa que me había entregado el administrador junto con las llaves y argumentaba que la culpa la tenía la casa, que estaba mal construida.

—Mire esto —decía—. Si es que cuando las cosas están mal hechas, están mal hechas. Ahí mismo. Aquí dice que tiene usted una cisterna en la azotea. Pues no. La tiene usted en el patio de atrás.

—¿Y qué más da? A usted la cisterna no le compete, Otilio. Concéntrese en la cuestión eléctrica. Luz. Ni grifos, ni tuberías. Luz. Necesito luz.

—Si es que todo está relacionado. ¿Qué me dice de la galería?

—Que no tiene luz.

—Según los planos, esto debería ser una pared maestra. Pues aquí el compañero Remigio le ha dado un toquecito de nada y se nos ha venido abajo medio muro. Y de las habitaciones ni le cuento. Según esto, la sala al fondo del pasillo tiene casi cuarenta metros cuadrados. Ni por asomo. Si llega a veinte me doy con un canto en los dientes. Hay una pared donde no debería haberla. Y de los desagües, ya, bueno, mejor no hablar. No hay ni uno donde se supone que debería estar.

—¿Está seguro de que sabe interpretar los planos?

—Oiga, que soy un profesional. Hágame caso, esta casa es un rompecabezas. Aquí ha metido mano todo Dios.

—Pues va a tener que apañarse con lo que hay. Haga milagros o lo que se le antoje, pero el viernes quiero las paredes tapadas, pintadas y la luz funcionando.

—No me meta prisas, que ésta es faena de precisión. Hay que actuar con estrategia.

—¿Y qué piensan hacer?

—Por de pronto irnos a desayunar.

—Pero si acaban de llegar hace media hora.

—Señor Martín, con esa actitud no llegamos a ninguna parte.

El viacrucis de obras y chapuzas se prolongó una semana más de lo previsto, pero incluso con la presencia de Otilio y su escuadrón de portentos haciendo agujeros donde no tocaba y disfrutando de desayunos de dos horas y media, la ilusión de poder habitar finalmente aquel caserón con el que había soñado durante tanto tiempo me hubiera permitido vivir allí años con velas y lámparas de aceite si era necesario. Tuve la suerte de que el barrio de la Ribera fuera reserva espiritual y material de artesanos de todo tipo, y encontré a tiro de piedra de mi nuevo domicilio a quien me instalara nuevos cerrojos que no pareciesen robados de la Bastilla y apliques y grifería a los usos del siglo XX. La idea de disponer de una línea telefónica no me persuadía y, por lo que había podido escuchar en la radio de Vidal, lo que la prensa del momento llamaba los nuevos medios de comunicación de masas no me habían tenido en cuenta a la hora de buscar su público. Decidí que la mía sería una existencia de libros y silencio. No me llevé de la pensión más que una muda y aquel estuche que contenía la pistola de mi padre, su único recuerdo. Repartí el resto de mi ropa y mis efectos personales entre los otros realquilados. Si hubiera podido dejar atrás la piel y la memoria, también lo habría hecho.

Pasé mi primera noche oficial y electrificada en la casa de la torre el día que apareció publicada la entrega inaugural de *La Ciudad de los Malditos*. La novela era una intriga imaginaria que había tejido en torno al incendio de El Ensueño en 1903 y a una criatura fantasmal que embrujaba las calles del Raval desde entonces. Antes de que la tinta se secase en aquella primera edición ya había empezado a trabajar en la segunda novela de la serie. Según mis cálculos, y partiendo de la base de treinta días de trabajo ininterrumpido por mes, Ignatius B. Samson debía producir una media de 6,66 páginas de manuscrito útil al día para cumplir los términos del contrato, lo cual era una locura, pero tenía la ventaja de no dejarme mucho tiempo libre para que me diese cuenta.

Apenas fui consciente de que con el paso de los días había empezado a consumir más café y cigarrillos que oxígeno. A medida que lo iba envenenando, tenía la impresión de que mi cerebro se iba transformando en una máquina de vapor que nunca llegaba a enfriarse. Ignatius B. Samson era joven y tenía aguante. Trabajaba toda la noche y caía rendido al amanecer, entregado a extraños sueños en los que las letras en la página atrapada en la máquina de escribir del estudio se desprendían del papel y, como arañas de tinta, se arrastraban sobre sus manos y su rostro, atravesando la piel y anidando en sus venas hasta cubrir su corazón de negro y nublar sus pupilas en charcos de oscuridad. Pasaba semanas enteras sin apenas salir de aquel caserón y

olvidaba qué día de la semana o qué mes del año corrían. No prestaba atención a los recurrentes dolores de cabeza que a veces me asaltaban de súbito, como si un punzón de metal me taladrase el cráneo, quemándome la vista en un destello de luz blanca. Me había acostumbrado a vivir con un constante silbido en los oídos que sólo el susurro del viento o la lluvia conseguían enmascarar. A veces, cuando aquel sudor frío me cubría el rostro y sentía que las manos me temblaban sobre el teclado de la Underwood, me decía que al día siguiente acudiría al médico. Pero ese día siempre había otra escena y otra historia que contar.

Se cumplía el primer año de la vida de Ignatius B. Samson cuando, para celebrarlo, decidí tomarme el día libre y reencontrarme con el sol, la brisa y las calles de una ciudad que había dejado de pisar para ya sólo imaginarla. Me afeité, me aseé y me enfundé el mejor y más presentable de mis trajes. Dejé abiertas las ventanas del estudio y la galería para que se ventilase la casa, y aquella niebla espesa que se había transformado en su perfume pudiera esparcirse a los cuatro vientos. Al bajar a la calle me encontré un sobre grande al pie de la ranura del buzón. Dentro encontré una lámina de pergamino lacrado con el sello del ángel y tocada de aquella caligrafía exquisita en la que se leía lo siguiente:

Querido David:

Quería ser el primero en felicitarle en esta nueva etapa de su carrera. He disfrutado enormemente con la lectura de las primeras entregas de La Ciudad de los Malditos. *Confío en que este pequeño obsequio sea de su agrado.*

Le reitero mi admiración y mi voluntad de que algún día nuestros destinos se crucen. En la seguridad de que así será, le saluda afectuosamente su amigo y lector,

ANDREAS CORELLI

El obsequio era el mismo ejemplar de *Grandes esperanzas* que el señor Sempere me había regalado de niño, el mismo que le había devuelto antes de que mi padre pudiese encontrarlo y el mismo que, cuando quise recobrarlo años después a cualquier precio, había desaparecido horas antes en manos de un extraño. Contemplé aquel pedazo de papel que un día no muy lejano me había parecido contener toda la magia y la luz del mundo. En la cubierta aún se apreciaban las huellas de mis dedos de niño manchados de sangre.

—Gracias —murmuré.

9

El señor Sempere se puso sus lentes de precisión para examinar el libro. Lo colocó en un paño extendido sobre su escritorio en la trastienda y dobló el flexo para que el haz de luz se concentrase en el tomo. Su análisis pericial se prolongó durante varios minutos en los que guardé un silencio religioso. Le observé pasar las hojas, olerlas, acariciar el papel y el lomo, sopesar el libro con una mano y luego con la otra y finalmente cerrar la tapa y examinar con una lupa las huellas tintadas en sangre seca que mis dedos habían dejado allí doce o trece años atrás.

—Increíble —musitó, quitándose los lentes—. Es el mismo libro. ¿Cómo dice que lo ha recobrado?

—Ni yo mismo lo sé. Señor Sempere, ¿qué sabe usted de un editor francés llamado Andreas Corelli?

—Por de pronto suena más italiano que francés, aunque lo de Andreas parece griego…

—La editorial está en París. Éditions de la Lumière.

Sempere permaneció pensativo unos instantes, dudando.

—Me temo que no me resulta familiar. Le preguntaré a Barceló, que lo sabe todo, a ver qué me dice.

Gustavo Barceló era uno de los decanos del gremio de libreros de viejo de Barcelona, y su enciclopédico acervo era tan legendario como su temple vagamente abrasivo y pedante. En la profesión, el dicho aconsejaba que, ante la duda, había que preguntar a Barceló. En aquel instante se asomó el hijo de Sempere, que aunque era dos o tres años mayor que yo era tan tímido que a veces se hacía invisible, y le hizo una seña a su padre.

—Padre, vienen a recoger un pedido que creo tomó usted.

El librero asintió y me tendió un tomo grueso y batallado a fondo.

—Aquí tiene el último catálogo de editores europeos. Si quiere vaya mirando a ver si encuentra algo y entretanto atiendo al cliente —sugirió.

Me quedé a solas en la trastienda de la librería, buscando en vano Éditions de la Lumière mientras Sempere regresaba al mostrador. Hojeando el catálogo, le oí conversar con una voz femenina que me resultó familiar. Oí que mencionaban a Pedro Vidal e, intrigado, me asomé a curiosear.

Cristina Sagnier, hija del chófer y secretaria de mi mentor, repasaba una pila de libros que Sempere iba anotando en el libro de ventas. Al verme sonrió cortésmente, pero tuve la certeza de que no me reconocía. Sempere alzó la vista y al registrar mi mirada de bobo trazó una rápida radiografía de la situación.

—¿Ya se conocen ustedes, verdad? —dijo.

Cristina alzó las cejas, sorprendida, y me miró de nuevo, incapaz de ubicarme.

—David Martín. Amigo de don Pedro —ofrecí.

—Ah, claro —dijo—. Buenos días.

—¿Qué tal su padre? —improvisé.

—Bien, bien. Me espera en la esquina con el coche.

Sempere, que no dejaba pasar una, intervino:

—La señorita Sagnier ha venido a recoger unos libros que encargó Vidal. Como son un tanto pesados quizá pueda usted tener la bondad de ayudarla a llevarlos hasta el coche…

—No se preocupen… —protestó Cristina.

—Faltaría más —salté yo, presto a levantar la pila de libros que resultó pesar como la edición de lujo de la Enciclopedia Británica, anexos incluidos. Sentí que algo crujía en mi espalda y Cristina me miró, azorada.

—¿Está usted bien?

—No tema, señorita. Aquí el amigo Martín, aunque sea de letras, está hecho un toro —dijo Sempere—. ¿Verdad que sí, Martín?

Cristina me observaba poco convencida. Ofrecí mi sonrisa de macho invencible.

—Puro músculo —dije—. Esto es simple calentamiento.

Sempere hijo iba a ofrecerse a llevar la mitad de los libros, pero su padre, en un golpe de diplomacia, le retuvo por el brazo. Cristina me sostuvo la puerta y me aventuré a recorrer los quince o veinte metros que me separaban del Hispano-Suiza aparcado en la esquina con Portal del Ángel. Llegué a duras penas, con los brazos a punto de prender fuego. Manuel, el chófer, me ayudó a descargar los libros y me saludó efusivamente.

—Qué casualidad verle aquí, señor Martín.

—Pequeño mundo.

Cristina me ofreció una sonrisa leve como agradecimiento y subió al coche.

—Lamento lo de los libros.

—No es nada. Un poco de ejercicio levanta la moral —aduje, ignorando el nudo de cables que se me había formado en la espalda—. Recuerdos a don Pedro.

Los vi partir hacia la plaza de Catalunya y cuando me volví avisté a Sempere a la puerta de la librería, que me miraba con una sonrisa gatuna y me hacía gestos para que me limpiase la baba. Me acerqué hasta él y no pude evitar reírme de mí mismo.

—Ahora ya conozco su secreto, Martín. Le hacía yo más templado en estas lides.

—Todo se oxida.

—A quién se lo va a contar. ¿Me puedo quedar el libro unos días?

Asentí.

—Cuídemelo bien.

10

Volví a verla meses más tarde, en compañía de Pedro Vidal, en la mesa que siempre tenía reservada en la Maison Dorée. Vidal me invitó a unirme a ellos, pero me bastó cruzar una mirada con ella para saber que debía declinar el ofrecimiento.

—¿Cómo va la novela, don Pedro?

—Viento en popa.

—Me alegro. Buen provecho.

Nuestros encuentros eran fortuitos. A veces me tropezaba con ella en la librería de Sempere e Hijos, donde acudía a menudo a buscar libros para don Pedro. Sempere, si se terciaba, me dejaba a solas con ella, pero pronto Cristina descubrió el truco y enviaba a uno de los mozos desde Villa Helius a recoger los pedidos.

—Ya sé que no es asunto mío —decía Sempere—. Pero a lo mejor debería usted quitársela de la cabeza.

—No sé de qué me habla, señor Sempere.

—Martín, que nos conocemos de hace tiempo…

Los meses pasaban al trasluz sin que me diese ni cuenta. Vivía de noche, escribiendo desde el atardecer hasta el amanecer y durmiendo durante el día. Barrido y Escobillas no cesaban de congratularse por el éxito de *La Ciudad de los Malditos*, y cuando me veían al borde del colapso me aseguraban que tras un par de novelas más me concederían un año sabático, para que descansara o me dedicase a escribir una obra personal que publicarían a bombo y platillo con mi verdadero nombre en grandes letras mayúsculas en la portada. Siempre faltaban sólo un par de novelas más. Los pinchazos, dolores de cabeza y los mareos se iban haciendo más frecuentes y más intensos, pero yo los atribuía a la fatiga y los ahogaba con nuevas inyecciones de cafeína, cigarrillos y unas píldoras de codeína y Dios sabe qué que me proporcionaba de tapadillo un farmacéutico de la calle Argentería y que sabían a pólvora. Don Basilio, con quien comía jueves sí jueves no en una terraza de la Barceloneta, me instaba a que acudiese al médico. Yo siempre decía que sí, que tenía hora para aquella misma semana.

Aparte de mi antiguo jefe y de los Sempere, no disponía de demasiado tiempo para ver a mucha más gente que a Vidal, y cuando lo hacía era más porque él acudía a visitarme que por mi propio pie. No le gustaba la casa de la torre y siempre insistía en que saliésemos a dar un paseo hasta acabar en el bar Almirall en la calle Joaquim Costa, donde tenía cuenta y mantenía una tertulia literaria los viernes por la noche a la que no me invitaba porque sabía que todos los asistentes, poetastros frustrados y

lameculos que le reían las gracias a la espera de una limosna, una recomendación para un editor o una palabra de elogio con la que tapar las heridas de la vanidad, me detestaban con una consistencia, vigor y empeño de la que carecían sus empresas artísticas, que el público trapacero se empeñaba en ignorar. Allí, a golpes de absenta y habanos caribeños, me hablaba de su novela, que nunca se acababa, de sus planes para retirarse de su vida de retirado y de sus amoríos y conquistas; cuanto mayor se hacía él, más jóvenes y núbiles eran ellas.

—No me preguntas por Cristina —decía, a veces, malicioso.

—¿Qué quiere que le pregunte?

—Si ella me pregunta por ti.

—¿Le pregunta ella por mí, don Pedro?

—No.

—Pues eso.

—La verdad es que el otro día te mencionó.

Le miré a los ojos para ver si me estaba tomando el pelo.

—¿Y qué dijo?

—No te va a gustar.

—Suéltelo.

—No lo dijo con estas palabras, pero me pareció entender que no entendía cómo te prostituías escribiendo seriales de medio pelo para ese par de ladrones, que estabas tirando por la borda tu talento y tu juventud.

Sentí como si Vidal me acabase de clavar un puñal helado en el estómago.

—¿Eso es lo que piensa?

Vidal se encogió de hombros.

—Pues por mí puede irse al infierno.

Trabajaba todos los días excepto los domingos, que dedicaba a callejear y que casi siempre acababa en alguna bodega del Paralelo donde no costaba encontrar compañía y afecto pasajero en los brazos de alguna alma solitaria y a la espera como la mía. Hasta la mañana siguiente, cuando despertaba a su lado y descubría en ellas a una extraña, no me daba cuenta de que todas se le parecían, en el color del pelo, en el modo de caminar, en un gesto o una mirada. Tarde o temprano, para ahogar aquel silencio cortante de las despedidas, aquellas damas de una noche me preguntaban cómo me ganaba la vida, y cuando me traicionaba la vanidad y les explicaba que era escritor me tomaban por mentiroso, porque nadie había oído hablar de David Martín, aunque algunas sí sabían quién era Ignatius B. Samson y conocían de oídas *La Ciudad de los Malditos*. Con el tiempo empecé a decir que trabajaba en el edificio de aduanas portuarias de las Atarazanas o que era un pasante en el despacho de abogados de Sayrach, Muntañer y Cruells.

Recuerdo una tarde en que me había sentado en el café de la Ópera en compañía

de una maestra de música llamada Alicia a la que, sospechaba, le estaba ayudando a olvidar a alguien que no se dejaba. Iba a besarla cuando descubrí el rostro de Cristina tras el cristal. Cuando salí a la calle, ya se había perdido entre el gentío de la Rambla. Dos semanas más tarde, Vidal se empeñó en invitarme al estreno de *Madame Butterfly* en el Liceo. La familia Vidal era propietaria de un palco en el primer piso, y Vidal gustaba de acudir durante toda la temporada con periodicidad semanal. Al encontrarme con él en el vestíbulo descubrí que también había traído a Cristina. Ella me saludó con una sonrisa glacial y no volvió a dirigirme la palabra, ni la mirada, hasta que Vidal, a mitad del segundo acto, decidió bajar al Círculo a saludar a uno de sus primos y nos dejó a solas en el palco, el uno contra el otro, sin más escudo que Puccini y cientos de rostros en la penumbra del teatro. Aguanté unos diez minutos antes de volverme y mirarla a los ojos.

—¿He hecho algo para ofenderla? —pregunté.

—No.

—¿Podemos entonces intentar fingir que somos amigos, al menos para ocasiones como ésta?

—Yo no quiero ser amiga suya, David.

—¿Por qué no?

—Porque usted tampoco quiere ser mi amigo.

Tenía razón, no quería ser su amigo.

—¿Es verdad que piensa que me prostituyo?

—Lo que yo piense es lo de menos. Lo que cuenta es lo que usted piense.

Permanecí allí cinco minutos más y luego me levanté y me fui sin mediar palabra. Al llegar a la gran escalinata del Liceo ya me había prometido que nunca más iba a dedicarle un pensamiento, una mirada o una palabra amable.

Al día siguiente me la encontré frente a la catedral y cuando quise evitarla me saludó con la mano y me sonrió. Me quedé inmóvil, viéndola acercarse.

—¿No me va a invitar a merendar?

—Estoy haciendo la calle y no libro hasta dentro de un par de horas.

—Entonces déjeme que le invite yo. ¿Qué cobra por acompañar a una dama durante una hora?

La seguí a regañadientes hasta una chocolatería de la calle Petritxol. Pedimos un par de tazas de cacao caliente y nos sentamos el uno frente al otro a ver quién abría la boca antes. Por una vez, gané yo.

—Ayer no quería ofenderle, David. No sé qué le habrá contado don Pedro, pero yo nunca he dicho eso.

—A lo mejor sólo lo piensa, por eso don Pedro me lo diría.

—No tiene ni idea de lo que yo pienso —replicó con dureza—. Ni don Pedro tampoco.

Me encogí de hombros.

—Está bien.

—Lo que dije era algo muy diferente. Dije que no creía que usted no hacía lo que sentía.

Sonreí, asintiendo. Lo único que sentía en aquel instante era el deseo de besarla. Cristina me sostuvo la mirada, desafiante. No apartó el rostro cuando alargué la mano y le acaricié los labios, deslizando los dedos por la barbilla y el cuello.

—Así no —dijo al fin.

Cuando el camarero nos trajo las dos tazas humeantes ya se había ido. Pasaron meses sin que volviese a oír su nombre.

Un día de finales de septiembre en que acababa de terminar una nueva entrega de *La Ciudad de los Malditos*, decidí tomarme la noche libre. Intuía que se acercaba una de aquellas tormentas de náusea y puñaladas de fuego en el cerebro. Engullí un puñado de pastillas de codeína y me tendí en la cama a oscuras a esperar que pasaran aquel sudor frío y el temblor en las manos. Empezaba a conciliar el sueño cuando oí que llamaban a la puerta. Me arrastré hasta el recibidor y abrí. Vidal, enfundado en uno de sus impecables trajes de seda italiana, encendía un cigarrillo bajo un haz de luz que el mismísimo Vermeer parecía haber pintado para él.

—¿Estás vivo o hablo con una aparición? —preguntó.

—No me diga que ha venido desde Villa Helius hasta aquí para soltarme eso.

—No. He venido porque hace meses que no sé nada de ti y me preocupas. ¿Por qué no haces instalar una línea de teléfono en este mausoleo como la gente normal?

—No me gustan los teléfonos. Me gusta ver la cara de la gente cuando me habla y que me la vean a mí.

—En tu caso no sé si eso es una buena idea. ¿Te has mirado últimamente al espejo?

—Ésa es su especialidad, don Pedro.

—Hay gente en el depósito de cadáveres del Hospital Clínico con mejor color de cara. Anda, vístete.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo. Vamos de paseo.

Vidal no aceptó negativas ni protestas. Me arrastró hasta el coche que esperaba en el paseo del Born e indicó a Manuel que se pusiera en marcha.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Sorpresa.

Cruzamos Barcelona entera hasta llegar a la avenida Pedralbes e iniciamos el ascenso por la ladera de la colina. Unos minutos más tarde avistamos Villa Helius, todos sus ventanales encendidos y proyectando una burbuja de oro candente sobre el crepúsculo. Vidal no soltaba prenda y me sonreía misterioso. Al llegar al caserón me indicó que le siguiese y me guió hasta el gran salón. Un grupo de gente esperaba allí y, al verme, aplaudió. Reconocí a don Basilio, a Cristina, a Sempere padre e hijo, a

mi antigua maestra doña Mariana, a algunos de los autores que publicaban conmigo en Barrido y Escobillas y con quienes había trabado amistad, a Manuel, que se había sumado al grupo, y a algunas de las conquistas de Vidal. Don Pedro me tendió una copa de champán y sonrió.

—Feliz veintiocho cumpleaños, David.

No me acordaba.

Al término de la cena me excusé un instante para salir al jardín a tomar el aire. Un cielo estrellado tendía un velo de plata sobre los árboles. Apenas había transcurrido un minuto cuando escuché pasos aproximándose y me volví para encontrar a la última persona que esperaba ver en aquel instante, Cristina Sagnier. Me sonrió, casi como disculpándose por la intrusión.

—Pedro no sabe que he salido a hablar con usted —dijo.

Observé que el don se había caído del tratamiento, pero hice como que no lo advertía.

—Me gustaría hablar con usted, David —dijo—. Pero no aquí, ni ahora.

Ni la penumbra del jardín consiguió ocultar mi desconcierto.

—¿Podemos vernos mañana, en algún sitio? —preguntó—. Le prometo que no le robaré mucho tiempo.

—Con una condición —dije—. Que no vuelva a llamarme de usted. Los cumpleaños ya lo envejecen a uno lo suficiente.

Cristina sonrió.

—De acuerdo. Le tuteo si usted me tutea.

—Tutear es una de mis especialidades. ¿Dónde quieres que nos encontremos?

—¿Puede ser en tu casa? No quiero que nadie nos vea ni que Pedro sepa que he hablado contigo.

—Como quieras…

Cristina sonrió, aliviada.

—Gracias. ¿Mañana, entonces? ¿Por la tarde?

—Cuando quieras. ¿Sabes dónde vivo?

—Mi padre lo sabe.

Se inclinó levemente y me besó en la mejilla.

—Feliz cumpleaños, David.

Antes de que pudiese decir nada se había esfumado en el jardín. Cuando regresé al salón, ya se había ido. Vidal me lanzó una mirada fría desde el otro extremo del salón y sólo después de darse cuenta de que le había visto sonrió. Una hora más tarde, Manuel, con el beneplácito de Vidal, se empeñó en acompañarme a casa en el Hispano-Suiza. Me senté a su lado, como solía hacerlo en las ocasiones en que viajaba con él a solas y el chófer aprovechaba para explicarme trucos de conducción y, sin que Vidal tuviese conocimiento, incluso me dejaba ponerme al volante un rato. Aquella noche el chófer estaba más taciturno que de costumbre y no despegó los labios hasta que llegamos al centro de la ciudad. Estaba más delgado que la última

vez que le había visto y me pareció que la edad empezaba a pasarle factura.

—¿Pasa alguna cosa, Manuel? —pregunté.

El chófer se encogió de hombros.

—Nada de importancia, señor Martín.

—Si le preocupa algo…

—Tonterías de salud. A la edad de uno, todo son pequeñas preocupaciones, ya lo sabe usted. Pero yo ya no importo. La que importa es mi hija.

No supe muy bien qué responder y me limité a asentir.

—Me consta que usted le tiene afecto, señor Martín. A mi Cristina. Un padre sabe ver estas cosas.

Asentí de nuevo, en silencio. No volvimos a cruzar palabra hasta que Manuel detuvo el coche al pie de la calle Flassaders, me tendió la mano y me deseó de nuevo un feliz cumpleaños.

—Si me pasara cualquier cosa —dijo entonces—, usted la ayudaría, ¿verdad, señor Martín? ¿Haría usted eso por mí?

—Claro, Manuel. Pero ¿qué le va a pasar?

El chófer sonrió y se despidió con un saludo. Le vi subir al coche y alejarse lentamente. No tuve la certeza absoluta, pero hubiera jurado que, tras un trayecto casi sin pronunciar palabra, ahora estaba hablando solo.

11

Pasé la mañana entera dando vueltas por la casa, adecentando y poniendo orden, ventilando y limpiando objetos y rincones que no recordaba ni que existían. Bajé corriendo a una floristería del mercado y cuando regresé cargado de ramos me di cuenta de que no sabía dónde había escondido los jarrones en que ponerlos. Me vestí como si fuera a salir a buscar trabajo. Ensayé palabras y saludos que me sonaban ridículos. Me miré en el espejo y comprobé que Vidal tenía razón, tenía aspecto de vampiro. Por fin me senté en una butaca de la galería a esperar con un libro en las manos. En dos horas no pasé de la primera página. Finalmente, a las cuatro en punto de la tarde, oí los pasos de Cristina en la escalera y me levanté de un salto. Cuando llamó a la puerta, yo ya llevaba allí una eternidad.

—Hola, David. ¿Es un mal momento?

—No, no. Al contrario. Pasa, por favor.

Cristina sonrió cortés y se adentró en el pasillo. La guié hasta la sala de lectura de la galería y le ofrecí asiento. Su mirada lo examinaba todo con detenimiento.

—Es un sitio muy especial —dijo—. Pedro ya me había dicho que tenías una casa señorial.

—Él prefiere el término «tétrica», pero supongo que todo es cuestión de grado.

—¿Puedo preguntarte por qué viniste a vivir aquí? Es una casa un tanto grande para alguien que vive solo.

Alguien que vive solo, pensé. Uno acaba convirtiéndose en aquello que ve en los ojos de quienes desea.

—¿La verdad? —pregunté—. La verdad es que me vine a vivir aquí porque durante muchos años veía esta casa casi todos los días al ir y venir del periódico. Siempre estaba cerrada y al final empecé a pensar que me estaba esperando a mí. Acabé soñando, literalmente, que algún día viviría en ella. Y así ha sido.

—¿Se hacen realidad todos tus sueños, David?

Aquel tono de ironía me recordaba demasiado a Vidal.

—No —respondí—. Éste es el único. Pero tú querías hablarme de algo y te estoy entreteniendo con historias que seguramente no te interesan.

Mi voz sonó más defensiva de lo que hubiese deseado. Con el anhelo me había pasado como con las flores; una vez lo tenía en las manos no sabía dónde ponerlo.

—Quería hablarte de Pedro —empezó Cristina.

—Ah.

—Tú eres su mejor amigo. Le conoces. Él habla de ti como de un hijo. Te quiere como a nadie. Ya lo sabes.

—Don Pedro me ha tratado como a un hijo —dije—. De no haber sido por él y por el señor Sempere no sé qué habría sido de mí.

—La razón por la que quería hablar contigo es porque estoy muy preocupada por él.

—¿Preocupada por qué?

—Ya sabes que hace años empecé a trabajar para él como secretaria. La verdad es que Pedro es un hombre generoso y hemos acabado por ser buenos amigos. Se ha portado muy bien con mi padre y conmigo. Por eso me duele verle así.

—¿Así cómo?

—Es ese maldito libro, la novela que quiere escribir.

—Lleva años con ella.

—Lleva años destruyéndola. Yo corrijo y mecanografío todas sus páginas. En los años que llevo como secretaria suya ha destruido no menos de dos mil páginas. Dice que no tiene talento. Que es un farsante. Bebe constantemente. A veces le encuentro en su despacho, arriba, bebido, llorando como un niño…

Tragué saliva.

—… dice que te envidia, que quisiera ser como tú, que la gente miente y le elogia porque quieren algo de él, dinero, ayuda, pero que él sabe que su obra no tiene ningún valor. Con los demás mantiene la fachada, los trajes y todo eso, pero yo le veo todos los días y se está apagando. A veces me da miedo que cometa una tontería. Hace tiempo ya. No he dicho nada porque no sabía con quién hablar. Sé que si él se enterara de que he venido a verte montaría en cólera. Siempre me dice: a David no le molestes con mis cosas. Él tiene su vida por delante y yo ya no soy nada. Siempre está diciendo cosas así. Perdona que te cuente todo esto, pero no sabía a quién acudir…

Nos sumimos en un largo silencio. Sentí que me invadía un frío intenso, la certeza de que mientras el hombre al que debía la vida se había hundido en la desesperanza, yo, encerrado en mi propio mundo, no me había detenido ni un segundo para darme cuenta.

—Tal vez no debería haber venido.

—No —dije—. Has hecho bien.

Cristina me miró con una sonrisa tibia y, por primera vez, tuve la impresión de que no era un extraño para ella.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Vamos a ayudarle —dije.

—¿Y si no se deja?

—Entonces lo haremos sin que se dé cuenta.

12

Nunca sabré si lo hice por ayudar a Vidal, como me decía a mí mismo, o simplemente a cambio de tener una excusa para pasar tiempo al lado de Cristina. Nos encontrábamos casi todas las tardes en la casa de la torre. Cristina traía las cuartillas que Vidal había escrito el día anterior a mano, siempre repletas de tachones, párrafos enteros rayados, anotaciones por todas partes y mil y un intentos de salvar lo insalvable. Subíamos al estudio y nos sentábamos en el suelo. Cristina las leía en voz alta una primera vez y luego discutíamos sobre ellas largamente. Mi mentor estaba intentando escribir un amago de saga épica que abarcaba tres generaciones de una dinastía barcelonesa no muy distinta de los Vidal. La acción arrancaba unos años antes de la revolución industrial con la llegada de dos hermanos huérfanos a la ciudad y evolucionaba en una suerte de parábola bíblica a lo Caín y Abel. Uno de los hermanos acababa por transformarse en el más rico y poderoso magnate de su época, mientras el otro se entregaba a la Iglesia y a la ayuda a los pobres, para terminar sus días trágicamente en un episodio que transparentaba las desventuras del sacerdote y poeta mosén Jacint Verdaguer. A lo largo de sus vidas, los hermanos se enfrentaban, y una interminable galería de personajes desfilaban por tórridos melodramas, escándalos, asesinatos, amoríos ilícitos, tragedias y demás requisitos del género, todo ello ambientado sobre el escenario del nacimiento de la metrópoli moderna y el mundo industrial y financiero. La novela estaba narrada por un nieto de uno de los dos hermanos, que reconstruía la historia mientras contemplaba la ciudad arder desde un palacio de Pedralbes durante los días de la Semana Trágica de 1909.

Lo primero que me sorprendió fue que aquel argumento se lo había esbozado yo a Vidal un par de años antes a modo de sugerencia para que arrancase su supuesta novela de calado, la que siempre decía que algún día iba a escribir. Lo segundo fue que nunca me había dicho que hubiera decidido utilizarlo ni que hubiese ya invertido años en ello, y no por falta de oportunidades. Lo tercero fue que la novela, tal y como estaba, era un completo y monumental fiasco: no funcionaba una sola pieza, empezando por los personajes y la estructura, pasando por la atmósfera y la dramatización y terminando por un lenguaje y un estilo que hacían pensar en los esfuerzos de un aficionado con tantas pretensiones como tiempo libre en las manos.

—¿Qué te parece? —preguntaba Cristina—. ¿Crees que tiene arreglo?

Preferí no decirle que Vidal me había tomado prestada la premisa y, con ánimo de no preocuparla más de lo que estaba, sonreí y asentí.

—Necesita algo de trabajo. Es todo.

Cuando empezaba a anochecer, Cristina se sentaba a la máquina y entre los dos reescribíamos el libro de Vidal letra por letra, línea por línea, escena por escena.

El argumento que había armado Vidal era tan vago e insulso que opté por recuperar el que había improvisado al sugerirle la idea. Lentamente empezamos a resucitar a los personajes reventándolos por dentro y rehaciéndolos de pies a cabeza. Ni una sola escena, momento, línea o palabra sobrevivía al proceso y, sin embargo, a medida que avanzábamos, tenía la impresión de que estábamos haciendo justicia a la novela que Vidal llevaba en el corazón y se había propuesto escribir pero no sabía cómo.

Cristina me decía que, a veces, Vidal, semanas después de creer que había escrito una escena, la releía en su versión final mecanografiada y se sorprendía de su fino oficio y de la plenitud de un talento en el que había dejado de creer. Cristina temía que fuese a descubrir lo que estábamos haciendo y me decía que debíamos ser más fieles a su original.

—Nunca subestimes la vanidad de un escritor, especialmente de un escritor mediocre —replicaba yo.

—No me gusta oírte hablar así de Pedro.

—Lo siento. A mí tampoco.

—A lo mejor deberías aflojar un poco el ritmo. No tienes buen aspecto. Ya no me preocupa Pedro, ahora el que me preocupas eres tú.

—Algo bueno tenía que salir de todo esto.

Con el tiempo me acostumbré a vivir para saborear aquellos instantes que compartía con ella. Mi propio trabajo no tardó en resentirse. Sacaba el tiempo para trabajar en *La Ciudad de los Malditos* de donde no lo había, durmiendo apenas tres horas al día y apretando al máximo para cumplir los plazos de mi contrato. Barrido y Escobillas tenían por norma no leer ningún libro, ni los que publicaban ellos ni los de la competencia, pero la Veneno sí los leía, y pronto empezó a sospechar que algo extraño me estaba sucediendo.

—Éste no eres tú —decía a veces.

—Claro que no soy yo, querida Herminia. Es Ignatius B. Samson.

Era consciente del riesgo que había asumido, pero no me importaba. No me importaba despertar todos los días cubierto de sudor con el corazón palpitando como si fuese a partirme las costillas. Hubiera pagado aquel precio y mucho más por no renunciar al roce lento y secreto que sin quererlo nos convertía en cómplices. Sabía perfectamente que Cristina lo veía en mis ojos cada día que venía a casa, y sabía perfectamente que nunca respondería a mis gestos. No había futuro ni grandes esperanzas en aquella carrera a ninguna parte, y ambos lo sabíamos.

A veces, cansados ya de intentar reflotar aquel barco que hacía aguas por todas partes, abandonábamos el manuscrito de Vidal y nos atrevíamos a hablar de algo que no fuese aquella proximidad que de tanto esconderse empezaba a quemar en la conciencia. En ocasiones me armaba de valor y le tomaba la mano. Ella me dejaba hacer, pero sabía que la incomodaba, que sentía que aquello que hacíamos no estaba bien, que la deuda de gratitud que teníamos con Vidal nos unía y separaba a un tiempo. Una noche, poco antes de que se retirase, le tomé el rostro e intenté besarla. Se quedó inmóvil y cuando me vi en el espejo de su mirada no me atreví a decir nada. Se levantó y se fue sin mediar palabra. No la vi por espacio de dos semanas y cuando regresó me hizo prometer que nunca volvería a suceder algo así.

—David, quiero que entiendas que cuando acabemos de trabajar en el libro de Pedro no volveremos a vernos como ahora.

—¿Por qué no?

—Tú sabes por qué.

Mis avances no eran lo único que Cristina no veía con buenos ojos. Empezaba a sospechar que Vidal estaba en lo cierto cuando me había dicho que le desagradaban los libros que escribía para Barrido y Escobillas, aunque lo callase. No me costaba imaginarla pensando que el mío era un empeño mercenario y sin alma, que estaba vendiendo mi integridad a cambio de una limosna para enriquecer a aquel par de ratas de alcantarilla porque no tenía el valor de escribir con el corazón, con mi nombre y con mis propios sentimientos. Lo que más me dolía era que, en el fondo, tenía razón. Yo fantaseaba con la idea de renunciar a mi contrato, de escribir un libro sólo para ella con el que ganarme su respeto. Si lo único que sabía hacer no era lo suficientemente bueno para ella, tal vez más me valía volver a los días grises y miserables del periódico. Siempre podría vivir de la caridad y los favores de Vidal.

Había salido a caminar después de una larga noche de trabajo, incapaz de conciliar el sueño. Sin rumbo fijo, mis pasos me guiaron ciudad arriba hasta las obras del templo de la Sagrada Familia. De pequeño, mi padre me había llevado a veces allí para contemplar aquella babel de esculturas y pórticos que nunca acababa de levantar el vuelo, como si estuviese maldita. A mí me gustaba volver a visitarlo y comprobar que no había cambiado, que la ciudad no paraba de crecer a su alrededor, pero que la Sagrada Familia permanecía en ruinas desde el primer día.

Cuando llegué despuntaba un amanecer azul segado de luces rojas que silueteaba las torres de la fachada de la Natividad. Un viento del este arrastraba el polvo de las calles sin adoquinar y el olor ácido de las fábricas que apuntalaban la frontera del barrio de Sant Martí. Estaba cruzando la calle Mallorca cuando vi las luces de un tranvía acercándose en la neblina del alba. Escuché el traqueteo de las ruedas de metal sobre los raíles y el sonido de la campana que el conductor hacía sonar para alertar de su paso por las sombras. Quise correr, pero no pude. Me quedé allí clavado,

inmóvil entre los raíles contemplando las luces del tranvía abalanzándose sobre mí. Oí los gritos del conductor y vi la estela de chispas que arrancaron las ruedas al trabarse los frenos. Y aun así, con la muerte a apenas unos metros, no pude mover un músculo. Sentí aquel olor a electricidad que traía la luz blanca que prendió en mis ojos hasta que el faro del tranvía quedó velado. Me desplomé como un muñeco, conservando el sentido apenas unos segundos más, lo justo para ver que la rueda del tranvía, humeante, se detenía a unos veinte centímetros de mi rostro. Luego todo fue oscuridad.

13

Abrí los ojos. Columnas de piedra gruesas como árboles ascendían en penumbra hacia una bóveda desnuda. Agujas de luz polvorienta caían en diagonal e insinuaban hileras interminables de camastros. Pequeñas gotas de agua se desprendían de las alturas como lágrimas negras que explotaban en eco al tocar el suelo. La penumbra olía a moho y a humedad.

—Bienvenido al purgatorio.

Me incorporé y me volví para descubrir a un hombre vestido de harapos que leía un periódico a la luz de un farol y blandía una sonrisa a la que le faltaban la mitad de los dientes. La portada del diario que tenía en las manos anunciaba que el general Primo de Rivera asumía todos los poderes del Estado e inauguraba una dictadura de guante blando para salvar al país de la inminente hecatombe. Aquel diario tenía por lo menos seis años.

—¿Dónde estoy?

El hombre me miró por encima del periódico, intrigado.

—En el hotel Ritz. ¿No lo huele?

—¿Cómo he llegado aquí?

—Hecho unos zorros. Le han traído esta mañana en camilla y lleva usted durmiendo la mona desde entonces.

Palpé mi chaqueta y comprobé que todo el dinero que llevaba encima había desaparecido.

—Cómo está el mundo —exclamó el hombre ante las noticias de su periódico—. Se conoce que, en las fases más avanzadas del cretinismo, la falta de ideas se compensa con el exceso de ideologías.

—¿Cómo se sale de aquí?

—Si tanta prisa tiene… Hay dos maneras, la permanente y la temporal. La permanente es por el tejado: un buen salto y se libra usted de toda esta bazofia para siempre. La salida temporal está por allí, al fondo, donde anda aquel atontado puño en alto al que se le caen los pantalones y hace el saludo revolucionario a todo el que pasa. Pero si sale por ahí, tarde o temprano volverá aquí.

El hombre del diario me observaba divertido, con esa lucidez que sólo brilla de vez en cuando en los locos.

—¿Es usted el que me ha robado?

—La duda ofende. Cuando le han traído ya estaba usted limpio como una patena y yo sólo acepto títulos negociables en Bolsa.

Dejé a aquel lunático en su camastro con su atrasado diario y sus avanzados

discursos. La cabeza todavía me daba vueltas y a duras penas conseguía andar cuatro pasos en línea recta, pero conseguí llegar hasta una puerta en uno de los laterales de la gran bóveda que daba a unas escalinatas. Una tenue claridad parecía filtrarse en lo alto de la escalera. Ascendí cuatro o cinco pisos hasta sentir una bocanada de aire fresco que entraba por un portón al final de las escaleras. Salí al exterior y comprendí por fin adónde había ido a parar.

Frente a mí se desplegaba un lago suspendido sobre la arboleda del Parque de la Ciudadela. El sol empezaba a ponerse sobre la ciudad y las aguas recubiertas de algas ondulaban como vino derramado. El Depósito de las Aguas tenía las trazas de un tosco castillo o de una prisión. Había sido construido para abastecer de agua los pabellones de la Exposición Universal de 1888, pero con el tiempo sus tripas de catedral laica habían acabado por servir de cobijo a moribundos e indigentes que no tenían otro lugar donde refugiarse cuando arreciaba la noche o el frío. El gran embalse de agua suspendido en la azotea era ahora un lago cenagoso y turbio que se desangraba lentamente por las grietas del edificio.

Fue entonces cuando reparé en la figura apostada en uno de los extremos de la azotea. Como si el mero roce de mi mirada le hubiese alertado, se dio la vuelta bruscamente y me miró. Todavía me sentía algo aturdido y tenía la visión nublada, pero me pareció ver que la figura se estaba acercando. Lo hacía demasiado rápido, como si sus pies no tocasen el suelo al caminar y se desplazase con sacudidas bruscas y demasiado ágiles para que la mirada las captase. Apenas podía apreciar su rostro al contraluz, pero pude distinguir que se trataba de un caballero que tenía unos ojos negros y relucientes que parecían demasiado grandes para su rostro. Cuanto más cerca de mí estaba, mayor era la impresión de que su silueta se alargaba y crecía en estatura. Sentí un escalofrío ante su avance y retrocedí unos pasos sin darme cuenta de que me estaba dirigiendo hacia el borde del lago. Sentí que mis pies perdían el firme y empezaba ya a caer de espaldas a las aguas oscuras del estanque cuando el extraño me sostuvo del brazo. Tiró de mí con delicadeza y me guió de regreso a terreno seguro. Me senté en uno de los bancos que rodeaban el estanque y respiré hondo. Alcé la vista y le vi por primera vez con claridad. Sus ojos eran de tamaño normal, su estatura como la mía, sus pasos y gestos los de un caballero como cualquier otro. Tenía una expresión amable y tranquilizadora.

—Gracias —dije.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. Es sólo un mareo.

El extraño tomó asiento junto a mí. Iba enfundado en un traje oscuro de tres piezas de factura exquisita y tocado con un pequeño broche plateado en la solapa de la chaqueta, un ángel de alas desplegadas que me resultó extrañamente familiar. Se me ocurrió que la presencia de un caballero de impecable atavío en aquella azotea resultaba un tanto inusual. Como si pudiese leer mi pensamiento, el extraño me sonrió.

—Confío en no haberle alarmado —ofreció—. Supongo que no esperaba usted encontrar a nadie aquí arriba.

Le miré, perplejo. Vi el reflejo de mi rostro en sus pupilas negras, que se dilataban como una mancha de tinta sobre el papel.

—¿Puedo preguntarle qué le trae por aquí?

—Lo mismo que a usted: grandes esperanzas.

—Andreas Corelli —murmuré.

Su rostro se iluminó.

—Qué gran placer poder saludarle finalmente en persona, amigo mío.

Hablaba con un leve acento que no supe localizar. Mi instinto me decía que me levantase y me marchase de allí a toda prisa antes de que aquel extraño pronunciase una palabra más, pero había algo en su voz, en su mirada, que transmitía serenidad y confianza. Preferí no preguntarme cómo había podido saber que me encontraría en aquel lugar cuando ni yo mismo sabía dónde estaba. Me reconfortaban el sonido de sus palabras y la luz de sus ojos. Me tendió la mano y se la estreché. Su sonrisa prometía un paraíso perdido.

—Supongo que debería agradecerle todas las gentilezas que ha tenido usted conmigo a lo largo de los años, señor Corelli. Me temo que estoy en deuda con usted.

—En absoluto. Soy yo quien está en deuda, amigo mío, y quien debe disculparse por abordarle así, en un lugar y un momento tan inconvenientes, pero confieso que hace ya tiempo que quería hablar con usted y no sabía encontrar la ocasión.

—¿Qué puedo hacer, entonces, por usted? —pregunté.

—Quiero que trabaje para mí.

—¿Perdón?

—Quiero que escriba para mí.

—Por supuesto. Olvidaba que es usted editor.

El extraño rió. Tenía una risa dulce, de niño que nunca ha roto un plato.

—El mejor de todos. El editor que ha estado esperando toda la vida. El editor que le hará a usted inmortal.

El extraño me tendió una de sus tarjetas de visita, idéntica a la que aún conservaba y había encontrado en mis manos al despertar de mi sueño con Chloé.

ANDREAS CORELLI

Éditeur

Éditions de la Lumière

Boulevard St.-Germain, 69. Paris

—Me siento halagado, señor Corelli, pero me temo que no me es posible aceptar su invitación. Tengo un contrato suscrito con…

—Barrido y Escobillas, lo sé. Gentuza con la que, sin ánimo de ofenderle, no debería usted mantener relación alguna.

—Es una opinión que comparten otras personas.

—¿La señorita Sagnier, tal vez?

—¿La conoce usted?

—De oídas. Parece la clase de mujer cuyo respeto y admiración uno daría cualquier cosa por ganar, ¿no es así? ¿No le anima ella a que abandone a ese par de parásitos y sea fiel a usted mismo?

—No es tan simple. Tengo un contrato que me liga en exclusiva a ellos durante seis años más.

—Lo sé, pero eso no debería preocuparle. Mis abogados están estudiando el tema y le aseguro que hay diversas fórmulas para disolver definitivamente cualquier atadura legal en el caso de que se aviniera usted a aceptar mi propuesta.

—¿Y su propuesta es?

Corelli sonrió con aire juguetón y malicioso, como un colegial que disfruta desvelando un secreto.

—Que me dedique un año en exclusiva para trabajar en un libro de encargo, un libro cuya temática discutiríamos usted y yo a la firma del contrato y por el que le pagaría, por adelantado, la suma de cien mil francos.

Le miré, atónito.

—Si esa suma no le parece adecuada estoy abierto a estudiar la que usted estime oportuna. Le seré sincero, señor Martín, no voy a pelearme con usted por dinero. Y, en confianza, creo que usted tampoco va a querer hacerlo, porque sé que cuando le explique la clase de libro que quiero que escriba para mí, el precio será lo de menos.

Suspiré y reí para mis adentros.

—Veo que no me cree.

—Señor Corelli, soy un autor de novelas de aventuras que ni siquiera llevan mi nombre. Mis editores, a quien al parecer usted ya conoce, son un par de estafadores de medio pelo que no valen su peso en estiércol, y mis lectores no saben ni que existo. Llevo años ganándome la vida en este oficio y todavía no he escrito una sola página de la que me sienta satisfecho. La mujer que quiero cree que estoy desperdiciando mi vida y tiene razón. También cree que no tengo derecho a desearla, que somos un par de almas insignificantes cuya única razón de ser es la deuda de gratitud que tenemos con un hombre que nos ha sacado a los dos de la miseria, y puede que también tenga razón en eso. Poco importa. El día menos pensado cumpliré treinta años y me daré cuenta de que cada día me parezco menos a la persona que quería ser cuando tenía quince. Eso si los cumplo, porque mi salud últimamente es casi tan consistente como mi trabajo. Hoy por hoy, si soy capaz de armar una o dos frases legibles por hora me tengo que dar por satisfecho. Ésa es la clase de autor y de hombre que soy. No la que recibe visitas de editores de París con cheques en blanco para escribir el libro que cambie su vida y haga realidad todas sus esperanzas.

Corelli me observó con gesto grave, sopesando mis palabras.

—Creo que es usted un juez demasiado severo consigo mismo, lo cual es siempre

una cualidad que distingue a las personas de valía. Créame cuando le digo que a lo largo de mi carrera he tratado con infinidad de personajes por los que no hubiera dado usted un escupitajo y que tenían un altísimo concepto de sí mismos. Pero quiero que sepa que, aunque usted no me crea, sé exactamente la clase de autor y de hombre que es. Hace años que le sigo la pista, usted ya lo sabe. He leído desde el primer relato que escribió para *La Voz de la Industria* hasta la serie de *Los misterios de Barcelona*, y ahora cada una de las entregas de los seriales de Ignatius B. Samson. Me atrevería a decir que le conozco mejor de lo que se conoce usted mismo. Por eso sé que, al final, aceptará mi oferta.

—¿Qué más sabe?

—Sé que tenemos algo, o mucho, en común. Sé que perdió a su padre y yo también. Sé lo que es perder a un padre cuando todavía se le necesita. Al suyo se lo arrebataron en trágicas circunstancias. El mío, por motivos que no hacen al caso, me repudió y expulsó de su casa. Casi le diría que eso puede ser más doloroso. Sé que se siente solo, y créame cuando le digo que ése es un sentimiento que también conozco profundamente. Sé que alberga en su corazón grandes esperanzas, pero que ninguna de ellas se ha cumplido, y sé que eso, sin que usted se dé cuenta, le está matando un poco cada día que pasa. Sus palabras trajeron un largo silencio.

—Sabe usted muchas cosas, señor Corelli.

—Las suficientes para pensar que me gustaría conocerle mejor y ser su amigo. Y creo que usted no tiene muchos amigos. Yo tampoco. No confío en la gente que cree tener muchos amigos. Es señal de que no conocen a los demás.

—Pero no busca usted un amigo, busca un empleado.

—Busco a un socio temporal. Le busco a usted.

—Está usted muy seguro de sí mismo —aventuré.

—Es un defecto de nacimiento —replicó Corelli, levantándose—. Otro es la clarividencia. Por eso comprendo que quizá es todavía pronto para usted y que no le basta con oír la verdad de mis labios. Necesita usted verla con sus propios ojos. Sentirla en su carne. Y, créame, la sentirá.

Me tendió la mano y no la retiró hasta que se la estreché.

—¿Puedo al menos quedarme con la tranquilidad de que pensará en lo que he le dicho y que volveremos a hablar? —preguntó.

—No sé qué decir, señor Corelli.

—No me diga nada ahora. Le prometo que la próxima vez que nos encontremos lo verá usted mucho más claro.

Con estas palabras me sonrió cordialmente y se alejó hacia las escaleras.

—¿Habrá una próxima vez? —pregunté.

Corelli se detuvo y se volvió.

—Siempre la hay.

—¿Dónde?

Las últimas luces del día caían sobre la ciudad y sus ojos brillaban como dos

brasas.

Le vi desaparecer por la puerta de las escaleras. Sólo entonces me di cuenta de que, durante toda la conversación, no le había visto pestañear una sola vez.

14

El consultorio estaba situado en un piso alto desde el que se veían el mar reluciendo a lo lejos y la pendiente de la calle Muntaner punteada de tranvías que resbalaban hasta el Ensanche entre grandes caserones y edificios señoriales. La consulta olía a limpio. Sus salas estaban decoradas con gusto exquisito. Sus cuadros eran tranquilizadores y llenos de vistas a paisajes de esperanza y paz. Sus estanterías estaban repletas de libros imponentes rezumando autoridad. Sus enfermeras se movían como bailarinas y sonreían al pasar. Aquél era un purgatorio para bolsillos pudientes.

—El doctor le verá ahora, señor Martín.

El doctor Trías era un hombre de aire patricio y aspecto impecable que transmitía serenidad y confianza en cada gesto. Ojos grises y penetrantes tras lentes montados al aire. Sonrisa cordial y afable, nunca frívola. El doctor Trías era un hombre acostumbrado a lidiar con la muerte, y cuanto más sonreía, más miedo daba. Por el modo en que me hizo pasar y tomar asiento tuve la impresión de que, aunque días antes, cuando empecé a someterme a las pruebas, me había hablado de recientes avances científicos y médicos que permitían albergar esperanzas en la lucha contra los síntomas que le había descrito, por lo que a él concernía no había dudas.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó, dudando entre mirarme a mí o a la carpeta que tenía sobre la mesa.

—Dígamelo usted.

Me ofreció una sonrisa leve, de buen jugador.

—Me dice la enfermera que es usted escritor, aunque veo aquí que al rellenar el cuestionario de ingreso puso que era mercenario.

—En mi caso no hay diferencia alguna.

—Creo que alguno de mis pacientes es lector suyo.

—Confío en que el daño neurológico causado no haya sido permanente.

El doctor sonrió como si mi comentario le pareciese gracioso y adoptó un ademán más directo que daba a entender que los amables y banales prolegómenos de la conversación se habían terminado.

—Señor Martín, veo que ha venido usted solo. ¿No tiene usted familia inmediata? ¿Esposa? ¿Hermanos? ¿Padres que vivan todavía?

—Eso suena un tanto fúnebre —aventuré.

—Señor Martín, no le voy a mentir. Los resultados de las primeras pruebas no son todo lo halagüeños que esperábamos.

Le miré en silencio. No sentía miedo ni inquietud. No sentía nada.

—Todo apunta a que tiene usted un crecimiento alojado en el lóbulo izquierdo de su cerebro. Los resultados confirman lo que los síntomas que usted me describió hacían temer y todo parece indicar que podría tratarse de un carcinoma.

Durante unos segundos fui incapaz de decir nada. No pude ni fingir sorpresa.

—¿Cuánto hace que lo tengo?

—Es imposible saberlo a ciencia cierta aunque me atrevería a suponer que el tumor lleva creciendo desde hace bastante tiempo, lo cual explicaría los síntomas que me ha descrito y las dificultades que ha experimentado últimamente en su trabajo.

Respiré profundamente, asintiendo. El doctor me observaba con aire paciente y benévolo, dejando que me tomase mi tiempo. Intenté empezar varias frases que no llegaron a aflorar a mis labios. Finalmente nuestras miradas se encontraron.

—Supongo que estoy en sus manos, doctor. Usted me dirá cuál es el tratamiento que tengo que seguir.

Vi que los ojos se le inundaban de desesperanza y que se daba entonces cuenta de que yo no había querido entender lo que me estaba diciendo. Asentí de nuevo, combatiendo la náusea que empezaba a escalarme la garganta. El doctor me sirvió un vaso de agua de una jarra y me lo tendió. Lo apuré de un trago.

—No hay tratamiento —dije yo.

—Lo hay. Hay muchas cosas que podemos hacer para aliviar el dolor y para garantizarle a usted la máxima comodidad y tranquilidad…

—Pero voy a morir.

—Sí.

—Pronto.

—Posiblemente.

Sonreí para mí. Incluso las peores noticias son un alivio cuando no pasan de ser una confirmación de algo que uno ya sabía sin querer saberlo.

—Tengo veintiocho años —dije, sin saber muy bien por qué.

—Lo siento, señor Martín. Me gustaría poder darle otras noticias.

Sentí que finalmente había confesado una mentira o un pecado venial y que la losa del remordimiento se levantaba de un plumazo.

—¿Cuánto tiempo me queda?

—Es difícil determinarlo con exactitud. Yo diría que un año, año y medio a lo sumo.

Su tono daba a entender claramente que aquél era un pronóstico más que optimista.

—¿Y de ese año, o lo que sea, cuánto tiempo cree usted que puedo conservar mis facultades para trabajar y valerme por mí mismo?

—Es usted escritor y trabaja con su cerebro. Lamentablemente ahí es donde está localizado el problema y ahí es donde antes nos encontraremos con limitaciones.

—Limitaciones no es un término médico, doctor.

—Lo normal es que a medida que avance la enfermedad los síntomas que ha

venido usted experimentando se manifiesten con más intensidad y frecuencia y que, a partir de cierto momento, deba usted ingresar en un hospital para que podamos hacernos cargo de su cuidado.

—No podré escribir.

—No podrá ni pensar en escribir.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Nueve o diez meses. Tal vez más, tal vez menos. Lo siento mucho, señor Martín.

Asentí y me levanté. Me temblaban las manos y me faltaba el aire.

—Señor Martín, entiendo que necesita tiempo para pensar en todo lo que le estoy diciendo, pero es importante que tomemos medidas cuanto antes…

—No me puedo morir todavía, doctor. Aún no. Tengo cosas que hacer. Después tendré toda la vida para morirme.

15

Aquella misma noche subí al estudio de la torre y me senté frente a la máquina de escribir aunque sabía que estaba seco. Las ventanas estaban abiertas de par en par, pero Barcelona ya no quería contarme nada y fui incapaz de completar una sola página. Cuanto era capaz de conjurar me parecía banal y hueco. Me bastaba releerlas para comprender que mis palabras apenas valían la tinta en la que estaban impresas. Ya no era capaz de oír la música que desprende un pedazo decente de prosa. Poco a poco, como un veneno lento y placentero, las palabras de Andreas Corelli empezaron a gotear en mi pensamiento. Me quedaban por lo menos cien páginas para terminar aquella enésima entrega de las rocambolescas aventuras que tanto habían abultado los bolsillos de Barrido y Escobillas, pero supe en aquel mismo momento que no iba a terminarla. Ignatius B. Samson se había quedado tendido en los raíles frente a aquel tranvía, exhausto, y desangrada su alma en demasiadas páginas que nunca debieron ver la luz. Pero antes de irse me había dejado su última voluntad. Que le enterrase sin ceremoniales y que, por una vez en la vida, tuviese el valor de usar mi propia voz. Me legaba su considerable arsenal de humo y de espejos. Y me pedía que le dejase ir, porque él había nacido para ser olvidado. Tomé las páginas que llevaba escritas de su última novela y les prendí fuego, sintiendo cómo una losa se me quitaba de encima con cada página que entregaba a las llamas. Una brisa húmeda y calurosa soplaba aquella noche sobre los tejados, y al entrar por mis ventanas se llevó las cenizas de Ignatius B. Samson y las esparció entre los callejones de la ciudad vieja de donde nunca, por mucho que sus palabras se perdiesen para siempre y su nombre resbalase de la memoria de sus más devotos lectores, se marcharía. Al día siguiente me presenté en las oficinas de Barrido y Escobillas. La recepcionista era nueva, apenas una chiquilla, y no me reconoció.

—¿Su nombre?

—Hugo, Víctor.

La recepcionista sonrió y conectó la centralita para avisar a Herminia.

—Doña Herminia, don Hugo Víctor está aquí para ver al señor Barrido.

La vi asentir y desconectar la centralita.

—Dice que sale ahora mismo.

—¿Hace mucho que trabajas aquí? —pregunté.

—Una semana —respondió la muchacha, solícita.

Si no erraban mis cálculos, aquélla era la octava recepcionista que tenía Barrido y Escobillas en lo que iba de año. Los empleados de la casa que dependían

directamente de la taimada Herminia duraban poco porque la Veneno, cuando descubría que tenían un par de dedos más de frente que ella y temía que le pudieran hacer sombra, cosa que sucedía nueve de cada diez veces, los acusaba de robo, hurto o alguna falta disparatada, y organizaba un rosario hasta que Escobillas los ponía en la calle y los amenazaba con enviarlos a algún sicario si por ventura se iban de la lengua.

—Qué alegría verte, David —dijo la Veneno—. Te veo más guapo. Con muy buen aspecto.

—Es que me ha atropellado un tranvía. ¿Está Barrido?

—Qué cosas tienes. Para ti, siempre está. Se va a poner muy contento cuando le diga que has venido a visitarnos.

—No tienes ni idea.

La Veneno me condujo hasta el despacho de Barrido, que estaba decorado como la cámara de un canciller de opereta, con profusión de alfombras, bustos de emperadores, naturalezas muertas y tomos encuadernados en piel y adquiridos a granel que, por lo que yo podía imaginar, debían de estar en blanco. Barrido me ofreció la más aceitosa de sus sonrisas y me estrechó la mano.

—Estamos ya todos impacientes por recibir la nueva entrega. Sepa usted que vamos reeditando las dos últimas y que nos las quitan de las manos. Cinco mil ejemplares más. ¿Qué le parece?

Me parecía que debían de ser por lo menos cincuenta mil, pero me limité a asentir sin entusiasmo. Barrido y Escobillas habían refinado al nivel de arreglo floral lo que en el gremio editorial barcelonés se conocía como la doble tirada. De cada título se hacía una edición oficial y declarada de unos pocos miles de ejemplares por los que se pagaba un margen ridículo al autor. Luego, si el libro funcionaba, había una o muchas ediciones reales y subterráneas de docenas de miles de ejemplares que nunca se declaraban y por las que el autor no veía una peseta. Estos últimos ejemplares podían distinguirse de los primeros porque Barrido los hacía imprimir de tapadillo en una antigua planta de embutidos situada en Santa Perpetua de Mogoda y, si uno los hojeaba, desprendían el inconfundible perfume del chorizo bien curado.

—Me temo que tengo malas noticias.

Barrido y la Veneno intercambiaron una mirada sin aflojar la mueca. En éstas, Escobillas se materializó por la puerta y me miró con aquel aire seco y displicente con que parecía tomarle a uno las medidas a ojo para un ataúd.

—Mira quién ha venido a vernos. Qué sorpresa tan agradable, ¿verdad? —preguntó Barrido a su socio, que se limitó a asentir.

—¿Qué malas noticias son ésas? —preguntó Escobillas.

—¿Lleva algo de retraso, amigo Martín? —añadió Barrido amistosamente—. Seguro que podemos acomodar.

—No. No hay retraso. Sencillamente no va a haber libro.

Escobillas dio un paso al frente y arqueó las cejas. Barrido dejó escapar una risita.

—¿Cómo que no va a haber libro? —preguntó Escobillas.

—Como que ayer le prendí fuego y no queda una sola página del manuscrito.

Se desplomó un espeso silencio. Barrido hizo un gesto conciliador y señaló la que se conocía como la butaca de las visitas, un trono negruzco y hundido en el que se acorralaba a autores y proveedores para que quedasen a la altura de la mirada de Barrido.

—Martín, siéntese y cuénteme. Algo le preocupa, lo noto. Puede usted sincerarse con nosotros, que está en familia.

La Veneno y Escobillas asintieron con convicción, mostrando el alcance de su aprecio en una mirada de embelesada devoción. Preferí quedarme de pie. Todos hicieron lo propio y me contemplaron como si fuese una estatua de sal que está a punto de echarse a hablar en cualquier momento. A Barrido le dolía la cara de tanto sonreír.

—¿Y?

—Ignatius B. Samson se ha suicidado. Ha dejado inédito un relato de veinte páginas en el que muere junto a Chloé Permanyer, abrazados ambos tras haber ingerido un veneno.

—¿El autor muere en una de sus propias novelas? —preguntó Herminia, confundida.

—Es su despedida *avant-garde* del mundo del serial. Un detalle que estaba seguro les iba a encantar a ustedes.

—¿Y no podría haber un antídoto o…? —preguntó la Veneno.

—Martín, no hará falta que le recuerde que es usted, y no el presuntamente difunto Ignatius, quien tiene suscrito un contrato… —dijo Escobillas. Barrido alzó la mano para acallar a su colega.

—Creo que sé lo que le pasa, Martín. Está usted agotado. Lleva años dejándose los sesos sin descanso, cosa que esta casa le agradece y valora, y necesita usted un respiro. Y lo entiendo. Lo entendemos, ¿verdad?

Barrido miró a Escobillas y a la Veneno, que procedieron a asentir con cara de circunstancias.

—Es usted un artista y quiere hacer arte, alta literatura, algo que le brote del corazón y que inscriba su nombre en letras de oro en los peldaños de la historia universal.

—Tal como lo explica usted suena ridículo —dije.

—Porque lo es —adujo Escobillas.

—No, no lo es —cortó Barrido—. Es humano. Y nosotros somos humanos. Yo, mi socio y Herminia, que siendo mujer y criatura de sensibilidad delicada es la más humana de todos, ¿no es así, Herminia?

—Humanísima —convino la Veneno.

—Y como somos humanos, le entendemos y queremos apoyarle. Porque estamos orgullosos de usted y convencidos de que sus éxitos serán los nuestros, y porque en

esta casa, al fin y al cabo, lo que cuentan son las personas y no los números.

Al término del discurso, Barrido hizo una pausa escénica. Tal vez esperaba que rompiese a aplaudir, pero cuando vio que me quedaba quieto prosiguió su exposición sin más dilación.

—Por eso voy a proponerle lo siguiente: tómese usted seis meses, nueve si hace falta, porque un parto es un parto, y enciérrese en su estudio a escribir la gran novela de su vida. Cuando la tenga nos la trae y nosotros la publicaremos con su nombre, poniendo toda la carne en el asador y apostando el todo por el todo. Porque estamos a su lado.

Miré a Barrido y luego a Escobillas. La Veneno estaba a punto de romper en llanto por la emoción.

—Por supuesto, sin anticipo —puntualizó Escobillas.

Barrido dio una palmada eufórica al aire.

—¿Qué me dice?

Empecé a trabajar aquel mismo día. Mi plan era tan simple como descabellado. De día reescribiría el libro de Vidal y de noche trabajaría en el mío. Sacaría brillo a todas las malas artes que me había enseñado Ignatius B. Samson y las pondría al servicio de lo poco digno y decente, si es que lo había, que me quedaba en el corazón. Escribiría por gratitud, por desesperación y vanidad. Escribiría sobre todo para Cristina, para demostrarle que también yo era capaz de pagar mi deuda con Vidal y que David Martín, aunque estuviese a punto de caerse muerto, se había ganado el derecho a mirarla a los ojos sin avergonzarse de sus ridículas esperanzas.

No volví a la consulta del doctor Trías. No veía la necesidad. El día que no pudiese escribir una palabra más, ni imaginarla, yo sería el primero en darme cuenta. Mi fiable y poco escrupuloso farmacéutico me proporcionaba sin hacer preguntas cuantos dulces de codeína le solicitaba y, a veces, alguna que otra delicia que prendía fuego a las venas y dinamitaba desde el dolor hasta la conciencia. No le hablé a nadie de mi visita al doctor ni de los resultados de las pruebas.

Mis necesidades básicas las cubría el envío semanal que me hacía servir de Can Gispert, un formidable emporio de ultramarinos que quedaba en la calle Mirallers, detrás de la catedral de Santa María del Mar. El pedido era siempre el mismo. Solía traérmelo la hija de los dueños, una muchacha que se me quedaba mirando como un cervatillo asustado cuando la hacía pasar al recibidor y esperar mientras iba a buscar el dinero para pagarle.

—Esto es para tu padre, y esto es para ti.

Siempre le daba diez céntimos de propina, que aceptaba en silencio. Cada semana la muchacha volvía a llamar a mi puerta con el pedido, y cada semana le pagaba y le daba diez céntimos de propina. Durante nueve meses y un día, el tiempo que habría de llevarme la escritura del único libro que llevaría mi nombre, aquella muchacha

cuyo nombre desconocía y cuyo rostro olvidaba cada semana, hasta que volvía a encontrarla en el umbral de mi puerta, fue la persona a la que vi más a menudo.

Cristina dejó de acudir sin previo aviso a nuestra cita de todas las tardes. Empezaba a temer que Vidal se hubiese percatado de nuestra estratagema cuando, una tarde en que la estaba esperando después de casi una semana de ausencia, abrí la puerta creyendo que era ella y me encontré a Pep, uno de los criados de Villa Helius. Me traía un paquete celosamente sellado de parte de Cristina que contenía el manuscrito entero de Vidal. Pep me explicó que el padre de Cristina había sufrido un aneurisma que le había dejado prácticamente inválido y que ella se lo había llevado a un sanatorio en el Pirineo, en Puigcerdà, donde al parecer había un joven doctor que era experto en el tratamiento de aquellas dolencias.

—El señor Vidal se ha hecho cargo de todo —explicó Pep—. Sin reparar en gastos.

Vidal nunca se olvidaba de sus sirvientes, pensé, no sin cierta amargura.

—Me pidió que le entregase esto en mano. Y que no le dijese nada a nadie.

El mozo me entregó el paquete, aliviado de librarse de aquel misterioso artículo.

—¿Te dejó alguna seña de dónde podía encontrarla si hacía falta?

—No, señor Martín. Todo lo que sé es que el padre de la señorita Cristina está ingresado en un lugar llamado Villa San Antonio.

Días más tarde Vidal me hizo una de sus visitas impromptu y se quedó toda la tarde en casa, bebiéndose mi anís, fumándose mis cigarrillos y hablándome de la desgracia de lo sucedido a su chófer.

—Parece mentira. Un hombre fuerte como un roble y, de un plumazo, cae redondo y ya no sabe ni quién es.

—¿Qué tal está Cristina?

—Puedes imaginártelo. Su madre murió años atrás y Manuel es la única familia que le queda. Se llevó con ella un álbum de fotografías de familia y se lo enseña todos los días al pobre a ver si recuerda algo.

Mientras Vidal hablaba, su novela —o debería decir la mía— descansaba en una pila de folios boca abajo sobre la mesa de la galería, a medio metro de sus manos. Me contó que en ausencia de Manuel había instado a Pep —al parecer un buen jinete— a empaparse del arte de la conducción, pero el joven, de momento, era un desastre.

—Dele tiempo. Un automóvil no es un caballo. El secreto es la práctica.

—Ahora que lo mencionas, Manuel te enseñó a conducir, ¿verdad?

—Un poco —admití—. Y no es tan fácil como parece.

—Si esta novela que te llevas entre manos no se vende, siempre puedes convertirte en mi chófer.

—No enterremos al pobre Manuel todavía, don Pedro.

—Un comentario de mal gusto —admitió Vidal—. Lo siento.

—¿Y su novela, don Pedro?

—En buen camino. Cristina se ha llevado a Puigcerdà el manuscrito final para

pasarlo a limpio y ponerlo en forma mientras está junto a su padre.

—Me alegro de verle contento.

Vidal sonrió, triunfante.

—Creo que será algo grande —dijo—. Después de tantos meses que creía perdidos he releído las primeras cincuenta páginas que Cristina ha pasado a limpio y me he sorprendido de mí mismo. Creo que a ti también te va a sorprender. Va a resultar que aún me quedan algunos trucos que enseñarte.

—Nunca lo he dudado, don Pedro.

Aquella tarde Vidal estaba bebiendo más de lo habitual. Los años me habían enseñado a leer su abanico de inquietudes y reservas, y supuse que aquélla no era una visita simplemente de cortesía. Cuando hubo liquidado las existencias de anís le serví una generosa copa de brandy y esperé.

—David, hay cosas de las que tú y yo no hemos hablado nunca…

—De fútbol, por ejemplo.

—Hablo en serio.

—Usted dirá, don Pedro.

Me miró largamente, dudando.

—Yo siempre he tratado de ser un buen amigo para ti, David. ¿Lo sabes, verdad?

—Ha sido usted mucho más que eso, don Pedro. Lo sé yo y lo sabe usted.

—A veces me pregunto si no habría tenido que ser más honesto contigo.

—¿Respecto a qué?

Vidal ahogó la mirada en su copa de brandy.

—Hay cosas que no te he contado nunca, David. Cosas de las que quizá debería haberte hablado hace años…

Dejé transcurrir un instante que se hizo eterno. Fuera lo que fuese que Vidal quería contarme, estaba claro que ni todo el brandy del mundo iba a sacárselo.

—No se preocupe, don Pedro. Si han esperado años, seguro que pueden esperar a mañana.

—Mañana a lo mejor no tengo el valor de decírtelas.

Me di cuenta de que nunca le había visto tan asustado. Algo se le había atragantado en el corazón y empezaba a incomodarme verle en aquel lance.

—Haremos una cosa, don Pedro. Cuando se publiquen su libro y el mío nos reunimos para brindar y me cuenta usted lo que me tenga que contar. Me invita a uno de esos sitios caros y finos donde no me dejan entrar si no voy con usted y me hace todas las confidencias que me quiera hacer. ¿Le parece bien?

Al anochecer le acompañé hasta el paseo del Born, donde Pep esperaba al pie del Hispano-Suiza enfundado en el uniforme de Manuel, que le venía cinco tallas grande, lo mismo que el automóvil. La carrocería estaba perfumada de rasguños y golpes de aspecto reciente que dolían a la vista.

—Al trote relajado, ¿eh, Pep? —aconsejé—. Nada de galopar. Lento pero seguro, como si fuera un percherón.

—Sí, señor Martín. Lento pero seguro.

Al despedirse, Vidal me abrazó con fuerza y cuando subió al coche me pareció que llevaba el peso del mundo entero sobre los hombros.

16

A los pocos días de haber puesto punto y final a las dos novelas, la de Vidal y la mía, Pep se presentó en mi casa sin previo aviso. Iba enfundado en aquel uniforme que había heredado de Manuel y que le confería el aspecto de un niño disfrazado de mariscal de campo. En principio supuse que traía algún mensaje de Vidal, o tal vez de Cristina, pero su sombrío semblante traicionaba una inquietud que me hizo descartar aquella posibilidad tan pronto cruzamos la mirada.

—Malas noticias, señor Martín.

—¿Qué ha pasado?

—Es el señor Manuel.

Mientras me explicaba lo sucedido se le hundió la voz, y cuando le pregunté si quería un vaso de agua casi se echó a llorar. Manuel Sagnier había fallecido tres días antes en el sanatorio de Puigcerdà tras una larga agonía. Por decisión de su hija le habían enterrado el día anterior en un pequeño cementerio al pie de los Pirineos.

—Dios santo —murmuré.

En vez de agua serví a Pep una copa de brandy bien cargada y lo aparqué en una butaca en la galería. Cuando estuvo más calmado, Pep me explicó que Vidal le había enviado a recoger a Cristina, que volvía aquella tarde en el tren que tenía prevista su llegada a las cinco.

—Imagínese cómo estará la señorita Cristina… —murmuró, acongojado ante la perspectiva de tener que ser él quien la recibiese y consolase de camino al pequeño apartamento sobre las cocheras de Villa Helius donde había vivido con su padre desde que era niña.

—Pep, no creo que sea una buena idea que vayas a recoger a la señorita Sagnier.

—Órdenes de don Pedro…

—Dile a don Pedro que yo asumo la responsabilidad.

A golpes de licor y retórica le convencí para que se marchase y dejase el asunto en mis manos. Yo mismo iría a recogerla y la llevaría a Villa Helius en un taxi.

—Se lo agradezco, señor Martín. Usted que es de letras sabrá mejor qué decirle a la pobre.

A las cinco menos cuarto me encaminé hacia la recién inaugurada estación de Francia. La Exposición Universal de aquel año había dejado la ciudad sembrada de prodigios, pero de entre todos ellos aquella bóveda de acero y cristal de aire catedralicio era mi favorito, aunque sólo fuese porque me quedaba al lado de casa y podía verla desde el estudio de la torre. Aquella tarde el cielo estaba sembrado de nubes negras que cabalgaban desde el mar y se anudaban sobre la ciudad. El eco de

relámpagos en el horizonte y un viento cálido que olía a polvo y a electricidad hacían presagiar que se avecinaba una tormenta estival de considerable envergadura. Cuando llegué a la estación estaban empezando a verse las primeras gotas, brillantes y pesadas como monedas caídas del cielo. Para cuando me adentré en el andén a esperar la llegada del tren, la lluvia ya golpeaba con fuerza la bóveda de la estación y la noche pareció precipitarse de golpe, apenas interrumpida por las llamaradas de luz que estallaban sobre la ciudad y dejaban un rastro de ruido y furia. El tren llegó con casi una hora de retraso, una serpiente de vapor arrastrándose bajo la tormenta. Esperé a pie de locomotora a ver aparecer a Cristina entre los viajeros que se iban apeando de los vagones. Diez minutos más tarde todo el pasaje había descendido y seguía sin haber rastro de ella. Estaba por volver a casa, creyendo que al fin Cristina no habría tomado aquel tren, cuando decidí dar un último vistazo y recorrer todo el andén hasta el final con la mirada atenta a las ventanas de los compartimentos. La encontré en el penúltimo vagón, sentada con la cabeza apoyada en la ventana y la mirada extraviada. Subí al vagón y me detuve en el umbral del compartimento. Al oír mis pasos se volvió y me miró sin sorpresa, sonriendo débilmente. Se levantó y me abrazó en silencio.

—Bienvenida —dije.

Cristina no traía más equipaje que una pequeña maleta. Le ofrecí mi mano y bajamos al andén, que ya estaba desierto. Recorrimos el trayecto hasta el vestíbulo de la estación sin despegar los labios. Al llegar a la salida nos detuvimos. El aguacero caía con fuerza y la línea de taxis que había a las puertas de la estación cuando llegué se había evaporado.

—No quiero volver a Villa Helius esta noche, David. Todavía no.

—Puedes quedarte en casa si quieres, o podemos buscarte habitación en un hotel.

—No quiero estar sola.

—Vamos a casa. Si algo me sobra son habitaciones.

Avisté a uno de los mozos de equipajes que se había asomado a contemplar la tormenta y que sostenía un enorme paraguas en las manos. Me aproximé a él y me ofrecí a comprárselo por una cantidad unas cinco veces superior a su precio. Me lo entregó envuelto en una sonrisa servicial.

Al amparo de aquel paraguas nos aventuramos bajo el diluvio rumbo a la casa de la torre, adonde gracias a las ráfagas de viento y los charcos llegamos diez minutos más tarde completamente empapados. La tormenta se había llevado el alumbrado, y las calles estaban sumidas en una oscuridad líquida, apenas punteada por faroles de aceite o velas prendidas proyectados desde balcones y portales. No dudé que la formidable instalación eléctrica de mi casa debía de haber sido de las primeras en sucumbir. Tuvimos que subir las escaleras a tientas y, al abrir la puerta principal del piso, el aliento de los relámpagos desenterró su aspecto más fúnebre e inhóspito.

—Si has cambiado de idea y prefieres que busquemos un hotel…

—No, está bien. No te preocupes.

Dejé la maleta de Cristina en el recibidor y fui a la cocina a buscar una caja de velas y cirios varios que guardaba en la alacena. Empecé a prenderlos uno por uno, fijándolos en platos, vasos y copas. Cristina me observaba desde la puerta.

—Es un minuto —aseguré—. Ya tengo práctica.

Empecé a repartir velas por las habitaciones, por el pasillo y por los rincones hasta que toda la casa se sumió en una tenue tiniebla dorada.

—Parece una catedral —dijo Cristina.

La acompañé hasta uno de los dormitorios que nunca usaba pero que mantenía limpio y adecentado de alguna vez en que Vidal, demasiado bebido para volver a su palacio, se había quedado a pasar la noche.

—Ahora mismo te traigo toallas limpias. Si no tienes ropa para cambiarte te puedo ofrecer el amplio y siniestro vestuario estilo *Belle Époque* que los antiguos propietarios dejaron en los armarios.

Mis torpes amagos de humor apenas conseguían arrancarle una sonrisa y se limitó a asentir. La dejé sentada sobre el lecho mientras corría a buscar toallas. Cuando regresé permanecía allí, inmóvil. Dejé las toallas a su lado sobre el lecho y le acerqué un par de velas que había colocado a la entrada para que dispusiera de algo de luz.

—Gracias —musitó.

—Mientras te cambias voy a prepararte un caldo caliente.

—No tengo apetito.

—Te sentará bien igualmente. Si necesitas cualquier cosa, avísame.

La dejé a solas y me dirigí a mi habitación para desembarazarme de los zapatos empapados. Puse agua a calentar y me senté en la galería a esperar. La lluvia seguía cayendo con fuerza, ametrallando los ventanales con rabia y formando regueros, en los desagües de la torre y el terrado, que sonaban como pasos en el techo. Más allá, el barrio de la Ribera estaba sumido en una oscuridad casi absoluta.

Al rato oí que la puerta de la habitación de Cristina se abría y la escuché acercarse. Se había enfundado una bata blanca y se había echado a los hombros un mantón de lana que no iba con ella.

—Te lo he tomado prestado de uno de los armarios —dijo—. Espero que no te importe.

—Puedes quedártelo si quieres.

Se sentó en una de las butacas y paseó los ojos por la sala, deteniéndose en la pila de folios que había sobre la mesa. Me miró y asentí.

—La acabé hace unos días —dije.

—¿Y la tuya?

Lo cierto es que sentía ambos manuscritos como míos, pero me limité a asentir.

—¿Puedo? —preguntó, tomando una página y acercándola al candil.

—Claro.

La vi leer en silencio, una sonrisa tibia en los labios.

—Pedro nunca creerá que ha escrito esto —dijo.

—Confía en mí —repliqué.

Cristina devolvió la página a la pila y me miró largamente.

—Te he echado de menos —dijo—. No quería, pero lo he hecho.

—Yo también.

—Había días en que, antes de ir al sanatorio, me acercaba a la estación y me sentaba en el andén a esperar el tren que subía de Barcelona, pensando que a lo mejor te veía allí.

Tragué saliva.

—Pensaba que no querías verme —dije.

—Yo también lo pensaba. Mi padre preguntaba a menudo por ti, ¿sabes? Me pidió que cuidase de ti.

—Tu padre era un buen hombre —dije—. Un buen amigo.

Cristina asintió con una sonrisa, pero vi que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Al final ya no se acordaba de nada. Había días en que me confundía con mi madre y me pedía perdón por los años que pasó en la cárcel. Luego pasaban semanas en que apenas se daba cuenta de que estaba allí. Con el tiempo, la soledad se te mete dentro y no se va.

—Lo siento, Cristina.

—Los últimos días creí que estaba mejor. Empezaba a recordar cosas. Me había llevado un álbum de fotografías que él tenía en casa y le enseñaba otra vez quién era quién. Había una foto de hace años, en Villa Helius, en la que estáis tú y él subidos en el coche. Tú estás al volante y mi padre te está enseñando a conducir. Los dos os estáis riendo. ¿Quieres verla?

Dudé, pero no me atreví a romper aquel instante.

—Claro…

Cristina fue a buscar el álbum a su maleta y regresó con un pequeño libro encuadernado en piel. Se sentó a mi lado y empezó a pasar las páginas repletas de viejos retratos, recortes y postales. Manuel, como mi padre, apenas había aprendido a leer y a escribir, y sus recuerdos estaban hechos de imágenes.

—Mira, estáis aquí.

Examiné la fotografía y recordé exactamente el día de verano en que Manuel me había dejado subir en el primer coche que había comprado Vidal y me había enseñado los rudimentos de la conducción. Luego habíamos sacado el coche hasta la calle Panamá y, a una velocidad de unos cinco kilómetros por hora que a mí me pareció vertiginosa, habíamos ido hasta la avenida Pearson y habíamos vuelto conmigo a los mandos.

«Está usted hecho un as del volante —había dictaminado Manuel—. Si algún día le falla lo de los cuentos, considere su porvenir en las carreras».

Sonreí, recordando aquel momento que había creído perdido. Cristina me tendió el álbum.

—Quédatelo. A mi padre le hubiese gustado que lo tuvieses tú.

—Es tuyo, Cristina. No puedo aceptarlo.

—Yo también prefiero que lo guardes tú.

—Queda en depósito, entonces, hasta que quieras venir a por él.

Empecé a pasar las hojas del álbum, revisitando rostros que recordaba y otros que nunca había visto. Allí estaba la foto del casamiento de Manuel Sagnier y su esposa Marta, a la que tanto se parecía Cristina, retratos de estudio de sus tíos y abuelos, de una calle en el Raval por la que pasaba una procesión y de los baños de San Sebastián, en la playa de la Barceloneta. Manuel había coleccionado viejas postales de Barcelona y recortes de los periódicos con imágenes de un Vidal jovencísimo posando a las puertas del hotel Florida en la cima del Tibidabo, y otra en la que aparecía del brazo de una belleza de infarto en los salones del casino de la Rabasada.

—Tu padre veneraba a don Pedro.

—Siempre me dijo que se lo debíamos todo —repuso Cristina.

Seguí viajando a través de la memoria del pobre Manuel hasta dar con una página en la que aparecía una fotografía que no parecía encajar con el resto. En ella se apreciaba a una niña de unos ocho o nueve años caminando sobre un pequeño muelle de madera que se adentraba en una lámina de mar luminosa. Iba de la mano de un adulto, un hombre vestido con un traje blanco que quedaba cortado por el encuadre. Al fondo del muelle se podía apreciar un pequeño bote de vela y un horizonte infinito en el que se ponía el sol. La niña, que estaba de espaldas, era Cristina.

—Ésa es mi favorita —murmuró Cristina.

—¿Dónde está tomada?

—No lo sé. No recuerdo ese lugar, ni ese día. No estoy ni segura de que ese hombre sea mi padre. Es como si ese momento nunca hubiese existido. Hace años que la encontré en el álbum de mi padre y nunca he sabido lo que significa. Es como si quisiera decirme algo.

Fui pasando páginas. Cristina iba contándome quién era quién.

—Mira, ésta soy yo con catorce años.

—Ya lo sé.

Cristina me miró con tristeza.

—¿Yo no me daba cuenta, verdad? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—No podrás perdonarme nunca.

Preferí pasar las páginas a mirarla a los ojos.

—No tengo nada que perdonar.

—Mírame, David.

Cerré el álbum e hice lo que me pedía.

—Es mentira —dijo—. Sí que me daba cuenta. Me daba cuenta todos los días, pero creía que no tenía derecho.

—¿Por qué?

—Porque nuestras vidas no nos pertenecen. Ni la mía, ni la de mi padre, ni la

tuya…

—Todo pertenece a Vidal —dije con amargura.

Lentamente me tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Hoy no —murmuró.

Sabía que la iba a perder tan pronto pasara aquella noche y el dolor y la soledad que se la comían por dentro fueran acallándose. Sabía que tenía razón, no porque fuera cierto lo que había dicho, sino porque en el fondo ambos lo creíamos y siempre sería así. Nos escondimos como dos ladrones en una de las habitaciones sin atrevernos a prender una vela, sin atrevernos ni siquiera a hablar. La desnudé despacio, recorriendo su piel con los labios, consciente de que nunca más volvería a hacerlo. Cristina se entregó con rabia y abandono, y cuando nos venció la fatiga se durmió en mis brazos sin necesidad de decir nada. Me resistí al sueño, saboreando el calor de su cuerpo y pensando que si al día siguiente la muerte quería venir a mi encuentro la recibiría en paz. Acaricié a Cristina en la penumbra, escuchando la tormenta alejarse de la ciudad tras los muros, sabiendo que iba a perderla pero que, por unos minutos, nos habíamos pertenecido el uno al otro, y a nadie más.

Cuando el primer aliento del alba rozó las ventanas abrí los ojos y encontré el lecho vacío. Salí al corredor y fui hasta la galería. Cristina había dejado el álbum y se había llevado la novela de Vidal. Recorrí la casa, que ya olía a su ausencia, y fui apagando una por una las velas que había prendido la noche anterior.

17

Nueve semanas más tarde me encontraba frente al número 17 de la plaza de Catalunya, donde la librería Catalonia había abierto sus puertas dos años atrás, contemplando embobado un escaparate que se me apareció infinito y repleto de ejemplares de una novela que llevaba por título *La casa de las cenizas*, de Pedro Vidal. Sonreí para mis adentros. Mi mentor había utilizado hasta el título que le había sugerido tiempo atrás, cuando le había explicado la premisa de la historia. Me decidí a entrar y solicité un ejemplar. Lo abrí al azar y empecé a releer pasajes que conocía de memoria y que había terminado de pulir apenas hacía un par de meses. No encontré ni una sola palabra en todo el libro que yo no hubiese puesto allí, excepto la dedicatoria: «*Para Cristina Sagnier, sin la cual…*».

Cuando le devolví el libro, el encargado me dijo que no me lo pensara dos veces.

—Nos llegó hace un par días y ya me la he leído —añadió—. Una gran novela. Hágame caso y llévesela. Ya sé que la ponen por las nubes en todos los diarios y eso casi siempre es mala señal, pero en este caso la excepción confirma la regla. Si no le gusta me la trae y le devuelvo el dinero.

—Gracias —respondí, por la recomendación y sobre todo por lo demás—. Pero yo también la he leído.

—¿Podría interesarle en otra cosa, entonces?

—¿No tiene una novela titulada *Los Pasos del Cielo*?

El librero caviló unos instantes.

—¿Ésa es la de Martín, verdad, el de *La Ciudad*…?

Asentí.

—La tenía pedida, pero la editorial no me ha servido existencias. Deje que lo mire bien.

Le seguí hasta un mostrador donde consultó con uno de sus colegas, que negó.

—Nos tenía que llegar ayer, pero el editor dice que no tiene ejemplares. Lo siento. Si quiere le reservo uno cuando me llegue…

—No se preocupe. Volveré a pasar. Y muchas gracias.

—Lo siento, caballero. No sé qué habrá pasado, porque ya le digo que debería tenerla…

Al salir de la librería me acerqué hasta un quiosco de prensa que quedaba a la boca de la Rambla. Allí compré casi todos los diarios del día, desde *La Vanguardia* hasta *La Voz de la Industria*. Me senté en el café Canaletas y empecé a bucear en sus páginas. La reseña de la novela que había escrito para Vidal venía en todas las ediciones, a página, con grandes titulares y un retrato de don Pedro en que aparecía

meditabundo y misterioso, luciendo un traje nuevo y saboreando una pipa con estudiado desdén. Empecé a leer los diferentes titulares y el primero y el último párrafo de las reseñas.

El primero que encontré abría así: «*La casa de las cenizas* es una obra madura, rica y de gran altura que nos reconcilia con lo mejor que tiene que ofrecer la literatura contemporánea». Otro rotativo informaba al lector de que «nadie escribe mejor en España que Pedro Vidal, nuestro más respetado y reconocido novelista», y un tercero sentenciaba que la novela era «una novela capital, de hechura maestra y calidad exquisita». Un cuarto rotativo glosaba el gran éxito internacional de Vidal y su obra: «Europa se rinde al maestro» (aunque la novela acababa de salir hacía dos días en España y, de traducirse, no aparecería en ningún otro país al menos en un año). La pieza se extendía en una prolija glosa sobre el gran reconocimiento y el enorme respeto que el nombre de Vidal suscitaba entre «los más notables expertos internacionales», aunque, que yo supiese, ninguno de sus libros se había traducido jamás a lengua alguna, excepto una novela cuya traducción al francés había financiado el propio don Pedro y de la que se habían vendido 126 ejemplares. Milagros aparte, el consenso de la prensa era que «ha nacido un clásico» y que la novela marcaba «el retorno de uno de los grandes, la mejor pluma de nuestro tiempo: Vidal, maestro indiscutible». En la página opuesta de alguno de aquellos diarios, en un espacio más modesto de una o dos columnas, pude encontrar también alguna reseña de la novela del tal David Martín. La más favorable empezaba así: «Obra primeriza y de estilo pedestre, *Los Pasos del Cielo*, del novicio David Martín, evidencia desde la primera página la falta de recursos y de talento de su autor». Una segunda estimaba que «el principiante Martín intenta imitar al maestro Pedro Vidal sin conseguirlo». La última que fui capaz de leer, publicada en *La Voz de la Industria*, abría escuetamente con una entradilla en negrita que afirmaba: «David Martín, un completo desconocido y redactor de anuncios por palabras, nos sorprende con el que quizá sea el peor debut literario de este año».

Dejé en la mesa los diarios y el café que había pedido y me encaminé Rambla abajo hacia las oficinas de Barrido y Escobillas. Por el camino crucé frente a cuatro o cinco librerías, todas adornadas con incontables copias de la novela de Vidal. En ninguna encontré un solo ejemplar de la mía. En todas se repetía el mismo episodio que había vivido en la Catalonia.

—Pues mire, no sé qué habrá pasado, porque me tenía que llegar anteayer, pero el editor dice que ha agotado existencias y que no sabe cuándo reimprimirá. Si quiere dejarme un nombre y un teléfono, le puedo avisar si me llega… ¿Ha preguntado en la Catalonia? Si ellos no lo tienen…

Los dos socios me recibieron con aire fúnebre y desafectado. Barrido, tras su escritorio, acariciando una pluma estilográfica, y Escobillas, de pie a su espalda, taladrándome con la mirada. La Veneno se relamía de expectación sentada en una silla a mi lado.

—No sabe cómo lo siento, amigo Martín —explicaba Barrido—. El problema es el siguiente: los libreros nos hacen los pedidos basándose en las reseñas que aparecen en los diarios, no me pregunte por qué. Si va al almacén de al lado encontrará que tenemos tres mil copias de su novela muertas de asco.

—Con el costo y pérdida que ello conlleva —completó Escobillas en un tono claramente hostil.

—He pasado por el almacén antes de venir aquí y he comprobado que había trescientos ejemplares. El jefe me ha dicho que no se han impreso más.

—Eso es mentira —proclamó Escobillas.

Barrido le interrumpió, conciliador.

—Disculpe a mi socio, Martín. Comprenda que estamos tan indignados o más que usted con el vergonzoso tratamiento al que la prensa local ha sometido un libro del que todos en esta casa estábamos profundamente enamorados, pero le ruego entienda que, pese a nuestra fe entusiasta en su talento, en este caso estamos atados de pies y manos por la confusión creada por esas notas de prensa maliciosas. Pero no se desanime, que Roma no se hizo en dos días. Estamos luchando con todas nuestras fuerzas por darle a su obra la proyección que merece su mérito literario, altísimo…

—Con una edición de trescientos ejemplares.

Barrido suspiró, dolido por mi falta de fe.

—La edición es de quinientos —precisó Escobillas—. Los otros doscientos vinieron a buscarlos en persona Barceló y Sempere ayer. El resto saldrá en el próximo servicio porque no han podido entrar en éste debido a un conflicto de acumulación de novedades. Si se molestase usted en comprender nuestros problemas y no fuese tan egoísta lo entendería perfectamente.

Los miré a los tres, incrédulo.

—No me diga que no van a hacer nada más.

Barrido me miró, desolado.

—¿Y qué quiere que hagamos, amigo mío? Estamos dando el todo por el todo para usted. Ayúdenos usted un poco a nosotros.

—Si al menos hubiese usted escrito un libro como el de su amigo Vidal —dijo Escobillas.

—Eso sí que es un novelón —confirmó Barrido—. Lo dice hasta *La Voz de la Industria*.

—Ya sabía yo que iba a pasar esto —prosiguió Escobillas—. Es usted un desagradecido.

A mi lado, la Veneno me miraba con aire compungido. Me pareció que iba a tomarme la mano para consolarme y la aparté rápidamente. Barrido ofreció una sonrisa aceitosa.

—Tal vez sea para mejor, Martín. Tal vez sea una señal de Nuestro Señor, que en su infinita sabiduría le quiere mostrar a usted el camino de regreso al trabajo que tanta felicidad ha llevado a sus lectores de *La Ciudad de los Malditos*.

Me eché a reír. Barrido se unió y, a una señal suya, otro tanto hicieron Escobillas y la Veneno. Contemplé aquel coro de hienas y me dije que, en otras circunstancias, aquel momento me hubiera parecido de una exquisita ironía.

—Así me gusta, que se lo tome positivamente —proclamó Barrido—. ¿Qué me dice? ¿Cuándo tendremos la próxima entrega de Ignatius B. Samson?

Los tres me miraron solícitos y expectantes. Me aclaré la voz para vocalizar con precisión y les sonreí.

—Váyanse ustedes a la mierda.

18

Al salir de allí anduve vagando por las calles de Barcelona durante horas, sin rumbo. Sentí que me costaba respirar y que algo me oprimía el pecho. Un sudor frío me cubría la frente y las manos. Al anochecer, sin saber ya dónde esconderme, emprendí el camino de regreso a mi casa. Al cruzar frente a la librería de Sempere e Hijos vi que el librero había llenado su escaparate con ejemplares de mi novela. Era ya tarde y la tienda estaba cerrada, pero aún había luz dentro y cuando quise apretar el paso vi que Sempere se había percatado de mi presencia y me sonreía con una tristeza que no le había visto en todos los años que le había conocido. Se acercó a la puerta y abrió.

—Pase dentro un rato, Martín.

—Otro día, señor Sempere.

—Hágalo por mí.

Me tomó del brazo y me arrastró al interior de la librería. Le seguí hasta la trastienda y allí me ofreció una silla. Sirvió un par de vasos de algo que parecía más espeso que el alquitrán y me hizo una seña para que me lo bebiese de un trago. Él hizo lo propio.

—He estado hojeando el libro de Vidal —dijo.

—El éxito de la temporada —apunté.

—¿Sabe él que lo ha escrito usted?

Me encogí de hombros.

—¿Qué más da?

Sempere me dedicó la misma mirada con la que había recibido a aquel chaval de ocho años un día lejano en que se le había presentado en su casa magullado y con los dientes rotos.

—¿Está usted bien, Martín?

—Perfectamente.

Sempere negó por lo bajo y se levantó para coger algo de uno de los estantes. Vi que se trataba de un ejemplar de mi novela. Me la tendió junto con una pluma y sonrió.

—Sea tan amable de dedicármelo.

Una vez se lo hube dedicado, Sempere cogió el libro de mis manos y lo consagró a la vitrina de honor tras el mostrador donde guardaba primeras ediciones que no estaban a la venta. Aquél era el santuario particular de Sempere.

—No hace falta que haga eso, señor Sempere —murmuré.

—Lo hago porque me apetece y porque la ocasión lo merece. Este libro es un

pedazo de su corazón, Martín. Y, por la parte que me corresponde, también del mío. Le pongo entre *Le Père Goriot* y *La educación sentimental*.

—Eso es un sacrilegio.

—Tonterías. Es uno de los mejores libros que he vendido en los últimos diez años, y he vendido muchos —me dijo el viejo Sempere.

Las amables palabras de Sempere apenas consiguieron arañar aquella calma fría e impenetrable que empezaba a invadirme. Volví a casa dando un paseo, sin prisa. Al llegar a la casa de la torre me serví un vaso de agua y, mientras me lo bebía en la cocina, a oscuras, me eché a reír.

A la mañana siguiente recibí dos visitas de cortesía. La primera era de Pep, el nuevo chófer de Vidal. Me traía un mensaje de su amo convocándome a un almuerzo en la Maison Dorée, sin duda la comida de celebración que me había prometido tiempo atrás. Pep parecía envarado y ansioso por marcharse cuanto antes. El aire de complicidad que solía tener conmigo se había evaporado. No quiso entrar y prefirió esperar en el rellano. Me tendió el mensaje que había escrito Vidal sin apenas mirarme a los ojos y tan pronto le dije que acudiría a la cita se marchó sin despedirse.

La segunda visita, media hora más tarde, trajo hasta mi puerta a mis dos editores acompañados de un caballero de porte adusto y mirada penetrante que se identificó como su abogado. Tan formidable trío exhibía una expresión entre el luto y la beligerancia que no dejaba lugar a dudas en cuanto a la naturaleza de la ocasión. Los invité a pasar a la galería, donde procedieron a acomodarse alineados de izquierda a derecha en el sofá por orden descendente de altura.

—¿Puedo ofrecerles algo? ¿Una copita de cianuro?

No esperaba una sonrisa y no la obtuve. Tras un breve prolegómeno de Barrido respecto a las terribles pérdidas que la debacle ocasionada por el fracaso de *Los Pasos del Cielo* iba a ocasionar a la editorial, el abogado dio paso a una exposición somera en la que en román paladino vino a decirme que si no volvía al trabajo en mi encarnación de Ignatius B. Samson y entregaba un manuscrito de *La Ciudad de los Malditos* en un mes y medio, procederían a demandarme por incumplimiento de contrato, daños y perjuicios y cinco o seis conceptos más que se me escaparon porque para entonces ya no estaba prestando atención. No todo eran malas noticias. A pesar de los sinsabores motivados por mi conducta, Barrido y Escobillas habían encontrado en su corazón una perla de generosidad con la que limar asperezas y sedimentar una nueva alianza de amistad y provecho.

—Si lo desea puede usted adquirir a un costo preferente de un setenta por ciento de su precio de venta todos los ejemplares que no han sido distribuidos de *Los Pasos del Cielo*, ya que hemos constatado que el título no tiene demanda y nos será imposible incluirlos en el próximo servicio —explicó Escobillas.

—¿Por qué no me devuelven los derechos? Total, no pagaron un duro por él y no

piensan intentar vender ni un solo ejemplar.

—No podemos hacer eso, amigo mío —matizó Barrido—. Aunque no se materializase adelanto alguno a su persona, la edición ha conllevado una importantísima inversión para la editorial, y el contrato que firmó usted es de veinte años, automáticamente renovable en los mismos términos en caso de que la editorial decida ejercer su legítimo derecho. Entienda usted que nosotros también tenemos que recibir algo. No todo puede ser para el autor.

Al término de su parlamento invité a los tres caballeros a encaminarse a la salida bien por su propio pie o bien a patadas, a su elección. Antes de que les cerrase la puerta en las narices, Escobillas tuvo a bien lanzarme una de sus miradas de mal de ojo.

—Exigimos una respuesta en una semana, o está usted acabado —masculló.

—En una semana usted y el imbécil de su socio estarán muertos —repliqué con calma, sin saber muy bien por qué había pronunciado aquellas palabras.

Pasé el resto de la mañana contemplando las paredes, hasta que las campanas de Santa María me recordaron que se acercaba la hora de mi cita con don Pedro Vidal. Me esperaba en la mejor mesa de la sala, jugueteando con una copa de vino blanco en las manos y escuchando al pianista que acariciaba una pieza de Enrique Granados con dedos de terciopelo. Al verme se levantó y me tendió la mano.

—Felicidades —dije.

Vidal sonrió imperturbable y esperó a que me hubiese sentado para hacerlo él. Dejamos correr un minuto de silencio al amparo de la música y las miradas de gentes de buena cuna, que saludaban a Vidal de lejos o se acercaban a la mesa para felicitarle por su éxito, que era la comidilla de toda la ciudad.

—David, no sabes cómo siento lo que ha pasado —empezó.

—No lo sienta, disfrútelo.

—¿Crees que esto significa algo para mí? ¿La adulación de cuatro infelices? Mi mayor ilusión era verte triunfar.

—Lamento haberle decepcionado de nuevo, don Pedro.

Vidal suspiró.

—David, yo no tengo la culpa de que hayan ido a por ti. La culpa es tuya. Lo estabas pidiendo a gritos. Ya eres mayorcito como para saber cómo funcionan estas cosas.

—Dígamelo usted.

Vidal chasqueó la lengua, como si mi ingenuidad le ofendiese.

—¿Qué esperabas? No eres uno de ellos. No lo serás nunca. No has querido serlo, y crees que te lo van a perdonar. Te encierras en tu caserón y te crees que puedes sobrevivir sin unirte al coro de monaguillos y ponerte el uniforme. Pues te equivocas, David. Te has equivocado siempre. El juego no va así. Si quieres jugar en solitario, haz las maletas y vete a algún sitio donde puedas ser el dueño de tu destino, si es que existe. Pero si te quedas aquí, más te vale apuntarte a una parroquia, la que sea. Es así

de simple.

—¿Es eso lo que hace usted, don Pedro? ¿Apuntarse a la parroquia?

—A mí no me hace falta, David. Yo les doy de comer. Eso tampoco lo has entendido nunca.

—Le sorprendería lo rápido que me estoy poniendo al día. Pero no se preocupe, porque lo de menos son esas reseñas. Para bien o para mal, mañana no se acordará nadie de ellas, ni de las mías ni de las suyas.

—¿Cuál es el problema, entonces?

—Déjelo correr.

—¿Son esos dos hijos de puta? ¿Barrido y el ladrón de cadáveres?

—Olvídelo, don Pedro. Como usted dice, la culpa es mía. De nadie más.

El *maître* se aproximó con una mirada inquisitiva. Yo no había mirado el menú ni pensaba hacerlo.

—Lo habitual, para los dos —indicó don Pedro.

El *maître* se alejó con una reverencia. Vidal me observaba como si fuese un animal peligroso encerrado en una jaula.

—Cristina no ha podido venir —dijo—. He traído esto, para que se lo dediques.

Dejó sobre la mesa un ejemplar de *Los Pasos del Cielo* que venía envuelto en papel púrpura con el sello de la librería de Sempere e Hijos, y lo empujó hacia mí. No hice ademán de cogerlo. Vidal se había puesto pálido. La vehemencia del discurso y su tono defensivo se batían en retirada. Ahí viene la estocada, pensé.

—Dígame de una vez lo que me tenga que decir, don Pedro. No voy a morderle.

Vidal apuró el vino de un trago.

—Hay dos cosas que quería decirte. No te van a gustar.

—Empiezo a acostumbrarme.

—Una tiene que ver con tu padre.

Sentí que aquella sonrisa envenenada se me fundía en los labios.

—He querido decírtelo durante años, pero pensé que no te iba a hacer ningún bien. Vas a creer que no te lo dije por cobardía, pero te lo juro, te lo juro por lo que quieras que…

—¿Qué? —corté.

Vidal suspiró.

—La noche que tu padre murió…

—… que lo asesinaron —corregí con tono glacial.

—Fue un error. La muerte de tu padre fue un error.

Le miré sin comprender.

—Aquellos hombres no iban a por él. Se equivocaron.

Recordé las miradas de aquellos tres pistoleros en la niebla, el olor a pólvora y la sangre de mi padre brotando negra entre mis manos.

—A quien querían matar era a mí —dijo Vidal con un hilo de voz—. Un antiguo socio de mi padre descubrió que su mujer y yo…

Cerré los ojos y escuché una risa oscura formarse en mi interior. Mi padre había muerto acribillado a tiros por un lío de faldas del gran Pedro Vidal.

—Di algo, por favor —suplicó Vidal.

Abrí los ojos.

—¿Cuál es la segunda cosa que me tenía que decir?

Nunca había visto a Vidal asustado. Le sentaba bien.

—Le he pedido a Cristina que se case conmigo.

Un largo silencio.

—Ha dicho que sí.

Vidal bajó la mirada. Uno de los camareros se aproximó con los entrantes. Los depositó sobre la mesa deseando «*Bon appétit*». Vidal no se atrevió a mirarme de nuevo. Los entrantes se enfriaban en el plato. Al rato cogí el ejemplar de *Los Pasos del Cielo* y me fui.

Aquella tarde, saliendo de la Maison Dorée, me sorprendí a mí mismo caminando Rambla abajo portando aquel ejemplar de *Los Pasos del Cielo*. A medida que me acercaba a la esquina de donde partía la calle del Carmen empezaron a temblarme las manos. Me detuve frente al escaparate de la joyería Bagues, fingiendo mirar medallones de oro en forma de hadas y flores, salpicados de rubíes. La fachada barroca y exuberante de los almacenes El Indio quedaba a unos pocos metros de allí y cualquiera hubiera creído que se trataba de un gran bazar de prodigios y maravillas insospechados más que de una tienda de paños y telas. Me aproximé lentamente y me adentré en el vestíbulo que conducía a la puerta. Sabía que ella no podría reconocerme, que quizá ni yo mismo podría ya reconocerla, pero aun así permanecí allí casi cinco minutos antes de atreverme a entrar. Cuando lo hice, el corazón me latía con fuerza y sentí que me sudaban las manos.

Las paredes estaban cubiertas de estantes repletos de grandes bobinas con todo tipo de tejidos y, sobre las mesas, los vendedores, armados de cintas métricas y de unas tijeras especiales anudadas al cinto, mostraban a damas de alcurnia escoltadas por sus criadas y costureras los preciados tejidos como si se tratase de materiales preciosos.

—¿Puedo ayudarle en algo, caballero?

Era un hombre corpulento y con voz de pito que iba embutido en un traje de franela que parecía a punto de estallar en cualquier momento y de sembrar la tienda de jirones flotantes de tela. Me observaba con aire condescendiente y una sonrisa entre forzada y hostil.

—No —musité.

Entonces la vi. Mi madre descendía de una escalera con un puñado de retales en la mano. Vestía una blusa blanca y la reconocí al instante. Su figura se había ensanchado un poco, y su rostro, más desdibujado, tenía esa derrota leve de la rutina

y el desengaño. El vendedor, airado, seguía hablándome pero yo apenas advertía su voz. Tan sólo la veía a ella acercarse y cruzar frente a mí. Por un segundo me miró, y al ver que la estaba observando, me sonrió dócilmente, como se sonríe a un cliente o a un patrón, y luego siguió con su trabajo. Se me hizo tal nudo en la garganta que apenas pude despegar los labios para acallar al vendedor, y me faltó tiempo para dirigirme a la salida con lágrimas en los ojos. Ya en la calle crucé al otro lado y entré en un café. Me senté a una mesa junto a la ventana desde la que se veía la puerta de El Indio y esperé.

Había pasado casi una hora y media cuando vi salir y bajar la reja de la entrada al vendedor que me había atendido. Al poco, empezaron a apagarse las luces y pasaron algunos de los vendedores que trabajaban allí. Me levanté y salí a la calle. Un chaval de unos diez años estaba sentado en el portal de al lado, mirándome. Le hice una seña para que se acercase. Lo hizo y le mostré una moneda. Sonrió de oreja a oreja y constaté que le faltaban varios dientes.

—¿Ves este paquete? Quiero que se lo des a una señora que va a salir ahora. Le dices que te lo ha dado un señor para ella, pero no le digas que he sido yo. ¿Lo has entendido?

El chaval asintió. Le di la moneda y el libro.

—Ahora, esperamos.

No hubo que aguardar mucho tiempo. Tres minutos más tarde la vi salir. Caminaba hacia la Rambla.

—Es esa señora. ¿La ves?

Mi madre se detuvo un momento frente al pórtico de la iglesia de Betlem y le hice una seña al chaval, que corrió hacia ella. Presencié la escena de lejos, sin poder oír sus palabras. El niño le tendió el paquete y ella lo miró con extrañeza, dudando si aceptarlo o no. El niño insistió y finalmente ella tomó el paquete en sus manos y contempló cómo el niño echaba a correr. Desconcertada, se volvió a un lado y a otro, buscando con la mirada. Sopesó el paquete, examinando el papel púrpura en que iba envuelto. Finalmente le pudo la curiosidad y lo abrió.

La vi extraer el libro. Lo sostuvo con las dos manos, mirando la portada, y luego volteando el tomo para examinar la contraportada. Sentí que me faltaba el aliento y quise acercarme a ella, decirle algo, pero no pude. Me quedé allí, a escasos metros de mi madre, espiándola sin que ella reparase en mi presencia, hasta que reemprendió sus pasos con el libro en las manos rumbo a Colón. Al pasar frente al Palau de la Virreina se acercó a una papelera y lo tiró. La vi partir Rambla abajo hasta que se perdió en la multitud, como si nunca hubiese estado allí.

19

Sempere padre estaba solo en su librería encolando el lomo de un ejemplar de *Fortunata y Jacinta* que se caía a trozos cuando alzó la mirada y me vio al otro lado de la puerta. Le bastó un par de segundos para ver el estado en que me encontraba. Me hizo señas para que entrase. Tan pronto estuve en el interior, el librero me ofreció una silla.

—Tiene mala cara, Martín. Tendría que ir a ver a un médico. Si le da canguelo, le acompaño. A mí, los galenos también me dan grima, todos con batas blancas y cosas puntiagudas en la mano, pero a veces hay que pasar por el tubo.

—Es sólo un dolor de cabeza, señor Sempere. Ya se me está pasando.

Sempere me sirvió un vaso de agua de Vichy.

—Tenga. Esto lo cura todo, menos la tontería, que es una pandemia en alza.

Sonreí a la broma de Sempere sin ganas. Apuré el vaso de agua y suspiré. Sentía la náusea en los labios y una presión intensa que me latía detrás del ojo izquierdo. Por un instante creí que me iba a desplomar y cerré los ojos. Respiré hondo, suplicando no quedarme de una pieza allí. El destino no podía tener un sentido del humor tan perverso como para haberme conducido hasta la librería de Sempere para dejarle, en agradecimiento a todo cuanto había hecho por mí, un cadáver de propina. Sentí una mano que me sostenía la frente con delicadeza. Sempere. Abrí los ojos y encontré al librero y a su hijo, que se había asomado, observándome con un semblante de velatorio.

—¿Aviso al doctor? —preguntó Sempere hijo.

—Ya estoy mejor, gracias. Mucho mejor.

—Pues tiene usted una manera de mejorar que pone los pelos de punta. Está usted gris.

—¿Un poquito más de agua?

Sempere hijo se apresuró a rellenarme el vaso.

—Perdonen ustedes el espectáculo —dije—. Les aseguro que no lo traía preparado.

—No diga tonterías.

—A lo mejor le iría bien tomar algo dulce. Puede haber sido una bajada de azúcar… —apuntó el hijo.

—Acércate al horno de la esquina y trae algún dulce —convino el librero.

Cuando nos hubimos quedado solos, Sempere me clavó la mirada.

—Le juro que iré al médico —ofrecí.

Un par de minutos más tarde el hijo del librero regresó con una bolsa de papel

que contenía lo más granado de la bollería del barrio. Me la tendió y elegí un *brioche* que, en otra ocasión, me hubiese parecido tan tentador como el trasero de una corista.

—Muerda —ordenó Sempere.

Me comí el *brioche* dócilmente. Lentamente me fui sintiendo mejor.

—Parece que revive —observó el hijo.

—Lo que no curen los bollitos de la esquina…

En aquel instante escuchamos la campanilla de la puerta. Un cliente había entrado en la librería y, a un asentimiento de su padre, Sempere hijo nos dejó para atenderle. El librero se quedó a mi lado, intentando medirme el pulso presionándome la muñeca con el índice.

—Señor Sempere, ¿se acuerda usted, hace muchos años, cuando me dijo que si algún día tenía que salvar un libro, salvarlo de verdad, viniese a verle?

Sempere echó una mirada al libro que había rescatado de la papelera donde lo había tirado mi madre y que aún llevaba en las manos.

—Deme cinco minutos.

Empezaba a oscurecer cuando descendimos por la Rambla entre el gentío que había salido a pasear en una tarde calurosa y húmeda. Apenas soplaba un amago de brisa, y balcones y ventanales estaban abiertos de par en par, las gentes asomadas mirando el desfilar de siluetas bajo el cielo encendido de ámbar. Sempere caminaba a paso ligero y no aminoró la marcha hasta que avistamos el pórtico de sombras que se abría a la entrada de la calle del Arc del Teatre. Antes de cruzar me miró con solemnidad y me dijo:

—Martín, lo que va a ver usted ahora no se lo puede contar a nadie, ni a Vidal. A nadie.

Asentí, intrigado por el aire de seriedad y secretismo del librero. Seguí a Sempere a través de la angosta calle, apenas una brecha entre edificios sombríos y ruinosos que parecían inclinarse como sauces de piedra para cerrar la línea de cielo que perfilaba los terrados. Al poco llegamos a un gran portón de madera que parecía sellar una vieja basílica que hubiese permanecido cien años en el fondo de un pantano. Sempere ascendió los dos peldaños hasta el portón y tomó el llamador de bronce forjado en forma de diablillo sonriente. Golpeó tres veces la puerta y descendió de nuevo a esperar junto a mí.

—Lo que va a ver ahora no se lo puede usted contar…

—… a nadie. Ni a Vidal. A nadie.

Sempere asintió con severidad. Esperamos por espacio de un par de minutos hasta que se oyó lo que parecían cien cerrojos trabándose simultáneamente. El portón se entreabrió con un profundo quejido y se asomó el rostro de un hombre de mediana edad y cabello ralo, de expresión rapaz y mirada penetrante.

—Éramos pocos y parió Sempere, para variar —espetó—. ¿Qué me trae hoy?

¿Otro letra herido de los que no se echan novia porque prefieren vivir con su madre?

Sempere hizo caso omiso del sarcástico recibimiento.

—Martín, éste es Isaac Monfort, guardián de este lugar y dueño de una simpatía sin parangón. Hágale caso en todo lo que le diga. Isaac, éste es David Martín, buen amigo, escritor y persona de mi confianza.

El tal Isaac me miró de arriba abajo con escaso entusiasmo y luego intercambió una mirada con Sempere.

—Un escritor nunca es persona de confianza. A ver, ¿le ha explicado Sempere las reglas?

—Sólo que no puedo hablar de lo que vea aquí a nadie.

—Ésa es la primera y más importante. Si no la cumple, yo mismo iré y le retorceré el pescuezo. ¿Se impregna del espíritu general?

—Al cien por cien.

—Pues andando —dijo Isaac, indicándome que pasara al interior.

—Yo me despido ahora, Martín, y los dejo a ustedes. Aquí estará seguro.

Comprendí que Sempere se refería al libro, no a mí. Me abrazó con fuerza y luego se perdió en la noche. Me adentré en el umbral y el tal Isaac tiró de una palanca al dorso del portón. Mil mecanismos anudados en una telaraña de rieles y poleas lo sellaron. Isaac tomó un candil del suelo y lo alzó a la altura de mi rostro.

—Tiene usted mala cara —dictaminó.

—Indigestión —repliqué.

—¿De qué?

—De realidad.

—Póngase a la cola —atajó.

Avanzamos por un largo corredor en cuyos flancos velados de penumbra se adivinaban frescos y escalinatas de mármol. Nos adentramos por aquel recinto palaciego y al poco se vislumbró al frente la entrada a lo que parecía una gran sala.

—¿Qué trae usted? —preguntó Isaac.

—*Los Pasos del Cielo*. Una novela.

—Menuda cursilada de título. ¿No será usted el autor?

—Me temo que sí.

Isaac suspiró, negando por lo bajo.

—¿Y qué más ha escrito?

—*La Ciudad de los Malditos*, tomos del uno al veintisiete, entre otras cosas.

Isaac se volvió y sonrió, complacido.

—¿Ignatius B. Samson?

—Que en paz descanse y para servirle a usted.

El enigmático guardián se detuvo entonces y dejó descansar el farol en lo que parecía una balaustrada suspendida frente a una gran bóveda. Levanté la mirada y me quedé mudo. Un colosal laberinto de puentes, pasajes y estantes repletos de cientos de miles de libros se alzaba formando una gigantesca biblioteca de perspectivas

imposibles. Una madeja de túneles atravesaba la inmensa estructura que parecía ascender en espiral hacia una gran cúpula de cristal de la que se filtraban cortinas de luz y tiniebla. Pude ver algunas siluetas aisladas que recorrían pasarelas y escalinatas o examinaban con detalle los pasadizos de aquella catedral hecha de libros y palabras. No podía dar crédito a mis ojos y miré a Isaac Monfort, atónito. Sonreía como zorro viejo que saborea su truco favorito.

—Ignatius B. Samson, bienvenido al Cementerio de los Libros Olvidados.

20

Seguí al guardián hasta la base de la gran nave que albergaba el laberinto. El suelo que pisábamos estaba remendado de losas y lápidas, con inscripciones funerarias, cruces y rostros diluidos en la piedra. El guardián se detuvo y deslizó el farol de gas sobre algunas de las piezas de aquel macabro rompecabezas para mi deleite.

—Restos de una antigua necrópolis —explicó—. Pero que eso no le dé ideas y decida caérseme muerto aquí.

Continuamos hasta una zona frente a la estructura central que parecía hacer las veces de umbral. Isaac me iba recitando de corrido las normas y deberes, clavándome de vez en cuando una mirada que yo procedía a aplacar con manso asentimiento.

—Artículo uno: la primera vez que alguien acude aquí tiene derecho a elegir un libro, el que desee, de entre todos los que hay en este lugar. Artículo dos: cuando se adopta un libro se contrae la obligación de protegerlo y de hacer cuanto sea posible para que nunca se pierda. De por vida. ¿Dudas hasta el momento?

Alcé la mirada hacia la inmensidad del laberinto.

—¿Cómo elige uno un solo libro entre tantos?

Isaac se encogió de hombros.

—Hay quien prefiere creer que es el libro el que le escoge a él… el destino, por así decirlo. Lo que ve usted aquí es la suma de siglos de libros perdidos y olvidados, libros que estaban condenados a ser destruidos y silenciados para siempre, libros que preservan la memoria y el alma de tiempos y prodigios que ya nadie recuerda. Ninguno de nosotros, ni los más viejos, sabe exactamente cuándo fue creado ni por quién. Probablemente es casi tan antiguo como la misma ciudad y ha ido creciendo con ella, a su sombra. Sabemos que el edificio fue levantado con los restos de palacios, iglesias, prisiones y hospitales que alguna vez pudo haber en este lugar. El origen de la estructura principal es de principios del siglo XVIII y no ha dejado de cambiar desde entonces. Con anterioridad, el Cementerio de los Libros Olvidados había estado oculto bajo los túneles de la ciudad medieval. Hay quien dice que en tiempos de la Inquisición gentes de saber y de mente libre escondían libros prohibidos en sarcófagos y los enterraban en los osarios que había por toda la ciudad para protegerlos, confiando en que generaciones futuras pudieran desenterrarlos. A mediados del siglo pasado se encontró un largo túnel que conduce desde las entrañas del laberinto hasta los sótanos de una vieja biblioteca que hoy en día está sellada y oculta en las ruinas de una antigua sinagoga del barrio del Call. Al caer las últimas murallas de la ciudad se produjo un corrimiento de tierras y el túnel quedó inundado

por las aguas del torrente subterráneo que desciende desde hace siglos bajo lo que hoy es la Rambla. Ahora es impracticable, pero suponemos que durante mucho tiempo ese túnel fue una de las vías principales de acceso a este lugar. La mayor parte de la estructura que usted puede ver se desarrolló durante el siglo XIX. No más de cien personas en toda la ciudad conocen este lugar y espero que Sempere no haya cometido un error al incluirle a usted entre ellas…

Negué enérgicamente, pero Isaac me observaba con escepticismo.

—Artículo tres: puede usted enterrar su libro donde quiera.

—¿Y si me pierdo?

—Una cláusula adicional, de mi cosecha: procure no perderse.

—¿Se ha perdido alguien alguna vez?

Isaac dejó escapar un soplido.

—Cuando yo empecé aquí, años ha, contaban lo de Darío Alberti de Cymerman. Supongo que Sempere no le habrá hablado de eso, claro…

—¿Cymerman? ¿El historiador?

—No, el domador de focas. ¿Cuántos Daríos Alberti de Cymerman conoce usted? El caso es que en el invierno de 1889, Cymerman se adentró en el laberinto y desapareció en él por espacio de una semana. Le encontraron escondido en uno de los túneles, medio muerto de terror. Se había emparedado detrás de varias hileras de textos sagrados para evitar ser visto.

—¿Visto por quién?

Isaac me miró largamente.

—Por el hombre de negro. ¿Seguro que Sempere no le ha contado esto?

—Seguro que no.

Isaac bajó la voz y adoptó un tono confidencial.

—Algunos de los miembros, a lo largo de los años, han visto a veces al hombre de negro en los túneles del laberinto. Todos le describen de una manera diferente. Hay quien incluso afirma haber hablado con él. Hubo un tiempo en que corrió el rumor de que el hombre de negro era el espíritu de un autor maldito a quien uno de los miembros traicionó tras llevarse de aquí uno de sus libros y no mantener su promesa. El libro se perdió para siempre y el difunto autor vaga eternamente por los corredores buscando venganza, ya sabe usted, ese tipo de cosas a lo Henry James que le van tanto a la gente.

—No me va a decir que usted se cree eso.

—Claro que no. Yo tengo otra teoría. La de Cymerman.

—¿Que es…?

—Que el hombre de negro es el patrón de este lugar, el padre de todo conocimiento secreto y prohibido, del saber y de la memoria, portador de la luz de cuentistas y escritores desde tiempos inmemoriales… Es nuestro ángel de la guarda, el ángel de las mentiras y de la noche.

—Me toma usted el pelo.

—Todo laberinto tiene su minotauro —apuntó el guardián.

Isaac sonrió enigmáticamente y señaló hacia la entrada del laberinto.

—Todo suyo.

Enfilé una pasarela que conducía a una de las entradas y penetré lentamente en un largo corredor de libros que describía una curva ascendente. Al llegar al final de la curva, el túnel se bifurcaba en cuatro pasadizos y formaba un pequeño círculo desde el que ascendía una escalera de caracol que se perdía en las alturas. Subí las escaleras hasta encontrar un rellano desde el que partían tres túneles. Elegí uno de ellos, el que creía que conducía hacia el corazón de la estructura, y me aventuré. A mi paso rozaba los lomos de centenares de libros con los dedos. Me dejé impregnar del olor, de la luz que conseguía filtrarse entre rendijas y de las linternas de cristal horadadas en la estructura de madera y que flotaba en espejos y penumbras. Caminé sin rumbo por espacio de casi treinta minutos hasta llegar a una suerte de cámara cerrada en la que había una mesa y una silla. Las paredes estaban hechas de libros y parecían sólidas a excepción de un pequeño resquicio del que daba la impresión que alguien se había llevado un tomo. Decidí que aquél iba a ser el nuevo hogar de *Los Pasos del Cielo*. Contemplé la portada por última vez y releí el primer párrafo, imaginando el instante que, si así lo quería la fortuna, y muchos años después de que yo estuviese muerto y olvidado, alguien recorrería aquel mismo camino y llegaría a aquella sala para encontrar un libro desconocido en el que había entregado todo cuanto tenía que ofrecer. Lo coloqué allí, sintiendo que era yo el que se quedaba en el estante. Fue entonces cuando sentí la presencia a mi espalda, y me volví para encontrar, mirándome fijamente a los ojos, al hombre de negro.

21

Al principio no reconocí mi propia mirada en el espejo, uno de los muchos que formaban una cadena de luz tenue a lo largo de los corredores del laberinto. Eran mi rostro y mi piel los que veía en el reflejo, pero los ojos eran los de un extraño. Turbios y oscuros y rebosantes de malicia. Aparté la mirada y sentí que la náusea me rondaba de nuevo. Me senté en la silla frente a la mesa y respiré profundamente. Imaginé que incluso al doctor Trías le podría resultar divertida la idea de que al inquilino de mi cerebro, el crecimiento tumoral como él gustaba de llamarle, se le hubiese ocurrido darme la estocada de gracia en aquel lugar y concederme el honor de ser el primer ciudadano permanente del Cementerio de los Novelistas Olvidados. Enterrado en compañía de su última y lamentable obra, la que le llevó a la tumba. Alguien me encontraría allí dentro de diez meses o diez años, o tal vez nunca. Un gran final digno de *La Ciudad de los Malditos*.

Creo que me salvó la risa amarga, que me despejó la cabeza y me devolvió la noción de dónde estaba y lo que había venido a hacer. Me iba a levantar de la silla cuando lo vi. Era un tomo tosco, oscuro y sin título visible en el lomo. Estaba encima de una pila de cuatro libros más en el extremo de la mesa. Lo tomé en las manos. Las cubiertas parecían estar encuadernadas en cuero o en algún tipo de piel curtida y oscurecida, más por el tacto que por un tinte. Las palabras del título, que habían sido grabadas con lo que supuse era algún tipo de marca a fuego en la tapa, estaban desdibujadas, pero en la cuarta página se podía leer el mismo título con claridad.

Lux Aeterna
D. M.

Supuse que las iniciales, que coincidían con las mías, correspondían al nombre del autor, pero no había ningún otro indicio en el libro que lo confirmara. Pasé varias páginas al vuelo y reconocí por lo menos cinco lenguas diferentes alternándose en el texto. Castellano, alemán, latín, francés y hebreo. Leí un párrafo al azar que me hizo pensar en una oración que no recordaba en la liturgia tradicional, y me pregunté si aquel cuaderno sería una suerte de misal o compendio de plegarias. El texto estaba punteado con numerales y estrofas con entradas subrayadas que parecían indicar episodios o divisiones temáticas. Cuanto más lo examinaba más me daba cuenta de que a lo que me recordaba era a los evangelios y catecismos de mis días de escolar.

Hubiera podido salir de allí, escoger cualquier otro tomo entre cientos de miles y abandonar aquel lugar para no volver nunca jamás. Casi creí que lo había hecho hasta que me di cuenta de que recorría de vuelta los túneles y corredores del laberinto con el libro en la mano, como si fuese un parásito que se me hubiese pegado a la piel. Por un instante me cruzó por la cabeza la noción de que el libro tenía más ganas de salir de aquel lugar que yo y que, de algún modo, guiaba mis pasos. Tras dar algunos rodeos y pasar frente al mismo ejemplar del cuarto tomo de las obras completas de LeFanu un par de veces, me encontré sin saber cómo frente a la escalinata que descendía en espiral, y de allí atiné a encontrar el camino que conducía a la salida del laberinto. Había supuesto que Isaac estaría esperándome en el umbral, pero no había señal de su presencia, aunque tuve la certeza de que alguien me observaba desde la oscuridad. La gran bóveda del Cementerio de los Libros Olvidados estaba sumida en un profundo silencio.

—¿Isaac? —llamé.

El eco de mi voz se perdió en la sombra. Esperé unos segundos en vano y me encaminé rumbo a la salida. La tiniebla azul que se filtraba por la cúpula se fue desvaneciendo hasta que la oscuridad a mi alrededor fue casi absoluta. Unos pasos más allá distinguí una luz que parpadeaba en el extremo de la galería y pude comprobar que el guardián había dejado el farol al pie del portón. Me volví por última vez para escrutar la oscuridad de la galería. Tiré de la manija que ponía en marcha el mecanismo de rieles y poleas. Los anclajes del cerrojo se liberaron uno a uno y la puerta cedió unos centímetros. La empujé justo lo suficiente para pasar y salí al exterior. En unos segundos la puerta empezó a cerrarse de nuevo y se selló con un eco profundo.

22

A medida que me alejaba de aquel lugar sentí que su magia me abandonaba y me invadía de nuevo la náusea y el dolor. Me caí de bruces un par de veces, la primera en la Rambla y la segunda al intentar cruzar la Vía Layetana, donde un niño me levantó y me salvó de ser arrollado por un tranvía. A duras penas conseguí llegar a mi puerta. La casa había estado cerrada todo el día, y el calor, aquel calor húmedo y ponzoñoso que cada día ahogaba un poco más la ciudad, flotaba en el interior en forma de luz polvorienta. Subí hasta el estudio de la torre y abrí las ventanas de par en par. Apenas corría un soplo de brisa bajo un cielo lapidado de nubes negras que se movían lentamente en círculos sobre Barcelona. Dejé el libro sobre mi escritorio y me dije que tiempo habría para examinarlo con detalle. O tal vez no. Tal vez el tiempo ya se me había acabado. Poco parecía importar ya. En aquellos instantes apenas me tenía en pie y necesitaba tenderme en la oscuridad. Rescaté uno de los frascos de píldoras de codeína del cajón y engullí tres o cuatro de un trago. Me guardé el frasco en el bolsillo y enfilé escaleras abajo, no del todo seguro de poder llegar al dormitorio de una pieza. Al alcanzar el pasillo me pareció ver un parpadeo en la línea de claridad que había bajo la puerta principal, como si hubiese alguien al otro lado de la puerta. Me acerqué lentamente a la entrada, apoyándome en las paredes.

—¿Quién va? —pregunté.

No hubo respuesta ni sonido alguno. Dudé un segundo y luego abrí y me asomé al rellano. Me incliné a mirar escaleras abajo. Los peldaños descendían en espiral, difuminándose en tinieblas. No había nadie. Me volví hacia la puerta y advertí que el pequeño farol que iluminaba el rellano parpadeaba. Entré de nuevo en casa y cerré con llave, algo que muchas veces olvidaba hacer. Fue entonces cuando lo vi. Era un sobre de color crema de reborde serrado. Alguien lo había deslizado bajo la puerta. Me arrodillé para recogerlo. Era papel de alto gramaje, poroso. El sobre estaba lacrado y llevaba mi nombre. El escudo sellado en el lacre trazaba la silueta del ángel con las alas desplegadas. Lo abrí.

Apreciado señor Martín:

Voy a pasar un tiempo en la ciudad y me complacería mucho poder disfrutar de su compañía y tal vez de la oportunidad de recuperar el tema de mi oferta. Le agradecería mucho que, si no tiene compromiso previo, me acompañase para cenar el próximo viernes 13 de este mes a las 10 de la noche en una pequeña villa que he alquilado para mi estancia en Barcelona. La casa está situada en la esquina de las

calles Olot y San José de la Montaña, junto a la entrada del Park Güell. Confío y deseo que le sea posible venir.

Su amigo,

ANDREAS CORELLI

Dejé caer la nota al suelo y me arrastré hasta la galería. Allí me tendí en el sofá, al abrigo de la penumbra. Faltaban siete días para aquella cita. Sonreí para mis adentros. No creía que fuese a vivir siete días. Cerré los ojos e intenté conciliar el sueño. Aquel silbido constante en los oídos me parecía ahora más estruendoso que nunca. Punzadas de luz blanca se encendían en mi mente con cada latido de mi corazón.

No podrá usted ni pensar en escribir.

Abrí de nuevo los ojos y escruté la tiniebla azul que velaba la galería. Junto a mí, en la mesa, reposaba todavía aquel viejo álbum de fotografías que Cristina había dejado. No había tenido el valor de tirarlo, ni de tocarlo apenas. Alargué la mano hasta el álbum y lo abrí. Pasé las páginas hasta dar con la imagen que buscaba. La arranqué del papel y la examiné. Cristina, de niña, caminando de la mano de un extraño por aquel muelle que se adentraba en el mar. Apreté la fotografía contra el pecho y me abandoné a la fatiga. Lentamente, la amargura y la rabia de aquel día, de aquellos años, se fueron apagando y me envolvió una cálida oscuridad llena de voces y manos que me estaban esperando. Deseé perderme en ella como no había deseado nada en toda mi vida, pero algo tiró de mí y una puñalada de luz y de dolor me arrancó de aquel sueño placentero que prometía no tener fin.

Todavía no —susurró la voz—, *todavía no*.

Supe que pasaban los días porque a ratos me despertaba y me parecía ver la luz del sol atravesando las láminas de los postigos en las ventanas. En varias ocasiones creí oír golpes en la puerta y voces que pronunciaban mi nombre y que al rato desaparecían. Horas o días después me levanté y me llevé las manos a la cara para encontrar sangre en los labios. No sé si bajé a la calle o soñé que lo hacía, pero sin saber cómo había llegado allí me encontré enfilando el paseo del Born y caminando hacia la catedral de Santa María del Mar. Las calles estaban desiertas bajo la luna de mercurio. Alcé la vista y creí ver el espectro de una gran tormenta negra desplegar sus alas sobre la ciudad. Un soplo de luz blanca abrió el cielo y un manto tejido de gotas de lluvia se desplomó como un enjambre de puñales de cristal. Un instante antes de que la primera gota rozase el suelo, el tiempo se detuvo y cientos de miles de lágrimas de luz quedaron suspendidas en el aire como motas de polvo. Supe que alguien o algo caminaba a mi espalda y pude sentir su aliento en la nuca, frío e impregnado del hedor de la carne putrefacta y el fuego. Sentí cómo sus dedos, largos y afilados, se cernían sobre mi piel y en aquel instante, atravesando la lluvia suspendida, apareció aquella niña que sólo vivía en el retrato que sostenía contra mi

pecho. Me tomó de la mano y tiró de mí, guiándome de nuevo hasta la casa de la torre, dejando atrás aquella presencia helada que reptaba a mi espalda. Cuando recobré la conciencia, habían pasado siete días.

Amanecía el 13 de julio, viernes.

23

Pedro Vidal y Cristina Sagnier se casaron aquella tarde. La ceremonia tuvo lugar a las cinco en la capilla del monasterio de Pedralbes y a ella acudió sólo una pequeña parte del clan Vidal, con lo más granado de la familia, incluyendo al padre del novio, en ominosa ausencia. De haber habido malas lenguas hubiesen dicho que la ocurrencia del benjamín de contraer matrimonio con la hija del chófer había caído como un jarro de agua fría en las huestes de la dinastía. Pero no las había. En un discreto pacto de silencio, los cronistas de sociedad tenían otras cosas que hacer aquella tarde y ni una sola publicación se hizo eco de la ceremonia.

Nadie estuvo allí para contar que a las puertas de la iglesia se había reunido un ramillete de antiguas amantes de don Pedro, que lloraban en silencio como una cofradía de viudas marchitas a las que sólo les quedaba por perder la última esperanza. Nadie estuvo allí para contar que Cristina llevaba un manojo de rosas blancas en la mano y un vestido color marfil que se confundía con su piel y hacía pensar que la novia acudía desnuda al altar, sin más adorno que el velo blanco que le cubría el rostro y un cielo de color ámbar que parecía recogerse en un remolino de nubes sobre la aguja del campanario. Nadie estuvo allí para recordar cómo descendía del coche y, por un instante, se detenía para alzar la vista y mirar hacia la plaza que había enfrente del portal de la iglesia hasta que sus ojos encontraron a aquel hombre moribundo al que le temblaban las manos y murmuraba, sin que nadie pudiese oírle, palabras que iba a llevarse consigo a la tumba.

—Malditos seáis. Malditos seáis los dos.

Dos horas después, sentado en la butaca del estudio, abrí el estuche que años atrás había llegado a mis manos y que contenía lo único que me quedaba de mi padre. Extraje la pistola envuelta en el paño y abrí el tambor. Introduje seis balas y cerré el arma de nuevo. Apoyé el cañón en la sien, tensé el percutor y cerré los ojos. En aquel instante sentí cómo aquel golpe de viento azotaba de súbito la torre y los ventanales del estudio se abrían de par en par, golpeando la pared con fuerza. Una brisa helada me acarició la piel, portando el aliento perdido de las grandes esperanzas.

24

El taxi ascendía lentamente hasta los confines de la barriada de Gracia rumbo al solitario y sombrío recinto del Park Güell. La colina estaba punteada de caserones que habían visto mejores días asomando entre una arboleda que se mecía al viento como agua negra. Vislumbré en lo alto de la ladera la gran puerta del recinto. Tres años atrás, a la muerte de Gaudí, los herederos del conde Güell habían vendido al ayuntamiento aquella urbanización desierta, que nunca había tenido más habitante que su arquitecto, por una peseta. Olvidado y desatendido, el jardín de columnas y torres hacía pensar ahora en un edén maldito. Indiqué al conductor que se detuviese frente a las rejas de la entrada y le aboné la carrera.

—¿Está seguro el señor de que quiere bajarse aquí? —preguntó el conductor, que no las tenía todas consigo—. Si lo desea, puedo esperarle unos minutos…

—No será necesario.

El murmullo del taxi se perdió colina abajo y me quedé a solas con el eco del viento entre los árboles. La hojarasca se arrastraba a la entrada del parque y se arremolinaba a mis pies. Me acerqué a las rejas, que estaban cerradas con cadenas corroídas de herrumbre, y escruté el interior. La luz de la luna lamía el contorno de la silueta del dragón presidiendo la escalinata. Una forma oscura descendía los peldaños muy lentamente, observándome con ojos que brillaban como perlas bajo el agua. Era un perro negro. El animal se detuvo al pie de las escaleras y sólo entonces advertí que no estaba solo. Dos animales más me observaban en silencio. Uno se había aproximado con sigilo por la sombra que proyectaba la casa del guarda, apostada a un lado de la entrada. El otro, el más grande de los tres, se había aupado al muro y me contemplaba desde la cornisa apenas a un par de metros. La bruma de su aliento destilaba entre sus colmillos expuestos. Me retiré muy lentamente, sin quitarle la mirada de los ojos y sin darle la espalda. Paso a paso, gané la acera opuesta a la entrada. Otro de los perros había trepado al muro y me seguía con los ojos. Escruté el suelo en busca de algún palo o de una piedra que poder utilizar como defensa si decidían saltar y venir a por mí, pero cuanto había eran hojas secas. Sabía que, si apartaba la mirada y echaba a correr, los animales me darían caza y que no podría ni completar una veintena de metros antes de que se me echasen encima y me despedazasen. El mayor de los animales se adelantó unos pasos sobre el muro y tuve la certeza de que iba a saltar. El tercero, el único que había visto al principio y que probablemente actuaba de señuelo, empezaba a escalar la parte baja del muro para unirse a los otros dos. Aquí estoy, pensé.

En aquel instante un destello de claridad prendió e iluminó los rostros lobunos de

los tres animales, que se detuvieron en seco. Miré por encima del hombro y vi el montículo que se elevaba a medio centenar de metros de la entrada del parque. Las luces de la casa se habían encendido, las únicas en toda la colina. Uno de los animales emitió un gemido sordo y se retiró hacia el interior del parque. Los otros le siguieron un instante más tarde. Sin pensarlo dos veces, me encaminé en dirección a la casa. Tal como había indicado Corelli en su invitación, el caserón se levantaba sobre la esquina de la calle Olot con San José de la Montaña. Era una estructura esbelta y angulosa de tres pisos en forma de torre coronada de mansardas que contemplaba como un centinela la ciudad y el parque fantasmal a sus pies.

La casa quedaba al final de una empinada pendiente y unas escalinatas que dejaban a su puerta. Halos de luz dorada exhalaban de los ventanales. A medida que ascendía las escaleras de piedra me pareció distinguir una silueta recortada en una balaustrada del segundo piso, inmóvil como una araña tendida sobre su red. Llegué al último peldaño y me detuve a recuperar el aliento. La puerta principal estaba entreabierta y una lámina de luz se extendía hasta mis pies. Me acerqué lentamente y me detuve en el umbral. Un olor a flores muertas emanaba del interior. Golpeé la puerta con los nudillos y cedió unos centímetros hacia el interior. Frente a mí había un recibidor y un largo corredor que se adentraba en la casa. Pude detectar un sonido seco y repetitivo, como el de un postigo golpeando la ventana por el viento, que provenía de algún lugar de la casa y que recordaba el latido de un corazón. Me adentré unos pasos en el recibidor y vi que a mi izquierda se encontraban las escaleras que ascendían por la torre. Creí oír pasos ligeros, pasos de niño, escalando los últimos pisos.

—¿Buenas noches? —llamé.

Antes de que el eco de mi voz se perdiese por el corredor, el sonido percusivo que latía en algún lugar de la casa se detuvo. Un silencio absoluto descendió a mi alrededor y una corriente de aire helado me acarició el rostro.

—¿Señor Corelli? Soy Martín. David Martín…

Al no obtener respuesta, me aventuré por el corredor que avanzaba hacia el interior de la casa. Las paredes estaban recubiertas con fotografías de retratos enmarcadados en diferentes tamaños. Por las poses y las ropas de los sujetos supuse que la mayoría tenían por lo menos entre veinte y treinta años. Al pie de cada marco había una pequeña placa con el nombre del retratado y el año en que había sido tomada la imagen. Estudié aquellos rostros que me observaban desde otro tiempo. Niños y viejos, damas y caballeros. A todos los unía una sombra de tristeza en la mirada, una llamada silenciosa. Todos miraban a la cámara con un anhelo que helaba la sangre.

—¿Le interesa la fotografía, amigo Martín? —dijo la voz a mi lado. Me volví sobresaltado. Andreas Corelli contemplaba las fotografías junto a mí con una sonrisa prendida de melancolía. No le había visto ni oído aproximarse y cuando me sonrió sentí un escalofrío.

—Creía que no vendría.

—Yo también.

—Entonces permítame que le invite a una copa de vino para brindar por nuestros errores.

Le seguí hasta una gran sala con amplios ventanales orientados hacia la ciudad. Corelli me indicó que tomase asiento en una butaca y procedió a servir dos copas de una botella de cristal que había sobre una mesa. Me tendió la copa y tomó asiento en la butaca opuesta.

Probé el vino. Era excelente. Lo apuré casi de un sorbo y pronto sentí que la calidez que me descendía por la garganta me templaba los nervios. Corelli olfateaba su copa y me observaba con una sonrisa serena y amigable.

—Tenía usted razón —dije.

—Suelo tenerla —replicó Corelli—. Es un hábito que raramente me proporciona alguna satisfacción. A veces pienso que pocas cosas me agradarían más que tener la certeza de haberme equivocado.

—Eso tiene fácil arreglo. Pregúnteme a mí. Yo siempre me equivoco.

—No, no se equivoca. Me parece que ve usted las cosas casi tan claras como yo y que eso tampoco le reporta satisfacción alguna.

Escuchándole se me ocurrió que en aquel instante lo único que me podía proporcionar alguna satisfacción era prenderle fuego al mundo entero y arder con él. Corelli, como si hubiese leído mi pensamiento, sonrió enseñando los dientes y asintió.

—Yo puedo ayudarle, amigo mío.

Me sorprendí a mí mismo esquivando su mirada y concentrándome en aquel pequeño broche con un ángel de plata en su solapa.

—Bonito broche —dije, señalándolo.

—Recuerdo de familia —respondió Corelli.

Me pareció que ya habíamos intercambiado suficientes gentilezas y trivialidades para toda la velada.

—Señor Corelli, ¿qué estoy haciendo aquí?

Los ojos de Corelli brillaban con el mismo color del vino que se mecía lentamente en su copa.

—Es muy sencillo. Está usted aquí porque por fin ha entendido que éste es su lugar. Está usted aquí porque hace un año le hice una oferta. Una oferta que en aquel momento no estaba usted preparado para aceptar, pero que no ha olvidado. Y yo estoy aquí porque sigo pensando que usted es la persona que busco y por eso he preferido esperar doce meses antes de pasar de largo.

—Una oferta que nunca llegó usted a detallar —recordé.

—De hecho, lo único que le di fueron los detalles.

—Cien mil francos por trabajar un año entero para usted escribiendo un libro.

—Exactamente. Muchos pensarían que eso era lo esencial. Pero no usted.

—Me dijo que cuando me explicase qué clase de libro quería que escribiese para usted, lo haría incluso si no me pagaba.

Corelli asintió.

—Tiene usted buena memoria.

—Tengo una memoria excelente, señor Corelli, tanto que no recuerdo haber visto, leído u oído hablar de ningún libro editado por usted.

—¿Duda de mi solvencia?

Negué intentando disimular el anhelo y la codicia que me corroían por dentro. Cuanto más desinterés mostraba, más tentado por las promesas del editor me sentía.

—Simplemente me intrigan sus motivos —apunté.

—Como debe ser.

—En cualquier caso le recuerdo que tengo un contrato en exclusiva con Barrido y Escobillas por cinco años más. El otro día recibí una visita muy ilustrativa de su parte en compañía de un abogado de aspecto expeditivo. Pero supongo que tanto da, porque un lustro es demasiado tiempo y si algo tengo claro es que lo que menos tengo es tiempo.

—No se preocupe por los abogados. Los míos tienen un aspecto infinitamente más expeditivo que los de ese par de pústulas y nunca pierden un caso. Deje los detalles legales y la litigación de mi cuenta.

Por el modo en que sonrió al pronunciar aquellas palabras pensé que más me valía no tener nunca una entrevista con los consejeros legales de Éditions de la Lumière.

—Le creo. Supongo que eso deja entonces la cuestión de cuáles son los otros detalles de su oferta, los esenciales.

—No hay un modo sencillo de decir esto, así que lo mejor será que le hable sin ambages.

—Por favor.

Corelli se inclinó hacia adelante y me clavó los ojos.

—Martín, quiero que cree una religión para mí.

Al principio pensé que no le había oído bien.

—¿Cómo dice?

Corelli me sostuvo aquella mirada con sus ojos sin fondo.

—He dicho que quiero que cree una religión para mí.

Le contemplé durante un largo instante, mudo.

—Me está tomando el pelo.

Corelli negó, saboreando su vino con deleite.

—Quiero que reúna todo su talento y que se dedique en cuerpo y alma durante un año a trabajar en la historia más grande que haya usted creado: una religión.

No pude más que echarme a reír.

—Está usted completamente loco. ¿Ésa es su oferta? ¿Ése es el libro que quiere que le escriba?

Corelli asintió serenamente.

—Se ha equivocado de escritor. Yo no sé nada de religión.

—No se preocupe por eso. Yo sí. Lo que busco no es un teólogo. Busco un narrador. ¿Sabe usted lo que es una religión, amigo Martín?

—A duras penas recuerdo el Padrenuestro.

—Una oración preciosa y bien trabajada. Poesía aparte, una religión viene a ser un código moral que se expresa mediante leyendas, mitos o cualquier tipo de artefacto literario a fin de establecer un sistema de creencias, valores y normas con los que regular una cultura o una sociedad.

—Amén —repliqué.

—Como en literatura o en cualquier acto de comunicación, lo que le confiere efectividad es la forma y no el contenido —continuó Corelli.

—Me está usted diciendo que una doctrina viene a ser un cuento.

—Todo es un cuento, Martín. Lo que creemos, lo que conocemos, lo que recordamos e incluso lo que soñamos. Todo es un cuento, una narración, una secuencia de sucesos y personajes que comunican un contenido emocional. Un acto de fe es un acto de aceptación, aceptación de una historia que se nos cuenta. Sólo aceptamos como verdadero aquello que puede ser narrado. No me diga que no le tienta la idea.

—No.

—¿No le tienta crear una historia por la que los hombres sean capaces de vivir y morir, por la que sean capaces de matar y dejarse matar, de sacrificarse y condenarse, de entregar su alma? ¿Qué mayor desafío para su oficio que crear una historia tan poderosa que trascienda la ficción y se convierta en verdad revelada?

Nos miramos en silencio durante varios segundos.

—Creo que ya sabe cuál es mi respuesta —dije finalmente. Corelli sonrió.

—Yo sí. El que creo que no lo sabe todavía es usted.

—Gracias por la compañía, señor Corelli. Y por el vino y los discursos. Muy provocativos. Ándese con ojo a quién se los suelta. Le deseo que encuentre a su hombre y que el panfleto sea todo un éxito.

Me incorporé y me dispuse a marcharme.

—¿Le esperan en algún sitio, Martín?

No contesté pero me detuve.

—¿No siente uno rabia cuando sabe que podría haber tantas cosas por las que vivir, con salud y fortuna, sin ataduras? —dijo Corelli a mi espalda—. ¿No siente uno rabia cuando se las arrancan de las manos?

Me volví lentamente.

—¿Qué es un año de trabajo frente a la posibilidad de que todo cuanto uno desea se haga realidad? ¿Qué es un año de trabajo frente a la promesa de una larga existencia de plenitud?

Nada, dije para mis adentros, a mi pesar. Nada.

—¿Es ésa su promesa?

—Ponga usted el precio. ¿Quiere prenderle fuego al mundo y arder con él? Hagámoslo juntos. Usted fija el precio. Yo estoy dispuesto a darle aquello que usted más quiera.

—No sé qué es lo que más quiero.

—Yo creo que sí lo sabe.

El editor sonrió y me guiñó un ojo. Se incorporó y se aproximó a una cómoda sobre la que reposaba una lámpara. Abrió el primer cajón y extrajo un sobre de pergamino. Me lo tendió, pero no lo acepté. Lo dejó sobre la mesa que había entre nosotros y se sentó de nuevo, sin decir palabra. El sobre estaba abierto y en su interior se entreveía lo que parecían varios fajos de billetes de cien francos. Una fortuna.

—¿Guarda usted todo ese dinero en un cajón y deja su puerta abierta? —pregunté.

—Puede contarlo. Si le parece insuficiente, mencione la cifra. Ya le dije que no iba a discutir de dinero con usted.

Miré aquel pedazo de fortuna durante un largo instante, y finalmente negué. Al menos lo había visto. Era real. La oferta y la vanidad que me compraba en aquellos momentos de miseria y desesperanza eran reales.

—No puedo aceptarlo —dije.

—¿Cree que es dinero sucio?

—Todo el dinero es sucio. Si estuviese limpio nadie lo querría. Pero ése no es el problema.

—¿Entonces?

—No puedo aceptarlo porque no puedo aceptar su oferta. No podría aunque quisiera.

Corelli sopesó mis palabras.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Porque me estoy muriendo, señor Corelli. Porque me quedan sólo semanas de vida, tal vez días. Porque no me queda nada que ofrecer.

Corelli bajó la mirada y se sumió en un largo silencio. Escuché el viento arañar las ventanas y reptar sobre la casa.

—No me diga que no lo sabía usted —añadí.

—Lo intuía.

Corelli permaneció sentado, sin mirarme.

—Hay muchos otros escritores que pueden escribir ese libro para usted, señor Corelli. Le agradezco su oferta. Más de lo que imagina. Buenas noches. Me encaminé hacia la salida.

—Digamos que pudiera ayudarle a superar su enfermedad —dijo.

Me detuve a medio pasillo y me volví. Corelli estaba apenas a dos palmos de mí y me miraba fijamente. Me pareció que era más alto que cuando le había visto por

primera vez en el corredor y que sus ojos eran más grandes y oscuros. Pude ver mi reflejo en sus pupilas encogiéndose a medida que éstas se dilataban.

—¿Le inquieta mi aspecto, amigo Martín?

Tragué saliva.

—Sí —confesé.

—Por favor, vuelva a la sala y siéntese. Deme la oportunidad de explicarle más. ¿Qué tiene que perder?

—Nada, supongo.

Me puso la mano sobre el brazo con delicadeza. Tenía los dedos largos y pálidos.

—No tiene nada que temer de mí, Martín. Soy su amigo.

Su tacto era reconfortante. Me dejé guiar de nuevo a la sala y tomé asiento dócilmente, como un niño esperando las palabras de un adulto. Corelli se arrodilló junto a la butaca y posó su mirada sobre la mía. Me tomó la mano y la apretó con fuerza.

—¿Quiere usted vivir?

Quise responder pero no encontré palabras. Me di cuenta de que se me hacía un nudo en la garganta y los ojos se me llenaban de lágrimas. No había comprendido hasta entonces lo mucho que ansiaba seguir respirando, seguir abriendo los ojos cada mañana y poder salir a la calle para pisar las piedras y ver el cielo y, sobre todo, seguir recordando.

Asentí.

—Voy a ayudarle, amigo Martín. Sólo le pido que confíe en mí. Acepte mi oferta. Déjeme ayudarle. Déjeme que le entregue lo que más desea. Ésa es mi promesa.

Asentí de nuevo.

—Acepto.

Corelli sonrió y se inclinó sobre mí para besarme en la mejilla. Tenía los labios fríos como el hielo.

—Usted y yo, amigo mío, vamos a hacer grandes cosas juntos. Ya lo verá —murmuró.

Me brindó un pañuelo para que me secase las lágrimas. Lo hice sin sentir la vergüenza muda de llorar frente a un extraño, algo que no había hecho desde que murió mi padre.

—Está usted agotado, Martín. Quédese aquí a pasar la noche. En esta casa sobran las habitaciones. Le aseguro que mañana se encontrará mejor y verá las cosas con más claridad.

Me encogí de hombros, aunque comprendí que Corelli tenía razón. Apenas me tenía en pie y tan sólo deseaba dormir profundamente. No me veía con ánimos ni de levantarme de aquella butaca, la más cómoda y acogedora en la historia universal de todas las butacas.

—Si no le importa, prefiero quedarme aquí.

—Por supuesto. Le voy a dejar descansar. Muy pronto se sentirá mejor. Le doy mi

palabra.

Corelli se aproximó a la cómoda y apagó la lámpara de gas. La sala se sumergió en la penumbra azul. Se me desplomaban los párpados y una sensación de embriaguez me inundaba la cabeza, pero atiné a ver la silueta de Corelli cruzar la sala y desvanecerse en la sombra. Cerré los ojos y escuché el susurro del viento tras los cristales.

25

Soñé que la casa se hundía lentamente. Al principio, pequeñas lágrimas de agua oscura empezaron a brotar de las grietas de las baldosas, de los muros, de los relieves de la techumbre, de las esferas de las lámparas, de los orificios de las cerraduras. Era un líquido frío que se arrastraba lenta y pesadamente, como gotas de mercurio, y que paulatinamente iba formando un manto que cubría el suelo y escalaba las paredes. Sentí que el agua me cubría los pies y que iba ascendiendo rápidamente. Permanecí en la butaca, viendo cómo el nivel del agua me cubría la garganta y cómo en apenas unos segundos llegaba hasta el techo. Me sentí flotar y pude ver que luces pálidas ondulaban tras los ventanales. Eran figuras humanas suspendidas a su vez en aquella tiniebla acuosa. Fluían atrapadas por la corriente y alargaban las manos hacia mí, pero yo no podía ayudarlas y el agua las arrastraba sin remedio. Los cien mil francos de Corelli flotaban a mi alrededor, ondulando como peces de papel. Crucé la sala y me aproximé a una puerta cerrada que había en el extremo. Un hilo de luz emergía de la cerradura. Abrí la puerta y vi que daba a unas escaleras que caían hacia lo más profundo de la casa. Bajé.

Al final de la escalera se abría una sala oval en cuyo centro se distinguía un grupo de figuras congregadas en círculo. Al advertir mi presencia se volvieron y vi que vestían de blanco y portaban máscaras y guantes. Intensas luces blancas ardían sobre lo que me pareció una mesa de quirófano. Un hombre cuyo rostro no tenía facciones ni ojos ordenaba las piezas sobre una bandeja de instrumentos quirúrgicos. Una de las figuras me tendió una mano, invitándome a acercarme. Me aproximé y sentí que me tomaban la cabeza y el cuerpo y me acomodaban sobre la mesa. Las luces me cegaban, pero alcancé a ver que todas las figuras eran idénticas y tenían el rostro del doctor Trías. Me reí en silencio. Uno de los doctores sostenía una jeringuilla en las manos y procedió a inyectármela en el cuello. No sentí punzada alguna, apenas una placentera sensación de aturdimiento y calidez esparciéndose por mi cuerpo. Dos de los doctores me colocaron la cabeza sobre un mecanismo de sujeción y procedieron a ajustar la corona de tornillos que sostenían una placa acolchada en el extremo. Sentí que me sujetaban brazos y piernas con unas correas. No ofrecí ningún tipo de resistencia. Cuando todo mi cuerpo estuvo inmovilizado de pies a cabeza, uno de los doctores tendió un bisturí a otro de sus gemelos y éste se inclinó sobre mí. Sentí que alguien me asía de la mano y me la sostenía. Era un niño que me miraba con ternura y que tenía el mismo rostro que yo había tenido el día que mataron a mi padre.

Vi el filo del bisturí descender en la tiniebla líquida y sentí cómo el metal hacía un corte sobre mi frente. No experimenté dolor. Sentí que algo emanaba del corte y vi

cómo una nube negra sangraba lentamente de la herida y se esparcía por el agua. La sangre ascendía en volutas hacia las luces, como humo, y se torcía en formas cambiantes. Miré al niño, que me sonreía y me sostenía la mano con fuerza. Lo noté entonces. Algo se movía dentro de mí. Algo que hasta apenas hacía un instante estaba aferrado como una tenaza alrededor de mi mente. Sentí que algo se retiraba, como un aguijón clavado hasta la médula que se extrae con tenazas. Sentí pánico y quise levantarme, pero estaba inmovilizado. El niño me miraba fijamente y asentía. Creí que me iba a desvanecer, o a despertar, y entonces la vi. La vi reflejada en las luces que había sobre la mesa del quirófano. Un par de filamentos negros asomaban de la herida, reptando sobre mi piel. Era una araña negra del tamaño de un puño. Corrió sobre mi rostro y antes de que pudiese saltar de la mesa uno de los cirujanos la ensartó con un bisturí. La alzó a la luz para que pudiese verla. La araña agitaba las patas y sangraba contra las luces. Una mancha blanca cubría su caparazón y sugería una silueta de alas desplegadas. Un ángel. Al rato, sus patas quedaron inermes y su cuerpo se desprendió. Quedó flotando y cuando el niño alzó la mano para tocarla se deshizo en polvo. Los doctores desligaron mis ataduras y aflojaron el mecanismo de sujeción que me había atenazado el cráneo. Con la ayuda de los doctores me incorporé sobre la camilla y me llevé la mano a la frente. La herida se estaba cerrando. Cuando volví a mirar a mi alrededor me di cuenta de que estaba solo.

Las luces del quirófano se extinguieron y la sala quedó en penumbra. Regresé hacia la escalinata y ascendí los peldaños que me condujeron de nuevo a la sala. La luz del amanecer se filtraba en el agua y atrapaba mil partículas en suspensión. Estaba cansado. Más cansado de lo que lo había estado jamás en toda mi vida. Me arrastré hasta la butaca y me dejé caer. Mi cuerpo se desplomó lentamente y al quedar finalmente en reposo sobre la butaca pude ver que estelas de pequeñas burbujas empezaban a corretear por el techo. Una pequeña cámara de aire se formó en lo alto y comprendí que el nivel del agua empezaba a descender. El agua, densa y brillante como gelatina, se escapaba por las grietas de las ventanas a borbotones como si la casa fuese un sumergible que emergiese de las profundidades. Me acurruqué en la butaca, entregado a una sensación de ingravidez y paz que no deseaba abandonar jamás. Cerré los ojos y escuché el susurro del agua a mi alrededor. Abrí los ojos y vislumbré una lluvia de gotas que caían muy lentamente desde lo alto, como lágrimas que se podían detener al vuelo. Estaba cansado, muy cansado y sólo deseaba dormir profundamente.

Abrí los ojos a la intensa claridad de un mediodía cálido. La luz caía como polvo desde los ventanales. Lo primero que advertí fue que los cien mil francos seguían sobre la mesa. Me incorporé y me aproximé a la ventana. Corrí los cortinajes y un brazo de claridad cegadora inundó la sala. Barcelona seguía allí, ondulando como un espejismo de calor. Fue entonces cuando me di cuenta de que el zumbido de mis

oídos, que los ruidos del día solían enmascarar, había desaparecido por completo. Escuché un silencio intenso, puro como agua cristalina, que no recordaba haber experimentado jamás. Me escuché a mí mismo reír. Me llevé las manos a la cabeza y palpé la piel.

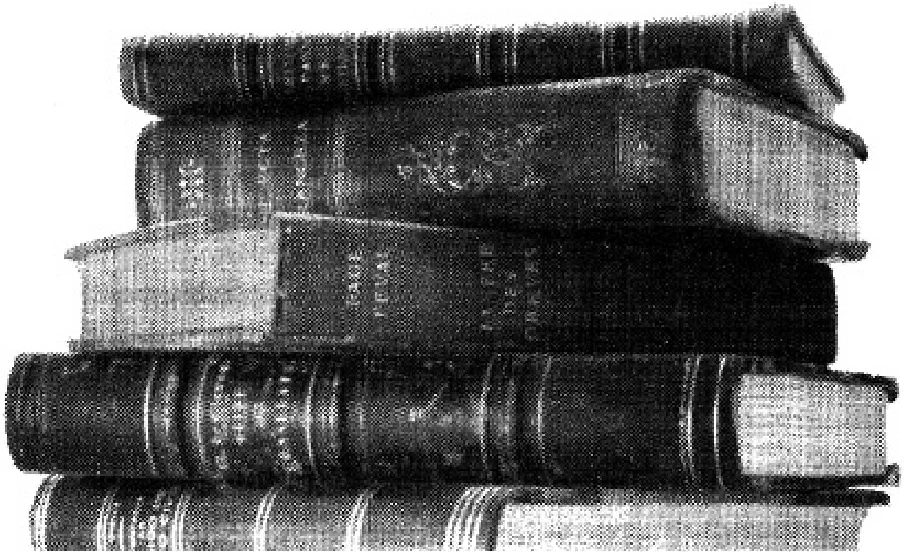
No sentía presión alguna. Mi visión era clara y me pareció como si mis cinco sentidos acabasen de despertar. Pude oler la madera vieja del artesonado de techos y columnas. Busqué un espejo, pero no había ninguno en toda la sala. Salí en busca de un baño o de otra cámara donde encontrar un espejo en que comprobar que no me había despertado en el cuerpo de un extraño, que aquella piel que sentía y aquellos huesos eran míos. Todas las puertas de la casa estaban cerradas. Recorrí el piso entero sin poder abrir una sola. Volví a la sala y comprobé que donde había soñado una puerta que conducía al sótano había sólo un cuadro con la imagen de un ángel recogido sobre sí mismo en una roca que asomaba sobre un lago infinito. Me dirigí a las escaleras que ascendían a los pisos superiores, pero tan pronto enfilé el primer vuelo de peldaños me detuve. Una oscuridad pesada e impenetrable parecía habitar más allá de donde la claridad se desvanecía.

—¿Señor Corelli? —llamé.

Mi voz se perdió como si hubiese impactado con algo sólido, sin dejar eco ni reflejo alguno. Regresé a la sala y observé el dinero sobre la mesa. Cien mil francos. Cogí el dinero y lo sopesé. El papel se dejaba acariciar. Me lo metí en el bolsillo y me encaminé de nuevo por el corredor que conducía a la salida. Las decenas de rostros de los retratos seguían contemplándome con la intensidad de una promesa. Preferí no enfrentarme a aquellas miradas y me dirigí a la salida, pero justo antes de salir advertí que entre todos los marcos había uno vacío, sin inscripción ni fotografía. Sentí un olor dulce y apergaminado y me di cuenta de que provenía de mis dedos. Era el perfume del dinero. Abrí la puerta principal y salí a la luz del día. La puerta se cerró pesadamente a mi espalda. Me volví para contemplar la casa, oscura y silenciosa, ajena a la claridad radiante de aquel día de cielos azules y sol resplandeciente. Consulté mi reloj y comprobé que pasaba de la una de la tarde. Había dormido más de doce horas seguidas en una vieja butaca y, sin embargo, no me había sentido mejor en toda mi vida. Me encaminé colina abajo de regreso a la ciudad con una sonrisa en el rostro y la certeza de que, por primera vez en mucho tiempo, tal vez por primera vez en toda mi vida, el mundo me sonreía.

Segundo acto

LUX AETERNA



1

Celebré mi retorno al mundo de los vivos rindiendo pleitesía en uno de los templos más influyentes de toda la ciudad: las oficinas centrales del Banco Hispano Colonial en la calle Fontanella. A la vista de los cien mil francos, el director, los interventores y todo un ejército de cajeros y contables entraron en éxtasis y me elevaron a los altares reservados a aquellos clientes que inspiran una devoción y una simpatía rayana en la santidad. Solventado el trámite con la banca, decidí vérmelas con otro caballo del Apocalipsis y me aproximé a un quiosco de prensa de la plaza Urquinaona. Abrí un ejemplar de *La Voz de la Industria* por la mitad y busqué la sección de sucesos que en su día había sido mía. La mano experta de don Basilio se olfateaba todavía en los titulares y reconocí casi todas las firmas, como si apenas hubiera pasado el tiempo. Los seis años de tibia dictadura del general Primo de Rivera habían traído a la ciudad una calma venenosa y turbia que no le sentaba del todo bien a la sección de crímenes y espantos. Apenas venían ya historias de bombas o tiroteos en la prensa. Barcelona, la temible «Rosa de Fuego», empezaba a parecer más una olla a presión que otra cosa. Estaba por cerrar el periódico y recoger mi cambio cuando lo vi. Era apenas un breve en una columna con cuatro sucesos destacados en la última página de sucesos.

UN INCENDIO A MEDIANOCHE EN EL RAVAL
DEJA UN MUERTO Y DOS HERIDOS GRAVES

Joan Marc Huguet / Redacción. Barcelona

En la madrugada del viernes se produjo un grave incendio en el número 6 de la plaza dels Ángels, sede de la editorial Barrido y Escobillas, en el que resultó fallecido el gerente de la empresa, Sr. D. José Barrido, y gravemente heridos su socio, Sr. D. José Luis López Escobillas, y el trabajador Sr. Ramón Guzmán, que fue alcanzado por las llamas cuando intentaba auxiliar a los dos responsables de la empresa. Los bomberos especulan con que la causa de las llamas pudiera haber sido la combustión de un material químico que estaba siendo empleado en la renovación de las oficinas. No se descartan por el momento otras causas, ya que testigos presenciales afirman haber visto salir a un hombre instantes antes de que se declarase el incendio. Las víctimas fueron trasladadas al Hospital Clínico, donde una ingresó cadáver y las otras dos permanecen ingresadas con pronóstico muy grave.

Llegué tan rápido como pude. El olor a quemado se podía apreciar desde la Rambla. Un grupo de vecinos y curiosos se habían congregado en la plaza frente al

edificio. Briznas de humo blanco ascendían de un montón de escombros apilados a la entrada. Reconocí a varios empleados de la editorial intentando salvar de entre las ruinas lo poco que había quedado. Cajas con libros chamuscados y muebles mordidos por las llamas se amontonaban en la calle. La fachada había quedado ennegrecida, los ventanales reventados por el fuego. Rompí el círculo de mirones y entré. Un intenso hedor se me prendió en la garganta. Algunos de los trabajadores de la editorial que se afanaban por rescatar sus pertenencias me reconocieron y me saludaron cabizbajos.

—Señor Martín… una gran desgracia —murmuraban.

Atravesé lo que había sido la recepción y me dirigí a la oficina de Barrido. Las llamas habían devorado las alfombras y reducido los muebles a esqueletos de brasa. El artesonado se había desplomado en una esquina, abriendo una vía de luz al patio trasero. Un haz intenso de ceniza flotante atravesaba la sala. Una silla había sobrevivido milagrosamente al fuego. Estaba en el centro de la sala y en ella estaba la Veneno, que lloraba con la mirada caída. Me arrodillé frente a ella. Me reconoció y sonrió entre lágrimas.

—¿Estás bien? —pregunté.

Asintió.

—Me dijo que me fuese a casa, ¿sabes?, que ya era tarde y que fuera a descansar porque hoy íbamos a tener un día muy largo. Estábamos cerrando toda la contabilidad del mes… si me hubiese quedado un minuto más…

—¿Qué es lo que pasó, Herminia?

—Estuvimos trabajando hasta tarde. Era casi medianoche cuando el señor Barrido me dijo que me fuese a casa. Los editores estaban esperando a un caballero que venía a verlos…

—¿A medianoche? ¿Qué caballero?

—Un extranjero, creo. Tenía algo que ver con una oferta, no lo sé. Me hubiese quedado de buena gana, pero era muy tarde y el señor Barrido me dijo…

—Herminia, ese caballero, ¿recuerdas su nombre?

La Veneno me miró con extrañeza.

—Todo lo que recuerdo ya se lo he contado al inspector que ha venido esta mañana. Me ha preguntado por ti.

—¿Un inspector? ¿Por mí?

—Están hablando con todo el mundo.

—Claro.

La Veneno me miraba fijamente, con desconfianza, como si tratase de leer mis pensamientos.

—No saben si saldrá vivo —murmuró, refiriéndose a Escobillas—. Se ha perdido todo, los archivos, los contratos… todo. La editorial se acabó.

—Lo siento, Herminia.

Una sonrisa torcida y maliciosa afloró en sus labios.

—¿Lo sientes? ¿No es esto lo que querías?

—¿Cómo puedes pensar eso?

La Veneno me miró con recelo.

—Ahora eres libre.

Hice ademán de tocarle el brazo pero Herminia se incorporó y retrocedió un paso, como si mi presencia le produjese miedo.

—Herminia…

—Vete —dijo.

Dejé a Herminia entre las ruinas humeantes. Al salir a la calle me tropecé con un grupo de chiquillos que estaban hurgando entre las pilas de escombros. Uno de ellos había desenterrado un libro de entre las cenizas y lo examinaba con una mezcla de curiosidad y desdén. La cubierta había quedado velada por las llamas y el reborde de las páginas ennegrecido, pero por lo demás el libro estaba intacto. Supe por el grabado en el lomo que se trataba de una de las entregas de *La Ciudad de los Malditos*.

—¿Señor Martín?

Me volví para encontrarme con tres hombres ataviados con trajes de saldo que no acompañaban al calor húmedo y pegajoso que flotaba en el aire. Uno de ellos, que parecía el jefe, se adelantó un paso y me ofreció una sonrisa cordial, de vendedor experto. Los otros dos, que parecían tener la constitución y el temperamento de una prensa hidráulica, se limitaron a clavarme una mirada abiertamente hostil.

—Señor Martín, soy el inspector Víctor Grandes y éstos son mis colegas, los agentes Marcos y Castelo, del cuerpo de investigación y vigilancia. Me pregunto si sería usted tan amable de dedicarnos unos minutos.

—Por supuesto —respondí.

El nombre de Víctor Grandes me sonaba de mis años en la sección de sucesos. Vidal le había dedicado alguna de sus columnas y recordé particularmente una en la que lo calificaba como el hombre revelación del cuerpo, un valor sólido que confirmaba la llegada a la fuerza de una nueva generación de profesionales de élite mejor formados que sus predecesores, incorruptibles y duros como el acero. Los adjetivos y la hipérbole eran de Vidal, no míos. Supuse que el inspector Grandes no habría hecho sino escalar posiciones en Jefatura desde entonces y que su presencia allí evidenciaba que el cuerpo se tomaba en serio el incendio de Barrido y Escobillas.

—Si no tiene inconveniente podemos acércanos a un café donde hablar sin interrupciones —dijo Grandes sin aflojar un ápice la sonrisa de servicio.

—Como gusten.

Grandes me condujo hasta un pequeño bar que quedaba en la esquina de las calles Doctor Dou y Pintor Fortuny. Marcos y Castelo caminaban a nuestra espalda, sin quitarme los ojos de encima. Grandes me ofreció un cigarrillo, que rechacé. Volvió a guardar la cajetilla. No despegó los labios hasta que llegamos al café y me escoltaron a una mesa, al fondo, donde los tres se apostaron a mi alrededor. Si me hubiesen llevado a un calabozo oscuro y húmedo me hubiera parecido que el encuentro era

más amigable.

—Señor Martín, creo que ya habrá tenido conocimiento de lo sucedido esta madrugada.

—Sólo lo que he leído en el periódico. Y lo que me ha contado la Veneno…

—¿La *Veneno*?

—Perdón. La señorita Herminia Duaso, adjunta a la dirección.

Marcos y Castelo intercambiaron una mirada impagable. Grandes sonrió.

—Interesante mote. Dígame, señor Martín, ¿dónde se encontraba usted ayer por la noche?

Bendita ingenuidad, la pregunta me pilló de sorpresa.

—Es una pregunta rutinaria —aclaró Grandes—. Estamos intentando establecer la presencia de todas las personas que pudieran haber tenido relación con las víctimas en los últimos días. Empleados, proveedores, familiares, conocidos…

—Estaba con un amigo.

Tan pronto abrí la boca lamenté la elección de mis palabras. Grandes lo advirtió.

—¿Un amigo?

—Más que un amigo se trata de una persona relacionada con mi trabajo. Un editor. Ayer por la noche tenía concertada una entrevista con él.

—¿Podría decir hasta qué hora estuvo usted con esta persona?

—Hasta tarde. De hecho, acabé pasando la noche en su casa.

—Entiendo. ¿Y la persona que usted define como relacionada con su trabajo se llama?

—Corelli. Andreas Corelli. Un editor francés.

Grandes anotó el nombre en un pequeño cuaderno.

—Parecería que el apellido fuese italiano —comentó.

—La verdad es que no sé con exactitud cuál es su nacionalidad.

—Es comprensible. Y este señor Corelli, sea cual sea su ciudadanía, ¿podría corroborar que ayer por la noche se encontraba con usted?

Me encogí de hombros.

—Supongo que sí.

—¿Lo supone?

—Estoy seguro de que sí. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—No lo sé, señor Martín. ¿Hay algún motivo por el cual usted cree que no fuera a hacerlo?

—No.

—Tema zanjado, entonces.

Marcos y Castelo me miraban como si no me hubiesen oído pronunciar más que embustes desde que nos habíamos sentado.

—Para acabar, ¿podría usted aclararme la naturaleza de la reunión que mantuvo usted ayer noche con este editor de nacionalidad indeterminada?

—El señor Corelli me había citado para formularme una oferta.

—¿Una oferta de qué índole?

—Profesional.

—Ya veo. ¿Para escribir un libro, tal vez?

—Exactamente.

—Dígame, ¿es habitual que tras una reunión de trabajo se quede usted a pasar la noche en el domicilio de la, digamos, parte contratante?

—No.

—Pero me dice usted que se quedó a pasar la noche en el domicilio de este editor.

—Me quedé porque no me encontraba bien y no creí que pudiese llegar a mi casa.

—¿Le sentó mal la cena, quizá?

—He tenido algunos problemas de salud últimamente.

Grandes asintió con aire de consternación.

—Mareos, dolores de cabeza… —completé.

—¿Pero es razonable asumir que ya se encuentra usted mejor?

—Sí. Mucho mejor.

—Lo celebro. Lo cierto es que tiene usted un aspecto envidiable. ¿No es así?

Castelo y Marcos asintieron lentamente.

—Cualquiera diría que se ha quitado usted un gran peso de encima —apuntó el inspector.

—No le entiendo.

—Me refiero a los mareos y las molestias.

Grandes manejaba aquella farsa con un dominio del tempo exasperante.

—Disculpe mi ignorancia respecto a los pormenores de su ámbito profesional, señor Martín, ¿pero no es cierto que tenía usted suscrito un contrato con los dos editores que no expiraba hasta dentro de seis años?

—Cinco.

—¿Y no le ligaba ese contrato en exclusiva, por así decirlo, a la editorial de Barrido y Escobillas?

—Ésos eran los términos.

—Entonces, ¿por qué motivo habría usted de discutir una oferta con un competidor si su contrato le impedía aceptarla?

—Era una simple conversación. Nada más.

—Que sin embargo devino en una velada en el domicilio de este caballero.

—Mi contrato no me impide hablar con terceras personas. Ni pasar la noche fuera de mi casa. Soy libre de dormir donde quiera y hablar con quien quiera de lo que quiera.

—Por supuesto. No pretendía insinuar lo contrario, pero gracias por aclararme este punto.

—¿Puedo aclararle algo más?

—Sólo un pequeño matiz. En el supuesto de que fallecido el señor Barrido y, Dios no lo quiera, el señor Escobillas no se recuperase de sus heridas y falleciese

también, la editorial quedaría disuelta y otro tanto ocurriría con su contrato. ¿Me equivoco?

—No estoy seguro. No sé exactamente en qué régimen estaba constituida la empresa.

—Pero ¿es probable que así fuera, diría usted?

—Es posible. Tendría que preguntárselo al abogado de los editores.

—De hecho ya se lo he preguntado. Y me ha confirmado que, de suceder lo que nadie quiere que suceda y el señor Escobillas pasara a mejor vida, así sería.

—Entonces ya tiene usted su respuesta.

—Y usted su plena libertad para aceptar la oferta del señor…

—… Corelli.

—Dígame, ¿la ha aceptado ya?

—¿Puedo preguntarle qué relación tiene eso con las causas del incendio? —espeté.

—Ninguna. Es una simple curiosidad.

—¿Es todo? —pregunté.

Grandes miró a sus colegas y luego a mí.

—Por mi parte, sí.

Hice ademán de levantarme. Los tres policías permanecieron clavados en sus asientos.

—Señor Martín, antes de que se me olvide —dijo Grandes—, ¿puede confirmarme si recuerda que hace una semana los señores Barrido y Escobillas le visitaron en su domicilio en el número treinta de la calle Flassaders en compañía del antes citado abogado?

—Lo hicieron.

—¿Se trataba de una visita social o de cortesía?

—Los editores vinieron a expresarme sus deseos de que me reintegrase al trabajo en una serie de libros que había dejado de lado para dedicarme unos meses a otro proyecto.

—¿Calificaría usted la conversación de cordial y distendida?

—No recuerdo que nadie levantase la voz.

—¿Y tiene usted memoria de haberles respondido, y cito textualmente, que «en una semana estarán ustedes muertos»?

Sin levantar la voz, por supuesto. Suspiré.

—Sí —admití.

—¿A qué se refería?

—Estaba enojado y dije lo primero que se me pasó por la cabeza, inspector. Eso no significa que hablase en serio. A veces se dicen cosas que uno no siente.

—Gracias por su sinceridad, señor Martín. Nos ha sido usted de gran ayuda. Buenos días.

Me fui de allí con las tres miradas clavadas como puñales en la espalda y la

certeza de que si hubiese respondido a cada cuestión del inspector con una mentira no me habría sentido tan culpable.

2

El mal sabor de boca de mi encuentro con Víctor Grandes y la pareja de basiliscos que llevaba por escolta apenas sobrevivió a cien metros de paseo al sol caminando en un cuerpo que apenas reconocía: fuerte, sin dolor ni náusea, sin silbidos en los oídos ni punzadas de agonía en el cráneo, sin fatiga ni sudores fríos. Sin memoria alguna de la certeza de una muerte segura que me asfixiaba hacía apenas veinticuatro horas. Algo me decía que la tragedia acaecida aquella noche, incluyendo la muerte de Barrido y la práctica defunción en ciernes de Escobillas, debería haberme llenado de pesar y congoja, pero entre mi conciencia y yo fuimos incapaces de sentir algo más allá de la más placentera indiferencia. Aquella mañana de julio la Rambla era una fiesta y yo su príncipe.

Dando un paseo me acerqué hasta la calle Santa Ana, dispuesto a hacerle una visita sorpresa al señor Sempere. Cuando entré en la librería, Sempere padre andaba tras el mostrador cuadrando cuentas mientras su hijo se había aupado a una escalera y estaba reordenando los estantes. Al verme, el librero me brindó una sonrisa cordial y me di cuenta de que, por un instante, no se había dado cuenta de quién era yo. Un segundo más tarde se le borró la sonrisa y, boquiabierto, rodeó el mostrador para abrazarme.

—¿Martín? ¿Es usted? ¡Santa Madre de Dios… si está usted irreconocible! Me tenía preocupadísimo. Fuimos varias veces a su casa, pero no contestaba usted. He estado preguntando en hospitales y comisarías.

Su hijo se me quedó mirando desde lo alto de la escalera, incrédulo. Tuve que recordar que apenas una semana antes me habían visto en un estado que no desmerecía el de los inquilinos de la morgue del distrito quinto.

—Lamento haberles dado un susto. Me ausenté unos días por un asunto de trabajo.

—Pero ¿qué? Me hizo usted caso y fue al médico, ¿verdad?

Asentí.

—Resultó ser una tontería. Cosas de la tensión. Unos días tomando un tónico y como nuevo.

—Pues ya me dirá el nombre del tónico, a ver si me doy una ducha con él… ¡Qué gusto y qué alivio verle así!

La euforia se desinfló rápidamente al desplomarse la noticia del día.

—¿Ha oído lo de Barrido y Escobillas? —preguntó el librero.

—De allí vengo. Cuesta creerlo.

—Quién lo iba a decir. No es que me inspirasen ninguna simpatía, pero de ahí a algo así… Y, dígame, todo esto a usted, a efectos legales, ¿cómo le deja? Disculpe lo crudo de la pregunta.

—La verdad es que no lo sé. Creo que los dos socios ostentaban la titularidad de la sociedad. Habrá herederos, supongo, pero es posible que, si ambos fallecen, la sociedad como tal se disuelva. Y mi vínculo con ellos también. O eso creo.

—O sea, que si Escobillas, que Dios me perdone, también palma, es usted un hombre libre.

Asentí.

—Menudo dilema… —murmuró el librero.

—Que sea lo que Dios quiera —aventuré.

Sempere asintió, pero advertí que algo en todo aquello le inquietaba y prefería cambiar de tema.

—En fin. El caso es que me viene de perlas que se haya pasado por aquí porque quería pedirle un favor.

—Está hecho.

—Le advierto que no le va a gustar.

—Si me gustase no sería un favor, sería un placer. Y si el favor es para usted, lo será.

—De hecho no es para mí. Yo se lo cuento y usted decide. Sin compromiso, ¿de acuerdo?

Sempere se apoyó sobre el mostrador y adoptó el aire narrativo que me traía tantos recuerdos de infancia pasados en aquella tienda.

—Es una muchacha, Isabella. Debe de tener diecisiete años. Lista como el hambre. Viene siempre por aquí y le presto libros. Me cuenta que quiere ser escritora.

—Me suena la historia —dije.

—El caso es que hace una semana me dejó uno de sus relatos, nada, veinte o treinta páginas, y me pidió mi opinión.

—¿Y?

Sempere bajó el tono, como si lo que me estaba contando fuese una confidencia de secreto de sumario.

—Magistral. Mejor que el noventa y nueve por ciento de lo que he visto publicado en los últimos veinte años.

—Espero que me cuente usted en el restante uno por ciento o daré mi vanidad por pisoteada y apuñalada a la trapera.

—Ahí es adonde iba yo. Isabella le adora.

—¿Me adora? ¿A mí?

—Sí, como si fuese usted la Moreneta y el Niño Jesús a una. Se ha leído *La Ciudad de los Malditos* entera diez veces y cuando le dejé *Los Pasos del Cielo* me dijo que si ella pudiera escribir un libro así ya se podría morir tranquila.

—Esto me suena a encerrona.

—Ya sabía yo que se me iba a escabullir usted.

—No me escabullo. No me ha dicho usted en qué consiste el favor.

—Imagíneselo.

Suspiré. Sempere chasqueó la lengua.

—Le dije que no le iba a gustar.

—Pídame otra cosa.

—Sólo tiene que hablar con ella. Darle ánimos, consejos… escucharla, leerse alguna cosa y orientarla. No le costará tanto. La chica tiene la cabeza rápida como una bala. Le va a caer a usted divinamente. Se harán amigos. Y ella puede trabajar como su ayudante.

—No necesito una ayudante. Y menos una desconocida.

—Tonterías. Y, además, conocerla, ya la conoce. O eso dice ella. Dice que le conoce a usted desde hace años, pero que seguramente usted no se acuerda. Al parecer, el par de benditos que tiene por padres están convencidos de que esto de la literatura la va a condenar al infierno o a una soltería laica y dudan entre meterla a monja o casarla con algún cretino para que le haga ocho hijos y la entierre para siempre entre sartenes y cacerolas. Si no hace usted algo para salvarla, es el equivalente a un asesinato.

—No dramatice, señor Sempere.

—Mire, no se lo pediría porque ya sé que a usted esto del altruismo le va tanto como lo de bailar sardanas, pero cada vez que la veo entrar aquí y mirarme con esos ojillos que se le salen de inteligencia y de ganas y pienso en el porvenir que le espera se me parte el alma. Lo que yo podía enseñarle ya se lo he enseñado. La chica aprende rápido, Martín. Si me recuerda a alguien es a usted de chaval.

Suspiré.

—¿Isabella que más?

—Gispert. Isabella Gispert.

—No la conozco. No he oído ese nombre en mi vida. Le han colocado a usted un embuste.

El librero negó por lo bajo.

—Isabella dijo que diría usted exactamente eso.

—Talentosa y adivina. ¿Y qué más le dijo?

—Dijo que sospecha que es usted bastante mejor escritor que persona.

—Un cielo, esta Isabelita.

—¿Puedo decirle que le vaya a ver? ¿Sin compromiso?

Me rendí y asentí. Sempere sonrió triunfante y quiso sellar el pacto con un abrazo, pero me di a la fuga antes de que el viejo librero pudiese completar su misión de intentar hacerme sentir buena persona.

—No se arrepentirá, Martín —le oí decir cuando salía por la puerta.

3

Al llegar a casa me encontré al inspector Víctor Grandes sentado en el escalón del portal saboreando un cigarrillo con calma. Al verme me sonrió con aquel donaire de galán de sesión de tarde, como si fuese un viejo amigo en visita de cortesía. Me senté a su lado y me ofreció la pitillera abierta. Gitanes, advertí. Acepté.

—¿Y Hansel y Gretel?

—Marcos y Castelo no han podido venir. Hemos tenido un chivatazo y han ido a recoger a un viejo conocido al Pueblo Seco que probablemente precisaba de cierta persuasión para refrescar la memoria.

—Pobre diablo.

—Si les hubiese dicho que venía a verle a usted seguro que se apuntaban. Les ha caído usted divinamente.

—Un auténtico flechazo, ya lo he notado. ¿Qué puedo hacer por usted, inspector? ¿Le puedo invitar a un café arriba?

—No osaría invadir su intimidad, señor Martín. De hecho sólo quería darle la noticia en persona antes de que se enterase por otros medios.

—¿Qué noticia?

—Escobillas ha muerto esta tarde a primera hora en el Hospital Clínico.

—Dios. No lo sabía —dije.

Grandes se encogió de hombros y siguió fumando en silencio.

—Se veía venir. ¿Qué le vamos a hacer?

—¿Ha podido averiguar algo de las causas del incendio? —pregunté.

El inspector me miró largamente y luego asintió.

—Todo parece indicar que alguien derramó gasolina encima del señor Barrido y le prendió fuego. Las llamas se propagaron cuando él, presa del pánico, intentó escapar de su despacho. Su socio y el otro trabajador que acudió en su ayuda quedaron atrapados por el fuego.

Tragué saliva. Grandes sonrió tranquilizadoramente.

—Me comentaba esta tarde el abogado de los editores que, dada la vinculación personal que existía en el redactado del contrato que tenía usted suscrito con ellos, al fallecimiento de los editores éste queda disuelto, aunque los herederos mantienen los derechos sobre la obra ya publicada con anterioridad. Supongo que le escribirá a usted una carta informándole, pero he pensado que le gustaría saberlo antes, por si tiene que tomar alguna decisión respecto a la oferta de ese editor que mencionó.

—Gracias.

—No se merecen.

Grandes apuró su cigarrillo y lanzó la colilla al suelo. Me sonrió afablemente y se incorporó. Me dio una palmada en el hombro y se alejó rumbo a la calle Princesa.

—¿Inspector? —llamé.

Grandes se detuvo y se volvió.

—No pensará usted…

El inspector me ofreció una sonrisa cansina.

—Cuídese, Martín.

Me fui a dormir temprano y me desperté de golpe creyendo que ya era el día siguiente para comprobar acto seguido que apenas pasaban unos minutos de las doce de la noche.

En sueños había visto a Barrido y Escobillas atrapados en su despacho. Las llamas ascendían por sus ropas hasta cubrir cada centímetro de sus cuerpos. Tras la ropa, su piel se caía a tiras y los ojos prendidos de pánico se quebraban debido al fuego. Sus cuerpos se sacudían en espasmos de agonía y terror hasta caer derribados en los escombros mientras la carne se desprendía de sus huesos como cera fundida y formaba a mis pies un charco humeante en el que veía reflejado mi propio rostro sonriendo al tiempo que soplaba el fósforo que sostenía entre los dedos.

Me levanté para buscar un vaso de agua y, suponiendo que ya se me había escapado el tren del sueño, subí al estudio y extraje del cajón del escritorio el libro que había rescatado del Cementerio de los Libros Olvidados. Encendí el flexo y torcí el brazo que sostenía la lámpara para que enfocase directamente sobre el libro. Lo abrí por la primera página y empecé a leer.

Lux Aeterna
D. M.

A primera vista, el libro ofrecía una colección de textos y plegarias que no alumbraba sentido alguno. La pieza era un original, un puñado de páginas mecanografiadas y encuadernadas en piel sin excesivo mimo. Seguí leyendo y al rato me pareció intuir cierto método en la secuencia de eventos, cantos y reflexiones que puntuaban el texto. El lenguaje tenía su propia cadencia y, lo que al inicio parecía una completa ausencia de diseño o estilo, poco a poco iba desvelando un canto hipnótico que calaba lentamente en el lector y lo sumía en un estado entre el sopor y el olvido. Lo mismo sucedía con el contenido, cuyo eje central no se evidenciaba hasta bien entrada una primera sección, o canto, pues la obra parecía estructurada al modo de viejos poemas compuestos en épocas en que el tiempo y el espacio discurrían a su libre albedrío. Me di cuenta entonces de que aquel *Lux Aeterna* era, a falta de otras palabras, una suerte de libro de los muertos.

Pasadas las primeras treinta o cuarenta páginas de circunloquios y acertijos, uno se iba adentrando en un preciso y extravagante rompecabezas de oraciones y súplicas cada vez más inquietante en el que la muerte, referida en ocasiones en versos de dudosa métrica como un ángel blanco con ojos de reptil y en otras como un niño luminoso, era presentada como una deidad única y omnipresente que se manifestaba en la naturaleza, en el deseo y en la fragilidad de la existencia.

Quienquiera que fuese aquel enigmático D. M., en sus versos la muerte se desplegaba como una fuerza voraz y eterna. Una mezcla bizantina de referencias a diversas mitologías de paraísos y avernos se torcía aquí en un solo plano. Según D. M. sólo había un principio y un final, sólo un creador y destructor que se presentaba con diferentes nombres para confundir a los hombres y tentar su debilidad, un único Dios cuyo verdadero rostro estaba dividido en dos mitades: una, dulce y piadosa; la otra, cruel y demoníaca.

Hasta ahí pude colegir, porque más allá de estos principios el autor parecía haber perdido el rumbo de su narrativa y apenas resultaba posible descifrar las referencias e imágenes que poblaban el texto a modo de visiones proféticas. Tormentas de sangre y fuego precipitándose sobre ciudades y pueblos. Ejércitos de cadáveres uniformados recorriendo llanuras infinitas y arrasando la vida a su paso. Infantes ahorcados con jirones de banderas a las puertas de fortalezas. Mares negros donde millares de ánimas en pena flotaban suspendidas durante toda la eternidad bajo aguas heladas y envenenadas. Nubes de cenizas y océanos de huesos y de carne corrompida infestados de insectos y serpientes. La sucesión de estampas infernales y nauseabundas continuaba hasta la saciedad. A medida que pasaba las páginas del manuscrito tuve la sensación de recorrer paso a paso el mapa de una mente enferma y quebrada. Línea a línea, el autor de aquellas páginas había ido documentando sin saberlo su descenso a un abismo de locura. El último tercio del libro me pareció un amago de deshacer el camino, un grito desesperado desde la celda de su sinrazón por escapar al laberinto de túneles que había abierto en su mente. El texto moría a media frase de súplica, una solución de continuidad sin explicación alguna. Llegado ese punto se me caían los párpados. Desde la ventana me alcanzó una brisa leve que venía del mar y barría la niebla de los tejados. Me disponía a cerrar el libro cuando advertí que algo se había quedado atascado en el filtro de mi mente, algo que tenía que ver con la composición mecánica de aquellas páginas. Volví al inicio y empecé a repasar el texto. Encontré la primera muestra en la quinta línea. A partir de allí la misma marca aparecía cada dos o tres líneas. Una de las letras, la S mayúscula, aparecía siempre ligeramente ladeada hacia la derecha. Extraje una página en blanco del cajón y la metí en el tambor de la Underwood que había sobre el escritorio. Escribí una frase al azar.

`Suenan las campanas de Santa María del Mar.`

Extraje la hoja y la examiné a la luz del flexo.

`Suenan… de Santa María`

Suspiré. *Lux Aeterna* había sido escrito en aquella misma máquina de escribir y, supuse, probablemente en aquel mismo escritorio.

4

A la mañana siguiente bajé a desayunar a un café que quedaba frente a las puertas de Santa María del Mar. El barrio del Born estaba repleto de carromatos y gentes que acudían al mercado, y de comerciantes y mayoristas que abrían sus tiendas. Me senté a una de las mesas de fuera y pedí un café con leche. Un ejemplar de *La Vanguardia* había quedado huérfano en la mesa de al lado y lo adopté. Mientras mis ojos resbalaban sobre titulares y entradillas advertí que una silueta ascendía la escalinata hasta la entrada de la catedral y se sentaba en el último peldaño para observarme con disimulo. La muchacha debía de rondar los dieciséis o diecisiete años y simulaba anotar cosas en un cuaderno mientras me iba lanzando miradas furtivas. Degusté mi café con leche con calma. Al rato le hice una seña al camarero de que se aproximase.

—¿Ve a esa señorita sentada a la puerta de la iglesia? Dígale que pida lo que le apetezca, que invito yo.

El camarero asintió y se dirigió hacia ella. Al ver que alguien se aproximaba, la muchacha hundió la cabeza en el cuaderno, asumiendo una expresión de absoluta concentración que me arrancó una sonrisa. El camarero se detuvo frente a ella y carraspeó. Ella alzó la vista del cuaderno y le miró. El camarero le explicó su misión y acabó por señalarme. La muchacha me lanzó una mirada, alarmada. La saludé con la mano. Se le encendieron los carrillos como brasas. Se levantó y se acercó a la mesa con pasos cortos y la mirada clavada en los pies.

—¿Isabella? —pregunté.

La muchacha levantó la mirada y suspiró, molesta consigo misma.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó.

—Intuición sobrenatural —respondí.

Me ofreció la mano y se la estreché sin entusiasmo.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

Tomó asiento sin esperar mi respuesta. Durante medio minuto, la muchacha cambió de postura unas seis veces hasta retomar la inicial. Yo la observaba con calma y calculado desinterés.

—No se acuerda usted de mí, ¿verdad, señor Martín?

—¿Debería?

—Durante años le subía cada semana la cesta con su pedido de la semana de Can Gispert.

La imagen de la niña que durante tanto tiempo me traía los comestibles del colmado me vino a la memoria y se diluyó en el rostro más adulto y ligeramente más

anguloso de aquella Isabella mujer de formas suaves y mirada acerada.

—La niña de las propinas —dije, aunque de niña le quedaba poco o nada.

Isabella asintió.

—Siempre me he preguntado qué hacías con todas aquellas monedas.

—Comprar libros en Sempere e Hijos.

—Si lo llego a saber…

—Si le molesto, me voy.

—No me molestas. ¿Quieres tomar alguna cosa?

La muchacha negó.

—El señor Sempere me dice que tienes talento.

Isabella se encogió de hombros y me devolvió una sonrisa escéptica.

—Por norma general, cuanto más talento se tiene, más duda uno de tenerlo —dije —. Y a la inversa.

—Entonces yo debo de ser un prodigio —replicó Isabella.

—Bienvenida al club. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

Isabella inspiró profundamente.

—El señor Sempere me dijo que a lo mejor podía usted leer algo de lo que tengo y darme su opinión y ofrecerme algún consejo.

La miré a los ojos durante unos segundos sin responder. Me sostuvo la mirada sin pestañear.

—¿Eso es todo?

—No.

—Ya me lo parecía. ¿Cuál es el capítulo dos?

Isabella apenas vaciló un instante.

—Si le gusta lo que lee y cree que tengo posibilidades, me gustaría pedirle que me permitiese ser su ayudante.

—¿Qué te hace suponer que necesito una ayudante?

—Puedo ordenar sus papeles, mecanografiarlos, corregir errores y faltas…

—¿Errores y faltas?

—No pretendía insinuar que cometa usted errores…

—¿Qué pretendías insinuar, entonces?

—Nada. Pero siempre ven más cuatro ojos que dos. Y además puedo ocuparme de la correspondencia, de hacer recados, ayudarle a buscar documentación. Además, sé guisar y puedo…

—¿Me estás pidiendo un puesto de ayudante o de cocinera?

—Le estoy pidiendo una oportunidad.

Isabella bajó la mirada. No pude reprimir una sonrisa. Aquella curiosa criatura me resultaba simpática, a mi pesar.

—Haremos una cosa. Tráeme las mejores veinte páginas que hayas escrito, las que tú creas que demuestran lo mejor que sabes hacer. No me traigas ni una más porque no pienso leérmela. Las miraré con calma y, según lo vea, hablaremos.

Se le iluminó el rostro y por un instante aquel velo de dureza y tirantez que anclaba su gesto se desvaneció.

—No se arrepentirá —dijo.

Se incorporó y me miró nerviosamente.

—¿Está bien si se lo traigo a casa?

—Déjamelo en el buzón. ¿Es todo?

Asintió repetidamente y se fue retirando con aquellos pasos cortos y nerviosos que la sostenían. Cuando estuvo a punto de volverse y echar a correr la llamé.

—¿Isabella?

Me miró solícita, la mirada nublada con una súbita inquietud.

—¿Por qué yo? —pregunté—. Y no me digas que porque soy tu autor favorito y todas las lisonjas con las que Sempere te ha aconsejado que me enjabones, porque si lo haces, ésta será la primera y última conversación que tengamos.

Isabella dudó un instante. Me ofreció una mirada desnuda y respondió sin miramientos.

—Porque es usted el único escritor que conozco.

Me sonrió azorada y partió con su cuaderno, su paso incierto y su sinceridad. La contemplé rodear la esquina de la calle Mirallers y perderse tras la catedral.

5

Al volver a casa apenas una hora después, me la encontré sentada en mi portal, esperando con lo que supuse era su relato en las manos. Al verme se levantó y forzó una sonrisa.

—Te he dicho que me lo dejases en el buzón —dije.

Isabella asintió y se encogió de hombros.

—Como muestra de agradecimiento le he traído un poco de café de la tienda de mis padres. Es colombiano. Buenísimo. El café no pasaba por el buzón y he pensado que era mejor esperarle.

Aquella excusa sólo se le podía ocurrir a una novelista en ciernes. Suspiré y abrí la puerta.

—Adentro.

Subí las escaleras con Isabella siguiéndome unos peldaños por detrás como un perro faldero.

—¿Siempre se toma tanto tiempo para desayunar? No es que me importe, claro, pero como llevaba aquí casi tres cuartos de hora esperando, he empezado a preocuparme, digo, no vaya a ser que se le haya atragantado algo, para una vez que encuentro a un escritor de carne y hueso, con mi suerte no sería raro que fuera y se tragase una oliva por el lado que no toca y ahí tiene usted el fin de mi carrera literaria —ametralló la muchacha.

Me detuve a medio tramo de escaleras y la miré con la expresión más hostil que pude encontrar.

—Isabella, para que las cosas funcionen entre nosotros vamos a tener que establecer una serie de reglas. La primera es que las preguntas las hago yo y tú te limitas a responderlas. Cuando no hay preguntas por mi parte, no proceden por la tuya ni respuestas ni discursos espontáneos. La segunda regla es que yo me tomo para desayunar o merendar o mirar las musarañas el tiempo que me sale de las narices y ello no constituye objeto de debate.

—No quería ofenderle. Ya entiendo que una digestión lenta ayuda a la inspiración.

—La tercera regla es que el sarcasmo no te lo tolero antes del mediodía. ¿Estamos?

—Sí, señor Martín.

—La cuarta es que no me llames señor Martín ni el día de mi entierro. A ti te debo de parecer un fósil, pero a mí me gusta creer que todavía soy joven. Es más, lo soy, punto.

—¿Cómo debo llamarle?

—Por mi nombre: David.

La muchacha asintió. Abrí la puerta del piso y le indiqué que pasara. Isabella dudó un instante y se coló de un saltito.

—Yo creo que tiene usted todavía un aspecto bastante juvenil para su edad, David.

La miré, atónito.

—¿Qué edad crees que tengo?

Isabella me miró de arriba abajo, calibrando.

—¿Algo así como treinta años? Pero bien llevados, ¿eh?

—Haz el favor de callarte y preparar una cafetera con ese mejunje que has traído.

—¿Dónde está la cocina?

—Búscala.

Compartimos aquel delicioso café colombiano sentados en la galería. Isabella sostenía su tazón y me miraba de reojo mientras yo leía las veinte páginas que me había traído. Cada vez que pasaba una página y levantaba la vista me encontraba con su mirada expectante.

—Si te vas a quedar ahí mirándome como una lechuza, esto va a llevar mucho tiempo.

—¿Qué quiere que haga?

—¿No querías ser mi ayudante? Pues ayuda. Busca algo que necesite ordenarse y ordénalo, por ejemplo.

Isabella miró alrededor.

—Todo está desordenado.

—La ocasión la pintan calva.

Isabella asintió y partió al encuentro del caos y el desorden que reinaban en mi morada con determinación militar. Escuché sus pasos alejarse por el pasillo y seguí leyendo. El relato que me había traído apenas tenía hilo argumental. Relataba con una sensibilidad afilada y palabras bien articuladas las sensaciones y ausencias que pasaban por la mente de una muchacha confinada en una estancia fría en un ático del barrio de la Ribera desde la cual contemplaba la ciudad y las gentes ir y venir en las callejas angostas y oscuras. Las imágenes y la música triste de su prosa delataban una soledad que bordeaba la desesperación. La muchacha del cuento pasaba las horas prisionera de su mundo y, a ratos, se enfrentaba a un espejo y se abría cortes en los brazos y en los muslos con un cristal roto, dejando cicatrices como las que podían adivinarse bajo las mangas de Isabella. Estaba a punto de finalizar la lectura cuando advertí que la muchacha me miraba desde la puerta de la galería.

—¿Qué?

—Perdone la interrupción, pero ¿qué hay en la habitación al fondo del pasillo?

—Nada.

—Huele raro.

—Humedad.

—Si quiere puedo limpiarla y…

—No. Esa habitación no se usa. Y, además, tú no eres mi criada y no tienes por qué limpiar nada.

—Sólo quiero ayudar.

—Ayúdame sirviéndome otra taza de café.

—¿Por qué? ¿El relato le da sueño?

—¿Qué hora es, Isabella?

—Deben de ser las diez de la mañana.

—¿Y eso significa?

—… que no hay sarcasmo hasta el mediodía —replicó Isabella. Sonreí triunfante y le tendí la taza vacía. La tomó y partió con ella rumbo a la cocina.

Cuando regresó con el café humeante, ya había finalizado la última página. Isabella se sentó frente a mí. Le sonreí y degusté con calma el exquisito café. La muchacha se retorcía las manos y apretaba los dientes, lanzando miradas furtivas a las cuartillas de su relato que yo había dejado boca abajo en la mesa. Aguantó un par de minutos sin abrir la boca.

—¿Y? —dijo finalmente.

—Soberbio.

Se le iluminó el rostro.

—¿Mi relato?

—El café.

Me miró, herida, y se levantó a recoger sus cuartillas.

—Déjalas donde están —ordené.

—¿Para qué? Está claro que no le han gustado y que piensa que soy una pobre idiota.

—No he dicho eso.

—No ha dicho nada, que es peor.

—Isabella, si realmente quieres dedicarte a escribir, o al menos escribir para que otros te lean, vas a tener que acostumbrarte a que a veces te ignoren, te insulten, te desprecien y casi siempre te muestren indiferencia. Es una de las ventajas del oficio.

Isabella bajó la mirada y respiró profundamente.

—Yo no sé si tengo talento. Sólo sé que me gusta escribir. O, mejor dicho, que necesito escribir.

—Mentirosa.

Levantó la mirada y me miró con dureza.

—Muy bien. Tengo talento. Y me importa un comino si usted cree que no lo tengo.

Sonreí.

—Eso ya me gusta más. No podía estar más de acuerdo.

Me miró confundida.

—¿En lo de que tengo talento o en lo de que usted no cree que lo tengo?

—¿A ti qué te parece?

—Entonces, ¿cree usted que tengo posibilidades?

—Creo que tienes talento y ganas, Isabella. Más del que crees y menos del que esperas. Pero hay muchas personas que tienen talento y ganas, y muchas de ellas nunca llegan a nada. Ése es sólo el principio para hacer cualquier cosa en la vida. El talento natural es como la fuerza de un atleta. Se puede nacer con más o menos facultades, pero nadie llega a ser un atleta sencillamente porque ha nacido alto o fuerte o rápido. Lo que hace al atleta, o al artista, es el trabajo, el oficio y la técnica. La inteligencia con la que naces es simplemente munición. Para llegar a hacer algo con ella es necesario que transformes tu mente en un arma de precisión.

—¿Y lo del símil bélico?

—Toda obra de arte es agresiva, Isabella. Y toda vida de artista es una pequeña o gran guerra, empezando con uno mismo y sus limitaciones. Para llegar a cualquier cosa que te propongas hace falta primero la ambición y luego el talento, el conocimiento y, finalmente, la oportunidad.

Isabella consideró mis palabras.

—¿Le suelta usted este discurso a todo el mundo o se le acaba de ocurrir?

—El discurso no es mío. Me lo soltó, como tú dices, alguien a quien hice las mismas preguntas que tú me estás haciendo a mí. De eso hace muchos años, pero no hay día que pase que no me dé cuenta de la razón que tenía.

—¿Entonces puedo ser su ayudante?

—Lo pensaré.

Isabella asintió, satisfecha. Se había sentado a una esquina de la mesa sobre la que descansaba el álbum de fotografías que había dejado Cristina. Lo abrió casualmente por la última página y se quedó mirando un retrato de la nueva señora de Vidal tomado a las puertas de Villa Helius dos o tres años antes. Tragué saliva. Isabella cerró el álbum y paseó la mirada por la galería hasta volver a posarla sobre mí. Yo la observaba con impaciencia. Me sonrió azorada, como si la hubiese sorprendido curioseando donde no debía.

—Tiene usted una novia muy guapa —dijo.

La mirada que le lancé le borró la sonrisa de un plumazo.

—No es mi novia.

—Ah.

Medió un largo silencio.

—Supongo que la quinta regla es que mejor no me meta donde no me llaman, ¿verdad?

No respondí. Isabella asintió para sí misma y se incorporó.

—Entonces, mejor que le deje en paz y no le moleste más por hoy. Si le parece, vuelvo mañana y empezamos.

Recogió sus cuartillas y me sonrió tímidamente. Correspondí con un

asentimiento.

Isabella se retiró discretamente y desapareció por el pasillo. Escuché sus pasos alejándose y luego el sonido de la puerta al cerrarse. En su ausencia, noté por primera vez el silencio que embrujaba aquella casa.

6

Quizá fuera el exceso de cafeína que corría por mis venas o tan sólo mi conciencia que intentaba volver como la luz después de un apagón, pero pasé el resto de la mañana dándole vueltas a una idea de todo menos reconfortante. Resultaba difícil pensar que el incendio a resultas del cual habían perecido Barrido y Escobillas, por un lado; la oferta de Corelli, de quien no había vuelto a tener noticia, por otro —lo cual me escamaba—, y aquel extraño manuscrito rescatado del Cementerio de los Libros Olvidados, que sospechaba había sido escrito entre aquellas cuatro paredes, no estuviesen relacionados.

La perspectiva de regresar a la casa de Andreas Corelli sin invitación previa para preguntarle acerca de la coincidencia de que nuestra conversación y el incendio se hubiesen producido prácticamente al mismo tiempo se me antojaba poco apetecible. Mi instinto me decía que cuando el editor decidiese que quería volver a verme lo haría *motu proprio* y que si algo no me inspiraba aquel inevitable encuentro era prisa. La investigación en torno al incendio ya estaba en manos del inspector Víctor Grandes y sus dos perros de presa, Marcos y Castelo, en cuya lista de personas favoritas me consideraba incluido con mención de honor. Cuanto más alejado me mantuviese de ellos, mejor. Eso dejaba como única alternativa viable el manuscrito y su relación con la casa de la torre. Tras años de decirme a mí mismo que no era casualidad que hubiera acabado viviendo en aquel lugar, la idea empezaba a cobrar otro significado. Decidí empezar por el lugar al que había confinado buena parte de los objetos y pertenencias que los antiguos residentes de la casa de la torre habían dejado atrás. Recuperé la llave de la última habitación del pasillo del cajón de la cocina en el que había pasado años. No había vuelto a entrar allí desde que los trabajadores de la compañía eléctrica habían instalado el tendido por la casa. Al introducir la llave en la cerradura sentí una corriente de aire frío que exhalaba el orificio del cerrojo sobre mis dedos y constaté que Isabella tenía razón; aquella habitación desprendía un olor extraño que hacía pensar en flores muertas y tierra removida.

Abrí la puerta y me llevé la mano al rostro. El hedor era intenso. Palpé la pared buscando el interruptor de la luz, pero la bombilla desnuda que prendía del techo no respondió. La claridad que entraba del pasillo permitía entrever los contornos de la pila de cajas, libros y baúles que había confinado a aquel lugar años atrás. Lo contemplé todo con hastío. La pared del fondo estaba completamente cubierta por un

gran armario de roble. Me arrodillé frente a una caja que contenía viejas fotografías, gafas, relojes y pequeños objetos personales. Empecé a hurgar sin saber muy bien qué buscaba. Al rato abandoné la empresa y suspiré. Si esperaba averiguar algo necesitaba un plan. Me disponía a dejar la habitación cuando escuché la puerta del armario abrirse poco a poco a mi espalda. Un soplo de aire helado y húmedo me rozó la nuca. Me volví lentamente. La puerta del armario estaba entreabierta y se podían apreciar en el interior los antiguos vestidos y trajes que colgaban de las perchas, carcomidos por el tiempo, ondeando como algas bajo el agua. La corriente de aire frío que portaba aquel hedor procedía de allí. Me incorporé y me aproximé lentamente hacia el armario. Abrí las puertas de par en par y separé con las manos las prendas que colgaban de los percheros. La madera del fondo estaba podrida y se había empezado a desprender. Al otro lado se podía intuir un muro de yeso en el que se había abierto un orificio de un par de centímetros de amplitud. Me incliné para intentar ver qué había al otro lado, pero la oscuridad era casi absoluta. La claridad tenue del pasillo se filtraba por el orificio y proyectaba un filamento vaporoso de luz al otro lado. Apenas se apreciaba más que una atmósfera espesa. Acerqué el ojo intentando ganar alguna imagen de lo que había al otro lado del muro, pero en aquel instante una araña negra apareció en la boca del orificio. Me retiré de golpe y la araña se apresuró a trepar por el interior del armario y desapareció en la sombra. Cerré la puerta del armario y salí de la habitación. Eché la llave y la guardé en el primer cajón de la cómoda que quedaba en el pasillo. El hedor que había quedado atrapado en aquella cámara se había esparcido por el corredor como un veneno. Maldije la hora en que se me había ocurrido abrir aquella puerta y salí a la calle confiando en olvidar, aunque fuese sólo por unas horas, la oscuridad que latía en el corazón de aquella casa.

Las malas ideas siempre vienen en pareja. Para celebrar que había descubierto una suerte de cámara oscura oculta en mi domicilio me acerqué hasta la librería de Sempere e Hijos con la idea de invitar a comer al librero en la Maison Dorée. Sempere padre estaba leyendo una preciosa edición de *El manuscrito encontrado en Zaragoza* de Potocki y no quiso ni oír hablar del tema.

—Si quiero ver a esnobs y papanatas dándose tono y congratulándose mutuamente no me hace falta pagar, Martín.

—No me sea gruñón. Si invito yo.

Sempere negó. Su hijo, que había asistido a la conversación desde el umbral de la trastienda, me miraba, dudando.

—¿Y si me llevo a su hijo qué pasa? ¿Me retirará la palabra?

—Ustedes sabrán en qué desperdician el tiempo y el dinero. Yo me quedo leyendo, que la vida es breve.

Sempere hijo era el paradigma de la timidez y la discreción. Si bien nos conocíamos desde niños, no recordaba haber mantenido con él más de tres o cuatro

conversaciones a solas de más de cinco minutos. No le conocía vicio ni pecadillo alguno. Me constaba de buena tinta que entre las muchachas del barrio se le tenía por no menos que el guapo oficial y soltero de oro. Más de una se dejaba caer por la librería con cualquier excusa y se detenía frente al escaparate a suspirar, pero el hijo de Sempere, si es que se percataba, nunca daba un paso para hacer efectivos aquellos pagarés de devoción y labios entreabiertos. Cualquier otro hubiese hecho una carrera estelar de calavera con una décima parte de aquel capital. Cualquiera menos Sempere hijo, a quien a veces uno no sabía si atribuir el título de beato.

—A este paso, éste se me va a quedar para vestir santos —se lamentaba a veces Sempere.

—¿Ha probado a echarle algo de guindilla en la sopa para estimular el riego en puntos clave? —preguntaba yo.

—Usted ríase, granuja, que yo ya voy para los setenta y sin un puñetero nieto.

Nos recibió el mismo *maître* que recordaba de mi última visita, pero sin la sonrisa servil ni el gesto de bienvenida. Cuando le comuniqué que no había hecho reserva asintió con una mueca de desprecio y chasqueó los dedos para invocar la presencia de un mozo que nos escoltó sin ceremonia a la que supuse era la peor mesa de la sala, junto a la puerta de las cocinas y enterrada en un rincón oscuro y ruidoso. Durante los siguientes veinticinco minutos nadie se aproximó a la mesa, ni para ofrecer un menú ni servir un vaso de agua. El personal pasaba de largo dando portazos e ignorando completamente nuestra presencia y nuestros gestos para reclamar atención.

—¿Quiere decir que no deberíamos irnos? —preguntó Sempere hijo al fin—. Yo, con un bocadillo en cualquier sitio, me apaño…

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando los vi aparecer. Vidal y señora avanzaban hacia su mesa escoltados por el *maître* y dos camareros que se deshacían en parabienes. Tomaron asiento y en un par de minutos se inició la procesión de besamanos en la que, uno tras otro, comensales de la sala se aproximaban a felicitar a Vidal. Él los recibía con gracia divina y los despachaba poco después. Sempere hijo, que se había dado cuenta de la situación, me observaba.

—Martín, ¿está usted bien? ¿Por qué no nos vamos?

Asentí lentamente. Nos levantamos y nos dirigimos hacia la salida, bordeando el comedor por el extremo opuesto a la mesa de Vidal. Antes de abandonar la sala cruzamos frente al *maître*, que ni se molestó en mirarnos, y mientras nos dirigíamos a la salida pude ver en el espejo que había sobre el marco de la puerta que Vidal se inclinaba y besaba a Cristina en los labios. Al salir a la calle, Sempere hijo me miró, mortificado.

—Lo siento, Martín.

—No se preocupe. Mala elección. Es todo. Si no le importa, de esto, a su padre…

—… ni una palabra —aseguró.

—Gracias.

—No se merecen. ¿Qué me dice si soy yo el que le invita a algo más plebeyo? Hay un comedor en la calle del Carmen que tira de espaldas.

Se me había ido el apetito, pero asentí de buena gana.

—Venga.

El lugar quedaba cerca de la biblioteca y servía comidas caseras a precio económico para las gentes del barrio. Apenas probé la comida, que olía infinitamente mejor que cualquier cosa que hubiese olfateado en la Maison Dorée en todos los años que llevaba abierta, pero a la altura de los postres ya había apurado yo solito una botella y media de tinto y la cabeza me había entrado en órbita.

—Sempere, dígame una cosa. ¿Qué tiene usted en contra de mejorar la raza? ¿Cómo se explica si no que un ciudadano joven y sano bendecido por el Altísimo con una planta como la suya no se haya beneficiado a lo más prieto del patio de figuras?

El hijo del librero rió.

—¿Qué le hace pensar que no lo he hecho?

Me toqué la nariz con el índice, guiñándole un ojo. Sempere hijo asintió.

—A riesgo de que me tome usted por un mojigato, me gusta pensar que estoy esperando.

—¿A qué? ¿A que el instrumental ya no se le ponga en marcha?

—Habla usted como mi padre.

—Los hombres sabios comparten el pensamiento y la palabra.

—Digo yo que habrá algo más, ¿no? —preguntó.

—¿Algo más?

Sempere asintió.

—Qué sé yo —dije.

—Yo creo que sí lo sabe.

—Pues ya ve cómo me aprovecha.

Iba a servirme otro vaso cuando Sempere me detuvo.

—Prudencia —murmuró.

—¿Ve cómo es usted un mojigato?

—Cada cual es lo que es.

—Eso tiene cura. ¿Qué me dice si nos vamos usted y yo ahora mismo de picos pardos?

Sempere me miró con lástima.

—Martín, creo que es mejor que se vaya a casa y descanse. Mañana será otro día.

—No le dirá a su padre que he pillado una cogorza, ¿verdad?

De camino a casa me detuve en no menos de siete bares para degustar sus existencias de alta graduación hasta que, con una u otra excusa, me ponían en la calle y recorría otros cien o doscientos metros en busca de un nuevo puerto en el que hacer

escala. Nunca había sido un bebedor de fondo y a última hora de la tarde estaba tan ebrio que no me acordaba ni de dónde vivía. Recuerdo que un par de camareros del hostal Ambos Mundos de la plaza Real me levantaron cada uno de un brazo y me depositaron en un banco frente a la fuente, donde caí en un sopor espeso y oscuro.

Soñé que acudía al entierro de don Pedro. Un cielo ensangrentado atenazaba el laberinto de cruces y ángeles que rodeaban el gran mausoleo de los Vidal en el cementerio de Montjuïc. Una comitiva silenciosa de velos negros rodeaba el anfiteatro de mármol ennegrecido que formaba el pórtico del mausoleo. Cada figura portaba un largo cirio blanco. La luz de cien llamas esculpía el contorno de un gran ángel de mármol abatido de dolor y pérdida sobre un pedestal a cuyos pies yacía la tumba abierta de mi mentor y, en su interior, un sarcófago de cristal. El cuerpo de Vidal, vestido de blanco, yacía tendido bajo el cristal con los ojos abiertos. Lágrimas negras descendían por sus mejillas. De entre la comitiva se adelantaba la silueta de su viuda, Cristina, que caía de rodillas frente al féretro bañada en llanto. Uno a uno, los miembros de la comitiva desfilaban frente al difunto y depositaban rosas negras sobre el ataúd de cristal hasta que quedaba cubierto y sólo podía verse su rostro. Dos enterradores sin rostro hacían descender el féretro en la fosa, cuyo fondo estaba inundado de un líquido espeso y oscuro. El sarcófago quedaba flotando sobre el lienzo de sangre, que lentamente se filtraba entre los resquicios del cierre de cristal. Poco a poco, el ataúd se inundaba y la sangre cubría el cadáver de Vidal. Antes de que su rostro se sumergiese por completo, mi mentor movía los ojos y me miraba. Una bandada de pájaros negros alzaba el vuelo y yo echaba a correr, extraviándome entre los senderos de la infinita ciudad de los muertos. Tan sólo un llanto lejano conseguía guiarme hacia la salida y me permitía eludir los lamentos y ruegos de oscuras figuras de sombra que salían a mi paso y me suplicaban que los llevase conmigo, que los rescatase de su eterna oscuridad.

Me despertaron dos guardias dándome golpecitos en la pierna con la porra. Ya había anochecido y me llevó unos segundos dilucidar si se trataba del orden público o agentes de la parca en misión especial.

—A ver, caballero, a dormir la mona a casita, ¿estamos?

—A sus órdenes, mi coronel.

—Andando o le encierro en el calabozo, a ver si le encuentra el chiste.

No me lo tuvo que repetir dos veces. Me incorporé como pude y puse rumbo a casa con la esperanza de llegar antes de que mis pasos me guiaran de nuevo a otro tugurio de mala muerte. El trayecto, que en condiciones normales me hubiese llevado diez o quince minutos, se prolongó casi el triple. Finalmente, en un giro milagroso, llegué a la puerta de mi casa para, como si de una maldición se tratase, volver a encontrarme a Isabella sentada esta vez en el vestíbulo interior de la finca, esperándome.

—Está usted borracho —dijo Isabella.

—Debo de estarlo, porque en pleno delírium trémens me ha parecido encontrarte

a medianoche durmiendo a las puertas de mi casa.

—No tenía otro sitio adonde ir. Mi padre y yo hemos discutido y me ha echado de casa.

Cerré los ojos y suspiré. Mi cerebro embotado de licor y amargura era incapaz de dar forma al torrente de negativas y maldiciones que se me estaban apelotonando en los labios.

—Aquí no puedes quedarte, Isabella.

—Por favor, sólo por esta noche. Mañana buscaré una pensión. Se lo suplico, señor Martín.

—No me mires con esos ojos de cordero degollado —amenacé.

—Además, si estoy en la calle es por su culpa —añadió.

—Por mi culpa. Ésa sí que es buena. Talento para escribir no sé si tendrás, pero imaginación calenturienta te sobra. ¿Por qué infausto motivo, si puede saberse, es culpa mía que tu señor padre te haya puesto de patitas en la calle?

—Cuando está usted borracho habla raro.

—No estoy borracho. No he estado borracho en mi vida. Contesta a la pregunta.

—Le dije a mi padre que usted me había contratado como ayudante y a partir de ahora me iba a dedicar a la literatura y ya no podría trabajar en la tienda.

—¿Qué?

—¿Podemos pasar? Tengo frío y el trasero se me ha quedado petrificado de dormir sobre los escalones.

Sentí que la cabeza me daba vueltas y me rondaba la náusea. Alcé la vista a la tenue penumbra que destilaba de la claraboya en lo alto de la escalera.

—¿Es éste el castigo que me envía el cielo para que me arrepienta de mi vida disoluta?

Isabella siguió el rastro de mi mirada, intrigada.

—¿Con quién habla?

—No hablo con nadie, monologo. Prerrogativa del beodo. Pero mañana a primera hora voy a dialogar con tu padre y poner fin a este absurdo.

—No sé si es una buena idea. Ha jurado que cuando le vea le va a matar. Tiene una escopeta de dos cañones escondida debajo del mostrador. Él es así. Una vez mató a un burro con ella. Fue en verano, cerca de Argentona…

—Cállate. Ni una palabra más. Silencio.

Isabella asintió y se me quedó mirando, expectante. Reanudé la búsqueda de la llave. Ahora no podía lidiar con el embolado de aquella locuaz adolescente. Necesitaba caer sobre la cama y perder la conciencia, preferentemente por ese orden. Busqué durante un par de minutos, sin resultados visibles. Finalmente, Isabella, sin mediar palabra, se me adelantó y hurgó en el bolsillo de mi chaqueta por el que mis manos habían pasado cien veces y encontró la llave. Me la mostró y asentí, derrotado.

Isabella abrió la puerta del piso y me ayudó a incorporarme. Me guió hasta el dormitorio como a un inválido y me ayudó a tumbarme en la cama. Me acomodó la

cabeza sobre las almohadas y me quitó los zapatos. La miré confundido.

—Tranquilo, que los pantalones no se los voy a quitar.

Me aflojó los botones del cuello y se sentó a mi lado, observándome. Me sonrió con una melancolía que no se merecían sus años.

—Nunca le he visto tan triste, señor Martín. ¿Es por esa mujer, verdad? La de la foto.

Me tomó la mano y me la acarició, tranquilizándome.

—Todo pasa, hágame caso. Todo pasa.

A mi pesar, se me llenaron los ojos de lágrimas y volví la cabeza para que ella no me viese la cara. Isabella apagó la luz de la mesita y permaneció sentada a mi lado, en la penumbra, escuchando llorar a aquel miserable borracho sin hacer preguntas ni ofrecer más juicio que su compañía y su bondad hasta que me dormí.

7

Me despertó la agonía de la resaca, una prensa cerrándose sobre las sienes, y el perfume de café colombiano. Isabella había dispuesto una mesita junto a la cama con una cafetera recién hecha y un plato con pan, queso, jamón y una manzana. La visión de la comida me produjo náuseas, pero alargué la mano hacia la cafetera. Isabella, que me había estado observando desde el umbral sin que lo advirtiese, se me adelantó y me sirvió una taza, deshecha en sonrisas.

—Tómelo así, bien cargado, y le irá de maravilla.

Acepté el tazón y bebí.

—¿Qué hora es?

—La una de la tarde.

Dejé escapar un soplido.

—¿Cuántas horas llevas despierta?

—Unas siete.

—¿Haciendo qué?

—Limpiando y ordenando, pero aquí hay faena para varios meses —replicó Isabella.

Tomé otro sorbo largo de café.

—Gracias —murmuré—. Por el café. Y por ordenar y limpiar, pero no tienes por qué hacerlo.

—No lo hago por usted, si es lo que le preocupa. Lo hago por mí. Si voy a vivir aquí, prefiero pensar que no me voy a quedar pegada a algo si me apoyo por accidente.

—¿Vivir aquí? Creí que habíamos dicho que…

Al levantar la voz, una punzada de dolor me cortó la palabra y el pensamiento.

—Shhhh —susurró Isabella.

Asentí a modo de tregua. Ahora no podía ni quería discutir con Isabella. Tiempo habría para devolverla a su familia más tarde, cuando la resaca se batiese en retirada. Apuré la taza de un tercer sorbo y me incorporé lentamente. De cinco a seis púas de dolor se me clavaron en la cabeza. Dejé escapar un lamento. Isabella me sostenía del brazo.

—No soy un inválido. Puedo valerme por mí mismo.

Isabella me soltó tentativamente. Di algunos pasos hacia el pasillo. Isabella me seguía de cerca, como si temiese que fuera a desplomarme por momentos. Me detuve frente al baño.

—¿Puedo orinar a solas? —pregunté.

—Apunte con cuidado —musitó la muchacha—. Le dejaré el desayuno en la galería.

—No tengo hambre.

—Tiene que comer algo.

—¿Eres mi aprendiz o mi madre?

—Se lo digo por su bien.

Cerré la puerta del baño y me refugié en el interior. Mis ojos tardaron un par de segundos en ajustarse a lo que estaba viendo. El baño estaba irreconocible. Limpio y reluciente. Cada cosa en su sitio. Una pastilla de jabón nueva sobre el lavabo. Toallas limpias que ni siquiera sabía que habían estado en mi posesión. Olor a lejía.

—Madre de Dios —murmuré.

Metí la cabeza bajo el grifo y dejé correr el agua fría durante un par de minutos. Salí al corredor y me dirigí lentamente a la galería. Si el baño estaba irreconocible, la galería pertenecía a otro mundo. Isabella había limpiado los cristales y el suelo y ordenado muebles y butacas. Una luz pura y clara se filtraba por las cristaleras y el olor a polvo había desaparecido. Mi desayuno me esperaba en la mesa frente al sofá, sobre el que la muchacha había tendido un manto limpio. Las estanterías repletas de libros parecían reordenadas y las vitrinas habían recobrado la transparencia. Isabella me estaba sirviendo un segundo tazón de café.

—Sé lo que estás haciendo, y no va a funcionar —dije.

—¿Servir una taza de café?

Isabella había ordenado los libros desperdigados en pilas sobre las mesas y por los rincones. Había vaciado revisteros que llevaban anegados más de una década. En apenas siete horas, había barrido de un plumazo años de penumbra y tinieblas con su afán y su presencia, y todavía le quedaban tiempo y ganas para sonreír.

—Me gustaba más como estaba antes —dije.

—Seguro. A usted y a las cien mil cucarachas que tenía de inquilinas y que he despedido con viento fresco y amoniaco.

—¿Así que ése es el pestuzo que se huele?

—El *pestuzo* es olor a limpio —protestó Isabella—. Podría estar un poco agradecido.

—Lo estoy.

—No se nota. Mañana subiré al estudio y…

—Ni se te ocurra.

Isabella se encogió de hombros, pero su mirada seguía determinada y supe que en veinticuatro horas el estudio de la torre iba a sufrir una transformación irreparable.

—Por cierto, esta mañana me he encontrado un sobre en el recibidor. Alguien debió de colarlo por debajo de la puerta anoche.

La miré por encima de la taza.

—El portal de abajo está cerrado con llave —dije.

—Eso pensaba yo. La verdad es que me ha parecido muy raro y, aunque llevaba

su nombre…

—… lo has abierto.

—Me temo que sí. Ha sido sin querer.

—Isabella, abrir la correspondencia de los demás no es indicio de buenos modales. En algunos sitios incluso es delito castigable con penas de cárcel.

—Eso le digo yo a mi madre, que siempre me abre las cartas. Y sigue libre.

—¿Dónde está la carta?

Isabella extrajo un sobre del bolsillo del delantal que se había enfundado y me lo tendió evitando mi mirada. Tenía los bordes serrados y era de papel grueso y poroso, amarfilado, con el sello del ángel sobre lacre rojo roto y mi nombre en trazo carmesí y tinta perfumada. Lo abrí y extraje una cuartilla doblada.

Estimado David:

Confío en que se encuentre bien de salud y que haya ingresado los fondos acordados sin problemas. ¿Le parece que nos veamos esta noche en mi domicilio para empezar a discutir los pormenores de nuestro proyecto? Se servirá una cena ligera a eso de las diez. Le espero.

Su amigo,

ANDREAS CORELLI

Cerré la cuartilla y la guardé de nuevo en el sobre. Isabella me observaba intrigada.

—¿Buenas noticias?

—Nada que te concierna.

—¿Quién es ese tal señor Corelli? Tiene la letra bonita, no como usted.

La miré con severidad.

—Si voy a ser su ayudante, digo yo que tendré que saber con quién tiene tratos. Por si he de mandarlos a paseo, quiero decir.

Resoplé.

—Es un editor.

—Debe de ser bueno, porque mire qué papel de carta y qué sobres que se gasta. ¿Qué libro está escribiendo para él?

—Nada que te incumba.

—¿Cómo voy a ayudarle si no me dice en lo que está trabajando? No, mejor no conteste. Ya me callo.

Durante diez milagrosos segundos, Isabella permaneció callada.

—¿Cómo es el tal señor Corelli?

La miré fríamente.

—Peculiar.

—Dios los cría y… no digo nada.

Observando a aquella muchacha de corazón noble me sentí, si cabe, más

miserable y comprendí que cuanto antes la alejase de mí, aun a riesgo de herirla, mejor sería para ambos.

—¿Por qué me mira así?

—Esta noche voy a salir, Isabella.

—¿Le dejo algo de cena preparada? ¿Volverá muy tarde?

—Cenaré fuera y no sé cuándo regresaré, pero sea a la hora que sea, cuando vuelva quiero que te hayas ido. Quiero que cojas tus cosas y te marches. Adónde, me es indiferente. Aquí no hay lugar para ti. ¿Entendido?

Su rostro palideció y los ojos se le hicieron agua. Se mordió los labios y me sonrió con las mejillas surcadas de lágrimas.

—Estoy de sobra. Entendido.

—Y no limpies más.

Me levanté y la dejé a solas en la galería. Me escondí en el estudio de la torre. Abrí las ventanas. El llanto de Isabella llegaba desde la galería. Contemplé la ciudad tendida al sol del mediodía y dirigí la vista al otro extremo donde casi creí poder ver las tejas brillantes que cubrían Villa Helius e imaginar a Cristina, señora de Vidal, arriba en las ventanas del torreón, mirando hacia la Ribera. Algo oscuro y turbio me cubrió el corazón. Olvidé el llanto de Isabella y tan sólo deseé que llegase el momento de encontrarme con Corelli para hablar de su libro maldito.

Permanecí en el estudio de la torre hasta que el atardecer se esparció sobre la ciudad como sangre en el agua. Hacía calor, más del que había hecho en todo el verano, y los tejados de la Ribera parecían vibrar a la vista como espejismos de vapor. Bajé al piso y me cambié de ropa. La casa estaba en silencio, las persianas de la galería entornadas y las vidrieras teñidas de una claridad ámbar que se esparcía por el pasillo central.

—¿Isabella? —llamé.

No obtuve respuesta. Me acerqué hasta la galería y comprobé que la muchacha se había marchado. Antes de hacerlo, sin embargo, se había entretenido en ordenar y limpiar la colección de obras completas de Ignatius B. Samson que durante años habían atesorado polvo y olvido en una vitrina que ahora relucía sin mácula. La muchacha había tomado uno de los libros y lo había dejado abierto por la mitad sobre un atril de pie. Leí una línea al azar y me pareció viajar a un tiempo en el que todo parecía tan simple como inevitable.

«*“La poesía se escribe con lágrimas, la novela con sangre y la historia con agua de borrajas”, dijo el cardenal mientras untaba de veneno el filo del cuchillo a la luz del candelabro*».

La estudiada ingenuidad de aquellas líneas me arrancó una sonrisa y me devolvió una sospecha que nunca había dejado de rondarme: tal vez habría sido mejor para todos, sobre todo para mí, que Ignatius B. Samson nunca se hubiese suicidado y que

David Martín hubiese tomado su lugar.

8

Anochecía ya cuando salí a la calle. El calor y la humedad habían empujado a numerosos vecinos del barrio a sacar sus sillas a la calle en busca de una brisa que no llegaba. Sorteé los improvisados corros frente a portales y esquinas y me dirigí hasta la estación de Francia, donde siempre podían encontrarse dos o tres taxis a la espera de pasaje. Abordé el primero de la fila. Nos llevó unos veinte minutos cruzar la ciudad y escalar la ladera del monte sobre el que descansaba el bosque fantasmal del arquitecto Gaudí. Las luces de la casa de Corelli podían verse desde lejos.

—No sabía que alguien viviese aquí —comentó el conductor. Tan pronto le hube abonado el trayecto, propina incluida, no perdió un segundo en largarse a toda prisa. Esperé unos instantes antes de llamar a la puerta, saboreando el extraño silencio que reinaba en aquel lugar. Apenas una sola hoja se agitaba en el bosque que cubría la colina a mis espaldas. Un cielo sembrado de estrellas y pinceladas de nubes se extendía en todas direcciones. Podía oír el sonido de mi propia respiración, de mis ropas rozándose al andar, de mis pasos aproximándose a la puerta. Tiré del llamador y esperé. La puerta se abrió momentos más tarde. Un hombre de mirada y hombros caídos asintió ante mi presencia y me indicó que pasara. Su atavío sugería que se trataba de una suerte de mayordomo o criado. No emitió sonido alguno. Le seguí a través del corredor que recordaba flanqueado de retratos y me cedió el paso al gran salón que quedaba en el extremo y desde el cual se podía contemplar toda la ciudad a lo lejos. Con una leve reverencia me dejó allí a solas y se retiró con la misma lentitud con la que me había acompañado. Me aproximé hasta los ventanales y miré entre los visillos, matando el tiempo a la espera de Corelli. Habían transcurrido un par de minutos cuando advertí que una figura me observaba desde un rincón de la sala. Estaba sentado, completamente inmóvil, en una butaca entre la penumbra y la luz de un candil que apenas revelaba las piernas y las manos apoyadas en los brazos de la butaca. Le reconocí por el brillo de sus ojos que nunca pestañeaban y por el reflejo del candil en el broche en forma de ángel que siempre llevaba en la solapa. Tan pronto posé la vista en él se incorporó y se aproximó con pasos rápidos, demasiado rápidos, y una sonrisa lobuna en los labios que me heló la sangre.

—Buenas noches, Martín.

Asentí intentando corresponder a su sonrisa.

—He vuelto a sobresaltarle —dijo—. Lo siento. ¿Puedo ofrecerle algo de beber o pasamos a la cena sin preámbulos?

—La verdad es que no tengo apetito.

—Es este calor, sin duda. Si le parece, podemos pasar al jardín y hablar allí.

El silencioso mayordomo hizo acto de presencia y procedió a abrir las puertas que daban al jardín, donde un sendero de velas colocadas sobre platillos de café conducía a una mesa de metal blanca con dos sillas apostadas frente a frente. La llama de las velas ardía erguida, sin fluctuación alguna. La luna arrojaba una tenue claridad azulada. Tomé asiento y Corelli hizo lo propio mientras el mayordomo nos servía dos vasos de una vasija que supuse era vino o algún tipo de licor que no tenía intención de probar. A la luz de aquella luna de tres cuartos, Corelli me pareció más joven, los rasgos de su rostro más afilados. Me observaba con una intensidad rayana en la voracidad.

—Algo le inquieta, Martín.

—Supongo que ha oído lo del incendio.

—Un fin lamentable y sin embargo poéticamente justo.

—¿Le parece justo que dos hombres mueran de ese modo?

—¿Un modo menos cruento le parecería más aceptable? La justicia es una afectación de la perspectiva, no un valor universal. No voy a fingir una consternación que no siento, y supongo que usted tampoco, por mucho que lo pretenda. Pero si lo prefiere guardamos un minuto de silencio.

—No será necesario.

—Claro que no. Sólo es necesario cuando uno no tiene nada válido que decir. El silencio hace que hasta los necios parezcan sabios durante un minuto. ¿Alguna cosa más que le preocupe, Martín?

—La policía parece creer que tengo algo que ver con lo sucedido. Me preguntaron por usted.

Corelli asintió con despreocupación.

—La policía tiene que hacer su trabajo y nosotros el nuestro. ¿Le parece que demos el tema por zanjado?

Asentí lentamente. Corelli sonrió.

—Hace un rato, mientras le esperaba, me he dado cuenta de que usted y yo tenemos pendiente una pequeña conversación retórica. Cuanto antes nos la quitemos de encima, antes podremos entrar en harina —dijo—. Me gustaría empezar preguntándole qué es para usted la fe.

Cavilé unos instantes.

—Nunca he sido una persona religiosa. Más que creer o descreer, dudo. La duda es mi fe.

—Muy prudente y muy burgués. Pero echando balones fuera no se gana el partido. ¿Por qué diría usted que creencias de todo tipo aparecen y desaparecen a lo largo de la historia?

—No lo sé. Supongo que por factores sociales, económicos o políticos. Habla usted con alguien que dejó de ir a la escuela a los diez años. La historia no es mi fuerte.

—La historia es el vertedero de la biología, Martín.

—Me parece que el día que daban esa lección no fui a clase.

—Esa lección no la dan en las aulas, Martín. Esa lección nos la dan la razón y la observación de la realidad. Esa lección es la que nadie quiere aprender y, por tanto, la que mejor debemos analizar para poder hacer bien nuestro trabajo. Toda oportunidad de negocio parte de una incapacidad ajena de resolver un problema simple e inevitable.

—¿Hablamos de religión o de economía?

—Elija usted la nomenclatura.

—Si le estoy entendiendo bien, usted sugiere que la fe, el acto de creer en mitos o ideologías o leyendas sobrenaturales, es consecuencia de la biología.

—Ni más ni menos.

—Una visión un tanto cínica para provenir de un editor de textos religiosos —apunté.

—Una visión profesional y desapasionada —matizó Corelli—. El ser humano cree como respira, para sobrevivir.

—¿Esa teoría es suya?

—No es una teoría, es una estadística.

—Se me ocurre que tres cuartas partes del mundo, por lo menos, estarían en desacuerdo con esa afirmación —apunté.

—Por supuesto. Si estuviesen de acuerdo, no serían creyentes potenciales. A nadie se le puede convencer de verdad de lo que no necesita creer por imperativo biológico.

—¿Sugiere usted entonces que está en nuestra naturaleza vivir engañados?

—Está en nuestra naturaleza sobrevivir. La fe es una respuesta instintiva a aspectos de la existencia que no podemos explicar de otro modo, bien sea el vacío moral que percibimos en el universo, la certeza de la muerte, el misterio del origen de las cosas o el sentido de nuestra propia vida, o la ausencia de él. Son aspectos elementales y de extraordinaria sencillez, pero nuestras propias limitaciones nos impiden responder de un modo inequívoco a esas preguntas y por ese motivo generamos, como defensa, una respuesta emocional. Es simple y pura biología.

—Según usted, entonces, todas las creencias o ideales no serían más que una ficción.

—Toda interpretación u observación de la realidad lo es por necesidad. En este caso, el problema radica en que el hombre es un animal moral abandonado en un universo amoral y condenado a una existencia finita y sin otro significado que perpetuar el ciclo natural de la especie. Es imposible sobrevivir en un estado prolongado de realidad, al menos para un ser humano. Pasamos buena parte de nuestras vidas soñando, sobre todo cuando estamos despiertos. Como digo, simple biología.

Suspiré.

—Y después de todo esto, quiere usted que me invente una fábula que haga caer de rodillas a los incautos y los persuada de que han visto la luz, de que hay algo en lo que creer, por lo que vivir y por lo que morir e incluso matar.

—Exactamente. No le pido que invente nada que no esté inventado ya, de una u otra forma. Le pido simplemente que me ayude a dar de beber al sediento.

—Un propósito loable y piadoso —ironicé.

—No, una simple propuesta comercial. La naturaleza es un gran mercado libre. La ley de la oferta y la demanda es un hecho molecular.

—Tal vez debería usted buscar a un intelectual para esta labor. Hablando de hechos moleculares y mercantiles, le aseguro que la mayoría no han visto cien mil francos juntos en toda su vida y apuesto a que estarán dispuestos a venderse el alma, o a inventársela, por una fracción de esa cantidad.

El brillo metálico en sus ojos me hizo sospechar que Corelli iba a dedicarme otro de sus ácidos sermones de bolsillo. Visualicé el saldo que reposaba en mi cuenta del Banco Hispano Americano y me dije que cien mil francos bien valían una misa o una colección de homilías.

—Un intelectual es habitualmente alguien que no se distingue precisamente por su intelecto —dictaminó Corelli—. Se atribuye a sí mismo ese calificativo para compensar la impotencia natural que intuye en sus capacidades. Es aquello tan viejo y tan cierto del dime de qué alardeas y te diré de qué careces. Es el pan de cada día. El incompetente siempre se presenta a sí mismo como experto, el cruel como piadoso, el pecador como santurrón, el usurero como benefactor, el mezquino como patriota, el arrogante como humilde, el vulgar como elegante y el bobalicón como intelectual. De nuevo, todo obra de la naturaleza, que lejos de ser la sílfide a la que cantan los poetas es una madre cruel y voraz que necesita alimentarse de las criaturas que va pariendo para seguir viva.

Corelli y su poética de la biología feroz empezaban a producirme náuseas. La vehemencia e ira contenidas que destilaban las palabras del editor me incomodaban y me pregunté si habría algo en el universo que no le pareciese repugnante y despreciable, incluida mi persona.

—Debería usted dar charlas de inspiración en escuelas y parroquias el Domingo de Ramos. Obtendría un éxito abrumador —sugerí.

Corelli rió con frialdad.

—No cambie de tema. Lo que yo busco es el opuesto a un intelectual, es decir, alguien inteligente. Y ya lo he encontrado.

—Me halaga.

—Mejor aún, le pago. Y muy bien, que es el único halago verdadero en este mundo meretriz. No acepte usted nunca condecoraciones que no vengan impresas al dorso de un cheque. Sólo benefician al que las concede. Y ya que le pago, espero que me escuche y siga mis instrucciones. Créame cuando le digo que no tengo interés alguno en hacerle perder el tiempo. Mientras esté usted a sueldo, su tiempo es

también mi tiempo.

Su tono era amable, pero el brillo de sus ojos resultaba acerado y no dejaba lugar a equívocos.

—No es necesario que me lo recuerde cada cinco minutos.

—Disculpe mi insistencia, amigo Martín. Si le mareo a usted con todos estos circunloquios es para quitarlos de en medio cuanto antes. Lo que quiero de usted es la forma, no el fondo. El fondo siempre es el mismo y está inventado desde que existe el ser humano. Está grabado en su corazón como un número de serie. Lo que quiero de usted es que encuentre un modo inteligente y seductor de responder a las preguntas que todos nos hacemos y lo haga desde su propia lectura del alma humana, poniendo en práctica su arte y su oficio. Quiero que me traiga una narración que despierte el alma.

—Nada más…

—Y nada menos.

—Habla usted de manipular sentimientos y emociones. ¿No sería más fácil convencer a la gente con una exposición racional, simple y clara?

—No. Es imposible iniciar un diálogo racional con una persona respecto a creencias y conceptos que no ha adquirido mediante la razón. Tanto da que hablemos de Dios, de la raza o de su orgullo patrio. Por eso necesito algo más poderoso que una simple exposición retórica. Necesito la fuerza del arte, de la puesta en escena. La letra de la canción es lo que creemos entender, pero lo que nos hace creerla o no es la música.

Traté de absorber todo aquel galimatías sin atragantarme.

—Tranquilo, por hoy no hay más discursos —atajó Corelli—. Ahora, a lo práctico: usted y yo nos reuniremos aproximadamente cada quince días. Me informará de sus progresos y me mostrará el trabajo realizado. Si tengo cambios y observaciones, se lo haré notar. El trabajo se prolongará durante doce meses, o la fracción necesaria para completar el trabajo. Al término de ese plazo, usted me entregará todo el trabajo y la documentación generada, sin excepción, como corresponde al único propietario y garante de los derechos, es decir, yo. Su nombre no figurará en la autoría del documento y se compromete usted a no reclamarla con posterioridad a la entrega ni a discutir el trabajo realizado o los términos de este acuerdo en privado o en público con nadie. A cambio, usted obtendrá el pago inicial de cien mil francos, que ya se ha hecho efectivo, y al término, y previa entrega del trabajo a mi satisfacción, una bonificación adicional de cincuenta mil francos más.

Tragué saliva. No es uno plenamente consciente de la codicia que se esconde en su corazón hasta que oye el dulce tintineo de la plata en el bolsillo.

—¿No desea usted formalizar un contrato por escrito?

—El nuestro es un acuerdo de honor. El suyo y el mío. Y ya ha sido sellado. Un acuerdo de honor no se puede romper porque rompe a quien lo ha suscrito —dijo Corelli con un tono que me hizo pensar que hubiera sido preferible firmar un papel

aunque fuese con sangre—. ¿Alguna duda?

—Sí. ¿Por qué?

—No le entiendo, Martín.

—¿Para qué quiere usted ese material, o como quiera llamarlo? ¿Qué piensa hacer con él?

—¿Problemas de conciencia, Martín, a estas alturas?

—Tal vez me tome usted por un individuo sin principios, pero si voy a participar en algo como lo que me propone, quiero saber cuál es el objetivo. Creo que tengo derecho.

Corelli sonrió y posó su mano sobre la mía. Sentí un escalofrío al contacto de su piel helada y lisa como el mármol.

—Porque quiere usted vivir.

—Eso suena vagamente amenazador.

—Un simple y amistoso recordatorio de lo que ya sabe. Me ayudará usted porque quiere vivir y porque no le importa el precio ni las consecuencias. Porque no hace mucho se sabía a las puertas de la muerte y ahora tiene usted una eternidad por delante y la oportunidad de una vida. Me ayudará porque es usted humano. Y porque, aunque no lo quiere aceptar, tiene fe.

Retiré la mano de su alcance y le observé levantarse de la silla y dirigirse al extremo del jardín.

—No se preocupe, Martín. Todo saldrá bien. Hágame caso —dijo Corelli en un tono dulce y adormecedor, casi paternal.

—¿Puedo irme ya?

—Por supuesto. No le quiero retener más de lo necesario. He disfrutado de nuestra conversación. Ahora le dejaré que se retire y le vaya dando vueltas a todo lo que hemos comentado. Verá cómo, pasada la indigestión, se dará cuenta de que las verdaderas respuestas vienen a usted. No hay nada en el camino de la vida que no sepamos ya antes de iniciarlo. No se aprende nada importante en la vida, simplemente se recuerda.

Se incorporó e hizo una señal al taciturno mayordomo que esperaba en los confines del jardín.

—Un coche le recogerá y le llevará a casa. Nosotros nos veremos en dos semanas.

—¿Aquí?

—Dios dirá —dijo relamiéndose los labios como si aquello le pareciese un chiste delicioso.

El mayordomo se aproximó y me hizo una seña para que le siguiese. Corelli asintió y volvió a tomar asiento, su mirada de nuevo perdida en la ciudad.

9

El coche, por llamarlo de algún modo, esperaba a la puerta del caserón. No era un automóvil cualquiera, era una pieza de coleccionista. Me hizo pensar en una carroza encantada, una catedral rodante de cromados y curvas hechas de ciencia pura tocada por la figura de un ángel de plata sobre el motor como un mascarón de proa. En otras palabras, un Rolls-Royce. El mayordomo me abrió la puerta y me despidió con una reverencia. Entré en el habitáculo, que parecía más la habitación de un hotel que la cabina de un vehículo de motor. El coche arrancó tan pronto me recosté en el asiento y partió colina abajo.

—¿Sabe la dirección? —pregunté.

El chófer, una figura oscura al otro lado de una partición de cristal, hizo un leve asentimiento. Cruzamos Barcelona en el silencio narcótico de aquella carroza de metal que apenas parecía rozar el suelo. Vi desfilar calles y edificios a través de las ventanas como si se tratase de acantilados sumergidos. Pasaba ya la medianoche cuando el Rolls-Royce negro torció en la calle Comercio y se adentró en el paseo del Born. El coche se detuvo al pie de la calle Flassaders, demasiado estrecha para permitir su paso.

El chófer descendió y me abrió la puerta con una reverencia. Bajé del coche y él cerró la puerta y volvió a abordar el vehículo sin decir ni una palabra. Le vi partir hasta que la silueta oscura se deshizo en un velo de sombras. Me pregunté qué era lo que había hecho y, prefiriendo no dar con la respuesta, me dirigí hacia mi casa sintiendo que el mundo entero era una prisión sin escapatoria.

Al entrar en el piso me dirigí directamente al estudio. Abrí las ventanas a los cuatro vientos y dejé que la brisa húmeda y ardiente penetrase en la sala. En algunos terrados del barrio podían verse figuras tendidas sobre colchones y sábanas intentando escapar del calor asfixiante y conciliar el sueño. A lo lejos, las tres grandes chimeneas del Paralelo se alzaban como piras funerarias, esparciendo un manto de cenizas blancas que se extendía sobre Barcelona como polvo de cristal. Más cerca, la estatua de la Mercé alzando el vuelo desde la cúpula de la iglesia me recordó al ángel del Rolls-Royce y al que Corelli siempre lucía en su solapa. Sentía que la ciudad, después de muchos meses de silencio, volvía a hablarme y a contarme sus secretos.

Fue entonces cuando la vi, acurrucada en el escalón de una puerta de aquel miserable y angosto túnel entre viejos edificios que llamaban calle de las Moscas. Isabella. Me pregunté cuánto tiempo llevaría allí y me dije que no era asunto mío. Iba a cerrar la ventana y retirarme al escritorio cuando advertí que no estaba sola. Un par de figuras se aproximaban a ella lentamente, quizá demasiado, desde el extremo de la

calle. Suspiré, deseando que las figuras pasaran de largo. No lo hicieron. Una de ellas se apostó al otro lado, bloqueando la salida del callejón. La otra se arrodilló frente a la muchacha, alargando el brazo hacia ella.

La muchacha se movió. Instantes después las dos figuras se cerraron sobre Isabella y la oí gritar. Me llevó cerca de un minuto llegar hasta allí. Cuando lo hice, uno de los dos hombres tenía agarrada a Isabella por los brazos y el otro le había arremangado las faldas. Una expresión de terror atenazaba el rostro de la muchacha. El segundo individuo, que se estaba abriendo camino entre sus muslos a risotadas, sostenía una cuchilla contra su garganta. Tres líneas de sangre manaban del corte. Miré a mi alrededor. Un par de cajas con escombros y una pila de adoquines y materiales de construcción abandonados contra el muro. Aferré lo que resultó ser una barra de metal, sólida y pesada, de medio metro. El primero en advertir mi presencia fue el que sostenía el cuchillo. Di un paso al frente, blandiendo la barra de metal. Su mirada saltó de la barra a mis ojos y vi que se le borraba la sonrisa de los labios. El otro se volvió y me vio avanzar hacia él con la barra en alto. Bastó que le hiciese una señal con la cabeza para que soltase a Isabella y se apresurase a situarse tras su compañero.

—Venga, vámonos —murmuró.

El otro ignoró sus palabras. Me miraba fijamente con fuego en los ojos y el cuchillo en las manos.

—¿A ti quién te ha dado vela en este entierro, hijo de puta?

Tomé a Isabella del brazo y la levanté del suelo sin despegar la mirada del hombre que sostenía el arma. Busqué las llaves en mi bolsillo y se las tendí.

—Ve a casa —dije—. Haz lo que te digo.

Isabella dudó un instante, pero pude oír sus pasos alejarse por el callejón hacia Flassaders. El individuo del cuchillo la vio partir y sonrió con rabia.

—Te voy a rajar, cabrón.

No dudé de su capacidad y de sus ganas de cumplir con su amenaza, pero algo en su mirada me hacía pensar que mi oponente no era del todo un imbécil y que si no lo había hecho todavía era porque se estaba preguntando cuánto pesaría aquella barra de metal que sostenía en la mano y, sobre todo, si tendría la fuerza, el valor y el tiempo de usarla para aplastarle el cráneo antes de que pudiera hincarme el filo de aquella navaja.

—Inténtalo —invité.

El tipo me sostuvo la mirada varios segundos y luego rió. El muchacho que le acompañaba suspiró de alivio. El hombre cerró el filo de la navaja y escupió a mis pies. Se dio la vuelta y se alejó hacia las sombras de las que había salido, su compañero correteando tras él como un perro fiel.

Encontré a Isabella acurrucada en el rellano interior de la casa de la torre. Temblaba y sostenía las llaves con ambas manos. Me vio entrar y se levantó de golpe.

—¿Quieres que llame a un médico?

Negó.

—¿Estás segura?

—No habían llegado a hacerme nada todavía —murmuró, mordiéndose las lágrimas.

—No es eso lo que me ha parecido.

—No me han hecho nada, ¿de acuerdo? —protestó.

—De acuerdo —dije.

La quise sostener del brazo mientras ascendíamos las escaleras, pero rehuyó el contacto.

Una vez en el piso la acompañé al baño y encendí la luz.

—¿Tienes una muda de ropa limpia que puedas ponerte?

Isabella me mostró la bolsa que llevaba y asintió.

—Venga, lávate mientras preparo algo de cenar.

—¿Cómo puede tener hambre ahora?

—Pues la tengo.

Isabella se mordió el labio inferior.

—La verdad es que yo también…

—Discusión cerrada entonces —dije.

Cerré la puerta del baño y esperé a oír correr el agua. Volví a la cocina y puse agua a calentar. Quedaba algo de arroz, panceta y algunas verduras que Isabella había traído la mañana anterior. Improvisé un guiso de restos y esperé casi media hora a que Isabella saliese del baño, apurando casi media botella de vino. La oí llorar con rabia al otro lado de la pared. Cuando apareció en la puerta de la cocina tenía los ojos enrojecidos y parecía más niña que nunca.

—No sé si aún tengo apetito —murmuró.

—Siéntate y come.

Nos sentamos a la pequeña mesa que había en el centro de la cocina. Isabella examinó con cierta sospecha el plato de arroz y tropezones varios que le había servido.

—Come —ordené.

Tomó una cucharada tentativa y se la llevó a los labios.

—Está bueno —dijo.

Le serví medio vaso de vino y llené el resto con agua.

—Mi padre no me deja beber vino.

—Yo no soy tu padre.

Cenamos en silencio, intercambiando miradas. Isabella apuró el plato y el pedazo de pan que le había cortado. Sonreía tímidamente. No se daba cuenta de que el susto aún no le había caído encima. Luego la acompañé hasta la puerta de su dormitorio y encendí la luz.

—Intenta descansar un poco —dije—. Si necesitas algo, da un golpe en la pared. Estoy en la habitación de al lado.

Isabella asintió.

—Ya le oí roncar la otra noche.

—Yo no ronco.

—Debían de ser las cañerías. O a lo mejor algún vecino que tiene un oso.

—Una palabra más y te vuelves a la calle.

Isabella sonrió y asintió.

—Gracias —musitó—. No cierre la puerta del todo, por favor. Déjela entornada.

—Buenas noches —dije apagando la luz y dejando a Isabella en la penumbra.

Más tarde, mientras me desnudaba en mi dormitorio, advertí que tenía una marca oscura en la mejilla, como una lágrima negra. Me acerqué al espejo y la barrí con los dedos. Era sangre seca. Sólo entonces me di cuenta de que estaba exhausto y me dolía el cuerpo entero.

10

A la mañana siguiente, antes de que Isabella se despertase, me acerqué hasta la tienda de ultramarinos que su familia regentaba en la calle Mirallers. Apenas había amanecido y la reja de la tienda estaba a medio abrir. Me colé en el interior y encontré a un par de mozos apilando cajas de té y otras mercancías sobre el mostrador.

—Está cerrado —dijo uno de ellos.

—Pues no lo parece. Ve a buscar al dueño.

Mientras esperaba me entretuve examinando el emporio familiar de la ingrata heredera Isabella, que en su infinita inocencia había renegado de las mieles del comercio para postrarse a las miserias de la literatura. La tienda era un pequeño bazar de maravillas traídas de todos los rincones del mundo. Mermeladas, dulces y tés. Cafés, especias y conservas. Frutas y carnes curadas. Chocolates y fiambres ahumados. Un paraíso pantagruélico para bolsillos bien calzados. Don Odón, padre de la criatura y encargado del establecimiento, se personó al poco vistiendo una bata azul, un bigote de mariscal y una expresión de consternación que le situaba a una alarmante proximidad del infarto. Decidí saltarme las gentilezas.

—Me dice su hija que guarda usted una escopeta de dos cañones con la que ha prometido matarme —dije, abriendo los brazos en cruz—. Aquí me tiene.

—¿Quién es usted, sinvergüenza?

—Soy el sinvergüenza que ha tenido que alojar a una muchacha porque el calzonazos de su padre es incapaz de tenerla a raya.

La ira le resbaló del rostro y el tendero mostró una sonrisa angustiada y pusilánime.

—¿Señor Martín? No le había reconocido… ¿Cómo está la niña?

Suspiré.

—La niña está sana y salva en mi casa, roncando como un mastín, pero con el honor y la virtud impolutos.

El tendero se santiguó dos veces consecutivas, aliviado.

—Dios se lo pague.

—Y usted que lo vea, pero entretanto le voy a pedir que me haga usted el favor de venir a recogerla sin falta durante el día de hoy o le partiré a usted la cara, con escopeta o no.

—¿Escopeta? —musitó el tendero, confundido.

Su esposa, una mujer menuda y de mirada nerviosa, nos espiaba desde una cortina que ocultaba la trastienda. Algo me decía que no iba a haber tiros. Don Odón,

resoplando, pareció desplomarse sobre sí mismo.

—Que más quisiera yo, señor Martín. Pero la niña no quiere estar aquí —argumentó, desolado.

Al ver que el tendero no era el villano que Isabella me había pintado me arrepentí del tono de mis palabras.

—¿No la ha echado usted de su casa?

Don Odón abrió los ojos como platos, dolido. Su esposa se adelantó y tomó la mano de su esposo.

—Tuvimos una discusión. Se dijeron cosas que no se debían haber dicho, por ambas partes. Pero es que la niña tiene un genio que déjela correr… Amenazó con marcharse y dijo que no íbamos a verla nunca más. Su santa madre por poco se queda de la taquicardia. Yo le levanté la voz y le dije que la iba a meter en un convento.

—Un argumento infalible para convencer a una joven de diecisiete años —apunté.

—Es lo primero que se me ocurrió… —argumentó el tendero—. ¿Cómo iba yo a meterla en un convento?

—Por lo que he visto, sólo con la ayuda de todo un regimiento de la Guardia Civil.

—No sé qué le habrá contado la niña, señor Martín, pero no se lo crea. No seremos gente refinada, pero no somos ningunos monstruos. Yo ya no sé cómo manejarla. No soy hombre que sirva para quitarse la correa y hacer entrar la letra con sangre. Y mi señora aquí presente no se atreve a levantarle la voz ni al gato. No sé de dónde ha sacado la niña ese carácter. Yo creo que es de leer tanto. Y mire que nos avisaron las monjas. Ya lo decía mi padre, que en gloria esté: el día que a las mujeres se les permita aprender a leer y escribir, el mundo será ingobernable.

—Gran pensador, su señor padre, pero eso no resuelve ni su problema ni el mío.

—¿Y qué podemos hacer? Isabella no quiere estar con nosotros, señor Martín. Dice que somos lerdos, que no la entendemos, que la queremos enterrar en esta tienda… ¿Qué más quisiera yo que entenderla? Llevo trabajando en esta tienda desde que tenía siete años, de sol a sol, y lo único que entiendo es que el mundo es un sitio malcarado y sin contemplaciones para una jovencita que sueña con las nubes —explicó el tendero, recostándose sobre un barril—. Mi mayor temor es que, si la obligo a volver, se nos escape de verdad y caiga en manos de cualquier… No quiero ni pensarlo.

—Es la verdad —añadió su esposa, que hablaba con una pizca de acento italiano—. Crea usted que la niña nos ha partido el corazón, pero no es ésta la primera vez que se va. Ha salido a mi madre, que tenía un carácter napolitano…

—Ay, la *mamma* —rememoró don Odón, aterrado sólo de conjurar la memoria de la suegra.

—Cuando nos dijo que se iba a alojar en la casa de usted unos días mientras le ayudaba en su trabajo pues nos quedamos más tranquilos —continuó la madre de

Isabella—, porque sabemos que es usted una buena persona y en el fondo la niña está aquí al lado, a dos calles. Sabemos que sabrá usted convencerla para que vuelva.

Me pregunté qué les habría contado Isabella acerca de mí para persuadirlos de que un servidor caminaba sobre el agua.

—Anoche mismo, a un tiro de piedra de aquí, destrozaron de una paliza a un par de jornaleros que volvían a casa. Ya me dirá usted. Se ve que les dieron de palos con un hierro hasta reventarlos como perros. Dicen que no saben si uno vivirá y al otro lo dan por tullido de por vida —dijo la madre—. ¿En qué mundo vivimos?

Don Odón me miró, consternado.

—Si la voy a buscar, volverá a irse. Y esta vez no sé si dará con alguien como usted. Ya sabemos que no está bien que una jovencita se aloje en casa de un caballero soltero, pero al menos de usted nos consta que es honrado y sabrá cuidarla.

El tendero parecía a punto de echarse a llorar. Hubiese preferido que corriera a por la escopeta. Siempre cabía la posibilidad de que algún primo napolitano se presentase por allí para salvaguardar la honra de la niña trabuco en mano. *Porca miseria*.

—¿Tengo su palabra de que me la cuidará hasta que ella entre en razón y vuelva?

Resoplé.

—Tiene mi palabra.

Volví a casa cargado de manjares y exquisiteces que don Odón y su esposa se empeñaron en endosarme a cuenta de la casa. Les prometí que iba a cuidar de Isabella durante unos días hasta que ella se aviniese a razón y comprendiese que su lugar estaba con su familia. Los tenderos insistieron en pagarme por su manutención, extremo que decliné. Mi plan era que en menos de una semana Isabella volviese a dormir a su casa aunque para ello tuviese que mantener la ficción de que era mi asistente durante las horas del día. Torres más altas habían caído.

Al entrar en casa la encontré sentada a la mesa de la cocina. Había fregado todos los platos de la noche anterior, había hecho café y se había vestido y peinado como si fuese una santa salida de una estampita. Isabella, que no tenía un pelo de tonta, sabía perfectamente de dónde venía y se armó con su mejor mirada de perro abandonado y me sonrió, sumisa. Dejé las bolsas con el lote de delicias de don Odón sobre el fregadero y la miré.

—¿No le ha disparado mi padre con la escopeta?

—Se le había acabado la munición y ha decidido lanzarme todos estos tarros de mermelada y trozos de queso manchego.

Isabella apretó los labios, poniendo cara de circunstancias.

—¿Así que lo de Isabella es por la abuela?

—La *mamma* —confirmó—. En su barrio la llamaban la Vesuvia.

—Me lo creo.

—Dicen que me parezco un poco a ella. En lo de la persistencia.

No hacía falta que un juez levantase acta al respecto, pensé.

—Tus padres son buena gente, Isabella. No te comprenden menos de lo que tú los comprendes a ellos.

La muchacha no dijo nada. Me sirvió una taza de café y esperó el veredicto. Tenía dos opciones: echarla a la calle y matar del soponcio al par de tenderos o hacer de tripas corazón y armarme de paciencia durante un par o tres de días. Supuse que cuarenta y ocho horas de mi encarnación más cínica y cortante bastarían para romper la férrea determinación de una jovencita y enviarla, de rodillas, de regreso a las faldas de su madre implorando perdón y alojamiento a pensión completa.

—Puedes quedarte aquí por el momento…

—¡Gracias!

—No tan rápido. Puedes quedarte a condición de que, uno, cada día pases un rato por la tienda a saludar a tus padres y decirles que estás bien, y, dos, que me obedezcas y sigas las normas de esta casa.

Aquello sonaba patriarcal pero excesivamente pusilánime. Mantuve el semblante adusto y decidí apretar un poco el tono.

—¿Cuáles son las normas de esta casa? —inquirió Isabella.

—Básicamente, lo que a mí me salga de las narices.

—Me parece justo.

—Trato hecho, entonces.

Isabella rodeó la mesa y me abrazó con gratitud. Pude sentir el calor y las formas firmes de su cuerpo de diecisiete años contra el mío. La aparté con delicadeza y la situé a un mínimo de un metro.

—La primera norma es que esto no es *Mujercitas* y que aquí no nos damos ni abrazos ni nos echamos a llorar a la primera de cambio.

—Lo que usted diga.

—Ése será el lema sobre el que construiremos nuestra convivencia: lo que yo diga.

Isabella rió y partió rauda hacia el pasillo.

—¿Adónde crees que vas?

—A limpiar y ordenar su estudio. ¿No pretenderá dejarlo como está, no?

11

Necesitaba encontrar un lugar donde pensar y ocultarme del celo doméstico y la obsesión por la pulcritud de mi nueva ayudante, así que me acerqué hasta la biblioteca que ocupaba la nave de arcos góticos del antiguo hospicio medieval de la calle del Carmen. Pasé el resto del día rodeado de tomos que olían a sepulcro papal, leyendo acerca de mitología e historias de las religiones hasta que mis ojos estuvieron a punto de caer sobre la mesa y salir rodando biblioteca abajo. Tras horas de lectura sin tregua, calculé que apenas había arañado una millonésima parte de lo que podía encontrar bajo los arcos de aquel santuario de libros, por no decir todo lo que se había escrito sobre el tema. Decidí que volvería al día siguiente, y al otro, y que dedicaría al menos una semana entera a alimentar la caldera de mi pensamiento con páginas y páginas sobre dioses, milagros y profecías, santos y apariciones, revelaciones y misterios. Cualquier cosa menos pensar en Cristina y don Pedro y en su vida de matrimonio.

Ya que disponía de una ayudante solícita, le di instrucciones para que se hiciese con copias de los catecismos y textos escolares que se empleaban en la ciudad para la enseñanza religiosa y que me redactase resúmenes de cada uno de ellos. Isabella no discutió las órdenes, pero frunció el entrecejo al recibirlas.

—Quiero saber con pelos y señales cómo se les enseña a los niños toda la pesca, desde el arca de Noé al milagro de los panes y los peces —expliqué.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo soy así y tengo un amplio abanico de curiosidades.

—¿Se está documentando para una nueva versión del *Jesusito de mi vida*?

—No. Planeo una versión novelada de las aventuras de la monja alférez. Tú limítate a hacer lo que te digo y no me discutas o te envío de regreso a la tienda de tus padres a vender dulce de membrillo a tutiplén.

—Es usted un déspota.

—Me alegra que nos vayamos conociendo.

—¿Tiene esto que ver con el libro que va a escribir para ese editor, Corelli?

—Podría ser.

—Pues me da en la nariz que ese libro no tiene posibilidades comerciales.

—¿Y qué sabrás tú?

—Más de lo que usted se cree. Y no tiene por qué ponerse así, porque sólo intento ayudarle. ¿O es que ha decidido dejar de ser un escritor profesional y transformarse

en un diletante de café y melindros?

—De momento tengo las manos ocupadas haciendo de niñera.

—Yo no sacaría a relucir el debate de quién es la niñera de quién porque ése lo tengo ganado de antemano.

—¿Y qué debate se le antoja a vuecencia?

—El arte comercial *versus* las estupideces con moraleja.

—Querida Isabella, mi pequeña Vesuvia: en el arte comercial, y todo arte que merezca ese nombre es comercial tarde o temprano, la estupidez está casi siempre en la mirada del observador.

—¿Me está llamando estúpida?

—Te estoy llamando al orden. Haz lo que te digo. Y punto. Chitón.

Señalé hacia la puerta e Isabella puso los ojos en blanco, murmurando algún improperio que no alcancé a oír mientras se alejaba por el pasillo.

Mientras Isabella recorría colegios y librerías en busca de libros de texto y catecismos varios que extractar, yo acudía a la biblioteca del Carmen a profundizar en mi educación teológica, empeño que acometía con extravagantes dosis de café y estoicismo. Los primeros siete días de aquella extraña creación no alumbraron más que dudas. Una de las pocas certezas que encontré fue que la vasta mayoría de los autores que se habían sentido llamados a escribir sobre lo divino, lo humano y lo sacro debían de haber sido estudiosos doctos y píos en grado sumo, pero como escritores eran una birria. El sufrido lector que debía patinar sobre sus páginas se las veía y se las deseaba para no caer en un estado de coma inducido por el aburrimiento a cada punto y aparte.

Tras sobrevivir a miles de páginas sobre el tema, empezaba a tener la impresión de que los cientos de creencias religiosas catalogadas a lo largo de la historia de la letra impresa resultaban extraordinariamente similares entre sí. Atribuí esta primera impresión a mi ignorancia o a una falta de documentación adecuada, pero no podía alejar de mí la noción de haber estado repasando el argumento de docenas de historias policíacas en las que el asesino resultaba ser el uno o el otro, pero la mecánica de la trama era, en esencia, siempre la misma. Mitos y leyendas, bien sobre divinidades o sobre la formación y la historia de pueblos y razas, empezaron a parecerme imágenes de rompecabezas vagamente diferenciadas y construidas siempre con las mismas piezas, aunque en diferente orden. A los dos días me había ya hecho amigo de Eulalia, la bibliotecaria jefe, que me seleccionaba textos y tomos de entre el octano de papel a su cargo y de vez en cuando hacía visita a mi mesa del rincón para preguntarme si necesitaba algo más. Debía de tener mi edad y le rebosaba el ingenio por las orejas, normalmente en forma de pullas afiladas y vagamente venenosas.

—Mucho santoral está usted leyendo, caballero. ¿Ha decidido hacerse monaguillo

ahora, a las puertas de la madurez?

—Es sólo documentación.

—Ah, eso dicen todos.

Las broncas y el ingenio de la bibliotecaria ofrecían un bálsamo impagable con que sobrevivir a aquellos textos de factura pétrea y seguir con mi peregrinaje documental. Cuando Eulalia tenía un rato libre se acercaba a mi mesa y me ayudaba a poner orden en todo aquel galimatías. Eran páginas en las que abundaban relatos de padres e hijos, madres puras y santas, traiciones y conversiones, profecías y profetas mártires, enviados del cielo o de la gloria, bebés nacidos para salvar el universo, entes maléficos de aspecto espeluznante y morfología habitualmente animal, seres etéreos y de rasgos raciales aceptables que ejercían como agentes del bien y héroes sometidos a tremendas pruebas del destino. Se percibía siempre la noción de la existencia terrenal como una suerte de estación de paso que invitaba a la docilidad y a la aceptación del sino y de las normas de la tribu porque la recompensa siempre estaba en un más allá que prometía paraísos rebosantes de todo aquello de lo que se había carecido en la vida corpórea.

El mediodía del jueves, Eulalia se aproximó a mi mesa durante uno de sus descansos y me preguntó si, amén de leer misales, comía de vez en cuando. La invité a almorzar en Casa Leopoldo, que acababa de abrir sus puertas cerca de allí. Mientras degustábamos un exquisito estofado de rabo de toro, me contó que llevaba dos años en su puesto y dos más trabajando en una novela que no se dejaba y que tenía por escenario central la biblioteca del Carmen y por argumento una serie de misteriosos crímenes que acontecían en ella.

—Me gustaría escribir algo parecido a aquellas novelas de hace años de Ignatius B. Samson —dijo—. ¿Le suenan?

—Vagamente —respondí.

Eulalia no acababa de encontrarle el qué a su libro y le sugerí que le diese a todo un tono ligeramente siniestro y que centrase su historia en un libro secreto poseído por un espíritu atormentado, con subtramas de aparente contenido sobrenatural.

—Es lo que haría Ignatius B. en su lugar —aventuré.

—¿Y qué es lo que hace usted leyendo tanto sobre ángeles y demonios? No me diga que es un ex seminarista arrepentido.

—Estoy tratando de averiguar qué tienen en común los orígenes de diferentes religiones y mitos —expliqué.

—¿Y qué ha aprendido hasta ahora?

—Casi nada. No la quiero aburrir con el miserere.

—No me aburre. Cuente.

Me encogí de hombros.

—Bueno, lo que me ha resultado más interesante hasta ahora es que la mayoría de todas estas creencias parten de un hecho o de un personaje de relativa probabilidad histórica, pero rápidamente evolucionan como movimientos sociales sometidos y

conformados por las circunstancias políticas, económicas y sociales del grupo que las acepta. ¿Sigue usted despierta?

Eulalia asintió.

—Buena parte de la mitología que se desarrolla en torno a cada una de estas doctrinas, desde su liturgia hasta sus normas y sus tabúes, proviene de la burocracia que se genera a medida que evolucionan y no del supuesto hecho sobrenatural que las ha originado. La mayor parte de anécdotas simples y bonancibles, una mezcla de sentido común y folclore, y toda la carga beligerante que llegan a desarrollar proviene de la posterior interpretación de aquellos principios, cuando no tienden a desvirtuarse, a manos de sus administradores. El aspecto administrativo y jerárquico parece clave en su evolución. La verdad es revelada en principio a todos los hombres, pero rápidamente aparecen individuos que se atribuyen la potestad y el deber de interpretar, administrar y, en su caso, alterar esa verdad en nombre del bien común y con tal fin establecen una organización poderosa y potencialmente represiva. Este fenómeno, que la biología nos enseña que es propio de cualquier grupo animal social, no tarda en transformar la doctrina en un elemento de control y lucha política. Divisiones, guerras y escisiones se hacen inevitables. Tarde o temprano, la palabra se hace carne y la carne sangra.

Me pareció que empezaba a sonar como Corelli y suspiré. Eulalia sonreía débilmente y me observaba con cierta reserva.

—¿Es eso lo que busca usted? ¿Sangre?

—Es la letra la que entra con sangre, no a la inversa.

—No estaría yo tan segura de eso.

—Intuyo que acudió usted a un colegio de monjas.

—Las damas negras. Ocho años.

—¿Es verdad lo que dicen, que las alumnas de los colegios de monjas son las que albergan los deseos más oscuros e inconfesables?

—Apuesto a que le encantaría descubrirlo.

—Apueste todas las fichas al sí.

—¿Qué más ha aprendido en su cursillo acelerado de teología para mentes calenturientas?

—Poco más. Mis primeras conclusiones me han dejado un sinsabor de banalidad e inconsecuencia. Todo esto ya me parecía más o menos evidente sin necesidad de tragarme enciclopedias y tratados sobre las cosquillas de los ángeles, tal vez porque soy incapaz de entender más allá de mis prejuicios o porque no hay más que entender y el quid de la cuestión radica simplemente en creer o no, sin detenerse a pensar por qué. ¿Qué tal mi retórica? ¿La sigue impresionando?

—Me pone la piel de gallina. Lástima no haberle conocido en mis años de colegiala de oscuros anhelos.

—Es usted cruel, Eulalia.

La bibliotecaria rió con ganas y me miró largamente a los ojos.

—Dígame, Ignatius B., ¿quién le ha roto el corazón a usted con tanta rabia?

—Veo que sabe usted leer más que libros.

Permanecimos sentados a la mesa unos minutos, contemplando el ir y venir de camareros por el comedor de Casa Leopoldo.

—¿Sabe lo mejor de los corazones rotos? —preguntó la bibliotecaria.

Negué.

—Que sólo pueden romperse de verdad una vez. Lo demás son rasguños.

—Ponga eso en su libro.

Señalé su anillo de compromiso.

—No sé quién será ese tontaina, pero espero que sepa que es el hombre más afortunado del mundo.

Eulalia sonrió con cierta tristeza y asintió. Regresamos a la biblioteca y cada cual volvió a su lugar, ella a su escritorio y yo a mi rincón. Me despedí de ella al día siguiente, cuando decidí que no podía ni quería leer una línea más de revelaciones y verdades eternas. De camino a la biblioteca le compré una rosa blanca en un puesto de la Rambla y la dejé sobre su escritorio vacío. La encontré en uno de los pasillos, ordenando libros.

—¿Me abandona ya, tan pronto? —dijo al verme—. ¿Quién me va a soltar piropos ahora?

—¿Quién no?

Me acompañó a la salida y me estrechó la mano en lo alto de la escalinata que descendía al patio del viejo hospital. Me encaminé escaleras abajo. A medio camino me detuve y me volví. Seguía allí, observándome.

—Buena suerte, Ignatius B. Espero que encuentre lo que busca.

12

Mientras cenaba en la mesa de la galería con Isabella advertí que mi nueva ayudante me miraba de reojo.

—¿No le gusta la sopa? No la ha tocado… —aventuró la muchacha. Miré el plato intacto que había dejado enfriar sobre la mesa. Tomé una cucharada e hice amago de saborear el más exquisito manjar.

—Buenísima —ofrecí.

—Tampoco ha dicho una palabra desde que ha vuelto de la biblioteca —añadió Isabella.

—¿Alguna queja más?

Isabella desvió la mirada, molesta. Me tomé la sopa fría sin apetito, una excusa para no tener que conversar.

—¿Por qué está tan triste? ¿Es por esa mujer?

Dejé la cuchara sobre el plato a medias.

No respondí y seguí remando en la sopa con la cuchara. Isabella no me quitaba los ojos de encima.

—Se llama Cristina —dije—. Y no estoy triste. Estoy contento por ella porque se ha casado con mi mejor amigo y va a ser muy feliz.

—Y yo soy la reina de Saba.

—Lo que tú eres es una entrometida.

—Me gusta usted más así, cuando está de mala baba y dice la verdad.

—Pues a ver cómo te gusta esto: lárgate a tu cuarto y déjame en paz de una puñetera vez.

Intentó sonreír pero para cuando alargué la mano hacia ella se le habían llenado los ojos de lágrimas. Cogió mi plato y el suyo y huyó rumbo a la cocina. Oí los platos caer sobre el fregadero y, segundos después, la puerta de su dormitorio cerrándose de un golpe. Suspiré y saboreé el vaso de vino que quedaba, un caldo exquisito traído de la tienda de los padres de Isabella. Al rato me acerqué hasta la puerta de su habitación y golpeé suavemente con los nudillos. No respondió, pero pude oírla sollozar en el interior. Intenté abrir la puerta, pero la muchacha había cerrado por dentro.

Subí al estudio, que tras el paso de Isabella olía a flores frescas y parecía el camarote de un crucero de lujo. Isabella había ordenado todos los libros, había quitado el polvo y había dejado todo reluciente y desconocido. La vieja Underwood parecía una escultura y las letras de las teclas podían volver a leerse sin dificultad. Una pila de folios nítidamente ordenados descansaba sobre el escritorio con los resúmenes de varios textos escolares de religión y catequesis junto con la

correspondencia del día. En un platillo de café había un par de cigarros puros que desprendían un perfume delicioso. Macanudos, una de las delicias caribeñas que un contacto en la Tabacalera le pasaba de tapadillo al padre de Isabella. Tomé uno y lo encendí. Tenía un sabor intenso que dejaba intuir que en su aliento tibio se encontraban todos los aromas y venenos que un hombre podía desear para morir en paz. Me senté al escritorio y repasé las cartas del día. Las ignoré todas menos una, de pergamino ocre y tocada con aquella caligrafía que hubiera reconocido en cualquier lugar. La misiva de mi nuevo editor y mecenas, Andreas Corelli, me citaba el domingo a media tarde en lo alto de la torre del nuevo teleférico que cruzaba el puerto de Barcelona.

La torre de San Sebastián se elevaba a cien metros de altura en un amasijo de cables y acero que inducía al vértigo a simple vista. La línea del teleférico había quedado inaugurada aquel mismo año con motivo de la Exposición Universal que había puesto todo patas arriba y sembrado Barcelona de portentos. El teleférico cruzaba la dársena del puerto desde aquella primera torre hasta una gran atalaya central con trazas de torre Eiffel que servía de meridiano y de la cual partían las cabinas suspendidas en el vacío en la segunda parte del trayecto hasta la montaña de Montjuïc, donde se ubicaba el corazón de la Exposición. El prodigio de la técnica prometía vistas de la ciudad hasta entonces sólo permitidas a dirigibles, aves de cierta envergadura y bolas de granizo. Tal y como yo lo veía, el hombre y la gaviota no habían sido concebidos para compartir el mismo espacio aéreo y tan pronto puse los pies en el ascensor que subía a la torre sentí que el estómago se me encogía al tamaño de una canica. El ascenso se me hizo infinito, el traqueteo de aquella cápsula de latón, un puro ejercicio de náusea.

Encontré a Corelli mirando por uno de los ventanales que contemplaban la dársena del puerto y la ciudad entera, la mirada perdida en las acuarelas de velas y mástiles que resbalaban sobre el agua. Vestía un traje de seda blanca y jugueteaba con un azucarillo entre los dedos que procedió a engullir con voracidad lobuna. Carraspeé y el patrón se volvió, sonriendo complacido.

—Una vista maravillosa, ¿no le parece? —preguntó Corelli.

Asentí, blanco como un pergamino.

—¿Le impresionan las alturas?

—Soy animal de superficie —respondí, manteniéndome a una distancia prudencial de la ventana.

—Me he permitido comprar billetes de ida y vuelta —informó.

—Todo un detalle.

Le seguí hasta la pasarela de acceso a las cabinas que partían de la torre y quedaban suspendidas en el vacío a casi un centenar de metros de altura durante lo que me parecía una barbaridad.

—¿Cómo ha pasado la semana, Martín?

—Leyendo.

Me miró brevemente.

—Por su expresión de aburrimiento sospecho que no a don Alejandro Dumas.

—Más bien a una colección de casposos académicos y a su prosa de cemento.

—Ah, intelectuales. Y usted quería que contratase a uno. ¿Por qué será que cuanto menos tiene que decir alguien lo dice de la manera más pomposa y pedante posible? —preguntó Corelli—. ¿Será para engañar al mundo o a sí mismos?

—Posiblemente las dos cosas.

El patrón me entregó los billetes y me indicó que pasara delante. Se los tendí al encargado que sostenía abierta la portezuela de la cabina. Entré sin entusiasmo alguno. Decidí quedarme en el centro, tan lejos de los cristales como fuera posible. Corelli sonreía como un niño entusiasmado.

—Quizá parte de su problema es que ha estado usted leyendo a los comentaristas y no a los comentados. Un error habitual pero fatal cuando uno quiere aprender algo útil —apuntó Corelli.

Las puertas de la cabina se cerraron y un tirón brusco nos colocó en órbita. Me agarré a una barra de metal y respiré hondo.

—Intuyo que los estudiosos y teóricos no son santo de su devoción —dije.

—No soy devoto de ningún santo, amigo Martín, y menos de los que se canonizan a sí mismos o entre ellos. La teoría es la práctica de los impotentes. Mi sugerencia es que se aparte usted de los enciclopedistas y sus reseñas y vaya a las fuentes. Dígame, ¿ha leído usted la Biblia?

Dudé un instante. La cabina salió al vacío. Miré al suelo.

—Fragmentos aquí y allá, supongo —murmuré.

—Supone. Como casi todo el mundo. Grave error. Todo el mundo debería leer la Biblia. Y releerla. Creyentes o no, tanto da. Yo la releo por lo menos una vez al año. Es mi libro favorito.

—¿Y es usted un creyente o un escéptico? —pregunté.

—Soy un profesional. Y usted también. Lo que creamos o no es irrelevante para la consecución de nuestro trabajo. Creer o descreer es un acto pusilánime. Se sabe o no, punto.

—Confieso entonces que no sé nada.

—Siga por ese camino y encontrará los pasos del gran filósofo. Y por el camino lea la Biblia de cabo a rabo. Es una de las más grandes historias jamás contadas. No cometa el error de confundir la palabra de Dios con la industria del misal que vive de ella.

Cuanto más tiempo pasaba en compañía del editor, menos creía entenderle.

—Creo que me he perdido. ¿Estamos hablando de leyendas y fábulas y me dice usted ahora que debo pensar en la Biblia como en la palabra de Dios?

Una sombra de impaciencia e irritación nubló su mirada.

—Hablo en sentido figurado. Dios no es un charlatán. La palabra es moneda humana.

Me sonrió entonces como se le sonríe a un niño que es incapaz de entender las cosas más elementales, por no darle una bofetada. Observándole me di cuenta de que resultaba imposible saber cuándo el editor hablaba en serio o bromeaba. Tan imposible como adivinar el propósito de aquella extravagante empresa por la que me estaba pagando un sueldo de monarca regente. A todo esto, la cabina se agitaba al viento como una manzana en un árbol azotado por un vendaval. Nunca me había acordado tanto de Isaac Newton en toda mi vida.

—Es usted un cobardica, Martín. Este ingenio es completamente seguro.

—Lo creeré cuando vuelva a pisar tierra firme.

Nos íbamos aproximando al punto medio de la ruta, la torre de San Jaime, que se levantaba en los muelles próximos al gran Palacio de las Aduanas.

—¿Le importa que nos bajemos aquí? —pregunté.

Corelli se encogió de hombros y asintió a regañadientes. No respiré tranquilo hasta que estuve en el ascensor de la torre y lo oí tocar tierra. Al salir a los muelles encontramos un banco que se enfrentaba a las aguas del puerto y a la montaña de Montjuïc y nos sentamos a ver volar el teleférico en las alturas; yo con alivio, Corelli con añoranza.

—Hábleme de sus primeras impresiones. De lo que le han sugerido estos días de estudio y lectura intensiva.

Procedí a resumir lo que creía que había aprendido, o desaprendido, durante aquellos días. El editor escuchaba atentamente, asintiendo y gesticulando con las manos. Al término de mi informe pericial sobre mitos y creencias del ser humano, Corelli se pronunció positivamente.

—Creo que ha hecho usted una excelente labor de síntesis. No ha encontrado la proverbial aguja en el pajar, pero ha comprendido que lo único que de verdad interesa en toda la montaña de paja es un condenado alfiler y que lo demás es alimento para los asnos. Hablando de pollinos, dígame, ¿le interesan las fábulas?

—De niño, durante un par de meses, quise ser Esopo.

—Todos abandonamos grandes esperanzas por el camino.

—¿Qué quería ser usted de niño, señor Corelli?

—Dios.

Su sonrisa de chacal borró la mía de un plumazo.

—Martín, las fábulas son posiblemente uno de los mecanismos literarios más interesantes que se han inventado. ¿Sabe lo que nos enseñan?

—¿Lecciones morales?

—No. Nos enseñan que los seres humanos aprenden y absorben ideas y conceptos a través de narraciones, de historias, no de lecciones magistrales o de discursos teóricos. Eso mismo nos enseña cualquiera de los grandes textos religiosos. Todos ellos son relatos con personajes que deben enfrentarse a la vida y superar obstáculos,

figuras que se embarcan en un viaje de enriquecimiento espiritual a través de peripecias y revelaciones. Todos los libros sagrados son, ante todo, grandes historias cuyas tramas abordan los aspectos básicos de la naturaleza humana y los sitúan en un contexto moral y un marco de dogmas sobrenaturales determinados. He preferido que pasase usted una semana miserable leyendo tesis, discursos, opiniones y comentarios para que se diese cuenta por sí mismo de que no hay nada que aprender de ellos porque de hecho no son más que ejercicios de buena o mala voluntad, normalmente fallidos, para intentar aprender a su vez. Se acabaron las conversaciones de cátedra. A partir de hoy quiero que empiece a leer los cuentos de los hermanos Grimm, las tragedias de Esquilo, el Ramayana o las leyendas celtas. Usted mismo. Quiero que analice cómo funcionan esos textos, que destile su esencia y por qué provocan una reacción emocional. Quiero que aprenda la gramática, no la moraleja. Y quiero que dentro de dos o tres semanas me traiga ya usted algo propio, el principio de una historia. Quiero que me haga usted creer.

—Pensaba que éramos profesionales y no podíamos cometer el pecado de creer en nada.

Corelli sonrió, enseñando los dientes.

—Sólo se puede convertir a un pecador, nunca a un santo.

13

Los días pasaban entre lecturas y tropiezos. Acostumbrado a años de vivir en solitario y a ese estado de metódica e infravalorada anarquía propia del varón soltero, la presencia continuada de una mujer en la casa, aunque fuese una adolescente díscola y de carácter volátil, empezaba a dinamitar mis hábitos y costumbres de una manera sutil pero sistemática. Yo creía en el desorden categorizado; Isabella no. Yo creía que los objetos encuentran su propio lugar en el caos de una vivienda; Isabella no. Yo creía en la soledad y el silencio; Isabella no. En apenas un par de días descubrí que era incapaz de encontrar nada en mi propia casa. Si buscaba un abrecartas o un vaso o un par de zapatos debía preguntarle a Isabella dónde había tenido a bien inspirarla la providencia a esconderlos.

—No escondo nada. Pongo las cosas en su sitio, que es diferente.

No pasaba un día en que no sintiese el impulso de estrangularla media docena de veces. Cuando me refugiaba en el estudio en busca de paz y sosiego para pensar, Isabella aparecía a los pocos minutos para subirme una taza de té o unas pastas, sonriente. Empezaba a dar vueltas por el estudio, se asomaba a la ventana, empezaba a ordenarme lo que tenía en el escritorio y luego me preguntaba qué estaba haciendo allí arriba, tan callado y misterioso. Descubrí que las muchachas de diecisiete años poseen una capacidad verbal de tal magnitud que su cerebro las impulsa a ejercitarla cada veinte segundos. Al tercer día decidí que necesitaba encontrarle un novio, a ser posible sordo.

—Isabella, ¿cómo es posible que una muchacha tan agraciada como tú no tenga pretendientes?

—¿Quién dice que no los tengo?

—¿No hay ningún chico que te guste?

—Los chicos de mi edad son aburridos. No tienen nada que decir y la mitad parecen tontos de remate.

Iba a decirle que con la edad no mejoraban, pero no quise agriarle el dulce.

—¿Entonces de qué edad te gustan?

—Mayores. Como usted.

—¿Te parezco yo mayor?

—Bueno, ya no es usted un pipiolo precisamente.

Preferí creer que me estaba tomando el pelo antes que encajar aquel golpe bajo en plena vanidad. Decidí salir al paso con unas gotas de sarcasmo.

—Las buenas noticias son que a las jovencitas les gustan los hombres mayores, y las malas, que a los hombres mayores, y especialmente a los decrépitos y babosos, les

gustan las jovencitas.

—Ya lo sé. No se crea que me chupo el dedo.

Isabella me observó, maquinando algo, y sonrió con malicia. Ahí viene, pensé.

—¿Y a usted también le gustan las jovencitas?

Tenía la respuesta en los labios antes de que me formulase la pregunta. Adopté un tono de magisterio y ecuanimidad, como de catedrático de geografía.

—Me gustaban cuando tenía tu edad. Generalmente me gustan las chicas de la mía.

—A su edad ya no son chicas, son señoritas o, si me apura, señoras.

—Fin del debate. ¿No tienes nada que hacer abajo?

—No.

—Entonces ponte a escribir. No te tengo aquí para que laves los platos y me escondas las cosas. Te tengo aquí porque me dijiste que querías aprender a escribir y yo soy el único idiota que conoces que puede ayudarte a hacerlo.

—No hace falta que se enfade. Es que me falta inspiración.

—La inspiración acude cuando se pegan los codos a la mesa, el culo a la silla y se empieza a sudar. Elige un tema, una idea, y exprímete el cerebro hasta que te duela. Eso se llama inspiración.

—Tema ya tengo.

—Aleluya.

—Voy a escribir sobre usted.

Un largo silencio de miradas encontradas, de oponentes que se miran a través del tablero.

—¿Por qué?

—Porque me parece usted interesante. Y raro.

—Y mayor.

—Y susceptible. Casi como un chico de mi edad.

A mi pesar estaba empezando a acostumbrarme a la compañía de Isabella, a sus pullas y a la luz que había traído a aquella casa. De seguir así las cosas se iban a cumplir mis peores temores e íbamos a acabar por hacernos amigos.

—¿Y usted, tiene ya tema con todos esos libracos que está consultando?

Decidí que cuanto menos le contase a Isabella acerca de mi encargo, mejor.

—Todavía estoy en fase de documentación.

—¿Documentación? ¿Y eso cómo funciona?

—Básicamente se lee uno miles de páginas para aprender lo necesario y llegar a lo esencial de un tema, a su verdad emocional, y luego lo desaprende uno todo para empezar de cero.

Isabella suspiró.

—¿Qué es verdad emocional?

—Es la sinceridad dentro de la ficción.

—¿Entonces hay que ser honesto y buena persona para escribir ficción?

—No. Hay que tener oficio. La verdad emocional no es una cualidad moral, es una técnica.

—Habla usted como un científico —protestó Isabella.

—La literatura, al menos la buena, es una ciencia con sangre de arte. Como la arquitectura o la música.

—Yo pensaba que era algo que brotaba del artista, así, de pronto.

—Lo único que brota así de pronto es el vello y las verrugas.

Isabella consideró aquellas revelaciones con escaso entusiasmo.

—Todo esto lo dice usted para desanimarme y para que me vaya a casa.

—No caerá esa breva.

—Es usted el peor maestro del mundo.

—Al maestro lo hace el alumno, no a la inversa.

—No se puede discutir con usted porque se sabe todos los trucos de la retórica. No es justo.

—Nada es justo. A lo máximo que se puede aspirar es a que sea lógico. La justicia es una rara enfermedad en un mundo por lo demás sano como un roble.

—Amén. ¿Es eso lo que pasa cuando uno se hace mayor? ¿Que deja de creer en las cosas, como usted?

—No. A medida que envejece, la mayoría de la gente sigue creyendo en bobadas, generalmente cada vez mayores. Yo voy contracorriente porque me gusta tocar las narices.

—No lo jure. Pues cuando yo sea mayor seguiré creyendo en las cosas —amenazó Isabella.

—Buena suerte.

—Y además creo en usted.

No apartó los ojos cuando la miré.

—Porque no me conoces.

—Eso es lo que usted se cree. No es tan misterioso como se piensa.

—No pretendo ser misterioso.

—Era un sustituto amable de antipático. Yo también me sé algún truco de retórica.

—Eso no es retórica. Es ironía. Son cosas diferentes.

—¿Siempre tiene usted que ganar las discusiones?

—Cuando me lo ponen tan fácil, sí.

—Y ese hombre, su patrón…

—¿Corelli?

—Corelli. ¿Se lo pone él fácil?

—No. Corelli sabe todavía más trucos de retórica que yo.

—Eso me parecía. ¿Se fía usted de él?

—¿Por qué me preguntas eso?

—No sé. ¿Se fía de él?

—¿Por qué no iba a fiarme de él?

Isabella se encogió de hombros.

—¿Qué es concretamente lo que le ha encargado? ¿No me lo va a decir?

—Ya te lo dije. Quiere que escriba un libro para su editorial.

—¿Una novela?

—No exactamente. Más bien una fábula. Una leyenda.

—¿Un libro para niños?

—Algo así.

—¿Y va usted a hacerlo?

—Paga muy bien.

Isabella frunció el entrecejo.

—¿Es por eso por lo que escribe usted? ¿Porque le pagan bien?

—A veces.

—¿Y esta vez?

—Esta vez voy a escribir ese libro porque tengo que hacerlo.

—¿Está usted en deuda con él?

—Podría decirse así, supongo.

Isabella sopesó el asunto. Me pareció que iba a decir algo, pero se lo pensó dos veces y se mordió los labios. A cambio me ofreció una sonrisa inocente y una de sus miradas angelicales con las que era capaz de cambiar de tema en un simple batir de pestañas.

—A mí también me gustaría que me pagasen por escribir —ofreció.

—A todo el que escribe le gustaría, pero eso no significa que nadie vaya a hacerlo.

—¿Y cómo se consigue?

—Se empieza bajando a la galería, cogiendo el papel…

—… hincando los codos y exprimiendo el cerebro hasta que duele. Ya.

Me miró a los ojos, dudando. Hacía ya semana y media que la tenía en casa y no había hecho amago de enviarla de regreso a la suya. Supuse que se preguntaba cuándo iba a hacerlo o por qué no lo había hecho todavía. Yo también me lo preguntaba y no encontraba la respuesta.

—Me gusta ser su ayudante, aunque sea usted de la manera que es —dijo finalmente.

La muchacha me miraba como si su vida dependiese de una palabra amable. Sucumbí a la tentación. Las buenas palabras son bondades vanas que no exigen sacrificio alguno y se agradecen más que las bondades de hecho.

—A mí también me gusta que seas mi ayudante, Isabella, aunque sea como soy. Y me gustará más cuando ya no haga falta que seas mi ayudante y no tengas nada que aprender de mí.

—¿Cree usted que tengo posibilidades?

—No tengo ninguna duda. En diez años tú serás la maestra y yo el aprendiz —

dije, repitiendo aquellas palabras que aún me sabían a traición.

—Mentiroso —dijo besándome dulcemente en la mejilla para, a continuación, salir corriendo escaleras abajo.

14

Por la tarde dejé a Isabella instalada en el escritorio que habíamos dispuesto para ella en la galería, enfrentada a las páginas en blanco, y me acerqué hasta la librería de don Gustavo Barceló en la calle Fernando con la intención de hacerme con una buena y legible edición de la Biblia. Todos los juegos de nuevos y viejos testamentos de que disponía en casa estaban impresos en tipografía microscópica sobre papel cebolla semitransparente y su lectura, más que a un fervor e inspiración divina, inducía a la migraña. Barceló, que entre otras muchas cosas era un persistente coleccionista de libros sagrados y textos apócrifos cristianos, disponía de un reservado en la parte de atrás de la librería repleto de un formidable surtido de evangelios, memorias de santos y beatos y toda suerte de textos religiosos. Al verme entrar en la librería, uno de los dependientes corrió a avisar a su jefe a la oficina de la trastienda. Barceló emergió de su despacho, eufórico.

—Alabados sean los ojos. Ya me había dicho Sempere que había usted renacido, pero esto es de antología. A su lado, Valentino parece recién llegado de la huerta. ¿Dónde se había metido usted, granuja?

—Aquí y allá —dije.

—En todas partes menos en el convite de boda de Vidal. Se le echó a usted en falta, amigo mío.

—Permítame dudarlo.

El librero asintió, dando a entender que se hacía cargo de mi deseo de no entrar en aquel tema.

—¿Me aceptará una taza de té?

—Hasta dos. Y una Biblia. A ser posible, manejable.

—Eso no va a ser problema —dijo el librero—. ¿Dalmau?

Uno de sus dependientes acudió solícito a la llamada.

—Dalmau, aquí el amigo Martín precisa de una edición de la Biblia de carácter no decorativo sino legible. Estoy pensando en Torres Amat, 1825. ¿Cómo lo ve?

Una de las particularidades de la librería de Barceló era que allí se hablaba de los libros como de vinos exquisitos, catalogando buqué, aroma, consistencia y año de cosecha.

—Excelente elección, señor Barceló, aunque yo me inclinaría por la versión actualizada y revisada.

—¿Mil ochocientos sesenta?

—Mil ochocientos noventa y tres.

—Por supuesto. Adjudicado. Envuélvasela al amigo Martín y apúntela a cuenta

de la casa.

—De ninguna manera —objeté.

—El día que le cobre yo a un descreído como usted por la palabra de Dios será el día que me fulmine un rayo destructor, y con razón.

Dalmau partió raudo en busca de mi Biblia, y yo seguí a Barceló hasta su despacho, donde el librero sirvió dos tazas de té y me brindó un puro de su humidificador. Lo acepté y lo prendí con la llama de una vela que me tendía Barceló.

—¿Macanudo?

—Veo que está usted educando el paladar. Un hombre ha de tener vicios, a ser posible de categoría, o cuando llega a la vejez no tiene de qué redimirse. De hecho, le voy a acompañar, qué diantre.

Una nube de exquisito humo de puro nos cubrió como marea alta.

—Estuve hace unos meses en París y tuve la oportunidad de hacer algunas averiguaciones sobre el tema que le mencionó usted al amigo Sempere tiempo atrás —explicó Barceló.

—Éditions de la Lumière.

—Efectivamente. Me hubiera gustado poder rascar algo más, pero lamentablemente desde que la editorial cerró no parece que nadie haya adquirido el catálogo, y me fue difícil arañar gran cosa.

—¿Dice que cerró? ¿Cuándo?

—Mil novecientos catorce, si no me falla la memoria.

—Tiene que haber un error.

—No si hablamos de Éditions de la Lumière, en el *boulevard* St. Germain.

—Esa misma.

—Mire, de hecho lo apunté todo para no olvidarme cuando nos viésemos.

Barceló buscó en el cajón de su escritorio y extrajo un pequeño cuaderno de notas.

—Aquí lo tengo: «Éditions de la Lumière, editorial de textos religiosos con oficinas en Roma, París, Londres y Berlín. Fundador y editor, Andreas Corelli. Fecha de apertura de la primera oficina en París, 1881».

—Imposible —murmuré.

Barceló se encogió de hombros.

—Bueno, puedo haberme equivocado, pero…

—¿Tuvo oportunidad de visitar las oficinas?

—De hecho lo intenté, porque mi hotel estaba frente al Panteón, muy cerca de allí, y las antiguas oficinas de la editorial quedaban en la acera sur del *boulevard*, entre la *rue* St. Jacques y el *boulevard* St. Michel.

—¿Y?

—El edificio estaba vacío y tapiado, y parecía que hubiera habido un incendio o algo parecido. Lo único que quedaba intacto era el llamador de la puerta, una pieza realmente exquisita en forma de ángel. Bronce, diría yo. Me la hubiera llevado de no

ser porque un gendarme me miraba de reojo y no tuve el valor de provocar un incidente diplomático, no fuera que Francia decidiera invadirnos otra vez.

—A la vista del panorama, a lo mejor nos hacían un favor.

—Ahora que lo dice… Pero volviendo al asunto, al ver el estado de todo aquello me acerqué a preguntar en el café contiguo y me dijeron que el edificio llevaba así más de veinte años.

—¿Pudo averiguar algo acerca del editor?

—¿Corelli? Por lo que entendí, la editorial cerró cuando él decidió retirarse, aunque no debía de tener todavía ni cincuenta años. Creo que se trasladó a una villa del sur de Francia, en el Luberon, y que murió al poco tiempo. Picadura de serpiente, dijeron. Una víbora. Retírese usted a la Provenza para eso.

—¿Está seguro de que murió?

—Pére Coligny, un antiguo competidor, me enseñó su esquela, que atesoraba enmarcada como si se tratase de un trofeo. Dijo que la miraba cada día para recordarse que aquel maldito bastardo estaba muerto y enterrado. Sus palabras exactas, aunque en francés sonaba mucho más bonito y musical.

—¿Mencionó Coligny si el editor tenía algún hijo?

—Tuve la impresión de que el tal Corelli no era su tema favorito y, tan pronto pudo, Coligny se me escabulló. Al parecer, hubo un escándalo en el que Corelli le robó a uno de sus autores, un tal Lambert.

—¿Qué sucedió?

—Lo más divertido del asunto es que Coligny ni siquiera había llegado a ver nunca a Corelli. Todo su contacto se reducía a correspondencia comercial. La madre del cordero, diría yo, era que, al parecer, *monsieur* Lambert suscribió un contrato para escribir un libro para Éditions de la Lumière a espaldas de Coligny, para quien trabajaba en exclusiva. Lambert era un adicto terminal al opio y arrastraba suficientes deudas como para pavimentar la *rue* de Rivoli de punta a punta. Coligny sospechaba que Corelli le ofreció una suma astronómica y el pobre, que se estaba muriendo, aceptó porque quería dejar situados a sus hijos.

—¿Qué clase de libro?

—Algo de contenido religioso. Coligny mencionó el título, un latinajo al uso que ahora no me viene a la memoria. Ya sabe que todos los misales suenan por un estilo. *Pax Gloria Mundi* o algo así.

—¿Qué pasó con el libro y con Lambert?

—Ahí se complica el asunto. Al parecer, el pobre Lambert, en un acceso de locura, quiso quemar el manuscrito y se prendió fuego con él en la misma editorial. Muchos creyeron que el opio había acabado por freírle los sesos, pero Coligny sospechó que era Corelli quien le había impulsado a suicidarse.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¿Quién sabe? Quizá no quería satisfacer la suma que le había prometido. Quizá todo fuesen fantasías de Coligny, que yo diría era aficionado al Beaujolais los doce

meses del año. Sin ir más lejos, me dijo que Corelli había intentado matarle para liberar a Lambert de su contrato y que sólo le dejó en paz cuando decidió rescindir su contrato con el escritor y dejarle marchar.

—¿No decía que no le había visto nunca?

—Más a mi favor. Yo creo que Coligny deliraba. Cuando le visité en su piso vi más crucifijos, vírgenes y figuras de santos que en una tienda de belenes. Tuve la impresión de que no estaba del todo fino de la cabeza. Al despedirme me dijo que me mantuviese alejado de Corelli.

—Pero ¿no dijo que había muerto?

—*Ecco qua*.

Me quedé callado. Barceló me miraba, intrigado.

—Tengo la impresión de que mis averiguaciones no le han causado una gran sorpresa.

Esbocé una sonrisa despreocupada, quitando importancia al asunto.

—Al contrario. Le agradezco que se tomase el tiempo de hacer las pesquisas.

—No se merecen. Ir de chismes por París me resulta un placer en sí mismo, ya me conoce.

Barceló arrancó de su libreta la página con los datos que había anotado y me la tendió.

—Para lo que pueda servirle. Aquí está todo cuanto pude averiguar.

Me incorporé y le estreché la mano. Me acompañó hasta la salida, donde Dalmau me tenía preparado el paquete.

—Si quiere alguna estampita del Niño Jesús de esas en las que abre y cierra los ojos según se miran, también tengo. Y otra con la Virgen rodeada de corderitos que, si se gira, se convierten en querubines mofletudos. Un prodigio de la tecnología estereoscópica.

—De momento tengo suficiente con la palabra revelada.

—Así sea.

Agradecí los esfuerzos del librero por animarme, pero a medida que me alejaba de allí empezó a invadirme una fría inquietud y tuve la impresión de que las calles y mi destino estaban pavimentados sobre arenas movedizas.

15

Camino de casa me detuve frente al escaparate de una papelería de la calle Argentería. Sobre un pliego de paños relucía un estuche que contenía unos plumines y una empuñadura de marfil a juego con un tintero blanco grabado con lo que parecían musas o hadas. El conjunto tenía cierto aire de melodrama y parecía robado del escritorio de algún novelista ruso de los que se desangraban de mil en mil páginas. Isabella tenía una caligrafía de ballet que yo envidiaba, pura y limpia como su conciencia, y me pareció que aquel juego de plumines llevaba su nombre. Entré y le pedí al encargado que me lo mostrase. Los plumines estaban chapados en oro y la broma costaba una pequeña fortuna, pero decidí que no estaría de más corresponder a la amabilidad y paciencia que mi joven ayudante me dedicaba con algún detalle de cortesía. Pedí que me lo envolviese en un papel púrpura brillante y un lazo del tamaño de una carroza.

Al llegar a casa me dispuse a disfrutar de esa satisfacción egoísta que da el presentarse con un obsequio en la mano. Me disponía a llamar a Isabella como si fuese una mascota fiel sin más quehacer que esperar con devoción el regreso de su amo, pero lo que vi al abrir la puerta me dejó mudo. El pasillo estaba oscuro como un túnel. La puerta de la habitación del fondo estaba abierta y proyectaba una lámina de luz amarillenta y parpadeante sobre el suelo.

—¿Isabella? —llamé, la boca seca.

—Estoy aquí.

La voz provenía del interior de la habitación. Dejé el paquete sobre la mesa del recibidor y me dirigí hacia allí. Me detuve en el umbral y miré dentro. Isabella estaba sentada en el suelo de la estancia. Había colocado una vela dentro de un vaso largo y estaba dedicada con afán a su segunda vocación después de la literatura: poner orden y concierto en inmuebles ajenos.

—¿Cómo has entrado aquí?

Me miró sonriente y se encogió de hombros.

—Estaba en la galería y he oído un ruido. He pensado que sería usted, que había vuelto, y al salir al pasillo he visto que la puerta de la habitación estaba abierta. Pensaba que había dicho usted que la tenía cerrada.

—Sal de aquí. No me gusta que entres en esta habitación. Es muy húmeda.

—Menuda tontería. Con la de trabajo que hay aquí. Mire, venga. Mire todo lo que he encontrado.

Dudé.

—Entre, vamos.

Entré en la habitación y me arrodillé a su lado. Isabella había separado los artículos y las cajas por clases: libros, juguetes, fotografías, prendas, zapatos, lentes. Miré todos aquellos objetos con aprensión. Isabella parecía encantada, como si hubiese dado con las minas del rey Salomón.

—¿Todo esto es suyo?

Negué.

—Es del antiguo propietario.

—¿Lo conocía usted?

—No. Todo eso llevaba aquí años cuando me mudé.

Isabella sostenía un paquete de correspondencia y me lo mostró como si se tratase de una prueba de sumario.

—Pues yo creo que he averiguado cómo se llamaba.

—No me digas.

Isabella sonrió, claramente encantada con sus afanes detectivescos.

—Marlasca —dictaminó—. Se llamaba Diego Marlasca. ¿No le parece curioso?

—¿El qué?

—Que las iniciales sean las mismas que las suyas: D. M.

—Es una simple coincidencia. Decenas de miles de personas en esta ciudad tienen esas mismas iniciales.

Isabella me guiñó un ojo. Estaba disfrutando como nunca.

—Mire lo que he encontrado.

Isabella había rescatado una caja de latón repleta de viejas fotografías. Eran imágenes de otro tiempo, viejas postales de la Barcelona antigua, de los palacios derribados en el Parque de la Ciudadela tras la Exposición Universal de 1888, de grandes caserones derruidos y avenidas sembradas de gentes vestidas al uso ceremonioso de la época, de carruajes y memorias que tenían el color de mi niñez. En ellas, rostros y miradas perdidas me contemplaban a treinta años de distancia. En varias de aquellas fotografías me pareció reconocer el rostro de una actriz que había sido popular en mis años mozos y que había caído en el olvido hacía mucho tiempo. Isabella me observaba, silenciosa.

—¿La reconoce? —preguntó.

—Me parece que se llamaba Irene Sabino, creo. Era una actriz de cierta fama en los teatros del Paralelo. Hace ya mucho de eso. Antes de que tú nacieses.

—Pues mire esto.

Isabella me tendió una fotografía en que Irene Sabino aparecía apoyada contra una ventana que no me costó identificar como la de mi estudio en lo alto de la torre.

—¿Interesante, verdad? —preguntó Isabella—. ¿Cree que vivía aquí? Me encogí de hombros.

—A lo mejor era la amante del tal Diego Marlasca…

—En cualquier caso no creo que sea asunto nuestro.

—Qué soso que es a veces.

Isabella guardó las fotografías en la caja. Al hacerlo le resbaló una de las manos. La imagen quedó a mis pies. La recogí y la examiné. En ella, Irene Sabino, con un deslumbrante vestido negro, posaba con un grupo de gentes trajeadas de fiesta en lo que me pareció reconocer como el gran salón del Círculo Ecuestre. Era una simple imagen de fiesta que no me hubiese llamado la atención de no ser porque, en segundo término, casi borroso, se distinguía a un caballero de cabello blanco en lo alto de la escalinata. Andreas Corelli.

—Se ha puesto usted pálido —dijo Isabella.

Tomó la fotografía de mis manos y la examinó sin decir nada. Me incorporé e hice una señal a Isabella para que saliese de la habitación.

—No quiero que vuelvas a entrar aquí —dije sin fuerzas.

—¿Por qué?

Esperé a que Isabella saliese de la habitación y cerré la puerta. Isabella me miraba como si no estuviese del todo cuerdo.

—Mañana avisarás a las hermanas de la caridad y les dirás que pasen a buscar todo esto. Que se lo lleven todo, y lo que no quieran, que lo tiren.

—Pero…

—No me discutas.

No quise afrontar su mirada y me dirigí hacia la escalera que ascendía al estudio. Isabella me contemplaba desde el corredor.

—¿Quién es ese hombre, señor Martín?

—Nadie —murmuré—. Nadie.

16

Subí al estudio. Era noche cerrada, sin luna ni estrellas en el cielo. Abrí las ventanas de par en par y me asomé a contemplar la ciudad en sombras. Apenas corría un soplo de brisa y el sudor mordía la piel. Me senté sobre el alféizar y prendí el segundo de los puros que Isabella había dejado sobre mi escritorio días atrás a esperar un hálito de viento fresco o una idea algo más presentable que toda aquella colección de tópicos con que acometer el encargo del patrón. Escuché entonces el sonido de los postigos del dormitorio de Isabella abriéndose en el piso inferior. Un rectángulo de luz cayó sobre el patio y vi el perfil de su silueta recortarse en él. Isabella se acercó a la ventana y miró hacia las sombras sin advertir mi presencia. La contemplé desnudarse despacio. La vi aproximarse al espejo del armario y examinar su cuerpo, acariciándose el vientre con la yema de los dedos y recorriendo los cortes que se había hecho en la cara interna de los muslos y los brazos. Se contempló largamente, sin más prenda que una mirada derrotada, y luego apagó la luz.

Volví al escritorio y me senté frente a la pila de anotaciones y apuntes que había ido recopilando para el libro del patrón. Repasé aquellos esbozos de historias repletas de revelaciones místicas y profetas que sobrevivían a tremendas pruebas y regresaban con la verdad revelada, de infantes mesiánicos abandonados a las puertas de familias humildes y puras de alma perseguidos por imperios laicos y maléficos, de paraísos prometidos en otras dimensiones a quienes aceptasen su sino y las reglas del juego con espíritu deportivo y de deidades ociosas y antropomórficas sin nada mejor que hacer que mantener una vigilancia telepática sobre la conciencia de millones de frágiles primates que habían aprendido a pensar justo a tiempo de descubrirse abandonados a su suerte en un remoto rincón del universo y cuya vanidad, o desesperación, los llevaba a creer a pies juntillas que cielo e infierno se desvivían por sus triviales y mezquinos pecados.

Me pregunté si era aquello lo que el patrón había visto en mí, una mente mercenaria y sin reparo en urdir un cuento narcótico capaz de enviar a los niños a dormir o de convencer a un pobre diablo sin esperanza de asesinar a su vecino a cambio de la gratitud eterna de deidades suscritas a la ética del pistolerismo. Días atrás había llegado otra de aquellas misivas citándome con el patrón para comentar el progreso de mi trabajo. Cansado de mis propios escrúpulos, me dije que apenas quedaban veinticuatro horas para la cita y al paso que llevaba iba a presentarme con las manos vacías y la cabeza llena de dudas y sospechas. Sin más alternativa, hice lo que había hecho durante tantos años en situaciones similares. Puse un folio en la

Underwood y, con las manos sobre el teclado como un pianista a la espera de compás, empecé a exprimir el cerebro, a ver qué salía.

17

—Interesante —pronunció el patrón al finalizar la décima y última página—. Extraño, pero interesante.

Nos encontrábamos sentados en un banco en la tiniebla dorada del umbráculo del Parque de la Ciudadela. Una bóveda de láminas filtraba la luz hasta reducirla a polvo de oro y un jardín de plantas esculpía las sombras y claros de aquella extraña penumbra luminosa que nos rodeaba. Encendí un cigarrillo y contemplé el humo ascender de mis dedos en volutas azules.

—Viniendo de usted, extraño es un adjetivo inquietante —apunté.

—Me refería a extraño en oposición a vulgar —precisó Corelli.

—¿Pero?

—No hay peros, amigo Martín. Creo que ha encontrado usted una vía interesante y con muchas posibilidades.

Para un novelista, cuando alguien le dice que alguna de sus páginas es interesante y tiene posibilidades es señal de que las cosas no van bien. Corelli pareció leer mi inquietud.

—Le ha dado usted la vuelta a la cuestión. En vez de ir a las referencias mitológicas ha empezado por las fuentes más prosaicas. ¿Puedo preguntarle de dónde sacó la idea de un mesías guerrero en vez de pacífico?

—Usted mencionó la biología.

—Todo cuanto necesitamos saber está escrito en el gran libro de la naturaleza. Basta con tener la valentía y la claridad de mente y espíritu para leerlo —convino Corelli.

—Uno de los libros que consulté explicaba que en el ser humano el varón alcanza su punto álgido de fertilidad a los diecisiete años de edad. La mujer lo alcanza más adelante, y lo mantiene, y de algún modo actúa como selector y juez de los genes que acepta reproducir y de los que rechaza. El varón, en cambio, simplemente propone y se consume mucho más rápido. La edad en que alcanza su máxima potencia reproductiva es cuando su espíritu combativo está en su punto álgido. Un muchacho es el soldado perfecto. Tiene un gran potencial de agresividad y un escaso o nulo nivel crítico para analizarlo y para juzgar cómo canalizarlo. A lo largo de la historia, numerosas sociedades han encontrado el modo de emplear ese capital de agresión y han hecho de sus adolescentes soldados, carne de cañón con la que conquistar a sus vecinos o defenderse de sus agresiones. Algo me decía que nuestro protagonista era un enviado de los cielos, pero un enviado que en su primera juventud se alzaba en armas y liberaba la verdad a golpe de hierro.

—¿Ha decidido usted mezclar la historia con la biología, Martín?

—De sus palabras creí entender que eran una sola cosa.

Corelli sonrió. No sé si se daba cuenta, pero cuando lo hacía parecía un lobo hambriento. Tragué saliva e ignoré aquel semblante que ponía la piel de gallina.

—Estuve pensando y me di cuenta de que la mayoría de las grandes religiones se habían originado o habían alcanzado sus puntos álgidos de expansión e influencia en los momentos de la historia en que las sociedades que las adoptaban tenían una base demográfica más joven y empobrecida. Sociedades en las que el setenta por ciento de la población tenía menos de dieciocho años, la mitad de ellos adolescentes varones con las venas ardiendo de agresividad e impulsos fértiles, eran campos abonados para la aceptación y el auge de la fe.

—Eso es una simplificación, pero veo por dónde va, Martín.

—Lo sé. Pero teniendo en cuenta esas líneas generales me pregunté por qué no ir directo al grano y establecer una mitología en torno a ese mesías guerrero, de sangre y de rabia, que salva a su pueblo, a sus genes, a sus hembras y a sus ancianos garantes del dogma político y racial de sus enemigos, es decir, de todos aquellos que no aceptan o se someten a su doctrina.

—¿Qué hay de los adultos?

—Al adulto llegaremos apelando a su frustración. A medida que avanza la vida y se tiene que renunciar a las ilusiones, a los sueños y a los deseos de la juventud, crece la sensación de sentirse víctima del mundo y de los demás. Siempre encontramos a alguien culpable de nuestro infortunio o fracaso, a alguien a quien queremos excluir. Abrazar una doctrina que positive ese rencor y ese victimismo reconforta y da fuerzas. El adulto se siente así parte del grupo y sublima sus deseos y anhelos perdidos a través de la comunidad.

—Tal vez —concedió Corelli—. ¿Y toda esa iconografía de la muerte y de banderas y escudos? ¿No le parece contraproducente?

—No. Me parece esencial. El hábito hace al monje, pero, sobre todo, al feligrés.

—¿Y qué me dice de las mujeres, de la otra mitad? Lo lamento, pero me cuesta ver a una parte sustancial de las mujeres de una sociedad creyendo en banderines y escudos. La psicología del *boy-scout* es cosa de niños.

—Toda religión organizada, con escasas excepciones, tiene como pilar básico la subyugación, represión y anulación de la mujer en el grupo. La mujer debe aceptar el rol de presencia etérea, pasiva y maternal, nunca de autoridad o de independencia, o paga las consecuencias. Puede tener su lugar de honor entre los símbolos, pero no en la jerarquía. La religión y la guerra son negocios masculinos. Y, en cualquier caso, la mujer acaba a veces por convertirse en cómplice y ejecutora de su propia subyugación.

—¿Y los viejos?

—La vejez es la vaselina de la credulidad. Cuando la muerte llama a la puerta, el escepticismo salta por la ventana. Un buen susto cardiovascular y uno cree hasta en

Caperucita Roja.

Corelli rió.

—Cuidado, Martín, me parece que se está usted volviendo más cínico que yo.

Le miré como si fuese un alumno dócil y ansioso por obtener la aprobación de un maestro difícil y exigente. Corelli me palmeó la rodilla, asintiendo complacido.

—Me gusta. Me gusta el perfume de todo eso. Quiero que le vaya usted dando vueltas y encontrándole forma. Le voy a dar más tiempo. Nos encontraremos de aquí a dos o tres semanas, ya le avisaré con unos días de antelación.

—¿Tiene que salir de la ciudad?

—Asuntos de la editorial me reclaman y me temo que tengo por delante algunos días de viajes. Pero me voy contento. Ha hecho usted un buen trabajo. Ya sabía yo que había encontrado a mi candidato ideal.

El patrón se incorporó y me tendió la mano. Sequé en la pernera del pantalón el sudor que empapaba la palma de mi mano y se la estreché.

—Se le echará en falta —improvisé.

—No se pase, Martín, que iba usted muy bien.

Le vi partir en las tinieblas del umbráculo, el eco de sus pasos desvaneciéndose en la sombra. Me quedé allí un buen rato, preguntándome si el patrón habría picado el anzuelo y se habría tragado aquella pila de patrañas que acababa de colocarle. Tenía la certeza de que le había contado exactamente lo que quería oír. Confiaba en que así fuese y que, con aquella sarta de barbaridades, hubiese quedado satisfecho por el momento y convencido de que su servidor, el infeliz novelista fracasado, se había convertido al movimiento. Me dije que cualquier cosa que me pudiese comprar algo de tiempo para averiguar dónde me había metido merecía el intento. Cuando me levanté y salí del umbráculo, aún me temblaban las manos.

18

Años de experiencia escribiendo intrigas policíacas proporcionan una serie de principios básicos por los que empezar una investigación. Uno de ellos es que casi cualquier intriga de mediana solidez, incluidas las pasionales, nace y muere con olor a dinero y propiedad inmobiliaria. Saliendo del umbráculo me dirigí a la oficina del Registro de la Propiedad en la calle del Consejo de Ciento y solicité consultar los volúmenes en los que se hacía referencia a la compra, venta y propiedad de mi casa. Los tomos de la biblioteca del Registro contienen casi tanta información esencial sobre las realidades de la vida como las obras completas de los más atildados filósofos, o quizá más.

Empecé por consultar la sección que recogía el proceso de alquiler por mi parte del inmueble ubicado en el número 30 de la calle Flassaders. Allí encontré las indicaciones necesarias para rastrear la historia del inmueble previa a la asunción de su propiedad por parte del Banco Hispano Colonial en 1911 como parte de un proceso de embargo a la familia Marlasca, que al parecer había heredado el inmueble al fallecer el propietario. Allí se mencionaba a un abogado llamado S. Valera, que había actuado como representante de la familia durante el pleito. Un nuevo salto al pasado me permitió encontrar los datos correspondientes a la compra de la finca por parte de don Diego Marlasca Pongiluppi en 1902 a un tal Bernabé Massot y Caballé. Anoté en hoja aparte todos los datos, desde el nombre del abogado y los participantes en las transacciones hasta las fechas correspondientes. Uno de los encargados avisó en voz alta de que quedaban quince minutos para el cierre del registro y me dispuse a irme, pero antes de hacerlo me apresuré a consultar el estado de la propiedad de la residencia de Andreas Corelli junto al Park Güell. Transcurridos los quince minutos, y sin éxito en mi pesquisa, levanté la vista del volumen de registros para encontrar la mirada cenicienta del secretario. Era un tipo consumido y reluciente de gomina desde el bigote hasta los cabellos que destilaba esa desidia beligerante de quienes hacen de su empleo una tribuna con la que obstaculizar la vida de los demás.

—Disculpe. No consigo encontrar una propiedad —dije.

—Pues eso será porque no existe o porque no sabe usted buscar. Hoy ya hemos cerrado.

Correspondí al alarde de amabilidad y eficiencia con la mejor de mis sonrisas.

—A lo mejor la encuentro con su experta ayuda —sugerí. Me dedicó una mirada de náusea y me arrebató el tomo de las manos.

—Vuelva usted mañana.

Mi siguiente parada fue el ceremonioso edificio del Colegio de Abogados en la

calle Mallorca, a sólo unas travesías de allí. Ascendí las escalinatas custodiadas por arañas de cristal y lo que me pareció una escultura de la justicia con busto y maneras de estrella del Paralelo. Un hombrecillo de aspecto ratonil me recibió en secretaría con una sonrisa afable y me preguntó en qué podía ayudarme.

—Busco a un abogado.

—Ha dado con el lugar idóneo. Aquí no sabemos ya cómo quitárnoslos de encima. Cada día hay más. Se reproducen como conejos.

—Es el mundo moderno. El que yo busco se llama, o se llamaba, Valera. S. Valera. Con uve.

El hombrecillo se perdió en un laberinto de archivadores, murmurando por lo bajo. Esperé apoyado en el mostrador, paseando los ojos por aquel decorado que olía al contundente peso de la ley. A los cinco minutos, el hombrecillo regresó con una carpeta.

—Me salen diez Valeras. Dos con ése. Sebastián y Soponcio.

—¿Soponcio?

—Usted es muy joven, pero años ha ése era un nombre con caché e idóneo para el ejercicio de la profesión legal. Luego vino el charlestón y lo arruinó todo.

—¿Vive don Soponcio?

—Según el archivo y su baja en la cuota del Colegio, Soponcio Valera y Menacho fue recibido en la gloria de Nuestro Señor en el año 1919. *Memento mori*. Sebastián es el hijo.

—¿En ejercicio?

—Constante y pleno. Intuyo que deseará usted la dirección.

—Si no es mucha la molestia.

El hombrecillo me la anotó en un pequeño papel y me la tendió.

—Diagonal, 442. Le queda a tiro de piedra de aquí, aunque ya son las dos y a estas horas los abogados de categoría sacan a comer a ricas viudas herederas o a fabricantes de telas y explosivos. Yo esperaría a las cuatro.

Guardé la dirección en el bolsillo de la chaqueta.

—Así lo haré. Muchísimas gracias por su ayuda.

—Para eso estamos. Vaya con Dios.

Me quedaban un par de horas que matar antes de hacerle una visita al abogado Valera, así que tomé un tranvía que bajaba hasta la Vía Layetana y me apeé a la altura de la calle Condal. La librería de Sempere e Hijos quedaba a un paso de allí y sabía por experiencia que el viejo librero, contraviniendo la praxis inmutable del comercio local, no cerraba al mediodía. Le encontré como siempre, a pie de mostrador, ordenando libros y atendiendo a un nutrido grupo de clientes que se paseaban por las mesas y estanterías a la caza de algún tesoro. Sonrió al verme y se acercó a saludarme. Estaba más flaco y pálido que la última vez que nos habíamos visto.

Debió de leer la preocupación en mi mirada porque se encogió de hombros e hizo un gesto de quitarle importancia al asunto.

—Unos tanto y otros tan poco. Usted hecho una figura y yo una piltrafilla, ya lo ve —dijo.

—¿Está usted bien?

—Yo, como una rosa. Es la maldita angina de pecho. Nada serio. ¿Qué le trae por aquí, amigo Martín?

—Había pensado en invitarle a comer.

—Se le agradece, pero no puedo dejar el timón. Mi hijo se ha ido a Sarrià a tasar una colección y no están las cuentas como para ir cerrando cuando los clientes están en la calle.

—No me diga que tienen problemas de dinero.

—Esto es una librería, Martín, no un despacho de notaría. Aquí, la letra da lo justo, y a veces ni eso.

—Si necesita ayuda…

Sempere me detuvo con la mano en alto.

—Si me quiere ayudar, cómpreme algún libro.

—Usted sabe que la deuda que tengo con usted no se paga con dinero.

—Razón de más para que ni se le pase por la cabeza. No se preocupe por nosotros, Martín, que de aquí no nos sacarán como no sea en una caja de pino. Pero si quiere puede compartir conmigo un suculento almuerzo de pan con pasas y queso fresco de Burgos. Con eso y el conde de Montecristo se puede sobrevivir cien años.

19

Sempere apenas probó bocado. Sonreía con cansancio y fingía interés en mis comentarios, pero pude ver que a ratos le costaba respirar.

—Cuénteme, Martín, ¿en qué está trabajando?

—Difícil de explicar. Un libro de encargo.

—¿Novela?

—No exactamente. No sabría bien cómo definirlo.

—Lo importante es que esté trabajando. Siempre he dicho que el ocio mata el espíritu. Hay que mantener el cerebro ocupado. Y si no se tiene cerebro, al menos las manos.

—Pero a veces trabaja más de la cuenta, señor Sempere. ¿No debería de tomarse un respiro? ¿Cuántos años lleva usted al pie del cañón sin parar?

Sempere miró alrededor.

—Este lugar es ideal, Martín. ¿Adónde voy a ir? ¿A un banco del parquesol a darles de comer a las palomas y a quejarme? Me moriría en diez minutos. Mi sitio está aquí. Mi hijo todavía no está preparado para tomar las riendas, aunque lo piense.

—Pero es un buen trabajador. Y una buena persona.

—Demasiado buena persona, entre nosotros. A veces le miro y me pregunto qué va a ser de él el día que yo falte. Cómo se las va a arreglar…

—Todos los padres hacen eso, señor Sempere.

—¿Lo hacía también el suyo? Perdone, no quería…

—No se preocupe. Mi padre tenía ya suficientes preocupaciones por su cuenta como para cargar encima con las que yo le causaba. Seguro que su hijo tiene más tablas de las que usted cree.

Sempere me miraba, dudando.

—¿Sabe lo que creo yo que le falta?

—¿Malicia?

—Una mujer.

—No le faltarán novias con todas las tortolitas que se apiñan en el escaparate para admirarlo.

—Yo hablo de una mujer de verdad, de las que le hacen a uno ser lo que tiene que ser.

—Es joven todavía. Déjele divertirse unos años.

—Ésa es buena. Si al menos se divirtiese. Yo, a su edad, de haber tenido ese coro de mozas, habría pecado como un cardenal.

—Dios le da pan a quien no tiene dientes.

—Eso le hace falta: dientes. Y ganas de morder.

Me pareció que algo le rondaba por la cabeza al librero. Me miraba y se sonreía.

—A lo mejor le puede ayudar usted…

—¿Yo?

—Usted es hombre de mundo, Martín. Y no me ponga esa cara. Seguro que si se aplica le encuentra una buena muchacha a mi hijo. La cara bonita ya la tiene. El resto se lo enseña usted.

Me quedé sin palabras.

—¿No quería ayudarme? —preguntó el librero—. Ahí lo tiene.

—Yo hablaba de dinero.

—Y yo hablo de mi hijo, del futuro de esta casa. De mi vida entera.

Suspiré. Sempere me tomó la mano y apretó con la poca fuerza que le quedaba.

—Prométame que no dejará que me vaya de este mundo sin ver a mi hijo colocado con una mujer de esas por las que vale la pena morirse. Y que me dé un nieto.

—Si lo llego a saber, me quedo a comer en el café Novedades.

Sempere sonrió.

—A veces pienso que tendría usted que haber sido hijo mío, Martín.

Miré al librero, más frágil y viejo que nunca, apenas una sombra del hombre fuerte e imponente que recordaba de mis años de niñez entre aquellas paredes, y sentí que se me caía el mundo a los pies. Me acerqué a él y, antes de darme cuenta, hice lo que nunca había hecho en todos los años que le había conocido. Le di un beso en aquella frente picada de manchas y tocada de cuatro pelos grises.

—¿Me lo promete?

—Se lo prometo —le dije, camino de la salida.

20

El despacho del abogado Valera ocupaba el ático de un extravagante edificio modernista encajado en el número 442 de la avenida Diagonal, a un paso de la esquina con el paseo de Gracia. La finca, a falta de mejores palabras, parecía un cruce entre un gigantesco reloj de carillón y un buque pirata, tocado de grandiosos ventanales y un tejado de mansardas verdes. En cualquier otro lugar del mundo, aquella estructura barroca y bizantina hubiese sido proclamada una de las siete maravillas del mundo o un engendro diabólico obra de algún loco artista poseído por espíritus del más allá. En el Ensanche de Barcelona, donde piezas similares brotaban por doquier como tréboles tras la lluvia, apenas conseguía levantar una ceja. Me adentré en el vestíbulo para encontrar un ascensor que me hizo pensar en lo que hubiese dejado a su paso una gran araña que tejiese catedrales en lugar de redes. El portero me abrió la cabina y me encarceló en aquella extraña cápsula que empezó a ascender por el tracto central de la escalinata. Una secretaria de semblante adusto me abrió la puerta de roble labrado y me indicó que pasara. Le di mi nombre e indiqué que no tenía cita previa concertada, pero que me traía un asunto relacionado con la compraventa de un inmueble del barrio de la Ribera. Algo cambió en su mirada imperturbable.

—¿La casa de la torre? —preguntó la secretaria.

Asentí. La secretaria me guió hasta un despacho vacío y me indicó que pasara. Intuí que aquélla no era la sala de espera oficial.

—Espere un momento, por favor, señor Martín. Avisaré al abogado de que está usted aquí.

Pasé los siguientes cuarenta y cinco minutos en aquel despacho, rodeado de estanterías repletas de tomos del tamaño de losas funerarias con inscripciones en los lomos del tipo de «1888-1889, B.C.A. Sección primera. Título segundo» que invitaban a la lectura compulsiva. El despacho disponía de un amplio ventanal suspendido sobre la Diagonal desde el que podía contemplarse toda la ciudad. Los muebles olían a madera noble envejecida y macerada en dinero. Alfombras y butacones de piel sugerían una atmósfera de club británico. Traté de levantar una de las lámparas que dominaban el escritorio y calculé que debía de pesar no menos de treinta kilos. Un gran óleo que reposaba sobre un hogar por estrenar mostraba la oronda y expansiva presencia de quien no podía ser otro que el inefable don Soponcio Valera y Menacho. El titánico letrado lucía patillas y bigotes que semejaban la melena de un viejo león y sus ojos, de fuego y acero, dominaban cada rincón de la estancia desde el más allá con una gravedad de sentencia de muerte.

—No habla, pero si se queda uno mirando el cuadro un rato parece que se vaya a poner a hacerlo en cualquier momento —dijo una voz a mi espalda.

No le había oído entrar. Sebastián Valera era un hombre de andar discreto que parecía haber pasado la mayor parte de su vida intentando salir a rastras de debajo de la sombra de su padre y ahora, a los cincuenta y tantos años, ya estaba cansado de intentarlo. Tenía una mirada inteligente y penetrante que amparaba ese ademán exquisito que sólo disfrutan las princesas reales y los abogados realmente caros. Me tendió la mano y la estreché.

—Lamento la espera, pero no contaba con su visita —dijo, indicándome que tomase asiento.

—Al contrario. Le agradezco su amabilidad al recibirme.

Valera sonreía como sólo puede hacerlo quien sabe y fija el precio de cada minuto.

—Mi secretaria me dice que su nombre es David Martín. ¿David Martín, el escritor?

Mi cara de sorpresa debió de delatarme.

—Vengo de una familia de grandes lectores —explicó—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quisiera consultarle respecto a la compraventa de una finca situada en…

—¿La casa de la torre? —cortó el abogado, cortés.

—Sí.

—¿La conoce usted? —inquirió.

—Vivo en ella.

Valera me miró largamente sin abandonar la sonrisa. Se enderezó en la silla y adoptó una postura tensa y cerrada.

—¿Es usted el actual propietario?

—En realidad resido en la finca en régimen de alquiler.

—¿Y qué desearía usted saber, señor Martín?

—Quisiera conocer, si es posible, los detalles de la adquisición del inmueble por parte del Banco Hispano Colonial y recabar algo de información sobre el antiguo propietario.

—Don Diego Marlasca —murmuró el abogado—. ¿Puedo preguntar la naturaleza de su interés?

—Casuística. Recientemente, en el curso de una remodelación de la finca, he encontrado una serie de artículos que creo le pertenecían.

El abogado frunció el entrecejo.

—¿Artículos?

—Un libro. O, más propiamente dicho, un manuscrito.

—El señor Marlasca era un gran aficionado a la literatura. De hecho, era el autor de numerosos libros de derecho y también de historia y otros temas. Un gran erudito. Y un gran hombre, aunque al final de su vida hubiera quienes tratasen de empañar su

reputación.

El abogado advirtió la extrañeza en mi rostro.

—Asumo que no está usted familiarizado con las circunstancias de la muerte del señor Marlasca.

—Me temo que no.

Valera suspiró como si debatiese si seguir hablando o no.

—¿No va usted a escribir sobre esto, verdad, ni sobre Irene Sabino?

—No.

—¿Tengo su palabra?

Asentí.

Valera se encogió de hombros.

—Tampoco podría decir nada que no se dijera en su día, supongo —dijo, más para sí mismo que para mí.

El abogado miró brevemente el retrato de su padre y luego posó sus ojos sobre mí.

—Diego Marlasca era el socio y mejor amigo de mi padre. Juntos fundaron este bufete. El señor Marlasca era un hombre muy brillante. Lamentablemente, era también un hombre complejo y afectado por largos períodos de melancolía. Llegó un punto en que mi padre y el señor Marlasca decidieron disolver su vínculo. El señor Marlasca dejó la abogacía para consagrarse a su primera vocación: la escritura. Dicen que casi todos los abogados desean secretamente dejar el ejercicio y convertirse en escritores…

—… hasta que comparan el sueldo.

—El caso es que don Diego había entablado una relación de amistad con una actriz de cierta popularidad en la época, Irene Sabino, para quien quería escribir una comedia dramática. No había más. El señor Marlasca era un caballero y nunca fue infiel a su esposa, pero ya sabe usted cómo es la gente. Habladurías. Rumores y celos. El caso es que corrió el bulo de que don Diego estaba viviendo un romance ilícito con Irene Sabino. Su esposa nunca le perdonó por ello y el matrimonio se separó. El señor Marlasca, destrozado, adquirió la casa de la torre y se mudó allí. Por desgracia, apenas llevaba viviendo allí un año cuando murió en un desafortunado accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—El señor Marlasca murió ahogado. Una tragedia.

Valera había bajado los ojos y hablaba en un suspiro.

—¿Y el escándalo?

—Digamos que hubo lenguas viperinas que quisieron hacer creer que el señor Marlasca se había suicidado tras sufrir un desengaño amoroso con Irene Sabino.

—¿Y fue así?

Valera se quitó los lentes y se frotó los ojos.

—Si quiere que le diga la verdad, no lo sé. Ni lo sé ni me importa. Lo pasado, pasado está.

—¿Y qué fue de Irene Sabino?

Valera se colocó los lentes de nuevo.

—Creí que su interés se limitaba al señor Marlasca y a los aspectos de la compraventa.

—Es simple curiosidad. Entre los efectos personales del señor Marlasca encontré numerosas fotografías de Irene Sabino, así como cartas suyas dirigidas al señor Marlasca…

—¿Adónde quiere llegar con todo esto? —espetó Valera—. ¿Es dinero lo que quiere?

—No.

—Lo celebro, porque nadie se lo va a dar. A nadie le importa ya el asunto. ¿Me entiende?

—Perfectamente, señor Valera. No pretendía importunarle ni hacer insinuaciones fuera de lugar. Lamento haberle ofendido con mis preguntas.

El abogado sonrió y dejó escapar un suspiro gentil, como si la conversación hubiese ya terminado.

—No tiene importancia. Discúlpeme usted a mí.

Aprovechando aquella vena conciliadora en el abogado adopté mi más dulce expresión.

—Tal vez doña Alicia Marlasca, su viuda…

Valera se encogió en la butaca, visiblemente incómodo.

—Señor Martín, no quisiera que me malinterpretase, pero parte de mi deber como abogado de la familia es preservar su intimidad. Por obvios motivos. Ha pasado mucho tiempo, pero no quisiera ahora que se abriesen viejas heridas que no conducen a ninguna parte.

—Me hago cargo.

El abogado me observaba, tenso.

—¿Y dice usted que encontró un libro? —preguntó.

—Sí… un manuscrito. Probablemente no tenga importancia.

—Probablemente no. ¿Sobre qué trataba la obra?

—Teología, diría yo.

Valera asintió.

—¿Le sorprende? —pregunté.

—No. Al contrario. Don Diego era una autoridad en la historia de las religiones. Un hombre sabio. En esta casa aún se le recuerda con gran cariño. Dígame, ¿qué aspectos concretos de la compraventa deseaba usted conocer?

—Creo que ya me ha ayudado usted mucho, señor Valera. No quisiera robarle más tiempo.

El abogado asintió, aliviado.

—¿Es la casa, verdad? —preguntó.

—Es un lugar extraño, sí —convine.

—Recuerdo haber estado allí de joven una vez, al poco de comprarla don Diego.

—¿Sabe por qué la compró?

—Dijo que había estado fascinado por ella desde que era joven y que siempre pensó que le gustaría vivir allí. Don Diego tenía esas cosas. A veces era como un muchacho capaz de entregarlo todo a cambio de una simple ilusión.

No dije nada.

—¿Se encuentra usted bien?

—Perfectamente. ¿Sabe usted algo del propietario al que se la compró el señor Marlasca? ¿Un tal Bernabé Massot?

—Un indiano. Nunca pasó más de una hora en ella. La compró a su regreso de Cuba y la tuvo vacía durante años. No dijo por qué. Él vivía en un caserón que se hizo construir en Arenys de Mar. La vendió por dos reales. No quería saber nada de ella.

—¿Y antes de él?

—Creo que vivía allí un sacerdote. Un jesuita. No estoy seguro. Mi padre era quien llevaba los asuntos de don Diego y, a la muerte de éste, destruyó todos los archivos.

—¿Por qué haría algo así?

—Por todo lo que le he contado. Para evitar rumores y preservar la memoria de su amigo, supongo. La verdad es que nunca me lo dijo. Mi padre no era hombre dado a ofrecer explicaciones de sus actos. Tendría sus razones. Buenas razones, sin duda alguna. Don Diego había sido un gran amigo, amén de socio, y todo aquello fue muy doloroso para mi padre.

—¿Qué fue del jesuita?

—Creo que tenía problemas disciplinarios con la orden. Era amigo de mosén Cinto Verdaguer y me parece que estuvo implicado en algunos de sus líos, ya sabe usted.

—Exorcismos.

—Habladurías.

—¿Cómo se puede permitir un jesuita expulsado de la orden una casa así?

Valera se encogió de nuevo de hombros y supuse que había llegado al fondo del barril.

—Me gustaría poder ayudarle más, señor Martín, pero no sé cómo. Créame.

—Gracias por su tiempo, señor Valera.

El abogado asintió y presionó un timbre sobre el escritorio. La secretaria que me había recibido apareció en la puerta. Valera ofreció su mano y se la estreché.

—El señor Martín se marcha. Acompáñele, Margarita.

La secretaria asintió y me guió. Antes de salir del despacho me volví para mirar al abogado, que había caído abatido bajo el retrato de su padre. Seguí a Margarita hasta la puerta y justo cuando empezaba a cerrarme la puerta me volví y le brindé la más inocente de mis sonrisas.

—Disculpe. El abogado Valera me ha dado antes la dirección de la señora Marlasca, pero ahora que lo pienso no estoy seguro de recordar el número de la calle correctamente…

Margarita suspiró, ansiosa por desprenderse de mí.

—Es el trece. Carretera de Vallvidrera, número trece.

—Claro.

—Buenas tardes —dijo Margarita.

Antes de que pudiera corresponder a su despedida, la puerta se cerró en mis narices con la solemnidad y el empaque de un santo sepulcro.

21

Al volver a la casa de la torre aprendí a ver con otros ojos el que había sido mi hogar y mi cárcel durante demasiados años. Entré por el portal sintiendo que cruzaba las fauces de un ser de piedra y sombra. Ascendí la escalinata como si me adentrase en sus entrañas y abrí la puerta del piso principal para encontrarme aquel largo corredor oscuro que se perdía en la penumbra y que, por primera vez, me pareció el vestíbulo de una mente recelosa y envenenada. Al fondo, recortada en el resplandor escarlata del crepúsculo que se filtraba desde la galería, distinguí la silueta de Isabella avanzando hacia mí. Cerré la puerta y prendí la luz del recibidor.

Isabella se había vestido de señorita fina, con el pelo recogido y unas líneas de maquillaje que la hacían parecer una mujer diez años mayor.

—Te veo muy guapa y elegante —dije fríamente.

—Casi como una chica de su edad, ¿verdad? ¿Le gusta el vestido?

—¿De dónde lo has sacado?

—Estaba en uno de los baúles de la habitación del fondo. Creo que era de Irene Sabino. ¿Qué le parece? ¿A que me queda que ni pintado?

—Te dije que avisaras para que vinieran a llevárselo todo.

—Y lo he hecho. Esta mañana he ido a la parroquia a preguntar y me han dicho que ellos no pueden venir a recoger nada, que si queremos podemos llevarlo nosotros.

La miré sin decir nada.

—Es la verdad —dijo ella.

—Quítate eso y ponlo donde lo encontraste. Y lávate la cara. Pareces…

—¿Una cualquiera? —terminó Isabella.

Negué, suspirando.

—No. Tú nunca podrías parecer una cualquiera, Isabella.

—Claro. Por eso es por lo que le gusto tan poco —murmuró dándose la vuelta y dirigiéndose a su habitación.

—Isabella —llamé.

Me ignoró y entró en la habitación.

—Isabella —repetí, levantando la voz.

Me dirigió una mirada hostil y cerró de un portazo. Oí que empezaba a remover cosas en el dormitorio y me acerqué a la puerta. Llamé con los nudillos. No hubo respuesta. Llamé de nuevo. Ni caso. Abrí la puerta y la encontré recogiendo las cuatro cosas que había traído consigo y metiéndolas en su bolsa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Me voy, eso es lo que hago. Me voy y le dejo en paz. O en guerra, porque con usted no se sabe.

—¿Puedo preguntar adónde?

—¿Y qué más le da? ¿Es ésa una pregunta retórica o irónica? A usted, claramente, todo le da lo mismo, pero como yo soy una imbécil no sé distinguir.

—Isabella, espera un momento y…

—No se preocupe por el vestido, que ahora me lo quito. Y los plumines puede usted devolverlos, porque ni los he usado ni me gustan. Son una cursilada de niña de párvulos.

Me aproximé a ella y le puse una mano en el hombro. Se apartó de un salto, como si la hubiese tocado una serpiente.

—No me toque.

Me retiré hasta el umbral de la puerta, en silencio. A Isabella le temblaban las manos y los labios.

—Isabella, perdóname. Por favor. No quería ofenderte.

Me miró con lágrimas en los ojos y una sonrisa amarga.

—Si no ha hecho otra cosa. Desde que estoy aquí. No ha hecho otra cosa más que insultarme y tratarme como si fuese una pobre idiota que no entiende nada.

—Perdona —repetí—. Deja las cosas. No te vayas.

—¿Por qué no?

—Porque te lo pido por favor.

—Si quiero lástima y caridad, la puedo encontrar en otro sitio.

—No es lástima, ni caridad, a menos que la sientas tú por mí. Te pido que te quedes porque el idiota soy yo, y no quiero estar solo. No puedo estar solo.

—Qué bonito. Siempre pensando en los demás. Cómprese un perro.

Dejó caer la bolsa sobre la cama y se me encaró, secándose las lágrimas y sacando la rabia que llevaba acumulada. Tragué saliva.

—Pues ya que estamos jugando a decir las verdades, déjeme que le diga que usted estará solo siempre. Estará solo porque no sabe querer ni compartir. Es usted como esta casa, que me pone los pelos de punta. No me extraña que su señorita de blanco le dejase plantado ni que todos le dejen. Ni quiere ni se deja querer.

La contemplé abatido, como si acabasen de darme una paliza y no supiese de dónde habían caído los golpes. Busqué palabras y sólo encontré balbuceos.

—¿De verdad no te gusta el juego de plumines? —conseguí articular al fin.

Isabella puso los ojos en blanco, exhausta.

—No ponga cara de perro apaleado, porque seré idiota, pero no tanto.

Me quedé en silencio, apoyado en el marco de la puerta. Isabella me observaba entre el recelo y la compasión.

—No quería decir eso de su amiga, la de las fotos. Disculpe —murmuró.

—No te disculpes. Es la verdad.

Bajé la mirada y salí de la habitación. Me refugié en el estudio a contemplar la

ciudad oscura y enterrada en la neblina. Al rato oí sus pasos en la escalera, dudando.

—¿Está usted ahí arriba? —llamó.

—Sí.

Isabella entró en la sala. Se había cambiado de ropa y se había lavado el llanto de la cara. Me sonrió y le correspondí.

—¿Por qué es usted así? —preguntó.

Me encogí de hombros. Isabella se aproximó y se sentó en el alféizar, a mi lado. Disfrutamos del espectáculo de silencios y sombras sobre los tejados de la ciudad vieja sin necesidad de decir nada. Al rato, Isabella sonrió y me miró.

—¿Y si encendemos uno de esos puros que le regala mi padre y nos lo fumamos a medias?

—Ni hablar.

Isabella se sumió en uno de sus largos silencios. A veces me miraba brevemente y sonreía. Yo la observaba de reojo y me daba cuenta de que sólo con mirarla se me hacía menos difícil creer que tal vez quedaba algo bueno y decente en este perro mundo y, con suerte, en mí mismo.

—¿Te quedas? —pregunté.

—Deme una buena razón. Una razón sincera, o sea, en su caso, egoísta. Y más le vale que no sea un cuento chino o me largo ahora mismo.

Se parapetó tras una mirada defensiva, esperando alguna de mis lisonjas, y por un instante me pareció la única persona en el mundo a la que no quería ni podía mentir. Bajé la mirada y por una vez dije la verdad, aunque sólo fuera para oírla yo mismo en voz alta.

—Porque eres la única amiga que me queda.

La dureza de su expresión se desvaneció y, antes de reconocer lástima en sus ojos, aparté la vista.

—¿Qué hay del señor Sempere y de ese otro tan pedante, Barceló?

—Eres la única que me queda que se atreve a decirme la verdad.

—¿Y su amigo el patrón, no le dice él la verdad?

—No hagas leña del árbol caído. El patrón no es mi amigo. Y no creo que haya dicho la verdad en su vida.

Isabella me miró con detenimiento.

—¿Lo ve? Ya sabía yo que no se fiaba usted de él. Se lo vi en la cara desde el primer día.

Intenté recuperar algo de dignidad, pero tan sólo encontré sarcasmo.

—¿Has añadido la lectura de caras a tu lista de talentos?

—Para leer la suya no hace falta talento alguno —rebatió Isabella—. Es como un cuento de Pulgarcito.

—¿Y qué más lees en mi rostro, estimada pitonisa?

—Que tiene miedo.

Intenté reír sin ganas.

—No le dé vergüenza tener miedo. Tener miedo es señal de sentido común. Los únicos que no tienen miedo de nada son los tontos de remate. Lo leí en un libro.

—¿El manual del cobardica?

—No hace falta que lo admita si eso pone en peligro su sentimiento de masculinidad. Ya sé que ustedes los hombres creen que el tamaño de su tozudez se corresponde con el de sus vergüenzas.

—¿Eso también lo leíste en ese libro?

—No, eso es de cosecha propia.

Dejé caer las manos, rendido ante la evidencia.

—Está bien. Sí, admito que siento una vaga inquietud.

—Usted sí que es vago. Está muerto de miedo. Confiese.

—No saquemos las cosas de quicio. Digamos que tengo ciertas dudas respecto a mi relación con mi editor, lo cual, dada mi experiencia, es comprensible. Por lo que sé, Corelli es un perfecto caballero y nuestra relación profesional será fructífera y positiva para ambas partes.

—Por eso le hacen ruido las tripas cada vez que sale su nombre a relucir.

Suspiré, sin más fuelle para el debate.

—¿Qué quieres que te diga, Isabella?

—Que no va a trabajar más para él.

—No puedo hacer eso.

—¿Y por qué no? ¿No puede devolverle su dinero y enviarle a paseo?

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no? ¿Está usted metido en algún lío?

—Creo que sí.

—¿De qué clase?

—Es lo que estoy intentando averiguar. En cualquier caso, yo soy el único responsable y el que lo tiene que resolver. No es nada que deba preocuparte.

Isabella me miró, resignada por el momento pero no convencida.

—Es usted un completo desastre de persona, ¿sabe?

—Voy haciéndome a la idea.

—Si quiere que me quede, las reglas, aquí, tienen que cambiar.

—Soy todo oídos.

—Se acabó el despotismo ilustrado. A partir de hoy, esta casa es una democracia.

—Libertad, igualdad y fraternidad.

—Vigile con lo de la fraternidad. Pero no más mando y ordeno, ni más numeritos a lo *mister* Rochester.

—Lo que usted diga, *miss* Eyre.

—Y no se haga ilusiones, porque no me voy a casar con usted aunque se quede ciego.

Le tendí la mano para sellar nuestro pacto. La estrechó, dudando, y luego me abrazó. Me dejé envolver en sus brazos y apoyé el rostro sobre su pelo. Su tacto era

paz y bienvenida, la luz de vida de una muchacha de diecisiete años que quise creer debía de parecerse al abrazo que mi madre nunca tuvo tiempo de darme.

—¿Amigos? —murmuré.

—Hasta que la muerte nos separe.

22

Las nuevas reglas del reinado isabelino entraron en vigor a las nueve horas del día siguiente, cuando mi ayudante se personó en la cocina y, sin más pamplinas, me informó de cómo iban a ser las cosas a partir de entonces.

—He pensado que necesita usted una rutina en su vida. Si no, se despista y actúa de forma disoluta.

—¿De dónde has sacado esa expresión?

—De uno de sus libros. D-i-s-o-l-u-t-a. Suena bien.

—Y rima de miedo.

—No me cambie de tema.

Durante la jornada, ambos trabajaríamos en nuestros respectivos manuscritos. Cenaríamos juntos y luego ella me mostraría las páginas del día y las comentaríamos. Yo juraba ser sincero y darle las indicaciones oportunas, no simple pábulo para mantenerla contenta. Los domingos serían festivos y yo la llevaría al cinematógrafo, al teatro o de paseo. Ella me ayudaría a buscar documentación en bibliotecas y archivos y se encargaría de que la despensa estuviese surtida merced a la conexión con el emporio familiar. Yo haría el desayuno y ella la cena. La comida la prepararía quien estuviese libre en ese momento. Nos dividiríamos las tareas de limpieza de la casa y yo me comprometía a aceptar el hecho incontestable de que la casa necesitaba ser limpiada con regularidad. Yo no intentaría encontrarle novio bajo ninguna circunstancia y ella se abstendría de cuestionar mis motivos para trabajar para el patrón o de manifestar su opinión a este respecto a menos que yo se lo solicitase. Lo demás, lo improvisaríamos sobre la marcha.

Alcé mi taza de café y brindamos por mi derrota y rendición incondicional.

En apenas un par de días me entregué a la paz y serenidad del vasallo. Isabella tenía un despertar lento y espeso, y para cuando emergía de su cuarto con los ojos semicerrados y arrastrando unas zapatillas mías de las que le sobraba medio pie, yo tenía ya listo el desayuno, el café y un periódico de la mañana, uno diferente cada día.

La rutina es el ama de llaves de la inspiración. Apenas habían transcurrido cuarenta y ocho horas desde la instauración del nuevo régimen cuando descubrí que empezaba a recuperar la disciplina de mis años más productivos. Las horas de encierro en el estudio cristalizaron rápidamente en páginas y páginas en las que, no

sin cierta inquietud, empecé a reconocer que el trabajo había alcanzado ese punto de consistencia en que deja de ser una idea y se transforma en una realidad.

El texto fluía, brillante y eléctrico. Se dejaba leer como si se tratase de una leyenda, una saga mitológica de prodigios y penurias poblada por personajes y escenarios anudados en torno a una profecía de esperanza para la raza. La narración preparaba el camino para la llegada de un salvador guerrero que habría de liberar a la nación de todo dolor y agravio para devolverle su gloria y orgullo, arrebatados por taimados enemigos que habían conspirado por siempre y desde siempre contra el pueblo, el que fuese. El mecanismo era impecable y funcionaba por igual aplicado a cualquier credo, raza o tribu. Banderas, dioses y proclamas eran comodines en una baraja que siempre entregaba las mismas cartas. Dada la naturaleza del trabajo, había optado por emplear uno de los artificios más complejos y difíciles de ejecutar en cualquier texto literario: la aparente ausencia de artificio alguno. El lenguaje resonaba llano y sencillo, la voz honesta y limpia de una conciencia que no narra, simplemente revela. A veces me detenía a releer lo escrito hasta el momento y me embargaba la vanidad ciega de sentir que la maquinaria que estaba armando funcionaba con una precisión impecable. Me di cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, pasaba horas enteras sin pensar en Cristina o en Pedro Vidal. Las cosas, me dije, iban a mejor. Quizá por eso, porque parecía que por fin iba a salir del atolladero, hice lo que he hecho siempre cada vez que mi vida ha quedado encarrilada en un buen camino: echarlo todo a perder.

Una mañana, después del desayuno, me coloqué uno de mis trajes de ciudadano respetable. Me acerqué a la galería para despedirme de Isabella y la vi inclinada sobre su escritorio, releyendo páginas del día anterior.

—¿Hoy no escribe? —preguntó sin levantar la vista.

—Jornada de reflexión.

Advertí que tenía el juego de plumines y el tintero de las musas dispuesto junto a su cuaderno.

—Creí que te parecía una cursilada —dije.

—Y me lo parece, pero soy una joven de diecisiete años y tengo todo el derecho del mundo a que me gusten las cursiladas. Es como lo suyo con los habanos.

El olor a colonia la alcanzó y me lanzó una mirada intrigada. Al ver que me había vestido para salir frunció el entrecejo.

—¿Va a hacer de detective otra vez? —preguntó.

—Un poco.

—¿No necesita guardaespaldas? ¿Una doctora Watson? ¿Alguien con sentido común?

—No aprendas a buscar excusas para no escribir antes de aprender a escribir. Eso es privilegio de profesionales y hay que ganárselo.

—Yo creo que si soy su ayudante debo serlo para todo.

Sonreí mansamente.

—Ahora que lo dices, sí que hay algo que quería pedirte. No, no te asustes. Tiene que ver con Sempere. He sabido que va flojo de dinero y la librería peligra.

—No puede ser.

—Lamentablemente lo es, pero no pasa nada porque nosotros no vamos a permitir que la cosa vaya a más.

—Mire que el señor Sempere es muy orgulloso y no le va a dejar que… ¿Ya lo ha intentado usted, verdad?

Asentí.

—Por eso he pensado que tenemos que ser más astutos y recurrir a la heterodoxia y a las malas artes.

—Su especialidad.

Ignoré el tono reprobatorio y proseguí mi exposición.

—He pensado lo siguiente: como quien no quiere la cosa, te dejas caer por la librería y le dices a Sempere que soy un ogro, que te tengo harta…

—Hasta ahí verosímil al cien por cien.

—No me interrumpas. Le dices todo eso y también que lo que te pago por ser mi ayudante es una miseria.

—Pero si no me paga un céntimo…

Suspiré armándome de paciencia.

—Cuando te diga que lo lamenta, que lo dirá, pones cara de damisela en peligro y le confiesas, a ser posible con alguna lagrimilla, que tu padre te ha desheredado y te quiere meter a monja y por eso has pensado que a lo mejor podías trabajar allí unas horas, de prueba, a cambio de un tres por ciento de comisión de lo que vendas para labrarte un futuro lejos del convento como mujer libertaria y entregada a la difusión de las letras.

Isabella torció la mirada.

—¿Tres por ciento? ¿Quiere ayudar a Sempere o desplumarle?

—Quiero que te pongas un vestido como el de la otra noche, te acicales como tú sabes y que le hagas la visita cuando su hijo esté en la librería, que es normalmente por la tarde.

—¿Estamos hablando del guapo?

—¿Cuántos hijos tiene el señor Sempere?

Isabella hizo números y cuando empezó a ver por dónde iban los tiros me lanzó una mirada sulfúrica.

—Si mi padre supiera la clase de mente perversa que tiene usted, se compraba la escopeta.

—Lo único que digo es que el hijo te vea. Y que el padre vea cómo el hijo te ve.

—Es usted todavía peor de lo que pensaba. Ahora se dedica a la trata de blancas.

—Es simple caridad cristiana. Además, tú has sido la primera en admitir que el

hijo de Sempere es bien parecido.

—Bien parecido y un poco bobo.

—No exageremos. Sempere *junior* es simplemente un tanto tímido en presencia del género femenino, lo cual le honra. Es un ciudadano modelo que, pese a ser consciente del efecto persuasivo de su apostura y gallardía, ejerce autocontrol y ascetismo por respeto y devoción a la pureza sin mácula de la mujer barcelonesa. No me dirás que eso no le confiere un aura de nobleza y encanto que apela a tus instintos, el maternal y los periféricos.

—A veces creo que le odio, señor Martín.

—Aférrate a ese sentimiento, pero no culpes al pobre benjamín Sempere de mis deficiencias como ser humano porque él es, en puridad, un santo varón.

—Quedamos en que no iba usted a buscarme novio.

—Nadie ha hablado de noviazgos. Si me dejas terminar, te cuento el resto.

—Prosiga, Rasputín.

—Cuando Sempere padre diga que sí, que lo dirá, quiero que cada día estés un par o tres de horas en el mostrador de la librería.

—¿Vestida de qué? ¿De Mata Hari?

—Vestida con el decoro y el buen gusto que te caracteriza. Mona, sugerente, pero sin dar la nota. Si hace falta rescatas uno de los vestidos de Irene Sabino, pero recatadito.

—Hay dos o tres que me quedan de muerte —apuntó Isabella, relamiéndose por anticipado.

—Pues te pones el que te tape más.

—Es usted un reaccionario. ¿Y qué hay de mi formación literaria?

—¿Qué mejor aula que Sempere e Hijos para ampliarla? Allí estarás rodeada de obras maestras de las que aprender a granel.

—¿Y qué hago? ¿Respiro hondo, a ver si se me pega algo?

—Sólo son unas horas al día. Luego puedes seguir con tu trabajo aquí, como hasta ahora, y recibir mis consejos, que no tienen precio y que harán de ti una nueva Jane Austen.

—¿Y dónde está el truco?

—El truco es que cada día yo te daré unas pesetas y cada vez que cobres a los clientes y abras la caja las metes allí con discreción.

—Conque ése es el plan…

—Ése es el plan que, como puedes ver, no tiene nada de perverso.

Isabella frunció el entrecejo.

—No funcionará. Se dará cuenta de que hay algo raro. El señor Sempere es más listo que el hambre.

—Funcionará. Y si Sempere se extraña le dices que los clientes, cuando ven a una joven guapa y simpática tras el mostrador, relajan el bolsillo y se muestran más desprendidos.

—Eso será en los tugurios de baja estofa que usted frecuenta, no en una librería.

—Difiero. Yo entro en una librería y me encuentro con una dependienta tan encantadora como tú y soy capaz de comprarle hasta el último premio nacional de literatura.

—Eso es porque usted tiene la mente más sucia que el palo de un gallinero.

—También tengo, o debería decir tenemos, una deuda de gratitud con Sempere.

—Eso es un golpe bajo.

—Entonces no me hagas apuntar todavía más bajo. Toda maniobra de persuasión que se precie apela primero a la curiosidad, luego a la vanidad y, por último, a la bondad o el remordimiento.

Isabella bajó la mirada y asintió lentamente.

—¿Y cuándo pretendería usted poner en marcha su plan de la ninfa con el pan bajo el brazo?

—No dejemos para mañana lo que podamos hacer hoy.

—¿Hoy?

—Esta tarde.

—Dígame la verdad. ¿Es esto una estratagema para blanquear el dinero que le paga el patrón y purgar su conciencia o lo que sea que tiene usted donde debería tenerla?

—Ya sabes que mis motivos son siempre egoístas.

—¿Y qué pasa si el señor Sempere dice que no?

—Tú asegúrate de que el hijo esté allí y de ir vestida de domingo, pero no de misa.

—Es un plan degradante y ofensivo.

—Y te encanta.

Isabella sonrió al fin, felina.

—¿Y si al hijo le da una subida de arrestos y decide sobrepasarse?

—Te garantizo que el heredero no se atreverá a ponerte un dedo encima si no es en presencia de un cura y con un certificado de la diócesis en la mano.

—Unos tanto y otros tan poco.

—¿Lo harás?

—¿Por usted?

—Por la literatura.

23

Al salir a la calle me sorprendió una brisa fría y cortante que barría las calles con impaciencia y supe que el otoño entraba de puntillas en Barcelona. En la plaza Palacio abordé un tranvía que esperaba vacío como una gran ratonera de hierro forjado. Tomé un asiento junto a la ventana y le pagué un billete al revisor.

—¿Llega hasta Sarrià? —pregunté.

—Hasta la plaza.

Apoyé la cabeza contra la ventana y al poco el tranvía arrancó de una sacudida. Cerré los ojos y me abandoné a una de esas cabezadas que sólo pueden disfrutarse a bordo de algún engendro mecánico, el sueño del hombre moderno. Soñé que viajaba en un tren forjado de huesos negros y vagones en forma de ataúd que atravesaba una Barcelona desierta y sembrada de ropas abandonadas, como si los cuerpos que las habían ocupado se hubiesen evaporado. Una tundra de sombreros y vestidos, trajes y zapatos abandonados cubría las calles embrujadas de silencio. La locomotora desprendía un rastro de humo escarlata que se esparcía sobre el cielo como pintura derramada. El patrón, sonriente, viajaba a mi lado. Iba vestido de blanco y llevaba guantes. Algo oscuro y gelatinoso goteaba de la punta de sus dedos.

—*¿Qué ha pasado con la gente?*

—*Tenga fe, Martín. Tenga fe.*

Cuando desperté, el tranvía se deslizaba lentamente en la entrada de la plaza de Sarrià. Me apeé antes de que se hubiese detenido del todo y enfilé la cuesta de la calle Mayor de Sarrià. Quince minutos más tarde llegaba a mi destino.

La carretera de Vallvidrera nacía en una sombría arboleda tendida a espaldas del castillo de ladrillos rojos del Colegio San Ignacio. La calle ascendía hacia la montaña, flanqueada por caserones solitarios y cubierta por un manto de hojarasca. Nubes bajas resbalaban por la ladera y se deshacían en soplos de niebla. Tomé la acera de los impares y recorrí muros y verjas intentando leer la numeración de la calle. Más allá se entreveían fachadas de piedra oscurecida y fuentes secas varadas entre senderos invadidos por la maleza. Recorrí un tramo de acera a la sombra de una larga hilera de cipreses y me encontré con que la numeración saltaba del 11 al 15. Confundido, deshice mis pasos y volví atrás buscando el número trece. Empezaba a sospechar que la secretaria del abogado Valera había resultado ser más astuta de lo que parecía y me había proporcionado una dirección falsa, cuando reparé en la boca de un pasaje que

se abría desde la acera y se prolongaba casi medio centenar de metros hasta una verja oscura que formaba una cresta de lanzas.

Tomé el angosto callejón adoquinado y me aproximé hasta la verja. Un jardín espeso y descuidado había reptado hasta el otro lado y las ramas de un eucalipto atravesaban las lanzas de la verja como brazos suplicando entre los barrotes de una celda. Aparté las hojas que cubrían parte del muro y encontré las letras y cifras labradas en la piedra.

Casa Marlasca
13

Seguí la verja que bordeaba el jardín, intentando vislumbrar en el interior. A una veintena de metros encontré una puerta metálica encajada en el muro de piedra. Un aldabón reposaba sobre la lámina de hierro, soldado por lágrimas de óxido. La puerta estaba entreabierta. Empujé con el hombro y conseguí que cediese lo suficiente como para pasar sin que las aristas de piedra que asomaban de la pared me desgarrasen la ropa. Un intenso hedor a tierra mojada impregnaba el aire.

Un sendero de losas de mármol se abría entre los árboles y conducía hasta un claro recubierto de piedras blancas. A un lado se podían ver unas cocheras con el portón abierto y los restos de lo que algún día había sido un Mercedes-Benz y que ahora parecía un carruaje funerario abandonado a su suerte. La casa era una estructura de estilo modernista que se elevaba en tres pisos de líneas curvas y estaba rematada por una cresta de buhardillas arremolinadas en torreones y arcos. Ventanales estrechos y afilados como puñales se abrían en su fachada salpicada de relieves y gárgolas. Los cristales reflejaban el paso silencioso de las nubes. Me pareció entrever un rostro perfilado tras uno de los ventanales del primer piso. Sin saber muy bien por qué, alcé la mano y esbocé un saludo. No quería que me tomasen por un ladrón. La figura permaneció allí observándome, inmóvil como una araña. Bajé los ojos un instante y, cuando volví a mirar, había desaparecido.

—¿Buenos días? —llamé.

Esperé unos segundos y al no obtener respuesta me aproximé lentamente hacia la casa. Una piscina en forma de óvalo flanqueaba la fachada este. Al otro lado se levantaba una galería acristalada. Sillas de lona deshilachada rodeaban la piscina. Un trampolín sembrado de hiedra se adentraba sobre la lámina de aguas oscuras. Me acerqué al borde y comprobé que estaba sembrada de hojas muertas y algas que ondulaban sobre la superficie. Estaba contemplando mi propio reflejo en las aguas de la piscina cuando advertí que una figura oscura se cernía a mi espalda.

Me volví bruscamente para encontrarme un rostro afilado y sombrío escrutándome con inquietud y recelo.

—¿Quién es usted y qué hace aquí?

—Mi nombre es David Martín y me envía el abogado Valera —improvisé.

Alicia Marlasca apretó los labios.

—¿Es usted la señora de Marlasca? ¿Doña Alicia?

—¿Qué ha pasado con el que viene siempre? —preguntó.

Comprendí que la señora Marlasca me había tomado por uno de los pasantes del despacho de Valera y asumía que traía papeles para firmar o algún mensaje de parte de los abogados. Por un instante calibré la posibilidad de adoptar esa identidad, pero algo en el semblante de aquella mujer me dijo que había ya escuchado suficientes mentiras en su vida como para aceptar una sola más.

—No trabajo para el despacho, señora Marlasca. La razón de mi visita es de índole particular. Me preguntaba si tendría usted unos minutos para que hablásemos sobre una de las antiguas propiedades de su difunto esposo, don Diego.

La viuda palideció y apartó la mirada. Se apoyaba en un bastón y vi que en el umbral de la galería había una silla de ruedas en la que supuse pasaba más tiempo del que prefería admitir.

—Ya no queda ninguna propiedad de mi esposo, señor…

—Martín.

—Todo se lo quedaron los bancos, señor Martín. Todo menos esta casa, que gracias a los consejos del señor Valera, el padre, puso a mi nombre. Lo demás se lo llevaron los carroñeros…

—Me refería a la casa de la torre, en la calle Flassaders.

La viuda suspiró. Calculé que debía de rondar los sesenta o sesenta y cinco años. El eco de la que tenía que haber sido una belleza deslumbrante apenas se había evaporado.

—Olvídese usted de esa casa. Es un lugar maldito.

—Lamentablemente no puedo hacerlo. Vivo en ella.

La señora Marlasca frunció el entrecejo.

—Creí que nadie quería vivir allí. Estuvo vacía muchos años.

—La alquilé hace ya un tiempo. La razón de mi visita es que, en el transcurso de unas obras de remodelación, he encontrado una serie de efectos personales que creo pertenecían a su difunto marido y, supongo, a usted.

—No hay nada mío en esa casa. Lo que haya encontrado será de esa mujer…

—¿Irene Sabino?

Alicia Marlasca sonrió con amargura.

—¿Qué es lo que quiere usted saber en realidad, señor Martín? Dígame la verdad. No ha venido usted hasta aquí para devolverme las cosas viejas de mi difunto marido.

Nos miramos en silencio y supe que no podía ni quería mentir a aquella mujer, a ningún precio.

—Estoy intentando averiguar qué le sucedió a su marido, señora Marlasca.

—¿Por qué?

—Porque creo que a mí me está sucediendo lo mismo.

Casa Marlasca tenía esa atmósfera de panteón abandonado de las grandes casas que viven de la ausencia y la carencia. Lejos de sus días de fortuna y gloria, de tiempos en que un ejército de sirvientes la mantenían prístina y llena de esplendor, la casa era ahora una ruina. La pintura de las paredes, desprendida; las losas del suelo, sueltas; los muebles, carcomidos por la humedad y el frío; los techos, caídos, y las grandes alfombras, raídas y descoloridas. Ayudé a la viuda a sentarse en su silla de ruedas y siguiendo sus indicaciones la guié hasta un salón de lectura en que apenas quedaban ya libros ni cuadros.

—Tuve que vender la mayoría de las cosas para sobrevivir —explicó la viuda—. De no ser por el abogado Valera, que sigue enviándome cada mes una pequeña pensión a cargo del despacho, no hubiera sabido adónde ir.

—¿Vive usted sola aquí?

La viuda asintió.

—Ésta es mi casa. El único sitio donde he sido feliz, aunque de eso ya haga tantos años. He vivido siempre aquí y moriré aquí. Disculpe que no le haya ofrecido nada. Hace tiempo que no tengo visitas y ya no sé cómo tratar a los invitados. ¿Le apetece café o té?

—Estoy bien, gracias.

La señora Marlasca sonrió y señaló la butaca en la que estaba sentado.

—Ésa era la favorita de mi esposo. Solía sentarse ahí a leer hasta muy tarde, frente al fuego. Yo a veces me sentaba aquí, a su lado, y le escuchaba. A él le gustaba contarme cosas, al menos entonces. Fuimos muy felices en esta casa…

—¿Qué pasó?

La viuda se encogió de hombros, la mirada perdida en las cenizas del hogar.

—¿Está seguro de querer oír esa historia?

—Por favor.

24

—A decir verdad, no sé muy bien cuándo fue que mi esposo Diego la conoció. Sólo recuerdo que un día empezó a mencionarla, de pasada, y que pronto no había día en que no le oyese pronunciar su nombre: Irene Sabino. Me dijo que se la había presentado un hombre llamado Damián Roures, que organizaba sesiones de espiritismo en un local de la calle Elisabets. Diego era un estudioso de las religiones, y había asistido a varias de ellas como observador. En aquellos días, Irene Sabino era una de las actrices más populares del Paralelo. Era una belleza, eso no se lo negaré. Aparte de eso, no creo que fuera capaz de contar más allá de diez. Se decía que había nacido entre las cabañas de la playa del Bogatell, que su madre la había abandonado en el Somorrostro y había crecido entre mendigos y gentes que acudían allí a ocultarse. Empezó a bailar en cabarés y locales del Raval y el Paralelo a los catorce años. Lo de bailar es un decir. Supongo que empezó a prostituirse antes de aprender a leer, si es que aprendió… Durante una época fue la gran estrella de la sala La Criolla, o eso decían. Luego pasó a otros locales de más categoría. Creo que fue en el Apolo donde conoció a un tal Juan Corbera, a quien todo el mundo llamaba Jaco. Jaco era su representante y probablemente su amante. Jaco fue quien inventó el nombre de Irene Sabino y la leyenda de que era la hija secreta de una gran *vedette* de París y un príncipe de la nobleza europea. No sé cuál era su verdadero nombre. No sé si llegó a tener uno. Jaco la introdujo en las sesiones de espiritismo, creo que a sugerencia de Roures, y ambos se repartían los beneficios de vender su supuesta virginidad a hombres adinerados y aburridos que acudían a aquellas farsas para matar la monotonía. Su especialidad eran las parejas, decían.

»Lo que Jaco y su socio Roures no sospechaban es que Irene estaba obsesionada con aquellas sesiones y creía de veras que en aquellas pantomimas se podía entablar contacto con el mundo de los espíritus. Estaba convencida de que su madre le enviaba mensajes desde el otro mundo e incluso cuando alcanzó la fama seguía acudiendo a esas sesiones para intentar establecer contacto con ella. Allí conoció a mi esposo Diego. Supongo que pasábamos por una mala época, como todos los matrimonios. Diego hacía tiempo que quería abandonar la abogacía y dedicarse exclusivamente a la escritura. Reconozco que no encontró en mí el apoyo que necesitaba. Yo creía que si lo hacía iba a tirar su vida por la borda, aunque probablemente lo único que temía era perder todo esto, la casa, los sirvientes… lo perdí todo igualmente, y a él. Lo que acabó apartándonos fue la pérdida de Ismael. Ismael era nuestro hijo. Diego estaba loco por él. Nunca he visto a un padre tan entregado a su hijo. Ismael, no yo, era su vida. Estábamos discutiendo en el dormitorio del primer piso. Yo había empezado a

recriminarle el tiempo que pasaba escribiendo, el hecho de que su socio Valera, harto de cargar con el trabajo de los dos, le había puesto un ultimátum y estaba pensando en disolver el bufete para establecerse por su cuenta. Diego dijo que no le importaba, que estaba dispuesto a vender su participación en el despacho y dedicarse a su vocación. Aquella tarde echamos de menos a Ismael. No estaba en su habitación, ni en el jardín. Creí que al oírnos discutir se había asustado y había salido de la casa. No era la primera vez que lo hacía. Meses antes lo habían encontrado en un banco de la plaza de Sarrià, llorando. Salimos a buscarle al anochecer. No había rastro de él en ningún sitio. Visitamos casas de vecinos, hospitales… Al volver al amanecer, después de pasar la noche buscándole, encontramos su cuerpo en el fondo de la piscina. Se había ahogado la tarde anterior y no habíamos oído sus llamadas de socorro porque estábamos gritándonos el uno al otro. Tenía siete años. Diego nunca me perdonó, ni se perdonó a sí mismo. Pronto fuimos incapaces de soportar la presencia el uno del otro. Cada vez que nos mirábamos o nos tocábamos veíamos el cuerpo de nuestro hijo muerto en el fondo de aquella maldita piscina. Un buen día me desperté y supe que Diego me había abandonado. Dejó el bufete y se fue a vivir a un caserón en el barrio de la Ribera que hacía años le obsesionaba. Decía que estaba escribiendo, que había recibido un encargo muy importante de un editor de París, que no tenía por qué preocuparme por el dinero. Yo sabía que estaba con Irene, aunque él no lo admitía. Era un hombre destrozado. Estaba convencido de que le quedaba poco tiempo de vida. Creía que había contraído una enfermedad, una especie de parásito, que se le estaba comiendo por dentro. Sólo hablaba de la muerte. No escuchaba a nadie. Ni a mí, ni a Valera… sólo a Irene y a Roures, que le envenenaban la cabeza con historias de espíritus y le sacaban el dinero con promesas de ponerle en contacto con Ismael. En una ocasión acudí a la casa de la torre y le supliqué que me abriese. No me dejó entrar. Me dijo que estaba ocupado, que estaba trabajando en algo que iba a permitirle salvar a Ismael. Me di cuenta entonces de que estaba empezando a perder la razón. Creía que si escribía aquel maldito libro para el editor de París nuestro hijo regresaría de la muerte. Creo que entre Irene, Roures y Jaco consiguieron sacarle el dinero que le quedaba, que nos quedaba… Meses después, cuando ya no veía a nadie y pasaba todo el tiempo encerrado en aquel horrible lugar, le encontraron muerto. La policía dijo que había sido un accidente, pero yo nunca lo creí. Jaco había desaparecido y no había rastro del dinero. Roures afirmó no saber nada. Declaró que hacía meses que no tenía contacto con Diego porque había enloquecido y le daba miedo. Dijo que en las últimas apariciones en sus sesiones de espiritismo, Diego asustaba a los clientes con sus historias de almas malditas y que no le permitió volver. Decía que había un gran lago de sangre bajo la ciudad. Decía que su hijo le hablaba en sueños, que Ismael estaba atrapado por una sombra con piel de serpiente que se hacía pasar por otro niño y jugaba con él… A nadie le sorprendió cuando le encontraron muerto. Irene dijo que Diego se había quitado la vida por mi culpa, que aquella esposa fría y calculadora que había permitido que su hijo muriese porque no quería renunciar a una vida de lujo le

había empujado a la muerte. Dijo que ella era la única que le había querido de verdad y que nunca había aceptado un céntimo. Y creo que, al menos en eso, decía la verdad. Creo que Jaco la utilizó para seducir a Diego y robárselo todo. Luego, a la hora de la verdad, Jaco la dejó atrás y se fugó sin compartir un céntimo con ella. Eso dijo la policía, o al menos algunos de ellos. Siempre me pareció que no querían remover aquel asunto y que la versión del suicidio les resultó muy conveniente. Pero yo no creo que Diego se quitase la vida. No lo creí entonces y no lo creo ahora. Creo que le asesinaron Irene y Jaco. Y no sólo por dinero. Había algo más. Me acuerdo de que uno de los policías asignados al caso, un hombre muy joven llamado Salvador, Ricardo Salvador, también lo creía. Dijo que había algo que no cuadraba en la versión oficial de los hechos y que alguien estaba encubriendo la verdadera causa de la muerte de Diego. Salvador luchó por esclarecer los hechos hasta que le apartaron del caso y, con el tiempo, le expulsaron del cuerpo. Incluso entonces siguió investigando por su cuenta. Venía a verme a veces. Nos hicimos buenos amigos. Yo era una mujer sola, arruinada y desesperada. Valera me decía que me volviese a casar. Él también me culpaba de lo que le había pasado a mi esposo y llegó a insinuarme que había muchos tenderos solteros a los que una viuda de aire aristocrático y buena presencia les podía calentar la cama en sus años dorados. Con el tiempo, hasta Salvador dejó de visitarme. No le culpo. En su intento por ayudarme había arruinado su vida. A veces me parece que eso es lo único que he conseguido hacer por los demás en este mundo, arruinarles la vida… No le había contado esta historia a nadie hasta hoy, señor Martín. Si quiere un consejo, olvídese de esa casa, de mí, de mi marido y de esta historia. Márchese lejos. Esta ciudad está maldita. Maldita.

25

Abandoné Casa Marlasca con el alma en los pies y anduve sin rumbo a través del laberinto de calles solitarias que conducían hacia Pedralbes. El cielo estaba cubierto por una telaraña de nubes grises que apenas permitían el paso del sol. Agujas de luz perforaban aquel sudario y barrían la ladera de la montaña. Seguí aquellas líneas de claridad con los ojos y pude ver cómo, a lo lejos, acariciaban el tejado esmaltado de Villa Helius. Las ventanas brillaban en la distancia. Desoyendo el sentido común, me encaminé hacia allí. A medida que me aproximaba, el cielo se fue oscureciendo y un viento cortante levantó espirales de hojarasca a mi paso. Me detuve al llegar al pie de la calle Panamá. Villa Helius se alzaba al frente. No me atreví a cruzar la calle y acercarme al muro que rodeaba el jardín. Permanecí allí sabe Dios cuánto tiempo, incapaz de huir ni de dirigirme hasta la puerta para llamar. Fue entonces cuando la vi cruzar frente a uno de los ventanales del segundo piso. Sentí un frío intenso en las entrañas. Empezaba a retirarme cuando se dio la vuelta y se detuvo. Se acercó al cristal y pude sentir sus ojos sobre los míos. Levantó la mano, como si quisiera saludar, pero no llegó a despegar los dedos. No tuve el valor de sostenerle la mirada y me di la vuelta, alejándome calle abajo. Me temblaban las manos y las metí en los bolsillos para que no me viese. Antes de doblar la esquina me volví una vez más y comprobé que seguía allí, mirándome. Para cuando quise odiarla, me faltaron fuerzas.

Llegué a casa con el frío, o eso quería pensar, en los huesos. Al cruzar el portal vi que asomaba un sobre en el buzón del vestíbulo. Pergamino y lacre. Noticias del patrón. Lo abrí mientras me arrastraba escaleras arriba. Su caligrafía atildada me citaba al día siguiente. Al llegar al rellano vi que la puerta estaba entreabierta y que Isabella, sonriente, me esperaba.

—Estaba en el estudio y le he visto venir —dijo.

Intenté sonreírle, pero no debí de resultar muy convincente porque tan pronto Isabella me miró a los ojos adoptó un semblante de preocupación.

—¿Está bien?

—No es nada. Creo que he cogido un poco de frío.

—Tengo un caldo al fuego que será como mano de santo. Pase.

Isabella me tomó del brazo y me condujo hasta la galería.

—Isabella, no soy un inválido.

Me soltó y bajó los ojos.

—Perdone.

No tenía ánimos para enfrentarme con nadie, y menos con mi pertinaz ayudante,

así que me dejé guiar hasta una de las butacas de la galería y me desplomé como un saco de huesos. Isabella se sentó frente a mí y me miró, alarmada.

—¿Qué ha pasado?

Le sonreí tranquilizadoramente.

—Nada. No ha pasado nada. ¿No me ibas a dar una taza de caldo?

—Ahora mismo.

Salió disparada hacia la cocina y pude oír desde allí cómo trajinaba. Respiré hondo y cerré los ojos hasta que escuché los pasos de Isabella aproximándose. Me tendió un tazón humeante de dimensiones exageradas.

—Parece un orinal —dije.

—Bébaselo y no diga ordinarieces.

Olfateé el caldo. Olía bien, pero no quise dar excesivas muestras de docilidad.

—Huele raro —dije—. ¿Qué lleva?

—Huele a pollo porque lleva pollo, sal y un chorrito de jerez. Bébaselo.

Bebí un sorbo y le devolví el tazón. Isabella negó.

—Entero.

Suspiré y bebí otro sorbo. Estaba bueno, a mi pesar.

—¿Qué tal el día, entonces? —preguntó Isabella.

—Ha tenido sus momentos. ¿Y a ti cómo te ha ido?

—Está usted ante la nueva dependienta estrella de Sempere e Hijos.

—Excelente.

—Antes de las cinco había vendido ya dos ejemplares de *El retrato de Dorian Gray* y unas obras completas de Lampedusa a un caballero muy distinguido de Madrid que me ha dado propina. No ponga esa cara, que la propina también la he metido en la caja.

—¿Y Sempere hijo, qué ha dicho?

—Decir no ha dicho gran cosa. Se ha pasado todo el rato como un pasmarote fingiendo que no me miraba pero sin quitarme ojo de encima. No me puedo ni sentar de lo mucho que me ha llegado a mirar el trasero cada vez que me subía a la escalera para bajar un libro. ¿Contento?

Sonreí y asentí.

—Gracias, Isabella.

Me miró a los ojos fijamente.

—Dígalo otra vez.

—Gracias, Isabella. De todo corazón.

Se sonrojó y desvió la mirada. Permanecimos un rato en un plácido silencio, disfrutando de aquella camaradería que a ratos no precisaba ni de palabras. Apuré todo el caldo, aunque ya no me cabía una gota, y le mostré el tazón vacío. Asintió.

—¿Ha ido a verla, verdad? A esa mujer, Cristina —dijo Isabella, rehuyendo mis ojos.

—Isabella, la lectora de rostros…

—Dígame la verdad.

—Sólo la he visto de lejos.

Isabella me contempló con cautela, como si se debatiese en decirme o no decirme algo que tenía atascado en la conciencia.

—¿La quiere usted? —preguntó al fin.

Nos miramos en silencio.

—Yo no sé querer a nadie. Ya lo sabes. Soy un egoísta y todo eso. Hablemos de otra cosa.

Isabella asintió, su mirada prendida del sobre que asomaba de mi bolsillo.

—¿Noticias del patrón?

—La convocatoria del mes. El excelentísimo señor Andreas Corelli se complace en citarme mañana a las siete de la mañana a las puertas del cementerio del Pueblo Nuevo. No podía elegir otro sitio.

—¿Y piensa usted ir?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Puede usted coger un tren esta misma noche y desaparecer para siempre.

—Eres la segunda persona que me propone eso hoy. Desaparecer de aquí.

—Por algo será.

—¿Y quién iba a ser tu guía y mentor en los desastres de la literatura?

—Yo me voy con usted.

Sonreí y le tomé la mano.

—Contigo, al fin del mundo, Isabella.

Isabella retiró la mano de golpe y me miró, ofendida.

—Se ríe usted de mí.

—Isabella, si algún día se me ocurre reírme de ti me pegaré un tiro.

—No diga eso. No me gusta cuando habla así.

—Perdona.

Mi ayudante volvió a su escritorio y se sumió en uno de sus largos silencios. La observé repasar sus páginas del día, haciendo correcciones y tachando párrafos enteros con el juego de plumines que le había regalado.

—Si me mira, no me puedo concentrar.

Me incorporé y rodeé su escritorio.

—Entonces te dejo que sigas trabajando y después de cenar me enseñas lo que tienes.

—No está listo. Tengo que corregirlo todo y reescribirlo y…

—Nunca está listo, Isabella. Vete acostumbrando. Lo leeremos juntos después de cenar.

—Mañana.

Me rendí.

—Mañana.

Asintió y me dispuse a dejarla a solas con sus palabras. Estaba cerrando la puerta

de la galería cuando oí su voz, llamándome.

—¿David?

Me detuve en silencio al otro lado de la puerta.

—No es verdad. No es verdad que no sepa usted querer a nadie.

Me refugié en mi habitación y cerré la puerta. Me tendí de lado en la cama, encogido sobre mí mismo, y cerré los ojos.

26

Salí de casa después del amanecer. Nubes oscuras se arrastraban sobre los tejados y robaban el color de las calles. Mientras cruzaba el Parque de la Ciudadela vi las primeras gotas golpear las hojas de los árboles y estallar sobre el camino, levantando volutas de polvo como si fuesen balas. Al otro lado del parque, un bosque de fábricas y torres de gas se multiplicaba hacia el horizonte, la carbonilla de sus chimeneas diluida en aquella lluvia negra que se desplomaba del cielo en lágrimas de alquitrán. Recorrí aquel inhóspito paseo de cipreses que conducía hasta las puertas del cementerio del Este, el mismo camino que tantas veces había hecho con mi padre. El patrón ya estaba allí. Le vi de lejos, esperando imperturbable bajo la lluvia, al pie de uno de los grandes ángeles de piedra que custodiaban la entrada principal al camposanto. Vestía de negro y la única cosa que hacía que no se le pudiese confundir con una de las centenares de estatuas tras las verjas del recinto eran sus ojos. No movió una pestaña hasta que estuve apenas a unos metros y, sin saber qué hacer, le saludé con la mano. Hacía frío y el viento olía a cal y azufre.

—Los visitantes ocasionales creen ingenuamente que siempre hace sol y calor en esta ciudad —dijo el patrón—. Pero yo digo que a Barcelona tarde o temprano se le refleja el alma antigua, turbia y oscura en el cielo.

—Debería usted editar guías turísticas en vez de textos religiosos —sugerí.

—Vienen a ser lo mismo. ¿Qué tal estos días de paz y tranquilidad? ¿Ha progresado el trabajo? ¿Tiene buenas noticias para mí?

Abrí la chaqueta y le tendí un pliego de páginas. Nos adentramos en el recinto del cementerio buscando un lugar resguardado de la lluvia. El patrón eligió un viejo mausoleo que ofrecía una cúpula sostenida por columnas de mármol y rodeada de ángeles de rostro afilado y dedos demasiado largos. Nos sentamos sobre un banco de piedra fría. El patrón me dedicó una de sus sonrisas caninas y me guiñó el ojo, sus pupilas amarillas y brillantes cerrándose en un punto negro en el que podía ver reflejado mi rostro pálido y visiblemente intranquilo.

—Relájese, Martín. Le concede usted demasiada importancia al atrezo.

El patrón empezó a leer con calma las páginas que le había llevado.

—Creo que iré a dar una vuelta mientras usted lee —dije. Corelli asintió sin levantar la mirada de las páginas.

—No se me escape —murmuró.

Me alejé de allí tan rápido como pude sin que pareciese evidente que lo hacía y me perdí entre las calles y recovecos de la necrópolis. Sorteé obeliscos y sepulcros,

adentrándome en el corazón del cementerio. La lápida seguía allí, marcada por una vasija vacía en la que quedaba el esqueleto de flores petrificadas. Vidal había pagado el entierro e incluso había encargado a un escultor de cierta reputación entre el gremio funerario una Piedad que custodiaba la tumba alzando la vista al cielo, las manos sobre el pecho en actitud de súplica. Me arrodillé frente a la lápida y limpié el musgo que había cubierto las letras grabadas a cincel.

JOSÉ ANTONIO MARTÍN CLARÉS
1875-1908
Héroe de la guerra de Filipinas.
Su país y sus amigos nunca le olvidarán

—Buenos días, padre —dije.

Contemplé la lluvia negra deslizándose sobre el rostro de la Piedad, el sonido de la lluvia golpeando sobre las lápidas, y sonreí a la salud de aquellos amigos que nunca tuvo y de aquel país que le envió a morir en vida para enriquecer a cuatro caciques que nunca supieron ni que existía. Me senté sobre la lápida y puse la mano sobre el mármol.

—¿Quién se lo iba a decir a usted, verdad?

Mi padre, que había vivido su existencia al borde de la miseria, descansaba eternamente en una tumba de burgués. De niño nunca había entendido por qué el periódico había decidido pagarle un funeral con cura fino y plañideras, con flores y un sepulcro de importador de azúcar. Nadie me dijo que fue Vidal quien pagó los fastos del hombre que había muerto en su lugar, aunque yo siempre lo había sospechado y atribuido el gesto a aquella bondad y generosidad infinita con que el cielo había bendecido a mi mentor e ídolo, el gran don Pedro Vidal.

—Tengo que pedirle a usted perdón, padre. Durante años le odié por dejarme aquí, solo. Me decía que había tenido la muerte que se había buscado. Por eso nunca vine a verle. Perdóneme.

A mi padre nunca le habían gustado las lágrimas. Creía que un hombre nunca lloraba por los demás, sino por sí mismo. Y si lo hacía era un cobarde y no merecía piedad alguna. No quise llorar por él y traicionarle una vez más.

—Me hubiera gustado que viese usted mi nombre en un libro, aunque no pudiese leerlo. Me hubiera gustado que estuviese aquí, conmigo, para ver que su hijo conseguía abrirse camino y llegaba a hacer algunas de las cosas que a usted nunca le dejaron. Me hubiera gustado conocerle, padre, y que usted me hubiera conocido a mí. Le convertí a usted en un extraño para olvidarle y ahora el extraño soy yo.

No le oí aproximarse, pero al alzar la cabeza vi que el patrón me observaba en silencio a apenas unos metros. Me incorporé y me acerqué hasta él como un perro bien amaestrado. Me pregunté si sabía que allí estaba enterrado mi padre y si me había citado en aquel lugar precisamente por aquella razón. Mi rostro debía de leerse

como un libro abierto, porque el patrón negó y me posó una mano sobre un hombro.

—No lo sabía, Martín. Lo siento.

No estaba dispuesto a abrirle aquella puerta de camaradería. Me volví para desprenderme de su gesto de afecto y conmiseración y apreté los ojos para contener mis lágrimas de rabia. Empecé a caminar rumbo a la salida, sin esperarle. El patrón aguardó unos segundos y luego decidió seguirme. Caminó a mi lado en silencio hasta que llegamos a la puerta principal. Allí me detuve y le miré con impaciencia.

—¿Y bien? ¿Tiene algún comentario?

El patrón ignoró mi tono vagamente hostil y sonrió pacientemente.

—El trabajo es excelente.

—Pero…

—Si tuviese que hacer una observación sería que creo que ha dado usted en el clavo al construir toda la historia desde el punto de vista de un testigo de los hechos que se siente víctima y habla en nombre de un pueblo que espera a ese salvador guerrero. Quiero que continúe usted por ese camino.

—¿No le parece forzado, artificioso…?

—Al contrario. Nada nos hace creer más que el miedo, la certeza de estar amenazados. Cuando nos sentimos víctimas, todas nuestras acciones y creencias quedan legitimadas, por cuestionables que sean. Nuestros oponentes, o simplemente nuestros vecinos, dejan de estar a nuestro nivel y se convierten en enemigos. Dejamos de ser agresores para convertirnos en defensores. La envidia, la codicia o el resentimiento que nos mueven quedan santificados, porque nos decimos que actuamos en defensa propia. El mal, la amenaza, siempre está en el otro. El primer paso para creer apasionadamente es el miedo. El miedo a perder nuestra identidad, nuestra vida, nuestra condición o nuestras creencias. El miedo es la pólvora y el odio es la mecha. El dogma, en último término, es sólo un fósforo prendido. Ahí es donde creo que su trama tiene algún que otro agujero.

—Acláreme una cosa. ¿Busca usted fe o dogma?

—No nos puede bastar con que las personas crean. Han de creer lo que queremos que crean. Y no lo han de cuestionar ni escuchar la voz de quien sea que lo cuestione. El dogma tiene que formar parte de la propia identidad. Cualquiera que lo cuestione es nuestro enemigo. Es el mal. Y estamos en nuestro derecho, y deber, de enfrentarnos a él y destruirle. Es el único camino de salvación. Creer para sobrevivir.

Suspiré y desvié la mirada, asintiendo a regañadientes.

—No le veo convencido, Martín. Dígame qué piensa. ¿Cree que me equivoco?

—No lo sé. Creo que simplifica las cosas de un modo peligroso. Todo su discurso parece un simple mecanismo para generar y dirigir odio.

—El adjetivo que iba usted a emplear no era *peligroso*, era *repugnante*, pero no se lo tendré en cuenta.

—¿Por qué debemos reducir la fe a un acto de rechazo y obediencia ciega? ¿No es posible creer en valores de aceptación, de concordia?

El patrón sonrió, divertido.

—Es posible creer en cualquier cosa, Martín, en el libre mercado o en el ratoncito Pérez. Incluso creer que no creemos en nada, como hace usted, que es la mayor de las credulidades. ¿Tengo razón?

—El cliente siempre tiene razón. ¿Cuál es el agujero que ve usted en la historia?

—Echo de menos un villano. La mayoría de nosotros, nos demos cuenta o no, nos definimos por oposición a algo o alguien más que a favor de algo o alguien. Es más fácil reaccionar que accionar, por así decirlo. Nada aviva la fe y el celo del dogma como un buen antagonista. Cuanto más inverosímil, mejor.

—Había pensado que ese papel podía funcionar mejor en abstracto. El antagonista sería el no creyente, el extraño, el que está fuera del grupo.

—Sí, pero me gustaría que concretase más. Es difícil odiar una idea. Requiere cierta disciplina intelectual y un espíritu obsesivo y enfermizo que no abunda. Es mucho más fácil odiar a alguien con un rostro reconocible a quien culpar de todo aquello que nos incomoda. No tiene por qué ser un personaje individual. Puede ser una nación, una raza, un grupo… lo que sea.

El cinismo pulcro y sereno del patrón podía hasta conmigo. Resoplé, abatido.

—No se me haga ahora el ciudadano modelo, Martín. A usted le da lo mismo y necesitamos un villano en este vodevil. Eso lo debería usted saber mejor que nadie. No hay drama sin conflicto.

—¿Qué clase de villano le gustaría a usted? ¿Un tirano invasor? ¿Un falso profeta? ¿El hombre del saco?

—Le dejo el vestuario a usted. Cualquiera de los sospechosos habituales me viene bien. Una de las funciones de nuestro villano debe ser permitirnos adoptar el papel de víctima y reclamar nuestra superioridad moral. Proyectaremos en él todo lo que somos incapaces de reconocer en nosotros mismos y demonizamos de acuerdo con nuestros intereses particulares. Es la aritmética básica del fariseísmo. Ya le digo que tiene usted que leer la Biblia. Todas las respuestas que busca están allí.

—En ello estoy.

—Basta convencer al santurrón de que está libre de todo pecado para que empiece a tirar piedras, o bombas, con entusiasmo. Y de hecho no hace falta gran esfuerzo, porque se convence solo con apenas un mínimo de ánimo y coartada. No sé si me explico.

—Se explica usted de maravilla. Sus argumentos tienen la sutileza de una caldera siderúrgica.

—No creo que me guste del todo ese tono condescendiente, Martín. ¿Acaso le parece que todo esto no está a la altura de su pureza moral o intelectual?

—En absoluto —murmuré, pusilánime.

—¿Qué es entonces lo que le hace cosquillas en la conciencia, amigo mío?

—Lo de siempre. No estoy seguro de ser el nihilista que necesita usted.

—Nadie lo es. El nihilismo es una pose, no una doctrina. Coloque la llama de una

vela bajo los testículos de un nihilista y comprobará qué rápido ve la luz de la existencia. Lo que a usted le molesta es otra cosa.

Levanté la mirada y rescaté el tono más desafiante que era capaz de usar mirando al patrón a los ojos.

—A lo mejor lo que me molesta es que puedo entender todo lo que usted dice, pero no lo siento.

—¿Le pago para que sienta?

—A veces sentir y pensar es lo mismo. La idea es suya, no mía.

El patrón sonrió en una de sus pausas dramáticas, como un maestro de escuela que prepara la estocada letal con que acallar a un alumno díscolo y malcarado.

—¿Y qué siente usted, Martín?

La ironía y el desprecio que había en su voz me envalentonaron y abrí la espita de la humillación que había acumulado durante meses a su sombra. Rabia y vergüenza de sentirme amedrentado por su presencia y de consentir sus discursos envenenados. Rabia y vergüenza de que me hubiese demostrado que, aunque yo prefería creer que cuanto había en mí era desesperanza, mi alma era tan mezquina y miserable como su humanismo de alcantarilla. Rabia y vergüenza de sentir, de saber, que siempre tenía razón, sobre todo cuando más dolía aceptarlo.

—Le he hecho una pregunta, Martín. ¿Qué *siente* usted?

—Siento que lo mejor sería dejar las cosas como están y devolverle su dinero. Siento que, sea lo que sea lo que se propone con esta absurda empresa, prefiero no formar parte de ello. Y, sobre todo, siento haberle conocido.

El patrón dejó caer los párpados y se sumió en un largo silencio. Se volvió y se alejó unos pasos en dirección a las puertas de la necrópolis. Observé su silueta oscura recortada contra el jardín de mármol, y su sombra inmóvil bajo la lluvia. Sentí miedo, un temor turbio que me nacía en las entrañas y me inspiraba un deseo infantil de pedir perdón y aceptar cualquier castigo que se impusiera a cambio de no soportar aquel silencio. Y sentí asco. De su presencia y, especialmente, de mí mismo.

El patrón se dio la vuelta y se aproximó de nuevo. Se detuvo a apenas unos centímetros e inclinó su rostro sobre el mío. Sentí su aliento frío y me perdí en sus ojos negros, sin fondo. Esta vez su voz y su tono eran de hielo, desprovistos de aquella humanidad práctica y estudiada con que salpicaba su conversación y sus gestos.

—Sólo se lo diré una vez. Cumplirá usted con su parte y yo con la mía. Eso es lo único en lo que puede y tiene que sentir.

No me di cuenta de que estaba asintiendo repetidamente hasta que el patrón extrajo el pliego de páginas del bolsillo y me las tendió. Las dejó caer antes de que las pudiera coger. El viento las arrastró en un remolino y las vi desperdigarse hacia la entrada del camposanto. Me apresuré a intentar rescatarlas de la lluvia, pero algunas habían caído sobre los charcos y se desangraban en el agua, las palabras desprendiéndose del papel en filamentos. Las reuní todas en un puñado de papel

mojado. Cuando levanté la vista y miré a mi alrededor, el patrón se había ido.

27

Si alguna vez había necesitado un rostro amigo en que refugiarme, era entonces. El viejo edificio de *La Voz de la Industria* asomaba tras los muros del cementerio. Puse rumbo hacia allí con la esperanza de encontrar a mi viejo maestro don Basilio, una de esas raras almas inmunes a la estupidez del mundo que siempre tenía un buen consejo que ofrecer. Al entrar en la sede del diario descubrí que todavía reconocía a la mayoría del personal. No parecía que hubiera transcurrido un minuto desde que me había ido de allí años atrás. Los que me reconocieron, a su vez, me miraban con recelo y apartaban los ojos para evitar tener que saludarme. Me colé en la sala de la redacción y fui directo al despacho de don Basilio, que estaba al fondo. La sala estaba vacía.

—¿A quién busca?

Me volví y encontré a Rosell, uno de los redactores que ya me parecían viejos cuando yo trabajaba allí de chaval y que había firmado la reseña venenosa publicada por el diario sobre *Los Pasos del Cielo* donde se me calificaba de «redactor de anuncios por palabras».

—Señor Rosell, soy Martín. David Martín. ¿No me recuerda?

Rosell dedicó varios segundos a inspeccionarme, fingiendo la gran dificultad que le entrañaba reconocerme, y asintió finalmente.

—¿Y don Basilio?

—Se fue hace dos meses. Lo encontrará en la redacción de *La Vanguardia*. Si le ve, dele recuerdos.

—Así lo haré.

—Siento lo de su libro —dijo Rosell con una sonrisa complaciente.

Crucé la redacción navegando entre miradas esquivas, sonrisas torcidas y murmuraciones en clave de hiel. El tiempo lo cura todo, pensé, menos la verdad.

Media hora más tarde, un taxi me dejaba a las puertas de la sede de *La Vanguardia* en la calle Pelayo. A diferencia de la siniestra decrepitud de mi antiguo diario, todo allí desprendía un aire de señorío y opulencia. Me identifiqué en el mostrador de conserjería y un chaval con trazas de meritorio que me recordó a mí mismo en mis años de Pepito Grillo fue enviado a dar aviso a don Basilio de que tenía visita. La presencia leonina de mi viejo maestro no se había amilanado con el paso de los años. Si cabe, y con el aderezo del nuevo vestuario a juego con la selecta escenografía, don Basilio tenía una figura tan formidable como en sus tiempos de *La*

Voz de la Industria. Se le iluminaron los ojos de alegría al verme y, rompiendo su férreo protocolo, me recibió con un abrazo en el que fácilmente hubiera podido perder dos o tres costillas de no ser porque había público presente y, contento o no, don Basilio tenía que mantener unas apariencias y una reputación.

—¿Nos vamos aburguesando, don Basilio?

Mi antiguo jefe se encogió de hombros, haciendo un gesto para quitar importancia al nuevo decorado que le rodeaba.

—No se deje impresionar.

—No sea modesto, don Basilio, que ha caído usted en la joya de la corona. ¿Ya los está metiendo en cintura?

Don Basilio extrajo su perenne lápiz rojo y me lo enseñó, guiñándome un ojo.

—Salgo a cuatro por semana.

—Dos menos que en *La Voz*.

—Deme tiempo, que tengo por aquí alguna eminencia que me puntúa con escopeta y se cree que la entradilla es una tapa típica de la provincia de Logroño.

Pese a sus palabras era evidente que don Basilio se sentía a gusto en su nuevo hogar, e incluso tenía un aspecto más saludable.

—No me diga que ha venido a pedirme trabajo porque soy capaz de dárselo —amenazó.

—Se lo agradezco, don Basilio, pero ya sabe que dejé los hábitos y que lo mío no es el periodismo.

—Usted dirá entonces cómo le puede ayudar este viejo gruñón.

—Necesito información sobre un caso antiguo para una historia en la que ando trabajando, la muerte de un abogado de renombre llamado Marlasca, Diego Marlasca.

—¿De cuándo estamos hablando?

—Mil novecientos cuatro.

Don Basilio suspiró.

—Largo me lo fía usted. Ha llovido mucho desde entonces.

—No lo suficiente como para limpiar el asunto —apunté.

Don Basilio me posó la mano en el hombro y me indicó que le siguiera hacia el interior de la redacción.

—No se preocupe, ha venido usted al sitio indicado. Esta buena gente mantiene un archivo que ya quisiera el santo Vaticano. Si hubo algo en la prensa, aquí lo encontraremos. Y además el jefe del archivo es un buen amigo mío. Le advierto que yo, a su lado, soy Blancanieves. No haga caso de su disposición tirando a arisca. En el fondo, muy en el fondo, es un pedazo de pan.

Seguí a don Basilio a través de un amplio vestíbulo de maderas nobles. A un lado se abría una sala circular con una gran mesa redonda y una serie de retratos desde los que nos observaban una pléyade de aristócratas de ceño severo.

—La sala de los aquelarres —explicó don Basilio—. Aquí se reúnen los redactores jefe con el director adjunto, que es un servidor, y el director y, como

buenos caballeros de la mesa redonda, damos con el santo grial todos los días a las siete de la tarde.

—Impresionante.

—No ha visto usted nada todavía —dijo don Basilio, guiñándome un ojo—. Cate.

Don Basilio se colocó bajo uno de los augustos retratos y empujó el panel de madera que cubría la pared. El panel cedió con un crujido, dando paso a un corredor oculto.

—Ah, ¿qué me dice, Martín? Y éste es sólo uno de los muchos pasadizos secretos de la casa. Ni los Borgia tenían un tinglado como éste.

Seguí a don Basilio a través del pasadizo y llegamos a una gran sala de lectura rodeada de vitrinas acristaladas, repositorio de la biblioteca secreta de *La Vanguardia*. Al fondo de la sala, bajo el haz de una lámpara de cristal verdoso, se distinguía la figura de un hombre de mediana edad sentado a una mesa examinando un documento con una lupa. Al vernos entrar levantó la vista y nos dedicó una mirada que hubiera transformado en piedra a cualquiera que fuese menor de edad o fácilmente impresionable.

—Le presento a don José María Brotons, señor del inframundo y jefe de catacumbas de esta santa casa —anunció don Basilio.

Brotons, sin soltar la lupa, se limitó a observarme con aquellos ojos que oxidaban al contacto. Me aproximé y le tendí la mano.

—Éste es mi antiguo pupilo, David Martín.

Brotons me estrechó la mano a regañadientes y miró a don Basilio.

—¿Éste es el escritor?

—El mismo.

Brotons asintió.

—Valor ya tiene, ya, salir a la calle después del palo que le dieron. ¿Qué hace aquí?

—Suplicar su ayuda, bendición y consejo en un tema de alta investigación y arqueología del documento —explicó don Basilio.

—¿Y dónde está el sacrificio de sangre? —espetó Brotons.

Tragué saliva.

—¿Sacrificio? —pregunté.

Brotons me miró como si fuese idiota.

—Una cabra, un borreguillo, un gallo capón si me apura…

Me quedé en blanco. Brotons me sostuvo la mirada sin pestañear durante un instante infinito. Luego, cuando empecé a sentir la picazón del sudor en la espalda, el jefe del archivo y don Basilio rompieron a carcajadas. Los dejé que se rieran con ganas a mi costa hasta que les faltó la respiración y se tuvieron que secar las lágrimas. Claramente, don Basilio había encontrado una alma gemela en su nuevo colega.

—Venga por aquí, joven —indicó Brotons, la fachada feroz en retirada—. A ver qué le encontramos.

28

Los archivos del periódico estaban ubicados en uno de los sótanos del edificio, bajo la planta que albergaba la gran maquinaria de la rotativa, un engendro de tecnología posvictoriana que parecía un cruce entre una monstruosa locomotora de vapor y una máquina de fabricar relámpagos.

—Le presento a la rotativa, más conocida como Leviatán. Ándese con ojo, que dicen que se ha tragado ya a más de un incauto —dijo don Basilio—. Es como lo de Jonás y la ballena, pero con efecto de trinchado.

—Ya será menos.

—Un día de éstos podríamos echar al becario ese nuevo, el que dice que es sobrino de Maciá y va de listillo —propuso Brotons.

—Ponga día y fecha y lo celebramos con un *cap-i-pota* —convino don Basilio.

Los dos se echaron a reír como críos de colegio. Tal para cual, pensé yo. La sala del archivo estaba dispuesta en un laberinto de corredores formados por estantes de tres metros de altura. Un par de criaturas pálidas con aspecto de no haber salido de aquel sótano en quince años oficiaban como asistentes de Brotons. Al verle, acudieron como mascotas fieles a la espera de sus órdenes. Brotons me dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Qué buscamos?

—Mil novecientos cuatro. Muerte de un abogado llamado Diego Marlasca. Miembro preeminente de la sociedad barcelonesa, socio fundador del bufete Valera, Marlasca y Sentís.

—¿Mes?

—Noviembre.

A un gesto de Brotons, los dos asistentes partieron en busca de los ejemplares correspondientes al mes de noviembre de 1904. Por aquel tiempo, la muerte estaba tan presente en el color de los días que la mayoría de los periódicos todavía abrían la primera página con grandes necrológicas. Cabía suponer que un personaje de la envergadura de Marlasca habría generado más de una nota funeraria en la prensa de la ciudad y que su obituario habría sido material de portada. Los asistentes regresaron con varios tomos y los depositaron sobre un amplio escritorio. Nos dividimos la tarea y entre los cinco presentes encontramos la necrológica de don Diego Marlasca en portada, tal como había supuesto. La edición era del día 23 de noviembre de 1904.

—*Habemus* cadáver —anunció Brotons, que fue el descubridor. Había cuatro notas necrológicas dedicadas a Marlasca. Una de su familia, otra del bufete de abogados, otra del colegio de letrados de Barcelona y la última de la asociación

cultural del Ateneo Barcelonés.

—Es lo que tiene ser rico. Se muere uno cinco o seis veces —apuntó don Basilio.

Las necrológicas en sí no tenían mayor interés. Súplicas por el alma inmortal del difunto, indicaciones de que el funeral sería para los íntimos, glosas grandiosas a un gran ciudadano, erudito y miembro irremplazable de la sociedad barcelonesa, etcétera.

—Lo que a usted le interesa tiene que estar en las ediciones de uno o dos días antes o después —indicó Brotons.

Procedimos a repasar los periódicos de la semana del fallecimiento del abogado y encontramos una secuencia de noticias relacionadas con Marlasca. La primera anunciaba que el distinguido letrado había fallecido en un accidente. Don Basilio leyó el texto de la noticia en voz alta.

—Esto lo ha redactado un orangután —dictaminó—. Tres párrafos redundantes que no dicen nada y sólo al final explica que la muerte fue accidental pero sin decir qué clase de accidente.

—Aquí tenemos algo más interesante —dijo Brotons.

Un artículo del día siguiente explicaba que la policía estaba investigando las circunstancias del accidente para dictaminar con exactitud lo que había sucedido. Lo más interesante era que mencionaba que en la parte del expediente forense sobre la causa de la muerte se indicaba que Marlasca había muerto ahogado.

—¿Ahogado? —interrumpió don Basilio—. ¿Cómo? ¿Dónde?

—No lo aclara. Probablemente hubo que recortar la noticia para incluir esta urgente y extensa apología de la sardana que abre a tres columnas bajo el título de «Al son de la tenora: espíritu y temple» —indicó Brotons.

—¿Indica quién estaba a cargo de la investigación? —pregunté.

—Menciona a un tal Salvador. Ricardo Salvador —dijo Brotons. Repasamos el resto de noticias relacionadas con la muerte de Marlasca, pero no había nada de interés. Los textos se regurgitaban unos en otros, repitiendo una cantinela que sonaba demasiado parecida a la línea oficial proporcionada por el bufete de Valera y compañía.

—Todo esto tiene un notable tufo a tapadillo —indicó Brotons.

Suspiré, desanimado. Había confiado en encontrar algo más que simples recordatorios almibarados y noticias huecas que no aclaraban nada sobre los hechos.

—¿No tenía usted un buen contacto en Jefatura? —preguntó don Basilio—. ¿Cómo se llamaba?

—Víctor Grandes —apuntó Brotons.

—Quizá le pueda poner él en contacto con el tal Salvador.

Carraspeé y los dos hombretones me miraron con el entrecejo fruncido.

—Por motivos que no hacen al caso, o que hacen demasiado, preferiría no complicar al inspector Grandes en este asunto —apunté.

Brotons y don Basilio intercambiaron una mirada.

—Ya. ¿Algún otro nombre a borrar de la lista?

—Marcos y Castelo.

—Veo que no ha perdido el talento de hacer amigos allí adonde va —estimó don Basilio.

Brotons se frotó la barbilla.

—No nos alarmemos. Creo que podré encontrar alguna otra vía de entrada que no levante sospechas.

—Si me encuentra usted a Salvador, le sacrifico lo que quiera, hasta un cerdo.

—Con lo de la gota me he quitado del tocino, pero no le diría que no a un buen habano —convino Brotons.

—Que sean dos —añadió don Basilio.

Mientras corría a un estanco de la calle Tallers en busca de los dos ejemplares de habanos más exquisitos y caros del establecimiento, Brotons hizo un par de discretas llamadas a Jefatura y confirmó que Salvador había abandonado el cuerpo, más bien a la fuerza, y que había empezado a trabajar desempeñando funciones de guardaespaldas para industriales o de investigación para diversos bufetes de abogados de la ciudad. Cuando volví a la redacción a hacerles entrega de sendos puros a mis benefactores, el jefe del archivo me tendió una nota en la que se leía una dirección.

Ricardo Salvador
Calle de la Lleona, 21. Ático.

—El conde se lo pague a ustedes —dije.

—Y usted que lo vea.

29

La calle de la Lleona, más conocida entre los lugareños como *la dels Tres Llits* en honor al notorio prostíbulo que albergaba, era un callejón casi tan tenebroso como su reputación. Partía de los arcos a la sombra de la plaza Real y crecía en una grieta húmeda y ajena a la luz del sol entre viejos edificios apilados unos sobre otros y cosidos por una perpetua telaraña de líneas de ropa tendida. Sus fachadas decrépitas se deshacían en ocre, y las láminas de piedra que cubrían el suelo habían estado bañadas de sangre durante los años del pistolerismo. Más de una vez la había utilizado como escenario en mis historias de *La Ciudad de los Malditos* e incluso ahora, desierta y olvidada, me seguía oliendo a intrigas y pólvora. A la vista de aquel sombrío escenario, todo parecía indicar que el retiro forzoso del comisario Salvador del cuerpo de policía no había sido generoso. El número 21 era un modesto inmueble enclaustrado entre dos edificios que le hacían de tenaza. El portal estaba abierto y no era más que un pozo de sombra del que partía una escalera estrecha y empinada que ascendía en espiral. El suelo estaba encharcado, y un líquido oscuro y viscoso brotaba entre los resquicios de las baldosas. Subí las escaleras como pude, sin soltar la barandilla pero sin confiarme a ella. Sólo había una puerta por rellano y, a juzgar por el aspecto de la finca, no creí que ninguno de aquellos pisos pasara de los cuarenta metros cuadrados. Una pequeña claraboya coronaba el hueco de la escalera y bañaba de tenue claridad los pisos superiores. La puerta del ático quedaba al final de un pequeño pasillo. Me sorprendió encontrarla abierta. Llamé con los nudillos, pero no obtuve respuesta. La puerta daba a una sala pequeña en la que se veía una butaca, una mesa y una estantería con libros y cajas de latón. Una suerte de cocina y lavadero ocupaba la cámara contigua. La única bendición de aquella celda era una terraza que daba a la azotea. La puerta de la terraza también estaba abierta y por ella se colaba una brisa fresca que arrastraba el olor a comida y a colada de los tejados de la ciudad vieja.

—¿Alguien en casa? —llamé de nuevo.

Al no obtener respuesta me adentré hasta la puerta de la terraza y me asomé al terrado. La jungla de tejados, torres, depósitos de agua, pararrayos y chimeneas crecía en todas direcciones. No había dado un paso en la azotea cuando sentí la pieza de metal fría en la nuca y escuché el chasquido metálico de un revólver al tensarse el percutor. No se me ocurrió más que alzar las manos y no intentar mover ni una ceja.

—Mi nombre es David Martín. En Jefatura me han dado su dirección. Quería hablar con usted sobre un caso que llevó en sus años de servicio.

—¿Entra usted siempre en las casas de la gente sin llamar, señor David Martín?

—La puerta estaba abierta. He llamado pero no ha debido de oírme. ¿Puedo bajar ya las manos?

—No le he dicho que las levante. ¿Qué caso?

—La muerte de Diego Marlasca. Soy el inquilino de la que había sido su última residencia. La casa de la torre en la calle Flassaders.

La voz se silenció. La presión del revólver seguía allí, firme.

—¿Señor Salvador? —pregunté.

—Estoy pensando si no sería mejor volarle a usted la cabeza ahora mismo.

—¿No quiere antes oír mi historia?

Salvador aflojó la presión del revólver. Oí cómo se destensaba el percutor y me volví lentamente. Ricardo Salvador tenía una figura imponente y oscura, el pelo gris y los ojos azul claro penetrantes como agujas. Calculé que debía de rondar la cincuentena, pero hubiera costado encontrar hombres con la mitad de sus años que se atreviesen a interponerse en su camino. Tragué saliva. Salvador bajó el revólver y me dio la espalda, volviendo al interior del piso.

—Disculpe el recibimiento —murmuró.

Le seguí hasta la diminuta cocina y me detuve en el umbral. Salvador dejó la pistola sobre el fregadero y prendió el fuego de uno de los fogones con papel y cartón. Extrajo un frasco de café y me miró inquisitivamente.

—No, gracias.

—Es lo único bueno que tengo, se lo advierto —dijo.

—Entonces le acompañaré.

Salvador introdujo un par de cucharadas generosas de café molido en la cafetera, la llenó con agua de una jarra y la puso al fuego.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Hace unos días visité a la señora Marlasca, la viuda. Ella fue quien me habló de usted. Me dijo que era el único que había intentado descubrir la verdad y que eso le había costado el puesto.

—Es una manera de describirlo, supongo —dijo.

Advertí que la mención de la viuda le había enturbiado la mirada y me pregunté qué era lo que habría sucedido entre ellos en aquellos días de infortunio.

—¿Cómo está? —preguntó—. La señora Marlasca.

—Creo que le echa a usted de menos —aventuré.

Salvador asintió, su ferocidad completamente abatida.

—Hace mucho que no voy a verla.

—Ella cree que usted la culpa por lo que le sucedió. Creo que le gustaría volver a verle, aunque haya pasado tanto tiempo.

—A lo mejor tiene usted razón. A lo mejor debería ir a visitarla…

—¿Puede hablarme de lo que pasó?

Salvador recuperó el semblante severo y asintió.

—¿Qué quiere saber?

—La viuda de Marlasca me explicó que usted nunca aceptó la versión que aseguraba que su marido se había quitado la vida y que tenía sospechas.

—Más que sospechas. ¿Le ha contado alguien cómo murió Marlasca?

—Sólo sé que dijeron que había sido un accidente.

—Marlasca murió ahogado. O eso decía el informe final de Jefatura.

—¿Cómo se ahogó?

—Sólo hay una manera de ahogarse, pero a eso volveré luego. Lo curioso es dónde.

—¿En el mar?

Salvador sonrió. Era una sonrisa negra y amarga como el café que empezaba a brotar. Salvador lo olfateó.

—¿Está usted seguro de que quiere oír esta historia?

—No he estado más seguro de nada en toda mi vida.

Me tendió una taza y me miró de arriba abajo, analizándome.

—Asumo que ya ha visitado usted a ese hijo de puta de Valera.

—Si se refiere al socio de Marlasca, murió. Con el que hablé fue con el hijo.

—Hijo de puta igualmente, sólo que con menos agallas. No sé lo que le contaría, pero seguro que no le dijo que entre ambos consiguieron que me expulsaran del cuerpo y que me convirtiese en un paria al que nadie daba ni limosna.

—Me temo que se le olvidó incluir eso en su versión de los hechos —concedí.

—No me extraña.

—Me iba a contar usted cómo se ahogó Marlasca.

—Ahí es donde la cosa se pone interesante —dijo Salvador—. ¿Sabía usted que el señor Marlasca, amén de abogado, erudito y escritor había sido, de joven, campeón en dos ocasiones de la travesía navideña a nado del puerto que organiza el Club Natación Barcelona?

—¿Cómo se ahoga un campeón de natación? —pregunté.

—La cuestión es dónde. El cadáver del señor Marlasca fue encontrado en el estanque de la azotea del Depósito de las Aguas del Parque de la Ciudadela. ¿Conoce usted el lugar?

Tragué saliva y asentí. Aquél era el primer lugar donde me había encontrado con Corelli.

—Si lo conoce sabrá que, cuando está lleno, apenas tiene un metro de profundidad y que es, esencialmente, una balsa. El día que se encontró al abogado muerto, el estanque estaba medio vacío y el nivel del agua no llegaba a los sesenta centímetros.

—Un campeón de natación no se ahoga en sesenta centímetros de agua así como así —apunté.

—Eso me dije yo.

—¿Había otras opiniones?

Salvador sonrió amargamente.

—Para empezar, lo dudoso es que se ahogara. El forense que practicó la autopsia al cadáver encontró algo de agua en los pulmones, pero su dictamen fue que el fallecimiento se había producido por un paro cardíaco.

—No entiendo.

—Cuando Marlasca se cayó al estanque, o cuando alguien lo empujó, estaba en llamas. El cuerpo presentaba quemaduras de tercer grado en torso, brazos y rostro. Era opinión del forense que el cuerpo pudo haber ardido por espacio de casi un minuto antes de que entrase en contacto con el agua. Restos encontrados en las ropas del abogado indicaban la presencia de algún tipo de disolvente en los tejidos. A Marlasca lo quemaron vivo.

Tardé unos segundos en digerir todo aquello.

—¿Por qué iba alguien a hacer algo así?

—¿Ajuste de cuentas? ¿Simple crueldad? Elija usted. Mi opinión es que alguien quería retrasar la identificación del cuerpo de Marlasca para ganar tiempo y confundir a la policía.

—¿Quién?

—Jaco Corbera.

—El representante de Irene Sabino.

—Que desapareció el mismo día de la muerte de Marlasca con el importe de una cuenta personal que el abogado tenía en el Banco Hispano Colonial y de la que su esposa no sabía nada.

—Cien mil francos franceses —apunté.

Salvador me miró, intrigado.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No tiene importancia. ¿Qué hacía Marlasca en la azotea del Depósito de las Aguas? No es un lugar de paso, precisamente.

—Ése es otro punto confuso. Encontramos un dietario en el estudio de Marlasca en el que había anotado que tenía una cita allí a las cinco de la tarde. O eso parecía. Lo único que el dietario indicaba era una hora, un lugar y una inicial. Una «C». Probablemente, Corbera.

—¿Qué cree entonces usted que sucedió? —pregunté.

—Lo que yo creo, y lo que la evidencia sugiere, es que Jaco engañó a Irene Sabino para que manipulase a Marlasca. Ya sabrá que el abogado estaba obsesionado con todas esas supercherías de las sesiones de espiritismo y demás, especialmente desde la muerte de su hijo. Jaco tenía un socio, Damián Roures, que estaba metido en esos ambientes. Un farsante de tomo y lomo. Entre los dos, y con la ayuda de Irene Sabino, embaucaron a Marlasca, prometiéndole que podía entablar contacto con el niño en el mundo de los espíritus. Marlasca era un hombre desesperado y dispuesto a creer lo que fuese. Aquel trío de sabandijas tenía organizado el negocio perfecto hasta que Jaco se volvió más codicioso de la cuenta. Hay quien opina que la Sabino no actuaba de mala fe, que estaba genuinamente enamorada de Marlasca y que creía en

todo aquello al igual que él. A mí esa posibilidad no me convence, pero a efectos de lo que sucedió es irrelevante. Jaco supo que Marlasca tenía aquellos fondos en el banco y decidió quitarle de en medio y desaparecer con el dinero, dejando un rastro de confusión. La cita en el dietario bien pudo ser una pista falsa dejada por la Sabino o por Jaco. No había evidencia alguna de que la hubiese anotado Marlasca.

—¿Y de dónde provenían los cien mil francos que Marlasca tenía en el Hispano Colonial?

—El propio Marlasca los había ingresado en metálico un año antes. No tengo la más remota idea de dónde pudo haber sacado una cifra así. Lo que sí sé es que lo que quedaba de ellos fue retirado, en metálico, la mañana del día en que murió Marlasca. Los abogados dijeron luego que el dinero había sido transferido a una especie de fondo tutelado y que no había desaparecido, que Marlasca simplemente había decidido reorganizar sus finanzas. Pero a mí me resulta difícil de creer que uno reorganice sus finanzas y desplace casi cien mil francos por la mañana y aparezca quemado vivo por la tarde. No creo que ese dinero acabase en algún fondo misterioso. Al día de hoy no hay nada que me convenza de que ese dinero no fue a parar a manos de Jaco Corbera e Irene Sabino. Al menos al principio, porque dudo de que luego ella viese un céntimo. Jaco desapareció con el dinero. Para siempre.

—¿Qué fue de ella entonces?

—Ése es otro de los aspectos que me hacen pensar que Jaco engañó a Roures y a Irene Sabino. Poco después de la muerte de Marlasca, Roures dejó el negocio de la ultratumba y abrió una tienda de artículos de magia en la calle Princesa. Que yo sepa, sigue allí. Irene Sabino trabajó un par de años más en cabarés y locales cada vez de menor caché. Lo último que oí de ella es que se estaba prostituyendo en el Raval y que vivía en la miseria. Obviamente no se quedó uno solo de aquellos francos. Ni Roures tampoco.

—¿Y Jaco?

—Lo más seguro es que abandonase el país con nombre falso y que esté en algún sitio viviendo confortablemente de las rentas.

Lo cierto es que todo aquello, lejos de aclararme algo, me abría más interrogantes. Salvador debió de interpretar mi mirada de desazón y me ofreció una sonrisa de conmiseración.

—Valera y sus amigos en el ayuntamiento consiguieron que la prensa saliera con la historia de un accidente. Resolvió el asunto con un funeral señorial para no enturbiar las aguas de los negocios del bufete, que en buena medida eran los negocios del ayuntamiento y de la diputación, y pasar por alto la extraña conducta del señor Marlasca en los últimos doce meses de su vida, desde que abandonó a su familia y a sus socios y decidió adquirir una casa en ruinas en una parte de la ciudad en la que no había puesto su pie bien calzado en su vida para dedicarse, según su antiguo socio, a escribir.

—¿Dijo Valera lo que Marlasca quería escribir?

—Un libro de poesía o algo así.

—¿Y usted le creyó?

—He visto cosas muy raras en mi trabajo, amigo mío, pero abogados adinerados que lo dejen todo para retirarse a escribir sonetos no forman parte del repertorio.

—¿Y entonces?

—Entonces lo razonable hubiese sido olvidarme del tema y hacer lo que se me decía.

—Pero no fue así.

—No. Y no porque sea un héroe o un imbécil. Lo hice porque cada vez que veía a aquella pobre mujer, a la viuda de Marlasca, se me revolvían las tripas y no me podía volver a mirar al espejo sin hacer lo que se supone que me pagaban para hacer.

Señaló el entorno mísero y frío que le servía de hogar y rió.

—Créame que si llego a saberlo hubiera preferido ser un cobarde y no salirme de la fila. No puedo decir que no me lo advirtieran en jefatura. Muerto y enterrado el abogado, tocaba pasar página y dedicar nuestros esfuerzos a perseguir a anarquistas muertos de hambre y maestros de escuela de sospechoso ideario.

—Dice usted enterrado… ¿Dónde está enterrado Diego Marlasca?

—Creo que en el panteón familiar del cementerio de Sant Gervasi, no muy lejos de la casa donde vive la viuda. ¿Puedo preguntarle por su interés en este asunto? Y no me diga que se le ha despertado la curiosidad sólo por vivir en la casa de la torre.

—Es difícil de explicar.

—Si quiere un consejo de amigo, míreme y aplíquese el remedio. Déjelo correr.

—Me gustaría. El problema es que no creo que el asunto me deje correr a mí.

Salvador me observó largamente y asintió. Tomó un papel y anotó un número.

—Éste es el teléfono de los vecinos de abajo. Son buena gente y los únicos que tienen teléfono en toda la escalera. Ahí me puede encontrar o dejar recado. Pregunte por Emilio. Si necesita ayuda, no dude en llamarme. Y ándese con ojo. Jaco desapareció del panorama hace ya muchos años, pero todavía hay gente a la que no le interesa remover este asunto. Cien mil francos es mucho dinero.

Acepté el número y lo guardé.

—Se agradece.

—De nada. Total, ¿qué pueden hacerme ya?

—¿Tendría usted una fotografía de Diego Marlasca? No he encontrado ni una sola en toda la casa.

—Pues no sé… Creo que alguna debo de tener. Déjeme ver.

Salvador se dirigió a un escritorio en el rincón de la sala y extrajo una caja de latón repleta de papeles.

—Aún guardo cosas del caso… ya ve que ni con los años escarmiento. Aquí, mire. Esta foto me la dio la viuda.

Me tendió un viejo retrato de estudio en el que aparecía un hombre alto y bien parecido de unos cuarenta y tantos años sonriendo a la cámara sobre un fondo de

terciopelo. Me perdí en aquella mirada limpia, preguntándome cómo era posible que tras ella se ocultase el mundo tenebroso que había encontrado en las páginas de *Lux Aeterna*.

—¿Puedo quedármela?

Salvador dudó.

—Supongo que sí. Pero no la pierda.

—Le prometo que se la devolveré.

—Prométame que tendrá cuidado y me quedaré más tranquilo. Y que si no lo tiene y se mete en líos, me llamará.

Le tendí la mano y me la estrechó.

—Prometido.

30

Empezaba a ponerse el sol cuando dejé a Ricardo Salvador en su fría azotea y regresé a la plaza Real bañada en luz polvorienta que pintaba de rojo las siluetas de paseantes y extraños. Eché a andar y acabé por refugiarme en el único lugar en toda la ciudad en el que siempre me había sentido bien recibido y protegido. Cuando llegué a la calle Santa Ana, la librería de Sempere e Hijos estaba a punto de cerrar. El crepúsculo reptaba sobre la ciudad y una brecha de azul y púrpura se había abierto en el cielo. Me detuve frente al escaparate y vi que Sempere hijo acababa de acompañar a un cliente que se despedía ya. Al verme me sonrió y me saludó con aquella timidez que parecía más decencia que otra cosa.

—En usted precisamente estaba pensando, Martín. ¿Todo bien?

—Inmejorable.

—Ya se le ve en la cara. Ande, pase, que prepararemos algo de café.

Me abrió la puerta de la tienda y me cedió el paso. Entré en la librería y aspiré aquel perfume a papel y magia que inexplicablemente a nadie se le había ocurrido todavía embotellar. Sempere hijo me indicó que le siguiera hasta la trastienda, donde se dispuso a preparar una cafetera.

—¿Y su padre? ¿Cómo está? Le vi un poco tierno el otro día.

Sempere hijo asintió, como si agradeciese la pregunta. Me di cuenta de que probablemente no tenía a nadie con quien hablar del tema.

—Ha tenido tiempos mejores, la verdad. El médico dice que tiene que vigilar con la angina de pecho, pero él insiste en trabajar más que antes. A veces tengo que enfadarme con él, pero parece que crea que si deja la librería en mis manos el negocio se vendrá abajo. Esta mañana, cuando me he levantado, le he dicho que hiciera el favor de quedarse en la cama y no bajase a trabajar en todo el día. ¿Se puede creer que tres minutos después me lo encuentro en el comedor, poniéndose los zapatos?

—Es un hombre de ideas firmes —convine.

—Es tozudo como una mula —replicó Sempere hijo—. Menos mal que ahora tenemos algo de ayuda, que si no…

Desenfundé mi expresión de sorpresa e inocencia, tan socorrida y falta de apresto.

—La muchacha —aclaró Sempere hijo—. Isabella, su ayudante. Por eso estaba yo pensando en usted. Espero que no le importe que pase unas horas aquí. La verdad es que, tal como están las cosas, se agradece la ayuda, pero si tiene usted inconveniente…

Reprimí una sonrisa por el modo en que relamió las dos eles de Isabella.

—Bueno, mientras sea algo temporal. La verdad es que Isabella es una buena

chica. Inteligente y trabajadora —dije—. De toda confianza. Nos llevamos de maravilla.

—Pues ella dice que es usted un déspota.

—¿Eso dice?

—De hecho, tiene un mote para usted: *mister* Hyde.

—Angelito. No haga caso. Ya sabe cómo son las mujeres.

—Sí, ya lo sé —replicó Sempere hijo en un tono que dejaba claro que sabía muchas cosas, pero de aquélla no tenía ni la más remota idea.

—Isabella le dice eso de mí, pero no se crea que a mí no me dice cosas de usted —aventuré.

Vi que algo se le revolvía en el rostro. Dejé que mis palabras fueran corroyendo lentamente las capas de su armadura. Me tendió una taza de café con una sonrisa solícita y rescató el tema con un recurso que no hubiera pasado el filtro de una opereta de medio pelo.

—A saber lo que debe de decir de mí —dejó caer.

Le dejé macerando la incertidumbre unos instantes.

—¿Le gustaría saberlo? —pregunté casualmente, escondiendo la sonrisa tras la taza.

Sempere hijo se encogió de hombros.

—Dice que es usted un hombre bueno y generoso, que la gente no le entiende porque es usted un poco tímido y no ven más allá de, cito textualmente, una presencia de galán de cine y una personalidad fascinante.

Sempere hijo tragó saliva y me miró, atónito.

—No le voy a mentir, amigo Sempere. Mire, de hecho me alegro de que haya sacado usted el tema porque la verdad es que hace ya días que quería comentar esto con usted y no sabía cómo.

—¿Comentar el qué?

Bajé la voz y le miré fijamente a los ojos.

—Entre usted y yo, Isabella quiere trabajar aquí porque le admira y, me temo, está secretamente enamorada de usted.

Sempere me miraba al borde del pasmo.

—Pero un amor puro, ¿eh? Atención. Espiritual. Como de heroína de Dickens, para entendernos. Nada de frivolidades ni niñerías. Isabella, aunque es joven, es toda una mujer. Lo habrá advertido usted, seguro…

—Ahora que lo menciona.

—Y no hablo sólo de su, si me permite la licencia, exquisitamente mullido marco, sino de ese lienzo de bondad y belleza interior que lleva dentro, esperando el momento oportuno para emerger y hacer de algún afortunado el hombre más feliz del mundo.

Sempere no sabía dónde meterse.

—Y además tiene talentos ocultos. Habla idiomas. Toca el piano como los

ángeles. Tiene una cabeza para los números que ni Isaac Newton. Y encima cocina de miedo. Míreme. He engordado varios kilos desde que trabaja para mí. Delicias que ni la Tour d'Argent… ¿No me diga que no se había dado cuenta?

—Bueno, no mencionó que cocinase…

—Hablo del flechazo.

—Pues la verdad…

—¿Sabe lo que pasa? La muchacha, en el fondo, y aunque se dé esos aires de fierecilla por domar, es mansa y tímida hasta extremos patológicos. La culpa la tienen las monjas, que las atontan con tantas historias del infierno y lecciones de costura. Viva la escuela libre.

—Pues yo hubiese jurado que me tomaba por poco menos que tonto —aseguró Sempere.

—Ahí lo tiene. La prueba irrefutable. Amigo Sempere, cuando una mujer le trata a uno de tonto significa que se le están afilando las gónadas.

—¿Está usted seguro de eso?

—Más que de la fiabilidad del Banco de España. Hágame caso, que de esto entiendo un rato.

—Eso dice mi padre. ¿Y qué voy a hacer?

—Bueno, eso depende. ¿A usted le gusta la chica?

—¿Gustar? No sé. ¿Cómo sabe uno si…?

—Es muy simple. ¿Se la mira usted de reojo y le entran ganas como de morderla?

—¿Morderla?

—En el trasero, por ejemplo.

—Señor Martín…

—No me sea pudendo, que estamos entre caballeros y sabido es que los hombres somos el eslabón perdido entre el pirata y el cerdo. ¿Le gusta o no?

—Bueno, Isabella es una muchacha agraciada.

—¿Qué más?

—Inteligente. Simpática. Trabajadora.

—Siga.

—Y una buena cristiana, creo. No es que yo sea muy practicante, pero…

—No me hable. Isabella es más de misa que el cepillo. Las monjas, ya se lo digo yo.

—Pero morderla no se me había ocurrido, la verdad.

—No se le había ocurrido hasta que yo se lo he mencionado.

—Debo decirle que me parece una falta de respeto hablar así de ella, o de cualquiera, y que debería usted avergonzarse… —protestó Sempere hijo.

—*Mea culpa* —entoné alzando las manos en gesto de rendición—. Pero no importa, porque cada cual manifiesta su devoción a su manera. Yo soy una criatura frívola y superficial y de ahí mi enfoque canino, pero usted, con esa *aurea gravitas*, es hombre de sentimiento místico y profundo. Lo que cuenta es que la muchacha le

adora y que el sentimiento es recíproco.

—Bueno…

—Ni bueno ni malo. Las cosas como son, Sempere. Que usted es un hombre respetable y responsable. Si fuese yo, qué le voy a contar, pero usted no es hombre que vaya a jugar con los sentimientos nobles y puros de una mujer en flor. ¿Me equivoco?

—… supongo que no.

—Pues ya está.

—¿El qué?

—¿No está claro?

—No.

—Es momento de festejar.

—¿Perdón?

—Cortejar o, en lenguaje científico, pelar la pava. Mire, Sempere, por algún extraño motivo, siglos de supuesta civilización nos han conducido a una situación en la que uno no puede ir arrimándose a las mujeres por las esquinas, o proponiéndoles matrimonio, así como así. Primero hay que festejar.

—¿Matrimonio? ¿Se ha vuelto loco?

—Lo que quiero decirle es que a lo mejor, y esto en el fondo es idea suya aunque no se haya dado cuenta todavía, hoy o mañana o pasado, cuando se le cure el tembleque y no parezca que le cae la baba, al término del horario de Isabella en la librería la invita usted a merendar en algún sitio con duende y se dan de una vez cuenta de que están hechos el uno para el otro. Pongamos Els Quatre Gats, que como son un tanto agarrados ponen la luz tirando a floja para ahorrar electricidad y eso siempre ayuda en estos casos. Le pide a la muchacha un requesón con un buen cucharón de miel, que eso abre los apetitos, y luego, como quien no quiere la cosa, le endosa un par de lingotazos de ese moscatel que se sube a la cabeza de necesidad y, al tiempo que le pone la mano en la rodilla, me la atonta usted con esa verborrea que se lleva tan escondida, granuja.

—Pero si yo no sé nada de ella, ni de lo que le interesa ni…

—Le interesa lo mismo que a usted. Le interesan los libros, la literatura, el olor de estos tesoros que tiene usted aquí y la promesa de romance y aventura de las novelas de a peseta. Le interesa espantar la soledad y no perder el tiempo en comprender que en este perro mundo nada vale un céntimo si no tenemos a alguien con quien compartirlo. Ya sabe lo esencial. Lo demás lo aprende y lo disfruta usted por el camino.

Sempere se quedó pensativo, alternando miradas entre su taza de café, intacta, y un servidor, que mantenía a trancas y barrancas su sonrisa de vendedor de títulos de Bolsa.

—No sé si darle las gracias o denunciarle a la policía —dijo finalmente.

Justo entonces se escucharon los pasos pesados de Sempere padre en la librería.

Unos segundos después asomaba el rostro en la trastienda y se nos quedaba mirando con el entrecejo fruncido.

—¿Y esto? La tienda desatendida y aquí de cháchara como si fuera fiesta mayor. ¿Y si entra algún cliente? ¿O un sinvergüenza dispuesto a llevarse el género?

Sempere hijo suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—No tema, señor Sempere, que los libros son la única cosa en este mundo que no se roba —dije guiñándole un ojo.

Una sonrisa cómplice iluminó su rostro. Sempere hijo aprovechó el momento para escapar de mis garras y escabullirse rumbo a la librería. Su padre se sentó a mi lado y olfateó la taza de café que su hijo había dejado sin probar.

—¿Qué dice el médico de la cafeína para el corazón? —apunté.

—Ése no sabe encontrarse las posaderas ni con un atlas de anatomía. ¿Qué va a saber del corazón?

—Más que usted, seguro —repliqué, arrebatándole la taza de las manos.

—Si yo estoy hecho un toro, Martín.

—Un mulo es lo que está usted hecho. Haga el favor de subir a casa y de meterse en la cama.

—En la cama sólo vale la pena estar cuando se es joven y hay buena compañía.

—Si quiere compañía, se la busco, pero no creo que se dé la coyuntura cardíaca adecuada.

—Martín, a mi edad, la erótica se reduce a saborear un flan y a mirarles el cuello a las viudas. Aquí el que me preocupa es el heredero. ¿Algún progreso en ese terreno?

—Estamos en fase de abono y siembra. Habrá que ver si el tiempo acompaña y tenemos algo que cosechar. En un par o tres de días le puedo dar una estimación al alza con un sesenta o setenta por ciento de fiabilidad.

Sempere sonrió, complacido.

—Golpe maestro lo de enviarme a Isabella de dependienta —dijo—. Pero ¿no la ve un poco joven para mi hijo?

—Al que veo un poco verde es a él, si tengo que serle sincero. O espabila o Isabella se lo come crudo en cinco minutos. Menos mal que es de buena pasta, que si no…

—¿Cómo se lo puedo agradecer?

—Subiendo a casa y metiéndose en la cama. Si necesita compañía picante llévese *Fortunata y Jacinta*.

—Lleva razón. Don Benito no falla.

—Ni queriendo. Venga, al catre.

Sempere se levantó. Le costaba moverse y respiraba trabajosamente, con un soplo ronco en el aliento que ponía los pelos de punta. Le tomé del brazo para ayudarle y me di cuenta de que tenía la piel fría.

—No se espante, Martín. Es mi metabolismo, que es algo lento.

—Como el de *Guerra y paz* se lo veo yo hoy.

—Una cabezadita y me quedo como nuevo.

Decidí acompañarle hasta el piso en el que vivían padre e hijo, justo encima de la librería, y asegurarme de que se metía bajo las mantas. Tardamos un cuarto de hora en negociar el tramo de las escaleras. Por el camino nos encontramos a uno de los vecinos, un afable catedrático de instituto llamado don Anacleto que daba clases de lengua y literatura en los jesuitas de Caspe y regresaba a su casa.

—¿Cómo se presenta hoy la vida, amigo Sempere?

—Empinada, don Anacleto.

Con la ayuda del catedrático conseguí llegar al primer piso con Sempere prácticamente colgado de mi cuello.

—Con el permiso de ustedes me retiro a descansar tras una larga jornada de lidia con esa jauría de primates que tengo por alumnos —anunció el catedrático—. Se lo digo yo, este país se va a desintegrar en una generación. Como ratas se van a despellejar unos a otros.

Sempere hizo un gesto que me daba a entender que no hiciese demasiado caso a don Anacleto.

—Buen hombre —murmuró—, pero se ahoga en un vaso de agua.

Al entrar en la vivienda me asaltó el recuerdo de aquella mañana lejana en la que llegué allí ensangrentado, sosteniendo un ejemplar de *Grandes esperanzas* en las manos, y Sempere me subió en brazos hasta su casa y me sirvió una taza de chocolate caliente que me bebí mientras esperábamos al médico y él me susurraba palabras tranquilizadoras y me limpiaba la sangre del cuerpo con una toalla tibia y una delicadeza que nunca nadie me había mostrado antes. Por entonces, Sempere era un hombre fuerte que me parecía un gigante en todos los sentidos y sin el cual no creo que hubiera sobrevivido a aquellos años de escasa fortuna. Poco o nada quedaba de aquella fortaleza cuando le sostuve en mis brazos para ayudarle a acostarse y le tapé con un par de mantas. Me senté a su lado y le tomé la mano sin saber qué decir.

—Oiga, si vamos los dos a echarnos a llorar como magdalenas, más vale que se vaya —dijo él—. Cuídese, ¿me oye?

—Con algodoncitos, no tema.

Asentí y me dirigí hacia la salida.

—¿Martín?

Me volví desde el umbral de la puerta. Sempere me contemplaba con la misma preocupación con la que me había mirado aquella mañana en la que había perdido algunos dientes y buena parte de la inocencia. Me fui antes de que me preguntase qué era lo que me ocurría.

31

Uno de los primeros recursos propios del escritor profesional que Isabella había aprendido de mí era el arte y la práctica de *procrastinar*. Todo veterano del oficio sabe que cualquier ocupación, desde afilar el lápiz hasta catalogar musarañas, tiene prioridad al acto de sentarse a la mesa y exprimir el cerebro. Isabella había absorbido por ósmosis esta lección fundamental y al llegar a casa, en vez de encontrarla en su escritorio, la sorprendí en la cocina afinando los últimos toques a una cena que olía y lucía como si su elaboración hubiera sido cuestión de varias horas.

—¿Celebramos algo? —pregunté.

—Con la cara que trae usted no lo creo.

—¿A qué huele?

—Pato confitado con peras al horno y salsa de chocolate. He encontrado la receta en uno de sus libros de cocina.

—Yo no tengo libros de cocina.

Isabella se levantó y trajo un tomo encuadernado en piel que depositó en la mesa. El título: *Las 101 mejores recetas de la cocina francesa*, por Michel Aragón.

—Eso es lo que usted se cree. En segunda fila, en los estantes de la biblioteca, he encontrado de todo, incluyendo un manual de higiene matrimonial del doctor Pérez-Aguado con unas ilustraciones de lo más sugerente y frases del tipo «la hembra, por designio divino, no conoce deseo carnal y su realización espiritual y sentimental se sublima en el ejercicio natural de la maternidad y las labores del hogar». Tiene usted ahí las minas del rey Salomón.

—¿Y se puede saber qué buscabas tú en la segunda fila de los estantes?

—Inspiración. Cosa que he encontrado.

—Pero de tipo culinario. Habíamos quedado en que ibas a escribir todos los días, con inspiración o sin.

—Estoy encallada. Y la culpa es suya, por tenerme pluriempleada y complicarme en sus intrigas con el inmaculado de Sempere hijo.

—¿Te parece bien burlarte del hombre que está perdidamente enamorado de ti?

—¿Qué?

—Ya me has oído. Sempere hijo me ha confesado que le tienes robado el sueño. Literalmente. No duerme, no come, no bebe, ni orinar puede el pobre de tanto pensar en ti todo el día.

—Delira usted.

—El que delira es el pobre Sempere. Tendrías que haberlo visto. He estado en un

tris de pegarle un tiro para liberarle del dolor y la miseria que lo acongojan.

—Pero si no me hace ni caso —protestó Isabella.

—Porque no sabe cómo abrir su corazón y encontrar las palabras con que plasmar sus sentimientos. Los hombres somos así. Brutos y primarios.

—Pues bien que ha sabido encontrar las palabras para echarme una bronca por equivocarme al ordenar la colección de los *Episodios Nacionales*. Menuda labia.

—No es lo mismo. Una cosa es el trámite administrativo y la otra el lenguaje de la pasión.

—Bobadas.

—No hay nada de bobo en el amor, estimada ayudante. Y, cambiando de tema, ¿vamos a cenar o no?

Isabella había preparado una mesa a juego con el festín que había cocinado. Había dispuesto un arsenal de platos, cubiertos y copas que nunca había visto.

—No sé cómo teniendo estas preciosidades no las usa usted. Lo tenía todo en cajas en el cuarto junto al lavadero —dijo Isabella—. Hombre tenía usted que ser.

Levanté uno de los cuchillos y lo contemplé a la luz de las velas que había dispuesto Isabella. Comprendí que aquéllos eran los enseres de Diego Marlasca y sentí que perdía el apetito por completo.

—¿Pasa algo? —preguntó Isabella.

Negué. Mi ayudante sirvió dos platos y se me quedó mirando, expectante. Probé el primer bocado y sonreí, asintiendo.

—Muy bueno —dije.

—Un poco correoso, creo. La receta decía que había que asarlo a fuego lento no sé cuánto tiempo, pero con la cocina que tiene usted, el fuego es o inexistente o abrasador, sin punto intermedio.

—Está bueno —repetí, comiendo sin hambre.

Isabella me iba mirando de reojo. Seguimos cenando en silencio, el tintineo de cubiertos y platos como única compañía.

—¿Decía en serio eso de Sempere hijo?

Asentí sin levantar los ojos del plato.

—¿Y qué más le ha dicho de mí?

—Me ha dicho que tienes una belleza clásica, que eres inteligente, intensamente femenina, porque él es así de cursi, y que siente que hay una conexión espiritual entre vosotros.

Isabella me clavó una mirada asesina.

—Júreme que no se está inventando eso —dijo Isabella.

Puse la mano derecha sobre el libro de recetas y levanté la izquierda.

—Lo juro sobre *Las 101 mejores recetas de la cocina francesa* —declaré.

—Se jura con la otra mano.

Cambié de mano y repetí el gesto con expresión de solemnidad. Isabella resopló.

—¿Y qué voy a hacer?

—No sé. ¿Qué hacen los enamorados? Ir de paseo, a bailar…

—Pero yo no estoy enamorada de ese señor.

Seguí degustando el confite de pato, ajeno a su insistente mirada. Al rato, Isabella dio un manotazo en la mesa.

—Haga el favor de mirarme. Todo esto es culpa suya.

Dejé los cubiertos con parsimonia, me limpié con la servilleta y la miré.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó de nuevo Isabella.

—Eso depende. ¿Te gusta Sempere o no?

Una nube de duda le cruzó el rostro.

—No lo sé. Para empezar, es un poco mayor para mí.

—Tiene prácticamente mi edad —apunté—. Como mucho, uno o dos años más. Puede que tres.

—O cuatro o cinco.

Suspiré.

—Está en la flor de la vida. Habíamos quedado en que te gustaban maduritos.

—No se ría.

—Isabella, no soy yo quién para decirte lo que debes hacer…

—Ésa sí que es buena.

—Déjame acabar. Lo que quiero decir es que esto es algo entre Sempere hijo y tú. Si me pides mi consejo, yo te diría que le des una oportunidad. Nada más. Si uno de estos días él decide dar el primer paso y te invita, pongamos, a merendar, acepta la invitación. A lo mejor empezáis a hablar y os conocéis y acabáis siendo grandes amigos, o a lo mejor no. Pero yo creo que Sempere es un buen hombre, su interés en ti es genuino y me atrevería a decir que, si lo piensas un poco, en el fondo tú también sientes algo por él.

—Está usted cargado de manías.

—Pero Sempere no. Y creo que no respetar el afecto y la admiración que siente por ti sería mezquino. Y tú no lo eres.

—Eso es chantaje sentimental.

—No, es la vida.

Isabella me fulminó con la mirada. Le sonreí.

—Al menos haga el favor de terminarse la cena —ordenó.

Apuré mi plato, lo rebañé con pan y dejé escapar un suspiro de satisfacción.

—¿Qué hay de postre?

Después de la cena dejé a una Isabella meditabunda macerar sus dudas e inquietudes en la sala de lectura y subí al estudio de la torre. Extraje el retrato de Diego Marlasca que me había prestado Salvador y lo dejé al pie del flexo. Acto seguido eché un vistazo a la pequeña ciudadela de blocs, notas y cuartillas que había ido acumulando para el patrón. Con el frío de los cubiertos de Diego Marlasca

todavía en las manos, no me costó imaginarle sentado allí, contemplando la misma vista sobre los tejados de la Ribera. Tomé una de mis páginas al azar y empecé a leer. Reconocía las palabras y las frases porque las había compuesto yo, pero el espíritu turbio que las alimentaba se me antojaba más lejano que nunca. Dejé caer el papel al suelo y alcé la mirada para encontrar mi reflejo en el cristal de la ventana, un extraño sobre la tiniebla azul que sepultaba la ciudad. Supe que no iba a poder trabajar aquella noche, que iba a ser incapaz de hilvanar un solo párrafo para el patrón. Apagué la luz del escritorio y me quedé sentado en la penumbra, escuchando el viento arañar las ventanas e imaginando a Diego Marlasca precipitándose en llamas en las aguas del estanque mientras las últimas burbujas de aire escapaban de sus labios y el líquido helado inundaba sus pulmones.

Desperté al alba con el cuerpo dolorido y encajado en la butaca del estudio. Me levanté y escuché cómo crujían dos o tres engranajes de mi anatomía. Me arrastré hasta la ventana y la abrí de par en par. Los terrados de la ciudad vieja relucían de escarcha y un cielo púrpura se anudaba sobre Barcelona. Al sonido de las campanas de Santa María del Mar, una nube de alas negras alzó el vuelo desde un palomar. Un viento frío y cortante trajo el olor de los muelles y las cenizas de carbón que destilaban las chimeneas de la barriada.

Bajé al piso y me dirigí a la cocina a preparar café. Eché un vistazo a la alacena y me quedé atónito. Desde que tenía a Isabella en casa, mi despensa parecía el colmado Quílez en la Rambla de Catalunya. Entre el desfile de exóticos manjares importados por el colmado del padre de Isabella encontré una caja de latón con galletas inglesas recubiertas de chocolate y decidí probarlas. Media hora más tarde, una vez mis venas empezaron a bombear azúcar y cafeína, mi cerebro se puso en funcionamiento y tuve la genial ocurrencia de empezar la jornada complicando un poco más, si cabía, mi existencia. Tan pronto abriesen los comercios haría una visita a la tienda de artículos de magia y prestidigitación de la calle Princesa.

—¿Qué hace despierto a estas horas?

La voz de mi conciencia, Isabella, me observaba desde el umbral.

—Comer galletas.

Isabella se sentó a la mesa y se sirvió una taza de café. Tenía aspecto de no haber pegado ojo.

—Mi padre dice que ésa es la marca favorita de la reina madre.

—Así de hermosa está ella.

Isabella tomó una de las galletas y la mordisqueó con aire ausente.

—¿Has pensando en lo que vas a hacer? Respecto a Sempere, quiero decir…

Isabella me lanzó una mirada ponzoñosa.

—¿Y usted qué va a hacer hoy? Nada bueno, seguro.

—Un par de recados.

—Ya.

—¿Ya, ya? ¿O ya, adverbio de tiempo?

Isabella dejó la taza sobre la mesa y se encaró a mí con su aire de interrogatorio sumario.

—¿Por qué nunca habla de lo que sea que se lleva usted entre manos con ese tipo, el patrón?

—Entre otras cosas, por tu bien.

—Por mi bien. Claro. Tonta de mí. A propósito, me olvidé decirle que ayer se pasó por aquí su amigo, el inspector.

—¿Grandes? ¿Venía solo?

—No. Le acompañaban un par de matones grandes como armarios con cara de perro pachón.

La idea de Marcos y Castelo a mi puerta me produjo un nudo en el estómago.

—¿Y qué quería Grandes?

—No lo dijo.

—¿Qué dijo entonces?

—Me preguntó quién era yo.

—¿Y tú qué contestaste?

—Que era su amante.

—Muy bonito.

—Pues a uno de los grandullones pareció hacerle mucha gracia.

Isabella cogió otra galleta y la devoró en dos mordiscos. Advirtió que la estaba mirando de reojo y dejó de masticar en el acto.

—¿Qué he dicho? —preguntó, proyectando una nube de migas de galleta.

32

Un dedo de luz vaporosa caía desde el manto de nubes y encendía la pintura roja de la fachada de la tienda de artículos de magia de la calle Princesa. El establecimiento quedaba tras una marquesina de madera labrada. Las vidrieras de la puerta apenas insinuaban los contornos de un interior sombrío y vestido de cortinajes de terciopelo negro que envolvían vitrinas con máscaras e ingenios de regusto Victoriano, barajas trucadas y dagas contrapesadas, libros de magia y frascos de cristal pulido que contenían un arco iris de líquidos etiquetados en latín y probablemente embotellados en Albacete. La campanilla de la entrada anunció mi presencia. Un mostrador vacío quedaba al fondo. Esperé unos segundos, examinando la colección de curiosidades del bazar. Estaba buscando mi rostro en un espejo en el que se reflejaba toda la tienda excepto yo, cuando atisbé por el rabillo del ojo una figura menuda que asomaba tras la cortina de la trastienda.

—Un truco interesante, ¿verdad? —dijo el hombrecillo de cabello cano y mirada penetrante.

Asentí.

—¿Cómo funciona?

—Todavía no lo sé. Me llegó hace un par de días de un fabricante de espejos trucados de Estambul. El creador lo llama inversión refractaria.

—Le recuerda a uno que nada es lo que parece —apunté.

—Menos la magia. ¿En qué puedo ayudarle, caballero?

—¿Hablo con el señor Damián Roures?

El hombrecillo asintió lentamente, sin pestañear. Advertí que tenía los labios dibujados en una mueca risueña que, como su espejo, no era lo que parecía. La mirada era fría y cautelosa.

—Me han recomendado su establecimiento.

—¿Puedo preguntar quién ha sido tan amable?

—Ricardo Salvador.

La pretensión de sonrisa afable se borró de su rostro.

—No sabía que siguiera vivo. No le he visto en veinticinco años.

—¿Y a Irene Sabino?

Roures suspiró, negando por lo bajo. Rodeó el mostrador y se acercó hasta la puerta. Colgó el cartel de cerrado y echó la llave.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Martín. Estoy intentando aclarar las circunstancias que rodearon la muerte del señor Diego Marlasca, a quien tengo entendido que usted conocía.

—Que yo sepa, quedaron aclaradas hace ya muchos años. El señor Marlasca se suicidó.

—Yo lo había entendido de otra manera.

—No sé lo que le habrá contado ese policía. El resentimiento afecta a la memoria, señor… Martín. Salvador ya intentó en su día vender una conspiración de la que no tenía prueba alguna. Todos sabían que le estaba calentando la cama a la viuda Marlasca y que pretendía erigirse en héroe de la situación. Como era de esperar, sus superiores lo metieron en vereda y le expulsaron del cuerpo.

—Él cree que lo que ocurrió es que hubo un intento de ocultar la verdad.

Roures rió.

—La verdad… no me haga reír. Lo que se intentó tapar fue el escándalo. El gabinete de abogados de Valera y Marlasca tenía los dedos metidos en casi todas las ollas que se cuecen en esta ciudad. A nadie le interesaba que se destapase una historia como aquélla.

»Marlasca había abandonado su posición, su trabajo y su matrimonio para encerrarse en ese caserón a hacer sabe Dios qué. Cualquiera con dos dedos de frente podía imaginarse que aquello no acabaría bien.

—Eso no le impidió a usted y a su socio Jaco rentabilizar la locura de Marlasca prometiéndole la posibilidad de contactar con el más allá en sus sesiones de espiritismo…

—Nunca le prometí nada. Aquellas sesiones eran una simple diversión. Todos lo sabían. No pretenda endosarme el muerto, porque yo no hacía más que ganarme la vida honradamente.

—¿Y su socio Jaco?

—Yo respondo por mí mismo. Lo que hiciese Jaco no es responsabilidad mía.

—Luego hizo algo.

—¿Qué quiere que le diga? ¿Que se llevó ese dinero que Salvador se empeñaba en decir que estaba en una cuenta secreta? ¿Que mató a Marlasca y nos engañó a todos?

—¿Y no fue así?

Roures me miró largamente.

—No lo sé. No he vuelto a verle desde el día en que murió Marlasca. Ya les dije a Salvador y a los demás policías lo que sabía. Nunca mentí. Nunca mentí. Si Jaco hizo algo, nunca tuve conocimiento ni obtuve parte alguna.

—¿Qué me dice de Irene Sabino?

—Irene amaba a Marlasca. Ella nunca hubiese tramado nada para hacerle daño.

—¿Sabe qué fue de ella? ¿Vive aún?

—Creo que sí. Me dijeron que estaba trabajando en una lavandería del Raval. Irene era una buena mujer. Demasiado buena. Así ha acabado. Ella creía en aquellas cosas. Creía de corazón.

—¿Y Marlasca? ¿Qué buscaba en aquel mundo?

—Marlasca andaba metido en algo, no me pregunte el qué. Algo que ni yo ni Jaco le habíamos vendido ni podíamos venderle. Cuanto sé es lo que oí decir a Irene en una ocasión. Al parecer Marlasca había encontrado a alguien, a alguien que yo no conocía, y créame que conocía y conozco a todo el mundo en la profesión, que le había prometido que si hacía algo, no sé el qué, recuperaría a su hijo Ismael de entre los muertos.

—¿Dijo Irene quién era ese alguien?

—Ella no le había visto nunca. Marlasca no le permitía que lo viese. Pero ella sabía que él tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

Roures chasqueó la lengua.

—Marlasca creía que estaba maldito.

—Explíquese.

—Ya se lo he dicho antes. Estaba enfermo. Estaba convencido de que algo se le había metido dentro.

—¿Algo?

—Un espíritu. Un parásito. No sé. Mire, en este negocio se conoce a mucha gente que no está precisamente en sus cabales. Les sucede una tragedia personal, pierden un amante o una fortuna y se caen por el agujero. El cerebro es el órgano más frágil del cuerpo. El señor Marlasca no estaba en su sano juicio, y eso lo podía ver cualquiera que hablase durante cinco minutos con él. Por eso vino a mí.

—Y usted le dijo lo que quería oír.

—No. Yo le dije la verdad.

—¿Su verdad?

—La única que conozco. Me pareció que aquel hombre estaba seriamente desequilibrado y no quise aprovecharme de él. Esas cosas nunca acaban bien. En este negocio hay un límite que no se cruza si uno sabe lo que le conviene. Al que viene buscando diversión o un poco de emociones y consuelo del más allá, se le atiende y se le cobra por el servicio prestado. Pero al que viene a punto de perder la razón, se le envía a casa. Esto es un espectáculo como otro cualquiera. Lo que quieres son espectadores, no iluminados.

—Una ética ejemplar. ¿Qué le dijo entonces a Marlasca?

—Le dije que todo aquello eran supercherías, cuentos. Le dije que era un farsante que me ganaba la vida organizando sesiones de espiritismo para pobres infelices que habían perdido a sus seres queridos y necesitaban creer que amantes, padres y amigos los esperaban en el otro mundo. Le dije que no había nada al otro lado, sólo un gran vacío, que este mundo era cuanto teníamos. Le dije que se olvidase de los espíritus y que volviese con su familia.

—¿Y él le creyó?

—Evidentemente no. Dejó de acudir a las sesiones y buscó ayuda en otro sitio.

—¿Dónde?

—Irene había crecido en las cabañas de la playa del Bogatell y aunque había hecho fama bailando y actuando en el Paralelo, seguía perteneciendo a aquel lugar. Me contó que había llevado a Marlasca a ver a una mujer a la que llaman la Bruja del Somorrostro para pedirle protección de esa persona con la que Marlasca estaba en deuda.

—¿Mencionó Irene el nombre de esa persona?

—Si lo hizo no lo recuerdo. Ya le digo que dejaron de acudir a las sesiones.

—¿Andreas Corelli?

—No he oído nunca ese nombre.

—¿Dónde puedo encontrar a Irene Sabino?

—Ya le he dicho cuanto sé —replicó Roures, exasperado.

—Una última pregunta y me voy.

—A ver si es verdad.

—¿Recuerda haber oído mencionar a Marlasca alguna vez algo llamado *Lux Aeterna*?

Roures frunció el entrecejo, negando.

—Gracias por su ayuda.

—De nada. Y a ser posible no vuelva por aquí.

Asentí y me dirigí hacia la salida. Roures me seguía con los ojos, receloso.

—Espere —llamó antes de que cruzase el umbral de la trastienda.

Me volví. El hombrecillo me observaba, dudando.

—Creo recordar que *Lux Aeterna* era el nombre de una especie de panfleto religioso que habíamos utilizado alguna vez en las sesiones del piso de Elisabets. Formaba parte de una colección de librillos similares, probablemente prestado de la biblioteca de supercherías de la sociedad El Porvenir. No sé si será eso a lo que usted se refiere.

—¿Recuerda de qué trataba?

—Quien lo conocía mejor era mi socio, Jaco, que era quien llevaba las sesiones. Pero por lo que recuerdo, *Lux Aeterna* era un poema sobre la muerte y los siete nombres del Hijo de la Mañana, el Portador de la Luz.

—¿El Portador de la Luz?

Roures sonrió.

—Lucifer.

33

Ya en la calle, partí de regreso a casa preguntándome qué iba a hacer entonces. Me aproximaba a la boca de la calle Montcada cuando le vi. El inspector Víctor Grandes, apoyado contra el muro, saboreaba un cigarro y me sonreía. Me saludó con la mano y crucé la calle en su dirección.

—No sabía que estaba usted interesado en la magia, Martín.

—Ni yo que me siguiera usted, inspector.

—No le sigo. Es que es usted un hombre difícil de localizar y he decidido que si la montaña no venía a mí, yo iría a la montaña. ¿Tiene cinco minutos para tomar algo? Invita la Jefatura Superior de Policía.

—En ese caso… ¿No lleva hoy carabina?

—Marcos y Castelo se han quedado en Jefatura haciendo papeleo, aunque si les llego a decir que venía a verle a usted seguro que se apuntan.

Descendimos por el cañón de viejos palacios medievales hasta El Xampanyet y nos procuramos una mesa al fondo. Un camarero armado de una bayeta que apestaba a lejía nos miró y Grandes pidió un par de cervezas y una tapa de queso manchego. Cuando llegaron las cervezas y el tentempié el inspector me ofreció el plato, invitación que decliné.

—¿Le importa? A estas horas estoy que me muero de hambre.

—*Bon appétit*.

Grandes engulló un taquito de queso y se relamió con los ojos cerrados.

—¿No le dijeron que pasé ayer por su casa?

—Me dieron el recado con retraso.

—Comprensible. Oiga, qué monada, la niña. ¿Cómo se llama?

—Isabella.

—Sinvergüenza, cómo viven algunos. Le envidio. ¿Qué edad tiene el bomboncito?

Le lancé una mirada venenosa. El inspector sonrió complacido.

—Me ha dicho un pajarito que ha estado usted haciendo de detective últimamente. ¿No nos va a dejar nada a los profesionales?

—¿Cómo se llama su pajarito?

—Es más bien un pajarraco. Uno de mis superiores es íntimo del abogado Valera.

—¿Le tienen a usted también en nómina?

—Todavía no, amigo mío. Ya me conoce. Vieja escuela. El honor y todas esas mierdas.

—Pena.

—Y dígame, ¿cómo está el pobre Ricardo Salvador? ¿Sabe que hace unos veinte años que no oía ese nombre? Le daban todos por muerto.

—Un diagnóstico precipitado.

—¿Y qué tal se encuentra?

—Solo, traicionado y olvidado.

El inspector asintió lentamente.

—Le hace pensar a uno en el futuro que depara este oficio, ¿verdad?

—Apuesto que en su caso las cosas serán diferentes y el ascenso a lo más alto del cuerpo es cuestión de un par de años. Le veo de director general del cuerpo antes de los cuarenta y cinco, besando manos de obispos y capitanes generales del ejército en el desfile del día del Corpus.

Grandes asintió fríamente, ignorando el tono de sarcasmo.

—Hablando de besamanos, ¿ya ha oído lo de su amigo Vidal?

Grandes nunca empezaba una conversación sin un as escondido en la manga. Me observó sonriente, saboreando mi inquietud.

—¿El qué? —murmuré.

—Dicen que la otra noche su esposa intentó suicidarse.

—¿Cristina?

—Es verdad, usted la conoce…

No me di cuenta de que me había levantado y me temblaban las manos.

—Tranquilo. La señora Vidal está bien. Un susto, nada más. Al parecer se le fue la mano con el láudano… Haga el favor de sentarse, Martín. Por favor.

Me senté. El estómago se me encogía en un nudo de clavos.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace dos o tres días.

Me vino a la memoria la imagen de Cristina en la ventana de Villa Helius días atrás, saludándome con la mano mientras yo rehuía su mirada y le daba la espalda.

—¿Martín? —preguntó el inspector, pasando la mano por delante de mis ojos como si me temiese ido.

—¿Qué?

El inspector me observó con lo que parecía genuina preocupación.

—¿Tiene alguna cosa que contarme? Ya sé que no me va a creer, pero me gustaría ayudarle.

—¿Aún cree que fui yo quien mató a Barrido y a su socio?

Grandes negó.

—Yo nunca lo he creído, pero a otros les gustaría hacerlo.

—¿Entonces por qué me está investigando?

—Tranquilícese. No le estoy investigando, Martín. Nunca le he investigado. El día que le investigue se dará cuenta. De momento le observo. Porque me cae usted bien y me preocupa que se vaya a meter en un lío. ¿Por qué no confía en mí y me dice qué está pasando?

Nuestras miradas se encontraron y por un instante me sentí tentado de contárselo todo. Lo habría hecho, si hubiese sabido por dónde empezar.

—No está pasando nada, inspector.

Grandes asintió y me miró con lástima, o quizá sólo fuese decepción. Apuró su cerveza y dejó unas monedas en la mesa. Me dio una palmada en la espalda y se levantó.

—Cuídese, Martín. Y vigile dónde pisa. No todo el mundo le tiene el mismo aprecio que yo.

—Lo tendré en cuenta.

Era casi mediodía cuando volví a casa sin poder apartar el pensamiento de lo que me había contado el inspector. Al llegar a la casa de la torre, ascendí los peldaños de la escalinata lentamente, como si me pesara hasta el alma. Abrí la puerta del piso, temiendo encontrarme con una Isabella con ganas de conversación. La casa estaba en silencio. Recorrí el pasillo hasta la galería del fondo y allí la encontré, dormida en el sofá con un libro abierto sobre el pecho, una de mis viejas novelas. No pude evitar sonreír. La temperatura en el interior de la casa había descendido sensiblemente en aquellos días de otoño y temí que Isabella pudiera coger frío. A veces la veía andar por la casa envuelta en un manto de lana que se colocaba sobre los hombros. Me dirigí un momento a su habitación para buscarlo y colocárselo por encima con sigilo. Su puerta estaba entreabierta y, aunque estaba en mi propia casa, lo cierto es que no había entrado en aquel dormitorio desde que Isabella se había instalado allí, y tuve cierto reparo en hacerlo ahora. Avisté el mantón doblado sobre una silla y entré a por él. La habitación olía a aquel aroma dulce y alimonado de Isabella. El lecho estaba todavía deshecho y me incliné para alisar las sábanas y las mantas porque me constaba que cuando me entregaba a alguna de estas tareas domésticas mi categoría moral ganaba puntos a ojos de mi ayudante.

Fue entonces cuando advertí que había algo encajado entre el colchón y el somier. Una punta de papel asomaba bajo el doblez de la sábana. Cuando tiré de ella comprobé que se trataba de un pliego de papel. Lo extraje completamente y sostuve en mis manos lo que parecía una veintena de sobres de papel azul anudados con una cinta. Sentí que me invadía una sensación de frío, pero negué para mis adentros. Deshice el nudo de la cinta y tomé uno de los sobres. Llevaba mi nombre y dirección. El remite decía sencillamente *Cristina*.

Me senté en el lecho de espaldas a la puerta y examiné los remites, uno a uno. El primero tenía varias semanas, el último, tres días. Todos los sobres estaban abiertos. Cerré los ojos y sentí que las cartas se me caían de las manos. La oí respirar a mi espalda, inmóvil en el umbral.

—Perdóneme —murmuró Isabella.

Se acercó lentamente y se arrodilló a recoger las cartas, una a una. Cuando las

hubo reunido todas en un pliego me las tendió con una mirada herida.

—Lo hice para protegerle —dijo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y me posó la mano en un hombro.

—Vete —dije.

La aparté de mí y me incorporé. Isabella se dejó caer al suelo, gimiendo como si algo la quemase por dentro.

—Vete de esta casa.

Salí del piso sin molestarme en cerrar la puerta a mi espalda. Llegué a la calle y me enfrenté a un mundo de fachadas y rostros extraños y lejanos. Eché a andar sin rumbo, ajeno al frío y a aquel viento prendido de lluvia que empezaba a azotar la ciudad con el aliento de una maldición.

34

El tranvía se detuvo a las puertas de la torre de Bellesguard, donde la ciudad moría al pie de la colina. Me encaminé hacia las puertas del cementerio de San Gervasio siguiendo el sendero de luz amarillenta que las luces del tranvía taladraban en la lluvia. Los muros del camposanto se alzaban a una cincuentena de metros en una fortaleza de mármol sobre la que emergía un enjambre de estatuas del color de la tormenta. A la entrada del recinto encontré una garita donde un vigilante envuelto en un abrigo se calentaba las manos al aliento de un brasero. Al verme aparecer de entre la lluvia se levantó sobresaltado. Me examinó unos segundos antes de abrir la portezuela.

—Busco el panteón de la familia Marlasca.

—Oscurecerá en menos de media hora. Mejor que vuelva otro día.

—Cuanto antes me diga dónde está, antes me iré.

El vigilante consultó un listado y me mostró la ubicación señalando con un dedo sobre un mapa del recinto que pendía de la pared. Me alejé sin darle las gracias. No me resultó difícil encontrar el panteón entre la ciudadela de tumbas y mausoleos que se arremolinaban dentro de los muros del camposanto. La estructura quedaba situada en una peana de mármol. De estilo modernista, el panteón describía una suerte de arco formado por dos grandes escalinatas dispuestas a modo de anfiteatro que ascendían a una galería sostenida por columnas en cuyo interior se abría un atrio flanqueado de lápidas. La galería estaba coronada por una cúpula en la cima de la cual se levantaba una figura de mármol ennegrecido. Su rostro quedaba oculto por un velo, pero al aproximarse al panteón uno tenía la impresión de que aquel centinela de ultratumba iba girando la cabeza para seguirle con los ojos. Ascendí por una de las escalinatas y al llegar a la entrada de la galería me detuve a mirar atrás. Las luces de la ciudad se entreveían en la lluvia, lejanas.

Me adentré en la galería. La estatua de una figura femenina abrazada a un crucifijo en actitud de súplica se erguía en el centro. Su rostro había sido desfigurado a golpes y alguien había pintado de negro los ojos y los labios, confiriéndole un aspecto lobuno. Aquél no era el único signo de profanación del panteón. Las lápidas mostraban lo que parecían marcas o arañazos realizados con algún objeto punzante, y algunas habían sido marcadas con dibujos obscenos y palabras que apenas podían leerse en la penumbra. La tumba de Diego Marlasca quedaba al fondo. Me aproximé a ella y posé la mano sobre la lápida. Extraje el retrato de Marlasca que Salvador me había entregado y lo examiné.

Fue entonces cuando escuché los pasos en la escalinata que ascendía al panteón.

Guardé el retrato en el abrigo y me encaré hacia la entrada a la galería. Los pasos se habían detenido y no se oía más que la lluvia golpeando sobre el mármol. Me aproximé lentamente hasta la entrada y me asomé. La silueta estaba de espaldas, contemplando la ciudad a lo lejos. Era una mujer vestida de blanco que llevaba la cabeza cubierta con un manto. Se volvió lentamente y me miró. Sonreía. Pese a los años la reconocí al instante. Irene Sabino. Di un paso hacia ella y sólo entonces comprendí que había alguien más a mi espalda. El impacto en la nuca proyectó un espasmo de luz blanca. Sentí que caía de rodillas. Un segundo más tarde me desplomé sobre el mármol encharcado. Una silueta oscura se recortaba en la lluvia. Irene se arrodilló a mi lado. Sentí su mano rodearme la cabeza y palpar el lugar donde había recibido el golpe. Vi cómo sus dedos emergían impregnados de sangre. Me acarició el rostro con ellos. Lo último que vi antes de perder el sentido fue cómo Irene Sabino extraía una navaja de afeitar y la desplegaba lentamente, gotas plateadas de lluvia deslizándose por el filo mientras la acercaba hacia mí.

Abrí los ojos al resplandor cegador del farol de aceite. El rostro del vigilante me observaba sin expresión alguna. Intenté pestañear mientras una llamarada de dolor me atravesaba el cráneo desde la nuca.

—¿Está vivo? —preguntó el vigilante, sin especificar si la cuestión iba dirigida a mí o era meramente retórica.

—Sí —gemí—. No se le ocurra meterme en un agujero.

El vigilante me ayudó a enderezarme. Cada centímetro me costaba una punzada en la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—Usted sabrá. Hace ya una hora que tendría que haber cerrado, pero al no verle me he acercado hasta aquí a ver qué pasaba y me lo he encontrado durmiendo la mona.

—¿Y la mujer?

—¿Qué mujer?

—Eran dos.

—¿Dos mujeres?

Suspiré, negando.

—¿Puede ayudarme a levantarme?

Con ayuda del vigilante conseguí incorporarme. Fue entonces cuando sentí el escozor y advertí que tenía la camisa abierta. Varias líneas de cortes superficiales me recorrían el pecho.

—Oiga, eso no tiene buena pinta…

Me cerré el abrigo y al hacerlo palpé en el bolsillo interior. El retrato de Marlasca había desaparecido.

—¿Tiene usted teléfono en la garita?

—Sí, está en la sala de los baños turcos.

—¿Puede al menos ayudarme a llegar a la torre de Bellesguard para que pueda pedir un coche desde allí?

El vigilante maldijo y me sujetó por debajo de los hombros.

—Ya le dije que volviese otro día —dijo resignado.

35

Faltaban apenas unos minutos para la medianoche cuando llegué finalmente a la casa de la torre. Tan pronto abrí la puerta supe que Isabella se había marchado. El sonido de mis pasos en el pasillo tenía otro eco. No me molesté en encender la luz. Me adentré en la casa en penumbra y asomé a la que había sido su habitación. Isabella había limpiado y ordenado el cuarto. Las sábanas y mantas estaban nítidamente dobladas sobre una silla, el colchón desnudo. Su olor todavía flotaba en el aire. Fui hasta la galería y me senté al escritorio que mi ayudante había utilizado. Isabella había sacado punta a los lápices y los había dispuesto pulcramente en un vaso. El montón de cuartillas en blanco estaba nítidamente apilada en una bandeja. El juego de plumines que le había obsequiado reposaba en un extremo de la mesa. La casa nunca me había parecido tan vacía.

En el baño me desprendí de las ropas empapadas y me coloqué un apósito con alcohol en la nuca. El dolor había menguado hasta quedar en un latido sordo y una sensación general no muy diferente a una resaca monumental. En el espejo, los cortes que tenía en el pecho parecían líneas trazadas con una pluma. Eran cortes limpios y superficiales, pero escocían de lo lindo. Los limpié con alcohol y confié en que no se infectaran. Me metí en la cama y me tapé hasta el cuello con dos o tres mantas. Las únicas partes del cuerpo que no me dolían eran las que el frío y la lluvia habían entumecido hasta privarlas de sensación alguna. Esperé a entrar en calor, escuchando aquel silencio frío, un silencio de ausencia y vacío que ahogaba la casa. Antes de marcharse, Isabella había dejado el pliego de sobres con las cartas de Cristina sobre la mesita de noche. Alargué la mano y extraje una al azar, fechada dos semanas antes.

Querido David:

Pasan los días y yo sigo escribiéndote cartas que supongo prefieres no contestar, si es que llegas a abrirlas. He empezado a pensar que las escribo sólo para mí, para matar la soledad y para creer por un instante que te tengo cerca. Todos los días me pregunto qué será de ti, y qué estarás haciendo.

A veces pienso que te has marchado de Barcelona para no volver y te imagino en algún lugar rodeado de extraños, empezando una nueva vida que nunca conoceré. Otras pienso que aún me odias, que destruyes estas cartas y desearías no haberme conocido jamás. No te culpo. Es curioso lo fácil que es contarle a solas a un trozo de papel lo que no te atreves a decir a la cara.

Las cosas no son fáciles para mí. Pedro no podría ser más bueno y comprensivo conmigo, tanto que a veces me irrita su paciencia y su voluntad por hacerme feliz,

que sólo hace que me sienta miserable. Pedro me ha enseñado que tengo el corazón vacío, que no merezco que nadie me quiera. Pasa casi todo el día conmigo. No me quiere dejar sola. Sonrío todos los días y comparto su lecho. Cuando me pregunta si le quiero le digo que sí, y cuando veo la verdad reflejada en sus ojos desearía morirme. Nunca me lo echa en cara. Habla mucho de ti. Te extraña. Tanto que a veces pienso que a quien más quiere en este mundo es a ti. Le veo hacerse mayor, a solas, con la peor de las compañías, la mía. No pretendo que me perdones, pero si algo deseo en este mundo es que le perdones a él. Yo no valgo el precio de negarle tu amistad y tu compañía.

Ayer acabé de leer uno de tus libros. Pedro los tiene todos y yo los he ido leyendo porque es el único modo en que siento que estoy contigo. Era una historia triste y extraña, de dos muñecos rotos y abandonados en un circo ambulante que por el espacio de una noche cobraban vida sabiendo que iban a morir al amanecer. Leyéndola me pareció que escribías sobre nosotros.

Hace unas semanas soñé que volvía a verte, que nos cruzábamos en la calle y no te acordabas de mí. Me sonreías y me preguntabas cómo me llamaba. No sabías nada de mí. No me odiabas. Todas las noches, cuando Pedro se duerme a mi lado, cierro los ojos y le ruego al cielo o al infierno que me permita volver a soñar lo mismo. Mañana, o tal vez pasado, te escribiré otra vez para decirte que te quiero, aunque eso no signifique nada para ti.

CRISTINA

Dejé caer la carta al suelo, incapaz de seguir leyendo. Mañana sería otro día, me dije. Difícilmente peor que aquél. Poco imaginaba yo que las delicias de aquella jornada no habían hecho sino empezar. Debía de haber conseguido dormir un par de horas a lo sumo cuando desperté de súbito en medio de la madrugada. Alguien estaba golpeando con fuerza en la puerta del piso. Permanecí unos segundos aturdido en la oscuridad, buscando el cable del interruptor de la luz. De nuevo, los golpes en la puerta. Prendí la luz, salí de la cama y me acerqué hasta la entrada. Corrí la mirilla. Tres rostros en la penumbra del rellano. El inspector Grandes y, tras él, Marcos y Castelo. Los tres escrutando fijamente la mirilla. Respiré hondo un par de veces antes de abrir.

—Buenas noches, Martín. Disculpe la hora.

—¿Y qué hora se supone que es?

—Hora de mover el culo, hijo de puta —masculló Marcos, arrancando una sonrisa a Castelo con la que podría haberme afeitado.

Grandes les lanzó una mirada reprobatoria y suspiró.

—Algo más de las tres de la madrugada —dijo—. ¿Puedo pasar?

Suspiré con fastidio pero asentí, cediéndole el paso. El inspector hizo una seña a sus hombres para que esperasen en el rellano. Marcos y Castelo asintieron a regañadientes y me dedicaron una mirada reptil. Les cerré la puerta en las narices.

—Debería andarse usted con más cuidado con esos dos —dijo Grandes mientras se adentraba por el pasillo a sus anchas.

—Por favor, como si estuviese usted en su casa… —dije.

Volví al dormitorio y me vestí de mala manera con lo primero que encontré, que fueron ropas sucias apiladas sobre una silla. Cuando salí al corredor no había señal de Grandes.

Crucé el pasillo hasta la galería y lo encontré allí, contemplando las nubes bajas reptando sobre los terrados a través de los ventanales.

—¿Y el bomboncito? —preguntó.

—En su casa.

Grandes se volvió sonriente.

—Hombre sabio, no las tiene a pensión completa —dijo señalando una butaca—. Siéntese.

Me dejé caer en el sillón. Grandes se quedó en pie, mirándome fijamente.

—¿Qué? —pregunté finalmente.

—Tiene mal aspecto, Martín. ¿Se ha metido en alguna pelea?

—Me he caído.

—Ya. Tengo entendido que hoy ha visitado usted la tienda de artículos de magia propiedad del señor Damián Roures en la calle Princesa.

—Usted me ha visto salir de ella este mediodía. ¿A qué viene esto?

Grandes me observaba fríamente.

—Coja un abrigo y una bufanda o lo que sea. Hace frío. Vamos a la comisaría.

—¿Para qué?

—Haga lo que le digo.

Un coche de Jefatura nos esperaba en el paseo del Born. Marcos y Castelo me metieron en la cabina sin excesiva delicadeza y procedieron a apostarse uno a cada lado, apretujándome en el medio.

—¿Va cómodo el señorito? —preguntó Castelo hundiéndome el codo en las costillas.

El inspector se sentó al frente, junto al conductor. Ninguno de ellos despegó los labios en los cinco minutos que tardamos en recorrer una Vía Layetana desierta y sepultada en una niebla ocre. Al llegar a la Comisaría Central, Grandes bajó del coche y se dirigió al interior sin esperar. Marcos y Castelo me asieron cada uno de un brazo como si quisieran pulverizarme los huesos y me arrastraron por un laberinto de escaleras, pasillos y celdas hasta un cuarto sin ventanas que olía a sudor y orina. En el centro había una mesa de madera carcomida y dos sillas tronadas. Una bombilla desnuda pendía del techo y había una rejilla de desagüe en el centro de la habitación en el punto en que convergían las dos ligeras pendientes que formaban la superficie del suelo. Hacía un frío atroz. Antes de que me diera cuenta, la puerta se cerró con fuerza a mi espalda. Oí pasos que se alejaban. Di doce vueltas a aquella mazmorra hasta abandonarme a una de las sillas que se tambaleaba. Durante la siguiente hora,

amén de mi respiración, el crujido de la silla y el eco de una gotera que no pude ubicar, no oí un solo sonido más.

Una eternidad más tarde percibí el eco de pasos acercándose y al poco la puerta se abrió. Marcos se asomó al interior de la celda, sonriente. Sostuvo la puerta y dio paso a Grandes, que entró sin posar sus ojos en mí y tomó asiento en la silla al otro lado de la mesa. Asintió a Marcos y éste cerró la puerta, no sin antes lanzarme un beso silencioso al aire y guiñarme un ojo. El inspector se tomó unos buenos treinta segundos antes de dignarse mirarme a la cara.

—Si quería impresionarme ya lo ha conseguido, inspector.

Grandes hizo caso omiso de mi ironía y me clavó la mirada como si no me hubiese visto jamás en toda su vida.

—¿Qué sabe usted de Damián Roures? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—No mucho. Que es dueño de una tienda de artículos de magia. De hecho no sabía nada de él hasta hace unos días, cuando Ricardo Salvador me habló de él. Hoy, o ayer, porque ya no sé ni qué hora es, le fui a ver en busca de información sobre el anterior residente en la casa en la que vivo. Salvador me indicó que Roures y el antiguo propietario…

—Marlasca.

—Sí, Diego Marlasca. Como digo, Salvador me contó que Roures y él habían tenido tratos años atrás. Le formulé algunas preguntas y él las respondió como pudo o como supo. Y poco más.

Grandes asintió repetidamente.

—¿Ésa es su historia?

—No sé. ¿Cuál es la suya? Comparemos y a lo mejor acabo por entender qué carajo hago en mitad de la noche congelándome en un sótano que huele a mierda.

—No me levante la voz, Martín.

—Disculpe, inspector, pero creo que al menos podría dignarse decirme qué hago aquí.

—Le diré lo que hace usted aquí. Hace unas tres horas, un vecino de la finca donde está ubicado el establecimiento del señor Roures volvía tarde a casa cuando ha encontrado que la puerta de la tienda estaba abierta y las luces encendidas. Al extrañarle, ha entrado y, al no ver al dueño ni responder éste a sus llamadas, se ha dirigido a la trastienda donde lo ha encontrado atado con alambre de pies y manos en una silla sobre un charco de sangre.

Grandes dejó una larga pausa que dedicó a taladrarme con los ojos. Supuse que había algo más. Grandes siempre dejaba un golpe de efecto para el final.

—¿Muerto? —pregunté.

Grandes asintió.

—Bastante. Alguien se había entretenido en arrancarle los ojos y cortarle la lengua con unas tijeras. El forense supone que murió ahogado en su propia sangre una media hora después.

Sentí que me faltaba el aire. Grandes caminaba a mi alrededor. Se detuvo a mi espalda y le oí encender un cigarrillo.

—¿Cómo se ha dado ese golpe? Se ve reciente.

—He resbalado en la lluvia y me he dado en la nuca.

—No me trate de imbécil, Martín. No le conviene. ¿Prefiere que le deje un rato con Marcos y Castelo, a ver si le enseñan buenas maneras?

—Está bien. Me han dado un golpe.

—¿Quién?

—No lo sé.

—Esta conversación empieza a aburrirme, Martín.

—Pues imagínese a mí.

Grandes se sentó de nuevo frente a mí y me ofreció una sonrisa conciliatoria.

—¿No creerá usted que yo he tenido algo que ver con la muerte de ese hombre?

—No, Martín. No lo creo. Lo que creo es que no me está usted contando la verdad y que de alguna manera la muerte de este pobre infeliz está relacionada con su visita. Como la de Barrido y Escobillas.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Llámelo una corazonada.

—Ya le dicho lo que sé.

—Ya le he advertido que no me tome por imbécil, Martín. Marcos y Castelo están ahí fuera esperando una oportunidad de conversar con usted a solas. ¿Es eso lo que quiere?

—No.

—Entonces ayúdeme a sacarle de ésta y enviarle a casa antes de que se le enfríen las sábanas.

—¿Qué quiere oír?

—La verdad, por ejemplo.

Empujé la silla hacia atrás y me levanté, exasperado. Tenía el frío clavado en los huesos y la sensación de que la cabeza me iba a estallar. Empecé a caminar en círculos alrededor de la mesa, escupiendo las palabras al inspector como si fuesen piedras.

—¿La verdad? Le diré la verdad. La verdad es que no sé cuál es la verdad. No sé qué contarle. No sé por qué fui a ver a Roures, ni a Salvador. No sé qué estoy buscando ni lo que me está sucediendo. Ésa es la verdad.

Grandes me observaba estoico.

—Deje de dar vueltas y siéntese. Me está mareando.

—No me da la gana.

—Martín, lo que me dice usted y nada es lo mismo. Sólo le pido que me ayude

para que yo pueda ayudarle a usted.

—Usted no podría ayudarme aunque quisiera.

—¿Quién puede entonces?

Volví a caer en la silla.

—No lo sé… —murmuré.

Me pareció ver un asomo de lástima, o quizá sólo fuera cansancio, en los ojos del inspector.

—Mire, Martín. Volvamos a empezar. Hagámoslo a su manera. Cuénteme una historia. Empiece por el principio.

Lo miré en silencio.

—Martín, no crea que porque me caiga usted bien no voy a hacer mi trabajo.

—Haga lo que tenga que hacer. Llame a Hansel y Gretel si le apetece.

En aquel instante advertí una punta de inquietud en su rostro. Se aproximaban pasos por el corredor y algo me dijo que el inspector no los esperaba. Se escucharon unas palabras y Grandes, nervioso, se acercó a la puerta. Golpeó con los nudillos tres veces y Marcos, que la custodiaba, abrió. Un hombre vestido con un abrigo de piel de camello y un traje a juego entró en la sala, miró alrededor con cara de disgusto y luego me dedicó una sonrisa de infinita dulzura mientras se quitaba los guantes con parsimonia. Le observé, atónito, reconociendo al abogado Valera.

—¿Está usted bien, señor Martín? —preguntó.

Asentí. El letrado guió al inspector a un rincón. Les oí murmurar. Grandes gesticulaba con furia contenida. Valera le observaba fríamente y negaba. La conversación se prolongó casi un minuto. Finalmente Grandes resopló y dejó caer las manos.

—Recoja la bufanda, señor Martín, que nos vamos —indicó Valera—. El inspector ya ha terminado con sus preguntas.

A su espalda, Grandes se mordió los labios fulminando con la mirada a Marcos, que se encogió de hombros. Valera, sin aflojar la sonrisa amable y experta, me tomó del brazo y me sacó de aquella mazmorra.

—Confío en que el trato recibido por parte de estos agentes haya sido correcto, señor Martín.

—Sí —atiné a balbucear.

—Un momento —llamó Grandes a nuestras espaldas.

Valera se detuvo e, indicándome con un gesto que me callase, se volvió.

—Cualquier cuestión que tenga usted para el señor Martín la puede dirigir a nuestro despacho donde se le atenderá con mucho gusto. Entretanto, y a menos que disponga usted de alguna causa mayor para retener al señor Martín en estas dependencias, por hoy nos retiraremos deseándole muy buenas noches y agradeciéndole su gentileza, que tendré a bien mencionar a sus superiores, en especial el inspector jefe Salgado, que como usted sabe es un gran amigo.

El sargento Marcos hizo ademán de adelantarse hacia nosotros, pero el inspector

le retuvo. Crucé una última mirada con él antes de que Valera me asiera de nuevo del brazo y tirase de mí.

—No se detenga —murmuró.

Recorrimos el largo pasillo flanqueado por luces mortecinas hasta unas escaleras que nos condujeron a otro largo corredor para llegar a una portezuela que daba al vestíbulo de la planta baja y a la salida, donde nos esperaba un Mercedes-Benz con el motor en marcha y un chófer que tan pronto vio a Valera nos abrió la portezuela. Entré y me acomodé en la cabina. El automóvil disponía de calefacción y los asientos de piel estaban tibios. Valera se sentó a mi lado y, con un golpe en el cristal que separaba la cabina del compartimento del conductor, le indicó que emprendiera la marcha. Una vez el coche hubo arrancado y se alineó en el carril central de la Vía Layetana, Valera me sonrió como si tal cosa y señaló a la niebla que se apartaba a nuestro paso como maleza.

—Una noche desapacible, ¿verdad? —preguntó casualmente.

—¿Adónde vamos?

—A su casa, por supuesto. A menos que prefiera usted ir a un hotel o…

—No. Está bien.

El coche descendía por la Vía Layetana lentamente. Valera observaba las calles desiertas con desinterés.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté finalmente.

—¿Qué le parece que estoy haciendo? Representarle y velar por sus intereses.

—Dígale al conductor que pare el coche —dije.

El chófer buscó la mirada de Valera en el espejo retrovisor. Valera negó y le indicó que siguiera.

—No diga tonterías, señor Martín. Es tarde, hace frío y le acompaño a su casa.

—Prefiero ir a pie.

—Sea razonable.

—¿Quién le ha enviado?

Valera suspiró y se frotó los ojos.

—Tiene usted buenos amigos, Martín. En la vida es importante tener buenos amigos y sobre todo saber mantenerlos —dijo—. Tan importante como saber cuándo uno se empecina en seguir por un camino erróneo.

—¿No será ese camino el que pasa por Casa Marlasca, en el número 13 de la carretera de Vallvidrera?

Valera sonrió pacientemente, como si estuviera reprendiendo con afecto a un niño díscolo.

—Señor Martín, créame cuando le digo que cuanto más alejado se mantenga de esa casa y de este asunto, mejor para usted. Acépteme aunque sólo sea ese consejo.

El chófer torció por el paseo de Colón y fue a buscar la entrada al paseo del Born por la calle Comercio. Los carromatos de carne y pescado, de hielo y especias, se empezaban a apilar frente al gran recinto del mercado. A nuestro paso cuatro mozos

descargaban la carcasa de una ternera abierta en canal dejando un rastro de sangre y vapor que podía olerse en el aire.

—Un barrio lleno de encanto y vistas pintorescas el suyo, señor Martín.

El chófer se detuvo al pie de Flassaders y descendió del coche para abrirnos la puerta. El abogado se apeó conmigo.

—Le acompaño hasta el portal —dijo.

—Van a pensar que somos novios.

Nos adentramos en el cañón de sombras del callejón rumbo a mi casa. Al llegar al portal, el abogado me ofreció la mano con cortesía profesional.

—Gracias por sacarme de ese lugar.

—No me lo agradezca a mí —respondió Valera, extrayendo un sobre del bolsillo interior de su abrigo.

Reconocí el sello del ángel sobre el lacre incluso en la penumbra que goteaba del farol que pendía del muro sobre nuestras cabezas. Valera me tendió el sobre y, con un último asentimiento, se alejó de regreso al coche que le estaba esperando. Abrí el portal y ascendí las escalinatas hasta el rellano del piso. Al entrar fui directo al estudio y deposité el sobre en el escritorio. Lo abrí y extraje la cuartilla doblada sobre la caligrafía del patrón.

Amigo Martín:

Confío y deseo que esta nota le encuentre en buen estado de salud y ánimo. Se da la circunstancia de que estoy de paso en la ciudad y me complacería mucho poder disfrutar de su compañía este viernes a las siete de la tarde en la sala de billares del Círculo Ecuestre para comentar el progreso de nuestro proyecto.

Hasta entonces le saluda con afecto su amigo,

ANDREAS CORELLI

Doblé de nuevo la cuartilla y la introduje cuidadosamente en el sobre. Encendí un fósforo y sosteniendo por una esquina el sobre lo acerqué a la llama. Lo contemplé arder hasta que el lacre prendió en lágrimas escarlata que se derramaron sobre el escritorio y mis dedos quedaron cubiertos de cenizas.

—Váyase al infierno —murmuré mientras la noche, más oscura que nunca, se desplomaba tras los cristales.

36

Esperé un amanecer que no llegaba sentado en la butaca del estudio hasta que me pudo la rabia y salí a la calle dispuesto a desafiar la advertencia del abogado Valera. Soplaba aquel frío cortante que precede al alba en invierno. Al cruzar el paseo del Born me pareció oír pasos a mi espalda. Me volví un instante, pero no pude ver a nadie excepto a los mozos del mercado que descargaban los carromatos y continué mi camino. Al llegar a la plaza Palacio, avisté las luces del primer tranvía del día esperando entre la neblina que reptaba desde las aguas del puerto. Serpientes de luz azul chispeaban sobre la catenaria. Abordé el tranvía y me senté al frente. El mismo revisor de la otra vez me cobró el billete. Una docena de pasajeros fue goteando poco a poco, todos solos. A los pocos minutos, el tranvía arrancó e iniciamos el trayecto mientras en el cielo se extendía una red de capilares rojizos entre nubes negras. No hacía falta ser un poeta o un sabio para saber que iba a ser un mal día.

Para cuando llegamos a Sarrià, el día había amanecido con una luz gris y mortecina que impedía apreciar los colores. Ascendí por las callejuelas solitarias del barrio en dirección a la falda de la montaña. A ratos me pareció volver a escuchar pasos tras de mí, pero cada vez que me detenía y miraba a mi espalda no había nadie. Finalmente llegué hasta la boca del callejón que conducía a Casa Marlasca y me abrí camino entre el manto de hojarasca que crujía a mis pies. Crucé el patio lentamente y ascendí los escalones hasta la puerta principal, escrutando los ventanales de la fachada. Tiré del llamador tres veces y me retiré unos pasos. Esperé un minuto sin obtener respuesta alguna y llamé de nuevo. Oí el eco de los golpes perderse en el interior de la casa.

—¿Buenos días? —llamé.

La arboleda que envolvía la finca pareció absorber el eco de mi voz. Rodeé la casa hasta el pabellón que albergaba la piscina y me aproximé a la galería acristalada. Las ventanas quedaban oscurecidas por postigos de madera entornados que impedían ver el interior. Una de las ventanas junto a la puerta de cristal que cerraba la galería estaba entreabierta. El pestillo que aseguraba la puerta podía verse a través del cristal. Introduje el brazo por la ventana entreabierta y liberé el pestillo de la cerradura. La puerta cedió con un sonido metálico. Miré a mi espalda una vez más, asegurándome de que no había nadie, y entré.

A medida que mis ojos se ajustaban a la penumbra, empecé a adivinar los contornos de la sala. Me acerqué a los ventanales y entreabrí los postigos para ganar algo de claridad. Un abanico de cuchillas de luz atravesó la tiniebla y dibujó el perfil de la cámara.

—¿Hay alguien? —llamé.

Escuché el sonido de mi voz hundirse en las entrañas de la casa como una moneda cayendo en un pozo sin fondo. Me dirigí hacia el extremo de la sala donde un arco de madera labrada daba paso a un corredor oscuro flanqueado por cuadros que apenas podían verse sobre los muros de terciopelo. Al otro extremo se abría un gran salón circular con suelos de mosaico y un mural de cristal esmaltado en el que se distinguía la figura de un ángel blanco con un brazo extendido y dedos de fuego. Una gran escalinata de piedra ascendía en una espiral que rodeaba la sala. Me detuve al pie de la escalera y llamé de nuevo.

—¿Buenos días? ¿Señora Marlasca?

La casa estaba sumida en un silencio absoluto y el eco mortecino se llevaba mis palabras. Ascendí por la escalera hasta el primer piso y me detuve en el rellano desde el que se podía contemplar el salón y el mural. Desde allí pude ver el rastro que mis pasos habían dejado en la película de polvo que cubría el suelo. Aparte de mis pisadas, el único signo de paso que pude advertir era una suerte de pasillo trazado sobre el polvo por dos líneas continuas separadas por dos o tres palmos y un rastro de pisadas entre ellas. Pisadas grandes.

Observé aquellas marcas, desorientado, hasta que comprendí lo que estaba viendo. El paso de una silla de ruedas y las huellas de quien la empujaba. Me pareció oír un ruido a mi espalda y me volví. Una puerta entreabierta en el extremo de un pasillo se balanceaba levemente. Un vaho de aire frío provenía de allí. Me aproximé lentamente hacia la puerta. Mientras lo hacía eché un vistazo en las habitaciones que quedaban a ambos lados. Eran dormitorios cuyos muebles estaban cubiertos con lienzos y sábanas. Las ventanas cerradas y una penumbra densa sugerían que no habían sido utilizados en mucho tiempo, a excepción de una cámara más amplia que las demás, un dormitorio de matrimonio. Entré en aquella habitación y comprobé que olía a esa rara mezcla de perfume y enfermedad que acompaña a las personas ancianas. Supuse que aquélla era la habitación de la viuda Marlasca, pero no había signos de su presencia. La cama estaba hecha con pulcritud. Frente al lecho había una cómoda sobre la que reposaban una serie de retratos enmarcados. En todos ellos aparecía, sin excepción, un niño de cabello claro y expresión risueña. Ismael Marlasca. En algunas imágenes aparecía posando con su madre o con otros niños. No había rastro de Diego Marlasca en ninguna de aquellas fotografías.

El ruido de una puerta en el pasillo me sobresaltó de nuevo y salí del dormitorio dejando los retratos como los había encontrado. La entrada de la habitación que quedaba en el extremo del pasillo seguía meciéndose. Me dirigí hacia allí y me

detuve un instante antes de entrar. Respiré hondo y abrí la puerta.

Todo era blanco. Las paredes y el techo estaban pintados de blanco inmaculado. Cortinas de seda blancas. Un lecho pequeño cubierto de lienzos blancos. Una alfombra blanca. Estanterías y armarios blancos. Después de la penumbra que reinaba en toda la casa, aquel contraste me nubló la vista durante unos segundos. La estancia parecía sacada de una visión de ensueño, una fantasía de cuento de hadas. Había juguetes y libros de cuentos en los estantes. Un arlequín de porcelana de tamaño real estaba sentado frente a un tocador, mirándose al espejo. Un móvil de aves blancas pendía del techo. A simple vista parecía la habitación de un niño consentido, Ismael Marlasca, pero tenía el aire opresivo de una cámara mortuoria.

Me senté sobre el lecho y suspiré. Sólo entonces advertí que había algo allí que parecía fuera de lugar. Empezando por el olor. Un hedor dulzón flotaba en el aire. Me incorporé y miré a mi alrededor. Sobre una cajonera había un plato de porcelana con una vela de color negro, la cera caída en un racimo de lágrimas oscuras. Me volví. El olor parecía provenir de la cabecera de la cama. Abrí el cajón de la mesita de noche y encontré un crucifijo quebrado en tres partes. Sentí el hedor más próximo. Di un par de vueltas por la habitación, pero fui incapaz de encontrar la fuente de aquel olor. Fue entonces cuando lo vi. Había algo debajo de la cama. Me arrodillé y miré bajo el lecho. Una caja de latón, como la que los niños emplean para guardar sus tesoros de infancia. Saqué la caja y la coloqué encima del lecho. El hedor ahora era mucho más claro y penetrante. Ignoré la náusea y abrí la caja. En el interior había una paloma blanca con el corazón atravesado por una aguja. Di un paso atrás, tapándome la boca y la nariz, y retrocedí hasta el pasillo. Los ojos del arlequín con su sonrisa de chacal me observaban desde el espejo. Corrí de regreso a la escalinata y me lancé escaleras abajo, buscando el corredor que conducía a la sala de lectura y la puerta que había conseguido abrir en el jardín. En algún momento creí que me había perdido y que la casa, como una criatura capaz de desplazar sus pasillos y salones a voluntad, no quería dejarme escapar. Finalmente avisté la galería acristalada y corrí hacia la puerta. Sólo entonces, mientras forcejeaba con el cerrojo, escuché aquella risa maliciosa a mi espalda y supe que no estaba solo en la casa. Me volví un instante y pude apreciar una silueta oscura que me observaba desde el fondo del pasillo portando un objeto reluciente en la mano. Un cuchillo.

La cerradura cedió bajo mis manos y abrí la puerta de un empujón. El impulso me hizo caer de bruces sobre las losas de mármol que rodeaban la piscina. Mi rostro quedó a apenas un palmo de la superficie y sentí el hedor de las aguas corrompidas. Por un instante escruté la tiniebla que se entreveía en el fondo de la piscina. Un claro se abrió entre las nubes y la luz del sol se deslizó a través de las aguas, barriendo el

fondo de mosaico desprendido. La visión apenas duró un instante. La silla de ruedas estaba caída hacia adelante, varada en el fondo. La luz siguió su recorrido hacia la parte más honda de la piscina y fue allí donde la encontré. Apoyado contra la pared yacía lo que me parecía un cuerpo envuelto en un vestido blanco deshilachado. Pensé que se trataba de una muñeca, los labios escarlata carcomidos por el agua y los ojos brillantes como zafiros. Su pelo rojo se mecía lentamente en las aguas putrefactas y tenía la piel azul. Era la viuda Marlasca. Un segundo después, el claro en el cielo se cerró y las aguas volvieron a transformarse en un espejo oscuro en el que sólo atiné a ver mi rostro y una silueta materializándose en el umbral de la galería a mi espalda con el cuchillo en la mano. Me levanté rápidamente y eché a correr hacia el jardín, cruzando la arboleda, arañándome la cara y las manos con los arbustos hasta ganar el portón metálico y salir al callejón. Seguí corriendo y no me detuve hasta llegar a la carretera de Vallvidrera. Una vez allí, sin aliento, me volví y comprobé que Casa Marlasca había quedado de nuevo oculta tras el callejón, invisible al mundo.

37

Volví a casa en el mismo tranvía, recorriendo la ciudad que se oscurecía a cada minuto bajo un viento helado que levantaba la hojarasca de las calles. Al apearme en la plaza Palacio escuché a dos marineros que venían de los muelles hablar de una tormenta que se acercaba desde el mar y que golpearía la ciudad antes del anochecer. Levanté la vista y vi que el cielo empezaba a cubrirse de un manto de nubes rojas que se esparcían sobre el mar como sangre derramada. En las calles que rodeaban el Born las gentes se afanaban a asegurar puertas y ventanas, los tenderos cerraban sus comercios antes de hora y los niños salían a la calle para jugar contra el viento, alzando los brazos en cruz y riendo ante el estruendo de truenos lejanos. Los faroles parpadeaban y el destello de los relámpagos velaba de luz blanca las fachadas. Me apresuré hasta el portal de la casa de la torre y subí las escaleras a toda prisa. El rumor de la tormenta se sentía tras los muros, aproximándose.

Hacía tanto frío dentro de la casa que podía ver el contorno de mi aliento en el pasillo al entrar. Fui directo al cuarto donde había una vieja estufa de carbón que sólo había usado cuatro o cinco veces desde que vivía allí y la encendí con un pliego de periódicos viejos y secos. Prendí también la hoguera de la galería y me senté en el suelo frente a las llamas. Me temblaban las manos y no sabía si era de frío o de miedo. Esperé a entrar en calor, contemplando la retícula de luz blanca que dejaban los rayos sobre el cielo.

La lluvia no llegó hasta el anochecer y cuando empezó a caer se desplomó en cortinas de gotas furiosas que en apenas unos minutos cegaron la noche y anegaron tejados y callejones bajo un manto negro que golpeaba con fuerza paredes y cristales. Poco a poco, entre la estufa de carbón y la hoguera, la casa se fue caldeando, pero yo seguía teniendo frío. Me levanté y fui hasta el dormitorio en busca de mantas con que envolverme. Abrí el armario y empecé a hurgar en los dos grandes cajones de la parte inferior. El estuche seguía allí, escondido al fondo. Lo cogí y lo coloqué sobre el lecho.

Lo abrí y contemplé el viejo revólver de mi padre, cuanto me quedaba de él. Lo sostuve, acariciando el gatillo con el índice. Abrí el tambor e introduje seis balas de la caja de munición que había en el doble fondo del estuche. Dejé la caja sobre la mesita de noche y me llevé el revólver y una manta a la galería. Una vez allí me tumbé en el sofá envuelto en la manta con el revólver sobre el pecho y abandoné la mirada a la

tormenta tras los ventanales. Podía oír el sonido del reloj que reposaba en la repisa de la hoguera. No me hacía falta mirarlo para saber que quedaba apenas una media hora para mi encuentro con el patrón en el salón de billares del Círculo Ecuestre.

Cerré los ojos y le imaginé recorriendo las calles de la ciudad, desiertas y anegadas de agua. Le imaginé sentado en la parte de atrás de la cabina de su coche, sus ojos dorados brillando en la oscuridad y el ángel de plata sobre el capó del Rolls-Royce abriéndose camino en la tormenta. Le imaginé inmóvil como una estatua, sin respiración ni sonrisa, sin expresión alguna. Al rato escuché el rumor de la leña arder y la lluvia tras los cristales, me dormí con el arma en las manos y la certeza de que no iba a acudir a la cita.

Poco después de medianoche abrí los ojos. La hoguera estaba casi extinguida y la galería yacía sumida en la penumbra ondulante que proyectaban las llamas azules que apuraban las últimas brasas. Seguía lloviendo intensamente. El revólver estaba todavía en mis manos, tibio. Permanecí allí tendido unos segundos, sin apenas pestañear. Supe que había alguien a la puerta antes de oír el golpe. Aparté la manta y me incorporé. Oí de nuevo la llamada. Nudillos sobre la puerta de la casa. Me levanté con el arma en la mano y me dirigí hasta el corredor. De nuevo la llamada. Di unos pasos en dirección a la puerta y me detuve. Le imaginé sonriendo en el rellano, el ángel en su solapa brillando en la oscuridad. Tensé el percutor del arma. De nuevo el sonido de una mano golpeando la puerta. Quise dar la luz, pero no había electricidad. Seguí avanzando hasta llegar a la puerta. Iba a deslizar la mirilla, pero no me atreví. Me quedé allí inmóvil, casi sin respirar, sosteniendo el arma en alto apuntando hacia la puerta.

—Márchese —grité, sin fuerza en la voz.

Escuché entonces aquel llanto al otro lado y bajé el arma. Abrí la puerta a la oscuridad y la encontré allí. Tenía la ropa empapada y estaba temblando. Su piel estaba helada. Al verme estuvo a punto de desplomarse en mis brazos. La sostuve y, sin encontrar palabras, la abracé con fuerza. Me sonrió débilmente y cuando llevé mi mano a su mejilla la besó cerrando los ojos.

—Perdóname —murmuró Cristina.

Abrió los ojos y me ofreció aquella mirada herida y rota que me hubiera perseguido hasta el infierno. Le sonreí.

—Bienvenida a casa.

38

La desnudé a la luz de una vela. Le quité los zapatos impregnados de agua encharcada, el vestido empapado y las medias rayadas. Le sequé el cuerpo y el pelo con una toalla limpia. Todavía temblaba de frío cuando la acosté en el lecho y me tendí junto a ella abrazándola para darle calor. Permanecimos así durante un largo rato, en silencio, escuchando la lluvia. Lentamente sentí cómo su cuerpo se hacía tibio bajo mis manos y empezaba a respirar profundamente. Creía que se había dormido cuando la oí hablar en la penumbra.

—Tu amiga vino a verme.

—Isabella.

—Me contó que te había escondido mis cartas. Que no lo hizo por mala fe. Creía que lo hacía por tu bien y a lo mejor tenía razón.

Me incliné sobre ella y busqué sus ojos. Le acaricié los labios y por primera vez sonrió débilmente.

—Pensaba que te habías olvidado de mí —dijo.

—Lo he intentado.

Tenía el rostro marcado de cansancio. Los meses de ausencia habían dibujado líneas sobre su piel y su mirada tenía un aire de derrota y vacío.

—Ya no somos jóvenes —dijo, leyéndome el pensamiento.

—¿Cuándo hemos sido jóvenes tú y yo?

Eché la manta a un lado y contemplé su cuerpo desnudo tendido sobre la sábana blanca. Le acaricié la garganta y el pecho, rozando apenas su piel con la yema de los dedos. Dibujé círculos en su vientre y tracé el contorno de los huesos que se insinuaban bajo las caderas. Dejé que mis dedos jugueteasen en el vello casi transparente entre sus muslos. Cristina me observaba en silencio, con su sonrisa rota y los ojos entreabiertos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

Me incliné sobre ella y la besé en los labios. Me abrazó y nos quedamos tendidos mientras la luz de la vela se extinguía lentamente.

—Algo se nos ocurrirá —murmuró.

Poco después del alba desperté y descubrí que estaba solo en la cama. Me incorporé de golpe, temiendo que Cristina se hubiese marchado de nuevo en mitad de la noche. Vi entonces que su ropa y sus zapatos seguían sobre la silla y respiré hondo. La encontré en la galería, envuelta en una manta y sentada en el suelo frente al hogar,

donde un tronco en brasas desprendía un aliento de fuego azul. Me senté a su lado y la besé en el cuello.

—No podía dormir —dijo, la mirada clavada en el fuego.

—Haberme despertado.

—No me he atrevido. Tenías cara de haberte dormido por primera vez en meses. He preferido explorar tu casa.

—¿Y?

—Esta casa está embrujada de tristeza —dijo—. ¿Por qué no le prendes fuego?

—¿Y dónde íbamos a vivir?

—¿En plural?

—¿Por qué no?

—Creía que ya no escribías cuentos de hadas.

—Es como ir en bicicleta. Una vez se aprende…

Cristina me miró largamente.

—¿Qué hay en esa habitación al final del pasillo?

—Nada. Trastos viejos.

—Está cerrada con llave.

—¿Quieres verla?

Negó.

—Es sólo una casa, Cristina. Un montón de piedras y recuerdos. Nada más.

Cristina asintió con escaso convencimiento.

—¿Por qué no nos vamos? —preguntó.

—¿Adónde?

—Lejos.

No pude evitar sonreír, pero ella no me correspondió.

—¿Hasta dónde? —pregunté.

—Hasta donde nadie sepa quiénes somos ni les importe.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunté.

—¿Y tú no?

Dudé un instante.

—¿Y Pedro? —pregunté, casi atragantándome con las palabras.

Dejó caer la manta que le cubría los hombros y me miró desafiante.

—¿Te hace falta su permiso para acostarte conmigo?

Me mordí la lengua. Cristina me miraba con lágrimas en los ojos.

—Perdona —murmuró—. No tenía derecho a decir eso.

Tomé la manta del suelo e intenté cubrirla, pero se echó a un lado y rechazó mi gesto.

—Pedro me ha dejado —dijo con voz quebrada—. Se fue ayer al Ritz a esperar a que yo me hubiese ido. Me dijo que sabía que no le quiero, que me casé con él por gratitud o por lástima. Me dijo que no desea mi compasión, que cada día que paso a su lado fingiendo quererle le hago daño. Me dijo que hiciese lo que hiciese él me

querría siempre y que por eso no deseaba volver a verme.

Le temblaban las manos.

—Me ha querido con toda su alma y yo sólo he sido capaz de hacerle desgraciado —murmuró.

Cerró los ojos y su rostro se torció en una máscara de dolor. Un instante después dejó escapar un gemido profundo y empezó a golpearse el rostro y el cuerpo con los puños. Me abalancé sobre ella y la rodeé en mis brazos, inmovilizándola. Cristina forcejeaba y gritaba. La presioné contra el suelo, sujetándola por las manos. Se rindió lentamente, exhausta, el rostro cubierto de lágrimas y saliva, los ojos enrojecidos. Permanecimos así casi media hora, hasta que sentí que su cuerpo se relajaba y se sumía en un largo silencio. La cubrí con la manta y la abracé por detrás, ocultándole mis propias lágrimas.

—Nos iremos lejos —le murmuré al oído sin saber si podía oírme o entenderme —. Nos iremos lejos donde nadie sepa quiénes somos ni les importe. Te lo prometo.

Cristina ladeó la cabeza y me miró. Tenía la expresión robada, como si le hubiesen roto el alma a martillazos. La abracé con fuerza y la besé en la frente. La lluvia seguía azotando tras los cristales, y atrapados en aquella luz gris y pálida del alba muerta pensé por primera vez que nos hundíamos.

39

Abandoné el trabajo para el patrón aquella misma mañana. Mientras Cristina dormía subí al estudio y guardé la carpeta que contenía todas las páginas, notas y apuntes del proyecto en un viejo baúl que había junto a la pared. Mi primer impulso había sido prenderle fuego, pero no tuve el valor. Toda mi vida había sentido que las páginas que iba dejando a mi paso eran parte de mí. La gente normal trae hijos al mundo; los novelistas traemos libros. Estamos condenados a dejarnos la vida en ellos, aunque casi nunca lo agradezcan. Estamos condenados a morir en sus páginas y a veces hasta a dejar que sean ellos quienes acaben por quitarnos la vida. Entre todas las extrañas criaturas de papel y tinta que había traído a este miserable mundo, aquélla, mi ofrenda mercenaria a las promesas del patrón, era sin duda la más grotesca. No había nada en aquellas páginas que mereciese otra cosa que el fuego y, sin embargo, no dejaba de ser sangre de mi sangre y no tenía el coraje de destruirla. La abandoné en el fondo de aquel baúl y salí del estudio apesadumbrado, casi avergonzado de mi cobardía y de la turbia sensación de paternidad que me inspiraba aquel manuscrito de tinieblas. Probablemente el patrón hubiese sabido apreciar la ironía de la situación. A mí, simplemente, me inspiraba náusea.

Cristina durmió hasta bien entrada la tarde. Aproveché para acercarme a una vaquería junto al mercado para comprar algo de leche, pan y queso. La lluvia había cesado por fin, pero las calles estaban encharcadas y la humedad se palpaba en el aire como si fuese un polvo frío que calaba en la ropa y los huesos. Mientras esperaba turno en la vaquería, tuve la impresión de que alguien me estaba observando. Al salir de nuevo a la calle y cruzar el paseo del Born miré a mi espalda y comprobé que un niño de no más de cinco años me seguía. Me detuve y le miré. El niño se paró y me sostuvo la mirada.

—No tengas miedo —le dije—. Acércate.

El niño se aproximó unos pasos y se detuvo a un par de metros. Tenía la piel pálida, casi azulada, como si nunca hubiese visto la luz del sol. Vestía de negro y llevaba zapatos de charol nuevos y relucientes. Tenía los ojos oscuros y las pupilas tan grandes que apenas se veía el blanco de sus ojos.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

El niño sonrió y me señaló con el dedo. Quise dar un paso en su dirección pero echó a correr y le vi perderse por el paseo del Born. Al regresar al portal encontré un sobre encajado en la puerta. El sello de lacre rojo con el ángel todavía estaba tibio.

Miré a un lado y otro de la calle, pero no vi a nadie. Entré y cerré el portón a mi espalda con doble vuelta. Me detuve al pie de la escalera y abrí el sobre.

Querido amigo:

Lamento profundamente que no pudiese usted acudir a nuestra cita de anoche. Confío en que esté usted bien y no se haya producido ninguna emergencia o contratiempo. Siento no haber podido disfrutar del placer de su compañía en esta ocasión, pero espero y deseo que sea lo que fuese lo que le impidiera reunirse conmigo, la cuestión tenga una pronta y favorable resolución y que la próxima vez sea más propicia a facilitar nuestro encuentro. Tengo que ausentarme de la ciudad por unos días, pero tan pronto esté de vuelta le haré llegar mis noticias. A la espera de saber de usted y de sus progresos en nuestro común proyecto, le saluda como siempre con afecto su amigo,

ANDREAS CORELLI

Apreté la carta en el puño y me la metí en el bolsillo. Entré en el piso con sigilo y acompañé la puerta con suavidad. Me asomé al dormitorio y comprobé que Cristina seguía dormida. Fui a la cocina y empecé a preparar café y un pequeño almuerzo. A los pocos minutos oí los pasos de Cristina a mi espalda. Me observaba desde el umbral enfundada en un viejo jersey mío que le llegaba a medio muslo. Llevaba el pelo revuelto y tenía los ojos hinchados. Tenía marcas oscuras de los golpes en labios y pómulos, como si la hubiese abofeteado con fuerza. Rehuía mi mirada.

—Perdona —murmuró.

—¿Tienes hambre? —pregunté.

Negó, pero ignoré su gesto y le indiqué que se sentase a la mesa. Le serví una taza de café con leche y azúcar y una rodaja de pan recién horneado con queso y un poco de jamón. No hizo ademán de tocar el plato.

—Sólo un bocado —sugerí.

Tonteó con el queso sin ganas y me sonrió débilmente.

—Está bueno —dijo.

—Cuando lo pruebes te parecerá mejor.

Comimos en silencio. Cristina, para mi sorpresa, apuró la mitad de su plato. Luego se escondió tras la taza de café y me observó de refilón.

—Si quieres, me iré hoy —dijo al fin—. No te preocupes. Pedro me dio dinero y…

—No quiero que te vayas a ninguna parte. No quiero que vuelvas a irte nunca más. ¿Me oyes?

—No soy buena compañía, David.

—Ya somos dos.

—¿Lo decías de verdad? ¿Lo de irnos lejos?

Asentí.

—Mi padre solía decir que la vida no da segundas oportunidades.

—Sólo se las da a aquellos a los que nunca les dio una primera. En realidad son oportunidades de segunda mano que alguien no ha sabido aprovechar, pero son mejores que nada.

Sonrió débilmente.

—Llévame de paseo —dijo de pronto.

—¿Adónde quieres ir?

—Quiero despedirme de Barcelona.

40

A media tarde el sol despuntó bajo el manto de nubes que había dejado la tormenta. Las calles relucientes de lluvia se transformaron en espejos sobre los que caminaban los paseantes y se reflejaba el ámbar del cielo. Recuerdo que anduvimos hasta el pie de la Rambla, donde la estatua a Colón asomaba entre la bruma. Caminábamos en silencio, contemplando las fachadas y el gentío como si fuesen un espejismo, como si la ciudad estuviese ya desierta y olvidada. Barcelona nunca me pareció tan hermosa y tan triste como aquella tarde. Cuando empezaba a anochecer nos acercamos hasta la librería de Sempere e Hijos. Nos apostamos en un portal al otro lado de la calle, donde nadie podía vernos. El escaparate de la vieja librería proyectaba un soplo de luz sobre los adoquines húmedos y brillantes. En el interior se podía ver a Isabella aupada a una escalera ordenando libros en el último estante, mientras el hijo de Sempere hacía como que repasaba un libro de contabilidad tras el mostrador y le miraba los tobillos de refilón. Sentado en un rincón, viejo y cansado, el señor Sempere les observaba a ambos con una sonrisa triste.

—Éste es el lugar donde he encontrado casi todas las cosas buenas de mi vida —dije sin pensar—. No le quiero decir adiós.

Cuando volvimos a la casa de la torre ya había oscurecido. Al entrar nos recibió el calor del fuego que había dejado encendido antes de salir. Cristina se adelantó por el corredor y, sin mediar palabra, se fue desnudando y dejando un rastro de ropa en el suelo. La encontré tendida en el lecho, esperando. Me tendí a su lado y dejé que guiase mis manos. Mientras la acariciaba vi cómo los músculos de su cuerpo se tensaban bajo la piel. En sus ojos no había ternura sino un anhelo de calor y de urgencia. Me abandoné en su cuerpo, embistiéndola con rabia mientras sentía sus uñas en mi piel. La escuché gemir de dolor y de vida, como si le faltase el aire. Finalmente caímos exhaustos y cubiertos de sudor el uno junto al otro. Cristina apoyó la cabeza sobre mi hombro y buscó mi mirada.

—Tu amiga me dijo que te habías metido en un lío.

—¿Isabella?

—Está muy preocupada por ti.

—Isabella tiene tendencia a creer que es mi madre.

—No creo que los tiros vayan por ahí.

Evité sus ojos.

—Me contó que estabas trabajando en un libro nuevo, un encargo de un editor extranjero. Ella le llama el patrón. Dice que te paga una fortuna, pero que tú te sientes culpable por haber aceptado el dinero. Dice que tienes miedo de ese hombre, el patrón, y que hay algo turbio en ese asunto.

Suspiré irritado.

—¿Hay algo que Isabella no te haya contado?

—Lo demás quedó entre nosotras —replicó guiñándome un ojo—. ¿Acaso mentía?

—No mentía, especulaba.

—¿Y de qué trata el libro?

—Es un cuento para niños.

—Isabella ya me dijo que dirías eso.

—Si Isabella ya te dio todas las respuestas, ¿para qué me preguntas?

Cristina me miró con severidad.

—Para tu tranquilidad, y la de Isabella, he abandonado el libro. *C'est fini* —aseguré.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, mientras dormías.

Cristina frunció el entrecejo, escéptica.

—¿Y ese hombre, el patrón, lo sabe?

—No he hablado con él. Pero supongo que se lo imagina. Y si no, lo va a hacer muy pronto.

—¿Le tendrás que devolver el dinero, entonces?

—No creo que el dinero le importe lo más mínimo.

Cristina se sumió en un largo silencio.

—¿Puedo leerlo? —preguntó al fin.

—No.

—¿Por qué no?

—Es un borrador y no tiene ni pies ni cabeza. Es un montón de ideas y notas, fragmentos sueltos. Nada que sea legible. Te aburriría.

—Igualmente me gustaría leerlo.

—¿Por qué?

—Porque lo has escrito tú. Pedro dice siempre que la única manera de conocer realmente a un escritor es a través del rastro de tinta que va dejando, que la persona que uno cree ver no es más que un personaje hueco y que la verdad se esconde siempre en la ficción.

—Eso debió de leerlo en una postal.

—De hecho lo sacó de uno de tus libros. Lo sé porque yo también lo he leído.

—El plagio no lo eleva del rango de bobada.

—Yo creo que tiene sentido.

—Entonces será verdad.

—¿Lo puedo leer entonces?

—No.

Cenamos lo que quedaba del pan y el queso de aquella mañana, sentados el uno frente al otro a la mesa de la cocina, mirándonos ocasionalmente. Cristina masticaba sin apetito, examinando cada bocado de pan a la luz del candil antes de llevárselo a la boca.

—Hay un tren que sale de la estación de Francia para París mañana al mediodía —dijo—. ¿Es demasiado pronto?

No podía quitarme de la cabeza la imagen de Andreas Corelli ascendiendo las escaleras y llamando a mi puerta en cualquier momento.

—Supongo que no —convine.

—Conozco un pequeño hotel frente a los Jardines de Luxemburgo que alquila habitaciones por mes. Es un poco caro, pero… —añadió.

Preferí no preguntarle de qué conocía el hotel.

—El precio no importa, pero no hablo francés —apunté.

—Yo sí.

Bajé la mirada.

—Mírame a los ojos, David.

Alcé la vista a regañadientes.

—Si prefieres que me vaya…

Negué repetidamente. Me asió la mano y se la llevó a los labios.

—Saldrá bien. Ya lo verás —dijo—. Lo sé. Será la primera cosa en mi vida que salga bien.

La miré, una mujer rota en la penumbra con lágrimas en los ojos, y no deseé otra cosa en el mundo que poder devolverle lo que nunca había tenido.

Nos acostamos en el sofá de la galería al abrigo de un par de mantas, contemplando las brasas del fuego. Me dormí acariciando el pelo de Cristina y pensando que aquélla sería la última noche que pasaría en aquella casa, la prisión en la que había enterrado mi juventud. Soñé que corría por las calles de una Barcelona plagada de relojes cuyas agujas giraban en sentido inverso. Callejones y avenidas se torcían a mi paso como túneles con voluntad propia, conformando un laberinto vivo que burlaba todos mis intentos por avanzar. Al final, bajo un sol de mediodía que ardía en el cielo como una esfera de metal candente, conseguía llegar a la estación de Francia y me dirigía a toda prisa hacia el andén donde el tren empezaba a deslizarse. Corría tras él, pero el tren ganaba velocidad y pese a todos mis esfuerzos no conseguía más que rozarlo con la punta de los dedos. Seguía corriendo hasta perder el aliento y, al llegar al final del andén, caía al vacío. Cuando alzaba la vista, ya era tarde. El tren se alejaba en la distancia, el rostro de Cristina mirándome desde la última ventana.

Abrí los ojos y supe que Cristina no estaba allí. El fuego se había reducido a un puñado de cenizas que apenas chispeaban. Me incorporé y miré a través del ventanal. Amanecía. Pegué el rostro al cristal y advertí una claridad parpadeante en los ventanales del estudio. Me dirigí hacia la escalera de caracol que ascendía a la torre. Un resplandor cobrizo se derramaba sobre los peldaños. Subí lentamente. Al llegar al estudio me detuve en el umbral. Cristina estaba de espaldas, sentada en el suelo. El baúl junto a la pared estaba abierto. Cristina tenía la carpeta que contenía el manuscrito del patrón en las manos y estaba deshaciendo el lazo que la cerraba.

Al oír mis pasos se detuvo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté intentando ocultar la alarma en mi voz.

Cristina se volvió y sonrió.

—Fisgonear.

Siguió la línea de mi mirada hasta la carpeta que tenía en las manos y adoptó una mueca maliciosa.

—¿Qué hay aquí dentro?

—Nada. Notas. Apuntes. Nada de interés…

—Mentiroso. Apuesto a que éste es el libro en que has estado trabajando —dijo, empezando a desanudar el lazo—. Me muero de ganas por leerlo…

—Preferiría que no lo hicieses —dije en el tono más relajado del que fui capaz.

Cristina frunció el entrecejo. Aproveché el momento para arrodillarme frente a ella y, delicadamente, arrebatarle la carpeta.

—¿Qué pasa, David?

—Nada, no pasa nada —aseguré con una sonrisa estúpida estampada en los labios.

Até de nuevo el lazo de la carpeta y la volví a dejar en el baúl.

—¿No vas a echarle la llave? —preguntó Cristina.

Me volví, dispuesto a ofrecerle una excusa, pero Cristina había desaparecido escaleras abajo. Suspiré y cerré la tapa del baúl.

Encontré a Cristina abajo, en el dormitorio. Por un instante me miró como si fuese un extraño. Me quedé en la puerta.

—Perdona —empecé.

—No tienes por qué pedirme perdón —replicó—. No debería haber metido las narices donde nadie me llama.

—No es eso.

Me ofreció una sonrisa bajo cero y un gesto de despreocupación que cortaban el aire.

—No tiene importancia —dijo.

Asentí dejando el segundo asalto para otro momento.

—Las taquillas de la estación de Francia abren pronto —dije—. He pensado que voy a acercarme para estar allí en cuanto abran y compraré los billetes para hoy al

mediodía. Luego iré al banco y sacaré dinero.

Cristina se limitó a asentir.

—Muy bien.

—¿Por qué no preparas una bolsa con algo de ropa mientras tanto? Yo estaré de vuelta en un par de horas como máximo.

Cristina sonrió débilmente.

—Aquí estaré.

Me aproximé a ella y le tomé el rostro en las manos.

—Mañana por la noche, estaremos en París —le dije.

La besé en la frente y me fui.

41

El vestíbulo de la estación de Francia tendía un espejo a mis pies en el que se reflejaba el gran reloj suspendido del techo. Las agujas marcaban las siete y treinta y cinco minutos de la mañana, pero las taquillas seguían cerradas. Un ordenanza armado de un escobón y un espíritu preciosista sacaba lustre al firme silbando una copla y, dentro de lo que le permitía su cojera, meneando las caderas con cierto garbo. A falta de otra cosa que hacer me dediqué a observarle. Era un hombrecillo menudo al que el mundo parecía haber arrugado sobre sí mismo hasta quitarle todo menos la sonrisa y el placer de poder limpiar aquella parcela de suelo como si se tratase de la Capilla Sixtina. No había nadie más en el recinto, y finalmente cayó en la cuenta de que estaba siendo observado. Cuando su quinta pasada transversal le llevó a cruzar frente a mi puesto de vigilancia en uno de los bancos de madera que bordeaban el vestíbulo, el ordenanza se detuvo y, apoyándose en el mocho con ambas manos, se animó a mirarme abiertamente.

—Nunca abren a la hora que dicen —explicó haciendo un gesto hacia las taquillas.

—¿Y entonces para qué ponen un cartel que dice que abren a las siete?

El hombrecillo se encogió de hombros y suspiró con talante filosófico.

—Bueno, también ponen horarios a los trenes y en los quince años que llevo aquí no he visto ni uno solo que llegase o saliese a la hora prevista —ofreció.

El ordenanza siguió con su barrido en profundidad y quince minutos más tarde oí cómo se abría la ventanilla de la taquilla. Me aproximé y sonreí al encargado.

—Creí que abrían ustedes a las siete —dije.

—Eso dice el cartel. ¿Qué quiere?

—Dos billetes de primera clase a París en el tren del mediodía.

—¿Para hoy?

—Si no le supone una gran molestia.

La expedición de los billetes le llevó casi quince minutos. Una vez hubo finalizado su obra maestra, los dejó caer sobre el mostrador con desgana.

—A la una. Andén cuatro. No se retrase.

Pagué y, al no retirarme, fui obsequiado con una mirada hostil e inquisitiva.

—¿Algo más?

Le sonreí y negué, oportunidad que aprovechó para cerrar la ventanilla en mis narices. Me volví y crucé el vestíbulo inmaculado y reluciente por cortesía del ordenanza, que me saludó de lejos y me deseó *bon voyage*.

La oficina central del Banco Hispano Colonial en la calle Fontanella hacía pensar en un templo. Un gran pórtico daba paso a una nave flanqueada de estatuas que se extendía hasta una fila de ventanillas dispuestas como un altar. A ambos lados, a modo de capillas y confesionarios, mesas de roble y butacones de mariscal, todo ello atendido por un pequeño ejército de interventores y empleados pulcramente trajeados y armados de sonrisas cordiales. Retiré cuatro mil francos en efectivo y recibí las instrucciones sobre cómo retirar fondos en la oficina que el banco tenía en el cruce de la *rue* de Rennes y el *boulevard* Raspail en París, cerca del hotel que había mencionado Cristina. Con aquella pequeña fortuna en el bolsillo me despedí desoyendo los consejos del apoderado respecto a lo imprudente de circular con semejante cantidad en metálico por las calles.

El sol se alzaba sobre un cielo azul con el color de la buena fortuna y una brisa limpia traía el olor del mar. Caminaba a paso ligero, como si me hubiese desprendido de una tremenda carga, y empecé a pensar que la ciudad había decidido dejarme ir sin rencor. En el paseo del Born me detuve a comprar unas flores para Cristina, rosas blancas anudadas con un lazo rojo. Subí las escaleras de la casa de la torre de dos en dos, con una sonrisa estampada en los labios y la certeza de que aquél sería el primer día de una vida que había creído ya perdida para siempre. Estaba a punto de abrir cuando, al introducir la llave en la cerradura, la puerta cedió. Estaba abierta.

La empujé hacia adentro y me adentré en el vestíbulo. La casa estaba en silencio.

—¿Cristina?

Dejé las flores sobre la repisa del recibidor y me asomé al dormitorio. Cristina no estaba allí. Recorrí el pasillo hasta la galería del fondo. No había señal de su presencia. Me acerqué hasta la escalera del estudio y llamé desde allí en voz alta.

—¿Cristina?

El eco me devolvió mi voz. Me encogí de hombros y consulté el reloj que había en una de las vitrinas de la biblioteca de la galería. Eran casi las nueve de la mañana. Supuse que Cristina habría bajado a la calle a buscar alguna cosa y que malacostumbrada por su existencia en Pedralbes a que negociar con puertas y cerrojos fueran cuestiones dirimidas por sirvientes, había dejado la puerta abierta al salir. Mientras esperaba decidí tumbarme en el sofá de la galería. El sol entraba por la cristalera, un sol limpio y brillante de invierno, e invitaba a dejarse acariciar. Cerré los ojos y traté de pensar en lo que iba a llevarme conmigo. Había vivido media vida rodeado de todos aquellos objetos y ahora, en el momento de decirles adiós, era incapaz de hacer una lista breve de los que consideraba imprescindibles. Poco a poco, sin darme cuenta, tendido bajo la cálida luz del sol y de aquellas tibias esperanzas, me fui quedando dormido plácidamente.

Cuando desperté y miré el reloj de la biblioteca eran las doce y media del mediodía. Faltaba apenas media hora para la salida del tren. Me incorporé de un salto y corrí hacia el dormitorio.

—¿Cristina?

Esta vez recorrí la casa, habitación por habitación, hasta que llegué al estudio. No había nadie, pero me pareció percibir un olor extraño en el aire. Fósforo. La luz que penetraba por los ventanales atrapaba una tenue red de filamentos de humo azul suspendidos en el aire. Me adentré en el estudio y encontré un par de cerillas quemadas en el suelo. Sentí una punzada de inquietud y me arrodillé frente al baúl. Lo abrí y suspiré, aliviado. La carpeta con el manuscrito seguía allí. Me disponía a cerrar el baúl cuando lo advertí. El lazo de cordel rojo que cerraba la carpeta estaba deshecho. La tomé y la abrí. Repasé las páginas pero no eché de menos nada. Cerré de nuevo la carpeta, esta vez con doble nudo, y la devolví a su lugar. Cerré el baúl y bajé al piso de nuevo. Me senté en una silla en la galería, encarado al largo corredor que conducía a la puerta de entrada y dispuesto a esperar. Los minutos desfilaron con infinita crueldad.

Lentamente la conciencia de lo que había pasado se fue desplomando a mi alrededor y aquel deseo de creer y confiar se fue tornando hiel y amargura. Pronto escuché las campanas de Santa María redoblar las dos. El tren para París ya había dejado la estación y Cristina no había regresado. Comprendí entonces que se había ido, que aquellas horas breves que habíamos compartido habían sido un espejismo. Miré tras los cristales aquel día deslumbrante que ya no tenía color de buena suerte y la imaginé de vuelta en Villa Helius, buscando el abrigo de los brazos de Pedro Vidal. Sentí que el rencor me iba envenenando la sangre lentamente y me reí de mí mismo y de mis absurdas esperanzas. Me quedé, incapaz de dar un paso, contemplando la ciudad oscurecerse con el atardecer y las sombras alargarse sobre el suelo del estudio. Me levanté y me aproximé a la ventana. La abrí de par en par y me asomé. Una caída vertical de suficientes metros se abría ante mí. Suficientes para pulverizarme los huesos, para convertirlos en puñales que atravesaran mi cuerpo y lo dejasen apagarse en un charco de sangre en el patio. Me pregunté si el dolor sería tan atroz como imaginaba o si la fuerza del impacto bastaría para adormecer los sentidos y entregar una muerte rápida y eficiente.

Escuché entonces los golpes en la puerta. Uno, dos, tres. Una llamada insistente. Me volví, aturdido todavía por aquellos pensamientos. La llamada de nuevo. Había alguien abajo, golpeando mi puerta. El corazón me dio un vuelco y me lancé escaleras abajo, convencido de que Cristina había regresado, que algo había sucedido por el camino y la había retenido, que mis miserables y despreciables sentimientos de recelo habían sido injustificados, que aquél era, después de todo, el primer día de aquella vida prometida. Corrí hasta la puerta y la abrí. Estaba allí, en la penumbra, vestida de blanco. Quise abrazarla, pero entonces vi su rostro lleno de lágrimas y comprendí que aquella mujer no era Cristina.

—David —murmuró Isabella con la voz rota—. El señor Sempere ha muerto.

Tercer acto

EL JUEGO *del* ÁNGEL

1

Cuando llegamos a la librería ya había anochecido. Un resplandor dorado rompía el azul de la noche a las puertas de Sempere e Hijos, donde un centenar de personas se habían reunido portando velas en las manos. Algunos lloraban en silencio, otros se miraban entre ellos sin saber qué decir. Reconocí algunos de los rostros, amigos y clientes de Sempere, gentes a las que el viejo librero había regalado libros, lectores que se habían iniciado en la lectura con él. A medida que la noticia se esparcía por el barrio, llegaban otros lectores y amigos que no podían creer que el señor Sempere hubiera muerto.

Las luces de la librería estaban prendidas y en su interior se podía ver a don Gustavo Barceló abrazando con fuerza a un hombre joven que apenas podía sostenerse en pie. No me di cuenta de que era el hijo de Sempere hasta que Isabella me apretó la mano y me guió al interior de la librería. Al verme entrar, Barceló alzó la mirada y me ofreció una sonrisa vencida. El hijo del librero lloraba en sus brazos y no tuve valor de acercarme a saludarle. Fue Isabella quien se aproximó hasta él y le posó la mano en la espalda. Sempere hijo se volvió y pude ver su rostro hundido. Isabella le guió hasta una silla y le ayudó a sentarse. El hijo del librero cayó desplomado en la silla como un muñeco roto. Isabella se arrodilló a su lado y lo abrazó. Nunca me había sentido tan orgulloso de nadie como lo estuve en aquel momento de Isabella, que ya no me parecía una muchacha sino una mujer más fuerte y más sabia que ninguno de los que estábamos allí.

Barceló se aproximó a mí y me tendió la mano, que estaba temblando. Se la estreché.

—Ha sido hace un par de horas —explicó con la voz ronca—. Se había quedado solo un momento en la librería y cuando su hijo ha vuelto… Dicen que estaba discutiendo con alguien… No sé. El doctor ha dicho que ha sido el corazón.

Tragué saliva.

—¿Dónde está?

Barceló señaló con la cabeza a la puerta de la trastienda. Asentí y me dirigí hacia allí. Antes de entrar respiré hondo y apreté los puños. Crucé el umbral y le vi. Estaba tendido en una mesa, con las manos cruzadas sobre el vientre. Tenía la piel blanca como el papel y los rasgos de su rostro parecían haberse hundido como si fuesen de cartón. Todavía tenía los ojos abiertos. Me di cuenta de que me faltaba el aire y sentí como si algo me golpease con enorme fuerza en el estómago. Me apoyé en la mesa y respiré profundamente. Me incliné sobre él y le cerré los párpados. Le acaricié la mejilla, que estaba fría, y miré alrededor, a aquel mundo de páginas y sueños que él

había creado. Quise creer que Sempere seguía allí, entre sus libros y sus amigos. Escuché unos pasos a mi espalda y me volví. Barceló escoltaba a un par de hombres de semblante sombrío vestidos de negro cuya profesión no ofrecía duda.

—Estos señores vienen de la funeraria —dijo Barceló.

Ambos asintieron su saludo con gravedad profesional y se aproximaron a examinar el cuerpo. Uno de ellos, alto y enjuto, realizó una estimación sumarísima e indicó algo a su compañero, que asintió y anotó las indicaciones en un pequeño cuaderno de notas.

—En principio el entierro sería mañana por la tarde, en el cementerio del Este —dijo Barceló—. He preferido hacerme yo cargo del asunto porque el hijo está destrozado, ya lo ve usted. Y estas cosas, cuanto antes…

—Gracias, don Gustavo.

El librero lanzó una mirada a su viejo amigo y sonrió entre lágrimas.

—¿Y qué vamos a hacer ahora que el viejo nos ha dejado solos? —dijo.

—No lo sé…

Uno de los empleados de la funeraria carraspeó discretamente, indicando que tenía algo que comunicar.

—Si les parece a ustedes bien, mi compañero y yo iremos a buscar ahora la caja y…

—Haga lo que tenga que hacer —corté.

—¿Alguna preferencia en lo relativo a los últimos ritos?

Le miré sin comprender.

—¿El difunto era creyente?

—El señor Sempere creía en los libros —dije.

—Entiendo —respondió retirándose.

Miré a Barceló, que se encogió de hombros.

—Deje que le pregunte al hijo —añadí.

Regresé a la parte delantera de la librería. Isabella me lanzó una mirada inquisitiva y se levantó del lado de Sempere hijo. Se me acercó y le murmuré mis dudas.

—El señor Sempere era buen amigo del párroco de aquí al lado, en la iglesia de Santa Ana. Se rumorea que los del arzobispado hace años que quieren echarlo por rebelde y díscolo, pero como es tan viejo han preferido esperar a que se muera solo porque no pueden con él.

—Es el hombre que necesitamos —dije.

—Ya hablaré yo con él —dijo Isabella.

Señalé a Sempere hijo.

—¿Cómo está?

Isabella me miró a los ojos.

—¿Y usted?

—Yo estoy bien —mentí—. ¿Quién se va a quedar con él esta noche?

—Yo —dijo sin dudarlo un instante.

Asentí y la besé en la mejilla antes de regresar a la trastienda. Allí Barceló se había sentado frente a su viejo amigo y, mientras los dos empleados de la funeraria tomaban medidas y preguntaban por trajes y zapatos, sirvió dos copas de brandy y me tendió una. Me senté a su lado.

—A la salud del amigo Sempere, que nos enseñó a todos a leer, cuando no a vivir —dijo.

Brindamos y bebimos en silencio. Nos quedamos allí hasta que los empleados de la funeraria regresaron con el ataúd y las ropas con las que Sempere iba a ser enterrado.

—Si les parece bien, de éstos nos encargamos nosotros —sugirió el que parecía más espabilado.

Asentí. Antes de pasar a la parte delantera de la librería tomé aquel viejo ejemplar de *Grandes esperanzas* que nunca había vuelto a recoger y se lo puse en las manos al señor Sempere.

—Para el viaje —dije.

A los quince minutos, los empleados de la funeraria sacaron el féretro y lo depositaron sobre una gran mesa que había quedado dispuesta en el centro de la librería. Una multitud de personas se había ido congregando en la calle y esperaba en profundo silencio. Me acerqué a la puerta y la abrí. Uno a uno, los amigos de Sempere e Hijos fueron desfilando al interior de la tienda para ver al librero. Más de uno no podía contener las lágrimas y, ante el espectáculo, Isabella cogió de la mano al hijo del librero y se lo llevó al piso, justo encima de la librería, en que había vivido con su padre toda su vida. Barceló y yo nos quedamos allí, acompañando al viejo Sempere mientras la gente acudía a despedirse. Algunos, los más allegados, se quedaban. El velatorio duró toda la noche. Barceló estuvo hasta las cinco de la mañana y yo me quedé hasta que Isabella bajó del piso poco después del alba y me ordenó que me fuese a casa, aunque sólo fuera para cambiarme de ropa y asearme. Miré al pobre Sempere y le sonreí. No podía creer que nunca más volvería a cruzar aquellas puertas y encontrarle detrás del mostrador. Recordé la primera vez que había visitado la librería, cuando apenas era un chiquillo, y el librero me había parecido alto y fuerte. Indestructible. El hombre más sabio del mundo.

—Váyase a casa, por favor —susurró Isabella.

—¿Para qué?

—Por favor…

Me acompañó hasta la calle y me abrazó.

—Sé lo mucho que le apreciaba y lo que significaba para usted —me dijo.

Nadie lo sabía, pensé. Nadie. Pero asentí, y tras besarla en la mejilla empecé a caminar sin rumbo, recorriendo calles que me parecían más vacías que nunca, creyendo que si no me detenía, si seguía caminando, no me daría cuenta de que el mundo que creía conocer ya no estaba allí.

2

El gentío se había reunido a las puertas del cementerio a esperar la llegada del carruaje. Nadie se atrevía a hablar. Se oía el rumor del mar en la distancia y el eco de un tren de carga deslizándose hacia la ciudad de fábricas que se extendía a espaldas del camposanto. Hacía frío y briznas de nieve flotaban en el viento. Poco después de las tres de la tarde, el carruaje, tirado por caballos negros, enfiló una avenida de Icaria flanqueada de cipreses y viejos almacenes. El hijo de Sempere e Isabella viajaban con él. Seis colegas del gremio de libreros de Barcelona, don Gustavo entre ellos, alzaron el féretro en hombros y lo entraron en el recinto. La gente les siguió, formando una comitiva silenciosa que recorrió las calles y pabellones del cementerio bajo un manto de nubes bajas que ondulaban como una lámina de mercurio. Oí que alguien decía que el hijo del librero parecía haber envejecido quince años en una noche. Se referían a él como el señor Sempere, porque ahora él era el responsable de la librería y durante cuatro generaciones aquel bazar encantado de la calle Santa Ana nunca había cambiado de nombre y siempre había estado al mando de un señor Sempere. Isabella le llevaba del brazo y me pareció que, de no estar ella allí, él se hubiera desplomado como un títere sin hilos.

El párroco de la iglesia de Santa Ana, un veterano de la edad del difunto, esperaba al pie del sepulcro, una lámina de mármol sobria y sin adornos que casi pasaba desapercibida. Los seis libreros que habían portado el féretro lo dejaron descansar frente a la tumba. Barceló, que me había visto, me saludó con la cabeza. Preferí quedarme atrás, no sé si por cobardía o por respeto. Desde allí podía ver la tumba de mi padre, a una treintena de metros. Una vez la congregación se hubo dispuesto alrededor del féretro, el párroco alzó la vista y sonrió.

—El señor Sempere y yo fuimos amigos durante casi cuarenta años, y en todo ese tiempo sólo hablamos de Dios y los misterios de la vida en una ocasión. Casi nadie lo sabe, pero el amigo Sempere no había pisado una iglesia desde el funeral de su esposa Diana, a cuyo lado le acompañamos hoy para que yazcan el uno junto al otro para siempre. Quizá por eso todos le tomaban por un ateo, pero él era un hombre de fe. Creía en sus amigos, en la verdad de las cosas y en algo a lo que no se atrevía a poner nombre ni cara porque decía que para eso estábamos los curas. El señor Sempere creía que todos formábamos parte de algo, y que al dejar este mundo nuestros recuerdos y nuestros anhelos no se perdían, sino que pasaban a ser los recuerdos y anhelos de quienes venían a ocupar nuestro lugar. No sabía si habíamos creado a Dios a nuestra imagen y semejanza o si él nos había creado a nosotros sin saber muy bien lo que hacía. Creía que Dios, o lo que fuese que nos había traído aquí,

vivía en cada una de nuestras acciones, en cada una de nuestras palabras, y se manifestaba en todo aquello que nos hacía ser algo más que simples figuras de barro. El señor Sempere creía que Dios vivía un poco, o mucho, en los libros y por eso dedicó su vida a compartirlos, a protegerlos y a asegurarse de que sus páginas, como nuestros recuerdos y nuestros anhelos, no se perdieran jamás, porque creía, y me hizo creer a mí también, que mientras quedase una sola persona en el mundo capaz de leerlos y vivirlos, habría un pedazo de Dios o de vida. Sé que a mi amigo no le hubiese gustado que nos despidiésemos de él con oraciones y cantos. Sé que le hubiese bastado con saber que sus amigos, tantos como hoy han venido aquí a despedirle, nunca le olvidarían. No me cabe duda de que el Señor, aunque el viejo Sempere no se lo esperaba, acogerá a su lado a nuestro querido amigo y sé que vivirá para siempre en los corazones de todos los que estamos hoy aquí, de todos los que algún día descubrieron la magia de los libros gracias a él y de todos los que, incluso sin conocerle, algún día cruzarán las puertas de su pequeña librería, donde, como a él le gustaba decir, la historia acaba de empezar. Descanse en paz, amigo Sempere, y que Dios nos dé a todos la oportunidad de honrar su recuerdo y agradecer el privilegio de haberle conocido.

Un infinito silencio se apoderó del recinto cuando el párroco finalizó sus palabras y se retiró unos pasos, bendiciendo el ataúd y bajando la mirada. A una señal del jefe de los empleados de la funeraria, los enterradores se adelantaron y bajaron el féretro lentamente con unas cuerdas. Recuerdo el sonido del ataúd al tocar el fondo y los sollozos ahogados entre la gente. Recuerdo que me quedé allí, incapaz de dar un paso, viendo cómo los enterradores cubrían la tumba con la gran lámina de mármol en la que sólo se leía la palabra *Sempere* y en la que yacía su esposa Diana desde hacía veintiséis años.

Lentamente, la congregación se fue retirando rumbo a las puertas del cementerio, donde se separaron en grupos sin saber adónde ir, porque nadie quería irse de allí y dejar atrás al pobre señor Sempere. Barceló e Isabella, uno a cada lado, se llevaron al hijo del librero. Me quedé allí hasta que todos se hubieron alejado y sólo entonces me atreví a acercarme hasta la tumba de Sempere. Me arrodillé y posé la mano sobre el mármol.

—Hasta pronto —murmuré.

Le oí acercarse y supe que era él antes de verle. Me levanté y me volví. Pedro Vidal me ofreció su mano y la sonrisa más triste que he visto.

—¿No vas a estrecharme la mano? —preguntó.

No lo hice y unos segundos después Vidal asintió para sí y la retiró.

—¿Qué hace usted aquí? —espeté.

—Sempere también era mi amigo —replicó Vidal.

—Ya. ¿Y viene solo?

Vidal me miró sin comprender.

—¿Dónde está? —pregunté.

—¿Quién?

Dejé escapar una risa amarga. Barceló, que nos había visto, se estaba aproximando con aire de consternación.

—¿Qué le ha prometido ahora para comprarla?

La mirada de Vidal se endureció.

—No sabes lo que dices, David.

Me adelanté hasta sentir su aliento en el rostro.

—¿Dónde está? —insistí.

—No lo sé —dijo Vidal.

—Claro —dije apartando la mirada.

Me di la vuelta, dispuesto a encaminarme hacia la salida, pero Vidal me asió del brazo y me retuvo.

—David, espera…

Antes de que me diese cuenta de lo que estaba haciendo, me volví y le golpeé con todas mis fuerzas. Mi puño se estrelló sobre su rostro y le vi caer hacia atrás. Vi que tenía sangre en la mano y oí pasos que se aproximaban a toda prisa. Unos brazos me sujetaron y me apartaron de Vidal.

—Por el amor de Dios, Martín… —dijo Barceló.

El librero se arrodilló junto a Vidal, que tenía la boca llena de sangre y jadeaba. Barceló le sostuvo la cabeza y me lanzó una mirada furiosa. Me fui de allí a toda prisa, cruzándome por el camino con algunos de los asistentes que se habían detenido a contemplar el altercado. No tuve el valor de mirarlos a la cara.

3

Pasé varios días sin salir de casa, durmiendo a deshora, sin apenas probar bocado. Por las noches me sentaba en la galería frente al fuego y escuchaba el silencio, esperando oír pasos en la puerta, creyendo que Cristina iba a volver, que tan pronto supiese de la muerte del señor Sempere volvería a mi lado, aunque sólo fuese por lástima, que para entonces ya me bastaba. Cuando hacía casi una semana de la muerte del librero y ya sabía que Cristina no iba a regresar, empecé a subir de nuevo al estudio. Rescaté el manuscrito del patrón del arcón y empecé a releerlo, saboreando cada frase y cada párrafo. La lectura me inspiró a la vez náusea y una oscura satisfacción. Cuando pensaba en los cien mil francos que tanto me habían parecido en un principio, sonreía para mí y me decía que aquel hijo de perra me había comprado muy barato. La vanidad empañaba la amargura y el dolor cerraba la puerta a la conciencia. En un acto de soberbia releí aquel *Lux Aeterna* de mi predecesor, Diego Marlasca, y luego lo entregué a las llamas del hogar. Donde él había fracasado, yo triunfaría. Donde él se había perdido por el camino, yo encontraría la salida al laberinto.

Volví al trabajo al séptimo día. Esperé a la medianoche y me senté al escritorio. Una página limpia en el tambor de la vieja Underwood y la ciudad negra tras las ventanas. Las palabras y las imágenes brotaron de mis manos como si hubieran estado esperando con rabia en la prisión del alma. Las páginas fluían sin conciencia ni mesura, sin más voluntad que la de embrujar y envenenar los sentidos y el pensamiento. Había ya dejado de pensar en el patrón, en su recompensa o sus exigencias. Por primera vez en mi vida escribía para mí y para nadie más. Escribía para prender fuego al mundo y consumirme con él. Trabajaba todas las noches hasta caer exhausto. Golpeaba las teclas de la máquina hasta que los dedos me sangraban y la fiebre me nublaba la vista.

Una mañana de enero en que había ya perdido la noción del tiempo escuché que llamaban a la puerta. Estaba tendido en la cama, la vista perdida en la vieja fotografía de Cristina de niña caminando de la mano de un extraño en aquel muelle que se adentraba en un mar de luz, aquella imagen que ya me parecía lo único bueno que me quedaba y la llave de todos los misterios. Ignoré los golpes durante varios minutos, hasta que oí su voz y supe que no iba a rendirse.

—Abra de una puñetera vez. Sé que está ahí y no pienso irme hasta que me abra la puerta o la eche yo abajo.

Cuando abrí la puerta, Isabella dio un paso atrás y me contempló horrorizada.

—Soy yo, Isabella.

Isabella me hizo a un lado y fue directa a la galería, a abrir las ventanas de par en par. Luego se dirigió al baño y empezó a llenar la bañera. Me tomó del brazo y me arrastró hasta allí. Me hizo sentarme en el borde y me miró a los ojos, alzándome los párpados con los dedos y negando por lo bajo. Sin decir palabra empezó a quitarme la camisa.

—Isabella, no estoy de humor.

—¿Qué son esos cortes? ¿Pero qué se ha hecho?

—Son sólo unos rasguños.

—Quiero que le vea un médico.

—No.

—A mí no se atreva a decirme que no —replicó con dureza—. Ahora se va usted a meter en esa bañera y se va a dar con agua y jabón y se va a afeitar. Tiene dos opciones: lo hace usted o lo hago yo. No se crea que me da reparo.

Sonreí.

—Ya sé que no.

—Haga lo que le digo. Yo mientras voy a buscar un médico.

Iba a decir algo, pero alzó la mano y me silenció.

—No diga ni una palabra. Si se cree que usted es el único al que le duelen las cosas, se equivoca. Y si no le importa dejarse morir como un perro, al menos tenga la decencia de recordar que a otros sí nos importa, aunque la verdad no sé por qué.

—Isabella…

—Al agua. Y haga el favor de quitarse los pantalones y los calzones.

—Sé bañarme.

—Cualquiera lo diría.

Mientras Isabella iba a buscar un médico me rendí a sus órdenes y me sometí a un bautismo de agua fría y jabón. No me había afeitado desde el entierro y mi aspecto en el espejo era lobuno. Tenía los ojos inyectados en sangre y la piel de un pálido enfermizo. Me enfundé ropas limpias y me senté a esperar en la galería. Isabella regresó a los veinte minutos en compañía de un galeno que me había parecido ver alguna vez por el barrio.

—Éste es el paciente. De lo que él le diga, ni caso, porque es un embustero —anunció Isabella.

El doctor me echó un vistazo, calibrando mi grado de hostilidad.

—Usted mismo, doctor —invité—. Como si yo no estuviese.

El médico empezó el sutil ritual de medición de presión, auscultamientos varios, examen de pupilas, boca, preguntas de índole misteriosa y miradas de soslayo que constituyen la base de la ciencia médica. Cuando me examinó los cortes que Irene Sabino me había hecho con una navaja en el pecho, enarcó una ceja y me miró.

—¿Y esto?

—Es largo de explicar, doctor.

—¿Se lo ha hecho usted?

Negué.

—Le voy a dejar una pomada, pero me temo que le quedará la cicatriz.

—Creo que ésa era la idea.

El doctor siguió con su reconocimiento. Yo me sometí a todo, dócil, contemplando a Isabella, que miraba ansiosa desde el umbral. Comprendí lo mucho que la había echado de menos y cuánto apreciaba su compañía.

—Menudo susto —murmuró con reprobación.

El doctor examinó mis manos y frunció el ceño al ver las yemas de los dedos casi en carne viva. Procedió a vendármelas una a una, murmurando por lo bajo.

—¿Cuánto hace que no come?

Me encogí de hombros. El doctor intercambió una mirada con Isabella.

—No hay motivo de alarma, pero me gustaría visitarle en mi consulta mañana a más tardar.

—Me temo que no será posible, doctor —dije.

—Allí estará —aseguró Isabella.

—Entretanto le recomiendo que empiece a comer algo caliente, primero caldos y luego sólidos, mucha agua pero nada de café ni excitantes, y sobre todo reposo. Que le dé un poco el aire y el sol, pero sin esfuerzos. Tiene usted un cuadro clásico de agotamiento y deshidratación, y un principio de anemia.

Isabella suspiró.

—No es nada —aventuré.

El doctor me miró dudando y se incorporó.

—Mañana en mi consulta, a las cuatro de la tarde. Aquí no tengo ni el instrumental ni las condiciones para poder examinarle bien.

Cerró su maletín y se despidió de mí con un saludo cortés. Isabella le acompañó a la puerta y los oí murmurar en el rellano durante un par de minutos. Me vestí de nuevo y esperé como un buen paciente, sentado en la cama. Oí la puerta al cerrarse y los pasos del médico escaleras abajo. Sabía que Isabella estaba en el recibidor, esperando un segundo antes de entrar en el dormitorio. Cuando lo hizo finalmente, la recibí con una sonrisa.

—Voy a prepararle algo de comer.

—No tengo apetito.

—Me trae sin cuidado. Va a comer y luego vamos a salir a que le dé el aire. Y punto.

Isabella me preparó un caldo que, haciendo un esfuerzo, rellené con mendrugos de pan y engullí con semblante afable aunque me sabía a piedras. Dejé el plato limpio y se lo mostré a Isabella, que había estado de guardia a mi lado como un sargento mientras comía. Acto seguido me llevó al dormitorio, buscó un abrigo en el armario. Me colocó guantes y bufanda y me empujó hasta la puerta. Cuando salimos al portal corría un viento frío, pero el cielo relucía con un sol crepuscular que sembraba las calles de ámbar. Me tomó del brazo y echamos a andar.

—Como si estuviésemos prometidos —dije.

—Muy gracioso.

Anduvimos hasta el Parque de la Ciudadela y nos adentramos en los jardines que rodeaban el umbráculo. Llegamos hasta el estanque de la gran fuente y nos sentamos en un banco.

—Gracias —murmuré.

Isabella no respondió.

—No te he preguntado cómo estás —ofrecí.

—No es ninguna novedad.

—¿Cómo estás?

Isabella se encogió de hombros.

—Mis padres están encantados desde que volví. Dicen que ha sido usted una buena influencia. Si supieran… La verdad es que nos llevamos mejor. Tampoco es que los vea mucho. Paso casi todo el tiempo en la librería.

—¿Y Sempere? ¿Cómo lleva lo de su padre?

—No muy bien.

—¿Y a él, cómo lo llevas tú?

—Es un buen hombre —dijo.

Isabella guardó un largo silencio y bajó la cabeza.

—Me ha pedido que me case con él —dijo—. Hace un par de días, en Els Quatre Gats.

Contemplé su perfil, sereno y ya robado de aquella inocencia juvenil que yo había querido ver en ella y que probablemente nunca había estado allí.

—¿Y? —pregunté finalmente.

—Le he dicho que lo iba a pensar.

—¿Y vas a hacerlo?

Los ojos de Isabella estaban perdidos en la fuente.

—Me dijo que quería formar una familia, tener hijos… que viviríamos en el piso encima de la librería, que la sacaríamos adelante pese a las deudas que tenía el señor Sempere.

—Bueno, tú eres aún joven…

Ladeó la cabeza y me miró a los ojos.

—¿Le quieres?

Sonrió con infinita tristeza.

—Yo qué sé. Creo que sí, aunque no tanto como él cree quererme a mí.

—A veces uno, en circunstancias difíciles, puede confundir la compasión con el amor —dije.

—No se preocupe por mí.

—Sólo te pido que te des algo de tiempo.

Nos miramos, amparados en una infinita complicidad que ya no necesitaba de palabras, y la abracé.

—¿Amigos?
—Hasta que la muerte nos separe.

4

De regreso a casa nos detuvimos en un colmado de la calle Comercio a comprar leche y pan. Isabella me dijo que iba a pedirle a su padre que me trajera un pedido de finas viandas y que más me valía comérmelas todas.

—¿Cómo van las cosas en la librería? —pregunté.

—Las ventas han bajado muchísimo. Yo creo que a la gente le da pena venir porque se acuerdan del pobre señor Sempere. Y la verdad es que, tal como están las cuentas, la cosa no pinta bien.

—¿Cómo están las cuentas?

—Bajo mínimos. En las semanas que llevo trabajando allí he estado repasando el balance y he comprobado que el señor Sempere, que en gloria esté, era un desastre. Regalaba libros a quien no podía pagarlos. O los prestaba y no se los devolvían. Compraba colecciones que sabía que no podría vender porque los dueños amenazaban con quemarlas o tirarlas. Mantenía a base de limosnas a una pila de poetastros de medio pelo que no tenían dónde caerse muertos. Ya puede imaginarse el resto.

—¿Acreedores a la vista?

—A razón de dos por día, sin contar las cartas y los avisos del banco. La buena noticia es que no nos faltan ofertas.

—¿De compra?

—Un par de tocineros de Vic están muy interesados en el local.

—¿Y Sempere hijo qué dice?

—Que del cerdo se aprovecha todo. El realismo no es su fuerte. Dice que saldremos adelante, que tenga fe.

—¿Y no la tienes?

—Tengo fe en la aritmética, y cuando hago números me sale que en dos meses el escaparate de la librería estará repleto de chorizos y butifarras blancas.

—Alguna solución encontraremos.

Isabella sonrió.

—Esperaba que dijese usted eso. Y hablando de cuentas pendientes, dígame que ya no está trabajando para el patrón.

Mostré las manos limpias.

—Vuelvo a ser un agente libre —dije.

Me acompañó escaleras arriba, y cuando iba a despedirse la vi dudar.

—¿Qué? —pregunté.

—Había pensado no decírselo, pero… prefiero que lo sepa por mí que por otros.

Es sobre el señor Sempere.

Pasamos dentro y nos sentamos en la galería frente al fuego, que Isabella reavivó echando un par de troncos. Las cenizas del *Lux Aeterna* de Marlasca seguían allí y mi antigua ayudante me lanzó una mirada que hubiera podido enmarcar.

—¿Qué es lo que me ibas a contar de Sempere?

—Lo sé por don Anacleto, uno de los vecinos de la escalera. Me contó que la tarde en que el señor Sempere murió le vio discutir con alguien en la tienda. Él volvía a casa y dice que las voces se oían hasta en la calle.

—¿Con quién discutía?

—Era una mujer. Algo mayor. A don Anacleto no le parecía haberla visto nunca por allí, aunque dijo que le resultaba vagamente familiar, pero con don Anacleto nunca se sabe, porque le gustan más los adverbios que las peladillas.

—¿Oyó sobre qué discutían?

—Le pareció que estaban hablando de usted.

—¿De mí?

Isabella asintió.

—Su hijo había salido un momento a entregar un pedido en la calle Canuda. No estuvo fuera más de diez o quince minutos. Cuando regresó se encontró a su padre caído en el suelo, detrás del mostrador. Todavía respiraba pero estaba frío. Para cuando llegó el médico ya era tarde…

Me pareció que se me caía el mundo encima.

—No se lo tenía que haber dicho… —murmuró Isabella.

—No. Has hecho bien. ¿No dijo nada más don Anacleto sobre esa mujer?

—Sólo que los oyó discutir. Le pareció que era sobre un libro. Un libro que ella quería comprar y el señor Sempere no le quería vender.

—¿Y por qué me mencionó? No lo entiendo.

—Porque el libro era suyo. *Los Pasos del Cielo*. El único ejemplar que el señor Sempere había conservado en su colección personal y que no estaba a la venta…

Me invadió una oscura certeza.

—¿Y el libro…? —empecé.

—… ya no está allí. Ha desaparecido —completó Isabella—. Miré en el registro, porque el señor Sempere apuntaba allí todos los libros que vendía, con fecha y precio, y ése no constaba.

—¿Lo sabe su hijo?

—No. No se lo he contado a nadie más que a usted. Todavía estoy intentando comprender lo que pasó aquella tarde en la librería. Y por qué. Pensaba que a lo mejor usted lo sabría…

—Esa mujer intentó llevarse el libro a la fuerza, y en la pelea el señor Sempere sufrió un ataque al corazón. Eso es lo que pasó —dije—. Y todo por un cochino libro mío.

Sentí que se me retorcían las entrañas.

—Hay algo más —dijo Isabella.

—¿Qué?

—Días después me encontré a don Anacleto en la escalera y me dijo que ya sabía de qué recordaba a aquella mujer, que el día que la vio no cayó, pero que le sonaba que la había visto antes, muchos años atrás, en el teatro.

—¿En el teatro?

Isabella asintió.

Me sumí en un largo silencio. Isabella me observaba, inquieta.

—Ahora no me quedo tranquila dejándole aquí. No se lo tendría que haber dicho.

—No, has hecho bien. Estoy bien. De verdad.

Isabella negó.

—Esta noche me quedo con usted.

—¿Y tu reputación?

—La que peligra es la suya. Voy un momento a la tienda de mis padres a llamar por teléfono a la librería y avisar.

—No hace falta, Isabella.

—No haría falta si hubiese usted aceptado que vivimos en el siglo veinte y hubiese instalado teléfono en este mausoleo. Volveré en un cuarto de hora. No hay discusión que valga.

En ausencia de Isabella, la certeza de que la muerte de mi viejo amigo Sempere pesaba sobre mi conciencia empezó a calar hondo. Recordé que el viejo librero siempre me había dicho que los libros tenían alma, el alma de quien los había escrito y de quienes los habían leído y soñado con ellos. Comprendí entonces que hasta el último momento había luchado por protegerme, sacrificándose para salvar aquel pedazo de papel y tinta que él creía que llevaba mi alma escrita. Cuando Isabella regresó, cargada con una bolsa de exquisiteces del colmado de sus padres, le bastó con mirarme para saberlo.

—Usted conoce a esa mujer —dijo—. La mujer que mató al señor Sempere…

—Creo que sí. Irene Sabino.

—¿No es ésa la de las fotografías viejas que encontramos en la habitación del fondo? ¿La actriz?

Asentí.

—¿Y para qué querría ella ese libro?

—No lo sé.

Más tarde, después de cenar algún bocado de los manjares de Can Gispert, nos sentamos en el gran butacón frente al fuego. Cabíamos los dos e Isabella apoyó la cabeza sobre mi hombro mientras mirábamos el fuego.

—La otra noche soñé que tenía un hijo —dijo—. Soñé que él me llamaba pero yo no podía oírle ni llegar hasta él porque estaba atrapada en un lugar donde hacía

mucho frío y no podía moverme. Él me llamaba y yo no podía acudir a su lado.

—Es sólo un sueño —dije.

—Parecía real.

—A lo mejor tendrías que escribir esa historia —aventuré.

Isabella negó.

—He estado dándole vueltas a eso. Y he decidido que prefiero vivir la vida, no escribirla. No se lo tome a mal.

—Me parece una sabia decisión.

—¿Y usted? ¿Va a vivirla?

—Me temo que mi vida ya está un tanto vivida.

—¿Y esa mujer? ¿Cristina?

Respiré hondo.

—Cristina se ha marchado. Ha vuelto con su esposo. Otra sabia decisión.

Isabella se apartó de mí y me miró, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué? —pregunté.

—Me parece que se equivoca.

—¿En qué?

—El otro día vino a casa don Gustavo Barceló y estuvimos hablando de usted. Me dijo que había visto al esposo de Cristina, el tal…

—Pedro Vidal.

—Ése. Y que él le había dicho que Cristina se había ido con usted, que no la había vuelto a ver ni a saber de ella desde hace casi un mes o más. De hecho me ha extrañado no encontrarla aquí con usted, pero no me atrevía a preguntar…

—¿Estás segura de que Barceló dijo eso?

Isabella asintió.

—¿Qué he dicho ahora? —preguntó Isabella, alarmada.

—Nada.

—Hay algo que no me está usted contando…

—Cristina no está aquí. No ha estado aquí desde el día que murió el señor Sempere.

—¿Dónde está entonces?

—No lo sé.

Poco a poco nos fuimos quedando en silencio, acurrucados en el butacón frente al fuego, y bien entrada la madrugada Isabella se durmió. La rodeé con el brazo y cerré los ojos, pensando en todo lo que había dicho y tratando de encontrarle algún significado. Cuando la claridad del alba encendió la cristalera de la galería, abrí los ojos y descubrí que Isabella ya estaba despierta y me miraba.

—Buenos días —dije.

—He estado meditando —aventuró.

—¿Y?

—Estoy pensando en aceptar la propuesta del hijo del señor Sempere.

—¿Estás segura?

—No —rió.

—¿Qué dirán tus padres?

—Se llevarán un disgusto, supongo, pero se les pasará. Preferirían para mí un próspero mercader de morcillas y embutidos a uno de libros, pero se tendrán que aguantar.

—Podría ser peor —ofrecí.

Isabella asintió.

—Sí. Podría acabar con un escritor.

Nos miramos largamente, hasta que Isabella se levantó de la butaca. Recogió su abrigo y lo abotonó dándome la espalda.

—Tengo que irme —dijo.

—Gracias por la compañía —respondí.

—No la deje escapar —dijo Isabella—. Búsquela, dondequiera que esté, y dígale que la quiere, aunque sea mentira. A las chicas nos gusta oír eso.

Justo entonces se volvió y se inclinó para rozar mis labios con los suyos. Me apretó la mano con fuerza y se fue sin decir adiós.

5

Consumí el resto de aquella semana recorriendo Barcelona en busca de alguien que recordase haber visto a Cristina el último mes. Visité los lugares que había compartido con ella y rehíce en vano la ruta predilecta de Vidal por cafés, restaurantes y tiendas de postín. A todo el que salía a mi encuentro le mostraba una de las fotografías del álbum que Cristina había dejado en mi casa y le preguntaba si la había visto recientemente. En algún lugar di con alguien que la reconocía y recordaba haberla visto en compañía de Vidal en alguna ocasión. Alguno incluso podía recordar su nombre. Nadie la había visto en semanas. Al cuarto día de búsqueda empecé a sospechar que Cristina había salido de la casa de la torre aquella mañana en que yo había acudido a comprar los billetes de tren y se había evaporado de la superficie de la tierra.

Recordé entonces que la familia Vidal mantenía una habitación reservada a perpetuidad en el hotel España de la calle Sant Pau, detrás del Liceo, para uso y disfrute de los miembros de la familia a quienes en noches de ópera no les apetecía, o no les convenía, volver a Pedralbes de madrugada. Me constaba que, al menos en sus años de gloria, el propio Vidal y su señor padre la habían utilizado para entretener el paladar con señoritas y señoras cuya presencia en sus residencias oficiales de Pedralbes, bien fuera por la baja o alta alcurnia de la interesada, hubiera resultado en rumores poco aconsejables. Más de una vez me la había ofrecido cuando todavía vivía en la pensión de doña Carmen por si, como él decía, me apetecía desnudar a alguna dama en algún sitio que no diese miedo. No creía que Cristina hubiese elegido aquel lugar como refugio, si es que sabía de su existencia, pero era el último lugar en mi lista y no se me ocurría ninguna otra posibilidad. Atardecía cuando llegué al hotel España y solicité hablar con el gerente haciendo gala de mi condición de amigo del señor Vidal. Cuando le mostré la fotografía de Cristina, el gerente, un caballero que de la discreción hacía hielo, me sonrió cortésmente y me dijo que «otros» empleados del señor Vidal ya habían venido preguntando por aquella misma persona semanas atrás y que les había dicho lo mismo que a mí. Nunca había visto a aquella señora en el hotel. Le agradecí su gentileza glacial y me encaminé hacia la salida derrotado.

Al cruzar frente a la cristalera que daba al comedor, me pareció registrar un perfil familiar por el rabillo del ojo. El patrón estaba sentado a una de las mesas, el único huésped en todo el comedor, degustando lo que parecían azucarillos para el café. Me disponía a desaparecer a toda prisa cuando se volvió y me saludó con la mano, sonriente. Maldije mi suerte y le devolví el saludo. El patrón me hizo señas para que me uniese a él. Me arrastré hacia la puerta del comedor y entré.

—Qué agradable sorpresa encontrarle aquí, querido amigo. Precisamente estaba pensando en usted —dijo Corelli.

Le estreché la mano sin ganas.

—Le hacía fuera de la ciudad —apunté.

—He vuelto antes de lo previsto. ¿Puedo invitarle a algo?

Negué. Me indicó que me sentase a su mesa y obedecí. En su línea habitual, el patrón vestía un traje de tres piezas de lana negra y una corbata de seda roja. Impecable como era de rigor en él, aunque aquella vez había algo que no acababa de cuadrar. Me llevó unos segundos reparar en ello. El broche del ángel no estaba en su solapa. Corelli siguió mi mirada y asintió.

—Lamentablemente, lo he perdido, y no sé dónde —explicó.

—Confío en que no fuese muy valioso.

—Su valor era puramente sentimental. Pero hablemos de cosas importantes. ¿Cómo está usted, amigo mío? He echado mucho de menos nuestras conversaciones, pese a nuestros desacuerdos esporádicos. Me resulta difícil encontrar buenos conversadores.

—Me sobrevalora usted, señor Corelli.

—Al contrario.

Transcurrió un breve silencio, sin más compañía que aquella mirada sin fondo. Me dije que le prefería cuando se embarcaba en su conversación banal. Cuando dejaba de hablar, su aspecto parecía cambiar y el aire se espesaba a su alrededor.

—¿Se aloja aquí? —pregunté por romper el silencio.

—No, sigo en la casa junto al Park Güell. Había citado aquí a un amigo esta tarde, pero parece que se ha retrasado. La informalidad de algunas personas es deplorable.

—Se me ocurre que no debe de haber muchas personas que se atrevan a darle plantón, señor Corelli.

El patrón me miró a los ojos.

—No muchas. De hecho la única que se me ocurre es usted.

El patrón tomó un terrón de azúcar y lo dejó caer en su taza. Le siguió un segundo y un tercero. Probó el café y vertió cuatro terrones más. Luego tomó un quinto y se lo llevó a los labios.

—Me encanta el azúcar —comentó.

—Ya lo veo.

—No me dice nada de nuestro proyecto, amigo Martín —atajó—. ¿Algún problema?

Tragué saliva.

—Está casi acabado —dije.

El rostro del patrón se iluminó con una sonrisa que preferí eludir.

—Ésa sí que es una gran noticia. ¿Cuándo lo podré recibir?

—Un par de semanas. Me queda por hacer alguna revisión. Más carpintería y acabados que otra cosa.

—¿Podemos fijar una fecha?

—Si lo desea…

—¿Qué tal el viernes 23 de este mes? ¿Me aceptará entonces una invitación para cenar y celebrar el éxito de nuestra empresa?

El viernes 23 de enero quedaba a dos semanas justas.

—De acuerdo —convine.

—Confirmado entonces.

Alzó su taza de café rebosante de azúcar como si brindase y la apuró de un trago.

—¿Y usted? —preguntó casualmente—. ¿Qué le trae por aquí?

—Buscaba a una persona.

—¿Alguien a quien yo conozca?

—No.

—¿Y la ha encontrado?

—No.

El patrón asintió lentamente, saboreando mi mutismo.

—Tengo la impresión de que le estoy reteniendo contra su voluntad, amigo mío.

—Estoy un poco cansado, nada más.

—Entonces no quiero robarle más tiempo. A veces me olvido de que aunque yo disfrute de su compañía, tal vez la mía no sea de su agrado.

Sonreí dócilmente y aproveché para levantarme. Me vi reflejado en sus pupilas, un muñeco pálido atrapado en un pozo oscuro.

—Cuídese, Martín. Por favor.

—Lo haré.

Me despedí con un asentimiento y me dirigí hacia la salida. Mientras me alejaba pude escuchar cómo se llevaba otro azucarillo a la boca y lo trituraba con los dientes.

De camino a la Rambla vi que las marquesinas del Liceo estaban encendidas y que una larga hilera de coches custodiados por un pequeño regimiento de chóferes uniformados esperaba en la acera. Los carteles anunciaban *Così fan tutte* y me pregunté si Vidal se habría animado a dejar el castillo y acudir a su cita. Escruté el corro de chóferes que se había formado en el centro de la calle y no tardé en avistar a Pep entre ellos. Le hice señas para que se acercara.

—¿Qué hace usted aquí, señor Martín?

—¿Dónde está?

—El señor está dentro, viendo la representación.

—No digo don Pedro. Cristina. La señora de Vidal. ¿Dónde está?

El pobre Pep tragó saliva.

—No lo sé. No lo sabe nadie.

Me explicó que Vidal llevaba semanas intentando localizarla y que su padre, el patriarca del clan, incluso había puesto a varios miembros del departamento de

policía a sueldo para que diesen con ella.

—Al principio el señor pensaba que ella estaba con usted…

—¿No ha llamado, o enviado una carta, un telegrama…?

—No, señor Martín. Se lo juro. Estamos todos muy preocupados, y el señor, bueno…, no lo había visto yo así desde que le conozco. Hoy es la primera noche que sale desde que se fue la señorita, la señora, quiero decir…

—¿Recuerdas si Cristina dijo algo, lo que sea, antes de irse de Villa Helius?

—Bueno… —dijo Pep, bajando el tono de voz hasta el susurro—. Se la oía discutir con el señor. Yo la veía triste. Pasaba mucho tiempo sola. Escribía cartas y cada día iba hasta la estafeta de correos que hay en el paseo de la Reina Elisenda para enviarlas.

—¿Hablaste con ella algún día, a solas?

—Un día, poco antes de que se marchara, el señor me pidió que la acompañase en el coche al médico.

—¿Estaba enferma?

—No podía dormir. El doctor le recetó unas gotas de láudano.

—¿Te dijo algo por el camino?

Pep se encogió de hombros.

—Me preguntó por usted, por si sabía algo de usted o le había visto.

—¿Nada más?

—Se la veía muy triste. Se echó a llorar y cuando le pregunté qué le pasaba me dijo que echaba mucho de menos a su padre, al señor Manuel…

Lo supe entonces y me maldije por no haber caído antes en ello. Pep me miró con extrañeza y me preguntó por qué estaba sonriendo.

—¿Sabe usted dónde está? —preguntó.

—Creo que sí —murmuré.

Me pareció oír entonces una voz a través de la calle y apreciar una sombra de corte familiar que se dibujaba en el vestíbulo del Liceo. Vidal no había aguantado ni el primer acto. Pep se volvió un segundo para atender la llamada de su amo, y para cuando quiso decirme que me ocultase, yo ya me había perdido en la noche.

6

Incluso de lejos tenían ese aspecto inconfundible de las malas noticias. La brasa de un cigarrillo en el azul de la noche, siluetas apoyadas contra el negro de los muros, y volutas de vapor en el aliento de tres figuras custodiando el portal de la casa de la torre. El inspector Víctor Grandes en compañía de sus dos oficiales de presa Marcos y Castelo, en comité de bienvenida. No costaba imaginar que ya habían encontrado el cuerpo de Alicia Marlasca en el fondo de la piscina de su casa en Sarrià y que mi cotización en la lista negra había subido varios enteros. Tan pronto los avisté me detuve y me fundí en las sombras de la calle. Los observé unos instantes, asegurándome de que no habían reparado en mi presencia a apenas una cincuentena de metros. Distinguí el perfil de Grandes al aliento del farol que pendía de la fachada. Retrocedí lentamente al amparo de la oscuridad que inundaba las calles y me colé en el primer callejón, perdiéndome en la madeja de pasajes y arcos de la Ribera.

Diez minutos más tarde llegaba a las puertas de la estación de Francia. Las taquillas ya estaban cerradas, pero aún podían verse varios trenes alineados en los andenes bajo la gran bóveda de cristal y acero. Consulté el tablón de horarios y comprobé que, tal como había temido, no había salidas previstas hasta el día siguiente. No podía arriesgarme a volver a casa y tropezarme con Grandes y compañía. Algo me decía que esta vez aquella visita a comisaría sería a pensión completa y que ni los buenos oficios del abogado Valera conseguirían sacarme tan fácilmente como la vez anterior.

Decidí pasar la noche en un hotel de medio pelo que había frente al edificio de la Bolsa, en la plaza Palacio, donde la leyenda contaba que malvivían algunos cadáveres en vida de antiguos especuladores a los que la codicia y la aritmética de andar por casa les habían explotado en la cara. Elegí semejante antro porque supuse que allí no iba a venir a buscarme ni la Parca. Me registré con el nombre de Antonio Miranda y pagué por adelantado. El conserje, un individuo con aspecto de molusco que parecía incrustado en la garita que hacía las veces de recepción y tienda de souvenir, me tendió la llave, una pastilla de jabón marca El Cid Campeador que apestaba a lejía y que me pareció usada, y me informó de que si me apetecía compañía femenina me podía enviar a una fámula apodada la Tuerta tan pronto regresara de una consulta a domicilio.

—Le dejará a usted nuevo —aseguró.

Decliné el ofrecimiento alegando un principio de lumbago y enfilé las escaleras deseándole buenas noches. La habitación tenía el aspecto y el tamaño de un sarcófago. Un simple vistazo me persuadió de tenderme vestido encima del camastro

en vez de meterme entre las sábanas y confraternizar con lo que hubiera prendido en ellas. Me tapé con una manta deshilachada que encontré en el armario —y que, puestos a oler, al menos olía a naftalina— y apagué la luz, intentando imaginar que me encontraba en la clase de suite que alguien con cien mil francos en el banco podía permitirse. Apenas conseguí pegar ojo.

Dejé el hotel a media mañana y me dirigí hacia la estación. Compré un billete de primera clase con la esperanza de dormir en el tren todo lo que no había podido en aquel antro y, viendo que disponía todavía de veinte minutos antes de la salida, me dirigí a la hilera de cabinas con los teléfonos públicos. Di a la operadora el número que Ricardo Salvador me había ofrecido, el de sus vecinos de abajo.

—Quisiera hablar con Emilio, por favor.

—Al aparato.

—Mi nombre es David Martín. Soy amigo del señor Ricardo Salvador. Me dijo que podía llamarle a este número en caso de urgencia.

—A ver… ¿puede esperar un momento, que le avisamos?

Miré el reloj de la estación.

—Sí. Espero. Gracias.

Transcurrieron más de tres minutos hasta que oí pasos aproximándose y la voz de Ricardo Salvador me llenó de tranquilidad.

—¿Martín? ¿Está usted bien?

—Sí.

—Gracias a Dios. Leí en el diario lo de Roures y me tenía usted muy preocupado.

—¿Dónde está?

—Señor Salvador, ahora no tengo mucho tiempo. Tengo que ausentarme de la ciudad.

—¿Seguro que está bien?

—Sí. Escúcheme: Alicia Marlasca ha muerto.

—¿La viuda? ¿Muerta?

Un largo silencio. Me pareció que Salvador sollozaba y me maldije por haberle dado la noticia con tan poca delicadeza.

—¿Sigue ahí?

—Sí…

—Le llamo para advertirle de que tenga usted mucho cuidado. Irene Sabino está viva y me ha estado siguiendo. Hay alguien con ella. Creo que es Jaco.

—¿Jaco Corbera?

—No estoy seguro de que sea él. Creo que saben que estoy tras su pista y están intentando silenciar a todos aquellos que han ido hablando conmigo. Me parece que tenía usted razón…

—¿Pero por qué iba a volver Jaco ahora? —preguntó Salvador—. No tiene

sentido.

—No lo sé. Ahora tengo que irme. Sólo quería prevenirle.

—Por mí no se preocupe. Si este hijo de puta viene a visitarme, estaré preparado. Llevo veinticinco años esperando.

El jefe de estación anunció la salida del tren con el silbato.

—No se fíe de nadie. ¿Me oye? Le llamaré tan pronto regrese a la ciudad.

—Gracias por llamar, Martín. Tenga mucho cuidado.

7

El tren empezaba a deslizarse por el andén cuando me refugié en mi compartimento y me dejé caer en el asiento. Me abandoné al tibio aliento de la calefacción y el suave traqueteo. Dejamos atrás la ciudad atravesando el bosque de factorías y chimeneas que la rodeaba y escapando al sudario de luz escarlata que la cubría. Lentamente la tierra baldía de hangares y trenes abandonados en vía muerta se fue diluyendo en un plano infinito de campos y colinas coronados por caserones y atalayas, bosques y ríos. Carromatos y aldeas asomaban entre bancos de niebla. Pequeñas estaciones pasaban de largo mientras campanarios y masías dibujaban espejismos en la distancia.

En algún momento del trayecto me quedé dormido, y cuando desperté el paisaje había cambiado completamente. Cruzábamos valles escarpados y riscos de piedra que se alzaban entre lagos y arroyos. El tren bordeaba grandes bosques que escalaban las laderas de montañas que se aparecían infinitas. Al rato la madeja de montes y túneles cortados en la piedra se resolvió en un gran valle abierto de llanuras infinitas donde manadas de caballos salvajes corrían sobre la nieve y pequeñas aldeas de casas de piedra se distinguían en la distancia. Los picos del Pirineo se alzaban al otro lado, las laderas nevadas encendidas en el ámbar del crepúsculo. Al frente, un amasijo de casas y edificios se arremolinaba sobre una colina. El revisor se asomó en el compartimento y me sonrió.

—Próxima parada, Puigcerdà —anunció.

El tren se detuvo exhalando una tormenta de vapor que inundó el andén. Me apeé y me vi envuelto en aquella niebla que olía a electricidad. Al poco oí la campana del jefe de estación y escuché el tren emprender la marcha de nuevo. Lentamente, mientras los vagones desfilaban sobre las vías, el contorno de la estación fue emergiendo como un espejismo a mi alrededor. Estaba solo en el andén. Una fina cortina de nieve en polvo caía con infinita lentitud. Un sol rojizo asomaba al oeste bajo la bóveda de nubes y teñía la nieve como pequeñas brasas encendidas. Me aproximé a la oficina del jefe de estación. Golpeé en el cristal y alzó la vista. Abrió la puerta y me dedicó una mirada de desinterés.

—¿Podría indicarme cómo encontrar un lugar llamado Villa San Antonio?

El jefe de estación enarcó una ceja.

—¿El sanatorio?

—Creo que sí.

El jefe de estación adoptó ese aire meditabundo de quien calibra cómo ofrecer indicaciones y direcciones a los forasteros y, tras repasar su catálogo de gestos y muecas, me ofreció el siguiente croquis:

—Tiene que cruzar el pueblo, pasar la plaza de la iglesia y llegar hasta el lago. Al otro lado encontrará una larga avenida rodeada de caserones que va a parar al paseo de la Rigolisa. Allí, en la esquina, hay una gran casa de tres pisos rodeada de un gran jardín. Ése es el sanatorio.

—¿Y sabe usted de algún sitio donde encontrar habitación?

—De camino cruzará frente al hotel del Lago. Dígales que le envía el Sebas.

—Gracias.

—Buena suerte…

Atravesé las calles solitarias del pueblo bajo la nieve, buscando el perfil de la torre de la iglesia. Por el camino me crucé con algunos lugareños que me saludaron con un asentimiento y me miraron de reojo. Al llegar a la plaza, un par de mozos que descargaban un carromato con carbón me indicaron el camino que llevaba al lago y, un par de minutos después, enfilé una calle que bordeaba una gran laguna helada y blanca. Grandes caserones de torreones afilados y perfil señorial rodeaban el lago y un paseo jalonado de bancos y árboles formaba una cinta en torno a la gran lámina de hielo en la que habían quedado atrapados pequeños botes de remos. Me acerqué al borde y me detuve a contemplar el estanque congelado que se extendía a mis pies. La capa de hielo debía de tener un palmo de grosor y en algunos puntos relucía como cristal opaco, insinuando la corriente de aguas negras que se deslizaba bajo el caparazón.

El hotel del Lago era un caserón de dos pisos pintado de rojo oscuro que quedaba al pie del estanque. Antes de seguir mi camino me detuve para reservar una habitación por dos noches que pagué por adelantado. El conserje me informó de que el hotel estaba casi vacío y me dio a escoger habitación.

—La 101 tiene una vista espectacular del amanecer sobre el lago —ofreció—. Pero si prefiere vistas al norte, tengo…

—Elija usted —atajé, indiferente a la belleza señorial de aquel paisaje crepuscular.

—Entonces la 101. En temporada de verano es la preferida de los recién casados.

Me tendió las llaves de aquella supuesta suite nupcial y me informó de los horarios de comedor para la cena. Le dije que volvería más tarde y le pregunté si Villa San Antonio quedaba lejos de allí. El conserje adoptó la misma expresión que había visto en el jefe de estación y negó con una sonrisa afable.

—Está aquí cerca, a diez minutos. Si toma el paseo que queda al final de esta calle, la verá al fondo. No tiene pérdida.

Diez minutos más tarde me encontraba a las puertas de un gran jardín sembrado de hojas secas atrapadas en la nieve. Más allá, Villa San Antonio se alzaba como un sombrío centinela envuelto en un halo de luz dorada que exhalaba de sus ventanales. Crucé el jardín, sintiendo que el corazón me latía con fuerza y que pese al frío cortante me sudaban las manos. Ascendí las escaleras que conducían a la entrada principal. El vestíbulo era una sala de suelos embaldosados como un tablero de ajedrez que conducía a una escalinata en la que vi a una joven ataviada de enfermera que sostenía de la mano a un hombre tembloroso que parecía eternamente suspendido entre dos peldaños, como si toda su existencia hubiera quedado atrapada en un soplo.

—¿Buenas tardes? —dijo una voz a mi derecha.

Tenía los ojos negros severos, los rasgos cortados sin amago de simpatía y ese aire grave de quien ha aprendido a no esperar más que malas noticias. Debía de rondar la cincuentena, y aunque vestía el mismo uniforme que la joven enfermera que acompañaba al anciano, todo en ella respiraba autoridad y rango.

—Buenas tardes. Estoy buscando a una persona llamada Cristina Sagnier. Tengo razones para creer que se hospeda aquí…

Me observó sin pestañear.

—Aquí no se hospeda nadie, caballero. Este lugar no es ni un hotel ni una residencia.

—Disculpe. Acabo de hacer un largo viaje en busca de esta persona…

—No se disculpe —dijo la enfermera—. ¿Puedo preguntarle si es usted familiar o allegado?

—Mi nombre es David Martín. ¿Está Cristina Sagnier aquí? Por favor…

La expresión de la enfermera se ablandó. Siguieron una insinuación de sonrisa amable y un asentimiento. Respiré hondo.

—Soy Teresa, la enfermera jefe del turno de noche. Si es tan amable de seguirme, señor Martín, le acompañaré al despacho del doctor Sanjuán.

—¿Cómo está la señorita Sagnier? ¿Puedo verla?

Otra sonrisa leve e impenetrable.

—Por aquí, por favor.

La habitación describía un rectángulo sin ventanas encajado entre cuatro muros pintados de azul e iluminado por dos lámparas que pendían del techo y emitían una luz metálica. Los tres únicos objetos que ocupaban la sala eran una mesa desnuda y dos sillas. El aire olía a desinfectante y hacía frío. La enfermera lo había descrito como un despacho, pero tras diez minutos esperando a solas anclado en una de las sillas, yo no acertaba a ver más que una celda. La puerta estaba cerrada, pero incluso así podía oír voces, a veces gritos aislados, entre los muros. Empezaba a perder la noción del tiempo que llevaba allí cuando se abrió la puerta y un hombre de entre treinta y cuarenta años entró ataviado con una bata blanca y una sonrisa tan helada

como el aire que impregnaba la estancia. El doctor Sanjuán, supuse. Rodeó la mesa y tomó asiento en la silla que había al otro lado. Apoyó las manos sobre la mesa y me observó con vaga curiosidad durante unos segundos antes de despegar los labios.

—Me hago cargo de que acaba de realizar usted un largo viaje y estará cansado, pero me gustaría saber por qué no está aquí el señor Pedro Vidal —dijo al fin.

—No ha podido venir.

El doctor me observaba sin pestañear, esperando. Tenía la mirada fría y ese ademán particular de quien no oye, escucha.

—¿Puedo verla?

—No puede ver usted a nadie si antes no me dice la verdad y sé qué busca aquí.

Suspiré y asentí. No había viajado ciento cincuenta kilómetros para mentir.

—Mi nombre es Martín, David Martín. Soy amigo de Cristina Sagnier.

—Aquí la llamamos señora de Vidal.

—Me trae sin cuidado cómo la llamen ustedes. Quiero verla. Ahora.

El doctor suspiró.

—¿Es usted el escritor?

Me incorporé impaciente.

—¿Qué clase de sitio es éste? ¿Por qué no puedo verla ya?

—Siéntese. Por favor. Se lo ruego.

El doctor señaló la silla y esperó a que tomase asiento de nuevo.

—¿Puedo preguntarle cuándo fue la última vez que la vio o habló con ella?

—Hará algo más de un mes —respondí—. ¿Por qué?

—¿Sabe usted de alguien que la viera o hablase con ella después de usted?

—No. No lo sé. ¿Qué ocurre aquí?

El doctor se llevó la mano derecha a los labios, calibrando sus palabras.

—Señor Martín, me temo que tengo malas noticias.

Sentí que se me hacía un nudo en la boca del estómago.

—¿Qué le ha pasado?

El doctor me miró sin responder y por primera vez me pareció entrever un asomo de duda en su mirada.

—No lo sé —dijo.

Recorrimos un pasillo corto flanqueado por puertas metálicas. El doctor Sanjuán me precedía, sosteniendo un manojo de llaves en las manos. Me pareció escuchar tras las puertas voces que susurraban a nuestro paso ahogadas entre risas y llantos. La habitación estaba al final del corredor. El doctor abrió la puerta y se detuvo en el umbral, mirándome sin expresión.

—Quince minutos —dijo.

Entré en la habitación y oí al doctor cerrar a mi espalda. Al frente se abría una estancia de techos altos y paredes blancas que se reflejaban en un suelo de baldosas

brillantes. A un lado había una cama de armazón metálico envuelta por una cortina de gasa, vacía. Un amplio ventanal contemplaba el jardín nevado, los árboles y, más allá, la silueta del lago. No reparé en ella hasta que me acerqué unos pasos. Estaba sentada en una butaca frente a la ventana. Vestía un camisón blanco y llevaba el pelo recogido en una trenza. Rodeé la butaca y la miré. Sus ojos permanecieron inmóviles. Cuando me arrodillé a su lado ni siquiera pestañeó. Cuando posé mi mano sobre la suya no movió un solo músculo de su cuerpo. Advertí entonces las vendas que le cubrían los brazos, de la muñeca a los codos, y las ligazones que la mantenían atada a la butaca. Le acaricié la mejilla recogiendo una lágrima que le caía por la cara.

—Cristina —murmuré.

Su mirada permaneció atrapada en ninguna parte, ajena a mi presencia. Acerqué una silla y me senté frente a ella.

—Soy David —murmuré.

Por espacio de un cuarto de hora permanecimos así, en silencio, su mano en la mía, su mirada extraviada y mis palabras sin respuesta. En algún momento oí que la puerta se abría de nuevo y sentí que alguien me asía del brazo con delicadeza y tiraba de mí. Era el doctor Sanjuán. Me dejé conducir hasta el pasillo sin ofrecer resistencia. El doctor cerró la puerta y me acompañó de regreso a aquel despacho helado. Me desplomé en la silla y le miré, incapaz de articular una palabra.

—¿Quiere que le deje a solas unos minutos? —preguntó.

Asentí. El doctor se retiró y entornó la puerta al salir. Me miré la mano derecha, que estaba temblando, y la cerré en un puño. Apenas sentía ya el frío de aquella habitación, ni pude oír los gritos y las voces que se filtraban por las paredes. Sólo supe que me faltaba el aire y que tenía que salir de aquel lugar.

8

El doctor Sanjuán me encontró en el comedor del hotel del Lago, sentado frente al fuego y acompañado de un plato que no había probado. No había nadie más allí excepto una doncella que recorría las mesas desiertas y sacaba brillo con un paño a los cubiertos sobre los manteles. Tras los cristales había anochecido y la nieve caía lentamente, como polvo de cristal azul. El doctor se aproximó a mi mesa y me sonrió.

—He supuesto que le encontraría aquí —dijo—. Todos los forasteros acaban aquí. Aquí pasé yo mi primera noche en este pueblo cuando llegué hace diez años. ¿Qué habitación le han dado?

—Se supone que la favorita de los recién casados, con vistas al lago.

—No lo crea. Eso es lo que dicen de todas.

Una vez fuera del recinto del sanatorio y sin la bata blanca, el doctor Sanjuán ofrecía una presencia más relajada y afable.

—Sin el uniforme casi no le había reconocido —aventuré.

—La medicina es como el ejército. Sin hábito no hay monje —replicó—. ¿Cómo se encuentra usted?

—Estoy bien. He tenido días peores.

—Ya. Le he echado en falta antes, cuando he vuelto al despacho a buscarle.

—Necesitaba un poco de aire.

—Lo entiendo. Pero contaba con que sería usted menos impresionable.

—¿Por qué?

—Porque le necesito. Mejor dicho, es Cristina quien le necesita.

Tragué saliva.

—Debe de pensar usted que soy un cobarde —dije.

El doctor negó.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Semanas. Prácticamente desde que llegó aquí. Ha ido empeorando con el tiempo.

—¿Tiene conciencia de dónde está?

El doctor se encogió de hombros.

—Es difícil saberlo.

—¿Qué le ha pasado?

El doctor Sanjuán suspiró.

—Hace cuatro semanas la encontraron no muy lejos de aquí, en el cementerio del pueblo, tendida sobre la lápida de su padre. Sufría de hipotermia y deliraba. La

trajeron al sanatorio porque uno de los guardias civiles la reconoció de cuando pasó meses aquí el año pasado visitando a su padre. Mucha gente del pueblo la conocía. La ingresamos y estuvo en observación durante un par de días. Estaba deshidratada y posiblemente llevaba días sin dormir. Recuperaba la conciencia a ratos. Cuando lo hacía hablaba de usted. Decía que corría usted un gran peligro. Me hizo jurar que no avisaría a nadie, ni a su esposo ni a nadie, hasta que ella pudiera hacerlo por sí misma.

—Aun así, ¿por qué no dio usted aviso a Vidal de lo que había pasado?

—Lo hubiera hecho, pero… le parecerá a usted absurdo.

—¿El qué?

—Tuve el convencimiento de que estaba huyendo y pensé que mi deber era ayudarla.

—¿Huyendo de quién?

—No estoy seguro —dijo con una expresión ambigua.

—¿Qué es lo que no me está diciendo, doctor?

—Soy un simple médico. Hay cosas que no entiendo.

—¿Qué cosas?

El doctor Sanjuán sonrió nerviosamente.

—Cristina cree que algo, o alguien, ha entrado dentro de ella y quiere destruirla.

—¿Quién?

—Sólo sé que ella cree que está relacionado con usted y que es alguien o algo que le da miedo. Por eso creo que nadie más puede ayudarla. Por eso no avisé a Vidal, como hubiera sido mi deber. Porque sabía que tarde o temprano usted aparecería por aquí.

Me miró con una extraña mezcla de lástima y despecho.

—Yo también la aprecio, señor Martín. Los meses que Cristina pasó aquí visitando a su padre… llegamos a ser buenos amigos. Supongo que ella no le habló de mí, y posiblemente no tenía por qué hacerlo. Fue una temporada muy difícil para ella. Me confió muchas cosas y yo también a ella, cosas que nunca le he dicho a nadie. De hecho hasta le propuse matrimonio, para que vea que aquí los médicos también estamos un poco idos. Por supuesto me rechazó. No sé por qué le cuento todo esto.

—¿Pero volverá a estar bien, verdad, doctor? Se recuperará…

El doctor Sanjuán desvió la mirada al fuego, sonriendo con tristeza.

—Eso espero —respondió.

—Quiero llevármela.

El doctor alzó las cejas.

—¿Llevársela? ¿Adónde?

—A casa.

—Señor Martín, permítame que le hable con franqueza. Al margen del hecho de que no es usted familiar directo ni por supuesto el esposo de la paciente, lo cual es un

simple requisito legal, Cristina no está en situación de ir con nadie a ningún sitio.

—¿Está mejor aquí encerrada en un caserón con usted, atada a una silla y drogada? No me diga que le ha vuelto a proponer matrimonio.

El doctor me observó largamente, tragándose la ofensa que claramente le habían causado mis palabras.

—Señor Martín, me alegro de que esté usted aquí porque creo que, juntos, vamos a poder ayudar a Cristina. Creo que su presencia le va a permitir salir del lugar en el que se ha refugiado. Lo creo porque la única palabra que ha pronunciado en las últimas dos semanas es su nombre. Sea lo que fuera lo que le sucedió, creo que tenía que ver con usted.

El doctor me miraba como si esperase algo de mí, algo que respondiese a todas las preguntas.

—Creí que me había abandonado —empecé—. Íbamos a irnos de viaje, a dejarlo todo. Yo había salido un momento a buscar los billetes de tren y a hacer un recado. No estuve fuera más de noventa minutos. Cuando regresé a casa, Cristina se había marchado.

—¿Sucedió algo antes de que ella se fuera? ¿Discutieron?

Me mordí los labios.

—No lo llamaría una discusión.

—¿Cómo lo llamaría?

—La sorprendí mirando entre unos papeles relacionados con mi trabajo y creo que le ofendió lo que debió de interpretar como mi desconfianza.

—¿Era algo importante?

—No. Un simple manuscrito, un borrador.

—¿Puedo preguntar qué tipo de manuscrito era?

Dudé.

—Una fábula.

—¿Para niños?

—Digamos que para una audiencia familiar.

—Entiendo.

—No, no creo que lo entienda. No hubo ninguna discusión. Cristina estaba sólo un poco molesta porque no le permití echarle un vistazo, pero nada más. Cuando la dejé estaba bien, preparando algo de equipaje. Ese manuscrito no tiene importancia alguna.

El doctor ofreció un asentimiento de cortesía más que de convencimiento.

—¿Podría ser que mientras usted estuviese fuera alguien la visitara en su casa?

—Nadie más que yo sabía que ella estaba allí.

—¿Se le ocurre algún motivo por el cual decidiese salir de la casa antes de que usted volviese?

—No. ¿Por qué?

—Son sólo preguntas, señor Martín. Intento aclarar qué sucedió entre el momento

en que usted la vio por última vez y su aparición aquí.

—¿Dijo ella qué o quién se le había metido dentro?

—Es un modo de hablar, señor Martín. Nada se ha metido dentro de Cristina. No es infrecuente que pacientes que han sufrido una experiencia traumática sientan la presencia de familiares fallecidos o de personas imaginarias, incluso que se refugien en su propia mente y cierren las puertas al exterior. Es una respuesta emocional, un modo de defenderse de sentimientos o emociones que resultan inaceptables. Eso no debe preocuparle ahora. Lo que cuenta y lo que nos va a ayudar es que, si hay alguien importante para ella ahora, esa persona es usted. Por cosas que me contó en su día y que quedaron entre nosotros y lo que he observado en estas últimas semanas, me consta que Cristina le quiere, señor Martín. Le quiere como no ha querido nunca a nadie, y ciertamente como nunca me querrá a mí. Por eso le pido que me ayude, que no se deje cegar por el miedo o el resentimiento y me ayude, porque los dos queremos lo mismo. Los dos queremos que Cristina pueda salir de este lugar.

Asentí avergonzado.

—Disculpe si antes…

El doctor alzó la mano, acallándome. Se incorporó y se puso el abrigo. Me ofreció su mano y la estreché.

—Le espero mañana —dijo.

—Gracias, doctor.

—Gracias a usted. Por acudir a su lado.

A la mañana siguiente salí del hotel cuando el sol empezaba a alzarse sobre el lago helado. Un grupo de niños jugaban al borde del estanque lanzando piedras e intentando alcanzar el casco de un pequeño bote apresado en el hielo. Había dejado de nevar y podían verse las montañas blancas en la distancia y grandes nubes pasajeras que se deslizaban sobre el cielo como monumentales ciudades de vapor. Llegué al sanatorio de Villa San Antonio poco antes de las nueve de la mañana. El doctor Sanjuán me esperaba en el jardín con Cristina. Estaban sentados al sol y el doctor sostenía la mano de Cristina en la suya mientras le hablaba. Ella apenas le miraba. Cuando me vio cruzando el jardín, el doctor me hizo señas para que me aproximase. Me había reservado una silla frente a Cristina. Me senté y la miré, sus ojos sobre los míos sin verme.

—Cristina, mira quién ha venido —dijo el doctor.

Tomé la mano de Cristina y me acerqué a ella.

—Háblele —dijo el doctor.

Asentí, perdido en aquella mirada ausente, sin encontrar palabras. El doctor se incorporó y nos dejó a solas. Le vi desaparecer en el interior del sanatorio, no sin antes indicar a una de las enfermeras que no nos quitase ojo de encima. Ignoré la presencia de la enfermera y acerqué la silla a Cristina. Le aparté el pelo de la frente y

sonrió.

—¿Te acuerdas de mí? —pregunté.

Podía ver mi reflejo en sus ojos, pero no sabía si me veía o si podía oír mi voz.

—El doctor me dice que pronto te vas a recuperar y que podremos irnos a casa. Adonde tú quieras. He pensado que voy dejar la casa de la torre y que nos marcharemos muy lejos, como tú querías. Donde nadie nos conozca y a nadie le importe quiénes somos ni de dónde venimos.

Le habían cubierto las manos con guantes de lana, que enmascaraban las vendas que llevaba en los brazos. Había perdido peso y tenía líneas profundas en la piel, los labios quebrados y los ojos apagados y sin vida. Me limité a sonreír y a acariciarle la cara y la frente, hablando sin parar, contándole lo mucho que la había echado en falta y que la había buscado por todas partes. Pasamos así un par de horas, hasta que el doctor regresó con una enfermera y se la llevaron al interior. Me quedé allí sentado en el jardín, sin saber adónde ir, hasta que vi aparecer de nuevo al doctor Sanjuán en la puerta. Se acercó y tomó asiento a mi lado.

—No ha dicho palabra —dije—. No creo que se haya dado ni cuenta de que yo estaba aquí…

—Se equivoca, amigo mío —repuso—. Éste es un proceso lento, pero le aseguro que su presencia la ayuda, y mucho.

Asentí a las limosnas y mentiras piadosas del doctor.

—Mañana volveremos a intentarlo —dijo.

Apenas eran las doce del mediodía.

—¿Y qué voy a hacer hasta mañana? —pregunté.

—¿No es usted escritor? Escriba. Escriba algo para ella.

9

Regresé hacia el hotel bordeando el lago. El conserje me indicó cómo encontrar la única librería del pueblo, donde pude comprar cuartillas y una estilográfica que llevaba allí desde tiempos inmemoriales. Una vez armado, me encerré en la habitación. Desplacé la mesa frente a la ventana y pedí un termo con café. Pasé casi una hora mirando el lago y las montañas en la lejanía antes de escribir una sola palabra. Recordé la vieja fotografía que Cristina me había regalado, aquella imagen que mostraba a una niña adentrándose en un muelle de madera tendido hacia el mar y cuyo misterio había eludido siempre su memoria. Imaginé que me adentraba en aquel muelle, que mis pasos me llevaban tras ella y lentamente las palabras empezaron a fluir y el armazón de una pequeña historia se insinuó en el trazo. Supe que iba a escribir la historia que Cristina nunca pudo recordar, la historia que la había llevado de niña a caminar sobre aquellas aguas relucientes de la mano de un extraño. Escribiría la historia de aquel recuerdo que nunca fue, la memoria de una vida robada. Las imágenes y la luz que asomaban entre las frases me llevaron de nuevo a aquella vieja Barcelona de tinieblas que nos había hecho a ambos. Escribí hasta que se puso el sol y no quedó ni gota de café en el termo, hasta que el lago helado se encendió con la luna azul y me dolieron los ojos y las manos. Dejé caer la pluma y aparté las cuartillas de la mesa. Cuando el conserje llamó a la puerta para preguntarme si iba a bajar a cenar, no le oí. Había caído profundamente dormido, por una vez soñando y creyendo que las palabras, incluso las mías, tenían el poder de curar.

Pasaron cuatro días al son de la misma rutina. Me despertaba con el alba y salía al balcón de la habitación para ver el sol teñir de rojo el lago a mis pies. Llegaba al sanatorio a eso de las ocho y media de la mañana y acostumbraba a encontrar al doctor Sanjuán sentado en los peldaños de la entrada, contemplando el jardín con una taza de café humeante en las manos.

—¿Nunca duerme, doctor? —le preguntaba.

—No más que usted —replicaba.

A eso de las nueve, el doctor me acompañaba hasta la habitación de Cristina y me abría la puerta. Nos dejaba a solas. Siempre la encontraba sentada en la misma butaca frente a la ventana. Acercaba una de las sillas y le tomaba la mano. Apenas reconocía mi presencia. Luego empezaba a leer las páginas que había escrito para ella la noche anterior. Cada día empezaba a leer desde el principio. A veces interrumpía la lectura y

al alzar la vista me sorprendía al descubrir el asomo de una sonrisa en sus labios. Pasaba el día con ella hasta que el doctor regresaba al anochecer y me pedía que me marchase. Luego me arrastraba por las calles desiertas bajo la nieve y regresaba al hotel, cenaba algo y subía a mi habitación para seguir escribiendo hasta que me vencía la fatiga. Los días dejaron de tener nombre.

Al quinto día entré en la habitación de Cristina como todas las mañanas para encontrar vacía la butaca en la que siempre me esperaba. Alarmado, busqué alrededor y la encontré acurrucada en el suelo, hecha un ovillo contra un rincón, abrazándose las rodillas y con el rostro lleno de lágrimas. Al verme sonrió y comprendí que me había reconocido. Me arrodillé junto a ella y la abracé. No creo haber sido tan feliz como en aquellos míseros segundos en que sentí su aliento en la cara y vi que una brizna de luz había regresado a sus ojos.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

Aquella tarde el doctor Sanjuán me dio permiso para sacarla de paseo durante una hora. Caminamos hasta el lago y nos sentamos en un banco. Empezó a hablarme de un sueño que había tenido, la historia de una niña que vivía en una ciudad laberíntica y oscura cuyas calles y edificios estaban vivos y se alimentaban de las almas de sus habitantes. En su sueño, como en el relato que le había estado leyendo durante días, la niña conseguía escapar y llegaba a un muelle tendido sobre un mar infinito. Caminaba de la mano de un extraño sin nombre ni rostro que la había salvado y que la acompañaba ahora hasta el fin de aquella plataforma de maderos tendida sobre las aguas donde alguien la esperaba, alguien que nunca llegaba a ver, porque su sueño, como la historia que le había estado leyendo, estaba inacabado.

Cristina recordaba vagamente Villa San Antonio y al doctor Sanjuán. Se sonrojó al contarme que creía que él le había propuesto matrimonio la semana anterior. El tiempo y el espacio se confundían en sus ojos. A veces creía que su padre estaba ingresado en una de las habitaciones y que ella había venido a visitarle. Un instante después no recordaba cómo había llegado hasta allí y en ocasiones ni se lo preguntaba. Recordaba que yo había salido a comprar unos billetes de tren y, a ratos, se refería a aquella mañana en que había desaparecido como si eso hubiese ocurrido el día anterior. A veces me confundía con Vidal y me pedía perdón. En otras ocasiones el miedo ensombrecía su rostro y se echaba a temblar.

—Se acerca —decía—. Tengo que irme. Antes de que te vea.

Entonces se sumía en un largo silencio, ajena a mi presencia o al mundo, como si algo la hubiese arrastrado a algún lugar remoto e inalcanzable. Pasados unos días, la certeza de que Cristina había perdido la razón empezó a calarme hondo. La esperanza del primer momento se tiñó de amargura y en ocasiones, al regresar a aquella celda en mi hotel por la noche, sentía abrirse dentro de mí aquel viejo abismo de oscuridad y de odio que creía olvidado. El doctor Sanjuán, que me observaba con la misma

paciencia y tenacidad que reservaba a sus pacientes, me había advertido que aquello iba a suceder.

—No tiene usted que perder la esperanza, amigo mío —decía—. Estamos haciendo grandes progresos. Tenga confianza.

Yo asentía dócil y regresaba día tras día al sanatorio para llevar a Cristina de paseo hasta el lago, para escuchar aquellos recuerdos soñados que me había relatado decenas de veces pero que ella volvía a descubrir de nuevo cada día. Todos los días me preguntaba dónde había estado, por qué no había regresado a buscarla, por qué la había dejado sola. Todos los días me miraba desde su jaula invisible y me pedía que la abrazase. Todos los días, al despedirme de ella, me preguntaba si la quería y yo siempre le respondía lo mismo.

—Te querré siempre —decía yo—. Siempre.

Una noche me desperté al oír golpes en la puerta de mi habitación. Eran las tres de la madrugada. Me arrastré hasta la puerta, aturdido, y encontré a una de las enfermeras del sanatorio en el umbral.

—El doctor Sanjuán me ha pedido que venga a buscarle.

—¿Qué ha pasado?

Diez minutos más tarde entraba por las puertas de Villa San Antonio. Los gritos podían oírse desde el jardín. Cristina había trabado por dentro la puerta de su habitación. El doctor Sanjuán, con aspecto de no haber dormido en una semana, y dos enfermeros estaban intentando forzar la puerta. En el interior se podía oír a Cristina gritando y golpeando las paredes, derribando los muebles y destrozando cuanto encontraba.

—¿Quién está ahí dentro con ella? —pregunté, helado.

—Nadie —replicó el doctor.

—Pero le está hablando a alguien… —protesté.

—Está sola.

Un celador llegó a toda prisa portando una gran palanca de metal.

—Es todo lo que he encontrado —dijo.

El doctor asintió y el celador caló la palanca en el resquicio de la cerradura y empezó a forcejear.

—¿Cómo ha podido cerrar desde dentro? —pregunté.

—No lo sé…

Por primera vez me pareció leer temor en el rostro del doctor, que evitaba mi mirada. El celador estaba a punto de forzar la cerradura con la palanca cuando, de súbito, se hizo el silencio al otro lado de la puerta.

—¿Cristina? —llamó el doctor.

No hubo respuesta. La puerta cedió finalmente y se abrió hacia dentro de un golpe. Seguí al doctor al interior de la estancia, que estaba en penumbra. La ventana

estaba abierta y un viento helado inundaba la habitación. Las sillas, mesas y butacas estaban derribadas. Las paredes estaban manchadas de lo que me pareció un trazo irregular de pintura negra. Era sangre. No había rastro de Cristina.

Los enfermeros corrieron al balcón y otearon el jardín en busca de pisadas en la nieve. El doctor miraba a un lado y otro, buscando a Cristina. Fue entonces cuando oímos una risa que provenía del cuarto de baño. Me acerqué a la puerta y la abrí. El suelo estaba cubierto de cristales. Cristina estaba sentada en el piso, apoyada contra la bañera de metal como un muñeco roto. Le sangraban las manos y los pies, sembrados de cortes y aristas de vidrio. Su sangre se deslizaba todavía por las grietas del espejo que había destrozado a puñetazos. La rodeé en mis brazos y busqué su mirada. Sonrió.

—No le he dejado entrar —dijo.

—¿A quién?

—Quería que olvidase, pero no le he dejado entrar —repitió. El doctor se arrodilló a mi lado y examinó los cortes y heridas que recubrían el cuerpo de Cristina.

—Por favor —murmuró, apartándome—. Ahora no.

Uno de los enfermeros había corrido a por una camilla. Los ayudé a tender a Cristina y le sostuve la mano mientras la conducían a un consultorio, donde el doctor Sanjuán procedió a inyectarle un calmante que en apenas unos segundos le robó la consciencia. Me quedé a su lado, mirándola a los ojos hasta que su mirada se tornó un espejo vacío y una de las enfermeras me tomó del brazo y me sacó del consultorio. Me quedé allí, en medio de un corredor en penumbra que olía a desinfectante, con las manos y la ropa manchadas de sangre. Me apoyé contra la pared y me dejé resbalar hasta el suelo.

Cristina despertó al día siguiente para encontrarse sujeta con correas de cuero sobre una cama, enclaustrada en una habitación sin ventanas ni más luz que la de una bombilla que amarilleaba prendida del techo. Yo había pasado la noche en una silla apostada en el rincón, observándola, sin noción del tiempo que había transcurrido. Abrió los ojos de súbito, una mueca de dolor en el rostro al sentir las punzadas de las heridas que cubrían sus brazos.

—¿David? —llamó.

—Estoy aquí —respondí.

Me acerqué al lecho y me incliné para que me viese el rostro y la sonrisa anémica que había ensayado para ella.

—No puedo moverme.

—Estás sujeta con unas correas. Es por tu bien. En cuanto venga el doctor te las quitará.

—Quítamelas tú.

—No puedo. Tiene que ser el doctor quien…

—Por favor —suplicó.

—Cristina, es mejor que…

—Por favor.

Había dolor y miedo en su mirada, pero sobre todo había una claridad y una presencia que no había visto en todos los días que la había visitado en aquel lugar. Era ella de nuevo. Desaté las dos primeras correas que cruzaban sobre los hombros y la cintura. Le acaricié el rostro. Estaba temblando.

—¿Tienes frío?

Negó.

—¿Quieres que avise al doctor?

Negó de nuevo.

—David, mírame.

Me senté en el borde del lecho y la miré a los ojos.

—Tienes que destruirlo —dijo.

—No te entiendo.

—Tienes que destruirlo.

—¿El qué?

—El libro.

—Cristina, lo mejor será que avise al doctor…

—No. Escúchame.

Me aferró la mano con fuerza.

—La mañana que te fuiste a buscar los billetes, ¿te acuerdas? Subí otra vez a tu estudio y abrí el baúl.

Suspiré.

—Encontré el manuscrito y empecé a leerlo.

—Es sólo una fábula, Cristina…

—No me mientas. Lo leí, David. Al menos lo suficiente para saber que tenía que destruirlo…

—No te preocupes por eso ahora. Ya te dije que había abandonado el manuscrito.

—Pero él no te ha abandonado a ti. Intenté quemarlo…

Por un instante le solté la mano al oír aquellas palabras, reprimiendo una cólera fría al recordar las cerillas quemadas que había encontrado en el suelo del estudio.

—¿Intentaste quemarlo?

—Pero no pude —murmuró—. Había alguien más en la casa.

—No había nadie en la casa, Cristina. Nadie.

—Tan pronto prendí el fósforo y lo acerqué al manuscrito, le sentí detrás de mí. Noté un golpe en la nuca y caí.

—¿Quién te golpeó?

—Todo estaba muy oscuro, como si la luz del día se hubiese retirado y no pudiera entrar. Me di la vuelta, pero todo estaba muy oscuro. Sólo vi sus ojos. Ojos como los de un lobo.

—Cristina…

—Me quitó el manuscrito de las manos y lo guardó otra vez en el baúl.

—Cristina, no estás bien. Déjame que llame al doctor y…

—No me estás escuchando.

Le sonreí y la besé en la frente.

—Claro que te escucho. Pero no había nadie más en la casa…

Cerró los ojos y ladeó la cabeza, gimiendo como si mis palabras fueran puñales que le retorcían las entrañas.

—Voy a avisar al doctor…

Me incliné para besarla de nuevo y me incorporé. Me dirigí hacia la puerta, sintiendo su mirada en la espalda.

—Cobarde —dijo.

Cuando regresé a la habitación con el doctor Sanjuán, Cristina había desatado la última correa y se tambaleaba por la habitación en dirección a la puerta dejando pisadas ensangrentadas sobre las baldosas blancas. La sujetamos entre los dos y la tendimos de nuevo en la cama. Cristina gritaba y forcejeaba con una rabia que helaba la sangre. El alboroto alertó al personal de enfermería. Un celador nos ayudó a contenerla mientras el doctor la ataba de nuevo con las correas. Una vez inmovilizada, el doctor me miró con severidad.

—Voy a sedarla de nuevo. Quédese aquí y no se le ocurra volver a desatarle las correas.

Me quedé a solas con ella un minuto, intentando calmarla. Cristina seguía luchando por escapar de las correas. Le sujeté el rostro e intenté captar su mirada.

—Cristina, por favor…

Me escupió en la cara.

—Vete.

El doctor regresó acompañado de una enfermera que portaba una bandeja metálica con una jeringuilla, apósitos y un frasco de vidrio que contenía una solución amarillenta.

—Salga —me ordenó.

Me retiré hasta el umbral. La enfermera sujetó a Cristina contra el lecho y el doctor le inyectó el calmante en el brazo. Cristina gritaba con voz desgarrada. Me tapé los oídos y salí al corredor.

Cobarde, me dije. Cobarde.

10

Más allá del sanatorio de Villa San Antonio se abría un camino flanqueado de árboles que bordeaba una acequia y se alejaba del pueblo. El mapa enmarcado que había en el comedor del hotel del Lago lo identificaba con el apelativo dulzón de paseo de los Enamorados. Aquella tarde, al dejar el sanatorio, me aventuré por aquel sombrío sendero que más que amoríos sugería soledades. Anduve durante casi media hora sin tropezarme con una alma, dejando atrás el pueblo hasta que la silueta angulosa de Villa San Antonio y los grandes caserones que rodeaban el lago apenas me parecieron recortes de cartón sobre el horizonte. Me senté en uno de los bancos que punteaban el recorrido del paseo y contemplé el sol ponerse en el otro extremo del valle de la Cerdanya. Desde allí, a unos doscientos metros, se apreciaba la silueta de una pequeña ermita aislada en el centro de un campo nevado. Sin saber muy bien por qué, me incorporé y me abrí camino entre la nieve en dirección al edificio. Cuando me encontraba a una docena de metros advertí que la ermita no tenía portal. La piedra estaba ennegrecida por las llamas que habían devorado la estructura. Ascendí los peldaños que conducían a lo que había sido la entrada y me adentré unos pasos. Los restos de bancos quemados y de maderos desprendidos del techo asomaban entre cenizas. La maleza había reptado hacia el interior y ascendía por lo que había sido el altar. La luz del crepúsculo penetraba por los estrechos ventanales de piedra. Me senté en lo que quedaba de un banco frente al altar y escuché el viento susurrar entre las grietas de la bóveda devorada por el fuego. Alcé la vista y deseé tener aunque sólo fuese un aliento de aquella fe que había albergado mi viejo amigo Sempere, en Dios o en los libros, con que rogarle a Dios o al infierno que me concediese otra oportunidad y me dejase sacar a Cristina de aquel lugar.

—Por favor —murmuré, mordiéndome las lágrimas.

Sonreí amargamente, un hombre ya vencido y suplicando mezquindades a un Dios en el que nunca había confiado. Miré a mi alrededor y vi aquella casa de Dios hecha de ruina y cenizas, de vacío y soledad, y supe que volvería aquella misma noche a por ella sin más milagro ni bendición que mi determinación de llevármela de aquel lugar y de arrancarla de las manos de aquel doctor pusilánime y enamoradizo que había decidido hacer de ella su bella durmiente. Prendería fuego a la casa antes que permitir que nadie volviese a ponerle las manos encima. Me la llevaría a casa para morir a su lado. El odio y la rabia iluminarían mi camino.

Dejé la vieja ermita al anochecer. Crucé aquel campo de plata que ardía a la luz de la luna y regresé al sendero de la arboleda siguiendo el rastro de la acequia en la tiniebla, hasta que avisté a lo lejos las luces de Villa San Antonio y la ciudadela de torreones y mansardas que rodeaban el lago. Al llegar al sanatorio no me molesté en tirar del llamador que había en la verja. Salté el muro y crucé el jardín reptando en la oscuridad. Rodeé la casa y me aproximé a una de las entradas posteriores. Estaba cerrada por dentro, pero no dudé un instante en golpear el cristal con el codo para romperlo y acceder a la manija. Me adentré por el corredor, escuchando las voces y los murmullos, oliendo en el aire el aroma de un caldo que ascendía de las cocinas. Crucé la planta hasta llegar a la habitación del fondo donde el buen doctor había encerrado a Cristina, sin duda mientras fantaseaba con hacer de ella su bella durmiente postrada para siempre en un limbo de fármacos y correas.

Había contado con encontrar cerrada la puerta de la habitación, pero la manija cedió bajo mi mano, que pulsaba con el dolor sordo de los cortes. Empujé la puerta y entré en la habitación. Lo primero que advertí fue que podía ver mi propio aliento flotando frente a mi rostro. Lo segundo fue que el suelo de losas blancas estaba impregnado con pisadas de sangre. El ventanal que asomaba sobre el jardín estaba abierto de par en par y las cortinas ondeaban al viento. El lecho estaba vacío. Me acerqué y tomé una de las correas de cuero con las que el doctor y los enfermeros habían sujetado a Cristina. Estaban cortadas limpiamente, como si fueran de papel. Salí al jardín y vi brillando sobre la nieve un rastro de pisadas rojas que se alejaba hasta el muro. Lo seguí hasta allí y palpé la pared de piedra que rodeaba el jardín. Había sangre en las piedras. Trepé y salté al otro lado. Las pisadas, erráticas, se alejaban en dirección al pueblo. Recuerdo que eché a correr.

Seguí las huellas sobre la nieve hasta el parque que rodeaba el lago. La luna llena ardía sobre la gran lámina de hielo. Fue allí donde la vi. Se adentraba lentamente cojeando sobre el lago helado, un rastro de pisadas ensangrentadas a su espalda. La brisa agitaba el camisón que envolvía su cuerpo. Cuando llegué a la orilla, Cristina se había adentrado una treintena de metros en dirección al centro del lago. Grité su nombre y se detuvo. Se volvió lentamente y la vi sonreír mientras una telaraña de grietas se tejía a sus pies. Salté al hielo, sintiendo la superficie helada quebrarse a mi paso, y corrí hacia ella. Cristina se quedó inmóvil, mirándome. Las grietas bajo sus pies se expandían en una hiedra de capilares negros. El hielo cedía bajo mis pasos y caí de bruces.

—Te quiero —la oí decir.

Me arrastré hacia ella, pero la red de grietas crecía bajo mis manos y la rodeó. Nos separaban apenas unos metros cuando escuché el hielo quebrarse y ceder bajo sus pies. Unas fauces negras se abrieron bajo ella y la engulleron como un pozo de alquitrán. Tan pronto desapareció bajo la superficie, las placas de hielo se unieron

sellando la apertura por la que Cristina se había precipitado. Su cuerpo se deslizó un par de metros bajo la lámina de hielo impulsado por la corriente. Conseguí arrastrarme hasta el lugar donde había quedado atrapada y golpeé el hielo con todas mis fuerzas. Cristina, los ojos abiertos y el pelo ondulando en la corriente, me observaba desde el otro lado de aquella lámina traslúcida. Golpeé hasta destrozarme las manos en vano. Cristina nunca apartó sus ojos de los míos. Posó su mano sobre el hielo y sonrió. Las últimas burbujas de aire escapaban ya de sus labios y sus pupilas se dilataban por última vez. Un segundo después, lentamente, empezó a hundirse para siempre en la negrura.

11

No volví a la habitación a recoger mis cosas. Oculto entre los árboles que rodeaban el lago pude ver cómo el doctor y un par de guardias civiles acudían al hotel y los vi hablar con el gerente a través de las cristaleras. Al abrigo de calles oscuras y desiertas crucé el pueblo hasta llegar a la estación enterrada en la niebla. Dos faroles de gas permitían adivinar la silueta de un tren que esperaba en el andén. El semáforo rojo encendido a la salida de la estación teñía su esqueleto de metal oscuro. La máquina estaba parada; lágrimas de hielo pendían de rieles y palancas como gotas de gelatina. Los vagones estaban a oscuras, las ventanas veladas por la escarcha. No se veía luz en la oficina del jefe de estación. Todavía faltaban horas para la salida del tren y la estación estaba desierta.

Me acerqué a uno de los vagones y probé a abrir una de las portezuelas. Estaba trabada por dentro. Bajé a las vías y rodeé el tren. Al amparo de la sombra trepé a la plataforma de paso entre los dos vagones de cola y probé suerte con la puerta que comunicaba los coches. Estaba abierta. Me colé en el vagón y avancé en la penumbra hasta uno de los compartimentos. Entré y trabé el cierre por dentro. Temblando de frío, me desplomé en el asiento. No me atrevía a cerrar los ojos por temor a encontrar esperándome la mirada de Cristina bajo el hielo. Pasaron minutos, tal vez horas. En algún momento me pregunté por qué me estaba ocultando y por qué era incapaz de sentir nada.

Me refugié en aquel vacío y esperé allí oculto como un fugitivo escuchando los mil quejidos del metal y la madera contrayéndose por el frío. Escruté las sombras tras las ventanas hasta que el haz de un farol rozó las paredes del vagón y escuché voces en el andén. Abrí una mirilla con los dedos sobre la película de vaho que enmascaraba los cristales y pude ver que el maquinista y un par de operarios se dirigían hacia la parte delantera del tren. A una decena de metros, el jefe de estación conversaba con la pareja de guardias civiles que había visto con el doctor en el hotel poco antes. Le vi asentir y sacar un manojo de llaves mientras se aproximaba al tren seguido por los dos guardias civiles. Me retiré de nuevo al compartimento. Unos segundos más tarde pude oír el ruido de las llaves y el chasquido de la portezuela del vagón al abrirse. Unos pasos avanzaron desde el extremo del vagón. Levanté el pestillo del cierre, dejando la puerta del compartimento abierta, y me tendí en el suelo bajo una de las bancadas de asientos, pegándome a la pared. Oí los pasos de la guardia civil aproximarse, el haz de los faroles que sostenían en las manos trazando agujas de luz azul que resbalaban por las cristaleras de los compartimentos. Cuando los pasos se detuvieron frente al mío contuve la respiración. Las voces se habían

acallado. Oí abrirse la portezuela y las botas cruzaron a un par de palmos de mi rostro. El guardia permaneció allí unos segundos y luego salió y cerró la portezuela. Sus pasos se alejaron por el vagón.

Me quedé allí, inmóvil. Un par de minutos después escuché un traqueteo y un aliento cálido que exhalaba de la rejilla de la calefacción me acarició el rostro. Una hora más tarde las primeras luces del alba rozaron las ventanas. Salí de mi escondite y miré al exterior. Viajeros solitarios o en pareja recorrían el andén arrastrando sus maletas y bultos. El rumor de la locomotora en marcha se podía sentir en las paredes y en el suelo del vagón. En unos minutos, los viajeros empezaron a subir al tren y el revisor encendió las luces. Volví a sentarme en el banco junto a la ventana y devolví el saludo de alguno de los pasajeros que cruzaban frente al compartimento. Cuando el gran reloj de la estación dio las ocho de la mañana, el tren empezó a deslizarse por la estación. Sólo entonces cerré los ojos y escuché las campanas de la iglesia repicar en la distancia con el eco de una maldición.

El trayecto de regreso estuvo plagado de retrasos. Parte del tendido había caído y no llegamos a Barcelona hasta el atardecer de aquel viernes 23 de enero. La ciudad estaba sepultada bajo un cielo escarlata sobre el que se extendía una telaraña de humo negro. Hacía calor, como si el invierno se hubiese retirado de súbito y un aliento sucio y húmedo ascendiese desde las rejillas del alcantarillado. Al abrir el portal de la casa de la torre encontré un sobre blanco en el suelo. Distinguí el sello de lacre rojo que lo cerraba y no me molesté en recogerlo porque sabía perfectamente lo que contenía: un recordatorio de mi cita con el patrón para entregarle el manuscrito aquella misma noche en el caserón junto al Park Güell. Ascendí las escaleras en la oscuridad y abrí la puerta del piso principal. No encendí la luz y fui directamente al estudio. Me acerqué al ventanal y contemplé la sala bajo el resplandor infernal que destilaba aquel cielo en llamas. La imaginé allí, tal como me lo había descrito, de rodillas frente al baúl. Abriendo el baúl y extrayendo la carpeta con el manuscrito. Leyendo aquellas páginas malditas con la certeza de que debía destruirlas. Encendiendo los fósforos y acercando la llama al papel.

Había alguien más en la casa.

Me acerqué al baúl y me detuve a unos pasos, como si estuviese a su espalda, espiándola. Me incliné hacia adelante y lo abrí. El manuscrito seguía allí, esperándome. Alargué la mano para rozar la carpeta con los dedos, acariciándolo. Fue entonces cuando lo vi. La silueta de plata brillaba en el fondo del baúl como una perla en el fondo de un estanque. Lo cogí entre los dedos y lo examiné a la luz de aquel cielo ensangrentado. El broche del ángel.

—Hijo de puta —me oí decir.

Saqué la caja con el viejo revólver de mi padre del fondo del armario. Abrí el tambor y comprobé que estaba cargado. Guardé el resto del cajetín de munición en el

bolsillo izquierdo de mi abrigo. Envolví el arma en un paño y la metí en el bolsillo derecho. Antes de salir me detuve un instante a contemplar al extraño que me miraba desde el espejo del recibidor. Sonreí, la paz del odio ardiendo en mis venas, y salí a la noche.

12

La casa de Andreas Corelli se alzaba en la colina, contra el manto de nubes rojas. Tras ella se mecía el bosque de sombras del Park Güell. La brisa agitaba las ramas y las hojas siseaban como serpientes en la oscuridad. Me detuve frente a la entrada y examiné la fachada. No había una sola luz prendida en toda la casa. Los postigos de los ventanales estaban cerrados. Escuché a mi espalda la respiración de los perros que merodeaban tras los muros del parque, siguiendo mis pasos. Extraje el revólver del bolsillo y me volví hacia la verja de la entrada, donde se entreveían las siluetas de los animales, sombras líquidas que observaban desde la negrura.

Me aproximé a la puerta principal de la casa y di tres golpes secos con el llamador. No esperé respuesta. Hubiera volado la cerradura a tiros, pero no hizo falta. La puerta estaba abierta. Giré la manija de bronce hasta liberar la traba del cerrojo y la puerta de roble se deslizó lentamente hacia el interior con la inercia de su propio peso. El largo corredor se abría al frente, la lámina de polvo que recubría el suelo brillando como arena fina. Me adentré unos pasos y me acerqué a la escalinata que ascendía a un lado del vestíbulo desapareciendo en una espiral de sombras. Avancé por el pasillo que conducía al salón. Decenas de miradas me seguían desde la galería de viejas fotografías enmarcadas que cubrían la pared. Los únicos sonidos que podía percibir eran el de mis pasos y mi respiración. Llegué al extremo del corredor y me detuve. La claridad nocturna se filtraba como cuchillas de luz rojiza desde los postigos. Alcé el revólver y entré en el salón. Ajusté mis ojos a la tiniebla. Los muebles estaban en el mismo lugar que recordaba, pero incluso en la penuria de luz se podía apreciar que eran viejos y estaban cubiertos de polvo. Ruinas. Los cortinajes pendían deshilachados y la pintura de los muros colgaba en tiras que recordaban escamas. Me dirigí hacia uno de los ventanales para abrir los postigos y dejar entrar algo de luz. Estaba a un par de metros del balcón cuando comprendí que no estaba solo. Me detuve, helado, y me volví lentamente. La silueta se distinguía claramente en el rincón de la sala, sentada en su butaca de siempre. La luz que sangraba desde los postigos alcanzaba a desvelar los zapatos brillantes y el contorno del traje. El rostro quedaba completamente en sombras, pero sabía que me estaba mirando. Y que sonreía. Alcé el revólver y le apunté.

—Sé lo que ha hecho —dije.

Corelli no movió ni un músculo. Su figura permaneció inmóvil como una araña. Di un paso al frente, apuntándole al rostro. Me pareció escuchar un suspiro en la oscuridad y, por un instante, la luz rojiza prendió en sus ojos y tuve la certeza de que

iba a saltar sobre mí. Disparé. El retroceso del arma me golpeó el antebrazo como un martillazo seco. Una nube de humo azul se alzó del revólver. Una de las manos de Corelli cayó del brazo de la butaca y se balanceó, las uñas rozando el suelo, y disparé de nuevo. La bala le alcanzó en el pecho y abrió un orificio humeante en la ropa. Me quedé sosteniendo el revólver con ambas manos, sin atreverme a dar un paso más, escrutando su silueta inmóvil sobre la butaca. El balanceo del brazo se fue deteniendo lentamente hasta que el cuerpo yació inerte y sus uñas, largas y pulidas, quedaron ancladas en el firme de roble. No hubo sonido alguno ni atisbo de movimiento en el cuerpo que acababa de encajar dos balazos, uno en la cara y el otro en el pecho. Me retiré unos pasos hacia el ventanal y lo abrí a patadas, sin apartar la mirada de la butaca donde yacía Corelli. Una columna de luz vaporosa se abrió camino desde la balaustrada hasta el rincón, iluminando el cuerpo y el rostro del patrón. Intenté tragar saliva, pero tenía la boca seca. El primer disparo le había abierto un orificio entre los ojos. El segundo le había agujereado una solapa. No había una sola gota de sangre. En su lugar destilaba un polvo fino y brillante, como el de un reloj de arena, que se deslizaba por los pliegues de sus ropas. Los ojos brillaban y tenía los labios congelados en una sonrisa sarcástica. Era un muñeco.

Bajé el revólver, la mano todavía temblando, y me acerqué lentamente. Me incliné hacia aquel títere grotesco y acerqué la mano lentamente al rostro. Por un instante temí que en cualquier momento aquellos ojos de cristal se movieran y aquellas manos de uñas largas se me lanzaran al cuello. Rocé la mejilla con la yema de los dedos. Madera esmaltada. No pude evitar soltar una risa amarga. No podía esperarse menos del patrón. Me enfrenté una vez más a aquella mueca burlona y le propiné un culatazo que derribó el títere a un lado. Lo vi caer al suelo y la emprendí a puntapiés con él. El armazón de madera se fue deformando hasta que brazos y piernas quedaron anudados en una postura imposible. Me retiré unos pasos y miré a mi alrededor. Observé el gran lienzo con la figura del ángel y lo arranqué de un tirón. Tras el cuadro encontré la puerta de acceso al sótano que recordaba de la noche en que me había quedado dormido allí. Probé la cerradura. Estaba abierta. Escruté la escalera que descendía al pozo de oscuridad. Me dirigí hacia la cómoda donde recordaba haber visto a Corelli guardar los cien mil francos durante nuestro primer encuentro en la casa y busqué en los cajones. En uno de ellos encontré una caja de latón con velas y unos fósforos. Dudé un instante, preguntándome si el patrón también había dejado aquello allí esperando que lo encontrase como había encontrado aquel títere. Encendí una de las velas y crucé el salón en dirección a la puerta. Eché un último vistazo al muñeco derribado y, con la vela en alto y el revólver firmemente sujeto en la mano derecha, me dispuse a bajar. Avancé peldaño a peldaño, deteniéndome a cada paso para mirar a mi espalda. Cuando llegué a la sala del sótano sostuve la vela tan lejos de mí como pude y describí con ella un semicírculo. Todo seguía allí: la mesa de operaciones, las luces de gas y la bandeja de instrumentos quirúrgicos. Todo cubierto de una pátina de polvo y telarañas. Pero había algo más.

Se apreciaban otras siluetas apoyadas contra la pared. Tan inmóviles como la del patrón. Dejé la vela sobre la mesa de operaciones y me acerqué a aquellos cuerpos inertes. Reconocí en ellos al criado que nos había atendido una noche y al chófer que me había llevado a casa tras mi cena con Corelli en el jardín de la casa. Había otras figuras que no supe identificar. Una de ellas estaba dispuesta contra la pared, su rostro oculto. La empujé con la punta del arma, haciéndola girar, y un segundo después me encontré mirándome a mí mismo. Sentí que me invadía un escalofrío. El muñeco que me imitaba sólo tenía medio rostro. La otra mitad no tenía rasgos formados. Me disponía a aplastar aquella faz de una patada cuando oí la risa de un niño en lo alto de la escalinata. Contuve la respiración y entonces se escucharon una serie de chasquidos secos. Corrí escaleras arriba y al llegar al primer piso la figura del patrón ya no estaba en el suelo donde había quedado derribada. Un rastro de pisadas se alejaba de allí en dirección al corredor. Armé el percutor del revólver y seguí aquel rastro hasta el pasillo que conducía al vestíbulo. Me detuve en el umbral y alcé el arma. Las pisadas se detenían a medio pasillo. Busqué la forma oculta del patrón entre las sombras, pero no había rastro de él. Al fondo del pasillo la puerta principal seguía abierta. Avancé lentamente hasta el punto donde se detenía el rastro. No reparé en ello hasta unos segundos más tarde, cuando advertí que el hueco que recordaba entre los retratos de la pared ya no estaba. En su lugar había un marco nuevo, y en él, en una fotografía que parecía salida del mismo objetivo que todas las que formaban aquella macabra colección, podía verse a Cristina vestida de blanco, su mirada perdida en el ojo de la lente. No estaba sola. Unos brazos la rodeaban y la sostenían en pie, su propietario sonriendo para la cámara. Andreas Corelli.

13

Me alejé colina abajo, rumbo a la madeja de calles oscuras de Gracia. Allí encontré un café abierto en el que se había congregado una nutrida parroquia de vecinos que discutían airadamente de política o de fútbol; era difícil de determinar. Sorteé el gentío y crucé una nube de humo y ruido hasta alcanzar la barra, donde el tabernero me dedicó la mirada vagamente hostil con la que supuse recibía a todos los extraños, que en aquel caso debían de ser todos los residentes de cualquier lugar a más de un par de calles de su establecimiento.

—Necesito usar su teléfono —dije.

—El teléfono es sólo para clientes.

—Póngame un coñac. Y el teléfono.

El tabernero tomó un vaso y señaló hacia un pasillo al fondo de la sala que se abría bajo un cartel que rezaba *Urinarios*. Allí encontré un amago de cabina telefónica al fondo, justo frente a la entrada de los aseos, expuesta a un intenso tufo a amoníaco y al ruido que se filtraba desde la sala. Descolgué el auricular y esperé para obtener línea. Unos segundos más tarde me respondió una operadora del intercambio de la compañía telefónica.

—Necesito hacer una llamada al despacho de abogados de Valera, en el número 442 de la avenida Diagonal.

La operadora se tomó un par de minutos para encontrar el número y conectarme. Esperé allí, sosteniendo el auricular con una mano y tapándome el oído izquierdo con la otra. Finalmente, me confirmó que transfería mi llamada y a los pocos segundos reconocí la voz de la secretaria del abogado Valera.

—Lo siento, pero el abogado Valera no se encuentra aquí en estos momentos.

—Es importante. Dígale que mi nombre es Martín, David Martín. Es un asunto de vida o muerte.

—Ya sé quién es usted, señor Martín. Lo siento, pero no puedo ponerle con el abogado porque no está. Son las nueve y media de la noche y hace ya rato que se ha retirado.

—Deme entonces la dirección de su casa.

—No puedo facilitarle esa información, señor Martín. Lo lamento. Si lo desea puede llamar mañana por la mañana y…

Colgué el teléfono y volví a esperar línea. Esta vez di a la operadora el número que me había facilitado Ricardo Salvador. Su vecino contestó la llamada y me indicó que subía a ver si el antiguo policía estaba en casa. Salvador contestó al minuto.

—¿Martín? ¿Está usted bien? ¿Está en Barcelona?

—Acabo de llegar.

—Tiene que ir con mucho cuidado. La policía le busca. Vinieron por aquí haciendo preguntas sobre usted y sobre Alicia Marlasca.

—¿Víctor Grandes?

—Creo que sí. Iba con un par de grandullones que no me gustaron nada. Me parece que le quiere endosar a usted las muertes de Roures y la viuda Marlasca. Es mejor que se ande con mucho ojo. Seguramente lo estarán vigilando. Si quiere puede venir aquí.

—Gracias, señor Salvador. Lo pensaré. No quiero meterle en más líos.

—Haga lo que haga, ándese con ojo. Creo que tenía usted razón; Jaco ha vuelto. No sé por qué, pero ha vuelto. ¿Tiene algún plan?

—Ahora voy a intentar encontrar al abogado Valera. Creo que en el centro de todo esto está el editor para el que trabajaba Marlasca y creo que Valera es el único que sabe la verdad.

Salvador hizo una pausa.

—¿Quiere que le acompañe?

—No creo que sea necesario. Le llamaré una vez haya hablado con Valera.

—Como prefiera. ¿Va armado?

—Sí.

—Me alegro de oírlo.

—Señor Salvador… Roures me habló de una mujer en el Somorrostro a la que Marlasca había consultado. Alguien a quien había conocido a través de Irene Sabino.

—La Bruja del Somorrostro.

—¿Qué sabe de ella?

—No hay mucho que saber. No creo ni que exista, lo mismo que ese editor. De lo que tiene que preocuparse es de Jaco y de la policía.

—Lo tendré en cuenta.

—Llámeme tan pronto sepa algo, ¿de acuerdo?

—Así lo haré. Gracias.

Colgué el teléfono y al cruzar frente a la barra dejé unas monedas para cubrir la llamada y la copa de licor que seguía allí, intacta.

Veinte minutos más tarde me encontraba al pie del 442 de la avenida Diagonal, observando las luces encendidas en el despacho de Valera en lo alto del edificio. La portería estaba cerrada, pero golpeé la puerta hasta que se asomó el portero y se aproximó con un semblante no muy amigable. Tan pronto abrió un poco la puerta para despacharme con malos modos, di un empujón y me colé en la portería, ignorando sus protestas. Fui directo al ascensor y, cuando el portero intentó detenerme sujetándome del brazo, le lancé una mirada envenenada que le disuadió de su empeño.

Cuando la secretaria de Valera abrió la puerta, su semblante de sorpresa se transformó rápidamente en uno de temor, particularmente cuando encajé el pie en la

abertura para evitar que me cerrase en las narices y entré sin invitación.

—Avise al abogado —dije—. Ahora.

La secretaria me miró, pálida.

—El señor Valera no está…

La cogí del brazo y la empujé hasta el despacho del abogado. Las luces estaban encendidas, pero no había rastro de Valera. La secretaria sollozaba, aterrorizada, y me di cuenta de que le estaba clavando los dedos en el brazo. La solté y retrocedió unos pasos. Estaba temblando. Suspiré e intenté esbozar un gesto tranquilizador que sólo sirvió para que viese el revólver que asomaba por la cintura del pantalón.

—Por favor, señor Martín… le juro que el señor Valera no está.

—La creo. Tranquilícese. Sólo quiero hablar con él. Nada más.

La secretaria asintió. Le sonreí.

—Sea tan amable de tomar el teléfono y llamarle a su casa —indiqué.

La secretaria levantó el teléfono y murmuró el número del abogado a la operadora. Cuando obtuvo contestación me tendió el auricular.

—Buenas noches —aventuré.

—Martín, qué desafortunada sorpresa —dijo Valera al otro lado de la línea—. ¿Puedo saber qué está usted haciendo en mi despacho a estas horas de la noche, amén de aterrorizar a mis empleados?

—Lamento las molestias, abogado, pero me urge localizar a su cliente, el señor Andreas Corelli, y usted es el único que puede ayudarme.

Un largo silencio.

—Me temo que se equivoca, Martín. No puedo ayudarle.

—Confiaba en poder resolver esto amigablemente, señor Valera.

—No lo entiende usted, Martín. Yo no conozco al señor Corelli.

—¿Perdón?

—Nunca le he visto ni he hablado con él, y mucho menos sé dónde encontrarle.

—Le recuerdo que él le contrató para sacarme de Jefatura.

—Recibimos una carta un par de semanas antes y un cheque de su parte indicándonos que era usted un asociado suyo, que el inspector Grandes estaba atosigándole y que nos encargásemos de su defensa en caso necesario. Con la carta venía el sobre que nos pidió que le entregásemos en persona. Yo me limité a ingresar el cheque y pedir a mis contactos en Jefatura que me avisaran si le llevaban a usted por allí. Así fue y, como usted bien recuerda, cumplí mi parte del trato y le saqué de Jefatura amenazando a Grandes con un temporal de molestias si no se avenía a facilitar su puesta en libertad. No creo que pueda usted quejarse de nuestros servicios.

En esa ocasión el silencio fue mío.

—Si no me cree, pídale a la señorita Margarita que le muestre la carta —añadió Valera.

—¿Qué hay de su padre? —pregunté.

—¿Mi padre?

—Su padre y Marlasca tenían tratos con Corelli. Él debía de saber algo…

—Le aseguro que mi padre nunca tuvo trato directo alguno con el tal señor Corelli. Toda su correspondencia, si la había, porque en los archivos del despacho no hay constancia de ello, la manejaba el difunto señor Marlasca personalmente. De hecho, y ya que usted lo pregunta, puedo decirle que mi padre llegó a dudar de la existencia del tal señor Corelli, sobre todo en los últimos meses de vida del señor Marlasca, cuando éste empezó a tratar, por decirlo de algún modo, con aquella mujer.

—¿Qué mujer?

—La corista.

—¿Irene Sabino?

Le oí suspirar, irritado.

—Antes de morir, el señor Marlasca dejó un fondo de capital bajo la administración y tutela del despacho desde donde debían efectuarse una serie de pagos a una cuenta a nombre de un tal Juan Corbera y de María Antonia Sanahuja.

Jaco e Irene Sabino, pensé.

—¿De cuánto era el fondo?

—Era un depósito en divisa extranjera. Creo recordar que rondaba los cien mil francos franceses.

—¿Dijo Marlasca de dónde había sacado ese dinero?

—Somos un bufete de abogados, no un gabinete de detectives. El despacho se limitó a seguir las instrucciones estipuladas en la voluntad del señor Marlasca, no a cuestionarlas.

—¿Qué otras instrucciones dejó?

—Nada especial. Simples pagos a terceras personas que no tenían relación alguna con el despacho ni con su familia.

—¿Recuerda alguna en especial?

—Mi padre se encargaba de esos asuntos personalmente para evitar que los empleados del despacho tuviesen acceso a información digamos que comprometida.

—¿Y no le pareció extraño a su padre que su ex socio quisiera hacer entrega de ese dinero a desconocidos?

—Por supuesto que le pareció extraño. Muchas cosas le parecieron extrañas.

—¿Recuerda adónde se debían enviar aquellos pagos?

—¿Cómo quiere que lo recuerde? Hace por lo menos veinticinco años de aquello.

—Haga un esfuerzo —dije—. Por la señorita Margarita.

La secretaria me lanzó una mirada de terror, a la que correspondí guiñándole un ojo.

—No se le ocurra ponerle un dedo encima —amenazó Valera.

—No me dé ideas —corté—. ¿Cómo lleva la memoria? ¿Se le va refrescando?

—Puedo consultar en los dietarios privados de mi padre. Es todo.

—¿Dónde están?

—Aquí, entre sus papeles. Pero me llevará unas horas…

Colgué el teléfono y contemplé a la secretaria de Valera, que se había echado a llorar. Le tendí un pañuelo y le di una palmada en el hombro.

—Venga, mujer, no se me ponga así, que ya me voy. ¿Ve cómo sólo quería hablar con él?

Asintió aterrada, sin apartar los ojos del revólver. Me cerré el abrigo y le sonreí.

—Una última cosa.

Alzó la mirada temiendo lo peor.

—Apúnteme la dirección del abogado. Y no intente liarme, porque si me miente volveré y le aseguro que dejaré en la portería esta simpatía natural que me caracteriza.

Antes de salir pedí a la señorita Margarita que me mostrase dónde tenía el cable de la conexión telefónica y lo corté, ahorrándole así la tentación de avisar a Valera y decirle que me disponía a hacerle una visita de cortesía o de llamar a la policía para informarlos de nuestro pequeño desencuentro.

14

El abogado Valera vivía en una finca monumental con aires de castillo normando enclavada en la esquina de las calles Girona y Ausiás March. Supuse que había heredado de su padre aquella monstruosidad junto con el despacho, y que cada piedra que la sostenía estaba forjada con la sangre y el aliento de generaciones enteras de barceloneses que nunca hubieran soñado con poner los pies en un palacio como aquél. Le dije al portero que llevaba unos papeles del despacho para el abogado, de parte de la señorita Margarita, y, tras dudarlo un instante, me dejó subir. Ascendí las escalinatas sin prisa bajo la mirada atenta del portero. El rellano del piso principal era más amplio que la mayoría de viviendas que recordaba de mi infancia en el viejo barrio de la Ribera, a apenas unos metros de allí. El aldabón de la puerta era un puño de bronce. Tan pronto lo sujeté para llamar me di cuenta de que la puerta estaba abierta. Empujé suavemente y me asomé al interior. El recibidor daba a un largo pasillo de unos tres metros de anchura con paredes revestidas de terciopelo azul recubiertas de cuadros. Cerré la puerta a mi espalda y escruté la penumbra cálida que se entreveía al fondo del corredor. Una música tenue flotaba en el aire, un lamento de piano de aire elegante y melancólico. Granados.

—¿Señor Valera? —llamé—. Martín.

Al no obtener respuesta me aventuré lentamente por el pasillo, siguiendo el rastro de aquella música triste. Avancé entre los cuadros y las hornacinas que albergaban figuras de vírgenes y santos. El pasillo estaba jalonado por arcos sucesivos velados por visillos. Fui atravesando velo tras velo hasta llegar al final del corredor, donde se abría una gran sala en penumbra. El salón era rectangular y tenía las paredes cubiertas de estanterías de libros, del suelo al techo. Al fondo se distinguía una gran puerta entreabierta y más allá la tiniebla parpadeante y anaranjada de una hoguera.

—¿Valera? —llamé de nuevo levantando la voz.

Una silueta se perfiló en el haz de luz que proyectaba el fuego desde la puerta entornada. Dos ojos brillantes me examinaron con recelo. Un perro que me pareció un pastor alemán pero que tenía todo el pelaje blanco se aproximó lentamente. Me quedé quieto, desabotonando lentamente el abrigo y buscando el revólver. El animal se detuvo a mis pies y me miró, dejando escapar un lamento. Le acaricié le cabeza y me lamió los dedos. Después se dio la vuelta y se acercó a la puerta tras la que brillaba el resplandor del fuego. Se detuvo en el umbral y me miró de nuevo. Le seguí.

Al otro lado de la puerta encontré una sala de lectura presidida por un gran hogar. No había más luz que la que desprendían las llamas y una danza de sombras

parpadeantes reptaba por las paredes y el techo. En el centro de la sala había una mesa sobre la que reposaba un gramófono del que emanaba aquella música. Frente al fuego, de espaldas a la puerta, había un gran butacón de piel. El perro se acercó al sillón y se volvió de nuevo a mirarme. Me aproximé hasta allí, justo lo suficiente para ver la mano que descansaba sobre el brazo del sillón, sosteniendo un cigarro encendido que desprendía una pluma de humo azul que ascendía limpiamente.

—¿Valera? Soy Martín. La puerta estaba abierta…

El perro se tendió a los pies de la butaca, sin dejar de mirarme fijamente. Me acerqué lentamente y rodeé el sillón. El abogado Valera estaba sentado frente al fuego, con los ojos abiertos y una sonrisa leve en los labios. Vestía un traje de tres piezas y en la otra mano sostenía un cuaderno de piel sobre el regazo. Me coloqué frente a él y le miré a los ojos. No pestañeaba. Entonces advertí aquella lágrima roja, una lágrima de sangre, que le descendía lentamente por la mejilla. Me arrodillé frente a él y tomé el cuaderno que sostenía. El perro me lanzó una mirada desolada. Le acaricié la cabeza.

—Lo siento —murmuré.

El cuaderno estaba anotado a mano y parecía una suerte de dietario con entradas de párrafos fechados y separados por una línea breve. Valera lo tenía abierto por la mitad. La primera entrada de la página en la que se había quedado indicaba que la anotación correspondía al 23 de noviembre de 1904.

Aviso de caja (356-a/23-11-04), 7 500 pesetas, a cuenta fondo D. M. Envío con Marcel (en persona) a la dirección proporcionada por D. M. Pasaje detrás del cementerio viejo - taller de escultura Sanabre e Hijos.

Releí aquella entrada varias veces, intentando arañarle algo de sentido. Conocía aquel pasaje de mis años en la redacción de *La Voz de la Industria*. Era una miserable callejuela hundida tras los muros del cementerio del Pueblo Nuevo en el que se anudaban talleres de lápidas y esculturas funerarias y que iba a morir a una de las rieras que cruzaban la playa del Bogatell y la ciudadela de chabolas que se extendía hasta el mar, el Somorrostro. Por algún motivo, Marlasca había dejado instrucciones para que se pagase una suma considerable a uno de aquellos talleres.

En la página correspondiente al mismo día aparecía otra anotación relacionada con Marlasca que indicaba el inicio de los pagos a Jaco e Irene Sabino.

Transferencia bancaria desde fondo D. M. a Cuenta Banco Hispano Colonial (oficina calle Fernando) n.° 008965-2564-1. Juan Corbera - María Antonia Sanahuja. 1.ª Mensualidad de 7 000 pesetas. Establecer programa de pagos.

Seguí pasando páginas. La mayoría de las anotaciones eran de gastos y operaciones menores relacionadas con el despacho. Tuve que recorrer varias páginas más repletas de crípticos recordatorios para encontrar otro en el que se mencionase a

Marlasca. De nuevo se trataba de un pago en metálico entregado a través del tal Marcel, probablemente uno de los pasantes del despacho.

> Aviso de caja (379-a/29-12-04), 15 000 pesetas a cuenta fondo D. M. Entrega con Marcel. Playa del Bogatell, junto paso a nivel. 9 horas. Persona de contacto se identificará.

La Bruja del Somorrostro, pensé. Después de muerto, Diego Marlasca había estado repartiendo importantes cantidades de dinero a través de su socio. Aquello contradecía la sospecha de Salvador de que Jaco hubiera huido con el dinero. Marlasca había ordenado los pagos en persona y había dejado el dinero en un fondo tutelado por el bufete de abogados. Los otros dos pagos insinuaban que poco antes de morir, Marlasca había tenido tratos con un taller de escultura funeraria y con algún turbio personaje del Somorrostro, tratos que se habían traducido en una gran cantidad de dinero cambiando de manos. Cerré el cuaderno más perdido que nunca.

Me disponía a abandonar aquel lugar cuando, al volverme, advertí que una de las paredes del salón de lectura estaba cubierta de retratos nítidamente enmarcados sobre un lienzo de terciopelo granate. Me aproximé y reconocí el rostro adusto e imponente del patriarca Valera, cuyo retrato al óleo dominaba todavía el despacho de su hijo. El abogado aparecía en la mayoría de imágenes en compañía de una serie de prohombres y patricios de la ciudad en lo que parecían diferentes ocasiones sociales y eventos cívicos. Bastaba repasar una docena de aquellos retratos e identificar al elenco de personajes que posaban sonrientes junto al viejo letrado para constatar que el despacho de Valera, Marlasca y Sentís era un órgano vital en el funcionamiento de Barcelona. El hijo de Valera, mucho más joven pero a todas luces reconocible, aparecía también en alguna de las imágenes, siempre en segundo plano, siempre con la mirada enterrada en la sombra del patriarca.

Lo sentí antes de verle. En el retrato aparecían Valera padre e hijo. La imagen estaba tomada a las puertas del 442 de la Diagonal, al pie del despacho. Junto a ellos aparecía un caballero alto y distinguido. Su rostro aparecía también en muchas de las otras fotografías de la colección, siempre mano a mano con Valera. Diego Marlasca. Me concentré en aquella mirada turbia, el semblante afilado y sereno contemplándome desde aquella instantánea tomada veinticinco años atrás. Al igual que el patrón, no había envejecido un solo día. Sonreí amargamente al comprender mi ingenuidad. Aquel rostro no era el que aparecía en la fotografía que me había entregado mi amigo el viejo ex policía.

El hombre que conocía como Ricardo Salvador no era otro que Diego Marlasca.

15

La escalera estaba a oscuras cuando abandoné el palacio de la familia Valera. Crucé el vestíbulo a tientas y, al abrir la puerta, las farolas de la calle proyectaron hacia el interior un rectángulo de claridad azul a cuyo término me encontré con la mirada del portero. Me alejé de allí a paso ligero rumbo a la calle Trafalgar, de donde partía el tranvía nocturno que dejaba a las puertas del cementerio del Pueblo Nuevo, el mismo que tantas noches había tomado con mi padre cuando le acompañaba a su turno de vigilante en *La Voz de la Industria*.

El tranvía apenas llevaba pasaje y me senté delante. A medida que nos aproximábamos al Pueblo Nuevo el tranvía se internó en un entramado de calles tenebrosas cubiertas de grandes charcos velados por el vapor. Apenas había alumbrado público y las luces del tranvía iban desvelando los contornos como una antorcha a través de un túnel. Finalmente avisté las puertas del cementerio y el perfil de cruces y esculturas recortado contra el horizonte sin fondo de fábricas y chimeneas que inyectaban de rojo y negro la bóveda del cielo. Un grupo de perros famélicos merodeaba al pie de los dos grandes ángeles que custodiaban el recinto. Por un instante permanecieron inmóviles mirando los faros del tranvía, sus ojos encendidos como los de los chacales, y luego se desperdigaron en las sombras.

Descendí del tranvía todavía en marcha y empecé a rodear los muros del camposanto. El tranvía se alejó como un barco en la niebla y apreté el paso. Podía oír y oler a los perros siguiéndome en la oscuridad. Al ganar la parte trasera del cementerio, me detuve en la esquina del callejón y les lancé una piedra a ciegas. Oí un lamento agudo y pisadas rápidas alejándose en la noche. Enfilé el callejón, apenas un pasaje atrapado entre el muro y la hilera de talleres de esculturas funerarias que se apilaban uno tras otro. El cartel de Sanabre e Hijos se balanceaba a la lumbre de un farol que proyectaba una luz ocre y polvorienta a unos treinta metros de allí. Me acerqué a la puerta, apenas una reja asegurada con cadenas y un candado herrumbroso. Lo destrocé de un tiro.

El viento que soplaba desde el extremo del callejón, impregnado con salitre del mar que rompía apenas a un centenar de metros de allí, se llevó el eco del disparo. Abrí la reja y me adentré en el taller de Sanabre e Hijos. Aparté la cortina de tela oscura que enmascaraba el interior y dejé que la claridad del farol penetrase en la entrada. Más allá se abría una nave profunda y angosta poblada por figuras de mármol congeladas en la tiniebla, sus rostros a medio esculpir. Me adentré unos pasos entre vírgenes y madonas que sostenían infantes en sus brazos, damas blancas con rosas de mármol en la mano elevando su mirada al cielo y bloques de roca en los que

empezaban a dibujarse miradas. El polvo de la piedra podía olerse en el aire. No había nadie allí excepto aquellas efigies sin nombre. Iba a darme la vuelta cuando lo vi. La mano asomaba tras el perfil de un retablo de figuras con una tela al fondo del taller. Me acerqué lentamente y su silueta se fue desvelando centímetro a centímetro. Me detuve al frente y contemplé aquel gran ángel de luz, el mismo que el patrón había llevado en su solapa y que había encontrado en el fondo del baúl en el estudio. La figura debía de levantar dos metros y medio y al contemplar su rostro reconocí los rasgos y sobre todo la sonrisa. A sus pies había una lápida. Grabada en la piedra se leía una inscripción.

David Martín
1900-1930

Sonreí. Si algo tenía que reconocerle a mi buen amigo Diego Marlasca era el sentido del humor y el gusto por las sorpresas. Me dije que no debía de extrañarme que, en su celo, se hubiese adelantado a las circunstancias y me hubiera preparado una sentida despedida. Me arrodillé frente a la lápida y acaricié mi nombre. Pasos leves y pausados se escuchaban a mi espalda. Me volví para descubrir un rostro familiar. El niño vestía el mismo traje negro que llevaba cuando me había seguido semanas atrás en el paseo del Born.

—La señora le verá ahora —dijo.

Asentí y me incorporé. El niño me ofreció su mano y la tomé.

—No tenga miedo —dijo guiándome hacia la salida.

—No lo tengo —murmuré.

El niño me condujo hacia el final del callejón. Desde allí podía adivinarse la línea de la playa, que quedaba oculta tras una hilera de almacenes dilapidados y restos de un tren de carga abandonado en una vía muerta cubierta por la maleza. Los vagones estaban carcomidos por la herrumbre y la locomotora había quedado reducida a un esqueleto de calderas y rieles esperando el desguace.

En lo alto, la luna asomó por las grietas de una bóveda de nubes plomizas. Mar adentro se vislumbraban algunos cargueros sepultados entre las olas y, frente a la playa del Bogatell, un osario de viejos cascos de pesqueros y buques de cabotaje escupidos por el temporal y varados en la arena. Al otro lado, como un manto de escoria tendido a espaldas de la fortaleza de tiniebla industrial, se extendía el campamento de barracas del Somorrostro. El oleaje rompía a escasos metros de la primera línea de cabañas de caña y madera. Plumas de humo blanco reptaban entre los tejados de aquella aldea de miseria que crecía entre la ciudad y el mar como un infinito vertedero humano. El hedor a basura quemada flotaba en el aire. Nos adentramos por las calles de aquella ciudad olvidada, pasajes abiertos entre estructuras trabadas con ladrillos robados, barro y maderos que devolvía la marea. El

niño me condujo hacia el interior, ajeno a las miradas desconfiadas de las gentes del lugar. Jornaleros sin jornal, gitanos expulsados de otros campamentos similares en las laderas de la montaña de Monjuic o frente a las fosas comunes del cementerio de Can Tunis, niños y ancianos desahuciados. Todos me observaban con recelo. A nuestro paso, mujeres de edad indefinible calentaban al fuego agua o comida en recipientes de latón frente a las barracas. Nos detuvimos ante una estructura blanquecina a cuyas puertas había una niña con cara de anciana que cojeaba sobre una pierna carcomida por la polio y arrastraba un cubo en el que se agitaba algo grisáceo y viscoso. Anguilas. El niño señaló la puerta.

—Es aquí —dijo.

Eché un último vistazo al cielo. La luna se escondía de nuevo entre las nubes y un velo de oscuridad avanzaba desde el mar.

Entré.

16

Tenía el rostro dibujado de recuerdos y una mirada que hubiera podido tener diez o cien años. Estaba sentada junto a un pequeño fuego y contemplaba la danza de las llamas con la misma fascinación con que lo hubiera hecho un niño. Su cabello era de color ceniza y estaba anudado en una trenza. Tenía el talle esbelto y austero, el gesto breve y pausado. Vestía de blanco y llevaba un pañuelo de seda anudado alrededor de la garganta. Me sonrió cálidamente y me ofreció una silla a su lado. Me senté. Permanecimos un par de minutos en silencio, escuchando el chispear de las brasas y el rumor de la marea. En su presencia, el tiempo parecía haberse detenido y el apremio que me había llevado hasta su puerta, extrañamente, se había desvanecido. Lentamente, el aliento del fuego caló y el frío que llevada prendido en los huesos se fundió al abrigo de su compañía. Sólo entonces apartó los ojos del fuego y, tomándome la mano, despegó los labios.

—Mi madre vivió en esta casa durante cuarenta y cinco años —dijo—. Entonces no era ni una casa, apenas una cabaña hecha con cañas y despojos que traía la marea. Incluso cuando se labró una reputación y tuvo la posibilidad de salir de este lugar, se negó a hacerlo. Siempre decía que el día que dejase el Somorrostro moriría. Había nacido aquí, con la gente de la playa, y aquí permaneció hasta el último día. De ella se dijeron muchas cosas. Muchos hablaron de ella y muy pocos la conocieron en realidad. Muchos la temían y la odiaban. Incluso después de muerta. Le cuento todo esto porque me parece justo que sepa usted que no soy la persona que busca. La persona que busca, o cree buscar, la que muchos llamaban la Bruja del Somorrostro, era mi madre.

La miré confundido.

—¿Cuándo…?

—Mi madre murió en 1905 —dijo—. La mataron a unos metros de aquí, en la orilla de la playa, de una cuchillada en el cuello.

—Lo siento. Creía que…

—Mucha gente lo cree. El deseo de creer puede hasta con la muerte.

—¿Quién la mató?

—Usted sabe quién.

Tardé unos segundos en responder.

—Diego Marlasca…

Asintió.

—¿Por qué?

—Para silenciarla. Para ocultar su rastro.

—No lo comprendo. Su madre lo había ayudado… Él mismo le entregó una gran cantidad de dinero a cambio de su ayuda.

—Por eso mismo quiso matarla, para que se llevase su secreto a la tumba.

Me observó con una sonrisa leve, como si mi confusión le divirtiese y le inspirase lástima a un tiempo.

—Mi madre era una mujer ordinaria, señor Martín. Había crecido en la miseria y el único poder que tenía era la voluntad de sobrevivir. Nunca aprendió a leer ni a escribir, pero sabía ver en el interior de las personas. Sentía lo que sentían, lo que ocultaban y lo que anhelaban. Lo leía en su mirada, en sus gestos, en su voz, en el modo en que caminaban o gesticulaban. Sabía lo que iban a decir y hacer antes de que lo hiciesen. Por eso muchos la llamaban hechicera, porque era capaz de ver en ellos lo que ellos mismos se negaban a ver. Se ganaba la vida vendiendo pócimas de amor y encantamientos que preparaba con agua de la riera, hierbas y unos granos de azúcar. Ayudaba a almas pérdidas a creer en lo que deseaban creer. Cuando su nombre comenzó a hacerse popular, mucha gente de alcurnia empezó a visitarla y a solicitar sus favores. Los ricos querían serlo aún más. Los poderosos querían más poder. Los mezquinos querían sentirse santos y los santos querían ser castigados por pecados que lamentaban no haber tenido el valor de cometer. Mi madre los escuchaba a todos y aceptaba sus monedas. Con ese dinero nos envió a mí y a mis hermanos a estudiar a los colegios a los que acudían los hijos de sus clientes. Nos compró otro nombre y otra vida lejos de este lugar. Mi madre era una buena persona, señor Martín. No se engañe. Nunca se aprovechó de nadie, ni le hizo creer más que aquello que necesitaba creer. La vida le había enseñado que las personas vivimos tanto de grandes y pequeñas mentiras como del aire. Decía que si fuésemos capaces de ver sin tapujos la realidad del mundo y de nosotros mismos durante un solo día, del amanecer al atardecer, nos quitaríamos la vida o perderíamos la razón.

—Pero…

—Si ha venido usted aquí buscando magia, siento decepcionarle. Mi madre me explicó que no había magia, que no había más mal o bien en el mundo que el que imaginamos, por codicia o por ingenuidad. A veces, incluso por locura.

—No fue eso lo que le contó a Diego Marlasca cuando aceptó su dinero —objeté—. Siete mil pesetas de aquella época debían de comprar unos años de buen nombre y buenos colegios.

—Diego Marlasca necesitaba creer. Mi madre le ayudó a hacerlo. Eso fue todo.

—¿Creer en qué?

—En su propia salvación. Estaba convencido de que se había traicionado a sí mismo y a quienes le querían. Creía que había entregado su vida a un camino de maldad y falsedad. Mi madre pensó que eso no le hacía diferente de la mayoría de los hombres que se detienen en algún momento de su vida a mirarse al espejo. Son las alimañas mezquinas quienes siempre se sienten virtuosas y miran al resto del mundo por encima del hombro. Pero Diego Marlasca era un hombre de conciencia y no

estaba satisfecho con lo que veía. Por eso acudió a mi madre. Porque había perdido la esperanza y probablemente la razón.

—¿Dijo Marlasca lo que había hecho?

—Dijo que había entregado su alma a una sombra.

—¿Una sombra?

—Ésas fueron sus palabras. Una sombra que le seguía, que tenía su misma forma, su mismo rostro y su misma voz.

—¿Qué significado tenía eso?

—La culpa y el remordimiento no tienen significado. Son sentimientos, emociones, no ideas.

Se me ocurrió que ni el patrón lo hubiese podido explicar con más claridad.

—¿Y qué podía hacer su madre por él? —pregunté.

—Nada más que consolarle y ayudarle a encontrar algo de paz. Diego Marlasca creía en la magia y por ese motivo mi madre pensó que debía convencerle de que su camino hacia la salvación pasaba a través de ella. Le habló de un viejo encantamiento, una leyenda de pescadores que había oído de niña entre las cabañas de la playa. Cuando un hombre perdía su rumbo en la vida y sentía que la muerte había puesto precio a su alma, la leyenda decía que si encontraba una alma pura que quisiera sacrificarse por él, enmascararía con ella su corazón negro y la muerte, ciega, pasaría de largo.

—¿Una alma pura?

—Libre de pecado.

—¿Y cómo se llevaba a cabo?

—Con dolor, por supuesto.

—¿Qué clase de dolor?

—Un sacrificio de sangre. Una alma a cambio de otra. Muerte a cambio de vida.

Un largo silencio. El rumor del mar en la orilla y del viento entre las chabolas.

—Irene se hubiera arrancado los ojos y el corazón por Marlasca. Él era su única razón para vivir. Lo amaba ciegamente y, como él, creía que su única salvación estaba en la magia. Al principio quiso quitarse la vida y entregarla como sacrificio, pero mi madre la disuadió. Le dijo lo que ella ya sabía, que la suya no era una alma libre de pecado y que su sacrificio sería en vano. Le dijo aquello para salvarla. Para salvarlos a los dos.

—¿De quién?

—De sí mismos.

—Pero cometió un error…

—Incluso mi madre no podía llegar a verlo todo.

—¿Qué fue lo que hizo Marlasca?

—Mi madre nunca quiso decírmelo, no quería que yo o mis hermanos formásemos parte de ello. Nos envió a cada uno lejos y nos separó en diferentes internados para que olvidásemos de dónde veníamos y quiénes éramos. Decía que

ahora éramos nosotros quienes estábamos malditos. Murió poco después, sola. No lo supimos hasta mucho tiempo después. Cuando encontraron su cadáver nadie se atrevió a tocarlo y dejaron que se lo llevase el mar. Nadie se atrevía a hablar sobre su muerte. Pero yo sabía quién la había matado y por qué. Y todavía hoy creo que mi madre sabía que iba a morir pronto y a manos de quién. Lo sabía y no hizo nada porque al final ella también creyó. Creyó porque no era capaz de aceptar lo que había hecho. Creyó que entregando su alma salvaría la nuestra, la de este lugar. Por eso no quiso huir de aquí, porque la vieja leyenda decía que el alma que se entregaba debía estar siempre en el lugar en el que se había cometido la traición, una venda en los ojos de la muerte, encarcelada para siempre.

—¿Y dónde está el alma que salvó la de Diego Marlasca?

La mujer sonrió.

—No hay almas ni salvaciones, señor Martín. Son viejos cuentos y habladurías. Lo único que hay son cenizas y recuerdos, pero de haberlos estarán en el lugar donde Marlasca cometió su crimen, el secreto que ha estado ocultando todos estos años para burlar su propio destino.

—La casa de la torre… He vivido casi diez años allí y en esa casa no hay nada.

Sonrió de nuevo y, mirándome fijamente a los ojos, se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla. Sus labios estaban helados, como los de un cadáver. Su aliento olía a flores muertas.

—A lo mejor es que no ha sabido usted mirar donde debía —me susurró al oído —. A lo mejor esa alma atrapada es la suya.

Entonces se desanudó el pañuelo que abrigaba su garganta y pude ver que una gran cicatriz le cruzaba el cuello. Esta vez su sonrisa fue maliciosa y sus ojos brillaron con una luz cruel y burlona.

—Pronto saldrá el sol. Márchese mientras pueda —dijo la Bruja del Somorrostro, dándome la espalda y devolviendo la mirada al fuego.

El niño del traje negro apareció en el umbral y me tendió la mano, indicando que mi tiempo se había acabado. Me levanté y le seguí. Al darme la vuelta me sorprendió mi reflejo en un espejo que colgaba de la pared. En él se podía ver la silueta encorvada y envuelta en harapos de una anciana sentada al fuego. Su risa oscura y cruel me acompañó hasta la salida.

17

Cuando llegué a la casa de la torre, empezaba a amanecer. La cerradura de la puerta de la calle estaba rota. Empujé la puerta con la mano y entré en el vestíbulo. El mecanismo del cerrojo al dorso de la puerta humeaba y desprendía un olor intenso. Ácido. Subí las escaleras lentamente, convencido de que encontraría a Marlasca esperándome en las sombras del rellano o que si me volvía le encontraría allí, sonriendo, a mi espalda. Al enfilar el último tramo de escalones advertí que el orificio de la cerradura también evidenciaba el rastro del ácido. Introduje la llave en el cerrojo y tuve que forcejear durante casi dos minutos para desbloquear la cerradura, que había quedado mutilada pero que aparentemente no había cedido. Extraje la llave mordida por aquella sustancia y abrí la puerta de un empujón. La dejé abierta a mi espalda y me adentré por el corredor sin quitarme el abrigo. Extraje el revólver del bolsillo y abrí el tambor. Vacié los casquillos que había disparado y los reemplacé por balas nuevas, tal y como había visto hacer a mi padre tantas veces cuando volvía a casa al alba.

—¿Salvador? —llamé.

El eco de mi voz se extendió por la casa. Tensé el percutor del arma. Seguí avanzando por el corredor hasta llegar a la habitación del fondo. La puerta estaba entornada.

—¿Salvador? —pregunté.

Apunté con el arma a la puerta y la abrí de una patada. No había rastro de Marlasca en el interior, apenas la montaña de cajas y objetos viejos apilados contra la pared. Sentí de nuevo aquel olor que parecía filtrarse por los muros. Me aproximé al armario que cubría la pared del fondo y abrí las puertas de par en par. Retiré las ropas viejas que pendían de los percheros. La corriente fría y húmeda que brotaba de aquel orificio en la pared me acarició el rostro. Fuera lo que fuese lo que Marlasca había ocultado en aquella casa, estaba tras aquel muro.

Guardé el arma en el bolsillo del abrigo y me lo quité. Busqué el extremo del armario e introduje el brazo por el resquicio que quedaba entre el armazón y la pared. Conseguí asir la parte de atrás con la mano y tiré con fuerza. El primer tirón me permitió ganar un par de centímetros para asegurar el agarre y tiré de nuevo. El armario cedió casi un palmo. Seguí empujando el extremo hacia afuera hasta que la pared tras el armario quedó a la vista y tuve espacio para colarme. Una vez detrás empujé con el hombro y lo aparté completamente contra la pared contigua. Me detuve a recobrar el aliento y examiné la pared. Estaba pintada de un color ocre diferente al resto de la habitación. Bajo la pintura se adivinaba una suerte de masa

arcillosa sin pulir. La golpeé con los nudillos. El eco resultante no daba pie a duda alguna. Aquello no era una pared maestra. Había algo al otro lado. Apoyé la cabeza contra la pared y ausculté. Entonces escuché un ruido. Pasos en el pasillo, acercándose… Me retiré lentamente y alargué la mano hacia el abrigo que había dejado sobre una silla para coger el revólver. Una sombra se extendió frente al umbral de la puerta. Contuve la respiración. La silueta se asomó lentamente al interior de la habitación.

—Inspector… —murmuré.

Víctor Grandes me sonrió fríamente. Imaginé que llevaban horas esperándome ocultos en algún portal de la calle.

—¿Está haciendo reformas, Martín?

—Poniendo orden.

El inspector miró la pila de vestidos y cajones tirados en el suelo y el armario desencajado y se limitó a asentir.

—He pedido a Marcos y a Castelo que esperen abajo. Iba a llamar, pero ha dejado usted la puerta abierta y me he tomado la libertad. Me he dicho: esto es que el amigo Martín me estaba esperando.

—¿Qué puedo hacer por usted, inspector?

—Acompañarme a la comisaría, si es tan amable.

—¿Estoy detenido?

—Me temo que sí. ¿Me lo va a poner fácil o vamos a tener que hacer esto por las malas?

—No —aseguré.

—Se lo agradezco.

—¿Puedo coger mi abrigo? —pregunté.

Grandes me miró a los ojos un instante. Entonces tomó el abrigo y me ayudó a ponérmelo. Sentí el peso del revólver contra la pierna. Me abotoné el abrigo con calma. Antes de salir de la habitación, el inspector lanzó un último vistazo a la pared que había quedado al descubierto. Luego me indicó que saliese al pasillo. Marcos y Castelo habían subido hasta el rellano y esperaban con una sonrisa triunfante. Al llegar al extremo del pasillo me detuve un momento para mirar hacia el interior de la casa, que parecía replegarse en un pozo de sombra. Me pregunté si volvería a verla alguna vez. Castelo sacó unas esposas, pero Grandes hizo un gesto de negación.

—No será necesario, ¿verdad, Martín?

Negué. Grandes entornó la puerta y me empujó suave pero firmemente hacia la escalera.

18

Esta vez no hubo golpe de efecto, ni escenografía tremendista, ni ecos de calabozos húmedos y oscuros. La sala era amplia, luminosa y de techos altos. Me hizo pensar en el aula de un colegio religioso de postín, crucifijo al frente incluido. Estaba situada en la primera planta de Jefatura, con amplios ventanales que permitían vistas a las gentes y tranvías que ya empezaban su desfile matutino por la Vía Layetana. En el centro de la sala estaban dispuestas dos sillas y una mesa de metal que, abandonadas entre tanto espacio desnudo, parecían minúsculas. Grandes me guió hasta la mesa y ordenó a Marcos y a Castelo que nos dejaran a solas. Los dos policías se tomaron su tiempo para acatar la orden. La rabia que respiraban se podía oler en el aire. Grandes esperó a que hubieran salido y se relajó.

—Creí que me iba a echar a los leones —dije.

—Siéntese.

Obedecí. De no ser por las miradas de Marcos y Castelo al retirarse, la puerta de metal y los barrotes al otro lado de los cristales, nadie hubiera dicho que mi situación era grave. Me acabaron de convencer el termo con café caliente y el paquete de cigarrillos que Grandes dejó sobre la mesa, pero sobre todo su sonrisa serena y afable. Segura. Esta vez el inspector iba en serio.

Se sentó frente a mí y abrió una carpeta, de la que extrajo unas fotografías que procedió a colocar sobre la mesa, una junto a otra. En la primera aparecía el abogado Valera en la butaca de su salón. Junto a él había una imagen del cadáver de la viuda Marlasca, o lo que quedaba de él al poco de sacarlo del fondo de la piscina de su casa en la carretera de Vallvidrera. Una tercera fotografía mostraba a un hombrecillo con la garganta destrozada que se parecía a Damián Roures. La cuarta imagen era de Cristina Sagnier, y me di cuenta de que había sido tomada el día de su boda con Pedro Vidal. Las dos últimas eran retratos posados en estudio de mis antiguos editores, Barrido y Escobillas. Una vez pulcramente alineadas las seis fotografías, Grandes me dedicó una mirada impenetrable y dejó transcurrir un par de minutos de silencio, estudiando mi reacción ante las imágenes, o la ausencia de ella. Luego, con infinita parsimonia, sirvió dos tazas de café y empujó una hacia mí.

—Antes que nada me gustaría darle la oportunidad de que me lo contase usted todo, Martín. A su manera y sin prisas —dijo finalmente.

—No servirá de nada —repliqué—. No cambiará nada.

—¿Prefiere que hagamos un careo con otros posibles implicados? ¿Con su ayudante, por ejemplo? ¿Cómo se llamaba? ¿Isabella?

—Déjela en paz. Ella no sabe nada.

—Convénzame.

Miré hacia la puerta.

—Sólo hay una manera de salir de esta sala, Martín —dijo el inspector mostrándome una llave.

Sentí de nuevo el peso del revólver en el bolsillo del abrigo.

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Usted es el narrador. Sólo le pido que me diga la verdad.

—No sé cuál es.

—La verdad es lo que duele.

Por espacio de algo más de dos horas, Víctor Grandes no despegó los labios una sola vez. Escuchó atentamente, asintiendo ocasionalmente y anotando palabras en su cuaderno de vez en cuando. Al principio le miraba, pero pronto me olvidé de que estaba allí y descubrí que me estaba contando la historia a mí mismo. Las palabras me hicieron viajar a un tiempo que creía perdido, a la noche que asesinaron a mi padre a las puertas del diario. Recordé mis días en la redacción de *La Voz de la Industria,* los años en que había sobrevivido escribiendo historias de medianoche y aquella primera carta firmada por Andreas Corelli prometiendo grandes esperanzas. Recordé aquel primer encuentro con el patrón en el depósito de las aguas y aquellos días en que la certeza de una muerte segura era todo el horizonte que tenía por delante. Le hablé de Cristina, de Vidal y de una historia cuyo final habría podido intuir cualquiera excepto yo. Le hablé de aquellos dos libros que había escrito, uno con mi nombre y otro con el de Vidal, de la pérdida de aquellas míseras esperanzas y de aquella tarde en que vi a mi madre abandonar en la basura lo único bueno que creía haber hecho en la vida. No buscaba la lástima ni la comprensión del inspector. Me bastaba con intentar trazar un mapa imaginario de los sucesos que me habían conducido a aquella sala, a aquel instante de vacío absoluto. Volví a aquella casa junto al Park Güell y a la noche en que el patrón me había formulado una oferta que no podía rechazar. Confesé mis primeras sospechas, mis averiguaciones sobre la historia de la casa de la torre, sobre la extraña muerte de Diego Marlasca y la red de engaños en la que me había visto envuelto o que había elegido para satisfacer mi vanidad, mi codicia y mi voluntad de vivir a cualquier precio. Vivir para contar la historia.

No dejé nada fuera. Nada excepto lo más importante, lo que no me atrevía a contarme ni a mí mismo. En mi relato volvía al sanatorio de Villa San Antonio a buscar a Cristina y no encontraba más que un rastro de pisadas que se perdían en la nieve. Tal vez, si lo repetía una y otra vez, incluso yo llegaría a creer que así había sido. Mi historia terminaba aquella misma mañana, volviendo de las barracas del Somorrostro para descubrir que Diego Marlasca había decidido que el retrato que faltaba en aquel desfile que el inspector había dispuesto sobre la mesa era el mío.

Al acabar mi recuento me sumí en un largo silencio. No me había sentido más cansado en toda mi vida. Hubiera deseado irme a dormir y no despertar jamás. Grandes me observaba desde el otro lado de la mesa. Me pareció que estaba confundido, triste, colérico y sobre todo perdido.

—Diga alguna cosa —dije.

Grandes suspiró. Se levantó de la silla que no había abandonado durante toda mi historia y se acercó a la ventana, dándome la espalda. Me vi a mí mismo extrayendo el revólver del abrigo, disparándole en la nunca y saliendo de allí con la llave que había guardado en su bolsillo. En sesenta segundos podía estar en la calle.

—La razón por la que estamos hablando es porque ayer llegó un telegrama del cuartel de la guardia civil de Puigcerdà en el que se dice que Cristina Sagnier ha desaparecido del sanatorio de Villa San Antonio y usted es el principal sospechoso. El jefe médico del centro asegura que usted había manifestado su interés en llevársela y que él le denegó el alta. Le cuento todo esto para que entienda exactamente por qué estamos aquí, en esta sala, con café caliente y cigarrillos, conversando como viejos amigos. Estamos aquí porque la esposa de uno de los hombres más ricos de Barcelona ha desaparecido y usted es el único que sabe dónde está. Estamos aquí porque el padre de su amigo Pedro Vidal, uno de los hombres más poderosos de esta ciudad, se ha interesado en el caso porque al parecer es viejo conocido suyo y ha pedido amablemente a mis superiores que antes de tocarle un pelo obtengamos esa información y dejemos cualquier otra consideración para después. De no ser por eso, y por mi insistencia en tener una oportunidad de intentar aclarar el tema a mi manera, estaría usted ahora mismo en un calabozo del Campo de la Bota y en vez de hablar conmigo estaría hablando directamente con Marcos y Castelo, quienes, para su información, creen que todo lo que no sea empezar por romperle las rodillas con un martillo es perder el tiempo y poner en peligro la vida de la señora de Vidal, opinión que a cada minuto que pasa comparten más mis superiores, que piensan que le estoy dando a usted demasiada cuerda en honor a nuestra amistad.

Grandes se volvió y me miró conteniendo la ira.

—No me ha escuchado usted —dije—. No ha oído nada de lo que le he dicho.

—Le he escuchado perfectamente, Martín. He escuchado cómo, moribundo y desesperado, formalizó usted un acuerdo con un más que misterioso editor parisino del que nadie ha oído hablar ni ha visto jamás para inventarse, en sus propias palabras, una nueva religión a cambio de cien mil francos franceses, sólo para descubrir que en realidad había caído en un siniestro complot en el que estarían implicados un abogado que simuló su propia muerte hace veinticinco años, su amante y una corista venida a menos, para escapar a su destino, que ahora es el suyo. He escuchado cómo ese destino le llevó a caer en la trampa de un caserón maldito que ya había atrapado a su predecesor, Diego Marlasca, donde encontró usted la evidencia de que alguien estaba siguiendo sus pasos y asesinando a todos aquellos que podían desvelar el secreto de un hombre que, a juzgar por sus palabras, estaba casi tan loco

como usted. El hombre en la sombra, que habría asumido la identidad de un antiguo policía para ocultar el hecho de que estaba vivo, ha estado cometiendo una serie de crímenes con la ayuda de su amante, incluyendo haber provocado la muerte del señor Sempere por algún extraño motivo que ni usted es capaz de explicar.

—Irene Sabino mató a Sempere para robarle un libro. Un libro que creía que contenía mi alma.

Grandes se dio con la palma de la mano en la frente, como si acabase de dar con el quid de la cuestión.

—Claro. Tonto de mí. Eso lo explica todo. Como lo de ese terrible secreto que una hechicera de la playa del Bogatell le ha desvelado. La Bruja del Somorrostro. Me gusta. Muy suyo. A ver si lo he entendido bien. El tal Marlasca mantiene una alma prisionera para enmascarar la suya y eludir así una especie de maldición. Dígame, ¿eso lo ha sacado de *La Ciudad de los Malditos* o se lo acaba de inventar?

—No me he inventado nada.

—Póngase en mi lugar y piense si creería usted algo de lo que ha dicho.

—Supongo que no. Pero le he contado todo lo que sé.

—Por supuesto. Me ha dado datos y pruebas concretas para que compruebe la veracidad de su relato, desde su visita al doctor Trías, su cuenta bancaria en el Banco Hispano Colonial, su propia lápida mortuoria esperándole en un taller del Pueblo Nuevo e incluso un vínculo legal entre el hombre al que usted llama *el patrón* y el gabinete de abogados Valera, entre muchos otros detalles actuales que no desmerecen de su experiencia en la creación de historias policíacas. Lo único que no me ha contado y lo que, con franqueza, por su bien y por el mío, esperaba oír es dónde está Cristina Sagnier.

Comprendí que lo único que podía salvarme en aquel momento era mentir. En el instante en que dijese la verdad sobre Cristina, mis horas estaban contadas.

—No sé dónde está.

—Miente.

—Ya le he dicho que no serviría para nada contarle la verdad —respondí.

—Excepto para hacerme quedar como un necio por querer ayudarle.

—¿Es eso lo que está intentando hacer, inspector? ¿Ayudarme?

—Sí.

—Entonces compruebe todo lo que he dicho. Encuentre a Marlasca y a Irene Sabino.

—Mis superiores me han concedido veinticuatro horas con usted. Si para entonces no les entrego a Cristina Sagnier sana y salva, o al menos viva, me relevarán del caso y se lo pasarán a Marcos y a Castelo, que hace ya tiempo que esperan su oportunidad de hacer méritos y no la van a desaprovechar.

—Entonces no pierda el tiempo.

Grandes resopló pero asintió.

—Espero que sepa lo que está haciendo, Martín.

19

Calculé que debían de ser las nueve de la mañana cuando el inspector Víctor Grandes me dejó encerrado en aquella sala sin más compañía que el termo con café frío y su paquete de cigarrillos. Apostó uno de sus hombres a la puerta y le oí ordenarle que bajo ningún concepto permitiese el paso a nadie. A los cinco minutos de su partida oí que alguien golpeaba a la puerta y reconocí el rostro del sargento Marcos recortado en la ventanilla de cristal. No podía oír sus palabras, pero la caligrafía de sus labios no dejaba lugar a dudas:

Vete preparando, hijo de perra.

Pasé el resto de la mañana sentado sobre el alféizar de la ventana contemplando a la gente que se creía libre pasar tras los barrotes, fumando y comiendo terrones de azúcar con la misma fruición con que había visto hacerlo al patrón en más de una ocasión. La fatiga, o tal vez sólo fuese el culatazo de la desesperación, me alcanzaron al mediodía y me tendí en el suelo, la cara contra la pared. Me dormí en menos de un minuto. Cuando desperté, la sala estaba en penumbra. Había ya anochecido y la claridad ocre de los faroles de la Vía Layetana dibujaba sombras de coches y tranvías sobre el techo de la sala. Me incorporé, el frío del suelo calado en todos los músculos del cuerpo, y me acerqué a un radiador en la esquina que estaba más helado que mis manos.

En aquel instante oí que la puerta de la sala se abría a mi espalda y me volví para encontrar al inspector observándome desde el umbral. A una señal de Grandes, uno de sus hombres prendió la luz de la sala y cerró la puerta. La luz dura y metálica me golpeó en los ojos cegándome momentáneamente. Cuando los abrí, me encontré con un inspector que tenía casi tan mal aspecto como yo.

—¿Necesita ir al baño?

—No. Aprovechando las circunstancias he decidido mearme encima e ir haciendo prácticas para cuando me envíe usted a la cámara de los horrores de los inquisidores Marcos y Castelo.

—Me alegra que no haya perdido el sentido del humor. Le va a hacer falta. Siéntese.

Retomamos nuestras posiciones de varias horas antes y nos miramos en silencio.

—He estado comprobando los detalles de su historia.

—¿Y?

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Usted es el policía.

—Mi primera visita ha sido a la clínica del doctor Trías, en la calle Muntaner. Ha

sido breve. El doctor Trías falleció hace doce años y la consulta pertenece desde hace ocho a un dentista llamado Bernat Llofriu, que, huelga decir, nunca ha oído hablar de usted.

—Imposible.

—Espere, que lo mejor viene después. Saliendo de allí me he pasado por las oficinas centrales del Banco Hispano Colonial. Impresionante decoración y un servició impecable. Me han entrado ganas de abrir una cartilla. Allí he podido averiguar que nunca ha tenido usted cuenta alguna en la entidad, que jamás han oído hablar de nadie llamado Andreas Corelli y que no hay ningún cliente que en estos momentos tenga una cuenta en divisas por importe de cien mil francos franceses. ¿Sigo?

Apreté los labios, pero asentí.

—Mi siguiente parada ha sido el despacho del difunto abogado Valera. Allí he podido comprobar que sí tiene usted una cuenta bancada, pero no con el Hispano Colonial, sino con el Banco de Sabadell, desde la cual transfirió fondos a la cuenta de los abogados por importe de dos mil pesetas hace unos seis meses.

—No le entiendo.

—Muy simple. Usted contrató a Valera anónimamente, o eso creía usted, porque los bancos tienen memoria de poeta y una vez han visto un céntimo volar no se olvidan jamás. Le confieso que para entonces ya le estaba empezando a coger el gusto al asunto y he decidido hacer una visita al taller de escultura funeraria de Sanabre e Hijos.

—No me diga que no ha visto el ángel…

—Lo he visto, lo he visto. Impresionante. Como la carta firmada de su puño y letra fechada hace tres meses en la que encargó el trabajo y el recibo de pago por adelantado que el bueno de Sanabre guardaba en sus libros. Un hombre encantador y orgulloso de su trabajo. Me ha dicho que era su obra maestra, que ha recibido una inspiración divina.

—¿No le ha preguntado por el dinero que le pagó Marlasca hace veinticinco años?

—Lo he hecho. Guardaba los recibos. A cuenta de las obras de mejora, mantenimiento y reformas del panteón familiar.

—En la tumba de Marlasca hay alguien enterrado que no es él.

—Eso dice usted. Pero si quiere que profane un sepulcro, entenderá que va a tener que facilitarme argumentos más sólidos. Pero permítame seguir con mi repaso a su historia.

Tragué saliva.

—Aprovechando que estaba allí, me he acercado hasta la playa del Bogatell, donde por un real he encontrado al menos a diez personas dispuestas a desvelar el tremendo secreto de la Bruja del Somorrostro. No se lo he dicho esta mañana cuando me contaba su relato por no arruinar el drama, pero de hecho la mujerona que se

hacía llamar así murió hace ya años. La anciana que he visto esta mañana no asusta ni a los niños y está postrada en una silla. Un detalle que le encantará: es muda.

—Inspector…

—Aún no he terminado. No me podrá decir que no me tomo mi trabajo en serio. Tanto como para ir de allí al caserón que me ha descrito usted junto al Park Güell, que lleva abandonado por lo menos diez años y en el que lamento decirle que no había ni fotografías ni estampas ni nada más que mierda de gato. ¿Qué le parece?

No respondí.

—Dígame, Martín. Póngase en mi lugar. ¿Qué hubiera hecho usted si se encontrase en esa coyuntura?

—Abandonar, supongo.

—Exacto. Pero yo no soy usted y, como un idiota, después de tan provechoso periplo he decidido seguir su consejo y buscar a la temible Irene Sabino.

—¿La ha encontrado?

—Un poco de crédito para las fuerzas del orden, Martín. Por supuesto que la hemos encontrado. Muerta de asco en una mísera pensión del Raval donde vive desde hace años.

—¿Ha hablado con ella?

Grandes asintió.

—Largo y tendido.

—¿Y?

—No tiene la más remota idea de quién es usted.

—¿Eso es lo que le ha dicho?

—Entre otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Me ha contado que conoció a Diego Marlasca en una sesión organizada por Roures en un piso de la calle Elisabeth donde se reunía la asociación espiritista El Porvenir en el año 1903. Me ha contado que se encontró con un hombre que se refugió en sus brazos destrozado por la pérdida de su hijo y atrapado en un matrimonio que ya no tenía sentido. Me ha contado que Marlasca era un hombre bondadoso pero perturbado, que creía que algo se había metido en su interior y que estaba convencido de que iba a morir pronto. Me ha contado que antes de morir dejó un fondo de dinero para que ella y el hombre al que había dejado para irse con Marlasca, Juan Corbera, alias Jaco, pudiese recibir algo en su ausencia. Me ha contado que Marlasca se quitó la vida porque no podía soportar el dolor que le consumía. Me ha contado que ella y Juan Corbera vivieron de aquella caridad de Marlasca hasta que el fondo se agotó, y que el hombre que usted llama Jaco la abandonó poco después y que supo que había muerto solo y alcoholizado mientras trabajaba como vigilante nocturno en la factoría de Casaramona. Me ha contado que sí, que llevó a Marlasca a ver a aquella mujer que llamaban la Bruja del Somorrostro porque creía que ella le consolaría y le haría creer que iba a reencontrarse con su hijo

en el más allá… ¿Quiere que siga?

Me abrí la camisa y le mostré los cortes que Irene Sabino me había grabado en el pecho la noche que ella y Marlasca me atacaron en el cementerio de San Gervasio.

—Una estrella de seis puntas. No me haga reír, Martín. Esos cortes se los pudo hacer usted. No significan nada. Irene Sabino no es más que una pobre mujer que se gana la vida trabajando en una lavandería de la calle Cadena, no una hechicera.

—¿Y qué hay de Ricardo Salvador?

—Ricardo Salvador fue expulsado del cuerpo en 1906, después de pasar dos años removiendo el caso de la muerte de Diego Marlasca mientras mantenía una relación ilícita con la viuda del difunto. Lo último que se supo de él es que había decidido embarcarse y marcharse a las Américas para iniciar una nueva vida.

No pude evitar echarme a reír ante la enormidad de aquel engaño.

—¿No se da usted cuenta, inspector? ¿No se da cuenta de que está cayendo exactamente en la misma trampa que me tendió Marlasca?

Grandes me contemplaba con lástima.

—El que no se da cuenta de lo que está pasando es usted, Martín. El reloj corre y usted, en vez de decirme qué ha hecho con Cristina Sagnier, se empecina en intentar convencerme de una historia que parece salida de *La Ciudad de los Malditos*. Aquí sólo hay una trampa: la que usted se ha tendido a sí mismo. Y cada minuto que pasa sin decirme la verdad me hace más difícil poder sacarle de ella.

Grandes me pasó la mano frente a los ojos un par de veces, como si quisiera asegurarse de que aún conservaba el sentido de la vista.

—¿No? ¿Nada? Como guste. Permítame que acabe de contarle lo que ha dado de sí el día. Después de mi visita a Irene Sabino, la verdad es que ya estaba cansado y he vuelto un rato a Jefatura, donde aún he encontrado el tiempo y las ganas de llamar al cuartel de la guardia civil de Puigcerdà. Allí me han confirmado que se le vio salir de las habitaciones donde estaba internada Cristina Sagnier la noche que ella desapareció, que nunca regresó a su hotel a recoger el equipaje y que el jefe médico del sanatorio les contó que había cortado usted las correas de cuero que sujetaban a la paciente. He llamado entonces a un viejo amigo suyo, Pedro Vidal, que ha tenido la amabilidad de acercarse hasta Jefatura. El pobre hombre está destrozado. Me ha contado que la última vez que se vieron usted le golpeó. ¿Es eso cierto?

Asentí.

—Sepa que no se lo tiene en cuenta. De hecho casi ha intentado persuadirme para que le dejase ir. Dice que todo debe de tener una explicación. Que ha tenido usted una vida difícil. Que perdió a su padre por su culpa. Que él se siente responsable. Que lo único que quiere es recuperar a su esposa y que no tiene intención alguna de tomar represalias contra usted.

—¿Le ha contado usted todo esto a Vidal?

—No he tenido más remedio.

Escondí la cara entre las manos.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

Grandes se encogió de hombros.

—El cree que ha perdido usted la razón. Que tiene que ser usted inocente y que no quiere que le pase nada, lo sea o no. Su familia ya es otra cuestión. Me consta que el señor padre de su amigo Vidal, de quien como le dije no es usted exactamente santo de su devoción, ha ofrecido secretamente una bonificación a Marcos y a Castelo si le arrancan una confesión en menos de doce horas. Ellos le han asegurado que con una mañana va a recitar usted hasta los versos del *Canigó*.

—¿Y usted qué cree?

—¿La verdad? La verdad es que me gustaría creer que Pedro Vidal está en lo cierto, que ha perdido usted la razón.

No le dije que, en aquel mismo momento, yo también empezaba a creerlo. Miré a Grandes y advertí que había algo en su expresión que no cuadraba.

—Hay algo que no me ha contado —apunté.

—Yo diría que le he contado más que suficiente —replicó.

—¿Qué es lo que no me ha dicho?

Grandes me observó atentamente y luego dejó escapar una risa soterrada.

—Esta mañana, cuando me ha contado usted que la noche en que murió el señor Sempere alguien acudió a la librería y se los oyó discutir, sospechaba que esa persona quería adquirir un libro, un libro suyo, y que al negarse Sempere a vendérselo hubo una pelea y el librero sufrió un ataque al corazón. Según usted era una pieza casi única, de la que apenas hay ejemplares. ¿Cómo se llamaba el libro?

—*Los Pasos del Cielo*.

—Exacto. Ése es el libro que, según usted sospechaba, fue robado la noche que murió Sempere.

Asentí. El inspector tomó un cigarrillo y lo encendió. Saboreó un par de caladas y lo apagó.

—Éste es mi dilema, Martín. Por un lado creo que me ha colocado usted un montón de patrañas que bien se ha inventado tomándome por imbécil o, lo que no sé si es peor, ha empezado usted mismo a creerse de tanto repetirlas. Todo apunta a usted y lo más fácil para mí es lavarme las manos y dejarle en manos de Marcos y Castelo.

—Pero…

—… pero, y es un pero minúsculo, insignificante, un pero que mis colegas no tendrían problema alguno en dejar de lado, pero que a mí me molesta como si fuera una mota de polvo en el ojo y me hace dudar de si, tal vez, y esto que voy a decir contradice todo lo que he aprendido en veinte años en este oficio, lo que me ha contado usted no sea la verdad pero tampoco sea falso.

—Sólo puedo decirle que le he contado lo que recuerdo, inspector. Me podrá creer o no. Lo cierto es que ni yo mismo me creo a veces. Pero es lo que recuerdo.

Grandes se incorporó y empezó a dar vueltas alrededor de la mesa.

—Esta tarde, cuando hablaba con María Antonia Sanahuja, o Irene Sabino, en la habitación de su pensión, le he preguntado si sabía quién era usted. Ha dicho que no. Le he explicado que vivía usted en la casa de la torre donde ella y Marlasca habían pasado varios meses. Le he preguntado de nuevo si le recordaba a usted. Me ha dicho que no. Algo después le he dicho que usted había visitado el panteón de la familia Marlasca y que había asegurado verla allí. Por tercera vez esa mujer ha negado haberle visto jamás. Y yo la he creído. La he creído hasta que, cuando me iba, ella ha dicho que tenía algo de frío y ha abierto el armario para coger un mantón de lana que echarse a los hombros. He visto entonces que había un libro encima de una mesa. Me ha llamado la atención porque era el único libro que había en la habitación. Aprovechando que me había dado la espalda, lo he abierto y he leído una inscripción escrita a mano en la primera página.

—«*Para el Señor Sempere, el mejor amigo que podría desear un libro, por abrirme las puertas del mundo y enseñarme a cruzarlas*» —cité de memoria.

—«Firmado, David Martín» —completó Grandes.

El inspector se detuvo frente a la ventana, dándome la espalda.

—En media hora vendrán a por usted y me relevarán del caso —dijo—. Pasará usted a la custodia del sargento Marcos. Y yo ya no podré hacer nada. ¿Tiene algo más que decirme que me permita salvarle el cuello?

—No.

—Entonces coja ese ridículo revólver que lleva escondido en su abrigo desde hace horas y, con cuidado de no dispararse en el pie, amenáceme con volarme la cabeza si no le entrego la llave que abre esa puerta.

Miré hacia la puerta.

—A cambio sólo le pido que me diga dónde está Cristina Sagnier, si es que sigue viva.

Bajé la mirada incapaz de encontrar mi propia voz.

—¿La mató usted?

Dejé pasar un largo silencio.

—No lo sé.

Grandes se acercó a mí y me tendió la llave de la puerta.

—Lárguese de aquí, Martín.

Dudé un instante antes de aceptarla.

—No use la escalera principal. Saliendo por el pasillo, al final, a mano izquierda, hay una puerta azul que sólo se abre de este lado y que da a la escalera de incendios. La salida da al callejón de atrás.

—¿Cómo puedo agradecérselo?

—Puede empezar por no perder el tiempo. Tiene unos treinta minutos antes de que todo el departamento empiece a pisarle los talones. No los malgaste —dijo el inspector.

Tomé la llave y me dirigí hacia la puerta. Antes de salir me volví un instante.

Grandes se había sentado sobre la mesa y me observaba sin expresión alguna.

—Ese broche del ángel —dijo, señalándose la solapa.

—¿Sí?

—Se lo he visto a usted en la solapa desde que le conozco —dijo.

Las calles del Raval eran túneles de sombra punteados de faroles parpadeantes que apenas conseguían arañar la negrura. Me llevó algo más de los treinta minutos que me había concedido el inspector Grandes descubrir que había dos lavanderías en la calle Cadena. La primera, apenas una cueva al fondo de unas escaleras relucientes por el vapor, sólo empleaba niños con las manos violáceas de tinte y los ojos amarillentos. La segunda, un emporio de mugre y peste a lejía del que costaba creer que pudiera salir nada limpio, estaba al mando de una mujerona que a la vista de unas monedas no perdió tiempo en admitir que María Antonia Sanahuja trabajaba allí seis tardes a la semana.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó la matrona.

—Ha heredado. Dígame dónde puedo encontrarla y a lo mejor le cae algo.

La matrona rió, pero los ojos le brillaron de codicia.

—Que yo sepa vive en la pensión Santa Lucía, en la calle Marqués de Barberá. ¿Cuánto ha heredado?

Dejé caer unas monedas sobre el mostrador y salí de aquel pozo inmundo sin molestarme en responder.

La pensión donde vivía Irene Sabino languidecía en un sombrío edificio que parecía tejido con huesos desenterrados y lápidas robadas. Las placas de los buzones en la portería estaban cubiertas de óxido. En los dos primeros pisos no figuraba nombre alguno. El tercer piso albergaba un taller de costura y confección con el rimbombante nombre de La Textil Mediterránea. El cuarto y último lo ocupaba la pensión Santa Lucía. Una escalera por la que apenas cabía una persona ascendía en penumbra, el aliento de las alcantarillas filtrándose por los muros y comiéndose la pintura de las paredes como ácido. Subí cuatro pisos hasta ganar un rellano inclinado que daba a una sola puerta. Llamé con el puño y al rato me abrió un hombre alto y delgado como una pesadilla de El Greco.

—Busco a María Antonia Sanahuja —dije.

—¿Es usted el médico? —preguntó.

Le empujé a un lado y entré. El piso no era más que un amasijo de habitaciones angostas y oscuras arracimadas a ambos lados de un pasillo que moría en un ventanal frente a un tragaluz. La fetidez que ascendía de las tuberías impregnaba la atmósfera. El hombre que me había abierto la puerta se había quedado en el umbral, mirándome desconcertado. Asumí que se trataba de un huésped.

—¿Cuál es su habitación? —pregunté.

Me miró en silencio, impenetrable. Extraje el revólver y se lo mostré. El hombre, sin perder la serenidad, señaló la última puerta del corredor junto al respiradero del tragaluz. Me dirigí allí y cuando descubrí que la puerta estaba cerrada empecé a forcejear con la cerradura. El resto de huéspedes se había asomado al corredor, un coro de almas olvidadas que no parecían haber rozado la luz del sol en años. Recordé mis días de miseria en la pensión de doña Carmen y se me ocurrió que mi antiguo domicilio parecía el nuevo hotel Ritz comparado con aquel miserable purgatorio, uno de tantos en la colmena del Raval.

—Vuelvan a sus habitaciones —dije.

Nadie dio muestras de haberme oído. Alcé la mano mostrando el arma. Acto seguido todos se metieron en sus cuartos como roedores asustados, a excepción del caballero de la triste y espigada figura. Concentré de nuevo mi atención en la puerta.

—Ha cerrado por dentro —explicó el huésped—. Lleva ahí toda la tarde.

Un olor que me hizo pensar en almendras amargas se filtraba bajo la puerta. Golpeé con el puño varias veces sin obtener respuesta.

—La casera tiene llave maestra —ofreció el huésped—. Si quiere esperar… no creo que tarde en volver.

Por toda respuesta me hice a un lado del corredor y me lancé con todas mis fuerzas contra la puerta. La cerradura cedió a la segunda embestida. Tan pronto me encontré en la habitación, me asaltó aquel hedor agrio y nauseabundo.

—Dios mío —murmuró el huésped a mi espalda.

La antigua estrella del Paralelo yacía sobre un camastro, pálida y cubierta de sudor. Tenía los labios negros y, al verme, sonrió. Sus manos aferraban con fuerza el frasco de veneno. Había apurado hasta la última gota. El tufo de su aliento, a sangre y a bilis, llenaba la habitación. El huésped se tapó la nariz y la boca con la mano y se retiró hasta el pasillo. Contemplé a Irene Sabino retorciéndose mientras el veneno la corroía por dentro. La muerte se estaba tomando su tiempo.

—¿Dónde está Marlasca?

Me miró a través de lágrimas de agonía.

—Ya no me necesitaba —dijo—. No me ha querido nunca.

Tenía la voz áspera y rota. Le asaltó una tos seca que arrancó de su pecho un sonido desgarrado, y un segundo después un líquido oscuro afloró entre sus dientes. Irene Sabino me observaba aferrándose a su último aliento de vida. Me cogió la mano y apretó con fuerza.

—Está usted maldito, como él.

—¿Qué puedo hacer?

Negó lentamente. Un nuevo brote de tos le sacudió el pecho. Los capilares de sus ojos se rompían y una red de líneas sangrantes avanzaba hacia sus pupilas.

—¿Dónde está Ricardo Salvador? ¿Está en la tumba de Marlasca, en el panteón?

Irene Sabino negó. Una palabra muda se formó en sus labios: *Jaco*.

—¿Dónde está Salvador, entonces?

—Él sabe dónde está usted. Le ve. Él vendrá por usted.

Me pareció que empezaba a delirar. La presión de su mano fue perdiendo fuerza.

—Yo le quería —dijo—. Era un buen hombre. Un buen hombre. Él le cambió. Era un buen hombre.

Un sonido a carne desgarrada emergió de sus labios y su cuerpo se tensó en un espasmo muscular. Irene Sabino murió con sus ojos clavados en los míos, llevándose para siempre el secreto de Diego Marlasca. Ahora sólo quedaba yo.

Cubrí su rostro con una sábana y suspiré. En el umbral de la puerta, el huésped se santiguó. Miré a mi alrededor, intentando encontrar algo que pudiera ayudarme, algún indicio de cuál debía ser mi próximo paso. Irene Sabino había pasado sus últimos días en una celda de unos cuatro metros de profundidad y dos de ancho. No había ventanas. El camastro de metal en que yacía su cadáver, un armario al otro lado y una mesita contra la pared eran todo el mobiliario. Una maleta asomaba bajo el catre, junto a un orinal y una sombrerera. Sobre la mesa había un plato con migajas de pan, un jarro con agua y una pila de lo que parecían postales pero resultaron ser estampas de santos y recordatorios de funerales y entierros. Envuelto en un paño blanco había lo que parecía un libro. Lo desenvolví y encontré el ejemplar de *Los Pasos del Cielo* que le había dedicado al señor Sempere. La compasión que me había despertado la agonía de aquella mujer se evaporó al instante. Aquella infeliz había matado a mi buen amigo para arrebatarle aquel cochino libro. Recordé entonces lo que Sempere me había dicho la primera vez que entré en su librería: que cada libro tenía una alma, el alma de quien lo había escrito y el alma de quienes lo habían leído y soñado con él. Sempere había muerto creyendo en aquellas palabras y comprendí que Irene Sabino, a su manera, también las había creído.

Pasé las páginas releyendo la dedicatoria. Encontré la primera marca en la séptima página. Un trazo marronáceo emborronaba las palabras, dibujando una estrella de seis puntas idéntica a la que ella había grabado en mi pecho con el filo de una navaja semanas antes. Comprendí que el trazo estaba hecho con sangre. Fui volviendo las páginas y encontrando nuevos dibujos. Unos labios. Una mano. Ojos. Sempere había sacrificado su vida por un miserable y ridículo hechizo de barraca de feria.

Guardé el libro en el bolsillo interior del abrigo y me arrodillé junto al lecho. Extraje la maleta y vacié el contenido en el suelo. No había más que ropas y zapatos viejos. Abrí la sombrerera y encontré un estuche de piel en cuyo interior estaba la navaja de afeitar con que Irene Sabino me había hecho las marcas que llevaba en el pecho. De repente advertí una sombra extendiéndose sobre el suelo y me volví bruscamente, apuntando con el revólver. El huésped del talle espigado me miró con cierta sorpresa.

—Me parece que tiene usted compañía —dijo escuetamente.

Salí al pasillo y me dirigí hacia la entrada. Me asomé a la escalera y oí los

pesados pasos ascendiendo por la escalera. Un rostro se perfiló en el hueco, mirando hacia arriba, y me encontré con los ojos del sargento Marcos dos pisos más abajo. Se retiró y los pasos se aceleraron. No venía solo. Cerré y me apoyé contra la puerta, intentando pensar. Mi cómplice me observaba, calmado pero expectante.

—¿Hay alguna salida que no sea ésta? —pregunté.

Negó.

—¿Salida a la azotea?

Señaló la puerta que acababa de cerrar. Tres segundos más tarde sentí el impacto de los cuerpos de Marcos y Castelo intentando derribarla. Me aparté de ella, retrocediendo por el corredor con el arma apuntando hacia la puerta.

—Yo si acaso me voy a mi habitación —apuntó el inquilino—. Ha sido un placer.

—Igualmente.

Fijé los ojos en la puerta, que se sacudía con fuerza. La madera envejecida en torno a los goznes y la cerradura empezó a agrietarse. Me dirigí al fondo del corredor y abrí la ventana que daba al tragaluz. Un túnel vertical de aproximadamente metro por metro y medio se hundía en la sombras. El borde de la azotea se entreveía unos tres metros por encima de la ventana. Al otro lado del tragaluz había un desagüe sujeto al muro con argollas podridas de óxido. La humedad supurante salpicaba su superficie de lágrimas negras. El sonido de los golpes seguía atronando a mi espalda. Me volví y comprobé que la puerta estaba ya prácticamente desencajada. Calculé que me quedaban apenas unos segundos. Sin más alternativa me subí al marco de la ventana y salté.

Conseguí aferrar la tubería con las manos y apoyar un pie en una de las argollas que la sujetaban. Alcé la mano para asir el tramo superior del bajante, pero tan pronto como tiré con fuerza sentí que la tubería se deshacía en mis manos y un metro entero se desplomaba por el hueco del tragaluz. Estuve a punto de caer con él, pero me aferré a la pieza de metal clavada en el muro que sostenía la argolla. La tubería por la que había confiado poder trepar a la azotea quedaba ahora completamente fuera de mi alcance. No había más que dos salidas: volver al pasillo por el que en un par de segundos conseguirían entrar Marcos y Castelo o descender por aquella garganta negra. Oí la puerta golpear con fuerza contra la pared interior del piso y me dejé caer lentamente, sujetándome a la tubería de desagüe como pude y arrancándome buena parte de la piel de la mano izquierda en el empeño. Había conseguido descender un metro y medio cuando vi las siluetas de los dos policías recortarse en el haz de luz que proyectaba el ventanal sobre la oscuridad del tragaluz. El rostro de Marcos fue el primero en asomarse. Sonrió y me pregunté si iba a dispararme allí mismo, sin más contemplaciones. Castelo apareció a su lado.

—Quédate aquí. Yo voy al piso de abajo —ordenó Marcos.

Castelo asintió sin quitarme ojo de encima. Me querían vivo, al menos durante unas horas. Oí los pasos de Marcos alejarse corriendo. En unos segundos le vería asomar por la ventana que quedaba apenas a un metro por debajo de mí. Miré hacia

abajo y vi que las ventanas del segundo y el primer piso dibujaban sendos tramos de luz, pero la del tercero estaba a oscuras. Descendí lentamente hasta sentir que mi pie se apoyaba en la siguiente argolla. La ventana oscura del tercer piso quedó frente a mí, el pasillo vacío con la puerta a la que Marcos llamaba al fondo. A aquellas horas el taller de confección ya había cerrado y no había nadie allí. Los golpes en la puerta cesaron y comprendí que Marcos había bajado al segundo piso. Miré hacia arriba y vi que Castelo seguía observándome, relamiéndose como un gato.

—No te caigas, que cuando te pillemos nos vamos a divertir —dijo.

Oí voces en el segundo piso y supe que Marcos había conseguido que le abriesen. Sin pensarlo dos veces, me lancé con toda la fuerza que pude reunir contra la ventana del tercero. Atravesé la ventana, cubriéndome la cara y el cuello con los brazos del abrigo, y aterricé en un charco de cristales rotos. Me incorporé trabajosamente y en la penumbra vi que una mancha oscura se esparcía por mi brazo izquierdo. Una astilla de cristal, afilada como una daga, asomaba por encima del codo. La sujeté con la mano y tiré de ella. El frío dio paso a una llamarada de dolor que me hizo caer de rodillas al suelo. Desde allí pude ver que Castelo había empezado a descender por la tubería y me observaba desde el punto del que yo había saltado. Antes de que pudiese sacar el arma, saltó hacia la ventana. Vi sus manos aferrarse al marco y, en un acto reflejo, golpeé el marco de la ventana quebrada con todas mis fuerzas, dejando caer todo el peso de mi cuerpo. Oí los huesos de sus dedos quebrarse con un chasquido seco y Castelo aulló de dolor. Extraje el revólver y le apunté a la cara, pero él ya había empezado a sentir que las manos se desprendían del marco. Un segundo de terror en sus ojos y cayó por el tragaluz, su cuerpo golpeando las paredes y dejando un rastro de sangre en las manchas de luz que destilaban las ventanas de los pisos inferiores.

Me arrastré por el pasillo en dirección a la puerta. La herida del brazo me latía con fuerza y advertí que tenía también varios cortes en las piernas. Seguí avanzando. A ambos lados se abrían habitaciones en penumbra repletas de máquinas de coser, bobinas de hilo y mesas con grandes rollos de tela. Llegué a la puerta y posé la mano en la manilla de la cerradura. Una décima de segundo después la sentí girar bajo mis dedos. La solté. Marcos estaba al otro lado, intentando forzar la puerta. Me retiré unos pasos. Un enorme estruendo sacudió la puerta y parte del cerrojo salió proyectado en una nube de chispas y humo azul. Marcos iba a volar el cierre a tiros. Me refugié en la primera de las habitaciones, repleta de siluetas inmóviles a las que faltaban brazos o piernas. Eran maniquíes de escaparate, apilados unos contra otros. Me deslicé entre los torsos que relucían en la penumbra. Escuché un segundo disparo. La puerta se abrió de golpe.

La luz del rellano, amarillenta y atrapada en el halo de pólvora, penetró en el piso. El cuerpo de Marcos dibujó un perfil de aristas en el haz de claridad. Sus pesados pasos se aproximaron por el corredor. Le oí entornar la puerta. Me pegué contra la pared, oculto tras los maniquíes, el revólver en mis manos temblorosas.

—Martín, salga —dijo Marcos con calma, avanzando lentamente—. No voy a hacerle daño. Tengo órdenes de Grandes de llevarle a la comisaría. Hemos encontrado a ese hombre, Marlasca. Lo ha confesado todo. Está usted limpio. No vaya a hacer ahora una tontería. Salga y hablemos de esto en Jefatura.

Le vi cruzar frente al umbral de la habitación y pasar de largo.

—Martín, escúcheme. Grandes está en camino. Podemos aclarar todo esto sin necesidad de complicar más las cosas.

Armé el percutor del revólver. Los pasos de Marcos se detuvieron. Un roce sobre las baldosas. Estaba al otro lado de la pared. Sabía perfectamente que estaba dentro de aquella habitación, sin más salida que cruzar frente a él. Lentamente vi su silueta amoldarse a las sombras de la entrada. Su perfil se fundió en la penumbra líquida, el brillo de sus ojos el único rastro de su presencia. Estaba apenas a cuatro metros de mí. Empecé a deslizarme contra la pared hasta llegar al suelo, doblando las rodillas. Las piernas de Marcos se aproximaban tras las de los maniquíes.

—Sé que está aquí, Martín. Déjese de chiquilladas.

Se detuvo, inmóvil. Le vi arrodillarse y palpar con los dedos el rastro de sangre que había dejado. Se llevó un dedo a los labios. Imaginé que sonreía.

—Está sangrando mucho, Martín. Necesita un médico. Salga y le acompañaré a un dispensario.

Guardé silencio. Marcos se detuvo frente a una mesa y tomó un objeto brillante que reposaba entre jirones de tela. Eran unas grandes tijeras de telar.

—Usted mismo, Martín.

Escuché el sonido que producía el filo de las tijeras al abrirse y cerrarse en sus manos. Una punzada de dolor me atenazó el brazo y me mordí los labios para no gemir. Marcos volvió el rostro hacia donde yo me encontraba.

—Hablando de sangre, le gustará saber que tenemos a su putita, la tal Isabella, y que antes de empezar con usted nos vamos a tomar nuestro tiempo con ella…

Alcé el arma y le apunté a la cara. El brillo del metal me delató. Marcos saltó hacia mí, derribando las figuras y esquivando el disparo. Sentí su peso sobre mi cuerpo y su aliento en la cara. Las cuchillas de las tijeras se cerraron con fuerza a un centímetro de mi ojo izquierdo. Estrellé la frente contra su rostro con toda la fuerza que pude reunir y cayó a un lado. Levanté el arma y le apunté a la cara. Marcos, el labio partido en dos, se incorporó y me clavó los ojos.

—No tienes agallas —murmuró.

Posó su mano sobre el cañón y me sonrió. Apreté el gatillo. La bala le voló la mano, proyectando el brazo hacia atrás como si hubiera recibido un martillazo. Marcos cayó de espaldas contra el suelo, sujetándose la muñeca mutilada y humeante, mientras su rostro salpicado de quemaduras de pólvora se fundía en un rictus de dolor que aullaba sin voz. Me levanté y le dejé allí, desangrándose sobre un charco de su propia orina.

21

A duras penas conseguí arrastrarme a través de los callejones del Raval hasta el Paralelo, donde una hilera de taxis se había formado a las puertas del teatro Apolo. Me colé en el primero que pude. Al oír la puerta, el conductor se volvió y al verme hizo una mueca disuasoria. Me dejé caer en el asiento trasero ignorando sus protestas.

—Oiga, ¿no se me irá a morir ahí detrás?

—Cuanto antes me lleve a donde quiero ir, antes se librará de mí.

El conductor maldijo por lo bajo y puso el motor en marcha.

—¿Y adónde quiere ir?

No lo sé, pensé.

—Vaya tirando y ya se lo diré.

—¿Tirando adónde?

—Pedralbes.

Veinte minutos más tarde avisté las luces de Villa Helius en la colina. Se las señalé al conductor, que no veía el momento de desembarazarse de mí. Me dejó a las puertas del caserón y casi se olvidó de cobrarme la carrera. Me arrastré hasta el portón y llamé al timbre. Me dejé caer sobre los escalones y apoyé la cabeza contra la pared. Oí pasos que se aproximaban y en algún momento me pareció que la puerta se abría y una voz pronunciaba mi nombre. Sentí una mano en la frente y me pareció reconocer los ojos de Vidal.

—Perdone, don Pedro —supliqué—. No tenía dónde ir…

Le oí levantar la voz y al rato sentí que varias manos me asían de piernas y brazos y me aupaban. Cuando volví a abrir los ojos estaba en el dormitorio de don Pedro, tendido en el mismo lecho que había compartido con Cristina durante los dos meses escasos que había durado su matrimonio. Suspiré. Vidal me observaba al pie de la cama.

—No hables ahora —dijo—. El médico está en camino.

—No los crea, don Pedro —gemí—. No los crea.

Vidal asintió apretando los labios.

—Claro que no.

Don Pedro tomó una manta y me cubrió con ella.

—Bajaré a esperar al doctor —dijo—. Descansa.

Al rato escuché pasos y voces adentrándose en el dormitorio. Sentí que me

quitaban la ropa y atiné a ver las docenas de cortes que cubrían mi cuerpo como hiedra sanguinolenta. Sentí las pinzas hurgando en las heridas, extrayendo agujas de cristal que arrastraban jirones de piel y carne a su paso. Sentí el calor de los desinfectantes y las punzadas de la aguja con la que el doctor cosía las heridas. Ya no había dolor, apenas fatiga. Una vez vendado, cosido y remendado como si fuera un títere roto, el doctor y Vidal me taparon y apoyaron mi cabeza en la almohada más dulce y mullida que había conocido en la vida. Abrí los ojos y encontré el rostro del médico, un caballero de porte aristocrático y sonrisa tranquilizadora. Sostenía una jeringuilla en las manos.

—Ha tenido usted suerte, joven —dijo al tiempo que me hundía la aguja en el brazo.

—¿Qué es eso? —murmuré.

El rostro de Vidal asomó junto al del doctor.

—Te ayudará a descansar.

Una nube de frío se esparció por mi brazo y cubrió mi pecho. Caí por un pozo de terciopelo negro mientras Vidal y el doctor me observaban desde lo alto. El mundo se fue cerrando hasta quedar reducido a una gota de luz que se evaporó en mis manos. Me sumergí en aquella paz cálida, química e infinita, de la que nunca hubiera deseado escapar.

Recuerdo un mundo de aguas negras bajo el hielo. La luz de la luna rozaba la bóveda helada en lo alto y se descomponía en mil haces polvorientos que se mecían en la corriente que me arrastraba. El manto blanco que la envolvía ondulaba lentamente, la silueta de su cuerpo visible al trasluz. Cristina alargaba la mano hacia mí y yo luchaba contra aquella corriente fría y espesa. Cuando apenas mediaban unos milímetros entre mi mano y la suya, una nube de oscuridad desplegaba sus alas tras ella y la envolvía como una explosión de tinta. Tentáculos de luz negra rodeaban sus brazos, su garganta y su rostro para arrastrarla con fuerza hacia la oscuridad.

22

Desperté al sonido de mi nombre en labios del inspector Víctor Grandes. Me incorporé de golpe, sin reconocer el lugar donde me encontraba y que, de parecerse a algo, se semejaba a la suite de un gran hotel. Los latigazos de dolor de las docenas de cortes que me recorrían el torso me devolvieron a la realidad. Estaba en el dormitorio de Vidal en Villa Helius. Una luz de media tarde se insinuaba entre los postigos entornados. Había un fuego prendido en el hogar y hacía calor. Las voces provenían del piso inferior. Pedro Vidal y Víctor Grandes. Ignoré los tirones y aguijonazos mordiéndome la piel y salí de la cama. Mi ropa sucia y ensangrentada estaba tirada sobre una butaca. Busqué el abrigo. El revólver seguía en el bolsillo. Tensé el percutor y salí de la habitación, siguiendo el rastro de las voces hasta la escalera. Descendí unos peldaños arrimándome contra la pared.

—Lamento mucho lo de sus hombres, inspector —oí decir a Vidal—. No dude de que si David se pone en contacto conmigo, o sé algo de su paradero, se lo comunicaré inmediatamente.

—Le agradezco su ayuda, señor Vidal. Lamento tener que molestarle en estas circunstancias, pero la situación es de extraordinaria gravedad.

—Me hago cargo. Gracias por su visita.

Pasos hacia el vestíbulo y el sonido de la puerta principal. Pisadas en el jardín alejándose. La respiración de Vidal, pesada, al pie de la escalera. Descendí unos peldaños más y le encontré con la frente apoyada contra la puerta. Al oírme abrió los ojos y se volvió. No dijo nada. Se limitó a mirar el revólver que sostenía en las manos. Lo dejé sobre la mesita que había al pie de la escalinata.

—Ven, vamos a ver si te encontramos algo de ropa limpia —dijo.

Le seguí hasta un inmenso vestidor que parecía un verdadero museo de indumentarias. Todos los exquisitos trajes que recordaba de los años de gloria de Vidal estaban allí. Docenas de corbatas, zapatos y gemelos en estuches de terciopelo rojo.

—Todo esto es de cuando yo era joven. Te irá bien.

Vidal eligió por mí. Me tendió una camisa que probablemente valía lo que una pequeña parcela, un traje de tres piezas hecho a medida en Londres y unos zapatos italianos que no hubieran desmerecido en el guardarropía del patrón. Me vestí en silencio mientras Vidal me observaba pensativo.

—Un poco ancho de hombros, pero te tendrás que conformar —dijo, tendiéndome dos gemelos de zafiros.

—¿Qué le ha contado el inspector?

—Todo.

—¿Y le ha creído usted?

—¿Qué importa lo que yo crea?

—Me importa a mí.

Vidal se sentó en una banqueta que reposaba contra una pared cubierta de espejos del suelo al techo.

—Dice que tú sabes dónde está Cristina —dijo.

Asentí.

—¿Está viva?

Le miré a los ojos y, muy lentamente, asentí. Vidal sonrió débilmente, esquivando mi mirada. Luego se echó a llorar, dejando escapar un gemido que le brotaba de lo más hondo. Me senté junto a él y le abracé.

—Perdóneme, don Pedro, perdóneme…

Más tarde, cuando el sol empezaba a caer sobre el horizonte, don Pedro recogió mis ropas viejas y las entregó al fuego. Antes de abandonar el abrigo a las llamas extrajo el ejemplar de *Los Pasos del Cielo* y me lo tendió.

—De los dos libros que escribiste el año pasado, éste era el bueno —dijo. Le observé remover mis ropas ardiendo en el fuego.

—¿Cuándo se dio cuenta?

Vidal se encogió de hombros.

—Incluso a un tonto vanidoso es difícil engañarle para siempre, David.

No acerté a saber si había rencor en su voz o sólo tristeza.

—Lo hice porque creí que le ayudaba, don Pedro.

—Ya lo sé.

Me sonrió sin acritud.

—Perdóneme —murmuré.

—Tienes que irte de la ciudad. Hay un carguero amarrado en el muelle de San Sebastián que zarpa a medianoche. Está todo arreglado. Pregunta por el capitán Olmo. Te espera. Llévate uno de los coches del garaje. Lo puedes dejar en el muelle. Pep irá a buscarlo mañana. No hables con nadie. No vuelvas a tu casa. Necesitarás dinero.

—Tengo suficiente dinero —mentí.

—Nunca es suficiente. Cuando desembarques en Marsella, Olmo te acompañará a un banco y te hará entrega de cincuenta mil francos.

—Don Pedro…

—Escúchame. Esos dos hombres que Grandes dice que has matado…

—Marcos y Castelo. Creo que trabajaban para su padre, don Pedro.

Vidal negó.

—Ni mi padre ni sus abogados tratan nunca con mandos intermedios, David.

¿Cómo crees que esos dos sabían dónde encontrarte a los treinta minutos de salir de la comisaría?

La fría certidumbre se desplomó, transparente.

—Por mi amigo, el inspector Víctor Grandes.

Vidal asintió.

—Grandes te dejó salir porque no quería ensuciarse las manos en la comisaría. Tan pronto saliste de allí, sus dos hombres estaban tras tu pista. La tuya era una muerte telegrafiada. Sospechoso de asesinato se fuga y fallece al resistirse al arresto.

—Como en los viejos tiempos de la sección de sucesos —dije.

—Algunas cosas no cambian nunca, David. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

Abrió su armario y me tendió un abrigo nuevo, sin estrenar. Lo acepté y guardé el libro en el bolsillo interior. Vidal me sonrió.

—Por una vez en la vida te veo bien vestido.

—A usted le sentaba mejor, don Pedro.

—Eso por descontado.

—Don Pedro, hay muchas cosas que…

—Ahora ya no tienen importancia, David. No me debes ninguna explicación.

—Le debo mucho más que una explicación.

—Entonces háblame de ella.

Vidal me miraba con ojos desesperados suplicando que le mintiese. Nos sentamos en el salón, frente a los ventanales desde los que se dominaba toda Barcelona, y le mentí con toda el alma. Le dije que Cristina había alquilado un pequeño ático en la *rue* de Soufflot bajo el nombre de *madame* Vidal y que me había dicho que me esperaría cada día a media tarde frente a la fuente de los jardines de Luxemburgo. Le dije que hablaba constantemente de él, que nunca le olvidaría y que yo sabía que por muchos años que pasase a su lado nunca podría llenar la ausencia que él había dejado. Don Pedro asentía, la mirada perdida en la distancia.

—Tienes que prometerme que cuidarás de ella, David. Que nunca la abandonarás. Que pase lo que pase, estarás a su lado.

—Se lo prometo, don Pedro.

En la luz pálida del atardecer apenas pude reconocer en él más que a un hombre viejo y vencido, enfermo de recuerdos y remordimiento, un hombre que nunca había creído y al que ahora sólo le quedaba el bálsamo de la credulidad.

—Me hubiera gustado ser un amigo mejor para ti, David.

—Ha sido usted el mejor de los amigos, don Pedro. Ha sido usted mucho más que eso.

Vidal alargó el brazo y me tomó la mano. Estaba temblando.

—Grandes me habló de ese hombre, ese que tú llamas el patrón… Dice que le debes algo y que crees que el único modo de pagar tu deuda es entregándole una alma pura…

—Son tonterías, don Pedro. No haga ni caso.

—¿No te sirve una alma sucia y cansada como la mía?

—No conozco alma más pura que la suya, don Pedro.

Vidal sonrió.

—Si pudiera cambiarme con tu padre, lo haría, David.

—Lo sé.

Se incorporó y contempló el atardecer abatiéndose sobre la ciudad.

—Deberías ponerte en camino —dijo—. Ve al garaje y coge un coche. El que quieras. Yo voy a ver si tengo algo de dinero en metálico.

Asentí y recogí el abrigo. Salí al jardín y me dirigí hacia las cocheras. El garaje de Villa Helius albergaba dos automóviles relucientes como carrozas reales. Elegí el más pequeño y discreto, un Hispano-Suiza negro que parecía no haber salido de allí más de dos o tres veces y aún olía a nuevo. Me senté al volante y lo puse en marcha. Saqué el coche del garaje y esperé en el patio. Transcurrió un minuto y, al ver que don Pedro no salía, bajé del coche dejando el motor en marcha. Volví a entrar en la casa para despedirme de él y decirle que no se preocupase por el dinero, que ya me las arreglaría. Al cruzar el vestíbulo recordé que había dejado allí el arma, sobre la mesita. Cuando fui a recogerla ya no estaba.

—¿Don Pedro?

La puerta que daba a la sala estaba entornada. Me asomé al umbral y le vi en el centro de la sala. Se llevó el revólver de mi padre al pecho y colocó el cañón sobre su corazón. Corrí hacia él pero el estruendo del disparo ahogó mis gritos. El arma se le cayó de las manos. Su cuerpo se ladeó contra la pared y se deslizó lentamente hasta el suelo dejando un rastro escarlata sobre el mármol. Caí de rodillas a su lado y lo sostuve en mis brazos. El disparo había abierto un orificio humeante sobre sus ropas del que brotaba sangre oscura y espesa a borbotones. Don Pedro me miraba fijamente a los ojos mientras su sonrisa se llenaba de sangre y su cuerpo dejaba de temblar y caía derribado, oliendo a pólvora y a miseria.

23

Volví al coche y me senté, las manos teñidas de sangre sobre el volante. Apenas podía respirar. Esperé un minuto y luego bajé la palanca del freno. El atardecer había cubierto el cielo con un sudario rojo bajo el que latían las luces de la ciudad. Partí calle abajo dejando atrás la silueta de Villa Helius en lo alto de la colina. Al llegar a la avenida Pearson me detuve y miré por el espejo retrovisor. Un coche torcía desde un callejón escondido y se situaba a unos cincuenta metros. No había encendido las luces. Víctor Grandes.

Continué por la avenida de Pedralbes hacia abajo hasta rebasar el gran dragón de hierro forjado que guardaba el pórtico de la Finca Güell. El coche del inspector Grandes seguía allí, a unos cien metros. Al llegar a la Diagonal torcí a la izquierda en dirección al centro de la ciudad. Apenas circulaban vehículos y Grandes me siguió sin dificultad hasta que decidí girar a la derecha con la esperanza de perderle a través de las estrechas calles de Las Corts. Para entonces el inspector ya se había percatado de que su presencia no era un secreto y había encendido los faros, acortando distancias. Por espacio de veinte minutos sorteamos una trenza de calles y tranvías. Me deslice entre ómnibus y carros, siempre para encontrar los faros de Grandes a la zaga, sin tregua. Al rato se alzó al frente la montaña de Montjuïc. El gran palacio de la Exposición Universal y los restos de los demás pabellones habían sido clausurados apenas dos semanas antes, pero ya se perfilaban en la bruma del crepúsculo como las ruinas de una gran civilización olvidada. Enfilé la gran avenida que escalaba hacia la cascada de luces fantasmales y fuegos fatuos de las fuentes de la Exposición y aceleré hasta donde alcanzaba el motor. A medida que ascendíamos por la carretera que rodeaba la montaña y serpenteaba hacia el Estadio Olímpico, Grandes fue ganando terreno hasta que pude distinguir claramente su rostro en el espejo. Por un instante me sentí tentado de tomar la carretera que subía hasta el castillo militar en lo alto de la montaña, pero si algún lugar no tenía salida era aquél. Mi única esperanza era ganar el otro lado de la montaña que miraba al mar y desaparecer en alguno de los muelles del puerto. Para eso necesitaba arrancar un margen de tiempo. Grandes estaba ahora a unos quince metros por detrás. Las grandes balaustradas de Miramar se abrían al frente con la ciudad tendida a nuestros pies. Tiré de la palanca del freno con todas mis fuerzas y dejé que Grandes se estrellase contra el Hispano-Suiza. El impacto nos arrastró a ambos casi veinte metros, levantando una guirnalda de chispas sobre la carretera. Solté el freno y avancé una corta distancia. Mientras Grandes intentaba recobrar el control, puse la marcha atrás y aceleré a fondo. Para cuando Grandes se dio cuenta de lo que estaba haciendo, ya era tarde. Le embestí con la fuerza de una

carrocería y un motor cortesía de la escudería más selecta de la ciudad, notablemente más robustos que los que le amparaban a él. La fuerza del choque le sacudió en el interior de la cabina y pude ver su cabeza golpearse contra el parabrisas y astillarlo completamente. Un aliento blanco brotó de la capota de su coche y los faros se extinguieron. Calcé la marcha y aceleré, dejándole atrás y dirigiéndome hacia la atalaya de Miramar. A los pocos segundos advertí que el choque había aplastado el guardabarros trasero contra el neumático, que giraba ahora sufriendo la fricción con el metal. El olor a goma quemada inundó la cabina. Veinte metros más adelante el neumático estalló y el coche empezó a serpentear hasta detenerse envuelto en una nube de humo negro. Abandoné el automóvil y dirigí la vista hacia el lugar donde había quedado el coche de Grandes. El inspector se arrastraba fuera de la cabina, incorporándose lentamente. Miré a mi alrededor. La parada del teleférico que cruzaba el puerto de la ciudad desde la montaña de Montjuïc a la torre de San Sebastián quedaba a una cincuentena de metros de allí. Distinguí la silueta de las cabinas suspendidas de los cables deslizándose sobre el escarlata del crepúsculo y corrí hacia allí.

Uno de los empleados del teleférico estaba preparándose para cerrar las puertas del edificio cuando me vio acercarme a toda prisa. Me sostuvo la puerta abierta y señaló hacia el interior.

—Último trayecto del día —advirtió—. Más vale que se dé prisa.

La taquilla estaba a punto de cerrar cuando adquirí el último billete de la jornada y me apresuré a unirme a un grupo de cuatro personas que esperaban al pie de la cabina. No reparé en su indumentaria hasta que el empleado abrió la portezuela y los invitó a pasar. Sacerdotes.

—El teleférico fue construido para la Exposición Universal y está dotado con los mayores adelantos de la técnica. Su seguridad está garantizada en todo momento. Tan pronto se inicie el recorrido esta puerta de seguridad, que sólo puede abrirse por fuera, quedará trabada para evitar accidentes o, Dios no lo quiera, intentos de suicidio. Claro que con ustedes, eminencias, no hay peligro de…

—Joven —interrumpí—. ¿Puede agilizar el ceremonial, que se hace de noche?

El encargado me dirigió una mirada hostil. Uno de los sacerdotes advirtió las manchas de sangre en mis manos y se santiguó. El encargado continuó con su perorata.

—Viajarán ustedes a través del cielo de Barcelona a unos setenta metros de altitud por encima de las aguas del puerto, gozando de las vistas más espectaculares de toda la ciudad, hasta ahora sólo al alcance de golondrinas, gaviotas y otras criaturas dotadas por el Altísimo de ensamblaje plumífero. El viaje tiene una duración de diez minutos y realiza dos paradas, la primera en la torre central del puerto, o, como a mí me gusta llamarla, la torre Eiffel de Barcelona, o torre de San Jaime, y la segunda y última en la torre de San Sebastián. Sin más dilación, les deseo a sus eminencias una feliz travesía y les reitero el deseo de la compañía de volverlos a ver a bordo del

teleférico del puerto de Barcelona en una próxima ocasión.

Fui el primero en abordar la cabina. El encargado dispuso la mano al paso de los cuatro sacerdotes, en espera de una propina que nunca llegó a rozar sus manos. Con visible decepción cerró la portezuela con un golpe y se dio la vuelta, dispuesto a darle a la palanca. El inspector Víctor Grandes le esperaba al otro lado, maltrecho pero sonriente, con su identificación en la mano. El encargado le abrió la compuerta y Grandes entró en la cabina saludando con la cabeza a los sacerdotes y guiñándome un ojo. Segundos más tarde, estábamos flotando en el vacío.

La cabina se elevó desde el edificio terminal rumbo al borde de la montaña. Los sacerdotes se habían arremolinado todos a un lado, claramente dispuestos a gozar de las vistas del anochecer sobre Barcelona y a ignorar cualquiera que fuese el turbio asunto que nos había reunido a Grandes y a mí allí. El inspector se aproximó lentamente y me mostró el arma que sostenía en la mano. Grandes nubes rojas flotaban sobre las aguas del puerto. La cabina del teleférico se hundió en una de ellas y por un instante pareció que nos hubiéramos sumergido en un lago de fuego.

—¿Había subido usted alguna vez? —preguntó Grandes.

Asentí.

—A mi hija le encanta. Una vez al mes me pide que hagamos el viaje de ida y vuelta. Un poco caro, pero vale la pena.

—Con lo que le paga el viejo Vidal por venderme, seguro que podrá traer a su hija todos los días, si le da la gana. Simple curiosidad. ¿Qué precio me ha puesto?

Grandes sonrió. La cabina emergió de la gran nube escarlata y quedamos suspendidos sobre la dársena del puerto, las luces de la ciudad derramadas sobre las aguas oscuras.

—Quince mil pesetas —respondió palmeándose un sobre blanco que asomaba del bolsillo de su abrigo.

—Supongo que debería sentirme halagado. Hay quien mata por dos duros. ¿Incluye eso el precio de traicionar a sus dos hombres?

—Le recuerdo que aquí el único que ha matado a alguien es usted.

A estas alturas los cuatro sacerdotes nos observaban atónitos y consternados, ajenos a los encantos del vértigo y el vuelo sobre la ciudad. Grandes les lanzó una mirada somera.

—Cuando lleguemos a la primera parada, si no es mucho pedir, les agradecería a sus eminencias que se apeasen y nos dejaran discutir de nuestros asuntos mundanos.

La torre de la dársena del puerto se levantaba al frente como un cimborio de acero y cables arrancado de una catedral mecánica. La cabina penetró en la cúpula de la torre y se detuvo en la plataforma. Cuando se abrió la portezuela, los cuatro sacerdotes salieron a escape. Grandes, pistola en mano, me indicó que me dirigiese al fondo de la cabina. Uno de los curas, al apearse, me miró con preocupación.

—No se preocupe usted, joven, que avisaremos a la policía —dijo antes de que se cerrase de nuevo la puerta.

—No duden en hacerlo —replicó Grandes.

Una vez la puerta quedó trabada, la cabina continuó el trayecto. Emergimos de la torre de la dársena e iniciamos el último tramo de la travesía. Grandes se acercó a la ventana y contempló la visión de la ciudad, un espejismo de luces y brumas, catedrales y palacios, callejones y grandes avenidas entramadas en un laberinto de sombra.

—La ciudad de los malditos —dijo Grandes—. Cuanto más de lejos se ve, más bonita parece.

—¿Es ése mi epitafio?

—No le voy a matar, Martín. Yo no mato a la gente. Usted me va a hacer ese favor. A mí y a usted mismo. Sabe que tengo razón.

Sin más, el inspector descerrajó tres tiros sobre el mecanismo de cierre de la compuerta y la abrió de una patada. La portezuela quedó colgando en el aire, una bocanada de viento húmedo inundando la cabina.

—No sentirá nada, Martín. Créame. El golpe no lleva ni una décima de segundo. Instantáneo. Y luego, paz.

Miré hacia la compuerta abierta. Una caída de setenta metros al vacío se abría al frente. Miré hacia la torre de San Sebastián y calculé que quedaban unos minutos para que llegásemos hasta allí. Grandes leyó mi pensamiento.

—En unos minutos todo se habrá acabado, Martín. Me lo tendría que agradecer.

—¿Realmente cree usted que maté a todas esas personas, inspector?

Grandes alzó el revólver y me apuntó al corazón.

—Ni lo sé ni me importa.

—Creí que éramos amigos.

Grandes sonrió y negó por lo bajo.

—Usted no tiene amigos, Martín.

Oí el estruendo del disparo y sentí un impacto en el pecho, como si un martillo industrial me hubiese golpeado en las costillas. Caí de espaldas, sin aliento, un espasmo de dolor prendiendo por mi cuerpo como gasolina. Grandes me había agarrado por los pies y tiraba de mí hacia la portezuela. La cima de la torre de San Sebastián apareció entre velos de nubes al otro lado. Grandes cruzó por encima de mí y se arrodilló a mi espalda. Me empujó por los hombros hacia la portezuela. Sentí el viento húmedo en las piernas. Grandes me dio otro empujón y noté que mi cintura rebasaba la plataforma de la cabina. El tirón de la gravedad fue instantáneo. Estaba empezando a caer.

Alargué los brazos hacia el policía y le clavé los dedos en el cuello. Lastrado por el peso de mi cuerpo, el inspector quedó trabado en la compuerta. Apreté con todas mis fuerzas, hundiéndole la tráquea y aplastándole las arterias del cuello. Intentó forcejear para librarse de mi presa con una mano mientras con la otra tanteaba en

busca de su arma. Sus dedos encontraron la culata de la pistola y se deslizaron por el gatillo. El disparo me rozó la sien y se estrelló contra el borde de la compuerta. La bala rebotó hacia el interior de la cabina y le atravesó la palma de la mano limpiamente. Hundí las uñas sobre su cuello, sintiendo que la piel cedía. Grandes emitió un gemido. Tiré con fuerza y me aupé de nuevo hasta quedar con más de medio cuerpo dentro de la cabina. Una vez pude aferrarme a las paredes de metal, solté a Grandes y conseguí echarme a un lado.

Me palpé el pecho y encontré el orificio que había dejado el disparo del inspector. Me abrí el abrigo y extraje el ejemplar de *Los Pasos del Cielo*. La bala había atravesado la parte delantera de la cubierta, las casi cuatrocientas páginas y asomaba como la punta de un dedo de plata por la cubierta trasera. A mi lado Grandes se retorcía en el suelo, aferrándose el cuello con desesperación. Tenía el rostro amoratado y las venas de la frente y las sienes le pulsaban como cables tensados. Me dirigió una mirada de súplica. Una telaraña de vasos quebrados se esparcía por sus ojos y comprendí que le había aplastado la tráquea con mis manos y que se estaba asfixiando sin remedio.

Le contemplé sacudirse en el suelo en su lenta agonía. Tiré del borde del sobre blanco que asomaba en la solapa de su bolsillo. Lo abrí y conté quince mil pesetas. El precio de mi vida. Me guardé el sobre. Grandes se arrastraba por el suelo hacia el arma. Me incorporé y la aparté de sus manos con un puntapié. Me aferró el tobillo implorando misericordia.

—¿Dónde está Marlasca? —pregunté.

Su garganta emitió un gemido sordo. Posé mis ojos sobre los suyos y comprendí que se estaba riendo. La cabina había entrado ya en el interior de la torre de San Sebastián cuando le empujé por la portezuela y vi su cuerpo precipitarse casi ochenta metros a través de un laberinto de rieles, cables, ruedas dentadas y barras de acero que lo despedazaron por el camino.

24

La casa de la torre estaba enterrada en la oscuridad. Ascendí a tientas los peldaños de la escalinata de piedra hasta llegar al rellano y encontrar la puerta entreabierta. La empujé con la mano y me quedé en el umbral, escrutando las sombras que inundaban el largo corredor. Me adentré unos pasos. Permanecí allí, inmóvil, esperando. Palpé la pared hasta encontrar el interruptor de la luz. Lo hice girar cuatro veces sin obtener resultado. La primera puerta a la derecha conducía a la cocina. Recorrí lentamente los tres metros que me separaban de ella y me detuve justo al frente. Recordé que guardaba un farol de aceite en una de las alacenas. Fui hasta allí y lo encontré entre latas de café todavía por abrir traídas del emporio de Can Gispert. Dejé el farol sobre la mesa de la cocina y lo encendí. Una tenue luz ámbar impregnó las paredes de la cocina. Tomé el farol y salí de nuevo al corredor.

Avancé lentamente, la luz parpadeante en alto, esperando ver algo o alguien emerger en cualquier instante de alguna de las puertas que flanqueaban el corredor. Sabía que no estaba solo. Podía olerlo. Un hedor agrio, a rabia y odio, flotaba en el aire. Alcancé el extremo del corredor y me detuve frente a la puerta de la última habitación. El resplandor del farol acarició el contorno del armario apartado de la pared, las ropas tiradas en el suelo exactamente como las había dejado cuando Grandes había venido a detenerme dos noches atrás. Continué hasta el pie de la escalera en espiral que ascendía al estudio. Subí lentamente, atisbando a mi espalda cada dos o tres pasos, hasta que alcancé la sala del estudio. El aliento rojizo del crepúsculo penetraba desde los ventanales. Crucé rápidamente hasta la pared donde estaba el baúl y lo abrí. La carpeta con el manuscrito del patrón había desaparecido.

Me dirigí de nuevo hacia la escalera. Al cruzar frente a mi escritorio pude ver que el teclado de mi vieja máquina de escribir estaba destrozado, como si alguien hubiese estado golpeándolo con los puños. Descendí lentamente las escaleras. Al enfilar de nuevo el corredor me asomé a la entrada de la galería. Incluso en la penumbra pude ver que todos mis libros estaban tirados por el suelo y la piel de las butacas hecha jirones. Me volví y examiné los veinte metros de corredor que me separaban de la puerta. La claridad que proyectaba el farol sólo permitía discernir los contornos hasta la mitad de aquella distancia. Más allá, la sombra se mecía como agua negra.

Recordaba haber dejado la puerta del piso abierta al entrar. Ahora estaba cerrada. Avancé un par de metros, pero algo me detuvo al cruzar de nuevo frente a la última habitación del pasillo. Al entrar no lo había advertido porque la puerta de la habitación se abría hacia la izquierda y al pasar frente a ella no me había asomado lo

suficiente para verlo, pero ahora, al aproximarme, lo vi claramente. Una paloma blanca con las alas desplegadas en cruz estaba clavada sobre la puerta. Las gotas de sangre descendían por la madera, frescas.

Entré en la habitación. Miré detrás de la puerta, pero no había nadie. El armario seguía apartado a un lado. El aliento frío y húmedo que salía del orificio de la pared inundaba la habitación. Dejé el farol en el suelo y posé las manos sobre la masilla reblandecida que rodeaba el agujero. Empecé a arañar con las uñas y sentí que se deshacía en mis dedos. Busqué a mi alrededor y encontré un viejo abrecartas en el cajón de una de las mesitas apiladas contra el rincón. Clavé el filo en la masilla y empecé a escarbar. El yeso se desprendía con facilidad. La capa no tenía más de tres centímetros. Al otro lado encontré madera.

Una puerta.

Busqué los bordes con el abrecartas y lentamente el contorno de la puerta fue dibujándose en la pared. Para entonces había olvidado ya aquella presencia próxima que envenenaba la casa y acechaba en la sombra. La puerta no tenía manija, apenas un cerrojo herrumbroso que había quedado anegado con el yeso reblandecido por años de humedad. Hundí el abrecartas y forcejeé en vano. Empecé a propinarle puntapiés hasta que la masilla que sostenía el cierre fue deshaciéndose lentamente. Acabé de liberar el anclaje de la cerradura con el abrecartas y, una vez suelto, un simple empujón derribó la puerta.

Una bocanada de aire putrefacto exhaló del interior, impregnando mis ropas y mi piel. Tomé el farol y entré. La estancia era un rectángulo de unos cinco o seis metros de profundidad. Los muros estaban recubiertos de dibujos e inscripciones que parecían hechos con los dedos. El trazo era marronáceo y oscuro. Sangre seca. El suelo estaba cubierto con lo que en principio creí que era polvo pero que al bajar el farol se desveló como restos de pequeños huesos. Huesos de animales, quebrados en una marea de ceniza. Del techo pendían innumerables objetos suspendidos de un cordel negro. Reconocí figuras religiosas, estampas de santos y vírgenes con el rostro quemado y los ojos arrancados, crucifijos anudados con alambre de púas y restos de juguetes de latón y muñecas de ojos de cristal. La silueta quedaba al fondo, casi invisible.

Una silla de cara al rincón. Sobre ella se distinguía una figura. Vestía de negro. Un hombre. Las manos estaban sujetas a la espalda con unas esposas. Un alambre grueso aferraba sus miembros al armazón de la silla. Me invadió un frío como no había conocido hasta entonces.

—¿Salvador? —conseguí articular.

Avancé lentamente hacia él. La silueta permaneció inmóvil. Me detuve a un paso de la figura y alargué la mano lentamente. Mis dedos rozaron su pelo y se posaron sobre el hombro. Quise girar el cuerpo, pero sentí entonces que algo cedía bajo mis dedos. Un segundo después de tocarlo me pareció escuchar un susurro y el cadáver se deshizo en cenizas que se derramaron entre las ropas y las ataduras de alambre para

elevarse en una nube de tiniebla que quedó flotando entre los muros de aquella prisión que lo había ocultado durante años. Contemplé el velo de cenizas sobre mis manos y me las llevé al rostro, esparciendo los restos del alma de Ricardo Salvador sobre mi piel. Cuando abrí los ojos vi que Diego Marlasca, su carcelero, esperaba al umbral de la celda portando el manuscrito del patrón en la mano y fuego en los ojos.

—He estado leyéndolo mientras le esperaba, Martín —dijo Marlasca—. Una obra maestra. El patrón sabrá recompensarme cuando se la entregue en su nombre. Reconozco que yo nunca fui capaz de resolver el acertijo. Me quedé por el camino. Me alegra comprobar que el patrón supo encontrarme un sucesor con más talento.

—Apártese.

—Lo siento, Martín. Crea que lo siento. Le había tomado aprecio —dijo extrayendo lo que parecía un mango de marfil del bolsillo—. Pero no puedo dejarle salir de esta habitación. Es hora de que ocupe usted el lugar del pobre Salvador.

Presionó un botón en el mango y una hoja de doble filo brilló en la penumbra.

Se abalanzó sobre mí con un grito de rabia. La hoja de la navaja me abrió la mejilla y me hubiera arrancado el ojo izquierdo de no haberme echado a un lado. Caí de espaldas sobre el suelo recubierto de pequeños huesos y polvo. Marlasca aferró el cuchillo con ambas manos y se dejó caer sobre mí, apoyando todo su peso en el filo. La punta del cuchillo quedó a un par de centímetros de mi pecho, mientras mi mano derecha sujetaba a Marlasca por la garganta.

Volvió el rostro para morderme en la muñeca y le propiné un puñetazo en la cara con la mano izquierda. Apenas se inmutó. Le impulsaba una rabia más allá de la razón y el dolor y supe que no me dejaría salir con vida de aquella celda. Embistió con una fuerza que parecía imposible. Sentí la punta del cuchillo perforándome la piel. Le golpeé de nuevo con todas mis fuerzas. Mi puño se estrelló sobre su rostro y sentí quebrarse los huesos de la nariz. Su sangre impregnó mis nudillos. Marlasca gritó de nuevo, ajeno al dolor, y hundió el cuchillo un centímetro en mi carne. Una punzada de dolor me recorrió el pecho. Le golpeé de nuevo, buscando las cuencas de los ojos con los dedos, pero Marlasca alzó la barbilla y no pude clavarle las uñas más que en la mejilla. Esta vez sentí sus dientes sobre mis dedos.

Hundí el puño en su boca, partiéndole los labios y arrancándole varios dientes. Le oí aullar y su embestida vaciló un instante. Le empujé a un lado y cayó al suelo, el rostro una máscara de sangre temblando de dolor. Me aparté de él, rogando que no se levantase de nuevo. Un segundo después se arrastró hasta el cuchillo y empezó a incorporarse.

Tomó el cuchillo y se lanzó hacia mí con un aullido ensordecedor. Esta vez no me cogió por sorpresa. Alcancé el asa del farol y lo balanceé con todas mis fuerzas a su paso. El farol se estrelló en su rostro y el aceite se derramó sobre sus ojos, sus labios, su garganta y su pecho. Prendió en llamas al instante. En apenas un par de segundos el fuego tendió un manto que se esparció por todo su cuerpo. Su cabello se evaporó de inmediato. Vi su mirada de odio a través de las llamas que le devoraban los

párpados. Recogí el manuscrito y salí de allí. Marlasca todavía sostenía el cuchillo en las manos cuando intentó seguirme fuera de aquella estancia maldita y cayó de bruces sobre la pila de ropas viejas, que prendieron al instante. Las llamas saltaron a la madera seca del armario y a los muebles apilados contra la pared. Huí hacia el pasillo y le vi todavía caminar a mi espalda con los brazos extendidos, intentando alcanzarme. Corrí hacia la puerta, pero antes de salir me detuve a contemplar a Diego Marlasca consumirse entre las llamas golpeando con ira las paredes que prendían con su roce. El fuego se esparció hasta los libros desparramados sobre la galería y alcanzó los cortinajes. Las llamas se derramaron en serpientes de fuego por el techo, lamiendo los marcos de puertas y ventanas, reptando por las escaleras del estudio. La última imagen que recuerdo es la de aquel hombre maldito cayendo de rodillas al final del corredor, las vanas esperanzas de su locura perdidas y su cuerpo reducido a una antorcha de carne y odio que quedó engullida por la tormenta de llamas que se extendía sin remedio por el interior de la casa de la torre. Luego abrí la puerta y corrí escaleras abajo.

Algunas gentes del barrio se habían congregado en la calle al ver las primeras llamaradas asomar por las ventanas de la torre. Nadie reparó en mí mientras me alejaba calle abajo. Al poco oí estallar los cristales del estudio y me volví para ver el fuego rugir y abrazar la rosa de los vientos en forma de dragón. Poco después me alejé hacia el paseo del Born caminando contra una marea de vecinos que acudían con la vista en alto, sus miradas prendidas en el brillo de la pira que se elevaba en el cielo negro.

25

Aquella noche volví por última vez a la librería de Sempere e Hijos. El cartel de cerrado colgaba de la puerta, pero al aproximarme vi que todavía había luz en el interior y que Isabella estaba tras el mostrador, sola, la mirada absorta en un grueso libro de cuentas que a juzgar por la expresión de su rostro prometía el fin de los días para la vieja librería. Viéndola mordisquear su lápiz y rascarse la punta de la nariz con el índice supe que mientras ella estuviese allí aquel lugar nunca desaparecería. Su presencia lo salvaría, como me había salvado a mí. No me atreví a romper aquel instante y me quedé observándola sin que ella reparase en mi presencia, sonriendo para mis adentros. De repente, como si hubiese leído mi pensamiento, alzó la vista y me vio. La saludé con la mano y vi que a su pesar se le llenaban los ojos de lágrimas. Cerró el libro y salió corriendo de detrás del mostrador para abrirme la puerta. Me miraba como si no pudiese creer que estaba allí.

—Ese hombre dijo que se había fugado usted… que nunca más volveríamos a verle.

Supuse que Grandes le había hecho una visita.

—Quiero que sepa que no creí una sola palabra de lo que me contó —dijo Isabella—. Deje que avise a…

—No tengo mucho tiempo, Isabella.

Me miró, abatida.

—Se va, ¿verdad?

Asentí. Isabella tragó saliva.

—Ya le dije que no me gustaban las despedidas.

—A mí menos. Por eso no he venido a despedirme. He venido a devolver un par de cosas que no me pertenecen.

Extraje el ejemplar de *Los Pasos del Cielo* se lo tendí.

—Esto nunca debió salir de la vitrina con la colección personal del señor Sempere.

Isabella lo tomó y al ver la bala todavía atrapada en sus páginas me miró sin decir nada. Extraje entonces el sobre blanco con las quince mil pesetas con que el viejo Vidal había intentado comprar mi muerte y lo dejé en el mostrador.

—Y esto es a cuenta de todos los libros que Sempere me regaló durante todos estos años.

Isabella lo abrió y contó el dinero, atónita.

—No sé si puedo aceptarlo…

—Considéralo mi regalo de bodas, por adelantado.

—Y yo que aún tenía esperanzas de que me llevase usted algún día al altar, aunque fuese como padrino.

—Nada me hubiera gustado más.

—Pero tiene usted que irse.

—Sí.

—Para siempre.

—Por un tiempo.

—¿Y si me voy con usted?

La besé en la frente y la abracé.

—Dondequiera que vaya, tú siempre estarás conmigo, Isabella. Siempre.

—No le pienso echar de menos.

—Ya lo sé.

—¿Puedo al menos acompañarle al tren o a lo que sea?

Dudé demasiado tiempo para negarme a aquellos últimos minutos de su compañía.

—Para asegurarme de que se va de verdad y de que me he librado de usted para siempre —añadió.

—Trato hecho.

Descendimos lentamente por la Rambla, Isabella cogida de mi brazo. Al llegar a la calle del Arc del Teatre, cruzamos hacia el oscuro callejón que se abría camino a través del Raval.

—Isabella, lo que vas a ver esta noche no se lo puedes contar a nadie.

—¿Ni a mi Sempere *junior*?

Suspiré.

—Claro que sí. A él puedes contárselo todo. Con él casi no tenemos secretos.

Al abrir las puertas, Isaac el guardián nos sonrió y se hizo a un lado.

—Ya era hora de que tuviésemos una visita de categoría —dijo, ofreciendo una reverencia a Isabella—. ¿Intuyo que prefiere usted hacer de guía, Martín?

—Si no le importa…

Isaac asintió y me ofreció la mano. Se la estreché.

—Buena suerte —dijo.

El guardián se retiró hacia la sombras, dejándome a solas con Isabella. Mi antigua ayudante y flamante nueva gerente de Sempere e Hijos lo observaba todo con una mezcla de asombro y aprensión.

—¿Qué clase de lugar es éste? —preguntó.

La tomé de la mano y lentamente la conduje el resto del trayecto hasta llegar a gran sala que albergaba la entrada.

—Bienvenida al Cementerio de los Libros Olvidados, Isabella.

Isabella alzó la vista hacia la cúpula de cristal en lo alto y se perdió en aquella visión imposible de haces de luz blanca acribillando un babel de túneles, pasarelas y puentes tendidos hacia las entrañas de aquella catedral hecha de libros.

—Este lugar es un misterio. Un santuario. Cada libro, cada tomo que ves, tiene alma. El alma de quien lo escribió, y el alma de quienes lo leyeron y vivieron y soñaron con él. Cada vez que un libro cambia de manos, cada vez que alguien desliza la mirada por sus páginas, su espíritu crece y se hace fuerte. En este lugar los libros que ya nadie recuerda, los libros que se han perdido en el tiempo, viven para siempre, esperando llegar a las manos de un nuevo lector, un nuevo espíritu…

Más tarde dejé a Isabella esperando a la entrada del laberinto y me adentré a solas en los túneles portando aquel manuscrito maldito que no había tenido el valor de destruir. Confié en que mis pasos me guiaran para encontrar el lugar en el que debía enterrarlo para siempre. Doblé mil esquinas hasta creer que me había perdido. Entonces, cuando tuve la certeza de que ya había recorrido aquel mismo camino diez veces, me encontré a la entrada de la pequeña sala en la que me había enfrentado a mi propio reflejo en aquel pequeño espejo en el que la mirada del hombre de negro siempre estaba presente. Avisté un hueco entre dos lomos de cuero negro y, sin pensarlo, hundí la carpeta del patrón. Me disponía a abandonar aquel lugar cuando me volví y me aproximé de nuevo al estante. Tomé el volumen junto al que había confinado el manuscrito y lo abrí. Me bastó leer un par de frases para sentir de nuevo aquella risa oscura a mi espalda. Devolví el libro a su lugar y tomé otro al azar, hojeándolo rápidamente. Tomé otro y otro más, y así sucesivamente hasta que hube examinado docenas de los volúmenes que poblaban la sala y comprobado que todos ellos contenían diferentes trazados de las mismas palabras, que las mismas imágenes los oscurecían y que la misma fábula se repetía en ellos como un paso a dos en una infinita galería de espejos. *Lux Aeterna*.

Al salir del laberinto encontré a Isabella esperándome sentada sobre unos peldaños con el libro que había elegido en las manos. Me senté a su lado e Isabella apoyó la cabeza sobre mi hombro.

—Gracias por traerme aquí —dijo.

Comprendí entonces que nunca jamás volvería a ver aquel lugar, que estaba condenado a soñarlo y a esculpir su recuerdo en mi memoria sabiéndome afortunado por haber podido recorrer sus pasillos y rozar sus secretos. Cerré los ojos un instante y dejé que aquella imagen se grabase para siempre en mi mente. Luego, sin atreverme a mirar de nuevo, tomé de la mano a Isabella y me dirigí hacia la salida dejando atrás para siempre el Cementerio de los Libros Olvidados.

Isabella me acompañó hasta el muelle donde esperaba el buque que habría de llevarme lejos de aquella ciudad y de todo cuanto había conocido.

—¿Cómo dice que se llama el capitán? —preguntó Isabella.

—Caronte.

—No le veo la gracia.

La abracé por última vez y la miré a los ojos en silencio. Por el camino habíamos pactado que no habría despedidas, ni palabras solemnes ni promesas por cumplir. Cuando las campanas de medianoche repicaron en Santa María del Mar subí a bordo. El capitán Olmo me dio la bienvenida y se ofreció a acompañarme a mi camarote. Le dije que prefería esperar. La tripulación soltó amarras y lentamente el casco se fue separando del muelle. Me aposté en la popa, contemplando la ciudad alejarse en una marea de luces. Isabella permaneció allí, inmóvil, su mirada en la mía, hasta que el muelle se perdió en la oscuridad y el gran espejismo de Barcelona se sumergió en las aguas negras. Una a una las luces de la ciudad se extinguieron en la distancia y comprendí que ya había empezado a recordar.

Epílogo

1945

Han pasado quince largos años desde aquella noche en que huí para siempre de la ciudad de los malditos. Durante mucho tiempo la mía ha sido una existencia de ausencias, sin más nombre ni presencia que la de un extraño itinerante. He tenido cien nombres y otros tantos oficios, ninguno de ellos el mío.

He desaparecido en ciudades infinitas y en aldeas tan pequeñas que nadie en ellas tenía ya pasado ni futuro. En ningún lugar me detuve más de lo necesario. Más bien temprano que tarde huía de nuevo, sin aviso, dejando apenas un par de libros viejos y ropas de segunda mano en habitaciones lúgubres donde el tiempo no tenía piedad y el recuerdo quemaba. No he tenido más memoria que la incertidumbre. Los años me enseñaron a vivir en el cuerpo de un extraño que no sabía si había cometido aquellos crímenes que aún podía oler en sus manos, si había perdido la razón y estaba condenado a vagar por el mundo en llamas que había soñado a cambio de unas monedas y la promesa de burlar una muerte que ahora le parecía la más dulce de las recompensas. Muchas veces me he preguntado si la bala que el inspector Grandes disparó sobre mi corazón atravesó las páginas de aquel libro, si fui yo quien murió en aquella cabina suspendida en el cielo.

En mis años de peregrinaje he visto cómo el infierno prometido en las páginas que escribí para el patrón cobraba vida a mi paso. Mil veces he huido de mi propia sombra, siempre mirando a mi espalda, siempre esperando encontrarla al doblar una esquina, al otro lado de la calle o al pie de mi lecho en las horas interminables que precedían al alba. Nunca he permitido que nadie me conociese el tiempo suficiente como para preguntarme por qué no envejecía nunca, por qué no se abrían líneas en mi rostro, por qué mi reflejo era el mismo que aquella noche que dejé a Isabella en el muelle de Barcelona y no un minuto más viejo.

Hubo un tiempo en que creí que había agotado todos los escondites del mundo. Estaba tan cansado de tener miedo, de vivir y morir de recuerdos, que me detuve allí donde acababa la tierra y empezaba un océano que, como yo, amanece cada día como el anterior, y me dejé caer.

Hoy hace un año que llegué a este lugar y recuperé mi nombre y mi oficio. Compré esta vieja cabaña sobre la playa, apenas un cobertizo que comparto con los libros que dejó el antiguo propietario y una máquina de escribir que me gusta creer que podría ser la misma con la que escribí cientos de páginas que nunca sabré si alguien recuerda. Desde mi ventana veo un pequeño muelle de madera que se adentra en el mar y, amarrado a su extremo, el bote que venía con la casa, apenas un esquife con el que a veces salgo a navegar hasta donde rompe el arrecife y la costa casi

desaparece de la vista.

No había vuelto a escribir hasta que llegué aquí. La primera vez que deslicé una página en la máquina y posé las manos sobre el teclado, temí que iba a ser incapaz de componer una sola línea. Escribí las primeras páginas de esta historia durante mi primera noche en la cabaña de la playa. Escribí hasta el amanecer, como solía hacerlo años atrás, sin saber todavía para quién la estaba escribiendo. Durante el día caminaba por la playa o me sentaba en el muelle de madera frente a la cabaña —una pasarela entre el cielo y el mar—, a leer los montones de periódicos viejos que encontré en uno de los armarios. Sus páginas traían historias de la guerra, del mundo en llamas que había soñado para el patrón.

Fue así, leyendo aquellas crónicas sobre la guerra en España y luego en Europa y el mundo, cuando decidí que ya no tenía nada más que perder y que lo único que deseaba era saber si Isabella estaba bien y si tal vez aún me recordaba. O quizá sólo quería saber si seguía viva. Escribí aquella carta dirigida a la antigua librería de Sempere e Hijos en la calle Santa Ana de Barcelona que habría de tardar semanas o meses en llegar, si alguna vez lo hacía, a su destino. En el remite firmé *Mr. Rochester*, sabiendo que si la carta llegaba a sus manos, Isabella sabría de quién se trataba y, si lo deseaba, podría dejarla sin abrir y olvidarme para siempre.

Durante meses seguí escribiendo esta historia. Volví a ver el rostro de mi padre y a recorrer la redacción de *La Voz de la Industria* soñando con emular algún día al gran Pedro Vidal. Volví a ver por primera vez a Cristina Sagnier y entré de nuevo en la casa de la torre para sumergirme en la locura que había consumido a Diego Marlasca. Escribía desde la medianoche al alba sin descanso, sintiéndome vivo por primera vez desde que había huido de la ciudad.

La carta llegó un día de junio. El cartero había deslizado el sobre bajo mi puerta mientras dormía. Iba dirigida a *Mr. Rochester* y el remite decía, simplemente, *Librería Sempere e Hijos, Barcelona*. Durante varios minutos di vueltas por la cabaña, sin atreverme a abrirla. Finalmente salí y me senté a la orilla del mar para leerla. La carta contenía una cuartilla y un segundo sobre, más pequeño. El segundo sobre, envejecido, llevaba simplemente mi nombre, *David*, en una caligrafía que no había olvidado a pesar de todos los años que la había perdido de vista.

En la carta, Sempere hijo me contaba que Isabella y él, tras varios años de noviazgo tormentoso e interrumpido, habían contraído matrimonio el 18 de enero de 1935 en la iglesia de Santa Ana. La ceremonia, contra todo pronóstico, la había celebrado el nonagenario sacerdote que había pronunciado la eulogía en el entierro del señor Sempere y que, a pesar de todos los intentos y afanes del obispado, se resistía a morir y seguía haciendo las cosas a su manera. Un año más tarde, días antes de que estallase la guerra civil, Isabella había dado a luz un varón que llevaría por nombre Daniel Sempere. Los años terribles de la guerra habrían de traer toda suerte de penurias y poco después del fin de la contienda, en aquella paz negra y maldita que habría de envenenar la tierra y el cielo para siempre, Isabella contrajo el cólera y

murió en brazos de su esposo en el piso que compartían encima de la librería. La enterraron en Montjuïc el día del cuarto cumpleaños de Daniel, bajo una lluvia que duró dos días y dos noches, y cuando el pequeño le preguntó a su padre si el cielo lloraba, a él le faltó voz para responderle.

El sobre que iba a mi nombre contenía una carta que Isabella me había escrito durante sus últimos días de vida y que había hecho jurar a su esposo que me haría llegar si alguna vez sabía de mi paradero.

Querido David:

A veces me parece que empecé a escribirle esta carta hace años y que todavía no he sido capaz de terminarla. Ha pasado mucho tiempo desde que le vi por última vez, muchas cosas terribles y mezquinas, y sin embargo no hay un día que no me acuerde de usted y me pregunte dónde estará, si habrá encontrado la paz, si estará escribiendo, si se habrá convertido en un viejo cascarrabias, si estará enamorado o si se acordará de nosotros, de la pequeña librería de Sempere e Hijos y de la peor ayudante que nunca tuvo.

Me temo que se marchó usted sin enseñarme a escribir y no sé ni por dónde empezar a poner en palabras todo lo que quisiera decirle. Me gustaría que supiese que he sido feliz, que gracias a usted encontré a un hombre al que he querido y que me ha querido y que juntos hemos tenido un hijo, Daniel, al que siempre hablo de usted y que ha dado un sentido a mi vida que ni todos los libros del mundo podrían ni empezar a explicar.

Nadie lo sabe, pero a veces todavía vuelvo a aquel muelle en que le vi partir para siempre y me siento un rato, sola, a esperar, como si creyese que fuese usted a volver. Si lo hiciese comprobaría que, pese a todo lo que ha pasado, la librería sigue abierta, que el solar donde se alzaba la casa de la torre sigue vacío, que todas las mentiras que se dijeron sobre usted han sido olvidadas y que en estas calles hay tanta gente que tiene el alma manchada de sangre que ya no se atreven ni a recordar y cuando lo hacen se mienten a sí mismos porque no se pueden mirar al espejo. En la librería seguimos vendiendo sus libros, pero bajo mano, porque ahora han sido declarados inmorales y el país se ha llenado de más gente que quiere destruir y quemar libros que de quienes quieren leerlos. Corren malos tiempos y a menudo creo que se avecinan peores.

Mi esposo y los médicos creen que me engañan, pero sé que me queda poco tiempo. Sé que moriré pronto y que cuando reciba usted esta carta ya no estaré aquí. Por eso quería escribirle, porque quería que supiese que no tengo miedo, que mi único pesar es que dejaré a un hombre bueno que me ha dado la vida y a mi Daniel solos en un mundo que cada día, me parece, es más como usted decía que era y no como yo quería creer que podía ser.

Quería escribirle para que supiera que pese a todo he vivido y estoy agradecida por el tiempo que he pasado aquí, agradecida de haberle conocido y haber sido su

amiga. Quería escribirle porque me gustaría que me recordase y que, algún día, si tiene usted a alguien como yo tengo a mi pequeño Daniel, le hable de mí y que con sus palabras me haga vivir para siempre.

Le quiere,

ISABELLA

Días después de recibir aquella carta supe que no estaba solo en la playa. Sentí su presencia en la brisa del alba pero no quise ni pude volver a huir. Ocurrió una tarde, cuando me había sentado a escribir frente a la ventana mientras esperaba que el sol se hundiese en el horizonte. Oí los pasos sobre las tablas de madera que formaban el muelle y le vi.

El patrón, vestido de blanco, caminaba lentamente por el muelle y llevaba de la mano a una niña de unos siete u ocho años. Reconocí la imagen al instante, aquella vieja fotografía que Cristina había atesorado toda su vida sin saber de dónde provenía. El patrón se aproximó al final del muelle y se arrodilló junto a la niña. Ambos contemplaron el sol derramarse sobre el océano en una infinita lámina de oro candente. Salí de la cabaña y me adentré en el muelle. Al llegar al final, el patrón se volvió y me sonrió. No había amenaza ni rencor en su rostro, apenas una sombra de melancolía.

—Le he echado de menos, amigo mío —dijo—. He echado de menos nuestras conversaciones, incluso nuestras pequeñas disputas…

—¿Ha venido a ajustar cuentas?

El patrón sonrió y negó lentamente.

—Todos cometemos errores, Martín. Yo el primero. Le robé a usted lo que más quería. No lo hice por herirle. Lo hice por temor. Por temor a que ella le apartase de mí, de nuestro trabajo. Estaba equivocado. He tardado un tiempo en reconocerlo, pero si algo tengo es tiempo.

Le observé con detenimiento. El patrón, al igual que yo, no había envejecido un solo día.

—¿A qué ha venido entonces?

El patrón se encogió de hombros.

—He venido a despedirme de usted.

Su mirada se concentró en la niña que llevaba de la mano y que me miraba con curiosidad.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Se llama Cristina —dijo el patrón.

Le miré a los ojos y asintió. Sentí que se me helaba la sangre. Podía intuir las facciones, pero la mirada era inconfundible.

—Cristina, saluda a mi amigo David. A partir de ahora vas a vivir con él.

Intercambié una mirada con el patrón, pero no dije nada. La niña me tendió la mano, como si hubiese ensayado el gesto mil veces, y se rió avergonzada. Me incliné

hacia ella y se la estreché.

—Hola —musitó.

—Muy bien, Cristina —aprobó el patrón—. ¿Y qué más?

La niña asintió, recordando de pronto.

—Me han dicho que es usted un fabricante de historias y de cuentos.

—De los mejores —añadió el patrón.

—¿Hará uno para mí?

Vacilé unos segundos. La niña miró al patrón, inquieta.

—¿Martín? —murmuró el patrón.

—Claro —dije finalmente—. Te haré todos los cuentos que tú quieras.

La niña sonrió y, aproximándose a mí, me besó en la mejilla.

—¿Por qué no vas hasta la playa y esperas allí mientras me despido de mi amigo, Cristina? —preguntó el patrón.

Cristina asintió y se alejó lentamente, volviendo la vista atrás a cada paso y sonriendo. A mi lado, la voz del patrón susurró su maldición eterna con dulzura.

—He decidido que iba a devolverle aquello que más quiso y que le robé. He decidido que por una vez caminará usted en mi lugar y sentirá lo que yo siento, que no envejecerá un solo día y que verá crecer a Cristina, que se enamorará de ella otra vez, que la verá envejecer a su lado y que algún día la verá morir en sus brazos. Ésa es mi bendición y mi venganza.

Cerré los ojos, negando para mis adentros.

—Eso es imposible. Nunca será la misma.

—Eso dependerá sólo de usted, Martín. Le entrego una página en blanco. Esta historia ya no me pertenece.

Oí sus pasos alejarse y cuando volví a abrir los ojos el patrón ya no estaba allí. Cristina, al pie del muelle, me observaba solícita. Le sonreí y se acercó lentamente, dudando.

—¿Dónde está el señor? —preguntó.

—Se ha marchado.

Cristina miró en derredor, la playa infinita desierta en ambas direcciones.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

Cristina sonrió y se sentó a mi lado.

—He soñado que éramos amigos —dijo.

La miré y asentí.

—Y somos amigos. Siempre lo hemos sido.

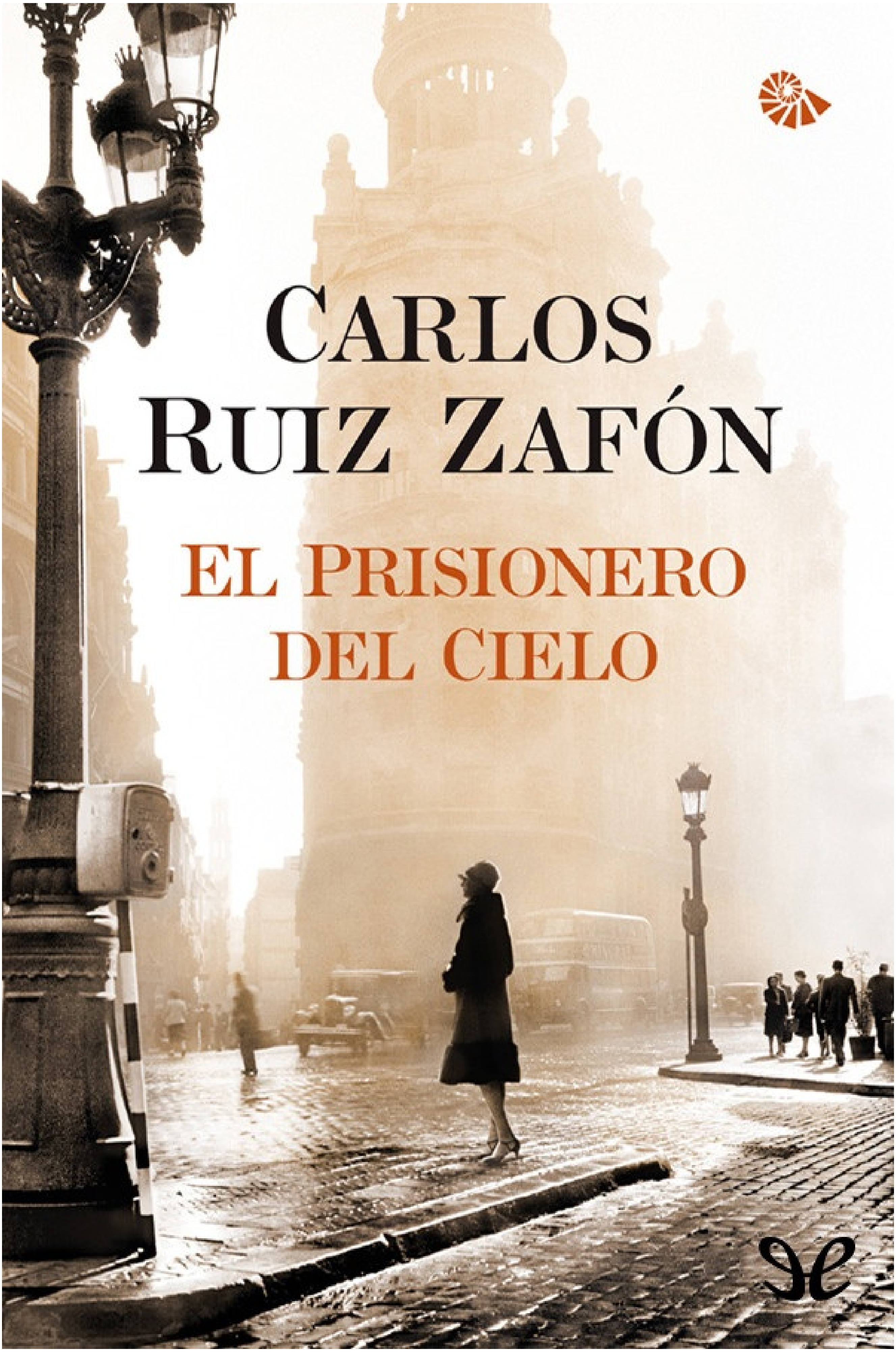
Rió y me tomó de la mano. Señalé al frente, al sol que se hundía en el mar, y Cristina lo contempló con lágrimas en los ojos.

—¿Me acordaré algún día? —preguntó.

—Algún día.

Supe entonces que dedicaría cada minuto que nos quedaba juntos a hacerla feliz,

a reparar el daño que le había hecho y a devolverle lo que nunca supe darle. Estas páginas serán nuestra memoria hasta que su último aliento se apague en mis brazos y la acompañe mar adentro, donde rompe la corriente, para sumergirme con ella para siempre y poder al fin huir a un lugar donde ni el cielo ni el infierno nos puedan encontrar jamás.



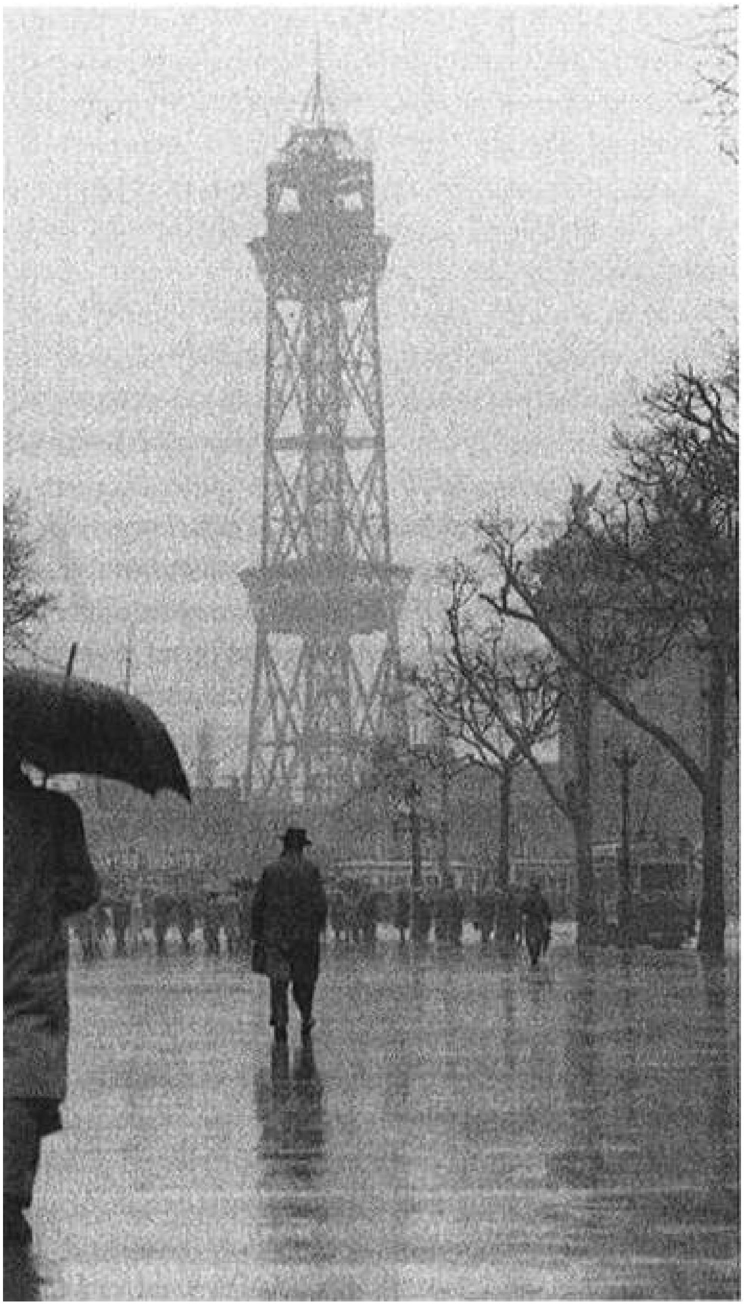
CARLOS
RUIZ ZAFÓN
EL PRISIONERO
DEL CIELO

Siempre he sabido que algún día volvería a estas calles para contar la historia del hombre que perdió el alma y el nombre entre las sombras de aquella Barcelona sumergida en el turbio sueño de un tiempo de cenizas y silencio. Son páginas escritas con fuego al amparo de la ciudad de los malditos, palabras grabadas en la memoria de aquel que regresó de entre los muertos con una promesa clavada en el corazón y el precio de una maldición. El telón se alza, el público se silencia y, antes de que la sombra que habita sobre su destino descienda de la tramoya, un reparto de espíritus blancos entra en escena con una comedia en los labios y esa bendita inocencia de quien, creyendo que el tercer acto es el último, nos viene a narrar un cuento de Navidad sin saber que, al pasar la última página, la tinta de su aliento lo arrastrará lenta e inexorablemente al corazón de las tinieblas.

JULIÁN CARAX, *El Prisionero del Cielo*
(Éditions de la Lumière, París, 1992).

Primera parte

UN CUENTO DE NAVIDAD



1

Barcelona, diciembre de 1957

Aquel año a la Navidad le dio por amanecer todos los días de plomo y escarcha. Una penumbra azulada teñía la ciudad, y la gente pasaba de largo abrigada hasta las orejas y dibujando con el aliento trazos de vapor en el frío. Eran pocos los que en aquellos días se detenían a contemplar el escaparate de Sempere e Hijos y menos todavía quienes se aventuraban a entrar y preguntar por aquel libro perdido que les había estado esperando toda la vida y cuya venta, poesías al margen, hubiera contribuido a remendar las precarias finanzas de la librería.

—Yo creo que hoy será el día. Hoy cambiará nuestra suerte —proclamé en alas del primer café del día, puro optimismo en estado líquido.

Mi padre, que llevaba desde las ocho de aquella mañana batallando con el libro de contabilidad y haciendo malabarismos con lápiz y goma, alzó la vista del mostrador y observó el desfile de clientes escurridizos perderse calle abajo.

—El cielo te oiga, Daniel, porque a este paso, si perdemos la campaña de Navidad, en enero no vamos a tener ni para pagar el recibo de la luz. Algo vamos a tener que hacer.

—Ayer Fermín tuvo una idea —ofrecí—. Según él es un plan magistral para salvar la librería de la bancarrota inminente.

—Dios nos coja confesados.

Cité textualmente:

—*A lo mejor si me pusiera yo a decorar el escaparate en calzoncillos conseguiríamos que alguna fémina ávida de literatura y emociones fuertes entrase a hacer gasto, porque dicen los entendidos que el futuro de la literatura depende de las mujeres, y vive Dios que está por nacer fámula capaz de resistirse al tirón agreste de este cuerpo serrano* —enuncié.

Oí a mi espalda cómo el lápiz de mi padre caía al suelo y me volví.

—Fermín *dixit* —añadí.

Había pensado que mi padre iba a sonreír ante la ocurrencia de Fermín, pero al comprobar que no parecía despertar de su silencio le miré de reojo. Sempere sénior no sólo no parecía encontrarle gracia alguna a semejante disparate sino que había adoptado un semblante meditabundo, como si se planteara tomárselo en serio.

—Pues mira por dónde, a lo mejor Fermín ha dado en el clavo —murmuró.

Le observé con incredulidad. Tal vez la sequía comercial que nos había azotado en las últimas semanas había terminado por afectar el sano juicio de mi progenitor.

—No me digas que le vas a permitir pasearse en gayumbos por la librería.

—No, no es eso. Es lo del escaparate. Ahora que lo has dicho, me has dado una idea… Quizá aún estemos a tiempo de salvar la Navidad.

Le vi desaparecer en la trastienda y al poco regresó pertrechado de su uniforme oficial de invierno: el mismo abrigo, bufanda y sombrero que le recordaba desde niño. Bea solía decir que sospechaba que mi padre no se había comprado ropa desde 1942 y todos los indicios apuntaban a que mi mujer estaba en lo cierto. Mientras se enfundaba los guantes, mi padre sonreía vagamente y en sus ojos se percibía aquel brillo casi infantil que sólo conseguían arrancarle las grandes empresas.

—Te dejo solo un rato —anunció—. Voy a salir a hacer un recado.

—¿Puedo preguntar adónde vas?

Mi padre me guiñó el ojo.

—Es una sorpresa. Ya verás.

Lo seguí hasta la puerta y lo vi partir rumbo a la Puerta del Ángel a paso firme, una figura más en la marea gris de caminantes navegando por otro largo invierno de sombra y ceniza.

2

Aprovechando que me había quedado solo decidí encender la radio para saborear algo de música mientras reordenaba a mi gusto las colecciones de los estantes. Mi padre creía que tener la radio puesta en la librería cuando había clientes era de poco tono, y si la encendía en presencia de Fermín, éste se lanzaba a canturrear saetas a lomos de cualquier melodía —o, peor aún, a bailar lo que él denominaba «ritmos sensuales del Caribe»—, y a los pocos minutos me ponía los nervios de punta. Habida cuenta de aquellas dificultades prácticas, había llegado a la conclusión de que debía limitar mi goce de las ondas a aquellos raros momentos en que, aparte de mí y de varias decenas de miles de libros, no había nadie más en la tienda.

Radio Barcelona emitía aquella mañana una grabación clandestina que un coleccionista había hecho del magnífico concierto que el trompetista Louis Armstrong y su banda habían dado en el hotel Windsor Palace de la Diagonal tres Navidades atrás. En las pausas publicitarias, el locutor se afanaba en etiquetar aquel sonido como *llass* y advertía que algunas de sus síncopas procaces podían no ser apropiadas para el consumo del oyente nacional forjado en la tonadilla, el bolero y el incipiente movimiento *ye-ye* que dominaban las ondas del momento.

Fermín solía decir que si don Isaac Albéniz hubiera nacido negro, el *jazz* se habría inventado en Camprodón, como las galletas en lata, y que, junto con aquellos sujetadores en punta que lucía su adorada Kim Novak en algunas de las películas que veíamos en el cine Fémina en sesión matinal, aquel sonido era uno de los escasos logros de la humanidad en lo que llevábamos de siglo XX. No se lo iba a discutir. Dejé pasar el resto de la mañana entre la magia de aquella música y el perfume de los libros, saboreando la serenidad y la satisfacción que transmite el trabajo simple hecho a conciencia.

Fermín se había tomado la mañana libre para, según él, ultimar los preparativos de su boda con la Bernarda, prevista para principios de febrero. La primera vez que había planteado el tema apenas dos semanas atrás todos le habíamos dicho que se estaba precipitando y que con prisas no se llegaba a ninguna parte. Mi padre trató de convencerle para posponer el enlace por lo menos dos o tres meses argumentando que las bodas eran para el verano y el buen tiempo, pero Fermín había insistido en mantener la fecha alegando que él, espécimen curtido en el recio clima seco de las colinas extremeñas, transpiraba profusamente llegado el estío de la costa mediterránea, a su juicio semitropical, y no veía de recibo celebrar sus nupcias con lamparones del tamaño de torrijas en el sobaco.

Yo empezaba a pensar que algo extraño tenía que estar sucediendo para que Fermín Romero de Torres, estandarte vivo de la resistencia civil contra la Santa Madre Iglesia, la banca y las buenas costumbres en aquella España de misa y NO-DO de los años cincuenta, manifestase semejante urgencia en pasar por la vicaría. En su

celo prematrimonial, había llegado al extremo de hacer amistad con el nuevo párroco de la iglesia de Santa Ana, don Jacobo, un sacerdote burgalés de ideario relajado y maneras de boxeador retirado al que había contagiado su desmedida afición por el dominó. Fermín se batía con él en timbas históricas en el bar Almirall los domingos después de misa, y el sacerdote reía de buena gana cuando mi amigo le preguntaba, entre copa y copa de aromas de Montserrat, si sabía a ciencia cierta si las monjas tenían muslos y si de tenerlos eran tan mollares y mordisqueables como venía él sospechando desde la adolescencia.

—Va a conseguir usted que lo excomulguen —le reprendía mi padre—. Las monjas ni se miran ni se tocan.

—Pero si el mosén es casi más golfo que yo —protestaba Fermín—. Si no fuese por el uniforme…

Andaba yo recordando aquella discusión y tarareando al son de la trompeta del maestro Armstrong cuando oí que la campanilla que había sobre la puerta de la librería emitía su tibio tintineo y levanté la vista esperando encontrar a mi padre, que regresaba ya de su misión secreta, o a Fermín listo para incorporarse al turno de tarde.

—Buenos días —llegó una voz, grave y quebrada, desde el umbral de la puerta.

3

Al contraluz de la calle, su silueta semejaba un tronco azotado por el viento. El visitante vestía un traje oscuro de corte anticuado y dibujaba una figura torva apoyada en un bastón. Dio un paso al frente, cojeando visiblemente. La claridad de la lamparilla que reposaba sobre el mostrador desveló un rostro agrietado por el tiempo. El visitante me observó unos instantes, calibrándome sin prisa. Su mirada tenía algo de ave rapaz, paciente y calculadora.

—¿Es usted el señor Sempere?

—Yo soy Daniel. El señor Sempere es mi padre, pero no está en estos momentos. ¿Puedo ayudarle en algo?

El visitante ignoró mi pregunta y empezó a deambular por la librería examinándolo todo palmo a palmo con un interés rayano en la codicia. La cojera que le afligía hacía pensar que las lesiones que se ocultaban bajo aquellas ropas eran palabras mayores.

—Recuerdos de la guerra —dijo el extraño, como si me hubiese leído el pensamiento.

Lo seguí con la mirada en la inspección de la librería, sospechando dónde iba a soltar anclas. Tal y como había supuesto, el extraño se detuvo frente a la vitrina de ébano y cristal, reliquia fundacional de la librería en su primera encarnación allá por el año 1888, cuando el tatarabuelo Sempere, entonces un joven que acababa de regresar de sus aventuras como indiano por tierras del Caribe, había tomado prestado dinero para adquirir una antigua tienda de guantes y transformarla en una librería. Aquella vitrina, plaza de honor de la tienda, era donde tradicionalmente guardábamos los ejemplares más valiosos.

El visitante se aproximó lo suficiente a ella como para que su aliento se dibujase en el cristal. Extrajo unos lentes que se llevó a los ojos y procedió a estudiar el contenido de la vitrina. Su ademán me recordó a una comadreja escudriñando los huevos recién puestos en un gallinero.

—Bonita pieza —murmuró—. Debe de valer lo suyo.

—Es una antigüedad familiar. Mayormente tiene un valor sentimental —repuse, incomodado por las apreciaciones y valoraciones de aquel peculiar cliente que parecía tasar con la mirada hasta el aire que respirábamos.

Al rato guardó los lentes y habló con un tono pausado.

—Tengo entendido que trabaja con ustedes un caballero de reconocido ingenio.

Como no respondí inmediatamente, se volvió y me dedicó una de esas miradas que envejecen a quien las recibe.

—Como ve, estoy solo. Quizá si el caballero me dice qué título desea, con muchísimo gusto se lo buscaré.

El extraño esgrimió una sonrisa que parecía cualquier cosa menos amigable y

asintió.

—Veo que tienen ustedes un ejemplar de *El conde de Montecristo* en esa vitrina.

No era el primer cliente que reparaba en aquella pieza. Le endosé el discurso oficial que teníamos para tales ocasiones.

—El caballero tiene muy buen ojo. Se trata de una edición magnífica, numerada y con láminas de ilustraciones de Arthur Rackham, proveniente de la biblioteca personal de un gran coleccionista de Madrid. Es una pieza única y catalogada.

El visitante escuchó con desinterés, centrando su atención en la consistencia de los paneles de ébano de la estantería y mostrando claramente que mis palabras le aburrían.

—A mí todos los libros me parecen iguales, pero me gusta el azul de esa portada —replicó con tono despreciativo—. Me lo quedaré.

En otras circunstancias hubiese dado un salto de alegría al poder colocar el que probablemente era el ejemplar más caro que había en toda la librería, pero había algo en la idea de que aquella edición fuese a parar a manos de aquel personaje que me revolvía el estómago. Algo me decía que si aquel tomo abandonaba la librería, nunca nadie iba a leer ni el primer párrafo.

—Es una edición muy costosa. Si el caballero lo desea le puedo mostrar otras ediciones de la misma obra en perfecto estado y a precios más asequibles.

Las gentes con el alma pequeña siempre tratan de empequeñecer a los demás y el extraño, que intuí que hubiera podido ocultar la suya en la punta de un alfiler, me dedicó su más esforzada mirada de desdén.

—Y que también tienen la portada azul —añadí.

Ignoró la impertinencia de mi ironía.

—No, gracias. El que quiero es ése. El precio no me importa.

Asentí a regañadientes y me dirigí hacia la vitrina. Extraje la llave y abrí la puerta acristalada. Podía sentir los ojos del extraño clavados en mi espalda.

—Todo lo bueno siempre está bajo llave —comentó por lo bajo.

Tomé el libro y suspiré.

—¿Es coleccionista el caballero?

—Podría decirse que sí. Aunque no de libros.

Me volví con el ejemplar en la mano.

—¿Y qué colecciona el señor?

De nuevo, el extraño ignoró mi pregunta y extendió el brazo para que le entregase el libro. Tuve que resistir el impulso de regresar el libro a la vitrina y echar la llave. Mi padre no me habría perdonado que hubiese dejado pasar una venta así con los tiempos que corrían.

—El precio es de treinta y cinco pesetas —anuncié antes de tenderle el libro con la esperanza de que la cifra le hiciera cambiar de opinión.

Asintió sin pestañear y extrajo un billete de cien pesetas del bolsillo de aquel traje que no debía de valer ni un duro. Me pregunté si no sería un billete falso.

—Me temo que no tengo cambio para un billete tan grande, caballero.

Le hubiese invitado a esperar un momento mientras corría al banco más próximo a buscar cambio y, también, a asegurarme de que el billete era auténtico, pero no quería dejarlo solo en la librería.

—No se preocupe. Es genuino. ¿Sabe cómo puede asegurarse?

El extraño alzó el billete al trasluz.

—Observe la marca de agua. Y estas líneas. La textura…

—¿El caballero es un experto en falsificaciones?

—Todo es falso en este mundo, joven. Todo menos el dinero.

Me puso el billete en la mano y me cerró el puño sobre él, palmeándome los nudillos.

—El cambio se lo dejo a cuenta para mi próxima visita —dijo.

—Es mucho dinero, señor. Sesenta y cinco pesetas…

—Calderilla.

—En todo caso le haré un recibo.

—Me fío de usted.

El extraño examinó el libro con un aire indiferente.

—Se trata de un obsequio. Le voy a pedir que hagan ustedes la entrega en persona.

Dudé un instante.

—En principio nosotros no hacemos envíos, pero en este caso con mucho gusto realizaremos personalmente la entrega sin cargo alguno. ¿Puedo preguntarle si es en la misma ciudad de Barcelona o…?

—Es aquí mismo —dijo.

La frialdad de su mirada parecía delatar años de rabia y rencor.

—¿Desea el caballero incluir alguna dedicatoria o alguna nota personal antes de que lo envuelva?

El visitante abrió el libro por la página del título con dificultad. Advertí entonces que su mano izquierda era postiza, una pieza de porcelana pintada. Extrajo una pluma estilográfica y anotó unas palabras. Me devolvió el libro y se dio media vuelta. Lo observé mientras cojeaba hacia la puerta.

—¿Sería tan amable de indicarme el nombre y la dirección donde desea que hagamos la entrega? —pregunté.

—Está todo ahí —dijo, sin volver la vista atrás.

Abrí el libro y busqué la página con la inscripción que el extraño había dejado de su puño y letra:

Para Fermín Romero de Torres, que regresó de entre los muertos y tiene la llave del futuro.
13

Oí entonces la campanilla de la entrada y, cuando miré, el extraño se había marchado.

Me apresuré hasta la puerta y me asomé a la calle. El visitante se alejaba cojeando, confundiéndose entre las siluetas que atravesaban el velo de bruma azul que barría la calle Santa Ana. Iba a llamarlo, pero me mordí la lengua. Lo más fácil hubiera sido dejarlo marchar sin más, pero el instinto y mi tradicional falta de prudencia y de sentido práctico pudieron conmigo.

4

Colgué el cartel de «cerrado» y eché la llave de la puerta, dispuesto a seguir al extraño entre el gentío. Sabía que si mi padre volvía y —para una vez que me dejaba solo y en medio de aquella sequía de ventas— descubría que había abandonado el puesto, me iba a caer una reprimenda, pero ya se me ocurriría alguna excusa por el camino. Preferí enfrentarme al genio leve de mi progenitor antes que tragarme la inquietud que me había dejado en el cuerpo aquel siniestro personaje y no saber a ciencia cierta cuál era la naturaleza de sus asuntos con Fermín.

Un librero de profesión tiene pocas ocasiones de aprender sobre el terreno el fino arte de seguir a un sospechoso sin ser descubierto. A menos que buena parte de sus clientes coticen en el ramo de los morosos, la mayoría de esas oportunidades se las brinda el catálogo de relatos policíacos y novelas de a peseta que hay en sus estanterías. El hábito no hace al monje, pero el crimen, o su presunción, hacen al detective, particularmente al aficionado.

Mientras seguía al extraño rumbo a las Ramblas fui refrescando las nociones básicas, empezando por dejar una buena cincuentena de metros entre nosotros, camuflarme tras alguien de mayor corpulencia y tener siempre previsto un escondite rápido en un portal o una tienda en el caso de que el objeto de mi seguimiento se detuviese y echase la vista atrás sin previo aviso. Al llegar a las Ramblas el extraño cruzó al paseo central y puso rumbo al puerto. El paseo estaba trenzado con los tradicionales adornos navideños y más de un comercio había ataviado su escaparate con luces, estrellas y ángeles anunciadores de una bonanza que, si la radio lo decía, debía de ser cierta.

En aquellos años la Navidad todavía conservaba cierto aire de magia y misterio. La luz en polvo del invierno, la mirada y el anhelo de gentes que vivían entre sombras y silencios conferían a aquel decorado un leve perfume a verdad en el que, al menos los niños y los que habían aprendido a olvidar, aún podían creer.

Quizá por eso me pareció todavía más evidente que no había en toda esa quimera personaje menos navideño y fuera de registro que el extraño objeto de mis pesquisas. Cojeaba con lentitud y se detenía a menudo en alguno de los puestos de pajarería o floristería a admirar periquitos y rosas como si no los hubiese visto nunca. En un par de ocasiones se acercó a los quioscos de prensa que punteaban las Ramblas y se entretuvo en contemplar las portadas de periódicos y revistas y en voltear los carruseles de postales. Se diría que jamás había estado allí y que se comportaba como un niño o un turista que paseara por las Ramblas por primera vez, aunque los niños y los turistas suelen lucir ese aire de inocencia pasajera del que no sabe dónde pisa y aquel individuo no hubiera olido a inocencia ni con la bendición del niño Jesús, frente a cuya efigie cruzó a la altura de la iglesia de Belén.

Se detuvo entonces, aparentemente cautivado por una cacatúa de plumaje rosa

pálido que le miraba de reojo desde una jaula en uno de los puestos de animales apostado frente a la bocacalle de Puertaferrisa. El extraño se acercó a la jaula como lo había hecho a la vitrina de la librería y empezó a murmurarle a la cacatúa unas palabras. El pájaro, un ejemplar cabezón y con envergadura de gallo capón con plumajes de lujo, sobrevivió al aliento sulfúrico del extraño y se aplicó con empeño y concentración, claramente interesado en lo que su visitante le estaba recitando. Por si había duda, la cacatúa asentía repetidamente con la cabeza y, visiblemente excitada, erguía una cresta de plumas rosas.

Transcurridos un par de minutos, el extraño, satisfecho con su intercambio aviario, prosiguió su camino. No habían transcurrido ni treinta segundos cuando, al cruzar yo frente a la pajarería, pude ver que se había producido una pequeña conmoción y que el dependiente, azorado, se estaba apresurando a cubrir la jaula de la cacatúa con una capucha de tela, ya que el ave se había puesto a repetir con perfecta dicción el pareado de *Franco, cabrito, no se te levanta el pito,* que no tuve duda alguna de dónde acababa de aprender. Al menos, el extraño mostraba cierto sentido del humor y convicciones de alto riesgo, lo que en aquella época era tan raro como las faldas por encima de la rodilla.

Distraído por el incidente, pensé que lo había perdido de vista, pero pronto detecté su silueta rebujada frente al escaparate de la joyería Bagués. Me adelanté con disimulo hasta una de las casetas de escribientes que flanqueaban la entrada al palacio de la Virreina y lo observé con detenimiento. Los ojos le brillaban como rubíes y el espectáculo de oro y gemas preciosas tras el cristal a prueba de balas parecía haberle despertado una lujuria que ni una hilera de coristas de La Criolla en sus años de gloria hubiera podido arrancarle.

—¿Una carta de amor, una instancia, un ruego a la excelencia de su elección, una espontánea nosotros-bien-por-la-presente para los parientes del pueblo, joven?

El amanuense residente en la caseta que había adoptado como escondite se había asomado por la garita como si se tratase de un sacerdote confesor y me miraba con ansias de ofrecerme sus servicios. El cartel sobre la ventanilla rezaba:

Oswaldo Darío de Mortenssen
Literato y Pensador.
Se escriben cartas de amor, peticiones, testamentos, poemas, invictas, felicitaciones, ruegos, esquelas, himnos, tesinas, súplicas, instancias y composiciones varias en todos los estilos y métricas.
Diez céntimos la frase (rimas extra). Precios especiales a viudas, mutilados y menores.

—¿Qué me dice, joven? ¿Una carta de amor de esas que hacen que las mozas en edad de merecer empapen las enaguas con los efluvios del querer? Le hago precio especial porque es usted.

Le mostré el anillo de casado. El escribiente Oswaldo se encogió de hombros, impávido.

—Son tiempos modernos —argumentó—. Si supiera usted la de casados y casadas que pasan por aquí…

Releí el cartel, que tenía cierto eco familiar que no acertaba a situar.

—Su nombre me suena…

—Tuve tiempos mejores. Quizá de entonces.

—¿Es el de verdad?

—*Nom de plume*. Un artista precisa un apelativo a la altura de su cometido. En mi partida de nacimiento reza Jenaro Rebollo, pero con semejante nombre quién le va a confiar a uno la composición de sus cartas de amor… ¿Qué responde a la oferta del día? ¿Marchando una carta de pasión y anhelo?

—En otra ocasión.

El amanuense asintió resignado. Siguió mi mirada y frunció el ceño, intrigado.

—Observando al cojo, ¿verdad? —dejó caer.

—¿Lo conoce usted? —pregunté.

—Hará una semana que lo veo pasar por aquí todos los días y pararse ahí enfrente del mostrador de la joyería a mirar embobado como si en vez de anillos y collares tuviesen expuesto el trasero de la Bella Dorita —explicó.

—¿Ha hablado alguna vez con él?

—Uno de los compañeros le pasó a limpio una carta el otro día; como le faltan dedos…

—¿Quién fue? —pregunté.

El amanuense me miró dudando, temiendo la pérdida de un posible cliente si me respondía.

—Luisito. El que está ahí enfrente, junto a Casa Beethoven, el que tiene cara de seminarista.

Le ofrecí unas monedas en agradecimiento, pero se negó a aceptarlas.

—Yo me gano la vida con la pluma, no con el pico. De eso ya andamos sobrados en este patio. Si algún día tiene usted alguna necesidad de tipo gramatical, aquí me tiene.

Me entregó una tarjeta en la que se reproducía su cartel anunciador.

—De lunes a sábado, de ocho a ocho —precisó—. Oswaldo, soldado de la palabra para servirle a usted y a su causa epistolar.

La guardé y le agradecí su ayuda.

—Que se le va el pichón —advirtió.

Me volví y pude ver que el extraño había reemprendido su camino. Me apresuré tras él y lo seguí Ramblas abajo hasta la entrada del mercado de la Boquería, donde se detuvo a contemplar el espectáculo de puestos y gentes que entraban y salían cargando o descargando ricas viandas. Lo vi cojear hasta la barra del bar Pinocho y auparse a uno de los taburetes con dificultad pero entusiasmo. Por espacio de media

hora el extraño intentó dar cuenta de las delicias que le iba sirviendo el benjamín de la casa, Juanito, pero tuve la impresión de que su salud no le permitía grandes alardes y que más que nada comía por los ojos, como si al pedir tapas y platillos que no podía apenas probar recordase otros tiempos de mayor saque. El paladar no saborea, simplemente recuerda. Finalmente, resignado a su abstinencia gastronómica y al goce vicario de contemplar cómo otros degustaban y se relamían, el extraño pagó la cuenta y prosiguió su periplo hasta la entrada de la calle Hospital donde, por azares de la irrepetible geometría de Barcelona, convergían uno de los grandes teatros de la ópera de la vieja Europa y uno de los putiferios más tronados y revenidos del hemisferio norte.

5

A aquella hora la tripulación de varios navíos mercantes y buques militares atracados en el puerto se aventuraba Ramblas arriba a saciar apetitos de diversa índole. Vista la demanda, la oferta ya se había incorporado a la esquina en forma de un turno de damas de alquiler con aspecto de llevar un sustancial kilometraje encima y de ofrecer una bajada de bandera de lo más asequible. Reparé con aprensión en las faldas entalladas sobre varices y palideces purpúreas que dolían con sólo mirarlas, rostros ajados y un aire general de última parada antes del retiro que inspiraba de todo menos lascivia. Muchos meses en alta mar debía de llevar un marinero para picar aquel anzuelo, pensé, pero para mi sorpresa el extraño se detuvo a coquetear con un par de aquellas damas trituradas sin miramientos por muchas primaveras sin flor como si fuesen beldades de *cabaret* fino.

—Hala, *corasón*, que te quito yo veinte años de encima de una friega —oí decirle a una de ellas, que hubiera pasado por abuela del amanuense Oswaldo.

De una friega lo matas, pensé. El extraño, en un gesto de prudencia, declinó la invitación.

—Otro día, guapa —respondió adentrándose en el Raval.

Le seguí un centenar de metros más hasta que se detuvo frente a un portal angosto y oscuro que quedaba casi enfrente de la fonda Europa. Lo vi desaparecer en el interior y esperé medio minuto antes de seguirlo.

Al cruzar el umbral encontré una escalera sombría que se perdía en las entrañas de aquel edificio que parecía escorado a babor y, teniendo en cuenta el hedor a humedad y sus dificultades con el alcantarillado, en un tris de hundirse en las catacumbas del Raval. A un lado del vestíbulo quedaba una suerte de garita donde un individuo de trazas grasientas ataviado con camiseta de tirantes, palillo en los labios y transistor sellado en una emisora de ámbito taurino me dedicó una mirada entre inquisitiva y hostil.

—¿Viene solo? —preguntó vagamente intrigado.

No hacía falta ser un lince para deducir que me encontraba a las puertas de un establecimiento de alquiler de habitaciones por horas y que la única nota discordante de mi visita era que no venía de la mano de una de las Venus de baratillo que patrullaban la esquina.

—Si quiere, le envío una chavala —ofreció preparándome ya el paquete de toalla, pastilla de jabón y lo que intuí que era una goma o algún que otro artículo de profilaxis *in extremis*.

—En realidad sólo quería hacerle una pregunta —empecé.

El portero puso los ojos en blanco.

—Son veinte pesetas la media hora y la potranca la pone usted.

—Tentador. Tal vez otro día. Lo que quería preguntarle es si acaba de subir un

caballero hace un par de minutos. Mayor. No en muy buena forma. Venía solo. Sin potranca.

El portero frunció el ceño. Noté que su mirada me degradaba instantáneamente de cliente a mosca cojonera.

—Yo no he visto a nadie. Ande, lárguese antes de que avise al Tonet.

Supuse que el Tonet no debía de ser un personaje entrañable. Puse las monedas que me quedaban sobre el mostrador y sonreí al portero con aire conciliador. El dinero desapareció como si se tratase de un insecto y las manos tocadas con dedales de plástico del portero fuesen la lengua de un camaleón. Visto y no visto.

—¿Qué quieres saber?

—¿Vive aquí el caballero que le comentaba?

—Tiene alquilada una habitación desde hace una semana.

—¿Sabe cómo se llama?

—Pagó por adelantado un mes, así que no le pregunté.

—¿Sabe de dónde viene, a qué se dedica…?

—Esto no es un consultorio sentimental. Aquí, a la gente que viene a fornicar no le preguntamos nada. Y ése ni fornica. O sea, que haga números.

Reconsideré el asunto.

—Todo lo que sé es que de vez en cuando sale un rato y luego vuelve. A veces me pide que le haga subir una botella de vino, pan y algo de miel. Paga bien y no dice ni pío.

—¿Y seguro que no recuerda ningún nombre?

Negó.

—Está bien. Gracias y disculpe la molestia.

Me disponía a partir cuando el portero me llamó.

—Romero —dijo.

—¿Perdón?

—Me parece que dijo que se llama Romero o algo así…

—¿Romero de Torres?

—Eso.

—¿Fermín Romero de Torres? —repetí incrédulo.

—El mismo. ¿No había un torero que se llamaba así antes de la guerra? —preguntó el portero—. Ya decía yo que me sonaba de algo…

6

Rehíce mis pasos de regreso a la librería todavía más confundido de lo que lo había estado antes de salir. Al cruzar frente al palacio de la Virreina el escribiente Oswaldo me saludó con la mano.

—¿Suerte? —preguntó.

Negué por lo bajo.

—Pruebe con Luisito, que a lo mejor se acuerda de algo.

Asentí y me acerqué a la garita de Luisito, que en aquel momento estaba limpiando su colección de plumines. Al verme me sonrió y me invitó a tomar asiento.

—¿Qué va a ser? ¿Amor o trabajo?

—Me envía su colega Oswaldo.

—El maestro de todos nosotros —sentenció Luisito, que no debía de tener ni veinticinco años—. Un gran hombre de letras al que el mundo no le ha reconocido la valía y aquí le tiene, a pie de calle trabajando el verbo al servicio del analfabeto.

—Me comentaba Oswaldo que el otro día atendió usted a un caballero mayor, cojo y bastante cascado al que le faltaba una mano y algunos dedos de la otra…

—Lo recuerdo. A los mancos siempre los recuerdo. Por lo cervantino, ¿sabe?

—Claro. ¿Y podría decirme cuál fue el asunto que le trajo aquí?

Luisito se agitó en su silla, incómodo con el giro que había tomado la conversación.

—Mire, esto es casi como un confesionario. La confidencialidad profesional prima ante todo.

—Me hago cargo. Ocurre que se trata de un tema grave.

—¿Cómo de grave?

—Lo suficiente como para amenazar el bienestar de personas que me son muy queridas.

—Ya, pero…

Luisito alargó el cuello y buscó la mirada del maestro Oswaldo al otro lado del patio. Vi que Oswaldo asentía y Luisito se relajaba.

—El señor trajo una carta que tenía escrita y que quería pasar a limpio y con buena letra, porque con su mano…

—Y la carta hablaba de…

—Apenas lo recuerdo, piense que aquí redactamos muchas cartas todos los días…

—Haga un esfuerzo, Luisito. Por lo cervantino.

—Yo creo, aun a riesgo de confundirme con la carta de otro cliente, que era algo relacionado con una suma de dinero importante que el caballero manco iba a recibir o a recuperar o algo así. Y no sé qué de una llave.

—Una llave.

—Eso. No especificó si era de paso, de artes marciales o la de una puerta.

Luisito me sonrió, visiblemente complacido con su pequeña aportación de ingenio y chanza a la conversación.

—¿Recuerda algo más?

Luisito se relamió los labios, pensativo.

—Dijo que veía la ciudad muy cambiada.

—¿Cambiada en qué sentido?

—No sé. Cambiada. Sin muertos por la calle.

—¿Muertos por la calle? ¿Eso dijo?

—Si la memoria no me falla…

7

Agradecí a Luisito la información y apreté el paso confiando en tener la suerte de llegar a la librería antes de que mi padre volviese de su recado y mi ausencia fuese detectada. El cartel de «cerrado» seguía en la puerta. Abrí, descolgué el cartel y me puse tras el mostrador convencido de que ni un solo cliente se había acercado durante los casi cuarenta y cinco minutos que había estado fuera.

A falta de trabajo, empecé a darle vueltas a lo que iba a hacer con el ejemplar de *El conde de Montecristo* y a cómo abordar el tema con Fermín cuando llegara a la librería. No quería alarmarle más de lo necesario, pero la visita del extraño y mi infructuoso intento de dilucidar qué se llevaba entre manos me habían dejado intranquilo. En cualquier otra ocasión le habría referido lo sucedido sin más, pero me dije que esta vez debía actuar con tacto. Fermín llevaba una temporada muy alicaído y con un humor de perros. Yo llevaba un tiempo intentando aligerarle el ánimo con mis pobres golpes de gracia, pero nada conseguía arrancarle la sonrisa.

—Fermín, no les quite tanto el polvo a los libros que dicen que pronto lo que se llevará ya no será la novela rosa sino la novela negra —le decía yo, en alusión al color con el que empezaban a referirse por entonces los comentaristas a las historias de crimen y castigo que nos llegaban con cuentagotas en traducciones mojigatas.

Fermín, lejos de responder con una sonrisa piadosa a tan lamentable chascarrillo, se agarraba a lo que fuera para iniciar una de sus apologías del desánimo y la náusea.

—En el futuro todas las novelas serán negras, porque si en esta segunda mitad de siglo carnicero va a haber un aroma dominante va a ser el de la falsedad y el crimen en calidad de eufemismo —sentenciaba.

Ya empezamos, pensé. El Apocalipsis según San Fermín Romero de Torres.

—Ya será menos, Fermín. Le tendría que dar a usted más el sol. Venía el otro día en el diario que la vitamina D incrementa la fe en el prójimo.

—También venía que no sé qué libraco de poemas de un ahijado de Franco es la sensación del panorama literario internacional, y sin embargo no lo venden en ninguna librería más allá de Móstoles —replicó.

Cuando Fermín se entregaba al pesimismo orgánico lo mejor era no darle carnaza.

—¿Sabe, Daniel? A veces pienso que Darwin se equivocó y que en realidad el hombre desciende del cerdo, porque en ocho de cada diez homínidos hay un chorizo esperando a ser descubierto —argumentaba.

—Fermín, me gusta más cuando expresa usted una visión más humanista y positiva de las cosas, como el otro día, cuando dijo aquello de que en el fondo nadie es malo, sino que sólo tiene miedo.

—Debió de ser una bajada de azúcar. Menuda memez.

El Fermín bromista que me gustaba recordar estaba en aquellos días en retirada y en su lugar parecía haber tomado su puesto un hombre atormentado por

preocupaciones y malos vientos que no quería compartir. A veces, cuando él creía que nadie le veía, me parecía que se encogía por los rincones y que la angustia se lo comía por dentro. Había perdido peso y, habida cuenta de que casi todo en él era cartílago, su aspecto empezaba a ser preocupante. Se lo había comentado un par de veces, pero él negaba que hubiese problema alguno y escurría el bulto con excusas peregrinas.

—No es nada, Daniel. Es que desde que me ha dado por seguir la liga cada vez que pierde el Barça me baja la tensión. Un taquito de manchego y me pongo hecho un toro.

—¿Está seguro? Si usted no ha ido al fútbol en su vida.

—Eso es lo que usted se cree. Kubala y yo prácticamente crecimos juntos.

—Pues yo lo veo hecho una piltrafa. O está enfermo, o no se cuida usted nada.

Como respuesta me mostraba un par de bíceps como peladillas y sonreía como si vendiese dentífrico puerta a puerta.

—Toque, toque. Acero templado, como la espada del Cid.

Mi padre atribuía su baja forma al nerviosismo por la boda y todo lo que ello conllevaba, incluida la confraternización con el clero y la búsqueda de un restaurante o merendero en el que organizar el banquete, pero a mí me daba en la nariz que aquella melancolía tenía raíces más profundas. Me estaba debatiendo entre contarle lo sucedido aquella mañana y mostrarle el libro o esperar a un momento más propicio cuando le vi aparecer por la puerta arrastrando un semblante que no hubiera desentonado en un velatorio. Al verme esbozó una sonrisa débil y esgrimió un saludo militar.

—Dichosos los ojos, Fermín. Ya pensaba que no vendría.

—Me ha entretenido don Federico al pasar frente a la relojería con no sé qué chisme de que alguien había visto esta mañana al señor Sempere por la calle Puertaferrisa muy apañado y con rumbo desconocido. Don Federico y la boba de la Merceditas querían saber si se había echado una querida, que ahora se ve que eso da tono entre los comerciantes del barrio, y si la zagala es cupletera, pues todavía más.

—¿Y usted qué le ha contestado?

—Que su señor padre, en su viudedad ejemplar, ha revertido a un estado de virginidad primigenio que tiene intrigadísima a la comunidad científica y que le ha granjeado un expediente de precanonización exprés en el arzobispado. Yo la vida privada del señor Sempere no la comento con propios ni extraños porque no le incumbe a nadie más que a él. Y a quien intenta venirme con verdulerías le suelto un soplamocos y santas pascuas.

—Es usted un caballero de los de antes, Fermín.

—El que es de los de antes es su padre, Daniel. Porque, entre nosotros y que no salga de estas cuatro paredes, la verdad es que no le vendría mal echar una canita al aire de vez en cuando. Desde que no vendemos una escoba se pasa los días emparedado en la trastienda con ese libro egipcio de los muertos.

—Es el libro de contabilidad —corregí.

—Lo que sea. Y la verdad es que hace días que estoy pensando que tendríamos que llevárnoslo al Molino y luego de picos pardos porque, aunque el prócer para estos menesteres es más soso que una paella de berzas, creo yo que un encontronazo con una moza prieta y con buena circulación le iba a espabilar el tuétano —dijo Fermín.

—Mire quién fue a hablar. La alegría de la huerta. Si quiere que le diga la verdad, el que me preocupa es usted —protesté—. Hace días que parece una cucaracha metida en una gabardina.

—Pues mire usted, Daniel, símil certero el que me propone, porque aunque la cucaracha no tiene el palmito farandulero que requieren los cánones frívolos de esta sociedad bobalicona que nos ha tocado en suerte, tanto el infausto artrópodo como un servidor se caracterizan por un inigualable instinto de supervivencia, la voracidad desmedida y una libido leonina que no merma ni bajo condiciones de altísima radiación.

—Discutir con usted es imposible, Fermín.

—Es que el mío es un temple dialéctico y predispuesto a tocar la pera al menor asomo de falacia o papanatada, amigo mío, pero su padre es una florecilla tierna y delicada y creo que ha llegado la hora de tomar cartas en el asunto antes de que se fosilice del todo.

—¿Y qué cartas son ésas, Fermín? —cortó la voz de mi padre a nuestra espalda —. No me diga que me va a montar una merienda con la Rociíto.

Nos volvimos como dos colegiales sorprendidos con las manos en la masa. Mi padre, con escasos visos de florecilla tierna, nos observaba con severidad desde la puerta.

8

—¿Y usted cómo sabe de la Rociíto? —murmuró Fermín, atónito.

Tan pronto como mi padre saboreó el susto que nos había dado, sonrió afablemente y nos guiñó un ojo.

—Me estaré fosilizando, pero todavía tengo el oído fino. El oído y la cabeza. Por eso he decidido que algo había que hacer para revitalizar el negocio —anunció—. Lo del Molino puede esperar.

Sólo entonces nos percatamos de que mi padre venía cargado con dos bolsas de considerable tamaño y una caja grande envuelta en papel de embalar y atada con cordel grueso.

—No me digas que vienes de atracar el banco de la esquina —pregunté.

—Los bancos los trato de evitar siempre que puedo, porque como bien dice Fermín normalmente son ellos los que te atracan a ti. De donde vengo es del mercado de Santa Lucía.

Fermín y yo intercambiamos una mirada de desconcierto.

—¿No me vais a ayudar? Esto pesa como un muerto.

Procedimos a descargar el contenido de las bolsas sobre el mostrador mientras mi padre deshacía el envoltorio de la caja. Las bolsas estaban repletas de pequeños objetos protegidos en papel de embalar. Fermín desenvolvió uno de ellos y se quedó mirando el contenido sin comprender.

—¿Y eso qué es? —pregunté.

—Yo diría que se trata de un jumento adulto a escala uno cien —respondió Fermín.

—¿El qué?

—Un borrico, asno o pollino, entrañable cuadrúpedo solípedo que con duende y aplomo puntea los paisajes de esta España nuestra, pero en miniatura, como los trenecillos de juguete esos que venden en Casa Palau —explicó Fermín.

—Es un burro de arcilla, una figurita para el belén —aclaró mi padre.

—¿Qué belén?

Por toda respuesta mi padre se limitó a abrir la caja de cartón y a extraer un monumental pesebre con luces que acababa de adquirir y que, intuí, pretendía colocar en el escaparate de la librería a modo de reclamo navideño. Fermín, entretanto, había ya desembalado varios bueyes, camellos, cerdos, patos, monarcas de oriente, unas palmeras, un san José y una Virgen María.

—Sucumbir al yugo del nacionalcatolicismo y sus subrepticias técnicas de adoctrinamiento mediante el despliegue de figuritas y leyendas turroneras no me parece la solución —sentenció Fermín.

—No diga bobadas, Fermín, que ésta es una tradición bonita y a la gente le gusta ver belenes por Navidad —cortó mi padre—. A la librería le faltaba la chispa de color

y alegría que piden estas fechas. Eche un vistazo a todas las tiendas del barrio y verá que nosotros, en comparación, parecemos las pompas fúnebres. Ande, écheme una mano y lo montaremos en el escaparate. Y quite de la mesa todos esos tomos de la desamortización de Mendizábal, que asustan al más pintado.

—Acabáramos —murmuró Fermín.

Entre los tres conseguimos aupar el pesebre y poner las figuritas en posición. Fermín colaboraba de mala gana, frunciendo el ceño y buscando cualquier excusa para manifestar su objeción al proyecto.

—Señor Sempere, no es por faltar, pero este niño Jesús es tres veces más grande que su padre putativo y casi no cabe en la cuna.

—No pasa nada. Se les habían acabado los más pequeños.

—Pues a mí me da que al lado de la Virgen parece uno de esos luchadores japoneses con problemas de sobrepeso que llevan el pelo engominado y los calzoncillos ceñidos a la regatera.

—Se llaman luchadores de sumo —dije.

—Esos mismos —convino Fermín.

Mi padre suspiró, negando para sí.

—Y además mire esos ojos que tiene. Si parece que esté poseído.

—Ande, Fermín, cállese de una vez y enchufe el belén —ordenó mi padre, tendiéndole el cable.

Fermín, en uno de sus alardes de malabarista, consiguió escurrirse bajo la mesa que sostenía el pesebre y alcanzar el enchufe que quedaba en un extremo del mostrador.

—Y se hizo la luz —proclamó mi padre, contemplando entusiasmado el nuevo y resplandeciente belén de Sempere e Hijos.

»Renovarse o morir —añadió complacido.

—Morir —murmuró Fermín por lo bajo.

No había pasado ni un minuto del alumbramiento oficial cuando una madre que llevaba de la mano a tres niños se detuvo frente al escaparate a admirar el pesebre y, tras un instante de duda, se aventuró a entrar en la librería.

—Buenas tardes —dijo—. ¿Tienen ustedes cuentos sobre las vidas de los santos?

—Por supuesto —respondió mi padre—. Permítame mostrarle la Colección Jesusín de mi Vida, que estoy seguro de que va a encantar a sus niños. Profusamente ilustrados y con prólogo de don José María Pemán, ahí es nada.

—Ay, qué bien. La verdad es que cuesta tanto encontrar hoy por hoy libros con un mensaje positivo, de esos que te hacen sentir a gusto, y sin tantos crímenes y muertes y ese tipo de cosas que no hay quien entienda… ¿No le parece?

Fermín puso los ojos en blanco. Estaba por abrir la boca cuando le retuve y lo arrastré lejos de la clienta.

—Diga usted que sí —convino mi padre mirándome por el rabillo del ojo e insinuándome con el gesto que mantuviese a Fermín maniatado y amordazado porque

aquella venta no la íbamos a perder por nada del mundo.

Empujé a Fermín hasta la trastienda y me aseguré de que la cortina quedaba echada para dejar a mi padre lidiar con la operación con tranquilidad.

—Fermín, no sé qué mosca le habrá picado pero, aunque ya sé que a usted esto de los belenes no le convence y yo se lo respeto, si resulta que un niño Jesús tamaño apisonadora y cuatro marranos de arcilla le levantan el ánimo a mi padre y además nos meten clientes en la librería, le voy a pedir que aparque el púlpito existencialista y ponga cara de que está encantado, al menos en horario comercial.

Fermín suspiró y asintió, avergonzado.

—Si no es eso, amigo Daniel —dijo—. Perdóneme usted. Yo por hacer feliz a su padre y salvar la librería si hace falta hago el camino de Santiago en traje de luces.

—Basta con que le diga a mi padre que lo del belén le parece una buena idea y le siga la corriente.

Fermín asintió.

—Faltaría más. Luego le pediré disculpas al señor Sempere por mi salida de tono y como acto de contrición contribuiré con una figurita al belén para demostrar que a espíritu navideño no me ganan ni los grandes almacenes. Tengo un amigo en la clandestinidad que hace unos *caganers* de doña Carmen Polo de Franco con un acabado tan realista que pone la piel de gallina.

—Con un corderito o un rey Baltasar va que se mata.

—A sus órdenes, Daniel. Ahora, si le parece, haré algo útil y me pondré a abrir las cajas del lote de la viuda Recasens, que llevan ahí una semana criando polvo.

—¿Le echo una mano?

—No se preocupe. Usted a lo suyo.

Le observé dirigirse al almacén, que quedaba al fondo de la trastienda, y enfundarse la bata azul de faena.

—Fermín —empecé.

Se volvió a mirarme, solícito. Dudé un instante.

—Hoy ha pasado una cosa que quería contarle.

—Usted dirá.

—No sé muy bien cómo explicarlo, la verdad. Ha venido alguien preguntando por usted.

—¿Era guapa? —preguntó Fermín intentando fingir un aire de broma que no conseguía ocultar la sombra de inquietud en sus ojos.

—Era un caballero. Bastante cascado y un tanto extraño, a decir verdad.

—¿Ha dejado un nombre? —preguntó Fermín.

Negué.

—No. Pero ha dejado esto para usted.

Fermín frunció el ceño. Le tendí el libro que el visitante había adquirido un par de horas antes. Fermín lo aceptó y examinó la portada sin comprender.

—Pero ¿éste no es el Dumas que teníamos en la vitrina a siete duros?

Asentí.

—Ábralo por la primera página.

Fermín hizo lo que le pedía. Al leer la dedicatoria le invadió una súbita palidez y tragó saliva. Cerró los ojos un instante y luego me miró en silencio. Me pareció que había envejecido cinco años en cinco segundos.

—Cuando se ha ido de aquí le he seguido —dije—. Lleva una semana viviendo en un *meublé* de mala muerte en la calle Hospital, frente a la fonda Europa, y por lo que he podido averiguar utiliza un nombre falso; el de usted, en realidad: Fermín Romero de Torres. He sabido por uno de los escribientes de la Virreina que hizo copiar una carta en la que aludía a una gran cantidad de dinero. ¿Le suena a usted algo de todo esto?

Fermín se iba encogiendo como si cada palabra de aquella historia fuese un palazo en la cabeza.

—Daniel, es muy importante que no vuelva a seguir usted a ese individuo ni hable con él. No haga nada. Manténgase alejado. Es muy peligroso.

—¿Quién es ese hombre, Fermín?

Fermín cerró el libro y lo ocultó tras unas cajas en uno de los estantes. Oteando en dirección a la tienda y asegurándose de que mi padre seguía ocupado con la clienta y no nos podía oír, se me acercó y me habló en voz muy baja.

—Por favor, no le cuente nada de esto a su padre ni a nadie.

—Fermín…

—Hágame ese favor. Se lo pido por nuestra amistad.

—Pero, Fermín.

—Por favor, Daniel. Aquí no. Confíe en mí.

Asentí a regañadientes y le mostré el billete de cien con el que el extraño me había pagado. No hizo falta que le explicase de dónde había salido.

—Ese dinero está maldito, Daniel. Déselo a las monjas de la caridad o a un pobre que vea por la calle. O, mejor aún, quémelo.

Sin decir nada más procedió a quitarse la bata y a enfundarse su gabardina deshilachada y a calzarse una boina sobre aquella cabeza de cerilla que parecía una paellera fundida esbozada por Dalí.

—¿Se va ya?

—Dígale a su padre que me ha surgido un imprevisto. ¿Me hará ese favor?

—Claro, pero…

—Ahora no puedo explicárselo, Daniel.

Se agarró el estómago con una mano como si se le hubiesen anudado las tripas y empezó a gesticular con la otra como si quisiera atrapar palabras al vuelo que no conseguía que le aflorasen a los labios.

—Fermín, a lo mejor si me lo cuenta puedo ayudarle…

Fermín dudó un instante, pero luego negó en silencio y salió al vestíbulo. Lo seguí hasta el portal y lo vi partir bajo la llovizna, apenas un hombrecillo cargando

con el mundo a hombros mientras la noche, más negra que nunca, se desplomaba sobre Barcelona.

9

Es un hecho científicamente comprobado que cualquier infante de pocos meses de vida sabe detectar con instinto infalible ese momento exacto de la madrugada en que sus padres han conseguido conciliar el sueño para elevar el llanto y evitar así que puedan descansar más de treinta minutos seguidos.

Aquélla, como casi todas las madrugadas, el pequeño Julián se despertó a eso de las tres de la mañana y no dudó en anunciar su vigilia a pleno pulmón. Abrí los ojos y me volví. A mi lado, Bea, reluciente de penumbra, se agitó con aquel despertar lento que permitía contemplar el dibujo de su cuerpo bajo las sábanas y murmuró algo incomprensible. Resistí el impulso natural de besarle el cuello y liberarla de aquel interminable camisón blindado que mi suegro, seguramente aposta, le había regalado por su cumpleaños y que no conseguía que se perdiera en la colada ni con malas artes.

—Ya me levanto yo —susurré besándola en la frente.

Bea respondió dándose la vuelta y cubriéndose la cabeza con la almohada. Me detuve a saborear la curva de aquella espalda y su dulce descender, que ni todos los camisones del mundo habrían conseguido domar. Llevaba casi dos años casado con aquella prodigiosa criatura y todavía me sorprendía despertar a su lado sintiendo su calor. Empezaba a retirar la sábana y a acariciar la parte posterior de aquel muslo aterciopelado cuando la mano de Bea me clavó las uñas en la muñeca.

—Daniel, ahora no. El niño está llorando.

—Sabía que estabas despierta.

—Es difícil dormir en esta casa, entre hombres que no saben dejar de llorar o de magrearle el trasero a una pobre infeliz que no consigue juntar más de dos horas de sueño por noche.

—Tú te lo pierdes.

Me levanté y recorrí el pasillo hasta la habitación de Julián, en la parte de atrás. Poco después de la boda nos habíamos instalado en el ático del edificio donde estaba la librería. Don Anacleto, el catedrático de instituto que lo había ocupado durante veinticinco años, había decidido retirarse y volver a su Segovia natal a escribir poemas picantes a la sombra del acueducto y a estudiar la ciencia del cochinillo asado.

El pequeño Julián me recibió con un llanto sonoro y de alta frecuencia que amenazaba con perforarme el tímpano. Lo tomé en brazos y, tras olfatear el pañal y confirmar que, por una vez, no había moros en la costa, hice lo que haría todo padre novicio en su sano juicio: murmurarle tonterías y danzar dando saltitos ridículos alrededor de la habitación. Estaba en ese trance cuando descubrí a Bea contemplándome desde el umbral con desaprobación.

—Dame, que lo vas a despertar aún más.

—Pues él no se queja —protesté cediéndole el niño.

Bea lo tomó en sus brazos y le susurró una melodía al tiempo que lo mecía suavemente. Cinco segundos más tarde Julián dejó de llorar y esbozó aquella sonrisa embobada que su madre siempre conseguía arrancarle.

—Anda —dijo Bea en voz baja—. Ahora voy.

Expulsado de la habitación y tras haber quedado claramente demostrada mi ineptitud en el manejo de criaturas en edad de gatear, regresé al dormitorio y me tendí en la cama sabiendo que no iba a pegar ojo el resto de la noche. Un rato más tarde, Bea apareció por la puerta y se tendió a mi lado suspirando.

—Estoy que no me tengo en pie.

La abracé y permanecimos en silencio unos minutos.

—He estado pensando —dijo Bea.

Tiembla, Daniel, pensé. Bea se incorporó y se sentó en cuclillas sobre el lecho frente a mí.

—Cuando Julián sea algo mayor y mi madre pueda cuidarlo unas horas durante el día, creo que voy a trabajar.

Asentí.

—¿Dónde?

—En la librería.

La prudencia me aconsejó callar.

—Creo que os vendría bien —añadió—. Tu padre ya no está para echarle tantas horas y, no te ofendas, pero creo que yo tengo más mano con los clientes que tú y que Fermín, que últimamente me parece que asusta a la gente.

—Eso no te lo voy a discutir.

—¿Qué es lo que le pasa al pobre? El otro día me encontré a la Bernarda por la calle y se me echó a llorar. La llevé a una de las granjas de la calle Petritxol y después de atiborrarla a suizos me estuvo contando que Fermín está rarísimo. Al parecer desde hace unos días se niega a rellenar los papeles de la parroquia para la boda. A mí me da que ése no se casa. ¿Te ha dicho algo?

—Alguna cosa he notado —mentí—. A lo mejor la Bernarda le está apretando demasiado…

Bea me miró en silencio.

—¿Qué? —pregunté al fin.

—La Bernarda me pidió que no se lo dijese a nadie.

—¿Que no dijeses el qué?

Bea me miró fijamente.

—Que este mes lleva retraso.

—¿Retraso? ¿Se le ha acumulado la faena?

Bea me miró como si fuese idiota y se me encendió la luz.

—*¿La Bernarda está embarazada?*

—Baja la voz, que vas a despertar a Julián.

—¿Está embarazada o no? —repetí, con un hilo de voz.

—Probablemente.

—¿Y lo sabe Fermín?

—No se lo ha querido decir todavía. Le da miedo que se dé a la fuga.

—Fermín nunca haría eso.

—Todos los hombres haríais eso si pudieseis.

Me sorprendió la aspereza en su voz, que rápidamente endulzó con una sonrisa dócil que no había quien se la creyera.

—Qué poco que nos conoces.

Se incorporó en la penumbra y, sin mediar palabra, se alzó el camisón y lo dejó caer a un lado de la cama. Se dejó contemplar unos segundos y luego, lentamente, se inclinó sobre mí y me lamió los labios sin prisa.

—Qué poco que os conozco —susurró.

10

Al día siguiente, el efecto reclamo del pesebre iluminado confirmó su eficacia y vi a mi padre sonreír por primera vez en semanas mientras anotaba algunas ventas en el libro de contabilidad. Desde primera hora de la mañana iban goteando algunos viejos clientes que hacía tiempo que no se dejaban ver por la librería y nuevos lectores que nos visitaban por primera vez. Dejé que mi padre los atendiese a todos con su mano experta y me di el gusto de verle disfrutar recomendándoles títulos, despertando su curiosidad e intuyendo sus gustos e intereses. Aquél prometía ser un buen día, el primero en muchas semanas.

—Daniel, habría que sacar las colecciones de clásicos ilustrados para niños. Las de ediciones Vértice, con el lomo azul.

—Me parece que están en el sótano. ¿Tienes tú las llaves?

—Bea me las pidió el otro día para bajar no sé qué cosas del niño. No me suena que me las devolviera. Mira en el cajón.

—Aquí no están. Subo un momento a casa a buscarlas.

Dejé a mi padre atendiendo a un caballero que acababa de entrar y que estaba interesado en adquirir un libro sobre la historia de los cafés de Barcelona y salí por la trastienda a la escalera. El piso que Bea y yo ocupábamos era alto y, amén de más luz, venía con subidas y bajadas de escaleras que tonificaban el ánimo y los muslos. Por el camino me crucé con Edelmira, una viuda del tercero que había sido bailarina y que ahora pintaba vírgenes y santos a mano en su casa para ganarse la vida. Demasiados años sobre las tablas del teatro Arnau le habían pulverizado las rodillas y ahora necesitaba agarrarse a la barandilla con las dos manos para negociar un simple tramo de escaleras, pero aun así siempre tenía una sonrisa en los labios y algo amable que decir.

—¿Cómo está la guapa de tu mujer, Daniel?

—No tan guapa como usted, doña Edelmira. ¿La ayudo a bajar?

Edelmira, como siempre, declinó mi oferta y me dio recuerdos para Fermín, que siempre la piropeaba y le hacía proposiciones deshonestas al verla pasar.

Cuando abrí la puerta del piso, el interior todavía olía al perfume de Bea y a esa mezcla de aromas que desprenden los niños y su *attrezzo*. Bea solía madrugar y sacaba a Julián de paseo en el flamante carrito Jané que nos había regalado Fermín y al que todos nos referíamos como *el Mercedes*.

—¿Bea? —llamé.

El piso era pequeño y el eco de mi voz regresó antes de que pudiese cerrar la puerta a mi espalda. Bea había salido ya. Me planté en el comedor intentando reconstruir el proceso mental de mi esposa y deducir dónde habría guardado las llaves del sótano. Bea era mucho más ordenada y metódica que yo. Empecé por repasar los cajones del mueble del comedor donde solía guardar recibos, cartas pendientes y

monedas sueltas. De ahí pasé a las mesitas, fruteros y estanterías.

La siguiente parada fue la cocina, donde había una vitrina en la que Bea acostumbraba a poner notas y recordatorios. La suerte me fue esquiva y terminé en el dormitorio, de pie frente a la cama y mirando a mi alrededor con espíritu analítico. Bea ocupaba un setenta y cinco por ciento del armario, cajones y demás instalaciones del dormitorio. Su argumento era que yo siempre me vestía igual y que con un rincón del guardarropa tenía bastante. La sistemática de sus cajones era de una sofisticación que me sobrepasaba. Una cierta culpabilidad me asaltó al recorrer los espacios reservados de mi mujer pero, tras infaustos registros de todos los muebles a la vista, seguía sin encontrar las llaves.

«Reconstruyamos los hechos», me dije. Recordaba vagamente que Bea había dicho algo de bajar una caja con ropa de verano. Había sido un par de días atrás. Si no me fallaba la memoria, aquel día Bea llevaba el abrigo gris que le había regalado por nuestro primer aniversario. Sonreí ante mis dotes de deducción y abrí el armario para buscar el abrigo entre el vestuario de mi mujer. Allí estaba. Si todo lo aprendido leyendo a Conan Doyle y sus discípulos era correcto, las llaves de mi padre estarían en uno de los bolsillos de aquel abrigo. Hundí las manos en el derecho y di con dos monedas y un par de caramelos mentolados como los que regalaban en las farmacias. Procedí a inspeccionar el otro bolsillo y me complací en confirmar mi tesis. Mis dedos rozaron el manojo de llaves.

Y algo más.

Había una pieza de papel en el bolsillo. Extraje las llaves y, dudando, decidí sacar también el papel. Probablemente era una de las listas de recados que Bea solía prepararse para no olvidar detalle.

Al examinarlo con más atención vi que se trataba de un sobre. Una carta. Iba dirigida a Beatriz Aguilar y el matasellos la fechaba una semana atrás. Había sido enviada a la dirección de los padres de Bea, no al piso de Santa Ana. Le di la vuelta y, al leer el nombre del remitente, las llaves del sótano se me cayeron de la mano:

Pablo Cascos Buendía

Me senté en la cama y me quedé mirando aquel sobre, desconcertado. Pablo Cascos Buendía era el prometido de Bea en los días en que habíamos empezado a tontear. Hijo de una acaudalada familia que poseía varios astilleros e industrias en El Ferrol, aquel personaje, que nunca había sido santo de mi devoción ni yo de la suya, estaba por entonces haciendo el servicio militar como alférez. Desde que Bea le había escrito para romper su compromiso no había vuelto a saber de él. Hasta entonces.

¿Qué hacía una carta con fecha reciente del antiguo prometido de Bea en el bolsillo de su abrigo? El sobre estaba abierto, pero durante un minuto los escrúpulos me impidieron extraer la carta. Me di cuenta de que era la primera vez que espiaba a espaldas de Bea y estuve a punto de devolver la carta a su lugar y salir por pies de

allí. Mi momento de virtud duró unos segundos. Todo asomo de culpabilidad y vergüenza se evaporó antes de llegar al final del primer párrafo.

Querida Beatriz:

Espero que te encuentres bien y que seas feliz en tu nueva vida en Barcelona. Durante estos meses no he recibido contestación a las cartas que te envié y a veces me pregunto si he hecho algo para que ya no quieras saber de mí. Comprendo que eres una mujer casada y con un hijo, y que es tal vez impropio que te escriba, pero tengo que confesarte que, por mucho que pase el tiempo, no consigo olvidarte, aunque lo he intentado, y no me da pudor admitir que sigo enamorado de ti.

Mi vida también ha tomado un nuevo rumbo. Hace un año empecé a trabajar como director comercial de una importante empresa editorial. Sé lo mucho que significaban los libros para ti y poder trabajar entre ellos me hace sentirme más cerca de ti. Mi despacho está en la delegación de Madrid, aunque viajo a menudo por toda España por motivos de trabajo.

Pienso en ti constantemente, en la vida que podríamos haber compartido, en los hijos que podríamos haber tenido juntos… Me pregunto todos los días si tu marido sabe hacerte feliz y si no te habrás casado con él forzada por las circunstancias. No puedo creer que la vida modesta que él pueda ofrecerte sea lo que tú deseas. Te conozco bien. Hemos sido compañeros y amigos, y no ha habido secretos entre nosotros. ¿Te acuerdas de aquellas tardes que pasamos juntos en la playa de San Pol? ¿Te acuerdas de los proyectos, de los sueños que compartimos, de las promesas que nos hicimos? Nunca me he sentido con nadie como contigo. Desde que rompimos nuestro noviazgo he salido con algunas chicas, pero ahora sé que ninguna se puede comparar a ti. Cada vez que beso otros labios pienso en los tuyos y cada vez que acaricio otra piel siento la tuya.

Dentro de un mes viajaré a Barcelona para visitar las oficinas de la editorial y tener una serie de conversaciones con el personal sobre una futura reestructuración de la empresa. La verdad es que podía haber solucionado esos trámites por correo y teléfono. El motivo real de mi viaje no es otro que la esperanza de poder verte. Sé que pensarás que estoy loco, pero prefiero que pienses eso a que creas que te he olvidado. Llego el día 20 de enero y estaré hospedado en el hotel Ritz de la Gran Vía. Por favor, te pido que nos veamos, aunque sólo sea un rato, para que me dejes decirte en persona lo que llevo en el corazón. He hecho una reserva en el restaurante del hotel para el día 21 a las dos. Estaré allí, esperándote. Si vienes me harás el hombre más feliz del

mundo y sabré que mis sueños de recuperar tu amor tienen esperanzas.

Te quiere desde siempre,

PABLO

Por espacio de unos segundos me quedé allí, sentado en el lecho que había compartido con Bea apenas unas horas antes. Volví a meter la carta en el sobre y al levantarme sentí como si me acabasen de propinar un puñetazo en el estómago. Corrí al baño y vomité el café de aquella mañana en el lavabo. Dejé correr el agua fría y me mojé la cara. El rostro de aquel Daniel de dieciséis años al que le temblaban las manos la primera vez que acarició a Bea me observaba desde el espejo.

11

Cuando bajé de nuevo a la librería mi padre me lanzó una mirada inquisitiva y consultó su reloj de pulsera. Supuse que se preguntaba dónde había estado la última media hora, pero no dijo nada. Le tendí la llave del sótano, intentando no cruzar los ojos con él.

—Pero ¿no ibas tú a bajar a buscar los libros? —preguntó.

—Claro. Perdona. Ahora mismo voy.

Mi padre me observó de reojo.

—¿Estás bien, Daniel?

Asentí, fingiendo extrañeza ante su pregunta. Antes de darle ocasión de repetirla me encaminé al sótano a recoger las cajas que me había pedido. El acceso al sótano quedaba al fondo del vestíbulo del edificio. Una puerta metálica sellada con un candado situada bajo el primer tramo de escaleras daba a una espiral de peldaños que se perdían en la oscuridad y olían a humedad y a algo indeterminado que hacía pensar en tierra batida y flores muertas. Una pequeña hilera de bombillas de parpadeo anémico pendía del techo y confería al lugar un aire de refugio antiaéreo. Descendí las escaleras hasta el sótano y una vez allí palpé la pared en busca del interruptor.

Una bombilla amarillenta prendió sobre mi cabeza desvelando el contorno de lo que apenas era un trastero con delirios de grandeza. Las momias de viejas bicicletas sin dueño, cuadros velados de telarañas y cajas de cartón apiladas en estantes de madera reblandecida por la humedad formaban un retablo que no invitaba a pasar más tiempo del estrictamente necesario allí abajo. No fue hasta contemplar aquel panorama cuando comprendí lo extraño que era que Bea hubiese decidido descender a aquel lugar por voluntad propia en vez de pedirme a mí que lo hiciera. Escruté aquel laberinto de despojos y trastos y me pregunté qué otros secretos tendría escondidos allí.

Al darme cuenta de lo que estaba haciendo suspiré. Las palabras de aquella carta iban calando en mi mente como gotas de ácido. Me hice prometerme a mí mismo que no empezaría a hurgar entre las cajas buscando manojos de cartas perfumadas de aquel individuo. Hubiera traicionado mi promesa a los pocos segundos de no ser por que oí pasos descendiendo por la escalera. Alcé la vista y me encontré con Fermín, que contemplaba la escena con aire de náusea.

—Oiga, aquí huele a muerto y medio. ¿Quiere decir que no tendrán a la madre de la Merceditas embalsamada entre patrones de ganchillo en una de esas cajas?

—Ya que está aquí, ayúdeme a subir unas cajas que quiere mi padre.

Fermín se arremangó, listo para entrar en faena. Le señalé un par de cajas con el sello de la editorial Vértice y nos hicimos cada uno con una.

—Daniel, tiene usted peor cara que yo. ¿Le pasa algo?

—Serán los vapores del sótano.

Fermín no se dejó despistar por mi amago de broma. Dejé la caja en el suelo y me senté en ella.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Fermín?

Fermín soltó su caja y también la adoptó de taburete. Lo miré dispuesto a hablar pero incapaz de arrastrar las palabras a mis labios.

—¿Problemas de alcoba? —preguntó.

Me sonrojé al comprobar lo bien que me conocía mi amigo.

—Algo así.

—¿La señora Bea, bendita sea entre todas las mujeres, tiene pocas ganas de guerra o al contrario demasiadas y usted a duras penas llega a cubrir los servicios mínimos? Piense que las mujeres, cuando tienen una criatura, es como si les hubiesen soltado en la sangre una bomba atómica de hormonas. Uno de los grandes misterios de la naturaleza es cómo es posible que no se vuelvan locas en los veinte segundos que siguen al parto. Todo esto lo sé porque la obstetricia, después del verso libre, es una de mis aficiones.

—No, no es eso. Que yo sepa.

Fermín me examinó extrañado.

—Tengo que pedirle que no cuente a nadie lo que voy a decirle.

Fermín se santiguó con solemnidad.

—Hace un rato, por accidente, he encontrado una carta en el bolsillo del abrigo de Bea.

Mi pausa no pareció impresionarle.

—¿Y?

—La carta era de su anterior prometido.

—¿El cascorro? Pero ¿ése no se había ido al Ferrol del Caudillo a protagonizar una espectacular carrera como niñato de papá?

—Eso creía yo. Pero resulta que a ratos libres escribe cartas de amor a mi mujer.

Fermín se levantó de un brinco.

—Me cago en la madre que lo parió —masculló más furioso que yo.

Saqué la carta del bolsillo y se la tendí. Fermín la olfateó antes de abrirla.

—¿Soy yo o este cabrito envía las cartas en papel perfumado? —preguntó.

—No me había fijado, pero no me extrañaría. El hombre es así. Lo bueno viene después. Lea, lea…

Fermín leyó murmurando y negando por lo bajo.

—Además de miserable y rastrero, este tío es un cursi de tomo y lomo. Eso del «besar otros labios» tendría que bastar para que pasara la noche en el calabozo.

Guardé la carta y arrastré la mirada por el suelo.

—¿No me dirá que sospecha de la señora Bea? —preguntó Fermín, incrédulo.

—No, claro que no.

—Mentiroso.

Me levanté y empecé a dar vueltas por el sótano.

—¿Y usted qué haría si encontrase una carta así en el bolsillo de la Bernarda?

Fermín lo meditó con mesura.

—Lo que haría es confiar en la madre de mi hijo.

—¿Confiar en ella?

Fermín asintió.

—No se ofenda, Daniel, pero tiene usted el problema clásico de los hombres que se casan con una fémina de bandera. La señora Bea, que para mí es y será una santa, está, en el vernáculo popular, para mojar pan y rebañar el plato con los dedos. En consecuencia, es previsible que crápulas, infelices, chulopiscinas y toda clase de gallitos al uso le vayan detrás. Con marido y niño o sin, porque eso al simio embutido en un traje que benévolamente llamamos homo sapiens le trae al pairo. Usted no se dará cuenta, pero yo me jugaría los calzones a que a su santa esposa le salen más moscas que a un tarro de miel en la Feria de Abril. Este cretino es simplemente un ave carroñera que tira piedras a ver si le da a algo. Hágame caso, que una mujer con la cabeza y las enaguas bien puestas a los de esa ralea los ve venir de lejos.

—¿Está usted seguro?

—La duda ofende. ¿Usted cree que si doña Beatriz quisiera hacerle el salto tendría que esperar a que un baboso de medio pelo le enviase boleros recalentados para camelársela? Si no le salen diez pretendientes cada vez que saca el niño y el palmito a pasear, no le sale ninguno. Hágame caso que sé de lo que hablo.

—Pues, ahora que lo dice usted, no sé si eso es mucho consuelo.

—Mire, lo que tiene que hacer es volver a poner esa carta en el bolsillo del abrigo donde la encontró y olvidarse del tema. Y no se le ocurra decirle nada a su señora al respecto.

—¿Eso es lo que haría usted?

—Lo que yo haría es ir en busca de ese cabestro y propinarle tamaña patada en las vergüenzas que cuando se las tuviesen que extirpar del cogote no le quedasen más ganas que de meterse a cartujo. Pero yo soy yo. Y usted es usted.

Sentí que la angustia se esparcía en mi interior como una gota de aceite en agua clara.

—No estoy seguro de que me haya ayudado usted, Fermín.

Se encogió de hombros y, levantando la caja, se perdió escaleras arriba.

Pasamos el resto de la mañana ocupados con los menesteres de la librería. Tras un par de horas dándole vueltas al tema de la carta llegué a la conclusión de que Fermín estaba en lo cierto. Lo que no acababa de dilucidar era si estaba en lo cierto respecto a lo de confiar y callar o a lo de ir a por aquel desgraciado y esculpirle una cara nueva. El calendario sobre el mostrador indicaba que estábamos a día 20 de diciembre. Tenía un mes para decidirme.

El día transcurrió animado y con ventas modestas pero constantes. Fermín no perdía ninguna oportunidad para alabarle a mi padre las glorias del belén y el acierto de aquel niño Jesús con trazas de levantador de pesas vasco.

—Como veo que está usted hecho un as de las ventas, me retiro a la trastienda a limpiar y preparar la colección que nos dejó en depósito la viuda el otro día.

Aproveché la coyuntura para seguir a Fermín hasta la trastienda y correr la cortina a mi espalda. Fermín me miró con cierta alarma y le ofrecí una sonrisa conciliadora.

—Si quiere le ayudo.

—Como guste, Daniel.

Por espacio de varios minutos empezamos a desembalar las cajas de libros y a ordenarlos en pilas por género, estado y tamaño. Fermín no despegaba los labios y evitaba mi mirada.

—Fermín…

—Ya le he dicho que no tiene que preocuparse por eso de la carta. Su señora no es una mujerzuela y el día que quiera dejarlo plantado, que Dios quiera que no sea nunca, se lo dirá a la cara y sin intrigas de serial.

—Mensaje recibido, Fermín. Pero no es eso.

Fermín alzó la vista con gesto de congoja, viéndome venir.

—He estado pensando que hoy después de cerrar podríamos irnos a cenar usted y yo —empecé—. Para hablar de nuestras cosas. De la visita del otro día. Y de eso que le preocupa, que me da en la nariz que está relacionado.

Fermín dejó el libro que estaba limpiando sobre la mesa. Me miró con desánimo y suspiró.

—Estoy metido en un lío, Daniel —murmuró al fin—. Un lío del que no sé cómo salirme.

Le puse la mano en el hombro. Bajo la bata, todo lo que se percibía era hueso y pellejo.

—Entonces permítame ayudarle. Entre dos estas cosas se ven más pequeñas.

Me miró, perdido.

—Seguro que de peores aprietos hemos salido usted y yo —insistí.

Sonrió con tristeza, poco convencido acerca de mi diagnóstico.

—Es usted un buen amigo, Daniel.

Ni la mitad de lo bueno que él se merecía, pensé.

12

Por aquel entonces Fermín aún vivía en la vieja pensión de la calle Joaquín Costa, donde me constaba de buena tinta que el resto de los realquilados, en estrecha y secreta colaboración con la Rociíto y sus hermanas de armas, le estaban preparando una despedida de soltero que iba a hacer historia. Fermín ya me esperaba en el portal cuando pasé a recogerlo pasadas las nueve.

—La verdad es que mucha hambre no tengo —anunció al verme.

—Lástima, porque había pensado que podíamos ir a Can Lluís —propuse—. Esta noche hay garbanzos cocidos y *cap i pota…*

—Bueno, tampoco hay que precipitarse —convino Fermín—. El buen yantar es como una moza en flor: no saber apreciarlo es de besugos.

Tomando como lema esa perla del anaquel de aforismos del eximio don Fermín Romero de Torres, bajamos dando un paseo hasta el que era uno de los restaurantes favoritos de mi amigo en toda Barcelona y en buena parte del mundo conocido. Can Lluís quedaba en el 49 de la calle de la Cera, en el umbral del solomillo del Raval. Enmarcado bajo una apariencia modesta y con cierto aire farandulero impregnado de los misterios de la vieja Barcelona, Can Lluís ofrecía una cocina exquisita, un servicio de libro de texto y una lista de precios que incluso Fermín o yo nos podíamos costear. Las noches entre semana solía juntarse allí una parroquia bohemia con gentes del teatro, las letras y otras criaturas del buen y mal vivir brindando mano a mano.

Al entrar nos encontramos cenando en la barra y hojeando el diario a un habitual de la librería, el profesor Alburquerque, sabio local, profesor de la Facultad de Letras y fino crítico y articulista que tenía allí su segunda casa.

—Qué caro de ver se hace usted, profesor —le dije al pasar a su lado—. A ver si nos hace alguna visita y repone existencias, que sólo de leer esquelas en *La Vanguardia* no vive el hombre.

—Ya me gustaría. Son las tesinas de las narices. De tanto leer las majaderías que me escriben estos niñatos que suben ahora creo que me está dando un principio de dislexia.

Entonces uno de los camareros le sirvió el postre: un rotundo flan que se mecía rebosando lágrimas de azúcar requemado y olía a vainilla fina.

—Eso se le pasa a su señoría con un par de cucharadas de ese portento —dijo Fermín—, si talmente parece el busto de doña Margarita Xirgu, con ese vaivén acaramelado.

El docto profesor contempló su postre a la luz de esa consideración y asintió embelesado. Dejamos al sabio saboreando las beldades azucaradas de la diva de la escena y nos refugiamos en una mesa esquinera en el comedor del fondo donde, al poco, nos sirvieron una opípara cena que Fermín se pulió con la voracidad y el ímpetu de una lima industrial.

—Creía que no tenía apetito —dejé caer.

—Es el músculo, que pide calorías —explicó Fermín mientras sacaba brillo al plato con el último trozo de pan que quedaba en la cesta, aunque a mí me pareció que era la pura ansiedad que le consumía.

Pere, el camarero que nos atendía, se acercó para ver cómo andaba todo y a la vista del destrozo que había hecho Fermín le tendió la carta de postres.

—¿Un postrecito para rematar la faena, maestro?

—Pues mira, no te diría que no a un par de flanes de la casa de esos que he visto antes, a ser posible con una guinda bien colorada en cada uno —dijo Fermín.

Pere asintió y nos contó que, al oír el dueño cómo había glosado Fermín la consistencia y el tirón metafórico de aquella receta, había decidido rebautizar los flanes como unas *margaritas*.

—Yo con un cortado tengo bastante —dije.

—Dice el jefe que a postre y cafés invita la casa —dijo Pere.

Alzamos las copas de vino en dirección al dueño, que estaba tras la barra conversando con el profesor Alburquerque.

—Buena gente —murmuró Fermín—. A veces se olvida uno de que en este mundo no todos son miserables.

Me sorprendió la dureza y amargura de su tono.

—¿Por qué dice eso, Fermín?

Mi amigo se encogió de hombros. Al poco llegaron los dos flanes, balanceándose tentadores con dos guindas relucientes en la cima.

—Le recuerdo que dentro de unas semanas se casa usted y, entonces, se le habrán acabado las margaritas —bromeé.

—Pobre de mí —dijo Fermín—. Si soy todo boquilla. Ya no soy el de antes.

—Ninguno somos el de antes.

Fermín degustó su par de flanes con fruición.

—No sé ahora dónde leí una vez que en el fondo nunca hemos sido el de antes, que sólo recordamos lo que nunca sucedió… —dijo Fermín.

—Es del principio de una novela de Julián Carax —repuse.

—Es verdad. ¿Por dónde andará el amigo Carax? ¿No se lo pregunta usted nunca?

—Todos los días.

Fermín sonrió recordando nuestras aventuras de otros tiempos. Me señaló entonces el pecho con el dedo, adoptando un gesto inquisitivo.

—¿Aún le duele?

Me desabroché un par de botones de la camisa y le mostré la cicatriz que la bala del inspector Fumero había dejado al atravesarme el pecho aquel lejano día en las ruinas de El Ángel de Bruma.

—A ratos.

—Las cicatrices nunca se van, ¿verdad?

—Van y vienen, creo yo. Fermín, míreme a los ojos.

La mirada escurridiza de Fermín se posó en la mía.

—¿Me va a contar qué es lo que le pasa?

Dudó unos segundos.

—¿Sabía usted que la Bernarda está esperando? —preguntó.

—No —mentí—. ¿Es eso lo que le preocupa?

Fermín negó, apurando el segundo flan con la cucharilla y sorbiendo el azúcar quemado que había quedado.

—Ella no me lo ha querido decir todavía, la pobrecilla, porque está preocupada. Pero a mí me va a hacer el hombre más feliz del mundo.

Le miré con detenimiento.

—Pues si quiere que le diga la verdad, ahora mismo y así, de cerca, de feliz no tiene usted mucha pinta. ¿Es por la boda? ¿Le preocupa lo de pasar por la vicaría y todo eso?

—No, Daniel. La verdad es que me hace ilusión, aunque haya curas de por medio. Yo me casaría con la Bernarda todos los días.

—¿Entonces?

—¿Sabe usted la primera cosa que le piden a uno cuando quiere casarse?

—El nombre —dije sin pensar.

Fermín asintió lentamente. No se me había ocurrido pensar en aquello hasta entonces. De repente comprendí el dilema al que se enfrentaba mi buen amigo.

—¿Se acuerda usted de lo que le conté hace años, Daniel?

Lo recordaba perfectamente. Durante la guerra civil y gracias a los siniestros oficios del inspector Fumero, que por entonces y antes de fichar por los fascistas oficiaba de matarife a sueldo de los comunistas, mi amigo había ido a parar a la cárcel, donde estuvo a punto de perder la cordura y la vida. Cuando consiguió salir, vivo de puro milagro, decidió adoptar otra identidad y borrar su pasado. Moribundo, había tomado prestado un nombre que vio en un viejo cartel que anunciaba una corrida de toros en la Monumental. Así había nacido Fermín Romero de Torres, un hombre que inventaba su historia día a día.

—Por eso no quería usted rellenar los papeles de la parroquia —dije—. Porque no puede usted usar el nombre de Fermín Romero de Torres.

Fermín asintió.

—Mire, estoy seguro de que podemos encontrar el modo de conseguirle a usted unos papeles nuevos. ¿Se acuerda usted del teniente Palacios, que dejó la policía? Ahora da clases de educación física en un colegio de la Bonanova, pero alguna vez ha pasado por la librería y, hablando a lo tonto, un día me contó que existía todo un mercado subterráneo de nuevas identidades para gente que estaba volviendo al país después de pasar años fuera, y que él conocía a un individuo con un taller cerca de las Atarazanas que tenía contactos en la policía y que por cien pesetas le conseguía a uno una nueva cédula de identidad y la registraba en el ministerio.

—Ya lo sé. Se llamaba Heredia. Un artista.

—¿Llamaba?

—Lo encontraron flotando en el puerto hace un par de meses. Dijeron que se había caído de una golondrina mientras daba un paseo hasta el rompeolas. Con las manos atadas a la espalda. Humor del *fascio*.

—¿Lo conocía usted?

—Tuvimos nuestros tratos.

—Entonces sí tiene usted papeles que le acreditan como Fermín Romero de Torres…

—Heredia me los consiguió en el 39, hacia el final de la guerra. Entonces era más fácil, aquello era una olla de grillos y, cuando la gente se dio cuenta de que el barco se hundía, por dos duros te vendían hasta el escudo onomástico.

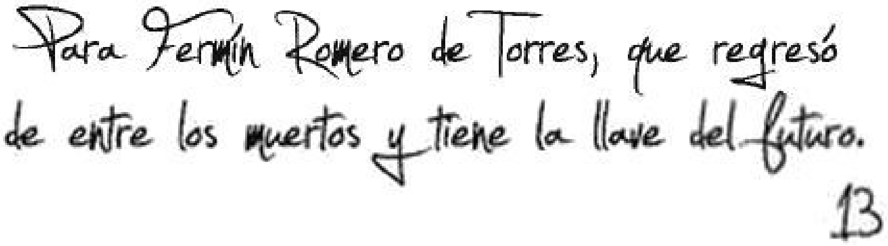
—Entonces, ¿por qué no puede utilizar su nombre?

—Porque Fermín Romero de Torres murió en 1940. Eran malos tiempos, Daniel, mucho peores que ahora. Ni un año duró el pobre.

—¿Murió? ¿Dónde? ¿Cómo?

—En la prisión del castillo de Montjuic. En la celda número 13.

Recordé la inscripción que el extraño había dejado para Fermín en el ejemplar de *El conde de Montecristo*.



—Aquella noche sólo le conté una pequeña parte de la historia, Daniel.

—Creía que confiaba usted en mí.

—Yo a usted le confiaría mi vida con los ojos cerrados. No es eso. Si sólo le conté parte de la historia fue para protegerle.

—¿Protegerme? ¿A mí? ¿De qué?

Fermín bajó la mirada, hundido.

—De la verdad, Daniel…, de la verdad.

Segunda parte

DE ENTRE LOS MUERTOS

1

Barcelona, 1939

A los prisioneros nuevos los traían de noche, en coches o furgonetas negras que cruzaban la ciudad en silencio desde la comisaría de Vía Layetana sin que nadie reparase, o quisiera reparar, en ellos. Los vehículos de la Brigada Social ascendían la vieja carretera que escalaba la montaña de Montjuic y más de uno contaba que, al vislumbrar la silueta del castillo recortándose en lo alto contra las nubes negras que reptaban desde el mar, había sabido que nunca más volvería a salir de allí con vida.

La fortaleza estaba anclada en lo más alto de la roca, suspendida entre el mar al este, la alfombra de sombras que desplegaba Barcelona al norte, y la infinita ciudad de los muertos al sur, el viejo cementerio de Montjuic cuyo hedor escalaba la roca y se filtraba entre las grietas de la piedra y los barrotes de las celdas. En otros tiempos el castillo se había utilizado para bombardear la ciudad a cañonazos, pero, apenas unos meses después de la caída de Barcelona en enero y la derrota final en abril, la muerte anidaba allí en silencio y los barceloneses atrapados en la más larga noche de su historia preferían no alzar la vista al cielo para no reconocer la silueta de la prisión en lo alto de la colina.

A los presos de la policía política se les asignaba un número al entrar, normalmente el de la celda que iban a ocupar y en la que, probablemente, iban a morir. Para la mayoría de los inquilinos, como alguno de los carceleros gustaba de referirse a ellos, el viaje al castillo era sólo de ida. La noche que el inquilino número 13 llegó a Montjuic llovía con fuerza. Pequeñas venas de agua ennegrecida sangraban por los muros de piedra y el aire hedía a tierra removida. Dos oficiales lo escoltaron hasta una sala en la que no había más que una mesa metálica y una silla. Una bombilla desnuda pendía del techo y parpadeaba cuando el pulso del generador flojeaba. Allí permaneció cerca de media hora esperando de pie, con las ropas empapadas y bajo la vigilancia de un centinela armado con un fusil.

Finalmente se oyeron unos pasos, la puerta se abrió y entró un hombre joven que no debía de llegar a los treinta años. Vestía un traje de lana recién planchado y olía a colonia. No tenía el aspecto marcial de un militar de carrera ni de un oficial de policía. Sus rasgos eran suaves y su gesto amable. El prisionero pensó que afectaba maneras de señorito y que desprendía aquel aire condescendiente de quien se siente por encima del lugar que ocupa y del escenario que comparte. El rasgo de su semblante que más llamaba la atención eran sus ojos. Azules, penetrantes y afilados de codicia y recelo. Sólo en ellos, tras aquella fachada de estudiada elegancia y cordial ademán, se intuía su naturaleza.

Unos lentes redondos le agrandaban la mirada y el cabello engominado y peinado hacia atrás le confería un aire vagamente amanerado e incongruente con el siniestro

decorado. El individuo tomó asiento en la silla tras el escritorio y desplegó una carpeta que portaba en la mano. Tras un somero análisis de su contenido, juntó las manos apoyando las yemas de los dedos bajo la barbilla y miró largamente al prisionero.

—Perdone, pero creo que se ha producido una confusión…

El culatazo en el estómago le cortó la respiración y el prisionero cayó al suelo hecho un ovillo.

—Habla sólo cuando el señor director te pregunte —indicó el centinela.

—En pie —ordenó el señor director, con voz tremulosa, todavía poco acostumbrada a mandar.

El prisionero consiguió ponerse en pie y enfrentó la mirada incómoda del señor director.

—¿Nombre?

—Fermín Romero de Torres.

El prisionero reparó en aquellos ojos azules y leyó en ellos desprecio y desinterés.

—¿Qué clase de nombre es ése? ¿Me tomas por tonto? Venga: nombre, el de verdad.

El prisionero, un hombrecillo enclenque, tendió sus papeles al señor director. El centinela se los arrancó de la mano y los acercó a la mesa. El señor director echó un simple vistazo y chasqueó la lengua, sonriendo.

—Otro de los de Heredia… —murmuró antes de tirar los documentos a la papelera—. Estos papeles no valen. ¿Me vas a decir cómo te llamas o nos vamos a tener que poner serios?

El inquilino número 13 intentó formar unas palabras, pero le temblaban los labios y apenas fue capaz de balbucear algo inteligible.

—No tengas miedo, hombre, que nosotros no nos comemos a nadie. ¿Qué te han contado? Hay mucho rojo de mierda que se dedica a esparcir calumnias por ahí, pero aquí a la gente, si colabora, se la trata bien, como españoles. Venga, desnúdate.

El inquilino pareció dudar un instante. El señor director bajó la mirada, como si todo aquel trance le incomodase y sólo la tozudez del prisionero le retuviese allí. Un instante después el centinela le propinó un segundo culatazo, esta vez en los riñones, que volvió a derribarlo.

—Ya has oído al señor director. En porreta. No tenemos toda la noche.

El inquilino número 13 consiguió ponerse de rodillas y así se fue desprendiendo de las ropas ensangrentadas y sucias que lo cubrían. Una vez que estuvo completamente desnudo, el centinela le insertó el cañón del rifle bajo un hombro y le forzó a levantarse. El señor director alzó la vista del escritorio y esgrimió un gesto de disgusto al contemplar las quemaduras que le cubrían el torso, las nalgas y buena parte de los muslos.

—Parece que aquí el campeón es un viejo conocido de Fumero —comentó el centinela.

—Usted cállese —ordenó el señor director con escasa convicción.

Miró al prisionero con impaciencia y comprobó que estaba llorando.

—Venga, no llores y dime cómo te llamas.

El prisionero susurró de nuevo su nombre.

—Fermín Romero de Torres…

El señor director suspiró, hastiado.

—Mira, me estás empezando a agotar la paciencia. Quiero ayudarte y no me apetece tener que llamar a Fumero y decirle que estás aquí…

El prisionero empezó a gemir como un perro herido y a temblar tan violentamente que el señor director, a quien claramente desagradaba la escena y deseaba concluir el trámite cuanto antes, intercambió una mirada con el centinela y, sin mediar palabra, se limitó a anotar en el registro el nombre que le había dado el prisionero y a maldecir por lo bajo.

—Mierda de guerra —murmuró para sí cuando se llevaron al prisionero a su celda, arrastrándole desnudo por los túneles encharcados.

2

La celda era un rectángulo oscuro y húmedo con un pequeño agujero horadado en la roca por el que corría el aire frío. Los muros estaban recubiertos de muescas y marcas labradas por los antiguos inquilinos. Algunos anotaban sus nombres, fechas, o dejaban algún indicio de que habían existido. Uno de ellos se había entretenido en arañar crucifijos en la oscuridad, pero el cielo no parecía haber reparado en ello. Los barrotes que sellaban la celda eran de hierro herrumbroso y dejaban un velo de óxido en las manos.

Fermín se había acurrucado sobre un camastro, intentando cubrir su desnudez con un pedazo de tela harapienta que, supuso, hacía las veces de manta, colchón y almohada. La penumbra tenía un tinte cobrizo, como el aliento de una vela mortecina. Al rato, los ojos se acostumbraban a aquella tiniebla perpetua y el oído se afinaba para apreciar leves movimientos de cuerpos entre la letanía de goteras y ecos trazada por la corriente de aire que se filtraba del exterior.

Fermín llevaba media hora allí cuando reparó en que en el otro extremo de la celda se apreciaba un bulto en la sombra. Se levantó y se aproximó lentamente para descubrir que se trataba de un saco de lona sucia. El frío y la humedad habían empezado a calarle los huesos y, aunque el olor que desprendía aquel fardo salpicado de manchas oscuras no invitaba a conjeturas felices, Fermín pensó que tal vez la saca contenía el uniforme de prisionero que nadie se había molestado en entregarle y, con suerte, alguna manta con la que guarecerse. Se arrodilló frente a la saca y deshizo el nudo que cerraba uno de los extremos.

Al retirar la lona, el trémulo resplandor de los candiles que parpadeaban en el corredor desveló lo que durante un momento tomó por el rostro de un muñeco, un maniquí como los que los sastres disponían en sus escaparates para lucir sus trajes. El hedor y la náusea le hicieron comprender que no se trataba de muñeco alguno. Cubriéndose la nariz y la boca con una mano, retiró el resto de la lona y se echó atrás hasta dar con el muro de la celda.

El cadáver parecía el de un adulto de edad indeterminada, entre cuarenta y setenta y cinco años de edad, que no debía de pesar más de cincuenta kilos. Una larga cabellera y una barba blanca le cubrían buena parte del esquelético torso. Sus manos huesudas, con uñas largas y retorcidas, parecían las garras de un pájaro. Tenía los ojos abiertos y las córneas parecían habérsele arrugado como frutas maduras. La boca estaba entreabierta y la lengua, hinchada y negruzca, había quedado trabada entre los dientes podridos.

—Quítele la ropa antes de que se lo lleven —llegó una voz desde la celda que quedaba al otro lado del corredor—. Nadie le va a dar a usted otra hasta el mes que viene.

Fermín auscultó la sombra y registró aquellos dos ojos brillantes que lo

observaban desde el camastro de la otra celda.

—Sin miedo, que el pobre ya no puede hacerle daño a nadie —aseguró la voz.

Fermín asintió y se aproximó de nuevo al saco, preguntándose cómo iba a llevar a cabo la operación.

—Usted disculpe —le murmuró al difunto—. Descanse en paz y que Dios lo tenga en su gloria.

—Era ateo —informó la voz de la celda de enfrente.

Fermín asintió y se dejó de ceremoniales. El frío que inundaba el cubículo cortaba hasta el hueso y parecía insinuar que allí las cortesías estaban de más. Contuvo la respiración y se puso manos a la obra. La ropa olía igual que el muerto. El *rigor mortis* había empezado a extenderse por el cuerpo y la tarea de desnudar el cadáver resultó más difícil de lo que había supuesto. Tras desplumar al difunto de sus galas, Fermín procedió a cubrirlo de nuevo con el saco y a cerrarlo con un nudo marinero con el que no hubiera podido lidiar ni el gran Houdini. Finalmente, ataviado con aquella muda deshilachada y pestilente, Fermín se recogió de nuevo sobre el camastro y se preguntó cuántos usuarios habrían vestido aquel mismo uniforme.

—Gracias —dijo al fin.

—No se merecen —respondió la voz al otro lado del corredor.

—Fermín Romero de Torres, para servirle a usted.

—David Martín.

Fermín frunció el ceño. El nombre le resultaba familiar. Estuvo barajando recuerdos y ecos por espacio de casi cinco minutos cuando se le encendió la luz y recordó tardes robadas en un rincón de la biblioteca del Carmen devorando una serie de libros con portadas y títulos subidos de tono.

—¿Martín, el escritor? ¿El de *La Ciudad de los Malditos*?

Un suspiro en la sombra.

—Ya nadie respeta los pseudónimos en este país.

—Disculpe la indiscreción. Es que mi devoción por sus libros era escolástica, y de ahí que me conste que era usted quien sostenía la pluma del insigne Ignatius B. Samson…

—Para servirle a usted.

—Pues mire, señor Martín, es un placer conocerle a usted aunque sea en estas infaustas circunstancias, porque yo hace años que soy gran admirador suyo y…

—A ver si nos callamos, tortolitos, que aquí hay gente intentando dormir —bramó una voz agria que parecía venir de la celda contigua.

—Ya habló la alegría de la casa —atajó una segunda voz, algo más lejana en el corredor—. No le haga ni caso, Martín, que aquí se duerme uno y se lo comen vivo las chinches, empezando por la pudenda. Ande, Martín, ¿por qué no nos cuenta una historia? Una de las de Chloé…

—Eso, para que te la menees como un mico —replicó la voz hostil.

—Amigo Fermín —informó Martín desde su celda—. Tengo el gusto de

presentarle al número 12, al que todo le parece mal, sea lo que sea, y al número 15, insomne, culto e ideólogo oficial de la galería. El resto habla poco, sobre todo el número 14.

—Hablo cuando tengo algo que decir —intervino una voz grave y helada que Fermín supuso que debía de pertenecer al número 14—. Si todos aquí hiciésemos lo mismo, tendríamos las noches en paz.

Fermín consideró tan particular comunidad.

—Buenas noches a todos. Mi nombre es Fermín Romero de Torres y es un placer conocerles.

—El placer es todo suyo —replicó el número 12.

—Bienvenido y espero que su estancia sea breve —dijo el número 14.

Fermín echó otro vistazo al saco que albergaba el cadáver y tragó saliva.

—Ése era Lucio, el anterior número 13 —explicó Martín—. No sabemos nada de él porque el pobre era mudo. Una bala le voló la laringe en el Ebro.

—Lástima que fuese el único —repuso el número 19.

—¿De qué murió? —preguntó Fermín.

—Aquí se muere uno de estar —respondió el número 12—. No hace falta mucho más.

3

La rutina ayudaba. Una vez al día, durante una hora, conducían a los prisioneros de las dos primeras galerías al patio del foso para que les diese el sol, la lluvia o lo que se terciase. La comida era un tazón medio lleno de un engrudo frío, grasiento y grisáceo de naturaleza indeterminada y gusto rancio al que pasados unos días, y con los calambres del hambre en el estómago, uno acababa acostumbrándose. Se repartía a media tarde y con el tiempo los prisioneros aprendían a anhelar su llegada.

Una vez al mes los prisioneros entregaban sus ropas sucias y recibían otras que, en principio, habían sido sumergidas durante un minuto en un caldero con agua hirviendo, aunque las chinches no parecían haber recibido confirmación de aquel extremo. Los domingos se oficiaba una misa de recomendada asistencia que nadie se atrevía a perderse porque el cura pasaba lista y si faltaba algún nombre lo apuntaba. Dos ausencias se traducían en una semana de ayuno. Tres, vacaciones de un mes en una de las celdas de aislamiento que había en la torre.

Las galerías, patio y espacios que transitaban los prisioneros estaban fuertemente vigilados. Un cuerpo de centinelas armados de fusiles y pistolas patrullaba la prisión y, cuando los internos estaban fuera de sus celdas, era imposible mirar en cualquier dirección y no ver por lo menos a una docena de ellos ojo avizor y arma a punto. A ellos se les unían, de forma menos amenazante, los carceleros. Ninguno de ellos tenía aspecto de militar y la opinión generalizada entre los presos era que se trataba de un grupo de infelices que no había podido encontrar mejor empleo en aquellos días de miseria.

Cada galería tenía asignado un carcelero que, armado de un manojo de llaves, hacía turnos de doce horas sentado en una silla al extremo del corredor. La mayoría evitaba confraternizar con los prisioneros, o incluso dirigirles la palabra o la mirada más allá de lo estrictamente necesario. El único que suponía una excepción era un pobre diablo al que apodaban Bebo y que había perdido un ojo en un bombardeo aéreo cuando era vigilante nocturno en una fábrica del Pueblo Seco.

Se decía que Bebo tenía un hermano gemelo preso en alguna cárcel de Valencia y que, tal vez por eso, trataba con cierta amabilidad a los reclusos y, cuando nadie lo veía, les daba agua potable, algo de pan seco o lo que fuera que podía arañar de entre el botín en el que los centinelas convertían los envíos de las familias de los presos. A Bebo le gustaba arrastrar su silla hasta las proximidades de la celda de David Martín y escuchar las historias que a veces el escritor les contaba a los demás presos. En aquel particular infierno, Bebo era lo más parecido a un ángel.

Lo habitual era que, tras la misa de los domingos, el señor director dirigiese unas palabras edificantes a los presos. Todo lo que se sabía de él era que su nombre era Mauricio Valls y que antes de la guerra había sido un modesto aspirante a literato que trabajaba como secretario y correveidile de un autor local de cierto renombre y eterno

rival del malogrado don Pedro Vidal. A ratos libres mal traducía clásicos del griego y del latín, editaba junto con un par de almas gemelas un panfleto de alta ambición cultural y baja circulación, y organizaba tertulias de salón donde un batallón de eminencias afines deploraba el estado de las cosas y profetizaba que si algún día ellos agarraban la sartén por el mango el mundo iba a ascender al olimpo.

Su vida parecía encaminada a esa existencia gris y amarga de los mediocres a quienes Dios, en su infinita crueldad, ha bendecido con los delirios de grandeza y la soberbia de los titanes. Sin embargo, la guerra había reescrito su destino al igual que el de tantos y su suerte había cambiado cuando, en un trance a medio camino entre la casualidad y el braguetazo, Mauricio Valls, enamorado hasta entonces tan sólo de su prodigioso talento y su exquisito refinamiento, había contraído matrimonio con la hija de un poderoso industrial cuyos tentáculos sostenían buena parte del presupuesto del general Franco y sus tropas.

La novia, ocho años mayor que Mauricio, estaba postrada en una silla de ruedas desde los trece, carcomida por una enfermedad congénita que le devoraba los músculos y la vida. Ningún hombre la había mirado jamás a los ojos ni la había tomado de la mano para decirle que era hermosa y preguntarle su nombre. Mauricio, que como todos los literatos sin talento era en el fondo un hombre tan práctico como vanidoso, fue el primero y el último en hacerlo, y un año después la pareja contraía matrimonio en Sevilla con la asistencia estelar del general Queipo de Llano y otras lumbreras del aparato nacional.

—Usted hará carrera, Valls —le pronosticó el mismísimo Serrano Súñer en una audiencia privada en Madrid a la que Valls había acudido a mendigar el puesto de director de la Biblioteca Nacional.

»España vive momentos difíciles y todo español bien nacido debe arrimar el hombro para contener las hordas del marxismo, que ambicionan corromper nuestra reserva espiritual —anunció el cuñado del Caudillo, flamante en su uniforme de almirante de opereta.

—Cuente conmigo, su excelencia —se ofreció Valls—. Para lo que sea.

«Lo que sea» resultó ser un puesto de director, pero no de la prodigiosa Biblioteca Nacional, como él deseaba, sino de un penal de lúgubre reputación aupado sobre un peñasco que sobrevolaba la ciudad de Barcelona. La lista de allegados y paniaguados por colocar en puestos de prestigio era larga y prolija, y Valls, pese a sus empeños, estaba en el tercio inferior.

—Tenga paciencia, Valls. Sus esfuerzos se verán recompensados.

Aprendió así Mauricio Valls su primera lección en el complejo arte nacional de maniobrar y ascender tras cualquier cambio de régimen: miles de acólitos y convertidos se habían incorporado a la escalada y la competencia era durísima.

4

Ésa era, al menos, la leyenda. Este cúmulo no confirmado de sospechas, conjeturas y rumores de tercera mano había llegado a oídos de los presos gracias a las malas artes del anterior director, depuesto tras apenas dos semanas al mando y envenenado de resentimiento contra aquel advenedizo que venía a robarle el título por el que había estado luchando toda la guerra. El saliente carecía de conexiones familiares y arrastraba el fatídico precedente de haber sido sorprendido ebrio y profiriendo comentarios jocosos sobre el Generalísimo de todas las Españas y su sorprendente parecido con Pepito Grillo. Antes de que lo sepultaran en un puesto de subdirector de una prisión en Ceuta, se había dedicado a echar pestes sobre don Mauricio Valls a quien quisiera oírlas.

Lo que estaba más allá de toda duda era que a nadie se le permitía referirse a Valls bajo ningún otro apelativo que el de señor director. La versión oficial, promulgada por él mismo, contaba que don Mauricio era un hombre de letras de reconocido prestigio, poseedor de un cultivado intelecto y una fina erudición cosechada durante sus años de estudios en París y que, más allá de aquella estancia temporal en el sector penitenciario del régimen, tenía por destino y misión, con la ayuda de un selecto círculo de intelectuales afines, educar al pueblo llano de aquella España diezmada y enseñarle a pensar.

Sus discursos a menudo incluían extensas citas de los escritos, poemas o artículos pedagógicos que asiduamente publicaba en la prensa nacional sobre literatura, filosofía y el necesario renacimiento del pensamiento en Occidente. Si los presos aplaudían con fuerza al término de estas sesiones magistrales, el señor director tenía un gesto magnánimo y los carceleros repartían cigarrillos, velas o algún otro lujo de entre el lote de donaciones y paquetes que enviaban las familias a los presos. Los artículos más apetecibles habían sido previamente confiscados por los carceleros, que se los llevaban a casa o a veces los vendían entre los internos, pero menos daba una piedra.

Los fallecidos por causa natural o vagamente inducida, normalmente de uno a tres por semana, se recogían a medianoche, excepto los fines de semana o fiestas de guardar; entonces el cadáver permanecía en la celda hasta el lunes o el siguiente día laborable, habitualmente haciendo compañía al nuevo inquilino. Cuando los presos daban la voz de que uno de sus compañeros había pasado a mejor vida, un carcelero se acercaba, comprobaba el pulso o la respiración y lo metía en uno de los sacos de lona que se usaban para tal fin. Una vez atado el saco, yacía en la celda a la espera de que las pompas fúnebres del contiguo cementerio de Montjuic pasaran a recogerlo. Nadie sabía qué hacían con ellos y, cuando se lo habían preguntado a Bebo, éste se había negado a contestar y había bajado la mirada.

Cada quince días se celebraba un juicio militar sumarísimo y a los condenados se

los fusilaba al alba. A veces el pelotón de fusilamiento no acertaba a alcanzar algún órgano vital a causa del mal estado de los fusiles o de la munición y los lamentos de agonía de los fusilados caídos en el foso se oían durante horas. En alguna ocasión se oía una explosión y los gritos se silenciaban de golpe. La teoría que circulaba entre los presos era que alguno de los oficiales los había rematado con una granada, pero nadie estaba seguro de que aquélla fuese la explicación.

Otro de los rumores que circulaba entre los presos era que el señor director solía recibir a mujeres, hijas, novias o incluso tías y abuelas de los presos en su despacho los viernes por la mañana. Desprovisto de su anillo de casado, que confinaba en el primer cajón de su escritorio, escuchaba sus súplicas, sopesaba sus ruegos, ofrecía un pañuelo para sus llantos, y aceptaba sus regalos y favores de otra índole, otorgados bajo la promesa de mejor alimentación y trato o de la revisión de turbias sentencias que nunca llegaban a resolución alguna.

En otras ocasiones, Mauricio Valls simplemente les servía pastas de té y un vaso de moscatel y, si pese a las miserias de la época y a la mala nutrición aún estaban de buen ver y pellizcar, les leía algunos de sus escritos, les confesaba que su matrimonio con una enferma era un calvario de santidad, se deshacía en palabras sobre lo mucho que detestaba su puesto de carcelero y les contaba la humillación que suponía que hubiesen confinado a un hombre de tan alta cultura, refinamiento y exquisitez a aquel puesto trapacero cuando su destino natural era formar parte de las élites del país.

Los veteranos del lugar aconsejaban no mentar al señor director y, a ser posible, no pensar en él. La mayoría de los presos preferían hablar de las familias que habían dejado atrás, de sus mujeres y de la vida que recordaban. Algunos tenían fotos de novias o esposas que atesoraban y defendían con la vida si alguien trataba de arrebatárselas. Más de un preso le había explicado a Fermín que lo peor eran los primeros tres meses. Luego, una vez que se perdía toda esperanza, el tiempo empezaba a correr de prisa y los días sin sentido adormecían el alma.

5

Los domingos, después de misa y del discurso del señor director, algunos presos se congregaban en un rincón soleado del patio a compartir algún cigarrillo y a escuchar las historias que, cuando tenía la cordura necesaria, les contaba David Martín. Fermín, que las conocía casi todas porque había leído la serie entera de *La Ciudad de los Malditos*, se les unía y dejaba volar la imaginación. Pero a menudo Martín no parecía estar en condiciones de contar ni hasta cinco, así que los demás le dejaban en paz mientras él se ponía a hablar solo por los rincones. Fermín le observaba con detenimiento y a veces le seguía de cerca, porque había algo en aquel pobre diablo que le encogía el alma, Fermín, con sus artes e intrigas malabares, intentaba conseguirle cigarrillos o incluso unos terrones de azúcar, que le encantaban.

—Fermín, es usted un buen hombre. Trate de disimularlo.

Martín llevaba siempre consigo una vieja fotografía que le gustaba contemplar durante largos ratos. En ella aparecía un caballero vestido de blanco con una niña de unos diez años de la mano. Ambos estaban contemplando el crepúsculo en la punta de un pequeño muelle de madera que se adentraba sobre una playa como una pasarela tendida sobre aguas transparentes. Cuando Fermín le preguntaba por la fotografía, Martín guardaba silencio y se limitaba a sonreír antes de guardar la imagen en un bolsillo.

—¿Quién es la muchacha de la foto, señor Martín?

—No estoy seguro, Fermín. La memoria me falla a veces. ¿No le pasa a usted?

—Claro. Nos pasa a todos.

Se rumoreaba que Martín no estaba del todo en sus cabales, pero al poco de empezar a tratarle Fermín había comenzado a sospechar que el pobre estaba todavía más ido de lo que el resto de los prisioneros suponían. A ratos sueltos estaba más lúcido que nadie, pero a menudo no parecía comprender dónde se encontraba y hablaba de lugares y de personas que a todas luces existían sólo en su imaginación o en su recuerdo.

Con frecuencia Fermín se despertaba de madrugada y podía oír a Martín hablando en su celda. Si se aproximaba sigilosamente a los barrotes y afinaba el oído, podía escuchar nítidamente cómo Martín discutía con alguien a quien llamaba «señor Corelli» y que, a tenor de las palabras que intercambiaba con él, parecía un personaje notablemente siniestro.

Una de aquellas noches, Fermín había encendido lo que le quedaba de su última vela y la había alzado en dirección a la celda de enfrente para cerciorarse de que Martín estaba solo y de que ambas voces, la suya y la del tal Corelli, provenían de los mismos labios. Martín caminaba en círculos por su celda y, cuando su mirada se cruzó con la de Fermín, a éste le resultó evidente que su compañero de galería no lo veía y que se comportaba como si los muros de aquella prisión no existiesen y su

conversación con aquel extraño caballero tuviera lugar muy lejos de allí.

—No le haga ni caso —murmuró el número 15 desde la sombra—. Cada noche hace lo mismo. Está como un cencerro. Dichoso él.

A la mañana siguiente, cuando Fermín le preguntó acerca del tal Corelli y de sus conversaciones de medianoche, Martín le miró con extrañeza y se limitó a sonreír confundido. En otra ocasión en que no podía conciliar el sueño a causa del frío, Fermín se acercó de nuevo a los barrotes y escuchó a Martín hablando con uno de sus amigos invisibles. Aquella noche Fermín se atrevió a interrumpirle.

—¿Martín? Soy Fermín, el vecino de enfrente. ¿Está usted bien?

Martín se acercó a los barrotes y Fermín pudo ver que tenía el rostro lleno de lágrimas.

—¿Señor Martín? ¿Quién es Isabella? Estaba usted hablando de ella hace un momento.

Martín le miró largamente.

—Isabella es lo único bueno que queda en este mundo de mierda —respondió con una aspereza inusual en él—. Si no fuera por ella, valdría la pena prenderle fuego y dejar que ardiese hasta que no quedasen ni las cenizas.

—Perdone, Martín. No lo quería molestar.

Martín se retiró hacia las sombras. Al día siguiente lo encontraron temblando sobre un charco de sangre. Bebo se había quedado dormido en su silla y Martín había aprovechado para rasparse las muñecas contra la piedra hasta abrirse las venas. Cuando se lo llevaron en la camilla estaba tan pálido que Fermín creía que no iba a volver a verlo.

—No se preocupe por su amigo, Fermín —dijo el número 15—. Si fuese otro, iba directo al saco, pero a Martín el señor director no lo deja morir. Nadie sabe por qué.

La celda de David Martín estuvo vacía cinco semanas. Cuando Bebo le trajo, en brazos y enfundado en un pijama blanco como si fuese un niño, llevaba los brazos vendados hasta los codos. No se acordaba de nadie y pasó su primera noche hablando solo y riéndose. Bebo colocó su silla frente a los barrotes y estuvo pendiente de él toda la noche, pasándole terrones de azúcar que había robado del cuarto de oficiales y había escondido en sus bolsillos.

—Señor Martín, por favor, no diga esas cosas, que Dios le va a castigar —le susurraba el carcelero entre azucarillos.

En el mundo real, el número 12 había sido el doctor Román Sanahuja, jefe del Servicio de Medicina Interna del hospital Clínico, hombre íntegro y curado de delirios e inflamaciones ideológicas a quien su conciencia y su negativa a delatar a sus compañeros habían enviado al castillo. Por norma, a ningún prisionero se le reconocía oficio ni beneficio entre aquellos muros. Excepto cuando dicho oficio pudiera reportar algún beneficio al señor director. En el caso del doctor Sanahuja, su utilidad pronto quedó establecida.

—Lamentablemente no dispongo aquí de los recursos médicos que serían

deseables —le explicó el señor director—. La realidad es que el régimen tiene otras prioridades y poco importa si alguno de ustedes se pudre de gangrena en su celda. Tras mucho batallar he conseguido que me envíen un botiquín mal equipado y a un matasanos que no creo que lo aceptasen ni para pasar la escoba en la facultad de veterinaria. Pero eso es lo que hay. Me consta que, antes de sucumbir a las falacias de la neutralidad, era usted un médico de cierto renombre. Por motivos que no vienen al caso, tengo un interés particular en que el prisionero David Martín no nos deje antes de tiempo. Si se aviene usted a colaborar y a ayudar a mantenerlo en un razonable estado de salud, teniendo en cuenta las circunstancias le aseguro que haré su estancia en este lugar más llevadera y me encargaré personalmente de que revisen su caso con vistas a acortar su sentencia.

El doctor Sanahuja asintió.

—Ha llegado a mis oídos que algunos de los presos dicen que Martín está un tanto tocado del ala, como dicen ustedes. ¿Es así? —preguntó el señor director.

—No soy psiquiatra, pero en mi modesta opinión creo que Martín está visiblemente desequilibrado.

El señor director sopesó aquella consideración.

—Y, según su opinión facultativa, ¿cuánto diría usted que puede durar? —preguntó—. Vivo, quiero decir.

—No lo sé. Las condiciones de la prisión son insalubres y…

El señor director le detuvo con un gesto de aburrimiento, asintiendo.

—¿Y cuerdo? ¿Cuánto cree que Martín puede mantener sus facultades mentales?

—No mucho, supongo.

—Entiendo.

El señor director le ofreció un cigarrillo, que el doctor declinó.

—Lo aprecia usted, ¿verdad?

—Apenas le conozco —replicó el doctor—. Parece un buen hombre.

El director sonrió.

—Y un pésimo escritor. El peor que ha tenido este país.

—El señor director es el experto internacional en literatura. Yo no entiendo del tema.

El señor director le miró fríamente.

—Por impertinencias menores he enviado a hombres tres meses a la celda de aislamiento. Pocos sobreviven y los que lo hacen vuelven peor que su amigo Martín. No se crea que su diploma le concede privilegio alguno. Su expediente dice que tiene mujer y tres hijas ahí fuera. Su suerte y la de su familia dependen de lo útil que me resulte. ¿Me explico con claridad?

El doctor Sanahuja tragó saliva.

—Sí, señor director.

—Gracias, *doctor*.

Periódicamente, el director pedía a Sanahuja que le echase un vistazo a Martín,

porque las malas lenguas decían que no se fiaba demasiado del médico residente de la prisión, un matasanos trapacero que a fuerza de levantar actas de defunción parecía haber olvidado la noción de los cuidados preventivos y al que acabó despidiendo poco después.

—¿Cómo sigue el paciente, doctor?

—Débil.

—Ya. ¿Y sus demonios? ¿Sigue hablando solo e imaginando cosas?

—No hay cambios.

—He leído en el *ABC* un magnífico artículo de mi buen amigo Sebastián Jurado en el que habla de la esquizofrenia, mal de poetas.

—No estoy capacitado para hacer ese diagnóstico.

—Pero sí para mantenerlo con vida, ¿verdad?

—Lo intento.

—Haga algo más que intentarlo. Piense en sus hijas. Tan jóvenes. Tan desprotegidas y con tanto desalmado y tanto rojo escondido por ahí todavía.

Con los meses, el doctor Sanahuja acabó por tomar afecto a Martín y un día, compartiendo colillas, le contó a Fermín lo que sabía acerca de la historia de aquel hombre al que algunos, bromeando sobre sus desvaríos y su condición de lunático oficial de la prisión, habían dado en apodar «el Prisionero del Cielo».

6

—Si quiere que le diga la verdad, yo creo que para cuando lo trajeron aquí David Martín ya llevaba tiempo mal. ¿Ha oído hablar usted de la esquizofrenia, Fermín? Es una de las nuevas palabras favoritas del señor director.

—Es lo que los civiles gustan en referirse como «estar como una chota».

—No es cosa de broma, Fermín. Es una enfermedad muy grave. No es mi especialidad, pero he conocido algunos casos y a menudo los pacientes oyen voces, ven y recuerdan personas o eventos que no han sucedido jamás… La mente se va deteriorando poco a poco y los pacientes no pueden distinguir entre la realidad y la ficción.

—Como el setenta por ciento de los españoles… ¿Y cree usted que el pobre Martín sufre esa dolencia, doctor?

—No lo sé con seguridad. Ya le digo que no es mi especialidad, pero yo creo que presenta algunos de los síntomas más habituales.

—A lo mejor en este caso esa enfermedad es una bendición…

—Nunca es una bendición, Fermín.

—¿Y sabe él que está, digamos, afectado?

—Al loco siempre le parece que los locos son los demás.

—Lo que yo decía del setenta por ciento de los españoles…

Un centinela los observaba desde lo alto de una garita, como si quisiera leerles los labios.

—Baje la voz, que aún nos va a caer una bronca.

El doctor indicó a Fermín que se dieran la vuelta y se encaminaran al otro extremo del patio.

—En los tiempos que corren, hasta las paredes tienen oídos —dijo el doctor.

—Ahora sólo faltaría que tuviesen medio cerebro entre los dos y a lo mejor salíamos de ésta —replicó Fermín.

—¿Sabe lo que me dijo Martín la primera vez que le hice un reconocimiento a instancias del señor director?

»—*Doctor, creo que he descubierto el único modo de salir de esta prisión.*

»—*¿Cómo?*

»—*Muerto.*

»—*¿No tiene otro método más práctico?*

»—*¿Ha leído usted* El conde de Montecristo*, doctor?*

»—*De chaval. Casi no lo recuerdo.*

»—*Pues reléalo usted. Está todo allí.*

»No le quise decir que el señor director había hecho retirar de la biblioteca de la prisión todos los libros de Alejandro Dumas, junto con los de Dickens, Galdós y otros muchos autores, porque consideraba que eran bazofia para entretener a una plebe con

el gusto sin educar, y los sustituyó por una colección de novelas y relatos inéditos de su cosecha y de algunos de sus amigos, que hizo encuadernar en piel a Valentí, un preso que venía de las artes gráficas y al que, entregado el trabajo, dejó morir de frío obligándolo a quedarse en el patio bajo la lluvia durante cinco noches de enero porque se le había ocurrido bromear sobre la exquisitez de su prosa. Valentí consiguió salir de aquí con el sistema de Martín: muerto.

»Al tiempo de estar aquí, oyendo conversaciones entre los carceleros, comprendí que David Martín había llegado a la prisión a instancias del propio señor director. Lo tenían recluido en la Modelo, acusado de una serie de crímenes a los que no creo que nadie diese mucho crédito. Entre otras cosas, decían que había matado preso de los celos a su mentor y mejor amigo, un adinerado caballero llamado Pedro Vidal, escritor como él, y a su esposa Cristina. Y también que había asesinado a sangre fría a varios policías y a no sé quién más. Últimamente acusan a tanta gente de tantas cosas que uno ya no sabe qué pensar. A mí me cuesta creer que Martín sea un asesino, pero también es verdad que en los años de la guerra he visto a tanta gente de ambos bandos quitarse la careta y mostrar lo que eran de verdad que vaya usted a saber. Todo el mundo tira la piedra y luego señala al vecino.

—Si yo le contara… —apuntó Fermín.

—El caso es que el padre del tal Vidal es un industrial poderoso y forrado hasta las cejas, y se dice que fue uno de los banqueros clave del bando nacional.

¿Por qué será que todas las guerras las ganan los banqueros? En fin, que el potentado Vidal pidió en persona al Ministerio de Justicia que buscasen a Martín y se asegurasen de que se pudría en la cárcel por lo que había hecho a su hijo y a su nuera. Al parecer Martín había estado fugado fuera del país por espacio de casi tres años cuando lo encontraron cerca de la frontera. No podía estar muy en sus cabales para volver a una España donde lo esperaban para crucificarle, digo yo. Y encima durante los últimos días de la guerra, cuando miles de personas cruzaban en sentido contrario.

—A veces se cansa uno de huir —dijo Fermín—. El mundo es muy pequeño cuando no se tiene adónde ir.

—Supongo que eso es lo que debió de pensar Martín. No sé cómo se las arregló para cruzar, pero algunos lugareños de la localidad de Puigcerdá avisaron a la Guardia Civil después de haberlo visto vagando por el pueblo durante días, vestido con ropas harapientas y hablando solo. Unos pastores dijeron que lo habían visto por el camino de Bolvir, a un par de kilómetros del pueblo. Allí había un antiguo caserón llamado La Torre del Remei que durante la guerra se había convertido en hospital para heridos en el frente. Estaba regentado por un grupo de mujeres que probablemente se apiadaron de Martín y, tomándole por miliciano, le ofrecieron cobijo y alimento. Cuando fueron a buscarlo ya no estaba allí, pero aquella noche lo sorprendieron adentrándose en el lago helado mientras trataba de abrir un boquete en el hielo con una piedra. Al principio creyeron que trataba de suicidarse y lo llevaron al sanatorio de Villa San Antonio. Parece que uno de los doctores le reconoció allí, no

me pregunte cómo, y cuando su nombre llegó a oídos de capitanía lo trasladaron a Barcelona.

—La boca del lobo.

—Ya puede decirlo. Se ve que el juicio no duró ni dos días. La lista de acusaciones que se le imputaban era interminable y apenas había indicios o prueba alguna para sustentarlas, pero, por algún extraño motivo, el fiscal consiguió que declarasen en su contra numerosos testigos. Por la sala comparecieron docenas de personas que odiaban a Martín con un celo que sorprendió al mismo juez y que, presumiblemente, habían recibido limosnas del viejo Vidal. Antiguos compañeros de sus años en un periódico de poca monta llamado *La Voz de la Industria*, literatos de café, infelices y envidiosos de toda calaña salieron de las alcantarillas para jurar que Martín era culpable de todo lo que le acusaban y de más. Ya sabe usted cómo funcionan aquí las cosas. Por orden del juez, y consejo de Vidal padre, confiscaron todas sus obras y las quemaron considerándolas material subversivo y contrario a la moral y las buenas costumbres. Cuando Martín declaró en el juicio que la única buena costumbre que él defendía era la de leer y que el resto era asunto de cada uno, el juez añadió otros diez años de condena a los no sé cuántos que ya le habían caído. Parece que durante el juicio, en vez de callarse, Martín respondió sin pelos en la lengua a lo que le preguntaban y acabó por cavarse él mismo su propia tumba.

—En esta vida se perdona todo menos decir la verdad.

—El caso es que lo condenaron a cadena perpetua. *La Voz de la Industria*, propiedad del viejo Vidal, publicó una extensa nota detallando sus crímenes y, para más inri, un editorial. Adivine quién lo firmaba.

—El eximio señor director, don Mauricio Valls.

—El mismo. Allí le calificaba como «el peor escritor de la historia» y celebraba que sus libros hubieran sido destruidos porque eran «una afrenta a la humanidad y al buen gusto».

—Eso mismo dijeron del Palau de la Música —precisó Fermín—. Aquí es que tenemos a la flor y nata de la intelectualidad internacional. Ya lo decía Unamuno: que inventen ellos, que nosotros opinaremos.

—Inocente o no, Martín, después de presenciar su humillación pública y la quema de todas y cada una de las páginas que había escrito, fue a parar a una celda de la Modelo en la que probablemente hubiese muerto en cuestión de semanas si no llega a ser porque el señor director, que había seguido el caso con sumo interés y por algún extraño motivo estaba obsesionado con Martín, tuvo acceso a su expediente y solicitó que lo trasladasen aquí. Martín me contó que el día que llegó aquí Valls lo hizo llevar a su despacho y le soltó uno de sus discursos.

»—Martín, aunque es usted un criminal convicto y seguramente un subversivo convencido, algo nos une. Ambos somos hombres de letras y aunque usted ha dedicado su malograda carrera a escribir basura para la masa ignorante y desprovista de guía intelectual, creo que tal vez pueda usted ayudarme y así redimir

sus errores. Tengo una colección de novelas y poemas en los que he estado trabajando en estos últimos años. Son de altísimo nivel literario y lamentablemente dudo mucho que en este país de analfabetos haya más de trescientos lectores capaces de comprender y apreciar su valía. Por eso he pensado que tal vez usted, con su oficio meretriz y su proximidad al vulgo que lee en los tranvías, pueda ayudarme a hacer algunos pequeños cambios para acercar mi obra al triste nivel de los lectores de este país. Si se aviene usted a colaborar, le aseguro que puedo hacer su existencia mucho más agradable. Incluso puedo conseguir que su caso se reabra. Su amiguita… ¿Cómo se llama? Ah, sí, Isabella. Una preciosidad, si me permite el comentario. En fin, su amiguita vino a verme y me contó que ha contratado a un joven abogado, un tal Brians, y que ha conseguido reunir el dinero necesario para su defensa. No nos engañemos: ambos sabemos que su caso no tenía base alguna y que se le condenó merced a testimonios discutibles. Parece tener usted una facilidad enorme para hacer enemigos, Martín, incluso entre gente que estoy seguro de que no debe usted saber ni que existe. No cometa el error de hacer otro enemigo de mí, Martín. Yo no soy uno de esos infelices. Aquí, entre estos muros, yo, por decirlo en términos llanos, soy Dios.

»No sé si Martín aceptaría la propuesta del señor director o no, pero tengo que pensar que sí, porque sigue vivo y claramente nuestro Dios particular sigue interesado en que eso no cambie, al menos de momento. Incluso le ha facilitado el papel y los instrumentos de escritura que tiene en su celda, supongo que para que le reescriba sus obras magnas y así nuestro señor director pueda entrar en el olimpo de la fama y la fortuna literaria que tanto anhela. Yo, la verdad, no sé qué pensar. Mi impresión es que el pobre Martín no está en condiciones ni de reescribirse la talla de los zapatos y que pasa la mayoría del tiempo atrapado en una especie de purgatorio que ha ido construyendo en su propia cabeza donde los remordimientos y el dolor se lo están comiendo vivo. Aunque lo mío es la medicina interna y no soy quién para hacer diagnósticos…

7

La historia relatada por el buen doctor había intrigado a Fermín. Fiel a su perenne adhesión a las causas perdidas, decidió hacer pesquisas por su cuenta y tratar de averiguar más acerca de Martín y, de paso, perfeccionar la idea de la fuga *via mortis* al estilo de don Alejandro Dumas. Cuantas más vueltas le daba al asunto, más le parecía que, al menos en ese particular, el Prisionero del Cielo no estaba tan ido como todos lo pintaban. Siempre que había un rato libre en el patio, Fermín se las apañaba para acercarse a Martín y entablar conversación con él.

—Fermín, empiezo a pensar que usted y yo somos casi novios. Cada vez que me doy la vuelta, ahí está usted.

—Usted perdone, señor Martín, pero es que hay algo que me tiene intrigado.

—¿Y cuál es el motivo de tamaña intriga?

—Pues mire usted, hablando en plata, no entiendo cómo un hombre decente como usted se ha prestado a ayudar a esa albóndiga nauseabunda y vanidosa del señorito director en sus trapaceros intentos de pasar por literato de salón.

—Vaya, no se anda usted con chiquitas. Parece que en esta casa no hay secretos.

—Es que yo tengo un don especial para trasuntos de alta intriga y otros menesteres detectivescos.

—Entonces sabrá también que no soy un hombre decente, sino un criminal.

—Eso dijo el juez.

—Y un ejército y medio de testigos bajo juramento.

—Comprados por un facineroso y estreñidos todos de envidia y mezquindades varias.

—Dígame, ¿hay algo que no sepa usted, Fermín?

—Patadas de cosas. Pero la que hace días que se me ha atascado en el filtro es por qué tiene usted tratos con ese cretino endiosado. La gente como él son la gangrena de este país.

—Gente como él la hay en todas partes, Fermín. Nadie tiene la patente.

—Pero sólo aquí nos los tomamos en serio.

—No lo juzgue usted tan rápido. El señor director es un personaje más complicado de lo que parece en todo este sainete. Ese cretino endiosado, como usted lo llama, es para empezar un hombre muy poderoso.

—Dios, según él.

—En este particular purgatorio, no va desencaminado.

Fermín arrugó la nariz. No le gustaba lo que estaba oyendo. Casi parecía que Martín hubiese estado saboreando el vino de su derrota.

—¿Es que lo ha amenazado? ¿Es eso? ¿Qué más puede hacerle?

—A mí nada, excepto reír. Pero a otros, fuera de aquí, puede hacerles mucho daño.

Fermín guardó un largo silencio.

—Disculpe usted, señor Martín. No quería ofenderle. No había pensado en eso.

—No me ofende, Fermín. Al contrario. Creo que tiene usted una visión demasiado generosa de mis circunstancias. Su buena fe dice mucho más de usted que de mí.

—Es esa señorita, ¿verdad? Isabella.

—Señora.

—No sabía que estuviese usted casado.

—No lo estoy. Isabella no es mi esposa. Ni mi amante, si es lo que está pensando.

Fermín guardó silencio. No quería poner en duda las palabras de Martín, pero sólo oyéndole hablar de ella no le cabía la menor duda de que aquella señorita o señora era lo que el pobre Martín más quería en aquel mundo, probablemente la única cosa que lo mantenía vivo en aquel pozo de miseria. Y lo más triste era que, probablemente, no se daba ni cuenta.

—Isabella y su esposo regentan una librería, un lugar que para mí siempre ha tenido un significado muy especial desde que era niño. El señor director me dijo que si no hacía lo que me pedía se encargaría de que se los acusase de vender material subversivo, que les expropiasen el negocio, encarcelasen a ambos y les quitasen a su hijo que no tiene ni tres años.

—Hijo de la grandísima puta —murmuró Fermín.

—No, Fermín —dijo Martín—. Ésta no es su guerra. Es la mía. Es lo que merezco por lo que he hecho.

—Usted no ha hecho nada, Martín.

—No me conoce usted, Fermín. Ni falta que le hace. En lo que tiene usted que concentrarse es en escapar de aquí.

—Ésa es la otra cosa que quería preguntarle. Tengo entendido que tiene usted un método experimental en desarrollo para salir de este orinal. Si le hace falta un conejillo de Indias magro de carnes pero rebosante de entusiasmo, considéreme a su servicio.

Martín lo observó pensativo.

—¿Ha leído usted a Dumas?

—De cabo a rabo.

—Ya tiene usted pinta. Si es así, ya sabrá por dónde van los tiros. Escúcheme bien.

8

Se cumplían seis meses del cautiverio de Fermín cuando una serie de acontecimientos cambiaron sustancialmente la que hasta entonces había sido su vida. El primero de ellos fue que durante aquellos días, cuando el régimen aún creía que Hitler, Mussolini y compañía iban a ganar la guerra y que pronto Europa iba a tener el mismo color que los calzoncillos del Generalísimo, una marea impune y rabiosa de matarifes, chivatos y comisarios políticos recién conversos habían conseguido que el número de ciudadanos presos, detenidos, procesados o en proceso de desaparición alcanzase cotas históricas.

Las cárceles del país no daban abasto y las autoridades militares habían ordenado a la dirección de la prisión que doblase o incluso triplicase el número de presos para absorber parte del caudal de reos que anegaba aquella Barcelona derrotada y miserable de 1940. A tal efecto, el señor director, en su florido discurso del domingo, informó a los presos de que a partir de entonces compartirían celda. Al doctor Sanahuja lo pusieron en la celda de Martín, presumiblemente para que lo tuviese vigilado y a salvo de sus prontos suicidas. A Fermín le tocó compartir la celda 13 con su antiguo vecino de al lado, el número 14, y así sucesivamente. Todos los presos de la galería fueron emparejados para dejar sitio a los recién llegados que cada noche traían en furgones desde la Modelo o el Campo de la Bota.

—No ponga esa cara que a mí me hace todavía menos gracia que a usted —advirtió el número 14 al mudarse con su nuevo compañero.

—Le advierto que a mí la hostilidad me produce aerofagia —amenazó Fermín—. Así que déjese de bravuconadas a lo Buffalo Bill y haga un esfuerzo por ser cortés y mear de cara a la pared sin salpicar o uno de estos días va a amanecer usted cubierto de champiñones.

El antiguo número 14 pasó cinco días sin dirigirle la palabra a Fermín. Finalmente, rendido ante las sulfúricas ventosidades que éste le dedicaba de madrugada, cambió de estrategia.

—Ya se lo advertí —dijo Fermín.

—Está bien. Me rindo. Mi nombre es Sebastián Salgado. De profesión, sindicalista. Deme la mano y seamos amigos pero, por lo que más quiera, deje de tirarse esos pedos, porque empiezo a tener alucinaciones y veo en sueños al *Noi del Sucre* bailando el charlestón.

Fermín estrechó la mano de Salgado y advirtió que le faltaban el dedo meñique y el anular.

—Fermín Romero de Torres, encantado de conocerle por fin. De profesión, servicios secretos de inteligencia en el sector Caribe de la Generalitat de Catalunya, ahora en desuso, pero de vocación bibliógrafo y amante de las bellas letras.

Salgado miró a su nuevo compañero de fatigas y puso los ojos en blanco.

—Y dicen que el loco es Martín.

—Loco es el que se tiene por cuerdo y cree que los necios no son de su condición.

Salgado asintió, derrotado.

La segunda circunstancia se produjo unos días después, cuando un par de centinelas fueron a buscarle al anochecer. Bebo les abrió la celda, intentando disimular su preocupación.

—Tú, flaco, levanta —masculló uno de los centinelas.

Salgado creyó por un instante que sus plegarias habían sido escuchadas y que se llevaban a Fermín para fusilarlo.

—Valor, Fermín —le animó sonriente—. A morir por Dios y por España, que es lo más bonito que hay.

Los dos centinelas agarraron a Fermín, lo esposaron de pies y manos, y se lo llevaron a rastras ante la mirada acongojada de toda la galería y las carcajadas de Salgado.

—De ésta no te escapas ni a pedos —dijo riendo su compañero.

9

Lo condujeron a través de una madeja de túneles hasta un largo corredor a cuyo término se veía un gran portón de madera. Fermín sintió náuseas y se dijo que hasta allí había llegado el miserable viaje de su vida y que tras aquella puerta le esperaba Fumero con un soplete y la noche libre. Para su sorpresa, al llegar a la puerta uno de los centinelas le quitó las esposas mientras el otro llamaba con delicadeza.

—Adelante —contestó una voz familiar.

Fue así como Fermín se encontró en el despacho del señor director, una sala lujosamente decorada con alfombras sustraídas de algún caserón de la Bonanova y mobiliario de categoría. Remataban la escenografía un banderón español con águila, escudo y leyenda, un retrato del Caudillo con más retoques que una fotografía publicitaria de Marlene Dietrich y el mismísimo señor director, don Mauricio Valls, sonriente tras su escritorio mientras saboreaba un cigarrillo importado y una copa de *brandy*.

—Siéntate. Sin miedo —invitó.

Fermín reparó en que a su lado había una bandeja con un plato de carne, guisantes y puré de patata humeante que olía a mantequilla caliente.

—No es un espejismo —dijo dulcemente el señor director—. Es tu cena. Espero que te guste.

Fermín, que no había visto prodigio igual desde julio de 1936, se lanzó a devorar las viandas antes de que se evaporasen. El señor director lo contemplaba comer con una expresión de asco y desprecio bajo su sonrisa impostada, encadenando un cigarrillo con otro y repasando la gomina de su peinado a cada minuto. Cuando hubo terminado su cena, Valls indicó a los centinelas que se retirasen. A solas, el señor director le resultaba mucho más siniestro que con escolta armada.

—Fermín, ¿verdad? —preguntó casualmente.

Fermín asintió lentamente.

—Te preguntarás por qué te he mandado llamar.

Fermín se encogió en la silla.

—Nada que deba preocuparte. Muy al contrario. Te he hecho llamar porque quiero mejorar tus condiciones de vida y, quién sabe, tal vez revisar tu condena, porque ambos sabemos que los cargos que te imputaron no se sostenían. Es lo que tienen los tiempos, que hay mucha agua removida y a veces pagan justos por pecadores. Es el precio del renacimiento nacional. Al margen de estas consideraciones, quiero que entiendas que estoy de tu parte. Yo también soy un poco prisionero de este lugar. Creo que los dos queremos salir de aquí cuanto antes y he pensado que podemos ayudarnos. ¿Cigarrito?

Fermín aceptó tímidamente.

—Si no le importa, lo guardo para luego.

—Claro. Ten, quédate el paquete.

Fermín se metió el paquete en el bolsillo. El señor director se inclinó sobre la mesa, sonriente. En el zoo tenían una serpiente igualita, pensó Fermín, pero aquélla sólo comía ratones.

—¿Qué tal tu nuevo compañero de celda?

—¿Salgado? Entrañable.

—No sé si sabrás que, antes de enchironarlo, ese malnacido era un pistolero y sicario de los comunistas.

Fermín negó.

—Me dijo que era sindicalista.

Valls rió levemente.

—En mayo del 38 él solito se coló en la casa de la familia Vilajoana, en el paseo de la Bonanova, y se los cargó a todos, incluidos los cinco niños, las cuatro doncellas y la abuela de ochenta y seis años. ¿Sabes quiénes eran los Vilajoana?

—Pues así…

—Joyeros. En el momento del crimen había en la casa una suma de veinticinco mil pesetas en joyas y dinero en metálico. ¿Sabes dónde está ese dinero ahora?

—No lo sé.

—Ni tú ni nadie. El único que lo sabe es el camarada Salgado, que decidió no entregarlo al proletariado y lo escondió para vivir la gran vida después de la guerra. Cosa que no hará nunca, porque lo tendremos aquí hasta que cante o hasta que tu amigo Fumero acabe por cortarlo a trocitos.

Fermín asintió, atando cabos.

—Ya había notado que le faltan un par de dedos de la mano izquierda y que anda raro.

—Un día le dices que se baje los calzones y verás que le faltan otras cosas que ha ido perdiendo por el camino a causa de su empecinamiento en no confesar.

Fermín tragó saliva.

—Quiero que sepas que a mí estas salvajadas me repugnan. Ésa es una de las dos razones por las que he ordenado mudar a Salgado a tu celda. Porque creo que hablando se entiende la gente. Por eso quiero que averigües dónde escondió el botín de los Vilajoana, y los de todos los robos y crímenes que cometió en los últimos años, y que me lo digas.

Fermín sintió que el corazón se le caía a los pies.

—¿Y la otra razón?

—La segunda razón es que he notado que últimamente te has hecho muy amigo de David Martín. Lo cual me parece muy bien. La amistad es un valor que ennoblece al ser humano y ayuda a rehabilitar a los presos. No sé si sabías que Martín es escritor.

—Algo he oído al respecto.

El señor director le dirigió una mirada gélida pero mantuvo la sonrisa

conciliadora.

—El caso es que Martín no es mala persona, pero está equivocado respecto a muchas cosas. Una de ellas es la ingenua idea de que debe proteger a personas y secretos indeseables.

—Es que él es muy raro y tiene estas cosas.

—Claro. Por eso he pensado que a lo mejor estaría bien que tú estuvieses a su lado, con los ojos y las orejas bien abiertos, y me contases lo que dice, lo que piensa, lo que siente… Seguro que hay alguna cosa que te ha comentado y que te ha llamado la atención.

—Pues ahora que el señor director lo dice, últimamente se queja bastante de un grano que le ha salido en la ingle por el roce de los calzoncillos.

El señor director suspiró y negó por lo bajo, visiblemente cansado de esgrimir tanta amabilidad con un indeseable.

—Mira, mamarracho, esto lo podemos hacer por las buenas o por las malas. Yo estoy intentando ser razonable, pero me basta coger este teléfono y tu amigo Fumero está aquí dentro de media hora. Me han contado que últimamente, además del soplete, tiene en uno de los calabozos del sótano una caja de herramientas de ebanistería con las que hace virguerías. ¿Me explico?

Fermín se agarró las manos para disimular el tembleque.

—De maravilla. Perdóneme, señor director. Hacía tanto que no comía carne que se me debe de haber subido la proteína a la cabeza. No volverá a suceder.

El señor director sonrió de nuevo y prosiguió como si nada hubiera pasado.

—En particular, me interesa saber si ha mencionado alguna vez un cementerio de los libros olvidados o muertos, o algo así. Piénsalo bien antes de contestar. ¿Te ha hablado Martín de ese lugar alguna vez?

Fermín negó.

—Le juro a su señoría que no he oído hablar de ese lugar al señor Martín ni a nadie en toda mi vida…

El señor director le guiñó el ojo.

—Te creo. Y por eso sé que si lo menciona, me lo dirás. Y si no lo menciona, tú le sacarás el tema y averiguarás dónde está.

Fermín asintió repetidamente.

—Y otra cosa más. Si Martín te habla de cierto encargo que le he hecho, convéncele de que por su bien, y sobre todo por el de cierta dama a quien él tiene en muy alta estima y por el esposo y el hijo de ésta, es mejor que se emplee a fondo y escriba su obra maestra.

—¿Se refiere usted a la señora Isabella? —preguntó Fermín.

—Ah, veo que te ha hablado de ella… Tendrías que verla —dijo mientras se limpiaba los lentes con un pañuelo—. Jovencita, jovencita, con esa carne prieta de colegiala… No sabes la de veces que ha estado sentada ahí, donde estás tú ahora, suplicando por el pobre infeliz de Martín. No te voy a decir lo que me ha ofrecido

porque soy un caballero pero, entre tú y yo, la devoción que esa chiquilla siente por Martín es de bolero. Si tuviese que apostar, yo diría que el crío ese, Daniel, no es de su marido, sino de Martín, que tiene un gusto pésimo para la literatura pero exquisito para las mujerzuelas.

El señor director se detuvo al advertir que el prisionero le observaba con una mirada impenetrable que no fue de su agrado.

—¿Y tú qué miras? —le desafió.

Dio un golpe con los nudillos en la mesa y al instante la puerta se abrió tras Fermín. Los dos centinelas lo agarraron por los brazos y lo levantaron de la silla hasta que sus pies no tocaron el suelo.

—Acuérdate de lo que te he dicho —dijo el señor director—. Dentro de cuatro semanas quiero verte ahí sentado otra vez. Si me traes resultados, te aseguro que tu estancia aquí cambiará para mejor. Si no, te haré una reserva para el calabozo del sótano con Fumero y sus juguetes. ¿Está claro?

—Como el agua.

Luego, con un gesto de hastío, indicó a sus hombres que se llevaran al prisionero y apuró su copa de *brandy*, asqueado de tener que tratar con aquella gentuza inculta y envilecida día tras día.

10

Barcelona, 1957

—Daniel, se ha quedado usted blanco —murmuró Fermín, despertándome del trance.

El comedor de Can Lluís y las calles que habíamos recorrido hasta llegar allí habían desaparecido. Cuanto era capaz de ver era aquel despacho en el castillo de Montjuic y el rostro de aquel hombre hablando de mi madre con palabras e insinuaciones que me quemaban. Sentí algo frío y cortante abrirse camino en mi interior, una rabia como no la había conocido jamás. Por un instante deseé más que nada en el mundo tener a aquel malnacido frente a mí para retorcerle el cuello y mirarle de cerca hasta que le explotasen las venas de los ojos.

—Daniel…

Cerré los ojos un instante y respiré hondo. Cuando los abrí de nuevo estaba de regreso en Can Lluís, y Fermín Romero de Torres me miraba derrotado.

—Perdóneme, Daniel —dijo.

Tenía la boca seca. Me serví un vaso de agua y lo apuré esperando que me viniesen las palabras a los labios.

—No hay nada que perdonar, Fermín. Nada de lo que me ha contado es culpa suya.

—La culpa es mía por tenérselo que contar, para empezar —dijo en voz tan baja que casi resultaba inaudible.

Le vi bajar la mirada, como si no se atreviese a observarme. Comprendí que el dolor que le embargaba al recordar aquel episodio y tener que revelarme la verdad era tan grande que me avergoncé del rencor que se había apoderado de mí.

—Fermín, míreme.

Fermín atinó a mirarme por el rabillo del ojo y le sonreí.

—Quiero que sepa que le agradezco que me haya contado la verdad y que entiendo por qué prefirió no decirme nada de esto hace dos años.

Fermín asintió débilmente pero algo en su mirada me dio a entender que mis palabras no le servían de consuelo alguno. Al contrario. Permanecimos en silencio unos instantes.

—Hay más, ¿verdad? —pregunté al fin.

Fermín asintió.

—¿Y lo que viene es peor?

Fermín asintió de nuevo.

—Mucho peor.

Desvié la mirada y sonreí al profesor Alburquerque, que se retiraba ya, no sin antes saludarnos.

—Entonces, ¿por qué no nos pedimos otra agua y me cuenta el resto? —pregunté.
—Mejor que sea vino —estimó Fermín—. Del peleón.

11

Barcelona, 1940

Una semana después de la entrevista entre Fermín y el señor director, un par de individuos a los que nadie había visto nunca por la galería y que olían a la legua a Brigada Social se llevaron a Salgado esposado sin mediar palabra.

—Bebo, ¿sabes adónde se lo llevan? —preguntó el número 12.

El carcelero negó, pero en sus ojos se podía ver que algo había oído y que prefería no entrar en el tema. A falta de otras noticias, la ausencia de Salgado fue inmediato objeto de debate y especulación por parte de los prisioneros, que formularon teorías de todo tipo.

—*Ése era un espía de los nacionales infiltrado aquí para sacarnos información con el cuento de que lo habían enchironado por sindicalista.*

—*Sí, por eso le arrancaron dos dedos y vete a saber el qué, para que todo fuese más convincente.*

—*Ahora mismo debe de estar en el Amaya poniéndose ciego de merluza a la vasca con sus amiguetes y riéndose de todos nosotros.*

—*Yo creo que ha confesado lo que sea que querían que cantara y que lo han tirado diez kilómetros mar adentro con una piedra al cuello.*

—*Tenía cara de falangista. Menos mal que yo no he soltado ni pío, que a vosotros os van a poner a caldo.*

—*Sí, hombre, a lo mejor hasta nos meten en la cárcel.*

A falta de otro pasatiempo, las discusiones se prolongaron hasta que dos días después los mismos individuos que se lo habían llevado lo trajeron de vuelta. Lo primero que todos advirtieron fue que Salgado no se tenía en pie y que lo arrastraban como un fardo. Lo segundo, que estaba pálido como un cadáver y empapado de sudor frío. El prisionero había regresado medio desnudo y cubierto por una costra marrón que parecía una mezcla de sangre seca y sus propios excrementos. Lo dejaron caer en la celda como si fuese una bolsa de estiércol y se marcharon sin despegar los labios.

Fermín lo cogió en brazos y lo tendió en el camastro. Empezó a lavarlo lentamente con unos jirones de tela que consiguió rasgando su propia camisa y algo de agua que le trajo Bebo de tapadillo. Salgado estaba consciente y respiraba con dificultad, pero los ojos le relucían como si alguien les hubiese prendido fuego por dentro. Donde dos días antes había tenido la mano izquierda ahora latía un muñón de carne violácea cauterizado con alquitrán. Mientras Fermín le limpiaba el rostro, Salgado le sonrió con los pocos dientes que le quedaban.

—¿Por qué no les dice de una vez a esos carniceros lo que quieren saber, Salgado? Es sólo dinero. No sé cuánto tendrá usted escondido, pero no vale esto.

—Y una mierda —masculló con el poco aliento que le quedaba—. Ese dinero es

mío.

—Será de toda la gente a la que asesinó y robó usted, si no le importa la precisión.

—Yo no robé a nadie. Ellos lo habían robado antes al pueblo. Y si los ejecuté fue por impartir la justicia que el pueblo reclamaba.

—Ya. Menos mal que vino usted, el Robin Hood de Matadepera, a desfacer el entuerto. Valiente justiciero está usted hecho.

—Ese dinero es mi futuro —escupió Salgado.

Fermín le pasó el paño húmedo por la frente fría y trenzada de arañazos.

—El futuro no se desea; se merece. Y usted no tiene futuro, Salgado. Ni usted, ni un país que va pariendo alimañas como usted y como el señor director, y que luego mira para otro lado. El futuro lo hemos arrasado entre todos y lo único que nos espera es mierda como la que chorrea usted y que ya estoy harto de limpiarle.

Salgado dejó escapar una suerte de gemido gutural que Fermín imaginó que era una carcajada.

—Los discursos ahórreselos usted, Fermín. A ver si ahora se las va a dar de héroe.

—No. Héroes sobran. Yo lo que soy es un cobarde. Ni más ni menos —dijo Fermín—. Pero al menos lo sé y lo admito.

Fermín siguió limpiándole como pudo, en silencio, y luego lo tapó con el amago de manta forrada de chinches que compartían y que apestaba a orines. Se quedó al lado del ladrón hasta que Salgado cerró los ojos y se sumió en un sueño del que Fermín no estuvo seguro de que fuera a despertar.

—Dígame que se ha muerto ya —llegó la voz del 12.

—Se aceptan apuestas —añadió el número 17—. Un cigarrillo a que palma.

—Váyanse todos a dormir o a la mierda —ofreció Fermín.

Se acurrucó en el extremo opuesto de la celda e intentó conciliar el sueño, pero pronto tuvo claro que aquella noche iba a pasarla en blanco. Al rato puso el rostro entre los barrotes y dejó los brazos colgando sobre la barra de metal que los atravesaba. Al otro lado del corredor, desde las sombras de la celda de enfrente, dos ojos encendidos a la lumbre de un cigarrillo lo observaban.

—No me ha dicho para qué le hizo llamar Valls el otro día —dijo Martín.

—Imagíneselo.

—¿Alguna petición fuera de lo común?

—Quiere que le sonsaque a usted sobre no sé qué cementerio de libros o algo por el estilo.

—Interesante —comentó Martín.

—Fascinante.

—¿Le explicó el porqué de su interés sobre ese tema?

—Francamente, señor Martín, nuestra relación no es tan estrecha. El señor director se limita a amenazarme con mutilaciones varias si no cumplo su mandato en cuatro semanas y yo me limito a decir que sí.

—No se preocupe, Fermín. Dentro de cuatro semanas estará usted fuera de aquí.

—Sí, en una playa a orillas del Caribe con dos mulatas bien alimentadas dándome masajes en los pies.

—Tenga fe.

Fermín dejó escapar un suspiro de desaliento. Entre locos, matarifes y moribundos se repartían las cartas de su destino.

12

Aquel domingo, después de su discurso en el patio, el señor director lanzó una mirada inquisitiva a Fermín rematada con una sonrisa que le hizo saborear la bilis en los labios. Tan pronto como los centinelas permitieron a los prisioneros romper filas, Fermín se aproximó subrepticiamente a Martín.

—Brillante discurso —comentó Martín.

—Histórico. Cada vez que ese hombre habla, la historia del pensamiento en Occidente da un giro copernicano.

—El sarcasmo no le va, Fermín. Se contradice con su ternura natural.

—Váyase al infierno.

—En ello estoy. ¿Un cigarrillo?

—No fumo.

—Dicen que ayuda a morir más rápido.

—Pues venga, que no quede.

Fermín no consiguió pasar de la primera calada. Martín le quitó el cigarrillo de los dedos y le dio unas palmadas en la espalda mientras Fermín tosía hasta los recuerdos de la primera comunión.

—No sé cómo puede usted tragarse eso. Sabe a perros chamuscados.

—Es lo mejor que se puede conseguir aquí. Dicen que los hacen con restos de colillas que recogen por los pasillos de la Monumental.

—Pues a mí el *bouquet* me recuerda más bien a los urinarios, fíjese usted.

—Respire hondo, Fermín. ¿Está mejor?

Fermín asintió.

—¿Va a contarme algo sobre el cementerio ese para que tenga carnaza que echarle al gorrino en jefe? No hace falta que sea verdad. Cualquier disparate que se le ocurra me sirve.

Martín sonrió exhalando aquel humo fétido entre los dientes.

—¿Qué tal su compañero de celda, Salgado, el defensor de los pobres?

—Pues mire, creía uno ya que tenía cierta edad y lo había visto todo en este circo de mundo. Y cuando esta madrugada parecía que Salgado había estirado la pata, le oigo levantarse y acercarse a mi catre, como si fuese un vampiro.

—Algo de eso tiene —convino Martín.

—El caso es que se me acerca y se me queda mirando fijamente. Yo me hago el dormido y, cuando Salgado se traga el anzuelo, lo veo escurrirse hasta un rincón de la celda y con la única mano que le queda empieza a hurgarse lo que en ciencia médica se denomina recto o tramo final del intestino grueso —prosiguió Fermín.

—¿Cómo dice?

—Como lo oye. El bueno de Salgado, convaleciente de su más reciente sesión de mutilación medieval, decide celebrar la primera vez que es capaz de levantarse para

explorar ese sufrido rincón de la anatomía humana que la naturaleza ha vedado a la luz del sol. Yo, incrédulo, ni me atrevo a respirar. Pasa un minuto y Salgado parece que tiene dos o tres dedos, los que le quedan, metidos allí dentro en busca de la piedra filosofal o de alguna hemorroide muy profunda. Todo ello acompañado de unos gemidos soterrados que no voy a reproducir.

—Me deja usted de piedra —dijo Martín.

—Pues tome asiento para el *gran finale*. Tras un minuto o dos de labor prospectiva en territorio anal, deja escapar un suspiro a lo San Juan de la Cruz y se hace el milagro. Al sacar los dedos de allí abajo extrae algo brillante que, incluso desde el rincón en el que estoy, puedo certificar que no es una cagarruta al uso.

—¿Qué era entonces?

—Una llave. No una llave inglesa, sino una de esas llaves pequeñas, como de maletín o de taquilla de gimnasio.

—¿Y entonces?

—Y entonces coge la llave, le saca lustre a salivazos, porque me imagino que debía oler a rosas silvestres, y luego se acerca al muro donde, después de convencerse de que sigo dormido, extremo que confirmo con unos ronquidos logradísimos, como de cachorrillo de San Bernardo, procede a esconder la llave insertándola en una grieta entre las piedras que luego recubre con mugre y no descarto que con algún que otro derivado de su palpado por los bajos.

Martín y Fermín se miraron en silencio.

—¿Piensa usted lo mismo que yo? —inquirió Fermín.

Martín asintió.

—¿Cuánto cree que ese capullito de alhelí debe de tener escondido en su nidito de codicia? —preguntó Fermín.

—Lo suficiente para creer que le compensa perder dedos, manos, parte de su masa testicular y Dios sabe qué más para proteger el secreto de su ubicación —aventuró Martín.

—¿Y ahora qué hago? Porque, antes de permitir que la víbora del señor director ponga las zarpas en el tesorito de Salgado para financiarse la edición en cartoné de sus obras magnas y comprarse un sillón en la Real Academia de la Lengua, me trago esa llave o, si hace falta, me la introduzco yo también en las partes innobles de mi tracto intestinal.

—De momento no haga nada —indicó Martín—. Asegúrese de que la llave sigue ahí y espere mis instrucciones. Estoy ultimando los detalles de su fuga.

—Sin ánimo de ofender, señor Martín, yo le agradezco sobremanera su asesoría y apoyo moral pero en ésta me va el cuello y algún que otro querido apéndice, y a la luz de que la versión más extendida es que está usted como un cencerro, me inquieta la idea de que estoy poniendo mi vida en sus manos.

—Si no se fía usted de un novelista, ¿de quién se va a fiar?

Fermín vio a Martín partir patio abajo envuelto en su nube portátil de cigarrillo

hecho de colillas.

—Madre de Dios —murmuró al viento.

13

El macabro casino de apuestas organizado por el número 17 se prolongó durante varios días en los que tan pronto parecía que Salgado iba a expirar como se levantaba para arrastrarse hasta los barrotes de la celda desde donde recitaba a grito pelado la estrofa «Hijosdeperranomesacaréisuncéntimomecagoenvuestraputamadre» y variaciones al uso hasta desgañitarse y caer exánime al suelo, de donde lo tenía que levantar Fermín para devolverlo al catre.

—¿Sucumbe el Cucaracha, Fermín? —preguntaba el 17 tan pronto como le oía caer redondo.

Fermín ya no se molestaba en dar el parte médico de su compañero de celda. Si se terciaba, ya verían pasar el saco de lona.

—Mire, Salgado, si se va a morir muérase ya y si tiene planeado vivir, le ruego que lo haga en silencio porque me tiene hasta la coronilla con sus recitales de espumarajos —decía Fermín arropándolo con un trozo de lona sucia que, en ausencia de Bebo, había conseguido de uno de los carceleros, tras camelárselo con una supuesta receta científica para beneficiarse quinceañeras en flor a base de atontarlas con leches merengadas y melindres.

—Usted no se me haga el caritativo que le veo el plumero y ya sé que es igual que esta colección de carroñeros que se apuestan hasta los calzoncillos a que me muero —replicaba Salgado, que parecía dispuesto a mantener aquella mala leche hasta el último momento.

—Pues mire, no son ganas de contradecir a un moribundo en sus últimos o, cuando menos, tardíos estertores, pero sepa usted que no he apostado ni un real en esta timba, y de echarme un día al vicio no sería con apuestas sobre la vida de un ser humano, aunque usted de ser humano tenga lo que yo de coleóptero —sentenció Fermín.

—No se crea que con tanta palabrería me despista —replicó Salgado, malicioso —. Sé perfectamente lo que están tramando usted y su amigo del alma Martín con todo ese cuento de *El conde de Montecristo*.

—No sé de qué me habla, Salgado. Duérmase un rato, o un año, que nadie lo va a echar de menos.

—Si cree usted que se va a escapar de este lugar es que está tan loco como él.

Fermín sintió un sudor frío en la espalda. Salgado le mostró su sonrisa desdentada a porrazos.

—Lo sabía —dijo.

Fermín negó por lo bajo y se fue a acurrucar a su rincón, tan lejos como pudo de Salgado. La paz apenas duró un minuto.

—Mi silencio tiene un precio —anunció Salgado.

—Tendría que haberlo dejado morir cuando lo trajeron —murmuró Fermín.

—Como muestra de gratitud estoy dispuesto a hacerle una rebaja —dijo Salgado—. Sólo le pido que me haga un último favor y guardaré su secreto.

—¿Cómo sé que será el último?

—Porque le van a pillar a usted como a todos los que han intentado salir de aquí por pies y, después de buscarle las cosquillas unos días, lo pasarán por el garrote en el patio como espectáculo edificante para el resto y entonces ya no podré pedirle nada más. ¿Qué me dice? Un pequeño favor y mi total cooperación. Le doy mi palabra de honor.

—¿Su palabra de honor? Hombre, ¿por qué no lo ha dicho antes? Eso lo cambia todo.

—Acérquese…

Fermín dudó un instante, pero se dijo que no tenía nada que perder.

—Sé que el cabrón ese de Valls le ha encargado que averigüe usted dónde tengo escondido el dinero —dijo—. No se moleste en negarlo.

Fermín se limitó a encogerse de hombros.

—Quiero que se lo diga —instruyó Salgado.

—Lo que usted mande, Salgado. ¿Dónde está el dinero?

—Dígale al director que tiene que ir él solo, en persona. Si alguien lo acompaña no sacará un duro. Dígale que tiene que acudir a la antigua fábrica Vilardell en el Pueblo Nuevo, detrás del cementerio. A medianoche. Ni antes ni después.

—Esto suena por lo menos a sainete de misterio de don Carlos Arniches, Salgado…

—Escúcheme bien. Dígale que tiene que entrar en la fábrica y buscar la antigua caseta del guarda junto a la sala de telares. Una vez allí tiene que llamar a la puerta y, cuando le pregunten quién va, debe decir: «Durruti vive».

Fermín ahogó una carcajada.

—Ésa es la memez más grande que he oído desde el último discurso del director.

—Usted limítese a repetirle lo que he dicho.

—¿Y cómo sabe usted que no iré yo y con sus intrigas y contraseñas de serial de a peseta me llevaré el dinero?

La codicia ardía en los ojos de Salgado.

—No me lo diga: porque estaré muerto —completó Fermín.

La sonrisa reptil de Salgado le desbordaba los labios. Fermín estudió aquellos ojos consumidos por la sed de venganza. Comprendió entonces lo que pretendía Salgado.

—Es una trampa, ¿no?

Salgado no respondió.

—¿Y si Valls sobrevive? ¿No se ha parado a pensar en lo que le van a hacer?

—Nada que no me hayan hecho ya.

—Le diría que tiene usted un par de huevos si no me constase que sólo le queda parte de uno y, si esta jugada le sale rana, ni eso —aventuró Fermín.

—Eso es problema mío —atajó Salgado—. ¿En qué quedamos entonces, Montecristo? ¿Trato hecho?

Salgado ofreció la única mano que le quedaba. Fermín la contempló durante unos instantes antes de estrecharla sin ganas.

14

Fermín tuvo que esperar al tradicional discurso del domingo tras la misa y al escaso intervalo al aire libre en el patio para aproximarse a Martín y confiarle lo que Salgado le había pedido.

—No interferirá en el plan —aseguró Martín—. Haga lo que le pide. Ahora no podemos permitirnos un chivatazo.

Fermín, que llevaba días entre la náusea y la taquicardia, se secó el sudor frío que le chorreaba por la frente.

—Martín, no es por desconfianza, pero si ese plan que está preparando es tan bueno, ¿por qué no lo usa usted para salir de aquí?

Martín asintió, como si llevase días esperando oír aquella pregunta.

—Porque yo merezco estar aquí y, aunque no fuese así, no hay lugar ya para mí fuera de estos muros. No tengo adónde ir.

—Tiene a Isabella…

—Isabella está casada con un hombre diez veces mejor que yo. Lo único que conseguiría saliendo de aquí sería hacerla desgraciada.

—Pero ella está haciendo todo lo posible por sacarle de aquí…

Martín negó.

—Me tiene usted que prometer algo, Fermín. Es lo único que le pediré a cambio de ayudarle a escapar.

Éste es el mes de las peticiones, pensó Fermín asintiendo de buen grado.

—Lo que usted me pida.

—Si consigue salir le pido que, si está en su mano, cuide de ella. A distancia, sin que ella lo sepa, sin que ni siquiera sepa que usted existe. Que cuide de ella y de su hijo, Daniel. ¿Hará eso por mí, Fermín?

—Por supuesto.

Martín sonrió con tristeza.

—Es usted un buen hombre, Fermín.

—Ya van dos ocasiones en que me dice eso, y cada vez me suena peor.

Martín extrajo uno de sus apestosos cigarrillos y lo encendió.

—No tenemos mucho tiempo. Brians, el abogado que contrató Isabella para llevar mi caso, estuvo ayer aquí. Cometí el error de contarle lo que Valls quiere de mí.

—Lo de reescribirle la bazofia esa…

—Exactamente. Le pedí que no le dijese nada a Isabella, pero le conozco y tarde o temprano lo hará, y ella, a la que conozco todavía mejor, se pondrá hecha una furia y vendrá aquí para amenazar a Valls con esparcir a los cuatro vientos su secreto.

—¿Y no puede usted detenerla?

—Intentar detener a Isabella es como intentar detener un tren de carga: una misión para tontos.

—Cuanto más me habla de ella más me apetece conocerla. A mí las mujeres con carácter…

—Fermín, le recuerdo su promesa.

Fermín se llevó la mano al corazón y asintió con solemnidad. Martín prosiguió.

—A lo que iba. Cuando eso suceda Valls puede hacer cualquier tontería. Es un hombre a quien le mueve la vanidad, la envidia y la codicia. Cuando se sienta acorralado dará un paso en falso. No sé qué, pero estoy seguro de que algo intentará. Es importante que para entonces ya esté usted fuera de aquí.

—No es que yo tenga muchas ganas de quedarme, la verdad…

—No me entiende usted. Hay que adelantar el plan.

—¿Adelantarlo? ¿A cuándo?

Martín lo observó largamente a través de la cortina de humo que ascendía de sus labios.

—A esta noche.

Fermín intentó tragar saliva, pero tenía la boca llena de polvo.

—Pero si todavía no sé ni cuál es el plan…

—Abra bien los oídos.

15

Aquella tarde, antes de regresar a la celda, Fermín se acercó a uno de los centinelas que le habían conducido al despacho de Valls.

—Dígale al señor director que tengo que hablar con él.

—¿De qué, si puede saberse?

—Dígale que tengo los resultados que esperaba. Él sabrá de lo que hablo.

Antes de una hora el centinela y su compañero se personaron a la puerta de la celda número 13 para recoger a Fermín. Salgado lo observaba todo con una expresión canina desde el catre, masajeándose el muñón. Fermín le guiñó un ojo y partió bajo la custodia de los centinelas.

El señor director lo recibió con una sonrisa efusiva y un plato de pastas de Casa Escribá.

—Fermín, amigo mío, qué placer tenerle de nuevo aquí para mantener una charla inteligente y productiva. Tome asiento, por favor, y deguste a discreción esta fina selección de dulces que me ha traído la esposa de uno de los prisioneros.

Fermín, que hacía días que era incapaz de ingerir ni un grano de alpiste, cogió una rosquilla por no contradecir a Valls y la sostuvo en la mano como si se tratase de un amuleto. Fermín advirtió que el señor director había dejado de tutearle y supuso que el nuevo tratamiento de usted sólo podía tener consecuencias funestas. Valls se sirvió una copa de *brandy* y se dejó caer en su butacón de general.

—¿Y bien? Entiendo que tiene usted buenas noticias para mí —le invitó a hablar el señor director.

Fermín asintió.

—En el capítulo de Bellas Letras, puedo confirmarle a su ilustrísima que Martín está más que persuadido y motivado para realizar la labor de pulido y planchado que le solicitó. Es más, me ha comentado que el material que le proporcionó usted es de tan alta calidad y finura que cree que su tarea será sencilla, porque basta con poner puntos sobre dos o tres íes de la genialidad del señor director para obtener una obra maestra digna del más selecto Paracelso.

Valls se detuvo a absorber el cañonazo de palabrería de Fermín, pero asintió cortés sin aflojar la sonrisa helada.

—No hace falta que me lo endulce, Fermín. Me basta con saber que Martín hará lo que tiene que hacer. Ambos sabemos que la labor no es de su agrado, pero me alegra que se avenga a razones y que comprenda que facilitar las cosas nos beneficia a todos. Ahora, respecto a los otros dos puntos…

—A ello iba. Respecto al camposanto de los tomos enajenados…

—Cementerio de los Libros Olvidados —corrigió Valls—. ¿Ha podido sonsacarle a Martín la ubicación?

Fermín asintió con plena convicción.

—Por lo que he podido colegir, el susodicho osario está oculto tras un laberinto de túneles y cámaras bajo el mercado del Borne.

Valls sopesó aquella revelación, visiblemente sorprendido.

—¿Y la entrada?

—Hasta ahí no pude llegar, señor director. Imagino que en alguna trampilla oculta tras el aparejo y pestuzo disuasorio de algunos de los puestos de verduras al por mayor. Martín no quería hablar del tema y pensé que si le presionaba demasiado se cerraría en banda.

Valls asintió lentamente.

—Hizo bien. Prosiga.

—Y para finalizar, en relación con la tercera petición de vuecencia, aprovechando los estertores y las agonías mortales del abyecto Salgado pude persuadirle para que, en su delirio, confesara el escondrijo del pingüe botín de su criminal andadura al servicio de la masonería y el marxismo.

—¿Cree usted que va a morir, entonces?

—De un momento a otro. Creo que ya se ha encomendado a san León Trotsky y está a la espera del soplo final para ascender al politburó de la posteridad.

Valls negó por lo bajo.

—Ya les dije a esos animales que a la fuerza no le sacarían nada.

—Técnicamente le sacaron alguna gónada o miembro, pero coincido con el señor director en que con alimañas como Salgado la única vía de actuación es la psicología aplicada.

—¿Y entonces? ¿Dónde escondió el dinero?

Fermín se inclinó hacia adelante y adoptó un tono confidencial.

—Es complicado de explicar.

—No me venga con rodeos que lo envío al sótano a que le refresquen la oratoria.

Fermín procedió entonces a venderle a Valls aquella intriga peregrina que había obtenido de labios de Salgado. El señor director lo escuchaba con incredulidad.

—Fermín, le advierto que si me está mintiendo se arrepentirá. Lo que han hecho con Salgado no llegará ni a aperitivo de lo que harán con usted.

—Le aseguro a su señoría que le estoy repitiendo lo que me dijo Salgado palabra por palabra. Si quiere usted se lo juro sobre el retrato fehaciente del Caudillo por la gracia de Dios que obra sobre su escritorio.

Valls le miró a los ojos fijamente. Fermín le sostuvo la mirada sin pestañear, tal y como le había enseñado Martín. Finalmente el señor director retiró la sonrisa y, una vez conseguida la información que buscaba, el plato de pastas. Sin pretensión alguna de cordialidad chasqueó los dedos y los dos centinelas entraron para llevarse a Fermín de nuevo a la celda.

Esta vez Valls no se molestó ni en amenazar a Fermín. Mientras le arrastraban corredor abajo, Fermín vio que el secretario del director se cruzaba con ellos y se detenía en el umbral del despacho de Valls.

—Señor director, Sanahuja, el médico de la celda de Martín…

—Sí. ¿Qué?

—Que dice que Martín ha tenido un desvanecimiento y que piensa que podría ser algo grave. Solicita permiso para acudir al botiquín a buscar algunas cosas…

Valls se levantó, iracundo.

—¿Y a qué estás esperando? Venga. Llevadle y que coja lo que necesite.

16

Por orden del señor director un carcelero quedó apostado frente a la celda de Martín mientras el doctor Sanahuja administraba sus cuidados. Era un joven de no más de veinte años, nuevo en el turno. Se suponía que Bebo tenía el turno de noche, pero en su lugar y sin explicación se había presentado aquel novato pardillo que no parecía capaz ni de aclararse con el manojo de llaves y que estaba más nervioso que cualquiera de los prisioneros. Rondaban las nueve de la noche cuando el doctor, visiblemente cansado, se aproximó a los barrotes y se dirigió al carcelero.

—Necesito más gasas limpias y agua oxigenada.

—No puedo abandonar el puesto.

—Ni yo puedo abandonar a un paciente. Por favor. Gasas y agua oxigenada.

El carcelero se agitó nerviosamente.

—Al señor director le disgusta que no se sigan sus instrucciones al pie de la letra.

—Menos le gustará que le pase algo a Martín porque usted no me ha hecho caso.

El joven carcelero sopesó la situación.

—Jefe, que no vamos a atravesar las paredes ni a comernos los barrotes… —argumentó el doctor.

El carcelero dejó escapar una maldición y partió a toda prisa. Mientras el carcelero se alejaba rumbo al botiquín, Sanahuja esperó frente a los barrotes. Salgado llevaba dormido dos horas, respirando con dificultad. Fermín se acercó sigilosamente hasta el corredor y cruzó una mirada con el doctor. Sanahuja le lanzó entonces el paquete, que no llegaba al tamaño de una baraja de cartas, envuelto en un jirón de tela y atado con un cordel. Fermín lo atrapó al vuelo y se retiró rápidamente a las sombras del fondo de su celda. Cuando el carcelero regresó con lo que Sanahuja le había pedido, se asomó a los barrotes y escrutó la silueta de Salgado.

—Está en las últimas —dijo Fermín—. No creo que llegue a mañana.

—Tú mantenlo vivo hasta las seis. Que no me joda la marrana y que se muera en el turno de otro.

—Se hará lo humanamente posible —replicó Fermín.

17

Aquella noche, mientras Fermín deshacía en su celda el paquete que el doctor Sanahuja le había pasado desde el corredor, un Studebaker negro conducía al señor director por la carretera que descendía desde Montjuic a las calles oscuras que bordeaban el puerto. Jaime, el chófer, prestaba particular atención para evitar baches y cualquier otro traspié que pudiera incomodar a su pasajero o interrumpir el trance de sus pensamientos. El nuevo director no era como el antiguo. El antiguo director solía entablar conversaciones con él cuando iban en el coche y en alguna ocasión se había sentado delante, a su lado. El director Valls no le dirigía la palabra excepto para darle una orden y raramente cruzaba la mirada con él a menos que hubiese cometido un error, o pisado una piedra, o tomado una curva demasiado de prisa. Entonces sus ojos se encendían en el espejo retrovisor y un gesto displicente afloraba en su rostro. El director Valls no le permitía encender la radio porque decía que las emisiones que se escuchaban insultaban a su inteligencia. Tampoco le permitía llevar en el salpicadero las fotografías de su esposa y de su hija.

Afortunadamente, a aquella hora de la noche ya no había tráfico y la ruta no presentó sobresaltos. En apenas unos minutos el coche rebasó las Atarazanas, bordeó el monumento a Colón y enfiló las Ramblas. En un par de minutos llegó frente al café de la Ópera y se detuvo. El público del Liceo, al otro lado de la calle, ya había entrado para la sesión de noche y las Ramblas estaban casi desiertas. El chófer descendió y, tras comprobar que no había nadie cerca, procedió a abrir la puerta a Mauricio Valls. El señor director se apeó y contempló el paseo sin interés. Se ajustó la corbata y se peinó los hombros de la chaqueta con las manos.

—Espere aquí —dijo al chófer.

Cuando entró el señor director, el café estaba casi desierto. El reloj que había tras la barra marcaba cinco minutos para las diez de la noche. El señor director respondió al saludo del camarero con un asentimiento y se sentó a una mesa del fondo. Se quitó los guantes con parsimonia y extrajo su pitillera de plata, la que le había regalado su suegro en el primer aniversario de bodas. Encendió un cigarrillo y contempló el viejo café. El camarero se aproximó bandeja en mano y pasó un paño húmedo que olía a lejía sobre la mesa. El señor director le lanzó una mirada de desprecio que el empleado ignoró.

—¿Qué tomará el señor?

—Dos manzanillas.

—¿En la misma taza?

—No. En tazas separadas.

—¿Espera el caballero compañía?

—Evidentemente.

—Muy bien. ¿Se le ofrece alguna cosa más?

—Miel.

—Sí, señor.

El camarero partió sin prisa y el señor director murmuró algo despectivo por lo bajo. Una radio sobre la barra emitía el murmullo de un consultorio sentimental e intercalaba anuncios de la firma de cosméticos Bella Aurora, cuyo uso diario garantizaba juventud, belleza y lozanía. Cuatro mesas más allá un hombre mayor parecía haberse dormido con un periódico en la mano. El resto de las mesas estaban vacías. Las dos tazas humeantes llegaron cinco minutos después. El camarero las puso sobre la mesa con infinita lentitud y luego dejó un tarro con miel.

—¿Será todo, caballero?

Valls asintió. Esperó a que el camarero hubiera regresado a la barra para extraer el frasco que llevaba en el bolsillo. Desenroscó el tapón y lanzó una mirada al otro parroquiano, que seguía noqueado por la prensa. El camarero estaba de espaldas tras la barra, secando vasos.

Valls tomó el frasco y vertió el contenido en la taza que quedaba al otro extremo de la mesa. Luego mezcló un chorro generoso de miel y procedió a remover la manzanilla con la cucharita hasta que estuvo completamente diluida. En la radio leían la angustiada misiva de una señora de Betanzos cuyo marido, al parecer contrariado porque se le había quemado el estofado de Todos los Santos, se había echado al bar con los amigos a escuchar el fútbol y ni paraba en casa ni había vuelto a misa. Se le recomendaba oración, entereza y que usase sus armas de mujer, pero dentro de los estrictos límites de la familia cristiana. Valls consultó de nuevo el reloj. Eran las diez y cuarto.

18

A las diez y veinte Isabella Sempere entró por la puerta. Vestía un abrigo sencillo y llevaba el pelo recogido y el rostro sin maquillar. Valls la vio y alzó la mano. Isabella se quedó un instante observándole y luego se aproximó lentamente a la mesa. Valls se levantó y ofreció su mano sonriendo afablemente. Isabella ignoró la mano y tomó asiento.

—Me he tomado la libertad de pedir dos manzanillas, que es lo que mejor sienta en una noche desapacible como ésta.

Isabella asintió evitando la mirada de Valls. El señor director la contempló detenidamente. La señora de Sempere, como siempre que acudía a verle, se había desarreglado todo lo posible y había intentado disimular su belleza. Valls observó el dibujo de sus labios, el pulso en su garganta y la curva de sus senos bajo el abrigo.

—Usted dirá —dijo Isabella.

—Ante todo, permítame agradecerle que haya acudido a este encuentro con tan poco margen de tiempo. He recibido su nota esta tarde y he creído que era conveniente que hablásemos del tema fuera del despacho y de la prisión.

Isabella se limitó a asentir. Valls probó la manzanilla y se relamió los labios.

—Buenísima. La mejor de Barcelona. Pruébela.

Isabella ignoró su invitación.

—Como comprenderá, toda discreción es poca. ¿Puedo preguntarle si le ha dicho a alguien que venía usted aquí esta noche?

Isabella negó.

—¿Su esposo tal vez?

—Mi marido está haciendo inventario en la librería. No llegará a casa hasta bien entrada la madrugada. Nadie sabe que estoy aquí.

—¿Le pido otra cosa? Si no le apetece una manzanilla…

Isabella negó y tomó la taza en sus manos.

—Está bien así.

Valls sonrió serenamente.

—Como le decía, he recibido su carta. Entiendo su indignación y quería explicarle que todo se trata de un malentendido.

—Está usted chantajeando a un pobre enfermo mental, su prisionero, para que le escriba una obra con la que ganar reputación. No creo haber entendido mal nada hasta ese punto.

Valls deslizó una mano hacia Isabella.

—Isabella… ¿Puedo llamarla así?

—No me toque.

Valls retiró la mano, esgrimiendo un gesto conciliador.

—Está bien, sólo hablemos con calma.

—No hay nada de qué hablar. Si no deja usted en paz a David, llevaré su historia y su fraude hasta Madrid o hasta donde haga falta. Todos sabrán qué clase de persona y qué clase de literato es usted. Nada ni nadie me va a detener.

Las lágrimas asomaban en los ojos de Isabella y la taza de manzanilla temblaba en sus manos.

—Por favor, Isabella. Beba un poco. Le hará bien.

Isabella bebió un par de sorbos, ausente.

—Así, con una pizca de miel, es como sabe mejor —añadió Valls.

Isabella bebió dos o tres sorbos más.

—Debo decirle que la admiro, Isabella —dijo Valls—. Pocas personas tendrían el coraje y la entereza de defender a un pobre infeliz como Martín…, alguien a quien todos han abandonado y traicionado. Todos menos usted.

Isabella miró nerviosamente el reloj sobre la barra. Eran las diez y treinta y cinco. Tomó un par de sorbos más de manzanilla y apuró la taza.

—Debe usted de apreciarle mucho —aventuró Valls—. A veces me pregunto si, con el tiempo y cuando llegue a conocerme mejor, tal como soy, podrá usted apreciarme tanto como a él.

—Me da usted asco, Valls. Usted y toda la escoria como usted.

—Lo sé, Isabella. Pero es la escoria como yo la que siempre manda en este país y la gente como usted la que siempre se queda en la sombra. Tanto da qué bando lleve las riendas.

—Esta vez no. Esta vez sus superiores sabrán lo que está haciendo.

—¿Qué le hace pensar que les importará, o que ellos no hacen lo mismo o mucho más que yo, que apenas soy un aficionado?

Valls sonrió y extrajo un folio doblado del bolsillo de su chaqueta.

—Isabella, quiero que sepa que yo no soy como usted piensa. Y, para demostrárselo, aquí está la orden de liberación de David Martín, con fecha de mañana.

Valls le mostró el documento. Isabella lo examinó incrédula. Valls sacó su pluma y, sin más, firmó el documento.

—Ahí está. David Martín es, técnicamente, un hombre libre. Gracias a usted, Isabella. Gracias a usted…

Isabella le devolvió una mirada vidriosa. Valls apreció cómo sus pupilas se dilataban lentamente y una película de sudor afloraba sobre su labio superior.

—¿Se encuentra bien? Está usted pálida…

Isabella se levantó tambaleándose y se aferró a la silla.

—¿Está mareada, Isabella? ¿La acompaño a algún sitio?

Isabella retrocedió unos pasos y tropezó con el camarero en su camino hacia la salida. Valls se quedó en la mesa, saboreando su manzanilla hasta que el reloj marcó las diez y cuarenta y cinco. Dejó entonces unas monedas sobre la mesa y lentamente se encaminó hacia la salida. El coche le esperaba en la acera, y el chófer sostenía

abierta la puerta.

—¿Desea el señor director ir a casa o al castillo?

—A casa, pero primero vamos a hacer una parada en el Pueblo Nuevo, en la antigua fábrica Vilardell —ordenó.

De camino a recoger el botín prometido, Mauricio Valls, futuro insigne de las letras españolas, contempló el desfile de calles negras y desiertas de aquella Barcelona maldita que tanto detestaba, y derramó lágrimas por Isabella y por lo que podría haber sido.

19

Cuando Salgado despertó de su letargo y abrió los ojos, lo primero que advirtió fue que había alguien inmóvil observándole al pie del camastro. Sintió un amago de pánico y por un instante creyó que todavía estaba en la sala del sótano. Un parpadeo en la luz que flotaba desde los candiles del corredor dibujó rasgos conocidos.

—Fermín, ¿es usted? —preguntó.

La figura en la sombra asintió y Salgado respiró hondo.

—Tengo la boca seca. ¿Queda algo de agua?

Fermín se aproximó lentamente. Portaba algo en la mano: un paño y un frasco de cristal.

Salgado vio cómo Fermín vertía el líquido del frasco en el tejido.

—¿Qué es eso, Fermín?

Fermín no contestó. Su rostro no mostraba expresión alguna. Se inclinó sobre Salgado y le miró a los ojos.

—Fermín, no…

Antes de que pudiera pronunciar otra sílaba Fermín le colocó el paño sobre la boca y la nariz, y apretó con fuerza mientras le sujetaba la cabeza sobre el camastro. Salgado se agitaba con la poca fuerza que le quedaba. Fermín mantuvo el paño sobre su rostro. Salgado le miraba aterrado. Segundos más tarde perdió el conocimiento. Fermín no levantó el paño. Contó cinco segundos más y sólo entonces lo retiró. Se sentó en el camastro dando la espalda a Salgado y esperó unos minutos. Luego, tal y como le había dicho Martín, se acercó a la puerta de la celda.

—¡Carcelero! —llamó.

Escuchó los pasos del novato aproximándose por el corredor. El plan de Martín contemplaba que fuese Bebo quien estuviese en su puesto aquella noche como estaba previsto, y no aquel cretino.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el carcelero.

—Es Salgado, que ha palmado.

El carcelero sacudió la cabeza y esbozó una expresión exasperada.

—Me cago en su puta madre. ¿Y ahora qué?

—Traiga usted el saco.

El carcelero maldijo su suerte.

—Si quiere ya lo meteré yo, jefe —se ofreció Fermín.

El carcelero asintió con un asomo de gratitud.

—Si me trae el saco ahora, mientras yo lo voy metiendo usted puede dar aviso y nos lo recogen antes de medianoche —añadió Fermín.

El carcelero asintió de nuevo y partió en busca del saco de lona. Fermín permaneció a la puerta de la celda. Al otro lado del corredor, Martín y Sanahuja le observaban en silencio.

Diez minutos después, el carcelero regresó sosteniendo la saca por un extremo, incapaz de disimular la náusea que le producía aquel hedor a carroña podrida. Fermín se retiró al fondo de la celda sin esperar instrucciones. El carcelero abrió la celda y echó el saco al interior.

—Avíselos ahora, jefe, y así nos quitan de encima el fiambre antes de las doce o lo tendremos aquí hasta mañana por la noche.

—¿Seguro que lo puede meter ahí usted solo?

—No se preocupe, jefe, que hay práctica.

El carcelero asintió de nuevo, no del todo convencido.

—A ver si tenemos suerte, porque el muñón le está empezando a supurar y eso va a oler que no le cuento…

—Joder —dijo el carcelero alejándose a toda prisa.

Tan pronto como lo oyó llegar al extremo del corredor, Fermín procedió a desnudar a Salgado y luego se desprendió de sus ropas. Se vistió con los harapos pestilentes del ladrón y le puso los suyos. Colocó a Salgado de lado en el camastro, de cara al muro, y lo tapó con la manta hasta cubrirle medio rostro. Entonces agarró el saco de lona y se introdujo dentro. Iba a cerrar la saca cuando recordó algo.

Volvió a salir a toda prisa y se acercó al muro. Rascó con las uñas entre las dos piedras donde había visto a Salgado esconder la llave hasta que asomó la punta. Intentó asirla con los dedos, pero la llave resbalaba y quedaba apresada entre la piedra.

—Dese prisa —llegó la voz de Martín desde el otro lado del corredor.

Fermín clavó las uñas sobre la llave y tiró con fuerza. La uña del anular se desprendió y una punzada de dolor le cegó por unos segundos. Fermín ahogó un grito y se llevó el dedo a los labios. El sabor de su propia sangre, salado y metálico, le llenó la boca. Abrió los ojos de nuevo y vio que un centímetro de la llave sobresalía de la grieta. Esta vez pudo retirarla con facilidad.

Volvió a calzarse la saca de lona y, como pudo, cerró el nudo desde el interior, dejando una abertura de casi un palmo. Contuvo las arcadas que le subían por la garganta y se tendió en el suelo, anudando los cordeles desde el interior de la saca hasta dejar apenas una rendija del tamaño de un puño. Se llevó los dedos a la nariz y prefirió respirar a través de su propia mugre antes que rendirse a aquel hedor a podredumbre. Ahora sólo cabía esperar, se dijo.

20

Las calles del Pueblo Nuevo estaban sumergidas en una tiniebla espesa y húmeda que reptaba desde la ciudadela de chabolas y cabañas en la playa del Somorrostro. El Studebaker del señor director atravesaba los velos de bruma lentamente y avanzaba entre los cañones de sombras formados por fábricas, almacenes y hangares oscuros y decrépitos. Las luces del coche dibujaban dos túneles de claridad al frente. Al rato la silueta de la antigua fábrica textil Vilardell asomó en la niebla. Las chimeneas y crestas de pabellones y talleres abandonados se perfilaron al fondo de la calle. El gran portón estaba custodiado por una reja de lanzas; tras ésta se adivinaba un laberinto de maleza entre la que sobresalían los esqueletos de camiones y carromatos abandonados. El chófer se detuvo frente a la entrada de la vieja factoría.

—Deje el motor en marcha —ordenó el señor director.

Los haces de luz de ambos faros penetraban en la negrura más allá del portón, revelando el estado ruinoso de la fábrica, bombardeada durante la guerra y abandonada como tantas estructuras en toda la ciudad.

A un lado se apreciaban unos barracones sellados con tablones de madera y, frente a unas cocheras que parecían haber sido pasto de las llamas, se alzaba lo que Valls supuso que era la antigua casa de los vigilantes. El aliento rojizo de una vela o un candil de aceite lamía el contorno de una de las ventanas cerradas. El señor director observó la escena sin prisa desde el asiento trasero del coche. Tras varios minutos de espera, se inclinó hacia adelante y se dirigió al chófer.

—Jaime, ¿ve usted esa casa a la izquierda, frente a la cochera?

Era la primera vez que el señor director se dirigía a él por su nombre de pila. Algo en aquel tono repentinamente amable y cálido le hizo preferir el trato frío y distante habitual.

—¿La caseta, dice usted?

—La misma. Quiero que se acerque hasta allí y llame a la puerta.

—¿Quiere que entre ahí? ¿En la fábrica?

El señor director dejó caer un suspiro de impaciencia.

—En la fábrica no. Escúcheme bien. Ve la casa, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien. Pues se acerca usted a la verja, se cuela por la abertura que hay entre los barrotes, va hasta la caseta y llama a la puerta. ¿Hasta ahí todo claro?

El chófer asintió con escaso entusiasmo.

—Bien. Cuando haya usted llamado, alguien le abrirá. Cuando lo haga le dice: «Durruti vive».

—¿Durruti?

—No me interrumpa. Usted repita lo que le he dicho. Le darán algo. Probablemente una maleta o un fardo. Lo trae usted, y ya está. Simple, ¿no?

El chófer estaba pálido y no cesaba de mirar por el retrovisor, como si esperase que alguien o algo emergiese de las sombras en cualquier momento.

—Tranquilo, Jaime. No va a pasar nada. Le pido esto como un favor personal. Dígame, ¿está usted casado?

—Hará ahora tres años que me casé, señor director.

—Ah, qué bien. ¿Y tiene usted hijos?

—Una niña de dos años y mi señora está esperando, señor director.

—La familia es lo más importante, Jaime. Es usted un buen español. Si le parece, como regalo de bautizo anticipado y muestra de mi agradecimiento por su excelente trabajo, le voy a dar cien pesetas. Y si me hace este pequeño favor le voy a recomendar para un ascenso. ¿Qué le parecería un empleo de despacho en la Diputación? Tengo buenos amigos allí y me dicen que buscan hombres con carácter para sacar al país del pozo al que lo han llevado los bolcheviques.

A la mención del dinero y de las buenas perspectivas una leve sonrisa asomó a los labios del chófer.

—¿No será peligroso o…?

—Jaime, que soy yo, el señor director. ¿Le iba a pedir yo que hiciera algo peligroso o ilegal?

El chófer le miró en silencio. Valls le sonrió.

—Repítame qué es lo que tiene que hacer, ande.

—Voy hasta la puerta de la casa y llamo. Cuando abran digo: «Viva Durruti».

—Durruti vive.

—Eso. Durruti vive. Me dan la maleta y la traigo.

—Y nos vamos a casa. Así de fácil.

El chófer asintió y, tras un instante de duda, bajó del coche y se aproximó a la verja. Valls observó su silueta atravesando el haz de luz de los faros y llegar ante la entrada. Allí se volvió un instante a mirar el coche.

—Venga, imbécil, entra —murmuró Valls.

El chófer se coló entre los barrotes y, sorteando escombros y maleza, se acercó lentamente a la puerta de la casa. El señor director extrajo el revólver que llevaba en el bolsillo interior del abrigo y tensó el percutor. El chófer llegó a la puerta y se detuvo allí. Valls lo vio llamar dos veces y esperar. Transcurrió casi un minuto sin que nada sucediese.

—Otra vez —murmuró Valls para sí.

El chófer miraba ahora hacia el coche, como si no supiera qué hacer. De repente un soplo de luz amarillenta se dibujó donde un instante antes había estado la puerta cerrada. Valls vio cómo el chófer pronunciaba la contraseña. Se volvió una vez más a mirar hacia el coche, sonriendo. El disparo, a bocajarro, le reventó la sien y le atravesó el cráneo. Una neblina de sangre emergió por el otro lado y el cuerpo, ya cadáver, se sostuvo un instante en pie envuelto en el halo de pólvora antes de precipitarse al suelo como un muñeco roto.

Valls bajó del asiento trasero a toda prisa y se colocó al volante del Studebaker. Sosteniendo el revólver sobre el salpicadero y apuntando hacia la entrada de la fábrica con la mano izquierda, puso la marcha atrás y pisó el acelerador. El coche retrocedió hacia la tiniebla tropezando con baches y charcos que punteaban la calle. Mientras se alejaba pudo ver el resplandor de varios disparos a la puerta de la fábrica, pero ninguno alcanzó el coche. Sólo cuando estuvo a unos doscientos metros maniobró para dar la vuelta y, acelerando a fondo, se alejó de allí mordiéndose los labios de rabia.

21

Encerrado en el interior del saco, Fermín sólo pudo oír sus voces.

—Hemos tenido suerte, tú —dijo el carcelero novato.

—Fermín se ha dormido ya —dijo el doctor Sanahuja desde su celda.

—Suerte que tienen algunos —dijo el carcelero—. Ahí lo tenéis. Ya os lo podéis llevar.

Fermín oyó pasos a su alrededor y sintió una sacudida repentina cuando uno de los enterradores rehízo el nudo y lo cerró con fuerza. Luego lo levantaron entre dos y, sin miramientos, lo arrastraron por el corredor de piedra. Fermín no se atrevió a mover ni un músculo.

Los golpes de escalones, esquinas, puertas y peldaños le acuchillaban el cuerpo sin piedad. Se llevó un puño a la boca y lo mordió para no gritar de dolor. Tras un largo periplo Fermín percibió una caída brusca de temperatura y la pérdida de aquel eco claustrofóbico que existía en todo el interior del castillo. Estaban fuera. Lo arrastraron varios metros sobre un firme empedrado y salpicado de charcos. El frío empezó a calar rápidamente a través de la saca.

Finalmente sintió que lo levantaban y lo lanzaban al vacío. Aterrizó en lo que parecía una superficie de madera. Unos pasos se alejaban. Fermín respiró hondo. El interior de la saca hedía a excremento, carne podrida y gasoil. Escuchó cómo arrancaba el motor del camión y, tras una sacudida, sintió el movimiento del vehículo y el tirón de una pendiente que hizo rodar la saca. Comprendió que el vehículo se alejaba colina abajo con un lento traqueteo por el mismo camino por el que había llegado allí meses atrás. Recordaba que el ascenso a la montaña había sido largo y plagado de curvas. Al poco, sin embargo, notó que el vehículo giraba y enfilaba un nuevo camino sobre un terreno llano y tosco, sin asfaltar. Se habían desviado y Fermín tuvo la certeza de que se estaban adentrando en la montaña en vez de descender hacia la ciudad. Algo había salido mal.

No fue hasta entonces cuando se le ocurrió pensar que tal vez Martín no lo había calculado todo, que algún detalle se le había escapado. Al fin y al cabo, nadie sabía a ciencia cierta qué hacían con los cadáveres de los presos. Tal vez Martín no se había parado a pensar que a lo mejor lanzaban los cuerpos a una caldera para deshacerse de ellos. Pudo imaginar a Salgado, al despertar de su letargo de cloroformo, riéndose y diciendo que antes de arder en el infierno Fermín Romero de Torres, o como diantres se llamase, había ardido en vida.

El camino se prolongó unos minutos. Al poco, cuando el vehículo empezó a aminorar la marcha, Fermín lo percibió por primera vez. Un hedor como nunca había conocido. Se le encogió el corazón y, mientras aquel vapor indecible le llevaba a la náusea, deseó no haber escuchado nunca al loco de Martín y haberse quedado en su celda.

22

Cuando el señor director llegó al castillo de Montjuic, descendió del coche y se dirigió a toda prisa a su despacho. Su secretario estaba anclado en su pequeño escritorio frente a la puerta, mecanografiando la correspondencia del día con dos dedos.

—Deja eso y haz que traigan ahora mismo al hijo de perra de Salgado —ordenó.

El secretario le miró desconcertado, dudando si abrir la boca.

—No te quedes ahí pasmado. Muévete.

El secretario se levantó, azorado, y rehuyó la mirada iracunda del señor director.

—Salgado ha muerto, señor director. Esta misma noche…

Valls cerró los ojos y respiró hondo.

—Señor director…

Sin molestarse en dar explicaciones Valls corrió y no se detuvo hasta llegar a la celda número 13. Al verle, el carcelero salió de su modorra y le dedicó un saludo militar.

—Excelencia, qué…

—Abre. Rápido.

El carcelero abrió la celda y Valls entró sin contemplaciones. Se dirigió al camastro y, asiendo del hombro el cuerpo que había sobre el camastro, tiró con fuerza. Salgado quedó tendido boca arriba. Valls se inclinó sobre el cuerpo y le olfateó el aliento. Se volvió entonces al carcelero, que le miraba aterrado.

—¿Dónde está el cuerpo?

—Se lo han llevado los de la funeraria…

Valls le propinó una bofetada que lo derribó. Dos centinelas se habían personado en el corredor a la espera de las instrucciones del director.

—Lo quiero vivo —les dijo.

Los dos centinelas asintieron y partieron a paso ligero. Valls se quedó allí, apoyado contra los barrotes de la celda que compartían Martín y el doctor Sanahuja. El carcelero, que se había levantado y no se atrevía ni a respirar, creyó ver que el señor director se estaba riendo.

—Idea suya, supongo, ¿verdad, Martín? —preguntó Valls, al fin.

El señor director hizo un amago de reverencia y, mientras se alejaba por el corredor, aplaudió lentamente.

23

Fermín notó que el camión aminoraba la marcha y negociaba los últimos escollos de aquel camino sin pavimentar. Tras un par de minutos de baches y quejidos del camión, el motor se detuvo. El hedor que traspasaba el tejido de la saca era indescriptible. Los dos enterradores se aproximaron a la parte trasera del camión. Escuchó el chasquido de la palanca que aseguraba el cierre y luego, de súbito, un fuerte tirón en la saca y una caída al vacío.

Fermín golpeó el suelo con el costado. Un dolor sordo se extendió por su hombro. Antes de que pudiese reaccionar, los dos enterradores recogieron el saco del suelo empedrado y, sosteniendo un extremo cada uno de ellos, lo llevaron cuesta arriba hasta detenerse unos metros más allá. Dejaron caer de nuevo el saco y entonces Fermín oyó cómo uno de ellos se arrodillaba y empezaba a deshacer el nudo que sellaba la saca. Los pasos del otro se alejaron un par de metros y pudo percibir cómo recogía algo metálico. Fermín intentó tomar aire pero aquel miasma le quemaba la garganta. Cerró los ojos. El aire frío le rozó el rostro. El enterrador asió el saco por el extremo cerrado y tiró con fuerza. El cuerpo de Fermín rodó sobre piedras y terreno encharcado.

—Venga, a la de tres —dijo uno de ellos.

Cuatro manos lo asieron por los tobillos y las muñecas. Fermín luchó por contener la respiración.

—Oye, ¿no está sudando?

—¿Cómo coño va a sudar un muerto, *atontao*? Será el charco. Hala, una, dos y…

Tres. Fermín se sintió balancear en el aire. Un instante después estaba volando y se abandonó a su destino. Abrió los ojos en pleno vuelo y cuanto pudo apreciar antes del impacto fue que se precipitaba hacia el fondo de una zanja cavada en la montaña. La claridad de la luna no permitía más que distinguir algo pálido que cubría el suelo. Fermín tuvo la certeza de que se trataba de piedras y, serenamente, en el medio segundo que tardó en caer, decidió que no le importaba morir.

El aterrizaje fue suave. Fermín sintió que su cuerpo había caído sobre algo blando y húmedo. Cinco metros más arriba, uno de los enterradores sostenía una pala que vació al aire. Un polvo blanquecino se esparció en una neblina brillante que le acarició la piel y, un segundo después, empezó a devorarla como si se tratase de ácido. Los dos enterradores se alejaron y Fermín se incorporó para descubrir que se encontraba en una fosa abierta en la tierra repleta de cadáveres cubiertos de cal viva. Intentó sacudirse aquel polvo de fuego y trepó entre los cuerpos hasta alcanzar el muro de tierra. Escaló hundiendo las manos en la tierra e ignorando el dolor.

Cuando alcanzó la cima, consiguió arrastrarse hasta un charco de agua sucia en el que limpiar la cal. Se puso de pie y pudo apreciar que las luces del camión se alejaban en la noche. Se volvió un instante a mirar atrás y vio que la fosa se extendía

a sus pies como un océano de cadáveres trenzados entre sí. La náusea le golpeó con fuerza y cayó de rodillas, vomitando bilis y sangre sobre las manos. El hedor a muerte y el pánico apenas le permitían respirar. Oyó entonces un rumor en la distancia. Alzó la vista y vio los faros de un par de coches que se aproximaban. Corrió entonces hacia la ladera de la montaña y llegó a una pequeña explanada desde la que se podía ver el mar al pie de la montaña y el faro del puerto en la punta de la escollera.

En lo alto, el castillo de Montjuic se alzaba entre nubes negras que se arrastraban y enmascaraban la luna. El ruido de los coches se aproximaba. Sin pensarlo dos veces Fermín se lanzó ladera abajo, cayendo y rodando entre troncos, piedras y maleza que le golpeaban y le arrancaban la piel a jirones. Ya no sintió dolor, ni miedo, ni cansancio hasta que llegó a la carretera, desde donde echó a correr en dirección a los hangares del puerto. Corrió sin pausa ni aliento, sin noción del tiempo ni conciencia de las heridas que cubrían su cuerpo.

24

El alba despuntaba cuando llegó al laberinto infinito de chabolas que cubrían la playa del Somorrostro. La bruma del alba reptaba desde el mar y serpenteaba entre los tejados. Fermín se adentró en las callejuelas y túneles de la ciudad de los pobres hasta caer entre dos pilas de escombros. Allí lo encontraron dos niños harapientos que arrastraban unas cajas de madera y que se detuvieron a contemplar aquella silueta esquelética que parecía sangrar por todos los poros de su piel.

Fermín les sonrió e hizo el signo de la victoria con dos dedos. Los niños se miraron entre sí. Uno de ellos dijo algo que no pudo oír. Se abandonó a la fatiga y con los ojos entreabiertos pudo ver que lo recogían del suelo entre cuatro personas y lo tendían en un catre junto a un fuego. Sintió el calor en la piel y recuperó lentamente la sensación en pies, manos y brazos. El dolor vino después, como una marea lenta pero inexorable. A su alrededor voces apagadas de mujeres murmuraban palabras incomprensibles. Le quitaron los pocos harapos que le quedaban encima. Paños empapados en agua caliente y alcanfor acariciaron con infinita delicadeza su cuerpo desnudo y quebrado.

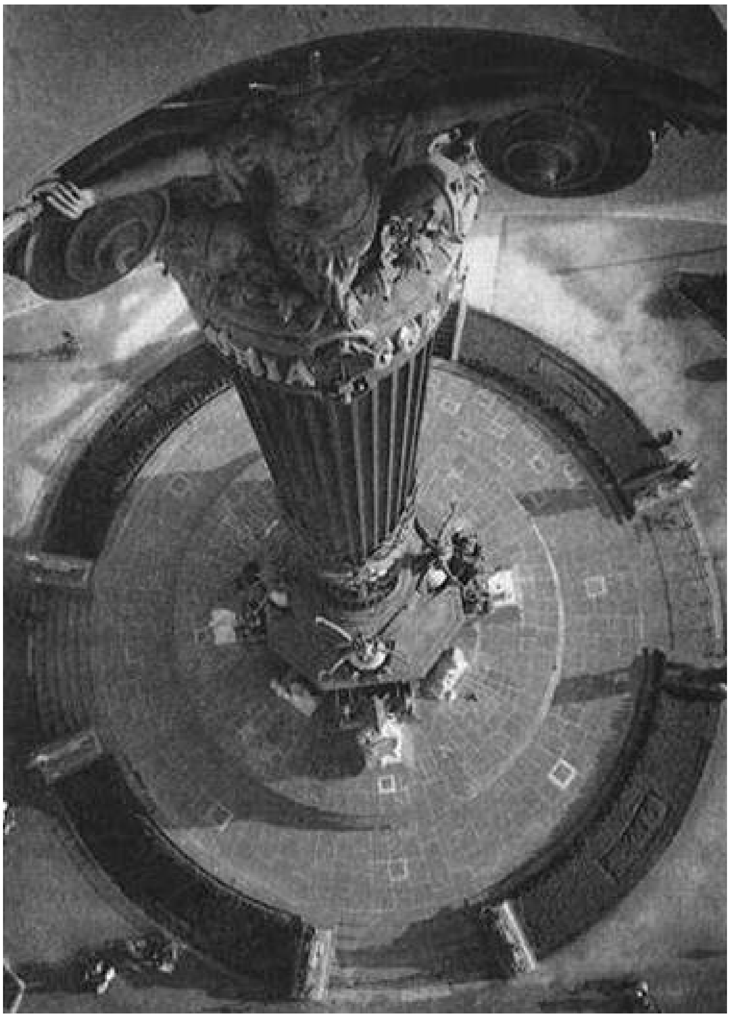
Entreabrió los ojos al sentir la mano de una anciana sobre su frente, la mirada cansada y sabia sobre la suya.

—¿De dónde vienes? —preguntó aquella mujer que Fermín, en su delirio, creyó que era su madre.

—De entre los muertos, madre —murmuró—. He regresado de entre los muertos.

Tercera parte

VOLVER A NACER



1

Barcelona, 1940

El incidente de la vieja fábrica Vilardell nunca llegó a los diarios. A nadie convenía que aquella historia viera la luz. Lo que allí sucedió sólo lo recuerdan quienes estaban presentes. La misma noche en que Mauricio Valls regresó al castillo para comprobar que el prisionero número 13 había escapado, el inspector Fumero de la Brigada Social recibió aviso del señor director de un chivatazo por parte de uno de los presos. Fumero y sus hombres estaban apostados en sus posiciones antes de que saliese el sol.

El inspector puso a dos de sus hombres vigilando el perímetro y concentró al resto en la entrada principal, desde la que, tal y como le había indicado Valls, podía verse la caseta. El cuerpo de Jaime Montoya, el heroico chófer del director de la prisión, que se había ofrecido voluntario para acudir en solitario a investigar la veracidad de los alegatos sobre elementos subversivos presentados por uno de los prisioneros, seguía allí, tendido entre los escombros. Poco antes del alba, Fumero dio orden a sus hombres de que entraran en la vieja fábrica. Cercaron la caseta y cuando los ocupantes, dos hombres y una mujer joven, detectaron su presencia, sólo se produjo un mínimo incidente cuando ella, que portaba un arma de fuego, alcanzó en un brazo a uno de los policías. La herida apenas era un rasguño sin importancia. Amén de aquel desliz, en treinta segundos Fumero y sus hombres habían reducido a los rebeldes.

El inspector ordenó entonces que los metiesen a todos en la caseta y que también arrastrasen el cuerpo del chófer muerto al interior. Fumero no pidió nombres ni documentación. Ordenó a sus hombres que atasen a los rebeldes de pies y manos con alambre a unas sillas de metal oxidado que estaban tiradas en un rincón. Una vez que estuvieron inmovilizados, Fumero indicó a sus hombres que lo dejasen solo y que se apostasen a la puerta de la caseta y de la fábrica a esperar sus instrucciones. A solas con los prisioneros, cerró la puerta y tomó asiento frente a ellos.

—No he dormido en toda la noche y estoy cansado. Me quiero ir a mi casa. Me vais a decir dónde está el dinero y las joyas que escondéis para el tal Salgado y aquí no va a pasar nada, ¿de acuerdo?

Los prisioneros lo contemplaban con una mezcla de perplejidad y terror.

—No sabemos nada de unas joyas ni de un tal Salgado —dijo el hombre de más edad.

Fumero asintió con cierto hastío. Paseaba su mirada con parsimonia por los tres prisioneros, como si pudiera leer sus pensamientos y éstos le aburrieran.

Tras dudar unos instantes, eligió a la mujer y arrimó su silla para quedar apenas a un par de palmos de ella. La mujer estaba temblando.

—Déjala en paz, hijo de puta —escupió el otro hombre, más joven—. Si la tocas te juro que te mataré.

Fumero sonrió melancólicamente.

—Tienes una novia muy guapa.

Navas, el oficial apostado a la puerta de la caseta, notaba el sudor frío empapándole la ropa. Ignoraba los alaridos que provenían del interior y, cuando sus compañeros le dirigieron una mirada soterrada desde el portón de la factoría, Navas negó con la cabeza.

Nadie intercambió una sola palabra. Fumero llevaba dentro de la caseta una media hora cuando finalmente la puerta se abrió a su espalda. Navas se apartó y evitó mirar directamente las manchas húmedas sobre las ropas negras del inspector. Fumero se alejó lentamente hacia la salida y Navas, tras un somero vistazo al interior de la caseta, contuvo las arcadas y cerró la puerta. A una señal de Fumero, dos de los hombres se aproximaron portando dos bidones de gasolina y rociaron el perímetro y los muros de la caseta. No se quedaron a verla arder.

Fumero los esperaba sentado en el asiento del pasajero cuando volvieron al coche. Partieron en silencio mientras una columna de humo y llamas se alzaba entre las ruinas de la vieja fábrica dejando un rastro de cenizas que se esparcía al viento. Fumero abrió la ventanilla y alargó la mano abierta al aire frío y húmedo. Tenía sangre en los dedos. Navas conducía con la vista clavada al frente, aunque sus ojos sólo veían la mirada de súplica que le había lanzado la mujer joven, todavía viva, antes de que cerrase la puerta. Advirtió que Fumero lo estaba observando y apretó las manos al volante para ocultar el temblor.

Desde la acera un grupo de niños harapientos contemplaban el paso del coche. Uno de ellos, esbozando una pistola con los dedos, jugó a dispararles. Fumero sonrió y respondió con el mismo gesto poco antes de que el coche se perdiera en la madeja de calles que rodeaban la jungla de chimeneas y almacenes como si nunca hubiese estado allí.

2

Fermín pasó siete días delirando en el interior de la barraca. Ningún paño húmedo conseguía apaciguarle la fiebre; ningún ungüento era capaz de calmar el mal que, decían, lo devoraba por dentro. Las viejas del lugar, que a menudo se turnaban para cuidar de él y administrarle tónicos con la esperanza de mantenerlo con vida, decían que el extraño llevaba un demonio dentro, el demonio de los remordimientos, y que su alma quería huir hacia el final del túnel y descansar en el vacío de la negrura.

Al séptimo día el hombre al que todos llamaban Armando y cuya autoridad en aquel lugar quedaba un par de centímetros por debajo de la de Dios acudió a la barraca y tomó asiento junto al enfermo. Examinó sus heridas, levantó sus párpados con los dedos y leyó los secretos escritos en sus pupilas dilatadas. Las ancianas que cuidaban de él se habían congregado en un corro a su espalda y esperaban en respetuoso silencio. Al rato Armando asintió para sí mismo y abandonó la barraca. Un par de jóvenes que esperaban en la puerta lo siguieron hasta la línea de espuma en la orilla donde rompía la marea y escucharon sus instrucciones con atención. Armando los vio partir y se quedó allí, sentado sobre los restos de una barcaza de pescadores desguazada por el temporal que había quedado varada entre la playa y el purgatorio.

Encendió un cigarro corto y lo saboreó a la brisa del amanecer. Mientras fumaba y meditaba sobre qué debía hacer, Armando extrajo un pedazo de página de *La Vanguardia* que llevaba en el bolsillo desde hacía días. Allí, enterrada entre anuncios de fajas y breves sobre la actualidad de espectáculos en el Paralelo, asomaba una escueta noticia en la que se informaba de la fuga de un prisionero de la cárcel de Montjuic. El texto tenía aquel regusto estéril de las historias que reproducen palabra por palabra el comunicado oficial. La única licencia que se había permitido el redactor era una coletilla donde se afirmaba que nunca antes alguien había conseguido huir de aquella inexpugnable fortaleza.

Armando alzó la mirada y contempló la montaña de Montjuic, que se alzaba al sur. El castillo, un apunte de torres serradas entre la bruma, sobrevolaba Barcelona. Armando sonrió con amargura y, con la brasa de su cigarro, prendió aquel recorte de prensa y lo vio deshacerse en cenizas en la brisa. Los diarios, como siempre, eludían la verdad como si en ello les fuera la vida, y quizá con razón. Todo en aquella noticia apestaba a medias verdades y a detalles dejados de lado. Entre ellos, la circunstancia de que nadie había conseguido fugarse de la prisión de Montjuic. Aunque tal vez, pensó, en este caso era verdad porque él, el hombre al que llamaban Armando, sólo era alguien en el mundo invisible de la ciudad de los pobres y los intocables. Hay épocas y lugares en los que no ser nadie es más honorable que ser alguien.

3

Los días se arrastraban con parsimonia. Armando pasaba una vez al día por la barraca a interesarse por el estado del moribundo. La fiebre daba tímidas muestras de ir amainando y la madeja de golpes, cortes y heridas que cubrían su cuerpo parecían empezar a sanar lentamente bajo los ungüentos. El moribundo pasaba la mayor parte del día durmiendo o murmurando palabras incomprensibles entre la vigilia y el sueño.

—¿Vivirá? —preguntaba Armando a veces.

—Aún no lo ha decidido —le contestaba aquella mujerona desdibujada por los años a quien aquel infeliz había tomado por su madre.

Los días cristalizaron en semanas y pronto pareció evidente que nadie vendría a preguntar por el extraño, porque nadie pregunta por aquello que prefiere ignorar. Normalmente la policía y la Guardia Civil no entraban en el Somorrostro. Una ley de silencio delineaba con claridad que la ciudad y el mundo acababan a las puertas del poblado de chabolas y a ambas partes les interesaba mantener aquella frontera invisible. Armando sabía que, al otro lado, eran muchos los que secreta o abiertamente rezaban para que un día la tormenta se llevase para siempre la ciudad de los pobres, pero hasta que llegase ese día, todos preferían mirar hacia otro lugar, dar la espalda al mar y a las gentes que malvivían entre la orilla y la jungla de fábricas del Pueblo Nuevo. Aun así, Armando tenía sus dudas. La historia que intuía detrás de aquel extraño inquilino que habían acogido bien podía llevar a que la ley del silencio se quebrase.

A las pocas semanas, un par de policías novatos se acercaron a preguntar si alguien había visto a un hombre que se parecía al extraño. Armando se mantuvo alerta durante días, pero cuando nadie más acudió en su busca acabó por comprender que a aquel hombre no lo quería encontrar nadie. Tal vez había muerto y ni siquiera lo sabía.

Al mes y medio de llegar allí, las heridas de su cuerpo empezaron a sanar. Cuando el hombre abrió los ojos y preguntó dónde estaba, lo ayudaron a incorporarse y a sorber un caldo, pero no le dijeron nada.

—Tiene usted que descansar.

—¿Estoy vivo? —preguntó.

Nadie le confirmó si lo estaba o no. Sus días pasaban entre el sueño y una fatiga que no le abandonaba. Cada vez que cerraba los ojos y se entregaba al cansancio, viajaba al mismo lugar. En su sueño, que se repetía noche tras noche, escalaba las paredes de una fosa infinita sembrada de cadáveres. Cuando llegaba a la cima y se volvía a mirar atrás veía que aquella marea de cuerpos espectrales se removía como un remolino de anguilas. Los muertos abrían los ojos y escalaban los muros, siguiendo sus pasos. Lo seguían a través de la montaña y se adentraban en las calles de Barcelona, buscando los que habían sido sus hogares, llamando a las puertas de

quienes habían amado. Algunos iban en busca de sus asesinos y recorrían la ciudad sedientos de venganza, pero la mayoría sólo quería regresar a sus casas, a sus camas, a sostener en sus brazos a los hijos, esposas y amantes que habían dejado atrás. Sin embargo nadie les abría las puertas, nadie les sostenía la mano y nadie quería besar sus labios, y el moribundo, cubierto de sudor, se despertaba en la oscuridad con el estruendo ensordecedor del llanto de los muertos en el alma.

Un extraño solía visitarle a menudo. Olía a tabaco y a colonia, dos sustancias de poca circulación en aquella época. Se sentaba en una silla a su lado y le miraba con ojos impenetrables. Tenía el pelo negro como el alquitrán y los rasgos afilados. Cuando se daba cuenta de que el paciente estaba despierto le sonreía.

—¿Es usted Dios o el diablo? —le preguntó en una ocasión el moribundo.

El extraño se encogió de hombros y consideró la pregunta.

—Un poco de ambos —respondió al fin.

—Yo en principio soy ateo —informó el paciente—. Aunque en realidad tengo mucha fe.

—Como mucha gente. Descanse ahora, amigo mío. Que el cielo puede esperar. Y el infierno le viene pequeño.

4

Entre las visitas del extraño caballero del pelo azabache, el convaleciente se dejaba alimentar, lavar y vestir con ropas limpias que le iban grandes. Cuando fue capaz de sostenerse en pie y dar unos pasos, lo acompañaron hasta la orilla del mar y allí pudo mojarse los pies y dejarse acariciar por la luz del Mediterráneo. Un día pasó la mañana viendo cómo unos niños vestidos de harapos y con la cara sucia jugaban en la arena, y pensó que le apetecía vivir, al menos un poco más. Con el tiempo los recuerdos y la rabia empezaron a aflorar y, con ellos, el deseo y a su vez el temor de regresar a la ciudad.

Piernas, brazos y demás engranajes empezaron a funcionar más o menos con normalidad. Recuperó el raro placer de orinar al viento sin ardores ni sucesos vergonzantes y se dijo que un hombre que podía mear de pie y sin ayuda era un hombre en condiciones de afrontar sus responsabilidades. Aquella misma noche, de madrugada, se levantó con sigilo y se alejó por los angostos callejones de la ciudadela hasta el límite que marcaban las vías del tren. Al otro lado se alzaba el bosque de chimeneas y la cresta de ángeles y mausoleos del cementerio. Más allá, en un lienzo de luces que ascendía por las colinas, yacía Barcelona. Oyó unos pasos a su espalda y al volverse se encontró con la mirada serena del hombre del pelo azabache.

—Ha vuelto usted a nacer —dijo.

—Pues a ver si esta vez me sale mejor que la primera, porque llevo una carrera…

El hombre del pelo azabache sonrió.

—Permítame que me presente. Yo soy Armando, el gitano.

Fermín le estrechó la mano.

—Fermín Romero de Torres, payo, pero relativamente de ley.

—Amigo Fermín, me ha parecido que andaba usted pensando en volver con ésos.

—La cabra tira al monte —sentenció Fermín—. He dejado algunas cosas a medio hacer.

Armando asintió.

—Lo entiendo, pero todavía no, amigo mío —le dijo—. Tenga paciencia. Quédese con nosotros una temporada.

El miedo a lo que le aguardaba a su regreso y la generosidad de aquellas gentes le retuvieron allí hasta que una mañana de domingo tomó prestado un diario a uno de los chavales, que lo había encontrado en la basura de un chiringuito en la playa de la Barceloneta. Era difícil determinar cuánto tiempo llevaba el periódico entre los escombros, pero estaba fechado tres meses después de la noche de su fuga. Peinó las páginas en busca de un indicio, de una señal o de una mención, pero no había nada. Aquella tarde, cuando ya había decidido que al anochecer regresaría a Barcelona, Armando se le acercó y le informó de que uno de sus hombres había pasado por la pensión en la que vivía.

—Fermín, es mejor que no vaya usted por allí a buscar sus cosas.

—¿Cómo sabe usted mi domicilio?

Armando sonrió, obviando la pregunta.

—La policía les ha dicho que usted falleció. Una nota sobre su muerte apareció hace semanas en los diarios. No le quise decir nada porque entiendo que leer sobre el propio fallecimiento cuando uno está convaleciente no ayuda.

—¿De qué fallecí?

—Causas naturales. Se cayó usted por un barranco cuando pretendía huir de la justicia.

—Entonces, ¿estoy muerto?

—Como la polka.

Fermín sopesó las implicaciones de su nuevo estatus.

—¿Y ahora qué hago? ¿Adónde voy? No puedo quedarme aquí para siempre, abusando de su bondad y poniéndolos en peligro.

Armando se sentó a su lado y encendió uno de los cigarrillos que se liaba él mismo y que olían a eucalipto.

—Fermín, puede hacer lo que quiera, porque usted no existe. Yo casi le diría que se quedase con nosotros, porque ahora es usted uno de los nuestros, gente que no tiene ni nombre ni figura en ningún lugar. Somos fantasmas. Invisibles. Pero sé que tiene usted que volver y resolver lo que sea que ha dejado allí. Lamentablemente, una vez que se vaya de aquí yo no puedo ofrecerle protección.

—Ya ha hecho usted suficiente por mí.

Armando le palmeó el hombro y le tendió una hoja de papel doblada que llevaba en el bolsillo.

—Márchese de la ciudad un tiempo. Deje pasar un año y, cuando vuelva, empiece por aquí —dijo al alejarse.

Fermín desdobló la página y leyó:

FERNANDO BRIANS
Abogado
Calle de Caspe, 12
Sobreático 1.ª
Barcelona. Teléfono 564375

—¿Cómo puedo pagarles lo que han hecho ustedes por mí?

—Cuando haya resuelto sus asuntos pásese un día por aquí y pregunte por mí. Nos iremos a ver bailar a Carmen Amaya y luego me cuenta usted cómo consiguió escapar de ahí arriba. Tengo curiosidad —dijo Armando.

Fermín miró aquellos ojos negros y asintió lentamente.

—¿En qué celda estuvo usted, Armando?

—La trece.

—¿Eran suyas las marcas de cruces en la pared?

—A diferencia de usted, Fermín, yo sí soy creyente, pero ya no tengo fe.

Aquel atardecer nadie le impidió que se fuera ni se despidió de él. Partió, uno más entre los invisibles, hacia las calles de una Barcelona que olía a electricidad. Vio a lo lejos las torres de la Sagrada Familia encalladas en un manto de nubes rojas que amenazaban con una tormenta bíblica y siguió caminando. Sus pasos lo llevaron hasta la estación de autobuses de la calle Trafalgar. En los bolsillos del abrigo que Armando le había regalado encontró dinero. Compró el billete con el trayecto más largo que encontró y pasó la noche en el autobús recorriendo carreteras desiertas bajo la lluvia. Al día siguiente hizo lo mismo y así, tras jornadas de trenes, caminatas y autobuses de medianoche llegó hasta donde las calles no tenían nombre y las casas no tenían número y donde nada ni nadie lo recordaba.

Tuvo cien oficios y ningún amigo. Hizo dinero que gastó. Leyó libros que hablaban de un mundo en el que ya no creía. Empezó a escribir cartas que nunca supo cómo terminar. Vivió contra el recuerdo y el remordimiento. Más de una vez se adentró en un puente o un barranco y contempló el abismo con serenidad. En el último momento siempre volvía la memoria de aquella promesa y la mirada del Prisionero del Cielo. Al año dejó la habitación que tenía alquilada sobre un bar y sin más equipaje que un ejemplar de *La Ciudad de los Malditos* que había encontrado en un mercadillo, posiblemente el único de los libros de Martín que no había sido quemado y que había leído una docena de veces, caminó dos kilómetros hasta la estación de tren y compró el billete que le había estado esperando todos aquellos meses.

—Uno para Barcelona, por favor.

El taquillero expidió el billete y se lo entregó con una mirada de desdén:

—Menudas ganas —dijo—. Con los polacos de mierda.

5

Barcelona, 1941

Anochecía cuando Fermín descendió del tren en la estación de Francia. La máquina había escupido una nube de vapor y hollín que reptaba por el andén y velaba los pasos de los pasajeros que descendían tras el largo trayecto. Fermín se unió a la marcha silenciosa hacia la salida entre gentes enfundadas en ropas deshilachadas que arrastraban maletas sujetas con correas, ancianos prematuros que portaban todas sus pertenencias en un fardo y niños con la mirada y los bolsillos vacíos.

Una pareja de la Guardia Civil custodiaba la entrada al andén y Fermín pudo ver que sus ojos se paseaban entre los pasajeros y que detenían a algunos al azar para pedirles la documentación. Fermín siguió caminando en línea recta hacia uno de ellos. Cuando apenas los separaban una docena de metros, advirtió que el guardia civil lo estaba observando. En la novela de Martín que le había servido de compañía todos aquellos meses, uno de los personajes afirmaba que el mejor modo de desarmar a la autoridad es dirigirse a ella antes de que la autoridad se dirija a uno. Antes de que el agente pudiera señalarle, Fermín se encaminó directamente hacia él y le habló con voz serena.

—Buenas noches, jefe. ¿Sería tan amable de indicarme dónde queda el hotel Porvenir? Tengo entendido que está en la plaza Palacio, pero casi no conozco la ciudad.

El guardia civil lo examinó en silencio, un tanto descolocado. Su compañero se había acercado y le cubrió el flanco derecho.

—Eso lo va tener que preguntar en la salida —dijo en un tono poco amigable.

Fermín asintió cortésmente.

—Disculpe la molestia. Así lo haré.

Se disponía a continuar hacia el vestíbulo de la estación cuando el otro agente le retuvo del brazo.

—La plaza Palacio queda a la izquierda al salir. Frente a Capitanía.

—Muy agradecido. Que tengan ustedes una buena noche.

El guardia civil lo soltó y Fermín se alejó lentamente, midiendo sus pasos hasta que llegó al vestíbulo y de allí a la calle.

Un cielo escarlata cubría una Barcelona negra y tramada de siluetas oscuras y afiladas. Un tranvía semivacío se arrastraba proyectando una luz mortecina sobre los adoquines. Fermín esperó a que hubiera pasado para cruzar al otro lado. Mientras sorteaba los raíles espejados contempló la fuga que dibujaba el paseo Colón y, al fondo, la montaña de Montjuic y el castillo, que se alzaba sobre la ciudad. Bajó la mirada y enfiló la calle Comercio en dirección al mercado del Borne. Las calles estaban desiertas y una brisa fría soplaba entre los callejones. No tenía adónde ir.

Recordó que Martín le había contado que años atrás había vivido cerca de allí, en un viejo caserón incrustado en el angosto cañón de sombras de la calle Flassaders, junto a la fábrica de chocolates Mauri. Se dirigió hacia allí pero al llegar comprobó que el edificio y la finca colindante habían sido pasto de los bombardeos durante la guerra. Las autoridades no se habían molestado en retirar los escombros y los vecinos, presumiblemente para poder deambular por una calle que era más estrecha que el pasillo de algunas casas de la zona noble, se habían limitado a apartar los cascotes y apilarlos fuera del paso.

Fermín miró a su alrededor. Apenas se apreciaba el aliento de luces y velas que exhalaban una claridad mortecina desde los balcones. Fermín se adentró entre las ruinas, sorteando cascotes, gárgolas quebradas y vigas trenzadas en nudos imposibles. Buscó un hueco entre los escombros y se acurrucó al abrigo de una piedra en la que aún podía leerse el número 17, el antiguo domicilio de David Martín. Replegó el abrigo y los diarios viejos que llevaba bajo la ropa. Hecho un ovillo, cerró los ojos e intentó conciliar el sueño.

Había transcurrido una media hora y el frío empezaba a calarle los huesos. Un viento cargado de humedad lamía las ruinas buscando grietas y resquicios. Fermín abrió los ojos y se levantó. Intentaba encontrar un rincón más resguardado cuando advirtió que una silueta lo observaba desde la calle. Fermín se quedó inmóvil. La figura dio unos pasos en dirección a donde se encontraba.

—¿Quién va? —preguntó.

La figura se acercó un poco más y el eco de una farola lejana dibujó su perfil. Era un hombre alto y fornido que vestía de negro. Fermín reparó en el cuello. Un sacerdote. Fermín alzó las manos en señal de paz.

—Ya me voy, padre. Por favor, no llame a la policía.

El sacerdote lo miró de arriba abajo. Tenía la mirada severa y el aire de haberse pasado media vida levantando sacos en el puerto en vez de cálices.

—¿Tiene hambre? —preguntó.

Fermín, que se habría comido cualquiera de aquellos pedruscos si alguien los hubiera rociado con tres gotas de aceite de oliva, negó.

—Acabo de cenar en Las Siete Puertas y me he puesto morado de arroz negro —dijo.

El sacerdote esbozó un amago de sonrisa. Se dio la vuelta y echó a andar.

—Venga —ordenó.

6

El padre Valera vivía en el ático de un edificio situado al final del paseo del Borne que daba directamente a los tejados del mercado. Fermín dio cuenta con entusiasmo de tres platos de sopa y de unos cuantos mendrugos de pan seco y un par de vasos de vino diluido en agua que el cura le puso delante mientras le observaba con curiosidad.

—¿Usted no cena, padre?

—No tengo por costumbre cenar. Disfrute usted, que veo que trae hambre atrasada desde el 36.

Mientras sorbía sonoramente la sopa y los tropezones de pan, Fermín iba paseando la mirada por el comedor. A su lado una vitrina mostraba una colección de platos y vasos, varios santos y lo que parecía una modesta cubertería de plata.

—Yo también he leído *Los miserables*, así que ni se le ocurra —advirtió el cura.

Fermín negó avergonzado.

—¿Cómo se llama?

—Fermín Romero de Torres, para servir a vuecencia.

—¿Lo buscan a usted, Fermín?

—Según se mire. Es un tema complicado.

—No es asunto mío si no me lo quiere contar. Pero con esa ropa no puede ir por ahí. Acabará en el calabozo antes de llegar a la Vía Layetana. Están parando a mucha gente que llevaba tiempo escondida. Hay que ir con mucho ojo.

—Tan pronto como localice unos fondos bancarios que tengo en estado de hibernación he pensado dejarme caer por El Dique Flotante y salir hecho un pincel.

—A ver, levántese un momento.

Fermín soltó la cuchara y se puso de pie. El cura lo examinó con detalle.

—Ramón hacía dos como usted, pero creo que algunas de sus ropas de cuando era joven le irán bien.

—¿Ramón?

—Mi hermano. Me lo mataron abajo en la calle, en la puerta del edificio, en mayo del 38. Iban a por mí, pero él les plantó cara. Era músico. Tocaba en la banda municipal. Primer trompeta.

—Lo siento mucho, padre.

El cura se encogió de hombros.

—Quién más quién menos ha perdido a alguien, del bando que sea.

—Yo no soy de ningún bando —repuso Fermín—. Es más, las banderas me parecen trapos de colores que huelen a rancio y me basta ver a cualquiera que se envuelva en ellas y se le llene la boca de himnos, escudos y discursos para que me entren cagarrinas. Siempre he pensado que el que siente mucho apego a un rebaño es que tiene algo de borrego.

—Lo debe usted de pasar muy mal en este país.

—No sabe usted hasta qué punto. Pero siempre me digo que el acceso directo al buen jamón serrano lo compensa todo. Y en todas partes cuecen habas.

—Eso es verdad. Dígame, Fermín. ¿Cuánto hace que no prueba un buen jamón serrano?

—6 de marzo de 1934. Los Caracoles, calle Escudellers. Otra vida.

El cura sonrió.

—Puede usted quedarse a pasar la noche, Fermín, pero mañana tendrá que buscarse otro sitio. La gente habla. Le puedo dar algo de dinero para una pensión, pero sepa que en todas piden la cédula de identidad y que inscriben a los inquilinos en la lista de comisaría.

—No tiene ni que decirlo, padre. Mañana antes de que salga el sol me esfumo más rápido que la buena voluntad. Eso sí, no le aceptaré ni un céntimo, que ya he abusado suficientemente de…

El cura alzó la mano y negó.

—Vamos a ver cómo le quedan algunas cosas de Ramón —dijo levantándose de la mesa.

El padre Valera insistió en proveer a Fermín de un par de zapatos en medianas condiciones, un traje de lana modesto pero limpio, un par de mudas de ropa interior y algunos enseres de aseo personal que le puso en una maleta. En uno de los estantes había una trompeta reluciente y varias fotografías de dos hombres jóvenes y bien parecidos sonriendo en lo que parecían las fiestas de Gracia. Había que fijarse mucho para darse cuenta de que uno era el padre Valera, que ahora parecía treinta años más viejo.

—Agua caliente no tengo. La cisterna no la llenan hasta por la mañana, así que o se espera o tira del jarro.

Mientras Fermín se aseaba como podía, el padre Valera preparó una cafetera con una suerte de achicoria mezclada con otras sustancias de aspecto vagamente sospechoso. No había azúcar pero aquella taza de agua sucia estaba caliente y la compañía era grata.

—Talmente se diría que estamos en Colombia saboreando finos granos seleccionados —dijo Fermín.

—Es usted un hombre peculiar, Fermín. ¿Le puedo hacer una pregunta personal?

—¿Lo cubre el secreto de confesión?

—Digamos que sí.

—Dispare.

—¿Ha matado usted a alguien? En la guerra, quiero decir.

—No —respondió Fermín.

—Yo sí.

Fermín se quedó inmóvil con la taza a medio sorbo. El cura bajó la mirada.

—Nunca se lo había dicho a nadie.

—Queda bajo secreto de confesión —aseguró Fermín.

El cura se frotó los ojos y suspiró. Fermín se preguntó cuánto tiempo llevaba aquel hombre allí solo, con la única compañía de aquel secreto y la memoria de su hermano muerto.

—Seguro que tuvo usted sus razones, padre.

El cura negó.

—Dios se ha marchado de este país —dijo.

—Pues no tema, que tan pronto vea cómo está el patio al norte de los Pirineos volverá con el rabo entre las piernas.

El cura guardó silencio un largo rato. Apuraron el sucedáneo de café y Fermín, por animar al pobre cura, que parecía un poco más alicaído a cada minuto que pasaba, se sirvió una segunda taza.

—¿Le gusta de verdad?

Fermín asintió.

—¿Quiere que le oiga en confesión? —preguntó de pronto el cura—. Ahora sin bromas.

—No se ofenda, padre, pero es que yo en estas cosas no acabo de creer…

—Pero a lo mejor Dios cree en usted.

—Lo dudo.

—No hace falta creer en Dios para confesarse. Es algo entre usted y su conciencia. ¿Qué tiene que perder?

Por espacio de un par de horas Fermín le contó al padre Valera todo lo que llevaba callando desde que había huido del castillo hacía ya más de un año. El padre le escuchaba con atención, asintiendo ocasionalmente. Finalmente, cuando Fermín sintió que se había vaciado y que se había quitado de encima una losa que llevaba meses asfixiándolo sin que se diese cuenta, el padre Valera sacó una petaca con licor de un cajón y, sin preguntar, le sirvió lo que quedaba de sus reservas.

—¿No me da la absolución, padre? ¿Sólo un chupito de coñac?

—Viene a ser lo mismo. Y además yo ya no soy quién para perdonar ni juzgar a nadie, Fermín. Pero creo que le convenía sacar todo eso. ¿Qué piensa hacer ahora?

Fermín se encogió de hombros.

—Si he vuelto, y me juego el cuello al hacerlo, es por la promesa que le hice a Martín. Tengo que buscar a ese abogado y luego a la señora Isabella y a ese niño, Daniel, y protegerlos.

—¿Cómo?

—No lo sé. Algo se me ocurrirá. Se admiten sugerencias.

—Pero usted no los conoce de nada. Son apenas unos extraños de los que le habló un hombre que conoció en la cárcel…

—Ya lo sé. Dicho así suena a locura, ¿verdad?

El cura le miraba como si pudiera ver a través de sus palabras.

—¿No será que ha visto tanta miseria y tanta mezquindad entre los hombres que quiere usted hacer algo bueno, aunque sea una locura?

—¿Y por qué no?
Valera sonrió.
—Ya sabía yo que Dios creía en usted.

7

Al día siguiente Fermín salió de puntillas para no despertar al padre Valera, que se había quedado dormido en el sofá con un libro de poemas de Machado en la mano y roncaba como un toro de lidia. Antes de partir le plantó un beso en la frente y dejó encima de la mesa del comedor la plata que el cura le había envuelto en una servilleta y colado en la maleta. Luego se perdió escaleras abajo con la ropa y la conciencia limpias, y con la determinación de seguir vivo, al menos, unos cuantos días más.

Aquel día salió el sol y una brisa limpia que venía del mar tendió un cielo brillante y acerado que dibujaba sombras alargadas al paso de la gente. Fermín dedicó la mañana a recorrer las calles que recordaba, a detenerse en escaparates y a sentarse en bancos a ver pasar chicas guapas, que para él eran todas. Al mediodía se acercó a una tasca que quedaba a la entrada de la calle Escudellers, cerca del restaurante Los Caracoles, de tan grata memoria. La tasca en sí tenía la infausta reputación entre los paladares más valientes y sin remilgos de vender los bocadillos más baratos de toda Barcelona. El truco, decían los expertos, consistía en no preguntar acerca de los ingredientes.

Con sus nuevas galas de señor y una contundente armadura de ejemplares de *La Vanguardia* doblados debajo de la ropa para conferir empaque, asomo de musculatura y abrigo de bajo presupuesto, Fermín se sentó a la barra y, tras consultar la lista de delicias al alcance de los bolsillos y los estómagos más modestos, procedió a abrir negociaciones con el camarero.

—Tengo una pregunta, joven. En el especial del día, bocadillo de mortadela y fiambre de Cornellá en pan de payés, ¿el pan es con tomate fresco?

—Recién recogido de nuestras huertas en el Prat, detrás de la fábrica de ácido sulfúrico.

—*Bouquet* de altura. Y dígame usted, buen hombre. ¿Se fía en esta casa?

El camarero perdió el semblante risueño y se replegó tras la barra, colgándose el trapo al hombro con gesto hostil.

—Ni a Dios.

—¿No se hacen excepciones en el caso de mutilados de guerra condecorados?

—Aire o avisamos a la Social.

Visto el giro que había tomado el intercambio, Fermín se batió en retirada en busca de un rincón tranquilo en el que replantear su estrategia. Acababa de instalarse en el escalón de un portal cuando la silueta de una chiquilla, que no debía de tener ni diecisiete años pero apuntaba ya curvas de corista, pasó a su lado y fue a dar de bruces en el suelo.

Fermín se levantó para ayudarla y apenas la había asido del brazo cuando escuchó pasos a su espalda y oyó una voz que hacía que la del rudo camarero que lo acababa de enviar a tomar viento fresco sonara a música celestial.

—Mira, furcia de mierda, a mí no me vengas con ésas o te rajo la cara y te dejo tirada en la calle, que es más puta que tú.

El autor de aquel discurso era un macarrón de tez cetrina y dudoso gusto en complementos de bisutería. Dejando de lado el hecho de que el susodicho doblaba en corpulencia a Fermín y que portaba en la mano lo que tenía trazas de ser un objeto cortante o cuando menos puntiagudo, Fermín, que empezaba a estar hasta la coronilla de matones y chulos, se interpuso entre la joven y aquel tipo.

—¿Y tú quién coño eres, *desgraciao*? Venga, lárgate antes de que te rompa la cara.

Fermín sintió que la muchacha, que le pareció que olía a una rara mezcla de canela y fritanga, se aferraba a sus brazos. Un simple vistazo al matón bastaba para saber que la situación no tenía cariz de solventarse por la vía dialéctica y, por toda respuesta, Fermín decidió pasar a la acción. Tras un análisis *in extremis* de su oponente, Fermín llegó a la conclusión de que el montante de su masa corporal era mayormente sebo y que, en lo que se decía músculo, o materia gris, no presentaba excedentes.

—A mí no me habla usted así, y a la señorita menos.

El macarra lo miró atónito, sin visos de haber registrado sus palabras. Un instante después, el individuo, que esperaba de aquel alfeñique cualquier cosa menos guerra, encajó con la sorpresa del mes un maletazo contundente en las partes blandas al que, una vez derribado en el suelo con las manos amarrándose las esencias, le siguieron cuatro o cinco impactos con la esquina de cuero de la valija en puntos estratégicos que lo dejaron, al menos durante un rato, abatido y desmotivado.

Un grupo de transeúntes que había presenciado el incidente comenzó a aplaudir, y, cuando Fermín se volvió para comprobar si la muchacha estaba bien, se encontró con su mirada embelesada y envenenada de gratitud y ternura de por vida.

—Fermín Romero de Torres, para servirla a usted, señorita.

La muchacha se aupó a pies juntillas y le besó en la mejilla.

—Yo soy la Rociíto.

A sus pies el tipejo intentaba incorporarse y recuperar el aliento. Antes de que el equilibrio de fuerzas dejase de serle favorable, Fermín optó por poner distancia con el escenario de la confrontación.

—Habría que migrar con cierta premura —anunció Fermín—. Perdida la iniciativa, la batalla está en nuestra contra…

La Rociíto lo tomó del brazo y lo guió a través de una red de callejuelas angostas que desembocaba en la plaza Real. Una vez al sol y en campo abierto, Fermín se detuvo un instante a recuperar el aliento. La Rociíto pudo ver que Fermín palidecía por momentos y no ofrecía un buen aspecto. La joven intuyó que las emociones del encuentro, o el hambre, habían inducido una bajada de tensión en su valiente campeón y lo acompañó hasta la terraza del hostal Dos Mundos, donde Fermín se desplomó en una de las sillas.

La Rociíto, que tendría diecisiete años pero un ojo clínico que ya hubiese querido para sí el doctor Trueta, procedió a pedirle un surtido de tapas con el que revivirle. Cuando Fermín vio llegar el festín, se alarmó.

—Rociíto, que no llevo ni un céntimo…

—Esto lo pago yo —atajó con orgullo—. Que de mi hombre me cuido yo y lo tengo bien *alimentao*.

La Rociíto lo iba empapuzando a golpe de choricillos, pan y patatas bravas, todo ello bañado en una monumental jarra de cerveza. Fermín fue reviviendo y recuperando el tono vital ante la mirada satisfecha de la chica.

—De postre, si quiere, le hago una especialidad de la casa que se queda tonto —ofreció la joven relamiéndose los labios.

—Pero, chiquilla, ¿tú no tendrías que estar en el colegio ahora, con las monjas?

La Rociíto le rió la gracia.

—Ay, tunante, qué labia que tiene el señorito.

A medida que discurría el festín, Fermín comprendió que, si de la muchacha dependiese, tenía ante él una prometedora carrera de proxeneta. Sin embargo, otros asuntos de mayor calado reclamaban su atención.

—¿Cuántos años tienes, Rociíto?

—Dieciocho y medio, señorito Fermín.

—Pareces mayor.

—Es la delantera. Me salió a los trece y gloria da verla, aunque me esté mal decirlo.

Fermín, que no había visto una conspiración de curvas comparable desde sus anhelados días en La Habana, intentó recobrar el sentido común.

—Rociíto —empezó—, yo no me puedo hacer cargo de ti…

—Ya lo sé, señorito, no se crea que soy tonta. Ya sé que usted no es hombre para vivir de una mujer. Que seré joven, pero he *aprendío* a verlos venir…

—Me tienes que decir dónde te puedo enviar el dinero de este banquete, porque ahora me pillas en un momento económico delicado…

La Rociíto negó.

—Tengo una habitación aquí, en el hostal, a medias con la Lali, pero ella está fuera todo el día porque se hace los barcos mercantes… ¿Por qué no sube el señorito y le doy un masaje?

—Rociíto…

—Que invita la casa…

Fermín la contemplaba con un deje melancólico.

—Tiene usted los ojos tristes, señorito Fermín. Deje que la Rociíto le alegre la vida, aunque sea un ratito. ¿Qué mal hay en eso?

Fermín bajó la mirada avergonzado.

—¿Cuánto hace que el señorito no está con una mujer como Dios manda?

—Ya ni me acuerdo.

La Rociíto le brindó la mano y, tirando de él, se lo llevó escaleras arriba a un cuarto minúsculo en el que apenas había un camastro y una pila. La habitación tenía un pequeño balcón que daba a la plaza. La muchacha corrió una cortina y se desprendió en un tris del vestido de flores que llevaba y bajo el que sólo estaba su piel. Fermín contempló aquel milagro de la naturaleza y se dejó abrazar por un corazón que era casi tan viejo como el suyo.

—Si el señorito no quiere no hace falta que hagamos nada, ¿eh?

La Rociíto le acostó en la cama y se tendió a su lado. Lo abrazó y le acarició la cabeza.

—Shhh, shhhh —susurraba.

Fermín, con el rostro sobre aquel pecho de dieciocho años, se echó a llorar.

Al caer la tarde, cuando la Rociíto tenía que incorporarse a su turno de oficio, Fermín recuperó el pedazo de papel con la dirección del abogado Brians que Armando le había entregado un año atrás y decidió ir a su encuentro. La Rociíto insistió en prestarle algo de calderilla para que tuviese para coger tranvías y tomarse un café y le hizo jurar y perjurar que volvería a verla, aunque sólo fuera para llevarla al cine o a misa, porque ella era muy devota de la Virgen del Carmen y le gustaban mucho los ceremoniales, sobre todo cuando cantaban. La Rociíto lo acompañó hasta abajo y al despedirse le dio un beso en los labios y un pellizco en el culo.

—*Bombonaso* —le dijo al verle partir bajo los arcos de la plaza.

Cuando cruzó la plaza de Cataluña, un lazo de nubes cargadas empezaba a arremolinarse en el cielo. Las bandadas de palomas que habitualmente sobrevolaban la plaza habían buscado el cobijo de los árboles y esperaban inquietas. La gente podía oler la electricidad en el aire y apretaba el paso hacia las bocas del metro. Se había levantado un viento desapacible que arrastraba una marea de hojas secas por el suelo. Fermín se apresuró y para cuando llegó a la calle Caspe ya empezaba a diluviar.

8

El abogado Brians era un hombre joven con cierto aire de estudiante bohemio y trazas de alimentarse a base de galletas saladas y café, que era a lo que olía su despacho. A eso y a papel polvoriento. Sus oficinas quedaban en un cuartucho suspendido en el ático del edificio que albergaba el gran teatro Tívoli, al final de un pasillo sin luz. Fermín lo encontró allí todavía a las ocho y media de la noche. Brians le abrió en mangas de camisa y al verlo se limitó a asentir y a suspirar.

—Fermín, supongo. Martín me habló de usted. Ya empezaba a preguntarme cuándo pasaría por aquí.

—He estado un tiempo fuera.

—Claro. Pase, por favor.

Fermín le siguió al interior del cubículo.

—Menuda nochecita, ¿verdad? —preguntó el abogado, nervioso.

—Es sólo agua.

Fermín miró a su alrededor y comprobó que sólo había una silla a la vista. Brians se la cedió. Él se acomodó sobre una pila de tomos de derecho mercantil.

—Todavía me tienen que traer el mobiliario.

Fermín calibró que allí no cabía ni un sacapuntas, pero prefirió no decir nada. Sobre la mesa había un plato con un pepito de lomo y una cerveza. Una servilleta de papel delataba que la opípara cena del abogado había venido del café de abajo.

—Me disponía a cenar. Con gusto lo comparto con usted.

—Coma, coma, que ustedes los jóvenes tienen que crecer y yo vengo cenado.

—¿No puedo ofrecerle nada? ¿Café?

—Si tiene un sugus…

Brians hurgó en un cajón en el que podría haber habido de todo menos caramelos sugus.

—¿Pastillas Juanola?

—Estoy bien, gracias.

—Con su permiso.

Brians soltó una dentellada al bocadillo y masticó con fruición. Fermín se preguntó quién de los dos tenía más aspecto de muerto de hambre. Junto al escritorio había una puerta entreabierta que daba a un cuarto contiguo en el que se vislumbraba un camastro plegable por hacer, un perchero con camisas arrugadas y una pila de libros.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Fermín.

Claramente el abogado que Isabella había podido costear para Martín no era de altos vuelos. Brians siguió la mirada de Fermín y ofreció una sonrisa modesta.

—Éste es, temporalmente, mi despacho y vivienda, sí —respondió Brians, inclinándose para cerrar la puerta de su dormitorio.

»Debe de pensar usted que no tengo mucha pinta de abogado. Que conste que no es el único, mi padre opina lo mismo.

—No haga usted ni caso. Mi padre siempre nos decía a mí y a mis hermanos que éramos unos inútiles y que íbamos a acabar de picapedreros. Y aquí me tiene, más chulo que un ocho. Triunfar en la vida cuando la familia cree en uno y lo apoya no tiene mérito.

Brians asintió a regañadientes.

—Visto así… La verdad es que hace poco que me establecí por mi cuenta. Antes trabajaba en un bufete de renombre a la vuelta de la esquina, en el paseo de Gracia. Pero tuvimos una serie de desacuerdos. Las cosas no han sido fáciles desde entonces.

—No me diga. ¿Valls?

Brians asintió, despachando la cerveza en tres sorbos.

—Desde que acepté el caso del señor Martín, no paró hasta conseguir que me dejasen casi todos mis clientes y me despidieran. Los pocos que me siguieron son los que no tienen un céntimo para pagar mis honorarios.

—¿Y la señora Isabella?

La mirada del abogado se ensombreció. Dejó la cerveza sobre el escritorio y miró a Fermín, dudando.

—¿No lo sabe usted?

—¿Saber el qué?

—Isabella Sempere ha muerto.

9

La tormenta descargaba con fuerza sobre la ciudad. Fermín sostenía una taza de café en sus manos mientras Brians, de pie frente a la ventana abierta, contemplaba la lluvia azotando los tejados del Ensanche y relataba los últimos días de Isabella.

—Enfermó de repente, sin explicación. Si la hubiera conocido usted… Isabella era joven, llena de vida. Tenía una salud de hierro y había sobrevivido a las miserias de la guerra. Todo ocurrió como quien dice de un día para otro. La noche que usted consiguió huir del castillo, Isabella volvió tarde a casa. Cuando su esposo la encontró estaba arrodillada en el baño, sudando y con palpitaciones. Dijo que se encontraba mal. Llamaron al médico, pero antes de que llegase empezaron las convulsiones y vomitó sangre. El médico dijo que era una intoxicación y que debía seguir una dieta estricta durante unos días, pero a la mañana siguiente estaba peor. El señor Sempere la envolvió en unas mantas y un vecino taxista los acompañó al hospital del Mar. Le habían salido unas manchas oscuras en la piel, como llagas, y el pelo se le caía a puñados. En el hospital estuvieron esperando un par de horas pero al fin los médicos se negaron a verla, porque había alguien en la sala, un paciente al que aún no habían atendido que dijo conocer a Sempere y le acusó de haber sido comunista o alguna estupidez por el estilo. Supongo que para colarse. Una enfermera les dio un jarabe que, según dijo, le iría bien para limpiar el estómago, pero Isabella no podía tragar nada. Sempere no sabía qué hacer. La llevó a casa y empezó a llamar a un médico tras otro. Nadie sabía qué le sucedía. Un practicante que era cliente habitual de la librería conocía a alguien en el servicio del Clínico. Sempere la llevó allí.

»En el Clínico le dijeron que podía ser cólera y que se la llevase a casa, porque había un brote y ellos estaban saturados. Varias personas habían muerto ya en el barrio. Isabella cada día estaba peor. Deliraba. Su marido se desvivió y removió cielo y tierra, pero al cabo de unos días ya estaba tan débil que no pudo ni llevarla al hospital. Murió a la semana de enfermar, en el piso de la calle Santa Ana, encima de la librería…

Un largo silencio medió entre ellos sin más compañía que el repicar de la lluvia y el eco de truenos que se alejaban a medida que el viento amainaba.

—No fue hasta un mes después cuando me dijeron que la habían visto una noche en el café de la Ópera, frente al Liceo. Estaba sentada con Mauricio Valls. Isabella, desoyendo mis consejos, lo había amenazado con desvelar su plan de utilizar a Martín para que reescribiese no sé qué birria con la que creía que se iba a hacer célebre y le iban a llover medallas. Fui allí a preguntar. El camarero se acordaba de que Valls había llegado antes en un coche y me dijo que le había pedido dos manzanillas y miel.

Fermín sopesó las palabras del joven abogado.

—¿Y cree usted que Valls la envenenó?

—No puedo probarlo, pero cuantas más vueltas le doy más claro lo tengo. Tuvo que ser Valls.

Fermín arrastró la mirada por el suelo.

—¿Lo sabe el señor Martín?

Brians negó.

—No. Después de su fuga, Valls ordenó que Martín fuese confinado a la celda de aislamiento en una de las torres.

—¿Y el doctor Sanahuja? ¿No los pusieron a los dos juntos?

Brians suspiró, derrotado.

—A Sanahuja lo sometieron a un consejo de guerra por traición. Lo fusilaron dos semanas después.

Un largo silencio inundó la sala. Fermín se levantó y empezó a caminar en círculos, agitado.

—¿Y a mí por qué nadie me ha buscado? Al fin y al cabo, yo soy la causa de todo…

—Usted no existe. Para evitar la humillación ante sus superiores y la ruina de su prometedora carrera en el régimen, Valls hizo jurar a la patrulla que envió en su busca que lo habían alcanzado de un disparo cuando se escapaba por la ladera de Montjuic y que lanzaron su cuerpo a la fosa común.

Fermín saboreó la rabia en los labios.

—Pues mire, estoy por plantarme ahora mismo en el Gobierno Militar y decir «éstos son mis cojones». A ver cómo explica Valls mi resurrección.

—No diga tonterías. Así no iba a arreglar nada. Lo único que conseguiría es que se lo llevasen a la carretera de las Aguas y le pegasen un tiro en la nuca. Esa sabandija no lo vale.

Fermín asintió, pero la vergüenza y la culpa se lo comían por dentro.

—¿Y Martín? ¿Qué va a ser de él?

Brians se encogió de hombros.

—Lo que sé es confidencial. No puede salir de estas cuatro paredes. Hay un carcelero en el castillo, un tal Bebo, que me debe más de uno y de dos favores. Le iban a matar a un hermano pero conseguí que le conmutasen la pena por diez años en una cárcel de Valencia. Bebo es un buen hombre y me cuenta todo lo que ve y oye en el castillo. Valls no me deja ver a Martín, pero a través de Bebo he podido saber que está vivo y que Valls lo tiene encerrado en la torre y vigilado las veinticuatro horas del día. Le ha entregado papel y pluma. Bebo dice que Martín está escribiendo.

—¿El qué?

—A saber. Valls cree, o eso me dijo Bebo, que Martín le está escribiendo el libro que le ha encargado basado en sus notas. Pero Martín, que usted y yo sabemos que no está muy en sus cabales, parece que está escribiendo otra cosa. A veces repite en voz alta lo que escribe, o se levanta y empieza a dar vueltas por la celda recitando trozos de diálogo y frases enteras. Bebo hace el turno de noche junto a su celda y cuando

puede le pasa cigarrillos y terrones de azúcar, que es lo único que come. ¿Martín le habló a usted alguna vez de algo llamado *El Juego del Ángel*?

Fermín negó.

—¿Es ése el título del libro que está escribiendo?

—Eso dice Bebo. Por lo que él ha podido entender de lo que le cuenta Martín y de lo que le oye decir en voz alta, suena como si fuese una especie de autobiografía o una confesión… Si quiere saber mi opinión, Martín se ha dado cuenta de que está perdiendo el juicio y antes de que sea demasiado tarde está intentando poner en papel lo que recuerda. Es como si se estuviese escribiendo una carta a sí mismo para saber quién es…

—¿Y qué pasará cuando Valls descubra que no ha hecho caso de sus órdenes?

El abogado Brians le devolvió una mirada fúnebre.

10

Cuando dejó de llover rondaba la medianoche. Desde el ático del abogado Brians, Barcelona ofrecía un aspecto inhóspito bajo un cielo de nubes bajas que se arrastraban sobre los tejados.

—¿Tiene adónde ir, Fermín? —preguntó Brians.

—Tengo una oferta tentadora para instalarme de concubino y guardaespaldas de una moza un tanto ligera de cascos pero de buen corazón y una carrocería que quita el hipo, pero no me veo yo en el papel de mantenido ni aunque sea a los pies de la Venus de Jerez.

—No me acaba de gustar la idea de que esté usted en la calle, Fermín. Es peligroso. Se puede quedar aquí el tiempo que quiera.

Fermín miró alrededor.

—Ya sé que no es el hotel Colón, pero tengo una cama abatible ahí detrás, no ronco y, la verdad, agradecería la compañía.

—¿No tiene usted novia?

—Mi novia era la hija del socio fundador del bufete del que Valls y compañía consiguieron que me despidieran.

—Esta historia de Martín la está usted pagando cara. Voto de castidad y de pobreza.

Brians sonrió.

—Deme una causa perdida y yo soy feliz.

—Pues mire, le voy a tomar la palabra. Pero sólo si me permite ayudar y contribuir. Puedo limpiar, ordenar, mecanografiar, cocinar, ofrecerle asesoría y servicios de detección y vigilancia, y si en un momento de flaqueza se ve usted en un brete y necesita aflojar la presión, a través de mi amiga la Rociíto estoy seguro de que le puedo facilitar los servicios de una profesional que lo deje a usted nuevo, que en los años jóvenes hay que vigilar que una sobreacumulación de efluvios seminales se le suban a la cabeza, porque luego es peor.

Brians le tendió la mano.

—Trato hecho. Queda usted contratado como pasante adjunto al bufete de Brians y Brians, el defensor de los insolventes.

—Como me llamo Fermín que antes de que acabe la semana le he conseguido a usted un cliente de los que pagan en metálico y por adelantado.

Fue así como Fermín Romero de Torres se instaló temporalmente en el minúsculo despacho del abogado Brians, donde empezó por reordenar, limpiar y poner al día todos los *dossiers*, carpetas y casos abiertos. En un par de días el despacho parecía haber triplicado su superficie merced a las artes de Fermín, que lo había dejado como una patena. Fermín pasaba la mayor parte del día allí encerrado, pero destinaba un par de horas a expediciones varias de las que regresaba con puñados de flores

sustraídas del vestíbulo del teatro Tívoli, algo de café, que conseguía camelándose a una camarera del bar de abajo, y finos artículos del colmado Quílez que anotaba en la cuenta del bufete que había despachado a Brians y del que Fermín se había presentado como nuevo chico de los recados.

—Fermín, este jamón está de miedo, ¿de dónde lo ha sacado?

—Pruebe el manchego, que verá la luz.

Durante las mañanas revisaba todos los casos de Brians y pasaba a limpio sus notas. Por las tardes cogía el teléfono y, a golpe de listín, se lanzaba a la búsqueda de clientes de presumible solvencia. Cuando olfateaba posibilidades, procedía a rematar la llamada con una visita a domicilio. De un total de cincuenta llamadas a comercios, profesionales y particulares del barrio, diez se convirtieron en visitas y tres en nuevos clientes para Brians.

El primero era una viuda en litigio con una compañía de seguros que se negaba a pagar por la defunción de su marido, argumentando que el paro cardíaco que le había sobrevenido tras una comilona de langostinos en Las Siete Puertas era un caso de suicidio no contemplado en la póliza. El segundo, un taxidermista al que un torero retirado le había llevado el miura de quinientos kilos que había terminado con su carrera en los ruedos y que, una vez disecado, el diestro se negó a recoger y a pagar porque, según él, los ojos de cristal que le había colocado el taxidermista le conferían un aire endemoniado que lo había hecho salir corriendo del establecimiento al grito de «¡lagarto, lagarto!». Y el tercero, un sastre de la ronda San Pedro al que un dentista sin título le había extraído cinco molares, ninguno de ellos cariado. Eran casos de poca monta, pero todos los clientes habían abonado un retente y firmado un contrato.

—Fermín, le voy a poner un sueldo fijo.

—Ni hablar.

Fermín se negó a aceptar emolumento alguno por sus buenos oficios excepto pequeños préstamos ocasionales con los que los domingos por la tarde se llevaba a la Rociíto al cine, a bailar a La Paloma o al parque del Tibidabo, donde en la casa de los espejos la joven le dejó un chupetón en el cuello que le escoció una semana y donde, aprovechando un día en que eran los dos únicos pasajeros en el avión de falsete que sobrevolaba en círculos el cielo en miniatura de Barcelona, Fermín recuperó el pleno ejercicio y goce de su hombría tras una larga temporada alejado de los escenarios del amor apresurado.

Un día, magreando las beldades de la Rociíto en lo alto de la noria del parque, Fermín se dijo que casi parecía que aquéllos, contra todo pronóstico, estaban resultando ser buenos tiempos. Y le entró el miedo, porque sabía que no podían durar y que aquellas gotas de paz y felicidad robadas se evaporarían antes que la juventud de la carne y los ojos de la Rociíto.

11

Aquella misma noche se sentó en el despacho a esperar a que Brians volviese de sus rondas por tribunales, oficinas, procuradurías, prisiones y los mil y un besamanos que tenía que sufrir para obtener información. Eran casi las once de la noche cuando oyó los pasos del joven abogado aproximarse por el corredor. Le abrió la puerta y Brians entró arrastrando los pies y el alma, más derrotado que nunca. Se dejó caer en un rincón y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué ha pasado, Brians?

—Vengo del castillo.

—¿Buenas noticias?

—Valls se ha negado a recibirme. Me han tenido cuatro horas esperando y luego me han dicho que me fuera. Me han retirado el permiso de visitas y la autorización para entrar en el recinto.

—¿Le han dejado ver a Martín?

Brians negó.

—No estaba allí.

Fermín lo miró sin comprender. Brians permaneció en silencio unos instantes buscando las palabras.

—Cuando me iba Bebo me ha seguido y me ha contado lo que sabía. Sucedió hace dos semanas. Martín había estado escribiendo como un poseso, día y noche, sin apenas parar para dormir. Valls se olía algo raro y ordenó a Bebo que confiscase las páginas que Martín llevaba hasta entonces. Hicieron falta tres centinelas para inmovilizarlo y arrancarle el manuscrito. Había escrito más de quinientas páginas en menos de dos meses.

Bebo se las entregó a Valls y cuando éste empezó a leer parece ser que montó en cólera.

—No era lo que esperaba, imagino…

Brians negó.

—Valls estuvo leyendo toda la noche y a la mañana siguiente subió a la torre escoltado por cuatro de sus hombres. Hizo que esposaran a Martín de pies y manos y luego entró en la celda. Bebo estaba escuchando por la ranura de la puerta de la celda y oyó parte de la conversación. Valls estaba furioso. Le dijo que estaba muy decepcionado con él, que le había entregado las semillas de una obra maestra y que él, ingrato, en vez de seguir sus instrucciones había empezado a escribir aquel disparate que no tenía ni pies ni cabeza. «Éste no es el libro que esperaba de usted, Martín», no paraba de repetir Valls.

—¿Y qué decía Martín?

—Nada. Lo ignoraba. Como si no estuviera allí. Lo cual ponía a Valls más y más furioso. Bebo oyó como abofeteaba y golpeaba a Martín, pero éste no dejó escapar ni

un lamento. Cuando Valls se cansó de pegarle e insultarle sin conseguir que Martín ni se molestase en dirigirle la palabra, dice Bebo que Valls sacó una carta que llevaba en el bolsillo, una carta que el señor Sempere había enviado a su nombre meses atrás y que había sido confiscada. Dentro de esa carta había una nota que Isabella había escrito para Martín en su lecho de muerte…

—Hijo de perra…

—Valls lo dejó allí, encerrado con aquella carta porque sabía que nada le iba a hacer más daño que saber que Isabella había muerto… Dice Bebo que cuando Valls se fue y Martín leyó la carta empezó a gritar, y que estuvo chillando toda la noche y golpeando los muros y la puerta de hierro con las manos y la cabeza…

Brians levantó la mirada y Fermín se arrodilló frente a él y le colocó la mano en el hombro.

—¿Está usted bien, Brians?

—Yo soy su abogado —dijo con voz trémula—. Se supone que es mi deber protegerlo y sacarlo de ahí…

—Ha hecho usted todo lo que ha podido, Brians. Y Martín lo sabe.

Brians negó por lo bajo.

—No acaba ahí la cosa —dijo—. Bebo me ha contado que como Valls prohibió que le entregasen más papel y tinta, Martín empezó a escribir en el dorso de las páginas que le había tirado a la cara. A falta de tinta se hacía cortes en las manos y en los brazos y utilizaba su sangre…

»Bebo intentaba hablar con él, calmarle… No le aceptaba ya ni cigarrillos ni los terrones de azúcar que tanto le gustaban… Ni siquiera reconocía su presencia. Bebo cree que al recibir la noticia de la muerte de Isabella, Martín perdió ya totalmente el juicio y vivía en el infierno que había construido en su mente… Por las noches gritaba y todo el mundo le podía oír. Empezaron a correr rumores entre los visitantes, los presos y el personal de la prisión. Valls se estaba poniendo nervioso. Finalmente, ordenó a dos de sus pistoleros que se lo llevaran una noche…

Fermín tragó saliva.

—¿Adónde?

—Bebo no está seguro. Por lo que él pudo oír cree que a un caserón abandonado que hay junto al parque Güell…, un lugar en el que parece que durante la guerra ya mataron a más de uno y de dos, y a los que luego enterraron en el jardín… Cuando los pistoleros regresaron le dijeron a Valls que todo estaba solucionado, pero me dijo Bebo que aquella misma noche los oyó hablar entre ellos y que no las tenían todas consigo. Algo había pasado en la casa. Parece que había alguien más allí.

—¿Alguien?

Brians se encogió de hombros.

—¿Entonces David Martín está vivo?

—No lo sé, Fermín. Nadie lo sabe.

12

Barcelona, 1957

Fermín hablaba con un hilo de voz y la mirada abatida. Conjurar aquellos recuerdos parecía haberle dejado exánime y a duras penas se sostenía en la silla. Le serví un último vaso de vino y lo observé secarse las lágrimas con las manos. Le tendí una servilleta pero la ignoró. El resto de los parroquianos de Can Lluís se había ido a casa hacía ya rato y supuse que debía de pasar de la medianoche, pero nadie nos había querido decir nada y nos habían dejado tranquilos en el comedor. Fermín me miraba exhausto, como si desvelar aquellos secretos que había guardado durante tantos años le hubiese arrancado hasta la voluntad de vivir.

—Fermín…

—Ya sé lo que va a preguntarme. La respuesta es no.

—Fermín, ¿David Martín es mi padre?

Fermín me miró con severidad.

—Su padre es el señor Sempere, Daniel. Eso no lo dude usted nunca. Nunca.

Asentí. Fermín se quedó anclado en la silla, ausente, con la mirada perdida en ningún lugar.

—¿Y de usted, Fermín? ¿Qué fue de usted?

Fermín tardó en responder, como si aquella parte de la historia no tuviese importancia alguna.

—Volví a la calle. No me podía quedar allí, con Brians. Ni podía estar con la Rociíto. Ni con nadie…

Fermín dejó su relato varado y yo lo retomé por él.

—Volvió a la calle, un mendigo sin nombre, sin nadie ni nada en el mundo, un hombre al que todos tomaban por loco y que hubiera querido morirse si no hubiera sido porque había hecho una promesa…

—Le había prometido a Martín que cuidaría de Isabella y de su hijo…, de usted. Pero fui un cobarde, Daniel. Estuve tanto tiempo escondido, tuve tanto miedo de volver que cuando lo hice su madre ya no estaba allí…

—¿Por eso lo encontré aquella noche en la plaza Real? ¿No fue una casualidad? ¿Cuánto tiempo llevaba usted siguiéndome?

—Meses. Años…

Lo imaginé siguiéndome de niño cuando iba al colegio, cuando jugaba en el parque de la Ciudadela, cuando me detenía con mi padre en aquel escaparate a contemplar la pluma que creía a pies juntillas que había pertenecido a Víctor Hugo, cuando me sentaba en la plaza Real a leer para Clara y a acariciarla con los ojos cuando creía que nadie me veía. Un mendigo, una sombra, una figura en la que nadie reparaba y que las miradas evitaban. Fermín, mi protector y mi amigo.

—¿Y por qué no me contó la verdad años después?

—Al principio quería hacerlo, pero luego me di cuenta de que le haría más daño que bien. Que nada podía cambiar el pasado. Decidí ocultarle la verdad porque pensaba que era mejor que se pareciese usted a su padre y menos a mí.

Nos sumimos en un largo silencio en el que intercambiamos miradas a hurtadillas, sin saber qué decir.

—¿Dónde está Valls? —pregunté al fin.

—Ni se le ocurra —cortó Fermín.

—¿Dónde está ahora? —pregunté de nuevo—. Si no me lo dice usted, lo averiguaré yo.

—¿Y qué hará? ¿Se presentará en su casa para matarle?

—¿Por qué no?

Fermín rió con amargura.

—Porque tiene usted una mujer y un hijo, porque tiene usted una vida y gente que le quiere y a quien querer, porque lo tiene usted todo, Daniel.

—Todo menos a mi madre.

—La venganza no le devolverá a su madre, Daniel.

—Eso es muy fácil de decir. Nadie asesinó a la suya…

Fermín iba a decir algo, pero se mordió la lengua.

—¿Por qué cree que su padre nunca le habló de la guerra, Daniel? ¿Acaso cree que él no se imagina lo que pasó?

—Si es así, ¿por qué se calló? ¿Por qué no hizo nada?

—Por usted, Daniel. Por usted. Su padre, al igual que mucha gente a la que le tocó vivir aquellos años se lo tragaron todo y se callaron. Porque no tuvieron más narices. De todos los bandos y de todos los colores. Se los cruza usted por la calle todos los días y ni los ve. Se han podrido en vida todos estos años con ese dolor dentro para que usted y otros como usted pudiesen vivir. No se le ocurra juzgar a su padre. No tiene usted derecho.

Sentí como si mi mejor amigo me hubiese dado un puñetazo en la boca.

—No se enfade conmigo, Fermín…

Fermín negó.

—No me enfado.

—Sólo estoy intentado entender mejor todo esto. Déjeme hacerle una pregunta. Sólo una.

—¿Sobre Valls? No.

—Sólo una pregunta, Fermín. Se lo juro. Si no quiere no tiene por qué contestarme.

Fermín asintió a regañadientes.

—¿Es ese Mauricio Valls el mismo Valls en el que estoy pensando? —pregunté.

Fermín asintió.

—El mismo. El que fue ministro de Cultura hasta hace cuatro o cinco años. El

que salía en la prensa día sí día no. El gran Mauricio Valls. Autor, editor, pensador y mesías revelado de la intelectualidad nacional. Ese Valls —dijo Fermín.

Comprendí entonces que había visto en la prensa la imagen de aquel individuo docenas de veces, que había escuchado su nombre y lo había visto impreso en el lomo de algunos de los libros que teníamos en la librería. Hasta aquella noche, el nombre de Mauricio Valls era uno de tantos en ese desfile de figuras públicas que forman parte de un paisaje desdibujado al que uno no presta especial atención pero que siempre está ahí. Hasta aquella noche, si alguien me hubiese preguntado quién era Mauricio Valls, hubiera dicho que era un personaje que me resultaba vagamente familiar, una figura destacada de aquellos años míseros en la que nunca me había fijado. Hasta aquella noche nunca se me hubiera pasado por la cabeza imaginar que algún día aquel nombre, aquel rostro, sería para siempre el del hombre que asesinó a mi madre.

—Pero… —protesté.

—Pero nada. Ha dicho una sola pregunta y ya se la he contestado.

—Fermín, no me puede dejar así…

—Escúcheme bien, Daniel.

Fermín me miró a los ojos y me agarró la muñeca.

—Le juro que, cuando sea el momento, yo mismo le ayudaré a encontrar a ese hijo de puta aunque sea la última cosa que haga en esta vida. Entonces ajustaremos cuentas con él. Pero no ahora. No así.

Le miré dudando.

—Prométame que no hará ninguna tontería, Daniel. Que esperará a que sea el momento.

Bajé la mirada.

—No puede usted pedirme eso, Fermín.

—Puedo y debo.

Asentí finalmente y Fermín me soltó el brazo.

13

Cuando llegué a casa eran casi las dos de la madrugada. Iba a enfilar el portal cuando vi que había luz en el interior de la librería, un resplandor débil tras la cortina de la trastienda. Entré por la puerta del vestíbulo del edificio y encontré a mi padre sentado en su escritorio, saboreando el primer cigarrillo que le había visto fumar en toda mi vida. Frente a él, en la mesa, había un sobre abierto y las cuartillas de una carta. Acerqué una silla y me senté frente a él. Mi padre me miraba en silencio, impenetrable.

—¿Buenas noticias? —pregunté, señalando la carta.

Mi padre me la tendió.

—Es de tu tía Laura, la de Nápoles.

—¿Tengo una tía en Nápoles?

—Es la hermana de tu madre, la que se fue a vivir a Italia con la familia materna el año que tú naciste.

Asentí ausente. No la recordaba, y su nombre apenas lo registraba entre los extraños que habían acudido al entierro de mi madre años atrás y a los que nunca había vuelto a ver.

—Dice que tiene una hija que viene a estudiar a Barcelona y pregunta si puede instalarse aquí durante una temporada. Una tal Sofía.

—Es la primera vez que oigo hablar de ella —dije.

—Ya somos dos.

La idea de mi padre compartiendo piso con una adolescente desconocida no resultaba muy creíble.

—¿Qué le vas a decir?

Mi padre se encogió de hombros, indiferente.

—No sé. Algo tendré que decirle.

Permanecimos en silencio casi un minuto, mirándonos sin atrevernos a hablar del tema que realmente nos ocupaba el pensamiento y no la visita de una prima lejana.

—Supongo que estabas con Fermín —dijo mi padre por fin.

Asentí.

—Hemos ido a cenar a Can Lluís. Fermín se ha comido hasta las servilletas. Al entrar me he encontrado al profesor Alburquerque, que estaba cenando allí, y le he dicho que a ver si se pasa por la librería.

El sonido de mi propia voz recitando banalidades tenía un eco acusador. Mi padre me observaba tenso.

—¿Te ha contado lo que le pasa?

—Yo creo que son nervios, por la boda y esas cosas que a él no le van nada.

—¿Y ya está?

Un buen mentiroso sabe que la mentira más efectiva es siempre una verdad a la

que se le ha sustraído una pieza clave.

—Bueno, me ha contado cosas de los viejos tiempos, de cuando estuvo en prisión y todo eso.

—Entonces supongo que te habrá hablado del abogado Brians. ¿Qué te ha contado?

No sabía a ciencia cierta qué sabía o sospechaba mi padre, y decidí andarme con pies de plomo.

—Me ha contado que lo tuvieron preso en el castillo de Montjuic y que consiguió escapar con la ayuda de un hombre llamado David Martín, alguien a quien al parecer tú conocías.

Mi padre guardó un largo silencio.

—Delante de mí nunca nadie se ha atrevido a decirlo, pero yo sé que hay gente que creía entonces, y que todavía lo cree, que tu madre estaba enamorada de Martín —dijo con una sonrisa tan triste que supe que él se contaba entre ellos.

Mi padre tenía ese hábito de algunas personas que sonríen exageradamente cuando quieren contener el llanto.

—Tu madre era una buena mujer. Una buena esposa. No me gustaría que pensaras cosas raras de ella por lo que Fermín te haya podido contar. Él no la conoció. Yo sí.

—Fermín no insinuó nada —mentí—. Sólo que a mamá y a Martín los unía una amistad y que ella intentó ayudarle a salir de la prisión contratando a ese abogado, Brians.

—Me imagino que también te habrá hablado de ese hombre, Valls…

Dudé antes de asentir. Mi padre reconoció la consternación en mis ojos y negó.

—Tu madre murió de cólera, Daniel. Brians, nunca entenderé por qué, se empeñó en acusar a ese hombre, un burócrata con delirios de grandeza, de un crimen del que no tenía ni indicios ni pruebas.

No dije nada.

—Tienes que quitarte esa idea de la cabeza. Quiero que me prometas que no vas a pensar en eso.

Permanecí en silencio, preguntándome si mi padre era realmente tan ingenuo como parecía o si el dolor de la pérdida le había cegado y le había empujado a la cobardía de los supervivientes. Recordé las palabras de Fermín y me dije que ni yo ni nadie teníamos derecho a juzgarlo.

—Prométeme que no harás ninguna locura ni buscarás a ese hombre —insistió.

Asentí sin convicción. Me agarró el brazo.

—Júramelo. Por la memoria de tu madre.

Sentí que un dolor me atenazaba el rostro y me di cuenta de que estaba apretando los dientes con tanta fuerza que casi se me rompen. Desvié la mirada pero mi padre no me soltaba. Lo miré a los ojos, y hasta el último momento pensé que podría mentirle.

—Te juro por la memoria de mamá que mientras vivas no haré nada.

—No es eso lo que te he pedido.

—Es todo lo que te puedo dar.

Mi padre hundió la cabeza entre las manos y respiró profundamente.

—La noche que murió tu madre, arriba, en el piso…

—Me acuerdo perfectamente.

—Tú tenías cinco años.

—Cuatro años y seis meses.

—Aquella noche Isabella me pidió que nunca te contase lo que había pasado. Ella creía que era mejor así.

Era la primera vez que le oía referirse a mi madre por su nombre de pila.

—Ya lo sé, papá.

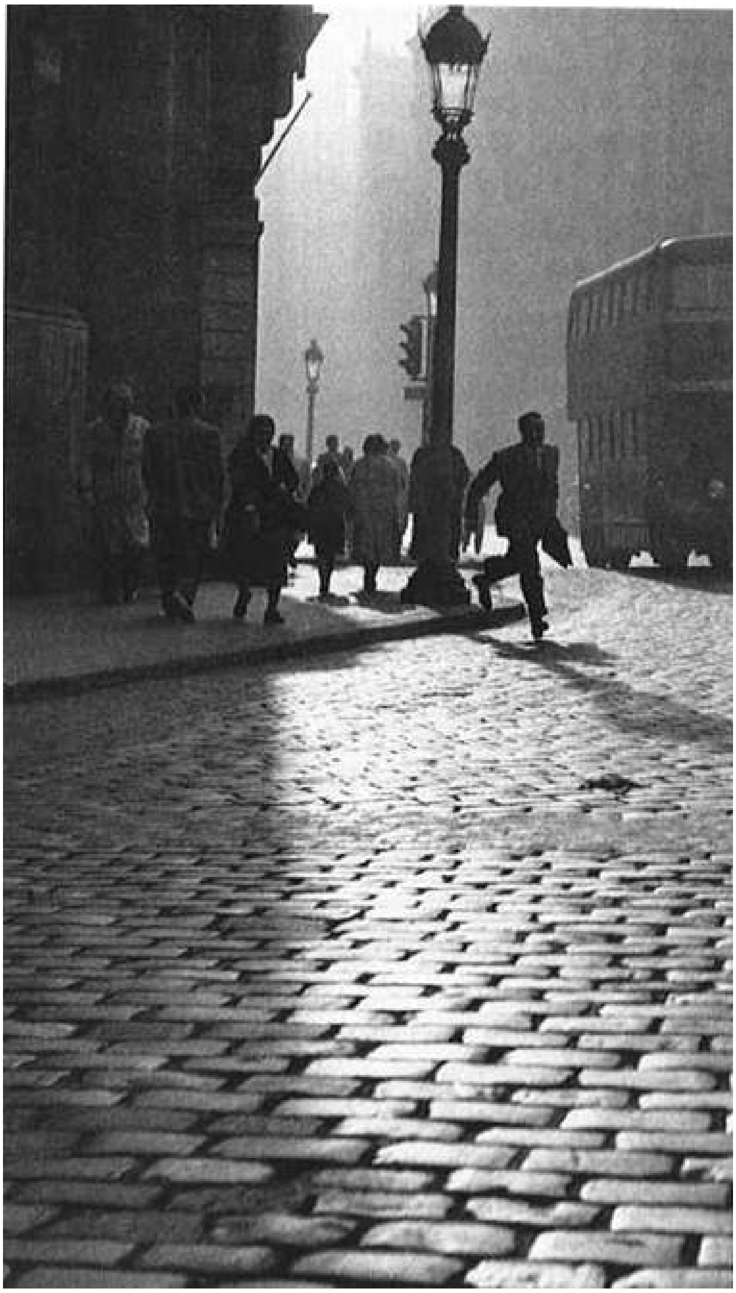
Me miró a los ojos.

—Perdóname —murmuró.

Sostuve la mirada de mi padre, que a veces parecía envejecer un poco más sólo con verme y recordar. Me levanté y le abracé en silencio. Él me estrechó contra sí con fuerza y, cuando rompió a llorar, la rabia y el dolor que había enterrado en su alma todos aquellos años empezaron a correr como sangre a borbotones. Supe entonces, sin poder explicarlo con certeza, que lenta e inexorablemente mi padre había empezado a morir.

Cuarta parte

SOSPECHA



1

Barcelona, 1957

La claridad del alba me sorprendió en el umbral del dormitorio del pequeño Julián, que por una vez dormía lejos de todo y de todos con una sonrisa en los labios. Oí los pasos de Bea acercándose por el pasillo y sentí sus manos sobre la espalda.

—¿Cuánto llevas aquí? —preguntó.

—Un rato.

—¿Qué haces?

—Lo miro.

Bea se acercó a la cuna de Julián y se inclinó a besarle la frente.

—¿A qué hora llegaste ayer?

No respondí.

—¿Cómo está Fermín?

—Va tirando.

—¿Y tú? —Sonreí sin ganas—. ¿Me lo vas a contar? —insistió.

—Otro día.

—Pensaba que no había secretos entre nosotros —dijo Bea.

—Yo también.

Me miró con extrañeza.

—¿Qué quieres decir, Daniel?

—Nada. No quiero decir nada. Estoy muy cansado. ¿Nos vamos a la cama?

Bea me tomó de la mano y me llevó al dormitorio. Nos tendimos en el lecho y la abracé.

—Esta noche he soñado con tu madre —dijo Bea—. Con Isabella.

El sonido de la lluvia empezó a arañar los cristales.

—Yo era una niña pequeña y ella me llevaba de la mano. Estábamos en una casa muy grande y muy antigua, con salones enormes y un piano de cola y una galería que daba a un jardín con un estanque. Junto al estanque había un niño igual que Julián, pero yo sabía que en realidad eras tú, no me preguntes por qué. Isabella se arrodillaba a mi lado y me preguntaba si te podía ver. Tú estabas jugando en el agua con un barco de papel. Yo le decía que sí. Entonces ella me decía que te cuidara. Que te cuidara para siempre porque ella tenía que irse lejos.

Permanecimos en silencio, escuchando el repiqueteo de la lluvia durante un largo rato.

—¿Qué te dijo Fermín anoche?

—La verdad —respondí—. Me dijo la verdad.

Bea me escuchaba en silencio mientras intentaba reconstruir la historia de Fermín. Al principio sentí cómo la rabia crecía de nuevo en mi interior, pero a

medida que avanzaba en la historia me invadió una profunda tristeza y una gran desesperanza. Para mí todo aquello era nuevo y aún no sabía cómo iba a poder convivir con los secretos y las implicaciones de lo que Fermín me había desvelado. Aquellos sucesos habían tenido lugar hacía ya casi veinte años y el tiempo me había condenado al mero papel de espectador en una función en la que se habían tejido los hilos de mi destino.

Cuando acabé de hablar, advertí que Bea me observaba con preocupación e inquietud en la mirada. No era difícil adivinar lo que estaba pensando.

—Le he prometido a mi padre que mientras él viva no buscaré a ese hombre, Valls, y que no haré nada —añadí para tranquilizarla.

—¿Mientras *él* viva? ¿Y después? ¿No has pensado en nosotros? ¿En Julián?

—Claro que he pensado. Y no tienes por qué preocuparte —mentí—. Después de hablar con mi padre he comprendido que todo eso pasó hace ya mucho tiempo y no se puede hacer nada por cambiarlo.

Bea parecía poco convencida de mi sinceridad.

—Es la verdad —mentí de nuevo.

Me sostuvo la mirada unos instantes, pero aquéllas eran las palabras que ella quería oír y finalmente sucumbió a la tentación de creerlas.

2

Aquella misma tarde, mientras la lluvia seguía azotando las calles desiertas y encharcadas, la silueta torva y carcomida por el tiempo de Sebastián Salgado se perfiló a las puertas de la librería. Nos observaba con su inconfundible aire rapaz a través del escaparate, las luces del belén sobre su rostro. Llevaba el mismo traje viejo de su primera visita, empapado. Me acerqué a la puerta y se la abrí.

—Precioso el belén —dijo.

—¿No va a entrar?

Le sostuve la puerta y Salgado pasó cojeando. Se detuvo a los pocos pasos, apoyándose en su bastón. Fermín lo miraba con recelo desde el mostrador. Salgado sonrió.

—Cuánto tiempo, Fermín —entonó.

—Le creía muerto —replicó Fermín.

—Yo a usted también, como todo el mundo. Eso es lo que nos contaron. Que lo atraparon intentando fugarse y que le pegaron un tiro.

—No caerá esa breva.

—Si quiere que le diga la verdad, yo siempre tuve la esperanza de que se hubiera usted escabullido. Ya se sabe que mala hierba…

—Me conmueve usted, Salgado. ¿Cuándo ha salido?

—Hará un mes.

—No me diga que lo soltaron por buena conducta —dijo Fermín.

—Yo creo que se cansaron de esperar a que me muriera. ¿Sabe que me dieron el indulto? Lo tengo en una lámina firmada por el mismísimo Franco.

—Lo habrá hecho enmarcar, supongo.

—Lo tengo en un lugar de honor: sobre la taza del váter, por si se me acaba el papel.

Salgado se acercó unos pasos al mostrador y señaló una silla que quedaba en un rincón.

—¿Les importa si tomo asiento? Aún no estoy acostumbrado a caminar más de diez metros en línea recta y me canso con facilidad.

—Toda suya —lo invité.

Salgado se desplomó sobre la silla y respiró hondo, masajeándose la rodilla. Fermín lo miraba como quien observa una rata que acaba de trepar fuera de la taza del inodoro.

—Tiene narices que quien todos pensaban que iba a ser el primero en palmar fuese el último… ¿Sabe lo que me mantuvo vivo todos estos años, Fermín?

—Si no lo conociese tan bien diría que la dieta mediterránea y el aire del mar.

Salgado exhaló un amago de risa, que en su caso sonaba a tos ronca y a bronquio al borde del colapso.

—Usted siempre el mismo, Fermín. Por eso me caía usted tan bien. Qué tiempos aquéllos. Pero tampoco quiero aburrirles con batallitas y menos al joven, que a esta generación lo nuestro ya no les interesa. Lo suyo es el charlestón o como quiera que lo llamen ahora. ¿Hablamos de negocios?

—Usted dirá.

—Más bien usted, Fermín. Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir. ¿Me va a dar lo que me debe? ¿O vamos a tener que organizar un escándalo que no le conviene?

Fermín permaneció impasible durante unos instantes que nos dejaron en un incómodo silencio. Salgado tenía los ojos clavados en él y parecía a punto de escupir veneno. Fermín me dirigió una mirada que no acabé de descifrar y suspiró abatido.

—Usted gana, Salgado.

Fermín extrajo un pequeño objeto del bolsillo y se lo tendió. Una llave. *La llave*. Los ojos de Salgado se encendieron como los de un niño. Se levantó y se acercó a Fermín lentamente. Aceptó la llave con la única mano que le quedaba, temblando de emoción.

—Si tiene planeado introducírsela de nuevo por vía rectal le ruego que pase al excusado, que éste es un local familiar abierto al público —advirtió Fermín.

Salgado, que había recuperado el color y el soplo de la primera juventud, se deshizo en una sonrisa de infinita satisfacción.

—Bien pensado, en el fondo me ha hecho usted el favor de mi vida guardándola todos estos años —declaró.

—Para eso están los amigos —replicó Fermín—. Vaya con Dios y no dude en no volver por aquí nunca más.

Salgado sonrió y nos guiñó el ojo. Se encaminó hacia la salida, ya perdido en sus elucubraciones. Antes de salir a la calle se volvió un instante y alzó la mano a modo de saludo conciliador.

—Le deseo suerte y una larga vida, Fermín. Y tranquilo, que su secreto queda a salvo.

Lo vimos partir bajo la lluvia, un anciano que cualquiera hubiera tomado por un moribundo pero que, tuve la certeza, en aquel momento no sentía ni las frías gotas de lluvia sobre el rostro ni los años de encierro y penuria que llevaba en la sangre. Miré a Fermín, que se había quedado clavado al suelo, pálido y confundido con la visión de su viejo compañero de celda.

—¿Lo vamos a dejar irse así? —pregunté.

—¿Tiene algún plan mejor?

3

Transcurrido el proverbial minuto de prudencia, nos echamos a la calle armados de sendas gabardinas oscuras y un paraguas del tamaño de un parasol que Fermín había adquirido en un bazar del puerto con la idea de usarlo tanto en invierno como en el estío para sus escapadas con la Bernarda a la playa de la Barceloneta.

—Fermín, con este armatoste cantamos como una escolanía de gallos —advertí.

—Usted tranquilo, que ese sinvergüenza lo único que debe de ver son doblones de oro lloviendo del cielo —replicó Fermín.

Salgado nos llevaba un centenar de metros de ventaja y cojeaba a paso ligero por la calle Condal bajo la lluvia. Acortamos un poco la distancia, justo a tiempo de ver cómo se disponía a abordar un tranvía que subía por la Vía Layetana. Plegando el paraguas sobre la marcha echamos a correr y llegamos de milagro a saltar al estribo. En la mejor tradición de la época, hicimos el recorrido colgados de la parte de atrás. Salgado había encontrado un asiento en la parte delantera cedido por un buen samaritano que no sabía con quién se jugaba los cuartos.

—Es lo que tiene llegar a viejo —dijo Fermín—. Que nadie se acuerda de que también han sido unos capullos.

El tranvía recorrió la calle Trafalgar hasta llegar al Arco de Triunfo. Nos asomamos un poco y comprobamos que Salgado seguía clavado en su asiento. El cobrador, un hombre a un frondoso bigote adosado, nos observaba con el ceño fruncido.

—No se crean que por ir ahí colgados les voy a hacer descuento, que les tengo el ojo echado desde que han subido.

—Ya nadie valora el realismo social —murmuró Fermín—. Qué país.

Le tendimos unas monedas y nos entregó nuestros billetes. Empezábamos a pensar que Salgado se debía de haber dormido cuando, al enfilar el tranvía el camino que llevaba a la estación del Norte, se levantó y tiró del cable para solicitar parada. Aprovechando que el conductor iba frenando, nos dejamos caer frente al sinuoso palacio modernista que albergaba las oficinas de la compañía hidroeléctrica y seguimos al tranvía a pie hasta la parada. Vimos a Salgado apearse con ayuda de dos pasajeros y encaminarse hacia la estación.

—¿Está usted pensado lo mismo que yo? —pregunté.

Fermín asintió. Seguimos a Salgado hasta el gran vestíbulo de la estación, camuflándonos, o haciendo nuestra presencia dolorosamente obvia, con el paraguas descomunal de Fermín. Una vez en el interior, Salgado se aproximó a una hilera de taquillas metálicas alineada junto a una de las paredes como un gran cementerio en miniatura. Nos apostamos en un banco que quedaba en la penumbra. Salgado se había detenido frente a la infinidad de taquillas y las contemplaba ensimismado.

—¿Se habrá olvidado de dónde guardó el botín? —pregunté.

—Qué se va a olvidar. Lleva veinte años esperando este momento. Lo que hace es saborearlo.

—Si usted lo dice… Yo creo que se ha olvidado.

Permanecimos allí, observando y esperando.

—Nunca me dijo dónde escondió usted la llave cuando se escapó del castillo… —aventuré.

Fermín me lanzó una mirada hostil.

—No pienso entrar en ese tema, Daniel.

—Olvídelo.

La espera se prolongó unos minutos más.

—A lo mejor tiene un cómplice… —dije—, y le está esperando.

—Salgado no es de los de compartir.

—A lo mejor hay alguien más que…

—Shhh —me silenció Fermín señalando a Salgado, que por fin se había movido.

El anciano se acercó a una de las taquillas y posó la mano sobre la puerta de metal. Sacó la llave y la introdujo en la cerradura. Abrió la compuerta y miró en el interior. En ese instante una pareja de la Guardia Civil dobló la esquina del vestíbulo desde los andenes y se aproximó al lugar donde Salgado estaba intentado extraer algo de la taquilla.

—Ay, ay, ay… —murmuré.

Salgado se volvió y saludó a los dos guardias civiles. Cruzaron unas palabras y uno de ellos retiró una maleta del interior y la dejó en el suelo a los pies de Salgado. El ladrón les agradeció efusivamente su ayuda y la pareja, saludándole con el ala del tricornio, continuó con su ronda.

—Viva España —murmuró Fermín.

Salgado asió la maleta y la arrastró hasta otro de los bancos, que quedaba en el extremo opuesto al que ocupábamos.

—No la va a abrir aquí, ¿verdad? —pregunté.

—Necesita asegurarse de que está todo ahí —replicó Fermín—. Son muchos años de sufrimiento los que ha esperado ese granuja para recobrar su tesoro.

Salgado miró alrededor una y otra vez para asegurarse de que no había nadie cerca y, finalmente, se decidió. Lo vimos abrir la maleta apenas unos centímetros y atisbar el interior.

Permaneció así por espacio de casi un minuto, inmóvil. Fermín y yo nos miramos sin comprender. De repente Salgado cerró la maleta y se levantó. Sin más, se encaminó hacia la salida dejando la maleta atrás frente a la taquilla abierta.

—Pero ¿qué hace? —pregunté.

Fermín se incorporó e hizo una señal.

—Usted vaya a por la maleta, yo le sigo a él…

Sin darme tiempo a replicar, Fermín se apresuró hacia la salida. Me dirigí a paso rápido hacia el lugar donde Salgado había abandonado la maleta. Un listillo que

estaba leyendo el periódico en un banco próximo también le había echado el ojo y, mirando a ambos lados previamente para asegurarse de que nadie lo veía, se levantó y se aproximó como un buitre rondando su presa. Apreté el paso. Iba el extraño a cogerla cuando se la arrebaté de puro milagro.

—Esa maleta no es suya —dije.

El individuo me clavó una mirada hostil y aferró el asa.

—¿Aviso a la Guardia Civil? —pregunté.

Azorado, el pillo soltó la maleta y se perdió en dirección a los andenes. Me la llevé hasta el banco y, asegurándome de que nadie se fijaba en mí, la abrí.

Estaba vacía.

Sólo entonces oí el vocerío y alcé la vista para comprobar que se había producido una conmoción a la salida de la estación. Me levanté y pude ver a través de las cristaleras que la pareja de la Guardia Civil se abría paso entre un círculo de curiosos que se había formado bajo la lluvia. Cuando el gentío se apartó, vi a Fermín arrodillado en el suelo, sosteniendo en sus brazos a Salgado. El anciano tenía los ojos abiertos a la lluvia. Una mujer que entraba en aquel momento se llevó la mano a la boca.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Un pobre anciano, que se ha caído redondo… —dijo.

Salí al exterior y me acerqué lentamente al círculo de gente que observaba la escena. Vi que Fermín levantaba la vista e intercambiaba unas palabras con los dos guardias civiles. Uno de ellos asentía. Fermín se quitó entonces la gabardina y la tendió sobre el cadáver de Salgado, cubriéndole el rostro. Cuando llegué, una mano con sólo tres dedos asomaba bajo la prenda y en la palma, reluciente bajo la lluvia, había una llave. Cubrí a Fermín con el paraguas y le puse la mano en el hombro. Nos alejamos de allí lentamente.

—¿Está usted bien, Fermín?

Mi buen amigo se encogió de hombros.

—Vámonos a casa —acertó a decir.

4

Mientras nos alejábamos de la estación me quité la gabardina y la puse sobre los hombros de Fermín. La suya había quedado sobre el cadáver de Salgado. No me parecía que mi amigo estuviese en condiciones de dar grandes paseos y decidí parar un taxi. Le abrí la puerta y cuando estuvo dentro, sentado, cerré y subí por el otro lado.

—La maleta estaba vacía —dije—. Alguien se la ha jugado a Salgado.

—Quien roba a un ladrón…

—¿Quién cree que fue?

—Tal vez el mismo que le dijo que yo tenía su llave y le explicó dónde encontrarme —murmuró Fermín.

—¿Valls?

Fermín suspiró abatido.

—No lo sé, Daniel. Ya no sé qué pensar.

Advertí la mirada del taxista en el espejo, a la espera.

—Vamos a la entrada de la plaza Real, en la calle Fernando —indiqué.

—¿No volvemos a la librería? —preguntó un Fermín al que ya no le quedaba guerra en el cuerpo ni para discutir una carrera de taxi.

—Yo sí. Pero usted se va a casa de don Gustavo a pasar el resto del día con la Bernarda.

Hicimos el trayecto en silencio mientras Barcelona se desdibujaba bajo la lluvia. Al llegar a los arcos de la calle Fernando, donde años atrás había conocido a Fermín, aboné la carrera y nos apeamos. Acompañé a Fermín hasta el portal de don Gustavo y le di un abrazo.

—Cuídese, Fermín. Y coma algo o la Bernarda se va a clavar algún hueso la noche de bodas.

—Descuide. Si yo cuando me lo propongo tengo más facilidad para engordar que una soprano. Ahora cuando suba me pongo morado de polvorones de esos que se compra don Gustavo en Casa Quílez y mañana me tiene usted hecho un tocino.

—A ver si es verdad. Dele recuerdos a la novia.

—De su parte, aunque tal y como están las cosas en el plano jurídico-administrativo, me veo viviendo en pecado.

—De eso nada. ¿Se acuerda usted de lo que me dijo una vez? ¿Que el destino no hace visitas a domicilio, que hay que ir a por él?

—Tengo que confesar que lo saqué de un libro de Carax. Sonaba bonito.

—Pues yo lo creí y lo sigo creyendo. Y por eso le digo que su destino es casarse con la Bernarda en toda regla y en la fecha prevista, con curas, arroz y nombre y apellidos.

Mi amigo me miraba escéptico.

—Como me llamo Daniel que se casa usted por la puerta grande —prometí a un Fermín tan derrotado que sospechaba que ni un paquete de sugus ni un peliculón con Kim Novak en el Fémina luciendo *brassieres* en punta que desafiaban la ley de la gravedad conseguirían levantarle el ánimo.

—Si usted lo dice, Daniel…

—Usted me ha devuelto la verdad —dije—. Yo le voy a devolver su nombre.

5

Aquella misma tarde, de regreso en la librería, puse en marcha mi plan para salvar la identidad de Fermín. El primer paso consistió en hacer varias llamadas desde el teléfono de la trastienda y establecer un calendario de acción. El segundo paso requería recabar el talento de expertos de reconocida eficacia.

Al día siguiente, un mediodía soleado y apacible, me encaminé hacia la biblioteca del Carmen, donde me había citado con el profesor Alburquerque, convencido de que lo que él no supiera no lo sabía nadie.

Le encontré en la sala principal de lectura, rodeado de libros y papeles, y concentrado pluma en mano. Me senté frente a él al otro lado de la mesa y lo dejé trabajar. Tardó casi un minuto en reparar en mi presencia. Al levantar los ojos de la mesa me miró sorprendido.

—Debe de ser algo apasionante eso que estaba escribiendo —aventuré.

—Estoy trabajando en una serie de artículos sobre escritores malditos de Barcelona —explicó—. ¿Se acuerda del tal Julián Carax, un autor que me recomendó usted hace meses en la librería?

—Claro —contesté.

—Pues he estado indagando sobre él y la suya es una historia increíble. ¿Sabía usted que durante años un personaje diabólico se dedicó a recorrer el mundo buscando los libros de Carax para quemarlos?

—No me diga —dije fingiendo sorpresa.

—Un caso curiosísimo. Ya se lo pasaré cuando lo tenga terminado.

—Tendría que hacer usted un libro sobre el tema —propuse—. Una historia secreta de Barcelona a través de sus escritores malditos y prohibidos en la versión oficial.

El profesor sopesó la idea, intrigado.

—Se me ha pasado por la cabeza, la verdad, pero tengo tanto trabajo entre los diarios y la universidad…

—Si no lo escribe usted, no lo escribirá nadie…

—Pues mire, a lo mejor me lío la manta a la cabeza y lo hago. No sé de dónde voy a sacar el tiempo, pero…

—Sempere e Hijos le ofrece su fondo editorial y asesoría para lo que necesite.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué? ¿Vamos a comer?

El profesor Alburquerque plegó velas por aquel día y pusimos rumbo a Casa Leopoldo, donde, acompañados de unos vinos y una tapa de serrano sublime, nos sentamos a esperar un par de rabos de toro, el especial del día.

—¿Cómo tenemos a nuestro buen amigo Fermín? Hace un par de semanas, en Can Lluís, lo vi muy de capa caída.

—De él quería yo hablarle, precisamente. Es una cuestión un tanto delicada y le

tengo que pedir que esto quede entre nosotros.

—Faltaría más. ¿Qué puedo hacer?

Procedí a esbozarle el problema de modo sucinto evitando entrar en detalles escabrosos o innecesarios. El profesor intuyó que había mucha más tela que cortar en el asunto de la que le estaba mostrando, pero hizo gala de su discreción ejemplar.

—A ver si lo entiendo —dijo—. Fermín no puede utilizar su identidad porque, oficialmente, fue declarado muerto hace casi veinte años y por lo tanto, a ojos del Estado, no existe.

—Correcto.

—Pero, por lo que usted me cuenta, esa identidad que fue anulada era también ficticia, una invención del propio Fermín durante la guerra para salvar el pellejo.

—Correcto.

—Ahí es donde me pierdo. Ayúdeme, Daniel. Si Fermín ya se sacó de la manga una identidad falsa una vez, ¿por qué no utiliza otra ahora para poder casarse?

—Por dos motivos, profesor. El primero es puramente práctico y es que, use su nombre u otro inventado, Fermín no tiene identidad a ningún efecto y, por tanto, cualquiera que sea la que decida usar tiene que ser creada de cero.

—Pero él quiere seguir siendo Fermín, supongo.

—Exacto. Y ése es el segundo motivo, que no es práctico sino espiritual, por así decirlo, y que es mucho más importante. Fermín quiere seguir siendo Fermín porque ésa es la persona de la que se ha enamorado la Bernarda, y ése el hombre que es amigo nuestro, el que conocemos y el que él quiere ser. Hace años que la persona que él había sido ya no existe para él. Es una piel que dejó atrás. Ni yo, que probablemente soy su mejor amigo, sé con qué nombre le bautizaron. Para mí, para todos los que le quieren y sobre todo para él mismo, es Fermín Romero de Torres. Y en el fondo, si se trata de crearle una identidad nueva, ¿por qué no crearle la suya?

El profesor Alburquerque asintió finalmente.

—Correcto —sentenció.

—Entonces, ¿lo ve usted factible, profesor?

—Bueno, es una misión quijotesca como pocas —estimó el profesor—. ¿Cómo proveer al enjuto hidalgo don Fermín de la Mancha de casta, galgo y un legajo de papeles falsificados con los que emparejarle con su bella Bernarda del Toboso a los ojos de Dios y del Registro Civil?

—He estado pensando y consultando libros de leyes —dije—. La identidad de una persona en este país empieza con una partida de nacimiento, que cuando se para uno a estudiarlo es un documento muy simple.

El profesor enarcó las cejas.

—Lo que sugiere usted es delicado. Por no hablar de que es un delito como la copa de un pino.

—Sin precedente más bien, al menos en los anales judiciales. Lo he comprobado.

—Siga usted, que me tiene interesado.

—Supongamos que alguien, hipotéticamente hablando, tuviera acceso a las oficinas del Registro Civil y pudiera por así decirlo *plantar* una partida de nacimiento en los archivos… ¿No sería ésa base suficiente para establecer la identidad de una persona?

El profesor meneó la cabeza.

—Para un recién nacido, puede, pero si hablamos, hipotéticamente, de un adulto, sería necesario crear todo un historial documental. Aunque tuviera usted el acceso, hipotéticamente, al archivo. ¿De dónde iba usted a sacar esos documentos?

—Digamos que pudiera crear una serie de facsímiles creíbles. ¿Lo vería usted posible?

El profesor lo meditó cuidadosamente.

—El principal riesgo sería que alguien descubriera el fraude y quisiera destaparlo. Teniendo en cuenta que en este caso la, digamos, parte amenazante que hubiera podido alertar de inconsistencias documentales ha perecido, el problema se reduciría a, uno, acceder al archivo e introducir en el sistema una carpeta con un historial de identidad ficticio pero contrastado, y, dos, generar toda la retahíla de documentos necesarios para establecer tal identidad. Estoy hablando de papeles de todos los colores y clases, desde partidas bautismales de parroquias, a cédulas, certificados…

—Respecto al primer punto, tengo entendido que está usted escribiendo una serie de reportajes sobre las maravillas del sistema legal español por encargo de la Diputación para una memoria de la institución. He estado indagando un poco y he descubierto que durante los bombardeos de la guerra varios de los archivos del Registro Civil fueron destruidos. Eso significa que cientos, miles de identidades tuvieron que ser reconstruidas de mala manera. Yo no soy un experto, pero me atrevo a suponer que eso abriría algún agujero que alguien bien informado, conectado y con un plan podría aprovechar…

El profesor me miró de reojo.

—Veo que ha hecho usted una verdadera labor de investigación, Daniel.

—Disculpe la osadía, profesor, pero para mí la felicidad de Fermín vale eso y mucho más.

—Y eso le honra. Pero también le podría valer una condena importante a quien intentase hacer algo así y fuese descubierto con las manos en la masa.

—Por eso he pensado que si alguien, hipotéticamente, tuviera acceso a uno de esos archivos reconstruidos del Registro Civil, podría llevar consigo un ayudante que, por así decirlo, asumiera la parte más arriesgada de la operación.

—En ese caso, el hipotético ayudante debería estar en condiciones de garantizarle al facilitador un descuento del veinte por ciento sobre el precio de cualquier libro adquirido en Sempere e Hijos de por vida. Y una invitación a la boda del recién nacido.

—Eso está hecho. Y se lo subiría a un veinticinco por ciento. Aunque en el fondo sé que hay quien, hipotéticamente, aunque sólo fuera por el gusto de colarle un gol a

un régimen podrido y corrupto, se avendría a colaborar *pro bono* sin conseguir nada a cambio.

—Soy un académico, Daniel. El chantaje sentimental no funciona conmigo.

—Por Fermín, entonces.

—Eso es otra cosa. Pasemos a los tecnicismos.

Extraje el billete de cien pesetas que me había dado Salgado y se lo mostré.

—Éste es mi presupuesto para gastos y trámites de expedición —apunté.

—Ya veo que tira usted con pólvora del rey, pero mejor guarde esos dineros para otros empeños que requerirá esta fazaña porque mis oficios los tiene usted de balde —repuso el profesor—. La parte que más me preocupa, estimado ayudante, es la necesaria conspiración documental. Los nuevos centuriones del régimen, amén de pantanos y misales, han redoblado una ya de por sí descomunal estructura burocrática digna de las peores pesadillas del amigo Francisco Kafka. Como le digo, un caso así precisará que se generen todo tipo de cartas, instancias, ruegos y demás documentos que puedan resultar creíbles y que tengan la consistencia, tono y aroma propios de un *dossier* manido, polvoriento e incuestionable…

—Ahí estamos cubiertos —dije.

—Voy a necesitar estar al tanto de la lista de cómplices en esta conspiración para asegurarme de que no va usted de farol.

Procedí a explicarle el resto de mi plan.

—Podría funcionar —concluyó.

Tan pronto como llegó el plato principal, apuntalamos el tema y la conversación derivó por otros derroteros. En los cafés, y aunque había estado mordiéndome la lengua durante toda la comida, no pude más y, fingiendo que el asunto no tenía importancia alguna, dejé caer la cuestión.

—Por cierto, profesor, el otro día un cliente me comentaba una cosa en la librería y salió a colación el nombre de Mauricio Valls, el que fuera ministro de Cultura y todas esas cosas. ¿Qué sabe usted de él?

El profesor enarcó una ceja.

—¿De Valls? Lo que todo el mundo, supongo.

—Seguro que usted sabe más que todo el mundo, profesor. Mucho más.

—Bueno, la verdad es que ahora ya hace un tiempo que no oía ese nombre, pero hasta no hace mucho Mauricio Valls era todo un personaje. Como usted dice, fue nuestro flamante y renombrado ministro de Cultura durante unos años, director de numerosas instituciones y organismos, hombre bien situado en el régimen y de gran prestigio en el sector, padrino de muchos, niño mimado de las páginas culturales de la prensa española… Ya le digo, un personaje de renombre.

Sonreí débilmente, como si la sorpresa me resultara grata.

—¿Y ya no?

—Francamente, yo diría que hace un tiempo que desapareció del mapa, o al menos de la esfera pública. No estoy seguro de si le adjudicaron alguna embajada o

algún cargo en una institución internacional, ya sabe usted cómo van esas cosas, pero la verdad es que de un tiempo a esta parte le he perdido la pista… Sé que montó una editorial con unos socios hace ya años. La editorial va viento en popa y no para de publicar cosas. De hecho cada mes me llegan invitaciones a actos de presentación de alguno de sus títulos…

—¿Y asiste Valls a esos actos?

—Hace años sí lo hacía. Siempre bromeábamos porque hablaba más de sí mismo que del libro o del autor que presentaba, pero de eso hace tiempo. Hace años que no le veo. ¿Puedo preguntarle la razón de su interés, Daniel? No le hacía a usted interesado en la pequeña feria de las vanidades de nuestra literatura.

—Simple curiosidad.

—Ya.

Mientras el profesor Alburquerque liquidaba la cuenta, me miró de reojo.

—¿Por qué siempre me parece que de la misa me cuenta usted no ya la media, sino un cuarto?

—Algún día le contaré el resto, profesor. Se lo prometo.

—Más le vale, porque las ciudades no tienen memoria y les hace falta alguien como yo, un sabio nada despistado, para mantenerla viva.

—Éste es el trato: usted me ayuda a solucionar lo de Fermín y yo, algún día, le contaré algunas cosas que Barcelona preferiría olvidar. Para su historia secreta.

El profesor me ofreció la mano y se la estreché.

—Le tomo la palabra. Ahora, volviendo al tema de Fermín y los documentos que vamos a tener que sacarnos del sombrero…

—Creo que tengo al hombre adecuado para esa misión —apunté.

6

Oswaldo Darío de Mortenssen, príncipe de los escribientes barceloneses y viejo conocido mío, estaba saboreando su pausa de sobremesa en su caseta junto al palacio de la Virreina con un carajillo y una faria cuando me vio acercarme y me saludó con la mano.

—El hijo pródigo regresa. ¿Ha cambiado de idea? ¿Nos ponemos con esa carta de amor que le va a granjear acceso a cremalleras y cierres prohibidos de esa pollita anhelada?

Le volví a enseñar mi anillo de casado y asintió recordando.

—Disculpe. Es la costumbre. Usted es de los de antes. ¿Qué puedo hacer por usted?

—El otro día recordé de qué me sonaba su nombre, don Oswaldo. Trabajo en una librería y encontré una novela suya del año 33, *Los jinetes del crepúsculo*.

Oswaldo echó a volar recuerdos y sonrió con nostalgia.

—Qué tiempos aquéllos. Aquel par de sinvergüenzas de Barrido y Escobillas, mis editores, me timaron hasta el último céntimo. Pedro Botero los tenga en su gloria y bajo llave. Pero lo que disfruté yo escribiendo aquella novela no me lo quitará nadie.

—Si se la traigo un día, ¿me la dedicará?

—Faltaría más. Fue mi canto del cisne. El mundo no estaba preparado para el *western* ambientado en el delta del Ebro con bandoleros en canoa en vez de caballos y mosquitos del tamaño de una sandía campando a sus anchas.

—Es usted el Zane Grey del litoral.

—Ya me habría gustado. ¿Qué puedo hacer por usted, joven?

—Prestarme su arte e ingenio en una empresa no menos heroica.

—Soy todo oídos.

—Necesito que me ayude a inventar un pasado documental para que un amigo pueda contraer matrimonio sin escollos legales con la mujer a la que ama.

—¿Buen hombre?

—El mejor que conozco.

—Entonces no se hable más. Mis escenas favoritas siempre fueron las de bodas y bautizos.

—Se necesitarán instancias, informes, ruegos, certificados y toda la pesca.

—No será problema. Delegaremos parte de la logística en Luisito, a quien usted ya conoce, que es de total confianza y un artista en doce caligrafías diferentes.

Extraje el billete de cien pesetas que el profesor había declinado y se lo tendí. Oswaldo abrió los ojos como platos y lo guardó rápidamente.

—Y luego dicen que en España no se puede vivir de la escritura —dijo.

—¿Cubrirá eso los gastos operativos?

—De sobra. Cuando lo tenga todo organizado le diré a cuánto sube la broma, pero

ahora al pronto me atrevería a decir que con quince duros vamos sobrados.

—Lo dejo a su criterio, Oswaldo. Mi amigo, el profesor Alburquerque…

—Gran pluma —atajó Oswaldo.

—Y mejor caballero. Como le digo, el profesor se pasará por aquí y le facilitará la relación de documentos necesarios y todos los detalles. Para cualquier cosa que necesite usted me encontrará en la librería de Sempere e Hijos.

Se le iluminó la cara al oír el nombre.

—El santuario. De joven iba yo por allí todos los sábados a que el señor Sempere me abriese los ojos.

—Mi abuelo.

—Ahora hace ya años que no voy por allí porque mis finanzas están bajo mínimos y me he echado a lo del préstamo bibliotecario.

—Pues háganos el honor de volver a la librería, don Oswaldo, que es su casa y por precios no va a quedar nunca.

—Así lo haré.

Me tendió la mano y se la estreché.

—Un honor hacer negocios con los Sempere.

—Que sea el primero de muchos.

—Y del cojo aquel que se hacía ojitos con el oro y el moro, ¿qué se hizo?

—Resultó que no era oro todo lo que relucía —dije.

—El signo de los tiempos…

7

Barcelona, 1958

Aquel mes de enero llegó vestido de cielos cristalinos y una luz gélida que soplaba nieve en polvo sobre los tejados de la ciudad. El sol brillaba todos los días y arrancaba aristas de brillo y sombra en las fachadas de una Barcelona transparente en la que los autobuses de dos pisos circulaban con la azotea vacía y los tranvías dejaban un halo de vapor sobre los raíles al pasar.

Las luces de los adornos navideños brillaban en guirnaldas de fuego azul sobre las calles de la ciudad vieja, y los dulzones deseos de buena voluntad y de paz que goteaban de los villancicos de mil y un altavoces al pie de tiendas y comercios llegaron a calar lo suficiente para que, cuando a un espontáneo se le ocurrió calzarle una barretina al niño Jesús del pesebre que el ayuntamiento había colocado en la plaza San Jaime, el guardia que vigilaba, en vez de arrastrarlo a sopapos hasta jefatura como reclamó un grupo de beatas, hizo la vista gorda hasta que alguien del arzobispado dio aviso y se personaron tres monjas a restablecer el orden.

Las ventas navideñas habían repuntado y una estrella de Belén en forma de números negros en el libro de contabilidad de Sempere e Hijos nos garantizaba que al menos íbamos a poder hacer frente a los recibos de la luz, a la calefacción y que, con suerte, podríamos comer caliente al menos una vez al día. Mi padre parecía haber recobrado el ánimo y había decretado que el próximo año no esperaríamos a última hora para decorar la librería.

—Tenemos pesebre para rato —murmuró Fermín con nulo entusiasmo.

Pasado ya el día de Reyes, mi padre nos dio instrucciones para que empaquetásemos cuidadosamente el belén y lo bajásemos al sótano hasta la próxima Navidad.

—Con cariño —advirtió mi padre—. Que no me entere yo de que se le han resbalado las cajas accidentalmente, Fermín.

—Como oro en paño, señor Sempere. Respondo con la vida de la integridad del pesebre y de todos los animales de granja que obran a la vera del Mesías en pañales.

Una vez hicimos sitio a las cajas que contenían todos los adornos navideños, me detuve un instante a echar un vistazo al sótano y sus rincones olvidados. La última vez que habíamos estado allí, la conversación había derivado por derroteros que ni Fermín ni yo habíamos vuelto a mencionar, pero que seguían pesando al menos en mi memoria. Fermín pareció leerme el pensamiento y agitó la cabeza.

—No me diga que sigue pensando en lo de la carta del atontado aquel.

—A ratos.

—¿No le habrá dicho nada a doña Beatriz?

—No. Volví a meter la carta en el bolsillo de su abrigo y no dije ni pío.

—¿Y ella? ¿No mencionó que había recibido carta de don Juán Tenorio?

Negué, Fermín arrugó la nariz, indicando que eso no acababa de ser buen augurio.

—¿Ha decidido ya lo que va a hacer?

—¿Sobre qué?

—No se haga el tonto, Daniel. ¿Va a seguir a su mujer a esa cita con el maromo en el Ritz y montar una escenita o no?

—Presupone usted que ella va a acudir —protesté.

—¿Y usted no?

Bajé la mirada disgustado conmigo mismo.

—¿Qué clase de marido no se fía de su mujer? —pregunté.

—¿Le doy nombres y apellidos o le basta una estadística?

—Yo me fío de Bea. Ella no me engañaría. Ella no es así. Si tuviese algo que decirme, me lo diría a la cara, sin engaños.

—Entonces no tiene usted de qué preocuparse, ¿verdad?

Algo en el tono de Fermín me hacía pensar que mis sospechas e inseguridades le habían supuesto una decepción y, aunque nunca lo iba a admitir, le entristecía pensar que dedicaba mis horas a pensamientos mezquinos y a dudar de la sinceridad de una mujer que no merecía.

—Debe de pensar usted que soy un necio.

Fermín negó.

—No. Creo que es usted un hombre afortunado, al menos en amores, y que como casi todos los que lo son no se da cuenta.

Un golpe en la puerta en lo alto de la escalera nos llamó la atención.

—A menos que hayáis encontrado petróleo ahí abajo, haced el favor de subir de una vez, que hay faena —llamó mi padre.

Fermín suspiró.

—Desde que ha salido de números rojos está hecho un tirano —dijo Fermín—. Las ventas lo envalentonan. Quién lo ha visto y quién lo ve…

Los días caían con cuentagotas. Fermín había consentido finalmente en delegar los preparativos y detalles del banquete y de la boda en mi padre y en don Gustavo, que habían asumido el papel de figuras paternales y autoritarias en el tema. Yo, en calidad de padrino, asesoraba al comité directivo, y Bea ejercía las funciones de directora artística y coordinaba a todos los implicados con mano férrea.

—Fermín, me ordena Bea que acudamos a Casa Pantaleoni a que se pruebe usted el traje.

—Como no sea un traje de rayas…

Yo le había jurado y perjurado que llegado el momento su nombre sería de recibo y que su amigo el párroco podría entonar aquello de «Fermín, tomas por esposa a» sin que acabásemos todos en el cuartelillo, pero a medida que se acercaba la fecha Fermín se consumía de angustia y ansiedad. La Bernarda sobrevivía al suspense a base de oraciones y tocinillos de cielo, aunque, una vez confirmado su embarazo por

un doctor de confianza y discreción, dedicaba buena parte de sus días a combatir náuseas y mareos ya que todo indicaba que el primogénito de Fermín llegaba dando guerra.

Fueron aquellos días de aparente y engañosa calma, pero bajo la superficie yo había sucumbido a una corriente turbia y oscura que lentamente me iba arrastrando hacia las profundidades de un sentimiento nuevo e irresistible: el odio.

A ratos libres, sin decir a nadie adónde iba, me escapaba hasta el Ateneo de la calle Canuda y rastreaba los pasos de Mauricio Valls en la hemeroteca y en los fondos del catálogo. Lo que durante años había sido una imagen borrosa y sin interés alguno iba adquiriendo día a día una claridad y una precisión dolorosas. Mis pesquisas me permitieron ir reconstruyendo poco a poco la trayectoria pública de Valls en los últimos quince años. Mucho había llovido desde sus principios de alevín del régimen. Con tiempo y buenas influencias, don Mauricio Valls, si uno había de creer lo que decían los diarios (extremo que Fermín comparaba a creer que el TriNaranjus se obtenía exprimiendo naranjas frescas de Valencia), había visto cristalizar sus anhelos y se había convertido en una estrella rutilante en el firmamento de la España de las artes y las letras.

Su escalada había sido imparable. A partir de 1944 había encadenado cargos y nombramientos oficiales de creciente relevancia en el mundo de las instituciones académicas y culturales del país. Sus artículos, discursos y publicaciones empezaban a ser legión. Cualquier certamen, congreso o efeméride cultural que se preciase requería de la participación y presencia de don Mauricio. En 1947, con un par de socios, creaba la Sociedad General de Ediciones Ariadna con oficinas en Madrid y Barcelona, que la prensa se afanaba en canonizar como la «marca de prestigio» de las letras españolas.

En 1948, esa misma prensa empezaba a referirse habitualmente a Mauricio Valls como «el más brillante y respetado intelectual de la nueva España». La autodesignada intelectualidad del país y quienes aspiraban a formar parte de ella parecían vivir un apasionado romance con don Mauricio. Los reporteros de las páginas culturales se deshacían en elogios y adulaciones, buscando su favor y, con suerte, la publicación en su editorial de alguna de las obras que guardaban en un cajón para poder así entrar a formar parte del paraninfo oficial y saborear algunas de sus preciadas mieles, aunque fuesen migajas.

Valls había aprendido las reglas del juego y dominaba el tablero como nadie. A principios de los años cincuenta, su fama e influencia trascendían ya los círculos oficiales y habían empezado a permear la llamada sociedad civil y a sus servidores. Las consignas de Mauricio Valls se habían convertido en un canon de verdades reveladas que cualquier ciudadano perteneciente al selecto estamento de tres o cuatro mil españoles que gustaban de tenerse por cultos y de mirar por encima del hombro a sus conciudadanos de a pie hacían suyo y repetían como alumnos aplicados.

En el camino hacia la cumbre, Valls había reunido en torno suyo a un estrecho

círculo de personajes afines que comían de su mano y se iban posicionando al frente de instituciones y puestos de poder. Si alguien osaba cuestionar las palabras o la valía de Valls, la prensa procedía a crucificarlo sin tregua y, tras esbozar un retrato esperpéntico e indeseable del pobre infeliz, éste pasaba a ser un paria, un innombrable y un pordiosero a quien todas las puertas se le cerraban y cuya única alternativa era el olvido o el exilio.

Pasé horas interminables leyendo, sobre líneas y entre ellas, contrastando historia y versiones, catalogando fechas y haciendo listas de triunfos y de cadáveres escondidos en los armarios. En otras circunstancias, si el objeto de mi estudio hubiera sido puramente antropológico, me habría quitado el sombrero ante don Mauricio y su jugada maestra. Nadie le podía negar que había aprendido a leer el corazón y el alma de sus conciudadanos y a tirar de los hilos que movían sus anhelos, esperanzas y quimeras.

Si algo me quedó tras días y días sumergido en la versión oficial de la vida de Valls fue la certeza de que el mecanismo de construcción de una nueva España se iba perfeccionando y de que la meteórica ascensión de don Mauricio al poder y a los altares ejemplificaba un patrón en alza que tenía visos de futuro y que, con toda seguridad, sobreviviría al régimen y echaría raíces profundas e inamovibles en todo el territorio durante muchas décadas.

A partir de 1952, Valls alcanzó ya la cima al asumir el mando del Ministerio de Cultura durante tres años, tiempo que aprovechó para apuntalar su dominio y a sus lacayos en las escasas posiciones que todavía no habían conseguido controlar. El tono de su proyección pública asumió una áurea monotonía. Sus palabras eran citadas como fuente de saber y certeza. Su presencia en jurados, tribunales y toda suerte de besamanos era constante. Su arsenal de diplomas, laureles y condecoraciones no paraba de crecer.

Y, de repente, sucedió algo extraño.

No lo advertí en mis primeras lecturas. El desfile de loas y noticias sobre don Mauricio se prolongaba sin tregua, pero a partir de 1956 se apreciaba un detalle enterrado entre todas aquellas informaciones que contrastaba con las publicadas con anterioridad a esa fecha. El tono y contenido de las notas no variaba, pero a fuerza de leer y releer cada una de ellas y compararlas, reparé en una cosa.

Don Mauricio Valls no había vuelto a aparecer en público.

Su nombre, su prestigio, su reputación y su poder seguían viento en popa. Sólo faltaba una pieza: su persona. Después de 1956 no había fotografías, ni menciones a su presencia, ni referencias directas a su participación en actos públicos.

El último recorte en el que se daba fe de la presencia de Mauricio Valls estaba fechado el 2 de noviembre de 1956, con ocasión de la entrega que se le había hecho del galardón a la más distinguida labor editorial del año durante un solemne acto en el Círculo de Bellas Artes de Madrid al que asistieron las máximas autoridades y lo más granado de la sociedad del momento. El texto de la noticia seguía las líneas

habituales y previsibles del género, básicamente una gacetilla editorializada. Lo más interesante era la fotografía que la acompañaba, la última en la que se veía a Valls poco antes de su sexagésimo cumpleaños. En ella aparecía elegantemente vestido con un traje de buen corte, sonriendo mientras recibía una ovación del público asistente con gesto humilde y cordial. Otros habituales de aquel tipo de funciones aparecían con él y, a su espalda, ligeramente fuera de registro y con semblante serio e impenetrable, se apreciaban dos individuos parapetados tras lentes oscuros y vestidos de negro. No parecían participar en el acto. Su gesto era severo y al margen de la farsa. Vigilante.

Nadie había vuelto a fotografiar o a ver en público a don Mauricio Valls después de aquella noche en el Círculo de Bellas Artes. Por mucho empeño que le puse, no conseguí encontrar una sola aparición. Cansado de explorar vías muertas, volví al principio y reconstruí la historia del personaje hasta memorizarla como si se tratase de la mía. Olfateaba su rastro con la esperanza de encontrar una pista, un indicio que me permitiese comprender dónde estaba aquel hombre que sonreía en fotografías y paseaba su vanidad por infinitas páginas que ilustraban una corte servil y hambrienta de favores. Buscaba al hombre que había asesinado a mi madre para ocultar la vergüenza de lo que a todas luces era y nadie parecía capaz de admitir.

Aprendí a odiar en aquellas tardes solitarias en la vieja biblioteca del Ateneo, donde no hacía tanto había dedicado mis ansias a causas más puras, como la piel de mi primer amor imposible, la ciega Clara, o los misterios de Julián Carax y su novela *La Sombra del Viento*. Cuanto más difícil me resultaba encontrar el rastro de Valls, más me negaba a reconocerle el derecho a desaparecer y borrar su nombre de la historia. De mi historia. Necesitaba saber qué había sido de él. Necesitaba mirarle a los ojos, aunque sólo fuera para recordarle que alguien, una sola persona en todo el universo, sabía quién era de verdad y lo que había hecho.

8

Una tarde, harto ya de perseguir fantasmas, cancelé mi sesión en la hemeroteca y salí a pasear con Bea y con Julián por una Barcelona limpia y soleada que casi había olvidado. Fuimos caminando desde casa hasta el parque de la Ciudadela. Me senté en un banco y vi cómo Julián jugaba con su madre en el césped. Contemplándolos me repetí las palabras de Fermín. Un hombre afortunado, ése era yo, Daniel Sempere. Un hombre afortunado que había permitido que un rencor ciego creciese en su interior hasta hacerle sentir náuseas de sí mismo.

Observé a mi hijo entregarse a una de sus pasiones: gatear hasta ponerse perdido. Bea lo seguía de cerca. De vez en cuando Julián se detenía y miraba en mi dirección. Un golpe de brisa alzó las faldas de Bea y Julián se echó a reír. Aplaudí y Bea me lanzó una mirada de reprobación. Encontré los ojos de mi hijo y me dije que pronto iban a empezar a mirarme como si yo fuese el hombre más sabio y bueno del mundo, el portador de todas las respuestas. Me dije entonces que nunca más volvería a mencionar el nombre de Mauricio Valls ni a perseguir su sombra.

Bea se acercó a sentarse a mi lado. Julián la siguió gateando hasta el banco. Cuando llegó a mis pies lo tomé en brazos y procedió a limpiar sus manos en las solapas de mi chaqueta.

—Recién salida de la tintorería —dijo Bea.

Me encogí de hombros, resignado. Bea se reclinó sobre mí y me asió la mano.

—Menudas piernas —dije.

—No le veo la gracia. Luego tu hijo aprende. Menos mal que no había nadie.

—Bueno, allí había un abuelillo escondido detrás de un diario que creo que se ha desplomado de una taquicardia.

Julián decidió que la palabra *taquicardia* era lo más gracioso que había oído en su vida y pasamos buena parte del paseo de vuelta a casa cantando «ta-qui-car-dia» mientras Bea, caminando unos pasos por delante de nosotros, echaba chispas.

Aquella noche, 20 de enero, Bea acostó a Julián y luego se quedó dormida en el sofá a mi lado mientras yo releía por tercera vez un ejemplar de una de las viejas novelas de David Martín que Fermín había encontrado en sus meses de exilio tras fugarse de la prisión y que había conservado todos aquellos años. Me gustaba saborear cada giro y desmenuzar la arquitectura de cada frase, creyendo que si descifraba la música de aquella prosa descubriría algo acerca de aquel hombre al que nunca había conocido y que todos me aseguraban que no era mi padre. Pero aquella noche era incapaz. Antes de finalizar una frase, mi pensamiento se levantaba de la página y todo cuanto veía frente a mí era aquella carta de Pablo Cascos Buendía en la que citaba a mi mujer en el hotel Ritz al día siguiente a las dos de la tarde.

Finalmente cerré el libro y contemplé a Bea, que dormía a mi lado, intuyendo en ella mil veces más secretos que en las historias de Martín y su siniestra ciudad de los

malditos. Pasaba de la medianoche cuando Bea abrió los ojos y me descubrió escrutándola. Me sonrió, aunque algo en mi semblante le despertó una sombra de inquietud.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—Pensaba en lo afortunado que soy —dije.

Bea me miró largamente, la duda en la mirada.

—Lo dices como si no lo creyeses.

Me levanté y le di la mano.

—Vamos a la cama —la invité.

Tomó mi mano y me siguió por el pasillo hasta el dormitorio. Me tendí en el lecho y la miré en silencio.

—Estás raro, Daniel. ¿Qué te pasa? ¿He dicho algo?

Negué ofreciéndole una sonrisa blanca como la mentira. Bea asintió y se desnudó lentamente. Nunca me daba la espalda cuando se desnudaba, ni se escondía en el baño o detrás de la puerta como aconsejaban los manuales de higiene matrimonial que promovía el régimen. La observé serenamente, leyendo las líneas de su cuerpo. Bea me miraba a los ojos. Se deslizó aquel camisón que yo detestaba y se metió en la cama, dándome la espalda.

—Buenas noches —dijo, la voz atada y, para quien la conocía bien, molesta.

—Buenas noches —murmuré.

Escuchándola respirar supe que tardó más de media hora en conciliar el sueño, pero finalmente la fatiga pudo más que mi extraño comportamiento. Me quedé a su lado, dudando si despertarla para pedirle perdón o, simplemente, besarla. No hice nada. Seguí allí inmóvil, observando la curva de su espalda y sintiendo cómo aquella negrura dentro de mí me susurraba que al cabo de unas horas Bea acudiría al encuentro de su antiguo prometido y que aquellos labios y aquella piel serían de otro, como su carta de bolero parecía insinuar.

Cuando me desperté Bea se había ido. No había conseguido dormirme hasta el amanecer y, cuando tocaron las nueve en las campanas de la iglesia, me desperté de golpe y me vestí con lo primero que encontré. Afuera esperaba un lunes frío y salpicado de copos de nieve que flotaban en el aire y se adherían como arañas de luz suspendidas de hilos invisibles a las gentes que pasaban. Al entrar en la tienda encontré a mi padre en lo alto del taburete al que todos los días se aupaba para cambiar la fecha del calendario. 21 de enero.

—Lo de que se le peguen a uno las sábanas se supone que no es de recibo después de los doce años —dijo—. Hoy te tocaba abrir a ti.

—Perdona. Mala noche. No se repetirá.

Pasé un par de horas intentando ocupar la cabeza y las manos en las tareas de la librería, pero cuanto ocupaba mi pensamiento era aquella maldita carta que recitaba en silencio una y otra vez. A media mañana Fermín se me aproximó subrepticiamente y me ofreció un sugus.

—Hoy es el día, ¿no?

—Cállese, Fermín —corté con una brusquedad que alzó las cejas de mi padre.

Me refugié en la trastienda y los oí murmurar. Me senté frente al escritorio de mi padre y miré el reloj. Era la una y veinte de la tarde. Intenté dejar pasar los minutos pero las agujas del reloj se resistían a moverse. Cuando volví de nuevo a la tienda Fermín y mi padre me miraron con preocupación.

—Daniel, a lo mejor quieres tomarte el resto del día libre —dijo mi padre—. Fermín y yo ya nos apañamos.

—Gracias. Creo que sí. Apenas he dormido y no me encuentro muy bien.

No tuve valor para mirar a Fermín mientras me escabullía por la trastienda. Subí los cinco pisos con plomo en los pies. Al abrir la puerta de casa oí el agua correr en el baño. Me arrastré hasta el dormitorio y me detuve en el umbral. Bea estaba sentada en el borde de la cama. No me había visto ni oído entrar. La vi enfundarse sus medias de seda y vestirse, con la mirada clavada en el espejo. No reparó en mi presencia hasta un par de minutos después.

—No sabía que estabas ahí —dijo entre la sorpresa y la irritación.

—¿Vas a salir?

Asintió mientras se pintaba los labios de carmesí.

—¿Adónde vas?

—Tengo un par de recados que hacer.

—Te has puesto muy guapa.

—No me gusta salir a la calle hecha unos zorros —replicó.

La observé perfilar su sombra de ojos. «Hombre afortunado», decía la voz con sorna.

—¿Qué recados? —dije. Bea se volvió y me miró.

—¿Qué?

—Te preguntaba qué recados tienes que hacer.

—Varias cosas.

—¿Y Julián?

—Mi madre ha venido a buscarlo y se lo ha llevado de paseo.

—Ya.

Bea se aproximó y abandonando su irritación me miró preocupada.

—Daniel, ¿qué te pasa?

—No he pegado ojo esta noche.

—¿Por qué no te echas una siesta? Te sentará bien.

Asentí.

—Buena idea.

Bea sonrió débilmente y me acompañó hasta mi lado de la cama. Me ayudó a tenderme, me arropó con el cubrecama y me besó en la frente.

—Llego tarde —dijo.

La vi partir.

—Bea…

Se detuvo a medio pasillo y se volvió.

—¿Tú me quieres? —pregunté.

—Pues claro que te quiero. Qué tontería.

Oí la puerta cerrarse y luego los pasos felinos de Bea y sus tacones de aguja perderse escaleras abajo. Cogí el teléfono y esperé a que la operadora hablara.

—Con el hotel Ritz, por favor.

La conexión llevó unos segundos.

—*Hotel Ritz, buenas tardes, ¿en qué podemos atenderle?*

—¿Podría usted comprobar si un huésped se aloja en el hotel, por favor?

—*Si es tan amable de darme el nombre*.

—Cascos. Pablo Cascos Buendía. Creo que debió de llegar ayer…

—*Un momento, por favor*.

Un largo minuto de espera, voces susurradas, ecos en la línea.

—*Caballero…*

—Sí.

—*Ahora mismo no encuentro ninguna reserva al nombre que usted menciona…*

Me invadió un alivio infinito.

—¿Podría ser que la reserva estuviese hecha a nombre de una empresa?

—*Lo compruebo*.

Esta vez la espera fue breve.

—*Efectivamente, tenía usted razón. El señor Cascos Buendía. Aquí lo tengo.* Suite *Continental. La reserva estaba a nombre de la editorial Ariadna*.

—¿Cómo dice?

—*Le comentaba al caballero que la reserva del señor Cascos Buendía está a nombre de la editorial Ariadna. ¿Desea el señor que le pase con la habitación?*

El teléfono me resbaló de las manos. Ariadna era la empresa editorial que Mauricio Valls había fundado años atrás.

Cascos trabajaba para Valls.

Colgué el teléfono de un manotazo y me fui a la calle siguiendo a mi mujer con el corazón envenenado de sospecha.

9

No había rastro de Bea entre el gentío que a aquella hora desfilaba por la Puerta del Ángel en dirección a la plaza de Cataluña. Intuí que aquél habría sido el camino elegido por mi mujer para ir al Ritz, pero con Bea nunca se sabía. Le gustaba probar diferentes rutas entre dos destinos. Al rato desistí de encontrarla y supuse que habría tomado un taxi, algo más acorde con las finas galas con las que se había vestido para la ocasión.

Tardé un cuarto de hora en llegar al hotel Ritz. Aunque no debía de haber más de diez grados de temperatura, estaba sudando y me faltaba el aliento. El portero me dirigió una mirada subrepticia, pero me abrió la puerta afectando una pequeña reverencia. El vestíbulo, con su aire de escenario de intriga de espionaje y gran romance, me resultaba desconcertante. Mi escasa experiencia en hoteles de lujo no me había preparado para dilucidar qué era qué. Vislumbré un mostrador tras el que un esmerado recepcionista me observaba entre la curiosidad y la alarma. Me acerqué al mostrador y le ofrecí una sonrisa que no le impresionó.

—¿El restaurante, por favor?

El recepcionista me examinó con cortés escepticismo.

—¿Tiene el señor una reserva?

—Estoy citado con un huésped del hotel.

El recepcionista sonrió fríamente y asintió.

—El señor encontrará el restaurante al fondo de ese pasillo.

—Mil gracias.

Me encaminé hacia allí con el corazón en un puño. No tenía ni idea de lo que iba a decir o a hacer cuando encontrase a Bea y a aquel individuo. Un *maître* salió a mi encuentro y me vedó el paso con una sonrisa blindada. Su mirada delataba la escasa aprobación que le merecía mi atuendo.

—¿Tiene reserva el caballero? —preguntó.

Le aparté con la mano y entré en el comedor. La mayoría de las mesas estaban vacías. Una pareja mayor de aire momificado y modales decimonónicos interrumpió su solemne sorbido de sopa para mirarme con disgusto. Un par de mesas más albergaban comensales con aspecto de hombres de negocios y alguna que otra dama de exquisita compañía facturada como gasto de representación. No había ni rastro de Cascos ni de Bea.

Escuché los pasos del *maître* y su escolta de dos camareros a mi espalda. Me volví y ofrecí una sonrisa dócil.

—¿No tenía el señor Cascos Buendía una reserva para las dos? —pregunté.

—El señor avisó para que se le subiera el servicio a su *suite* —informó el *maître*.

Consulté mi reloj. Eran las dos y veinte. Me encaminé hacia el corredor de ascensores. Uno de los porteros me había echado el ojo pero cuando intentó

alcanzarme yo ya había conseguido colarme en uno de los ascensores. Marqué uno de los pisos superiores sin recordar que no tenía ni idea de dónde se encontraba la *suite* Continental.

«Empieza por arriba», me dije.

Me apeé del ascensor en el séptimo piso y empecé a vagar por ampulosos corredores desiertos. Al rato di con una puerta que daba a la escalera de incendios y descendí al piso inferior. Fui de puerta en puerta, buscando la *suite* Continental sin suerte. Mi reloj marcaba las dos y media. En el quinto piso encontré a una doncella que arrastraba un carrito con plumeros, jabones y toallas y le pregunté dónde estaba la *suite*. Me miró con consternación, pero la debí de asustar lo suficiente para que señalase hacia arriba.

—Octavo piso.

Preferí evitar los ascensores por si acaso el personal del hotel andaba buscándome. Cuatro pisos de escalera y un largo corredor más tarde llegué a las puertas de la *suite* Continental empapado de sudor. Permanecí allí por espacio de un minuto, tratando de imaginar lo que estaba sucediendo tras aquella puerta de madera noble y preguntándome si me quedaba el suficiente sentido común para irme de allí. Me pareció que alguien me observaba de refilón desde el otro extremo del pasillo y temí que se tratase de uno de los porteros, pero al afinar el ojo la silueta se perdió tras la esquina del corredor y supuse que se trataba de otro huésped del hotel. Finalmente llamé al timbre.

10

Oí pasos aproximándose a la puerta. La imagen de Bea abotonándose la blusa se deslizó por mi mente. Un giro en la cerradura. Apreté los puños. La puerta se abrió. Un individuo con el pelo engominado, enfundado en un albornoz blanco y calzado con pantuflas de cinco estrellas me abrió la puerta. Habían pasado años, pero uno no olvida las caras que detesta con determinación.

—¿Sempere? —preguntó incrédulo.

El puñetazo le alcanzó entre el labio superior y la nariz. Noté cómo la carne y el cartílago se quebraban bajo el puño. Cascos se llevó las manos a la cara y se tambaleó. La sangre le brotaba entre los dedos. Le di un fuerte empujón que lo lanzó contra la pared y me adentré en la habitación. Oí a Cascos caer al suelo a mi espalda. La cama estaba hecha y un plato humeante estaba servido sobre la mesa, orientada frente a la terraza con vistas a la Gran Vía. Sólo había cubiertos para un comensal. Me volví y me encaré a Cascos, que intentaba incorporarse aferrándose a una silla.

—¿Dónde está? —pregunté.

Cascos tenía el rostro deformado por el dolor. La sangre le caía por la cara y el pecho. Pude ver que le había partido el labio y que, casi con certeza, tenía la nariz rota. Reparé en el fuerte escozor que me quemaba los nudillos y al mirarme la mano vi que me había dejado la piel partiéndole la cara. No sentí remordimiento alguno.

—No ha venido. ¿Contento? —escupió Cascos.

—¿Desde cuándo te dedicas a escribirle cartas a mi mujer?

Me pareció que se reía y antes de que pudiera pronunciar otra palabra me abalancé de nuevo sobre él. Le propiné un segundo puñetazo con toda la rabia que llevaba dentro. El golpe le aflojó los dientes y me dejó la mano adormecida. Cascos emitió un gemido de agonía y se desplomó sobre la silla en la que se había apoyado. Vio que me inclinaba sobre él y se cubrió el rostro con los brazos. Le clavé las manos en el cuello y apreté con los dedos como si quisiera desgarrarle la garganta.

—¿Qué tienes tú que ver con Valls?

Cascos me observaba aterrorizado, convencido de que iba a matarle allí mismo. Balbuceó algo incomprensible y mis manos se cubrieron con la saliva y la sangre que le caía de la boca. Apreté más fuerte.

—Mauricio Valls. ¿Qué tienes tú que ver con él?

Mi rostro estaba tan cerca del suyo que podía ver mi reflejo en sus pupilas. Sus venas capilares empezaron a estallar bajo la córnea y una red de líneas negras se abrió paso hacia el iris. Me di cuenta de que lo estaba matando y lo solté de golpe. Cascos emitió un sonido gutural al aspirar aire y se llevó las manos al cuello. Me senté en la cama frente a él. Me temblaban las manos, las tenía cubiertas de sangre. Entré en el baño y me las lavé. Me mojé la cara y el pelo con agua fría y al ver mi reflejo en el espejo apenas me reconocí. Había estado a punto de matar a un hombre.

11

Cuando regresé a la habitación, Cascos seguía derribado en la silla, jadeando. Llené un vaso con agua y se lo tendí. Al ver que me acercaba a él de nuevo se hizo a un lado esperando otro golpe.

—Toma —dije.

Abrió los ojos y al ver el vaso dudó unos segundos.

—Toma —repetí—. Es sólo agua.

Aceptó el vaso con una mano temblorosa y se lo llevó a los labios. Pude ver entonces que le había partido varios dientes. Cascos gimió y los ojos se le llenaron de lágrimas por el dolor cuando el agua fría le rozó la pulpa expuesta bajo el esmalte. Estuvimos en silencio más de un minuto.

—¿Llamo a un médico? —pregunté al fin.

Alzó la mirada y negó.

—Vete de aquí antes de que llame a la policía.

—Dime qué tienes tú que ver con Mauricio Valls y me iré.

Lo miré fríamente.

—Es…, es uno de los socios de la editorial para la que trabajo.

—¿Te pidió él que escribieses esa carta?

Cascos dudó. Me levanté y di un paso hacia él. Le agarré del pelo y tiré con fuerza.

—No me pegues más —suplicó.

—¿Te pidió Valls que escribieras esa carta?

Cascos evitaba mirarme a los ojos.

—No fue él —atinó a decir.

—¿Quién entonces?

—Uno de sus secretarios. Armero.

—¿Quién?

—Paco Armero. Es un empleado de la editorial. Me dijo que retomase el contacto con Beatriz. Que si lo hacía habría algo para mí. Una recompensa.

—¿Para qué tenías que retomar el contacto con Bea?

—No lo sé.

Hice ademán de abofetearle de nuevo.

—No lo sé —gimió Cascos—. Es la verdad.

—¿Y para eso la citaste aquí?

—Yo a Beatriz la sigo queriendo.

—Bonita manera de demostrarlo. ¿Dónde está Valls?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saber dónde está tu jefe?

—Porque no lo conozco. ¿De acuerdo? No le he visto nunca. No he hablado

nunca con él.

—Explícate.

—Entré a trabajar en Ariadna hace año y medio, en la oficina de Madrid. En todo ese tiempo nunca lo he visto. Nadie le ha visto.

Se levantó lentamente y se dirigió hacia el teléfono de la habitación. No le detuve. Asió el auricular y me lanzó una mirada de odio.

—Voy a llamar a la policía…

—No será necesario —llegó la voz desde el corredor de la habitación.

Me volví para descubrir a Fermín ataviado con lo que imaginé que era uno de los trajes de mi padre sosteniendo en alto un documento con aspecto de licencia oficial.

—Inspector Fermín Romero de Torres. Policía. Se ha reportado un alboroto. ¿Quién de ustedes puede sintetizar los hechos aquí acontecidos?

No sé quién de los dos estaba más desconcertado, si Cascos o yo. Fermín aprovechó la ocasión para arrebatar suavemente el auricular de la mano de Cascos.

—Permítame —dijo apartándole—. Aviso a jefatura.

Fingió marcar un número y nos sonrió.

—Con jefatura, por favor. Sí, gracias.

Esperó unos segundos.

—Sí, Mari Pili, soy Romero de Torres. Páseme a Palacios. Sí, espero.

Mientras Fermín fingía esperar y cubría el auricular con la mano, hizo un gesto hacia Cascos.

—¿Y usted se ha dado con la puerta del váter o hay algo que desee declarar?

—Este salvaje me ha agredido y ha intentado matarme. Quiero presentar una denuncia ahora mismo. Se le va a caer el pelo.

Fermín me miró con aire oficial y asintió.

—Efectivamente. Folículo a folículo.

Fingió oír algo en el teléfono y con un gesto le indicó a Cascos que guardase silencio.

—Sí, Palacios. En el Ritz. Sí. Un 424. Un herido. Mayormente en la cara. Depende. Yo diría que como un mapa. De acuerdo. Procedo al arresto sumarísimo del sospechoso.

Colgó el teléfono.

—Todo solucionado.

Fermín se me acercó y, agarrándome del brazo con autoridad, me indicó que me callase.

—Usted no suelte prenda. Todo lo que diga será utilizado para enchironarle como mínimo hasta Todos los Santos. Venga, andando.

Cascos, retorcido de dolor y confundido aún por la aparición de Fermín, contemplaba la escena sin dar crédito.

—¿No lo va a esposar?

—Éste es un hotel fino. Los grilletes se los colocaremos en el coche patrulla.

Cascos, que seguía sangrando y probablemente veía doble, nos vedó el paso poco convencido.

—¿Seguro que es usted policía?

—Brigada secreta. Ahora mismo mando que le envíen un chuletón de ternera crudo para que se lo ponga en la cara a modo de mascarilla. Mano de santo para contusiones en distancias cortas. Mis colegas pasarán más tarde para tomarle el atestado y preparar los cargos procedentes —recitó apartando el brazo de Cascos y empujándome a toda velocidad hacia la salida.

12

Tomamos un taxi a la puerta del hotel y recorrimos la Gran Vía en silencio.

—¡Jesús, María y José! —estalló Fermín—. ¿Está usted loco? Lo miro y no lo reconozco… ¿Qué quería? ¿Cargarse a ese imbécil?

—Trabaja para Mauricio Valls —dije por toda respuesta.

Fermín puso los ojos en blanco.

—Daniel, esta obsesión suya está empezando a salirse de madre. En mala hora le conté yo nada… ¿Está usted bien? A ver esa mano…

Le mostré el puño.

—Virgen Santa.

—¿Cómo sabía usted…?

—Porque lo conozco como si lo hubiera parido, aunque hay días que casi me arrepiento —dijo colérico.

—No sé qué me ha dado…

—Yo sí lo sé. Y no me gusta. No me gusta nada. Ése no es el Daniel que yo conozco. Ni el Daniel del que quiero ser amigo.

Me dolía la mano, pero más me dolió comprender que había decepcionado a Fermín.

—Fermín, no se enfade usted conmigo.

—No, si encima el niño querrá que le dé una medalla…

Pasamos un rato en silencio, mirando cada uno a su lado de la calle.

—Menos mal que ha venido usted —dije al fin.

—¿Se creía que lo iba a dejar solo?

—No le dirá nada a Bea, ¿verdad?

—Si le parece escribiré una carta al director a *La Vanguardia* para contar su hazaña.

—No sé qué me ha pasado, no lo sé…

Me miró con severidad pero finalmente relajó el gesto y me palmeó la mano. Me tragué el dolor.

—No le demos más vueltas. Supongo que yo habría hecho lo mismo.

Contemplé Barcelona desfilar tras los cristales.

—¿De qué era el carnet?

—¿Cómo dice?

—La identificación de policía que ha enseñado… ¿Qué era?

—El carnet del Barça del párroco.

—Tenía usted razón, Fermín. He sido un imbécil al sospechar de Bea.

—Yo siempre tengo razón. Me viene de nacimiento.

Me rendí a la evidencia y me callé, porque ya había dicho suficientes tonterías por un día. Fermín se había quedado muy callado y tenía el semblante meditabundo. Me

inquietó pensar que mi conducta le había producido una decepción tan grande que no sabía qué decirme.

—Fermín, ¿en qué piensa?

Se volvió y me miró con preocupación.

—Pensaba en ese hombre.

—¿Cascos?

—No. En Valls. En lo que ese idiota ha dicho antes. En lo que significa.

—¿A qué se refiere?

Fermín me miró sombríamente.

—A que hasta ahora lo que me preocupaba era que usted quisiera encontrar a Valls.

—¿Y ya no?

—Hay algo que me preocupa aún más, Daniel.

—¿Qué?

—Que él es el que le está buscando a usted.

Nos miramos en silencio.

—¿Se le ocurre a usted por qué? —pregunté.

Fermín, que siempre tenía respuestas para todo, negó lentamente y apartó la mirada.

Hicimos el resto del trayecto en silencio. Al llegar a casa subí directo al piso, me di una ducha y me tragué cuatro aspirinas. Luego bajé las persianas y, abrazando aquella almohada que olía a Bea, me dormí como el idiota que era, preguntándome dónde estaría aquella mujer por la que no me importaba haber protagonizado el ridículo del siglo.

13

—Parezco un puercoespín —sentenció la Bernarda contemplando su imagen multiplicada por cien en la sala de espejos de Modas Santa Eulalia.

Dos modistas arrodilladas a sus pies seguían marcando el vestido de novia con docenas de alfileres bajo la atenta mirada de Bea, que caminaba en círculos alrededor de la Bernarda e inspeccionaba cada pliegue y cada costura como si le fuera la vida en ello. La Bernarda, con los brazos en cruz, casi no se atrevía a respirar, pero su mirada estaba atrapada en la variedad de ángulos que la cámara hexagonal revestida de espejos le devolvía de su silueta en busca de indicios de volumen en el vientre.

—¿Seguro que no se nota nada, señora Bea?

—Nada. Plano como una tabla de planchar. Donde toca, claro.

—Ay, no sé, no sé…

El martirio de la Bernarda y los afanes de las modistas por ajustar y entallar se prolongaron por espacio de media hora más. Cuando ya no parecían quedar alfileres en el mundo con que ensartar a la pobre Bernarda, el modisto estrella de la firma y autor de la pieza hizo acto de presencia descorriendo la cortina y, tras un somero análisis y un par de correcciones en el viso de la falda, dio su aprobación y chasqueó los dedos para indicar a sus asistentes que hicieran mutis por el foro.

—Ni Pertegaz la habría dejado más guapa —dictaminó complacido.

Bea sonrió y asintió.

El modisto, un caballero esbelto de maneras buscadas y posturas encontradas que respondía simplemente al nombre de Evaristo, besó a la Bernarda en la mejilla.

—Es usted la mejor modelo del mundo. La más paciente y la más sufrida. Ha costado, pero ha valido la pena.

—¿Y cree el señorito que podré respirar aquí dentro?

—Mi amor, se casa usted por la Santa Madre Iglesia con un macho ibérico. Respirar se le ha acabado, se lo digo yo. Piense que un traje de novia es como una escafandra de buzo: no es el mejor sitio para respirar, lo divertido empieza cuando se lo quitan.

La Bernarda se santiguó ante las insinuaciones del modisto.

—Ahora lo que le voy a pedir es que se quite el vestido con muchísimo cuidado porque las costuras están sueltas y con tanto alfiler no la quiero ver subir al altar con pinta de colador —dijo Evaristo.

—Yo la ayudo —se ofreció Bea.

Evaristo, lanzando una mirada sugestiva a Bea, la radiografió de pies a cabeza.

—¿Y a usted cuando la voy a poder desvestir y vestir yo, prenda? —inquirió, y se retiró tras la cortina en una salida teatral.

—Menuda mirada le ha echado a la señora el muy granuja —dijo la Bernarda—. Y eso que dicen que es de la acera de enfrente.

—Me parece que Evaristo camina por todas las aceras, Bernarda.

—¿Es eso posible? —preguntó.

—Venga, a ver si te podemos sacar de ahí sin que se caiga un alfiler.

Mientras Bea iba liberando a la Bernarda de su cautiverio, la doncella renegaba por lo bajo.

Desde que se había enterado del precio de aquel vestido, que su patrón, don Gustavo, se había empeñado en costear de su bolsillo, la Bernarda andaba azorada.

—Es que don Gustavo no se tenía que haber gastado esta fortuna. Se empeñó en que tenía que ser aquí, que debe de ser el sitio más caro de toda Barcelona, y en contratar al tal Evaristo, que es medio sobrino suyo o no sé qué y que dice que si los tejidos no son de Casa Gratacós le dan alergia. Ahí es nada.

—A caballo regalado… Además, a don Gustavo le hace ilusión verte casada por todo lo alto. Él es así.

—Yo con el vestido de mi madre y un par de apaños me caso igual y a Fermín le da lo mismo, porque cada vez que le enseño un vestido nuevo lo único que quiere es quitármelo… Y así nos luce el pelo, Dios me perdone —dijo la Bernarda palmeándose el vientre.

—Bernarda, yo también me casé embarazada y estoy segura de que Dios tiene cosas mucho más urgentes de las que ocuparse.

—Eso dice mi Fermín, pero yo no sé…

—Tú haz caso a Fermín y no te preocupes por nada.

La Bernarda, en enaguas y agotada tras dos horas de pie calzando tacones y sosteniendo los brazos en alto, se dejó caer sobre un butacón y suspiró.

—Ay, si el pobre está que ni se le ve con la de kilos que ha perdido. Me tiene preocupadísima.

—Ya verás cómo a partir de ahora remonta. Los hombres son así, como los geranios. Cuando parece que están para tirarlos, reviven.

—No sé, señora Bea, yo a Fermín lo veo muy hundido. Él me dice que se quiere casar, pero a veces tengo dudas.

—Pero si está colado por ti, Bernarda.

La Bernarda se encogió de hombros.

—Mire, yo no soy tan tonta como parezco. Yo lo único que he hecho es limpiar casas desde los trece años y hay muchas cosas que no entenderé, pero sé que mi Fermín ha visto mundo y ha tenido sus líos por ahí. Él nunca me cuenta cosas de su vida antes de conocernos, pero yo sé que ha tenido otras mujeres y que ha dado muchas vueltas.

—Y te ha acabado eligiendo a ti entre todas. Para que veas.

—Si le gustan más las mozas que a un tonto una tiza. Cuando vamos de paseo o a bailar se le van los ojos por ahí que un día se me va a quedar bizco.

—Mientras no se le vayan las manos… Me consta de buena tinta que Fermín te ha sido fiel siempre.

—Ya lo sé. Pero ¿sabe lo que me da miedo, señora Bea? Ser poco para él. Cuando lo veo que me mira embelesado y me dice que quiere que nos hagamos viejos juntos y todas esas zalamerías que suelta él, siempre pienso que un día se despertará por la mañana y se me quedará mirando y dirá: «Y a esta tonta, ¿de dónde la he sacado?».

—Creo que te equivocas, Bernarda. Fermín nunca pensará eso. Te tiene en un pedestal.

—Pues eso tampoco es bueno, mire usted, que mucho señorito he visto yo de esos que ponen a la señora en un pedestal como si fuese una virgen y luego echan a correr detrás de la primera lagarta que pasa como si fuesen perros en celo. No se creería usted la de veces que lo he visto con estos ojitos que Dios me ha dado.

—Pero Fermín no es así, Bernarda. Fermín es uno de los buenos. De los pocos, que los hombres son como las castañas que te venden por la calle: cuando las compras están todas calientes y huelen bien, pero a la que las sacas del cucurucho se enfrían en seguida y te das cuenta de que la mayoría están podridas por dentro.

—No lo dirá por el señor Daniel, ¿verdad?

Bea tardó un segundo en contestar.

—No. Claro que no.

La Bernarda la miró de reojo.

—¿Todo bien en casa, señora Bea?

Bea jugueteó con un pliegue de la enagua que asomaba por el hombro de la Bernarda.

—Sí, Bernarda. Lo que pasa es que creo que las dos hemos ido a buscarnos un par de maridos que tienen sus cosas y sus secretos.

La Bernarda asintió.

—Es que a veces parecen criaturas.

—Hombres. Déjalos correr.

—Pero a mí es que me gustan —dijo la Bernarda—, y ya sé que es pecado.

Bea rió.

—¿Y cómo te gustan? ¿Como Evaristo?

—No, por Dios. Si de tanto mirarse al espejo lo va a gastar. A mí un hombre que tarda en arreglarse más que yo me da no sé qué. A mí me gustan un poco brutos, ¿qué quiere que le diga? Y ya sé que mi Fermín guapo, lo que se dice guapo, pues no es. Pero yo lo veo guapo y bueno. Y muy hombre. Y al final eso es lo que cuenta, que sea bueno y que sea de verdad. Y que te puedas agarrar a él una noche de invierno y te quite el frío del cuerpo.

Bea sonreía asintiendo.

—Amén. Aunque a mí un pajarito me dijo que el que te gustaba era Cary Grant.

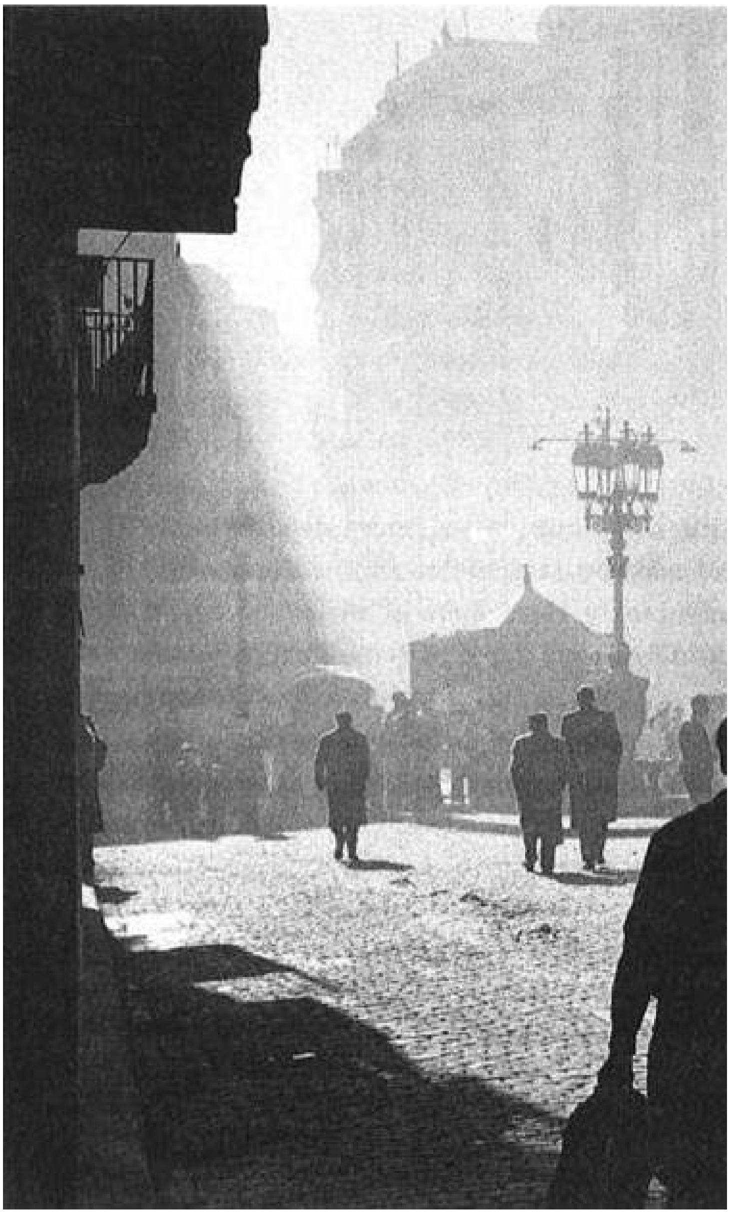
La Bernarda se sonrojó.

—¿Y a usted no? No para casarse, ¿eh?, que a mí me da que ése se enamoró el día que se vio por primera vez en el espejo, pero, entre usted y yo, y que Dios me perdone, para un buen apretón tampoco le iba yo a hacer ascos…

—¿Qué diría Fermín si te oyese, Bernarda?
—Lo que dice siempre: «Total, lo que se han de comer los gusanos…».

Quinta parte

EL NOMBRE DEL HÉROE



1

Barcelona, 1958

Muchos años después, los veintitrés invitados allí reunidos para celebrar la ocasión habrían de volver la vista atrás y recordar aquella víspera histórica del día en que Fermín Romero de Torres abandonó la soltería.

—Es el fin de una era —proclamó el profesor Alburquerque alzando su copa de champán en un brindis y sintetizando mejor que nadie lo que todos sentíamos.

La fiesta de despedida de soltero de Fermín, un evento cuyos efectos en la población femenina del orbe don Gustavo Barceló comparó con la muerte de Rodolfo Valentino, tuvo lugar una noche clara de febrero de 1958 en la gran sala de baile de La Paloma, escenario en el que el novio había protagonizado tangos de infarto y momentos que ahora pasarían a formar parte del sumario secreto de una larga carrera al servicio del eterno femenino.

Mi padre, a quien habíamos conseguido sacar de casa por una vez en la vida, había contratado los servicios de la orquesta de baile semiprofesional La Habana del Baix Llobregat, que se avino a tocar a un precio de ganga y nos deleitó con una selección de mambos, guarachas y sones montunos que transportaron al novio a sus días lejanos en el mundo de la intriga y el *glamour* internacional en los grandes casinos de la Cuba olvidada. Quién más, quién menos, los asistentes a la fiesta abandonaron el pudor y se lanzaron a la pista a mover el esqueleto a mayor gloria de Fermín.

Barceló había convencido a mi padre de que los vasos de vodka que le iba administrando eran agua mineral con un par de gotas de aromas de Montserrat y al rato todos pudimos asistir al inédito espectáculo de ver a mi padre bailar apretado con una de las fámulas que la Rociíto, verdadera alma de la fiesta, había traído para amenizar el evento.

—Santo Dios —murmuré al contemplar a mi padre menear las caderas y sincronizar encontronazos de trasero al primer tiempo de compás con aquella veterana de la noche.

Barceló circulaba entre los invitados repartiendo puros y unas estampitas conmemorativas que había hecho imprimir en un taller especializado en recordatorios de comuniones, bautizos y entierros. En papel de fino gramaje, se podía ver una caricatura de Fermín ataviado de angelito con las manos en amago de oración y la leyenda:

Fermín, por primera vez en mucho tiempo, estaba feliz y sereno. Media hora antes de empezar la jarana lo había acompañado a Can Lluís, donde el profesor Alburquerque nos dio fe de que aquella misma mañana había estado en el Registro Civil armado con todo el *dossier* de documentos y papeles confeccionados con mano maestra por Oswaldo Darío de Mortenssen y su asistente Luisito.

—Amigo Fermín —proclamó el profesor—. Le doy la bienvenida oficial al mundo de los vivos y le hago entrega, con don Daniel Sempere y aquí los amigos de Can Lluís como testigos, de su nueva y legítima cédula de identidad.

Fermín, emocionado, examinó su nueva documentación.

—¿Cómo han logrado ustedes este milagro?

—La parte técnica mejor se la ahorramos. Lo que cuenta es que cuando se tiene un amigo de verdad, dispuesto a jugársela y a remover cielo y tierra para que se pueda usted casar en toda regla y empezar a traer criaturas al mundo con que continuar la dinastía Romero de Torres, casi todo es posible, Fermín —dijo el profesor.

Fermín me miró con lágrimas en los ojos y me abrazó con tanta fuerza que creí que me iba a asfixiar. No me avergüenza admitir que aquél fue uno de los momentos más felices de mi vida.

2

Había pasado una hora y media de música, copas y bailoteo procaz cuando me tomé un respiro y me acerqué a la barra a buscar algo de beber que no contuviese alcohol porque no creía que pudiera ingerir una gota más de ron con limón, bebida oficial de la noche. El camarero me sirvió un agua fría y me apoyé de espaldas a la barra a contemplar la juerga. No había reparado en que, al otro extremo de la barra, estaba la Rociíto. Sostenía una copa de champán en las manos y observaba la fiesta que ella había organizado con aire de melancolía. Por lo que me había contado Fermín, calculé que la Rociíto debía de estar a punto de cumplir los treinta y cinco, pero casi veinte años en el oficio habían dejado muchas huellas e incluso en aquella media luz de colores la reina de la calle Escudellers parecía mayor.

Me acerqué hasta ella y le sonreí.

—Rociíto, está usted más guapa que nunca —mentí.

Se había enfundado sus mejores galas y se reconocía el trabajo de la mejor peluquería de la calle Conde del Asalto, pero me pareció que aquella noche la Rociíto lo que estaba era más triste que nunca.

—¿Está usted bien, Rociíto?

—Mírelo, pobrecico, en los huesos está y aún tiene ganas de bailar.

Sus ojos estaban prendidos en Fermín y supe que ella siempre vería en él a aquel campeón que la había salvado de un macarra de poca monta y que, probablemente, tras veinte años en la calle, era el único hombre que había conocido que valía la pena.

—Don Daniel, no se lo he querido decir a Fermín, pero mañana no voy a ir a la boda.

—¿Qué dices, Rociíto? Pero si Fermín te tenía reservado sitio de honor…

La Rociíto bajó la mirada.

—Ya lo sé, pero no puedo ir.

—¿Por qué? —pregunté, aunque imaginaba la respuesta.

—Porque me daría mucha pena y yo quiero que el señorito Fermín sea feliz con su señora.

La Rociíto había empezado a llorar. No supe qué decir, así que la abracé.

—Yo siempre lo he querido, ¿sabe usted? Desde que lo conocí. Yo ya sé que no soy la mujer para él, que él me ve como…, bueno, pues la Rociíto.

—Fermín te quiere mucho, eso no se te tiene que olvidar nunca.

La mujer se apartó y se secó las lágrimas avergonzada. Me sonrió y se encogió de hombros.

—Perdone usted, es que soy una tonta y cuando bebo dos gotas no sé ni lo que me digo.

—No pasa nada.

Le ofrecí mi vaso de agua y lo aceptó.

—Un día te das cuenta de que se te ha pasado la juventud y que el tren se ha ido ya, ¿sabe usted?

—Siempre hay trenes. Siempre.

La Rociíto asintió.

—Por eso no iré a la boda, don Daniel. Hace ya meses que conocí a un señor de Reus. Es un buen hombre. Viudo. Un buen padre. Tiene una chatarrería y siempre que pasa por Barcelona viene a verme. Me ha pedido que me case con él. Ninguno de los dos vamos engañados, ¿sabe usted? Hacerse viejo solo es muy duro, y yo ya sé que no tengo el cuerpo para seguir en la calle. Jaumet, el señor de Reus, me ha pedido que me vaya de viaje con él. Los hijos ya se le han ido de casa y él ha estado trabajando toda la vida. Dice que quiere ver mundo antes de irse y me ha pedido que le acompañe. Como su esposa, no como una fulana de usar y tirar. El barco sale mañana por la mañana temprano. Jaumet dice que un capitán de barco tiene autoridad para casar en alta mar y, si no, buscaremos un cura en cualquier puerto de por ahí.

—¿Lo sabe Fermín?

Como si nos hubiese oído desde lejos, Fermín detuvo sus pasos en la pista de baile y se nos quedó mirando. Alargó los brazos hacia la Rociíto y puso aquella cara de remolón necesitado de arrumacos que tanto resultado le había dado. La Rociíto se rió, negando por lo bajo, y antes de reunirse con el amor de su vida en la pista de baile para su último bolero, se volvió y me dijo:

—Cuídemelo bien, Daniel. Que Fermín sólo hay uno.

La orquesta había dejado de tocar y la pista se abrió para recibir a la Rociíto. Fermín la tomó de las manos. Los faroles de La Paloma se extinguieron lentamente y de entre las sombras emergió el haz de un foco que dibujó un círculo de luz vaporosa a los pies de la pareja. Los demás se hicieron a un lado y la orquesta, lentamente, atacó los compases del bolero más triste jamás compuesto. Fermín rodeó el talle de la Rociíto. Mirándose a los ojos, lejos del mundo, los amantes de aquella Barcelona que ya nunca volvería bailaron agarrados por última vez. Cuando la música se desvaneció, Fermín la besó en los labios y la Rociíto, bañada en lágrimas, le acarició la mejilla y se alejó lentamente hacia la salida sin despedirse.

3

La orquesta acudió al rescate de aquel momento con una guaracha y Oswaldo Darío de Mortenssen, que de tanto escribir cartas de amor se había convertido en un enciclopedista de melancolías, animó a los asistentes a regresar a la pista y a fingir que nadie había visto nada. Fermín, un tanto abatido, se acercó a la barra y se sentó en un taburete a mi lado.

—¿Está bien, Fermín?

Asintió débilmente.

—Creo que me iría bien algo de aire fresco, Daniel.

—Espéreme aquí, que recojo los abrigos.

Caminábamos por la calle Tallers rumbo a las Ramblas cuando, a una cincuentena de metros por delante, vislumbramos una silueta de aspecto familiar que caminaba lentamente.

—Oiga, Daniel, ¿ése no es su padre?

—El mismo. Borracho como una cuba.

—Lo último que esperaba ver en este mundo —dijo Fermín.

—Pues imagínese yo.

Apretamos el paso hasta alcanzarle y, al vernos, mi padre nos sonrió con ojos vidriosos.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Muy tarde.

—Ya me parecía. Oiga, Fermín, una fiesta fabulosa. Y qué chavalas. Había culos ahí que daban como para empezar una guerra.

Puse los ojos en blanco. Fermín asió a mi padre del brazo y guió sus pasos.

—Señor Sempere, nunca pensé que le diría esto, pero está usted en estado de intoxicación etílica y es mejor que no diga nada de lo que después vaya a arrepentirse.

Mi padre asintió, súbitamente avergonzado.

—Es ese demonio de Barceló, que no sé qué me ha dado y yo no estoy acostumbrado a beber…

—Nada. Ahora se toma un bicarbonato y luego duerme la mona. Mañana como una rosa y aquí no ha pasado nada.

—Creo que voy a vomitar.

Entre Fermín y yo lo mantuvimos en pie mientras el pobre devolvía todo lo que había bebido. Le sostuve la frente empapada de sudor frío con la mano y, cuando estuvo claro que ya no le quedaba dentro ni la primera papilla, lo acomodamos un momento en los escalones de un portal.

—Respire hondo y despacio, señor Sempere.

Mi padre asintió con los ojos cerrados. Fermín y yo intercambiamos una mirada.

—Oiga, ¿usted no se casaba pronto?

—Mañana por la tarde.

—Hombre, pues felicidades.

—Gracias, señor Sempere. Qué me dice, ¿se ve con valor de que nos acerquemos a casa poco a poco?

Mi padre asintió.

—Venga, valiente, que no queda nada.

Corría un aire fresco y seco que consiguió despejar a mi padre. Para cuando enfilamos la calle Santa Ana diez minutos después, ya había recuperado la composición de lugar y el pobre estaba mortificado de vergüenza. Probablemente no se había emborrachado en toda su vida.

—De esto, por favor, ni palabra a nadie —nos suplicó.

Estábamos a unos veinte metros de la librería cuando advertí que había alguien sentado en el portal del edificio. El gran farol de Casa Jorba en la esquina de la Puerta del Ángel perfilaba la silueta de una muchacha joven que sostenía una maleta sobre las rodillas. Al vernos se levantó.

—Tenemos compañía —murmuró Fermín.

Mi padre la vio primero. Advertí algo extraño en su rostro, una calma tensa que le asaltó como si hubiera recuperado la sobriedad de golpe. Avanzó hacia la muchacha pero de repente se detuvo petrificado.

—¿Isabella? —le oí decir.

Temiendo que la bebida todavía le nublara el juicio y que fuera a desplomarse allí en plena calle, me adelanté unos pasos. Fue entonces cuando la vi.

4

No debía de tener más de diecisiete años. Emergió a la claridad del farol que pendía de la fachada del edificio y nos sonrió con timidez, alzando la mano en un amago de saludo.

—Yo soy Sofía —dijo, con un acento tenue en la voz.

Mi padre la miraba atónito, como si hubiese visto un aparecido. Tragué saliva y sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo. Aquella muchacha era el vivo retrato del semblante de mi madre que aparecía en la colección de fotografías que mi padre guardaba en su escritorio.

—Soy Sofía —repitió la muchacha, azorada—. Su sobrina. De Nápoles…

—Sofía —balbuceó mi padre—. Ah, Sofía.

Quiso la providencia que Fermín estuviera allí para tomar las riendas de la situación. Tras despertarme del susto de un manotazo, procedió a explicarle a la muchacha que el señor Sempere estaba vagamente indispuesto.

—Es que venimos de una cata de vinos y el pobre con un vaso de Vichy ya se traspone. No le haga usted caso, *signorina*, que él normalmente no tiene este aire de pasmado.

Encontramos el telegrama urgente que la tía Laura, madre de la muchacha, había enviado anunciando su llegada deslizado en nuestra ausencia bajo la puerta de casa.

Ya en el piso, Fermín instaló a mi padre en el sofá y me ordenó preparar una cafetera bien cargada. Mientras tanto él le daba conversación a la muchacha, le preguntaba acerca de su viaje y lanzaba al aire toda suerte de banalidades mientras mi padre, lentamente, volvía a la vida.

Con un acento delicioso y un aire pizpireto, Sofía nos contó que había llegado a las diez de la noche a la estación de Francia. Allí había tomado un taxi hasta la plaza de Cataluña. Al no encontrar a nadie en casa, se había resguardado en un bar cercano hasta que habían cerrado. Luego se había sentado a esperar en el portal, confiando en que, tarde o temprano, alguien hiciera acto de presencia. Mi padre recordaba la carta en la que su madre le anunciaba que Sofía iba a venir a Barcelona, pero no suponía que iba a ser tan pronto.

—Siento mucho que hayas tenido que esperar en la calle —dijo—. Normalmente yo no salgo nunca, pero es que esta noche era la despedida de soltero de Fermín y…

Sofía, encantada con la noticia, se levantó y le plantó a Fermín un beso de felicitación en la mejilla. Fermín, que pese a estar ya retirado del campo de batalla no pudo reprimir el impulso, la invitó a la boda al instante.

Llevábamos media hora de cháchara cuando Bea, que regresaba de la despedida de soltera de la Bernarda, oyó voces mientras subía por la escalera y llamó a la puerta. Cuando entró en el comedor y vio a Sofía se quedó blanca y me lanzó una mirada.

—Ésta es mi prima Sofía, de Nápoles —anuncié—. Ha venido a estudiar a Barcelona y se va a quedar a vivir aquí una temporada…

Bea intentó disimular su alarma y la saludó con absoluta naturalidad.

—Ésta es mi esposa, Beatriz.

—Bea, por favor. Nadie me llama Beatriz.

El tiempo y el café fueron reduciendo el impacto de la llegada de Sofía y, al rato, Bea sugirió que la pobre debía de estar agotada y que lo mejor era que se fuese a dormir, que mañana sería otro día, aunque fuese día de boda. Se decidió que Sofía se instalaría en el que había sido mi dormitorio cuando era niño y Fermín, tras asegurarse de que no iba a caer en coma de nuevo, también facturó a mi padre a la cama. Bea le aseguró a Sofía que le dejaría alguno de sus vestidos para la ceremonia y cuando Fermín, al que el aliento le olía a champán a dos metros de distancia, se disponía a hacer algún comentario inapropiado sobre similitudes y disparidades de siluetas y tallas lo silencié de un codazo.

Una fotografía de mis padres en el día de su boda nos observaba desde la repisa.

Nos quedamos los tres sentados en el comedor, mirándola sin salir de nuestro asombro.

—Como dos gotas de agua —murmuró Fermín.

Bea me miraba de refilón, intentando descifrar mis pensamientos. Me tomó de la mano y adoptó un semblante risueño, dispuesta a desviar la conversación por otros derroteros.

—¿Y entonces, qué tal la juerga? —preguntó Bea.

—Recatada —aseguró Fermín—. ¿Y la de ustedes las féminas?

—La nuestra de recatada nada.

Fermín me miró con gravedad.

—Ya le digo yo que para estas cosas las mujeres son mucho más golfas que nosotros.

Bea sonrió enigmáticamente.

—¿A quién llama usted golfas, Fermín?

—Disculpe usted el imperdonable desliz, doña Beatriz, que habla el espumoso del Penedés que llevo en las venas y me hace decir necedades. Vive Dios que es usted parangón de virtud y finura, y un servidor, antes de insinuar el más remoto asomo de golfería por su parte, preferiría enmudecer y pasar el resto de sus días en una celda de cartujo en silenciosa penitencia.

—No caerá esa breva —apunté.

—Mejor no entrar en el tema —atajó Bea, mirándonos como si los dos tuviésemos once años—. Y ahora supongo que os vais a dar vuestro tradicional paseo por el rompeolas de antes de las bodas —dijo.

Fermín y yo nos miramos.

—Venga. Largaos. Más os vale estar mañana en la iglesia a la hora…

5

Lo único que encontramos abierto a aquellas horas fue El Xampanyet en la calle Montcada. Tanta pena les debimos de dar que nos dejaron quedarnos un rato mientras limpiaban y, al cerrar, ante la noticia de que Fermín estaba a horas de convertirse en un hombre casado, el dueño le dio el pésame y nos regaló una botella de la medicina de la casa.

—Valor y al toro —aconsejó.

Estuvimos vagando por las callejas del barrio de la Ribera arreglando el mundo a martillazos, como solíamos hacer siempre, hasta que el cielo se tiñó de un púrpura tenue y supimos que ya era hora de que el novio y su padrino, es decir yo, enfilásemos el rompeolas para sentarnos a recibir el alba una vez más frente al mayor espejismo del mundo, aquella Barcelona que amanecía reflejada sobre las aguas del puerto.

Nos plantamos allí con las piernas colgando del muelle a compartir la botella que nos habían regalado en El Xampanyet. Entre trago y trago, contemplamos la ciudad en silencio, siguiendo el vuelo de una bandada de gaviotas sobre la cúpula de la iglesia de la Mercé trazando un arco entre las torres del edificio de Correos. A lo lejos, en lo alto de la montaña de Montjuic, el castillo se alzaba oscuro como un ave espectral, escrutando la ciudad a sus pies, expectante.

La bocina de un buque rompió el silencio y vimos que al otro lado de la dársena nacional un gran crucero levaba anclas y se disponía a partir. El barco se separó del muelle y, con un golpe de hélices que dejó una gran estela sobre las aguas del puerto, puso proa rumbo a la bocana. Docenas de pasajeros se habían asomado a popa y saludaban con la mano. Me pregunté si la Rociíto estaría entre ellos junto a su apuesto y otoñal chatarrero de Reus. Fermín observaba el barco pensativo.

—¿Cree que la Rociíto será feliz, Daniel?

—¿Y usted, Fermín? ¿Será usted feliz?

Vimos el barco alejarse y las figuras se empequeñecieron hasta hacerse invisibles.

—Fermín, hay una cosa que me intriga. ¿Por qué no ha querido que nadie le haga regalos de boda?

—No me gusta poner a la gente en un brete. Y, además, ¿qué íbamos a hacer nosotros con juegos de vasos y cucharitas con grabados de los escudos de España y esas cosas que la gente regala en las bodas?

—Pues a mí me hacía gracia hacerle un regalo.

—Usted ya me ha hecho el mayor regalo que puede hacerse, Daniel.

—Eso no cuenta. Yo hablo de un regalo de uso y disfrute personal.

Fermín me miró intrigado.

—¿No será una virgen de porcelana o un crucifijo? La Bernarda ya tiene tal colección que no sé ni dónde vamos a sentarnos.

—No se preocupe. No se trata de un objeto.

—No será dinero…

—Ya sabe usted que lamentablemente no tengo ni un céntimo. El de los fondos es mi suegro y no suelta prenda.

—Es que estos franquistas de última hora son agarrados como piñas.

—Mi suegro es un buen hombre, Fermín. No se meta con él.

—Corramos un velo sobre el asunto, pero no cambie de tema ahora que me ha puesto el caramelo en la boca. ¿Qué regalo?

—Adivine.

—Un lote de sugus.

—Frío, frío…

Fermín enarcó las cejas, muerto de curiosidad. De repente, se le iluminaron los ojos.

—No… Ya iba siendo hora.

Asentí.

—Todo a su tiempo. Ahora escúcheme bien. Lo que va a ver usted hoy no se lo puede contar a nadie, Fermín. A nadie…

—¿Ni siquiera a la Bernarda?

6

El primer sol del día resbalaba como cobre líquido por las cornisas de la rambla de Santa Mónica. Era mañana de domingo y las calles estaban desiertas y en silencio. Al enfilar el angosto callejón del Arco del Teatro el haz de luz pavorosa que penetraba desde las Ramblas se fue extinguiendo a nuestro paso y, para cuando llegamos al gran portón de madera, nos habíamos sumergido en una ciudad de sombras.

Subí unos peldaños y golpeé con el picaporte. El eco se perdió lentamente en el interior como una ondulación en un estanque. Fermín, que había asumido un silencio respetuoso y parecía un muchacho a punto de estrenarse en su primer rito religioso, me miró ansioso.

—¿No será muy pronto para llamar? —preguntó—. A ver si se mosquea el jefe…

—No son los almacenes El Siglo. No tiene horario —le tranquilicé—. Y el jefe se llama Isaac. Usted no diga nada sin que él le pregunte antes.

Fermín asintió solícito.

—Yo no digo ni pío.

Un par de minutos después escuché la danza del entramado de engranajes, poleas y palancas que controlaban la cerradura del portón y bajé los escalones. La puerta se abrió apenas un palmo y el rostro aguileño de Isaac Monfort, el guardián, asomó con su habitual mirada acerada. Sus ojos se posaron primero en mí y, tras un somero repaso, procedieron a radiografiar, catalogar y taladrar a Fermín a conciencia.

—Éste debe de ser el ínclito Fermín Romero de Torres —murmuró.

—Para servirle a usted, a Dios y a…

Silencié a Fermín de un codazo y sonreí al severo guardián.

—Buenos días, Isaac.

—Bueno será el día que no llame usted de madrugada, cuando estoy en el excusado o en fiestas de guardar, Sempere —replicó Isaac—. Venga, adentro.

El guardián nos abrió un palmo más el portón y nos permitió escurrirnos al interior. Al cerrarse la puerta a nuestra espalda, Isaac alzó el candil del suelo y Fermín pudo contemplar el arabesco mecánico de aquella cerradura que se replegaba sobre sí misma como las entrañas del mayor reloj del mundo.

—Aquí un ratero lo tendría crudo —dejó caer.

Le solté una mirada de aviso e hizo rápidamente el gesto de mutis.

—¿Recogida o entrega? —preguntó Isaac.

—La verdad es que hacía tiempo que quería traer a Fermín a que conociese en persona este lugar. Ya le he hablado muchas veces de él. Es mi mejor amigo y se nos casa hoy, al mediodía —expliqué.

—Bendito sea Dios —dijo Isaac—. Pobrecillo. ¿Seguro que no quiere que le ofrezca aquí asilo nupcial?

—Fermín es de los que se casan convencidos, Isaac.

El guardián lo miró de arriba abajo. Fermín le ofreció una sonrisa de disculpa ante el atrevimiento.

—Qué valor.

Nos guió a través del gran corredor hasta la abertura de la galería que conducía a la gran sala. Dejé que Fermín se adelantase unos pasos y fuesen sus ojos los que le descubrieran aquella visión que las palabras no podían describir.

Su silueta diminuta se sumergió en el gran haz de luz que descendía de la cúpula de cristal en la cima. La claridad caía en una cascada de vapor por los entresijos del gran laberinto de corredores, túneles, escaleras, arcos y bóvedas, que parecían brotar del suelo como el tronco de un árbol infinito hecho de libros que se abría hacia el cielo en geometría imposible. Fermín se detuvo al inicio de una pasarela que se adentraba a modo de puente en la base de la estructura y, boquiabierto, contempló el espectáculo. Me acerqué a él con sigilo y le puse la mano en el hombro.

—Fermín, bienvenido al Cementerio de los Libros Olvidados.

7

Según mi experiencia personal, cuando alguien descubría aquel lugar su reacción era de embrujo y asombro. La belleza y el misterio del recinto reducía al visitante al silencio, la contemplación y el ensueño. Por supuesto, Fermín tuvo que ser diferente. Pasó la primera media hora hipnotizado, deambulando como un poseso por los entresijos del gran rompecabezas que tramaba el laberinto. Se detenía a golpear con los nudillos arbotantes y columnas, como si dudase de su solidez. Se detenía en ángulos y perspectivas, haciendo un catalejo con las manos e intentando descifrar la lógica de la estructura. Recorría la espiral de bibliotecas con su considerable nariz a un centímetro de la infinidad de lomos alineados en rutas sin fin, recabando títulos y catalogando cuanto descubría a su paso. Yo le seguía a pocos pasos, entre la alarma y la preocupación.

Empezaba a sospechar que Isaac nos iba a echar a patadas de allí cuando me tropecé con el guardián en uno de los puentes suspendidos entre bóvedas de libros. Para mi sorpresa no sólo no se leía en su rostro signo de irritación alguno, sino que sonreía con buena disposición al contemplar los progresos que Fermín iba realizando en su primera exploración del Cementerio de los Libros Olvidados.

—Su amigo es un espécimen bastante peculiar —estimó Isaac.

—No sabe usted hasta qué punto.

—No se preocupe, déjele que vaya a su aire, que ya descenderá de la nube.

—¿Y si se pierde?

—Lo veo espabilado. Ya se las arreglará.

Yo no las tenía todas conmigo, pero no quise contradecir a Isaac. Lo acompañé hasta la cámara que hacía las veces de oficina y acepté la taza de café que me ofrecía.

—¿Ya le ha explicado a su amigo las reglas?

—Fermín y las reglas son conceptos que no cohabitan en la misma frase. Pero le he resumido lo básico y me ha respondido con un convencido «Evidentemente, ¿por quién me toma?».

Mientras Isaac volvía a llenarme la taza me sorprendió contemplando una fotografía de su hija Nuria que había colgado sobre su escritorio.

—Pronto hará dos años que se nos fue —dijo con una tristeza que cortaba el aire.

Bajé los ojos apesadumbrado. Podrían pasar cien años y la muerte de Nuria Monfort seguiría en mi memoria al igual que la certeza de que, si no me hubiera conocido nunca, tal vez seguiría viva. Isaac acariciaba el retrato con la mirada.

—Me hago viejo, Sempere. Ya va siendo hora de que alguien tome mi puesto.

Iba a protestar semejante insinuación cuando Fermín entró con el semblante acelerado y jadeando como si acabase de correr la maratón.

—¿Qué? —preguntó Isaac—. ¿Qué le parece?

—Glorioso. Aunque observo que no tiene lavabo. Al menos a la vista.

—Espero que no se haya hecho pipí en algún rincón.

—He resistido lo sobrehumano hasta llegar aquí.

—Esa puerta a la izquierda. Tendrá que tirar dos veces de la cadena, que a la primera nunca funciona.

Mientras Fermín se deshacía en orines, Isaac le sirvió una taza que le esperaba humeante a su regreso.

—Tengo una serie de preguntas que me gustaría plantearle, don Isaac.

—Fermín, no creo que… —intercedí.

—Pregunte, pregunte.

—El primer bloque tiene que ver con la historia del local. El segundo es de orden técnico y arquitectónico. Y el tercero es básicamente bibliográfico…

Isaac rió. No le había visto reírse en toda su vida y no supe si aquello era una señal del cielo o el presagio de un desastre inminente.

—Primero tendrá que elegir el libro que quiere usted salvar —ofreció Isaac.

—Le he echado el ojo a unos cuantos, pero aunque sólo sea por valor sentimental, me he permitido seleccionar éste.

Extrajo del bolsillo un tomo encuadernado en piel roja con el título en letras doradas en relieve y un grabado de una calavera en la portada.

—Hombre, *La Ciudad de los Malditos, episodio trece: Daphne y la escalera imposible*, de David Martín… —leyó Isaac.

—Un viejo amigo —explicó Fermín.

—No me diga. Pues mire, hubo una época en que le veía por aquí a menudo —dijo Isaac.

—Sería antes de la guerra —apunté.

—No, no…, un tiempo después.

Fermín y yo nos miramos. Me pregunté si realmente Isaac tenía razón y empezaba a estar un tanto caduco para el puesto.

—Sin ánimo de contradecirle, jefe, pero eso es imposible —dijo Fermín.

—¿Imposible? Se va a tener que explicar mejor…

—David Martín huyó del país antes de la guerra —expliqué—. A principios de 1939, hacia el final de la contienda, cruzó por los Pirineos de regreso y fue detenido en Puigcerdá a los pocos días. Estuvo en prisión hasta entrado el año 1940, cuando fue asesinado.

Isaac nos miraba con incredulidad.

—Créaselo, jefe —aseguró Fermín—. Nuestras fuentes son fidedignas.

—Les puedo asegurar que David Martín estuvo sentado ahí en la misma silla que usted, Sempere, y estuvimos conversando un rato.

—¿Está usted seguro, Isaac?

—No he estado tan seguro de nada en toda mi vida —replicó el guardián—. Me acuerdo porque hacía años que no lo veía. Estaba maltrecho y parecía enfermo.

—¿Recuerda la fecha en que vino?

—Perfectamente. Era la última noche de 1940. Nochevieja. Es la última vez que le vi.

Fermín y yo andábamos perdidos en cálculos.

—Eso significa que lo que aquel carcelero, Bebo, le contó a Brians era cierto. La noche que Valls ordenó que se lo llevaran al caserón junto al parque Güell y lo mataran… Bebo dijo que luego oyó a los pistoleros decir que algo había pasado allí, que había alguien más en la casa… Alguien que pudo haber evitado que mataran a Martín… —improvisé.

Isaac escuchaba aquellas elucubraciones con consternación.

—¿De qué están ustedes hablando? ¿Quién quería asesinar a Martín?

—Es una larga historia —dijo Fermín—. Con toneladas de apostillas.

—Pues a ver si me la cuentan algún día…

—¿Le pareció que Martín estaba cuerdo, Isaac? —pregunté.

Isaac se encogió de hombros.

—Con Martín uno nunca sabía… Ese hombre tenía el alma atormentada. Cuando se iba le pedí que me dejase acompañarle al tren, pero me dijo que un coche lo esperaba fuera.

—¿Un coche?

—Un Mercedes-Benz nada menos. Propiedad de alguien a quien se refería como el Patrón y que, por lo visto, lo esperaba en la puerta. Pero cuando salí con él, allí no había ni coche, ni patrón, ni nada de nada…

—No se lo tome a mal, jefe, pero siendo Nochevieja, y en el espíritu festivo de la ocasión, ¿no podría ser que se hubiera usted excedido en la ingesta de vinos y espumosos y, aturdido por los villancicos y el alto contenido de azúcares del turrón de Jijona, se hubiera imaginado usted todo esto? —inquirió Fermín.

—En el capítulo espumosos yo sólo bebo gaseosa y lo más peleón que tengo por aquí es una botella de agua oxigenada —precisó Isaac, sin mostrarse ofendido.

—Disculpe la duda. Era mero trámite.

—Me hago cargo. Pero créame cuando le digo que a menos que quien viniera aquella noche fuera un espíritu, y no creo que lo fuera porque le sangraba un oído y le temblaban las manos de fiebre, por no decir que se pulió todos los terrones de azúcar que tenía en mi despensa, Martín estaba tan vivo como ustedes o como yo.

—¿Y no dijo a qué venía después de tanto tiempo?

Isaac asintió.

—Dijo que venía a dejarme algo y que, cuando pudiera, volvería a buscarlo. Él o alguien a quien él enviaría…

—¿Y qué le dejó?

—Un paquete envuelto en papel y cordeles. No sé lo que había dentro.

Tragué saliva.

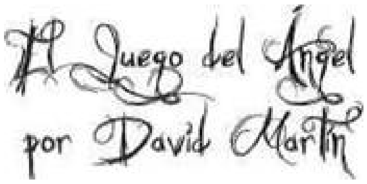
—¿Y lo tiene todavía? —pregunté.

8

El paquete, rescatado del fondo de un armario, reposaba sobre el escritorio de Isaac. Cuando lo rocé con los dedos, la fina película de polvo que lo cubría se alzó en una nube de partículas encendidas a la lumbre del candil que Isaac sostenía a mi izquierda. A mi derecha, Fermín desenfundó su cortaplumas y me lo tendió. Nos miramos los tres.

—Que sea lo que Dios quiera —dijo Fermín.

Pasé la cuchilla bajo el cordel que aseguraba el papel de estraza que envolvía el paquete y lo corté. Con sumo cuidado fui apartando el envoltorio hasta que el contenido quedó a la vista. Era un manuscrito. Las páginas estaban sucias, impregnadas de cera y de sangre. La primera página mostraba el título trazado en una caligrafía diabólica.



—Es el libro que escribió durante su encierro en la torre —murmuré—. Bebo debió de salvarlo.

—Debajo hay algo, Daniel… —indicó Fermín.

Una esquina de pergamino asomaba bajo las páginas del manuscrito. Tiré de ella y recuperé un sobre. Estaba cerrado por un sello de lacre escarlata con la figura de un ángel. Al frente, una sola palabra en tinta roja:

Sentí que el frío me subía por las manos. Isaac, que presenciaba la escena entre el asombro y la consternación, se retiró con sigilo hacia el umbral de la puerta seguido de Fermín.

—Daniel —llamó Fermín suavemente—. Le dejamos tranquilo para que abra usted el sobre con calma y privacidad…

Escuché sus pasos alejarse despacio y apenas pude oír el inicio de su conversación.

—Oiga, jefe, entre tanta emoción me he olvidado de comentarle que antes, al entrar, no he podido evitar oír que decía usted que tenía ganas de jubilarse y dejar el puesto.

—Así es. Son ya muchos años aquí, Fermín. ¿Por qué?

—Pues mire, ya sé que acabamos de conocernos como aquel que dice, pero a lo mejor estaría yo interesado…

Las voces de Fermín e Isaac se desvanecieron en los ecos del laberinto del Cementerio de los Libros Olvidados. A solas, me senté en la butaca del guardián y desprendí el sello de lacre. El sobre contenía una cuartilla plegada de color ocre. La abrí y empecé a leer.

Barcelona, 31 de diciembre de 1940

Querido Daniel:

Escribo estas palabras en la esperanza y el convencimiento de que algún día descubrirás este lugar, el Cementerio de los Libros Olvidados, un lugar que cambió mi vida como estoy seguro de que cambiará la tuya. Esa misma esperanza me lleva a creer que quizá entonces, cuando yo ya no esté aquí, alguien te hablará de mí y de la amistad que me unió a tu madre. Sé que si llegas a leer estas palabras, serán muchas las preguntas y las dudas que te embarguen. Algunas de las respuestas las encontrarás en este manuscrito en el que he intentado plasmar mi historia como la recuerdo, sabiendo que mi lucidez tiene los días contados y que a menudo sólo soy capaz de evocar lo que nunca sucedió.

Sé también que, cuando recibas esta carta, el tiempo habrá empezado a borrar las huellas de lo que pasó. Sé que albergarás sospechas y que si la verdad acerca de los últimos días de tu madre llega a tu conocimiento compartirás conmigo la ira y la sed de venganza. Dicen que es de sabios y de justos perdonar, pero yo sé que nunca podré hacerlo. Mi alma está ya condenada y no tiene salvación posible. Sé que dedicaré cada gota de aliento que me quede en este mundo a intentar vengar la muerte de Isabella. Es mi destino, pero no el tuyo.

Tu madre no habría querido para ti una vida como la mía, a ningún precio. Tu madre habría querido para ti una vida plena, sin odio ni rencor. Por ella te pido que leas esta historia y que una vez terminada la destruyas, que olvides cuanto hayas podido oír acerca de un pasado que ya no existe, que limpies tu corazón de ira y que vivas la vida que tu madre quiso darte, mirando siempre hacia adelante.

Y si algún día, arrodillado frente a su tumba, sientes que el fuego de la rabia intenta apoderarse de ti, recuerda que en mi historia, como en la tuya, hubo un ángel que tiene todas las respuestas.

Tu amigo,

DAVID MARTÍN

Releí varias veces las palabras que David Martín me enviaba a través del tiempo, palabras que me parecieron impregnadas de arrepentimiento y de locura, palabras que no acerté a entender completamente. Sostuve la carta en mis manos unos instantes y luego la acerqué a la llama del candil y la contemplé arder.

Encontré a Fermín y a Isaac al pie del laberinto, charlando como viejos amigos. Al verme aparecer sus voces se silenciaron y ambos me miraron expectantes.

—Lo que dijera esa carta sólo le concierne a usted, Daniel. No tiene por qué contarnos nada.

Asentí. El eco de unas campanas se insinuó tras los muros. Isaac nos miró y consultó su reloj.

—Oigan, ¿ustedes no iban hoy a una boda?

9

La novia vestía de blanco y, aunque no lucía grandes alhajas ni adornos, no ha habido en la historia una mujer que fuese más hermosa a los ojos de su prometido que la Bernarda aquel día primerizo de febrero reluciente de sol en la plaza de la iglesia de Santa Ana. Don Gustavo Barceló, que si no había comprado todas las flores de Barcelona para inundar la entrada al templo no había comprado ninguna, lloró como una magdalena, y el cura amigo del novio nos sorprendió a todos con un sermón lúcido que le arrancó lágrimas hasta a Bea, que no era presa fácil.

A mí estuvieron a punto de caérseme los anillos pero todo quedó olvidado cuando el sacerdote, cumplidos los prolegómenos, invitó a Fermín a besar a la novia. Fue entonces cuando me volví un instante y me pareció ver una figura en la última fila de la iglesia, un desconocido que me miraba sonriendo. No podría atinar a decir por qué, pero por un instante tuve la certeza de que aquel extraño no era sino el Prisionero del Cielo. Sin embargo cuando miré de nuevo, ya no estaba allí. A mi lado, Fermín abrazó a la Bernarda con fuerza y, sin miramientos, le plantó un beso en los labios que arrancó una ovación capitaneada por el cura.

Al ver aquel día a mi amigo besar a la mujer que quería se me ocurrió pensar que aquel momento, aquel instante robado al tiempo y a Dios, valía todos los días de miseria que nos habían conducido hasta allí y otros tantos que seguro que nos esperaban al salir de regreso a la vida, y que todo cuanto era decente y limpio y puro en este mundo y todo por lo que merecía la pena seguir respirando estaba en aquellos labios, en aquellas manos y en la mirada de aquellos dos afortunados que, supe, estarían juntos hasta el final de sus vidas.

Epílogo

1960

Un hombre joven, tocado apenas de algunas canas y una sombra en la mirada, camina al sol del mediodía entre las lápidas del cementerio bajo un cielo prendido en el azul del mar.

Lleva en sus brazos a un niño que apenas puede entender sus palabras pero que sonríe al encontrar sus ojos. Juntos se acercan a una modesta tumba apartada en una balaustrada suspendida sobre el Mediterráneo. El hombre se arrodilla frente a la tumba y, sosteniendo a su hijo, le deja acariciar las letras grabadas sobre la piedra.

ISABELLA SEMPERE
1917-1939

El hombre permanece allí un rato en silencio, los párpados apretados para contener el llanto.

La voz de su hijo le devuelve al presente y al abrir los ojos ve que el niño está señalando una pequeña figura que asoma entre los pétalos de flores secas a la sombra de una vasija de cristal al pie de la lápida. Tiene la certeza de que no estaba allí la última vez que visitó la tumba. Su mano busca entre las flores y recoge una estatuilla de yeso tan pequeña que cabe en un puño. Un ángel. Las palabras que creía olvidadas se abren en su memoria como una vieja herida.

Y si algún día, arrodillado frente a su tumba, sientes que el fuego de la rabia intenta apoderarse de ti, recuerda que en mi historia, como en la tuya, hubo un ángel que tiene todas las respuestas…

El niño intenta asir la figura del ángel que reposa en la mano de su padre y al rozarla con sus dedos la empuja sin querer. La estatuilla cae sobre el mármol y se quiebra. Es entonces cuando lo ve. Un pliego diminuto oculto en el interior del yeso. El papel es fino, casi transparente. Lo desenrolla con los dedos y reconoce la caligrafía al instante:

Mauricio Valls
El Pinar
Calle de Manuel Arnús
Barcelona

La brisa del mar se alza entre las lápidas y el aliento de una maldición le acaricia el rostro. Guarda el papel en su bolsillo. Al poco deja una rosa blanca sobre la lápida y rehace sus pasos con el niño en sus brazos hacia la galería de cipreses donde le espera la madre de su hijo. Los tres se funden en un abrazo y cuando ella le mira a los ojos descubre en ellos algo que no estaba allí instantes atrás. Algo turbio y oscuro que

le da miedo.

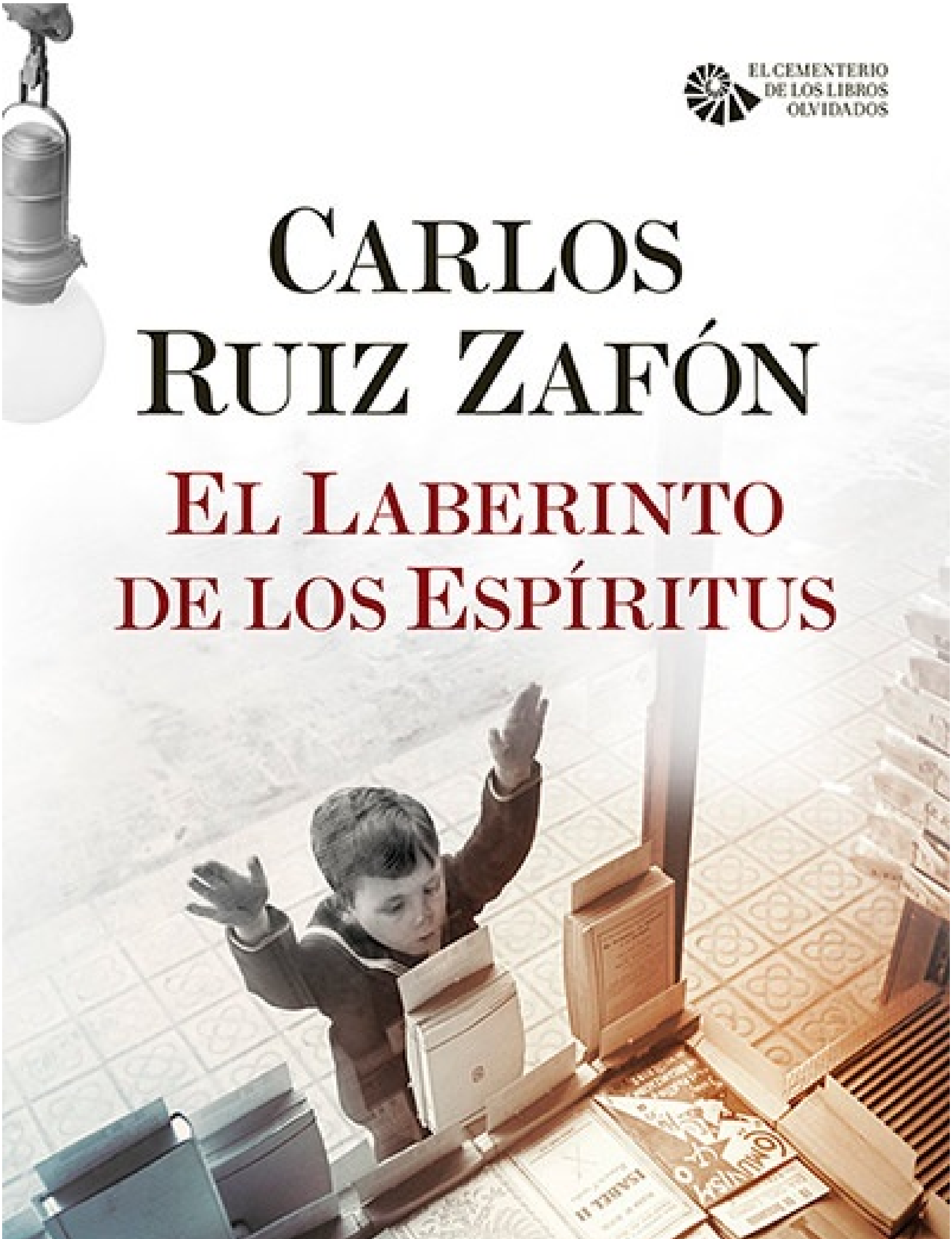
—¿Estás bien, Daniel?

Él la mira largamente y sonríe.

—Te quiero —dice, y la besa, sabiendo que la historia, su historia, no ha terminado.

Acaba de empezar.

Toda novela es una obra de ficción. Las cuatro entregas del Cementerio de los Libros Olvidados, aunque están inspiradas en la Barcelona del siglo XX, no son una excepción. En contadas ocasiones la fisonomía o cronología de algunos escenarios, marcas o circunstancias ha sido adaptada a la lógica narrativa para que, por ejemplo, Fermín pudiera degustar sus queridos Sugus unos años antes de que se hicieran populares o algunos de los personajes pudieran apearse bajo la gran bóveda de la Estación de Francia.


EL CEMENTERIO
DE LOS LIBROS
OLVIDADOS
CARLOS
RUIZ ZAFÓN
EL LABERINTO
DE LOS ESPÍRITUS

EL LIBRO DE DANIEL

1

Aquella noche soñé que regresaba al Cementerio de los Libros Olvidados. Volvía a tener diez años y despertaba en mi antiguo dormitorio para sentir que la memoria del rostro de mi madre me había abandonado. Y del modo en que se saben las cosas en los sueños, sabía que la culpa era mía y solo mía porque no merecía recordarlo y porque no había sido capaz de hacerle justicia.

Al poco entraba mi padre, alertado por mis gritos de angustia. Mi padre, que en mi sueño todavía era joven y aún guardaba todas las respuestas del mundo, me abrazaba para consolarme. Luego, cuando las primeras luces pintaban una Barcelona de vapor, salíamos a la calle. Mi padre, por algún motivo que yo no acertaba a comprender, solo me acompañaba hasta el portal. Allí me soltaba la mano y me daba a entender que aquel era un viaje que debía hacer yo solo.

Echaba a caminar, pero recuerdo que me pesaban la ropa, los zapatos y hasta la piel. Cada paso que daba requería más esfuerzo que el anterior. Al llegar a las Ramblas advertía que la ciudad había quedado suspendida en un instante infinito. Las gentes habían detenido el paso y aparecían congeladas como figuras en una vieja fotografía. Una paloma que alzaba el vuelo dibujaba apenas el esbozo borroso de un batir de alas. Briznas de polen flotaban inmóviles en el aire como luz en polvo. El agua de la fuente de Canaletas brillaba en el vacío y parecía un collar de lágrimas de cristal.

Lentamente, como si intentara caminar bajo el agua, conseguía adentrarme en el conjuro de aquella Barcelona detenida en el tiempo hasta llegar al umbral del Cementerio de los Libros Olvidados. Una vez allí me detenía, exhausto. No acertaba a comprender qué era aquella carga invisible que arrastraba conmigo y que casi no me permitía moverme. Asía el aldabón y llamaba a la puerta, pero nadie acudía a abrirme. Golpeaba una y otra vez el gran portón de madera con los puños. Sin embargo, el guardián ignoraba mi súplica. Exánime, caía por fin de rodillas. Solo entonces, al contemplar el embrujo que había arrastrado a mi paso, me asaltaba la terrible certeza de que la ciudad y mi destino quedarían por siempre congelados en aquel sortilegio y que nunca podría recordar el rostro de mi madre.

Era entonces, al abandonar toda esperanza, cuando lo descubría. El pedazo de metal estaba oculto en el bolsillo interior de aquella chaqueta de colegial que llevaba mis iniciales bordadas en azul. Una llave. Me preguntaba cuánto tiempo llevaba allí sin yo saberlo. La llave estaba teñida de herrumbre y era casi tan pesada como mi conciencia. A duras penas lograba alzarla con ambas manos hasta la cerradura. Tenía que empeñar hasta el último aliento para conseguir hacerla girar. Cuando ya creía que nunca podría hacerlo, el cerrojo cedía y el portón se deslizaba hacia el interior.

Una galería curvada se adentraba en el viejo palacio, punteada con un rastro de

velas prendidas que dibujaba el camino. Me sumergía en las tinieblas y oía la puerta sellándose a mi espalda. Reconocía entonces aquel corredor flanqueado por frescos de ángeles y criaturas fabulosas que escudriñaban desde la sombra y parecían moverse a mi paso. Recorría el corredor hasta llegar a un arco que se abría a una gran bóveda y me detenía en el umbral. El laberinto se alzaba frente a mí en un espejismo infinito. Una espiral de escalinatas, túneles, puentes y arcos tramados en una ciudad eterna construida con todos los libros del mundo ascendía hasta una inmensa cúpula de cristal.

Mi madre esperaba allí, al pie de la estructura. Estaba tendida en un sarcófago abierto con las manos cruzadas sobre el pecho, la piel tan pálida como el vestido blanco que enfundaba su cuerpo. Tenía los labios sellados y los ojos cerrados. Yacía inerte en el reposo ausente de las almas perdidas. Acercaba mi mano para acariciarle el rostro. Su piel estaba fría como el mármol. Entonces abría los ojos y su mirada embrujada de recuerdos se clavaba en la mía. Cuando desplegaba sus labios oscurecidos y hablaba, el sonido de su voz era tan atronador que me embestía como un tren de carga y me arrancaba del suelo, lanzándome en el aire y dejándome suspendido en una caída sin fin mientras el eco de sus palabras derretía el mundo.

Tienes que contar la verdad, Daniel.

Desperté de golpe en la penumbra del dormitorio, empapado en sudor frío, para encontrar el cuerpo de Bea tendido a mi lado. Ella me abrazó y acarició mi rostro.

—¿Otra vez? —murmuró.

Asentí y respiré hondo.

—Estabas hablando. En sueños.

—¿Qué decía?

—No se entendía —mintió Bea.

La miré y me sonrió con lo que me pareció lástima, o tal vez solo fuera paciencia.

—Duérmete otro rato más. Todavía falta una hora y media para que suene el despertador y hoy es martes.

Martes significaba que me tocaba a mí llevar a Julián al colegio. Cerré los ojos y fingí dormirme. Cuando los volví a abrir un par de minutos más tarde encontré el rostro de Bea, observándome.

—¿Qué? —pregunté.

Se inclinó sobre mí y me besó en los labios suavemente. Sabía a canela.

—Yo tampoco tengo sueño —insinuó.

Empecé a desnudarla sin prisa. Estaba por arrancar las sábanas y tirarlas al suelo cuando oí pasos ligeros tras la puerta del dormitorio. Bea detuvo el avance de mi mano izquierda entre sus muslos y se incorporó apoyándose sobre los codos.

—¿Qué pasa, cariño?

El pequeño Julián nos observaba desde la puerta con una sombra de pudor e

inquietud.

—Hay alguien en mi habitación —musitó.

Bea exhaló un suspiro y le tendió los brazos. Julián se apresuró a refugiarse en el abrazo de su madre y yo renuncié a toda esperanza en pecado concebida.

—¿El Príncipe Escarlata? —preguntó Bea.

Julián asintió, compungido.

—Ahora mismo papá va a ir a tu habitación y le va a echar a patadas para que no vuelva nunca más.

Nuestro hijo me lanzó una mirada desesperada. ¿Para qué sirve un padre si no es para misiones heroicas de esta envergadura? Le sonreí y le guiñé el ojo.

—A patadas —repetí con el gesto más furioso que pude conjurar.

Julián se permitió un amago de sonrisa. Salté de la cama y recorrí el pasillo hasta su habitación. La estancia me recordaba tanto a la que yo había tenido a su edad algún piso más abajo que por un instante me pregunté si no estaría todavía atrapado en el sueño. Me senté a un lado de la cama y encendí la lamparilla de noche. Julián vivía rodeado de juguetes, algunos heredados de mí, pero sobre todo de libros. No tardé en encontrar al sospechoso escondido debajo del colchón. Tomé aquel pequeño libro encuadernado en negro y lo abrí por la primera página.

El Laberinto de los Espíritus VII

Ariadna y el Príncipe Escarlata

Texto e ilustraciones de Víctor Mataix

Ya no sabía dónde ocultar aquellos libros. Por mucho que afinara el ingenio para encontrar nuevos escondites, el olfato de mi hijo los detectaba sin remedio. Pasé las hojas del volumen al vuelo y me asaltaron de nuevo los recuerdos.

Cuando regresé a la habitación tras confinar una vez más el libro en lo alto del armario de la cocina —donde sabía que, más temprano que tarde, mi hijo daría con él —, hallé a Julián en brazos de su madre. Ambos habían sucumbido al sueño. Me detuve a observarlos desde el umbral, amparado en la penumbra. Escuché su respiración profunda y me pregunté qué habría hecho el hombre más afortunado del mundo para merecer su suerte. Los contemplé dormir enlazados, ajenos al mundo, y no pude evitar recordar el miedo que había sentido la primera vez que los vi así abrazados.

2

Nunca se lo he contado a nadie, pero la noche en que nació mi hijo Julián y le observé por primera vez en brazos de su madre entregado a esa calma bendita de los que no saben bien todavía a qué clase de lugar han llegado, sentí deseos de echar a correr y no parar hasta que se me acabara el mundo. Yo era por entonces apenas un crío y seguramente la vida me venía aún muy grande, pero, por muchas excusas que sea capaz de pergeñar, todavía siento el amargo regusto a vergüenza ante el amago de cobardía que se apoderó de mí y que, incluso después de todos aquellos años, no había tenido el valor de confesarle a quien más se lo debía.

Los recuerdos que uno entierra en el silencio son los que nunca dejan de perseguirle. El mío es el de una habitación de techos infinitos y un soplo de luz ocre que destilaba una lámpara en lo alto para dibujar el contorno de un lecho sobre el que yacía una muchacha de apenas diecisiete años con un niño en los brazos. Cuando Bea, vagamente consciente, alzó la vista y me sonrió, se me llenaron los ojos de lágrimas. Me arrodillé junto a la cama y hundí el rostro en su regazo. Sentí que me tomaba la mano y la apretaba con las pocas fuerzas que le quedaban.

—No tengas miedo —susurró.

Pero lo tuve. Y por un instante, cuya vergüenza me ha perseguido desde entonces, quise estar en cualquier lugar menos en aquella habitación y en aquella piel. Fermín había presenciado la escena desde la puerta y, como era su costumbre, debió de leerme el pensamiento antes de que yo pudiera formularlo. Sin darme tiempo a abrir la boca me tomó del brazo y, dejando a Bea y al niño en la buena compañía de su prometida, la Bernarda, me condujo hasta el pasillo, una larga galería de perfil afilado que se perdía en la penumbra.

—¿Sigue usted vivo, Daniel? —preguntó.

Asentí levemente mientras intentaba recuperar un aliento que se me había caído por el camino. Cuando hice ademán de regresar a la habitación, Fermín me retuvo.

—Mire, la próxima vez que entre usted ahí tiene que ser con algo más de temple. Por suerte la señora Bea está todavía medio ida y no se debe de haber dado cuenta de la misa la mitad. Ahora bien, si me permite la sugerencia, creo que nos iría de perlas un golpecillo de aire fresco con que desatascarnos el susto y emprender la segunda oportunidad con más brío.

Sin esperar respuesta, Fermín me asió del brazo y me guio a lo largo del corredor hasta una escalinata que nos condujo a una balaustrada suspendida entre Barcelona y el cielo. Una brisa fría que mordía con ganas me acarició el rostro.

—Cierre los ojos y respire hondo tres veces. Sin prisa, como si los pulmones le llegasen a los zapatos —aconsejó Fermín—. Es un truco que me explicó un monje tibetano la mar de golfo al que conocí cuando oficiaba como recepcionista y contable

en un burdelillo portuario. No sabía nada el sinvergüenza…

Inhalé profundamente las tres veces prescritas, y otras tres más de propina, aspirando los beneficios del aire puro que prometían Fermín y su gurú tibetano. Sentí que se me iba un poco la cabeza, pero Fermín me sostuvo.

—Tampoco se me vaya a quedar catatónico ahora. Espabile un poco, que la situación demanda calma pero no pasmo.

Abrí los ojos para encontrar las calles desiertas y la ciudad dormida a mis pies. Rondaban las tres de la madrugada y el hospital de San Pablo yacía sumido en un letargo de tinieblas, su ciudadela de cúpulas, torreones y arcos tramando arabescos entre la neblina que se derramaba desde lo alto del monte Carmelo. Contemplé en silencio aquella Barcelona indiferente que solo se ve desde los hospitales, ajena a los temores y esperanzas del observador, y dejé que el frío fuera calando hasta aclararme la mente.

—Pensará usted que soy un cobarde —dije.

Fermín me sostuvo la mirada y se encogió de hombros.

—No dramatice. Más bien pienso que anda bajo de presión y alto de congoja, que viene a ser lo mismo pero exime de responsabilidad y escarnio. Afortunadamente, aquí llevo la solución.

Se desabrochó la gabardina, un insondable bazar de prodigios que hacía las veces de herbolario móvil, museo de curiosidades y repositorio de artefactos y reliquias rescatados de mil mercadillos y subastas de medio pelo.

—No sé cómo puede usted llevar tanta quincalla encima, Fermín.

—Física avanzada. Al computar mi magra anatomía mayormente en fibras musculares y cartilaginosas, este pequeño arsenal me refuerza el campo gravitatorio y proporciona un sólido anclaje contra vientos y mareas. Y no se crea que me va a despistar con tanta facilidad con apostillas que orinan fuera de tiesto, que aquí no hemos subido ni a cambiar cromos ni a pelar la pava.

Hecha esta advertencia, Fermín extrajo de uno de sus múltiples bolsillos una petaca de hojalata y procedió a desenroscar el tapón. Olfateó el contenido como si se tratase de los efluvios del paraíso y sonrió su aprobación. Entonces me tendió el botellín y, mirándome a los ojos con solemnidad, asintió.

—Beba ahora o arrepiéntase para siempre.

Acepté la petaca a regañadientes.

—¿Qué es esto? Huele a dinamita…

—Tonterías. Es solo un cóctel formulado para resucitar difuntos y muchachillos amilanados ante las responsabilidades del destino. Se trata de una fórmula maestra de mi cosecha elaborada a base de Anís del Mono y otros aguardientes batidos con un *brandy* peleón que le compro al gitano tuerto del quiosco de la cazalla, todo ello rematado con unas gotas de ratafía y Aromas de Montserrat para darle ese *bouquet* inconfundible de la huerta catalana.

—Madre de Dios.

—Venga, que aquí es donde se demuestra quién es un valiente y quién no da la talla. De un trago, como si fuera un legionario infiltrado en un banquete nupcial.

Obedecí y engullí aquel mejunje infernal que sabía a gasolina picada con azúcar. El licor me incendió las entrañas y, antes de que pudiera recuperar el sentido común, Fermín hizo un gesto indicándome que repitiera la operación. Protestas y terremoto intestinal aparte, apuré la segunda dosis agradeciendo el sopor y el temple que aquel brebaje me habían conferido.

—¿Qué tal? —preguntó Fermín—. Mejor, ¿verdad? Esto es el tentempié de los campeones.

Asentí convencido, resoplando y aflojándome los botones del cuello. Fermín aprovechó la ocasión para tomar un sorbo de su brebaje y guardó de nuevo la petaca en su gabardina.

—Nada como la química para domar la lírica. Pero no se me vaya a aficionar al truco, que el licor es como el matarratas o la generosidad: cuanto más se usa, menos efecto tiene.

—Descuide.

Fermín señaló el par de puros habanos que asomaban de otro bolsillo de su gabardina, aunque negó guiñándome el ojo.

—Tenía reservados para hoy este par de Cohíbas sustraídos *in extremis* del humidificador de mi futuro suegro en funciones, don Gustavo Barceló, pero creo que casi los dejamos para otro día porque no le veo en forma y tampoco es cuestión de dejar a la criatura huérfana en su día de estreno.

Fermín me palmeó cariñosamente la espalda y dejó transcurrir unos segundos, dando tiempo a que los efluvios de su cóctel se me esparcieran por la sangre y una nebulosa de tranquilidad etílica enmascarase la sensación de pánico sordo que me embargaba. Tan pronto como Fermín reconoció el tono vidrioso en mi mirada y la dilatación de pupilas que precedían al embobamiento general de los sentidos, se lanzó al discurso que sin duda llevaba tramando toda la noche.

—Amigo Daniel, ha querido Dios, o quien en su ausencia el cargo ostente, que sea más fácil ser padre y traer una criatura al mundo que obtener el carnet de conducir. Tan infausta circunstancia se traduce en que un desorbitado número de cretinos, soplazurullos y botarates se consideren a sí mismos licenciados para procrear y, luciendo la medalla de la paternidad, desgracien para siempre a las infortunadas criaturas que con sus vergüenzas van engendrando. Por ello, hablando con la autoridad que me confiere el encontrarme yo también en la empresa de dejar preñada a mi amada Bernarda tan pronto como la gónada y el santo matrimonio que ella me exige *sine qua non* lo permitan, y de este modo pueda seguirle a usted en este viaje a la gran responsabilidad del hecho paternal, debo afirmar y afirmo que usted, Daniel Sempere Gispert, pipiolo en estado de adultez incipiente, pese a la magra fe que en este momento tiene en sí mismo y en su viabilidad como *paterfamilias*, es y será un progenitor ejemplar, si bien novicio y algo pardillo en general.

A media perorata ya me había quedado en blanco, bien por efecto de la fórmula explosiva o por la pirotecnia gramatical desplegada por mi buen amigo.

—Fermín, no estoy seguro de lo que ha dicho.

Él suspiró.

—Quería decir que ya sé que en estos momentos está usted a punto de perder el control de los esfínteres y que todo esto le desborda, Daniel, pero como le ha comunicado la santa de su señora esposa, no debe usted tener miedo. Que los niños, al menos el suyo, vienen con un pan y un plan debajo del brazo, y que si uno tiene en el alma un mínimo de decencia y decoro, y algún seso en la cabeza, encuentra la manera de no arruinarles la vida y de ser un padre del que nunca tengan que avergonzarse.

Miré de reojo a aquel hombrecillo que hubiera dado la vida por mí y que siempre tenía una palabra, o diez mil, con que solventar todos los dilemas y mi ocasional tendencia a la flojera existencial.

—Ojalá sea tan fácil como usted lo pinta, Fermín.

—Nada que valga la pena en esta vida es fácil, Daniel. Cuando yo era joven pensaba que para navegar por el mundo bastaba con aprender a hacer bien tres cosas. Una: atarse los cordones de los zapatos. Dos: desnudar a una mujer a conciencia. Y tres: leer para saborear cada día unas páginas compuestas con luz y destreza. Me parecía que un hombre que pisa firme, sabe acariciar y aprende a escuchar la música de las palabras vive más y, sobre todo, vive mejor. Pero los años me han enseñado que con eso no basta y que a veces la vida nos ofrece la oportunidad de aspirar a ser algo más que un bípedo que come, excreta y ocupa espacio temporal en el planeta. Y hoy el destino, en su infinita inconsciencia, ha querido ofrecerle a usted esa oportunidad.

Asentí con poco convencimiento.

—¿Y si no estoy a la altura?

—Daniel, si en algo nos parecemos es en que usted y yo hemos sido bendecidos con la fortuna de encontrar mujeres que no nos merecemos. Es claro y meridiano que en este viaje las alforjas y la altura las pondrán ellas y que nosotros simplemente debemos intentar no fallarles. ¿Qué me dice?

—Que me encantaría creerle a pies juntillas, pero me cuesta.

Fermín negó, quitándole importancia al asunto.

—No tema. Es el mestizaje espirituoso con que le he empapuzado, que le nubla la poca aptitud que tiene usted para mi retórica de fino vuelo. Pero usted sabe que en estas lides tengo bastante más kilometraje que usted y por lo general llevo más razón que un carromato de santos.

—Eso no se lo discutiré.

—Y hará bien, porque perdería al primer asalto. ¿Se fía usted de mí?

—Claro, Fermín. Yo con usted hasta el fin del mundo, ya lo sabe.

—Pues hágame caso y fíese usted también de sí mismo, como yo lo hago.

Le miré a los ojos y asentí lentamente.

—¿Recuperado ya el sentido común? —preguntó.

—Creo que sí.

—Pues entonces recomponga esa triste figura, asegúrese de que tiene la masa testicular sujeta en el lugar que corresponde y vuelva a la habitación a abrazar a la señora Bea y al retoño como el hombre que ambos acaban de hacerle. Porque no le quepa duda de que aquel muchacho que tuve el honor de conocer años a una noche bajo los arcos de la Plaza Real, y que tantos sustos me ha dado desde entonces, se tiene que quedar en el preludio de esta aventura. Que nos queda mucha historia por vivir, Daniel, y la que nos espera ya no es cosa de niños. ¿Está usted conmigo? ¿Hasta ese fin del mundo, que quién no nos dice que pueda estar a la vuelta de la esquina?

No se me ocurrió otra cosa que envolverle en un abrazo.

—¿Qué haría yo sin usted, Fermín?

—Equivocarse a menudo. Y ya en esa línea de cautela, tenga en cuenta que uno de los efectos secundarios más habituales derivados de la ingesta de la mescolanza que acaba usted de embeber es el reblandecimiento temporal del pudor y cierta exuberancia en el músculo sentimental. Por ello, cuando la señora Bea le vea entrar ahora en la habitación, mírela a los ojos para que ella sepa que la quiere de verdad.

—Ya lo sabe.

Fermín negó pacientemente.

—Hágame caso —precisó—. No hace falta que lo diga si le da vergüenza, porque los varones somos así y la testosterona no alienta al verso. Pero que ella lo sienta. Porque estas cosas más que decirlas hay que demostrarlas. Y no de Pascuas a Ramos, sino todos los días.

—Lo intentaré.

—Haga algo mejor que intentarlo, Daniel.

Y así, despojado por obra y gracia de Fermín del eterno y frágil refugio de mi adolescencia, me encaminé de vuelta a la habitación donde esperaba mi destino.

Muchos años después, el recuerdo de aquella noche habría de volver a mi memoria cuando, refugiado de madrugada en la trastienda de la vieja librería de la calle Santa Ana, procuraba una vez más enfrentarme a la página en blanco sin saber ni por dónde empezar a explicarme a mí mismo la verdadera historia de mi familia, empresa a la que llevaba meses o años dedicado pero a la que había sido incapaz de aportar una sola línea salvable.

Fermín, aprovechando un brote de insomnio que atribuyó a la digestión de medio kilo de chicharrones, había decidido hacerme una visita de madrugada. Al verme agonizar frente a una página en blanco armado de una estilográfica que goteaba como un coche usado, se sentó a mi lado y sopesó la marea de folios arrugados que se

esparcían a mis pies.

—No se ofenda, Daniel, pero ¿tiene usted la más mínima idea de lo que está haciendo?

—No —admití—. A lo mejor, si probase con una máquina de escribir cambiaría todo. Dicen en los anuncios que la Underwood es la elección del profesional.

Fermín consideró la promesa publicitaria, pero negó con vehemencia.

—Entre mecanografiar y escribir median años luz.

—Gracias por los ánimos. Y usted ¿qué hace por aquí a estas horas?

Fermín se palpó la tripa.

—La ingesta de un gorrino entero en estado de fritura me ha dejado el estómago revuelto.

—¿Quiere un poco de bicarbonato?

—Mejor no, que me da *trempera* nocturna, con perdón, y entonces sí que no hay manera de pegar ojo.

Abandoné la pluma y mi enésimo intento de redactar una sola frase utilizable, y busqué la mirada de mi amigo.

—¿Todo bien por aquí, Daniel? Aparte de su infructuoso asalto al castillo de la narrativa, quiero decir…

Me encogí de hombros. Como siempre, Fermín había aparecido en un momento providencial haciendo honor a su condición de *picarus ex machina*.

—No sé muy bien cómo preguntarle algo que hace tiempo que me ronda por la cabeza —aventuré.

Él se cubrió la boca y administró un eructo breve pero sentido.

—Si está relacionado con algún truquillo de alcoba, dispare sin pudor, que le recuerdo que yo en estas lides soy como un facultativo diplomado.

—No, no es un tema de alcoba.

—Lástima, porque tengo información fresca sobre un par de nuevos ardides que…

—Fermín —le corté—, ¿cree usted que he vivido la vida que tenía que vivir, que he estado a la altura?

Mi amigo se quedó con la palabra en la boca. Bajó la mirada y suspiró.

—No me diga que es eso de lo que va en realidad esta fase suya del Balzac embarrancado. Búsqueda espiritual y todo eso…

—¿No escribe uno acaso para entenderse mejor a sí mismo y al mundo?

—No, si uno sabe lo que se hace, cosa que usted…

—Es usted un pésimo confesor, Fermín. Ayúdeme un poco.

—Creí que estaba intentando convertirse en novelista, no en beato.

—Dígame la verdad. Usted que me conoce desde que era niño, ¿le he decepcionado? ¿He sido el Daniel que usted esperaba? ¿El que mi madre habría querido que fuera? Dígame la verdad.

Fermín puso los ojos en blanco.

—La verdad son las tonterías que dice la gente cuando se cree que sabe algo, Daniel. Yo sé tanto de la verdad como de la talla de *brassière* que gasta aquella formidable fémina de nombre y busto puntiagudos que vimos en el cine Capitol el otro día.

—Kim Novak —precisé.

—A la que Dios y la ley de la gravedad tengan en su gloria. Y no, no me ha decepcionado, Daniel. Nunca. Es usted un buen hombre y un buen amigo. Y si quiere saber mi opinión, sí, creo que su difunta madre Isabella habría estado orgullosa de usted y hubiera pensado que era usted un buen hijo.

—Pero no un buen novelista. —Sonreí.

—Mire, Daniel, usted de novelista tiene lo que yo de monje dominico. Y lo sabe. Eso no hay pluma o Underwood bajo el sol que lo cambie.

Suspiré y me abandoné a un largo silencio. Fermín me observaba, pensativo.

—¿Sabe una cosa, Daniel? Lo que pienso de verdad es que después de todo lo que usted y yo hemos pasado, aún soy aquel pobre infeliz que se encontró tirado en la calle y al que se llevó a casa por caridad, y que usted todavía es aquel crío desvalido que iba por el mundo perdido y tropezando con misterios sin cuento creyendo que si los resolvía, tal vez, de puro milagro, recuperaría el rostro de su madre y la memoria de la verdad que el mundo le había robado.

Sopesé sus palabras, que habían tocado hueso.

—¿Tan terrible sería si así fuera?

—Podría ser peor. Podría ser usted un novelista, como su amigo Carax.

—A lo mejor lo que tendría que hacer es encontrarlo y convencerle para que fuese él quien escribiera esta historia —apunté—. Nuestra historia.

—Eso dice a veces su hijo Julián.

Miré de reojo a Fermín.

—¿Que Julián dice qué? ¿Qué sabe Julián de Carax? ¿Le ha hablado usted a mi hijo de Carax?

Fermín adoptó su semblante oficial de corderillo degollado.

—¿Yo?

—¿Qué le ha contado usted?

Fermín resopló, restando importancia al tema.

—Minucias. A lo sumo notas a pie de página del todo inofensivas. Lo que ocurre es que el niño es de disposición inquisitiva y luces largas y, claro, lo pilla todo y va atando cabos. Yo no tengo la culpa si la criatura es espabilada. Es evidente que a usted no ha salido.

—Madre de Dios… ¿Y ya sabe Bea que ha estado usted hablando de Carax con el niño?

—Yo en su vida conyugal no me meto. Pero dudo que haya mucho que la señora Bea no sepa o intuya.

—Le prohíbo terminantemente que le hable a mi hijo sobre Carax, Fermín.

Él se llevó la mano al pecho y asintió con solemnidad.

—Mis labios están sellados. Caiga sobre mí la más negra ignominia si en un momento de obnubilación quebrantare así este solemne voto de silencio.

—Y ya puestos tampoco mencione a Kim Novak, que le conozco.

—Ahí soy inocente como el becerrillo que quita el pecado del mundo porque ese tema lo saca el niño, que de tonto no tiene un pelo.

—Es usted imposible.

—Acepto con abnegación sus injustas pullas porque sé que las provoca la frustración ante lo escuálido de su propio ingenio. ¿Tiene vuecencia algún nombre más que añadir a la lista negra de los no mencionables aparte de Carax? ¿Bakunin? ¿Estrellita Castro?

—¿Por qué no se va a dormir y me deja en paz, Fermín?

—¿Y dejarle aquí a usted solo frente al peligro? Quite, que al menos hace falta un adulto cuerdo entre el público.

Fermín examinó la estilográfica y la pila de folios en blanco que aguardaban sobre el escritorio, calibrándolo todo fascinado como si se tratase de un juego de instrumentos quirúrgicos.

—¿Ya se le ha ocurrido cómo arrancar esta empresa?

—No. Estaba en ello cuando ha venido usted y ha empezado a decir sandeces.

—Tonterías. Sin mí usted no escribe ni la lista de la compra.

Convencido al fin, y arremangándose ante la titánica tarea que nos aguardaba, se plantó en una silla a mi lado y me miró fijamente con esa intensidad de quienes apenas necesitan palabras para entenderse.

—Hablando de listas: mire, yo de este negocio del novelón sé menos que de la manufactura y uso del cilicio, pero se me ocurre que antes de empezar a contar nada habrá que hacer una lista de lo que uno quiere contar. Un inventario, digamos.

—¿Una hoja de ruta? —sugerí.

—Una hoja de ruta es lo que pergeña uno cuando no sabe bien adónde va y así se convence a sí mismo y a algún que otro bobo de que se dirige a algún sitio.

—No es tan mala idea. El autoengaño es el secreto de toda empresa imposible.

—¿Lo ve? Formamos un tándem imbatible. Usted anota y yo pienso.

—Pues vaya pensando en voz alta.

—¿Ya hay suficiente tinta en ese chisme para el viaje de ida y vuelta a los infiernos?

—Suficiente para echar a andar.

—Ahora solo falta decidir por dónde empezamos a hacer la lista.

—¿Qué tal si empezamos por la historia de cómo la conoció usted? —pregunté.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser, Fermín? A nuestra Alicia en la Barcelona de las Maravillas.

Una sombra cruzó su rostro.

—Esa historia no creo que se la haya contado a nadie, Daniel. Ni a usted.

—¿Qué mejor puerta entonces para adentrarse en el laberinto?

—Un hombre debería poder morir llevándose algún que otro secreto por delante —objetó Fermín.

—Demasiados secretos son los que llevan a un hombre a la tumba antes de hora.

Fermín alzó las cejas, sorprendido.

—¿Quién dijo eso? ¿Sócrates? ¿Yo?

—No. Por una vez lo dijo Daniel Sempere Gispert, el *Homo pardicus*, hace tan solo unos segundos.

Fermín sonrió complacido y peló un Sugus de limón que procedió a llevarse a los labios.

—Le ha costado años, pero ya va aprendiendo del maestro, granujilla. ¿Quiere uno?

Acepté el Sugus porque sabía que era la posesión más preciada de todo el patrimonio de mi amigo Fermín y que me honraba compartiendo su tesoro.

—¿Ha oído decir usted alguna vez aquello tan socorrido de que en el amor y en la guerra está todo permitido, Daniel?

—Alguna vez. Normalmente en boca de los que están más por la guerra que por el amor.

—Así es, porque en el fondo es mentira podrida.

—¿Es esta entonces una historia de amor o de guerra?

Fermín se encogió de hombros.

—¿Cuál es la diferencia?

Y así, al amparo de la medianoche, un par de Sugus y un embrujo de recuerdos que amenazaba con desvanecerse en la niebla del tiempo, Fermín empezó a hilvanar los hilos que habrían de tejer el final, y el principio, de nuestra historia…

Fragmento de
El Laberinto de los Espíritus
(*El Cementerio de los Libros Olvidados,* Volumen IV),
de Julián Carax.
Éditions de la Lumière, París, 1992. Edición a cargo de Émile de Rosiers Castellaine.

DIES IRAE

Barcelona

Marzo de 1938

1

Le despertó el envite del mar. Al abrir los ojos, el polizón vislumbró una tiniebla que se perdía en el infinito. El vaivén de la nave, el hedor a salitre y los arañazos del agua contra el casco le recordaron que no estaba en tierra firme. Apartó los sacos que le habían servido de lecho y se incorporó lentamente, auscultando la fuga de columnas y arcos que formaba la bodega del buque.

La visión se le antojó de ensueño, una catedral sumergida, poblada por lo que parecía el botín robado de cien museos y palacios. La silueta de una escudería de coches de lujo cubiertos con lienzos semitransparentes se perfilaba entre una batería de esculturas y cuadros. Junto a un gran reloj de carrillón se distinguía una jaula desde la que un loro de espléndido plumaje le observaba con severidad y cuestionaba su condición de polizón.

Poco más allá avistó una réplica del *David* de Miguel Ángel, a la que algún espontáneo había coronado con un tricornio de la Guardia Civil. Tras ella, un ejército espectral de maniquís enfundados en vestidos de época parecían congelados en un perpetuo vals vienés. A un lado, apoyados contra el armazón de una lujosa carroza funeraria de paredes acristaladas con sarcófago incluido, había una pila de viejos carteles enmarcados. Uno de ellos anunciaba una corrida en la plaza de las Arenas de los tiempos de antes de la guerra.

El nombre de un tal Fermín Romero de Torres aparecía entre la lista de rejoneadores. Sus ojos acariciaron las letras, y el pasajero secreto, a quien por entonces aún se le conocía por otro nombre que pronto habría de abandonar en las cenizas de aquella guerra, formó en silencio las palabras en sus labios.

Fermín
Romero de Torres

Un buen nombre, se dijo. Musical. Operístico. A la altura de una existencia épica y desgarrada de eterno polizón por la vida. Fermín Romero de Torres, o el hombrecillo enjuto a una mayúscula nariz unido que algún día no muy lejano adoptaría aquel apelativo, había pasado los dos últimos días oculto en las entrañas de aquel buque mercante que había partido de Valencia dos noches atrás. Se había podido colar a bordo de milagro, escondido en un arcón repleto de fusiles viejos camuflado entre toda suerte de mercancías. Una parte de los fusiles estaban envueltos en bolsas selladas con un nudo que los protegía de la humedad, pero el resto viajaban a pelo, apilados unos sobre otros, y le habían parecido más propensos a explotarle en la cara a algún infortunado miliciano, o a él mismo si se hubiera apoyado donde no debía, que a derribar al enemigo.

Para estirar las piernas y combatir el entumecimiento causado por el frío y la

humedad que supuraban las paredes del casco, Fermín se aventuraba cada media hora entre el entramado de contenedores y suministros en busca de algo comestible o, en su defecto, algo con lo que matar el tiempo. En una de sus idas y venidas había entablado amistad con un ratoncillo veterano en aquellos lances que, pasado el período de desconfianza inicial, se le aproximaba tímidamente y, al calor de su regazo, compartía con él unos ásperos trozos de queso que Fermín había encontrado en una de las cajas de alimentos. El queso, o lo que fuera aquella sustancia correosa y grasienta, sabía a jabón, y hasta donde alcanzaba el discernimiento gastronómico de Fermín, no había indicio de que vaca o rumiante alguno hubiera tenido mano o pezuña en su elaboración. Pero era de sabios reconocer que en cuestión de gustos no había nada escrito y, si lo había, la miseria de aquellos días alteraba el fraseado con aplomo, por lo que ambos disfrutaron del festín con el entusiasmo que solo otorgan meses de hambre acumulada.

—Amigo roedor, una de las ventajas que tiene esto de las contiendas bélicas es que, de un día para otro, la bazofia se le antoja a uno manjar de dioses, y hasta una mierda sabiamente pinchada en un palo empieza como a desprender un *bouquet* sensacional a *boulangerie* parisina. Esta dieta semicastrense de sopas a base de agua sucia y miga cortada con serrín curte el espíritu y desarrolla la sensibilidad del paladar hasta el punto que llega un día en que uno se percata de que incluso el corcho de las paredes puede saber a corteza de cerdo ibérico si la dicha no es buena.

El ratoncillo escuchaba a Fermín con paciencia mientras ambos departían de los víveres que el polizón sustraía. A veces, ahíto, el roedor se dormía a sus pies. Fermín lo observaba, intuyendo que habían hecho buenas migas porque en el fondo se parecían.

—Usted y yo somos tal para cual, compadre, sufriendo con filosofía la plaga del simio erecto y arañando lo que se puede para sobrevivirla. Dios quiera que algún día no muy lejano los primates se extingan de un soplamocos y pasen así a criar malvas junto con el diplodocus, el mamut y el pájaro dodo para que ustedes, criaturas hacendosas y pacíficas que se contentan con comer, fornicar y dormir, puedan heredar la tierra o, cuando menos, compartirla con la cucaracha y algún que otro coleóptero.

Si el ratoncillo estaba en desacuerdo, no daba muestras de ello. La suya era una convivencia amigable y sin protagonismos, una entente entre caballeros. Durante el día podían escuchar el eco de los pasos y voces de los marineros rebotando en la sentina. En las raras ocasiones en que algún miembro de la tripulación se aventuraba allí abajo, por lo general para robar alguna cosa, Fermín se ocultaba de nuevo en la caja de fusiles de la que había salido y así, mecido por el mar y el aroma a pólvora, se entregaba a una cabezadita. En su segundo día a bordo, explorando el bazar de maravillas que viajaba oculto en la panza de aquel Leviatán, Fermín, moderno Jonás y estudioso de las Sagradas Escrituras a tiempo parcial, encontró una caja repleta de biblias finamente encuadernadas. El hallazgo se le antojó, cuando menos, audaz y pintoresco, pero, a falta de otro menú literario, procedió a tomar prestado un ejemplar

y, con la ayuda de una vela también sustraída del cargamento, leía en voz alta para él y para su compañero de travesía fragmentos seleccionados del Antiguo Testamento, que siempre le había parecido muchísimo más ameno y truculento que el Nuevo.

—Preste atención, maestre, que ahora viene una inefable parábola de hondo simbolismo aderezada con incestos y mutilaciones suficientes como para precipitar un cambio de gayumbos a los mismísimos hermanos Grimm.

Pasaban así las horas y los días al asilo del mar hasta que, al amanecer de un 17 de marzo de 1938, Fermín abrió los ojos y descubrió que su amigo el roedor se había ido. Tal vez fue la lectura de algunos episodios del Libro de las Revelaciones de San Juan durante la noche anterior lo que asustó al ratoncillo, o tal vez el presentimiento de que la travesía llegaba a su fin y convenía hacerse de menos. Fermín, entumecido por otra noche al amparo de aquel frío que taladraba los huesos, se tambaleó hasta el mirador que ofrecía uno de los ojos de buey por los que penetraba el aliento de un alba escarlata. El ventanuco circular quedaba a apenas un par de palmos por encima de la línea de flotación y Fermín pudo ver cómo el sol se alzaba sobre un mar de color vino. Cruzó la bodega sorteando cajas de munición y un enjambre de bicicletas herrumbrosas sujetas con cuerdas hasta el lado opuesto y echó un vistazo. El haz vaporoso del faro del puerto barrió el casco del buque proyectando momentáneamente una ráfaga de agujas de luz a través de todas las ventanas de la bodega. Más allá, en un espejismo de brumas reptando entre atalayas, cúpulas y torres, se esparcía la ciudad de Barcelona. Fermín sonrió para sí, olvidándose por un instante del frío y de las magulladuras que cubrían su cuerpo, fruto de las escaramuzas y desventuras acaecidas en su último puerto de paso.

—Lucía… —murmuró, evocando el dibujo de aquel rostro cuyo recuerdo le había mantenido vivo en los peores lances.

Extrajo el sobre que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta desde que había salido de Valencia y suspiró. El ensueño se esfumó casi al instante. El buque estaba mucho más cerca de puerto de lo que había supuesto. Cualquier polizón que se precie sabe que lo difícil no es colarse a bordo: lo difícil es salir sano y salvo del trance y abandonar el buque sin ser visto. Si albergaba la esperanza de pisar tierra por su propio pie y con todos los huesos en su sitio, más le valía empezar a preparar su estrategia de huida. Mientras escuchaba cómo los pasos y la actividad de la tripulación se duplicaban en la cubierta, Fermín sintió que el buque empezaba a virar y que los motores aminoraban la marcha al rebasar la bocana del puerto. Guardó de nuevo la carta y se apresuró a borrar los indicios de su presencia, ocultando los restos de las velas empleadas, los sacos que le habían servido de ajuar, la Biblia de sus lecturas contemplativas y las migajas de sucedáneo de queso y galleta rancia que habían quedado. Procedió entonces a cerrar como pudo las cajas que se había atrevido a abrir en busca de víveres martilleando de nuevo los clavos con el tacón pelado de sus botas exánimes. Observando tan parca calzadura, Fermín se dijo que tan pronto como hubiera ganado tierra firme y cumplido la promesa que había hecho,

el siguiente objetivo sería hacerse con un par de zapatos que no pareciesen sustraídos de algún depósito de cadáveres. Mientras trajinaba en la bodega, el polizón podía ver a través de los ojos de buey cómo el buque se iba adentrando en las aguas del puerto de Barcelona. Pegó una vez más la nariz al cristal y sintió un escalofrío al avistar la silueta del castillo y prisión militar de Montjuic en lo alto de la montaña, presidiendo la ciudad como un ave de presa.

—Como te descuides, acabas ahí… —susurró.

A lo lejos se perfilaba la aguja del monumento a Cristóbal Colón, que como siempre apuntaba con el dedo en la dirección equivocada, confundiendo el continente americano con el archipiélago balear. Tras el descubridor desorientado se abría la boca de las Ramblas ascendiendo hacia el corazón de la ciudad vieja, donde esperaba Lucía. Por un instante la imaginó perfumada entre las sábanas. La culpa y la vergüenza apartaron aquella visión de su pensamiento. Había traicionado su promesa.

—Miserable —se dijo a sí mismo.

Trece meses y siete días habían pasado desde que la había visto por última vez, trece meses que le pesaban como trece años. La última imagen que pudo robar antes de regresar a su escondite fue la de la silueta de la Virgen de la Merced, patrona de la ciudad, aupada en la cúpula de su basílica frente al puerto y en perpetuo ademán de echar a volar sobre los tejados de Barcelona. A ella encomendó su alma y misérrima anatomía, porque si bien no pisaba una iglesia desde que había confundido la capilla de su pueblo natal con la biblioteca municipal a los nueve años, Fermín juró a quien pudiera y quisiera escucharle que si la Virgen —o cualquier delegado con potestad en materia celestial— intercedía por él y le ayudaba a llegar a buen puerto sin grave percance ni lesiones mortales de necesidad, reorientaría su vida hacia la contemplación espiritual y se haría cliente asiduo de la industria del misal. Concluida su promesa, se santiguó dos veces y se apresuró a ocultarse de nuevo en la caja de fusiles, tendido sobre el lecho de armas como un difunto en un ataúd. Justo antes de cerrar la tapa, Fermín atinó a ver a su compañero el ratoncillo observándole aupado en una pila de arcones que ascendía hasta el techo de la bodega.

—*Bonne chance, mon ami* —murmuró.

Un segundo más tarde se sumió en aquella oscuridad que olía a pólvora, el metal frío de los fusiles contra la piel y su suerte ya echada sin remedio.

2

Al rato, Fermín advirtió que el rumor de los motores se extinguía y el buque se mecía al pairo en las aguas mansas del puerto. Según sus cálculos, era demasiado pronto para que hubiesen alcanzado los muelles. Tras dos o tres escalas durante la travesía, sus oídos habían aprendido a leer el protocolo y la cacofonía que destilaba una maniobra de atraque, desde el correr de las amarras y el martilleo de las cadenas del ancla hasta los quejidos del armazón bajo la tensión del casco al ser arrastrado contra el muelle. Más allá de una agitación inusual de pasos y voces en la cubierta, Fermín no pudo reconocer ninguno de aquellos signos. Por algún motivo, el capitán había decidido detener el buque antes de hora y Fermín, que había aprendido en los casi dos años previos de guerra que lo inesperado va a menudo de la mano de lo lamentable, apretó los dientes y procedió a santiguarse de nuevo.

—Virgencita, renuncio a mi agnosticismo irredento y a las maliciosas sugerencias de la física moderna —murmuró, confinado en aquella suerte de ataúd que compartía con fusiles de tercera mano.

Su súplica no tardó en obtener respuesta. Fermín oyó cómo lo que parecía otra nave, más pequeña, se aproximaba y rozaba el casco del buque. Instantes después, unos pasos casi marciales caían sobre la cubierta entre el alboroto de la tripulación. Fermín tragó saliva. Habían sido abordados.

3

«Treinta años en el mar y lo peor siempre llega al tocar tierra», pensó el capitán Arráez mientras contemplaba desde el puente al grupo de hombres que acababan de escalar la escalinata a babor. Blandían fusiles con gesto amenazador, empujaban a la tripulación a un lado y preparaban el paso a quien, supuso, era su líder. Arráez era uno de esos hombres de mar que tienen la tez y el pelo flambeados a sol y salitre, y cuya mirada líquida parecía siempre enturbiada por un velo de lágrimas. De joven había creído que uno se embarcaba en busca de la aventura, pero los años le habían enseñado que esta siempre le esperaba a uno en puerto, y con segundas intenciones. Nada había en el mar que temiese. En tierra firme, sin embargo, y más en aquellos días, le embargaba la náusea.

—Bermejo, coja la radio y avise a puerto de que nos han detenido momentáneamente y vamos a llegar con algo de retraso.

Junto a él, Bermejo, su primer oficial, palideció y empezó a mostrar aquel tembleque que había desarrollado en los últimos meses de bombardeos y trifulcas. Antiguo contramaestre en cruceros fluviales de placer por el Guadalquivir, el pobre Bermejo no tenía estómago para aquella labor.

—¿Quién digo que nos ha detenido, capitán?

Arráez posó la mirada sobre la silueta que acababa de pisar su cubierta. Enfundado en una gabardina negra y pertrechado de guantes y un sombrero de ala, era el único que no parecía armado. Arráez le observó recorrer poco a poco la cubierta. Su ademán denotaba una parsimonia y un desinterés calculados a la perfección. Sus ojos, ocultos tras unos lentes oscuros, se deslizaban por los rostros de la tripulación, el suyo carente de expresión alguna. Por último se detuvo en el centro de la cubierta y, al alzar la vista hacia el puente, se descubrió la cabeza articulando un saludo con el sombrero y ofreciendo una sonrisa de reptil.

—Fumero —murmuró el capitán.

Bermejo, que parecía haber encogido diez centímetros desde que aquel personaje había serpenteado a través de la cubierta, le miró, blanco como el yeso.

—¿Quién? —consiguió articular.

—Policía política. Baje y dígales a los hombres que nadie haga el tonto. Y luego dé aviso por radio a puerto, como le he dicho.

Bermejo asintió, pero no hizo ademán de moverse. Arráez le clavó los ojos.

—Bermejo, que baje. Y procure no mearse encima, por el amor de Dios.

—Sí, mi capitán.

Arráez permaneció unos instantes a solas en el puente. El día era claro, con cielos de cristal y pinceladas de nubes en fuga que habrían hecho las delicias de un acuarelista. Por un instante consideró coger el revólver que guardaba bajo llave en el armario de su camarote, pero la ingenuidad de aquella idea dibujó una sonrisa amarga en sus labios. Respiró hondo y, ajustando los botones de su chaqueta deshilachada,

abandonó el puente y descendió escaleras abajo, donde le esperaba su viejo conocido acariciando un cigarrillo entre los dedos.

4

—Capitán Arráez, bienvenido a Barcelona.

—Gracias, teniente.

Fumero sonrió.

—Ahora comandante.

Arráez hizo un gesto afirmativo, sosteniendo la mirada a aquellos dos lentes oscuros tras los cuales era difícil adivinar hacia dónde miraban los ojos afilados de Fumero.

—Felicidades.

Fumero le tendió uno de sus cigarrillos.

—No, gracias.

—Es mercancía de calidad —invitó Fumero—. Rubio americano.

Arráez aceptó el cigarrillo y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Desea inspeccionar los papeles y las licencias, mi comandante? Está todo al día, con los permisos y sellos del Gobierno de la Generalitat…

Fumero se encogió de hombros, exhalando una bocanada de humo con desinterés y observando la brasa de su cigarrillo con una leve sonrisa.

—Estoy seguro de que sus papeles están en regla. Dígame, ¿qué carga lleva usted a bordo?

—Suministros. Medicamentos, armas y munición. Y varios lotes de propiedad confiscada para subasta. El inventario con el sello gubernamental de la delegación en Valencia está a su disposición.

—No esperaba menos de usted, capitán. Pero eso queda entre usted y las autoridades portuarias y de aduanas. Yo soy un simple servidor del pueblo.

Arráez asintió serenamente, recordándose en todo momento que no debía apartar los ojos de aquellos dos lentes negros e impenetrables.

—Si mi comandante tiene a bien decirme qué busca, con mucho gusto…

Fumero hizo un ademán para que le acompañase y ambos deambularon a lo largo de la cubierta mientras la tripulación los observaba, expectante. Al cabo de unos minutos Fumero se detuvo y, apurando una última calada, arrojó su cigarrillo por la borda. Se apoyó sobre la barandilla y contempló Barcelona como si nunca la hubiese visto antes.

—¿Lo huele usted, capitán?

Arráez aguardó un instante antes de contestar.

—No sé bien a qué se refiere, comandante.

Fumero le palmeó el brazo con afecto.

—Respire hondo. Sin prisa. Ya verá cómo lo nota.

Arráez intercambió una mirada con Bermejo. Los miembros de la tripulación se miraban entre ellos, confundidos. Fumero se volvió, invitándolos a inspirar con un gesto.

—¿No? ¿Nadie?

El capitán intentó forzar una sonrisa que no llegó a sus labios.

—Pues yo sí puedo olerlo —dijo Fumero—. No me diga que no lo ha notado.

Arráez asintió vagamente.

—Claro que sí —apremió Fumero—. Claro que lo huele. Como yo y como todos los que están aquí. Es olor a rata. A esa rata asquerosa que oculta usted a bordo.

Arráez frunció el ceño, perplejo.

—Puedo asegurarle…

Fumero alzó la mano para silenciarle.

—Cuando una rata se te cuela no hay modo de librarse de ella. Le das veneno y se lo come. Le pones trampas y se caga en ellas. Una rata es lo más difícil de eliminar que existe. Porque es cobarde. Porque se esconde. Porque se cree más lista que tú.

Fumero se tomó unos segundos para saborear sus palabras.

—¿Y sabe usted cuál es el único modo de acabar con una rata, capitán? ¿Cómo se acaba de verdad y de una vez por todas con ella?

Arráez negó.

—No lo sé, comandante.

Fumero sonrió, mostrando los dientes.

—Claro que no. Porque usted es un hombre de mar y no tiene por qué saberlo. Ese es mi trabajo. Esa es la razón por la que la Revolución me ha puesto en el mundo. Observe, capitán. Observe y aprenda.

Antes de que Arráez pudiera decir nada, Fumero se alejó en dirección a proa y sus hombres le siguieron. El capitán vio entonces que se había equivocado. Fumero sí iba armado. Blandía un revólver reluciente en la mano, una pieza de coleccionista. Cruzó la cubierta empujando sin miramientos a cuantos miembros de la tripulación encontraba a su paso e ignoró la entrada a los camarotes. Sabía adónde iba. A una señal, sus hombres rodearon la compuerta que sellaba la bodega y esperaron la orden. Fumero se inclinó sobre la lámina del metal y golpeó con suavidad con los nudillos, como si llamase a la puerta de un viejo amigo.

—Sorpresa —entonó.

Cuando sus hombres prácticamente arrancaron la compuerta y las entrañas del buque quedaron expuestas a la luz del día, Arráez regresó para ocultarse en el puente. Ya había visto y aprendido suficiente en los dos años que llevaba de guerra. Lo último que acertó a ver fue cómo Fumero se relamía los labios como un gato un segundo antes de sumergirse, revólver en mano, en la bodega del buque.

5

Tras días confinado en la bodega respirando el mismo aire viciado, Fermín sintió cómo el aroma a brisa fresca que entraba por la compuerta se filtraba entre las comisuras de la caja de armamento en la que se había ocultado. Inclinó la cabeza a un lado y atinó a ver por el resquicio de abertura que quedaba entre la tapa y el reborde un abanico de haces de luz polvorienta barriendo la bodega. Linternas.

La luz blanca y vaporosa acariciaba los contornos del cargamento y descubría transparencias en los lienzos que tapaban automóviles y obras de arte. El sonido de los pasos y el eco metálico que reverberaba en la sentina se aproximaron con lentitud. Fermín apretó los dientes y repasó mentalmente todos los pasos que había seguido hasta regresar a su escondite. Los sacos, las velas, los restos de comida o las pisadas que hubiera podido dejar a través de la galería del cargamento. No creía haber descuidado nada. Nunca le encontrarían allí, se dijo. Nunca.

Fue entonces cuando oyó aquella voz agria y familiar pronunciar su nombre como si susurrase una melodía y las rodillas se le hicieron gelatina.

Fumero.

La voz, y los pasos, sonaban muy cercanos. Fermín cerró los ojos como los cierra un niño aterrorizado por un ruido extraño en la oscuridad de su habitación. No porque crea que eso le va a proteger, sino porque no se atreve a reconocer la silueta que se alza a un lado de la cama y se inclina sobre él. Pudo sentir en aquel instante cómo los pasos cruzaban apenas a unos centímetros, muy lentamente. Los dedos enguantados acariciaron la tapa de la caja cual serpiente deslizándose sobre la superficie. Fumero estaba silbando una melodía. Fermín contuvo la respiración y mantuvo los ojos cerrados. Gotas de sudor frío le caían por la frente y tuvo que apretar los puños para que las manos no le temblasen. No se atrevió ni a mover un músculo, temiendo que el roce de su cuerpo con las bolsas que contenían algunos de los fusiles pudiera hacer el más mínimo ruido.

Tal vez se había equivocado. Tal vez sí le encontrarían. Tal vez no había en el mundo un rincón en el que pudiera esconderse y vivir un día más para contarlo. Tal vez, al fin y al cabo, aquel era un día tan bueno como cualquier otro para abandonar la función. Y, ya puestos, nada le impedía abrir a patadas aquella caja y plantar cara blandiendo uno de aquellos fusiles sobre los que yacía tendido. Mejor morir acribillado a balazos en dos segundos que a manos de Fumero y sus juguetes tras permanecer dos semanas colgado del techo en una mazmorra del castillo de Montjuic.

Palpó el contorno de una de las armas buscando el gatillo y la aferró con fuerza. No se le ocurrió hasta entonces que lo más posible era que no estuviese cargada. Tanto daba, pensó. Con su puntería, tenía todos los números para que se le pulverizase medio pie o para acabar por acertarle en el ojo al monumento a Colón. Sonrió ante la idea y agarró el fusil con ambas manos sobre el pecho, buscando el percutor. Nunca antes había disparado un arma, pero se dijo que la suerte siempre

está del lado del novato y que el empeño valía cuando menos un voto de confianza. Tensó el percutor y se dispuso a volarle la cabeza a don Francisco Javier Fumero camino del paraíso o del infierno.

Un instante después, sin embargo, los pasos se alejaron llevándose su oportunidad de gloria y recordándole que los grandes amantes, en ejercicio o en vocación, no nacían para ser héroes de última hora. Se permitió respirar hondo y se llevó las manos al pecho. Tenía la ropa pegada al cuerpo como una segunda piel. Fumero y sus esbirros se alejaban. Fermín imaginó sus siluetas perdiéndose en las sombras de la bodega y sonrió aliviado. Tal vez no se había producido el chivatazo. Tal vez aquel era un control rutinario sin más.

Justo entonces, las pisadas se detuvieron. Se hizo un silencio sepulcral y durante unos instantes lo único que Fermín acertó a escuchar fueron los latidos de su corazón. Luego, en un suspiro casi imperceptible, le llegó el minúsculo punteo de algo diminuto y ligero deambulando sobre la tapa de la caja, a apenas unos centímetros de su rostro. Lo reconoció por el tenue olor, entre dulce y agrio. Su compañero de travesía, el ratoncillo, estaba olfateando entre los resquicios de las tablas, con toda probabilidad detectando el olor de su amigo. Fermín se dispuso a sisear levemente para alejarlo cuando un estruendo ensordecedor inundó la bodega.

La bala, de gran calibre, pulverizó al roedor en el acto y taladró de forma limpia un orificio de entrada sobre la tapa de la caja a unos cinco centímetros del rostro de Fermín. Un goteo de sangre se filtró entre las grietas y le salpicó los labios. Fermín sintió entonces un cosquilleo en la pierna derecha y al bajar la mirada comprobó cómo la trayectoria del proyectil casi le había alcanzado la pierna, abriéndole a fuego un corte en la pernera del pantalón antes de dejar un segundo orificio de salida en la madera. Una línea de luz vaporosa atravesaba la oscuridad del escondrijo trazando la trayectoria de la bala. Fermín escuchó cómo los pasos regresaban y se detenían junto a su escondite. Fumero se arrodilló junto a la caja. Fermín advirtió el brillo de sus ojos en la pequeña abertura que quedaba entre la cubierta y la caja.

—Como siempre, haciendo amigos de baja estofa, ¿eh? Tendrías que haber oído los gritos de tu colega Amancio cuando nos contó dónde te encontraríamos. Un par de cables en los huevos y los héroes cantáis como jilgueros.

Enfrentando aquella mirada, y todo lo que sabía de ella, Fermín sintió que de no haber sudado el poco valor que le quedaba atrapado en aquel sarcófago repleto de fusiles se habría orinado encima de pánico.

—Hueles peor que tu compañera la rata —susurró Fumero—. Creo que te hace falta un baño.

Escuchó el deambular de pisadas y el alboroto de los hombres removiendo cajas y derribando objetos por la bodega. Mientras esto ocurría, Fumero no se movió un centímetro de donde estaba. Sus ojos auscultaban la penumbra interior del arcón

como los de una serpiente a la boca de un nido, paciente. Al poco, Fermín sintió un fuerte martilleo sobre la caja. En un principio creyó que la querían deshacer a golpes. Al ver asomar las puntas de unos clavos en el borde de la tapa comprendió que lo que estaban haciendo era sellarla rematando todo el reborde. En un segundo, los escasos milímetros de abertura que quedaban entre el contorno de la caja y la cubierta desaparecieron. Le habían sepultado en su propio escondite.

Fermín comprendió entonces que la caja empezaba a moverse a empujones y que, respondiendo a las órdenes de Fumero, varios miembros de la tripulación bajaban a la bodega. Pudo imaginarse el resto. Sintió cómo una docena de hombres levantaban la caja con palancas y oyó las correas de lona rodear la madera. Oyó también el correr de las cadenas y sintió el súbito tirón de la grúa hacia arriba.

6

Arráez y su tripulación contemplaron el arcón meciéndose en la brisa, suspendido seis metros sobre la cubierta. Fumero emergió de la bodega ajustándose de nuevo sus lentes oscuros y sonriendo complacido. Alzó la vista al puente e hizo el ademán de un saludo militar a modo de burla.

—Con su permiso, capitán, procederemos a exterminar la rata que llevaba usted a bordo del único modo realmente efectivo.

Fumero indicó al operario de la grúa que bajase el contenedor unos metros, hasta que quedó a la altura de su rostro.

—¿Una última voluntad o algunas palabras de contrición?

La tripulación observaba la caja, enmudecida. Lo único que parecía emerger del interior era un gemido que hacía pensar en un pequeño animal aterrorizado.

—Venga, no llores, que no es para tanto —dijo Fumero—. Además, no te voy a dejar solo. Vas a ver cómo un montón de tus amigos te están esperando en candeletas…

El arcón se elevó de nuevo en el aire y la grúa empezó a girar hacia la borda. Cuando quedó suspendido a unos diez metros por encima del agua, Fumero se volvió una vez más hacia el puente. Arráez le observaba con una mirada vidriosa, murmurando por lo bajo.

«Hijo de puta», alcanzó a descifrar.

Entonces asintió y el contenedor, con doscientos kilos de fusiles y unos cincuenta y pocos de Fermín Romero de Torres dentro, se precipitó sobre las aguas heladas y oscuras del puerto de Barcelona.

7

La caída al vacío apenas le dio tiempo de aferrarse a las paredes del arcón. Al impactar sobre el agua, la pila de fusiles se alzó en el aire y golpeó con fuerza la parte superior de la caja. Durante unos segundos el contenedor quedó a flote, meciéndose como una baliza. Fermín luchó por quitarse de encima las docenas de rifles bajo los que había quedado enterrado. Un intenso olor a salitre y gasóleo alcanzó su olfato. Oyó entonces el sonido del agua penetrando a borbotones por el orificio que había dejado la bala de Fumero. En apenas un segundo sintió el contacto frío del líquido inundando la base. Le invadió el pánico e intentó encogerse para alcanzar el extremo inferior del arcón. Al hacerlo, el peso de los fusiles se hizo a un lado y el contenedor se escoró. Fermín cayó de bruces sobre las armas. En una oscuridad absoluta, palpó la pila de armas bajo sus manos y empezó a apartarlas, buscando el orificio por el que entraba el agua. Tan pronto como conseguía desplazar una docena de fusiles a su espalda, estos volvían a caer sobre él y le empujaban hacia el fondo de la caja, que seguía escorándose. El agua le cubría los pies y corría entre sus dedos. Le llegaba ya a las rodillas cuando consiguió encontrar el orificio y lo tapó como pudo, apretando con ambas manos. Oyó entonces los disparos en la cubierta del barco y el impacto sobre la madera. Tres nuevos orificios se abrieron tras él y una claridad verdosa se filtró en el interior, permitiendo a Fermín vislumbrar cómo el agua empezaba a brotar con fuerza y, en apenas unos instantes, le cubría la cintura. Gritó de miedo y rabia, tratando de alcanzar uno de los orificios con la otra mano, pero una sacudida repentina le empujó hacia atrás. El sonido que inundó el interior del arcón le estremeció, como si una bestia le estuviese engullendo. El agua le trepó hasta el pecho, el frío cortándole la respiración. Se hizo de nuevo la oscuridad y Fermín comprendió que la caja se estaba hundiendo sin remedio. Su mano derecha cedió a la presión del líquido. El agua helada le barrió las lágrimas en la oscuridad. Fermín intentó atrapar una última bocanada de aire.

La corriente succionó la carcasa de madera y la arrastró hacia el fondo sin tregua. Una cámara de apenas un palmo de aire había quedado atrapada en la parte superior y Fermín luchó por auparse hasta allí para arrancar un suspiro de oxígeno. Al poco, la caja se posó en el fondo del puerto y, tras inclinarse a un lado, quedó varada en el fango. Fermín golpeó la tapa a puñetazos y patadas, pero la madera, fuertemente asegurada con los clavos, no cedió un ápice. Los últimos centímetros de aire que le quedaban se fueron escapando entre las grietas. Aquella oscuridad fría y absoluta le invitaba a abandonarse, pero sus pulmones ardían y creyó que la cabeza le iba a estallar bajo la presión por la falta de aire. Rendido al pánico ciego de la certeza de que le quedaban apenas unos segundos de vida, aferró uno de los fusiles y empezó a golpear el borde de la tapa con la culata. Al cuarto golpe el arma se le deshizo en las manos. Palpó en la oscuridad y los dedos rozaron una de las bolsas que protegía un rifle que flotaba a merced de la pequeña burbuja de aire atrapada en el interior.

Fermín lo asió con ambas manos y volvió a golpear con las pocas fuerzas que le quedaban, suplicando aquel milagro que no llegaba.

La bala produjo una vibración sorda al explotar en el interior de la bolsa. El disparo, prácticamente a quemarropa, perforó un círculo del tamaño de un puño en la madera. Un soplo de claridad iluminó el interior. Sus manos reaccionaron antes que su cerebro. Apuntó el fusil hacia el mismo punto y accionó el gatillo una y otra vez. El agua había ya inundado la bolsa y ninguna de las balas llegó a explosionar. Fermín agarró otro de los rifles y pulsó el gatillo a través de la bolsa. Los dos primeros disparos no surtieron efecto, pero al tercero pudo sentir la sacudida en los brazos y ver cómo la abertura en la madera se iba ensanchando. Vació la munición del arma hasta que el orificio fue lo suficientemente grande para que su cuerpo enjuto y maltrecho pudiera colarse. Los rebordes de la madera astillada le mordieron la piel; sin embargo, la promesa de aquella claridad espectral y de la lámina de luz que se apreciaba en la superficie le hubiera permitido cruzar un campo de cuchillos.

El agua turbia del puerto le quemaba las pupilas, pero Fermín mantuvo los ojos abiertos. Un bosque submarino de luces y sombras se mecía en la tiniebla verdosa. Una red de escombros, esqueletos de botes hundidos y siglos de fango se abría a sus pies. Alzó la vista hacia las columnas de luz vaporosa que caían desde lo alto. El casco del buque mercante se recortaba en una gran sombra en la superficie. Estimó que aquella parte del puerto tenía por lo menos una quincena de metros de profundidad, tal vez más. Si conseguía ganar la superficie al otro lado del casco del buque tal vez nadie advertiría su presencia y podría sobrevivir. Se dio impulso apoyando las piernas contra la carcasa de la caja y echó a nadar. Solo entonces, mientras ascendía lentamente hacia la superficie, pudieron sus ojos captar por un instante la visión espectral que se ocultaba bajo las aguas. Comprendió que lo que había tomado por algas y redes abandonadas eran cuerpos meciéndose en la penumbra. Decenas de cadáveres esposados, las piernas atadas y encadenadas a piedras o bloques de cemento, formaban un cementerio submarino. Las anguilas que reptaban entre sus miembros habían ido limpiando sus rostros de carne y sus cabellos ondeaban en la corriente. Fermín reconoció las siluetas de hombres, mujeres y niños. A sus pies había maletas y fardos semienterrados en el fango. Algunos de los cadáveres estaban ya en tal estado de descomposición que apenas quedaban los huesos asomando entre jirones de ropa. Los cuerpos formaban una galería infinita que se perdía en la oscuridad. Fermín cerró los ojos y, un segundo después, emergió a la vida para comprobar que el simple acto de respirar era la experiencia más maravillosa que había conocido en toda su existencia.

8

Por unos instantes Fermín se mantuvo pegado como una lapa al casco del buque mientras recuperaba el aliento. A unos veinte metros flotaba una baliza de señalización. Semejaba una suerte de pequeño faro, un cilindro coronado por una linterna de luz apoyado sobre una base circular en la que había una cabina. La baliza estaba pintada de blanco con franjas rojas y se mecía suavemente, como si se tratara de un islote de metal a la deriva. Fermín se dijo que, si conseguía llegar a ella, podría esconderse en su interior y esperar al momento propicio para aventurarse hasta tierra firme sin ser visto. Nadie parecía haber advertido su presencia, pero no quiso tentar a la fortuna. Aspiró la mayor bocanada de aire que le permitieron sus maltrechos pulmones y se sumergió de nuevo, abriéndose camino hacia la baliza a brazadas desacompasadas. Mientras lo hacía evitó mirar hacia abajo y prefirió pensar que su mente había sido víctima de un delirio y que aquel macabro jardín de siluetas ondeando en la corriente a sus pies no era más que redes de pesca atrapadas entre los escombros. Emergió a pocos metros de la baliza y se apresuró a rodearla para ocultarse tras ella. Observó la cubierta del buque y se dijo que por el momento estaba a salvo y que todos a bordo, Fumero incluido, le daban ya por muerto. Estaba trepando a la plataforma cuando reparó en la figura que le observaba inmóvil desde el puente. Por un instante le sostuvo la mirada. No supo identificarla, aunque por su vestimenta Fermín supuso que se trataba del capitán del buque. Corrió a ocultarse en el interior de la diminuta cabina y se dejó caer, temblando de frío y suponiendo que en apenas unos segundos los oiría ir a por él. Hubiera sido mejor morir ahogado en el interior de aquella caja. Ahora Fumero le llevaría a una de sus celdas y se tomaría su tiempo.

Esperó eternamente aquel momento, pero cuando ya creía que su aventura había llegado a su fin oyó los motores del barco prender y el tronar de la bocina. Se asomó con timidez a la ventana de la cabina y vio que el buque se alejaba hacia los muelles. Se tendió exhausto al tibio abrazo del sol que se colaba por la ventana. Tal vez, después de todo, la virgen de los descreídos se había apiadado de él.

9

Fermín permaneció en su pequeño islote hasta que el crepúsculo tiñó el cielo y los faroles del puerto encendieron una red de destellos sobre las aguas. Escudriñando los muelles, decidió que la mejor alternativa era ganar a nado el enjambre de barcas que se anudaban frente a la lonja de pescadores y trepar a tierra firme por un cabo de amarre o por la polea de arrastre situada a popa de algún bajel anclado.

Avistó entonces una silueta dibujándose entre la bruma que barría la dársena. Se le estaba acercando un bote a remo con dos hombres a bordo. Uno de ellos remaba y el otro auscultaba las sombras sosteniendo un farol en alto que teñía la neblina de ámbar. Fermín tragó saliva. Hubiera podido lanzarse al agua y rezar para que le ocultase el manto del ocaso y escapar así una vez más, pero se le habían acabado las plegarias y ya no le quedaba un soplo de lucha en el cuerpo. Salió de su escondite con las manos en alto y encaró el bote que se aproximaba.

—Baje las manos —dijo la voz que portaba el farol.

Fermín apretó la mirada. El hombre al pie del bote era el mismo que había visto observándole desde el puente horas antes. Fermín le miró a los ojos y asintió. Aceptó la mano que le tendía y saltó al bote. El hombre a los remos le ofreció una manta y el maltrecho náufrago se rodeó con ella.

—Yo soy el capitán Arráez y este es mi primer oficial, Bermejo.

Fermín intentó balbucear, pero Arráez le detuvo.

—No nos diga su nombre. No es asunto nuestro.

El capitán alcanzó un termo y le escanció un vaso de vino caliente. Fermín aferró la taza de latón con ambas manos y apuró hasta la última gota. Arráez le rellenó la taza hasta tres veces y Fermín sintió el calor regresar a sus entrañas.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó el capitán.

Fermín hizo un gesto afirmativo.

—No le voy a preguntar qué hacía usted en mi barco ni qué se lleva usted con esa alimaña de Fumero, pero más le vale andarse con ojo.

—Ya lo procuro, créame. Es el destino, que no ayuda.

Arráez le entregó una bolsa. Fermín echó un vistazo en el interior. Había un puñado de ropas secas, a todas luces seis tallas por encima de la suya, y algo de dinero.

—¿Por qué hace usted esto, capitán? No soy más que un polizón que le ha metido a usted en un lío de cuidado…

—Porque me sale de las narices —replicó Arráez, a lo que Bermejo aportó su asentimiento.

—No sé cómo pagarles el…

—Me basta con que no vuelva a colarse de polizón en mi barco. Venga, cámbiese de ropa.

Arráez y Bermejo le observaron desprenderse de aquellos harapos empapados y le

ayudaron a enfundarse sus nuevas galas, un viejo uniforme de marino. Antes de abandonar aquella chaqueta deshilachada para siempre, Fermín buscó en los bolsillos y extrajo la carta que había custodiado durante semanas. El agua del mar había borrado la tinta y el sobre había quedado reducido a un pedazo de papel mojado que se deshacía en los dedos. Fermín cerró los ojos y se echó a llorar. Arráez y Bermejo se miraron, azorados. El capitán posó la mano sobre el hombro de Fermín.

—No se ponga así, hombre, que ya ha pasado lo peor.

Fermín negó.

—No es eso…, no es eso.

Se vistió a cámara lenta y guardó lo que quedaba de la carta en el bolsillo de su nuevo chaquetón. Al ver que sus dos benefactores le observaban con consternación se secó las lágrimas y les sonrió.

—Ustedes disculpen.

—Está usted en los huesos —comentó Bermejo.

—Es este momentáneo lapsus bélico —se disculpó Fermín, intentando adoptar un tono animado y optimista—. Pero ahora que va cambiando mi suerte presiento un porvenir de abundante yantar y vida contemplativa en el que me voy a cebar a base de tocino mientras releo lo más granado de la poesía del Siglo de Oro. En dos días me pondré como una boya a base de morcilla y galletones de canela. Aquí donde me ven, yo, cuando la oportunidad se presenta, acumulo peso más rápido que una soprano.

—Si usted lo dice. ¿Tiene adonde ir? —preguntó Arráez.

Fermín, luciendo su nuevo traje de capitán sin nave y con la panza palpitando de vino tibio, asintió con entusiasmo.

—¿Le espera una mujer? —preguntó el marino.

Fermín sonrió con tristeza.

—Espera, pero no a mí —respondió.

—Ya. ¿Era para ella esa carta?

Fermín asintió.

—¿Y por eso se ha jugado la vida y ha vuelto a Barcelona? ¿Para entregar una carta?

El aludido se encogió de hombros.

—Ella lo vale. Y se lo prometí a un buen amigo.

—¿Muerto?

Fermín bajó la mirada.

—A veces hay noticias que es mejor no dar —aventuró Arráez.

—Una promesa es una promesa.

—¿Cuánto hace que no la ve?

—Algo más de un año.

El capitán le miró largamente.

—Un año es mucho para los tiempos que corren. Estos días la gente olvida rápido. Es como un virus, pero que ayuda a sobrevivir.

—Pues a ver si lo pillo, porque me vendría de perlas —dijo Fermín.

10

Anochecía ya cuando el bote le dejó al pie de la escalinata del muelle de Atarazanas. Fermín se evaporó en las brumas del puerto, una silueta más entre estibadores y marineros que se encaminaban hacia las calles del Raval, entonces Barrio Chino. Confundiéndose entre ellos, Fermín pudo colegir de sus conversaciones a media voz que el día anterior la ciudad había sufrido una visita de la aviación, una de tantas en lo que llevaba de año, y que aquella noche se esperaban nuevos bombardeos. Se olfateaba el miedo en las voces y miradas de aquellos hombres, pero tras haber sobrevivido a aquel día de perros Fermín tenía el convencimiento de que nada de lo que aquella noche pudiera depararle sería peor. Quiso la providencia que un mercachifle de antojos que se batía ya en retirada y empujaba un carrito de chucherías se cruzase en su camino. Fermín le dio el alto e inspeccionó la carga con suma atención.

—Tengo unas garrapiñadas como las de antes de la guerra —ofreció el mercader —. ¿Gusta el caballero?

—Mi reino por un Sugus —precisó Fermín.

—Pues me queda una bolsita de fresa.

Los ojos de Fermín se abrieron como platos y con la sola mención de tamaña delicia empezó a salivar. Merced a los fondos que le había donado el capitán Arráez pudo hacerse con la bolsa entera de caramelos, que procedió a abrir con la avidez de un condenado.

La luz vaporosa de las farolas de las Ramblas —como el primer chupetón a un caramelo Sugus— siempre le había parecido una de esas cosas por las que vale la pena vivir un día más. Aquel anochecer, sin embargo, al enfilar el paseo central de las Ramblas, Fermín advirtió que una brigada de serenos iba de farola en farola, escalera en mano, y apagaba las luces que aún se reflejaban sobre el empedrado. Se aproximó a uno de ellos y se dispuso a observar su trajín. Cuando el sereno empezó a descender de la escalera y reparó en su presencia, se detuvo y le miró de reojo.

—Buenas noches, jefe —entonó Fermín en tono amigable—. ¿No se ofenderá si le pregunto por qué razón están ustedes dejando la ciudad a oscuras?

El sereno se limitó a señalar al cielo con el índice y, recogiendo la escalera, partió al encuentro de la siguiente farola. Fermín permaneció allí un instante, contemplando el extraño espectáculo de unas Ramblas que se iban sumergiendo en la sombra. A su alrededor, cafés y comercios empezaban a cerrar sus puertas y las fachadas iban tiñéndose del tenue aliento de la luna. Reemprendió su camino con cierta aprensión y pronto reparó en lo que le pareció una procesión nocturna. Un nutrido grupo de gente portando fardos y mantas se dirigía a la entrada del metro. Algunos llevaban velas y candiles prendidos, otros avanzaban en penumbra. Al rebasar la escalinata que descendía al metro, Fermín posó los ojos en un niño que no debía de llegar a los cinco años. Estaba aferrado a la mano de su madre, o su abuela, porque en la penuria

de luz todas aquellas almas parecían envejecidas antes de hora. Fermín quiso guiñarle un ojo, pero el niño tenía la vista prendida en el cielo. Contemplaba la telaraña de nubes negras que se tejía sobre el horizonte como si pudiera adivinar algo oculto en su interior. Fermín siguió su mirada y sintió la caricia de un viento frío que empezaba a barrer la ciudad y olía a fósforo y a madera quemada. Justo antes de que su madre le arrastrara escaleras abajo, hacia los túneles del metro, el niño lanzó una mirada a Fermín que le heló la sangre. Aquellos ojos de cinco años reflejaban el terror ciego y la desesperanza de un anciano. Fermín desvió la mirada y echó a andar, cruzándose con un guardia urbano que estaba custodiando la entrada al metro y que le señaló con el dedo.

—Si se va ahora, luego ya no tendrá sitio. Y los refugios están llenos.

Fermín asintió, pero apretó el paso. Fue así adentrándose en una Barcelona que se le antojó fantasmal, una penumbra perpetua cuyos contornos apenas se adivinaban al aliento parpadeante de candiles y velas en balcones y portales. Cuando por fin enfiló la Rambla de Santa Mónica pudo vislumbrar a lo lejos el arco de un portal sombrío y angosto. Suspiró apesadumbrado y puso rumbo hacia su encuentro con Lucía.

11

Ascendió lentamente por la angosta escalera sintiendo que a cada nuevo peldaño se evaporaban su determinación y el valor de enfrentarse a Lucía para anunciarle que el hombre al que amaba, el padre de su hija y el rostro que esperaba ver desde hacía más de un año había muerto en la celda de una prisión de Sevilla. Cuando alcanzó el rellano del tercer piso, Fermín se detuvo frente a la puerta sin atreverse a llamar. Se sentó en los peldaños de la escalera y hundió la cabeza entre las manos. Recordaba las palabras exactas que había pronunciado allí mismo trece meses atrás, cuando Lucía le tomó de las manos y, mirándole a los ojos, le dijo: «Si me quieres, no dejes que le pase nada y tráemelo». Sacó el sobre roto de su bolsillo y contempló los pedazos en la penumbra. Los estrujó entre los dedos y los lanzó hacia las sombras. Se había incorporado y enfilaba ya la escalera para huir de allí cuando oyó abrirse la puerta del piso a su espalda. Entonces se detuvo.

Una niña de siete u ocho años le observaba desde el umbral. Llevaba un libro en las manos y tenía un dedo entre las páginas a modo de punto de lectura. Fermín le sonrió y alzó la mano en un amago de saludo.

—Hola, Alicia —dijo—. ¿Te acuerdas de mí?

La niña le miró con un atisbo de desconfianza, dudando.

—¿Qué estás leyendo?

—*Alicia en el País de las Maravillas*.

—¡Anda! ¿A ver?

Ella se lo mostró, pero no le permitió tocarlo.

—Es de mis favoritos —comentó, sin desprenderse del todo de su recelo.

—De los míos también —replicó Fermín—. Todo lo que sea caerse por un agujero y tropezarse con chiflados y problemas matemáticos lo tomo a título autobiográfico.

La niña se mordió los labios para controlar la risa que le habían provocado las palabras de aquel peculiar visitante.

—Sí, pero este lo escribieron para mí —aventuró, pícara.

—Claro que sí. ¿Está tu madre en casa?

Ella no respondió, pero abrió la puerta un poco más. Fermín dio un paso al frente. La niña se volvió y se alejó hacia el interior del piso sin decir palabra. Fermín se detuvo en el umbral. El interior de la vivienda estaba a oscuras y apenas se apreciaba el parpadeo de lo que parecía un candil al final de un estrecho corredor.

—¿Lucía? —llamó Fermín.

Su voz se perdió en la sombra. Golpeó la puerta con los nudillos y esperó.

—¿Lucía? Soy yo… —llamó de nuevo.

Esperó unos segundos y al no obtener respuesta se adentró en el piso. Avanzó por

el pasillo. Las puertas que flanqueaban el corredor estaban cerradas. Al llegar al fondo se encontró en una sala que hacía las veces de comedor. El candil descansaba sobre la mesa proyectando un suave halo amarillento que acariciaba las sombras. La silueta de una anciana estaba sentada en una silla frente a la ventana, dándole la espalda. Fermín se detuvo. Solo entonces la reconoció.

—Doña Leonor…

La mujer que le había parecido una anciana no debía de tener más de cuarenta y cinco años. Tenía el rostro ajado de amargura y los ojos vidriosos, cansados de odiar y de llorar a solas. Leonor le miraba sin decir nada. Fermín tomó una silla y se sentó junto a ella. Le cogió la mano y le sonrió débilmente.

—Se tendría que haber casado contigo —murmuró—. Eres feo, pero al menos tienes cabeza.

—¿Dónde está Lucía, doña Leonor?

La mujer apartó la mirada.

—Se la llevaron. Hará dos meses.

—¿Adónde?

Leonor no respondió.

—¿Quiénes eran?

—Ese hombre…

—¿Fumero?

—No preguntaron por Ernesto. La buscaban a ella.

Fermín la abrazó, pero Leonor permaneció inmóvil.

—Yo la encontraré, doña Leonor. La encontraré y la traeré a casa.

La mujer negó.

—Está muerto, ¿verdad? ¿Mi hijo?

Fermín guardó silencio.

—No lo sé, doña Leonor.

Ella le miró con rabia y le abofeteó.

—Vete.

—Doña Leonor…

—Vete —gimió.

Fermín se incorporó y se retiró unos pasos. La pequeña Alicia le observaba desde el pasillo. Él le sonrió y la niña se aproximó lentamente hacia él. Entonces tomó su mano y la apretó con fuerza. Fermín se arrodilló frente a ella. Iba a decirle que él había sido amigo de su madre, o cualquier otro cuento al uso con el que borrar aquella expresión de abandono que embrujaba su mirada, pero justo en ese instante, mientras Leonor ahogaba sus lágrimas en las manos, Fermín oyó un rumor lejano que goteaba del cielo. Al levantar la vista hacia la ventana, advirtió que el cristal empezaba a vibrar.

12

Fermín se aproximó a la ventana y apartó el visillo que la custodiaba. Alzó la vista hasta el resquicio de cielo atrapado entre las cornisas que cerraban la angosta calleja. El rumor era ahora más intenso y sonaba mucho más cercano. Su primer pensamiento fue que un temporal se adentraba desde el mar e imaginó nubes negras reptando sobre los muelles y arrancando velas y mástiles a su paso. Pero nunca había presenciado un temporal que sonara a metal y a fuego. La neblina se escindió en jirones y al abrirse un claro los vio. Emergían de la oscuridad como grandes insectos de acero, volando en formación. Tragó saliva y volvió la vista a Leonor y a Alicia, que estaba temblando; la pequeña aún llevaba su libro en las manos.

—Creo que sería mejor salir de aquí —murmuró Fermín.

Leonor negó.

—Pasarán de largo —dijo con un hilo de voz—. Como anoche.

Fermín volvió a otear el cielo y acertó a ver que un grupo de seis o siete aviones se desprendían de la formación. Abrió la ventana y al asomar la cabeza le pareció que el estruendo de los motores enfilaba la boca de las Ramblas. Se oyó entonces un silbido agudo, como un taladro abriéndose camino desde el cielo. Alicia se cubrió los oídos con las manos y corrió a ocultarse bajo la mesa. Leonor alargó los brazos para retenerla, pero algo la detuvo. Segundos antes de que el obús alcanzase el edificio, el silbido se hizo tan intenso que pareció emanar de las mismas paredes. Fermín creyó que el ruido le iba a perforar los tímpanos.

Justo entonces se hizo el silencio.

Sintió un impacto súbito que sacudió el edificio como si un tren acabara de desplomarse de las nubes y estuviese atravesando el tejado y cada uno de los pisos como si fuera papel de fumar. Unas palabras se formaron en los labios de Leonor, pero no pudo oírlas. En apenas una fracción de segundo, aturdido por una muralla de ruido sólido que congeló el tiempo, Fermín vio cómo la pared a espaldas de Leonor se deshacía en una nube blanca y una lámina de fuego rodeaba la silla en la que estaba sentada y se la tragaba. La succión de la explosión arrancó la mitad de los muebles de cuajo, que quedaron suspendidos en el aire antes de prenderse en llamas. Le golpeó una bocanada de aire que quemaba como gasolina encendida y salió proyectado contra la ventana con tal fuerza que atravesó el cristal y fue a dar contra los barrotes metálicos del balcón. El chaquetón que le había donado el capitán Arráez humeaba y le quemaba la piel. Cuando quiso incorporarse para quitárselo sintió que el suelo se estremecía bajo sus pies. Segundos más tarde, la estructura central del edificio se desplomó en una tromba de escombros y brasas ante sus ojos.

Fermín se incorporó y se arrancó la chaqueta humeante. Se asomó al interior de la sala. Un sudario de humo negruzco y ácido lamía las paredes que quedaban en pie. La explosión había pulverizado el corazón del edificio, dejando en pie apenas la fachada y una primera línea de estancias que rodeaban un cráter por cuyo reborde ascendía lo

que quedaba de la escalera. Más allá de lo que había sido el pasillo por el que había llegado no había nada.

—Hijos de puta —escupió.

No pudo oír su propia voz entre el chirrido que le quemaba los tímpanos, pero sintió en la piel la onda de una nueva explosión no lejos de allí. Un viento ácido que hedía a azufre, a electricidad y a carne quemada recorrió la calle y Fermín vio el resplandor de las llamas salpicando el cielo de Barcelona.

13

Un dolor atroz le mordía los músculos. Tambaleándose, se adentró en la sala. La explosión había lanzado a Alicia contra la pared y el cuerpo de la niña había quedado encajado entre un butacón derribado y la esquina de la habitación. Estaba cubierta de polvo y ceniza. Fermín se arrodilló frente a ella y la agarró por debajo de los hombros. Al sentir su contacto, Alicia abrió los ojos. Estaban enrojecidos y tenía las pupilas dilatadas. Fermín reconoció su maltrecho reflejo en ellas.

—¿Dónde está la abuela? —murmuró Alicia.

—La abuela se ha tenido que ir. Deberías venir conmigo. Tú y yo. Vamos a salir de aquí.

Alicia asintió. Fermín la tomó en sus brazos y palpó sobre su ropa, buscando heridas o fracturas.

—¿Te duele en algún sitio?

La niña se llevó una mano a la cabeza.

—Pasará —dijo Fermín—. ¿Lista?

—Mi libro…

Fermín buscó el libro entre los escombros. Lo encontró medio chamuscado pero razonablemente entero. Se lo ofreció, y Alicia lo aferró como si se tratara de un talismán.

—No lo pierdas, ¿eh? Que me tienes que contar cómo acaba…

Fermín se incorporó con la niña en brazos. O Alicia pesaba más de lo que esperaba o él tenía todavía menos fuerzas de las que había confiado reunir para salir de allí.

—Agárrate fuerte.

Se volvió entonces y, bordeando el enorme agujero que había dejado la explosión, enfiló la mitad embaldosada del pasillo, reducido ahora a una mera cornisa, hasta llegar a la escalera. Desde allí comprobó que el obús había penetrado hasta el sótano del edificio dejando una balsa de llamas que anegaba los dos primeros pisos. Oteando por el hueco de la escalera, advirtió que las llamas ascendían despacio, peldaño a peldaño. Aferró a Alicia con fuerza y se lanzó escaleras arriba diciéndose que, si conseguían ganar la azotea, una vez allí podrían saltar al terrado de la finca contigua y, tal vez, vivir para contarlo.

14

La puerta de la azotea era una lámina de roble sólido, pero la explosión la había desencajado de los goznes y Fermín pudo derribarla de una patada. Una vez en el terrado, posó a Alicia en el suelo y se dejó caer contra el borde de la fachada para recobrar el aliento. Respiró hondo. El aire olía a fósforo quemado. Por unos segundos, Fermín y Alicia permanecieron en silencio, incapaces de dar crédito a la visión que se desplegaba ante sus ojos.

Barcelona era un manto de oscuridad acribillado de columnas de fuego y plumas de humo negro que ondulaban en el cielo como tentáculos. A un par de calles de allí, las Ramblas dibujaban un río de llamaradas y humaredas que reptaba hasta el centro de la ciudad. Fermín agarró de la mano a la niña y tiró de ella.

—Venga, no hay que pararse.

Llevaban apenas unos pasos cuando un nuevo estruendo inundó el cielo y sacudió la estructura a sus pies. Fermín miró atrás y apreció un gran resplandor alzándose cerca de la plaza de Cataluña. El relámpago rojizo barrió los tejados de la ciudad en una fracción de segundo. La tormenta de luz se extinguió en una lluvia de cenizas de la que emergió de nuevo el rugido de los aviones. El escuadrón volaba muy bajo, atravesando el remolino de humo espeso que se extendía sobre la ciudad. El reflejo de las llamas brillaba en la panza del fuselaje. Fermín siguió su trayectoria con la mirada y vio llover los racimos de bombas sobre los tejados del Raval. A una cincuentena de metros de la azotea donde se encontraban, una hilera de edificios reventó ante sus ojos como si estuvieran prendidos de la mecha de una traca. La onda expansiva pulverizó cientos de ventanales en una lluvia de cristal y arrancó de cuajo cuanto encontró en los terrados colindantes. Un palomar situado en el edificio contiguo se precipitó sobre la cornisa y fue a dar al otro lado de la calle, derribando un tanque de agua que cayó al vacío y estalló con estrépito al impactar contra el empedrado. Fermín oyó los gritos de pánico en la calle.

Se quedaron paralizados, incapaces de dar un paso más. Permanecieron así durante varios segundos, la mirada prendida en aquel enjambre de aviones que seguían acribillando la ciudad. Fermín avistó la dársena del puerto sembrada de buques medio hundidos. Grandes láminas de gasóleo encendido se esparcían sobre la superficie y engullían a quienes se habían lanzado al agua y nadaban desesperadamente intentando alejarse. Los tinglados y hangares de los muelles ardían con furia. Una explosión en cadena de tanques de combustible derribó una hilera de enormes grúas de carga. Uno a uno, los gigantescos armazones de metal se precipitaron sobre los cargueros y barcos de pesca amarrados en el muelle, sepultándolos bajo el agua. A lo lejos, entre la niebla de azufre y gasóleo, los aviones daban la vuelta sobre el mar y se preparaban para una nueva pasada. Fermín cerró los ojos y dejó que aquel viento sucio y ardiente le arrancara el sudor del cuerpo. «Aquí me tenéis, malnacidos. A ver si acertáis de una puñetera vez».

15

Cuando creía que solo podía oír el ruido de los aviones acercándose de nuevo, reparó en la voz de la niña a su lado. Abrió los ojos y encontró a Alicia. La pequeña trataba de tirar de él con todas sus fuerzas y gritaba con la voz llena de pánico. Fermín se volvió. Lo que quedaba en pie del edificio se estaba deshaciendo entre las llamas como un castillo de arena en la marea. Echaron a correr hasta el extremo de la azotea y desde allí consiguieron saltar el muro que la separaba del edificio contiguo. Fermín aterrizó rodando y sintió una súbita punzada de dolor en la pierna izquierda. Alicia seguía tirando de él y le ayudó a incorporarse. Él se palpó el muslo y notó la sangre tibia brotando entre los dedos. El fulgor de las llamas iluminó el muro que habían saltado y desveló una cresta sembrada de aristas de vidrio ensangrentado. La náusea le nubló la vista, pero respiró hondo y no se detuvo. Alicia seguía tirando de él. Arrastrando la pierna, que dejaba un rastro oscuro y brillante sobre las baldosas, Fermín siguió a la niña a través del terrado hasta el muro que lo separaba de la finca que daba a la calle del Arco del Teatro. Se aupó como pudo a unas cajas de madera que estaban apoyadas contra la pared y se asomó a la azotea contigua. Allí se alzaba una estructura de aspecto ominoso, un viejo palacio que tenía los ventanales sellados y una fachada monumental que parecía llevar décadas sumergida en el fondo de un pantano. Una gran cúpula de cristal velado coronaba el edificio a modo de linterna, punteada por un pararrayos en cuya aguja ondeaba la silueta de un dragón.

La herida en la pierna le palpitaba con un dolor sordo y tuvo que aferrarse a la cornisa para no desplomarse. Sintió la sangre tibia dentro del zapato y le asaltó un nuevo envite de náusea. Supo que iba a perder la consciencia de un momento a otro. Alicia le miraba, aterrorizada. Fermín sonrió como pudo.

—No es nada —dijo—. Un rasguño.

A lo lejos, el escuadrón de aviones había dado la vuelta sobre el mar y rebasaba ya el espigón del puerto volando de nuevo hacia la ciudad. Fermín le tendió la mano a Alicia.

—Agárrate.

La niña negó con lentitud.

—Aquí no estamos seguros. Tenemos que cruzar a la azotea de al lado para encontrar la manera de bajar hasta la calle, y de ahí al metro —dijo con escasa convicción.

—No —murmuró la pequeña.

—Dame la mano, Alicia.

La niña dudó, aunque finalmente se la tendió. Fermín la elevó con fuerza, aupándola a lo alto de las cajas. Una vez allí la levantó hasta el borde de la cornisa.

—Salta —ordenó.

Alicia apretó el libro contra el pecho y negó. Fermín oyó el traqueteo de las ametralladoras acribillando los tejados a su espalda y empujó a la niña. Cuando

Alicia aterrizó al otro lado del muro se volvió para alargar la mano hacia Fermín, pero su amigo no estaba allí. Seguía aferrado a la cornisa al otro lado del muro. Estaba pálido y tenía los párpados caídos, como si apenas pudiera mantenerse consciente.

—Corre —le espetó con su último aliento—. Corre.

Fermín se desplomó de rodillas y cayó de espaldas. Oyó el rumor de los aviones pasar justo por encima de ellos y antes de cerrar los ojos vio cómo un racimo de bombas se desprendía del cielo.

16

Alicia corrió con desesperación a través del terrado en dirección a la gran cúpula acristalada. Nunca supo dónde estalló el obús, si fue al rozar la fachada de uno de los edificios o en el aire. Lo único que pudo percibir fue la brutal embestida de una muralla de aire comprimido a su espalda, un vendaval ensordecedor que la levantó en el aire y la propulsó hacia adelante. Una ráfaga de pedazos de metal ardiendo le pasó rozando. Fue entonces cuando sintió cómo un objeto del tamaño de un puño le punzaba con fuerza la cadera. El impacto la hizo girar en el aire y la propulsó contra la cúpula de cristal. Alicia atravesó una cortina de vidrio astillado y se precipitó al vacío. El libro le resbaló de las manos.

La niña cayó en picado a través de la penumbra durante lo que le pareció una eternidad hasta dar sobre un tendido de lona que amortiguó su descenso. La lámina de tejido se dobló bajo su peso y la dejó tumbada boca arriba en lo que semejaba una plataforma de madera. En lo alto, a unos quince metros de donde se hallaba, pudo ver el agujero que su cuerpo había dejado en el cristal al atravesar la cúpula. Intentó inclinarse a un lado, pero descubrió que no sentía la pierna derecha y que apenas podía mover el cuerpo de cintura para abajo. Volvió la vista y advirtió que el libro que creía perdido había quedado al borde de la plataforma.

Ayudándose con los brazos, se arrastró hasta allí y rozó el lomo con los dedos. Una nueva explosión sacudió el edificio y la vibración precipitó el libro al vacío. Alicia se asomó al borde y lo vio caer, aleteando sus páginas hacia el abismo. El resplandor de las llamas que salpicaba las nubes proyectó un haz de luz que se derramó por la tiniebla. Alicia apretó la mirada, incrédula. Si la vista no le engañaba, había aterrizado en lo alto de una enorme espiral, una torre articulada en torno a un infinito laberinto de corredores, pasadizos, arcos y galerías que parecía una inmensa catedral. Pero a diferencia de las catedrales que conocía, aquella no estaba hecha de piedra.

Estaba hecha de libros.

Los soplos de luz que caían desde la cúpula desvelaron ante sus ojos nudos de escalinatas y puentes flanqueados de miles y miles de tomos que entraban y salían de aquella estructura. Al pie del abismo vislumbró una burbuja de luz que se desplazaba lentamente. La luz se detuvo y, al afinar la vista, Alicia vio que un hombre de cabello cano sostenía un farol y miraba hacia arriba. Un dolor intenso le acuchilló la cadera y sintió que se le nublaba la vista. Poco después cerró los ojos y perdió la noción del tiempo.

Despertó al notar que alguien la tomaba en brazos con delicadeza. Entreabrió los ojos y acertó a ver que descendían por un interminable corredor que se escindía en decenas de galerías que se abrían en todas direcciones, galerías formadas por paredes

y paredes tramadas de libros. El hombre de pelo cano y rasgos de ave rapaz que había visto al pie del laberinto la sostenía en sus brazos. Al llegar al pie de la estructura, el guardián de aquel lugar la condujo a través de la gran bóveda hasta un rincón y la acomodó en un camastro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Alicia —balbuceó ella.

—Yo soy Isaac.

El hombre procedió entonces a examinar con gesto grave la herida que palpitaba en la cadera de la pequeña. La cubrió con una manta y, sosteniéndole la cabeza con la mano, le acercó un vaso de agua fresca a los labios. Alicia sorbió con avidez. Las manos del guardián le acomodaron la cabeza sobre el cojín. Isaac le sonreía, pero sus ojos delataban consternación. Tras él, alzándose en lo que creyó que era una basílica esculpida con todas las bibliotecas del mundo, se levantaba el laberinto que había visto desde la cima. Isaac se sentó en una silla a su lado y le sostuvo la mano.

—Ahora descansa.

Apagó el farol y ambos quedaron sumidos en una penumbra azulada salpicada por destellos de fuego que se derramaban desde lo alto. La geometría imposible del laberinto de libros se perdía en la inmensidad y Alicia pensó que lo estaba soñando, que la bomba había explotado en el comedor de la abuela y que ella y su amigo nunca habían salido de aquel edificio en llamas.

Isaac la observaba con tristeza. El sonido de las bombas, de las sirenas y la muerte recorriendo a fuego Barcelona llegaba a través de los muros. Se oyó una explosión cercana que sacudió las paredes y el suelo bajo sus pies arrancando nubes de polvo. Alicia se estremeció en el camastro. El guardián encendió una vela y la dejó reposar en una mesita junto al lecho donde yacía Alicia. El resplandor de la llama dibujó el contorno de la estructura prodigiosa que se alzaba en el centro de la bóveda. Isaac advirtió que aquella visión prendía en la mirada de Alicia instantes antes de que la niña perdiera el conocimiento. Suspiró.

—Alicia —dijo por fin—. Bienvenida al Cementerio de los Libros Olvidados.

17

Fermín abrió los ojos a una inmensidad de blanco celestial. Un ángel uniformado le estaba vendando el muslo y una galería de camillas se perdía en una fuga infinita.

—¿Es esto el purgatorio? —preguntó.

La enfermera alzó la vista y le miró de reojo. No debía de tener más de dieciocho años, y lo primero que Fermín pensó fue que, para ser un ángel en nómina divina, estaba de bastante mejor ver de lo que invitaban a pensar las estampas que se repartían en bautizos y comuniones. La presencia de pensamientos impuros solo podía significar dos cosas: mejoría en el tono físico o inminente condena eterna.

—Vaya por delante que hago apostasía de mi descreimiento canalla y suscribo al pie de la letra los Testamentos, Nuevo y Viejo, en el orden que su angelical merced estime más oportuno.

Al ver que el paciente recobraba el sentido y el habla, la enfermera hizo un gesto y un médico que tenía aspecto de no haber dormido en una semana se aproximó a la camilla. El doctor le alzó los párpados con los dedos y le examinó los ojos.

—¿Estoy muerto? —preguntó Fermín.

—No exagere. Está un tanto cascado, pero en general bastante vivo.

—Entonces ¿esto no es el purgatorio?

—Qué más quisiera usted. Estamos en el hospital Clínico. O sea, en el infierno.

Mientras el médico le examinaba la herida, Fermín consideró el giro de los acontecimientos e intentó recordar cómo había llegado hasta allí.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el doctor.

—Algo preocupado, la verdad. He soñado que Jesucristo me visitaba y teníamos una larga y profunda conversación.

—¿Acerca de qué?

—Primordialmente de fútbol.

—Eso es por el calmante que le hemos dado.

Fermín asintió, aliviado.

—Ya me lo pareció cuando el Señor afirmó que era del Atleti de Madrid.

El médico mostró una leve sonrisa y murmuró unas instrucciones a la enfermera.

—¿Cuánto hace que estoy aquí?

—Unas ocho horas.

—¿Y la criatura?

—¿El niño Jesús?

—No. La niña que estaba conmigo.

La enfermera y el médico intercambiaron una mirada.

—Lo siento, pero no había ninguna niña con usted. Que yo sepa, le encontraron de milagro en una azotea del Raval, desangrándose.

—¿Y no trajeron a ninguna niña conmigo?

El médico bajó la mirada.

—Viva, no.

Fermín hizo amago de incorporarse. La enfermera y el doctor le sujetaron contra la camilla.

—Doctor, tengo que salir de aquí. Hay una criatura indefensa por ahí que necesita de mi ayuda…

El médico asintió a la enfermera, que rápidamente tomó un frasco del carrito de medicamentos y apósitos que la acompañaban en su periplo por las camillas y empezó a preparar una inyección. Fermín negó con la cabeza pero el médico le sujetó con fuerza.

—Me temo que no puedo dejarle ir todavía. Le voy a pedir un poco de paciencia. No quisiera que tuviésemos un susto.

—No se preocupe, que yo tengo más vidas que un gato.

—Y menos vergüenza que un ministro, motivo por el cual le voy a pedir también que deje de pellizcar en el culo a las enfermeras cuando le cambian las vendas. ¿Estamos?

Fermín sintió la punzada de la aguja en el hombro derecho y el frío esparciéndose por sus venas.

—¿Puede volver usted a preguntar, doctor, por favor? Se llama Alicia.

El doctor aflojó su presa y la dejó reposar en la camilla. Los músculos de Fermín se fundieron en gelatina y sus pupilas se dilataron, haciendo del mundo una acuarela que se deshacía bajo el agua. La voz lejana del médico se perdió en el eco de su descenso. Sintió que caía a través de nubes de algodón y que el blanco de la galería se desmenuzaba en un polvo de luz que se evaporaba en el bálsamo líquido que prometía el paraíso de la química.

18

Le dieron el alta a media tarde, porque el hospital ya no daba abasto y cualquiera que no estuviese moribundo pasaba por sano. Armado de una muleta de madera y una muda nueva que le había prestado un difunto, Fermín consiguió abordar un tranvía a las puertas del hospital Clínico, que le condujo de regreso a las calles del Raval. Allí empezó a visitar los cafés, colmados y comercios que quedaban abiertos, preguntando a voces si alguien había visto a una niña llamada Alicia. La gente, al ver a aquel hombrecillo enjuto y demacrado, negaba en silencio creyendo que el pobre infeliz buscaba en vano, como tantos otros, a su hija muerta, uno más de entre los novecientos cuerpos —un centenar de ellos niños— que se recogerían en las calles de Barcelona aquel 18 de marzo de 1938.

Al atardecer, Fermín recorrió de arriba abajo las Ramblas. Las bombas habían hecho descarrilar tranvías que yacían todavía humeantes con un pasaje de cadáveres a bordo. Cafés que horas antes estaban repletos de clientes ahora eran galerías espectrales de cuerpos inertes. Las aceras estaban cubiertas de sangre, y nadie, mientras intentaban llevarse a los heridos, cubrir a los muertos o sencillamente huir hacia ninguna parte, recordaba haber visto a una niña como la que describía.

Aun así, Fermín no perdió la esperanza ni cuando encontró una hilera de cadáveres tendidos sobre la acera frente al Gran Teatro del Liceo. Ninguno de ellos parecía mayor de ocho o nueve años. Fermín se arrodilló. A su lado, una mujer acariciaba los pies de un niño con un orificio negro del tamaño de un puño en el pecho.

—Está muerto —dijo la mujer sin necesidad de que Fermín le preguntase—. Están todos muertos.

Durante toda la noche, mientras la ciudad retiraba los escombros y las ruinas de decenas de edificios dejaban de arder, Fermín recorrió de puerta en puerta las calles del Raval preguntando por Alicia.

Por último, al amanecer, fue consciente de que no podía dar un paso más y se dejó caer en los peldaños de la iglesia de Belén. Al poco, un guardia con el rostro cubierto de carbonilla y el uniforme manchado de sangre se sentó a su lado. Cuando le preguntó por qué lloraba, Fermín se abrazó a él y le dijo que se quería morir porque el destino había puesto en sus manos la vida de una criatura y él la había traicionado y no la había sabido proteger. Si a Dios o al demonio les quedaba un soplo de decencia en el cuerpo, continuó, aquel mundo de mierda se acabaría para siempre al día siguiente o al otro porque no merecía seguir existiendo.

El guardia, que llevaba muchas horas sin descanso sacando cadáveres de entre los escombros, incluidos el de su esposa y su hijo de seis años, le escuchó con calma.

—Amigo mío —dijo al fin—. No pierda la esperanza. Si algo he aprendido en este perro mundo es que el destino siempre está a la vuelta de la esquina. Como si fuese un chorizo, una furcia o un vendedor de lotería, sus tres encarnaciones más

socorridas. Y si algún día decide usted ir a por él (porque lo que el destino no hace son visitas a domicilio), ya verá cómo le concederá una segunda oportunidad.

BAILE DE MÁSCARAS

Madrid

1959

El Excmo. Señor

Don Mauricio Valls y Echevarría

y

Doña Elena Sarmiento de Fontalva

se complacen en invitarle al

<u>Baile de Máscaras</u>

que tendrá lugar en el

Palacete Villa Mercedes
de Somosaguas

el día 24 de noviembre de 1959

a partir de las 7 de la tarde.

Se ruega confirmar la asistencia al servicio de protocolo del Ministerio de Educación Nacional antes del día 1 de noviembre.

1

La habitación existía en perpetua penumbra. Los cortinajes llevaban años corridos y estaban cosidos para impedir que se filtrase cualquier atisbo de claridad. La única fuente de luz que arañaba la tiniebla provenía de un aplique de cobre en la pared. Su halo ocre y mortecino dibujaba el contorno de un lecho coronado por un baldaquín del que pendía un velo diáfano. Tras él, se adivinaba su figura, estática. «Parece una carroza funeraria», pensó Valls.

Mauricio Valls observó la silueta de su esposa Elena. Yacía inmóvil, postrada en la cama que había sido su prisión durante la última década, una vez que ya no había sido posible sentarla en la silla de ruedas. Con los años, el mal que consumía sus huesos había retorcido el esqueleto de doña Elena hasta reducirla a un amasijo irreconocible de miembros en perpetua agonía. Un crucifijo de caoba la contemplaba desde la cabecera de la cama, pero el cielo, en su infinita crueldad, no le concedía la bendición de la muerte. «La culpa es mía —pensaba Valls—. Lo hace para castigarme a mí».

Valls escuchó el sonido de su respiración torturada entre el eco de los acordes de la orquesta y las voces de los más de mil invitados que había abajo, en el jardín. La enfermera del turno de noche se incorporó de la silla que ocupaba junto al lecho y se aproximó a Valls con sigilo. Él no recordaba su nombre. Las enfermeras que velaban a su esposa nunca duraban más de dos o tres meses en el puesto, por muy alto que fuera el sueldo que se les ofreciese. No las culpaba.

—¿Duerme? —preguntó Valls.

La enfermera negó.

—No, señor ministro, pero el doctor ya le ha puesto la inyección de la noche. Ha pasado la tarde inquieta. Ahora está mejor.

—Déjenos —indicó Valls.

La enfermera asintió y abandonó la habitación cerrando la puerta a su espalda. Valls se acercó al lecho. Apartó el velo de gasa y se sentó a un lado de la cama. Cerró los ojos un instante y escuchó su respiración rasgada, dejando que el hedor amargo que desprendía su cuerpo le impregnase. Oyó el sonido de sus uñas arañando la sábana. Cuando se volvió, la sonrisa impostada en los labios y la expresión serena de calma y afecto ya congelada en el rostro, Valls comprobó que su esposa le estaba mirando con ojos de fuego. Aquella enfermedad a la que los médicos más caros de Europa no habían conseguido poner remedio ni nombre había deformado sus manos hasta convertirlas en nudos de piel áspera que le recordaban a las garras de un reptil o un ave rapaz. Valls tomó lo que había sido la mano derecha de su esposa y enfrentó aquella mirada encendida de rabia y de dolor. Tal vez de odio, deseó Valls. La idea de que aquella criatura aún albergase un ápice de afecto hacia él o hacia el mundo se le antojaba demasiado cruel.

—Buenas noches, mi amor.

Elena había perdido prácticamente las cuerdas vocales hacía poco más de dos años y formar una palabra le requería un esfuerzo mayúsculo. Aun así, correspondió a su saludo con un gemido gutural que parecía arrancar de lo más profundo del cuerpo deformado que se intuía bajo las sábanas.

—Me dicen que has pasado mal día —continuó él—. La medicina pronto hará efecto y podrás descansar.

Valls no aflojó la sonrisa ni soltó aquella mano que le inspiraba repugnancia y temor. La escena se desarrollaría como todos los días. Él le hablaría en voz baja por espacio de unos minutos mientras le sostenía la mano y ella le observaría con aquella mirada que quemaba hasta que la morfina adormeciese el dolor y la furia y Valls pudiera abandonar así aquella habitación al fondo del corredor del tercer piso, para no regresar hasta la noche siguiente.

—Ha venido todo el mundo. Mercedes ha estrenado su vestido largo y me dicen que ha bailado con el hijo del embajador británico. Todos han preguntado por ti y te envían su cariño.

Mientras desgranaba el ritual de banalidades, su mirada se posó en la bandejita de instrumentos metálicos y jeringuillas que había sobre una mesa de metal recubierta de terciopelo rojo junto a la cama. Las ampollas de morfina relucían a la lumbre como piedras preciosas. Su voz quedó suspendida, las palabras huecas perdidas en el aire. Elena había seguido la dirección de su mirada y ahora sus ojos se clavaron en él en un acto de súplica, su rostro bañado en lágrimas. Valls observó a su esposa y suspiró. Se inclinó para besarla en la frente.

—Te quiero —murmuró.

Al oír estas palabras, Elena apartó el rostro y cerró los ojos. Valls le acarició la mejilla y se incorporó. Corrió el velo y atravesó la habitación abotonándose el chaqué y limpiándose los labios con un pañuelo que dejó caer al suelo antes de abandonar la estancia.

2

Pocos días antes, Mauricio Valls había citado a su hija Mercedes en su despacho, situado en lo alto de la torre, para preguntarle qué quería como regalo de cumpleaños. Había pasado ya la época de las exquisitas muñecas de porcelana y de los libros de cuentos. Mercedes, a la que lo único que le quedaba de niña era la risa y la devoción por su padre, declaró que su máximo, y único, deseo era poder asistir al baile de máscaras que tendría lugar en la finca que llevaba su nombre en un par de semanas.

—Tendré que consultarlo con tu madre —mintió Valls.

Mercedes le abrazó y le besó, sellando aquella promesa tácita que sabía ganada. Antes de hablar con su padre, Mercedes ya había elegido el vestido que iba a lucir, un deslumbrante atuendo color vino confeccionado en un taller de alta costura de París para su madre que doña Elena nunca había podido estrenar. El vestido, como los cientos de galas y joyas de una vida robada que su progenitora no había llegado a vivir, llevaba quince años confinado en los armarios del lujoso y solitario vestidor contiguo a la antigua *suite* matrimonial situada en el segundo piso, que ya no se utilizaba. Durante años, cuando todos la creían durmiendo en su habitación, Mercedes se colaba en el dormitorio de su madre y tomaba prestada la llave que había en el cuarto cajón de una cómoda junto a la entrada. La única enfermera de noche que había tenido la osadía de mencionar su presencia fue despedida sin ceremonia ni compensación cuando Mercedes la acusó de robar una pulsera del tocador de su madre que ella misma enterró en el jardín, detrás de la fuente de los ángeles. El resto nunca osó abrir la boca y fingía no verla en la penumbra perenne que velaba la estancia.

Llave en mano se deslizaba a media noche en el vestidor, una amplia cámara que quedaba aislada en el ala oeste de la casa y que olía a polvo, naftalina y abandono. Portando una vela en las manos, recorría los pasillos flanqueados por vitrinas de cristal repletas de zapatos, alhajas, vestidos y pelucas. Los rincones de aquel mausoleo de prendas y recuerdos estaban velados de telarañas y la pequeña Mercedes, que había crecido en la acomodada soledad de las princesas elegidas, imaginaba que todos aquellos objetos maravillosos pertenecían a una muñeca rota, maldita, que había sido confinada en una celda al final del pasillo del tercer piso y que nunca luciría aquellas telas ni aquellas joyas de relumbrón.

A veces, al abrigo de la medianoche, Mercedes dejaba la vela en el suelo y se enfundaba uno de aquellos vestidos para bailar a solas en la penumbra al compás de una vieja caja de música a la que daba cuerda y que desgranaba las notas del ensueño de Sherezade. Sintiendo una punzada de placer, imaginaba las manos de su padre llevándola de la cintura a través de un gran salón de baile mientras todos la miraban con envidia y admiración. Cuando las luces del alba se insinuaban en los resquicios de los cortinajes, Mercedes devolvía la llave a la cómoda y se apresuraba a regresar al lecho y a un sueño fingido del que una doncella la despertaría al filo de las siete de la

mañana.

La noche del baile de máscaras a nadie se le ocurrió que aquel vestido que le dibujaba el talle a pincel pudiera haber sido confeccionado para otra que no fuera ella. Mientras se deslizaba por la pista al son de la orquesta en brazos de unos y otros, Mercedes sentía sobre ella los ojos de cientos de invitados acariciándola con lujuria y anhelo. Sabía que su nombre estaba en labios de todos y sonreía para sí al captar al vuelo conversaciones en las que ella era la protagonista.

Rondaban las nueve de la noche de aquella velada largamente imaginada cuando Mercedes, a su pesar, abandonó la pista de baile y se encaminó hacia las escalinatas de la casa principal. Había albergado la esperanza de poder al menos bailar un tema con su padre, pero este no había hecho acto de presencia y nadie lo había visto todavía. Don Mauricio le había hecho prometer que a las nueve se retiraría a su habitación como condición para permitirle asistir y Mercedes no tenía intención de contrariarlo. «El año que viene».

Por el camino oyó a un par de colegas de su padre en el Gobierno, dos patricios entrados en años que no habían dejado de mirarla con ojos vidriosos durante toda la noche. Murmuraban sobre cómo don Mauricio había podido comprarlo todo en la vida con la fortuna de su pobre esposa, incluyendo una noche extrañamente primaveral en pleno otoño madrileño en la que lucir a la pequeña putita de su hija ante lo más granado de la sociedad del momento. Embriagada por el champán y los giros del vals, Mercedes se volvió para replicarles, pero una figura le salió al paso y la sostuvo gentilmente del brazo.

Irene, la institutriz que había sido su sombra y consuelo durante los últimos diez años de su vida, le sonrió con calidez y la besó en la mejilla.

—No les hagas ni caso —dijo tomándola del brazo.

Mercedes sonrió y se encogió de hombros.

—Estás guapísima. Déjame que te vea bien.

La joven bajó los ojos.

—Este vestido es precioso y te queda que ni pintado.

—Era de mi madre.

—Después de esta noche va a ser siempre tuyo y de nadie más.

Mercedes asintió sonrojada al halago, que venía teñido con el regusto amargo de la culpa.

—¿Ha visto a mi padre, doña Irene?

La mujer negó.

—Es que todos preguntan por él…

—Tendrán que esperar.

—Le prometí que solo estaría hasta las nueve. Tres horas menos que Cenicienta.

—Entonces más vale que apretemos el paso antes de que yo me transforme en

calabaza… —bromeó la institutriz sin ganas.

Recorrieron el sendero que cruzaba el jardín bajo una guirnalda de faroles que dibujaban el rostro de extraños que sonreían a su paso como si la conociesen y sostenían copas de champán que brillaban como puñales envenenados.

—¿Va a bajar mi padre al baile, doña Irene? —preguntó Mercedes.

La institutriz esperó a estar lejos del alcance de oídos indiscretos y miradas furtivas para responder.

—No lo sé. No le he visto en todo el día…

Mercedes iba a replicar cuando oyeron a su espalda un pequeño revuelo. Se volvieron para comprobar que la orquesta había dejado de tocar y que uno de los dos caballeros que había murmurado maliciosamente a su paso había tomado el podio y se disponía a dirigirse a la concurrencia. Antes de que Mercedes pudiera preguntar de quién se trataba, la institutriz le murmuró al oído:

—Es don José María Altea, el ministro de Gobernación…

Un subalterno tendió un micrófono al político y el murmullo de los invitados se ahogó en un sigilo respetuoso. Los músicos de la orquesta adoptaron un semblante solemne y alzaron la vista hacia el ministro, que sonreía contemplando a la audiencia mansa y expectante. Altea repasó con la mirada los cientos de rostros que le observaban, asintiendo para sí. Por último, sin prisa y con el temple pausado y autoritario de un predicador que sabe de la docilidad de su rebaño, se llevó el micrófono a los labios e inició su homilía.

3

—Queridos amigos, es para mí un placer y un honor poder pronunciar estas breves palabras ante tan distinguida concurrencia, reunida hoy aquí para rendir un sincero y merecido homenaje a uno de los grandes hombres de esta nueva España renacida de sus propias cenizas. Y me llena de satisfacción el poder hacerlo cuando ya se han cumplido veinte años del glorioso triunfo de la cruzada de liberación nacional que ha colocado a nuestro país en lo más alto del podio de las naciones del orbe. Una España guiada de la mano de Dios por el Generalísimo y forjada con el temple de hombres como el que hoy nos recibe en su hogar y a quien tanto debemos. Un hombre clave en el desarrollo de esta gran nación, de la que hoy nos sentimos orgullosos y que es la envidia de Occidente, y de su cultura inmortal. Un hombre al que me llena de orgullo y gratitud poder contar entre mis mejores amigos: don Mauricio Valls y Echevarría.

Una marea de aplausos recorrió el gentío de punta a punta de los jardines. A la ovación no faltaron ni los sirvientes, ni los guardaespaldas, ni los músicos de la orquesta. Altea capeó las ovaciones y los bravos con sonrisa benevolente, asintiendo con gesto paternal y apaciguando el entusiasmo de los allí congregados con gesto cardenalicio.

—¿Qué decir de don Mauricio Valls que no se haya dicho ya? Su trayectoria intachable y ejemplar data ya de los orígenes mismos del Movimiento y está grabada en nuestra historia con letras de oro. Pero ha sido quizá en ese campo, si se me permite la licencia, el de las Letras y las Artes, donde nuestro admirado y querido don Mauricio se ha distinguido de un modo excepcional y nos ha obsequiado con logros que han llevado la cultura de este país a nuevas cotas. No satisfecho con haber contribuido a edificar las sólidas bases de un régimen que ha traído paz, justicia y bienestar al pueblo español, don Mauricio ha sabido también que no solo de pan vive el hombre y se ha erigido como la más brillante de las luces de nuestras Letras. Autor de títulos inmortales y pluma insigne de nuestra literatura, fundador del Instituto Lope de Vega, que ha llevado a nuestras Letras y a nuestro idioma por todo el mundo y que solo este año ha abierto delegaciones en veintidós capitales mundiales, editor incansable y exquisito, descubridor y defensor de la gran literatura y de la más excelsa cultura de nuestro tiempo, arquitecto de una nueva forma de entender y practicar las artes y el pensamiento… Faltan palabras para poder empezar a describir la mayúscula contribución de nuestro anfitrión a la formación y educación de los españoles de hoy y de mañana. Su labor al frente del Ministerio de Educación Nacional ha propulsado las estructuras fundamentales de nuestro saber y nuestro crear. Es por tanto de justicia afirmar que sin don Mauricio Valls la cultura española no habría sido la misma. Su impronta y su genial visión nos acompañarán durante generaciones, y su obra inmortal se mantendrá en lo más alto del Parnaso español por los tiempos de los tiempos.

La pausa, emocionada, abrió paso a una nueva ovación en la que ya muchas eran

las miradas que buscaban entre el gentío al homenajeado ausente, al hombre del momento, al que nadie había visto en toda la velada.

—No quiero extenderme más, porque sé que serán muchos los que desearán expresar personalmente a don Mauricio su gratitud y admiración, a los que me sumo. Tan solo quisiera compartir con ustedes el mensaje personal de afecto, agradecimiento y sentido homenaje hacia mi colega en el gabinete y queridísimo amigo don Mauricio Valls que hace apenas unos minutos me ha hecho llegar el Jefe del Estado, el Generalísimo Franco, desde el palacio de El Pardo, donde asuntos de Estado de última hora le han retenido…

Un suspiro de decepción, miradas entre los concurrentes y un silencio grave fueron el preámbulo de la lectura de la nota que Altea extrajo de su bolsillo.

—«Querido amigo Mauricio, español universal y colaborador indispensable que tanto has hecho por nuestro país y por nuestra cultura: Doña Carmen y yo mismo queremos hacerte llegar nuestro más afectuoso abrazo y nuestro agradecimiento en nombre de todos los españoles por veinte años de servicio ejemplar…».

Altea alzó la vista y la voz para rematar la faena con un «¡Viva Franco!» y «¡Arriba España!» que la audiencia coreó con ímpetu y que arrancó no pocos saludos de brazo en alto y lágrimas en flor. Al estruendoso aplauso que inundó el jardín se sumó también Altea. Antes de abandonar el escenario, el ministro asintió hacia el director de orquesta, quien no dejó naufragar la ovación en el murmullo y la rescató con un sonoro vals que pareció sostenerla en el aire durante el resto de la velada. Para entonces, cuando estaba claro que el Generalísimo no acudiría, ya eran muchos los que dejaron caer sus antifaces y máscaras al suelo y empezaron a desfilar hacia la salida.

4

Valls oyó el eco de la ovación que había cerrado el discurso de Altea desvanecerse entre los compases de la orquesta. Altea, «su gran amigo y estimado colega» que llevaba años intentando apuñalarle por la espalda y a quien aquel mensaje del Generalísimo disculpando su ausencia en el baile debía de haber sabido a gloria. Maldijo por lo bajo a Altea y a su hatajo de hienas, una jauría de nuevos centuriones a quien más de uno ya llamaba *las flores envenenadas*, que brotaban en las sombras del régimen y empezaban a copar puestos clave en la administración. La mayoría de ellos merodeaba por el jardín en aquellos momentos, bebiéndose su champán y mordisqueando sus canapés. Olfateando su sangre. Valls se llevó a los labios el cigarrillo que sostenía entre los dedos y advirtió que apenas quedaba un atisbo de ceniza. Vicente, el jefe de su escolta personal, le observaba desde el otro extremo del corredor y se aproximó para ofrecerle uno de los suyos.

—Gracias, Vicente.

—Enhorabuena, don Mauricio… —murmuró su fiel cancerbero.

Valls asintió, riendo por lo bajo con amargura. Vicente, siempre fiel y respetuoso, regresó a su puesto en el extremo del corredor donde, si uno no hacía un esfuerzo por mantener la vista en él, parecía fundirse con las paredes y desaparecer entre el papel pintado.

Valls inspiró una primera calada y contempló el amplio corredor que se abría al frente a través de la cortina azulada que exhalaba su aliento. Mercedes la llamaba *la galería de los retratos*. El pasillo rodeaba todo el tercer piso y estaba sembrado de cuadros y esculturas que le conferían un aire de gran museo huérfano de público. Lerma, el conservador del Prado que mantenía su colección, siempre le recordaba que no debía fumar allí y que la luz del sol dañaba los lienzos. Valls saboreó otra calada a su salud. Le constaba que lo que Lerma quería decir, pero no tenía ni los arrestos ni el nervio de insinuar, era que aquellas piezas no merecían estar confinadas en un domicilio particular, por grandioso que fuera el escenario y poderoso su dueño, y que su hogar natural era un museo donde pudieran ser admiradas y disfrutadas por el público, esas almas minúsculas que aplaudían en los ceremoniales y hacían cola en los funerales.

A Valls le complacía sentarse a veces en una de las sillas obispales que punteaban la galería de los retratos y deleitarse en sus tesoros, muchos de ellos prestados o directamente alzados de colecciones privadas de ciudadanos que habían quedado en el lado equivocado de la contienda. Otros provenían de museos y palacios bajo la jurisdicción de su ministerio a título de préstamo por período indefinido. Le gustaba recordar aquellas tardes de verano cuando la pequeña Mercedes no tenía ni diez años y, sentada en sus rodillas, escuchaba las historias que escondían cada uno de aquellos prodigios. Valls se refugiaba en aquella memoria, en la mirada embrujada de su hija al oírle hablar de Sorolla y Zurbarán, de Goya y Velázquez.

Más de una vez había querido creer que, mientras permaneciera allí, al amparo de la luz y el ensueño de aquellos lienzos, los días compartidos con Mercedes, días de gloria y de plenitud, nunca se escaparían de sus manos. Hacía ya tiempo que su hija no acudía a pasar la tarde con él para escuchar sus relatos magistrales sobre la Edad de Oro de la pintura española, pero el mero acto de buscar refugio en aquella galería aún le reconfortaba y le hacía olvidar que Mercedes era ya una mujer a la que no reconocía en su vestido de gala bailando bajo miradas de codicia y deseo, de recelo y malicia. Pronto, muy pronto, ya no podría protegerla de aquel mundo de sombras que no la merecía y acechaba hambriento más allá de los muros de la casa.

Apuró su cigarrillo en silencio y se incorporó. El susurro de la orquesta y las voces en el jardín se intuían tras las cortinas entornadas. Se encaminó hacia la escalinata que conducía a la torre sin volver la vista. Vicente, desprendiéndose de la oscuridad, le siguió, sus pasos imperceptibles a su espalda.

5

Tan pronto como introdujo la llave en la cerradura de su despacho supo que la puerta estaba abierta. Valls se detuvo, los dedos todavía sujetando la llave, y se volvió. Vicente, que esperaba a pie de escalera, leyó su mirada y se aproximó con sigilo mientras extraía el revólver del interior de la chaqueta. Valls se apartó unos pasos y Vicente le indicó con un gesto que se apoyara contra la pared, lejos del umbral de la puerta. Una vez Valls estuvo a resguardo, Vicente tensó el percutor del revólver e hizo girar el pomo de la puerta muy lentamente. La lámina de roble labrado se desplazó con suavidad, impulsada por su propio peso, hacia un interior en penumbra.

Manteniendo el revólver en alto, Vicente escrutó las sombras unos instantes. Un halo azulado penetraba por las ventanas y dibujaba el contorno del despacho de Valls. Sus ojos perfilaron el gran escritorio, la butaca de coronel, la biblioteca oval y el sofá de piel sobre la alfombra persa que cubría el suelo. Nada se movía en la sombra. Vicente palpó la pared en busca del interruptor y prendió la luz. No había nadie allí. Vicente bajó el arma y se la enfundó bajo la americana, adentrándose unos pasos en la sala. Valls, a su espalda, observaba desde la entrada. El otro se volvió y negó.

—Quizá me he olvidado de cerrar al salir esta tarde —dijo Valls sin convicción.

Vicente se detuvo en el centro del despacho y miró alrededor con detenimiento. Valls se adentró en la estancia y se aproximó a su escritorio. Vicente estaba comprobando el cierre de las ventanas cuando el ministro lo advirtió. El escolta oyó los pasos de Valls detenerse en seco y se volvió.

La mirada del ministro estaba clavada en el escritorio. Un sobre de tamaño folio de color crema reposaba sobre la lámina de cuero que cubría la parte central de la mesa. Valls sintió que el vello de las manos se le erizaba y un soplo de aire helado le recorría las entrañas.

—¿Todo bien, don Mauricio? —preguntó Vicente.

—Déjame solo.

El guardaespaldas dudó unos segundos. Valls seguía con la mirada anclada en el sobre.

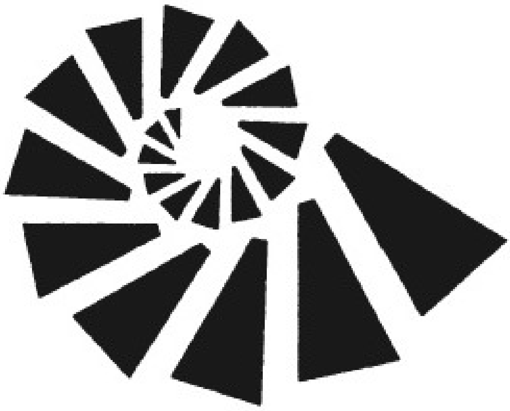
—Estaré fuera si me necesita.

Valls asintió. Vicente se retiró hacia la puerta a regañadientes. Cuando cerró la puerta del despacho, el ministro permanecía inmóvil frente al escritorio observando aquel sobre de pergamino como si fuese una víbora dispuesta a saltarle al cuello.

Rodeó la mesa y se sentó en su butaca cruzando los puños bajo el mentón. Esperó casi un minuto antes de posar la mano en el paquete. Palpó el contenido mientras sentía cómo se le aceleraba el pulso. Introdujo el dedo bajo el sello y lo abrió. El cierre aún estaba húmedo, por lo que cedió con facilidad. Tomó el sobre de un extremo y lo alzó. El contenido se deslizó encima del escritorio. Valls cerró los ojos exhalando un suspiro.

El libro estaba encuadernado en piel negra y no portaba título alguno en la

cubierta, solo un grabado que sugería la imagen de unos peldaños que descendían en una escalera de caracol observada desde una perspectiva cenital.



Le temblaba la mano y la cerró en un puño, apretando con fuerza. Una nota asomaba entre las páginas del libro. Valls tiró de ella. Era una cuartilla amarillenta, arrancada de un cuaderno de contabilidad y reglamentada con líneas horizontales en rojo a dos columnas. En cada una de ellas había una lista de números. Al pie, en tinta roja, se leían estas palabras:

Se te acaba el tiempo.
Tienes una última oportunidad.
En la entrada del laberinto.

Valls sintió que le faltaba el aire. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, sus manos hurgaron en el cajón principal del escritorio y aferraron el revólver que guardaba allí. Se llevó el cañón a la boca y tensó el percutor. El arma sabía a aceite y a pólvora. Le invadió la náusea, pero sostuvo el revólver con ambas manos y mantuvo los ojos cerrados para contener las lágrimas que le caían por el rostro. Oyó entonces los pasos en la escalera y su voz. Mercedes hablaba con Vicente a la puerta de su despacho. Guardó el revólver en el cajón y se secó las lágrimas con la manga del chaqué. Vicente golpeó la puerta suavemente con los nudillos. Valls respiró hondo y esperó un instante. El guardaespaldas llamó de nuevo.

—¿Don Mauricio? Es su hija.

—Déjala pasar —dijo este con voz quebrada.

La puerta se abrió y Mercedes entró enfundada en su vestido de color vino, luciendo una sonrisa encantada que se evaporó tan pronto como posó la mirada en su padre. Vicente observaba desde el umbral con preocupación. Valls asintió y le hizo un gesto para que los dejase a solas.

—Papá, ¿estás bien?

Valls mostró una amplia sonrisa y se incorporó para abrazarla.

—Claro que estoy bien. Y más ahora que te veo.

Mercedes sintió el fuerte abrazo de su padre, que hundió el rostro en su cabello oliéndola como hacía cuando era una niña, como si creyese que inspirar el aroma de su piel pudiera protegerle de todos los males del mundo. Cuando por fin su padre la liberó del abrazo, Mercedes le miró a los ojos y reparó en su mirada enrojecida.

—¿Qué pasa, papá?

—Nada.

—Ya sabes que a mí no me puedes engañar. A los demás sí, pero a mí no…

Valls sonrió. El reloj de su escritorio marcaba las nueve y cinco.

—Ya ves que cumplo mis promesas —dijo ella, leyéndole el pensamiento.

—Eso no lo he dudado nunca.

Mercedes se puso de puntillas y echó un vistazo al escritorio.

—¿Qué lees?

—Nada. Tonterías.

—¿Puedo leerlas yo también?

—No es lectura indicada para jovencitas.

—Yo ya no soy una jovencita —replicó Mercedes sonriendo con malicia infantil y dando una vuelta sobre sí misma para mostrar su vestido y su porte.

—Ya lo veo. Eres toda una mujer.

Mercedes posó la mano sobre la mejilla de su padre.

—¿Y eso es lo que te pone triste?

Valls besó la mano de su hija y negó.

—Claro que no.

—¿Ni siquiera un poco?

—Bueno. Un poco.

Mercedes rio. Valls la imitó, con el sabor a pólvora todavía en sus labios.

—Todos preguntaban por ti en la fiesta…

—Se me ha complicado la noche. Ya sabes cómo son estas cosas.

Mercedes asintió con picardía.

—Sí. Ya lo sé…

Deambuló por el despacho de su padre, un mundo secreto repleto de libros y armarios cerrados, acariciando los lomos de los tomos de la biblioteca con la yema de los dedos. Advirtió que su padre la miraba con ojos nublados y se detuvo.

—No me vas a decir qué te pasa, ¿a que no?

—Mercedes, tú sabes que yo te quiero más que a nada en el mundo y que estoy muy orgulloso de ti, ¿verdad?

Ella dudó. La voz de su padre parecía pender de un hilo, su aplomo y su arrogancia arrancados de cuajo.

—Claro, papá…, y yo te quiero a ti.

—Eso es lo único que importa. Pase lo que pase.

Su padre le sonreía, pero Mercedes pudo ver que estaba llorando. Nunca lo había

visto llorar y sintió miedo, como si el mundo fuera a venírsele abajo. Su padre se secó las lágrimas y le dio la espalda.

—Dile a Vicente que pase.

Mercedes se retiró hacia la puerta pero se detuvo antes de abrirla. Su padre seguía de espaldas, mirando por la ventana hacia el jardín.

—Papá, ¿qué es lo que va a pasar?

—Nada, cielo. No va a pasar nada.

Entonces ella abrió la puerta. Vicente esperaba ya al otro lado con aquel gesto metálico e impenetrable que le ponía los pelos de punta.

—Buenas noches, papá —murmuró.

—Buenas noches, Mercedes.

Vicente le dedicó un asentimiento respetuoso y entró en el despacho. Mercedes se volvió para mirar, pero el guardaespaldas, suavemente, le cerró la puerta en la cara. La muchacha pegó el oído a la puerta y escuchó.

—Ha estado aquí —oyó decir a su padre.

—No puede ser —dijo Vicente—. Todas las entradas estaban vigiladas. Solo el servicio de la casa tenía acceso a las plantas superiores. Tengo hombres apostados en todas las escaleras.

—Te digo que ha estado aquí. Y tiene una lista. No sé cómo la ha conseguido, pero tiene una lista… Dios mío.

Mercedes tragó saliva.

—Tiene que haber un error, señor.

—Mírala tú mismo…

Se hizo un largo silencio. Mercedes contuvo la respiración.

—Los números parecen correctos, señor. No lo entiendo…

—Ha llegado la hora, Vicente. Ya no me puedo esconder más. Es ahora o nunca. ¿Puedo contar contigo?

—Por supuesto, señor. ¿Cuándo?

—Al alba.

Se hizo el silencio y al poco Mercedes oyó pasos aproximándose hacia la puerta. Se apresuró escaleras abajo y no se detuvo hasta llegar a su habitación. Una vez allí, se apoyó contra la puerta y se dejó caer hasta el suelo sintiendo que una maldición había prendido el aire y que aquella noche sería la última de aquel turbio cuento de hadas que habían escenificado durante demasiados años.

6

Siempre la recordaría como un alba gris y fría, como si el invierno hubiera decidido desplomarse de golpe y sumergir Villa Mercedes en un lago de neblina emanada desde el umbral del bosque. Se despertó cuando apenas un hilo de claridad metálica arañaba las ventanas de su habitación. Se había quedado dormida sobre el lecho enfundada todavía en su vestido. Abrió la ventana y el frío húmedo de la mañana le lamió el rostro. Una alfombra de niebla espesa se deslizaba sobre el jardín, arrastrándose como una serpiente que reptaba entre los restos de la fiesta de la noche anterior. El cielo estaba cubierto de nubes negras que se desplazaban lentamente y parecían albergar una tormenta en su interior.

Mercedes salió al pasillo, descalza. La casa estaba sumida en un profundo silencio. Recorrió el corredor en sombras y rodeó el ala este hasta el dormitorio de su padre. Ni Vicente ni ninguno de sus hombres estaban apostados a la puerta, como iba siendo habitual en los últimos años, en que su padre había empezado a vivir a escondidas, siempre al amparo de sus pistoleros de confianza, como si temiera que algo fuese a salir de las paredes y a clavarle un puñal por la espalda. Nunca se había atrevido a preguntarle la razón de aquella práctica. Le bastaba descubrirle a veces con el gesto ausente y la mirada envenenada de resquemor.

Abrió la puerta del dormitorio de su padre sin llamar. La cama estaba sin deshacer. La taza de manzanilla que la doncella dejaba cada noche en la mesita junto a la cama de don Mauricio estaba intacta. A veces se preguntaba si su padre todavía dormía o si pasaba casi todas las noches en vela en su despacho, en lo alto de la torre. La alertó el aleteo de una bandada de pájaros alzando el vuelo en el jardín. Se acercó a la ventana y pudo ver dos siluetas que se dirigían hacia las cocheras. Mercedes pegó el rostro al cristal. Una de las figuras se detuvo y se volvió para mirar en su dirección, como si hubiera sentido sus ojos posarse en él. Mercedes sonrió a su padre, que la observaba sin expresión alguna, su rostro pálido y más viejo de lo que recordaba haberlo visto jamás.

Finalmente Mauricio Valls bajó la mirada y se adentró en el garaje en compañía de Vicente, que portaba una pequeña maleta. La invadió una sensación de pánico. Mercedes había soñado mil veces con aquel instante sin saber lo que significaba. Corrió escaleras abajo, tropezando con muebles y alfombras en la tiniebla acerada del alba. Cuando llegó al jardín la brisa fría y cortante le escupió en el rostro. Descendió la escalinata de mármol y corrió hacia las cocheras a través de una tierra baldía de máscaras caídas, sillas abatidas y guirnaldas de faroles que aún parpadeaban y ondeaban en la niebla. Oyó el motor del coche arrancar y las ruedas deslizarse sobre la pista de gravilla. Cuando Mercedes llegó al camino principal, que conducía al portón de la finca, el coche ya se alejaba a toda prisa. Corrió tras él, ignorando los cortes que las piedras afiladas que cubrían la pista le abrían en los pies. Justo antes de que la niebla se tragara el automóvil para siempre, acertó a ver cómo su padre se

volvía por última vez y le entregaba una mirada desesperanzada a través del parabrisas. Siguió corriendo hasta que el ruido del motor se perdió en la distancia y la puerta de lanzas de la finca se alzó al frente.

Una hora después, Luisa, la doncella que acudía todas las mañanas a despertarla y vestirla, la encontró sentada al borde de la piscina. Tenía los pies colgando sobre el agua teñida con hilos de su sangre y cubierta por decenas de máscaras que flotaban como barcos de papel a la deriva.

—Señorita Mercedes, por el amor de Dios…

La joven estaba tiritando cuando Luisa la envolvió en una manta y la condujo hacia la casa. Cuando llegaron a la escalinata comenzó a caer aguanieve. Un viento hostil se agitaba entre los árboles, derribando guirnaldas, mesas y sillas. Mercedes, que también había soñado aquel instante, supo que la casa había empezado a morir.

KYRIE

Madrid

Diciembre de 1959

1

Poco después de las diez de la mañana, un Packard negro enfilaba la Gran Vía bajo el aguacero para detenerse ante las puertas del antiguo hotel Hispania. La ventana de su habitación estaba velada por regueros de lluvia, pero Alicia pudo ver cómo los dos emisarios, grises y fríos como el día, descendían del coche enfundados en sus gabardinas y sombreros de reglamento. Alicia consultó su reloj. El bueno de Leandro no había esperado ni quince minutos antes de echarle los perros. Treinta segundos más tarde sonó el teléfono y Alicia levantó el auricular al primer timbrazo. Sabía perfectamente a quién encontraría al otro lado.

—Señorita Gris, buenos días y todo eso —recitó la voz ronca de Maura desde recepción—. Un par de marracos que huelen a la Social acaban de preguntar por usted con malas maneras y se han metido en el ascensor. Los he enviado al piso catorce para darle a usted un par de minutillos en caso de que le convenga escabullirse.

—Se agradece el detalle, Joaquín. ¿En qué anda hoy? ¿Algo bueno?

Poco después de la caída de Madrid, Joaquín Maura había ido a parar a Carabanchel. Cuando salió de la cárcel, dieciséis años después, descubrió que era un viejo, que ya no le quedaban pulmones y que su mujer, embarazada de seis meses cuando le detuvieron, había conseguido la nulidad y ahora estaba casada con un teniente coronel condecorado que le había hecho tres hijos y un modesto chalé en las afueras. De aquel primer y efímero matrimonio quedaba una hija, Raquel, que creció creyendo que él había muerto antes de que su madre diera a luz. El día que Maura acudió a escondidas para verla a la salida de una tienda de la calle Goya, donde despachaba telas, Raquel le tomó por un mendigo y le dio limosna. Desde entonces, Maura malvivía en un cuartucho junto a las calderas en el sótano del Hispania, haciendo el turno de noche, y todos los turnos que le dejaban hacer, releyendo novelas policíacas de duro y empalmando Celtas cortos en su garita a la espera de que la muerte pusiera las cosas en su sitio y le devolviese a 1939, de donde nunca debería haber salido.

—Estoy con un romance que no tiene ni pies ni cabeza titulado *La Túnica Carmesí*, de un tal Martín —explicó Maura—. Es de una colección vieja, *La Ciudad de los Malditos*. Me lo pasó el gordito Tudela, de la 426, que siempre encuentra cosas raras en El Rastro. Va de su tierra, Barcelona. A lo mejor le apetece.

—No le diré que no.

—A mandar. Y vigile con ese par, que ya sé que usted se apaña solita, pero esos dos no dejan buena sombra.

Alicia colgó el teléfono y se sentó tranquilamente a aguardar a que los chacales de Leandro olfatearan su rastro y asomaran el hocico. Entre dos y tres minutos a lo sumo, calculó. Dejó la puerta de la habitación abierta, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar en la butaca encarada hacia la entrada. El largo y oscuro corredor

que conducía a los ascensores se abría al frente. El hedor a polvo, a madera envejecida y a la alfombra raída que cubría el pasillo inundó la estancia.

El Hispania era una exquisita ruina en estado de perpetua decadencia. Construido a principios de los años veinte, el hotel había vivido sus años de gloria entre los grandes establecimientos de lujo de Madrid para caer en desuso tras la guerra civil y sumergirse en dos décadas de declive hasta convertirse en una catacumba a la que iban a parar desheredados y malditos, gentes sin nada ni nadie en la vida que languidecían en estancias lúgubres que alquilaban semana a semana. De sus centenares de habitaciones, la mitad se encontraban desocupadas y lo habían estado durante muchos años. Varios pisos estaban cerrados, y corrían entre los huéspedes macabras leyendas respecto a lo que sucedía en aquellos largos pasillos oscuros donde a veces, sin que nadie hubiese apretado el botón, se detenía el ascensor y al proyectarse durante unos segundos el haz de luz amarillenta de la cabina se desvelaban las entrañas de lo que parecía un crucero hundido. Maura le había contado que a menudo la centralita sonaba de madrugada con llamadas que provenían de habitaciones que nadie había ocupado desde la guerra. Cuando contestaba nunca había nadie en la línea, excepto en una ocasión en que pudo oír a una mujer llorando; cuando le preguntó qué podía hacer por ella, otra voz, oscura y profunda, le dijo «Ven con nosotros».

—Desde entonces, mire, no me da la real gana de contestar llamadas que vengan de ninguna habitación pasadas las doce de la noche —le confesó Maura en una ocasión—. A veces pienso que este sitio es como una metáfora, ¿sabe usted? Del país entero, quiero decir. Que está embrujado por toda la sangre que se ha derramado y que tenemos en las manos, por mucho que nos empeñemos todos en señalar al de enfrente.

—Es usted un poeta, Maura. Ni todas esas novelas policíacas consiguen apagarle la vena lírica. Lo que necesita España son pensadores como usted, que resuciten el gran arte nacional de la tertulia.

—Eso, ríase. Cómo se nota que el régimen la tiene a usted a sueldo, señorita Gris. Aunque seguro que, con lo que le pagan, a una figura como usted le daría para mudarse a otro sitio y no pudrirse en esta mazmorra. Esto no es sitio para una señorita fina y con clase como usted. Aquí no se viene a vivir, se viene a morir.

—Lo dicho, un poeta.

—Váyase a paseo.

Maura no andaba del todo desencaminado en sus apuntes filosóficos, y con el tiempo se empezó a conocer el Hispania en determinados círculos con el apodo de *el hotel de los suicidios*. Décadas después, cuando el Hispania llevaba clausurado ya mucho tiempo y finalmente los ingenieros de demolición recorrieron el lugar planta a planta para colocar las cargas que lo derribarían para siempre, se difundió el rumor de que se habían encontrado en varias habitaciones cadáveres que llevaban momificados sobre las camas o en bañeras muchos años, el de su antiguo recepcionista nocturno

entre ellos.

2

Los vio emerger de las sombras del pasillo como lo que eran, dos títeres pintados para asustar a quienes se tomaban la vida al pie de la letra. Los tenía vistos, pero nunca se había molestado en recordar sus nombres. Todos aquellos fantoches de la Brigada le parecían iguales. Se detuvieron en el umbral y dedicaron una estudiada mirada de desprecio al interior de la habitación antes de posar los ojos sobre Alicia y mostrar aquella sonrisa lobuna que Leandro debía de enseñarles en su primer día de escuela.

—No sé cómo puede usted vivir aquí.

Alicia se encogió de hombros y apuró su cigarrillo, haciendo un gesto hacia la ventana.

—Es por las vistas.

Uno de los hombres de Leandro rio sin ganas y el otro negó por lo bajo. Entraron en la habitación, echaron un vistazo al baño y repasaron el cuarto de arriba abajo, como si esperasen encontrar algo. El más joven de los dos, que aún olía a novato y lo compensaba a golpe de pose, se entretuvo en repasar la colección de libros apilados contra la pared que prácticamente ocupaba media habitación, deslizando el dedo índice por los lomos con una mueca de desdén.

—Me va a tener que prestar alguna de sus novelitas de amor.

—No sabía que supiese usted leer.

El novato se volvió y dio un paso al frente con gesto hostil, pero su compañero, y presumiblemente jefe, le detuvo y suspiró, aburrido.

—Ande, empólvese la nariz. La esperan desde las diez.

Alicia no hizo ademán de levantarse de la silla.

—Estoy de baja forzosa. Órdenes de Leandro.

El novato, que había sentido comprometida su hombría, plantó sus noventa y muchos kilos de músculo y bilis a un palmo de Alicia y mostró una sonrisa que se veía trabajada en calabozos y registros de medianoche.

—No me joda, que no tengo el día, guapa. No me haga levantarla de ahí a la fuerza.

Alicia le miró fijamente a los ojos.

—La cuestión no es si tiene el día, sino si tiene narices.

El esbirro de Leandro le sostuvo la mirada unos segundos, pero cuando su compañero le asió del brazo y tiró de él optó por disolverla en una sonrisa gentil y alzar las manos en señal de tregua. «Continuará», pensó Alicia.

El líder del dúo consultó su reloj y sacudió la cabeza.

—Venga, señorita Gris, que nosotros no tenemos la culpa. Ya sabe cómo va esto.

«Lo sé —pensó Alicia—. Lo sé muy bien».

Alicia se apoyó con las dos manos en los brazos de la butaca y se incorporó. El par de sabuesos la observaron tambalearse hasta la silla donde descansaba lo que

parecía un arnés articulado por finas tiras de fibra y cintas de piel.

—¿La ayudo? —preguntó el novato con malicia.

Alicia los ignoró. Tomó el artilugio y se metió con él en el baño, entornando la puerta. El más veterano desvió la mirada, pero el novicio no pudo evitar que sus ojos encontrasen un ángulo desde el cual se apreciaba el reflejo de Alicia en el espejo. Vio cómo esta se quitaba la falda y, agarrando el arnés, se lo enfundaba en torno a la cadera y la pierna derecha como si se tratase de una extraña pieza de corsetería. Al ajustar los cierres, el arnés se ceñía a su cuerpo como una segunda piel y le confería el aspecto de una muñeca mecánica. Fue entonces cuando Alicia alzó la vista y el matón encontró su mirada en el espejo, fría y carente de expresión alguna. Sonrió con deleite y, tras una larga pausa, se volvió hacia el interior de la habitación, no sin antes captar una visión fugaz de aquella mancha negra en el costado de Alicia, un remolino de cicatrices que parecía hundirse en su carne como si un taladro al rojo vivo le hubiese reconstruido la cadera. El agente advirtió que su superior le miraba con severidad.

—Cretino —le murmuró.

Instantes después Alicia salió del baño.

—¿No tiene otro vestido? —preguntó el líder.

—¿Qué tiene este de malo?

—No sé. Algo más discreto.

—¿Por qué? ¿Quién más está en la reunión?

Por toda respuesta, el hombre le tendió un bastón que había apoyado contra la pared y señaló hacia la puerta.

—Estoy sin pintar.

—Está usted perfecta. Maquíllese si quiere en el coche, que ya vamos tarde.

Alicia rechazó el bastón y se encaminó hacia el pasillo sin esperarlos, cojeando levemente.

Minutos más tarde, recorrían en silencio las calles de Madrid bajo la lluvia en el Packard negro. Alicia, sentada en el asiento de atrás, contempló el perfil de agujas, cúpulas y estatuas que formaban la cornisa de terrados de la Gran Vía. Cuadrigas de ángeles y centinelas de piedra ennegrecida vigilaban desde lo alto. Del cielo gris y plomizo se derramaba un arrecife serpenteante de edificios colosales y sombríos que a sus ojos semejaban criaturas petrificadas que se hubieran tragado ciudades enteras, apilados los unos contra los otros. A sus pies, las marquesinas de grandes teatros y los escaparates de cafés y bazares de alcurnia relucían bajo el lienzo de lluvia. Las gentes, apenas apuntes minúsculos con el aliento de vapor, desfilaban en un enjambre de paraguas a ras de suelo. En días como aquel, se le ocurrió, uno empezaba a pensar como el bueno de Maura y creía que las tinieblas del Hispania se extendían de punta a punta del país sin dejar un ápice de luz al descubierto.

3

—Hábleme de este nuevo operativo que me propone. ¿Gris, dice?

—Alicia Gris.

—¿Alicia? ¿Una mujer?

—¿Es eso un problema?

—No lo sé. ¿Lo es? He oído hablar de ella más de una vez, pero siempre como Gris. No tenía ni idea de que fuese una mujer. Podría haber quien cuestionase esa elección.

—¿Sus superiores?

—Nuestros superiores, Leandro. No podemos permitirnos otro error como el de Lomana. En El Pardo se están poniendo nerviosos.

—Con el debido respeto, el único error fue no explicarme claramente y desde el principio para qué necesitaban a alguien de mi unidad. De haber sabido de lo que se trataba habría elegido a otro candidato. Esta no era una tarea para Ricardo Lomana.

—En este asunto yo no dicto las reglas ni controlo la información. Todo viene de arriba.

—Me hago cargo.

—Hábleme de Gris.

—La señorita Gris tiene veintinueve años, de los cuales lleva doce trabajando para mí. Huérfana de guerra. Perdió a sus padres con ocho años. Se crio en el Patronato Ribas, un orfanato de Barcelona, hasta que la expulsaron a los quince años por motivos disciplinarios. Durante un par de años malvivió en la calle y trabajó para un estraperlista y criminal de medio pelo llamado Baltasar Ruano, que dirigía una banda de ladrones adolescentes hasta que la Guardia Civil le echó el guante y fue ejecutado como tantos otros en el Campo de la Bota.

—He oído decir que está…

—No es un problema. Puede valerse por sí sola y le aseguro que sabe defenderse. Es una herida sufrida durante la guerra, en los bombardeos de Barcelona. Nunca ha sido un impedimento para el desempeño de su labor. Alicia Gris es el mejor operativo que he reclutado en veinte años de servicio.

—Entonces ¿por qué no se ha presentado a la hora a la que se la ha citado?

—Entiendo su frustración y le pido de nuevo disculpas. Alicia puede ser un tanto díscola a veces, pero casi todos los operativos excepcionales en esta línea de trabajo lo son. Hace un mes tuvimos un desacuerdo rutinario respecto a un caso en el que estaba trabajando. La suspendí temporalmente de empleo y sueldo. No presentarse hoy a la cita es su manera de decirme que sigue enojada conmigo.

—Su relación suena más personal que profesional, si me permite la apreciación.

—En mi campo no hay una sin la otra.

—Me preocupa ese desprecio a la disciplina. En este asunto no puede haber más equivocaciones.

—No las habrá.

—Más nos vale. Nos va el cuello en ello. El suyo y el mío.

—Déjelo en mis manos.

—Cuénteme más cosas de Gris. ¿Qué la hace tan especial?

—Alicia Gris ve lo que los demás no ven. Su mente funciona diferente a la del resto. Donde todos ven una puerta cerrada, ella ve una llave. Donde los demás pierden la pista, ella encuentra el rastro. Es un don, por así decirlo. Y lo mejor es que nadie la ve venir.

—¿Es así como resolvió aquello que llamaron «el caso de las muñecas de Barcelona»?

—Las novias de cera. Ese fue el primer caso en el que Alicia trabajó para mí.

—Siempre me he preguntado si sería verdad lo del gobernador civil…

—Todo aquello fue hace años.

—Pero tenemos tiempo, ¿no? Mientras esperamos a la damisela.

—Por supuesto. Fue en el año cuarenta y siete. Yo estaba entonces destinado en Barcelona. Nos llegó aviso de que la policía había encontrado en los últimos tres años por lo menos siete cadáveres de mujeres jóvenes en diferentes lugares de la ciudad. Aparecían sentadas en un banco del parque, en una parada de tranvía, en un café del Paralelo… Incluso hubo una que fue descubierta arrodillada en un confesionario de la parroquia del Pino. Todas iban perfectamente maquilladas y vestidas de blanco. No tenían una sola gota de sangre en su cuerpo y olían a alcanfor. Parecían muñecas de cera. De ahí el nombre.

—¿Se sabía quiénes eran?

—Nadie había denunciado su desaparición, por lo que la policía intuyó que se trataba de prostitutas, extremo que se confirmaría más adelante. Pasaron meses sin que apareciese ningún otro cuerpo, y la policía de Barcelona dio el caso por cerrado.

—Y entonces apareció otra más.

—Correcto. Margarita Mallofré. La encontraron sentada en una butaca del vestíbulo del hotel Oriente.

—Y la tal Margarita ¿era la chiquita de…?

—Margarita Mallofré estaba empleada en una casa de citas de cierta categoría de la calle Elisabets que se especializaba en, digamos, inclinaciones peculiares a un precio elevado. Trascendió que el entonces gobernador civil frecuentaba aquel establecimiento y que la fallecida era su favorita.

—¿Por qué motivo?

—Al parecer Margarita Mallofré era la que conseguía mantenerse consciente más tiempo pese a las especiales atenciones del gobernador, y de ahí la predilección del caballero.

—Vaya con su excelencia.

—El caso es que a raíz de aquella conexión se reabrió el sumario y, habida cuenta de la delicada naturaleza del tema, llegó a mis manos. Alicia acababa de empezar a

trabajar para mí y se lo asigné.

—¿No era un tema demasiado escabroso para una jovencita?

—Alicia era una jovencita muy poco al uso y escasamente impresionable.

—¿Y cómo acabó el tema?

—Acabó bastante rápido. Alicia pasó varias noches al raso vigilando las entradas y salidas de los principales prostíbulos del Raval. Descubrió que, a menudo, cuando se producía una redada rutinaria, los clientes se escabullían por alguna puerta oculta y que algunas de las chicas o chicos empleados allí hacían lo propio. Alicia decidió seguirlas. Se ocultaban de la policía en portales, en cafés o incluso en las alcantarillas. A la mayoría las aprehendían y las llevaban al calabozo a pasar la noche y algún que otro trance que no viene al caso. Pero otras conseguían burlar a la policía. Y las que lo hacían lo lograban siempre en el mismo lugar: una confluencia de la calle Joaquín Costa y la calle Peu de la Creu.

—¿Qué había allí?

—En apariencia nada especial. Un par de almacenes de grano. Un bazar de ultramarinos. Un garaje. Y un taller de telares cuyo dueño, un tal Rufat, había tenido al parecer varios roces con la policía por su propensión a extralimitarse en la aplicación de castigos corporales a varias de sus operarias, una de las cuales había perdido un ojo. Rufat además era cliente habitual del establecimiento donde trabajaba Margarita Mallofré hasta su desaparición.

—La nena trabaja rápido.

—Por eso, lo primero que hizo fue descartar a Rufat, que era un cafre pero no tenía relación con el caso más allá de la coincidencia de frecuentar un local que quedaba a pocas calles de su negocio.

—¿Y entonces? ¿Vuelta a empezar?

—Alicia siempre dice que las cosas no siguen la lógica aparente, sino la interna.

—¿Y qué lógica puede haber en un caso así, según ella?

—Lo que Alicia llama la lógica del simulacro.

—Ahí sí que me ha perdido usted, Leandro.

—La versión corta es que Alicia cree que todo lo que ocurre en la sociedad, en la vida pública, es una escenificación, un simulacro de aquello que intentamos hacer pasar por realidad pero no lo es.

—Suena marxista.

—No tema, Alicia es la criatura más escéptica que conozco. Según ella, todas las ideologías y los credos, sin distinción, son inflamaciones inducidas del pensamiento. Simulacros.

—Peor todavía. No sé por qué se sonríe, Leandro. No le veo yo la gracia al asunto. Cada vez me gusta menos esta señorita. Será guapa, al menos.

—No dirijo una agencia de azafatas.

—No se enfade, Leandro, que se lo decía en broma. ¿Cómo acaba la historia?

—Eliminado Rufat como sospechoso, Alicia empezó a pelar lo que ella llama las

capas de la cebolla.

—¿Otra de sus teorías?

—Alicia dice que todo crimen es como una cebolla: hay que cortar a través de muchas capas para ver qué esconde y por el camino hay que derramar unas cuantas lágrimas.

—Leandro, a veces me maravillo de la fauna que recluta usted por ahí.

—Mi trabajo consiste en encontrar la herramienta adecuada a cada tarea. Y mantenerla afilada.

—Vigile que no se corte un día de estos. Pero siga con lo de la cebolla, que me ha gustado.

—Pelando las capas de cada uno de los negocios y establecimientos localizados en ese cruce donde se había visto por última vez a las desaparecidas, Alicia averiguó que el garaje era propiedad de la Casa de la Caridad.

—Otra vía muerta.

—En este caso, *muerta* es la palabra clave.

—Me ha vuelto a perder.

—En aquel garaje se guardaba parte de la flota de carruajes de los servicios funerarios de la ciudad, y había también un almacén de ataúdes y esculturas. En aquellos años, la gestión de la funeraria municipal estaba todavía en manos de la llamada Casa de la Caridad, y la mayoría de los empleados de bajo nivel, de enterradores a mozos, eran a menudo gentes dejadas de la mano de Dios: huérfanos, convictos, mendigos, etcétera. En resumen, almas infaustas que habían ido a parar allí al no tener a nadie más en el mundo. Alicia, usando sus artes, que son muchas, consiguió que la contratasen como mecanógrafa en el departamento de administración. Al poco, descubrió que en las noches en que había redada algunas chicas de los prostíbulos cercanos acudían a ocultarse en el garaje de la funeraria. Allí siempre resultaba fácil persuadir a cualquiera de aquellos infelices en nómina para que los dejasen esconderse en alguno de los carruajes a cambio de otorgarles sus favores. Pasado el peligro, y satisfechos los anhelos del benefactor, las chicas se reincorporaban a su puesto antes de que saliera el sol.

—Pero…

—Pero no todas lo hacían. Alicia averiguó que entre todos los que allí trabajaban había un personaje de diferente catadura. Huérfano de guerra, como ella. Quimet, le llamaban, porque tenía cara de niño y un trato tan dulce que las viudas le querían adoptar y llevárselo a casa. El caso es que el tal Quimet era un alumno aventajado y versado ya en las artes funerarias. Lo que le llamó la atención es que era un coleccionista y tenía un álbum de fotografías de muñecas de porcelana que guardaba en su escritorio. Decía que quería casarse y crear una familia, y para ello estaba buscando a la mujer adecuada, pura y limpia de espíritu y de carnes.

—¿El simulacro?

—Más bien el señuelo. Alicia empezó a vigilarle cada noche y no tardó en

comprobar lo que sospechaba. Cuando una de aquellas mozas descarriadas llegaba hasta Quimet en busca de auxilio, si la muchacha reunía los requisitos de talla, tez, semblante y complexión, lejos de exigirles un pago carnal, rezaba con ellas una oración y les aseguraba que con su ayuda y la de la Virgen nunca nadie las encontraría. El mejor escondite, argumentaba, era un ataúd. Nadie, ni siquiera la policía, se atreve a abrir un ataúd para ver qué hay dentro. Las muchachas, embelesadas por el rostro infantil y las maneras gentiles de Quimet, se tendían en el lecho del sarcófago y le sonreían cuando cerraba la tapa y las sellaba en su interior. Allí las dejaba morir de asfixia. Luego las desnudaba, les afeitaba el pubis, las lavaba de pies a cabeza, las desangraba y les inyectaba en el corazón un líquido embalsamador que bombeaba por todo su cuerpo. Una vez renacidas en muñecas de cera, las maquillaba y las vestía de blanco. Alicia comprobó también que todas las ropas que se habían encontrado con los cuerpos provenían de un mismo establecimiento de moda nupcial de la ronda San Pedro, a doscientos metros de allí. Uno de los empleados recordaba haber atendido a Quimet en más de una ocasión.

—Menuda joya.

—Quimet pasaba con los cadáveres un par de noches, emulando, por así decirlo, algún tipo de vida conyugal hasta que los cuerpos empezaban a oler a flores muertas. Entonces, siempre antes del alba, cuando las calles estaban desiertas, las llevaba a su nueva vida eterna en uno de los carruajes de la funeraria y escenificaba su encuentro.

—Santa Madre de Dios… Cosas así solo pasan en Barcelona.

—Alicia pudo averiguar todo esto y más, justo a tiempo de rescatar de uno de los ataúdes de Quimet a la que hubiera sido su víctima número ocho.

—¿Y se supo por qué lo hacía?

—Alicia descubrió que, de niño, Quimet había pasado una semana entera encerrado con el cadáver de su madre en un piso de la calle de la Cadena antes de que el olor alertase a los vecinos. Al parecer, la madre se habría suicidado ingiriendo un veneno al saber que su marido la había abandonado. Todo esto no se pudo confirmar porque lamentablemente Quimet se quitó la vida en su primera noche en el penal del Campo de la Bota, no antes de haber dejado su última voluntad escrita en la pared de su celda. Que le afeitasen el cuerpo, lo lavasen, lo embalsamaran y luego, vestido de blanco, lo exhibieran a perpetuidad en un sarcófago de cristal junto a una de sus novias de cera en el escaparate de los grandes almacenes El Siglo. Al parecer, su madre había trabajado allí como dependienta. Pero, hablando del diablo, la señorita Gris debe de andar al caer. ¿Un poquito de *brandy* para quitarle el mal sabor de la anécdota?

—Una última cosa, Leandro. Quiero que uno de mis hombres trabaje con su operativo. No quiero otra desaparición sin anunciar como la de Lomana.

—Creo que eso es un error. Nosotros tenemos nuestros propios métodos.

—No es una condición negociable. Y Altea está de acuerdo conmigo.

—Con todo el respeto…

—Leandro, Altea ya quería poner a Hendaya en el asunto. —Otro error.

—Estoy de acuerdo. Por eso le he convencido de que de momento me deje intentarlo a mi manera. Pero la condición es que uno de mis hombres supervise a su operativo. Es eso, o Hendaya.

—Entiendo. ¿En quién está pensando?

—Vargas.

—Creí que estaba retirado.

—Solo técnicamente.

—¿Es esto un castigo?

—¿Para su operativo?

—Para Vargas.

—Más bien una segunda oportunidad.

4

El Packard bordeó la plaza de Neptuno, más sumergido que nunca, y enfiló la carrera de San Jerónimo rumbo a la silueta blanca y afrancesada del Gran Hotel Palace. Se detuvieron frente a la entrada principal y, cuando el portero acudió a abrir la puerta trasera del coche portando un gran paraguas, los dos agentes de la Social se volvieron y le dedicaron una mirada a medio camino entre la amenaza y la súplica.

—¿La podemos dejar aquí sin montar un numerito o tenemos que llevarla a rastras para que no nos dé otra vez esquinazo?

—No se preocupen; les haré quedar bien.

—¿Palabra?

Alicia asintió. Entrar y salir de un coche en los días malos nunca era tarea fácil, pero no quería que aquel par la viesen más aplastada de lo que estaba, así que se tragó con una sonrisa la punzada en la cadera que sintió al incorporarse. El portero la acompañó hasta la entrada protegiéndola de la lluvia con el paraguas; un batallón de conserjes y ayudas de cámara parecían aguardarla, prestos a escoltarla a través del vestíbulo rumbo a su cita. Al avistar el par de escalinatas que la esperaban desde la entrada hasta el inmenso salón comedor se dijo que tendría que haber aceptado el bastón. Extrajo el pastillero que llevaba en el bolso y se tragó una píldora. Respiró hondo antes de lanzarse a la ascensión.

Un par de minutos y docenas de escalones más tarde se detuvo a recobrar el aliento a las puertas del salón comedor. El conserje que la había acompañado hasta allí reparó en la película de sudor que cubría su frente. Alicia se limitó a sonreírle sin ganas.

—A partir de aquí creo que puedo yo solita, si no le importa.

—Por supuesto. Como guste la señorita.

El conserje se retiró de forma discreta, pero no le hizo falta volverse para saber que seguía observándola y que hasta que se adentrase en el salón no iba a quitarle los ojos de encima. Se secó el sudor con un pañuelo y estudió la escena.

Apenas un suspiro de voces y el tintineo de una cucharilla girando lentamente en una taza de porcelana. El salón comedor del Palace se abría ante ella embrujado de reflejos danzantes que goteaban desde la gran cúpula bajo el envite de la lluvia. Aquella estructura siempre le había parecido un enorme sauce de cristal suspendido como una carpa de rosetones robados de cien catedrales en nombre de la *Belle Époque*. Nadie podría acusar nunca a Leandro de tener mal gusto.

Bajo la burbuja de cristal multicolor había una sola mesa ocupada entre muchas otras vacías. En ella, dos siluetas eran observadas con diligencia por media docena de camareros que se mantenían a la distancia justa para no poder oír su conversación pero poder leer el gesto. El Palace al fin y al cabo era, a diferencia de su domicilio temporal en el Hispania, un establecimiento de primera categoría. Criatura de hábitos aburguesados, Leandro vivía y trabajaba allí. Literalmente. Ocupaba la *suite* 814

desde hacía años y gustaba de despachar sus asuntos en aquel salón comedor que, como Alicia sospechaba, le permitía creer que vivía en el París de Proust y no en la España de Franco.

Afinó la mirada sobre los dos comensales. Leandro Montalvo, sentado como siempre de cara a la entrada. De mediana estatura y con esa complexión suave y redondeada de contable acomodado. Parapetado tras unas gafas de pasta que le iban grandes y que le servían para ocultar unos ojos afilados como cuchillas. Afectando aquel aire relajado y afable que le confería el aspecto de un notario de provincias aficionado a la zarzuela o un empleado de banca venido a más que gusta de pasearse por museos al acabar el turno. «El bueno de Leandro».

Junto a él, enfundado en un traje de corte británico que desentonaba con su semblante agreste y mesetario, estaba sentado un individuo de cabellos y bigote engominados que sostenía una copa de *brandy*. Su rostro le resultaba familiar. Una de esas figuras habituales en los periódicos, veterano de fotografías posadas donde siempre había un aguilucho en la bandera y algún cuadro de inmarcesibles escenas ecuestres. Gil de algo, se dijo. Secretario General del Pan Frito o de lo que fuera.

Leandro alzó la vista y le sonrió de lejos. La invitó a que se aproximara con un gesto como el que se dedica a un niño o a un perrito. Alicia, suprimiendo la cojera a costa de sentir que la apuñalaban en el costado, cruzó el gran salón comedor lentamente. Mientras lo hacía registró dos hombres del ministerio al fondo, entre las sombras. Armados. Inmóviles como reptiles a la espera.

—Alicia, celebro que hayas podido encontrar un hueco en tu agenda para tomar un café con nosotros. Dime, ¿has desayunado?

Antes de que ella pudiera responder, Leandro alzó las cejas y dos de los camareros apostados junto a la pared procedieron a prepararle un servicio. Mientras le decantaban una copa de zumo de naranja recién exprimido, Alicia sintió la mirada del gerifalte horneándola a fuego lento. No le costó verse en sus ojos. La mayoría de los hombres, incluidos quienes observaban por profesión, confundían el ver con el mirar, y casi siempre se detenían en los detalles obvios, aquellos que velaban la lectura más allá de lo irrelevante. Leandro solía decir que desaparecer en la mirada del contrario era un arte cuyo aprendizaje podía llevar toda una vida.

El suyo era un rostro sin edad, afilado y maleable, con apenas unas líneas de sombra y color. Alicia se dibujaba todos los días en función del papel que le tocaba desempeñar en la fábula elegida por Leandro para escenificar sus manejos e intrigas. Podía ser sombra o luz, paisaje o figura, según el libreto. En días de tregua, se evaporaba en sí misma y se retiraba a lo que Leandro solía llamar la transparencia de su oscuridad. Tenía el cabello negro y una tez pálida hecha para soles fríos y salones de interior. Sus ojos verdosos brillaban en la penumbra y se clavaban como alfileres para hacer olvidar un talle frágil pero difícil de obviar, que cuando era necesario ahogaba en ropas holgadas para no despertar miradas furtivas en la calle. De cerca, sin embargo, su presencia entraba en foco y destilaba un aliento sombrío y, a juicio de

Leandro, vagamente inquietante, que su mentor le había instruido en mantener en lo posible a cubierto. «Tú eres una criatura nocturna, Alicia, pero aquí nos escondemos todos a la luz del día».

—Alicia, permíteme presentarte al muy honorable señor don Manuel Gil de Partera, director del Cuerpo General de Policía.

—Es un honor, excelencia —recitó Alicia ofreciéndole la mano, que el director no tomó, como si temiese que le fuera a morder.

Gil de Partera la observaba como si todavía no hubiese decidido si era una colegiala con un punto perverso que le descolocaba o un espécimen al que no sabía ni por dónde empezar a clasificar.

—El señor director ha tenido a bien recabar nuestros buenos oficios para solucionar un tema de cierta delicadeza que exige un grado extraordinario de discreción y diligencia.

—Por supuesto —convino Alicia en un tono tan dócil y angelical que le granjeó una patada suave de Leandro por debajo de la mesa—. Estamos a su disposición para ayudar en todo lo que nos sea posible.

Gil de Partera la seguía observando con aquella mezcla de recelo y codicia que su presencia solía conjurar en caballeros de cierta edad, sin saber todavía por qué lado decantarse. Aquello a lo que Leandro siempre se refería como el perfume de su aspecto, o los efectos secundarios de su semblante, constituía a juicio de su mentor un arma de doble filo que no había aprendido a controlar todavía con absoluta precisión. En este caso, y a tenor de la visible incomodidad que Gil de Partera parecía sentir en su proximidad, Alicia creyó que el filo cortaría hacia adentro. «Ahí viene la ofensiva», pensó.

—¿Sabe usted algo acerca de la caza, señorita Gris? —preguntó.

Ella dudó un instante, buscando la mirada de su mentor.

—Alicia es esencialmente un animal urbano —intervino Leandro.

—En la caza uno aprende muchas cosas —conferenció el director—. Yo he tenido el privilegio de compartir algunas cacerías con Su Excelencia el Generalísimo y fue él quien me desveló la regla fundamental que todo cazador debe hacer suya.

Alicia asintió repetidamente, como si todo aquello le resultase fascinante. Leandro, entretanto, le había embadurnado una tostada de mermelada y se la tendió. Alicia la aceptó sin apenas reparar en ella. El director seguía embarcado en su magisterio.

—Un cazador debe comprender que, en un momento crítico de la cacería, el papel de la presa y el del cazador se confunden. La caza, la caza de verdad, es un duelo entre iguales. Uno no sabe quién es de verdad hasta que derrama sangre.

Se hizo una pausa y, transcurridos los segundos de silencio escénico que requería la honda reflexión que le acababan de revelar, Alicia urdió una expresión reverencial.

—¿Es esa también una máxima del Generalísimo?

Alicia recibió un pisotón de advertencia por parte de Leandro por debajo de la

mesa.

—Le seré franco, jovencita: no me gusta usted. No me gusta lo que he oído de usted y no me gusta ni su tono ni el que se crea que me puede tener esperándola aquí media mañana como si su tiempo de mierda valiese más que el mío. No me gusta cómo mira, y menos aún el retintín con el que se dirige a sus mejores. Porque si hay algo que me jode en esta vida es la gente que no sabe cuál es su sitio en el mundo. Y lo que me jode todavía más es tener que recordárselo.

Alicia bajó la mirada, sumisa. La temperatura del salón comedor parecía haber descendido diez grados de un plumazo.

—Ruego al señor director que me disculpe si…

—No me interrumpa. Si estoy aquí hablando con usted es por la confianza que tengo en su superior, que por algún motivo que se me escapa cree que es usted la persona adecuada para la tarea que debo encomendarle. Pero no se equivoque conmigo: desde este mismo momento responde usted ante mí. Y yo no tengo ni la paciencia ni la generosa disposición de aquí el señor Montalvo.

Gil de Partera la miró fijamente. Tenía los ojos negros y una telaraña de pequeños capilares rojos que parecían a punto de estallar le cubrían la córnea. Alicia le imaginó ataviado con un sombrero de plumas y botas de mariscal besando las reales nalgas del Jefe del Estado en una de esas cacerías en que los padres de la patria reventaban las presas que un escuadrón de criados les ponían a tiro y con las que luego se embadurnaban los genitales con el aroma a pólvora y a sangre de aves de corral para sentirse machos conquistadores, a mayor gloria de Dios y de la Patria.

—Estoy seguro de que Alicia no quería ofenderle, amigo mío —apuntó Leandro, que con toda probabilidad estaba disfrutando de lo lindo con la escena.

Alicia corroboró las palabras de su superior con un asentimiento grave y compungido.

—Huelga decir que el contenido de lo que voy a referir es estrictamente confidencial y que a todos los efectos esta conversación nunca habrá tenido lugar. ¿Alguna duda a ese o cualquier otro respecto, Gris?

—Absolutamente ninguna, señor director.

—Bien, entonces haga el favor de comerse esa tostada de una puñetera vez y entraremos en materia.

5

—¿Qué sabe usted de don Mauricio Valls?

—¿El ministro? —preguntó Alicia.

La joven se detuvo un instante a considerar el alud de imágenes que le venían a la mente de la larga y ampliamente publicitada carrera de don Mauricio Valls. Perfil soberbio y atildado, siempre situado en el mejor ángulo de cada fotografía y en la mejor compañía, recibiendo honores e impartiendo sabiduría indiscutida ante el aplauso y la admiración de la claca de la corte. Canonizado en vida, elevado a los altares por su propio pie y de la mano de la autoproclamada intelectualidad del país, Mauricio Valls era la encarnación entre los mortales del prototipo español del Hombre de Letras, Caballero de las Artes y el Pensamiento. Premiado y homenajeado hasta la infinidad. Definido sin ironía como la figura emblemática de las élites culturales y políticas del país, al ministro Valls le precedían sus recortes de prensa y todo el boato del régimen. Sus conferencias en los magnos escenarios de Madrid congregaban siempre a lo más granado. Sus artículos magistrales en la prensa sobre los temas del momento constituían dogma de fe. El pelotón de gacetilleros que comía de sus manos se desvivía de adoración. Sus ocasionales recitales de poesía y monólogos extraídos de sus celebradas obras teatrales interpretados a dúo con los grandes de la escena nacional agotaban localidades. Sus obras literarias eran consideradas el epítome de los logros y su nombre estaba ya inscrito en la pléyade de los maestros. Mauricio Valls, luz e intelecto de Celtiberia, iluminando al mundo.

—Sabemos lo que vemos en la prensa —intercedió Leandro—. Que, a decir verdad, de un tiempo a esta parte es más bien poco para lo que solía ser habitual.

—Más bien nada —corroboró Gil de Partera—. Dudo que se le haya escapado a usted, señorita, que desde noviembre de 1956, hace ya más de tres años, Mauricio Valls, ministro de Educación Nacional (o de Cultura, como a él mismo le gusta decir) y, si me permiten la licencia, niña de los ojos de la prensa española, prácticamente ha desaparecido de la luz pública y casi no se le ha visto en acto oficial alguno.

—Ahora que lo menciona el señor director… —convino Alicia.

Leandro se volvió hacia ella e, intercambiando una mirada de complicidad con Gil de Partera, la puso en antecedentes.

—Lo cierto, Alicia, es que no es por casualidad ni por propia voluntad que el señor ministro se haya visto privado de obsequiarnos con su fino intelecto y su impecable magisterio.

—Veo que ha tenido ocasión de tratarle, Leandro —intervino Gil de Partera.

—Tuve ese honor hace mucho tiempo, aunque de forma breve, durante mis años en Barcelona. Un gran hombre y quien mejor ha sabido ejemplificar los valores y el hondo calado de nuestra intelectualidad.

—Estoy seguro de que el ministro estaría del todo de acuerdo con usted.

Leandro sonrió cortés y volvió a concentrar su mirada en Alicia antes de tomar la

palabra.

—Lamentablemente el asunto que nos trae hoy aquí no es la indiscutible valía de nuestro estimado ministro ni la envidiable salud de su ego. Con la venia de su señoría aquí presente, creo que no desvelo nada que no vayamos a tratar luego si digo que la razón de la prolongada ausencia de don Mauricio Valls de la escena pública en estos últimos tiempos se ha debido a la sospecha de que existe y ha existido durante años un complot para atentar contra su vida.

Alicia levantó las cejas e intercambió una mirada con Leandro.

—A fin de apoyar a la investigación abierta por el Cuerpo General de Policía, y a petición de nuestros amigos en el Ministerio de la Gobernación, nuestra unidad destacó a un operativo para que asistiese en la investigación, aunque oficialmente no estuviéramos involucrados y, de hecho, no estuviésemos al corriente de los particulares de la misma —explicó Leandro.

Alicia se mordió los labios. Los ojos de su superior dejaban claro que el turno de preguntas no se había abierto todavía.

—Este operativo, por motivos que todavía no hemos podido aclarar, ha roto el contacto y se encuentra ilocalizable desde hace un par de semanas —prosiguió Leandro—. Sirva esto para poner en contexto la misión para la que Su Excelencia ha tenido la amabilidad de solicitar nuestra colaboración.

Leandro miró al veterano policía e hizo un gesto de cesión de palabra. Gil de Partera carraspeó y adoptó un semblante sombrío.

—Lo que les voy a contar es estrictamente confidencial y no puede salir de esta mesa.

Alicia y Leandro asintieron al tiempo.

—Como adelantaba su superior, el 2 de noviembre de 1956, en el transcurso de un acto celebrado en su honor en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, el ministro Valls fue objeto de un atentado frustrado contra su vida, al parecer no el primero que se producía. La noticia no trascendió, por estimarlo así conveniente tanto el gabinete como el propio ministro Valls, que no deseó alarmar a su familia y colaboradores. En ese momento se abrió una investigación que sigue en curso y, pese a todos los esfuerzos del Cuerpo General de Policía y de una unidad especial de la Guardia Civil, todavía no se han podido esclarecer las circunstancias que rodearon este suceso y otros similares que pudieran haberse producido con anterioridad a que la policía fuera alertada. Como es natural, desde aquel mismo momento se reforzaron la escolta y las medidas de seguridad en torno al ministro y se cancelaron sus apariciones públicas hasta nueva orden.

—¿Qué ha arrojado la investigación durante ese tiempo? —interrumpió Alicia.

—La investigación se centró en una serie de anónimos que don Mauricio habría estado recibiendo desde hace tiempo y a los que no había concedido importancia. Al poco del atentado frustrado, el ministro puso en conocimiento de la policía la existencia de esta serie de cartas de naturaleza amenazadora que había recibido a lo

largo de los años. Una primera investigación desveló que lo más probable es que hubieran sido enviadas por un tal Sebastián Salgado, un ladrón y asesino que estaba cumpliendo condena en la prisión de Montjuic de Barcelona hasta hace cosa de dos años. Como sabrán ustedes, el ministro Valls había sido director de ese centro al inicio de su carrera de servicio al régimen, concretamente entre los años 1939 y 1944.

—¿Por qué no alertó el ministro antes a la policía de esos anónimos? —preguntó Alicia.

—Como decía, alegó que al principio no les había concedido importancia, aunque reconoció que tal vez debería haberlo hecho. En su momento nos dijo que la naturaleza de los mensajes era tan críptica que no supo interpretar bien cuál era su significado.

—¿Y cuál es la naturaleza de esas supuestas amenazas?

—En su mayoría, vaguedades. En las cartas el autor dice que «la verdad» no se puede ocultar, que se acerca «la hora de la justicia» para «los hijos de la muerte» y que «él», entendemos que el supuesto autor, le espera «en la entrada del laberinto».

—¿Laberinto?

—Como digo, los mensajes son crípticos. Es posible que hagan referencia a algo que solo Valls y quien los escribía conocerían, aunque a decir del ministro tampoco él era capaz de interpretarlos. Tal vez sean la obra de un lunático. No podemos eliminar esa posibilidad.

—¿Estaba Sebastián Salgado ya preso en el castillo cuando Valls era director de la prisión?

—Sí. Hemos comprobado el historial de Salgado. Ingresó en la cárcel en 1939, al poco de que don Mauricio Valls fuera nombrado director. El ministro indicó que le recordaba vagamente como un individuo conflictivo, lo cual dio credibilidad a nuestra teoría de que era muy probable que fuera él quien hubiera enviado las cartas.

—¿Cuándo salió en libertad?

—Hace poco más de dos años. Evidentemente las fechas no cuadran con el intento de asesinato en el Círculo de Bellas Artes ni con los anteriores. O bien Salgado trabajaba con alguien en el exterior o que solo se le estaba usando de señuelo para confundir la pista. Esta última posibilidad es la que ha ido cobrando más viabilidad a medida que avanzaba la investigación. Como verán en el dosier que les dejaré, las cartas estaban todas enviadas desde la estafeta del Pueblo Seco de Barcelona a la que se lleva toda la correspondencia de los internos del penal de Montjuic.

—¿Cómo saben qué cartas franqueadas en esa estafeta vienen de la prisión y cuáles no?

—Todas las originadas en el castillo llevan un sello en el sobre que se coloca a modo de identificación en la oficina de la cárcel antes de ser introducidas en la saca.

—¿No se revisa el correo de los presos? —preguntó Alicia.

—En teoría, sí. En la práctica, según nos confirmaron los propios responsables,

solo en determinadas ocasiones. En cualquier caso, nadie tenía constancia de que se hubieran detectado mensajes amenazadores dirigidos al ministro. También es posible que, dada la oscura naturaleza del lenguaje empleado, los censores de la prisión no notasen nada relevante.

—Si Salgado tenía un cómplice o varios cómplices en el exterior, ¿habría sido posible que estos le entregasen las cartas para que él las enviara desde la cárcel?

—Podría ser. Salgado tenía derecho a una visita personal por mes. De todos modos, no tendría sentido alguno que hubiera sido así. Era mucho más fácil enviar las cartas por conducto ordinario y no exponerse a que los censores de la prisión pudieran detectarlas —dijo Gil de Partera.

—No a menos que específicamente quisieran dejar constancia de que las cartas eran enviadas desde la prisión —intervino Alicia.

Gil de Partera consintió con un asentimiento.

—Hay algo que no entiendo —continuó Alicia—. Si Salgado llevaba todo este tiempo en Montjuic y no fue liberado hasta hace un par de años, imagino que eso significa que estaba condenado a la pena máxima de treinta años. ¿Qué hace en la calle?

—No lo entiende ni usted ni nadie. En efecto, se suponía que a Sebastián Salgado le quedaban por lo menos diez años más de condena cuando, de forma inesperada, se le concedió un indulto extraordinario firmado por el Jefe del Estado que conmutaba su pena. Y hay más. Dicho indulto se tramitó a petición y bajo los buenos auspicios del ministro Valls.

Alicia dejó escapar una risa de estupefacción. Gil de Partera la miró con severidad.

—¿Por qué motivo haría Valls una cosa así? —preguntó Leandro al rescate.

—En contra de nuestro consejo, y alegando que la investigación no estaba dando el fruto esperado, el ministro estimó que poner en libertad a Salgado podía conducir a desvelar la identidad y el paradero de la parte o partes implicadas en el envío de las amenazas y los supuestos atentados contra su vida.

—Su señoría se refiere a esos hechos como supuestos… —dejó caer Alicia.

—Nada en este asunto está claro —cortó Gil de Partera—. Eso no significa que ponga o debamos poner la palabra del ministro en cuestión.

—Por supuesto. Volviendo a la puesta en libertad de Salgado, ¿produjo los resultados que esperaba el ministro? —preguntó Alicia.

—No. Le tuvimos vigilado las veinticuatro horas desde que abandonó el penal. Lo primero que hizo fue alquilar una habitación en un hostal de baja estofa del Barrio Chino, donde dejó pagado un mes por adelantado. Fuera de eso, todo cuanto hizo fue acudir todos los días a la Estación del Norte, donde pasaba horas contemplando o vigilando las taquillas de consigna de equipajes del vestíbulo y, ocasionalmente, visitar una vieja librería de lance en la calle Santa Ana.

—Sempere e hijos —murmuró Alicia.

—Así es. ¿La conoce usted?

Alicia asintió.

—El amigo Salgado no parece encajar en el perfil del lector habitual —estimó Leandro—. ¿Sabemos qué esperaba encontrar en la consigna de la estación?

—Sospechamos que tenía allí oculto algún tipo de botín fruto de sus crímenes antes de ser aprehendido en 1939.

—¿Se confirmó la sospecha?

—En su segunda semana de libertad, Salgado visitó de nuevo la librería Sempere e hijos por última vez y luego se dirigió a la Estación del Norte, como hacía todos los días. Aquel día, sin embargo, en vez de sentarse en el vestíbulo a mirar las taquillas se acercó a una de ellas e introdujo una llave. Extrajo una maleta de la taquilla y la abrió.

—¿Qué contenía? —preguntó Alicia.

—Aire —sentenció Gil de Partera—. Nada. Su botín, o lo que fuera que había escondido allí, había desaparecido. La policía de Barcelona se disponía a detenerle al salir de la estación cuando Salgado se desplomó en la lluvia. Los agentes habían detectado que tan pronto como salió de la librería dos empleados le habían seguido hasta allí. Una vez que quedó tendido en el suelo, uno de ellos se arrodilló junto a Salgado unos segundos y luego abandonó el lugar. Cuando la policía llegó hasta él, Salgado ya estaba muerto. Podría tratarse de un caso de justicia divina, el ladrón robado y todo eso, pero la autopsia reveló marcas de punción en la espalda y en la ropa, y restos de estricnina en la sangre.

—¿Podrían haber sido los dos empleados de la librería? Los cómplices se desembarazan del señuelo una vez ya no les resulta útil o ven comprometida su seguridad al darse cuenta de que la policía los tiene vigilados.

—Esa fue una de las teorías, pero se descartó. De hecho, cualquiera que hubiese estado en la estación podría haberle asesinado sin que él se diera ni cuenta. La policía estaba vigilando con atención a los dos empleados de la librería y no observó contacto directo alguno entre ellos y Salgado hasta que este se desplomó, presumiblemente muerto.

—¿Podrían haberle administrado el veneno en la librería, antes de que Salgado se dirigiese a la estación? —preguntó Leandro.

Esta vez fue Alicia la que respondió a la pregunta.

—No. La estricnina actúa muy rápido, y más en un hombre de esa edad y presumible condición física tras haber pasado veinte años en una mazmorra. Entre la punción y el fallecimiento no podrían mediar más de uno o dos minutos.

Gil de Partera la miró reprimiendo un gesto de aprobación.

—Así es —corroboró—. Lo más probable es que alguien más estuviera en la estación aquel día, sin llamar la atención de los agentes, y tuviese decidido que era el momento de desembarazarse de Salgado.

—¿Qué sabemos de esos dos empleados de la librería?

—Uno es un tal Daniel Sempere, hijo del propietario. El otro responde al nombre de Fermín Romero de Torres, cuyo rastro en el registro es confuso y muestra indicios de suplantación documental. Quizá para establecer una identidad falsa.

—¿Qué relación tenían con el caso y qué hacían allí?

—No se pudo determinar.

—¿Y no se los interrogó?

Gil de Partera negó.

—De nuevo, instrucciones expresas del ministro Valls. Contra nuestro criterio.

—¿Y la pista del cómplice o cómplices de Salgado?

—En vía muerta.

—Quizá ahora el ministro cambie de idea y dé su permiso para…

Gil de Partera desenterró su sonrisa lobuna de policía veterano.

—Ahí es adonde quería ir a parar. Hace exactamente nueve días, al amanecer del día siguiente a la fiesta de máscaras organizada en su residencia de Somosaguas, don Mauricio Valls abandonó su domicilio a bordo de un automóvil en compañía del jefe de su escolta personal, Vicente Carmona.

—¿Abandonó? —preguntó Alicia.

—Nadie le ha visto ni ha tenido noticias suyas desde entonces. Desaparecido de la faz de la tierra sin dejar rastro alguno.

Un largo silencio se desplomó sobre la sala. Alicia buscó la mirada de Leandro.

—Mis hombres están trabajando sin descanso, pero hasta el momento no tenemos nada. Es como si Mauricio Valls se hubiera evaporado al subirse a ese coche…

—¿Dejó el ministro alguna nota, algún indicio de adónde podría dirigirse antes de salir de su domicilio?

—No. La teoría que barajamos es que el ministro, por algún motivo que no alcanzamos a determinar, habría averiguado por fin quién le estaba enviando esas amenazas y habría decidido ir a enfrentarse a él por su cuenta con la ayuda de su guardaespaldas de confianza.

—Y caer así tal vez en una trampa —completó Leandro—. «La entrada del laberinto».

Gil de Partera asintió repetidamente.

—¿Cómo podemos estar seguros de que el ministro no sabía desde el principio quién enviaba esas notas y por qué? —intervino de nuevo Alicia.

Tanto Leandro como Gil de Partera le lanzaron una mirada de censura.

—El ministro es la víctima, no el sospechoso —atajó el segundo—. No se confunda.

—¿Cómo podemos ayudarle, amigo mío? —le preguntó Leandro.

Gil de Partera respiró hondo y se tomó unos instantes antes de responder.

—Mi departamento tiene procedimientos limitados. Se nos ha mantenido en la oscuridad respecto a este tema hasta que ha sido demasiado tarde. Reconozco que hemos podido cometer errores, pero estamos haciendo todo lo posible por resolver el

asunto antes de que acabe haciéndose público. Algunos de mis superiores creen que su unidad, dada la naturaleza del caso, puede aportar alguna pieza adicional que nos ayude a resolver esta cuestión cuanto antes.

—¿Y usted también lo cree?

—Si quiere que le sea sincero, Leandro, yo ya no sé qué ni a quién creer. Pero de lo que no tengo duda alguna es de que si no encontramos al ministro Valls sano y salvo en un plazo breve, Altea abrirá la caja de los truenos y pondrá a su viejo amigo Hendaya en el asunto. Y ni usted ni yo queremos eso.

Alicia dirigió una mirada inquisitiva a Leandro, que negó levemente. Gil de Partera rio por lo bajo con amargura. Tenía los ojos inyectados en sangre, o en café negro, y aspecto de no haber dormido más de dos horas por noche en una semana.

—Les estoy contando hasta donde sé, pero lo que ignoro es si lo que me han contado a mí es toda la verdad. Más claro no puedo ser. Llevamos nueve días dando palos de ciego y cada hora que pasa es una hora perdida.

—¿Cree usted que el ministro sigue vivo? —preguntó Alicia.

Gil de Partera bajó la mirada y dejó transcurrir un largo silencio.

—Mi obligación es pensar que sí y que vamos a encontrarle sano y salvo antes de que nada de todo esto pueda trascender o nos quiten el caso de las manos.

—Y nosotros estamos con usted —convino Leandro—. No tenga la menor duda de que haremos cuanto sea posible para ayudarlos en su investigación.

Gil de Partera asintió, observando a Alicia con ambivalencia.

—Trabajará usted con Vargas, uno de mis hombres.

Alicia dudó un instante. Buscó la complicidad de Leandro con la mirada, pero su superior optó por perderse en su taza de café.

—Con el debido respeto, señor, yo siempre trabajo sola.

—Trabajará usted con Vargas. Sobre este punto no hay discusión posible.

—Por supuesto —convino Leandro ajeno a la mirada encendida de Alicia—. ¿Cuándo podemos empezar?

—Ayer.

A una señal del director, uno de sus agentes se aproximó a la mesa y le tendió un sobre abultado. Gil de Partera lo dejó sobre la mesa y se incorporó, sin ocultar sus prisas por estar en cualquier otro sitio que no fuese aquel salón comedor.

—Los detalles están todos en el dosier. Manténgame informado.

Estrechó la mano de Leandro y, sin dedicarle apenas una última mirada a Alicia, partió con paso firme.

Le vieron alejarse a través del gran salón comedor seguido de sus hombres y tomaron asiento de nuevo. Durante varios minutos permanecieron en silencio, Alicia mirando al vacío y Leandro rebanando meticulosamente un cruasán, untándolo de mantequilla y mermelada de fresa y luego degustándolo sin prisa, con los ojos cerrados.

—Gracias por el apoyo —dijo Alicia.

—No seas así. Tengo entendido que Vargas es un hombre de talento. Te gustará. Y a lo mejor aprendes algo.

—Qué suerte la mía. ¿Quién es?

—Un veterano del Cuerpo. Solía ser un peso pesado. Lleva un tiempo en la reserva, al parecer por diferencias de opinión con la Dirección General. Algo pasó, dicen.

—¿Un paria? ¿Tan poco valgo que no merezco ni una carabina de categoría?

—Categoría, la tiene, no lo dudes. Lo que ocurre es que su fidelidad y fe en el Movimiento se han puesto en cuestión más de una vez.

—No esperarán que yo le convierta.

—Lo único que esperan es que no hagamos ruido y les hagamos quedar bien.

—Delicioso.

—Podría ser peor —zanjó Leandro.

—¿Peor significa eso de invitar «a su viejo amigo», el tal Hendaya?

—Entre otras cosas.

—¿Quién es Hendaya?

Leandro desvió la mirada.

—Mejor que no lo tengas que averiguar.

Medió entre ambos un largo silencio, que Leandro aprovechó para servirse otra taza de café. Tenía la odiosa costumbre de beber el café sosteniendo el platillo de la taza con una mano bajo la barbilla y dando pequeños sorbos. En días como aquel, casi todas sus costumbres, que Alicia conocía de memoria, se le aparecían odiosas. Leandro reparó en su mirada y le dedicó una sonrisa paternal y benevolente.

—Si las miradas matasen —dijo.

—¿Por qué no le ha dicho al director que dimití hace dos semanas y que ya no estoy en el servicio?

Leandro dejó la taza sobre la mesa y se limpió los labios con la servilleta.

—No te quería avergonzar, Alicia. Me permito recordarte que no somos un club de juegos de mesa y que no se ingresa o cesa en el servicio presentando una simple solicitud. Hemos mantenido ya esta conversación varias veces y, si tengo que serte sincero, me duele tu actitud. Porque te conozco mejor de lo que te conoces a ti misma y por el gran aprecio que te tengo, te concedí un par de semanas de vacaciones para que descansaras y pudieses meditar sobre tu futuro. Entiendo que estés cansada. Yo también lo estoy. Entiendo que a veces lo que hacemos no es de tu agrado. Tampoco lo es del mío. Pero es nuestro trabajo y nuestro deber. Eso ya lo sabías cuando entraste.

—Cuando entré tenía diecisiete años. Y no fue por gusto.

Leandro sonrió como un maestro orgulloso ante el más brillante de sus discípulos.

—La tuya es un alma vieja, Alicia. Tú nunca has tenido diecisiete años.

—Quedamos en que lo dejaba. Ese fue el trato. Dos semanas no cambian nada.

La sonrisa de Leandro se enfriaba, como su café.

—Concédeme este último favor y luego podrás hacer lo que desees.

—No.

—Te necesito en esto, Alicia. No me hagas suplicar. Ni obligarte.

—Páseselo a Lomana. Seguro que se muere de ganas de hacer puntos.

—Ya tardaba en salir el tema. Nunca he entendido bien cuál es el problema entre Ricardo y tú.

—Incompatibilidad de caracteres —sugirió Alicia.

—Lo cierto es que Ricardo Lomana es el operativo que ofrecí en préstamo a la policía hace unas semanas, y que todavía no me han devuelto. Ahora me dicen que ha desaparecido.

—No caerá esa breva. ¿Dónde se ha metido?

—Parte del acto de desaparecer implica el no desvelar ese detalle.

—Lomana no es de los que desaparecen. Tiene que haber una razón para que no dé señales de vida. Ha encontrado algo.

—Eso pienso yo también, pero en la medida en que no tengamos noticias suyas solo podemos especular. Y eso no es para lo que nos pagan.

—¿Para qué nos pagan?

—Para resolver problemas. Y este es un problema muy grave.

—¿Y no podría yo desaparecer también?

Leandro negó. La miró largamente afectando un semblante dolido.

—¿Por qué me odias, Alicia? ¿No he sido un padre para ti? ¿Un buen amigo?

Alicia contempló a su mentor. Tenía un nudo en el estómago y no le llegaban las palabras a los labios. Había pasado dos semanas intentando apartarlo de su mente y ahora, al enfrentarse de nuevo a él, comprendía que sentada allí, bajo la gran cúpula del Palace, volvía a ser aquella adolescente infeliz que habría tenido todos los números para no llegar nunca a los veinte si Leandro no la hubiera sacado del pozo.

—No le odio.

—A lo mejor te odias a ti misma, a lo que haces, a quien sirves y a toda esta basura que nos rodea y que nos pudre por dentro un poco más cada día que pasa. Te entiendo porque yo también he pasado por ahí.

Leandro sonrió de nuevo, aquella sonrisa cálida que todo lo perdonaba, que todo lo comprendía. Posó la mano sobre la de Alicia y la apretó con fuerza.

—Ayúdame a solucionar este último asunto y te prometo que después podrás marcharte. Desaparecer para siempre.

—¿Así de simple?

—Así de simple. Tienes mi palabra.

—¿Cuál es el truco?

—No hay truco.

—Siempre hay truco.

—Esta vez no. Ni yo puedo retenerte a mi lado para siempre si tú no quieres estar conmigo. Por mucho que me duela.

Leandro le ofreció la mano.

—¿Amigos?

Alicia dudó, pero finalmente le ofreció la suya. Él se la llevó a los labios y la besó.

—Te voy a echar de menos cuando todo esto se haya acabado —dijo Leandro—. Y tú también a mí, aunque ahora no lo veas así. Tú y yo formamos un buen equipo.

—Dios los cría y el diablo los junta.

—¿Has pensado en lo que vas a hacer luego?

—¿Cuándo?

—Cuando seas libre. Cuando desaparezcas, como tú dices.

Alicia se encogió de hombros.

—No lo he pensado.

—Creí que te había enseñado a mentir mejor, Alicia.

—A lo mejor no sirvo para nada más —apuntó ella.

—Siempre has querido escribir… —sugirió Leandro—. ¿Una nueva Laforet?

Alicia esbozó una mirada de desinterés. El hombre sonrió.

—¿Escribirás sobre nosotros?

—No. Claro que no.

Leandro hizo un gesto afirmativo.

—No sería una buena idea, ya lo sabes. Nosotros operamos en la sombra. Sin ser vistos. Es parte del servicio que ofrecemos.

—Claro que lo sé. No hace falta que me lo recuerde.

—Lástima, porque habría tantas historias que contar, ¿verdad?

—Ver mundo —murmuró Alicia.

—¿Perdona?

—Lo que me gustaría hacer es viajar y ver mundo. Encontrar mi sitio. Si es que existe.

—¿Tú sola?

—¿Necesito a alguien más?

—Supongo que no. Para las criaturas como nosotros la soledad puede ser la mejor de las compañías.

—A mí ya me va bien.

—Un día de estos te enamorarás.

—Qué bonito título para un bolero.

—Más vale que vayas tirando. O mucho me equivoco o imagino que Vargas debe de estar esperando ahí afuera.

—Es un error.

—Esta injerencia me molesta más que a ti, Alicia. Está claro que no se fían. Ni de ti, ni de mí. Sé diplomática y no le asustes. Hazlo por mí.

—Siempre lo soy. Y yo no asusto a nadie.

—Ya sabes lo que quiero decir. Además, no vamos a competir con la policía. Ni

lo vamos a intentar. Ellos tienen su investigación, sus métodos y su procedimiento.

—¿Qué hago entonces? ¿Sonreír y repartir peladillas?

—Quiero que hagas lo que tú sabes hacer. Que te fijes en lo que la policía no se va a fijar. Que sigas tu instinto, no el procedimiento. Que hagas todo aquello que la policía no va a hacer porque es la policía y porque no es mi Alicia Gris.

—¿Es eso un cumplido?

—Sí, y también una orden.

Alicia recogió el sobre con el dosier de la mesa y se incorporó. Al hacerlo, Leandro advirtió que se llevaba la mano a la cadera y que apretaba los labios para ocultar el dolor.

—¿Cuánto estás tomando? —preguntó.

—Nada en las dos últimas semanas. Un par de pastillas de vez en cuando.

Leandro suspiró.

—Ya lo hemos hablado muchas veces, Alicia. Ya sabes que no puedes hacer eso.

—Lo estoy haciendo.

Su mentor negó por lo bajo.

—Haré que te entreguen cuatrocientos gramos esta tarde en tu hotel.

—No.

—Alicia…

Ella se volvió y se alejó de la mesa sin cojear, mordiéndose la lengua y tragándose el dolor y las lágrimas de rabia.

6

Cuando Alicia salió del Palace había dejado de diluviar y un velo de vapor se alzaba del pavimento. Grandes haces de luz acuchillaban el centro de Madrid desde la bóveda de nubes en tránsito como si fueran focos peinando el patio de una prisión. Uno de ellos barrió la plaza de las Cortes y desveló la carrocería de un Ford aparcado a pocos metros de la entrada del hotel. Apoyado en el capó había un hombre de cabello plateado enfundado en un abrigo negro que fumaba un cigarrillo y contemplaba a la gente deambular con parsimonia. Ella le calculó unos cincuenta años largos, aunque bien llevados y mejor musculados. Tenía el porte sólido de quien ha pasado por la milicia con aprovechamiento y hace pocas escalas en su escritorio. Como si la hubiera olfateado en el aire, volvió la mirada hacia Alicia y le sonrió con aire de galán de sesión de tarde.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

—Eso espero. Mi nombre es Gris.

—¿Gris? ¿Usted es Gris?

—Alicia Gris. De la unidad de Leandro Montalvo. Gris. Supongo que usted es Vargas.

El hombre asintió vagamente.

—No me habían dicho…

—Sorpresas de última hora —cortó ella—. ¿Necesita unos minutos para reponerse?

El policía apuró una última calada del cigarrillo y la observó con detenimiento a través de la cortina de humo que exhalaba de sus labios.

—No.

—Estupendo. ¿Por dónde quiere empezar?

—Nos esperan en la villa de Somosaguas. Si le parece bien.

Alicia asintió. Vargas tiró la colilla al arcén y rodeó el coche. Ella se acomodó en el asiento del pasajero. Él se sentó al volante, la mirada perdida al frente y las llaves del vehículo en el regazo.

—He oído muchas cosas de usted —profirió Vargas—. No la hacía tan… joven.

Alicia le miró con frialdad.

—Eso no va a ser un problema, ¿verdad? —preguntó el policía.

—¿Problema?

—Usted y yo —aclaró Vargas.

—No tiene por qué.

Él la miraba con más curiosidad que recelo. Alicia le ofreció una de esas sonrisas dulces y felinas que tanto irritaban a Leandro. Vargas chasqueó la lengua y puso el automóvil en marcha, negando por lo bajo.

—Bonito coche —comentó Alicia al rato.

—Cortesía de Jefatura. Acéptelo como un signo de que se toman en serio este

asunto. ¿Conduce usted?

—A duras penas puedo abrir una cuenta de banco en este país sin permiso de un marido o un padre —replicó Alicia.

—Entiendo.

—Permítame dudarlo.

Circularon en silencio durante varios minutos. Vargas iba dispensando a Alicia miradas de refilón que ella fingía no advertir. La observación metódica e intermitente del policía le iba haciendo una radiografía por entregas, aprovechando semáforos y pasos de peatones. Cuando se tropezaron con un parón de tráfico a media Gran Vía, Vargas extrajo una fina pitillera de plata y se la tendió, abierta. Tabaco rubio, importado. Ella declinó. Vargas se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió con un mechero dorado que Alicia hubiera jurado que llevaba la marca Dupont. A Vargas le gustaban las cosas bonitas y caras. Mientras encendía el cigarrillo, Alicia advirtió que el policía le miraba las manos recogidas en el regazo, tal vez buscando un anillo de matrimonio. Vargas lucía uno de notable tamaño.

—¿Familia? —preguntó el policía.

Alicia negó.

—¿Usted?

—Casado con España —replicó.

—Muy ejemplar. ¿Y el anillo?

—Otros tiempos.

—¿No me va a preguntar qué hace alguien como yo trabajando para Leandro?

—¿Es asunto mío?

—No.

—Pues eso.

Regresaron al incómodo silencio mientras iban dejando atrás el tráfico del centro y se encaminaban hacia la Casa de Campo. Los ojos de Vargas seguían escrutándola por fascículos. Tenía la mirada fría y metálica, las pupilas grises brillantes como monedas recién acuñadas. Alicia se preguntó si, antes de caer en desgracia, su compañero a la fuerza habría sido un acólito o meramente un mercenario. Los primeros infestaban todos los estamentos del régimen y se multiplicaban como verrugas purulentas al abrigo de banderas y proclamas; los segundos guardaban silencio y se limitaban a hacer funcionar la máquina. Se preguntó a cuántas personas habría liquidado a lo largo de su carrera en el Cuerpo, si convivía con el remordimiento o si había perdido ya la cuenta. O tal vez, con las canas, le había crecido la conciencia y eso había arruinado sus proyectos.

—¿Qué está pensando? —preguntó Vargas.

—Me preguntaba si le gusta su trabajo.

Vargas rio entre dientes.

—¿No me va a preguntar si me gusta el mío? —sugirió Alicia.

—¿Es asunto mío?

—Supongo que no.

—Pues eso.

Visto que la conversación no tenía futuro, Alicia extrajo el dosier del sobre que le había proporcionado Gil de Partera y empezó a hojearlo. A simple vista no había gran cosa. Notas de los agentes. La declaración de la secretaria personal del ministro. Un par de páginas dedicadas al supuesto atentado frustrado contra Valls, generalidades de procedimiento por parte de los dos inspectores que habían abierto el caso y algunos extractos del expediente de Vicente Carmona, el guardaespaldas de Valls. O Gil de Partera confiaba en ellos menos todavía de lo que Leandro había sugerido o la crema de su departamento había estado tocándose las narices durante la última semana.

—¿Esperaba más? —preguntó Vargas, leyéndole el pensamiento.

Alicia fijó la vista en la arboleda de la Casa de Campo.

—No esperaba menos —murmuró—. ¿A quién vamos a ver?

—Mariana Sedó, la secretaria personal de Valls durante los últimos veinte años. Ella fue quien alertó de la desaparición del ministro.

—Muchos años son esos para una secretaria —apuntó Alicia.

—Las malas lenguas dicen que es mucho más que eso.

—¿Amante?

Vargas negó.

—Me parece que los gustos de doña Mariana tiran más a la otra orilla. Lo que se dice es que ella es quien realmente llevaba el barco y que nada se hacía o se decidía en el despacho de Valls sin su consentimiento.

—Detrás de cada hombre malvado siempre hay una mujer peor. Eso también se dice.

Vargas sonrió.

—Pues yo nunca lo había oído. Ya me habían advertido que era usted un tanto irreverente.

—¿De qué más le han advertido?

Vargas se volvió y le guiñó el ojo.

—¿Quién es Hendaya? —preguntó Alicia.

—¿Cómo dice?

—Hendaya. ¿Quién es?

—¿Rodrigo Hendaya?

—Supongo.

—¿Por qué quiere saberlo?

—El saber no ocupa lugar.

—¿Ha mencionado Montalvo a Hendaya en relación con este asunto?

—El nombre ha salido en la conversación, sí. ¿Quién es?

Vargas suspiró.

—Hendaya es un carnicero. Cuanto menos sepa de él, mejor.

—¿Le conoce?

Vargas ignoró su pregunta. El resto del camino lo hicieron sin cruzar palabra.

7

Llevaban casi quince minutos recorriendo avenidas pinceladas por un regimiento de jardineros uniformados cuando se abrió ante ellos un bulevar punteado de cipreses que conducía al portón de lanzas de Villa Mercedes. El cielo se había teñido de plomo y pequeñas gotas de lluvia salpicaban el parabrisas del coche. Un mozo esperaba a la puerta de la finca y abrió la verja para dejarlos pasar. A un lado había una garita con un guardia armado con un fusil que asintió al saludo de Vargas.

—¿Ha estado usted ya aquí? —preguntó Alicia.

—Un par de veces desde el lunes pasado. Le va a encantar.

El coche se deslizó a través de la carretera de grava fina que serpenteaba entre arboledas y lagunas. Alicia contempló los jardines de estatuas, los estanques y las fuentes y las rosaledas marchitas deshaciéndose al viento de otoño. Los raíles de un tren a escala se entreveían entre arbustos y flores muertas. La silueta de lo que semejaba una estación en miniatura se adivinaba en los confines de la finca. Una locomotora de vapor y dos vagones esperaban en el andén bajo la llovizna.

—Un juguete para la niña —explicó Vargas.

Al poco asomó al frente el perfil de la casa principal, un palacete de porte excesivo que parecía concebido para empequeñecer y amedrentar al visitante. Dos grandes caserones aparecían a ambos lados a un centenar de metros cada uno. Vargas detuvo el coche frente a la escalinata que ascendía a la entrada principal. Un mayordomo uniformado que portaba un paraguas aguardaba al pie y les indicó que se dirigieran a una estructura que quedaba a una cincuentena de metros de la casa. Vargas enfiló el camino que conducía a las cocheras y Alicia pudo contemplar el contorno de la vivienda principal.

—¿Quién paga todo esto? —inquirió.

Vargas se encogió de hombros.

—Usted y yo, supongo. Y tal vez la señora de Valls, que heredó la fortuna de su señor padre, Enrique Sarmiento.

—¿El banquero?

—Uno de los banqueros de la Cruzada, que decían los diarios —precisó Vargas.

Alicia recordaba haber oído a Leandro mencionar a Sarmiento y a un grupo de banqueros que habían financiado al bando nacional durante la guerra civil, prestándole en buena medida el dinero de los vencidos, en un acuerdo mutuamente beneficioso.

—Tengo entendido que la esposa del ministro está enferma —dijo Alicia.

—Enferma es un decir…

El guarda del garaje les abrió uno de los portones y les indicó que metiesen el coche en el interior. Vargas bajó la ventanilla y el guarda le reconoció.

—Déjelo donde quiera, jefe. Y las llaves en el contacto, por favor…

Vargas asintió y se adentró en el garaje, una estructura de bóvedas encadenadas

sostenidas por columnas de hierro forjado que se extendía en una tiniebla sin fondo. Una sucesión de automóviles de lujo se alineaba en fuga, el brillo de sus cromados perdiéndose en la infinidad. Vargas encontró un hueco entre un Hispano Suiza y un Cadillac. El encargado del garaje los había seguido y les dedicó una señal de aprobación.

—Bonito coche trae hoy, jefe —comentó cuando descendieron del automóvil.

—Como hoy venía la señorita, los jefes me han dejado sacar el Ford —dijo Vargas.

El encargado era una especie de apunte entre homúnculo y ratoncillo que parecía sostenerse en pie dentro de su mono azul merced a un amasijo de trapos sucios que pendían de su cinturón y a una película de grasilla que lo preservaba de los elementos. Tras dedicarle un exhaustivo vistazo a Alicia de pies a cabeza, el encargado se rindió en una reverencia y, cuando creyó que ella no lo advertía, le lanzó un guiño cómplice a Vargas.

—Gran tipo, Luis —sentenció Vargas—. Creo que vive aquí, en el mismo garaje, en un cobertizo al fondo del taller.

Recorrieron la colección rodante de piezas de museo de Valls rumbo a la salida mientras, a su espalda, Luis se entretenía en sacarle lustre al Ford a golpe de trapo y saliva al tiempo que se deleitaba con el dulce vaivén de Alicia y el dibujo de sus tobillos.

El mayordomo acudió a recibirlos y Vargas cedió a Alicia el amparo del paraguas que les ofrecía.

—Espero que hayan tenido buen viaje desde Madrid —dijo el sirviente con solemnidad—. Doña Mariana los espera.

El mayordomo tenía aquella sonrisa fría y vagamente condescendiente de los criados de carrera que, con los años, empiezan a creer que la alcurnia de sus amos les ha salpicado la sangre de azul y otorgado también el privilegio de poder mirar a los demás por encima del hombro. Mientras recorrían la distancia que los separaba de la casa principal, Alicia advirtió que el mayordomo le iba lanzando miradas subrepticias, intentando leer en su ademán y su indumentaria qué pintaba aquel personaje en la función.

—¿La señorita es su secretaria? —preguntó el mayordomo sin desprender la mirada de Alicia.

—La señorita es mi superior —replicó Vargas.

El sirviente y su soberbio porte se rindieron, en un gesto amojamado digno de orla. Sus labios permanecieron sellados y la mirada pegada a sus zapatos durante el resto del camino. La puerta principal daba a un gran vestíbulo de suelos de mármol del que partían escalinatas, corredores y galerías. Siguieron al mayordomo hasta un salón de lectura en el que esperaba, de espaldas a la puerta y enfrentada a la visión del jardín principal bajo la lluvia, una mujer de mediana edad que se volvió tan pronto como los oyó entrar y les ofreció una sonrisa gélida. El mayordomo cerró la

puerta a su paso y se retiró a disfrutar de su perplejidad transitoria.

—Yo soy Mariana Sedó, la secretaria personal de don Mauricio.

—Vargas, de Jefatura, y mi colaboradora, la señorita Gris.

Mariana se tomó su tiempo para hacerle la radiografía de rigor. Empezó por el rostro, arrastrando la mirada por su color de labios. Prosiguió por el corte de su vestido y finalizó con sus zapatos, a los que dedicó una sonrisa entre la tolerancia y el desprecio que rápidamente enterró en el semblante sereno y compungido que exigían las circunstancias. Les indicó que tomaran asiento. Se acomodaron en un sofá de piel y Mariana eligió una silla, que acercó a la mesita donde reposaba una bandeja con una tetera humeante y tres tazas, que procedió a llenar. Alicia calibró la sonrisa impostada tras la que se parapetaba doña Mariana y pensó que la eterna guardiana de Valls destilaba un aura maliciosa a medio camino entre hada madrina y mantis religiosa de voraz apetito.

—Ustedes dirán en qué puedo ayudarlos. He hablado con tantos de sus colegas en los últimos días que ya no sé si habrá algo que no les haya dicho ya.

—Le agradecemos su paciencia, doña Mariana. Somos conscientes de que son momentos difíciles para la familia y para usted —aventuró Alicia.

La aludida asintió con ademán paciente y sonrisa de escarcha, el aire de fiel servidora estudiado a la perfección. Sus ojos, sin embargo, traicionaban un gesto de irritación al tener que tratar con subalternos de medio pelo. El modo en que dirigía la mirada principalmente a Vargas y evitaba reparar en Alicia denotaba un punto adicional de desdén. Alicia decidió ceder la iniciativa a Vargas, a quien no se le había escapado el detalle, y escuchar.

—Doña Mariana, del atestado y su declaración a la policía se desprende que fue usted quien primero alertó de la ausencia de don Mauricio Valls…

La secretaria hizo un gesto afirmativo.

—El día del baile don Mauricio nos había concedido la jornada libre a varios miembros del personal fijo. Yo aproveché para ir a Madrid a visitar a mi ahijada y pasar el tiempo con ella. Al día siguiente, aunque don Mauricio no me había indicado que fuera a necesitarme, regresé a primera hora de la mañana, a eso de las ocho, y empecé a preparar la correspondencia y la agenda de don Mauricio como hago siempre. A las nueve subí al despacho y vi que el señor ministro no estaba. Poco después, una de las doncellas me dijo que su hija Mercedes le había comunicado que su padre había salido en coche muy temprano con el señor Vicente Carmona, el jefe de su escolta. Me pareció extraño, porque al revisar la agenda vi que don Mauricio había añadido de su puño y letra un encuentro informal aquella mañana a las diez aquí, en Villa Mercedes, con el director comercial de Ariadna, Pablo Cascos.

—¿Ariadna? —preguntó Vargas.

—Es el nombre de una editorial propiedad de don Mauricio —aclaró la secretaria.

—Ese detalle no figura en su declaración a la policía —dijo Alicia.

—¿Perdón?

—La reunión que el propio don Mauricio había programado por su cuenta para aquella mañana. No la mencionó usted a la policía. ¿Puedo preguntar por qué?

Doña Mariana le sonrió con cierta displicencia, como si la pregunta le pareciese trivial.

—Al no haber tenido nunca lugar la reunión no me pareció relevante. ¿Debería haberlo hecho?

—Lo ha hecho ahora, y eso es lo que cuenta —comentó Vargas, cordial—. Es imposible recordar todos los detalles, por eso abusamos de su amabilidad e insistimos tanto. Continúe, por favor, doña Mariana.

La secretaria de Valls dio por buena la disculpa y prosiguió, aunque ignorando a Alicia y dirigiendo la mirada solo a Vargas.

—Como decía, me pareció extraño que el ministro se hubiese ausentado sin avisarme previamente. Consulté con el servicio y me informaron de que al parecer el señor ministro no había dormido en su habitación aquella noche y que había pasado la velada en su despacho.

—¿Pasa usted las noches aquí, en la vivienda principal? —interrumpió Alicia.

Doña Mariana adoptó un semblante ofendido y negó, apretando los labios.

—Por supuesto que no.

—Disculpe. Prosiga, si es tan amable.

La secretaria de Valls resopló con impaciencia.

—Poco después, a eso de las nueve, el señor Revuelta, el jefe de seguridad de la casa, me indicó que no tenía constancia de que Vicente Carmona y el señor ministro tuvieran previsto ir a ningún sitio aquella mañana y de que, en cualquier caso, el que hubieran salido juntos sin más escolta era altamente irregular. El señor Revuelta, a petición mía, consultó primero con el personal del ministerio y luego habló con Gobernación. Nadie sabía nada de don Mauricio, pero nos informaron de que nos llamarían tan pronto como se le localizara. Debió de pasar una media hora sin que tuviésemos noticias. Fue entonces cuando Mercedes, la hija de don Mauricio, vino a verme. Estaba llorando, y al preguntarle qué le sucedía me dijo que su padre se había ido y que no iba a volver jamás…

—¿Dijo Mercedes por qué creía eso? —preguntó Vargas.

Doña Mariana se encogió de hombros.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Llamé a la secretaría general de Gobernación y hablé primero con don Jesús Moreno y más tarde con el director de la policía, el señor Gil de Partera. Lo demás ya lo saben ustedes.

—Fue en ese momento cuando mencionó usted las cartas anónimas que el ministro había estado recibiendo.

Doña Mariana se tomó un instante.

—Así es. El tema surgió durante la conversación con el señor Gil de Partera y su subalterno, un tal García…

—García Novales —completó Vargas.

La secretaria asintió.

—La policía, por supuesto, ya estaba al corriente de la existencia de esas cartas y tenía copia desde hacía meses. Se dio la circunstancia de que aquella mañana, mientras repasaba la agenda del señor ministro, encontré en su despacho la carpeta en la que él las había guardado.

—¿Sabía usted que las guardaba? —preguntó Alicia.

Doña Mariana negó.

—Creí que las había destruido tras mostrárselas a la policía a raíz de la investigación después del incidente en el Círculo de Bellas Artes, pero vi que me había equivocado y que don Mauricio las había estado consultando. Así lo mencioné a sus superiores.

—¿Por qué motivo cree usted que don Mauricio tardó tanto tiempo en alertar a la policía o a los cuerpos de seguridad de la existencia de aquellas cartas? —inquirió de nuevo Alicia.

Doña Mariana desvió por un momento la vista de Vargas y su mirada rapaz se posó en ella.

—Señorita, tiene usted que comprender que el volumen de correspondencia que recibe un hombre de la importancia de don Mauricio es ingente. Son numerosas las personas y asociaciones que deciden dirigirse al ministro y son frecuentes los casos de cartas extravagantes o sencillamente lunáticas que tiro todos los días y que don Mauricio ni siquiera ve.

—Sin embargo, no tiró usted esas cartas.

—No.

—¿Conocía usted a la persona que la policía identificó como el principal sospechoso de haberlas enviado, Sebastián Salgado?

—No, claro que no —atajó la secretaria.

—Pero ¿conocía su existencia? —insistió Alicia.

—Sí. Lo recordaba de cuando el ministro había tramitado su indulto y luego de cuando la policía informó del resultado de su investigación sobre las cartas.

—Claro, pero con anterioridad a eso, ¿recuerda en alguna ocasión haber oído a don Mauricio mencionar el nombre de Salgado? ¿Tal vez años atrás?

Doña Mariana dejó una larga pausa.

—Es posible. No estoy segura.

—¿Es posible que lo mencionara? —presionó Alicia.

—No lo sé. Tal vez sí. Creo que sí.

—¿Y eso habría sido en…?

—Marzo de 1948.

Alicia frunció el ceño, mostrando su extrañeza.

—¿Recuerda la fecha con claridad pero no está segura de si utilizó el nombre de Salgado? —presionó Alicia.

Doña Mariana enrojeció.

—En marzo de 1948, don Mauricio me pidió que organizase una reunión informal con su sucesor en el puesto como director de la prisión de Montjuic, Luis Bolea.

—¿Con qué objeto?

—Entendí que se trataba de una reunión informal, de cortesía.

—¿Y estuvo usted presente en el transcurso de esa reunión, como dice, de cortesía?

—Solo en algún momento. La conversación fue privada.

—Pero tal vez tuvo usted oportunidad de escuchar algún fragmento. Accidentalmente. Entrando y saliendo de la sala… Llevando los cafés… Quizá desde su escritorio a la entrada del despacho de don Mauricio…

—No me gusta lo que insinúa usted, señorita.

—Cuanto pueda decirnos nos ayudará a encontrar al ministro, doña Mariana —intervino Vargas—. Por favor.

La secretaria dudó.

—Don Mauricio preguntó al señor Bolea por algunos de los presos que habían estado bajo su mandato. Quería conocer detalles sobre si todavía estaban internados allí, si habían sido liberados, trasladados o si habían fallecido. No dijo por qué.

—¿Recuerda algunos nombres que se mencionaran?

—Hubo muchos nombres. Y hace muchos años de eso.

—¿Era el de Salgado uno de ellos?

—Sí, creo que sí.

—¿Algún otro nombre?

—El único que recuerdo con claridad es Martín. David Martín.

Alicia y Vargas intercambiaron una mirada. Este tomó nota en su libreta.

—¿Algún nombre más?

—Tal vez un apellido que sonaba francés o extranjero. No lo recuerdo. Ya le digo que han pasado muchos años. ¿Qué importancia puede tener eso ahora?

—No lo sabemos, doña Mariana. Nuestro deber es explorar todas las posibilidades. Volviendo al tema de las cartas… Cuando le mostró la primera, ¿recuerda su reacción? ¿Dijo el ministro algo que le llamara a usted la atención?

La secretaria negó.

—No dijo nada en especial. No pareció darle importancia. La guardó en un cajón y me indicó que si se recibían más cartas como aquella se las entregase a él personalmente.

—¿Sin abrir?

Doña Mariana asintió.

—¿Le pidió don Mauricio que no comentase con nadie la existencia de aquellas cartas?

—No hizo falta. No tengo por costumbre comentar los asuntos de don Mauricio con aquellos a quienes no les incumben.

—¿Acostumbra el ministro a pedirle que guarde secretos, doña Mariana? —preguntó Alicia.

La secretaria de Valls apretó los labios pero no respondió.

—¿Tiene usted alguna pregunta más, capitán? —espetó, dirigiéndose a Vargas con impaciencia.

Alicia hizo caso omiso del intento de fuga de doña Mariana. Se inclinó hacia adelante para colocarse directamente en su línea de visión.

—¿Sabía usted que don Mauricio pensaba solicitar el indulto para Sebastián Salgado al Jefe del Estado? —preguntó Alicia.

La secretaria la miró de arriba abajo, ya sin hacer esfuerzo alguno por disimular la antipatía y hostilidad que le inspiraba Alicia. Doña Mariana buscó la mirada cómplice de Vargas, pero este había pegado los ojos a su libreta de notas.

—Por supuesto que lo sabía.

—¿No le sorprendió?

—¿Por qué habría de sorprenderme?

—¿Le dijo por qué razón había decidido hacerlo?

—Por motivos humanitarios. Había tenido noticia de que Sebastián Salgado estaba muy enfermo y le quedaba poco tiempo de vida. Quiso que no falleciera en prisión, que pudiese visitar a sus allegados y morir en compañía de su familia.

—Según el informe de la policía, Sebastián Salgado no tenía ya familia conocida ni allegados después de haber pasado veinte años en prisión —aventuró Alicia.

—Don Mauricio es un ferviente defensor de la reconciliación nacional y de sanar las heridas del pasado. Tal vez a usted le cueste comprenderlo, pero hay personas que tienen caridad cristiana y generosidad de espíritu.

—Y siendo así, ¿le consta que don Mauricio haya solicitado otros indultos similares a lo largo de los años que usted ha trabajado para él? ¿Tal vez para alguno de los cientos o miles de presos políticos que pasaron por el penal que dirigió durante varios años?

Doña Mariana esgrimió una sonrisa gélida que cortaba como una cuchilla envenenada.

—No.

Alicia y Vargas se miraron brevemente. Este le dio a entender que lo dejara correr, estaba claro que por aquel camino no iban a llegar a lugar alguno. Alicia se inclinó de nuevo hacia adelante y captó una vez más la mirada de doña Mariana a regañadientes.

—Casi acabamos ya, doña Mariana. Gracias por su paciencia. La cita del ministro que mencionaba usted antes, con el comercial de la Editorial Ariadna…

—El señor Cascos.

—El señor Cascos, gracias. ¿Sabe usted a qué asuntos concernía?

Doña Mariana la observó como si quisiera obviar lo absurda que le parecía la pregunta.

—Asuntos de la editorial, como es de suponer.

—Claro. ¿Es habitual que el señor ministro se reúna con empleados de sus negocios particulares en la residencia?

—No entiendo a qué se refiere.

—¿Recuerda usted cuándo fue la última vez que eso sucedió?

—Pues no, la verdad.

—Y la reunión con el señor Cascos, ¿la concertó usted?

Doña Mariana negó.

—Como ya les he dicho, la anotó él mismo en su agenda de su puño y letra.

—¿Es habitual que don Mauricio programe encuentros o reuniones sin su conocimiento? ¿De su «puño y letra»?

La secretaria la miró fríamente.

—No.

—Y, sin embargo, en su declaración a la policía no mencionaba usted este hecho.

—Ya he dicho que no me pareció que tuviera relevancia. El señor Cascos es un empleado y colaborador de don Mauricio. No vi nada inusual en el hecho de que tuvieran previsto reunirse. No era la primera vez.

—¿Ah, no?

—No. Se habían reunido antes en varias ocasiones.

—¿En esta casa?

—Que yo sepa, no.

—¿Fue usted quien programó esas reuniones o el propio don Mauricio?

—No lo recuerdo. Tendría que revisar mis notas. ¿Qué más da una cosa o la otra?

—Disculpe la insistencia, pero ¿le dijo quizá el señor Cascos que el ministro quería hablar con él aquella mañana cuando se presentó a la reunión?

Doña Mariana lo pensó durante unos segundos.

—No. En ese momento la preocupación era localizar al ministro, y no se me ocurrió que los asuntos a despachar con un empleado de nivel medio fueran prioritarios.

—¿Es el señor Cascos un empleado de nivel medio? —preguntó Alicia.

—Sí.

—Para entendernos a modo de referencia, ¿cuál sería su nivel, doña Mariana?

Vargas propinó a Alicia un golpe discreto con el pie. La secretaria se incorporó con un severo gesto de cierre y despedida que daba a entender que la audiencia había terminado.

—Si me disculpan y no hay nada más en lo que pueda ayudarlos —dijo, señalando hacia la puerta en una cortés pero firme invitación a que abandonasen la finca—. Aun en su ausencia, los asuntos de don Mauricio requieren mi atención.

Vargas se incorporó del sofá y asintió, preparado para seguir a doña Mariana rumbo a la salida. Había iniciado ya su trayecto cuando advirtió que Alicia continuaba sentada en el sofá, saboreando la taza de té en la que no había reparado en

toda la conversación. Vargas y la secretaria se volvieron hacia ella.

—De hecho, sí hay una última cosa en la que puede ayudarnos, doña Mariana —dijo Alicia.

Siguieron a doña Mariana a través de un laberinto de corredores hasta llegar a la escalinata que ascendía a la torre. La secretaria de Valls abría camino sin mirar atrás y sin pronunciar palabra, dejando a su paso un halo de hostilidad que casi podía palparse en el aire. Las láminas de lluvia que lamían la fachada proyectaban un aura lúgubre a través de los cortinajes y ventanales que creaba la sensación de que Villa Mercedes estaba sumergida bajo las aguas de un lago. Por el camino se cruzaron con un ejército de sirvientes y personal del pequeño imperio de Valls, que a la vista de doña Mariana bajaban la cabeza y, en más de una ocasión, se detenían y se hacían a un lado para rendirse en una especie de reverencia. Vargas y Alicia contemplaron aquel ritual de jerarquías y ceremoniales que se escenificaba entre el elenco de servidores y lacayos del ministro, intercambiando miradas ocasionales de perplejidad.

Al pie de la escalinata de caracol que conducía al despacho de la torre, doña Mariana tomó un farol de aceite que pendía de la pared y ajustó la intensidad de la llama. Ascendieron envueltos en aquella burbuja de luz ámbar que arrastraba sus sombras por los muros. Al llegar a la puerta del despacho, la secretaria se volvió y, por una vez, ignoró a Vargas y clavó sus ojos envenenados en Alicia. Esta le sonrió serenamente y le tendió la mano abierta. Doña Mariana le entregó la llave apretando los labios.

—No toquen nada. Déjenlo todo como lo hayan encontrado. Y cuando hayan terminado devuelvan la llave al mayordomo antes de irse.

—Muchas gracias, doña… —entonó Vargas.

Doña Mariana se volvió sin contestar y se fue escaleras abajo llevándose el farol, abandonándolos en la tiniebla del umbral.

—Mejor no podría haber ido —sentenció Vargas—. A ver lo que tarda la doña en ponerse al teléfono con García Novales y arrancarnos la piel a tiras, sobre todo a usted.

—Menos de un minuto —corroboró Alicia.

—Algo me dice que trabajar con usted va a ser una delicia.

—¿Luz?

Vargas extrajo el mechero y acercó la llama al cerrojo para que Alicia pudiera insertar la llave. Al girar, el pomo de la puerta dejó escapar un quejido metálico.

—Suena como una ratonera —sugirió Vargas.

Alicia le brindó una sonrisa maliciosa a la luz de la llama que Vargas hubiera preferido no ver.

—Abandone toda esperanza aquel que cruce esta puerta… —dijo.

Vargas sopló la llama y empujó la puerta hacia adentro.

8

Un halo de claridad grisácea flotaba en el aire. Cielos de plomo y lágrimas de lluvia sellaban los ventanales. Alicia y Vargas se adentraron en lo que se les antojó el camarote de popa de un yate de lujo. El despacho tenía forma oval. Un gran escritorio de madera noble presidía el centro de la sala. A su alrededor, una biblioteca armada en espiral cubría la mayor parte de las paredes y parecía anudarse en un lazo que ascendía hacia una linterna acristalada que apuntalaba la cúspide de la torre. Solo una sección de las paredes estaba limpia de libros, un mural enfrentado al escritorio repleto de pequeños marcos que custodiaban docenas de fotografías. Alicia y Vargas se aproximaron a examinarlo. Todas las imágenes eran de un mismo rostro y trazaban una suerte de biografía fotográfica desde la infancia hasta la adolescencia y la primera juventud. Una muchacha de tez pálida y cabellos claros crecía ante los ojos del observador dejando el rastro de una vida en cien instantáneas.

—Parece que el ministro quiere a alguien todavía más que a sí mismo —dijo Alicia.

Vargas se quedó un instante contemplando la galería de retratos mientras Alicia se aproximaba al escritorio de Valls. Apartó la butaca de almirante para tomar asiento a continuación. Posó las manos sobre la lámina de piel que recubría la mesa y contempló la sala.

—¿Qué tal se ve el mundo desde ahí? —preguntó Vargas.

—Pequeño.

Alicia encendió la lámpara del escritorio. Un brillo cálido de luz en polvo inundó la sala. Abrió el primer cajón del escritorio y encontró una caja de madera labrada en el interior. Vargas se aproximó y se sentó en la esquina de la mesa.

—Si es un humidificador de puros me pido el primer Montecristo —dijo el policía.

Alicia abrió el estuche. Estaba vacío. El interior estaba recubierto con terciopelo azul y mostraba el relieve de lo que parecía un revólver. Vargas se inclinó y acarició el borde de la caja. Olfateó sus dedos antes de asentir.

La joven abrió el segundo cajón. Una colección de estuches apareció nítidamente dispuesta, como si se tratase de una exposición.

—Parecen pequeños ataúdes —dijo Alicia.

—Enséñeme el muerto —la invitó Vargas.

Abrió uno de ellos. Contenía un émbolo lacado en negro y coronado por un capuchón que llevaba la marca de una estrella blanca en la punta. Alicia lo extrajo del estuche y lo sopesó sonriendo. Abrió el capuchón e hizo girar poco a poco uno de los extremos. Un plumín de oro y platino que parecía forjado por una cábala de sabios y orfebres relució en sus manos.

—¿La pluma embrujada de Fantomas? —preguntó Vargas.

—Casi. Esta es la primera estilográfica fabricada por la casa Montblanc —explicó

Alicia—. De 1905. Una pieza carísima.

—Y eso ¿cómo lo sabe usted?

—Leandro tiene una igual.

—Pues le pega más a usted.

Alicia devolvió la pluma a su estuche y cerró el cajón.

—Ya lo sé. Leandro me prometió que me la regalaría el día que me retirase.

—¿Y eso será…?

—Pronto.

Se disponía a abrir el tercer y último cajón del escritorio cuando comprobó que estaba cerrado. Alicia miró a Vargas, que hizo un gesto negativo.

—Si quiere la llave baje a pedírsela a su amiga doña Mariana.

—No quisiera molestarla estando tan ocupada como está con «los asuntos de don Mauricio»…

—¿Entonces?

—Creí que en Jefatura les daban cursillos de fuerza bruta.

Vargas suspiró.

—Apártese —ordenó.

El policía se arrodilló frente a la cajonera y extrajo de la chaqueta un mango de marfil que desplegó en una cuchilla serrada de doble filo.

—No se vaya a pensar que es la única que entiende de piezas de coleccionista —dijo Vargas—. Acérqueme el abrecartas.

Alicia se lo tendió y el hombre empezó a forzar el cerrojo con la cuchilla, y el tope entre el cajón y el escritorio, con el abrecartas.

—Algo me dice que no es la primera vez que hace esto —apuntó Alicia.

—Hay quien va al fútbol y hay quien fuerza cerraduras. Alguna afición hay que tener…

La operación llevó algo más de dos minutos. Tras un chasquido metálico, la hoja del abrecartas se hundió en el cajón al ceder el cierre. Vargas extrajo el filo de su navaja de la cerradura. No tenía una sola marca o muesca en la hoja.

—¿Acero templado? —preguntó Alicia.

Vargas plegó la navaja con mano experta apoyando la punta del filo en el suelo y la guardó de vuelta en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Algún día me tiene usted que dejar jugar con ese armatoste —dijo Alicia.

—Si se porta bien —replicó Vargas abriendo el cajón.

Ambos miraron en el interior, expectantes. El cajón estaba vacío.

—No me diga que he forzado el escritorio de un ministro para nada.

Ella no respondió. Se arrodilló junto a Vargas y palpó el interior del cajón, golpeando las láminas que lo formaban con los nudillos.

—Roble sólido —dijo el policía—. Ya no se hacen muebles así…

Alicia frunció el ceño, perpleja.

—Aquí no vamos a encontrar nada —aventuró Vargas, incorporándose—.

Haríamos mejor yendo a Jefatura a inspeccionar las cartas de Salgado.

Alicia ignoró sus palabras. Siguió palpando el interior del cajón y la base del que quedaba justo encima. Había un margen de dos dedos entre la lámina que cubría el cajón superior y el final de sus paredes laterales.

—Ayúdeme a sacarlo —pidió.

—No contenta con cargarse el cerrojo, ahora quiere desmontar el escritorio entero —murmuró Vargas.

El policía le hizo una señal para que se hiciera a un lado y extrajo el cajón entero.

—¿Lo ve? Nada.

Alicia asió el cajón y le dio la vuelta. Adherido al fondo de la base y sujeto con dos tiras de cinta aislante en cruz encontró lo que parecía un libro. Retiró cuidadosamente las tiras y tomó el volumen. Vargas palpó la cara adhesiva de la cinta.

—Es reciente.

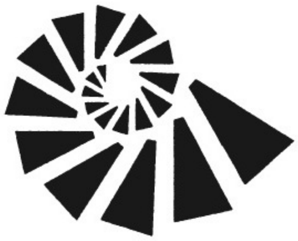
Alicia depositó el libro sobre el escritorio. Se sentó de nuevo en la butaca y lo acercó a la luz. Vargas se arrodilló a su lado y la miró con gesto inquisitivo.

El tomo debía de tener unas doscientas páginas y estaba encuadernado en piel negra. La portada y el lomo no mostraban título alguno. El único rasgo distintivo era una imagen grabada en dorado sobre la cubierta en forma de espiral. La inscripción creaba una suerte de ilusión óptica que hacía que el lector, al sostener el volumen entre las manos, creyese estar viendo una escalera de caracol que descendía hacia las entrañas del libro.

Al abrir había tres páginas en blanco con tres dibujos a plumilla de piezas de ajedrez: un alfil, un peón y una reina. Las piezas mostraban rasgos vagamente humanos. La reina tenía ojos negros y pupilas verticales, como las de un reptil. Alicia pasó la página para encontrar una lámina donde se anunciaba el título de la obra.

El Laberinto de los Espíritus VII

Ariadna y el Príncipe Escarlata



Texto e ilustraciones de Víctor Mataix.

Bajo el título se extendía una exquisita ilustración a doble página realizada a plumín negro. La imagen mostraba una ciudad de aire espectral donde los edificios

tenían rostro y las nubes se deslizaban como serpientes entre los tejados. Hogueras y piras de humo se alzaban entre las calles y una gran cruz en llamas presidía la ciudad desde lo alto de una montaña. Alicia reconoció en el dibujo la fisonomía de Barcelona. Pero era una Barcelona diferente, una ciudad transformada en un amago de pesadilla vista a través de los ojos de un niño. Siguió pasando hojas y se detuvo en una ilustración en la que se podía ver el templo de la Sagrada Familia. En el dibujo, la estructura parecía haber cobrado vida y la catedral inconclusa se arrastraba como un dragón, las cuatro torres del portal de la Natividad ondulando contra cielos de azufre acabados en cabezas que escupían fuego.

—¿Había visto algo parecido antes? —preguntó Vargas.

Alicia negó despacio. Por espacio de un par de minutos se sumergió en el extraño universo que proyectaban aquellas páginas. Imágenes de un circo ambulante poblado de criaturas que rehuían la luz; de un cementerio infinito que se erguía en un enjambre de mausoleos y ánimas que ascendían al cielo y atravesaban las nubes; de un buque varado a orillas de una playa sembrada por los restos del naufragio y una marea de cadáveres atrapados bajo la superficie. Y reinando en aquella Barcelona fantasmagórica, contemplando las calles arremolinadas a sus pies desde lo alto del cimborrio de la catedral, una silueta enfundada en una túnica que ondeaba al viento, un rostro de ángel con ojos de lobo: el Príncipe Escarlata.

Alicia cerró el libro, embriagada por la extraña y perversa fuerza que las imágenes destilaban. Solo entonces comprendió que lo que sostenía entre las manos era, simplemente, un cuento para niños.

9

Cuando descendían por la escalinata de la torre, Vargas la asió con suavidad del brazo y la detuvo.

—Habrá que decirle a doña Mariana que hemos encontrado este libro y que nos lo llevamos.

Alicia clavó la mirada en la mano de Vargas y este la retiró con gesto de disculpa.

—Me ha parecido entender que prefería que no se la molestase más.

—Pues al menos habrá que incluirlo en el sumario…

Alicia le devolvió una mirada impenetrable. Vargas pensó que en la penumbra aquellos ojos verdes brillaban como monedas hundiéndose en un estanque y conferían a su dueña un aire vagamente espectral.

—Quiero decir como prueba —precisó el policía.

—¿De qué?

El tono de Alicia era frío, cortante.

—Lo que encuentra la policía en el curso de una investigación…

—Técnicamente no lo ha encontrado la policía. Lo he encontrado yo. Usted se ha limitado a hacer de cerrajero.

—Oiga…

Alicia se deslizó escaleras abajo, dejándolo con la palabra en la boca. Vargas la siguió a tientas.

—Alicia…

Al llegar al jardín los recibió una llovizna que prendía en la ropa como polvo de cristal. Una de las doncellas les había prestado un paraguas, pero, antes de que Vargas pudiera desplegarlo, Alicia se encaminó al garaje sin esperarle. El policía se apresuró y alcanzó a cubrirla con el paraguas.

—De nada —dijo.

Vargas advirtió que Alicia cojeaba un poco y que apretaba los labios.

—¿Qué le pasa?

—Nada. Es una vieja lesión. La humedad no ayuda. No tiene importancia.

—Si quiere, espere aquí y ya acerco yo el coche —ofreció él.

Una vez más, Alicia no pareció oír sus palabras. Sus ojos se habían perdido en la distancia y escrutaban el espejismo de una estructura velada por la lluvia entre los árboles.

—¿Qué? —preguntó Vargas.

Ella echó a andar, dejándolo con el paraguas en la mano.

—Madre de Dios —murmuró el policía, siguiéndola de nuevo.

Cuando la alcanzó, Alicia se limitó a hacer una seña en dirección a lo que parecía un invernadero sumergido en las profundidades del jardín.

—Había alguien ahí —dijo—. Observándonos.

—¿Quién podría ser?

Alicia se detuvo un instante y dudó.

—Adeléntese usted hasta el garaje. Yo voy en un minuto.

—¿Está segura?

Ella asintió.

—Al menos coja el paraguas…

Vargas la contempló partir bajo la lluvia cojeando ligeramente hasta que se evaporó en la neblina, una más entre las sombras del jardín.

10

Un sendero de piedra blanquecina se abría a sus pies. Líneas de musgo anidaban entre los resquicios de la roca labrada. Alicia pensó que parecía un camino hecho con lápidas robadas de un cementerio. La senda se adentraba entre los sauces. Las ramas rezumaban gotas de lluvia y la acariciaban al pasar como brazos que quisieran retenerla. Al otro lado se entreveía la estructura de lo que en un principio había tomado por un invernadero pero que, de cerca, se le antojó una suerte de pabellón de aire neoclásico. Los raíles del ferrocarril en miniatura que recorría el perímetro de la finca bordeaban el edificio y había un andén a modo de estación construido justo frente a la entrada principal. Alicia sorteó los raíles y ascendió los peldaños que conducían a la puerta, que estaba entreabierta. El dolor le latía en la cadera y propinaba punzadas que le hacían pensar en un alambre de púas anudado en torno a sus huesos. Se detuvo unos instantes a recobrar el aliento y empujó la puerta hacia adentro; esta cedió con un leve quejido.

Lo primero que pensó fue que se encontraba en una sala de baile abandonada años atrás. Un rastro de huellas se dibujaba a través de la película de polvo que recubría un suelo de madera marcado con dibujos de rombos bajo dos lámparas de cuentas de cristal que pendían como flores de escarcha.

—¿Hola? —llamó.

El eco de su voz viajó a través de la sala sin obtener respuesta. El rastro de unas pisadas se perdía en la penumbra. Más allá se entreveía una vitrina de madera oscura fragmentada en pequeños habitáculos a modo de nichos funerarios que ocupaba toda la pared. Alicia avanzó unos pasos, siguiendo el rastro de huellas a sus pies, pero se detuvo al advertir que algo la observaba. Una mirada de cristal emergió de la sombra enmarcada en un rostro de marfil que sonreía con un gesto de malicia y desafío. La muñeca tenía el cabello rojo y vestía un atuendo de seda negra. Alicia se adelantó un par de metros y advirtió que la muñeca no estaba sola. Cada una de aquellas hornacinas albergaba una criatura ataviada con finas galas. Creyó vislumbrar más de un centenar de figuras, todas sonrientes, todas mirando sin pestañear. Las muñecas tenían el tamaño de un niño e, incluso en la penumbra, se podía apreciar su acabado meticuloso y preciosista, desde el brillo en las uñas o los pequeños dientes blancos asomando tras los labios pintados hasta el iris de sus pupilas.

—¿Quién es usted?

La voz provenía del fondo de la sala. Alicia distinguió una figura sentada en una silla en la esquina.

—Soy Alicia. Alicia Gris. No quería asustarte.

La figura se incorporó y se aproximó muy despacio. Emergió de la sombra hasta el umbral de luz mortecina que se filtraba desde la entrada y Alicia reconoció el rostro de la muchacha que aparecía en el conjunto de retratos del despacho de Valls.

—Tienes una bonita colección de muñecas.

—A casi nadie le gustan. Mi padre dice que parecen vampiros. A la mayoría de la gente le dan miedo.

—Por eso me gustan —dijo Alicia.

Mercedes observó con detenimiento aquella extraña presencia. Por un instante pensó que tenía algo en común con las piezas de su colección, como si una de ellas no hubiera quedado congelada en una infancia de marfil y hubiese crecido para convertirse en una mujer de carne, hueso y sombra. Alicia le sonrió y le tendió la mano.

—Mercedes, ¿verdad?

La muchacha asintió y le estrechó la mano. Algo en su mirada gélida y penetrante la tranquilizaba y le inspiraba confianza. Le calculó algo menos de treinta años, pero al igual que sus muñecas, cuanto más de cerca se la miraba más difícil era determinar qué edad representaba. Tenía el talle afilado y vestía del modo en que secretamente le habría gustado vestir a Mercedes de no tener la certeza de que su padre y doña Irene nunca se lo permitirían. Exhalaba aquel aliento indefinible que la hija de Valls sabía que embrujaba a los hombres y los hacía comportarse como niños, o como viejos, y relamerse a su paso. La había visto llegar en compañía de aquel policía y entrar en la casa. La idea de que alguien de las altas instancias hubiera pensado en aquella criatura como la ideal para encontrar a su padre le resultaba tan incomprensible como esperanzador.

—Ha venido usted por mi padre, ¿verdad?

Alicia asintió.

—No me hables de usted. No soy mucho mayor que tú.

Mercedes se encogió de hombros.

—Me han educado para que hable de usted a todo el mundo.

—A mí me educaron para que me comportase como una señorita de buena casa y aquí me tienes.

Mercedes rio levemente, con una punta de pudor. Alicia pensó que la muchacha tenía poca costumbre de reír y que lo hacía del mismo modo en que miraba el mundo, como una niña escondida en el cuerpo de una mujer o una mujer que hubiera vivido atrapada casi toda su vida en un cuento para niños poblado de criados y muñecas con las entrañas de vidrio.

—¿Es usted policía?

—Algo así.

—No lo parece.

—Nadie es lo que parece.

Mercedes sopesó aquellas palabras.

—Supongo que no.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Alicia.

—Claro…

Mercedes se apresuró a rescatar un par de sillas del rincón y las colocó en el

rastro de luz que caía de la entrada. Alicia se sentó con cautela. La muchacha leyó con rapidez la agonía en su rostro y la ayudó. Alicia le sonrió débilmente con una película de sudor frío en la frente. Mercedes dudó un instante, pero procedió a secárselo con un pañuelo que llevaba en el bolsillo. Al hacerlo, pudo apreciar que Alicia tenía la piel tan fina y pálida que sintió deseos de acariciarla con los dedos. La idea se le cayó del pensamiento y notó que se ruborizaba sin saber muy bien por qué.

—¿Está mejor? —quiso saber.

Alicia hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué le pasa?

—Es una vieja herida. De cuando era niña. A veces, si llueve o hay mucha humedad, me duele.

—¿Un accidente?

—Algo así.

—Lo siento.

—Cosas que pasan. ¿Te importa si te hago unas cuantas preguntas?

La mirada de la muchacha se llenó de inquietud.

—¿Sobre mi padre?

Alicia asintió.

—¿Va usted a encontrarle?

—Lo voy a intentar.

Mercedes la miró con anhelo.

—La policía no va a poder encontrarle. Va a tener que hacerlo usted.

—¿Por qué dices eso?

La hija de Valls bajó la mirada.

—Porque creo que él no quiere que le encuentren.

—¿Qué te hace pensar eso?

Mercedes siguió cabizbaja.

—No sé…

—Doña Mariana dice que la mañana en que tu padre se fue le dijiste que pensabas que se había marchado para siempre, que no iba a volver…

—Es cierto.

—¿Te dijo tu padre algo aquella noche que te hiciera pensar eso?

—No lo sé.

—¿Hablaste con él la noche del baile?

—Subí a verlo a su despacho. Él no bajó a la fiesta en ningún momento. Estaba con Vicente.

—¿Vicente Carmona, el guardaespaldas?

—Sí. Estaba triste. Raro.

—¿Te dijo por qué?

—No. Mi padre solo me dice lo que cree que quiero oír.

Alicia rio.

—Todos los padres hacen lo mismo.

—¿El suyo también?

Alicia se limitó a sonreír y Mercedes no insistió.

—Recuerdo que estaba mirando un libro cuando entré en su despacho.

—¿Te acuerdas de si era un libro con las tapas negras?

Mercedes adoptó un semblante de sorpresa.

—Creo que sí. Le pregunté qué era y dijo que no era lectura para jovencitas. Me pareció que no quería que lo viera. A lo mejor era un libro prohibido.

—¿Tiene tu padre libros prohibidos?

Alicia asintió, mostrando de nuevo aquella punta de pudor.

—En un armario cerrado de su despacho en el ministerio. Él no sabe que lo sé.

—Pues por mí no se enterará. Dime, ¿te lleva tu padre a menudo a su despacho del ministerio?

Mercedes negó.

—Solo he estado dos veces.

—¿Y en la ciudad?

—¿En Madrid?

—Sí, en Madrid.

—Aquí tengo todo lo que puedo necesitar —dijo con escaso convencimiento.

—A lo mejor alguna vez podemos ir a la ciudad juntas. A pasear. O al cine. ¿Te gusta el cine?

Mercedes se mordió los labios.

—No he ido nunca. Pero me gustaría. Ir con usted, quiero decir.

Alicia le palmeó las manos, ofreciendo su mejor sonrisa.

—Iremos a ver una de Cary Grant.

—No sé quién es.

—Es el hombre perfecto.

—¿Por qué?

—Porque no existe.

Mercedes rio de nuevo con aquella risa encarcelada y triste.

—¿Qué más dijo tu padre esa noche? ¿Te acuerdas?

—No mucho. Dijo que me quería. Y que me querría siempre, pasara lo que pasase.

—¿Algo más?

—Estaba nervioso. Me dio las buenas noches y luego se quedó hablando con Vicente.

—¿Pudiste oír algo de lo que decían? —preguntó Alicia.

—No está bien escuchar a través de las puertas…

—Yo siempre he creído que es así como se oyen las mejores conversaciones —aventuró Alicia.

Mercedes sonrió con picardía.

—Mi padre creía que alguien había estado allí. En la fiesta. En su despacho.

—¿Dijo quién?

—No.

—¿Qué más? ¿Algo que te llamara la atención?

—Algo sobre una lista. Dijo que alguien tenía una lista. No sé quién.

—¿Sabes a qué tipo de lista se refería?

—No lo sé. De números, creo. Lo siento. Me gustaría poder ayudarla más, pero es todo lo que llegué a oír…

—Me ayudas mucho, Mercedes.

—¿De verdad?

Alicia asintió y le acarició la mejilla. Nadie había acariciado así a Mercedes desde que su madre quedó confinada en el lecho diez años atrás y los huesos de sus manos acabaron convertidos en anzuelos.

—¿A qué crees que se refería tu padre cuando dijo «pasara lo que pasase»?

—No lo sé…

—¿Se lo habías oído decir antes alguna vez?

Mercedes guardó silencio y la miró fijamente.

—¿Mercedes?

—No me gusta hablar de eso.

—¿De qué?

—Mi padre me dijo que nunca hablara de eso con nadie.

Alicia se inclinó hacia ella y le tomó la mano. La muchacha estaba temblando.

—Pero yo no soy nadie. Conmigo sí puedes hablar…

—Si mi padre se enterase de que le había dicho…

—No se va a enterar.

—¿Me lo jura?

—Te lo juro. Y que me muera si miento.

—No diga eso.

—Cuéntame, Mercedes. Lo que me digas quedará entre tú y yo. Tienes mi palabra.

Mercedes la miró con los ojos velados de lágrimas. Alicia le apretó la mano.

—Yo debía de tener siete u ocho años, no lo sé. Fue en Madrid, en el colegio de las Damas Negras. Por la tarde la escolta de mi padre venía a buscarme al acabar las clases. Las niñas esperábamos en el patio de los cipreses a que los padres o los criados acudieran a recogernos. A las cinco y media. La señora venía muchas veces. Siempre se quedaba al otro lado de la verja, mirándome. A veces me sonreía. Yo no sabía quién era. Pero casi todas las tardes estaba allí. Me hacía señas para que me acercase, aunque a mí me daba miedo. Una tarde la escolta se retrasó. Algo había pasado en Madrid, en el centro. Me acuerdo de que los coches se fueron llevando a las otras niñas hasta que me quedé sola, esperando. No sé cómo ocurrió, pero cuando uno de los coches salía, la señora se coló por la verja. Se acercó y se arrodilló frente a

mí. Entonces me abrazó y se puso a llorar. A darme besos. Yo me asusté y empecé a gritar. Las monjas salieron. Llegó la escolta y me acuerdo de que dos de los hombres la agarraron de los brazos y se la llevaron a rastras. La señora gritaba y lloraba. Recuerdo que uno de los guardaespaldas de mi padre le dio un puñetazo en la cara. Entonces ella sacó algo que llevaba escondido en el bolso. Era una pistola. Los guardaespaldas se apartaron y ella corrió hacia mí. Tenía la cara llena de sangre. Me abrazó y me dijo que me quería y que no la olvidase jamás.

—¿Qué pasó entonces?

Mercedes tragó saliva.

—Entonces Vicente se acercó y le disparó en la cabeza. La señora cayó a mis pies, en un charco de sangre. Me acuerdo porque una de las monjas me cogió en brazos y me quitó los zapatos, que estaban manchados con la sangre de la señora. Me entregó a uno de los guardaespaldas, el cual me acompañó al coche con Vicente. Este arrancó y nos fuimos a toda prisa, pero pude ver por la ventana cómo dos de los escoltas se llevaban a rastras el cuerpo de la señora…

Mercedes buscó la mirada de Alicia, que la abrazó.

—Aquella noche mi padre me dijo que esa señora era una loca. Que la policía la había detenido varias veces por intentar raptar a niños de las escuelas de Madrid. Me dijo que nunca jamás nadie me haría daño y que ya no tenía de qué preocuparme. Y me dijo que no le contase a nadie lo que había sucedido. Pasara lo que pasase. Nunca volví al colegio. Doña Irene se convirtió en mi tutora y el resto de mi educación lo recibí en esta casa…

Alicia la dejó llorar en sus brazos al tiempo que le acariciaba el pelo. Luego, mientras una calma desesperada descendía sobre la muchacha, oyó la bocina del coche de Vargas en la distancia y se incorporó.

—Ahora me tengo que ir, Mercedes. Pero volveré. Y nos daremos ese paseo por Madrid e iremos al cine. Eso sí, hasta entonces tienes que prometerme que estarás bien.

Mercedes la asió de las manos y asintió.

—¿Encontrará a mi padre?

—Te lo prometo.

La besó en la frente y se alejó cojeando hacia la salida. Mercedes se sentó en el suelo, abrazándose las rodillas y sumergida en las sombras de su mundo de muñecas, roto para siempre.

11

El camino de vuelta a Madrid estuvo teñido de lluvia y silencio. Alicia viajaba con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el cristal empañado, la mente a mil kilómetros de allí. Vargas la iba observando de reojo, lanzando pequeños anzuelos aquí y allá para ver si la implicaba en una conversación que rompiera el vacío que los había acompañado desde que habían salido de Villa Mercedes.

—Ha estado usted dura ahí con la secretaria de Valls —aventuró—. Por no decir otra cosa.

—Es una arpía —murmuró Alicia en tono poco amigable.

—Si lo prefiere podemos hablar del tiempo —propuso Vargas.

—Llueve —replicó Alicia—. ¿De qué más quiere hablar?

—Podría contarme lo que ha pasado allí dentro, en la casita del jardín.

—No ha pasado nada.

—Pues ha estado allí media hora. Espero que no le haya estado apretando las tuercas a nadie más. Estaría bien que no nos pusiéramos a todo el mundo en contra el primer día. Digo yo.

Alicia no respondió.

—Mire, esto solo funciona si trabajamos juntos —argumentó Vargas—. Compartiendo información. Porque yo no soy su chófer.

—Entonces a lo mejor no funciona. Puedo ir en taxi, si lo prefiere. Es lo que suelo hacer.

Vargas suspiró.

—No me haga caso, ¿de acuerdo? —replicó Alicia—. No me encuentro muy bien.

Vargas la observó con detenimiento. Ella mantenía los ojos cerrados y se aferraba la cadera en un gesto de agonía.

—¿Quiere que vayamos a una farmacia o algo?

—¿Para qué?

—No sé. No tiene usted muy buen aspecto.

—Gracias.

—¿Le puedo conseguir algo para el dolor?

Alicia negó. Respiraba de forma entrecortada.

—¿Podemos parar un momento? —dijo al fin.

Vargas avistó a un centenar de metros un restaurante de carretera junto a una estación de servicio donde anidaban una docena de camiones. Se salió de la ruta y detuvo el coche frente a la entrada del establecimiento. Bajó del automóvil y lo rodeó para abrirle la puerta. Le ofreció la mano.

—Puedo sola.

Tras dos intentos, Vargas la asió bajo los hombros y la sacó del coche. Recogió el bolso que había dejado en el asiento y se lo colgó del brazo.

—¿Puede andar?

Alicia asintió y se encaminaron hacia la puerta. Vargas la sujetó suavemente del brazo y ella, por una vez, no hizo nada por zafarse. Al entrar en el bar, el policía efectuó un repaso somero del lugar, como tenía por costumbre, localizando entradas, salidas y concurrencia. Un grupo de camioneros estaban departiendo en una mesa vestida con mantelería de papel, vino de la casa y sifones. Algunos se volvieron para echarles un vistazo, pero tan pronto como se encontraron con la mirada de Vargas, enterraron los ojos y el espíritu en los platos de cocido sin rechistar. El camarero, un tipo con aire de mesonero de zarzuela que pasó portando una bandeja repleta de cafés, procedió a ofrecerles, con un gesto, la que debía de ser la mesa de honor del local, separada de la plebe y con vistas a la carretera.

—En un segundo estoy con ustedes —dijo.

Vargas condujo a Alicia hasta la mesa y la acomodó en la silla que daba la espalda a los comensales. Se sentó frente a ella y la miró expectante.

—Me está usted empezando a asustar —dijo.

—No se haga ilusiones.

El camarero regresó raudo, todo sonrisas y prestancia para recibir a tan distinguidos e inesperados visitantes.

—Buenas tardes. ¿Se quedarán a comer los señores? Hoy tenemos un cocido buenísimo que prepara mi señora, pero les podemos hacer lo que quieran ustedes. Un filetito…

—Un poco de agua, por favor —pidió Alicia.

—Ahora mismo.

El camarero corrió a por una botella de agua mineral y regresó también armado de un par de menús en forma de cartón laminado anotado a mano. Sirvió dos vasos de agua e, intuyendo que su presencia, cuanto más breve mejor, se retiró con una reverencia.

—Les dejo la carta por si se la quieren ir mirando.

Vargas murmuró un agradecimiento y vio que Alicia bebía su vaso de agua como si acabara de cruzar el desierto.

—¿Tiene hambre?

Ella cogió el bolso y se incorporó.

—Voy un momento al baño. Pida por mí.

Al cruzar frente a Vargas le apoyó la mano en el hombro y le sonrió de forma débil.

—No se preocupe. Estaré bien…

El policía la vio cojear rumbo al aseo y desaparecer tras la puerta. El camarero la observaba desde la barra, probablemente preguntándose por la naturaleza de la relación de aquel hombre con semejante criatura.

Alicia cerró la puerta del baño y echó el pestillo. El aseo apestaba a Zotal y quedaba enclaustrado entre azulejos descoloridos sembrados de dibujos obscenos y

frases poco afortunadas. Una ventana angosta enmarcaba un ventilador entre cuyas aspas se filtraban cuchillas de luz polvorienta. Alicia se acercó al lavamanos y se apoyó. Abrió el grifo y dejó fluir el agua, que hedía a óxido. Abrió el bolso y extrajo un estuche de metal. Lo hizo con manos temblorosas. Tomó la jeringuilla y el frasco de cristal con la tapa de goma. Hundió la aguja en el frasco y llenó el cilindro hasta la mitad. La golpeó con los dedos y presionó el émbolo hasta que una gota espesa y brillante se formó en la punta de la aguja. Se acercó hasta el inodoro, cerró la tapa, se sentó apoyándose contra la pared y con la mano izquierda se levantó el vestido hasta la cadera. Se palpó la cara interna del muslo y respiró hondo. Hundió la aguja a dos dedos de donde acababa la media y vació el contenido. Segundos más tarde sintió el envite. La jeringuilla se le cayó de las manos y la mente se le nubló mientras la sensación de frío se esparcía por sus venas. Se apoyó contra la pared y dejó pasar unos minutos sin pensar en nada más que en aquella serpiente de hielo reptando por su cuerpo. Por un momento creyó perder el sentido. Abrió los ojos a un cuartucho maloliente y lúgubre que no reconocía. Un sonido distante, de alguien golpeando en la puerta, la alertó.

—¿Alicia? ¿Está usted bien?

Era la voz de Vargas.

—Sí —se forzó a decir—. Ahora salgo.

Los pasos del policía tardaron unos segundos en alejarse. Alicia se limpió el reguero de sangre que le caía por el muslo y se bajó el vestido. Recogió la jeringuilla quebrada para guardarla en el estuche. Se lavó la cara en el lavabo y se secó con un retal de papel industrial que colgaba de un clavo en la pared. Antes de salir se enfrentó con su imagen en el espejo. Parecía una de las muñecas de Mercedes. Se pintó los labios y se arregló la ropa. Respiró hondo para disponerse a regresar al mundo de los vivos.

De vuelta a la mesa, se sentó frente a Vargas y le dedicó la más dulce de sus sonrisas. Él sostenía un vaso de cerveza que no parecía haber probado y la observaba con abierta preocupación.

—Le he pedido un filete —dijo al fin—. Poco hecho. Proteínas.

Alicia asintió dando a entender que la elección le parecía inmejorable.

—No sabía qué pedirle, pero se me ha ocurrido que es usted carnívora.

—Carne sanguinolenta es lo único que ingiero —comentó Alicia—. A ser posible de criaturas inocentes.

Él no le rio la gracia. Alicia leyó su reflejo en la mirada de Vargas.

—Puede decirlo.

—¿El qué?

—Lo que está pensando.

—¿Qué estoy pensando?

—Que parezco la novia de Drácula.

Vargas frunció el ceño.

—Es lo que dice siempre Leandro —dijo Alicia en tono amigable—. No me molesta. Estoy acostumbrada.

—No estaba pensando eso.

—Perdone por lo de antes.

—No hay nada que perdonar.

El camarero se aproximó portando dos platos y una mueca complaciente.

—Un filete para la señorita… y el cocido de la casa para el caballero. ¿Alguna cosita más? ¿Un poco más de pan? ¿Un vinito de la cooperativa?

Vargas negó. Alicia echó un vistazo al bistec flanqueado de patatas en su plato y suspiró.

—Si quiere se lo paso un poquito más… —ofreció el camarero.

—Está bien, gracias.

Empezaron a comer en silencio, intercambiando miradas ocasionales y sonrisas conciliadoras. Alicia no tenía apetito, pero hizo un esfuerzo y fingió disfrutar de su filete.

—Está bueno. ¿Y su cocido? ¿Como para casarse con la cocinera?

Vargas dejó reposar la cuchara y se reclinó en la silla. Alicia sabía que le estaba observando las pupilas dilatadas y el semblante somnoliento.

—¿Cuánto se ha metido?

—No es asunto suyo.

—¿Qué clase de herida es esa?

—De las que una señorita bien educada no comenta.

—Si vamos a trabajar juntos necesito saber a qué atenerme.

—No somos novios. Esto va a durar dos días. No hace falta que me presente a su madre.

Vargas no ofreció ni un asomo de sonrisa.

—Es de cuando era niña. Durante los bombardeos, en la guerra. El médico que me reconstruyó la cadera llevaba veinticuatro horas sin dormir e hizo lo que pudo. Creo que aún llevo ahí un par de *souvenirs* de la aviación italiana.

—¿En Barcelona?

Alicia hizo un gesto afirmativo.

—Tuve un compañero del Cuerpo que era de allí y vivió doce años con un trozo de metralla del tamaño de una oliva rellena pegado a la aorta —dijo Vargas.

—¿Murió al fin?

—Atropellado por un repartidor de periódicos enfrente de la estación de Atocha.

—No se puede fiar uno de la prensa. A la que pueden te la meten. ¿Y usted? ¿Dónde pasó la guerra?

—Aquí y allá. La mayor parte en Toledo.

—¿Dentro o fuera del Alcázar?

—¿Qué más da?

—¿Recuerdos?

Vargas se desabrochó la camisa y le mostró una cicatriz circular en el lado derecho del pecho.

—¿Puedo? —preguntó Alicia.

Vargas asintió. Alicia se inclinó y palpó la cicatriz con los dedos. Tras la barra, al camarero se le cayó al suelo el vaso que estaba secando.

—Es una de las buenas —dijo Alicia—. ¿Le duele?

Vargas se abrochó de nuevo la camisa.

—Solo cuando me río. En serio.

—Con este trabajo no debe de ganar usted para aspirinas.

Vargas sonrió al fin. Alicia alzó su vaso de agua.

—Un brindis por nuestras penas.

El policía tomó su vaso y brindaron. Comieron en silencio, Vargas rebañando el plato y Alicia picoteando la carne aquí y allá. Una vez que ella apartó el plato a un lado, él empezó a robarle las patatas restantes, que eran la mayoría.

—Entonces ¿cuál es el plan para esta tarde? —preguntó.

—Había pensado que podría usted acercarse a Jefatura a obtener una copia de las cartas de Salgado y ver si había algo nuevo en ese frente. Y si le daba tiempo, hacerle una visita al tal Cascos en la Editorial Ariadna. Hay algo ahí que no acaba de encajar.

—¿No quiere que vayamos a verlo juntos?

—Tengo otros planes. He pensado hacer una visita a un viejo amigo que a lo mejor nos puede echar una mano. Es mejor que lo vea sola. Es un personaje peculiar.

—Para ser amigo suyo, eso debe de ser un requisito *sine qua non*. ¿La consulta es sobre el libro?

—Sí.

Vargas hizo una seña al camarero para que les llevase la cuenta.

—¿No quiere un café, un postre o algo más?

—En el coche me puede invitar a uno de sus cigarrillos importados —dijo Alicia.

—Esto no será un ardid para librarse de mí a la primera de cambio, ¿verdad?

Alicia negó.

—A las siete nos vemos en el Gijón y «compartimos información».

Vargas la miró con severidad. Ella alzó la mano con solemnidad.

—Lo prometo.

—Más le vale. ¿Dónde la dejo?

—Recoletos. Le queda de camino.

12

El año en que Alicia Gris llegó a Madrid, su mentor y titiritero, Leandro Montalvo, le enseñó que cualquiera que aspire a conservar su sano juicio necesita de un lugar en el mundo en el que pueda y desee perderse. Ese lugar, el último refugio, es un pequeño anexo del alma al que, cuando el mundo naufraga en su absurda comedia, uno siempre puede correr a encerrarse y extraviar la llave. Uno de los hábitos más irritantes de Leandro era el de tener siempre la razón. Con el tiempo, Alicia acabó por rendirse a la evidencia y decidió que quizá había llegado el momento de encontrar su propio refugio, porque el absurdo del mundo había dejado de parecerle una comedia ocasional para convertirse en una simple rutina. Por una vez el destino quiso darle una buena mano de cartas. Como todos los grandes encuentros, sucedió cuando menos lo esperaba.

Un lejano día de su primer otoño en Madrid, cuando un aguacero la sorprendió mientras deambulaba por el paseo de Recoletos, Alicia avistó entre la arboleda un palacio de corte clásico que tomó por un museo y en el que decidió buscar resguardo hasta que pasara el temporal. Empapada hasta los huesos, ascendió la escalinata flanqueada de estatuas regias y no reparó en el nombre que lucía en el dintel. Un individuo de porte flemático y mirada de búho se había asomado a contemplar el espectáculo de la lluvia desde la entrada y la vio llegar. La mirada rapaz se posó en ella como si se tratase de un roedorcillo menor.

—Buenas. ¿Qué exhiben aquí? —improvisó Alicia.

El individuo la absorbió con sus pupilas de lupa, claramente nada impresionado.

—Exhibimos paciencia, señorita, y en ocasiones, asombro ante la osadía de la ignorancia. Esto es la Biblioteca Nacional.

Fuera por compasión o aburrimiento, el caballero de la mirada de lechuza le informó de que había puesto los pies en una de las mayores bibliotecas del orbe, que más de veinticinco millones de volúmenes la esperaban en sus entrañas y que, si había acudido con la intención de utilizar los aseos o leer revistas de moda en la gran sala de lectura, ya podía darse la vuelta y entregarse a la caza de una pulmonía.

—¿Puedo preguntarle a su señoría quién es? —inquirió Alicia.

—Señorías hace muchos años que no he visto a ninguna, pero si se refiere usted a mi humilde persona, bastará con decirle que soy el director de esta casa y que uno de mis pasatiempos predilectos es poner a pardillos e intrusos de patitas en la calle.

—Pero es que yo quisiera hacerme socia.

—Y yo haber escrito *David Copperfield* y aquí me tiene, peinando canas y sin bibliografía notable. ¿Cómo se llama usted, monada?

—Alicia Gris, para servirle a usted y a España.

—El no haber firmado clásicos para la posteridad no me impide apreciar la ironía o la impertinencia. Por España no respondo porque está ya el patio repleto de voceros, pero en lo que a mí concierne no veo de qué podría servirme usted más que

para recordarme lo viejo que soy. Sin embargo, no me tengo por un ogro, y si su deseo de hacerse socia es sincero no seré yo quien la mantenga en el analfabetismo estructural. Mi nombre es Bermeo Pumares.

—Es un honor. En sus manos me pongo para recibir la formación que me rescate de la ignorancia y me franquee las puertas de esta Arcadia a su mando.

Bermeo Pumares enarcó las cejas y reconsideró a su oponente.

—Empiezo a tener la vaga impresión de que se rescata usted solita sin necesidad de socorro alguno y que su ignorancia es de menor calado que su atrevimiento, señorita Gris. Soy consciente de que la gula enciclopédica ha acabado por deformar mi discurso hacia lo barroco, pero tampoco hace falta que se mofe usted de un viejo profesor.

—No se me ocurriría en la vida hacer tal cosa.

—Ya. Por su verbo los conoceréis. Alicia, me ha caído usted bien aunque no lo parezca. Pase adentro y vaya al mostrador. Dígale a Puri que Pumares le ha dicho que le haga el carnet.

—¿Cómo puedo agradecérselo?

—Viniendo por aquí y leyendo buenos libros, los que a usted le apetezcan, no los que yo o nadie más le diga que tiene que leer, que seré un tanto redicho pero no un pedante.

—No le quepa duda de que lo haré.

Aquella tarde, Alicia adquirió su carnet de lectora de la Biblioteca Nacional y pasó la que sería la primera de muchas tardes en el gran salón de lectura sacando a bailar a algunos de los tesoros que el cerebro acumulado de siglos de humanidad había conseguido conjurar. Más de una vez levantó la vista de la página para encontrarse con la mirada de búho de don Bermeo Pumares, que gustaba de pasearse a veces por la sala a ver qué leían los asistentes y a echar de malas maneras a quienes entraban a dormitar o a cuchichear, porque, como él decía, para mentes dormidas y tertulias de sandeces ya estaba disponible el mundo exterior entero.

En una ocasión, habiendo dado fe Alicia de su interés y condición de lectora de fondo a lo largo de un año, Bermeo Pumares la invitó a seguirle a la trastienda del gran palacio y le abrió las puertas de una sección cerrada al público. Allí, explicó, reposaban las piezas más valiosas de la biblioteca y solo podían acceder a ella quienes tenían la distinción de obtener un carnet especial que se concedía a ciertos académicos y estudiosos para que pudieran investigar.

—Nunca me ha dicho usted a qué se dedica en su faceta terrenal, pero me da en la nariz que algo de investigadora tiene usted, y no hablo de inventar ni derivados de la penicilina ni de desempolvar versos perdidos del Arcipreste de Hita.

—No va usted del todo desencaminado.

—Yo no me he desencaminado en la vida. El problema en este querido país nuestro son los caminos, no el caminante.

—En mi caso, los caminos no son del Señor sino de lo que su eminencia llamaría

el aparato de seguridad del Estado.

Bermeo Pumares asintió despacio.

—Es usted una caja de sorpresas, Alicia. De esas que uno mejor no abre, no vaya a ser que descubra la sorpresa que esconden.

—Sabia decisión.

Pumares le tendió un carnet con su nombre.

—En cualquier caso, quería asegurarme antes de irme de que tuviese usted también el carnet de investigadora para que, si le da por ahí algún día, pueda acceder a este lugar a voluntad.

—¿Antes de irse?

Pumares adoptó un semblante de circunstancias.

—El secretario del ministro don Mauricio Valls ha tenido a bien poner en mi conocimiento que he sido cesado del cargo con efecto retroactivo y que mi último día al frente de esta institución fue ayer miércoles. Por lo visto, la decisión del señor ministro responde a diversos factores, entre los que destacan, por un lado, el aparentemente escuálido fervor demostrado por mi persona hacia los sacrosantos principios del Movimiento, sean estos cuales fueren, y por otro, el interés formulado por el cuñado de algún prohombre de la patria en asumir la dirección de la Biblioteca Nacional, ya que algún botarate debe de creer que la sonoridad del cargo viste casi tanto en determinados círculos como una invitación al palco presidencial del Real Madrid.

—Lo siento mucho, don Bermeo. De verdad.

—No lo sienta. Rara vez en la historia de este país se ha encontrado al frente de una institución cultural a alguien cualificado, o al menos no incompetente sin remedio. Se aplican estrictos controles y hay numeroso personal especializado para impedir que eso suceda. La meritocracia y el clima mediterráneo son incompatibles por necesidad. Es el precio que pagamos por tener el mejor aceite de oliva del mundo, imagino. Que un bibliotecario experimentado llegara a dirigir la Biblioteca Nacional de España, aunque solo fuese durante catorce meses, ha sido un accidente no premeditado al que las mentes preclaras que rigen nuestros destinos han puesto remedio, más cuando hay un sinfín de amiguetes y parientes con que cubrir el puesto. Solo puedo decir que la echaré de menos, Alicia. A usted, a sus misterios y a sus pullas.

—Lo mismo digo.

—Me regreso a mi hermoso Toledo, o lo que hayan dejado de él, con la esperanza de poder alquilar una estancia en algún tranquilo cigarral en una colina con vistas a la ciudad donde pasar el resto de mi marchita existencia orinando a orillas del Tajo y releyendo a Cervantes y a todos sus enemigos, la mayoría de los cuales vivieron no muy lejos de este lugar y no consiguieron cambiar ni un ápice la deriva de este barco, pese a todo el oro y el verso de su siglo.

—¿Y no podría serle yo de ayuda? Lo mío no es el verso, pero le sorprendería la

facilidad de recursos estilísticos que tengo para agitar lo inagitable.

Pumares la miró largamente.

—No me sorprendería; me daría miedo, y yo solo me atrevo con los necios. Además, aunque no se dé cuenta ya me ha ayudado usted suficiente. Buena suerte, Alicia.

—Buena suerte, maestro.

Bermeo Pumares sonrió, una sonrisa amplia y abierta. Era la primera y última vez que Alicia le vio hacerlo. Le estrechó la mano con fuerza y bajó la voz.

—Dígame una cosa, Alicia. Por curiosidad, amén de su devoción por el Parnaso, el saber y todas esas causas ejemplares, ¿qué es lo que realmente la trae a este lugar?

Ella se encogió de hombros.

—Un recuerdo —respondió.

El bibliotecario enarcó las cejas, curioso.

—Un recuerdo de la infancia. Algo que soñé en una ocasión en que estuve a punto de morir. Hace mucho tiempo de eso. Una catedral hecha de libros…

—¿Y dónde fue eso?

—En Barcelona. Durante la guerra.

El bibliotecario asintió lentamente, sonriendo para sí.

—¿Y dice que lo soñó? ¿Está segura?

—Casi segura.

—Las certezas reconfortan, pero solo se aprende dudando. Una cosa más. Llegará el día en que precise usted hurgar donde no debe y revolver el fondo de algún turbio estanque. Lo sé porque no es usted ni la primera ni la última que pasa por aquí con la misma sombra en los ojos. Y cuando llegue ese día, que llegará, sepa que esta casa oculta mucho más de lo que parece y que gentes como yo vamos y venimos, pero hay alguien aquí que tal vez podría serle alguna vez de utilidad.

Pumares señaló una puerta negra al fondo de la vasta galería de arcos y estanterías pobladas de libros.

—Tras esa puerta se encuentra la escalera que desciende a los sótanos de la Biblioteca Nacional. Pisos y pisos de corredores infinitos con millones de libros, muchos de ellos incunables. Solo durante la guerra se añadieron medio millón de volúmenes a la colección para salvarlos de la quema. Pero eso no es lo único que hay ahí abajo. Supongo que no ha oído hablar usted nunca de la leyenda del vampiro del palacio de Recoletos.

—No.

—Pero reconozca que le intriga la idea, al menos por lo folletinesco del enunciado.

—No lo niego. Pero ¿habla usted en serio?

Pumares le guiñó el ojo.

—Ya le dije en su día que, pese a las apariencias, sé apreciar la ironía. La dejo con ese pensamiento para que lo madure. Y espero que nunca deje usted de venir a

este lugar, o a alguno parecido.

—Lo haré a su salud.

—Mejor a la del mundo, que está en horas bajas. Cuídese mucho, Alicia. Que encuentre usted el camino que a mí se me escapó.

Y fue así, sin mediar más palabra, como don Bermeo Pumares cruzó por última vez la galería de los investigadores y luego la gran sala de lectura de la Biblioteca Nacional y prosiguió hasta rebasar las puertas sin volver nunca la vista atrás hasta que atravesó el umbral del paseo de Recoletos y echó a andar rumbo al olvido, una gota más en la infinita marea de vidas naufragadas en el gris de aquella España de los tiempos.

Y fue así también como, meses más tarde, y llegado el día en que la curiosidad pudo más que la prudencia, Alicia decidió cruzar aquella puerta negra y sumergirse en las tinieblas de los sótanos que se ocultan bajo la Biblioteca Nacional para desentrañar sus secretos.

13

Una leyenda es una mentira pergeñada para explicar una verdad universal. Los lugares donde la mentira y el espejismo envenenan la tierra son particularmente fértiles para su cultivo. La primera vez que Alicia Gris se perdió por los tenebrosos corredores de los sótanos de la Biblioteca Nacional en busca del supuesto vampiro y su leyenda, no encontró más que una ciudad subterránea poblada por centenares de miles de libros que esperaban en silencio entre telarañas y ecos.

Pocas son las ocasiones en que la vida le permite a uno pasearse por sus propios sueños y acariciar un recuerdo perdido con las manos. En más de una ocasión, mientras recorría aquel lugar, se detuvo en la penumbra esperando oír de nuevo el estallido de las bombas y el rugido metálico de los aviones. Tras un par de horas deambulando piso tras piso, no se tropezó con más almas que las de un par de pequeños gusanos *gourmets* del papel que recorrían el lomo de un compendio de poemas de Schiller en busca de merienda. En su segunda incursión, pertrechada esta vez de una linterna que había comprado en una ferretería de Callao, no se encontró siquiera con sus colegas los gusanos, pero después de hora y media de exploración descubrió en la salida una nota clavada con un alfiler que decía así:

Bonita linterna.
¿Nunca se cambia usted de chaqueta?
En este país eso es casi una extravagancia.
Suyo afectísimo,

Virgilio.

Al día siguiente, Alicia pasó de nuevo por la ferretería para comprar otra linterna idéntica a la suya y un paquete de pilas. Luciendo la misma y castigada chaqueta, se adentró hasta lo más profundo del último piso y tomó asiento junto a una colección de novelas de las hermanas Brontë, sus predilectas desde los años del Patronato Ribas. Allí sacó el pepito de lomo adobado y la cerveza que le habían preparado en el Café Gijón y se puso a comer. Luego, con el estómago lleno, dio una cabezadita.

La despertaron unos pasos en la sombra, leves, como plumas arrastrándose por el polvo. Abrió los ojos y vislumbró las agujas de luz ámbar que se filtraban entre los libros desde el otro lado del corredor. La burbuja de luz se desplazaba lentamente, como una medusa. Alicia se incorporó y se limpió las migas de pan de las solapas. Segundos más tarde, la silueta dobló la esquina del pasillo y siguió avanzando en dirección a ella, ahora más deprisa. Lo primero en que Alicia reparó fue en los ojos, azules y criados en la tiniebla. La piel era pálida como las páginas de un libro por estrenar y el cabello lacio y peinado hacia atrás.

—Le he traído una linterna —le dijo Alicia—. Y pilas.

—Todo un detalle.

La voz era ronca y extrañamente aguda.

—Mi nombre es Alicia Gris. Intuyo que usted es Virgilio.

—El mismo.

—Es una simple formalidad, pero tengo que preguntarle si es usted un vampiro.

Virgilio sonrió extrañado. Gris pensó que cuando lo hacía parecía una anguila morena.

—Si lo fuera, ya habría muerto por culpa del olor a ajo que desprende el bocadillo que se ha ventilado usted.

—Luego no bebe usted sangre humana.

—Prefiero el TriNaranjus. ¿Estas preguntas se las inventa usted o las trae escritas?

—Me temo que he sido objeto de una broma pesada —dijo Alicia.

—¿Y quién no? Esa es la esencia de la vida. Dígame, ¿qué se le ofrece?

—El señor Bermeo Pumares me habló de usted.

—Ya me lo imaginaba. Humor escolástico.

—Me comentó que tal vez usted podría ayudarme llegado el momento.

—¿Y ha llegado?

—No estoy segura.

—Entonces es que no ha llegado. ¿Puedo ver esa linterna?

—Suya es.

Virgilio aceptó el obsequio y lo inspeccionó.

—¿Cuántos años hace que trabaja usted aquí? —quiso saber Alicia.

—Unos treinta y cinco. Empecé con mi padre.

—¿Su padre también moraba en estas profundidades?

—Creo que nos confunde usted con una familia de crustáceos.

—¿Es así como empezó la leyenda del bibliotecario vampiro?

Virgilio rio con ganas. Tenía risa de papel de lija.

—Nunca ha habido tal leyenda —declaró.

—¿Se la inventó el señor Pumares para tomarme el pelo?

—Técnicamente no se la inventó él. La sacó de una novela de Julián Carax.

—Nunca he oído hablar de él.

—Como casi nadie. Lástima. Es entretenidísima. Va de un asesino diabólico que vive oculto en los sótanos de la Biblioteca Nacional de París y utiliza la sangre de sus víctimas para escribir un libro demoníaco con el que confía poder conjurar al mismísimo Satanás. Una delicia. Si consigo encontrarla se la presto. Dígame, ¿es usted policía o algo así?

—Más bien algo así.

Durante aquel año, entre los trapicheos y los trabajos sucios que le encargaba

Leandro, Alicia buscó y halló la oportunidad de visitar a Virgilio en su dominio subterráneo siempre que podía. Con el tiempo el bibliotecario se convirtió en su único amigo de verdad en la ciudad. Virgilio siempre tenía preparados libros para prestárselos y siempre acertaba.

—Oiga, Alicia, no me malinterprete, pero alguna noche de estas ¿le apetecería ir al cine conmigo?

—Siempre y cuando no sea a ver una de santos o vidas ejemplares.

—Que el espíritu inmortal de don Miguel de Cervantes me fulmine ahora mismo si algún día se me ocurre sugerirle a usted que vayamos a ver alguna epopeya sobre el triunfo del espíritu humano.

—Amén —sentenció ella.

A veces, cuando Alicia no tenía ninguna asignación, se acercaban juntos a algún cine de la Gran Vía a ver la última sesión. A Virgilio le encantaban el technicolor y los relatos bíblicos y de romanos, porque así podía ver el sol y deleitarse sin reparo con los torsos musculados de los gladiadores. Una noche, cuando la acompañaba de vuelta al Hispania al salir de *Quo Vadis*, el bibliotecario se la quedó mirando en el momento en que ella se detuvo frente al escaparate de una librería de la Gran Vía.

—Alicia, si fuese usted un muchachito pediría su mano en ilícito concubinato.

La joven le ofreció la mano, que Virgilio besó.

—Qué cosas tan bonitas dice, Virgilio.

El hombre sonrió, toda la tristeza del mundo en la mirada.

—Es lo que tiene el estar bien leído, que uno ya se sabe todos los versos y los trucos del destino.

Algún sábado por la tarde Alicia compraba unos cuantos TriNaranjus y se acercaba a la biblioteca para escuchar las historias de Virgilio sobre oscuros autores de los que nunca nadie había oído hablar y cuyas biografías malditas permanecían selladas en la cripta bibliográfica del último sótano.

—Alicia, ya sé que no es asunto mío, pero eso suyo de la cadera… ¿Qué pasó?

—La guerra.

—Cuénteme.

—No me gusta hablar de eso.

—Ya me lo imagino. Por eso mismo. Cuénteme. Le irá bien.

Alicia nunca le había desvelado a nadie la historia de cómo un desconocido le salvó la vida la noche en que la aviación de Mussolini, reclutada al servicio del ejército nacional, había bombardeado la ciudad de Barcelona sin piedad. Le sorprendió escucharse a sí misma y comprobar que no había olvidado nada y que todavía podía percibir en el aire el olor a azufre y a carne quemada.

—¿Y nunca supo usted quién era aquel hombre?

—Un amigo de mis padres. Alguien que los quería de verdad.

No se dio cuenta hasta que Virgilio le tendió un pañuelo de que estaba llorando y que por mucho que sintiera vergüenza y rabia no podía dejar de hacerlo.

—Nunca la había visto llorar.

—Ni usted ni nadie. Y que no se repita.

Aquella tarde, después de visitar Villa Mercedes y enviar a Vargas a husmear por Jefatura, Alicia se acercó de nuevo a la Biblioteca Nacional. Como ya la conocían no tuvo ni que mostrar el carnet. Cruzó la sala de lectura y se dirigió al ala reservada a los investigadores. Un nutrido número de académicos soñaban despiertos sobre los escritorios cuando Alicia pasó discretamente y se dirigió a la puerta negra del fondo de la galería. Con los años había aprendido a descifrar los hábitos de Virgilio y calculó que siendo primera hora de la tarde con toda probabilidad estaría ordenando los incunables consultados por los estudiosos aquella mañana en el tercer nivel. Allí le encontró, pertrechado con la linterna que le había regalado y silbando una melodía de la radio al tiempo que meneaba, vagamente, su pálido esqueleto. La imagen se le antojó irrepetible y merecedora de su propia leyenda.

—Me fascina su ritmo tropical, Virgilio.

—El ritmo del clave cala hondo. ¿La han soltado muy pronto hoy o es que me he confundido de día?

—Vengo en visita semioficial.

—No me diga que estoy detenido.

—No, pero su sabiduría está secuestrada de manera temporal y al servicio del interés nacional.

—Siendo así, usted dirá lo que se le ofrece.

—Me gustaría que echara un vistazo a algo.

Alicia extrajo el libro que había encontrado oculto en el escritorio de Valls y se lo tendió. Virgilio lo tomó en sus manos y encendió la linterna. Tan pronto como vio el grabado de la escalera de caracol en la portada, contempló a Alicia fijamente.

—Pero ¿tiene usted la más remota idea de lo que es esto?

—Confiaba en que me lo pudiera aclarar usted.

Virgilio miró por encima del hombro, como si temiese que hubiera alguien más en el corredor, y le hizo una seña con la cabeza.

—Mejor vayamos a mi oficina.

La oficina de Virgilio era un cubículo angosto encajado al fondo de uno de los corredores del nivel más profundo. La estancia parecía haber brotado de las paredes a consecuencia de la presión de millones y millones de libros apilados piso a piso. Formaba una suerte de cabina tramada de volúmenes, carpesanos y todo tipo de objetos peculiares, desde vasos con pinceles y agujas de coser hasta lentes, lupas y tubos de pigmentos. Alicia supuso que allí era donde Virgilio llevaba a cabo alguna que otra cirugía de emergencia para salvar y restaurar ejemplares exánimes. La pieza clave de la instalación era una pequeña nevera. Virgilio la abrió y Alicia pudo ver que estaba repleta de botellas de TriNaranjus. Su amigo sirvió un par y, armándose con

sus gafas de lupa, colocó el libro sobre una lámina de terciopelo rojo y se enfundó las manos en finos guantes de seda.

—Deduzco de todo este ceremonial que se lleva que la pieza es una rareza…

—Shhh —la silenció Virgilio.

Por espacio de varios minutos, Alicia observó cómo el bibliotecario examinaba fascinado el libro de Víctor Mataix, relamiéndose con cada página, acariciando cada ilustración y saboreando cada grabado como si se tratase de un manjar diabólico.

—Virgilio, me está poniendo nerviosa. Diga algo de una puñetera vez.

El hombre se volvió, sus pupilas azul hielo ampliadas bajo la lupa de aquellas lentes de relojero.

—Supongo que no puede decirme de dónde lo ha sacado —empezó.

—Supone bien.

—Esto es una pieza de coleccionista. Si quiere le digo a quién se lo podría colocar a un muy buen precio, aunque hay que andarse con ojo porque este es un libro prohibido, no solo por el Gobierno sino también por la Santa Madre Iglesia.

—Este y centenares más. ¿Qué me puede decir de él que no me pueda imaginar?

Virgilio se quitó las gafas de aumento y se bebió medio TriNaranjus de un trago.

—Perdón, me he emocionado —confesó—. Hacía por lo menos veinte años que no veía uno de estos caramelos…

Virgilio se recostó en su butacón perforado. Le brillaban los ojos y Alicia supo que el día profetizado por Bermeo Pumares había llegado.

14

—Hasta donde yo sé —relataba Virgilio—, entre los años 1931 y 1938 se publicaron en Barcelona ocho libros de la serie *El Laberinto de los Espíritus*. De su autor, Víctor Mataix, no le puedo decir mucho. Sé que trabajaba de manera ocasional como ilustrador de libros infantiles, que había publicado algunas novelas con seudónimo en una editorial de tres al cuarto ya desaparecida llamada Barrido y Escobillas y que se rumoreaba que era el hijo ilegítimo de un indiano e industrial barcelonés que había renegado de él y de su madre, una actriz relativamente popular en su día en los teatros del Paralelo. Mataix había trabajado también como diseñador de escenografías y haciendo catálogos para un fabricante de juguetes de Igualada. En 1931 publicó la primera entrega de *El Laberinto de los Espíritus*, titulado *Ariadna y la Catedral Sumergida*. Ediciones Orbe lo publicó, si no me equivoco.

—¿Tiene algún sentido para usted la expresión «la entrada del laberinto»?

Virgilio ladeó la cabeza.

—Bueno, en este caso el laberinto es la ciudad.

—Barcelona.

—La otra Barcelona. La de los libros.

—Una especie de infierno.

—Lo que sea.

—¿Y cuál es la entrada?

Virgilio se encogió de hombros, pensativo.

—Una ciudad tiene muchas entradas. No lo sé. ¿Puedo pensarlo?

Alicia asintió.

—¿Y la tal Ariadna? ¿Quién es?

—Léase el libro. Vale la pena.

—Deme un avance.

—Ariadna es una niña, la protagonista de todas las novelas de la serie. Ariadna era el nombre de la hija mayor de Mataix, para la que supuestamente escribió los libros. El personaje es un reflejo de su hija. Mataix se inspiró también en parte en los libros de *Alicia en el País de las Maravillas*, que eran los favoritos de su hija. ¿No le parece fascinante?

—¿No ve cómo tiemblo de emoción?

—Cuando se pone usted así no hay quien la aguante.

—Usted me aguanta, Virgilio, y por eso le quiero tanto. Cuénteme más.

—Qué cruz la mía. Célibe y sin más esperanza que la Carmilla de LeFanu.

—El libro, Virgilio, el libro…

—Pues el caso es que Ariadna era su Alicia, y en vez de un País de las Maravillas Mataix inventó una Barcelona de los horrores, infernal, de pesadilla. Con cada libro, el escenario, que era tan o más protagonista que Ariadna y los extravagantes personajes que se va encontrando a lo largo de sus aventuras, de forma progresiva se

hace más siniestro. En el último volumen conocido, publicado ya en plena guerra civil y titulado algo así como *Ariadna y las Máquinas del Averno*, la trama habla de cómo la ciudad asediada al final es invadida por el ejército enemigo y la carnicería resultante hace que la caída de Constantinopla parezca una comedia del Gordo y el Flaco.

—¿Dice último volumen conocido?

—Hay quien cree que cuando desapareció tras la guerra, Mataix estaba concluyendo el noveno y último libro de la serie. De hecho, hace muchos años se pagaba entre coleccionistas bien informados un buen precio a cualquiera que consiguiera ese manuscrito, pero que yo sepa no se ha encontrado nunca.

—¿Y cómo desapareció Mataix?

Virgilio se encogió de hombros.

—¿Barcelona después de la guerra? ¿Qué mejor sitio para desaparecer?

—¿Y sería posible encontrar más libros de la serie?

Virgilio apuró el resto de su TriNaranjus negando lentamente.

—Lo veo muy difícil. Hace unos diez o doce años oí que alguien había descubierto dos o tres ejemplares de *El Laberinto* en el fondo de una caja en el sótano de la librería Cervantes de Sevilla, y que se pagaron muy muy bien. Hoy por hoy, le diría que la única posibilidad de encontrar algo así es bien en la librería de anticuario Costa en Vic o bien en Barcelona. Gustavo Barceló, a lo mejor, y tal vez con mucha suerte Sempere, pero no me haría ilusiones.

—¿Sempere e hijos?

Virgilio la miró sorprendido.

—¿La conoce?

—De oídas —replicó Alicia.

—Yo probaría primero con Barceló, que es quien trabaja más piezas únicas y tiene contacto con coleccionistas de altura. Y si Costa lo tiene, Barceló lo sabrá.

—¿Y estaría el tal señor Barceló dispuesto a hablar conmigo?

—Tengo entendido que está medio retirado, pero siempre encuentra tiempo para una señorita de buena presencia. Ya me entiende.

—Me pondré guapa.

—Lástima no estar allí para verlo. No va a contarme de qué va todo esto, ¿verdad?

—Todavía no lo sé, Virgilio.

—¿Le puedo pedir un favor?

—Por supuesto.

—Cuando esta historia que se lleva entre manos acabe, si es que acaba y sale usted de una pieza y todavía conserva este libro, tráigamelo. Me gustaría pasar unas horas a solas con él.

—¿Y por qué no iba a salir entera?

—Quién sabe. Si algo tienen los libros de *El Laberinto* de Mataix es que todo

aquel que los toca acaba mal.

—¿Otra leyenda de las suyas?

—No. Esta es de las de verdad.

A finales del siglo XIX, una isla en forma de café literario y de salón de aparecidos se desprendió del mundo. Desde entonces vaga congelada en el tiempo a merced de las corrientes de la historia por los grandes paseos del Madrid imaginario, donde suele encontrársela varada y luciendo la bandera del Café Gijón, a pocos pasos del palacio de la Biblioteca Nacional. Allí espera, dispuesta a salvar del naufragio a quien llega a ella sediento de espíritu o de paladar, como si fuese un gran reloj de arena a la deriva, donde por el precio de un café el más pintado puede mirarse en el espejo de la memoria y creer, por un instante, que vivirá para siempre.

Caía el atardecer cuando Alicia cruzó el paseo rumbo a las puertas del Gijón. Vargas aguardaba apostado en una mesa junto a la ventana saboreando uno de sus cigarrillos importados y contemplando a los transeúntes con ojos de policía. Al verla entrar, levantó la mirada y le hizo una seña. Alicia tomó asiento y cazó al vuelo a un camarero que pasaba para pedir un café con leche con el que sacudirse el frío que le había calado en los sótanos de la biblioteca.

—¿Hace mucho que me espera? —preguntó Alicia.

—Toda la vida —replicó Vargas—. ¿Tarde provechosa?

—Según se mire. ¿Y usted?

—No me puedo quejar. Después de dejarla me he acercado a la editorial de Valls a hacerle una visita al tal Pablo Cascos Buendía. Tenía usted razón. Algo ahí no acaba de encajar.

—¿Y entonces?

—Cascos en sí ha resultado ser poco más que un pardillo. Eso sí, con muchos aires.

—Cuanto más bobos, más gallardos —dijo Alicia.

—Primero el amigo Cascos me ha ofrecido el *tour* de lujo por las oficinas y luego ha glosado la figura y vida ejemplar de don Mauricio como si su vida dependiese de ello.

—Probablemente no anda errado. Personajes como Valls suelen arrastrar una corte interminable de paniaguados y lameculos.

—Allí desde luego no faltaban ni los unos ni los otros. A Cascos, con todo, le he visto inquieto. Algo se olía y no paraba de hacer preguntas.

—¿Ha dicho por qué le convocó Valls a su residencia?

—Le he tenido que apretar bastante las tuercas porque al principio no quería soltar prenda.

—Y luego dice usted de mí.

—Con los niñatos y los trepas tengo mano de santo, para qué mentir.

—Cuente.

—Deje que consulte la libreta porque la cosa tiene su miga —prosiguió Vargas—. Aquí lo tengo. Atención. Resulta que don Pablito fue, en sus años más mozos, prometido de una damisela llamada Beatriz Aguilar. Esta Beatriz le dejó plantado cuando el pobre estaba haciendo milicias para acabar casándose, como quien dice camino de la maternidad, con un tal Daniel Sempere, hijo del propietario de una librería de lance de Barcelona llamada Sempere e hijos, la favorita de Sebastián Salgado, que la visitó en varias ocasiones tan pronto como salió de la cárcel, seguramente para ponerse al día de las novedades literarias de los últimos veinte años. Si se acuerda usted del informe que viene en el dosier, dos empleados de dicha librería, uno de ellos Daniel Sempere, habían seguido a Salgado desde la librería hasta la Estación del Norte el día que murió.

La mirada de Alicia desprendía electricidad.

—Siga, por favor.

—Regresando a nuestro hombre, Cascos. El caso es que nuestro héroe despechado, Cascos Buendía, alférez y cornudo, perdió el contacto con su *paramour*, la deliciosa Beatriz, que Pablito jura que era y es una belleza que en un mundo justo habría acabado con él y no con un pelagatos como Daniel Sempere.

—No se hizo la miel para la boca del burro —sugirió Alicia.

—Sin conocerla, y después de media hora con Cascos, me alegré por doña Beatriz. Hasta ahí los antecedentes. Saltamos en el tiempo, hasta mediados de 1957, cuando tras llevar paseando su currículum y recomendaciones familiares por las empresas de media España, Pablo Cascos recibe una llamada inesperada de la Editorial Ariadna, fundada por don Mauricio Valls en el año 1947, de la que sigue siendo accionista mayoritario y presidente a día de hoy. Le convocan a una entrevista y allí le hacen una oferta para incorporarse al departamento comercial como representante para Aragón, Cataluña y Baleares. Buen sueldo, posibilidades de ascenso. Pablo Cascos acepta encantado y empieza a trabajar. Pasan los meses, y un día, sin que venga a cuento, aparece don Mauricio Valls en su despacho y le dice que le quiere invitar a comer en Horcher.

—Vaya. Altos vuelos.

—A Cascos ya le parece raro que el presidente de la editorial y personaje más celebrado de la cultura española invite a comer a un empleado de nivel medio, como diría doña Mariana, al que nunca había conocido en persona y le lleve al restaurante insignia del Fascio glorioso, en cuyo sótano posiblemente tienen enterrada a la momia del Duce. Entre aperitivos, Valls le hace una glosa de lo bien que le han hablado de Cascos y de su labor en el departamento comercial.

—¿Y Cascos se lo traga?

—No. Es un cretino, pero a tan tonto no llega. Se huele que hay algo raro y empieza a preguntarse si la oferta de trabajo que aceptó era lo que imaginaba. Valls sigue el teatro hasta los cafés. Entonces, cuando los dos son ya grandes amigos y el

ministro le ha pintado un futuro dorado en la empresa y le ha dicho que está pensando en él como director comercial de la editorial, salta la liebre.

—Un pequeño favor.

—Exacto. Valls se descuelga con su amor por las librerías de siempre, puntal y santuario del milagro de la literatura, particularmente la de los Sempere, a la que tiene un cariño especial.

—¿Dice Valls de dónde sale este cariño?

—No especifica. Donde es más concreto es en su interés por la familia Sempere, y en especial por un antiguo amigo de la fallecida esposa del propietario y madre de Daniel, Isabella.

—¿Había conocido Valls a esta Isabella Sempere?

—A entender de Cascos no solo a Isabella sino también a un buen amigo de ella. ¿A que no sabe quién? Un tal David Martín.

—Bingo.

—Curioso, ¿verdad? El misterioso nombre recordado, *in extremis*, por doña Mariana en aquella lejana conversación del ministro con su sucesor al frente de la prisión de Montjuic.

—Siga.

—El caso es que Valls le concretó entonces su petición. El ministro estaría eternamente agradecido si Cascos pudiera, tirando de su encanto, ingenio y antigua devoción por Beatriz, contactar de nuevo con ella y, digamos, rehacer los puentes quemados.

—¿Seducirla?

—Por así decirlo.

—¿Para qué?

—Para averiguar si el tal David Martín seguía vivo y había establecido contacto con la familia Sempere en algún momento de todos aquellos años.

—¿Y por qué no se lo preguntaba Valls directamente a los Sempere?

—De nuevo, eso mismo le planteó Cascos.

—¿Y el ministro respondió…?

—Que se trataba de un tema delicado, de índole personal, y que por motivos que no venían al caso prefería primero sondear las aguas para saber si había fundamento en su sospecha de que el tal Martín andaba entre bambalinas.

—¿Y qué pasó?

—Pues que Cascos, ni corto ni perezoso, empezó a escribir cartas con prosa florida a su antigua amada.

—¿Y obtuvo contestación?

—Ah, picarona, cómo le van las intrigas de alcoba…

—Vargas, céntrese.

—Disculpe. A lo que iba. Al principio, no. Beatriz, madre y esposa reciente, ignora los avances de ese don Juan de pacotilla. Pero Cascos no se rinde y empieza a

pensar que tiene una oportunidad única de recuperar lo que se le arrebató.

—¿Nubarrones en el matrimonio de Daniel y Beatriz?

—Quién sabe. Pareja demasiado joven, casada a toda prisa y con criatura encargada antes de pasar por la vicaría… El cuadro perfecto de la fragilidad. El caso es que pasan las semanas y Bea no contesta a sus cartas. Y Valls va insistiendo. Cascos empieza a ponerse nervioso. Valls le insinúa un ultimátum. Cascos envía una carta final emplazando a Beatriz a un encuentro furtivo en una *suite* del hotel Ritz.

—¿Y Beatriz se presenta?

—No. Pero Daniel sí.

—¿El marido?

—El mismo.

—¿Le había contado Beatriz lo de las cartas?

—O se las había encontrado él… Tanto da. El caso es que Daniel Sempere se planta en el Ritz y, cuando Cascos lo recibe todo coqueto enfundado en un albornoz perfumado, pantuflas y copa de champán en mano, el bueno de Daniel le pega una somanta de hostias y le hace una cara nueva.

—Me cae bien este Daniel.

—No se precipite. Según Cascos, al que todavía le duele la cara, Daniel estuvo en un tris de cargárselo, y lo habría hecho de no haber sido interrumpida la golpiza por un policía de paisano que pasaba por allí.

—¿Cómo?

—Esto último es de dudosa solidez. Mi impresión es que el policía no era tal sino un asociado de Daniel Sempere.

—¿Y entonces?

—Y entonces Cascos regresó a Madrid con la cara hecha una torrija, el rabo entre las piernas y el miedo en el cuerpo pensando en lo que le iba a contar a Valls.

—¿Qué dijo Valls?

—Le escuchó en silencio y le hizo jurar que no diría a nadie lo que había sucedido ni lo que él le había pedido.

—¿Y ya está?

—Eso parecía, hasta que, pocos días antes de desaparecer, Valls le llamó de nuevo y le citó en su residencia particular para hablar de un tema que no especificó pero que quizá estuviera relacionado con los Sempere, Isabella y el misterioso David Martín.

—Cita a la que Valls nunca se presentó.

—Y hasta ahí el pescado vendido —concluyó Vargas.

—¿Qué sabemos de ese David Martín? ¿Le ha dado tiempo de recabar algo sobre él?

—Poca cosa. Pero lo que he podido encontrar promete. Escritor olvidado y, atención, prisionero en el castillo de Montjuic entre los años 1939 y 1941.

—Coincidiendo con Valls y con Salgado —apuntó Alicia.

—Compañeros de promoción, como quien dice.

—Y una vez sale de prisión, ¿qué pasa con David Martín a partir de 1941?

—No hay después. La ficha policial le declara desaparecido y muerto en un intento de fuga.

—¿Y eso traducido significaría…?

—Posiblemente ejecutado sin juicio y enterrado en alguna cuneta o fosa común.

—¿Por orden de Valls?

—Lo más probable. En ese momento solo él hubiera tenido la autoridad y la potestad para hacerlo.

Alicia sopesó todo aquello durante unos instantes.

—¿Por qué motivo intentaría Valls buscar a un muerto que él mismo habría hecho ejecutar?

—A veces hay muertos que no se quedan muertos del todo. Vea usted el Cid.

—Supongamos entonces que Valls piense que Martín sigue vivo… —dijo Alicia.

—Eso cuadraría.

—Vivo y con ánimo de venganza. Tal vez moviendo los hilos de Salgado en la sombra, esperando el momento de tomarse la revancha.

—Los viejos amigos que se hacen en la cárcel no se olvidan con facilidad —convino Vargas.

—Lo que no queda claro es qué relación puede haber entre Martín y los Sempere.

—Algo habrá, más si el propio Valls fue el que impidió que la policía tirara de ese hilo y prefirió tratar de usar a Cascos para indagar.

—A lo mejor ese algo es la clave de todo esto —especuló Alicia.

—¿Hacemos o no un buen equipo?

Ella reparó en la sonrisa gatuna que se le escapaba a Vargas por las comisuras de los labios.

—¿Qué más?

—¿Le parece poco?

—Desembuche.

Vargas encendió un cigarrillo y saboreó la calada, estudiando cómo las volutas de humo reptaban entre sus dedos.

—Pues más tarde, como usted seguía visitando a sus amistades, después de prácticamente resolver el caso por mi cuenta para que luego se lleve usted los laureles, me he pasado por Jefatura para recoger las cartas del preso Sebastián Salgado y me he tomado la libertad de consultar con mi amigo Ciges, que es el grafólogo de la casa. No se preocupe, que no le he dicho de qué iba el asunto y tampoco lo ha preguntado. Le he enseñado cuatro cuartillas al azar y tras mirárselas bien miradas me ha dicho que había numerosos signos en las tildes y en por lo menos catorce letras y las ligaduras que descartaban a un diestro. No sé qué del ángulo y de la tinta corrida en el papel y el ataque o algo así.

—Y eso ¿a qué nos lleva?

—A que la persona que escribió las cartas amenazando a Valls es zurda.

—¿Y?

—Y, si se entretiene en leerse el informe de la vigilancia a Sebastián Salgado efectuado por la policía de Barcelona tras su sorprendente liberación en enero de ese año, allí se especifica que el camarada perdió la mano izquierda durante sus años en prisión y que llevaba una postiza de porcelana. Parece que a alguien se le fue la mano en los interrogatorios, si me permite la licencia.

Le pareció que Alicia iba a decir algo, pero de pronto esta se quedó muda y con la mirada ida. En cuestión de un minuto había empezado a palidecer y Vargas detectó una película de gotas de sudor en su frente.

—En cualquier caso, Salgado, el manco pimienta, no pudo escribir esas cartas. Alicia, ¿me está escuchando? ¿Está bien?

La joven se incorporó de repente y se enfundó el abrigo.

—¿Alicia?

Alicia recogió la carpeta con las supuestas cartas de Salgado de la mesa e intercambió con Vargas una mirada ausente.

—¿Alicia?

Alicia se alejó hacia la salida, la mirada perpleja de Vargas clavada en su espalda.

15

El dolor empeoró tan pronto como salió a la calle. No quería que Vargas la viera así. No quería que nadie la viera así. El episodio que se avecinaba era de los malos. Maldito frío de Madrid. La dosis del mediodía no había hecho más que comprarle algo de tiempo. Trató de encajar las primeras punzadas en la cadera respirando lentamente y siguió andando, tanteando cada paso. No había llegado ni siquiera a Cibeles cuando tuvo que detenerse y aferrarse a una farola a esperar a que pasara el espasmo que le atenazaba como si una corriente eléctrica le corroyese los huesos. Sentía la gente pasar a su lado y mirarla de reojo.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Asintió sin saber a quién. Cuando recuperó el aliento paró un taxi y le pidió que la llevase al Hispania. El conductor la observó con cierta inquietud, pero no dijo nada. Anochecía y las luces de la Gran Vía arrastraban ya a propios y a extraños en la marea gris de quienes abandonaban oficinas cavernosas para regresar a sus casas y de quienes no tenían adónde ir. Alicia pegó el rostro al cristal y cerró los ojos.

Al llegar al Hispania le pidió al taxista que la ayudase a salir. Le dejó una buena propina y se encaminó hacia el vestíbulo apoyándose en las paredes. Tan pronto como la vio entrar, Maura, el recepcionista, se levantó de un brinco y corrió a su lado con gesto de preocupación. La sujetó por la cintura y la ayudó a llegar hasta los ascensores.

—¿Otra vez? —preguntó.

—Se me va a pasar enseguida. Es este tiempo…

—Tiene muy mala cara. ¿Le llamo a un médico?

—No hace falta. Arriba tengo la medicina que necesito.

Maura asintió con escaso convencimiento. Alicia le palmeó el brazo.

—Es usted un buen amigo, Maura. Le echaré de menos.

—¿Es que se va usted a algún sitio?

Alicia le sonrió y tomó el ascensor con un saludo de buenas noches.

—Por cierto, creo que tiene compañía… —le comunicó Maura justo cuando se cerraban las puertas.

Recorrió el largo corredor en penumbra hasta su habitación cojeando y apoyándose contra la pared. Docenas de puertas cerradas que sellaban habitaciones vacías flanqueaban el paso. En noches como aquella, Alicia sospechaba que ella era la única ocupante viva que quedaba en la planta, aunque siempre tenía la sensación de que alguien la observaba. A veces, si se detenía en las sombras, casi podía sentir el aliento de los inquilinos permanentes en la nuca o el roce de unos dedos en el rostro. Cuando llegó frente a la puerta de su habitación, en el extremo del pasillo, se detuvo un instante jadeando.

Abrió la puerta de su pieza y no se molestó en encender la luz. Los carteles de neón de los cines y los teatros de la Gran Vía proyectaban un haz parpadeante que

tendía una tiniebla de technicolor sobre la estancia. La silueta en la butaca estaba de espaldas a la puerta, el cigarrillo encendido en la mano y una espiral de humo azul tejiendo arabescos en el aire.

—Creí que me vendrías a ver al final de la tarde —dijo Leandro.

Alicia se tambaleó hasta la cama y se dejó caer, exhausta. Su mentor se volvió y suspiró, sacudiendo la cabeza.

—¿Te lo preparo?

—No quiero nada.

—¿Es una forma de expiación por tus pecados o disfrutas sufriendo sin necesidad?

Leandro se incorporó y se aproximó a ella.

—Déjame ver.

Se inclinó sobre ella y le palpó la cadera con frialdad clínica.

—¿Cuándo te has pinchado por última vez?

—Este mediodía. Diez miligramos.

—Con eso no tienes ni para empezar. Ya lo sabes.

—A lo mejor eran veinte.

Leandro negó por lo bajo. Se dirigió al baño y fue directamente al armario. Allí encontró el estuche metálico y regresó junto a Alicia. Se sentó en el borde de la cama, abrió el estuche y empezó a preparar la inyección.

—No me gusta cuando haces esto. Ya lo sabes.

—Es mi vida.

—Cuando te castigas así también es la mía. Vuélvete.

Alicia cerró los ojos y se ladeó. Leandro le levantó el vestido hasta la cintura. Deshizo los cierres del arnés y lo retiró. Alicia gemía de dolor, apretando los ojos y respirando de forma entrecortada.

—Esto me duele más que a ti —dijo Leandro.

Le agarró el muslo y la sujetó contra la cama. Alicia estaba temblando cuando le hundió la aguja en la herida de la cadera. Dejó escapar un aullido sordo y todo su cuerpo se tensó como un cable durante unos segundos. Leandro extrajo la aguja con lentitud y dejó la jeringuilla encima de la cama. Aflojó poco a poco la presión sobre la pierna de Alicia y ladeó su cuerpo hasta dejarla tendida boca arriba. Le bajó el vestido y le acomodó la cabeza en la almohada con suavidad. Alicia tenía la frente empapada de sudor. Él extrajo un pañuelo y se la secó. Ella le miraba con ojos vidriosos.

—¿Qué hora es? —balbuceó.

Leandro le acarició la mejilla.

—Pronto. Descansa.

16

Despertó a la penumbra de la habitación para descubrir la silueta de Leandro recortada en la butaca junto al lecho. Tenía el libro de Víctor Mataix en las manos y lo estaba leyendo. Alicia supuso que mientras dormía Leandro le había peinado los bolsillos, el bolso y posiblemente todos y cada uno de los cajones del cuarto.

—¿Mejor? —preguntó Leandro sin levantar los ojos del texto.

—Sí —dijo Alicia.

El despertar siempre iba acompañado de una rara lucidez y la sensación de gelatina helada deslizándose por sus venas. Leandro la había tapado con una manta. Se palpó el cuerpo y comprobó que todavía llevaba la ropa del día. Se enderezó y se apoyó sentada contra la cabecera de la cama. El dolor apenas era un latido débil y sordo enterrado en el frío. Leandro se inclinó y le tendió un vaso. Bebió dos sorbos. No sabía a agua.

—¿Qué es esto?

—Bébetelo.

Alicia sorbió el líquido. Leandro cerró el libro y lo dejó sobre la mesa.

—Nunca he acabado de entender tus gustos literarios, Alicia.

—Lo encontré oculto en el escritorio del despacho de Valls.

—¿Y te parece que puede tener alguna relación con nuestro asunto?

—De momento no descarto ninguna posibilidad.

Leandro asintió con gesto de aprobación.

—Empiezas a sonar como Gil de Partera. ¿Qué tal tu nuevo compañero?

—¿Vargas? Parece eficiente.

—¿De fiar?

Alicia se encogió de hombros.

—Viniendo de quien no se fía ni de su sombra, no sé si tomar tu duda como señal de que te estás convirtiendo a la fe en el régimen.

—Tómelo como quiera —replicó ella.

—¿Seguimos en guerra?

Alicia suspiró, negando.

—Esta no era una visita de cortesía, Alicia. Tengo cosas que hacer y gente que me espera en el Palace para cenar desde hace rato. ¿Qué tienes que contarme?

La joven resumió de forma sucinta los acontecimientos del día y dejó que Leandro digiriese en silencio el sumario de los hechos, tal como era su costumbre. El hombre se incorporó y se acercó hasta la ventana. Alicia observó la silueta inmóvil perfilada en las luces de la Gran Vía. Los brazos y las piernas endebles unidos a un torso desproporcionado le conferían el aire de una araña suspendida en su red. Alicia no interrumpió su meditación. Había aprendido que a Leandro le gustaba tomarse su tiempo para tramar y conjeturar, saboreando cada pieza de información y calculando cómo extraer de ella el mayor daño posible.

—Imagino que no le comentaste a la secretaria de Valls que habías encontrado ese libro y que ibas a llevártelo —señaló al fin.

—No. Solo Vargas sabe que lo tengo.

—Sería preferible que ahí quedase el tema. ¿Crees que puedes convencerle para que no se lo diga a sus superiores?

—Sí. Al menos durante unos días.

Leandro suspiró, ligeramente contrariado. Se apartó de la ventana y regresó con parsimonia a la butaca. Se acomodó, cruzó las piernas y dedicó unos segundos a examinar a Alicia con ojos de forense.

—Me gustaría que te viese el doctor Vallejo.

—Ya hemos hablado de eso.

—Es el mejor especialista del país.

—No.

—Déjame que te pida hora. Una consulta sin compromiso.

—No.

—Si vas a continuar hablando en monosílabos al menos introduce algo de variedad.

—Vale —replicó Alicia.

Leandro tomó de nuevo el libro de la mesa y lo hojeó, sonriendo para sí mismo.

—¿Le hace gracia?

Leandro negó lentamente.

—No. De hecho me pone los pelos de punta. Solo pensaba que parece estar hecho a medida para ti.

Leandro paseaba los ojos por las páginas del libro, deteniéndose aquí y allá con semblante escéptico. Al final le devolvió el libro y la observó. Tenía una mirada jesuítica, de aquellas que olfatean los pecados antes de que se formen en el pensamiento y administran la penitencia con un simple pestañeo.

—Esa cena tan importante en el Palace se le debe de estar enfriando —insinuó Alicia.

Leandro concedió su asentimiento ecuménico.

—No te levantes y descansa. Te he dejado diez frascos de cien en el botiquín del baño.

Alicia apretó los labios con rabia pero guardó silencio. Leandro asintió y se dirigió hacia la puerta. Antes de abandonar la habitación, se detuvo y la señaló con el índice.

—No hagas tonterías —advirtió.

Alicia juntó las manos en ademán de plegaria y sonrió.

17

Libre de la presencia de Leandro y de su aura de directorio que la seguía a todas partes, Alicia echó el cerrojo, se metió en la ducha y se abandonó al vapor y las agujas de agua caliente durante casi cuarenta minutos. No se molestó en encender la luz y permaneció en la tenue claridad que se filtraba por la ventana del baño, dejando que el agua le arrancase el día del cuerpo. Las calderas del Hispania probablemente estaban sepultadas en algún punto del infierno y el traqueteo metálico de las tuberías tras los muros destilaba una música hipnótica. Cuando creía que la piel iba a empezar a desprendérsele a jirones cortó el agua y se quedó allí un par de minutos más, escuchando el goteo de la ducha y el rumor del tráfico en la Gran Vía.

Más tarde, envuelta en una toalla y en compañía de una copa de vino blanco a rebosar, se tendió en la cama con el dosier que les había entregado aquella mañana Gil de Partera y con la carpeta con las supuestas cartas de Sebastián Salgado, o del incierto difunto David Martín, al ministro Valls.

Empezó con el dosier, cotejando lo que había averiguado durante el día con la versión oficial de Jefatura. Como muchos informes policiales, lo de menos era lo que decía; lo único que tenía interés era lo que dejaba fuera. El atestado sobre el supuesto atentado contra el ministro en el Círculo de Bellas Artes constituía una obra maestra del género de la conjetura inconsistente y extravagante. No había allí más que una refutación no contrastada de las palabras de Valls, que alegaba haber visto entre el público presente a alguien que tenía intenciones de atentar contra su vida. La nota de color la ponía la mención de uno de los presuntos testigos de la presunta trama con relación a un presunto individuo que presuntamente había sido visto entre bambalinas llevando una suerte de máscara o algo que le cubría parte del rostro. Alicia dejó escapar un suspiro de hastío.

—Solo nos faltaba el zorro —murmuró para sí.

Al rato, aburrida de sortear documentos que parecían pergeñados para dotar al dosier de un barniz expeditivo, abandonó la carpeta y se dispuso a echar un vistazo a las cartas.

Contó una docena de misivas, todas ellas en láminas de papel amarillento salpicado de una caligrafía caprichosa. La más extensa apenas ofrecía dos escuetos párrafos. El trazo se antojaba producto de un plumín gastado que hacía fluir la tinta de forma irregular y dejaba líneas saturadas junto a otras que a duras penas se limitaban a arañar la hoja. El pulso de su autor raramente conectaba una letra con la siguiente, produciendo así la impresión de que el texto estaba compuesto carácter a carácter. La temática era recurrente e insistía carta a carta en los mismos puntos. El autor mencionaba «la verdad» y «los hijos de la muerte» y la cita «en la entrada del laberinto» una y otra vez. Valls había estado recibiendo aquellos mensajes durante años, pero solo al final algo le había empujado a actuar al respecto.

—¿Qué? —susurró Alicia.

La respuesta casi siempre estaba en el pasado. Aquella había sido una de las primeras lecciones de Leandro. En cierta ocasión, al salir del entierro de uno de los principales mandos de la Brigada de Investigación Social en Barcelona al que Leandro la había obligado a acompañarle (como parte de su educación, había dictaminado), su mentor había pronunciado aquella frase. La tesis de Leandro era que a partir de cierto punto en la vida el futuro de un hombre está invariablemente en su pasado.

—¿No es eso una obviedad? —había dicho Alicia.

—Te sorprendería cómo uno siempre busca en el presente o en el futuro las respuestas que están en el pasado.

Leandro tenía cierta propensión a los aforismos didácticos. En aquella ocasión Alicia había pensado que hablaba del difunto, o incluso quizá de sí mismo y de aquella marea de sombra que parecía haberle dejado a orillas del poder, como a tantos honorables que habían escalado la lúgubre arquitectura del régimen. Los elegidos, había dado en llamarlos con el tiempo. Los que siempre flotaban en el agua turbia, como la escoria. Una pléyade de campeones que más que nacidos de madre se le antojaban engendrados por el manto de podredumbre que se arrastraba por las calles de aquella tierra baldía como un río de sangre que brotaba de las alcantarillas. Alicia se dio cuenta de que aquella imagen la había tomado prestada del libro encontrado en el despacho de Valls. Sangre que brotaba de las alcantarillas e inundaba lentamente las calles. *El laberinto*.

Alicia dejó caer las cartas al suelo y cerró los ojos. El frío en las venas de aquel veneno de medicamento siempre le abría la trastienda oscura de su mente. Era el precio que pagaba por acallar el dolor. Leandro lo sabía. Sabía que bajo aquel manto helado donde no había dolor ni conciencia, sus ojos eran capaces de ver a través de la oscuridad, de oír y sentir lo que otros ni siquiera podían imaginar, de rastrear los secretos que los demás creían haber enterrado a su paso. Leandro sabía que cada vez que Alicia se sumergía en aquellas aguas negras y regresaba con un trofeo en las manos se dejaba parte de la piel y del alma. Y que le odiaba por ello. Le odiaba con la rabia que solo una criatura que conoce a su creador y su inventario de miserias puede sentir.

La joven se levantó de golpe y se dirigió al baño. Abrió el pequeño armario tras el espejo y halló los frascos perfectamente alineados que Leandro le había dejado. Su premio. Los agarró con las dos manos y los dejó caer con fuerza en el lavabo. El líquido transparente se desvaneció entre los cristales rotos.

—Hijo de puta —murmuró.

Poco después sonó el teléfono en la habitación. Alicia contempló su reflejo en el espejo del baño unos instantes y lo dejó sonar. Esperaba la llamada. Regresó al dormitorio y levantó el auricular. Escuchó la línea sin decir nada.

—Han encontrado el coche de Valls —dijo Leandro al otro lado.

Ella guardó silencio.

—En Barcelona —dijo al fin.

—Sí —corroboró Leandro.

—Y sin rastro de Valls.

—Ni de su guardaespaldas.

Alicia se sentó en la cama, la mirada perdida en las luces que sangraban en la ventana.

—¿Alicia? ¿Estás ahí?

—Cogeré el primer tren de la mañana. Creo que sale de Atocha a las siete.

Oyó suspirar a Leandro y le imaginó recostado en la cama de su *suite* en el Palace.

—No sé si es una buena idea, Alicia.

—¿Prefiere dejarlo en manos de la policía?

—Me preocupa que estés sola en Barcelona, ya lo sabes. No es bueno para ti.

—No va a pasar nada.

—¿Dónde te vas a quedar?

—¿Dónde va a ser?

—El piso de Aviñón… —suspiró Leandro—. ¿Por qué no un buen hotel?

—Porque es mi casa.

—Tu casa está aquí.

Alicia echó un vistazo a la habitación que la rodeaba, su prisión de los últimos años. Solo a Leandro se le ocurriría que aquel sarcófago pudiera ser un hogar.

—¿Lo sabe Vargas?

—La noticia es de Jefatura. Si no lo sabe ya lo sabrá mañana a primera hora.

—¿Algo más?

Oyó a Leandro respirar hondo.

—Quiero que me llames todos los días sin falta.

—De acuerdo.

—Sin falta.

—He dicho que sí. Buenas noches.

Se disponía a colgar cuando la voz de Leandro le llegó desde el auricular. Se lo llevó de nuevo al oído.

—¿Alicia?

—Sí.

—Ten cuidado.

18

Siempre había sabido que algún día volvería a Barcelona. Que fuera a hacerlo en su último servicio para Leandro revestía la ocasión de un manto de ironía que no podía habérsele escapado a su mentor. Le imaginó dando vueltas por la *suite*, pensativo, contemplando el teléfono. Tentado de levantar el auricular y llamarla de nuevo para ordenarle que se quedase en Madrid. A Leandro no le gustaba que sus títeres intentasen cortar las cuerdas. Más de uno lo había intentado para descubrir que aquella no era una profesión para los amantes de los finales felices. Pero Alicia siempre había sido diferente. Ella era su preferida. Su obra maestra.

Se sirvió otra copa de vino blanco y se tendió a esperar la llamada. La tentación de desconectar el teléfono le pasó por la cabeza. La última vez que lo había hecho dos de sus fantoches se habían presentado en su puerta para escoltarla hasta el vestíbulo, donde la aguardaba un Leandro como no le había visto jamás, desprovisto de su semblante sereno y consumido por la ansiedad. En aquella ocasión la había mirado con una mezcla de recelo y anhelo, como si estuviese dudando entre abrazarla y ordenar a sus hombres que la destrozasen a golpes de culata allí mismo. «No vuelvas a hacerme una cosa así», había dicho entonces. De aquella noche hacía dos años.

Esperó la llamada de Leandro hasta bien entrada la noche, pero nunca llegó. Mucho debía de querer encontrar a Valls y complacer a las altas instancias del Estado para abrirle las puertas de la jaula. Segura de que aquella noche ninguno de los dos iba a pegar ojo, Alicia decidió refugiarse en el único lugar del mundo donde Leandro nunca había podido llegar hasta ella. Las páginas de un libro. Rescató de la mesa el tomo negro que había encontrado oculto en el despacho de Valls y lo abrió, dispuesta a adentrarse en la mente de Víctor Mataix.

Apenas había terminado el primer párrafo cuando se olvidó de que lo que sostenía entre las manos era una pieza de la investigación. Se dejó arrullar por el perfume de las palabras y al poco se había perdido en sus páginas, sumergiéndose en el caudal de imágenes y cadencias que destilaba el relato de las aventuras de Ariadna en su descenso a las profundidades de aquella Barcelona embrujada. Cada párrafo, cada frase, parecían compuestos en clave de métrica musical. La narración anudaba las palabras en lazos de orfebrería y arrastraba los ojos en una lectura de timbres y colores que dibujaba en la mente un teatro de sombras. Leyó sin interrupción durante dos horas, saboreando cada frase y temiendo que llegase el final. Cuando, al doblar la última página, se encontró con la ilustración de un telón que se abatía sobre un escenario donde el texto se evaporaba en polvo de sombra, Alicia cerró el libro sobre el pecho y se tendió en la oscuridad, la mirada todavía perdida en las aventuras de Ariadna en su laberinto.

Prendida del sortilegio de aquella historia, cerró los ojos e intentó conciliar el sueño. Imaginó a Valls en su despacho, ocultando aquel libro bajo el fondo de un cajón y echando la llave. De todo cuanto habría podido esconder, había elegido aquel

libro antes de desaparecer. Lentamente la fatiga empezó a gotear sobre su cuerpo. Se desprendió de la toalla y se deslizó desnuda bajo las sábanas. Se tendió de lado, hecha un ovillo y con las manos entrelazadas entre los muslos. Se le ocurrió que con toda probabilidad esa sería la última noche que iba a pasar en aquella habitación que había sido su celda durante años. Permaneció allí, esperando, escuchando los rumores y lamentos del edificio que ya intuía su ausencia.

Se levantó poco antes del alba, justo a tiempo para meter lo imprescindible en una maleta y abandonar el resto a modo de donativo de despedida para los inquilinos invisibles del hotel. Contempló su pequeña ciudad de libros apilada contra los muros y sonrió con tristeza. Maura sabría qué hacer con sus amigos.

Apenas amanecía cuando cruzó el vestíbulo sin intención de despedirse de las almas perdidas del Hispania. Andaba camino de la puerta y oyó la voz de Maura a su espalda.

—Entonces era verdad —dijo el conserje—. Se marcha.

Alicia se detuvo y se volvió. Maura la contemplaba apoyado en una fregona que lucía casi tanto kilometraje como él. Sonreía para no llorar, su mirada perdida en una tristeza infinita.

—Me voy a casa, Maura.

El conserje asintió repetidamente.

—Y hace bien.

—He dejado mis libros arriba. Son para usted.

—Los cuidaré.

—Y la ropa, usted mismo. A alguien del edificio le irá bien.

—La llevaré a Cáritas, porque aquí hay mucho baboso y no quisiera encontrarme al listillo de Valenzuela olfateando donde no debe.

Alicia se acercó al hombrecillo y le abrazó.

—Gracias por todo, Maura —le susurró al oído—. Le voy a echar de menos.

Maura dejó caer el palo de la fregona al suelo y la rodeó con brazos temblorosos.

—Olvídese de nosotros tan pronto como llegue a casa —dijo con la voz quebrada.

Le iba a dar un beso de despedida, pero Maura, caballero de triste figura y vieja escuela, le tendió la mano. Alicia se la estrechó.

—Es posible que llame un tal Vargas preguntando por mí…

—Descuide. Se lo quitaré de encima. Ande, váyase ya.

Abordó un taxi que esperaba en la puerta y le pidió al conductor que la llevase a la estación de Atocha. Un manto plomizo cubría la ciudad y los cristales del coche estaban velados de escarcha. El taxista, que tenía aspecto de haber pasado la noche, o la semana entera, al volante, apenas asido al mundo por el amago de colilla que pendía de sus labios, la miraba por el retrovisor.

—¿Ida o vuelta? —preguntó.

—No lo sé —replicó Alicia.

Al llegar a la estación comprobó que Leandro se le había adelantado. Esperaba

sentado a la mesa de uno de los cafés que había junto a las taquillas leyendo un periódico y jugueteando con la cucharilla del café. Dos de sus cancerberos estaban apostados en sendas columnas a pocos metros. Al verla, Leandro dobló el diario y sonrió con aire paternal.

—No por mucho madrugar amanece más temprano —dijo Alicia.

—El refranero no te va, Alicia. Siéntate. ¿Has desayunado?

Ella negó y se sentó a la mesa. Lo último que quería era contrariar a Leandro justo cuando estaba a punto de poner seiscientos kilómetros de distancia entre ambos.

—Hay hábitos comunes entre los mortales, como desayunar o tener amigos, que te harían bien, Alicia.

—¿Tiene usted muchos amigos, Leandro?

Alicia advirtió el brillo acerado en los ojos de su jefe, un asomo de advertencia, y bajó la mirada. Aceptó sumisa la pasta y la taza de café con leche que le sirvió el camarero a instancias de Leandro y sorbió unas gotas bajo su atenta mirada.

El hombre extrajo un sobre del abrigo y se lo tendió.

—Te he reservado un compartimento para ti sola en primera clase. Espero que no te parezca mal. Ahí tienes también algo de dinero. Hoy te ingreso el resto en la cuenta del Hispano. Si necesitas más, avísame.

—Gracias.

Alicia mordisqueó la pasta, seca y áspera al paladar. Le costó tragar. Leandro no le quitaba ojo. Ella oteó el reloj que pendía en lo alto con disimulo.

—Faltan diez minutos —dijo su mentor—. Tranquila.

Grupos de pasajeros empezaban a desfilar rumbo al andén. Alicia colocó las manos en torno al tazón por ponerlas en algún sitio. El silencio entre ambos dolía.

—Gracias por venir a despedirme —aventuró ella.

—¿Es eso lo que estamos haciendo? ¿Despedirnos?

Alicia negó. Permanecieron sentados sin cruzar palabra un par de minutos. Finalmente, cuando Alicia ya creía que iba a hacer añicos la taza que apretaba entre los dedos, Leandro se incorporó, se abotonó el abrigo y se anudó la bufanda con calma. Se enfundó unos guantes de piel y, sonriendo con benevolencia, se inclinó para besarla en la mejilla. Sus labios estaban fríos y su aliento olía a menta. Alicia se mantuvo inmóvil, casi sin atreverse a respirar.

—Quiero que me llames cada día. Sin falta. Empezando esta noche cuando llegues, para que sepa que todo ha ido bien.

Ella no dijo nada.

—¿Alicia?

—Cada día, sin falta —recitó.

—No es necesario el retintín.

—Perdón.

—¿Cómo llevas el dolor?

—Bien. Mejor. Mucho mejor.

Leandro extrajo un frasco del bolsillo del abrigo y se lo tendió.

—Ya sé que no te gusta tomar nada, pero me lo agradecerás. Es menos fuerte que el inyectable. Una píldora, no más. No la tomes con el estómago vacío y menos con alcohol.

Alicia aceptó el frasco y se lo introdujo en el bolso. No iba a empezar una discusión ahora.

—Gracias.

Leandro asintió y se alejó rumbo a la salida flanqueado por sus hombres.

El tren esperaba bajo la bóveda de la estación. Un mozo que no debía de tener ni veinte años le pidió el pasaje a pie de andén y la guio hasta el vagón de primera, que quedaba a la cabeza del tren e iba vacío. Al advertir que cojeaba ligeramente, el mozo la ayudó a subir y la condujo hasta el compartimento, donde aupó la maleta al portaequipajes y alzó la cortina de la ventana. El cristal estaba empañado y lo barrió con la manga de la chaqueta. Un *ballet* de pasajeros se deslizaba por el andén, convertido en un espejo por el aliento húmedo de la madrugada. Alicia le ofreció una propina y el mozo partió con una reverencia antes de cerrar las puertas del compartimento.

La joven se dejó caer en el asiento mientras contemplaba ausente las luces de la estación. Al poco, el tren empezó a arrastrarse y Alicia se abandonó al suave balanceo del vagón mientras imaginaba las primeras luces despuntando sobre un Madrid anclado en la niebla. Fue entonces cuando le vio. Vargas corría por el andén intentando alcanzar el tren. Su carrera en vano le llevó casi a rozar el vagón con los dedos y a encontrar la mirada impenetrable de Alicia, que le observaba desde la ventanilla sin expresión alguna. Vargas abandonó al fin, las manos apoyadas en las rodillas y la risa amarga, sin aliento, en los labios.

La ciudad fue desapareciendo en la distancia y al rato el tren se adentró en una llanura sin horizonte que se extendía infinita. Alicia sintió que tras aquel muro de oscuridad, Barcelona había olfateado ya su rastro en el viento. La imaginó abriéndose como una rosa negra y por un instante le invadió aquella serenidad de lo inevitable que consuela a los malditos, o tal vez, se dijo, fuera solo el cansancio. Poco importaba ya. Cerró los ojos y se rindió al sueño mientras el tren, abriendo las sombras, se deslizaba rumbo al laberinto de los espíritus.

LA CIUDAD DE LOS ESPEJOS

Barcelona

Diciembre de 1959

MIRADOR
EXCELSIOR

1

Frío. Un frío que muerde la piel, corta la carne y taladra los huesos. Un frío húmedo que atenaza los músculos y quema las entrañas. Frío. Durante ese primer instante de consciencia es lo único en lo que puede pensar.

La oscuridad es casi absoluta. Apenas un resquicio de claridad se filtra desde lo alto. Es un soplo de luz mortecina que se adhiere a las sombras como un polvo brillante e insinúa los confines del espacio en que se encuentra. Sus pupilas se dilatan y puede entrever una cámara del tamaño de una pequeña habitación. Las paredes son de piedra desnuda. Destilan una humedad que reluce en la penumbra, como si un llanto oscuro se deslizase por ellas. El suelo es de roca y está encharcado con algo que no parece agua. El hedor que flota en el aire es intenso. Al frente se aprecia una hilera de gruesos barrotes herrumbrosos y, más allá, unos peldaños que ascienden en la oscuridad.

Está en una celda.

Valls intenta levantarse, pero las piernas le flaquean. Apenas acierta a dar un paso cuando se le quiebran las rodillas y cae de costado. Se golpea la cara contra el suelo y maldice. Intenta recuperar el aliento. Permanece abatido unos minutos, el rostro pegado a la película viscosa que recubre el suelo y desprende un olor metálico y dulzón. Tiene la boca seca, como si hubiera tragado tierra, y los labios cortados. Trata de palpárselos con la mano derecha, pero repara en que no la siente, como si no hubiera nada por debajo del codo.

Consigue sentarse aupándose con el brazo izquierdo. Alza la mano derecha frente al rostro y la observa al contraluz que proyecta el velo de claridad amarillenta que tiñe el aire. Le tiembla. La ve temblar, pero no la siente. Intenta abrir y cerrar el puño, pero los músculos no responden. Solo entonces advierte que le faltan dos dedos, el índice y el corazón. En su lugar hay dos manchas negruzcas de las que penden jirones de piel y carne. Valls quiere gritar, pero tiene la voz rota y tan solo consigue articular un gemido hueco. Se deja caer de espaldas y cierra los ojos. Valls empieza a respirar por la boca para eludir el intenso hedor que envenena el aire. Mientras lo hace, le viene a la memoria un recuerdo de infancia, de un lejano verano en la finca que sus padres tenían a las afueras de Segovia y de un perro viejo que se refugió en el sótano para morir. Valls recuerda que aquel hedor nauseabundo que se apoderó de la casa era similar al que ahora le quema la garganta. Pero este es mucho peor y apenas permite pensar. Al rato, minutos o tal vez horas, le vence la fatiga y cae en un sopor turbio entre la vigilia y el sueño.

Sueña que viaja en un tren donde no hay más pasajero que él. La locomotora cabalga furiosa sobre nubes de vapor negro rumbo a una laberíntica ciudadela de factorías catedralicias, torres afiladas y una maraña de puentes y tejados conjurados en un enjambre de ángulos imposibles bajo un cielo sangrante. Poco antes de penetrar en un túnel que parece no tener fin, Valls asoma la cabeza por la ventanilla y ve que

la entrada está custodiada por las estatuas de dos grandes ángeles con alas desplegadas y dientes afilados que asoman entre los labios. Un cartel desvencijado sobre el dintel reza:

Barcelona

El tren se sumerge en el túnel con un estruendo infernal y, cuando emerge al otro lado, la silueta de la montaña de Montjuic se alza al frente, el castillo perfilado en lo alto envuelto en un aura de luz carmesí. Valls siente que se le encogen las tripas. Un revisor retorcido sobre sí mismo como el tronco de un árbol viejo atizado por la tormenta se aproxima por el pasillo y se detiene frente a su compartimento. Lleva una placa en el uniforme que dice SALGADO.

—Su parada, señor director…

El tren escala la carretera serpenteante que tan bien recuerda y se adentra en el recinto de la prisión. Se detiene en un corredor oscuro y él se apea. El tren reemprende la marcha y se pierde en la oscuridad. Valls se vuelve y descubre que ha quedado atrapado en una de las celdas de la prisión. Una silueta oscura le observa desde el otro lado de los barrotes. Cuando Valls le quiere explicar que se trata de un error, que está en el lado equivocado y que él es el director de la prisión, la voz no le llega a los labios.

El dolor aparece más tarde y le arranca del sueño como si se tratase de una corriente eléctrica.

El olor a carroña, la oscuridad y el frío siguen allí, pero ahora apenas repara en ellos. Lo único en lo que puede pensar es en el dolor. Un dolor como no lo ha conocido nunca. Como nunca habría podido imaginar. Su mano derecha está ardiendo. La siente como si la hubiera sumergido en una hoguera y no la pudiese retirar. Se agarra el brazo derecho con la mano izquierda. Incluso en la sombra puede apreciar que las dos manchas oscuras que hay donde deberían estar sus dos dedos supuran lo que parece un líquido espeso y sanguinolento. Grita en silencio.

El dolor le ayuda a recordar.

Las imágenes de lo sucedido empiezan a dibujarse en su pensamiento. Rememora el instante en que la silueta de Barcelona se forma a lo lejos bajo el crepúsculo. Valls la observa alzarse como el gran decorado de una función de feria a través del parabrisas del coche y recuerda cuánto odia aquel lugar. Su fiel guardaespaldas Vicente conduce en silencio, concentrado en el tráfico. Si tiene miedo no lo muestra. Atraviesan avenidas y calles donde se puede ver a la gente abrigada apretando el paso bajo una cortina de nieve que flota en el aire como niebla de cristal. Enfilan un paseo rumbo a la parte alta de la ciudad y pronto se adentran por una carretera que asciende

trazando mil curvas hacia la cornisa de Vallvidrera. Valls reconoce aquella extraña ciudadela de fachadas suspendidas del cielo. Barcelona va quedando a sus pies, una alfombra de tinieblas que se funde en el mar. El funicular trepa por la ladera trazando una serpiente de luz dorada que perfila las grandes villas modernistas que apuntalan la montaña. Allí, hundida entre los árboles, asoma la silueta del viejo caserón. Valls traga saliva. Vicente le mira y él hace un gesto afirmativo. Todo acabará muy pronto. Valls tensa el percutor del revólver en su mano. Ha anochecido ya cuando llegan a las puertas de la villa. La verja está abierta. El coche se interna en el jardín invadido por la maleza y rodea la fuente, seca y recubierta de hiedra. Vicente detiene el automóvil frente a la escalinata que sube hasta la entrada. Apaga el motor y extrae su revólver. Vicente nunca usa pistola, solo revólver. Un revólver, dice, nunca se encalla.

—¿Qué hora es? —pregunta Valls con un hilo de voz.

Vicente no llega a contestar. Todo sucede muy rápido. El guardaespaldas apenas ha extraído la llave del contacto cuando Valls advierte una silueta al otro lado de la ventanilla. No la ha visto acercarse. Vicente, sin mediar palabra, le hace a un lado y dispara. El cristal de la ventana estalla a pocos centímetros de su rostro. Valls siente un soplo de astillas de vidrio clavarse en su cara. El estruendo del disparo le deja sordo, sus oídos son apuñalados por un silbido atronador. Antes de que la nube de pólvora que flota en el coche se desvanezca, la puerta del conductor se abre de golpe. Vicente se vuelve, revólver en mano, pero sin tiempo para realizar un segundo disparo porque antes algo le atraviesa la garganta. Se agarra el cuello con ambas manos. La sangre, oscura, brota entre sus dedos. Por un instante sus miradas se encuentran, la de Vicente embrujada por la incredulidad. Un segundo después, el guardaespaldas cae sobre el volante y hace sonar el claxon. Valls intenta sujetarle, pero el otro se inclina a un lado y la mitad de su cuerpo queda colgando fuera del coche. Valls sostiene el revólver con ambas manos y apunta hacia la negrura más allá de la puerta abierta del conductor. Siente entonces la respiración tras él y cuando se vuelve para disparar lo único que percibe es un golpe seco y helado en la mano. Siente el metal sobre el hueso y le invade una náusea que le nubla la visión. El revólver se le cae al regazo y nota la sangre fluir por el brazo. La silueta se acerca, la hoja del cuchillo ensangrentado en la mano, goteando. Trata de abrir la puerta del coche, pero el primer disparo ha debido de dejar trabado el cierre. Las manos le agarran del cuello y tiran de él con rabia. Valls nota que le arrancan del vehículo a través del hueco de la ventanilla y le arrastran por el camino de gravilla hasta los peldaños de mármol quebrado. Oye pasos ligeros aproximándose. La luz de la luna dibuja lo que en su delirio cree que es un ángel y luego imagina que es la muerte. Valls enfrenta aquella mirada y comprende su error.

—¿De qué te ríes, malnacido? —pregunta la voz.

Valls sonríe.

—Te pareces tanto… —murmura.

Valls cierra los ojos y espera entonces el tiro de gracia, que no llega. Siente que su

ángel le escupe en el rostro. Sus pasos se alejan. Dios, o el diablo, se apiadan de él y en algún momento pierde la consciencia.

No puede recordar si todo aquello sucedió hace horas, días o semanas. En esta celda el tiempo ha dejado de existir. Todo ahora es frío, dolor y oscuridad. Le invade una súbita sacudida de rabia. Se arrastra hasta los barrotes y golpea el metal helado hasta dejarse la piel. Está todavía agarrado al hierro cuando se abre una brecha de luz en lo alto que dibuja la escalera que desciende hasta la celda. Valls oye los pasos y alza la mirada esperanzado. Alarga la mano hacia el exterior, implorando. Su carcelero le observa desde la penumbra, inmóvil. Algo cubre su rostro y le hace pensar en el gesto congelado de un maniquí en el escaparate de un bazar de la Gran Vía.

—¿Martín? ¿Es usted? —pregunta Valls.

No obtiene respuesta. El carcelero se limita a contemplarlo sin decir nada. Valls asiente al fin, como si quisiera dar a entender que comprende los términos del juego.

—Agua, por favor —gime.

Durante un largo rato su carcelero no hace ademán alguno. Luego, cuando Valls cree que lo ha imaginado todo y que su presencia no es más que una brizna del delirio del dolor y la infección que le están comiendo vivo, el carcelero se adelanta unos pasos. Valls sonríe, sumiso.

—Agua —suplica.

El chorro de orina le salpica el rostro y prende de escozor los cortes que le cubren. Valls deja escapar un aullido y se hace atrás. Se arrastra hasta que su espalda da con la pared y se encoge allí, hecho un ovillo. El carcelero se pierde escaleras arriba y la luz se desvanece de nuevo tras el eco de un portón cerrándose.

Es entonces cuando se da cuenta de que no está solo en la celda. Vicente, su fiel guardaespaldas, está sentado y apoyado contra el muro en el rincón. No se mueve. Apenas el contorno de sus piernas es visible. Y las manos. Las palmas y los dedos están hinchados y tienen un tono púrpura.

—¿Vicente?

Valls se arrastra hacia él, pero se detiene al sentir la proximidad del hedor. Se refugia en el rincón opuesto y se dobla sobre sí mismo, abrazándose las rodillas y enterrando el rostro entre las piernas para escapar al olor. Intenta entonces conjurar la imagen de su hija Mercedes. La imagina jugando en el jardín, en su casa de muñecas, viajando en su tren particular. La imagina de niña, con aquella mirada prendida en la suya que todo lo perdonaba y que llevaba luz a donde nunca la había habido.

Al rato se rinde al frío, al dolor y a la fatiga, y siente que está perdiendo de nuevo la consciencia. Tal vez es la muerte, piensa esperanzado.

2

Fermín Romero de Torres despertó a traición. El corazón le bombeaba a ritmo de metralleta y le asaltó la sensación de que una soprano wagneriana se le había sentado en el pecho. Abrió los ojos a una penumbra de terciopelo e intentó recobrar el aliento. Las agujas del despertador confirmaron lo que sospechaba. No era ni siquiera medianoche. Apenas había conseguido mal dormir una hora antes de que el insomnio le embistiera de nuevo como un tranvía desbocado. A su lado, la Bernarda roncaba como un becerrillo, sonriendo bendita en brazos de Morfeo.

—Fermín, creo que vas a ser padre.

El embarazo la había dejado más apetecible que nunca, sus beldades en flor y toda ella un festín de curvas al que de buena gana se hubiera lanzado a dentelladas en aquel mismo instante. Estaba por rematar la faena con su característico «expreso de medianoche», pero no se atrevió a despertarla y quebrar aquella paz celestial que emanaba su rostro. Sabía que si lo hacía había dos alternativas: o la bomba H de hormonas que le rezumaban por los poros estallaría y la Bernarda se transformaría en una tigresa salvaje que le rebanaría en lonchas, o el chispazo saldría chamuscado y a su santa esposa le entrarían todos los miedos, incluido el de que cualquier intento de desembarco en sus bajos pusiera en peligro a la criatura. Fermín no la culpaba. La Bernarda había perdido el primer hijo que habían concebido poco antes de contraer matrimonio. Tal había sido la tristeza que la había invadido que Fermín había temido entonces perderla para siempre. Con el tiempo, tal y como les había prometido el médico, la Bernarda había regresado al estado de buena esperanza, y a la vida. Pero ahora vivía con el pavor constante de volver a perder a la criatura y a veces parecía que tenía miedo hasta de respirar.

—Amor de mi vida, pero si el médico ha dicho que no pasa nada.

—Ese es un sinvergüenza. Como tú.

El hombre sabio es aquel que no despierta volcanes, revoluciones o féminas preñadas. Fermín abandonó sigilosamente el lecho conyugal y se deslizó de puntillas hasta el comedor del modesto piso de la calle Joaquín Costa en el que se habían instalado al regresar de su viaje de novios. Había pensado ahogar las penas y la lujuria en un Sugus, pero un somero vistazo a la despensa desveló que estaba a cero de existencias. Fermín sintió que se le caía el alma a las pantuflas. Aquello era grave. Recordó entonces que en el vestíbulo de la Estación de Francia siempre había un vendedor ambulante de chucherías y cigarrillos de servicio hasta la medianoche, Diego el Ciego, que normalmente estaba surtidísimo de caramelos y de chistes procaces. La visión de un Sugus de limón le hizo salivar con anticipación y no perdió ni un segundo en desprenderse del pijama y envolverse en suficiente abrigo como para cortejar al sarampión en una noche siberiana. Así pertrechado, se echó a la calle para satisfacer los bajos instintos y patear el insomnio.

El Raval es la patria chica del insomne porque, aunque tampoco duerme, invita al

olvido y, por muchos que sean los pesares que uno arrastre, bastan unos cuantos pasos para tropezarse con alguien o con algo que le recuerda que siempre hay quien ha recibido peores cartas que uno mismo en la partida de la vida. Aquella noche de destinos cruzados una miasma amarillenta prendida de orines, lámparas de gas y ecos en sepia flotaba por la madeja de callejas a modo de embrujo o advertencia, según el gusto personal.

Deambuló entre griteríos, hedores y demás goteos del lumpen que animaban unas callejas tan oscuras y retorcidas como las fantasías de un obispo. Emergió por fin a los pies de la estatua de Colón. Una conjura de gaviotas la había teñido de blanco guano, en un turbio homenaje a la dieta mediterránea. Fermín enfiló el paseo rumbo a la Estación de Francia, sin atreverse a volver la vista atrás y atisbar la siniestra silueta del castillo de Montjuic en lo alto de la montaña, acechando.

Hordas de marineros estadounidenses vagaban por las inmediaciones del puerto en busca de jarana y oportunidades de intercambio cultural con damas de virtud fácil dispuestas a enseñarles el vocabulario básico y tres o cuatro trucos al gusto del litoral. Le vino a la memoria la Rociito, solaz de tantas noches turbias de su juventud y alma blanca de pecho generoso que en más de una ocasión le había salvado de la soledad. La imaginó con su pretendiente, el próspero comerciante de Reus que la había retirado del servicio activo el año anterior, viajando por el mundo como la señora que siempre había sido y tal vez sintiendo, por una vez, que la vida le sonreía.

Pensando en la Rociito y en aquella especie en perpetuo peligro de extinción, la gente de buen corazón, Fermín llegó a la estación. Avistó a Diego el Ciego, que se disponía ya a plegar velas, y corrió hacia él.

—Hombre, Fermín, a estas horas te hacía yo dándole matraca a la parienta —dijo Diego—. ¿Corto de Sugus?

—Bajo mínimos.

—Tengo limón, piña y fresa.

—Que sea limón. Cinco paquetes.

—Y uno cortesía de la casa.

Fermín le pagó y dejó propina. Diego se metió las monedas sin contarlas en una bolsa de cuero que llevaba al cinto al modo de los cobradores de los tranvías. Fermín nunca había comprendido cómo sabía Diego el Ciego si le engañaban o no, pero lo sabía. Es más, las veía venir de canto. Había nacido sin ojos y con la mala suerte de un cadete de infantería. Vivía solo en una habitación sin ventanas de una pensión en la calle Princesa y su mejor amigo era un transistor en el que escuchaba el fútbol y las noticias que tanto le hacían reír.

—Has venido a ver los trenes, ¿eh?

—Viejas costumbres —dijo Fermín.

Vio partir a Diego el Ciego rumbo a su pensión, donde no le esperaban ni las

chinches, y pensó en la Bernarda, dormida en su cama y oliendo a agua de rosas. Estaba por volver a casa pero decidió adentrarse en la gran nave de la estación, aquella catedral de vapor y hierro por la que había regresado a Barcelona una lejana noche de 1941. Siempre había creído que el destino, amén de su afición a embestir a los inocentes por la espalda y a ser posible a calzón quitado, gustaba de anidar en las estaciones de tren en sus pausas de refresco. Allí empezaban o terminaban tragedias y romances, huidas y retornos, traiciones y ausencias. La vida, se decía, es una estación de tren en la que uno casi siempre se sube, o le suben, al vagón equivocado.

Aquellos pensamientos con profundidad de taza de café le asaltaban normalmente al filo de la madrugada, cuando el cuerpo se le había cansado ya de dar vueltas pero la cabeza seguía rodando como una peonza. Decidido a cambiar la filosofía de baratillo por el austero confort de un banco de madera, Fermín se adentró en la bóveda curvada de la estación, una clara indicación por parte del astuto arquitecto de que el porvenir nace torcido en Barcelona.

Se acomodó en el banco, desenvolvió un Sugus y se lo llevó a los labios. Absorto en su nirvana de confitería, abandonó la mirada en la fuga de vías que se perdían en la noche. Al poco sintió que el suelo temblaba bajo sus pies y avistó la luz de una locomotora abriendo la medianoche. Un par de minutos después, el tren enfiló la entrada de la estación cabalgando en una nube de vapor.

Un velo de niebla que provenía del mar barría los andenes envolviendo en un espejismo a los pasajeros que se apeaban de los vagones tras la larga travesía. Los rostros felices escaseaban. Fermín los observaba al pasar, escrutando sus gestos cansados y sus galas, fantaseando sobre los avatares y las circunstancias que los llevaban a la ciudad. Empezaba a cogerle gusto a aquella nueva faceta de biógrafo apresurado del anónimo ciudadano cuando la vio.

Descendió del vagón envuelta en uno de aquellos velos de vapor blanco de los que Fermín había aprendido a esperar ver salir a su querida Marlene Dietrich en una estación de Berlín, París o cualquier otro lugar que nunca había existido en aquel glorioso siglo XX en blanco y negro de las sesiones matinales en el cine Capitol. La mujer —porque, aunque Fermín no le estimó ni treinta años, nunca se le habría ocurrido describirla como muchacha, jovencita o cualquier sucedáneo al uso— caminaba con una muy ligera cojera que le confería una pincelada intrigante y vulnerable.

Poseía un rostro y una presencia afilados que destilaban luz y sombra al tiempo. Si hubiera tenido que referir su aspecto a su amigo Daniel, le habría dicho que se parecía a uno de aquellos espectrales ángeles de medianoche que asomaban a veces entre las páginas de las novelas de su antiguo compañero de galería carcelaria en el castillo de Montjuic, David Martín, particularmente a la inefable Chloe, que tantas historias de dudoso decoro había protagonizado en la siniestra serie de *La Ciudad de los Malditos* y que tanto sueño le había quitado en las largas sesiones de lectura febril durante las que había adquirido conocimientos enciclopédicos sobre el arte del

envenenamiento, las turbias pasiones de las mentes criminales y la ciencia y el acervo de la confección y el lucimiento de prendas interiores femeninas. Tal vez ya era hora de releer aquellos calenturientos romances góticos, se dijo, antes de que el espíritu y la gónada se le apergaminasen sin remedio.

Fermín la observó al aproximarse e intercambió una mirada con ella. Fue apenas un instante fugaz, un gesto accidental del que escapó con rapidez para bajar la testa y dejar que pasara de largo. Fermín hundió el rostro en el abrigo y apartó la cabeza. Los pasajeros se alejaban hacia la salida y la mujer, con ellos. Él permaneció allí clavado, casi temblando, hasta que el jefe de estación se le aproximó.

—Oiga, que esta noche ya no llegan más trenes y aquí no se puede quedar a dormir…

Fermín asintió y se marchó arrastrando los pies. Al llegar al vestíbulo echó un vistazo, pero no había señal de ella. Se apresuró hasta la calle, donde soplaba una brisa fría que le devolvió a la realidad del invierno.

—¿Alicia? —preguntó al viento—. ¿Eres tú?

Fermín suspiró y echó a andar a la sombra de las calles, diciéndose que no era posible, que aquellos ojos en los que se había caído no eran los mismos que había abandonado aquella lejana noche de fuego durante la guerra y que la niña a la que no había sabido salvar, Alicia, debía de haber fallecido aquella noche junto con tantos otros. Ni siquiera su némesis, el sino, podía tener un sentido del humor tan negro.

«A lo mejor es un espectro que ha retornado de entre los muertos para recordarte que alguien que deja morir a una criatura no merece traer descendencia a este mundo. Las indirectas del Altísimo son insondables, ya lo dicen los curas», especuló.

—Esto debe de tener una explicación científica —se dijo en voz alta—. Como la *trempera matinera*.

Fermín se aferró a aquel principio empírico e, hincando el diente a dos Sugus a un tiempo, echó a caminar de regreso al cálido lecho donde le esperaba la Bernarda en el convencimiento de que nada sucedía por casualidad y de que, tarde o temprano, desvelaría aquel misterio o aquel misterio le desvelaría a él para siempre.

3

Mientras Alicia se encaminaba hacia la salida reparó en aquella figura sentada en un banco a la entrada del andén que la observaba de reojo. Se trataba de un hombrecillo enjuto cuyo semblante gravitaba en torno a una nariz mayúscula. El suyo era un trazo ligeramente goyesco. Portaba un abrigo que le iba grande y hacía pensar en un caracol que cargara con su cáscara. Alicia hubiera jurado que llevaba papel de periódico doblado debajo de la prenda a modo de abrigo o a saber de qué, una práctica que no veía desde los primeros años de la posguerra.

Lo más sencillo habría sido olvidarle y decirse que no era más que otro apunte de tropa entre la marea de desheredados que seguía flotando en las partes sombrías de las grandes ciudades casi veinte años después del fin de la guerra, a la espera de que la historia se acordara de España y la rescatase del olvido. Lo más sencillo habría sido creer que Barcelona le iba a conceder al menos unas horas de tregua antes de enfrentarla a su destino. Alicia pasó de largo sin volver la vista atrás y se dirigió hacia la salida, rogando al infierno que él no la hubiera reconocido. Habían pasado veinte años desde aquella noche y ella apenas era una niña por entonces.

A pie de estación abordó un taxi y le pidió al conductor que la acercase hasta el número doce de la calle Aviñón. La voz le temblaba al pronunciar aquellas palabras. El coche enfiló el paseo de Isabel II rumbo a Vía Layetana sorteando un baile de tranvías que encendían la neblina con los latidos de electricidad azul que chispeaban en el cableado. Alicia escrutaba el perfil sombrío de Barcelona a través de la ventana, los arcos y las torres, los callejones que se adentraban en la ciudad vieja y las luces lejanas del castillo de Montjuic en lo alto. Hogar, oscuro hogar, se dijo.

A aquellas horas de la madrugada apenas había tráfico y en cinco minutos llegaron a su destino. El taxista la dejó a las puertas del número doce de la calle Aviñón y, tras agradecerle una propina que doblaba el importe de la carrera, partió calle abajo rumbo al puerto. Alicia se dejó envolver en la brisa fría que portaba aquel olor a barrio, a Barcelona vieja que ni siquiera la lluvia conseguía arrancar. Se sorprendió a sí misma sonriendo. Con el tiempo, incluso los malos recuerdos se disfrazan de blanco.

Su antigua morada quedaba apenas a unos pasos por debajo del cruce con la calle Fernando, frente al antiguo Gran Café. Alicia estaba rebuscando las llaves en el bolsillo de su abrigo cuando oyó que se abría el portal. Alzó la vista y se encontró con el rostro risueño de Jesusa, la portera.

—Jesús, María y José —entonó visiblemente emocionada.

Antes de que Alicia pudiera responder, Jesusa la apresó en uno de sus abrazos de boa constrictor y le cosió la cara a besos que olían a anís.

—Déjeme que la mire bien —dijo la portera liberándola.

Alicia le sonrió.

—No me diga que estoy demasiado flaca.

—Eso se lo dirán los hombres, y por una vez en la vida tendrán razón.

—No sabe cuánto la he echado de menos, Jesusa.

—Zalamera, qué poca vergüenza tiene usted. Déjeme que le dé otro beso que no se merece, tanto tiempo por ahí sin venir ni llamar ni escribir ni nada de nada…

Jesusa Labordeta era una de aquellas viudas de guerra con espíritu y arrestos para nueve vidas que nunca habían podido, ni podrían, vivir. Llevaba quince años trabajando como portera en la finca, en la que ocupaba un diminuto piso de dos habitaciones al fondo del vestíbulo, que compartía con una radio atascada en un dial de seriales románticos y un chucho moribundo que había recogido de la calle y bautizado como *Napoleón*, aunque a duras penas conseguía conquistar la esquina a tiempo para realizar sus oficios urinarios de primera hora de la mañana y la mitad de las veces acababa por soltar la carga bajo los buzones de la entrada. Complementaba su mísero sueldo haciendo apaños y cosiendo ropa vieja para medio barrio. Las malas lenguas, y en aquellos días casi todas lo eran, gustaban de decir que a Jesusa le iba más el anís que los marineros con pantalones prietos y que en algunas ocasiones, cuando se le iba la mano con la botella, se la oía llorar y gritar encerrada en su minúscula vivienda mientras el pobre *Napoleón* aullaba asustado.

—Ande, pase, que hace un frío de mil demonios.

Alicia la siguió hacia el interior.

—El señor Leandro ha llamado esta mañana para avisar de que volvía usted.

—Siempre tan atento, el señor Leandro.

—Es un caballero —afirmó Jesusa, que le tenía en un altar—. Habla tan bonito…

La finca no poseía ascensor y la escalera parecía haber sido interpuesta por el arquitecto como elemento disuasorio. Jesusa abrió camino y Alicia fue tras ella como pudo, arrastrando su maleta peldaño a peldaño.

—Le he ventilado el piso y le he puesto un poco la casa en solfa, que buena falta hacía. Fernandito me ha ayudado, espero que no le importe. En cuanto se ha enterado de que venía usted no ha parado hasta que le he dejado hacer alguna cosa…

Fernandito era el sobrino de la señora Jesusa. Alma blanca de la que podía aprovecharse hasta un santo, Fernandito sufría del mal del adolescente enamoradizo en estado crónico. Para rematar la faena, la madre naturaleza había querido regodearse en él dotándole con trazas de pardillo. Vivía con su madre en la finca de al lado y trabajaba repartiendo pedidos en un colmado, aunque el grueso de sus labores y talentos estaba consagrado a la composición de poemas de alto vuelo lírico dedicados a Alicia, en quien veía un irresistible cruce entre la Dama de las Camelias y la reina malvada de Blancanieves, pero subido de tono. Poco antes de que Alicia se hubiera marchado de Barcelona tres años atrás, Fernandito le había declarado su amor eterno, su disposición a engendrar una descendencia de no menos de cinco criaturas, Dios mediante, y la promesa de que su cuerpo, su alma y demás enseres serían

siempre suyos, todo ello a cambio de un beso de despedida.

—Fernandito, nos llevamos diez años. No está bien que pienses estas cosas —le había dicho en su día Alicia, secándole las lágrimas.

—¿Por qué no me quiere, señorita Alicia? ¿No soy suficiente hombre para usted?

—Fernandito, tú eres hombre de sobra como para hundir a la Armada Invencible, pero lo que tienes que hacer es buscarte una novia de tu edad. En un par de años ya verás cómo tenía yo razón. Yo solo puedo ofrecerte mi amistad.

El orgullo de Fernandito era como un aspirante a púgil con más disposición que cualidades: no importaba cuánto recibiese, siempre volvía a por más.

—Nadie la querrá nunca como yo, Alicia. Nadie.

El día que ella tomaba el tren rumbo a Madrid, Fernandito, que a fuerza de escuchar boleros en la radio llevaba el melodrama en la sangre, la estaba esperando en la estación vestido con un traje de domingo, zapatos recién embetunados y un improbable aire de Carlitos Gardel en miniatura. Portaba un ramo de rosas rojas que posiblemente le había costado lo que ganaba en un mes y estaba determinado a hacerle entrega de una carta de amor y pasión que hubiera derretido de bochorno a *lady* Chatterley pero que a Alicia solo la hizo llorar, y no de la manera que ansiaba el pobre Fernandito. Antes de que Alicia pudiera subir al tren y ponerse a salvo del aspirante a Casanova, Fernandito se armó de todo el valor y el coraje que llevaba embotellado desde el asalto de la pubertad y le plantó un beso mayúsculo de los que solo se pueden dar con quince años y que le hacen creer a uno, aunque sea por un rato, que hay esperanza en el mundo.

—Me destroza usted la vida, señorita Alicia —afirmó sollozando—. Me moriré de llorar. He leído que a veces pasa. La sequedad de los lagrimales acaba por reventar la aorta. Lo dijeron el otro día por la radio. Ya le enviarán la esquela, para que le pese en la memoria.

—Fernandito, hay más vida en una lágrima tuya de la que yo nunca podría vivir aunque me muriese a los cien años.

—Eso me suena a que lo ha sacado de un libro.

—A ti no hay libro que te haga justicia, Fernandito, como no sea un tratado de biología.

—Váyase ya con su perfidia y su corazón de piedra. Un día, cuando esté más sola que la una, ya me echará de menos.

Alicia le dio un beso en la frente. Se lo habría dado en los labios, pero le hubiera matado.

—Ya te echo de menos. Cuídate, Fernandito. Y procura olvidarme.

Por fin alcanzaron el ático y Alicia, al volver a encontrarse a las puertas de su vieja morada, salió de su trance. Jesusa abrió la puerta y encendió la luz.

—No se preocupe —dijo la portera, como si hubiera leído sus pensamientos—,

que el muchacho se ha echado una novia majísima y se ha espabilado un montón. Ande, pase.

Alicia dejó la maleta en el suelo y se adentró en la vivienda. Jesusa aguardó en el umbral. Había flores frescas en un jarrón a la entrada y la casa olía a limpio. Recorrió las habitaciones y los corredores lentamente, como si visitara el piso por primera vez.

Oyó a su espalda a Jesusa dejando las llaves sobre la mesa y volvió al comedor. La portera la miraba con una media sonrisa.

—Como si no hubieran pasado tres años, ¿verdad?

—Como si hubiesen pasado treinta —replicó Alicia.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—No lo sé todavía.

Jesusa asintió.

—Bueno, estará cansada. En la cocina encontrará algo de cenar. Fernandito le ha llenado la despensa. Cualquier cosa, ya sabe dónde estoy.

—Muchas gracias, Jesusa.

La portera desvió la mirada.

—Me alegro de que esté otra vez en casa.

—Yo también.

Jesusa cerró la puerta y Alicia oyó sus pasos perdiéndose escaleras abajo. Descorrió las cortinas y abrió las ventanas para asomarse a la calle. El océano de terrados de la Barcelona vieja se extendía a sus pies y las torres de la catedral y de Santa María del Mar se alzaban en la distancia. Escrutó el trazado de la calle Aviñón y detectó una figura que se retiraba en las sombras del portal de La Manual Alpargatera al otro lado de la calle. Quienquiera que fuese estaba fumando y el humo ascendía en volutas de plata que se arrastraban por la fachada del edificio. Alicia mantuvo la mirada fija en aquel punto unos instantes, pero finalmente abandonó. Era pronto para empezar a imaginarse sombras al acecho. Tiempo habría para hacerlo.

Cerró las ventanas y aunque no tenía apetito se sentó a la mesa de la cocina y cenó un poco de pan con queso y frutos secos. Luego descorchó una botella de vino blanco con un lazo rojo que había encontrado en la mesa. El detalle tenía todas las trazas de ser obra de Fernandito, que aún se acordaba de sus debilidades. Se escanció una copa y sorbió con los ojos cerrados.

—Esperemos que no esté envenenado —dijo—. A tu salud, Fernandito.

El vino era exquisito. Se sirvió una segunda copa y se refugió en la butaca del salón. Comprobó que la radio que tenía seguía funcionando. Degustó el vino, un Panadés de buena cosecha, sin prisa y, al rato, aburrida del boletín de noticias que recordaba a la audiencia, si por ventura se había olvidado, que España era la envidia y la luz entre las naciones del mundo, apagó la radio y se dispuso a deshacer la maleta que había llevado. La arrastró hasta el centro del comedor y la abrió en el suelo. Al contemplar el contenido se preguntó para qué se había molestado en cargar con ropa y restos de otra vida que en realidad no tenía intención de volver a utilizar. Tuvo la

tentación de cerrarla y pedirle a Jesusa que la entregase al día siguiente en las Hermanas de la Caridad como donativo. Lo único que extrajo del equipaje fue un revólver y dos paquetes de balas. La pieza era un obsequio que le había hecho Leandro en su segundo año de servicio y Alicia sospechaba que tenía un historial previo que su mentor había preferido no desvelarle.

«Y esto ¿qué es? ¿El cañón del gran capitán?».

«Si lo prefieres te consigo una pistola para señoritas, con el mango de marfil y dos cañones dorados».

«¿Y qué hago con ella aparte de practicar el tiro al caniche?».

«Procurar que nadie practique contigo».

Al final, Alicia había aceptado aquel armatoste como había hecho con tantas cosas de Leandro, en un tácito acuerdo de sumisión y apariencias donde lo innombrable se sellaba con una fría sonrisa de cortesía y un velo de silencio que le permitía mirarse al espejo y mentirse un día más sobre el propósito de su vida. Tomó el arma en las manos y la sopesó. Abrió el tambor y comprobó que estaba descargado. Vació una de las cajas de munición en el suelo y fue introduciendo las seis balas con parsimonia. Se incorporó y se dirigió hacia la estantería repleta de libros que cubría una de las paredes. Jesusa y su ejército de plumeros habían pasado por allí y no quedaba mota de polvo ni huella de su ausencia de tres años en ningún sitio. Tomó el ejemplar de la Biblia encuadernado en piel que reposaba junto a una traducción al francés de *Doctor Faustus* y lo abrió. Las páginas habían sido vaciadas a cuchillo y ofrecían un perfecto estuche para su artillería particular. Escondió el arma en la Biblia y la devolvió al estante.

«Amén», entonó para sí.

Cerró la maleta de nuevo y se fue al dormitorio. Las sábanas recién planchadas y perfumadas la acogieron, y la fatiga del tren y el calor del vino en la sangre hicieron el resto. Cerró los ojos y escuchó el rumor de la ciudad susurrándole al oído.

Aquella noche Alicia volvió a soñar que llovía fuego. Saltaba sobre los tejados del Raval huyendo del estruendo de las bombas mientras los edificios se desplomaban a su alrededor en columnas de fuego y humo negro. Enjambres de aviones se arrastraban en vuelo rasante ametrallando a los que intentaban escapar por los callejones hacia los refugios. Al asomarse a la cornisa de la calle del Arco del Teatro pudo ver a una mujer y a cuatro niños escabulléndose hacia las Ramblas presos del pánico. Una ráfaga de proyectiles barrió el callejón y sus cuerpos estallaron en charcos de sangre y vísceras mientras corrían. Alicia cerró los ojos y fue entonces cuando se produjo la explosión. La sintió antes de oírla, como si un tren la hubiese embestido en la oscuridad. Una punzada de dolor le encendió el costado y las llamas la levantaron en el aire y la lanzaron contra una claraboya que atravesó envuelta en cuchillas de cristal candente. Se precipitó al vacío.

Apenas unos segundos después algo detuvo su caída. Había ido a parar junto a una balaustrada de madera suspendida en la cúspide de una gran estructura. Se

arrastró hasta el extremo y al mirar hacia abajo adivinó en la tiniebla el contorno de un armazón forjado en espiral. Se frotó los ojos y escrutó la penumbra al aliento del resplandor rojizo que reflejaban las nubes. A sus pies se extendía una ciudadela hecha de libros y de arquitectura imposible. Al rato oyó pasos aproximándose por una de las escalinatas del laberinto y entrevió la silueta de un hombre de cabello ralo que se arrodilló a su lado y examinó las heridas que cubrían su cuerpo. La tomó en sus brazos y la condujo por túneles, escaleras y puentes hasta llegar a la base de la estructura. Allí la recostó en un lecho y atendió sus heridas, manteniéndola en el umbral de la muerte sin soltarla mientras las bombas seguían cayendo con furia. La luz de fuego se filtraba desde lo alto de la cúpula y le dejaba vislumbrar imágenes parpadeantes de aquel lugar, el más maravilloso que había visto jamás. Una basílica hecha de libros oculta en un palacio que no había existido nunca, un lugar al que solo podría volver en sueños. Porque algo así solo podía pertenecer al otro lado, al lugar donde esperaba su madre, Lucía, y donde había quedado prisionera su alma.

Al amanecer, el hombre de cabello ralo la tomaba de nuevo en sus brazos y juntos recorrían las calles de una Barcelona cubierta de sangre y llamas hasta llegar a un hospicio donde un médico cubierto de ceniza los miraba y negaba por lo bajo.

—Esa muñeca está rota —decía, dándoles la espalda.

Y era entonces cuando, como tantas veces había soñado, Alicia miraba su propio cuerpo y reconocía en él aquel títere de madera chamuscada y humeante del que pendían hilos cortados. Las enfermeras sin ojos se desprendían de las paredes, arrancaban la muñeca de las manos del buen samaritano y la arrastraban hasta un hangar infinito donde se levantaba una montaña colosal de piezas y restos de cientos, miles de muñecas como ella. La lanzaban a la pila y se alejaban, riéndose.

4

La despertó el sol acerado de invierno que despuntaba entre los tejados. Alicia abrió los ojos y pensó que aquel sería su primer y último día de libertad en Barcelona. Probablemente aquella misma noche Vargas asomaría la nariz por allí. Decidió que su primera parada del día sería la librería de Gustavo Barceló, que le quedaba muy cerca de allí, en la calle Fernando. Recordando los consejos de Virgilio sobre el librero y su predilección por las señoritas de presencia sugerente, Alicia optó por vestirse para la ocasión. Al enfrentarse a su antiguo armario comprobó que, anticipando su llegada, Jesusa había lavado y planchado todo su guardarropía, que olía a lavanda. Acarició con los dedos sus viejos colores de guerra, calibrando al tacto galas a la altura de su cometido. Aprovechando que en su ausencia habían instalado una nueva caldera en el edificio, se dio una ducha que inundó el piso de vapor.

Envuelta en una toalla que aún lucía el anagrama del hotel Windsor, fue al comedor para encender la radio y sintonizar el dial con la orquesta de Count Basie. Cualquier civilización capaz de producir un sonido así debería tener futuro. Ya en el dormitorio, se desprendió de la toalla y se enfundó unas medias de costura que había comprado en alguna de sus expediciones de autorrecompensa a La Perla Gris. Se calzó unos zapatos de medio tacón que sin duda hubieran merecido la desaprobación de Leandro y se deslizó en un vestido negro de lana que nunca había llegado a estrenar y que dibujaba su perfil al dedillo. Se maquilló sin prisa, acariciando los labios de carmín sangrante. La guinda la puso enfundándose su abrigo de color rojo. Luego, tal como lo había hecho casi todas las mañanas cuando vivía en la ciudad, bajó a desayunar al Gran Café.

Miquel, camarero veterano y fisonomista oficial del barrio, la reconoció tan pronto como cruzó la puerta y la saludó desde la barra como si no hubiesen pasado tres años desde su última visita. Alicia se sentó a una de las mesas junto al ventanal y contempló el viejo bar, desierto a aquellas horas de la mañana. Sin necesidad de que tuviera ni que pedir, Miquel se acercó con una bandeja y le sirvió lo de siempre: un café con leche, un par de tostadas con mermelada de fresa y mantequilla, y un ejemplar de *La Vanguardia* que aún olía a tinta fresca.

—Veo que no se ha olvidado, Miquel.

—Mucho hace que no se la veía por aquí, pero no tanto, doña Alicia. Bienvenida a casa.

Alicia desayunó pausadamente mientras hojeaba el diario. Había olvidado cuánto le gustaba empezar el día repasando los cambios de escenografía en el pesebre viviente de la vida pública de Barcelona reflejados en el espejo de *La Vanguardia* mientras se relamía en mermelada de fresa y derramaba media hora como si le sobrase el tiempo.

Consumado el ritual, se aproximó a la barra, donde Miquel estaba sacando brillo a las copas de vino bajo la luz tibia de la mañana.

—¿Qué se debe, Miquel?
—Se lo pongo en cuenta. ¿Hasta mañana a esta hora?
—Si Dios quiere.
—La veo muy elegante. ¿Visita de gala?
—Mejor aún. De libros.

5

La recibió una de esas mañanas invernales de Barcelona que amanecen goteando sol en polvo e invitan al arte del paseo. La librería de Gustavo Barceló quedaba frente a los arcos de la Plaza Real, a apenas unos minutos del Gran Café. Alicia se encaminó hacia allí escoltada por una brigada de barrenderos que sacaban lustre a la calle a golpe de escoba y manguera. Las aceras de la calle Fernando estaban flanqueadas por emporios que más que comercios parecían santuarios: confiterías con aire de orfebrería, sastrerías con escenografía de ópera y, en el caso de la librería de Barceló, un museo donde más que entrar a curiosear uno se sentía tentado de quedarse a vivir. Antes de cruzar el umbral, Alicia se detuvo un instante a saborear el espectáculo de vitrinas y estanterías pulcramente articuladas que se adivinaba tras el escaparate. Al entrar, se fijó en la silueta de un dependiente joven ataviado con una bata azul que estaba aupado en una escalera limpiando el polvo de las alturas. Alicia fingió no reparar en él y se adentró en el local.

—¡Buenos días! —saludó el dependiente.

Alicia se volvió y le obsequió con una sonrisa que habría abierto una caja fuerte.

El joven descendió raudo y se plantó tras el mostrador, colgándose el trapo al hombro.

—¿En qué puedo servir a la señora?

—Señorita —precisó Alicia quitándose los guantes con parsimonia.

El joven asintió embelesado. La simplicidad de estos lances nunca dejaba de sorprenderla. Bendita fuera la bobería de los hombres de buena voluntad en la tierra.

—¿Podría hablar con don Gustavo Barceló, por favor?

—El señor Barceló no se encuentra en este momento…

—¿Y sabría usted cuándo se le puede encontrar?

—A ver… Don Gustavo en realidad ya casi no pasa por la tienda a menos que tenga cita con un cliente. Don Felipe, el encargado, ha ido a Pedralbes para valorar una colección, pero estará de vuelta al mediodía.

—¿Cómo se llama usted?

—Benito, para servirla.

—Mire, Benito, le veo cara de espabilado y seguro que usted puede ayudarme.

—A mandar.

—Verá, es un tema delicado. Me urgiría hablar con el señor Barceló porque se da la circunstancia de que un pariente próximo, gran coleccionista, ha obtenido recientemente una pieza única que tendría interés en vender y le gustaría que don Gustavo actuase como intermediario y asesor en la operación para mantener el anonimato.

—Entiendo —balbuceó el joven.

—La pieza en cuestión es un ejemplar en perfecto estado de uno de los libros de *El Laberinto de los Espíritus*, de un tal Víctor Mataix.

El joven abrió unos ojos como platos.

—¿Mataix, dice?

Alicia asintió.

—¿Le suena a usted?

—Si la señorita es tan amable de esperar un minuto, voy a intentar localizar a don Gustavo ahora mismo.

Alicia sonrió dócilmente. El dependiente desapareció en la trastienda y a los pocos segundos la joven oyó la rueda de un teléfono marcando un número. La voz del dependiente le llegó acelerada y soterrada tras la cortinilla.

—Don Gustavo, disculpe que le… Sí, ya sé qué horas son… No, no me he vuelto… Sí, señor, sí, señor, le ruego… No, le ruego… Claro que me gusta mi trabajo… No, por favor… Un segundo, solo un segundo… Gracias.

El joven recuperó el aliento y regresó al debate con su patrón.

—Hay aquí una señorita que dice tener un Víctor Mataix en perfecto estado para vender.

Un largo silencio.

—No, no me lo invento. ¿Cómo? No. No sé quién es. No, no la había visto nunca. No sé. Joven, muy elegante… Hombre, pues bastante… No, no todas me parecen… Sí, señor, ahora mismo, señor…

El joven apareció en el umbral de la trastienda, todo sonrisas.

—Me pregunta don Gustavo cuándo le iría a usted bien verse con él.

—¿Esta tarde a primera hora? —propuso Alicia.

El joven asintió y desapareció de nuevo.

—Dice que esta tarde. Sí. No lo sé. Le pregunto… Entonces no le pregunto… Lo que usted diga, don Gustavo. Sí, señor. Ahora mismo. No tenga duda. Sí, señor. Usted también.

Cuando el dependiente reapareció parecía algo más aliviado.

—¿Todo bien, Benito? —inquirió Alicia.

—Inmejorable. Disculpe usted las maneras. Don Gustavo es un santo varón, pero tiene sus cosas.

—Me hago cargo.

—Me ha dicho que estará encantado de recibirla a usted esta tarde en el Círculo Ecuestre, si le va bien. Él come hoy allí y estará toda la tarde. ¿Sabe dónde es? ¿La Casa Pérez Samanillo, en Balmes con Diagonal?

—La conozco. Le diré a don Gustavo que ha sido usted de gran ayuda.

—Se agradece.

Alicia se disponía a marcharse cuando el joven, tal vez con ansias de prolongar su visita unos instantes, rodeó el mostrador y se ofreció solícito a acompañarla a la salida.

—Lo que son las cosas —improvisó nervioso—. Tantos años en que nadie ha visto un solo libro de *El Laberinto* y en lo que va de mes ya son dos las personas que

vienen a la librería con el tema de Mataix…

Alicia se detuvo.

—¿Ah, sí? Y ¿quién era la otra persona?

Benito adoptó un semblante serio, como si hubiera hablado más de la cuenta. Alicia posó la mano sobre el brazo del joven y apretó de modo afectuoso.

—No se preocupe, que quedará entre nosotros. Es simple curiosidad.

El dependiente dudó. Alicia se inclinó ligeramente hacia él.

—Era un señor de Madrid, con pinta de policía. Me enseñó un carnet de algo —dijo Benito.

—¿Le dijo tal vez cómo se llamaba?

Benito se encogió de hombros.

—Ahora mismo no sé… Me acuerdo de él porque tenía un corte en la cara.

Alicia sonrió de un modo que desconcertó a Benito más de lo que ya lo estaba.

—¿En la mejilla derecha? ¿La cicatriz?

El chico palideció.

—¿Era quizá el nombre Lomana? —preguntó Alicia—. ¿Ricardo Lomana?

—Puede… No estoy seguro, pero…

—Gracias, Benito. Es usted un sol.

Alicia se alejaba ya calle arriba cuando el dependiente se asomó a la puerta y la llamó.

—¿Señorita? No me ha dicho cómo se llama usted…

Alicia se volvió y le sopló a Benito una sonrisa que le duró todo el día y parte de la noche.

6

Tras su visita a la librería de Barceló, Alicia se dejó tentar por antiguas rutas y navegó por los meandros del Barrio Gótico sin prisa, rumbo a la segunda parada de la jornada. Caminaba poco a poco, con el pensamiento prendido en Ricardo Lomana y su extraña desaparición. En el fondo no le sorprendía haber tropezado ya con su rastro. Los años le habían enseñado que a menudo Lomana y ella se pisaban los talones siguiendo una misma pista. Nueve de cada diez veces, era ella la que llegaba primero. Lo único notable en este caso era que Lomana, que según les había explicado Gil de Partera al encomendarles la misión, había empezado investigando el caso de las cartas anónimas a Valls, hubiera estado haciendo preguntas apenas unas semanas atrás sobre los libros de Víctor Mataix. Lomana podía ser muchas cosas, pero no era un necio. La buena noticia en todo aquello era que si Lomana había llegado a los libros de *El Laberinto* por su cuenta, Alicia podía tomarlo como confirmación de que su instinto no la engañaba. La mala era que, tarde o temprano, se iba a tropezar con él. Y sus encuentros raramente acababan bien.

Ricardo Lomana había sido, según se rumoreaba en la unidad, antiguo discípulo del infausto inspector Fumero en la Brigada Social de Barcelona y el más siniestro de cuantos fantoches Leandro había reclutado a lo largo de los años, que eran unos cuantos. En sus años al servicio de Leandro, Alicia había tenido más de un roce con Ricardo Lomana. El más reciente había transcurrido un par de años atrás cuando Lomana, ebrio de licor y rencor al haber resuelto Alicia un caso en el que él llevaba meses enrocado sin remedio, la había seguido una noche hasta su habitación en el Hispania y le había prometido que algún día, cuando Leandro no estuviese allí para protegerla, daría con el momento y el lugar para colgarla del techo y tomarse su tiempo con ella con una caja de herramientas.

—*No eres la primera ni la última zorra de lujo que se busca Leandro, bonita, y cuando él se canse de ti estaré esperando. Y te prometo que lo vamos a pasar de miedo, sobre todo tú, que tienes la carne hecha para el hierro…*

De aquel encuentro Lomana había obtenido un rodillazo en el orgullo que le dejó dos semanas de baja, un brazo con doble fractura y un corte en la mejilla que requirió dieciocho puntos de sutura. Alicia, por su parte, saldó la cita con un par de semanas de insomnio contemplando la puerta de su habitación a oscuras con el revólver en la mesita de noche y un oscuro presentimiento de que lo peor la esperaba en el partido de vuelta.

Decidió apartar a Lomana de su pensamiento y disfrutar de aquella primera mañana en las calles de Barcelona. Prosiguió su paseo al sol sin prisa, midiendo cada paso y deteniéndose frente a un escaparate al mínimo asomo de presión en la cadera. Con los años había aprendido a leer los signos y a hallar el modo de eludir, o cuando menos retrasar, lo inevitable. El dolor y ella eran ya viejos adversarios, veteranos que se conocen bien, se exploran mutuamente y se atienen a las reglas del juego. Y aun

así, aquel primer paseo sin el arnés prendido al cuerpo bien valía el precio que sabía que iba a pagar. Tiempo habría para arrepentirse.

No eran todavía las diez de la mañana cuando enfiló Puerta del Ángel y, al doblar la esquina de la calle Santa Ana, avistó el escaparate de la vieja librería Sempere e hijos. Al otro lado de la calle había un pequeño café. Alicia decidió entrar y sentarse a una de las mesas junto a la ventana. El descanso le iría bien.

—¿Qué pondremos, señorita? —dijo un camarero con aspecto de no haber abandonado el local en por lo menos veinte años.

—Un café solo. Y un vaso de agua.

—¿Grifo de la casa o mineral embotellada?

—¿Qué recomienda?

—Depende de cómo esté de calcio en sangre.

—Que sea de botella. Y natural, por favor.

—Marchando.

Un par de cafés y media hora más tarde, Alicia pudo constatar que ni una sola persona se había detenido siquiera a contemplar el escaparate de la librería. Los libros de contabilidad de Sempere e hijos debían de criar telarañas a la velocidad del olvido. La tentación de cruzar la calle, internarse en aquel bazar encantado y gastarse una fortuna la consumía por dentro, pero Alicia sabía que aquel no era el momento propicio. Lo que ahora procedía era observar. Transcurrió otra media hora y, a falta de acontecimientos, Alicia empezaba a debatir si levar anclas cuando le vio. Andaba distraído, con la cabeza en las nubes, media sonrisa en los labios y ese aire sereno de quienes tienen el lujo de no saber cómo funciona el mundo. Nunca había visto una fotografía suya, pero supo quién era antes de verle aproximarse a la puerta de la librería.

Daniel.

Alicia sonrió sin darse cuenta. Cuando Daniel Sempere se disponía a entrar en el establecimiento, la puerta se abrió hacia afuera y una mujer joven, que apenas debía de tener veinte años, salió a su encuentro. La suya era una de esas bellezas limpias, de las que los autores de radionovelas dirían que parecen salir de dentro y hacen suspirar a los bobos enamoradizos adictos a las fábulas de angelitos con corazón de oro. Tenía aquel punto de inocencia, o de pudor, de las niñas de buena familia y vestía como si sospechase la clase de chasis que llevaba bajo las prendas pero no se atreviese a reconocerlo. La famosa Beatriz, se dijo, una Blancanieves perfumada de inocencia en el país de los enanitos.

Beatriz se alzó de puntillas y besó en los labios a su marido. Fue un beso casto, de labios unidos y breve roce. Alicia no pudo dejar de advertir que Beatriz era de las que cerraban los ojos al besar, aunque fuera a su legítimo maridito, y se dejaba rodear el talle. Daniel, por su parte, tenía todavía besar de colegial y un matrimonio temprano

no le había enseñado aún cómo se agarraba a una mujer, dónde se ponían las manos y qué se le hacía con los labios. Claramente, nadie le había enseñado. Alicia sintió que se le borraba la sonrisa y que un poso de malicia le invadía las entrañas.

—¿Me pondrá una copa de vino blanco? —pidió al camarero.

Al otro lado de la calle, Daniel Sempere se despidió de su esposa y entró en la librería. Beatriz, vestida con gusto pero escaso presupuesto, partió entre el gentío en dirección a Puerta del Ángel. Alicia estudió su talle y el dibujo que dejaban sus caderas.

—Ay, si yo te vistiera, princesa mía —murmuró.

—¿Decía la señorita?

Alicia se volvió para encontrarse con el camarero, que sostenía su copa de vino blanco y la miraba entre el embobamiento y la aprensión.

—¿Cómo se llamaba usted? —le preguntó ella.

—¿Yo?

Alicia miró a lo largo y ancho del bar, confirmando que estaban a solas.

—¿Ve usted a alguien más?

—Marcelino.

—¿Por qué no se sienta conmigo, Marcelino? No me gusta beber sola. Bueno, miento. Pero me gusta menos.

El camarero tragó saliva.

—Si quiere le invito a algo —le ofreció Alicia—. ¿Una cervecita?

Marcelino la miraba, envarado.

—Siéntese, Marcelino, que no muerdo.

El joven asintió y se sentó al otro lado de la mesa. Alicia le sonrió con dulzura.

—¿Tiene usted novia, Marcelino?

El camarero negó.

—Algunas no saben lo que se pierden. Dígame una cosa. Este bar, ¿tiene alguna otra salida que no sea la entrada principal?

—¿Perdón?

—Que si tiene usted una salida trasera que dé a un callejón, o a la escalera de al lado…

—Hay una que da al patio que va a parar a Bertrellans. ¿Por qué?

—Se lo pregunto porque alguien me está siguiendo.

Marcelino echó un vistazo a la calle, alarmado.

—¿Quiere que llame a la policía?

Alicia posó la mano sobre la del camarero, que estuvo en un tris de transformarse en estatua de sal.

—No hace falta. No es nada serio. Pero preferiría utilizar una salida más discreta, si a usted no le supone un problema.

Marcelino negó.

—Es usted un cielo. Dígame, ¿qué le debo?

—Invita la casa.

—¿Seguro?

Marcelino hizo un gesto afirmativo.

—Lo que digo. Es que las hay que no saben lo bueno que hay por ahí… Dígame, ¿tiene usted teléfono?

—Detrás de la barra.

—¿Le importa si hago una llamada? Es conferencia, pero esa sí que se la pago, ¿eh?

—Las que usted quiera…

Alicia se dirigió a la barra y encontró un viejo teléfono sujeto a la pared. Marcelino, que se había quedado clavado en la mesa, la miraba. Ella le envió un saludo mientras marcaba el número.

—Póngame con Vargas, por favor.

—Es usted Gris, ¿verdad? —preguntó una voz no exenta de retintín al otro lado de la línea—. El capitán esperaba su llamada. Le paso.

Oyó cómo dejaban el auricular en la mesa y llamaban a su compañero.

—Vargas, es doña Inés… —oyó decir a uno de los agentes mientras otro entonaba el estribillo de *Aquellos ojos verdes*.

—Aquí Vargas. ¿Cómo le va? ¿Ya está bailando sardanas?

—¿Quién es doña Inés?

—Usted. Por aquí ya nos han puesto apodo. Yo soy don Juan…

—Qué ingenio el de sus compañeros.

—No se hace usted idea. Aquí sobra talento. ¿Qué tiene que contarme?

—He pensado que me echaría usted de menos.

—Me han plantado mejores partidos y he sobrevivido.

—Me alegro de que lo lleve tan bien. Pensaba que estaría ya de camino hacia aquí.

—Si por mí fuera se quedaba usted allí solita hasta que se jubilase.

—Y sus superiores ¿qué dicen?

—Que me meta en un coche y conduzca el día y parte de la noche para estar mañana ahí con usted.

—Hablando de coches, ¿algo nuevo sobre el de Valls?

—Nada nuevo. Lo encontraron abandonado en…, deje que mire la nota, la carretera de las Aguas, en Vallvidrera. ¿Está eso en Barcelona?

—Más bien encima.

—¿Encima? ¿Como el cielo?

—Algo así. ¿Algún rastro de Valls o de su chófer Vicente?

—Gotas de sangre en el asiento del pasajero. Señales de violencia. Ni rastro de ambos.

—¿Qué más?

—Eso es todo. Y usted ¿qué tiene que decirme a mí?

—Que yo sí que le echo de menos —dijo Alicia.

—Esto de volver a Barcelona la está atontando. ¿Dónde está usted ahora? ¿En peregrinación a la Moreneta?

—Casi. Ahora mismo estoy contemplando el escaparate de Sempere e hijos.

—Muy productivo. ¿Ha hablado por casualidad con Leandro?

—No. ¿Por qué?

—Porque lleva persiguiéndome toda la mañana preguntándome por usted. Haga el favor de llamarle y felicitarle las fiestas o no me va a dejar respirar.

Alicia suspiró.

—Lo haré. Por cierto, necesito que haga algo por mí.

—Ese es mi nuevo propósito en la vida, aparentemente.

—Es un tema delicado —precisó Alicia.

—Mi especialidad.

—Necesito que tire de sus contactos en Jefatura y averigüe de forma discreta en qué andaba un tal Ricardo Lomana antes de hacer mutis por el foro.

—¿Lomana? ¿El desaparecido? Mal bicho.

—¿Le conoce?

—De referencias. Ninguna buena. Veré lo que puedo hacer.

—No le pido más.

Vargas suspiró al otro lado de la línea.

—Calculo que estaré allí mañana por la mañana. Si quiere desayunamos juntos y le cuento lo que he averiguado de su amigo Lomana, si es que averiguo algo. ¿Se comportará usted y no se meterá en líos hasta que llegue?

—Se lo prometo.

7

Marcelino continuaba observándola de lejos, alternando su mórbida fascinación con vistazos furtivos a la calle en busca del misterioso perseguidor. Alicia le guiñó el ojo y le hizo una seña con el índice.

—Una llamadita más y ya está…

Marcó el número directo de la *suite* y esperó. El timbre no llegó a sonar ni una vez. Debía de estar sentado junto al teléfono, aguardando, pensó Alicia.

—Soy yo —murmuró.

—Alicia, Alicia, Alicia… —entonó con dulzura la voz de Leandro—. No me gusta que me rehúyas. Ya lo sabes.

—Iba a llamarle ahora mismo. No hacía falta que me pusiera carabina.

—No te entiendo.

—¿No ha puesto a alguien para que me siga?

—Si lo hubiera hecho no sería alguien tan incapaz como para que le detectaras la primera mañana. ¿Quién es?

—Todavía no lo sé. Confiaba en que fuera suyo.

—Pues no. Que no hayan sido los amigos de la comisaría central.

—Debe entonces de andar la cantera local muy seca de talento para que me hayan puesto a este figura.

—No es sencillo encontrar gente capaz. Dímelo a mí. ¿Quieres que haga una llamada y te lo quite de encima?

Alicia pensó.

—Casi que no. Se me ha ocurrido una idea.

—No seas mala con él. No sé a quién te habrán asignado, pero probablemente sea el más novato que han encontrado.

—¿Tan fácil soy?

—Al contrario. Más bien se me ocurre que nadie habrá querido el encargo.

—¿Insinúa que no dejé buen recuerdo?

—Siempre te he dicho que es importante guardar las formas. Luego ya ves lo que pasa. ¿Has hablado con Vargas?

—Sí.

—Entonces ya estás al tanto de lo del coche. ¿Todo bien en tu casa?

—Sí. La señora Jesusa lo tenía todo como una patena y me ha planchado hasta el vestido de la primera comunión. Gracias por la gestión.

—No quiero que te falte de nada.

—¿Por eso me envía a Vargas?

—Eso habrá sido iniciativa propia. O de Gil de Partera. Ya te dije que no se fiaban de nosotros.

—¿Por qué será?

—¿Qué planes tienes para hoy?

—He estado de librerías y esta tarde tengo una cita con alguien que podrá aclararme cosas sobre Víctor Mataix.

—Entonces sigues con lo del libro aquel…

—Aunque solo sea para descartarlo.

—¿Le conozco? ¿Al de la cita?

—No lo sé. Es un librero. ¿Gustavo Barceló?

La pausa fue casi imperceptible, pero Alicia la registró.

—No me suena. Llámame si averiguas algo. Y si no, llámame también.

Alicia estaba cavilando alguna réplica punzante cuando oyó que Leandro colgaba. Dejó unas monedas en la barra para cubrir la consumición y las dos llamadas y se despidió de Marcelino con un beso soplado al aire.

—Todo esto entre nosotros, ¿eh, Marcelino?

El camarero asintió con convicción y guio a Alicia hasta una puerta trasera que daba a un patio abierto. Allí se abría una madeja de pasillos entre las fincas del bloque que conducía hasta una salida a una de esas vías lúgubres que tan solo se encuentran en la Barcelona vieja, y que son tan estrechas y prietas como el canalillo entre las nalgas de un seminarista.

La calleja ascendía desde Canuda hasta Santa Ana. Alicia rodeó la manzana y al doblar la esquina se detuvo a observar la escena. Una señora empujaba un carrito con una mano e intentaba arrastrar con la otra a un niño que parecía llevar zapatos encolados al suelo. Un señorito de traje y bufanda tonteaba frente al escaparate de una zapatería mientras contemplaba de refilón a un par de damiselas finas pertrechadas con medias de costura que pasaban de largo, riéndose. Un guardia urbano se paseaba por el centro de la calle sembrando miradas de sospecha. Y allí, casi adherido a la pared de un portal, como si fuese un cartel, Alicia distinguió la silueta de un hombre de estatura breve y una apariencia tan anodina que bordeaba la invisibilidad. El espécimen estaba fumando un cigarro y escrutaba la puerta del café con nerviosismo, mientras consultaba su reloj. No estaba mal elegido, pensó. Era tan insignificante su aspecto que ni el aburrimiento hubiera reparado en él al pasar. Alicia se acercó y se detuvo a escasos centímetros de su pálido cogote. Entonces dibujó una O con los labios y sopló.

El individuo pegó un salto y estuvo a punto de perder el equilibrio. Se volvió y al ver a Alicia perdió el poco color que le quedaba.

—¿Cómo te llamas, corazón? —preguntó ella.

Si el hombrecillo tenía voz no la encontró. Su mirada dio cien vueltas antes de regresar a Alicia.

—Si echas a correr te clavo un punzón en las tripas. ¿Me has entendido?

—Sí —dijo el tipo.

—Era broma. —Alicia sonrió—. Yo no hago esas cosas.

El pobre vestía un abrigo que parecía prestado y tenía las trazas de un roedor acorralado. Valiente espía le habían asignado. Alicia le agarró de la solapa y firme

pero amablemente le condujo hasta la esquina.

—¿Cómo te llamas?

—Rovira —musitó.

—¿Eras tú el de anoche a las puertas de La Manual Alpargatera?

—¿Cómo lo sabe?

—Nunca fumes a contraluz de una farola.

Rovira asintió, maldiciéndose por lo bajo.

—Dime, Rovira, ¿cuánto hace que estás en el Cuerpo?

—Mañana iba a hacer dos meses, pero si se enteran en comisaría de que me ha reconocido…

—No tienen por qué enterarse.

—¿No?

—No. Porque tú y yo, Rovira, nos vamos a ayudar el uno al otro. ¿Sabes cómo?

—No la sigo, señorita.

—Por ahí van los tiros, pero llámame Alicia, que estamos en el mismo bando.

Alicia buscó en los bolsillos del abrigo de Rovira y encontró una cajetilla de cigarros de los que se vendían en bares de batalla y hacían matrimonio con el carajillo. Encendió uno y se lo puso en la boca al hombre. Le dejó dar un par de caladas y le sonrió de forma amigable.

—¿Un poco más tranquilo?

Él asintió.

—Dime, Rovira, ¿cómo es que te han puesto precisamente a ti a seguirme?

El tipo dudó.

—No se ofenda, pero nadie más quería el encargo.

—¿Y eso?

Rovira se encogió de hombros.

—No seas tímido, hombre. Desahógate.

—Dicen que lía usted a la gente de mala manera y que trae mala suerte.

—Ya veo. Está claro que eso a ti no te ha amedrentado.

—Peor suerte que la mía ya es difícil. Y tampoco es que tuviese mucha elección.

—¿Y en qué consiste exactamente tu misión?

—Seguirla de lejos y dar parte de dónde está y lo que hace sin que se dé usted cuenta. Y ya ve lo bien que me está saliendo. Ya les dije que esto no era lo mío.

—¿Y por qué te has metido a policía?

—Yo iba para artes gráficas, pero mi suegro es capitán en la central.

—Ya. Y a la señora le van los uniformes, ¿no?

Alicia posó la mano en el hombro de Rovira con gesto maternal.

—Rovira, hay momentos en que un hombre tiene que encontrarse los redaños y, mal que me esté decirlo, enseñarle al mundo que ha nacido para orinar de pie. Y para que veas que eres mucho más capaz de lo que crees, te voy a dar una oportunidad de demostrarlo. A mí, al Cuerpo General de Policía, al suegro y a tu señora esposa, que

cuando vea el macho que tiene en casa va a necesitar Aromas de Montserrat para salir del sofoco.

Rovira la contemplaba al borde del vértigo.

—A partir de ahora me seguirás como te han ordenado, pero nunca a menos de cien metros y procurando que no te vea. Y cuando te pregunten dónde he estado y qué he hecho, dirás lo que yo te pida que digas.

—Pero… ¿eso es legal?

—Rovira, tú eres la policía. Es legal lo que tú digas que es legal.

—No sé…

—Claro que sabes. Latín sabes tú. Lo que te falta es confianza en ti mismo.

Rovira pestañeó varias veces, aturdido.

—¿Y si le digo que no?

—No seas así, hombre, ahora que empezábamos a ser amigos. Porque si me dices que no, voy a tener que ir a ver a tu suegro el capitán y contarle que te he encontrado subido a un muro del colegio de las Teresianas meneándotela durante la hora del patio.

—No será usted capaz de hacer eso.

Alicia le miró fijamente a los ojos.

—Rovira, no tienes ni puñetera idea de lo que yo soy capaz de hacer.

El hombre dejó escapar un gemido.

—Es usted mala.

Alicia apretó los labios en un amago de puchero.

—Cuando decida ser mala contigo, lo notarás enseguida. Mañana a primera hora estarás esperando frente al Gran Café y te diré cuál es tu plan del día. ¿Nos entendemos?

Rovira parecía haber encogido varios centímetros durante la conversación y le dirigió una mirada de súplica.

—Todo esto es broma, ¿verdad? Se está usted riendo de mí porque soy novato…

Alicia adoptó su mejor imitación de Leandro y tomó prestada su mirada gélida. Negó despacio.

—No es broma; es una orden. No me falles. España y yo contamos contigo.

8

En los albores del siglo XX, cuando el dinero aún olía a perfume y las grandes fortunas, más que heredarse, se escenificaban, un palacio modernista nacido del turbio romance entre el ensueño de grandes artesanos y la vanidad de un potentado se precipitó del cielo y quedó encajado para siempre en el más improbable enclave de la *Belle Époque* barcelonesa.

La llamada Casa Pérez Samanillo llevaba ocupando por espacio de medio siglo el chaflán de Balmes y Diagonal a modo de espejismo, o tal vez de advertencia. Construida originalmente como vivienda familiar en unos tiempos en los que ya casi todas las familias de alcurnia se desprendían de sus palacetes, aquel poema a la abundancia mantenía sus trazas de arrecife parisino iluminando de cobre las calles desde sus ventanales y exhibiendo a los mortales sus escalinatas, salones y arañas de cristal sin pudor alguno. A Alicia siempre le había parecido una suerte de acuario en el que poder contemplar a través de láminas de cristal organismos y formas de vida exóticos e insospechados.

Hacía años ya que aquel opulento fósil no albergaba a familia alguna y en tiempos recientes había pasado a ser la sede del Círculo Ecuestre de Barcelona, una de esas inexpugnables y elegantes instituciones que fermentan en toda gran urbe para que las gentes de buen nombre puedan protegerse del olor a sudor que desprenden aquellos sobre cuyas espaldas sus ilustres ancestros edificaron su fortuna. Leandro, fino observador de estos lances, solía decir que, solucionados el tema de la alimentación y la vivienda, la primera necesidad que se plantea el ser humano es la búsqueda de motivos y recursos con los que sentirse diferente y superior a sus semejantes. La sede del Círculo Ecuestre parecía formulada expresamente a tal fin, y Alicia sospechaba que, de no haberse trasladado Leandro a Madrid años ha, aquellos salones de maderas nobles y exquisita disposición habrían sido el escenario perfecto para que su mentor se aposentara y despachase sus oscuros asuntos con guante blanco.

Un lacayo uniformado hasta las orejas custodiaba la entrada y le abrió el solemne portón de hierro. En el interior del vestíbulo se alzaba un atril iluminado tras el cual encontró a un individuo trajeado y de semblante amojamado que le miró de arriba abajo un par de veces antes de esbozar una mueca dócil.

—Buenas tardes —dijo Alicia—. He quedado aquí con el señor Gustavo Barceló.

El empleado bajó la mirada hasta el cuaderno que tenía en el atril y fingió estudiarlo unos instantes, dándole empaque al ritual.

—¿Y su nombre es…?

—Verónica Larraz.

—Si la señora es tan amable de seguirme…

El recepcionista la condujo a través del suntuoso interior del palacete. A su paso,

los socios de la entidad interrumpían sus conversaciones para lanzar miradas de sorpresa y en algún caso casi de escándalo. A todas luces aquel no era un lugar habituado a recibir visitas del género femenino, y más de un patricio parecía interpretar su presencia como una afrenta a su rancia masculinidad. Alicia se limitó a corresponder a sus atenciones con una sonrisa cortés. Por fin llegaron a una sala de lectura dispuesta frente a un gran ventanal que daba a la avenida Diagonal. Allí, sentado en un butacón imperial y saboreando una copa de *brandy* del tamaño de una pecera, reposaba un caballero de rasgos y bigotes mayestáticos enfundado en un traje de tres piezas rematado por zapatos de dandi. El recepcionista se detuvo a un par de metros y se deshizo en una sonrisa pusilánime.

—¿Don Gustavo? La visita que esperaba…

Don Gustavo Barceló, decano honorario del gremio de libreros de Barcelona y estudioso de todo lo relativo al eterno femenino y su más fino atrezo, se levantó para recibirla con una cálida y deferente reverencia.

—Gustavo Barceló, a sus pies.

Alicia le tendió una mano, que el librero procedió a besar como si fuese la de un pontífice, tomándose su tiempo y aprovechando el trance para hacerle un repaso general que probablemente le desveló hasta la talla de guantes que utilizaba.

—Verónica Larraz —se presentó Alicia—. Es un placer.

—¿Es Larraz el apellido de su pariente coleccionista?

Alicia supuso que el empleado, Benito, había llamado a Barceló tan pronto como ella había abandonado la librería y le había dado el parte del encuentro con pelos y señales.

—No. Larraz es mi apellido de casada.

—Entiendo. Discreción ante todo. Me hago cargo. Por favor, tome asiento.

Alicia se acomodó en la butaca enfrentada a Barceló y saboreó el aire aristocrático y excluyente que destilaba el decorado.

—Bienvenida al rancio abolengo de los nuevos ricos y de los venidos a menos que casan a su descendencia con ellos para perpetuar la casta —comentó Barceló, siguiendo su mirada.

—¿No es usted socio numerario de la casa?

—Me resistí durante muchos años a serlo por motivos de higiene, pero con el tiempo las circunstancias me llevaron a sucumbir a las realidades de la ciudad y a nadar con la corriente.

—Seguro que tiene sus ventajas.

—No lo dude. Se conoce a gente necesitada de gastar su heredado patrimonio en cosas que ni comprende ni le hacen falta, se cura uno de cualquier ensoñación romántica sobre las autoproclamadas élites del país y el *brandy* es inmejorable. Además, este es un magnífico lugar para hacer arqueología social. En Barcelona habitan más de un millón de personas, pero a la hora de la verdad apenas unas cuatrocientas son las que guardan las llaves de todas las puertas. Y esta es una ciudad

de puertas cerradas donde todo depende de quién tiene la llave, a quién se le abre y en qué lado del umbral queda uno. Pero dudo que esto sea noticia para usted, señora Larraz. ¿Puedo ofrecerle algo, amén de discursos y moralinas de viejo librero?

Alicia negó.

—Por supuesto. Al grano, ¿verdad?

—Si no es mucha molestia.

—Muy al contrario. ¿Ha traído el libro?

Alicia extrajo de su bolso el ejemplar de *Ariadna y el Príncipe Escarlata* envuelto en un pañuelo de seda y se lo ofreció. Barceló lo tomó con ambas manos y tan pronto como sus dedos rozaron la cubierta se le iluminaron los ojos y una sonrisa de gozo se esparció en sus labios.

—*El Laberinto de los Espíritus*… —murmuró—. Imagino que no me va a decir cómo lo ha conseguido.

—El propietario preferiría mantener el secreto al respecto.

—Me hago cargo. Con su permiso…

Don Gustavo abrió el libro y fue pasando las hojas lentamente, saboreando el encuentro con la expresión de un *gourmet* que se deleita con una dádiva única e irrepetible. Alicia empezó a sospechar que el veterano librero la había olvidado y se había perdido en las páginas del volumen cuando este detuvo su examen y le lanzó una mirada inquisitiva.

—Perdone la osadía, señora Larraz, pero tengo que confesarle que no acabo de entender por qué alguien, en este caso el coleccionista a quien usted representa, querría desprenderse de una pieza así…

—¿Cree que le sería difícil encontrar un comprador?

—En absoluto. Deme un teléfono y en veinte minutos le presento como mínimo cinco ofertas al alza, menos mi comisión del diez por ciento. Esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es la cuestión, don Gustavo, si no es mucho preguntar?

Barceló apuró su copa de *brandy*.

—La cuestión es si realmente quiere usted vender esta pieza, señora *Larraz*… —replicó Barceló, arrastrando el apellido ficticio con ironía.

Alicia se limitó a sonreír tímidamente. Barceló asintió.

—No hace falta que me responda, ni tampoco que me diga su verdadero nombre.

—Mi nombre es Alicia.

—¿Sabía usted que el personaje central de la serie de *El Laberinto de los Espíritus*, Ariadna, es un homenaje a otra Alicia, la de Lewis Carroll y su País, en este caso Barcelona, de las Maravillas?

Alicia fingió sorpresa, negando con suavidad.

—En el primer libro de la serie, Ariadna encuentra un libro de encantamientos en el desván del caserón de Vallvidrera en el que vive con sus padres hasta que ellos desaparecen de forma misteriosa una noche de tormenta. Creyendo que si conjura a un espíritu de las sombras tal vez pueda encontrarlos, Ariadna abre sin darse cuenta

un pórtico entre la Barcelona real y su reverso, un reflejo maldito de la ciudad. La Ciudad de los Espejos… El suelo se quiebra a sus pies y Ariadna cae por una escalera de caracol interminable rumbo a las tinieblas hasta llegar a esa otra Barcelona, el laberinto de los espíritus, donde queda condenada a vagar por los círculos del infierno que ha construido el Príncipe Escarlata y por los que va hallando almas malditas a las que intenta salvar mientras busca a sus padres desaparecidos…

—¿Y consigue Ariadna encontrar a sus padres y salvar a alguna de esas almas?

—Por desgracia, no. Pero le pone empeño. A su manera es una heroína, aunque sus devaneos con el Príncipe Escarlata la van convirtiendo poco a poco también en un reflejo oscuro y perverso de sí misma, un ángel caído, por así decirlo…

—Parece una historia ejemplar.

—Lo es. Dígame, *Alicia*, ¿es eso a lo que se dedica usted, a descender a los infiernos en busca de problemas?

—¿Por qué habría de querer buscar problemas?

—Porque, como imagino que ya le habrá contado el bobo de Benito, no hace mucho se presentó en la librería un individuo con pinta de carnicero de la Brigada Social haciendo preguntas parecidas a las suyas y algo me dice que ustedes dos se conocen…

—El individuo al que se refiere se llama Ricardo Lomana y no anda usted desencaminado.

—Yo nunca ando desencaminado, señorita. El problema son los caminos en los que a veces me encuentro.

—¿Qué le preguntó con exactitud Lomana?

—Quería saber si alguien había adquirido recientemente algún libro de Víctor Mataix, ya fuera en subastas, en compras privadas o en el mercado internacional.

—¿No le preguntó nada acerca de Víctor Mataix?

—El señor Lomana no daba mucho el pego como letraherido, pero tuve la impresión de que sabía sobre Mataix todo lo que necesitaba saber.

—¿Y qué le dijo usted?

—Le di las señas del coleccionista que desde hace siete años ha estado comprando todos los ejemplares de *El Laberinto de los Espíritus* que no fueron destruidos en 1939.

—¿Todos los libros de Mataix que había en el mercado los ha comprado la misma persona?

Barceló asintió.

—Todos menos el suyo.

—¿Y quién es ese coleccionista?

—No lo sé.

—Me acaba de decir que le dio sus señas a Lomana.

—Le di las señas del abogado que le representa y que realiza todas las transacciones en su nombre, un tal Brians. Fernando Brians.

—¿Ha tratado usted con el abogado Brians, don Gustavo?

—Habré hablado con él una o dos veces a lo sumo. Por teléfono. Un hombre serio.

—¿Por asuntos relacionados con los libros de Mataix?

Barceló hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué puede decirme de Víctor Mataix, Don Gustavo?

—Muy poco. Sé que trabajaba a menudo como ilustrador, que había publicado varias novelas con aquel par de sinvergüenzas de Barrido y Escobillas antes de empezar a trabajar en los libros de *El Laberinto* y que vivía recluido en una casa en la carretera de las Aguas, entre Vallvidrera y el observatorio Fabra, porque su esposa sufría alguna enfermedad rara y él no podía, o no quería, dejarla sola. Poco más. Eso y que desapareció en 1939, después de que los nacionales entraran en Barcelona.

—¿Y dónde podría averiguar algo más acerca de él?

—Está difícil. La única persona que se me ocurre que podría ayudarla es Vilajuana, Sergio Vilajuana, un periodista y escritor que conoció a Mataix. Es un cliente habitual de la librería y quien más sabe de estos temas. Recuerdo haber oído decir que andaba trabajando en un libro sobre Mataix y toda la generación de escritores malditos de la Barcelona que se esfumó después de la guerra…

—¿Es que hay más?

—¿Escritores malditos? Es una especialidad local, como el *allioli*.

—¿Y dónde puedo encontrar al señor Vilajuana?

—Pruebe en la redacción de *La Vanguardia*. Pero si me permite un consejo, más vale que tenga preparada una historia mejor que la de su coleccionista secreto. Vilajuana no se chupa el dedo.

—¿Qué me aconseja?

—Tiéntele.

Alicia sonrió con picardía.

—Con el libro. Si sigue interesado en Mataix no creo que se resista a echarle un vistazo a este ejemplar. En estos tiempos encontrar un Mataix es casi tan difícil como encontrar a una persona decente en una posición de prestigio.

—Gracias, don Gustavo. Ha sido usted una gran ayuda. ¿Puedo pedirle que guarde el secreto de esta conversación?

—Descuide. Guardar secretos es lo que me mantiene joven. Eso y el *brandy* caro.

Alicia volvió a envolver el libro en el pañuelo y lo guardó en su bolso. Aprovechó para tomar su lápiz de labios y perfilarse la sonrisa como si estuviese a solas, espectáculo que Barceló contempló con fascinación y vaga inquietud.

—¿Qué tal? —preguntó Alicia.

—De nota.

Ella se incorporó y se enfundó el abrigo.

—¿Quién es usted, Alicia?

—Un ángel caído —respondió, ofreciendo la mano y guiñándole un ojo.

—Pues ha venido usted al lugar idóneo.

Don Gustavo Barceló estrechó su mano y la observó al alejarse rumbo a la salida. Regresó al refugio de su butacón y se perdió en su copa de *brandy* casi vacía, pensativo. Al poco la vio pasar de largo a través del ventanal. El atardecer había tendido un manto de nubes rojizas sobre Barcelona y el sol de poniente perfilaba las siluetas de los transeúntes que recorrían las aceras de la Diagonal y de los coches que brillaban como lágrimas de metal candente. Barceló fijo la mirada en aquel abrigo rojo que se alejaba hasta que Alicia pareció evaporarse entre las sombras de la ciudad.

9

Aquella tarde, tras dejar a Barceló al amparo del *brandy* y de sus sospechas, Alicia enfiló la Rambla de Cataluña de regreso a casa revisitando el desfile de tiendas de postín que prendían ya las luces de sus escaparates. Recordó los días en que había aprendido a observar aquellos emporios y a las gentes respetables y peripuestas que los frecuentaban con codicia y recelo.

Recordó aquellos en los que había entrado a robar y lo que se había llevado, los gritos del encargado y los clientes a su espalda, el fuego en las venas al saberse perseguida y el dulce sabor a venganza, a justicia, al sentir que les había arrancado algo de las manos que creían poseer por derecho divino. Recordó el día en que su carrera de pillaje terminó en un cuarto húmedo y oscuro en los sótanos de la comisaría central de Vía Layetana. Era un sótano sin ventanas, con apenas una mesa de metal clavada al suelo y dos sillas. En el centro de la habitación había un desagüe y el suelo todavía estaba húmedo. Olía a mierda, sangre y lejía. Los dos policías que la habían detenido la esposaron de pies y manos a la silla y la dejaron allí encerrada durante horas para que tuviese la oportunidad de imaginar todo lo que le iban a hacer.

—Lo contento que se va a poner Fumero cuando sepa que tiene aquí una zorra bien jovencita. Te va a dejar nueva.

Alicia había oído hablar de Fumero. En la calle se contaban historias sobre él y sobre lo que les sucedía a los infelices que acababan en una mazmorra como aquella en los sótanos de la comisaría. No sabía si temblaba de frío o de miedo, y cuando horas más tarde se abrió la puerta metálica y oyó voces y pasos, cerró los ojos y sintió cómo la orina se le escurría entre los muslos y le resbalaba por las piernas.

—Abre los ojos —dijo la voz.

El rostro de un hombre de mediana estatura con aspecto de notario de provincias le sonrió de modo afable a través de las lágrimas. No había nadie más en la habitación. El tipo, pulcramente trajeado y tocado de un aroma a colonia alimonada, la contempló en silencio durante unos instantes y luego rodeó la mesa despacio y se situó a su espalda. Alicia apretó los labios para ahogar el gemido de terror que le encendió la garganta cuando sintió aquellas manos sobre sus hombros y la boca rozándole el oído izquierdo.

—No tengas miedo, Alicia.

Ella empezó a agitarse con fuerza, tambaleándose en la silla a la que estaba sujeta. Notó que las manos del hombre descendían por su espalda y cuando comprobó que la presión que le atenazaba las muñecas cedía, tardó unos segundos en comprender que su captor le había quitado las esposas. La circulación regresó poco a poco a sus extremidades, y con ella el dolor. El hombre le tomó los brazos y los posó con delicadeza en la mesa. Se sentó junto a ella y empezó a masajearle las muñecas.

—Mi nombre es Leandro —dijo—. ¿Mejor?

Alicia asintió. Leandro sonrió y liberó sus manos.

—Ahora voy a quitarte los grilletes de los tobillos. También te va a doler un poco. Pero antes necesito saber que no vas a hacer ninguna tontería.

Ella negó.

—Nadie va hacerte daño —dijo Leandro mientras le retiraba las esposas.

Cuando estuvo libre, Alicia se levantó de la silla y buscó el cobijo de un rincón de la habitación. Los ojos del hombre repararon en el charco de orina a los pies de la silla.

—Lo siento, Alicia.

—¿Qué quiere?

—Quiero que hablemos. Nada más.

—¿De qué?

—Del hombre para el que has estado trabajando estos dos últimos años, Baltasar Ruano.

—No le debo nada.

—Lo sé. Quiero que sepas que Ruano ha sido detenido, junto con la mayoría de tus compañeros.

Alicia le miró con recelo.

—¿Qué le van a hacer?

Leandro se encogió de hombros.

—Ruano está acabado. Ha confesado después de un largo interrogatorio. Ahora le espera el garrote. Es cuestión de días. Es una buena noticia para ti.

Alicia tragó saliva.

—¿Y a los demás?

—Son apenas unos críos. Reformatorio o prisión. Eso los que tengan suerte. Los que vuelvan a la calle tendrán los días contados.

—¿Y a mí?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De ti.

—No entiendo.

—Me gustaría que trabajases para mí.

Alicia le observó en silencio. Leandro se acomodó en la silla y la contempló sonriente.

—Hace tiempo que te vengo observando, Alicia. Creo que tienes condiciones.

—¿Para qué?

—Para aprender.

—¿Aprender a qué?

—A sobrevivir. Y también a utilizar tu talento para algo más que llenarle los bolsillos a un chorizo de poca monta como Ruano.

—¿Y quién es usted?

—Yo soy Leandro.

—¿Es usted de la policía?

—Algo así. Piensa en mí como en un amigo.

—Yo no tengo amigos.

—Todos tenemos amigos. Es cuestión de saber encontrarlos. Lo que te propongo es que durante los próximos doce meses trabajes conmigo. Tendrás un alojamiento digno y un sueldo. Serás libre de marcharte cuando quieras.

—¿Y si me quiero marchar ahora?

Leandro señaló la puerta.

—Si eso es lo que quieres, puedes irte. Volver a la calle.

Alicia clavó los ojos en la puerta. Leandro se incorporó y la abrió. Luego regresó a la silla y le dejó el camino libre.

—Nadie va a detenerte si decides salir por esa puerta, Alicia. Pero la oportunidad que te ofrezco se quedará aquí.

Ella dio unos pasos hacia la salida. Leandro no hizo ademán alguno de detenerla.

—¿Y si me quedo con usted?

—Si decides darme un voto de confianza lo primero será buscarte un baño caliente, ropa nueva y una cena en Las Siete Puertas. ¿Has estado allí alguna vez?

—No.

—Hacen un arroz negro buenísimo.

Alicia sintió que le crujían las tripas de hambre.

—¿Y después?

—Después irás a tu nuevo hogar, donde tendrás una habitación y un baño para ti sola, a descansar y a dormir en tu propia cama con sábanas limpias por estrenar. Y mañana, sin prisa, iré a buscarte y pasaremos por mi despacho para que te empiece a explicar lo que hago.

—¿Y por qué no me lo dice ahora?

—Digamos que me dedico a solucionar problemas y a poner a criminales como Baltasar Ruano, y otros mucho mucho peores, fuera de la circulación para que no puedan causarle daño a nadie. Pero lo más importante que hago es encontrar a personas excepcionales que, como tú, no saben que lo son y les enseño a desarrollar su talento para que puedan hacer el bien.

—Hacer el bien —repitió Alicia con frialdad.

—El mundo no es el lugar amoral que has conocido hasta ahora, Alicia. El mundo es simplemente un espejo de quienes lo formamos y no es ni más ni menos que lo que hacemos de él entre todos. Por eso las personas que, como tú y como yo, nacemos con un don tenemos la responsabilidad de utilizarlo por el bien de los demás. El mío es saber reconocer el talento en otros y guiarlos para que llegado el momento puedan tomar la decisión adecuada.

—Yo no tengo ningún talento. Ningún don…

—Claro que lo tienes. Confía en mí. Y sobre todo, confía en ti misma, Alicia. Porque hoy, si tú quieres, puede ser el primer día de la vida que te robaron y que, si

me das la oportunidad, voy a devolverte.

Leandro sonrió con calidez y Alicia sintió un turbio y doloroso deseo de abrazarle. El hombre le tendió la mano. Paso a paso, Alicia cruzó la habitación hasta él. Posó la mano en la de aquel extraño y se perdió en su mirada.

—Gracias, Alicia. Te juro que no te arrepentirás.

El eco de aquellas palabras tan lejanas en el tiempo se desvaneció poco a poco. El dolor empezaba a enseñar las uñas y Alicia optó por caminar con más lentitud. Sabía que desde que había salido del Círculo Ecuestre alguien la estaba siguiendo. Podía sentir su presencia y sus ojos acariciando su silueta desde la distancia, esperando. Al llegar al semáforo de la calle Rosellón se detuvo y se volvió un poco, peinando la calle a su espalda con una mirada casual y escrutando a las decenas de paseantes que habían salido a ramblear, a lucir el uniforme para ver y ser vistos allí donde correspondía. Deseó que se tratase del pobre Rovira, pero no podía dejar de preguntarse si entre ellos, hábilmente escondido a una treintena de metros en algún portal o tras un grupo de transeúntes que pudieran velar su presencia, estaría Lomana. Observándola, pisándole los talones y acariciando con anhelo en el bolsillo de su abrigo la cuchilla que hacía tiempo que le tenía reservada. Una manzana más abajo avistó las cristaleras de la confitería Mauri, repletas de delicias presentadas con maestría para endulzar la melancolía otoñal de señoras de buena cuna. Volvió a escudriñar a su espalda y decidió refugiarse allí unos instantes.

Una joven de semblante adusto y virginal la condujo a una mesa junto a la ventana. La confitería Mauri siempre le había parecido un opulento fumadero de azúcar refinado al que se retiraban a conspirar damas de cierta edad y posición al amparo de exquisitas manzanillas y repostería al borde del pecado. Aquella tarde la parroquia congregada confirmaba su diagnóstico y Alicia, tentada a sentirse una más entre las elegidas, procedió a pedir un café con leche y un massini de nata que había avistado al entrar y que llevaba escrito su nombre. Mientras esperaba, encajó con sonrisa ausente las miradas que las matronas enjoyadas y blindadas en galas de Modas Santa Eulalia le lanzaban desde las otras mesas, leyendo en sus labios los comentarios *soto voce* que su presencia había conseguido inspirar. «Si me pudieran arrancar la piel a tiras y hacerse una máscara con ella lo harían», pensó.

Tan pronto como llegó el dulce a la mesa, Alicia engulló la mitad con avidez y en pocos segundos sintió el azúcar en la sangre. Extrajo del bolso el frasco que le había entregado Leandro al despedirse en la estación de Atocha y lo abrió. Tomó una de las pastillas y la examinó en la palma de la mano unos segundos antes de llevársela a los labios. Una nueva punzada de dolor en la cadera acabó por convencerla. Se tragó la pastilla con un largo sorbo de café con leche y se comió el resto del dulce, más para

vestir el estómago que otra cosa. Permaneció allí por espacio de media hora, observando a la gente pasar y esperando a que el medicamento hiciese efecto. Tan pronto como sintió que el dolor se ahogaba en aquel velo turbio de somnolencia que se esparcía por su cuerpo, se incorporó y abonó la consumición en la caja.

Al pie de la confitería detuvo un taxi y le dio su dirección. El taxista tenía ganas de conversación y le dedicó un largo monólogo, al que Alicia se limitó a asentir vagamente. A medida que el narcótico le helaba la sangre, las luces de la ciudad parecían desvanecerse en un manto acuoso como si fuesen manchas de acuarela resbalando sobre un lienzo. Los sonidos del tráfico le llegaban lejanos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el taxista al detenerse frente al portal del piso de la calle Aviñón.

Ella asintió y le pagó la carrera sin esperar cambio. El taxista, no del todo convencido de su buena condición, esperó a que atinase a meter la llave del portal en la cerradura. Alicia deseó no encontrarse con Jesusa o con algún vecino ávido de reencuentros y conversaciones de rellano. Tanteó la escalera con paso ligero y, tras un ascenso entre sombras y vértigos que se le hizo interminable, alcanzó la puerta de su piso y consiguió de milagro dar con la llave y ganar el interior.

Una vez dentro, tomó de nuevo el frasco y extrajo dos píldoras más con dedos temblorosos. Dejó caer el bolso a sus pies y se dirigió hasta la mesa del comedor. La botella de vino blanco con la que le había obsequiado Fernandito seguía allí. Llenó la copa hasta desbordarla y, sosteniéndose con una mano aferrada a la mesa, se tragó las dos pastillas y apuró el contenido en un solo sorbo, alzando la copa vacía en honor a Leandro y su *Y sobre todo nunca con alcohol*.

Se tambaleó por el corredor que conducía al dormitorio abandonando la ropa a su paso. Sin molestarse en encender la luz, se desplomó sobre la cama. A duras penas consiguió tirar del cobertor para taparse. Las campanas de la catedral resonaron en la distancia y Alicia, rendida, cerró los ojos.

10

En el sueño, el extraño no tenía rostro. Describía una silueta negra que parecía haberse desprendido de las sombras líquidas que goteaban del techo de la habitación. Al principio creyó haberle visto observándola inmóvil al pie del lecho, pero luego se dio cuenta de que se había sentado en el borde de la cama y estaba retirando las sábanas que la cubrían. Sintió frío. El extraño se desenfundaba los guantes negros sin prisa. Sus dedos estaban helados cuando Alicia notó cómo le tocaban el vientre desnudo y buscaban la cicatriz que se esparcía sobre su cadera derecha. Las manos del extraño exploraron los pliegues de la herida y sus labios se posaron sobre su cuerpo. El contacto cálido de la lengua acariciando la cresta de aquella marca le produjo náuseas. Solo cuando oyó pasos alejándose por el corredor comprendió que no estaba sola en el piso.

Palpó en la penumbra hasta encontrar el interruptor y prendió la lamparilla de noche. La luz la cegó y se tapó los ojos. Oyó pasos en el comedor y el sonido de una puerta al cerrarse. Abrió de nuevo los ojos para encontrar su cuerpo desnudo tendido sobre el lecho. Las sábanas estaban apiladas en el suelo. Se incorporó lentamente, sujetándose la cabeza. La embargó una sensación de vértigo y por un instante creyó que se desvanecía.

—¿Jesusa? —llamó con voz quebrada.

Recogió una sábana del suelo y se envolvió en ella. Consiguió recorrer el pasillo buscando las paredes con las manos, palpando a ciegas. El rastro de ropa que había ido dejando por el corredor horas antes había desaparecido. El comedor estaba sumido en una penumbra acerada, el contorno de muebles y estanterías insinuado en la trama de azul que se filtraba desde la ventana. Encontró el interruptor y encendió la lámpara que pendía del techo. Sus ojos se ajustaron poco a poco a la claridad. Tan pronto como comprendió lo que estaba viendo, el miedo le aclaró el pensamiento y la escena entró en su campo visual como si hasta entonces hubiese estado contemplándolo todo a través de una lente desenfocada.

Su ropa estaba recogida sobre la mesa del comedor. El abrigo rojo descansaba en una de las sillas. Su vestido estaba dispuesto con pulcritud encima de la mesa y doblado con la pericia de un profesional. Las medias habían sido delicadamente extendidas con la costura a un lado. La ropa interior, alisada sobre la mesa, parecía preparada para el mostrador de una tienda de lencería. Alicia sintió de nuevo el brote de náusea. Se acercó a la estantería y sacó la Biblia. Abrió el tomo y extrajo el arma que guardaba allí. Al hacerlo, el libro, hueco, le resbaló de las manos y cayó a sus pies. No hizo amago de recogerlo. Tensó el percutor y sostuvo el revólver con las dos manos.

Solo entonces reparó en su bolso, colgado del respaldo de una silla. Recordaba haberlo dejado caer al suelo al entrar. Se aproximó a él. Estaba cerrado. Lo abrió y la invadió una sensación de frío. Dejó caer el bolso de nuevo, maldiciéndose a sí misma.

El libro de Mataix ya no estaba allí.

Pasó el resto de la noche en penumbra, hecha un ovillo en un rincón del sofá, con el arma en las manos y los ojos clavados en la puerta, escuchando los mil y un quejidos que la estructura del viejo edificio destilaba como si se tratase de un buque a la deriva. El alba la sorprendió cuando empezaban a desplomársele los párpados. Se incorporó y contempló su reflejo en la ventana. Más allá, un manto púrpura se esparcía sobre el cielo y dibujaba un desfile de sombras entre los terrados y las torres de la ciudad. Alicia se asomó a la ventana y comprobó que las luces del Gran Café ya salpicaban el empedrado de la calle. Barcelona apenas le había concedido un día de tregua.

«Bienvenida de vuelta», se dijo.

11

Vargas la esperaba en el comedor del Gran Café acariciando una taza humeante y ensayando una sonrisa de armisticio con que recibirla. Alicia le avistó tan pronto como salió al portal, su silueta dibujando un doble reflejo en la cristalera del café. El policía se había instalado en la misma mesa que había ocupado ella la mañana anterior y aparecía rodeado por los restos de lo que debía de haber sido un opíparo desayuno, y por un par de periódicos. Alicia cruzó la calle hasta la entrada y respiró hondo antes de abrir la puerta. Al verla entrar, Vargas se incorporó y la saludó nerviosamente con la mano. Ella le devolvió el saludo y se aproximó a la mesa haciendo un gesto a Miquel para que le sirviera su desayuno habitual. El camarero asintió.

—¿Qué tal su viaje? —dijo Alicia.

—Largo.

Vargas esperó a que ella se sentara para hacer lo propio. Se miraron a los ojos en silencio. Él la contemplaba con el ceño fruncido, confundido.

—¿Qué? —preguntó Alicia.

—Esperaba una maldición o algún recibimiento más en su línea —improvisó Vargas.

Alicia se encogió de hombros.

—Si fuera un poco más tonto casi diría que se alegra de verme —añadió Vargas.

Ella sonrió débilmente.

—No exagere.

—Me asusta usted, Alicia. ¿Ha pasado algo?

Miquel se aproximó con cautela a la mesa portando las tostadas de Alicia y su tazón de café con leche. Ella le dedicó un asentimiento y el camarero se retiró raudo para desaparecer de forma discreta tras la barra. Alicia tomó una de las tostadas y la mordió sin ganas. Vargas la miraba con cierta preocupación.

—¿Entonces? —preguntó al fin, impaciente.

Alicia procedió a resumir sus andanzas del día, y la noche, anterior. A medida que iba desgranando el relato, el rostro de Vargas adquiría un gesto sombrío. Cuando ella hubo terminado de explicarle cómo había pasado las horas hasta el amanecer con el revólver en la mano esperando a que la puerta del piso volviese a abrirse, Vargas negó por lo bajo.

—Hay algo que no entiendo. Dice que un hombre ha entrado mientras usted estaba dormida y se ha llevado el libro.

—¿Y qué parte es la que no entiende?

—¿Cómo sabe que era un hombre?

—Porque lo sé.

—Entonces no estaba dormida.

—Estaba bajo los efectos de la medicación. Ya se lo he dicho.

—¿Qué parte es la que no me ha contado?

—La que no le concierne.

—¿Le ha hecho algo?

—No.

Vargas la miraba con incredulidad.

—Mientras la esperaba, aquí su amigo Miquel me ha ofrecido una buhardilla que tienen arriba, prácticamente con vistas a su casa. Le voy a decir que me suba la maleta y le abonaré un par de semanas por adelantado.

—No hace falta que se quede aquí, Vargas. Váyase a un buen hotel. Invita Leandro.

—Es eso o me instalo en su sofá. Usted elige.

Alicia suspiró, sin ánimos para empezar otra batalla.

—No me había dicho que tenía un arma —dijo Vargas.

—No me lo había preguntado.

—¿Y sabe utilizarla?

Alicia le clavó los ojos.

—Y yo que la hacía más de corte y confección —dijo el policía—. ¿Me hará el favor de llevarla siempre encima? Dentro y fuera de casa.

—Sí, señor. ¿Pudo averiguar algo sobre Lomana?

—En Gobernación nadie suelta prenda. La impresión que me dio es de que no sabían nada. En el Cuerpo la versión es la que ya debe usted de haber oído. Le transfirieron de su unidad hará cosa de un año para que asistiera en el caso de los anónimos a Valls. Estuvo investigando por su cuenta. Se suponía que debía reportar a Gil de Partera. En algún momento dejó de hacerlo. Desapareció del mapa. ¿Qué historia se lleva usted con él?

—Ninguna.

Vargas frunció el ceño.

—¿No estará pensando que fue él quien entró anoche en su casa para robarle el libro y hacer lo que sea que no me quiere usted contar?

—Usted se lo dice todo.

Vargas la observaba de reojo.

—Esa medicación, ¿es para la herida que sufrió?

—No, la tomo para divertirme. ¿Qué edad tiene usted, Vargas?

Él alzó las cejas, sorprendido.

—Probablemente el doble que usted, aunque prefiero no pensarlo. ¿Por qué?

—No irá a creerse que es usted mi padre o algo así, ¿verdad?

—No se haga ilusiones.

—Lástima —dijo Alicia.

—No se enternezca. No le va.

—Eso dice Leandro.

—Por algo será. Si ya hemos terminado el interludio sentimental, ¿por qué no me

cuenta qué planes tenemos para hoy?

Alicia apuró el resto del tazón y le hizo una seña a Miquel para que le sirviese otro.

—¿Ya sabe usted que amén de cafeína y cigarrillos el cuerpo necesita hidratos de carbono, proteínas y todo eso?

—Hoy le prometo que iremos a comer a Casa Leopoldo y que invitará usted.

—Qué alivio. ¿Y antes?

—Antes vamos a reunirnos con mi espía particular, el bueno de Rovira.

—¿Rovira?

Alicia le ofreció un sucinto resumen de su encuentro con Rovira el día anterior.

—Debe de andar por ahí fuera, muerto de frío.

—Que se joda —dijo Vargas—. ¿Y después de pasarle las órdenes del día a su aprendiz?

—Había pensado que podíamos ir a visitar a un abogado. Fernando Brians.

Vargas asintió sin ganas.

—¿Quién es?

—Brians representa a un coleccionista que lleva años comprando todos los ejemplares de las novelas de Víctor Mataix.

—Sigue usted con lo del libro. No se lo tome a mal, pero ¿no cree que lo sensato sería ver qué tienen que contar en comisaría sobre el coche que usó Valls para salir de Madrid? Por poner un ejemplo de algo realmente relacionado con el caso que nos ocupa.

—Tiempo habrá para eso.

—Disculpe, Alicia, pero ¿estamos todavía intentando encontrar al ministro Valls mientras aún hay posibilidades de que esté con vida?

—El coche es una pérdida de tiempo —sentenció Alicia.

—¿El mío o el suyo?

—El de Valls. Pero si así se queda más tranquilo, de acuerdo. Usted gana. Vamos a ver el suyo.

—Gracias.

12

Fiel a su promesa, Rovira esperaba en la calle tiritando y con aspecto de estar maldiciendo el día en que había nacido y todos los que lo habían seguido. El aprendiz de espía parecía haber encogido unos diez centímetros desde la jornada anterior. Su semblante delataba un rictus angustiado que sugería un principio incipiente de úlcera. Vargas lo identificó sin necesidad de que Alicia se lo señalase.

—¿Es ese el as de intrigas?

—El mismo.

Rovira alzó la vista al oír pasos aproximándose. Al registrar a Vargas tragó saliva y buscó su cajetilla de cigarros con mano temblorosa. Alicia y Vargas se colocaron cada uno a un lado de Rovira.

—Creía que vendría usted sola —balbuceó Rovira.

—Eres un romántico, Rovira.

Este exhaló un amago de risa nerviosa. Alicia le arrancó el cigarrillo de los labios y lo lanzó lejos.

—Oiga… —protestó Rovira.

Vargas se inclinó levemente sobre él y Rovira se encogió, si cabe, un poco más.

—A la señorita le hablas solo cuando ella te pregunte. ¿Estamos?

El otro asintió.

—Rovira, hoy va a ser tu día de suerte —dijo Alicia—. Se acabó pasar frío. Te vas a ir al cine. El Capitol empieza las matinales a las diez y ponen un ciclo de películas de la mona Chita que te van a encantar.

—De Oscar —corroboró Vargas.

—Perdone usted, doña Alicia, pero antes de que aquí su compañero me rompa el pescuezo quisiera pedirle, si no es mucha molestia y agradeciendo de antemano su generosidad, que me ayude usted un poco a mí. Lo que pido es poco. No me diga que me vaya al cine. Ya me gustaría, pero si me pillan en Jefatura se me va a caer el poco pelo que me queda. Déjeme que la siga. Muy de lejos. Si quiere me dice por adelantado adónde va a ir y así casi ni la molestaré. Le aseguro que ni me verá. Pero al final del día tengo que pasar un informe de dónde ha estado y lo que ha hecho o me pondrán en pepitoria. Usted no sabe cómo es esa gente. Que se lo diga su compañero…

Vargas contempló a aquel pobre diablo con cierta simpatía. En cada comisaría parecía haber un infeliz como ese, el felpudo en el que todos se limpiaban el lodo de los zapatos y con el que se atrevían hasta las fregonas.

—Usted me dice qué sitios puedo reportar y cuáles no. Y todos ganamos. Se lo pido de rodillas…

Antes de que Alicia pudiera decir nada, Vargas señaló a Rovira con el índice y tomó la palabra.

—Mire, pollo, me recuerda usted a Charlot y me ha caído bien. Le propongo lo

siguiente: nos va a seguir de lejos, pero muy de lejos. Como de la Rioja al Peñón. Como le vea, le huela o le imagine a menos de doscientos metros, usted y yo vamos a tener una conversación cuerpo a cuerpo, y no creo que en Jefatura se tomen a bien verle entrar con la jeta rehecha a base de hostias benditas.

Rovira pareció perder la respiración unos segundos.

—¿Le vale así o quiere un anticipo? —Remató Vargas.

—Doscientos metros. Faltaría. Échele doscientos cincuenta, cortesía de la casa. Muchísimas gracias por su generosidad y comprensión. No se arrepentirá. Que no quede dicho que Rovira no cumple lo…

—Lárguese ya, que me caliento solo de verle —sentenció Vargas en su tono más funesto.

Rovira ofreció un fugaz amago de reverencia y partió a escape. Vargas le vio escurrirse entre el gentío y sonrió.

—Es usted un sentimental —murmuró Alicia.

—Y usted un angelito. Permítame hacer una llamada a Linares para saber si nos dejan ir a ver el coche esta mañana.

—¿Quién es Linares?

—Uno de los buenos. Empezamos juntos y sigue siendo un buen amigo. ¿De cuánta gente se puede decir lo mismo después de veinte años en la policía?

Volvieron a entrar en el café y Miquel les cedió el teléfono. Vargas llamó a la comisaría central de Vía Layetana y se entregó a un vals conversacional de camaradería viril, bromas de dudoso gusto y estudiado compadreo con su compañero Linares a fin de ganarse la licencia para acercarse a curiosear y a echarle un vistazo al coche que presumiblemente habían utilizado Mauricio Valls y su chófer, pistolero y correveidile para viajar de Madrid a Barcelona. Alicia había seguido la conversación como si escuchase una comedia de salón, saboreando la métrica experta y el duende de Vargas para camelarse a sus colegas y trazar grandilocuentes párrafos desprovistos de contenido alguno.

—Todo resuelto —concluyó al colgar el teléfono.

—¿Está seguro? ¿No ha pensado que el tal Linares habría querido saber que va usted conmigo?

—Por supuesto que lo he pensado. Por eso no lo he mencionado.

—¿Y qué va a decir cuando me vean?

—Que somos novios. No sé. Algo se me ocurrirá.

Tomaron un taxi frente al ayuntamiento y partieron justo cuando el tráfico de Vía Layetana empezaba a espesarse en el ralentí tortuoso de primera hora de la mañana. Vargas contemplaba pensativo el desfile de fachadas monumentales que emergían como buques en la bruma matinal. El taxista les dedicaba ocasionales miradas furtivas por el espejo, probablemente especulando sobre la extraña pareja que dibujaban, pero sus inquietudes y cavilaciones quedaron amansadas por la llegada de una vigorosa tertulia radiofónica de ámbito deportivo en la que se debatía con

vehemencia si la liga de fútbol estaba ya perdida o si, por el contrario, quedaban todavía razones para seguir viviendo.

13

Lo llamaban *El Museo de las Lágrimas*. El inmenso pabellón se alzaba en una tierra de nadie varada entre el parque zoológico y la playa. A su alrededor se extendía una ciudadela de fábricas y hangares tramada a espaldas del mar y presidida por la gran Torre de las Aguas, una suerte de castillo circular suspendido en el cielo. El Museo de las Lágrimas era una reliquia, una ruina salvada del derribo que se había llevado por delante casi todas las estructuras construidas para la Gran Exposición Universal de 1888. Tras años de abandono, el pabellón había sido adjudicado por el ayuntamiento a la Jefatura Superior de Policía, que lo había adoptado como almacén y catacumba al uso. Allí se apilaban en un infinito depósito forense décadas de sumarios, pruebas, botines, objetos confiscados, armas y toda suerte de artilugios, memorandos y tesoros resultantes de más de setenta años de polvo, crimen y castigo en la ciudad de Barcelona.

El edificio levantaba una bóveda similar a la cercana Estación de Francia. Su techumbre laminada filtraba cuchillas de luz que atravesaban la tiniebla y se derramaban sobre una madeja de corredores de centenares de metros que superaban en altura a la mayoría de los edificios del Ensanche. Un complejo sistema de escaleras y pasarelas pendía de las alturas a modo de tramoya fantasmal para permitir el acceso a las zonas superiores, donde anidaban los documentos y objetos que daban cuenta de la historia secreta de Barcelona desde el ocaso del siglo XIX. En sus ya siete décadas en ejercicio, toda suerte de artefactos habían quedado atrapados en aquel limbo. Desde carrozas y automóviles antediluvianos utilizados en crímenes hasta un enciclopédico arsenal de armas y venenos. El edificio contenía suficientes obras de arte comprometidas en el inventario de sumarios insolubles como para abrir varios museos. Particular fama entre los estudiosos tenía una macabra colección de cadáveres disecados que había sido hallada en los sótanos de la mansión de un magnate indiano en el barrio de San Gervasio que, en sus años de fortuna y gloria en Cuba, había adquirido la afición por la cacería y el martirio de esclavos y que, a su regreso, había dejado un rastro de desapariciones nunca resueltas entre el lumpen que frecuentaba los salones y cafés del Paralelo.

Había una galería completa dedicada a almacenar frascos de cristal con una variada fauna de inquilinos permanentes flotando en formol amarillento. El palacio contaba con una formidable armería de puñales, punzones y un sinfín de ingenios cortantes que hubieran puesto los pelos de punta al más experimentado carnicero. Una de las secciones más célebres era el pabellón cerrado a cal y canto al que solo se accedía con permisos de las más altas instancias y que albergaba materiales y documentación requisados en las investigaciones de crímenes y los casos de ámbito religioso y ocultista. Se decía que aquel archivo contenía jugosos dosieres sobre miembros de la alta sociedad barcelonesa con relación al caso de la llamada Vampira

de la calle Poniente, así como correspondencia y minutas del caso de los exorcismos de Mossèn Cinto Verdaguer en un piso cercano a la calle Princesa que nunca habían visto, ni verían, la luz.

Los lugares que sirven de morada perpetua a tamaña galería de calamidades acostumbran a destilar una trama de oscuridades que inspira en el visitante el deseo de salir de allí a toda prisa, so pena de quedar atrapado en su interior y pasar a formar parte de la colección permanente. El Museo de las Lágrimas no era una excepción, y aunque los expedientes policiales se referían a él por su verdadero nombre, Sección Trece, su reputación y el acumulativo espectral de desgracias que atesoraba en su interior le habían valido el apodo por el que todos lo conocían.

Cuando el taxi los dejó a las puertas de la Sección Trece, el que parecía haber sido designado como cancerbero del lugar esperaba ya en el umbral portando un manojo de llaves prendido del cinto y con un semblante que hubiera cosechado premios en un concurso de enterradores.

—Este debe de ser Florencio —comentó Vargas en voz baja antes de abrir la puerta del coche—. Déjeme hablar a mí.

—Todo suyo —dijo Alicia.

Se apearon del taxi y Vargas tendió la mano al vigilante.

—Buenos días, Juan Manuel Vargas, de Jefatura Central. He hablado con Linares hará unos minutos. Me ha dicho que le iba a llamar y avisarle de que venía para aquí.

Florencio asintió.

—El capitán Linares no me ha avisado de que iba acompañado.

—La señorita es mi sobrina Margarita, que ha tenido la amabilidad de hacerme de guía y secretaria estos días en la Ciudad Condal. ¿No se lo han comentado?

Florencio negó, buscando a Alicia con la mirada.

—Margarita, saluda a don Florencio; es Florencio, ¿verdad?, autoridad absoluta de la Sección Trece.

Alicia se adelantó unos pasos y le tendió tímidamente la mano. Florencio frunció el ceño pero optó por no decir nada.

—Pasen ustedes.

El vigilante los guio hasta el portón principal y los invitó a pasar.

—¿Hace mucho que está usted aquí, Florencio? —preguntó Vargas.

—Un par de años. Antes estuve diez años en el depósito.

Vargas le miró, confundido.

—De cadáveres —aclaró el otro—. Si son tan amables de seguirme, lo que buscan está en el pabellón nueve. Se lo he dejado ya preparado.

Lo que visto desde fuera se antojaba una gran estación de tren abandonada, en el interior se desvelaba una vasta basílica que se perdía en la infinidad. Un sistema de alumbrado eléctrico tendía guirnaldas de bombillas suspendidas que le conferían a la penumbra un tinte dorado. Florencio los guio a través de incontables galerías pobladas de toda suerte de artilugios, cajas y arcones. Alicia pudo vislumbrar al vuelo

desde una colección de animales disecados hasta un batallón de maniquís. Muebles, bicicletas, armas, cuadros, estatuas religiosas e incluso un recinto espectral poblado exclusivamente por lo que parecían autómatas de feria.

Florencio debió de advertir la mirada de asombro con que Alicia iba absorbiendo la atmósfera de aquel lugar. Se aproximó a ella y señaló hacia lo que parecía una carpa de feria.

—No se creerían ustedes lo que llegamos a tener aquí. Hay días que no me lo creo ni yo.

A medida que se adentraban en la retícula de corredores advirtieron que flotaba en el aire una extraña letanía de lo que parecían ruidos animales. Por un instante, Alicia creyó que se estaban aventurando a través de una jungla poblada por aves tropicales y felinos al acecho. Florencio se deleitó con la perplejidad que leía en sus rostros y dejó escapar una risotada infantil.

—No, no se han vueltos ustedes locos, aunque este sitio haga puntos para que uno vaya perdiendo el oremus sin darse ni cuenta —explicó—. Es por el zoo, que está justo ahí detrás. Aquí se oye de todo. Elefantes, leones y cacatúas. Por la noche, las panteras empiezan a gemir y le ponen a uno los pelos de punta. Pero las peores son las monas. Como la gente, pero sin todo el teatrillo. Por aquí, por favor. Ya casi estamos…

El automóvil estaba cubierto con una lona fina que dibujaba su contorno. Florencio la retiró con mano experta y la dobló. Tenía dispuestos ya un par de focos sujetos a trípodes que había colocado a ambos lados del coche. Una vez conectados a un alargo que pendía del entramado del alumbrado, proyectaron dos intensos haces amarillentos que convirtieron el automóvil en una escultura de metal reluciente. Complacido con el resultado de su escenografía, Florencio procedió a abrir las cuatro puertas del vehículo y se alejó unos pasos con una reverencia.

—Ahí está —entonó.

—¿Tiene usted a mano el informe pericial? —preguntó Vargas.

Florencio asintió.

—Lo tengo en la oficina. Ahora mismo se lo traigo.

El vigilante partió raudo en busca del informe casi levitando a un palmo del suelo.

—Usted el lado del pasajero —ordenó Vargas.

—Sí, querido tío.

Lo primero que advirtió Alicia fue el olor. Alzó la vista hacia Vargas, que asintió.

—Pólvora —dijo.

El policía señaló las manchas oscuras de sangre seca que salpicaban el asiento del pasajero.

—Es poca sangre para una herida de bala —estimó Alicia—. Posiblemente un rasguño…

Vargas negó con lentitud.

—Un disparo dentro del coche habría dejado una herida de salida y el proyectil

estaría alojado en la carrocería, en los asientos. Tan poca sangre es probable que venga de otra herida, tal vez de arma blanca. O de un golpe.

Vargas palpó el halo de pequeñas marcas horadadas en el respaldo del asiento.

—Quemado —murmuró—. El disparo fue de dentro a fuera.

Alicia se retiró del asiento y buscó la manivela de la ventanilla. Al accionarla, apenas un cerco de aristas de cristal asomó por el borde. Al pie de la ventanilla se apreciaban fragmentos de cristal pulverizado.

—¿Lo ve?

Por espacio de unos minutos procedieron a registrar el coche de arriba abajo, en silencio. La policía local había peinado el vehículo a conciencia y no había dejado para ellos nada de interés más que un fajo de viejos mapas de carretera en la guantera y una libreta de espiral sin cubiertas. Alicia pasó las páginas.

—¿Hay algo? —preguntó Vargas.

—En blanco.

Florencio, que había regresado sigilosamente con el informe pericial, los observaba desde la penumbra.

—Limpio como una patena, ¿verdad? —les dijo.

—¿Había algo en el coche cuando lo trajeron?

Florencio les tendió el informe pericial.

—Ya estaba así cuando lo trajeron.

Vargas tomó el informe y empezó a repasar el inventario de artículos reseñados.

—¿Es eso normal? —inquirió Alicia.

—¿Disculpe? —replicó Florencio, solícito.

—Preguntaba si es normal que el coche no fuera registrado aquí.

—Eso depende. Lo habitual es que haya una primera inspección en el lugar de los hechos y luego una más en profundidad aquí.

—¿Y la hubo?

—No, que yo sepa.

—Aquí en el informe dice que el coche fue encontrado en la carretera de las Aguas. ¿Es una vía muy transitada? —quiso saber Vargas.

—No. Es más bien un camino sin asfaltar de varios kilómetros que bordea la ladera de la montaña —dijo Florencio—. No hay ni aguas ni carretera propiamente dicha.

La explicación iba dirigida a Vargas, pero Florencio guiñó un ojo a Alicia mientras la formulaba. Ella le sonrió la gracia.

—Los investigadores creen que el coche fue abandonado allí *a posteriori*, pero que el incidente sucedió en otro lugar —añadió Florencio.

—¿Alguna idea?

—Encontraron restos de una gravilla fina entre los surcos de los neumáticos. Piedra caliza. No del mismo tipo que recubre la carretera de las Aguas.

—¿Y eso?

—Si les pregunta a los investigadores, le dirán que hay docenas de sitios donde se encuentra.

—¿Y si le preguntamos a usted, Florencio? —dijo Alicia.

—Un recinto ajardinado. Tal vez un parque. Es posible que el patio de una vivienda particular.

Vargas señaló el informe.

—Ya veo que han resuelto ustedes dos el caso —interrumpió Vargas—, pero si no es mucho pedir, ¿podría obtener una copia?

—Esa es una copia. Puede quedársela. ¿Alguna cosa más que pueda hacer por ustedes?

—Si fuera tan amable de llamarnos un taxi…

14

Ya en el coche, Vargas no despegó los labios y mantuvo la mirada fija en la ventana, su malhumor esparciéndose como veneno en el aire. Alicia le golpeó suavemente con la rodilla.

—Anime esa cara, hombre, que vamos a Casa Leopoldo.

—Nos están haciendo perder el tiempo —murmuró Vargas.

—¿Y eso le sorprende?

Él la miró enfurecido. Alicia sonreía plácidamente.

—Bienvenido a Barcelona.

—No sé qué le hace tanta gracia.

Alicia abrió su bolso y extrajo el cuaderno de notas que había encontrado en el coche de Valls. Vargas suspiró.

—Dígame que eso no es lo que creo que es.

—¿Ya se le va despertando el apetito?

—Sin entrar en que sustraer pruebas de un sumario es en sí una falta grave, todo lo que veo ahí es una libreta de páginas en blanco.

Alicia introdujo la uña entre los aros de la espiral metálica que sujetaba el lomo del cuaderno y extrajo un par de tiras de papel que habían quedado atrapadas en el interior.

—¿Y?

—Páginas arrancadas —dijo ella.

—De gran utilidad, sin duda.

Alicia extendió la primera página del cuaderno sobre la ventanilla del taxi. El trasluz del sol perfiló el relieve de los trazos marcado en el papel. Vargas se inclinó y forzó la vista.

—¿Números?

Alicia asintió.

—Hay dos columnas. La primera está formada por secuencias de números y letras. La segunda, solo de números. Secuencias de entre cinco y siete cifras. Fíjese bien.

—Ya lo veo. ¿Y?

—Que los números son consecutivos. Empiezan en el cuarenta mil trescientos algo y acaban en el cuarenta mil cuatrocientos siete u ocho.

La mirada de Vargas se iluminó, aunque una sombra de duda todavía planeaba sobre su rostro.

—Podría ser cualquier cosa —dijo.

—Mercedes, la hija de Valls, recordaba que su padre había mencionado algo de una lista a su guardaespaldas la noche antes de desaparecer. Una lista con números…

—No sé, Alicia. Lo más probable es que no sea nada.

—Tal vez —convino ella—. ¿Qué tal ese apetito?

Vargas sonrió al fin, vencido.

—Si invita usted, algo haremos.

La visita al Museo de las Lágrimas y la promesa —que posiblemente quedaría apenas en anhelo— de que aquel improbable indicio encontrado en el relieve de una página en blanco pudiera conducirlos a alguna parte había encendido el ánimo de Alicia. Olfatear un rastro nuevo era siempre un placer secreto: el perfume del porvenir, como gustaba llamarlo Leandro. Confundiendo el buen humor con el apetito, Alicia encaró el menú de Casa Leopoldo con impronta de cosaco y pidió por los dos, y por dos más. Vargas la dejó hacer sin rechistar y cuando el desfile de ricas viandas empezó a fluir sin cesar y Alicia a duras penas pudo hacerle frente, el veterano policía se limitó a negar por lo bajo mientras daba buena cuenta de su ración y de unas cuantas más.

—En esto de la mesa también hacemos un gran equipo —comentó repelando un rabo de toro de aroma prodigioso—. Usted pide y yo devoro.

Alicia mordisqueaba su plato como si fuera un pajarillo, sonriente.

—No quiero ser un aguafiestas, pero no se haga demasiadas ilusiones —dijo Vargas—. Esos números quizá no sean más que referencias de recambios que tenía el chófer o vaya usted a saber el qué.

—Muchos recambios son esos. ¿Qué tal el rabo?

—De catálogo. Como uno que me comí en Córdoba en la primavera de 1949 y con el que todavía sueño.

—¿Solo o acompañado?

—¿Me está usted investigando, Alicia?

—Es simple curiosidad. ¿Tiene usted familia?

—Todo el mundo tiene familia.

—Yo no —cortó ella.

—Perdone, no…

—No hay nada que perdonar. ¿Qué le ha contado Leandro de mí?

Vargas pareció sorprendido por la pregunta.

—Algo le diría. O algo preguntaría usted.

—Yo no pregunté. Y él apenas dijo gran cosa.

Alicia sonrió fríamente.

—Entre nosotros. Ande. ¿Qué le contó de mí?

—Mire, Alicia, el juego que se lleven entre ustedes no es asunto mío.

—Vaya, entonces es que le contó más de lo que admite.

Vargas la encaró, irritado.

—Me dijo que es usted huérfana. Que perdió a sus padres en la guerra.

—¿Qué más?

—Que tiene una herida que le produce un dolor crónico. Y que eso afecta a su carácter.

—Mi carácter.

—Dejémoslo.
—¿Qué más?
—Que es usted una persona solitaria y que tiene problemas estableciendo lazos afectivos.
Alicia rio sin ganas.
—¿Eso dijo? ¿Con esas palabras?
—No me acuerdo con exactitud. ¿Podemos cambiar de tema?
—Vale. Hablemos de mis lazos afectivos.
Vargas puso los ojos en blanco.
—¿Cree usted que tengo problemas estableciendo lazos afectivos?
—Ni lo sé ni me concierne.
—Leandro nunca pronunciaría una frase así, plagada de tópicos. Diría que parece sacada del consultorio sentimental de una revista de patrones de moda.
—Debí de ser yo entonces, que estoy suscrito a varias.
—¿Qué dijo exactamente?
—¿Por qué se hace usted esto, Alicia?
—¿Hago el qué?
—Martirizarse.
—¿Así me ve usted? ¿Como una mártir?
Vargas la miró en silencio, negando al fin.
—¿Qué dijo Leandro? Le prometo que si me dice la verdad no le preguntaré más.
Vargas calibró la alternativa.
—Dijo que usted no cree que nadie la pueda querer porque no se quiere a sí misma y que piensa que nunca nadie la ha querido. Y que no se lo perdona al mundo.
Alicia bajó la mirada y forzó una risa leve. Vargas advirtió que tenía los ojos vidriosos y carraspeó.
—Creía que quería que le hablase de mi familia —comentó.
Alicia se encogió de hombros.
—Mis padres eran de un pueblecito de…
—Quería decir si tenía mujer e hijos —atajó ella.
Vargas la miró, sus ojos vacíos de expresión alguna.
—No —dijo tras una pausa.
—No quería molestarle. Disculpe.
Vargas sonrió sin ganas.
—No me molesta. ¿Y usted?
—¿Si tengo mujer e hijos? —preguntó Alicia.
—O lo que sea.
—Me temo que no —replicó ella.
Vargas alzó su vaso de vino a modo de brindis.
—Por las almas solitarias.
Alicia tomó su copa y rozó la de Vargas, evitando su mirada.

—Leandro es un necio —opinó el policía al rato.
Alicia negó despacio.
—No. Es simplemente cruel.
El resto de la comida transcurrió en silencio.

15

Valls despierta en la oscuridad. El cuerpo de Vicente ya no está allí. Martín se lo debe de haber llevado mientras dormía. Solo a ese malnacido se le podría haber ocurrido encerrarle con un cadáver. Una mancha viscosa dibuja en el suelo el contorno que había ocupado el cuerpo. En su lugar hay una pila de ropa vieja pero seca y un cubo pequeño lleno de agua. Sabe a metal y huele a sucio, aunque tan pronto como Valls humedece los labios y consigue tragar un sorbo le parece que es el manjar más delicioso que ha probado en toda su vida. Bebe hasta saciar una sed que creía insaciable, hasta que le duelen el estómago y la garganta. Luego se desprende de los harapos ensangrentados y mugrientos que le cubren y se enfunda algunas de las prendas que encuentra en el montón. Huelen a polvo y a desinfectante. El dolor de la mano derecha se ha adormecido y en su lugar siente un palpitar sordo. Al principio no se atreve a mirarse la mano, pero cuando lo hace observa que la mancha negra se ha extendido y le llega a la muñeca, como si la hubiera sumergido en un cubo de alquitrán. Puede oler la infección y sentir cómo su propio cuerpo se está pudriendo en vida.

—Es la gangrena —dice la voz en la oscuridad.

El corazón le da un vuelco y Valls se vuelve para descubrir a su carcelero sentado a los pies de la escalera, observándole. Valls se pregunta cuánto rato lleva allí.

—Vas a perder la mano. O la vida. De ti depende.

—Ayúdeme, por favor. Le daré lo que pida.

El carcelero le contempla, impasible.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Poco.

—¿Trabaja usted para Martín? ¿Dónde está él? ¿Por qué no viene a verme?

El carcelero se incorpora. El soplo de luz que se filtra desde lo alto de la escalera le roza el rostro. Valls puede ver ahora la máscara con claridad, una pieza de porcelana que le cubre media cara. Está pintada de color carne. El ojo está siempre abierto y no pestañea. El carcelero se acerca a los barrotes para que le pueda ver bien.

—No te acuerdas, ¿verdad?

Valls niega despacio.

—Ya te acordarás. Hay tiempo.

Se vuelve y se dispone a ascender de nuevo la escalera cuando Valls extiende la mano izquierda a través de los barrotes en señal de súplica. El carcelero se detiene.

—Por favor —implora Valls—. Necesito un médico.

El carcelero extrae un paquete del bolsillo del abrigo y lo lanza al interior de la celda.

—Decide tú si quieres vivir o pudrirte poco a poco como tú has dejado pudrirse a tantos inocentes.

Antes de irse, enciende una vela y la deja en un pequeño hueco escarbado en la

pared en forma de hornacina.

—Por favor, no se vaya…

Valls oye cómo los pasos se pierden y la puerta se cierra. Entonces se arrodilla para recoger el paquete envuelto en papel de estraza. Lo abre con la mano izquierda. Al principio no acierta a dilucidar qué es. Solo cuando toma el objeto y lo contempla a la lumbre de la vela lo reconoce.

Una sierra de ebanistería.

16

Barcelona, madre de laberintos, alberga en lo más sombrío de su corazón una madeja de callejones anudados en un arrecife de ruinas presentes y futuras en el que viajeros intrépidos y espíritus extraviados de toda condición quedan atrapados para siempre en un distrito al que, a falta de más certera advertencia, algún bendito cartógrafo tuvo a bien bautizar como el Raval. Al salir de Casa Leopoldo, una retícula de callejas pobladas de tugurios, prostíbulos y un arsenal de bazares donde toda suerte de mercachifles ofertaban artículos bajo el radar de la legalidad los recibió en todo su tenebroso esplendor.

La comilona había dejado a Vargas afectado de un ligero hipo que intentaba domar resoplando y golpeándose el pecho con los nudillos.

—Eso le pasa por *golafre* —sentenció Alicia.

—Ya tiene narices. Primero me empapuza y luego se pitorrea.

Una moza de la vida de rotundos encantos y disposición rapaz los observaba con interés estrictamente comercial desde un portal tras el cual oficiaba un transistor que estaba dando a luz a la rumba catalana en toda su mestiza gloria.

—¿Hace una siestecita a dúo con tu flaca y una mujer de verdad, mi *arma*? —invitó la dama del atardecer.

Vargas negó, vagamente azorado, y apretó el paso. Alicia sonrió y le siguió, intercambiando una mirada con la mujerona del portal, que viendo a la presa alejarse se encogió de hombros y le dedicó un repaso de pies a cabeza como si se preguntara si aquello que contemplaba era lo que se llevaba ahora entre los caballeros bien calzados.

—Este barrio es una calamidad social —dijo Vargas.

—¿Quiere que le deje solo un rato a ver si lo resuelve? —preguntó Alicia—. Creo que acaba de hacer una amiga que le quitará ese hipo en un santiamén.

—No me pinche, que estoy a punto de reventar.

—¿Quiere algo de postre?

—Una lupa. A ser posible de escala industrial.

—Creía que no tenía usted fe en los números.

—Uno cree en lo que puede, no en lo que quiere. A menos que sea un cretino, en cuyo caso invierte esos términos.

—No sabía que el empacho le ponía a usted filosófico.

—Hay muchas cosas que usted no sabe, Alicia.

—Por eso aprendo algo nuevo cada día.

Alicia le tomó del brazo.

—No se haga ilusiones —advirtió Vargas.

—Eso ya me lo ha dicho antes.

—Es el mejor consejo que se le puede dar a nadie en esta vida.

—Qué pensamiento más triste, Vargas.

El policía la miró y Alicia pudo ver en sus ojos que hablaba en serio. Se le borró la sonrisa de los labios y, sin pensarlo, se alzó de puntillas y le plantó un beso en la mejilla. Era un beso casto, de cariño y amistad, un beso que no esperaba nada y pedía menos aún.

—No haga eso —dijo Vargas echando a caminar.

Alicia advirtió que la buscona del portal la seguía observando y había presenciado aquella escena. Se miraron brevemente y la veterana negó por lo bajo, sonriendo con amargura.

17

La tarde había quedado velada de nubes bajas que filtraban un halo verdoso y conferían al Raval el aspecto de una aldea sumergida en las aguas de un pantano. Enfilaron la calle Hospital rumbo a las Ramblas y una vez allí Alicia guio a Vargas entre el gentío que desfilaba hasta la Plaza Real.

—¿Adónde vamos? —preguntó él.

—En busca de la lupa que decía usted.

Cruzaron la plaza y se dirigieron al corredor que la rodeaba bajo los arcos. Allí, Alicia se detuvo frente al escaparate de un bazar acristalado en cuyo interior se entreveía una pequeña jungla de animales salvajes congelados en un instante de furia que contemplaban la eternidad con ojos de cristal. Vargas alzó la vista hacia el cartel sobre la puerta y, más abajo, hacia las letras grabadas sobre la puerta acristalada:

MUSEO

Vda. de L. Soler Pujol

Teléfono 404451

—¿Y esto?

—La gente lo llama el museo de las bestias, pero en realidad es un establecimiento de taxidermia.

Tan pronto como entraron en la tienda, Vargas pudo apreciar la riqueza de la colección de animales disecados que contenía el local. Tigres, aves, lobos, simios y toda una regalía de especies exóticas poblaban aquel improvisado museo de ciencias naturales que hubiera hecho las delicias, o las pesadillas, de más de un estudioso de la fauna exótica de los cinco continentes. Vargas se paseó por las vitrinas, admirando la maestría que evidenciaban aquellas piezas de taxidermia.

—Ahora sí que se le ha quitado el hipo —comentó Alicia.

Oyeron unos pasos aproximándose a su espalda y se volvieron, para encontrar a una señorita delgada como un lápiz que los observaba con las manos unidas sobre el pecho. Vargas pensó que tenía el aspecto y la mirada de una mantis religiosa.

—Buenas tardes. ¿Qué se les ofrece?

—Buenas tardes. Quisiera hablar con Matías, si es posible —dijo Alicia.

La mantis redobló la dosis de recelo que teñía su mirada.

—¿En relación con…?

—Una consulta técnica.

—¿Y puedo preguntar de parte de quién?

—Alicia Gris.

La mantis les dedicó un repaso ocular a conciencia y, tras arrugar el morro con desaprobación, partió sin prisa hacia la trastienda.

—Me está usted descubriendo una Barcelona de lo más acogedora —murmuró Vargas—. Estoy por mudarme.

—¿No tiene suficientes glorias disecadas en la capital?

—Ojalá. Mucho vivo es lo que hay por allí. ¿Quién es el tal Matías? ¿Un antiguo novio?

—Más bien aspirante.

—¿Peso pesado?

—Más tirando a peso pluma. Matías es uno de los técnicos de la casa. Aquí tienen las mejores lupas de la ciudad y Matías los mejores ojos.

—¿Y la lamia?

—Creo que se llama Serafina. Era su prometida años ha. Ahora debe de ser su mujer.

—Un día de estos a lo mejor la diseca y la puede poner en ese estante, junto a los leones, para rematar el museo del terror…

—¡Alicia! —La voz de Matías llegó eufórica.

El taxidermista los recibió con una cálida sonrisa. Matías era un hombre menudo y de gesto nervioso enfundado en una bata blanca y tocado con unos lentes circulares que le agrandaban los ojos y le conferían un aspecto algo cómico.

—Cuánto tiempo —dijo, visiblemente excitado por el reencuentro—. Pensaba que ya no vivías en Barcelona. ¿Cuándo has vuelto?

Serafina vigilaba medio escondida desde la cortina de la trastienda con ojos negros como alquitrán y un gesto poco amigable.

—Matías, este es mi colega, don Juan Manuel Vargas.

Matías estrechó su mano al tiempo que le estudiaba.

—Tiene usted aquí una colección impresionante, don Matías.

—Oh, la mayoría de las piezas son del señor Soler, fundador de la casa. Mi maestro.

—Matías es muy modesto —intervino Alicia—. Cuéntale lo del toro.

El aludido negó con modestia.

—¿No me diga que diseca usted también toros bravos? —preguntó Vargas.

—No hay encargo imposible para él —intervino Alicia—. Hace unos años se presentó aquí un célebre matador y le encargó a Matías que le disecase una bestia de más de quinientos kilos que había toreado aquella tarde en la Monumental para regalársela a una estrella de cine de la que estaba perdidamente enamorado… ¿No era Ava Gardner, Matías?

—Las cosas que hacemos por las mujeres, ¿verdad? —añadió Matías, que era obvio que prefería no entrar en el tema.

Serafina tosió amenazadora desde su puesto de vigilancia, y Matías se cuadró y perdió la sonrisa.

—¿Y qué puedo hacer por ustedes? ¿Tienen alguna mascota que inmortalizar? ¿Animales de compañía o alguna pieza de caza memorable?

—La verdad es que tenemos una petición un tanto inusual —empezó Alicia.

—Inusual es lo usual aquí. Hace unos meses el mismísimo don Salvador Dalí cruzó esa puerta para preguntar si le podíamos disecar doscientas mil hormigas. No es coña. Cuando le dije que no lo veía factible se ofreció a retratar a mi Serafina en un retablo de insectos y cardenales. Cosas del genio. Ya ven que aquí no nos aburrimos…

Alicia extrajo de su bolso la página del cuaderno y la desplegó.

—Lo que queríamos pedirte es si nos podías ayudar con tus lentes a descifrar el texto que aparece en relieve en esta página.

Matías tomó el papel con delicadeza y lo estudió al trasluz.

—Alicia, siempre con sus misterios, ¿eh? Pasen al taller. A ver qué se puede hacer.

El taller y laboratorio del taxidermista era una pequeña cueva de alquimia y prodigios. Un complejo alambique de lentes y lámparas pendía del techo sostenido por cables de metal. Las paredes estaban rematadas de armarios acristalados donde se podían ver infinidad de frascos y soluciones químicas. Grandes láminas de atlas anatómicos de color ocre flanqueaban la sala, brindando vistas de vísceras, esqueletos y musculaturas de criaturas de todo pelaje. Dos amplias tablas de mármol presidían el centro del taller, que tenía el aspecto de una sala de cirugía concebida para especímenes de otro mundo, acompañadas de mesillas metálicas cubiertas de un paño carmesí que recogía la colección de instrumentos quirúrgicos más extravagante que Vargas había visto jamás.

—No hagan caso al olor —advirtió el taxidermista—. Después de unos minutos, se acostumbra uno y ni lo nota.

Dudando de tal extremo, pero sin ánimo de contradecir a Matías, Alicia aceptó la silla que le ofrecía junto a una de las mesas y le sonrió cálidamente, consciente del anhelo que destilaba la mirada de su antiguo pretendiente.

—Serafina nunca entra aquí. Dice que huele a muerto. Pero a mí me resulta relajante. Aquí uno ve las cosas como son, sin ilusiones ni tapujos.

Matías tomó la nota y la extendió sobre una lámina de vidrio. Con un regulador que había junto al tablón de mármol, rebajó la luz ambiente a un mero soplo de claridad y prendió un par de focos que pendían del techo. Tiró de una barra sostenida por poleas y acercó a la mesa un juego de lentes articulado en brazos metálicos.

—Nunca te despediste —dijo sin levantar la vista de su labor—. Me tuve que enterar por la portera. Jesusa.

—Fue todo un poco de hoy para mañana.

—Me hago cargo.

Matías colocó la lámina de cristal entre uno de los focos y una lente de ampliación. El haz de luz perfiló el contorno del trazo marcado sobre la página.

—Números —comentó.

El taxidermista ajustó el ángulo de la lente y reexaminó la página con esmero.

—Podría aplicarle un contraste al papel, pero eso seguramente lo dañaría y tal vez se perdería parte de las cifras… —comentó.

Vargas se aproximó a un escritorio que había en una esquina de la sala y tomó un par de folios y un lápiz.

—¿Me permite? —preguntó.

—Por supuesto. Está usted en su casa.

El policía se acercó a la mesa y, fijando la mirada en la lente, empezó a copiar las secuencias de números.

—Parecen números de serie —opinó Matías.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber Alicia.

—Están correlacionados. Si observas las tres primeras cifras de la columna de la izquierda, da la impresión de que van en serie. El resto también está en secuencia. Las últimas dos cifras solo cambian cada tres o cuatro números.

Matías los miró, irónico.

—Supongo que no vale la pena que pregunte a qué se dedican ustedes, ¿verdad?

—Yo soy un mandado —respondió Vargas, que seguía copiando cifras.

Matías asintió y contempló a Alicia.

—Me habría gustado enviarte una invitación para la boda, pero no sabía adónde.

—Lo siento, Matías.

—No tiene importancia. El tiempo lo cura todo, ¿verdad?

—Eso dicen.

—Y tú, ¿estás bien? ¿Contenta?

—Como unas castañuelas.

Matías rio.

—La Alicia de siempre.

—Lamentablemente. Espero que a Serafina no le importe que haya venido aquí.

Matías suspiró.

—Bueno. Me imagino que tiene una idea de quién eres. La cosa me costará un pequeño disgusto hoy a la hora de cenar, pero nada más. Serafina parece un poco arisca cuando se la conoce poco, aunque tiene buen corazón.

—Me alegro de que hayas encontrado a alguien que te merezca.

Matías la miró a los ojos sin decir nada. Vargas había intentado mantenerse al margen de aquella conversación a media voz, desempeñando el papel de invitado de piedra que copiaba números en un papel sin apenas atreverse a respirar. El taxidermista se volvió hacia él y le palmeó la espalda.

—¿Lo tiene todo? —preguntó.

—En ello estoy.

—A lo mejor podríamos montar la página en una lámina y ponerla en el proyector.

—Creo que ya lo tengo —dijo Vargas.

Alicia se levantó de la silla y vagó por la sala, examinando los instrumentos como si se pasease por los corredores de un museo. Matías la observaba de lejos, con la mirada baja.

—¿Y se conocen ustedes hace tiempo? —preguntó el taxidermista.

—Hace apenas unos días. Estamos trabajando juntos en un tema administrativo, nada más —respondió Vargas.

—Todo un personaje, ¿verdad?

—¿Perdón?

—Alicia.

—Tiene sus cosas, sí.

—¿Todavía usa el arnés?

—¿Arnés?

—Se lo hice yo, ¿sabe? A medida. Una obra maestra, mal que me esté el decirlo. Utilicé hueso de ballena y cintas de wolframio. Es lo que llamamos un exoesqueleto. Tan fino, ligero y articulado que es casi como una segunda piel. Hoy no lo lleva. Lo sé por cómo se mueve. Recuérdele que lo tiene que usar. Por su bien.

Vargas asintió, como si comprendiese de qué le hablaba el taxidermista, y terminó de anotar las últimas cifras.

—Gracias, Matías. Ha sido usted de gran ayuda.

—Para eso estamos.

El policía se incorporó y carraspeó. Alicia se volvió y ambos intercambiaron una mirada. Vargas asintió. Ella se aproximó a Matías y le ofreció una sonrisa que Vargas pensó que debía de doler como una puñalada.

—Bueno —dijo Matías, tenso—. Espero que no tengan que pasar otra vez años para que nos veamos de nuevo.

—Espero que no.

Alicia le abrazó y le susurró unas palabras al oído. Matías asintió, aunque mantuvo los brazos caídos y no rodeó el talle de Alicia. Al poco, ella se alejó hacia la salida sin decir nada más. Matías aguardó a oírla salir y solo entonces se volvió. Vargas le ofreció la mano y el taxidermista se la estrechó.

—Cuídela bien, Vargas, porque ella no lo va a hacer.

—Lo intentaré.

Matías sonrió sin fuerza y asintió; era un hombre que parecía joven hasta que uno le miraba a los ojos y veía en ellos un alma envejecida por la tristeza y el remordimiento.

Al cruzar la sala de exposición con los animales posando en la tiniebla, Serafina le salió al encuentro. Tenía los ojos encendidos de rabia y le temblaban los labios.

—No vuelva a traerla por aquí —le advirtió.

Vargas salió a la calle y avistó a Alicia apoyada al borde de la fuente de la plaza, frotándose la cadera derecha con un rictus de dolor en el rostro. Se aproximó a ella y

tomó asiento a su lado.

—¿Por qué no se va a casa a descansar? Mañana será otro día.

Le bastó una mirada para ofrecerle un cigarrillo, que compartieron en silencio.

—¿Usted cree que soy una mala persona? —preguntó ella al fin.

Vargas se incorporó y le tendió el brazo.

—Venga, apóyese en mí.

Alicia se sujetó a Vargas y así, cojeando y deteniéndose cada diez o quince metros para morder el dolor, consiguieron llegar hasta el portal de su casa. Cuando ella intentó extraer las llaves del bolso, estas se le cayeron al suelo. Vargas las recogió, abrió la puerta y la ayudó a entrar. Alicia se apoyó contra la pared, gimiendo. El policía inspeccionó la escalera y, sin mediar palabra, tomó a Alicia en brazos y se encaminó escaleras arriba.

Cuando llegaron al ático, la joven tenía el rostro cubierto de lágrimas de dolor y de rabia. Vargas la condujo hasta el dormitorio y la tendió sobre el lecho con delicadeza. Le quitó los zapatos y la cubrió con una manta. El frasco con las píldoras descansaba sobre la mesita.

—¿Una o dos? —preguntó.

—Dos.

—¿Seguro?

Le dio dos píldoras y le sirvió un vaso de agua de la jarra que había sobre la cómoda. Alicia tragó las pastillas y respiró entrecortadamente. Vargas le tomó la mano y esperó a que se tranquilizase. Ella le miró con los ojos enrojecidos y la cara surcada de lágrimas.

—No me deje sola, por favor.

—No me voy a ninguna parte.

Alicia intentó sonreír. Él apagó la luz.

—Descanse.

Le sostuvo la mano en la penumbra, oyendo cómo se tragaba las lágrimas y temblaba de dolor, hasta que media hora más tarde sintió que Alicia aflojaba el tacto y se deslizaba hacia un estado entre el delirio y el sueño. La escuchó murmurar palabras a las que no encontró sentido hasta que lentamente cayó dormida o perdió la consciencia. La tiniebla del crepúsculo se filtraba desde la ventana, dibujando el rostro de Alicia sobre la almohada. Vargas pensó por un instante que parecía muerta y le tomó el pulso. Se preguntó si aquellas lágrimas se las arrancaba la herida en su costado o si el dolor provenía de más adentro.

Al rato, la fatiga empezó a rondarle también a él y se retiró al comedor para tenderse en el sofá. Cerró los ojos y respiró el perfume de Alicia en el aire.

—No creo que sea usted una mala persona —se sorprendió a sí mismo murmurando en voz baja—. Pero a veces me da miedo.

18

Pasaba la medianoche cuando Vargas abrió los ojos y se encontró a Alicia envuelta en una manta, sentada en una silla a su lado y observándole fijamente en la penumbra.

—Parece usted un vampiro —consiguió articular Vargas—. ¿Cuánto hace que está ahí?

—Un rato.

—Le tendría que haber advertido que ronco.

—No me importa. Con las pastillas no oiría ni un terremoto.

Vargas se incorporó y se frotó la cara.

—Permítame decirle que este sofá es una porquería.

—No tengo buen ojo para el mobiliario. Compraré cojines nuevos. ¿Preferencias de color?

—Siendo usted, negros y con dibujitos de arañas o calaveras.

—¿Ha cenado algo?

—Comí, cené y merendé para una semana entera. ¿Cómo se encuentra?

Alicia se encogió de hombros.

—Avergonzada.

—No sé de qué. ¿Y el dolor?

—Mejor. Mucho mejor.

—¿Por qué no se vuelve a la cama y duerme otro rato?

—Tengo que llamar a Leandro.

—¿A estas horas?

—Leandro no duerme.

—Hablando de vampiros…

—Si no lo llamo será peor.

—¿Quiere que me salga al pasillo?

—No —dijo Alicia un poco tarde.

Vargas asintió.

—Mire, me acerco a mi lujosa residencia al otro lado de la calle a darme una ducha y a cambiarme de muda y luego vuelvo.

—No hace falta, Vargas. Ya ha hecho suficiente por mí esta noche. Vaya y descanse un rato, que vamos a tener un día largo. Nos vemos por la mañana para desayunar.

Él la observaba con escasa convicción. Alicia le sonrió.

—Estaré bien. Se lo prometo.

—¿Tiene el revólver a mano?

—Dormiré con él como si fuese mi nuevo osito de peluche.

—Usted nunca ha tenido un osito de peluche. Si acaso un diablillo…

Alicia le obsequió con una de aquellas sonrisas que abrían puertas y derretían voluntades. Vargas bajó la mirada.

—Muy bien. Venga, llame entonces al príncipe de las tinieblas y cuéntense sus secretitos —dijo él de camino a la puerta—. Y cierre a cal y canto.

—¿Vargas?

El policía se detuvo en el umbral.

—Gracias.

—Deje de agradecerme tonterías.

Esperó a oír cómo los pasos del policía se perdían escaleras abajo y tomó el teléfono. Antes de marcar respiró hondo y cerró los ojos. La línea directa a la *suite* no contestaba. Alicia sabía que Leandro disponía de otras habitaciones en el hotel Palace, aunque nunca había querido preguntarle para qué las utilizaba. Llamó a recepción. La telefonista nocturna ya conocía la voz de Alicia y no fue necesario ni decirle a quién llamaba.

—Un momentito, señorita Gris. Le paso con el señor Montalvo —dijo sin perder el tintineo musical pese a lo avanzado de la hora.

Alicia oyó un solo tono de timbre en la línea y luego el auricular levantándose al otro lado. Imaginó a Leandro sentado a oscuras en algún lugar del Palace, contemplando la plaza de Neptuno a sus pies y el cielo de Madrid prendido de nubes negras a la espera del alba.

—Alicia —enunció él despacio, sin matiz alguno en la voz—. Creí que ya no me llamarías.

—Disculpe. Tuve un episodio.

—Siento oírlo. ¿Estás mejor?

—Perfectamente.

—¿Está Vargas contigo?

—Estoy sola.

—¿Todo bien con él?

—Sí. No hay problema.

—Si quieres que te lo quite de encima, podría…

—No hará falta. Casi prefiero tenerlo a mano, por si las moscas.

Una pausa. En las pausas de Leandro no había respiración ni sonido alguno.

—Estás desconocida, si me permites la observación. En cualquier caso me alegro de que hagáis buenas migas. Pensé que a lo mejor no acababais de encajar, teniendo en cuenta su historia personal…

—¿Qué historia?

—Nada. No tiene importancia.

—Cuando dice eso es cuando me preocupo de verdad.

—¿No te ha contado él lo de su familia?

—No hablamos de temas personales.

—Entonces no quisiera ser yo quien…

—¿Qué pasa con su familia?

Cayó otra de las pausas de Leandro. Casi podía imaginarle sonriendo y

relamiéndose los labios.

—Vargas perdió a su esposa y a su hija en un accidente de tráfico hace unos tres años. Iba bebido al volante. Su hija tenía tu edad. Ha pasado momentos muy difíciles. Casi fue expulsado del Cuerpo.

Alicia no dijo nada. Oyó el aliento de Leandro susurrando en la línea.

—¿No te lo había contado él?

—No.

—Imagino que prefiere no remover el pasado. En todo caso, confío en que no vaya a haber un problema.

—¿Qué problema tendría que haber?

—Alicia, ya sabes que nunca me meto en tu vida sentimental, aunque vive Dios que a veces me cuesta comprender tus gustos y tus particulares inclinaciones.

—No entiendo a qué se refiere.

—Sabes perfectamente a qué me refiero, Alicia.

Ella se mordió los labios y se tragó las palabras que le quemaban en la boca.

—No va a haber ningún problema —dijo al fin.

—Excelente. Ahora, dime, ¿qué tienes para mí?

Alicia respiró hondo y apretó el puño hasta clavarse las uñas. Cuando inició el relato, su voz había regresado al registro dócil y melódico que había aprendido a cultivar en su trato con Leandro.

Por espacio de varios minutos procedió a resumir los acontecimientos transcurridos desde su última conversación. Su relato no tenía ni color ni detalles, y se limitó a enumerar los pasos seguidos sin ofrecer ni los motivos ni las intuiciones que le habían llevado a tomarlos. En el capítulo de ausencias, la más notable fue el episodio de la sustracción del ejemplar del libro de Víctor Mataix de su domicilio la noche anterior. Leandro, como era habitual en él, escuchaba con paciencia y sin interrumpir. Concluido el relato, Alicia guardó silencio y saboreó la larga pausa que indicaba que Leandro estaba digiriendo sus palabras.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me lo estás contando todo?

—No lo sé. No he dejado fuera nada relevante, creo yo.

—En conclusión, el registro del automóvil presuntamente utilizado para la, digámoslo así, fuga, no arroja evidencia final alguna más allá de indicios de violencia no fatal y una supuesta lista de números que no podemos casar con nada y que es posible que no guarde ninguna relación con el caso. Por otro lado, seguimos con tu insistencia en el tema del libro del tal Mataix, línea que me preocupa que pueda derivar en una serie de misterios bibliográficos de sumo interés pero de nula utilidad en nuestro empeño por encontrar a Mauricio Valls.

—¿Alguna noticia de la investigación oficial de la policía? —preguntó Alicia, confiando en desplazar el eje de la conversación.

—No hay noticia alguna relevante y no se la espera. Baste decir que hay quien no ve con buenos ojos que se nos haya invitado a la fiesta, aunque sea por la puerta de atrás.

—¿Por eso me tienen vigilada?

—Por eso y porque con toda probabilidad no acaban de creerse que, como es natural, nos complacerá que nuestros amigos de la policía se lleven todo el reconocimiento y las medallas el día que encontremos al señor ministro sano y salvo y se lo entreguemos envuelto en un lazo de colores.

—Si es que le encontramos.

—¿Es la falta de fe una simple afectación o te has dejado algo en el tintero?

—Solo quería decir que es difícil localizar a alguien que a lo mejor no quiere ser localizado.

—Vamos a concedernos el beneficio de la duda y a obviar los posibles deseos del señor ministro. O de nuestros colegas en Jefatura. Por eso te recomiendo cierta prudencia con Vargas. La lealtad es un hábito que no se cambia en un día.

—Vargas es de fiar.

—Dijo la mujer que no se fía ni de sí misma. No te estoy diciendo nada que no sepas ya.

—Descuide. Me andaré con ojo. ¿Algo más?

—Llámame.

Alicia iba a desearle buenas noches cuando comprobó que Leandro, una vez más, ya había colgado.

19

La luz de la vela se extingue sobre un charco de cera en el que flota una pequeña llama azul pálido. Valls acerca la mano que ya no siente al aura de la claridad. La piel tiene un color violáceo, negruzco. Los dedos están hinchados y las uñas empiezan a desprenderse de la piel, por las que fluye un líquido gelatinoso de hedor indescriptible. Valls intenta mover los dedos pero la mano no responde. Apenas es un pedazo de carne muerta asida a su cuerpo que comienza a tender lazos negros que ascienden por su brazo. Siente la sangre podrida en las venas, nublándole el pensamiento y arrastrándole a un sueño turbio y febril. Sabe que si espera unas horas más perderá definitivamente el sentido. Morirá en el sueño narcótico de la gangrena, su cuerpo es apenas un amasijo de carroña que nunca verá de nuevo la luz del sol.

La sierra que su carcelero dejó en la celda sigue allí. La ha considerado varias veces. Ha probado a presionar con ella sobre los dedos que ya no le pertenecen. Al principio sentía cierto dolor. Ahora no siente nada, solo náuseas. Tiene la garganta rasgada de gritar, de gemir, de implorar misericordia. Sabe que a veces viene alguien a verle. Cuando duerme. Cuando delira. Suele ser el hombre de la máscara, su carcelero. En otras ocasiones es el ángel que recuerda junto a la puerta del coche antes de que un cuchillo le atravesara la mano y perdiera el conocimiento.

Algo ha salido mal. En algún lugar sus cálculos y suposiciones han errado. Martín no está allí, o no ha querido dar la cara. Valls sabe, necesita creer, que todo esto es obra de David Martín, porque solo a su mente enferma podría ocurrírsele hacerle esto a alguien.

—Dígale a Martín que lo siento, que le pido perdón… —ha suplicado mil veces en presencia del carcelero.

Nunca obtiene respuesta. Martín va a dejarlo morir allí, a pudrirse centímetro a centímetro sin dignarse a bajar a la celda una sola vez y escupirle en la cara.

En algún momento pierde de nuevo el sentido.

Despierta empapado en su propia orina y convencido de que es 1942 y se encuentra en el castillo de Montjuic. La sangre envenenada le ha arrebatado lo poco que le queda de razón. Ríe. «Estaba visitando las celdas y me he quedado dormido en una», piensa. Es entonces cuando advierte que una mano que no es suya está unida a su brazo. Le asalta el pánico. Ha visto muchos cadáveres, en la guerra y en sus años como director de la prisión, y sabe sin necesidad de que nadie se lo diga que aquella es la mano de un muerto. Se arrastra por el suelo de la celda, creyendo que la mano se desprenderá, pero le sigue. La golpea contra la pared y la mano no se desprende. No se da cuenta de que está gritando cuando agarra aquella sierra y empieza a cortar por encima de la muñeca. La carne cede como si fuera arcilla mojada, pero cuando el filo topa con el hueso le invade una profunda náusea. No se detiene. Se aplica con todas

sus fuerzas. Sus aullidos ahogan el ruido que produce el hueso al quebrarse bajo el metal. Un charco de sangre negra se esparce a sus pies. Valls puede ver que lo único que une la mano a su cuerpo es un jirón de piel. El dolor llega después, como un golpe de mar. Le recuerda a una vez cuando, de niño, tocó el cable desnudo del que pendía una bombilla en el sótano de la casa de sus padres. Se desploma hacia atrás y siente que algo le asciende por la garganta. No puede respirar. Se está ahogando en su propio vómito. Será cuestión de un minuto, se dice. Piensa en Mercedes, y pone toda la fuerza de su ser en fijar la imagen de su rostro en el pensamiento.

Apenas se da cuenta cuando la celda se abre y el carcelero se arrodilla junto a él. Porta un cubo de brea ardiente. Le agarra el brazo y lo sumerge en él. Valls siente el fuego. El carcelero le está mirando a los ojos.

—¿Te acuerdas ahora? —pregunta.

Valls asiente.

El carcelero le clava una aguja en el brazo. El líquido que inunda sus venas es frío y hace pensar a Valls en un azul limpio. La segunda inyección es la que le provoca la paz y un sueño sin fondo ni conciencia.

20

La despertó el viento que silbaba entre los resquicios de las ventanas y hacía vibrar los cristales. El reloj en la mesita de noche marcaba un par de minutos para las cinco de la madrugada. Alicia dejó escapar un suspiro. Solo entonces reparó en ello. La penumbra.

Recordaba haber dejado la luz del comedor y la del pasillo encendidas antes de arañar unas horas de sueño tras su conversación con Leandro, pero ahora el piso estaba sumido en una tiniebla azulada. Buscó el interruptor de la lámpara de noche y lo presionó. La lámpara no se encendió. Le pareció entonces oír pasos en el comedor y el ruido de una puerta moviéndose despacio. La invadió un frío intenso. Asió el revólver que había pasado la noche con ella bajo las sábanas y desbloqueó el seguro.

—¿Vargas? —llamó con voz quebrada—. ¿Es usted?

El eco de su voz vagó por el piso sin obtener respuesta. Apartó las sábanas y se incorporó. Salió al pasillo, el suelo helado bajo sus pies descalzos. El corredor dibujaba un marco de sombra en torno a un halo de claridad en el umbral del comedor. Recorrió poco a poco el pasillo sosteniendo el arma en alto. Le temblaba la mano. Al llegar al comedor palpó la pared con la mano izquierda en busca del interruptor y lo pulsó. Nada. No había electricidad en la casa. Escrutó las sombras, el contorno de los muebles y los rincones de negrura que cubrían la sala. Un olor agrio flotaba en el aire. Aliento de tabaco, pensó. O tal vez fuesen las flores que le había dejado Jesusa en el jarrón de la mesa, de las que empezaban a desprenderse pétalos secos. Al no apreciar movimiento, se acercó a la cómoda del comedor y buscó en el primer cajón. Encontró un paquete de velas y una caja de cerillas que debían de llevar allí desde antes de que Leandro la destinase a Madrid. Encendió una de las velas y la sostuvo en alto. Avanzó por el piso lentamente, la vela en una mano y el revólver en la otra. Se aproximó a la puerta y comprobó que estuviese cerrada. Intentó apartar del pensamiento la imagen de Lomana, sonriente e inmóvil como una figura de cera con un cuchillo de carnicero en las manos esperándola en el interior de un armario o tras una puerta.

Una vez hubo recorrido todos los rincones y recovecos de la casa y se hubo asegurado de que no había nadie allí, Alicia tomó una de las sillas del comedor y la trabó contra la cerradura de la entrada. Dejó la vela sobre la mesa y se aproximó al ventanal que daba a la calle. El barrio entero estaba sumido en la oscuridad. El perfil serrado de tejados y palomares se dibujaba contra el azul turbio que presagiaba el amanecer. Pegó el rostro al cristal y escrutó las sombras a pie de calle. Una brizna de luz se apreciaba bajo los arcos del portal de La Manual Alpargatera. La brasa de un cigarrillo prendido. Alicia quiso creer que se trataba simplemente del infeliz de Rovira, ya en su turno de vigilancia a aquellas horas de la madrugada. Se retiró hacia el interior del comedor y cogió un par de velas más de la cómoda. Faltaba todavía un buen rato hasta que pudiera bajar al Gran Café para encontrarse con Vargas y sabía

que no sería capaz de volver a conciliar el sueño.

Se acercó a la estantería en la que guardaba algunos de sus libros más queridos, la mayoría leídos y releídos varias veces. Hacía cuatro años que Alicia no revisitaba su favorito entre todos ellos, *Jane Eyre*. Lo tomó del estante y acarició la portada. Abrió la cubierta y sonrió al encontrar el sello con un pequeño diablillo aupado a una pila de libros, un antiguo exlibris que le habían regalado dos compañeros de la unidad en su primer año a las órdenes de Leandro, cuando todavía la veían como una jovencita misteriosa pero inofensiva, un capricho del jefe que aún no había despertado celos, envidias y rencores entre los más veteranos.

Aquellos habían sido días de vino y rosas envenenadas, cuando Ricardo Lomana había decidido *motu proprio* considerarla su aprendiza personal y le regalaba flores todos los viernes antes de invitarla a sesiones de cine o bailes de salón para los que Alicia siempre encontraba excusa. Días en que Lomana la miraba de reojo cuando creía que ella no lo advertía para luego dedicarle indirectas y piropos que hacían sonrojar hasta a los más viejos del lugar. «Peor acaba lo que mal empieza», había pensado entonces. Se había quedado corta.

Intentó borrar de su mente el rostro de Lomana y se llevó el libro al baño. Allí se recogió el pelo y dejó correr el agua caliente hasta llenar la bañera. Prendió las dos velas sobre la repisa en la cabecera de la bañera y se sumergió en la balsa humeante de vapor. Dejó que el calor del agua deshiciera el frío que había anidado en sus huesos y cerró los ojos. Al poco creyó oír lo que parecían pasos en la escalera. Se preguntó si sería Vargas, que acudía a ver si seguía viva, o si estaba otra vez imaginando cosas. El oscuro letargo al que le inducían las pastillas para el dolor siempre dejaba una estela de pequeños espejismos al despertar, como si los sueños que no había podido soñar intentasen hacerse camino luego entre las comisuras de la consciencia. Abrió los ojos y se sentó apoyando el mentón sobre el borde de la bañera. Un par de voces flotaban en el aire. Ninguna era la de Vargas. Alargó el brazo hasta acariciar con la mano el revólver, que había dejado encima del taburete junto a la bañera, y escuchó el eco de las gotas de agua que caían del grifo cerrado. Esperó varios segundos. Las voces se habían silenciado. O tal vez nunca habían estado allí. Instantes después, los pasos se alejaban escaleras abajo. Probablemente un vecino que salía de su casa rumbo al trabajo, pensó.

Dejó de nuevo el revólver sobre el taburete y encendió un cigarrillo. Observó el humo dibujando arabescos entre sus dedos. Se tendió otra vez en la bañera y contempló el manto azulado de nubes que resbalaba sobre la ciudad a través de la ventana. Tomó el libro y regresó al primer párrafo. A medida que pasaba páginas la inquietud que se había apoderado de ella se fue deshaciendo poco a poco. Al rato Alicia perdió la noción del tiempo. Ni siquiera Leandro podía seguirla y encontrarla en el bosque de palabras que aquel libro siempre abría ante sus ojos. Alicia sonrió y regresó a la novela sintiendo que volvía a casa. Hubiera podido quedarse allí todo el día. O toda la vida.

Al salir de la bañera se enfrentó al espejo y contempló los hilos de vapor que ascendían por su cuerpo. La mancha negra de su vieja herida en la cadera derecha dibujaba una flor envenenada que extendía sus raíces bajo la piel. Se la palpó con los dedos y sintió una punzada leve, avisándola. Se desanudó el pelo y se untó brazos, piernas y vientre con una crema de agua de rosas que en su día le había regalado Fernandito en un arrebato de celo adolescente y que llevaba el peculiar nombre de *Péché Originel*. Estaba volviendo al dormitorio cuando la luz retornó de repente y todas las lámparas que había estado probando se encendieron a la vez. Alicia se llevó las manos al pecho y sintió que el corazón se le había disparado del susto. Las fue apagando una a una, maldiciendo.

Luego, desnuda frente al armario, se tomó su tiempo para elegir. Barcelona perdonaba muchas cosas, pero nunca el mal gusto. Se enfundó la ropa interior que le había lavado y perfumado la señora Jesusa y sonrió al imaginar a la portera doblando aquellas prendas mientras se santiguaba y se preguntaba si aquello era lo que ahora llevaban las jovencitas modernas de la capital. Siguieron unas medias de cristal que le había hecho comprar a Leandro para cuando tenía que oficiar de señorita fina en la calle Príncipe de Vergara o entregarse a alguna de las intrigas urdidas por su jefe en los salones del Ritz.

—¿No te basta con una marca normal? —había protestado Leandro al ver el precio.

—Si quiere normal, envíe a otro a hacer el trabajo.

Hacer que Leandro gastase fortunas en comprarle galas y libros era uno de los pocos placeres que le deparaba aquel empleo. Dispuesta a no tentar de nuevo a su suerte, Alicia optó por ceñirse aquel día el arnés. Ajustó el cierre un punto más de lo habitual y giró sobre sí misma frente al espejo, calibrando el encaje de aquella pieza que a sus ojos le confería un aire de muñeca perversa, de marioneta de oscura belleza a la que nunca había llegado a acostumbrarse porque parecía insinuar que, en el fondo, Leandro tenía razón y el espejo decía la verdad.

—Solo te faltan los hilos —se dijo.

Como uniforme del día se decidió por un vestido morado de corte formal y unos zapatos italianos que en su día habían costado el equivalente al sueldo de un mes en una zapatería fina de la Rambla de Cataluña donde la dependienta la había llamado *nena*. Se maquilló a conciencia, dibujando el personaje, y terminó por perfilarse los labios de un borgoña oscuro y brillante que estaba segura de que se hubiera ganado la desaprobación de Leandro. No quería que Vargas atisbase un ápice de debilidad en su semblante cuando la viera aparecer. Años de oficio le habían enseñado que la modestia invitaba al escrutinio. Antes de salir se dio un último repaso en el espejo del recibidor y se concedió el visto bueno. «Te romperías el corazón a ti misma —pensó —. Si lo tuvieras».

El día apenas empezaba a despuntar cuando Alicia cruzó la calle hasta las puertas del Gran Café. Antes de entrar avistó a Rovira, ya instalado en la esquina. Llevaba

una bufanda que le cubría hasta la nariz y se frotaba las manos. Dudó en acercarse y amargarle el día, pero lo dejó estar. Rovira la saludó de lejos y corrió a esconderse. Al entrar en el café comprobó que Vargas esperaba ya instalado en la que parecía haberse convertido en su mesa oficial. El policía devoraba un sustancial pepito de lomo en pan con tomate acompañado de un tazón de café mientras repasaba la lista con los números que habían conseguido arañar con la ayuda del taxidermista. Al oírla llegar, el policía alzó la vista y la miró de arriba abajo. Alicia se sentó a la mesa sin decir palabra.

—Huele usted muy bien —la saludó Vargas—. Como un pastelito.

Y enseguida regresó a las delicias de su desayuno y a la lista.

—¿Cómo puede comerse eso a estas horas de la mañana? —preguntó Alicia.

El policía se encogió de hombros y se limitó a ofrecerle un bocado del formidable bocadillo. Alicia volvió la cara y Vargas atacó de nuevo con una dentellada maestra.

—¿Sabía usted que aquí a los bocadillos los llaman *entrepanes*? —comentó Vargas—. ¿No le parece gracioso?

—Para desternillarse.

—Y a las botellas, atención, las llaman *ampollas*. Como si fuera una pupa de las que salen en los pies.

—Un par de días en Barcelona y ya se ha convertido usted en un políglota.

Vargas ofreció una sonrisa de tiburón.

—Me alegra ver que ha perdido la dulzura de anoche. Señal de que se encuentra mejor. ¿Ha visto a Pepito Grillo cagándose de frío ahí fuera?

—Se llama Rovira.

—Olvidaba que le tiene usted tanto aprecio.

Miquel se había acercado con timidez a la mesa portando una bandeja con unas tostadas, mantequilla y una cafetera humeante. Eran las siete y media de la mañana y no había nadie más en el local que ellos dos. Miquel, sibarita de la discreción, se había retirado como siempre al extremo más alejado de la barra, a fingir que hacía algo. Alicia se sirvió una taza de café y Vargas regresó una vez más a su lista de números, repasándolos uno a uno como si esperase que su sentido se le revelara por generación espontánea. Los minutos se arrastraban en un espeso silencio.

—Se ha puesto usted muy elegante —dijo por fin Vargas—. ¿Vamos a algún sitio fino?

Alicia tragó saliva y carraspeó. Él alzó la mirada.

—Respecto a lo de anoche… —empezó ella.

—¿Sí?

—Quería pedirle perdón. Y darle las gracias.

—No hay nada que perdonar, y menos aún que agradecer —replicó Vargas.

Una sombra de pudor velaba su expresión severa. Alicia le sonrió débilmente.

—Es usted una buena persona.

Vargas bajó los ojos.

—No diga eso.

Ella mordisqueó una de sus tostadas sin ganas. Vargas la observaba.

—¿Qué?

—Nada. Me gusta verla comer.

Alicia dio una dentellada a la tostada y sonrió.

—¿Cuál es su plan para hoy?

—Ayer lo dedicamos al tema del coche. Déjeme que hoy le hagamos una visita al abogado Brians.

—Como guste. ¿Cómo lo quiere enfocar?

—Estaba pensando que podría ser una joven e ingenua heredera a cuyas manos ha llegado un ejemplar de Víctor Mataix y que desea venderlo. Don Gustavo Barceló me ha dicho que él representa a un coleccionista interesado en comprar todos los libros del autor que haya en el mercado, etcétera.

—Usted de ingenua. Prometedor. Y yo ¿quién se supone que soy? ¿El escudero?

—Había pensado que podría usted ser mi fiel, maduro y amante esposo.

—Fabuloso. La mujer gato y el viejo capitán, pareja del año. No creo que el abogado se lo trague, ni que hubiera sido el último de la promoción.

—No espero que lo haga. La idea es más bien que se le ponga la mosca detrás de la oreja y dé un paso en falso.

—Ya veo. Y entonces ¿qué? ¿Le seguimos?

—Lo suyo es telepatía, Vargas.

Un sol de anuncio había logrado abrirse camino y peinaba los tejados cuando emprendieron la marcha calle abajo. Vargas contemplaba las fachadas y los recovecos que flanqueaban la calle Aviñón con el semblante plácido de un seminarista de provincias en excursión de fin de semana. Al poco advirtió que Alicia se volvía para mirar por encima del hombro a cada pocos metros. Iba a preguntarle si pasaba algo cuando siguió la línea de su mirada y le avistó. Rovira intentaba disimular con nulo acierto su presencia en el portal de un edificio a una cincuentena de metros.

—A este le voy a poner los puntos sobre las íes bien rápido —murmuró Vargas.

Alicia le sujetó del brazo.

—No, mejor déjelo.

La joven saludó de lejos con la mano, sonriendo. Rovira, mirando a ambos lados, dudó un instante y al verse descubierto devolvió tímidamente el saludo.

—Menudo inútil —escupió Vargas.

—Mejor él que otro. Al menos a este le tenemos de nuestra parte, por la cuenta que le trae.

—Si usted lo dice.

Vargas le hizo señas con las manos de que se retirase más atrás y dejara la distancia pactada. Rovira asintió y alzó la mano con el pulgar en alto en señal de

acuerdo.

—Mírelo. Eso lo debe de haber visto en el cine —dijo Vargas.

—¿No es ahí donde la gente aprende hoy a vivir, en el cine?

—Así va el mundo.

Dejaron atrás a Rovira y reemprendieron el camino.

—No me gusta llevar a ese cretino de coletilla —insistió Vargas—. No sé por qué se fía usted de él. A saber lo que estará contando en comisaría.

—La verdad es que me da un poco de pena.

—Yo creo que un par de hostias bien dadas no estarían de más. No hace falta que usted lo presencie si no quiere. Ya le pillaré yo a solas y le pondré en remojo.

—Come usted demasiada proteína, Vargas. Le altera el carácter.

21

Si el hábito hace al monje, el despacho y una buena dirección hacen, o deshacen, al letrado. En una ciudad bien nutrida de abogados aposentados en suntuosos gabinetes en fincas regias y señoriales del paseo de Gracia y otras vías nobles, don Fernando Brians había optado por una dirección mucho más modesta, casi insólita en el protocolo del ramo.

Alicia y Vargas avistaron la finca desde lejos, un edificio centenario y vagamente escorado a la deriva en el cruce de las calles Mercé y Aviñón. Un bar de tapas y copeo con aires de refugio para toreros olvidados y pescadores en día de paga ocupaba los bajos. El mesonero, un corpúsculo con forma de peonza y rotundo bigote, había salido armado de un mocho y un cubo humeante que hedía a lejía. Silbaba una tonadilla y hacía malabarismos con un palillo entre los labios mientras pincelaba el empedrado y se deshacía con parsimonia de charcos de meados, vómitos etílicos y demás miscelánea propia de las callejas que daban al puerto.

Pilas de cajas y piezas de mobiliario polvoriento flanqueaban el portal del edificio. Un trío de mozos sudando la gota gorda se había detenido a recobrar el aliento y a dar cuenta de unos bocadillos aflautados de los que asomaban tiras de mortadela.

—¿Es aquí el despacho del abogado Brians? —preguntó Vargas al mesonero, que había interrumpido su fregado matutino para echarles un buen vistazo.

—El ático —dijo señalando con el índice hacia arriba—. Pero están de mudanza.

Cuando Alicia pasó a su lado, el mesonero sonrió luciendo su dentadura amarillenta.

—¿Cafetito con leche y magdalena, guapa? Invita la casa.

—Otro día. En cuanto se haya afeitado usted ese matojo —replicó Alicia sin detenerse.

El trío de mozos aplaudió la pulla, que el mesonero encajó con deportividad. Vargas la siguió al interior de la escalera, una suerte de espiral que tenía más de tracto intestinal que de trazado arquitectónico.

—¿Hay ascensor? —preguntó Vargas a uno de los mozos.

—Si lo hay, no lo hemos visto.

Ascendieron los cinco pisos que levantaba la finca hasta alcanzar un rellano anegado de cajas, archivadores, perchas, sillas y cuadros de escenas pastorales que parecían comprados en el mercado de los Encantes a pocos céntimos la pieza. Alicia se asomó al interior del despacho, un piso en pie de guerra donde nada parecía en su sitio y casi todo estaba en cajas desbordadas o en tránsito. Vargas probó el timbre, que no funcionaba, y luego golpeó con los nudillos en la puerta.

—¡Buenas!

Una cabellera rubia de bote amasada en una sólida permanente salió por el pasillo. La señorita que llevaba tamaño portento a modo de casco lucía un vestido de

flores y colorete a juego.

—Buenos días —dijo Alicia—. ¿Es este el despacho del abogado Brians?

La señorita se aproximó unos pasos y les dedicó una mirada de sorpresa.

—Es. O era. Estamos de mudanza. ¿Qué se les ofrece?

—Queríamos hablar con el abogado.

—¿Tenían ustedes hora?

—Me temo que no. ¿Está el señor Brians?

—No suele llegar hasta un poco más tarde. Él es así de señorito. Si quieren esperar en el bar de abajo…

—Si no le importa, casi preferimos esperar aquí. Son muchos pisos.

La secretaria suspiró, asintiendo.

—Como gusten. Ya ven que esto está manga por hombro.

—Nos hacemos cargo —intervino Vargas—. Intentaremos estorbar lo menos posible.

La sonrisa dulce de Alicia y particularmente la planta de Vargas parecían haber ablandado su recelo.

—Síganme, por favor.

La secretaria los guio por un largo corredor que atravesaba el piso. A ambos lados se abrían estancias repletas de cajas preparadas para la mudanza. La polvareda levantada por el trajín había dejado una neblina de partículas brillantes que cosquilleaba al olfato. El periplo por los restos del naufragio concluyó en una amplia sala esquinera que parecía el último bastión en pie de todo el despacho.

—Si son tan amables… —indicó la secretaria.

La sala en sí era lo poco que quedaba de la oficina de Brians y presentaba un amasijo de estantes y carpetas dispuestas en pilas de equilibrio imposible apuntalando las paredes. La pieza maestra era un escritorio de madera noble que parecía rescatado de un incendio y, tras él, un mueble acristalado donde descansaba la colección entera del Aranzadi amontonada al tuntún.

Alicia y Vargas tomaron asiento en un par de taburetes improvisados junto a un ventanal que daba a un balcón desde el cual se podía ver la estatua de la Virgen de la Mercé aupada en la cúpula de la basílica, al otro lado de la calle.

—Pídanle ustedes a la Virgen a ver si se apiada de nosotros, que a mí no me hace ni caso —comentó la secretaria—. ¿A quiénes debo anunciar?

—Jaime Valcárcel y señora —dijo Alicia antes de que Vargas pudiera apenas pestañear.

La mujer asintió con diligencia, aunque su mirada rozó a Vargas con cierta picardía, como si quisiera celebrarle la diferencia de edad y dando a entender que a un machote así le perdonaba el pecadillo por su cara bonita.

—Yo soy Puri, para servirlos. No creo que el abogado tarde mucho. ¿Puedo ofrecerles algo mientras esperan? Mariano, el del bar, me sube unas magdalenas y un termo con café y leche cada mañana, por si les apetece…

—No le diría que no —lanzó Vargas.

Puri sonrió complacida.

—Ahora mismo se lo traigo.

La vieron partir marcando un coqueto batir de caderas que no escapó al ojo de Vargas.

—Vaya con Mariano y las magdalenas —dijo Alicia por lo bajo.

—Cada cuál conquista con lo que tiene.

—¿Cómo es posible que usted todavía tenga hambre si acaba de comerse un gorrino entero?

—Hay quienes aún tenemos sangre en las venas.

—A ver si será la señorita Puri, que le ha despertado el indio.

Antes de que Vargas pudiera replicar, la susodicha regresó portando un plato repleto de magdalenas y un tazón humeante de café con leche que el policía aceptó de buen grado.

—Disculpe que se lo sirva así, pero es que lo tenemos todo en cajas…

—No se preocupe. Mil gracias.

—¿Y cómo es que se mudan ustedes? —preguntó Alicia.

—El dueño de la finca, que nos quiere subir el alquiler… Pesetero. Así se le vacíe el edificio y se lo coman las musarañas.

—Amén —convino Vargas—. ¿Y adónde irán ahora?

—Eso quisiera saber yo. Teníamos oficinas apalabradas aquí cerca, detrás de Correos, pero se ha retrasado la obra que estaban haciendo para acondicionarlas y habrá que esperar por lo menos un mes más. De momento todo esto se va a un guardamuebles en el Pueblo Nuevo que tiene la familia del abogado.

—¿Y desde dónde trabajarán ustedes mientras tanto?

Puri suspiró.

—Una tía del abogado, que falleció hace poco, tenía un piso en el pasaje Mallofré, en Sarriá, y por ahora parece que nos vamos para allí. Ya lo ven, a salto de mata…

Alicia y Vargas repasaron de nuevo el fenecido despacho de Brians con la mirada, absorbiendo el aire de bancarrota que respiraba. Los ojos de Alicia se detuvieron en un marco que albergaba lo que se le antojó una parodia de orla universitaria en la que aparecía el retrato de quien imaginó que era el letrado Brians en sus años jóvenes, rodeado de gentes harapientas y de famélicos presos engrilletados hasta el cuello. Bajo la ilustración aparecía la siguiente leyenda:

Fernando Brians

Abogado de las Causas Perdidas

Alicia se incorporó y se aproximó a contemplar el retablo. Puri se unió a ella, sonriendo y negando por lo bajo.

—Ahí lo tiene usted, el santo varón de los juzgados de Barcelona… Esto es una broma que le hicieron sus compañeros de promoción hace ya muchos años, cuando era joven. Y así sigue. Y fíjese que hasta le parece que la cosa tiene gracia como para colgar esto donde puedan verlo los clientes…

—¿No tiene el abogado clientes más…?

—¿Boyantes?

—Solventes.

—Alguno hay, pero basta con que don Fernando se encuentre con cualquier pobre diablo dejado de la mano de Dios por la calle para que se lo traiga al despacho… Y es que el hombre es un buenazo. Así nos va.

—No se preocupe, que nosotros somos de buen pagar —intervino Vargas.

—Dios los bendiga. ¿Qué tal las magdalenas?

—Antológicas.

Mientras Vargas ofrecía una demostración práctica de su saque y paladar, para deleite de Puri, se oyó un estruendo que sonó a tropezón en la entrada del despacho seguido de un elaborado traspié que terminó en ruidosa maldición. Puri puso los ojos en blanco.

—El abogado los verá enseguida.

Fernando Brians tenía aspecto de maestro de escuela pública y vestía un traje de segunda mano. Lucía una corbata descolorida a la que probablemente no le había rehecho el nudo en semanas y las suelas de sus zapatos estaban pulidas como piedras de río. Dibujaba una figura esbelta y nerviosa que pese a la veteranía conservaba una buena melena de cabello gris y unos ojos penetrantes parapetados en lentes de pasta negra al uso de los que se habían llevado antes de la guerra. Tenía tanta pinta de abogado barcelonés como su secretaria Puri de novicia de clausura, y Alicia pensó que, pese a la modestia de toda la escenografía que enmarcaba su vida profesional, Fernando Brians había preservado ese aire juvenil y vivaz de quien no envejece porque nadie le ha dicho que han pasado los años y ya toca comportarse con cierto porte respetable y aposentado.

—Ustedes dirán —invitó Brians.

Se había sentado en la esquina de su escritorio y los observaba con una mezcla de curiosidad y escepticismo. Brians mostraría debilidad por las causas perdidas, pero no parecía tener un pelo de tonto. Vargas se adelantó y señaló a Alicia.

—Si no le importa, dejaré que sea mi señora quien le exponga nuestro caso, que ella es la que manda en casa.

—Como guste.

—¿Quiere que tome notas, don Fernando? —preguntó Puri, que observaba la escena desde el marco de la puerta.

—No hará falta. Mejor vaya a vigilar a los de la mudanza, que están bloqueando la calle con las cajas y no va a poder entrar la camioneta.

Puri asintió, decepcionada, y partió a cumplir su misión.

—¿Decía usted…? —retomó Brians—. O su señora esposa, que es la que manda en casa…

El tono vagamente acerado de Brians hizo que Alicia se preguntase si Gustavo Barceló, el librero con quien se había entrevistado en el Círculo Ecuestre, habría avisado a Brians de su posible visita.

—Señor Brians —empezó ella—, una tía de mi esposo Jaime ha fallecido hace poco y nos ha dejado en herencia una colección de obras de arte así como una biblioteca que contiene ejemplares de gran valor.

—Los acompaño en el sentimiento. ¿Precisan quizá asistencia con la ejecución del testamento o…?

—La razón de que acudamos a usted es que entre los ejemplares de dicha colección se encuentra un libro de un autor llamado Víctor Mataix. Se trata de una de las entregas de una serie de novelas publicadas en Barcelona en los años treinta.

—*El Laberinto de los Espíritus* —completó Brians.

—Exacto. Hemos tenido noticia de que usted representa a un coleccionista muy interesado en adquirir las obras en existencia de este autor y por ese motivo hemos creído oportuno…

—Entiendo —dijo Brians, abandonando la esquina de su escritorio y buscando refugio en la butaca.

—Tal vez pudiera ser usted tan amable de ponernos en contacto con su cliente, o si lo prefiere facilitarnos sus señas para que seamos nosotros quienes…

Brians asentía, más para sí mismo que a las sugerencias de Alicia.

—Por desgracia no puedo hacerlo.

—¿Perdón?

—No puedo facilitarles esa información ni ponerlos en contacto con mi cliente.

Alicia sonrió, conciliadora.

—¿Y podría preguntarle por qué?

—Porque no le conozco.

—Disculpe, pero no entiendo.

Brians se inclinó en el respaldo del butacón y entrelazó las manos sobre el pecho frotándose los pulgares.

—Mi relación con el cliente se ha desarrollado estrictamente por correspondencia a través de una secretaria. Nunca le he visto en persona y tampoco conozco su nombre. Como suele suceder con algunos coleccionistas, prefiere mantener el anonimato.

—¿Incluso con su propio abogado?

Brians sonrió con frialdad y se encogió de hombros.

—Mientras pague las facturas, ¿no? —aventuró Vargas.

—Bueno, si se comunica por correo con su secretaria tendrá usted al menos un nombre y una dirección a la que dirigirse —sugirió Alicia.

—Es un apartado de correos cuyo número, huelga decir, no puedo darle por

motivos de confidencialidad. Como tampoco puedo facilitarles el nombre de su secretaria puesto que no estoy autorizado a divulgar información sobre mis clientes que ellos no quieran hacer pública. Es una simple formalidad, pero entenderán que debo respetarla.

—Nos hacemos cargo. Aun así, ¿cómo entonces puede usted adquirir o procurar los libros para la colección de su cliente si no hay modo de contactar con él directamente para ofrecerle la posibilidad de adquirirlos?

—Créame, señora *¿Valcárcel?*, si mi cliente tiene interés en obtener un ejemplar que esté en su poder será él quien me lo notifique a mí. Yo soy un mero intermediario.

Alicia y Vargas se miraron.

—Vaya —improvisó el policía—. Está claro que estábamos equivocados, cariño.

Brians se incorporó y rodeó el escritorio, ofreciendo la mano y una sonrisa cordial con claros colores de despedida.

—Lamento mucho no poder ayudarlos en este tema, y debo pedirles disculpas por el aspecto y el estado del despacho. Estamos en plena mudanza y no esperaba recibir clientes durante el día de hoy…

Estrecharon su mano y se dejaron guiar de camino a la salida por Brians, que avanzaba entre saltitos sorteando los obstáculos y allanando el camino.

—Si me permiten un consejo desinteresado, yo en su lugar recabaría los servicios de un buen librero de lance que hiciera correr la voz. Si están ustedes en posesión de un Mataix genuino, no les faltarán compradores.

—¿Alguna sugerencia?

—Barceló, junto a la Plaza Real, o Sempere e hijos, en la calle Santa Ana. O Costa, en Vic. Esas son las tres mejores opciones.

—Así lo haremos. Muy agradecidos.

—No hay de qué.

Alicia no despegó los labios hasta llegar al vestíbulo del edificio. Vargas la seguía a una distancia prudencial. Una vez en el portal, Alicia se detuvo a observar uno de los montones de cajas depositadas por los mozos de la mudanza.

—¿Y ahora qué? —comentó Vargas.

—Ahora esperamos —dijo ella.

—¿A qué?

—A que Brians mueva ficha.

Alicia se arrodilló junto a una de las cajas cerradas. Lanzó una mirada al portal y al no ver moros en la costa arrancó una etiqueta del cartón, que guardó en el bolsillo.

—¿Se puede saber qué hace? —preguntó Vargas.

Alicia salió a la calle sin responder. Para su sorpresa, tan pronto como Vargas salió del portal vio que ella entraba en el bar que hacía esquina. Mariano, el mesonero y bardo de las magdalenas matutinas, que continuaba sacando lustre al empedrado, mocho en ristre, pareció todavía más sorprendido que el propio Vargas al verla

adentrarse en su establecimiento y rápidamente abandonó la fregona contra la pared y la siguió solícito frotándose las manos en el trapo que pendía de su cinto. Vargas los siguió, suspirando.

—¿Cafetito con leche y magdalenas para la señorita? —le ofreció Mariano.

—Una copa de vino blanco.

—¿A estas horas?

—¿A partir de qué hora sirve usted vino blanco?

—Para usted las veinticuatro horas al día. ¿Un Panadés suave?

Alicia asintió. Vargas ocupó el taburete contiguo.

—¿Realmente cree que su plan va a funcionar? —preguntó este.

—No se pierde nada por intentarlo.

Mariano regresó con una copa de vino y un plato con olivas cortesía de la casa.

—¿Cervecita para el caballero?

Vargas negó. Contempló a Alicia paladear su copa de vino con delectación. Había algo en la geometría de sus labios acariciando el cristal y el talle de su garganta pálida palpitando al paso del líquido que iluminaba el día. Ella reparó en su expresión y enarcó una ceja.

—¿Qué?

—Nada.

Alicia alzó la copa.

—¿Lo desaprueba usted?

—Dios me libre.

Estaba apurando Alicia el último sorbo de vino cuando la silueta del abogado Brians cruzó a toda prisa tras las cristaleras del bar. Alicia y Vargas intercambiaron una mirada y, después de dejar unas monedas en la barra, abandonaron el establecimiento sin mediar palabra.

22

Sabido era por todos en el Cuerpo que en lo relativo al arte de seguir y, en ocasiones, perseguir a ciudadanos libres o no de sospecha, Vargas no tenía rival. Cuando le preguntaban por su secreto, él acostumbraba a decir que lo importante no era tanto la discreción como la aplicación de los principios de la óptica. El quid de la cuestión, argumentaba, no era lo que podía ver o intuir el vigilante sino lo que estaba al alcance de la visión del vigilado. Eso y unas buenas piernas. Tan pronto como iniciaron el seguimiento del abogado Brians, Vargas pudo comprobar que Alicia no solo dominaba la disciplina al dedillo sino que incluso la había elevado a un fino encaje de bolillos por el que no pudo sentir más que admiración. Su patente conocimiento de cada rincón de la madeja de callejas, callejones y brechas que articulaban el armazón de la ciudad vieja le permitía trazar recorridos paralelos e ir tras los pasos de Brians sin que este pudiera advertir que estaba siendo cazado.

Alicia caminaba con más aplomo que el día anterior, lo cual llevó a Vargas a suponer que aquella mañana se había enfundado el arnés que había mencionado el taxidermista. El juego de su cadera era diferente, y se la veía más erguida. Alicia le guio por aquel entramado marcando pausas, buscando el abrigo de ángulos ciegos y trazando la ruta que Brians seguía antes de que este supiera que lo estaba haciendo. Por espacio de casi veinte minutos, rastrearon los pasos del abogado por la densa retícula de pasajes y callejones que ascendía desde el puerto hasta el centro de la ciudad. En más de una ocasión le avistaron deteniéndose en una intersección para mirar atrás y asegurarse de que nadie le seguía. Su único error era mirar en la dirección equivocada. Al final le vieron doblar la calle Canuda en dirección a las Ramblas y perderse entre el gentío que ya inundaba el paseo. Solo entonces Alicia se detuvo unos segundos y retuvo a Vargas con el brazo.

—Va al metro —murmuró.

Confundiéndose entre la marea de gente que surcaba las Ramblas, separados una decena de metros el uno del otro, Alicia y Vargas siguieron a Brians hasta la entrada del metro que quedaba junto a la fuente de Canaletas. El abogado se lanzó escaleras abajo y se introdujo en la red de túneles que desembocaban en la llamada Avenida de la Luz.

Más vía de tinieblas y miserias que avenida propiamente dicha, aquel extravagante bulevar de aire fantasmal había sido proyectado por algún iluminado que había imaginado con escasa fortuna una Barcelona subterránea a la luz de gas. El proyecto, empero, nunca había rozado la gloria soñada. Catacumba en ciernes por la que soplaba el aire perfumado de carbón y electricidad que escupían los túneles del metro, la Avenida de la Luz se había quedado en albergue y escondite para quienes rehuían la superficie y el sol. Vargas escrutó aquella sombría fuga de columnas de falso mármol flanqueando bazares de medio pelo y cafés con luz de morgue, y se volvió hacia Alicia.

—¿La ciudad de los vampiros? —preguntó.

—Algo así.

Brians se adentró por el paseo central. Alicia y Vargas le siguieron, quedando ocultos gracias a las columnas alineadas en los laterales. El abogado recorrió la práctica totalidad del bulevar sin mostrar interés por ninguno de los establecimientos que lo flanqueaban.

—A lo mejor es alérgico al sol —sugirió Vargas.

Brians pasó de largo frente a las taquillas de los Ferrocarriles Catalanes y se encaminó hacia el fondo de la gran galería subterránea. Solo entonces se evidenció cuál era su destino.

El cine Avenida de la Luz trazaba un lúgubre espejismo varado en aquella Barcelona subterránea y extraña. Sus luces de atracción de feria y sus viejos carteles de reestreno llevaban tentando a las criaturas de los túneles, oficinistas defenestrados, colegiales de novillos y proxenetas de vuelo bajo a sus sesiones matinales desde poco después de la guerra civil. Brians se aproximó a la taquilla y compró una entrada.

—No me diga que el señor abogado se va al cine a media mañana —dijo Vargas.

El acomodador que custodiaba la entrada le abrió la puerta y Brians cruzó el umbral bajo la marquesina que anunciaba el programa de aquella semana: sesión doble con *El tercer hombre* y *El extraño*. La sonrisa enigmática de un Orson Welles de tinte diabólico observaba desde el cartel enmarcado por bombillas parpadeantes.

—Al menos tiene buen gusto —replicó Alicia.

Al pasar por los cortinajes aterciopelados que sellaban la entrada los envolvió un perfume a cine viejo y a miserias inconfesables. El haz del proyector atravesaba una nube espesa que parecía llevar décadas atrapada sobre la platea. Hileras de butacas vacías descendían hasta la pantalla, donde el pérfido Harry Lime huía a través de la fantasmagoría de túneles del alcantarillado de Viena. El tono espectral de aquellas imágenes le recordó a Alicia las escenas que había leído en el libro de Víctor Mataix.

—¿Dónde está? —le murmuró Vargas al oído.

Ella señaló hacia el fondo de la sala. Brians había ocupado una butaca en la fila cuatro. No se apreciaban más de tres o cuatro espectadores en todo el cine. Tomaron el pasillo lateral que descendía por la platea, punteado por una hilera de butacas dispuestas de lado contra la pared como si se tratase de un vagón de metro. Al llegar a media sala, Alicia se adentró en una de las filas y se sentó en el centro. Vargas se acomodó a su lado.

—¿Ya ha visto esta película?

Alicia hizo un gesto afirmativo. La había visto por lo menos seis veces y se la sabía de memoria.

—¿De qué va?

—De penicilina. Cállese.

La espera resultó más breve de lo previsto. No había terminado todavía la película cuando Alicia avistó por encima del hombro una silueta oscura que avanzaba por el

pasillo lateral. Vargas parecía ya por entonces embobado por la cinta y ella le propinó un codazo. El extraño vestía un abrigo oscuro y portaba un sombrero en la mano. Alicia apretó los puños. El visitante se detuvo frente a la fila en la que estaba instalado el abogado. Observó la pantalla con parsimonia y un instante después se adentró en la fila de detrás para tomar asiento en una butaca situada en diagonal a la ocupada por Brians.

—Salto de caballo —murmuró Vargas.

Por espacio de un par de minutos, el abogado no dio señal de haber reparado en la presencia del extraño ni este de comunicarse con él en modo alguno. Vargas miró a Alicia, escéptico, y esta empezó a pensar que tal vez todo iba a quedar reducido a una casualidad. Dos extraños en un cine sin más conexión que una posible miopía que les hacía preferir sentarse en las primeras filas. Solo cuando el sonido de los disparos que habían de acabar con las mil vidas del malvado Harry Lime inundaron el cine, el extraño se inclinó hacia la butaca delantera y Brians se volvió levemente. La banda sonora se llevó sus palabras y Alicia apenas pudo colegir que el abogado pronunciaba un par de frases y tendía un pedazo de papel al extraño. Luego, ignorándose mutuamente, se reclinaron de nuevo en sus butacas y siguieron viendo la película.

—En mis tiempos los hubieran detenido por maricones —apuntó Vargas.

—Qué gran era dorada del paleolítico español la suya —replicó Alicia.

Cuando el proyector inundó la pantalla con el monumental plano final de la cinta, el extraño se levantó. Se retiró despacio hacia el pasillo lateral y, mientras la heroína desengañada recorría el paseo desolado del viejo cementerio de Viena, se enfundó su sombrero y se deslizó hacia la salida. Alicia y Vargas no hicieron asomo de volver el rostro ni de haber advertido su presencia, pero sus miradas estaban clavadas en aquella silueta salpicada por el halo vaporoso del proyector. El ala del sombrero le ensombrecía la cara, pero no lo suficiente para ocultar una extraña textura marfileña y brillante, como el rostro de un maniquí. Alicia sintió un escalofrío. Vargas esperó a que el extraño desapareciese tras el umbral de los cortinajes y se inclinó hacia ella.

—¿Soy yo o ese individuo lleva una máscara?

—Algo así —confirmó Alicia—. Venga, vámonos antes de que se nos escurra…

En aquel instante, sin darles tiempo ni a incorporarse, se encendieron las luces de la sala y el título final de la película se desvaneció en la pantalla. Brians se había levantado y se dirigía hacia el pasillo lateral. En apenas unos segundos cruzaría frente a ellos camino a la salida y los vería allí sentados.

—Y ahora ¿qué? —murmuró Vargas bajando la cabeza.

Alicia le agarró de la nuca y llevó el rostro del policía al suyo.

—Abráceme —susurró.

Vargas la rodeó en sus brazos con la convicción de un colegial en prácticas. Alicia tiró de él y ambos quedaron enlazados en un amago de beso furtivo de aquellos que por entonces solo se podían ver en las filas de atrás de los cines de barrio y en los portales oscuros a medianoche, sus labios a apenas un centímetro. Vargas cerró los

ojos. Cuando Brians ya hubo abandonado la sala, Alicia le empujó suavemente.

—Andando.

Al salir del cine avistaron la silueta de Brians alejándose por el centro del paseo subterráneo en la misma dirección por la que había llegado. No había ni rastro del extraño con el rostro de maniquí. Alicia reparó en la escalera que quedaba a una veintena de metros y que ascendía hasta el cruce de la calle Balmes con Pelayo. Se apresuraron en aquella dirección. Una punzada de dolor le recorrió la pierna derecha y contuvo la respiración. Vargas la sostuvo del brazo.

—No puedo ir más deprisa —sentenció Alicia—. Adelántese usted. Rápido.

Vargas se lanzó escaleras arriba a toda velocidad mientras ella se quedaba apoyada contra la pared y recuperaba el aliento. Cuando emergió a la luz del día, el policía se encontró con la gran fuga de la calle Balmes. Miró a su alrededor, confundido. No conocía bien la ciudad y estaba desubicado. El tráfico a aquellas horas era ya intenso y el centro de Barcelona estaba inundado por una marea de automóviles, autobuses y tranvías. Cortinas de transeúntes peinaban las aceras bajo una luz polvorienta que caía de lo alto. Vargas se llevó una mano a la frente para protegerse del sol y barrió el cruce con la mirada, ajeno a los empujones que le propinaba el gentío. Por un instante creyó que mil abrigos negros tocados de sombrero desfilaban en todas direcciones y que nunca le encontraría.

La peculiar textura de su rostro le delató. El extraño había pasado ya al otro lado de la calle y se encaminaba hacia un automóvil aparcado en la esquina con la calle Vergara. Vargas intentó cruzar entre el tráfico pero la jauría de vehículos y una tormenta de bocinas le devolvieron a la acera. Al otro lado el extraño se introducía en el coche. El policía lo identificó como un Mercedes Benz, un modelo de hacía por lo menos quince o veinte años. Cuando el semáforo cambió a verde, el coche empezaba ya a alejarse. Vargas corrió tras él y consiguió echarle un buen vistazo antes de que desapareciera entre el río de tráfico. De regreso hacia la boca del metro se cruzó con un guardia urbano que le observaba con reprobación. Vargas supuso que le había visto intentar atravesar la calle en rojo y luego lanzarse a la carrera entre los vehículos. Entonces asintió, dócil, y alzó la mano en señal de disculpa. Alicia le esperaba en la acera con la mirada expectante.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Vargas.

Ella ignoró la pregunta y agitó la cabeza con impaciencia.

—He llegado a verle subirse a un coche. Un Mercedes negro —dijo Vargas.

—¿Matrícula?

Él asintió.

23

Buscaron refugio en el bar Nuria y ocuparon una mesa junto a la ventana. Alicia pidió una copa de vino blanco, su segunda del día. Encendió un cigarrillo y abandonó la mirada entre el gentío que fluía Ramblas abajo como si se tratara del mayor acuario del mundo. Vargas la observó elevar la copa con dedos temblorosos y llevársela a los labios.

—¿Discurso admonitorio? —preguntó Alicia sin apartar la vista de la ventana.

—Salud.

—No ha dicho usted nada del individuo de la máscara. ¿Está pensando lo mismo que yo?

Él se encogió de hombros, escéptico.

—El informe sobre el supuesto atentado contra Valls en el Círculo de Bellas Artes hablaba de un hombre con la cara cubierta… —dijo Alicia.

—Podría ser —concedió Vargas—. Voy a hacer unas llamadas.

Una vez a solas, Alicia dejó escapar un suspiro de dolor y se llevó la mano a la cadera. Consideró la posibilidad de tomarse media pastilla, pero la descartó. Aprovechando que Vargas estaba al teléfono al fondo de la cafetería, hizo señas al camarero para que le sirviera otra copa y retirase la primera, que apuró de un trago. Vargas regresó al cuarto de hora con su pequeño cuaderno de notas en la mano y un brillo en la mirada que presagiaba noticias.

—Ha habido suerte. El coche está a nombre de Metrobarna, S. L. Es una sociedad de capital inmobiliario, o al menos así consta en el registro. La oficina central está aquí en Barcelona. Paseo de Gracia, número seis.

—Eso está aquí al lado. Deme un par de minutos para que me recupere y vamos hacia allí.

—¿Por qué no deja que me encargue yo de esto y se va un rato a casa a descansar, Alicia? Luego me paso por allí y le cuento lo que haya averiguado.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. Ande.

Cuando salieron a las Ramblas el cielo por fin había clareado y brillaba ese azul eléctrico que embruja a veces los inviernos de Barcelona para persuadir al incauto de que nada puede salir mal.

—Directa a casa, ¿eh? Sin paradas técnicas, que la conozco —advirtió Vargas.

—A sus órdenes. No resuelva el caso sin mí —dijo Alicia.

—Descuide.

Le contempló partir rumbo a la plaza de Cataluña y esperó un par de minutos. Hacía años que había comprobado que exagerar los síntomas del dolor y esbozar un lánguido semblante a lo Dama de las Camelias le permitía manipular la dúctil e infantiloide disposición de cualquier varón necesitado de pensar que precisaba de su protección y guía, lo cual incluía a prácticamente la totalidad del género masculino en

el censo con la excepción de Leandro Montalvo, que le había enseñado la mayoría de los trucos de su repertorio y olfateaba sin remedio los que ella había aprendido por su cuenta. Tan pronto como Alicia tuvo la certeza de que se había librado de Vargas, cambió de rumbo. Irse a casa podía esperar. Necesitaba tiempo para pensar y observar desde la sombra. Y, sobre todo, había algo que quería hacer sola y a su manera.

Las oficinas de Metrobarna estaban ubicadas en el último piso de un monumental bloque modernista con trazas de castillo de ensueño. La finca, remozada en piedra ocre y coronada con mansardas y mayúsculos torreones, era conocida como Casa Rocamora y ejemplificaba esas piezas de orfebrería matemática y gran melodrama que solo se pueden encontrar en las calles de Barcelona. Vargas se detuvo un instante a contemplar el espectáculo de tribunas, galerías y geometrías bizantinas desde la esquina. Un acuarelista callejero había plantado su caballete en la esquina y estaba finalizando un retrato de trazo impresionista del edificio. Al reparar en la presencia de Vargas a su lado le dedicó una sonrisa cortés.

—Bonita estampa —elogió Vargas.

—Se hace lo que se puede. ¿Policía?

—¿Tanto se nota?

El pintor le ofreció una sonrisa agria. Entonces Vargas señaló el cuadro.

—¿Está a la venta?

—Lo estará en algo menos de media hora. ¿Interesado en el edificio?

—Por momentos. ¿Cobran por entrar? —preguntó Vargas.

—No les dé ideas.

Un ascensor escapado de los sueños de Julio Verne le condujo hasta las puertas de un despacho donde lucía una placa dorada de considerable gramaje que rezaba:

METROBARNA

Sociedad Limitada de Capital Inmobiliario.

Vargas pulsó el timbre. Un eco de carillón prendió en el aire y al poco la puerta se abrió desvelando la figura de una recepcionista de talle exquisito y atuendo más que formal enmarcada en un recibidor suntuoso. En algunas firmas, la opulencia se transmitía con antelación y alevosía.

—Buenos días —lanzó Vargas en tono oficial al tiempo que mostraba su acreditación—. Vargas, Jefatura Superior de Policía. Quisiera hablar con el gerente, por favor.

La recepcionista le examinó, sorprendida. Presumiblemente el tenor de las visitas que acostumbraban a recibir en aquel despacho era de mayor caché.

—¿Quiere decir usted el señor Sanchís?

Vargas se limitó a asentir y se adentró unos pasos en el vestíbulo, una sala con paredes tapizadas de terciopelo azul sembrada de exquisitas acuarelas de fachadas y edificios emblemáticos de Barcelona. Vargas reprimió una sonrisa al reconocer el estilo del pintor de la esquina.

—¿Puedo preguntarle de qué se trata, agente? —inquirió la recepcionista a su espalda.

—Capitán —corrigió Vargas sin volverse.

La recepcionista carraspeó y, al no obtener más respuesta, suspiró.

—El señor Sanchís está en estos momentos en una reunión. Si lo desea…

Vargas se dio la vuelta y la miró con frialdad.

—Ahora mismo le aviso, capitán.

Vargas asintió con escaso entusiasmo. La recepcionista partió rauda en busca de refuerzos. Siguió un rápido desfile de voces apagadas, ruidos de puertas que se abrían y cerraban y pasos en carrerilla por los corredores del despacho. Al minuto había vuelto, esta vez con una sonrisa mansa, para invitarle a seguirla al interior.

—Si es tan amable, el señor director le recibirá en la sala de juntas.

Cruzó un largo pasillo flanqueado por despachos ampulosos donde una brigada de atildados abogados enfundados en trajes de tres piezas despachaban sus menesteres con la solemnidad del comisionista experto. Estatuas, cuadros y alfombras de alto vuelo perfilaban el recorrido, que le llevó a una amplia sala suspendida frente a una tribuna acristalada desde la que se contemplaba todo el paseo de Gracia a vista de ángel. Una imponente mesa de juntas presidía un conjunto de butacones, vitrinas y molduras de maderas nobles.

—El señor Sanchís estará con usted en un instante. ¿Puedo ofrecerle algo mientras tanto? ¿Un café?

Vargas negó. La recepcionista se evaporó tan pronto como pudo y le dejó a solas.

El policía evaluó el escenario. Las oficinas de Metrobarna olían, si no apestaban, a dinero. Probablemente solo el precio de la alfombra a sus pies superaba con creces su sueldo de varios años. Vargas rodeó la mesa de juntas acariciando el roble lacado con los dedos y absorbiendo el perfume de lujo y pompa del lugar. El escenario y la prosodia de las formas desprendían aquel aire opresivo y excluyente de las instituciones dedicadas a la alquimia monetaria, recordando al visitante en todo momento que aunque creyese estar dentro, en realidad siempre estaría fuera y al otro lado de la proverbial ventanilla.

La sala estaba decorada con numerosos retratos de diferente tamaño. La mayoría eran fotografías, pero también había óleos y apuntes al carbón firmados por una selección de retratistas oficiales y de prestigio de las últimas décadas. Vargas repasó la colección. En todas las imágenes aparecía la misma persona, un caballero de cabellos plateados y semblante patricio que observaba la cámara, o el caballete, con sonrisa serena y ojos gélidos. El protagonista de aquellas estampas claramente sabía posar y elegir compañías. Vargas se inclinó para examinar de cerca una fotografía

donde el caballero de la fría mirada aparecía en compañía de un grupo de prohombres ataviados con galas de cacería sonriendo como amigos de toda la vida al tiempo que flanqueaban a un general Franco más joven. Vargas repasó el reparto de figuras presentes en la función y reparó en uno de los participantes en la cacería. Estaba apostado en la segunda fila y sonreía entusiasmado, como si estuviese esforzándose por destacar en la escena.

—Valls —murmuró.

La puerta de la sala se abrió a su espalda y al volverse se encontró con un hombre de mediana edad de una esbeltez rayana en la fragilidad y tocado de un escaso cabello rubio tan fino como el de un bebé. Vestía un traje de alpaca de corte impecable y lucía ojos grises a juego, templados y penetrantes. El director le sonrió de modo afable y le tendió la mano.

—Buenos días. Mi nombre es Ignacio Sanchís, director general de esta casa. Tengo entendido, por lo que me dice María Luisa, que desea usted hablar conmigo. Disculpe que le haya hecho esperar. Estamos preparando la junta anual de accionistas y vamos un poco de cabeza. ¿En qué le puedo ayudar, capitán?

Sanchís destilaba un aire de cordialidad cultivada y profesionalidad de *bouquet* superior. Su mirada transmitía calidez y autoridad al tiempo que le catalogaba con minuciosidad. Vargas no tuvo la menor duda de que antes de finalizar su frase de presentación Sanchís ya sabría la marca de zapatos que calzaba y los años que tenía su traje de medio pelo.

—Este rostro me resulta familiar —dijo el policía señalando uno de los óleos que decoraban la sala.

—Es don Miguel Ángel Ubach —apuntó Sanchís, sonriendo con benevolencia ante la ignorancia o ingenuidad de su interlocutor—. Nuestro fundador.

—¿De la Banca Ubach? —preguntó Vargas—. ¿El Banquero de la Pólvora?

Sanchís le ofreció una sonrisa leve y diplomática, pero su mirada se enfrió.

—A don Miguel Ángel nunca le gustó ese apelativo, que si me permite no hace justicia al personaje.

—Oí decir que se lo había puesto el propio Generalísimo, por los servicios prestados —aventuró Vargas.

—Me temo que no es así —corrigió Sanchís—. El apodo se lo atribuyó cierta prensa roja a don Miguel Ángel durante la guerra. La Banca Ubach, junto a otras instituciones, ayudó a financiar la campaña de liberación nacional. Un gran hombre al que España debe mucho.

—Que sin duda se ha cobrado… —murmuró Vargas.

Sanchís ignoró sus palabras sin perder un ápice de cordialidad.

—¿Y cuál es la relación de don Miguel Ángel con esta compañía? —quiso saber Vargas.

Sanchís carraspeó y adoptó un semblante paciente y didáctico.

—A la muerte de don Miguel Ángel, en 1948, la Banca Ubach se dividió en tres

sociedades. Una de ellas fue el Banco Hipotecario e Industrial de Cataluña, que hace ahora ocho años fue absorbido por la Banca Hispanoamericana de Crédito. Metrobarna fue creada en esa época para administrar la cartera de valores inmobiliarios que había en el balance del banco.

Sanchís pronunció aquellas palabras como si las hubiese recitado muchas veces, con el aire experto y ausente de un guía de museo que alecciona a un grupo de turistas mientras mira el reloj de reojo.

—Pero estoy seguro de que la historia de la compañía no es materia de gran interés para usted —remató—. ¿En qué puedo ayudarle, capitán?

—Es un tema menor, probablemente sin importancia, señor Sanchís, pero ya sabe usted cómo es la rutina de estas cosas. Hay que comprobarlo todo.

—Por supuesto. Usted dirá.

Vargas extrajo su cuaderno y fingió repasar unas líneas.

—¿Podría usted confirmar si un automóvil con matrícula B-74325 pertenece a Metrobarna?

Sanchís le miró con perplejidad.

—La verdad, no lo sé… Tendría que preguntar a…

—Imagino que la compañía tiene una flota de automóviles. ¿Me equivoco?

—No, está usted en lo cierto. Disponemos de cuatro o cinco coches, si…

—¿Uno de ellos es un Mercedes Benz? ¿Negro? ¿Un modelo de hará unos quince o veinte años?

Una sombra de inquietud cruzó el rostro de Sanchís.

—Sí… Es el vehículo que conduce Valentín. ¿Ha ocurrido algo?

—¿Valentín, dice usted?

—Valentín Morgado, un chófer que trabaja para esta casa.

—¿El suyo particular?

—Sí. Desde hace ya años… ¿Puedo preguntar qué…?

—¿Se encuentra el señor Morgado en la oficina en este momento?

—Creo que no. Esta mañana a primera hora tenía que llevar a Victoria al médico…

—¿Victoria?

—Victoria es mi esposa.

—¿Y el apellido de su esposa es…?

—Ubach. Victoria Ubach.

Vargas alzó las cejas en señal de sorpresa. Sanchís asintió, vagamente irritado.

—Hija de don Miguel Ángel, sí.

El policía le guiñó el ojo, como si quisiera darle a entender que admiraba el braguetazo que le había llevado a la cúspide de la compañía.

—Capitán, le ruego que me explique de qué se trata este asunto…

Vargas sonrió afable y relajado.

—Como le decía, nada de importancia. Estamos investigando un atropello que ha

tenido lugar esta mañana en la calle Balmes. El vehículo del sospechoso se ha dado a la fuga. No se preocupe, que no es el suyo. Pero dos testigos del suceso han declarado haber visto aparcado justo en el cruce un automóvil que coincide con la descripción y matrícula del Mercedes negro que conduce…

—Valentín.

—Exacto. De hecho ambos han declarado que en el momento en que se ha producido el atropello el conductor del Mercedes estaba en el interior. De ahí que tengamos interés en localizarle, para ver si tal vez él hubiera podido ver algo que nos ayudase a identificar al conductor que se ha dado a la fuga…

Sanchís hizo un gesto compungido ante su relato, aunque parecía visiblemente aliviado de que su coche y su chófer no hubiesen estado implicados en el accidente.

—Es terrible. ¿Se ha producido alguna víctima mortal?

—Por desgracia tenemos que hablar de una. Una señora mayor que ha sido llevada al hospital Clínico, donde ya ha ingresado cadáver.

—Lo siento muchísimo. Por supuesto, todo lo que podamos hacer por ayudar a…

—Bastaría con hablar con su empleado, Valentín.

—Claro, por supuesto.

—¿Sabe usted si tal vez esta mañana el señor Morgado ha llevado a su esposa a algún otro sitio después de su visita al médico?

—No estoy seguro. Creo que no. Victoria me comentó ayer que este mediodía recibía unas visitas en casa… Es posible que Valentín haya salido a hacer unos recados. A veces entrega documentos o correos del despacho si mi esposa o yo no le necesitamos por las mañanas.

Vargas extrajo una tarjeta y se la tendió.

—¿Será tan amable de decirle al señor Morgado que se ponga en contacto conmigo tan pronto como pueda?

—No se preocupe. Ahora mismo daré orden de que le localicen y le avisen.

—Probablemente no pueda ayudarnos, pero hay que cumplir con la formalidad.

—Por supuesto.

—Una cosa más. ¿Tiene por casualidad el señor Morgado alguna característica física distintiva?

Sanchís asintió.

—Sí, Valentín sufrió una herida durante la guerra. Tiene parte del rostro desfigurado a consecuencia de una explosión de mortero.

—¿Lleva muchos años a su servicio?

—Por lo menos diez. Valentín ya trabajaba para la familia de mi esposa y es un hombre de confianza de esta casa. Doy fe de ello.

—Uno de los testigos mencionó algo de una máscara que le cubría parte de la cara, ¿puede ser? Solo quiero asegurarme de que se trata de la persona correcta.

—Así es. Valentín lleva una prótesis que le cubre la mandíbula inferior y el ojo izquierdo.

—No quisiera robarle más tiempo, señor Sanchís. Muchas gracias por su ayuda. Lamento haber interrumpido su reunión.

—No tiene importancia. Faltaría más. Es un deber y un honor para todo español colaborar con las fuerzas de seguridad del Estado.

Sanchís le acompañaba ya hacia la salida cuando cruzaron frente a un portón de madera labrada tras el cual se abría una monumental biblioteca con vistas al paseo de Gracia. Vargas se detuvo un instante y se asomó al interior. La biblioteca se extendía en una galería versallesca que parecía ocupar todo el lateral del edificio. El suelo y el techo estaban cubiertos de madera pulida tan brillante que parecían dos espejos enfrentados en los que las columnas de libros se multiplicaban hasta el infinito.

—Impresionante —dijo Vargas—. ¿Es usted coleccionista?

—Modesto —contestó Sanchís—. La mayor parte proviene del fondo de la Fundación Ubach, aunque tengo que admitir que los libros son mi debilidad y mi refugio del mundo de las finanzas.

—Le entiendo. Yo, a mi modesta escala, hago lo mismo —aventuró Vargas—. Lo mío es la búsqueda y captura de ejemplares raros y únicos. Mi mujer dice que es deformación profesional.

Sanchís asintió, manteniendo el semblante cortés y paciente aunque sus ojos traicionaban ya cierto hartazgo y la voluntad de quitarse de encima al policía en cuanto fuese posible.

—¿Está usted interesado en volúmenes raros, señor Sanchís?

—La mayoría de la colección son textos del siglo XVIII y XIX, españoles, franceses e italianos, aunque tenemos también una excelente selección de literatura y filosofía alemanas y de poesía inglesa —explicó el director—. Supongo que en ciertos círculos eso ya constituiría rareza suficiente.

Sanchís le tomó del brazo delicada pero firmemente y le guio de nuevo al pasillo rumbo a la salida.

—Le envidio, señor Sanchís. Quién pudiera… Mis medios son limitados y me tengo que conformar con piezas modestas.

—No hay libros modestos sino ignorancias soberbias.

—Por supuesto. Eso mismo le decía yo a un librero de viejo al que tengo buscándome una serie de novelas de un autor olvidado. A lo mejor le suena a usted el nombre. Mataix. Víctor Mataix.

Sanchís le sostuvo la mirada, impasible, y negó despacio.

—Lo lamento, nunca he oído hablar de él.

—Es lo que me dice todo el mundo. Un hombre se deja la vida escribiendo y al poco nadie recuerda sus palabras…

—La literatura es una amante cruel que olvida con facilidad —dijo Sanchís, abriendo la puerta del rellano.

—Como la justicia. Suerte que siempre hay alguien como usted y como yo dispuestos a refrescarles a ambas la memoria…

—Así es la vida, que nos olvida a todos antes de hora. Ahora, si no hay nada más que pueda hacer por usted…

—No, muchas gracias de nuevo por su ayuda, señor Sanchís.

24

Al salir del edificio Vargas avistó al pintor de acuarelas, que recogía ya sus enseres y encendía una pipa de marinero veterano. Le sonrió de lejos y se aproximó.

—Hombre, si es el comisario Maigret —exclamó el artista.

—El nombre es Vargas.

—Dalmau —se presentó el pintor.

—¿Qué hay, maestro Dalmau? ¿Ha terminado ya la obra?

—Las obras nunca se terminan. El truco está en saber dónde hay que dejarlas inacabadas. ¿Está interesado todavía?

El artista alzó el trapo que cubría el lienzo y le mostró la acuarela.

—Parece como salido de un sueño —dijo Vargas.

—El sueño es suyo por diez duros y la voluntad.

El policía extrajo la cartera. Los ojos del artista le brillaron como la brasa de su pipa. Vargas le tendió un billete de cien pesetas.

—Es demasiado.

Vargas negó.

—Considéreme su mecenas del día.

El pintor procedió a envolverle la acuarela en papel de estraza y cordel.

—¿Se puede vivir de esto? —preguntó Vargas.

—La industria de la postal ha hecho mucho daño, pero aún queda gente con gusto.

—¿Como el señor Sanchís?

El artista enarcó una ceja y le miró con aire de sospecha.

—Ya me olía esto a gato encerrado. A ver si me mete ahora usted en un lío.

—¿Hace mucho que Sanchís es cliente suyo?

—Varios años.

—¿Le ha vendido muchos cuadros?

—Bastantes.

—¿Tanto le gusta su estilo?

—Me los compra por lástima, creo yo. Es un hombre muy generoso, al menos para ser banquero.

—A lo mejor tiene mala conciencia.

—No será el único. En este país de eso hay para dar y vender.

—¿Lo dice por mí?

Dalmau renegó por lo bajo y dobló el caballete.

—¿Se marcha ya? Creí que iba a poder contarme algo del señor Sanchís.

—Mire, si quiere le devuelvo el dinero. Y el cuadro se lo puede quedar. Póngalo en alguna mazmorra de comisaría.

—El dinero es suyo, que se lo ha ganado.

El artista dudó.

—¿Qué quiere usted con Sanchís? —preguntó.

—Nada. Es simple curiosidad.

—Eso mismo dijo el otro policía. Son todos ustedes iguales.

—¿El otro policía?

—Sí, eso. Hágase el que no sabe de qué va la cosa.

—¿Puede describirme a mi colega? A lo mejor hay un billete más para usted si me echa una mano.

—Poco que describir. Otro matón, como usted. Aunque ese tenía la cara cortada.

—¿Le dijo cómo se llamaba?

—No llegamos a intimar.

—¿Cuándo fue eso?

—Quizá hace dos o tres semanas.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. En mi oficina. ¿Puedo irme ya?

—No tiene nada que temer de mí, maestro.

—No le tengo miedo. De ustedes ya estoy curado de espantos. Pero prefiero respirar otros aires, si no le importa.

—¿Ha estado dentro?

El artista rio por lo bajo con desprecio.

—¿La Modelo?

—Montjuic. De 1939 a 1943. No pueden ustedes hacerme nada que no me hayan hecho ya.

Vargas sacó la cartera, dispuesto a desembolsar un segundo pago, pero el pintor lo rechazó. Extrajo el dinero que le había entregado Vargas con anterioridad y lo dejó caer al suelo. Luego, recogió el caballete plegado y su maletín de pinturas y se alejó cojeando. Vargas le contempló perderse paseo de Gracia arriba. Se arrodilló para coger el dinero del suelo y echó a caminar en dirección contraria con el cuadro bajo el brazo.

Ignacio Sanchís se aproximó a la ventana de la sala de juntas y observó al policía hablando con el acuarelista de la esquina. Al par de minutos, el policía se alejó hacia la plaza de Cataluña portando lo que parecía el cuadro que le había comprado. Sanchís esperó a perderle de vista entre el gentío. Salió al pasillo y se encaminó a la recepción.

—Estaré fuera unos minutos, María Luisa. Si llama Lorca, de la oficina de Madrid, páseselo a Juanjo.

—Sí, señor Sanchís.

No esperó al ascensor. Bajó a pie por la escalera y al llegar a la calle sintió el roce de una brisa que le hizo advertir que tenía la frente cubierta de sudor. Se aproximó al café que quedaba junto a la emisora de Radio Barcelona, en la calle Caspe, y pidió un

cortado. Mientras se lo preparaban, se acercó al teléfono público que había en el fondo y marcó el número de memoria.

—Brians —respondió la voz al otro lado de la línea.

—Un policía que dice llamarse Vargas acaba de hacerme una visita.

Un largo silencio.

—¿Es esta la línea del despacho? —preguntó Brians.

—Claro que no —dijo Sanchís.

—También han estado aquí esta mañana. Él y una chica. Decían tener un Mataix para vender.

—¿Sabe quiénes eran?

—Él era obviamente de la policía. Ella no me ha gustado nada. Tan pronto como se han ido he hecho lo que me dijo. He telefoneado al número que me dio y he colgado para avisar a Morgado y encontrarnos donde siempre. Le he visto hace apenas una hora. Creí que ya le había advertido.

—Ha ocurrido un imprevisto. Morgado ha tenido que volver a la casa —dijo Sanchís.

—¿Qué le ha preguntado el policía?

—Quería saber de Morgado. No sé qué tontería de un accidente. Deben de haberle seguido a usted.

Sanchís oyó al abogado suspirar.

—¿Cree que tienen la lista?

—No lo sé. Pero no podemos correr riesgos.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Brians.

—Ningún encuentro con Morgado y ninguna llamada hasta nuevo aviso. Si hace falta, yo contactaré con usted. Vuelva al despacho y haga como si nada —ordenó Sanchís—. Yo que usted desaparecería de la ciudad una temporada.

El banquero colgó el teléfono. Pasó de largo frente a la barra, pálido.

—Jefe. Su cortado —le dijo el camarero.

Sanchís lo miró como si no supiera qué hacía allí y salió del café.

25

Mauricio Valls ha visto a demasiada gente morir como para creer que hay algo más allá. Resucita del purgatorio de antibióticos, narcóticos y pesadillas sin esperanzas. Abre los ojos a la penuria de su celda y siente que la ropa que vestía ha desaparecido. Está desnudo y envuelto en una manta. Se lleva la mano que no tiene al rostro y descubre el muñón cauterizado con alquitrán. Lo contempla largamente, como si quisiera averiguar a quién pertenece aquel cuerpo en el que ha despertado. La memoria va regresando poco a poco, goteando imágenes y sonidos. Al rato lo recuerda todo menos el dolor. Tal vez sí que haya un Dios misericordioso después de todo, se dice.

—¿De qué te ríes? —pregunta la voz.

La mujer que en su delirio había tomado por un ángel le observa tras los barrotes. No hay compasión ni emoción alguna en su mirada.

—¿Por qué no me han dejado morir?

—La muerte es demasiado buena para ti.

Valls asiente. No está seguro de con quién está hablando, aunque hay algo en esa mujer que le resulta enormemente familiar.

—¿Dónde está Martín? ¿Por qué no ha venido?

La mujer le mira con lo que se le antoja una suerte de desprecio y tristeza.

—David Martín te espera.

—¿Dónde?

—En el infierno.

—No creo en el infierno.

—Paciencia. Creerás.

La mujer se retira a las sombras y empieza a ascender la escalera.

—Espere. No se vaya. Por favor.

Ella se detiene.

—No se vaya. No me deje aquí solo otra vez.

—Ahí tienes ropa limpia. Vístete —dice ella antes de perderse escaleras arriba.

Valls oye cerrarse una compuerta. Encuentra la ropa en una bolsa, en un rincón de la celda. Es ropa vieja, que le va grande, pero está moderadamente limpia aunque huela a polvo. Se desprende de la manta y observa su cuerpo desnudo en la penumbra. Puede leer huesos y tendones bajo la piel donde antes había un dedo de grasa. Se viste. No es fácil vestirse con una sola mano, ni abrochar un pantalón o una camisa con solo cinco dedos. Lo que más agradece son los calcetines y unos zapatos con los que esconder sus pies del frío. En el fondo de la bolsa hay algo más. Un libro. Reconoce al instante la cubierta de piel negra y el perfil de una escalera de caracol grabada en escarlata en la portada. Apoya el libro en el regazo y lo abre.

El Laberinto de los Espíritus III

Ariadna y el Teatro de las Sombras

Texto e ilustraciones de Víctor Mataix

Valls deja pasar las páginas hasta detenerse en la primera ilustración. En ella se aprecia la carcasa de un viejo teatro en ruinas sobre cuyo escenario hay una niña vestida de blanco, de mirada frágil. Incluso a la luz de la vela la reconoce.

—Ariadna… —murmura.

Cierra los ojos y se aferra a los barrotes de la celda con una mano.

Tal vez el infierno sí existe.

26

Un sol de terciopelo pintaba las calles de inocencia. Alicia paseaba entre el gentío que recorría el centro de la ciudad mientras le iba dando vueltas a una escena que había leído en las últimas páginas de *Ariadna y el Príncipe Escarlata*. En ella, Ariadna se encontraba con un vendedor ambulante de máscaras y flores marchitas a la puerta de la ciudad de los muertos, la gran necrópolis del sur. Hasta allí la había llevado un tranvía fantasmal sin conductor ni pasaje que portaba al frente un cartel que rezaba:

Destino

El vendedor estaba ciego pero oía a Ariadna acercarse y le preguntaba si deseaba adquirir una máscara. Las máscaras que vendía en su carromato, explicaba, estaban hechas con restos de almas malditas que habitaban el cementerio y servían para burlar a los hados y sobrevivir, tal vez, un día más. Ariadna le confesaba que no sabía cuál era su destino y que creía que lo había perdido al caer en aquella Barcelona espectral bajo el dominio del Príncipe Escarlata. El vendedor de máscaras sonreía y respondía con estas palabras:

> *La mayoría de los mortales nunca llegamos a conocer nuestro verdadero destino; simplemente somos atropellados por él. Para cuando levantamos la cabeza y lo vemos alejarse por la carretera ya es tarde, y el resto del camino lo tenemos que hacer por la cuneta de aquello que los soñadores llaman la madurez. La esperanza no es más que la fe de que ese momento no haya llegado todavía, de que acertemos a ver nuestro verdadero destino cuando se acerque y podamos saltar a bordo antes de que la oportunidad de ser nosotros mismos se desvanezca para siempre y nos condene a vivir de vacío, añorando lo que debió ser y nunca fue.*

Alicia recordaba aquellas palabras como si las llevase grabadas en la piel. Nada sorprende y asusta más que lo que uno ya sabe. Aquel mediodía, al posar la mano en la puerta de la vieja librería Sempere e hijos, Alicia sintió el roce de aquella vida por vivir y se preguntó si no sería ya demasiado tarde.

La recibió el tintineo de la campanilla al entrar, el perfume a libros que desprendían miles de páginas esperando su oportunidad y una claridad nebulosa que tejía la escena con la textura de un sueño. Todo era como lo recordaba, desde el sinfín de estantes de madera clara hasta la última brizna de polvo atrapada en los haces de luz que se filtraban por el escaparate. Todo menos ella.

Se adentró en aquella estancia como si regresara a un recuerdo perdido. Por un instante, se dijo que aquel lugar hubiera podido ser su destino de no haber estallado una guerra que le había arrancado todo cuanto tenía, que la había mutilado y abandonado en las calles de una tierra maldita. Una guerra que había acabado haciendo de ella un títere más en una función de la que sabía que nunca iba a poder escapar. Aquel espejismo que presentía entre las cuatro paredes de la librería Sempere e hijos, comprendió, era la vida que le habían robado.

La mirada de un niño la arrancó de su ensueño. No debía de tener más de dos o tres años y estaba instalado en un pequeño parque de madera blanca junto al mostrador de la librería. El niño, coronado por una mata de pelo rubio tan fino y brillante que parecía de orfebrería, se había aupado aferrándose al borde y la observaba fijamente, estudiándola como si fuese un espécimen exótico. Alicia se rindió en una de esas sonrisas sinceras que se dibujan sin darse uno ni cuenta. El pequeño pareció calibrar el gesto mientras jugueteaba con un cocodrilo de goma. Luego, en un notable acto de acrobacia aeronáutica, procedió a disparar el muñeco en una trayectoria parabólica que lo dejó a sus pies. Alicia se arrodilló a recoger el cocodrilo y entonces oyó su voz.

—¡Julián, por el amor de Dios! Es que no hay manera…

Alicia escuchó cómo los pasos rodeaban el mostrador y al levantarse la encontró. Beatriz. De cerca le pareció tan hermosa como la pintaban los informes de bobos y fisgones, que como era previsible poco más habían atinado a decir de ella. Estaba tocada de esa feminidad bendita y apresurada de quien ha sido madre antes de los veinte años pero tenía la mirada de una mujer que doblase esa edad, penetrante e inquisitiva. Nadie sabe leer a una mujer como otra mujer, y en aquel breve instante en que sus manos se rozaron, cuando Alicia le entregó el juguete del pequeño Julián y sus ojos se encontraron, ambas sintieron que enfrentaban una suerte de espejo a través del tiempo.

Alicia observó a aquella criatura y se dijo que, en otra vida, bien hubiera podido ser la mujercita de aire sereno y angelical que debía de levantar anhelos y suspiros en el vecindario, la estampa viva de la esposa perfecta de los anuncios de moda. Beatriz, sin pecado concebida, contempló a su vez a aquella extraña que parecía un reflejo oscuro de sí misma, una Bea que nunca podría o se atrevería a ser.

—Disculpe usted al niño —improvisó Bea—. Está empeñado en que a todo el mundo le tienen que gustar los cocodrilos tanto como a él. No le podían gustar los perritos o los osos igual que a los demás críos, no…

—Señal de buen gusto —dijo Alicia—. Los demás críos son todos unos cursis, ¿verdad?

El pequeño asintió varias veces, como si por fin hubiera encontrado un alma cuerda en el universo. Bea frunció el ceño. Las trazas de aquella mujer le recordaron a las brujas estilizadas y exquisitamente malvadas de los cuentos que tanto agradaban a Julián. Su hijo debía de haber pensado lo mismo, porque había extendido las manos

hacia ella como si quisiera que le tomase en brazos.

—Parece que ha hecho usted una conquista —dijo Bea—. Y no crea que Julián se va con cualquiera…

Alicia miró al niño. Nunca en su vida había sostenido a un bebé. No tenía ni idea de cómo se hacía tal cosa. Bea debió de olfatear su perplejidad porque tomó a Julián en sus brazos.

—¿No tiene usted niños? —preguntó.

La visitante negó.

«Probablemente se los come», pensó Bea en un desliz de malicia. Julián la seguía contemplando cautivado.

—¿Julián, se llama?

—Sí.

Alicia se aproximó al niño y se inclinó para que su mirada estuviese a su altura. Julián sonrió, encantado. Bea, sorprendida ante la reacción de su hijo, le permitió extender la mano hasta el rostro de aquella mujer. Julián le tocó la mejilla y los labios. Al recibir su caricia, Bea creyó que a la clienta se le formaban lágrimas en los ojos, o quizá fuera el reflejo de la luz del mediodía. La mujer se apartó rápidamente y se volvió.

Vestía ropas exquisitas y, hasta donde ella podía determinar, muy caras. El tipo de ropa que a veces se detenía a mirar en los escaparates más selectos de Barcelona para luego pasar de largo, soñando despierta. Tenía un talle afilado y un gesto vagamente teatral. Llevaba los labios pintados de un color y un brillo que ella nunca se habría atrevido a lucir en público y que en contadas ocasiones había llevado solo para Daniel, cuando él la atontaba con moscatel y le pedía que le hiciera lo que él llamaba *un desfile*.

—Me encantan sus zapatos —dijo Bea.

La mujer se volvió de nuevo y le sonrió, mostrando los dientes entre el carmín. Julián estaba dando amagos de palmas, indicando con claridad que a él le gustaba todo, de los zapatos de precio impreguntable a los ojos de terciopelo que parecían hipnotizar como los de una serpiente.

—¿Buscaba algo en concreto?

—Pues no lo sé. Tuve que abandonar casi todos mis libros al mudarme y ahora, al regresar a Barcelona, me encuentro como si hubiese naufragado.

—¿Es usted de aquí?

—Sí, pero he estado viviendo unos años fuera.

—¿En París?

—¿París? No.

—Lo decía por la ropa. Y el aire. Tiene usted aire de parisina.

Alicia intercambió una mirada con el pequeño Julián, que seguía prendado de ella, y asintió como si lo de su ascendencia parisina hubiera sido idea suya, no de su madre.

—¿Conoce usted París? —preguntó Alicia.

—No. Bueno, solo por los libros. Pero el año que viene iremos a celebrar nuestro aniversario de bodas allí.

—Eso es un marido.

—Oh, él no lo sabe todavía.

Bea rio, nerviosa. Algo en la mirada de aquella mujer le soltaba la lengua.

Alicia le ofreció un guiño cómplice.

—Mejor todavía. Hay cosas demasiado importantes como para dejarlas en manos de los hombres.

—¿Es su primera vez en la librería? —preguntó una Bea deseosa de cambiar de tema.

—No. De hecho, de niña solía venir aquí con mis padres. Aquí me compró mi madre mi primer libro… Aunque de eso hace ya muchos años. Antes de la guerra. Pero guardo muy buen recuerdo y me he dicho que este era el sitio para empezar a rehacer mi biblioteca perdida.

Bea sintió un profundo cosquilleo ante la promesa implícita de negocio inminente. Llevaban ya una larga temporada de sequía de ventas y aquellas palabras le sonaban a música celestial.

—Aquí estamos entonces para todo lo que guste, porque lo que no tengamos aquí se lo encontramos en cuestión de días u horas.

—Me alegra oírlo. ¿Es usted la propietaria?

—Yo soy Bea. Esta es la librería de mi suegro, pero aquí estamos toda la familia…

—¿Su esposo también trabaja con usted? Qué suerte…

—No sé si estaría yo de acuerdo —bromeó Bea—. ¿Está usted casada?

—No.

Bea tragó saliva. Otra vez le resbalaba la lengua. Ya eran dos las preguntas personales que le hacía a aquella prometedora clienta sin que viniese a cuento. Alicia le leyó la mirada y sonrió.

—No se preocupe, Bea. Me llamo Alicia.

Le ofreció la mano y Bea la estrechó. Julián, que no perdía una, alzó también la suya a ver lo que caía. Alicia se la estrechó también. Bea rio.

—Pues con la mano que tiene, debería usted tener niños.

Tan pronto como hubo pronunciado esas palabras se mordió la lengua.

«Bea, por favor, cállate».

La tal Alicia no parecía haberla oído y se había perdido en la contemplación de los estantes repletos de libros, alzando la mano y casi acariciándolos sin tocarlos. Bea aprovechó que estaba de espalda para examinarla de nuevo a conciencia.

—Sepa que hacemos precios especiales para colecciones…

—¿Puedo quedarme a vivir aquí? —preguntó Alicia.

Bea rio de nuevo, esta vez con escasa convicción, y miró a su hijo, que

claramente le hubiera dado ya las llaves a aquella extraña.

—Steinbeck… —la oyó murmurar.

—Tenemos ahí una recopilación nueva con varias de sus novelas. Nos acaba de llegar…

Alicia tomó uno de los ejemplares, lo abrió y leyó unas líneas al azar.

—Es como leer música en un pentagrama —musitó Alicia.

Bea pensó que hablaba sola y que se había perdido en los libros, olvidándose de ella y del niño. La dejó en paz y permitió que recorriera la librería a sus anchas. Alicia elegía un volumen aquí y allá y los dejaba sobre el mostrador. Un cuarto de hora después una respetable torre de tomos había cobrado forma.

—También hacemos entrega a domicilio…

—No se preocupe, Bea. Enviaré a alguien esta misma tarde a recogerlos. Pero me voy a llevar este. Me ha convencido esta tarjeta que dice *Recomendación de Fermín*: Las Uvas de la Ira*, del picarón Juanito Steinbeck, es una sinfonía de letras indicada para aliviar los casos de cazurrismo contumaz y favorecer la profilaxis de la meninge en casos de estreñimiento cerebral provocados por un exceso de adhesión al canon de la papanatería oficial*.

Bea puso los ojos en blanco y despegó la tarjeta de la portada.

—Disculpe usted, esto de las tarjetas prescriptoras es una de las últimas ocurrencias de Fermín. Yo intento localizarlas todas y quitarlas antes de que los clientes se las encuentren, pero me las sigue escondiendo por ahí…

Alicia rio. Tenía la risa fría, de cristal.

—¿Este Fermín es uno de sus empleados?

Bea asintió.

—Algo así. Él se define como asesor literario y detective bibliográfico de Sempere e hijos.

—Parece todo un personaje.

—No se hace usted idea. ¿Verdad, Julián, que el tío Fermín es de lo que no hay?

El pequeño batió palmas.

—Son tal para cual —explicó Bea—. No sé quién tiene menos conocimiento de los dos…

Bea empezó a mirar los precios de los diferentes volúmenes y a anotarlos en el libro de cuentas. Alicia observó que cuando lo hacía desplegaba un garbo que no despertaba dudas de quién llevaba los números en aquella casa.

—Con el descuento de la casa, le sale…

—Sin descuento, por favor. Gastar dinero en libros es un placer que no quiero que me recorten.

—¿Está segura?

—Segurísima.

Alicia le abonó el importe de la compra, que Bea procedió a dejar preparada para su recogida aquella tarde.

—Se lleva usted unos cuantos tesoros —dijo Bea.

—Espero que sean los primeros de una larga lista.

—Aquí nos tendrá, ya lo sabe.

Alicia le tendió de nuevo la mano. Bea se la estrechó.

—Ha sido un placer. Volveré pronto.

Bea asintió complacida, pero pensó que aquello sonaba a vaga amenaza.

—Esta es su casa. Aquí estaremos para lo que necesite…

Alicia le sopló un beso a Julián, que se quedó en trance. Ambos la observaron enfundarse los guantes con aire felino y dirigirse hacia la salida marcando el paso con aquellos tacones que apuñalaban el suelo. Justo entonces, cuando Alicia salía, llegó Daniel. Bea observó cómo su marido, embobado, le sostenía la puerta y se deshacía en una sonrisa que merecía al menos una bofetada. Bea puso los ojos en blanco y suspiró. Julián, a su lado, soltaba los ruidos que solía hacer cuando estaba encantado con algo, bien fuera una de las historias de su tío Fermín o un baño caliente.

—Sois todos iguales —murmuró.

Daniel entró en la librería y se tropezó con la mirada de Bea, que le taladraba con frialdad.

—Y esa ¿quién era? —preguntó.

27

No se detuvo hasta llegar a la esquina con Puerta del Ángel. Solo entonces, escondiéndose entre el gentío, Alicia se paró frente a uno de los escaparates de Casa Jorba y se secó las lágrimas que le caían por el rostro. «Esa es mi vida». Enfrentó su reflejo en el cristal y dejó que la rabia la quemase por dentro.

—Estúpida —se dijo.

De regreso, se abandonó a la que había sido su ruta favorita años atrás y recorrió veinte siglos en veinte minutos. Bajó por Puerta del Ángel hasta la catedral y de allí se perdió por la curva de la calle de la Paja que bordeaba los restos de la muralla romana y enfilaba el descenso hasta la calle Aviñón a través del barrio judío del Call. Siempre había preferido las calles que no tenía que compartir con tranvías y automóviles. Allí, en el corazón de la Barcelona antigua donde ni las máquinas y ni sus discípulos conseguían penetrar, Alicia quiso creer que el tiempo discurría en círculos y que, si no se aventuraba más allá del laberinto de callejas donde el sol apenas se atrevía a pasar de puntillas, tal vez no envejecería jamás y podría volver a un tiempo oculto para reencontrarse con el camino que nunca debió abandonar. Quizá su momento aún no había pasado. Quizá le quedaba todavía una razón para seguir viviendo.

Antes de la guerra, de niña, Alicia había hecho aquel mismo camino muchas veces de la mano de sus padres. Recordaba haber cruzado frente al escaparate de Sempere e hijos con su madre y haberse detenido un instante para devolver la mirada a un niño con semblante desvalido que la observaba desde el otro lado del cristal. ¿Daniel tal vez? Recordaba el día en que su madre le compró el primer libro que había leído en su vida, una colección de poemas y leyendas de Gustavo Adolfo Bécquer. Recordaba las muchas noches que pasó en vela creyendo que Maese Pérez, el organista, rondaba a medianoche en el umbral de la puerta de su habitación, y que deseaba volver al bazar encantado de los libros donde la esperaban mil y una historias por vivir. Quizá en aquella otra vida perdida Alicia hubiera estado ahora al otro lado de aquel mostrador, poniendo libros en manos de unos y otros, anotando su título y su precio en el cuaderno de contabilidad y soñando con aquel viaje a París con Daniel.

A medida que se acercaba a su casa empezó a alumbrar de nuevo el turbio sentimiento de rencor que la arrastraba hacia aquella estancia oscura de su alma sin espejos ni ventanas en la que vivía. Se imaginó por un instante dando la vuelta y regresando a la librería para reencontrarse con aquella mujercita de cuento y su querubín de sonrisa regalada, Beatriz *la pura*. Se vio a sí misma sujetándola de la garganta contra la pared, clavándole las uñas en su piel de terciopelo y acercando su rostro al de aquella alma blanca para que Bea pudiera asomarse al abismo que se escondía en sus ojos mientras le lamía los labios para adivinar a qué sabían las mieles

de la felicidad que bendecían las vidas de aquellos entre los que Leandro siempre le había dicho que nunca podría contarse, *la gente normal*.

Se detuvo en el cruce de Aviñón y la calle Fernando, apenas a unos metros del portal de su casa, y bajó la mirada. La invadió una sensación de vergüenza. Casi podía oír a Leandro riéndose de ella en algún rincón de su mente. «Mi querida Alicia, criatura de las tinieblas, no te hagas daño soñando con ser la princesita de su casa que espera el regreso del campeón y cuida de los adorables retoños dando saltitos de alegría. Tú y yo somos lo que somos, y cuanto menos nos miremos en el espejo, mejor».

—¿Se encuentra bien, señorita Alicia?

Abrió los ojos para descubrir un rostro familiar, un retazo del pasado.

—¿Fernandito?

Una sonrisa bendita se extendió en los labios de su antiguo y fiel admirador. Los años habían tomado a un pobre muchacho de mente calenturienta y corazón acelerado y habían devuelto a un hombrecito con cierta presencia. Pese al tiempo transcurrido, sin embargo, su mirada seguía tan embelesada como el día que había acudido a despedirla a la Estación de Francia.

—Es una alegría volver a verla, señorita Alicia. Está usted igual. Qué digo, está usted mejor.

—Tú que me miras con buenos ojos, Fernandito. El que ha cambiado eres tú.

—Eso me dicen —corroboró el muchacho, que parecía satisfecho con la mejora.

—Has echado un montón de músculo —dijo Alicia—. Ya no sé si te puedo llamar Fernandito. Ahora me pareces don Fernando.

Fernandito se sonrojó y bajó los ojos.

—Usted me puede llamar como quiera, señorita Alicia.

Ella se inclinó y le besó en la mejilla, que ya empezaba a raspar. Fernandito, pasmado, se quedó congelado y luego, en un arrebato, la abrazó con fuerza.

—Me alegro de que haya vuelto a casa. Se la había echado mucho de menos.

—¿Te puedo invitar a un…? —improvisó Alicia—. ¿Todavía te gusta tanto la leche merengada?

—Me he pasado al carajillo de ron.

—Lo que no pueda la testosterona…

Fernandito rio. Pese a sus músculos recién estrenados, su incipiente barba y su nueva voz grave, seguía riéndose como un niño. Alicia le tomó del brazo y le arrastró hasta el Gran Café, donde pidió un carajillo con el mejor ron cubano de la casa y una copa de Alella. Brindaron por los años de ausencia y Fernandito, embriagado por el ron y por la presencia de Alicia, le contó que trabajaba a ratos haciendo entregas para un colmado del barrio y que se había echado una novia, una muchacha llamada Candela a la que había conocido en la catequesis de la parroquia.

—Prometedor —aventuró Alicia—. ¿Cuándo te casas?

—¿Casarme? Eso son imaginaciones de mi tía Jesusa. A duras penas he

conseguido que Candela me dé un beso. Cree que si no hay un cura presente es pecado.

—Si hay un cura presente no tiene gracia.

—Eso es lo que digo yo. Además, con lo poco que gano en el colmado no hay manera de ahorrar ni un duro para la boda. Fíjese que firmé cuarenta y ocho letras para la Vespa…

—¿Tienes una Vespa?

—Una preciosidad. Es de tercera mano, pero la he hecho pintar y da gusto verla. Un día tengo que llevarla de paseo. Lo que me ha costado, y me costará. Vamos toda la familia un poco justos desde que mi padre se puso enfermo y tuvo que dejar el empleo en La Seda. Los vapores esos del ácido. Al pobre se le han comido los pulmones.

—Lo siento mucho, Fernandito.

—Así es la vida. Pero de momento mi sueldo es lo único que entra en casa y voy a tener que encontrar algo mejor…

—¿Qué te gustaría hacer?

Él la miró con una sonrisa enigmática.

—¿Sabe lo que siempre me hubiera gustado hacer? Trabajar con usted.

—Pero si no sabes lo que hago, Fernandito.

—No soy tan tonto como parezco, señorita Alicia.

—Nunca he pensado que lo fueras.

—Iluso sí, y un poco pardillo, qué le voy a contar que no haya vivido usted en su propia carne, pero me llegan las luces para saber que usted está en el negocio de los misterios y las intrigas.

Ella sonrió.

—Supongo que es una manera de decirlo.

—Y no es que yo diga nada, ¿eh? Yo, chitón.

Alicia le miró a los ojos. Fernandito tragó saliva. Asomarse a aquel abismo siempre le aceleraba el pulso.

—¿De verdad te gustaría trabajar conmigo? —preguntó ella al fin.

Fernandito abrió unos ojos como platos.

—Nada me haría más feliz en este mundo.

—¿Ni casarte con Candelita?

—No sea mala, que a veces es usted muy mala, señorita Alicia…

Alicia asintió, concediendo la acusación.

—Mire, no quiero que piense que me hago ilusiones. Yo sé que nunca voy a querer a nadie como la he querido a usted, pero ese es mi problema. Hace tiempo que entendí que usted nunca me iba a querer a mí.

—Fernandito…

—Déjeme terminar, que por una vez que me atrevo a hablarle con franqueza no me gustaría dejar nada en el tintero, porque creo que nunca más volveré a tener el

valor de decirle lo que siento.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Lo que pretendo decir, y sé que no es asunto mío, y no se enfade conmigo por explicárselo, es que está bien que no me quiera a mí porque soy un pobre bobo, pero algún día tendrá que querer a alguien, que la vida es muy corta y muy perra para vivirla así… Sola.

Alicia bajó la mirada.

—No elegimos a quién queremos, Fernandito. A lo mejor es que yo no sé querer a nadie y no sé dejar que nadie me quiera a mí.

—No me lo creo. ¿No es su novio ese policía grandote que va por ahí con usted?

—¿Vargas? No. Es solo un compañero de trabajo. Y un buen amigo, creo.

—A lo mejor también yo puedo serlo.

—¿Amigo o compañero de trabajo?

—Las dos cosas. Si usted me deja.

Alicia guardó silencio un largo rato. Fernandito esperaba callado, observándola con devoción religiosa.

—¿Y si fuera peligroso? —preguntó Alicia.

—¿Más peligroso que subir cajas llenas de botellas por las escaleras de este barrio?

Ella asintió.

—Desde que la conocí, yo ya sabía que era usted un peligro, señorita Alicia. Solo le pido que me dé una oportunidad. Si ve que no valgo, me despide. Sin contemplaciones. ¿Qué me dice?

Fernandito tendió la mano. Alicia se la tomó y en vez de estrechársela se la besó como si fuese una damisela y se la llevó a la mejilla. El muchacho adquirió la tez de un melocotón maduro.

—Vale. Una semana de prueba. Si después de unos días ves que esto no es para ti, disolvemos el contrato.

—¿De verdad?

Alicia asintió.

—Mil gracias. No le fallaré. Se lo juro.

—Ya lo sé, Fernandito. De eso no me cabe duda.

—¿Hará falta que vaya armado? Lo digo porque mi padre aún guarda el fusil de miliciano…

—Con que vayas armado de prudencia bastará.

—¿Y en qué consiste la misión?

—En que seas mis ojos.

—Lo que usted diga.

—¿Qué te pagan en el colmado al mes?

—Miseria y compañía.

—Multiplícalo por cuatro y tendrás tu salario base por semana. Más incentivos y

bonificaciones. Y te pago la letra mensual de la Vespa. Eso para empezar. ¿Te parece justo?

Fernandito asintió, hipnotizado.

—Ya sabe que por usted yo trabajaría gratis. Pagando, incluso.

Alicia negó.

—Se acabó lo de gratis, Fernandito. Bienvenido al capitalismo.

—¿No dicen que eso es malísimo?

—Peor. Y te va a encantar.

—¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo.

28

Vargas se agarró el estómago como si se le acabase de abrir una úlcera por ensalmo.

—¿Que le ha dicho al niñato ese el qué?

—Se llama Fernandito. Y de niñato ya tiene poco. Hace casi tanto bulto como usted. Y además tiene una Vespa.

—Madre de Dios. ¿No le basta con complicarme la vida a mí que ahora tiene que meter a inocentes en sus maquinaciones?

—De eso se trata. Lo que necesitamos en esta empresa es algún inocente.

—Creí que para eso estaba el idiota de Rovira, que por cierto ha estado siguiéndome toda la mañana. ¿No le habían encargado seguirla a usted?

—A lo mejor no es tan idiota como parece.

—Y este Fernandito ¿qué es? ¿Sangre fresca para su baño de la condesa Báthory?

—Cada vez está usted mejor leído, Vargas. Pero no, Fernandito no va a derramar ni gota de sangre. Si acaso de sudor.

—Y lágrimas. No se crea que no he visto con qué ojillos de cordero degollado la mira.

—¿Cuándo lo ha visto?

—Cuando estaba usted hipnotizándole abajo en el café. Parecían una reina cobra y un conejito.

—Creí que era solo Rovira el que me espiaba.

—Los he visto al pasar cuando volvía de Metrobarna.

Alicia negó por lo bajo, quitando importancia al asunto mientras se servía una copa de vino blanco en una de sus piezas de cristalería fina. Degustó un primer sorbo y se apoyó contra la mesa.

—Cuénteme cómo le ha ido y olvídese de Fernandito por el momento.

Vargas resopló y se dejó caer en el sofá.

—¿Por dónde empiezo?

—Pruebe por el principio.

Vargas resumió su visita a Metrobarna y las impresiones resultantes. Alicia le escuchó en silencio, paseándose por el piso con la copa en la mano y asintiendo de vez en cuando. Al término del informe, se aproximó a la ventana y, tras apurar la copa, se volvió hacia el policía con un gesto que llenó a este de inquietud.

—He estado pensando, Vargas.

—Dios nos coja confesados.

—Con todo esto que usted ha averiguado hoy sobre el bien casado señor Sanchís y su chófer, la pista de los libros de Mataix, el abogado Brians y los Sempere…

—No se olvide del hombre invisible, su excolega Lomana.

—No me olvido. El caso es que usted y yo no damos abasto para seguir todos estos hilos. Y el nudo se está estrechando.

—¿En torno a nuestro pescuezo?

—Ya sabe a lo que me refiero. Todos estos hilos están conectados de alguna manera. Cuanto más tiremos de ellos, más cerca estaremos de encontrar una puerta de entrada.

—Cuando se pone usted metafórica me pierde.

—Estamos esperando un paso en falso, eso es todo.

—¿Es así como resuelve usted los casos? ¿Por los pasos en falso?

—Es más eficiente dejar que los demás cometan errores que confiar en acertar uno a la primera.

—¿Y si el paso en falso lo damos nosotros?

—Si tiene un sistema mejor, soy toda oídos.

Vargas alzó las manos en señal de tregua.

—Y este Fernandito ¿qué va a hacer?

—Será nuestros ojos allí donde no podamos estar presentes. Nadie sabe quién es y nadie le espera.

—Se está usted transformando en Leandro.

—Fingiré que no le he oído decir eso, Vargas.

—Finja lo que quiera. ¿Cómo planea sacrificar al pichón?

—Fernandito empezará por seguir a Sanchís. La división de tareas aumenta la productividad.

—Eso me huele a encerrona. Y yo ¿qué hago?

—Lo estoy meditando.

—Lo que está usted intentando es librarse de mí otra vez.

—No diga tonterías. ¿Cuándo he hecho yo algo así?

Vargas dejó escapar un gruñido.

—Y mientras medita ¿qué más piensa hacer? —preguntó.

—Dedicarle tiempo y atención a la familia Sempere —replicó Alicia.

En aquel momento se oyó un ruido tras la puerta del piso, como el de un peso al caer al suelo, y al poco sonó el timbre.

—¿Espera visita? —preguntó el policía.

—¿Abre usted?

Vargas se levantó a regañadientes y se acercó a abrir la puerta. Un Fernandito acalorado se alzaba en el umbral, resoplando.

—Buenas tardes —dijo—. Traigo los libros de la señorita Alicia.

Fernandito ofreció una mano en gesto conciliatorio, que Vargas ignoró.

—Alicia, el niño de los recados para usted.

—No sea cenizo y déjele pasar.

Alicia se incorporó y se aproximó a la puerta.

—Pasa, Fernandito, no le hagas caso.

Al verla, al chico se le iluminó el rostro. Levantó la caja con los libros y se adentró en el piso.

—Permiso. ¿Dónde se los dejo?

—Aquí mismo, frente a la estantería.

Fernandito hizo lo que le indicaba y respiró hondo, secándose el sudor que le caía por la frente.

—¿Los has traído así, a peso?

Él se encogió de hombros.

—Bueno, en la moto. Aunque como la finca no tiene ascensor…

—Qué entrega la tuya, *Fernandito* —dijo Vargas—. Porque no tengo a mano una medalla al valor, que si no…

Fernandito ignoró el sarcasmo de Vargas y concentró la atención en Alicia.

—No ha sido nada, señorita Alicia. Estoy acostumbrado a los repartos en el colmado.

—Así te has puesto tú de fuerte. Ande, Vargas. Páguele.

—¿Cómo?

—Un adelanto por servicios prestados. Y dele para gasolina.

—¿Y lo tengo que pagar yo?

—Del fondo de gastos. Usted es el tesorero. No ponga esa cara.

—¿Qué cara?

—Como si tuviese una infección de orina. Ande, saque la cartera.

—Oiga, si es un problema ya… —intervino Fernandito, que no las tenía todas consigo a la vista del semblante funesto de Vargas.

—No es ningún problema —atajó Alicia—. ¿Capitán?

Vargas resopló y extrajo la cartera. Contó un par de billetes y se los tendió a Fernandito.

—Más —susurró Alicia.

—¿Cómo?

—Dele por lo menos el doble.

Vargas extrajo dos billetes más y se los ofreció. Fernandito, que no debía de haber visto todo aquel dinero junto en su vida, lo aceptó maravillado.

—No te lo gastes todo en chucherías —murmuró Vargas.

—No se arrepentirá usted, señorita Alicia. Muchísimas gracias.

—Oye, chaval, que el que te paga soy yo —dijo el policía.

—¿Te puedo pedir un favor, Fernandito? —preguntó Alicia.

—Lo que usted mande.

—Bájame a buscar un paquete de cigarrillos.

—¿Rubio americano?

—Eres un cielo.

Fernandito se perdió escaleras abajo. A juzgar por el sonido de sus pasos, bajaba dando saltos.

—Vaya con el monaguillo —comentó Vargas.

—Está usted celoso —dijo Alicia.

—Sobre todo eso.

—¿Y el cuadro? —preguntó Alicia señalando el lienzo que había llevado Vargas.

—He pensado que quedaría que ni pintado encima de su sofá.

—¿Es de su nuevo amigo, el pintor favorito del señor Sanchís?

El policía asintió.

—¿Cree usted que Sanchís es nuestro coleccionista? —planteó Alicia.

Vargas se encogió de hombros.

—¿Y el chófer…?

—Morgado. Ya he llamado a la central para que me informen sobre él. Mañana tendré noticias.

—¿En qué está pensando, Vargas?

—En que a lo mejor está usted en lo cierto, mal que me pese. El nudo, o lo que sea, se estrecha.

—No le veo del todo convencido.

—No lo estoy. Hay algo que no encaja.

—¿El qué?

—Lo sabré cuando lo vea. Pero tengo la impresión de que estamos mirando desde el ángulo equivocado. No me pida que le diga por qué. Me lo dicen las tripas.

—Yo también lo creo —convino Alicia.

—¿Se lo va a contar a Leandro?

—Algo le voy a tener que contar.

—Si me permite una sugerencia, deje a Fernandito fuera del No-Do.

—No planeaba incluirlo.

Al poco se oyeron los pasos del mentado ascendiendo la escalera a toda prisa.

—Ande, ábrale. Y sea algo más simpático con él. Necesita ejemplos masculinos sólidos si quiere ser un hombre de provecho.

Vargas sacudió la cabeza y abrió la puerta. Fernandito esperaba ya, ansioso, paquete de tabaco en mano.

—Pase, pollo. Cleopatra espera.

Fernandito corrió a entregar el paquete, que Alicia abrió sonriente para llevarse un cigarrillo a los labios. El chico se apresuró a extraer un mechero con el que prendérselo.

—¿Fumas, Fernandito?

—No, no… Lo llevo de linterna, que la mitad de las escaleras del barrio son más oscuras que la boca de un lobo.

—¿Ve, Vargas? ¿Tiene o no Fernandito madera de detective?

—Está hecho un Marlowe pubescente.

—No le hagas caso, Fernandito. Cuando se hacen mayores se les va agriando el carácter. Es la quinina de las canas.

—Queratina —cortó Vargas.

Alicia hizo un gesto a Fernandito para que ignorase a Vargas.

—¿Te puedo pedir otro favor, Fernandito?

—Para eso estamos.

—Este es más delicado. Tu primera misión.

—Soy todo oídos.

—Tienes que acercarte hasta el paseo de Gracia, número seis.

Vargas la miró con súbita alarma. Alicia le hizo señas de que no dijese nada.

—Allí están las oficinas de una compañía que se llama Metrobarna.

—Ya la conozco.

—¿Ah, sí?

—Son los dueños de las fincas de medio barrio. Las compran, echan a los viejos que viven dándoles dos céntimos y las revenden a diez veces el precio.

—Mira qué listos. Pues resulta que el director general es un tal Ignacio Sanchís. Quiero que le sigas desde que salga del despacho y que te conviertas en su sombra. Me cuentas adónde va, lo que hace, con quién habla… Todo. ¿Te apañarás con la Vespa?

—Es la reina de la carretera. Con ella no se me escapa ni Nuvolari.

—Mañana, a esta hora, te vienes y me cuentas lo que hayas averiguado. ¿Dudas?

Vargas levantó la mano.

—Me refiero a Fernandito.

—Todo clarísimo, señorita Alicia.

—Pues andando. Y bienvenido al mundo de la intriga.

—No le fallaré. A usted tampoco, capitán.

Fernandito partió raudo rumbo a una prometedora carrera en el mundo de la detección y el misterio. Vargas, boquiabierto, se quedó observando a Alicia, que saboreaba su cigarrillo con aire gatuno.

—¿Se ha vuelto usted loca?

Ella ignoró la pregunta. Alzó la mirada hacia la ventana y contempló el manto de nubes que reptaba desde el mar. El sol de poniente lo teñía de rojo, pero una red de lazos negros se arremolinaba en su interior, turbia y espesa. Avistó un chispazo eléctrico pulsando entre las nubes, como si una gran bengala hubiera prendido en ellas.

—Se acerca tormenta —murmuró Vargas a su espalda.

—Tengo hambre —declaró Alicia, volviéndose.

Él se mostró más que sorprendido.

—Nunca pensé que le oiría decir eso.

—Para todo hay una primera vez. ¿Me invita a cenar?

—No sé con qué. Le he entregado a su admirador casi todo lo que llevaba. Mañana tendré que ir a la caja a sacar más dinero.

—Aunque sea unas tapas.

—Usted dirá dónde.

—¿Conoce la Barceloneta?

—Empiezo a tener suficiente con la Barcelona normal.

—¿Le apetece una buena bomba?
—¿Perdón?
—Picante. No de pólvora.
—¿Y por qué me parece que esta es otra de sus artimañas?

29

Bajaron caminando hasta el puerto bajo un cielo tejido de relámpagos. Un perfil de mástiles se batía al viento que soplaba desde el mar y olía a electricidad.

—Va a caer una buena —presagió Vargas.

Bordearon los hangares que se alineaban frente a la dársena del puerto, grandes edificios cavernosos que semejaban los mercados de antaño.

—Mi padre solía trabajar aquí, en los tinglados —señaló Alicia.

Vargas guardó silencio, esperando a que ella tal vez añadiera algo más.

—Creí que era usted huérfana —dijo al fin.

—No nací huérfana.

—¿A qué edad los perdió? A sus padres.

Alicia se abrochó el cuello del abrigo y apretó el paso.

—Más vale que nos demos prisa o nos mojaremos —atajó.

Empezaban a caer las primeras gotas de lluvia cuando llegaron a la Barceloneta. Eran gotas gruesas y aisladas, como balas de agua que se estrellaban contra los adoquines y ametrallaban a los tranvías que se deslizaban por el paseo que bordeaba los muelles. Vargas avistó al frente un barrio abigarrado de calles estrechas que dibujaban una retícula sobre una península que se adentraba en el mar y emulaba el trazado de un gran cementerio.

—Parece una isla —comentó.

—No va muy desencaminado. Ahora es el barrio de los pescadores.

—¿Y antes?

—¿Quiere una lección de historia?

—Para ir haciendo boca a sus bombas…

—Siglos atrás todo esto que ve era mar —explicó Alicia—. Con el tiempo, se construyó el principio del rompeolas y se fue formando una ínsula de sedimentos arrastrados por el mar contra el dique.

—Y ¿cómo sabe usted todas estas cosas?

—Porque leo. Tendría que probarlo alguna vez. Durante la guerra de Sucesión, las tropas de Felipe V derribaron buena parte del barrio de la Ribera para construir la fortaleza de la Ciudadela. Después de la guerra, mucha de la gente que había perdido su casa se trasladó a vivir aquí.

—¿Por eso ustedes, los barceloneses, son tan monárquicos?

—Por eso y por llevar la contraria, que favorece el riego.

La primera andanada de lluvia los persiguió con furia hasta una calleja angosta. Allí se alzaba el frontón de lo que a primera vista parecía un cruce de taberna portuaria y bar de carretera que no hubiera ganado ningún concurso de bellas artes pero que desprendía un olor que despertaba las entrañas. LA BOMBETA, rezaba el cartel.

Un grupo de parroquianos que se batían en una timba de cartas alzó levemente la vista al verlos entrar. Vargas se percató de que lo habían identificado como policía tan pronto como había puesto los pies en el bar. Un camarero de maneras hoscas los miró desde la barra y les señaló una mesa en un rincón, alejada de la clientela habitual.

—No parece un sitio de los suyos, Alicia.

—No se viene aquí por las vistas, sino por las bombas.

—Y sospecho que por algo más.

—Bueno, queda cerca.

—¿De dónde?

Alicia extrajo un pedazo de papel del bolsillo y lo colocó encima de la mesa. Vargas reconoció la etiqueta que Alicia había arrancado de una de las cajas de mudanza del despacho del abogado Brians aquella misma mañana.

—Del guardamuebles donde Brians ha almacenado temporalmente todos sus papeles y su archivo.

Él puso los ojos en blanco.

—No se haga el estrecho, Vargas. No esperará que nos lo den todo hecho.

—Esperaba no tener que quebrantar la ley.

El camarero de los rudos modales se plantó frente a ellos y los contempló con aire inquisitivo.

—Pónganos cuatro bombas y dos cervezas —instruyó Alicia, sin desprender la mirada de Vargas.

—¿Estrella o de barril?

—Estrella.

—¿Pan con tomate?

—Un par de rebanadas. Tostadas.

El camarero asintió y partió sin más ceremonial.

—Siempre me he preguntado por qué le ponen ustedes tomate al pan —dijo Vargas.

—Y yo por qué nadie más lo hace.

—¿Qué más sorpresas me tiene reservadas, amén del allanamiento de morada?

—Técnicamente es un almacén. No creo que moren allí más que ratas y arañas.

—¿Cómo negarse entonces? ¿Qué más le ronda por esa cabecita infernal?

—Estaba pensando en el cretino aquel que fue usted a ver, Cascos. El empleado de Valls en la Editorial Ariadna.

—El amante despechado.

—Pablo Cascos Buendía —recitó Alicia—. Antiguo prometido de Beatriz Aguilar. No me lo quito de la cabeza. ¿No le parece raro?

—¿Qué no es raro en este asunto?

—El todopoderoso ministro hurgando en secreto en la historia familiar de unos libreros de Barcelona…

—Habíamos determinado que su interés derivaba del hecho de que sospechaba

que ellos pudieran saber algo de David Martín, de quien a su vez sospechaba que pudiera estar detrás de las amenazas y los atentados contra él —formuló Vargas.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver David Martín con los Sempere? ¿Qué pintan ellos en toda esta historia? —inquirió Alicia, que se quedó pensativa antes de proseguir—. Hay algo ahí. En ese lugar. En esa familia.

—¿Por eso ha decidido usted hacer visitas a domicilio a Sempere e hijos sin avisarme?

—Necesitaba algo nuevo para leer.

—Haberse comprado el TBO. Acercarse a los Sempere antes de hora puede ser peligroso.

—¿Teme usted a una familia de libreros?

—Temo que levantemos la liebre antes de saber dónde estamos pisando.

—Creo que vale la pena arriesgarse.

—Cosa que ha decidido usted unilateralmente.

—Beatriz Aguilar y yo hemos hecho muy buenas migas —dijo Alicia—. Es un encanto de chica. Se enamoraría usted a primera vista.

—Alicia…

Ella sonrió con malicia. Las cervezas y el plato con las bombas llegaron justo a tiempo para romper la conversación. Vargas miró aquella curiosa invención, una suerte de gran bola de patata rebozada y rellena de carne picante.

—Y esto ¿cómo se come?

Alicia ensartó una bomba con el tenedor y le hincó una dentellada feroz. En la calle la tormenta golpeaba con fuerza y el camarero se había asomado a la puerta para contemplar el aguacero. Vargas observó a Alicia devorar el festín. Había algo en ella que no había advertido antes.

—Esto del anochecer la hace a usted revivir…

Alicia apuró un trago de cerveza y le miró a los ojos.

—Soy una criatura nocturna.

—No lo jure.

30

El temporal había dejado a su paso una niebla que barría las calles de la Barceloneta y brillaba a la lumbre de las farolas. Caían ya apenas gotas sueltas cuando salieron a la calle, el eco de la tormenta alejándose en la distancia. La dirección que Alicia había sustraído aquella mañana de las cajas de la mudanza del despacho de Fernando Brians indicaba que el guardamuebles elegido por el abogado para almacenar su mobiliario, archivos y el remanente de trastos acumulados durante décadas estaba en los terrenos del Vapor Barcino, una antigua factoría de calderas y locomotoras que había quedado abandonada durante la guerra civil. En apenas un par de minutos de paseo a través de callejas heladas y desiertas llegaron a las puertas de la vieja fábrica. Los raíles de una línea ferroviaria se desvanecían a sus pies y se adentraban en el recinto. Un gran portón de piedra con la leyenda VAPOR BARCINO presidía la entrada. Más allá se abría una tierra baldía de hangares y talleres dilapidados que dibujaban un cementerio para prodigios de la era del vapor.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Vargas.

Alicia asintió y se adelantó. Bordearon una locomotora varada en un vasto charco en el que afloraban carretillas, tuberías y la carcasa de una caldera abatida en la que había anidado una bandada de gaviotas. Las aves, inmóviles, los observaron pasar con ojos que brillaban en la penumbra. Una hilera de postes sostenía un enjambre de cableado del que pendían unos faroles que proyectaban una claridad mortecina. Las naves de la factoría habían sido numeradas y marcadas con carteles de madera.

—El nuestro es el tres —indicó Alicia.

Vargas miró a su alrededor. Un par de gatos famélicos maullaban desde las sombras. El aire olía a carbón y a azufre. Cruzaron frente a una garita desierta.

—¿No debería haber un vigilante por aquí?

—Creo que el abogado Brians es de soluciones económicas —apuntó Alicia.

—Abogado de las causas perdidas —recordó Vargas—. Quien tuvo, retuvo…

Se acercaron a la entrada de la nave marcada con el número tres. Las huellas recientes de los neumáticos del camión de la mudanza se deshacían en el fango frente a un portón de madera trabado con barras de metal que sellaba el acceso. Una puerta más pequeña cortada sobre la lámina principal estaba cerrada con una cadena y un candado herrumbroso del tamaño de un puño.

—¿Cómo andamos de fuerza bruta? —preguntó Alicia.

—No esperará que lo abra a mordiscos —protestó Vargas.

—No sé. Haga algo.

El policía extrajo su revólver e insertó el cañón a bocajarro en el orificio del candado.

—Apártese —ordenó.

Alicia se llevó las manos a los oídos. El eco del disparo aleteó entre las

estructuras del recinto. Vargas sacó el revólver del candado, que cayó a sus pies arrastrando la cadena, y empujó la puerta de una patada.

El interior se abrió en una telaraña de sombras entre las que asomaban las ruinas de mil y un palacios. Una red de cableado punteado de bombillas desnudas colgaba de la bóveda. Vargas rastreó el circuito por los muros hasta una caja eléctrica que asomaba en la pared y pulsó el interruptor central. Las bombillas, apenas briznas de luz amarillenta y parpadeante, se encendieron en lenta sucesión como si se tratase de una feria espectral. La corriente producía un zumbido leve, igual que el de una nube de insectos revoloteando en la oscuridad.

Se adentraron por el pasillo que cruzaba la nave. El corredor estaba flanqueado por diferentes recintos protegidos por una rejilla metálica. A la entrada de cada uno pendía un cartel donde estaba anotado el número de lote, el mes y año de vencimiento del depósito y un apellido o nombre de la empresa titular del lote almacenado. Cada una de aquellas subdivisiones albergaba un mundo en sí misma. En el primer recinto avistaron una ciudadela formada por cientos de viejas máquinas de escribir, sumadoras y cajas registradoras. El siguiente acogía un ingente repertorio de crucifijos, figuras de santos, confesionarios y púlpitos.

—Con eso se podría montar un convento —dijo Alicia.

—A lo mejor aún está usted a tiempo…

Más allá se tropezaron con un tiovivo desmontado tras el cual se adivinaban los restos del naufragio de una feria itinerante. Al otro lado del corredor había una colección de ataúdes y parafernalia funeraria de regusto decimonónico, incluido un baldaquín con paredes de cristal que contenía un lecho de seda en el que todavía se apreciaba la huella que había dejado algún difunto ilustre.

—Santo Dios… ¿De dónde proviene todo esto? —murmuró Vargas.

—La mayoría, de fortunas venidas a menos, familias que ya habían caído en desgracia antes de la guerra y empresas que se han perdido en el agujero de los tiempos…

—¿Seguro que hay alguien que se acuerda de que todo esto está aquí?

—Alguien sigue pagando los alquileres.

—Pone los pelos de punta, la verdad.

—Barcelona es una casa embrujada, Vargas. Lo que sucede es que a ustedes los turistas nunca se les ocurre mirar detrás de la cortina. Mire, aquí es.

Alicia se detuvo frente a una de las divisiones y señaló el cartel.

FAMILIA
BRIANS-LLORAC
Título 28887-BC-56. 9-62

—¿Está segura de que quiere hacer esto?

—No le imaginaba tan remilgado, Vargas. Yo me hago responsable.

—Usted sabrá. ¿Qué estamos buscando exactamente?

—No lo sé. Hay algo que conecta a Valls, Salgado, David Martín, los Sempere, Brians, su lista con los números indescifrables, los libros de Mataix y ahora a Sanchís y a su chófer sin rostro. Si encontramos esa pieza, encontraremos a Valls.

—¿Y cree que está aquí?

—Hasta que demos con ella no lo sabremos.

El recinto estaba cerrado con un simple candado de ferretería de barrio que cedió al quinto culatazo. Alicia no dejó pasar ni un segundo y se coló en el interior.

—Huele a muerto —dijo Vargas.

—Es la brisa del mar. Tantos años en Madrid le han hecho perder el sentido del olfato.

Vargas soltó una maldición y la siguió. Una pila de cajas de madera cubiertas con lona formaban un pasillo que conducía a una suerte de patio donde un tornado parecía haber soltado en pleno vuelo las reliquias de varias generaciones de la dinastía Brians.

—El abogado debe de ser la oveja negra de la familia. No soy anticuario, pero aquí hay por lo menos una fortuna o dos —especuló Vargas.

—Espero entonces que su pudor legal le permita resistir la tentación de llevarse algún cenicero de plata de la *yaya* Brians…

Vargas señaló el carrusel de vajillas, espejos, sillas, libros, tallas, arcones, armarios, consolas, cajoneras, bicicletas, juguetes, esquís, zapatos, maletas, cuadros, jarrones y cien mil enseres apilados unos contra otros hasta formar un mosaico abigarrado que tenía más de catacumba que de otra cosa.

—¿Por qué siglo quiere empezar?

—Los archivos de Brians. Estamos buscando cajas de cartón de tamaño medio. No tendría que ser muy difícil. Los mozos de la mudanza con toda probabilidad habrán elegido el lugar disponible más próximo a la entrada para soltar la carga del abogado. Cualquier cosa que no esté cubierta por dos dedos de polvo es un posible candidato. ¿Prefiere derecha o izquierda? ¿O es una pregunta tonta?

Tras varios minutos vagando entre una jungla de cachivaches que seguramente llevaban allí desde antes de que ninguno de ellos hubiera nacido encontraron una pirámide de cajas que todavía lucían una etiqueta idéntica a la que había sustraído Alicia. Vargas se adelantó y empezó a colocarlas en fila una por una mientras ella las iba abriendo y repasando el contenido.

—¿Es esto lo que buscaba? —preguntó Vargas.

—No lo sé todavía.

—Un plan perfecto —murmuró el policía.

Les llevó cerca de media hora separar las cajas que contenían documentos de las que estaban llenas de libros y enseres de oficina. La claridad anémica que ofrecían las bombillas en lo alto no bastaba para examinar los documentos a conciencia y Vargas

partió en busca de algo con que iluminar. Regresó al poco con un viejo candelabro de cobre y un puñado de velas gruesas que parecían por estrenar.

—¿Seguro que no son cartuchos de dinamita? —preguntó Alicia.

Vargas detuvo la llama del mechero a un centímetro de la primera vela y se lo tendió.

—¿Quiere hacer usted los honores?

Las velas abrieron una burbuja de claridad y Alicia empezó a repasar uno por uno los lomos de las carpetas que asomaban en lo alto de las cajas. Vargas la observaba, nervioso.

—¿Qué hago?

—Está ordenado por fechas. Empezando por enero de 1934. Yo buscaré por fecha y usted por nombre. Comience por los más recientes y nos encontramos en el centro.

—¿Que busque el qué?

—Sanchís, Metrobarna… Cualquier cosa que nos permita relacionar a Brians con…

—Vale —cortó Vargas.

Por espacio de casi veinte minutos examinaron las cajas en silencio, intercambiando ocasionalmente miradas y negativas.

—Aquí no hay nada de Sanchís ni de Metrobarna —dijo el policía—. He mirado ya cinco años y no hay nada.

—Siga buscando. A lo mejor está por el Banco Hipotecario.

—No hay nada de bancos. Todos estos clientes son pelagatos, por utilizar un tecnicismo legal…

—Siga buscando.

Vargas asintió y se sumergió de nuevo en el océano de papeles y dosieres mientras las velas iban sudando y dejando un racimo de lágrimas de cera que descendía por el candelabro. Al rato reparó en que Alicia estaba silenciosa y había detenido su búsqueda. Levantó la mirada y la encontró inmóvil, con los ojos clavados en una pila de carpetas que había extraído de una de las cajas.

—¿Qué? —preguntó Vargas.

Alicia le mostró una carpeta gruesa.

—Isabella Gispert… —dijo.

—¿De los Sempere e…?

Ella asintió. Le enseñó otra carpeta en cuya cubierta se leía MONTJUIC 39-45. Vargas se aproximó a ella y se arrodilló junto a la caja. Empezó a repasar dosieres y sacó varios.

—Valentín Morgado…

—El chófer de Sanchís.

—Sempere/Martín…

—Déjeme ver.

Alicia abrió la carpeta.

—¿Este es nuestro David Martín?

—Eso parece…

Vargas se detuvo.

—¿Alicia?

Ella levantó la vista del dosier de David Martín.

—Mire esto —dijo Vargas.

La carpeta que le tendía tenía por lo menos dos dedos de grosor. Al leer el nombre del expediente sintió un escalofrío y no pudo reprimir una sonrisa.

—Víctor Mataix…

—Yo diría que con esto tenemos suficiente —dijo Vargas.

Alicia se disponía a cerrar la caja cuando reparó en un sobre amarillento que había en el fondo. Lo tomó y lo inspeccionó a la luz de las velas. El sobre era de tamaño folio y estaba lacrado. Sopló la capa de polvo que lo recubría y leyó la palabra escrita con pluma, la única anotación que había en el sobre.

Isabella

—Nos vamos a llevar todo esto —afirmó Alicia—. Cierre las cajas e intente dejarlas más o menos como las hemos encontrado. Pueden pasar días, si no semanas, hasta que Brians tenga nuevas oficinas y advierta que le faltan algunos dosieres…

Vargas asintió, pero antes de levantar la primera caja del suelo se detuvo en seco y se volvió. Alicia lo miró. Ella también lo había oído. Pasos. Un eco de pisadas en la capa de polvo que cubría el recinto. Alicia sopló las velas. Vargas extrajo el revólver. Una silueta se dibujó en el umbral. Un hombre enfundado en un uniforme deshilachado los observaba. Portaba un farol y una porra cuyo tembleque delataba que el pobre estaba más asustado que un ratoncillo de almacén.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —balbuceó el vigilante—. No se puede entrar después de las siete…

Alicia se incorporó lentamente y le sonrió. Algo en su semblante debió de helarle las tripas porque el vigilante dio un paso atrás y blandió la porra con un gesto amenazador. Vargas le colocó el cañón del revólver en la sien.

—A menos que quiera usarla como supositorio, hágame el favor y suelte la porra.

El vigilante dejó caer la porra y se quedó petrificado.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Amigos de la familia —dijo Alicia—. Se nos habían olvidado unas cosas. ¿Hay aquí alguien más con usted?

—Estoy yo solo para todas las naves. No me irá a matar, ¿verdad? Tengo esposa e hijos. Llevo una foto en la cartera…

Vargas le sacó la cartera del bolsillo. Extrajo el dinero, que dejó caer al suelo, y se la guardó en el abrigo.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Alicia.

—Bartolomé.

—Me gusta su nombre. Es muy masculino.

El vigilante estaba temblando.

—Mire, Bartolomé, vamos a hacer una cosa. Nosotros nos vamos a ir a casa y usted va a hacer lo mismo. Mañana por la mañana, antes de venir, va a comprar un par de candados nuevos y va sustituir el de la entrada y el de esa reja. Y se va a olvidar de que nos ha visto. ¿Qué le parece el trato?

Vargas tensó el percutor del revólver. Bartolomé tragó saliva.

—Me parece bien.

—Y si por una de esas le coge un ataque de mala conciencia, o alguien le pregunta, acuérdese de que el sueldo que le pagan no vale esto y de que su familia le necesita.

Bartolomé asintió. Vargas aflojó el gatillo y retiró el arma. Alicia le sonrió como si fuesen viejos amigos.

—Venga, váyase a casa y tómese una copita de coñac bien calentito. Y recoja su dinero.

—Sí, señora…

Bartolomé se arrodilló y recogió el poco montante que llevaba en la cartera.

—No se olvide la porra.

El hombre la agarró y se la ató al cinto.

—¿Puedo irme ya?

—Nadie le retiene.

Bartolomé dudó unos instantes, pero luego empezó a retroceder hacia la salida. Antes de que su silueta se perdiera en la sombra, Alicia le llamó.

—¿Bartolomé?

Los pasos del vigilante se detuvieron.

—Acuérdese de que tenemos su cartera y sabemos dónde vive. No nos haga tener que hacerle una visita. Aquí mi compañero tiene un pronto muy malo. Buenas noches.

Escucharon sus pasos atropellados alejándose a escape.

31

Miquel les subió al piso un par de termos de café recién hecho y, tirando de sus influencias, una bandeja de buñuelos que acababan de salir del horno de la esquina y olían a gloria. Repartieron las carpetas y se sentaron en el suelo uno frente al otro. Alicia se tragó tres buñuelos seguidos y llenó un tazón de café que empezó a sorber, su mirada absorta en la primera de las carpetas sustraídas de los archivos de Brians. Al poco levantó los ojos y advirtió que Vargas la observaba con gesto embarazoso.

—¿Qué? —preguntó.

Él señaló la falda, que Alicia se había subido para poder sentarse apoyada contra el sofá.

—No sea crío. No será nada que no haya visto usted antes, espero. Esté por lo que tiene que estar.

Vargas no replicó, pero alteró el ángulo de su postura para eludir la visión de aquella línea en la costura de las medias que le impedía centrar la atención en la apasionante prosa de los legajos legales y las notas de sumario del abogado de las causas perdidas.

Se adentraron en silencio en la madrugada a riendas de la cafeína, el azúcar y el paisaje con figuras que empezaban a emerger de la documentación. Alicia había tomado un bloc de dibujo de amplias dimensiones e iba trazando una suerte de mapa con anotaciones, fechas, nombres, flechas y círculos. De vez en cuando Vargas encontraba algo relevante y se lo tendía. No hacía falta que dijera nada. Ella le echaba un vistazo y asentía en silencio. Parecía tener una habilidad sobrenatural para establecer conexiones y lazos, como si el cerebro le girase cien veces más rápido que al resto de los mortales. Vargas empezaba a intuir cuál era el proceso que gobernaba la mente de su compañera y, lejos de cuestionarlo o de intentar entender su lógica interna, se limitaba a ejercer de filtro y a irle suministrando nuevos datos con los que ella iba construyendo su mapa, pieza a pieza.

—Yo no sé usted, pero no me tengo en pie —dijo Vargas a las dos horas y media.

Había procesado todas las carpetas que le habían tocado en la división de tareas y sentía como si la cafeína con la que había sustituido su sangre estuviera ya perdiendo fuelle y los ojos no le diesen para más.

—Váyase a dormir —sugirió Alicia—. Es tarde.

—¿Y usted?

—No tengo sueño.

—¿Cómo es posible eso?

—La noche y yo, ya lo sabe.

—¿Le importa si me echo un rato en el sofá?

—Todo suyo, aunque no le prometo que no haga algo de ruido.

—No me despertaría ni la banda municipal.

Le despertaron las campanas de la catedral. Abrió los ojos a una niebla espesa que flotaba en el aire y que olía a café y a tabaco rubio. El cielo que asomaba sobre los tejados era del color del vino temprano. Alicia seguía sentada en el suelo. Tenía un cigarrillo en los labios y se había desprendido de la falda y la blusa, y vestía apenas una suerte de combinación o salto de cama negro que invitaba a todo menos al sosiego. Vargas se arrastró como pudo hasta el baño, metió la cabeza debajo del grifo y luego se miró en el espejo. Encontró una bata de seda azul colgando de la puerta del baño y se la echó a Alicia.

—Tápese.

Ella la agarró al vuelo. Se incorporó, desperezándose, y se enfundó en la bata.

—Voy a abrir la ventana antes de que tengan que venir a sacarnos los bomberos —advirtió Vargas.

Una bocanada de aire fresco penetró en la sala y el remolino de humo se escurrió como un espectro atrapado en un maleficio. Vargas observó los restos de los dos termos de café, la bandeja de buñuelos reducida a polvo de azúcar y los dos ceniceros rebosantes de colillas apuradas con ahínco.

—Dígame que todo esto ha valido la pena —pidió.

Amén de los restos de la batalla, Alicia había construido una madeja con una docena de hojas de dibujo. Las recogió y empezó a colgarlas de la pared con celo hasta formar una suerte de círculo. Vargas se aproximó. Ella se relamía los labios como un gato satisfecho.

El policía agitó los termos para ver si quedaba algo y consiguió llenar media taza. Colocó una silla frente al diagrama de Alicia y asintió.

—Impresióneme.

Ella se ató la bata de seda y se sujetó el pelo en un nudo.

—¿Quiere la versión larga o la corta?

—Empiece por el índice y luego ya veremos.

Alicia se plantó frente a su mural como si fuera una maestra de escuela, una maestra de escuela con aspecto de *geisha* victoriana de sospechosos hábitos nocturnos.

—Castillo de Montjuic, entre los años 1939 y 1944 —comenzó—. Mauricio Valls es director de la prisión tras contraer matrimonio con Elena Sarmiento, hija y heredera de un próspero industrial próximo al régimen y perteneciente a una especie de cábala de banqueros, empresarios y nobles que alguien bautiza como los Cruzados de Franco y que en buena medida financian las arcas del bando nacional. Entre ellos se encuentra don Miguel Ángel Ubach, fundador y accionista principal del Banco Hipotecario, de cuya matriz emerge la sociedad de capital Metrobarna que visitó usted ayer.

—¿Eso está ahí?

—En las notas del abogado Brians, sí.

—Continúe.

—Durante los años en los que Valls es director de la prisión de Montjuic, coinciden como prisioneros y como clientes representados por Fernando Brians, en un momento u otro, los siguientes individuos: primero, Sebastián Salgado, presunto autor de las amenazas enviadas por correo a Valls durante años y flamante beneficiario de un perdón gestionado por el ministro, que le saca de la cárcel. Sobrevive en el mundo exterior aproximadamente seis semanas. Segundo, Valentín Morgado, exsargento del ejército republicano incluido en una amnistía de 1945 gracias a un acto heroico en prisión, cuando, según las notas de Brians, salva a un capitán del regimiento del castillo de perecer en un accidente durante la reconstrucción de una de las murallas. Al salir de la cárcel, y acogiéndose a un programa de perdón y reconciliación auspiciado por una sociedad de patricios con mala conciencia, Morgado es contratado como mozo en los garajes de la familia Ubach, donde con los años asciende a chófer. A la muerte del banquero Ubach, pasa al servicio de su hija Victoria, que contrae matrimonio con su amigo Sanchís, director general de Metrobarna.

—¿Hay más?

—Apenas estoy empezando. Tercero, David Martín. Escritor maldito acusado de una serie de extraños crímenes cometidos antes de la guerra civil. Martín había conseguido escapar de la policía en el año 1930, por lo que parece cruzando a Francia.

»Por motivos no aclarados regresa de incógnito a Barcelona, pero es detenido en la localidad de Puigcerdá, en el Pirineo, al poco de haber cruzado la frontera con España en 1939.

—¿Qué relación tiene David Martín con este asunto, aparte de haber estado preso durante esos años?

—Ahí es donde la cosa se pone interesante. Martín es el único de estos presos que no es cliente directo de Brians. El abogado se hace cargo de su defensa a petición de Isabella Gispert.

—¿De Sempere e hijos?

—Madre de Daniel Sempere, sí. Gispert era su nombre de soltera. Fallecida de cólera, supuestamente, poco después del final de la guerra en 1939.

—¿Supuestamente?

—Según las notas personales de Brians, hay elementos para creer que Isabella Sempere fue asesinada. Envenenada, en concreto.

—No me diga…

—Exacto, por Mauricio Valls. Fruto de una malsana obsesión y un deseo no correspondido, o así lo supone Brians, que como es obvio no puede, o no se atreve, a probar nada.

—¿Y Martín?

—David Martín es objeto de otra de las malsanas obsesiones de Valls, según las

mismas notas.

—¿Las tiene de otro tipo el ministro?

—Al parecer, Valls pretendía forzar a Martín a que escribiese desde la prisión obras que el futuro ministro luego publicaría con su nombre para satisfacer su vanidad y sus ansias de gloria literaria, o lo que fuera. Por desgracia David Martín, según Brians, es un hombre enfermo que ha ido perdiendo la razón, que oye voces y cree estar en contacto con un diabólico personaje de su invención, un tal Corelli. En la prisión, sus delirios, y el hecho de que durante el último año de su vida Valls decida encerrarle en una celda en solitario en lo alto de una torre del castillo, le granjean el apodo entre los internos de Prisionero del Cielo.

—Esto empieza a sonar muy suyo, Alicia.

—En 1941, viendo que su plan de manipular al escritor no funciona, Valls habría ordenado a dos de sus lacayos que se llevasen a David Martín a un caserón junto al parque Güell y le asesinaran. Algo inesperado sucede allí y Martín consigue escapar con vida.

—Entonces ¿David Martín está vivo?

—No lo sabemos. O Brians no lo sabe.

—Pero lo sospecha.

—Y probablemente también Valls…

—… Que cree que es él quien ha estado enviando las amenazas e intentando asesinarle. Para vengarse.

—Esa es mi hipótesis —corroboró Alicia—. Pero es una simple conjetura.

—¿Aún hay más?

—He dejado lo mejor para el final —sonrió ella.

—Dispare.

—Cuarto: Víctor Mataix, autor de la serie de libros *El Laberinto de los Espíritus*, un ejemplar de los cuales encontramos usted y yo escondido en el escritorio de Valls que, a tenor de lo que recuerda su hija Mercedes de la noche de su desaparición, sería el último documento consultado por el ministro antes de evaporarse de la faz de la tierra.

—¿Qué relación hay entre Mataix y los otros tres?

—Mataix había sido al parecer amigo de David Martín y antiguo compañero en los años treinta, cuando ambos escribían novelas por entregas bajo seudónimo a sueldo de una editorial llamada Barrido y Escobillas. Las notas de Brians apuntan a que Mataix podría haber sido también víctima de un plan similar al de Martín por parte de Valls. Quién sabe, a lo mejor Valls estaba intentando reclutar plumas fantasma con las que acumular una obra que le permitiera hacer nombre y ganar reputación en el mundo de las letras. Está claro que Valls detestaba verse relegado al papel de carcelero del régimen que su braguetazo le había conseguido y aspiraba a mucho más.

—Tiene que haber algo más. ¿Qué fue de Mataix?

—Mataix ingresa en la prisión en 1941, trasladado desde la cárcel Modelo. Un año después, si quiere usted creerse el informe oficial, se habría suicidado en su celda. Lo más probable es que le fusilaran y tirasen el cuerpo a una fosa común sin dejar registro alguno de ello.

—¿Y la obsesión malsana en este caso es…?

Alicia se encogió de hombros.

—En este caso Brians no anota suposiciones, pero me permito llamar su atención sobre el hecho de que cuando Mauricio Valls crea su propia editorial en el año 1947 la bautiza como Ariadna, el nombre de la protagonista de los libros de la serie de *El Laberinto de los Espíritus…*

Vargas suspiró y se frotó los ojos, intentando procesar todo lo que Alicia acababa de referirle.

—Demasiadas coincidencias —dijo al fin.

—Estoy de acuerdo —convino Alicia.

—A ver si lo entiendo. Si todas esas conexiones existen y nosotros, o mejor dicho usted, las ha podido establecer en tres días, ¿cómo es posible entonces que la policía y las altas jerarquías del Estado, tras varias semanas de investigación, estén en blanco?

Alicia se mordió el labio inferior.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Cree que no quieren encontrar a Valls?

Ella calibró la pregunta.

—No creo que se puedan permitir ese lujo. Valls no es alguien que pueda desaparecer sin más.

—¿Entonces?

—Tal vez solo quieren saber dónde está. Y tal vez no les interese que salgan a relucir los verdaderos motivos de su desaparición.

Vargas sacudió la cabeza y se frotó los ojos.

—¿Cree usted de verdad que Morgado, Salgado y Martín, tres antiguos prisioneros bajo el yugo de Valls, habrían ideado un plan para vengarse de él y de paso vengar a su compañero caído, Víctor Mataix? ¿Es eso lo que está pensando?

Alicia se encogió de hombros.

—A lo mejor no es Morgado, el chófer. A lo mejor está implicado su jefe. Sanchís.

—¿Por qué iba Sanchís a hacer algo así? Es un hombre del régimen, casado con la heredera de una de las grandes fortunas del país… Un pequeño Valls en potencia. ¿Por qué habría de meterse en semejante lío alguien así?

—No lo sé.

—¿Y la lista de los números que encontramos en el coche de Valls?

—Podría ser cualquier cosa. O no tener relación alguna con esto. Una coincidencia. Usted mismo lo dijo, ¿se acuerda?

—¿Otra más? En veinte años en la policía me he encontrado con menos coincidencias reales que gente que dijera la verdad.

—No lo sé, Vargas. No sé qué significan esos números.

—¿Sabe lo que realmente no me cuadra en todo esto?

Alicia asintió de nuevo, como si le leyese el pensamiento.

—Valls —dijo.

—Valls —corroboró Vargas—. Sin entrar en los tejemanejes de sus años en Montjuic y lo que fuera que hiciese, ya sea envenenar a Isabella Gispert y asesinar o intentar asesinar a David Martín, a Mataix y sabe Dios a quién más…, en el fondo estamos hablando de un carnicero de baja estofa, un carcelero enchufado a los escalafones medios del régimen. Como él los hay a miles. Se los cruza usted por la calle cada día. Conectados, con amigos y conocidos en las butacas que cuentan, sí, pero lameculos al fin y al cabo. Lacayos y aspirantes. ¿Cómo logra un individuo así ascender en tan pocos años desde las alcantarillas del régimen hasta lo más alto?

—Buena pregunta, ¿verdad? —dijo Alicia.

—Consiga usted que su cabecita privilegiada la responda y encontrará la pieza que nos falta para que todo este galimatías cobre algún sentido.

—¿Y usted no va a ayudarme?

—Empiezo a dudar de que me convenga. Algo me dice que dar con la clave de su rompecabezas puede resultar mucho más peligroso que no hacerlo, y yo aspiraba a retirarme con pensión completa en unos pocos años y dedicarme a leer las comedias de Lope de Vega de la primera a la última.

Alicia se dejó caer en el sofá, su entusiasmo en retirada. Vargas apuró el café frío y suspiró. Se acercó a la ventana y respiró hondo. Las campanas de la catedral repicaron de nuevo en la distancia y el policía contempló cómo el sol empezaba a tender hilos de luz entre palomares y campanarios.

—Hágame un favor —dijo—. De momento, de todo esto ni palabra a Leandro ni a nadie.

—No estoy loca —atajó Alicia.

Vargas cerró el ventanal y se aproximó a ella, que comenzaba a evidenciar muestras de fatiga.

—¿No es hora de que se vaya usted introduciendo en su ataúd? —preguntó él—. Venga.

La tomó de la mano y la condujo hasta el dormitorio. Apartó la manta y le indicó que se metiera dentro. Alicia dejó caer la bata a sus pies y se deslizó entre las sábanas. Él la tapó hasta la barbilla y la miró sonriendo.

—¿No me va a leer un cuento?

—Váyase a paseo.

Vargas se agachó para recoger la bata del suelo y se dirigió hacia la puerta.

—¿Cree usted que nos han tendido una trampa? —preguntó Alicia.

Él sopesó sus palabras.

—¿Por qué dice eso?

—No lo sé.

—Las trampas se las tiende uno mismo. Y lo único que sé es que usted tiene que descansar.

Vargas empezó a entornar la puerta.

—¿Estará usted ahí fuera?

Él hizo un gesto afirmativo.

—Buenos días, Alicia —dijo al cerrar la puerta del dormitorio.

32

Valls ha perdido la noción del tiempo. No sabe si lleva días o semanas en esa celda. No ha visto la luz del sol desde un lejano atardecer, cuando ascendía en el coche por la carretera de Vallvidrera con Vicente a su lado. La mano le duele y cuando la busca para frotarla no la encuentra. Siente pinchazos en dedos que ya no existen y un dolor agudo en los nudillos, como si le estuviesen clavando púas de hierro en los huesos. Hace días, u horas, que le molesta el costado. No acierta a ver el color de la orina que cae en el cubo de latón, pero cree que es más oscura de lo normal y que está tintada de sangre. Ella no ha vuelto y Martín sigue sin aparecer. No lo entiende. ¿No es esto lo que quería? ¿Verle pudrirse en vida en una celda?

El carcelero sin nombre ni rostro asoma una vez al día, o eso cree. Ha empezado a medir los días por sus visitas. Le lleva agua y comida. La comida es siempre la misma: pan, leche rancia y a veces una suerte de carne reseca como mojama que le cuesta masticar porque tiene algunos dientes sueltos. Se le han caído ya dos. A veces pasea la lengua por las encías y saborea su propia sangre, sintiendo que los dientes ceden a la presión.

—Necesito un médico —dice cuando el carcelero llega con la comida.

Este no habla casi nunca. Apenas le mira.

—¿Cuánto llevo aquí? —pregunta Valls.

El carcelero ignora sus preguntas.

—Dile que quiero hablar con ella. Contarle la verdad.

En una ocasión se despierta para descubrir que hay alguien más en la celda. Es el carcelero, que sostiene algo que brilla en la mano. Quizá sea un cuchillo. Valls no hace ademán de protegerse. Nota el pinchazo en la nalga y el frío. Es solo otra inyección.

—¿Cuánto tiempo me vais a mantener vivo?

El carcelero se incorpora y se dirige a la salida de la celda. Valls le agarra de la pierna. Una patada en el estómago le deja sin aliento. Pasa horas hecho un ovillo, gimiendo de dolor.

Esa noche vuelve a soñar con su hija Mercedes, cuando era apenas una niña. Están en la casa de Somosaguas, en el jardín. Valls se entretiene hablando con uno de sus sirvientes y la pierde de vista. Al buscarla encuentra el rastro de sus pasos camino de la casa de las muñecas. Valls se adentra en la penumbra y llama a su hija. Halla la ropa y un rastro de sangre.

Las muñecas, que se están relamiendo como gatos, la han devorado.

33

Cuando Vargas abrió de nuevo los ojos la luz de mediodía resbalaba por las ventanas. El reloj de pared, un artilugio de aire decimonónico que Alicia debía de haber rescatado de algún bazar de antigüedades, rozaba casi las doce. Oyó los pasos femeninos repiqueteando por el salón y se frotó los párpados.

—¿Por qué no me ha despertado antes?

—Me gusta oírle roncar. Es como tener un osito.

Vargas se incorporó y se quedó sentado al borde del sofá. Se llevó las manos a los riñones y se masajeó las lumbares. Sentía como si le hubiesen pasado la columna por una máquina de hacer caramelo.

—Si quiere un consejo, no se haga mayor. No conlleva ninguna ventaja.

—Ya lo había pensado —replicó Alicia.

El policía se levantó, combatiendo crujidos y pinchazos. Alicia estaba frente al espejo de la cómoda, perfilándose los labios de carmín con alevosía. Iba vestida con un abrigo de lana negra ceñido con un cinturón, medias negras de costura y tacones de vértigo.

—¿Va a algún sitio?

Ella dio una vuelta completa sobre sí misma, como si estuviese en un desfile, y le miró sonriente.

—¿Estoy guapa?

—¿A quién piensa matar?

—Tengo una cita con Sergio Vilajuana, el periodista de *La Vanguardia* del que me habló el librero Barceló.

—¿El experto en Víctor Mataix?

—Y en otras cosas, espero.

—¿Y puedo preguntar cómo le ha enredado?

—Le he dicho que tenía un libro de Mataix y que quería mostrárselo.

—*Tenía* es el tiempo verbal correcto. Le recuerdo que el libro se lo han robado y no tiene usted nada.

—Tecnicismos. Quien tuvo retuvo, como usted dice. Y además, me tengo a mí.

—Santa Madre de Dios…

Alicia remató su atuendo con un sombrero del que pendía una rejilla que le cubría parte del rostro y se dio un último vistazo en el espejo.

—¿Se puede saber de qué va vestida?

—De Balenciaga.

—No me refería a eso.

—Ya lo sé. Volveré pronto —dijo camino de la puerta.

—¿Puedo usar su cuarto de baño?

—Siempre y cuando no me deje pelos en la bañera.

Cerrar el encuentro con Vilajuana no había sido tan fácil como se lo había pintado a Vargas. De hecho, Alicia había tenido que lidiar previamente con una secretaria de redacción en el periódico que no se chupaba el dedo y que estuvo en un tris de enviarla a paseo. Varios subterfugios más tarde, consiguió que la conectasen con Vilajuana, que por teléfono sonaba más escéptico que un matemático en una merienda de obispos.

—¿Y dice usted que tiene un libro de Mataix? ¿De la serie de *El Laberinto*?

—*Ariadna y el Príncipe Escarlata*.

—Creí que no quedaban más que tres copias.

—La mía debe de ser la cuarta.

—¿Y dice que la envía Gustavo Barceló?

—Sí. Me dijo que era un gran amigo suyo.

Vilajuana se rio. Alicia podía oír el ajetreo de la redacción al otro lado de la línea.

—A partir de las doce estaré en la biblioteca de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona —dijo al fin—. ¿La conoce?

—De oídas.

—Pregunte por mí en secretaría. Y lleve el libro.

34

Perdido en una plaza oculta a la sombra de la catedral se levanta un pórtico de piedra sobre cuyo arco reza la leyenda:

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS
DE BARCELONA

Alicia había oído hablar alguna vez de aquel lugar pero, como la mayoría de sus conciudadanos, apenas sabía nada de la institución a la que daban cobijo los muros de aquel palacio, reliquia de la Barcelona medieval. Sabía, o intuía, que la academia la integraba una pléyade de sabios, escribas y letraheridos conjurados en la protección del conocimiento y la palabra escrita que llevaban reuniéndose desde finales del siglo XVIII, empeñados en ignorar que el mundo exterior refuerza año tras año su resistencia y desapego a semejantes extravagancias. El suyo parecía un ritual a medio camino entre el saber arcano y el cenáculo literario, una ilustración a puerta cerrada de la que solo unos pocos elegidos participaban y podían dar fe.

El perfume de las piedras y una obligada aura de misterio la acompañaron al cruzar el umbral que conducía al patio interior donde una escalinata ascendía hasta una estancia que hacía las veces de recepción. La interceptó un individuo de aire incunable y trazas de llevar allí desde los albores del siglo anterior que le dedicó una mirada de sospecha y le preguntó si era la *señorita* Gris.

—La misma.

—Ya me lo parecía. El señor Vilajuana está en la biblioteca —dijo señalando hacia dentro—. Pedimos a los visitantes que guarden silencio.

—Pierda cuidado, he hecho voto esta misma mañana —contestó Alicia.

El cancerbero no mostró intención de sonreírle la broma y ella optó por mostrar su agradecimiento y partir en busca de la biblioteca como si supiera dónde se encontraba. Ese era siempre el método más eficaz para colarse en cualquier lugar de acceso restringido: comportarse como quien sabe adónde va y no requiere permiso ni orientación. El juego de la infiltración es similar al de la seducción: el que pide permiso ha perdido antes de empezar.

Alicia deambuló a su aire, curioseando por salones plagados de estatuas y corredores palaciegos hasta tropezar con una criatura de perfil bibliófilo y amable disposición que se identificó como Polonio y se ofreció a guiarla hasta la biblioteca.

—Nunca la había visto por aquí —comentó Polonio, que lucía aspecto de no haber tenido ninguna experiencia con el género femenino más allá de los versos de Petrarca.

—Es su día de suerte.

Encontró a Sergio Vilajuana en compañía de las musas y los cerca de cincuenta

mil libros que formaban el fondo editorial de la biblioteca de la academia. El periodista se había instalado en una de las mesas y enfrentaba una pequeña ciudadela de folios repletos de anotaciones y tachaduras mientras mordisqueaba el capuchón de una estilográfica y murmuraba por lo bajo, domando la métrica de una frase que no acababa de aterrizar en la página a su gusto. Vilajuana tenía el donaire meditativo y flemático de un erudito británico mudado a la bonanza mediterránea. Vestía un traje de lana gris, corbata con dibujos de plumines dorados y una bufanda de color azafrán en los hombros. Alicia se adentró en la sala y dejó que el eco de sus pasos anunciara su presencia. Vilajuana emergió de su ensueño y alzó una mirada a medio camino entre lo diplomático y lo punzante.

—La señorita Gris, supongo —dijo, enfundando el capuchón de su estilográfica e incorporándose gentilmente.

—Llámeme Alicia, por favor.

Alicia le ofreció la mano, que Vilajuana estrechó con una sonrisa cortés y cierta reserva. Le indicó que tomase asiento. Sus ojos, pequeños y penetrantes, la observaban con una mezcla de recelo y curiosidad. Alicia señaló las páginas que salpicaban la mesa, algunas con la tinta aún fresca.

—¿Le he interrumpido?

—Más bien me ha rescatado —replicó Vilajuana.

—¿Una investigación bibliográfica?

—Mi discurso de ingreso en esta casa.

—Felicidades.

—Gracias. No quisiera parecerle brusco, señorita Gris, Alicia, pero hace ya unos días que la esperaba y creo que podemos ahorrarnos el capítulo de generalidades y cortesías.

—¿Entiendo entonces que don Gustavo Barceló le ha hablado de mí?

—Con cierto detalle, me atrevería a decir. Digamos que le causó usted una honda impresión.

—Es una de mis especialidades.

—Eso he podido comprobar. De hecho algunos de sus antiguos amigos en la comisaría central también le envían muchos recuerdos. No se extrañe. Los periodistas somos así. Hacemos preguntas. Es un vicio que se adquiere con los años.

Vilajuana había abandonado todo amago de sonrisa y la miraba ahora fijamente.

—¿Quién es usted? —preguntó sin ambages.

Alicia consideró la posibilidad de mentir, un poco o por los codos, pero algo en aquella mirada decía que sería un grave error táctico.

—Alguien que quiere averiguar la verdad sobre Víctor Mataix.

—Un club que últimamente parece no parar de ganar adeptos. ¿Puedo preguntarle por qué?

—Me temo que no puedo responder a su pregunta.

—Sin mentir, quiere decir.

Alicia asintió.

—Algo que por respeto no voy a hacer.

La sonrisa de Vilajuana afloró de nuevo, esta vez rebosante de ironía.

—¿Y cree que el hacerme la pelota le resultará más rentable que mentirme?

Ella batió las pestañas y adoptó el más dulce de sus semblantes.

—No podrá reprocharme que al menos lo intente.

—Veo que Barceló no se había quedado corto. Si no puede decirme la verdad, dígame al menos la razón por la que no puede hacerlo.

—Porque si lo hiciera le pondría a usted en peligro.

—O sea, que me está protegiendo.

—En cierto modo, sí.

—Y por ello debería estar agradecido y ayudarla. ¿Es esa la idea?

—Me alegro de que empiece a ver las cosas a mi manera.

—Me temo que voy a necesitar algo más de motivación. Y no cosmética. La carne es débil, pero tras el ingreso en la mediana edad el sentido común recupera terreno.

—Eso dicen. ¿Qué tal una sociedad de mutua conveniencia? Barceló me dijo que estaba usted trabajando en un libro sobre Mataix y la generación perdida de aquellos años.

—Lo de generación quizá sea un tanto exagerado y lo de perdida es una licencia poética por confirmar.

—Hablo de Mataix, David Martín y otros…

Vilajuana alzó las cejas.

—¿Qué sabe usted de David Martín?

—Cosas que estoy segura de que le podrían interesar.

—¿Como por ejemplo?

—Como por ejemplo los detalles de los sumarios de Martín, Mataix y otros prisioneros supuestamente desaparecidos en la prisión de Montjuic entre 1940 y 1945.

Vilajuana le sostuvo la mirada. Le brillaban los ojos.

—¿Ha hablado usted con el abogado Brians?

Alicia se limitó a asentir.

—Me consta que él no suelta prenda —dijo Vilajuana.

—Hay otros modos de averiguar la verdad —insinuó Alicia.

—En comisaría dicen que esa es otra de sus habilidades.

—Qué mala es la envidia —replicó ella.

—El deporte nacional —corroboró Vilajuana, que parecía estar disfrutando a su pesar del pequeño duelo dialéctico.

—Aun así, no creo que llamar a comisaría preguntando por mí sea una buena idea, y menos ahora. Se lo digo por su bien.

—No soy tan torpe, señorita. Yo no he hecho la llamada y mi nombre no ha salido

a relucir. Ya ve que yo también hago lo posible por protegerme.

—Me alegro de oírlo. En estos tiempos toda precaución es poca.

—En lo que todos parecen estar de acuerdo es en que no es usted de fiar.

—En ciertos lugares y ciertos momentos esa es la mejor de las recomendaciones.

—No le diré que no. Dígame, Alicia, ¿no tendrá esto que ver por casualidad con nuestro inefable ministro don Mauricio Valls y su pulcramente olvidado pasado como carcelero? —preguntó.

—¿Qué le hace pensar eso?

—La cara que ha puesto cuando le he mencionado.

Ella dudó un instante y Vilajuana asintió para sí, confirmando su propia sospecha.

—¿Y si ese fuera el caso? —inquirió Alicia.

—Digamos que contribuiría a que estuviese un poco interesado. ¿Qué tipo de intercambio tenía usted en mente?

—Estrictamente de buenas letras —replicó Alicia—. Usted me dice lo que sabe de Mataix y yo le prometo acceso a toda la información de la que disponga una vez que haya solucionado el asunto que me ocupa.

—¿Y hasta entonces?

—Mi eterno agradecimiento y la satisfacción de saber que ha hecho usted lo correcto ayudando a una pobre damisela en apuros.

—Ya. Tengo que reconocer que al menos es usted más convincente que su, me atrevo a suponer, compañero —adujo Vilajuana.

—¿Perdón?

—Me refiero al que me vino a visitar hará un par de semanas y a quien por cierto no he vuelto a ver —dijo el periodista—. ¿No intercambian ustedes información a la hora del recreo? ¿O se trata de un competidor?

—¿Recuerda su nombre? ¿Lomana?

—Podría ser. No se me quedó. La edad, como le decía.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Alicia.

—Mucho menos tentador que el suyo.

—¿Tenía una cicatriz en la cara?

Vilajuana asintió y afiló la mirada.

—¿Se la hizo usted, tal vez?

—Se cortó al afeitarse. Siempre ha sido un manazas. ¿Qué le dijo usted a Lomana?

—Nada que no supiese ya —replicó Vilajuana.

—¿Mencionó él a Valls?

—No explícitamente, pero se notaba que le interesaban los años de Mataix en el castillo de Montjuic y su amistad con David Martín. No hace falta ser un lince para atar cabos.

—¿Y no le ha vuelto a ver o a hablar con él?

Vilajuana negó.

—Lomana puede ser muy insistente —dijo Alicia—. ¿Cómo se lo quitó de encima?

—Le dije lo que quería oír. O lo que creía querer oír.

—¿Que era…?

—Parecía muy interesado en la casa en la que Víctor Mataix y su familia vivieron hasta su arresto en 1941 en la carretera de las Aguas, al pie de Vallvidrera.

—¿Por qué la casa?

—Me preguntó qué sentido tenía la frase «la entrada del laberinto». Quería saber si se refería a un lugar concreto —dijo Vilajuana.

—¿Y…?

—Le dije que en las novelas del laberinto la «entrada», el lugar por el cual Ariadna «cae» al mundo subterráneo de esa otra Barcelona, es la casa en la que vive con sus padres, que no es otra que la misma casa donde vivían los Mataix. Le proporcioné la dirección y cómo llegar hasta allí. No es nada que no pudiera haber encontrado perdiendo una hora en el Registro de la Propiedad. Quizá esperaba hallar allí un tesoro, o algo mejor. ¿Voy bien?

—¿Le dijo Lomana para quién trabajaba? —preguntó Alicia.

—Me enseñó una placa. Como en las películas. No soy experto, pero parecía legítima. ¿Tiene usted también una de esas placas?

Ella negó.

—Lástima. Una mujer fatal al servicio del régimen es algo que pensaba que solo podía suceder en una novela de Julián Carax.

—¿Es usted lector de Carax?

—¡Cómo no! El santo patrón de todos los novelistas malditos de Barcelona. Deberían conocerse. Prácticamente parece usted una criatura suya.

Alicia suspiró.

—Esto es importante, señor Vilajuana. La vida de varias personas está en juego.

—Mencione una. Con nombre y apellidos, a ser posible. Así a lo mejor me lo puedo tomar todo un poco más en serio.

—No puedo hacer eso —dijo Alicia.

—Claro. Por mi propia seguridad, supongo.

Ella asintió.

—Aunque no se lo crea.

A continuación el periodista cruzó las manos sobre el regazo y se reclinó en el asiento, pensativo. Alicia sintió que le estaba perdiendo. Había llegado el momento de echarle más carnaza al cebo.

—¿Cuánto hace que no ve al ministro Valls en público? —Lanzó.

Vilajuana despegó las manos, su interés resucitado y coleando.

—Prosiga.

—No tan rápido. El trato es que usted me dice lo que sabe de Mataix y de Martín, y yo le digo lo que pueda tan pronto como pueda. Que es mucho. Tiene mi palabra.

Vilajuana rio por lo bajo pero asintió despacio.

—¿Valls incluido?

—Valls incluido —mintió Alicia.

—Supongo que es inútil que le pida que me enseñe el libro.

Alicia deslizó la más dulce de todas sus sonrisas.

—¿También me ha mentido sobre eso?

—Solo en parte. Tenía el libro hasta hace dos días, pero lo he perdido.

—Intuyo que no por habérselo olvidado en el tranvía.

Alicia negó.

—El trato, si me permite la *enmendalla*, es el siguiente —dijo Vilajuana—: usted me indica dónde encontró el libro y yo le cuento lo que quiere saber.

Alicia iba a despegar los labios cuando el periodista alzó el índice en señal de advertencia.

—Una mención más a mi seguridad personal y tendré que desearle buena suerte y buenos días. Dando por supuesto que lo que me diga quedará entre nosotros…

Ella meditó largamente.

—¿Tengo su palabra?

Vilajuana puso la mano sobre los folios en los que estaba trabajando.

—Lo juro sobre mi discurso de ingreso en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona.

Alicia asintió entonces. Miró a su alrededor y se aseguró de que estuviesen a solas en la biblioteca. El periodista la observaba, expectante.

—Lo descubrí oculto en el escritorio personal de Mauricio Valls en el despacho de su residencia particular, hace una semana.

—¿Y puedo saber qué hacía usted allí?

Alicia se inclinó hacia adelante.

—Investigar su desaparición.

La mirada de Vilajuana prendió como una bengala.

—Júreme que la exclusiva de este tema y lo que derive de él es mía.

—Se lo juro sobre su discurso de ingreso en esta casa.

Vilajuana la miraba fijamente a los ojos. Alicia ni siquiera pestañeó. El periodista cogió un manojo de folios en blanco de la mesa y se los tendió, junto con su estilográfica.

—Tenga —dijo—. Creo que le va a interesar tomar algunas notas…

35

—Conocí a Víctor Mataix hará unos treinta años, concretamente en el otoño de 1928. Por entonces yo empezaba en el oficio y trabajaba en la redacción de *La Voz de la Industria* tapando agujeros y haciendo un poco de todo. En aquella época Víctor Mataix escribía novelas por entregas bajo diferentes seudónimos para una editorial propiedad de un par de sinvergüenzas, Barrido y Escobillas, que tenían fama de estafar a todo el mundo, desde a sus autores hasta a los proveedores de papel y tinta. Allí publicaban también a David Martín, a Ladislao Bayona, a Enrique Marqués y a toda aquella generación de autores jóvenes y hambrientos de la Barcelona de antes de la guerra. Cuando los adelantos de Barrido y Escobillas no le llegaban para cerrar el mes, que era a menudo, Mataix escribía piezas por encargo para varios diarios, incluida *La Voz de la Industria*, desde relatos cortos hasta unas magníficas crónicas de viajes a lugares en los que no había estado nunca. Me acuerdo de una titulada «Los Misterios de Bizancio» que en su día me pareció una obra maestra y que Mataix se inventó de cabo a rabo sin más documentación que una lámina de postales antiguas de Estambul.

—Y yo que me creo todo lo que leo en los diarios —suspiró Alicia.

—Ya tiene usted cara, ya. Pero aquellos eran otros tiempos, cuando las plumas que mentían en la prensa lo hacían con gracia. El caso es que más de una vez me había tocado recortar los textos de Mataix al cierre para que entraran en caja cuando había que hacer sitio para algún anuncio de última hora o para las columnas intempestivas de cualquier amigo del editor. Un día que Mataix había ido a la redacción a cobrar sus colaboraciones se me acercó. Creí que me iba a pegar una bronca pero se limitó a darme la mano, a presentarse como si yo no supiera quién era y a agradecerme que fuese yo y no otro el que les pasara la tijera a sus textos cuando no había más remedio. «Tiene usted buen ojo, Vilajuana. Que no se lo echen a perder por aquí», me dijo.

»Mataix tenía el don de la elegancia. No hablo de indumentaria, aunque siempre vestía impecable su traje de tres piezas y llevaba unos lentes redondos de alambre fino que le daban un aire proustiano pero sin las magdalenas, sino de sus modales, el modo en que se dirigía a la gente, cómo hablaba. Era eso que los redactores jefe cursis llaman una *rara avis*. Además era un hombre generoso, que hacía favores sin que se los pidieran y sin esperar nada a cambio. De hecho fue él quien, poco después, me recomendó para un puesto en la redacción de *La Vanguardia*; gracias a su ayuda conseguí escaparme de *La Voz de la Industria*. Para entonces Mataix ya casi no escribía para los periódicos. Nunca le había gustado hacerlo y para él era solo un modo de levantar sus ingresos en los tiempos de vacas flacas. Una de las series que escribía para Barrido y Escobillas, *La Ciudad de los Espejos*, era en aquellos años bastante popular. Yo creo que entre David Martín y él mantenían a flote la escudería entera de Barrido y Escobillas, y trabajaban sin cesar. Martín, en especial, se dejó la

poca salud y cordura que le quedaban quemándose el cerebro frente a la máquina de escribir. Mataix, por cuestiones de familia, tenía una situación más holgada.

—¿Venía de buena familia?

—No exactamente, pero tuvo un golpe de suerte, o no, según se mire, al heredar una propiedad de un tío suyo, un personaje un tanto extravagante llamado Ernesto al que apodaban el Emperador del Terrón. Mataix era su sobrino favorito, o al menos el único miembro de la familia al que no detestaba. Así, al poco de casarse, Víctor Mataix pudo mudarse a un caserón imponente junto a la carretera de las Aguas, en la ladera de Vallvidrera, que le dejó el tío Ernesto junto con algunas acciones de la compañía de importación de ultramarinos que había fundado al volver de Cuba.

—¿Era el tío Ernesto un indiano?

—De los de libro de texto. Se había marchado de Barcelona con diecisiete años con una mano delante, una detrás y otra en el bolsillo del prójimo. Le buscaba la Guardia Civil para romperle las piernas y de puro milagro consiguió colarse de polizón en un barco mercante rumbo a La Habana.

—¿Y qué tal le trataron las Américas?

—Mucho mejor que él a ellas. Cuando el tío Ernesto volvió a Barcelona en su propio navío, vestido de blanco y con una esposa escandinava treinta años más joven que él recién adquirida por correo, habían pasado más de cuatro décadas. En todo aquel tiempo el Emperador del Terrón había ganado y perdido fortunas, propias y ajenas, en el negocio del azúcar y de las armas. Gracias a un surtido batallón de amantes y queridas había engendrado suficientes bastardos como para poblar todas las islas del Caribe, y había cometido tropelías que, de haber habido un Dios de guardia y algo de justicia, le habrían garantizado parada y fonda en el infierno por diez mil años.

—De haberlo habido —dijo Alicia.

—En su defecto, cabe decir que, si no justicia, sí hubo al menos una punta de ironía. El cielo es así. Cuentan que al poco de regresar de Cuba, el Emperador del Terrón empezó a perder la razón a causa de un veneno que le había suministrado en su última cena tropical una cocinera mulata despechada y preñada de malicia y sabe Dios de qué más. El indiano acabaría volándose la tapa de los sesos en el desván de su recién estrenada mansión convencido de que había algo que habitaba en la casa, algo que se arrastraba por las paredes y por el techo y olía como el nido de una serpiente… Algo que cada noche se le colaba en el dormitorio y se acurrucaba con él en la cama para succionarle el alma.

—Impresionante —replicó Alicia—. ¿La dramaturgia es suya?

—La tomé prestada de Mataix, que incluyó la anécdota, con algún retoque operístico, en una de las novelas de *El Laberinto*.

—Lástima.

—La realidad nunca supera a la ficción, al menos no a la de calidad.

—¿Y la realidad en este caso era…?

—Con toda probabilidad más mundana. La teoría más fiable ya se apuntó el día del funeral del indiano Ernesto, un evento multitudinario que tuvo lugar en la catedral con la presencia del obispo, el alcalde y todo el pesebre viviente del consistorio ciudadano. Por no hablar de todos aquellos a los que el tío Ernesto les había prestado dinero y se hallaban allí para asegurarse de que estaba muerto de verdad y que no tendrían que devolvérselo. Pero a lo que iba, el rumor del día fue que lo único que de verdad se le colaba entre las sábanas al difunto magnate del azúcar era la hija del ama de llaves, una muchacha de diecisiete años de armas tomar que tiempo después hizo fama y fortuna como cabaretera en el Paralelo con el nombre artístico de Doris Laplace, y que lo que le succionaba cada noche no era precisamente el alma.

—Y entonces ¿el suicidio…?

—Por lo visto, asistido. Todo parece indicar que a la sufrida nueva esposa del indiano, para que luego digan que las nórdicas son frías, se le hincharon las narices tras haberle aguantado años de matrimonio y cornamenta, y una noche de San Juan decidió descerrajarle un tiro en la cara con la escopeta de caza que el hombre guardaba junto a la cama por si llegaban los anarquistas.

—Una historia ejemplar.

—Vidas de santos y pecadores, un género muy barcelonés. Sea cual fuere la versión fidedigna de los hechos, el caso es que el caserón quedó abandonado durante años y la fama de embrujos y maldiciones que lo habían acompañado desde que el indiano hizo poner la primera piedra no cesó ni cuando Mataix y su esposa Susana, recién casados, se instalaron allí. Hay que decir que la casa tenía tela marinera. Una vez que estuve allí Mataix me ofreció el *tour deluxe* y el sitio ponía los pelos de punta, al menos a mí, que lo que me gusta son las comedias musicales y los romances ligeros. Había escaleras que no conducían a ninguna parte, un pasillo de espejos dispuestos de una manera tal que cuando lo cruzabas parecía que tenías a alguien siguiéndote y un sótano en el que el indiano hizo construir una piscina con un fondo de mosaico que dibujaba la cara de la que había sido su primera esposa en Cuba, Leonor, una muchacha de diecinueve primaveras que se suicidó clavándose una pinza del pelo en el corazón porque tenía el convencimiento de que estaba embarazada de una serpiente.

—Entrañable. ¿Y es ahí adonde envió usted a Lomana?

Vilajuana asintió con una sonrisa maliciosa.

—¿Le contó todo eso de los pérfidos espíritus del más allá y de las rarezas de la casa? Lomana puede ser muy supersticioso y aprensivo para esas cosas…

—Me está mal decirlo, pero esa es la impresión que me dio y, dada la escasa simpatía que me despertó el personaje, preferí no adelantarle información no solicitada a fin de no estropearle la sorpresa.

—¿Cree usted en esas cosas? ¿Embrujos y maldiciones?

—Creo en la literatura. Y a ratos en el arte de la gastronomía, sobre todo si hay un buen arroz de por medio. Lo demás son embustes o paños calientes, según se mire.

Algo me dice que en eso nos parecemos usted y yo. En lo de la literatura, quiero decir, no en lo de la gastronomía.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Alicia, deseosa de volver al relato de Mataix.

—La verdad es que nunca oí a Mataix quejarse de interferencias del más allá ni nada parecido. Yo diría que él creía en todas esas paparruchas aún menos que en las arengas políticas que ya por entonces habían convertido este país en un hervidero de gallináceas. Se acababa de casar con Susana, de la que estaba perdidamente enamorado, y trabajaba sin parar en un despacho con vistas de toda Barcelona a sus pies. Susana era una criatura frágil y de salud delicada. Tenía la piel casi transparente y cuando uno la abrazaba tenía la sensación de que se iba a romper. Se cansaba con mucha facilidad y a veces debía pasar el día entero en cama porque se sentía demasiado débil para levantarse. Mataix siempre estaba preocupado por ella, pero la quería con locura y ella creo que le correspondía. Los visité allí un par de veces y aunque tengo que admitir que como le digo la casa era un pelín siniestra para mi gusto, me pareció que pese a todo eran felices. Al menos al principio. Cuando Mataix bajaba a la ciudad, como él solía decir, a menudo se acercaba a la sede de *La Vanguardia* y salíamos a comer juntos o a tomar una taza de café. Siempre me hablaba de la novela en la que andaba trabajando y me daba unas páginas a leer para conocer mi opinión, aunque luego no hiciese mucho caso de mis comentarios. Me usaba de conejillo de Indias, por así decirlo. En aquellos días Mataix todavía era un mercenario. Escribía bajo no sé cuántos seudónimos a precio fijo por palabra. La salud de Susana requería de una continua atención médica y de medicinas, y Mataix solo permitía que la visitaran los mejores especialistas. Si para ello tenía él que dejarse su salud trabajando a destajo, poco le importaba. Susana soñaba con quedarse embarazada. Los médicos ya le habían dicho que aquello iba a ser complicado. Y costoso.

—Pero se produjo el milagro.

—Sí. Tras varios abortos y años de penurias, Susana se quedó en estado en 1931. Mataix no vivía temiendo que ella fuera a perder de nuevo al bebé y quizá la vida. Pero por una vez todo salió bien. Susana siempre había querido tener una hija y ponerle el nombre de una hermana que había perdido en la infancia.

—Ariadna.

—Durante los años en que intentaron concebir una criatura, Susana le pidió a Mataix que empezase a escribir un libro nuevo, diferente a todos los que había creado hasta entonces. Un libro que no sería para nadie más que para esa niña con la que soñaba. Literalmente. Susana decía que la había visto en sueños y le había hablado.

—¿Fue ese el origen de los libros de *El Laberinto*?

—Sí. Mataix empezó a escribir la primera entrega de la serie con las aventuras de Ariadna en una Barcelona mágica. Yo creo que los escribía también para sí mismo, no solo para Ariadna. Siempre me pareció que los libros de *El Laberinto*, de algún

modo, eran una advertencia.

—¿Sobre qué?

—Sobre la que se venía encima. Usted debía de ser muy joven por entonces, apenas una niña, pero en los años de antes de la guerra esto ya pintaba muy mal. Se podía oler. Estaba en el aire…

—Ahí tiene un buen título para su libro.

Vilajuana sonrió.

—¿Cree que Mataix imaginaba lo que iba a pasar?

—Él y muchos otros. Había que estar ciego para no verlo. Hablaba de ello a menudo. Alguna vez le oí decir que estaba pensando irse fuera del país, pero Susana, su mujer, no quería dejar Barcelona. Creía que si lo hacían nunca se quedaría embarazada. Luego ya fue tarde.

—Hábleme de David Martín. ¿Le conocía usted?

Vilajuana puso los ojos en blanco.

—¿A Martín? Un poco. Coincidí con él dos o tres veces. Mataix me lo presentó un día que habíamos quedado en el Bar Canaletas. Habían sido buenos amigos desde muy jóvenes, antes de que a Martín le saltase la espoleta, pero Mataix le seguía teniendo mucho aprecio. A mí, la verdad, me pareció la persona más extraña que había conocido en toda mi vida.

—¿En qué sentido?

Vilajuana dudó unos instantes antes de responder.

—David Martín era un hombre brillante, probablemente demasiado para su propio bien. Pero en mi modesta opinión estaba ido por completo.

—¿Ido?

—Loco. Como un cencerro.

—¿Qué le hace decir eso?

—Llámele intuición. Martín oía voces… Y no me refiero a las de las musas.

—¿Quiere decir que era esquizofrénico?

—A saber. Lo que sé es que Mataix estaba preocupado por él. Y mucho. Mataix era así, se preocupaba por todo el mundo menos por él mismo. Al parecer Martín se había metido en no sé qué lío y apenas se veían ya. Martín rehuía a la gente.

—¿No tenía familia que le pudiera ayudar?

—No tenía a nadie. Y si tenía a alguien, acababa por alejarlo. Su única conexión con el mundo real era una jovencita que había tomado como aprendiza, una tal Isabella. Mataix creía que Isabella era la única que le mantenía vivo y procuraba protegerlo de sí mismo. Mataix solía decir que el único demonio de verdad era su cerebro, que se lo estaba comiendo vivo.

—¿El único demonio? ¿Había más?

Vilajuana se encogió de hombros.

—No sabría cómo explicárselo sin que se ría.

—Inténtelo.

—Pues el caso es que Mataix me contó una vez que David Martín creía que había firmado un contrato con un misterioso editor para escribir una especie de texto sagrado, como si se tratase de la biblia de una nueva religión. No ponga esa cara. Según Mataix, Martín se reunía de vez en cuando con ese personaje, un tal Andreas Corelli, para recibir sus instrucciones de ultratumba o algo así.

—Y Mataix, por supuesto, dudaba de la existencia del tal Corelli.

—Dudar es poco. Le tenía bien situado en su lista de improbables entre el ratoncito Pérez y el país de las hadas. Mataix me pidió que hiciese algunas averiguaciones en ambientes editoriales para ver si dábamos con el supuesto editor. Y las hice. Removí cielo, tierra y todo lo que había entre medio.

—¿Y?

—El único Corelli que encontré fue un compositor barroco llamado Arcangelo Corelli, que tal vez le suene.

—¿Y quién era entonces el Corelli para el que Martín trabajaba, o imaginaba estar trabajando?

—Martín creía que era otra clase de *arcangelo*, uno caído.

El periodista se llevó dos dedos a la frente a modo de cuernos y sonrió con sorna.

—¿El diablo?

—Con rabo y pezuñas. Un Mefistófeles con sastre caro que había llegado desde los infiernos para tentarle en un pacto fáustico para crear un libro maldito que sería la base de una religión que habría de prenderle fuego al mundo. Lo que le decía, como un cencerro. Así acabó.

—¿Se refiere en la prisión de Montjuic?

—Eso fue algo después. A principios de los años treinta David Martín, fruto de sus delirios y esa extraña alianza con su diablillo cojuelo, tuvo que huir por piernas de Barcelona cuando la policía le acusó de haber cometido una serie de crímenes que nunca se llegaron a resolver. Parece ser que consiguió salir del país de puro milagro. Pero imagínese lo loco que estaría que no se le ocurrió nada mejor que volver a España en tiempos de guerra. Le detuvieron en Puigcerdá, al poco de cruzar los Pirineos, y acabó en el castillo de Montjuic. Como tantos otros. Y como Mataix algo después. Allí se reencontraron tras varios años sin verse… Triste final donde los haya.

—¿Sabe por qué regresó? Aunque Martín no estuviese del todo cuerdo bien sabría que si regresaba a Barcelona iba a ser capturado tarde o temprano…

Vilajuana se encogió de hombros.

—¿Por qué hacemos las más grandes tonterías en esta vida?

—Por amor, por dinero, por despecho…

—En el fondo es usted una romántica, ya lo sabía yo.

—¿Por amor, entonces?

—Quién sabe. No sé qué otra cosa esperaba hallar en un sitio donde medio país estaba asesinando a la otra mitad en nombre de unos trapos de colores…

—¿La tal Isabella?

—No lo sé… Esa parte del rompecabezas no la he encontrado todavía.

—¿Era Isabella la misma que poco más tarde se casó con el librero Sempere?

Vilajuana la miró con cierta sorpresa.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Digamos que tengo mis fuentes.

—Que estaría bien que compartiera conmigo.

—Tan pronto como pueda. Tiene mi palabra. ¿Era entonces Isabella la misma persona?

—Sí. Era la misma. Isabella Gispert, hija de los dueños del colmado Gispert que aún está detrás de Santa María del Mar, destinada a convertirse en Isabella de Sempere.

—¿Cree usted que Isabella estaba enamorada de David Martín?

—Le recuerdo que se casó con el librero Sempere, no con él.

—Eso no prueba nada —replicó Alicia.

—Supongo que no.

—¿La conoció usted? A Isabella.

Vilajuana asintió.

—Estuve en la boda.

—¿Le pareció que era feliz?

—Todas las novias son felices el día de su boda.

Esta vez fue ella la que sonrió con malicia.

—¿Y cómo era?

El hombre bajó la mirada.

—Solo hablé con ella una o dos veces.

—Pero le causaría una impresión.

—Sí. Isabella causaba impresión.

—¿Y?

—Y me pareció una de esas contadísimas personas que hacen de este perro mundo un sitio que vale la pena visitar.

—¿Fue usted al entierro?

Vilajuana asintió lentamente.

—¿Es verdad que murió de cólera?

Una sombra se extendió por la mirada del periodista.

—Eso dijeron.

—Pero usted no lo cree.

El periodista negó.

—Entonces ¿por qué no me cuenta el resto de la historia?

—A decir verdad es una historia muy triste que me gustaría olvidar.

—¿Por eso lleva usted tantos años escribiendo un libro sobre ella? Un libro que supongo que sabe que nunca podrá publicar, al menos en este país…

Vilajuana sonrió con tristeza.

—¿Sabe lo que me dijo David Martín la última vez que le vi? Fue una noche en que los tres, Mataix, él y yo, habíamos tomado alguna copa de más en El Xampanyet para celebrar que Víctor había acabado el primer libro de *El Laberinto*.

Alicia negó.

—No sé por qué la conversación derivó hacia el viejo tópico de los escritores y el alcohol. Martín, que podía beberse una bañera de licor y no perder la lucidez, me dijo aquella noche una cosa que nunca he olvidado. «Se bebe para recordar y se escribe para olvidar».

—A lo mejor no estaba tan loco como parecía.

Vilajuana asintió en silencio, su rostro embargado por los recuerdos.

—Cuénteme entonces lo que lleva tantos años intentando olvidar —dijo Alicia.

—No me diga luego que no la he avisado —advirtió.

Fragmento de

LOS OLVIDADOS:
VÍCTOR MATAIX Y EL FIN DE LA GENERACIÓN PERDIDA DE BARCELONA
de Sergio Vilajuana
(Ediciones Destino, Barcelona, 1989).

Así reza el primer párrafo de un divertimento rebosante de ironía titulado *Tinta y Azufre* escrito por Víctor Mataix en 1933, presumiblemente inspirado en las desventuras de su amigo y colega David Martín:

> *No hace falta ser Goethe para saber que tarde o temprano cualquier escritor que merezca ese título se tropieza con su Mefistófeles. Los de buen corazón, si es que los hay, le entregan su alma. El resto le venden la de los incautos que se ponen en su camino.*

Víctor Mataix, que merecía el título y se lo había ganado a pulso, se encontró con su Mefistófeles un día de otoño de 1937.

Si vivir de la literatura ya había sido un acto de equilibrismo hasta aquel momento, el estallido de la guerra se llevó por delante lo que quedaba de la precaria maquinaria editorial en la que Mataix había hallado su propósito y sustento. Se seguía escribiendo, y publicando, pero el nuevo género rey era la propaganda, el panfleto y el panegírico al servicio de causas grandiosas empapadas de ruido y sangre. En cuestión de meses, Mataix se encontró, como tantos otros, sin otro modo de ganarse la vida que la caridad ajena y el azar, que por entonces solían apostar a la baja.

Sus últimos editores, a los que había confiado la serie de novelas de *El Laberinto*

de los Espíritus, eran un dúo de sagaces caballeros llamados Revells y Badens. Badens, notable *gourmand* y *connaisseur* de las finas viandas y los productos de la tierra, se había retirado temporalmente a su masía del Ampurdán a criar tomates y a contemplar los secretos de la trufa a la espera de que la locura de los tiempos encontrase su momento de templanza. Badens era un optimista nato al que las trifulcas le causaban náuseas y que quería creer que el conflicto no se extendería más allá de dos o tres meses, tras los cuales España regresaría a su estado natural de caos y esperpento en el que siempre había lugar para la literatura, el buen yantar y el negocio. Revells, fino estudioso de los malabarismos del poder y el teatro político, había optado por quedarse en Barcelona y mantener abiertas sus oficinas, aunque fuera bajo mínimos. La edición de literatura había pasado a un limbo incierto y el grueso del negocio se concentraba ahora en la impresión de arengas, panfletos y epopeyas ejemplares a mayor gloria de los héroes del momento, que cambiaban de semana en semana merced a las luchas internas y el amago de soterrada guerra civil dentro de la declarada guerra civil que afectaba al bando republicano. Menos optimista que su socio, que seguía enviándole cajas de espléndidos tomates y hortalizas, Revells se olía que aquello iba para largo y que acabaría peor que mal.

Revells y Badens, no obstante, seguían pagando de sus ahorros un pequeño sueldo a Mataix a modo de anticipo por obras futuras. Mataix, pese a sus reservas, lo aceptaba de mala gana. Revells ignoraba sus reparos e insistía. Cuando la discusión inevitablemente derivaba en escrúpulos o en lo que el editor denominaba *mariconadas de quien todavía no ha empezado a pasar hambre de verdad,* le ofrecía su sonrisa socarrona y le aseguraba: «Víctor, por nosotros no llore usted que ya me encargaré de que todo esto que le estamos adelantando nos lo compense usted algún día».

Gracias a la ayuda de sus editores, Mataix conseguía que su familia tuviese algo que llevarse a la boca, situación que comenzaba a ser privilegiada. La mayoría de sus colegas se encontraban en una situación bastante más precaria y de pronóstico vertiginoso. Algunos se habían unido a la milicia en un arrebato de pasión y romanticismo. «Exterminaremos a la rata del fascismo en su putrefacta madriguera», entonaban. Más de uno le recriminó que no se uniera. Era una época en que mucha gente tenía por credo y conciencia los carteles de propaganda que cubrían las paredes de la ciudad. «El que no está dispuesto a luchar por su libertad no la merece», le decían. A Mataix, que sospechaba que tenían razón, le carcomía el remordimiento. ¿Debía abandonar a Susana y a su hija Ariadna en el caserón de la colina y partir al encuentro de las tropas del llamado *bando nacional*? «No sé de qué nación hablan, pero no es la mía —le dijo un amigo al que acudió a despedir a la estación—, y tampoco la tuya, aunque no tengas el valor de salir a defenderla». Mataix regresó a su casa avergonzado de sí mismo. Al llegar, Susana le abrazó y se echó a llorar, temblando. «No nos dejes —le imploró—. Tu patria somos Ariadna y yo».

A medida que avanzaba la contienda, Mataix descubrió que no podía escribir. Se

sentaba frente la máquina durante horas con la mirada perdida en el horizonte tras los ventanales. Con el tiempo empezó a bajar casi todos los días a la ciudad, a buscar oportunidades, se decía, o a huir de sí mismo. La mayoría de sus conocidos mendigaban por entonces favores en el turbio mercado negro de vasallajes y servidumbres que se extendía a la sombra de la guerra. Había corrido el rumor entre los letraheridos famélicos de que Mataix recibía un sueldo a fondo perdido de Revells y Badens. Su viejo amigo Martín ya se lo había advertido: «La envidia es la gangrena de los escritores, nos pudre en vida hasta que el olvido nos siega sin contemplaciones». En cuestión de meses sus conocidos ya no le conocían. Cuando le veían de lejos, cambiaban de acera y murmuraban entre ellos, riendo su desprecio. Otros pasaban a su lado y bajaban la mirada.

Los meses iniciales de la contienda habían dejado Barcelona sumida en un extraño letargo de temores y escaramuzas internas. La rebelión fascista había fracasado en la ciudad en los primeros días tras el golpe y alguno quiso creer que la guerra se había quedado lejos, que aquello no pasaría de ser otra bravata más de generales breves de estatura y de vergüenzas, y que en cuestión de semanas la cosa volvería a la anormalidad calenturienta que caracterizaba la vida pública del país.

Mataix ya no lo creía. Y tenía miedo. Sabía que una guerra civil nunca es una, sino un amasijo de pequeñas o grandes luchas enquistadas entre sí. Su memoria oficial siempre es la de los cronistas atrincherados en el bando ganador o en el perdedor, pero nunca la de aquellos que se ven atrapados entre ambos y que raramente han encendido la mecha de la hoguera. Martín solía decir que en España se desprecia al adversario pero se odia al que va por libre y no comulga con las ruedas de ningún molino. Mataix no le había creído en su momento, pero empezaba a pensar que el único pecado que no se perdona en España es el de no tomar bando y resistirse a unirse a un rebaño u otro. Y donde hay rebaños de borregos siempre aparecen lobos hambrientos. Mataix, a su pesar, había aprendido todo eso y empezaba a oler la sangre en el aire. Tiempo habría luego para esconder los muertos y darse a la fábula. Ahora era el momento de sacar los cuchillos y coronar mezquindades. Las guerras lo ensucian todo, pero limpian la memoria.

Aquel fatídico día de 1937 en que habría de cambiar su destino, Mataix había bajado a la ciudad para reunirse con Revells. Siempre que se veían, el editor le invitaba a comer en el Bar Velódromo, que quedaba cerca de las oficinas de Ediciones Orbe en la Diagonal, y le ofrecía bajo mano un sobre con algunos dineros con los que sostener a su familia durante un par de semanas más. Aquel día Mataix, por primera vez, se negó a aceptarlo. Así describe la escena en su *Memoria de Tinieblas*, una suerte de crónica novelada de la guerra y de los años que le llevaron a prisión, que nunca llegó a ser publicada y en la que él es un personaje más, visto por un narrador omnisciente que podría o no ser la parca:

El frontón acristalado del gran Bar Velódromo se alzaba donde la calle Muntaner pierde su ladera noble, a apenas unos pasos de la Diagonal. Allí una luz de acuario y unos techos de catedral civil ofrecían asilo y salón de achicorias a quienes aún pretendían creer que la vida seguía, y mañana, o el otro, sería otro día. Revells siempre elegía una mesa esquinera desde la que podía ver todo el local y detectar quién entraba y salía.

—No, señor Revells. No puedo aceptar ya más su limosna.

—No es limosna, es una inversión. Sepa que Badens y yo estamos convencidos de que en diez o veinte años será usted uno de los autores más leídos de toda Europa. Y si no, me meto a cura y Badens sustituye la trufa por la mortadela. Lo juro sobre este plato de caracoles *a la llauna*.

—Usted y sus ocurrencias.

—Coja el dinero, hágame el favor.

—No.

—Millones de españoles y he ido a dar con el único que no coge dinero bajo la mesa.

—¿Qué le dice de eso su bola de cristal?

—Mire, Víctor, yo de buena gana le aceptaría un libro a cambio de un adelanto, pero ahora no se lo podemos publicar. Ya lo sabe usted.

—Entonces tendré que esperar.

—Pueden pasar años. En este país hay gente que no va a parar hasta que se hayan masacrado los unos a los otros. Aquí, cuando las personas pierden el juicio, que es a menudo, son capaces de pegarse un tiro en el pie si creen que así dejarán cojo al vecino. Esto va para largo. Hágame caso.

—Entonces mejor morirse de hambre que quedar en pie para verlo.

—Muy heroico. Perdone si no se me saltan las lágrimas de emoción. ¿Eso es lo que quiere para su mujer y su hija?

Mataix cerraba los ojos y se hundía en su miseria.

—No diga eso.

—Pues entonces no diga usted tonterías. Coja el dinero.

—Se lo devolveré todo. Hasta el último céntimo.

—Eso no lo he dudado nunca. Ande, coma algo, que no ha probado bocado. Y llévese ese pan a casa. Y, por cierto, pase por la editorial, que hay una caja de hortalizas finas del Ampurdán que le envía Badens. Hágame el favor de llevarse algo, que está el despacho que parece una verdulería.

—¿Se va usted ya?

—Tengo cosas que atender. Cuídese, Víctor. Y escriba, que algún día volveremos a publicar, ya lo verá, y nos tiene usted que hacer ricos.

El editor partió y le dejó a solas en la mesa. Mataix sabía que había acudido solo a entregarle el dinero y que, una vez cumplida su misión, había preferido retirarse

para evitarle la vergüenza y la humillación de sentirse incapaz de mantener a su familia de no ser por la caridad. Mataix apuraba su plato y empezaba a meterse los trozos de pan sobrantes en los bolsillos cuando una sombra se extendió sobre la mesa. Levantó la mirada y se encontró con un hombre joven que vestía los restos de un traje deshilachado y portaba un cartapacio al uso de los que se apilaban en tribunales y oficinas del registro. El individuo tenía un aire demasiado frágil y desvalido para ser un comisario político que fuera a por él.

—¿Le importa si me siento?

Mataix negó.

—Mi nombre es Brians. Fernando Brians. Soy abogado, aunque no lo parezca.

—Víctor Mataix, escritor, aunque tampoco lo parezca.

—Qué tiempos, ¿verdad? El que es alguien no parece nadie y el que hasta hace dos días no era nadie ahora se parece demasiado a sí mismo.

—Abogado y filósofo, por lo que veo.

—Y todo a un precio muy competitivo —convino Brians.

—Me encantaría contratarle para que defendiese usted a mi amor propio, pero me temo que ando escaso de fondos.

—No tema. El cliente ya lo tengo.

—Y entonces ¿quién soy yo en esta historia? —preguntó Mataix.

—Un afortunado artista que ha sido seleccionado para una labor muy lucrativa.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es su cliente, si puedo preguntarlo?

—Un hombre celoso de su intimidad.

—¿Y quién no lo es?

—Quien no la tiene.

—Olvide un momento al filósofo y convoque al abogado —atajó Mataix—. ¿En qué puedo servirle, a usted o a su cliente?

—Mi cliente es un hombre de gran relevancia y mayor fortuna. Es uno de esos hombres de los que se suele decir que lo tienen todo.

—Esos son los que siempre quieren más.

—En este caso ese *más* incluye sus servicios —precisó Brians.

—¿Qué servicios puede prestar un novelista en tiempos de guerra? Mis lectores no desean leer, desean matarse entre ellos.

—¿Ha pensado alguna vez en escribir una biografía? —preguntó el abogado.

—No. Escribo ficción.

—Hay quien argumentaría que no hay género más ficticio que la biografía.

—Con la posible excepción de la autobiografía —convino Mataix.

—Precisamente. Como novelista, admitirá que a la hora de la verdad una historia es una historia.

—Como novelista solo admito anticipos. A ser posible en metálico.

—A eso llegaremos. Pero, aunque solo sea por discutir en teoría, una crónica está hecha de palabras, de lenguaje. ¿No?

Mataix suspiró.

—Todo está hecho de palabras y de lenguaje —replicó—. Incluso los sofismas de un abogado.

—¿Y qué es un escritor si no un trabajador del lenguaje? —planteó Brians.

—Alguien sin perspectivas profesionales cuando la gente deja de emplear el cerebro y piensa con el intestino bajo, por no decir otra cosa.

—¿Lo ve? Incluso para el sarcasmo tiene usted un toque elegante.

—¿Por qué no va usted al grano, señor Brians?

—Mi cliente no lo hubiera podido decir mejor.

—Ya en vena sarcástica, si su cliente es tan importante y poderoso, ¿no es usted un abogado un tanto austero para representarle? No se ofenda.

—No me ofendo. De hecho tiene usted muchísima razón. Mi representado lo es por vía indirecta.

—Explíquese —dijo Mataix.

—Mis servicios han sido solicitados por un bufete de prestigio que es el que representa al cliente.

—Qué suerte la suya. ¿Y por qué no aparece por aquí un miembro de este bufete de tanto copete?

—Porque está en zona nacional. Técnicamente hablando, claro está. Personalmente el cliente está en Suiza, creo.

—¿Perdón?

—Mi cliente y sus abogados se encuentran bajo los auspicios y la protección del general Franco —explicó Brians.

Mataix miró con recelo hacia las mesas a su alrededor. Nadie parecía escucharlos o prestar atención, pero aquellos eran tiempos de sospecha y hasta las tapias afinaban el oído.

—Esto debe de ser una broma —dijo Mataix bajando la voz.

—Le aseguro que no.

—Haga el favor de levantarse y largarse de aquí. Haré como que no le he visto y no le he escuchado.

—Créame que le entiendo a la perfección, señor Mataix. Pero no puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque si salgo por esa puerta sin haber contratado sus servicios no creo que mañana siga con vida. Y usted y su familia tampoco.

Medió un largo silencio. Mataix agarró por la solapa al abogado Brians, que le contemplaba con infinita tristeza.

—Está usted diciendo la verdad… —murmuró, más para sí mismo que dirigiéndose a su interlocutor.

Brians asintió. Mataix lo soltó.

—¿Por qué yo?

—La esposa del cliente es lectora asidua suya. Dice que le gusta cómo escribe

usted. Sobre todo las historias de amor. Las otras, no tanto.

El escritor se llevó las manos al rostro.

—Si le sirve de consuelo, el sueldo es inmejorable —añadió Brians.

Mataix miró a Brians entre sus dedos.

—Y a usted ¿qué le pagan?

—Me dejan seguir respirando y asumen mis deudas, que no son pocas. Siempre y cuando usted diga que sí.

—¿Y si digo que no?

Brians se encogió de hombros.

—En estos tiempos me cuentan que los asesinos a sueldo van muy baratos en Barcelona.

—¿Cómo sé…, cómo sabe *usted* que esas amenazas son creíbles?

Brians bajó la mirada.

—Cuando hice esa pregunta me mandaron un paquete con la oreja izquierda de mi socio en el despacho, Jusid. Me han dicho que cada día que pase sin obtener respuesta me irán enviando otros paquetes. Ya le he explicado que la mano de obra siniestra está barata en la ciudad.

—¿Cómo se llama su cliente? —inquirió Mataix.

—No lo sé.

—Y entonces ¿qué es lo que sabe?

—Que la gente que trabaja para él no se anda con bromas.

—¿Y él?

—Sé que es un banquero. Importante. Sé, o intuyo, que es uno de los dos o tres banqueros que están financiando el ejército del general Franco. Sé, o me han dado a entender, que es un hombre vanidoso y muy sensible al juicio que la historia pueda hacer de él y que su esposa, como le digo gran lectora y seguidora de su obra, ha convencido a su esposo de que necesita una biografía que plasme sus logros, su grandeza y su prodigiosa aportación al bien de España y del mundo.

—Todo hijo de puta precisa de una biografía, el género más mentiroso de todo el catálogo —sentenció Mataix.

—No seré yo quien se lo discuta, señor Mataix. ¿Quiere oír la parte buena?

—¿Se refiere a la de continuar vivo?

—Cien mil pesetas depositadas en una cuenta a su nombre en la Banca Nacional Suiza a la aceptación del trabajo y cien mil más a la publicación de la obra.

Mataix le miró atónito.

—Mientras digiere esa cifra, permítame explicarle el procedimiento. A la aceptación y firma del contrato empezará usted a recibir un emolumento quincenal a través de mi oficina que durará mientras se desarrolle el trabajo, sin menoscabo del montante global de sus honorarios. Posteriormente le llegará a usted, también a través de mí, un documento al parecer ya existente que contiene una primera versión de la biografía de mi cliente.

—Entonces ¿yo no soy el primero?

Brians se encogió de hombros una vez más.

—¿Qué se hizo de mi predecesor? —preguntó Mataix—. ¿También se lo han enviado en paquetes?

—No lo sé. Me pareció entender que la esposa del cliente estimó que su trabajo no tenía estilo, clase ni *savoir faire*.

—No sé cómo puede hacer bromas sobre algo así.

—Es preferible a tirarme a las ruedas del metro. En cualquier caso, este documento, que por lo que me han contado se encuentra en estado muy rudimentario, le servirá de documentación y base. Su cometido es escribir una biografía ejemplar del personaje a partir de los datos que en esas páginas se le entreguen. Para ello dispone del plazo de un año. Después de la revisión de las notas del cliente, dispondrá usted de seis meses más para incorporar los cambios requeridos, pulir el texto y preparar un manuscrito editable. Y si me permite el comentario, lo mejor es que no tiene por qué firmar el libro y que nadie tiene por qué saber nunca que lo escribió usted. De hecho, su silencio y el mío son requisitos ineludibles para la transacción.

—¿Y eso?

—Quizá debería haber dicho desde el principio que el libro es en realidad una autobiografía. La redactará usted en primera persona y la firmará mi cliente.

—Imagino que ya tiene título.

—Tentativo. *Yo, XXXXXX. Memorias de un financiero español*. Creo que se admiten sugerencias alternativas.

Mataix hizo entonces lo que ni él ni Brians esperaban. Se echó a reír. Rio hasta que se le saltaron las lágrimas y la concurrencia del local se volvió para mirarlos de reojo y preguntarse cómo podía tener alguien todavía ganas de carcajearse así con la que estaba arreciando. Cuando recuperó la compostura, Mataix respiró hondo y miró a Brians.

—¿Entiendo que eso es un sí? —preguntó el abogado, esperanzado.

—¿Hay alternativa?

—Que a usted y a mí nos peguen un tiro en la cabeza por la calle mañana o pasado y que hagan lo mismo con su familia y con la mía más pronto que tarde.

—¿Dónde firmo?

Días después, tras un catálogo de insomnios, pesares y cábalas, Mataix no pudo más y acudió a ver a su editor en Ediciones Orbe. Revells no había mentido: las instalaciones desprendían un perfume a la fina huerta del Ampurdán. Cajas enteras del santuario de hortalizas de Badens se alineaban en los pasillos entre pilas de libros y pliegos de facturas por pagar. Revells escuchó su relato de los hechos con atención al tiempo que olfateaba un esplendoroso tomate con el que iba jugueteando entre las manos.

—¿Qué le parece? —preguntó Mataix al término de su recuento.

—Divino. Solo de olerlo me entra apetito —dijo Revells.

—Me refiero a mi dilema —insistió Mataix.

Revells dejó el tomate sobre la mesa.

—Que no tenía usted otra alternativa que aceptar —declaró.

—Me dice eso porque sabe que es lo que quiero oír.

—Se lo digo porque me gusta verle vivo y porque nos debe un dinero que confiamos recuperar algún día. ¿Ha recibido ya el amasijo de papeles?

—Parte.

—¿Y…?

—Son para vomitar.

—¿Esperaba los sonetos de Shakespeare?

—No sé lo que esperaba.

—Al menos habrá empezado a hacer conjeturas y ya sabrá de quién se trata.

—Me he hecho una idea —dijo Mataix.

Los ojos de Revells brillaban de anticipación.

—Cuente…

—Por lo que he leído sospecho que se trata de Ubach.

—¿Miguel Ángel Ubach? Hostia bendita. ¿El Banquero de la Pólvora?

—Parece que no le gusta que le llamen así.

—Que se joda. Si no le gusta, que financie obra social y no una guerra.

—¿Qué sabe de él, usted que sabe todo de todo el mundo? —inquirió Mataix.

—Solo de los que cuentan —precisó Revells.

—Ya sé que el mundo del pelagatos y el perdulario no tiene romance para usted.

Revells ignoró la pulla, fascinado como estaba con aquella intriga de alto vuelo. Se asomó a la puerta de su despacho y llamó a una de sus personas de confianza, Laura Franconi.

—Laura, venga un momentín si puede…

Mientras esperaban, Revells deambulaba inquieto por el despacho. Al poco, sorteando un par de cajas de cebollas y puerros, apareció por la puerta Laura Franconi, que al ver a Mataix sonrió y se acercó a darle un beso. Menuda y vivaracha, Laura era uno de los cerebros en activo que hacían funcionar aquella casa con mano de seda.

—¿Qué le parece la parada de frutas y verduras? —preguntó—. ¿Le pongo unos calabacines?

—Aquí el amigo Mataix acaba de hacer un pacto con los dioses de la guerra —dijo el editor.

El aludido suspiró.

—¿Por qué no se asoma a la ventana y lo grita con un megáfono? —inquirió Mataix.

Laura Franconi entornó la puerta del despacho y le miró preocupada.

—Cuénteselo —dijo Revells.

Mataix ofreció la versión resumida de los hechos, pero Laura se bastaba para

rellenar el resto entre líneas. Al término se limitó a posar la mano en el hombro del escritor, consternada.

—Y a todo esto, ¿ese hijo de puta de Ubach ya tiene editor que le publique el adefesio? —preguntó Revells.

Laura le lanzó una mirada cáustica.

—Solo apunto una oportunidad de negocio —adujo Revells—. No sé a qué viene tanto remilgo con los tiempos que corren.

—Agradecería su ayuda y consejo —recordó Mataix.

Laura le tomó una mano y le miró a los ojos.

—Acepte el dinero. Escríbale a ese fantoche lo que quiera y lárguese de este país para siempre. Mi recomendación es Argentina. Terreno de sobra y filetes para morirse.

Mataix observó a Revells.

—Amén —dijo el editor—. Yo no lo hubiera podido explicar mejor.

—¿Alguna sugerencia que no implique cruzar el mundo y exiliar a mi familia?

—Mire, Mataix. Haga lo que haga, se la juega. Si gana el bando de Ubach, que tiene puntos de sobra, me dice la nariz que una vez ofrecidos sus servicios su existencia resultará incómoda y habrá quien prefiera verle desaparecido. Y si gana la República y alguien se entera de que ha colaborado usted con uno de los usureros de Franco, le veo en una checa con todos los gastos pagados.

—Fabuloso.

—Nosotros le podemos ayudar a volar. Badens tiene contactos con una compañía de flota mercante y les podríamos tener a usted y a su familia en Marsella en cuestión de días. Y de ahí, usted mismo. Yo haría caso a la señorita Laura y me iría a las Américas. Norte o sur, tanto da. El caso es poner tierra y océano de por medio.

—Iremos a visitarle —afirmó Laura—. Eso si no tiene que acabar teniéndonos a todos de huéspedes al ritmo que va este país…

—Y le llevaremos tomates y verduras de guarnición para esas parrilladas que se va a pegar usted con las doscientas mil pesetas del botín —sentenció Revells.

Mataix resopló.

—Mi mujer no quiere irse de Barcelona.

—Intuyo que no le ha contado nada de esto —dijo Revells.

Mataix negó. Revells y Laura Franconi intercambiaron una mirada.

—Y yo tampoco quiero irme a ningún sitio —dijo el escritor—. Esta es mi casa, para bien o para mal. La llevo en la sangre.

—Con la malaria pasa lo mismo y no siempre es saludable —apuntó Revells.

—¿Tiene alguna vacuna para Barcelona?

—En el fondo le entiendo. A mí me pasaría lo mismo. Aunque a ver mundo, y con el bolsillo bien revestido, no le diría que no. Tampoco tiene que decidirlo ahora. De momento dispone de un año o año y medio para ir pensándolo. Mientras no entregue el libro y dure la guerra, todo estará en suspenso. Haga como hace con

nosotros, que nunca cumple los plazos y nos tiene *in albis*…

Laura le dio una palmadita en la espalda en señal de apoyo. Revells tomó el formidable ejemplar de la flora silvestre ampurdanesa y se lo tendió.

—¿Un tomatito?

Solo parte del manuscrito de *Memoria de Tinieblas* ha sobrevivido, pero todo parece indicar que Mataix optó por rendirse a las circunstancias. No hay indicios de que entregase una primera versión de la autobiografía de Miguel Ángel Ubach hasta bien entrado el año 1939. Para cuando la guerra llegó a su fin y las tropas franquistas entraron victoriosas en Barcelona, Mataix aún estaba trabajando en las revisiones y los cambios que se le habían pedido, presumiblemente la mayor parte de ellos provenientes de Federica, esposa de Ubach, que unía su devoción por el fascismo a una gran sensibilidad para las artes y las letras. Entregada la versión final del libro, Mataix, que era posible que estuviera contemplando seguir el consejo de sus editores y marcharse del país con su familia y sus honorarios, desoyó la advertencia y decidió quedarse. El motivo más probable de aquella decisión que iba postergando era que su esposa se quedó de nuevo embarazada de la que tendría que ser su segunda hija.

Para entonces Ubach ya había regresado a España, triunfante y gozando de los más elevados niveles de gloria y gratitud en los altos escalones del régimen merced a su labor como banquero de la cruzada nacional. Eran tiempos de venganza pero también de recompensa. Se reordenaban todos los ámbitos de la vida española y caían tantos al olvido, al exilio interior y a la miseria como ascendían otros acólitos a los puestos de poder y prestigio. No había un solo rincón de la vida pública donde aquella depuración no se llevase a cabo con celo implacable. Los cambios de chaqueta, tradición muy arraigada en suelo peninsular, rozaban la filigrana. La guerra había dejado cientos de miles de muertos, pero aún más olvidados y malditos. Buena parte de los antiguos conocidos y colegas de Mataix que tanto le habían despreciado aparecían ahora desesperados suplicando su ayuda, su recomendación y su misericordia. La mayoría acabaría pronto en prisión, donde pasarían años hasta que lo poco que quedaba de ellos se extinguiese para siempre. A unos cuantos los ejecutaron sin miramientos. Otros se quitaron la vida o murieron de enfermedad o de tristeza.

Algunos, previsiblemente los más pretenciosos y carentes de talento, cambiaron de bando y progresaron como paniaguados y cortesanos del régimen lo que no habían podido avanzar por méritos propios. La política es a menudo refugio de artistas mediocres y fracasados. Allí pueden medrar, adquirir poder con que darse aires y sobre todo vengarse de todos aquellos que han logrado con su trabajo y su talento lo que ellos nunca han conseguido ni siquiera rozar al tiempo que declaran, con aire de santidad y sacrificio, que todo lo hacen por el servicio a la patria.

En el verano de 1941, a las dos semanas del nacimiento de Sonia, la segunda hija de Susana y Víctor Mataix, se produjo un hecho insólito. La familia disfrutaba de un

domingo soleado y tranquilo en su casa de la carretera de las Aguas cuando oyeron que se acercaba un cortejo de automóviles. Del primero se bajaron cuatro hombres armados y trajeados. Mataix temió lo peor, pero entonces advirtió que del segundo coche, un Mercedes casi idéntico al que transportaba al Generalísimo Franco, se apeó un caballero de maneras y modos exquisitos en compañía de una dama rubia enjoyada y vestida como si acudiese a la coronación de una reina. Eran Miguel Ángel Ubach y su esposa, Federica.

Mataix, que nunca le había revelado a su esposa la verdad acerca del libro en el que había enterrado más de año y medio de su vida —el libro que había salvado la suya—, sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Susana, confundida, preguntó quiénes eran aquellos visitantes tan ilustres que cruzaban el jardín. Fue doña Federica quien a lo largo de aquella larga tarde hablaría por él. Mientras don Miguel Ángel se retiraba al estudio de Mataix para departir de asuntos de hombres entre *brandy* y habanos (que había llevado él, a modo de obsequio), doña Federica se convirtió en la mejor amiga de aquella pobre plebeya que a duras penas se tenía en pie, débil todavía tras el parto de su segunda hija. Aun así, doña Federica la dejó levantarse y acudir a la cocina para preparar un té que no se dignó a tocar, unas pastas resecas que ella no les hubiera dado ni a los perros, y la observó cojear mientras permanecía en compañía de aquellas dos niñas, Ariadna y la pequeña Sonia, que inexplicablemente eran lo más hermoso que había visto en toda su existencia. ¿Cómo era posible que dos criaturas tan dulces, tan llenas de luz y vida, pudieran haber nacido de aquel par de muertos de hambre? Sí, tal vez Mataix tenía algo de talento, pero no dejaba de ser como todos los artistas, un criado, y además el único libro bueno de verdad que había escrito era *La Casa de los Cipreses*. Todos los demás no eran nada del otro mundo y la habían decepcionado con sus tramas ininteligibles y macabras. Ya se lo comentó al estrechar su mano, decepcionada también por su presencia distante, como si no estuviera contento de verla. «El verdaderamente bueno solo era el primero», le dijo. El casarse con aquella palurda que no sabía ni vestirse ni hablar confirmaba sus sospechas. Mataix le había servido para matar el rato, pero nunca estaría entre los grandes.

Pese a ello, doña Federica soportó con la mejor de las sonrisas la compañía de aquella infeliz que se desvivía por complacerla y no cesaba de hacer preguntas sobre su vida, como si pudiera aspirar a comprenderla. Apenas la escuchaba. Solo tenía ojos para aquellas dos criaturas. Ariadna la miraba con recelo, como hacían todos los niños, y cuando le preguntó «¿Dime, cielo, quién te parece más guapa, tu mamá o yo?» corrió a ocultarse tras su madre.

Atardecía ya cuando Ubach y Mataix salieron del estudio y don Miguel Ángel dio por terminada la visita *in promptu*. Don Miguel Ángel abrazó a Mataix y besó la mano de Susana. «Son ustedes una pareja encantadora», declaró. Los Mataix acompañaron al ilustre matrimonio hasta su Mercedes Benz y los vieron partir junto con el cortejo de los otros dos vehículos de escolta bajo un cielo encendido de estrellas que prometía un horizonte de paz y, tal vez, de esperanza.

Una semana más tarde, poco antes del amanecer, dos coches más regresaban a casa de los Mataix. Esta vez eran coches negros, sin matrícula. Del primero descendió un hombre enfundado en una gabardina oscura que se identificó como el inspector Javier Fumero, de la Brigada Social. Con él iba un hombre muy pulcramente vestido, con gafas y un corte de pelo que le confería el aire de un burócrata de nivel medio, que no se bajó del automóvil y observó la escena sentado en el asiento del pasajero.

Mataix había salido a recibirlos. Fumero le propinó un golpe en la cara con el revólver que le partió la mandíbula y le derribó al suelo, de donde le recogieron sus hombres y le arrastraron hasta uno de los coches mientras gritaba. Fumero, limpiándose las manos de sangre en la gabardina, entró entonces en la casa y empezó a buscar a Susana y a las niñas. Las encontró temblando y llorando escondidas en el fondo de un armario. Cuando Susana se negó a entregarle a sus hijas, Fumero le propinó una patada en el estómago. Cogió a la pequeña Sonia en brazos y agarró de la mano a Ariadna, que lloraba aterrorizada. Fumero se disponía a abandonar la habitación cuando Susana se le lanzó a la espalda y le clavó las uñas en la cara. Fumero, sin inmutarse, tendió las niñas a uno de sus hombres, que observaba desde el umbral, y se volvió. Agarró a Susana del cuello y la lanzó contra el suelo. Se arrodilló sobre ella aplastándole el tórax y la miró a los ojos. Susana, sin poder respirar, observó a aquel extraño que la contemplaba sonriendo. Le vio extraer una navaja de afeitar del bolsillo y desplegarla. «Te voy a abrir las tripas y te las voy a poner por collar, puta de mierda», le dijo con serenidad.

Fumero le había arrancado la ropa y empezaba a jugar con la cuchilla cuando el hombre que había permanecido en el coche, el burócrata de aire gélido, le colocó la mano en el hombro y le detuvo.

«No hay tiempo», le advirtió.

Los hombres la dejaron allí y partieron. Susana se arrastró sangrando escaleras abajo y escuchó el rumor de los vehículos alejándose entre los árboles hasta perder el sentido.

12

1

Cuando Vilajuana terminó su relato tenía los ojos vidriosos y la voz seca. Alicia bajó la mirada y guardó silencio. Al rato, el periodista carraspeó y ella le dedicó una sonrisa débil.

—Susana nunca volvió a ver a su marido ni a sus hijas. Pasó dos meses visitando comisarías, hospitales y casas de caridad preguntando por ellos. Nadie sabía nada. Un día, desesperada, decidió llamar a doña Federica Ubach. Le contestó un criado que pasó su llamada a un secretario. Susana le contó lo que había sucedido y le dijo que la señora era la única que podía ayudarla. «Es amiga mía», dijo.

—Pobrecita —murmuró Alicia.

—Días después la recogieron en la calle y la llevaron al manicomio de mujeres. Allí permaneció varios años. Dijeron que se había escapado tiempo después. A saber. Susana se perdió para siempre.

Medió un largo silencio.

—¿Y Víctor Mataix? —preguntó Alicia.

—El abogado Brians, que tiempo atrás había sido contratado por Isabella Gispert para intentar ayudar a David Martín, supo por este último que Mataix había acabado también en el castillo de Montjuic. Le tenían incomunicado en una celda aparte por orden expresa del director de la prisión, don Mauricio Valls, y no se le permitía salir al patio con los demás presos o recibir visitas o mantener comunicación alguna. Martín, al que más de una vez habían enviado también a una de las celdas de aislamiento, había sido el único que había podido hablar con él, cruzando palabras a través del pasillo. De este modo Brians supo lo que había sucedido. Imagino que por entonces al abogado le carcomía la conciencia y se sentía en parte culpable, y decidió ayudar a todos aquellos pobres diablos allí atrapados. Martín, Mataix…

—El abogado de las causas perdidas… —dijo Alicia.

—Nunca pudo salvarlos, por supuesto. A Martín le asesinaron por orden de Valls, o eso dijeron. De Mataix no se volvió a saber nada más. Su muerte sigue siendo un misterio. E Isabella, de la que creo que el pobre Brians se había enamorado, como se enamoraban todos los que la conocían, los había precedido, también en circunstancias más que sospechosas. Brians no volvió a levantar cabeza después de todo aquello. Es un buen hombre, pero está asustado y en el fondo tampoco puede hacer nada.

—¿Cree usted que Mataix continúa allí?

—¿En el castillo? Espero que Dios no sea tan cruel y se lo llevara a tiempo.

Alicia asintió, intentando asimilar todo aquello.

—¿Y usted? —preguntó Vilajuana—. ¿Qué piensa hacer?

—¿Qué quiere decir?

—¿Piensa quedarse tan ancha después de todo lo que le he contado?

—Mis manos están tan atadas como las de Brians —respondió Alicia—. Si no más.

—Qué conveniente.

—Con el debido respeto, usted no sabe nada de mí.

—Cuénteme, entonces. Ayúdeme a completar la historia. Dígame qué puedo hacer.

—¿Tiene usted familia, Vilajuana?

—Mujer y cuatro hijos.

—¿Y los quiere?

—Más que a nada en el mundo. ¿A qué viene eso?

—¿Desea que le diga lo que tiene que hacer? ¿De verdad?

Vilajuana asintió.

—Acabe su discurso. Olvídese de Mataix. De Martín. De Valls y de todo lo que me ha contado. Y olvídese de mí, nunca he estado aquí.

—Ese no era el trato —protestó Vilajuana—. Me ha engañado…

—Bienvenido al club —dijo Alicia, de camino hacia la salida.

2

Al poco de abandonar la Academia en el Palacio Recasens, Alicia tuvo que detenerse a la vuelta de un callejón a vomitar. Se aferró a la piedra fría del muro y cerró los ojos, sintiendo la bilis en los labios. Intentó respirar hondo y recobrar la compostura, pero la náusea la golpeó de nuevo y casi cayó de rodillas al suelo. Si no lo hizo fue porque alguien la sostuvo. Cuando Alicia se volvió se encontró con el rostro solícito y angustiado de Rovira, el aprendiz de espía, que la observaba compungido.

—¿Está usted bien, señorita Gris?

Ella trató de recuperar el aliento.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Rovira?

—Bueno…, la he visto que se tambaleaba de lejos y… Usted perdone.

—Estoy bien. Vete.

—Está usted llorando, señorita.

Alicia levantó la voz y le empujó con fuerza con las dos manos.

—Lárgate de aquí, imbécil —le increpó.

Rovira se encogió y se alejó a toda prisa con la mirada herida. Alicia se apoyó contra la pared. Se secó las lágrimas con las manos y, apretando los labios con rabia, echó a andar.

De camino a casa encontró a un vendedor ambulante y le compró unos caramelos de eucalipto con que acallar el sabor ácido que tenía en la boca. Ascendió la escalera despacio y al llegar a su puerta oyó voces en el interior. Pensó que Fernandito habría acudido en busca de órdenes o a dar cuentas de su misión y habría hecho las paces con Vargas. Abrió la puerta y vio que Vargas estaba de pie junto a la ventana. Sentado en el sofá, sosteniendo una taza de té y sonriendo tranquilamente, estaba Leandro Montalvo. Alicia se quedó lívida en el umbral.

—Y yo que creía que te alegrarías de verme, Alicia —dijo Leandro incorporándose.

Alicia se adelantó unos pasos, deshaciéndose del abrigo e intercambiando una mirada con Vargas.

—No… no sabía que venía —musitó—. De haberlo sabido…

—Ha sido un poco todo cosa de última hora —continuó Leandro—. Llegué anoche, muy tarde, pero la verdad es que no podría haber elegido mejor momento.

—¿Puedo ofrecerle algo? —improvisó Alicia.

Leandro mostró su taza de té.

—Aquí el capitán Vargas ha sido muy amable y me ha preparado una estupenda taza de té.

—El señor Montalvo y yo hemos estado comentando los particulares del caso —dijo Vargas.

—Qué bien…

—Anda, dame un beso, Alicia, que hace días que no te veo.

Ella se acercó y le rozó las mejillas con los labios. Un brillo en los ojos de Leandro le indicó que había detectado la bilis en su aliento.

—¿Todo bien? —preguntó Leandro.

—Sí. El estómago un poco revuelto. Nada más.

—Tienes que cuidarte más. Si no estoy yo para vigilarte, te dejas ir.

Alicia asintió y sonrió sumisa.

—Anda, siéntate. Cuéntame. Me dice el capitán que has tenido una mañana ocupada. Una visita a un periodista, creo.

—Al final me ha dado plantón. Probablemente no tenía nada que decirme.

—En este país no hay formalidad.

—Eso dice Vargas —comentó Alicia.

—Por suerte aún hay quien trabaja y bien. Como vosotros, que prácticamente tenéis este asunto resuelto.

—¿Ah, sí?

Alicia miró a Vargas, que bajó los ojos.

—Bueno, todo esto de Metrobarna, el chófer y el tal Sanchís. Yo diría que esto está casi en el bote, como suele decirse. La pista es muy sólida.

—Es solo circunstancial. Nada más.

Leandro rio, benevolente.

—¿Ve lo que le decía, Vargas? Alicia nunca está satisfecha consigo misma. Es una perfeccionista.

—De tal palo… —apuntó Vargas.

Alicia iba a preguntarle qué hacía en Barcelona cuando la puerta del piso se abrió de golpe y Fernandito, resoplando tras su carrera por la escalera, se plantó en el salón.

—¡Señorita Alicia, noticias frescas! ¡No se va a creer lo que he averiguado!

—Espero que sea que entregasteis mi pedido enfrente por error —cortó Alicia, clavando los ojos en Fernandito.

—Hombre —dijo Leandro—. ¿Y este caballero tan solícito? ¿No me lo vas a presentar?

—Es Fernandito. El chico del colmado.

El chico tragó saliva y asintió.

—¿Entonces? ¿No me lo has traído? —preguntó Alicia en tono agrio.

Fernandito la miró, mudo.

—Te dije huevos, leche, pan y dos botellas de Peralada blanco. Y también aceite de oliva. ¿Qué parte es la que no has entendido?

Fernandito leyó la urgencia en la mirada de Alicia y volvió a asintir compungido.

—Disculpe, señorita Alicia. Ha sido todo un error. Manolo dice que ya lo tiene listo y que le perdone. No volverá a suceder.

Alicia chasqueó los dedos varias veces.

—Pues venga. ¿A qué estás esperando?

Fernandito asintió de nuevo e hizo mutis por el foro.

—Es que no hay manera de que den una —espetó Alicia.

—Por eso vivo en un hotel de lujo —dijo Leandro—. Todo queda a una llamada de teléfono.

Alicia se enfundó una sonrisa serena y regresó al lado de Leandro.

—¿Y a qué debemos el honor de que haya dejado las comodidades del Palace por mi humilde morada?

—Diría que echaba de menos tu sarcasmo, pero la verdad es que tengo buenas y malas noticias.

Alicia cruzó una mirada con Vargas, que se limitó a asentir.

—Toma asiento, haz el favor. Esto no te va a gustar, Alicia, pero quiero que sepas que no ha sido idea mía y que no he podido hacer nada para evitarlo.

Ella advirtió que Vargas se encogía sobre sí mismo.

—¿Evitar el qué? —preguntó.

Leandro dejó la taza sobre la mesa e hizo una pausa, como si estuviera armándose de ánimos para comunicar las noticias que debía referir.

—Hace tres días la investigación de la policía desveló que don Mauricio Valls había estado en contacto telefónico en tres ocasiones distintas durante el mes pasado con el señor Ignacio Sanchís, director general de Metrobarna. Esa misma madrugada, en el curso de un registro de las oficinas de la sociedad en Madrid, se encontraron documentos que indicaban que se habían realizado varias operaciones de compraventa de acciones del Banco Hipotecario, compañía matriz de Metrobarna, entre su gerente, el señor Ignacio Sanchís, y don Mauricio Valls. Dichas operaciones, a juicio de la brigada técnica de la policía, presentaban notables irregularidades de procedimiento y no había constancia de que hubieran sido debidamente reportadas al Banco de España. Cuando se cuestionó a uno de los actuarios de la oficina central este negó tener conocimiento o registro alguno de tales transacciones.

—¿Por qué no se nos tuvo al corriente de eso? —preguntó Alicia—. Creía que formábamos parte de la investigación.

—No culpes a Gil de Partera ni a la policía. La decisión fue mía. En aquel momento no sabía que vuestra investigación os iba a llevar hasta Sanchís por otro camino. No me mires así. Cuando Gil de Partera me informó del asunto estimé preferible esperar a que la policía confirmase si estábamos frente a un hecho relevante para el caso o a una simple irregularidad mercantil, que quedaría fuera de nuestra competencia. Si en algún momento las líneas se hubieran cruzado, por supuesto que te lo habría dicho. Pero vosotros os adelantasteis.

—No acabo de entender el fondo de este asunto… ¿Unas acciones? —preguntó Alicia.

Leandro hizo un gesto demandando paciencia y continuó su relato.

—La policía siguió con la investigación y encontró más indicios de transacciones cuestionables entre Sanchís y Mauricio Valls. La mayoría incluía compraventa de participaciones y pagarés del Banco Hipotecario realizadas a lo largo de casi quince

años a espaldas del consejo y de los órganos de administración de la entidad. Estamos hablando de sumas muy importantes. Millones de pesetas. A petición, o mejor dicho por orden, de Gil de Partera, salí anoche para Barcelona, donde la policía estaba preparada para detener e interrogar a Sanchís entre hoy o mañana, a la espera de confirmación de que los fondos obtenidos en una venta fraudulenta de emisiones de deuda del Banco Hipotecario hubieran sido utilizados por Valls para cancelar un préstamo que este había suscrito para sufragar la adquisición de los terrenos y la construcción de Villa Mercedes, su vivienda particular en Somosaguas. El informe técnico de la policía apunta a que Valls habría estado haciendo chantaje a Sanchís durante años para obtener fondos ilícitos sustraídos del balance del banco y sus sociedades. Fondos que Sanchís habría maquillado con transacciones ficticias entre sociedades opacas para ocultar la identidad de los verdaderos destinatarios de estos pagos.

—Dice que Valls habría chantajeado a Sanchís. ¿Con qué?

—Eso es lo que estamos intentando determinar en este momento.

—¿Me está diciendo que todo esto es un asunto de dinero?

—¿No lo es casi siempre? —replicó Leandro—. Por supuesto, todo se ha precipitado esta misma mañana cuando el capitán Vargas me ha comunicado el resultado de vuestras investigaciones.

Alicia lanzó otra mirada a Vargas.

—En ese mismo momento he hablado con Gil de Partera y hemos contrastado vuestras averiguaciones con las de la policía. Al instante se han tomado las acciones oportunas. Lamento que eso sucediese mientras tú estabas ausente, pero no había tiempo para esperar.

Alicia alternaba miradas de furia entre Leandro y Vargas.

—Vargas ha hecho lo que tenía que hacer, Alicia —dijo Leandro—. Es más, me duele que no me mantuvieses al corriente de vuestra investigación como habíamos quedado, pero te conozco y sé que no fue por mala fe y que no te gusta levantar la liebre hasta que estás segura. A mí tampoco. Por eso no te comenté nada de este tema hasta tener claro que estaba relacionado con nuestra investigación. Francamente, a mí también me sorprendió tener noticia de todo esto. No sabía que vosotros ibais tras el rastro de Sanchís. Como tú, esperaba otra cosa. En otras circunstancias me hubiera gustado disponer de un par de días más para llegar al fondo del asunto antes de actuar. Por desgracia, este es un caso en el que no nos podemos permitir tomarnos el tiempo que desearíamos.

—¿Qué han hecho con Sanchís?

—En estos momentos Ignacio Sanchís está siendo interrogado en comisaría, donde se encuentra prestando declaración desde hace un par de horas.

Alicia se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos. Vargas se levantó y procedió a servir una copa de vino blanco que tendió a una Alicia pálida como una lápida.

—Gil de Partera y todo su equipo me han trasladado su gratitud y me han pedido expresamente que os felicite a ambos por el excelente trabajo y servicio prestados a la patria —comentó Leandro.

—Pero…

—Alicia, te lo ruego. No.

Ella apuró su copa de vino blanco y apoyó la cabeza contra la pared.

—Decía que tenía también buenas noticias —dijo al fin.

—Esas eran las buenas noticias —matizó Leandro—. Las malas son que tú y Vargas habéis sido relevados del caso y que la investigación estará ahora de forma exclusiva en manos de un nuevo responsable designado por el Ministerio de Gobernación.

—¿Quién?

Leandro apretó los labios. Vargas, que había permanecido en silencio hasta entonces, se sirvió su propia copa de vino y miró a Alicia con tristeza.

—Hendaya —dijo.

Alicia los miró a ambos, perpleja.

—¿Quién demonios es Hendaya?

3

La celda hedía a orina y a electricidad. Sanchís nunca había advertido que la electricidad tenía olor. Un olor dulzón y metálico, como el de la sangre derramada. El aire viciado de la celda estaba empapado de aquel aroma que le revolvía las tripas. El zumbido del generador ubicado en un rincón hacía vibrar la bombilla que se balanceaba en el techo y proyectaba una claridad lechosa en los muros húmedos y cubiertos de lo que parecían arañazos. Sanchís se esforzó por mantener los ojos abiertos. Apenas sentía ya los brazos ni las piernas, sujetos a la silla de metal con un alambre tan prieto que le cortaba la piel.

—¿Qué han hecho con mi mujer?

—Su mujer está en casa. En perfecto estado. ¿Quiénes cree que somos?

—No sé quiénes son ustedes.

La voz adquirió rostro y Sanchís enfrentó por primera vez aquella mirada cristalina y acerada, de pupilas tan azules que parecían líquidas. El rostro era anguloso pero de facciones amables. Su interlocutor tenía los rasgos de un galán de sesión de tarde, uno de aquellos hombres apuestos que hacían a las señoras de casa buena mirar de reojo por la calle y sentir un rubor entre las piernas. Vestía con extraordinaria elegancia. Los puños de su camisa, recién salida de la tintorería, estaban tocados con dos gemelos de oro con el águila del escudo nacional.

—Nosotros somos la ley —dijo su interlocutor, sonriendo como si fuesen buenos amigos.

—Entonces suéltenme. Yo no he hecho nada.

El hombre, que había acercado una silla y tomado asiento frente a Sanchís, asintió con gesto comprensivo. Sanchís comprobó que había por lo menos dos personas más en la celda, apostadas contra la pared en la sombra.

—Mi nombre es Hendaya. Lamento que nos hayamos tenido que conocer en estas circunstancias, pero quiero creer que usted y yo vamos a ser buenos amigos, porque los amigos se respetan y no tienen secretos el uno con el otro.

Hendaya asintió y un par de sus hombres se acercaron a la silla y empezaron a cortar la ropa de Sanchís a tirones con unas tijeras.

—Casi todo lo que sé me lo enseñó un gran hombre. El inspector Francisco Javier Fumero, en cuya memoria hay una placa en este edificio. Fumero era de esa clase de hombres que a veces no se valoran en su justa medida. Creo que usted, amigo Sanchís, lo puede comprender mejor que nadie, porque a usted también le ha pasado, ¿no es así?

Sanchís, que había empezado a temblar al ver cómo lo desnudaban a tijeretazos, balbuceó:

—No sé lo que…

Hendaya alzó la mano, como si no precisara de explicaciones.

—Estamos entre amigos, Sanchís. Como le digo. No tenemos por qué guardarnos

secretos. El buen español no tiene secretos. Y usted es un buen español. Lo que pasa es que a veces la gente es maliciosa. Hay que reconocerlo. Somos el mejor país del mundo, eso no lo pone nadie en duda, pero en ocasiones nos pierde la envidia. Y eso usted lo sabe. Que si se casó con la hija del jefe, que si el braguetazo, que si no se merecía la dirección general, que si tal, que si cual… Ya le digo que le entiendo. Y entiendo que cuando a un hombre se le ponen en duda su honra y su valía se enfade. Porque un hombre que tiene huevos se enfada. Y usted los tiene. Mire, ahí están. Un buen par de huevos.

—Por favor, no me hagan daño, no…

La voz de Sanchís se ahogó en un aullido cuando el operario del generador le cerró las pinzas sobre los testículos.

—No llore, hombre, que no le hemos hecho nada todavía. Ande, míreme. A los ojos. Míreme.

Sanchís, llorando como un niño, alzó la mirada. Hendaya le sonreía.

—Veamos, Sanchís. Yo soy su amigo. Esto es solo entre usted y yo. Sin secretos. Usted me ayuda y yo le llevo a casa para que esté con su mujer, que es donde debe estar. Que no llore, hombre. No me gusta ver a un español llorar, joder. Aquí solo llora la gente que tiene cosas que ocultar. Pero aquí no tenemos nada que ocultar, ¿verdad? Aquí no hay secretos. Porque estamos entre amigos. Y yo sé que usted tiene a Mauricio Valls. Y le comprendo. Valls es un cabrón. Sí, sí. No tengo reparo en decirlo. He visto los papeles. Sé que Valls le estaba forzando a usted a quebrantar la ley. A vender acciones que no existían. Yo no sé de esas cosas. Esto de las finanzas se me escapa. Pero hasta un ignorante como yo puede captar que Valls le estaba obligando a robar en su nombre. Se lo diré claro: ese individuo, ministro o no, es un sinvergüenza. Se lo digo yo, que de eso sí entiendo y que debo verlo todos los días. Pero ya sabe cómo es este país. Vales lo que los amigos que tienes. Si es que es así. Y Valls cuenta con muchos amigos. Amigos de los que mandan. Pero todo tiene un límite. Llega un momento en que hay que decir basta. Usted ha querido tomarse la justicia por su mano. Mire, le entiendo. Pero es un error. Para eso estamos nosotros. Ese es nuestro trabajo. Ahora mismo lo único que deseamos es encontrar a ese granuja de Valls para que todo quede aclarado. Para que usted se pueda ir a su casa, con su señora. Para que a Valls le metamos ya en la cárcel y responda por lo que ha hecho. Y para que yo me pueda ir de vacaciones, que ya me toca. Y aquí no ha pasado nada. Me comprende, ¿verdad?

Sanchís intentó decir algo, pero los dientes le chasqueaban con tal fuerza que no se podían distinguir sus palabras.

—¿Qué dice, Sanchís? Si no para el tembleque no oigo lo que dice.

—¿Qué acciones? —consiguió articular.

Hendaya suspiró.

—Me decepciona usted, Sanchís. Yo creí que éramos amigos. Y a los amigos no se los insulta. No vamos bien. Se lo estoy poniendo fácil porque en el fondo entiendo

lo que ha hecho. Otros a lo mejor no lo entenderían, pero yo sí. Porque yo sé lo que es tener que lidiar con esta gentuza que se cree por encima de todo. Así que le voy a dar otra oportunidad. Porque me cae bien. Eso sí, un consejo de amigo: a veces hay que saber cuándo no le conviene a uno hacerse el gallito.

—No sé de qué acciones me habla usted —balbuceó Sanchís.

—No me lloriquee, joder. ¿No ve en qué posición más incómoda me pone? Yo tengo que salir de esta sala con resultados. Es así de simple. Usted lo entiende. Esto en el fondo es muy sencillo. Cuando la vida te da por el culo, es de sabios hacerse maricón. Y a usted, amigo mío, la vida está a punto de darle por el culo a base de bien. No se lo ponga difícil. En esta silla han estado sentados hombres cien veces más duros que usted y han aguantado un cuarto de hora. Usted es un señorito. No me fuerce a hacer lo que no quiero hacer. Por última vez: dígame dónde le tiene y aquí no habrá pasado nada. Esta noche estará de vuelta en casa con su esposa, intacto.

—Por favor… No le hagan nada… Ella no está bien —imploró Sanchís.

Hendaya suspiró y se le aproximó poco a poco hasta que su rostro estuvo a apenas unos centímetros del de Sanchís.

—Mira, desgraciado —dijo, con una voz infinitamente más fría que la que había empleado hasta entonces—. Si no me dices dónde se encuentra Valls, te voy a freír los huevos hasta que te cagues en la madre que te parió, y luego voy a coger a tu mujercita y le voy arrancar la carne de los huesos con unos alicates calientes, sin prisa, para que sepa que la culpa de lo que le está sucediendo la tiene la nenaza llorona con la que se casó.

Sanchís cerró los ojos y gimió. Hendaya se encogió de hombros y se aproximó al generador.

—Tú sabrás.

El banquero respiró de nuevo aquel olor metálico y sintió la vibración en el suelo bajo las plantas de los pies. La bombilla parpadeó un par de veces. Después, todo fue fuego.

4

Leandro sostenía el teléfono y asentía. Llevaba tres cuartos de hora al aparato. Vargas y Alicia le observaban. Entre los dos se habían pulido la botella de vino. Cuando Alicia se levantó en busca de otra, Vargas la retuvo, negando por lo bajo. Ella empezó a encadenar un cigarrillo con otro, la mirada clavada en Leandro, que escuchaba y asentía con parsimonia.

—Entiendo. No, claro que no. Me hago cargo. Sí, señor. Se lo diré. A usted.

Leandro colgó el teléfono y les dedicó una mirada lánguida que transmitía alivio y consternación a partes iguales.

—Era Gil de Partera. Sanchís ha confesado —dijo al fin.

—¿Confesado? ¿El qué? —preguntó Alicia.

—Todas las piezas empiezan a encajar. Se confirma que la historia venía de largo. Al parecer Valls y Miguel Ángel Ubach, el financiero, se habían conocido poco después de la guerra. Valls era por entonces una estrella en alza en el régimen, después de haber demostrado su lealtad y fiabilidad al mando de la prisión de Montjuic, una tarea poco grata. Por lo visto, Ubach, a través de un consorcio creado para recompensar a individuos cuya contribución a la causa nacional había sido excepcional, entregó a Valls un paquete de acciones del reconstituido Banco Hipotecario, que agrupaba a diversas entidades financieras disueltas tras la guerra.

—Está hablando de expolio y reparto de botín de guerra —cortó Alicia.

Leandro suspiró, paciente.

—Cuidado, Alicia. No todo el mundo es tan amplio de miras y tolerante como yo.

Ella se mordió la lengua. Leandro esperó a ver su mirada sumisa antes de proseguir.

—En enero de 1949 Valls debía recibir otro paquete de acciones. Ese había sido el acuerdo, de naturaleza verbal. Pero al morir Ubach inesperadamente en un accidente el año anterior…

—¿Qué accidente? —cortó Alicia.

—Un incendio en su casa en el que falleció junto a su esposa mientras dormían. No me interrumpas, Alicia, por favor. Como decía, al morir Ubach se produjeron ciertas discrepancias con el testamento, que al parecer no hacía referencia a los acuerdos aludidos. El asunto se complicó al haber nombrado Ubach como albacea testamentario a un joven abogado del bufete que le representaba.

—Ignacio Sanchís —dijo Alicia.

Leandro le lanzó una mirada de advertencia.

—Sí, Ignacio Sanchís. Sanchís, como albacea testamentario también pasó a ser tutor legal de Victoria Ubach, la hija del matrimonio, hasta su mayoría de edad. Y sí, antes de que me interrumpas otra vez, al cumplir esta los diecinueve años se casó con ella, lo cual provocó no pocas murmuraciones y cierto escándalo. Parece que se decía que ya de adolescente, Victoria y su futuro marido mantenían una relación ilícita. Se

decía también que Ignacio Sanchís no era más que un advenedizo ambicioso, ya que el testamento dejaba la mayor parte del patrimonio de los Ubach a Victoria, con quien se llevaba una diferencia de edad considerable. Victoria Ubach, además, tenía un historial de cierta inestabilidad emocional. Se dice que cuando era una adolescente se escapó de su casa y estuvo desaparecida seis meses. Pero todo esto son rumores. Lo esencial del caso es que al hacerse cargo de la gestión del accionariado de la Banca Ubach, Sanchís negó a Valls lo que él afirmaba que se le debía y se le había prometido por parte del difunto. En aquel momento Valls se la tuvo que, como se dice vulgarmente, envainar y tragar quina. No fue hasta años después cuando, al ser nombrado ministro y adquirir una cuota de poder considerable, decidió forzar a Sanchís a cederle lo que él consideraba que se le debía, y más. Le amenazó con acusarle de haber estado implicado en la *desaparición* de Victoria en 1948 para ocultar un embarazo de la menor y haberla mantenido escondida en un sanatorio de la Costa Brava, creo que cerca de la localidad de San Feliu de Guíxols, donde la Guardia Civil la encontró cinco o seis meses después vagando por la playa, desorientada y con signos de malnutrición. Todo parece indicar que Sanchís cedió. A través de una serie de operaciones ilícitas, Sanchís entregó a Valls una suma muy importante en forma de acciones y pagarés negociables del Banco Hipotecario. Buena parte del patrimonio de Valls provendría de ahí y no de su suegro, como a veces se había rumoreado. Pero Valls quería más. Seguía presionando a Sanchís, que nunca le perdonó que metiese a su esposa Victoria de por medio o que jugase con su reputación y con el episodio de su escapada de adolescente para conseguir sus fines. Acudió a diferentes instancias para protestar, pero en todas partes se le cerraron las puertas y se le dijo que Valls era un hombre demasiado poderoso, muy próximo a la cúpula del régimen, y que no se le podía tocar. Hacerlo, además, hubiera implicado remover el asunto del consorcio y de las recompensas distribuidas al final de la guerra, cosa que nadie deseaba. Se le advirtió muy seriamente a Sanchís que olvidase el tema.

—Cosa que no hizo.

—Es evidente que no. No solo no lo olvidó, sino que además decidió vengarse. Y allí es donde se equivocó de verdad. Contrató a investigadores para hurgar en el pasado de Valls. Así fue como dieron con un granuja que seguía pudriéndose en la prisión de Montjuic, Sebastián Salgado, y con una serie de turbias incidencias y abusos cometidos por Valls durante sus años como director del penal contra diversos presos y sus familiares. Resultó que había una larga lista de candidatos a protagonizar una supuesta venganza contra Valls. Lo único que faltaba era una narrativa convincente. Sanchís ideó así una trama para vengarse del ministro y encubrir su maniobra bajo la apariencia de una *vendetta* política o personal derivada del oscuro pasado del ministro. Empezó a enviar cartas amenazadoras a través de Salgado, con quien había contactado y al cual había ofrecido una suma que debería recibir tras el indulto que le estaban tramitando a cambio de su complicidad por actuar, digamos,

como anzuelo. Sanchís sabía que las cartas serían rastreadas y que el rastro acabaría en Salgado. Contrató también a un antiguo preso del castillo, un tal Valentín Morgado, a quien sobraban los motivos para no sentir aprecio alguno por Valls. Morgado había sido liberado en 1947, pero culpaba a Valls de la muerte de su mujer por enfermedad mientras él había estado preso. Morgado fue contratado como chófer de la familia. Fue él, con la ayuda de un antiguo guarda de la prisión, un tal Bebo, al que Sanchís pagó una suma considerable de dinero y proporcionó una vivienda con un alquiler muy ventajoso en el Pueblo Seco propiedad de Metrobarna, quien facilitó información a su benefactor acerca de varios presos más castigados por Valls durante sus años en Montjuic. Uno de ellos, David Martín, un escritor con serios problemas mentales que se había ganado el apodo de El Prisionero del Cielo entre los internos, resultó ser el candidato ideal para la trama que Sanchís estaba urdiendo. Martín habría desaparecido en extrañas circunstancias cuando Valls ordenó que dos de sus hombres se lo llevaran y le asesinaran en un caserón próximo al parque Güell. Martín habría conseguido escapar y Valls siempre tuvo el temor de que algún día ese hombre, que al parecer había terminado por perder la razón confinado en una celda de aislamiento en una de las torres del castillo, volviera para intentar vengarse de él porque le culpaba del asesinato de una mujer llamada Isabella Gispert. ¿Me sigues?

Alicia asintió.

—El plan de Sanchís era convencer a Valls de que existía una conspiración que amenazaba con hacer públicos sus abusos y crímenes cometidos contra presos bajo su mando. La mano negra detrás de todo ello sería la de Martín y la de otros antiguos prisioneros. Querían ponerle nervioso y forzarle a que saliera del cascarón de la seguridad que le confería su puesto y fuera a enfrentarse a ellos en persona. Ese sería el único modo de silenciarlos. Destruirlos antes de que le destruyeran a él.

—Pero no era más que un plan para hacerle caer en una trampa —apuntó Alicia.

—Un plan perfecto, porque cuando la policía investigase lo que encontraría serían los mimbres de una venganza personal y un asunto de dinero que el propio Valls se habría encargado de tapar por su cuenta. Salgado era el señuelo perfecto porque se le podía conectar fácilmente con otros presos y en especial con David Martín, la supuesta mano negra en la sombra. Aun así, Valls mantuvo la sangre fría durante años. Pero después del amago de atentado de 1956 en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, perpetrado por Morgado, Valls empezó a perder los nervios. Permitió que Salgado fuera liberado para seguirle la pista, con la esperanza de que le condujese a Martín; pero Salgado fue eliminado cuando creía que iba a recuperar un antiguo botín que había dejado escondido en una taquilla de la Estación del Norte poco antes de su detención en 1939. Ya no resultaba útil y silenciarlo dejaría una pista muerta. Valls, además, cometió también errores y deslices importantes que crearon pistas falsas. Forzó al empleado de una de sus empresas, Editorial Ariadna, Pablo Cascos, a que contactase con miembros de la familia Sempere, con los que habría tenido alguna relación, concretamente con Beatriz Aguilar. Los Sempere son dueños de una librería

de lance que Valls creía que Martín podría estar utilizando como refugio e incluso podrían haber sido cómplices al haber tenido él alguna relación con Isabella Gispert, esposa fallecida del dueño de la librería y madre del actual gerente y esposo de Beatriz, Daniel Sempere. Y sí, ahora puedes interrumpirme otra vez o te dará un patatús.

—¿Y los libros de Mataix? ¿Cómo se explica la presencia del libro que encontré oculto en su escritorio y que, como me dijo su hija Mercedes, había sido lo último que estuvo consultando antes de desaparecer?

—Parte de la misma estrategia. Mataix había sido amigo y colega de David Martín, y había estado preso en el castillo de Montjuic. Poco a poco la presión, las amenazas y la ilusión de una conspiración en la sombra pudieron con Valls, que decidió acudir en persona a Barcelona junto con su hombre de confianza, Vicente, a confrontar a quien creía que era su némesis, David Martín. La policía supone, y estoy de acuerdo, que Valls habría pensado que acudía a un encuentro clandestino con Martín con la idea de deshacerse de él definitivamente.

—Pero Martín estaba muerto hacía años, como Mataix.

—Exacto. Quienes le esperaban en realidad eran Sanchís y Morgado.

—¿No le habría resultado más fácil dejar que la policía fuera quien se encargase de David Martín?

—Sí, pero eso le habría expuesto a que Martín, a quien creía vivo, pudiera revelar al ser detenido información sobre la muerte de Isabella Gispert y sobre otros asuntos que habrían destruido la reputación de Valls.

—Tiene sentido, supongo. ¿Y entonces?

—Una vez capturado, Sanchís y Morgado trasladaron a Valls a la vieja fábrica Castells del Pueblo Nuevo, que lleva años cerrada pero es propiedad del consorcio inmobiliario de Metrobarna. Sanchís ha confesado que le torturaron durante horas y luego se deshicieron de su cuerpo en uno de los hornos de la fábrica. Mientras hablaba con Gil de Partera le ha llegado la confirmación de que la policía había hallado allí restos de huesos que creen que podrían ser los de Valls. Se han solicitado las radiografías dentales de Valls para comprobar si los restos en efecto son los del ministro, cosa que imagino que sabremos entre esta noche y mañana.

—¿El caso está cerrado entonces?

Leandro asintió.

—La parte que nos concierne, sí. Está por determinar si existían otros cómplices y hasta dónde llegaban las implicaciones de la trama urdida por Ignacio Sanchís.

—¿Y eso se va a comunicar a la prensa?

Leandro sonrió.

—Por supuesto que no. En estos momentos se celebra una reunión en Gobernación para determinar qué y cómo se anunciará. No conozco más detalles.

Reinó un largo silencio apenas interrumpido por los sorbos de té de Leandro, que no apartaba los ojos de Alicia.

—Todo esto es un error —murmuró ella por fin.

Leandro se encogió de hombros.

—Tal vez, pero ya no está en nuestra mano. La tarea para la cual se nos requirió, facilitar una pista que condujese al paradero de Valls, ha sido cumplida. Y ha dado fruto.

—No es verdad —protestó Alicia.

—Así lo entienden voces con mayor autoridad que la mía, y por supuesto que la tuya, Alicia. Lo que sería un error es no saber cuándo tiene uno que dejar estar las cosas. Ahora solo nos queda mantener la discreción y permitir que el asunto siga su curso natural.

—El señor Montalvo tiene razón, Alicia —dijo Vargas—. No hay nada más que podamos hacer.

—Parece que ya hemos hecho suficiente —contestó Alicia con frialdad.

Leandro sacudió la cabeza con desaprobación.

—Capitán, ¿le importaría concedernos unos minutos? —preguntó Leandro.

Vargas se levantó.

—Por supuesto. De hecho, voy a acercarme hasta mis habitaciones al otro lado de la calle para llamar a Jefatura y recibir mis órdenes.

—Creo que es una excelente idea.

Vargas evitó mirar a Alicia al cruzar frente a ella. Ofreció la mano a Leandro, que la estrechó afectuosamente.

—Muchísimas gracias por su ayuda, capitán. Y por cuidar tan bien de mi Alicia. Tengo una deuda de gratitud con usted. No dude en llamar a mi puerta para lo que sea.

Vargas asintió y se retiró con discreción. Una vez que estuvieron a solas, Leandro hizo un ademán a Alicia para que acudiese a sentarse a su lado en el sofá. Ella obedeció a regañadientes.

—Gran hombre, este Vargas.

—Y con una boca aún más grande.

—No seas injusta con él. Ha demostrado ser un buen policía. Me ha gustado.

—Creo que está soltero.

—Alicia, Alicia…

Leandro le rodeó los hombros con aire paternal y le dedicó un amago de abrazo.

—Anda, suéltalo antes de que revientes —la invitó—. Desahógate.

—Todo esto es una montaña de mierda.

Leandro la apretó contra sí con cariño.

—Estoy de acuerdo. Es una chapuza. No es la forma con que tú y yo hacemos las cosas, pero en Gobernación se estaban poniendo muy nerviosos. Y El Pardo dijo que hasta aquí habíamos llegado. Es mejor así. No me gustaría que hubieran empezado a pensar o a decir que éramos nosotros los que no estábamos obteniendo resultados.

—¿Y Lomana? ¿Ha reaparecido?

—Por el momento no.

—Es raro.

—Lo es. Pero ese es uno de los cabos sueltos que con toda probabilidad se irán resolviendo en los próximos días.

—Muchos cabos sueltos —apuntó Alicia.

—No tantos. Lo de Sanchís es sólido. Un asunto documentado, con mucho dinero y una traición personal de por medio. Tenemos una confesión y pruebas que la sostienen. Todo cuadra.

—Aparentemente.

—Gil de Partera, el ministro de Gobernación y El Pardo piensan que el caso está resuelto.

Alicia iba a decir algo pero se calló.

—Alicia, esto es lo que tú querías. ¿No lo ves?

—¿Lo que yo quería?

Leandro la miró a los ojos con tristeza.

—Tu libertad. Librarte de mí, del pérfido Leandro, para siempre. Desaparecer.

Ella le contempló fijamente.

—¿Lo dice de verdad?

—Te di mi palabra. Ese era el trato. Un último caso. Y luego, tu libertad. ¿Para qué crees que he querido venir a Barcelona? Todo esto lo habría podido resolver por teléfono sin salir del Palace. Ya sabes lo poco que me gusta viajar.

—¿Para qué ha venido entonces?

—Para vértelo en la cara. Y para decirte que soy tu amigo y siempre lo seré.

Leandro le tomó la mano y le sonrió.

—Eres libre, Alicia. Libre para siempre.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas. A su pesar, abrazó a Leandro.

—Pase lo que pase —dijo su mentor—, hagas lo que hagas, quiero que sepas que siempre estaré ahí. Para lo que necesites. Sin obligaciones ni compromisos. El ministerio me ha autorizado para que te haga una transferencia por importe de ciento cincuenta mil pesetas que tendrás en tu cuenta al final de esta semana. Sé que no me vas a necesitar ni a echar de menos, pero si no es mucho pedir, de vez en cuando, aunque solo sea por Navidad, llámame. ¿Lo harás?

Alicia asintió. Leandro la besó en la frente y se incorporó.

—Mi tren sale en una hora. Más vale que vaya tirando a la estación. No vengas a despedirme. De ninguna manera. No me gustan las escenas, ya lo sabes.

Ella le acompañó hasta la puerta. Justo cuando salía, Leandro se volvió y por primera vez en su vida le pareció que le acometían la timidez y el reparo.

—Nunca te he dicho lo que te voy a decir ahora, porque no sabía si tenía derecho, pero creo que ya puedo hacerlo. Te he querido y te quiero como a una hija, Alicia. Tal vez no he sabido ser el mejor de los padres, pero tú has sido la mayor alegría de mi vida. Deseo que seas feliz. Y esa, de verdad, es mi última orden.

5

Quería creerle. Quería creerle con esa ansía que confiere la sospecha de que la verdad hace daño y que los cobardes viven más y mejor, aunque sea en la prisión de sus propias mentiras. Se asomó a la ventana para contemplar cómo Leandro se dirigía hacia el coche que le esperaba en la esquina. Un chófer con gafas oscuras le sostenía la puerta abierta. Era uno de esos automóviles negros e imponentes, tanques de cristales sombreados y matrícula críptica que a veces se veían surcando el tráfico como carruajes funerarios y ante los que todo el mundo se apartaba porque sabían sin necesidad de preguntar que no llevaban a bordo a gente normal y que lo mejor era que pasaran de largo. Antes de subir al coche, Leandro se volvió un instante y alzó la vista hacia su ventana. La saludó con la mano, y cuando Alicia fue a tragar saliva se encontró con la boca seca. Quería creerle.

Pasó una hora encadenando un cigarrillo tras otro y deambulando por el piso como un animal enjaulado. Más de una vez y más de diez se aproximó a la ventana para otear al otro lado de la calle con la esperanza de ver a Vargas en sus habitaciones sobre el Gran Café. No había ni rastro de él. Había tenido tiempo de sobra para llamar a Madrid y recibir sus *órdenes*. Probablemente habría salido a caminar y a airear la cabeza por aquella Barcelona de la que pronto se iba a despedir. Lo último que debía de desear en aquel momento era estar en compañía de Alicia y exponerse a que le arrancase los ojos por habérselo contado todo a Leandro. *No tenía opción*. También le habría gustado creer eso.

Tan pronto como Leandro hubo partido empezó a sentir una punzada en la cadera. Al principio la había ignorado, pero ahora podía notar un dolor sordo batiendo con su pulso. La sensación era como si alguien estuviese intentando clavarle una alcayata en el costado golpeando con suavidad con un martillo. Podía imaginar la punta de metal arañando el esmalte del hueso y penetrando poco a poco. Se tragó media pastilla con otra copa de vino y se tendió en el sofá a esperar a que el fármaco surtiese efecto. Sabía que estaba bebiendo demasiado. No necesitaba la mirada de Vargas o de Leandro para recordárselo. Lo sentía en la sangre y en el aliento, pero era lo único que serenaba su ansiedad.

Cerró los ojos y empezó a desmenuzar el relato de Leandro. Él mismo le había enseñado cuando apenas era una cría a escuchar y a leer siempre con las luces puestas. «La elocuencia de una exposición es directamente proporcional a la inteligencia de quien la formula, del mismo modo que su credibilidad lo es a la estupidez de quien la recibe», le había dicho.

La confesión de Sanchís, en la versión referida por Gil de Partera a Leandro, era en apariencia perfecta, sobre todo porque no aparentaba serlo. Explicaba casi todo lo sucedido pero dejaba algunos cabos sueltos, como siempre ocurría con las

explicaciones más verosímiles. La verdad nunca es perfecta y nunca cuadra con todas las expectativas. La verdad siempre plantea dudas y preguntas. Solo la mentira es creíble al cien por cien, porque no tiene que justificar la realidad sino sencillamente decirnos lo que queremos oír.

El compuesto empezó a hacer efecto a los quince minutos y el dolor disminuyó de forma paulatina hasta quedar reducido a un hormigueo punzante que estaba acostumbrada a ignorar. Alargó el brazo bajo el sofá y tiró de la caja que contenía la documentación que habían sustraído del guardamuebles del abogado Brians. No pudo evitar sonreír al pensar que Leandro había pasado la mañana reposando sus augustas posaderas sobre aquella información sin saberlo. Echó un vistazo a las carpetas que contenía la caja. Buena parte de todo aquello, o la parte que interesaba, ya había sido incorporada a la narrativa oficial del caso. Rebuscando en el fondo, sin embargo, recuperó el sobre que llevaba la palabra ISABELLA escrita a mano sin otra indicación. Lo abrió y extrajo del interior un cuaderno de apuntes. Desde la primera página se deslizó un pedazo de cartón fino. Era una fotografía antigua que empezaba a desvanecerse por los bordes. La imagen mostraba a una muchacha joven de cabello claro y mirada vivaz que sonreía a cámara con la vida por delante. Algo en aquel rostro le recordó al joven con el que se había cruzado al salir de la librería Sempere e hijos. Le dio la vuelta y reconoció la caligrafía del abogado Brians:

Isabella

Incluso el trazo y el modo en que Brians había obviado su apellido hablaban de una devoción íntima. Al abogado de las causas perdidas no solo le carcomía la conciencia, sino también el anhelo. Dejó la fotografía sobre la mesa y hojeó el cuaderno. Todas las páginas estaban escritas a mano, con un trazo pulcro y cristalino que era a todas luces femenino. Solo las mujeres escriben así de claro y sin ocultarse tras florituras absurdas. Al menos cuando lo hacen para sí mismas y para nadie más. Alicia regresó a la primera página y empezó a leer.

> *Mi nombre es Isabella Gispert y nací en Barcelona en el año 1917. Tengo veintidós años y sé que nunca cumpliré los veintitrés. Escribo estas líneas en la certeza de que apenas me quedan unos días de vida y que pronto abandonaré a quienes más debo en este mundo: mi hijo Daniel y mi esposo Juan Sempere, el hombre más bondadoso que he conocido, quien me ha brindado una confianza, amor y devoción que moriré sin haber merecido. Escribo para mí misma, llevándome secretos que no me pertenecen y sabiendo que nunca nadie leerá estas páginas. Escribo para rememorar y aferrarme a la vida. Mi única ambición es poder recordar y comprender quién fui y por qué hice lo que hice mientras aún tenga la capacidad de*

hacerlo y antes de que la consciencia que ya siento debilitarse me abandone. Escribo aunque me duela porque la pérdida y el dolor son lo único que me mantiene ya viva y me da miedo morir. Escribo para contarles a estas páginas lo que no puedo contar a quienes más quiero a riesgo de herirlos y poner su vida en peligro. Escribo porque mientras sea capaz de recordar estaré con ellos un minuto más…

Por espacio de una hora Alicia se perdió en las páginas de aquel cuaderno, ajena al mundo, al dolor o a la incertidumbre en que la había dejado la visita de Leandro. Por espacio de una hora solo existió la historia que narraban aquellas palabras y que, ya antes de pasar la última página, supo que no podría olvidar jamás. Cuando llegó al final y cerró la confesión de Isabella sobre el pecho tenía los ojos velados de lágrimas y no acertó más que a ahogar un grito llevándose la mano a los labios.

Así la encontró Fernandito un rato después cuando, tras llamar varias veces a su puerta y no obtener respuesta, abrió y la vio hecha un ovillo en el suelo, llorando como nunca había visto llorar a nadie. No supo qué hacer más que arrodillarse junto a ella y abrazarla mientras Alicia gemía de dolor como si alguien le hubiera prendido fuego por dentro.

6

Hay quien nace sin suerte, se dijo. Años soñando con poder tenerla en sus brazos y cuando lo conseguía la escena era la más triste de cuantas Fernandito hubiera podido imaginar. La sostuvo acariciándole suavemente la cabeza mientras se tranquilizaba. Fernandito no sabía qué más hacer o decir. Nunca la había visto así. De hecho, nunca la había imaginado así. En la fantasía que el chico había consagrado en el altar particular de sus anhelos adolescentes, Alicia Gris era indestructible y dura como un diamante que todo lo cortaba. Cuando al fin dejó de sollozar y alzó el rostro, Fernandito se encontró con una Alicia quebrada, los ojos enrojecidos y una sonrisa tan débil que parecía que iba a romperse en mil pedazos en un instante.

—¿Se encuentra mejor? —musitó.

Alicia le miró a los ojos y, sin aviso, le besó en los labios. Fernandito, que sintió fuegos y picores prendiendo en diversas áreas de su anatomía y un atontamiento general apoderándose de su cerebro, la detuvo.

—Señorita Alicia, creo que esto no es lo que quiere usted hacer ahora. Está confundida.

Ella bajó la cara y se relamió los labios. Fernandito supo que recordaría aquella imagen hasta el día de su funeral.

—Perdona, Fernandito —dijo incorporándose.

Él se levantó a su vez y entonces le ofreció una silla, que Alicia aceptó.

—Esto que quede entre nosotros, ¿vale?

—Claro —dijo él, pensando que de haberlo intentado tampoco hubiera sabido qué contar ni a quién.

Alicia miró a su alrededor y detuvo la mirada en una caja con botellas y comestibles anclada en mitad del comedor.

—Es el pedido —explicó Fernandito—. Se me ha ocurrido que era mejor volver con la compra por si estaba el señor de antes.

Alicia sonrió y asintió.

—¿Qué te debo?

—Invita la casa. No tenían Peralada, pero le he traído un Priorato que Manolo dice que está buenísimo. Yo de vino no entiendo. Aunque si me permite la sugerencia…

—No debería beber tanto. Ya lo sé. Gracias, Fernandito.

—¿Puedo preguntarle qué ha pasado?

Alicia se encogió de hombros.

—No estoy segura.

—Pero está mejor, ¿verdad? Diga que sí.

—Mucho mejor. Gracias a ti.

Fernandito, que dudaba de aquellas palabras, se limitó a asentir.

—La verdad es que había venido a explicarle lo que he averiguado —dijo.

Alicia, confusa, le miró inquisitivamente.

—Sobre el tipo ese que al me dijo que siguiera —aclaró—. ¿Sanchís?

—Me había olvidado de eso. Por desgracia creo que llegamos tarde.

—¿Lo dice por lo de la detención?

—¿Has visto cómo le detenían?

Fernandito hizo un gesto afirmativo.

—Esta mañana, temprano, me he plantado frente a sus oficinas en el paseo de Gracia, como usted me dijo. Había por allí un abuelillo simpático, un pintor callejero, que al verme vigilar la entrada me ha dado recuerdos para el capitán Vargas. ¿Trabaja él también para usted?

—Es un operativo independiente. Artistas. ¿Y qué ha pasado?

—A Sanchís le he reconocido porque ha salido muy trajeado y el pintor me ha confirmado que en efecto se trataba del sujeto en cuestión. Se ha subido a un taxi y le he seguido con la Vespa hasta la Bonanova. Vive en una casa de la calle Iradier, de esas que tiran de espaldas. Debe de tener buen ojo para los negocios, porque el barrio es fino, fino y la casa…

—Tiene buen ojo para los casamientos —dijo Alicia.

—Ya. Quién lo pillara. El caso es que al poco de llegar se han presentado un coche y una furgoneta de la policía y se ha bajado una tropa. Lo menos eran siete u ocho. Primero han rodeado la casa y luego uno de ellos, que iba hecho un dandi, ha llamado a la puerta.

—Y a todo eso ¿tú dónde estabas?

—A cubierto. Al otro lado de la calle hay un caserón en obras donde es fácil esconderse. Ya ve que tomo precauciones.

—¿Y entonces?

—A los pocos minutos han sacado a Sanchís esposado y en mangas de camisa. Protestaba, pero uno de los policías le ha dado con una porra detrás de las rodillas y se lo han llevado a rastras hasta la furgoneta. Los iba a seguir, pero me ha dado la impresión de que uno de los agentes, el que iba tan bien vestido, miraba hacia el caserón y me veía. La furgoneta se ha ido a toda prisa, pero el coche se ha quedado, aunque lo han movido a unos veinte metros, hasta la otra esquina de la calle Margenat, para que no se pudiera ver desde la casa. Por si las moscas, he decidido quedarme allí, escondido.

—Bien hecho. En situaciones así, nunca te expongas. Si pierdes el rastro, lo pierdes. Mejor eso que el cuello.

—Eso he pensado. Mi padre siempre dice que se empieza perdiendo el trasero y se acaba perdiendo la cabeza.

—Sabias palabras.

—El caso es que empezaba a ponerme nervioso y me estaba planteando irme de allí cuando un segundo coche se ha acercado a la puerta de la casa. Un Mercedes imponente. Se ha bajado un tipo de lo más raro.

—¿Raro?

—Llevaba una especie de máscara, como si le faltara media cara o algo así.

—Morgado.

—¿Le conoce?

—Es el chófer de Sanchís.

Fernandito asintió, entusiasmado de nuevo por los misterios de su adorada Alicia.

—Ya me ha parecido. La indumentaria era de alguien así. El caso es que ha descendido del coche y ha entrado en la casa. Un rato después ha salido otra vez, esta vez en compañía de una mujer.

—¿Cómo era la mujer?

—Joven. Como usted.

—¿Te parezco yo joven?

Fernandito tragó saliva.

—No me despiste. Era joven, como le digo. No más de treinta años, pero vestida como si fuera mayor. De señorona rica. Como no sabía quién era, le he puesto un apodo técnico: Mariona Rebull.

—No ibas desencaminado. Su nombre es Victoria Ubach, o Sanchís. Es la esposa del banquero detenido.

—Ya tenía pinta, ya. Estos facinerosos siempre se casan con una mucho más joven y mucho más rica.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Yo no valgo para eso. Volviendo a los hechos: los dos han subido al Mercedes. Ella iba delante, con el chófer, y eso me ha parecido raro. Tan pronto como han emprendido la marcha, el otro coche de la policía ha empezado a seguirlos.

—Y tú detrás.

—Por supuesto.

—¿Hasta dónde los has seguido?

—No muy lejos de allí. El Mercedes se ha metido por un montón de calles estrechas y señoriales, de esas que huelen a eucalipto y por las que solo se ven andando a chachas y jardineros, hasta llegar a la calle Cuatro Caminos y de allí a la avenida del Tibidabo, donde no se me ha tragado el tranvía azul porque Dios no lo ha querido.

—Tendrías que llevar casco.

—Tengo uno de soldado americano que compré en Los Encantes. Me queda que ni pintado. Le he puesto con rotulador gordo *Private Fernandito*, que en inglés no significa privado sino…

—Al grano, Fernandito.

—Disculpe. Los he seguido avenida del Tibidabo arriba, hasta donde acaba la ruta del tranvía.

—¿Iban a la parada del funicular?

—No. El chófer y la señora… Ubach han continuado por la calle que la rodea y se

han metido con el coche en la casa que está en ese montículo justo encima de la avenida, la que parece un castillo de cuento de hadas y se ve desde casi todas partes. Debe de ser la casa más bonita de toda Barcelona.

—Lo es. El Pinar, se llama —dijo Alicia, que recordaba haberla visto mil veces de niña cuando salía del Patronato Ribas los domingos y se había imaginado viviendo en ella en compañía de una biblioteca infinita y una visión nocturna de la ciudad a sus pies como una alfombra de luces encantada—. ¿Y la policía?

—En el coche de la policía iban dos matones chusqueros que ponían cara de perro pachón. Uno de ellos se ha apostado a la puerta de la casa y el otro ha entrado en el restaurante La Venta a llamar por teléfono. He estado esperando allí cerca de una hora y no se ha producido movimiento alguno. Al final, cuando uno de los agentes me ha echado una mirada que no me ha gustado, me he venido para contarle lo que había pasado y aguardar sus órdenes.

—Has hecho un trabajo formidable, Fernandito. Tienes madera para esto.

—¿Usted cree?

—De *private* Fernandito te voy a ascender a *corporal*.

—Y eso ¿qué significa?

—Tira de diccionario, Fernandito. Al que no aprende idiomas el cerebro se le convierte en puré de coliflor.

—Lo que usted no sepa… ¿Cuáles son sus instrucciones entonces?

Alicia pensó unos segundos.

—Quiero que te cambies de ropa y te pongas una gorra. Luego regresas allí y vigilas. Pero deja la moto aparcada más lejos, no vaya a ser que el policía que te ha mirado la reconozca.

—La dejaré al lado de La Rotonda y me subiré en tranvía.

—Buena idea. Luego intenta ver qué pasa dentro de la casa, pero sin asumir ningún riesgo. Ninguno. A poco que te parezca que alguien te reconoce o se fija en ti más de la cuenta, te largas a escape. ¿Me has entendido?

—Perfectamente.

—En un par o tres de horas vuelve por aquí y me cuentas.

Fernandito se incorporó, listo para reintegrarse al deber.

—Y entretanto ¿usted qué va a hacer? —preguntó.

Alicia hizo un gesto que parecía dar a entender que iba a hacer un montón de cosas o ninguna.

—No irá a cometer una tontería, ¿verdad? —dijo Fernandito.

—¿Por qué dices eso?

El chico la miró con cierta consternación desde la puerta.

—No sé.

Esta vez Fernandito descendió la escalera a paso normal, como si cada peldaño le supiese a remordimiento. Ya a solas, Alicia guardó de nuevo el cuaderno de Isabella en la caja de debajo del sofá. Fue al baño y se lavó la cara con agua fría. Se

desprendió de la ropa que llevaba y abrió el armario.

Seleccionó un vestido negro que, como Fernandito hubiera dicho, parecía salido del guardarropa de Mariona Rebull en una de sus noches de palco en el Liceo. Cuando Alicia cumplió los veintitrés, la edad a la que había muerto Isabella Gispert, Leandro le había dicho que le regalaría lo que quisiera. Ella le había pedido aquel vestido, que desde hacía dos meses admiraba en una *boutique* de la calle Rosellón, y unos zapatos franceses de ante a juego. Leandro se había gastado una fortuna sin rechistar. La vendedora, que no sabía ni se atrevía a preguntar si Alicia era la hija o la querida, le dijo que pocas mujeres podían vestir una pieza así. Al salir de la *boutique*, Leandro la llevó a cenar a La Puñalada, donde casi todas las mesas estaban ocupadas por aquello que caritativamente se denomina hombres de negocios, que se relamieron como gatos hambrientos al verla pasar para luego mirar con envidia a Leandro. «Te miran así porque creen que eres una furcia de lujo», dijo Leandro antes de brindar a su salud.

No se había vuelto a poner ese vestido hasta aquella tarde. Mientras dibujaba su personaje frente al espejo, perfilándose los ojos y acariciando su boca con el lápiz de labios, Alicia sonrió. «Eso es lo que eres, al fin y al cabo —se dijo—. Una furcia de lujo».

Al salir a la calle decidió que iba a pasear sin rumbo, aunque en el fondo sabía que Fernandito tenía razón y que, tal vez, en realidad iba a cometer una tontería.

7

Aquella tarde, desoyendo al sentido común, Alicia bajó a la calle con la sospecha de adónde la llevarían sus pasos. Los comercios de la calle Fernando habían encendido ya sus luces y dibujaban trazos de colores sobre el empedrado. Un halo escarlata se desvanecía en el cielo y perfilaba las cornisas y los tejados en lo alto. La gente iba y venía de sus vidas en busca del metro, la compra o el olvido. Alicia se unió al flujo de caminantes y llegó hasta la plaza del Ayuntamiento, donde se cruzó con un escuadrón de monjas que desfilaban en perfecta formación como si se tratase de una migración de pingüinos. Alicia les sonrió y una de ellas, al verla, se santiguó. Siguió el río de caminantes por la calle del Obispo hasta dar con un grupo de turistas que iban, perplejos, tras un guía que les hablaba en un extraño vernáculo que tenía tantos puntos en común con el inglés como el canto de los murciélagos.

—Señor, *is this where they used to have the running of the bulls in times of the Romans?*

—*Lless, dis is de cazidral, mileidi, bat it is ounli oupeng after de flamenco xou*.

Alicia dejó atrás a los visitantes y cruzó bajo el venerable puente gótico de cartón piedra para dejarse envolver como ellos por el encanto de aquella ciudadela de porte medieval, buena parte de cuya escenografía tenía apenas diez años más que ella. ¡Qué piadosa era la ilusión y qué cálido el abrazo de la ignorancia! Pasado el puente, un fotógrafo cazador de sombras había dispuesto una formidable Hasselblad sobre un trípode y estudiaba el encuadre y la exposición perfectos para aquella estampa de cuento de hadas. Era un individuo de aspecto severo y mirada sagaz parapetada tras unas enormes gafas cuadradas que le conferían cierto aire a galápago sabio y paciente.

El fotógrafo reparó en su presencia y la observó con curiosidad.

—¿Le gustaría mirar por el objetivo, *mademoiselle*? —La invitó.

Alicia asintió tímidamente. El fotógrafo le mostró cómo debía hacerlo. Ella se asomó a los ojos del artista y rio ante la perfección del artificio de sombras y perspectiva que había tramado, reinventando un rincón por el que había pasado cientos o miles de veces en su vida.

—El ojo ve; la cámara observa —explicó el fotógrafo—. ¿Qué tal?

—Es una maravilla —admitió Alicia.

—Eso es solo la composición y la perspectiva. El secreto está en la luz. Tiene que mirar pensando que la luminosidad será líquida. La sombra aparecerá marcada con una ligera capa evanescente, como si hubiera llovido luz…

El fotógrafo tenía las trazas evidentes del profesional y Alicia se preguntó cuál sería el destino de aquella imagen. El galápago de la luz mágica le leyó el pensamiento.

—Es para un libro —explicó—. ¿Cómo se llama usted?

—Alicia.

—No se alarme, pero me gustaría fotografiarla, Alicia.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque es usted una criatura de luz y sombra, como esta ciudad. ¿Qué me dice?

—¿Ahora? ¿Aquí?

—No. Ahora no. Hoy lleva algo encima que le pesa demasiado y que no la deja ser usted. Y eso la cámara lo capta. Al menos la mía. Quiero fotografiarla cuando se haya quitado usted ese peso de encima y la luz la pueda encontrar como es, no como la han hecho ser.

Alicia se sonrojó por primera y última vez en su vida. Nunca se había sentido tan desnuda como frente a la mirada de aquel peculiar personaje.

—Piénselo —dijo el fotógrafo.

Extrajo una tarjeta del bolsillo de la chaqueta y se la tendió sonriente.

FRANCESC CATALÁ-ROCA

Estudio Fotográfico desde 1947

Calle Provenza, 366. Bajos. Barcelona

Alicia se guardó la tarjeta y se alejó a toda prisa, dejando al maestro a solas con su arte y su ojo clínico. Se escondió entre el gentío que inundaba los alrededores de la catedral y apretó el paso. Enfiló Puerta del Ángel y no se detuvo hasta llegar a la esquina de Santa Ana y avistar el escaparate de la librería Sempere e hijos.

«Aún tienes tiempo de no estropearlo todo. Pasa de largo y sigue caminando».

Se apostó al otro lado de la calle, al abrigo de un portal desde el cual podía ver el interior del establecimiento. Caía ese atardecer azul y sombrío del invierno en Barcelona que invita a desafiar al frío y echarse a callejear sin rumbo.

«Vete de aquí. ¿Qué crees que puedes hacer?».

Divisó a Bea atendiendo a un cliente. Junto a ella había un caballero ya maduro que Alicia intuyó que debía de ser su suegro, el señor Sempere. El pequeño Julián estaba sentado en el mostrador, apoyado en la caja registradora, absorto en un libro casi más grande que él que sostenía en las rodillas. Alicia sonrió. De repente emergió Daniel de la trastienda, portando una pila de libros que dejó sobre el mostrador. Julián levantó los ojos y miró a su padre, que le revolvió el pelo. El niño dijo algo y Daniel se rio. Se inclinó y plantó un beso en la frente del niño.

«No tienes derecho a estar aquí. Esta no es tu vida, ni esta tu familia. Lárgate y escóndete en el agujero del que has salido».

Contempló a Daniel ordenando los libros que había dispuesto en el mostrador. Los estaba separando en tres montones, casi acariciándolos al sacarles el polvo y alinearlos nítidamente. Se preguntó cómo debía de ser el tacto de aquellas manos y aquellos labios en la piel. Se forzó a apartar la mirada y se alejó unos pasos. ¿Era

acaso suyo el deber, o el derecho, de desvelar lo que sabía a quienes con seguridad vivirían más felices y seguros en la ignorancia? La felicidad, o lo más cercano a ella a que puede aspirar cualquier criatura pensante, la paz de espíritu, es aquello que se evapora por el camino que lleva del creer al saber.

«Una última mirada. Para decir adiós. Adiós para siempre».

Antes de darse cuenta había regresado frente al escaparate de la librería. Casi estaba lista para marcharse cuando vio que el pequeño Julián, como si hubiera sentido su presencia, la estaba observando. Alicia se quedó inmóvil a media calle, la gente pasaba de largo esquivándola como si fuese una estatua. Julián, con una maña considerable, descendió del mostrador utilizando un taburete a modo de escalón. Sin que Daniel, que estaba preparando los paquetes con los libros, y Bea, que seguía atendiendo al cliente junto con su suegro, se percataran, Julián cruzó la librería hasta la puerta y la abrió. Se quedó mirándola desde el umbral y sonrió de oreja a oreja. Alicia negó. Julián echó a caminar hacia ella. Para entonces Daniel ya había reparado en lo que estaba sucediendo y sus labios dibujaron el nombre de su hijo. Bea se volvió y se lanzó a la calle. Julián había llegado a los pies de Alicia y se había abrazado a ella. Ella le tomó en brazos y así fue como los encontraron Bea y Daniel.

—¿Señorita Gris? —preguntó Bea, entre la sorpresa y la alarma.

Toda la amabilidad y bondad que había percibido en ella el día que la había conocido parecía haberse evaporado en ese momento al ver a aquella mujer extraña con su hijo en los brazos. Alicia le tendió al niño y tragó saliva. Bea abrazó a Julián con fuerza y respiró hondo. Daniel, que la miraba con una mezcla de fascinación y hostilidad, dio un paso al frente y se interpuso entre ella y su familia.

—¿Quién es usted?

—Es la señorita Alicia Gris —explicó Bea a su espalda—. Es clienta de la casa.

Daniel asintió, con una sombra de duda en su rostro.

—Lo siento mucho. No quería asustarlos así. El niño debe de haberme reconocido y…

Julián la seguía contemplando, encantado, ajeno a la inquietud de sus padres. Para acabar de complicarlo todo, se asomó a la puerta de la librería el señor Sempere.

—¿Me he perdido algo?

—Nada, papá, que Julián casi se nos escapa…

—La culpa es mía —dijo Alicia.

—¿Y usted es…?

—Alicia Gris.

—¿La señora del pedido? Pero, por favor, entre usted, que en la calle hace frío.

—Si en realidad ya me iba…

—De ninguna manera. Además ya veo que ha hecho buenas migas con mi nieto. No se crea que se va con cualquiera. Ni mucho menos.

El señor Sempere le sostuvo la puerta abierta y la invitó a pasar. Alicia intercambió una mirada con Daniel, que asintió, ya más tranquilo.

—Pase usted, Alicia —convino Bea.

Julián le tendió una mano.

—Ya ve que no tiene alternativa —dijo el abuelo Sempere.

Alicia hizo un gesto afirmativo y entró en la librería. El perfume a libros la envolvió. Bea había dejado a Julián en el suelo. El niño procedió a agarrarla de la mano y a guiarla hacia el mostrador.

—Enamorado le tiene usted —observó el abuelo—. ¿Dígame? ¿Nos conocemos?

—Solía venir aquí de niña, con mi padre.

Sempere la miró fijamente.

—¿Gris? ¿Juan Antonio Gris?

Alicia asintió.

—¡Santo Dios! No me lo puedo creer… ¿Cuántos años hace que no le veo, a él y a su esposa? Si pasaban por aquí casi todas las semanas… Dígame, ¿cómo están?

Alicia sintió la boca seca.

—Murieron. Durante la guerra.

El abuelo Sempere suspiró.

—Lo siento mucho. No lo sabía.

Alicia intentó sonreír.

—¿No le queda familia entonces?

Alicia negó. Daniel reparó en el brillo que inundaba los ojos de la joven.

—Papá, no interrogues a la señorita.

El abuelo Sempere estaba abatido.

—Su padre era un gran hombre. Y un buen amigo.

—Gracias —murmuró Alicia con un hilo de voz.

Se hizo un silencio demasiado largo y Daniel acudió al rescate.

—¿Le apetece una copita? Hoy es el cumpleaños de mi padre e invitamos a todos los clientes a un licor de la cosecha de nuestro Fermín.

—No se lo recomiendo —susurró Bea a su espalda.

—Por cierto, ¿dónde se ha metido Fermín? ¿No tendría que haber vuelto ya? —preguntó el abuelo.

—Tendría —intervino Bea—. Le he enviado a buscar champán para la cena, pero como no le da la real gana de ir al colmado de don Dionisio se ha ido a no sé qué tugurio al lado del Borne porque dice que Dionisio embotella vino de misa rancio con gaseosa y gotas de meados de gato para darle color. Y yo ya estoy harta de discutir con él.

—No se alarme —dijo el abuelo dirigiéndose a Alicia—. Nuestro Fermín es así. Dionisio era falangista de joven y Fermín no le deja pasar una. Antes se muere de sed que comprarle una botella de nada.

—Feliz cumpleaños. —Alicia sonrió.

—Oiga, ya sé que me dirá que no, pero… ¿por qué no se queda a cenar con nosotros? Vamos a ser un grupo grande, aunque… para mí sería un honor que la hija

de Juan Antonio Gris estuviera con nosotros esta noche.

Alicia miró a Daniel, que le sonrió débilmente.

—Muchísimas gracias, pero…

Julián le agarró la mano con fuerza.

—Ya ve que mi nieto insiste. Ande, anímese. Estaremos en familia.

Alicia bajó la mirada, negando despacio. Sintió la mano de Bea en la espalda y la oyó murmurar:

—Quédese.

—No sé qué decir…

—No diga nada. Julián, ¿por qué no le enseñas a la señorita Alicia tu primer libro? Ya verá, ya verá…

El niño, ni corto ni perezoso, corrió a buscar un cuaderno que había emborronado con dibujos, garabatos e inscripciones incomprensibles. Se lo mostró entusiasmado.

—Su primera novela —dijo Daniel.

Julián la contemplaba expectante.

—Tiene muy buena pinta…

El pequeño batió palmas, contento con la acogida de la crítica. El abuelo Sempere, que debía de tener la edad que hubiera tenido su padre de seguir vivo, le dedicó a Alicia una mirada triste que parecía haberle acompañado durante toda su vida.

—Bienvenida a la familia Sempere, Alicia.

8

El tranvía azul ascendía despacio, una pequeña balsa de luz dorada abriéndose camino como un buque a través de la niebla nocturna. Fernandito viajaba en la plataforma trasera. Había dejado aparcada la Vespa junto al edificio de La Rotonda, tal como le había indicado Alicia. La vio desaparecer en la distancia y se asomó para enfrentar la larga avenida de palacios que flanqueaba el trayecto, castillos embrujados y desiertos amparados por arboledas, fuentes y jardines de estatuas en los que nunca se veía a nadie. Las grandes fortunas jamás están en casa.

En lo alto del paseo se avistaba la silueta de El Pinar. Su perfil catedralicio sobresalía entre jirones de nubes bajas. La casa dibujaba un sortilegio de torres, ángulos y mansardas serradas que reposaban sobre un montículo a modo de santuario desde el que podía contemplarse toda Barcelona y buena parte de la costa a norte y sur de la ciudad. Desde aquel promontorio, en días de cielo despejado probablemente se vislumbraba la silueta de la isla de Mallorca, pensó Fernandito. Aquella noche, empero, un manto de oscuridad densa rodeaba el edificio.

Fernandito tragó saliva. La misión que le había encomendado Alicia empezaba a inquietarle. Uno solo es un héroe cuando comienza a tener miedo, decía un tío suyo que se había dejado un brazo y un ojo en la guerra. El que se aventura al peligro sin miedo es solo un tontaina. No sabía si lo que Alicia esperaba de él era que fuese un héroe o un bobalicón. Puede que una sutil combinación de ambos, concluyó. El sueldo era inmejorable, cierto, pero la imagen de Alicia llorando desconsolada en sus brazos hubiera bastado para hacerle entrar de puntillas en el infierno, y pagando.

El tranvía lo dejó en lo alto de la avenida y se perdió de nuevo en la niebla, sus luces desvaneciéndose cuesta abajo en un espejismo de vapor. La plazoleta estaba desierta a aquellas horas. La luz de una farola solitaria dibujaba apenas las siluetas de dos coches negros apostados frente al restaurante La Venta. Policía, pensó Fernandito. Oyó entonces el rumor de un vehículo que se aproximaba y corrió a buscar un rincón oscuro junto a la estación del funicular. Al poco avistó las luces de un automóvil cortando la noche. El coche, que catalogó como un Ford, se detuvo a escasos metros del lugar en el que se ocultaba.

De él descendió uno de los individuos que había visto aquella misma mañana deteniendo al banquero Sanchís en su casa de la calle Iradier. Algo le hacía diferente de los demás. Respiraba un aire patricio, de buena cuna y gesto refinado. Vestía ropas de caballero de salón, el tipo de galas que se veían en los escaparates de Gales o Gonzalo Comella y que no cuadraban con el vestuario más modesto y utilitario de los otros agentes de paisano que le acompañaban. Los puños de su camisa estaban rematados por unos gemelos que relucían en la penumbra y llevaban el sello de plancha de alguna tintorería fina. Solo al cruzar bajo el halo de la farola pudo

Fernandito apreciar que estaban salpicados de manchas oscuras. Sangre.

El policía se detuvo y se volvió hacia el coche. Por un instante, Fernandito creyó que había advertido su presencia y sintió que el estómago se le encogía al tamaño de una canica. El tipo se dirigió al chófer y le sonrió cortésmente.

—Luis, aquí tengo para un rato. Si quieres puedes irte ya. Acuérdate de limpiar el asiento de atrás. Ya te avisaré cuando te necesite.

—A sus órdenes, capitán Hendaya.

Hendaya extrajo un cigarrillo y lo encendió. Lo saboreó con calma y miró cómo el coche se alejaba avenida abajo. Parecía tocado de una extraña serenidad, como si no hubiera preocupación u obstáculo en el mundo que pudiese empañar aquel momento a solas consigo mismo. Fernandito le observaba enterrado en la sombra, temeroso hasta de respirar. El tal Hendaya fumaba como un galán de película, haciendo de ello un ejercicio de estilo y presencia. Le dio la espalda y se aproximó al mirador desde el cual podía contemplarse la ciudad. Al rato, sin prisa, dejó caer la colilla al suelo, la extinguió de forma limpia con la punta de sus zapatos acharolados y se encaminó hacia la entrada de la casa.

Al ver que Hendaya rodeaba la calle que bordeaba El Pinar y se perdía de vista, Fernandito abandonó su escondite. Tenía la frente empapada de sudor frío. Valiente héroe se había buscado doña Alicia. Se apresuró tras los pasos de Hendaya, que había entrado en la finca a través de un arco abierto en el muro que limitaba el recinto. El portón, protegido por una verja metálica, exhibía la leyenda EL PINAR en el dintel y daba a lo que parecía un sendero de escalinatas que cruzaban el jardín hasta conducir a la casa. Fernandito se asomó y pudo apreciar la silueta de Hendaya ascendiendo sin prisa por la escalera y dejando un rastro de humo azul a su paso.

Esperó a verlo llegar a lo alto del camino. Un par de agentes habían salido a su encuentro y parecían estar dándole el parte de acontecimientos. Tras un breve intercambio, Hendaya entró en la casa seguido de uno de ellos. El otro se quedó apostado al pie de la escalinata, custodiando el acceso. Fernandito calibró sus opciones. No podía aproximarse por aquel camino sin ser visto. La imagen de la sangre en los puños de Hendaya no invitaba a exponerse un centímetro más de lo necesario. Se retiró unos pasos y estudió el muro que rodeaba el solar de la finca. La calle, una carretera estrecha que iba serpenteando por la ladera de la montaña, estaba desierta. Fernandito la recorrió hasta avistar lo que parecía la fachada posterior de la casa y se aupó al muro con cautela. Desde allí pudo asir una rama que sirvió de palanca para plantarse en la parte baja del jardín de la finca. Se le ocurrió entonces que tal vez hubiera perros que detectarían su rastro en cuestión de segundos, pero pasados unos instantes confirmó algo más inquietante. No había sonido alguno. No se movía una sola hoja entre los árboles ni se oía el susurro de pájaros o insectos. Aquel lugar estaba muerto.

La posición elevada del caserón sobre la colina proyectaba la ilusión de que la estructura quedaba más cerca de la calle de lo que estaba en realidad. Tuvo que

escalar la ladera entre árboles y senderos anegados de arbustos hasta llegar al camino empedrado que ascendía desde la entrada principal. Una vez allí, siguió la senda hasta ganar la fachada posterior de la casa. Todas las ventanas estaban a oscuras excepto un par de pequeñas cristaleras en un recodo escondido entre la casa y la parte más elevada de la colina que daban a lo que intuyó que debían de ser las cocinas. Fernandito reptó hasta allí y, ocultando el rostro de la claridad que exhalaba la ventana, asomó la mirada al interior. La reconoció enseguida. Era la mujer que había visto salir de la casa del banquero Sanchís en compañía del chófer. Se hallaba postrada en una silla, extrañamente inmóvil, con el rostro ladeado, como si estuviese inconsciente. Sin embargo, sus ojos permanecían abiertos.

Solo entonces advirtió que estaba atada de pies y manos a la silla. Una sombra cruzó frente a ella y el chico comprobó que Hendaya y el otro policía habían entrado. Hendaya tomó una silla y se sentó frente a la que Fernandito supuso que era la esposa del banquero Sanchís. Le habló durante un par de minutos, pero la señora Sanchís no dio muestras de oírle. Mantenía la mirada apartada y se comportaba como si Hendaya no se encontrase allí. Al rato el policía se encogió de hombros. Posó los dedos con delicadeza en la barbilla de la esposa del banquero y orientó su rostro hacia el de él. Hendaya estaba hablándole de nuevo cuando la mujer le escupió en el rostro. Al instante el hombre le propinó una bofetada que la derribó al suelo, donde quedó abatida, sujeta a la silla. El agente que acompañaba a Hendaya, y otro en el que Fernandito no había reparado porque debía de haber estado apoyado en la pared donde se encontraba la ventana desde la que espiaba, se acercaron y colocaron de nuevo la silla. Hendaya se limpió la saliva de la cara con la mano y luego en la blusa de la señora de Sanchís.

A una señal de Hendaya, los dos agentes abandonaron las cocinas. Regresaron al poco portando esposado al chófer que Fernandito había visto aquella mañana recoger a la mujer del banquero. Hendaya asintió y los dos hombres le tendieron a la fuerza sobre una mesa de madera que ocupaba el centro de la cocina. Procedieron a atarle de pies y manos a las cuatro patas de la mesa. Hendaya, entretanto, se quitó la chaqueta y la dobló pulcramente sobre la silla. Se aproximó a la mesa y se inclinó sobre el chófer, al que arrancó la máscara que le cubría parte del rostro. Bajo la misma se ocultaba una terrible herida que había desfigurado la cara del hombre desde la barbilla hasta la frente y que evidenciaba que parte de la estructura ósea de su mandíbula y su pómulo había desaparecido. Una vez que el chófer estuvo inmovilizado, los dos agentes acercaron a la mesa la silla en la que estaba atada la esposa de Sanchís. Uno de ellos sujetó la cabeza de la mujer con las manos para que no pudiera desviar la mirada. Fernandito sintió que la náusea se apoderaba de él y notó el sabor de la bilis en los labios.

Hendaya se arrodilló junto a la mujer del banquero y le susurró algo al oído. Ella no despegó los labios, su rostro sellado en una máscara de rabia. El policía se incorporó. Extendió una mano abierta hacia uno de los agentes, que le tendió un

arma. Entonces colocó una bala en la recámara y posó el cañón justo encima de la rodilla derecha del chófer. Miró por un instante a la mujer, expectante, y por último volvió a encogerse de hombros.

El estruendo del disparo y los alaridos del chófer atravesaron el cristal y los muros de piedra. Una neblina de sangre y hueso pulverizado salpicó la cara de la mujer, que empezó a gritar. El cuerpo del chófer se agitaba como si una corriente eléctrica lo estuviese sacudiendo. Hendaya rodeó la mesa, insertó otra bala en la recámara y apoyó de nuevo el cañón de la pistola sobre la rótula de la otra rodilla. Un charco de sangre y orina se extendía por la mesa, goteando sobre el suelo. Hendaya miró a la mujer por un segundo. Fernandito cerró los ojos y oyó el segundo disparo. Al oír los chillidos le venció la náusea y se encogió sobre sí mismo. El vómito le ascendió por la garganta y se le derramó por el pecho.

Estaba temblando cuando sonó el tercer disparo. El chófer ya no gritaba. La mujer en la silla tenía el rostro cubierto de lágrimas y sangre. Estaba balbuceando. Hendaya se arrodilló una vez más junto a ella y la escuchó mientras le acariciaba la cara y asentía. Cuando pareció haber oído lo que deseaba, se levantó y, sin apenas dedicarle una última mirada, disparó al chófer en la cabeza. Devolvió la pistola al agente y se dirigió a un fregadero que quedaba en un rincón para lavarse las manos. Luego se enfundó la chaqueta y el abrigo. Fernandito contuvo las arcadas y se retiró de la ventana, deslizándose hasta los arbustos. Intentó encontrar el camino de vuelta por la colina hasta el árbol que le había servido para saltar el muro. Estaba sudando como nunca lo había hecho, un sudor frío que le escocía en la piel. Le temblaban las manos y las piernas mientras ascendía el muro. Al saltar al otro lado cayó de bruces y vomitó de nuevo. Cuando creyó que ya no le quedaba nada en las entrañas, se tambaleó calle abajo. Cruzó frente al acceso por el que había visto entrar a Hendaya y oyó voces aproximándose. Apretó el paso y corrió hasta la plazoleta.

Un tranvía esperaba en la parada, un oasis de luz en la oscuridad. No había pasaje y tan solo estaban el revisor y el conductor, charlando y compartiendo un termo de café con que combatir el frío. Fernandito subió, ignorando la mirada del revisor.

—¿Joven?

Fernandito rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y tendió unas monedas. El revisor le entregó el billete.

—Aquí no me irá a vomitar, ¿verdad?

El chico negó. Se sentó delante, junto a una ventana, y cerró los ojos. Intentó respirar hondo y conjurar la imagen de su Vespa blanca esperándole al pie de la avenida. Oyó una voz conversando con el revisor. El tranvía se balanceó levemente cuando un segundo pasajero le abordó. Fernandito escuchó sus pasos acercándose. Apretó los dientes. Entonces sintió su tacto. Una mano posándose en su rodilla. Abrió los ojos.

Hendaya le observaba con una sonrisa cordial.

—¿Te encuentras bien?

Fernandito se quedó mudo. Procuró mantener la mirada apartada de los puntos rojos que salpicaban el cuello de la camisa de Hendaya. Asintió.

—¿Estás seguro?

—Creo que he bebido de más.

Hendaya sonrió, comprensivo. El tranvía inició el descenso.

—Un poquito de bicarbonato con el zumo de medio limón. De joven, ese era mi secreto. Y luego a dormir.

—Gracias. Eso haré tan pronto como llegue a casa —dijo Fernandito.

El tranvía se deslizaba con infinita lentitud, acariciando la curva en forma de anzuelo que coronaba la avenida. Hendaya se reclinó en el asiento frente a Fernandito y le sostuvo la sonrisa.

—¿Vives lejos?

El chico negó.

—No. A veinte minutos en metro.

Hendaya se palpó el abrigo y extrajo lo que parecía un pequeño sobre de papel de un bolsillo interior.

—¿Un caramelo de eucalipto?

—No hace falta, gracias.

—Anda, coge uno —le animó Hendaya—. Te irá bien.

Fernandito aceptó un caramelo y empezó a pelarlo con dedos temblorosos.

—¿Cómo te llamas?

—Alberto. Alberto García.

Fernandito se metió el caramelo en la boca. No tenía saliva y se le pegó en la lengua. Forzó una sonrisa satisfecha.

—¿Qué tal? —preguntó Hendaya.

—Muy bueno, muchas gracias. Es verdad que va bien.

—Ya te lo decía. Dime, Alberto García, ¿puedo ver tu documentación?

—¿Perdón?

—La documentación.

Fernandito tragó la saliva que no tenía y empezó a rebuscar en sus bolsillos.

—No sé… Creo que me la debo de haber dejado en casa.

—¿Ya sabes que no se puede salir a la calle sin documentación?

—Sí, señor. Mi padre siempre me lo recuerda. Yo soy un poco desastre.

—No te preocupes. Me hago cargo. Pero que no se te olvide otra vez. Te lo digo por tu bien.

—No volverá a pasar.

El tranvía enfilaba ahora el tramo hasta la parada final. Fernandito avistó la cúpula del hotel de La Rotonda y un punto blanco que brillaba ante los faros del tranvía. La Vespa.

—Dime, Alberto. ¿Qué hacías por aquí a estas horas de la noche?

—He ido a visitar a un tío mío. El pobre está muy enfermo. Los médicos dicen que no va a durar nada.

—Lo siento mucho.

Hendaya extrajo otro de sus cigarrillos.

—No te molesta, ¿verdad?

Fernandito negó, ofreciendo su mejor sonrisa. Hendaya encendió el cigarrillo. La brasa de tabaco tiñó sus pupilas de cobre al prender. El muchacho sintió que aquellos ojos se le clavaban en la mente como agujas. «Di algo».

—¿Y usted? —preguntó de repente—. ¿Qué hace por aquí a estas horas?

Hendaya dejó que el humo se filtrase entre sus labios. Tenía la sonrisa de un chacal.

—Trabajar —dijo.

Recorrieron los últimos metros del trayecto en silencio. Una vez que el tranvía se hubo detenido, Fernandito se incorporó y, tras ofrecer una cordial despedida a Hendaya, se encaminó hacia la parte de atrás. Descendió del tranvía y se dirigió hacia la Vespa sin prisa. Se arrodilló para abrir el candado. Hendaya le observaba con frialdad desde el estribo del tranvía.

—Creí que ibas a coger el metro para volver a casa —dijo.

—Bueno, quería decir que quedaba aquí cerca. A pocas paradas.

Fernandito se colocó el casco, como le había recomendado Alicia, y lo sujetó con la correa. Despacio, se dijo. La bajó del caballete con un empujoncito y recorrió sobre la acera el metro escaso que le separaba de la calzada. La sombra de Hendaya se dibujó frente a él y Fernandito sintió cómo la mano del policía se posaba en su hombro. Se volvió. Hendaya le sonreía con gesto paternal.

—Anda, bájate y dame las llaves.

Apenas se dio cuenta de que asentía y le tendía las llaves de la moto al policía con una mano temblorosa.

—Creo que es mejor que me acompañes a comisaría, *Alberto*.

9

El abuelo Sempere vivía en un pequeño piso justo encima de la librería que daba a la calle Santa Ana. Hasta donde la memoria de la familia alcanzaba, los Sempere siempre habían residido en aquel edificio. Daniel había nacido y crecido en aquel piso antes de mudarse al ático de la finca al casarse con Bea. Tal vez algún día Julián se instalaría en otro piso de la misma escalera. Los Sempere viajaban a través de los libros, no del mapa. La vivienda del abuelo Sempere dibujaba un hogar modesto y embrujado de recuerdos. Como tantas otras en la ciudad vieja, la casa resultaba vagamente lúgubre e insistía en mantener aquel mobiliario de aires decimonónicos tan barcelonés que protege a los inocentes de las ilusiones del presente.

Contemplando la escena, y con sus palabras todavía frescas en la memoria, Alicia no pudo evitar sentir la presencia de Isabella Gispert en esa misma estancia. Podía verla pisando las mismas baldosas y compartiendo lecho con el señor Sempere en aquel dormitorio diminuto que se entreveía al atravesar el pasillo. Alicia se detuvo un instante al pasar frente a la puerta entreabierta para imaginar a Isabella dando a luz a Daniel en aquella cama y muriendo envenenada en ella apenas cuatro años después.

—Ande, pase, Alicia, que le presento a los demás —la apremió Bea a su espalda al tiempo que entornaba la puerta del dormitorio.

Uniendo un par de mesas que cruzaban el comedor de punta a punta e invadían parte del pasillo, Bea había conseguido el milagro de acomodar a los once comensales convocados para celebrar el cumpleaños del patriarca. Daniel se había quedado abajo cerrando la librería mientras su padre, Julián y Bea acompañaban a Alicia escaleras arriba. Allí esperaba ya la Bernarda, esposa de Fermín, que había puesto la mesa y estaba dando los últimos golpes de cuchara a un guiso que olía a paraíso y medio.

—Bernarda, venga, que le presento a la señorita Alicia Gris.

La Bernarda se limpió las manos en el delantal y la envolvió en un abrazo.

—¿Sabe cuándo va a venir Fermín? —le preguntó Bea.

—Ay, señora Bea, frita me tiene el muy sinvergüenza con el cuento ese del vino espumoso de los meados que dice él. Usted disculpe, señorita Alicia, es que mi marido es más cabezón que un toro de lidia y no dice más que barbaridades. Usted no le haga ni caso.

—Pues como tarde mucho más ya me veo brindando con agua del grifo —dijo Bea.

—Nada de eso —proclamó una voz de dicción teatral desde el umbral del comedor.

El dueño de aquel sonoro instrumento resultó ser un vecino de la finca y amigo de la familia llamado don Anacleto, catedrático de instituto y, a decir de Bea, poeta a ratos libres. Don Anacleto procedió a besar la mano de Alicia con un ceremonial que se hubiera visto desfasado en la boda del káiser Guillermo.

—A sus pies, bella desconocida —saludó.

—Don Anacleto, no moleste a las visitas —cortó Bea—. ¿Dice que ha traído algo de beber?

Don Anacleto mostró dos botellas envueltas en papel de estraza.

—Hombre previsor vale por dos —dictaminó—. Habiéndome sensibilizado con la polémica suscitada entre Fermín y ese comerciante de ultramarinos devoto del fascio más rancio, he optado por venir pertrechado de sendos botellones de Anís del Simio a fin de solventar cualquier escasez momentánea de bebidas espirituosas.

—No es de cristianos brindar con anís —adujo la Bernarda.

Don Anacleto, que solo tenía ojos para Alicia, sonrió con aires de mundo dando a entender que semejantes consideraciones únicamente preocupaban a gentes de provincias.

—Bajo la influencia de Venus el brindis será entonces pagano —argumentó el catedrático guiñando el ojo a Alicia—. Y, dígame usted, damisela de formidable presencia, ¿me hará el honor de sentarse a mi lado?

Bea empujó al catedrático hasta la otra punta y rescató a Alicia del brete.

—Don Anacleto, vaya pasando y no me agobie a Alicia con la prosodia —advirtió—. Usted se me sienta allá al fondo. Y pórtese bien, que para criaturas ya tenemos a Julián.

Don Anacleto se encogió de hombros y procedió a dedicar sus parabienes al homenajeado mientras hacían entrada por la puerta dos invitados más. Uno era un caballero de buena planta, trajeado y perfilado como un figurín, que se presentó como don Federico Flaviá, relojero del barrio, y lució modales de precisión.

—Me encantan sus zapatos —le dijo—. Tiene que decirme de dónde son.

—Calzados Summun, en el paseo de Gracia —contestó Alicia.

—Claro. No podía ser de otra manera. Discúlpeme, que paso a felicitar al amigo Sempere.

A don Federico le acompañaba una joven de aire risueño llamada Merceditas que de forma clara y a todas luces ingenua, estaba prendada del elegante relojero. Cuando le presentaron a Alicia, la chica la miró de arriba abajo, calibrándola con alarma, y tras encomiarle su belleza, elegancia y estilo, corrió al lado de don Federico para mantenerle tan alejado de ella como fuese humanamente posible en aquel limitado espacio. Si el comedor parecía ya abarrotado, cuando Daniel entró por la puerta y tuvo que escurrirse entre los invitados la maniobrabilidad ya alcanzó visos de peligro. La última en llegar fue una muchacha que no debía de tener veinte años y que irradiaba la luminosidad y la belleza fácil de los muy jóvenes.

—Esta es Sofía, prima de Daniel —explicó Bea.

—*Piacere, signorina* —dijo la joven.

—En español, Sofía —la corrigió Bea.

Esta le contó que la chica era natural de Nápoles y estaba viviendo en casa de su tío mientras estudiaba en la Universidad de Barcelona.

—Sofía es sobrina de la madre de Daniel, que murió hace ya muchos años —murmuró Bea, que estaba claro que no quería mencionar a Isabella.

Alicia advirtió que el abuelo Sempere la abrazaba con una devoción y un aire de melancolía que dolían a la vista. No tardó en localizar una fotografía enmarcada en la vitrina del comedor donde reconoció a Isabella, vestida de novia, junto con un señor Sempere un millón de años más joven. Sofía era el vivo retrato de Isabella. Alicia observó de reojo que Sempere la contemplaba con tal adoración y tristeza que tuvo que apartar la mirada. Bea, a quien no se le había escapado que Alicia había establecido la conexión al ver el retrato nupcial de los Sempere, negó por lo bajo.

—No le hace ningún bien —dijo—. Es muy buena chica, pero no veo el momento de que se vuelva a Nápoles.

Alicia se limitó a asentir.

—¿Por qué no empiezan a sentarse? —ordenó la Bernarda desde la cocina—. Sofía, cariño, venga usted aquí y ayúdeme, que necesito un poco de juventud.

—Daniel, ¿y el pastel? —preguntó Bea.

Este resopló y puso los ojos en blanco.

—Me he olvidado… Ahora mismo bajo.

Alicia detectó que don Anacleto intentaba deslizarse procelosamente hacia su rincón del comedor y urdió una estrategia al instante. Al cruzar Daniel frente a ella rumbo a la puerta le siguió.

—Le acompaño. Al pastel invito yo.

—Pero…

—Insisto.

Bea los vio desaparecer por la puerta y se quedó con la mirada suspendida y el ceño fruncido.

—¿Todo bien? —preguntó la Bernarda a su lado.

—Sí, claro…

—Seguro que es una santa —murmuró la Bernarda—, pero yo no la quiero sentada al lado de mi Fermín. Y si me permite la observación, de Danielito, que es un trozo de pan bendito, tampoco.

—No diga tonterías, Bernarda. En algún sitio tendremos que sentarla.

—Quia, que yo sé lo que me digo.

Bajaron la escalera en silencio. Daniel abría camino. Al alcanzar el rellano, él se adelantó y le sostuvo la puerta de la calle.

—El horno está aquí mismo, casi en la esquina —dijo, como si no fuera obvio y el cartel luminoso de la pastelería no se alzase a escasos pasos de allí.

Al entrar en la pastelería la encargada alzó las manos al cielo en señal de alivio.

—Menos mal. Ya pensaba que no venías y que nos íbamos a tener que comer nosotras el pastel.

Su voz se desvaneció al detectar la presencia de Alicia.

—¿Qué le pongo, señorita?

—Vamos juntos, gracias —dijo Alicia.

La afirmación consiguió catapultar las cejas de la pastelera hasta medio frontispicio y arrancarle una mirada rebosante de malicia que corearon las dos asistentas asomadas tras el mostrador para la ocasión.

—Vaya con Danielito —murmuró una de ellas con aire zalamero—. Y parecía tonto.

—Gloria, cierra el pico y saca el pastel del señor Sempere —cortó la jefa, dando a entender que allí hasta el ejercicio de la maledicencia se atenía al orden jerárquico.

La otra asistenta, criatura de aire gatuno y consistencia rolliza que parecía el resultante de la ingesta del excedente de melindros y cremas del establecimiento, le observaba con deleite y saboreaba su azoramiento.

—Felisa, ¿no tienes nada mejor que hacer? —le preguntó la jefa.

—No.

Para entonces Daniel había alcanzado ya la coloración de la grosella madura y no veía el momento de salir de allí, con o sin pastel. El dúo de reposteras no dejaban de disparar miradas a Alicia y a Daniel que hubieran podido cocer buñuelos al vuelo. Gloria apareció finalmente con el pastel, una pieza de concurso a la que la trinidad de reposteras empezó a proteger con arquivoltas de cintas de cartón para luego consagrarlo a una gran caja de color rosado.

—Nata, fresa y mucho chocolate —dijo la pastelera—. Las velas te las pongo dentro.

—Mi padre adora el chocolate —explicó Daniel a Alicia como si hiciese falta la aclaración.

—Vigila con el chocolate, que saca los colores, Daniel —atizó Gloria la maliciosa.

—Y da brío —remató Felisa.

—¿Qué se debe?

Alicia se adelantó y colocó un billete de veinticinco pesetas en el mostrador.

—Y además invita… —murmuró Gloria.

La pastelera en jefe contó el cambio con parsimonia y se lo entregó a Alicia de moneda en moneda. Daniel asió la caja del pastel y se dirigió a la puerta.

—Recuerdos a Bea —lanzó Gloria.

Las risas de las pasteleras los acompañaron mientras salían a la calle, las miradas clavadas en ellos como fruta macerada en una coca de Pascua.

—Mañana será usted famosa en todo el barrio —pronosticó Daniel.

—Espero no haberle metido en un lío, Daniel.

—No se preocupe. Por lo general para meterme en líos ya me apaño yo solito. No haga caso a ese trío de medusas. Fermín dice que se les ha subido el merengue a la cabeza.

Esta vez Daniel le cedió el paso en la escalera y dejó que Alicia recorriera un vuelo entero de peldaños antes de seguirla. Claramente no tenía interés alguno en subir dos pisos con los ojos encallados en su juego de caderas.

La llegada del pastel fue celebrada con aplausos y vítores propios de una gran victoria deportiva. Daniel mostró la caja en alto al respetable como si se tratase de una medalla olímpica y lo llevó a la cocina. Alicia advirtió que Bea le había reservado silla entre Sofía y el pequeño Julián, que estaba sentado al lado de su abuelo. Ocupó su plaza, consciente de que la concurrencia la miraba de reojo. Cuando Daniel regresó de la cocina se sentó en la otra punta de la mesa, junto a Bea.

—¿Sirvo entonces ya la sopa o esperamos a Fermín? —preguntó la Bernarda.

—La sopa boba no espera a héroes —proclamó don Anacleto.

Empezaba la Bernarda a llenar platos soperos cuando se oyó un estruendo tras la puerta y el eco de varios envases de cristal aterrizando con contundencia. A los pocos segundos se materializó un Fermín triunfante portando dos botellas de champán en cada mano, que se habían salvado de milagro.

—Fermín, que nos tenía usted a moscatel rancio… —protestó don Anacleto.

—Vacíen vuesas mercedes ese vil brebaje que mancilla sus copas, pues acaba de llegar el manisero de la viña para facer justicia al paladar con unos caldos que les harán orinar flores —profirió Fermín.

—¡Fermín! —advirtió la Bernarda—. ¡Esa lengua!

—Pero, capullito de alhelí, si en esta vera el orinar a sotavento es tan natural y placentero como el…

La locuacidad y rapsodia de Fermín se congelaron al instante. Este, petrificado, contemplaba a Alicia como si acabase de ver un espectro regresado de ultratumba. Daniel le agarró del brazo e hizo que se sentara a la fuerza.

—Venga, a cenar se ha dicho —dictaminó el señor Sempere, a quien el lapsus de Fermín tampoco había pasado desapercibido.

El *ballet* de copas, risas y pullas fue apoderándose de la cena. Fermín, que sostenía la cuchara vacía en la mano y no cesaba de mirar a Alicia, estaba callado como una tumba. Alicia fingía no advertirlo, pero incluso Bea empezaba a mostrarse incómoda. Daniel le pegó un codazo a Fermín y le susurró algo con apremio. Este sorbió una cucharada de sopa, tenso. Afortunadamente, si bien el verbo del asesor bibliográfico de Sempere e hijos había quedado acallado ante la presencia de Alicia, el de don Anacleto estaba viviendo una segunda juventud merced al champán y pronto recibieron todos el obsequio de su habitual análisis de la actualidad del país.

El catedrático, que se veía a sí mismo como heredero sentimental y portador de la llama eterna de don Miguel de Unamuno, con quien guardaba cierto parecido físico y amplio pedigrí salmantino, procedió a glosar como era su costumbre un panorama de corte apocalíptico que anunciaba el inminente hundimiento de la península Ibérica en los océanos de la más negra ignominia. Fermín, que por lo general le llevaba la contraria por deporte y gustaba de sabotear sus improvisadas tertulias y debates con

dardos envenenados del tipo «el índice de tertulianismo de una sociedad es inversamente proporcional al de su solvencia intelectual: cuando solo se habla por hablar, poco se piensa y aún menos se hace», andaba tan taciturno que el catedrático, sin rivales ni contestatarios, intentó buscarle las cosquillas.

—Y es que los dirigentes de este país ya no saben qué hacer para lavarle el cerebro a la gente. ¿No le parece a usted, Fermín?

El aludido se encogió de hombros.

—No sé para qué se molestan. En la mayoría de los casos con un ligero enjuagado va que se mata.

—Ya salió el anarquista —saltó la Merceditas.

Don Anacleto sonrió complacido al ver que por fin había prendido la chispa del debate, su afición predilecta. Fermín resopló.

—Mire, Merceditas, porque me consta que empieza y termina usted la lectura del periódico por el horóscopo y hoy celebramos la efemérides del prócer de la casa…

—Fermín, ¿me pasa el pan, por favor? —cortó Bea para mantener la fiesta en paz.

Fermín asintió y se batió en retirada. Don Federico, el relojero, salió al rescate del tenso silencio.

—Y díganos, Alicia, ¿cuál es su profesión?

La Merceditas, que no acababa de ver de buen grado la deferencia y atención que todos concedían a la invitada sorpresa, se echó al ruedo.

—¿Y por qué debería una mujer tener una profesión? ¿Es que no resulta suficiente con cuidar de la casa, de su marido y sus hijos tal y como nos enseñaron nuestros padres que debe ser?

Fermín iba a decir algo pero la Bernarda le puso la mano sobre la muñeca y se mordió la lengua.

—Bueno, pero la señorita Alicia está soltera. ¿No es así? —insistió don Federico.

Alicia asintió decorosamente.

—¿Ni siquiera un novio? —preguntó don Anacleto, incrédulo.

Ella sonrió modesta, negando.

—¡Esto es el acabose! Prueba indeleble de que no hay ya mancebos en este país que valgan la pena. Si yo tuviera veinte años menos… —dijo don Anacleto.

—Échele mejor cincuenta menos —precisó Fermín.

—La hombría no tiene edad —replicó don Anacleto.

—No mezclemos la épica con la urología.

—Fermín, que hay menores en la mesa —advirtió el señor Sempere.

—Si lo dice por la Merceditas…

—Con lejía se tendría usted que lavar la boca y el pensamiento, o terminará en el infierno —condenó la Merceditas.

—Todo eso que me ahorraré en calefacción.

Don Federico alzó las manos para silenciar el debate.

—A ver…, que entre unos y otros no la están dejando hablar.

Se hizo la calma y todos miraron a Alicia.

—Entonces —invitó de nuevo don Federico—, nos iba usted a contar a qué se dedica…

Alicia observó a la audiencia, todos ellos pendientes de sus palabras.

—La verdad es que hoy era mi último día en el trabajo. Y no sé qué voy a hacer a partir de ahora.

—Algo tendrá pensado —apuntó el señor Sempere.

Ella bajó el rostro.

—Había pensado que me gustaría escribir. O al menos intentarlo.

—¡Bravo! —celebró el librero—. Será usted nuestra Laforet.

—Mejor diga nuestra Pardo Bazán —intervino don Anacleto, que era del extendido sentir nacional según el cual un literato vivo, a menos que estuviera en los últimos estertores y no se aguantara ni las pestañas, no merecía estima alguna—. ¿No concurre usted, Fermín?

Este los miró a todos y luego posó la mirada en Alicia.

—Concurriría, querido amigo, si no fuese porque me da a mí que la Pardo Bazán se veía en el espejo con cierto aire de perro pachón y aquí nuestra *señorita Gris* tiene más aspecto de heroína de las tinieblas y no acabo de ver claro que se refleje del todo en el espejo.

Se hizo un profundo silencio.

—¿Y eso qué se supone que significa, sabelotodo? —increpó la Merceditas.

Daniel agarró a Fermín del brazo y se lo llevó a rastras a la cocina.

—Significa que si los hombres tuviesen el cerebro la mitad de grande que la bocaza, por no decir otra cosa, este mundo funcionaría mucho mejor —dejó caer Sofía, que hasta entonces había parecido estar en Babia o en ese turbio país del pensamiento que solo habitan los muy jóvenes y los iluminados.

El señor Sempere volvió la mirada hacia aquella sobrina que la vida le había enviado para bendecirle o martirizarle sus años dorados y, como tantas veces, creyó estar viendo y oyendo por un instante a su Isabella a través del océano del tiempo.

—¿Es eso lo que enseñan ahora en la Facultad de Letras? —preguntó don Anacleto.

Sofía se encogió de hombros, regresando a su limbo.

—Válgame Dios qué mundo nos espera —vaticinó el catedrático.

—No se apure, don Anacleto. El mundo es siempre el mismo —le tranquilizó el señor Sempere—. Y la verdad es que no espera a nadie y pasa de largo a la primera de cambio. ¿Qué tal un brindis por el pasado, el futuro y los que estamos entre el uno y el otro?

El pequeño Julián alzó su vaso de leche con entusiasmo, secundando la propuesta.

Entretanto Daniel había acorralado a Fermín en un rincón de la cocina, lejos de la vista y los oídos de los comensales.

—¿Se puede saber qué mosca le ha picado, Fermín? Porque por lo menos es del

tamaño de una sandía.

—Esa mujer no es lo que dice ser, Daniel. Aquí hay gato encerrado.

—¿Y qué es, si puede saberse?

—No lo sé, pero voy a averiguar qué turbio ardid se lleva entre manos. Lo huelo desde aquí, como el perfume ese de baratillo que se ha puesto la Merceditas para ver si aturde al relojero y le hace cruzar a la otra acera.

—¿Y cómo piensa averiguarlo?

—Con su ayuda.

—Ni hablar. A mí no me líe.

—No se deje atontar por esos efluvios de vampiresa. Esta es una lagarta como me llamo Fermín.

—Le recuerdo que la lagarta es la invitada de honor de mi señor padre.

—¡Aaaah…! ¿Y se ha preguntado usted cómo ha devenido esa conveniente casualidad?

—No lo sé. Ni me importa. Las casualidades no se cuestionan.

—¿Habla su parco intelecto o sus glándulas pospubescentes?

—Habla el sentido común, que a usted se lo debieron de extirpar el mismo día que la vergüenza.

Fermín rio con sarcasmo.

—Es para nota —sentenció—. Se ha camelado al padre y al hijo a la vez, y con su señora esposa de cuerpo serrano y presente.

—Deje de decir majaderías, que nos van a oír.

—Que me oigan —exclamó Fermín alzando el tono—. Alto y claro.

—Fermín, se lo suplico. Tengamos el cumpleaños de mi padre en paz.

Fermín apretó las cejas y los labios.

—Con una condición.

—De acuerdo. ¿Cuál?

—Que me ayude a desenmascararla.

Daniel puso los ojos en blanco y suspiró.

—¿Y cómo propone conseguirlo? ¿A golpe de más versos alejandrinos?

Fermín bajó la voz.

—Tengo un plan…

Fiel a su promesa, Fermín exhibió un comportamiento ejemplar durante el resto de la cena. Rio las gracias de don Anacleto, trató a la Merceditas como si fuera *Madame* Curie y de vez en cuando dedicó miradas de monaguillo a Alicia. Llegado el momento de los brindis y de cortar el pastel, Fermín lanzó una encendida perorata que tenía preparada a modo de glosa del personaje del día que arrancó un aplauso y un sentido abrazo del homenajeado.

—Mi nieto me va a ayudar a soplar las velas, ¿verdad, Julián? —anunció el

librero.

Bea apagó las luces del salón y, por unos instantes, quedaron todos al amparo de la luz parpadeante de las velas.

—Formule un deseo, amigo mío —recordó don Anacleto—. A ser posible en forma de viuda rolliza y rebosante de vitalidad.

La Bernarda retiró sutilmente la copa de champán del catedrático y la sustituyó por un vaso de agua mineral, intercambiando una mirada con Bea, que asintió.

Alicia contemplaba aquel espectáculo casi en trance. Fingía una serenidad amable, pero el corazón le latía con fuerza. Nunca había estado en una reunión como aquella. Casi todos los cumpleaños que recordaba los había pasado con Leandro o a solas, por lo general escondida en un cine, el mismo en que se encerraba todas las noches de fin de año para maldecir aquella manía que tenían de interrumpir la película y encender las luces durante diez minutos a medianoche antes de reanudar la proyección, como si no fuese suficiente escarnio pasar la noche allí, en un patio de butacas desierto con seis o siete almas solitarias a las que nadie esperaba en ningún sitio y tuvieran que escupírselo en la cara. Aquella sensación de camaradería, de pertenencia y de cariño que iba más allá de las bromas y las discusiones era algo que no sabía cómo digerir. Julián le había tomado la mano por debajo de la mesa y se la apretaba con fuerza, como si de todos los presentes solo un niño de pocos años pudiera comprender cómo se sentía. De no haber sido por él se hubiera echado a llorar.

Pasados los últimos brindis, cuando la Bernarda ofreció cafés o tés y don Anacleto empezó a repartir puros, Alicia se incorporó. Todos la contemplaron, sorprendidos.

—Quería agradecerles a todos su hospitalidad y su amabilidad. Y muy especialmente a usted, señor Sempere. Mi padre siempre le tuvo en gran aprecio y sé que sería muy feliz sabiendo que he podido compartir con ustedes esta noche tan especial. Muchas gracias.

La miraron todos con lo que le pareció lástima, o tal vez solo veía en los ojos de los demás lo que sentía ella por dentro. Le dio un beso al pequeño Julián y se encaminó hacia la puerta. Bea se levantó de la mesa y la siguió con la servilleta aún en la mano.

—La acompaño, Alicia…

—No, por favor. Quédese con su familia.

Antes de salir cruzó frente a la vitrina y echó un último vistazo a la fotografía de Isabella. Suspiró con alivio y desapareció escaleras abajo. Necesitaba salir de aquel lugar antes de empezar a creer que podía llegar a ser el suyo.

La marcha de Alicia propició una marea de murmuraciones entre los comensales. El abuelo Sempere había sentado a Julián en sus rodillas y le observaba.

—¿Ya te has enamorado? —le preguntó.

—Creo que es hora de que nuestro pequeño Casanova se vaya a dormir —dijo

Bea.

—Y de que yo me aplique el cuento —añadió don Anacleto levantándose de la mesa—. Ustedes, los jóvenes, quédense de guateque, que la vida es breve…

Daniel iba a suspirar aliviado cuando Fermín le sujetó del brazo y se levantó.

—Ande, Daniel, si nos habíamos olvidado de subir aquellas cajas del sótano.

—¿Qué cajas?

—Aquellas cajas.

Los dos se escurrieron hacia la puerta ante la mirada entre somnolienta y sorprendida del librero Sempere.

—Cada vez entiendo menos a esta familia —dijo.

—Pensaba que yo era la única —murmuró Sofía.

Al salir del portal, Fermín echó un vistazo al pasaje azul que proyectaban las farolas sobre la calle Santa Ana e indicó a Daniel que le siguiera.

—¿Adónde cree que vamos a estas horas de la noche?

—A la caza de la vampiresa —contestó Fermín.

—Ni hablar.

—Venga, no se haga el longuis que se nos escabulle…

Sin esperar respuesta, Fermín partió raudo rumbo a la esquina de Puerta del Ángel. Allí se refugió bajo la marquesina de Casa Jorba y oteó la penumbra nocturna punteada de nubes bajas que reptaban entre los terrados. Daniel se unió a él.

—Hela ahí, cual serpiente del paraíso.

—Por Dios, Fermín, no me haga esto.

—Oiga, que yo me he portado. ¿Es usted un hombre de palabra o un calzonazos?

Daniel maldijo su suerte y ambos, regresando a sus tiempos perdidos de detectives de segunda, se echaron tras el rastro de Alicia Gris.

10

Fueron tras ella bordeando el perfil de portales y marquesinas que conducía a la avenida de la Catedral. Allí se abría un ágora en perspectiva que había quedado tendida frente al templo cuando los bombardeos de la guerra habían pulverizado la antigua barriada que la había ocupado. Una luna líquida salpicaba el empedrado y la silueta de Alicia dejaba una estela de sombra en el aire.

—¿Se ha dado cuenta? —preguntó Fermín mientras la observaban enfilar la calle de la Paja.

—¿De qué?

—De que nos están siguiendo.

Daniel se volvió para escrutar la penumbra plateada que pintaba las calles.

—Allí. Bajo el portal de la juguetería. ¿Lo ve?

—No veo nada.

—La brasa de un cigarro.

—¿Y…?

—Que nos lleva siguiendo desde que hemos salido.

—¿Y para qué nos iba a querer seguir?

—A lo mejor no nos sigue a nosotros. A lo mejor la sigue a ella.

—Esto cada vez tiene menos sentido, Fermín.

—Al contrario. Cada vez está más claro que aquí hay tela para dar y cortar.

Siguieron el rastro de Alicia por la calle Baños Nuevos, un angosto valle de edificios centenarios que parecían converger sobre el trazado serpenteante en un abrazo de tinieblas.

—¿Adónde irá? —murmuró Daniel.

No tardaron en obtener respuesta. Alicia se detuvo frente a un portal de la calle Aviñón, delante del Gran Café. La vieron entrar en la finca. Pasaron de largo y buscaron refugio un par de portales más abajo.

—Y ahora ¿qué?

Por toda respuesta Fermín señaló hacia los bajos de La Manual Alpargatera. Daniel se percató de que su amigo estaba en lo cierto. Los estaban siguiendo, a ellos o a Alicia. Oculto bajo los arcos de la entrada a la tienda de alpargatas se podía distinguir una silueta menuda envuelta en un abrigo y tocada con un bombín de mercadillo.

—Al menos parece poca cosa —estimó Fermín.

—Y eso ¿qué tiene que ver?

—Es una ventaja en el caso de que tenga usted que liarse a sopapos con él.

—Mira qué bien. Y ¿por qué tengo que ser yo?

—Porque usted es el más joven y para zurrarse lo que cuenta es la fuerza bruta. Yo ya aporto la visión estratégica.

—No tengo intención de zurrarme con nadie.

—No sé a qué vienen tantos remilgos, Daniel. Al fin y al cabo ya demostró usted en una ocasión su ardor guerrero al partirle la cara al soplanalgas de Cascos Buendía en el Ritz. No crea que me olvido.

—No fue mi mejor momento —admitió Daniel.

—No se disculpe. Le recuerdo que el muy gorrino estaba enviando cartas de amor a su señora esposa para camelársela por orden de la sabandija esa de Valls. Sí, sí, la misma sabandija que ha estado usted rastreando en la hemeroteca del Ateneo desde la primavera pasada aunque se crea que no me entero.

Daniel bajó la mirada, abatido.

—¿Algún secreto más que no sepa usted?

—¿No se ha preguntado por qué demonios hace tiempo que no se ve a Valls por ningún sitio?

—Todos los días —aceptó Daniel.

—¿O adónde fue a parar el botín que tenía escondido Salgado en la Estación del Norte?

Daniel asintió.

—¿Quién nos dice que esta pájara no trabaja también para Valls?

Daniel cerró los ojos.

—Usted gana, Fermín. ¿Qué hacemos?

Al llegar a su puerta, Alicia vio una línea de luz bajo el umbral y reconoció el aroma de los cigarrillos de Vargas en el aire. Entró sin decir nada y dejó el bolso y el abrigo sobre la mesa del comedor. Vargas, frente a la ventana y de espaldas a la puerta, fumaba en silencio. Ella se sirvió una copa de vino blanco y se sentó en el sofá. En su ausencia, Vargas había rescatado la caja con los documentos sustraídos del almacén del abogado Brians de debajo del sofá. El cuaderno de Isabella Gispert descansaba sobre la mesa.

—¿Dónde se ha metido todo el día? —preguntó Alicia al fin.

—Caminando por ahí —respondió Vargas—. Intentando aclarar la cabeza.

—¿Y lo ha conseguido?

Él se volvió y la contempló con expresión de recelo.

—¿Me va a perdonar por haberle contado todo a Leandro?

Alicia saboreó un trago de vino y se encogió de hombros.

—Si busca confesor hay una iglesia antes de llegar a las Ramblas. Creo que hacen turnos hasta medianoche.

Vargas bajó la mirada.

—Si le sirve de consuelo, me ha dado la impresión de que Leandro ya sabía la mayor parte de lo que le he dicho. Que solo necesitaba una confirmación.

—Eso siempre pasa con Leandro —dijo Alicia—. Uno no le desvela nada, simplemente le aclara algún detalle.

Vargas suspiró antes de proseguir.

—No tenía elección. Él ya se olía algo. Si no le hubiese dicho lo que habíamos averiguado la habría puesto a usted en evidencia.

—A mí no me tiene que dar explicaciones, Vargas. Lo hecho, hecho está.

El silencio se fue espesando.

—¿Y Fernandito? —preguntó Alicia—. ¿No ha vuelto?

—Pensaba que estaría con usted.

—¿Qué más no me está contando, Vargas?

—Sanchís…

—Suéltelo.

—Está muerto. Un paro cardíaco mientras le transportaban de Jefatura al hospital Clínico. Eso dice el parte.

—Hijos de puta… —murmuró Alicia.

El policía se desplomó en el sofá a su lado. Se miraron en silencio. Ella rellenó su copa de vino y se la tendió. Vargas la apuró de un sorbo.

—¿Cuándo tiene que volver a Madrid?

—Me han dado cinco días de permiso —dijo Vargas—. Y un bono de cinco mil pesetas.

—Felicidades. A lo mejor quiere que nos lo pateemos yendo de excursión a Montserrat. El que no ha tocado la Moreneta no sabe lo que se pierde.

Vargas sonrió con tristeza.

—La voy a echar de menos, Alicia. Aunque no se lo crea.

—Claro que me lo creo. Pero no se haga ilusiones, que yo a usted no.

Vargas sonrió para sí.

—Y usted ¿dónde ha estado?

—De visita en casa de los Sempere.

—¿Y eso?

—Una fiesta de cumpleaños. Una larga historia.

Vargas hizo un gesto afirmativo, como si aquello tuviese todo el sentido del mundo. Alicia señaló el cuaderno de Isabella.

—¿Ha estado leyendo mientras esperaba?

Vargas asintió.

—Isabella Gispert murió sabiendo que ese malnacido de Valls la había envenenado —dijo Alicia.

Él se llevó las manos a la cara y se estiró el pelo hacia atrás. Parecía que cada uno de los años que tenía le pesara en el alma.

—Estoy cansado —murmuró al fin—. Estoy cansado de esta mierda.

—¿Por qué no se vuelve a casa? —preguntó Alicia—. Deles el gusto. Cobre la pensión y retírese a su cigarral de Toledo a leer a Lope de Vega. ¿No era ese el plan?

—¿Y hacer como usted? ¿Vivir de la literatura?

—Medio país vive del cuento. No vendrá de dos más.

—¿Qué tal los Sempere? —quiso saber Vargas.

—Buena gente.

—Ya. Y usted no está acostumbrada, ¿cierto?

—No.

—A mí antes también me ocurría. Se le pasará. ¿Qué piensa hacer con el cuaderno de Isabella? ¿Se lo va a dar?

—No lo sé —admitió Alicia—. ¿Qué haría usted?

Vargas calibró la cuestión.

—Yo lo destruiría —sentenció—. La verdad no le va a hacer bien a nadie. Y los pondría en peligro.

Alicia asintió.

—A menos…

—Piénselo bien antes de decirlo, Alicia.

—Creo que ya lo he pensado.

—Yo creí que lo íbamos a dejar correr todo y a ser felices —dijo él.

—Usted y yo nunca vamos a ser felices, Vargas.

—Mujer, si lo pone así, cómo negarse.

—No tiene por qué ayudarme. Es mi problema.

Vargas le sonrió.

—Usted es mi problema, Alicia. O mi salvación, aunque la idea le haga reír.

—Nunca he salvado a nadie.

—Nunca es tarde para empezar.

Él se levantó, recogió su abrigo y se lo tendió.

—¿Qué me dice? ¿Nos jodemos la vida para siempre o prefiere que dejemos pasar los años para descubrir que no tiene usted talento para la literatura y para que yo me dé cuenta de que a Lope hay que verlo representado?

Alicia se enfundó el abrigo.

—¿Por dónde quiere comenzar? —preguntó Vargas.

—Por la entrada del laberinto…

Daniel estaba tiritando de frío en su escondite del portal cuando reparó en que Fermín, esqueleto serrano magro como un palo y esencia cartilaginosa destilada, parecía estar a las mil maravillas y se entretenía en tararear un son montuno al tiempo que meneaba ligeramente las caderas con aire tropical.

—No entiendo cómo no se congela usted, Fermín. Hace un frío de cagarse.

Fermín se abrió dos botones para mostrar el forro de papel de periódico que llevaba debajo de la ropa.

—Ciencia aplicada —explicó—. Esto y unos recuerdos bien escogidos de la mulatita que tenía yo en La Habana cuando era joven. Es lo que se conoce como la corriente del Golfo.

—Madre de Dios…

Daniel estaba por aventurarse hasta las puertas del Gran Café para pedir un tazón ardiente de café con leche con un buen chorro de coñac cuando se oyó un chirrido que provenía del portal de Alicia y la vieron salir en compañía de un hombre fornido y de planta castrense.

—Cate usted el Tarzán que se nos ha ido a buscar a la pájara —apuntó Fermín.

—Deje de llamarla así. Se llama Alicia.

—A ver si superamos un día de estos la pubertad, que ya es usted padre de familia. Andando.

—¿Y qué hacemos con el otro?

—¿El espía? No se apure. Estoy formulando un plan maestro en estos mismos momentos…

Alicia y el hombretón, que a todas luces era un integrante de las fuerzas del orden público, torcieron por la calle Fernando rumbo a las Ramblas. Fermín y Daniel, acorde al plan, cruzaron frente al espía, que se había enterrado en las sombras de la esquina sin acusar recibo de su presencia. A aquellas horas la calle estaba más animada que de costumbre gracias a un contingente de marineros británicos en busca de intercambios culturales y algún que otro calavera de la zona alta que había bajado a los intestinos de la ciudad en busca de flora con que digerir sus inconfesables anhelos de alcoba. Fermín y Daniel utilizaron las capas de transeúntes a modo de cortinajes hasta llegar a los arcos que daban entrada a la Plaza Real.

—Mire, Daniel, aquí es donde nos conocimos usted y yo. ¿Se acuerda? Pasan los años pero sigue oliendo a meados. Es la Barcelona eterna, que no se desvanece…

—No se me ponga romántico.

Alicia y el policía estaban atravesando la plaza en dirección a la salida que daba a las Ramblas.

—Van a coger un taxi —dedujo Fermín—. Es el momento de aligerar el equipaje.

Se volvieron y avistaron al espía asomando entre los arcos de la plaza.

—¿Y qué sugiere hacer? —preguntó Daniel.

—Podría ir usted a su encuentro y propinarle un rodillazo en las partes blandas. Es pequeñín y seguro que se deja.

—¿Tiene un plan alternativo?

Fermín suspiró, exasperado. Reparó entonces en la presencia de un guardia que patrullaba la plaza con parsimonia y contemplaba con abandono el generoso escote de un par de fulanas apostadas a las puertas del hostal Ambos Mundos.

—Usted asegúrese de que no pierde de vista a su angelito del alma y al grandullón —indicó Fermín.

—Y usted ¿qué piensa hacer?

—Vea y aprenda del maestro.

Fermín partió raudo al encuentro del guardia, a quien saludó al modo militar con gran ceremonia.

—Mi comandante —le dijo—. Tengo el penoso deber de reportar un crimen contra el decoro y la decencia.

—¿Y qué crimen es ese?

—¿Repara su excelencia en ese perdulario escuchimizado y procelosamente oculto bajo un abrigo de liquidación del Sepu? Ese, el que hace como que la cosa no va con él.

—¿El chiquilín?

—De chiquilín nada. Me consterna confirmar que bajo el abrigo va en pelota picada y ha estado enseñándole el pito enhiesto a unas señoras y diciéndoles cochinadas que no me atrevería a repetir ni delante de un corro de busconas.

El guardia aferró la porra con fuerza.

—¿Qué me dice?

—Lo que oye. Helo ahí, un marrano a carta acabada en pos de nuevas oportunidades para delinquir.

—Pues se va a enterar de lo que vale un peine.

El guardia extrajo el silbato y apuntó al sospechoso con la porra.

—¡Usted! ¡Alto ahí!

El espía, al cerciorarse del brete en el que le habían puesto, echó a correr con el guardia a la zaga. Fermín, satisfecho con la maniobra de distracción, dejó al adalid de la seguridad y las buenas costumbres a la caza del ínclito fisgón y se apresuró a reunirse con Daniel, que esperaba en la parada de taxis.

—¿Dónde están?

—Acaban de meterse en un taxi. Ahí van.

Fermín empujó a Daniel en el siguiente taxi. El conductor, un artista malabar del palillo en la boca, los miró por el retrovisor.

—Al Pueblo Nuevo no voy —advirtió.

—Usted se lo pierde. ¿Ve el taxi ese que va por ahí?

—¿El del Cipriano?

—El mismo. Sígalo y que no se le pierda. Es cuestión de vida o muerte, y de una buena propina.

El taxista bajó la bandera y sonrió con sorna.

—Yo creía que estas cosas solo pasaban en las películas americanas.

—Sus plegarias han sido escuchadas. Písele, pero con discreción.

11

Los veinte minutos que tardaron en llegar hasta comisaría le parecieron veinte años. Fernandito viajaba en el asiento trasero, junto a Hendaya, que fumaba en silencio y de vez en cuando le dedicaba una sonrisa serena y un «Tranquilo, no te preocupes» que le helaba la sangre. Dos de los hombres de Hendaya iban delante. Ninguno de ellos despegó los labios en todo el trayecto. La noche era fría pero, aunque el interior del coche estaba congelado, Fernandito sentía el sudor deslizándose por su costado. Observaba desfilar la ciudad tras las ventanas como un espejismo lejano al que nunca iba a regresar. Transeúntes y vehículos cruzaban a apenas unos metros, inalcanzables. Al llegar al cruce de Balmes y Gran Vía, aprovechando el semáforo, sintió el impulso de abrir la puerta y ponerse a correr, pero el cuerpo no le respondió. Segundos después, cuando el coche reiniciaba la marcha, comprobó que las puertas llevaban el cierre echado. Hendaya le palmeó la rodilla amigablemente.

—Tranquilo, Alberto, que va a ser un minutito.

Cuando el vehículo se detuvo frente a la comisaría, un par de agentes de uniforme que custodiaban la entrada se acercaron y, tras abrirle la puerta a Hendaya y asentir al susurro de sus órdenes, procedieron a agarrar del brazo a Fernandito y a conducirlo hacia el interior. El agente que ocupaba el asiento del pasajero, que no descendió, le miró mientras se lo llevaban y el chico vio que le decía algo sonriendo a su compañero al volante.

Nunca había estado en la comisaría central de Vía Layetana. Fernandito era uno de los muchos barceloneses que, si por ventura se encontraban por el barrio y tenían que cruzar frente al ominoso edificio, cambiaban de acera y apretaban el paso. El interior de la comisaría se le antojó tan oscuro y cavernoso como había imaginado. Tan pronto como la luz de la calle se perdió a su espalda, percibió un vago aroma a amoníaco. Los dos agentes le llevaban de los brazos y sus pies respondían con una mezcla de paso lento y arrastre. Los pasillos y los corredores se multiplicaban, y Fernandito sintió que una bestia voraz le absorbía el tracto intestinal. Un eco de voces y pisadas flotaba en el aire, una penumbra gris y gélida lo permeaba todo. Miradas furtivas se posaban sobre él un instante para abandonarlo de inmediato con desinterés. Le arrastraron por unas escaleras que Fernandito no sabía si subían o bajaban. Las bombillas que pendían del techo parpadeaban ocasionalmente, como si la electricidad les llegase a cuentagotas. Cruzaron el umbral de una puerta en la que pudo leer BRIGADA DE INVESTIGACIÓN SOCIAL grabado sobre el cristal esmerilado.

—¿Adónde vamos? —balbuceó.

Los dos agentes ignoraron sus palabras del mismo modo que habían ignorado su persona a lo largo de todo el trayecto, como si lo que transportaran fuera un fardo. Le condujeron a través de una lúgubre sala poblada por mesas de metal sin más ocupante que una lámpara de flexo que extendía una burbuja de luz amarillenta sobre cada una

de ellas. Un despacho de paredes acristaladas esperaba al fondo. En el interior había un escritorio de madera noble enfrentado a dos sillas. Uno de los agentes abrió la puerta y le indicó que entrase.

—Siéntate ahí —le dijo sin mirarle a los ojos—. Y estate quietecito.

Fernandito se aventuró unos pasos. La puerta se cerró a su espalda. Dócil, tomó asiento en una de las dos sillas y respiró hondo. Miró por encima del hombro y observó que los dos agentes se habían sentado a una de las mesas de la sala. Uno de ellos le ofreció un cigarrillo al otro. Sonreían. «Al menos no estás en una celda», se dijo.

Transcurrió una hora larga en la que el mayor alarde de valor que se permitió fue, a los cuarenta minutos de desesperación, cambiar de una silla a la otra. Incapaz de seguir un segundo más anclado en aquellos asientos que parecían encoger a cada minuto que permanecía en ellos, se levantó y, armándose de algo que no llegaba a ser valor y que estaba más próximo al pánico, se dispuso a golpear la pared acristalada para aclarar su inocencia y las circunstancias equívocas que le habían llevado allí y a exigir a los agentes que le custodiaban que le dejaran marchar cuando una puerta se abrió a su espalda y la figura de Hendaya se recortó al contraluz.

—Disculpa el retraso, Alberto. Un pequeño asunto de intendencia me ha retenido. ¿Te han ofrecido un café?

Fernandito, que de haber podido tragar saliva lo hubiera hecho hacía ya rato pero tenía la boca arenosa, tomó de nuevo asiento sin esperar a la orden.

—¿Por qué estoy aquí? —demandó—. No he hecho nada.

Hendaya sonrió con tranquilidad, como si el azoramiento del muchacho le inspirase cierta ternura.

—Nadie dice que hayas hecho nada malo, Alberto. ¿De verdad no quieres un café?

—Lo que quiero es que me deje irme a mi casa.

—Por supuesto. Enseguida.

Hendaya asió un teléfono que había sobre el escritorio y se lo acercó. Descolgó el auricular y se lo tendió.

—Anda, Alberto, llama a tu padre para que traiga tu documentación y venga a buscarte. Seguro que tu familia está preocupada por ti.

12

Una corona de nubes en tránsito resbalaba por la ladera de la montaña. Los faros del taxi descubrían las siluetas de caserones señoriales que asomaban entre la arboleda que flanqueaba la carretera de ascenso a Vallvidrera.

—Por la carretera de las Aguas ya no me puedo meter —advirtió el taxista—. Desde el año pasado han restringido el acceso a vecinos y vehículos municipales. Asoma uno el morro y le sale un guardia escondido detrás de los matojos con el cuaderno de multas listo para hacerle la receta. Pero los puedo dejar a la entrada…

Vargas le mostró un billete de cincuenta pesetas. Los ojos del taxista se posaron en la visión como moscas en la miel.

—Oiga, que no llevo cambio para eso…

—Si nos espera no le hará falta. Y al ayuntamiento que le den morcilla.

El taxista resopló, pero se avino a la lógica monetaria.

—Diga usted amén —concluyó.

Al llegar a la boca de la carretera, apenas una cinta sin asfaltar que bordeaba el anfiteatro de montañas que custodiaba Barcelona, el taxista se adentró con cautela.

—¿Están seguros de que es por aquí?

—Siga recto.

La antigua casa de los Mataix quedaba a unos trescientos metros de la entrada al camino. Al poco, los faros del taxi acariciaron una verja de lanzas entreabierta a un lado de la carretera. Más allá se adivinaba un perfil serrado de mansardas y torreones que asomaba entre las ruinas de un jardín abandonado a su suerte durante demasiado tiempo.

—Es aquí —dijo Alicia.

El taxista echó un vistazo somero al lugar y los miró por el espejo con escaso entusiasmo.

—Oiga, a mí me da que aquí no vive nadie…

Alicia ignoró sus palabras y descendió del coche.

—No tendrá una linterna, ¿verdad? —preguntó Vargas.

—Los extras no están incluidos en la bajada de bandera. ¿Estamos todavía hablando de diez duros?

Vargas extrajo de nuevo el billete de cincuenta y se lo mostró.

—¿Cómo se llama?

El efecto hipnótico del parné en estado puro encandiló la mirada del taxista.

—Cipriano Ridruejo Cabezas, para servirle a usted y al gremio del *tasis*.

—Cipriano, esta es su noche de suerte. ¿Habrá una linterna para la señorita, no se nos vaya a tropezar y a torcerse un tobillo?

El hombre se reclinó para bucear en la guantera y emergió con una linterna de barra de considerable envergadura. Vargas la agarró y se apeó del taxi, no sin antes partir en dos el billete de cincuenta y tenderle la mitad al taxista.

—La otra mitad a la vuelta.

Cipriano suspiró, examinando el medio billete como si se tratase de un décimo de lotería expirado.

—Eso si vuelven —murmuró.

Alicia ya se había colado por la angosta abertura de la verja. Su silueta se deslizaba bajo un sendero de luna entre la maleza. Vargas, que hacía dos o tres como ella, tuvo que forcejear con los barrotes herrumbrosos para poder ir tras Alicia. Al otro lado de la verja se extendía un camino empedrado que rodeaba la casa hasta la entrada principal, situada en la parte delantera. Los adoquines a sus pies estaban cubiertos de hojarasca. Vargas siguió sus pasos a través del jardín hasta alcanzar una balaustrada suspendida al borde de la ladera desde la cual se podía contemplar toda Barcelona. Más allá, el mar se encendía bajo la luz de la luna y dibujaba una balsa de plata candente.

Alicia observó la fachada del caserón. Las imágenes que había conjurado al escuchar el relato de Vilajuana se materializaron frente a sus ojos. Imaginó la casa en mejores tiempos, el sol acariciando la piedra ocre de los muros y salpicando el estanque de la fuente que ahora yacía seca y agrietada. Imaginó a las hijas de los Mataix jugando en aquel jardín y al escritor y a su esposa contemplándolas desde el ventanal del salón. El hogar de los Mataix había quedado reducido a un mausoleo abandonado, los postigos de las ventanas meciéndose en la brisa.

—Una caja del mejor vino blanco si lo dejamos para mañana y volvemos a la luz del día —propuso Vargas—. Dos, si me apura.

Ella le arrebató la linterna de las manos y se encaminó hacia la entrada. La puerta estaba abierta. Los restos de un candado oxidado descansaban en el umbral. Alicia apuntó el haz de la linterna a los pedazos de metal y se arrodilló para examinarlos. Tomó una pieza que parecía haber formado parte del cuerpo principal del cerrojo y la examinó de cerca. El metal se le antojó reventado por dentro.

—Un balazo en el émbolo —dictaminó Vargas a su espalda—. Rateros de alto calibre.

—Si es que eran rateros.

Alicia dejó caer el pedazo de metal y se incorporó.

—¿Huele usted a lo mismo que yo? —preguntó el policía.

Ella se limitó a asentir. Se adentró en el vestíbulo y se detuvo al pie de una escalinata de mármol blanquecino que ascendía en la tiniebla. El haz de luz acarició la penumbra que se perdía peldaños arriba. El esqueleto de una antigua lámpara de cristal se mecía desde lo alto.

—Yo no me fiaría de esa escalera —advirtió Vargas.

Ascendieron despacio, peldaño a peldaño. El alcance de la linterna abría las sombras a cuatro o cinco metros al frente antes de difuminarse en un halo pálido que se hundía en la oscuridad. El hedor que habían percibido al entrar seguía presente, pero a medida que subían la escalera una brisa fría y húmeda que parecía surgir del

piso superior les acarició el rostro.

Al ganar el rellano del primer piso quedaron enfrentados a una galería de distribución de la que partía un amplio corredor rematado por una hilera de ventanas interiores por las que se filtraba la claridad de la luna. La mayoría de las puertas habían sido arrancadas, las habitaciones estaban desnudas de mobiliario o cortinajes. Recorrieron el pasillo inspeccionando aquellos espacios muertos. El suelo estaba cubierto de una película de polvo, una alfombra de cenizas que crujía a sus pies. Alicia apuntó la linterna a un rastro de pisadas que se perdía en la sombra.

—Es reciente —musitó.

—Probablemente un mendigo, o algún pillo que se coló a ver si quedaba algo que rapiñar —dijo Vargas.

Alicia hizo caso omiso de sus palabras y siguió el rastro. Rodearon la planta yendo tras aquellos pasos hasta alcanzar la esquina sureste del caserón. La pista se desvanecía allí. Alicia se detuvo frente al umbral de lo que a todas luces debía de haber sido la cámara principal, el dormitorio del matrimonio Mataix. Apenas quedaba un mueble y los rateros habían arrancado hasta el papel de las paredes. La techumbre había empezado a ceder y parte del viejo artesonado dibujaba un amago de fuelle distendido que trazaba una falsa perspectiva y creaba la ilusión de que la estancia resultaba más profunda de lo que era en realidad. Al fondo se apreciaba el agujero negro del armario donde la esposa de Mataix se había escondido en vano para proteger a sus hijas. Alicia sintió un principio de náusea.

—Aquí no queda nada —dijo Vargas.

Alicia se encaminó de regreso a la galería por la que habían accedido al piso en lo alto de la escalera. El hedor que había notado al entrar se percibía con más claridad allí, un perfume putrefacto que parecía ascender desde las mismas entrañas de la casa. Bajó despacio la escalera, los pasos de Vargas a su espalda. Se dirigía hacia la salida cuando registró un movimiento a su derecha y se detuvo. Se aproximó al umbral de un salón de amplios ventanales. Parte de los listones de madera del suelo habían sido arrancados y los restos de una hoguera improvisada delataban pedazos carbonizados de sillas y lomos ennegrecidos de libros.

Al fondo de la estancia se mecía una lámina de madera tras la cual se abría un pozo de negrura. Vargas se paró a su lado y extrajo el revólver. Se acercaron a la puerta muy despacio, cada uno por un lado. Al llegar a la pared, Vargas abrió la compuerta encajada en la marquetería y asintió. Alicia apuntó el haz de la linterna hacia el interior. Una larga escalinata bajaba hacia el sótano de la casa. La joven notó una corriente de aire que ascendía del fondo impregnada del hedor a carroña. Se llevó la mano a la boca y la nariz. Vargas asintió de nuevo y abrió camino. Descendieron pausadamente, palpando las paredes y probando cada peldaño para evitar dar un paso en falso y precipitarse al vacío.

Al llegar a la base de la escalinata se encontraron con lo que a primera vista parecía una gran bóveda que ocupaba toda la planta de la estructura. La bóveda

estaba flanqueada por una hilera de ventanales horizontales por los que penetraban agujas de luz mortecina que quedaban atrapadas en una miasma vaporosa que subía del suelo. Alicia iba a dar un paso al frente cuando Vargas la detuvo. Solo entonces comprendió que lo que había tomado por un suelo de baldosas era en realidad agua. La piscina subterránea del indiano había perdido su verde esmeralda y era ahora un espejo negro. Se aproximaron al borde y Alicia barrió la superficie con el haz de la linterna. Una telaraña de algas verdosas se mecía bajo el agua. El hedor provenía de allí. Alicia señaló hacia el fondo de la piscina.

—Hay algo ahí abajo —dijo.

Acercó la linterna a la superficie. El agua adquirió una claridad espectral.

—¿Lo ve? —preguntó Alicia.

Una masa negruzca se mecía en el fondo, arrastrándose muy lentamente. Vargas miró a su alrededor y localizó el palo de lo que parecía un rastrillo o escobón para limpiar la piscina. Todas las hebras se habían desprendido hacía muchos años, pero la traba de metal que las había sostenido seguía adherida al extremo. Vargas hundió el palo en el agua e intentó alcanzar la forma oscura. Al rozarla, giró sobre sí misma y pareció desplegarse con suma lentitud.

—Cuidado —advirtió Vargas.

Sintió que el enganche de metal hacía contacto con algo firme y tiró con fuerza. La sombra inició el ascenso desde el fondo de la piscina. Alicia retrocedió unos pasos. Vargas fue el primero en comprender de qué se trataba.

—Apártese —murmuró.

Antes que nada Alicia reconoció el traje, porque ella le había acompañado a una sastrería de la Gran Vía el día que lo había comprado. El rostro que asomó a la superficie estaba blanco como el yeso y los ojos parecían dos óvalos de mármol pulido surcados de líneas oscuras en una red de capilares en torno a las pupilas. La cicatriz en la mejilla que ella misma le había dejado había devenido una señal púrpura que parecía marcada a fuego. La cabeza se ladeó y el profundo corte que le había rebanado la garganta quedó expuesto.

Alicia cerró los ojos y dejó escapar un sollozo. Sintió la mano de Vargas en el hombro.

—Es Lomana —consiguió articular.

Cuando abrió de nuevo los ojos el cuerpo se estaba hundiendo, hasta que por último quedó suspendido bajo las aguas, girando sobre sí mismo con los brazos en cruz. Alicia se volvió hacia Vargas, que la observaba consternado.

—Vilajuana me dijo que le había enviado aquí —dijo Alicia—. Alguien debió de seguirle.

—O tal vez se encontró con algo que no esperaba.

—No podemos dejarle en este lugar. Así.

Vargas negó.

—Yo me encargaré de eso. De momento, salgamos de aquí.

El policía la tomó del brazo y la guio suavemente hacia la escalera.

—Alicia, ese cuerpo lleva ahí por lo menos dos o tres semanas. Desde antes de que llegase usted a Barcelona.

Ella cerró los ojos y asintió.

—Eso significa que quien fuera que entró en su casa y le robó el libro no era Lomana —completó Vargas.

—Lo sé.

Se disponían a ascender de nuevo cuando Vargas se quedó inmóvil y la sujetó. El ruido de pasos crujiendo en el piso superior reverberó en el eco de la bóveda. Siguieron el rastro de las pisadas con la mirada. El policía escuchaba con mirada impenetrable.

—Hay más de una persona —dictaminó con un hilo de voz.

Por un instante pareció que los pasos se detenían para luego alejarse. Alicia iba a asomarse a la escalera cuando detectó un ruido en lo alto. Oyeron la escalera crujir y el eco de una voz, e intercambiaron una mirada. Alicia apagó la linterna. Cada uno de ellos se hizo a un lado de la puerta y se escondieron en la sombra. Vargas apuntó con el cañón del arma la salida de la escalinata y tensó el percutor. Los pasos se aproximaban. Segundos más tarde una silueta asomó en el umbral. Antes de que pudiera dar un paso más, Vargas posó el cañón de su revólver en la sien del extraño, listo para volarle la cabeza en pedazos.

13

El contacto del cañón de un arma de fuego sobre la piel era como el flan de sobre, algo a lo que, pese a haberlo experimentado en incontables ocasiones, Fermín nunca llegaba a acostumbrarse.

—Vaya por delante que venimos en son de paz —articuló, cerrando los ojos y levantando las manos en señal de rendición incondicional.

—Fermín, ¿es usted? —preguntó Alicia atónita.

Antes de que el susodicho pudiera dar una respuesta, Daniel asomó en el umbral y se quedó petrificado a la vista del arma con que Vargas seguía apuntando a la cabeza de su amigo. El policía dejó escapar un resoplido y bajó el revólver. Fermín exhaló un suspiro angustiado.

—¿Se puede saber qué diantres hacen aquí? —preguntó Alicia.

—Mire por dónde me ha leído usted el pensamiento —respondió Fermín.

Alicia enfrentó las miradas acusadoras de Daniel y Fermín, y calibró sus opciones.

—Ya se lo decía yo, Daniel —dijo Fermín—. Mírela, maquinando maldades como la pérfida lamia que es.

—¿Qué es una lamia? —preguntó Vargas.

—No se ofenda el artillero, pero si gastara menos pistolón y más diccionario a lo mejor no tendría que preguntar —replicó Fermín.

Vargas dio un paso al frente y Fermín cinco en retirada. Alicia alzó las manos en señal de tregua.

—Creo que nos debe usted una explicación, Alicia —dijo Daniel.

Ella lo contempló fijamente a los ojos y asintió al tiempo que desplegaba una mirada dulce capaz de barrer la sospecha del mundo. Fermín propinó un codazo a Daniel.

—Daniel, mantenga el riego sanguíneo por encima del cuello y no se me deje engatusar.

—Aquí nadie quiere engatusar a nadie, Fermín —dijo Alicia.

—Que se lo digan aquí al fiambre flotante —murmuró Fermín señalando las aguas turbias de la piscina—. ¿Conocido suyo?

—Todo esto tiene una explicación —empezó Alicia.

—Alicia… —advirtió Vargas.

Ella hizo un gesto conciliatorio y se aproximó a Fermín y a Daniel.

—Por desgracia no es una explicación sencilla.

—Denos una oportunidad. Somos bastante menos bobos de lo que parecemos, al menos un servidor, porque aquí a mi vera el amigo Daniel aún está luchando por superar la edad del pavo.

—Déjela hablar, Fermín —atajó Daniel.

—Lenguas menos venenosas he visto yo en las cobras que guardan en el zoo.

—¿Por qué no salimos primero de aquí y vamos a algún sitio donde podamos hablar con calma? —propuso Alicia.

Vargas negó por lo bajo e indicó claramente su desaprobación a la sugerencia.

—¿Cómo sabemos que no es una encerrona? —preguntó Fermín.

—Porque ustedes eligen el sitio —dijo Alicia.

Daniel y Fermín intercambiaron una mirada.

Atravesaron el jardín y regresaron al taxi donde Cipriano se había abandonado a una nube de Celtas cortos y a una tertulia radiofónica de hondo calado sobre las cuestiones clave que de verdad concernían a la ciudadanía: la liga de fútbol y la evolución de un juanete en el pie izquierdo de Kubala de cara al Madrid-Barcelona del domingo siguiente. Vargas, por imperativo volumétrico, tomó la plaza del acompañante y los demás se comprimieron tanto como fue posible en el asiento de atrás.

—¿No eran ustedes dos? —preguntó el taxista, cavilando si no se le habría ido la mano con los Celtas.

Vargas respondió con un gruñido. Alicia se había ensimismado en sus misterios, puede que tramando el mayúsculo embuste que iba a intentar endosarles doblado, según sospechó Fermín. Su amigo Daniel parecía demasiado ofuscado por el contacto que el muslo de la taimada fémina establecía con su pierna derecha como para articular pensamiento o palabra alguna. Visto que solo él mantenía el control de sus facultades y el discernimiento, Fermín tomó la voz cantante e impartió las instrucciones de navegación.

—Mire, jefe, tenga usted la bondad de acercarnos al Raval y dejarnos en la puerta de Can Lluís.

La mera mención de su restaurante predilecto en todo el universo conocido y refugio espiritual en momentos de zozobra devolvió el tono vital a Fermín, a quien los roces con agentes del orden en visos de volarle la tapa de los sesos siempre inspiraba una hambruna feroz. Cipriano dio marcha atrás hasta la entrada a la carretera de Vallvidrera y emprendió el regreso a una Barcelona que esperaba tendida a los pies de la colina. Mientras se deslizaban montaña abajo rumbo a la barriada de Sarriá, Fermín estudió sigilosamente el cogote del personaje sentado en el asiento del acompañante que Alicia se había pergeñado a modo de escolta y fuerza bruta. Todo él olía a policía, y de los de alto calibre. Vargas debió de sentir el aguijón de la mirada de Fermín porque se dio la vuelta y le devolvió una de las suyas, de las que aflojaban los intestinos de los infelices que iban a dar con los huesos al calabozo. Aquel hombrecillo al que Alicia denominaba Fermín le parecía escapado de algún romance apócrifo del *Lazarillo de Tormes*.

—No se confíe por mi planta de alfeñique —advirtió Fermín—. Todo lo que ve es músculo e instinto de combate. Piense en mí como en un ninja de paisano.

Uno creía haberlo visto todo en la profesión y entonces Dios Nuestro Señor tenía a bien enviarle un regalito de sorpresa.

—Fermín, ¿verdad?

—¿Quién lo pregunta?

—Llámeme Vargas.

—¿Teniente?

—Capitán.

—Espero que su excelencia no tenga objeciones de tipo religioso al buen yantar y a la cocina catalana —dijo Fermín.

—Ninguna. Y la verdad es que tengo bastante hambre. ¿Es bueno ese Can Lluís?

—Sublime —replicó Fermín—. Como un muslo de Rita Hayworth en media de rejilla.

Vargas sonrió.

—Estos dos ya se han hecho amigos —dijo Alicia—. Los dictados del estómago y las vergüenzas unen al hombre.

—No le haga caso, Fermín. Alicia no come nunca, al menos sólidos —explicó Vargas—. Se nutre sorbiendo el alma de los incautos.

Fermín y Vargas, a regañadientes, intercambiaron una sonrisa de complicidad.

—¿Lo ha oído, Daniel? —dejó caer el primero—. Confirmado por la Dirección General de Policía en grado de capitanía.

Alicia se volvió y encontró a Daniel mirándola de reojo.

—A palabras necias, oídos sordos —dijo ella.

—No tema, no creo que haya registrado nada después de lo del sorber —señaló Fermín.

—¿Por qué no se callan todos y tenemos el viaje en paz? —sugirió Daniel.

—Son las hormonas —disculpó Fermín—. El chico aún está creciendo.

Y así, cada cual en su silencio y a merced de la radio y su relato épico de la liga de fútbol, llegaron a las puertas de Can Lluís.

14

Fermín desembarcó del taxi como un náufrago hambriento al ganar la costa tras semanas aferrado a un madero. El dueño de Can Lluís, viejo amigo de Fermín, le recibió con un abrazo y saludó calurosamente a Daniel. Al reparar en Vargas y en Alicia los miró de reojo, pero Fermín le susurró algo al oído y asintió, invitándolos a pasar.

—Hoy mismo hablábamos de usted con el profesor Alburquerque, que ha venido a comer, y nos preguntábamos en qué aventuras andaría metido.

—Nada, intrigas domésticas de poco vuelo. Uno ya no es el de antes —dijo Fermín.

—Si les parece los pongo en la mesita del fondo y así estarán tranquilos…

Se instalaron en un rincón del comedor, Vargas reservándose por instinto una silla mirando hacia la entrada.

—¿Qué desearán? —preguntó el encargado.

—Sorpréndanos usted, amigo mío. Yo ya he cenado pero con las emociones no le diría que no a un resopón, y aquí el capitán trae cara de apetito carcelario. A los jóvenes les puede poner un par de gaseosas y que se apañen, por sosos —indicó Fermín.

—Una copa de vino blanco para mí, por favor —pidió Alicia.

—Tengo un Panadés buenísimo.

Ella asintió.

—Les sirvo entonces alguna cosita de picar y, si quieren algo más, me van diciendo.

—Moción aprobada por unanimidad —declaró Fermín.

El encargado partió con el pedido rumbo a la cocina y los dejó sin más compañía que un espeso silencio.

—¿Decía usted, Alicia? —invitó Fermín.

—Lo que voy a contarles tiene que quedar entre nosotros —advirtió ella.

Daniel y Fermín la contemplaron fijamente.

—Me van a tener que dar su palabra —insistió Alicia.

—La palabra se le da a quien la tiene —dijo Fermín—. Y usted, con todos los respetos, de momento no nos ha ofrecido prueba alguna de que ese sea el caso.

—Pues van a tener que confiar en mí.

Fermín intercambió una mirada con Vargas. El policía se encogió de hombros.

—A mí no me mire —adujo este—. Lo mismo me dijo hace unos días y aquí me tiene.

Al poco, un camarero apareció con una bandeja y dispuso unos cuantos platillos y un poco de pan sobre la mesa. Fermín y Vargas atacaron sin remilgos la ofrenda mientras Alicia saboreaba su copa de vino blanco con parsimonia y sostenía un cigarrillo entre los dedos. Daniel hundió la mirada en la mesa.

—¿Qué le parece el yantar? —preguntó Fermín.

—Tremendo —convino Vargas—. Como para despertar a los muertos.

—Pues pruebe mi capitán esta ración de fricandó, que va a salir de aquí cantando el *Virolai*.

Daniel observó a aquel par de extrañas figuras, que no podían ser más diferentes entre sí, devorar todo cuanto les habían servido como si fueran leones en una cacería.

—¿Cuántas veces es capaz usted de cenar, Fermín?

—Todas las que se pongan a tiro —replicó él—. Estos jóvenes que no han vivido la guerra en primera fila no lo pueden entender, mi capitán.

Vargas asintió, chupándose los dedos. Alicia, que asistía al espectáculo con la mirada lánguida de quien espera que amaine la lluvia, hizo un gesto al camarero para que le sirviera una segunda copa de vino blanco.

—¿No se le sube eso a la cabeza sin echarle algo sólido? —preguntó Fermín rebañando el plato con un pedazo de pan.

—No me preocupa que se me suba —replicó Alicia—. Me basta con que no se me baje.

Servidos ya los cafés y una batería de chupitos, Fermín y Vargas se reclinaron en sus sillas con aire satisfecho y Alicia apagó el cigarrillo en el cenicero.

—No sé ustedes, pero yo soy todo oídos —dijo Fermín.

Alicia se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

—Doy por supuesto que saben ustedes quién es el ministro Mauricio Valls.

—Aquí el amigo Daniel de oídas —indicó Fermín sonriendo con malicia—. Yo he tenido mis roces.

—Habrán advertido entonces, si han prestado atención, que de un tiempo a esta parte apenas se le ha visto en público.

—Ahora que lo menciona… —convino Fermín—. Aunque aquí el experto en Valls es Daniel, que a ratos libres se va a la hemeroteca del Ateneo para indagar sobre la vida y milagros del prohombre, viejo conocido de la familia.

Alicia intercambió una mirada con Sempere.

—Hace ahora unas tres semanas, Mauricio Valls desapareció de su residencia en Somosaguas sin dejar rastro. Partió al amanecer en compañía de su principal guardaespaldas en un coche que fue encontrado abandonado en Barcelona días después. Nadie le ha visto desde entonces.

Alicia estudió el turbio torrente de emociones que encendía la mirada de Daniel.

—La investigación de la policía apunta a que Valls habría sido víctima de una conspiración que buscaba vengar unos supuestos tratos fraudulentos en torno a las acciones de una entidad bancaria.

Daniel la miraba con perplejidad y creciente indignación.

—Cuando dice la «investigación» —intervino Fermín—, ¿a quién se refiere?

—La Dirección General de Policía y otras fuerzas del orden público.

—Al capitán Vargas le ubico en la función, pero a usted, la verdad…

—Yo trabajo, o mejor dicho trabajaba, para uno de esos servicios que han prestado su apoyo a la policía en esta investigación.

—¿Posee algún nombre el servicio? —preguntó Fermín escéptico—. Porque no tiene usted pinta de guardia civil.

—No.

—Ya veo. ¿Y el difunto que hemos tenido el gusto de ver flotar esta noche?

—Antiguo colega mío.

—Supongo entonces que es la aflicción la que le ha quitado el apetito…

—Todo esto es una sarta de mentiras —cortó Daniel.

—Daniel —dijo Alicia, posando una mano sobre la suya con gesto conciliatorio.

Él retiró la mano y se encaró a ella.

—¿A qué viene entonces hacerse pasar por una vieja amiga de la familia, visitando la librería, a mi esposa, a mi hijo y colándose en mi familia?

—Daniel, es complicado, permítame que…

—¿Es Alicia su nombre de verdad? ¿O lo ha tomado prestado de algún viejo recuerdo de mi padre?

Ahora era Fermín quien la observaba fijamente, como si enfrentara un fantasma de su pasado.

—Sí. Mi nombre es Alicia Gris. Y no he mentido sobre quién soy.

—Solo sobre todo lo demás —replicó Daniel.

Vargas se mantenía en silencio, dejando que fuera Alicia quien llevara las riendas de la conversación. Ella suspiró, mostrando un convincente azoramiento y un aura de culpa que Vargas no creyó ni por un segundo que fueran genuinos.

—En el transcurso de la investigación encontramos indicios de que Mauricio Valls habría tenido tratos con su madre, doña Isabella, y con un antiguo preso del penal de Montjuic llamado David Martín. La razón de que los involucrase a ustedes en el asunto fue porque necesitaba eliminar sospechas y asegurarme de que la familia Sempere no había tenido nada que ver con…

Daniel dejó escapar una risa amarga y miró a Alicia con profundo desprecio.

—Usted debe de pensar que soy un imbécil. Y debo de serlo porque hasta ahora no me había dado cuenta de lo que era usted, Alicia o como diablos se llame.

—Daniel, por favor…

—No me toque.

Daniel se levantó y se encaminó hacia la salida. Alicia suspiró y hundió el rostro en las manos. Recabó la mirada de Fermín en busca de complicidad, pero el hombrecillo la observaba como si fuese una carterista sorprendida in fraganti.

—Como primer intento lo veo bastante flojo —dictaminó él—. Creo que nos sigue debiendo usted una explicación, y ahora todavía más que antes a la vista del camelo que nos ha pretendido colar. Y eso sin contar la que me debe a mí. Si realmente es usted Alicia Gris.

Ella sonrió, abatida.

—¿No se acuerda usted de mí, Fermín?

El hombrecillo la contemplaba como si fuese una aparición.

—Ya no sé de lo que me acuerdo. ¿Ha vuelto usted de entre los muertos?

—Podría decirse que sí.

—¿Y para qué?

—Solo estoy intentando protegerlos.

—Nadie lo diría…

Alicia se incorporó y miró a Vargas, que hizo un gesto afirmativo.

—Vaya tras él —dijo el policía—. Yo me ocupo de Lomana y le digo algo en cuanto pueda.

Alicia asintió y partió en busca de Daniel. Fermín y Vargas se quedaron a solas, mirándose en silencio.

—Creo que es usted demasiado duro con ella —afirmó este último.

—¿Cuánto hace que la conoce? —preguntó Fermín.

—Unos días.

—Entonces ¿está en condiciones de certificar que es un ser vivo, y no un fantasma?

—Creo que solo lo parece —dijo Vargas.

—Beber, bebe como una esponja, eso es verdad —apuntó Fermín.

—No se hace usted idea.

—¿Carajillito de *whisky* antes de volverse a la casa del terror? —ofreció Fermín.

Vargas asintió.

—¿Necesita compañía y apoyo logístico para rescatar el fiambre?

—Se agradece, Fermín, pero es mejor que esto lo haga yo solo.

—Dígame entonces una cosa, y por favor no me engañe, que usted y yo ya hemos pasado por muchas corridas como para ir de banderilleros. ¿Soy yo o este asunto es peor de lo que huele?

Vargas dudó.

—Mucho peor —convino al fin el policía.

—Ya. Y ese excremento bípedo de Valls, ¿sigue vivo o cría ya malvas envenenadas?

Vargas, a quien la fatiga de todos aquellos días parecía haberle caído encima de golpe, le miró con aire de derrota.

—Eso, amigo mío, creo que ya es lo de menos…

15

La figura de Daniel se perfilaba a lo lejos, una sombra al amparo de las farolas y los callejones del Raval. Alicia apretó el paso tanto como pudo. Al poco empezó a sentir que el dolor en la cadera despertaba. A medida que luchaba por recortar la distancia que la separaba de Daniel sentía que le faltaba el aliento y un punzón se abría camino a través de sus huesos. Al alcanzar las Ramblas, él se volvió y al verla le lanzó una mirada de rabia.

—Daniel, por favor, espéreme —llamó Alicia, aferrándose a una farola.

Él la ignoró y partió a paso ligero. Alicia se arrastró como pudo tras él. El sudor le cubría la frente y todo el costado era ahora una herida abierta a fuego.

Al llegar a la esquina de la calle Santa Ana, Daniel miró por encima del hombro. Alicia seguía allí, cojeando de un modo que le desconcertó. Se detuvo a observarla un instante y vio que ella alzaba la mano, intentando captar su atención. Daniel negó por lo bajo. Se disponía a encaminarse a su casa cuando la vio caer al suelo, como si algo se hubiera quebrado en ella. Esperó unos segundos, pero Alicia no se levantó. Dudó, luego se aproximó a ella y comprobó que se retorcía en el suelo. Avistó su rostro a la luz de la farola y pudo ver que estaba empapado de sudor y sumido en una mueca de dolor. Sintió el impulso de dejarla allí a su suerte, pero se acercó unos pasos y se arrodilló a su lado. Alicia le contemplaba con el rostro cubierto de lágrimas.

—¿Está haciendo teatro? —preguntó Daniel.

Ella extendió la mano hacia él, que la tomó y la ayudó a incorporarse. El cuerpo de Alicia temblaba de dolor bajo sus manos y Daniel sintió un amago de remordimiento.

—¿Qué le pasa?

—Es una vieja herida —jadeó Alicia—. Necesito sentarme, por favor.

Daniel la sujetó de la cintura y la guio hasta un café que quedaba al principio de la calle Santa Ana y cerraba siempre tarde. El camarero le conocía y Daniel supo que al día siguiente todo el barrio iba a tener noticia prolija de su aparición casi a medianoche con una damisela de turbios encantos en los brazos. Llevó a Alicia hasta una mesa junto a la entrada y la ayudó a sentarse.

—Agua —susurró ella.

Daniel se acercó a la barra y se dirigió al camarero.

—Ponme un agua, Manuel.

—¿Solo un agua? —preguntó el hombre guiñándole un ojo con complicidad.

Daniel no se detuvo en explicaciones y regresó a la mesa con una botella de agua y un vaso. Alicia sostenía un pastillero de metal en las manos e intentaba abrirlo. Él lo cogió y lo abrió por ella. Alicia tomó dos pastillas y se las tragó con un sorbo de agua que le resbaló por la barbilla y le descendió por la garganta. Daniel la miraba con preocupación, sin saber qué más hacer. Ella abrió los ojos y le miró, tratando de sonreír.

—Estaré bien enseguida —dijo.

—A lo mejor si come algo le hace efecto más rápido…

Alicia negó.

—Una copa de vino blanco, por favor…

—¿Quiere decir que es una buena idea mezclar alcohol con esas…?

Ella hizo un gesto afirmativo y Daniel fue en busca del vino.

—Manuel. Ponme un vino blanco y algo de picar.

—Tengo unas croquetitas de jamón para chuparse los dedos.

—Lo que sea.

De regreso a la mesa, Daniel insistió hasta que Alicia se comió una croqueta y media para acompañar el vino y lo que fuera que acababa de ingerir en forma de aquellas pastillas blancas. Poco a poco, pareció ir recuperando el control de sí misma y consiguió sonreírle como si no hubiera pasado nada.

—Siento que haya tenido que verme así —dijo.

—¿Se encuentra mejor?

Alicia asintió, aunque sus ojos habían adquirido un tinte vidrioso y líquido que hacía pensar que parte de ella estaba muy lejos de allí.

—Esto no cambia nada —avisó Daniel.

—Lo entiendo.

Daniel advirtió que Alicia hablaba lentamente, como si arrastrase las palabras.

—¿Por qué nos ha mentido?

—No les he mentido.

—Llámelo como quiera. Solo me ha contado una parte de la verdad, lo que viene a ser lo mismo.

—La verdad no la conozco ni yo, Daniel. Todavía no. Aunque quisiera, no podría revelársela.

A su pesar, él se sintió tentado de creerla. A ver si iba a ser todavía más bobo de lo que sospechaba Fermín.

—Pero voy a averiguarla —dijo Alicia—. Voy a llegar al fondo de este asunto y le aseguro que no le voy a ocultar nada.

—Entonces déjeme ayudarla. Por la cuenta que me trae.

Alicia negó.

—Sé que Mauricio Valls asesinó a mi madre —dijo Daniel—. Tengo todo el derecho del mundo a mirarle a la cara y a preguntarle por qué. Más que usted y Vargas.

—Eso es cierto.

—Permítame entonces ayudarla.

Alicia le sonrió con ternura y Daniel desvió la mirada.

—Puede usted ayudarme manteniendo a su familia y a usted seguros y a salvo. Vargas y yo no somos los únicos que estamos siguiendo este rastro. Hay otros. Gente muy peligrosa.

—No tengo miedo.

—Eso es lo que me preocupa, Daniel. Tenga miedo. Mucho miedo. Y déjeme hacer lo que sé hacer.

Alicia buscó su mirada y le tomó la mano.

—Le juro por mi vida que voy a encontrar a Valls y a asegurarme de que usted y su familia estén a salvo.

—Yo no quiero estar a salvo. Deseo saber la verdad.

—Lo que quiere usted, Daniel, es venganza.

—Eso es asunto mío. Y si usted no me cuenta lo que realmente está pasando lo voy a averiguar por mi cuenta. Hablo en serio.

—Lo sé. ¿Puedo pedirle un favor?

Daniel se encogió de hombros.

—Deme veinticuatro horas. Si en veinticuatro horas no he resuelto este asunto, le prometo por lo que usted más quiera que le diré todo lo que sé.

Él la observó con recelo.

—Veinticuatro horas —concedió al fin—. Yo también tengo un favor que pedirle a cambio.

—Lo que sea.

—Cuénteme por qué Fermín dice que le debe usted una explicación a él. ¿Una explicación sobre qué?

Alicia bajó la mirada.

—Hace muchos años, cuando yo era una niña, Fermín me salvó la vida. Fue durante la guerra.

—¿Lo sabe él?

—Si no lo sabe, lo sospecha. Él me había dado por muerta.

—¿Es esa herida que tiene usted de entonces?

—Sí —respondió de un modo que le hizo pensar que aquella era apenas una de las muchas heridas que escondía Alicia.

—Fermín también me ha salvado a mí —dijo Daniel—. Muchas veces.

Ella sonrió.

—En ocasiones la vida nos regala un ángel de la guarda.

Alicia hizo amago de levantarse. Daniel rodeó la mesa para ayudarla, pero ella le detuvo.

—Puedo sola, gracias.

—¿Está segura de que esas pastillas no la han dejado un poco…?

—No se preocupe. Soy una chica mayorcita. Venga, le acompaño hasta su portal. Me va de camino.

Anduvieron hasta la puerta de la vieja librería. Daniel extrajo la llave. Se miraron en silencio.

—Tengo su palabra —dijo Daniel.

Ella asintió.

—Buenas noches, Alicia.

La mujer permaneció allí, contemplándole inmóvil con aquella mirada vidriosa que Daniel no sabía si atribuir al fármaco o al pozo sin fondo que se adivinaba tras aquellos ojos verdes. Cuando él hizo el gesto de retirarse, Alicia se alzó de puntillas y acercó los labios a los de él. Daniel volvió el rostro y el beso le rozó la mejilla. Sin mediar palabra, Alicia se volvió y se alejó, su silueta evaporándose en las sombras.

Bea los había observado desde la ventana. Los había visto salir del café al pie de la calle y aproximarse al portal cuando las campanadas de medianoche repicaron sobre los tejados de la ciudad. En el momento en que Alicia se acercó a Daniel y este permaneció allí quieto, perdido en su mirada, Bea sintió que se le encogía el estómago. La vio auparse de puntillas y disponerse a besarle en los labios. Entonces dejó de mirar.

Regresó muy despacio al dormitorio. Se detuvo un instante frente al cuarto de Julián, que dormía profundamente. Entornó la puerta y volvió a la habitación. Se metió en la cama y esperó a oír la puerta. Los pasos de Daniel recorrieron el pasillo con sigilo. Bea permaneció allí, tendida en la penumbra con la mirada en el cielo raso. Escuchó a Daniel desnudarse al pie del lecho y enfundarse el pijama que ella le había dejado sobre la silla. Sintió su cuerpo deslizarse entre las sábanas. Cuando volvió la vista comprobó que Daniel le daba la espalda.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—Con Fermín.

16

Hendaya le ofreció un cigarrillo, pero Fernandito lo rechazó.

—No fumo, gracias.

—Hombre sabio. Por eso no acabo de entender por qué no llamas a tu padre para que venga a buscarte con la documentación y todo esto quede aclarado. ¿O es que ocultas algo?

El chico negó. Hendaya sonrió amigablemente y Fernandito recordó cómo le había visto volarle las rodillas a tiros al chófer hacía un par de horas. La mancha oscura en el cuello de la camisa seguía allí.

—No oculto nada, señor.

—¿Entonces…?

Hendaya empujó el teléfono hacia él.

—Una llamada y serás libre.

Fernandito tragó saliva.

—Quisiera pedirle que no me obligue a hacer esa llamada. Por una buena razón.

—¿Una buena razón? ¿Y cuál es, amigo Alberto?

—Es por mi padre, que está enfermo.

—¿Ah, sí?

—Del corazón. Sufrió un infarto un par de meses atrás y le tuvieron varias semanas en el Clínico. Ahora está en casa, recuperándose, pero está muy delicado.

—Lo lamento.

—Mi padre es un buen hombre, señor. Héroe de guerra.

—¿Héroe de guerra?

—Entró en Barcelona con las tropas nacionales. Hay una foto suya, desfilando por la Diagonal, en la portada de *La Vanguardia*. La tenemos enmarcada en el comedor de casa. Es el tercero por la derecha. Tendría que verlo. Le dejaron ir en primera fila por su comportamiento heroico en la batalla del Ebro. Era cabo primero.

—Debéis de estar todos muy orgullosos de él.

—Lo estamos, pero el pobre no ha vuelto a ser el mismo después de lo de mi madre.

—¿Tu madre?

—Murió hace cuatro años.

—Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias, señor. ¿Sabe lo último que me dijo mi madre antes de morir?

—No.

—Cuida de tu padre y no le des disgustos.

—¿Y le hiciste caso?

Fernandito bajó la mirada, compungido. Negó.

—La verdad es que no he sido el hijo que mi madre crio ni el que mi padre merece. Aquí donde me ve soy un tarambana.

—Y yo que te hacía un buen chaval.

—Nada de eso. Un bala perdida, eso soy yo. No hago más que causarle problemas a mi pobre padre, como si no tuviera ya suficiente pena. El día que no me echan del trabajo, salgo por ahí y me olvido la documentación. Ya lo ve. Un padre héroe de guerra y el hijo un perdulario.

Hendaya le estudió con cautela.

—¿Debo entender de todo esto que si llamas a tu padre y le dices que te han retenido en comisaría por no llevar la documentación le darás otro disgusto?

—El último, yo creo. Si le tiene que traer un vecino en la silla de ruedas a buscarme yo creo que se muere de vergüenza y de pena por el desastre de hijo que le ha salido.

Hendaya meditó el asunto.

—Me hago cargo, Alberto, pero entiéndeme tú a mí también. Me pones en un brete.

—Sí, señor, y bastante paciencia que ha tenido usted ya conmigo, que no la merezco. Si fuera por mí le diría que me metiera en el calabozo con la peor escoria para que aprendiese la lección. Pero le suplico que lo reconsidere por mi pobre padre. Yo le escribo aquí mismo mi nombre, apellidos y dirección, y puede usted venir mañana y preguntar por cualquier vecino, a ser posible por las mañanas que es cuando mi padre duerme, por la medicación.

Hendaya tomó el papel que le tendía Fernandito.

—Alberto García Santamaría. Calle Comercio treinta y siete, quinto primera —recitó—. ¿Y si te acompañan ahora unos agentes?

—Si mi padre, que se pasa las noches en vela mirando por la ventana y escuchando la radio, me ve llegar con la policía me echa de casa, que sería merecido, y luego le da el patatús.

—Y no queremos que eso suceda.

—No, señor.

—¿Y cómo sé yo que si te dejo no vas a volver a las andadas?

Fernandito se volvió solemne para contemplar el retrato oficial de Franco que pendía de la pared.

—Porque se lo voy a jurar a usted ante Dios y ante el Generalísimo, y si no es verdad que me caiga muerto ahora mismo.

Hendaya le observó con curiosidad y una pizca de simpatía por espacio de unos instantes.

—Veo que sigues en pie, así que debes de estar diciendo la verdad.

—Sí, señor.

—Mira, Alberto. Me has caído bien y la verdad es que es muy tarde y estoy cansado. Te voy a dar una oportunidad. No debería, porque el reglamento es el reglamento, pero yo también he sido hijo y no siempre el mejor. Puedes irte.

Fernandito miró hacia la puerta del despacho con incredulidad.

—Venga, antes de que cambie de idea.

—Mil gracias, señor.

—Agradéceselo a tu padre. Y que no se repita.

Ni corto ni perezoso, Fernandito se incorporó y secándose el sudor de la frente abandonó el despacho. Cruzó la larga sala de la Brigada Social sin prisa y al pasar junto a los dos agentes que le observaban en silencio correspondió a su saludo.

—Muy buenas noches.

Cuando llegó al corredor apretó el paso y se dirigió a las escalinatas que conducían a la planta baja. No fue hasta cruzar el umbral y pisar Vía Layetana cuando se permitió respirar hondo y bendecir al cielo, al infierno y a todo lo que quedaba entre ambos por su buena fortuna.

Hendaya observó cómo Fernandito cruzaba Vía Layetana y echaba a caminar calle abajo. Oyó los pasos de los dos agentes que le habían custodiado a su espalda.

—Quiero saber quién es, dónde vive y quiénes son sus amigos —dijo sin volverse.

17

Una niebla que dejaba briznas de humedad en la ropa anegaba las calles de Vallvidrera cuando Vargas se apeó del taxi y se encaminó hacia las luces del bar que había junto a la estación del funicular. El local estaba desierto a aquella hora de la noche y el cartel de CERRADO pendía de la puerta. Vargas dirigió la mirada al cristal y escrutó el interior. Un camarero pulía vasos con un trapo tras la barra sin más compañía que la radio y un chucho medio tuerto al que no hubiera tocado una pulga ni cobrando. Vargas golpeó el cristal con los nudillos. El camarero levantó la vista de su aburrimiento. Le dedicó una mirada breve y negó lentamente. Vargas extrajo su identificación y llamó de nuevo con más fuerza. El camarero suspiró, rodeó la barra y se acercó a la puerta. El perro, resucitado de su sopor, se arrastró cojeando a modo de escolta.

—Policía —anunció Vargas—. Necesito usar su teléfono.

El camarero abrió la puerta y le dejó entrar. Señaló el teléfono que había junto a la entrada de la barra.

—¿Le sirvo algo, ya puestos?

—Un cortado, si no es mucha molestia.

Mientras el camarero preparaba la cafetera, Vargas tomó el teléfono y marcó el número de la comisaría central. El perro se plantó a su lado y le observó con ojos adormilados y un meneo de rabo de bajo voltaje.

—*Chusco*, no molestes —advirtió el camarero.

Mientras esperaba, Vargas y *Chusco* se calibraron mutuamente, comparando grado de veteranía y desgaste.

—¿Qué edad tiene el perro? —preguntó el policía.

El camarero se encogió de hombros.

—Cuando me traspasaron el bar ya estaba aquí y no se aguantaba ni los pedos. Y de eso hace diez años.

—¿Qué raza es esta?

—*Tutti frutti*.

Chusco se dejó caer a un lado y le mostró una panza rosada y pelada. Una voz carraspeó en la línea.

—Páseme con Linares. Soy Vargas, de Jefatura Central.

Al rato oyó un chasquido en la línea y la voz de Linares, tocada de cierta sorna.

—Te hacía ya en Madrid, Vargas, recogiendo medallas.

—Me he quedado unos días más para asistir a algún desfile de gigantes y cabezudos.

—No te me aficiones que aquí ya tenemos todas las plazas reservadas. ¿Qué se te ofrece a estas horas de la noche? No me digas que tienes malas noticias.

—Eso depende. Estoy en Vallvidrera, en el bar junto a la estación del funicular.

—Las mejores vistas de toda Barcelona.

—Ya lo puedes decir. Hace un rato acabo de ver un cadáver en una casa en la carretera de las Aguas.

Vargas saboreó el resoplido de Linares.

—Me cago en diez —resopló Linares—. ¿Hacía falta?

—¿No me vas a preguntar quién es el difunto?

—Tampoco me lo ibas a decir.

—Lo haría si supiera quién es.

—A lo mejor me puedes decir qué hacías a las tantas explorando caserones ahí arriba. ¿Turismo de montaña?

—Atando cabos sueltos. Ya sabes cómo son estas cosas.

—Ya. Y supongo que esperas que saque a un juez de la cama ahora para levantar el cuerpo.

—Si no es mucho pedir.

Linares resopló de nuevo. Vargas le oyó dar voces.

—Dame una hora, hora y media. Y hazme el favor de no encontrar más fiambres, si no te importa.

—A tus órdenes.

Vargas colgó el teléfono y encendió un cigarrillo. Un cortado humeante aguardaba en la barra. El camarero le miraba con vaga curiosidad.

—No ha oído usted nada —le advirtió.

—Descuide, que estoy más sordo que el *Chusco*.

—¿Puedo hacer otra llamada? —preguntó el policía.

El camarero se encogió de hombros. Vargas marcó el número del piso de Aviñón. Tuvo que esperar varios minutos para obtener contestación. Finalmente oyó cómo se levantaba el auricular y el murmullo de una respiración al otro lado.

—Soy yo, Alicia. Vargas.

—¿Vargas?

—No me diga que ya me ha olvidado.

Una larga pausa. La voz de Alicia sonaba como si proviniese del interior de una pecera.

—Pensaba que sería Leandro —dijo al fin, arrastrando las palabras.

—Suena rara. ¿Ha bebido?

—Cuando bebo no sueno rara, Vargas.

—¿Qué se ha tomado?

—Un vasito de leche caliente antes de decir mis oraciones e irme a dormir.

—¿Dónde se había metido? —preguntó él.

—Estaba tomando algo con Daniel Sempere.

Vargas mantuvo un largo silencio.

—Sé lo que me hago, Vargas.

—Si usted lo dice.

—¿Dónde está?

—En Vallvidrera, esperando a la policía y al juez para que hagan el levantamiento del cadáver.

—¿Qué les ha dicho?

—Que he ido a la casa de Mataix intentando acabar de atar algunos cabos sueltos y me he encontrado una sorpresa.

—¿Y se lo han creído?

—No, pero me quedan buenos amigos en Jefatura.

—Y del cuerpo, ¿qué piensa contarles?

—Que no lo reconozco porque no le había visto nunca con anterioridad. Lo cual es técnicamente cierto.

—¿Saben sus amigos que ha sido usted relevado del caso?

—Es probable que se enteraran antes que yo. Aquí el que no corre vuela.

—Tan pronto como identifiquen el cuerpo la noticia llegará a Madrid. Y a Leandro.

—Lo cual nos da unas horas de margen —estimó Vargas—. Eso con suerte.

—¿Le ha dicho algo Fermín? —preguntó Alicia.

—Perlas cultivadas. Y que ustedes dos tienen una conversación pendiente.

—Ya lo sé. ¿Le ha dicho sobre qué?

—Hemos intimado, pero no tanto. Me da que Fermín la toma a usted por alguien de su pasado.

—Y ahora ¿qué?

—Una vez el juez levante acta, voy a acompañar el cuerpo hasta el depósito con el cuento de que podría formar parte de mi investigación. Al forense le conozco de mis años en Leganés. Es una buena pieza. Veré lo que puedo averiguar.

—Va a estar allí por lo menos hasta que salga el sol.

—Por lo menos. Me echaré una cabezadita en la morgue. Seguro que me prestan una mesa de autopsia —bromeó Vargas sin ganas—. Los forenses son todos muy de la guasa.

—Vaya con cuidado. Y llámeme a la que sepa algo.

—Descuide. Usted intente dormir un poco y descansar.

Vargas colgó el teléfono y se acercó a la barra. Tomó el cortado, ya tibio, y lo apuró de un sorbo.

—¿Le pongo otro?

—Casi le diría que un café con leche.

—¿Una pastita para bajarlo todo? Invita la casa. Mañana estarán para tirar.

—Pues venga.

Vargas arrancó un cuerno del estropajoso cruasán y lo examinó al trasluz, debatiendo sobre si la ingesta de semejante artefacto era una buena idea. *Chusco*, con los escasos escrúpulos alimentarios propios de su especie, le observaba fijamente y se relamía con anticipación. Vargas dejó caer el pedazo de pasta y *Chusco* la capturó al

vuelo. El perro procedió a devorar el premio con avidez y a dedicarle un jadeo de gratitud eterna.

—Vigile que luego no se lo va a quitar de encima —advirtió el camarero.

Vargas intercambió otra mirada con su nuevo mejor amigo. Le entregó el resto del cruasán y *Chusco* se lo tragó de un bocado. «En este perro mundo —pensó—, cuando te haces viejo y te duele hasta el sentido común, un mendrugo de amabilidad, o de lástima, es un manjar de dioses».

Los noventa minutos prometidos por Linares se convirtieron en dos horas largas. Cuando avistó las luces del coche de policía y la furgoneta del depósito cortando la niebla en su ascenso por la carretera, Vargas abonó la consumición añadiendo una generosa propina y salió a la calle a esperar cigarrillo en mano. Linares no se apeó. Bajó la ventanilla e hizo señas a Vargas para que se metiera en el automóvil y se acomodara a su lado en el asiento de atrás. Uno de sus hombres iba al volante. Un individuo rechoncho embutido en un abrigo y tocado de una expresión saturnina viajaba en el asiento del acompañante.

—Señoría —saludó Vargas.

El juez no se molestó en saludar o reconocer su presencia. Linares le dedicó una mirada ácida y sonrió, encogiéndose de hombros.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Aquí cerca. A la carretera de las Aguas.

Mientras descendían rumbo a la entrada del camino, Vargas miró de reojo a su viejo compañero. Sus veinte años en el Cuerpo habían hecho con Linares lo que habían querido y más.

—Tienes buen aspecto —mintió.

Linares rio por lo bajo. Vargas tropezó con la mirada del juez en el espejo retrovisor.

—¿Viejos amigos? —inquirió este.

—Vargas no tiene amigos —dijo Linares.

—Hombre sabio —sentenció el juez.

Vargas guio al conductor a través de la senda de sombras que describía la carretera hasta que los faros del coche perfilaron la verja de la casa de los Mataix. La furgoneta del depósito los seguía a poca distancia. Se apearon del automóvil y el juez se adelantó unos pasos a contemplar la silueta del caserón entre los árboles.

—El cuerpo está en el sótano —indicó Vargas—. En una piscina. Debe de llevar ahí dos o tres semanas.

—Cágate —dictaminó uno de los mozos del depósito, que tenía aspecto de novato.

El juez se acercó a Vargas y le miró a los ojos.

—¿Dice Linares que lo ha descubierto usted en el curso de una investigación?

—Así es, señoría.

—¿Y que no lo ha podido identificar?

—No, señoría.

El juez dirigió la vista a Linares, que se frotaba las manos para combatir el frío. El segundo mozo del depósito, más veterano y con gesto impenetrable, se aproximó al cortejo y buscó la mirada de Vargas.

—¿Una o varias piezas?

—¿Perdón?

—El finado.

—Una. Creo.

El mozo asintió.

—Manolo, la bolsa grande, el bichero y un par de palas —ordenó a su aprendiz.

Media hora más tarde, mientras los mozos cargaban el cadáver en la furgoneta y el juez completaba la documentación sobre el capó del coche bajo el haz de luz de la linterna que sostenía el subalterno de Linares, Vargas advirtió a su lado la presencia de su antiguo compañero. Observaron en silencio cómo los empleados del depósito se las veían y se las deseaban para aupar el cadáver, más pesado de lo que habían calculado, al interior del furgón. En el trance le propinaron más de uno y de dos porrazos en lo que parecía la cabeza al tiempo que discutían entre ellos y maldecían por lo bajo.

—No somos nada —murmuró Linares—. ¿Uno de los nuestros?

Vargas se aseguró de que el juez estuviera fuera del alcance de su voz.

—Algo así. Voy a necesitar un poco de tiempo.

Linares bajó la mirada.

—Doce horas, como mucho. No te puedo dar más.

—Hendaya… —dijo Vargas.

Linares asintió.

—¿Está Manero en la morgue?

—Esperándote. Ya le he dicho que ibas para allí.

Vargas sonrió en agradecimiento.

—¿Algo que deba saber? —preguntó Linares.

El otro negó.

—¿Qué tal Manuela?

—Gorda como un ceporro, como su madre.

—Como a ti te gusta.

Linares asintió, solemne.

—Ya no se debe de acordar de mí —aventuró Vargas.

—Del nombre no, pero te sigue llamando *el hijo de puta*. Con cariño.

Vargas le ofreció un cigarrillo a su amigo, que declinó.

—¿Qué nos ha pasado, Linares?

Este se encogió de hombros.

—España, supongo.
—Podría ser peor. Podríamos estar en la bolsa.
—Tiempo al tiempo.

18

Supo que le estaban dando caza sin necesidad de volver la vista atrás. Al doblar la esquina y enfilar la avenida de la Catedral, Fernandito echó un vistazo por encima del hombro y los vio. Un par de siluetas le iban siguiendo desde que había salido de la comisaría. Apretó el paso y ajustó el rumbo ciñéndose a la sombra de los portales hasta ganar el extremo de la explanada. Allí se detuvo un instante al amparo de la marquesina de un café cerrado y comprobó que los dos esbirros de Hendaya no habían perdido su rastro. No tenía intención de conducirlos hasta su casa ni mucho menos hasta Alicia, así que optó por arrastrarlos a un recorrido turístico por la Barcelona nocturna con la esperanza de que extraviaran al señuelo, ya fuera por fortuna, fatiga o incluso por un golpe de ingenio.

Echó a caminar rumbo a Puertaferrisa por el centro de la calle, tan visible como una diana en un campo de tiro. La vía estaba prácticamente desierta a aquella hora de la noche y Fernandito desfiló sin prisa, cruzándose con algún crápula ocasional, un sereno de guardia y el habitual contingente de almas perdidas que siempre patrullaban las calles de Barcelona hasta bien entrada la madrugada. Cada vez que volvía la vista atrás los perros de presa de Hendaya estaban allí, siempre a la misma distancia caminara más o menos aprisa.

Al llegar a las Ramblas sopesó echar a correr e intentar perderse por las callejas del Raval, pero supuso que esa jugada le delataría y que, dada la pericia de sus perseguidores, sus perspectivas de éxito eran mínimas. Decidió continuar Ramblas abajo hasta llegar a la boca del mercado de la Boquería. Un cortejo de furgones se había congregado a sus puertas. Un nutrido grupo de estibadores faenaban bajo la guirnalda de bombillas prendidas en el interior del mercado descargando cajas y abasteciendo las paradas para el día siguiente. Sin pensarlo dos veces, se coló entre las columnas de cajas. Su silueta se fundió con las de docenas de trabajadores que recorrían los pasillos del mercado. Tan pronto como se sintió a salvo de la mirada de sus perseguidores, Fernandito se puso a trotar en dirección a la parte de atrás del recinto. La inmensa bóveda del mercado se abría a su paso como una catedral consagrada al arte de la fina vianda donde todos los olores y colores del universo se conjuraban en un gran bazar con que aplacar los apetitos de la ciudad.

Sorteó pilas de frutas y verduras, montículos de especias y conservas, arcones repletos de hielo y criaturas gelatinosas que aún se movían. Esquivó cadáveres sanguinolentos colgados de garfios y encajó maldiciones y empujones de carniceros, mozos y verduleras calzadas con botas de goma. Al llegar al extremo del tendido encontró una plaza repleta de pilas de cajas de madera vacías. Corrió a ocultarse tras una columna de arcones y concentró la mirada para escrutar la salida trasera del mercado. Transcurrieron casi treinta segundos sin señal de los dos agentes. Fernandito respiró hondo y se permitió una sonrisa de alivio. Su pausa de sosiego apenas duró un instante. Los dos policías asomaron por la puerta del mercado y se

detuvieron a estudiar la plaza. Fernandito se hundió en la sombra. Se deslizó rápidamente hasta una calleja que bordeaba el antiguo hospital de la Santa Cruz en dirección a la calle del Carmen.

Tropezó con ella tan pronto como dobló la esquina: rubia de bote, falda ajustada al punto de explosión y rostro de madona perdida de piedades y carmín infernal.

—Hola, prenda —entonó zalamera—. ¿No tendrías tú que estar preparándote el Cola Cao para ir al colegio?

Fernandito estudió a la fulana y, sobre todo, la promesa de refugio que se abría en el portal a su espalda. El aspecto del inmueble invitaba a todo menos a entrar. Un individuo de tez cetrina hacía las veces de recepcionista y ocupaba una garita del tamaño de un confesionario.

—¿Cuánto? —improvisó Fernandito, oteando el acceso al callejón.

—Eso depende del servicio. Hoy tengo un especial para monaguillos y niños de teta, porque para teta…

—Vale —cortó el chico.

La fulana dio por concluida la presentación de ventas y le asió del brazo, tirando de él hacia la escalera. Al tercer paso el cliente se detuvo a mirar atrás, alertado tal vez por el radar timorato que todo pardillo lleva dentro o por los aromas que exhalaba el interior de la finca. Temiendo una pérdida contable en la que ya de por sí era una noche de sequía, la meretriz le dispensó un fogoso apretón y le susurró al oído con el aliento húmedo y la prosodia de excelsa lagarta que tan buenos resultados le deparaba con los niñatos de disposición flácida.

—Venga, pichón mío, vente que te voy a pegar un viaje de fin de curso que te vas a quedar a cuadros —prometió.

Cruzaron frente a la garita, donde, sin llegar a detenerse, el intendente les entregó el lote logístico, que incluía jabón, gomas y demás utensilios de menester. Fernandito siguió a la Venus de alquiler sin perder de vista la entrada del portal. Una vez rebasada la esquina de la escalera y llegados al rellano de un primer piso que prometía un pasillo cavernoso de habitaciones perfumadas con salfumán, la fulana le dedicó una mirada de inquietud.

—Te veo con mucha prisa —dijo.

Fernandito suspiró y ella buscó sus ojos inquietos. La calle diploma en psicología a marchas forzadas, y la experiencia de campo le había enseñado que, si un cliente no entraba ya en caliente ante la mera promesa de un buen meneo y de su frondoso palmito, era de esperar que se echara atrás al pisar la cochambrosa habitación que tenía por oficina. O, peor, que se dejara el empeño antes de bajarse los calzones y se batiera en retirada sin haber satisfecho expectativas ni honorarios.

—Mira, corazón, la rapidez no es buena consejera para estas cosas, y menos a tu edad, que a más de uno se le ha ido el santo al cielo con un simple roce de esta pechuga serrana. Esto tienes que saborearlo como un pastelito de nata. Bocadito a bocadito.

Fernandito balbuceó lo que la fulana optó por tomar como capitulación ante el irrebatible alegato de sus prietas carnes. La habitación quedaba al final del pasillo. De camino, el chico tuvo ocasión de apreciar el murmullo de jadeos y sacudidas que se filtraban tras las puertas. Algo en su rostro debió de delatar su escaso bagaje cultural.

—¿Primera vez? —preguntó la fulana, abriendo la puerta y cediéndole el paso.

El chico asintió, angustiado.

—Pues no te preocupes, los novatos son mi especialidad. Por mi consulta han pasado la mitad de los señoritos bien de Barcelona para que les enseñara a cambiarse los pañales solitos. Entra.

Fernando echó un vistazo a su refugio temporal. Era peor de lo que había esperado.

La cámara describía un catálogo de miserias y hedores enmarcados en pintura verde desconchada por humedades de origen incierto. El amago de baño, abierto al dormitorio, estaba presidido por un retrete sin tapa, un lavamanos de color ocre y un ventanuco por el que se filtraba una claridad plomiza. Las tuberías susurraban una extraña melodía de borbotones y goteos que inspiraban de todo menos los efluvios del querer. Una palangana de considerables dimensiones a pie del lecho insinuaba misterios que era preferible no desvelar. La cama consistía en un armazón de metal, un colchón que había sido blanco haría unos quince años y almohadas de alto kilometraje.

—Casi es mejor que me vaya a mi casa —argumentó Fernandito.

—Tranquilo, chaval, que ahora empieza lo bueno. A la que te quite los pantalones esto te va a parecer la *suite* nupcial del Ritz.

La fulana condujo a Fernandito hasta el catre y le ayudó a sentarse a empujones. Rendido el cliente a los envites, ella se arrodilló frente a él y le sonrió con una ternura que cortaba el maquillaje y la tristeza que destilaba su mirada. Un barniz mercantil en su gesto arruinó la escasa poesía barriobajera que Fernandito había querido imaginar. La prostituta le miraba expectante.

—Sin mosca no hay paraíso, cariño.

Fernandito asintió. Hurgó en sus bolsillos y sacó la cartera. Los ojos de la fulana se encendieron de ansia. Él tomó el dinero que llevaba y se lo entregó a la mujer sin contarlo.

—Es todo lo que tengo. ¿Está bien?

La meretriz dejó el dinero sobre la mesita y le miró a los ojos con estudiada dulzura.

—Yo soy Matilde, pero puedes llamarme lo que quieras.

—¿Qué le llama la gente?

—Va a gustos. Zorra, puta, guarra o el nombre de su mujer o su madre… Una vez un seminarista arrepentido me llamó *mater*. Yo pensaba que quería decir váter, pero resulta que es *mamá* en latín.

—Yo soy Fernando, pero todo el mundo me llama Fernandito.

—Dime, Fernando, ¿has estado alguna vez con una mujer?

Él asintió con raquítica convicción. Mala señal.

—¿Sabes lo que hay que hacer?

—La verdad es que solo quiero poder pasar aquí un rato. No hace falta que hagamos nada.

Matilde frunció el ceño. Los retorcidos eran los peores. Decidida a enderezar la situación, procedió a desabrocharle el cinturón y empezó a bajarle los pantalones. Fernandito la interrumpió.

—No tengas miedo, cielo.

—No tengo miedo de usted, Matilde —dijo Fernandito.

Ella se detuvo y le miró fijamente.

—¿Te sigue alguien?

Fernandito asintió.

—Ya. ¿Policía?

—Creo que sí.

La mujer se incorporó y se sentó a su lado.

—¿Seguro que no quieres hacer nada?

—Solo estar aquí un rato. Si no le importa.

—¿No te gusto?

—No quería decir eso. Es usted muy atractiva.

Matilde rio por lo bajo.

—¿Tienes una chica que te guste?

Fernando no respondió.

—Seguro que sí. Anda, dime, ¿cómo se llama tu novia?

—No es mi novia.

Matilde le miraba, inquisitiva.

—Se llama Alicia —dijo Fernandito.

La mano de la mujer se posó en su muslo.

—Seguro que yo sé hacer cosas que tu Alicia no sabe.

Fernandito se dio cuenta de que no tenía la más mínima idea de las cosas que Alicia sabía o no hacer, y no por falta de especulación. Matilde le observaba con curiosidad. Se tendió en el lecho y le tomó de la mano. Cuando él la miró a la luz de aquella bombilla anémica que le confería un tinte amarillento, comprendió que Matilde era mucho más joven de lo que había supuesto y que era posible que apenas tuviera cuatro o cinco años más que él.

—Si quieres te puedo enseñar cómo se acaricia a una chica.

Fernandito se atragantó con su propia saliva.

—Ya sé cómo se hace —articuló con escaso brío.

—Ningún hombre sabe cómo se acaricia a una chica, corazón. Hazme caso. Hasta el más pintado tiene dedos de mazorca. Ven, échate a mi lado.

Fernandito dudó.

—Desnúdame. Despacito. Cuanto más despacio se desnuda a una chica más rápido se la conquista. Imagina que soy Alicia. Seguramente hasta me parezco un poco.

Como un huevo a una castaña, pensó Fernandito. Pero, aun así, la imagen de Alicia tendida frente a él en el lecho con los brazos extendidos por encima de los hombros le nubló las retinas. Fernandito apretó el puño para contener el tembleque.

—Alicia no tiene por qué saberlo. Yo te guardo el secreto. Anda.

19

Enterrado en una oscura esquina donde la calle Hospital perdía su dulce nombre se alzaba un edificio sombrío al que nunca parecía haber rozado la luz del sol. Un portal de hierro vedaba la entrada y no había cartel o indicación alguna que permitiera adivinar lo que ocultaba en su interior. El coche de la policía se detuvo delante. Vargas y Linares se apearon.

—¿Seguirá aquí ese infeliz? —preguntó Vargas.

—No creo que le lluevan ofertas para irse a otro sitio —dijo Linares llamando al timbre.

Esperaron cerca de un minuto hasta que la puerta se abrió hacia adentro. Los recibió la mirada reptil de un individuo de infausta hechura que les cedió el paso con gesto poco amigable.

—Le hacía a usted muerto —saludó al reconocer a Vargas.

—Yo también le he echado de menos, Braulio.

Los más veteranos sabían de Braulio, homúnculo de piel curtida por el formol y paso quebrado que oficiaba como ordenanza, asistente del forense y alma en pena oficial del lugar. Aseguraban las lenguas maledicentes que malvivía en los sótanos de la morgue haciendo de la cochambre un arte y envejeciendo con mal tiento al abrigo de un camastro sembrado de chinches y una única muda de ropa que ya llevaba cuando ingresó en desafortunadas circunstancias en la institución al cumplir los dieciséis años.

—El doctor los está esperando.

Vargas y Linares le siguieron a través de la letanía de corredores húmedos y tintados de penumbra verdosa que conducían a las entrañas de la morgue. La leyenda negra contaba que Braulio había llegado a aquel lugar hacía treinta años tras ser arrollado por un tranvía frente al mercado de San Antonio mientras huía del escenario de un hurto menor, léase el robo frustrado de una gallina escuálida o un puñado de enaguas, según la versión. El conductor de la ambulancia que le recogió, al ver el amasijo de miembros anudados en un lazo imposible, lo declaró muerto en el acto y, tras cargarlo en el vehículo como si fuese un saco de escombros, se detuvo a catar unos vinos con unos amiguetes en una tasca de la calle Comercio antes de hacer entrega del maltrecho batiburrillo de huesos sanguinolentos en la morgue que mantenía la policía en el Raval, que le iba más de paso que la del hospital Clínico. Cuando el forense en prácticas se dispuso a hincarle el bisturí y a abrirlo en canal, el moribundo abrió unos ojos como platos y revivió de un brinco. El suceso fue declarado un milagro del sistema sanitario nacional y recibió una amplia cobertura en la prensa local porque era pleno verano y los periódicos gustaban de publicar curiosidades y disparates de peso pluma para amenizar la canícula. «Desgraciado revive por ensalmo a un paso de la muerte», rezó *El Noticiero Universal* en portada.

Sin embargo, la fama y la gloria de Braulio resultaron efímeras y a tono con la

frivolidad de los tiempos, pues trascendió que el interfecto era feo con ganas y sufría de flatulencia crónica al haber quedado su intestino grueso trenzado como una peineta, por lo que el público lector se vio en el brete de tener que olvidarlo con premura para concentrar de nuevo la atención en la vida de cupleteras y astros del fútbol. El pobre Braulio, habiendo saboreado las mieles de la fama, no llevó bien su regreso al más ignominioso de los anonimatos. Pensó en quitarse la vida mediante una ingesta desmesurada de buñuelos de cuaresma pasados pero, en un momento de misticismo que le sobrevino sentado en el retrete por mor del severo ataque de colitis resultante, vio la luz y comprendió que el Señor, en sus laberínticos designios, había querido para él una existencia entre tinieblas al servicio del *rigor mortis* y sus aledaños.

Con los años y el aburrimiento la mística popular de comisaría urdió un folletín de factura ensortijada en torno a la figura, las andanzas y los milagros de Braulio, que en su tránsito interrumpido entre ambos mundos habría sido adoptado por un ánima malévola que se resistía a descender a los infiernos, más a gusto en aquella Barcelona de los años treinta, que era a juicio de los entendidos lo que más se le parecía.

—¿Y sigue sin echarse novia, Braulio? —preguntó Linares—. Con ese olorcillo a butifarra negra rancia que suelta se las debe de llevar de calle.

—Novias tengo de sobra —replicó Braulio, guiñando un ojo de párpado abatido y morado parecido a un parche—. Y bien quietecitas que se están.

—Deje de decir gorrinadas y traiga el cuerpo, Braulio —ordenó una voz desde la tiniebla.

Al son de la voz de su amo, Braulio partió a escape y Vargas avistó la silueta del doctor Andrés Manero, forense y viejo compañero de fatigas. Manero se adelantó y le ofreció la mano.

—Hay gente que solo se ve en los entierros, pero usted y yo ni eso: solo para las autopsias y otras fiestas de guardar —dijo el doctor.

—Señal de que seguimos vivos.

—Eso usted, Vargas, que está hecho un toro. ¿Cuánto hace de la última vez?

—Lo menos cinco o seis años.

Manero asintió sonriendo. Incluso a la luz mortecina que flotaba en la sala, Vargas advirtió que su amigo había envejecido más allá de lo imprescindible. Al poco se oyó el paso maltrecho de Braulio empujando la camilla. El cuerpo iba cubierto por un lienzo que se había pegado al cadáver y empezaba a transparentar al contacto con la humedad. Manero se aproximó a la camilla y levantó la parte del sudario que cubría el rostro. Su expresión no se inmutó, pero desvió por un momento la mirada hacia Vargas.

—Braulio, déjenos.

El ayudante, contrariado, enarcó las cejas.

—¿No me necesita el doctor?

—No.

—Pero yo creí que le iba a asistir en…

—Ha creído mal. Salga un rato a echar un pitillo.

Braulio lanzó una mirada hostil a Vargas, pues no le quedaba duda de que él debía de ser el culpable de que no pudiera participar del festín en ciernes. Vargas le devolvió el guiño y señaló la salida.

—Aire, Braulio —ordenó Linares—. Ya ha oído al doctor. Y dese un baño bien caliente, procurando a ser posible rasparse la pudenda con fuerza a base de lejía y piedra pómez, que una vez al año no hace daño. ¡Ah! Y le regalo el pareado.

Braulio, visiblemente enojado, partió cojeando y masticando maldiciones. Una vez libres de su presencia, Manero retiró por completo el sudario y encendió la góndola de lámparas regulables que pendía del techo. Una luz pálida, de vapor y hielo, esculpió el contorno del cuerpo. Linares se adelantó y, tras dedicar un vistazo somero al cadáver, dejó escapar un suspiro.

—Santo Dios…

Linares desvió la vista y se aproximó a Vargas.

—¿Es quien parece? —murmuró.

Vargas le sostuvo la mirada sin responder.

—Esto no voy a poder taparlo —dijo Linares.

—Lo entiendo.

Linares bajó la cabeza, negando para sí.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —preguntó.

—Siempre puedes quitarme la lapa de encima.

—No te sigo.

—Alguien lo hace. Uno de los tuyos.

Linares le miró fijamente, la sonrisa en retirada.

—No tengo a nadie siguiéndote.

—Habrá sido alguien de arriba entonces.

Linares negó.

—Si hubiese alguien haciéndolo lo sabría. Mío o no.

—Es un tipo joven, bastante malo. Pequeñín. Un novato. Rovira, se llama.

—El único Rovira que hay en Jefatura está en el archivo, tiene sesenta años y suficiente metralla en las piernas como para abrir una ferretería. El pobre no podría ir tras su sombra ni aunque le pagasen.

Vargas frunció el ceño. El rostro de Linares destilaba decepción.

—Seré muchas cosas, Vargas, pero no de los que apuñalan por la espalda a un amigo —dijo.

El otro iba a replicar pero Linares alzó la mano para silenciarle. El mal estaba hecho.

—Tienes hasta media mañana. Después debo dar parte. Esto traerá tela, ya lo

sabes —dijo, camino de la salida—. Buenas noches, doctor.

Anclado en las sombras del callejón que bordeaba la morgue, Braulio contempló la silueta de Linares alejándose en la noche. «Ya te pillaré, cabrón», se dijo. Tarde o temprano, todos aquellos gallitos que habían venido al mundo a faltarle al respeto acababan como los demás, un pedazo de carne tumefacta tendida sobre una lámina de mármol a merced del acero bien afilado y el capricho de quien sabía trabajarlo. Y él estaba allí para darles la despedida que merecían. No era la primera vez y no sería la última. Quienes creían que la muerte era la indignidad final que dispensaba la vida se equivocaban. Un amplio catálogo de escarnios y humillaciones esperaba entre bambalinas caído el telón, y el bueno de Braulio siempre estaba allí para quedarse con uno o dos recuerdos para su galería de trofeos y asegurarse de que cada cual cruzase a la eternidad con su justa recompensa. A Linares le tenía pillado el número desde hacía tiempo. Y de su amiguito Vargas tampoco se había olvidado. Nada mantiene mejor la memoria que el resentimiento.

—Te voy a deshuesar como a un jamón y me voy a hacer un llavero con tus huevos, capullo —murmuró—. Antes de lo que te esperas.

Acostumbrado pero nunca aburrido de escucharse, Braulio sonrió complacido y decidió celebrar la buena fortuna de su ingenio con un cigarrillo con que templar el frío que permeaba la calle Hospital a aquellas horas de la madrugada. Palpó los bolsillos de su abrigo, herencia de un difunto de inclinación subversiva que había pasado por taquilla semanas atrás en condiciones que daban fe de que todavía quedaban en Jefatura artistas que los tenían bien puestos. El paquete de Celtas estaba vacío. Braulio hundió las manos en los bolsillos y observó su aliento dibujando volutas en el aire. Con lo que le iba a pagar Hendaya cuando le contase lo que acababa de ver podría comprarse varios cartones de Celtas y hasta un bote de vaselina fina, de aquella perfumada que vendían en la tienda de lavajes de Genaro el Chino. Porque a algunos clientes había que tratarlos con clase.

El eco de unos pasos en la oscuridad le despertó de sus ensoñaciones. Afinó la vista y advirtió que una silueta se formaba entre los pliegues de la neblina y avanzaba en su dirección. Braulio dio un paso atrás y chocó contra la puerta de la entrada. El visitante no parecía mucho más alto que él pero transmitía una extraña calma y determinación que le erizaron los cuatro pelos que le colgaban de la nuca. El tipo se detuvo frente a Braulio y le tendió un paquete de cigarrillos abierto.

—Usted debe de ser el señor don Braulio —dijo.

Nadie le había llamado señor o don en toda su vida y Braulio descubrió que no le gustaba el sonido del tratamiento en labios de aquel extraño.

—Y usted ¿quién es? ¿Le envía Hendaya?

El visitante se limitó a sonreír y alzó el paquete de cigarrillos hasta el rostro de Braulio, que aceptó uno. A continuación extrajo un mechero de gasolina y le brindó

la llama abierta.

—Gracias —murmuró él.

—No se merecen. Dígame usted, don Braulio, ¿quién hay ahí dentro?

—Una pila de fiambres, qué va a haber…

—Me refiero a los vivos.

Braulio dudó.

—Entonces le envía Hendaya, ¿no?

El extraño se limitó a mirarle fijamente sin dejar de sonreír. Braulio tragó saliva.

—El forense y un policía de Madrid.

—¿Vargas?

Braulio asintió.

—¿Qué tal?

—¿Perdón?

—El cigarrillo. ¿Qué tal?

—Muy fino. ¿Importado?

—Como todo lo bueno. Tiene usted llaves, ¿verdad, don Braulio?

—¿Llaves?

—Del depósito. Me temo que voy a necesitarlas.

—Hendaya no dijo nada de entregar las llaves a nadie.

El extraño se encogió de hombros.

—Cambio de planes —señaló mientras se enfundaba unos guantes con parsimonia.

—Oiga, ¿qué hace?

El brillo del acero apenas duró un instante. Braulio notó que la hoja del cuchillo, el frío más cortante que había conocido en su miserable existencia, se hundía en sus entrañas. Al principio apenas sintió dolor, tan solo aquella percepción de claridad extrema y de debilidad a medida que la hoja le rebanaba las tripas. Luego, cuando el extraño le hundió de nuevo el cuchillo en el bajo vientre hasta el mango y tiró con fuerza hacia arriba, Braulio sintió que aquel frío se tornaba fuego. Una garra de hierro candente se abrió camino hacia su corazón. La garganta se le inundó de sangre y ahogó sus gritos mientras el extraño le arrastraba al callejón y sustraía el manojo de llaves que llevaba prendido al cinto.

20

Recorrió los pasillos en la penumbra hasta enfilar el corredor que conducía a la sala de autopsias. Un halo verdoso se filtraba por las rendijas de la puerta. La voz de los dos hombres podía oírse desde allí. Hablaban como viejos amigos, dejando silencios que no requerían disculpa y bromeando para orillar la tarea a mano. Se aupó hasta el círculo de cristal tintado que coronaba la puerta. Estudió la silueta de Vargas, sentado en una de las placas de mármol, y la del forense, inclinado sobre el cadáver. Escuchó al doctor describir con detalle el fruto de su labor. No pudo evitar sonreír ante el ingenio con que el forense desentrañaba los detalles de los últimos instantes de Lomana sin hacerle ascos a la finura del corte, la precisión con la que había rebanado las arterias y la tráquea de aquel patán para verle morir de rodillas, el pánico en los ojos y la sangre brotando a borbotones por sus manos. Entre maestros era de caballeros el reconocer el trabajo bien hecho.

El forense describió también las puñaladas que le había propinado en el torso cuando Lomana se aferró a sus piernas intentando evitar en vano que le empujase hasta el borde de la piscina. No había agua en sus pulmones, explicó, solo sangre. Lomana se había ahogado en su propia sangre antes de hundirse en las aguas putrefactas. El forense era un hombre experimentado, un profesional que conocía el oficio y cuyo magisterio le inspiraba respeto y admiración. No había muchos como él. Solo por eso, decidió, le perdonaría la vida.

Vargas, zorro viejo, dejaba caer preguntas aquí y allá con notable perspicacia. No se lo iba a negar, pero era obvio que estaba dando palos de ciego y que, más allá de los particulares de la agonía final de Lomana, poco podría sacar en claro de su visita a la morgue. Mientras los escuchaba, debatió la posibilidad de retirarse a descansar unas horas o buscar una fulana que le calentase los pies hasta el amanecer. Parecía claro que las pesquisas de Vargas estaban en vía muerta y que no iba a ser necesario intervenir. Esas eran las órdenes, al fin y al cabo. No mover pieza a menos que no hubiera otro remedio. En el fondo lo lamentaba. Habría sido interesante enfrentarse al viejo policía y ver si aún le quedaban agallas para aferrarse a la vida. Los que se resistían a lo inevitable eran sus preferidos. Y en cuanto a la deliciosa Alicia, a ella le reservaba el honor final. Con ella sí podría tomarse su tiempo y saborear la recompensa a todos sus esfuerzos. Sabía que Alicia no le iba a decepcionar.

Esperó media hora más hasta que el forense concluyó su examen y ofreció a Vargas una copita del licor que guardaba en el armario de los instrumentos. La conversación derivó hacia los tópicos de rigor entre viejos amigos cuyo rumbo se ha separado, panegíricos de escasa originalidad sobre el devenir del tiempo, los caídos por el camino y otras banalidades del envejecer. Aburrido, estaba por retirarse y dejar a Vargas y al forense vagando a la deriva hacia ninguna parte cuando advirtió que el

policía extraía un pedazo de papel del bolsillo y lo examinaba bajo las luces que colgaban del techo. Las voces se redujeron a un murmullo y tuvo que pegar el oído a la puerta para discernir sus palabras.

El doctor Manero notó que la puerta de la sala se movía ligeramente.

—Braulio, ¿es usted?

Al no obtener respuesta, el forense suspiró y negó por lo bajo.

—Cuando no le dejo estar presente a veces se esconde detrás de las puertas a escuchar —explicó.

—No sé cómo lo tolera —dijo Vargas.

—Me digo que es casi mejor que esté aquí que rondando por esos mundos. Al menos así le tenemos vigilado. Bueno el traguito, ¿eh?

—¿Qué es? ¿Líquido para embalsamar?

—Ese lo guardo para cuando me toca llevar algo a bodas y comuniones de la familia de mi mujer. ¿Va a contarme algo del caso? ¿Qué hacía el desgraciado de Lomana en la piscina de un caserón abandonado de Vallvidrera?

Vargas se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Entonces probaré con los vivos. ¿Qué hace usted en Barcelona? Si mal no recuerdo había prometido no volver nunca más.

—Una promesa que no se rompe no merece tal nombre.

—¿Y eso que tiene ahí? Yo le hacía a usted de letras.

Manero señaló la lista de números que Vargas tenía en la mano.

—A saber. La llevo encima hace días y no sé ni lo que significa.

—¿Puedo verla un momento?

Vargas se la tendió y el forense le echó un vistazo mientras saboreaba el licor.

—Estaba pensando que a lo mejor son números de cuenta —apuntó el policía.

El forense negó.

—Los de la columna derecha no sabría decirle a qué corresponden, pero los de la izquierda son casi con toda seguridad certificados —dijo.

—¿Certificados?

—De defunción.

Vargas le miró sin comprender. Manero señaló la columna a la izquierda.

—¿Ve la numeración? Estos siguen el sistema antiguo. La nueva numeración cambió hace años. Pero en estos se observa todavía el número de expediente, libro y página. Estos últimos los añaden luego, pero aquí generamos números de esos todos los días. Hasta su amigo Lomana va a tener uno para el resto de la eternidad.

Vargas apuró su vaso de un trago y examinó de nuevo la lista como si se tratase de un rompecabezas con el que llevara años batallando y que, súbitamente, empezase a cobrar sentido.

—¿Y los de la columna de la derecha? Parece que van correlacionados, pero la secuencia de numeración es distinta. ¿Podrían ser también certificados?

Manero afinó la mirada y se encogió de hombros.

—Lo parecen, pero no son de mi departamento.

Vargas dejó escapar un suspiro.

—¿Le ayuda esto en algo? —preguntó el forense intrigado.

El policía hizo un gesto afirmativo.

—¿Y dónde puedo encontrar los expedientes a los que corresponden esos números de certificado?

—¿Dónde va a ser? Donde empieza y termina todo en esta vida: en el Registro Civil.

21

El hilo de luz que destilaba el ventanuco del baño le indicó que comenzaba a clarear. Fernandito se sentó en el lecho y echó un vistazo a Matilde, que se había quedado adormecida a su lado. Acarició con la mirada el perfil de su cuerpo desnudo y sonrió. Ella abrió los ojos y le miró con expresión serena.

—¿Qué hay, artista? ¿Un poco más tranquilo?

—¿Se habrán ido ya? —preguntó el chico.

Matilde se desperezó y buscó sus ropas esparcidas al pie de la cama.

—Por si las moscas, sal por el tragaluz que da al callejón. Lleva a una de las entradas del mercado.

—Gracias.

—Gracias a ti, prenda. ¿Te lo has pasado un poco bien?

Fernandito se sonrojó, pero asintió mientras se vestía en la penumbra. Matilde alargó el brazo hasta el paquete de tabaco que había dejado en la mesilla y encendió un cigarrillo. Observó a Fernandito enfundarse la ropa a toda prisa, su pudor y apocamiento casi intactos pese a la sesión didáctica que acababa de recibir. Una vez listo, él la miró y señaló el ventanuco.

—¿Por aquí?

Matilde asintió.

—Pero ándate con ojo, no te vayas a romper la crisma. Que quiero que vuelvas de una pieza a verme. Porque vendrás, ¿verdad?

—Claro —mintió Fernandito—. En cuanto me den la paga.

El chico asomó la cabeza por la ventana y estudió el patio interior que conducía al angosto pasaje al que había aludido Matilde.

—No te fíes de la escalera, que va un poco suelta. Más vale que des un salto, tú que eres joven.

—Gracias. Y adiós.

—Adiós, corazón. Suerte.

—Suerte —respondió también Fernandito.

Se disponía a colarse por el ventanuco cuando la voz de Matilde le llamó a su espalda.

—¿Fernando?

—Sí.

—Trátala bien. A tu novia, como se llame. Trátala bien.

Tan pronto como abandonó las dependencias de la morgue, Vargas sintió que revivía tras un largo interludio en el purgatorio. El licor escanciado por el doctor Manero y, sobre todo, la revelación de a qué correspondían la mitad de los números de aquella lista le habían encendido el ánimo. Casi pudo olvidar que no había pegado ojo en

demasiadas horas. Su cuerpo delataba el cansancio, y si se hubiera parado a pensarlo habría reparado en el hecho de que le dolían los huesos y hasta la memoria, aunque la esperanza de que aquella brizna de información recién desenterrada pudiera llevarle a algo en claro le mantuvo en pie y a paso firme. Por un instante dudó en acercarse hasta casa de Alicia para compartir la novedad, pero no estando seguro de que la lista con los números de certificados de defunción que Valls había llevado consigo en su viaje secreto desde Madrid pudiera proveer una pista concreta, optó por cerciorarse primero. Puso rumbo a la plaza de Medinaceli, un oasis de palmeras y jardines recortado entre palacios decrépitos y las brumas que soplaban desde la dársena del puerto donde pronto abrirían sus puertas las oficinas del Registro Civil de Barcelona.

De camino, Vargas se detuvo en el hostal Ambos Mundos de la Plaza Real, que despachaba ya desayunos y cafés a los hijos de la noche que recalaban para un último refrigerio. Se sentó a la barra, hizo una seña a un camarero que era todo patillas y quijada, y pidió un bocadillo de jamón serrano, una cerveza y un café doble con un chorrito de coñac.

—Coñac solo me queda del caro —advirtió el camarero.

—Pues que sea doble —replicó Vargas.

—Si está de celebración a lo mejor le apetece un Romeo y Julieta de postre. Me los traen directamente de Cuba. Canela fina, de los que enrollan las mulatitas entre los muslos…

—No le diré que no.

Vargas siempre había oído que el desayuno era la comida más importante del día, al menos hasta que llegaba la hora del almuerzo. Rematarla con un buen habano no podía traer sino buena fortuna. Dejando un halo de humo caribeño, con el estómago lleno y la conciencia en estado de promesa, reemprendió la marcha. El cielo se había teñido de ámbar y la luz de vapor que resbalaba por las fachadas le hizo pensar que aquel sería uno de esos días, contados, en que daría con la verdad, o con algo que se le pareciese lo suficiente. Como cantaría, años por venir, un poeta bregado en aquellas calles, aquel podía ser un gran día.

A una cincuentena de metros a su espalda, al abrigo de un ángulo de sombra que proyectaban las cornisas de un edificio en ruinas, la mirada del observador le seguía sin tregua. Con un puro en los labios, con la panza llena y el ánimo embebido de falsas esperanzas, Vargas le pareció más acabado que nunca. El escaso respeto que había conseguido sentir por él se estaba evaporando como la película de neblina que aún reptaba por el empedrado a sus pies.

Se dijo que él nunca sería así, jamás permitiría que el licor y la complacencia le enturbiasen el juicio ni que su cuerpo deviniera un saco de huesos sin agallas. Los viejos siempre le habían dado asco. Si la gente no tenía la dignidad de saltar de una ventana o tirarse al metro llegada su decrepitud, alguien debería pegarles un tiro de

gracia y quitarlos de la circulación como a perros sarnosos en interés del bien público. El observador sonrió, nunca ajeno al gracejo de sus ocurrencias. Él siempre iba a ser joven, porque era más inteligente que los demás. No iba a cometer los errores que dejaban que un hombre con cierto potencial como Vargas acabara por convertirse en un triste reflejo de lo que pudo haber sido. Como aquel patán de Lomana, que había vivido de culo y muerto de rodillas agarrándose el gaznate con dos manos mientras él contemplaba cómo los capilares de sus ojos estallaban bajo la córnea y las pupilas se dilataban en un espejo negro. Otro despojo que no había sabido retirarse a tiempo.

No le tenía miedo. No tenía miedo de lo que pudiera, o creyera, que iba a averiguar. Se mordió la lengua para no reír. Faltaba ya muy poco. Y cuando ya no hubiera necesidad de seguirle los pasos y aquel asunto quedase cerrado, podría saborear al fin su recompensa: Alicia. Ambos a solas, sin prisa, tal y como se lo había prometido el maestro. Con tiempo y artes para enseñarle a aquella zorra de terciopelo que no había ya nada que aprender de ella y que, antes de despacharla al olvido del que nunca debió salir, la iba a trabajar a fondo y a enseñarle lo que era de verdad el dolor.

Cuando Alicia abrió los ojos, la luz del alba iluminaba las ventanas. Ladeó la cabeza y hundió el rostro en el cojín del sofá. Llevaba aún la ropa del día anterior y tenía la boca envenenada con aquel sabor de almendras amargas que dejaban las pastillas bañadas en alcohol. Algo martilleaba en sus oídos. Entreabrió de nuevo los ojos y vio el frasco de píldoras sobre la mesa junto a los restos de una copa de vino blanco tibio que apuró de un trago. Al querer rellenarla descubrió que la botella estaba vacía. Solo al avanzar a tientas hacia la cocina en busca de otra comprendió que aquel martilleo que sentía en las sienes no era ni su pulso ni la estela de migraña que dejaba el fármaco, sino golpes en la puerta. Se apoyó en una silla del comedor y se frotó los ojos. Una voz al otro lado repetía su nombre con insistencia. Se arrastró hasta la entrada y abrió. Fernandito, con aspecto de haber ido al fin del mundo y vuelto, la contemplaba con un gesto más de alarma que de alivio.

—¿Qué hora es? —preguntó Alicia.

—Pronto. ¿Está bien?

Alicia asintió con los ojos medio cerrados y se volvió dando tumbos al sofá. Fernandito cerró la puerta y antes de que pudiera caerse por el camino la sujetó y la ayudó a aterrizar sobre los cojines sana y salva.

—¿Qué es esto que toma? —quiso saber examinando el frasco de píldoras.

—Aspirinas.

—Serán de caballo.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

—Estuve anoche en El Pinar. Tengo cosas que contarle.

Alicia palpó la mesa en busca de cigarrillos. Fernandito se los apartó sin que llegara a darse cuenta.

—Soy toda oídos.

—No lo parece. ¿Por qué no se da una ducha mientras preparo café?

—¿Huelo mal?

—No. Pero creo que le irá bien. Venga, la ayudo.

Antes de que Alicia pudiera protestar, Fernandito la aupó del sofá y la condujo hasta el cuarto de baño, donde la sentó en el borde de la bañera y dejó correr el agua, probando la temperatura con una mano y asegurándose con la otra de que ella no se viniera abajo.

—No soy un bebé —alegó Alicia.

—A veces lo parece. Venga, al agua. ¿Se desnuda usted o lo hago yo?

—Ya te gustaría.

Alicia le empujó fuera del baño y cerró la puerta. Dejó caer la ropa al suelo pieza a pieza, como si se desprendiese de escamas muertas, y se miró al espejo.

—Santo Dios —murmuró.

Unos segundos después, un golpe de agua fría le mordió la piel sin contemplaciones y la devolvió al mundo de los vivos. Fernandito, mientras preparaba una cafetera bien cargada en la cocina, no pudo resistir una sonrisa al oír el grito que salía del baño.

Quince minutos más tarde, Alicia escuchó el relato de los sucesos de la noche anterior hundida en un albornoz que le iba grande y con el pelo envuelto en una toalla. Mientras dejaba que Fernandito contase lo ocurrido, iba dando sorbos al tazón de café negro que sostenía con ambas manos. Cuando el chico hubo finalizado la explicación, apuró el café de un trago y le miró a los ojos.

—No tendría que haberte puesto en peligro de esta manera, Fernandito.

—Eso es lo de menos. Ese tipo, Hendaya, no tiene ni idea de quién soy. Pero estoy seguro de que sabe quién es usted, Alicia. Usted es la que está en peligro.

—¿Dónde has estado después de dar esquinazo a los dos policías?

—He encontrado una especie de pensión detrás del mercado de la Boquería donde esperar.

—¿Una especie de pensión?

—Los detalles escabrosos otro día. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Alicia se incorporó.

—Tú nada. Ya has hecho suficiente.

—¿Cómo que nada? ¿Después de lo que ha pasado?

Ella se le acercó. Había algo diferente en él, en el modo en que la miraba y se comportaba. Optó por no tirar del hilo y aguardar a una ocasión más propicia.

—Vas a esperar aquí a que vuelva Vargas y le vas a contar exactamente lo que me

has contado a mí. Con pelos y señales.

—Y usted ¿adónde va?

Alicia extrajo el revólver del bolso que había sobre la mesa y comprobó que estuviera cargado. Al ver el arma en sus manos, Fernandito revertió a su estado natural de pasmo.

—Oiga…

22

En algún momento de su cautiverio Mauricio Valls había empezado a pensar en la luz como preludio del dolor. En la sombra podía imaginar que aquellos barrotes oxidados no le tenían confinado y que los muros de la celda no rezumaban aquella película de humedad mugrienta que resbalaba como miel negra por la roca y formaba un charco gelatinoso a sus pies. Sobre todo, en la sombra no podía verse a sí mismo.

La penumbra en la que vivía apenas se quebraba cuando, una vez al día, un brazo de claridad se abría en lo alto de la escalinata y Valls podía distinguir aquella silueta recortada en su trazo que le llevaba el cazo de agua sucia y un trozo de pan que devoraba en cuestión de segundos. Había cambiado el carcelero, pero no los modos. Su nuevo custodio nunca se detenía a mirarle a la cara ni le dirigía palabra alguna. Ignoraba sus preguntas, súplicas, insultos o maldiciones. Se limitaba a dejarle la comida y la bebida junto a los barrotes y volvía a marcharse. La primera vez que el nuevo carcelero había bajado hasta allí había vomitado al sentir el hedor que brotaba de la celda y del prisionero. Desde entonces acudía casi siempre con la boca cubierta con un pañuelo y permanecía allí solo el tiempo imprescindible. Valls ya no percibía el olor, como apenas notaba el dolor en el brazo ni el latido sordo de aquellas líneas púrpura que ascendían desde el muñón como una telaraña de venas negras. Le estaban dejando pudrirse en vida y ya no le importaba.

Había empezado a pensar que un día nadie volvería a bajar aquellos peldaños, que aquella puerta no se abriría nunca más y que pasaría el resto de la poca vida que le quedaba en la oscuridad, sintiendo cómo su cuerpo se pudría pedazo a pedazo y se devoraba a sí mismo. Había presenciado aquel ritual muchas veces en sus años de director de la prisión de Montjuic. Con suerte, sería cuestión de días. Había comenzado a fantasear con el estado de debilidad y delirio que se apoderaría de él una vez que la agonía inicial del hambre hubiera quemado todos los puentes. Lo más cruel era la ausencia de agua. Quizá, cuando la desesperación y el tormento mordieran con más fuerza y empezase a lamer las aguas fecales que supuraban por los muros, su corazón dejaría de latir. Uno de los médicos que había trabajado a su servicio en el castillo veinte años atrás siempre decía que Dios se compadece primero de los hijos de puta. Hasta en eso la vida era una grandísima zorra. Tal vez, en el último momento, Dios se apiadaría de él también y la infección que sentía abrirse camino por sus venas le ahorraría lo peor del trance.

Estaba soñando que ya había muerto y que se encontraba en uno de los sacos de lona en los que retiraban los cadáveres de las celdas en el castillo de Montjuic cuando oyó abrirse de nuevo la compuerta en lo alto. Despertó del sopor para descubrir que tenía la lengua hinchada y dolorida. Se llevó los dedos a la boca y sintió que le sangraban las encías y los dientes se movían al tacto como si estuviesen trabados en arcilla

blanda.

—¡Tengo sed! —bramó—. Por favor, agua…

Pasos más pesados de lo habitual descendían por la escalera. Allí abajo el sonido era mucho más fiable que la luz. El mundo se había reducido al dolor, a la lenta descomposición de su cuerpo y a los ecos de pisadas y tuberías que susurraban entre aquellos muros. Una luz se encendió en un estruendo de ruido blanco. Valls siguió con el oído la trayectoria de los pasos que se aproximaban. Adivinó una silueta detenida al pie de la escalera.

—Agua, por favor —suplicó.

Se arrastró hasta los barrotes y forzó la mirada. Un haz de luz cegadora le quemó las retinas. Una linterna. Valls se hizo atrás y se cubrió los ojos con la única mano que le quedaba. Incluso así podía sentir la luz recorriendo su rostro y su cuerpo cubierto de excrementos, sangre reseca y harapos.

—Mírame —dijo la voz al fin.

Valls retiró la mano de sus ojos y los abrió muy despacio. Sus pupilas tardaron un rato en adaptarse a la claridad. El rostro del otro lado de los barrotes era diferente pero le resultaba extrañamente familiar.

—Te he dicho que me mires.

Valls obedeció. Una vez que se perdía la dignidad resultaba mucho más fácil hacerlo que dar órdenes. El visitante se acercó a los barrotes y le examinó con atención, paseando el foco de la linterna por sus miembros y por su cuerpo consumido. Solo entonces Valls reparó en por qué le resultaban familiares las facciones de aquella cara que le contemplaba desde el otro lado de los barrotes.

—¿Hendaya? —balbuceó—. Hendaya, ¿es usted?

Hendaya asintió. Valls sintió que se abría el cielo y que respiraba por primera vez en días o semanas. Debía de tratarse de otro sueño. A veces, varado entre tinieblas, mantenía conversaciones con salvadores que acudían a su rescate. Forzó de nuevo los ojos y rio. Era Hendaya. De carne y hueso.

—Gracias a Dios, gracias a Dios —sollozó—. Soy yo, Mauricio Valls. El ministro Valls… Soy yo…

Alargó el brazo hacia el policía, llorando de gratitud, ajeno a la vergüenza de que le viera así, medio desnudo, mutilado y cubierto de mierda y orines. Hendaya dio un paso al frente.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó Valls.

Hendaya no contestó.

—¿Está bien mi hija Mercedes?

Hendaya no ofreció respuesta. Valls se incorporó trabajosamente aferrándose a los barrotes hasta quedar a la altura de su mirada. El policía le observaba sin expresión alguna. ¿Estaba soñando de nuevo?

—¿Hendaya?

El aludido extrajo un cigarrillo y lo encendió. Valls sintió el olor a tabaco, el

primero que percibía en lo que le parecieron años. Era el perfume más exquisito que jamás había olfateado. Creyó que el cigarrillo era para él hasta que vio cómo Hendaya se lo llevaba a los labios e inhalaba una larga calada.

—Hendaya, sáqueme de aquí —suplicó.

Los ojos del policía brillaban entre las espirales de humo que ascendían de sus dedos.

—Hendaya, es una orden. Sáqueme de aquí.

El otro sonrió y apuró un par más de caladas.

—Tienes malos amigos —dijo al fin.

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué le habéis hecho?

—Nada, todavía.

Valls oyó una voz que se alzaba en un alarido desesperado y no se dio cuenta de que era la suya. Hendaya lanzó el cigarrillo al interior de la celda a los pies de Valls. El policía no se inmutó cuando el prisionero, al verle subir la escalera, empezó a gritar y a golpear los barrotes de la celda con las últimas fuerzas que le quedaban hasta caer de rodillas, exánime. La compuerta en lo alto se selló como un sepulcro y la oscuridad se cerró de nuevo sobre él, más fría que nunca.

23

Entre las muchas aventuras que esconde el corazón de Barcelona existen lugares inexpugnables, abismos recónditos y, para los valientes todavía hay más, está el Registro Civil. Vargas avistó de lejos la fachada vetusta remozada de carbonilla y suspiró. Tanto los ventanales velados como el semblante de mausoleo crecido de hechuras parecían advertir ya al incauto de que ni se le ocurriese intentar el asalto. Franqueado el portón de roble que mantenía a raya a los mortales, le esperaba un mostrador amurallado tras el cual un hombrecillo con mirada de lechuza contemplaba cómo pasaba la vida sin amago alguno de bienvenida.

—Buenos días —ofreció Vargas en son de paz.

—Lo serían si estuviésemos en horario de atención al público. Como dice el cartel de la calle, de once a una, de martes a viernes. Y hoy es lunes y son las ocho y trece de la mañana. ¿No sabe usted leer?

Vargas, bregado en el arte de lidiar con ese pequeño tirano que más de un numerario en posesión de sello y timbre oficial lleva dentro, dejó caer el gesto amable y plantó su identificación a dos centímetros de las narices del recepcionista. El individuo tragó saliva.

—Usted sí que debe de saber leer.

El recepcionista se tragó la saliva de un mes y su mala disposición.

—A sus órdenes, mi capitán. Disculpe usted el malentendido. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quisiera hablar con quien mande aquí, a ser posible no un cretino como usted.

El recepcionista se apresuró a levantar el teléfono y a invocar a una tal señora Luisa.

—Me da lo mismo —murmuró al aparato—. Dile que salga ahora mismo.

Colgó el auricular, se arregló la indumentaria y, una vez recompuesta la planta, miró a Vargas.

—La secretaria del director saldrá a recibirle inmediatamente —anunció.

Vargas tomó asiento en una bancada de madera sin apartar los ojos del recepcionista. A los dos minutos se personó una mujer menuda con el cabello recogido, gafas montadas al aire y mirada penetrante que enarcó una ceja y dedujo al vuelo lo que acababa de suceder sin necesidad de entradillas.

—No se enfade con Carmona, que no da para más. Yo soy Luisa Alcaine. ¿En qué puedo ayudarle?

—Mi nombre es Vargas. Jefatura Superior de Madrid. Necesitaría contrastar unos números de certificados. Es importante.

—No diga que también es urgente, que trae mala suerte en esta casa. A ver esos números.

El policía le tendió la lista. Doña Luisa echó un somero vistazo y asintió.

—¿Los de entrada o los de salida?

—¿Perdón?
—Estos de aquí son certificados de defunción y estos otros son de nacimiento.
—¿Está segura?
—Yo siempre estoy segura. Lo de la corta estatura es para despistar.
Luisa tenía una sonrisa de gata astuta.
—Entonces quisiera ver ambos, si es posible.
—Todo es posible en el prodigioso mundo de la burocracia española. Sígame, si es tan amable, mi coronel —invitó Luisa sosteniendo una puerta tras el mostrador.
—Solo capitán.
—Una pena. Después del susto que le ha dado a Carmona yo le hacía con más rango, fíjese. ¿No conceden ustedes los títulos nobiliarios por orden de estatura?
—Yo hace un tiempo que vengo encogiendo. Es el kilometraje.
—Créame que le entiendo. Yo entré aquí con planta de bailarina y ya me ve.
Vargas la siguió por un corredor de perspectivas infinitas.
—¿Soy yo o este edificio parece más grande por dentro que por fuera? —preguntó.
—No es usted el primero en notarlo. Crece un poco todas las noches. Se rumorea que se nutre de los funcionarios en excedencia y los pasantes que vienen a consultar carpetas y se quedan dormidos en la sala de consultas. Yo que usted no bajaría la guardia.
Al llegar al fondo del corredor, Luisa se detuvo frente a una gran puerta de porte catedralicio. Alguien había colgado del dintel un papel que rezaba:

Abandone toda paciencia quien se
aventure más allá de esta puerta…

Luisa empujó la puerta y le guiñó un ojo.
—Bienvenido al mágico mundo del papel timbrado y la póliza de dos pesetas.
Una vertiginosa colmena de anaqueles, escaleras y archivadores se extendía en perspectiva florentina bajo una bóveda de arcos ojivales, y una tramoya de lámparas destilaba una luz polvorienta que pendía como una cortina raída.
—Virgen santa —murmuró Vargas—. ¿Cómo se puede encontrar algo aquí?
—La idea es que no se encuentre, pero con ingenio y una caña, y la mano experta de una servidora, aquí se encuentra hasta la piedra filosofal. A ver esa lista.
Vargas siguió a Luisa hasta una pared sembrada de carpetas numeradas que ascendía a los cielos. La secretaria chasqueó los dedos y aparecieron dos empleados de aspecto diligente.
—Voy a necesitar que me bajen los libros de las secciones 1 a 8B de 1939 a 1943 y 6C al 14 del mismo período.
Los dos esbirros partieron en busca de escaleras y Luisa invitó a Vargas a tomar asiento en uno de los escritorios de consulta que había en el centro de la sala.

—¿1939? —preguntó el policía.

—Todos esos expedientes todavía son de la antigua numeración. El sistema cambió en 1944 con la introducción del documento nacional de identidad. Está usted de suerte, porque muchos de los archivos anteriores a la guerra se perdieron, pero el período entre 1939 y 1944 está todo en una sección aparte que se acabó de ordenar hará un par de años.

—¿Quiere decir que todos estos certificados son de poco después de la guerra?

Luisa asintió.

—Removiendo el pasado, ¿eh? —insinuó la funcionaria—. Le celebro el valor, aunque no sé si la prudencia. No hay mucha gente que tenga el interés o las ganas de hurgar ahí.

Mientras esperaban el retorno de los dos subalternos con los libros solicitados Luisa se dedicó a examinar a Vargas con curiosidad clínica.

—¿Cuántas horas hace que no pega ojo?

Él consultó el reloj.

—Algo más de veinticuatro.

—¿Le pido un cafetito? Esto puede llevar un rato.

Dos horas y media más tarde, Luisa y sus dos ayudantes habían navegado por océanos de papel y completado la travesía para plantar frente a un Vargas que apenas se tenía en pie un pequeño islote de volúmenes. Este consideró la tarea y suspiró.

—¿Haría usted los honores, señora Luisa?

—Faltaría más.

Mientras Vargas ingería su tercera taza de café, Luisa ordenó a sus asistentes que se retiraran y procedió a organizar los libros de registro, formando dos pilas que iban creciendo lentamente.

—¿No me va a preguntar de qué va todo esto? —inquirió Vargas.

—¿Debería?

Él sonrió. Al rato, Luisa dejó escapar un soplido de alivio.

—Bueno, todo tendría que estar aquí. Repasemos de nuevo la lista. A ver.

Cotejando los números, fue seleccionando tomo a tomo. A medida que los examinaba, Vargas advirtió que la secretaria fruncía el ceño.

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Está seguro de que estos números son correctos?

—Son los que tengo… ¿Por qué?

Luisa levantó la vista de las páginas y le miró con gesto de extrañeza.

—Por nada. Son todo infantes.

—¿Infantes?

—Niños. Vea.

Luisa dispuso los libros de registro frente a Vargas y fue comparando las cifras una a una.

—¿Ve las fechas?

Vargas intentó descifrar aquel galimatías. Luisa le guio con la punta de un lápiz.

—Van a pares. Por cada certificado de defunción hay uno de nacimiento. Expedidos el mismo día, por el mismo funcionario, en la misma división y a la misma hora.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el código de control. ¿Lo ve?

—Y eso ¿qué significa?

—No lo sé.

—¿Es normal que el mismo funcionario tramite dos expedientes simultáneamente?

—No. Y menos de dos departamentos diferentes.

—¿Qué podría haber provocado que así fuera?

—No forma parte del procedimiento. Antes los certificados se apuntaban por distrito. Estos están tramitados todos en la central.

—¿Y eso es irregular?

—Bastante. Es más, estos expedientes, si lo que aquí consta es cierto, se tramitaron todos en un solo día.

—Y eso es raro.

—Más que un perro verde. Pero eso es solo para empezar.

Vargas la miró.

—Todas las defunciones están certificadas en el Hospital Militar. ¿Cuántos niños mueren en un hospital militar?

—¿Y los nacimientos?

—En el hospital del Sagrado Corazón. Todos sin excepción.

—¿Podría ser una casualidad?

—Si es usted hombre de fe… Y mire las edades de los niños. También van a pares, como puede ver.

Vargas forzó la vista, pero la fatiga se le estaba comiendo el entendimiento.

—Por cada expediente de defunción hay uno de nacimiento —explicó Luisa.

—No entiendo.

—Los niños. Cada uno de ellos nació el mismo día que uno de los fallecidos.

—¿Podría llevarme prestado todo esto?

—Los originales no pueden salir de aquí. Habría que pedir copias y tardaría lo menos un mes, y eso tirando de todos los hilos.

—¿No habría una vía más rápida?

—¿Y más discreta? —completó Luisa.

—También.

—Hágase a un lado.

Por espacio de una media hora, Luisa tomó papel y pluma y fue anotando en folios un extracto con los nombres, las fechas, los números de certificados y los códigos de cada expediente. Vargas iba siguiendo su caligrafía pulcra y magistral,

intentando encontrar la clave que le dijese qué significaba todo aquello. Solo entonces, cuando la vista ya le resbalaba por el sinfín de palabras y números, reparó en los nombres que la funcionaria acababa de escribir.

—Un momento —interrumpió.

Luisa se hizo a un lado. Vargas rebuscó entre los certificados y encontró lo que buscaba.

—Mataix —murmuró.

Luisa se inclinó sobre los documentos que el policía estaba examinando.

—Dos niñas. Fallecidas en un mismo día… ¿Le dice algo eso? —preguntó la secretaria.

Los ojos de Vargas se deslizaron hasta el pie de los certificados.

—¿Qué es esto?

—La firma del funcionario que certifica el expediente.

El trazo era limpio y elegante, la caligrafía de alguien que sabía de apariencias y de protocolo. Vargas formó el nombre en los labios en silencio y sintió que se le helaba la sangre.

24

El piso olía a Alicia. Olía a su perfume, a su presencia y a aquel aroma que dejaba el contacto de su piel. Fernandito llevaba sentado en el sofá una eternidad y media sin más compañía que aquella fragancia y una angustia que empezaba a comérselo vivo. Alicia, y su pistola, se habían marchado hacía quince minutos pero la espera se le estaba haciendo interminable. Incapaz de permanecer quieto un segundo más, se incorporó y se acercó a abrir los ventanales que daban a la calle Aviñón en busca de aire fresco. Con suerte aquel aroma turbador se escaparía en busca de otra víctima. Dejó que la brisa helada le aclarase la conciencia y regresó al interior determinado a esperar, tal y como le había pedido Alicia. Su noble empeño sobrevivió unos cinco minutos. Al rato empezó a rondar por el comedor, leyendo los títulos de los libros en los estantes, acariciando los muebles con los dedos al pasar, estudiando objetos en los que no había reparado en visitas previas e imaginando a Alicia siguiendo aquella misma ruta y tocando aquellas mismas cosas. «Vas mal, Fernandito —pensó—. Siéntate».

Las sillas le rehuían. Cuando ya no le pareció posible encontrar nuevas sendas por el salón, se aventuró por un pasillo al fondo del cual se apreciaban dos puertas. Una daba al cuarto de baño. La otra debía de ser la que conducía al dormitorio. Le asaltó un rubor entre el pudor, la inquietud y la vergüenza y, antes de llegar a la puerta del baño, regresó al comedor. Se sentó en una silla y esperó. Minutos de gelatina se derramaron sin más consuelo que el traqueteo de un reloj de pared. El tiempo, comprendió, siempre fluye con velocidad inversa a la necesidad de quien lo vive.

Volvió a levantarse y se aproximó al ventanal. Ni rastro de Vargas. El mundo transcurría lejano y banal cinco pisos más abajo. Sin saber cómo se encontró de nuevo en el pasillo. Frente a la puerta del baño. Entró y observó su reflejo en el espejo. Un lápiz de labios abierto descansaba sobre una repisa. Lo tomó y lo examinó. Rojo sangre. Lo dejó de nuevo y salió, ruborizado. Al otro lado estaba la puerta del dormitorio. Desde el umbral se podía ver que la cama estaba hecha. Alicia no había dormido allí. Mil ideas le asaltaron y las exterminó todas antes de que pudieran abrirle la boca.

Se adentró unos pasos y contempló el lecho. La imaginó allí tendida y desvió la mirada. Se preguntó cuántos hombres habrían estado allí tumbados a su lado, recorriendo su cuerpo con las manos y los labios. Se acercó al armario y lo abrió. El vestuario de Alicia se entreveía en la penumbra. Rozó los vestidos que colgaban con la punta de los dedos y cerró la puerta. Frente a la cama había una cajonera de madera. Abrió el primer cajón y se encontró con un arsenal de prendas sedosas y de punto perfectamente plegadas. Negro, rojo y blanco. Tardó unos segundos en comprender lo que estaba viendo. Era la ropa interior de Alicia. Tragó saliva. Sus dedos se detuvieron a dos centímetros del tejido. Retiró la mano como si la blonda quemase y cerró el cajón.

—Eres un imbécil —se dijo.

Imbécil o no, abrió el segundo cajón. Contenía medias de seda y algún que otro artilugio de tiras que parecía diseñado para sostenerlas y que le provocó vértigo. Negó despacio y comenzó a cerrar el cajón. Justo en aquel instante el teléfono empezó a sonar con tal furia que Fernandito creyó que el corazón se le desprendía de las vísceras y se disparaba para salirle volando por la boca para estrellarse contra la pared. Cerró el cajón de un golpe y corrió de regreso al comedor sin aliento. El teléfono martilleaba, acusador, como una alarma de incendios.

Fernandito se aproximó a él y lo contempló vibrar sin saber qué hacer. El timbre sonó sin cesar por espacio de un minuto o más. Cuando al final el chico posó la mano temblorosa sobre el auricular y lo levantó, el timbre se silenció. Lo dejó caer y respiró hondo. Se sentó y cerró los ojos. Algo le golpeaba en el pecho. Era su corazón, que palpitaba y parecía haberse quedado atrapado en su garganta. Se rio de sí mismo, encontrando consuelo en lo ridículo de su conducta. Si Alicia le viera…

No servía para aquello, se dijo. Cuanto antes se rindiese a la evidencia, mejor. Los acontecimientos de aquella noche y su breve experiencia al servicio de Alicia le habían demostrado que su camino no estaba en el mundo de la intriga sino en el del comercio y el servicio al público. Tan pronto como volviera Alicia iba a presentar su renuncia. Lo de su visita al santuario de prendas íntimas de su jefa mejor olvidarlo. Hombres de mayor valía se habían arruinado por mucho menos, se dijo.

Iba recuperando la entereza entregado a estos pensamientos edificantes cuando el teléfono estalló de nuevo a su lado y esta vez, en un acto reflejo, lo cogió y contestó con un hilo de voz.

—¿Quién es? —atronó la voz al otro lado de la línea.

Era Vargas.

—Soy Fernandito —contestó.

—Dile a Alicia que se ponga.

—La señorita Alicia ha salido.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé.

Vargas maldijo por lo bajo.

—Y tú ¿qué haces ahí?

—La señorita Alicia me ha ordenado que le aguarde a usted y le explique lo que ha sucedido esta noche.

—¿Qué ha sucedido?

—Creo que es mejor que se lo cuente en persona. ¿Dónde está usted?

—En el Registro Civil. ¿Ha dicho Alicia cuándo volvería?

—No ha dicho nada. Ha cogido una pistola y se ha marchado.

—¿Una pistola?

—Bueno, técnicamente era un revólver, de esos con tambor que…

—Ya sé lo que es —cortó Vargas.

—¿Va a venir usted?

—En un rato. Pasaré un momento por mi habitación a ducharme y a cambiarme de ropa, porque doy verdadero asco, y luego iré al piso.

—Estaré esperándole.

—Más te vale. Ah, y Fernandito…

—Dígame.

—Que no me entere yo de que tocas nada que no tengas que tocar.

El tranvía azul se deslizaba a la velocidad del tedio. Alicia había llegado a la parada justo a tiempo de saltar a bordo cuando el conductor se disponía a iniciar el ascenso por la avenida del Tibidabo. El vagón iba repleto hasta los topes con un grupo de escolares, a todas luces salidos de un internado. Los colegiales viajaban custodiados por un par de curas de gesto severo en lo que Alicia intuyó que era una excursión al templo en lo alto de la montaña. Ella era la única fémina en todo el pasaje. Tan pronto como tomó el asiento que un alumno le cedió a indicación de uno de los curas, la algarabía de la muchachada se silenció hasta que se volvieron audibles el crujir de tripas del pelotón, o tal vez fueran simplemente las hormonas cabalgando desbocadas por sus venas. Alicia decidió bajar la vista y hacer como que viajaba sola. Los internos, que estimó que debían de rondar los trece o catorce años, la observaban de reojo como si nunca hubieran visto una criatura semejante. Uno de ellos, un chaval pelirrojo acribillado de pecas y con más cara de bobo de lo habitual, estaba sentado justo enfrente y parecía hipnotizado por su presencia. Sus ojos se habían quedado encallados en un rebote constante entre sus rodillas y su rostro. Alicia alzó los ojos y le sostuvo la mirada unos segundos. El pobre infeliz pareció atragantarse hasta que uno de los curas le propinó un galletón en el cogote.

—Manolito, no vayamos a tener un disgusto —advirtió el clérigo.

El resto del camino transcurrió entre silencios, miradas furtivas y alguna que otra risita ahogada. «El espectáculo pletórico de la adolescencia es la más eficaz vacuna para la nostalgia», pensó Alicia.

Al llegar al final del trayecto, optó por quedarse sentada mientras los dos curas desalojaban a los internos como si fuesen ganado. Los observó desfilar en turba rumbo a la estación del funicular intercambiando empujones y risotadas soeces. Los más recalentados se volvían para mirarla y compartir comentarios con sus compañeros. Alicia esperó a que los curas los hubiesen metido a todos en la estación del funicular a modo de corral al uso y se apeó. Cruzó la plazoleta, con los ojos fijos en la imponente fachada de El Pinar coronando el montículo al frente. Un par de coches negros estaban aparcados a las puertas del restaurante que quedaba a apenas unos metros de la parada del tranvía, La Venta. Alicia lo conocía bien porque era el

predilecto de Leandro en toda Barcelona y en más de una ocasión la había llevado allí para enseñarle los modales y el protocolo de la buena mesa. «Una señorita con clase no coge los cubiertos, los acaricia». Alicia metió la mano en el bolso, palpó el revólver y quitó el seguro del arma.

La vasta finca de El Pinar disponía de dos entradas. La principal, por donde accedían los vehículos, quedaba en la calle Manuel Arnús, a algo más de un centenar de metros de la plaza siguiendo la ruta que rodeaba el montículo en dirección al extremo norte de la carretera de las Aguas. La segunda, un portón de hierro que se abría a un sendero de escaleras a través del jardín, se encontraba a pocos pasos de la parada del tranvía. Alicia cruzó frente a ella y comprobó que, como había supuesto, estaba cerrada. Siguió bordeando el muro en dirección a la entrada principal. Allí había una segunda casa, presumiblemente la antigua vivienda de los guardas de la finca, que intuyó que estaría vigilada. Al rodear la colina advirtió al menos una silueta en lo alto, vigilando el contorno de la casa. Era posible que Hendaya tuviera más hombres repartidos en el exterior y el interior. Se detuvo a medio camino, en un ángulo en el que no podía ser vista desde la entrada principal, y estudió el muro. No tardó en deducir el lugar por el que la noche anterior Fernandito había accedido al recinto. A plena luz del día no le pareció practicable. Estaba claro que iba a necesitar ayuda. Regresó a la plaza, donde el tranvía iniciaba ya el descenso. Se encaminó a La Venta y entró en el restaurante, que estaba desierto a aquella hora y no abriría las cocinas hasta horas después. Se dirigió a la barra del café bar y tomó asiento en uno de los taburetes. Un camarero asomó tras una cortinilla y se aproximó con una sonrisa cortés.

—Una copa de vino blanco, por favor.

—¿Preferencias?

—Sorpréndame.

El camarero asintió y procedió a asir una copa con mano experta y sin cruzar nunca la mirada con ella.

—¿Puedo usar el teléfono?

—Por supuesto, señorita. Está ahí detrás, al final de la barra.

Alicia esperó a que el camarero desapareciera de nuevo tras la cortina, tomó un sorbo de vino y se dirigió al teléfono.

Fernandito estaba asomado a la ventana intentando vislumbrar la figura de Vargas entre los transeúntes que subían por la calle Aviñón cuando el teléfono sonó de nuevo a su espalda. Esta vez tampoco dudó y contestó.

—¿Dónde se ha metido? ¿No venía ya?

—¿Quién venía? —preguntó Alicia al otro lado de la línea.

—Perdón, creí que era el capitán Vargas.

—¿Le has visto?

—Ha llamado y ha dicho que venía hacia aquí.

—¿Cuánto hace?

—Un cuarto de hora, más o menos. Ha dicho que estaba en el Registro Civil.

Alicia dejó pasar un silencio que Fernandito interpretó como de perplejidad.

—¿Ha dicho qué hacía allí?

—No. ¿Está usted bien?

—Estoy bien, Fernandito. Cuando llegue Vargas primero le cuentas lo que me has contado a mí y luego le dices que le espero en el bar junto a la estación del funicular del Tibidabo.

—Eso está al lado de El Pinar…

—Dile que se dé prisa.

—¿Necesita ayuda? ¿Quiere que me acerque yo?

—Ni se te ocurra. Necesito que esperes ahí a que vaya Vargas y que hagas lo que te he dicho. ¿Me has entendido?

—Sí… ¿Señorita Alicia?

Alicia había colgado. Fernandito se había quedado mirando el auricular cuando advirtió algo con el rabillo del ojo. Detectó movimiento a través de las ventanas que daban a las habitaciones de Vargas, al otro lado de la calle. Supuso que el policía debía de haber subido mientras él estaba al teléfono con Alicia. El chico se acercó a la ventana a echar un vistazo para cerciorarse de que así fuera y entonces avistó a Vargas por la calle aproximándose al portal del Gran Café.

—¡Capitán! ¡Vargas! —llamó a voces.

El policía desapareció dentro del portal. Fernandito miró de nuevo hacia las ventanas al otro lado de la calle, justo a tiempo para vislumbrar una silueta que estaba corriendo las cortinas. Iba a marcar el número que Alicia acababa de darle cuando le asaltó una turbia inquietud. Se dirigió a la puerta y empezó a bajar la escalera, cada vez más rápido.

25

Vargas introdujo la llave de su habitación en la cerradura y lo notó al instante. La llave se deslizó con dificultad, como si hubiera tropezado con aristas en el mecanismo y, al girar, el policía sintió que el resorte apenas ofrecía resistencia. La cerradura había sido forzada. Extrajo el arma y empujó suavemente la puerta hacia adentro con el pie. El interior del apartamento, apenas dos habitaciones separadas por una cortina de cuentas, se encontraba en penumbra. Las cortinas estaban corridas. Recordaba haberlas dejado abiertas. Vargas tensó el percutor. La silueta esperaba inmóvil en la esquina. Vargas alzó el arma y apuntó.

—¡Por favor, no dispare! ¡Soy yo!

Vargas avanzó unos pasos y la silueta se adelantó con los brazos en alto.

—¿Rovira? ¿Qué demonios hace usted aquí? He estado a punto de volarle la cabeza.

El pequeño espía, todavía enfundado en su abrigo de medio pelo, le miraba tembloroso.

—Baje las manos —dijo Vargas.

Rovira asintió repetidamente y obedeció.

—Perdone usted, capitán. No sabía qué hacer. Le quería esperar abajo, en la calle, pero me estaban siguiendo, estoy seguro, y entonces he pensado…

—Pare el carro, Rovira. ¿De qué está hablando?

Rovira respiró hondo y gesticuló con las manos, como si no supiera por dónde empezar. Vargas cerró la puerta y lo condujo a un butacón.

—Siéntese.

—Sí, señor.

Vargas tomó una silla y se sentó frente a Rovira.

—Comience por el principio.

El otro tragó saliva.

—Le traigo un mensaje del comisario Linares.

—¿Linares?

Rovira hizo un gesto afirmativo.

—Fue él quien me ordenó que los siguiera a usted y a la señorita Alicia. Aunque le aseguro que he obedecido las instrucciones que usted me dio y me he mantenido lejos para no molestarlos. Y también les he contado lo mínimo para cubrir el expediente.

—¿Qué mensaje? —cortó Vargas.

—El comisario Linares, al llegar a Jefatura, ha recibido una llamada. Alguien de Madrid. De muy arriba. Me ha pedido que le dijese que está usted en peligro, que es mejor que se vayan de la ciudad. Usted y la señorita Alicia. Me ha mandado que le buscara a usted en la morgue y se lo dijese. En la morgue me han señalado que se había marchado usted ya al Registro.

—Siga.

—¿Ha descubierto algo interesante allí? —preguntó Rovira.

—Nada que sea de su incumbencia. ¿Qué más?

—Bueno, pues he ido al Registro pero me han dicho que se había ido también y entonces me he venido aquí corriendo a esperarle. Y ha sido en ese momento cuando me he dado cuenta de que le vigilaban.

—¿No era ese su trabajo?

—Alguien más aparte de mí.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Y cómo ha entrado aquí?

—Me he encontrado la puerta abierta. Creo que han forzado el cerrojo. He comprobado que no hubiera nadie dentro escondido, he cerrado otra vez y he corrido las cortinas para que nadie viera que estaba aquí aguardándole.

Vargas le miró en silencio, largamente.

—¿He hecho algo mal? —preguntó Rovira, temeroso.

—¿Por qué no me ha llamado Linares por teléfono a la morgue?

—El comisario ha dicho que los teléfonos de Jefatura no eran seguros.

—¿Y por qué no ha venido él en persona?

—Le tienen reunido con ese oficial que han enviado del ministerio. Un tal Alaya o algo así.

—Hendaya.

Rovira asintió.

—Ese.

El tipo seguía temblando como un cachorrillo.

—¿Me puede dar un vaso de agua, por favor? —imploró.

Vargas dudó un instante. Se aproximó a la cómoda y escanció un vaso de la jarra que había medio llena.

—¿Y la señorita Alicia? —inquirió Rovira a su espalda—. ¿No está con usted?

Vargas advirtió que la voz de Rovira estaba muy cerca y al volverse con el vaso en la mano le encontró a apenas un palmo. Ya no temblaba y su expresión asustadiza se había fundido en una máscara impenetrable.

Nunca llegó a ver la hoja del cuchillo.

Sintió una punzada brutal en el costado, como si alguien le hubiera golpeado las costillas con un martillo, y comprendió que el filo se había hundido hasta perforarle el pulmón. Le pareció que Rovira sonreía y cuando quiso aferrar el revólver le embistió la segunda cuchillada. La hoja se hundió en su cuello hasta el mango y Vargas se tambaleó. La visión se le nubló y se agarró a la cómoda. Una tercera cuchillada le golpeó en el estómago. Se desplomó hasta caer tendido en el suelo. Una sombra se cernía sobre él. Mientras su cuerpo se rendía entre convulsiones, Rovira le arrebató el arma, la estudió con desinterés y luego la abandonó en el suelo.

—Quincalla —dijo.

Vargas se perdió en aquellos ojos sin fondo. Rovira esperó unos segundos y le asestó dos puñaladas más en el vientre, retorciendo el filo al tiempo que lo hacía. El policía escupió un borbotón de sangre e intentó golpear a Rovira, o quien fuera aquella criatura que lo estaba despedazando. Sus puños apenas consiguieron rozarle el rostro. Rovira extrajo el cuchillo impregnado con su sangre y se lo mostró.

—Hijo de puta —balbuceó Vargas.

—Mírame bien, viejo de mierda. Quiero que te mueras sabiendo que con ella no voy a ser tan misericordioso. A ella la voy a hacer durar, y te juro que te va a maldecir por haberle fallado mientras yo le enseño todo lo que sé hacer.

Vargas notó cómo un frío intenso se apoderaba de él y le paralizaba los miembros. El corazón le palpitaba rápidamente y apenas podía respirar. Un lienzo tibio y viscoso se esparcía bajo su cuerpo. Los ojos se le llenaron de lágrimas y le invadió un miedo como nunca había sentido. Su asesino limpió la hoja del cuchillo en sus solapas y lo guardó. Permaneció allí en cuclillas, mirándole a los ojos y saboreando su agonía.

—¿Lo notas ya? —preguntó—. ¿Qué se siente?

Vargas cerró los ojos y conjuró la imagen de Alicia. Falleció con una sonrisa en los labios y cuando el hombre que él había conocido como Rovira lo advirtió experimentó tal rabia que, aun sabiendo que estaba muerto, empezó a golpearle la cara con los puños hasta que tuvo los nudillos en carne viva.

Fernandito escuchaba oculto desde el umbral. Había corrido escaleras arriba y al llegar a la puerta de Vargas se detuvo un instante antes de llamar. El sonido de los golpes secos al otro lado le detuvo. Una voz quebrada profería alaridos de furia mientras se oían aquellos terribles puñetazos descargando sobre lo que parecía carne y hueso. Fernandito intentó forcejear con la puerta, pero estaba cerrada. Al rato los golpes se interrumpieron y oyó pasos en el interior acercándose a la puerta. Le pudo el miedo y, tragándose la vergüenza, se apresuró hacia arriba a esconderse. Se pegó a la pared del rellano del piso superior y oyó abrirse la puerta. Unos pasos empezaron a descender. Fernandito se asomó al hueco de la escalera y vio a aquel hombre de corta estatura que vestía un abrigo negro. Dudó algunos segundos y bajó en silencio hasta la puerta de Vargas. Estaba entreabierta. Se asomó al umbral y vio el cuerpo del policía tendido sobre una lámina negra que parecía un espejo líquido. No supo qué era hasta que lo pisó. Resbaló hasta caer de bruces junto al cuerpo. Vargas, blanco como una figura de mármol, estaba muerto. Por un instante no supo qué hacer. Luego, al ver el arma del policía en el suelo, la recogió y se lanzó escaleras abajo.

26

Un sudario de nubes se extendía rápidamente desde el mar sepultando Barcelona. Alicia, sentada a la barra del bar, se volvió al oír el eco del primer trueno. Contempló aquella línea de sombra que avanzaba inexorable sobre la ciudad. Un espasmo eléctrico iluminó el remolino de nubes y, al poco, las primeras gotas de lluvia golpearon los cristales del ventanal. En un par de minutos el aguacero empezó a descargar y el mundo se sumergió en una tiniebla gris e impenetrable.

El estruendo de la tormenta la acompañó mientras abandonaba el restaurante y se dirigía de nuevo al muro de piedra que rodeaba la finca de El Pinar. La cortina de agua desdibujaba los contornos a pocos metros y proporcionaba un manto que velaba sus movimientos. Al cruzar otra vez frente a la entrada al jardín comprobó que apenas se distinguía desde allí la fachada de la casa. Rodeó por segunda vez la finca y trepó el muro por el punto que había elegido previamente. Saltó al otro lado y aterrizó sobre una gruesa capa de hojarasca que ya empezaba a reblandecerse bajo la lluvia y que amortiguó su caída. Cruzó el jardín al abrigo de la arboleda hasta alcanzar el camino principal. Lo siguió hasta ganar la parte de atrás del caserón, donde encontró las ventanas de las cocinas que había referido Fernandito en su relato. La lluvia azotaba con furia y resbalaba por la fachada de la casa. Alicia se asomó a una de las ventanas y oteó el interior. Reconoció la mesa de madera donde Fernandito había visto morir a Valentín Morgado, cubierta de manchas oscuras. No había nadie a la vista. El estruendo de la tormenta hizo retumbar la estructura del edificio. Alicia golpeó la ventana con la culata del revólver y el cristal se hizo añicos. Un segundo más tarde estaba dentro.

Fernandito le seguía de cerca. El extraño caminaba con parsimonia, como si no hubiese acabado de matar a un hombre a sangre fría y hubiera salido solo a dar un paseo. El primer relámpago iluminó las calles y la gente corrió a resguardarse de la lluvia bajo los arcos de la Plaza Real. El asesino no apretó el paso ni hizo amago de buscar refugio. Continuó caminando despacio en dirección a las Ramblas. Al llegar allí se detuvo justo al borde de la acera. Fernandito se fue aproximando a él y se cercioró de que sus ropas estaban empapadas. Por un instante sintió el deseo de sacar el arma de Vargas, que llevaba en el bolsillo, y descerrajarle un tiro por la espalda. El asesino permaneció allí inmóvil, como si presintiera su presencia y estuviese esperándole. Luego, sin más, reemprendió la marcha y cruzó las Ramblas hasta la boca de la calle Conde del Asalto en dirección al corazón del Raval.

Fernandito le siguió y dejó que se adelantara un poco. Le vio torcer a la izquierda en la esquina con la calle Lancaster. El chico corrió hasta allí, justo a tiempo de ver cómo el extraño desaparecía en un portal a media manzana. Esperó unos segundos y se acercó despacio, arrimándose a la pared. El agua sucia que caía desde las cornisas

le salpicaba en el rostro y se le colaba por el cuello del abrigo. Se detuvo frente al lugar en el que había visto internase al asesino. De lejos le había parecido la entrada de una escalera, pero comprobó que se trataba de los bajos de un local comercial. Una puerta enrollable de latón herrumbroso sellaba el marco. Una portezuela más pequeña, cortada sobre el metal, estaba apenas entornada. Un cartel desdibujado sobre el dintel anunciaba:

FÁBRICA DE MANIQUÍS
HERMANOS CORTÉS

ARTÍCULOS DE SASTRERÍA Y TALLER DE CONFECCIÓN

Fundada en 1909

El taller llevaba a todas luces años cerrado y parecía abandonado. Fernandito dudó. Todo le pedía a gritos alejarse de allí e ir en busca de ayuda. Había retrocedido casi hasta la esquina cuando la imagen del cuerpo abatido de Vargas y su rostro drenado de sangre le detuvo. Se volvió y regresó hasta la puerta del taller. Introdujo los dedos en el borde de la portezuela y la abrió unos centímetros.

En el interior la oscuridad era absoluta. Abrió la puerta del todo y dejó que la luz mortecina que se filtraba entre la lluvia dibujase un umbral de penumbra dentro. Observó el contorno de lo que le pareció una tienda como las que recordaba de cuando era niño. Mostradores de madera, vitrinas de cristal y algunas sillas caídas. Todo estaba cubierto por lo que al principio tomó por lienzos de seda transparente y solo, tras unos segundos de perplejidad, comprendió que eran telarañas. Un par de maniquís desnudos se alzaban en un rincón envueltos en su abrazo, como si un insecto gigante los hubiese arrastrado hasta allí para devorarlos.

Fernandito oyó un eco metálico que emanaba de las entrañas del local. Forzó la vista y advirtió que tras el mostrador cubierto de polvo había una cortina que daba a la trastienda. Todavía se balanceaba lentamente. Se acercó hasta allí, casi sin aliento, y apartó la cortina apenas un palmo. Un largo corredor se abrió frente a él. De repente notó que la claridad a su espalda se extinguía y se volvió justo a tiempo de ver cómo el viento, o quizá una mano extraña, empujaba la portezuela y la cerraba poco a poco.

Alicia avanzaba a través de las cocinas con la mirada fija en una puerta tras la cual podía percibir el eco de voces ahogado por el martilleo de la lluvia. Oyó pasos al otro lado y el golpe seco de una puerta pesada al cerrarse. Se detuvo y esperó. Mientras lo hacía examinó el contorno de las cocinas. La batería de fogones, hornos y planchas

tenía aspecto de no haber sido utilizada en mucho tiempo. Todavía pendían de la pared sartenes, ollas, cuchillos y demás enseres suspendidos de rieles. El metal había adquirido un tono oscuro. Un gran fregadero de mármol estaba repleto de escombros. El centro de la sala lo ocupaba la mesa de madera. Alicia reparó en las cadenas y las correas sujetas a las patas y en la sangre seca que cubría la tabla. Se preguntó qué habrían hecho con el cuerpo del chófer de Sanchís y si su esposa Victoria aún estaría viva.

Se acercó a la puerta y pegó el oído. Las voces parecían provenir de una sala próxima. Se disponía a abrir un par de centímetros para echar un vistazo cuando oyó de nuevo lo que al principio había tomado por el impacto de la lluvia en las ventanas. Era un repiqueteo metálico que parecía provenir de las entrañas de la casa. Contuvo la respiración y lo volvió a oír. Algo o alguien golpeaba un muro o una tubería en algún punto conectado con las cocinas. Se acercó hasta el hueco de un montacargas y allí pudo oírlo con más claridad. El sonido llegaba de abajo. Había algo bajo las cocinas.

Alicia recorrió el perímetro del lugar palpando y golpeando los muros con los nudillos. Las paredes parecían sólidas. Una compuerta metálica asomaba en una esquina. Accionó la palanca de cierre y la abrió. Al otro lado encontró una estancia de unos seis metros cuadrados que tenía las paredes cubiertas de estanterías polvorientas, posiblemente una antigua despensa. El repiqueteo metálico se apreciaba con más claridad allí. Se adentró unos pasos y sintió la vibración en los pies. Entonces lo advirtió: una línea oscura que semejaba una grieta vertical en la pared del fondo de la despensa. Se aproximó y palpó la pared. Presionó con las manos y esta cedió hacia el otro lado. Un intenso hedor animal, a podredumbre y excremento, surgió del interior. Alicia sintió náuseas y se cubrió el rostro con la mano.

Frente a ella se abría un túnel horadado en la piedra que descendía en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Una escalinata de peldaños irregulares se perdía en la tiniebla. De repente, el sonido se detuvo. Alicia avanzó hacia el primer peldaño y escuchó. Le pareció oír el susurro de una respiración. Apuntó el revólver hacia delante y bajó otro peldaño.

A un lado, colgado de un gancho metálico en la pared, había un objeto alargado. Una linterna. Alicia la cogió y la encendió haciendo girar el mango. Un haz de luz blanca penetró en la penumbra espesa y húmeda que ascendía del pozo.

—¿Hendaya? ¿Es usted? No me deje aquí…

La voz provenía del fondo del túnel. Estaba quebrada y apenas parecía humana. Alicia descendió los peldaños poco a poco hasta avistar los barrotes. Alzó el haz de luz y barrió el interior de la celda. Al comprender lo que estaba viendo se le heló la sangre.

Parecía un animal herido, cubierto de mugre y harapos. El cabello ensortijado de suciedad y una poblada barba escondían un rostro amarillento y sembrado de arañazos. La criatura se arrastró hasta los barrotes y le tendió una mano en señal de

súplica. Alicia bajó el arma y le miró, atónita. El prisionero apoyó el otro brazo entre los barrotes y ella advirtió que le faltaba una mano. Había sido brutalmente amputada a la altura de la muñeca y el muñón estaba recubierto con alquitrán seco. La piel del brazo tenía un aspecto violáceo. Alicia luchó por contener la náusea y se aproximó a los barrotes.

—¿Valls? —preguntó, incrédula—. ¿Es usted Mauricio Valls?

El prisionero abrió la boca como si tratase de articular una palabra pero lo único que escapó de sus labios fue un gemido sobrecogedor. Alicia examinó la cerradura de la celda. Un candado de hierro forjado sellaba un anillo de cadenas en torno a los barrotes. Oyó un rumor de pasos que viajaba por los muros y comprendió que no tenía mucho tiempo. Valls, al otro lado de los barrotes, la miraba con ojos ahogados de desesperación. Sabía que no le podía sacar de allí. Aun suponiendo que pudiera volar aquella cerradura a tiros, calculaba que Hendaya habría dejado por lo menos a dos o tres hombres en la casa. Iba a tener que dejar a Valls en su celda e ir en busca de Vargas. El prisionero pareció leerle el pensamiento. Extendió la mano e intentó agarrarla, pero apenas le quedaba fuerza.

—No me deje aquí —dijo con un tono entre la súplica y la orden.

—Volveré con ayuda —murmuró Alicia.

—¡No! —gritó Valls.

Ella le asió de la mano, ignorando la repugnancia que le producía el contacto con aquel saco de huesos que alguien había decidido dejar pudrirse en vida en aquel agujero.

—Necesito que no le diga a nadie que he estado aquí.

—Si intentas marcharte, gritaré, puta de mierda, y te meterán aquí conmigo —amenazó Valls.

Alicia le miró a los ojos y por un instante creyó ver al verdadero Valls, o a lo poco que quedaba de él, en aquel cadáver viviente.

—Si hace eso nunca volverá usted a ver a su hija.

El rostro de Valls se deshizo, toda la furia y la desesperación disueltas en un segundo.

—Le prometí a Mercedes que daría con usted —dijo Alicia.

—¿Está viva?

Ella asintió.

Valls apoyó la frente en los barrotes y lloró.

—No deje que la encuentren y le hagan daño —suplicó.

—¿Quiénes? ¿Quién querría hacerle daño a Mercedes?

—Por favor…

Alicia oyó pasos de nuevo por encima de aquella cavidad y se incorporó. Valls le dirigió una última mirada impregnada de resignación y esperanza.

—Corra —gimió.

27

Fernandito clavó la mirada en la puerta, que se estaba cerrando lentamente al envite del viento. La oscuridad se solidificó a su alrededor. La silueta de los maniquís y las vitrinas de cristal se desvanecieron en la penumbra. Cuando la abertura de la puerta quedó reducida a apenas una rendija de claridad mortecina, Fernandito respiró hondo y se dijo que había seguido a aquel individuo hasta su guarida con un propósito. Alicia contaba con él. Aferró con fuerza el revólver y se volvió hacia el corredor de sombras que se hundía en el interior del taller.

—No tengo miedo —murmuró.

Un rumor leve llegó hasta sus oídos. Hubiera jurado que era la risa de un niño. Muy cerca. A apenas unos metros de donde se encontraba. Oyó pasos arrastrándose con rapidez hacia él en la oscuridad y le asaltó el pánico. Fernandito alzó el arma y sin saber muy bien lo que hacía apretó el gatillo. Un estruendo ensordecedor le golpeó los tímpanos y los brazos se le fueron hacia arriba, como si alguien le hubiese pegado un martillazo en las muñecas. Un espasmo de luz de azufre iluminó el pasillo por una centésima de segundo y Fernandito le vio. Avanzaba hacia él con el cuchillo en alto y la mirada encendida, el rostro oculto en lo que se le antojó una máscara que parecía hecha de piel.

Fernandito disparó de nuevo una y otra vez hasta que el revólver se le escurrió de las manos y cayó de espaldas. Por un instante creyó que aquella silueta demoníaca que había visto cernirse sobre él estaba a su lado y que sentiría el acero frío en la piel antes de poder recobrar el aliento. Se arrastró hacia atrás y, cuando pudo recuperar el equilibrio, se abalanzó hacia la portezuela, que abrió de un golpe, y fue a dar de bruces a la calle encharcada. Se levantó y, sin mirar atrás, echó a correr como alma que lleva el diablo.

Todos le llamaban Bernal. Aquel no era su verdadero nombre, pero él no se había molestado en corregirlos. Llevaba apenas unos días en aquel caserón que ponía los pelos de punta a las órdenes de Hendaya, pero había visto lo suficiente. Suficiente para saber que cuanto menos supiesen aquel matarife y su cuadriga de carniceros acerca de él, mejor. Le faltaban menos de dos meses para disolverse en la jubilación con una pensión de miseria en recompensa a toda una vida quemada en el Cuerpo General de Policía. A aquellas alturas de la farsa, su gran sueño era morir solo y olvidado en la habitación oscura y húmeda de una pensión de la calle Joaquín Costa. Prefería fallecer como una puta vieja que vistiendo galas de héroe a mayor honor de aquellos niños bonitos que enviaban de Gobernación. Los nuevos centuriones, todos cortados por el mismo patrón, todos dispuestos a limpiar las calles de Barcelona de infelices y rojos de medio pelo que a duras penas podían mear de pie después de haberse pasado media vida escondidos o emparedados en cárceles pobladas como

colmenas. Hay épocas en que es más honorable morir en el olvido que vivir en la gloria.

El mal llamado Bernal andaba perdido en aquellos pensamientos cuando abrió la puerta de las cocinas. Hendaya insistía en hacer rondas de vigilancia por la casa y él cumplía las órdenes al pie de la letra. Esa era su especialidad. Le bastaron tres pasos para advertir que algo estaba fuera de lugar. Un soplo de aire húmedo le acarició el rostro. Levantó la mirada hacia el extremo de las cocinas. El resplandor de un relámpago dibujó el contorno dentado del cristal roto. Se dirigió al rincón y se arrodilló frente a los pedazos de vidrio caídos de la ventana. Un rastro de pisadas se perdía en el polvo. Pies ligeros y suelas mínimas con el golpe de tacón a juego. Una mujer. El falso Bernal calibró la evidencia. Se incorporó y se acercó al cuarto de la despensa. Presionó la pared del fondo y abrió la entrada al túnel. Descendió unos pasos hasta que el hedor que subía le aconsejó detenerse. Se volvió, y se disponía a cerrar el acceso cuando reparó en la linterna colgada del gancho. Se balanceaba ligeramente. El agente cerró la puerta y regresó a la cocina. Echó un vistazo somero y, tras cavilarlo unos instantes, borró el rastro de huellas con el pie y empujó los trozos de cristal a un rincón en sombra. No iba a ser él quien le dijese a Hendaya cuando volviera que alguien había hecho una visita sorpresa a la casa. El último infeliz que le había dado malas noticias a Hendaya había terminado con la mandíbula rota. Y era uno de sus hombres de confianza. Con él que no contasen. Con suerte, en siete semanas le entregarían una medallita que pensaba empeñar para costearse los servicios de una fulana con pedigrí con la que despedirse del plano terrenal y, si sobrevivía al trance, ya tendría toda una vejez gris y maldita para olvidar lo que había presenciado aquellos últimos días en El Pinar y convencerse de que todo lo que había hecho en nombre del deber era cosa de aquel Bernal que nunca había sido, y nunca sería, él.

Oculta en el jardín, al otro lado de la ventana, Alicia observó cómo el policía recorría las cocinas con parsimonia, comprobaba la entrada al túnel y luego, incomprensiblemente, borraba el rastro de pisadas que había dejado tras ella. El policía echó un último vistazo y se dirigió de nuevo a la puerta. Aprovechando que la lluvia todavía caía con fuerza, y sin saber a ciencia cierta si aquel agente iba a dar parte de lo que había descubierto a sus superiores, Alicia optó por arriesgarse a cruzar el jardín a toda prisa, descender por la ladera y pasar el muro. En los sesenta segundos que le llevó hacerlo no dejó de esperar un balazo entre los omoplatos que nunca llegó. Saltó a la calle y corrió de regreso a la plaza, donde el tranvía azul iniciaba su descenso en la tormenta. Subió al vagón en marcha e, ignorando la mirada reprobatoria del revisor, se dejó caer en uno de los asientos, empapada y temblando no sabía si de frío o de alivio.

Le encontró sentado bajo la lluvia, acurrucado en el escalón del portal. Alicia se acercó atravesando los charcos que anegaban la calle Aviñón y se detuvo frente a él. Lo supo sin necesidad de que el muchacho dijera nada. Fernandito alzó la vista y la miró con lágrimas en los ojos.

—¿Dónde está Vargas? —preguntó Alicia.

Fernandito bajó la cabeza.

—No suba —murmuró.

Alicia ascendió los peldaños de dos en dos, ignorando el dolor que le taladraba la cadera y le entumecía el costado. Al llegar al rellano del cuarto piso se detuvo frente a la puerta entreabierta de las habitaciones de Vargas. Un olor dulzón y metálico flotaba en el aire. Empujó la puerta hacia adentro y vio el cuerpo tendido en la sala sobre una lámina oscura y brillante. La invadió un frío que le cortó la respiración y se agarró al marco de la puerta. Le temblaban las piernas cuando se aproximó al cadáver. Vargas tenía los ojos abiertos. Su rostro era una máscara de cera destrozada a golpes que apenas reconoció. Se arrodilló junto a él. Le acarició la mejilla. Estaba frío. Lágrimas de rabia le nublaron la vista y ahogó un gemido.

Junto al cadáver había una silla caída. Alicia la aupó y se sentó en ella a contemplar el cuerpo en silencio. El fuego en la cadera se abría camino por sus huesos. Se golpeó la vieja herida con el puño, con fuerza, y por unos segundos el dolor la cegó y estuvo a punto de caer al suelo. Siguió golpeándose hasta que Fernandito, que había estado presenciando la escena desde el umbral, le sujetó los brazos y la detuvo. La abrazó hasta inmovilizarla. La dejó aullar de dolor hasta que apenas le quedó aliento.

—No es culpa suya —le repetía una y otra vez.

Cuando Alicia dejó de temblar, Fernandito cubrió el cuerpo con una manta que halló en un butacón.

—Busca en sus bolsillos —ordenó Alicia.

El chico registró el abrigo y la chaqueta del policía. Encontró su billetero, unas monedas, un pedazo de papel con una lista de cifras y una tarjeta de visita que rezaba:

María Luisa Alcaine
Secretaria adjunta
a la Dirección de Archivos y Documentación

Registro Civil de Barcelona

Le tendió lo que había encontrado y Alicia lo examinó. Se guardó la lista y la tarjeta. Le devolvió el resto, indicándole que lo colocase de nuevo en el lugar donde lo había hallado. Alicia mantenía la mirada clavada en la silueta de Vargas, que se adivinaba bajo la manta. Fernandito esperó un par de minutos antes de acercarse de

nuevo a ella.

—Aquí no podemos quedarnos —dijo al fin.

Alicia le miró, como si no comprendiese o no pudiera oírle.

—Deme la mano.

Ella declinó su oferta de auxilio e hizo amago de incorporarse por su cuenta. Fernandito advirtió el rictus de dolor en su rostro. Rodeó a Alicia con los brazos y la ayudó a levantarse. Una vez estuvo erguida, Alicia dio unos pasos intentando disimular que cojeaba.

—Puedo sola —dijo.

Su voz había adquirido un tono gélido. Su mirada era impenetrable y no delataba ya emoción alguna, tampoco cuando se volvió hacia Vargas por última vez. «Había cerrado las puertas y echado todos los cerrojos», pensó Fernandito.

—Vamos —murmuró, cojeando hacia la salida.

Fernandito la sostuvo por el brazo y la condujo hasta la escalera.

Se instalaron en una mesa en la esquina del fondo del Gran Café. Fernandito pidió dos tazones de café con leche y un vaso de coñac que procedió a vaciar en una de las tazas, que tendió a Alicia.

—Beba. Entrará en calor.

Alicia aceptó la taza y sorbió despacio. La lluvia arañaba el ventanal y dibujaba regueros que velaban el manto gris que se había desplomado sobre la ciudad. Una vez que Alicia hubo recuperado el color, Fernandito le contó todo lo sucedido.

—No tendrías que haberle seguido a ese lugar —dijo ella.

—No iba a dejarle escapar —replicó.

—¿Estás seguro de que está muerto?

—No lo sé. Le he disparado dos o tres veces con el arma del capitán Vargas. No podía estar a más de dos metros. Todo estaba a oscuras…

Alicia posó la mano sobre la de Fernandito y le sonrió débilmente.

—Estoy bien —mintió él.

—¿Aún tienes el arma?

Fernandito negó.

—Se me cayó al huir de allí. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Alicia permaneció en silencio unos instantes, la mirada perdida en el cristal. Podía sentir el dolor en la cadera latiendo al ritmo de su corazón.

—¿No debería tomarse una de esas pastillas suyas? —preguntó Fernandito.

—Luego.

—¿Luego de qué?

Alicia le miró a los ojos.

—Necesito que hagas algo más por mí.

Fernandito asintió.

—Lo que sea.

Ella buscó en sus bolsillos y le tendió una llave.

—Es la llave de mi casa. Cógela.

—No la entiendo.

—Quiero que subas al piso. Asegúrate de que no hay nadie dentro antes de entrar. Si la puerta está abierta o la cerradura tiene signos de haber sido forzada, echa a correr y no pares hasta llegar a tu casa.

—¿Usted no viene conmigo?

—Una vez que estés en el comedor, busca debajo del sofá. Encontrarás una caja con documentos y papeles. Dentro de esa caja hay un sobre con un cuaderno dentro. En el sobre pone «Isabella». ¿Me has entendido?

Él hizo un gesto afirmativo.

—*Isabella*.

—Quiero que cojas esa caja y te la lleves. Guárdala. Guárdala donde nadie la pueda encontrar. ¿Podrás hacer eso por mí?

—Sí. No se preocupe. Pero…

—Sin peros. Si me pasa algo…

—No diga eso.

—Si me pasa algo —insistió Alicia—, no puedes acudir ni a la policía. Si yo no vuelvo a recogerlos, deja que transcurran unos días y lleva esos documentos a la librería Sempere e hijos, en la calle Santa Ana. ¿Sabes dónde es?

—La conozco…

—Antes de entrar asegúrate de que nadie vigila la librería. Si algo te despierta la más mínima sospecha, pasa de largo y espera a otro momento. Cuando estés allí pregunta por Fermín Romero de Torres. Repite el nombre.

—Fermín Romero de Torres.

—No te fíes de nadie más. No te puedes fiar de nadie más.

—Me está asustando, señorita Alicia.

—Si me sucede algo, entrégale los documentos. Dile que vienes de mi parte. Cuéntale lo que ha ocurrido. Explícale que entre esos documentos está el diario de Isabella Gispert, la madre de Daniel.

—¿Quién es Daniel?

—Dile a Fermín que lo tiene que leer él y decidir si debe dárselo a Daniel o no. Él será el juez.

Fernandito asintió. Alicia sonrió con tristeza. Tomó la mano del chico y la apretó con fuerza. Él se llevó su mano a los labios y la besó.

—Siento haberte metido en esto, Fernandito. Y dejarte con esta responsabilidad… No tenía derecho.

—Me alegro de que lo haya hecho. No le fallaré.

—Lo sé… Una última cosa. Si no vuelvo…

—Volverá.

—Si no vuelvo no preguntes por mí en hospitales ni en comisarías ni en ningún sitio. Hazte a la idea de que no me has conocido nunca. Olvídame.

—Yo no la voy a olvidar jamás, señorita Alicia. Soy así de bobo…

Ella se incorporó. Era evidente que el dolor la atenazaba, pero sonrió a Fernandito como si no se tratase de más que de una molestia pasajera.

—Va a buscar a ese hombre, ¿verdad?

Alicia no respondió.

—¿Quién es? —preguntó Fernandito.

Alicia conjuró la descripción que Fernandito había dibujado del asesino de Vargas.

—Se hace llamar Rovira —dijo—. Pero no sé quién es.

—Sea quien sea, si es que aún está vivo, es muy peligroso.

Fernandito se levantó, dispuesto a escoltarla. Alicia le retuvo, negando.

—Lo que necesito es que vayas a mi casa y hagas lo que te he pedido.

—Pero…

—No me discutas. Y júrame que harás exactamente lo que te he dicho.

Fernandito suspiró.

—Lo juro.

Alicia ofreció una de sus sonrisas devastadoras, aquellas que tantas veces le habían nublado al chico el poco sentido que Dios le había dado, y se encaminó hacia la salida cojeando. Él la observó alejarse en la lluvia, más frágil que nunca. Esperó a que se hubiera perdido calle arriba y, tras dejar unas monedas en la mesa, cruzó la calle hasta llegar a la escalera de Alicia. Al entrar en el rellano se encontró con la portera, su tía Jesusa, que intentaba contener la lluvia que encharcaba el suelo de la finca con un trapo envuelto en el extremo de una escoba. Al verlo pasar con una llave en la mano, Jesusa frunció el ceño con desaprobación. Fernandito comprendió que la portera, que tenía ojo clínico para el chisme y vista de halcón para todo lo que no le concernía, debía de haber presenciado la escenita en el Gran Café al otro lado de la calle, besamanos incluido.

—No escarmentamos nunca, ¿eh, Fernandito?

—No es lo que parece, tía.

—Lo que parece mejor me lo callo, pero, como tía tuya que soy y la única que parece semeja el sentido común en toda la familia, tengo que decirte lo que te he dicho mil veces.

—Que la señorita Alicia no es mujer para mí —recitó Fernandito de memoria.

—Y que un día te va a romper el corazón, como dicen en la radio —completó Jesusa.

Ese día había quedado atrás hacía ya años, pero Fernandito prefirió no remover el asunto. Jesusa se le aproximó y le sonrió con ternura, estrujándole los mofletes como si todavía tuviese diez años.

—Yo solo quiero que no sufras. Y la señorita Alicia, y mira que la aprecio como

si fuera de la familia, es una bomba ambulante: el día menos pensado explotará y se llevará por delante a todo el que tenga cerca, y que Dios me perdone por decirlo.

—Ya lo sé, tía. Ya lo sé. Usted no se preocupe que sé lo que me hago.

—Eso dijo tu tío el día que se ahogó.

Fernandito se inclinó para besarla en la frente y se encaminó escaleras arriba. Entró en el piso de Alicia y dejó la puerta entornada mientras seguía las instrucciones recibidas. Encontró la caja que ella le había descrito bajo el sofá del salón. La abrió y echó un vistazo a la pila de documentos, entre la que asomaba un sobre en el que se leía:

Isabella

No se atrevió a abrirlo. Cerró la caja y se preguntó quién sería aquel tal Fermín Romero de Torres que merecía toda la confianza de Alicia y a quien se encomendaba como última salvación. Supuso que, en el desorden de las cosas, había muchos otros personajes en la vida de Alicia que desconocía y que desempeñaban un papel infinitamente más importante que el suyo.

«A ver si te pensabas que eras tú el único…».

Cogió la caja y se encaminó a la puerta. Antes de salir y cerrar contempló por última vez el piso de Alicia, convencido de que nunca más volvería a poner los pies allí. Al llegar al vestíbulo comprobó que su tía seguía intentando mantener a raya la lluvia que se iba filtrando en el portal a golpe de escobón. Se detuvo un instante.

—Cobarde —murmuró para sí—. No tendrías que haberla dejado ir.

Jesusa interrumpió sus empeños y le miró intrigada

—¿Qué dices, prenda?

Fernandito suspiró.

—¿Tía? ¿Le puedo pedir un favor? —inquirió.

—Pues claro. Tú pide por esa boquita de piñón.

—Necesito que me guarde esta caja donde nadie la pueda encontrar. Es muy importante. No le diga a ninguna persona que la tiene. Ni a la policía, si vinieran a preguntar. A nadie.

El rostro de Jesusa se ensombreció. La portera lanzó un vistazo a la caja y se santiguó.

—Ay ay ay… ¿En qué lío os habéis metido?

—Nada que no se pueda arreglar.

—Eso decía siempre el tío.

—Ya lo sé. ¿Me hará ese favor? Es muy importante.

Jesusa asintió, solemne.

—Volveré en un rato.

—¿Me lo juras?

—Claro.

Salió a la calle huyendo de la mirada angustiada de su tía Jesusa y enfrentó la lluvia con tanto miedo en el cuerpo que apenas notó el frío que le calaba los huesos. De camino al que bien podría ser el último día de su corta existencia se dijo que, gracias a Alicia, había aprendido al menos dos cosas útiles que le servirían para siempre, si es que vivía para contarlo. La primera era a mentir. La segunda, y esta aún la sentía en carne viva, era que los juramentos eran un poco como los corazones: roto el primero, los demás resultaban pan comido.

28

Alicia se detuvo en la esquina de la calle Lancaster y observó la entrada de la antigua fábrica de maniquís durante un par de minutos. La portezuela por la que había pasado Fernandito seguía entreabierta. El edificio que albergaba el taller era una brecha de piedra oscura que se alzaba dos pisos y estaba cubierto por un tejado abombado. Las ventanas del piso superior estaban tapiadas con tablones de madera y adoquines barnizados de mugre. Una caja de cableado agrietada sobresalía de la fachada y un nudo de hilo telefónico asomaba por dos orificios practicados en la piedra con un taladro. Amén de aquel detalle, el lugar desprendía un aire de abandono, como la mayoría de los antiguos talleres industriales que quedaban en aquella área del Raval.

Alicia se aproximó bordeando la fachada para evitar poder ser vista desde la entrada. El aguacero había dejado las calles desiertas y no tuvo reparo en extraer el arma y acercarse hasta la portezuela apuntando hacia el interior. Empujó la portezuela hasta abrirla por completo y auscultó el túnel de claridad que se proyectaba en el vestíbulo. Penetró con el arma en alto y sujeta con ambas manos. Una leve corriente de aire fluía desde el interior, impregnada con el olor a cañerías viejas y a lo que se le antojó queroseno o algún tipo de combustible.

La entrada daba a lo que debía de haber sido una zona de despacho comercial del taller. Un mostrador, un juego de vitrinas vacías y un par de maniquís envueltos en un manto blanquecino y traslúcido presidían el lugar. Alicia rodeó el mostrador y se aproximó a la entrada de la trastienda, que estaba velada por una cortina de cuentas de madera. Se disponía a cruzarla cuando golpeó un objeto metálico con el pie. Sin bajar el revólver, lanzó una mirada rápida al suelo y avistó el arma de Vargas. La recogió y la guardó en el bolsillo izquierdo de la chaqueta. Apartó la cortina de cuentas y enfrentó un corredor que se hundía en las entrañas del edificio. El olor a pólvora aún flotaba en el aire. Un rastro de reflejos tenues oscilaba del techo. Alicia palpó las paredes hasta dar con un interruptor de rosca. Hizo girar la clavija y una guirnalda de bombillas de bajo voltaje suspendidas de un cable prendieron a lo largo del corredor. La penumbra rojiza que proyectaban desveló un pasillo angosto que descendía en un ángulo leve. A unos metros de la entrada la pared estaba salpicada de manchas oscuras, como si una ráfaga de pintura rojiza hubiese barrido el muro. Al menos una de las balas que había disparado Fernandito había alcanzado su objetivo. Posiblemente más. El rastro de sangre seguía por el suelo y se perdía por el pasadizo. Un poco más allá encontró el cuchillo con el que Rovira había intentado atacar a Fernandito. La hoja estaba manchada de sangre y Alicia comprendió que era la de Vargas. Continuó adelante y no se detuvo hasta que atisbó el halo de luz espectral que emanaba desde el final del túnel.

—¿Rovira? —llamó.

Un baile de sombras y el susurro de algo arrastrándose en la oscuridad se agitaron al fondo del corredor. Alicia procuró tragar saliva, pero tenía la boca seca. No reparó

en que desde que se había adentrado en aquel pasillo ya no notaba el dolor en la cadera ni el frío de las ropas empapadas. Solo sentía miedo.

Recorrió la distancia que mediaba hasta el extremo del corredor, ignorando el sonido que arrancaban las suelas de sus zapatos al pisar sobre el firme suelo húmedo y viscoso.

—Rovira, sé que está herido. Salga y hablemos.

El sonido de su propia voz se le antojó frágil y temeroso, pero la dirección en la que viajaba el eco le servía de guía. Al llegar al final del túnel, Alicia se detuvo. Una gran sala de techos altos se abría en perspectiva. Observó los restos de las mesas de trabajo, las herramientas y la maquinaria que flanqueaban la nave. Un tragaluz de cristal esmerilado al fondo del taller inyectaba una fantasmagoría pálida.

Pendían del techo, sujetos por cuerdas que les conferían el aspecto de cadáveres ahorcados y suspendidos a medio metro del suelo. Hombres, mujeres y niños, maniquís ataviados con galas de otro tiempo que se mecían en la penumbra como almas atrapadas en un purgatorio secreto. Había docenas de ellos. Algunos lucían rostros sonrientes y miradas de cristal, otros estaban inacabados. Alicia podía sentir el palpitar de su corazón en la garganta. Respiró hondo y se adentró entre la jauría de figuras que colgaban. Brazos y manos le acariciaron el pelo y el rostro mientras avanzaba lentamente. Las figuras suspendidas se balanceaban y se agitaban a su paso.

El eco del roce de los cuerpos de madera se esparcía por la nave. Tras él se percibía un rumor mecánico. El olor a queroseno cobraba intensidad a medida que se acercaba al fondo del taller. Alicia dejó atrás el bosque de cuerpos suspendidos y avistó una pieza de maquinaria industrial que vibraba y desprendía halos de vapor. Un generador. A un lado se levantaba una pila de restos y piezas descartadas. Cabezas, manos y torsos desmembrados se fundían en un amasijo que le trajo a la memoria los cuerpos amontonados que había visto en las calles tras los bombardeos aéreos durante la guerra.

—¿Rovira? —llamó de nuevo, más por oír su voz que esperando respuesta.

Tenía la certeza de que la estaba observando desde algún rincón en la sombra. Escrutó la nave con la mirada, intentando leer los relieves que se intuían en la penumbra. No detectó movimiento alguno. Tras la pila de restos de figuras se entreveía una puerta bajo la cual se deslizaban cables conectados al generador. Un aliento de luz eléctrica perfilaba el marco. Alicia suplicó que el cuerpo exánime de Rovira estuviese allí dentro, tendido en el suelo. Se aproximó a la puerta y la abrió de un puntapié.

29

La habitación era una cámara rectangular de paredes negras sin ventanas que olía a humedad y semejaba una cripta. El techo estaba perfilado por una hilera de bombillas desnudas que destilaban una luz amarillenta y producían un zumbido leve y chispeante, como si un enjambre de insectos reptasen por los muros. Alicia escrutó cada centímetro del contorno antes de entrar. No había rastro de Rovira.

Un camastro de metal ocupaba un rincón. Un par de mantas viejas lo cubrían y una caja de madera a un lado hacía las veces de mesa de noche. Sobre ella había un teléfono negro, velas y un bote de vidrio repleto de monedas. Bajo el colchón asomaban una vieja maleta, un par de zapatos y un cubo. Junto al lecho había un armario ropero de madera labrada de amplias dimensiones, una pieza de anticuario que uno esperaría encontrar en una residencia de cierto postín y no en un taller industrial. Las puertas del armario estaban casi ajustadas al cierre, pero dejaban un par de centímetros de apertura. Alicia se acercó poco a poco, preparada para vaciar el revólver. Por un segundo imaginó a Rovira, sonriendo en el interior y esperando a que ella bajase la guardia al abrir el armario.

Alicia sostuvo el arma firmemente con las manos y dio una patada a la puerta, que se abrió despacio al rebotar en el marco. El armario estaba vacío. Una barra sostenía una docena de perchas desnudas. Al pie del armario encontró una caja de cartón en la que se podía leer una sola palabra:

SALGADO

Tiró de la caja y el contenido se desparramó a sus pies. Joyas, relojes y otros objetos de valor. Fajos de billetes que parecían fuera de curso legal atados con cordeles. Lingotes dorados, forjados aprisa y sin precisión. Alicia se arrodilló y contempló aquel botín, una pequeña fortuna, y supuso que aquel debía de ser el tesoro que Sebastián Salgado, antiguo prisionero del penal de Montjuic y primer sospechoso mencionado en la desaparición de Valls, habría ocultado en las taquillas de la Estación del Norte y soñado con recobrar cuando el ministro tramitó su indulto y puesta en libertad dos décadas más tarde. Salgado nunca consiguió recuperar el fruto de sus crímenes y pillajes. Cuando abrió la taquilla encontró una maleta vacía y murió sabiéndose un ladrón robado. Alguien se le había adelantado. Alguien que era conocedor del botín y la trama de los anónimos que Valls había estado recibiendo durante años. Alguien que llevaba moviendo los hilos de aquel asunto desde mucho antes de que el ministro desapareciese.

Las luces parpadearon un instante y Alicia se volvió sobresaltada. Fue entonces cuando lo vio. Ocupaba una pared entera, de suelo a techo. Se acercó despacio y, al comprender lo que estaba contemplando, sintió que le flaqueaban las rodillas y dejó

caer los brazos.

El mosaico estaba formado por docenas, centenares de fotografías, recortes y apuntes. Había sido confeccionado con extraordinaria precisión y con empeño de orfebre. Todas las imágenes, sin excepción, eran de Alicia. Reconoció instantáneas de su primera época en la unidad junto a fotografías antiguas en las que apenas era una niña que databan de sus años en el orfanato del Patronato Ribas. La colección incluía decenas de instantáneas tomadas a distancia en las que se la veía recorriendo las calles de Madrid o Barcelona, a la entrada del hotel Palace, sentada en un café con un libro, bajando los peldaños de la Biblioteca Nacional, comprando en tiendas de la capital e incluso paseando junto al Palacio de Cristal en el parque del Retiro. Una de las fotografías mostraba la puerta de su habitación en el Hispania.

Encontró recortes de diarios donde se detallaban casos en cuya resolución había participado pero que, por supuesto, nunca mencionaban ni a Alicia ni a la unidad y atribuían todo el mérito a la policía o a la Guardia Civil. Al pie del mosaico había una mesa dispuesta a modo de altar sobre la que reconoció toda suerte de objetos relacionados con ella: menús de restaurantes que recordaba haber visitado, servilletas de papel en las que había apuntado algo, notas firmadas de su puño y letra, una copa de vino con una marca de carmín en el borde, una colilla, los restos de su billete de tren de Madrid a Barcelona…

En un extremo de la mesa había una vasija de vidrio en cuyo interior, expuestas como reliquias, se hallaban algunas piezas de ropa interior que había echado a faltar desde la noche en que alguien, o algo, había entrado en su casa mientras se encontraba bajo los efectos de los fármacos. Un par de sus medias estaban muy bien tendidas sobre la mesa y sujetas con alfileres. Junto a ellas reposaba el libro de Víctor Mataix de *El Laberinto de los Espíritus*, sustraído de su vivienda. Le invadió la necesidad de escapar de aquel lugar de pesadilla.

Nunca llegó a ver una figura que, a su espalda, se alzaba lentamente de entre la pila de cuerpos desmembrados al otro lado de la puerta y se dirigía hacia ella.

30

Cuando comprendió lo que había sucedido ya era tarde. Oyó una respiración entrecortada tras ella y al volverse no tuvo tiempo de apuntar con el revólver. Un impacto brutal le sacudió las entrañas. El pinchazo le arrebató la respiración y la hizo caer de rodillas. Solo entonces pudo verle con claridad y comprender por qué no le había detectado al entrar. Llevaba una máscara blanca que le cubría el rostro. Estaba desnudo y portaba en la mano un objeto que parecía algún tipo de punzón industrial.

Alicia intentó dispararle, pero Rovira le ensartó la mano con la púa metálica. El revólver rodó por el suelo. El hombre la cogió por el cuello y la arrastró hasta el camastro. La dejó caer allí y se sentó sobre sus piernas, sujetándolas. Le agarró la mano derecha, que había perforado con el punzón, y se inclinó para sujetársela a los barrotes del camastro con alambre. Al hacerlo, la máscara se deslizó y Alicia encontró el rostro desencajado de Rovira a un par de centímetros del suyo. Tenía los ojos vidriosos y la piel de un lado de la cara salpicada por las quemaduras de un disparo a bocajarro. Le sangraba un oído y sonreía como un niño dispuesto a arrancarle las alas a un insecto y a deleitarse con su agonía.

—¿Quién eres? —preguntó Alicia.

Rovira la observó, disfrutando del instante.

—¿Tan lista que te crees y no lo has entendido todavía? Yo soy tú. Todo lo que tú deberías haber sido. Al principio te admiraba. Pero luego me he dado cuenta de que eres débil y que no me queda nada que aprender de ti. Soy mejor que tú. Soy mejor de lo que tú nunca podrías haber sido…

Rovira había dejado el punzón sobre el lecho. Alicia calculó que si le distraía un segundo quizá podría alcanzarlo con la mano izquierda, que le quedaba libre, y clavárselo en el cuello o los ojos.

—No me hagas daño —suplicó—. Haré lo que tú quieras…

Rovira rio.

—Querida, lo que quiero es precisamente hacerte daño. Mucho daño. Me lo he ganado…

Entonces la sujetó por el pelo contra el camastro y le lamió los labios y el rostro. Alicia cerró los ojos, palpando sobre la manta en busca del punzón. Las manos de Rovira le recorrieron el torso y se detuvieron sobre su vieja herida en el costado. Alicia había llegado a rozar el mango cuando Rovira le susurró al oído:

—Abre los ojos, puta. Quiero verte bien la cara cuando lo sientas.

Ella abrió los ojos, sabiendo lo que llegaría después y suplicando perder el sentido al primer golpe. Rovira se enderezó, alzó el puño y lo descargó con toda su fuerza sobre su herida. Alicia dejó escapar un aullido ensordecedor. Rovira, la habitación, la luz y el frío que sentía en las entrañas, todo quedó olvidado. Solo existía el dolor recorriéndole los huesos como una corriente eléctrica que le hizo olvidar quién era y dónde estaba.

Rovira rio al ver su cuerpo tensarse como un cable y sus ojos quedarse en blanco. Le levantó la falda hasta desvelar aquella cicatriz que le cubría la cadera como una telaraña negra, explorando la piel con la punta de los dedos. Se inclinó para besarla en la herida y luego la golpeó una y otra vez hasta destrozarse el puño contra los huesos de su cadera. Finalmente, cuando ya no emergía sonido alguno de la garganta de Alicia, se detuvo. Ella, hundiéndose en un pozo de agonía y oscuridad, se convulsionaba. Rovira recogió el punzón y recorrió con la punta la red de capilares oscuros que se entreveían bajo la piel pálida de la cadera de Alicia.

—Mírame —ordenó—. Yo soy tu sustituto. Y seré mucho mejor que tú. A partir de ahora, yo seré el favorito.

Alicia le miró desafiante. Rovira le guiñó el ojo.

—Esa es mi Alicia —dijo.

Murió sonriendo. No llegó a ver que Alicia alcanzaba el revólver que había guardado en el bolsillo izquierdo de su chaqueta. Cuando él empezaba a hurgar en la herida con el punzón, ella ya le había colocado el cañón bajo la barbilla.

—Chica lista —murmuró.

Un instante después, el rostro de Rovira se pulverizó en una nube de hueso y sangre. El segundo disparo, a quemarropa, le derribó hacia atrás. El cuerpo desnudo cayó de espaldas a los pies del camastro con un orificio humeante en el pecho y el punzón todavía agarrado en la mano. Alicia soltó el arma y forcejeó para liberar su mano derecha sujeta al catre. La adrenalina había tendido un velo sobre el dolor, pero sabía que sería momentáneo y que cuando este regresara, tarde o temprano, le haría perder el sentido. Tenía que salir de aquel lugar cuanto antes.

Consiguió enderezarse y sentarse en el camastro. Intentó incorporarse, pero tuvo que esperar unos minutos porque las piernas le flaqueaban y la estaba invadiendo una debilidad que no acababa de comprender. Sentía frío. Mucho frío. Logró levantarse al fin, casi tiritando, y se sostuvo en pie apoyándose en la pared. Tenía el cuerpo y la ropa manchados con la sangre de Rovira. No notaba la mano derecha más allá de un latido sordo. Examinó la herida que había dejado el punzón. No tenía buen aspecto.

Justo entonces el teléfono que había junto a la cama sonó. Alicia ahogó un grito.

Lo dejó sonar cerca de un minuto, contemplándolo como si se tratase de una bomba que fuera a explotar en cualquier momento. Finalmente levantó el auricular y se lo llevó al oído. Escuchó, conteniendo la respiración. Un largo silencio se hizo en la línea y, tras el zumbido leve de la larga distancia, un aliento pausado.

—¿Estás ahí? —dijo la voz.

Alicia sintió que el auricular le temblaba en las manos.

Era la voz de Leandro.

El teléfono le resbaló de la mano. Tambaleándose, se dirigió hacia la puerta. Al cruzar frente al santuario que Rovira había creado se detuvo. La rabia le dio fuerzas para salir al taller, encontrar uno de los bidones de queroseno que había junto al generador y derramar el contenido por el suelo. La película de líquido viscoso se

esparció por la habitación, rodeando el cadáver de Rovira y tendiendo un espejo negro del que ascendían volutas de vapor irisado. Al pasar frente al generador arrancó uno de los cables y lo dejó caer al suelo. Mientras caminaba entre los maniquís suspendidos del techo en dirección al corredor que conducía a la salida oyó el chisporroteo a su espalda. Una súbita corriente de aire sacudió las figuras que la rodeaban cuando prendió la llamarada. Un resplandor ámbar la acompañó al tiempo que recorría el pasillo. Avanzó oscilante y dando tumbos contra los muros para sostenerse en pie. Nunca había sentido tanto frío.

Suplicó al cielo o al infierno que no la dejase morir en aquel túnel, que pudiera llegar al umbral de claridad que se adivinaba al fondo. La huida se le hizo interminable. Sentía que escalaba el intestino de una bestia que la había engullido y trepaba de vuelta hasta las fauces para evitar ser devorada. El calor que penetraba por el túnel desde las llamas a su espalda apenas consiguió quebrar el abrazo gélido que la envolvía. No se detuvo hasta cruzar el vestíbulo y salir a la calle. Respiró de nuevo y sintió la lluvia acariciándole la piel. Una figura se acercaba a toda prisa por la calle.

Se dejó caer en brazos de Fernandito, que la abrazó. Le sonrió, pero el muchacho la observaba aterrorizado. Se llevó la mano al vientre, al lugar donde había notado aquel primer golpe. La sangre tibia se escurría entre sus dedos y se desvanecía en la lluvia. Ya no sentía dolor, solo frío, un frío que le susurraba que se dejase ir, que cerrara los párpados y se abandonase a un sueño eterno que prometía paz y verdad. Miró a los ojos a Fernandito y le sonrió.

—No me dejes morir aquí —musitó.

31

La tormenta había barrido las calles de transeúntes y había dejado la librería huérfana de clientes. Habida cuenta del diluvio en curso, Fermín optó por dedicar la jornada a menesteres de intendencia y labores contemplativas. Ajeno al fragor de los relámpagos y al envite de la lluvia, que parecía decidida a derribar el escaparate, Fermín encendió la radio. Con paciencia, como si estuviese seduciendo al cerrojo de una caja fuerte, fue girando el dial hasta que tropezó con el sonido de una gran orquesta que atacaba los compases iniciales de *Siboney*. Al primer redoble de timbal, Fermín empezó a mecerse al ritmo caribeño y se dispuso a reanudar la restauración y puesta a punto de una edición en seis tomos de *Los Misterios de París*, de Eugenio Sue, con Daniel como pinche y ayudante.

—Esto lo bailaba yo con mi mulatita en el Tropicana de La Habana en mis años mozos, cuando aún tenía juego de caderas. Qué recuerdos me trae… Si en vez de esta planta de galán hubiese tenido yo talento para la literatura habría escrito *Los Misterios de La Habana* —proclamó.

—Ganó Eros y perdió el Parnaso —sentenció Bea.

Fermín se dirigió hacia ella con los brazos abiertos marcando el paso y contoneándose a ritmo de clave.

—Señora Bea, venga, que le enseño los pasos básicos del son montuno, que aquí su marido baila como si llevase zuecos de cemento y no sabe usted lo que es el frenesí del *tempo* afrocubano. A *gosar*…

Bea corrió a refugiarse en la trastienda para terminar de cuadrar el libro de cuentas y poner distancia con el bailoteo y el canturreo de Fermín.

—Oiga, su mujer a veces es más sosa que las minutas del catastro municipal.

—Dígamelo a mí —replicó Daniel.

—Que se oye todo —advirtió la voz de Bea desde la trastienda.

Se las prometían ambos muy felices cuando se oyó un frenazo sobre mojado. Al levantar la vista comprobaron que un taxi acababa de detenerse bajo el aguacero frente al escaparate de Sempere e hijos. Un relámpago estalló en lo alto y por un instante el automóvil pareció una carroza de plomo candente humeando en la lluvia.

—Como decían los antiguos, taxista tenía que ser —replicó Fermín.

El resto sucedió a la velocidad del desastre. Un muchacho empapado hasta los huesos y con el rostro allanado por el terror descendió del taxi y, al encontrar la puerta con el cartel de CERRADO, empezó a golpear el cristal con los puños. Fermín y Daniel intercambiaron una mirada.

—Para que luego digan que en este país la gente no tiene ganas de comprar libros.

Daniel se aproximó a la puerta y la abrió. El muchacho, que parecía en un tris de caer desfallecido, se llevó la mano al pecho, respiró hondo y preguntó casi voz en grito:

—¿Quién de ustedes es Fermín Romero de Torres?

Fermín alzó la mano.

—Aquí, el de los músculos.

Fernandito se lanzó a agarrarle del brazo y tiró de él.

—Le necesito —imploró.

—Mire, pollo, no se lo tome a mal, pero hembras imponentes me han dicho lo mismo muchas veces y he sabido resistirme.

—Es Alicia —jadeó Fernandito—. Creo que se está muriendo…

El rostro de Fermín palideció. Lanzó una mirada de alarma a Daniel y, sin mediar palabra, se dejó arrastrar hasta la calle y al interior del taxi, que partió a escape.

Bea, que acababa de asomarse a la cortina de la trastienda y había presenciado la escena, miró a Daniel perpleja.

—¿Y eso?

Su marido suspiró apesadumbrado.

—Malas noticias —murmuró.

Tan pronto como aterrizó en el interior del coche Fermín se tropezó con la mirada del taxista.

—El que faltaba. ¿Adónde vamos ahora?

Fermín intentó hacerse una composición de lugar. Le llevó unos segundos comprender que la figura de piel pálida como la cera y mirada ida que yacía tendida sobre el asiento trasero del taxi era Alicia. Fernandito le sostenía la cabeza con las manos y se esforzaba por contener lágrimas de pánico.

—Usted, vaya tirando —ordenó Fermín al taxista.

—¿Adónde?

—De momento, tire *palante*. Y cagando leches.

Fermín buscó la mirada de Fernandito.

—No sabía qué hacer —balbuceó el muchacho—. No me ha dejado que la lleve a un hospital o a un médico y…

Alicia, en un breve instante de lucidez, contempló a Fermín y le sonrió con dulzura.

—Fermín, usted siempre procurando salvarme.

Al oír su voz quebrada, a Fermín se le encogieron el estómago y todas las vísceras colindantes, lo cual, teniendo en cuenta que había desayunado una bolsa entera de *carquinyolis*, le resultó triplemente doloroso. Alicia flotaba entre la consciencia y el abismo, así que Fermín optó por recabar el testimonio del chavalín, que parecía el más asustado de los tres.

—Tú, ¿cómo te llamas?

—Fernandito.

—¿Se puede saber qué ha pasado?

Fernandito procedió a resumir lo acontecido en las últimas veinticuatro horas con tal atropello y confusión de detalles que Fermín le detuvo y optó por establecer prioridades prácticas. Palpó el vientre de Alicia y examinó sus dedos impregnados de sangre.

—Timonel —ordenó al taxista—. Al hospital Nuestra Señora del Mar. Volando.

—Haber parado un globo. Mire cómo va el tráfico.

—O estamos allí en menos de diez minutos o le quemo la tartana. Tiene mi palabra.

El taxista gruñó y pisó el acelerador. Su mirada recelosa se encontró con la de Fermín en el espejo retrovisor.

—Oiga, ¿usted no es el de la otra vez? ¿No estuvo en una ocasión ya a punto de morírseme en el taxi años ha?

—Como no fuese del pestuzo que suelta no veo cómo podría o querría yo morirme aquí. Antes me tiro del puente de Vallcarca con *La Regenta* atada al cuello.

—Por mí…

—No se peleen —regañó Fernandito—. Que la señorita Alicia se nos va.

—Cagoendiez —maldijo el taxista, sorteando el tráfico de Vía Layetana rumbo a la Barceloneta.

Fermín extrajo un pañuelo del bolsillo y se lo tendió a Fernandito.

—Saca el pañuelo por la ventana —ordenó.

Fernandito asintió e hizo lo que le había indicado. Fermín levantó con cautela la blusa de Alicia y encontró el orificio que había dejado el punzón en su vientre. La sangre manaba a borbotones.

—Jesús, María y José…

Presionó la herida con la mano y escrutó el tráfico. El taxista, gruñidos aparte, ejecutaba malabarismos con coches, autobuses y transeúntes a velocidad de vértigo. Fermín sintió el desayuno escalándole la garganta por momentos.

—A ser posible, la idea sería llegar vivos al hospital. Con una moribunda va que se mata.

—Milagros a los Reyes Magos. Y si no coja usted el volante —replicó el taxista —. ¿Cómo vamos por ahí detrás?

—Podríamos ir mejor.

Fermín acarició el rostro de Alicia y la intentó reanimar palmeándola suavemente. Ella abrió los ojos. Tenía las córneas reventadas de sangre por los golpes.

—Ahora no se me puede dormir, Alicia. Haga un esfuerzo y manténgase despierta. Hágalo por mí. Si quiere le cuento chistes picantes o le canto éxitos de Antonio Machín.

Alicia ofreció una sonrisa moribunda. Al menos aún oía.

—Piense en el Generalísimo vestido de cacería con el gorrito y las botas, que a mí siempre me provoca pesadillas y no me deja dormir.

—Tengo frío —murmuró con un hilo de voz.

—Ya llegamos…

Fernandito la observaba con consternación.

—La culpa es mía. No paraba de pedir que no la llevase a ningún hospital y me ha dado miedo —dijo—. Aseguraba que la buscarían allí…

—Es al hospital o al cementerio —cortó Fermín.

Fernandito encajó la severidad de su réplica como si le hubiera abofeteado. Fermín recordó que no era más que un chaval y con toda probabilidad tenía más miedo que ninguno de los que viajaban a bordo del taxi.

—No se preocupe, Fernando. Ha hecho usted lo que tenía que hacer. En momentos así a cualquiera se le forma en los calzones un nudo marinero.

Fernandito suspiró, la culpa carcomiéndole por dentro.

—Si le pasa algo a la señorita Alicia me muero…

Ella le cogió la mano y se la apretó con poca fuerza.

—¿Y si la encuentra ese hombre… Hendaya? —susurró Fernandito.

—No la va a encontrar ni la madre que la parió —dijo Fermín—. De eso me encargo yo.

Alicia, con los ojos entreabiertos, intentaba seguir la conversación.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A Can Solé, que hacen unas gambas al ajillo que levantan a los difuntos. Ya verá qué bien.

—No me lleve a un hospital, Fermín…

—¿Y quién ha dicho nada de hospitales? Si es allí donde se muere la gente. Hospitales, los lugares estadísticamente más peligrosos del mundo. Usted tranquila, que yo a un hospital no llevaría ni a un hatajo de ladillas.

El taxista, en un amago de sortear el tráfico solidificado en el tramo bajo de Vía Layetana, había invadido el carril contrario. Fermín vio pasar un autobús a dos centímetros de la ventana.

—¿Padre, es usted? —llamó la voz de Alicia—. Padre, no me deje…

Fernandito miró a Fermín, aterrado.

—Tú ni caso, chaval. La pobre está delirando y sufre alucinaciones. Es algo habitual en el temperamento español. Jefe, ¿cómo lo lleva ahí delante?

—O llegamos todos vivos o nos quedamos por el camino —dijo el taxista.

—Ahí. Espíritu de equipo.

Fermín comprobó que se aproximaban al paseo de Colón a velocidad de crucero. Una muralla de tranvías, coches y humanidad se levantaba cinco segundos al frente. El taxista agarró el volante con fuerza y masculló un improperio. Fermín se encomendó a la diosa Fortuna o a quien estuviere de guardia y sonrió débilmente a Fernandito.

—Agárrate, pipiolo.

Nunca un objeto a cuatro ruedas había rebanado el tráfico del paseo de Colón con semejante temeridad. Su travesía cosechó un estruendo de bocinazos, improperios y

maldiciones. Cruzado el paseo el taxi se sumergió rumbo a la Barceloneta, donde enfiló una calleja estrecha como un túnel de alcantarilla y casi se llevó por delante media escudería de motocicletas aparcadas en el bordillo.

—Torero —coreó Fermín.

Por fin avistaron la playa y un Mediterráneo teñido de púrpura. El taxi encaró la entrada del hospital y se detuvo frente a un par de ambulancias, exhalando un quejido mecánico hondo, de capitulación y desguace. Un velo vaporoso brotó de las comisuras del capó.

—Es usted un artista —declaró Fermín, palmeando el hombro del conductor—. Fernandito, toma el nombre y la licencia de aquí el campeón, que le vamos a enviar una cesta de Navidad con jamón y turrones incluidos.

—Con que no se me vuelvan a subir al taxi me conformo.

Veinte segundos después un escuadrón de enfermeros sacó a Alicia del coche, la colocó en una camilla y se la llevó a toda prisa al quirófano mientras Fermín corría a su lado con las manos presionando la herida.

—Van ustedes a necesitar varios hectólitros de sangre —advirtió—. A mí me pueden sacar la que quieran, porque se me ve magro de carnes pero tengo más reservas naturales que el acuífero de Aigüestortes.

—¿Es usted familiar de la paciente? —preguntó un bedel que le salió al paso a la entrada del servicio de cirugía.

—Padre putativo en grado de tentativa —replicó Fermín.

—Y eso ¿qué significa?

—Que se aparte usted o me veré en la dolorosa necesidad de catapultarle la bolsa escrotal al cogote de un rodillazo. ¿Estamos?

El bedel se hizo a un lado y Fermín acompañó a Alicia hasta que se la arrebataron de las manos y la vio aterrizar en una mesa de quirófano, transparente como un espectro. Las enfermeras le cortaban la ropa con tijeras y su cuerpo maltrecho, cubierto de magulladuras, arañazos y cortes, quedó expuesto desvelando aquella herida de la que manaba sangre sin cesar. Fermín vislumbró la marca oscura que atenazaba una de sus caderas y se extendía por su anatomía como una red que quisiera devorarla. Entonces apretó los puños para evitar que le temblaran las manos.

Alicia le buscaba con la mirada, sus ojos velados de lágrimas y una sonrisa tibia en los labios. Fermín suplicó al diablo cojuelo al que siempre encomendaba sus imposibles que no se la llevara todavía.

—¿Qué grupo sanguíneo tiene usted? —preguntó una voz a su lado.

Fermín, sosteniendo la mirada a Alicia, extendió uno de los brazos.

—Cero negativo, universal y pata negra.

32

En aquellos años, la ciencia todavía no había dilucidado el enigma de por qué el tiempo discurre a una fracción de su velocidad de crucero en el interior de los hospitales. Una vez que Fermín hubo evacuado lo que, estimado a ojo, le pareció un tonel de sangre, Fernandito y él acamparon en una sala de espera con vistas a la playa. Desde la ventana se podía ver la ciudadela de barracas del Somorrostro varada entre un mar y un cielo sellados de nubes de plomo. Más allá se alzaba el mosaico de cruces, ángeles y panteones del cementerio del Pueblo Nuevo, que ofrecía un ominoso recordatorio a las almas que purgaban esperas en las hileras de sillas diseñadas para infligir lesiones lumbares en parientes y allegados, generando así clientela fresca entre los visitantes. Fernandito contemplaba el panorama con mirada de condenado mientras Fermín, más prosaico, devoraba un colosal bocadillo de longaniza que había podido encontrar en la cafetería y lo bañaba con una cerveza Moritz.

—No sé cómo puede comer ahora, Fermín.

—Habiendo donado un ochenta por ciento de mi caudal sanguíneo y probablemente el montante total de mis higadillos, preciso regenerarme. Como Prometeo, pero sin los pajarracos.

—¿Prometeo?

—Hay que leer, Fernandito, que no todo en la adolescencia es meneársela como un macaco. Además, como hombre de acción que soy tengo el metabolismo ágil, y necesito ingerir el triple de mi peso en ricas viandas por semana para mantener este cuerpo serrano en perfecta forma.

—La señorita Alicia casi no come nada —aventuró Fernandito—. Beber ya es otra cosa…

—Cada cual lidia con sus apetitos —sentenció Fermín—. Yo, por ejemplo, desde la guerra siempre tengo hambre. Usted es joven y no puede entenderlo.

Fernandito le observó devorar su festín con resignación. Al rato, un individuo con aspecto de procurador de comarcas se asomó a la entrada de la sala portando un portafolios y carraspeó para hacer notar su presencia.

—¿Son ustedes los familiares de la paciente?

Fernandito recabó la mirada de Fermín, que se limitó a posar la mano sobre su hombro dándole a entender que, de allí en adelante, el rol de portavoz recaería de forma exclusiva en su persona.

—La palabra *familiar* no hace justicia al vínculo que nos une a ella —afirmó Fermín sacudiéndose de migas la chaqueta.

—¿Y qué palabra emplearía usted para definirla, si no es mucho preguntar?

Fernandito creía que había empezado a asimilar la ciencia y el arte de urdir embustes hasta que fue testigo del recital que el maestro, Fermín Romero de Torres, tuvo a bien ofrecer allí mismo mientras Alicia descendía a las tinieblas de la cirugía.

Tan pronto como el sujeto se presentó como adjunto a la dirección del hospital y evidenció sus intenciones de indagar sobre lo sucedido y pedir documentación, Fermín le largó una rapsodia hilvanada con tal encaje y puntilla que lo dejó de una pieza. Lo primero fue identificarse como hombre de confianza del gobernador civil de Barcelona, niño bonito del régimen en la provincia.

—Toda discreción es poca a tenor de lo que tengo que referirle a vuecencia —entonó.

—Las heridas sufridas por la señorita son de extraordinaria gravedad y de naturaleza claramente violenta. Estoy obligado por ley a dar parte a la policía…

—No lo recomendaría a menos que quiera usted debutar mañana como auxiliar de recepcionista en el dispensario de carretera que hay detrás del matadero de Castellfollit.

—No le entiendo.

—Es simple. Tome asiento y empápese.

Fermín procedió a urdir un relato en el que Alicia, rebautizada en la ficción como Violeta LeBlanc, era una meretriz de alto copete cuyos servicios habían sido requeridos por el gobernador y unos amigotes de Fomento del Trabajo para correrse una juerga a cuenta de las cotizaciones del Sindicato Vertical.

—Ya sabe cómo son estas cosas. Un par de copitas de *brandy*, unas enaguas de blonda y se vuelven todos como criaturas sin conocimiento. El macho ibérico es mucho macho, y la vertiente de la costa mediterránea ni le cuento.

Fermín sostuvo que en el transcurso de unos juegos de carácter floral y erótico al prohombre se le había ido la mano y la dulce Violeta había resultado herida de gravedad.

—Y es que estas fulanas de ahora no aguantan nada —remató.

—Pero…

—Entre nosotros, huelga decir el escándalo que resultaría si trascendiese semejante desliz. Piense usted que el señor gobernador tiene santa esposa, ocho hijos, cinco vicepresidencias en cajas de ahorro y accionariado mayoritario en tres sociedades constructoras participadas por yernos, primos y allegados de familias de altos cargos de nuestra excelsa administración, como manda el canon de esta nuestra patria tan querida.

—Me hago cargo, pero la ley es la ley y yo me debo…

—Usted se debe a España y al buen nombre de sus mejores, como yo y como aquí mi escudero Miguelito, ese que está ahí sentado con cara de haberse cagado en los pantalones de miedo y que ahí donde le ve es ahijado segundo de nada menos que del marqués de Villaverde. Miguelito, di que sí.

Fernandito asintió repetidamente.

—Y yo ¿qué quiere que haga? —protestó el administrador.

—Mire, yo en estos casos, y créame que tengo práctica, lo que siempre hago es rellenar la documentación con nombres sacados de las obras del insigne Ramón

María del Valle Inclán, porque está demostrado que tan fina pluma tiene poca incidencia en la lista de lecturas recomendadas por la Jefatura Superior de la Policía y de esta guisa nadie se percata del cambiazo.

—Pero ¿cómo voy yo a hacer tamaño disparate?

—El papeleo déjemelo a mí. Usted concéntrese en los generosos emolumentos que va a recibir por cumplir con su deber patriótico como un valiente. A España se la salva así, un poco todos los días. Esto no es como Roma. Aquí sí se paga a traidores.

El adjunto a la gerencia, que había adquirido un tono morado y parecía estar desafiando los niveles razonables de presión sanguínea, sacudió la cabeza y adoptó un semblante de indignación de lo más regio.

—Y usted ¿se puede saber cómo se llama?

—Raimundo Lulio, para servirle a usted y a España —replicó Fermín.

—Esto es una vergüenza.

Fermín le miró a los ojos fijamente y asintió.

—Exacto. ¿Y qué hacemos aquí con las vergüenzas sino barrerlas bajo la alfombra y hacer caja con ellas?

Una hora más tarde, Fermín y Fernandito seguían en la sala esperando las noticias del quirófano. A instancias de Fermín, el muchacho había ingerido una taza de cacao caliente y empezaba a revivir y a recobrar cierta calma.

—Fermín, ¿cree usted que se han tragado eso que les ha contado? ¿No se le ha ido la mano con los detalles escabrosos?

—Fernandito, hemos sembrado la duda, que es lo importante. A la hora de mentir lo que hay que tener en cuenta no es la plausibilidad del embuste, sino la codicia, vanidad y estupidez del destinatario. Uno nunca miente a la gente; se mienten a ellos mismos. Un buen mentiroso les da a los bobos lo que quieren oír. Ese es el secreto.

—Eso que insinúa usted es terrible —objetó Fernandito.

Fermín se encogió de hombros.

—Según se mire. En este sainete de monas vestidas de seda que es el mundo, la falsedad es la argamasa que mantiene unidas todas las piezas del pesebre. La gente, ya sea por miedo, interés o papanatería, se acostumbra tanto a mentir y a repetir las mentiras de los demás que acaba mintiendo hasta cuando cree que dice la verdad. Es el mal de nuestro tiempo. La persona sincera y honesta es una especie en vías de extinción, como el plesiosauro o la cupletera, si es que existió alguna vez y no fue como el unicornio.

—No puedo aceptar lo que me está diciendo. La mayoría de la gente es decente y buena. Lo que pasa es que algunas manzanas podridas le dan mala fama al resto. No me cabe duda al respecto.

Fermín le palmeó la rodilla cariñosamente.

—Eso es porque está usted todavía muy verde y es un poco tontaina. Cuando uno

es joven ve el mundo como debería ser y cuando uno es viejo lo ve como es en realidad. Ya se le curará.

Fernandito dejó caer la cabeza, abatido. Mientras el muchacho combatía los envites del fatalismo, Fermín oteó el horizonte y avistó un par de enfermeras de uniforme prieto y constitución saludable que se aproximaban por el corredor. Su feliz arquitectura y meneo al caminar le produjo un cosquilleo en la parte baja del alma. A falta de otra empresa de mayor calado con que ocupar la espera, les hizo una experta radiografía. Una de ellas, con aires de novicia y no más de diecinueve años en el contador, le dedicó una mirada al pasar que indicaba que semejante manjar no lo iba a catar un pelagatos como él ni en mil años y se rio. La otra, que parecía más bregada en el trato con el personal ocioso que hacía pasillo, le echó una mirada de censura.

—Marrano —musitó la joven.

—Ay, lo que se van a comer los gusanos —dijo Fermín.

—No sé cómo puede pensar usted en estas cosas mientras la señorita Alicia se debate entre la vida y la muerte.

—¿Habla usted siempre con lugares comunes o es que aprendió prosodia viendo el NoDo? —replicó el asesor bibliográfico de Sempere e hijos.

Medió un largo silencio hasta que Fermín, que empezaba a explorar bajo el algodón sujeto con esparadrapo que le había dejado la extracción de sangre, advirtió que Fernandito le miraba de reojo, temeroso de volver a abrir la boca.

—¿Qué le pasa ahora? —le preguntó—. ¿Tiene pipí?

—Me preguntaba si hace mucho que conoce usted a Alicia.

—Podría decirse que somos viejos amigos.

—Pues ella nunca le había mencionado antes —adujo Fernandito.

—Eso es porque hace más de veinte años que no nos vemos y pensábamos que el otro estaba muerto.

El chico le observaba, perplejo.

—¿Y usted? ¿Pardillo enamoradizo atrapado en la telaraña de la reina de la noche o santurrón voluntarioso?

Fernandito recapacitó.

—Más bien lo primero, supongo.

—No se avergüence, que así es la vida. El aprender a diferenciar entre por qué hace uno las cosas y por qué dice hacerlas es el primer paso para comenzar a conocerse a uno mismo. Y de ahí a dejar de ser un cretino hay un trecho.

—Habla usted como un libro, Fermín.

—Si los libros hablasen no habría tanto sordo por ahí. Lo que tiene que hacer usted, Fernandito, es empezar a evitar que los demás le escriban el diálogo. Use la cabeza que Dios le ha plantado sobre las cervicales y hágase usted mismo el libreto, que la vida está llena de estraperlistas ávidos de rellenarle al respetable los sesos con las bobadas que les convienen para seguir manteniéndose subidos al burro y con la zanahoria en ristre. ¿Lo entiende?

—Creo que no.

—Así le va. Pero bueno, aprovechando que ya está más sereno voy a pedirle que me vuelva a contar todo lo que ha pasado. Esta vez desde el principio, por orden y sin recursos estilísticos de vanguardia. ¿Lo ve factible?

—Lo puedo intentar.

—Ándele pues.

Esta vez Fernandito no dejó ni una gota en el tintero. Fermín le escuchó con consternación, completando las piezas del rompecabezas que empezaba a dibujarse en la mente con hipótesis y especulaciones.

—¿Y dónde están ahora esos documentos y el diario de Isabella que ha mencionado?

—Los dejé con mi tía Jesusa. Es la portera de la finca donde vive la señorita Alicia. Es de fiar.

—No lo dudo, pero vamos a tener que encontrar una ubicación más segura. En el acervo de la intriga policial es bien sabido que las porterías de los inmuebles ofrecen muchas facilidades, pero la confidencialidad no es una de ellas.

—Como usted diga.

—Y voy a pedirle que todo esto que me ha contado quede entre nosotros. Al señor Daniel Sempere, ni palabra.

—Entendido. Lo que usted diga.

—Así me gusta. Oiga, ¿lleva algo de dinero encima?

—Unas monedas, creo…

Fermín plantó la palma abierta, reclamando los fondos.

—Tengo que hacer una llamada.

Daniel contestó al primer timbrazo.

—Por el amor de Dios, Fermín, ¿dónde se ha metido?

—Hospital del Mar.

—¿Hospital? ¿Qué ha pasado?

—Han intentado asesinar a Alicia.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Por qué?

—Haga el favor de tranquilizarse, Daniel.

—¿Cómo me voy a tranquilizar?

—¿Está por ahí Bea?

—Claro, pero…

—Que se ponga.

Una pausa, voces discutiendo y finalmente el tono sereno de Bea al aparato.

—Dígame, Fermín.

—No tengo tiempo de entrar en detalles, pero Alicia ha estado a punto de morir. Ahora mismo se encuentra en el quirófano y estamos esperando a que nos digan algo.

—¿Estamos?

—Yo y un chaval llamado Fernandito que parece que trabajaba para Alicia como subalterno y correveidile. Ya sé cómo suena, pero tenga paciencia.

—¿Qué necesita, Fermín?

—He procurado contener el asunto con retórica fina, pero me da que no podremos quedarnos aquí mucho más tiempo. Si Alicia sale de esta no creo que el hospital sea un lugar seguro. Alguien podría intentar rematar la faena.

—¿Qué propone?

—Tan pronto como sea posible, llevarla a un sitio donde nadie pueda encontrarla.

Bea dejó transcurrir un largo silencio.

—¿Estamos pensando lo mismo?

—Los grandes intelectos siempre coinciden en las grandes ideas.

—¿Y cómo planea sacarla del hospital y llevarla hasta allí?

—Ahora mismo estoy formulando una estrategia.

—Dios nos coja confesados.

—Mujer de poca fe.

—¿Qué tengo que hacer?

—Recabar los servicios del doctor Soldevila —dijo Fermín.

—El doctor Soldevila está retirado y hace al menos un par de años que no ejerce. ¿No sería mejor…?

—Necesitamos a alguien de confianza —replicó Fermín—. Además, Soldevila es una eminencia y se las sabe todas. Seguro que estará encantado si le dice que se lo he pedido yo.

—Lo último que le oí decir fue que era usted un sinvergüenza, que estaba hasta el gorro de que les pellizcara el culo a sus enfermeras y que no quería volver a verle ni en pintura.

—Agua pasada. Él me aprecia mucho.

—Si usted lo dice… ¿Qué más hace falta?

—Suministros como mínimo para una semana para una paciente que acaba de sobrevivir a una puñalada en el vientre, otra en la mano y una paliza que hubiera dejado fuera de combate a un levantador de pesos vasco.

—Dios mío… —murmuró Bea.

—Concéntrese, Bea. Suministros. El doctor sabrá lo que es menester.

—No le va a gustar nada todo esto.

—Ahí entran su encanto y su poder de persuasión —sugirió Fermín.

—Muy bonito. Supongo que precisará ropa limpia y cosas así.

—Cosas así. A su certero criterio lo dejo. ¿Sigue Daniel por ahí?

—Con la oreja pegada. ¿Quiere que se lo envíe para allí?

—No. Que se quede quietecito y se tranquilice. Los volveré a llamar cuando sepa más.

—Aquí estaremos.

—Lo que digo siempre, si uno quiere que las cosas salgan bien hay que poner a una mujer al mando.

—No me haga la pelota, Fermín, que le veo venir. ¿Algo más?

—Ándense con ojo. No me extrañaría que la librería estuviese vigilada.

—Lo que faltaba. Entendido. ¿Fermín?

—Mande usted.

—¿Está seguro de que esa mujer es de fiar?

—¿Alicia?

—Si ese es su verdadero nombre…

—Lo es.

—¿Y lo demás? ¿También es verdadero?

Fermín suspiró.

—Vamos a darle una oportunidad. ¿Hará usted eso por mí, Bea?

—Claro, Fermín. Lo que usted diga.

Este colgó el teléfono y regresó a la sala. Fernandito le observaba, nervioso.

—¿Con quién hablaba?

—Con el sentido común.

Fermín tomó asiento y contempló a aquel muchacho que de tanto recordarle a Daniel en sus años mozos empezaba a caerle hasta bien.

—Es usted un buen tipo, Fernandito. Alicia estará orgullosa de usted.

—Eso si vive.

—Vivirá. Yo ya la he visto volver de entre los muertos una vez y el que se aprende el truco luego no lo olvida. Hablo por experiencia. Resucitar es un poco como ir en bicicleta o desabrocharle el sujetador a una chavala con una sola mano. Todo es pillarle el qué.

Fernandito sonrió débilmente.

—Y eso ¿cómo se hace?

—No me diga que no sabe usted ir en bicicleta.

—Me refiero a lo de desabrochar un sujetador con una sola mano —precisó Fernandito.

Fermín le palmeó la rodilla con un guiño de complicidad.

—Usted y yo tenemos mucho de que hablar…

Quiso el destino que, antes de que Fermín pudiera impartir a Fernandito la primera lección de su curso acelerado de verdades de la vida, se asomara el cirujano en el umbral de la sala y, soltando un largo suspiro, se dejase caer en una de las sillas, exhausto.

33

El cirujano era uno de esos hombres jóvenes que empiezan a perder el pelo antes de la treintena de tanto pensar. Era alto y delgado, con perfil de lápiz y una mirada inteligente que peinaba el panorama tras unas gafas de las que en la época se apodaban Truman en honor al presidente estadounidense con la mano floja para soltar bombas atómicas del tamaño de marracos sobre el Imperio del sol.

—Hemos podido estabilizarla, cerrar la herida y controlar la hemorragia. De momento no hay infección, aunque la tengo con antibióticos para curarnos en salud. La herida era más profunda de lo que parecía. No le ha rebanado la femoral de milagro, pero la sutura ha sido muy complicada y al principio no aguantaba. Seguirá aguantando si le baja la inflamación, no hay infección y tenemos suerte. Dios dirá.

—Pero ¿saldrá de esta, doctor?

El cirujano se encogió de hombros.

—Todo dependerá de cómo evolucione en las próximas cuarenta y ocho horas. La paciente es joven y su corazón es fuerte. Alguien más débil no hubiera sobrevivido a la operación, pero eso no significa que haya salido del túnel ni mucho menos. Y si hay infección…

Fermín asintió, absorbiendo el parte. Los ojos del cirujano le observaban con curiosidad quirúrgica.

—¿Puedo preguntar de dónde proviene la herida que tiene la paciente en la cadera derecha?

—Un accidente de infancia. En la guerra.

—Ya… Tiene que causarle dolores terribles.

—Ella es muy sufrida, aunque a veces es verdad que le afecta al carácter.

—Si sale de esta yo podría ayudarla. Ahora hay procedimientos de reconstrucción que hace veinte años ni se conocían, y quizá le aliviarían el dolor. Nadie debería vivir así.

—Será lo primero que le comente a Violeta cuando se despierte.

—¿Violeta? —preguntó el doctor.

—La paciente —precisó Fermín.

El cirujano, que tendría pocos pelos pero de tonto ninguno, le miró de reojo.

—Mire, no es asunto mío, y no sé qué cuento le han endosado ustedes al papanatas de Coll, pero alguien ha golpeado brutalmente y casi matado a esa mujer. Quien sea que haya…

—Lo sé —atajó Fermín—. Créame que soy consciente de ello. ¿Cuándo piensa que la podremos sacar de aquí?

El cirujano alzó las cejas atónito.

—¿Sacarla de aquí? En el mejor de los casos la paciente tiene por delante un mes de reposo absoluto. Violeta, o como se llame, no se va a ningún sitio a menos que quiera usted montarle un funeral exprés. Lo digo en serio.

Fermín estudió el rostro del cirujano.
—¿Y trasladarla a otro lugar?
—Tendría que ser a otro hospital. Pero no lo recomendaría.
Fermín asintió con gravedad.
—Gracias, doctor.
—No se merecen. En un par de horas, si todo va bien, la subiremos a planta. Hasta entonces no la podrán ver. Lo digo por si desean salir y airearse un rato. O por si tienen que arreglar algún asunto, ya me entiende. Por el momento, ya le digo, la paciente está estable y el pronóstico es moderadamente optimista.
—¿Moderadamente?
El cirujano le ofreció una sonrisa ambigua.
—Si quiere que le dé mi opinión personal y no la de cirujano, esta chica no desea morirse todavía. A veces hay gente que sobrevive de pura rabia.
Fermín hizo un gesto afirmativo.
—Las mujeres son así. Se les mete alguna cosa en la cabeza y…
Fermín esperó a que el cirujano los dejase a solas para asomarse al pasillo a otear la situación. Fernandito se unió a él. Dos figuras ataviadas con un uniforme muy poco sanitario avanzaban por el fondo del corredor con parsimonia.
—Oiga, ¿eso no son dos guindillas?
—¿Cómo dice? —preguntó Fernandito.
—Policías. ¿Usted no lee tebeos o qué?
—Ahora que lo dice, sí que parecen…
Fermín gruñó y empujó a Fernandito de nuevo al interior de la sala.
—¿Piensa que el administrador ha alertado a la policía? —preguntó el chico.
—Esto va a ser más complicado de lo que creía. No hay tiempo que perder. Fernandito, va a tener usted que echarme una mano.
—Yo le echo dos si hace falta. Ordene usted.
—Necesito que vuelva a la librería Sempere e hijos y hable con Bea.
—¿Bea?
—La mujer de Daniel.
—¿Y cómo sabré…?
—No tiene pérdida. Es la más lista de toda la concurrencia y además es un bombonazo, pero recatado, no se vaya usted a pensar.
—¿Y qué le digo?
—Que vamos a tener que hacer gambito de dama antes de lo previsto.
—¿Gambito de dama?
—Ella lo entenderá. Y que envíe a Daniel a avisar a Isaac.
—¿Isaac? ¿Qué Isaac?
Fermín resopló, exasperado ante la lentitud de reflejos de Fernandito.
—Si le parece Isaac Monturiol, inventor del submarino. Isaac a secas. ¿Hace falta que se lo apunte?

—No, lo tengo todo grabado.
—Pues ponga pies en polvorosa que ya llegamos tarde.
—Y usted ¿adónde va?
Fermín le guiñó un ojo.
—Una guerra no se gana sin infantería…

34

El temporal había pasado ya de largo cuando Fermín abandonó el hospital y se adentró en la playa rumbo al Somorrostro. El viento soplaba de levante arrastrando olas que rompían en la orilla a pocos metros de la ciudadela de chabolas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista contra los muros del cementerio del Pueblo Nuevo. Incluso los muertos disponían de mejor domicilio que aquel tropel de almas sin nombre que malvivía a orillas del mar, se dijo Fermín.

Un coro de miradas recelosas le recibió al enfilar el primer callejón flanqueado por barracas. Niños harapientos, mujeronas de rostro oscurecido por la miseria y hombres envejecidos antes de hora le observaban al pasar. Al poco le salió al encuentro un cuarteto de jóvenes de gesto hostil que le rodearon y le vedaron el paso.

—¿Te has perdido, payo?

—Busco a Armando —dijo Fermín sin mostrar señal alguna de inquietud ni temor.

Uno de los jóvenes tenía la cara marcada por una cicatriz que le recorría la frente y la mejilla. Se adelantó con una sonrisa amenazadora y le miró a los ojos, desafiante. Fermín le sostuvo la mirada.

—Armando —repitió—. Soy amigo suyo.

El joven calibró a su oponente, a quien hubiera podido despachar de un manotazo sin más, y sonrió al fin.

—¿Tú no eras el muerto? —preguntó.

—Cambié de idea a última hora —dijo Fermín.

—En la playa —indicó el joven, señalando con la cabeza.

Fermín hizo un gesto de agradecimiento y los jóvenes se hicieron a un lado. Luego siguió el callejón durante un centenar de metros, su presencia ya ignorada por las gentes del lugar. Allí el pasaje se torcía hacia el mar y Fermín oyó voces y risas infantiles que provenían de la playa. Se encaminó hacia allí y al poco se percató de la escena que había congregado a los niños en la orilla.

El temporal había empujado un viejo carguero que había quedado varado a pocos metros de la playa. El casco había escorado a babor y la quilla y las hélices asomaban entre la espuma. Las olas habían derribado buena parte de la carga, que flotaba en la marea. Una bandada de gaviotas revoloteaba entre los restos del naufragio mientras la tripulación intentaba salvar lo que podía y los niños celebraban la fiesta del desastre. Más allá se alzaba un bosque infinito de chimeneas y fábricas bajo un cielo sembrado de nubes que se deslizaban portando el eco de truenos y el resplandor de la tormenta.

—Fermín —dijo una voz grave y serena a su lado.

Se volvió para encontrar a Armando, príncipe de los gitanos y emperador de aquel mundo olvidado. Vestía un traje negro impecable y sostenía sus zapatos de charol en la mano. Se había subido las perneras del pantalón para caminar en la arena húmeda y contemplar a los niños jugar entre las olas. Señaló a la estampa del

naufragio y asintió.

—La desgracia de unos es la bonanza de otros —sentenció—. ¿Qué le trae por estos lares, amigo mío, desgracia o bonanza?

—Desesperación.

—Nunca una buena consejera.

—Pero muy convincente.

Armando sonrió, asintiendo. Encendió un cigarrillo y le ofreció el paquete a Fermín, que declinó la invitación.

—Me cuentan que le han visto salir del Hospital del Mar —dijo Armando.

—Tiene usted ojos en todas partes.

—Sospecho que lo que usted necesita son las manos, no los ojos. ¿En qué puedo ayudarle?

—A salvar una vida.

—¿La suya?

—Esa ya se la debo, Armando. La que me trae aquí es una que debería haber salvado yo hace muchos años. El destino la puso en mis manos y le fallé.

—El destino nos conoce mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos, Fermín. No creo que le haya fallado usted a nadie. Pero intuyo que hay prisa. Deme los detalles.

—Puede ser complicado. Y peligroso.

—Si fuese fácil y seguro ya sé que no me insultaría viniendo a recabar mi ayuda. ¿Cómo se llama?

—Alicia.

—¿Un amor?

—Una deuda.

Hendaya se arrodilló junto al cuerpo y retiró la manta que lo cubría.

—¿Es él? —preguntó.

Al no obtener respuesta se volvió. Linares, a su espalda, contemplaba el cadáver de Vargas como si acabaran de abofetearle.

—¿Es o no es? —insistió Hendaya.

Linares asintió, cerrando brevemente los ojos. Hendaya cubrió de nuevo el rostro del policía muerto y se incorporó. Recorrió con parsimonia la sala, examinando las ropas y los objetos desperdigados sin prestar mucha atención. Amén de Linares, dos de sus hombres esperaban pacientes y en silencio.

—Me dicen que antes de volver aquí Vargas estuvo en la morgue con usted —dijo Hendaya—. ¿Me pone en antecedentes?

—El capitán Vargas había encontrado un cuerpo la noche anterior y me llamó para dar parte.

—¿Dijo en qué circunstancias encontró el cuerpo?

—En el curso de una investigación que llevaba entre manos. No discutió detalles del caso conmigo.

—¿Y usted no le preguntó?

—Supuse que Vargas me informaría de los particulares cuando fuese el momento.

—¿Tanto confiaba en él? —quiso saber Hendaya.

—Como en mí mismo —replicó Linares.

—Interesante analogía. Nada como tener buenos amigos en Jefatura. Y, dígame, ¿pudieron ustedes identificar el cuerpo?

Linares dudó unos instantes.

—Vargas sospechaba que se trataba de un tal Ricardo Lomana. Le sonará. Era colega suyo, creo.

—Mío no. Pero sí, me suena. ¿Informó usted de los hechos a las instancias pertinentes?

—No.

—¿Y eso?

—Estaba pendiente de confirmación por parte del forense.

—Pero pensaba hacerlo.

—Claro.

—Claro. Entretanto, ¿comentó con alguien en comisaría las sospechas de Vargas sobre la identidad de Lomana?

—No.

—¿No? —insistió Hendaya—. ¿Ningún subalterno?

—No.

—¿Alguien más aparte del forense y su personal, el juez y los agentes que le acompañaron a usted está al corriente del levantamiento del cadáver?

—No. ¿Qué insinúa?

Hendaya le guiñó el ojo.

—Nada. Le creo.

—¿Y sabe usted adónde se dirigió Vargas al salir de la morgue?

Linares negó.

—Al Registro Civil —dijo Hendaya.

Linares frunció el ceño.

—¿No lo sabía?

—No —replicó Linares—. ¿Por qué iba a saberlo?

—¿No se lo comentó Vargas?

—No.

—¿Seguro? ¿No le llamó Vargas desde el registro para hacerle una consulta?

Linares le sostuvo la mirada. Hendaya sonreía, disfrutando del juego.

—No.

—¿Le suena a usted el nombre de Rovira?

—Es un apellido bastante común.

—¿Lo es en comisaría?

—Creo que hay una persona que lleva ese nombre. Trabaja en el archivo y está a punto de jubilarse.

—¿Alguien le ha preguntado recientemente por él?

Linares negó de nuevo.

—¿Se puede saber de qué estamos hablando?

—De un crimen, amigo Linares. Un crimen cometido contra uno de los nuestros, de los mejores. ¿Quién podría haber hecho algo así?

—Por supuesto, un profesional.

—¿Está seguro? A mí me parece más obra de un ratero.

—¿Un ratero?

Hendaya asintió con convicción.

—Este barrio no es de fiar, y sabe Dios que estos catalanes son capaces de robarle las bragas a su madre en el lecho de muerte mientras aún están calientes. Lo llevan en la sangre.

—Ningún ratero de tres al cuarto hubiera tenido la más mínima oportunidad frente a Vargas —arguyó Linares—. Lo sabe usted tan bien como yo. Esto no lo ha hecho un aficionado.

Hendaya le dedicó una mirada larga y serena.

—Vamos, Linares. Hay rateros profesionales. Gente dura, sin escrúpulos. Ya lo sabe. Y su amigo Vargas, reconozcámoslo, ya no estaba en forma. Los años son los años.

—Eso lo tendrá que determinar la investigación.

—Lamentablemente no la va a haber.

—Porque usted lo diga —espetó Linares.

Hendaya sonrió, complacido.

—No, porque *yo* lo diga, no. Yo no soy nadie. Pero si sabe lo que le conviene no esperará a que se lo diga nadie más.

El otro se mordió la lengua.

—Eso no se lo voy a aceptar. Ni a usted ni a nadie.

—Lleva una buena carrera, Linares. No nos engañemos. No ha llegado a donde está jugando a Roberto Alcázar y Pedrín. Los héroes se quedan por el camino. No empiece a hacer el tonto ahora, a dos minutos de un retiro dorado. Los tiempos están cambiando. Y sabe que se lo digo por su bien.

Linares le dedicó una mirada de desprecio.

—Lo que sé es que es usted un hijo de puta y me importa una mierda para quién trabaje —dijo—. Esto no va a quedar así. Llame a quien tenga que llamar.

El otro se encogió de hombros. Linares dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Hendaya captó la mirada de uno de sus hombres y asintió. El agente partió tras los pasos de aquel. El otro se aproximó y Hendaya le miró de forma inquisitiva.

—¿Alguna pista de esa zorra?

—En el almacén solo había un cuerpo. Ni rastro de ella. Hemos registrado el piso al otro lado de la calle. Nada. Ningún vecino la ha visto y la portera asegura que la vio por última vez ayer, cuando salía.

—¿Dice la verdad?

—Yo creo que sí, pero si quiere la podemos apretar un poco.

—No hará falta. Peinad hospitales y dispensarios. Si está en alguno se habrá registrado con nombre falso. No puede andar muy lejos.

—¿Y si llaman de Madrid?

—Ni una palabra hasta que la encontremos. Hagamos el mínimo ruido posible.

—Sí, señor.

35

Fue el mejor sueño de su vida. Alicia despertó en una sala de paredes blancas que olía a alcanfor. Un rumor de voces lejanas iba y venía en una marea de susurros. Antes de nada percibió la ausencia de dolor. Por primera vez en veinte años no lo sufría. Había desaparecido completamente, llevándose con él ese mundo en el que había habitado durante casi toda la vida. En su lugar encontró un espacio donde la luz viajaba a través del aire como un líquido espeso que chocaba con las motas de polvo que flotaban en el ambiente y formaba destellos irisados. Alicia rio. Podía respirar y sentir su cuerpo en reposo. Notaba los huesos limpios de agonía y el espíritu liberado de aquella tenaza de metal mordiente que la había aprisionado desde siempre. El rostro de un ángel se inclinó sobre ella y la miró a los ojos. El ángel era muy alto, vestía bata blanca y no tenía alas. Por no tener, apenas tenía pelo, pero portaba una jeringuilla en las manos y cuando ella le preguntó si estaba muerta y aquello era el infierno, el ángel sonrió y le dijo que según se mirase, aunque no debía preocuparse. Sintió una pequeña punzada y un torrente de felicidad líquida se esparció por sus venas dejando un rastro cálido de paz. Tras el ángel apareció un diablillo enjuto asido a una nariz mayúscula, una nariz que hubiera inspirado comedias a Molière y gestas a Cervantes.

—Alicia, nos vamos a casa —anunció el diablillo con una voz que le resultaba extrañamente familiar.

Le acompañaba un espíritu de cabello negro azabache y facciones tan perfectas que Alicia sintió el deseo de besarle los labios, pasarle los dedos por aquella cabellera de leyenda y enamorarse de él aunque solo fuese un rato, lo suficiente para pensar que estaba despierta y se había tropezado con la felicidad que a algún incauto se le había caído por el camino.

—¿Puedo acariciarle? —preguntó ella.

El príncipe oscuro, porque tenía que ser un príncipe como poco, miró al diablillo dudando. Este hizo un gesto para indicar que no le hiciese caso.

—Eso es mi sangre circulándole por las venas, que le ha hecho perder por un momento la vergüenza y la ha dejado un poco ligera de cascos. No se lo tenga en cuenta.

A una señal del príncipe se materializaron una banda de enanitos, solo que no eran enanos y vestían todos de blanco. Entre los cuatro la levantaron de la cama tirando de las sábanas y la colocaron en una camilla. El príncipe le cogió la mano y se la apretó. Seguro que era un padre magnífico, pensó Alicia. Aquel apretón de mano, aquel tacto de terciopelo lo confirmaba.

—¿Le apetecería tener un hijo? —inquirió.

—Tengo diecisiete, mi alma —dijo el príncipe.

—Alicia, duérmase, que me está avergonzando —pidió el diablillo.

Pero no se durmió. De la mano de su galán y a bordo de la camilla mágica siguió

soñando y recorrió un sinfín de corredores perfilados por una cresta de luces blancas. Navegaron por ascensores, túneles y salas embrujadas de lamentos hasta que Alicia sintió que el aire se enfriaba y los techos pálidos daban paso a una bóveda de nubes enrojecidas al roce de un sol de algodón. El diablillo le colocó una manta por encima y los enanitos, siguiendo instrucciones del príncipe, la auparon hasta un carruaje de aspecto incongruente para tratarse de un cuento porque no llevaba corceles al frente ni volutas de cobre sino un críptico mensaje al costado que rezaba:

EMBUTIDOS
LA PONDEROSA

Venta al por mayor
y entregas a domicilio

Estaba el príncipe cerrando las compuertas del carruaje cuando Alicia oyó voces y alguien que les daba el alto y profería amenazas. Por espacio de unos minutos se quedó sola mientras sus campeones se enfrentaban a una conjura de villanía, pues el aire se llenó del inconfundible eco de sopapos y garrotazos. Cuando el diablillo regresó a su lado portaba el pelo erizado, un labio partido y una sonrisa victoriosa. El vehículo inició su traqueteo y Alicia tuvo la extraña sensación de que podía oler a longaniza de la barata.

La cabalgata se le hizo eterna. Surcaron avenidas y callejas, retorcieron el mapa del laberinto, y cuando se abrieron las puertas y los enanitos, que habían crecido y ya parecían hombres corrientes, la sacaron en camilla, Alicia advirtió que el carruaje se había convertido de forma milagrosa en furgoneta y se encontraban en una calle angosta y oscura que trazaba una brecha en las tinieblas. El diablillo, que repentinamente exhibía las inconfundibles facciones de Fermín en el rostro, le anunció que casi estaba a salvo. La acercaron a un portón de roble labrado del que asomó un hombre de cabello ralo y mirada rapaz que miró a ambos lados de la calle y susurró un «pasen».

—Aquí es donde me despido yo —anunció el príncipe.

—Deme al menos un beso —musitó Alicia.

Fermín, que puso los ojos en blanco, conminó al noble caballero:

—Dele el beso que pide de una puñetera vez o no acabaremos nunca.

Y el príncipe Armando la besó con toda su oscuridad. Tenía los labios de canela y a todas luces sabía cómo se besa a una mujer, con arte, temple y la larga experiencia de un artista que se enorgullece del oficio. Alicia dejó que la recorriese un escalofrío que agitó rincones de su cuerpo que tenía olvidados y cerró los ojos, sellando las

lágrimas.

—Gracias —murmuró.

—Parece mentira —dijo Fermín—. Ni que tuviera quince años. Menos mal que no está aquí su padre para verlo.

Un mecanismo de carrillón catedralicio cerró el portón. Recorrieron un largo corredor palaciego poblado con frescos de criaturas fabulosas que aparecían y se desvanecían al paso del farol de aceite que portaba el guardián del lugar. El aire olía a papel y a magia, y cuando el pasillo se abrió a una gran bóveda Alicia avistó la estructura más prodigiosa que jamás había visto, o que quizá recordaba en sueños.

Un laberinto de trazo delirante ascendía hacia una inmensa cúpula de cristal. La luz de la luna, descompuesta en mil cuchillas, se derramaba desde lo alto y perfilaba la geometría imposible de un sortilegio concebido a partir de todos los libros, todas las historias y todos los sueños del mundo. Alicia reconoció el lugar con el que tantas veces había soñado y alargó los brazos para tocarlo, temiendo que se esfumase en el aire. A su lado asomaron los rostros de Daniel y Bea.

—¿Dónde estoy? ¿Qué es este lugar?

Isaac Monfort, el guardián que les había abierto las puertas y al que Alicia identificó después de tantos años, se arrodilló a su lado y le acarició el rostro.

—Alicia, bienvenida de nuevo al Cementerio de los Libros Olvidados.

36

Valls empezaba a sospechar que lo había imaginado. Las visiones se desvanecían y ya no estaba seguro de si había soñado a aquella mujer que había descendido por la escalera hasta la puerta de la celda y le había preguntado si era el ministro Valls. A ratos dudaba de que lo fuera. Tal vez lo había soñado. Tal vez no era más que otro despojo pudriéndose en las celdas del castillo de Montjuic que, presa del delirio, había llegado a creer que era su carcelero y no quien era de verdad. Le parecía recordar un caso así. Mitjans, se llamaba. Mitjans, que había sido un dramaturgo celebrado en los años de la República y por quien Valls siempre había sentido un infinito desprecio porque había recibido de la vida todo lo que él ansiaba y no era capaz de conseguir. Mitjans, que como tantos otros que habían sido objeto de su envidia había acabado sus días en el castillo, sin saber ya ni quién era, en la celda número 19.

Pero Valls sabía quién era porque recordaba. Y, como le había dicho alguna vez el endemoniado David Martín, uno es lo que recuerda. Por eso sabía que aquella mujer, fuera quien fuese, había estado allí y que algún día ella, o alguien como ella, regresaría para liberarle y sacarle de allí. Porque él no era como Mitjans ni como todos aquellos desgraciados que habían muerto bajo su mandato. Él, Mauricio Valls, no iba a morir en aquel lugar. Se lo debía a su hija Mercedes, porque ella era quien le había mantenido vivo todo aquel tiempo. Quizá por eso, cada vez que oía la compuerta del sótano abrirse y los pasos descender en la penumbra levantaba la mirada llena de esperanza. Porque aquel podría ser el día.

Debía de ser de madrugada, porque había aprendido a distinguir las horas del día en función del frío. Supo que había algo diferente porque nunca bajaban de madrugada. Oyó la compuerta y los pasos, pesados. Sin prisa. Una silueta se materializó en la tiniebla. Portaba una bandeja que desprendía el aroma más delicioso que había olfateado jamás. Hendaya dejó la bandeja en el suelo y prendió una vela que procedió a colocar en un candelabro.

—Buenos días, ministro —anunció—. Te traigo el desayuno.

Hendaya acercó la bandeja a las rejas y alzó la tapa de un plato. El espejismo tenía aspecto de un jugoso filete bañado en cremosa salsa de pimienta e iba guarnecido de patatas al horno y verduras salteadas. Valls sintió que se le llenaba la boca de saliva y el estómago le daba un vuelco.

—Al punto —dijo Hendaya—. Como te gusta.

En la bandeja había una cesta con panecillos finos, cubertería de plata y servilletas de lino. La bebida, un Rioja exquisito, reposaba en una copa de cristal de Murano.

—Hoy es un gran día, ministro. Te lo mereces.

Hendaya deslizó la bandeja bajo los barrotes. Valls ignoró la cubertería y la servilleta, y agarró el pedazo de carne con la mano. Se lo llevó a su desdentada boca

y empezó a devorarlo con una ferocidad que no reconocía en sí mismo. Engulló la carne, las patatas y el pan. Lamió el plato hasta dejarlo reluciente y apuró aquel vino delicioso hasta que no dejó ni una gota. Hendaya le observaba con calma, sonriendo afablemente y saboreando un cigarrillo.

—Tengo que pedirte disculpas porque encargué un postre y no me lo han traído.

Valls apartó la bandeja vacía y se aferró a los barrotes, los ojos clavados en Hendaya.

—Te veo sorprendido, ministro. No sé si será por el menú de fiesta o porque esperabas a otra persona.

Los placeres del festín se batían en retirada. Valls se dejó caer de nuevo al fondo de la celda. Hendaya permaneció allí unos minutos, hojeando un periódico y terminando su cigarrillo. Al acabar, arrojó la colilla al suelo y dobló el diario. Al ver que Valls tenía la mirada prendida en el periódico comentó:

—¿Te apetece a lo mejor algo de lectura? Un hombre de letras como tú lo debe de echar en falta.

—Por favor —imploró Valls.

—¡Cómo no! —dijo Hendaya aproximándose a los barrotes.

Valls tendió la mano que le quedaba, una súplica en el rostro.

—De hecho hoy trae buenas noticias. A decir verdad, ha sido al leerlo esta mañana cuando he pensado que te merecías una celebración como Dios manda.

Hendaya lanzó el periódico al interior de la celda y se encaminó escaleras arriba.

—Todo tuyo. Puedes quedarte la vela.

Valls se abalanzó sobre el diario y lo agarró. Las páginas habían quedado enmarañadas al tirarlo Hendaya y le costó volver a ponerlo en orden con una sola mano. Cuando lo hubo conseguido, acercó la vela y deslizó la mirada por la portada.

Al principio no podía descifrar las letras. Hacía demasiado tiempo que sus ojos estaban confinados en aquel lugar. Lo que sí reconoció fue la fotografía a toda página. Era una instantánea tomada en el palacio de El Pardo en la que había posado frente a un gran mural con el traje azul marino de rayas blancas que se había hecho confeccionar en Londres hacía tres años. Era la última foto oficial que había distribuido el ministerio de Mauricio Valls. Las palabras emergieron lentamente, como un espejismo bajo las aguas.

Última hora

Fallece un gran español

MUERE EL MINISTRO

MAURICIO VALLS

EN UN ACCIDENTE DE TRÁFICO

El Generalísimo decreta tres días de luto oficial.

«Fue una luz resplandeciente en el firmamento de una nueva España grande y libre renacida en la gloria de las cenizas de la guerra. Encarnó los más altos valores del Movimiento y llevó las letras y la cultura españolas a lo más alto».

(Agencias/Redacción) Madrid, 9 de enero de 1960.

España entera ha amanecido hoy conmocionada por la noticia de la inconmensurable pérdida de uno de sus hijos predilectos, don Mauricio Valls y Echevarría, ministro de Educación Nacional. La tragedia sobrevino esta madrugada cuando el vehículo en el que viajaba el ministro en compañía de su chófer y escolta colisionó en el kilómetro cuatro de la carretera de Somosaguas mientras se encontraba de camino a su residencia particular, tras una reunión mantenida hasta altas horas en El Pardo con otros miembros del gabinete. Los primeros informes apuntan a que el accidente tuvo lugar cuando un camión cisterna que viajaba en dirección contraria sufrió un reventón de una rueda y al perder su conductor el control invadió el carril colisionando con el coche del ministro, que se desplazaba a gran velocidad. El camión transportaba en aquel momento un cargamento de combustible y el choque ocasionó una gran explosión que alertó a los vecinos de la zona, que dieron parte inmediatamente de lo acontecido. El ministro Valls y su escolta fallecieron en el acto.

El conductor del camión cisterna, Rosendo M. S., natural de Alcobendas, falleció antes de que los servicios de socorro pudieran reanimarle. Tras el impacto se produjo un incendio de grandes proporciones y los cuerpos del ministro y su escolta resultaron carbonizados.

El Gobierno ha convocado esta misma mañana un gabinete de emergencia y el Jefe del Estado ha anunciado que emitirá un comunicado oficial al mediodía en una comparecencia desde el palacio de El Pardo.

Mauricio Valls tenía cincuenta y nueve años, y había dedicado más de dos décadas al servicio del régimen. Su desaparición deja huérfanas las letras y la literatura españolas, tanto en su labor al frente del ministerio como en su distinguida carrera como editor, escritor y académico. Altos cargos de todas las instituciones públicas y las más eminentes figuras de nuestras letras y nuestra cultura han acudido esta misma mañana al ministerio para expresar su consternación y dejar muestras de la admiración y el respeto que don Mauricio inspiró en todos aquellos que le conocieron.

Don Mauricio Valls deja esposa e hija. Fuentes gubernamentales informan de que la capilla ardiente permanecerá abierta al público que desee dar su último adiós a este español universal a partir de las cinco de esta tarde en el palacio de Oriente. La dirección y los trabajadores de este diario desean expresar asimismo la profundísima

conmoción y tristeza que supone para todos la pérdida de don Mauricio Valls, ejemplo vivo de lo más alto a lo que puede aspirar un ciudadano de nuestra nación.

¡Viva Franco! ¡Arriba España! Don Mauricio Valls, ¡presente!

AGNUS DEI

Enero de 1960

RENFE

1

Victoria Sanchís despertó entre sábanas de lino planchadas y perfumadas con lavanda. Vestía un pijama de seda perfectamente entallado. Se llevó la mano al rostro y notó que su piel olía a sales de baño y que tenía el pelo limpio aunque no recordaba habérselo lavado. No se acordaba de nada.

Se incorporó hasta quedar sentada contra una cabecera aterciopelada e intentó dilucidar dónde se encontraba. El lecho, una cama grande con almohadas que invitaban al abandono, presidía un dormitorio amplio y decorado en un estilo elegante y opulento. Una luz tenue se filtraba por un ventanal de cortinas blancas y desvelaba una cómoda sobre la que había un jarrón con flores frescas. A su lado vislumbró un tocador dispuesto frente a un espejo y un escritorio. Las paredes estaban recubiertas con papel pintado de relieves y cuadros con acuarelas de escenas pastorales enmarcadas con cierta pompa. Apartó las sábanas y se sentó en el borde de la cama. La alfombra a sus pies era de colores pastel coordinados al detalle con el resto de la habitación. El escenario estaba dispuesto con gusto profesional y mano experta, cálido e impersonal a un tiempo. Victoria se preguntó si aquello era el infierno.

Cerró los ojos e intentó comprender cómo había llegado hasta allí. Lo último que recordaba era la casa de El Pinar. Las imágenes volvieron poco a poco. Las cocinas. Estaba atada con alambre de pies y manos a una silla. Hendaya se arrodillaba frente a ella y la interrogaba. Ella le escupía a la cara. Una bofetada brutal la derribaba al suelo. Uno de los hombres de Hendaya levantaba la silla. Otros dos llevaban a Morgado y le sujetaban a una mesa. Hendaya le preguntaba de nuevo. Ella guardaba silencio. Luego el policía cogía un arma y le volaba la rodilla a Morgado de un tiro a quemarropa. Los gritos del chófer le encogían el alma. Nunca había oído aullar de dolor a un hombre de ese modo. Hendaya volvía a preguntarle, sereno. Ella había enmudecido y temblaba aterrorizada. Hendaya se encogía de hombros, rodeaba la mesa y posaba el cañón del revólver sobre la otra rodilla del chófer. Uno de los esbirros del capitán le sujetaba la cabeza para que no pudiera apartar los ojos. «Mira lo que le pasa a la gente que me toca los huevos, puta». Hendaya apretaba el gatillo. Una nube de sangre y hueso pulverizado le salpicaba el rostro. El cuerpo de Morgado se convulsionaba como si le estuviese atravesando una corriente de alta tensión, pero ya no emergía sonido alguno de su voz. Victoria cerraba los ojos. Al poco llegaba un tercer disparo.

La náusea la asaltó de golpe y saltó de la cama. Una puerta entreabierta conducía a un baño. Se desplomó de rodillas frente al inodoro y vomitó bilis. Las arcadas se sucedieron hasta que ya no pudo echar ni una gota de saliva y se apoyó contra la pared, sentada en el suelo, jadeando. Miró a su alrededor. El baño, una pieza maestra en mármol rosado, estaba agradablemente caldeado. Un altavoz empotrado en la pared destilaba el murmullo de una orquesta de cuerda interpretando una versión almibarada de un adagio de Bach.

Victoria recuperó el aliento y se levantó, apoyándose en las paredes. La cabeza le daba vueltas. Se aproximó al lavamanos y dejó correr el agua. Se lavó la cara y se quitó el regusto ácido de la boca. Se secó con una toalla suave y mullida que soltó y fue a parar a sus pies. Se tambaleó de regreso a la habitación y se dejó caer de nuevo en la cama. Intentó borrar las imágenes de su mente, pero el rostro punteado de sangre de Hendaya parecía quemado a fuego en su retina. Victoria contempló aquel extraño lugar en el que había despertado. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Si aquello era el infierno, y merecía serlo, tenía el aspecto de un hotel de lujo. Al poco se durmió de nuevo, rogando no volver a despertar nunca más.

2

Cuando abrió de nuevo los ojos la cegó el resplandor del sol tras las cortinas. Olía a café. Victoria se incorporó y encontró una bata de seda a juego con su pijama y zapatillas al pie de la cama. Oyó una voz al otro lado de una puerta que parecía conducir a otra sala de la *suite*. Se acercó hasta allí y escuchó. El suave tintineo de una cucharilla en una taza de porcelana. Victoria abrió la puerta.

Un pasillo corto llevaba a una sala oval en cuyo centro estaba dispuesta una mesa para dos, donde había un servicio de desayuno con una jarra de zumo de naranja, una cesta de bollería fina, un surtido de mermeladas, crema, mantequilla, huevos revueltos, bacon crujiente, champiñones salteados, té, café, leche y azucarillos de dos colores. El aroma que todo desprendía era exquisito y, a su pesar, empezó a salivar.

Un hombre de mediana edad, mediana estatura, mediana calvicie y mediana medianez estaba sentado a la mesa. Al verla entrar se levantó, cortés, le sonrió de modo afable y procedió a ofrecerle la silla que había frente a él. Vestía un traje negro de tres piezas y lucía la palidez de quienes viven de puertas adentro. Si se lo hubiera cruzado por la calle apenas habría reparado en él, o le habría tomado por un funcionario ministerial de rango medio o tal vez por un notario de provincias de visita en la capital para ir al Museo del Prado y al teatro.

Solo cuando uno se detenía a examinarle con detenimiento reparaba en sus ojos claros, penetrantes y cristalinos. Su mirada parecía envuelta en un perpetuo cálculo y la observaba sin apenas pestañear tras unos lentes que aumentaban el tamaño de sus ojos enmarcados en una montura de concha demasiado grande que le confería un aire vagamente afeminado.

—Buenos días, Ariadna —dijo—. Por favor, toma asiento.

Victoria miró a su alrededor. Agarró un candelabro que encontró en una repisa y lo blandió de forma amenazadora. El hombre, sin inmutarse, alzó la tapa de una de las bandejas y olfateó su perfume.

—Huele de maravilla. Seguro que tendrás apetito.

El hombre no hizo amago de aproximarse pero Victoria mantuvo el candelabro en alto.

—No creo que vayas a necesitar eso, Ariadna —dijo con calma.

—Mi nombre no es Ariadna. Mi nombre es Victoria. Victoria Sanchís.

—Siéntate, por favor. Aquí estás a salvo y no tienes nada que temer.

Victoria se perdió en aquella mirada hipnótica. El aroma del desayuno le llegó de nuevo. Comprendió que aquel dolor feroz que sentía en las entrañas era simplemente hambre. Bajó el candelabro y lo dejó en la repisa. Se acercó muy despacio a la mesa. Tomó asiento, sin apartar los ojos del hombre, que esperó a que ella estuviera sentada para servirle una taza de café con leche.

—Ya me dirás cuántas cucharaditas de azúcar. A mí me gusta muy dulce, aunque el médico me dice que no me conviene.

Le observó preparar la taza de café.

—¿Por qué me ha llamado Ariadna?

—Porque es tu verdadero nombre. Ariadna Mataix. ¿No es así? Aunque si lo prefieres, puedo llamarte Victoria. Yo soy Leandro.

Leandro se incorporó brevemente y le ofreció la mano. Victoria no la estrechó. Él, cordial, volvió a sentarse.

—¿Huevos revueltos? Los he probado y no están envenenados. Espero.

Victoria deseó que aquel hombre dejase de sonreír de aquel modo que la hacía sentir culpable de no corresponder a su exquisita amabilidad.

—Es broma. Por supuesto que no hay nada envenenado. ¿Huevos y bacon?

Victoria se sorprendió a sí misma asintiendo. Leandro sonrió satisfecho y le sirvió, espolvoreando una pizca de sal y pimienta sobre la pequeña pila humeante de los huevos. Su anfitrión se desenvolvía con la mano experta de un chef.

—Si prefieres cualquier otra cosa la pedimos. El servicio de cocina aquí es excelente.

—Está bien así, gracias.

Casi se mordió la lengua al decir «gracias». ¿Gracias de qué? ¿A quién?

—Los cruasanes son buenísimos. Pruébalos. Los mejores de la ciudad.

—¿Dónde estoy?

—Estamos en el hotel Palace.

Victoria frunció el ceño.

—¿En Madrid?

Leandro asintió y le tendió la cesta de bollería. Ella dudó.

—Están recién hechos. Coge alguno o me los acabaré yo todos, y tengo que hacer dieta.

Victoria alargó el brazo para coger un cruasán y al hacerlo reparó en las marcas de punzadas que tenía en el antebrazo.

—Tuvimos que sedarte, lo siento. Después de lo sucedido en El Pinar…

Victoria retiró el brazo de golpe.

—¿Cómo he llegado aquí? ¿Quién es usted?

—Soy tu amigo, Ariadna. No temas. Aquí estás a salvo. Ese hombre, Hendaya, ya no podrá hacerte daño. Nadie podrá hacerte daño nunca más. Te doy mi palabra.

—¿Dónde está Ignacio, mi marido? ¿Qué han hecho con él?

Leandro la contempló con ternura y sonrió débilmente.

—Anda, primero come algo para recuperar las fuerzas. Después te contaré todo lo que ha pasado y contestaré a todas tus preguntas. Te doy mi palabra. Confía en mí y estate tranquila.

Leandro tenía una voz melosa y construía frases de arquitectura relajante. Escogía las palabras como un perfumista mezcla las fragancias con las que prepara sus fórmulas. Victoria, a su pesar, descubrió que se iba tranquilizando y que el miedo que la había atenazado se estaba desvaneciendo. La comida, caliente y deliciosa, el aire

tibio que destilaba la calefacción y la presencia serena, relajada y paternal de Leandro la inducían a un estado de calma y abandono. «Ojalá todo esto fuera verdad».

—¿Tenía razón o no? De los cruasanes, digo.

Victoria asintió con timidez. Leandro se limpió los labios con la servilleta, la dobló con parsimonia y pulsó un timbre de campanilla que había sobre la mesa. Al instante se abrió una puerta y apareció un camarero que procedió a retirar el servicio sin mirar en ningún momento a Victoria o pronunciar palabra alguna. Cuando estuvieron de nuevo solos, Leandro adoptó un semblante compungido, cruzó las manos sobre el regazo y bajó los ojos.

—Me temo que tengo malas noticias, Ariadna. Tu marido, Ignacio, ha fallecido. Lo siento muchísimo. Llegamos tarde.

Ariadna sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Eran lágrimas de rabia, porque sabía que Ignacio estaba muerto sin necesidad de que nadie se lo dijera. Apretó los labios y miró a Leandro, que parecía estar calibrando su entereza.

—Dígame la verdad —consiguió articular.

Leandro asintió repetidamente.

—Esto no va a ser fácil, pero te pido que me escuches. Luego podrás preguntarme todo lo que desees. Pero primero quiero que veas algo.

Leandro se incorporó y fue a recoger un periódico que estaba doblado sobre una mesita de té en un rincón del salón. Regresó a la mesa y se lo tendió a Victoria.

—Ábrelo.

Ella tomó el periódico sin comprender. Lo desdobló y examinó la primera página.

MUERE EL MINISTRO

MAURICIO VALLS

EN UN ACCIDENTE DE TRÁFICO

Victoria dejó escapar un grito ahogado. El periódico se le cayó de las manos y empezó a sollozar y a gemir de forma incontrolada. Leandro, con suma delicadeza, se aproximó y la rodeó suavemente con los brazos. Victoria se dejó abrazar y se refugió en aquel extraño, temblando como una niña. Leandro permitió que apoyase la cabeza contra su hombro y le acarició el pelo mientras ella derramaba las lágrimas y el dolor que había acumulado durante toda una vida.

3

—Hacía tiempo que investigábamos a Valls. Abrimos el caso después de que un informe de la comisión de valores del Banco de España detectase irregularidades en las transacciones del llamado Consorcio Financiero de Reagrupamiento Nacional, que había presidido Miguel Ángel Ubach, tu padre… O debería decir el hombre que se hacía pasar por tu padre. Hacía tiempo que sospechábamos que el consorcio no era más que una cortina de humo con sello gubernamental para que todo lo que había sido expropiado, o solo robado, durante y después de la guerra fuera repartido entre unos cuantos. La guerra, como todas las guerras, arruinó al país y enriqueció a unos pocos que ya eran ricos antes de empezarla. Para eso se hacen las guerras. En este caso, el consorcio se utilizó también para pagar favores, traiciones, servicios y comprar silencios y complicidades. Fue un mecanismo de ascenso para muchos. Entre ellos, Mauricio Valls. Sabemos lo que Valls hizo, Ariadna. Lo que te hizo a ti y a tu familia. Pero con eso no basta. Necesitamos tu ayuda para llegar al fondo de este asunto.

—¿Para qué? Valls está muerto.

—Para hacer justicia. Valls está muerto, sí, pero muchos de los centenares de personas cuyas vidas destruyó siguen vivas y merecen justicia.

Victoria lo miraba con recelo.

—¿Es eso lo que buscan? ¿Justicia?

—Buscamos la verdad.

—¿Y quiénes son ustedes, exactamente?

—Somos un grupo de ciudadanos que ha jurado servir al país para hacer de España un lugar más justo, más honesto y más abierto.

Victoria rio. Leandro la contemplaba, serio.

—No espero que me creas. No todavía. Pero te voy a demostrar que somos quienes estamos intentando cambiar las cosas desde dentro del régimen, porque no hay otra manera de cambiarlas. Para regenerar este país y devolvérselo a la gente. Somos quienes nos estamos jugando la vida para que lo que os pasó a ti y a tu hermana, lo que les pasó a tus padres, nunca más vuelva a suceder, y para que quienes cometieron esos crímenes paguen por ellos y se conozca la verdad, porque sin verdad no hay justicia, y sin justicia no hay paz. Estamos por el cambio y por un impulso hacia el progreso. Somos los que estamos por acabar con un Estado que solo sirve a unos pocos que han utilizado las instituciones para blindar sus privilegios a costa de la gente trabajadora y desfavorecida. Y no porque seamos héroes, sino porque alguien tiene que hacerlo. Y no hay nadie más. Por eso necesitamos tu ayuda. Porque si nos unimos, será posible.

Se miraron durante un largo silencio.

—¿Y si no quiero ayudarlos?

Leandro se encogió de hombros.

—Nadie puede obligarte a hacerlo. Si decides que no quieres unirte a nosotros y que no te importa que otros que han sufrido tu mismo destino no encuentren justicia, yo no voy a ser quien te fuerce a hacer lo que no quieras. Está en tu mano. Valls está muerto. Lo más fácil para una persona en tu situación sería dejar todo esto atrás y empezar una nueva vida. Quién sabe, quizá yo en tu lugar también lo haría. Pero creo que tú no eres esa persona. Creo que en el fondo no te importa la venganza, sino la justicia y la verdad. Tanto o más que a nosotros. Creo que deseas que los culpables paguen por sus crímenes y que sus víctimas puedan recuperar sus vidas y tener la certeza de que quienes perdieron la vida por ellos no lo hicieron en vano. Pero está en tu mano. Yo no voy a retenerte. Ahí tienes la puerta. Puedes salir de aquí cuando te apetezca. La única razón de que te hayamos traído a este sitio es porque aquí estás segura y a salvo. Aquí podemos protegerte mientras intentamos llegar al fondo de este asunto. Depende de ti.

Victoria dirigió la mirada hacia la puerta de la habitación. Leandro se sirvió otra taza de café, disolvió cinco azucarillos en ella y lo saboreó con calma.

—Cuando lo pidas, un coche te recogerá y te llevará a donde quieras. Nunca más volverás a verme o a saber de nosotros. Solo tienes que pedirlo.

Victoria sintió que se le encogían las entrañas.

—No tienes por qué decidirlo ahora. Sé por lo que has pasado y sé que estás confundida. Que no confías en mí ni en nadie. Y es perfectamente comprensible. Tampoco yo lo haría en tu lugar. Pero no tienes nada que perder por darnos una oportunidad. Un día más. O unas horas. En cualquier instante, sin darle explicaciones a nadie, puedes irte. Pero espero, te ruego, que no lo hagas. Que nos des esa oportunidad de ayudar a otros.

Victoria advirtió que le temblaban las manos. Leandro le sonrió con infinita delicadeza.

—Por favor…

En algún momento, entre lágrimas, asintió.

4

Por espacio de hora y media Leandro reconstruyó lo que habían podido averiguar.

—Llevo tiempo procurando recomponer los hechos. Lo que voy a hacer es resumirte lo que sabemos, o creemos saber. Verás que hay lagunas y que seguramente estamos equivocados en algunas cosas. O en muchas. Ahí es donde entras tú. Si te parece, yo te iré diciendo lo que me parece que pasó y tú me vas corrigiendo donde no tenga razón. ¿De acuerdo?

Leandro tenía una voz que arrullaba e invitaba a la rendición. Deseó cerrar los ojos y quedarse a vivir una temporada al abrazo de aquella voz, al contorno aterciopelado de palabras que cobraban sentido sin importar su significado.

—De acuerdo —convino ella—. Lo intentaré.

El hombre sonrió con una gratitud y una calidez que la hicieron sentirse segura y amparada de cuanto acechaba más allá de los muros de aquel lugar. Poco a poco, sin prisa, le narró una historia que conocía demasiado bien. El relato empezaba cuando, siendo ella apenas una niña, su padre, Víctor Mataix, conoció a un hombre llamado Miguel Ángel Ubach, un poderoso financiero cuya esposa era lectora habitual de sus libros y que, persuadido por ella, había decidido contratarle para que escribiese una supuesta autobiografía del banquero a cambio de una suma considerable.

Su padre, que estaba pasando apuros económicos, aceptó el encargo. Finalizada la guerra, inesperadamente, el banquero y su esposa les hicieron un día una visita en la casa donde los Mataix vivían junto a la carretera de las Aguas en Vallvidrera. La señora de Ubach, bastante más joven que su esposo, era una belleza de las que solo se veían en las revistas. No quería arruinar su magnífica figura trayendo una criatura al mundo, pero le gustaban los niños, o la idea de tenerlos para que los criasen los sirvientes, casi tanto como los gatitos falderos y los Vodka Martini. Los Ubach pasaron el día con los Mataix. Para entonces sus padres le habían dado una hermana pequeña, Sonia, que apenas era un bebé. La señora de Ubach, al despedirse, besó a las niñas y declaró que eran una preciosidad. Días después unos hombres armados regresaron a su casa de Vallvidrera. Detuvieron a su padre para encerrarlo en la prisión de Montjuic y se las llevaron a su hermana y a ella, dejando a su madre malherida y creyéndola muerta.

—¿Hasta ahí voy bien? —preguntó Leandro.

Victoria asintió, secándose las lágrimas de rabia.

Aquella misma noche esos hombres las separaron, y ella nunca volvió a ver a Sonia. Le dijeron que si no quería que matasen a su hermana pequeña debía olvidarse de sus padres, porque eran unos criminales, y que su nombre a partir de entonces ya no sería Ariadna Mataix sino Victoria Ubach. Le explicaron que sus nuevos papás eran don Miguel Ángel Ubach y su esposa Federica, y que tenía mucha suerte. Viviría con ellos en la casa más bonita de toda Barcelona, una mansión llamada El Pinar. Allí dispondría de criados y de todo lo que pudiera desear. Ariadna tenía diez años.

—A partir de aquí la historia es confusa —advirtió Leandro.

Explicó que habían averiguado que Víctor Mataix fue fusilado en el castillo de Montjuic, como tantos otros, por orden del entonces director de la prisión, Mauricio Valls, aunque en el informe oficial se dijo que se había suicidado. Leandro creía que Valls había vendido a Ariadna a los Ubach a cambio de favores para ascender en el régimen y de un paquete de acciones de un banco recién constituido mediante el expolio del patrimonio de centenares de gentes encarceladas, expropiadas y en muchos casos ejecutadas poco después del final de la guerra.

—¿Sabes qué fue de tu madre?

Victoria hizo un gesto afirmativo, apretando los labios.

Leandro relató que, hasta donde sabían, su madre, Susana, al día siguiente de que su esposo y sus hijas fuesen raptados, logró reunir fuerzas y cometió el error de acudir a la policía a denunciar lo sucedido. Fue detenida en el acto e internada en el manicomio de Horta, donde se la mantuvo aislada en una celda de confinamiento y donde fue sometida a tratamientos de electroshock durante cinco años, hasta que decidieron abandonarla en un descampado de las afueras de Barcelona al comprobar que ya no recordaba ni cuál era su nombre.

—O eso creyeron.

Leandro explicó que Susana había sobrevivido en las calles de Barcelona mendigando, durmiendo al raso y robando en la basura para comer, en la esperanza de poder recuperar a sus hijas algún día. Aquella esperanza fue lo que la mantuvo viva. Años después, Susana encontró entre los escombros de un callejón del Raval un periódico en el que aparecía retratado Mauricio Valls con su familia. Por entonces era un hombre muy importante que había dejado su pasado de carcelero atrás. En la fotografía, Valls posaba con una niña, Mercedes.

—Mercedes no era otra que tu hermana pequeña, Sonia. Tu madre la reconoció porque Sonia había nacido con una marca que nunca había podido olvidar.

—Una marca en forma de estrella en la base del cuello —Victoria se oyó decir a sí misma.

Leandro sonrió y asintió.

—La mujer de Valls sufría una enfermedad crónica que le impedía tener hijos. Valls decidió quedarse con tu hermana y criarla como propia. La llamó Mercedes, en recuerdo de su madre. Robando lo que podía, Susana consiguió reunir el dinero para viajar a Madrid en tren y una vez allí pasó meses espiando los patios de colegios de toda la ciudad, confiando en localizar a tu hermana. Para entonces se había construido una nueva identidad. Vivía en un cuarto mísero en una pensión en el barrio de Chueca y por las noches trabajaba como costurera en un taller. Durante el día, recorría los colegios de Madrid. Y cuando ya creía haber perdido la esperanza, la encontró. La vio de lejos y supo que era ella. Empezó a acudir allí todas las mañanas. Se acercaba a la verja del patio e intentaba llamar su atención. Logró hablar con la pequeña un par de veces. No la quería asustar. Al comprobar que Mercedes…, que Sonia ya no la

recordaba, tu madre estuvo a punto de quitarse la vida. Pero no se rindió. Seguía acudiendo allí todas las mañanas con la esperanza de verla aunque fuera unos segundos o de que se acercase a la verja y hablara con ella. Un día decidió que debía contarle la verdad. Fue sorprendida por los guardaespaldas de la escolta de Valls en la verja de la escuela, cuando charlaba con tu hermana. Le volaron la cabeza de un tiro delante de la niña. ¿Quieres que paremos un rato?

Victoria negó.

Leandro prosiguió relatando lo que él sabía acerca de cómo Victoria había crecido en la prisión de oro de El Pinar. Con el tiempo, Miguel Ángel Ubach fue llamado por el Caudillo para capitanear a un grupo de banqueros y notables que habían financiado a su ejército y le encargó el diseño de la nueva estructura económica del Estado. Ubach abandonó Barcelona y se trasladó con su familia a la gran casa de Madrid que ella siempre odió y de la que se escapó, desapareciendo durante meses hasta que se la localizó en extrañas circunstancias en la playa de un pueblo a unos cien kilómetros de Barcelona, San Feliu de Guíxols.

—Esta es una de las grandes lagunas en la composición que hemos hecho —dijo Leandro—. Nadie sabe dónde estuviste durante esos meses ni con quién. Cuanto sabemos es que, al poco de regresar tú a Madrid, la casa de los Ubach fue consumida por un terrible incendio que la redujo a cenizas una noche de 1948, un incendio en el que murieron el banquero y su esposa Federica.

Leandro buscó su mirada, pero Victoria no despegó los labios.

—Entiendo que es muy difícil y doloroso hablar de esto, pero es importante que sepamos qué sucedió durante aquellos meses en que estuviste desaparecida.

Ella apretó los labios y Leandro asintió, paciente.

—No hace falta que sea hoy.

El hombre continuó el relato.

Huérfana y heredera de una gran fortuna, Victoria quedó bajo la tutela de un joven abogado llamado Ignacio Sanchís, que había sido nombrado albacea testamentario de los Ubach. Sanchís era un hombre brillante que Ubach había tomado bajo su protección desde muy joven. Era huérfano y había estudiado con una beca de la Fundación Ubach. Se rumoreaba que era en realidad hijo ilegítimo del banquero, fruto de una relación ilícita mantenida con una conocida actriz de la época.

La pequeña Victoria siempre sintió una conexión especial con él. Ambos estaban rodeados de todos los lujos y privilegios que el imperio Ubach podía comprar y sin embargo estaban solos en el mundo. Ignacio Sanchís visitaba a menudo la casa familiar para despachar asuntos con el banquero en el jardín. Victoria le espiaba desde las ventanas de la buhardilla. Un día que la sorprendió bañándose en la piscina, Sanchís le reveló que nunca había conocido a sus padres y que había crecido en un orfanato de La Navata. A partir de entonces, siempre que Sanchís acudía a la mansión, Victoria ya no se escondía y bajaba a saludarle.

A la señora Ubach no le caía bien Ignacio y le tenía prohibido a su hija que

hablase con él. Era un pelagatos, decía. La matriarca mataba el aburrimiento encontrándose con sus amantes veinteañeros en hoteles de lujo de Madrid o durmiendo la mona en su habitación del tercer piso. Nunca llegó a saber que Victoria y el joven abogado se habían hecho buenos amigos, que compartían libros y una complicidad que nadie en el mundo, ni siquiera el señor Ubach, podría haber imaginado.

—Un día le dije que éramos iguales —confesó Victoria.

Tras la trágica muerte de los Ubach en el incendio que devastó su casa, Ignacio Sanchís se convirtió en su tutor legal hasta que, al cumplir ella la mayoría de edad, pasó a ser su marido. Hubo muchas murmuraciones, por supuesto. Algunos calificaron el matrimonio como el braguetazo del siglo. Victoria sonrió amargamente al oír aquellas palabras.

—Ignacio Sanchís nunca fue un esposo para ti, no al menos en el sentido que todo el mundo creía —dijo Leandro—. Era un hombre bueno que había averiguado la verdad y se casó contigo para protegerte.

—Yo le quería.

—Y él a ti. Dio su vida por ti.

Victoria se sumió en un largo silencio.

—Durante muchos años intentaste hacer justicia por tu cuenta con la ayuda de Ignacio y de Valentín Morgado, que había estado con tu padre en la cárcel y a quien tu esposo contrató para que trabajase para vosotros como chófer. Juntos urdisteis un plan para tender una trampa a Valls y lograsteis capturarlo. Lo que no sabías es que alguien os vigilaba. Alguien que no podía permitir que se desvelase la verdad.

—¿Por eso mataron a Valls?

Leandro hizo un gesto afirmativo.

—¿Hendaya? —preguntó Victoria.

Él negó.

—Hendaya es un simple peón. Buscamos a quien mueve sus hilos.

—¿Y quién es? —dijo Victoria.

—Yo creo que tú sabes quién es.

Victoria negó lentamente, confundida.

—Tal vez no eres consciente de ello ahora.

—Si lo supiese habría acabado en la misma celda que Valls.

—Tal vez entonces lo podamos averiguar juntos. Con tu ayuda y nuestros recursos. Tú ya has sufrido y has arriesgado suficiente. Ahora nos toca a nosotros. Porque tú y tu hermana no erais las únicas. Lo sabes. Hay muchos muchos más. Muchos que ni siquiera tienen idea de que su vida es una mentira, que les robaron todo…

Ella asintió.

—¿Cómo os enterasteis? ¿Cómo llegasteis a la conclusión de que tú y tu hermana no habíais sido las únicas?

—Conseguimos una lista con números de expedientes. Números de partidas de nacimiento y de defunción falsificadas por Valls.

—¿A quién pertenecían? —preguntó Leandro.

—A hijos de presos que habían estado encerrados en el castillo de Montjuic después de la guerra, cuando él era el director de la prisión. Todos desaparecidos. Lo que Valls hacía era primero encarcelar y asesinar a los padres. Luego se quedaba con sus hijos. Extendía un certificado de defunción al mismo tiempo que un certificado de nacimiento falso con una identidad nueva para los niños y luego los vendía a familias bien colocadas dentro del régimen a cambio de influencias, dinero y poder. Era un plan perfecto, porque una vez que los nuevos padres se quedaban con los niños robados eran cómplices y tenían que guardar silencio para siempre.

—¿Sabes cuántos casos como esos hubo?

—No. Ignacio sospechaba que quizá había centenares.

—Estamos hablando de una operación muy compleja. Valls no podría haber hecho todo eso por sí solo…

—Ignacio creía que había contado con un cómplice, o varios cómplices.

—Estoy de acuerdo. Es más, me atrevería a decir que es posible que Valls fuera un simple instrumento en la red. Tenía el acceso, la oportunidad y la codicia para actuar. Pero me cuesta creer que pudiera idear una trama de semejante complejidad.

—Eso decía Ignacio.

—Alguien más, alguien a quien no hemos descubierto todavía, es el cerebro de toda esta operación.

—La mano negra —dijo Victoria.

—¿Perdón?

Ella sonrió débilmente.

—Es de un cuento que me contaba mi padre cuando era niña. La mano negra. El mal que siempre se mantiene en la sombra y mueve los hilos…

—Tienes que ayudarnos a encontrarle, Ariadna.

—¿Cree que Hendaya está entonces a las órdenes del socio de Valls?

—Es lo más probable, sí.

—Eso significa que ha de ser alguien de dentro del régimen. Alguien poderoso.

Leandro asintió.

—Por eso es tan importante no precipitarse y actuar con toda cautela. Si queremos capturarle es necesario saber primero toda la verdad, con nombres, fechas y detalles, descubrir quién conocía este asunto y quién está implicado. Solo si averiguamos quién estaba al tanto todo esto podremos ir a por la cabeza.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Como te he dicho, ayudarme a reconstruir tu historia. Estoy convencido de que si juntamos todas las piezas del rompecabezas encontraremos al cerebro de la trama. Hasta entonces, no estarás a salvo. Por eso tienes que quedarte aquí y dejar que te protejamos. ¿Lo harás?

Victoria dudó para asentir al fin. Leandro se inclinó hacia adelante y tomó las manos de ella entre las suyas.

—Necesito que sepas que te agradezco tu valor y tu coraje. Sin ti, sin tu lucha y tu sufrimiento, nada de esto que estamos intentando hacer sería posible.

—Solo quiero que se haga justicia. Nada más. En toda mi vida he pensado que lo que quería era venganza. La venganza no existe. Lo único que importa es la verdad.

Leandro la besó en la frente. Era un beso paternal, de protección y nobleza, que la hizo sentirse menos sola, aunque fuese por un instante.

—Creo que por hoy hemos hecho ya mucho. Tienes que descansar. Nos espera una tarea ardua.

—¿Se marcha? —preguntó Victoria.

—No temas. Estaré muy cerca. Y has de saber que estás vigilada y protegida. Te voy a pedir permiso para que nos dejes cerrar esta puerta. No es para mantenerte encerrada aquí dentro sino para evitar que nadie que no deba trate de entrar. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Sí.

—Si precisas cualquier cosa solo tienes que hacer sonar este timbre y en unos segundos alguien acudirá. Lo que sea.

—Me gustaría tener algo para leer. ¿Sería posible conseguir algunos libros de mi padre?

—Por supuesto. Haré que te los suban. Ahora tienes que intentar descansar y dormir.

—No sé si voy a ser capaz de dormir.

—Si quieres te ayudaremos…

—¿Sedarme otra vez?

—Es solo una ayuda. Te hará sentir mejor. Pero solo si tú quieres.

—De acuerdo.

—Yo volveré mañana por la mañana. Empezaremos a reconstruir todo lo que ha sucedido poco a poco.

—¿Cuánto tiempo voy a tener que permanecer aquí?

—No mucho. Unos días. Una semana a lo sumo. Hasta que sepamos quién está detrás de todo esto. Hasta que el culpable haya sido detenido no estarás segura en ningún otro lugar. Hendaya y sus hombres te están buscando. Conseguimos rescatarte de El Pinar, pero ese hombre no va a rendirse. Nunca se rinde.

—¿Cómo fue…? No lo recuerdo.

—Estabas aturdida. Dos de los nuestros perdieron la vida para sacarte de allí.

—¿Y Valls?

—Ya era tarde. Ahora no pienses en eso. Descansa, Ariadna.

—Ariadna —repitió ella—. Gracias.

—Gracias a ti —dijo Leandro dirigiéndose hacia la puerta.

Tan pronto como se quedó a solas la invadió una desazón y un vacío que no

alcanzaba a explicar. No había un solo reloj en toda la habitación y al acercarse a las cortinas y descorrerlas comprobó que las ventanas, trabadas, estaban cubiertas por fuera con un papel blanco traslúcido que dejaba pasar la claridad pero velaba completamente la visión.

Comenzó a vagar por la habitación sin rumbo, luchando por no presionar aquel timbre de campanilla que Leandro había dejado en la mesa del salón. Por fin, exhausta de explorar los confines de la *suite*, regresó al dormitorio. Se sentó en el tocador y examinó su reflejo en el espejo. Se sonrió a sí misma.

—La verdad —se oyó murmurar.

5

Leandro estudió el rostro pálido y compungido al otro lado del espejo. Ariadna desprendía aquel perfume de las almas rotas que se han extraviado por el camino y creen avanzar hacia alguna parte. Siempre le había fascinado cómo, si uno sabía leer el lenguaje de las miradas y del tiempo, podía adivinar en un rostro el semblante del niño que había sido y saborear el momento en que el mundo le había clavado su dardo envenenado y su espíritu había empezado a envejecer. Las personas eran como los títeres o los juguetes de cuerda, tenían todas un resorte oculto que permitía mover sus hilos y hacerlas correr en la dirección que uno deseaba. El placer, o quizá fuera tan solo el sustento, provenía de aquella entrega, aquel deseo turbio al que tarde o temprano sucumbían para rendirse a su voluntad, recibir su bendición y ofrecerle su alma a cambio de una sonrisa de aprobación y de una mirada que les hiciera creer.

Hendaya, sentado a su lado, la contemplaba con recelo.

—Me parece que estamos perdiendo el tiempo, señor —dijo—. Si me da una hora con ella le sacaré todo lo que sabe.

—Ya has tenido horas de sobra. No todo es charcutería. Tú haz tu trabajo y yo haré el mío.

—Sí, señor.

Al poco apareció en escena el doctor. Leandro le había escogido con sumo cuidado. Tenía aquel aspecto bonancible de médico de cabecera, de afable sesentón tocado de lentes y bigote de sabio que podría ser un tío o un abuelo dulce como la miel, ante el cual no sentían pudor para desnudarse ni las beatas que dejaban que sus manos tibias les palpasen las vergüenzas mientras alzaban la mirada al cielo y susurraban «qué manos tiene, doctor».

El doctor no era médico, pero nadie lo hubiera dicho al verle ataviado con su traje gris, su maletín y su cojera de veterano. Era químico. Y de los mejores. Leandro contempló cómo ayudaba a Ariadna a tenderse en el lecho, le descubría el brazo y le buscaba el pulso. La jeringuilla era pequeña y la aguja tan fina que ni se inmutó. Leandro sonrió para sí al ver cómo la mirada de Ariadna se deshacía y su cuerpo perdía aquella rigidez. En unos segundos estaba sumida en el sopor químico que la mantendría allí por lo menos dieciséis horas, posiblemente más al tratarse de una mujer de constitución frágil. Flotaría en una calma sin sueños, un estado de suspensión y placer absolutos que iría clavando poco a poco sus garras en sus vísceras, venas y cerebro. Día a día.

—¿No va a matarla eso? —preguntó Hendaya.

—No con la dosis adecuada —dijo Leandro—. Al menos de momento.

El doctor guardó sus instrumentos en el maletín, tapó a Ariadna y salió del dormitorio. Al cruzar frente al espejo hizo una señal de asentimiento respetuosa y deferencial. Leandro podía oír la respiración impaciente de Hendaya a su espalda.

—¿Algo más? —preguntó Leandro.

—No, señor.

—Entonces te agradezco que la hayas traído sana y salva, pero aquí ya no tienes nada que hacer. Regresa a Barcelona y encuentra a Alicia Gris.

—Lo más probable es que esté muerta, señor…

Leandro se volvió.

—Alicia está viva.

—Con el debido respeto, ¿cómo puede saberlo?

Leandro le miró como se mira a una bestia de establo cuyo entendimiento alcanza donde alcanza.

—Porque lo sé.

6

Alicia abrió los ojos a la tenue claridad de las velas. Lo primero que advirtió fue que para estar muerta tenía demasiada sed. Lo segundo, el rostro de un hombre de cabello y barba canos sentado a su lado que la observaba tras un par de lentes redondos y diminutos. Sus facciones le recordaron vagamente a la figura de Dios que aparecía en uno de los libros de catecismo de sus años en el orfanato.

—¿Es usted del cielo? —preguntó Alicia.

—No se haga ilusiones. Soy de Matadepera.

El doctor Soldevila le tomó la muñeca y le palpó el pulso, consultando con su reloj.

—¿Cómo se encuentra? —quiso saber.

—Tengo mucha sed.

—Ya lo sé —dijo Soldevila, sin hacer ademán alguno de ofrecerle nada para beber.

—¿Dónde estoy?

—Buena pregunta.

El doctor apartó las sábanas y Alicia sintió sus manos sobre la pelvis.

—¿Nota la presión?

Ella asintió.

—¿Dolor?

—Sed.

—Ya lo sé. Pero tiene que esperar.

Antes de cubrirla, el doctor Soldevila posó la mirada sobre la cicatriz negra que abrazaba su cadera. Alicia pudo leer el horror que disimulaban sus ojos.

—Le dejaré algo para eso, pero vaya con cuidado. Aún está muy débil.

—Estoy acostumbrada al dolor, doctor.

El doctor Soldevila suspiró y la tapó de nuevo.

—¿Voy a morir?

—Hoy no. Ya sé que le sonará a tontería, pero intente relajarse y descansar.

—Como si estuviera de vacaciones.

—Algo así. Al menos inténtelo.

El doctor Soldevila se incorporó y Alicia oyó cómo murmuraba unas palabras. Se acercaron unos pasos y un círculo de figuras se asomaron en torno al camastro. Reconoció a Fermín, a Daniel y a Bea. Con ellos había un hombre de cabello ralo y mirada aguileña al que tenía la sensación de conocer de toda la vida pero cuya identidad no atinaba a situar. Fermín cuchicheaba con el doctor Soldevila. Daniel sonreía, aliviado. Bea, a su lado, la miraba fijamente a los ojos con una expresión de recelo. Fermín se arrodilló junto a ella y le posó la mano en la frente.

—Ya van dos veces que casi se me muere y empiezo a estar hasta la coronilla. Tiene usted cara de muerta, muy cierto, pero por lo demás la veo como una rosa.

¿Cómo se encuentra?

—Tengo sed.

—Pues no me lo explico. Se ha tragado por lo menos el ochenta por ciento de mi caudal sanguíneo.

—Hasta que elimine del todo la anestesia no puede beber —dijo el doctor Soldevila.

—Eso es pan comido, ya lo verá —comentó Fermín—. La anestesia se elimina como los años de seminarista: meneando un poco las vergüenzas.

El doctor Soldevila le lanzó una mirada sulfúrica.

—Intente no agotar a la paciente diciendo guarradas, si no es mucho pedir.

—Seré una tumba —declaró entonces Fermín, santiguándose al efecto.

El doctor Soldevila gruñó.

—Volveré mañana por la mañana. Hasta entonces, mejor túrnense. Al menor síntoma de fiebre, inflamación o infección vengan a buscarme. A la hora que sea. ¿Quién va a hacer el primer turno? Usted no, Fermín, que le veo venir.

Bea se adelantó.

—Me quedo yo —dijo en un tono que dejaba claro que no invitaba al debate—. Fermín, he llevado a Julián con Sofía, pero no me fío porque se la torea como quiere. He llamado a la Bernarda para que se acerque a casa a vigilar al niño. Pueden usar el dormitorio. He dejado sábanas limpias en la cómoda y la Bernarda sabe dónde está todo. Daniel dormirá en el sofá.

Este lanzó una mirada a su mujer, pero no abrió la boca.

—Descuide. Le pondré a dormir al benjamín como un lirón. Un chorrito de coñac con miel en la leche es mano de santo.

—Ni se le ocurra alcoholizar a mi hijo. Y haga el favor de no hablarle de política al niño, que luego lo repite todo.

—A sus órdenes. Apagón informativo decretado *sine die*.

—Bea, acuérdese de la inyección de antibióticos. Cada cuatro horas —dijo el doctor.

Fermín le dedicó una sonrisa blanca a Alicia.

—No tema, que doña Bea, aunque hoy la vea un tanto sargenta, pone las inyecciones igual que un ángel. Como su señor padre es diabético, y eso que de dulce tiene poco, ella tiene una mano para el aguijonazo que ya quisiera para sí el mosquito pantera del Nilo o como sea que llamen a los bichos que haya por allí. Aprendió de niña porque nadie más de la familia se atrevía y ahora nos pincha a todos, a mí incluido, y mire que soy paciente difícil porque poseo nalgas de acero y doblo las agujas a fuerza de tensión muscular.

—¡Fermín! —clamó Bea.

Este realizó un saludo militar y guiñó el ojo a Alicia.

—Bueno, mi querida vampiresa, se queda usted en buenas manos. Intente no morder a nadie. Yo volveré mañana. Haga caso de todo lo que diga la señora Bea y a

ser posible mire de no morirse.

—Haré lo que pueda. Gracias por todo, Fermín. Otra vez.

—No me lo recuerde. Venga, Daniel, que poner cara de pasmo no acelera el cicatrizado.

Fermín partió llevándose a Daniel a rastras.

—Todo claro entonces —dijo el doctor—. Ahora, ¿cómo se sale de aquí?

—Yo le acompaño —ofreció el guardián.

Se quedaron a solas. Bea tomó una silla y se sentó junto a Alicia. Se miraron en silencio. Alicia aventuró una sonrisa de gratitud. Bea la observaba, impenetrable. Al rato, el guardián asomó por el umbral de la habitación en la que se encontraban y sopesó la situación.

—Doña Beatriz, cualquier cosa que necesite ya sabe dónde estoy. Le he dejado unas mantas y los medicamentos con las instrucciones del doctor en la repisa.

—Gracias, Isaac. Buenas noches.

—Buenas noches, entonces. Buenas noches, Alicia —dijo el guardián.

Sus pasos se alejaron por el corredor.

—Todo el mundo parece conocerme por aquí —dijo Alicia.

—Sí, todos parecen conocerla. Lástima que nadie sepa muy bien quién es usted en realidad.

Alicia asintió, ofreciendo otra sonrisa dócil a la que Bea tampoco correspondió. Un espeso y largo silencio se desplomó entre ambas. Alicia paseó la mirada por las paredes, cubiertas de libros de suelo a techo. Sabía que los ojos de Bea seguían clavados en ella.

—¿Se puede saber de qué se ríe? —inquirió Bea.

—Tonterías. Antes he soñado que besaba a un hombre muy guapo y no sé quién era.

—¿Tiene usted la costumbre de besar a extraños o es solo cuando le ponen anestesia?

El tono cortaba como una cuchilla y tan pronto como las palabras escaparon de sus labios Bea se arrepintió.

—Lo siento —murmuró.

—No lo sienta. Me lo merezco —dijo Alicia.

—En algo más de tres horas le toca el antibiótico. ¿Por qué no intenta dormir un rato como le ha indicado el doctor?

—No creo que pueda. Me da miedo.

—Pensaba que a usted nada le daba miedo.

—Disimulo muy bien.

Bea iba a decir algo pero se mordió la lengua.

—¿Bea?

—¿Qué?

—Ya sé que no tengo derecho a pedirle perdón, pero…

—Olvídese de eso ahora. No tiene que pedirme perdón por nada.

—Y si se lo pidiera ¿me lo daría?

—Su amigo Fermín suele decir que el que quiera perdón que vaya al confesionario o se compre un perro. Por una vez, y sin que me oiga, le voy a dar la razón.

—Fermín es un hombre sabio.

—Tiene sus momentos. Pero no se lo cuente o no habrá quien le aguante. Ahora duerma.

—¿Puedo cogerle la mano? —preguntó Alicia.

Bea dudó un instante, pero al final aceptó la mano de Alicia. Permanecieron en silencio un largo rato. Alicia cerró los ojos y empezó a respirar lentamente. Bea contempló a aquella extraña criatura que le inspiraba temor y compasión a un tiempo. Al poco de llegar, cuando Alicia aún estaba delirando, el doctor la había examinado y Bea le había ayudado a desnudarla. Aún tenía grabada en la mente la imagen de aquella estremecedora herida que le mordía el costado.

—Daniel es un hombre afortunado —murmuró Alicia.

—¿Me está tirando los tejos?

—Casada y madre. Nunca me atrevería.

—Creí que estaba dormida —dijo Bea.

—Yo también.

—¿Le duele?

—¿Se refiere a la cicatriz?

Bea no respondió. Alicia seguía con los ojos cerrados.

—Solo un poco —contestó—. La anestesia la ha adormecido.

—¿Cómo se lo hizo?

—Fue durante la guerra. En los bombardeos.

—Lo siento.

Alicia se encogió de hombros.

—Me sirve para ahuyentar a los pretendientes.

—Imagino que debe de tener usted un montón.

—Ninguno que valga la pena. Los mejores hombres se enamoran de mujeres como usted. A mí solo me quieren para fantasear.

—Si lo que pretende es que le tenga lástima va lista.

Alicia sonrió.

—No se crea que conmigo no fantasean —aventuró Bea, riendo por lo bajo.

—No tengo la menor duda.

—¿Por qué son tan bobos a veces? —preguntó Bea.

—¿Los hombres? Quién sabe. A lo mejor es porque la naturaleza es madre, aunque cruel, y los atonta de nacimiento. Pero algunos no están tan mal.

—Eso dice la Bernarda —convino Bea.

—¿Y su Daniel?

Bea afiló la mirada.

—¿Qué pasa con mi Daniel?

—Nada. Parece un buen chico. Un alma blanca.

—Tiene su lado oscuro, no crea.

—¿Por lo que le pasó a su madre? ¿A Isabella?

—¿Qué sabe usted de Isabella?

—Muy poco.

—Mentía usted mucho mejor sin anestesia.

—¿Puedo confiar en usted?

—No veo que le quede otro remedio. La cuestión es si yo puedo confiar en usted.

—¿Lo duda?

—Absolutamente.

—Hay cosas sobre Isabella, sobre su pasado… —empezó Alicia—. Creo que Daniel tiene derecho a saberlas, pero no sé si en el fondo sería mejor que nunca las supiera.

—¿Alicia?

Esta abrió los ojos y se encontró con el rostro de Bea a un palmo del suyo. Sintió que le apretaba la mano con fuerza.

—Sí.

—Voy a pedirle una cosa. Solo se lo diré una vez.

—Lo que sea.

—No se le ocurra hacerle daño ni a Daniel ni a mi familia.

Alicia sostuvo aquella mirada, que se le hizo tan imponente que apenas se atrevió a respirar.

—Júremelo.

Alicia tragó saliva.

—Se lo juro.

Bea asintió y volvió a reclinarse en la silla. Alicia la observó entornar los ojos.

—¿Bea?

—¿Qué pasa ahora?

—Hay algo… La otra noche, cuando acompañé a Daniel hasta su portal…

—Cállese y duerma.

7

La tormenta del día anterior había pintado Barcelona con el azul eléctrico que solo se saborea algunas mañanas de invierno. El sol había echado las nubes a patadas y una luz limpia flotaba en el aire, una luz líquida y digna de embotellarse. El señor Sempere, que había amanecido con el optimismo a flor de piel e, ignorando los consejos del médico, había apurado un tazón de café negro que sabía a gloria y a rebelión, decidió que aquella iba a ser una jornada para el recuerdo.

—Hoy vamos a hacer más caja que El Molino por Cuaresma —anunció—. Ya veréis.

Mientras retiraba el cartel de CERRADO de la puerta de la librería advirtió que Fermín y Daniel estaban cuchicheando en un rincón.

—Y vosotros ¿qué andáis tramando?

Ambos se volvieron y le dedicaron esa mirada boba que denotaba una conspiración en ciernes. Tenían aspecto de no haber pegado ojo en una semana y, si no le fallaba la memoria al librero, llevaban exactamente la misma ropa del día anterior.

—Comentábamos que cada día se le ve a usted más joven y gallardo —dijo Fermín—. Las chavalas en edad de merecer se le tienen que tirar a los pies.

Antes de que el librero pudiera replicar se oyó el tintineo de la campanilla que había en la puerta. Un caballero de vestimenta impecable y mirada cristalina se aproximó al mostrador y sonrió con placidez.

—Buenos días, caballero, ¿en qué podemos atenderle?

El visitante procedió a desenfundarse los guantes sin prisa.

—Confiaba en que pudieran ustedes responder a unas preguntas —dijo Hendaya —. Policía.

El librero frunció el ceño y lanzó una mirada a Daniel, que había palidecido hasta adquirir el tono vital del papel biblia en que se imprimían los recopilatorios de Obras Completas de los clásicos universales.

—Usted dirá.

Hendaya sonrió cortés y extrajo una fotografía que dejó sobre el mostrador.

—Si son tan amables de acercarse y echar un vistazo.

Los tres se congregaron tras el mostrador y procedieron a examinar la fotografía. En ella aparecía una Alicia Gris unos cinco años más joven, sonriendo a cámara y afectando un aire de inocencia que no hubiera comprado ni un lactante.

—¿Reconocen ustedes a esta señorita?

El señor Sempere tomó la fotografía y la examinó con atención. Se encogió de hombros y se la pasó a Daniel, que repitió el ritual. El último que la inspeccionó fue Fermín, quien, después de alzarla al trasluz como si se tratase de un billete falso, negó y se la devolvió a Hendaya.

—Me temo que no conocemos a esta persona —dijo el librero.

—Hay que decir que tiene un poco cara de golfilla, pero no me suena —corroboró Fermín.

—¿No? ¿Están ustedes seguros?

Los tres negaron al unísono.

—¿No están seguros o no la han visto?

—Sí y no —contestó Daniel.

—Ya.

—¿Puedo preguntarle quién es? —inquirió el librero.

Hendaya guardó de nuevo la fotografía.

—Su nombre es Alicia Gris y es una fugitiva de la justicia. Ha cometido tres asesinatos, que sepamos, en estos días. El más reciente ayer, de un capitán de la policía llamado Vargas. Es muy peligrosa y posiblemente vaya armada. Se la ha visto por el barrio en los últimos días y algunos vecinos afirman que ha entrado en la librería. Una de las dependientas del horno de la esquina declara haberla visto en compañía de un empleado de este establecimiento.

—Se habrá equivocado —respondió el señor Sempere.

—Es posible. ¿Trabaja alguien más en la librería aparte de ustedes tres?

—Mi nuera.

—¿Quizá ella la recuerde?

—Se lo preguntaré.

—Si se acuerdan ustedes de algo, o si lo hace su nuera, le ruego que me llamen a este número de teléfono. No importa la hora. Hendaya.

—Así lo haremos.

El policía asintió con amabilidad y partió hacia la salida.

—Gracias por su ayuda. Que tengan un buen día.

Permanecieron tras el mostrador en silencio observando cómo Hendaya cruzaba sin prisa la calle hasta detenerse ante el café de enfrente. Allí se le aproximó un individuo enfundado en un abrigo negro y ambos conversaron por espacio de un minuto. El individuo asintió y Hendaya partió calle abajo. El hombre del abrigo negro dirigió una mirada a la librería y entró en el café. Ocupó una mesa junto a la ventana y permaneció allí, vigilante.

—¿Se puede saber qué está pasando? —inquirió el señor Sempere.

—Es complicado —aventuró Fermín.

En estas el librero avistó a su sobrina Sofía, que regresaba de acompañar a Julián al parque y sonreía de oreja a oreja.

—¿Y quién era ese pedazo de hombre que acaba de salir? —dijo desde la puerta —. ¿Qué pasa? ¿Se ha muerto alguien?

El cónclave tuvo lugar en la trastienda. Fermín tomó las riendas del tema sin dilación.

—Sofía, ya sé que ustedes las adolescentes mantienen el cerebro en barbecho a la

espera de que amaine el maremoto hormonal, pero si el apuesto cabestro que acaba de ver salir de la librería, o algún otro sujeto usando cualquier pretexto, aparece y le pregunta si ha visto, conoce, ha oído hablar o tiene la más mínima idea sobre la existencia de la señorita Alicia Gris, le va usted a mentir con esa gracia napolitana que Dios le ha dado y le dirá que no, que no la ha visto ni en pintura, y lo hará poniendo cara de *bleda* como si fuera su vecina la Merceditas o le juro que, aunque no soy su padre ni su tutor legal, la meteré en un convento de clausura del que no la dejen salir hasta que le parezca guapo Gil Robles. ¿Estamos?

Sofía asintió, compungida.

—Ahora vaya al mostrador y simule que hace algo útil.

Una vez que se hubieron librado de Sofía, el señor Sempere se encaró a su hijo y a Fermín.

—Todavía estoy esperando que me expliquen qué diantres está pasando.

—¿Ha tomado ya la medicación para lo de las pulsaciones?

—Con el café.

—Qué gran idea. Solo le falta mojar un cartucho de dinamita como si fuera un melindro y estaremos al cabo de la calle.

—No cambie de tema, Fermín.

Este señaló a Daniel.

—De esto me encargo yo. Usted salga ahí fuera y compórtese como si fuera yo.

—Y eso ¿qué significa?

—Que no haga el bobo. Esos capullitos de alhelí tienen vigilado el local y estarán a la espera de que demos un paso en falso.

—Iba a relevar a Bea…

—¿Relevar a Bea? —preguntó el señor Sempere—. ¿Relevarla de qué?

—Temas diversos —cortó Fermín—. Daniel, usted no se mueva de aquí. Ya iré yo, que tengo experiencia en cuestiones de inteligencia militar y me escurro como una anguila. Ande, váyase. Que no parezca que estamos aquí conspirando.

Daniel cruzó la cortinilla de la trastienda a regañadientes, dejándolos a solas.

—¿Y bien? —preguntó el señor Sempere—. ¿Va a decirme de una puñetera vez qué está pasando aquí?

Fermín sonrió dócil.

—¿Le apetece un Sugus?

8

El día se le hizo eterno. Daniel arrastró las horas esperando el retorno de Bea y dejando que su padre atendiese a la mayoría de los clientes. Fermín se había escurrido poco después de colocarle a su padre uno de sus híbridos de embuste monumental y confidencia a media vela a fin de acallar, al menos durante unas horas, sus preguntas y su alarma.

—Conviene que parezcamos más normales que nunca, Daniel —le había dicho antes de colarse por la trastienda a un ventanuco que daba a la plaza de la iglesia de Santa Ana para no ser visto por el agente que Hendaya había dejado vigilando la librería.

—¿Y cuándo hemos sido nosotros normales?

—Ahora no se me ponga existencial. Tan pronto como vea que no hay moros en la costa, me escabulliré y relevaré a Bea.

Bea apareció al fin cerca del mediodía, cuando Daniel empezaba ya a criar canas y se había mordido las uñas hasta los codos.

—Fermín me lo ha contado todo —dijo.

—¿Ha llegado bien?

—Ha parado por el camino a comprar unos dulces a los que no se ha podido resistir porque dice que los llaman *pets de monja* y vino blanco.

—¿Vino blanco?

—Para Alicia. El doctor Soldevila se lo ha confiscado.

—¿Cómo está ella?

—Estable. El doctor dice que aún está débil, pero no hay infección y no tiene fiebre.

—¿Ha dicho algo más? —insistió Daniel.

—¿De qué?

—¿Por qué tengo la sensación de que todo el mundo me está ocultando algo?

Bea le acarició el rostro.

—Nadie te está ocultando nada, Daniel. ¿Y Julián?

—En el parvulario. Lo ha llevado Sofía.

—Lo iré a buscar yo esta tarde. Hay que mantener una apariencia de normalidad. ¿Y tu padre?

—Ahí detrás, echando humo.

Bea bajó la voz.

—¿Qué le habéis contado?

—Fermín le ha endosado uno de sus poemas épicos.

—Ya. Me voy a acercar al mercado de la Boquería a comprar alguna cosa. ¿Quieres algo?

—Una vida normal.

A media tarde su padre le dejó solo en la librería. Bea aún no había regresado y Daniel, preocupado y con un humor de perros al sentirse engañado, había optado por subir al piso con la excusa de echar una cabezadita. Llevaba ya días albergando la sospecha de que Alicia y Fermín le ocultaban algo. Y ahora, al parecer, se les había unido Bea. Se pasó un par de horas dando vueltas al asunto, apretando las tuercas y carcomiéndose el alma. La experiencia le había enseñado que en estos casos lo más aconsejable era hacerse el tonto y fingir que no se había dado cuenta. Ese era al fin y al cabo el papel que siempre le otorgaban en la función. Nadie esperaba que el bueno de Daniel, el pobre huérfano y perpetuo adolescente de conciencia clara, se enterara de las cosas. Para eso estaban los demás, que siempre parecían llevarle las respuestas escritas, cuando no hasta las preguntas. Nadie allí daba la impresión de haber reparado en que hacía años que no usaba pantalón corto. A veces hasta el pequeño Julián le miraba de reojo y se reía, como si su padre hubiese venido al mundo a hacer de tontaina y a poner cara de asombro cuando los demás le desvelaban los misterios.

«Yo también me reiría de mí si pudiera», pensaba Daniel. No hacía tanto había sido capaz de burlarse de su propia sombra, de seguirle la corriente a Fermín y sus pullas, y de encarnar al eterno pardillo adoptado por su quijotesco ángel de la guarda. Había sido un buen papel en el que se había sentido cómodo. De buen grado hubiera continuado siendo aquel Daniel que veían todos los demás a su alrededor, y no el Daniel que, de madrugada, cuando Bea y Julián dormían, bajaba a tientas a la librería y se refugiaba en la trastienda para apartar aquel viejo radiador que ya no funcionaba y tras el cual había un panel de yeso que cedía empujándolo.

Allí, en el fondo de una caja, cubierto por dos palmos de libros viejos y polvorientos, estaba el álbum repleto de recortes de prensa sobre Mauricio Valls que había ido sustrayendo de sus visitas a la hemeroteca de la biblioteca del Ateneo. La vida pública del ministro estaba registrada en aquellas páginas, año a año. Conocía cada una de aquellas noticias y notas de prensa al dedillo. La última, la de su fallecimiento en un accidente de tráfico, era la más dolorosa.

Valls, el hombre que le había robado a su madre, se le había escapado.

Daniel había aprendido a odiar aquel rostro que tanta afición había tenido a dejarse fotografiar en poses de gloria. Había llegado a la conclusión de que uno no sabe quién es de verdad hasta que aprende a odiar. Y cuando uno odia de verdad, cuando se abandona a esa rabia que quema por dentro, que consume lentamente lo poco bueno que uno pensaba que llevaba de equipaje, lo hace en secreto. Daniel sonrió con amargura. Nadie le creía capaz de guardar un secreto. Nunca había sido capaz de hacerlo. Ni de niño, cuando guardar secretos es un arte y una forma de mantener el mundo y su vacío a raya. Ni siquiera Fermín o Bea sospechaban que ocultaba allí aquella carpeta en que se había refugiado tantas veces para alimentar la oscuridad que

había crecido en su interior desde que había descubierto que el gran Mauricio Valls, la esperanza blanca del régimen, había envenenado a su madre. Todo eran conjeturas, le decían. Nadie podía saber de verdad lo que sucedió. Daniel había dejado las sospechas atrás y vivía en un mundo de certezas.

Y la peor de todas, la más difícil de contemplar, era que nunca se haría justicia.

Nunca llegaría aquel día con el que había soñado y envenenado su alma, el día en que encontraría a Mauricio Valls, le miraría a los ojos y le dejaría que viera en ellos el odio que había alimentado. Luego cogería aquella arma que había comprado a un estraperlista que a veces despachaba negocios en Can Tunis y que guardaba envuelta en trapos en el fondo de la caja. Era un arma vieja, de los años de la guerra, pero la munición era nueva y el estraperlista le había enseñado a usarla.

—Primero le disparas en las piernas, por debajo de las rodillas. Y esperas. Le ves arrastrarse. Luego le pegas un tiro en las tripas. Y esperas. Que se retuerza. Luego le disparas otro tiro en el lado derecho del pecho. Y esperas. Esperas a que se le llenen los pulmones de sangre y se ahogue en su propia mierda. Solo entonces, cuando parezca que ya ha muerto, le vacías los tres tiros restantes en la cabeza. Uno en la nuca, uno en la sien y uno debajo de la barbilla. El arma la tiras al río Besós, cerca de la playa, para que se la lleve la corriente.

Tal vez entonces la corriente también se llevaría para siempre la rabia y el dolor que ahora se pudrían en su interior.

—¿Daniel?

Este levantó la mirada y encontró a Bea. No la había oído entrar.

—Daniel, ¿te encuentras bien?

Él asintió.

—Estás blanco. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Perfectamente. Un poco cansado, de no dormir. Nada más.

Daniel mostró su sonrisa bendita, la que arrastraba desde sus años de colegial y por la que le conocían en el barrio. El bueno de Daniel Sempere, el yerno que toda madre de bien desearía para su hija. El hombre que no albergaba sombras en su corazón.

—Te he comprado naranjas. Que no las vea Fermín o se las comerá todas de una sentada, como la última vez.

—Gracias.

—Daniel, ¿qué pasa? ¿No me lo vas a contar? ¿Es por lo de Alicia? ¿Por ese policía?

—No pasa nada. Estoy un poco preocupado. Es normal. Pero hemos salido de apuros peores. Saldremos de este.

Daniel nunca había sabido mentirle. Bea le miró a los ojos. Hacía meses ya que lo que veía en ellos le daba miedo. Se acercó a él y le abrazó. Daniel se dejó rodear por sus brazos, pero no dijo nada, como si no estuviese allí. Bea se retiró despacio. Puso la bolsa de la compra sobre la mesa y bajó la mirada.

—Voy a ir a recoger a Julián.
—Aquí estaré.

9

Habrían de transcurrir cuatro días antes de que Alicia pudiera levantarse de la cama sin la ayuda de nadie. El tiempo parecía haberse detenido al vuelo desde su llegada a aquel lugar. Pasaba la mayor parte del día suspendida entre la vigilia y el sueño sin salir de la estancia en la que la habían instalado. Allí había un brasero que Isaac alimentaba cada pocas horas y una penumbra tenue apenas quebrada por la lumbre de una vela o de un farol de aceite. La medicación que el doctor Soldevila había dejado para paliar el dolor la sumía en un sopor gelatinoso del que emergía de forma ocasional para encontrarse a Fermín o a Daniel velándola. El dinero no dará la felicidad, pero la química a veces nos aproxima a ella.

Cuando recobraba un vago sentido de quién era y dónde estaba, intentaba articular algunas palabras. La mayoría de sus preguntas eran contestadas antes de que pudiera formularlas. No, nadie la iba a encontrar allí. No, la temida infección no se había producido y el doctor Soldevila estimaba que Alicia evolucionaba correctamente, aunque aún estaba débil. Sí, Fernandito estaba sano y salvo. El señor Sempere le había ofrecido un empleo a tiempo parcial haciendo entregas y recogiendo lotes de libros comprados a particulares. Preguntaba mucho por ella, pero a decir de Fermín, la verdad era que algo menos desde que se había tropezado con Sofía en la librería y había logrado batir lo que parecía imposible: su propio récord de embobamiento. Alicia se alegró por él. Puestos a sufrir, que lo hiciera por alguien que lo mereciese.

—Mire que es enamoradizo el pobre —decía Fermín—. Padecerá horrores en esta vida.

—Más sufre el que es incapaz de enamorarse —dejó caer Alicia.

—Creo que esta medicación le está afectando al cerebelo, Alicia. Como coja una guitarra y empiece a cantar canciones de catequesis tendré que pedirle al galeno que le rebaje el rancho al grado de aspirina para niños.

—No me quite lo poco bueno que me queda.

—Qué viciosa llega a ser usted, madre mía.

La virtud del vicio estaba infravalorada. Alicia echaba en falta sus copas de vino blanco, sus cigarrillos importados y su espacio de soledad. Los medicamentos la mantenían lo suficientemente aturdida como para que los días pasaran en la tibia compañía de aquella buena gente que había conspirado para salvarle la vida y que parecía más preocupada por su supervivencia que ella misma. A veces, cuando se hundía en aquel bálsamo químico, se decía que lo mejor sería llegar hasta el fondo y quedarse allí en un perpetuo letargo. Pero tarde o temprano volvía a despertar y a recordar que solo merecen morir los que han saldado todas sus cuentas.

En más de una ocasión, se había despertado entre tinieblas para encontrar a Fermín sentado en una silla frente a ella, pensativo.

—¿Qué hora es, Fermín?

—La hora de las brujas. O sea, la suya.

—¿Usted no duerme nunca?

—Jamás he sido de siestas. Lo mío es el insomnio elevado a arte. Cuando me muera ya me pondré al día en horas de sueño.

Fermín la observaba con una mezcla de ternura y recelo que le resultaba exasperante.

—¿Todavía no me ha perdonado, Fermín?

—Recuérdeme qué tengo que perdonarle, que ahora no caigo.

Alicia suspiró.

—Que le dejase creer que había muerto aquella noche en la guerra. Que le dejase vivir con la culpa de pensar que nos había fallado usted a mí y a mis padres. Que regresara a Barcelona y, cuando me reconoció en la Estación de Francia, fingiese que no le conocía y permitiese que creyera usted que se estaba volviendo loco o viendo fantasmas…

—Ah, eso.

Fermín le ofreció una sonrisa ácida pero los ojos le brillaban de lágrimas a la luz de las velas.

—¿Va a perdonarme, entonces?

—Voy a meditarlo.

—Necesito que me perdone. No me quiero morir con ese peso encima.

Se observaron en silencio.

—Es usted una pésima actriz.

—Soy una actriz excelente. Lo que ocurre es que con todas las porquerías que me está recetando el doctor se me olvida el papel.

—Sepa que no me da ninguna pena.

—No quiero que me tenga lástima, Fermín. Ni usted ni nadie.

—Prefiere que le tengan miedo.

Alicia sonrió mostrando los dientes.

—Pues tampoco se lo tengo —sentenció él.

—Eso es porque me conoce poco.

—Me gustaba más usted antes, cuando iba de pobrecita moribunda.

—Entonces ¿me perdona?

—¿Qué más le da?

—No me gusta pensar que es por mi culpa que va usted por ahí ejerciendo de ángel de la guarda de la gente, de Daniel y de su familia.

—Soy asesor bibliográfico de Sempere e hijos. Los atributos angelicales se los inventa usted.

—¿Está seguro de que no cree que si salva a alguien decente salvará al mundo, o al menos la posibilidad de que quede algo bueno en él?

—¿Quién le ha dicho que es usted alguien decente?

—Hablaba de los Sempere.

—¿No hace usted lo mismo, en el fondo, mi querida Alicia?

—Yo no pienso que haya nada decente en el mundo que salvar, Fermín.

—Eso no se lo cree ni usted. Lo que pasa es que le da miedo constatar que sí lo haya.

—O a usted lo contrario.

Fermín soltó un gruñido y hundió la mano en el bolsillo de su gabardina en busca de golosinas.

—Mejor no nos pongamos cursis —concluyó—. Usted siga con el nihilismo y yo con los Sugus.

—Dos valores seguros.

—Allí donde los haya.

—Ande, deme un beso de buenas noches, Fermín.

—¡Cómo estamos con los besos!

—En la mejilla.

Fermín dudó, pero finalmente se inclinó y le rozó la frente con los labios.

—Duérmase de una puñetera vez, súcubo.

Alicia cerró los ojos y sonrió.

—Le quiero mucho, Fermín.

Cuando le oyó llorar en silencio, extendió la mano hasta encontrar la suya y así, cogidos, se durmieron al calor de una vela que se extinguía.

10

Isaac Monfort, el guardián del lugar, le portaba una bandeja dos o tres veces al día con un vaso de leche, tostadas untadas con mermelada y mantequilla, y algo de fruta o un dulce de la pastelería Escribá de los que se compraba los domingos, porque él tenía también sus vicios más allá de la literatura y la vida eremita, sobre todo si llevaban piñones y crema. Después de muchos ruegos, Isaac empezó a llevarle periódicos atrasados, pese a que el doctor Soldevila no lo veía con buenos ojos. Pudo así leer todo lo que la prensa había publicado sobre la muerte de Mauricio Valls y sentir que le hervía de nuevo la sangre. «Eso es lo que te ha salvado, Alicia», pensó ella para sí.

El bueno de Isaac era un hombrecillo de aspecto feroz pero disposición tierna en el que se había despertado una debilidad por Alicia que apenas conseguía disimular. Decía que le recordaba a una hija suya fallecida. Nuria, se llamaba. Llevaba siempre encima dos retratos de ella: en uno aparecía una mujer de aspecto enigmático y mirada triste, en otro una niña sonriente abrazando a un hombre en el que Alicia reconoció a un Isaac varias décadas más joven.

—Se me fue sin que ella llegara a saber lo mucho que la quería —decía.

A veces, cuando le daba la bandeja de la comida y Alicia se esforzaba en ingerir dos o tres bocados, Isaac se perdía en un pozo de recuerdos y empezaba a hablarle de su hija Nuria y de sus remordimientos. Alicia le escuchaba. Sospechaba que el anciano no había compartido aquel pesar con nadie y que la providencia había querido enviarle a aquella extraña que se parecía a lo que más había amado para que ahora, cuando ya era tarde, cuando ya no servía para nada, pudiera encontrar el consuelo en intentar salvarla y entregarle un cariño que no le pertenecía. A veces, hablando de su hija y vencido por los recuerdos, el anciano comenzaba a llorar. Entonces se retiraba y no regresaba durante horas. El dolor más sincero se vive a solas. Alicia, en secreto, sentía alivio cuando Isaac se llevaba su infinita tristeza a un rincón para ahogarse en ella porque el único dolor que no había aprendido a tolerar era el de ver llorar a los viejos.

Todos se turnaban para vigilarla y acompañarla. A Daniel le gustaba leerle páginas de libros que tomaba prestados del laberinto, en particular los de un tal Julián Carax, por quien sentía una especial predilección. La pluma de Carax le hacía pensar a Alicia en música y en pasteles de chocolate. Los ratos que pasaba con Daniel cada día escuchándole leer las páginas de Carax le permitían perderse en un bosque de palabras e imágenes que siempre lamentaba abandonar. Su favorita era una novela breve titulada *Nadie*, cuyo último párrafo llegó a aprenderse de memoria y que susurraba en voz baja cuando intentaba conciliar el sueño:

En la guerra hizo fortuna y en el amor lo perdió todo. Estaba escrito que no había nacido para ser feliz y que nunca podría llegar a saborear el fruto que aquella primavera tardía había llevado a su corazón. Supo entonces que viviría el resto de sus días en el otoño perpetuo de la soledad sin más compañía ni recuerdo que el anhelo y el remordimiento, y que, cuando alguien preguntara quién había construido aquella casa y quién había vivido en ella antes de que se convirtiera en un embrujo de ruinas, las gentes que la habían conocido y sabían de su historia maldita bajarían la mirada y dirían, con voz leve y rogando que sus palabras se las llevase el viento: nadie.

Pronto descubrió que no podía hablar de Julián Carax con casi nadie, y menos con Isaac. Los Sempere tenían cierta historia compartida con Carax, y Alicia creyó oportuno no hurgar en las sombras de la familia. Isaac, en particular, no podía oír aquel nombre sin ponerse morado de furia, porque, según le contó Daniel, su hija Nuria había estado enamorada del tal Carax. El anciano creía que todas las desgracias que le habían sobrevenido a su pobre hija y la habían conducido a una trágica muerte se debían a Carax, un extraño personaje que, supo, había intentado una vez quemar todos los ejemplares existentes de sus libros y que, de no haber sido porque el guardián había jurado el puesto, hubiera contado con la ayuda entusiasta de Isaac.

—A Isaac es mejor no mentarle a Carax —decía Daniel—. Bien pensado, mejor no se lo mencione a nadie.

La única entre todos que la veía tal cual era y que no albergaba ni ensoñaciones ni reparos era la esposa de Daniel. Bea la bañaba, la vestía, la peinaba, le administraba la medicación y le transmitía con la mirada aquel imperativo que presidía la relación que ambas habían establecido de forma tácita. Bea la cuidaría, la ayudaría a sanar y a recuperarse para que, tan pronto como fuera posible, Alicia saliera de sus vidas y desapareciese para siempre antes de que pudiera hacerles daño.

Bea, la mujer que Alicia hubiera querido ser y que cada día que pasaba con ella entendía que nunca sería. Bea, que decía poco y preguntaba aún menos, pero era quien mejor la comprendía. Alicia nunca había sido de abrazos y aspavientos, pero en más de una ocasión sentía el impulso de abrazarla. Afortunadamente se contenía en el último segundo. Le bastaba intercambiar una mirada con ella para saber que aquello no era una función parroquial de *Mujercitas* y que ambas tenían un cometido que cumplir.

—Creo que pronto se podrá librar de mí —decía Alicia.

Bea nunca picaba el anzuelo. Nunca se quejaba. Nunca le hacía reproches. Le cambiaba las vendas con infinito cuidado. Le aplicaba un ungüento en la vieja herida que el doctor Soldevila había hecho elaborar a su boticario de confianza y que calmaba el dolor sin emponzoñarle la sangre. Cuando lo hacía no le mostraba ni lástima ni compasión. Era la única persona, a excepción de Leandro, en cuyos ojos no había vislumbrado horror o aprensión al verla desnuda y comprobar el alcance de las

heridas que habían destrozado parte de su cuerpo durante la guerra.

El único tema de conversación en el que podían encontrarse en son de paz y sin sombras en el horizonte era el pequeño Julián. Sus charlas más largas y pacíficas solían tener lugar cuando Bea la bañaba con jabón de pastilla y jarros de agua tibia que preparaba Isaac en un hornillo que tenía en un cuarto que le servía de oficina, cocina y dormitorio. Bea adoraba al renacuajo con una devoción que Alicia sabía que nunca podría ni siquiera empezar a comprender.

—El otro día dio a entender que cuando sea mayor se quiere casar con usted.

—Supongo que como buena madre ya le advirtió que en el mundo hay chicas malas que no le convienen nada.

—De las cuales usted debe de ser la reina.

—Eso han dicho siempre todas mis suegras en potencia. Y con razón.

—En estas cosas el tener la razón es lo de menos. Vivo rodeada de varones y sé desde hace tiempo que la mayoría son inmunes a la lógica. Lo único de lo que aprenden, y aun así no todos, es de la ley de la gravedad. Hasta que se dan el batacazo, no despiertan.

—Esa máxima me suena a Fermín.

—Todo se pega, y ya son muchos años de escucharle recitar perlas cultivadas.

—¿Qué más dice Julián?

—Su última ocurrencia es que quiere ser novelista.

—Precoz.

—No se hace usted idea.

—¿Va a tener más?

—¿Hijos? No lo sé. Me gustaría que Julián no creciese solo. Que tuviera una hermanita…

—Otra mujer en la familia.

—Fermín dice que eso ayudaría a diluir el exceso de testosterona que tiene atontado al clan. Menos la suya, que alega que no es soluble ni en aguarrás.

—Y Daniel ¿qué dice?

Bea guardó un largo silencio y se encogió de hombros.

—Daniel dice menos cosas cada día.

Pasaban las semanas y Alicia podía sentir que iba recobrando las fuerzas. El doctor Soldevila la examinaba todos los días dos veces. Soldevila no era hombre de muchas palabras y las pocas que empleaba las dedicaba a los demás. A veces Alicia le sorprendía mirándola de reojo, como si se preguntara quién era aquella criatura y no estuviese seguro de querer conocer la respuesta.

—Tiene usted marcas de muchas heridas antiguas. Algunas serias. Debería ir pensando en cambiar de hábitos.

—No tema por mí, doctor. Tengo más vidas que un gato.

—No soy veterinario, pero la teoría es que los gatos tienen solo siete, y a usted la veo apurando el depósito.

—Con una más me bastará.

—Algo me dice que no la va a dedicar usted a obras de beneficencia.

—Todo depende de cómo se mire.

—No sé qué me preocupa más, si su salud o su alma.

—Además de médico, sacerdote. Es usted un partido envidiable.

—A mi edad, la diferencia entre la medicina y el confesionario se vuelve borrosa. Sin embargo creo que soy demasiado joven para usted. ¿Cómo lleva el dolor? El de la cadera, quiero decir.

—El ungüento ayuda.

—Pero no como lo que estaba tomando antes.

—No —admitió Alicia.

—¿Por qué dosis iba?

—Cuatrocientos miligramos. A veces más.

—Santo Dios. No puede seguir tomando eso. Lo sabe, ¿no?

—Deme una buena razón.

—Pregúntele a su hígado, si es que todavía se hablan.

—Si no me confiscase usted el vino blanco podría invitarle a una copita y discutirlo con él.

—No tiene usted remedio.

—En eso estamos los tres de acuerdo.

Quien más quien menos empezaba a hacer planes para su funeral, pero Alicia sabía que había salido del purgatorio, aunque fuera con un permiso de fin de semana. Lo sabía porque iba recuperando su visión tenebrosa del mundo y perdiendo la apreciación por las escenas conmovedoras y tiernas de los últimos días. El aliento oscuro de antaño volvía a teñir las cosas y las punzadas de dolor en la cadera taladrando sus huesos con hierro le recordaban que su papel de Dama de las Camelias ya estaba en sus últimas representaciones.

Los días habían retomado su ritmo habitual y las horas que se le escurrían en recuperarse sabían ya a tiempo perdido. Quien más consternado por ella se mostraba era Fermín, que alternaba entre hacer de plañidera temprana y ejercer como telépata aficionado.

—Le recuerdo que ya dijo el poeta que la venganza es un plato que se saborea mejor frío —entonaba Fermín, leyéndole los malos espíritus.

—Se confundiría con el ajoblanco, porque los poetas suelen ser unos muertos de hambre y de gastronomía no tienen ni puñetera idea.

—Dígame que no está usted pensando en hacer ninguna tontería.

—No estoy pensando en hacer ninguna tontería.

—Lo que quiero es que me lo asegure.

—Tráigame un notario y lo formalizamos.

—Con Daniel y sus recién adquiridas inclinaciones criminales ya tengo suficiente. ¿Se puede creer que le he encontrado una pistola escondida? Santa Madre de Dios. Si hasta hace dos días se comía los mocos y ahora me esconde pistolones como si fuera un fantoche de la FAI.

—¿Qué ha hecho con la pistola? —preguntó Alicia con una sonrisa que le puso los pelos de punta a Fermín.

—¿Qué iba a hacer? La he vuelto a esconder. Donde nadie la pueda encontrar, claro está.

—Tráigamela —susurró Alicia, seductora.

—Ni hablar, que nos vamos conociendo. A usted no le traía ni una pistola de agua, porque sería capaz de llenarla de ácido sulfúrico.

—No tiene usted ni idea de lo que yo soy capaz —cortó ella.

Fermín la miró con consternación.

—Empiezo a imaginármelo, mujer cocodrilo.

Alicia volvió a blandir su sonrisa inocente.

—Ni usted ni Daniel saben utilizar un arma. Démela a mí antes de que vayan a lastimarse.

—¿Para que sea usted la que le lastime a alguien?

—Digamos que le prometo que no lastimaré a nadie que no se lo merezca.

—Ah, bueno, si me lo pone así le traigo una metralleta y algunas granadas. ¿Tiene predilección por algún calibre?

—Hablo en serio, Fermín.

—Por eso mismo. Usted lo que tiene que hacer es curarse.

—Lo único que va a curarme es hacer lo que debo hacer. Y es lo único que va a garantizar que todos ustedes estén a salvo. Y lo sabe.

—Alicia, lamento decirle que cuanto más la oigo menos me gustan el tono y el tenor de su conversación.

—Tráigame el arma. O yo conseguiré una.

—¿Para volver a morirse en un taxi, pero esta vez de verdad? ¿O tirada en un callejón? ¿O en una celda a manos de carniceros que la hagan pedacitos para divertirse?

—¿Es eso lo que le preocupa? ¿Que me torturen o que me maten?

—Se me ha pasado por la cabeza, sí. Mire, entre nosotros, y no se lo tome a título personal, estoy hasta los mismísimos de que se me vaya muriendo por ahí. ¿Cómo voy yo a traer hijos al mundo y ser un padre decente si soy incapaz de mantener viva a la primera criatura de la que me hice responsable?

—Ni soy ya una criatura ni es usted responsable de mí, Fermín. Además, es usted un as en lo de mantenerme viva y ya me ha salvado dos veces.

—A la tercera va la vencida.

—No habrá una tercera vez.

—Ni va a haber arma. Hoy mismo pienso destruirla. La machacaré y esparciré los trozos por la dársena del puerto para que se los coman los peces basurero, esos tripudos que se ven a ras del agua y que se ponen morados de bazofia.

—Ni usted puede impedir lo inevitable, Fermín.

—Es una de mis especialidades. La otra es el baile agarrado. Se acabó el debate. Y ya puede mirarme con esos ojos de tigre, que no me asusta. No soy Fernandito ni ninguno de esos pardillos que se torea usted tirando de medias negras.

—Usted es el único que puede ayudarme, Fermín. Y más ahora, que llevamos la misma sangre en las venas.

—Que a este paso le va a durar a usted lo que a un gorrino por San Martín.

—No sea así. Ayúdeme a salir de Barcelona y proporcióneme un arma. Lo demás corre de mi cuenta. Usted sabe que en el fondo es lo que le conviene. Bea me daría la razón.

—Pídale la pistola a ella, a ver qué le contesta.

—Bea no se fía de mí.

—¿Y por qué será?

—Estamos perdiendo un tiempo valioso, Fermín. ¿Qué me dice?

—Que se vaya a la mierda, y no digo al infierno porque ahí va usted de cabeza.

—Así no se le habla a una señorita.

—Usted tiene de señorita lo que yo de pelotari. Tómese uno de esos lingotazos y vuelva a su ataúd a dormir la mona antes de que haga alguna maldad.

Cuando Fermín se cansaba de discutir la dejaba sola. Alicia cenaba algo con Isaac, escuchaba sus historias de Nuria y, en cuanto el viejo guardián se retiraba, se servía una copa de vino blanco (había descubierto un par de días atrás el rincón donde Isaac escondía las botellas confiscadas por el doctor) y salía de la habitación. Recorría el pasillo hasta la gran bóveda y allí, al aliento de la luz nocturna que se filtraba en una cascada desde lo alto de la cúpula, contemplaba el espejismo del gran laberinto de los libros.

Luego, con la ayuda de un farol, se adentraba por los corredores y túneles. Ascendía por la estructura catedralicia cojeando, sorteando salas, bifurcaciones y puentes que conducían a cámaras ocultas atravesadas por escaleras en espiral o pasarelas suspendidas que trazaban arcos y contrafuertes. Por el camino acariciaba los cientos de miles de libros que esperaban hallar su lector. A veces se quedaba dormida en alguna silla de las salas que encontraba en su camino. Cada noche su ruta era diferente.

El Cementerio de los Libros Olvidados tenía su propia geometría y resultaba casi imposible pasar por el mismo lugar dos veces. En más de una ocasión se había perdido en el interior y había tardado un rato en dar con el camino de descenso a la salida. Una noche, cuando el soplo del alba empezaba a alumbrar en lo alto, Alicia emergió en la cúspide del laberinto y se descubrió en el mismo lugar en el que había

aterrizado tras caer por la cúpula quebrada aquella noche de los bombardeos aéreos de 1938. Al asomarse al vacío, vislumbró la diminuta figura de Isaac Monfort al pie del laberinto. El guardián seguía allí cuando llegó abajo.

—Creía que era el único que tenía insomnio —dijo él.

—Dormir es para los soñadores.

—He preparado una manzanilla, que me ayuda a dormir. ¿Le apetece una taza?

—Si le echamos un chorrito de algo.

—Lo único que me queda es un *brandy* viejo que no utilizaría ni para desatascar tuberías.

—No tengo manías.

—¿Y qué dirá el doctor Soldevila?

—Lo que dicen todos los médicos, que lo que no mata, engorda.

—A usted no le iría mal engordar un poco.

—Lo tengo en la agenda.

Siguió al guardián hasta su estancia y se sentó a la mesa mientras Isaac preparaba dos tazas con la infusión y, tras olfatear la botella de *brandy*, escanciaba unas gotas en cada una.

—No está mal —dijo Alicia saboreando el cóctel.

Sorbieron la manzanilla en paz y silencio, como viejos amigos que no necesitan palabras para disfrutar de la compañía.

—Tiene usted buen aspecto —dijo al fin Isaac—. Supongo que eso significa que pronto nos dejará.

—No hago bien a nadie permaneciendo aquí, Isaac.

—El sitio no está mal —aseguró él.

—Si no tuviese asuntos que resolver, ningún otro lugar en el mundo me parecería mejor que este.

—Está invitada a volver siempre que quiera, aunque algo me dice que el día que se vaya será para no regresar.

Alicia se limitó a sonreír.

—Necesitará usted ropa nueva y todo eso. Fermín afirma que su casa está vigilada, así que de allí no creo que sea buena idea sacar nada. Por aquí tengo algunas prendas de Nuria que a lo mejor le sientan bien —señaló el anciano.

—No quisiera…

—Para mí sería un honor que aceptase las cosas de mi hija. Y creo que a mi Nuria le gustaría que usted las tuviera. Además, me parece que deben de tener la misma talla.

Isaac se acercó a un armario y extrajo una maleta que arrastró hasta la mesa. La abrió y Alicia echó un vistazo. Había vestidos, zapatos, libros y otros objetos cuya visión le produjo una inmensa tristeza. Aunque nunca había llegado a conocer a Nuria Monfort, había empezado a acostumbrarse a su presencia, que embrujaba aquel lugar, y a escuchar a su padre hablar de ella como si todavía estuviese a su lado. Al

ver el naufragio de una vida contenido en una vieja maleta que un pobre anciano había preservado para así salvar el recuerdo de su hija muerta, no atinó a encontrar palabras y se limitó a asentir.

—Son de buena calidad —dijo Alicia, que tenía ojo clínico para las etiquetas y el tacto de los tejidos.

—Mi Nuria se lo gastaba todo en libros y ropa, pobrecita. Su madre siempre decía que parecía una artista de cine. Si la hubiera visto usted. Gozo daba…

Alicia separó algunos de los vestidos que había en la maleta y advirtió que algo asomaba entre los pliegues. Parecía una figura blanca de unos diez centímetros de altura. La cogió y la examinó a la luz de la lámpara. La figura estaba hecha de yeso pintado y representaba un ángel con las alas desplegadas.

—Hacía muchos años que no veía eso. No sabía que Nuria lo hubiera guardado. Era de uno de sus juguetes favoritos, de cuando era niña —explicó Isaac—. Me acuerdo del día que lo compramos en la feria de Santa Lucía, junto a la catedral.

El torso de la figura parecía estar horadado y hueco. Al pasar el dedo por encima, se abrió una diminuta compuerta y Alicia comprobó que en el interior tenía un compartimento oculto.

—A Nuria le gustaba dejarme mensajes secretos dentro del ángel. Lo escondía por la casa y yo tenía que encontrarlo. Era un juego que compartíamos.

—Es precioso —dijo Alicia.

—Quédeselo.

—No, de ninguna manera…

—Por favor. Hace mucho que ese ángel no entrega mensajes. Usted sabrá darle buen uso.

Fue así cómo, por primera vez, Alicia empezó a dormir con un pequeño ángel de la guarda al que le rogaba que muy pronto pudiera salir de allí y dejar a aquellas almas limpias para emprender el camino que sabía que la esperaba de regreso al corazón de las tinieblas.

—Allí no podrás acompañarme —le murmuró al ángel.

11

Leandro acudía puntualmente todos los días a las ocho y media de la mañana. La esperaba en la sala con el desayuno recién servido y un jarrón en el que siempre había flores frescas. Para entonces Ariadna Mataix ya llevaba despierta una hora. El encargado de despertarla era el médico, que ya entraba en el dormitorio sin llamar a la puerta y había aparcado las formalidades. Le acompañaba siempre una enfermera a la que nunca le había oído la voz. Lo primero era la inyección de la mañana, la que le permitía abrir los ojos y acordarse de quién era. Luego la enfermera la levantaba, la desnudaba, la llevaba al baño y la tenía bajo la ducha diez minutos. La vestía con ropas que recordaba y que creía haber comprado en alguna ocasión. Nunca repetía vestuario. Mientras el doctor le tomaba el pulso y la presión, la enfermera la peinaba y la maquillaba, porque a Leandro le gustaba que estuviese guapa y presentable. Para cuando se sentaba a la mesa con él, el mundo había regresado a su lugar.

—¿Has pasado una buena noche?

—¿Qué es lo que me están dando?

—Un sedante suave, ya te lo dije. Si lo prefieres le diré al doctor que no te lo administre más.

—No. No, por favor.

—Como tú quieras. ¿Te apetece comer algo?

—No tengo hambre.

—Un poco de zumo de naranja, al menos.

A veces, Ariadna vomitaba la comida o se hundía en una náusea profunda que le hacía perder el sentido y desplomarse de la silla. Cuando eso sucedía, Leandro llamaba al timbre y en cuestión de segundos aparecía alguien que la levantaba y la lavaba de nuevo. En esos casos el médico solía ponerle una inyección que le inducía un estado de calma gélida que ella anhelaba hasta el punto de tener la tentación de fingir que se desmayaba para conseguir que le dieran una dosis. Ya no sabía cuántos días llevaba allí. Medía el tiempo por el espacio entre las inyecciones, el bálsamo de un sueño sin consciencia y el despertar. Había adelgazado y la ropa se le caía. Cuando se veía desnuda en el espejo del baño se preguntaba quién era aquella mujer. A todas horas ansiaba que Leandro diera por concluida la sesión del día y el médico regresara con su maletín mágico y sus pócimas del olvido. Aquellos instantes en que sentía arder la sangre hasta que perdía la consciencia eran lo más parecido a la felicidad que recordaba haber experimentado en toda su vida.

—¿Cómo te encuentras esta mañana, Ariadna?

—Bien.

—He pensado que hoy podríamos hablar de los meses en que estuviste desaparecida, si te parece bien.

—Ya hablamos de eso el otro día. Y el otro.

—Sí, pero creo que poco a poco van saliendo detalles nuevos. La memoria es así.

Le gusta hacer trucos con nosotros.

—¿Qué quiere saber?

—Me gustaría que volviéramos al día en que te escapaste de casa. ¿Te acuerdas?

—Estoy cansada.

—Aguanta un poquito. El doctor vendrá enseguida y te dará un tónico para que te sientas mejor.

—¿Puede ser ahora?

—Primero hablemos y luego podrás tomar tu medicina.

Ariadna asintió. Cada día se repetía el mismo juego. Ya no se acordaba de lo que le había contado o no. Tanto daba. Ya no tenía sentido intentar ocultarle nada. Todos habían muerto. Y ella nunca iba a salir de allí.

—Era el día antes de mi cumpleaños —empezó—. Los Ubach habían organizado una fiesta para mí. Todas mis compañeras del colegio estaban invitadas.

—¿Tus amigas?

—No eran amigas mías. Era compañía comprada, como todo en aquella casa.

—¿Fue esa noche cuando decidiste huir?

—Sí.

—Pero alguien te ayudó, ¿no es así?

—Sí.

—Háblame de ese hombre. David Martín, ¿verdad?

—David.

—¿Cómo le conociste?

—David había sido amigo de mi padre. Habían trabajado juntos.

—¿Habían escrito algún libro juntos?

—Seriales para la radio. Habían escrito uno que se titulaba *La Orquídea de Hielo*. Era una historia de misterio ambientada en la Barcelona del siglo XIX. Mi padre no me dejaba escucharlo porque decía que no era para niñas, pero yo me escabullía y lo ponía en la radio que había en el salón de la casa de Vallvidrera. Muy bajito.

—Según mis informes, David Martín fue encarcelado en 1939, cuando intentaba cruzar la frontera para regresar a Barcelona a finales de la guerra. Pasó un tiempo preso en el castillo de Montjuic, donde coincidió con tu padre, y luego fue declarado muerto hacia finales de 1941. Tú me estás hablando del año 1948, varios años después de eso. ¿Estás segura de que el hombre que te ayudó a escapar era Martín?

—Era él.

—¿No podría haber sido alguien que se hiciera pasar por él? Al fin y al cabo hacía muchos años que no le veías.

—Era él.

—De acuerdo. ¿Cómo volviste a reencontrarle?

—Doña Manuela, mi tutora, solía llevarme todos los sábados al parque del Retiro. Al Palacio de Cristal, que era mi lugar favorito.

—También es el mío. ¿Fue allí donde encontraste a Martín?

—Sí. Le había visto varias veces. De lejos.

—¿Crees que fue una casualidad?

—No.

—¿Cuándo hablaste por primera vez con él?

—Doña Manuela llevaba siempre una botella de anisete en el bolso y a veces se dormía.

—¿Y entonces David Martín se acercaba?

—Sí.

—¿Y qué te decía?

—No me acuerdo.

—Sé que es difícil, Ariadna. Haz un esfuerzo.

—Quiero la medicina.

—Antes dime qué te decía Martín.

—Me hablaba de mi padre. Del tiempo que habían pasado juntos en prisión. Mi padre le había hablado de nosotras. De lo que había ocurrido. Creo que habían hecho algún tipo de pacto. El primero que consiguiera salir de allí ayudaría a la familia del otro.

—Pero David Martín no tenía familia.

—Tenía gente a la que quería.

—¿Te dijo cómo había logrado escapar del castillo?

—Valls había hecho que dos de sus hombres se lo llevasen a un caserón que había junto al parque Güell para asesinarle. Solían matar a gente allí y los enterraban en el jardín.

—¿Y qué pasó?

—David dijo que había alguien más allí, en la casa, que le ayudó a escapar.

—¿Un cómplice?

—Él le llamaba el patrón.

—¿El patrón?

—Tenía un nombre extranjero. Italiano. Me acuerdo porque era el mismo nombre de un compositor famoso que les gustaba mucho a mis padres.

—¿Te acuerdas del nombre?

—Corelli. Se llamaba Andreas Corelli.

—Ese nombre no aparece en ninguno de mis informes.

—Porque no existía.

—No te entiendo.

—David no estaba bien. Imaginaba cosas. A gente.

—¿Quieres decir que David Martín había imaginado a ese tal Andreas Corelli?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé. David había perdido la razón, o la poca que le quedaba, en la cárcel. Estaba muy enfermo y no se daba cuenta.

—Te refieres a él siempre como David.

—Éramos amigos.

—¿Amantes?

—Amigos.

—¿Qué te dijo aquel día?

—Que llevaba tres años intentando tener acceso a Mauricio Valls.

—¿Para vengarse de él?

—Valls había asesinado a alguien a quien él había querido mucho.

—Isabella.

—Sí, Isabella.

—¿Te dijo cómo creía que Valls la había asesinado?

—La había envenenado.

—¿Y por qué fue a buscarte a ti?

—Para cumplir la promesa que le había hecho a mi padre.

—¿Y nada más?

—Y porque pensaba que si yo le facilitaba el acceso a la casa de mis padres tarde o temprano Mauricio Valls aparecería por allí y él podría matarle. Valls visitaba a Ubach a menudo. Tenían negocios juntos. Acciones del banco. De otro modo era imposible llegar a Valls, porque siempre iba escoltado o estaba protegido.

—Pero eso no llegó a suceder.

—No.

—¿Por qué?

—Porque le dije que si intentaba hacerlo le matarían.

—Eso ya se lo debía de imaginar. Tuvo que haber algo más.

—¿Algo más?

—Algo más que tú le dijeras para que cambiase de planes.

—Necesito la medicina. Por favor.

—Dime qué le dijiste a David Martín para que cambiase de idea, para que abandonase el plan que le había traído a Madrid a vengarse de Valls y decidiera por el contrario ayudarte a escapar.

—Por favor…

—Solo un poco más, Ariadna. Luego te daremos tu medicina y podrás descansar.

—Le dije la verdad. Que estaba embarazada.

—No entiendo. ¿Embarazada? ¿De quién?

—De Ubach.

—¿Tu padre?

—No era mi padre.

—Miguel Ángel Ubach, el banquero. El hombre que te había adoptado.

—El hombre que me había comprado.

—¿Qué pasó?

—Muchas noches venía a mi habitación, bebido. Me decía que su mujer no le

quería, que tenía amantes, que ya no compartían nada. Se echaba a llorar. Luego me forzaba. Cuando se cansaba me decía que era culpa mía, que yo le tentaba, que era una puta como mi madre. Me pegaba y me aseguraba que si le contaba algo a alguien haría que matasen a mi hermana, porque él sabía dónde estaba y con una sola llamada suya la enterrarían viva.

—¿Y qué hizo David Martín al oír eso?

—Robó un coche y me sacó de allí. Necesito la medicina, por favor…

—Claro. Ahora mismo. Gracias, Ariadna. Gracias por tu sinceridad.

12

—¿Qué día es hoy?

—Martes.

—Ayer también era martes.

—Era otro martes. Háblame de tu fuga con David Martín.

—David tenía un coche. Lo había robado y lo escondía en un garaje de Carabanchel. Aquel día me dijo que lo llevaría a una de las entradas del parque a las doce del mediodía del siguiente sábado. Cuando doña Manuela se durmiera, yo debía echar a correr y encontrarme con él en el acceso frente a la Puerta de Alcalá.

—¿Y lo hicisteis?

—Nos subimos al automóvil y nos escondimos en el garaje hasta el anochecer.

—La policía acusó a tu tutora de haber sido cómplice en tu secuestro. La interrogaron durante cuarenta y ocho horas y luego fue hallada en una cuneta de la carretera de Burgos. Le habían roto las piernas y los brazos y tenía un tiro en la nuca.

—No espere que me dé pena.

—¿Sabía ella que Ubach abusaba de ti?

—A ella fue a la única a la que se lo conté.

—¿Y qué te dijo?

—Que me callara. Que los hombres importantes tenían sus necesidades y que con el tiempo me daría cuenta de que Ubach me quería mucho.

—¿Qué pasó aquella noche?

—David y yo salimos del garaje con el coche y estuvimos toda la noche en la carretera.

—¿Adónde os dirigíais?

—Estuvimos de viaje un par de días. Esperábamos a que se hiciera de noche y luego íbamos por carreteras comarcales o caminos rurales. David me hacía estirarme en el asiento de atrás cubierta con mantas para que no se me pudiera ver cuando parábamos en las gasolineras. A veces me dormía y en cuanto me despertaba le oía hablar como si alguien estuviese sentado con él en el asiento del acompañante.

—¿El tal Corelli?

—Sí.

—¿Y no te daba miedo?

—Me daba pena.

—¿Adónde te llevó?

—A un lugar del Pirineo donde se había ocultado unos días al regresar a España a finales de la guerra. Bolvir, se llamaba. Estaba muy cerca de un pueblo llamado Puigcerdá, casi tocando a la frontera con Francia. Allí había un caserón abandonado que había sido un hospital durante la guerra. La Torre del Remei, creo que se llamaba. Pasamos varias semanas en aquel sitio.

—¿Te dijo por qué te llevaba allí?

—Dijo que era un lugar seguro. Allí había un viejo amigo de David que había hecho al cruzar la frontera, un escritor local que nos ayudó con víveres y ropa, Alfons Brosel. Sin él nos hubiéramos muerto de hambre y frío.

—Martín elegiría ese lugar por algún otro motivo.

—El pueblo le traía recuerdos. David nunca me dijo qué había sucedido allí, pero sé que poseía un significado especial para él. David vivía en el pasado. Cuando llegó lo peor del invierno, Alfons nos aconsejó que nos fuésemos y nos dio algo de dinero para continuar el viaje. La gente del pueblo había empezado a murmurar. David conocía un enclave en la costa donde otro antiguo amigo suyo, un hombre rico llamado Pedro Vidal, tenía una casa que pensaba que podría ser un buen escondite, al menos hasta el verano. David conocía bien la casa. Creo que había estado allí antes.

—¿Era ese el pueblo donde te encontraron meses después? ¿San Feliu de Guíxols?

—La vivienda quedaba a unos dos kilómetros del pueblo, en un lugar llamado S'Agaró, junto a la bahía de San Pol.

—Lo conozco.

—La casa estaba entre las rocas, en un sitio que llamaban el Camino de Ronda. Nadie vivía allí en invierno. Era una especie de urbanización de grandes mansiones de verano propiedad de familias adineradas de Barcelona y Gerona.

—¿Es allí donde pasasteis aquel invierno?

—Sí. Hasta que llegó la primavera.

—Cuando te encontraron estabas sola. Martín no estaba contigo. ¿Qué fue de él?

—No quiero hablar de eso.

—Si lo deseas hacemos una pausa. Puedo decirle al doctor que te dé algo.

—Quiero irme de aquí.

—Ya hemos comentado eso, Ariadna. Aquí estás segura. Protegida.

—¿Quién es usted?

—Yo soy Leandro. Ya lo sabes. Tu amigo.

—Yo no tengo amigos.

—Estás nerviosa. Creo que lo mejor es que lo dejemos por hoy. Descansa. Le diré al doctor que venga.

Siempre era martes en la *suite* del hotel Palace.

—Tienes muy buen aspecto esta mañana, Ariadna.

—Me duele mucho la cabeza.

—Es por el tiempo. La presión está muy baja. A mí también me ocurre. Tómate esto y se te pasará.

—¿Qué es?

—Es solo una aspirina. Nada más. Por cierto, hemos estado comprobando lo que me explicaste acerca de la casa de S'Agaró. Era efectivamente propiedad de don

Pedro Vidal, miembro de una de las familias de mayor posición en Barcelona. Según hemos podido averiguar, había sido una suerte de mentor para David Martín. El informe de la policía especifica que David Martín le asesinó en su casa de Pedralbes en 1930 porque Vidal se había casado con la mujer que él quería, una tal Cristina.

—Eso es mentira. Vidal se suicidó.

—¿Es eso lo que te contó David Martín? Parece que en el fondo era un hombre muy vengativo. Valls, Vidal… La gente hace locuras por celos.

—A quien David quería era a Isabella.

—Eso me has contado. Pero no me acaba de cuadrar con la documentación. ¿Qué le unía a Isabella?

—Había sido su aprendiza.

—No sabía que los novelistas tuviesen aprendices.

—Isabella era muy tozuda.

—¿Te contó eso Martín?

—David hablaba mucho de ella. Es lo que le mantenía vivo.

—Pero Isabella llevaba muerta casi diez años.

—A veces se le olvidaba. Por eso había vuelto allí.

—¿A la casa de S'Agaró?

—David ya había estado allí. Con ella.

—¿Sabes cuándo fue eso?

—Justo antes de que empezara la guerra. Antes de tener que huir a Francia.

—¿Es esa la razón de que regresara a España aunque sabía que le buscaban? ¿Por Isabella?

—Creo que sí.

—Háblame de vuestro tiempo allí. ¿Qué hacíais?

—David estaba ya muy enfermo. Para cuando llegamos a la casa apenas distinguía entre la realidad y lo que creía ver y oír. La casa le traía muchos recuerdos. Yo opino que en el fondo regresó allí a morir.

—¿Está muerto entonces David Martín?

—¿A usted qué le parece?

—Dime la verdad. ¿Qué hiciste durante aquellos meses?

—Cuidar de él.

—Creí que era él quien tenía que cuidar de ti.

—David ya no podía cuidar de nadie, y menos de sí mismo.

—Ariadna, ¿mataste tú a David Martín?

13

—No había pasado un mes de nuestra llegada a la mansión cuando David empeoró. Yo había salido a buscar algo de comida. Unos payeses acudían todas las mañanas hasta un lugar al pie de la playa, La Taberna del Mar, con un carromato con comestibles. Al principio era David quien iba allí, o al pueblo, a conseguir víveres, pero llegó un momento en que no podía salir de la casa. Sufría unos dolores de cabeza terribles, fiebre, náuseas… Casi todas las noches vagaba por la casa, delirando. Creía que Corelli iría a por él.

—¿Viste tú alguna vez a Corelli?

—Corelli no existía. Era algo que vivía solo en su imaginación.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Los Vidal habían hecho construir un pequeño muelle de madera que se adentraba en el mar desde la cala que había bajo la casa. A menudo David iba hasta allí y se sentaba en la punta, mirando el mar. Allí es donde mantenía sus conversaciones imaginarias con Corelli. Algunas veces yo también me acercaba al muelle y me acomodaba a su lado. David no se daba cuenta de que estaba allí. Le oía hablar con Corelli, como lo había hecho en el coche cuando huimos de Madrid. Luego despertaba de su trance y me sonreía. Un día empezó a llover y, cuando le cogí de la mano para llevarle de nuevo a la casa, me abrazó llorando y me llamó Isabella. A partir de entonces ya no me reconoció y pasó los dos últimos meses de su existencia convencido de que vivía con Isabella.

—Debió de ser muy duro para ti.

—No. Los meses que estuve cuidando de él fueron los más felices, y tristes, de mi vida.

—¿Cómo murió David Martín, Ariadna?

—Una noche le pregunté quién era Corelli y por qué le tenía tanto miedo. Me dijo que Corelli era un alma negra, esas fueron sus palabras. David había hecho un trato con él para escribir un libro por encargo, pero le había traicionado y había destruido el libro antes de que cayese en manos de Corelli.

—¿Qué clase de libro?

—No lo sé muy bien. Una especie de texto religioso o algo parecido. David lo llamaba *Lux Aeterna*.

—Entonces, David creía que Corelli quería vengarse de él.

—Sí.

—¿Cómo, Ariadna?

—Qué más da eso. No tiene nada que ver con Valls ni con nada.

—Todo está conectado, Ariadna. Por favor, ayúdame.

—David estaba convencido de que el bebé que yo llevaba en el vientre era alguien a quien él había conocido y perdido.

—¿Dijo quién?

—Le llamaba Cristina. Casi no hablaba de ella. Pero cuando la mencionaba se le encogía la voz de remordimiento y culpabilidad.

—Cristina era la esposa de Pedro Vidal. La policía también le acusó de su muerte. Aseguraron que la había ahogado en el lago de Puigcerdá, muy cerca del caserón en el Pirineo al que te llevó.

—Mentiras.

—Tal vez. Pero me explicas que cuando hablaba de ella mostraba signos de culpabilidad…

—David era un hombre bueno.

—Pero tú misma me has dicho que había perdido completamente el juicio, que imaginaba cosas y personas que no estaban allí, que creía que tú eras su antigua aprendiza, Isabella, muerta diez años atrás… ¿No temías por ti? ¿Por tu bebé?

—No.

—No me digas que no se te pasó por la cabeza abandonarle en aquella casa y huir de allí.

—No.

—De acuerdo. ¿Qué sucedió entonces?

14

—Fue a finales de marzo, creo. David llevaba unos días mejor. Había encontrado un pequeño bote de madera en un cobertizo al pie del acantilado y casi todas las mañanas, pronto, salía a remar mar adentro. Yo estaba ya de siete meses y me pasaba el día leyendo. La casa tenía una biblioteca enorme y había ejemplares de casi todas las obras del escritor favorito de David Martín, un autor del que nunca había oído hablar llamado Julián Carax. Al atardecer encendíamos la chimenea en el salón y yo le leía en voz alta. Las leímos todas. Aquellas dos últimas semanas las pasamos con la última novela de Carax, titulada *La Sombra del Viento*.

—No la conozco.

—Casi nadie la conoce. Creen que sí, pero no es así. Una noche terminamos el libro a altas horas de la madrugada. Me fui a dormir y a las dos horas sentí las primeras contracciones.

—Te faltaban dos meses…

—Empecé a notar un dolor terrible, como si me hubiesen apuñalado en el vientre. Me entró el pánico. Llamé a David a voces. Cuando apartó las sábanas para cogerme en brazos y llevarme al médico estaban empapadas de sangre…

—Lo siento.

—Todo el mundo lo siente.

—¿Llegasteis al médico?

—No.

—¿Y el bebé?

—Era una niña. Nació muerta.

—Lo siento mucho, Ariadna. Quizá sea mejor que paremos ahora y que llame al doctor para que te dé algo.

—No. No quiero parar ahora.

—De acuerdo. ¿Qué sucedió entonces?

—David…

—Tranquila, a tu ritmo.

—David tomó el cadáver en sus brazos y se puso a gemir como un animal herido. La niña tenía la piel azulada y parecía una muñeca rota. Quise levantarme y abrazarlos, pero estaba muy débil. Al amanecer, cuando empezaba a clarear, David cogió a la niña, me miró por última vez y me pidió perdón. Luego salió de la casa. Me arrastré hasta la ventana. Le vi bajar por la escalinata entre las rocas hasta el muelle. El bote de madera estaba amarrado en la punta. Se subió a él con el cuerpo de la niña envuelto en unos trapos y comenzó a remar mar adentro, mirándome todo el rato. Yo alcé la mano, esperando que me viera, que volviese. Siguió remando hasta que se detuvo a un centenar de metros de la costa. El sol ya asomaba sobre el mar, que parecía un lago de fuego. Vi la silueta de David incorporarse y recoger algo del suelo del bote. Se puso a golpear la quilla de la embarcación una y otra vez. Tardó en

hundirse apenas un par de minutos. David permaneció allí, inmóvil, con la niña en los brazos y contemplándome hasta que el mar se los tragó para siempre.

—¿Qué hiciste entonces?

—Había perdido sangre y estaba muy débil. Pasé un par de días con fiebre, creyendo que todo había sido una pesadilla y que en cualquier momento David volvería a entrar por la puerta. Después de eso, cuando pude levantarme y caminar, empecé a ir todos los días a la playa. A esperar.

—¿A esperar?

—Que regresaran. Pensará usted que estaba tan loca como David.

—No. No pienso eso para nada.

—Los payeses que acudían con su carromato todos los días me habían visto allí y se acercaron a preguntarme si estaba bien y me regalaron algo de comer. Me dijeron que no tenía buen aspecto y se ofrecieron para llevarme al hospital de San Feliu. Debieron de ser ellos quienes alertaron a la Guardia Civil. Una patrulla me encontró dormida en la playa y me llevó al hospital. Tenía hipotermia, un principio de bronquitis y una hemorragia interna que de no haberme ingresado en el hospital se me habría llevado en menos de doce horas. No les dije quién era, pero no les costó averiguarlo. Había órdenes de búsqueda con mi imagen en todas las comisarías y cuarteles. Me ingresaron en el hospital y pasé allí dos semanas.

—¿No fueron a verte tus padres?

—No eran mis padres.

—Me refiero a los Ubach.

—No. Cuando por fin me dieron el alta, dos policías y una ambulancia me recogieron y me trasladaron de regreso al palacete de los Ubach en Madrid.

—¿Qué dijeron los Ubach al verte?

—La señora, porque así era como le gustaba que la llamase, me escupió en la cara y me soltó que era una zorra de mierda desagradecida. Ubach me llamó a su despacho. En todo el tiempo que estuve allí ni se molestó en levantar la vista del escritorio. Me explicó que me iban a internar en un colegio próximo a El Escorial y que podría regresar a casa unos días por Navidad siempre y cuando me comportase. Al día siguiente me llevaron allí.

—¿Cuánto tiempo pasaste en el internado?

—Tres semanas.

—¿Por qué tan poco tiempo?

—La dirección del internado averiguó que le había contado lo sucedido a mi compañera de dormitorio, Ana María.

—¿Qué le contaste?

—Todo.

—¿Incluido lo del robo de niños?

—Todo.

—¿Y te creyó?

—Sí. A ella le había pasado algo parecido. Casi todas las chicas del internado tenían una historia similar.

—¿Qué ocurrió?

—La encontraron ahorcada unos días después en el desván del internado. Tenía dieciséis años.

—¿Suicidio?

—¿Usted qué cree?

—Y a ti, ¿qué te hicieron?

—Me llevaron de vuelta a la casa de los Ubach.

—¿Y…?

—Ubach me pegó una paliza y me encerró en mi habitación. Me dijo que si volvía a contar mentiras sobre él me metería en un manicomio para el resto de mi vida.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada. Esa misma noche, mientras dormían, me escabullí de mi dormitorio por la ventana y cerré con llave el cuarto donde dormían los Ubach, en el tercer piso. Luego bajé a las cocinas y abrí las espitas del gas. En el sótano guardaban bidones de queroseno para el generador. Recorrí todo el primer piso rociando suelo y paredes con él. Luego prendí fuego a las cortinas y salí al jardín.

—¿No huiste?

—No.

—¿Por qué?

—Porque quería verlos arder.

—Entiendo.

—No creo que lo entienda. Pero le he contado toda la verdad. Ahora dígame usted una cosa.

—Claro.

—¿Dónde está mi hermana?

15

—Tu hermana se llama ahora Mercedes y está en un lugar seguro.

—¿Como este?

—No.

—Quiero verla.

—Pronto. Primero háblame de tu esposo, Ignacio Sanchís. No acabo de comprender cómo Miguel Ángel Ubach, que tenía a su servicio a los más exclusivos bufetes de abogados del país, decidió nombrar como albacea testamentario a un joven prometedor pero con poca experiencia. ¿Se te ocurre por qué?

—¿No es obvio?

—No.

—Ignacio era hijo de Ubach. Lo tuvo con una corista del Paralelo a la que frecuentaba de joven. Dolores Ribas, se llamaba. Como la señora no quería tener hijos para no perder su figura, Ubach lo mantuvo en secreto. Le pagó sus estudios y se aseguró de que disfrutara de oportunidades y que entrase a trabajar en un despacho de abogados al que luego contrató.

—¿Sanchís lo sabía? ¿Sabía que Ubach era su verdadero padre?

—Claro.

—¿Por eso se casó contigo?

—Se casó conmigo para protegerme. Era mi único amigo. Era un hombre honesto y decente. El único que he conocido.

—¿Fue entonces un matrimonio ficticio?

—Fue el matrimonio más real que he visto en mi vida, pero si se refiere a eso, no, nunca me puso la mano encima.

—¿Cuándo empezaste a tramar tu venganza?

—Ignacio, a través de su acceso a toda la documentación de los Ubach, ató cabos respecto a Valls. La idea fue suya. Rastreando la historia de mi verdadero padre, Víctor Mataix, supimos de algunos de sus compañeros en prisión, desde David Martín hasta Sebastián Salgado o Morgado, a quien contrató como chófer y guardaespaldas. Pero ya hemos hablado de esto… ¿no?

—No importa. ¿Fue suya también la idea de usar el fantasma de David Martín para sembrar el temor en Valls?

—Fue mía.

—¿Quién escribía las cartas que le enviabais a Valls?

—Yo.

—¿Qué sucedió en noviembre de 1956 en el Círculo de Bellas Artes de Madrid?

—Las cartas no estaban alcanzando el objetivo esperado. La idea había sido ir sembrando el miedo en Valls y hacerle creer que existía una conspiración orquestada por David Martín para vengarse de él y desvelar la verdad acerca de su pasado.

—¿Con qué fin?

—Conseguir que diera un paso en falso y regresara a Barcelona para enfrentarse a Martín.

—Cosa que lograsteis.

—Sí, pero fue necesario aplicar más presión.

—¿Y ese fue el intento de asesinato en 1956?

—Entre otras cosas.

—¿Quién lo perpetró?

—Morgado. No se suponía que debía matarle, solo asustarle y convencerle de que no estaba seguro ni en su propio búnker y que nunca lo estaría hasta que acudiese en persona a Barcelona para silenciar a David Martín de una vez por todas.

—Pero nunca le podría encontrar, porque estaba muerto.

—Exactamente.

—¿Qué otras cosas, como decías, hicisteis para presionarle?

—Ignacio pagó a un miembro del servicio de su casa para que dejase en el despacho de Valls uno de los libros de mi padre, *Ariadna y el Príncipe Escarlata*, la noche del baile de máscaras en Villa Mercedes. El libro llevaba una nota y la lista con los números de expedientes falsificados que habíamos descubierto hasta entonces. Fue la última que recibió. Ya no pudo aguantar más.

—¿Por qué nunca acudisteis a la policía o a la prensa?

—No me haga reír.

—Me gustaría que volviéramos al tema de la lista.

—Ya le he dicho todo lo que sabía. ¿Por qué es tan importante esa lista para usted?

—Se trata de llegar al fondo de este asunto. Para poder hacer justicia. Para hallar al verdadero arquitecto de toda esta pesadilla que tú y tantos otros habéis vivido.

—¿Al socio de Valls?

—Sí. Por eso tengo que insistir.

—¿Qué quiere saber?

—Te pido que hagas un esfuerzo e intentes recordar. La lista, ¿dices que solo incluía números? ¿No los nombres de los niños?

—No. Solo los números.

—¿Recuerdas cuántos? Aproximadamente.

—Debían de ser unos cuarenta.

—¿Cómo conseguisteis esos números? ¿Qué os hizo pensar que había más casos de niños robados a padres asesinados por orden de Valls?

—Morgado. Cuando Valentín empezó a trabajar para la familia, nos contó que había oído hablar de familias enteras desaparecidas. Muchos de sus antiguos compañeros de prisión que habían muerto en el castillo. Sus esposas y los niños, desvanecidos sin rastro. Ignacio le dijo que le diese una lista de nombres y contrató al abogado Brians para que, de forma discreta, indagara en el registro qué había sucedido con todas aquellas personas. Lo más fácil de encontrar fueron los

certificados de defunción. Cuando vio que la mayoría estaban expedidos el mismo día, sospechó y consultó partidas de nacimiento con la misma fecha.

—Qué ingenioso, el abogado Brians. No a todo el mundo se le hubiese ocurrido hacer eso…

—Al descubrir todo aquello empezamos a pensar que si Valls había hecho lo que parecía que había hecho en aquellos casos, podían existir muchos más. En otras prisiones. En familias que no conocíamos por todo el país. Centenares. Tal vez miles.

—¿Le contasteis a alguien esas sospechas?

—No.

—¿Y no llegasteis a investigar más allá de esos casos?

—Ignacio tenía intención de hacerlo. Pero fue detenido.

—¿Y qué fue de la lista original?

—Se la quedó ese hombre, Hendaya.

—¿Existen copias?

Victoria negó.

—¿No hicisteis tú o tu esposo al menos una? ¿Por seguridad?

—Las que había estaban en casa. Hendaya las encontró y las destruyó allí mismo. Tenía claro que era lo mejor. Lo único que quería saber era dónde habíamos ocultado a Valls.

—¿Estás segura?

—Por completo. Ya se lo he dicho varias veces.

—Lo sé, lo sé. Y, aun así, por algún motivo no consigo creerte del todo. ¿Me has mentido, Ariadna? Dime la verdad.

—Yo le he dicho la verdad. Lo que no sé es si usted también me la habrá dicho.

La mirada de Leandro, desprovista de expresión, se posó en ella como si acabase de detectar su presencia. Sonrió débilmente y se inclinó hacia adelante.

—No sé a qué te refieres, Ariadna.

Ella sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Las palabras le resbalaron de los labios antes de que se diera cuenta de que las estaba pronunciando.

—Yo creo que sí lo sabe. Usted estaba en el coche, ¿verdad? El día que vinieron a detener a mi padre y además se nos llevaron a mi hermana y a mí. Usted era el socio de Valls… La mano negra.

Leandro la contempló con tristeza.

—Creo que me confundes con otra persona, Ariadna.

—¿Por qué? —preguntó ella con apenas un hilo de voz.

Leandro se incorporó y se aproximó a ella.

—Has sido muy valiente, Ariadna. Gracias por tu ayuda. No quiero que te preocupes por nada. Ha sido un privilegio conocerte.

Ariadna alzó el rostro y enfrentó la sonrisa de Leandro, un bálsamo de paz y misericordia. Quiso perderse en ella y nunca más volver a despertar. Leandro se inclinó y la besó en la frente.

Tenía los labios fríos.

Aquella noche, mientras la pócima mágica del doctor se abría camino por sus venas por última vez, Ariadna soñó con el Príncipe Escarlata de los cuentos que su padre había escrito para ella y recordó.

Habían pasado muchos años y apenas conseguía acordarse ya del rostro de sus padres o su hermana. Solo podía hacerlo en sueños. Unos sueños que siempre la trasladaban al día en que aquellos hombres llegaron para llevarse a su padre y raptarlas a ella y a su hermana, dejando a su madre moribunda en la casa de Vallvidrera.

Aquella noche soñó que oía de nuevo el rumor del coche acercándose entre la arboleda. Recordó el eco de la voz de su padre en el jardín. Se asomó a la ventana de su dormitorio y vio la carroza negra del Príncipe Escarlata detenerse frente a la fuente. La puerta de la carroza se abrió y la luz se hizo sombra.

Ariadna sintió el contacto de unos labios de hielo sobre la piel y la voz silenciosa se filtró como veneno sangrando a través de las paredes. Quiso correr a ocultarse con su hermana al fondo de un armario, pero la mirada del Príncipe Escarlata lo veía todo y lo sabía todo. Acurrucada en la oscuridad, escuchó cómo los pasos del arquitecto de todas las pesadillas se aproximaban lentamente.

16

Un aroma a colonia pungente y tabaco rubio le precedía. Valls oyó sus pasos al descender por la escalera pero se negó a darle la satisfacción. En las batallas perdidas, la última defensa es la indiferencia.

—Sé que estás despierto —dijo Hendaya al fin—. No me hagas echarte un cubo de agua fría.

Valls abrió los ojos a la penumbra. El humo del cigarrillo emergía de las sombras y trazaba figuras de gelatina en el aire. El brillo de la brasa prendía en la mirada de Hendaya.

—¿Qué quiere?

—Había pensado que podíamos conversar.

—No tengo nada que decir.

—¿Te apetece fumar? Dicen que acorta la vida.

Valls se encogió de hombros. Hendaya sonrió, encendió un cigarrillo y se lo tendió a través de los barrotes. Valls lo aceptó con dedos temblorosos y aspiró una calada.

—¿De qué quiere hablar?

—De la lista —dijo Hendaya.

—No sé a qué lista se refiere.

—La que encontraste dentro de un libro en el despacho de tu casa. La que llevabas contigo la noche que te capturaron. La que contenía unos cuarenta números de certificados de nacimiento y defunción. Ya sabes *qué* lista.

—Ya no la tengo. ¿Es eso lo que busca Leandro? Porque es para él para quien trabaja, ¿no?

Hendaya se acomodó de nuevo en los escalones y le dedicó una mirada de desinterés.

—¿Hiciste alguna copia?

Valls negó.

—¿Estás seguro? Piénsalo bien.

—Tal vez hice una copia.

—¿Dónde está?

—La tenía Vicente. Mi guardaespaldas. Antes de llegar a Barcelona nos detuvimos en una gasolinera. Le pedí a Vicente que comprase un cuaderno e hice una copia de los números para que la guardase también él, por si sucedía algo y debíamos separarnos. Él contaba con alguien de confianza en la ciudad a quien iba a pedir que localizara esos expedientes y los destruyese una vez que nos hubiésemos desecho de Martín y averiguado a quién más le había entregado esa información. Ese era el plan.

—¿Y dónde está ahora esa copia?

—No lo sé. La llevaba Vicente encima. No sé qué han hecho con su cuerpo.

—¿Existe alguna otra copia aparte de la que llevaba Vicente?

—No.

—¿Estás seguro ahora?

—Sí.

—Ya sabes que si me mientes, o me ocultas algo, te voy a tener aquí por tiempo indefinido.

—No le miento.

Hendaya asintió y se sumió en un largo silencio. Valls temió que se fuera y le dejase solo de nuevo durante doce horas o más. Había llegado a aquel punto en que las breves visitas de Hendaya eran el único aliciente del día.

—¿Por qué no me han matado ya?

Hendaya sonrió como si hubiera estado esperando la pregunta, para la cual llevaba una respuesta perfectamente ensayada.

—Porque no te lo mereces.

—¿Tanto me odia Leandro?

—El señor Montalvo no odia a nadie.

—¿Qué tengo que hacer para merecerlo?

Hendaya le observaba con curiosidad.

—Según mi experiencia, los que más fanfarronean con su deseo de morir en el último minuto se vienen abajo cuando le ven los dientes al lobo y suplican como nenazas.

—Son las orejas.

—¿Cómo?

—El dicho, *las orejas al lobo*. No los dientes.

—Siempre me olvido de que tenemos a un insigne hombre de letras como huésped.

—¿Es eso lo que soy? ¿Uno de los *huéspedes* de Leandro?

—Tú ya no eres nada. Y cuando el lobo vaya a por ti, que irá, lo hará con los dientes.

—Estoy listo.

—No te culpo. No pienses que no me hago cargo de tu situación y de lo que debes de estar pasando.

—Un carnicero compasivo.

—Cree el ladrón que todos son de su condición. Ya ves que también sé de refranes. Te propongo un trato. Entre tú y yo. Si te portas bien y me ayudas, yo mismo te mataré. Será limpio. Un tiro en la nuca. Ni te darás cuenta. ¿Qué dices?

—¿Qué tengo que hacer?

—Acércate. Quiero enseñarte algo.

Valls se aproximó a los barrotes de la celda. Hendaya estaba buscando algo en el interior de su chaqueta y por un segundo Valls rogó que fuera un revólver y que le volase la cabeza allí mismo. Lo que sacó fue una fotografía.

—Sé que alguien estuvo aquí. No te molestes en negarlo. Quiero que mires bien

esta fotografía y me digas si esta es la persona que viste.

Hendaya le mostró la imagen. Valls asintió.

—¿Quién es?

—Se llamaba Alicia Gris.

—¿Llamaba? ¿Está muerta?

—Sí, aunque todavía no lo sabe —replicó guardando la instantánea.

—¿Me la puedo quedar?

Hendaya alzó las cejas, sorprendido.

—No te creía un sentimental.

—Por favor.

—Echas en falta compañía femenina, ¿eh?

Hendaya sonrió magnánimo y lanzó la fotografía al interior de la celda con desprecio.

—Toda tuya. La verdad es que es una monada, a su manera. Así te la podrás mirar todas las noches y pelártela a dos manos. Perdón, a una.

Valls le miró sin expresión alguna en los ojos.

—Sigue portándote bien y haciendo puntos. Te reservaré una bala de punta hueca como obsequio de despedida y recompensa por todos los servicios prestados a la patria.

Valls esperó a que Hendaya hubiera desaparecido escaleras arriba para arrodillarse a recoger la fotografía.

17

Ariadna supo que aquel era el día en que iba a morir. Lo supo tan pronto como despertó en la *suite* del hotel Palace y abrió los ojos para descubrir que uno de los esbirros de Leandro había dejado un paquete envuelto con un lazo sobre el escritorio mientras dormía. Apartó las sábanas y fue tambaleándose hasta la mesa. La caja era grande, blanca y tenía grabada la leyenda PERTEGAZ en letras doradas. Bajo la cinta del lazo encontró un sobre que llevaba su nombre escrito a mano. Al abrirlo halló un tarjetón que decía así:

> Querida Ariadna:
>
> Hoy es el día en que podrás finalmente reunirte con tu hermana. He pensado que querrías estar guapa y celebrar que por fin se va a hacer justicia y que nunca más tendrás que temer a nada ni a nadie. Espero que te guste. Lo he elegido en persona para ti.
>
> Afectuosamente,
>
> Leandro

Ariadna acarició el perfil de la caja antes de abrirla. Por un segundo imaginó una serpiente venenosa reptando por sus paredes, lista para saltarle al cuello tan pronto como levantase la tapa. Sonrió. El interior estaba recubierto de papel sedoso. Apartó una primera capa para encontrar un conjunto completo de ropa íntima de seda blanca, medias incluidas. Bajo la ropa interior había un vestido de lana de color marfil, zapatos y bolso de piel a juego. Y un pañuelo. Leandro la enviaba a la muerte vestida de virgen.

Se lavó a solas, sin la ayuda de las enfermeras. Luego, sin prisa, se enfundó las prendas que Leandro había escogido para el último día de su vida y se contempló al espejo. Solo le faltaba el ataúd blanco y el crucifijo en las manos. Se sentó a esperar, preguntándose cuántas vírgenes blancas se habían purificado en aquella celda de lujo antes que ella, cuántas cajas con lo mejor de Pertegaz había encargado Leandro para despedirse de sus doncellas con un beso en la frente.

No tuvo que aguardar mucho. No había pasado ni media hora cuando oyó el ruido de la llave penetrando en la cerradura. El mecanismo cedió con suavidad y el buen doctor, con su semblante afable de médico de familia de toda la vida, asomó con aquella sonrisa mansa y compasiva que siempre le acompañaba, al igual que su maletín de las maravillas.

—Buenos días, Ariadna. ¿Cómo se encuentra esta mañana?

—Muy bien. Gracias, doctor.

Él se aproximó poco a poco y dejó el maletín sobre la mesa.

—La veo muy guapa y elegante. Tengo entendido que hoy es un gran día para usted.

—Sí. Hoy voy a reunirme con mi familia.

—Qué bien. La familia es lo más importante que hay en esta vida. El señor Leandro me ha pedido que le transmita su sentida disculpa por no poder acudir a saludarla en persona. Un asunto urgente le ha hecho ausentarse temporalmente. Le diré que estaba usted resplandeciente.

—Gracias.

—¿Le ponemos un tónico para darle un poco de vigor?

Ariadna tendió su brazo desnudo, sumisa. El doctor sonrió, abrió el maletín negro y extrajo una funda de piel que desplegó sobre la mesa. Ariadna reconoció la docena de frascos numerados sujetos con elásticos y el estuche metálico de la jeringuilla. El doctor se inclinó sobre ella y le tomó el brazo con delicadeza.

—Con permiso.

Empezó a tantearle la piel, que estaba sembrada de las marcas y los moretones que habían dejado incontables inyecciones. Mientras exploraba el anverso de su antebrazo, la muñeca, el espacio entre los nudillos e iba dando golpes suaves con el dedo en la piel, le sonreía. Ariadna le miró a los ojos y levantó la falda del vestido para mostrarle los muslos. También allí había marcas de pinchazos, pero más espaciadas.

—Si quiere puede pincharme aquí.

El doctor afectó una modestia infinita y asintió, pudoroso.

—Gracias. Creo que será mejor.

Le contempló preparar la inyección. Había elegido el frasco número nueve. Nunca le había visto escoger ese frasco con anterioridad. Una vez que la jeringuilla estuvo lista, el doctor buscó un punto sobre la cara interior de su muslo izquierdo, justo donde acababa la media de seda recién estrenada.

—Puede que le duela un poquito al principio y sienta frío. Serán solo unos segundos.

Ariadna observó al doctor concentrar la vista y acercar la jeringuilla a su piel. Cuando la punta de la aguja estuvo a un centímetro de su muslo habló.

—Hoy no me ha pasado el algodón con alcohol, doctor.

El hombre, sorprendido, alzó la mirada brevemente y le sonrió confundido.

—¿Tiene usted hijas, doctor?

—Dos, Dios las bendiga. El señor Leandro es su padrino.

Ocurrió en apenas un segundo. Antes de que el doctor acabase de pronunciar aquellas palabras y pudiera regresar a su tarea, Ariadna le agarró la mano con fuerza y le clavó la jeringuilla en la garganta. Una mirada de perplejidad inundó los ojos del buen doctor. Se le cayeron los brazos desplomados y empezó a temblar con la jeringuilla clavada en el cuello. La solución contenida en el émbolo se tiñó con su sangre. Ariadna le sostuvo la mirada, aferró la jeringuilla y le vació el contenido en la

yugular. El doctor abrió la boca sin emitir sonido alguno y cayó de rodillas al suelo. Ella se sentó de nuevo en la silla y le contempló morir. Tardó entre dos y tres minutos.

Luego se inclinó sobre él, extrajo la jeringuilla y limpió la sangre en la solapa de su chaqueta. La guardó de nuevo en el estuche metálico, devolvió el frasco número nueve a su lugar y dobló la funda de piel. Se arrodilló junto al cuerpo, palpó los bolsillos y encontró un billetero del que sacó una docena de billetes de cien pesetas. Se enfundó la exquisita chaqueta del traje y el sombrero que iba a juego. Por último recogió las llaves que había dejado el doctor sobre la mesa, la funda con los frascos y la jeringuilla, y las metió en el bolso blanco. Se anudó el pañuelo en la cabeza y, con el bolso bajo el brazo, abrió la puerta y salió del dormitorio.

La sala de la *suite* estaba vacía. Un jarrón con rosas blancas reposaba sobre la mesa en la que había compartido tantos desayunos con Leandro. Se aproximó a la puerta. Estaba cerrada. Fue probando una a una las llaves del doctor hasta dar con la que abrió. El corredor, una amplia galería alfombrada y flanqueada de cuadros y estatuas, hacía pensar en un gran crucero de lujo. Estaba desierto. Un eco a música de fondo y el rumor de una aspiradora en el interior de una *suite* cercana flotaban en el aire. Ariadna caminó despacio. Cruzó frente a una puerta abierta donde había un carro de la limpieza y vio a una doncella recogiendo toallas en el interior. Al llegar al vestíbulo de ascensores se encontró con una pareja madura y vestida de gala que interrumpió su conversación tan pronto como reparó en su presencia.

—Buenos días —dijo Ariadna.

La pareja se limitó a asentir levemente y clavó la mirada en el suelo. Esperaron en silencio. Cuando las puertas del ascensor se abrieron por fin, el caballero le cedió el paso y obtuvo una mirada acerada de su acompañante. Iniciaron el descenso. La dama la examinaba de reojo, calibrándola y escrutando su atuendo con un deje rapaz. Ariadna le sonrió, cortés, y la dama le devolvió una sonrisa fría y cortante.

—Se parece usted a Evita —dijo.

El tono mordaz dejaba claro que la apreciación no era un cumplido. Ariadna se limitó a bajar la mirada con modestia. Cuando las puertas se abrieron en el vestíbulo de la planta baja, la pareja no se movió hasta que ella abandonó el ascensor.

—Probablemente una puta cara —oyó murmurar al caballero a su espalda.

El vestíbulo del hotel estaba repleto de gente. Ariadna avistó una *boutique* de artículos de lujo a escasos metros y se refugió allí. Al verla entrar, una dependienta solícita la contempló de arriba abajo y al presupuestar el coste de cuanto llevaba puesto le sonrió como si fuera una vieja amiga. Cinco minutos más tarde, Ariadna abandonaba la tienda luciendo unas llamativas gafas de sol que le cubrían medio rostro y los labios encendidos del carmín más estridente que pudo encontrar. De la virgen a la cortesana de lujo solo mediaban unos complementos.

De esta guisa descendió las escalinatas que conducían a la salida mientras se enfundaba los guantes y sentía las miradas de huéspedes, conserjes y personal del

hotel radiografiando cada centímetro de su cuerpo. «Despacio», se dijo. Al aproximarse a la salida se detuvo y el portero que le sostenía la puerta la observó con una mezcla de codicia y complicidad.

—¿Taxi, guapa?

18

Una vida entera dedicada a la medicina había enseñado al doctor Soldevila que la enfermedad más difícil de curar es la costumbre. Aquella tarde, como todas las tardes desde que en maldita hora se le había ocurrido cerrar la consulta y rendirse a la segunda plaga más mortífera conocida por el hombre, la jubilación, el buen doctor asomó la nariz al balcón de su piso en la calle Puertaferrisa y comprobó que la jornada, como casi todo en el mundo, iba ya de capa caída.

Las calles vestían farolas y el cielo lucía el mismo tinte rosáceo que tenían aquellos benditos cócteles del Boadas con los que el doctor compensaba de vez en cuando a su hígado por una vida predicando con el ejemplo. Era la señal. Soldevila se armó de abrigo, bufanda y maletín y, al amparo de su sombrero de señor de Barcelona, salió a la calle rumbo a su diario encuentro con aquel extraño espíritu llamado Alicia Gris que las intrigas de Fermín y los Sempere habían puesto en su camino. Y por la que sentía una infinita curiosidad y una debilidad que le hacía olvidar, en sus largas noches de insomnio, que llevaba treinta años sin ponerle la mano encima a una fémina en buen estado de salud.

Deambulaba Ramblas abajo ajeno al trasiego de la ciudad, dándole vueltas a la certeza de que, por suerte para ella y por desgracia para él, la señorita Gris se había recuperado de sus heridas con una celeridad que no atribuía a su maestría medicinal sino a la malicia concentrada que corría por las venas de aquella criatura de sombras. En breve, lamentaba, tendría que darle el alta.

Siempre podía intentar convencerla de que se pasara de vez en cuando por su consulta para aquello que los profesionales llaman «una visita de control», pero sabía que semejante empeño sería tan fútil como pedirle a un tigre de Bengala al que uno acabara de liberar de su jaula que volviera cada semana los domingos por la mañana antes de misa para beberse su platito de leche. Probablemente lo mejor para todos, excepto para la propia Alicia, era que la joven desapareciese de sus vidas cuanto antes. Le bastaba mirarla a los ojos para hacer aquel diagnóstico y saber que era el más certero de cuantos había hecho en su larga carrera.

Tal era la melancolía que embargaba al viejo doctor ante la idea de despedirse de la que habría de ser, a buen seguro, su última paciente, que no fue consciente cuando se adentraba en el túnel de tinieblas de la calle Arco del Teatro de que entre las sombras que se cernían sobre él había una que desprendía un peculiar perfume a colonia pungente y tabaco rubio importado.

En la última semana ya había aprendido a encontrar el portón de aquel lugar cuya existencia había tenido que jurar no desvelar ni al Espíritu Santo so pena de que Fermín se presentase a merendar todos los días en su casa para contarle chistes picantes. «Mejor que vaya usted solo, doctor», le habían dicho. Motivos de seguridad, alegaban los Sempere, a los que nunca hubiera sospechado capaces de embrollarse en intrigas bizantinas de aquel calibre. Se pasaba uno la vida revolviéndole las vísceras a

la gente para darse cuenta después de que apenas los conocía. La vida, como la apendicitis, era un misterio.

Y así, perdido en sus pensamientos y en el empeño de sumergirse de nuevo en aquella casa misteriosa a la que todos llamaban el Cementerio de los Libros Olvidados, el doctor Soldevila puso los pies en el escalón del viejo palacio y agarró el aldabón en forma de diablillo dispuesto a llamar al portón. Iba a dar el primer golpe cuando la sombra que iba siguiéndole desde que había salido de su portal se materializó a su lado y le posó el cañón de un revólver en la sien.

—Buenas noches, doctor —dijo Hendaya.

Isaac contemplaba a Alicia con una pizca de recelo. Poco inclinado a las fruslerías, hacía días que había advertido no sin cierta alarma que en las últimas semanas había permitido crecer en su interior algo demasiado parecido al afecto por la joven. Culpaba a los años, que lo reblandecían todo. La presencia de Alicia durante aquellas semanas le había forzado a calibrar de nuevo la soledad escogida de su retiro entre libros. Viéndola recuperarse y volver a la vida, Isaac había sentido que se reavivaba en él la memoria de su hija Nuria, que lejos de desvanecerse se había ido afilando con el tiempo hasta que la llegada de Alicia a aquel lugar había abierto otra vez heridas que ni siquiera sabía que llevaba dentro.

—¿Por qué me mira así, Isaac?

—Porque soy un viejo tonto.

Alicia sonrió. Isaac había advertido que al hacerlo la joven enseñaba los dientes y destilaba un aire malévolo.

—¿Un tonto que se vuelve viejo o un viejo que se atonta?

—No se ría de mí, Alicia, aunque me lo merezca.

Ella le miró con ternura y el viejo guardián tuvo que apartar la vista. Cuando Alicia se desprendía de aquel velo oscuro, aunque solo fuera por unos instantes, le recordaba tanto a Nuria que se le encogía la garganta y se quedaba sin aliento.

—¿Qué es eso que lleva ahí?

Isaac le mostró un estuche de madera.

—¿Es para mí?

—Mi regalo de despedida.

—¿Ya se quiere librar de mí?

—Yo no.

—¿Y por qué piensa que me voy ya?

—¿Me equivoco?

Alicia no respondió, pero aceptó el estuche.

—Ábralo.

En su interior encontró un plumín dorado unido a un mango de caoba y un frasco con tinta azul que brillaba a la lumbre del candil.

—¿Era de Nuria?

Isaac asintió.

—Fue el regalo que le hice cuando cumplió los dieciocho años.

Alicia examinó el plumín, una verdadera pieza de artesanía.

—Hace años que nadie escribe con él —dijo el guardián.

—¿Por qué no lo hace usted?

—Yo no tengo nada que escribir.

Alicia iba a discutirle la afirmación cuando dos golpes secos se esparcieron con un eco por el palacio. Tras una pausa de cinco segundos, siguieron dos golpes más.

—El doctor —dijo Alicia—. Ya se ha aprendido el código.

Isaac asintió y se incorporó.

—¿Quién dice que no se le pueden enseñar nuevos trucos a un perro viejo?

El guardián tomó una de las lámparas de aceite y partió rumbo a la galería que conducía a la entrada.

—Vaya probándola —dijo—. Ahí tiene papel en blanco.

Isaac recorrió el largo corredor curvado que llevaba a la entrada portando el farol en la mano. Solo lo utilizaba cuando iba a recibir a alguien. Cuando estaba solo no lo necesitaba. Conocía aquel lugar al dedillo y prefería caminar por sus entrañas al aliento de la perpetua penumbra que flotaba en su interior. Se detuvo frente al portón, dejó el farol en el suelo y agarró la manivela que activaba el mecanismo del cerrojo con ambas manos. Había advertido que empezaba a costarle más esfuerzo del habitual y que al hacerlo sentía una presión en el pecho que antes no experimentaba. Quizá sus días como guardián estaban ya contados.

El engranaje de la cerradura, que era tan viejo como aquel lugar, se componía de un sistema alambicado de resortes, palancas, poleas y ruedas dentadas que tardaba entre diez y quince segundos en destrabar todos sus puntos de anclaje. Una vez que el portón quedó liberado, Isaac tiró de la barra que activaba el sistema de contrapesos y permitía mover la pesada estructura de roble labrado con apenas un soplo. Alzó el farol para recibir al médico y se apartó un poco para cederle el paso. La silueta del doctor Soldevila se recortó en el umbral.

—Puntual como siempre, doctor —empezó Isaac.

Un segundo después, el cuerpo del médico cayó de bruces hacia el interior y una figura alta y angulosa bloqueó el acceso.

—¿Quién…?

Hendaya le apuntó con el revólver entre los ojos y empujó el cuerpo de una patada.

—Cierre la puerta.

Alicia humedeció el plumín en el tintero y lo deslizó sobre el papel trazando una línea de color azul brillante. Escribió su nombre y contempló cómo la tinta se secaba poco

a poco. El placer de la página en blanco, que al principio siempre olía a misterio y a promesa, se desvaneció por ensalmo. Tan pronto como uno empezaba a colocar las primeras palabras comprobaba que en la escritura, como en la vida, la distancia entre intenciones y resultados iba pareja con la inocencia con que se acometían unas y se aceptaban los otros. Se dispuso a escribir una frase que recordaba de uno de sus libros favoritos cuando se detuvo y dirigió la mirada a la puerta. Dejó el plumín sobre el papel y escrutó el silencio.

Supo al instante que algo andaba mal. La ausencia del murmullo que desprendía la conversación habitual entre veteranos de Isaac y el doctor Soldevila, el eco incierto de pasos irregulares y aquel silencio envenenado que sentía en el aire le erizaron el vello de la nuca. Miró a su alrededor y maldijo su suerte. Siempre había pensado que moriría de otro modo.

19

En cualquier otra circunstancia, Hendaya habría liquidado de un disparo a los dos ancianos en cuanto hubiera ganado el acceso al interior del edificio, pero no quería alertar a Alicia. El doctor Soldevila había quedado prácticamente inconsciente tras recibir el golpe en la nuca que le había derribado. La experiencia le decía que no tendría que preocuparse por él al menos en media hora.

—¿Dónde está? —preguntó en un hilo de voz al guardián.

—¿El qué?

Le golpeó el rostro con el revólver y oyó crujir un hueso. Isaac cayó de rodillas y luego se derrumbó a un lado, gimiendo. Hendaya se agachó, le agarró por el cuello y tiró de él.

—¿Dónde está? —repitió.

La nariz del anciano sangraba en abundancia. Hendaya le colocó el cañón del arma bajo la barbilla y le miró a los ojos fijamente. Isaac le escupió en la cara. «Un valiente», pensó Hendaya.

—Venga, abuelo, no me montes un numerito que se te ha pasado ya el arroz para ir de héroe. ¿Dónde está Alicia Gris?

—No sé de qué me habla.

Hendaya sonrió.

—¿Quieres que te rompa las piernas, abuelo? A tu edad una fractura de fémur no vuelve a soldarse…

Isaac no despegó los labios. Hendaya le sujetó por la nuca y le arrastró hacia el interior. Recorrieron una amplia galería que describía una curva tras la que se intuía un resplandor evanescente. Las paredes estaban recubiertas de frescos con escenas fantásticas. Hendaya se preguntó qué clase de lugar era aquel. Al llegar al final del corredor se enfrentó a una gigantesca bóveda que se alzaba hacia el infinito. La estampa que le recibió le hizo bajar el revólver y dejar caer al anciano como un peso muerto.

Se le antojó una aparición, una visión de ensueño que flotaba en una nube de luz espectral. Un vasto laberinto arremolinado sobre sí mismo crecía en una conspiración de túneles, pasarelas, arcos y puentes. La estructura parecía brotar del mismo suelo para escalar una geometría imposible que llegaba a arañar la gran cúpula de cristal opaco que coronaba la bóveda. Hendaya sonrió para sí. Oculta en las tinieblas de un viejo palacio de Barcelona existía una ciudad prohibida de libros y palabras a la que, tras hacer pedazos a la deliciosa Alicia Gris, iba a prender fuego. Era su día de suerte.

Isaac se arrastraba por el pavimento dejando un rastro de sangre. Quería alzar la voz pero no podía articular más que un gemido y a duras penas conseguía mantener la consciencia. Oyó los pasos de Hendaya aproximarse de nuevo y sintió cómo le colocaba el pie entre los hombros y le aplastaba contra el suelo.

—Quieto ahí, abuelo.

Hendaya le agarró de la muñeca y le arrastró hasta una de las columnas que sostenían la bóveda. Un trío de cañerías finas descendían sujetas a la piedra con ganchos de metal. Hendaya extrajo unas esposas, asió una anilla a una de las tuberías y cerró la otra en torno a la muñeca de Isaac hasta que sintió que le mordía la carne. El guardián dejó escapar un grito sordo.

—Alicia ya no está aquí —jadeó—. Está perdiendo el tiempo…

Hendaya ignoró al anciano y escrutó la penumbra. El marco de una puerta de la que emanaba la claridad de una vela se adivinaba en un rincón. El policía sujetó el arma con ambas manos y se deslizó hasta allí arrimándose contra la pared. La ansiedad en la mirada del anciano le confirmó que la pista era correcta.

Entró en la estancia con el arma en alto. En el centro de la habitación había un camastro con las sábanas echadas a un lado y, junto a la pared, una cómoda cubierta de medicamentos y otros utensilios. Hendaya examinó esquinas y zonas en sombra antes de adentrarse en la cámara. El aire olía a alcohol, a cera y a algo dulce y harinoso que le hizo salivar. Se aproximó a una mesita que había al lado del camastro en la que reposaba una vela. Encontró un tintero abierto y un fajo de folios. Sobre el primero de ellos, en una caligrafía inclinada y ágil, leyó:

Alicia

Hendaya sonrió y regresó al umbral de la habitación. Dirigió la mirada hacia el guardián, que seguía forcejeando con las esposas que le sujetaban a la tubería. Más allá, a la entrada del laberinto de libros, percibió una leve fluctuación de penumbras, como si una gota de lluvia hubiera impactado en la superficie de un estanque dejando un rastro de ondulaciones esparcidas sobre el agua. Al cruzar frente a Isaac recogió el farol de aceite del suelo sin molestarse en posar los ojos en el guardián. Tiempo habría para ajustar cuentas con él.

Al llegar a los pies de la gran estructura, Hendaya se detuvo para contemplar la basílica de libros que se alzaba delante y escupió a un lado. Luego, tras comprobar que el cargador del arma estaba lleno y que había una bala en la recámara, se adentró en el laberinto siguiendo el aroma y el eco de los pasos de Alicia.

20

El túnel describía una leve curva ascendente que se internaba en el centro de la estructura y se estrechaba a medida que Hendaya iba dejando atrás el umbral. Los muros estaban alineados de suelo a techo con lomos de libros. Un artesonado forjado con viejas cubiertas de piel sobre las que todavía podían leerse títulos en decenas de idiomas sellaba el conducto. Al rato alcanzó un rellano octogonal en cuyo centro había una mesa repleta de volúmenes abiertos, atriles y una lámpara en la que brillaba una luz dorada muy tenue. Diversos corredores se abrían en direcciones opuestas, algunos descendiendo y otros ascendiendo por la estructura. Hendaya se detuvo a escuchar el sonido que producía el laberinto, una suerte de murmullo de maderas viejas y papel que parecía estar en perpetuo, y casi imperceptible, movimiento. Había decidido tomar uno de los pasillos descendentes, imaginando que Alicia estaría buscando otra salida con la esperanza de que él se perdiera en el interior y eso le permitiese ganar tiempo para huir. Es lo que él hubiera hecho en su lugar. Un segundo antes de penetrar en el corredor, sin embargo, lo advirtió. Un libro colgaba de uno de los estantes, como si alguien lo hubiera retirado justo hasta el punto previo a su caída. Hendaya se aproximó y leyó el título sobre la cubierta:

ALICIA A TRAVÉS DEL ESPEJO

Lewis Carroll

—¿Tiene ganas de jugar la niña? —preguntó en voz alta.

Su voz se perdió por la madeja de túneles y salas sin obtener respuesta. Hendaya empujó el libro contra la pared y continuó por el pasillo, que iniciaba un ascenso más pronunciado y empezaba a formar escalones a sus pies cada cuatro o cinco pasos. A medida que se adentraba en el laberinto iba experimentando la sensación de que recorría las entrañas de una criatura legendaria, un leviatán de palabras que era perfectamente consciente de su presencia y de cada paso que daba. Alzó el farol hasta donde le permitía la bóveda y siguió adelante. Diez metros más allá, se detuvo en seco al tropezar con la figura de un ángel de mirada canina. Una fracción de segundo antes de descerrajarle un tiro, comprobó que la figura era de cera y que sostenía en las manos, grandes como tenazas, un libro del que nunca había oído hablar:

EL PARAÍSO PERDIDO

John Milton

El ángel custodiaba otra sala oval, el doble de amplia que la anterior. La estancia estaba flanqueada de vitrinas, estanterías curvadas y hornacinas dispuestas en una

catacumba de libros. Hendaya suspiró.

—¿Alicia? —llamó—. Déjese de chiquilladas y salga a dar la cara. Solo quiero hablar con usted. De profesional a profesional.

Hendaya cruzó la sala y auscultó el umbral de los corredores que partían de allí. Una vez más, junto a la curva donde la penumbra se desdibujaba, asomaba un libro del estante en uno de los pasillos. Hendaya apretó los dientes. Si la puta de Leandro quería jugar al ratón y al gato iba a llevarse la sorpresa de su vida.

—Tú misma —dijo tomando ese corredor, que ascendía en una pendiente muy pronunciada.

No se molestó en ver qué obra había elegido esta vez Alicia en su rastro hacia el corazón del laberinto. Por espacio de casi veinte minutos Hendaya fue escalando aquella gigantesca tramoya. A su paso encontró salones y balaustradas suspendidas entre arcos y pasarelas desde las cuales pudo comprobar que había subido bastante más de lo que había calculado. La figura de Isaac, esposado a la tubería abajo de todo, se le aparecía ya diminuta. Cuando levantaba la vista hacia la cúpula, la estructura seguía creciendo y arremolinándose en un trazado cada vez más alambicado. Siempre que creía haber perdido la pista, atinaba a localizar el lomo de un libro asomando de un estante a la entrada de un nuevo túnel que le conducía a otra sala desde la que el camino se bifurcaba en múltiples arabescos.

La naturaleza del laberinto iba mutando a medida que ascendía hacia la cúspide. La complejidad del trazado, cada vez más caprichosa, aprovechaba arcos y respiraderos de luz para permitir la entrada de haces de claridad vaporosa. Un sortilegio de espejos angulados administraban la tiniebla que flotaba en el interior. Cada nueva sala que hallaba estaba más poblada por figuras, cuadros y artilugios que a duras penas conseguía identificar. Algunas de las figuras parecían autómatas inacabados, otras esculturas de papel o yeso que pendían del techo o estaban encajadas en los muros como criaturas ocultas en sarcófagos hechos de libros. Una vaga sensación de vértigo e inquietud fue apoderándose de Hendaya, que pronto advirtió que el arma resbalaba entre sus dedos empapados de sudor.

—Alicia, si no sale usted de ahí voy a prenderle fuego a este montón de mierda y voy a verla achicharrarse viva. ¿Es eso lo que quiere?

Oyó un ruido a su espalda y se volvió. Un objeto que al principio tomó por una pelota o una esfera del tamaño de un puño rodaba escalones abajo desde uno de los túneles. Se arrodilló para recogerlo. Era la cabeza de una muñeca de sonrisa inquietante y ojos de cristal. Un instante después el aire se llenó con el tintineo de una melodía metálica que recordaba a una canción de cuna.

—Hija de puta —masculló.

Se lanzó escaleras arriba con el pulso golpeándole las sienes. El eco de la música le condujo hasta una sala circular en cuyo extremo se abría una balaustrada por la que penetraba un gran brazo de luz. La lámina de cristal de la cúpula se veía al otro lado y Hendaya comprendió que había alcanzado la cima. La música provenía del fondo de

la sala. A ambos lados del umbral había sendas figuras blanquecinas encajadas entre los libros como cuerpos momificados abandonados a su suerte. El suelo estaba repleto de volúmenes abiertos que Hendaya pisoteó hasta llegar a la zona opuesta de la estancia. Allí había un pequeño armario empotrado en la pared con aspecto de relicario. La música procedía de dentro. Hendaya abrió despacio la portezuela.

Una caja de música hecha con espejos tintineaba en la base del armario. En su interior, la figura de un ángel de alas desplegadas giraba lentamente en un trance hipnótico. El sonido se fue extinguiendo a medida que al mecanismo se le agotaba la cuerda. El ángel quedó suspendido a medio vuelo. Fue entonces cuando advirtió el reflejo en una de las láminas espejadas de la caja de música.

Una de las figuras que se le habían antojado cadáveres de yeso al entrar se había movido. Hendaya sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Se volvió con rapidez y disparó tres veces a la figura que se recortaba en el haz de luz. Las capas de papel y yeso que formaban la efigie se quebraron y dejaron una nube de polvo suspendida en el aire. El policía bajó el arma unos centímetros y forzó la vista. Solo entonces percibió el suave movimiento en el aire a su lado. Se volvió y, al tensar de nuevo el percutor del arma, reconoció el brillo de una mirada oscura y penetrante que emergía de las sombras.

La punta del plumín le perforó la córnea y atravesó su cerebro hasta arañar el hueso al fondo del cráneo. Hendaya se desplomó al instante como un títere al que acabaran de cortar los hilos. El cuerpo quedó tendido sobre los libros, temblando. Alicia se arrodilló junto a él, le arrebató el arma que aún sostenía en la mano y empujó el cuerpo hasta la balaustrada con los pies. Luego, de un puntapié, le desplazó hasta el borde y le vio precipitarse al abismo, aún vivo, y estrellarse contra el suelo de piedra con un eco sordo y húmedo.

21

Isaac la vio salir del laberinto. Cojeaba ligeramente y sujetaba un arma en la mano con una naturalidad que le heló la sangre. La observó aproximarse al lugar donde el cuerpo de Hendaya había impactado contra el suelo de mármol. Iba descalza, pero no dudó en cruzar pisando el charco de sangre que se esparcía en torno al cuerpo. Se inclinó sobre el cadáver y buscó en sus bolsillos. Extrajo una cartera, que examinó. Se quedó con un fajo de billetes y dejó caer el resto. Palpó los bolsillos de la chaqueta y encontró unas llaves, que se guardó. Tras contemplar con frialdad el cadáver unos instantes, Alicia agarró algo que sobresalía del rostro de Hendaya y tiró con fuerza. Isaac reconoció el plumín con que la había obsequiado apenas una hora atrás.

Alicia se acercó a él despacio. Se arrodilló a su lado y le liberó de las esposas. Isaac, que no se había dado cuenta de que tenía los ojos inundados de lágrimas y que estaba temblando, buscó su mirada. Alicia le observaba sin expresión alguna, como si deseara evidenciar la realidad ante aquel pobre anciano iluso que había querido ver en ella una reencarnación de su hija perdida. Alicia limpió el plumín en el faldón de su camisón y se lo tendió.

—Yo nunca podría ser como ella, Isaac.

El guardián, mudo, se secó las lágrimas. Alicia le ofreció la mano y le ayudó a incorporarse. Luego se dirigió al pequeño baño que quedaba junto al dormitorio del guardián. Isaac oyó correr el agua.

Al rato apareció el doctor Soldevila, tambaleándose. Isaac le hizo una seña con la mano y el doctor se acercó.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién era ese hombre?

Isaac señaló con la cabeza el nudo de miembros incrustados en el suelo a una veintena de metros.

—Santo Dios… —murmuró el médico—. ¿Y la señorita…?

Alicia emergió del baño envuelta en una toalla. La vieron entrar en la habitación de Isaac. El doctor dirigió al guardián una mirada inquisitiva. Este se encogió de hombros. Soldevila se aproximó hasta la puerta de la habitación y se asomó. Alicia se estaba enfundando algunas de las prendas de Nuria Monfort.

—¿Está usted bien? —preguntó el doctor.

—Perfectamente —replicó Alicia sin apartar los ojos del espejo.

El doctor Soldevila aparcó su asombro, se sentó en una silla y la observó en silencio mientras ella exploraba un antiguo neceser de la hija de Isaac y elegía algunos cosméticos. Se maquilló a conciencia, perfilándose los labios y los ojos con precisión y construyendo una vez más un personaje que encajaba mucho más con el escenario de sus actos que aquel cuerpo desvalido al que se había acostumbrado a administrar cuidados en las últimas semanas. Cuando cruzó la mirada con ella en el

espejo, Alicia le guiñó el ojo.

—En cuanto me haya ido, van a tener ustedes que avisar a Fermín. Díganle que hay que hacer desaparecer el cuerpo. Que vaya a ver de mi parte al taxidermista de la Plaza Real. Él tiene los productos químicos necesarios.

Alicia se incorporó, giró sobre sí misma calibrando su apariencia en el espejo y, tras guardar el arma y el dinero sustraídos al cadáver de Hendaya en un bolso negro, se dirigió hacia la puerta.

—¿Quién es usted? —preguntó el doctor Soldevila al verla pasar.

—El demonio —contestó Alicia.

22

Tan pronto como Fermín vio entrar al buen doctor por la puerta de la librería supo que se había abierto la veda de los espantos. Soldevila evidenciaba signos inequívocos de haber recibido en plena cara un mamporro administrado muy profesionalmente. Daniel y Bea, que estaban tras el mostrador intentando cuadrar las cuentas del mes, se quedaron boquiabiertos y corrieron en su auxilio.

—¿Qué ha pasado, doctor?

El doctor Soldevila dejó escapar un resoplido que sonó a globo ametrallado y bajó la cabeza abatido.

—Daniel, saque la botella de coñac peleón que esconde su señor padre detrás de los libros de texto de Formación del Espíritu Nacional —ordenó Fermín.

Bea acompañó al doctor a una silla y le ayudó a sentarse.

—¿Está usted bien? ¿Quién le ha hecho esto?

—Sí y no lo tengo muy claro —respondió—. Por este orden.

—¿Y Alicia? —preguntó Bea.

—Por ella no me preocuparía, la verdad…

Fermín suspiró.

—¿Ha echado a volar? —quiso saber.

—Envuelta en una nube de azufre —replicó el doctor.

Daniel le tendió un vaso de coñac al que el médico no opuso resistencia. Lo engulló de un trago y dejó que el mejunje obrara su alquimia.

—Otro, por favor.

—¿E Isaac? —preguntó Fermín.

—Se ha quedado meditando.

Fermín se agachó junto al doctor y le buscó la mirada.

—A ver, eminencia, desembuche, a ser posible sin editorializar.

Al término de su relato, el doctor solicitó otra copa a modo de resopón. Bea, Daniel y Fermín, circunspectos, se le unieron. Pasado un prudencial silencio, Daniel abrió el turno de debate.

—¿Adónde habrá ido?

—Imagino que a desfacer el entuerto —replicó Fermín.

—Hablen en cristiano vuesas mercedes, que en la facultad esto de los misterios de la familia Sempere no entraba en el temario —apuntó el doctor.

—Créame que le hago un favor al sugerirle que se vaya a casa, se coloque un solomillo de ternera por boina y deje que nosotros desentrañemos este embolado —aconsejó Fermín.

El doctor asintió.

—¿Tengo que esperar a más pistoleros? —preguntó—. Lo digo para estar

preparado.

—Por el momento creo que no —respondió Fermín—. Pero a lo mejor no estaría de más que se ausentase de la ciudad y se fuera un par de semanitas a un balneario de Mongat en compañía de alguna viuda efusiva a trabajarse la eliminación de la piedra del riñón o cualquier otro corpúsculo que hubiere podido quedársele trabado en las vías urinarias.

—Por una vez, no le diría que no —convino el doctor.

—Daniel, ¿por qué no hace usted el favor de acompañar al doctor a su casa y asegurarse de que llegue entero? —sugirió Fermín.

—¿Por qué yo? —protestó Daniel—. ¿Otra vez se me quiere quitar de en medio?

—Si lo prefiere envío a su hijo Julián, aunque para la misión creo más indicado a alguien que ya haya hecho la Primera Comunión.

Daniel asintió a regañadientes. Fermín advirtió que la mirada de Bea se le clavaba en el cogote, pero prefirió ignorarlo de momento. Antes de despedir al doctor le sirvió una última copa de coñac y, viendo que quedaba un dedo de licor en la botella, apuró el resto a gollete. Libres ya del doctor y de Daniel, Fermín se dejó caer en la silla y se llevó las manos al rostro.

—¿Y todo eso que ha dicho el doctor del taxidermista y de hacer desaparecer un cuerpo? —inquirió Bea.

—Menester escabroso que por desgracia habrá que solucionar —dijo Fermín—. Una de las dos peores cosas de Alicia es que no suele andar desencaminada.

—¿Cuál es la otra?

—Que no perdona. ¿Le dijo a usted algo estos días que permitiese adivinar qué le rondaba la cabeza? Piénselo bien.

Bea dudó, pero negó al fin. Fermín asintió lentamente y se incorporó. Recogió su abrigo del perchero y se preparó para lanzarse a la travesía de una tarde de invierno que no auguraba buenos vientos.

—Más vale entonces que me vaya a ver al taxidermista ese. A ver qué se me ocurre por el camino…

—¿Fermín? —llamó Bea antes de que pudiera llegar a la puerta.

Este se detuvo, pero evitó volverse.

—Hay algo que Alicia no nos contó, ¿verdad?

—Sospecho que hay muchas cosas, doña Bea. Y creo que lo hizo por nuestro bien.

—Pero hay algo que tiene que ver con Daniel. Algo que le puede hacer mucho daño.

Fermín entonces se volvió y sonrió con tristeza.

—Pero para eso estamos usted y yo, ¿cierto?, para evitar que algo así pueda pasar.

Bea le miró fijamente.

—Vaya con mucho cuidado, Fermín.

La mujer le vio partir en el azul de un crepúsculo que amenazaba aguanieve. Se

quedó contemplando el desfilar de la gente que andaba escondida entre bufandas y sayos por la calle Santa Ana. Algo le dijo que el invierno, el de verdad, acababa de desplomarse sobre ellos sin aviso. Y que esta vez dejaría huella.

23

Fernandito yacía tendido en la cama de su dormitorio con la vista perdida en el ventanuco del tragaluz. El cuarto, o cuartucho a decir de todos, compartía pared con el lavadero y siempre le había recordado las escenas de submarinos que veía en sesiones matinales del cine Capitol, pero más lúgubre y menos acogedor. Aun así, aquella tarde, Fernandito, por obra y gracia de una maniobra hormonal que él daba por espiritual y mística, estaba en la gloria. El Amor, con mayúscula y falda entallada, había llamado a su puerta. Técnicamente no había llamado a la puerta, más bien desfilado por delante, pero él creía que el destino, como el dolor de muelas, no le dejaba a uno ir hasta que se encaraba con dos arrestos. Y más en materia de amoríos.

La epifanía que había conseguido exorcizar de una vez por todas el fantasma de la pérfida Alicia y aquellos encantos espectrales que habían embrujado su primera adolescencia había tenido lugar días atrás. Un amor, aunque fallido, lleva a otro. Eso decían los boleros, que no por más endulzados que un rosco de crema dejaban de llevar casi siempre la razón en las ciencias del querer. Su amor fatuo e iluso por la señorita Alicia le había conducido, en aquella estación de sobresaltos y peligros, a dar con la familia Sempere y a obtener un empleo ofrecido por el buen librero. Y de allí al paraíso solo había mediado la oportunidad.

Había sucedido una mañana en que se había personado para emprender sus funciones de repartidor de pedidos en la librería. Una criatura de turbadores encantos y acento resbaladizo correteaba por el establecimiento. Atendía, a tenor de la conversación de los Sempere, al nombre de Sofía, y pudo saber Fernandito tras diversas pesquisas que la susodicha era la sobrina del librero Sempere y prima de Daniel. Al parecer, la madre de Daniel, Isabella, era de ascendencia italiana y Sofía, natural de la ciudad de Nápoles, estaba pasando con los Sempere una temporada mientras estudiaba en la Universidad de Barcelona y perfeccionaba su español. Todo esto, por supuesto, eran tecnicismos.

Un ochenta y cinco por ciento de la masa cerebral de Fernandito, por no hablar de otras vísceras menores, estaba consagrado a la contemplación y adoración de Sofía. La joven debía de rondar los diecinueve años, uno más, uno menos. La naturaleza, con esa infinita crueldad para con los muchachos apocados en edad de merecer, había querido dotarla de un juego de turgencias, trayectorias oblicuas y andares prietos cuya mera contemplación inducía en Fernandito un estado cercano al paro respiratorio. Sus ojos, el perfil de sus labios y aquellos dientes blancos y la lengua rosada que se entreveía cuando sonreía obnubilaban al pobre chico, que podía pasar horas imaginando sus dedos acariciando aquella boca renacentista y descendiendo por la garganta pálida rumbo al valle del paraíso que enfatizaban aquellos suéteres de lana ajustada que gastaba la joven y que evidenciaban que los italianos siempre habían sido maestros de la arquitectura.

Fernandito entornó los ojos y olvidó el ruido de la radio en el comedor de la casa

y los gritos del vecindario para conjurar la imagen de una Sofía tendida lánguidamente en un lecho de rosas, o cualquier otro vegetal con pétalos al uso, que se le ofrecía en su más tierna primavera para que él, con mano firme y experta en todo tipo de cierres, cremalleras y otros misterios del eterno femenino, la deshojase a besos, cuando no a mordiscos, y acabara por tender el rostro en aquel incomparable remanso de perfección que el cielo había tenido a bien ubicar entre el ombligo y la entrepierna de toda mujer. Allí quedó Fernandito en sueños y convencido de que si Dios Nuestro Señor le fulminaba en aquel mismo instante con un rayo destructor por cochino habría valido la pena.

A falta de rayo purificador, sonó el teléfono. Pasos de excavadora se aproximaron por el pasillo y la puerta del camarote se abrió de golpe para desvelar la corpulenta silueta de su padre, que, luciendo camiseta, calzones y bocadillo de chorizo en mano, le anunció:

—Levanta, inútil, que es para ti.

Arrancado de las garras del paraíso, Fernandito se arrastró hasta el final del pasillo. Allí quedaba un escaso recoveco donde yacía el teléfono bajo un Santo Cristo de plástico que su madre había comprado en Montserrat y que, cuando se pulsaba el interruptor, se le encendían los ojos y le confería un brillo sobrenatural que a Fernandito le había costado años de pesadillas. Tan pronto como recogió el auricular, su hermano Fulgencio asomó la cabeza para cotillear y hacer carotas, su gran talento.

—¿Fernandito? —preguntó la voz en la línea.

—Al habla.

—Soy Alicia.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Puedes hablar? —preguntó ella.

Fernandito lanzó una alpargata a la cara de Fulgencio, que se refugió en su cuarto.

—Sí. ¿Está usted bien? ¿Dónde está?

—Escúchame bien, Fernandito. Tengo que ausentarme durante una temporada.

—Qué mal suena eso.

—Necesito que me hagas un favor. Es importante.

—Lo que usted diga.

—¿Tienes todavía los papeles que estaban en aquella caja que te dije que recuperases de mi casa?

—Sí. Están en un lugar seguro.

—Quiero que busques un cuaderno escrito a mano que pone *Isabella* en la portada.

—Ya sé cuál es. No lo he abierto, ¿eh? No vaya a pensar.

—Sé que no lo has hecho. Lo que quiero pedirte es que se lo entregues a Daniel Sempere. Y solo a él. ¿Me has entendido?

—Sí…

—Explícale que yo te he dicho que se lo entregaras. Que le pertenece a él y a

nadie más.

—Sí, señorita Alicia. ¿Dónde está usted?

—No importa.

—¿Está en peligro?

—No te preocupes por mí, Fernandito.

—Claro que me preocupo…

—Gracias por todo.

—Eso suena a despedida.

—Tú y yo sabemos que solo se despiden los cursis.

—Y usted nunca podría ser cursi. Aunque lo intentara.

—Eres un buen amigo, Fernandito. Y un buen hombre. Sofía es una mujer afortunada.

Fernandito se sonrojó al punto de brasa.

—¿Cómo sabe usted…?

—Me alegra que por fin hayas encontrado a alguien que te merezca.

—Nadie será nunca como usted, señorita Alicia.

—¿Harás lo que te he pedido?

—Descuide.

—Te quiero, Fernandito. Quédate con las llaves del piso. Es tu casa. Sé feliz. Y olvídame.

Antes de que él pudiera pronunciar palabra, Alicia ya había colgado. Fernandito tragó saliva y, secándose las lágrimas, colgó a su vez el teléfono.

24

Alicia abandonó la cabina telefónica. El taxi la esperaba a unos metros. El conductor había abierto la ventanilla y estaba saboreando un cigarrillo, pensativo. Al verla aproximarse se dispuso a tirar la colilla.

—¿Nos vamos ya?

—Solo un momento. Acábese el cigarrillo.

—Cierran las puertas en diez minutos… —dijo el taxista.

—En diez minutos estamos fuera —replicó Alicia.

Se encaminó colina arriba y encaró el gran bosque de mausoleos, cruces, ángeles y gárgolas que cubría la ladera de la montaña. El crepúsculo había arrastrado un sudario de nubes rojas sobre el cementerio de Montjuic. Una cortina de aguanieve se mecía en la brisa y tendía un velo de motas de cristal a su paso. Alicia se adentró por un sendero y ascendió una escalinata de piedra que conducía a una balaustrada poblada por tumbas y esculturas de figuras espectrales. Allí, recortándose contra la lámina de luz del Mediterráneo, se levantaba una lápida levemente inclinada a un lado.

ISABELLA SEMPERE
1917-1939

Alicia se arrodilló frente a la tumba y posó la mano sobre la lápida. Rememoró el rostro que había visto en las fotos en casa del señor Sempere y el retrato que el abogado Brians había conservado de su antigua clienta y, con toda probabilidad, su amor inconfesable. Recordó las palabras que había leído en el cuaderno y supo que, aunque no la había conocido, nunca se había sentido tan cerca de nadie como de aquella mujer cuyos restos yacían a sus pies.

—Quizá lo mejor sería que Daniel nunca supiera la verdad, que nunca pudiera encontrar a Valls ni la venganza que ansía. Pero yo no puedo decidir por él —dijo—. Perdóname.

Alicia abrió entonces el abrigo que había tomado prestado del viejo guardián y extrajo del bolsillo la figura tallada que él le había regalado. Examinó el pequeño ángel de alas desplegadas que Isaac había comprado para su hija en un mercadillo de figuras de Navidad tantos años atrás y en cuyo interior ella había ocultado mensajes y secretos para su padre. Destapó la cavidad y contempló la nota que había escrito en un pedazo de papel de camino al cementerio.

Mauricio Valls

El Pinar
Calle Manuel Arnús
Barcelona

Enrolló la nota y la introdujo en el interior del hueco. Cerró la tapa y colocó la figura del ángel al pie de la lápida, entre los jarrones de flores secas.

—Que decida el destino —murmuró.

Cuando regresó al taxi, el conductor la esperaba apoyado contra el coche. Le abrió la puerta y regresó al volante. La observó por el retrovisor. Alicia parecía perdida en sí misma. La vio abrir el bolso y sacar un frasco de píldoras blancas. Se tragó un puñado y las masticó. El conductor le tendió una cantimplora que llevaba en el asiento del pasajero. Alicia bebió. Finalmente alzó la mirada.

—Usted dirá —dijo el taxista.

Ella le mostró un fajo de billetes.

—Ahí hay al menos cuatrocientos duros —aventuró él.

—Seiscientos —precisó Alicia—. Son suyos si llegamos a Madrid antes del amanecer.

25

Fernandito se detuvo al otro lado de la calle y contempló a Daniel a través del escaparate de la librería. Había empezado a nevar al salir de su casa y las calles estaban ya casi desiertas. Observó a Daniel durante unos minutos, esperando para asegurarse de que estaba solo en la librería. Cuando este se acercó a la puerta para colgar el cartel de cerrado, Fernandito emergió de la sombra y se plantó frente a él con una sonrisa congelada en el rostro. Daniel le miró sorprendido y abrió la puerta.

—¿Fernandito? Si buscas a Sofía, esta noche se quedaba en casa de una amiga en Sarriá porque tenían que terminar un trabajo o…

—No. Le buscaba a usted.

—¿A mí?

El chico asintió.

—Pasa.

—¿Está usted solo?

Daniel le observó con extrañeza. Fernandito entró en la librería y aguardó a que Sempere hubiera cerrado la puerta.

—Tú dirás.

—Traigo una cosa de parte de la señorita Alicia.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Qué es?

Fernandito dudó un instante y luego extrajo lo que parecía un cuaderno escolar del interior de su chaqueta. Se lo tendió. Daniel lo aceptó, sonriendo ante la aparente ingenuidad de toda aquella aura de misterio. Tan pronto como leyó la palabra en la cubierta del cuaderno su sonrisa se desvaneció.

—Bueno… —dijo Fernandito—. Le dejo. Buenas noches, don Daniel.

Daniel asintió sin levantar la mirada del cuaderno. Una vez que Fernandito hubo abandonado la librería, apagó las luces y se refugió en la trastienda. Se sentó al viejo escritorio que ya había sido de su abuelo, encendió el flexo y cerró los ojos unos segundos. Sintió cómo el pulso se le aceleraba y le temblaban las manos.

Las campanadas de la catedral repiqueteaban a lo lejos cuando abrió el cuaderno y empezó a leer.

EL CUADERNO DE ISABELLA

1939

Mi nombre es Isabella Gispert y nací en Barcelona en el año 1917. Tengo veintidós años y sé que nunca cumpliré los veintitrés. Escribo estas líneas en la certeza de que apenas me quedan unos días de vida y que pronto abandonaré a quienes más debo en este mundo: mi hijo Daniel y mi esposo Juan Sempere, el hombre más bondadoso que he conocido, quien me ha brindado una confianza, amor y devoción que moriré sin haber merecido. Escribo para mí misma, llevándome secretos que no me pertenecen y sabiendo que nunca nadie leerá estas páginas. Escribo para rememorar y aferrarme a la vida. Mi única ambición es poder recordar y comprender quién fui y por qué hice lo que hice mientras aún tenga la capacidad de hacerlo y antes de que la consciencia que ya siento debilitarse me abandone. Escribo aunque me duela porque la pérdida y el dolor son lo único que me mantiene ya viva y me da miedo morir. Escribo para contarles a estas páginas lo que no puedo contar a quienes más quiero a riesgo de herirlos y poner su vida en peligro. Escribo porque mientras sea capaz de recordar estaré con ellos un minuto más…

1

La imagen de mi cuerpo deshaciéndose en el espejo de este dormitorio me hace difícil poder creerlo, pero una vez, mucho tiempo atrás, fui una niña. Mi familia tenía una tienda de ultramarinos junto a la iglesia de Santa María del Mar. Vivíamos en una finca que había detrás de la tienda. Allí teníamos un patio desde el cual se veía la cresta de la basílica. De niña me gustaba imaginar que era un castillo encantado que salía de paseo todas las noches por Barcelona y regresaba al amanecer a dormir al sol. La familia de mi padre, los Gispert, provenía de una larga dinastía de comerciantes barceloneses y la de mi madre, los Ferratini, de un linaje de marinos y pescadores napolitanos. Yo heredé el carácter de mi abuela materna, una mujer de temperamento un tanto volcánico a la que apodaban la Vesubia. Éramos tres hermanas, aunque mi padre aseguraba que tenía dos hijas y una mula. Quise mucho a mi padre, pese a lo infeliz que le hice. Era un hombre bueno que se manejaba mejor con los ultramarinos que con las niñas. El cura confesor de la familia solía decir que todos venimos al mundo con un propósito y que el mío era llevar la contraria. Mis dos hermanas mayores eran más dóciles. Tenían claro que su objetivo era conseguir un buen matrimonio y progresar en el mundo según los dictados de la etiqueta social. Yo, para desgracia de mis pobres padres, me declaré en rebeldía a los ocho años y anuncié que no me casaría nunca, que no me pondría un delantal ni ante un pelotón de fusilamiento y que quería ser escritora o submarinista (Julio Verne me tuvo confundida un tiempo a este respecto). Mi padre les echaba la culpa a las hermanas Brontë, a las que yo siempre invocaba con veneración. Él pensaba que se trataba de un hatajo de monjas libertarias atrincheradas junto al portal de Santa Madrona que habían perdido la razón durante los disturbios de la Semana Trágica y ahora fumaban opiáceos y bailaban agarrado entre ellas pasada la medianoche. «Esto no habría ocurrido nunca si la hubiéramos llevado a las Teresianas», se lamentaba. Confieso que nunca supe ser la hija que hubieran deseado mis padres, ni la jovencita que esperaba el mundo en que nací. O mejor debería decir que no quise. Siempre le llevé la contraria a todo el mundo, a mis padres, a mis maestros y, cuando todos se cansaron ya de batallar conmigo, a mí misma.

No me gustaba jugar con las otras niñas: mi especialidad era decapitar muñecas con un tirachinas. Prefería jugar con los niños, que se dejaban mandar con facilidad, aunque tarde o temprano descubrían que yo los ganaba siempre y tuve que empezar a apañármelas sola. Creo que me acostumbré entonces a aquella sensación de estar en todo momento lejos y aparte de los demás. En eso me parecía a mi madre, que solía decir que en el fondo siempre estábamos todos solos, sobre todo la que nacía mujer. Mi madre era una persona melancólica con la que nunca me llevé bien, tal vez porque era la única que me entendía un poco de la familia. Murió cuando yo era una niña. Mi padre volvió a casarse con una viuda de Valladolid a la que nunca le caí bien y que, cuando estábamos las dos a solas, me llamaba «zorrita».

No me di cuenta de lo mucho que echaba de menos a mi madre hasta después de que muriera. Quizá por eso empecé a visitar la biblioteca de la universidad, para la que mi madre me había conseguido un carnet antes de morir sin decírselo a mi padre, quien estimaba que solo me correspondía estudiar el catecismo y leer vidas de santos. Mi madre adoptiva detestaba los libros. Le ofendía su presencia y los escondía en el fondo de los armarios para que no enturbiasen la decoración de la casa.

En la biblioteca fue donde cambió mi vida. El catecismo no lo rocé ni por casualidad y la única vida santa que leí con fruición fue la de santa Teresa, intrigadísima con aquellos éxtasis misteriosos que yo asociaba con prácticas inconfesables que no me atrevo ni a contarles a estas páginas. En la biblioteca leí todo lo que me dejaron leer y sobre todo lo que algunos me decían que no debía leer. Doña Lorena, una bibliotecaria sabia que rondaba por allí por las tardes, siempre me preparaba una pila de libros que denominaba «las lecturas que toda señorita debe leer y que nadie quiere que lea». Doña Lorena decía que el nivel de barbarie de una sociedad se mide por la distancia que intenta poner entre las mujeres y los libros. «Nada asusta más a un cafre que una mujer que sabe leer, escribir, pensar y encima enseña las rodillas». Durante la guerra la metieron en la cárcel de mujeres y dijeron que se había ahorcado en su celda.

Supe desde el principio que quería vivir entre libros y empecé a soñar con que algún día mis propias historias pudieran acabar en uno de aquellos tomos que tanto veneraba. Los libros me enseñaron a pensar, a sentir y a vivir mil vidas. No me avergüenza reconocer que, tal y como había predicho doña Lorena, llegó un día en que también comenzaron a gustarme los chicos. Demasiado. A estas páginas se lo puedo contar y reírme del tembleque de piernas que me daba cuando veía pasar a algunos de los mozos que trabajaban descargando cajas en el Borne y me miraban con una sonrisa hambrienta, sus torsos cubiertos de sudor y la piel bronceada que yo imaginaba que debía de saber a sal. «Lo que yo te daría, guapa», me dijo uno una vez antes de que mi padre me encerrase en casa durante una semana, semana que dediqué a fantasear con lo que me quería dar aquel bravo y a sentirme un poco como santa Teresa.

A decir verdad, los chicos de mi edad no me interesaban demasiado, y además me tenían un poco de miedo porque les había ganado a todo menos a sus concursos de a ver quién llegaba más lejos orinando al viento. A mí, como a casi todas las chicas de mi edad, lo admitieran o no, me gustaban los chicos mayores, y sobre todo los que encajaban en la categoría definida por todas las madres del mundo como «los que no te convienen». Yo no sabía arreglarme ni sacarme partido, al menos al principio, pero pronto aprendí a reconocer cuándo les hacía gracia. La mayoría de los chicos resultaron ser todo lo contrario de los libros: eran simples y se les podía leer al instante. Supongo que nunca fui lo que se dice una buena chica. No voy a mentirme a mí misma. ¿Quién quiere ser una buena chica por voluntad propia? Yo no.

Arrinconaba a los chicos que me gustaban en un portal y los conminaba a que me besaran. Como muchos se morían de miedo o no sabían ni por dónde empezar, los besaba yo. Mis andanzas llegaron a oídos del párroco del barrio, que estimó preciso realizar un exorcismo de inmediato ante mis claros signos de posesión. Mi madre adoptiva sufrió una crisis nerviosa fruto de la vergüenza que le había hecho pasar que le duró un mes. Tras aquel episodio declaró que yo iba por lo menos para cabaretera o directa «al arroyo», su expresión favorita. «Y luego no te querrá nadie, zorrita». Mi padre, que no sabía ya qué hacer conmigo, inició los trámites para meterme en un internado religioso muy severo, pero mi reputación me precedió y en cuanto supieron que se trataba de mí, se negaron a admitirme por temor a que contaminase a las otras internas. Escribo todo esto sin rubor porque creo que si de algo pequé en mi adolescencia fue simplemente de demasiado inocente. Rompí algún corazón, pero nunca con malicia, y para entonces seguía creyendo que jamás nadie me lo rompería a mí.

Mi madrastra, que se había declarado muy devota de la Virgen de Lourdes, no perdía la esperanza y le rezaba sin pausa para que algún día yo sentase la cabeza, o para que me atropellase un tranvía y me quitase de en medio de una vez. Mi salvación, a sugerencia del párroco, pasaba por canalizar mis turbios instintos por vía católica y apostólica. Se ideó un plan urgente para comprometerme a las buenas o a las malas con el hijo de unos pasteleros que había al pie de la calle Flassaders, Vicentet, que a ojos de mis padres era un buen partido. Vicentet tenía el alma blanda como el azúcar en polvo y era tierno y mullido como las magdalenas que hacía su madre. Yo me lo habría comido en media mañana y el pobre lo sabía, pero a nuestras respectivas familias les parecía que aquella unión constituiría un modo de matar dos pájaros de un tiro. Colocar al nen *y encarrilar a la zorrita de Isabella.*

Vicentet, bendito sea entre todos los confiteros, me adoraba. Me consideraba lo más bello y puro del universo, pobrecito, y me miraba al pasar con cara de cordero degollado soñando con nuestro banquete nupcial en Las Siete Puertas y un viaje de novios a bordo de las Golondrinas hasta el final del espigón del puerto. Yo, por supuesto, le hice tan infeliz como pude. Para desgracia de todos los Vicentets del mundo, que no son pocos, el corazón de una chica es como un puesto de petardos al sol de verano. Pobre Vicentet, lo que llegó a sufrir por mi culpa. Me dijeron que se casó por fin con una prima segunda de Ripoll que iba para novicia y que se habría casado con la estatua del soldado desconocido si eso la hubiera salvado del convento. Juntos siguen trayendo al mundo criaturas y magdalenas. De la que se libró.

Yo, como era previsible, seguí en mis trece y acabé haciendo lo que mi padre siempre había temido aún más que a la posibilidad de que la abuela Vesubia se mudara a vivir con ellos. Su peor pesadilla era que, habiendo los libros envenenado mi cerebro

calenturiento, me enamorase de la peor clase de criatura que existe en el universo, el ser más pérfido, cruel y malévolo que ha pisado la tierra y cuyo principal propósito en la vida, amén de satisfacer su infinita vanidad, es hacer infelices a los pobres que cometen el craso error de quererle: un escritor. Y, ya puestos, no un poeta, variedad que mi padre pensaba que era más o menos lo que él llamaba un inofensivo somiatruites *al que se le podía persuadir para que se buscase un empleo honrado en un colmado de legumbres y dejara los versos para las tardes de domingo al volver de misa, no, sino la peor variedad de la especie: un novelista. Esos no tenían arreglo y ya no los querían ni en el infierno.*

El único escritor de carne y hueso que existía en mi mundo era un individuo un tanto extravagante, por decir algo amable, que corría por el barrio. Mis pesquisas revelaron que vivía en un caserón a pocos metros de la pastelería de la familia de Vicentet en la calle Flassaders, un lugar con mala fama porque, según rumoreaban las viejas, los registradores de la propiedad y un sereno muy cotilla que se llamaba Soponcio y se sabía todos los chismes del barrio, estaba embrujado y su ocupante estaba un poco tocado del ala. Se llamaba David Martín.

Yo no le había visto nunca porque se suponía que solo salía de noche y frecuentaba ambientes y lugares no aptos para señoritas ni gente decente. Yo no me consideraba ni una cosa ni la otra, así que urdí un plan para que nuestros destinos colisionasen como dos trenes sin control. David Martín, único novelista vivo en un radio de cinco calles de mi casa, no lo sabía todavía pero muy pronto su vida iba a cambiar. A mejor. El cielo o el infierno le iban a enviar justo lo que necesitaba para enderezar su existencia disoluta: una aprendiza, la gran Isabella.

2

El relato de cómo llegué a ser la aprendiza oficial de David Martín es largo y prolijo. Conociéndole, no me extrañaría que el propio David hubiera dejado un recuento de su puño y letra en algún sitio en el que, a buen seguro, mi personaje no será precisamente el de heroína. El caso es que, pese a su férrea resistencia, conseguí colarme en su casa, en su extraña vida y en su conciencia, que era una casa embrujada en sí misma. Tal vez fue el destino, tal vez fue el hecho de que, en el fondo, David Martín era un espíritu atormentado que, sin saberlo, me necesitaba a mí mucho más que yo a él. «Almas perdidas que se encuentran a medianoche», escribí yo por entonces en un amago de poema melodramático en prácticas que mi nuevo mentor declaró de alto riesgo para diabéticos. Él era así.

Muchas veces he pensado que David Martín fue el primer amigo de verdad que tuve en esta vida después de doña Lorena. Casi me doblaba la edad y a veces me parecía que había vivido cien vidas antes de conocerme, pero, aun cuando rehuía mi compañía o nos peleábamos por cualquier tontería, me sentía tan próxima a él que incluso a mi pesar comprendía que, como él bromeaba en alguna ocasión, el «infierno los cría y ellos se conjuran». Igual que muchas personas de buena pasta, David gustaba de esconderse en un caparazón cínico y arisco aunque, pese a las muchas pullas que me lanzaba (no más de las que yo le lanzaba a él, para ser justos) y por mucho que intentara disimularlo, siempre tuvo conmigo paciencia y mostró generosidad.

David Martín me enseñó muchas cosas: a crear una frase, a pensar en el lenguaje y todos sus artificios como en una orquesta dispuesta frente a una página en blanco, a analizar un texto y entender cómo está construido y por qué… Me enseñó de nuevo a leer y a escribir, pero esta vez sabiendo lo que hacía, por qué y para qué. Y sobre todo cómo. No se cansaba de decirme que en literatura solo existía un tema de verdad: no lo que se narraba, sino el cómo se narraba. Lo demás, decía, era artesonado. También me explicó que la de escritor era una profesión que se tenía que aprender pero que era imposible enseñar. «El que no entiende ese principio más vale que se dedique a otra cosa, que en este mundo hay mucho que hacer». Él opinaba que yo tenía menos futuro como escritora que España como nación razonable, pero él era un pesimista nato, o lo que él llamaba un «realista informado», así que, fiel a mí misma, le llevé la contraria.

Con él aprendí a aceptarme tal y como era, a pensar por mi cuenta e incluso a quererme un poco. En aquel tiempo que pasé viviendo en su caserón encantado nos hicimos amigos, buenos amigos. David Martín era un hombre solitario que quemaba sus puentes con el mundo sin darse cuenta, o quizá lo hacía de forma deliberada porque pensaba que casi nada bueno podía cruzarlos. La suya era un alma rota, una

pieza quebrada que llevaba así desde la niñez y que nunca pudo llegar a recomponer. Empecé fingiendo detestarle, luego disimulando que le admiraba y al final me esforcé para que no se percatara de que le tenía lástima, algo que a él le enfurecía. Cuanto más intentaba alejarme David, y nunca dejó de intentarlo, más cerca de él me sentía. Entonces dejé de llevarle la contraria en todo y solo quería protegerle. La ironía de nuestra amistad es que yo llegué a su vida como aprendiza y como estorbo, pero en el fondo es como si él siempre me hubiera estado esperando. Para salvarle, tal vez, de sí mismo o de todo aquello que llevaba atrapado dentro y le devoraba en vida.

Uno solo se enamora de verdad cuando no se da cuenta de que lo está haciendo. Y yo me enamoré de aquel hombre roto y profundamente infeliz mucho antes de comenzar a sospechar ni siquiera que me gustaba. Él, que siempre me leyó como a un libro abierto, temía por mí. Fue idea suya que trabajara en la librería Sempere e hijos, de la que él era cliente de toda la vida. Y fue idea suya convencer a Juan, que acabaría siendo mi esposo y que por entonces era Sempere «hijo», de que me cortejase. Juan era en aquellos días tan tímido como David podía ser descarado. En cierto modo eran como la noche y el día, y nunca mejor dicho, porque en el corazón de David siempre era de noche.

Por entonces yo ya había empezado a comprender que nunca iba a ser escritora, ni siquiera submarinista, y que las hermanas Brontë tendrían que esperar a otra candidata más afín para sucederlas. También había empezado a comprender que David Martín estaba enfermo. Un abismo se había abierto en su interior y, después de toda una existencia luchando por mantener la cordura, cuando yo llegué a su vida David ya había perdido la batalla consigo mismo y estaba perdiendo la razón como si fuese arena que intentara sujetar entre las manos. Si hubiera escuchado al sentido común habría echado a correr, pero para entonces ya le había pillado el gusto a llevarme la contraria a mí misma.

Con el tiempo se dijeron muchas cosas acerca de David Martín y se le atribuyeron crímenes terribles. Yo, que creo que le conocí mejor que nadie, tengo el convencimiento de que los únicos crímenes que cometió fueron contra sí mismo. Por ese motivo le ayudé a huir de Barcelona, después de que la policía le hubiera acusado de asesinar a su protector Pedro Vidal y a su esposa Cristina, de la que creía estar enamorado de esa manera tonta y fatal en que algunos hombres imaginan haberse enamorado de mujeres que no saben distinguir de un espejismo. Y por eso recé para que no regresara nunca a esta ciudad y para que encontrase la paz en algún lugar lejano y yo pudiera olvidarle, o convencerme con el tiempo de que lo había hecho. Dios solo escucha cuando uno suplica lo que no necesita.

Pasé los cuatro años siguientes intentando olvidarme de David Martín y pensando que casi lo había conseguido. Abandonados mis sueños de escribir, había

hecho realidad el de vivir entre libros y palabras. Trabajaba en la librería Sempere e hijos, donde Juan, al fallecer el abuelo, había pasado a ser «el señor Sempere». El nuestro fue un noviazgo de los de antes de la guerra, con un cortejo modesto, roces en las mejillas, paseos los domingos por la tarde y besos robados bajo las carpas de las fiestas de Gracia cuando no había familiares al acecho. No había tembleques en las rodillas, pero tampoco hacía falta. No se puede vivir toda la vida como si se tuviesen aún catorce años.

Juan no tardó en proponerme matrimonio. Mi padre aceptó su propuesta en tres minutos, rendido de gratitud a santa Rita, patrona de los imposibles, al vislumbrar la improbable estampa de su hija vestida de blanco inclinándose ante un cura y obedeciendo. Barcelona, ciudad de milagros. Cuando le dije que sí lo hice convencida de que aquel era el mejor hombre que iba a conocer, que no le merecía y que había aprendido a quererle no solo con el corazón, sino también con la cabeza. El mío no fue el sí de una jovencita. Qué sabia me sentí. Mi madre hubiera estado orgullosa. Todos aquellos libros habían servido de algo. Acepté su mano segura de que lo que más deseaba en el mundo era hacerle feliz y formar una familia con él. Y, durante un tiempo, llegué a creer que así sería. Seguía siendo una ingenua.

3

Las esperanzas las guardan las personas, pero el destino lo reparte el diablo. La boda iba a celebrarse en la capilla de Santa Ana, en la plazoleta que quedaba justo detrás de la librería. Las invitaciones estaban enviadas, el convite contratado, las flores compradas y el coche que debía llevar a la novia a la puerta de la iglesia reservado. Yo me decía todos los días que me sentía ilusionada y que por fin iba a ser feliz. Recuerdo un viernes de marzo, un mes exacto antes de la ceremonia, en que me había quedado sola en la librería porque Juan había ido a Tiana a entregar un pedido a un cliente importante. Oí la campanilla de la puerta y al levantar la vista le vi. Apenas había cambiado.

David Martín era uno de esos hombres que no envejecen, o que solo lo hacen por dentro. Cualquiera hubiera bromeado con que debía de haber hecho un pacto con el diablo. Cualquiera menos yo, que sabía que en la fantasmagoría de su alma él estaba convencido de que así era, aunque su diablo particular fuera un personaje imaginario que vivía en la trastienda de su cerebro con el nombre de Andreas Corelli, editor parisino y personaje tan siniestro que parecía salido de su propia pluma. En su cabeza, David estaba seguro de que Corelli le había contratado para escribir un libro maldito, texto fundacional de una nueva religión de fanatismo, ira y destrucción que habría de prender fuego al mundo por siempre jamás. David llevaba a cuestas aquel y otros delirios, y creía a pies juntillas que su diablillo literario le estaba dando caza porque él, genio y figura, no había tenido mejor ocurrencia que traicionarle, romper su acuerdo y destruir el Malleus Maleficarum *de turno en el último momento, quizá porque la bondad luminosa de su insoportable aprendiza le había hecho ver la luz y el error de sus designios. Y para eso estaba yo, la gran Isabella, que por no creer no creía ni en los billetes de lotería y había pensado que el perfume de mi encanto juvenil y el dejar de respirar durante una temporada el aire viciado de Barcelona (donde además lo buscaba la policía) iba a ser suficiente para curarle de sus locuras. Tan pronto como le miré a los ojos supe que cuatro años vagando por sabe Dios qué mundos no le habían curado un ápice. En cuanto me sonrió y me dijo que me había echado de menos se me rompió el alma, me puse a llorar y maldije mi suerte. A la que me rozó la mejilla comprendí que continuaba enamorada de mi Dorian Gray particular, mi loco preferido y el único hombre que siempre deseé que hiciese conmigo lo que quisiera.*

No recuerdo las palabras que intercambiamos. Aquel momento aún está borroso en mi memoria. Creo que todo cuanto había construido en mi imaginación durante aquellos años de su ausencia se me cayó encima en cinco segundos y cuando atiné a salir de los cascotes no fui capaz más que de pergeñar una nota dirigida a Juan que dejé junto a la caja registradora diciendo,

Tengo que irme. Perdóname, amor mío.

Isabella.

Sabía que la policía le seguía buscando porque no había mes en que no apareciese por la librería algún miembro del Cuerpo para preguntar si habíamos tenido noticias del fugitivo. Abandoné la librería con David del brazo y me lo llevé a rastras hasta la Estación del Norte. Él parecía encantado de haber regresado a Barcelona y lo miraba todo con la nostalgia de un moribundo y la inocencia de un niño. Yo estaba muerta de miedo y solo pensaba en dónde esconderle. Le pregunté si había algún sitio donde nadie pudiera encontrarlo y donde a nadie se le ocurriera buscarle.

«El Saló de Cent del ayuntamiento», dijo.

«Hablo en serio, David».

Siempre fui mujer de grandes ocurrencias, y aquel día tuve una de las más sonadas. David me había contado en una ocasión que su antiguo mentor y amigo, don Pedro Vidal, disponía de una casa junto al mar en un rincón remoto de la Costa Brava llamado S'Agaró. La casa le había servido en su día a modo de esa institución de la burguesía catalana, el picadero, o lugar al que llevarse a señoritas, a meretrices y a otras candidatas al amor breve para desfogar el brío propio de los caballeros de buena cuna sin mancillar el inmaculado vínculo matrimonial.

Vidal, que disponía de varios locales al uso dentro de la comodidad de la ciudad de Barcelona, siempre le había ofrecido a David su guarida frente al mar para lo que quisiera, porque él y sus primos solo la utilizaban en verano, e incluso entonces solo durante un par de semanas. La llave estaba siempre oculta tras una piedra en un relieve junto a la entrada. Con el dinero que había sacado de la caja registradora de la librería compré dos billetes hasta Gerona y de allí otros dos hasta San Feliu de Guíxols, localidad que quedaba a dos kilómetros de la bahía de San Pol en la que se encontraba el enclave de S'Agaró. David no opuso resistencia alguna. Por el camino se apoyó en mi hombro y se durmió.

«Hace años que no duermo», dijo.

Llegamos al anochecer, con lo puesto. Una vez allí, aprovechando el manto de la noche, preferí no tomar un carromato frente a la estación e hicimos el camino a pie hasta la villa. La llave seguía allí. La casa llevaba años cerrada. Abrí todas las ventanas de par en par y las dejé así hasta que amaneció sobre el mar al pie del acantilado. David había dormido como un niño toda la noche y cuando el sol le rozó la cara abrió los ojos, se incorporó y se me acercó. Me abrazó con fuerza y cuando le pregunté por qué había vuelto me contestó que había comprendido que me quería.

«No tienes derecho a quererme», le dije.

Tras años de inactividad me salió la Vesubia que siempre había llevado dentro y empecé a gritarle y a sacar toda la rabia, toda la tristeza y todo el anhelo con que

me había dejado. Le aseguré que conocerle era lo peor que me había pasado en la vida, que le odiaba, que no quería volver a verle nunca más y que deseaba que se quedase en aquella casa y se pudriera allí para siempre. David asintió y bajó la mirada. Supongo que fue entonces cuando le besé, porque siempre era yo la que tenía que besar primero, y pulvericé en un segundo el resto de mi vida. El cura de mi infancia se había equivocado. No había venido al mundo a llevar la contraria, sino a cometer errores. Y aquella mañana, en sus brazos, cometí el mayor de cuantos podría haber cometido.

4

Uno no se da cuenta del vacío en el que ha dejado pasar el tiempo hasta que vive de verdad. A veces la vida, no los días quemados, es solo un instante, un día, una semana o un mes. Uno sabe que está vivo porque duele, porque de repente todo importa y porque cuando ese breve momento se acaba, el resto de su existencia se transforma en un recuerdo al que intenta regresar en vano mientras le queda aliento en el cuerpo. Para mí ese momento fueron las semanas que viví en aquel caserón frente al mar en compañía de David. Debería decir en compañía de David y de las sombras que él llevaba dentro y que convivían con nosotros, pero entonces tanto me daba. Le habría acompañado al infierno si me lo hubiera pedido. Y supongo que, a mi manera, acabé haciéndolo.

Al pie del acantilado había una cabaña con un par de botes de remos y un muelle de madera que se adentraba en el mar. Casi todas las mañanas, al amanecer, David se sentaba en el extremo para ver salir el sol. A veces me unía a él y nos bañábamos en la cala que formaba el acantilado. Era el mes de marzo y el agua aún estaba fría, pero al rato corríamos de vuelta a la casa y nos sentábamos frente al fuego de la chimenea. Luego dábamos largos paseos por el camino que bordeaba los acantilados y conducía hasta una playa desierta que los lugareños llamaban Sa Conca. En la arboleda de detrás de la playa había un poblado gitano en el que David compraba víveres. De vuelta en casa, él cocinaba y después cenábamos al atardecer mientras escuchábamos algunos de los discos viejos que Vidal había dejado. Muchas noches, cuando se ponía el sol, el viento de tramuntana se levantaba con fuerza, soplaba entre los árboles y golpeaba los postigos. Entonces teníamos que cerrar las ventanas y encender velas por toda la casa. Luego yo tendía unas mantas frente a las brasas del fuego y cogía a David de la mano, porque aunque me doblaba la edad y había vivido lo que yo no podía empezar a imaginar, conmigo se mostraba tímido y era yo quien tenía que guiar sus manos para que me desnudase despacio, como a mí me gustaba. Supongo que debería avergonzarme de escribir estas palabras y conjurar esos recuerdos, pero no me quedan pudor ni vergüenza que ofrecerle al mundo. El recuerdo de aquellas noches, de sus manos y sus labios explorando mi piel y de la felicidad y el placer que viví entre aquellas cuatro paredes es, junto con el nacimiento de Daniel y los años que le he tenido a mi lado y le he visto crecer, lo más hermoso que me llevo.

Sé ahora que el verdadero propósito de mi vida, el que nadie pudo prever, ni siquiera yo, fue el de concebir a mi hijo Daniel durante aquellas semanas que pasé con David. Y sé que el mundo me juzgaría y me condenaría a gusto por haber querido a aquel hombre, por haber concebido un hijo en pecado y a escondidas, y por mentir. El castigo, justo o no, no se hizo esperar. En esta vida nadie es feliz de balde, ni aunque sea por un instante.

Una mañana, mientras David bajaba al muelle, me vestí y me acerqué a un lugar llamado La Taberna del Mar que quedaba al pie de la bahía de San Pol. Desde allí llamé a Juan. Hacía dos semanas y media que había desaparecido.

«¿Dónde estás? ¿Estás bien, a salvo?», me preguntó.

«Sí».

«¿Vas a volver?».

«No lo sé. No sé nada, Juan».

«Yo te quiero mucho, Isabella. Y siempre te querré. Vuelvas o no».

«¿No me preguntas si te quiero yo a ti?».

«No tienes que darme explicaciones de nada si no te apetece. Yo te esperaré. Siempre».

Aquellas palabras se me clavaron como un puñal y cuando regresé a casa todavía estaba llorando. David, que me esperaba en la puerta del caserón, me abrazó.

«No puedo seguir aquí contigo, David».

«Ya lo sé».

Dos días después, uno de los gitanos de la playa se acercó para avisarnos de que la Guardia Civil había preguntado por un hombre y una chica a los que se había visto por la zona. Tenían un retrato de David, al que dijeron buscar por asesinato. Aquella fue la última noche que pasamos juntos. Al día siguiente, cuando me desperté entre las mantas frente al fuego, David se había ido. Había dejado una nota en la que me decía que regresara a Barcelona, que me casara con Juan Sempere y que fuese feliz por los dos. La noche anterior le había confesado que Juan me había pedido en matrimonio y yo había aceptado. Todavía hoy no sé por qué le conté aquello. Si quería alejarle o quería que él me rogase que nos escapáramos juntos en su descenso a los infiernos. Él decidió por mí. Cuando le había dicho que no tenía derecho a quererme me había creído.

Supe que no tenía sentido esperarle. Que no iba a retornar ni aquella tarde ni al día siguiente. Limpié la casa, cubrí de nuevo los muebles con sábanas y cerré todas las ventanas. Dejé la llave tras la piedra en el muro y me encaminé hacia la estación del tren.

Supe que llevaba a su hijo en las entrañas tan pronto como abordé el tren en San Feliu. Juan, al que había llamado desde la estación antes de salir, acudió a recogerme. Me abrazó y no quiso preguntarme dónde había estado. Yo no me atrevía ni a mirarle a los ojos.

«No merezco que me quieras», le confesé.

«No digas tonterías».

Fui cobarde y tuve miedo. Por mí. Por el hijo que sabía que llevaba dentro de mí. Una semana después, contraje matrimonio con Juan Sempere en la capilla de Santa Ana, el día previsto. La noche de bodas la pasamos en la fonda España. A la mañana

siguiente, cuando me desperté, oí a Juan llorando en el baño. Qué hermosa sería la vida si fuésemos capaces de querer a quien lo merece.

Daniel Sempere Gispert, mi hijo, nació nueve meses después.

5

Nunca entendí bien por qué David decidió regresar a Barcelona durante los últimos días de la guerra. La mañana que desapareció del caserón de S'Agaró creí que nunca más volvería a verle. Cuando nació Daniel dejé atrás a la muchacha que había sido y el recuerdo del tiempo que habíamos pasado juntos. He vivido estos años sin más horizonte que cuidar de Daniel, ser para él la madre que debía ser y protegerle de un mundo que he aprendido a ver con los ojos con los que lo veía David. Un mundo de tinieblas, de rencor y envidia, de mezquindad y odio. Un mundo en el que todo es falso y todos mienten. Un mundo que no merecería sobrevivir pero al que ha llegado mi hijo y del que debo protegerle. Nunca quise que David conociera la existencia de Daniel. El día en que nació mi hijo me juré que jamás sabría quién había sido su padre, porque su padre de verdad, el hombre que le entregó la vida y que lo crio a mi lado, Juan Sempere, era el mejor padre que nunca podría tener. Lo hice convencida de que si algún día Daniel averiguaba, o sospechaba, la verdad, no me lo perdonaría nunca. Y aun así lo volvería a hacer. David Martín nunca debió retornar a Barcelona. En el fondo de mi alma creo que si lo hizo fue porque, de algún modo, intuía la verdad. Tal vez ese fue el verdadero castigo que el diablo que llevaba en el alma le había reservado. Tan pronto como cruzó la frontera, nos condenó a ambos.

Fue detenido hace unos meses al cruzar el Pirineo, y trasladado a Barcelona, donde se reabrió el sumario de los cargos que tenía pendientes. Se le añadió el de subversión, traición a la patria y a saber qué otras majaderías, y se le encerró en la Modelo junto con otros miles de presos. En estos días se asesina y se encarcela a escala industrial en las grandes ciudades de España, y más en Barcelona. Se ha levantado la veda de la venganza y la revancha, el aniquilar al adversario, esa gran vocación nacional. Como era de esperar, los nuevos y flamantes cruzados del régimen salen de debajo de las piedras y corren a tomar posiciones en el nuevo orden de las cosas para escalar en la nueva sociedad. Muchos de ellos han atravesado las líneas y cambiado de bando una o varias veces por conveniencia e interés. Nadie que haya vivido una guerra con los ojos abiertos puede volver a creer que las personas somos mejores que cualquier otro animal.

Se diría que las cosas no podían ir a peor, pero no hay listón lo bastante bajo para la mezquindad cuando se le dan riendas. Apareció pronto en el horizonte un personaje que parecía venido al mundo para encarnar el espíritu de los tiempos y el lugar. Imagino que hay muchos como él entre esa escoria que siempre sale a flote cuando todo zozobra. Se llama Mauricio Valls y, como todos los grandes hombres en tiempos pequeños, es un don nadie.

6

Supongo que algún día todos los diarios de este país publicarán grandes alabanzas de don Mauricio Valls y cantarán sus glorias a los cuatro vientos. Nuestra tierra es fértil en personajes de su calaña, a los que nunca les falta un séquito de aduladores que se arrastran para recoger los mendrugos que dejan caer de su mesa cuando llegan a la cima. Por ahora, antes de que llegue ese momento, que llegará, Mauricio Valls es todavía uno entre tantos, un aspirante aventajado. Durante estos últimos meses he aprendido muchas cosas acerca de él. Sé que empezó como otro de los letraheridos de tertulia de café. Un hombre mediocre, sin talento ni oficio que, como suele suceder, compensaba sus miserias con una infinita vanidad y un ansia voraz de reconocimiento. Intuyendo que sus merecimientos nunca le granjearían ni un real ni la posición que codiciaba y estaba convencido de meritar, optó por hacer carrera en el compadreo y cultivar una camarilla de otros de su misma calaña para intercambiar prebendas y excluir a quienes envidiaba.

Sí, escribo con rabia y rencor, y me avergüenzo porque ya no sé ni me importa si mis palabras son justas o no, si juzgo a inocentes o si la furia y el dolor que me queman por dentro me ciegan. En estos últimos meses he aprendido a odiar, y me aterra pensar que moriré con esta amargura en el corazón.

Oí su nombre por primera vez poco después de tener noticia de que David había sido capturado y encarcelado. Mauricio Valls era por entonces un cachorro del nuevo régimen, un fiel adepto que se había hecho un nombre al contraer matrimonio con la hija de un potentado del entramado empresarial y financiero que había apoyado al bando nacional. Valls había empezado sus días como aspirante a literato, pero su gran acierto fue seducir y llevar al altar a una pobre infeliz que había nacido con una cruel enfermedad que le estaba deshaciendo los huesos y la había postrado ya en una silla de ruedas en su adolescencia. Rica heredera incasable, oportunidad de oro.

Valls debió de imaginar que aquella jugada le iba a catapultar a la cima del Parnaso nacional, a un puesto destacado en la academia o a alguna posición de prestigio en la corte de las artes y la cultura españolas. No incluyó en sus cálculos que, como él, había muchos que cuando ya se veía venir que un bando iba a ganar la guerra empezaron a brotar como flores tardías y a hacer cola para el día de gloria.

Llegado el reparto de las recompensas y el botín, Valls recibió la suya, que iba con una lección sobre las reglas del juego. El régimen no necesitaba poetas sino carceleros e inquisidores. Y así, sin esperarlo, recibió un nombramiento que consideraba indigno y muy por debajo de su nivel intelectual: el de director de la prisión del castillo de Montjuic. Claro que alguien como Valls no desaprovecha oportunidades, y ha sabido rentabilizar este giro del destino para hacer méritos,

preparar su futuro ascenso y de paso encarcelar, exterminar a cuantos adversarios, reales o imaginarios, tenía en su larga lista así como disponer a su antojo de ellos. Cómo acabó en ella David Martín es algo que nunca llegaré a comprender, aunque no fue el único. Por algún motivo, su fijación por él ha sido obsesiva y enfermiza.

Tan pronto como supo que David Martín había ingresado en la cárcel Modelo solicitó su traslado al castillo de Montjuic y no cesó hasta verlo tras los barrotes de una de sus celdas. Mi esposo Juan conocía a un joven abogado, cliente de la librería, llamado Fernando Brians. Acudí a verle para que me dijera qué podía hacer para ayudar a David. Nuestros ahorros eran prácticamente inexistentes y Brians, un buen hombre que ha llegado a ser un gran amigo en estos meses tan difíciles, se avino a trabajar sin cobrar. Brians contaba con contactos en la prisión de Montjuic, en particular uno de los vigilantes, llamado Bebo, y pudo averiguar que Valls tenía alguna suerte de plan respecto a David. Conocía su obra y, aunque no se cansaba de calificarlo como «el peor escritor del mundo», estaba intentando persuadirle para que escribiera, o reescribiera, un pliego de páginas en su nombre con las que Valls confiaba establecer su reputación como literato con la ayuda de su nueva posición en el régimen. Puedo imaginarme lo que David debió de responderle.

Brians lo intentó todo, pero los cargos que pesaban sobre David eran demasiado graves y lo único que quedaba era suplicar la clemencia de Valls para que el trato que recibiera en el castillo no fuese el que todos imaginábamos. Desoyendo los consejos de Brians, acudí a visitar a Valls. Ahora sé que cometí un error, un gravísimo error. Y que al hacerlo, aunque solo fuese porque Valls vio en mí una posesión más del objeto de su odio, David Martín, me convertí en el foco de su codicia.

Valls, como muchos de su condición, estaba aprendiendo rápido a comerciar con las ansias de los familiares de los presos que tenía en su poder. Brians siempre me advirtió. Juan, que intuía que mi relación y devoción por David iban más allá de una noble amistad, veía con recelo mis visitas a Valls en el castillo. «Piensa en tu hijo», me decía. Y tenía razón, pero fui egoísta. No podía abandonar a David en aquel lugar si había algo que pudiera hacer. No era ya una cuestión de dignidad. Nadie sobrevive una guerra civil con un ápice de dignidad del que presumir. Mi equivocación fue no comprender que lo que Valls deseaba no era poseerme ni humillarme. Quería destruirme, porque había entendido al fin que ese era el único modo que tenía de verdad de doblegar y hacer daño a David.

Todo mi empeño, toda la ingenuidad con la que intenté persuadirle se volvió contra nosotros. No importaba cuánto le adulase, cuánto fingiese respetarle y temerle, cuánto me humillase ante él suplicando misericordia para con su prisionero. Todo lo que hacía era leña que avivaba el fuego que Valls llevaba dentro. Sé ahora que en mi intento de ayudar a David acabé por condenarle.

Cuando comprendí eso ya era muy tarde. Valls, aburrido de su labor, de sí mismo y de la lentitud con que la gloria le llegaba, llenaba su tiempo con fantasías. Una de

ellas fue que se había enamorado de mí. Yo quise creer que si le convencía de que su fantasía tenía algún futuro, quizá Valls se mostraría magnánimo. Pero también se hartó de mí. Desesperada, le amenacé con desenmascararle, con hacer público quién era en realidad y hasta dónde llegaba su mezquindad. Valls se rio de mí y de mi ingenuidad, pero quiso castigarme. Para herir a David y asestarle el golpe definitivo.

Hace apenas una semana y media, Valls me citó en el Café de la Ópera de las Ramblas. Acudí al encuentro sin decirle nada a nadie, ni siquiera a mi esposo. Estaba segura de que aquella era la última oportunidad que me quedaba. Fallé. Aquella misma noche supe que algo había salido mal. Una náusea me despertó de madrugada. Vi en el espejo que tenía los ojos amarillentos y que me habían salido manchas en la piel alrededor del cuello y el pecho. Al amanecer empecé a vomitar sangre. Entonces comenzó el dolor. Un dolor frío, como el de un cuchillo que corta las entrañas por dentro y se va abriendo camino. Tenía fiebre y era incapaz de retener líquidos o alimentos. El pelo se me caía a puñados. Los músculos de todo el cuerpo se me tensaban como cables y me hacían gritar de dolor. Me sangraban la piel, los ojos y la boca.

Los médicos y los hospitales no han podido hacer nada. Juan cree que he contraído una enfermedad y que hay esperanza. No puede concebir la idea de perderme y yo no puedo concebir la idea de que voy a dejarlos solos a él y a mi hijo Daniel, a quien he fallado como madre al permitir que mi deseo, mi anhelo de salvar al que quise creer que era el amor de mi vida, estuviera por encima de mi deber.

Sé que Mauricio Valls me envenenó aquella noche en el Café de la Ópera. Sé que lo hizo para herir a David. Sé que me quedan apenas unos días de vida. Todo ha sucedido muy rápido. Mi único consuelo es el láudano, que adormece el dolor en las entrañas, y este cuaderno ante el cual he querido confesar mis pecados y faltas. Brians, que me visita todos los días, sabe que escribo para seguir viva, para contener este fuego que me está devorando. Le he pedido que a mi muerte destruya estas páginas y que no las lea. Nadie debe leer lo que he explicado aquí. Nadie debe saber la verdad, porque he aprendido que en este mundo la verdad solo hace daño y que Dios ama y ayuda a quien miente.

No me queda ya a quién rezar. Todo en cuanto creía me ha abandonado. A veces no me acuerdo de quién soy y solo releer este cuaderno me permite comprender lo que está sucediendo. Escribiré hasta el final. Para recordar. Para intentar sobrevivir. Me gustaría poder abrazar a mi hijo Daniel y hacerle comprender que pase lo que pase nunca le abandonaré. Que estaré con él. Que le quiero. Dios mío, perdóname. No sabía lo que hacía. No quiero morir. Dios mío, déjame vivir un día más para que pueda sostener en mis brazos a Daniel y pueda decirle lo mucho que le quiero…

Aquella madrugada, como tantas otras, Fermín había salido a caminar por las calles desiertas de una Barcelona sembrada de escarcha. Remigio, el sereno del barrio, ya le conocía y al verle pasar siempre le preguntaba por su insomnio. Había aprendido aquella palabra en un consultorio radiofónico sentimental para señoras que escuchaba en secreto, porque se sentía identificado con casi todas las penas allí expuestas, incluida la referida con otro término que le tenía intrigadísimo, la menopausia, que él creía que se curaba raspándose las vergüenzas con piedra pómez.

—¿Por qué llamarlo insomnio cuando quieren decir conciencia?

—¡Qué místico es usted, Fermín! Si tuviera yo una mujer como la suya esperándome calentita entre las sábanas, a buenas horas era yo el único que se quedaba sin dormir. Y abríguese, que este año el invierno habrá llegado tarde pero trae ganas.

Una hora bregando con aquella brisa cortante que barría las calles de aguanieve le convenció de encaminar sus pasos rumbo a la librería. Tenía faena pendiente y había aprendido a disfrutar de aquellos momentos a solas en la tienda antes de que saliera el sol o bajase Daniel a abrir. Enfiló el corredor de azul que tendía la calle Santa Ana y vislumbró de lejos la brizna de claridad que teñía los cristales del escaparate. Se aproximó lentamente, escuchando el eco de sus pasos, y se detuvo a unos metros, resguardándose del viento en un portal. Demasiado pronto incluso para Daniel, pensó. A ver si aquello de la conciencia iba a resultar que era contagioso.

Andaba debatiéndose entre regresar a casa y despertar a la Bernarda con una vigorosa demostración de virilidad ibérica o entrar en la librería e interrumpir a Daniel en lo que fuese que estaba haciendo (más que nada para asegurarse de que no incluía armas de fuego u objetos punzantes) cuando avistó a su amigo cruzando el umbral del establecimiento y saliendo a la calle. Se hundió en el portal hasta sentir que se le clavaba el aldabón en los riñones y comprobó que Daniel echaba la llave y partía rumbo a Puerta del Ángel. Iba en mangas de camisa y portaba algo bajo el brazo, un libro o un cuaderno. Fermín suspiró. Aquello no podía ser bueno. La Bernarda tendría que esperar para enterarse de lo que valía un peine.

Por espacio de casi media hora le siguió por el nudo de calles que descendían hasta el puerto. No le hizo falta finura o disimulo, porque Daniel parecía absorto en sus pensamientos y no habría advertido que alguien iba tras él aunque se tratase de un

cuerpo de bailarinas de claqué. Fermín, que tiritaba de frío y lamentaba haber forrado el abrigo con la prensa deportiva, porosa y poco fiable en estos lances, en vez de con el gramaje extra de los dominicales de *La Vanguardia*, se sintió tentado de llamar a su amigo. Pero se lo pensó mejor. Daniel avanzaba en trance, ajeno a la neblina de aguanieve que se le prendía en el cuerpo.

Al final se abrió ante ellos el paseo de Colón y, más allá, la fantasmagoría de tinglados, mástiles y bruma que custodiaba la dársena del puerto. Daniel cruzó el paseo y bordeó un par de tranvías varados en espera del alba. Se adentró por los angostos pasajes entre los tinglados, naves catedralicias que albergaban toda suerte de cargamento, y llegó hasta el dique de la dársena, donde unos pescadores que preparaban redes y aparejos para salir a la mar habían encendido una hoguera en un bidón de gasoil vacío para entrar en calor. Daniel se aproximó a ellos y, al divisarle, se hicieron a un lado. Algo le habrían visto en la cara que no invitaba a la conversación. Fermín se apresuró y al acercarse pudo ver que Daniel entregaba a las llamas de la hoguera el cuaderno que llevaba bajo el brazo.

Fermín se aproximó a su amigo y le sonrió débilmente desde el otro lado del bidón. Los ojos de Daniel brillaban a la luz del fuego.

—Si lo que busca es pillar una pulmonía, le advierto que el Polo Norte está justo en dirección contraria —aventuró Fermín.

Daniel ignoró sus palabras y permaneció contemplando el fuego al devorar las páginas, que se arrugaban entre las llamas como si una mano invisible las hiciera pasar de una en una.

—Bea estará preocupada, Daniel. ¿Por qué no volvemos?

Daniel alzó la vista y observó a Fermín sin expresión alguna, como si nunca le hubiera visto antes.

—¿Daniel?

—¿Dónde está? —preguntó este, la voz fría y carente de inflexión.

—¿Perdón?

—La pistola. ¿Qué ha hecho con ella, Fermín?

—Donarla a las Hermanitas de la Caridad.

Una sonrisa helada afloró en los labios de Daniel. Fermín, que sentía que nunca había estado tan a punto de perderlo para siempre, se acercó a él y le rodeó con el brazo.

—Vamos a casa, Daniel. Por favor.

Él asintió al fin y, poco a poco, hicieron el camino de vuelta en silencio absoluto.

Amanecía cuando Bea oyó abrirse la puerta del piso y los pasos de Daniel en el vestíbulo. Llevaba horas sentada en una butaca del comedor con una manta sobre los hombros. La silueta de Daniel se perfiló en el pasillo. Si la vio no dio muestra alguna de ello. Pasó de largo y se dirigió al dormitorio de Julián, que quedaba en la parte de

atrás y daba a la plazoleta de la capilla de Santa Ana. Bea se incorporó y le siguió. Encontró a Daniel en el umbral de la habitación, contemplando al pequeño, que dormía en silencio. Bea posó la mano sobre su espalda.

—¿Dónde estabas? —murmuró.

Daniel se volvió y la miró a los ojos.

—¿Cuándo va a acabar todo esto, Daniel? —musitó Bea.

—Pronto —dijo él—. Pronto.

LIBERA ME

Madrid

Enero de 1960

1

Al alba, gris y metálica, Ariadna enfiló el largo camino flanqueado de cipreses. Portaba un ramo de rosas rojas en la mano que había comprado a la puerta de un camposanto de camino hacia allí. El silencio era absoluto. No se oía ni el canto de un pájaro ni un soplo de brisa que se atreviera a acariciar el manto de hojarasca que cubría los adoquines. Sin más compañía que el rumor de sus pasos, Ariadna recorrió el trayecto hasta la gran verja de lanzas que custodiaba la entrada a la finca coronada por la leyenda:

VILLA MERCEDES

El palacio de Mauricio Valls se alzaba tras una Arcadia de jardines y bosques. Torres y mansardas serraban un cielo de ceniza. Ariadna, una mota de blanco en la sombra, escrutó la silueta de la casa que se entreveía entre estatuas, setos y fuentes. Le pareció una criatura monstruosa que se había arrastrado hasta aquel rincón del bosque, herida de muerte. La verja estaba entreabierta. Ariadna entró.

A su paso vislumbró un trazado de raíles que recorría los jardines dibujando el perímetro de la finca. Un tren en miniatura, con locomotora de vapor y dos vagones, aparecía varado entre los arbustos. Siguió avanzando por la senda empedrada que conducía hasta la casa principal. Las fuentes estaban secas, sus ángeles de piedra y madonas de mármol ennegrecidos. Las ramas de los árboles estaban llenas de infinidad de crisálidas blanquecinas que habían eclosionado como pequeños sepulcros tejidos con hilo de azúcar. Un enjambre de arañas pendía de hilos colgados en el aire. Ariadna cruzó el puente suspendido sobre la gran piscina oval. Las aguas, verdosas y recubiertas de un fino velo de algas brillantes, estaban sembradas con los cadáveres de pequeñas aves que parecían haber caído del cielo por obra de una maldición. Más allá se veían las cocheras, vacías, y las dependencias del servicio sumidas en la sombra.

Ariadna ascendió por la escalera que conducía hasta la puerta principal. Golpeó la puerta tres veces hasta que comprendió que también estaba abierta. Volvió la vista atrás y saboreó el aire de descuido y ruina que respiraba la finca. Caído el emperador y sus prebendas, los sirvientes habían abandonado palacio. Ariadna empujó la puerta y penetró en la casa, que olía ya a mausoleo y a olvido. Una penumbra de terciopelo atenazaba la red de corredores y escaleras que se abrían al frente. Permaneció allí inmóvil, un espectro blanco a las puertas del purgatorio, contemplando el difunto esplendor con que Mauricio Valls había disfrazado sus días de gloria.

Llegó entonces a sus oídos un lamento débil y lejano que semejaba el quejido de un animal moribundo y llegaba del primer piso. Subió por la escalinata sin prisa. Los muros mostraban los perfiles de cuadros sustraídos. A ambos lados de la escalinata

había pedestales vacíos donde aún podían verse las marcas que figuras y bustos habían dejado tras el saqueo. Al llegar al primer piso se detuvo y oyó de nuevo el gemido. Determinó que provenía de una estancia en el extremo del corredor. Se encaminó hacia allí lentamente. La puerta estaba entreabierta. El intenso hedor que emanaba del interior le acarició el rostro.

Ariadna cruzó la tiniebla que permeaba la habitación y se aproximó a una cama con dosel que en la penumbra le pareció una carroza funeraria. Un arsenal de máquinas e instrumental yacían inertes a un lado del lecho, desconectados y apartados contra la pared. La alfombra estaba cubierta de escombros y de tanques de oxígeno abandonados. Ariadna sorteó esos obstáculos y apartó el velo que rodeaba el lecho. Al otro lado encontró una figura retorcida sobre sí misma, como si sus huesos se hubieran disuelto en gelatina y la tensión de la piel y el dolor hubiesen redibujado su anatomía. Sus ojos, agrandados sobre un rostro esquelético e inyectados en sangre, la observaban con recelo. Aquel gemido gutural, entre la asfixia y el llanto, emergió de nuevo de su garganta. La señora de Valls había perdido el pelo, las uñas y la mayoría de los dientes.

Ariadna la contempló sin misericordia. Se sentó a un lado de la cama y se inclinó sobre ella.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó.

La esposa de Valls intentó formar unas palabras. Ariadna ignoró el hedor que desprendía y acercó el rostro a sus labios.

—Mátame —la oyó suplicar.

2

Escondida en su casa de muñecas, Mercedes la había visto cruzar la verja de la villa. Vestía de blanco espectral y avanzaba muy despacio en línea recta portando un manojo de rosas en la mano. Mercedes sonrió. Hacía días que la esperaba. Había soñado con ella muchas veces. La muerte, vestida de Pertegaz, visitaba por fin Villa Mercedes antes de que el infierno se la tragase y dejara en su lugar una tierra baldía donde nunca más crecería el césped ni soplaría el viento.

Estaba aupada en una de las ventanas del pabellón de las muñecas, al que se había trasladado desde que el servicio había abandonado la casa al poco de trascender la noticia de la muerte de su padre. Al principio doña Mariana, la secretaria de su padre, había intentado detenerlos, pero al anochecer llegaron unos hombres de negro que se la llevaron a rastras. Oyó disparos detrás de las cocheras. No quiso ir a mirar. Durante varias noches se llevaron los cuadros, las estatuas, los muebles, la ropa, la cubertería y todo cuanto quisieron. Llegaban al crepúsculo como una jauría hambrienta. Se llevaron también los coches y destrozaron los muros de los salones buscando tesoros secretos que no hallaron. Luego, cuando ya no quedaba nada, se marcharon para no volver.

Un día vio entrar dos coches de la policía. Iban acompañados de algunos de los guardaespaldas que recordaba de la escolta de su padre. Por un instante dudó si salir a su encuentro y decirles todo lo que había sucedido, pero cuando los observó subir al despacho de su padre en la torre para desvalijarlo todo volvió a esconderse entre las muñecas. Allí, entre los cientos de figuras que miraban al vacío con ojos de cristal, nadie la localizó. A la señora la dejaron a su suerte tras desconectar las máquinas que la mantenían en estado de eterno tormento. Llevaba días aullando pero aún no había muerto. Hasta ese día.

Ese día la muerte visitaba Villa Mercedes y pronto la muchacha tendría las ruinas de la casa para ella sola. Sabía que todos le habían mentido. Creía que su padre estaba vivo y a salvo en algún lugar y que tan pronto como pudiera regresaría a su lado. Lo sabía porque Alicia se lo había prometido. Le había prometido que encontraría a su padre.

Al ver a la muerte subir los escalones hasta la entrada de la casa y acceder al interior le asaltó una duda. Tal vez se había equivocado. Tal vez aquella figura blanca que había tomado por la parca no era sino Alicia, que había vuelto a por ella para conducirla junto a su padre. Era lo único que tenía sentido. Sabía que Alicia nunca la iba a abandonar.

Salió del pabellón de las muñecas y se dirigió hacia la casa principal. Al entrar oyó pisadas en el piso superior y corrió escaleras arriba justo a tiempo de verla entrar en la habitación de la señora. El hedor que inundaba el corredor era terrible. Se tapó

la boca y la nariz con la mano y se aproximó hasta el umbral de la puerta. La figura de blanco estaba inclinada como un ángel sobre el lecho de la señora. Mercedes contuvo la respiración. Entonces la figura tomó uno de los cojines y, cubriendo el rostro de la señora, apretó con fuerza mientras su cuerpo se agitaba en sacudidas hasta quedar inerme.

La figura se volvió poco a poco y Mercedes sintió que la invadía un frío como nunca había sentido. Se había equivocado. No era Alicia. La muerte vestida de blanco se acercó lentamente y sonrió. Le ofreció una rosa roja, que Mercedes aceptó con manos temblorosas, y le preguntó:

—¿Sabes quién soy?

Mercedes asintió. La muerte la abrazó con infinito cariño y dulzura. La joven se dejó acariciar, conteniendo las lágrimas.

—Shhhh —susurró la muerte—. Ya nadie nos va a separar nunca más. Nadie nos hará más daño. Estaremos siempre juntas. Con papá y mamá. Siempre juntas. Tú y yo…

3

Alicia despertó en el asiento trasero del taxi. Se incorporó y comprobó que estaba sola. Los cristales estaban velados de vaho. Limpió el cristal con la manga y vio que se habían detenido en una gasolinera. Una farola proyectaba un haz de luz amarillenta que vibraba cada vez que los camiones pasaban a toda velocidad por la carretera. Más allá se extendía un amanecer de plomo que sellaba el cielo sin dejar resquicio. Se frotó los ojos y bajó la ventanilla. Una bocanada de aire helado le arrancó de golpe la somnolencia. Una punzada de dolor le atravesó la cadera. Dejó escapar un gemido y se agarró el costado. Al poco el dolor se redujo a un palpitar sordo, un aviso de lo que se avecinaba. Lo más sabio hubiera sido tomar una o dos pastillas antes de que el sufrimiento fuera a más, pero quería mantenerse alerta. No tenía otra alternativa. Al cabo de unos minutos, la silueta del taxista emergió del bar de la gasolinera portando dos vasos de papel y una bolsa con manchas grasientas. La saludó con la mano y rodeó el coche a paso ligero.

—Buenos días —dijo al sentarse de nuevo al volante—. Hace un frío que da miedo. Le he traído algo de desayuno. Más mesetario que continental, pero al menos está caliente. Café con leche y unas porras que tenían buena pinta. Al café les he pedido que le echaran un chorrito de coñac para levantar la moral.

—Gracias. Ya me dirá qué le debo.

—Va todo incluido en el taxi, pensión completa. Ande, coma algo. Le sentará bien.

Desayunaron en silencio en el interior del vehículo. Alicia no tenía hambre pero sabía que necesitaba comer. Cada vez que pasaba otro de aquellos camiones de alto tonelaje el espejo retrovisor vibraba y todo el coche se sacudía.

—¿Dónde estamos?

—A diez kilómetros de Madrid. Un par de conductores de reparto me han dicho que hay varios controles de la Guardia Civil a las entradas de casi todas las carreteras nacionales que provienen del este, así que he pensado que podíamos dar un rodeo y llegar por la carretera de la Casa de Campo o por Moncloa —dijo el taxista.

—¿Y por qué íbamos a hacer eso?

—No sé. Se me ha ocurrido que un taxi de Barcelona entrando en Madrid a las siete de la mañana a lo mejor llama la atención. Por el amarillo, nada más. Y usted y yo hacemos una pareja un poco rara, no lo tome a mal. Pero usted manda.

Alicia apuró el café con leche de un trago. El coñac quemaba como gasolina, pero les devolvió algo de calor a los huesos. El taxista la contemplaba de reojo. Alicia no le había prestado demasiada atención hasta aquel momento. Era un hombre más joven de lo que aparentaba, de cabello rojizo y tez pálida. Portaba unas gafas sujetas sobre el puente de la nariz con cinta aislante y aún conservaba una mirada de adolescente.

—¿Cómo se llama? —preguntó Alicia.

—¿Yo?

—No. El taxi.

—Ernesto. Me llamo Ernesto.

—¿Se fía usted de mí, Ernesto?

—¿Es usted de fiar?

—Hasta cierto punto.

—Ya. ¿Le importa que le haga una pregunta de índole personal? —dijo el taxista —. No tiene por qué responder si no quiere.

—Dispare.

—A eso iba. Antes, al salir de Guadalajara, hemos cogido una curva cerrada y todo lo que llevaba en el bolso se ha desparramado en el asiento. Como estaba dormida no he querido molestarla y lo he metido todo…

Alicia suspiró, asintiendo.

—Y ha visto que llevo una pistola.

—Pues sí. Y no parecía de agua, aunque yo la verdad no entiendo.

—Si se queda más tranquilo puede dejarme aquí. Le pago lo acordado y luego le pido a uno de sus amigos camioneros de ahí adentro que me acerquen a Madrid. Seguro que alguno se anima.

—De eso no me cabe duda, pero no me quedaría yo tranquilo.

—Por mí no se preocupe. Sé manejarme.

—No, si casi me preocupan más los camioneros que usted, fíjese lo que le digo. La llevo yo, que es lo que habíamos convenido, y no se hable más.

Ernesto puso en marcha el motor y plantó las dos manos sobre el volante.

—¿Adónde vamos?

Encontraron una ciudad sepultada en la niebla. Una marea de bruma se arrastraba sobre las torres y cúpulas que coronaban las cornisas de la Gran Vía. Velos de vapor metálico barrían el pavimento y envolvían los coches y autobuses que intentaban abrirse camino con luces que apenas conseguían arañar la tiniebla. El tráfico avanzaba lento, a tientas, y las figuras de los transeúntes semejaban espectros congelados en las aceras.

Al cruzar frente al Hispania, su domicilio oficial durante los últimos años, Alicia levantó la vista para contemplar la que había sido su ventana. Recorrieron el centro de la ciudad bajo aquel sudario de oscuridad hasta que la silueta de la fuente de Neptuno se perfiló delante.

—Usted dirá —dijo Ernesto.

—Continúe hasta Lope de Vega, gire a la derecha y luego suba por Duque de Medinaceli, que es la primera —indicó Alicia.

—¿No iba al Palace?

—Vamos a la parte de atrás. La entrada de las cocinas.

El taxista asintió y siguió las instrucciones. Las calles estaban casi desiertas. El

hotel Palace ocupaba todo un bloque de forma trapezoidal que constituía una ciudad en sí mismo. Rodearon el perímetro hasta llegar a una esquina donde Alicia le pidió que estacionase, justo detrás de una furgoneta de la que unos operarios estaban descargando cajas con barras de pan, frutas y otros víveres.

Ernesto inclinó la cabeza y echó un vistazo a la fachada monumental.

—Aquí tiene. Lo prometido —dijo ella.

El chófer se volvió y se encontró con un fajo de billetes en la mano de Alicia.

—¿No prefiere que la espere?

Alicia no respondió.

—Porque va a volver, ¿no?

—Coja el dinero.

El taxista dudó.

—Me está haciendo perder el tiempo. Coja el dinero.

Ernesto aceptó el pago.

—Cuéntelo.

—Me fío.

—Usted sabrá.

Ernesto la observó extraer algo del bolso y luego introducírselo en la chaqueta del vestido. Apostó a que no era un pintalabios.

—Oiga, esto no me gusta. ¿Por qué no nos vamos?

—El que se va es usted, Ernesto. Tan pronto como me baje, vuelva a Barcelona y olvídese de que me ha visto.

El taxista sintió que se le encogía el estómago. Alicia le puso la mano en el hombro, apretó afectuosamente y descendió del coche. Unos segundos después, Ernesto la vio desaparecer en el interior del hotel Palace.

4

Las entrañas del gran hotel estaban ya funcionando a toda máquina para navegar el primer turno de desayunos. Un ejército de cocineros, pinches, mozos y camareros entraba y salía de cocinas y túneles portando carros y bandejas. Alicia bordeó el estruendo bañado en olor a café y mil delicias, encajando alguna mirada sorprendida pero demasiado ocupada para detenerse en lo que a todas luces era una huésped perdida o, más probablemente, una cortesana de lujo deslizándose con discreción al término de su turno de trabajo. En la etiqueta de todo hotel de lujo existe la ciencia de lo invisible, y Alicia jugó aquella carta sin pudor hasta ganar la zona de los ascensores de servicio. Abordó el primero, que compartió con una doncella que llevaba toallas y jabones y la contemplaba de arriba abajo con una mezcla de curiosidad y envidia. Alicia le sonrió de forma amigable, dando a entender que ambas caminaban por el mismo lado de la calle.

—¿Tan pronto? —preguntó la doncella.

—A quien madruga, Dios le ayuda.

La doncella asintió, tímida. Descendió en el cuarto piso. Cuando se cerraron las puertas y el ascensor prosiguió hasta la última planta, Alicia extrajo el manojo de llaves del bolso y buscó la de color dorado que Leandro le había entregado dos años atrás. «Es una llave maestra. Abre todas las habitaciones del hotel. Incluida la mía. Haz buen uso de ella. Nunca entres en un sitio en el que no sabes lo que te espera».

El ascensor de servicio abrió las puertas a un pequeño pasillo que quedaba oculto junto a los armarios de limpieza y lavandería. Alicia lo recorrió a paso ligero y abrió unos centímetros la puerta que daba al corredor principal que rodeaba toda la planta. La *suite* de Leandro quedaba en una de las esquinas suspendidas sobre la plaza de Neptuno. Salió al corredor y se dirigió hacia allí. De camino se cruzó con un huésped que regresaba a su habitación presumiblemente después de desayunar y que le sonrió con amabilidad. Alicia le correspondió. Al doblar el pasillo avistó la puerta de la *suite* de Leandro. No se veía a ningún miembro de la escolta apostado en la entrada. Leandro detestaba aquel tipo de ceremonial y primaba ante todo la discreción y la ausencia de melodrama. Pero Alicia sabía que al menos dos de sus hombres tenían que estar cerca, bien en un cuarto próximo o recorriendo el hotel en aquel mismo instante. Calculó que en el mejor de los casos tenía entre cinco y diez minutos.

Se detuvo ante la puerta de la *suite* y miró a ambos lados. Introdujo la llave con sigilo y la hizo girar con suavidad. La puerta se abrió y Alicia se coló en el interior. La cerró a su espalda y permaneció apoyada contra la puerta unos segundos. Un pequeño recibidor conducía a un corredor tras el cual se abría la sala oval que quedaba bajo la cúpula de una de las torres. Leandro llevaba viviendo allí desde que ella tenía memoria. Se deslizó hasta la sala y posó la mano sobre el arma que llevaba

al cinto. El salón estaba en penumbra. La puerta que daba al dormitorio de la *suite* estaba entreabierta y proyectaba un ángulo de luz. Alicia oyó correr el agua y un silbido que conocía muy bien. Cruzó la sala hasta la puerta y la abrió por completo. La cama, vacía y deshecha, se podía ver al fondo. A la izquierda quedaba la puerta del baño, que estaba abierta. Un halo de vapor perfumado de jabón emanaba del interior. Alicia se detuvo en el umbral.

Leandro, de espaldas a ella, se estaba afeitando escrupulosamente frente al espejo. Vestía un albornoz escarlata y zapatillas a juego. La bañera, repleta y humeante, aguardaba a un lado. Una radio susurraba una melodía que Leandro silbaba. Alicia cruzó la mirada con él en el espejo y él sonrió con calidez, sin amago alguno de sorpresa.

—Te esperaba hace ya días. Habrás visto que les he dicho a los chicos que se quitaran de en medio.

—Gracias.

Leandro se volvió y se limpió la espuma del rostro con una toalla.

—Lo he hecho por su bien. Sé que nunca te ha gustado el trabajo en equipo. ¿Has desayunado? ¿Te pido algo?

Alicia negó. Extrajo la pistola y le apuntó al vientre. Leandro escanció un chorro de loción de afeitado y se masajeó el rostro con las manos.

—Supongo que es el arma del pobre Hendaya. Bien pensado. Imagino que es inútil que te pregunte dónde podemos encontrarle. Más que nada lo digo porque tenía mujer e hijos.

—Pruebe en una lata de comida para gatos.

—Qué poco familiar eres, Alicia. ¿Nos sentamos?

—Aquí estamos bien.

Leandro se apoyó contra la repisa del tocador.

—Como gustes. Tú dirás.

Alicia dudó unos segundos. Lo más sencillo sería disparar ahora. Vaciar el cargador e intentar salir de allí con vida. Con suerte llegaría hasta la escalera de servicio. Quién sabía, quizá conseguía ver el *lobby* antes de que la derribasen. Leandro, como siempre, le leía el pensamiento y le dirigió una mirada de conmiseración y afecto paternal al tiempo que negaba poco a poco.

—Nunca debiste dejarme —dijo—. No sabes lo que me dolió tu traición.

—Yo nunca le he traicionado.

—Por favor, Alicia. Sabes perfectamente que siempre has sido mi predilecta. Mi obra maestra. Tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Somos el equipo perfecto.

—¿Por eso envió a esa alimaña a que me matase?

—¿Rovira?

—¿Es así como se llamaba?

—A veces. Se suponía que debía ser tu sustituto. Le envié tan solo a que aprendiera de ti y te vigilase. Él te admiraba mucho. Llevaba dos años estudiándote.

Cada dosier. Cada caso. Decía que eras la mejor. El error fue mío al creer que a lo mejor podía ocupar tu lugar. Ahora he comprendido que nadie puede sustituirte.

—¿Ni Lomana?

—Ricardo nunca entendió bien su cometido. Empezaba a hacer juicios de valor y a hurgar donde no debía cuando lo único que se requería de él era su fuerza bruta. Confundió sus lealtades. Nadie sobrevive en este negocio sin tener claras cuáles son.

—¿Y cuáles son las suyas?

Leandro sacudió la cabeza.

—¿Por qué no vuelves conmigo, Alicia? ¿Quién te va a cuidar como yo? Si te conozco como si fueras de mi carne. Me basta con mirarte para ver que ahora mismo se te está comiendo viva el dolor pero que no has querido tomar nada para estar alerta. Te miro a los ojos y veo que tienes miedo. Miedo de mí. Y eso me duele. Me duele tanto…

—Si quiere una pastilla, o mejor el bote entero, suyo es.

Leandro sonrió con tristeza, negando por lo bajo.

—Reconozco que me he equivocado. Y te pido disculpas. ¿Es eso lo que quieres? Porque si hace falta me arrodillo. No tengo pudor. Tu traición me hizo mucho daño y me cegó. Yo, que siempre te he enseñado que nunca hay que tomar decisiones desde el rencor, el dolor o el miedo. Ya ves, yo también soy humano, Alicia.

—Estoy a punto de echarme a llorar.

Leandro sonrió con malicia.

—¿Ves como en el fondo somos iguales? ¿Dónde vas a estar mejor que a mi lado? Tengo grandes planes para nosotros. He pensado mucho estas últimas semanas y he entendido por qué quieres dejar esto. Es más, he comprendido que yo también quiero dejarlo. Estoy harto de solucionarles la papeleta a incompetentes y necios. Tú y yo estamos llamados a otros asuntos.

—¿Ah, sí?

—Pues claro. ¿O creías que íbamos a estar siempre bregando con la porquería de los demás? Eso se ha acabado. Tengo las miras puestas en algo mucho más importante. Yo también dejo todo esto. Y necesito que estés a mi lado y me acompañes. Sin ti no puedo hacerlo. Sabes de lo que te hablo, ¿verdad?

—No tengo la menor idea.

—Estoy hablando de política. Este país va a cambiar. Más pronto o más tarde. El General no durará para siempre. Hace falta sangre nueva. Gente con ideas. Gente que sepa manejar la realidad.

—Como usted.

—Como tú y como yo. Tú y yo, juntos, podemos hacer grandes cosas por este país.

—¿Como asesinar a inocentes y robarles a sus hijos para venderlos?

Leandro suspiró con expresión de disgusto.

—No seas ingenua, Alicia. Aquellos eran otros tiempos.

—¿Fue idea suya o de Valls?

—¿Importa eso?

—Me importa a mí.

—No fue idea de nadie. Es sencillamente como sucedieron las cosas. Ubach y su esposa se encapricharon de las hijas de los Mataix. Valls vio una oportunidad. Y luego vinieron otras. Era una época de oportunidades. Y no hay oferta sin demanda. Yo me limité a hacer lo que tenía que hacer y a asegurarme de que a Valls no se le fuera el asunto de las manos.

—Parece que no lo consiguió.

—Valls es un hombre codicioso. Por desgracia, los codiciosos nunca saben cuándo ha llegado el momento de dejar de abusar de su posición y fuerzan las cosas hasta sacarlas de quicio. Por eso, tarde o temprano, caen.

—¿Sigue vivo entonces?

—Alicia… ¿Qué es lo que quieres de mí?

—La verdad.

Leandro rio levemente.

—¿La verdad? Tú y yo sabemos que no existe tal cosa. La verdad es un acuerdo que permite que los inocentes no tengan que convivir con la realidad.

—No he venido a que me saque el libro de citas.

La mirada de Leandro se endureció.

—No. Has venido a hurgar donde sabes que no hay que hurgar. Como siempre. A complicarlo todo. Porque así es como tú lo haces todo. Por eso me dejaste. Por eso me traicionaste. Por eso ahora vienes aquí hablándome de la verdad. Porque deseas que te diga que sí, que eres mejor que yo, mejor que todo esto.

—Yo no soy mejor que nadie.

—Por supuesto que lo eres. Por eso siempre has sido mi favorita. Por eso te quiero a mi lado otra vez. Porque este país necesita que haya gente como tú y como yo. Gente que sepa controlarlo. Que sepa mantenerlo a raya y en calma para que no vuelva todo a transformarse en un saco de ratas que viven para alimentar sus odios, envidias y rabias mezquinas y que se comen vivos unos a otros. Sabes que tengo razón. Que, aunque siempre se nos eche la culpa de todo, sin nosotros este país se iría al infierno. ¿Qué me dices?

Leandro la miró a los ojos largamente y, al no obtener respuesta, se dirigió hacia la bañera. Le dio la espalda y se desprendió del albornoz. Alicia le contempló desnudo, pálido como el vientre de un pez. El hombre se aferró a la barra dorada que emergía de la pared de mármol y se introdujo poco a poco en la bañera. Una vez tendido en el agua y con el vapor acariciándole el rostro, abrió los ojos y la observó con un deje melancólico.

—Todo tendría que haber sido diferente, Alicia, pero somos hijos de nuestro tiempo. En el fondo, casi es mejor así. Siempre supe que serías tú.

Alicia dejó caer el arma.

—¿A qué esperas?

—No voy a matarle.

—¿Y a qué has venido entonces?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes.

Leandro alargó el brazo hasta la extensión de teléfono que pendía de la pared de la bañera. Alicia volvió a apuntarle.

—¿Qué hace?

—Ya sabes cómo es esto, Alicia… Operadora. Sí. Póngame con el Ministerio de Gobernación. Gil de Partera. Sí. Leandro Montalvo. Espero. Gracias.

—Cuelgue ahora mismo. Por favor.

—No puedo hacer eso. El encargo nunca fue salvar a Valls. El encargo era encontrarle y silenciarle para evitar que todo este triste asunto saliera a la luz. Y a punto estuvimos, una vez más, de coronar la misión con éxito. Pero no me escuchaste. Por eso ahora voy a tener, a mi pesar, que ordenar la muerte de todos aquellos a los que has implicado en tu aventura. La de Daniel Sempere, su esposa y toda su familia, incluidos ese tarado que trabaja para ellos y todos aquellos a los que, en tu cruzada de redención, has tenido la infausta idea de contarles lo que nunca debieron saber. Tú lo has querido así. Afortunadamente nos has conducido a todos ellos. Como siempre, aun cuando no quieres, eres la mejor. ¿Operadora? Sí. Señor ministro. Igualmente. Así es. Tengo noticias…

Bastó un solo disparo. El auricular le resbaló de la mano y cayó al suelo junto a la bañera. Leandro ladeó la cabeza y le obsequió con una mirada envenenada de afecto y anhelo. Una nube escarlata se esparcía bajo el agua, velando el reflejo de su cuerpo. Alicia permaneció inmóvil, contemplando cómo se desangraba a cada palpitar hasta que las pupilas de sus ojos se dilataron y su sonrisa quedó congelada en una mueca burlona.

—Te esperaré —susurró Leandro—. No tardes.

Un instante después, el cuerpo se deslizó poco a poco y el rostro de Leandro Montalvo se hundió bajo las aguas ensangrentadas con los ojos abiertos.

5

Alicia recogió el auricular del suelo y se lo llevó al oído. La línea no estaba conectada. Leandro no había llamado a nadie. Extrajo el frasco de pastillas y se tragó un par, masticándolas y bañándolas con un sorbo del *brandy* caro que Leandro guardaba en un pequeño armario de la sala. Antes de abandonar la *suite*, limpió a conciencia el arma de Hendaya y la dejó caer sobre la alfombra.

El camino hasta el pasillo de servicio se le hizo infinito. Dos de los ascensores estaban subiendo y optó por tomar la escalera y descender tan aprisa como pudo. Cruzó de nuevo la madeja de corredores en torno a las cocinas hasta enfilar el último trecho que conducía a la salida, creyendo que en cualquier momento sentiría el impacto de una bala en la espalda y se precipitaría de bruces para morir como una rata en los túneles del sótano del Palace, la corte del Príncipe Escarlata. Cuando ganó la calle, un soplo de aguanieve le rozó el rostro. Se detuvo un instante a recuperar el aliento y avistó entonces al taxista, que esperaba ansioso en pie junto al coche en el mismo sitio que la había dejado. Tan pronto como Ernesto la vio aparecer corrió hasta ella y, sin decir palabra, la agarró del brazo y la acompañó hasta el automóvil. La sentó en el asiento del pasajero y se apresuró a instalarse delante del volante.

Sonaban ya sirenas en la distancia cuando el motor se puso en marcha y el taxi se deslizó rumbo a la carrera de San Jerónimo. Al cruzar frente a la entrada principal del Palace, Ernesto contó al menos tres coches negros parados a las puertas del hotel y varios hombres que corrían hacia el interior apartando a quienes se encontraban en su camino. El taxista procedió con calma, puso el intermitente y se fundió en el tráfico que se desplazaba pendiente abajo rumbo a Recoletos. Una vez allí, ocultos en un enjambre de automóviles, autobuses y tranvías que se arrastraban en la niebla, el taxista dejó escapar un suspiro de alivio y se atrevió a mirar por primera vez a Alicia. Tenía el rostro surcado de lágrimas y le temblaban los labios.

—Gracias por esperarme —dijo ella.

—¿Se encuentra bien?

Alicia no respondió.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó Ernesto.

La mujer negó.

—Todavía no. Me queda una última parada…

6

El coche se detuvo frente a la verja de lanzas. Ernesto paró el motor y contempló la silueta de Villa Mercedes asomando entre la arboleda. Alicia también estaba escrutando la casa sin decir palabra. Permanecieron allí por espacio de un minuto dejando que el silencio que envolvía aquel lugar calase poco a poco.

—Parece que aquí no hay nadie —dijo el taxista.

Alicia abrió la puerta del coche.

—¿La acompaño? —preguntó Ernesto.

—Espéreme aquí.

—No me voy a ninguna parte.

Alicia descendió del taxi y se aproximó a la verja. Antes de entrar se volvió para mirar a Ernesto, que le sonrió débilmente y la saludó con la mano, muerto de miedo. Se coló por los barrotes y se dirigió hacia la casa a través de los jardines. De camino vislumbró la silueta del tren de vapor entre los árboles. Cruzó el jardín de estatuas. El único sonido era el de sus pasos sobre la hojarasca. Durante un par de minutos atravesó la finca sin apreciar más señal de vida que una marea de arañas negras que pendían de crisálidas adheridas a las hojas de los árboles y correteaban a sus pies.

Al llegar a la escalinata principal y advertir que la puerta de la casa estaba abierta se detuvo. Miró a su alrededor y pudo comprobar que las cocheras estaban vacías. Villa Mercedes desprendía un inquietante aire de desolación y abandono, como si todos cuantos habían formado parte de aquel lugar hubieran partido en mitad de la noche huyendo de una maldición. Ascendió despacio la escalera hasta el umbral de la casa y entró en el vestíbulo.

—¿Mercedes? —llamó.

El eco de su voz se perdió en una letanía de salones y corredores desiertos. Un abanico de pasillos sombríos se abrían a los flancos. Alicia se acercó al pórtico de un gran salón de baile en cuyo interior había penetrado la hojarasca, impulsada por el viento. Los cortinajes ondeaban en la corriente y el manto de insectos había reptado desde el jardín y se esparcía ahora por las baldosas de mármol blanco.

—¿Mercedes? —llamó una vez más.

Su voz se extravió de nuevo en las entrañas de la casa. Percibió entonces el hedor dulzón que provenía de lo alto de la escalera e inició el ascenso. El rastro la condujo hasta la habitación al fondo del corredor. Penetró en la cámara pero se detuvo a medio camino. Un manto de arañas negras recubría el cadáver de la señora de Valls. Habían empezado a devorarla.

Alicia corrió de regreso al pasillo y abrió una de las ventanas que daban al patio interior para buscar una bocanada de aire fresco. Al asomar la cabeza al atrio advirtió que todas las ventanas que se abrían a aquel patio estaban cerradas excepto una, en un extremo del tercer piso. Se encaminó otra vez a la escalinata principal y subió hasta el tercer piso. Un largo corredor se hundía en la penumbra. Al fondo, se podía ver una

doble puerta de color blanco entreabierta.

—Mercedes, soy Alicia. ¿Estás ahí?

Avanzó despacio, escrutando los relieves tras los cortinajes y las sombras que se perfilaban entre las puertas que flanqueaban el corredor. Al llegar al final del pasillo posó las manos sobre la puerta y se detuvo.

—¿Mercedes?

Empujó hacia el interior.

Las paredes estaban pintadas de azul celeste y lucían una constelación de dibujos inspirados en cuentos y leyendas. Un castillo, un carruaje, una princesa y toda suerte de criaturas fantásticas surcaban un cielo de estrellas incrustadas en plata sobre la bóveda del techo. Alicia comprendió que se trataba de una habitación de juegos, un paraíso para infantes privilegiados donde podían encontrarse cuantos juguetes pudiera desear un niño. Las dos hermanas estaban esperando al fondo de la sala.

El lecho era blanco y estaba coronado por una cabecera de madera labrada en forma de ángel de alas desplegadas que contemplaba la estancia con devoción infinita. Ariadna y Mercedes estaban vestidas de blanco, tendidas sobre la cama cogidas de una mano y sosteniendo una rosa roja sobre el pecho con la otra. Un estuche con una jeringuilla y frascos de cristal reposaba sobre la mesita de noche, junto a Ariadna.

Alicia sintió que le temblaban las piernas y se agarró a una silla. Nunca supo cuánto tiempo había permanecido allí, si fue apenas un minuto o una hora, y solo pudo recordar que cuando descendió por la escalera y llegó a la planta baja sus pasos la condujeron al salón de baile. Allí se dirigió a la chimenea. Encontró una caja con fósforos largos sobre la repisa. Encendió uno y empezó a recorrer el perímetro de la mansión prendiendo fuego a cortinajes y lienzos. Al poco sintió las llamas rugir a su espalda y abandonó aquella casa de la muerte. Cruzó de nuevo el jardín sin volver la vista atrás mientras Villa Mercedes ardía y una pira negra se alzaba hacia el cielo.

IN PARADISUM

Barcelona

Febrero de 1960

1

Como todos los domingos desde que se había quedado viudo, más de veinte años atrás, Juan Sempere se levantaba temprano, se preparaba un café bien cargado y se enfundaba su traje y su sombrero de señor de Barcelona para bajar a la iglesia de Santa Ana. El librero nunca había sido un hombre religioso, a menos que don Alejandro Dumas contara como miembro excátedra del santoral. Le gustaba instalarse en la última bancada y presenciar el rito en silencio. Se ponía de pie y se sentaba cuando el sacerdote así lo indicaba por respeto, pero no tomaba parte en los cánticos, las plegarias o la comunión. Desde que Isabella había muerto, el cielo y él, nunca los más animados contertulios, tenían poco que decirse.

El párroco, que estaba al corriente de sus convicciones, o de la ausencia de ellas, siempre le daba la bienvenida y le recordaba que aquella era su casa, creyera en lo que creyese. «Cada cual vive la fe a su manera —le decía—. Pero no me cite o me enviarán a misiones a ver si se me come una anaconda». El librero siempre le respondía que él no tenía fe, pero que en aquel lugar se sentía más cerca de Isabella, quizá porque en aquella capilla se había casado con ella y había celebrado su funeral con solo cinco años de diferencia, los únicos que recordaba felices de su vida.

Aquella mañana de domingo, Juan Sempere se sentó igual que siempre en el último banco a oír la misa y a contemplar cómo los madrugadores del barrio, un batiburrillo de beatas y pecadores, gentes solas, insomnes, optimistas y jubilados de la esperanza se reunían a suplicarle a Dios para que, en su infinito silencio, se acordara de ellos y de sus efímeras existencias. Podía ver el aliento del párroco dibujar plegarias de vapor en el aire. La concurrencia se escoraba hacia la única estufa de butano que permitía el presupuesto de la parroquia y que, pese al concurso de vírgenes y santos ejerciendo desde sus hornacinas, no obraba el milagro.

Se disponía el párroco a consagrar la sagrada forma y a beber de aquel vino al que, con tanto frío, no le hubiera dicho que no, cuando captó con el rabillo del ojo que una figura se deslizaba por el banco y tomaba asiento a su lado. Sempere se volvió para encontrar a su hijo Daniel, a quien no había visto en una capilla desde el día de su boda. Solo le faltaba ver entrar a Fermín con un misal en la mano para decidir que en realidad el despertador se había declarado en rebeldía y que todo aquello era parte del sueño plácido de un domingo de invierno.

—¿Todo bien? —preguntó Juan.

Daniel asintió con una sonrisa mansa y dirigió la mirada al párroco, que empezaba a repartir la comunión entre los feligreses mientras el organista, un profesor de música que hacía doblete en varias iglesias del barrio y era cliente de la librería, tocaba lo mejor que podía.

—A juzgar por los crímenes perpetrados contra don Juan Sebastián Bach, el maestro Clemente debe de tener los dedos congelados esta mañana —añadió.

Daniel se limitó a asentir de nuevo. Sempere observó a su hijo, que hacía ya días

que estaba ensimismado. Daniel llevaba en su interior un mundo de ausencias y silencios en el que nunca había podido adentrarse. A menudo se acordaba de aquel amanecer, quince años atrás, cuando se había despertado gritando porque ya no podía recordar el rostro de su madre. Aquella mañana el librero le había acompañado por primera vez al Cementerio de los Libros Olvidados, quizá en la esperanza de que aquel lugar y lo que significaba pudieran cubrir el vacío que la pérdida había dejado en sus vidas. Le había visto crecer y convertirse en un hombre, casarse y traer un hijo al mundo, y aun así se levantaba cada mañana temiendo por él y deseando que Isabella estuviera a su lado para decirle las cosas que él nunca podría decir. Un padre nunca ve envejecer a sus hijos, y a sus ojos siempre se aparecen como aquellos niños que un día le miraban con veneración, convencidos de que tenía las respuestas a todos los enigmas del universo.

Aquella mañana, sin embargo, bajo la media luz de una capilla lejos de Dios y del mundo, el librero contempló a su hijo y por primera vez creyó que el tiempo había empezado a correr para él también y que ya nunca más podría ver al niño que vivía para recordar el rostro de una madre que no habría de volver. Sempere intentó encontrar palabras para decirle que lo entendía, que no estaba solo, pero aquella negrura que pendía sobre su hijo como una sombra envenenada le dio miedo. Daniel se volvió hacia su padre y Sempere leyó en sus ojos una rabia y una ira que no había visto ni en la mirada de viejos a los que la vida había condenado ya a la miseria.

—Daniel… —susurró.

Su hijo le abrazó entonces con fuerza, silenciándole y sujetándole como si temiera que algo pudiera arrebatárselo. El librero no podía ver su rostro, pero sabía que su hijo estaba llorando en silencio. Y por primera vez desde que Isabella los había dejado rezó por él.

2

El autobús los dejó a las puertas del cementerio de Montjuic poco antes del mediodía. Daniel aupó a Julián en sus brazos y esperó a que Bea descendiese primero. Nunca hasta entonces habían llevado al niño a aquel lugar. Un sol frío había quemado las nubes y el cielo proyectaba una lámina de azul metálico que desentonaba con el escenario. Cruzaron las puertas de la ciudad de los muertos e iniciaron el ascenso. El camino que discurría por la ladera de la montaña bordeaba la parte antigua del camposanto, construida a finales del siglo XIX, y estaba flanqueado por mausoleos y tumbas de arquitectura melodramática que invocaban ángeles y espectros en extravagantes babeles, a mayor gloria de las grandes fortunas y las familias de la ciudad.

Bea siempre había detestado la ciudad de los muertos. Detestaba visitar aquel recinto en el que no veía nada más que una escenificación mórbida de la muerte y un amago de convencer a los aterrados visitantes de que la alcurnia y el buen nombre se mantenían hasta en la oscura eternidad. Deploraba la idea de que un ejército de arquitectos, escultores y artesanos hubieran vendido su talento para construir una suntuosa necrópolis y poblarla de estatuas donde espíritus de la muerte se inclinaban a besar la frente de infantes de antes de los tiempos de la penicilina, donde doncellas espectrales quedaban atrapadas en conjuras de eterna melancolía y donde ángeles desconsolados lloraban tendidos sobre lápidas de mármol la pérdida de algún indiano carnicero que había hecho fortuna y gloria en la trata de esclavos y el azúcar ensangrentado en las islas del Caribe. En Barcelona, hasta la muerte se vestía de domingo. Bea detestaba aquel lugar, pero nunca se lo podría decir a Daniel.

El pequeño Julián contemplaba todo aquel carnaval dantesco con ojos abiertos como platos. Señalaba las figuras y las estructuras laberínticas de los panteones con una mezcla de temor y de asombro.

—Son solo estatuas, Julián —le dijo su madre—. No te pueden hacer nada porque aquí no hay nada.

Tan pronto como pronunció estas palabras se arrepintió. Daniel no dio muestras de haberlas oído. Apenas había despegado los labios desde que había vuelto a casa de madrugada sin dar explicaciones de dónde había estado. Se había tendido a su lado en la cama en silencio pero no había dormido ni un minuto.

Al alba, cuando Bea le preguntó qué le pasaba, Daniel la observó sin decir nada. Luego la desnudó con rabia. La tomó a la fuerza, sin mirarla a la cara, sujetándole los brazos por encima de la cabeza con una mano y abriéndole las piernas con la otra sin contemplaciones.

—Daniel, me estás haciendo daño. Para, por favor. Para.

Él ignoró sus protestas y la embistió con una furia que Bea no recordaba hasta que ella liberó las manos y le clavó las uñas en la espalda. Daniel gimió de dolor y ella le empujó a un lado con todas sus fuerzas. Tan pronto como se hubo librado de él, Bea saltó del lecho y se cubrió con una bata. Quiso gritarle, pero contuvo las lágrimas. Daniel se había encogido en un ovillo sobre la cama y evitaba sus ojos. Bea respiró hondo.

—No vuelvas a hacer eso, Daniel. Nunca. ¿Me has entendido? Mírame a la cara y responde.

Él alzó el rostro y asintió. Bea se encerró en el baño hasta que oyó la puerta del piso. Daniel regresó una hora después. Había comprado flores.

—No quiero flores.

—Había pensado en ir a ver a mi madre —dijo Daniel.

Sentado a la mesa y sosteniendo un tazón de leche, el pequeño Julián observó a sus padres y detectó que algo no andaba bien. Se podía engañar a todo un mundo, pero nunca a Julián, pensó Bea.

—Entonces iremos contigo —replicó.

—No hace falta.

—He dicho que iremos contigo.

Al llegar al pie del montículo sobre el que se abría una balaustrada que miraba al mar, Bea se detuvo. Sabía que Daniel quería visitarla a solas. Este hizo amago de entregarle a Julián, pero el niño se resistió a abandonar los brazos de su padre.

—Llévale contigo. Yo os esperaré aquí.

3

Daniel se arrodilló frente a la lápida y dejó las flores sobre la tumba. Acarició las letras grabadas en la piedra:

ISABELLA SEMPERE
1917-1939

Permaneció allí con los ojos cerrados hasta que Julián empezó a balbucear en aquel tono incomprensible que adoptaba cuando algo le rondaba la cabeza.

—¿Qué pasa, Julián?

Su hijo estaba señalando algo al pie de la lápida. Daniel descubrió una pequeña figura que asomaba entre los pétalos de unas flores secas a la sombra de una vasija de cristal. Parecía una estatuilla de yeso tallado. Daniel tuvo la certeza de que no estaba allí la última vez que había visitado la tumba de su madre. La recogió y la examinó. Un ángel.

Julián, que observaba la figurilla con fascinación, se inclinó e intentó arrebatársela de las manos. Al hacerlo, el ángel se le resbaló y se precipitó sobre el mármol, quebrándose. Fue entonces cuando Daniel advirtió que algo sobresalía de una de las dos mitades. Un pliego de papel enrollado. Dejó a Julián en el suelo y tomó la figura. Desenrolló el pliego y reconoció la caligrafía de Alicia Gris.

Mauricio Valls
El Pinar
Calle Manuel Arnús
Barcelona

Julián le miraba con atención. Daniel guardó el papel en su bolsillo y le ofreció una sonrisa que no pareció convencer al niño, que observaba a su padre del mismo modo que solía hacerlo cuando se tendía con fiebre en el sofá. Daniel dejó una rosa blanca sobre la lápida y tomó a su hijo de nuevo en brazos.

Bea los esperaba al pie del montículo. Al llegar a su lado, Daniel la abrazó en silencio. Quería pedirle perdón, por lo de aquella mañana y por todo, pero no daba con las palabras. La mirada de Bea le encontró.

—¿Estás bien, Daniel?

Él se ocultó en aquella sonrisa que no había convencido a Julián y menos a Bea.

—Te quiero —dijo.

Aquella noche, después de acostar a Julián, hicieron el amor despacio y a media luz. Daniel recorrió su cuerpo con los labios como si temiera nunca más poder volver a hacerlo. Luego, abrazados bajo las mantas, Bea le susurró al oído:

—Me gustaría que tuviéramos otro hijo. Una niña. ¿Te gustaría?

Daniel hizo un gesto afirmativo y la besó en la frente. Siguió acariciándola hasta que Bea se durmió. Entonces esperó a que su respiración se tornarse lenta y profunda. Se levantó con sigilo, recogió su ropa y se vistió en el comedor. Antes de salir se detuvo frente a la habitación de Julián y entreabrió la puerta. Su hijo dormía plácidamente abrazado a un cocodrilo de peluche que le había regalado Fermín y que medía dos como él. Julián lo había bautizado *Carlitos* y no había modo de que se durmiera sin él, pese a todos los intentos de Bea por sustituirlo por algo más manejable. Se resistió a entrar en el dormitorio y besar a su hijo. Julián tenía un sueño ligero y un radar especial para los movimientos de sus padres por la casa. Al cerrar la puerta del piso se preguntó si volvería a verle.

4

Abordó el tranvía nocturno que salía de la plaza de Cataluña justo cuando empezaba a deslizarse sobre los raíles. En el interior no viajaban más de media docena de pasajeros encogidos de frío que se mecían al traqueteo del tranvía con los ojos entrecerrados, ajenos al mundo. Nadie recordaría haberle visto allí.

Por espacio de media hora el tranvía escaló la ciudad sin apenas cruzarse con tráfico. Pasaban de largo las paradas desiertas dejando un rastro de chispazos azules en el cableado y un olor a electricidad y madera requemada. De vez en cuando alguno de los pasajeros volvía a la vida, se tambaleaba hasta la salida de atrás y se apeaba sin esperar a que se hubiera detenido el coche. El último tramo del ascenso, desde la esquina de Vía Augusta y Balmes hasta la avenida del Tibidabo, lo hizo sin más compañía que la de un revisor letárgico que dormitaba apoyado en su taburete a popa y el conductor, un homúnculo unido al mundo por un cigarro que desprendía plumas de humo amarillento que olían a gasolina.

Al llegar a la parada término, el conductor soltó una bocanada celebratoria e hizo sonar la campana. Daniel se bajó y dejó atrás la burbuja de luz ámbar que envolvía el tranvía. Al frente se abrían en fuga la avenida del Tibidabo y la sucesión de mansiones y palacios que escalaban la falda de la montaña. En lo alto, un centinela silencioso vigilando la ciudad, se apreciaba la silueta de El Pinar. Daniel sintió que se le aceleraba el pulso. Se ajustó el abrigo y echó a caminar.

Al atravesar frente al número 32 de la avenida alzó la mirada para contemplar la antigua casa de los Aldaya desde la verja y le asaltaron los recuerdos. En aquel viejo caserón había encontrado y casi perdido la vida hacía una eternidad, es decir, unos pocos años. A buen seguro, de haber estado Fermín a su lado habría hallado el modo de hilvanar alguna ironía respecto a cómo aquella avenida parecía describir su destino y cómo solo a un necio se le ocurriría perpetrar lo que llevaba en mente mientras su esposa y su hijo dormían su última noche de paz en la Tierra. Tal vez debería haberle llevado consigo. Fermín habría hecho lo imposible por detenerle y no le hubiera permitido cometer una locura. Fermín se habría interpuesto entre él y su deber, o simplemente su oscuro deseo de venganza. Por eso sabía que, aquella noche, debía enfrentarse a su destino a solas.

Al llegar a la plazoleta que coronaba la avenida, Daniel se ciñó a las sombras y se encaminó hacia la calle que rodeaba la colina sobre la que se alzaba la silueta sombría y angulosa de El Pinar. De lejos, la casa parecía suspendida del cielo. Solo al aproximarse a sus pies cobraba uno consciencia del tamaño de la finca que la rodeaba y de la escala catedralicia de la estructura. La parcela, una montaña ajardinada, estaba rodeada por un muro que bordeaba la calle y su entrada principal custodiada por una villa anexa tocada con un torreón. Esta lucía una verja reticulada de la época en que la metalurgia todavía era un arte. Más abajo había un segundo acceso, un pórtico de piedra practicado en el muro con un dintel que anunciaba el nombre de la mansión y

tras el cual se intuía un largo ascenso por un laberinto de escalinatas a través de los jardines. La verja parecía tan sólida como la principal. Daniel concluyó que la única alternativa era trepar la pared, saltar al interior y ganar acceso a la casa cruzando la arboleda mientras confiaba en no ser visto. Se preguntó si habría perros o guardias ocultos. Desde fuera no se apreciaba luz alguna. El Pinar desprendía un aire fúnebre de soledad y abandono.

Un par de minutos de observación le llevaron a decidirse por un punto en el muro que parecía más resguardado por los árboles. La piedra de este estaba húmeda y resbaladiza, y fueron precisos varios intentos hasta que pudo alcanzar la parte alta del mismo y saltar al otro lado. Tan pronto como aterrizó en el manto de pinaza y ramas caídas sintió que descendía la temperatura a su alrededor, como si acabase de penetrar en un subterráneo. Inició el ascenso del montículo con sigilo, deteniéndose cada pocos metros a escuchar el aire, el rumor de la brisa entre las hojas. Al poco tropezó con un camino empedrado que provenía de la entrada a la finca y conducía hasta la explanada que bordeaba la casa. Lo siguió hasta que la fachada se alzó al frente. Miró a su alrededor. Le envolvieron el silencio y la densa penumbra. Si había alguien más en aquel lugar, no tenía intención de evidenciar su presencia.

El edificio estaba sumido en sombras, con los ventanales oscuros, y el único sonido perceptible era el de sus pisadas y el viento silbando entre los árboles. Incluso en la tenue luz de la luna se apreciaba que El Pinar llevaba años prácticamente abandonado. Daniel lo contempló, desconcertado. Había esperado guardas, perros o algún tipo de vigilancia armada. Tal vez, en secreto, la había deseado. Alguien que pudiera, o quisiera, detenerle. No había nadie.

Se acercó a uno de los ventanales y pegó el rostro contra el cristal agrietado. Un recinto de tinieblas se entreveía en el interior. Rodeó la estructura y llegó a una suerte de patio que daba a una galería acristalada. Examinó el interior y no detectó luz o movimiento algunos. Agarró una piedra y golpeó el vidrio de una puerta. Introdujo la mano por el hueco y abrió la puerta desde dentro. El olor de la casa le abrazó como un espíritu viejo y malévolo que hubiera estado esperándole con ansia. Se adentró unos pasos y se dio cuenta de que estaba temblando y de que todavía sostenía la piedra en la mano. No la soltó.

La galería conducía a una sala rectangular que debía de haber sido en su día un comedor de gala. La cruzó hasta alcanzar un salón de grandes ventanales de corte arabesco desde los que se podía contemplar toda Barcelona, más lejana que nunca. Fue explorando la casa y sintiendo que recorría el casco de un buque hundido. El mobiliario estaba cubierto de un sudario de tiniebla blanquecina, las paredes oscurecidas, los cortinajes raídos o caídos. En el centro de aquel lugar encontró un atrio interior que se alzaba hasta una techumbre quebrada por la que penetraban los haces de claridad como sables de vapor. Oyó un aleteo y un rumor en lo alto. A un lado se abría una suntuosa escalinata de mármol que parecía más propia de un teatro de la ópera que de una residencia particular. Junto a esta había una antigua capilla. El

rostro de un Cristo clavado en la cruz se entreveía en la penumbra, surcado de lágrimas de sangre y con mirada acusadora. Más allá, tras las puertas de varias estancias cerradas, un portón abierto parecía hundirse en las entrañas de la casa. Daniel se aproximó hasta allí y se detuvo. Una leve corriente de aire le acarició la cara y con ella le llegó un olor. Cera.

Se adelantó unos pasos a través de un corredor y encontró una escalera de aspecto más mundano, que intuyó que debían de haber sido las reservadas al servicio. Unos metros más allá se abría una sala amplia en cuyo centro había una mesa de madera y unas sillas caídas. Daniel comprendió que estaba en las antiguas cocinas. El olor a cera provenía de allí. Un suave resplandor parpadeante dibujaba los contornos de las paredes. Daniel advirtió que la mesa estaba recubierta por una mancha negruzca que se había desbordado hasta salpicar el suelo como un charco de sombra líquida. Sangre.

—¿Quién va? —dijo una voz, que sonaba casi más atemorizada que el propio Daniel.

Este se detuvo y buscó refugio en la sombra. Oyó pasos aproximándose muy lentamente.

—¿Quién va?

Daniel aferró la piedra con fuerza y contuvo la respiración. Una silueta con una vela en una mano y un objeto brillante en la otra se acercaba. De repente se paró, como si intuyera su presencia. Estudió la sombra que proyectaba. La figura sostenía un arma con pulso tembloroso. Se deslizó unos pasos y en un instante Daniel vio la mano que portaba la pistola cruzar frente al umbral tras el cual se había ocultado.

Su temor se tornó rabia y, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se lanzó sobre la figura y le golpeó la mano con la piedra con todas sus fuerzas. Oyó huesos quebrándose y un aullido. El arma cayó al suelo. Daniel se precipitó sobre su portador y descargó en él toda la ira que llevaba dentro. Lo golpeó con los puños desnudos en el rostro y el torso. La figura trataba de cubrirse la cara con los brazos y gritaba como un animal preso de pánico. La vela caída había formado un charco de cera que prendió en llama. Fue aquella luz ámbar la que desveló el rostro aterrorizado de un hombre de aspecto frágil. Daniel se detuvo, desconcertado. El hombre, respirando entrecortadamente y con la cara ensangrentada, le miraba sin comprender. Daniel agarró la pistola y presionó el cañón contra uno de sus ojos. El tipo dejó escapar un gemido.

—No me mate, por favor… —suplicó.

—¿Dónde está Valls?

El hombre continuaba sin entender.

—¿Dónde está Valls? —repitió Daniel, sintiendo en su voz un tono acerado e impregnado de un odio que no reconocía.

—¿Quién es Valls? —balbuceó el hombre.

Daniel hizo amago de golpearle el rostro con la pistola y el otro cerró los ojos,

temblando. Daniel se dio cuenta de que estaba apalizando a un anciano. Se echó atrás y se sentó con la espalda contra la pared. Respiró hondo e intentó recobrar el control de sí mismo. El anciano se había encogido en un ovillo y lloriqueaba.

—¿Quién es usted? —consiguió articular Daniel tras exhalar un suspiro—. No voy a matarle. Solo quiero saber quién es usted y dónde está Valls.

—El guarda —gimió—. Soy el guarda.

—¿Qué hace aquí?

—Me dijeron que volverían. Que le diera de comer y que los esperase.

—¿Que le diera de comer a quién?

El anciano se encogió de hombros.

—¿Valls?

—No sé cómo se llama. Me dejaron esa pistola y me ordenaron que si no regresaba en tres días que le matara y le echase al pozo. Pero yo no soy un asesino…

—¿Cuánto hace de eso?

—No lo sé. Hace ya días.

—¿Quién le dijo que volvería?

—Un capitán de la policía. No me facilitó su nombre. Me dio dinero. Es suyo si quiere.

Daniel negó.

—¿Dónde está ese hombre? Valls.

—Abajo… —informó señalando hacia una puerta metálica en el extremo de las cocinas.

—Deme las llaves.

—¿Ha venido usted a matarle entonces?

—Las llaves.

El anciano buscó en sus bolsillos y le tendió un manojo de llaves.

—¿Está usted con ellos? ¿Con la policía? Yo he hecho todo lo que me dijeron, pero no podía matarle…

—¿Cómo se llama usted?

—Manuel. Manuel Requejo.

—Váyase a su casa, Manuel.

—No tengo casa… Vivo en un cobertizo, ahí atrás, en el bosque.

—Váyase de aquí.

El anciano asintió. Se incorporó trabajosamente y se aferró a la mesa para sostenerse en pie.

—No quería hacerle daño —aseguró Daniel—. Creí que era usted otra persona.

El hombre evitó su mirada y se arrastró hacia la salida.

—Le va a hacer usted un favor —dijo.

5

Tras la puerta de metal había una estancia donde encontró varias estanterías con latas de conserva. La pared al fondo mostraba una abertura detrás de la cual se adivinaba un túnel excavado en la piedra que descendía en un ángulo muy pronunciado. Tan pronto como Daniel se asomó al umbral le golpeó el intenso hedor que ascendía desde el subterráneo. Era un hedor animal, a excrementos, sangre y miedo. Se tapó el rostro con la mano y escuchó las sombras. Advirtió que, colgada del muro, había una linterna. La encendió y proyectó el haz hacia el túnel. Una escalinata esculpida sobre la roca se perdía en un pozo de negrura.

Descendió lentamente. Los muros rezumaban humedad y el suelo era resbaladizo. Calculó que había bajado una decena de metros cuando avistó el fin de la escalera. Allí el túnel se ensanchaba y se abría a una oquedad del tamaño de una habitación. El hedor era tan intenso que nublaba los sentidos. Al barrer la tiniebla con el haz de la linterna vio los barrotes que separaban en dos mitades la cámara horadada en la piedra. Recorrió el interior de la celda con la luz sin comprender. Estaba vacía. Hasta que oyó el rumor de una respiración trabajosa y advirtió un rincón de sombras que se desplegaban en una silueta esquelética arrastrándose hacia la luz no entendió que se había equivocado. Había algo allí atrapado, algo que le costó identificar como un hombre.

Ojos quemados por la oscuridad, ojos que parecían no ver y estaban velados por una capa blanquecina. Esos ojos le buscaban. La silueta, un amasijo de harapos que cubrían una bolsa de huesos rodeada de sangre seca, mugre y orines, se aferró a uno de los barrotes e intentó incorporarse. Solo le quedaba una mano. En el lugar donde debería haber estado la otra no había más que un muñón supurante quemado a fuego. La criatura se pegó a los barrotes como si quisiera olerle. De repente sonrió y Daniel comprendió que había visto la pistola que sostenía en la mano.

Daniel tanteó entre el manojo de llaves hasta encontrar la que encajaba con el cerrojo. Abrió la celda. La criatura en el interior le miraba, expectante. Daniel reconoció en él un pálido reflejo del hombre al que había aprendido a odiar durante los últimos años. Nada quedaba de su semblante regio, de su porte soberbio y de su presencia altiva. Alguien o algo le había arrancado cuanto podía arrancársele a un ser humano hasta dejar en él apenas un anhelo de oscuridad y olvido. Daniel levantó el arma y le apuntó al rostro. Valls rio de gozo.

—Tú mataste a mi madre.

Valls asintió repetidamente y se abrazó las rodillas. Buscó el arma con la única mano que le quedaba y se la llevó a la frente.

—Por favor, por favor —imploró entre lágrimas.

Daniel tensó el percutor. Valls cerró los ojos y apretó la cara con fuerza contra el cañón.

—Mírame, hijo de puta.

Valls abrió los ojos.

—Dime por qué.

Valls sonrió sin entender. Había perdido varios dientes y le sangraban las encías. Daniel apartó el rostro y sintió que la náusea le ascendía por la garganta. Cerró los ojos y conjuró el rostro de su hijo Julián dormido en su habitación. Alejó el arma de sí y abrió el tambor. Dejó caer las balas al suelo encharcado y apartó a Valls de un empujón.

Valls le contempló, primero con desconcierto y luego con pánico, y empezó a recoger las balas, una a una, para ofrecérselas con mano temblorosa. Daniel lanzó el arma al fondo de la celda y agarró a Valls por el cuello. Un brote de esperanza iluminó su mirada. Daniel lo aferró con fuerza y lo arrastró fuera de la celda y escaleras arriba. Al llegar a las cocinas abrió la puerta a patadas y salió al exterior sin soltar en momento alguno a Valls, que se tambaleaba a su espalda. No le miró ni le dirigió la palabra. Se limitó a arrastrarlo a través de los senderos del jardín hasta que llegaron al portón de metal. Una vez allí buscó la llave en el manojo que le había entregado el guarda y lo abrió.

Valls había empezado a gemir, aterrado. Daniel lo lanzó a la calle de un empujón. El hombre cayó al suelo y él lo sujetó de nuevo del brazo y le obligó a incorporarse. Valls dio unos pasos y se detuvo. Daniel le propinó una patada y le forzó a continuar. Le empujó hasta que alcanzaron la plaza donde esperaba el primer tranvía azul. Empezaba a clarear y el cielo se abría en una telaraña rojiza que se esparcía sobre Barcelona e incendiaba el mar a lo lejos. Valls se postró de rodillas ante Daniel, implorando.

—Eres libre —dijo Daniel—. Largo de aquí.

Don Mauricio Valls, luz de su tiempo, se alejó cojeando avenida abajo. Daniel permaneció allí hasta que su silueta se fundió en el gris del alba. Buscó refugio en el tranvía, que esperaba vacío. Subió y tomó asiento en uno de los bancos al fondo. Apoyó el rostro contra el cristal y cerró los ojos. Al rato se rindió al sueño y cuando el revisor le despertó un sol limpio ya barría las nubes y Barcelona olía a limpio.

—¿Adónde va usted, jefe? —preguntó el revisor.

—A casa —dijo Daniel—. Me voy a casa.

Al rato, el tranvía inició el descenso y Daniel abandonó la mirada al horizonte que se dibujaba a los pies de la gran avenida sintiendo que ya no le quedaba más rencor en el alma y que por primera vez en muchos años había despertado con el recuerdo que le acompañaría por el resto de sus días: el rostro de su madre, una muchacha a la que ya superaba en edad.

—Isabella —murmuró para sí—. Ojalá hubiera podido conocerte.

6

Dicen que le vieron llegar a la boca del metro y que descendió escaleras abajo buscando los túneles como si quisiera regresar al infierno. Dicen que la gente al fijarse en sus harapos y sentir el hedor que desprendía se hizo a un lado y fingió no verlo. Dicen que abordó uno de los trenes y que buscó refugio en un rincón del vagón. Nadie se le acercó, nadie le miró y nadie quiso admitir luego que le había visto.

Dicen que el hombre invisible lloraba y gritaba en el vagón implorando que alguien se apiadara de él y le matase, pero nadie quiso ni siquiera intercambiar una mirada con semejante despojo. Dicen que vagó durante todo el día por los túneles del metro, cambiando de tren, esperando en el andén a que otro vagón le llevase a través de la madeja de túneles oculta bajo el laberinto de Barcelona, y de ese a otro, y a otro y a otro más que conducía a ninguna parte.

Dicen que al final de aquella tarde uno de aquellos trenes malditos quedó varado en la estación término de la línea y que cuando el mendigo se negó a bajarse y no dio muestras de oír las órdenes que le proferían el revisor y el jefe de estación, estos llamaron a la policía. En cuanto llegaron los agentes, entraron en el vagón y se aproximaron al indigente, que tampoco respondió a sus órdenes. Solo entonces uno de los policías se acercó a él, cubriéndose la nariz y la boca con la mano. Le empujó suavemente con el cañón de su arma. Dicen que entonces el cuerpo se desplomó exánime al suelo y que los harapos que le cubrían se abrieron para desvelar lo que les pareció un cadáver que hubiera ya empezado a descomponerse.

Por toda identificación llevaba en la mano una fotografía en la que aparecía una mujer joven de identidad desconocida. Uno de los agentes se guardó el retrato de Alicia Gris y durante años lo tuvo en el interior de su taquilla en la casa cuartel, creyendo que no era sino la muerte, que había dejado su tarjeta de visita en manos de aquel pobre diablo antes de enviarle a su eterna condenación.

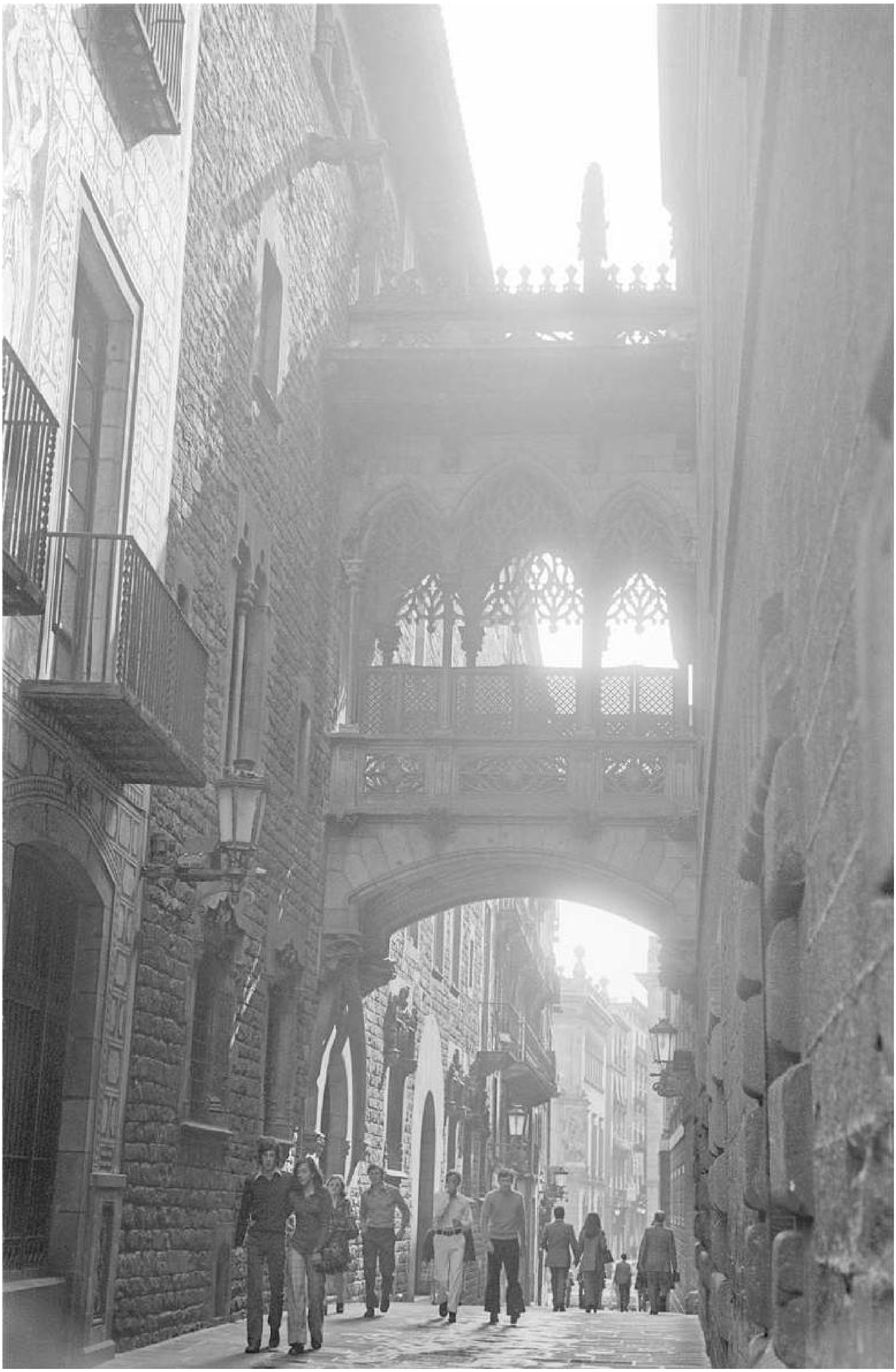
Los servicios funerarios recogieron el cuerpo, que fue trasladado al depósito en el que acababan todos los indigentes, los cuerpos sin identificar y las almas abandonadas que la ciudad dejaba atrás todas las noches. Al crepúsculo, dos mozos lo metieron en una bolsa de lona que hedía a los cientos de cuerpos que habían hecho su último viaje en su interior y lo auparon a la parte de atrás del camión. Ascendieron la vieja carretera que bordeaba el castillo de Montjuic, perfilado contra un mar de fuego y las mil siluetas de ángeles y espíritus en la ciudad de los muertos que parecían haberse congregado allí para escupirle su último insulto de camino a la fosa común donde el mendigo, el hombre invisible, en otra vida, había enviado a tantos cuyos nombres apenas recordaba.

Al llegar al borde de la fosa, un pozo infinito de cuerpos cubiertos de cal, los dos mozos abrieron la bolsa y dejaron que don Mauricio Valls se deslizara por la ladera de cadáveres hasta llegar al fondo. Dicen que cayó boca arriba con los ojos abiertos y

que lo último que vieron los mozos antes de alejarse de aquel lugar fue cómo un pájaro negro se posaba sobre el cuerpo y se los arrancaba a picotazos mientras las campanas de toda Barcelona resonaban en la distancia.

BARCELONA

23 de abril de 1960



1

Llegó el día.

Poco antes del alba Fermín se había despertado en celo. En su ímpetu, había dejado a la Bernarda baldada para una semana merced a uno de sus prontos de amoríos matinales que descolocó el mobiliario del dormitorio y concitó las protestas enérgicas de los vecinos del otro lado de la pared.

—Es por la luna llena —se disculpó luego Fermín a la vecina al saludarla por el tragaluz que daba al lavadero—. No sé qué pasa, que me transformo.

—Sí, pero en vez de lobo se transforma usted en cerdo. A ver si se controla, que aquí viven criaturas que todavía no han hecho la Primera Comunión.

Como siempre que Fermín obedecía a la llamada del semental primigenio que llevaba dentro, luego le entraba un hambre de tigre. Se preparó una tortilla de cuatro huevos con tropezones de jamón y queso que se ventiló con una barra de medio y un benjamín de champán. Satisfecho, lo coronó todo con una copita de orujo y procedió a calzarse la indumentaria prescrita para enfrentar una jornada que se las prometía complicada.

—¿Se puede saber por qué te has vestido de buzo? —preguntó la Bernarda desde el umbral de la cocina.

—Por precaución. En realidad es una gabardina vieja forrada con ejemplares del *ABC*, que no dejan pasar ni el agua bendita. Algo en la tinta que le echan. Parece avecinarse una gorda.

—¿Hoy, para Sant Jordi?

—Los designios del Señor serán insondables, pero acostumbran a tocar la pera siempre que pueden —refrendó Fermín.

—Fermín, en esta casa no se blasfema.

—Perdón, mi amor. Ahora me tomo la pastilla para el agnosticismo y se me pasa.

Fermín no mentía. Hacía días que se pronosticaba una jornada de desastres bíblicos sin cuento que habrían de azotar Barcelona, ciudad de libros y rosas, en el día de la más bella de todas sus celebraciones. La conjura de los expertos concurría en pleno: el Servicio Nacional de Meteorología, Radio Barcelona, *La Vanguardia* y la Guardia Civil. La última gota antes del proverbial diluvio la había puesto la célebre pitonisa *Madame* Carmanyola. La pitonisa era famosa por dos cosas. Una era su condición de nínfula de trazo grueso que disimulaba que en realidad era un fornido señor de Cornellá llamado Cucufate Brotolí, renacido a una hirsuta feminidad tras una larga carrera como notario para descubrir que lo suyo, en el fondo, era vestirse de zorrona y mover la grupa al ritmo sensual de los palmeros. Otra eran sus infalibles pronósticos climáticos. Calidades y tecnicismos aparte, el caso es que todos estaban de acuerdo. Aquel Sant Jordi prometía ser un día de perros.

—Pues entonces casi mejor que no saques la parada a la calle —aconsejó la Bernarda.

—Ni hablar. No murieron en vano don Miguel de Cervantes y su colega don Guillermo de Shakespeare técnicamente en el mismo día, un 23 de abril. Si ambos la palmaron con tal precisión en una misma jornada no vamos a ser menos los libreros y amilanarnos. Hoy salimos a unir libros y lectores aunque el general Espartero bombardee desde el castillo de Montjuic.

—¿Me traerás al menos una rosa?

—Te traeré un carromato entero de las más turgentes y olorosas, capullito mío.

—Y acuérdate de darle una a la señora Bea, porque Danielito es un desastre y seguro que a última hora se olvida.

—Son muchos años cambiándole los proverbiales pañales al muchacho como para olvidarme hoy de detalles estratégicos de esa envergadura.

—Prométeme que no te mojarás.

—Si me mojo, más fecundo y fértil volveré.

—Ay, Señor, que vamos a ir al infierno.

—Razón de más para llegar bien servidos.

Tras una somanta de besos, pellizcos en el culo y arrumacos a su adorada Bernarda, Fermín salió a la calle convencido de que, en el último momento, se produciría un milagro y luciría un sol de cuadro de Sorolla.

De camino le robó el diario a la portera, por chafardera y falangista, y confirmó los últimos pronósticos. Se esperaban rayos, truenos, relámpagos, tormenta de granizo del calibre de castañas confitadas y vientos huracanados que iban a llevarse en volandas por lo menos un millón de libros y rosas que acabarían por amerizar y formar una ínsula Barataria allí donde el horizonte perdía su dulce nombre.

—Ya veremos —dictaminó Fermín, donando el diario a un infeliz que dormía la mona empotrado en una silla junto al quiosco de Canaletas.

No era el único que compartía aquel sentir. El barcelonés es una criatura que no desperdicia oportunidad alguna de llevar la contraria a clásicos como el mapa isobárico o la lógica aristotélica. Aquella mañana, que había amanecido con cielo color a trompetas de la muerte, todos los libreros de la ciudad se levantaron bien temprano dispuestos a sacar sus puestos de libros a la calle y enfrentar si hacía falta tornados y tifones. Al ver el despliegue de *esprit de corps* por las Ramblas, Fermín sintió que aquel día iban a triunfar los optimistas.

—Así me gusta. Con dos pares de narices. Ya pueden llover chuzos de punta, que no nos moverán.

Los floristas, armados de un océano de rosas rojas, no habían sido menos. Llegadas las nueve en punto, las calles del centro de Barcelona estaban engalanadas para la gran jornada de los libros en la esperanza de que las turbias profecías no asustaran a los enamorados, a los lectores y a todos los despistados que se congregaban puntualmente el 23 de abril de cada año desde 1930 para celebrar la, en opinión de Fermín, mejor fiesta del universo conocido. A las nueve horas y veinticuatro minutos se produjo, como no era de esperar, el milagro.

2

Un sol sahariano taladró cortinas y persianas en el dormitorio y abofeteó a Daniel. Abrió los ojos y presenció el prodigio, incrédulo. A su lado yacía la espalda desnuda de Bea, que procedió a recorrer de arriba abajo de un lametón que la hizo despertarse a risas y darse la vuelta de un brinco. Daniel la abrazó y la besó en los labios despacio, como si quisiera bebérsela. Luego apartó la sábana y se deleitó en la contemplación, acariciándole el vientre con la yema de los dedos hasta que ella le atrapó la mano entre los muslos y le lamió los labios con ganas.

—Es Sant Jordi. Vamos a llegar tarde.

—Seguro que Fermín ya ha abierto.

—Quince minutos —concedió Bea.

—Treinta —replicó Daniel.

El saldo fueron cuarenta y cinco, minuto más minuto menos.

Las calles se empezaron a animar a media mañana. Un astro de terciopelo y un cielo azul eléctrico tapizaban la ciudad mientras miles de barceloneses salían al sol a pasear entre los centenares de puestos de libros que remataban aceras y paseos. El señor Sempere había determinado que plantarían su puesto frente a la librería en plena calle Santa Ana. Varias mesas repletas de libros lucían al sol. Tras ellas, asistiendo a lectores, envolviendo o simplemente viendo pasar al gentío, estaba la escudería Sempere al completo. Fermín abría formación, ya desprovisto de su gabardina y en mangas de camisa. A su lado, Daniel y Bea, que controlaba las cuentas y la caja.

—¿Y el diluvio prometido? —preguntó Daniel al incorporarse a filas.

—Camino de Túnez, donde hace más falta. Oiga, Daniel, qué cara de golfo lleva esta mañana. Se conoce que la primavera la sangre altera…

El señor Sempere, en compañía de don Anacleto, que siempre se les unía como tropa de apoyo y tenía la mano rota para envolver libros, ocupaban sendas sillas y recomendaban títulos a los indecisos. Sofía encandilaba a jovencitos que se acercaban al puesto a echarle el ojo y terminaban por comprar alguna cosa. A su lado Fernandito ardía de celos, y un poco de orgullo. Incluso el relojero del barrio, don Federico, y su intermitente *paramour*, la Merceditas, se habían apuntado a ayudar.

Quien más lo disfrutaba, sin embargo, era el pequeño Julián, que contemplaba el espectáculo de las gentes portando libros y rosas con deleite. Aupado en una caja junto a su madre, la ayudaba a contar las monedas y se iba puliendo sin freno la reserva de Sugus que había encontrado en los bolsillos de la gabardina de Fermín. En algún momento del mediodía, Daniel se le quedó mirando y sonrió. Hacía mucho que Julián no veía de tan buen humor a su padre. Tal vez ahora aquella sombra de tristeza que le había acompañado durante tanto tiempo se marcharía, como aquellas nubes de

tormenta de las que todo el mundo hablaba y a las que nadie había visto. A veces, cuando los dioses no miran y el destino se pierde por el camino, incluso la buena gente tiene un poco de suerte en la vida.

3

Vestía de negro de pies a cabeza y ocultaba la mirada tras unas gafas de sol en las que se reflejaba la fuga de una calle Santa Ana abarrotada de gente. Alicia se adelantó unos pasos y se refugió bajo los arcos de un portal. Desde allí, a hurtadillas, contempló cómo la familia Sempere despachaba libros, conversaba con los paseantes y disfrutaba de la jornada como ella sabía que nunca podría hacerlo.

Sonrió al ver a Fermín arrebatarles libros de las manos a lectores incautos y sustituirlos por otros; a Daniel y a Bea rozarse e intercambiar miradas en un lenguaje que la llenaba de celos pero que sabía que no merecía; a Fernandito embelesado con su Sofía, y al abuelo Sempere contemplar con satisfacción a su familia y a sus amigos. Le habría gustado poder aproximarse y saludarlos. Decirles que ya no tenían nada que temer y darles las gracias por haberle permitido, aunque fuera por muy poco tiempo, cruzarse en su camino. Le habría gustado, más que nada en el mundo, ser uno de ellos, pero le bastaba llevarse aquel recuerdo para saberse afortunada. Se disponía a marcharse de allí cuando advirtió una mirada que detuvo el tiempo.

El pequeño Julián la observaba fijamente, una sonrisa triste en el rostro, como si pudiera leerle el pensamiento. El niño alzó la mano y la saludó, diciendo adiós. Alicia le devolvió el gesto. Un instante después, había desaparecido.

—¿A quién saludas, cariño? —preguntó Bea al ver que su hijo clavaba la vista en el gentío hipnotizado.

Julián se volvió para mirar a su madre y le tomó la mano. Fermín, que se había acercado a repostar en la reserva de Sugus que creía con ingenuidad que le quedaba en la gabardina, se encontró con los bolsillos vacíos. Se volvió hacia Julián, dispuesto a soltarle un broncazo, cuando advirtió también el gesto del niño y siguió su mirada cautiva.

Alicia.

La sintió en su ausencia, sin necesidad de verla, y bendijo al cielo, o a quien fuese que se hubiera llevado aquellas nubes a otros pastos, por habérsela devuelto una vez más. Tal vez la Bernarda tenía razón después de todo y en este perro mundo, a ratos, algunas cosas terminaban como tenían que terminar.

Agarró la gabardina y se inclinó hacia Bea, que estaba acabando de cobrar una colección de *sir* Arthur Conan Doyle a un chaval con gafas de telescopio.

—Oiga, jefa, que aquí el chiquilín se me ha ventilado toda la munición y empiezo a notarme más bajo de azúcar que después de escuchar un discurso de La Pasionaria. Habida cuenta de que aquí, salvo la tonta de la Merceditas, están todos sobrecualificados para el empeño, voy a ver si encuentro alguna confitería de calidad para proceder al reavituallamiento y de paso le compro alguna rosa a la Bernarda.

—Tengo rosas reservadas en la floristería de la iglesia —replicó Bea.

—En lo que usted no piense…
Bea le vio partir con prisa y frunció el ceño.
—¿Adónde va Fermín? —preguntó Daniel.
—Sabe Dios…

4

La encontró al final del muelle, sentada sobre una maleta. Fumaba al sol mientras contemplaba cómo la tripulación cargaba baúles y cajas en aquel crucero que pintaba de blanco las aguas del puerto. Fermín se instaló a su lado. Permanecieron un rato en silencio, disfrutando de la compañía sin necesidad de decir nada.

—Maleta grande —dijo al fin él—. Y yo que pensaba que entre todas las mujeres usted sería la única que sabía viajar ligero.

—Es más fácil dejar atrás malos recuerdos que buenos zapatos.

—Yo, como solo tengo un par…

—Es usted un asceta.

—¿Quién se los ha recogido? ¿Fernandito? El muy granuja, cómo va aprendiendo a no soltar prenda.

—Le hice jurar que no diría nada.

—¿Cómo le sobornó? ¿Beso de tornillo?

—Fernandito solo tiene besos para Sofía, como debe ser. Le he donado las llaves del piso para que viva allí.

—Dejaremos ese fragmento de información lejos del alcance del señor Sempere, tutor legal de la chica.

—Buena idea.

Alicia le miró. Fermín se perdió en aquellos ojos felinos, profundos e insondables. Un pozo de oscuridades. Ella le tomó la mano y se la besó.

—¿Dónde se había metido? —preguntó Fermín.

—Aquí y allá. Atando cabos.

—¿Alrededor del cuello de quién?

Alicia le ofreció una sonrisa glacial.

—Había cosas que resolver. Historias que hilvanar. He estado haciendo mi trabajo.

—Creí que se había retirado.

—Solo quería dejar mi escritorio limpio y en orden —dijo ella—. No me gusta que queden los asuntos a medias.

—¿Y no pensaba despedirse?

—Ya sabe que lo mío no son las despedidas, Fermín.

—Hubiera estado bien saber que seguía usted viva y de una pieza.

—¿Acaso lo dudaba?

—Tuve mis momentos de flaqueza. Es la edad. Uno se va acojonando a medida que le va viendo las orejas al lobo. Lo llaman templanza.

—Pensaba enviarle una postal.

—¿Desde dónde?

—No lo he decidido todavía.

—Me da como que este crucero no va a la Costa del Sol.

Alicia negó.

—No. Va algo más lejos.

—Ya me lo parecía. Mucha eslora le veo yo. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Mientras no tenga relación con el rumbo…

—¿Está segura la familia Sempere? ¿Daniel, Bea, el abuelo, Julián?

—Ahora sí.

—¿Y a qué infiernos ha tenido usted que descender para asegurarse de que los inocentes pueden vivir en paz, o al menos en una plácida ignorancia?

—A ninguno que no me viniera ya de camino, Fermín.

—Esos cigarrillos huelen bien. Parecen caros. Natural. A usted siempre le han gustado las cosas bonitas y finas. Yo soy más de batalla y de economizar los recursos.

—¿Le apetece uno?

—¿Por qué no? En ausencia de Sugus, algo hay que echarle a la bestia. Lo cierto es que no me fumaba uno desde los tiempos de la guerra, cuando los hacían con restos de colillas y hierbajos meados. Seguro que el género ha vivido una mejora.

Alicia prendió un cigarrillo y se lo pasó. Fermín admiró la marca de carmín en el filtro antes de dar una calada.

—¿Piensa contarme lo que realmente ha pasado?

—¿De verdad quiere saberlo, Fermín?

—Tengo la manía de querer saber la verdad en todo momento. No sabe la de desengaños que se lleva uno, con lo bien que se vive atontado.

—Es una historia larga y tengo un barco que coger.

—Algo de tiempo dispondrá para iluminar la ignorancia de un pobre tonto antes de soltar amarras.

—¿Está seguro de que quiere que se lo explique?

—Yo soy así.

Por espacio de casi una hora Alicia procedió a referirle cuanto recordaba, desde sus días en el orfanato y en la calle hasta sus comienzos a las órdenes de Leandro Montalvo. Le habló de sus años de servicio, de cómo había acabado por creer que se había dejado un alma por el camino que nunca sospechó que llevaba guardada en la recámara, y de su renuncia a continuar trabajando para Leandro.

—El caso de Valls se suponía que iba a ser mi pasaporte a la libertad, mi último servicio.

—Pero nunca hay tal cosa, ¿verdad?

—No, claro que no. Uno solo es libre hasta donde desconoce la verdad.

Alicia le habló de la reunión en el Palace con Gil de Partera y del encargo que habían recibido ella y su colega a la fuerza, el capitán Vargas, de ayudar a encontrar las piezas de una investigación que no iba a ninguna parte.

—Mi error fue no entender que el encargo era un engaño. Desde el principio. En realidad nadie quería salvar a Valls. Había hecho demasiados enemigos. Había cometido demasiadas torpezas. Había roto las reglas del juego abusando de sus

privilegios y comprometiendo la seguridad de sus cómplices. Cuando el rastro de sus crímenes volvió a por él, le dejaron solo. Valls opinaba que existía una conspiración para asesinarle y no iba del todo desencaminado. Pero había dejado tanta sangre por el camino que ya no sabía por dónde le saldría la liebre. Durante años pensó que los fantasmas de su pasado habían regresado para ajustar cuentas con él. Salgado o su Prisionero del Cielo, David Martín, y tantos otros. Lo que no sospechaba era que quienes de verdad querían acabar con él eran aquellos que él creía que eran sus amigos y protectores. En el poder las puñaladas nunca llegan de frente, siempre por la espalda y con un abrazo. Nadie en la cúpula deseaba salvarle ni encontrarle. De lo que querían asegurarse era de que desapareciese y que el rastro de cuanto había hecho quedara borrado para siempre. Había excesivas manos implicadas. Vargas y yo éramos simples herramientas. Por eso también, al final, debíamos desaparecer.

—Pero mi Alicia tiene más vidas que un gato y supo burlar a la parca una vez más…

—Por los pelos. Creo que ya he gastado todas las vidas que me quedaban, Fermín. Es hora de que yo también salga de la escena.

—¿Puedo decirle que la echaré de menos?

—Si se va a poner sentimental le tiro al agua.

El barco hizo sonar la bocina y su eco se esparció por todo el puerto. Alicia se incorporó.

—¿Puedo ayudarla con la maleta? Prometo quedarme en tierra. La navegación me trae malos recuerdos.

La acompañó hasta la pasarela por la que desfilaban ya los últimos pasajeros. Una vez allí Alicia mostró su pasaje al contramaestre y, merced a una generosa propina, este indicó a un mozo que llevase el equipaje de la señora a su camarote.

—¿Volverá algún día a Barcelona? Esta ciudad es bruja, ¿sabe usted? Se le mete a uno en la piel y nunca le deja ir…

—Tendrá que cuidarla usted por mí, Fermín. Y a Bea, y a Daniel y al señor Sempere y a la Bernarda, y a Fernandito y a Sofía, y sobre todo a usted mismo y al pequeño Julián, que algún día nos hará a todos inmortales.

—Eso me gusta. Lo de ser inmortal, especialmente ahora que me empieza crujir todo.

Alicia le abrazó con fuerza y le besó en la mejilla. Fermín supo que estaba llorando y no quiso mirarla a la cara. Ninguno de los dos iba a perder la dignidad justo cuando estaban a punto de librarse por los pelos.

—No se le ocurra quedarse aquí a despedirme desde el muelle —advirtió Alicia.

—Descuide.

Fermín bajó la mirada y escuchó los pasos de Alicia al perderse pasarela arriba. Se volvió sin levantar los ojos del suelo y echó a caminar con las manos en los bolsillos.

Le encontró al pie de muelle. Daniel estaba sentado en el borde con las piernas

colgando. Intercambiaron una mirada y Fermín suspiró. Se sentó a su lado.

—Creía que le había dado esquinazo —dijo Fermín.

—Es la colonia esa nueva que gasta. Se puede rastrear incluso a través de la lonja de pescado. ¿Qué le ha contado?

—¿Alicia? Historias para no dormir.

—A lo mejor le apetece compartirlas.

—Otro día. Yo ya tengo experiencia en esto del insomnio y no se lo recomiendo.

Daniel se encogió de hombros.

—Me parece que el aviso me pilla algo tarde —dijo.

El eco de una bocina de vapor inundó el puerto. Daniel señaló con la cabeza el barco que soltaba amarras y empezaba a separarse del muelle.

—Esos son los que van a América.

Fermín asintió.

—Fermín, ¿se acuerda de hace años, cuando veníamos aquí a sentarnos y arreglábamos el mundo a martillazos?

—Eso era cuando aún creíamos que tenía arreglo.

—Yo sigo pensándolo.

—Porque en el fondo sigue siendo usted un pardillo, aunque ya se afeite.

Permanecieron allí, contemplando el crucero atravesar el reflejo de toda Barcelona sobre las aguas del puerto y deshacer el mayor espejismo del mundo en una estela blanca. Fermín no apartó la mirada hasta que la popa del buque se perdió en la calima que barría la bocana del puerto, escoltada por una bandada de gaviotas. Daniel le observaba, pensativo.

—¿Está bien, Fermín?

—Como un toro bravo.

—Pues creo que nunca le había visto tan triste.

—Eso es que ya le toca graduarse la vista.

Daniel no insistió.

—¿Qué me dice? ¿Vamos tirando? ¿Qué tal si le invito a unos espumosos en El Xampanyet?

—Gracias, Daniel, pero hoy casi le diré que no.

—¿No se acuerda usted? ¡Que nos espera la vida!

Fermín le sonrió y, por primera vez, Daniel se dio cuenta de que a su viejo amigo no le quedaba un pelo en la cabeza que no fuera gris.

—Eso a usted, Daniel. A mí ya solo me espera la memoria.

Daniel le apretó el brazo cariñosamente y le dejó a solas con sus recuerdos y su conciencia.

—No tarde —le dijo.

1964

Cada vez que su hijo Nicolás le preguntaba cómo llegaba uno a convertirse en un buen periodista, Sergio Vilajuana le respondía con la misma máxima.

—Un buen periodista es como un elefante: tiene buena nariz, buenas orejas y, sobre todo, nunca olvida.

—¿Y los colmillos?

—Esos tiene que cuidarlos, porque siempre hay alguien armado con ganas de quitárselos.

Aquella, como todas las mañanas, Vilajuana había acompañado a su hijo menor al colegio antes de encaminarse a la redacción de *La Vanguardia*. El paseo le servía para pensar y ordenar ideas antes de sumergirse en la jungla de la redacción y lidiar con los temas del día. Al llegar a la sede del diario en la calle Pelayo, le salió al encuentro Jenaro, un ordenanza de segunda que llevaba quince años intentando persuadir al director para que le admitiese de meritorio en la sección de deportes a ver si por fin pisaba el palco presidencial del Barça, la gran aspiración de su existencia.

—Eso será el día que aprenda usted a leer y a escribir, Jenaro, que milagros ya no se hacen ni en Fátima, y a este paso como no vaya usted a pasar el mocho no le dejarán pisar el palco ni para una eliminatoria de infantiles —le decía siempre Mariano Carolo, el director.

Tan pronto como Jenaro le vio entrar por la puerta se le acercó con gesto circunspecto.

—Señor Vilajuana, que está aquí el censor del ministerio esperándole… —murmuró.

—¿Otra vez? ¿No tendrá esta gente nada peor que hacer?

Vilajuana oteó la sala de redacción desde el umbral y localizó la silueta inconfundible de su censor favorito, un tipo de pelo engominado y planta de pera limonera que hacía guardia junto a su escritorio.

—Ah, por cierto, le ha llegado un paquete —dijo Jenaro—. No creo que sea una bomba, porque se me ha caído al suelo y seguimos enteros.

Vilajuana recogió el paquete y optó por dar media vuelta y eludir la visita del censor, un cenizo que llevaba semanas intentando pillarle in fraganti para reprenderle por un artículo que había publicado sobre los hermanos Marx y que creía que constituía una apología de la masonería internacional.

Se acercó hasta una cafetería que quedaba en las sombras *de profundis* de la calle Tallers, apodada El Hediondo por los periodistas, las cabareteras y demás fauna del extremo norte del Raval que la frecuentaban. Pidió un café y se refugió en una mesa al fondo, donde jamás rayo solar alguno había penetrado. Una vez allí examinó el

paquete. Se trataba de un sobre abultado reforzado con cinta de embalar que portaba su nombre y la dirección de *La Vanguardia*. El sello del franqueo, medio borrado por el trasiego, era de los Estados Unidos de América. El remite decía simplemente:

A. G.

Junto al nombre había un dibujo idéntico a la escalera de caracol que aparecía grabada en todas las portadas de las novelas de Víctor Mataix de la serie *El Laberinto de los Espíritus*. Abrió el sobre y extrajo un fajo de documentos atado con cordeles. Bajo el nudo vio un tarjetón con el membrete del hotel Algonquin de Nueva York que decía lo siguiente:

Un buen periodista sabrá encontrar la historia que hace falta contar…

Vilajuana frunció el ceño y deshizo el nudo. Desplegó el amasijo de papeles que contenía sobre la mesa e intentó descifrar el galimatías resultante compuesto de listas, recortes, fotografías y notas a mano. Le llevó un par de minutos comprender lo que estaba mirando.

—Santo Dios —murmuró.

Aquella misma tarde, Vilajuana dio aviso de que había contraído un virus altamente infeccioso que transformaba el sistema digestivo en un campo de minas y que no podría acudir a la redacción en toda la semana so pena de condenar a todo el equipo a una peregrinación constante al retrete. Llegado el jueves, el director del diario, Mariano Carolo, que se olía algo, se presentó en su casa portando un rollo de papel higiénico.

—Hombre prevenido vale por dos —dijo.

Vilajuana suspiró y le dejó pasar. El director se adentró en el piso hasta llegar a la sala. Al ver una pared entera cubierta de papeles, Carolo se aproximó e hizo un reconocimiento sumario.

—¿Es esto lo que parece? —preguntó al rato.

—Es solo el principio, diría yo.

—¿Y cuál es tu fuente?

—No sabría ni por dónde empezar.

—Ya. ¿Es fiable al menos?

—Yo creo que sí.

—Supongo que eres consciente de que si publicamos algo de esto nos cerrarán el diario, tú y yo acabaremos dando clases de prosodia en el Cerro Muriano y nuestro querido propietario tendrá que exiliarse a algún país montañoso y de difícil acceso.

—Me hago cargo.

Carolo le dedicó una mirada angustiada al tiempo que se frotaba el estómago. Desde que era director del periódico le crecían úlceras hasta en sueños.

—Con lo bien que me iba a mí siendo el Noel Coward catalán —murmuró.

—La verdad es que no sé qué hacer —dijo Vilajuana.

—¿Tienes por dónde seguir?

—Tengo una pista, sí.

—Diré que estás preparando una serie de reportajes sobre las labores secretas, pero excelsas, del Generalísimo en su poco explorada faceta de guionista cinematográfico.

—Lo que Hollywood se perdió.

—Qué gran titular. Mantenme informado. Te doy dos semanas.

Vilajuana pasó el resto de la semana analizando los documentos y organizándolos en un diagrama en árbol. Cuando lo contemplaba era como si el árbol fuera solo uno entre tantos y que lo que le esperaba más allá de las cuatro paredes de la sala fuera un bosque poblado de ellos. Una vez digeridas la documentación y sus implicaciones, la cuestión era si seguir la pista o no.

Alicia le había proporcionado casi todas las piezas del rompecabezas. A partir de ahí, dependía de él. Un par de noches en vela decidieron por él. Su primera parada fue el Registro Civil, un edificio cavernoso varado frente al puerto que ofrecía un purgatorio de archivos y burócratas que habían llegado a fundirse en perfecta simbiosis. Pasó varios días allí buceando en una sima de carpetas sin encontrar nada. Empezaba a pensar que la pista que Alicia le había facilitado era falsa cuando, al quinto día, se tropezó con un antiguo conserje al borde de la jubilación que vivía colgado de un transistor en el que escuchaba partidos de liga y consultorios sentimentales con avidez instalado en un cuartucho de fregonas y suministros. La nueva hornada de funcionarios se referían a él como Matusalén porque era el único que había sobrevivido a la última purga administrativa. Los nuevos centuriones, más pulidos y formados que sus predecesores, eran doblemente herméticos y ninguno de ellos se avino a explicarle por qué, por mucho que lo intentara, no encontraba libros de registro de defunción o nacimiento en la ciudad de Barcelona anteriores al año 1944.

—Eso es de antes del cambio del sistema —le ofrecían por toda respuesta.

Matusalén, que siempre se las arreglaba para pasarle el escobón bajo los pies mientras procuraba navegar por carpetas y cajas de expedientes, se apiadó al fin de él.

—¿Qué busca usted, hombre de Dios?

—Empiezo a pensar que la Sábana Santa.

Merced a propinas y a esa complicidad que genera el ostracismo, Matusalén acabó por informarle de que en realidad lo que buscaba no eran papeles, sino a una persona.

—Doña María Luisa. Eran otros tiempos cuando ella era la que organizaba las cosas en esta casa. Qué le voy a contar.

Los intentos por encontrar a la tal doña María Luisa se estrellaron contra el mismo muro.

—Esa persona se jubiló —le comunicó el nuevo director de la casa en un tono que daba a entender que un hombre sabio dejaría el tema allí y se iría a pasear por la Barceloneta.

Le llevó un par de semanas dar con ella. María Luisa Alcaine residía en un piso diminuto en lo alto de una escalera sin ascensor ni esperanza de tenerlo cerca de la Plaza Real, rodeada de palomares, azoteas a medio acabar y cajas de papeles apiladas del suelo al techo. Los años de retiro no habían sido amables con ella. La mujer que le abrió la puerta se le antojó una anciana.

—¿Doña María Luisa Alcaine?

—¿Quién es usted?

Vilajuana había anticipado la pregunta y llevaba preparada una respuesta que confiaba que mantendría abierta aquella puerta, aunque solo fuera unos segundos.

—Mi nombre es Sergio Vilajuana y soy periodista de *La Vanguardia*. Me envía una amiga de un viejo conocido suyo. Un tal capitán Vargas. ¿Le recuerda usted?

Doña María Luisa dio un profundo suspiro y se volvió, dejando la puerta abierta a su espalda. La mujer vivía sola en aquel agujero y se estaba muriendo de cáncer, o de olvido. Fumaba empalmando los cigarrillos como si fuesen bengalas de San Juan y cuando tosía parecía que fuera a echar el alma a trozos.

—Ahora ya tanto da —justificaba—. Siéntese. Si encuentra dónde.

Aquella tarde María Luisa le contó cómo hacía años, cuando ella era todavía la secretaria general, había acudido a visitar el Registro Civil un capitán de policía llamado Vargas.

—Un hombre apuesto, de los que ya no hay.

Vargas le había mostrado una lista con números de expedientes de defunción y nacimiento que aparecían correlacionados. La misma que Vilajuana había recibido nítidamente mecanografiada años después.

—¿Se acuerda usted entonces?

—Claro que me acuerdo.

—¿Sabe dónde podría localizar yo los libros de registro con esos expedientes anteriores a 1944?

Luisa encendió otro cigarrillo, dio una calada que Vilajuana creyó que se la iba a llevar por delante y, al emerger de una nube de humo que creaba la ilusión de que algo había explotado en su interior, le indicó que la siguiera.

—Ayúdeme —dijo señalando una montaña de cajas apiladas en una alacena en la cocina—. Son las dos del fondo. Me las traje a casa para evitar que las destruyeran. Pensaba que algún día Vargas volvería a por ellas y, con suerte, a por mí. Después de cuatro años me imagino que el bueno del capitán se me adelantó en la carrera al paraíso.

María Luisa le explicó que tan pronto como Vargas se hubo marchado aquel día del registro ella había empezado a atar cabos. Revolviendo en los expedientes fue hallando más y más números cruzados y casos en los que estaba claro que se había manipulado el procedimiento.

—Cientos de criaturas. Robadas a sus padres, a los que presumiblemente asesinaron o encarcelaron hasta que se pudrieron en vida. Y eso es solo hasta donde fui capaz de llegar en unos días. Me traje lo que pude a casa, porque tan pronto como comenzaron a preguntar por el capitán y su visita me lo vi venir. Esto es lo que pude salvar. Una semana después de que Vargas acudiera a indagar al registro se declaró un incendio en el archivo. Se perdió todo lo anterior a 1944. A mí me despidieron dos días más tarde, responsabilizándome del desastre. Si hubieran sabido que me traje todos estos expedientes a casa, a saber lo que hubieran hecho conmigo. Pero creyeron que todo el archivo había quedado destruido en el incendio. El pasado no desaparece, por mucho que se esfuercen los necios en olvidarlo y los embaucadores en falsificarlo para venderlo otra vez como si fuera nuevo.

—¿Qué ha hecho usted todos estos años?

—Morirme. En este país a la gente decente la matan poco a poco. La muerte rápida se la reservan a los sinvergüenzas. A las personas como yo nos matan ignorándonos, cerrándonos todas las puertas y haciendo ver que no existimos. Vendí lotería de tapadillo en los túneles del metro un par de años hasta que se enteraron y también me quitaron eso. No fui capaz de conseguir nada más. Desde entonces he vivido de la caridad de los vecinos.

—¿No tiene familia?

—Tenía un hijo, pero le dijeron que su madre era una roja de mierda y hace años que no le veo.

María Luisa le contemplaba con una sonrisa difícil de descifrar.

—¿Puedo hacer algo por usted, doña María Luisa?

—Puede contar la verdad.

Vilajuana suspiró.

—Para serle sincero, no sé si podré hacer eso.

—¿Tiene usted hijos?

—Cuatro.

Vilajuana se perdió en la mirada de aquella moribunda. No había dónde esconderse.

—Hágalo por ellos. Cuente la verdad por ellos. Cuando pueda y como pueda. Pero no nos deje morir. Ya somos muchos. Alguien tiene que prestarnos la voz.

Vilajuana asintió. María Luisa le ofreció la mano y él se la estrechó.

—Haré lo que pueda —dijo.

Aquella noche, mientras arropaba a Nicolás, su hijo se le quedó mirando fijamente, intuyendo que los pensamientos de su padre andaban vagando por algún punto lejano de la geografía celestial.

—¿Papá?

—Dime.

—Una pregunta de elefantes.

—A ver.

—¿Por qué te hiciste periodista? Mamá dice que el abuelo quería que fueras otra cosa.

—Tu abuelo quería que fuese abogado.

—¿Y no le hiciste caso?

—En ocasiones, ninguna de las cuales debe afectarte ni ahora ni en el futuro inmediato, vaya eso por delante, a un padre hay que desobedecerle.

—¿Y por qué?

—Porque algunos padres, no el tuyo, se equivocan al juzgar lo que es mejor para sus hijos.

—Me refería a que por qué querías ser periodista.

Vilajuana se encogió de hombros.

—Por los sueldos millonarios y los horarios fijos.

Nicolás rio.

—No, en serio. ¿Por qué?

—No sé, Nico. Hace muchos años de eso. A veces, cuando se hace uno mayor, lo que parecía muy claro al principio no lo es tanto.

—Pero el elefante no olvida. Ni aunque le quieran cortar los colmillos.

—Supongo que no.

—¿Entonces…?

Vilajuana asintió, rendido.

—Para contar la verdad. Por eso me hice periodista.

Nicolás calibró la solemne respuesta, pensativo.

—¿Y qué es la verdad?

Vilajuana apagó la luz y besó en la frente a su hijo.

—Eso se lo vas a tener que preguntar a tu madre.

Una historia no tiene principio ni fin, tan solo puertas de entrada.

Una historia es un laberinto infinito de palabras, imágenes y espíritus conjurados para desvelarnos la verdad invisible sobre nosotros mismos. Una historia es, en definitiva, una conversación entre quien la narra y quien la escucha, y un narrador solo puede contar hasta donde le llega el oficio y un lector solo puede leer hasta donde lleva escrito en el alma.

Esa es la regla maestra que sostiene todo artificio de papel y tinta, porque cuando se apagan las luces, se silencia la música y se vacía el patio de butacas, lo único que importa es el espejismo que ha quedado grabado en el teatro de la imaginación que alberga todo lector en su mente. Eso y la esperanza que todo hacedor de cuentos lleva dentro: que el lector haya abierto su corazón a alguna de sus criaturas de papel y le haya entregado algo de sí mismo para hacerla inmortal, aunque solo sea por unos minutos.

Y dicho esto con más solemnidad de la que probablemente merece la ocasión, más vale aterrizar a ras de página y pedirle al amigo lector que nos acompañe al cierre de esta historia y nos ayude a encontrar lo más difícil para un pobre narrador atrapado en su propio laberinto: la puerta de salida.

Preludio de
El Laberinto de los Espíritus
(*El Cementerio de los Libros Olvidados*, Volumen IV),
de Julián Carax.
Éditions de la Lumière, París, 1992. Edición a cargo de Émile de Rosiers Castellaine.

1

Siempre supe que algún día acabaría escribiendo esta historia. La historia de mi familia y la de aquella Barcelona embrujada de libros, recuerdos y secretos en la que crecí y que me ha perseguido toda la vida, aun a sabiendas de que probablemente nunca fue más que un sueño de papel.

Mi padre, Daniel Sempere, lo intentó antes que yo, y casi se dejó la juventud en el empeño. Durante años, al caer la madrugada, el buen librero se escurría de puntillas cuando creía que mi madre había sucumbido a los brazos de Morfeo y bajaba a la librería para encerrarse en la trastienda a la luz de un candil. Allí blandía una estilográfica de mercadillo y se batía en un duelo interminable con un pliego de cientos de páginas hasta el amanecer.

Mi madre nunca se lo reprochó y fingió, como se fingen tantas cosas en un matrimonio para mantenerlo en aguas mansas, que no se daba cuenta. Le preocupaba aquella obsesión casi tanto como a mí, que empezaba a temer que mi padre estaba perdiendo la chaveta como Don Quijote pero a la inversa, no de tanto leer sino de tanto escribir. Ella sabía que mi padre necesitaba hacer aquella travesía en solitario, no porque albergara ambiciones literarias, sino porque enfrentarse a las palabras era su modo de descubrir quién era de verdad y de tratar de recuperar así la memoria y el espíritu de la madre que había perdido a los cinco años.

Recuerdo un día en que me desperté de golpe poco antes del alba. El corazón me latía con rabia y sentí que me faltaba el aire. Había soñado que mi padre se desvanecía en la niebla y que le perdía para siempre. No era la primera vez. Salté de la cama y bajé corriendo a la librería. Le encontré en la trastienda todavía en estado sólido, un océano de folios arrugados tendido a sus pies. Tenía los dedos manchados de tinta y los ojos enrojecidos. Sobre el escritorio había colocado el viejo retrato de Isabella a los diecinueve años que todos sabíamos que llevaba siempre encima porque le aterraba olvidar su rostro.

—No puedo —murmuró—. No puedo devolverle la vida.

Contuve las lágrimas y le miré a los ojos.

—Yo lo haré por ti —le dije—. Te lo prometo.

Mi padre, a quien mis ocasionales arrebatos de solemnidad le despertaban una sonrisa, me abrazó. Al soltarme y ver que seguía allí y que lo decía en serio, me ofreció su estilográfica.

—Necesitarás esto. Yo ya no sé ni por qué lado escribe…

Estudié aquel artilugio de bajos vuelos y negué lentamente.

—Yo escribiré a máquina —declaré—. En una Underwood, la elección del profesional.

Aquello de «la elección del profesional» lo había visto en un anuncio en el periódico y me había impresionado. Quién iba a decir que bastaba con disponer de uno de aquellos armatostes del tamaño y tonelaje de una locomotora de vapor para

pasar de ser un plumilla de fin de semana a convertirse en un redactor profesional. Mi declaración de intenciones debió de pillar a mi padre por sorpresa.

—¿Ahora quieres ser un escritor profesional? ¿Con Underwood y todo?

«Ya puestos, con oficina en lo alto de un rascacielos gótico, cigarrillos importados, un Martini seco en la mano y una musa maquillada con carmín sangriento y enfundada con lencería cara sentada en el regazo», propuso mi lóbulo izquierdo. Así al menos era cómo imaginaba yo por entonces a los profesionales, como mínimo los que creaban aquellas novelas policíacas que me tenían sorbido el sueño, el alma y alguna cosa más. Pero, grandes esperanzas aparte, no se me escapó el leve tinte de ironía que subyacía bajo el tono amable de mi progenitor. Si iba a cuestionar mi vocación no tendríamos la fiesta en paz.

—Sí —repliqué en seco—. Como Julián Carax.

«Chúpate esa», pensé.

Mi padre enarcó las cejas. El golpe le había descolocado.

—¿Y cómo sabes tú con qué escribe Carax, por no decir quién es?

Adopté aquella mirada misteriosa que había patentado para dar a entender que sabía más de lo que todo el mundo sospechaba.

—Yo sé la tira —insinué.

En casa el nombre de Julián Carax siempre se había susurrado a puerta cerrada, amparado en miradas veladas y lejos del alcance de los niños, como si fuese una de aquellas medicinas que iban etiquetadas con una calavera escoltada por dos huesos cruzados. Poco sospechaban mis padres que con ocho años yo ya había descubierto que en el último cajón del armario del comedor, al que accedía merced al concurso de una silla y una caja de madera, había oculta, tras dos latas de galletas de Camprodón (que me pulí en su integridad) y un botellón de moscatel que por poco me sume en un coma etílico a la tierna edad de nueve años, una colección de novelas de Julián Carax que habían sido reeditadas por un amigo de la familia, don Gustavo Barceló.

Para cuando cumplí los diez años me las había leído todas dos veces y, aunque seguramente no las debí de entender, había quedado prendado de aquella prosa forjada con luz que me había incendiado la imaginación con imágenes, mundos y personajes que no iba a olvidar en toda mi vida. Llegado hasta aquel punto de intoxicación sensorial, ya tenía claro que mi aspiración era aprender a hacer lo que hacía Carax y convertirme en su sucesor más aventajado en el arte de contar historias. Pero intuía que para conseguirlo primero debía averiguar quién era y por qué mis padres siempre habían preferido que yo no supiera nada acerca de él.

Por suerte mi tío honorario, Fermín Romero de Torres, no compartía la política informativa de mis padres. Por aquella época Fermín ya no trabajaba en la librería. Nos visitaba a menudo, pero siempre había un aura de misterio sobre cuál era su nueva ocupación que ni Fermín ni ningún miembro de mi familia se avenía a aclarar. De lo que no había duda era de que, fuera cual fuese su nuevo trabajo, le había granjeado un montón de tiempo para leer. Entre sus últimas lecturas se encontraban

numerosos manuales de antropología que le habían llevado a formular teorías especulativas al uso, práctica que según él le ayudaba a evitar cólicos nefríticos y le facilitaba la expulsión por vía urinaria de piedras renales del tamaño de un hueso de níspero (*sic*).

Una de aquellas peculiares teorías sostenía que la evidencia forense acumulada durante siglos mostraba que, tras milenios de supuesta evolución, la humanidad no había conseguido mucho más que eliminar algo de vello corporal, perfeccionar el taparrabos y sofisticar el mamporro de sílex. De esta premisa, inexplicablemente, se infería una segunda parte del teorema, que sostenía algo así: lo que dicha evolución de baratillo no había logrado ni por asomo era registrar el hecho de que cuanto más se le intenta ocultar algo a un niño, más empeño pone este en encontrarlo, ya sea un dulce o una postal de coristas descocadas dándoles vuelo a sus encantos.

—Y menos mal que es así, porque el día que esa chispa del querer saber se nos acabe y los jóvenes se contenten con la bazofia vestida de oropeles que les vendan los mercachifles del momento, tanto si es un electrodoméstico en miniatura como un orinal a pilas, y sean incapaces de comprender nada que quede más allá de sus posaderas, volveremos a la era de la babosa.

—Eso es apocalíptico —reía yo, sacando lustre a una palabra que había aprendido de Fermín y cuya mención siempre me granjeaba un Sugus.

—Así me gusta —decía Fermín—. Mientras haya chavales en pantalón corto que sepan manejar esdrújulas habrá esperanza.

Quizá fueron las malas influencias de Fermín, o las argucias aprendidas en todas aquellas novelas de intriga que devoraba como si fuesen peladillas, pero pronto el enigma de quién había sido Julián Carax y de por qué mis padres habían decidido bautizarme con su nombre fue desvaneciéndose en virtud de mi afición por atar cabos, captar conversaciones furtivas, hurgar en cajones prohibidos y, sobre todo, leerme todas las páginas que mi padre creía que acababan en la papelera. Y allí adonde no llegaban mis dotes de detección y deducción, llegaban Fermín y sus opúsculos informativos, que me suministraban de tapadillo las claves para resolver el misterio y conectar las diferentes líneas del relato.

Aquella mañana mi padre, por si no tenía ya suficientes preocupaciones, recibió la doble noticia de que su hijo de diez años quería ser un literato *profesional* y que además estaba al corriente de toda la turba de secretos que llevaba intentando ocultarle desde tiempo inmemorial, quizá más por pudor que por otra cosa. En su honor debo decir que lo encajó todo bastante bien y en vez de echarse a gritar y amenazarme con encerrarme en un internado o apuntarme de peón a una cantera, el pobre se me quedó mirando sin saber qué decir.

—Yo pensaba que querrías ser librero, como yo, como tu abuelo, y como mi abuelo antes que él, y como casi todos los Sempere desde tiempo inmemorial…

Viendo que lo había pillado desprevenido decidí apuntalar mi posición.

—Yo voy a ser escritor. Novelista. Para más *inri*, creo que se dice.

Lo último lo dejé caer a modo de cojín humorístico, pero claramente mi padre no le vio la gracia. Se cruzó de brazos, se reclinó en la silla y me estudió con cautela. El cachorro estaba mostrando una vena díscola que no le complacía. «Bienvenido a la paternidad —pensé—. Trae criaturas al mundo para esto».

—Eso ha dicho siempre tu madre, pero yo pensaba que lo decía para pincharme.

Más a mi favor. El día que mi señora madre se equivocase en algo sería el día que el Juicio Final caería en la jornada de los Santos Inocentes. Alérgico de nacimiento a la resignación, mi padre seguía anclado en su postura admonitoria y temí que se avecinase un discurso disuasorio.

—Yo a tu edad también pensaba que tenía madera para ser escritor —empezó.

Se le veía venir como a un meteorito envuelto en llamas. Si no lo desarmaba ahora, aquello podía convertirse en una homilía sobre los peligros de consagrarle la vida a la literatura, que, como a menudo había oído jurar a más de un autor hambriento de los que visitaban la librería, y a los que siempre había que fiar cuando no invitar a merendar, sentía por sus fieles seguidores la misma devoción que una mantis religiosa por su consorte. Antes de que mi padre se sobrecalentase esparcí una melodramática mirada sobre la escabechina de folios desperdigados por el suelo y posé los ojos en mi progenitor sin decir nada.

—Como dice Fermín, errar es de sabios —concedió.

Me di cuenta entonces de que mi contraargumento podía funcionar como puente a su premisa principal, la de que los Sempere no teníamos sangre de escribientes y que uno servía igualmente a la literatura como librero y no se exponía a la ruina absoluta y al abismo tenebroso. Dado que en el fondo sospechaba que el buen hombre tenía más razón que un santo, pasé a la ofensiva. En un duelo retórico nunca hay que ceder la iniciativa, y menos cuando el oponente lleva las de ganar.

—Lo que dice Fermín es que los sabios reconocen cuando a veces se equivocan pero que los cretinos se equivocan todo el rato aunque nunca lo admiten y siempre creen llevar la razón. Lo llama su Principio Arquimédico de Imbecilidades Comunicantes.

—¿Ah, sí?

—Sí. Según él un imbécil es un animal que no sabe o puede cambiar de idea —acribillé.

—Muy versado te veo yo en la filosofía y la ciencia de Fermín.

—¿Acaso no tiene razón?

—Lo que tiene es una afición desmedida a hablar fuera de cátedra.

—¿Y eso qué significa?

—Mear fuera del tiesto.

—Pues en una de esas, meando fuera de cátedra, me dijo también que hay algo que tienes que enseñarme hace tiempo.

Mi padre se quedó momentáneamente descolocado. Todo asomo de sermón se había ya evaporado y ahora se tambaleaba sin saber por dónde llegaría el siguiente

envite.

—¿Dijo el qué?

—Algo de libros. Y de muertos.

—¿Muertos?

—No sé qué de un cementerio. Lo de los muertos lo pensé yo.

De hecho lo que yo había elucubrado era que el asunto tenía que ver con Carax, que en mi canon personal combinaba al dedillo la noción de libro y de muerto. Mi padre consideró la cuestión. Un brillo le cruzó la mirada como siempre que tenía una idea.

—Supongo que ahí a lo mejor sí tiene razón —admitió.

Olfateé el dulce aroma a victoria aflorando por algún sitio.

—Anda, sube a casa y vístete —dijo mi padre—. Pero no despiertes a tu madre.

—¿Vamos a algún sitio?

—Es un secreto. Te voy a enseñar algo que cambió mi vida, y que quizá cambie también la tuya.

Me di cuenta de que había perdido la iniciativa y el tablero había girado.

—¿A estas horas?

Mi padre sonrió de nuevo y me guiñó el ojo.

—Hay cosas que solo pueden verse entre tinieblas.

2

Aquel amanecer mi padre me llevó por primera vez a visitar el Cementerio de los Libros Olvidados. Corría el otoño de 1966 y una llovizna había pintado las Ramblas de pequeños charcos que brillaban a nuestro paso como lágrimas de cobre. La neblina con la que tantas veces había soñado nos acompañó, pero alzó el vuelo al enfilar la calle Arco del Teatro. Se abrió ante nosotros una brecha de sombras entre las que, al poco, emergió un gran palacio de piedra ennegrecida. Mi padre llamó al portón con un aldabón en forma de diablillo. Para mi sorpresa, quien acudió a abrirnos no fue otro que Fermín Romero de Torres, que al verme sonrió con malicia.

—Ya era hora —dijo—. Tanto misterio y disimulo me estaban produciendo una úlcera.

—¿Es aquí donde trabaja usted ahora, Fermín? —pregunté intrigado—. ¿Es esto una librería?

—Algo así, aunque algo floja en la sección de tebeos… Ande, pasen.

Fermín nos acompañó a través de una galería curvada cuyos muros estaban pintados con frescos de ángeles y criaturas de leyenda. Huelga decir que llegado aquel punto yo había entrado en trance. Poco sabía que los prodigios no habían hecho más que empezar.

La galería nos condujo hasta el umbral de una bóveda que ascendía en la infinidad bajo una cascada de luz pavorosa. Alcé la mirada y, como si emergiera de un espejismo, se materializó ante mis ojos una estructura laberíntica. La torre se elevaba en una perpetua espiral y semejaba un arrecife en el que hubiesen naufragado todas las bibliotecas del mundo. Boquiabierto, avancé despacio hacia aquel castillo tramado con todos los libros jamás escritos. Me sentí como si hubiera penetrado en las páginas de una de las historias de Julián Carax y temí que, si me atrevía a dar un paso más, aquel instante se convertiría en polvo y yo despertaría en mi habitación. Mi padre apareció a mi lado. Le miré y le cogí la mano, aunque solo fuera para convencerme de que estaba despierto y que aquel lugar era real. Mi padre sonrió.

—Julián, bienvenido al Cementerio de los Libros Olvidados.

Tardé un buen rato en recuperar el pulso y reintegrarme a la ley de la gravedad. Una vez que me serené, mi padre me susurró entre tinieblas:

—Este lugar es un misterio, Julián, un santuario. Cada libro, cada tomo que ves, tiene alma. El alma de quien lo escribió, y el alma de quienes lo leyeron y vivieron y soñaron con él. Cada vez que un libro cambia de manos, cada vez que alguien desliza la mirada por sus páginas, su espíritu crece y se hace fuerte. Hace ya muchos años, cuando el abuelo me trajo por primera vez aquí, este lugar ya era viejo. Quizá tan viejo como la misma ciudad. Nadie sabe a ciencia cierta desde cuándo existe, o quiénes lo crearon. Te diré lo que el abuelo me dijo a mí. Cuando una biblioteca desaparece, cuando una librería cierra sus puertas, cuando un libro se pierde en el olvido, los que conocemos este lugar, los guardianes, nos aseguramos de que llegue

aquí. En este lugar, los libros que ya nadie recuerda, los libros que se han perdido en el tiempo, viven para siempre, esperando llegar algún día a las manos de un nuevo lector, de un nuevo espíritu. En la tienda nosotros los vendemos y los compramos, pero en realidad los libros no tienen dueño. Cada libro que ves aquí ha sido el mejor amigo de alguien. Ahora solo nos tienen a nosotros, Julián. ¿Crees que podrás guardar este secreto?

Mi mirada se extravió en la inmensidad de aquel lugar y en su luz encantada. Asentí y mi padre sonrió. Fermín me ofreció un vaso de agua y se me quedó mirando.

—¿Sabe el chaval las normas? —preguntó.

—A ello iba —dijo mi padre.

Mi padre me detalló entonces las reglas y responsabilidades que debía aceptar todo nuevo ingreso en la cofradía secreta del Cementerio de los Libros Olvidados, incluido el privilegio de poder adoptar un libro a perpetuidad y convertirse en su protector de por vida.

Mientras le escuchaba, empecé a sospechar si no existiría un motivo ulterior para que hubiera elegido precisamente aquel día para dinamitarme las retinas y los sesos con aquella visión. Tal vez, como último recurso, el buen librero confiaba en que la contemplación de aquella ciudad poblada por cientos de miles de tomos abandonados, por tantas vidas, ideas y universos olvidados, constituiría una metáfora del futuro que me esperaba si persistía en mi obstinación de creer que algún día podría llegar a ganarme la vida con la literatura. Si aquel era su propósito, la visión obró en mí el efecto contrario. Mi vocación, que hasta entonces había sido una mera ensoñación infantil, quedó ese día grabada en mi corazón. Y nada de lo que pudiera decir mi padre, ni nadie, lograría hacerme cambiar de idea.

El destino, supongo, eligió por mí.

En mi largo periplo a través de los túneles del laberinto escogí un libro titulado *La Túnica Carmesí*, una novela perteneciente a un ciclo llamado *La Ciudad de los Malditos* cuyo autor era un tal David Martín, de quien hasta entonces nunca había oído hablar. O tal vez debería decir que el libro me escogió a mí, porque cuando al final posé los ojos sobre la cubierta tuve la extraña sensación de que el ejemplar llevaba allí esperándome un tiempo, como si supiese que aquel amanecer yo iba a tropezarme con él.

Cuando por fin salí de la estructura y mi padre observó la obra que portaba en las manos palideció. Por un instante pareció que fuera a caerse redondo.

—¿Dónde has encontrado ese libro? —balbuceó.

—En una mesa en una de las salas… Estaba puesto de pie, como si alguien lo hubiera dejado para que lo hallase.

Fermín y él intercambiaron una mirada impenetrable.

—¿Pasa algo? —pregunté—. ¿Elijo otro?

Mi padre negó.

—Es el destino —murmuró Fermín.

Sonreí, excitado. Era exactamente lo que yo había pensado, aunque no sabía muy bien por qué.

Pasé el resto de la semana en trance leyendo las aventuras relatadas por David Martín, saboreando cada escena como si contemplase un gran lienzo en el que cuanto más exploraba más detalles y relieves descubría. Mi padre se perdió a su vez en su propio ensueño, aunque sus inquietudes parecían de todo menos literarias.

Como muchos hombres, mi padre empezaba a sospechar por entonces que había dejado de ser un hombre joven y a menudo revisitaba escenarios de su primera juventud buscando respuestas a preguntas que todavía no terminaba de comprender muy bien.

—¿Qué le ocurre a papá? —le pregunté a mi madre.

—Nada. Que está creciendo.

—¿No se le ha pasado ya la edad de crecer?

Mi madre suspiró, paciente.

—Los hombres sois así.

—Yo creceré deprisa y así no tendrás que preocuparte.

Mi madre sonrió.

—No tenemos prisa, Julián. Deja que la vida se encargue de eso.

En uno de sus misteriosos viajes al centro de su ombligo, mi padre regresó de correos portando un paquete que venía de París. Contenía un libro titulado *El Ángel de las Brumas*. Cualquier cosa que llevase ángeles y nieblas tenía todos los números para captar mi interés, así que decidí investigar, aunque solo fuera por la cara que mi padre había puesto al abrir el paquete y mirar la cubierta del libro. Mis pesquisas concluyeron que se trataba de una novela escrita por un tal Boris Laurent, que, supe después, no era sino un seudónimo del mismísimo Julián Carax. El libro llevaba una dedicatoria que hizo llorar a mi madre, que no era de llanto fácil, y que acabó de convencer a mi padre de que el destino nos tenía a todos cogidos por algún sitio que no quiso explicitar, pero que intuí que requería manejo delicado.

Debo confesar que, con todo, el más sorprendido fui yo. Por alguna razón, siempre había supuesto que Carax estaba muerto desde tiempo inmemorial (período histórico que comprendía todo aquello sucedido antes de mi nacimiento). Siempre había pensado que Carax era otro de los muchos fantasmas del pasado que acechaban en aquel palacio embrujado que era la memoria oficial de la familia. Al comprender que me había equivocado y que Carax estaba vivo, coleando y escribiendo en París, tuve una epifanía.

Al acariciar las páginas de *El Ángel de las Brumas* comprendí de repente lo que debía hacer. Así nació el plan que habría de permitirme cumplir con aquel destino que, por una vez, había decidido realizar una visita a domicilio y que, muchos años después, alumbraría este libro.

3

La vida fue transcurriendo a velocidad de crucero entre revelaciones y quimeras, como es su costumbre, sin prestar demasiada atención a todos los que viajamos colgados de su estribo. Disfruté de dos infancias: una bastante convencional, si es que existe tal cosa, la que veían los demás; y otra imaginaria, la que vivía yo. Hice algunos buenos amigos, la mayoría de ellos libros. En el colegio me aburría soberanamente y adquirí el hábito de pasar mis horas en los pupitres de los padres jesuitas con la cabeza en las nubes, costumbre que todavía conservo. Tuve la fortuna de encontrarme con algunos buenos maestros que me trataron con paciencia y se avinieron al hecho de que el que yo siempre fuera diferente a los demás no tenía por qué implicar un mal a combatir. De todo tenía que haber en el mundo, incluso algún que otro Julián Sempere.

Es probable que aprendiera más acerca del mundo leyendo entre las cuatro paredes de la librería, visitando bibliotecas por mi cuenta o escuchando a Fermín, que siempre tenía alguna teoría, consejo o admonición práctica que ofrecer, que en todos mis años de escolarización.

—En el colegio dicen que soy un poco raro —le confesé un día a Fermín.

—Pues es una suerte. Empiece a preocuparse el día que le digan que es usted normal.

Para bien o para mal, nunca nadie me acusó de serlo.

Supongo que mi adolescencia ofrece algo más de interés biográfico, porque al menos viví más parte de ella fuera de mi cabeza. Mis sueños de papel y mis ambiciones de devenir un guerrero de la pluma y no caer en el empeño cobraban fuerza. Templadas, todo cabe decirlo, por cierta dosis de realismo adquirida a medida que pasaba el tiempo e iba viendo cómo funcionaban los engranajes del mundo. A media travesía ya había comprendido que mis sueños estaban forjados de imposibles, pero que si los abandonaba antes de saltar al campo de batalla nunca ganaría la guerra.

Seguía confiando en que algún día los dioses del Parnaso se apiadarían de mí y me permitirían aprender a contar historias. Entretanto, hacía acopio de munición de materia prima a la espera del día en que pudiera estrenar mi propia factoría de sueños y pesadillas. Fui recopilando poco a poco, con buenas o malas artes pero con notable consistencia, todo lo relativo a la historia de mi familia, sus muchos secretos y las mil y una tramas que conformaban el pequeño universo de los Sempere, un imaginario que yo había dado en bautizar como *La saga del Cementerio de los Libros Olvidados*.

Amén de averiguar todo lo averiguable y lo que se resistía a ser averiguado sobre mi familia, dos eran mis grandes pasiones por entonces: una mágica y etérea, la lectura, y otra terrenal y previsible, los amoríos juveniles.

En lo referente a mis ambiciones literarias, mis éxitos iban de magros a

inexistentes. En aquellos años empecé a escribir cien novelas execrables que murieron por el camino, centenares de relatos, obras de teatro, seriales de radio e incluso poemas que no dejaba leer a nadie, por su bien. Me bastaba con leerlas yo y constatar lo mucho que me quedaba por aprender y lo poco que progresaba pese a las ganas y el entusiasmo que le ponía. Releía sin parar las novelas de Carax y las de mil y un autores que tomaba prestadas de la librería de mis padres. Intentaba desarmarlas como si fueran un transistor o el motor de un Rolls Royce en la esperanza de que así conseguiría averiguar cómo estaban construidas y cómo y por qué funcionaban.

Había leído en un periódico un reportaje acerca de unos ingenieros en Japón que practicaban algo denominado *ingeniería inversa*. Al parecer, estos hacendosos nipones desmontaban hasta la última pieza de una máquina, analizaban la función de cada una de ellas, la dinámica del conjunto y el diseño interno del ingenio en cuestión para de este modo deducir la matemática que sustentaba su funcionamiento. Mi madre tenía un hermano que trabajaba como ingeniero en Alemania, así que me dije que en mis genes debía haber algo que me permitiese hacer lo mismo con un libro o con una historia.

Cada día estaba más convencido de que la buena literatura tenía poco o nada que ver con quimeras triviales como «la inspiración» o «el tener algo que contar» y más con la ingeniería del lenguaje, con la arquitectura de la narración, con la pintura de las texturas, los timbres y los colores de la construcción, con la fotografía de las imágenes y con la música que podía producir una orquesta de palabras.

Mi segunda gran ocupación, o debería decir la primera, daba mucho más de sí para la comedia, y a ratos rozaba el sainete. Hubo un tiempo en que me enamoraba cada semana, algo que, con la perspectiva de los años, no recomiendo. Me enamoraba una mirada, una voz y sobre todo lo que iba pegado y prieto bajo aquellos vestidos de lana fina que llevaban las jovencitas de mi época.

—Lo suyo no es amor, es calentura —precisaba Fermín—. A su edad es químicamente imposible percibir la diferencia. La madre naturaleza requiere de estas argucias para repoblar el planeta, por eso inyecta hormonas y bobería a tutiplén en las venas de los jóvenes, para que haya carne de cañón dispuesta a reproducirse como un conejo al tiempo que se inmola en nombre de lo que le digan banqueros, clérigos e iluminados de la revolución que precisan de idealistas y demás plagas para impedir que el mundo pueda evolucionar y se mantenga siempre en las mismas.

—Pero, Fermín, ¿qué tiene que ver eso con las inquietudes del corazón?

—No me venga con boleros, que nos conocemos. El corazón es una víscera que bombea sangre, no sonetos. Con suerte algo de ese riego llega a la cabeza, pero mayormente va a parar a la tripa y, en su caso, a las vergüenzas, que como se descuide usted le harán las veces de córtex cerebral hasta que cumpla las veinticinco primaveras. Mantenga la masa testicular alejada del timón y arribará a puerto. Haga el tonto y se le pasará la vida sin haber hecho nada de provecho.

—Amén.

Entre romances a la sombra de portales, exploraciones más o menos afortunadas bajo blusas y faldas en la última fila de algún cine de barrio, guateques en La Paloma y paseos por el rompeolas de la mano de *innamoratas* de fin de semana, transcurrían mis horas libres. No entro en detalles porque no hubo lance notable alguno que merezca reportarse hasta que cumplí los diecisiete años y choqué de frente con una criatura que llevaba por nombre Valentina. Todo navegante que se precie tiene un iceberg en su destino; el mío se llamaba Valentina. Tenía tres años más que yo (que a efectos prácticos parecían diez) y me dejó en estado catatónico durante varios meses.

La conocí una tarde de otoño en que había ido a parar a la vieja librería Francesa del paseo de Gracia para resguardarme de la lluvia. La vi de espaldas y algo me hizo aproximarme y echarle un vistazo de refilón. Estaba hojeando una novela de Julián Carax, *La Sombra del Viento*, y si me atreví a acercarme y a abrir la boca fue porque en aquella época me sentía indestructible.

—Yo también he leído ese libro —dije, luciendo un nivel de ingenio que demostraba más allá de toda duda las teorías circulatorias de Fermín.

Me miró con unos ojos verde esmeralda que cortaban como cuchillas y pestañeó tan lentamente que creí que se había detenido el tiempo.

—Mejor para ti —contestó.

Devolvió el ejemplar al estante, se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida. Me quedé allí parado unos segundos, lívido. Cuando recobré la movilidad, rescaté el libro del estante, lo llevé a la caja, pagué y salí corriendo a la calle esperando que mi iceberg no se hubiera hundido bajo las aguas para siempre.

El cielo se había teñido de acero y caían gotas como perlas. La alcancé mientras aguardaba en el semáforo para cruzar la calle Rosellón, ajena a la lluvia.

—¿Hace falta que avise a la policía? —preguntó sin apartar la vista del frente.

—Espero que no. Yo soy Julián.

Valentina resopló. Se volvió y me clavó de nuevo aquel par de ojos de mirada afilada. Sonreí como un idiota y le tendí el libro. Arqueó una ceja y, tras dudar un instante, lo aceptó.

—¿Otro Julián? ¿Tenéis una hermandad o algo así?

—Mis padres me pusieron el nombre en honor al autor de este libro, que era amigo suyo. Es el mejor que he leído nunca.

Mi suerte la decidió la escenografía, como acostumbra a suceder en estos lances. Un relámpago tiñó las fachadas del paseo de Gracia de plata y el rumor de la tormenta se arrastró sobre la ciudad con aire de pocos amigos. El semáforo cambió a verde. Antes de que Valentina pudiera enviarme a paseo o avisar a un guardia quemé mi último cartucho.

—Diez minutos. Un café. Si en diez minutos no me lo he ganado, me desintegraré y nunca más volverás a verme. Lo prometo.

Valentina me miró, dudando y reprimiendo una sonrisa. La lluvia tuvo la culpa de todo.

—Vale —dijo.

Y yo que creía que mi vida había cambiado el día que decidí ser novelista.

Valentina vivía sola en un sobreático de la calle Provenza. Desde allí se podía contemplar toda Barcelona, cosa que rara vez hice porque prefería contemplarla a ella en los diferentes estadios de desnudez a los que de forma invariable intentaba reducirla. Su madre era holandesa y su padre había sido un abogado barcelonés de prestigio cuyo apellido había oído incluso yo. Al morir él, su madre había decidido volver a su tierra, pero Valentina, ya mayor de edad, había preferido quedarse en Barcelona. Hablaba cinco idiomas y trabajaba para el bufete de abogados fundado por su padre traduciendo sumarios de demandas y casos millonarios entre grandes empresas y familias de las que habían tenido palco en el Liceo durante cuatro generaciones. Cuando le pregunté qué quería hacer con su vida, me devolvió aquella mirada que siempre me desarmó y dijo «viajar».

Valentina fue la primera persona a quien permití leer mis modestos intentos. Tenía cierta tendencia a reservar su ternura y sus efusiones de cariño a la porción más prosaica de nuestra relación. Cuando se trataba de brindarme su opinión sobre mis pinitos literarios, solía decir que de Carax solo me había quedado el nombre. Como yo en el fondo estaba de acuerdo, no lo tomé a mal. Tal vez por eso, porque creía que nadie mejor en el mundo podría entender el plan que llevaba años incubando, un día en que me sentía particularmente preparado para encajar bofetadas le conté lo que tenía en mente hacer tan pronto como cumpliera dieciocho años.

—Espero que no sea pedirme que me case contigo —comentó Valentina.

Supongo que tendría que haber sabido interpretar la pista que me insinuaba el destino, porque todas mis grandes escenas con Valentina siempre empezaron con la lluvia pisándome los talones o arañando las ventanas. Aquella no fue diferente.

—¿Cuál es el plan? —me dijo por fin.

—Escribir la historia de mi familia.

Llevábamos casi un año juntos, si a aquel desfile de tardes entre las sábanas de su estudio en las nubes podía llamársele estar juntos, y, aunque yo me había aprendido su piel de memoria, todavía no acertaba a leer sus silencios.

—¿Y…? —preguntó.

—¿Te parece poco?

—Todo el mundo tiene una familia. Y todas las familias tienen una historia.

Con Valentina siempre había que ganárselo todo a pulso. Lo que fuera que había que ganar. Se dio la vuelta y fue así como, dirigiéndome a aquella exquisita espalda desnuda, formulé en voz alta por primera vez la idea que llevaba años rondádome la cabeza. No fue una exposición brillante, pero necesitaba escucharla de mis propios labios para darle crédito.

Tenía por donde empezar: un título. *El Cementerio de los Libros Olvidados*.

Durante años había llevado encima un cuaderno en blanco en cuya portada, en letras de molde y con gran pompa caligráfica, había escrito:

El Cementerio
de los Libros Olvidados.

Una novela en cuatro tomos
por
Julián Sempere.

Un día Fermín me había sorprendido pluma en mano contemplando embobado la primera página en blanco del cuaderno. Inspeccionó la portada y, tras proferir un sonido que podría describirse como un cruce entre un gruñido y una ventosidad, entonó:

—Malaventurados sean aquellos cuyos sueños están forjados de papel y tinta, pues suyo será el purgatorio de las vanidades y los desengaños.

—Con la venia, ¿tendría su excelencia la bondad de traducirme al cristiano tan solemne aforismo? —pregunté.

—Va a ser que la bobería me pone bíblico —replicó Fermín—. Usted es el que va de poetiso. Barrunte la semántica.

Había calculado que aquel *magnum opus* producto de mi calenturienta imaginación juvenil alcanzaría unas dimensiones diabólicas y una masa corpórea colindante en la quincena de kilos. Tal y como yo la soñaba, la narración estaría dividida en cuatro volúmenes interconectados que obrarían a modo de puertas de entrada a un laberinto de historias. A medida que el lector se adentrase en sus páginas sentiría que el relato se ensamblaba como un juego de muñecas rusas en el que cada trama y cada personaje conducía a otro y este, a su vez, a otro más y así sucesivamente.

—Suena como las instrucciones para armar un mecano o un tren eléctrico.

Mi dulce Valentina, siempre tan prosaica.

—Algo de mecano tiene —admití.

Había procurado venderle aquella altisonante declaración de intenciones sin rubor porque era, letra por letra, la que había redactado con dieciséis años convencido de que en ella ya tenía la mitad del trabajo acabado. El que hubiera copiado de forma descarada aquella noción de la novela que había regalado a Valentina el día que la conocí, *La Sombra del Viento*, era lo de menos.

—¿No había hecho Carax eso antes ya? —preguntó Valentina.

—Todo en la vida lo ha hecho alguien antes, al menos lo que vale la pena hacer —dije—. El truco está en tratar de hacerlo un poco mejor.

—Y ahí llegas tú, con la modestia de la juventud.

Acostumbrado ya a los jarrones de agua helada de mi adorable iceberg, proseguí con mi exposición con la determinación de un soldado que salta de la trinchera y avanza contra las ametralladoras a grito limpio.

Según mi infalible plan, el primer tomo se centraría en la historia de un lector, en este caso mi padre, y de cómo en sus años mozos descubría el mundo de los libros, y por extensión la vida, a través de una novela enigmática escrita por un autor desconocido que escondía un misterio sin cuento de aquellos que secaban la baba. Todo ello daría pie para, de un plumazo, construir una novela que combinase todos los géneros habidos y por haber.

—Ya de paso podría curar también la gripe y el resfriado común —apuntó Valentina.

El segundo tomo, empapado en un regusto mórbido y siniestro que aspiraba a buscarles las cosquillas a los lectores de buenas costumbres, relataría la macabra peripecia vital de un novelista maldito, cortesía de David Martín, que plasmaría en primera persona cómo perdía la razón y nos arrastraba en su descenso a los infiernos de su propia locura para devenir un narrador menos fiable que el príncipe de los infiernos, que también se pasearía por sus páginas. O tal vez no, porque todo era un juego en el que sería el lector el que completaría el rompecabezas y decidiría qué libro estaba leyendo.

—¿Y si te dejan plantado en el altar y a nadie le apetece entrar en ese juego?

—Habrá valido la pena igualmente —dije—. Siempre habrá alguien que participe.

—Escribir es cosa de optimistas —sentenció Valentina.

El tercer tomo, suponiendo que el lector hubiera sobrevivido a los dos primeros y no hubiera optado por subirse a otro tranvía rumbo a los finales felices, nos rescataría de forma momentánea del averno y nos ofrecería la historia de un personaje, el personaje por excelencia y la voz de la conciencia oficial de la historia, es decir, mi tío adoptivo Fermín Romero de Torres. Su relato nos mostraría con espíritu picaresco cómo llegaba a convertirse en quien era, y sus muchas desventuras en los años más turbios del siglo desvelarían las líneas que conectaban todas las partes del laberinto.

—Al menos ahí nos reiremos.

—Fermín al rescate —convine.

—¿Y cómo acaba esta monstruosidad?

—Con fuegos artificiales, una gran orquesta y la potencia de la tramoya a toda máquina.

La cuarta entrega, virulentamente morrocotuda y especiada con los perfumes de todas las anteriores, nos conduciría por fin al centro del misterio y nos desvelaría todos los enigmas de la mano de mi ángel de las tinieblas favorito, Alicia Gris. La

saga contendría villanos y héroes, y mil túneles a través de los cuales el lector podría explorar una trama caleidoscópica que semejase aquel espejismo de perspectivas que había descubierto con mi padre en el corazón del Cementerio de los Libros Olvidados.

—¿Y tú no sales? —preguntó Valentina.

—Solo al final y muy poquito.

—Qué modesto.

Por el tono ya adiviné lo que se me venía encima.

—Lo que no entiendo es por qué, en vez de hablar tanto de esa historia, no la escribes ya.

Me había hecho esa pregunta unas tres mil veces en los últimos años.

—Porque hablar de ella me ayuda a imaginármela mejor. Y sobre todo porque no sé cómo hacerlo. De ahí mi plan.

Valentina se volvió y me miró sin comprender.

—Creí que ese era el plan.

—Esa es la ambición. El plan es otro.

—¿Cuál?

—Que Julián Carax la escriba por mí —desvelé.

Valentina se quedó contemplándome con aquella mirada que le abría a uno túneles de ventilación en el alma.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque en el fondo también es su historia, y la de su familia.

—Creí que Carax estaba en París.

Asentí. Valentina entrecerró los ojos. Gélida e inteligente, mi adorada Valentina.

—O sea que tu plan es ir a París, encontrar a Julián Carax, suponiendo que esté vivo, y convencerle para que escriba en tu nombre una novela de tres mil páginas con esa historia que se supone que es tan importante para ti.

—Más o menos —admití.

Le sonreí, dispuesto a recibir el golpe. Ahora me diría que era un iluso, un inconsciente o un ingenuo. Estaba preparado para encajar cualquier envite menos el que me deparó, que, por supuesto, era el que merecía.

—Eres un cobarde.

Se levantó, recogió su ropa y se vistió frente a la ventana. Luego, sin mirarme, encendió un cigarrillo y dejó la vista perdida en el horizonte de tejados del Ensanche bajo la lluvia.

—Me gustaría estar sola —dijo.

Cinco días después ascendí de nuevo la escalera que conducía a la buhardilla de Valentina para encontrar la puerta abierta, la estancia vacía y una silla desnuda frente a la ventana en la que había un sobre con mi nombre. Lo abrí. En el interior había veinte mil francos franceses y una nota que decía:

Bon voyage et bonne chance.
V.

Cuando salí a la calle empezaba a llover.

Tres semanas después, una tarde en que habíamos reunido a lectores y a habituales de la librería para celebrar la publicación de la primera novela de un buen amigo de Sempere e hijos, el profesor Alburquerque, se produjo el suceso que muchos venían esperando hacía tiempo y que iba a alterar la historia del país, o por lo menos a devolverla al presente.

Era casi la hora de cerrar cuando don Federico, relojero del barrio, entró azorado en la librería acarreando un artilugio que resultó ser un televisor portátil que se había comprado en Andorra. Lo plantó encima del mostrador y nos miró a todos con solemnidad.

—Rápido —dijo—. Necesito un enchufe.

—Usted y todo el mundo en este país, porque si no nadie llega a ninguna parte —bromeó Fermín.

Algo en el semblante de don Federico daba a entender que el relojero no estaba para tonterías. El profesor Alburquerque, que ya sospechaba de qué iba el asunto, le ayudó a conectar el televisor y el relojero procedió a encender el aparato. Una pantalla de ruido gris se materializó, proyectando un halo de luz parpadeante por toda la librería.

Mi abuelo, alertado por el revuelo, se asomó desde la trastienda y nos miró a todos, inquisitivo. Fermín se encogió de hombros.

—Avisen a todo el mundo —ordenó don Federico.

Mientras este orientaba antenas e intentaba sintonizar la emisión, nos fuimos congregando frente al televisor como si de una liturgia se tratase. Fermín y el profesor Alburquerque empezaron a colocar sillas. Pronto mis padres, mi abuelo, Fermín, don Anacleto (que volvía de su paseo de la tarde y al ver el resplandor creyó que nos habíamos apuntado a la moda yeyé y entró a fisgonear), Fernandito y Sofía, la Merceditas y los clientes que habían acudido al brindis en honor al profesor Alburquerque nos encontramos rellenando aquel improvisado patio de butacas en espera de no se sabía bien el qué.

—¿Me da tiempo de ir a hacer un pipí y comprar palomitas? —preguntó Fermín.

—Yo que usted me aguantaba las ganas —advirtió el profesor Alburquerque—. Me da que esto va a ser muy gordo.

Al final don Federico dio un vuelco de antenas y aquella ventana de estática se deshizo en un encuadre lúgubre del glorioso y aterciopelado blanco y negro que Televisión Española destilaba en aquellos días. El rostro de un individuo que semejaba un cruce entre un procurador de provincias y Súper Ratón apareció, lloroso

y compungido. Don Federico subió el volumen.

—Franco ha muerto —anunció entre sollozos el por entonces presidente del Gobierno, Arias Navarro.

Se desplomó del cielo, o de algún sitio, un silencio de tonelaje insondable. Si el reloj que pendía de la pared todavía estuviera funcionando el péndulo se habría detenido en pleno vuelo. Lo que viene sucedió más o menos simultáneamente.

La Merceditas se echó a llorar. Mi abuelo se quedó pálido como un merengue, supongo que temiendo que de un momento a otro empezase a oírse el ronroneo de los tanques enfilando la Diagonal y se declarase otra guerra. Don Anacleto, tan dado a la rapsodia y el verso, se quedó mudo y comenzó a visualizar quemas de conventos y otros festejos. Mis padres se miraron, confundidos. El profesor Alburquerque, que no fumaba, tomó prestado un pitillo del relojero y lo encendió. Fernandito y Sofía, ajenos a la conmoción, se sonrieron como si volvieran a su país de las hadas y siguieron haciendo manitas. Algún que otro lector de los que se habían congregado se santiguó y partió despavorido.

Busqué con la vista a algún adulto en posesión de sus facultades y tropecé con Fermín, que seguía el discurso del presidente con frío interés y calma absoluta. Me coloqué a su lado.

—Mírelo, pequeñín y lloriqueando como si no hubiera roto un plato en la vida y ahí donde le ve este ha firmado más sentencias de muerte que Atila —comentó.

—Y ahora ¿qué va a pasar? —pregunté inquieto.

Fermín me sonrió con serenidad y me palmeó la espalda. Me ofreció un Sugus, peló el suyo, que era de limón, y lo rechupeteó con gusto.

—Usted tranquilo, que aquí no va a pasar nada. Escaramuzas, teatrillos y fariseísmos a granel durante un tiempo, eso sí, pero nada serio. Con mala suerte a algún mamarracho se le irá la mano, pero quien tira de la correa no dejará que la cosa se desmadre. No saldría a cuenta. Habrá mucho ruido y alguna que otra nuez, en su mayoría podridas. Se batirán récords en la especialidad olímpica de cambio de chaqueta y veremos héroes que emergen de debajo del sofá. Lo de rigor en estos casos. Esto va a ser como un largo estreñimiento. Costará, pero irá saliendo el zurullo, o al menos la parte que no se haya metabolizado ya. Y al final la sangre no llegará al río, ya lo verá. Por el simple motivo de que no le conviene a nadie. Al fin y al cabo todo esto es un mercadillo de intereses mejor o peor disfrazados para consumo del boberío popular. Numeritos de marionetas aparte, lo único que cuenta es quiénes mandan, quiénes tienen la llave de la caja y cómo se reparten el dinero de los demás. De camino al botín le lavarán a todo la cara, que buena falta hace. Aparecerán nuevos pillos, nuevos caudillos y un orfeón de inocentes sin memoria saldrán a la calle dispuestos a creerse lo que quieren o necesitan oír. Seguirán al flautista de Hamelín de turno que más les halague y les prometa un paraíso de trapo. Esto es lo que es, Julianito, con sus grandezas y sus miserias, y da para lo que da, que no es poco. Hay quien ve venir la jugada y se marcha lejos, como nuestra Alicia, y hay

quienes nos quedamos con los pies en el fango porque tampoco tenemos otro sitio mejor al que ir. Pero por el circo no tema, que ahora viene el tiempo de los payasos, y los trapecistas aún tardarán en llegar. Quizá es lo mejor que podía pasarnos a todos. Yo, por la cuenta que me trae, lo celebro.

—¿Y cómo sabe usted que Alicia se fue tan lejos?

Fermín sonrió con picardía.

—*Touché*.

—¿Qué es lo que no me ha contado?

Fermín me agarró del brazo y me llevó a un rincón.

—Otro día. Hoy estamos de luto nacional.

—Pero…

Me dejó con la palabra en la boca y regresó con la congregación, que todavía estaba bajo los efectos de la noticia del fallecimiento del que había sido Jefe del Estado durante las cuatro últimas décadas.

—¿Va a proponer un brindis? —preguntó don Anacleto.

Fermín negó.

—Yo no brindo por la muerte de nadie —dijo—. No sé ustedes, pero yo me voy a casa a buscar a la Bernarda y, Dios mediante, a intentar hacerle otro hijo. Les sugiero que, en la medida en que la logística se lo permita, hagan lo propio. Y si no lean un buen libro, como el de aquí el buen amigo Alburquerque. Mañana ya será otro día.

Y llegó otro día y luego otro, y transcurrieron así varios meses en los que Fermín se escabulló con todas sus artes y me dejó en blanco respecto a sus insinuaciones sobre Alicia Gris. Intuyendo que me contaría lo que tuviera que contarme llegado el momento, o cuando le diese la gana, recuperé aquellos francos que me había dejado Valentina y compré un billete para París. Corría el año 1976 y yo había cumplido los diecinueve.

Mis padres desconocían el auténtico propósito de mi viaje, que atribuí a un deseo de ver mundo, aunque mi madre siempre sospechó mis intenciones reales. Nunca fui capaz de ocultarle la verdad porque, como ya le había dicho en una ocasión a mi padre, con ella no tenía secretos. Mi madre sabía de mis andanzas con Valentina y de mis ambiciones, que apoyó siempre, incluso cuando en horas bajas juré que las abandonaba por falta de talento y arrestos.

—Nadie triunfa sin fracasar antes —me aseguró.

Me constaba que mi padre estaba molesto, aunque no me lo quería decir. No veía con buenos ojos mi viaje a París. Según él, lo que debía hacer era aclararme y dedicarme de una vez a lo que fuera que tuviese que hacer. Si lo que quería era ser escritor, más valía que me pusiera a escribir en serio. Y si lo que deseaba era ser librero, o domador de periquitos, o cualquier otra cosa, lo mismo.

Ignoraba cómo explicarle que lo que necesitaba era ir a París y encontrar a Carax

porque sabía que no tenía sentido alguno. No contaba con argumentos para defender aquella idea, simplemente la sentía. No quiso acompañarme a la estación alegando que debía ir a Vic a reunirse con su distinguido colega, el señor Costa, decano del gremio y posiblemente el más sabio practicante en el ramo del libro antiguo. Al llegar a la Estación de Francia me topé con mi madre sentada en un banco del andén.

—Te he comprado unos guantes —dijo—. Dicen que en París hace un frío que pela.

La abracé.

—¿Tú también crees que me equivoco?

Mi madre negó.

—Uno tiene que cometer sus propios errores, no los de los demás. Haz lo que tengas que hacer, y vuelve pronto. O cuando puedas.

En París encontré el mundo. Mi escaso presupuesto me permitió alquilar una buhardilla del tamaño de un cenicero en lo alto de un edificio esquinero de la rue Soufflot que era el equivalente arquitectónico de un solo de Paganini. Mi atalaya estaba suspendida sobre la plaza del Panteón. Desde allí podía contemplar todo el Barrio Latino, los terrados de la Sorbona y la otra orilla del Sena.

Supongo que la alquilé porque me recordaba a Valentina. Al asomarme por primera vez a la cresta de mansardas y chimeneas que rodeaban el sobreático me sentí el hombre más afortunado del planeta. Pasé mis primeros días recorriendo un mundo prodigioso de cafés, librerías y calles sembradas de palacios, museos y gentes que respiraban un aire a libertad que deslumbró a un pobre novicio como yo, que provenía de la Edad de Piedra con un montón de pájaros en la cabeza.

La Ciudad de la Luz me concedió un dulce aterrizaje. En mis idas y venidas entablé innumerables conversaciones en un francés macarrónico y un lenguaje de gestos con jóvenes, viejos y criaturas de otro mundo. No faltó alguna que otra beldad con minifalda que se rio de mí con ternura y me dijo que, pese a que estaba más verde que una lechuga, le parecía *très adorable*. Pronto empecé a pensar que el universo, que no era más que una pequeña parte de París, estaba lleno de Valentinas. En mi segunda semana como parisino de adopción persuadí a una de ellas, sin grandes esfuerzos, para que me acompañase a apreciar las vistas desde mi buhardilla bohemia. No tardé en descubrir que París no era Barcelona y que allí las reglas del juego resultaban muy diferentes.

—Fermín, lo que se ha perdido usted por no hablar francés…

—*Qui est Fermín?*

Tardé un tiempo en despertar del encantamiento de París y sus espejismos. Gracias a una de mis Valentinas, Pascale, una pelirroja tocada con corte de pelo y aire a lo Jean Seberg, conseguí un empleo de media jornada como camarero. Trabajaba por las mañanas y los mediodías en un café ubicado frente a la universidad llamado

Le Comptoir du Pantheon en el cual comía gratis al terminar el turno. El dueño, un caballero afable que no acababa de comprender cómo era posible que siendo español no me dedicase al toreo o al zapateado flamenco, me preguntó si había ido a París a estudiar, en pos de fortuna y gloria o a perfeccionar mi francés, que más que perfeccionamiento precisaba una cirugía a corazón abierto y un trasplante de cerebro.

—He venido buscando a un hombre —confesé.

—Y yo que pensaba que a usted lo que le iba eran las señoritas. Hay que ver cómo se nota que Franco ha muerto… Dos días sin dictador y ustedes los españoles ya se han hecho bisexuales. Bien por usted. Hay que vivir, que son dos días. *Vive la différence!*

Aquello me recordó que había ido a París por una razón, y no a escapar de mí mismo. Así que al día siguiente inicié mi búsqueda de Julián Carax. Empecé por recorrer todas las librerías que iluminaban las aceras del bulevar Saint Germain preguntando por él. Pascale, con la que había acabado por trabar una buena amistad aunque me había dejado claro que lo nuestro entre las sábanas no tenía futuro (al parecer yo era *trop doux* para su gusto), trabajaba como correctora en una editorial y conocía a mucha gente en el gremio literario parisino. Todos los viernes acudía a una tertulia en un café del barrio literario frecuentada por escritores, traductores, editores, libreros y toda la fauna y flora que habita en la jungla de los libros y sus aledaños. La concurrencia iba cambiando según la semana, pero se mantenía la regla de fumar y beber más de la cuenta, discutir de forma acalorada de libros e ideas, y lanzarse a la yugular del oponente como si la vida le fuera a uno en ello. Yo, mayormente, escuchaba y me sumergía en una humareda alucinógena mientras intentaba deslizar la mano bajo la falda de Pascale, que encontraba esta afectación *gauche*, *bourgeoise* y propia de paletos.

Allí tuve la suerte de conocer a algunos de los traductores de Carax, que habían viajado a la ciudad con motivo de un simposio de traducción que se celebraba en La Sorbona. Una novelista inglesa llamada Lucía Hargreaves, que había crecido en Mallorca y regresado a Londres por amor, me contó que hacía mucho que no sabía nada de Carax. Su traductor al alemán, un caballero de Zúrich que prefería latitudes más templadas y se movía por París en una bicicleta plegable, *herr* Peter Schwarzenbeld, me explicó que sospechaba que Carax se dedicaba ahora en exclusiva a componer sonatas para piano y que había adoptado otro nombre. Su traductor al italiano, *signor* Bruno Arpaiani, me confesó que hacía años que le llegaban rumores de que pronto aparecería una nueva novela de Carax, pero que no se los creía. En definitiva, nadie sabía nada en concreto acerca del paradero de Julián Carax o de la suerte que había corrido.

En una de aquellas tertulias conocí por casualidad a un señor de fino ingenio llamado François Maspero que había sido librero y editor, y en esos momentos traducía novelas con mano maestra. Maspero había sido el mentor de Pascale a su llegada a París y se avino a invitarme a un café en Les Deux Magots, donde pude

contarle las líneas generales de mi idea.

—Un plan muy ambicioso, jovenzuelo, y aún más complicado, pero…

Días después, me tropecé con *monsieur* Maspero por el barrio. Me dijo que quería presentarme a una señorita alemana de temple acerado y cerebro acelerado que vivía entre París y Berlín, hablaba más idiomas de los que yo podía nombrar y se dedicaba a descubrir maravillas y secretos literarios que procedía a colocar en diferentes editoriales europeas. Se llamaba Michi Strausmann.

—Tal vez ella sepa algo de Carax…

Pascale, que me confesó que de mayor quería ser como ella, me advirtió que *fräulein* Strausmann no tenía carácter de florecilla tierna y que no se andaba con tonterías. *Monsieur* Maspero hizo los honores y nos reunió a los cuatro en una mesa de un café en el barrio de Le Marais, no muy lejos de la que había sido la casa de Víctor Hugo.

—*Fräulein* Strausmann es una experta en la obra de Carax —dijo a modo de introducción—. Cuéntele lo que me contó a mí.

Así lo hice. Por toda respuesta obtuve una mirada que hubiera hundido al suflé más pintado.

—¿Es usted idiota? —preguntó *fräulein* Strausmann en perfecto español.

—En prácticas —admití.

Al rato la valquiria ablandó su corazón y admitió que había sido demasiado severa conmigo. Me confirmó que, como todo el mundo, hacía mucho que no sabía nada de Carax, a su pesar.

—Hace tiempo que Julián no escribe —me dijo—. Tampoco contesta las cartas. Le deseo suerte con su propuesta, pero…

—¿Tiene usted alguna dirección a la que le pueda escribir?

Fräulein Strausmann negó.

—Pruebe con Currygan y Coliccio. Ahí es adonde le enviaba yo el correo y donde perdí su pista hace años.

Pascale se encargó de explicarme que *madame* Currygan y Tommaso Coliccio habían sido los agentes literarios de Julián Carax durante más de veinticinco años, y se comprometió a conseguir que me recibieran.

Madame Currygan tenía sus oficinas en la rue de Rennes. La leyenda entre el gremio apuntaba a que con los años había convertido su despacho en un exquisito jardín de orquídeas, y Pascale me aconsejó que le llevase un nuevo ejemplar para su colección a modo de ofrenda. Pascale era amiga de las integrantes de la llamada *Brigade Currygan*, un formidable cuarteto de féminas literarias de diferentes nacionalidades que trabajaban a las órdenes de *madame* y cuyos buenos auspicios me consiguieron audiencia con la agente de Carax.

Maceta en mano, me planté en sus oficinas. Las integrantes de la *Brigade*

Currygan (Hilde, Claudia, Norma y Tonya) me tomaron por el chico de los recados del florista de la esquina. Tan pronto como abrí la boca, empero, mi identidad quedó desvelada. Una vez solventado el equívoco, me condujeron al despacho donde esperaba *madame* Currygan. Al entrar avisté una vitrina con las obras completas de Julián Carax y un jardín botánico de categoría superior. *Madame* Currygan me escuchó pacientemente mientras saboreaba un cigarrillo con el que sembró de telarañas flotantes la sala.

—La verdad es que alguna vez oí a Julián hablar de Daniel y Bea —dijo—. Pero de eso hace tiempo. Hace ya mucho que no tengo noticias de Julián. Antes solía visitarme a menudo, pero…

—¿Enfermó?

—Podría decirse que sí, supongo.

—¿De qué?

—De melancolía.

—Tal vez el *signor* Coliccio sepa algo de él.

—Lo dudo. Hablo con Tommaso cada semana por asuntos de trabajo y por lo que me ha llegado tampoco él ha tenido noticias de Julián desde hace por lo menos tres años. Pero puede usted probar. Avíseme si averigua algo.

Su colega don Tommaso vivía en una barcaza a orillas del Sena repleta de libros y anclada a medio kilómetro al este de la Île de la Cité en compañía de su esposa, una editora llamada Elaine que me recibió a pie de muelle con una calurosa sonrisa.

—Usted debe de ser el muchacho de Barcelona —dijo.

—El mismo.

—Suba a bordo. Tommaso está leyendo un original infumable y agradecerá la interrupción.

El *signor* Coliccio tenía aspecto de lobo marino y llevaba gorra de capitán de barco. Lucía cabello plateado pero conservaba cierta mirada de picardía infantil. Tras escuchar mi historia se quedó un rato pensativo antes de pronunciarse.

—Mire, joven. Hay dos cosas que son casi imposibles de encontrar en París. Una de ellas es una *pizza* decente. La otra es a Julián Carax.

—Digamos que renuncio a la *pizza* y me conformo con Carax —aventuré.

—Nunca renuncie a una buena *pizza* —aconsejó—. ¿Qué le hace pensar que Julián, suponiendo que siga vivo, querrá hablar con usted?

—¿Por qué iba a estar muerto?

Don Tommaso me ofreció una mirada impregnada de melancolía.

—La gente se muere, sobre todo los que más valdría que continuaran vivos. A lo mejor es que Dios necesita hacer sitio para la cantidad de hijos de perra con que tanto le divierte seguir sazonando el mundo…

—Necesito creer que Carax está vivo —repliqué.

Tommaso Coliccio sonrió.

—Hable con Rosiers.

Émile de Rosiers había sido el editor de Julián Carax durante muchos años. Poeta y escritor a ratos libres, Rosiers había desarrollado una larga carrera como editor de éxito en diversas empresas parisinas. A lo largo de su vida laboral, también había publicado tanto en español como en su traducción al francés la obra de algunos autores españoles proscritos por el régimen o que vivían en el exilio, así como la de notables escritores latinoamericanos. Don Tommaso me explicó que no hacía mucho Rosiers había sido nombrado director editorial de un sello pequeño pero con solera, Éditions de la Lumière. Sus oficinas no quedaban lejos y me encaminé hacia allí.

Émile de Rosiers disponía de poco tiempo libre pero tuvo la amabilidad de invitarme a comer en un café que quedaba a la vuelta de la esquina de la editorial, en la rue du Dragon, y escucharme.

—Me gusta la idea de su libro —dijo, tal vez por cortesía o por genuino interés—. *El Cementerio de los Libros Olvidados* es un gran título.

—Es lo único que tengo —confesé—. Para el resto necesito a *monsieur* Carax.

—Hasta donde yo sé Julián está retirado. Publicó una novela con seudónimo hace un tiempo, aunque no conmigo, y después nada. Silencio absoluto.

—¿Cree que sigue en París?

—Me extrañaría. Habría oído algo o sabido de él. El mes pasado estuve con su antigua editora en Holanda, mi amiga Nelleke, que me dijo que alguien le había contado en Ámsterdam que Carax se había embarcado hacia las Américas dos años atrás y había muerto a media travesía. Días después otra persona le dijo que Carax sí que había llegado a tierra firme y que ahora se dedicaba a escribir seriales de televisión bajo seudónimo. Elija usted mismo la versión que más le guste.

Rosiers debió de leer la desesperanza en mi rostro después de tropezar día tras día con callejones sin salida.

—¿Quiere un consejo? —inquirió.

—Por favor.

—Es un consejo práctico, que doy a todos los autores que empiezan y me preguntan qué deben hacer. Si quiere usted ser escritor, escriba. Si tiene usted una historia que contar, cuéntela. O inténtelo.

—Si para ser escritor bastase con disponer de una historia que narrar todo el mundo sería novelista.

—Imagínese qué horror, un mundo lleno de novelistas. El fin de los tiempos —bromeó Rosiers.

—Posiblemente lo último que necesita el mundo es uno más.

—Deje usted que el mundo decida eso —aconsejó de nuevo Rosiers—. Y si no se tercia, no se preocupe. Mejor para usted, según todas las estadísticas. Pero si algún día consigue atrapar en papel con cierto oficio algo parecido a la idea que me ha explicado, venga a verme. A lo mejor estaré interesado.

—¿Y hasta entonces?

—Hasta entonces, olvídese de Carax.

—Los Sempere nunca olvidan. Es una enfermedad congénita.

—En ese caso los compadezco.

—Pues oficie un acto de caridad.

Rosiers dudó.

—Julián tenía un buen amigo. Era su mejor amigo, creo. Se llamaba Jean-Raymond Planaux. No tenía nada que ver con este mundillo absurdo nuestro. Un tipo inteligente y sano, sin tonterías. Si alguien sabe algo de Julián, será él.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—En las catacumbas.

Tendría que haber empezado por allí. Tratándose de Carax, parecía inevitable que si alguna esperanza quedaba de hallar su rastro en la faz de la tierra esta pasaba por un escenario que parecía robado de uno de sus libros: las catacumbas de París.

Jean-Raymond de Planaux Flavieu era un hombretón de sólida planta cuyo aspecto intimidaba a primera vista pero que enseguida ofrecía una disposición amable y propensa a la broma. Trabajaba en la oficina comercial de la compañía que administraba las catacumbas de París y se encargaba de su mantenimiento, explotación turística y todo lo relacionado con aquel particular extremo del más allá.

—Bienvenido al mundo de la muerte, pollo —dijo ofreciendo un apretón de manos que me hizo crujir los huesos—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me preguntaba si podría usted ayudarme a encontrar a un amigo suyo.

—¿Está vivo? —Rio—. Yo esto de los vivos lo tengo muy olvidado.

—Julián Carax.

Tan pronto como pronuncié aquel nombre *monsieur* Planaux frunció el ceño, canceló su semblante afable y se inclinó hacia adelante con aire amenazador y protector, arrinconándome contra la pared.

—¿Quién diantre es usted?

—Julián Sempere. Mis padres me pusieron el nombre en honor de *monsieur* Carax.

—Por mí como si le bautizaron en honor del inventor del orinal público.

Temí por mi integridad física e intenté dar un paso atrás. Un muro, probablemente conectado a las catacumbas, me lo impidió. Me vi empotrado allí a perpetuidad entre cien mil calaveras.

—Mis padres conocieron a *monsieur* Carax. Daniel y Bea —dije conciliador.

La mirada de Planaux me taladró durante unos segundos. Calculé que había un cincuenta por ciento de posibilidades de que me partiese la cara. El otro cincuenta por ciento resultaba incierto.

—¿Usted es el hijo de Daniel y Beatriz?

Asentí.

—¿De la librería Sempere?

Asentí de nuevo.

—Demuéstrelo.

Por espacio de casi una hora procedí a recitar el mismo discurso que había empleado con los antiguos agentes literarios y el editor de Carax. Planaux me escuchó con atención y me pareció entrever en él un aire de tristeza que se fue acentuando a medida que iba desgranando mi relato. Al término del mismo, Planaux extrajo un habano de la chaqueta y lo encendió formando una humareda que amenazó con sepultar todo París.

—¿Sabe cómo nos conocimos Julián y yo?

Negué.

—En mis años mozos trabajamos juntos en una editorial de medio pelo. Eso fue antes de comprender que esto de la muerte tiene mucho más futuro que la literatura. Yo era uno de los comerciales y salía a vender la bazofia que mayormente publicábamos. Carax trabajaba a sueldo escribiendo relatos de terror para nosotros. La de puros como este que nos habíamos fumado en el café que había debajo de la editorial, a medianoche, viendo pasar a las mozas en edad de merecer. Qué tiempos aquellos. No sea tonto y no se haga viejo, que no aporta ni nobleza, ni conocimiento, ni mierda pinchada en un palo que valga. Creo que esa es una expresión de su tierra que le oí alguna vez a Julián y que me pareció acertadísima.

—¿Sabe usted dónde podría encontrarle?

Planaux se encogió de hombros.

—Julián se marchó de París hace tiempo.

—¿Sabe adónde fue?

—No lo dijo.

—Pero usted se lo imagina.

—Es usted un lince.

—¿Adónde? —insistí.

—¿Dónde se esconde uno cuando se hace viejo?

—No lo sé.

—Entonces nunca encontrará a Julián.

—¿En los recuerdos? —aventuré.

Planaux me ofreció una sonrisa herida de melancolía.

—¿Quiere decir que regresó a Barcelona? —pregunté.

—A Barcelona no, a lo que quería.

—No lo entiendo.

—Él tampoco. Al menos no durante muchos años. Le llevó la vida entera comprender qué era lo que más había querido.

Todos aquellos años escuchando historias sobre Carax y me sentía tan perdido como el día que llegué a París.

—Si es usted quien dice que es, tendría que saberlo —afirmó Planaux—. Y como diga «la literatura» le giro la cara de un soplamocos, aunque no creo que sea usted tan

tonto.

Tragué saliva.

—Creo que ya sé a qué se refiere. O a quién.

—Entonces ya sabe lo que tiene que hacer.

Aquel atardecer me despedí de París, de Pascale, de mi fulgurante carrera en el ramo de la hostelería y de mi nido entre las nubes para encaminarme a la estación de Austerlitz. Gasté todo lo que me quedaba en un billete de tercera y abordé el tren nocturno de regreso a Barcelona. Llegué al amanecer después de haber sobrevivido al viaje gracias a la caridad de una pareja de jubilados de Lyon que volvía de visitar a su hija y que compartió conmigo las ricas viandas que había comprado aquella tarde en el mercado de la rue Mouffetard mientras les relataba mi historia de madrugada. *«Bonne chance* —me dijeron al apearse—. *Cherchez la femme…»*.

A mi regreso y durante unos días todo me pareció pequeño, cerrado y gris. La luz de París había quedado prendida en mi memoria y el mundo se había hecho de pronto grande y lejano.

—¿Qué, ya ha visto *Emmanuelle*? —preguntó Fermín.

—Un guion impecable —dije.

—Lo que suponía. Ya quisieran Billy Wilder y compañía. Y dígame, ¿encontró al Fantasma de la Ópera?

Fermín sonrió como un diablillo. Debería haber supuesto que sabía muy bien por qué había viajado a París.

—No exactamente —admití.

—O sea, que no va a contarme nada jugoso.

—Creí que el que tenía que contarme algo jugoso era usted. ¿Se acuerda?

—Primero resuelva usted su misterio y luego ya veremos.

—Me parece injusto.

—Bienvenido al planeta Tierra —replicó Fermín—. A ver, impresióneme. Diga algo en francés. *Bonjour* y *oh la là* no valen.

—*Cherchez la femme* —recité.

Fermín frunció el ceño.

—La máxima clásica de toda intriga que se precie… —aventuró.

—*Voilà…*

La tumba de Nuria Monfort está situada en un promontorio rodeado de árboles en la parte antigua del cementerio de Montjuic desde el que se contempla el mar, no muy lejos del sepulcro de Isabella. Fue allí donde un atardecer de verano de 1977, tras recorrer en vano todos los rincones de una Barcelona que empezaba a desvanecerse en el tiempo, encontré a Julián Carax. Había dejado unas flores sobre la lápida y

tomado asiento en un banco de piedra frente al sepulcro. Permaneció allí por espacio de casi una hora, hablando a solas. No me atreví a interrumpirle.

Volví a hallarlo en el mismo lugar al día siguiente, y al otro. Julián Carax había comprendido demasiado tarde que lo que más quería en el mundo, la mujer que había dado la vida por él, ya nunca podría oír su voz. Acudía allí todos los días y se sentaba frente a la tumba para hablar con ella y pasar lo que le quedaba de vida en su compañía.

Fue él quien un día se me aproximó y se me quedó mirando en silencio. La piel que había perdido en el incendio había vuelto a crecer y le había conferido un rostro sin edad ni expresión que ocultaba bajo una barba poblada y un sombrero de ala ancha.

—¿Quién es usted? —inquirió sin hostilidad alguna en la voz.

—Mi nombre es Julián Sempere. Soy el hijo de Daniel y Bea.

Asintió lentamente.

—¿Están bien?

—Sí.

—¿Saben que está usted aquí?

—No lo sabe nadie.

—¿Y puedo preguntarle por qué está usted aquí?

No sabía ni por dónde empezar.

—¿Puedo invitarle a un café?

—No tomo café —dijo—. Pero puede usted invitarme a un helado.

Mi rostro debió de traicionar la sorpresa.

—Cuando yo era joven casi no había helados. Los he descubierto tarde, como tantas cosas…

Fue así como, aquel lento atardecer de verano, tras haber soñado con aquel momento desde que era niño y haber revuelto París y Barcelona tratando de dar con él, acabé por compartir mesa en una horchatería de la Plaza Real con Julián Carax, a quien invité a un helado de fresa de dos bolas y un barquillo. Yo pedí un granizado de limón, porque empezaba a amenazar aquel calor húmedo que impregna los veranos de Barcelona como una maldición.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Sempere?

—Si se lo digo me tomará por un necio.

—Tengo la impresión de que lleva usted un tiempo buscándome, así que ya que al final me ha encontrado solo le tomaría por un necio si no me lo dijera.

Me bebí medio granizado de un trago, para recabar fuerzas, y le conté mi idea. Me escuchó con atención, sin dar muestra alguna de desaprobación o reserva.

—Muy ingenioso —concluyó al término de mi discurso.

—No se ría de mí.

—No se me ocurriría. Le digo lo que pienso.

—¿Qué más piensa?

—Que esa historia la debería escribir usted. Le pertenece.

Negué despacio.

—No sé cómo hacerlo. No soy escritor.

—Cómprese una Underwood.

—No tenía idea de que ese anuncio también había salido en Francia.

—Salió en todas partes. No se fíe de los anuncios. Una Olivetti también le serviría.

Sonreí. Por lo menos compartía con Carax el sentido del humor.

—Déjeme que le enseñe algo —ofreció Carax.

—¿A escribir?

—A eso tendrá que aprender usted por su cuenta —replicó—. Escribir es un oficio que se aprende, pero que nadie puede enseñar. El día que entienda usted lo que eso significa será cuando empiece a aprender a ser escritor.

Se abrió la americana de lino negro que vestía y extrajo un objeto brillante. Lo colocó encima de la mesa y lo empujó hacia mí.

—Cójala —invitó.

Era la pluma más fabulosa que había visto jamás, la reina de todas las Montblanc. La pieza estaba tocada de un plumín de oro y platino del que, de haber sido todavía un niño, hubiera pensado que solo podían brotar obras maestras.

—Originalmente dicen que perteneció a Víctor Hugo, aunque eso yo me lo tomaría solo a título metafórico.

—¿Existía ya la estilográfica en tiempos de Víctor Hugo? —pregunté.

—La primera estilográfica de émbolo la patentó en 1827 un rumano llamado Petrache Poenaru, pero no fue hasta los años ochenta del siglo XIX cuando se perfeccionó y empezó a ser comercializada a gran escala.

—O sea, que habría podido ser de Víctor Hugo.

—Si usted se empeña… Digamos que de manos de *monsieur* Hugo pasó a las no menos ilustres y más probables de un tal Daniel Sempere, buen amigo mío. Con el tiempo se cruzó en mi camino y llevo guardándola todos estos años al tiempo que espero el día que alguien, alguien como usted, venga a recogerla. Ya era hora.

Negué con energía, empujando la pluma de nuevo a sus manos.

—De ninguna manera. No puedo aceptarla. Es suya.

—Una pluma no es de nadie. Es un espíritu libre que se queda con uno mientras se le necesita.

—Eso decía un personaje en una de sus novelas.

—Siempre me acusan de repetirme. Es un mal que afecta a todos los novelistas.

—Yo nunca lo he contraído. Señal de que no lo soy.

—Tiempo al tiempo. Cójala.

—No.

Carax se encogió de hombros y guardó la pluma.

—Eso es que no está usted preparado todavía. Una pluma es como un gato, solo se va detrás de quien puede alimentarla. Y tal como viene, se va.

—¿Qué me dice de mi propuesta?

Carax apuró la última cucharada de su helado.

—Haremos una cosa. Lo escribiremos a medias. Usted pondrá la fuerza de la juventud y yo pondré los trucos de perro viejo.

Me quedé petrificado.

—¿Lo dice en serio?

Se levantó de la mesa y me palmeó el hombro.

—Gracias por el helado. La próxima invito yo.

Hubo una próxima y muchas más. Carax siempre pedía un helado de fresa de dos bolas, ya fuera verano o invierno, pero nunca se comía el barquillo. Yo le llevaba las páginas que había escrito y él las repasaba, marcaba, tachaba y recomponía.

—No estoy seguro de que este principio sea el principio correcto —decía yo.

—Una historia no tiene principio ni fin, solo puertas de entrada.

En cada uno de nuestros encuentros, Carax leía con atención las páginas nuevas que yo le daba. Desenfundaba su pluma e iba haciendo anotaciones que luego utilizaba para señalarme con infinita paciencia lo que había hecho mal, que era casi todo. Punto por punto me iba indicando lo que no funcionaba, me explicaba la razón y me detallaba cómo se podía arreglar. Su análisis era extraordinariamente meticuloso. Por cada error que yo creía haber cometido me mostraba quince que ni siquiera sospechaba que existieran. Desarmaba cada palabra, cada frase y cada párrafo, y los volvía a reconstruir como un orfebre trabajando con lupa. Lo hacía sin condescendencia alguna, como si fuera un ingeniero que le explicase a un aprendiz cómo funciona un motor de combustión o una máquina de vapor. En ocasiones cuestionaba giros e ideas que yo consideraba lo único salvable de la jornada, la mayoría de los cuales los había copiado de él.

—No intente imitarme. Imitar a otro autor es una muleta. Sirve para aprender y para encontrar un registro propio, pero es cosa de principiantes.

—Y yo ¿qué soy?

Jamás supe dónde pasaba sus noches o el tiempo que no compartía conmigo. Nunca me lo dijo y nunca osé preguntárselo. Quedábamos siempre en cafés y bares de la ciudad vieja. La única condición era que sirviesen helado de fresa. Me constaba que cada tarde acudía a su cita con Nuria Monfort. Cuando leyó por primera vez la sección en la que aparecía ella como personaje sonrió con una tristeza que aún me embarga. Julián Carax había perdido los lagrimales en el incendio en el que había quedado desfigurado y no podía llorar, pero jamás he conocido a nadie en mi vida que respirase aquella sombra de pérdida.

Quiero pensar que llegamos a ser buenos amigos. Al menos en lo que a mí concierne, nunca he tenido uno mejor y no creo que lo tenga jamás. Quizá por el afecto que sentía por mis padres, quizá porque aquel extraño ritual de reconstruir el pasado le ayudaba a reconciliarse con el dolor que había consumido su vida o quizá porque simplemente veía en mí algo de él mismo, estuvo a mi lado guiando mis pasos y mi pluma durante todos los años que tardé en escribir aquellas cuatro novelas, corrigiendo, tachando y recomponiendo hasta el final.

—Escribir es reescribir —me recordaba siempre—. Se escribe para uno mismo y se reescribe para los demás.

Por supuesto, había vida más allá de la ficción. Fue mucho lo que sucedió en aquellos años que consagré a reescribir una y mil veces cada página de la saga. Fiel a mi promesa de no continuar los pasos de mi padre al frente de la librería (al fin y al cabo él y mi madre se bastaban y se sobraban), había conseguido un empleo en una agencia de publicidad que, en otro giro del destino, estaba ubicada en la avenida del Tibidabo número 32, el viejo caserón de los Aldaya donde mis padres me habían concebido en una lejana noche de tormenta de 1955.

Mis obras en el peculiar género de los anuncios nunca me parecieron particularmente memorables, pero para mi sorpresa mi sueldo aumentaba mes a mes y mi cotización como mercenario de las palabras y las imágenes estaba en alza. Pasaban los años e iba dejando un considerable rastro de anuncios de televisión, radio y prensa, a mayor gloria de automóviles caros que hacían salivar a los ejecutivos prometedores, de bancos siempre empeñados en hacer realidad los sueños del pequeño ahorrador, de electrodomésticos que auguraban la felicidad, de perfumes que abocaban a una vida de desenfreno carnal y del sinfín de dádivas que prosperaban en aquella España que, en ausencia del antiguo régimen, o al menos de sus más visibles censores, se modernizaba a la velocidad del dinero y crecía trazando a su paso un rastro de gráficos bursátiles que dejaban en pañales a los Alpes suizos. Mi padre, al saber de la cuantía de mi salario, me preguntaba si lo que hacía era legal.

—Legal sí. Ético, ya es otro cantar.

Fermín no mostraba remilgos en relación con mi prosperidad y estaba encantado.

—Mientras no se lo crea usted y no pierda el rumbo, haga dinero ahora que es joven, que es cuando sirve para algo. Y un soltero de oro como usted, no le cuento. La de chavalas imponentes con que deben de contar ustedes en este negocio de la publicidad donde todo es bonito y reluciente. Ya me hubiera gustado a mí catar todo esto en la mierda aquella de posguerra que nos tocó en suerte, donde hasta las vírgenes tenían bigote. Usted a lo suyo. Disfrute ahora que es el momento, córrase aventuras, ya me entiende, excédase todo lo excedible y acuérdese de saltar a tiempo del tren, porque hay profesiones que son solo para los jóvenes y, a menos que sea usted accionista mayoritario del chiringuito, cosa en la que no le veo porque los dos

sabemos que tiene usted asuntos pendientes con las letras menos remuneradas, más allá de los treinta quedarse en semejante polvorín sería de locos.

A mí, en secreto, me avergonzaba lo que hacía y la obscena cantidad de dinero que me pagaban por hacerlo. O tal vez eso me gustaba creer. Lo cierto es que aceptaba mi nómina astronómica de buena gana y la dilapidaba tan pronto como aterrizaba en mi cuenta corriente.

—No hay nada vergonzoso en ello —argumentaba Carax—. Al contrario, es una profesión de ingenio y oportunidades que le permitirá a usted, si sabe jugar sus cartas, comprarse libertad y algo de tiempo para, una vez que la deje, convertirse en quien es de verdad.

—¿Y quién soy yo de verdad? ¿El inventor de los anuncios de refrescos, tarjetas de crédito y automóviles de lujo?

—Usted será quien usted crea que es.

A mí, en el fondo, me importaba menos quién era que quién creía Carax que yo era, o podía ser. Seguía trabajando en nuestro libro, como a mí me gustaba llamarlo. Aquel proyecto se había convertido en mi segunda vida, un mundo a cuyas puertas colgaba el disfraz con el que circulaba por todas partes para empuñar la pluma o la Underwood o lo que fuese y sumergirme en una historia que era para mí infinitamente más real que mi próspera existencia terrenal.

Aquellos años nos habían cambiado a todos un poco la vida. Un tiempo después de que Alicia Gris fuera su huésped, Isaac Monfort había anunciado que había llegado el momento de retirarse y había propuesto a Fermín, que por entonces ya había estrenado su paternidad, que tomase el relevo como guardián del Cementerio de los Libros Olvidados.

—Ya es hora de poner a un sinvergüenza al mando —dijo.

Fermín le había pedido permiso a la Bernarda, que acabó por consentir que se mudaran a una planta baja que quedaba justo al lado del Cementerio de los Libros Olvidados. Fermín había construido allí una compuerta secreta que conducía a los túneles del palacio que lo albergaba y había convertido las antiguas habitaciones de Isaac en su nueva oficina.

Aprovechando que en aquella época yo hacía los anuncios de una conocida marca de electrónica japonesa, le regalé a Fermín un colosal televisor en color de lo que entonces empezaba a denominarse *alta gama*. Fermín, que antaño consideraba la televisión como el anticristo, había modificado su dictamen porque había descubierto que emitía películas de Orson Welles —«ese sí que sabe, el muy golfo», decía— y, sobre todo, de Kim Novak, cuyos *brassières* en punta seguían alimentando su fe en el futuro de la humanidad.

Mis padres, tras algunos años de zozobra en los que llegué a pensar que su matrimonio se iría a pique, remontaron unos escollos de los que ninguno quiso darme explicaciones y, para asombro de todos, me obsequiaron con una hermana tardía a la que bautizaron como Isabella. El abuelo Sempere llegó justo a sostenerla en sus brazos antes de morir días después de un fulminante ataque al corazón que le sorprendió mientras levantaba una caja con las obras completas de Alejandro Dumas. Le enterramos junto a Isabella y en compañía de un ejemplar de *El Conde de Montecristo*. Perder a su padre hizo que el mío envejeciese de golpe por todos nosotros y nunca volviera a ser el mismo. «Yo creía que el abuelo viviría para siempre», me dijo el día que lo encontré llorando escondido en la trastienda de la librería.

Fernandito y Sofía se casaron, como todo el mundo había previsto, y se mudaron al antiguo piso de Alicia Gris en la calle Aviñón, en cuyo lecho y en secreto Fernandito ya se había graduado con Sofía y aplicado todo el magisterio que en su día le había impartido Matilde. Con el tiempo, Sofía decidió abrir por su cuenta una pequeña librería especializada en literatura infantil a la que bautizó como La pequeña Sempere. Fernandito entró a trabajar en unos grandes almacenes de los que con los años llegaría a ser el director de la sección de librería.

En 1981, poco después del fallido golpe de Estado que por poco devuelve a España a la Edad de Piedra o de algo peor, Sergio Vilajuana publicó una serie de reportajes en *La Vanguardia* en los que destapaba el caso de cientos de niños robados a sus padres, en su mayoría presos políticos desaparecidos durante los primeros años de la posguerra en las prisiones de Barcelona, que habían sido asesinados para borrar el rastro. El escándalo resultante reabrió una herida que muchos desconocían y otros habían querido tapar. La secuela de aquellos reportajes, que propiciaría una serie de investigaciones que aún hoy continúan y han generado océanos de documentación, denuncias y casos civiles y penales, sirvió para que muchos se atrevieran a dar el paso y para empezar a recuperar informes y testimonios sobre los años más oscuros de la historia del país que habían quedado enterrados.

El amigo lector se preguntará si mientras todo esto sucedía, el inefable Julián Sempere estaba solo entregado de día a la mercenaria industria de la publicidad y de noche a la inmaculada virgen de la literatura. No exactamente. El proceso de escritura de los cuatro libros que había proyectado con Carax pasó de ser una escapada al paraíso a convertirse en un monstruo que comenzó a devorar lo que tenía más cerca, que era yo. El monstruo, que había llegado a mi vida invitado y que luego no quiso marcharse, tuvo que aprender a convivir con los otros fantasmas de mis días. En honor a mi otro abuelo, David Martín, también yo me asomé al abismo que todo escritor lleva dentro y acabé agarrado del borde con los dedos.

En el año 1981, Valentina regresó de sus tinieblas y se me apareció de nuevo en una escena que Carax hubiera firmado con gusto. Ocurrió una tarde en la que tenía el cerebro en estado líquido y empezaba a gotearme por las orejas. Me había refugiado

en la librería Francesa, escenario del crimen original, y andaba tonteando entre las mesas de novedades cuando la vi de nuevo. Me quedé clavado, convertido en estatua de sal, hasta que ella desvió la mirada y me divisó. Sonrió y yo eché a correr.

Me alcanzó en el semáforo de Rosellón. Me había comprado un libro y cuando lo cogí, sin mirar ni lo que era, posó la mano en mi brazo.

—¿Diez minutos? —preguntó.

Y, sí, no tardó en empezar a llover. Aunque aquello fue lo de menos. A los tres meses, tras encuentros furtivos en otro de sus áticos con vistas a medio hemisferio norte, nos fuimos a vivir juntos, o debería decir que Valentina se vino a vivir conmigo, porque para entonces yo tenía un piso de altos vuelos en Sarriá en el que me sobraba espacio pero también vacíos. Esta vez Valentina se quedó dos años, tres meses y un día. Sin embargo, en vez de romperme el corazón, que también, me dejó el mayor regalo que nadie podría haberme hecho: una hija.

Bautizamos a Alicia Sempere en agosto de 1982. Valentina, al año siguiente, tras algunas idas y venidas que nunca llegué a entender, partió de nuevo, esta vez para no volver jamás. Alicia y yo nos quedamos juntos pero nunca solos, porque la pequeña salvó mi vida y me enseñó que cuanto hacía no tenía ningún sentido si no era por ella. Durante los años en que trabajé en acabar aquellos condenados libros, aunque solo fuera para que me dejasen libre de una vez, Alicia permaneció a mi lado y me devolvió aquello en lo que había aprendido a descreer: la inspiración.

Hubo compañías fugaces, proyectos de madre adoptiva para Alicia y espíritus generosos a los que siempre terminé por alejar. Mi hija me decía que no le gustaba que estuviera solo y yo le decía que no lo estaba.

—Te tengo a ti —afirmaba.

La tenía a ella y a toda mi galería de sombras atrapadas entre la realidad y la ficción. En el año 1991, creyendo ya que si no lo hacía, si no saltaba de una vez del tren iba a perder lo poco que me quedaba de verdad en el alma, que no era mucho, abandoné para siempre mi lucrativa carrera como artesano de anuncios de lujo y dediqué el resto del año a concluir los libros.

Para entonces ya me resultaba imposible seguir ignorando que Julián Carax no estaba bien. Había adquirido el hábito de pensar que no tenía edad y que nada podía sucederle. Había empezado a pensar en él como se piensa en un padre, alguien que nunca te va a abandonar. *Pensaba que iba a vivir para siempre*.

Julián Carax ya no pedía helados de fresa en nuestros encuentros. Cuando le solicitaba su consejo, apenas hacía ya tachones o correcciones. Él me decía que ya había aprendido a volar solo, que me había ganado mi Underwood y que ya no le necesitaba. Tardé mucho en querer darme cuenta, pero al final no pude seguir

engañándome y comprendí que aquella tristeza monstruosa que siempre había llevado dentro había vuelto para rematarle.

Una noche soñé que le perdía en la niebla. Salí a buscarle de madrugada. Recorrí sin descanso todos los lugares en los que nos habíamos reunido a lo largo de aquellos años. Le encontré tendido sobre la tumba de Nuria Monfort al amanecer del 25 de septiembre de 1991. En la mano llevaba un estuche que contenía la pluma que había sido de mi padre y una nota:

Julián:

Estoy orgulloso de haber sido tu amigo y de todo lo que he aprendido de ti.

Siento no poder estar a tu lado para verte triunfar y conseguir lo que yo nunca pude ni supe alcanzar, pero me queda la tranquilidad de tener la certeza de que, aunque al principio te cueste creerlo, ya no me necesitas, como no me necesitaste nunca. Voy a reunirme con la mujer a quien nunca debí abandonar. Cuida de tus padres y de todos los personajes de nuestra narración. Cuéntale al mundo nuestras historias y jamás olvides que existimos mientras alguien nos recuerda.

Tu amigo,

JULIÁN CARAX

Aquella tarde me enteré de que el espacio que había junto a la tumba de Nuria Monfort pertenecía, me dijeron, al ayuntamiento de Barcelona. La voracidad recaudatoria de las instituciones españolas nunca desfallece y así, tirando del hilo, llegamos a una cifra astronómica que pagué en el acto, dando por una vez un buen uso a aquellos abundantes dineros que había obtenido en la épica de los coches deportivos y los anuncios navideños de cava poblados con más bailarinas que el subconsciente de Busby Berkeley.

Enterramos a mi maestro, a Julián Carax, un sábado a finales de septiembre. Me acompañaba mi hija Alicia, que al ver las dos tumbas una al lado de la otra me apretó la mano y me dijo que no me preocupase, que ahora mi amigo ya nunca más estaría solo.

Me resulta difícil hablar de Carax. A veces me pregunto si no habrá algo en mí de mi otro abuelo, el infortunado David Martín, y no le habré inventado como él inventó a su *monsieur* Corelli para poder narrar lo que nunca sucedió. Un par de semanas después del entierro, escribí a *madame* Currygan y al *signor* Coliccio en París para informarlos de su fallecimiento. En mi carta les pedía que, a su criterio, hicieran

partícipe de la noticia a su amigo Jean-Raymond y a quienes considerasen oportuno. *Madame* Currygan me contestó, agradeciéndome mi carta y diciéndome que, poco antes de morir, Carax le había escrito para hablarle del manuscrito en el que habíamos trabajado juntos todos aquellos años. Me pidió que, tan pronto como lo tuviese terminado, se lo hiciera llegar. Carax me enseñó que un libro no se acaba nunca y que, con suerte, es él quien nos abandona para que no pasemos el resto de la eternidad reescribiéndolo.

A finales de 1991 hice una copia del manuscrito, de casi dos mil folios mecanografiados, esta vez sí, con una Underwood, y la envié a los antiguos agentes de Carax. La verdad es que no pensaba volver a tener noticias suyas. Empecé a trabajar en una nueva novela siguiendo, una vez más, uno de los consejos de mi maestro. «*A veces es mejor poner el cerebro a trabajar y agotarlo que dejarlo en reposo para que, cuando se aburra, le empiece a devorar a uno vivo*».

Pasaron los meses entre la escritura de aquella novela que no tenía título y largos paseos por Barcelona con Alicia, que había empezado a querer saberlo todo.

—¿El libro nuevo es sobre Valentina?

Alicia nunca se refería a ella como su madre, sino por su nombre de pila.

—No. Es sobre ti.

—Mentiroso.

En aquellas caminatas aprendí a redescubrir la ciudad a través de los ojos de mi hija y comprendí que la Barcelona tenebrosa que habían vivido mis padres había clareado lentamente, sin que nos diéramos ni cuenta. Aquel mundo que había imaginado recordar yacía ahora desmantelado en un decorado perfumado y alfombrado para los turistas y esas buenas gentes amigas del sol y la playa que, por mucho que mirasen, se resistían a contemplar el ocaso de una época que más que desplomarse se deshizo en una fina película de polvo que aún se respira en el aire.

La sombra de Carax continuó siguiéndome a todas partes. Mi madre venía a menudo a casa y traía a la pequeña Isabella para que mi hija le enseñase todos sus juguetes y todos sus libros, que eran muchos pero no incluían una sola muñeca. Y es que mi hija Alicia detestaba las muñecas y les volaba la cabeza con un tirachinas en el patio del colegio. Ella siempre me preguntaba si estaba bien, sabiendo que la respuesta era «no», y si había tenido noticias de Valentina, sabiendo también que la respuesta era la misma.

Nunca quise contarle a mi madre nada acerca de Carax, de los misterios y silencios de todos aquellos años. Algo me decía que se lo imaginaba, porque jamás tuve secretos para mi madre más allá de los que ella fingió aceptar.

—Tu padre te echa de menos —me decía—. Deberías pasarte por la librería más a menudo. Hasta Fermín me dijo el otro día si te habías metido a monje cartujo.

—He estado ocupado intentando acabar un libro.

—¿Durante quince años?

—Ha resultado ser más difícil de lo que esperaba.

—¿Lo podré leer?

—No estoy seguro de que te vaya a gustar. De hecho no sé si es una buena idea que trate de publicarlo.

—¿Puedo saber de qué va?

—De nosotros. De todos nosotros. Es la historia de la familia.

Mi madre me miró en silencio.

—A lo mejor debería destruirlo —ofrecí.

—La historia es tuya. Puedes hacer con ella lo que creas oportuno. Y ahora que el abuelo ya no está y las cosas han cambiado, no creo que a nadie le importen nuestros secretos.

—¿Y a papá?

—Probablemente a él será a quien mejor le sentará leerla. No vayas a pensar que no nos imaginábamos todos lo que estabas haciendo. No somos tan tontos.

—¿Tengo tu permiso entonces?

—El mío no lo necesitas. Y el de tu padre, si es que lo quieres, tendrás que pedírselo a él.

Visité a mi padre una mañana a primera hora, cuando sabía que estaría a solas en la librería. Ocultó la sorpresa al verme y cuando le pregunté qué tal iba el negocio no quiso contarme que las cuentas de Sempere e hijos hacían agua y que ya había recibido más de dos ofertas para comprarle la librería y poner una tienda de *souvenirs* que vendiera figuritas de la Sagrada Familia y camisetas del Barça.

—Fermín me ha advertido que si acepto se quemará a lo bonzo ahí enfrente.

—Todo un dilema —apunté.

—Te echa de menos —me dijo, de aquella manera que tenía de atribuir a los demás los sentimientos que era incapaz de reconocer en sí mismo.

»Y a ti ¿cómo te van las cosas? Me dice tu madre que has dejado eso de los anuncios y que ahora solo te dedicas a escribir. ¿Cuándo habrá algo que pueda vender yo por aquí?

—¿Te ha contado ella qué clase de libro es?

—He dado por supuesto que habrás cambiado los nombres y algún que otro detalle escabroso, aunque solo sea por no escandalizar a los vecinos.

—Por descontado. El único que aparece enseñando las vergüenzas es Fermín, que ya le va. Le van a salir más fans que al Cordobés.

—Entonces ¿voy haciendo sitio en el escaparate?

Me encogí de hombros.

—Esta mañana he recibido una carta de dos agentes literarios a los que envié el manuscrito. Es una serie de cuatro novelas. Un editor de París, Émile de Rosiers, se ha interesado en publicarlas y otra editora alemana, Michi Strausmann, también ha hecho una oferta por los derechos. Me dicen los agentes que creen que habrá más propuestas, aunque primero tengo que acabar de pulir un millón de detalles. Yo puse dos condiciones: la primera, que debía tener el permiso de mis padres y de mi familia

para contar esa historia. La segunda, que la novela se publicaría con el nombre de Julián Carax como autor.

Mi padre bajó la mirada.

—¿Cómo está Carax? —preguntó.

—En paz.

Asintió.

—¿Tengo tu permiso?

—¿Te acuerdas, cuando eras pequeño, de aquel día en que me prometiste que tú contarías la historia por mí?

—Sí.

—Durante todos estos años no he dudado un solo día que lo harías. Estoy orgulloso de ti, hijo.

Mi padre me abrazó como no lo hacía desde mi infancia.

Visité a Fermín en sus dependencias del Cementerio de los Libros Olvidados en agosto de 1992, el día en que se iban a inaugurar los Juegos Olímpicos. Barcelona se había vestido de luz y flotaba en el aire un aura de optimismo y esperanza como no la había sentido jamás y como, posiblemente, nunca volvería a vivirla en las calles de mi ciudad. En cuanto llegué, Fermín sonrió y me ofreció un saludo militar. Le vi ya muy anciano, aunque no quise decírselo.

—Le hacía muerto —afirmó.

—En ello estamos. A usted le veo hecho un toro.

—Son los Sugus, que me tienen caramelizado.

—Eso será.

—Me ha dicho un pajarito que nos va usted a hacer famosos —dejó caer Fermín.

—Sobre todo a usted. Cuando le hagan ofertas para protagonizar campañas publicitarias no dude en consultarme, que de eso aún entiendo.

—Solo pienso aceptar las que sean de ropa interior masculina —replicó Fermín.

—¿Tengo entonces su permiso?

—Tiene mi bendición *urbi et orbe*. Pero no creo que venga solo por eso.

—¿Por qué siempre me atribuye motivos ocultos, Fermín?

—Porque tiene usted la mente retorcida como un muelle. Lo digo como un cumplido.

—¿Y por qué cree que he venido entonces?

—Probablemente a disfrutar de mi fino verbo, y, tal vez, por una cuenta que aún tenemos pendiente.

—¿Cuál de ellas?

Fermín me condujo a una sala que siempre tenía cerrada con llave para protegerla de las cruzadas de sus múltiples vástagos. Me invitó a sentarme en un butacón de almirante que había comprado en el mercadillo de los Encantes. Él ocupó una silla a

mi lado. Cogió una caja de cartón y la colocó sobre sus rodillas.

—¿Se acuerda de Alicia? —preguntó—. Es una pregunta retórica.

Sentí que el corazón me daba un vuelco.

—¿Está viva? ¿Ha sabido algo de ella?

Fermín abrió la caja y extrajo un puñado de cartas.

—Nunca se lo dije, porque creí que era lo mejor para todos, pero Alicia regresó a Barcelona en 1960 antes de irse para siempre. Era un día de Sant Jordi. 23 de abril. Volvió a despedirse, a su manera.

—Lo recuerdo perfectamente. Yo era muy pequeño.

—Y sigue siéndolo.

Nos miramos en silencio.

—¿Adónde se marchó?

—La despedí a pie de muelle y la vi abordar un barco que partía rumbo a las Américas. Desde entonces, cada Navidad, he estado recibiendo una carta sin remite.

Fermín me tendió el fajo con más de treinta cartas, una por año.

—Puede abrirlas.

Todos los sobres contenían una fotografía. El franqueo indicaba que cada una había sido enviada desde un lugar diferente: Nueva York, Boston, Washington D. C., Seattle, Denver, Santa Fe, Portland, Filadelfia, Key West, Nueva Orleans, Santa Mónica, Chicago, San Francisco…

Miré a Fermín, atónito. Él empezó a tararear el himno estadounidense, que en sus labios sonaba a sardana. Cada una de las fotografías estaba hecha con el sol a espaldas y mostraba una sombra, la silueta de una mujer, recortada contra una panorámica de parques, rascacielos, playas, desiertos o bosques.

—¿No había nada más? —pregunté—. ¿Una nota? ¿Algo?

Fermín negó.

—No hasta la última. Llegó la pasada Navidad.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo sabe que era la última?

Él me tendió el sobre.

El sello de la estafeta indicaba que había sido enviada desde Monterrey, California. Extraje la fotografía y me perdí en ella. En la imagen, y por una vez, no aparecía solo una sombra. Allí estaba Alicia Gris, treinta años después, mirando a la cámara y sonriendo desde lo que me pareció el lugar más bello del mundo, una suerte de península de acantilados y bosques espectrales que se adentraba en el mar entre la niebla del océano Pacífico. A un lado, en un cartel, podía leerse: POINT LOBOS.

Giré la fotografía y me encontré con la caligrafía de Alicia.

El fin del camino. Valió la pena. Gracias de nuevo por salvarme, Fermín, una y tantas veces. Sálvese usted también y dígale a Julián que nos haga a todos inmortales, que siempre contamos con ello.

Le quiere,

Alicia

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Quise creer que en aquel lugar de ensueño tan lejos de nuestra Barcelona Alicia había encontrado su paz y su destino.

—¿Puedo quedármela? —pregunté con la voz quebrada.

—Suya es.

Supe entonces que por fin había hallado la última pieza de mi historia y que, a partir de aquel momento, me esperaban la vida y, con suerte, la ficción.

EPÍLOGO

Barcelona

9 de agosto de 1992

Un hombre joven, tocado ya de algunas canas, camina por las calles de una Barcelona de sombras bajo la luna que se derrama sobre la Rambla de Santa Mónica en una cinta de plata que guía sus pasos. Lleva de la mano a una niña de unos diez años, la mirada embriagada de misterio ante la promesa que su padre le ha hecho al atardecer, la promesa del Cementerio de los Libros Olvidados.

—Alicia, lo que vas a ver esta noche no se lo puedes contar a nadie. A nadie.

—Entonces será nuestro secreto —dice ella a media voz.

Su padre suspira, amparado en esa sonrisa triste que le persigue por la vida.

—Claro que sí. Será nuestro secreto para siempre.

Es entonces cuando el cielo prende en un sauce de luz y los fuegos artificiales de la ceremonia de clausura congelan por un instante la noche de una Barcelona que nunca volverá.

Al poco, figuras de vapor, padre e hija se confunden entre el gentío que inunda las Ramblas, sus pasos por siempre perdidos en el laberinto de los espíritus.

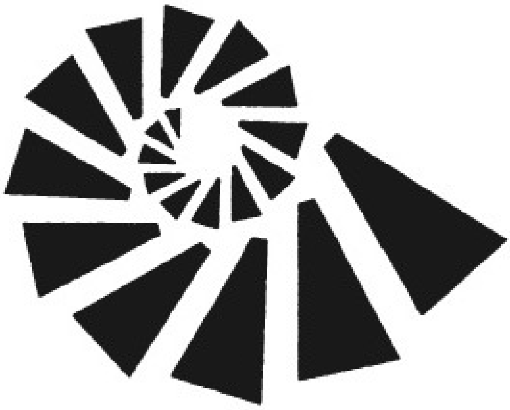


Ilustración inspirada en una imagen
del interior de la Sagrada Familia,
fotografiada por Francesc Català-Roca.

CARLOS RUIZ ZAFÓN es uno de los autores contemporáneos más conocidos de España, siendo su novela La sombra del viento uno de los libros más vendidos de la última década, con más de 12 millones de ejemplares en todo el mundo.

Las primeras obras de Zafón se enmarcarían dentro del género juvenil, con grandes dosis de fantasía y encanto *pulp*. Corresponden a esta época obras como *El príncipe de la niebla* (1993), *El palacio de la medianoche* (1994), *Las luces de septiembre* (1995) o *Marina* (1999).

En 2001 salió a la venta *La sombra del viento*, novela que ha sido traducida a cuarenta y cinco idiomas y convertida en un éxito de ventas en los principales mercados editoriales del mundo. En 2008 publicaría una continuación, *El juego del ángel*, que logró batir un récord al obtener una tirada inicial de más de un millón de ejemplares.

Entre otros premios, Carlos Ruiz Zafón ha obtenido galardones como el Premio Edebé, el Fernando Lara de Novela, el concedido a Mejor Libro Extranjero en Francia, el Barry Award o el Nielsen, entre otros muchos reconocimientos.